

CASA NOBLE

EN ESTADOS UNIDOS
Nº1 BEST SELLER

POR EL AUTOR DE
SHŌGUN



Quarto — LASSER

La Casa Noble

JAMES CLAVELL



Ediciones Ouarto, S. A.
1983

Título original: Noble House
Traductor:
Francisco Perea

ISBN original: 968-458-216-1 (Tela)
968-458-217-X (Rústica)
Publicado en España por: Ediciones Ouarto, S. A.
ISBN: 84-7558-005-X
84-7558-006-8
Impreso por:
Gráficas Ramón Sopeña, S. A. Provenza, 95 - Barcelona-29
Depósito Legal: B. 12.958-1983
Prlnted in Spain

Querría ofrecer este trabajo como un tributo a Su Majestad británica, Isabel II, al pueblo de la colonia de su Corona, en Hong Kong… *y a la perdición de sus enemigos.*

Desde luego esta es una novela. Sus protagonistas son personas y compañías imaginarias, y no hay intención de hacer referencia a ningún individuo o empresa que haya sido o sea parte de Hong Kong o de Asia.

Quiero pedir desde ahora una disculpa a toda la *yan* de Hong Kong (todas las *personas* de la población de Hong Kong), por los arreglos hechos en su hermosa ciudad, por haber sacado incidentes de su contexto propio, por haber inventado personas, lugares, calles, compañías y hechos que, espero, den la sensación de haber existido, pero que nunca fueron reales, porque con toda verdad, ésta es una leyenda.

8 de junio de 1960

Prólogo
11:45 p.m.

Se llamaba Ian Dunross y conducía con cautela su viejo automóvil deportivo MG bajo una lluvia torrencial, dando vuelta a la esquina que conduce a la calle de Dirk, que rodea el edificio Struan, sobre la zona portuaria de Hong Kong. La noche era oscura y muy desagradable. Por toda la Colonia (allí, en la Isla de Hong Kong, a través de la bahía de Kowloon y en los nuevos territorios que eran parte de China continental) las calles estaban desiertas casi por completo, todas las personas y todas las cosas se habían pertrechado en espera del tifón Mary El aviso de la tempestad número nueve se había hecho público al oscurecer, y a esa sazón ya salían de la tormenta vientos de ochenta a cien nudos, que se extendían hasta mil seiscientos kilómetros hacia el sur, haciendo caer la lluvia en línea horizontal sobre los techos y las laderas de las colinas, donde decenas de millares de advenedizos se acurrucaban indefensos en sus pobres barriadas de chozas improvisadas.

Dunross disminuyó la velocidad. Avanzaba a ciegas, porque los limpiadores del parabrisas eran incapaces de alejar la lluvia torrencial. Por su parte, el viento casi desgarraba la lona del techo y la mica de las ventanillas. Luego el parabrisas se aclaró por un momento. Al final de la, calle de Dirk, en línea directa al frente estaba la carretera Con-naught y el litoral, después los rompeolas y la mole agazapada de la terminal del transbordador Golden. Más allá, en la amplia y bien protegida bahía, medio millar de barcos se mantenían bien colocados con el ancla en el fondo.

Más adelante, sobre el litoral, Dunross vio cómo una fuerte ráfaga de viento levantaba en vilo un puesto callejero y lo azotaba contra un automóvil estacionado que quedaba muy averiado. Luego, puesto y automóvil fueron deslizándose hasta perderse de vista. El tenía el pulso muy firme y mantuvo inmóvil el volante de su coche contra las sacudidas que lo hacían temblar con violencia. Era un auto viejo pero en buenas condiciones. Su motor reforzado y sus frenos funcionaban a la perfección. Esperó. El corazón le

palpitaba con ritmo normal, era una tempestad amable. Luego se acercó con calma a la acera para estacionarse a sotavento, bien protegido por el edificio, y salió del vehículo.

Era un hombre rubio, de ojos azules, poco más de cuarenta años, esbelto y bien formado. Llevaba puesto un viejo impermeable y una gorra. La lluvia lo empapó mientras se precipitaba por la calle lateral y daba vuelta a la esquina para entrar de prisa por la entrada principal del edificio de veintidós pisos. Sobre la enorme en irada se hallaba el remate Struan: el León Rojo de Escocia entrelazado con el Dragón Verde de China. Reponiéndose del esfuerzo, subió a grandes pasos los amplios escalones y entró.

—Buenas noches, señor Dunross —saludó el conserje chino.

—El tai-pan me mandó llamar.

—Sí, señor.

Al decir esto, él conserje oprimió el botón del ascensor. Cuando éste se detuvo, Dunross atravesó el corto pasillo, llamó a la puerta y entró a la sala del penthouse.

—Buenas noches, tai-pan —saludó con fría formalidad.

Alastair Struán estaba recargado en la fina chimenea. Era un escocés grande, robusto, bien conservado, ligeramente barrigón. Tenía el pelo blanco y pasaba de los sesenta años. Había estado al frente de Struan durante once años.

—¿Un trago?

Señaló con la mano el Dom Pérignón, colocado en la cubeta de plata.

—Gracias.

Dunross nunca había estado en la residencia privada del tai-pan. El cuarto era espacioso y bien amueblado, con piezas chinas laqueadas y buenas alfombras, viejos óleos de sus primeras embarcaciones clíper y de barcos de vapor en las paredes. Las grandes ventanas panorámicas que en condiciones normales dominarían a todo Hong Kong, la bahía y Kowloon, al otro lado de ella, estaban en ese momento negras y azotadas por las ráfagas de lluvia.

Dunross se sirvió.

—Salud —invitó formal.

Alastair Struan asintió con la cabeza y en un gesto dé idéntica frialdad contestó levantando su vaso.

—Llegaste temprano.

—Cinco minutos antes es la hora exacta, tai-pan. ¿No es eso lo que mi padre me inculcó con insistencia? ¿Es importante reunimos a medianoche?

—Sí, es parte de nuestra costumbre. Costumbre de Dirk.

Dunross tomó un sorbo y esperó en silencio. El antiguo reloj de barco marcó la hora con fuerza. El se sintió más excitado, al no saber qué podía esperar. Encima de la chimenea estaba el retrato matrimonial de una joven. Era Tess Struan, que se había casado con Culum, segundo tai-pan e hijo del fundador Dirk Struan, a la edad de dieciséis años.

Dunross estudió la fotografía. Un golpe de agua azotó las ventanas.

—¡Qué noche más inmunda!—comentó.

El anciano se limitó a mirarlo con odio. El silencio aumentó. Luego el viejo reloj hizo sonar sus ocho campanas. Era la medianoche. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —invitó Alastair con alivio, feliz de poder empezar.

Lim Chu, el servidor personal del tai-pan, abrió la puerta. Retrocedió para dar entrada a Phillip Chen, jefe del personal nativo de Struan, y cerró la puerta a sus espaldas.

—¡Ah, Phillip, llegas a tiempo, como de costumbre! —saludó Alastair Struan, tratando de parecer jovial— ¿Champaña?

—Gracias, tai-pan, sí, gracias. Buenas noches, Ian Struan Dunross —dijo Phillip Chen al joven con inusitada formalidad y en un inglés británico de las clases más altas.

Era un hombre euroasiático, en sus últimos años sesentas, reservado. Tenía algo más de chino que de europeo. Muy apuesto, de pelo entrecano, pómulos, salientes, piel clara y ojos chinos oscuros, muy oscuros.

—¿Temible noche, eh?

—Sí, lo es, tío Chen —repuso Dunross, usando la forma china cortés de diálogo con Phillip, a quien quería y respetaba tanto cuanto despreciaba a su primo Alastair.

—Dicen que este tifón va a ser un criminal —comentó Alastair, mientras servía el licor en finas copas.

Entregó una a Phillip Chen primero y luego otra a Dunross.

—¡Salud! >

Bebieron. Una ráfaga de lluvia estremeció las ventanas.

—Me alegro de no andar en alta mar esta noche —comentó Alastair Struan pensativo—. En fin, Phillip, aquí estás de nuevo.

—Sí, tai-pan, y me siento honrado. Muy honrado.

Pudo percibir la tensión que había entre los dos hombres, pero hizo caso omiso de ella

» La violencia es norma —pensó— cuando un tai-pan de la Casa Noble cede el poder.

Alastair Struan tomó otro sorbo, disfrutando la bebida. Al fin dijo: Ian, es costumbre nuestra que alguien sea testigo cuando un tai-pan entrega las riendas del poder a otro tai-pan. Este testigo es siempre, y no puede ser de otra manera, nuestro encargado del personal nativo en funciones, Phillip, ¿cuántas veces lo has sido?

—He sido testigo cuatro veces, tai-pan.

—-Phillip nos ha conocido casi a todos nosotros. Conoce demasiados secretos de los nuestros. ¿No es cierto, viejo amigo? Phillip Chen se limitó a sonreír.

—Confía en él, Ian, su consejo es muy sabio. Puedes confiar en su persona.

Tanto como un tai-pan debe confiar en alguien —pensó Dunross en actitud sombría. —-Sí señor.

Alastair Struan dejó su copa.

—En primer lugar, Ian Struan Dunross, te pregunto formalmente: ¿quieres ser tai-pan de Struan?

—Sí señor.

—¿Juras por Dios mantener secretas todas estas actas y no darlas a conocer a nadie, excepto a tu sucesor?

—Sí señor.

-—Haz el juramento formal.

—Juro por Dios que estas actas permanecerán secretas y no se darán a conocer a nadie excepto a mi sucesor.

—Aquí tienes —el tai-pan le entregó un pergamino ya amarillo por los años—. Léelo en voz alta.

Dunross lo tomó. La escritura parecía hecha de garabatos, pero era perfectamente legible. Echó una ojeada a la fecha: 30 de agosto de 1841. Su excitación iba en aumento.

—¿Es ésta la letra de Dirk Struan?

—¡Ahá! En su mayor parte. Una porción fue añadida por su hijo,

Culum Struan. Por supuesto tenemos fotocopias, en caso de maltratarse el original. Léelo

—"Mi legado será obligatorio para cada tai-pan que me suceda y él deberá leerlo en voz alta y jurar ante Dios, en presencia de testigos, del modo que he estipulado yo, Dirk Struan, fundador de Struan y compañía, que lo aceptará y lo mantendrá siempre secreto, antes de ponerse mi investidura. Exijo esto para garantizar continuidad placentera y prevenir las dificultades que en años sucesivos puedan asediar a mis sucesores, debido a la sangre que derramé por mis deudas de honor y por los caprichos de la vida de China, con la que estamos en consorcio y que sin duda alguna son únicos sobre la faz de la Tierra. Este es mi legado:

"Primero: deberá haber un solo tai-pan en cada caso, y tendrá autoridad total y absoluta sobre la compañía, facultad de contratar o cesar en el empleo a todos los demás, autoridad sobre todos nuestros

capitanes, barcos y compañías,, dondequiera que estén. El tai-pan está siempre solo. Esa es su alegría y su dolor. Todos deben proteger su intimidad y cubrirle las espaldas. Cualquier cosa que él ordene deberá obedecerse, y nunca se permitirán en la compañía comités, tribunales o círculos internos para poner freno a este poder absoluto.

"Segundo: cuando el tai-pan esté sobre el alcázar de cualquiera de nuestros barcos, tendrá precedencia sobre el capitán del mismo, y sus órdenes de batalla o de navegación serán ley. A todos los capitanes se les tomará este juramento en presencia de Dios, antes de otorgarles el nombramiento para cualquiera de nuestras naves.

"Tercero: el tai-pan es el único que elige a su sucesor, que deberá ser uno de los miembros de una Corte Interna de seis hombres. De ellos, uno deberá ser nuestro jefe del personal nativo, y éste tendrá que ser, a perpetuidad, del linaje de Chen. Los otros cinco serán dignos de ser tai-pan. Tendrán que ser hombres buenos y sinceros, con un mínimo de cinco años íntegros de servicio en la compañía, como comerciantes chinos, y sanos de espíritu. Tendrán que ser cristianos y familiares del clan Struan por nacimiento o matrimonio. Mi línea y la de mi hermano Robb no tendrán precedencia, a menos que sea por su fortaleza o buenas cualidades que los pongan delante y encima de los demás. Los miembros de esta Corte Interna pueden

ser asesores del tai-pan, si él así lo desea, pero repito que el voto del tai-pan tendrá un peso de siete contra uno con relación a cada uno de los demás.

"Cuarto: si el tai-pan se extraviara en el mar o muriera en combate o desapareciera durante seis meses lunares antes de haber elegido a su sucesor, la Corte Interna escogerá a uno de sus miembros para que lo suceda en el poder. Para esta elección, cada miembro tendrá un voto, excepto el jefe del personal nativo, cuyo voto valdrá por cuatro. Luego el tai-pan deberá prestar juramento en la forma dicha ante sus colegas. Quienes hubieren votado en contra de su elección, en votación abierta, serán despedidos en el acto, sin que la compañía les conceda jamás remuneración alguna.

"Quinto: la elección a la Corte Interna o su remoción de ella se hará exclusivamente al arbitrio del tai-pan y, al jubilarse él, que será en el momento en que le plazca, no llevará consigo más que diez partes de cada cien de todos los valores, salvo que todas nuestras embarcaciones quedarán siempre excluidas de toda evaluación ... por ser ellas, con sus capitanes y sus tripulaciones nuestra savia vital y el hilo conductor de nuestra vida en épocas futuras.

"Sexto: cada tai-pan aprobará la elección del jefe de personal nativo. Este reconocerá por escrito antes de su elección que puede ser retirado en cualquier momento, sin necesidad de explicaciones, y que se mantendrá al margen, si el tai-pan así lo deseara.

"Ultimo: el tai-pan tomará juramento a su sucesor, elegido únicamente por él, en presencia del jefe de personal nativo, usando las palabras establecidas por mí, con mi propia mano, en la Biblia de nuestra familia, aquí en Hong Kong, este día treinta de agosto del año del Señor 1841".

Dunross lanzó un suspiro.

—Está firmado por Dirk Struan y atestiguado por... No puedo leer los caracteres entrecortados, señor, son arcaicos.

Alastair dirigió una mirada a Phillip. Chen,, que dijo:

—El primer testigo es el padre adoptivo de mi abuelo, Chen Sheng Arn, nuestro primer jefe de personal nativo. Él segundo es mi tía abuela, T'Chung fin May-may.

—Entonces, ¡la leyenda es verdadera! --dijo Dunross.

—Una parte ... sí, una parte —concedió Phillip Chen—. Habla

con mi tía Sarah. Ahora que vas a ser tai-pan, te dirá muchos secretos. Este año cumple ochenta y cuatro de edad. Se acuerda muy bien de mi abuelo, Sir Gordon Chen, y de Duncan y Kate T'Chung, hijos de May-may y de Dirk Struan. Sí..

ella recuerda muchas cosas ...

Alastair Struan se acercó al escritorio lacado y con suma delicadeza extrajo la pesada y gastada Biblia.

Se puso las gafas, mientras Dunross sentía que se le erizaba el pelo del cuello.

—Repite después de mí: "Yo, Ian Struan Dunross pariente de la familia Struan y cristiano, juro ante Dios, en presencia de Alastair McKenzie Duncan Struan, undécimo tai-pan, y de Phillip T'Chung Sheng Chen, cuarto jefe de personal nativo, que obedeceré todo el legado que he leído en su presencia aquí en Hong Kong, además, que comprometo la compañía con Hong Kong y con el comercio de China, que mantendré mi principal residencia de negocios aquí en Hong Kong mientras sea- tai-pan, que delante de Dios acepto las promesas, la responsabilidad y la palabra de honor de caballero que Dirk Struan dio a su eterno amigo Chen-tse Jin Arn, también conocido como Jin-qua, o a sus sucesores. Además que yo .

—¿Qué promesas?

—Tú jura ante Dios a ciegas ¡cómo lo hicieron todos los tai-pan que te precedieron! Pronto sabrás lo que heredas.

—¿Y si no lo hago?

—¡Conoces la respuesta a esa pregunta!

La lluvia golpeaba las ventanas y a Dunross le parecía que su violencia era igual a la fuerza de las palpitaciones que le golpeaban el pecho mientras ponderaba la demencia de semejante compromiso abierto. Pero sabía que no podría ser tai-pan si no aceptaba. Así pues, pronunció las palabras y aceptó el compromiso ante Dios. Luego siguió profiriendo las que se le leían en voz alta.

—"...además, que yo usaré todo el poder y todos los medios para mantener estable la compañía como el Primer Linaje, la Casa Noble de Asia. Que juro ante Dios realizar cualquier obra necesaria para vencer, destrozar y arrojar de Asia la compañía llamada Brock e hijos, sobre todo a mi enemigo el fundador Tyler Brock, a su hijo Morgan, a sus herederos o a cualquiera otro de su linaje, con la única excepción de Tess Brock y su progenie, la esposa de mi hijo

Culum, hacerlos desaparecer de la faz de Asia..."

Dunross volvió a detenerse.

—Cuando hayas terminado podrás preguntar todo lo que quieras —apremió Alastair Struan— ¡Ahora termina!

—Muy bien. "Por último, juro ante Dios que mi sucesor como tai-pan prestará también juramento ante Dios de todo este legado. Dios me ayude a cumplirlo".

En ese momento, el silencio no era interrumpido más que por la lluvia que azotaba las ventanas.

Dunross podía sentir el sudor que le corría por la espalda.

Alastair Struan dejó la Biblia y se quitó los espejuelos.

—¡Está hecho!

Tendió la mano con tirantez hacia Dunross y dijo:

—Quiero ser el primero en desearte buen éxito, tai-pan. Cuenta con todo lo que yo pueda hacer para ayudarte.

—Y es para mí un honor ser el segundo, tai-pan —agregó Phillip Chen, con una ligera inclinación, también muy formal.

—Gracias.

La tensión que sentía Dunross era grande.

—Creo que todos necesitamos un trago —dijo Alastair Struan—. Con tu permiso, voy a servirlo —

añadió en tono de agresiva formalidad, dirigiéndose a Dunross.

—¿Te sirvo, Phillip?

—Sí, tai-pan. Yo...

—No, ahora el tai-pan es Ian;.

Alastair Struan sirvió la champaña y dio a. Dunross la primera copa.

—Gracias —dijo éste, deleitándose con el cumplido, pero sabedor de que nada había cambiado— ¡La Casa Noble! —propuso, levantando la copa.

Los tres hombres bebieron. Luego Alastair Struan sacó un sobre.

—Esta es mi renuncia a las sesenta y tantas presidencias, direcciones gerenciales y directorados que acompañan automáticamente a la posición de tai-pan. Tu nombramiento en mi lugar tiene idéntico carácter automático. Por costumbre me convierto en presidente de nuestra subsidiaria de Londres, pero tú puedes poner fin a este cargo en el momento que te plazca.

—Queda terminado —ratificó sin tardanza Dunross.

—Como tú lo dispongas —musitó el viejo, pero el cuello se le puso color púrpura.

—Creo que serás más útil para Struan como vicepresidente del Primer Banco Central de Edimburgo.

Struan levantó la mirada con sorpresa.

—¿Qué?

—Es uno de nuestros nombramientos, ¿no es así? —Sí —concedió Alastair Struan—, pero, ¿por qué?

—Voy a necesitar ayuda. Lo de Struan se hace público el año entrante.

Los dos hombres clavaron los ojos en él azorados. —¡Qué cosa!

—Vamos a volvernos púb . . .

—¡Hemos sido compañía particular durante 132 años! —rugió el viejo— ¡Jesucristo! Te he dicho un centenar de veces que allí está nuestra fuerza, ¡en que no haya accionistas ni malditos extraños que metan la nariz en nuestros negocios privados! ¿No tienes costumbre de escuchar?

—Siempre lo hago. Y con mucho cuidado —repuso Dunross en un tono de voz carente de emoción-.

Nuestra única esperanza de supervivencia es abrir la compañía al público. . . Es el único modo de conseguir el capital que necesitamos.

—Habla con él, Phillip... Trata dé hacerlo razonar.

Con actitud nerviosa, el jefe de personal nativo preguntó:

—¿En qué forma afecta esto a la familia Chen?

—Nuestro sistema de jefe de personal nativo formal se acaba hoy en la noche—vio que la cara de Phillip Chen palidecía, pero continuó—; tengo un plan para ti, por escrito. No cambia nada, y cambia todo. Oficialmente sigues siendo el jefe de personal nativo, pero oficiosamente funcionaremos de otra manera. El cambio de importancia es que en lugar de tener utilidades de un millón al año, en diez años tus títulos te producirán veinte millones, y en quince años cerca de treinta.

—¡Imposible! —exclamó Alastair Struan.

—El valor neto de la empresa en la actualidad es de unos 20 millones de dólares norteamericanos. En diez años será de 200 millones, y en quince, con la ayuda de los dioses del Oriente, será de 400 millones Y nuestras utilidades anuales se acercarán a mil

millones.

—¡Te has vuelto loco!—opuso Struan.

—No. La Casa Noble se vuelve internacional. Los días de una compañía comercial exclusivamente de Hong Kong se acabaron para siempre.

—¡Por Dios! ¡Recuerda tu juramento! ¡Nuestra base es Hong Kong!

—No olvidaré eso. Ahora, ¿qué responsabilidad heredo de Dirk Struan?

—Está en la caja de seguridad. Escrito todo en un sobre sellado con el membrete que dice "El Legado". Allí están también las. "Instrucciones para futuros tai-pans" de Hag.

—¿Dónde está la caja de seguridad?

—En la Gran Casa. Detrás de la pintura. En el estudio.

Con un gesto de amargura, Alastair Struan señaló un sobre situado junto al reloj, sobre la repisa de la chimenea. Luego añadió:

—En ése está la llave especial. . . y la combinación actual. Por supuesto, tú la cambiarás. Pon las cifras en una de las cajas de seguridad privadas del tai-pan, en el banco, en previsión de algún accidente. Dale a Phillip una de las dos llaves.

Phillip Chen interpuso:

—Según nuestras reglas, mientras tú estés vivo, el banco está obligado a negarme permiso de abrirla.

—Otra cosa —interrumpió Dunross—: Tyler Brock y sus hijos ... Esa raza desgraciada ha quedado borrada del mapa desde hace casi cien años.

—Ahá. La línea masculina legítima sí. Pero Dirk Struan era vengativo, y sus represalias nos llegan desde la tumba. Existe una lista al día de los descendientes de Tyler Brock, también en la caja fuerte.

Es interesante leerla, ¿verdad, Phillip?

—Sí, sí lo es.

—Los Rothwells y los Tomms, Yadegar y su estirpe, tú los conoces. Pero Tusker está en la lista, aunque él no lo sabe; también Jason Plumm, Lord Depford-Smyth y, sobre todo Quillan Gornt.

—¡Imposible!

—Gornt no sólo es el tai-pan de Rothwell-Gornt, nuestro principal enemigo, sino además es descendiente varón directo,

aunque secreto, de Morgan Brock... directo, a pesar de ser ilegítimo. Es el último de los Brocks.

—Pero él siempre ha defendido el hecho de que su bisabuelo era Edward Gornt, el comerciante norteamericano de China.

—Es cierto que él desciende de Edward Gornt. Pero Sir Morgan Brock fue en realidad el padre de Edward y su madre fue Kristian Gornt, una norteamericana de Virginia. Desde luego esto se mantuvo secreto. La sociedad no era entonces más indulgente que ahora. Cuando Sir Morgan se convirtió en tai-pan de Brock, en 1859, mandó traer de Virginia a su hijo ilegítimo, le compró acciones para hacerlo socio de la vieja empresa comercial norteamericana de Rothwell y Compañía, en Shanghai, y luego él y Edward consagraron sus esfuerzos a destruirnos. Casi lo lograron. Sin duda alguna fueron la causa de la

muerte de Culum Struan. Pero luego, Lochlin y Hag Struan dieron un golpe decisivo a Sir Morgan y aplastaron a Brock e Hijos. Edward Gorrit nunca nos perdonó. Sus descendientes no lo harán tampoco. Yo apuesto a que ellos también tienen un pacto con su fundador.

—¿Sabe él que nosotros estamos enterados?

—No lo sé, pero es enemigo. Su genealogía está en la cajá fuerte, con todas las demás. Mi abuelo fue quien la descubrió, y en forma bastante casual, por cierto, durante la rebelión de los Boxers en el 99.

La lista es interesante, Ian, muy interesante. Una persona muy especial para ti es el jefe de ...

Una violenta ráfaga repentina sacudió todo el edificio. Una de las piezas antiguas de marfil que estaba sobre la mesa de mármol cayó. Con actitud nerviosa, Phillip Chen se apresuró a levantarla. Los tres miraron fijamente las ventanas y pudieron apreciar que sus respectivas imágenes se retorcían con gestos repugnantes en la medida en que las ráfagas hacían presión sobre los vidrios.

— ¡Un *tifón*¡— musitó Phillip, bañado en sudor.

—SI.

Aguardaron a que el "demonio del viento" cesara, con la respiración en suspenso. Esos latigazos llegaban al azar; desde todos los puntos cardinales; volando a veces a velocidad de ciento cincuenta nudos. En pos de ellos venía siempre la devastación.

La violencia pasó. Dunross se acercó al barómetro, lo leyó y le dio un ligero golpe con el dedo. 980.3.

—Sigue bajando --observó.

—¡Jesucristo!

Dunross miró de reojo las ventanas. Las ráfagas de lluvia eran casi horizontales.

—*Lasting Cloud* debe atracar mañana por la noche.

—Sí, pero ahora debe estar alojado en algún'rincón de las Filipinas. El capitán Moffatt es demasiado astuto para dejarse atrapar —corrigió Struan.

—No coincido contigo. A Moffatt le gusta la puntualidad en todo. Este tifón no estaba en el programa. Tú ... debió habérsele ordenado . . .

Dunross se interrumpió. Tomó un sorbo de su vino con un gesto pensativo y comentó.

—Más valdrá que *Lasting Cloud* no sea presa de la tormenta ... Phillip Chen percibió el ímpetu dé furia subterránea y preguntó: —¿Por qué?

—Porque tenemos a bordo nuestra nueva computadora y motores de aviones de retropropulsión por valor de dos millones de esterlinas. Sin seguro ... al menos los motores.

Dunross lanzó una mirada a Alastair Struan.

En tono defensivo el viejo repuso: —Había que hacerlo así, o se perdía el contrato. Los motores van dirigidos a Cantón. Tú sabes que no podemos asegurarlos, Phillip, puesto que su destinó es China Roja.

Luego añadió en tono irritado:

—Son .. . eh ... son de propiedad sudamericana, y no hay restricciones a la exportación de Sudamérica a China. Aun así, nadie estaba dispuesto a asegurarlos.

Después de una pausa Phillip Chen reflexionó:

—Yo creía que la nueva computadora vendría en marzo.

—Así iba a ser, pero yo me ingenié para anticipar su viaje —explicó Alastair.

—¿Quién es responsable del crédito por los motores? —preguntó Phillip Chen. —Nosotros.

—Eso significa mucho riesgo —Phillip Chen se mostraba muy inquieto-— ¿No te parece, Ian?

El aludido no hizo comentario alguno.

—Había que hacerlo así o se perdía el contrato —insistió Alastair Struan, con irritación creciente—.

Nuestro propósito es duplicar el dinero, Phillip. Lo necesitamos. Pero por encima de eso, los chinos necesitan los motores, lo dijeron con demasiada claridad cuando estuve en Cantón el mes pasado. Y

nosotros necesitamos a China.. eso también lo han hecho ver claramente.

—Sí, pero 12 millones es... mucho riesgo para un solo barco — objetó Phillip Chen, Dunross comentó:

—Cualquier cosa que podamos hacer para quitarles negocios a los soviéticos es favorable a nosotros.

Además, ya se hizo. Estabas diciendo, Alastair, que hay alguien en la lista a quien yo debo conocer, dijiste que era jefe . . . ¿de dónde?

—Marlborough Motors.

—¡Ah! —replicó Dunross con un deleite repentino y sombrío- Durante años he detestado a esos estúpidos... padre e hijo. —Lo sé.

"—¿Así que los Nikklins son descendientes de Tyler Brock? Bueno, no pasará mucho tiempo sin que los borremos de la lista. Muy bien. Muy bien. ¿Saben ellos que están en la lista negra de Dirk Struan?

—No lo creo.

—Eso es mejor aún.

—¡No estoy dé acuerdó! Tú detestas a Nikklin el joven porque te ganó —Alastair Struan lanzó un índice iracundo contra Dunross—. Es tiempo de que dejes en paz las carreras de autos. Deja todas las subidas a las colinas y el Grand Prix de Macao a los semiprofesionales. Los Nikklins tienen más tiempo para dedicarse sus autos, ésa es su vida. Tú tienes otras carreras por delante, más importantes.

—Macao es para aficionados, y esos miserables hicieron trampa el año pasado.

—Eso nunca pudo probarse ... Tu motor estalló. Muchos motores lo hacen, Ian. ¡Eso no es más que obra de los dioses!

—Mi auto fue averiado.

—Tampoco eso pudo probarse! Por amor de Dios... ¿Eres tú quien habla de mala sangre? ¡Para ciertas cosas eres tan tonto como

el mismo Devil Struan!

—¿Ah, sí?

— Sí... Y...

Phillip Chen se apresuró a interrumpir, deseando poner fin a la violencia en el recinto.

-Si esto es tan importante, déjenme ver si puedo averiguar la verdad. Tengo fuentes de las que ninguno de ustedes disponen. Mis amigos chinos sabrán, o sabrían, si Tom o Donald Nikklin el joven estuvieron involucrados. Por supuesto—añadió con delicadeza—, si el tai-pan quiere correr, es decisión suya, ¿no es así, Alastair?

EÍ viejo dominó su furia aunque tenía todavía en el cuello las señales de la cólera.

—Sí, sí, tienes razón. Sin embargo, Ian, mi consejo es que desistas. Los tendrás encima de ti, y más que antes, porque ellos también te detestan a ti.

—¿Hay otros de quienes deba yo tener noticia... en la lista? Después de una pausa, Struan respondió:

—No. No por ahora.

Abrió la segunda botella y empezó a servir el licor mientras seguía hablando:

—Bueno, pues está todo en tus manos . . . toda la diversión y toda la preocupación. Me da gusto transmitirte todo. Después que hayas examinado la caja fuerte sabrás lo mejor y lo peor.

Dio a cada uno un vaso y empezó a saborear el contenido del suyo. Luego comentó:

—Por Dios que éste es un vino como , el mejor que haya podido salir de Francia.

—Sí—ratificó Phillip Ghen.

Dunross pensaba que el Dom Pérignon costaba más de lo. que en realidad valía y tenía más estima de la merecida. Además sabía que la cosecha del '54 no tenía nada de especial. Pero prefirió mantenerse en paz.

Struan se acercó al barómetro. Marcaba 979.2.

—Estamos a punto de tener uno de mala digestión. En fin. No pensemos en él... Ian; Claudia Chen tiene para ti un expediente con asuntos importantes y una lista completa de nuestras acciones, con los nombres correspondientes. Cualquier pregunta que quieras hacerme tenia lista antes de pasado mañana. Las reservaciones para

mi viaje a Londres están hechas para ese día. Por supuesto, mantendrás a Claudia en su lugar. . .

—Por supuesto.

Claudia Chen era el segundo eslabón de un tai-pan a otro, después de Phillip Chen. Era secretaria ejecutiva del tai-pan y prima lejana de Phillip Chen.

—¿Qué me dices de nuestro banco, el Banco Victoria, de Hong Kong y China?

Dunross hizo esta pregunta saboreando todo su significado. No sé cuál es nuestro activo exacto.

—Esa siempre ha sido información exclusiva del tai-pan.

Dunross se dirigió entonces a Phillip Chen:

—¿Cómo tienes tus valores, declarados o a través de nominatarios?

El encargado de personal nativo titubeó. La pregunta lo dejó azorado.

—En el futuro voy a votar tus acciones en bloque con las nuestras. Dunross mantuvo la mirada fija en los ojos de Chen. Quiero saber ahora y espero una transferencia formal de autoridad perpetua para votar, por escrito, a mi favor y al de los tai-pans sucesivos, para mañana al mediodía, y el primer rechazo sobre las acciones en caso de que tú decidieras vender.

El silencio aumentó.

—Ian—empezó Phillip Chen—— esas acciones . . . — pero su actitud resuelta vaciló ante la fuerza de voluntad de Dunross—... 6 por ciento. . . un poco más del 6 por ciento. Yo... puedes tenerlo como tú quieras

—No tendrás que lamentarlo.

Dunross concentró su atención en Alastair Struan y por un instante, al viejo dejó de palpitarle el corazón.

—¿Cuántas acciones tenemos nosotros? ¿Cuánto tienen los nominatarios?

Alastair titubeó.

—Esa es información exclusiva del tai-pan.

—Claro, pero nuestro jefe de personal nativo merece confianza sin límites —rebatió Dunross, enfrentándose al viejo y sabiendo cuánto ardía sentirse dominado enfrenté de Alastair Struan.

—¿Cuánto tenemos?

Struan respondió: -15 por ciento, Ian

Dunross sintió un nudo en la garganta. Lo mismo sucedió a Phillip Chen. Quiso gritar: ¡Jesucristo!

¡Tenemos un 15 por ciento y Phillip otro 6 por ciento ..! ¿y tu no has tenido la cordura de aprovechar lo que debe ser interés principal, para conseguirnos mayores fondos, cuando estamos casi en la bancarrota?

En vez de explotar, avanzó y sirvió en los tres vasos él resto del vino. Esto le dio tiempo de moderar la agitación interior.

—-Bueno —comentó con su voz llana y sin emoción-—. Yo esperaba que juntos lo hiciéramos mejor que nunca —tomó un trago de vino—. Pospondré la Asamblea Especial... para la otra semana., Los dos hombres mayores se miraron sorprendidos. Desde 1880, los tai-pans de Struan, Rothwell-Gornt y el Banco Victoria, no obstante sus rivalidades, se habían reunido año tras año en secreto para discutir asuntos que afectaban al futuro de Hong Kong y de Asia.

—Tal vez no estén de acuerdo en posponer la asamblea -insinuó Alastair.

—Está mañana hablé con todos por teléfono. Se ha fijado para el próximo lunes a las 9 de la mañana aquí.

—¿Quién viene en representación del banco?

—El subgerente ejecutivo Havergill... el viejo anda gozando de una licencia en Japón y luego en Inglaterra —la cara de Dunross se endureció—. Tendré que improvisar.

—Paul está bien —comentó Alastair—; será él próximo jefe.

—No si puedo evitarlo opuso Dunross.

—Nunca te ha simpatizado Paul Havergill, ¿verdad Ian? -preguntó Phillip Chen.

—No. Es demasiado isleño, demasiado de Hong Kong, demasiado anticuado y demasiado pomposo.

—Y apoyó a tu padre en contra tuya.

—Sí, pero no es ésa la razón por la que debe salir, Phillip. El verdadero motivo es que es un estorbo para la Casa Noble. Es demasiado conservador, excesivamente generoso *con:* los Inmuebles Asiáticos, y creo que es un aliado secreto de Rothwell-Gornt.

—No estoy de acuerdo —opuso Alastair.

—Lo sé. Pero necesitamos dinero para desarrollarnos y me

propongo conseguirlo. Por eso estoy decidido a usar *mi* 21 por ciento en forma muy seria.

Afuera, la tempestad había arreciado, pero ellos no parecían darse cuenta de ello.

—No te aconsejo ponerte contra el Victoria —sugirió Phillip Chen en tono grave.

—Estoy de acuerdo —ratificó Alastair. —No lo haré ... Con tal que *mi* banco coopere. Por un momento, Dunross contempló las ráfagas de lluvia, luego comentó:

—A propósito, he invitado también a Jason Plumm a la Asamblea.

—Y, ¿para qué diablos? —objetó Struan, mientras el cuello volvía a enrojecérsele.

—Entre nosotros y sus Inmuebles Asiáticos, podremos...

—Plumm está en la lista negra de Dirk Struan, como la llamas tú, y nos es absolutamente contrario.

—Los cuatro juntos tenemos voz de mayoría en Hong Kong —interrumpió Dunross.

En ese momento, el teléfono sonó con estruendo. Los tres clavaron la mirada en él.

Alastair Struan comentó en tono agrio:

—Es tu teléfono, no el mío.

Dunross levantó la bocina:

—¡Dunross!

Escuchó un momento. Luego dijo:

—No, el señor Alastair Struan ha dejado el cargo. El tai-pan de Struan ahora soy yo. Sí, Ian Dunross.

¿Qué dice el telex? —escuchó de nuevo—. Sí, gracias.

Colgó la bocina. Al fin, interrumpió el silencio.

—La llamada era de nuestra oficina en Taipei. El *Lasting Cloud* se ha ido a pique frente a la costa de Formosa. Creen que ha zozobrado con toda su tripulación...

I

DOMINGO

18 de agosto de 1963

1
8:45 p.m.

El oficial de policía se apoyaba en una esquina del mostrador de información, observando al euroasiático de elevada estatura, sin demostrarlo. Llevaba un ligero traje tropical, corbata de policía y camisa blanca, y se sentía mucho calor dentro del bien iluminado edificio del aeropuerto. El aire era húmedo, la atmósfera pesada, con un hormigueo de ruidosos chinos, como de costumbre: hombres, mujeres, niños, bebés. Abundancia de cantoneses, algunos asiáticos, unos cuantos europeos.

—¿El superintendente?

Una de las chicas de la información le ofrecía el teléfono. —Es para usted, señor —le dijo.

Le puso el aparato en las manos, con una bella sonrisa. Lucía una blanca dentadura, cabello oscuro, ojos endrinos y cutis dorado encantador.

—Gracias —contestó el aludido.

Al tomar el teléfono observó que la chica era cantonesa y nueva, y no le preocupó el que aquella sonrisa fuera en realidad hueca, sin otro contenido que el de una obscenidad lugareña.

—¿Sí?

—¿Superintendente Armstrong? Esta es la torre... *Yankee 2* acaba de aterrizar. A tiempo.

—¿Será al fin por la entrada 16?

—Sí. Estará allí en seis minutos.

—Gracias.

Robert Armstrong era un hombre de gran cuerpo. Se inclinó sobre el mostrador y colgó el teléfono.

Observó las largas piernas de la chica y la curva de sus caderas dentro del untuoso y muy ajustado *chong-sam* del uniforme, y por un momento se preguntó cómo sería en la cama.

—¿Cómo te llamas?

Hizo la pregunta a sabiendas de que cualquier chino detesta tener nombre con cualquier policía, sobre todo si es europeo.

—Mona Leung, señor.

—Gracias, Mona Leung.

Le hizo una leve inclinación de cabeza, sin quitarle sus pálidos ojos azules de encima, y pudo ver un ligero estremecimiento de temor a lo largo del cuerpo de la chica. Se sintió halagado. Encantado de conocerte —pensó—. Luego volvió a concentrarse en su presa.

El euroasiático, John Chen, estaba de pie junto a una de las salidas, solo. Esto sorprendió al policía.

También lo asombró el verlo nervioso. Por lo común, John Chen era imperturbable, pero esta vez no hacía más que estar mirando de reojo el reloj, para luego clavar la vista en el tablero que anunciaba las llegadas y después volver a ver el reloj.

Un minuto más y empezaremos :—pensó Armstrong.

Hizo el intento de sacar un cigarrillo, pero recordó que hacía dos semanas que había dejado de fumar, como regalo de cumpleaños a su esposa. Lanzó una corta maldición y hundió las manos en los bolsillos.

En torno al mostrador de información, pasajeros asediados y gente que les salía al encuentro, caminaban de prisa, se empujaban, se alejaban para luego volver, preguntando en voz alta dónde, cuándo, cómo y por qué y otra vez dónde, en un número incontable de dialectos. El cantonés lo entendía bien. El shanghainés y el mandarín un poco. Una que otra expresión de Chu Chow, y la mayoría de sus malas palabras. También un poco de taiwanés.

Al fin se alejó del mostrador. Su cabeza sobresalía por encima de la mayoría de la multitud. Era un hombre corpulento, de hombros amplios, andar ágil y atlético. Había pasado diecisiete años en la policía de Hong Kong, y ahora era jefe del DIC (Departamento de Investigaciones Criminales) de Kowloon.

—'ñas noches, John —dijo—. ¿Qué novedad hay?

—¡Hola, que tal, Robert! —repuso al instante John Chen en tono defensivo, con su inglés de acento americano—. Todo está muy bien, gracias. ¿Tú qué tal?

—Muy bien. Tu contacto del aeropuerto avisó a Inmigración que estás esperando un avión especial.

Un avión alquilado, el *Yankee 2*.

—Sí. Pero no es alquilado. Es de propiedad privada. Su dueño es

Lincoln Bartlett, el millonario norteamericano.

—¿Viene en el avión? —preguntó Armstrong, aunque sabía que era así.

—Sí.

—¿Con comitiva?

—Sólo su vicepresidente ejecutivo... y un asesino profesional.

—El señor Bartlett... ¿es un amigo? —sabía que no lo era.

—Es un huésped. Esperamos hacer negocios con él.

—¡Ah, vamos! Bueno, su avión acaba de aterrizar. ¿Por qué no vienes conmigo? Te ahorraré todos los trámites burocráticos. Es lo menos que puedo hacer por la Casa Noble... ¿No te parece?

—Gracias por molestarte.

—No es molestia.

Armstrong se abrió camino a través de una puerta lateral de la sala de aduanas. Un policía uniformado lo miró, le hizo en el acto el saludo de rigor y observó pensativo a John Chen, a quien reconoció sin tardanza.

—Este Lincoln Bartlett —siguió hablando Armstrong con supuesta ingenuidad—... no representa nada para mí... ¿me equivoco?

—No, a menos que tú también estés metido en los negocios —dijo John Chen y se apresuró a añadir en tono nervioso—-. Su sobrenombre es "el incursor", por el éxito de sus incursiones y sus tomas de posesión de otras compañías, la mayoría de las veces mucho mayores que la suya. Es un hombre interesante. Lo conocí en Nueva York el año pasado. Su consorcio se incrementa cada año en un total de casi quinientos millones de dólares. El dice que empezó en 1945 con dos mil dólares prestados.

Ahora está en la petroquímica, en ingeniería pesada, electrónica, misiles, muchos trabajos para el gobierno norteamericano, espumas, productos de espumas de poliuretano, fertilizantes... tiene incluso una compañía que fabrica y vende esquíes, artículos deportivos. Su consorcio es Industrias Par-Con.

Piensa en lo que quieras. El lo tiene.

—Yo pensaba que tu compañía ya lo tiene todo.

John Chen sonrió con cortesía.

—No en Estados Unidos... además, no es mi compañía. Yo soy sólo un accionista menor de Struan, un empleado.

—Pero eres un director y eres el hijo mayor de la Casa Noble Chen, así que serás el próximo jefe de personal nativo.

Por costumbre histórica, el jefe de personal nativo era un hombre de negocios chino o euroasiático, que actuaba como intermediario exclusivo entre la empresa comercial europea y los chinos. Todos los negocios pasaban por sus manos y en ellas se quedaba pegado un poco de todo.

Tanta riqueza y tanto poder —pensó Armstrong—. Sin embargo, con un poco de suerte, podemos derribarte como una paja y a todo Struan contigo. ¡Jesucristo! —se dijo, al darse cuenta de que sólo la posibilidad le dejaba un sabor de morbosa dulzura—. Si eso sucediera, todo Hong Kong estallaría en pedazos.

—Serás el jefe de personal nativo, como tu padre, tu abuelo y tu bisabuelo. Este último fue el primero ¿o no? Sir Gordon Chen, jefe de personal nativo con el gran Dirk Struan, que fundó la Casa Noble y, ¡qué rayos!, casi es el fundador de Hong Kong.

—No. El jefe de personal nativo, de Dirk Struan fue un hombre llamado Chen Sheng. Sir Gordon Chen lo fue con el hijo de Dirk, Culum Struan.

—Eran medio hermanos, ¿verdad?

—Eso dice la leyenda.

—¡Eso es... las leyendas! ¡Vaya cosas que, nos inculcan! Culum Struan, otra leyenda de Hong Kong. Pero Sir Gordon es también una leyenda... Tú eres afortunado.

¿Afortunado? —se preguntó John Chen con amargura. Ser descendiente del hijo ilegítimo de un pirata escocés, traficante de opio, genio del mal, de la prostitución y asesino; (si todas las historias son verdaderas) y de una chica cantante cantonesa, comprada en un burdel insignificante e indecente que todavía existe en un callejón inmundo de Macao, ¿eso es ser afortunado? Ser consciente de que casi todo el mundo en Hong Kong conoce tu árbol genealógico y de que las dos razas te desprecian, ¿eso es ser afortunado?

—No tengo nada de afortunado —objetó, tratando de mantener la calma en lo exterior.

En medió de la cabellera oscura tenía mechones de pelo entrecano. Su rostro era el de un hombre anglosajón apuesto aunque con los carrillos un tanto caídos y los oscuros ojos

ligeramente asiáticos.

Tenía cuarenta y dos años, se vestía con ropa tropical, de corte impecable, siempre con zapatos Hermes y reloj Rolex.

—No estoy de acuerdo —contradijo en tono sincero Armstrong —. Ser jefe de personal nativo en Struan, la Casa Noble de Asia... es mucho... es algo muy especial.

—Sí, es muy especial— convino John Chen, con una voz sin expresión.

Desde que tenía memoria, su genealogía, lo había acosado como maldición. Podía sentir cómo lo observaban, los ojos de los demás. Si, a él, al hijo mayor, al siguiente en la línea. Podía sentir la eterna codicia y la envidia. Esto lo había aterrado sin cesar, a pesar de todo lo que había luchado por dominar el terror. Jamás había querido nada del poder ni de la responsabilidad. Apenas el día anterior, había tenido otro altercado con su padre; peor que los anteriores.

—¡Yo no quiero nada de Struan! —le había gritado— ¡Por centésima vez, quiero salir de este maldito Hong Kong, quiero volver a los Estados Unidos, quiero vivir mi propia vida como me plazca, donde yo quiera y como yo quiera!

—¡Por milésima vez, escúchame! Te mandaré a Nort...

—Déjame hacerme cargo de nuestros intereses estadounidenses, padre, por favor. ¡Hay más que suficiente que hacer! Podrías ponerme en las manos un par de mili...

—¡Baaastaaa! ¡Escúchame! ¡Aquí, en Hong Kong y en Asia es donde ganamos nuestro dinero! Te mandé a la escuela en Norteamérica para preparar a la familia para el mundo moderno. Tú estás preparado. Es tu deber con tu fam...

—Ahí está Richard, padre, y Kevin el chico. Richard es diez veces más hombre de negocios que yo, y aquí estoy yo, haciéndome pedazos... ¿Qué me dices del tío Jam...

—¡Tú harás lo que yo diga! ¡Santo Dios! Tú sabes que este norteamericano Bartlett es vital para nosotros. Necesitamos tus cono...

—...tío James o el tío Thomas. El tío James sería el mejor para ti, el mejor para la familia y el me...

—Tú eres mi primogénito. Eres la próxima cabeza de la familia y el próximo jefe de personal nativo.

—¡No lo seré, vive Dios!

—¡Entonces no tendrás ni un cobre en efectivo!

—¡Por cierto que eso no cambiaría gran cosa mi situación! Todos nosotros estamos a sueldo de hambre, no obstante lo que piensen los de afuera... ¿Cuánto vales tú? ¿Cuántos millones? ¿Cincuenta? ¿Setenta? ¿Un cen...?

—Si no me pides disculpas en el acto y pones fin a todas estas necedades, de una vez por todas, te ceso en el acto, ¡en este instante!

—Te pido disculpas por haberte hecho enojar, pero no cambiaré. ¡No cambiaré nunca!

—Te doy de plazo hasta mi cumpleaños. Ocho días, ocho días para que te vuelvas un hijo obediente. Es mi última palabra. Si para esa fecha no eres un hijo obediente, te cerceno a ti y a tu descendencia del árbol familiar, ¡para siempre! ¡Ahora márchate!

El estómago sé le retorcía molesto. Detestaba las interminables disputas en que su padre se ponía apoplético de rabia, su mujer se deshacía en lágrimas, sus hijos se sentían aterrados, su madrastra, hermanos y primos se llenaban de maligna satisfacción, porque querían que se marchara. Era lo que querían todas sus hermanas, la mayoría de sus tíos y sus respectivas esposas. Envidia, codicia. ¡Al diablo con todo... y con ellos! —pensó- Pero su padre tenía razón en cuanto a Bartlett, si bien no del modo como él creía. No —se dijo John—; éste es para mí. Este negocio es mío. Sólo este. Después seré libre para siempre.

A la sazón habían atravesado ya casi todo el largo y muy iluminado pasillo de las aduanas.

—¿Vas a participar en las carreras el sábado? —preguntó John Chen.

—¡Quién no!

La semana anterior, con gran éxtasis para todos, el inmensamente poderoso Turf Club, con su monopolio exclusivo de carreras de caballos, que era la única forma legal de apuestas permitida en la Colonia, había promulgado un boletín especial: "Aunque nuestra temporada formal no empieza este año sino el 5 de octubre, con la amable autorización de nuestro ilustre gobernador, Sir Geoffrey Allison, los mayordomos han decidido declarar el sábado 24 de agosto un Día de Carreras muy Especial, para disfrute

de todos y como un saludo a nuestra noble población obrera, que ha sabido soportar con fortaleza el grave peso de una sequía que es la segunda en gravedad de nuestra historia...

—He oído decir que ustedes tienen a Golden Lady para correr en la quinta —propuso Armstrong.

—El entrenador dice que tiene posibilidades. Por favor ven a casa de mi padre a tomar una copa con nosotros. Yo podría aprovechar alguna de tus sugerencias. Tú eres un gran quinielista.

—Simplemente, afortunado. Pero mis diez dólares de cada lado, difícilmente pueden compararse con tus diez mil.

—Pero eso es sólo cuando corre uno de nuestros caballos. La temporada pasada fue un desastre... Me hacía falta un triunfador.

—A mí también - ¡Oh, Dios! ¡Vaya si necesito a un triunfador! —pensó Armstrong. Pero tú, Johnny Chen, a nadie le importa un comino si pierdes o ganas diez mil o cien mil. Procuró poner freno a sus celos crecientes. Cálmate,—se dijo—. Los estafadores son un hecho, y tu tarea es atraparlos si puedes

. Por más ricos, por más poderosos que sean... y estar contento con tu paga miserable, mientras en cada esquina de la calle se acuña moneda de plata sin límite. Por qué envidiar a este desgraciado. De un modo o de otro, este es para el matadero.

—A propósito, mandé a un guardia para que traiga tu coche del otro lado de la entrada. Estará esperando frente a la pasarela hasta que lleguen tú y tus huéspedes.

-Eso es magnífico. Gracias. Siento que te hayas tomado esa molestia.

—No es molestia. Es cuestión de impresionar. ¿O no? Pensé que debía ser algo muy especial para que vinieras tú en persona —y no pudiendo resistir la tentación de dar otro pinchazo, Armstrong concluyó—; como te dije, nada es demasiada molestia para la Casa Noble.

John Chen conservó su sonrisa cortés, pero pensó "¡mal rayo te parta!" Te toleramos por ser quien eres, un policía muy importante, lleno de envidia, con deudas hasta la coronilla, corrupto sin duda alguna, y que además no sabe nada de caballos: ¡Mal rayo te haga añicos! *Dew neh loh moh* a todas tus generaciones —pensó John Chen, si bien mantuvo la obscenidad cuidadosamente oculta pues, aunque Armstrong era cordialmente odiado por toda la *yan* (la

población) de Hong Kong, John Chen sabía por larga experiencia que la astucia despiadada y vengativa del policía era digna de un inmundo manchú. Se llevó la mano a la media moneda que llevaba pendiente de una delgada cinta de cuero, alrededor del cuello. Los dedos le temblaron al tocar el metal, a través de la camisa. Sé estremeció sin querer.

—¿Qué sucede? —le preguntó Armstrong.

—Nada. Nada en absoluto.

Por quien tienes que preocuparte es por ti mismo —pensó John Chen.

Habían atravesado ya la sala de aduanas y estaban en las oficinas de inmigración. Afuera, la noche era oscura. Líneas de gente ansiosa, inquieta y cansada esperaba frente a los impecables y pequeños escritorios de los oficiales uniformados de inmigración, cuyo rostro lucía con su clásica expresión de frialdad. Esos hombres saludaron a Armstrong. John Chen pudo sentir sobré su persona el peso de aquellos ojos escrutadores.

Como de costumbre, el estómago se le revolvió al tener que hacer frente a su indagación, si bien estaba por completo a salvo de todas sus preguntas de sondeo. Tenía un pasaporte británico en orden, no uno de segunda clase de Hong Kong, y además su Tarjeta Verde (el pasaporte de los extranjeros residentes), la más inapreciable de sus posesiones, que le daba acceso libre a los Estados Unidos, para trabajar, jugar y vivir en ese país, en una palabra, le daba todos los privilegios de un ciudadano norteamericano, con la única excepción del derecho a votar.

Quién necesita votar —pensaba—, mientras observaba a uno de los hombres, detrás de él, que se esforzaba por mantener la entereza, pero no podía menos de sentirse desnudo ante la mirada del oficial.

—¿El superintendente? —preguntó uno de los oficiales, con el teléfono en la mano—. Es para usted, señor.

John Chen observó a Armstrong dar unos pasos atrás para tomar la llamada, y se preguntó qué se sentiría ser policía, con tantas oportunidades para recibir sobornos. También se preguntó, por millonésima vez, qué se sentiría ser por completo británico o por completo chino, en vez de ser euroasiático, a quien unos y otros desprecian.

Vio que Armstrong escuchaba con mucha atención. Luego, por encima de todo el murmullo, alcanzó a oír que contestaba: —No. Simplemente esquívalo. Yo trataré personalmente con él. Gracias, Tom.

Armstrong volvió. —Perdón —se disculpó.

Luego avanzó al otro lado del cordón de inmigración, subió a un pequeño corredor y de allí al salón.

destinado a los Pasajeros Ilustres. Era un recinto bien arreglado y amplio con un servicio de bar y una buena perspectiva del aeropuerto, de la ciudad y de la bahía. Estaba vacío, con excepción de dos oficiales de inmigración y de aduanas y uno de los hombres de Armstrong que aguardaba junto a la entrada 16: una puerta de vidrio que conducía a la pista de aterrizaje iluminada. Podían ver el 707 que avanzaba a colocarse dentro de sus marcas.

—'ñas noches, sargento Lee —saludó Armstrong—, ¿todo preparado?

—Sí, señor. *Yankee 2* apagará sus motores en este momento.

El sargento saludó de nuevo y abrió la puerta para que salieran. Armstrong dirigió una mirada a John Chen, sabedor de que el cuello de la trampa estaba casi cerrado: —Después de usted.....

John Chen salió a la pista de aterrizaje.

Yankee 2 se erguía por encima de ellos. Sus motores, casi apagados, no dejaban salir ya más que un leve rumor sordo. Una tripulación de tierra facilitaba la colocación de la plataforma de descenso, movida por un motor. A través de las pequeñas ventanillas podían ver la cara de los pilotos ligeramente iluminada. De un lado, en la sombra, estaba el Rolls Royce azul oscuro, Silver Cloud, de John Chen. Junto a la puerta, el chofer chino uniformado.Cerca de el, un policía.

La puerta principal de la cabina del avión se abrió, y un miembro uniformado de la tripulación salió a saludar a los dos oficiales del aeropuerto, que esperaban en la plataforma. Entregó a uno de ellos un sobre con la documentación del aeroplano y las declaraciones de llegada, y empezó a charlar en tono afable. Luego todos se hicieron a un lado, en un gesto deferente y saludaron con cortesía.

La chica lucía alta, viva, exquisita y ... norteamericana.

Armstrong dejó escapar un ligero silbido:

—Uiiiiiuuu...

—Bartlett tiene buen gusto —musitó John Chen, mientras el corazón se le aceleraba.

La vieron bajar la escalinata, mientras ambos se perdían en comentarios muy masculinos:

—¿Crees que sea una modelo?

—Se mueve como ellas. ¿Podrá ser estrella de cine?

John Chen se adelantó.

—Buenas noches. Soy John Chen, de Struan. Vengo a recibir al señor Bartlett y al señor Tchuluck. —

Ah, sí, claro. Es muy amable de su parte, señor Chen, sobre todo en domingo. Mucho gusto en conocerlo. Yo soy K. C. Tcholok. Dice Linc que si usted...

—¿Casey Tchuluck? —interrumpió embobado con la chica John Chen— ¿Sí?

—Sí —repuso ella, mientras su amable sonrisa disculpaba con paciencia el error de pronunciación—. Como usted ve, señor Chen, mis iniciales son K. C; así fue como mi sobrenombre se convirtió en *Casey*.

Luego la chica dirigió una mirada a Armstrong. —'ñas noches. ¿También usted es de Struan?— Su voz era melodiosa.

—¡Oh, eh, disculpe! Es el superintendente Armstrong —tartamudeó John Chen, tratando todavía de reponerse de la sorpresa.

—r'nas noches —saludó Armstrong, observando que era todavía más atractiva de cerca—. Bienvenida a Hong Kong.

—Gracias... ¿Superintendente? ¿Eso quiere decir policía?

En ese momento, el nombre ocupó el lugar adecuado en su mente.

¡Ah! Armstrong... ¡Robert Armstrong! ¿El jefe del DIC de Kowloon?

El disimuló su sorpresa.

—Está usted muy bien informada, señorita Tcholock. Ella rió de buena gana.

—Es sólo parte de mi rutina de trabajo. Cuando voy a un sitio nuevo, sobre todo si es como Hong Kong, mi tarea consiste en ir preparada... Por eso mando traer las listas de nombres al día.

—Nosotros no tenemos listas publicadas.

—Lo sé. Pero el gobierno de Hong Kong publica un libro telefónico gubernamental, que cualquiera puede comprar por unos cuantos céntimos. Yo no hice más que mandar traer uno de ellos. Allí aparecen listas de todos los departamentos de policía... los jefes de departamentos. La mayoría con los números telefónicos de su casa... junto con todas las demás oficinas de gobierno. Lo obtuve a través de su oficina de Relaciones Públicas de Hong Kong en Nueva York.

—¿Quién es el jefe de la sección especial? —le preguntó para ponerla a prueba.

No sé. No creo que ese departamento aparezca en la lista... ¿me equivoco?

—A veces sí aparece.

Un ligero gesto se dibujó en las cejas de la chica. —¿Usted viene a recibir a todos los aeroplanos particulares, superintendente?

—Sólo a los que yo quiero—repuso él sondándole—. Sólo a los que traen a bordo bellas damas bien informadas.

—¿Hay algo malo? ¿Hay algún problema?

—Oh, no. Simple rutina. Kai Tak es parte de mi responsabilidad —respondió Armstrong con espontaneidad—. ¿Me permite su pasaporte por favor?

—Desde luego.

La chica frunció más el entrecejo mientras abría su bolso de mano y entregaba su pasaporte estadounidense.

Años de experiencia hacían que esta inspección fuera sumamente detallada.

—Nacida en Providence, Rhode Island, el 25 de noviembre de 1936. Estatura 1.70 m, cabello rubio, ojos color avellana.

Este pasaporte tiene todavía dos años de validez —pensó Armstrong—. Así que... veintiséis años, ¿eh? Yo le habría calculado menos, pero hay algo extraño en sus ojos si uno la ve de cerca.

Con aparente descuido fue pasando las hojas del documento. Su visa de tres meses para Hong Kong estaba todavía Vigente y en orden. Había una docena de sellos de inmigración, todos de Inglaterra, Francia, Italia y Sudamérica. Con excepción de una. URSS, con fecha de julio de ese mismo año. Una visita de siete días. Reconoció el sello de Moscú.

—¡Sargento Lee!

—¿Sí señor?

—Que le pongan el sello.

Dio la orden con espontaneidad y sonrió a la chica.

—Está admitida. Puede permanecer más o menos todo el tiempo que desee. Hacia el final de los tres meses, acuda a la oficina de policía más cercana y le extenderemos la visa.

—Muchas gracias.

—¿Piensa quedarse con nosotros un tiempo?

—Dependerá de nuestro arreglo de negocios —repuso Casey después de breve pausa; luego sonrió a John Chen—. Esperamos que nuestros negocios duren mucho tiempo.

John Chen confirmó:

—Sí... eh... nosotros también lo esperamos.

El hombre seguía desconcertado. La mente continuaba dándole vueltas. En verdad no es posible que Casey Tcholok sea una mujer —pensó.

En pos de ellos, el sobrecargo Sven Svensen bajó a salto a la escalinata, con dos maletas de avión.

—Aquí tienes, Casey. ¿Estás segura de que te basta esto para hoy en la noche?

—Sí. Estoy segura. Gracias, Sven,

—Dijo Linc que procedieras. ¿Necesitas ayuda en la aduana?

—No, gracias. El señor John Chen tuvo la amabilidad de venir a encontrarnos, lo mismo que el superintendente Armstrong, jefe del DIC de Kowloon. .

—Muy bien —Sven estudió pensativo al policía un momento—. Será mejor que regrese.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Creo que sí —respondió Sven con un gesto—. Los aduaneros están revisando lo que traemos en bebidas y cigarrillos.

Sólo cuatro cosas estaban sujetas a permiso de importación o a alguna forma de aranceles en la Colonia: oro, licores, tabaco y gasolina. Y sólo una cosa se consideraba contrabando (aparte los narcóticos), y estaba prohibida con toda severidad: toda clase de armas de fuego y munición para ellas.

Casey sonrió a Armstrong y comentó:

—No traemos arroz a bordo, superintendente. Linc no lo come.

—Entonces aquí no le espera nada bueno.

La chica rió y se dirigió a Svensen:

—Te veré mañana. Gracias.

—¡A las 9 de la mañana, en punto!

Svensen volvió al aeroplano y Casey se dirigió a John Chen. —Linc dijo que no lo esperáramos.

Confío en que todo esté en orden —le explicó.

—*¿Cómo?*

—¿Nos vamos? Estamos registrados en el hotel Victoria y Albert, en Kowloon.

Hizo el intento de tomar sus maletas, pero un mozo surgió de la oscuridad y le ayudó con ellas.

—Linc vendrá después... o mañana.

John Chen la contemplaba embobado. Al oírla preguntó:

—¿Quiere decir que el señor Bartlett no viene?

—No. Va a quedarse en el aeroplano a pasar la noche, si le dan permiso. Si no, nos seguirá en un taxi.

En todo caso estará con nosotros mañana para la comida del mediodía, como hemos convenido. ¿La comida está en pie, verdad?

—Sí, claro, pero... —John Chen se esforzaba por hacer trabajar su mente—... ¿Eso quiere decir que cancelan la reunión de las 10 de la mañana?

—¡No, no! Yo asistiré a ella, tal como estaba previsto. A Linc no se le esperaba para esa reunión. Es sólo de asuntos financieros, no de líneas de acción. Señor Chen, estoy segura de que usted comprende que Linc está muy cansado. Apenas ayer llegó de Europa...

En ese momento, la chica dirigió la mirada a Armstrong:

—El capitán del avión preguntó a la torre de control si Linc podía pasar la noche en el aparato, superintendente. Ellos se dirigieron al departamento de inmigración y éstos prometieron darnos su respuesta, pero supongo que nuestra petición llegará por los canales debidos hasta la oficina de usted.

Apreciaríamos mucho que la aprobara. En realidad ha andado ya demasiado en la agitación de los viajes aéreos.

Armstrong acertó a responder:

—Conversaré con él del asunto.

—Bueno, gracias. Muchas gracias —contestó ella, y dirigiéndose a John Chen comentó—. Me apenan, todas estas molestias, señor

Chen. ¿Nos vamos?

Empezó a caminar hacia la entrada 16. El mozo la seguía. Pero John Chen señaló su Rolls:

—No. Por acá por favor, señorita Tchu es decir, Casey.

Ella abrió los ojos con sorpresa. —¿Quiere decir que no habrá aduana?

—No por esta noche—contestó Armstrong, a quien empezaba a gustarle la chica—. Un regalo del gobierno de Su Majestad. —Siento como si visitara a la Realeza. —Todo es parte del servicio.

Entró al coche. El olor a piel del revestimiento interior era muy agradable... y lujoso. Pero luego observó que el mozo entraba de prisa por la puerta del edificio del aeropuerto, y protestó:

—¿Adonde llevan mis maletas?

—No se preocupe por ellas —contestó John Chen molesto—. Llegarán a la suite de su hotel antes que usted.

Armstrong se apoyó en la portezuela un momento y explicó:

—John vino aquí con dos automóviles: uno para usted y el señor Bartlett y otro para equipaje.

—¿Dos automóviles?

—Por supuesto. No olvide que ahora está en Hong Kong.

Vio alejarse el auto y pensó: Linc Bartlett es un hombre afortunado. Luego, distraídamente se preguntó por qué los Servicios Especiales de Inteligencia (S.I.) tendrían interés en ella.

—Simplemente vaya al aeroplano y revise personalmente el pasaporte de la chica —le había dicho el director del S.I. esa mañana— También el del señor Lincoln Bartlett.

—¿Puedo preguntar por qué, señor?

—No, Robert, no puede preguntar por qué. Usted ya no pertenece a esta sécción... Tiene un cómodo y buen empleo en Kowloon, una positiva canonjía, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y, por favor, Robert, no vaya a complicar esta noche la operación. Es posible que haya muchos nombres importantes involucrados. Tenemos que pasar por dificultades muy serias para mantenerlos a ustedes al corriente de lo que traen entre manos los facinerosos.

—Sí, señor.

Armstrong lanzó un suspiro al recorrer la escalinata, seguido del

sargento Lee. *Dew neh loh moh* a todos los oficiales de alto rango, en especial al Director de los S.I.

Uno de los oficiales aduaneros estaba esperando en la cima de la escalinata del avión con Svensen.

—Buenas noches, señor —saludó—; todo está en orden aquí. Hay una 38 con una caja de un centenar de cartuchos, todavía cerrada, como parte del cargamento. También una pistola ligera Verey.

Hay además tres rifles de caza y un calibre doce con su parque, que es propiedad del señor Bartlett.

Todo está consignado en la declaración. Yo ya lo inspeccioné. Hay también un estuche de rifles, cerrado con llave, en la cabina principal. El capitán tiene la llave.

—Bueno.

—¿Me necesita para algo más, señor? —No, gracias.

Armstrong tomó la declaración del aeroplano y empezó a revisarlo. Había allí grandes cantidades de vino, cigarrillos, tabaco, cerveza y licores. Diez cajas de Dom Pérignon '59, quince Puligny Montrachet '53, nueve Chateau Haut Brion '53.

¿Nada de Lafite Rotschield 1916, señor Svensen?—preguntó con una leve sonrisa.

—No señor —repuso el aludido con un gesto—; la vendimia del '16 fue muy mala. Pero hay media caja de la de 1923. Está en la siguiente página.

Armstrong dio vuelta a la hoja. Había una lista de más vinos y cigarros puros.

—Bueno .—comentó—. Claro que todo esto está detenido aquí mientras permanezca el avión en tierra.

—Sí señor. Lo tengo todo cerrado con llave. Su hombre ya le puso etiquetas. Dijo que no había objeción para que dejáramos un paquete de doce cervezas en el refrigerador.

—Si el dueño quiere importar alguno de los vinos, no tiene más que notificármelo. No pondremos obstáculo. Será cuestión de una modesta alcabala para el fondo de las arcas de Su Majestad.

—¿Cómo, señor? —preguntó Svensen desconcertado.

—¿Qué? ¡Ah! No es más que un dicho inglés. Alude, al cajón inferior de la cómoda de una dama, donde suele guardar las cosas que necesitará en el futuro. Disculpe. ¿Me permite su pasaporte?

El documentó migratorio de Svensen era canadiense. —Gracias.

—¿Puedo presentarlo con el señor Bartlett? Está esperándolo.

Svensen entró al avión, indicando el camino al oficial. El interior del aparato era elegante, pero sencillo. Inmediatamente después del pequeño pasillo había un lugar de estar, con media docena de cómodas sillas dé cuero y un sofá. Una puerta central mantenía cerrado el resto del avión, detrás de ese recinto. En una de las sillas estaba una azafata medio dormida, con su equipaje al lado. A la izquierda se hallaba la puerta de la cabina del piloto. Estaba abierta.

El capitán y su primer oficial/copiloto estaban en sus respectivos asientos, revisando aún su documentación.

-Disculpe capitán —interrumpió Svensen—: le presento al superintendente Armstrong —luego sé hizo a un lado para dejarlo pasar.

—'ñas noches, superintendente—-saludó el aludido—. Soy el capitán Jannelli. Este es mi copiloto, Bill O'Róurke.

—'ñas noches. ¿Me permiten ver sus pasaportes, por favor?

Ambos ostentaban un cómulo de visas y sellos de inmigración internacionales. Ninguno de los países detrás de la cortina de hierro. Armstrong los entregó al sargento Lee para que los sellara.

—Gracias, capitán. ¿Es ésta su primera visita a Hong Kong?

—No señor. He estado aquí un par de veces. Una en plan de descanso y recuperación, durante la guerra de Corea. Luego hice un viaje de seis meses con Far Eastern como primer oficial, en su ruta alrededor del mundo en '56, durante los tumultos.

—¿Qué tumultos? —preguntó O'Róurke.

—Cuando todo Kowloon quedó deshecho. Un par de centenares de miles de chinos se lanzaron a un asalto repentino, agitando y quemando lo que podían. Los uniformados... perdón, la policía trató de apaciguarlos con paciencia, pero luego la muchedumbre empezó a matar gente, así que los uniformados, policías, sacaron un par de armas Stern y mataron a una media docena de alborotadores, y todo el trastorno se calmó sin tardanza. Aquí sólo la policía tiene armas de fuego. Me parece una magnífica idea.

Luego, dirigiéndose a Armstrong, comentó:

—La gente de usted hizo toda una labor, en mi opinión.

—Gracias, capitán Jannelli. ¿De dónde salió este vuelo?

—De L. A. es decir, Los Angeles. La oficina central de Linc... quiero decir, del señor Bartlett, está allí.

—¿Su ruta fue Honolulú, Tokio, Hong Kong?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo se detuvieron en Tokio?

Bill O'Rourke entregó en el acto la bitácora. —Dos horas diecisiete minutos. Fue sólo una parada para cargar combustible, señor.

—¿Sólo el tiempo suficiente para estirar las piernas? Jannelli intervino:

—Yo fui el único que salió del aparato. Siempre reviso el mecanismo, el tren de aterrizaje, y cada vez que paramos hago una inspección exterior.

—Es una buena costumbre —comentó el policía en tono cortés —. ¿Cuánto tiempo van a quedarse aquí?

—No sabemos. Depende de Linc. Con toda seguridad hoy en la noche. No podríamos salir antes de las 2 de la tarde. Nuestras órdenes son estar preparados para ir a cualquier parte en cualquier momento.

—Usted tiene un magnífico avión, capitán. Cuenta con la aprobación para estar aquí hasta las 2 de la tarde. Si necesita más tiempo, comuniquese con el control de tierra antes de esa hora. Cuando estén listos no tienen más que pasar a la aduana, por esa entrada. Les ruego que pase toda la tripulación, junta, por favor.

—Sí, claro. Tan pronto como hayamos llenado el tanque de combustible.

—¿Están enterados usted y toda su tripulación de la absoluta prohibición de importar toda clase de armas de fuego a la Colonia? Aquí en Hong Kong nos ponen muy nerviosos esas armas.

—A mí también, superintendente. En cualquier parte. Por eso guardo la única llave del estuche de armas.

—Muy bien. Cualquier problema que surja, por favor comuniquese a mi oficina.

Armstrong salió de la cabina del piloto y pasó al interior del avión. Svensen lo precedía. Jannelli observó cómo inspeccionaba el pasaporte de la azafata, Jenny Pollard. Era una chica bonita.

—¡Hijo de tal..! —dijo entre dientes—. Algo me huele mal aquí.

—¿Qué?

—¿Desde cuándo las barras del DIC revisan los pasaportes por amor de Dios? ¿Estás seguro de que no traemos nada que llame la atención?

—¡Claro que no! Siempre reviso todo. Incluso los armarios de Sven. Por supuesto, no me meto con las cosas de L i n c . . . ni las de Casey ... pero esos dos no harían ninguna tontería.

—Yo he guiado su avión durante cuatro años, y ni siquiera una vez... Sin embargo, tengo la clara sensación de que algo anda mal aquí.

En actitud de fastidio, Jannelli se dio vuelta y se acomodó en su asiento con más comodidad.

—¡Caramba! Te aseguro que me vendría muy bien un masaje y una semana libre.

En la cabina del avión, Armstrong entregaba al sargento Lee el pasaporte, para que lo sellara.

—Gracias, señorita Pollard.

—Gracias a usted.

—Es toda la tripulación, señor —dijo Svensen—. Ahora el señor Bartlett.

--Sí, por favor.

Svensen llamó a la puerta central y la abrió sin esperar.

—Linc, aquí está el superintendente Armstrong —anunció en un tono de confianza informal.

—¡Hola! —saludó Linc Bartlett, extendiendo la mano y levantándose de detrás del escritorio—.

¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias. Tal vez una taza de café.

Svensen salió en el acto a la cabina del aparato.

—Ahora la traigo --prometió.

—Siéntase en casa. Aquí está mi pasaporte —dijo Bartlett—. No tardo más que un momento.

Volvió a sentarse y siguió escribiendo a máquina con los dedos.

Armstrong estudió con toda calma el documento. Bartlett tenía cabello de color arenoso y ojos con tonalidades azules y grises. Su rostro era el de un hombre enérgico y bien parecido. Cuerpo esbelto; Camisa deportiva y pantalón de mezclilla azul. Examinó el pasaporte. Nacido en Los Angeles, el l0 de octubre de 1922. Se ve joven, para tener cuarenta años —pensó—. Sello migratorio de

Moscú, lo mismo que Casey Tcholok. No había más visitas tras la Cortina de Hierro.

Los ojos de Armstrong recorrieron el recinto. Era espacioso, de toda la amplitud del avión. En la parte posterior había un breve corredor central con dos cabinas al lado y dos baños. Y al final una última puerta que Armstrong supuso que sería la suite principal.

La cabina estaba equipada como si fuera un centro de comunicaciones. Teletipo, conexiones para teléfono internacional, máquinas de escribir empotradas. Sobre una pared divisoria, un reloj iluminado con los horarios del mundo. Muebles de archivo, aparato duplicador y un escritorio empotrado, con cubierta de cuero, sembrado de papeles. Estantes con libros. Libros de impuestos. Unos cuantos libros a la rústica. El resto eran libros de guerra o sobre generales, o escritos por ellos. Los había por docenas. Wellington, Napoleón, Patton, *Crusade in Europe,* de Eisenhower y *The Art of War,* de Sun Tzu.

—Aquí tiene... —dijo Svensen, interrumpiendo la inspección de Armstrong y ofreciéndole el café.

—Gracias, Svensen.

Tomó la taza y le puso una poca de crema. Svensen puso junto a Bartlett una nueva lata de cerveza helada, recién abierta y retiró la vacía. Luego salió de nuevo a la cabina, cerrando la puerta. Bartlett tomó un sorbo de cerveza, releyó lo que había escrito y oprimió un botón. Svensen acudió en el acto.

—Dile a Jannelli que pida a la torre que despachen esto.

Svensen asintió con la cabeza y salió. Bartlett relajó los hombros, se dio vuelta en la silla giratoria y dijo:

—Discúlpeme... Tenía que arreglar eso sin tardanza.

—Está bien, señor Bartlett. Su solicitud de permanecer aquí durante la noche ha sido aprobada.

—Gracias, muchas gracias. ¿Puede quedarse también Svensen? —interrogó vacilante Bartlett—. No soy lo que puede llamarse un buen amo de casa.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo permanecerá aquí su aeroplano?

—Dependerá de nuestra reunión de mañana, superintendente. Esperamos hacer negocios con Struan.

Una semana... diez días.

—Entonces tendrá que estacionarlo en otro sitio mañana.

Tenemos otro vuelo de gente prominente que llega mañana a las 4 de la tarde. Advertí al capitán Jannelli qué tendrá que llamar por teléfono al control de tierra antes de las 2 p.m.

—Gracias... Dígame, ¿el jefe del DIC de Kowloon suele ocuparse del estacionamiento de aviones aquí?

Armstrong sonrió.

—Me gusta estar al tanto de lo que pasa en mi división. Es una costumbre tediosa, pero la tengo demasiado incrustada. No es frecuente que tengamos aviones particulares de visita. . . ni que el señor Chen venga a recibir a alguien en persona. Nos gusta facilitar las cosas, si podemos. Struan es dueño de la mayor parte del aeropuerto y John es un amigo personal. ¿Es también viejo amigo suyo?

—Pasé una temporada con él en Nueva York y en Los Angeles y le tengo mucho afecto... Dígame, superintendente, este aeroplano es mi cen…

En ese momento sonó uno de los teléfonos. Bartlett tomó la bocina.

—¡Oh! Hola, Charlie, ¿qué sucede en Nueva York? ¡Jesucristo! Eso es grande. ¿Cuánto?.. Muy bien, Charlie, pero todo él paquete . Sí, las 200,000 acciones . Claro, que sea lo primero el lunes en la ma-

ñana, en cuanto abra el mercado. Mándame una confirmación por telex.

Colgó la bocina y volvió a dirigirse a Armstrong.

—Perdón... Y, dígame, superintendente, éste es mi centro de comunicaciones. Sin él estoy perdido. Si estacionamos el avión durante una semana, ¿hay inconveniente en que entremos y salgamos de él?

—Temo que pudiera resultar azaroso, señor Bartlett... —¿Eso quiere decir sí, no, ó quién sabe?

—¡Oh! Es caló para dar a entender que hay dificultad. Lo siento, pero nuestra sección de seguridad de Kai Tak es muy exigente.

—Si tuviera que emplear más hombres, yo pagaría con gusto.

—Es asunto de seguridad, señor Bartlett, no de, dinero. Usted podrá comprobar que el sistema telefónico de Hong Kong es de primera clase.

Al decir esto, pensaba también: "Así será más fácil para los

Servicios Especiales de Inteligencia vigilar tus llamadas".

—Bueno, si le es posible, yo le agradecería mucho. . Armstrong tomó un sorbo de café y preguntó.

—¿Es ésta su primera visita a Hong Kong?

—Sí, señor. Es la primera vez que vengo a Asia. Lo más lejos que había llegado era Guadalcanal, en 1943.

—¿Con el ejército?

—Sargento, división de ingenieros. Sección de construcción, éramos los que edificábamos cualquier cosa: hangares, puentes, campamentos.. . todo. Fue una gran experiencia —-tomó otro sorbo de cerveza—. ¿Está seguro de que no puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias —Armstrong terminó su café y dio trazas de empezar a ponerse de pie—. Le agradezco el café —dijo.

—Ahora —interpuso Bartlett—, ¿puedo yo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo es ese Dunross, Ian Dunross... el director general de Struan?

—*¿El* tai-pan? —Armstrong soltó una franca carcajada—. Eso depende de la persona a la que usted interrogue, señor Bartlett. ¿Nunca se lo han presentado?

—No. Todavía no. Lo conoceré mañana. A la hora de comer. ¿Por qué lo llama *el tai-pan?*

—Tai-pan quiere decir "gran jefe" en cantones. Designa a la persona que tiene el poder supremo. Para los chinos, los dirigentes europeos de todas las viejas compañías comerciales son tai-pans. Pero aun entre los mismos tai-pans está siempre el máximo: *El* tai-pan. A la casa Struan se le da el sobrenombre de "la Casa Noble", o "Ilustre *Hong".* Hong significa compañía. Es un nombre que se remonta a los principios del comercio chino y a los primeros días de Hong Kong. Esta ciudad fue fundada en 1841, el 26 de enero, para ser exactos. El fundador de Struan y Compañía fue una leyenda.

Lo es todavía en cierto sentido: Dirk Struan. Algunos dicen que era un pirata, otros que era un príncipe. Sea lo que fuere, hizo una fortuna haciendo contrabando de opio de la India a China. Luego convertía ese dinero en tés chinos que mandaba a Inglaterra en una flota de navíos chinos rápidos. Se convirtió en emperador del

comercio, se ganó el título de *el* tai-pan, y desde entonces, la casa Struan siempre ha tratado de ser la primera en todo.

—Y, ¿lo son?

—Bueno ... hay un par de compañías que les pisa los talones, sobre todo Rothwell-Gornt... Sin embargo, yo diría que sí, son los primeros. Lo cierto es que no hay una sola cosa que venga a Hong Kong o salga de aquí, se coma, se entierre o se fabrique, en la que de alguna manera no meta mano Struan, Rothwell-Gornt, Inmuebles Asiáticos, Blacs (el Banco de Londres y China) o el Banco de Victoria.

—Y, Dunross, en lo personal, ¿cómo es?

Armstrong reflexionó un momento, luego dijo a la ligera:

—Repito que depende mucho de la persona a quien usted le pregunte, señor Bartlett. Yo lo conozco muy poco, en plan social... Nos encontramos de tarde en tarde, en las carreras. Tuve dos reuniones oficiales con él. Es una persona encantadora. Muy capaz en su cargo... Creo que podría yo resumir mi descripción diciendo que es *brillante.*

—¿El y su familia son dueños de gran parte de Struan?

—Eso sí no lo sé con seguridad. Es más, dudo que lo sepa alguien fuera de la familia. Pero sus activos no son la clave en el escritorio del tai-pan. ¡Oh, no! No en la casa Struan. De eso estoy muy seguro —

los ojos de Armstrong se clavaron en los de Bartlett cuando comentó—: Algunos dicen que Dunross es despiadado y dispuesto a matar. Sé que a mí no me gustaría tenerlo de enemigo.

Bartlett tomó otro trago de cerveza, y las cortas líneas que separaban sus ojos se fruncieron en una especie de sonrisa:

—A veces un enemigo es más valioso que un amigo...

—Sí, a veces... Espero que su estancia aquí sea provechosa.

Bartlett se levantó en el acto, para despedirse.

—Gracias. Seguiremos viéndonos.

Abrió la puerta y condujo afuera a Armstrong y al sargento Lee. Luego los siguió hasta la puerta de la cabina principal del avion y a la escalinata. Allí respiró a pleno pulmón. Una vez más, percibió algo extraño en el viento: no era agradable ni desagradable, no era un olor ni un perfume; simplemente era algo extraño y curiosamente excitante.

—Superintendente, ¿qué es ese olor? Casey también lo notó, en el momento en que Sven abrió la puerta. Armstrong titubeó. Luego sonrió: —Eso es Hong Kong mismo, señor Bartlett. Es dinero.

2
11:48 p.m.

—Que todos los dioses me sean testigos de la suerte inmunda que estoy teniendo esta noche —exclamó Wu Cuatro Dedos, y escupió sobre el puente.

Se hallaba en la popa, sobre la toldilla superior de su junco chino, que tenía echadas las amarras a uno de los grandes manojos de embarcaciones esparcidas por toda la bahía de Aberdeen, en la costa sur de la isla de Hong Kong. La noche era cálida y húmeda, y él estaba jugando mah-jong con tres amigos.

Todos viejos y maltratados por el clima, lo mismo que él, y todos capitanes de sendos juncos, propiedad de cada uno. No obstante esto, navegaban como flota suya y recibían órdenes de él. Su nombre formal era Wu Sang Fang. Era un pescador de baja estatura, inculto, con pocos dientes y sin dedo pulgar en la mano izquierda. Su junco chino era viejo, maltrecho e inmundo. Era el dirigente del Wu de transporte marítimo, capitán de las flotas, y su emblema, el Loto plateado, ondeaba por todos los mares.

Cuando fue su turno, tomó otra de las fichas de marfil. La observó, y como no mejoraba su mano, la descartó ruidosamente y volvió a escupir. Los escupitajos brillaban en el puente. Vestía una camiseta vieja y harapienta y pantalón negro de culi, lo mismo que sus amigos, y tenía diez mil dólares en apuestas en ese solo juego.

—*¡Uuuyyy!* —gritó Pockmark Tang, fingiendo disgusto, a pesar de que la ficha que acababa de tomar hacía que no le faltara más que una para tener la combinación triunfadora en un juego algo parecido al gin rummy—. ¡Qué violen a todas las madres, excepto las nuestras, si no gano! —luego descartó otra ficha con un gesto demasiado ceremonioso.

—¡Qué violen a la tuya, si tú ganas y yo no! —coreó otro, mientras todos reían.

—Y que violen a esos demonios extranjeros de la Montaña Dorada, si no llegan hoy en la noche —

completó Good Weather Poon.

—Llegarán —dijo en tono confiado Wu Cuatro Dedos—. Los demonios extranjeros están pegados a los horarios. Sin embargo, mandé a Séptimo Hijo al aeropuerto a cerciorarse.

Estaba a punto de tomar una ficha cuando se detuvo a mirar sobre el hombro con ojo crítico un junco pesquero que se escurría, deslizándose silencioso, rumbo a la sinuosa y estrecha entrada del canal, éntrelas hileras de embarcaciones, hacia el cuello de la bahía. No llevaba más que luces de fondeo, a babor y a estribor. Al parecer iba sólo a pescar, pero era un junco de los de Wu que salía a interceptar una jábega Thai con un cargamento de opio. En cuanto acabó de pasar sin percances, el dueño volvió a concentrarse en el juego. Era ya hora de la bajamar, pero en torno a la mayoría de las islas de embarcaciones había aguas profundas. Desde la playa y las llanuras llegaba el mal olor de algas putrefactas, mariscos y basura del poblado.

La mayoría de los champanes y de los juncos estaban a oscuras a la sazón, con su respectiva gente dormida. Acá y allá se veía una que otra lámpara de petróleo. Embarcaciones de todos tamaños estaban amarradas en forma precaria, unas con otras, al parecer sin orden alguno, dejando estrechos pasillos marinos entre aquellas aldeas flotantes. Eran las casas de la gente de Tanka y Hoklo (los moradores de barcas), que vivían en las embarcaciones, siempre a bordo. A bordo nacían y a bordo morían. Muchas de esas embarcaciones nunca se movían del sitio de su anclaje, sino que permanecían bien trabadas entre sí hasta que se hundían o se deshacían, o eran presa de un tifón, o bien resultaban quemadas en una de las espectaculares conflagraciones que con frecuencia cubrían todo un manojo de juncos, cuando un pie o una mano descuidados derribaba una lámpara o dejaba caer algo inflamable, produciendo los inevitables fuegos abiertos.

—¡Abuelo! —gritó el joven centinela.

—¿Qué pasa? —preguntó. Wu.

—Mira, en el muelle, Séptimo Hijo.

El chico, de escasos doce años señalaba hacia la playa.

Wu y sus compañeros se levantaron y escudriñaron en dirección a la ribera. El joven chino estaba pagando un taxi. Llevaba pantalón azul de mezclilla, camiseta muy limpia y zapatos deportivos. El taxi se había detenido junto a la pasarela de uno de los enormes

restaurantes flotantes, que tenían las amarras sujetas a los muelles modernos, a menos de un centenar de metros de distancia. Había cuatro de estos llamativos palacios flotantes: tres de cuatro o cinco pisos de alto, resplandecientes de luces, lanzaban destellos escarlata, verde y oro con sus techos chinos estriados, sus dioses, gárgolas y dragones.

—Tienes buenos ojos, nieto Número Tres. Qué bueno. Ve a recibir a Séptimo Hijo.

En ese instante, el chico se deslizó con paso seguro sobre los destartalados tablones que unían su junco con los demás. Cuatro Dedos vio a su Séptimo Hijo dirigirse a uno de los muelles donde estaban agrupados unos champanes transbordadores que prestaban servicio en la bahía. Guando vio que el barquero qué había enviado lo interceptaba, dio la espalda a la playa y se sentó de nuevo.

-—Vamos, acabemos este juego :—dijo en tono sombrío—. Es mi última maldita mano. Hoy en la noche tengo que ir a tierra.

Jugaron un momento más, escogiendo fichas y descartándolas.

¡Uuuyyy! — exclamó Pockmark Tang con un agudo grito al ver la ficha que acaba de tomar.

Con ostentación y elegancia la puso de un golpe sobre la mesa, con la cara hacia arriba y extendió junto a ella las otras trece que tenía guardadas y que formaban su mano triunfadora.

—¡Miren! ¡Por todos los dioses!

Wu y los demás se quedaron boquiabiertos ante aquella mano.

—¡Malhaya!—gritó y carraspeó con sonoridad—. ¡Malditas todas tus generaciones, Pockmark Tang!

¡Qué suerte la tuya!

—¿Otro juego? ¿Veinte mil, Wu Cuatro Dedos? —sugirió Tang jubiloso, convencido de que esa noche el viejo diablo Chi Kung, el dios de los apostadores estaba sentado en su hombro.

Wu hizo un primer movimiento de cabeza para decir que no, pero en ese momento, un ave marina voló sobre su cabeza y lanzó un grito lastimero.

—Cuarenta—dijo en el acto, cambiando de parecer, por haber interpretado aquella voz como señal del cielo de que su suerte había cambiado—. Cuarenta mil o nada . Pero tendrá que ser a los dados, porque ya no tengo tiempo.

—Por todos los dioses . . . No tengo cuarenta mil en efectivo

aquí, pero con los veinte que tú me debes, mañana pido prestado sobre mi junco, tan pronto como abra el banco y te doy todas mis malditas ganancias de nuestro próximo embarque de oro o de opio, hasta que quedes pagado, ¿juega?

Good Weather Poon dijo en tono agrio:

—Es demasiado para un solo juego. ¡Ustedes dos han perdido el juicio!

—¿La puntuación más alta a la primera jugada? —preguntó Wu.
—Sí, sí. Ustedes dos se han vuelto locos —insitio Poon. Sin embargo, él estaba tan excitado como los demás. —¿Dónde están los dados?

Wu los sacó de algún lado. Eran tres.

—¡Echa tu maldito futuro. Pockmark Tang!

El aludido se escupió las manos, dijo una oración en silencio y dejó caer los dados con un grito.

—¡Oh, oh, oh! —gimió con angustia, al ver caer un cuatro, un tres y otro cuatro—¡Once!

Los demás hombres apenas respiraban. Wu escupió sobre los dados, los maldijo, los bendijo y los arrojó; un seis, un dos y un tres.

—¡Once! ¡Por todos los dioses, grandes y pequeños! ¡Otra vez! ¡Otra jugada!

La excitación crecía sobre el puente del junco. Pockmark Tang echó los dados. —¡Catorce!

Wu se concentró. La tensión era intoxicante. Al fin echó los dados —*¡Aaayyyl* —explotó, junto con los demás: un seis, un cuatro y un dos.

—*¡Yiiiii!* —fue todo lo que Pockmark pudo decir, mientras se sujetaba el estómago y reía de júbilo.

Los espectadores lo felicitaron y dieron el pésame al perdedor.

Wu se encogió de hombros. El corazón todavía le latía con fuerza.

—¡Malditas sean todas las aves marinas que vuelen sobre mi cabeza en un momento como ése!

—¡Ah! ¿Por eso cambiaste de opinión, Wu Cuatro Dedos?

—Sí. Era como una señal. ¿Cuántas aves marinas lanzan su chillido al volar sobre tu cabeza de noche?

—Es cierto. Yo habría hecho lo mismo que tú.

—¡Qué viva el dios chino! —exclamó Wu alegrándose— ¡Sííí!

De todos modos, la sensación del juego es mejor que la de las nubes y la lluvia, ¿no es cierto?

—¡No a mis años!

—¿Qué edad tienes, Pockmark Tang?

—Sesenta. Tal vez setenta. Soy casi tan viejo como tú.

Hoklos no tenía registros permanentes de nacimientos, como los de todos los moradores de aldeas de tierra.

—Yo me siento como si no tuviera más de treinta años ...

—¿Has oído decir que la Farmacia Afortunada del Mercado de Aberdeen acaba de recibir un nuevo cargamento de ginsén de Corea, y parte de él tiene más de cien años? ¡Eso te pondría fuego en las entrañas!

—¡Sus entrañas tienen suficiente, Good Weather Poon! ¡Su tercera mujer está encinta otra vez!

Wu gesticuló con su boca sin dientes y sacó un grueso rollo de billetes de quinientos dólares. Empezó a contar. Sus dedos se movian con agilidad, a pesar de la falta del pulgar. Unos años antes lo había perdido en una lucha con piratas de río, durante una expedición de contrabando. Se detuvo un momento, cuando Séptimo Hijo llegó al puente de la embarcación. Era un joven alto para su raza china. Tenía veintiséis años. Caminó con cierta torpeza sobre el puente. Un jet que estaba a punto de aterrizar silbó al volar por encima de ellos. —¿Llegaron, Séptimo Hijo?

—Sí; padre. Sí llegaron. Cuatro Dedos dio un golpe gozoso sobre el fondo del barril invertido que tenía junto, y dijo:

—¡Magnífico! ¡Ahora podemos empezar!

—¡Oye, Cuatro Dedos! —observó Pockmark pensativo, señalando los dados—. Un seis, un cuatro y un dos ... suman doce, que también te da un tres, el mágico tres...

—Sí, sí, ya veo.

El rostro de Pockmark se iluminó. Señaló hacia el norte y un poco al este, donde estaría el aeropuerto de Kai Tak, detrás de las montañas de Aberdeen, al otro lado de la bahía de Kowloon, a nueve kilómetros de distancia.

—Tal vez tu suerte ha cambiado... ¿no crees?

II

LUNES

3
5:16 a.m.

Empezaba a amanecer, cuando, por el lado de la entrada 16, del lado este de la terminal del aeropuerto, llegó un jeep y paró a poca distancia del tren de aterrizaje principal del *Yankee 2.* La escalinata estaba todavía en su sitio, y la puerta principal entreabierta. En el jeep venían dos mecánicos chinos con indumentaria de trabajo. Bajaron y uno de ellos empezó a inspeccionar el eje principal de ocho ruedas, mientras el otro, con idéntico esmero examinaba el de la parte delantera.

Revisaron metódicamente primero los neumáticos, luego las ruedas y al fin los empalmes hidráulicos de los frenos. Luego estudiaron con detenimiento los puentes de desembarco. Ambos trabajadores utilizaban linternas eléctricas. El que estaba junto al tren de aterrizaje principal tomó una llave de tuercas y se irguió sobre una de las ruedas, para inspeccionar más de cerca. La cabeza y los hombros le quedaban ya enteramente dentro del compartimiento inferior del aeroplano. Después de un momento, llamó con cautela al compañero, en cantonés:

—*¡Eyiaah!* ¡Lim! Ven a ver esto.

El aludido caminó hacia atrás y miró también hacia lo alto. El sudor le manchaba la blanca indumentaria de mezclilla.

—¿Están, o no están? No puedo ver desde acá abajo.

—¡Hermano! Métetelo en la boca y échate por un caño de desagüe ... ¡Claro que están! ¡Somos ricos! ¡Comeremos arroz el resto de nuestros días! Pero guarda silencio, o despertarás a los apestosos demonios extranjeros que están allá arriba. A ver...

El hombre entregó al otro un paquete largo, envuelto en un lienzo. Lim lo recibió y lo acomodó silenciosa y rápidamente en el jeep. Luego sacaron otro, y otro pequeño. Los dos nombres sudaban por la tensión nerviosa. Trabajaron con rapidez, pero en silencio.

Otro paquete... Otro más...

De pronto, Lim vio que el jeep de la policía daba vuelta a la esquina del edificio mientras otros nombres uniformados salían por

la puerta 16, algunos de ellos europeos.

—Nos traicionaron —jadeó, mientras trataba de emprender una fuga desesperada, en busca de libertad. El jeep interceptó su carrera sin dificultad. El se detuvo, temblando de miedo. Luego escupió, maldijo a los dioses y se encerró en sí mismo.

El otro hombre había saltado al suelo en el acto, y luego al asiento del conductor de su jeep. Antes que lograra encender la marcha, ya tenía encima a la policía con las esposas.

—Así que, boquita aceitosa, ¿adónde pensabas ir? —preguntó en tono silbante el sargento Lee.

—A ningún lado, oficial, fue aquél, ése de ahí, ese hijo de ramera, oficial. Juró degollarme si no lo ayudaba. ¡Yo no sé nada! ¡Lo juro por la tumba de mi madre!

—¡Mentiroso desgraciado! ¡Tú nunca has tenido madre! ¡Vas a ir a la cárcel cincuenta años, si no hablas!

¡Oficial, por todos los dioses le juro que...!

—¡Mierda con tus mentiras, cara de estiércol! ¿Quién te paga por este trabajo?

Armstrong caminaba con lentitud sobre la pista de asfalto, saboreando la dulzura morbosa del matar.

—Así que ... ¿qué tenemos aquí, sargento? —preguntó a Lee.

Había sido una larga noche de vigilia. Estaba cansado, sin afeitar, y por ningún concepto tenía humor para las pueriles protestas de inocencia del mecánico. Por eso, con voz suave, en perfecto cantonés vulgar advirtió:

—Oyeme tú, almacén de estiércol de liebre: si sale de tu boca otra mínima, insignificante palabrita, doy órdenes a mis hombres de que se dejen caer sobre tu saco secreto.

El hombre quedó petrificado.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas?

—Tan Shu Ta, amo.

—¡Mentiroso! ¿Cómo se llama tu amigo?

—Lim Ta-cheung, pero no es mi amigo, amo. Nunca lo había visto antes de esta mañana.

—¡Embustero! ¿Quién te pago para hacer esto?

—No sé quién le pagó a él, amo. Mire, me juró que me cort...

—¡Mentiroso! Tienes la boca tan llena de mierda, que debes ser el mismo dios del estiércol. ¿Qué hay en esos bultos? —No sé. Juro

por la tumba de mis ant…

—¡Embustero! —repitió Armstrong en forma mecánica, sabedor de que las mentiras eran inevitables.

—Juan *el chino* no es lo mismo que nosotros—le había enseñado su primer maestro policía, un nativo de China—. No quiero decir que sea un embustero profesional o cosa parecida… simplemente es diferente. Ante un agente de policía, dejará escurrir mentiras entre los dientes todo el tiempo, y cuando tú tengas ya convicto y confeso a un villano; él seguirá mintiendo y te resultará tan escurridizo como un palo ensebado sobre un montón de mierda. El es diferente. Piensa en sus nombres. Todos los chinos tienen cuatro nombres distintos: uno con el que nacieron, otro de la pubertad, uno más cuando llega a ser adulto y por fin otro que él se escoge. Luego olvidan uno o añaden otro por quítame ahí esas pajas. ¡Y vaya nombres! ¡Ni Dios les atina! Los chinos se llaman a sí mismos los *lao-tsi-sing:* los Antiguos Cien Nombres. No tienen más que un centenar de sobrenombres básicos en toda la China, y entre ellos hay veinte Yus; ocho Yens, diez, Wus, y sólo Dios sabe cuántos Pings, Lis, Lees, Chens, Chings, Wongs y Fus, y cada uno se pronuncia de cinco maneras diversas así que, ¡sepa Dios quién es quién!

—Entonces, ¿será difícil identificar a un sospechoso, señor?

—¡Ganaste la máxima calificación, joven Armstrong! ¡La más alta, muchacho! Puedes tener cincuenta Lis cincuenta Changs y cuatrocientos Wongs, y ninguno emparentado con otro. ¡Ni Dios los conoce! Ese es el problema aquí en Hong Kong.

Armstrong suspiró. Después de dieciocho años, los nombres chinos seguían siendo para él tan confusos como al principio, y por añadidura cada individuo parecía tener un sobrenombre por el que solía conocérsele comúnmente.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar, sin siquiera molestarse en oír la respuesta— ¡Mentiroso!

¡A ver, sargento..! ¡Desenvuelva uno de esos! Vamos a ver qué tenemos aquí.

El sargento Lee retiró con facilidad la última envoltura. Adentro del paquete había un M14, un rifle automático del ejército norteamericano, nuevo y perfectamente aceitado.

—¡Malhadado hijo del pecho izquierdo de una ramera! ¡Por este

crimen tendrás que aullar cincuenta años! —rugió Armstrong.

El hombre contemplaba el rifle estupefacto, con un gesto de necio asombro. Al fin se le oyó un débil gemido.

—¡Malditos todos los dioses! ¡Nunca imaginé que fueran rifles!

—¡Ah... bien que lo sabías! -—argüyó Armstrong—. Sargento, pon a este pedazo de mierda en la jaula y regístralo como acusado de contrabando de armas.

Los policías arrastraron al hombre con violencia. Uno de los jóvenes policías chinos empezaba a desenvolver otro paquete. Era pequeño y de forma cuadrada.

—¡Espera! —ordenó Armstrong en inglés. El policía y todos los que pudieron, oír el grito se quedaron helados. —-Uno *de* los paquetes puede tener una trampa explosiva. ¡Aléjense todos del jeep!

Bañado en sudor, el hombre obedeció.

—¡Sargento! Llame a uno de nuestros agentes de artefactos explosivos! No tenemos prisa.

—Sí, señor.

El sargento Lee se acercó de prisa al aparato de intercomunicación de la camioneta policial.

Armstrong avanzó hasta quedar bajo el aeroplano y escudriñó la abertura del tren de aterrizaje principal. No podía ver nada indebido. Luego se irguió sobre una de las ruedas.

—¡Jesucristo! —exclamó.

Podían verse cinco hileras muy bien hechas, de cada lado del compartimiento del aparato. Una estaba casi vacía, las otras todavía llenas. Por el tamaño y la forma de los bultos, calculó que serían más rifles M14, y cajas de municiones... o granadas.

—¿Hay algo más ahí, señor?.—preguntó el inspector Thomas, un joven inglés con tres años de servicio en la policía.

—¡Ven a ver! Pero no toques nada.

—¡Jesús nos ampare! Hay suficiente para dos escuadrones de revoltosos.

—Sí pero, ¿quiénes?

—¿Comunistoides?

—¡O nacionalistas, o bellacos! ¡Estos dian..

—¿Qué rayos está pasando allá abajo?

Armstrong reconoció la voz de Linc Bartlett. El rostro se le

contrajo. Bajó de la rueda de un salto.

Thomas hizo lo mismo. Luego Armstrong camin ,hasta el pie de la escalinata.

—A mí'también me gustaría saberlo, señor Bartlett —repuso cortante.

Bartlett estaba de pie, junto a la puerta principal del avión, con Svensen al lado. Ambos en ropa de dormir, con batas y .el pelo en desorden, como quien acaba de levantarse de la cama.

—Quiero que venga a contemplar esto -—Armstrong señaló el rifle que había quedado semioculto en el jeep;

Bartlett bajó la escalinata sin dilación. Svensen lo siguió.

—¿Qué cosa?

—¿Querría ser tan amable de esperar en el aeroplano, señor Svensen?

El aludido estaba a punto de protestar, pero se detuvo. Miró a Bartlett. Este hizo una seña afirmativa:

—Prepárate un buen café, Sven, ¿quieres? —Por supuesto, Linc.

—Bueno, ¿de qué se trata todo esto, superintendente? —¡De eso! —repuso Armstrong señalando con el dedo el cargamento.

—Ese es un M14—observó Bártlett, mirándolo con atención—. ¿Qué hay con él?

—Lo que hay es que parece que su avión está trayéndonos armas de fuego.

—Eso no es posible.

—Acabamos de sorprender a dos hombres descargándolo. Allí está uno de ellos...

Armstrong hundió el índice en el pecho del mecánico esposado, que esperaba con gesto lóbrego junto al jeep. Luego añadió:

—El otro ya está en la camioneta. Tal vez usted quiera ser tan amable de ver lo que hay en el interior del compartimiento junto al tren de aterrizaje principal, señor.

—¡Claro! ¿Dónde?

—Tendrá que subirse a una rueda.

Bartlett hizo lo que le decían. Armstrong y el inspector Thomas Observaron con toda precisión el sitio donde puso las manos, para tener luego sus huellas digitales. Bartlett miró atónito las hileras de armas.

—¡Maldita sea mi estampa! Si todo esto es lo mismo, aquí hay

todo un asqueroso arsenal...

—Así es. Por favor no los toque.

Bartlett estudió las hileras de paquetes. Luego bajó, ya completamente despierto.

—Este no es un trabajo de contrabando cualquiera. Esas armas se han mandado hacer.

—Sí señor. ¿Se opone a que registremos todo el avión?

—¡No! ¡Claro que no!

—Adelante, inspector —dijo luego Armstrong—. Y hágalo con sumo cuidado. En cuanto a usted, señor Bartlett, ¿tendrá la amabilidad de explicarnos esto?

—Yo no manejo armas, superintendente. No creo que mi capitán lo haga... tampoco Bill O'Rourke, ni Svensen.

—¿Qué me dice de la señorita Tcholok?

—¡Oh, por amor de Dios!

Armstrong se limitó a comentar en tono helado:

—Este es un asunto muy serio, señor Bartlett. Su avión queda detenido, y sin autorización de la policía, mientras no haya cambio de órdenes, ni usted ni nadie de su tripulación podrá salir de la Colonia, y todo dependerá de nuestras investigaciones. Ahora conteste: ¿qué me dice de la señorita Tcholok?.

—¡Es imposible! Absolutamente imposible que Casey esté involucrada en ninguna forma en negocio o contrabando de armas... en ninguna clase de contrabando... es imposible!

Bartlett se mostraba apenado, pero no temeroso en absoluto. Luego prosiguió: ...tampoco es posible que esté involucrada ninguna otra persona de mi personal...

De pronto su voz se hizo enérgica:

—¡A usted le dieron algún aviso! ¿No es cierto?

—¿Cuánto tiempo se detuvo en Honolulú?

—Una hora o dos, solo lo necesario para tomar combustible. No recuerdo con exactitud —Bartlett reflexionó un momento— Jannelli bajó. Siempre lo hace. Esos paquetes no pudieron acomodarse allí en el lapso de una hora o poco más.

—¿Está seguro?

—No, pero todavía apostaría a que esto se hizo antes de salir de Estados Unidos. Ahora bien,

¿cuándo, dónde, por qué y quién? No tengo la menor idea.

¿Tiene usted alguna?

—Todavía no —Armstrong lo observaba con mucha atención—. Tal vez usted quiera volver a su oficina, señor Bartlett. Allí podríamos tomarle su declaración.

—Claro —miró su reloj: eran las 5:43 de la mañana—. Hagámoslo ahora mismo, luego puedo hacer unas llamadas telefónicas. Aún no estamos conectados a su sistema. ¿Hay ahí un teléfono local? —señaló el edificio del aeropuerto.

—Sí. Desde luego, preferiríamos interrogar al capitán Jannelli y al señor O'Rourke antes que usted hable con ellos. . . si no tiene inconveniente. ¿Dónde se hospedan?

—En el Victoria and Albert.

—¡Sargento Lee!

—Sí, señor.

—Comuniqúese con nuestro Cuartel General. —Sí, señor.

—También preferimos hablar con la señorita Tcholok antes que usted ... Repito, si no tiene inconveniente.

Bartlett subió la escalinata. Armstrong caminaba a su lado. Al final respondió:

—De acuerdo. Con tal que lo haga usted personalmente, y no antes de las 7:45.

Ella ha estado trabajando tiempo extra y hoy tiene un día pesado por delante. No quiero que se le moleste sin necesidad.

Entraron al avión. Sven esperaba en el. pasillo. Ya vestido y muy agitado. Por todos lados había policías uniformados y en ropa de civil, que registraban con todo cuidado.

—-Sven, ¿qué pasa con ese café?

Bartlett entró por delante, hasta llegar a su oficina-estudio. La puerta central del fondo del corredor estaba abierta. Armstrong podía ver parte de la suite principal, con su cama extra grande. El inspector Thomas estaba revisando unos cajones.

—¡Mierda! —murmuró Bartlett.

—Lo siento —explicó Armstrong—, pero es necesario.

—No por eso tiene que gustarme, superintendente. Nunca me agradó que extraños metieran la nariz en mi vida privada.

—Claro. Tiene toda la razón.

El superintendente llamó a uno de los oficiales en traje de civil: —¡Sung! —Sí, señor.

—Venga a tomar nota de esto, por favor.

—Un momento. Ahorremos un poco de tiempo —sugirió Bartlett

Se dirigió a un tablero de, control electrónico y oprimió dos interruptores. Una grabadora de cinta magnetofónica con dos dispositivos gemelos empezó a funcionar. Bartlett le conectó un micrófono que puso sobre el escritorio y propuso:

—Aquí tendremos dos cintas: una para usted y otra para mí. Después que su hombre pase en máquina el contenido, si quiere mi firma, estoy a sus órdenes.

—Gracias.

—Bueno, empecemos.

Armstrong empezó de pronto a sentirse incómodo.

—¿Quiere decirme qué sabe sobre el cargamento ilegal que se ha encontrado en el compartimiento del tren de aterrizaje principal de su avión, señor Bartlett? , El interrogado repitió su protesta de absoluta ignorancia:

—No creo que nadie de mi tripulación ni de mis empleados esté involucrado en forma alguna.

Ninguno de ellos ha tenido jamás problemas con la ley, que yo sepa... y créame que lo sabría.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado con usted el capitán Jannelli?

—Cuatro años. O'Rourke dos. Svensen, desde que compré el aeroplano en el '58.

—¿Y la señorita Tcholok?

Después de una pausa, Bartlett dijo.

—Seis... casi siete años.

—¿Es ejecutiva de alto nivel en su compañía?

—Sí. Muy alto.

—Eso es insólito, ¿no le parece, señor Bartlett?

—Sí, pero no tiene nada que ver con este asunto.

—¿Es usted el dueño de este aeroplano?

—La dueña es mi compañía: Par-Con Industries Incorporated.

—¿Tiene usted algunos enemigos ... alguien que quisiera ponerlo en serios problemas?

Bartlett rió dé buena gana.

—¿Un perro tiene pulgas? Nadie puede ponerse al frente de una compañía que vale quinientos millones de dólares, a base de hacer amistades.

—¿Algún enemigo especial?

—Usted dígamelo. Movilizar armas de fuego es una operación especial... Tiene que haberla hecho un profesional.

—¿Quién tuvo noticia de su plan de viaje a Hong Kong?

—El programa de la visita se hizo con un par de meses de anticipación. Mi mesa directiva lo supo.

También mi personal de planes —Bartlett hizo un gesto—. No era un verdadero secreto. No tenía por qué serlo —luego añadió—. Claro que Struan también sabía con toda exactitud, al menos dos semanas antes. Es más, la fecha se confirmó el día 12 por telex ETD y ETA. Yo quería que fuera antes, pero Dunross dijo que el lunes 19 le resultaba mejor. Es el día de hoy. Tal vez usted debería interrogarlo a él.

—Lo haré, señor Bartlett. Gracias. Por el momento esto basta.

—Yo tengo algunas preguntas, superintendente si me permite. ¿Cuál es el castigo por contrabando de armas de fuego?

—Diez años, sin posibilidad de libertad bajo palabra.

—¿Qué valor tiene este cargamento?

—Es de valor inapreciable, para el comprador preciso, porque nadie dispone de armas de fuego, absolutamente de ninguna.

—¿Quién es él comprador preciso?

—Cualquiera que desee iniciar una revuelta, Una insurrección, o cometer asesinatos en masa, robo de bancos o algún crimen de cualquier magnitud.

—¿Los comunistas?

Armstrong sonrió y sacudió la cabeza.

—No necesitan disparar contra nosotros para adueñarse de la Colonia. Tampoco necesitan introducir M14 de contrabando. Tienen armas de fuego propias en abundancia.

—¿Los nacionalistas? ¿Hombres de Chiang Kai-shek?

—Están más que bien provistos de toda clase de armamento del gobierno de Estados Unidos, señor Bartlett, ¿no es así? Tampoco ellos necesitan traerlos con esta clase de contrabando.

—¿Tal vez una pandilla guerrera?

—¡Dios nos libre, señor Bartlett! Nuestras pandillas no abren fuego unas contra otras. Nuestras pandillas, o triadas, como las llamamos nosotros, arreglan sus asuntos al estilo chino, razonable y civilizado, con cuchillos, hachas, barras de hierro y llamadas

anónimas a la policía.

—Apuesto a que fue alguien de Struan. Allí es donde usted va a encontrar la solución al enigma.

—Tal vez —Armstrong dejó escapar una risa extraña y repitió—; tal vez ... Bueno, si usted me perdona.

—Claro, por supuesto.

Bartlett desconectó la grabadora magnetofónica, sacó las dos cintas y entregó una.

—Gracias, señor Bartlett.

—¿Cuánto tiempo tardará esta investigación?

—Depende ... puede ser una hora. Quizá decidamos traer algunos expertos. Trataremos de hacerla tan fácil como sea posible. ¿Usted abandonará el avión antes de la comida?

—Sí.

—Si desea volver, comuniqúese por favor a mi oficina; El número es 88-77-33. Dejaremos aquí un policía de guardia todo el tiempo, por ahora. ¿Usted se alojará en el Victoria?

—Sí. ¿Tengo libertad para ir a la ciudad y hacer lo que yo quiera?

—Sí señor, con tal que no salga de la Colonia hasta que termine la investigación.

Bartlett hizo un gesto y comentó:

—Ya me he dado por enterado de ése mensaje con absoluta claridad.

Armstrong salió. Bartlett tomó una ducha, se vistió y esperó hasta que toda la policía se hubo marchado, con excepción del que estaría vigilando la escalinata. Luego volvió a la suite de su oficina y cerró la puerta. Ya solo, vio su reloj. Eran las 7:37 de la mañana. Se dirigió a su centro de comunicaciones, conectó dos radiointerruptores y oprimió el botón de salida.

En un momento se escuchó el sonido clásico de la estática y luego la voz soñolienta de Casey:

—Dime, Linc.

—*Gerónimo* —contestó él con toda claridad por el micrófono.

Hubo una pausa larga.

—Entendido-—dijo al fin ella.

Luego el megáfono quedó muerto.

4
9:40 a.m.

El Rolls Royce salió del transbordador que conectaba a Kowloon con la isla de Hong Kong y dio vuelta hacia el este, a lo largo del camino de Connaught, entrando al gran torrente del tránsito. La mañana era muy cálida y húmeda, iluminada por un sol brillante sin nubes. Casey se acomodó, hundiéndose más en el respaldo acojinado. Miró de reojo su reloj. Su excitación iba en aumento.

—Tenemos tiempo de sobra, "Seño" --comentó el chofer, que era un hábil observador—; la Casa Noble está unas calles abajó, edificio alto, diez, quince minutos, no preocupación.

—Bueno.

—Esta es la vida—se dijo a sí misma. Un día yo tendré un Rolls, mío, muy mío, con un chofer chino, silencioso, cortés, de aspecto impecable, y no tendré que preocuparme por el precio de la gasolina.

Nunca más. Tal vez, al fin, aquí es donde voy a conseguir mi dinero de *importa un bledo* —sonrió interiormente. Linc había sido el primero en explicarle lo del dinero de importa un bledo. El lo había llamado dinero de *vete a la porra.* Suficiente para decir vete a la porra a cualquier cosa y a cualquier persona. "El dinero de vete a la porra es el más valioso del mundo, pero el más caro—había dicho él—; si trabajas para mí (conmigo, pero para mí), yo te ayudaré a conseguirlo pero... Casey, no sé si querrás pagar su precio".

—¿Cuánto es?

—No lo sé. Sólo sé que varía de una persona a otra... y siempre resulta más caro de lo que uno está dispuesto a pagar.

—¿Así ha sido el tuyo?

—¡Oh, sí!

Bueno —siguió pensando—, hasta ahora el precio no ha sido demasiado alto. Gano 52,000 dólares al año, mi cuenta de gastos es buena y mi empleo me ensancha el cerebro... Pero el gobierno me quita demasiado y no queda suficiente para ser dinero de importa un bledo. "Esta clase de dinero viene de un asesinato —había

explicado Linc—, no de una operación de caja". ¿Cuánto necesito?

Nunca se había planteado la pregunta.

¿Medio, millón de dólares? A razón del 7 por ciento, me daría 35,000 dólares anuales, pero están sujetos a impuesto. ¿Qué tal la garantía del 11 por ciento del gobierno mexicano, menos el 1 por ciento por el manejo de fondos? Sigue siendo motivo de impuesto. En bonos libres de impuesto, con el 4 por ciento de interés, se tienen 20,000 dólares, pero los bonos son peligrosos, y con el dinero de importa un bledo no se juega...

—Esa es la primera regla, Casey —había dicho Linc—: no debe arriesgarse, nunca". Luego el había dejado escapar una carcajada, con esa risa encantadora suya que siempre la desarmaba. "Nunca debes arriesgar tu dinero de vete a la porra, excepto una de dos veces que tú decides hacerlo.

¿Será un millón ..? ¿Dos.. ? ¿Tres ... ?

Concentra tu atención en la reunión y deja de soñar —se dijo—. No lo haré, pero mi precio es 2 millones en efectivo en el banco. Libres de impuesto. Eso es lo que quiero. Dos millones colocados al 5 1/4 de interés, me darían 105,000 dólares al año. Eso significaría para mí y para la familia todo lo que yo quiero, con un margen suficiente para ahorrar toda la vida. Y yo podría mejorar ese 5.25 por ciento de utilidades de mi dinero...

Pero, ¿cómo conseguir 2 millones libres de impuestos?

No sé, pero de alguna manera estoy convencida de que éste es el lugar idóneo.

El Rolls se detuvo de repente, ante, una multitud de peatones que evadían con pericia las líneas apretadas de automóviles, de autobuses de dos pisos, taxis, camiones, carretas, vagonetas, bicicletas, carretillas y algunos carruajes estilo oriental. Millares fluían en esta forma por entre los vehículos, unos, desembocando de los callejones, otros entrando a ellos, pero todos derramándose sobre el pavimento de las calles a la hora matutina de mayor actividad. Eran ríos de hormigas humanas.

Casey había estudiado bien a Hong Kong, pero todavía no se sentía preparada para la impresión que estaba haciéndole aquella increíble aglomeración de seres humanos.

—En mi vida había visto una cosa como ésta, Linc, —había dicho esa mañana, al llegar al hotel, inmediatamente antes que ella

saliera rumbo a la reunión. Eran ya más de las diez de la noche cuando llegamos aquí, procedentes del aeropuerto, pero había miles de personas, entre ellos los niños, y todo seguía abierto: restaurantes, mercados, tiendas...

—A la gente le interesa hacer dinero... ¿Por qué crees que estamos aquí?

—Estamos aquí para usurpar el poder de la Casa Noble de Asia con la ayuda secreta y la complicidad de un Judas Iscariote llamado John Chen.

Linc se había reído con ella, luego había comentado:

—Rectifico: estamos aquí para cerrar un trato con la casa Struan y para observar...

—¿Eso quiere decir que se han cambiado los planes?

—Desde un punto de vista táctico, sí. La estrategia sigue siendo la misma.

—¿A qué se debe el cambio, Linc?

—Charlie llamó anoche. Acabamos de comprar otras 200,000 acciones de Rothwell-Gornt.

—¿Entonces el venir a pujar por Struan es sólo una pantalla, y nuestro verdadero blanco es Rothwell-Gornt?

—Seguimos teniendo tres blancos: Struan, Rothwell-Gornt e Inmuebles Asiáticos. Observaremos y esperaremos. Si la perspectiva se ve buena, entonces atacaremos. Si no, podremos sacar éste año unos cinco u ocho millones de nuestro trato honrado con Struah. Es una muy buena suma.

—Tú no has venido aquí por 5 u 8 millones... ¿Cuál es la verdadera razón?

—Placer.

El Rolls avanzó unos cuantos metros y volvió a detenerse. A medida que se acercaban el tránsito se hacía más difícil. ¡Ay, Linc! —pensó—. Tus placeres cubren una multitud de piraterías...

—¿Primera visita a Hong Kong, "Seño"? —preguntó el chofer, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, sí, es la primera. Llegué anoche —repuso ella.

—Ah, muy bien. Él tiempo muy malo. No preocupación. Mucho olor. Mucha humedad. Siempre húmedo en verano. Primer día muy bonito, ¿sí?

El primer día había empezado con el zumbido agudo de la

banda transmisora de sus compatriotas que la había hecho despertar sobresaltada... Y luego, —*Gerónimo.*

Era la palabra clave para peligro..., ¡cuidado! Ella había tomado una ducha y se había vestido de prisa, sin saber de dónde venía el peligro. Acababa de ponerse los lentes de contacto, cuando había sonado el teléfono:

—Habla el superintendente Armstrong. Siento molestarla tan temprano, señorita Tcholok pero, ¿puedo verla un momento?

—Por supuesto, superintendente —un segundo de vacilación—; déme cinco minutos ... ¿Lo encuentro en el restaurante?

Se habían reunido y él la había interrogado. Lo único que le había dicho era que en el avión se había encontrado un contrabando.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado para el señor Bartlett?

—En forma directa, seis años.

—¿Ha habido problemas con la policía antes? ¿De cualquier género?

—Quiere usted decir ¿de él? ¿O míos?

—De él... o de usted.

—Ninguno. ¿Qué se encontró a bordo del avión, superintendente?

—Usted no parece muy preocupada, señorita Tcholok...

—¿Por qué habría de estarlo? Yo no he hecho nada ilegal... Linc tampoco. En cuanto a la tripulación, son profesionales seleccionados con todo cuidado, así que dudo que tengan nada que ver con contrabando. ¿Se trata de drogas, verdad? ¿Qué clase de drogas?

—¿Por qué tendrían que ser drogas?

—¿No es eso lo que la gente introduce aquí contra la ley?

—Fue un gran cargamento de armas.

—*¿Qué cosa?*

Había habido otras preguntas más. Ella había respondido la mayor parte. Luego Armstrong se había retirado. Casey había terminado de beber su café y rehusado por cuarta vez unas piezas de pan francés recién hecho en casa, que le ofrecía un joven mesero sonriente, de almidonado uniforme. Le recordaban las que había tomado en el sur de Francia hacía tres años.

¡Ah, Niza y Cap D'Ail... y aquel vino provenzal! Y el querido

Linc... —pensó mientras volvía a su suite para esperar su llamada telefónica.

—Casey, escúchame... el...

¡Ah, Linc! Me alegro de que me llames —lo interrumpió con toda intención—; el superintendente Armstrong es tuvo, aquí hace unos minutos... Y anoche olvidé recordarte que llamaras a Martin para lo de las acciones.

Martin era también una palabra clave que significa "creo que está escuchándose nuestra conversación".

—Yo también había pensado en él. Por ahora eso no importa. Dime qué sucedió exactamente.

Entonces ella le explicó lo acaecido. El, después de referirle en pocas palabras su propia historia, agregó:

—Te explicaré el resto cuándo llegue allá. En este momento me dirijo al hotel. ¿Qué tal está la suite?

—¡Fantástica! La tuya se llama "primavera fragante". Mi cuarto está contiguo a ella. Supongo que por lo común es parte de la misma suite. Parece qué hay diez mozos por cada una. Solicité servicio en el cuarto y me llegó en bandeja de plata antes de colgar yo la bocina. Los baños son bastante grandes para dar un coctel para veinte con orquesta de trío.

—Bueno. Espérame.

Casey se había sentado en uno de los blandos sillones de cuero de la elegante sala, disfrutando de la buena calidad de las cosas que podía ver. Había hermosos armarios laqueados, típicamente chinos, un bar bien provisto en un gabinete de espejos, arreglos florales discretos y una botella de whiskey con ún monograma impreso: "Lincoln Bartlett" con saludos cordiales del administrador general. La suite de ella quedaba a un lado, con una puerta doble de por medio. La de él era la principal. Ambas eran los alojamientos más grandes que ella había visto en su vida, con camas de tamaño extra grande.

¿Por qué había armas en nuestro avión, y quién las puso?

Ensimismada en sus pensamientos, contempló a través del ventanal de pared a pared la Isla de Hong Kong y la cima que la dominaba, que era la máxima elevación isleña. La ciudad, llamada Victoria en honor a la reina de ese nombre, empezaba en la línea de la playa. Luego iba ascendiendo por hileras, sobre las estribaciones

de la montaña que se erguía siguiendo una pendiente muy inclinada, que se suavizaba a medida que las laderas iban elevándose. Cerca de la cima había edificios de departamentos. Casey podía ver uno exactamente encima de la terminal del funicular. La vista desde ese punto debe ser estupenda —pensó distraída.

El agua azul resplandecía con bellos tonos. La bahía estaba tan congestionada como las calles de Kowloon que tenía a los pies. A lo largo de los muelles de Kowloon o deslizándose hacia adentro y hacia afuera, podían verse transatlánticos y barcos de carga, cuyas sirenas lanzaban su alegre silbido.

Más adelante, sobre el muelle de carga de Hong Kong, estaba un destructor de la Armada Real, y junto a él, anclada, una fragata color gris oscuro, de la Marina norteamericana. Podían verse también centenares de juncos orientales de todos los tamaños y edades, en su mayoría eran embarcaciones pesqueras. Algunos motorizados, otros moviéndose majestuosamente en una u otra dirección, al hinchárseles el velamen. Transbordadores de doble puente, llenos de carga y pasaje, iban y venían como libélulas, mientras minúsculos sampanes orientales, de remos o de motor, se deslizaban intrépidos por entre las ordenadas líneas marítimas de circulación.

—¿Dónde vive toda esta gente? —se preguntó Casey aterrada—. —Y... ¿de qué vive?

Un mozo del hotel abrió la puerta con su llave maestra, sin llamar, y Linc Bartlett entró decidido.

—Estás muy bien, Casey —comentó, cerrando la puerta.

—Tú también... Oye, este asunto de las armas de fuego se presenta mal, ¿verdad?

—¿Hay alguien aquí? ¿Alguna camarera?

—Estamos solos, pero los mozos parecen tener libertad de entrar y salir como les place.

—Este que acaba de marcharse ya tenía la llave en la mano antes que yo llegara a la puerta.

Linc explicó luego todo lo sucedido en el aeropuerto. Luego, bajando el tono de la voz, preguntó:

—¿Qué me dices de John Chen?

—Nada. Lo único que hace es hablar en tono nervioso de cosas

intrascendentes. No quiere hablar de negocios. Creo que no ha logrado volver en sí de la sorpresa de que yo haya resultado ser una mujer.

Me dejó aquí en el hotel, y prometió mandar un auto a las 9:15.

—Entonces, ¿el plan resultó bien?

—Muy bien.

—Magnífico. ¿Lo conseguiste?

—No. Dije que estaba autorizada por ti para recibir la entrega y ofrecí el proyecto de operación. Pero él pretendió estar sorprendido y dijo que hablaría contigo en particular, cuando te acompañara en el auto después de la comida. Se veía muy nervioso.

—No tiene importancia. Tu automóvil llegará en unos minutos. Te veré en la comida.

—¿Debo mencionar lo de las armas de fuego a la gente de Struan, a Dunross?

—No. Esperemos a ver quién es el primero en hablar de eso.

—¿Crees que puedan ser ellos?

—Es muy fácil. Conocían nuestro plan de vuelo. . . y tienen un motivo.

—¿Cuál?

—Desprestigiarnos.

—Pero, ¿por qué?

—Tal vez creen conocer nuestro plan de batalla.

—En ese caso, pienso que habría sido mucho más inteligente de su parte no hacer nada para hundirnos.

—Tal vez pero, en esta forma, ya han hecho la jugada inicial. Primer día: Caballo contra Rey, Alfil 3.

El ataque contra nosotros ha sido lanzado.

—Sí pero, ¿por obra de quién? Además, ¿cuáles son nuestras piezas, las negras o las blancas?

Los Ojos de él se endurecieron y perdieron el gesto amistoso:

—No me importa, Casey, con tal de ganar. Dio media vuelta y salió.

Hay gato encerrado —se dijo ella—. Hay algo peligroso de lo que él no quiere hablarme.

—El arte del secreto es vital, Casey —había advertido Linc en los primeros días—. Napoleón, César, Patton... todos los grandes generales ocultaron con frecuencia su *verdadero* plan a su estado

mayor.

Sólo para mantenerlos a ellos y, por lo mismo a los espías enemigos, desconcertados. Si yo te ocultó algo, Casey, no es por desconfianza. Pero tú nunca debes ocultarme nada a mí.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa. La muerte no es justa. La guerra no es justa. Los grandes negocios son una guerra. Yo los manejo como un conflicto bélico y por eso voy a ganar.

—A ganar... ¿qué?

—Quiero que Par-Con Industries llegue a ser mayor que General Motors y Exxon juntas.

—¿Porqué?

—Porque se me antoja.

—Bueno. Ahora dame la verdadera razón.

—¡Ah, Casey! Por eso te amo. Tú escuchas y sabes.

—¡Ay, incursor! Yo también te amo.

Luego los dos se habían reído juntos; porque sabían que no se amaban el uno al otro, ciertamente no en el sentido común de la palabra. Habían convenido, allá muy al principio en hacer a un lado lo ordinario, para dar cabida a lo extraordinario. Durante siete años.

Casey se asomó a la ventana. Observó la bahía con sus embarcaciones.

Aplasta, destruye y triunfa. Los grandes negocios son el juego de turista más excitante del mundo. Y

mi caudillo es Incursor Bartlett. El amo del oficio. Pero el tiempo se nos está acabando, Linc. Este año, el séptimo, el último, termina el día de mi cumpleaños, el 25 de noviembre, el día en que cumplo veintisiete . . .

En ese momento escuchó un ligero llamado a la puerta y luego la llave maestra que se introducía en la cerradura. Se dio Vuelta para decir "adelante", pero el mozo almidonado ya estaba dentro de la habitación.

—Buen día, "seño". Soy el mozo número uno, Daytime Chang. Era hombre de pelo cano y de actitud servicial. —¿Contenta con el servicio de aseo?

—¿Ninguno de ustedes se molesta nunca en esperar a que alguien les diga que pueden entrar?—objetó ella con aspereza.

Chang la contempló azorado: —¿Perdón, "seño"?

—¡Oh! No tiene importancia —replicó ella con fastidio. —Bonito día, ¿sí? ¿Cuál cuarto primero, el del amo o el de "seño"?

—El mío. El señor Bartlett todavía no usa el suyo.

Chang hizo un gesto de desaprobación. *AháA* ¿Quiere decir que tú y el amo se dejaron caer juntos en el tuyo, "seño", antes de salir él de aquí? Pero, entre su llegada y su salida no pasaron más que catorce minutos y por cierto, al retirarse no se le veía excitado.

¡Aha! Primero se supone que serán dos demonios de hombres extranjeros los que compartirán mi suite. Después resulta que uno de los dos es mujer... confirmado por Nighttime Ng, quien por supuesto revisó todo su equipaje y encontró pruebas seguras; de que era mujer verdadera... pruebas reconfirmadas esta mañana con gran regocijo por la Tercera camarera Fung.

¡Vello Púbico Dorado! ¡Qué asco!

Y Vello Púbico Dorado no sólo *no* es la esposa principal del amo... Ni siquiera es la segunda y, *oh ko,* lo peor de todo es que no tenía ni los modales para pretender que lo era, de modo que se respetaran las reglas del hotel y todos salvaran las apariencias.

Chang ahogó una risita burlona. Aquel hotel siempre había tenido reglas pasmosas acerca de las visitas femeninas en cuartos de hombres... ¡Por todos los dioses! ¿Para qué otra cosa se necesita una cama? Pero aquí estaba una hembra, ¡y vivía en manifiesto estado de pecado de bárbaros! ¡Ah!

¡Cuánto se habían excitado los humores la noche anterior! ¡Bárbaros! *Dew neh loh moha a* todos los bárbaros! Pero ésta es sin duda un auténtico dragón, porque había clavado la mirada con desprecio en el subgerente euroasiático y en el administrador nocturno, también euroasiático, y hasta en el viejo ladino, el mismo gerente general Big Wind.

—¡No, no no! —había gemido él (al menos eso le habían dicho a Chang).

—¡Sí, sí, sí! —había replicado ella, insistiendo en tener la mitad contigua a la suite "primavera fragante".

Fue entonces cuando el honorable Mong, transportista principal, el gran tercero y, por lo mismo, jefe del hotel, resolvió lo insoluble:

—La suite 'primavera fragante' tiene tres puertas, ¿sí? —había dicho—. Una para cada recámara y una para el cuarto principal.

Pues que a ella se la vea entrar y salir a primavera fragante B que de todas maneras es el cuarto inferior, por su puerta propia. En cambio, la puerta interior para la sala principal, y por lo mismo, para la habitación del amo, se mantendrá bien cerrada con llave. Sin embargo, puede dejarse a mano una llave. Si la melosa ramera abre la puerta por iniciativa propia... ¿qué puede uno hacer? Pero si sucede que hay alguna confusión en los registros mañana o el día siguiente, y nuestro honorable gerente general tiene que pedir al multimillonario y a su meretriz de la Tierra de la Montaña Dorada que se marchen, bueno ... ¡cuánto lo sentimos! Pero no nos preocupamos: tenemos suficientes reservaciones, incluso sobradas, y además una reputación que debemos proteger". Y así se había hecho.

La puerta exterior del recinto B se había abierto, y a Vello Púbico Dorado se la había invitado a pasar.

¿Quién podrá decir si ella se apoderó de la llave y sin tardanza quitó el cerrojo de la puerta interior?

Que ahora la puerta está abierta bueno ... por supuesto, yo no lo diría a ningún extraño. Mis labios se encuentran sellados. Como siempre.

—*¡Aha!* Pero, aunque las puertas exteriores puedan estar cerradas con llave y ser muy pudorosas, las interiores pueden estar abiertas de par en par y ser voluptuosas. Como su "entrada de jade" —pensó Chang en su imaginación. *Dew neh loh moh* me pregunto ¿cómo se sentirá derribar una "entrada de jade" del tamaño de la de ella?

—¿Le hago la cama, "seño"? —le preguntó con suavidad en inglés. .

—Sí, cómo no.

—¡Oh! En verdad es horrible el sonido de su lengua bárbara, ¡Uff!

Daytime Chang habría querido carraspear y lanzar un escupitajo... pero era contra las reglas del hotel.

—Oye, Daytime Chang —dijo en tono vivaz la Tercera camarera Fung al entrar a la recámara después de llamar con desgano a la puerta de la suite, mucho después de haberla abierto de par en par.

—Sí, "seño" ... perdón, "seño" —en inglés.

Después volvió a dirigirse en cantonés a Chang:

—¿Aún no terminas? ¿Te resulta tan dulce su estiércol que quieres hurgar en sus cajones?

—*Déw neh loh moh* en los tuyos, hermana. Fíjate en lo que dices, o tu viejo padre puede darte una buena zurra.

—¡La única zurra que tu vieja madre quiere es una para la que tú no puedes servirme! Vamos, déjame ayudarte a hacerle la cama con rapidez. En media hora empieza un juego de mah-jong. El honorable Mong me mandó a buscarte.

—¡Oh, gracias, hermana! Oye... ¿De veras le viste el vello púbico?

—¿No te lo dije ya una vez? ¿Soy mentirosa? Allí tiene el pelo de oro puro, más claro que el de su cabeza. Ella estaba en el baño y yo tan cerca como estamos ahora tú y yo. Además... ¡Oh, sí! ¡Los pezones los tiene color de rosa, no cafés!

—¡Uuuuyyyy! ¡Imagínate eso!

—¡Sí! Como los de una puerca, ni más ni menos.

—¡Qué horror!

—Sí. ¿Leíste el *Commercial Daily* de hoy? —No, hermana, todavía no. ¿Por qué?

—Su astrólogo dice que es una muy buena semana para mí, y hoy el editor de la sección financiera asegura que parece que una nueva bonanza está empezando.

—*Dew neh loh moh* ¡no lo digas!

—Por eso esta mañana le dije a mi corredor de bolsa que comprara mil más de la Casa Noble, lo mismo del Golden Ferry, 40 de Second Great House y 50 de Good Luck Properties. Mis banqueros son generosos, pero en este momento no tengo una sola moneda en Hong Kong, para pedir de limosna o en préstamo.

—¡Uuuuyyyy! Estás hundiéndote, hermana. Yo también he hecho un máximo esfuerzo. La semana pasada pedí prestado al banco, con el aval de mis acciones, y compré otras 600 de la Casa Noble. Eso fue el martes. ¡Compré a 25.23!

—¡Qué bueno, honorable Chang! Al cierre de anoche estaban a 29.14.

La tercera camarera Fung hizo un cálculo automático.

—En este momento estás ya 2,348 adelante, con Hong Kong. Y dicen que la Casa Noble piensa licitar para adquirir Good Luck Properties. Si lo intentan, harán que la furia de sus enemigos llegue

a punto de hervor. ¡Ja! ¡El tai-pan de Second Great House va a morder el polvo!

—¡Oh, oh, oh! Pero mientras tanto, ¡las acciones subirán hasta las nubes! ¡Las de las tres compañías!

¡Ja! *Dew neh loh moh.* ¿Dónde podría conseguir más dinero en efectivo?

—Las carreras, Daytime Chang. Pide prestados 500 contra tus utilidades reales, y ponlos en el doble diario del sábado o en la quiniela doble. Mis números de suerte son el 4 y el 5.

Ambos levantaron la mirada cuando Casey entró a la recámara. Chang cambió al inglés:

—¿Dígame, "seño"?

—Hay algo de ropa sucia en el baño. ¿Podría hacerme el favor de mandar recogerla?

—Ah, sí. Yo me encargo. Hoy, seis de la tarde pasan sin falta. No preocuparse.

Estos diablos extranjeros son tan estúpidos —pensó Chang con desprecio—. ¿Qué soy yo? ¿Una cabeza hueca llena de estiércol? Por supuesto que me haré cargo de la ropa sucia, si la hay.

—Gracias —repuso Casey.

Los dos camareros observaron fascinados a la chica que se repasaba el maquillaje ante el espejo, preparándose para salir.

—Los pechos no le cuelgan para nada, ¿verdad hermana? —comentó Chang—. ¿Pezones color de rosa, eh? ¡Extraordinario!

—Ni más ni menos que como Una puerca. Te lo dije. ¿Para qué te sirven los oídos? ¿Para mingitorio?

—Eso serán los tuyos, Tercera camarera Fung.

—¿Te ha dado ya alguna propina?

—No. El amo dio demasiada. Ella, ninguna. ¿Repugnante, verdad? —Sí pero ¿qué puedes hacer? La gente de la Montaña Dorada son en realidad muy inciviles, ¿no crees, Daytime Chang?

5
9:50 a.m.

El tai-pan pasó sobre la cuesta y se deslizó hacia abajo por el camino en su Jaguar Modelo E, en dirección al este, rumbo a Magazine Gap. Por aquel camino sinuoso no había más que un carril de cada lado, con pocos sitios para rebasar y precipicios en la mayoría de las curvas. Ese día el pavimento estaba seco y, como Ian Dunross conocía muy bien el camino, tomó las curvas con rapidez y agilidad, como si diera un abrazo a la montaña, haciendo que su convertible rojo escarlata se pegara a la curvatura interior. Hizo un rápido cambio de velocidades y oprimió con fuerza el freno al término de una curva, al encontrarse con un viejo camión de carga de marcha lenta. Aguardó con paciencia y luego, en el momento perfecto, se pasó al carril contrario y rebasó al camión con seguridad, antes que el vehículo que le venía al encuentro acabara dé recorrer la curva ciega que tenía delante.

Dunross tenía ya visibilidad para un tramo de camino y podía notar que el pavimento serpentino frente a él se hallaba vacío. Oprimió el acelerador y derrapó en algunas curvas, ocupando todo el ancho del camino, siguiendo hasta donde era posible una línea recta, aprovechando las manos, los ojos, los pies y el freno junto con la palanca de cambios en una combinación perfecta. Sentía en todo su cuerpo el gran poderío del motor y de las ruedas. De pronto surgió frente a él un camión de carga que le venía al encuentro y puso fin a su libertad. Hizo el cambio a una velocidad inferior y oprimió el freno durante una fracción de segundo, abrazando su costado y lamentando la pérdida de libertad.

Luego aceleró y se encontró adelante, una vez más en medio de curvas peligrosas. ¡Otro camión de carga! Pero esta vez lleno de pasajeros. Esperó detrás de él unos cuantos metros, sabedor de que durante un tramo no tendría oportunidad de pasarlo.

Luego, una de las viajeras observó el número de la matrícula de su auto: 1-1010, la señaló e hizo que todas voltearan a verla e hicieron entre sí comentarios animados. Uno de los pasajeros golpeó

el techo de la cabina del conductor y éste, en un gesto respetuoso, se hizo a un lado cuanto pudo, sobre el escaso margen de que disponía, e hizo seña de que pasara. Dunross se cercioró de que podía hacerlo sin peligro, y se adelantó, haciéndole también un gesto de saludo.

Más curvas. La velocidad, la espera para pasar, el paso y el peligro le daban una sensación de placer.

Al fin, salió del camino rumbo a Magazine Gap, colina abajo. Las sinuosidades del camino se volvían más engañosas y el tránsito era más pesado y lento. A gran velocidad se adelantó a un taxi y a tres coches más, y volvió a entrar a su carril propio, si bien todavía con cierto exceso de velocidad, cuando alcanzó a ver frente a él al motociclista de tránsito. Disminuyó el ritmo de su marcha y pasó frente a ellos a la velocidad permitida de 50 km/hora. Los saludó con espontaneidad. Ellos respondieron en la misma forma.

—En realidad debes conducir a menor velocidad, Ian —le había dicho días antes su amigo, Henry Foxwell, el superintendente mayor de tránsito—. De veras, es preciso que lo hagas.

—Nunca he tenido un accidente... Ni siquiera una multa.

—¡Por amor de Dios, Ian! No hay un uniformado de la isla que se atreva a multarte, ¡a ti! *El* tai-pan!

—Eso ni pensarlo. Te lo digo por tu bien. Guárdate esa endemoniada velocidad tuya para Mónaco, o para tu carrera del camino de Macao.

—Mónaco es asunto profesional. Yo no corro riesgos. Además, no corro tanto...

—Cien kilómetros por hora en Wongniechong no es precisamente lento, viejo. Acepto que eran las 4:23 de la mañana y la carretera estaba casi vacía pero.. es una zona de 50 km/hora.

—Hay muchos Modelos E en Hong Kong.

—Sí, de acuerdo. Son siete. Pero, ¿convertibles rojo escarlata con matrícula especial? ¿Con techo de lienzo negro y ruedas de carrera que giran como matracas infernales? Fue el jueves pasado, mi viejo con radar... Tú habías ido a visitar a unos... amigos. Creo que en Sinclair Road.

Dunross había logrado contener un ímpetu repentino de ira.

—¿Ah, sí? —había reaccionado con una sonrisa superficial—. ¿El jueves? Creo recordar... Cené con John Chen. En su

departamento de Sinclair Towers. Pero creía haber llegado a casa mucho antes de las 4:23

—Oh, estoy seguro de que fue así. Estoy seguro de que el vigilante se equivocó en número de matrícula y en color de auto y todo lo demás —Foxwell le había dado una palmada amistosa en el hombro y había añadido—. De todas maneras, disminuye tu velocidad un poco, ¿quieres? Sería muy aburrido si te matas durante mi jefatura. Espera a que me cambien a Servicios Especiales o a la escuela superior de policía. ¿De acuerdo? Sí... Estoy seguro de que el vigilante se equivocó.

Pero no se había equivocado —pensó entonces Dunross. Tú lo sabes, yo lo sé, lo sabe John Chen y también lo sabrá Wei-wei.

¡Así que ustedes saben de Wei-wei! Es interesante...

—¿Qué, me observan? —preguntó Dunross a quemarropa.

—¡Por Dios, no! —la pregunta había dejado atónito a Foxwell—. Los Servicios de Inteligencia andaban vigilando a un canalla al que se le había bajado un neumático en Sinclair Towers. A ti te vieron por casualidad. Tú aquí eres muy importante, lo sabes bien. Yo me entero, también por casualidad, a través de los canales. Tú entiendes cómo es eso...

—No, no entiendo.

—Dicen que para el sabio una palabra basta, mi viejo.

—Sí, eso dicen. Tal vez será mejor que digas a tu gente de los Servicios de Inteligencia que en el futuro sean más inteligentes.

—Por fortuna son muy discretos.

—Aun así, no me gusta la idea de que mis movimientos sean materia para los registros.

—Estoy seguro de que no lo son. No son asunto de registro.

—Así está bien. ¿De qué canalla de Sinclair Towers me hablabas?

—Es uno de nuestros peces gordos del capitalismo, pero se sospecha que sea camarada secreto de los comunistas. Es muy tedioso, pero los Servicios de Inteligencia tienen que ganarse el sustento, ¿no crees?

—¿Yo lo conozco?

—Tú conoces a todo el mundo.

—¿Es de Shanghai o de Cantón?

—¿Qué te hace pensar que sea lo uno o lo otro?

—¡Ah! Entonces es europeo...

—Sencillamente es un villano, Ian. Lo lamento. Por ahora es todavía muy secreto.

—Vamos, hombre, nosotros somos los dueños de esa zona. ¿Quién es? No lo diré a nadie.

—Lo sé, mi viejo, pero siento mucho no poder hablar. Sin embargo, puedo formularte una hipótesis.

Supón que un individuo muy importante, hipotético, casado, tuviera una amiga cuyo tío fuera por casualidad subjefe oculto de la Policía Secreta del Kuomintang en Hong Kong. Supón que por hipótesis el Kuomintang quisiera que este individuo importante estuviera de su parte. Con toda seguridad esa amiga podría presionarlo, ¿no te parece?"

—Sí —había respondido Dunross, en tono fácil—; sí es tonto.

Dunross ya estaba enterado de Wei-wei, tío de Jen; varias veces se había encontrado con él en fiestas particulares en Taipei. Además le era simpático. Por ese lado no hay problèma —había pensado—, porque ella no es mi amante, ni siquiera mi amiga, por más bella y deseable y tentadora que parezca.

Dunross sonrió en su interior mientras conducía en medio del torrente de vehículos de Magazine Gap.

Luego esperó en la línea para dar vuelta en torno a la pista circular, para dirigirse hacia Garden Road, rumbo a Central, unos 800 m más abajo, y luego hacia el mar.

Ya se erguía ante sus ojos el moderno edificio sólido que era propiedad de Struan. Era una construcción de veintidós pisos frente a Conhaught Road y al mar, casi al otro extremo de la terminal de los transbordadores Golden que iban y venían entre Hong Kong y Kowloon. Como siempre, la vista le era grata.

Se escurrió hábilmente por entre el tránsito, todas las veces que pudo, dejó atrás el hotel Hilton y a su izquierda el Cricket Ground; luego dio vuelta, para entrar a Connaught Road, cuyas aceras iban congestionadas de peatones. Hizo alto frente a su entrada principal.

Este es el gran día —pensó—. Han llegado los norteamericanos.

Con ayuda de los dioses orientales, Bartlett es la soga que va a estrangular a Quillan Gornt de una vez por todas. ¡Gran Dios, si podemos salimos con ésta !

—'nos días, señor —saludó en tono sobrio el portero.

—'nos días, Tom.

Dunross salió con agilidad del automóvil de bajo nivel y subió corriendo los peldaños de mármol, de dos en dos, rumbo a la enorme entrada de vidrio. Otro portero condujo el vehículo a su estacionamiento del sótano y uno más le abrió la puerta. El percibió el reflejo del Rolls que se acercaba. Al reconocerlo miró hacia atrás. Casey salió de él y, sin quererlo, Dunross silbó. La chica llevaba un portafolios. El vestido de seda color verde mar que llevaba puesto era cortado a la medida y de línea conservadora; sin embargo, no ocultaba las formas de su silueta ni la cadencia de su andar. Por otro lado, el color verde mar daba realce al tinte oro mate de su cabellera.

Casey miró a su alrededor, sintiendo sobre sí los ojos de él. Pudo reconocerlo en el acto y tomarle la medida, como él se la tomaba a ella. Aunque el instante fue breve, a ambos les pareció largo. Largo y placentero.

La primera en avanzar fue ella: Dio unos pasos hacia él. Dunross le salió al encuentro.

—Hola, señor Dunross.

—Hola. Creo que no nos conocemos, ¿verdad?

—No. Pero a usted es fácil reconocerlo por las fotografías. No esperaba tener el gusto de encontrarme con usted sino más tarde. Soy Cas...

—-Sí —dijo él haciendo una mueca—. Anoche recibí una llamada de John Chen que parecía incómodo; Bienvenida a Hong Kong, señorita. Tcholok... ¿Señorita, verdad?

—Sí. Espero que el hecho de que sea mujer no será motivo de mucho trastorno....

—¡Oh sí! Lo será... y mucho, por cierto. Pero trataremos de resolver el problema. ¿Les gustaría a usted y al señor Bartlett ser mis invitados en las carreras del sábado? ¿Y también a la comida y todo lo demás?

—Creo que sería magnífico, pero tengo que verificarlo con Linc... ¿Puedo ratificárselo esta tarde? —

Desde luego.

La observó, bajando la vista. Ella devolvió la mirada. El portero seguía sosteniendo la puerta abierta.

—Bueno, pase, señorita Tcholok, y que empiece la batalla.

Casey le lanzó una mirada rápida y protestó:

—¿Por qué habríamos de batallar? Estamos aquí para hacer negocio.

—Bueno, sí, desde luego. Lo siento. Es sólo un dicho de Sam Ackroyd. Se lo explicaré en otra ocasión.

La introdujo en el edificio y luego avanzó en dirección a los elevadores. La multitud que ya aguardaba en fila se hizo a un lado para dejar que tomaran el primero, cosa que apenó a Casey.

—Gracias —dijo Dunross, sin observar nada que estuviera fuera de lo común.

Guió a la chica adentro y oprimió el botón número 20, el del piso superior, mientras observaba con gesto distraído que ella no llevaba ninguna alhaja ni perfume, sólo una fina cadenilla de oro alrededor del cuello.

—¿Por qué está en ángulo la puerta del frente? —preguntó ella.

—¿Perdón?

—La entrada del frente parece tener una ligera inclinación. . . no queda en línea recta del todo. . . Yo estaba preguntándome por qué.

—Usted es muy observadora. La respuesta es *fung sui.* Cuando se construyó el edificio hace cuatro años, por alguna razón olvidamos consultar al *fung sui* de nuestra casa. Es como un astrólogo, un hombre que se especializa en el Cielo, la Tierra, las corrientes de agua y los demonios, y todas esas cosas, y que debe cerciorarse de que usted está construyendo sobre la espalda del Dragón Terrestre, no sobre su cabeza.

—¿Qué cosa?

—¡Ah, sí! Usted debe saber que todos los edificios en el territorio chino están encima de alguna parte del Dragón Terrestre. Estar sobre su espalda es perfecto, pero si uno queda sobre su cabeza, es muy mala cosa, y si está sobre el globo del ojo, es terrible. Como quiera que sea, cuando al fin consultamos a nuestro *fung sui,* dijo que estábamos sobre la espalda del Dragón... ¡gracias a Dios! De lo contrario, habríamos tenido que mudarnos. Sin embargo, añadió que los demonios estaban entrando por la puerta y que eso era lo que estaba causando todas las dificultades. Me aconsejó cambiar de posición la puerta. Por eso, bajo su dirección, modificamos el ángulo y con eso desviamos a los demonios.

Ella se rió. Luego insistió:

—Ahora dígame la verdadera razón.

—*Fung sui*. Aquí teníamos una divinidad muy mala, teníamos mala suerte. . . es más, yo diría desastrosa, hasta que se cambió la puerta.

La cara de Dunross se endureció por un momento. Luego la sombra se desvaneció.

—En el momento en que cambiamos el ángulo, todo volvió a salir bien.

—¿Quiere decirme que usted cree todo eso en realidad? ¿Lo de los dragones y los demonios?

—Yo no creo nada, pero cuando usted está en China, aprende por el camino más arduo que lo mejor es actuar un poco de acuerdo con el estilo chino. Nunca olvide que aunque Hong Kong es posesión británica, sigue siendo parte de China.

—¿ Usted aprendió que?

El elevador se detuvo y la puerta se abrió dando entrada a un vestíbulo con un escritorio y una recepcionista china bien atildada, que en el acto puso precio a la ropa y a las alhajas de Casey.

¡Bruja! —pensó Casey, interpretándola con toda exactitud, y le devolvió una sonrisa idéntica a la de ella.

—'nos días, tai-pan —Saludó la recepcionista con amabilidad.

—Mary, ésta es la señorita K. C. Tcholok. Por favor condúcela a la oficina del señor Struan.

—¡Ah, pero ..!—Mary Li trató de disimular su azoro—. Están ... Están esperando a un... —tomó el teléfono, pero Dunross la detuvo.

—Haz el favor de llevarla al despacho. Ahora mismo. No hay necesidad de anunciarla.

Luego Dunross dirigió una mirada a Casey y sonrió.

—Ya está lanzada—le dijo—. La veré en unos minutos.

—Sí, gracias. Lo espero.

—Por favor sígame, señorita Tchuluk —la invitó Mary Li, y empezó a caminar por el pasillo.

Lucía un *chong sam* ajustado y untado que le cubría sólo la mitad de los muslos, dejando ver sus largas piernas dentro de un buen par de medias de seda. Su andar era insinuante. Casey la observó un momento. Debe ser el corte lo que las hace caminar en forma tan ostentosamente sexual —pensó, disfrutando de ese derroche de sensualidad—. Dirigió una mirada furtiva a Dunross, arqueando las

cejas. El hizo una mueca y comentó:

—La veré luego, señorita Tcholok.

—Por favor, llámeme Casey.

—Tal vez preferiría llamarla Kamalian Ciranoush.

Ella se mostró azorada:

—¿Cómo conoce mis nombres? Dudo que el mismo Linc los recuerde.

—¡Ah! Vale la pena tener amigos en cargos elevados, ¿no cree? —comentó con una sonrisa— *A bientôt* (hasta pronto).

—*Oui, merci* —contestó Casey en forma automática.

Dunross avanzó a grandes pasos hacia el elevador, al otro lado del vestíbulo y oprimió el botón. Las puertas se abrieron instantáneamente y se cerraron tras él.

Casey caminó pensativa en pos de Mary Li que estaba esperándola, con oídos atentos para captar cualquier matiz.

Dentro del elevador, Dunross sacó una llave, la colocó en la cerradura y le dio vuelta. El elevador entró en funciones. Prestaba servicio a los dos pisos superiores únicamente. Oprimió el botón inferior.

Sólo otras tres personas tenían llaves semejantes: Claudia Chen, su secretaria ejecutiva; Sandra Yi, su secretaria privada, y su mozo número uno, Lim Chu.

El vigésimo primer piso daba albergue a sus oficinas privadas y al salón de asambleas internas. El vigésimo segundo piso era la suite personal del tai-pan. El era el único que tenía llave para el último elevador privado que comunicaba en línea directa el "penthouse" con el estacionamiento de autos del sótano.

—Ian, tu intimidad personal es lo más valioso que tienes —le había dicho Alastair Struan, su predecesor en el oficio de tai-pan, al entregarle las llaves, una vez que Phillip Chen los había dejado solos—. Esa f u e también una medida dispuesta por Dirk Struan en su testamento y, ¡con cuánta sabiduría! Nunca olvides que los ascensores privados no son por lujo ni ostentación, como tampoco lo es la suite particular del tai-pan. Son sólo para darte el grado de secreto que necesitas. Incluso un lugar en el que puedas esconderte. Lo entenderás mejor después de haber leído el legado y de haber repasado la caja fuerte del tai-pan. Conserva ésta con todo lo que tienes. Ninguna precaución será excesiva. Hay ahí muchos

secretos... a veces pienso que son demasiados... y algunos no son tan gratos.

—Espero no fallar— había respondido en tono cortés.

En el fondo, Dunross detestaba a su primo y sentía una emoción inmensa al pensar que al fin había alcanzado el botín por el que tanto había luchado y por el que había arriesgado tantas cosas.

—No fallarás. Tú no fallarás —había respondido el viejo en tono seco—. Has sido puesto a prueba, y has estado deseando este cargo desde que tuviste uso de razón, ¿me equivoco?

—Sí —había convenido él—; he tratado de prepararme para él, es cierto. Lo único que me sorprende es que me lo pongas en las manos.

—Se te entrega lo máximo de Struan, no debido a un derecho nativo (éste sólo te permitía ser miembro del consejo interno), sino porque pienso que eres lo mejor que tenemos para sucederme. Tú has estado tolerando y esforzándote y trabajando durante años. Es la verdad pura, ¿no es cierto?

—La casa Struan necesita un cambio. Hablemos con más verdad. La Casa Noble es un desastre. NO

todo es culpa tuya: estuvo de por medio la guerra, luego Corea, luego Suez... durante varios años has tenido una mala estrella. Se necesitarán años para darnos seguridad. Si Quillan Gornt, o cualquier otro de nuestros veinte enemigos, supieran la mitad de la verdad, si supieran cómo estamos queriendo abarcar mucho más de lo que podemos, nos ahogaríamos en nuestro propio papeleo inútil en menos de una semana.

—Nuestros papeles son buenos, ¡no son inútiles! Tú exageras... ¡como siempre!

—Valen veinte céntimos por cada dólar, porque no tenemos capital suficiente, no hay suficiente flujo de caja y estamos en peligro de. muerte, ni más ni menos.

—¡Palabrería!"

—¿Te parece? —la voz de Dunross se había endurecido por vez primera— Rothwell-Gornt podría devorarnos en un mes, si supiera el valor de nuestras actuales cuentas por cobrar, comparado con el de nuestro apremiante pasivo.

El viejo se había limitado a mirarlo con fijeza sin responder. Luego había dicho:

—Es una situación pasajera. Es cuestión de temporada. Ya verás cómo pronto pasará.

—¡Palabrería! Tú sabes muy bien que me entregas el cargo porque soy el único que puede enderezar la confusión que tú estás dejando, que han dejado tú, mi padre y tu hermano.

—Ya... estoy apostando a que puedes hacerlo. Hay bastante verdad en eso —había replicado Alastair—

. Ya... No cabe duda de que tienes el suficiente demonio Struan en la sangre para servir a ése amo, si así lo decides.

—Gracias. Reconozco que no permito que nada se atraviese en mi camino, y ya que ésta es una noche para las verdades, puedo decirte por qué siempre me has aborrecido, por qué me ha aborrecido mi propio padre.

—¿Puedes decirlo ahora?

—Sí: la razón es que yo logré sobrevivir a la guerra y tu hijo no. Me detestas porqué Linbar, tu sobrino, el último de tu rama en el árbol Struan es un buen chico, pero también un inútil. Sí. Yo sobreviví, pero mis pobres hermanos no lo lograron, y eso todavía vuelve loco a mi padre. Esa es la verdad ¿cierto o no?

—Sí —había convenido Alastair Struan—. Temo que sí.

—Yo no lo temo. Yo no temo nada. Granny Dunross se encargó de eso.

* * *

—Hola, tai-pan —saludó Claudia Chen en tono vivaz, al abrirse la puerta del ascensor.

Era una mujer euroasiática jovial, de pelo cano, alrededor de los sesenta y cinco años. Se sentaba tras un inmenso escritorio que dominaba el vestíbulo del piso 21. Había estado al servicio de la Casa Noble durante cuarenta y dos años, veinticinco de ellos a las órdenes exclusivas de los tai-panes sucesivos.

—*¿Neh hoh mah*... cómo estás?

—*Ho ho* —repuso él en tono distraído—: bien.

Luego preguntó en inglés:

—¿Ha llamado Bartlett?

—No —repuso ella, haciendo un gesto—. No esperamos llamada suya antes de la hora de comer.

¿Quieres qué trate de comunicarme con él?

—No, no te preocupes. ¿Qué me dices de mi llamada a Foster, en Sydney?

—Tampoco la he conseguido . . . Ni tu llamada al señor MacStruan, en Edimburgo. ¿Tienes alguna preocupación? —le preguntó, sintiendo que algo había en su actitud que no era normal.

—¿Qué? ¡Oh, no! Nada.

Dunross hizo a un lado la tensión que sentía, pasó frente al escritorio de Claudia y entró a su oficina, que dominaba la bahía, y se sentó en una cómoda silla, al lado del teléfono. Ella cerró la puerta y se sentó junto a él, con la libreta del dictado preparada.

—Estaba acordándome de mi día "D" —comentó Dunross;—. Del día en que tomé el cargo.

—¡Oh, por los dioses!, tai-pan. —Sí...

—¡Oh, dios! —repitió Claudia—. Hace ya mucho tiempo. El rió.

—¿Mucho tiempo? Son cuarenta vidas. Apenas han pasado tres años escasos, pero todo el mundo ha cambiado y marcha con tal velocidad ... ¿Cómo va a ser el siguiente par de años?

—Más de lo mismo, tai-pan... He oído decir que te encontraste con Casey Tcholok en la entrada principal.

—¡Oyeme! ¿Quién te dijo eso? —la apostrofó.

—¡Santo Dios, tai-pan! No puedo revelar mis fuentes de información. Pero oí decir que tú te quedaste mirándola y ella a ti... ¿sí?

—¡Qué absurdo! ¿Quién te ha hablado de ella?

—Anoche llamé al hotel para cerciorarme de que todo estaba en orden. El administrador me informó.

¿Conoces a ese hombre tonto que iba a "hacer más reservaciones de las que puede"? No te preocupes si comparten o no una suite o una cama, le dije. Estamos en 1963, la edad moderna con toda una serie de libertades. Además, es una magnífica suite con dos entradas y cuartos separados. Lo más importante es que son nuestros, huéspedes —contuvo una sonrisa maliciosa—. Yo oprimí un resorte sensible y le dije: ¡Ahá! El poder es un juguete muy bonito. . .

—¿Dijiste al joven Linbar o a los demás que K. C. era una mujer?

—No, a nadie. Yo sabía que tú estabas enterado. Bárbara Chen me dijo que Master John ya te había telefoneado para hablarte de Casey Tcholok. ¿Cómo es ella?

—*Encamable,* podría decirse en una sola palabra —repuso él e hizo un gesto.

—Sí, sí, pero ¿qué más?

Dunross reflexionó un momento, luego añadió:

—Es muy atractiva, viste muy bien, aunque hoy lo hace con modestia. Supongo que es por atención a nosotros. Muy segura de sí misma y muy observadora. Notó que la puerta del frente está desalineada y preguntó por qué.

En un gesto distraído. Ian tomó una plegadera de marfil y se puso a juguetear con ella. Luego prosiguió:

—A John no le gustó nada. Dijo que apostaba a que era una de esas mujeres norteamericanas, dignas de compasión, parecidas a la fruta de California: maravillosas para contemplarlas, de cuerpo exhuberante, ¡pero sin el mínimo sabor!

—¡Pobre Master John! Con todo lo que le gustan los Estados Unidos, sigue prefiriendo ... ehm...

ciertos aspectos de Asia.

Dunross rió con gusto

—No tardaremos en saber hasta qué grado es una negociante hábil —sonrió con malicia—. La hice pasar sin previo aviso.

—¡Apuesto 50 Hong Kongs a que por lo menos uno de ellos ya sabía que se trataba de una mujer!

—Phillip Chen, desde luego, pero ese viejo zorro no lo diría a los demás. Yo apuesto cien a que ni Linbar, ni Jacques ni Andrew Gavallan sabían...

—Aceptada la apuesta. Puedes pagarme ahora mismo, tai-pan — replicó Claudia con alegría—. Esta mañana verifique esa información en forma muy discreta.

—Tómalos de gastos menores --admitió él en tono agrio.

—Cuanto lo siento —dijo ella estirando la mano—. Pero, una apuesta es una apuesta, tai-pan.

De mala gana él le dio la nota roja de cien dólares.

—Gracias. Ahora, otros cien a que pasa por encima de Master Linbar, Master Jacques y Andrew Gavallan.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Ian en tono de sospecha— ¿Eh?

—¿Otros cien?

—De acuerdo,

—¡Magnífico! —concluyó Claudia jubilosa y cambió de tema—. ¿Qué me dices de las cenas con el señor Bartlett? ¿Y del encuentro de golf y el viaje a Taipei? Es evidente que no puedes llevar a una mujer a esas cosas. ¿Cancelo los compromisos?

—No. Hablaré con Bartlett. El entenderá. Lo que sí hice fue invitarla con él a las carreras del sábado.

—-¡Oh! Para eso sobran dos. Cancelaré las pangas. Creo que no lo extrañarán. ¿Quieres que se sienten juntos en tu mesa?

Dunross frunció el ceño.

—Ella debe estar en mi mesa, como huésped de honor. Que él se siente junto a Penélope, como invitado de honor.

—Muy bien. Le hablaré a la señora Dunross para decirle. ¡Oh! Además, Bárbara, la esposa de Master John, quiere hablar contigo —Claudia suspiró y estiró una arruga en su impecable *chong-sam* azul oscuro—. Master John no regresó anoche. . . No es que esto sea algo fuera de lo ordinario, pero son ya las 10:10 de la mañana y yo tampoco puedo localizarlo. Parece que no estaba en las *Oraciones de la mañana.*

—Sí. Lo sé. Como anoche trató con Bartlett, le dije que hoy podía omitirlas.

Las *Oraciones de la mañana* era el término jocoso con que la gente de Struan designaba la diaria reunión obligatoria de las 8 de la mañana, de todos los gerentes administrativos de las subsidiarias de Struan, con el tai-pan.

—No se necesita que venga hoy —siguió explicando Ian—; para él no hay nada que hacer hasta la hora de la comida.

Repentinamente, mirando hacia la ventana, Dunross apuntó a la bahía:

—Lo más probable es que esté en su embarcación. Es un gran día para salir a navegar.

—Su temperatura es muy alta, tai-pan, incluso para Bárbara.

—La temperatura de Bárbara siempre es muy alta, ¡pobre sanguijuela! John está en su barca... o en el departamento de Ming-li. ¿Hiciste la prueba de llamarlo allá?

Claudia respiró frunciendo la nariz, y comentó:

—Tu padre tenía la costumbre de decir que en boca cerrada no entran moscas. Sin embargo, supongo que ahora puedo decírtelo: Ming-li ha sido la "amiguita" número dos durante casi dos meses. La

nueva favorita se da el nombre de Flor Fragante, y ocupa uno de los "departamentos privados" de él, a un lado de Aberdeen Main Road.

—¡Ah! Una ubicación muy cercana a sus lares.

—¡Por todos conceptos! Ella es una flor, no cabe duda, pero una flor caída del salón de baile Good Luck Dragón, de Wanchai. Pero tampoco ella sabe dónde anda Master John. No visitó a ninguna de las dos, pero tenía una cita con la señorita Flor Caída —-según dice ella—, a medianoche.

—¿Cómo has averiguado todo esto?—preguntó Ian lleno de admiración.

—El poder, tai-pan, y una red de relaciones tejida a lo largo de más de cinco generaciones. ¿De qué otro modo puede uno sobrevivir? ¿Sí? —una risita maliciosa—. Ahora bien, si quieres un buen escándalo en pequeño, John Chen no sabe que no era la virgen que ella y el corredor de bolsa aseguraban que era cuando él la puso sobre la almohada por vez primera.

¿Qué cosa?

—No, no. El le pagó al corredor de bolsa... En ese momento sonó uno de los teléfonos. Claudia tomó la bocina y dijo:

—Un momento, por favor...

Oprimió el botón de espera, y sin tomar aliento, continuó en el mismo tono festivo:

—... 500 dólares norteamericanos en efectivo ... Pero todas sus lágrimas y todas las ... ehm... pruebas fueron ficticias. ¡Pobre hombre! Pero, es lo que merece, ¿no crees, tai-pan? ¿Para qué habría de querer virginidad un hombre como él, a su edad, para poder excitarse? ¡No tiene más que cuarenta y dos años! ¿sí?—oprimió el botón del teléfono—. Oficina del tai-pan, buenos días.

Dunross la observaba. Estaba divertido y pasmado, estupefacto, como siempre ante las fuentes de información de aquella mujer, su concisión y todo lo demás, y ante su complacencia en conocer secretos Y en comunicarlos... Pero sólo a miembros del clan y gente especial del interior de la compañía.

—Un momento por favor—dijo Claudia y oprimió el botón de espera—. El superintendente Armstrong querría verte. Está abajo, con el superintendente Kwok. Lamenta venir sin previa cita, pero pregunta si podrías concederle un minuto...

—¡Ah! Las armas de fuego. Nuestra policía, se vuelve cada día

más eficiente —comentó Ian con una sonrisa sombría—. Los esperaba después de la comida.

Esa mañana a las siete había recibido un informe detallado de Phillip Chen, a quien había llamado uno de los sargentos de la policía que habían hecho la inspección del avión y tenía relaciones con la familia Chen.

"Será mejor que utilices todas nuestras fuentes privadas para averiguar el quién y él porqué, Phillip —

le había dicho muy preocupado".

"Ya lo he hecho —había contestado el aludido—. Es demasiada coincidencia que haya armas de fuego en el avión de Bartlett".

"Podría ser muy penoso que resultáramos involucrados en esto en cualquier forma".

"Ya lo creo";

Dunross vio a Claudia que esperaba con toda paciencia:

—Dile a Armstrong que; me dé diez minutos. Luego hazlos subir.

Claudia se ocupó del asunto, después comentó:

—Si tan pronto se ha hecho intervenir al superintendente Kwok, debe ser más serio de lo que pensamos, ¿verdad, tai-pan?

—Los Servicios Especiales o la Inteligencia Especial tiene que intervenir en el acto. Apuesto a que el FBI y la CIA ya están al tanto. Brian Kwok es lógico, porque es un viejo colega de Armstrong... y uno de los mejores que tienen.

—Sí —convino Claudia con orgullo—. ¡Uuuuyyyy! ¡Qué esposo más encantador sería para alguien!

—Con tal que esa alguien sea de la familia Chen... todo ese poder suplementario, ¿verdad?

Era ya del dominio común que a Brian Kwok se le estaba preparando para ser, el primer comisario asistente chino.

—Claro que ese poder tiene que mantenerse en la familia ...

Sonó el teléfono. Claudia contestó:

—Sí, se lo diré, gracias.

Colgó la bocina con un gesto de molestia y explicó:

—Era el ayudante del gobernador... llamaba para recordarte de los cocteles de las 6 p.m... ¡Cómo si yo pudiera olvidarlos! Dunross tomó uno de los teléfonos y. marcó un número. —*Weyyyy*—se oyó una voz ronca de la *amah,* la sirvienta china— . ¿Hola?

—Chen *tai-tai* —repuso Ian en perfecto cantonés—. Por favor

con el señor Chen. Habla el señor Dunross. Esperó.

—Qué tal, Bárbara... buenos días.

—¡Ah! Hola, Ian. ¿Todavía no tienes noticias de John? Siento molestarte.

—No me molestas. No, todavía no tengo noticias suyas, pero en cuanto las reciba haré que te llame.

Es posible que haya bajado a la pista temprano para ver cómo funciona Golden Lady. ¿Has intentado llamar al Turf Club?

—Sí, pero no recuerdan que se haya desayunado allí, y la prueba de funcionamiento es entre las 5 y las 6. ¡Maldita sea su estampa! No tiene ninguna consideración. ¡Sí, sí, al fin hombre!

—Es probable que haya salido en su embarcación. Aquí no tiene nada que hacer hasta la hora de comer, y es un día magnífico para navegar. Tú sabes cómo es. ¿Has verificado el muelle de las amarras?

—No puedo, Ian, a menos que vaya en persona. No tienen teléfono. Además, tengo una cita en el salón de peinados a la que no puedo faltar... Todo Hong Kong estará esta noche en tu fiesta, y sencillamente no puedo escaparme ahora a Aberdeen.

—Manda a uno de tus choferes —sugirió Dunross en tono seco.

—Tang tiene el día libre y yo necesito a Wu-chat para que me lleve adonde tengo que ir... Podría necesitar una hora para eso y tengo un juego de mah-jong de dos a cuatro de la tarde.

—Yo haré que John te llame. Será alrededor de la hora de comer.

—No estaré de regreso antes de las cinco. Cuando logre echarle el guante va a recibir su merecido, no te preocupes. Bueno, gracias Ian. Siento haberte molestado. Adiós.

—Adiós —colgó la bocina y suspiró-—. Me siento como si fuera una inútil niñera.

—Habla con el padre de John, tai-pan .—sugirió Claudia.

—Ya lo hice. Una vez. Con esa basta. No todo es culpa de John. Esa señora es capaz de sacar de quicio a cualquiera —hizo un gesto y concedió—: pero estoy de acuerdo en que su temperatura ha llegado a la luna ... Esta vez le va costar a John un anillo de esmeralda o por lo menos un saco de mink.

El teléfono volvió a sonar. Claudia lo tomó:

—Hola... ¡oficina del tai-pan! ¿Sí? ¡Oh! —su felicidad se

desvaneció y adoptó un gesto duro—. Un momento por favor. Oprimió el botón de espera y dijo:

—Es llamada de persona a persona, de Hiro Toda, en Yokohama.

Dunross sabía qué sentimientos abrigaba Claudia hacia él. Sabía que detestaba a los japoneses y aborrecía las relaciones de la Casa Noble con ellos. Tampoco él podía perdonar a los japoneses lo que le habían hecho a Asia durante la guerra. La gente a la que habían conquistado, a los indefensos hombres, mujeres y niños. Los campos de concentración y los asesinatos inútiles. De soldado a soldado no les discutía nada. La guerra era la guerra.

Su propia guerra había sido contra los alemanes. Pero la de Claudia había sido allí, en Hong Kong.

Durante la ocupación japonesa, por haber sido euroasiática no la habían encerrado en la Prisión Stanley con todos los civiles europeos. Ella su hermana y su hermano habían tratado de ayudar a los prisioneros de guerra con alimentos, medicinas y dinero, introduciéndolos clandestinamente en los campos. La Kampeitai, policía militar nipona, la había sorprendido. Ahora ya no podía tener hijos.

—¿Digo que no estás aquí? —preguntó ella.

—No.

Dos años antes, Dunross había comprometido una suma enorme de dinero con Toda Shipping Industries de Yokohama, para dos gigantescos barcos de carga que servirían para reforzar la flota de Struan, diezmada durante la guerra. Había escogido ese astillero japonés porque sus productos eran los mejores, ofrecían los mejores términos y garantizaban la entrega. Además de todas las cosas que los astilleros británicos no brindaban. También porque sabía que ya era tiempo de olvidar.

—¡Hola! ¿Hiro? —saludó con amabilidad; la persona en sí le era grata—. Me alegra tener noticias tuyas. ¿Cómo anda el Japón?

—Por favor discúlpame por interrumpirte, tai-pan. El Japón esté bien, arduo, cálido y húmedo. No hay cambio.

—¿Cómo andan mis barcos?

—Perfectamente, tai-pan. Todo está como hemos convenido. Sólo quiero notificarte que pienso ir a Hong Kong el sábado en la mañana en viaje de negocios. Pasaré allí el fin de semana. Sigo luego a Singapur y a Sydney y regreso a tiempo de cerrar nuestro

trato en Hong Kong. ¿Todavía piensas venir a Yokohama para los dos lanzamientos?

—¡Oh, sí! Sí, por supuesto. ¿A qué hora llegas el sábado?

—A las 11:10, por Japan Airlines.

—Mandaré un automóvil a recogerte. ¿Qué te parece la idea de llegar directamente a Happy Valley para las carreras? Podrías acompañarnos a comer. Después mi coche te llevaría al hotel. ¿Piensas alo-jarte en el Victoria and Albert?

—Esta vez elijo el Hilton, del lado de Hong Kong. Por favor discúlpame, tai-pan. No es mi intención causarte complicaciones; lo siento.

—No es ninguna. Tendré a uno de los míos disponible para ir a tu encuentro. Tal vez sea Andrew Gavallan.

—Ah, magnífico. Gracias, tai-pan. Me alegrará mucho verte. Siento molestarte.

Dunross colgó el teléfono y dudó... ¿Por qué habrá llamado... cuál es la verdadera razón? Hiro Toda, el director administrativo de la corporación naviera más progresista de Japón nunca hace nada en forma repentina y sin premeditación.

- Dunross pensó en el cierre del trato y en los tres pagos, de dos millones cada uno, que eran ya inminentes, el l0, el 11 y el 15 de septiembre y el resto en tres meses. Eran 12 millones de dólares que no tenía por el momento. O bien el contrato de alquiler ya firmado, que se necesitaba para avalar el préstamo del banco y que no tenía.

—No hay que preocuparse—comentó tranquile-—; todo va a resultar bien.

—Sí, para ellos —repuso Claudia—Ya sabes que no les tengo confianza, tai-pan... A ninguno de ellos.

--No puedes culparlos, Claudia. Simplemente están tratando de hacer en el terreno económico lo que no pudieron hacer en el militar.

—Sí, a base de cobrar a todo el mundo precios que están fuera de mercado.

—Trabajan con denuedo, logran utilidades, y, nos enterrarían si los dejáramos —de pronto su mirada se endureció—... Pero, después de todo Claudia araña un poco la piel de un inglés o de un escocés ...

y te encontrarás un pirata. Si somos tan necios que lo

permitimos, merecemos padecerlo... ¿No es esto lo que Hong Kong significa, después de todo?

:—Pero, ¿por qué ayudar al enemigo?

—Fueron el enemigo —-opuso él con amabilidad— pero eso fue sólo durante veintiún años, y nuestros contactos con ellos se remontan a un centenar. ¿No fuimos nosotros los primeros comerciantes en Japón? ¿No compró Hag Struan para nosotros la primera parcela que se puso en venta en Yokohama en 1860? ¿No dio él órdenes de que una piedra angular de la línea de conducta de Struan fuera a formar el triángulo China-Japón-Hong Kong?

—Sí, tai-pan pero no ol...

—No, Claudia, hemos hecho negocios con los Todas, los Kasiges y los Toronagas durante un centenar de años, y en esté momento los astilleros de Toda son muy importantes para nosotros.

El teléfono volvió a sonar. Claudia contestó: —Sí, yo lo llamaré a él —luego, dirigiéndose a Dunross—. Son los del servicio de restaurante... con respecto a tu fiesta esta noche.

—¿Qué problema hay?

—Ninguno, tai-pan. Les gusta gimotear. Después de todo, es el vigésimo aniversario de boda de EL

tai-pan. Todo Hong Kong estará allí, y más vale que todo Hong Kong quede impresionado.

Volvió a sonar el teléfono. Claudia lo tomó.

—¡Ahh, bueno! Pasa la llamada. . . Es Bill Foster, de Sydney..

Dunross tomó el teléfono.

—¿Bill.. ? No; tú estabas a la cabeza de la lista. ¿Lograste cerrar el trato de las Woolara Properties .. ?

¿Qué es lo que lo detiene? Eso no me interesa —miró de reojo el reloj—. Para ti apenas acaba de pasar el mediodía. Llámalos en este momento y ofréceles cincuenta céntimos australianos más por acción, y mantén la oferta hasta el cierre de negocios de hoy. Dirígete en el acto al banco de Sydney y diles que exijan el pago completo de todos sus préstamos al cierre de los negocios de hoy . . . Es lo que menos me importa. Hace ya treinta días que se vencieron. Quiero el control de esa compañía ahora mismo. Sin él, se derrumbaría nuestro nuevo contrato de alquiler para transporte pesado, y tendríamos que iniciarlo de nuevo. Además, necesito que tomes el vuelo 543 de Qantas el jueves.

Quiero que estés aquí para una conferencia —colgó el teléfono y ordenó—. Haz que Linbar suba aquí tan pronto como la reunión con Tcholok haya terminado, y hazle una reservación para Sydney en el vuelo 716 de Qantas, el viernes en la mañana.

—Sí, tai-pan —tomó nota y le entregó una lista—. Aquí tienes tus compromisos para hoy.

El la repasó con la mirada. Por la mañana, cuatro reuniones directivas con algunas compañías subsidiarias: Golden Ferry a las 10:30; Motor Imports de Hong Kong, de Struan, a las 11:00; Chong-Li Foods a las 11:15, y Kowloon Investments a las 11:30. Comida con Lincoln Bartlett y la señorita Casey Tcholok de 12:40 a 2:00 p.m. Más reuniones directivas en la tarde: Peter Marlowe a las 4:00, Phillip Chen a las 4:20, cocteles a las 6:00 con el gobernador, y su fiesta de aniversario que daría principio a las 8:00 de la noche. Un recordatorio para llamar a Alastair Struan a Escocia, a las 11:00, y por lo menos unas quince personas más a las que había que llamar a distintas partes de Asia durante el día.

—¿Marlowe? —preguntó Dunross.

—-Es un escritor. Se hospeda en el Vic. Recuerda que escribió hace una semana, solicitando una entrevista. Está haciendo investigaciones para escribir un libro sobre Hong Kong.

—¡Ah, sí! Es el clásico ex piloto de la Real Fuerza Aérea.

—Sí. ¿Preferirías posponerlo?

—No. Deja todo tal como está organizado, Claudia.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó una pequeña bolsa de piel, con tarjetas de recordatorio, y le dio una docena a Claudia. Estaban llenas de notas hechas con su taquigrafía personal.

—Aquí tienes unos cables y mensajes por telex que hay que mandar sin tardanza, y unas notas para las diversas reuniones directivas. Consigúeme ahora a Jen en Taipei y luego a Havergill en el banco.

Luego recorre la lista.

—Sí, tai-pan... He oído decir que Havergill va a jubilarse...

—Maravilloso. ¿Quién va a sustituirlo?

—Nadie sabe aún.

—Esperemos que sea John john. Pon a trabajar a tus espías. ¡Te apuesto cien a que yo lo averiguo antes que tú!

—¡Aceptado!

—Muy bien —Ian le tomó la mano y dijo con dulzura—, puedes pagarme ahora mismo. Es John john.

—¿Qué Cosa?—lo miró sorprendida.

—Anoche lo decidimos todos los directores. Yo les pedí que no lo dijeran a nadie antes de las once de hoy.

De mala gana, Claudia sacó la nota de cien dólares y se la presentó diciendo:

—¡Ay! Tenía un apego especial a este billete. . .

—Gracias—repuso Dunross, poniéndoselo en la bolsa—. Yo también le tengo especial apego.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Ian.

Sandra Yi, su secretaria privada la abrió.

—-Perdone, tai-pan, pero el mercado ha subido dos puntos y Holdbrook está en la línea 2...

Alan Holdbrook era el director de su compañía interna de valores de bolsa. Dunross oprimió el botón de la línea 2 y advirtió:

—Claudia, én cuanto termine esta llamada, haz pasar a Armstrong.

La aludida salió de la oficina junto con Sandra Yi.

—¿Alan? Sí, dime.

—'nos días, tai-pan. Ante todo hay un rumor muy fuerte de que vamos a licitar para el control de Inmuebles Asiáticos.

—Probablemente lo ha difundido Jason Plumm para hacer subir sus acciones antes de la asamblea anual. Sabes bien la clase de ladino desgraciado que es.

—Nuestras acciones han subido diez céntimos, tal vez debido a eso.

—Bueno, cómprame 20,000 en el acto.

—¿Con resguardo en efectivo?

—Por supuesto que con resguardo.

—Muy bien. Otro rumor: que hemos cerrado trato de muchos millones de dólares con Industrias Par-Con... una expansión enorme.

—Castillos en el aire —comentó Ian sin darle importancia.

Sin embargo, en su interior le enfureció que se conociera esa noticia, y se preguntó quién habría sido el indiscreto. Sólo Phillip Chen... y en Edimburgo Alastair Struan y el viejo Sean MacStruan debían saber de los planes para aplastar a Inmuebles Asiáticos. En

cuanto al trato con Par-Con era secretísimo, conocido únicamente dentro del recinto del Consejo Interno.

—Tercero: alguien está comprando grandes lotes de acciones nuestras.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero está sucediendo algo que no me huele bien, tai-pan. La forma en que nuestras acciones han estado arrastrándose hacia arriba durante el último mes.... No hay razón, que yo sepa, como no sea algún comprador... o varios. Lo mismo pasa con Rothwell-Gornt. He oído decir que de fuera le compraron un paquete de 200,000.

—Averigua quién.

—¡Por Dios, tai-pan, ojalá supiera cómo! Hay mucha agitación y nerviosismo en el mercado. Mucho dinero chino anda flotando alrededor. Están haciéndose montones de pequeños negocios... Unas cuantas acciones por aquí, otras tantas por allá, pero al multiplicarlas por cientos de miles o poco menos... el mercado puede derrumbarse... o irse a las nubes.

—Bueno. Entonces vamos a cometer un asesinato. Llámame antes que cierre el mercado. Gracias, Alan.

Colgó el teléfono. El sudor le corría por la espalda.

—¡Mierda! —dijo en voz alta—. ¿Qué demonios está sucediendo?

En la oficina externa, Claudia Chen repasaba unos papeles con Sandra Yi, que era su sobrina por el lado de su madre... una chica muy lista, de muy buen aspecto. Tenía veintisiete años y una mente de ábaco. Miró de reojo su reloj y dijo en cantonés:

—El superintendente Brian Kwok está en el piso bajo, Hermanita, ¿por qué no lo haces subir. . . en unos seis minutos?

—¡Claro, Hermana mayor!

Sandra Yi dio un retoque rápido a su maquillaje y salió de prisa. Claudia sonrió a sus espaldas y pensó que Sandra Yi sería perfecta... una opción perfecta para Brian Kwok. Con una sensación de bienestar se sentó detrás de su escritorio y comenzó a escribir en máquina los mensajes para el telex. Está hecho todo lo que había que hacer —penso—... No, el tai-pan dijo algo... ¿qué fue? ¡Ah, sí! Tomó el teléfono y marcó el número de su propia casa.

—*¿Weyyyy?* —contestó su *amah,* Ah Sam, en el otro extremo de

la línea.

—Escúchame, Ah Sam —le ordenó en cantonés. ¿Está la Tercera camarera Fung en el Vic, tu prima, la que ha sido retirada tres veces?

—¡Ah sí, madre! —repuso Ah Sam, empleando la forma de cortesía china propia de una sierva con su ama—. Pero ha sido retirada cuatro veces; y de los Fung-tats, no de los Fung-sams, que es mi rama.

—No te preocupes por eso, Ah Sam. Llámala y averigua todo lo que puedas sobre dos demonios extranjeros de la Montaña Dorada. Se alojan en la suite Primavera fragante.

Deletreó con paciencia los nombres y añadió con delicadeza:

—He oído decir que tienen hábitos de almohada muy especiales.

—¡Ah, sí! Si hay alguien que pueda averiguarlo, ésa es la Tercera camarera Fung. ¡ja! ¿Qué tan especiales?

—De especialidad extraña, Ah Sam. Ocúpate de eso, boquita melosa.

La cara de Claudia se llenó de alegría al colgar la bocina.

Las puertas del ascensor se abrieron y Sandra Yi introdujo a los dos oficiales de la policía. Luego salió, muy a pesar suyo. Brian Kwok la siguió con la mirada. Era un hombre de treinta y nueve años, alto para ser de raza china, poco más de 1.80, muy apuesto, de cabello negro azulado. Los dos oficiales estaban en ropa de civil. Claudia conversó con ellos en tono cortés, pero en el momento en que vio que se apagaba la luz del teléfono en la línea 2, los introdujo en la oficina y cerró la puerta.

—Lamento venir sin previa cita —se disculpó Armstrong.

—No hay problema, Robert. Se te ve cansado.

—Fue una noche pesada. Es todo este ambiente de villanía que hay en Hong Kong -comentó Armstrong con despreocupación—. Abundan los malvados y se crucifica a los santos. Dunross sonrió.

Luego dirigió una mirada a Kwok y preguntó:

—¿Y a ti cómo te trata la vida, Brian?

El aludido devolvió la sonrisa:

—Muy bien, gracias, Ian. El mercado de valores ha subido. Tengo unos dólares en el banco, mi Porsche no se desbarata todavía y... las damas serán damas.

—¡Demos gracias a Dios por eso! ¿Estás subiendo a la colina los

domingos?

—Si puedo poner a Lulú en condiciones... Le falta un empalme hidráulico lateral.

—¿Lo has buscado en nuestra tienda?

—Sí, pero sin suerte, tai-pan. ¿Tú vas a asistir?

—Depende. El domingo en la tarde tengo que ir a Taipei... Asistiré si me alcanza el tiempo. De cualquier manera, estoy inscrito. ¿Cómo andan los Servicios Especiales?

Brian Kwok hizo un gesto.

—Es duro ganarse la vida...

Los Servicios Especiales era un departamento independiente por completo dentro de la rama especial selecta y semisecreta, encargada de prevenir y descubrir las actividades subversivas dentro de la Colonia. Tenía sus propios métodos secretos, fondos pecuniarios secretos y poderes superiores. Además, no era responsable más que ante el gobernador.

Dunross se recargó en su silla.

—¿Qué sucede?

Armstrong le contestó:

—Con toda seguridad ya lo sabes. Se trata de armas de fuego encontradas en el avión de Bartlett.

—Sí. Me enteré esta mañana. ¿En qué puedo ser útil? ¿Tienes alguna idea del porqué, o de su destino o del remitente? ¿Capturaste a dos hombres?

Armstrong suspiró.

—Sí. Es cierto que eran verdaderos mecánicos, los dos ex peritos de la Fuerza Aérea Nacionalista. No tienen antecedentes, pero se sospecha que hayan sido miembros de las triadas secretas. Ambos han vivido aquí desde el éxodo del '49. A propósito, ¿podemos mantener esta información confidencial, exclusivamente entre nosotros tres?

—¿Qué me dices de tus superiores?

—Me gustaría incluirlos, pero por ahora consérvala sólo para ti.

—¿Por qué?

—Tenemos razón para creer que las armas .de fuego venían destinadas a alguien dentro de Struan.

—¿Qué cosa?—interrumpió cortante Dunross.

—¿Información confidencial?

—Sí. ¿Quién?

-¿Qué tanto sabes de Lincoln Bartlett y Casey Tcholok?

—Tenemos un expediente detallado de él... No de ella. ¿Lo quieres? Puedo darte una copia, con tal que también la conserves en calidad de información confidencial. .

—Por supuesto. Sería una gran ayuda.

Dunross oprimió el botón del intercomunicador.

—¿Sí, señor?—respondió Claudia.

—Hazme una copia del expediente Bartlett y dásela al superintendente Armstrong a la salida —luego interrumpió la comunicación.

—No te quitaremos ya más tiempo —advirtió Armstrong— ¿Siempre formas expediente a tus posibles clientes?

—No. Pero nos gusta saber con quién tratamos. Si el trato con Bartlett prospera, puede significar millones para nosotros y para él, un millar de nuevos empleos para Hong Kong... fábricas, bodegas, una expansión muy grande... y al mismo tiempo grandes riesgos para nosotros. Todas las compañias de negocios preparan una información financiera confidencial... Tal vez nosotros somos un poco más completos en eso. Te apuesto cincuenta dólares contra medio céntimo a que él tiene uno sobre mí.

—¿No se mencionan contactos criminales?

Dunross se mostró atónito.

—¿Con la mafia? ¿Con esa clase de mundo? ¡Por Dios, no! No hay nada. Además, si la mafia estuviera tratando de introducirse aquí, no mandarían un cargamento de escasos diez rifles M14, con doscientas cargas de parque y una caja de granadas.

—¡Tu información es excelente! —interrumpió Kwok—. ¡Demasiado buena! Hace apenas una hora que deshicimos los paquetes. ¿Quién te la proporciona?

—Tú sabes que no hay secretos en Hong Kong....

—Es cierto ... Hoy no puedes ya fiarte desgraciadamente ni de tus propios policías.

—La mafia habría enviado un cargamento Veinte veces mayor que ese, y serían pistolas, al estilo norteamericano. Pero la mafia estaría condenada a fracasar aquí, hiciera lo que hiciera. Nunca podría imponerse a nuestras triadas. No... no puede ser la mafia. Tiene que ser alguien de aquí. ¿Quién te dio la pista del

cargamento, Brian?

—La policía del aeropuerto de Tokio —repuso Kwok—. Uno de sus mecánicos hacía una inspección de rutina... Tú sabes lo meticulosos que son. Lo informó a sus superiores. Su policía nos llamó por teléfono y nosotros les dijimos que lo dejaran pasar.

—En ese caso, comunícate con el FBI y con la CIA. Pídeles que se informen en Honolulú... o en Los Angeles.

—¿Tú también revisaste su plan de vuelo?

—Claro. Es evidente... ¿Por qué se piensa en alguien de Struan?

—Los dos bellacos dijeron —en ese momento Armstrong sacó su libreta de notas para documentarse—... Bueno nuestra pregunta a ellos fue: "¿Adonde tenían que llevar los paquetes?" Y

los dos respondieron, utilizando palabras diferentes? "En el almacén número 15; teníamos que dejarlos en el compartimiento 7, por la parte de atrás,"

Luego levantó la vista y la fijó en Dunross.

—Eso no prueba nada. Nosotros tenemos el mayor movimiento de almacén en Kai Tak. . . El solo hecho de que los llevaran a uno de nuestros almacenes no prueba nada ... excepto que se trata de gente lista. Es tanta la mercancía nuestra que pasa por ese lugar, que sería muy fácil mandar allí un camión de carga extraño —Dunross se quedó pensativo, luego reflexionó en voz alta—. El almacén 15 está exactamente a la salida... ubicación perfecta...

Estiró la mano para tomar el teléfono y explicó:

—Voy a poner en ese sitio a mi gente encargada de la seguridad, en este mismo instante.

—¿Te importaría no hacerlo, por favor? ¿Al menos por el momento?

—¿Por qué?

—Nuestra segunda pregunta —prosiguió Armstrong— fue ésta: "¿Quién los contrató?" Como era de suponer, dieron nombres ficticios y descripciones imaginarias, y negaron todo, pero no tardarán en mostrarse más dispuestos a colaborar —sonrió con un gesto malicioso—-. A pesar de todo, uno de ellos sí dijo, cuando uno de mis sargentos le retorció un poco la oreja, hablando en lenguaje figurado, desde luego: "Déjame en paz, itengo amigos muy importantes!" —Armstrong leía esta información en su libreta—. "¡Tú no tienes amigos en todo el mundo!", le contestó el sargento.

"Tal vez yo no, pero el honorable Tsu-yan sí los tiene, y Chen de la Casa Noble también".

Se produjo un silencio largo y pesado. Los tres permanecían en actitud de espera.

¡Esos malditos rifles del demonio! —pensó Dunross con furia. Pero mantuvo la expresión del rostro tranquila, y su ingenio se agudizó.

—-Tenemos un centenar o más de Chens trabajando con nosotros. Chen es un hombre tan Ordinario como Smith.

—¿Y Tsu-yan? —preguntó Brian Kwok, Dunross se encogió de hombros y explicó:

—Es un director de Struan, pero lo es también de Blacs, del banco Victoria y otras cuarenta compañías. Es uno de los hombres más ricos de Hong Kong. Tiene un nombre que cualquiera dentro de Asia podría sacarse del sombrero. Lo mismo que Chen de la Casa Noble.

—¿Sabes que se sospecha que esté en un sitio muy elevado dentro de la jerarquía de triada, en concreto en el Green Pang? —preguntó Brian Kwok.

—Cualquier oriundo de Shanghai puede ser objeto de las mismas sospechas. ¡Jesucristo, Brian! Tú sabes que se suponía que Chiang Kai-shek había dado Shanghai al Green Pang hace varios años, como terreno exclusivo de su jurisdicción, si apoyaban su campaña septentrional contra los señores feudales... ¿Acaso el Green Pang ha dejado de ser, más o menos, una sociedad secreta nacionalista de carácter oficial?

Brían Kwok repuso:

—¿De dónde sacaría Tsu-yan su dinero, Ian? Te hablo de su fortuna inicial.

—No sé. Tú dímelo, Brian.

—Se hizo de él durante la guerra de Corea, con contrabando de penicilina, drogas y petróleo, sobre todo con penicilina que pasaba al otro lado, a los comunistas. Antes del conflicto de Corea, lo único que poseía era un taparrabo y una pequeña carreta de mano.

—Todo eso son murmuraciones, Brian.

—También Struan ha hecho una fortuna.

—Sí, pero sería muy imprudente decir que la hicimos a base de contrabando... público o privado —

sugirió Dunross en tono sumiso—. En realidad, sería muy imprudente.

—¿Y no fue así?

—Struan empezó con un poco de contrabando, hace ciento veintitantos años… según los rumores, pero era una profesión honorable que nunca estuvo en contra de la legislación británica. Somos capitalistas que operamos dentro de la ley, y comerciantes con China de acuerdo con ella, y lo hemos sido durante años.

Brian Kwok no sonrió, pero agregó: —También corren rumores de que gran parte de su penicilina era mala… muy mala.

—Si lo era y eso es cierto, no te detengas en tomarlo prisionero, Brian —propuso Dunross en tono frío—. En lo personal yo pienso que se trata de otro rumor difundido por competidores celosos de su éxito. Si fuera verdad, ya estaría flotando en la bahía con los demás que intentaron hacer lo mismo, o se le castigaría como a Bad Powder Wong.

Dunross se refería a un contrabandista de Hong Kong que había vendido una gran cantidad de penicilina adulterada al otro lado de la frontera, durante la guerra de Corea, y luego había invertido su fortuna en acciones y tierras en Hong Kong. En el lapso de siete años se había hecho muy rico. Luego se dio orden a ciertas triadas de Hong Kong para que aclararan las cosas. Cada semana, un miembro de su familia desaparecía o moría. Uno ahogado, otro en un accidente de automóvil, uno más estrangulado, envenenado o apuñalado. Jamás se capturó a un solo asaltante. Los asesinatos continuaron durante diecisiete meses tres semanas y luego pararon. Sólo quedaron vivos él y un nieto infante medio idiota. Vivían todavía, arrinconados en el mismo enorme penthouse que un tiempo fue lujoso, con un sirviente y un cocinero, llenos de terror, protegidos de día y de noche, sin salir jamás…

porque sabían que no hay guardias ni suma de dinero suficientes para impedir su sentencia inexorable publicada en el minúsculo apartado de un periódico chino local: Bad Powder Wong será castigado: él y todas sus generaciones. Brian Kwok observó:

—Nosotros entrevistamos una vez a ese desgraciado… Robert y yo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Fue una experiencia espantosa. Todas las puertas tienen

doble cerrojo y cadena. Todas las ventanas están condenadas y protegidas con tablones... sólo se ven agujeros para espiar en uno que otro lugar. El no ha salido de allí desde que empezaron los crímenes. Aquel lugar apestaba... ¡Gran Dios, en qué forma! Lo único que el viejo hace es jugar damas chinas con su nieto y ver televisión.

—Y espera un poco —intervino Armstrong—, un día van a llegar hasta ellos dos. Su nieto debe tener ahora seis o siete años.

Dunross comentó:

—Ustedes están confirmando mi modo de pensar. Tsu-yan no es como él, ni lo fue nunca. Además,

¿para qué podría querer unos cuantos M14? Supongo que si en realidad lo deseara, podría llamar a filas a la mitad del ejército nacionalista, junto con un batallón de tanques.

—En Formosa sí, pero no en Hong Kong.

—¿Tsu-yan ha tenido alguna vez algo que ver con Bartlett?— preguntó Armstrong— me refiero a tus negociaciones...

—Sí. Una vez estuvo en Nueva York y en Los Angeles, representándonos. Las dos veces en compañía de John Chen. Pusieron sus iniciales en el contrato con: Industrias Par-Con, que deberá concluirse ... o abandonarse... aquí, durante este mes, y a nombre mío invitaron formalmente a Bartlett a venir a Hong Kong.

Armstrong dirigió una mirada a su colega chino, luego interrogó:

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro meses. Se necesitó todo este tiempo por parte de ambos, para preparar, todos los detalles.

—¿Dijiste John Chen, verdad? —reflexionó Armstrong—. El podía muy bien ser el Chen de la Casa Noble. . .

—Tú sabes que John no es de ese jaez —objetó Dunross—. No hay razón para que se mezclara en semejante intriga. Debe ser una mera coincidencia.

—Hay otra coincidencia interesante—observó Brian Kwok—: tanto Tsu-yan como John Chen conocen a un norteamericano llamado Banastasio... Por lo menos a los dos se les ha visto en compañía de él. ¿Te dice algo ese nombre?

—No. ¿Quién es?

—Un famoso jugador de azar, que se sospecha que pueda ser extorsionista. También se supone que está muy relacionado con una

de las familias de la Cosa Nostra. Se llama Vincenzo Banastasio.

Dunross frunció el ceño y quiso rectificar. —Dijiste que "se les ha visto en su compañía"... ¿Quién fue el que los vio?

—El FBI.

El silencio volvió a hacerse pesado. Armstrong buscó los cigarrillos en el bolsillo de la camisa.

Dunross le acercó una cajita de plata y le ofreció:

—Toma...

—¡Oh, gracias! No. No quiero... Lo hice sin pensar. He dejado de fumar durante las dos últimas semanas... Esto está matándome —tratando de dominar el deseo, siguió hablando—. El FBI nos pasó la información a nosotros, porque Tsu-yan y el señor John Chen son personas prominentes aquí. Nos pidieron que los tuviéramos bajo observación.

En ese momento, Dunross recordó que Foxwell había hablado de un capitalista destacado, comunista oculto, al que ellos estaban vigilando en Sinclair Towers. ¡Jesucristo! —pensó— Tsu-yan tiene un departamento allí y John Chen tiene otro.. . Pero no es posible que ninguno de los dos esté involucrado con comunistas...

—Desde luego la heroína es un gran negocio —observó Armstrong con un tono duro

—¿Qué quieres decir con eso, Robert?

—El tráfico internacional de drogas necesita enormes cantidades de dinero para sostener ese negocio.

Esos capitales no pueden salir más que de bancos o banqueros... en forma clandestina, por supuesto.

Tsu-yan está en la junta directiva de un buen número de bancos... y el señor Chen también.

—Robert, te aconsejo que tengas más precaución al hacer esa clase de observaciones —objetó Dunross—. Estás sacando conclusiones muy peligrosas sin tener la menor prueba. Eso puede costarte un juicio y yo no estoy dispuesto a tolerarlo.

—Tienes razón. Lo siento. Retiro lo dicho sobre la coincidencia. A pesar de eso, el comercio de drogas es un gran negocio, y aquí en Hong Kong abunda, sobre todo para consumo definitivo en Estados Unidos. De alguna manera voy a averiguar quiénes son nuestros villanos.

—Eso es laudable, y puedes contar con toda la ayuda que

quieras de Struan y mía personal. Yo también detesto ese tráfico.

—Bueno, yo no lo detesto, tai-pan. Tampoco aborrezco a los que lo practican. Son cosas de la vida.

Se trata de un negocio más... ilegítimo, desde luego, pero un simple negocio. A mí se me ha encomendado la tarea de averiguar quiénes son los tai-pans. Es cuestión de satisfacción personal. Es todo.

—Si quieres ayuda, no tienes más que solicitarla.

—Gracias —Armstrong se levantó con gesto de cansancio—. Antes de irnos quiero decirte que hay otro par de coincidencias que pueden interesarte. Cuando Tsu-yan y Chen de la Casa Noble salieron en la conversación de esta mañana, pensamos que sería bueno conversar con ellos sin tardanza, pero poco después de haber capturado las armas de fuego, Tsu-yan tomó el primer vuelo hacia Taipei...

¿Curioso, no te parece?

—Bueno... El va y viene continuamente —observó Dunross, pero con inquietud creciente.

A Tsu-yan se le esperaba esa noche en su fiesta. Sería algo extraordinario que no se presentara.

Armstrong asintió con la cabeza.

—Pero parece que fue una decisión de último momento... No había reservación, no tenía boleto, no llevaba equipaje. No hizo más que ofrecer subrepticiamente unos cuantos dólares, y un pasajero se quedó sin lugar, para dárselo a él. No llevaba consigo más que un portafolios. ¿No te parece extraño?

Brian Kwok añadió:

—No tenemos la mínima esperanza de pedir su extradición de Formosa.

Dunross estudió al oficial chino. Luego dirigió la mirada a Armstrong, cuyos ojos color de agua de mar permanecían inmóviles, y le preguntó:

—Dijiste que había un par de coincidencias... ¿Cuál es la otra?

—Que no podemos encontrar a John Chen.

—¿Qué estás diciendo?

—No está en casa, ni en la de su amiga, ni en ninguno de sus acostumbrados recovecos. Hemos estado vigilándolos, tanto a él como a Tsu-yan en forma intermitente durante meses, desde que el

FBI nos dio la señal.

Un silenció llenó el cuarto.

—¿Han ido a su embarcación? —preguntó Dunross, seguro de que la respuesta sería afirmativa.

—Esa tiene puestas las amarras. No se ha movido desde ayer. El encargado tampoco lo ha visto.

—¿En el campo de golf?

—No. Tampoco está allí —explicó Armstrong—. Ni en la pista de carreras. No estaba en los ejercicios de entrenamiento, a pesar de que su instructor contaba con él. Se ha marchado... desvanecido... ha escapado...

6
11:15 a.m.

Se produjo un silencio oprimente en el salón de juntas. —¿Qué pasa? —preguntó Casey-. Los números hablan por sí solos.

Los cuatro hombres que estaban alrededor de la mesa clavaron en ella la mirada: Andrew Gavallan, Linbar Struan, Jacques deVille y Phillip Chen. Todos eran miembros del Comité Interno.

Andrew Gavallan era alto, y delgado. Tenía cuarenta y siete años. Miró de reojo el montón de papeles que tenía delante. *Dew neh loh moh* a todas las mujeres de negocios —pensó con irritación.

—Tal vez deberíamos discutir esto con el señor Bartlett,—sugirió en tono incómodo, molesto por el hecho de que se les pedía que arreglaran el asunto con una mujer. . .

—Ya les he dicho que tengo autoridad en todas estas áreas —opuso ella, tratando de ser paciente—.

Soy tesorera y yicepresidenta ejecutiva de Industrias Par-Con, y estoy autorizada para entablar negocios con ustedes. Les confirmamos esto por escrito el mes pasado.

Casey lograba dominarse. La junta se había desenvuelto en un ambiente de mucha tensión. Primero la desagradable impresión de que hubiera sido mujer, luego la inevitable incomodidad de tener que acentuar los rasgos de cortesía, como esperar a que ella se sentara, a que empezara a hablar, el no querer sentarse hasta que ella lo sugiriera, hablar de cosas intrascendentes, no querer concentrarse en el negocio, rehusarse a negociar con ella como persona, como persona de negocios simplemente ... En vez de proceder así, hacían comentarios en el sentido de que sus esposas tendrían mucho gusto en llevarla de compras, y después se quedaban boquiabiertos al ver que ella conocía hasta los menores detalles del negocio en perspectiva. Todo aquello era parte de una línea de conducta a la que Casey normalmente podía hacer frente. Pero ese día no lo lograba. ¡Por Dios! —pensó—. Es preciso que tenga éxito. Tengo que establecer inmediatamente comunicación con ellos.

—En realidad es bastante fácil —había dicho al principio, tratando de aliviarles la sensación de molestia, y usando su introducción de costumbre—. Olviden que soy mujer... limítense a juzgar mi capacidad. Ahora bien, en nuestra agenda tenemos tres asuntos: las fábricas de poliuretano, nuestra representación en cuanto a la renta a largo plazo de computadoras y finalmente, la representación general de nuestros productos petroquímicos, fertilizantes, farmacéuticos y artículos deportivos en toda Asia. Tenemos en primer lugar las fábricas de poliuretano, el abastecimiento de compuestos químicos y una propuesta de plazos para el financiamiento.

Les había presentado en el acto gráficas y una información bien preparada, había resumido de viva voz todos los hechos, las cifras y los porcentajes, los gastos e intereses bancarios, todo en forma sencilla y rápida, de suerte que aun el cerebro más lento pudiera darse cuenta del proyecto. Sin embargo, no hacían más que mirarla fijamente.

Andrew Gavallan había roto el silencio:

—Eso... es muy impresionante, querida mía...

—Bueno —corrigió Casey—, en realidad yo no soy querida suya —rió de buen grado—... De hecho, dentro de mi compañía soy un hueso duro de roer.

—Perdón, mademoiselle —opuso Jacques deVille, con gentil encanto francés—. No encuentro dureza alguna en sus rasgos.

—*Merci, monsieur* —se apresuró a agradecerle, para luego añadir en un francés aceptable—, pero por favor dejemos a un lado mis rasgos faciales por un momento, y discutamos los rasgos de este negocio.

Es mejor no mezclar unos con otros, ¿no les parece?

Otro silencio. Esta vez fue Linbar Struan quien lo rompió diciendo:

—¿Quiere usted café?

—No, gracias, señor Struan —repuso Casey, cuidadosa de adaptarse a su estilo y de no tutear a nadie antes de tiempo—; ¿podríamos concentrar nuestra atención en esta propuesta? Es la que les enviamos el mes pasado. He procurado incluir los problemas de ustedes tanto como los nuestros.

Se produjo otro silencio. Linbar Struan, de treinta y cuatro años,

muy apuesto, cabello color arena y ojos azules con reflejos de temeridad insistió:

—¿De veras no quiere cafe? ¿Tal vez un poco de té?

—No, gracias. Entonces, ¿aceptan nuestra proposición en los términos en que está hecha?

Phillip Chen tosió y respondió:

—En línea de principio, estamos de acuerdo en que queremos entrar en negocios con Par-Con en varios campos. Los encabezados del convenio lo dicen claro. Por lo que se refiere a las fábricas de poliuretano...

Casey escuchó todo su discurso lleno de generalidades, pero luego trató, una vez más, de descender a datos específicos... que era la verdadera razón de ser de aquella reunión. Pero estaba resultándole muy difícil de manejar, y sentía muy bien los esfuerzos de evasión y los ambages. Esto es lo peor que he encontrado. Tal vez se debe a que son británicos y yo nunca había tratado con ingleses.

—¿Hay algo específico que necesite aclaración? .—preguntó—. Si hay algo que ustedes no entienden.

Gavallan interrumpió:

—Entendemos muy bien. Usted nos pone delante cifras que favorecen más a una parte que a otra.

Nosotros pagamos la construcción de las fábricas. Ustedes ponen la maquinaria, pero su costo se amortiza en el lapso de tres años. Esto estorba cualquier flujo de efectivo y significa que al menos durante un lustro no habrá utilidades.

—A mí se me ha dicho que la costumbre de ustedes en Hong Kong es amortizar el costo total de un edificio en un lapso de tres años —repuso ella, con una agudeza semejante y contenta de aceptar un reto—. Lo único que estamos proponiendo es que se siga la costumbre de ustedes. Pero, si quieren cinco o diez años, pueden contar con ellos, con tal que se aplique lo mismo a la construcción.

—Ustedes no están pagando por la maquinaria. El convenio con respecto a ella es el de alquiler a largo plazo, y el costo mensual del negocio conjunto es alto.

—¿Cuál es su tipo de interés hoy, señor Gavallan?

Consultaron y le dijeron. Ella sacó su regla de cálculo de bolsillo, hizo unas operaciones muy breves y dijo:

—Con ese tipo de interés, ustedes ahorrarían 17,000 Hong Kong semanales por máquina, si aceptan lo que estamos proponiéndoles; ahora bien, esto, durante el periodo de que hablamos... -—otro cálculo rápido—... elevaría sus utilidades terminales en un 32 por ciento sobre la mejor de sus inversiones.y estamos hablando de millones de dólares.

Se quedaron observándola en silencio.

Andréw Gavallan le hizo preguntas en distinto sentido, relativas a sus cálculos, pero Casey no se equivocó una sola vez. A cada momento que pasaba, sentían mayor disgusto en su contra.

Silencio.

Casey estaba segura de que sus cifras los habían confundido. ¿Qué más puedo decir para convencerlos? —pensó, con ansiedad creciente—.

Struan ganaría un montón de dinero, si se decidieran a salir de ese marasmo, nosotros haríamos una fortuna, y yo tendría al fin mi dinero de vete a la porra. La parte de la espuma sintética sola haría rico a Struan, daría a Par-Con cerca de 80,000 dólares de ganancia mensual neta durante los próximos diez años, y Linc dijo que yo tendría allí una buena parte.

—¿Cuánto quieres? —le había preguntado él antes de salir de Estados Unidos.

—Cincuenta y uno por ciento —había respondido ella con una risa espontánea— ¡ya que me pides mi opinión!

—Tres por ciento.

—Por favor, Linc. Necesito mi dinero de vete a la porra.

—Consigue el paquete entero y tienes una opción a 100,000 acciones de Par-Con, a 4 dólares por debajo del precio del mercado.

—De acuerdo, pero quiero también la compañía de la espuma —había insistido ella, conteniendo la respiración—. Yo la inicié y es lo que quiero, el 51 por ciento para mí.

—¿A cambio de qué?

—De Struan.

—Convenido.

Casey aguardaba con aparente tranquilidad. Cuando juzgó que el momento era oportuno, preguntó en tono inocente:

—¿Estamos pues de acuerdo en que nuestra proposición se acepta como está? Nuestra participación con ustedes es a razón de

50 por ciento de parte de cada uno. ¿Qué puede ser más equitativo que eso?

—Insisto en decir que ustedes no están financiando el 50 por ciento del negocio conjunto —replicó con agudeza Andrew Gavallan—. Ustedes suministran la maquinaría y el material en un plan de arrendamiento a largo plazo retroactivo. Por eso el riesgo de ustedes no es equivalente al nuestro.

—Pero eso es por razones fiscales nuestras, y para disminuir el volumen de la inversión en efectivo, caballeros. Nosotros tomamos al financiamiento del flujo de caja. La suma de las cifras sigue siendo la misma. El hecho de que obtengamos un margen de depreciación y varios reembolsos no es ni aquí ni allí —en un tono aún más inocente, mordiendo el anzuelo, añadió—: Nosotros financiamos en Estados Unidos, que es donde somos expertos. Ustedes financian en Hong Kong, donde los peritos son ustedes.

* * *

Quillan Gornt se dio vuelta, dejando a sus espaldas la ventana de su oficina:

—Repito que podemos mejorar cualquier arreglo que usted pueda lograr con Struan, señor Bartlett.

Cualquier arreglo.

—¿Iría usted a razón de dólar por dólar? ,

—A razón de dólar por dólar.

El inglés dio unos pasos y se sentó detrás de su escritorio sobre el que no había un papel, y quedó de nuevo frente a Bartlett. Estaban en el último piso del edificio Rothwell-Gornt, que también quedaba frente a Connaught Road y la ribera marítima. Gornt era un hombre corpulento, de facciones duras, barbado, de poco menos de 1.80 de estatura, de pelo negro entrecano, espesas cejas canosas; y ojos cafés.

—No es un secreto que nuestras compañías son violentas rivales, pero le aseguro qué podemos pujar más que ellos y superarlos, y que yo puedo arreglar nuestra parte del financiamiento en el lapso de una semana. Usted y yo podemos hacer una sociedad muy fructuosa. Yo sugeriría que formáramos una sociedad corporativa de acuerdo con las leyes de Hong K o n g . . . Aquí los impuestos son

razonables: 15 por ciento de todo lo obtenido en Hong Kong y el resto del mundo libre de impuestos

—Gornt sonrió—... Mejor que en Estados Unidos . . .

—Mucho mejor —convino Bartlett, sentado en una silla de cuero de respaldo alto—... muchísimo mejor.

—¿Por eso está interesado en Hong Kong?

—Es una de las razones.

—¿Cuáles son las otras?

—No hay ningún negocio norteamericano tan grande como el mío, bien arraigado aquí, y debería haberlo. Esta es la era del Pacífico. Pero ustedes podrían beneficiarse con nuestra presencia aquí.

Podemos ofrecer especialidades de las que ustedes carecen, y una influencia valiosa en varios campos del mercado estadounidense. En cambio, Rothwell-Gornt, y también Struan, tienen especialidades que a nosotros nos faltan, y una autoridad importante en los mercados asiáticos.

—¿Cómo podemos consolidar nuestra relación?

—Primero tengo que averiguar qué se propone Struan. Inició mis negociaciones con ellos y no me gusta cambiar aeroplanos a mitad del océano.

—Yo puedo decirle en el acto qué se proponen: utilidades para ellos y que a los demás se los lleve el diablo —la sonrisa de Gornt tenía un marcado gesto de dureza.

—El negocio del que hablamos me parece muy justo.

—Son maestros consumados en hacer aparecer que son muy justos y que comprometen la mitad de la responsabilidad; luego venden según su elección, para depurar las utilidades y sin embargo conservar el control.

—Eso no sería posible con nosotros.

—En eso han estado durante casi siglo y medio. En todo este tiempo han aprendido un buen número de triquiñuelas.

—Ustedes también.

—Claro, pero Struan es muy distinto de nosotros. Aquí somos dueños de cosas y compañías. Ellos tienen porcentajes. Poseen poco más de un 5 por ciento del valor en la mayoría de sus subsidiarias y sin embargo ejercen control absoluto en ellas mediante acciones con voto especial o a base de hacer obligatorio en los artículos de la

Asociación que su tai-pan es también tai-pan de la subsidiaria, con voz preferente.

—Me parece inteligente.

—Lo es. Y ellos son inteligentes. Pero nosotros somos mejores y más rectos además, nuestros contactos e influencias en China y a través de todo lo que es costa del Pacífico, con excepción de Estados Unidos y Canadá son más robustos que los de ellos y se fortalecen más cada día.

—¿Por qué?

—Porque las operaciones de nuestra compañía principiaron en Shanghai, la ciudad más grande de Asia, donde nosotros predominábamos. Struan siempre se ha concentrado en Hong Kong, que hasta hace poco era casi un rincón provincial anquilosado.

—Pero Shanghai es ya asunto muerto, y lo ha sido desde que los comunistas cerraron el territorio continental en 1949. Hoy en día no pasa ningún comercio extranjero por esa ciudad... todo se hace a través de Cantón.

—Sí, pero es la gente de Shanghai, que salió de China y se vino al sur con dinero, talento y entusiasmo, la que hizo de Hong Kong lo que es hoy en día y lo que será mañana. La metrópoli actual y futura de todo el Pacífico.

—¿Superior a Singapur?

—Sin duda alguna.

—¿A Manila?

—Por supuesto. .

—¿A Tokio?

—Esa ciudad siempre será buena sólo para los japoneses —los ojos de Gornt brillaron y las líneas del rostro se le acentuaron—. Hong Kong es la ciudad más importante de Asia, señor Bartlett. El que logre ser amo aquí llegará a serlo en toda Asia. Por supuesto, estoy hablando de comercio, finanzas, industria naviera y muchos otros grandes negocios .

—¿Qué me dice de la China roja?

—Nosotros pensamos que Hong Kong beneficia a la República Popular de China, la RPC, como la llamamos aquí. Para ellos somos "la puerta abierta controlada". Hong Kong y Rothwell Gront representan el futuro.

—¿Por qué?

—Porque, como Shanghai fue el centro industrial y de negocios de China, el que marcaba la pauta a todo lo demás, la gente de Shanghai son los triunfadores de esa raza, siempre lo han sido... y seguirán siéndolo. Y ahora los mejores están aquí, con nosotros. Usted no tardará en notar la diferencia entre los de Cantón y los de Shanghai. Estos últimos son los hombres de empresa, los industriales, los promotores de progreso, los partidarios del internacionalismo. No hay un solo magnate textil o naviero, o un solo industrial importante que no sea de Shanghai. Señor Bartlett, los cantoneses manejan negocios familiares, son gente aislada. En cambio, la gente de Shanghai entiende lo que es una sociedad, una situación corporativa, y sobre todo las operaciones bancarias y financieras —Gornt encendió otro cigarrillo—. Allí es donde reside nuestra fuerza; por eso somos mejores que Struan ...

por eso llegaremos a ser el número uno.

Linc Bartlett estudiaba al hombre que tenía enfrente. Por el expediente que le había preparado Casey sabía que Gornt había nacido en Shanghai, hijo de padres ingleses, que era viudo de 48 años, con dos hijos mayores, y que había prestado servicio como capitán en la infantería australiana, entre 1942 y 1945, en el Pacífico. También sabía que dirigía con mucho éxito a Rothwell-Gornt, como feudo privado, y que eso lo había hecho durante ocho años, desde que había recibido el mando de manos de su padre.

Bartlett cambió de postura en el sillón de cuero.

—Si usted sostiene esta rivalidad con Struan y está tan seguro de que llegará a ser el número uno,

¿por qué esperar? ¿Por qué no apoderarse de ellos ahora mismo?

Gornt no dejaba de observar a su interlocutor con un gesto aparentemente tranquilo.

—No hay cosa en el mundo que me gustara más hacer que eso, pero todavía no es posible. Poco faltó para que lo lograra hace tres años. Hicieron esfuerzos superiores a su capacidad... el dios del tai-pan anterior brilló por su ausencia.

—¿El dios?

—Es una palabra china que significa suerte, hado, pero también algo más —Gornt observaba a Bartlett con gesto pensativo—. Aquí somos muy supersticiosos. El dios de la fortuna es muy importante, tanto como escoger el momento oportuno. El dios de Alastair Struan

lo abandonó o cambió de residencia. Tuvo un último año desastroso y luego, en un gesto desesperado, entregó el negocio a Ian Dunross. Casi se hundieron en aquella ocasión. Se había producido una fuga en sus acciones. Yo me f u i tras ellas, pero Dunross supo salir del aprieto y estabilizar el mercado.

—¿Cómo?

—Digamos que utilizó ciertas influencias en algunos círculos bancarios, en forma inmoderada.

Gornt recordaba con furia, la forma en que Havergill, en el banco, contra todos sus antiguos convenios secretos y privados, de pronto no había querido oponerse a la solicitud temporal de Struan de una línea de crédito enorme, que había dado a Dunross tiempo para recuperarse.

Gornt recordaba la furia ciega que había sentido al llamar a Havergill:

—¿Por qué demonios hiciste eso? ¿Cien millones en calidad de crédito extraordinario? ¡Por amor de Dios... Les salvaste la vida! ¡Ya los teníamos! ¿Por qué lo hiciste?

Havergill le había explicado que Dunross había logrado reunir suficientes votos entre los miembros de la junta directiva y había ejercido una presión personal excesiva sobre él:

—No podía hacer otra cosa...

—Sí —pensó Gornt mientras veía al norteamericano—; en esa ocasión perdí, pero creo que tú eres la llave de oro explosiva de veinticuatro quilates que servirá de detonador para la bomba que hará salir a Struan de Asia para siempre.

—Dunross llegó al borde de la supervivencia esa vez, señor Bartlett; se creó algunos enemigos implacables. Pero ahora tenemos la misma fuerza. Estamos en lo que usted podría llamar una situación de equilibrio inmóvil. Ellos no pueden apoderarse de nosotros ni nosotros de ellos.

—A menos que cometan un error.

—O que lo cometamos nosotros —dejó escapar un anillo de humo y lo estudió con interés; al fin se volvió a mirar a Bartlett—. Al final nosotros venceremos. El tiempo en Asia es un poco distinto del tiempo en Estados Unidos.

—Es lo que la gente me dice.

—¿Y usted no lo cree?

—Sé que las mismas reglas de supervivencia se aplican aquí, allá o en cualquier otra parte, siempre.

Sólo cambia el grado de aplicación.

Gornt observó otra vez el humo de su cigarrillo que se elevaba en volutas hacia el techo. Su oficina era grande, con viejas sillas de cuero bien utilizadas y excelentes pinturas al: óleo en las paredes. El ambiente estaba lleno del olor del cuero bien curtido y de buen tabaco. El sillón de respaldo alto de Gornt, hecho de encino viejo tallado y bien acolchado y tapizado en rojo era robusto, funcional y sólido-como su dueño —pensó Bartlett.

—Podemos pujar más que Struan, y tenemos el tiempo de parte nuestra, aquí, allá, dondequiera —

comentó Gornt.

Bartlett rió de buen grado.

Gornt sonrió también, pero el norteamericano observó que sus ojos no sonreían.

—Observé a Hong Kong, señor Bartlett. Pregunte sobre nosotros y sobre ellos. Después tome su decisión.

—Sí. Es lo que voy a hacer.

—He oído que su aeroplano está detenido.

—Sí. Así es. La policía del aeropuerto encontró algunas armas de fuego a bordo de él.

—Es lo que he oído. Es curioso. En fin, si necesita ayuda, para que quede libre, tal vez yo pueda servirle..

—Usted puede servirme ahora mismo si me dice quién y por qué.

—No tengo la menor idea ... pero apuesto a que alguien de Struan lo sabe.

—¿Por qué?

—Porque sabían sus movimientos exactos. —Usted también.

—Sí, pero no se trataba de nada relacionado con nosotros.

—¿Quién sabía que íbamos a tener está reunión, señor Gornt?

—Usted y yo. Tal como convenimos. De aquí no se escurrió ninguna noticia, señor Bartlett. Después de nuestra reunión privada en Nueva York el año pasado, todo ha sido por teléfono. Ni siquiera un telex para confirmar nuestros planes. Yo suscribo todas sus medidas de prudente precaución, reserva y trato personal, cara a cara. En privado. Pero ... ¿quién de los suyos tiene noticia de

nuestro . . . de nuestro interés constante?

—Nadie, excepto yo.

—¿Ni siquiera su dama tesorera y vicepresidenta ejecutiva? —preguntó Gornt con manifiesta sorpresa.

—No señor. ¿Cuándo se enteró usted de que Casey era mujer?

—En Nueva York. ¡Vamos, señor Bartlett! No sería ni siquiera probable que consideráramos una asociación sin cerciorarnos de las credenciales de usted y las de sus principales ejecutivos.

—Bueno. Eso ahorrará tiempo.

—Es curioso que se tenga a una mujer en una posición clave de esa importancia.

—Es mi brazo derecho y también el izquierdo. Es el mejor ejecutivo que tengo.

—Entonces, ¿por qué no se la informó de nuestra reunión de hoy?

—Una de mis primeras reglas de supervivencia es mantener todos mis caminos abiertos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no administro mi negocio por comité. Además, me gustan las medidas improvisadas, para mantener secretas ciertas operaciones. —Bartlett pensó un momento, luego añadió—. En realidad, no es falta de confianza. En esta forma le facilito a ella las cosas. Si alguien de la gente de Struan averigua dónde estoy y le pregunta por qué me reúno en este momento con usted, su sorpresa será genuina.

Después de una pausa, Gornt observó:

—Es raro encontrar en quien realmente se pueda confiar.

—¿Qué razón habría para que alguien en Hong Kong quisiera granadas y unos M14? ¿Y por qué utilizaría mi avión?

—No lo sé, pero tomaré como negocio personal averiguarlo.

Gornt aplastó su cigarrillo en un cenicero de porcelana de la dinastía Sung. Luego preguntó:

—¿Conoce usted a Tsu-yan?

—Lo he visto un par de veces. ¿Por qué?

—Es un hombre muy bueno. A pesar de ser director de Struan.

—¿Es de Shanghai?

—Sí. Y por cierto, de los mejores —Gornt levantó los ojos; su mirada era muy dura—. Es posible que haya algún beneficio

suplementario en nuestros tratos señor Bartlett. He sabido que Struan está extendiéndose mucho, precisamente ahora. Dunross está contando demasiado con su flota, sobre todo con los dos navíos supercargueros que ha pedido a Japón. El primero deberá entregársele mediante un fuerte pago en el lapso de una semana, poco más o menos. Además hay rumores de que va a tratar de quedarse con Inmuebles Asiáticos. ¿Ha oído hablar de ellos?

—Una gran operación de bienes raíces en todo Hong Kong.

—Sí. Son los mayores. Superiores incluso a su propio IK.

—¿Inversiones Kowloon es parte de Struan? Creí que era una compañía independiente.

—Lo son, por fuera, pero Dunross es tai-pan de IK... siempre tienen el mismo tai-pan.

—¿Siempre?

—Siempre. Está en las primeras cláusulas del convenio. Pero Ian está exagerando su poder. La Casa Noble puede envilecerse muy pronto. En este momento sus recursos en efectivo son muy limitados.

Bartlett pensó un momento y luego preguntó:

—¿Por qué usted no se asocia con otra compañía, por ejemplo Inmuebles Asiáticos, y se apoderan de Struan? Es lo que yo haría en Estados Unidos si quisiera una compañía que no pudiera absorber.

—¿Es eso lo qué usted quiere hacer aquí, señor Bartlett? —preguntó Gornt de repente, mostrando sorpresa—. ¿Apoderarse de Struan?

—¿Es posible?

Gornt levantó la mirada hacia el techo con un movimiento cuidadoso antes de responder:

—Sí. .. pero necesitaría un socio. Tal vez podría hacerlo con Inmuebles Asiáticos pero. . . lo dudo.

Jason Plumm, el tai-pan, no tiene las agallas necesarias. Usted nos necesitaría a nosotros. Sólo nosotros tenemos la perspicacia, la vitalidad, los conocimientos y el deseo. Sin embargo, tendría que arriesgar una gran cantidad de dinero. En efectivo.

—¿Cuánto?

Gornt soltó una carcajada.

—Tendré que considerarlo. Pero primero tiene que decirme con qué grado de seriedad habla.

—Suponiendo que sea muy serio, ¿le gustaría entrar en la operación?

Gornt le devolvió la mirada. Sus ojos estaban al nivel de los de Bartlett.

—Primero tengo que estar seguro, muy seguro, de la seriedad de usted. No es un secreto que yo detesto a Struan en general y a Ian Dunross de modo personal, y que querría borrarlos del mapa. Así pues, usted ya conoce mi posición a largo plazo. En cambio yo no conozco todavía la suya.

—Si pudiéramos apoderarnos de Struan, ¿valdría la pena?

—¡Oh, sí, señor Bartlett, oh, sí, valdría la pena! —repuso Gornt en tono muy jovial; luego la voz se le heló de nuevo—. Pero todavía necesito saber hasta qué grado tiene usted planes serios.

—Se lo diré cuando haya visto a Dunross.

—¿Va a proponerle a él la misma idea que ustedes dos juntos pueden absorber a Rothwell-Gornt?

—Mis intenciones aquí son hacer que Par-Con se vuelva internacional, señor Gornt. Tal vez hasta una inversión de 30 millones de dólares para abarcar una amplia gama de comercio, fábricas y almacenes.

Hasta hace muy poco tiempo yo nunca había oído hablar de Struan, ni de Rothwell-Gornt... ni de su rivalidad recíproca.

—Muy bien, señor Bartlett. Dejamos las cosas en ese punto. Cualquier cosa que haga será interesante.

Sí. Será interesante ver si puede sostener un cuchillo.

Bartlett lo miró atónito, sin entenderlo.

—Es un viejo término chino de cocina, señor Bartlett. ¿Usted sabe cocinar?

—No.

—-Es una afición mía. Los chinos dicen que es importante saber cómo sostener un cuchillo; que no es posible usarlo mientras no se sepa aferrarlo, porque la persona puede cortarse y dar el primer paso en falso. ¿No le parece?

Bartlett hizo un gesto.

—¿Sostener el cuchillo? ¿Es la idea? La recordaré. No, yo no puedo cocinar. Nunca tuve oportunidad de aprender. Tampoco Casey puede cocinar nada.

—Los chinos dicen que hay tres artes en las que ninguna otra

civilización puede compararse con la suya: la literatura, la pintura de brocha y la cocina. Yo me inclino a creerlo. ¿Le gusta la buena comida?

—La mejor comida de mi vida la tomé en un restaurante a la salida de Roma sobre la Via Flaminia: el Cásale.

—Entonces, por lo menos eso tenemos en común, señor Bartlett. El Cásale es también uno de mis favoritos.

—Casey me llevó allí una vez: *spagheíti alia matriciana al dente* y *buscetti,* con una botella helada de cerveza, seguida de *piccata* y más cerveza. Nunca lo olvidaré.

Gornt sonrió.

—Tal vez usted quiera cenar conmigo durante su estancia aquí. Puedo ofrecerle un platillo *alia matriciana* también. . . en realidad, la comparación le resultará favorable. Es exactamente la misma receta.

—Me gustaría mucho.

—Y también una botella de Valpolicella, o un gran vino Tuscany.

—En lo personal, con la pasta prefiero cerveza. Una cerveza norteamericana helada, en su propia lata.

Después de breve pausa, Gornt preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Hong Kong?

—Todo el que sea necesario —respondió sin titubear.

—Muy bien. ¿Podríamos cenar un día de la semana entrante? ¿El martes o el miércoles?

—Me parece bien el martes. Gracias. ¿Puedo invitar a Casey?

—Por supuesto —luego, en un tono de voz menor añadió— Tal vez para entonces ya esté más seguro de lo que quiere hacer.

Bartlett rió de buena gana y replicó.

—Y para entonces usted ya habrá averiguado si puedo sostener el cuchillo.

—-Es posible. Pero recuerde una cosa, señor Bartlett: si llegamos a unir nuestras fuerzas para atacar a Struan, un vez que la batalla se haya entablado, ya casi no habrá manera de retirarse sin salir gravemente maltrecho... muy gravemente maltrecho. Yo tendría que estar muy seguro. Después de todo, usted siempre puede retirarse a los Estados Unidos, para luchar otro día. Nosotros permanecemos aquí... así que los riesgos son desiguales.

—Pero el botín también es desigual. Usted ganaría algo inapreciable que para mí no vale un comino: se convertiría en la Casa Noble.

—Sí —convino Gornt bajando los ojos.

Se inclinó para tomar otro cigarrillo, mientras movía el pie izquierdo, debajo del escritorio para oprimir un botón oculto en el piso.

—Dejemos todo pendiente para el mar. . .

En ese momento se encendió la señal del intercomunicador.

—Disculpe, señor Gornt. ¿Quiere que posponga la junta de la mesa directiva? —preguntó su secretaria.

—No —contestó Gornt—. Pueden esperar.

—Sí señor. Aquí está la señorita Ramos. ¿Puede concederle unos minutos?

Gornt aparentó sorpresa.

—Permítame un momento —dijo a Bartlett y preguntó—. ¿No tenemos más que tratar?

—No —repuso el aludido, poniéndose de pie en el acto—. El martes con seguridad. Dejamos todo pendiente hasta entonces.

Bartlett se dio vuelta, decidido a retirarse, pero Gornt lo detuvo.

—Permítame un momento, señor Bartlett —le dijo, y luego hablando por el aparato añadió—. Dígale que pase.

Desconectó el aparato y se puso de pie.

—Me alegro de que hayamos tenido esta reunión.

La puerta se abrió y la chica entró. Tenía veinticinco años, era deslumbradora, de pelo corto negro y ojos endrinos; a todas luces era de raza euroasiática. Su atuendo era informal: un pantalón de mezclilla usado, estilo norteamericano, ajustado al cuerpo, y camisa.

—iHola, Quillan!

Saludó con una sonrisa que llenó de calor el cuarto. Su inglés tenía un ligero acento estadounidense.

—Siento interrumpir, pero acabo de volver de Bangkok y quería saludarte.

—-Me alegra que lo hayas hecho, Orlanda —Gornt sonrió a Bartlett, que tenía la mirada clavada en la chica.

—Este es Linc Bartlett, de Estados Unidos. Esta es Orlanda Ramos. —¡Hola! —saludó Bartlett.

—¡Qué tal... oh ..! ¿Linc Bartlett? ¿El millonario norteamericano transportador de rifles? —concluyó con una risa espontánea. —¿Qué cosa?

—¡Oh, no se conmueva tanto, señor Bartlett! Todo el mundo en Hong Kong lo sabe. Hong Kong no es más que una aldea.

—No, no. En serio. ¿Usted cómo lo supo?

—Lo leí en el periódico de la mañana.

—¡Imposible! Eran apenas las 5:30 de esta mañana cuando sucedió.

—Fue en el *Fai Pao,* el *Express,* en la columna de emergencia, de las nueve de la mañana. Es un periódico chino, y los chinos saben todo lo que está pasando aquí. No se preocupe. Los diarios ingleses no tendrán la noticia antes de las ediciones vespertinas, pero usted puede esperar a la prensa a la puerta de su domicilio alrededor de la hora feliz.

—Gracias —lo último que quiero es a la maldita prensa pisándome los talones, pensó.

—No se preocupe, señor Bartlett. No le pediré una entrevista, a pesar de que soy reportera voluntaria de la prensa china. En realidad soy muy discreta ... ¿No es cierto, Quillan?

—Absolutamente. Puedo jurarlo —confirmó Gornt— Orlanda es digna de toda confianza.

—Claro que si usted quiere *ofrecer* una entrevista, la acepto. Mañana.

—Lo pensaré.

—¡Le garantizo que le haré quedar bien!

—¿Es verdad que los chinos saben todo lo que pasa aquí?

—Claro que sí—contestó ella sin titubear—. Pero los *quai loh* los extranjeros, no leen los periódicos chinos, con excepción de un puñado de viejos chinos, como Quillan.

—Además de todos los Servicios Especiales de Inteligencia, la Sección Especial y la policía en general —completó Gornt.

—Y también Ian Dunross —añadió la chica, tocándose los dientes con la punta de la lengua.

—¿Es tan talentoso? —preguntó Bartlett.

—¡Oh, sí! Trae la endiablada sangre de Struan en las venas.

—No entiendo.

—Lo entenderá si se queda aquí el tiempo suficiente.

Bartlett pensó en esto y frunció el ceño.

—¿También usted sabía de los rifles, señor Gornt?

—Sólo el hecho de que la policía había interceptado armas de contrabando "en el jet privado del millonario norteamericano que había llegado anoche". También el mío era periódico chino de la mañana, el *Sing Pao* —la risa de Gornt fue sarcastica cuando añadió —: es *The Times* en cantonés. Era también su columna de última hora. Pero, a diferencia de Orlanda, a mí sí me sorprende que miembros de nuestra prensa inglesa no se le hayan atravesado ya en el camino. Aquí en Hong Kong son muy diligentes. Más de lo que Orlanda les concede.

Bartlett percibió el olor del perfume de la chica. Luego insistió:

—Me sorprende que usted no mencionara el hecho, señor Gornt.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué tienen que ver las armas de fuego con nuestra posible sociedad futura? —Gornt reprimió a medias la risa y comentó—. En el peor de los casos iríamos a visitarlo a la cárcel... Orlanda y yo.

La chica rió y confirmó:

—¡Claro que sí!

—¡Muchas gracias! —otra vez su perfume; Bartlett hizo a un lado el tema de las armas y se concentró en la muchacha— Ramos ... ¿es apellido español?

—Es portugués. De Macao. Mi padre trabajó para Rothwell-Gornt en Shanghai. . . Mi madre es de esa ciudad. Yo me eduqué allá, hasta el '49, cuando fui a los Estados Unidos unos años, a la escuela secundaria en San Francisco.

—¿De veras? Los Angeles es mi pueblo natal. .. Yo fui a la escuela en el Valle.

—Me encanta California —comentó ella—. ¿A usted qué le parece Hong Kong?

—Apenas acabo de llegar —refunfuñó Bartlett— y parece que mi entrada fue explosiva.

La chica rió, mostrando una hermosa hilera de dientes blancos.

—Hong Kong es buen lugar, con tal que pueda uno alejarse cada mes más o menos. Usted debería visitar a Macao en un fin de semana es el viejo estilo mundano, muy bonito, a escasos sesenta y cinco kilómetros de aquí, con buenos transbordadores. Es muy diferente de Hong Kong —volteó a mirar a Gornt—. Repito, Quillan,

que me apena haber interrumpido, lo único que quise fue saludarte.

En ese momento hizo ademán de retirarse.

—No —opuso a su vez Bartlett, deteniéndola—. Nosotros ya habíamos terminado. Yo estaba a punto de salir. Gracias de nuevo, señor Gornt. Lo veré el martes, si no antes... Espero volver a verla, señorita Ramos.

—Sí. Me gustaría. Aquí tiene mi tarjeta. . . Si decide concederme la entrevista, le prometo un buen informe periodístico.

La chica estiró la mano. Bartlett la tocó y sintió su calor.

Gornt lo acompañó hasta la puerta. Luego la cerró, volvió a su escritorio y tomó un cigarrillo. Ella le encendió el fósforo y luego lo apagó. Después se sentó en la silla que había ocupado Bartlett.

—Es un hombre bien parecido —observó.

—Sí, pero es norteamericano, ingenuo y un sinvergüenza muy engreído que tal vez necesite una buena lección.

—¿Es eso lo que quieres que yo haga?

—Es probable. ¿Leíste su expediente?

—Ah, claro. Muy interesante —Orlanda sonrió.

—No vas a pedirle dinero —amonestó Gornt con perspicacia.

—¡Oyeme, Quillan! ¿Soy tan estúpida? —lo dijo en el mismo tono áspero, mientras le brillaban los ojos.

—Bueno.

—¿Por qué tendría que traer armas de contrabando a Hong Kong?

—Eso e s . ¿Por qué, querida? Tal vez alguien está aprovechándose de él.

—Esa debe ser la respuesta; Si yo tuviera todo su dinero no intentaría una cosa tan necia como ésa. —

No—convino Gornt.

—A propósito, ¿te gustó esa sugerencia acerca de mi profesión de reportera voluntaria? Pensé haberlo hecho muy bien.

—Sí, pero no lo subestimes. No es tonto. Es muy inteligente. Mucho.

Gornt mencionó el detalle del Cásale y comentó:

—Es demasiada coincidencia. Debe tener un expediente de mi persona, él también, uno muy detallado. No son muchos los que conocen mi preferencia por ese lugar.

—Tal vez yo también esté incluida. . .

—Es posible. No dejes que te atrape. Me refiero a lo de tu trabajo voluntario.

—¡Por favor, Quillan! ¿Quién de los tai-pans, con excepción de ti y de Dunross lee los periódicos chinos? Y aun ustedes no pueden leerlos todos. Yo ya he escrito una o dos columnas, como "corresponsal especial". Si me concede la entrevista, puedo escribirla. No te preocupes —le acercó el cenicero—. ¿Todo anduvo bien, verdad? Me refiero a Bartlett.

—A la perfección. Tú estás desperdiciada. Deberías estar en el negocio del cine.

—Entonces hablale de mí a tu amigo, Quillan querido, por favor, por favor. Charlie Wang es el mayor productor de Hong Kong y te debe muchos favores. Charlie Wang tiene tantas películas en proyecto que lo único que yo necesito es una oportunidad . Podría convertirme en estrella. ¡Por favor!

—¿Por qué no? —preguntó en tono seco—. Sin embargo, no creo que pertenezcas a esa clase.

—Puedo adaptarme. ¿No actué exactamente como querías, con Bartlett? ¿No traigo un atuendo impecable? ¿Estilo norteamericano?

—Sí, sí. Estás muy bien —la miró y dijo con delicadeza. Podrías ser perfecta para él. Estaba pensando que tal vez podrías tener algo más estable que una aventura amorosa.

La chica concentró toda su atención para preguntar:

—¿Qué?

—El y tú podrían acoplarse muy bien, como un rompecabezas chino perfecto. Eres una persona de buen carácter, tienes la edad conveniente, eres preciosa, lista, culta, maravillosa en la cama, con mucho talento en la cabeza y un barniz norteamericano suficiente para que él se sienta a gusto —lanzó una bocanada de humo y prosiguió—. Y, de todas las mujeres que conozco, tú serías la que de verdad sabría gastarle el dinero. Sí, ustedes dos podrían ser una pareja perfecta El sería muy bueno contigo y tú darías mucha brillantez a su vida. ¿No es cierto?

—¡Oh, sí! —contestó ella en el acto—. ¡Sí, sí lo haría! —sonrió y luego frunció el ceño—. Pero, ¿qué me dices de la mujer que viene con él? Tienen una suite en común en el Vic. He oído decir que es un primor. ¿Qué me dices de ella, Quillan?

Gornt esbozó apenas una sonrisa:

—Mis espías me han dicho que no duermen juntos, aunque, su relación es mejor que entre amigos.

A Orlanda se le aflojaron los músculos de la cara. —¿No será un homosexual, supongo? Gornt rió.

Una verdadera carcajada.

—¡Orlanda, yo no te haría semejante jugada! No. Estoy seguro de que no lo es. Sencillamente ha llegado a un arreglo con Casey.

—¿Qué arreglo? Gornt se encogió de hombros. Después de un momento, Orlanda preguntó: —¿Qué hago con ella?

—Si Casey Tcholok se atraviesa en tu camino, hazla a un lado. Tienes recursos.

—¡Ay, Quillan! Eres… A veces no me gustas nada.

—Los dos somos realistas. Tú y yo ¿No es cierto? —se lo dijo en un tono carente de expresión La chica reconoció el ímpetu subterráneo de violencia. Se levantó en el acto, se inclinó sobre el escritorio y le dio un ligero beso.

—Eres un demonio —le dijo en tono conciliador—. Eso es por los viejos tiempos.

La mano de Gornt se deslizó hasta el pecho de la chica. Luego suspiró, recordando y disfrutando el calor que se filtraba a través de la delgada tela:

—¡Ah sí! Es verdad Orlanda. Tú y yo hemos tenido buenos tiempos, ¿no es cierto?

La chica había sido su amante cuando apenas tenía diecisiete años. El había sido su primer hombre, la había conservado a ella durante casi cinco años y habría seguido así, de no ser porque Orlanda había tenido relaciones con un joven de Macao, en ausencia de Quillan, y éste había recibido informes al respecto. Esto lo había hecho romper con ella. Cuando la chica le había pedido perdón por lo sucedido, él había respondido:

—Orlanda, no hay nada que perdonar. Te he dicho una docena de veces que la juventud necesita juventud, que llegaría un día. E n júgate las lágrimas, cásate con el muchacho... Yo te daré una dote y toda mi aprobación.

En medio del llanto de la chica, él se había mantenido firme.

—Seguiremos siendo amigos —le había asegurado—Además, me haré cargo de ti cuando lo necesites...

Al día siguiente, había descargado todo el ardor de su furia

reprimida sobre el joven, un inglés, ejecutivo de segundo nivel de Inmuebles Asiáticos, y al cabo de un mes lo había dejado en la calle.

—Es cuestión de apariencias —había explicado Quillan con toda tranquilidad.

—Lo sé, y lo entiendo pero... ¿qué hago ahora? —-había preguntado ella con voz lastimera—. Mañana sale para Inglaterra. Quiere que me vaya con él y nos casemos... Pero ahora no puedo casarme con él, no tiene dinero, ni futuro, ni un empleo... ni dinero...

—Enjúgate las lágrimas... En ese caso, vete de compras...

—¿Qué cosa?

—Lo que oíste. Aquí tienes un regalo.

Al decirle esto, le había puesto en la mano un boleto de viaje redondo a Londres en primera clase, para el mismo avión en que el joven inglés viajaba en clase turista, junto con un millar de libras esterlinas en billetes nuevos y flamantes de diez libras.

—Cómprate muchos vestidos bonitos, ve al teatro. Tienes tu reservación hecha en el Connaught para once días. No necesitas más que poner tu firma al boleto, y tu regreso está confirmado. Que disfrutes del viaje y vuelvas como nueva, ¡sin problemas!

—¡Oh, gracias, Quillan querido, gracias! ¡Cuánto siento lo que ha pasado..! ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar... Pero, si vuelves a hablar con él otra vez, o a verlo en la intimidad. No seré ya para ti ni para tu familia el buen amigo de siempre.

Ella había vuelto a darle las gracias con gran profusión de expresiones, en medio de sus lágrimas, mientras maldecía su estupidez y pedía al cielo que descargara toda su furia sobre el que la hubiera denunciado. Al día siguiente, el muchacho había tratado de hablar con ella en el aeropuerto, en el avión y en Londres, pero ella no había hecho más que alejarlo con improperios. Sabía bien dónde estaba su tazón de arroz. El día que Orlanda salió de Londres, el muchacho se suicidó.

Cundo Gornt tuvo noticia de lo acontecido, encendió un fino cigarro puro, llevó a la chica a cenar en el restaurante de lujo del Victoria and Albert, en una mesa con candelabros, lino y plata finos.

Después saboreó su cognac Napoleón, mientras ella tomaba

sorbos de una crema de menta y al terminar, la mandó sola a su domicilio, al departamento que él seguía pagándole. Estuvo en el restaurante solo, ante otra copa de cognac, contemplando las luces de la bahía y la Cumbre, saboreando las glorias de su venganza, la majestad de vivir. Su buen nombre estaba a salvo.

—Ah, sí… No cabe duda de que tuvimos buenos tiempos —repitió Gornt, todavía sintiendo deseo por ella aunque no había compartido su cama desde el incidente de Macao.

—Quillan … —empezó a decir, mientras sentía que la mano de él le daba calor.

—No.

Los ojos de la chica se deslizaron hasta la puerta interior.

—¡Por favor! Han pasado ya tres años. Te aseguro que nadie más.

—Gracias, pero no.

La retiró de su lado. Las manos de él se apoyaban ya en los brazos de la chica, con firmeza pero con amabilidad.

—Ya probamos lo mejor —comentó en el tono de un experto conocedor—. No quiero segundas partes.

Ella se sentó sobré el borde del escritorio, contemplándolo con mirada sombría.

—Tú ganas siempre, ¿verdad?

—El día que te hagas amante de Bartlett te daré un buen regalo —comentó Quillan en tono sereno—.

Si te lleva a Macao y pasas con él tres días en plan manifiesto, te obsequio un nuevo Jaguar. Si te pide que te cases con él, tendrás el departamento con todo lo qué hay en él y una casa en California, como regalo de boda.

Orlanda se quedó un instante sin aliento. Luego sonrió extática y reflexionó:

—Un XKE negro, Quillan … ¡Oh! ¡Eso sería perfecto!

Pero de pronto toda su felicidad se evaporó:

—¿Qué hay de valioso en él? ¿Por qué es tan importante para ti?

Por toda respuesta, él la miró con firmeza.

—Perdón —recapacitó— perdón. No debía hacer esa pregunta.

En un gesto pensativo, estiró la mano para tomar un cigarrillo. Lo encendió y se inclinó para ofrecérselo.

—Gracias —dijo él, mientras disfrutaba de la curva de sus senos

turgentes, aunque con tristeza al pensar que semejante belleza fuera tan efímera—. ¡Oh! A propósito, no quiero que Bartlett sepa nada de nuestro arreglo.

—Yo tampoco lo querría —suspiró ella, forzando una sonrisa.

Luego se puso de pie y se encogió de hombros.

—¡Ah, no! —reflexionó en voz alta—. De cualquier manera, lo nuestro no habría sido duradero. Con Macao o sin Macao. Tú habrías cambiado. Te habrías aburrido. A los hombres siempre les pasa así.

Repasó su maquillaje, se arregló la camisa, le lanzó un beso de despedida y salió de la oficina. El contempló la puerta cerrada, luego sonrió. Aplastó el cigarrillo que ella le había dado, sin haberlo aspirado una sola vez. No quería experimentar el veneno de sus labios ... Encendió uno nuevo y tarareó una melodía.

¡Excelente! —pensó con regocijo—. Ahora veremos, señor Villano Experto, Yankee Confiado Bartlett. Ahora veremos cómo manejas ese cuchillo. ¡Ni más ni menos que pasta con cerveza!

Por un instante, Gornt percibió una débil ráfaga del perfume de Orlanda que había quedado en la oficina, y se sintió arrastrado a recuerdos de la época en que hacía el amor con ella. Cuando ella era joven —se dijo a sí mismo—. Gracias a Dios que aquí no hay seguros de juventud o de belleza, y que una sustitución está tan a la mano como una llamada telefónica o como un billete de cien dólares.

Estiró la mano y marcó un número privado especial, sintiendo alegría de que Orlanda fuera más china que europea. Los chinos son gente tan práctica. El tono de la llamada se interrumpió y Gornt pudo oir la voz vibrante de Paul Havergill:

—¡Dígame...!

—Paul. Habla Quillan. ¿Cómo andan las cosas? —Hola, Quillan. Supongo que sabes que John john se hará cargo del banco en noviembre.

—Sí, y lo lamento.

—¡Detestable! Yo esperaba que me confirmaran, pero la junta directiva prefirió nombrar a John john.

Anoche se dio la noticia oficial. Otra vez Dunross y su camarilla. . . y las malhadadas acciones que tienen. ¿Cómo resultó tu reunión?

—Nuestro norteamericano está cayendo en el garlito, tal como

te dije que sucedería.

Gornt aspiró con fuerza su cigarrillo y trató de hablar en un tono carente de excitación.

—¿Qué te parecería un poco de emoción antes de retirarte?

—¿En qué estás pensando?

—¿Tú sales a fines de noviembre?

—Sí. Después de veintitrés años. En cierto sentido no lo lamentaré.

Yo tampoco —pensó Gornt con satisfacción—. Ya eres anticuado y de un conservadurismo insoportable. Lo único que tienes a tu favor es que odias a Dunross.

—Faltan casi cuatro meses. Eso nos daría tiempo de sobra. A ti, a mí y a nuestro amigo norteamericano.

—¿En qué estás pensando?

—¿Recuerdas uno de mis planes de juego? ¿El que yo llamé "competencia"?

Havergill pensó por un momento. —Era el referente al modo de adueñarse de un banco de oposición o de eliminarlo, ¿no es así? ¿Por qué lo preguntas? .

—Supon que alguien desempolvara el plan, le hiciera algunos ajustes y oprimiera el botón de *marcha*. .. y que esto hubiera sucedido hace dos días. Supón que alguien Sabía ya que Dunross y los demás darían su voto en contra tuya y ahora quisiera vengarse. "Competencia" vendría como artillo al dedo...

—No veo en qué forma. ¿Qué objeto tendría atacar a Blacs?

La principal oposición para el Banco Victoria provenía del de Londres, Cantón y Shanghai. Havergill comentó:

—No tiene sentido.

—¡Ah! Pero supón que alguien cambiara de banco, Paul.

—¿Contra quién?

—basaré por allí a las tres, para explicártelo.

—¿Contra quién?

—Richard.

Richard Kwang controlaba el banco Ho-Pak, uno de los: más grandes entre los numerosos bancos chinos de Hong Kong.

—¡Santo Dios! Pero, eso e s . . . —se produjo una larga pausa— Quillan: ¿Has desencadenado ya

—¿Competencia? ¿Has empezado ya a ponerlo por obra?

—Sí, y nadie sabe de esto más que tú y yo.

—Pero, ¿en qué forma va a darte resultado contra Dunross?

—Te lo explicaré después. ¿Puede Ian cumplir con los compromisos de sus barcos?

Se produjo una pausa que Gornt observó bien,

— S í . —oyó decir a Havergill.

—Sí, pero ¿qué?

—Pero... estoy seguro de que no tendrá problema.

—¿Qué otros problemas tiene Dunross?

—Lo siento, Quillan, pero no sería ético .

—Claro, claro —comentó Gornt—. Déjame exponértelo en otra forma. Supón que se les mece un poco la barca, ¿eh? Se produjo otra pausa más larga.

—Si es en el momento oportuno, un ligero oleaje podría echarlos a pique a ellos o a cualquier otra compañía. Incluso a ti —dijo Paul.

—Pero no al Banco Victoria.

—¡Oh, no!

—Magnífico. Te veré a las tres.

Gornt colgó el teléfono y arqueó la ceja. Se sentía muy excitado. Aplastó el cigarrillo, hizo un cálculo rápido, encendió otro cigarrillo y marcó un número. .

—¿Charles? Habla Quillan. ¿Estás ocupado?

—No. ¿En qué puedo servirte?

—Quiero un estado de cuenta.

Lo que Gornt estaba pidiendo era una señal privada para que el abogado telefoneara a ocho personas designadas, que a nombre de Gornt comprarían o venderían en el mercado de valores, pero en secreto, para evitar que la operación pudiera atribuirse en último término a él. Todas las acciones y todo el dinero pasaría solo por manos del abogado, de suerte que ni siquiera las personas designadas, ni los corredores de bolsa sabrían para quién se hacían las transacciones.

—Te haré el estado de cuenta. ¿De qué categoría, Quillan?

—Quiero vender corto.

Vender corto significaba que vendía acciones que no eran suyas, basado en la presunción de que su valor disminuiría. Luego, antes de tener que recuperarlas (en Hong Kong tenía un margen máximo de dos semanas), si las acciones efectivamente habían bajado,

podría echarse al bolsillo la diferencia. Por supuesto, si su jugada era equivocada y el mercado había subido, tenía que pagar la diferencia.

—¿Qué acciones y qué números?

—Cien mil de Ho-Pak...

—¡Jesucristo!

—La misma cantidad en el momento en que el mercado abra mañana, y otras doscientas durante el día. Para esas horas ya te daré nuevas instrucciones.

Se produjo un silencio lleno de estupor.

—¿Dijiste Ho-Pak?

—Sí.

—Necesitaré tiempo para pedir prestadas todas esas acciones. ¡Por Dios, Quillan! ¿Cuatrocientas mil?

—Ya que has mencionado la cifra, consigúete otras cien mil. Una cifra redonda de medio millón.

—Pero... Ho-Pak son valores de primera clase, tan de primera como pueden tenerse aquí... ¡No han bajado en años!

—Sí.

—¿Qué has oído?

—Rumores —contestó Gornt en tono grave, luego ahogó una risa maliciosa—. ¿Te gustaría comer hoy temprano, en el club?

—Allí estaré.

Gornt colgó el teléfono. Luego marcó otro número privado.

—¿Dígame?

—Soy yo —explicó Gornt con cautela-—. ¿Estás solo?

—Sí. ¿Qué me dices?

—En nuestra reunión El yankee propuso una incursión.

—¡Uuuyyy! ¿Entonces?

—Paul va a participar —afirmó; la exageración le brotó sin dificultad—. Todo es absolutamente secreto, por supuesto. Acabo de hablar con él.

—Entonces yo también intervengo. Con tal que logre control sobre los barcos de Struan, su operación en inmuebles en Hong Kong y el 40 por ciento de sus títulos inmobiliarios en Tailandia y Singapur.

—¡Estás bromeando!

—Nada es demasiado para aplastarlos. ¿Me equivoco, amigo?.

Gornt pudo oír la risa burlona y satisfactoria, y sintió que aborrecía a Jason Plumm por ese motivo.

—Tú lo desprecias tanto como yo —objetó Gornt.

—¡Ah, sí! Pero tú vas a necesitarme a mí y a mis amigos especiales. Aun con Paul de un lado u otro de la cerca, tú y el yankee no pueden sacar el buey de la barranca sin mí y los míos.

—¿Por qué crees que hablo contigo?

—Escucha: no olvides que no estoy pidiéndote ninguna tajada del botín norteamericano.

Gornt mantuvo la voz tranquila.

—¿Eso qué tiene que ver con nada de lo que estamos tratando?

—Te conozco ... ¡Oh, sí! Te conozco viejo.

—¿Crees conocerme ahora mismo?

—Sí. No te darás por satisfecho con destruir a nuestro "amigo". Querrás todo el botín.

—¿Lo quiero también ahora?

—Sí. Durante demasiado tiempo has querido una parte del mercado estadounidense.

—¿Y tú?

—No. Nosotros sabemos bien en qué horno queremos dorar nuestro pan. Nos contentamos con seguir la pista desde atrás. Nos basta Asia. No queremos ser el ilustre nada.

—¿De veras?

—¡De veras! Entonces, ¿trato hecho?

—¡No! —opuso Gornt.

—Desisto de toda la operación naviera. En cambio, me quedo con las Inversiones Kowloon, de Ian, la Operación Kai Tak y el 40 por ciento de los títulos inmobiliarios de Tailandia y Singapur, y aceptaré el 25 por ciento de Par-Con y tres sitios en la Directiva.

—¡Vete a la porra!

—La oferta es válida hasta el lunes.

—¿Cuál lunes?

—El próximo.

—*Dew tteh loh moh* a todos tus lunes!

—¡Y a los tuyos! Te hago mi última proposición. Inversiones Kow-loon y su operación Kai Tak completa, el 35 por ciento de todos sus títulos inmobiliarios en Tailandia y Singapur y el 10 por ciento del botín del yankee, con tres sitios en la Directiva.

—¿Eso es todo?

—Sí, y repito, la oferta es válida hasta el próximo lunes. Y no te hagas ilusiones de que puedes devorarnos en el curso del trato.

—¿Te has vuelto loco?

—Te lo dije. Te conozco. ¿Aceptas?

—No.

Una vez más, la risa sumisa y perversa.

—Hasta el lunes . . . el próximo ... Tienes tiempo suficiente para tomar la decisión.

—¿Te veré esta noche en la fiesta de Ian? —preguntó Gornt con malicia.

—¡Has perdido el juicio! Si yo fuera a... ¡Por Dios, Quillan! ¿En verdad vas a aceptar la invitación?

—¿Tú, *en persona?*

—No pensaba... pero ahora creo que lo haré. No quisiera perderme lo que quizá será la última gran fiesta del último tai-pan de los Struans.

7
12:01 a.m.

En la sala de juntas las cosas seguían difíciles para Casey. No mordían ninguno de los anzuelos que les ofrecía. Su ansiedad había aumentado y mientras esperaba sentía ya la ola de un miedo adverso que la recorría de pies a cabeza.

Phillip Chen se dedicaba a garabatear el papel, Linbar no hacía más que jugar con las hojas que tenía delante, Jacques deVille observaba a la chica con mucha atención. De pronto, Andrew Gavallan dejó de escribir los últimos porcentajes que ella había citado. Lanzó un suspiro y levantó la vista para mirarla.

—Es evidente que ésta tiene que ser una operación de financiamiento conjunto —dijo con voz categórica.

La carga eléctrica de la sala subió de voltaje y Casey apenas pudo contener un grito de júbilo cuando Gavallan preguntó:

—¿Cuánto está dispuesta a poner Par-Con en el financiamiento conjunto de todo el convenio?

—Dieciocho millones de dólares norteamericanos este año deben ser suficientes para cubrirlo.

La respuesta de Casey había sido inmediata, y ella notó con alegría que había dejado boquiabiertos a sus interlocutores.

El valor neto de Struan, declarado por ellos mismos el año anterior había sido casi de 28 millones de dólares, y Casey y Bartlett habían calculado su oferta sobre la base de esa cifra.

—Hazles una primera oferta de 20 millones —le había dicho Linc—. Es preciso que los comprometas en 25, que sería una cifra ideal. Es esencial que logremos un financiamiento conjunto, pero la iniciativa tiene que venir de ellos.

—Pero observa sus estados financieros, Linc. No puede decirse con seguridad cuál es su valor neto real.

Podría ser hasta de diez millones en un sentido o en otro, tal vez por encima. No sabemos qué tan fuertes son en realidad... o qué tan débiles. Observa este renglón: «14.7 millones retenidos en subsidiarias...» —¿Qué subsidiarias? ¿Dónde y para qué? Aquí hay

otro: «7.4 millones transferidos a...»

—¿Qué importa todo eso, Casey? Quiere decir que son 30 millones en lugar de 23. Nuestra proyección sigue siendo válida.

—Sí, pero sus procedimientos contables. . . ¡Por Dios, Linc! Si nosotros hiciéramos el uno por ciento de estos cálculos en Estados Unidos, el SEC ya nos tendría colgados y acabaríamos por pasar cincuenta años en la cárcel".

—De acuerdo, pero en el caso *de ellos* no es contra la ley, y ésa es una de las principales razones por las que vamos a Hong Kong.

—Veinte es demasiado para una apertura.

—Lo dejo en tus manos, Casey. Pero recuerda que en Hong Kong jugamos con las reglas de Hong Kong... cualquier cosa que sea legal. Yo quiero una parte de su juego.

—¿Por qué? ¡Ah! Y no vayas a contestarme que por tu maldito gusto.

Linc se había reído de la ocurrencia.

—Bueno... entonces, ¡por tu maldito gusto! ¡Sólo te pido que te asegures de lograr el trato con Struan!

La humedad del salón de juntas había aumentado. A Casey le habría gustado ir a tomar una toalla de papel, pero se mantuvo inmóvil, queriendo que ellos avanzaran y pretendiendo estar muy tranquila.

Gavallan volvió a romper el silencio:

—¿Cuándo confirmaría el señor Bartlett la oferta de diociocho millones si nosotros aceptamos?

—Está confirmada —contestó ella en tono dulce, haciendo caso omiso de la insinuación ofensiva—.

Yo estoy autorizada para comprometer hasta 20 millones en este trato sin consultarlo con Linc o con su directiva.

La última observación fue hecha en forma deliberada, para darles un margen para movilizarse. Luego preguntó en tono inocente:

—Entonces, ¿quiere decir qué está arreglado? Bueno —empezó a seleccionar papeles—. Después de esto, yo diría. . .

Un momento —interrumpió Gavallan en forma inesperada—. Yo, es decir 18 es ... En fin, de cualquier manera hay que presentar todo el trato al tai-pan.

—¡Oh! —reaccionó Casey, fingiendo sorpresa—. Yo creía que

estábamos negociando en plan de igualdad, que ustedes cuatro tenían poderes iguales a los míos. Tal vez será mejor que en el futuro hable directamente con el señor Dunross.

Andrew Gavallan explotó.

—El tai-pan tiene la última palabra en todas las decisiones.

—Me alegra saberlo, señor Gavallan. Yo sólo la tengo hasta 20 millones —-se sentía triunfante en medio de ellos—. De acuerdo. Preséntenlo a su tai-pan. Mientras tanto, ¿podríamos fijar un tiempo límite para el periodo de consideración?

Se produjo otro silencio.

—¿Qué sugiere usted? —-interrogó Gavallan, sintiéndose atrapado. —Lo que se considere mínimo.

No sé con qué rapidez les guste a ustedes trabajar—contestó Casey. Phillip Chen opinó:

—¿Por qué no dejamos la respuesta para después de la comida, Andrew?

—Sí. Es una buena idea.

—A mí me parece magnífica —confirmó Casey.

Cumplí con mi tarea —pensó ella—. Convendré en 20 millones, cuando podían haber sido 30, y éstos son hombres y además expertos... y mayores de edad, y creen que yo soy una incauta. El hecho es que ahora yo tendré mi dinero de vete a la porra. Santo Dios, allá en el cielo ratifica este trato, porque con él seré libre para siempre.

Libre... ¿para hacer qué?

No tiene importancia —se dijo—. Eso lo pensaré después. Cuando lo pensó, ya había proseguido en la exposición de los términos:

—¿Quieren que examinemos los detalles de la forma en que desearían los 18 millones y...

—Dieciocho apenas es suficiente —interrumpió Phillip Chen con una mentira que le salió con mucha naturalidad—. Hay costos adicionales de todo género.

En un estilo de negociación perfecta, Casey permitió que la empujarán hasta los 20 millones y luego, con aparente renuencia reconoció:

—Caballeros, ustedes son hombres de negocios excepcionales. Muy bien, 20 millones.

Pudo observar sus sonrisas disimuladas y en su interior se rió con gusto.

—Bueno —dijo Gavallan muy satisfecho.

—Ahora —insistió ella, queriendo mantener viva la presión—, ¿cómo quieren que sea la estructura corporativa de nuestra empresa conjunta? Desde luego, sujeta a su tai-pan, quiero decir, a la aprobación de *el* tai-pan—procuró con todo cuidado que la corrección llevara sólo el grado apropiado de humildad de su parte.

Gavallan la observaba, deseando con irritación que fuera hombre. Entonces podría decirle vete a la mierda o por ahí te pudras, y todos reiríamos juntos porque tú sabes y yo también que tú siempre tienes que verificar las cosas con el tai-pan, de un modo u otro, sea Dunross, Bartlett, una junta directiva, ¡o tu mujer! Sí, y si fueras hombre, no tendríamos este maldito ambiente sexual en la sala, que por principio de cuentas no es el lugar para eso. ¡Jesucristo! Si fueras una vieja arrugada tal vez las cosas serían diferentes pero, ¡qué diantre! ¡una mocosa como tú!

¿Qué demonios se les mete a las mujeres norteamericanas? ¿Por qué diantres no se quedan en el lugar que les corresponde y se contentan con ser eso que desempeñan tan maravillosamente bien?

¡Estúpida!

Además estúpida para conceder el financiamiento con tanta rapidez y peor todavía para darnos dos millones más, cuando por principio de cuentas diez habrían sido aceptables. ¡Por amor de Dios! ¡Debías haber sido paciente y habrías logrado un trato mucho mejor! Ese es el problema con ustedes, norteamericanos, no tienen... finura, ni paciencia, ni estilo; no entienden el arte de la negociación. Y tú, querida dama, eres demasiado impaciente para hacerte valer. Ahora ya sé cómo jugar contigo.

Dirigió una mirada a Linbar Struan, que observaba a Casey con disimulo, en espera de que él, Phillip o Jacques continuaran. Cuando yo sea tai-pan —pensó Gavallan con malicia— ya me encargaré de derribarte, joven Linbar, de derribarte o de hacerte alguien. Necesitas que se te empuje al mundo, a tu mundo, que se te obligue a pensar por ti mismo, a contar contigo mismo, no a depender de tu nombre y de tu herencia. Sí, con mucho más trabajo arduo que utilice algo de la energía de tu miembro... cuanto más pronto vuelvas a casarte, tanto mejor.

Su mirada pasó luego a Jacques deVille, que le devolvió la sonrisa. ¡Ah, Jacques! —pensó sin rencor—. Tú eres mi principal oponente. Estás aquí haciendo lo que sueles hacer: decir poco, observar todo, pensar mucho... áspero, duro y si es preciso malvado. Pero, ¿qué opinas de este trato? ¿He pasado por alto alguna cosa? ¿Qué prevé tu astuta mente legal parisiense? ¡Ah! Pero te paró los pies con su respuesta a tu gracejo sobre sus facciones, ¿eh?

A mí también me gustaría acostarme con ella —pensó en forma ausente, sabedor de que Linbar y Jacques habían tomado ya la misma decisión. ¡Claro! ¿A quién no le gustaría?

—Y, ¿qué me dices de ti, Phillip Chen?

—¡Oh, no! Tú no. A ti te gustan mucho más jóvenes, y que lo hagan contigo, cosa extraña, si hay que creer a las murmuraciones ... ¿me equivoco?

Al fin volvió a clavar la mirada en Casey. Podía leer su impaciencia. No pareces lesbiana —pensó, y gruñó en su interior—. O, ¿es esa tu otra debilidad? ¡Por amor de Dios! ¡Sería un desperdicio lamentable!

—El plan conjunto deberá organizarse según la ley de Hong Kong —advirtió.

—Sí, claro, hay ...

—Sims, Dawson y Dick pueden aconsejarnos al respecto. Concertaré una entrevista para mañana o el día siguiente.

—No hay necesidad de eso, señor Gavallan. Yo ya conseguí de ellos unos proyectos provisionales, desde luego hipotéticos y confidenciales, en caso de que llegáramos a cerrar el trato.

—¿Qué cosa?

Los cuatro se quedaron sin habla cuando ella sacó de su portafolios cinco copias de una forma legal de contrato breve, y dio una a cada uno.

—Supe que eran sus abogados —dijo en tono vivaz, hice que nuestra gente se informara acerca de ellos y me dijeron que eran los mejores. Para nosotros eso resultaba magnífico. Les pedí que consideraran nuestras necesidades hipotéticas corporativas, tanto las de ustedes como las nuestras. ¿Hay alguna objeción?

—No —contestó Gavallan, sintiéndose furioso al pensar que sus abogados no les hubieran notificado lo de las investigaciones de Par-Con.

Luego empezó a revisar el documento.

Dew neh loh moh contra Casey ... ¡lo que sea su maldito nombre! —pensaba Phillip Chen, furioso ante la pérdida de prestigio. ¡Ojalá qué el vientre dorado se te marchite y se seque para siempre y se llene de tierra, por tus modales indecentes y tus costumbres desvergonzadas, inmundas y antifemeninas!

¡Qué Dios nos proteja de las mujeres norteamericanas!

Uuuyyy, ¡caro le va a salir a Lincoln Bartlett el haberse atrevido a meternos a esta... criatura aquí —se prometió Chen—. ¡Cómo tuvo la audacia!

Sin embargo, su mente calculaba el pasmoso valor del convenio que se les había ofrecido. Tiene que llegar a ser al menos de unos cien millones de dólares norteamericanos, en potencia, en el curso de unos cuantos años —se dijo— mientras su cerebro se agitaba febrilmente. Esto dará a la Casa Noble la estabilidad que necesita.

¡Oh, día feliz! —saboreó—. ¡Un financiamiento a razón de dólar por dólar! ¡Increíble! ¡Qué necedad habernos dado eso con tanta facilidad, sin pedir siquiera en cambio una concesión insignificante! ¡Qué estupidez! Pero, ¿qué puede esperarse de una estúpida mujer? ¡Uuuyyy! Toda la ribera del Pacífico va a hartarse de los productos de espuma de poliuretano que podremos fabricar: para empacar, construir, amortiguar y aislar. Una fábrica aquí, otra en Formosa, una más en Singapur, otra en Kuala Lúmpur y por fin, para iniciar, en Jakarta. Ganaremos millones, decenas de millones. Y en cuanto a la agencia de arrendamiento a largo plazo de computadoras, con la tarifa que estos necios están ofreciéndonos, de un 10 por ciento menos que el precio de lista de IBM, menos nuestra comisión del 7.5 por ciento (cuando por un poco de regateo habríamos accedido gustosos a un 5 por ciento), para el próximo fin de semana podré vender tres a Singapur, una aquí, una más en Kuala Lumpur y otra a ese pirata naviero de Indonesia, con una utilidad libre de 67,500 dólares en cada una, o sea, un total de 405,000 dólares con seis llamadas telefónicas. Y por lo que se refiere a China.

Por lo que se refiere a China.

¡Oh, todos los dioses grandes, pequeños y más pequeños! ¡Hagan que este trato se cierre y yo daré la dotación para un nuevo templo, una catedral en Tai-ping Shan —prometió en el paroxismo de su fervor—. Si China renunciara a algunos de sus controles, o incluso

los relajara siquiera un poco, podríamos fertilizar los arrozales de la provincia de Kwantung y luego los de todo el país, y en los próximos doce años este trato significaría cientos de millones de dólares, ¡dólares norteamericanos, no de Hong Kong!

La idea de todas estas utilidades suavizó su furia en una medida considerable.

—Creo que esta proposición puede ser la base de discusiones ulteriores -dijo, cuando terminó de leer—-. ¿No te parece, Andrew?

—Sí —Gavallan dejó la carta sobre la mesa—. Los llamaré después de la comida. ¿Qué hora es oportuna para el señor Bartlett, y para ustedes, por supuesto?

—Hoy en la tarde. Cuanto más temprano, mejor. O cualquier hora de mañana... sólo que Linc no vendría. Yo me encargo de todos los detalles, es mi tarea —explicó Casey en tono seguro—. El marca la pauta y pone la firma definitiva a todos los documentos, una vez que yo los he aprobado; Es una de tantas funciones del comandante en jefe, ¿no es así?

—Haré una cita y dejaré el mensaje en su hotel —explicó Gavallan.

—¿No podríamos fijarla ahora mismo? En esa forma ya no tendríamos esa preocupación.

Con actitud agria, Gavallan observó su reloj. Era casi hora de comer. Gracias a Dios.

—Jacques, ¿cómo anda tu tiempo mañana?

—La mañana es mejor que la tarde.

—También para John —comentó Phillip Chen.

Gavallan tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Mary? Llame a Dawson y concerté una cita para mañana a las once en la que se incluya al señor deVille, al señor John Chen y a la señorita Casey, en sus oficinas —colgó el teléfono y explicó—.

Jacques y John Chen se encargan de todos nuestros asuntos corporativos. John es muy versado en problemas norteamericanos y Dawson es el experto. Mandaré un auto a recogerla a las 10:30.

—Gracias, pero no tiene que molestarse.

—Como usted quiera —comentó en tono cortés—. Tal vez ya es hora de irnos a comer.

Casey intervino una vez más:

—Nos queda todavía un cuarto de hora. ¿No podríamos empezar

a hablar del modo cómo les gustaría contar con nuestro financiamiento? O, si prefieren, podríamos mandar traer un sandwich y seguir trabajando.

La contemplaron horrorizados.

—¿Trabajar durante la comida?

—¿Por qué no? Es una vieja costumbre norteamericana.

—Gracias a Dios aquí no es costumbre —comentó Gavallan

—¡De veras! —se apresuró a ratificar Phillip Chen.

Sintió que la desaprobación de todos ellos le caía encima como un paño mortuorio. No le importaba.

¡Al diablo con todos ustedes! —pensó con irritación, pero luego se forzó a desechar esa actitud.

¡Escúchame, idiota! ¡No permitas que estos hijos de... te sometan! Sonrió con amabilidad.

—Si prefieren que interrumpamos ahora para ir a comer, yo no tengo objeción.

—Muy bien —se apresuró a decir Gavallan, y los demás lanzaron un suspiro de alivio.

—Empezamos a comer a las 12:40. Usted tal vez querrá empolvarse la nariz antes...

—Sí, gracias —repuso.

Comprendió que querían que se fuera, para poder hablar de ella... y luego del convenio. Debía ser lo contrario, pero no será. No. Sucederá lo mismo de siempre: harán apuestas sobre quién será el primero en acostarse conmigo. Pero no será ninguno, porque YO no quiero a *ninguno* de ellos, por el momento, por más atractivos que sean a su modo. Estos hombres son como todos los demás que he conocido: no quieren amor, lo único que desean es sexo.

Con excepción de Linc.

No pienses en Linc y en lo mucho que lo amas y lo asquerosos que han sido estos años. Asquerosos y maravillosos. Recuerda tu promesa. No pensaré en Linc y en el amor.

No lo haré sino después de mi cumpleaños, que dista noventa y ocho días a partir de hoy. El nonagésimo octavo día marca el final del séptimo año y, gracias a mi amor, para entonces ya tendré mi dinero de vete a la porra y en realidad seremos iguales y, con el favor de Dios, tendremos la Casa Noble. ¿Será éste mi regalo de boda para él? ¿O el de él para mí?

O un regalo de despedida...

¿Dónde está el tocador para damas? —preguntó, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Todos ellos hicieron lo mismo, irguiéndose por encima de ella, con excepción de Phillip Chen, cuya estatura ella superaba por más de dos centímetros. Gavallan le indicó el camino.

Linbar Struan le abrió la puerta y la cerró tras ella. Luego, con un gesto, aseguró:

—Te apuesto mil a que no la consigues, Jacques.

—Otros mil —repuso Gavallan . Y diez a que tú tampoco lo logras, Linbar.

—Acepto —repuso el aludido—, con tal que permanezca un mes aquí.

—Estás perdiendo velocidad, ¿verdad, viejo? —comentó Gavallan, y luego, dirigiéndose a Jacques preguntó— ¿Qué dices? El francés sonrió.

—Yo apuesto veinte a que tú, Andrew, nunca embelesarías a semejante dama hasta acostarte con ella... En cuanto a ti, pobre chico Linbar, cincuenta a que tu apuesta en las carreras de caballos dice lo mismo.

—Me gusta mi potranca, por amor de Dios. Estrella Noble tiene grandes probabilidades de salir ganadora. Es la mejor de nuestro establo.

—Cincuenta...

—Cien, y lo pensaré.

—No hay caballo al que yo quiera tanto —Jaques sonrió a Phillip Chen.

—¿Qué opinas tú, Phillip? El aludido se levantó.

—Creo que iré a comer a casa y que los dejo a ustedes, sementales, con sus sueños. Me parece extraño que cada uno apuesta a que los demás no lo harán. . . y no a que alguno sí podría.

Volvieron a reír de buen grado.

—¡Qué necedad habernos dado el dinero adicional! ¿verdad? —comentó Gavallan.

—El convenio es fantástico —dijo Linbar Struan—. ¡Palabra, tío Phillip, fantástico!

—Como su trasero —completó deVille, hablando como todo un conocedor—. ¿Cierto, Phillip?

El viejo, de buen carácter, se limitó a asentir con la cabeza y salió del cuarto, pero al ver a Caséy entrando en el tocador de damas, pensó: ¡Uuuyyy! Después de todo, ¿quién va a querer ese bodoque?

Ya dentro del tocador de damas, Casey miró a su alrededor espantada. Estaba limpio pero con un fuerte olor a orina seca. Además había baldes amontonados, uno sobre otro, algunos llenos de agua. El piso era de mosaico, pero salpicado por todos lados y descuidado. He oído decir que los ingleses no son muy higiénicos —pensó molesta— pero, ¿aquí? ¿En los dominios de la Casa Noble? ¡Uff!

¡Pasmoso!

Entró en uno de los gabinetes. El piso estaba mojado y resbaladizo. Después de hacer uso de él, tiró de la cadena y no sucedió nada. Intentó otra vez... una vez más. En vano. Lanzó una maldición y levantó la tapadera del WC. Perfectamente seca y mohosa. Molesta, quitó el cerrojo de la puerta, se acercó al lavadero y abrió la llave del agua. No salió una gota.

¡Qué pasa con este sitio! ¡Apuesto a que estos desgraciados me mandaron aquí a propósito!

Había toallas de mano limpias, así qué con torpeza, y derramando agua, vertió el contenido de uno de los baldes en el lavadero. Se lavó las manos, se las secó. Estaba furiosa porque se había salpicado los zapatos. De pronto le ocurrió usar otro balde para lavar el excusado. Luego tuvo que usar uno más para volver a lavarse las manos. Al salir se sentía inmunda.

Supongo que algún maldito tubo se ha roto, y el fontanero no vendrá hasta mañana. ¡Al demonio todos los sistemas de agua!

Cálmate —se dijo luego—, o empezarás a cometer errores.

El corredor estaba cubierto con una fina alfombra de seda china, y las paredes cubiertas de pinturas al óleo de navíos rápidos y de paisajes chinos. Al ir acercándose, pudo oír voces sordas en la sala de juntas y una risa de esas que revelan algún chiste audaz o un comentario obsceno. Sabía que en el momento en que abriera la puerta, se desvanecerían el buen humor y la camaradería y volvería el molesto silencio.

Abrió la puerta y todos se pusieron de pie.

—¿Tienen algún problema con las tuberías? —preguntó

conteniendo su enojo.

—No. No lo creo—repuso Gavallan con sorpresa. —Bueno. No hay agua. ¿No lo sabían?

—¡Claro qué no hay..! ¡Oh! —reflexionó—. Usted se aloja en el Victoria and Albert, así que...

¿Nadie le ha hablado de la escasez de agua?

Todos empezaron a hablar inmediatamente, pero Gavallan dominó la conversación.

—El V. y A. tiene su reserva propia de agua, lo mismo que un par de hoteles más ... Pero el resto de la ciudad está a razón de cuatro horas de agua cada cuarto día, así que tenemos que usar un balde. Nunca pensé que usted ignorara esta situación. Lo siento.

—¿Cómo se arreglan? *¿Cada cuarto día?*

—Sí. Durante cuatro horas: de 6 a 8 de la mañana y de 5 a 7 de la tarde. Es un fastidio espantoso porque, claro, hay que almacenar agua para cuatro días. Baldes, la tina del baño, lo que se pueda. Estamos escasos de baldes. . . Mañana es día de agua para nosotros. ¡Oh, gran Dios! ¿Había agua para usted?

—Sí, pero... ¿Quiere decirme que los controles del agua están cerrados? ¿En todas partes? —preguntó Casey incrédula.

--Sí —repuso Gavallan en tono paciente—, exceptuadas esas cuatro horas cada cuatro días. Pero usted no tiene problema en el V. y A. Como están directamente sobre la ribera, pueden volver a llenar sus tanques todos los días con agua de las barcazas... ¡claro!, tienen que comprarla.

—¿Es decir que no pueden tomar una ducha o un baño? Linbar Struan rió de buena gana.

—Todos acabamos por sentirnos cavernícolas después de tres días en medio de este calor, pero al menos todos estamos dentro de la misma cloaca. En fin, es un adiestramiento para la supervivencia el cerciorarse de que hay un balde lleno antes de salir.

—No me lo imaginaba —comentó Casey, horrorizada por haber usado *tres* baldes.

—Nuestros depósitos están vacíos —explicó Gavallan—. Casi no hemos tenido lluvia este año, y el pasado fue seco también. Horrible molestia, pero allí estamos. Es una de esas cosas. El dios que no sonríe.

—Pero, ¿de dónde les llega el agua aquí?

La contemplaron sorprendidos.

—De China, por supuesto, las tuberías atraviesan la frontera y entran a los Nuevos Territorios.

También por barco. La traen del río Pearl. El gobierno acaba de contratar a una flota de diez buques-cisterna, que navegan río arriba por el Pearl, gracias a un convenio con Pekín., Nos traen cerca de 40

millones de litros de agua diarios. Al gobierno le ha costado este año más de 25 millones por buque-cisterna. El periódico del sábado decía que nuestro consumo ha bajado a 120 millones de litros diarios entre nuestros 3 millones y medio de habitantes, incluida la industria. Dicen que en el país de usted una persona usa unos 600 litros diarios.

—¿Eso se aplica a todos? ¿Cuatro horas cada cuarto día?

—Aun en la Gran Casa hay que usar balde —Gavallan se encogió de hombros—. Pero el tai-pan tiene un lugar en Shek-0 con pozo propio. Cuando nos invita, todos nos amontonamos para ir a quitarnos la costra.

Casey volvió a pensar en los tres baldes que había usado. ¡Jesucristo! ¿Usé yo toda la que había? No recuerdo si quedó algo... —Creo que tengo mucho que aprender —comentó.

Sí —pensaron todos—. ¡Vaya si tienes que aprender!

* * *

—¿Tai-pan?

—Sí, dime, Claudia —contestó Dunross por el intercomunicador.

—La reunión con Casey acaba de disolverse para ir a comer. Master Andrew está en la línea cuatro.

Master Linbar viene hacia acá.

—Cancélalo hasta después de la comida. ¿Has tenido suerte con Tsu-yan?

—No, señor. El avión aterrizó a tiempo, a las 8:40. No está en su oficina de Taipei. Ni en su departamento. Desde luego seguiré buscándolo. Otra cosa. Acabo de tener una llamada interesante, tai-pan. Parece que el señor Bartlett fue a Rothwell-Gornt esta mañana y tuvo una entrevista privada con el señor Gornt.

—¿Estás segura? —preguntó sintiendo que se le helaba el

estómago.

—Sí, sí, muy segura.

Canalla —pensó Dunross—. ¿Querrá Bartlett que yo lo averigüe?

—Gracias —dijo a Claudia, dejando por el momento el asunto a un lado, pero contento de saberlo—.

Cuenta con mil dólares a cualquier caballo en las carreras del sábado.

—¡Oh, gracias, tai-pan!

—¡A trabajar, Claudia! —oprimió el botón de la línea cuatro—. Dime, Andrew, ¿cuál es el trato?

Gavallan le explicó la parte principal.

—¿Veinte millones en efectivo? —preguntó Dunross incrédulo.

—¡En admirable y hermoso efectivo estadounidense!

Dunross percibía su júbilo a través de la línea telefónica.

— y cuando yo pregunté cuándo confirmaría Bartlett el convenio, la mocita tuvo la desfachatez de decir: "¡Oh! Queda confirmado ahora mismo... yo estoy autorizada a comprometer hasta 20 millones en este arreglo, sin consultarlo a él ni a nadie más". ¿Crees qué sea posible?

—No lo sé —Dunross sintió que le flaqueaban las piernas—. Bartlett debe aparecer aquí en cualquier momento. Le preguntaré.

—¡Oye, tai-pan! Si esto se realiza

Pero Dunross apenas oía a Gavallan que continuaba hablando en éxtasis.

Esta es una oferta increíble —se decía a sí mismo. Es demasiado buena. ¿Dónde está la falla?

Desde el momento en qué se había convertido en tai-pan, había tenido que hacer maniobras hábiles, mentir, seducir y hasta amenazar (Havergill, el del banco había sido uno) mucho más de lo que hubiera esperado, para poder adelantarse a los desastres que había heredado, y a los naturales y políticos que parecían asediar al mundo. Aún el hecho de haber ofrecido al público la compañía Struan no le había proporcionado el capital y el tiempo que necesitaba, porque una recesión mundial había hecho trizas los mercados. El año anterior, en agosto, el tifón Wanda había producido una devastación, dejando centenares de muertos, cien mil personas sin hogar, había hundido cerca de quinientos barcos pesqueros y veinte navíos, había arrojado a la playa uno de sus

barcos de tres mil toneladas, demolido su muelle gigantesco medio terminado, y había aplastado durante seis meses todo su programa de reconstrucción. En el otoño había surgido la crisis de Cuba y con ella una nueva recesión. Esa primavera, De Gaulle había opuesto su veto a la entrada de Inglaterra en el Mercomún europeo, y ocasionado mayor recesión. China y Rusia en pleito... mayor recesión.

Y de pronto, me encuentro casi con 20 millones de dólares norteamericanos ...

Sin embargo, temo que de alguna manera estemos involucrados en tráfico ilegal de armas. Parece que Tsu-yan se ha dado a la fuga y John Chen está... ¡Dios sabrá dónde!

Dejó escapar una maldición, llena de furor.

—¿Qué dijiste? —preguntó Gavallan asustado, interrumpiendo su información—. ¿Qué sucede?

—¡Oh! nada, nada Andrew. No es nada relacionado contigo. Hablame de ella. ¿Cómo es?

—Buena para las cifras. Rápida y segura, pero impaciente. Además, es el ave de mejor plumaje que he viste en años, y es posible que tenga los mejores pechos de toda la ciudad —luego explicó lo de las apuestas—. Creo que Linbar va por la pista interior.

—Voy a despedir a Foster y a mandar a Linbar a Sydney durante seis meses, para que ponga todo en orden allá.

—Buena idea —comentó Gavallan riendo—. Eso hará que deje de hacer cosas impropias en la iglesia... aunque dicen que las mujeres por allá son muy adaptables ...

—¿Crees que cerraremos el trato?

—Sí. Phillip estaba en éxtasis. Pero lo hizo perder los estribos el tener que tratar con una mujer. . . y tiene razón. ¿Crees que podríamos hacerla a un lado y tratar con Bartlett directamente?

—No. El fue muy claro en su correspondencia, al afirmar que K. C. Tcholok era su agente de negociación principal.

¡Ah, bueno! ¡A la trinchera, con todo lo que venga! ¡Qué no hacemos por la Casa Noble!

-—¿Has encontrado su lado débil?

—La impaciencia. Se empeña en "pertenecer"... en ser uno de nosotros. Yo diría que su talón de Aquiles es que anhela con

desesperación ser aceptada en el mundo de los hombres.

—No hay nada de malo en que quiera eso... es como su Cáliz Sagrado. ¿La cita con Dawson ha quedado señalada para mañana a las once?

—Sí.

—Consigue que Dawson la cancele, pero no antes de las 9 de mañana. Dile que dé cualquier excusa y la pase al miércoles a mediodía.

—¡Buena idea! Mantenerla desconcertada... ¿Qué?

—Dile a Jacques que yo me haré cargo de esa reunión personalmente.

—Sí, tai-pan. ¿Qué me dices de John Chen? ¿Quires qué esté allí?

Después de una pausa Dunross respondió: —Sí. ¿Has logrado verlo?

—No. Se le espera a comer... ¿Quieres qué me lance a cazarlo?

—No. ¿Dónde está Phillip?

—Se marchó a casa. Volverá a las *2:30.*

Bueno —pensó Dunross- y pospuso a John Chen hasta esa hora. —Escúchame ...

En ese momento se oyó el zumbido del intercomunicador, —Permíteme un momento, Andrew.

Oprimió el botón de espera. —Dime, Claudia.

—Perdona que te interrumpa, tai-pan, pero tengo lista tu llamada para el señor Jen de Taipei en la línea dos, y el señor Bartlett acaba de llegar, está en la planta baja.

—Hazlo pasar, tan pronto como termine con Jen.

Dunross volvió a comunicarse con la línea cuatro:

—Andrew, es posible que yo llegue con unos minutos de retraso. Ofréceles algo de beber y atiéndelos en mi nombre. Yo mismo llevaré a Bartlett.

—De acuerdo.

Dunross tomó la línea dos.

—*Tsaw an* —saludó en dialecto mandarín—. ¿Cómo estás? Muy complacido en estar hablando con el tío de Wei-wei, el general Jen Tang-wa, jefe auxiliar de la policía secreta del Kuomintang ilegal de Hong Kong.

—*Shey-shey* —respondió su interlocutor, y luego, en inglés—.

¿Qué se ofrece, tai-pan?

—Pensé que estarías enterado.

En pocas palabras le expuso el asunto de los rifles y de Bartlett, le explicó que la policía estaba ya ocupándose de él, pero no le habló de Tsu-yan ni de John Chen.

—Uuuyyy... Es un asunto muy extraño, en realidad.

—Eso he pensado yo también, que es muy extraño.

—¿Estás convencido de que no es Bartlett?

—Sí. No parece haber razón alguna... en absoluto. Sería una necedad usar tu propio avión. Bartlett no es un tonto —explicó Dunross—. ¿Quién podría necesitar aquí esa clase de armamento?

Se produjo una pausa.

—Elementos criminales.

—No —replicó Dunross.

—Veré qué puedo averiguar. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con nosotros, Ian. ¿Sigues pensando en venir el domingo?

—Sí.

—Bueno. Veré qué averiguo. ¿Unas copas a las 6 de la tarde?

—¿Qué te parecería alrededor de las 8? ¿Todavía no has visto a Tsu-yan?

-—Pensé que no tenía que venir antes del fin de semana. ¿No es él quien va a completar nuestro cuarteto con el norteamericano?

—Sí, pero supe que hoy había tomado un avión muy temprano —Dunross mencionaba el hecho con la mayor naturalidad.

—Con toda seguridad me llamará. ¿Quieres qué se comunique contigo?

—Sí, a cualquier hora. No es nada importante. Te veré el domingo a las ocho.

—Sí, y gracias por la información. Si consigo cualquier dato, te llamaré en el acto. Adiós.

Dunross colgó el teléfono. Había escuchado con mucha atención el tono de voz de Jen, pero no había observado nada molesto. ¿Dónde diablos se habría metido Tsu-yan?

Se oyó un golpe en la puerta.

—¡Adelante!

Se levantó y avanzó para salir al encuentro de Bartlett.

—¡Hola! —le sonrió y le ofreció la mano—. Soy Ian Dunross.

—Linc Bartlett —un fuerte apretón de manos—. ¿Llego

demasiado temprano?

—Llega usted a la hora exacta. Con toda seguridad sabe que me gusta mucho la puntualidad —

Dunross rió de buena gana—. He sabido que la reunión fue un éxito.

—Bueno —comentó Bartlett, no sabiendo si se refería a su entrevista con Gornt—. Casey conoce bien sus asuntos y sus cifras.

—Mis colegas están muy impresionados con ella. Les aseguró que podía cerrar el negocio por sí sola.

¿Es así, señor Bartlett?

—Puede negociar y llegar a un acuerdo hasta una cantidad de 20 millones. ¿Por qué?

—Nada especial. Sólo quería conocer sus procedimientos. Tenga la amabilidad de sentarse. Contamos con unos minutos. La comida empezará a las 12:40. Todo hace pensar que tenemos por delante una empresa muy proficua.

—Así lo espero. Tan pronto como hable con Casey, tal vez usted y yo podríamos reunimos, ¿le parece bien?

Dunross miró su calendario.

—¿Le convendría mañana a las diez, aquí?

—De acuerdo.

—¿Usted fuma?

—No, gracias. Dejé el cigarro hace unos cuantos años.

—Yo también, pero ahora siento antojo de un cigarrillo —Dunross se recargó en el respaldo de su silla—. Antes que salgamos a comer, señor Bartlett, hay un par de asuntos de menor importancia que querría mencionar. El domingo en la tarde pienso ir a Taipei. Regresaría el martes, a la hora de la cena, y me gustaría que usted me acompañara en ese viaje. Hay unas dos personas que querría que conociera y tenemos un juego de golf que usted podrá disfrutar. Podríamos conversar a placer y usted podría ver los sitios para posibles plantas industriales. Sería importante. He hecho todos los arreglos necesarios, pero no es posible que la señorita Casey Tcholok viaje con nosotros.

Bartlett frunció el ceño, preguntándose si el martes sería sólo coincidencia.

—Según el superintendente Armstrong, no puedo salir de Hong Kong.

—Estoy seguro de que esa disposición puede modificarse.

—Entonces, ¿también usted está enterado del asunto de las armas de fuego? —preguntó Bartlett.

En el momento de hacerlo se maldijo interiormente por el desliz, pero se ingenió para mantener la mirada inmóvil.

—¡Oh, sí! ¿Alguien más lo ha molestado por este motivo? —preguntó Dunross observándolo con atención.

—¡La policía anda incluso al acecho de Casey! ¡Oh, señor! Mi aeroplano está detenido, todos nosotros somos sospechosos y yo no sé una palabra de los malditos rifles.

—Bueno. No tiene por qué preocuparse, señor Bartlett. Nuestra policía es muy capaz.

—No estoy preocupado. Estoy fastidiado.

—Eso lo comprendo bien —comentó Dunross, alegrándose de que la reunión con Armstrong hubiera sido confidencial. Se alegraba mucho.

¡Dios nos ampare! —pensó Dunross con inquietud—. Si John Chen y Tsu-yan están involucrados de alguna manera, eso sí que va a ser motivo de grave fastidio para Bartlett. Perderemos el contrato y él se irá con Gornt. Entonces sí...

—¿Cómo supo usted lo de las armas?

—Nos lo dijo nuestra oficina de Kai Tak esta mañana.

—¿Nunca ha sucedido cosa parecida a ésta, verdad?

—Sí —comentó Dunross, quitándole importancia—. Pero no hay nada malo en el contrabando, incluso con un poco de tráfico de armas . Es más, las dos cosas son profesiones muy honorables ...

Por supuesto las practicamos en otras partes.

—-¿Dónde?

—Dondequiera que lo desea el gobierno de Su Majestad —dijo Dunross riendo—. Aquí todos somos piratas, señor Bartlett, al menos para los extraños —hizo una pausa—. Suponiendo que yo pueda hacer arreglos con la policía, ¿lo incluyo en mi viaje a Taipei?

Bartlett insistió:

—Casey es muy discreta.

—No trato de decir que no se pueda confiar en ella...

—Simplemente, ¿qué no está invitada?

—Algunas de nuestras costumbres aquí son un poco diferentes

de las de ustedes, señor Bartlett. La mayoría de las veces ella será bienvenida, pero a veces... en fin, se evitarían muchas situaciones vergonzosas si la excluyéramos.

—Casey no se ruboriza con facilidad.

—No me refiero a que las situaciones sean vergonzosas para ella. Lamento ser rudo, pero tal vez será más prudente a la larga...

—Y, ¿si no puedo aceptar?

—Probablemente significaría que usted no puede aprovechar una oportunidad única, cosa que sería una lástima... sobre todo si se propone una asociación a largo plazo con Asia.

—Lo pensaré.

—Me apena insistir, pero necesito un sí o un no ahora mismo.

—¿Lo necesita?

—Sí.

—Entonces, ¡vaya al diablo!

Dunross hizo un gesto.

—No. No iré. Pero, mientras tanto, en definitiva, ¿sí o no? Bartlett soltó una carcajada.

—Como me lo plantea en esos términos, incluyame en el viaje a Taipei.

—Bueno. Desde luego me encargaré de que mi esposa atienda a la señorita Tcholok mientras nosotros andamos de viaje, para que no se sienta postergada.

—Gracias, pero no tiene que preocuparse por Casey. ¿Cómo va a poner en su lugar a Armstrong?

—Bueno . . . no voy a *ponerlo en su lugar.* Simplemente pediré al comisario auxiliar que me permita hacerme responsable de usted, de ida y vuelta.

—¿Con libertad bajo palabra a su cargo?

—Sí.

—¿Cómo sabrá que yo no intento huir de la población? Tal vez efectivamente ando en el tráfico de armas.

Dunross lo observó un instante.

—Tal vez sí. Tal vez lo intentara... Pero yo puedo devolverlo a la policía vivo ó muerto, como dicen en las películas. Hong Kong y Taipei están dentro de mi feudo.

¿Vivo o muerto, eh?

—Desde luego es sólo una hipótesis

—¿A cuántos ha matado usted en toda su vida?

El humor había cambiado en el despacho de Dunross y los dos hombres lo percibían claramente.

Todavía no hay peligro entre él y yo —pensó Dunross—. Todavía no.

—Doce—contestó con seguridad, aunque la pregunta lo había sorprendido --. De doce estoy seguro.

Fui piloto de un caza durante la guerra. Eran Spitfires. Hice blanco en dos cazas de un solo piloto, un Stuka y dos bombarderos: eran Dornier 17, con una tripulación de cuatro hombres cada uno. Todos los aviones se incendiaron en la caída. De doce hombres estoy seguro, señor Bartlett. Desde luego abrimos fuego contra muchos trenes, convoyes, concentraciones de tropas, etc. ¿Por qué me lo pregunta?

—Había oído decir que usted fue piloto. Yo no recuerdo haber matado a nadie. Estaba encargado de construir campamentos, bases en el Pacífico, ese género de cosas. Pero nunca he disparado un arma con furia.

—Sin embargo, ¿le gusta la cacería, verdad?

—Sí. Fui a un safari en Kenia, en el '59. Cacé un elefante y un gran toro kudu y muchas otras piezas juntó con los demás. Después de una pausa, Dunross comentó:

—Creó que yo prefiero derribar aviones y disparar contra trenes y barcos. En la guerra los hombres son cosas incidentales. ¿No es cierto?

—Una vez que el general ha sido puesto en el campo por el jefe de gobierno, sí, claro. Es un hecho bélico.

—¿Ha leído usted *The Art of War* (El arte de la guerra), de Sun Tzu?

—-Es el mejor libro sobre la guerra que conozco —respondió Bartlett con entusiasmo—. Es mejor que Clausewitz o Diddell Hart, a pesar de haber sido escrito por el año 500 a.C.

—¿Así es?

Dunross se reclinó en su silla, satisfecho de alejarse de las muertes. Hace años que no pensaba en ellas

—reflexionó— No es justo para esos hombres, ¿verdad?

—¿Sabía usted que el libro de Sun Tzu se publicó en francés en 1782? Tengo idea de que Napoleón tenía un ejemplar.

—Ciertamente está publicado en ruso… y Mao siempre tenía un ejemplar que estaba ya gastado con el uso —comentó Dunross.

—¿Usted lo ha leído?

—Mi padre me lo impuso por la fuerza. Tuve que leer el original en ideogramas, en chino. Luego él me hacía preguntas sobre la obra, con mucha seriedad.

Una mosca empezó a golpear el vidrio de la ventana con su zumbido irritante.

—¿Su padre quería que usted fuera soldado?

—No. Sun Tzu, lo mismo que Maquiavelo, escribió más sobre la vida que sobre la muerte, y más sobre la supervivencia que sobre la guerra.

Dunross miró de reojo la ventana. Se levantó, se acercó a ella y eliminó al animal con una barbarie controlada que mandó señales de advertencia a todo el sistema nervioso de Bartlett. Luego volvió a su escritorio.

—Mi padre pensaba que yo debía tener nociones claras de la supervivencia y del modo de gobernar a grupos humanos numerosos. Quería que fuera digno de convertirme un día en tai-pan, aunque nunca creyó que de hecho llegara a gran cosa —dejó escapar una sonrisa.

—¿El también fue tai-pan?

—Sí. Fue muy bueno… al principio.

—¿Qué sucedió?

Dunross rió con sarcasmo.

—¡Ajá! ¿Tan pronto esqueletos, señor Bartlett? Bueno, en pocas palabras, arrastramos mucho tiempo una diferencia de opinión bastante tediosa. Al fin él acabó por entregar el mando á Alastair Struan, mi predecesor.

—¿Vive todavía?

—Sí.

—¿Su británica insinuación significa que usted entabló una guerra contra él?

—Sun Tzu es muy específico en cuanto a la decisión de emprender la guerra, señor Bartlett. Es muy malo ir a la guerra sin verdadera necesidad. Estas son sus palabras textuales: "La suprema excelencia del generalato consiste en quebrantar la resistencia del enemigo sin luchar".

—¿Usted lo quebrantó?
—El se retiró del campo, señor Bartlett, como hombre sabio que era.
El rostro de Dunross se endureció. Bartlett lo estudiaba. Ambos sabían que estaban trazando líneas de batalla a pesar suyo.
—Estoy contento de haber, venido a Hong Kong —observó el norteamericano—. Me alegra haberlo conocido.
—Gracias. Tal vez un día no piense lo mismo.
Bartlett se encogió de hombros.
—Tal vez, pero por lo pronto tenemos en el horno un buen pastel. . . bueno para ustedes y bueno para nosotros.
En ese momento hizo un gesto repentino e inesperado, al acordarse de Gornt y del cuchillo de cocina.
Luego ratificó:
—Sí. Estoy contento de haber venido a Hong Kong.
—¿Les gustaría a usted y a Casey ser mis invitados esta noche? Tengo un modesto agasajo, una fiesta, a las 8:30 aproximadamente.
—¿Es formal?
—Ropa para una cena ordinaria. ¿Le parece bien?
—Muy bien. Casey dijo que a usted le gustaba la ropa de etiqueta y la corbata negra.
En ese momento, Bartlett observó la pintura de la pared: el antiguo óleo de una bella marinera china que llevaba consigo a su pequeño niño inglés, con la bella cabellera atada en forma de coleta.
—¿Es un Quance? ¿Un Aristóteles Quance?
—Así es, en efecto —repuso Dunross—, disimulando con dificultad su sorpresa.
Bartlett se acercó a la pintura para observarla. —¿Es el original?
—Sí. ¿Usted conoce mucho de arte?
—No. Pero Casey me habló de Quance en nuestro viaje hacia acá. Decía que es casi como un fotógrafo, en realidad un historiador de los primeros tiempos.
—Sí. En realidad lo es.
—Si recuerdo bien, este óleo debe ser el retrato de una chica llamada May-may, May-may T'Chung, y el niño es hijo de Dirk Struan y de ella, ¿es cierto?
Dunross no contestó. Se limitó a observar la espalda de Bartlett.

Este se acercó para estudiar la pintura con más detenimiento.

—Es difícil ver los ojos.

¿Así que el chico sería Gordon Chen, el que llegaría a ser Sir Gordon Chen? —se dio vuelta y fijó la mirada en Dunross. Este respondió:

—No lo sé con certeza, señor Bartlett. Esa es una de las historias.

Bartlett lo observó un momento. Estaban de poder a poder. Dunross era un poco más alto, pero Bartlett era más ancho de espaldas. Ambos tenían ojos azules; los de Dunross tenían un ligero tinte verde. Ambos de rostro amplio en el que la vida había dejado ya algunas señales.

—¿Disfruta usted siendo tai-pan de la Casa Noble? —preguntó Bartlett.

—Sí.

—No sé en realidad cuáles son los poderes de un tai-pan, pero en Par-Con yo puedo contratar y cesar a cualquiera, y puedo cerrar el negocio, si se me antoja.

—Entonces, usted es un tai-pan.

—Entonces, yo también disfruto siendo tai-pan. Yo quiero tener acceso a Asia… ustedes necesitan un acceso a los Estados Unidos. Juntos podemos poner una costura a toda la ribera del Pacífico, convirtiéndola en una bolsa de viaje para ambos.

O en un sudario para uno de los dos —pensó Dunross, que ya empezaba a encontrar simpático a Bartlett, a pesar de que sabía que era peligroso sentir agrado por él.

—Yo tengo lo que a ustedes les falta. Ustedes tienen lo que me falta a mí.

—Así es —admitió Dunross—; y ahora lo que a los dos nos falta es una buena comida.

Empezaron a caminar hacia la puerta. Bartlett precedía, pero no abrió la puerta inmediatamente.

—Sé que no es costumbre de ustedes aquí, pero puesto que voy a ir con usted a Taipei, ¿podría llamarme Linc y yo lo llamaré Ian, y los dos empezamos a calcular cuánto vamos a apostar en la partida de golf? Estoy seguro de que usted sabe que mi handicap es trece, oficialmente, y yo sé que el suyo es diez, también oficialmente; esto tal vez significa con seguridad un golpe menos para ambos, por seguridad.

—¿Por qué no? —repuso Dunross en el acto—. Sólo que aquí no solemos apostar dinero, sólo pelotas.

—Tendría que estar loco para apostar la mía en una partida de golf...

Dunross rió con satisfacción.

—Tal vez lo haga un día. Aquí solemos apostar media docena, o algo por el estilo.

—¿Es mala costumbre británica apostar dinero, Ian?

—No. ¿Qué té parece unos quinientos por bando, y el equipo ganador se queda con todo?

—¿Norteamericanos o de Hong Kong?

—De Hong Kong. Entre amigos debe ser dinero local. Al principio.

* * *

La comida se servía en el comedor privado del director, en el piso diecinueve. Era un cuarto de esquina, en forma de "L", con cielo raso alto y cortinas azules, alfombras chinas moteadas y grandes ventanas, por las que podía verse a Kowloon y los aeroplanos que despegaban y aterrizaban en Kai Tak, y hacia el oeste, hasta el nivel de Stonecutters Island y de Tsing Yi Island y más allá, en parte de los Nuevos Territorios. La grand mesa del comedor, de encina antigao, con cupo para veinte personas cómodamente sentadas, estaba puesta con mantelillos individuales, finos cubiertos y el mejor cristal de Waterford. Para los seis principales había cuatro camareros silenciosos, muy bien adiestrados, vestidos de pantalón negro y túnica blanca, con el emblema de Struan bordado sobre la tela.

Antes de llegar Bartlett y Dunross ya habían empezado a servirse los cocteles. Casey saboreaba un vodka martini seco con los demás, con la única excepción de Gavallan, que tomaba una ginebra doble rosada. A Bartlett se le sirvió, sin preguntarle, una Anweiser helada en lata, sobre una bandeja de plata georgiana.

—¿Quién les dijo? —preguntó complacido.

—Cortesía de Struan y Compañía —contestó Dunross—. Sabemos que es lo que te gusta.

Luego lo presentó a Gavallan, deVille y Linbar Struan, y él tomó

un vaso de Chablis helado. Después dirigió una sonrisa a Casey:

—-¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias.

—Perdónenme —dijo Bartlett a los demás—, pero debo comunicar a Casey un mensaje; antes de olvidarlo. Casey, mañana llamarás a Johnston en Washington, para preguntarle cuál sería nuestro mejor contacto en el consulado de aquí.

—Con mucho gusto. Si no lo consigo a él, hablaré con Tim Diller.

Todo aquello en lo que se hacía mención de Johnston era lenguaje clave para preguntar ¿qué curso lleva el negocio? En la respuesta, Diller significaba bueno, Tim Diller muy bueno; Jones malo, y George Jones muy malo.

—Buena idea —comentó Bartlett, devolviéndole la sonrisa; luego se dirigió a Dunross—. Este es un salón precioso.

—Es apropiado —concedió él.

Casey rió, al comprender el poco interés de ese intercambio.

—La reunión fue un éxito, señor Dunross —le dijo—. Hemos llegado a una proposición que someteremos a su consideración.

¡Qué norteamericano el hablar del asunto en esa forma! ¡Sin finura de ninguna especie! ¿No sabe ella qué el negocio se deja para después de la comida, que no se debe mencionar antes?

—Sí. Andrew me ha dado ya una idea —replicó Dunross—... ¿Otra copa?

—No, gracias. Creo que la propuesta abarca todo, señor. ¿Hay algo que le gustaría que yo aclarará?

—Estoy seguro de que lo habrá, a su debido tiempo —contestó.

En su interior, Dunross se divertía con el uso del *señor,* que muchas mujeres norteamericanas acostumbran en conversación y, con frecuencia en forma inoportuna, con los camareros.

—Tan pronto como haya estudiado el proyecto, me comunicaré con usted... Otra cerveza para el señor Bartlett —pidió, tratando una vez más dé distraer el tema de la conversación, dejando el negocio para más tarde. Luego, dirigiéndose a Jacques, preguntó:

¿Qa va? ¿Todo bien?

Oui, merci. A ríen. Sí, gracias. Nada aún.

—No preocuparse —sugirió Dunross.

El día anterior, la hija adorada de Jacques y su marido habían

tenido un serio accidente automovilístico en Francia, en un viaje de recreo. El estaba todavía esperando saber qué tan grave había sido.

—No preocuparse.

—No ... —convino, con un clásico encogerse de hombros, estilo francés, que disimulaba la inmensidad de su aflicción.

Jacques era primo hermano de Dunross y había entrado a Struan en el '45. Su guerra había sido un desastre. En 1940 había enviado a su esposa con dos hijos a Inglaterra y él había permanecido en Francia todo el tiempo del conflicto. Miembro de la resistencia, hecho prisionero, sentenciado a muerte. Escapó y volvió a la resistencia. A esta sazón tenía ya cincuenta y cuatro años y era un hombre fuerte, silencioso, pero peligroso si se le provocaba. De amplio tórax, ojos cafés, manos ásperas y muchas cicatrices.

—¿Le parece qué en principio el convenio está bien? —insistió Casey.

Dunross suspiró internamente y decidió concentrar su atención en ella.

—Es posible que yo haga contrapropuestas en un par de asuntos de menor importancia, pero por lo pronto —afirmó decidido— usted puede proceder, dando por cierto que en términos generales es aceptable.

—¡Magnífico! —exclamó Casey con alegría.

—¡Espléndido! —confirmó Bartlett, con regocijo parecido y levantando su lata de cerveza—. ¡Este brindis es para un cierre con éxito y grandes utilidades, para ustedes y para nosotros!

Participaron todos en el brindis, pero los demás entrevieron las señales de peligro en el rostro de Dunross, y se preguntaban cuál sería la contrapropuesta del tai-pan.

-—¿Tardarás mucho en llegar a una conclusión, Ian? —preguntó Bartlett.

Los circunstantes notaron el tuteo. La sorpresa de Linbar Struan fue manifiesta. Con el asombro de todos, Dunross se limitó a decir:

—No —como si el trato familiar fuera ya cosa ordinaria; luego añadió—. Dudo que nuestros abogados presenten algún problema insuperable.

—Los veremos mañana a las once —explicó Casey— El señor de Villie, John Chen y yo... Aunque ya teníamos de antemano su aprobación. Por ahí no hay problemas,

—Dawson es excelente, sobre todo en materia de impuestos en Estados Unidos.

—Casey, tal vez debíamos traer de Nueva York a nuestro asesor fiscal—sugirió Bartlett.

—¡Claro, Linc! Tan pronto como tengamos todo esto listo. También a Forrester —dirigiéndose a Dunross, explicó—. Es el jefe de nuestra división de espumas.

—Muy bien. Y basta de conversación de negocios antes de comer —cortó Dunross—. Es regla de la casa, señorita Casey; no negocios con los alimentos, es muy malo para la digestión —llamó con señas a Lim y le dijo—. No vamos a esperar a Master John.

En ese instante surgieron camareros, se acercaron sillas, aparecieron tarjetas con nombres escritos a máquina, sujetas por broches de plata, en cada uno de los lugares de la mesa, y se sirvió la sopa.

El menú decía jerez con la sopa, Chablis con el pescado (o bien claret con el asado y el budín de Yorkshire, si lo prefería el comensal) judías, patatas y zanahorias hervidas. El postre era bizcocho borracho al jerez, con frutas y crema. Al final, vino portugués con la bandeja de los quesos.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer con nosotros, señor Bartlett? —interrogó Gavallan.

—Todo el tiempo que sea necesario pero, puesto que se prevé que vamos a compartir negocios durante mucho tiempo, señor Gavallan, ¿qué le parece si suprime el "señor" Bartlett y el "señorita"

Casey, y nos llama simplemente Linc y Casey?

Gavallan le sostuvo la mirada. Le habría gustado poder decir bueno, señor Bartlett, en estos lugares preferimos trabajar al nivel de los asuntos, es una de las pocas maneras que hay de distinguir a los amigos de los conocidos. Para nosotros, el tuteo es cosa privada. Sin embargo, como el tai-pan no ha puesto objeción al sorprendente "Ian” a mí ya no me queda más que decir.

—¿Por qué no, señor Bartlett? —contestó con blandura—. No hay necesidad de ceremonias, ¿verdad?

Jacques deVille, Struan y Dunross ahogaron una risa maliciosa ante el "señor Bartlett" de Gavallan y la forma en que con tanta mano izquierda había convertido la aceptación de mala gana en una humillación y en un rebajar al adversario que ninguno de los dos

norteamericanos habría entendido jamás.

—Gracias, Andrew —comentó Bartlett, y luego añadió— Ian, ¿puedo quebrantar las reglas y preguntar una sola cosa antes de comer? ¿Sería posible que llegaras a una conclusión para el próximo martes, de un modo o de otro?

En ese instante, las corrientes en el salón-comedor se invirtieron. Lim y los demás camareros, desconcertados, se detuvieron vacilantes. Todos los ojos se concentraron en Dunross. Bartlett pensó que había llegado demasiado lejos. Casey estaba segura de ello. Había estado escrutando el rostro de Dunross. La expresión no le había cambiado, pero los ojos sí. Todos en el salón-comedor sabían que al tai-pan acababan de hablarle como puede dirigirse un hombre a otro en un juego de póker: juega o cierra ... para el próximo martes.

Todos esperaron. El silencio parecía flotar sobre ellos... Flotaba... Al fin, Dunross lo rompió:

—Yo les avisaré mañana —contestó con voz tranquila.

El momento grave pasó, todos respiraron interiormente, los camareros continuaron su labor y el grupo sintió que la tensión se había relajado. Había una sola excepción: Linbar. Todavía podía sentir el sudor en las manos; porque era el único entre ellos que sabía el hilo conductor que pasaba por todos los descendientes de Dirk Struan: un extraño, casi primordial ímpetu repentino hacia la violencia. En ese momento lo había visto casi salir hasta la superficie. Casi, pero no por completo. Por esta vez se había retirado. Pero el haberlo reconocido y el sentir su proximidad lo aterraban.

Su línea personal descendía de Robb Struan, medio hermano de Dirk Struan y socio suyo. Por eso no tenía nada de la sangre de Dirk Struan en las venas. Lo deploraba amargamente, y detestaba a Dunross más todavía, por el hecho de que lo ponía irremediablemente enfermo de envidia.

Hag Struan está en ti, maldito Ian Dunross, en ti en todas tus generaciones —pensó—, y se estremeció sin quererlo, ante el recuerdo de ella.

-—¿Qué sucede, . Linbár?—preguntó Dunross.

—íOh! Nada, nada tai-pan —contestó, saltando casi fuera de su propia piel—. No fue nada, sólo una idea repentina. Lo siento.

—¿Qué idea?

—Me vino a la memoria Hag Struan.

La cuchara de Dunross se detuvo a medio camino. Los demás clavaron en él la mirada.

—Eso no es precisamente bueno para la digestión.

—No, señor.

Bartlett miró de reojo a Linbar y luego a Dunross. —¿Quién es Hag Struan?

—Un esqueleto —contestó luego Dunross, con una risa seca—. En nuestra familia tenemos muchos.

—¿Quién no los tiene? —confirmó Gasey.

—Hag Struan fue nuestro eterno espantajo... y por desgracia lo es todavía;

—Ya no, tai-pan, con toda seguridad —opuso Gavallan--. Está muerta desde hace casi cincuenta años.

—Tal vez muera definitivamente con nosotros, con Linbar, Kathy y conmigo, con nuestra generación, pero aún eso lo dudo —Dunross dirigió una mirada extraña a Linbar y preguntó—. ¿Se levantará Hag Struan del ataúd hoy en la noche para devorarnos?

—Te juro por Dios que no me gusta ni siquiera hacer bromas como ésa con ella, tai-pan.

—¡Maldición a Hag Struan! —exclamó Dunross—. Si viviera, se lo diría a ella en persona.

—Sí, creo que lo harías —convino Gavallan riendo—. Eso me habría gustado verlo.

—A mí también —confirmó Dunross, riendo con él; luego notó la expresión de Casey— ¡Bah! Es simple fanfarronería, Casey. Hag Struan era una arpía del infierno, si se puede creer en la mitad de las leyendas. Era la esposa de Culum Struan, hijo de Dirk Struan, nuestro fundador. Su nombre de soltera fue Tess, Tess Brock, hija de Tyler Brock, el odiado enemigo de Dirk. Culum y Tess se fugaron, enamorados, en 1841, eso dice la historia. Ella lo estaba: en sus bellos dieciséis años, era una preciosidad, y él era el heredero de la Casa Noble. Fue algo parecido a Romeo y Julieta... con la excepción de que ellos vivieron y eso no cambió en lo más mínimo en cuanto a la maldita lucha feudal de Dirk contra Tyler o de los Struans contra los Brocks; no hizo más que complicarla. Ella nació como Tess Brock en 1825 y murió como Hag Struan en 1917, a los

noventa y dos años, sin dientes, sin pelo, embrutecida, perversa y temible hasta el último día de su existencia. La vida es extraña, ¿verdad?

—Sí... increíble a veces —convino Casey, pensativa— ¿Por qué cambia tanto la gente al envejecer?

¿Por qué se vuelve tan agria y se llena de amargura? ¿En especial las mujeres? ; La moda —podía haber contestado Dunross sin titubear—, y el hecho de que los nombres y las mujeres envejecen de modo diferente. Es injusto, pero es un hecho inmortal. Una mujer ve que empiezan a dibujársele líneas, y empiezan a colgársele las carnes, porque la piel ya no tiene la frescura y la firmeza de antes. En cambio su hombre conserva muy buen aspecto y sigue siendo apetecido. Luego ella ve a las jovencitas y le aterra pensar que puede perderlo a manos de ellas, y que al final eso es lo que sucederá, porque él se aburrirá de sus constantes lamentos y de la agonía, fomentada por ella misma, de una automutilación... y también a causa de su propio anhelo innato de juventud.

—¡Ah, sí! No hay afrodisiaco en el mundo comparable a la juventud —diría el viejo Chen-Chen, padre de Phillip Chen y mentor de Ian—. No hay ninguno; joven Ian, ninguno... Ninguno, ninguno, ninguno. Escúchame: el *yang* necesita los jugos del ying, pero jugos frescos, oh sí, han de ser frescos, oh sí, tiene que ser jóvenes... jugos jóvenes para extender tu vida y nutrir al yang. ¡Oh, oh, oh! Recuerda, cuanto más envejezca tu Tronco Masculino, tanto más necesita de juventud, de cambio y de entusiasmo joven para actuar con vigor. ¡Cuanto mayor sea la juventud, tanto más feliz será él! Pero recuerda también que el Lindo Receptáculo qué se aloja entre sus muslos, aunque es incomparable deleitoso, delicioso, ultraterreno ¡oh! tan dulce y satisfactorio como es, ¡cuídate de él! ¡Ah, sí! ¡También es una trampa, una emboscada, una cámara de tormento... y tu ataúd!

Al llegar a ese punto, el viejo, ya muy viejo, ahogaba la risa. Su vientre se levantaba y se hundía, y las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¡Oh! Los dioses son maravillosos, ¿no crees? Nos dan un Cielo en la Tierra, pero es infierno vivo cuando no puedes lograr que tu monje tuerto levante la cabeza para entrar al paraíso. ¡El hado, hijo mío! Es nuestro sino: ¡ansiar la Hambrienta Hondonada, hasta que

ella acaba por devorarte! Pero, ¡oh, oh, oh!

Debe ser muy difícil para las mujeres, sobre todo las norteamericanas —pensó Dunross— este trauma del envejecimiento, lo inevitable de que acaezca en época tan temprana... Peor en Estados Unidos que en cualquier otro lugar de la Tierra.

¿Por qué tengo yo que decirte una verdad que debes ya traer en la médula de tus huesos? —se preguntó Dunross. O añadir que la moda norteamericana te exige que trates de atrapar una juventud eterna, que no hay poder de Dios, ni demonio, ni cirujano capaces de otorgártela. No puedes tener veinticinco años cuando ya cumpliste treinta y cinco, ni tener la juventud de los treinta y cinco cuando hayas cumplido cuarenta y cinco, ni cuarenta y cinco, cuando hayas llegado a cincuenta y cinco. Lo siento. Sé que es injusto, pero es un hecho.

¡Ah, sí! —pensó con ardor—. Gracias a Dios, si es que lo hay, gracias a todos los dioses, grandes y pequeños, por haberme hecho hombre y no mujer. Siento lástima de ti, damisela norteamericana, con todos tus bellos nombres.

Sin embargo, Dunross se limitó a responder con sencillez:

—Supongo que se debe a que la vida no es un lecho de rosas, y a nosotros se nos inyectan valores inanes y de baja calidad, siempre en aumento... No tenemos el carácter razonable de los chinos...

¡Oh, Dios! ¡Qué razonables son! ¡Es increíble! En el caso de Hag Struan, tal vez fue su podrida sangre Brock. Yo pienso que fue su sino, su hado, su suerte o infortunio. Ella y Culum tuvieron siete hijos: cuatro varones y tres mujeres. Todos sus hijos hombres murieron en forma violenta: dos a causa del «flujo» (probablemente una enfermedad infecciosa), aquí en Hong Kong; otro fue asesinado de una puñalada en Shanghai, y el último se ahogó frente a Ayr, en Escocia, donde están las propiedades de nuestra familia. Eso sería suficiente para que cualquier madre perdiera el juicio… eso y el odio con la envidia que rodearon a Culum y a Hag toda la vida. Pero cuando usted añade eso a todos los problemas que significa el vivir en Asia, al hecho de ver que la Casa Noble pasa a manos de los hijos de otra gente... bueno, creo que puede entenderlo —Dunross reflexionó un instante, luego añadió—.

La leyenda asegura que ella gobernó a Culum Struan toda su

vida y que tiranizó la Casa Noble hasta el día en que murió, a todos los tai-pans, a las nueras, a los yernos y también a todos sus hijos...

Incluso después de muerta. Recuerdo a una nodriza inglesa que tuve, ojalá que esté ardiendo en el infierno para siempre, que me decía: "Le aconsejo que se porte bien, amo Ian, o conjuraré al espíritu de Hag Struan para que venga a devorarlo" "Yo no pude haber tenido más de cinco o seis años".

—¡Qué espantoso! —comentó Casey.

Dunross se encogió de hombros.

—Las nodrizas tratan así a los niños.

—No todas, gracias a Dios —protestó Gavallan.

—Yo nunca tuve una que fuera buena en alguna forma. Ni tampoco una *gan sun* que fuera mala.

—¿Qué es una *gan sun?* —preguntó Casey.

—Significa «casi cuerpo». Es el nombre correcto de una *amah.* En la China anterior al '49, los hijos de familias acomodadas y la mayoría de las antiguas familias europeas y euroasiáticas de estas regiones, tenían siempre su propio "casi cuerpo" para servirlas. En muchos casos las conservaban toda la vida.

La mayoría de las *gan sun* hacen voto de celibato perfecto. Puede reconocércelas por la larga coleta que les cae sobre la espalda. Mi gan *sun* se llama Ah Tat. ¡Es una gran vieja! Todavía está con nosotros —explicó Dunross. Gavallan añadió.

—La mía fue para mí más comprensiva y más madre que mi propia progenitora.

—Entonces, ¿Hag Struan es bisabuela suya? —preguntó Casey a Linbar.

—¡Por amor de Dios, no! Yo no… no soy de la línea de Dirk Struan —contestó.

Casey pudo ver que su frente se bañaba de un sudor que ella no entendió. El siguió explicando:

—Mi línea genealógica viene de su medio hermano, Robb Struan, que era socio de Dirk. Los tai-pans descendían directamente de Dirk, pero aún así... ninguno de nosotros desciende de la Hag.

—¿Hay parentesco entre todos ustedes? —preguntó Casey, sintiendo que se habían suscitado extrañas tensiones en el salón.

Pudo ver que Linbar titubeaba y miraba de reojo a Dunross mientras ella lo veía a él.

—Sí —contestó él—. Andrew está casado con mi hermana Kathy. Jacques es un primo y Linbár... tiene nuestro nombre —Dunross se rió de buena gana—. Todavía hay mucha gente en Hong Kong que recuerda a la Hag, Casey. Llevaba siempre un largo vestido negro con un enorme polisón y cierto ridículo sombrero con una enorme pluma carcomida por la polilla. Todo enteramente pasado de moda.

Además le gustaba cargar siempre un bastón negro con puño de plata. La mayoría de las veces la llevaban en una especie de palanquín, sostenido por cuatro palafreneros, recorriendo las calles en todas direcciones. Medía poco más de 1.50, pero era redonda y áspera como un pie de coolie. A los chinos les causaba el mismo terror. El sobrenombre que le daban era: «Madre Honorable del viejo demonio extranjero, de ojo maligno y diente de dragón».

—¡Exacto! —confirmó Gavallan con una risa breve—. Mi padre y mi abuela la conocieron. Tenían su propia compañía comercial aquí y en Shanghai, Casey, pero cuando la Gran Guerra quedaron casi extintos, y se unieron a Struan en el '19. Mi padre me contaba que cuando era niño, él y sus amigos acostumbraban seguir a la Hag por las calles, y que si se enojaba lo suficiente, se quitaba los dientes falsos y se los arrojaba —todos los comensales rieron con regocijo al verlo parodiar a la vieja—. Y mi padre juraba que los dientes medían sesenta centímetros de largo, que tenían cierta forma de resorte, ¡y qué hacían un ruido como éste: cronch, cronch, cronch!

—¡A propósito, Andrew, se me había olvidado eso!. —intervino Linbar con una mueca risueña—. Mi *gan sun,* la anciana Ah Fu, conoció bien á Hag Struan, y cada vez que alguien la mencionaba, los ojos de Ah Fu miraban hacia arriba mientras ella suplicaba a los dioses que la protegieran del ojo maligno y los dientes mágicos. Mi hermano Kyle y yo... —se detuvo un instante y luego reanudó el relato en otro tono de voz— acostumbrábamos hacer bromas a Ah Fu, con motivo de la vieja.

Dunross explicó a Casey:

—En la Gran Casa hay un retrato de ella. Más aún, hay dos. Si le interesan se los muestro cualquier día.

—¡Oh, gracias! Sí me gustaría. ¿Hay alguno de Dirk Struan?

—Hay varios. También uno de Robb, su medió hermano.

—Me encantaría verlos.

—A mí también—coreó Bartlett—. ¡Qué caramba! En mi vida he visto siquiera una foto de mis abuelos. Mucho menos de mi tatarabuelo. Siempre he querido tener noticia de mis antepasados, saber cómo eran, de dónde vinieron. No sé nada de ellos, excepto que se suponía que mi abuelo había dirigido una compañía de carga en el Viejo Oeste, en un lugar llamado Jerico. Debe ser grandioso saber de dónde viene uno. Ustedes son afortunados.

Hasta ese momento, Bartlett había permanecido sentado en un segundo plano, escuchando el paso de las corrientes secretas, fascinado con ellas, buscando indicios para el tiempo en que tuviera que decidir entre Dunross y Gornt.Si es Dunross, Andrew Gavallan es un enemigo y tendrá que salir —se decía—. El joven Struan odia a Dunross. El francés es un enigma, y Dunross es nitroglicerina, no menos peligrosa.

—Esa Hag Struan me resulta fantástica —comentó—. También Dirk Struan debe haber sido todo un personaje.

—¡Un momento! ¡Esa afirmación es una obra maestra de subestima! -—intervino Jacques deVille; los ojos oscuros le brillaban— ¡Dirk fue el pirata más grande de Asia! ¡Esperen a ver su retrato y verán el parecido de familia! Nuestro tai-pan es su imagen viva y m a *foi* que ha heredado todo lo peor de él!

—¡Vete muy lejos Jacques! —protestó Dunross de buen humor; luego explicó a Casey—. Eso no es cierto. Jacques siempre está tomándome el pelo. Yo no me parezco en nada a Dirk Struan.

—Pero desciendes de él.

—Sí. Mi bisabuela fue Winifred, la única hija legítima de Dirk. Se casó con Lechie Struan Dunross, un miembro del clan. Tuvieron un hijo único, que fue mi abuelo, el tai-pan después de Culum. La familia Dunross, que es la mía, son los únicos descendientes directos de Dirk Struan... hasta donde sabemos.

—¿Tú ... dijiste... legítima?

Dunross sonrió.

—Dirk tuvo otros hijos e hijas. Uno de ellos, Gordon Chen fue con una señora llamada en realidad Shen, de quien ustedes tienen noticia. Es la línea Chen de hoy. También está la línea T'Chung, de Duncan T'Chung y Kate T'Chung, con un hijo y una hija de la famosa May-may T'Chung. En todo caso, eso dice la leyenda. Aquí

hay leyendas reconocidas, que nadie puede probar que sean verdaderas o falsas —titubeó un momento; los ojos se le arrugaron por la amplitud de la sonrisa—. En Hong Kong y Shanghai nuestros predecesores fueron ... bueno … amistosos, y las mujeres chinas muy bellas, en aquel entonces lo mismo que ahora. Pero era rara la vez que se casaban con ellas. Por otro lado, la pildora es un invento muy reciente. Así que no siembre se sabe con quién se tiene algún parentesco. ¡A propósito! Estas cosas no las comentamos en público. De acuerdo con la costumbre inglesa, pretendemos que no existen, aunque todos sabemos que sí. En esa forma, nadie tiene de qué avergonzarse. Las familias euroasiáticas de Hong Kong por lo común adoptan el nombre de la madre, las de Shanghai el del padre. Se diría que todos hemos encontrado el modo de adaptarnos al problema.

—Todo es muy amistoso —comentó Gavallan.

—A veces —corrigió Dunross.

—Entonces, ¿John Chen tiene parentesco con usted? —preguntó Casey.

—Si se retrocede hasta el jardín del Edén, supongo que todos resultamos emparentados. ..

Su mirada se perdía en el Vacío. No es el estilo de John echar a correr —pensó incómodo—; tampoco es de los que se involucran en contrabando de armas, por ningún motivo. Ni es un tonto que se deja atrapar. ¿Tsu-yan? Bueno... él es de Shanghai y fácilmente podría hacérsele temblar... si está envuelto en este asunto. John es demasiado fácil de reconocer para que nadie lo hubiera visto tomar un avión esta mañana, así que no puede ser por ahí. Tuvo que irse por barca... Si de veras se dio a la fuga. Pero, ¿una barca dirigida adónde? ¿A Macao? No. Es un callejón sin salida. ¿Por barco? Es demasiado fácil —pensó— si fue algo planeado, o incluso no planeado pero hecho con una hora de anticipación. Cualquier día del año habría treinta o cuarenta navíos zarpando a todas partes del mundo... buques grandes y pequeños, y eso sin contar el millar de juncos que se movilizan sin horarios previos. Pero, aun en plena fuga, unos cuantos dólares por acá, otros más por allá, y resulta muy fácil hacer contrabando afuera ... afuera o adentro. Hombres, mujeres, niños... Drogas... Cualquier cosa. Pero no hay razón para hacer contrabando hacia el interior, con excepción de seres

humanos, drogas, armas de fuego, licores, cigarrillos y petróleo. Todo lo demás está exento de impuestos y no tiene restricciones.

Con excepción del oro...

Dunross sonrió en su interior. Se importa oro en plan legal, con licencia, a razón de treinta y cinco dólares la onza, para el paso a Mao y lo que sucede luego es que ya no es asunto de nadie, pero las utilidades son inmensas. Sí —pensó—, y la reunión de nuestra junta directiva de Nelson Trading es esta tarde. Bueno. Esa es una empresa de negocios que nunca falla.

Al tomar una pieza del pescado que le ofrecían, observó que Casey lo miraba con atención.

—Dígame, Casey.

—¡Oh! No es nada. Estaba pensando cómo había aprendido mis nombres —se dirigió a Bartlett y le dijo— El tai-pan me sorprendió, Linc. Antes de ser siquiera presentados el uno al otro, me llamó Kamalian Ciranoush, como si hubiera sido Mary Jane.

—¿Es nombre persa? —preguntó Gavallan.

—Por su origen es armenio.

—Kamahly-arn Cirrrannoooossssh —dijo Jacques, saboreando el sonido sibilante de los nombres.

Très jolie, mademoiselle. Ils ne sont pas difficiles, sauf pour les crétins (Muy bonito, señorita, No son difíciles para nadie, excepto para los cretinos).

—*Ou les* ingleses —corrigió Dunross, y todos rieron.

—¿Cómo los supo, tai-pan? —preguntó Casey.

Se sentía más a gusto con *tai pan* que con Ian. *Ian* no viene al caso —pensó-. Está envuelto en el pasado, en Hag Struan y en las sombras que parecen rodearlo.

—Le pregunté a su abogado.

—¿Qué quiere decirme?

—John Chen me llamó anoche, cerca de medianoche. Usted no le había dicho lo que significaba K. C.

y yo quería saberlo. Era demasiado temprano para llamar a su oficina en Los Angeles, apenas las **8** de la mañana, hora de California. Por eso llamé a su abogado en Nueva York. Mi padre solía decir: cuando dudes, pregunta.

—¿Consiguió en sábado a Seymour Steigler III? —preguntó Bartlett azorado.

—Sí, en su casa de White Plains.

—Pero su número es privado.

—Lo sé. Lo que hice fue llamar a un amigo mío chino, de las Naciones Unidas. El me lo localizó. Le dije al señor Steigler que quería conocer el nombre por razón de las invitaciones, cosa que es cierta.

Tenemos el deber de ser exactos, ¿o no?

—Sí —repuso Casey, sintiendo gran admiración por él—. Tenemos el deber...

—¿Sabías que Casey era ... que era mujer, desde anoche? —preguntó Gavallan.

—Sí. En realidad lo sabía desde hace varios meses, aunque ignoraba lo que las letras K y C

representaban. ¿Por qué?

—No, no. Por nada, tai-pan. Casey, usted hablaba de Armenia. . . ¿Su familia se vino a Estados Unidos después de la guerra?

—Después de la Primera Guerra Mundial, en 1918 explicó la chica, dando principio a la muy repetida historia—. En su origen, nuestro nombre era Tcholokian. Cuando mis abuelos llegaron a Nueva York, le quitaron la desinencia *ian,* para simplificarlo y hacerlo más fácil para los norteamericanos. Sin embargo, yo me quedé con el Kamalian Ciranoush. Como ustedes saben, Armenia está en la región meridional del Cáucaso, inmediatamente al norte de Irán y de Turquía y al sur de la Georgia soviética. Un tiempo fue nación libre y soberana, pero ahora ha sido absorbida en su totalidad por Rusia o por Turquía. Mi abuela fue georgiana. Había muchas mezclas matrimoniales en los viejos tiempos. Mi pueblo estaba esparcido por todo el Imperio Otomano. Eran cerca de dos millones, pero las grandes matanzas, sobre todo en 1915 y '16 se estremeció al recordarlo—. Fue un auténtico genocidio. Quedamos apenas unos 500,000, difundidos por todo el mundo. Los armenios eran comerciantes, artistas, pintores y también fabricantes de alhajas, escritores y guerreros. Había cerca de 50,000 armenios en el ejército turco, antes de ser desarmados, proscritos y asesinados por los turcos durante la Primera Guerra Mundial. Había generales, oficiales y soldados de línea. Eran una minoría selecta y lo habían sido durante siglos.

—¿Será por eso por lo que los turcos los odiaban? —pregunto

deVille.

—Eran gente industriosa, con fuerte sentido de clan, muy buenos comerciantes y hombres de negocios, sin duda... controlaban muchos de éstos y gran parte del comercio. Mi abuelito decía que traemos el comercio en la sangre. Pero tal vez la razón principal fue que los armenios eran cristianos.

Fueron el primer estado cristiano de la historia, bajo el Imperio Romano, y ya se sabe que los turcos son mahometanos. Conquistaron a Armenia en el siglo XVI, y siempre había una guerra fronteriza entre la Rusia cristiana de los zares y los turcos "infieles". Hasta 1917, la Rusia Imperial había sido nuestro verdadero protector... Los turcos otomanos eran siempre extranjeros para nosotros, muy crueles, muy extraños.

—¿Su familia pudo salir antes de empezar las dificultades?

—No. Mis abuelos eran bastante ricos y, lo mismo que muchos otros, pensaron que no podía sucederles nada. Apenas lograron escapar con los soldados a la zaga. Sacaron a dos hijos y una hija por la puerta trasera, con lo poco que pudieron arañar a toda prisa, en su fuga en busca de libertad. El resto de la familia no logró salvarse. Mi abuelo consiguió salir de Estambul a base de sobornos, en un barco pesquero que lo llevó de contrabando, junto con mi abuela, hasta Chipre. Allí, de alguna manera, consiguieron visas para entrar a Estados Unidos. Tenían poco dinero, unas alhajas y mucho talento. La abuelita vive todavía, y todavía es capaz de negociar con los mejores de ellos.

—¿Su abuelo fue comerciante? —preguntó Dunross—. ¿A eso debe usted su interés en los negocios?

—Con toda seguridad lo traíamos incrustado en lo más íntimo del ser, y listo para brotar en el momento en que pudiéramos pensar en ser autosuficientes. Mi abuelo inició en Providence una compañía de artículos ópticos, para fabricar lentes y microscopios, y otra importadora y exportadora, dedicada en su mayor parte a alfombras y perfumes, y algunas operaciones subrepticias con un poco de oro y piedras preciosas. Mi padre era diseñador y fabricante de alhajas. Ya murió, pero era dueño de una pequeña joyería en Providence. Su hermano, mi tío Bghos, trabajó con el abuelo. Desde la muerte de éste, mi tío es quien se encarga de la compañía importadora y exportadora. Es un negocio pequeño, pero estable.

Mi hermana y yo crecimos en ese medio, regateando, negociando y resolviendo problemas de utilidades. Era un gran juego y todos estábamos en plano de igualdad.

—¿Dónde? ¡Oh, perdón, Casey! ¿Más postre?

—No gracias, así está bien.

—¿Dónde obtuvo su título de negocios?

—Creo que debo decir que en todas partes —explicó—. Después de salir de la escuela secundaria, seguí un curso de negocios de dos años en Katharine Gibbs, en Providence: taquigrafía, mecanografía, rudimentos de contabilidad y archivo y algunos fundamentos de administración. Pero desde que pude contar, trabajé de noche y en días de descanso en los negocios del abuelo. Se me enseñó a pensar, hacer planes y ponerlos por obra... de suerte que la mayor parte de mi adiestramiento lo tuve en el campo de la actividad. Desde luego, tan pronto como salí de la escuela, he procurado mantenerme al día con cursos especializados que me propuse seguir, nocturnos, sobre todo —Casey rió—. El año pasado tomé uno en la Escuela de Administración de Harvard, cosa que a algunos miembros del profesorado les cayó como una bomba de hidrógeno, si bien poco a poco están facilitándose las cosas para las mujeres.

—¿Cómo se ingenió para llegar a ser "hombre duro", o "mujer dura" en Industrias Par-Con?—

preguntó Dunross.

—Cuestión de perspicacia —explicó y todos rieron con ella.

Bartlett añadió:

—Casey es un diablo para el trabajo, Ian. Su velocidad de lectura es fantástica, al grado de poder abarcar más que dos ejecutivos normales. Tiene un olfato excelente para el peligro, no teme tomar una decisión. Es mucho más capaz de concertar que de destruir negocios, y no se ruboriza con facilidad.

—Esa es mi mejor cualidad—confirmó ella—. Gracias, Linc.

—Pero, ¿no le resulta muy arduo, Casey? —preguntó Gavallan —. Como mujer, ¿no tiene qué hacer muchas concesiones para conservar su puesto de vanguardia? No puede serle fácil desempeñar el trabajo de un hombre.

—No considero mi tarea un trabajo de hombre, Andrew — replicó en el acto—. Las mujeres tenemos cerebro y capacidad de trabajo tan buenos como un hombre.

Se produjo luego un rumor de burla amistosa entre Linbar y Gavallan, pero Dunross se sobrepuso a él y comentó:

—Creo que dejaremos ese tema para después. Pero, insisto Casey, ¿cómo llegó hasta donde está en Par-Con?

No sé si decirte la verdadera historia, la de un Ian que se parece a Dirk Struan, el mayor pirata de Asia, o la que se ha vuelto leyenda —se preguntó interiormente.

Luego oyó a Bartlett empezar a hablar, y sabía que con toda confianza podía divagar, porque había escuchado la versión de él un centenar de veces. En parte era verdadera, en parte falsa y en parte era lo que él quería que se creyera como un hecho. ¿Cuántas de *tus* leyendas son verdaderas ... Hag Struan, Dirk Struan, y cuál es tu verdadera historia y cómo te convertiste en tai-pan? Tomó un sorbo de su portugués, disfrutando la suave dulcedumbre y dejando vagar a su mente.

Algo no anda bien aquí —empezó a pensar—. Puedo sentirlo con mucha fuerza. Hay algo de Dunross que no está bien. ¿Qué es?

—Conocí a Casey por vez primera en Los Angeles, California, hará unos siete años —había empezado a decir Bartlett—. Había recibido carta de una tal Casey Tcholok, presidenta de Hed-Opticals, de Providence, que quería hablar conmigo de una fusión de negocios. Por esa época, yo estaba dedicado a la construcción en toda la zona de Los Angeles: la residencial, los supermercados, un par de edificios de oficinas de muy buen tamaño, centros industriales y comerciales... todo lo que ustedes quieran. Habíamos tenido una utilidad de 3.2 millones y acababa de hacer pública mi compañía... pero todavía me hallaba a un millón de kilómetros de distancia del Gran Tablero. Yo habría...

—¿Se refiere al Mercado de Valores de Nueva York?

—Sí. En fin, el hecho es que Casey se presentó, reluciente como una moneda nueva y me dijo que quería fusionarse con Hed-Opticals, que el año anterior había tenido una entrada bruta de 277,600 dólares; me proponía que juntos nos apoderáramos de Randolf Opticals, el abuelo de todos ellos, con ventas por valor de 53 millones, cotizadas en el Gran Tablero, que representaban una porción enorme del mercado de lentes, y una fuerte cantidad de efectivo en el banco. Le dije que estaba loca y pregunté por qué Randolf. . . Me dijo que en primer lugar porque ella era accionista

de Bartlett Constructions (había comprado diez acciones de un dólar). Yo había capitalizado a un millón de acciones y vendido 500,000 a la par. Así pues, ella pensaba que a Bartlett Constructions le resultaría muy bien quedarse con Randolf. En segundo lugar, me dijo, "porque este hijo de... George Toffer, que dirige a Randolf Opticals es un embustero, mentiroso, ladrón, que está tratando de hacerme quebrar.

Bartlett hizo un gesto de complacencia y se detuvo un momento para respirar. Dunross intervino con una risa franca.

—¿Es cierto eso, Casey?

Casey se apresuró a responder.

—¡Oh, sí! Dije que George Toffer era un embustero, tramposo, ladrón e hijo de... Y lo es todavía —sonrió sin sentido del humor—. Además, sin duda se proponía hacerme quebrar.

—¿Por qué?

—Porque yo le había dicho que se fuera a... ¡a la porra!

—¿Por qué lo hizo?

—Yo acababa de ponerme al frente de Hed Opticals. Mi abuelo había muerto el día anterior, y mi tío y yo lanzamos al aire una moneda para ver quién se quedaba con un negocio y quién con el otro ... A mí me tocó Hed Opticals. Un año antes, poco más o menos, habíamos tenido una oferta de Randolf que quería comprar nuestro negocio, pero la habíamos rechazado... nuestras operaciones eran pequeñas pero buenas, con una fuerza laboral capaz, con buenos técnicos, muchos de ellos armenios... Era una porción pequeña del mercado. Pero carecíamos de capital y de espacio para movernos. Sin embargo, trabajábamos bien, y la calidad de Hed Opticals era suprema. Acabando de hacerme cargo de la empresa, George Toffer "pasó por allí, de casualidad". Se imaginó ... ¡Oh, Dios, claro que se lo imaginó! Quiso hacerme creer que había sido héroe de la guerra en el ejército norteamericano, pero yo averigüé que no era cierto... Esa era la clase de hombre que me hablaba. En fin, el hecho es que me hizo otra oferta ridicula, para quitarme a Hed Opticals de las manos. ¡La pobre muchachita que debía estar en la cocina! Junto con el clásico "cenemos esta noche en mi suite y ¿por qué no nos divertimos un poco? Yo estoy aquí sólo unos días. . . " Le constesté que no, que muchas gracias. Se sintió rechazado, muy rechazado. Pero dijo que estaba bien y volvió

a los asuntos de negocios, para proponerme que en vez de una compra-venta, nosotros subcontratáramos algunos de sus arreglos comerciales. Me hizo una buena oferta y, después de regatear un poco, convinimos en los términos.

Prometió que si yo cumplía la primera vez, duplicaría el trato. Durante el mes siguiente hicimos el trabajo mejor y más barato de lo que él hubiera podido hacerlo. Le hice las entregas de acuerdo con el contrato y él logró utilidades enormes. Pero después faltó a su palabra en una cláusula verbal y dedujo, o mejor robó 20,378 dólares. Al día siguiente, cinco de mis mejores clientes nos abandonaron para irse con Randolf. La siguiente semana perdimos otros siete. A todos les había hecho ofertas a menor precio. Me hizo sudar durante una semana o dos y luego me llamó por teléfono: "¡Hola, cariño!

—me saludó con la felicidad de un sapo que se revuelca en lodo —. Voy a pasar el fin de semana solo en Martha's Vineyard —que es una pequeña isla frente a la Costa Este; luego añadió—. ¿Por qué no vienes conmigo para que nos divirtamos y hablemos del futuro y de la duplicación de nuestros pedidos?" Yo reclamé mi dinero; él se rió y me dijo que lo que debía hacer era madurar; luego sugirió que volviera a considerar su primera oferta, porque al paso que iba, pronto dejaría de existir Hed Opticals. Hizo una pausa y siguió explicando:

—Lo insulté. Puedo hacerlo bastante bien cuando me enojo. Le dije lo que debía hacer consigo mismo en tres idiomas. En cuatro semanas más me quedé sin clientes. Un mes más y mi fuerza laboral tuvo que conseguir otros empleos. Para esas fechas empecé a pensar en hacer la prueba en California. No quería quedarme en el Este —sonrió con ironía—; era cuestión de prestigio. Si hubiera sabido lo que eso era ... Pensé que me tomaría un par de semanas para decidir lo que había que hacer. Un día paseaba por los terrenos de una feria estatal en Sacramento y Linc estaba allí. Vendía acciones de Bartlett Constructions en un pequeño pabellón, y le compré.

—¿Qué dijo que hacía? —preguntó Dunross incrédulo.

—Claro que sí —ratificó Bartlett— vendía. De hecho vendí más de 20,000 acciones en esa forma.

Me hacía presente en ferias estatales, atendía pedidos por correo, visitaba supermercados, corredores de bolsa, centros

comerciales, junto con inversiones bancarias. ¡Claro! Sigue, Casey.

—Así fue como leí su prospecto, lo observé un poco y pensé que tenía mucho porvenir. Sus cifras y su estado de cuentas, junto con su ritmo de expansión eran excepcionales, y comprendí que cualquiera que maneja sus propias acciones tiene que tener buen futuro. Por eso le compré diez, le escribí y fui a visitarlo. Fin de la historia.

—¡Y vaya que lo es, Casey! —comentó Gavallan.

—-Sigue tú, Linc—invitó ella.

—De acuerdo ... Bueno, entonces ...

—¿Un oporto, señor ... perdón, Linc?

—Gracias, Andrew pero ... ehm, ¿podría pedirte otra cerveza?

La cerveza llegó en un instante.

—Así pues, Casey fue a verme. Después de relatarme los acontecimientos, casi tal como acaba de hacerlo ahora, yo le dije: "Observe una cosa, Casey— Hed Opticals obtuvo una ganancia bruta de menos de 300,000 dólares en cifras redondas, el año pasado pero, ¿cuánto va a lograr éste? "Cero —me contestó con esa sonrisa suya. Yo soy el único activo de Hed Opticals. Es más, yo soy todo lo que queda". En ese caso —insistí—, ¿qué provecho saco haciendo una fusión con cero? Tengo suficiente con mis problemas propios.

—Es que yo sé cómo mandar a Randolf Opticals a la lavandería.

—¿Cómo? —pregunté.

—El 22 por ciento de Randolf está en manos de tres hombres. Todos desprecian a Toffer. Con el 22 por ciento usted puede lograr el control. Sé cómo conseguir a sus procuradores y sobre todo, conozco los lados débiles de Toffer.

—¿Cuáles son? —pregunté.

—Vanidad, que es un megalómano y sobre todo un tonto.

—No puede ser estúpido y dirigir esa compañía.

—Tal vez hubo tiempo en que no lo fue, pero ahora lo es. Está maduro para que se la quiten.

—Y..., ¿qué quiere usted sacar de todo esto, Casey?

—La cabeza de Toffer. Quiero tener la satisfacción de echarlo.

—¿Qué otra cosa?

—Si tengo buen éxito en demostrarle... es decir, si tenemos buen éxito en apoderarnos de Randolf Opticals... digamos en el lapso de

unos seis meses, me gustaría... Me gustaría hacer trato con usted durante un año, un trato que pudiera extenderse a siete, al sueldo que usted considere justo para mi capacidad, y trabajar como su vicepresidenta ejecutiva, encargada de las adquisiciones. Pero yo querría esto en calidad de persona, no como mujer. Simplemente como una persona igual a usted. Usted sería el jefe, por supuesto, pero yo debería ser tratada en el plan de igualdad con que se trataría a un hombre... si presento resultados.

Bartlett hizo un gesto de sonrisa y tomó un sorbo de su cerveza.

—Yo contesté: muy bien; trato hecho. Yo pensé: no tengo nada que perder... yo con mis miserables tres cuartos de millón de dólares y ella con su estado de cuentas en cero, contra Randolf Opticals en seis meses... ¡Era todo un negocio! Nos dimos la mano, de hombre a mujer. Era la primera vez que hacía trato con una mujer —Bartlett rió—... Y nunca lo he lamentado.

—Gracias, Linc —comentó con voz sumisa.- Todos los demás sintieron envidia.

Y, ¿qué sucedió después que usted cesó en su empleo a Toffer? —pensó Dunross a una con los demás—. ¿Fue entonces cuando ustedes dos empezaron a trabajar?

—El apoderarse de la compañía —preguntó a Bartlett— ¿fue cosa fácil?.

—Turbulenta, pero salimos heridos. Sin embargo, las lecciones que yo aprendí... que los dos aprendimos, nos recompensaron en un mil por ciento. En cinco meses teníamos todo el control. Casey y yo habíamos conquistado a una compañía que era de un tamaño 53.5 veces mayor que yo. Cuando era la hora "D" menos un minuto, yo había caído hasta 4 millones de dólares en cifras rojas en el banco y a un maldito paso de la cárcel pero una hora después tenía el control de la compañía. ¡Qué cosas! Esa fue una batalla. . . ¡y media! En un mes y medio ya la habíamos reorganizado y ahora la división Randolf de Par-Con tiene utilidades brutas por valor de 150 millones de dólares anuales y sus acciones siguen subiendo. Fue un clásico blitzkrieg y marcó la pauta a Industrias Par-Con.

—Y a ese George Toffer, Casey, ¿cómo lo despidió?

Casey apartó sus ojos bronceados de Bartlett y los clavó en Dunross. Este pensó: ¡Por Dios, cómo me gustaría tenerte!

Casey contestó.

—La hora en que tuvimos el control, yo ...

Se detuvo al oír sonar el único teléfono que había en el recinto. De pronto reinó gran tensión entre todos. Uno por uno, sin excepción, fueron concentrando su atención en el teléfono, incluso los camareros. El único que no lo hizo fue Bartlett. El color desapareció de la cara de Gavallan y de la de deVille.

—¿Qué sucede? —preguntó Casey.

Dunross interrumpió el silencio.

—Esta es una de las reglas de nuestra compañía. No entra ninguna llamada durante la comida, a menos que sea una emergencia ... una llamada urgente ... para alguno de nosotros.

Vieron que Lim depositaba sobre la mesa la bandeja del café. Les pareció una eternidad el tiempo que pasó en atravesar el cuarto para tomar el teléfono. Todos tenían esposa, hijos, familia, y se preguntaban qué muerte o qué desastre irían a anunciarles. Plegué a Dios que la llamada no sea para mí —pensaban—, recordando la última vez que el teléfono había sonado, hacía dos días, para Jacques. Y otra vez, el mes anterior, para Gavallan. Su madre estaba moribunda. Todos ellos habían recibido llamadas en el curso de los años. Todas con malas noticias.

Andrew Gavallan estaba seguro de que la llamada era para él. Su esposa Kathren, la hermana de Dunross, estaba en el hospital esperando resultados de unos exámenes exhaustivos, durante semanas había estado enferma sin motivo aparente. ¡Oh, Dios mío! —pensó—. ¡Contrólate, hombre! Los demás están observándote.

—¿Holaaa?

Lim escuchó un momento. Luego se dio vuelta y ofreció el teléfono: —Es para usted, tai-pan.

Los demás contuvieron la respiración y observaron a Dunross. Caminó con agilidad.

—Hola ... ¡Oh, dian ..! ¿Qué cosa? No, No... No. Voy en el acto. No, no hagan nada. No tardo en llegar.

Cuando colgó el teléfono en medio del silencio sepulcral, todos pudieron observar su estado de conmoción. Después de una pausa, explicó:

—Andrew, dile a Claudia que posponga todas mis juntas directivas de la tarde. Tú y Jacques prosigan con Casey. El que llamaba era Phillip. Temo que hayan secuestrado al pobre de John

Chen.

Terminó de hablar y salió del salón.

8
2:35 p.m.

Dunross salió de su automóvil y a toda prisa cruzó la puerta abierta de la gran mansión estilo chino, situada en la cima de la montaña, llamada la atalaya Struan. Pasó junto a un servidor impecablemente vestido, que cerró la puerta tras él y entró a la sala. Esta era de estilo Victoriano, recargado y con una cantidad excesiva de piezas ornamentales y un mobiliario de mal gusto.

—Hola, Phillip —saludó—. Siento mucho esto. ¡Pobre John! ¿Dónde está la carta?

—Aquí.

Phillip tomó la misiva de encima del sofá, en el momento de levantarse. Luego añadió:

—Pero antes mira eso.

Señaló una caja de zapatos maltratada, que estaba sobre una mesa de mármol, junto a la chimenea.

Al atravesar el recinto, Dunross pudo ver a Dianne, la esposa de Phillip Chen, sentada en una silla, en una esquina remota.

—¡Oh! Hola, Dianne. Siento mucho esto —volvió a decir.

Ella se encogió de hombros, en un gesto de impasibilidad.

—Es el hado, tai-pan.

Era una mujer euroasiática, de cincuenta y dos años; la segunda esposa de Phillip Chen. Una matrona atractiva y enjoyada, vestida con un *chong-sam* color café oscuro y engalanada con un collar precioso de perlas de jade y un anillo de diamante de cuatro kilates, entre muchos otros.

—Sí. El hado —repitió.

Dunross asintió con la cabeza, sintiendo disgusto contra ella. Un poco más del ordinario. Examinó el contenido de la caja, sin tocar nada. En medio de pedazos de papel, periódico estrujado, pudo ver una pluma fuente que reconoció como propiedad de John Chen, una licencia de conducir automóvil, llaves en un llavero, una carta dirigida a John Chen, 14A Sinclair Towers, y por fin una pequeña bolsa de plástico, con un trozo de tela medio embutido en ella. Con

ayuda de una pluma que se sacó del bolsillo, dio vuelta a la licencia de conducir y pudo leer: John Chen.

—Abre la bolsa de plástico —propuso Phillip.

—No. Puedo echar a perder huellas digitales que tenga —objetó Dunross, sintiendo que era una necedad decir aquello, pero sin poder remediarlo.

—¡Oh! Se me había olvidado eso. ¡Maldita sea! ¡Claro, huellas digitales! Las mías están allí, con toda seguridad... Tuve que abrir la caja. Mis huellas deben estar en todas partes ... encima de todo.

—¿Qué hay en la bolsa?

Antes que Dunross pudiera detenerlo, Phillip Chen se acercó y sacó de la bolsa de plástico el pedazo de tela, sin tocar la bolsa.

—Mira—explicó— En un pedazo de tela no pueden quedar huellas, ¿verdad? ¡Mira esto!

Aquel trapo envolvía la mayor parte de una oreja humana cercenada. El corte era perfecto, sin bordes dentados.

Dunross profirió una maldición en voz baja. Luego preguntó:

—¿Cómo llegó la caja?

—Por mensajero.

Phillip Chen volvió a envolver la oreja y la depositó de nuevo en la caja, con mano temblorosa.

—Yo no hice más que abrir el paquete, como lo habría hecho cualquiera. Me lo entregaron hará una media hora.

—¿Quién lo entregó?

—No sabemos. Nuestra sirvienta dijo que era un muchacho. Un joven que llegó en una motoneta. Ella no lo reconoció ni tomó el número del vehículo. Nos entregan montones de paquetes en la misma forma. No había nada fuera de lo común, excepto el membrete, fuera del paquete, que decía "Señor Phillip Chen, asunto de gran importancia, ábralo personalmente". La chica no lo notó en él acto. Para la hora en que yo ya lo había abierto y leído la carta, lo único que supo decirme fue: era un joven que dijo "un paquete para el señor Phillip Chen", me lo entregó y se marchó.

—¿Has llamado a la policía?

—No, tai-pan. Tú dijiste que no hiciéramos nada.

—¿Has hablado con la esposa de John?

Dianne intervino sin vacilación:

—¿Qué objeto tiene que Phillip le de malas noticias a ella? Se

pondrá de un humor que hará volar las tejas del techo, para qué quieres más trastornos . . . No tiene sentido. ¿Llamar a Bárbara? ¡Por amor de Dios! ¡No! No, tai-pan. No lo haremos antes de llamar a la policía. Ellos son los que deben decírselo.

Ellos saben hacer estas cosas.

La antipatía de Dunross aumentó.

—Será mejor que la manden llamar aquí en el acto.

Tomó el teléfono y marcó el número de la policía. Preguntó por Armstrong. No estaba. Dunross dejó su nombre y preguntó luego por Brian Kwok.

—Dime, tai-pan.

—Brian, ¿podrías venir aquí sin tardanza? Estoy en la casa de Phillip Chen, sobre la atalaya Struan.

Han secuestrado a John Chen.

Luego le habló del contenido de la caja. Se produjo un silencio conmovedor. Después Brian Kwok dijo:

—Voy en el acto. No toquen nada y no dejes que él hable con nadie.

—De acuerdo.

Dunross colgó el teléfono.

—Ahora dame la carta, Phillip.

Se la entregó con mucho cuidado tomándola por los lados. Los caracteres chinos estaban escritos con toda claridad, pero no por una persona culta. Dunross la leyó con calma. Conocía casi todos los ideogramas.

> *«Señor Phillip Chen: me permito informarle que tengo grave necesidad de 500,000 en dinero de Hong Kong, y por ello me dirijo a usted mediante la presente. Usted es tan rico que esta petición equivale a arrancar un pelo a nueve bueyes. Temeroso de que usted pueda rehusar su ayuda, no me queda más remedio que mantener a su hijo como rehén. En esta, forma no hay temor a una negativa de su parte. Espero que lo piense con detenimiento, tres veces, y lo considere con toda seriedad. Queda a su juicio avisar a la policía o no. Mando con ésta algunos artículos que su hijo utiliza todos los días, como prueba de la situación en que se encuentra. Aquí va también un pedacito de su oreja. Esto debe darle una idea clara de lo*

despiadado y cruel de mis acciones. Si paga el rescate sin poner obstáculo, la seguridad de su hijo está garantizada. Escrito por el Licántropo».

Dunross señaló la caja y preguntó.

—Discúlpame, pero... ¿reconoces el... eso?

Phillip Chen rió nerviosamente. Otro tanto hizo su esposa.

—¿Lo reconoces tú, Ian? Tú has conocido a John toda la vida. Ese es ¿cómo puede alguien reconocer una cosa así? ¿No crees?

—¿Alguien más sabe de esto?

—No, excepto los sirvientes, por supuesto, y Shitee T'Chung y algunos amigos que estaban comiendo aquí conmigo. Ellos. . . Ellos estaban aquí cuando llegó el paquete. Ellos... s í . . . Ellos estaban aquí.

Se fueron un momento antes que tú llegaras.

Dianne Chen se movió en su asiento y dijo lo que Dunross estaba pensando:

—¡Lo cual quiere decir que la noticia estará en todo Hong Kong antes del anochecer!

—Sí, y en los encabezados de los periódicos para el amanecer.

Dunross trataba de compulsar la multitud de preguntas que se agitaban en su mente.

—-La prensa va a aprovechar bien lo de ehm la oreja¿ y lo del "Licántropo", y va a convertirlo en investigación de campo.

—Sí. Con toda seguridad lo harán.

Phillip Chen recordó lo que Shite T'Chung había dicho en el momento en que todos se enteraron de la carta:

—No pagues el rescate durante una semana, por lo menos, viejo amigo, ¡y te harás famoso en todo el mundo! ¡Ah, sí! ¡Imagínate! ¡Un pedazo de su oreja... y un licántropo! ¡Uuuyyy, esto tendrá fama mundial!

—Tal vez no sea su oreja en absoluto, sino un truco —comentó Phillip Chen con esperanza.

—Sí

Al contestar en esa forma lacónica, Dunross pensó con gran áflicción: ***si*** es la oreja de John y la mandan el primer día, antes de hacer negociación alguna o tomar cualquier medida, apuesto que el pobre infeliz a ésta hora ya murió. Sin embargo, comentó: —no tiene objeto que lo hieran en esa forma. Saben con certeza que tú

pagarás el rescate.

—¡Claro! Es una fortuna que no estemos en Singapur, ¿no crees?

—Sí.

En Singapur, la ley mandaba que en el momento en que alguien era secuestrador todas las cuentas familiares se congelaran, para evitar cualquier clase de pago a los secuestradores. Los secuestros se habían vuelto endémicos en ese lugar, prácticamente sin arrestar a nadie, porque los chinos preferían pagar a toda prisa y en silencio, sin notificarlo a la policía.

—¡Qué desgraciados! ¡Pobre de john!

Cambiando de tema, Phillip preguntó:

—¿Quieres tomar un té? ¿O una copa? ¿Tienes hambre?

—No, gracias. Voy a esperar a que llegue Brian Kwok. Luego será mejor que me vaya.

Dunross volvió a mirar la caja y las llaves. Muchas veces había visto ese llavero.

—Falta la llave de la caja de seguridad —observó.

—¿Qué llave? —preguntó Dianne Chen.

—John siempre traía una llave de la caja de seguridad en su llavero.

La mujer no se movió de su lugar, pero insistió: —¿Y ya no está ahí?

—No.

—Tal vez te equivocas, creyendo que la trae siempre en el llavero.

Dunross la miró primero a ella y luego a Phillip Chen. Ambos le devolvieron la mirada.

Bueno —pensó—, si no fueron los malditos esos los que se quedaron con ella, los que la tienen son Phillip o Dianne; yo en su lugar habría hecho lo mismo. Sólo Dios sabe lo que podría haber en semejante caja.

—Tal vez estoy equivocado-comentó en tono conciliador.

—¿Té, tai-pan?

Preguntó Dianne, mientras Dunross advertía la sombra de una sonrisa en el fondo de su mirada.

—Sí, creo que sí —aceptó, seguro ya de que ellos tenían la llave. Ella se levantó y ordenó el té en voz alta. Luego volvió a sentarse. —¡Ooohhh! ¡Me gustaría que se dieran prisa, la policía!

Phillip contemplaba el jardín falto de agua, a través de la ventana: —Me gustaría que lloviera.

—Me preguntó cuánto nos costará rescatar a John —interpuso Dianne.

Después de una pausa, Dunross preguntó: —¿Tiene eso alguna importancia?

—¡Claro que la tiene! —se apresuró a responderle la aludida-—. ¡Claro que sí, tai-pan!

—¡Desde luego! —le hizo eco Phillip Chen— ¡Son 500,000! ¡Ah sí! 500,000 es una fortuna.

¡Malditas triadas! En fin, si piden medio millón, podré arreglarlo con 150,000. Gracias a Dios que no pidieron el millón.

Arqueó las cejas y su cara adquirió un tinte grisáceo. Luego añadió:

—*Dew neh loh moh* a todos los secuestradores! Deberían caerles la cimitarra ¡a todos ellos!

—Sí —convino Dianne—. ¡Triadas inmundas! ¡La policía debería ser más lista! ¡Más inteligente y más lista para protegernos mejor!

—Un momento —protestó Dunross con prontitud—. Eso no es justo. Hace años que no hay un secuestro grave en Hong Kong. En cambio los hay cada mes en Singapur... Aquí el crimen tiene un nivel increíblemente bajo... nuestra policía desempeña una tarea maravillosa... maravillosa.

—¡Oh! —protestó Dianne con desdén—. Todos son gente corrupta. ¿Por qué hacerse policía, si no para enriquecerse? Yo no confío en ninguno de ellos. Lo sabemos, oh sí, lo sabemos. En cuanto a secuestros, bueno, el último fue hace seis años. Era un primo tercero mío, Fu San Sung. La familia tuvo que pagar 600,000 para rescatarlo sano y salvo. Quedaron casi en la bancarrota.

—¡Bah! —replicó Phillip Chen con sorna—. ¡La bancarrota Hummingbird Sung? ¡Imposible!

Hummingbird Sung era un naviero muy rico de Shanghai, en sus años cincuentas, de nariz fina, muy larga para ser de un chino. Tenía el sombrenombre de Hummingbird Sung porque no hacía más que ir y venir como lanzadera, de un salón de baile a otro, de una flor a otra, en Singapur, Bangkok, Taipei y Hong Kong, libando con su masculinidad el néctar de toda una pléyade de damas. Sin embargo, se murmuraba que no era su masculinidad lo que

satisfacía, sino que era afecto a la práctica del cunnilingus.

—Si recuerdo bien, la policía rescató la mayor parte del dinero y mandó a los criminales a la cárcel por veinte años.

—Sí, tai-pan, así fue. Pero tardaron meses y meses. Y yo no vacilaría en apostar a que uno o dos de ellos sabían más de lo que reconocieron saber.

—i Eso es una necedad sin sentido! —protestó Dunross-:- ¡No tienes motivo para creer cosa semejante! ¡Ningún motivo!

—¡Tienes toda la razón, tai-pan! —corroboró irritado Phillip Chen—. Los prendieron, Dianne.

Ella le dirigió una mirada. El cambió de tono en el acto.

—Claro, querida, puede haber algunos policías corruptos, pero aquí somos muy afortunados... muy afortunados. Supongo que no me afectaría tanto este asunto... el de John... no es más que cuestión de un rescate... y como familia hemos sido muy afortunados hasta ahora... No me afectaría, si no fuera por... por eso —hizo un gesto en dirección a la caja y añadió con repugnancia ¡Es terrible! ¡Y

revela una falta absoluta de civilización!

—Sí —convino Dunross.

Sin embargo, se preguntó: si no es la oreja de John, ¿de quién es? ¿De quién puede tenerse una oreja?

Por poco no rió ante lo ridículo de su pregunta interior. Luego siguió pensando en la posibilidad de que aquel secuestro estuviera ligado de alguna manera con Tsu-yan y con las armas de fuego . . . y con Bartlett. No parece propio de un chino el mutilar a un ser humano. No. Y por cierto, no como primeras providencias .... Secuestrar es un arte chino antiguo, pero las reglas han sido siempre claras: pagar, guardar silencio y, ningún problema; posponer, hablar y, muchos problemas.

Contempló el jardín desde la ventana y el extenso panorama del norte dé la ciudad, junto con el paisaje marítimo al pie de la colina. Barcos, juncos y champanes salpicaban la superficie del agua azul. Por encima una lúcida bóveda celeste, sin la menor promesa de lluvia. El monzón estivo del suroeste soplaba constantemente, y Dunross se preguntó distraídamente cómo se verían aquellos navíos clípers cuando zarpaban antes que empezara a soplar el viento favorable o cuando tenían que navegar en contra de él, en la época

de sus antepasados. Dirk Struan había tenido siempre una atalaya secreta en la cima de la montaña. Desde allí el hombre podía contemplar el Sur, el Este y el Oeste y el gran canal Sheung Sz Mun, que se acercaba a Hong Kong por el lado del Austro, que era la única senda de llegada para los navíos que venían de casa, de Inglaterra. Desde la atalaya de Struan, el hombre podía observar en secreto la llegada del barco y del correo y, también en secreto mandar señales abajo. Así el tai-pan podía enviar a un mensajero rápido que recogiera primero la correspondencia. Esto les daba unas horas de ventaja sobre sus rivales, quizá las horas que podían representar la diferencia comercial entre la fortuna y la bancarrota... tanta era la distancia de la patria en relación con el tiempo.

No era como en esta época en que nuestra comunicación es instantánea —-pensó Dunross—.

Nosotros tenemos suerte. No estamos obligados a esperar casi dos años una respuesta, como le sucedía a Dirk. ¡Gran Dios, qué hombre tuvo que ser!

No debo fallar con Bartlett. Es preciso que tenga esos 20 millones.

—El asunto se presenta muy bien, tai-pan —comentó Phillip Chen, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí. Así lo veo yo también.

—Si en verdad presentan dinero en efectivo, haremos una fortuna y esto será *h'eung yau* para la Casa Noble —añadió con regocijo.

La sonrisa de Dunross seguía siendo sarcástica. *H'eung yau* significaba "óleo fragante" y por lo común se refería al dinero, al pago total, a las utilidades ilícitas pagadas por todos los restaurantes chinos, la mayoría de los negocios, todos los juegos de azar, los salones de baile y todas las mujeres fáciles a las triadas, a alguna forma de triada, por todo el mundo.

—A mí todavía me parece pasmoso que se pague *h'eung yau* cada vez que un chino entra en negocios.

—Así es, tai-pan —intervino Dianne, como si Dunross fuera un niño—. ¿Qué empresa puede existir sin protección? Tú esperas pagar, como es natural, así que pagas y no te importa. Todo el mundo da *h'eung yau* en alguna forma. »

Las perlas de jade de su collar producían un sonido clásico cada vez que ella se movía en su sillón.

Los ojos oscuros, muy oscuros, sobre la gran blancura del rostro eran un rasgo muy apreciado entre los chinos. Dianne continuó.

—Pero, el asunto de Bartlett, tai-pan, ¿crees qué se haga el negocio?

Dunross la observó. ¡Ay Dianne! —se dijo—. Tú conoces todos los detalles importantes que Phillip sabe sobre sus negocios y mis negocios, y muchas cosas que harían llorar de rabia a tu marido si supiera que las sabes. Estás enterada de que Struan podría verse en dificultades muy graves si no se hace el negocio con Bartlett, pero que si se realiza, nuestras acciones se van a las nubes y volveremos a ser ricos, y tú también… si logras introducirte a tiempo, para comprar con la oportunidad necesaria.

Si. Eso es.

Y a ustedes, mujeres chinas de Hong Kong yo las conozco en un grado al que el pobre Phillip no llega, porque yo no soy chino, ni siquiera un ápice. Yo sé que ustedes, mujeres chinas de Hong Kong son las más voraces del mundo cuando se trata de dinero… o quizá las más prácticas.

Y tú, Dianne, lo sé también, en este momento estás en éxtasis, por más que pretendas todo lo contrario. Porque John Chen no es tu hijo. Si lo eliminas a él, tus dos hijos quedarán en línea directa y Kevin, tu primogénito, será el heredero por derecho. Por eso tú estás en oración, como no lo has estado en tu vida, para que John desaparezca para siempre: Estás feliz. John ha sido secuestrado, tal vez asesinado pero… ¿qué sucede con el negocio Bartlett?

—Las mujeres son tan prácticas —comentó.

—¿Qué quieres decir, tai-pan? —al hacer esta pregunta, frunció el ceño.

—Mantienen las cosas en su debida perspectiva.

—A veces no entiendo nada de lo que dices, tai-pan —replicó con un resabio en el tono de la voz—.

¿Qué más podemos hacer por John Chen? Nada. Hemos hecho cuanto podíamos. Cuando nos llegue la nota del rescate haremos la negociación, pagaremos y todo quedará como antes. En cambio, el asunto Bartlett es importante, muy importante, mucho muy importante, suceda lo que suceda, ¿no es cierto? *Moh ching, moh*

meng: no dinero, no vida.

—En efecto. Es muy importante, tai-pan —Phillip alcanzó a mirar de reojo la caja y se estremeció—.

Creo que dadas las circunstancias, tai-pan, si puedes disculparnos esta noche no ere ...

—No, Phillip—interrumpió con firmeza su mujer—. No. Debemos ir. Es asunto de prestigio para toda la Casa. Iremos según lo previsto. Por difícil que sea para nosotros iremos, como se había pensado.

—Bueno. Si tú lo dices.

—Sí.

¡Y en qué forma! —pensaba ella, renovando todos sus planes de conjunto para dar mayor realce al efecto dramático de su entrada. Iremos esta noche y seremos el tema de conversación de Hong Kong.

Por supuesto, llevaremos a Kevin. Tal vez ahora mismo él ya es heredero. ¡Ah sí! ¿Con quién se casará mi hijo? Tengo que pensar ya en el futuro. Veintidós años es una edad perfecta y yo tengo que pensar ya en su porvenir. Sí. Una mujer, pero... ¿quién? Tendré que escoger cuanto antes a la más indicada, sin tardanza si él resulta heredero, antes que alguna jovencita con fuego entre las piernas y una madre rapaz se me adelanten. ¡Ah sí! —pensó, mientras le subía la temperatura—. ¡No lo permita Dios!

—Sí —repitió.

En ese momento se tocó los ojos con el pañuelo, como si hubiera una lágrima en el párpado, luego continuó:

—No hay nada más que hacer por el pobre de John, sino esperar y seguir trabajando y haciendo planes y operaciones por el bien de la Casa Noble —levantó la mirada para ver a Dunross; los ojos le brillaban—. El asunto de Bartlett resolvería todo, ¿verdad?

—Sí.

Dunross pensó entonces: además, ustedes dos tienen razón. No queda más que hacer por el momento.

Los chinos son muy sabios... y muy prácticos.

Así que concéntrate en cosas importantes —se dijo a sí mismo—; cosas importantes como ¿te gusta el juego de azar? Piensa. ¿Qué mejor lugar o qué tiempo más apropiado puedes encontrar que aquí y ahora para iniciar el plan con el que has estado jugando

mentalmente desde que conociste a Bartlett?

Ninguno.

—Escúchenme. . .

El tono de su voz era irrevocable. Luego miró hacia la puerta que conducía al departamento de la servidumbre, para cerciorarse de que estaban solos. Después, en tono bajo, de murmullo de conspiración inició la confidencia. Phillip y su mujer se inclinaron hacia adelante para poder oír mejor.

—Antes de la comida tuve una reunión privada con Bartlett. Ya hemos hecho el trato. Necesitaré hacer unos cambios sin importancia, pero cerraremos el negocio formal el martes próximo. Están garantizados los 20 millones, y otros veinte el año entrante.

El gozo que inundó el rostro de Phillip Chen fue inmenso. —¡Felicidades!

—No hables tan alto, Phillip —intervino su mujer, con una satisfacción comparable a la de él—. Esos esclavos con boca de tortuga, que están en la cocina, tienen oídos que pueden llegar hasta Java... ¡Oh!

Pero esas noticias son tremendas, tai-pan.

—Esto lo mantendremos como secreto de familia—prosiguió Dunross en voz baja—. Esta tarde doy instrucciones a nuestros corredores de bolsa para que empiecen a comprar en secreto acciones de Struan, aprovechando hasta el último céntimo que podamos escatimar. Tú haz lo mismo, en pequeñas cantidades y esparciendo las órdenes entre diferentes corredores y testaferros... como de costumbre.

—¡Sí, oh sí, por supuesto!

—Esta mañana, yo personalmente compré 40 mil.

—¿Cuánto subirá su valor? —pregunto Dianne Chen.

—¡El doble!

—¿Tan pronto?

—En treinta días.

—¡Uuuyyy! ¡Imagínate! —exclamó casi ahogándose.

—Sí—convino Dunross—. ¡Imagínate! Y ustedes dos no lo dirán más que a sus parientes más cercanos, que son una muchedumbre, y ellos no lo dirán más que a sus más íntimos, que son otra multitud, y todos ustedes comprarán más y más, porque ésta es una información sumamente confidencial, de primera clase y casi no

hay riesgo alguno en ella que pudiera hacer subir todavía más los valores. El hecho de que sea sólo la familia, no tardará en saberse y muchos más querrán participar, después más... Luego se hará el anuncio formal del negocio con Par-Con y eso atizará el fuego. Después, la semana entrante, yo anunciaré nuestra maniobra de absorción de Inmuebles Asiáticos y luego todo Hong Kong comprará. Nuestras acciones se irán a las nubes. Por fin, en el momento adecuado —pero tiene que ser el adecuado —, soltaré a Inmuebles Asiáticos, para irme en seguimiento del verdadero blanco.

—¿Cuántas acciones, tai-pan? —preguntó Phillip Chen con la mente ya sumergida en cálculos de las posibles utilidades.

—El máximo... Pero que sea sólo dentro de la familia. Nuestras acciones serán las que marquen la pauta al ascenso explosivo.

Dianne se quedó boquiabierta.

—¿Va a producirse ascenso explosivo?

—Sí. Y nosotros iremos a la vanguardia. El tiempo está maduro. Todo el mundo en Hong Kong está preparado. Nosotros proporcionaremos los medios, seremos los caudillos. Una operación atinada aquí y otra allá y se desencadenará la furia.

Hubo un gran silencio. Dunross podía ver la avaricia en la cara de la mujer.

Los dedos de Dianne jugaban con las perlas de jade. Vio a Phillip, con la mirada perdida en la distancia. Sabía que parte de su mente de jefe de personal nativo estaba fija en los diversos contratos que él, Phillip, había ratificado con su firma a nombre de Struan, y que se vencían entre trece y treinta días: 12 millones de dólares norteamericanos para las Industrias Navieras Toda, de Yokohama, por los dos super-navíos de carga, 6.800,000 al Orlin International Merchant Bank y 750,000 a Tsu-yan, para resolver otro problema suyo. Pero la mayoría de la mente de Phillip estaría en los 20 millones de Bartlett y en la subida de las acciones, en ese duplicarse de su valor que él había predicho ya en forma arbitraria.

¿Duplicarse?

¡De ninguna manera! No. No. Eso era imposible, no había la menor posibilidad...

¡A menos que se produjera una explosión financiera! ¡A menos que hubiera una explosión!

Dunross sentía que el corazón se le aceleraba.

—Si se produce un ascenso explosivo... ¡Jesucristo! ¡Phillip, podemos producirlo!

—Sí, sí. Estoy de acuerdo. Hong Kong está maduro. ¡Ah, sí! —los ojos de Phillip brillaron. Los dedos tamborileaban—. ¿Cuántas acciones, tai-pan?

—¡Hasta el último mal…!

La excitación hizo que Dianne interrumpiera a Dunross.

—Phillip, ¡la semana pasada, mi astrólogo me dijo que éste iba a ser un mes importante para nosotros!

¡Una explosión! Con toda seguridad se refería a esto.

—Es cierto. Recuerdo que me lo dijiste, Dianne. ¡Oh, oh, oh! ¿Cuántas acciones, tai-pan? —volvió a preguntar.

—¡Hasta el último malhadado céntimo! ¡Esta será la grande! Pero sólo la familia, hasta el viernes. Por todos conceptos hasta el viernes. Después, una vez que el mercado haya cerrado, dejaré que corra la noticia del trato con Bartlett...

—¡Uuuuyyyy! —silbó Dianne.

—Sí, durante el fin de semana yo responderé que no tengo comentarios al respecto. Tú cerciórate de no estar disponible, Phillip, y preséntate el lunes en la mañana. Todo el mundo estará mordiendo el pastel. Yo seguiré diciendo que no tengo comentarios que hacer, pero el lunes compraremos en forma abierta. Luego, inmediatamente después del cierre del negocio del lunes, anunciaré que todo el trato está confirmado. Entonces vendrá el martes...

—¡La explosión en pleno apogeo!

—Sí.

—¡Oh qué día más feliz! —exclamó Dianne complacida—. Todos los *amah,* los mozos, los coolies, los hombres de negocios dirán que su hado es perfecto, vaciarán sus cuentas de ahorros, todo se nutrirá y las acciones se irán a las nubes. ¡Qué pena que mañana no haya editorial! ¡Mejor aún, un astrólogo en alguno de los periódicos! Podría decir Año Cien Fong, —los ojos casi se le perdían de tanta excitación—. ¿Qué opinas de El astrólogo, Phillip?

El la contempló azorado:

—¿Te refieres al Viejo Ciego Tung?

—¿Por qué no? Algún *h'eung yau* en la palma de la mano, o la promesa de unas cuantas acciones de cualquier género... ¿Sí...? —

Buen ... y ...

—¡Déjame eso a mí! El Viejo Ciego Tung me debe uno que otro favor. ¡Le mando bastantes clientes!

Sí. Y no se equivocaría del todo anunciando portentos celestes que pronosticaran la explosión financiera más grande en la historia de Hong Kong... ¿no te parece?

9
5:25 p.m.

El doctor Meng, patólogo de la policía, enfocó el microscopio para estudiar el fragmento de carne que había cortado de la oreja. Brian Kwok lo observaba con impaciencia. Era un cantonés pequeño y pedante, con anteojos suspendidos de las arrugas de la frente. Por fin, levantó la cabeza y las gafas cayeron en el sitio conveniente, sobre la nariz.

—Bueno, Brian, pudieron haber hecho el corte en una persona viva, no en un cadáver... es posible...

Es posible que lo hayan hecho dentro de las últimas ocho o diez horas. El hematoma aquí... mira la parte posterior—el doctor señaló con delicadeza la pérdida de color en la parte postero-superior—

esto a mí me indica que la persona estaba viva en ese momento.

—¿Por qué hematoma, doctor Meng? ¿Qué lo produjo? ¿El corte?

—Pudo haber sido producido por alguien que sujetaba el miembro con fuerza —explicó con cautela el médico—... mientras que otros lo cortaban.

—¿Con qué ... cuchillo, hoja de afeitar, navaja, cortador chino ... de cocina?

—Algún instrumento con mucho filo. Brian Kwok suspiró e insistió:

—¿Podría eso matar a alguien? ¿Por la conmoción? ¿A alguien como John Chen?

El doctor Meng estiró los dedos índices juntando las puntas.

—Es posible... Es posible que no... ¿Tiene antecedentes de debilidad cardíaca?

—Su padre dice que no ... Todavía no he consultado a su doctor... el sinvergüenza anda de asueto.

Sin embargo, John nunca ha dado señas de algo que no sea plena salud.

—Esta mutilación tal vez no debería matar a un hombre sano, pero sí dejarlo molesto por una o dos semanas —la cara del médico

se iluminó—. ¡Sí, muy molesto...!

—¡Santo Dios! ¿Hay algo qué usted pueda decirme que sea de algún provecho?

—Yo soy un médico forense, Brian, no un vidente.

—¿Puede decir si la oreja es de un euroasiático o de un chino puro?

—No, no. Con esta muestra, sería casi imposible. Con toda seguridad puedo decir que no es de un anglosajón, ni de un hindú, ni de un negroide —se quitó las gafas y fijó la mirada miope en el corpulento superintendente—. ¿Esto es capaz de causar un serio trastorno en la casa de Chen, verdad?

—Sí, y en la Casa Noble —Brian Kwok pensó un momento—. En su opinión, ¿este Licántropo, este maniaco, podríamos decir que es chino.. ?

—La escritura podría ser de una persona civilizada, sí... también podría ser de algún *quai loh* que pretendiera serlo. Pero si ese hombre o mujer era una persona civilizada, eso no por fuerza significa que el mismo individuo que hizo el corte haya sido el que escribió la carta.

—Lo sé. ¿Qué posibilidades hay de que John Chen esté muerto?

•—¿Debido a la mutilación?

—Debido al hecho de que el Licántropo, o con más probabilidad, los íicántropos hayan enviado la oreja antes de iniciar negociaciones.

El hombrecillo sonrió y dijo en tono inexpresivo:

—Lo que usted quiere preguntarme es si viejo Sun Tzu "mata a uno para aterrorizar a diez mil",

¿Verdad? No lo sé. No acostumbro especular sobre imponderables de ese género. Yo sólo sé calcular las probabilidades de los caballos de carrera, Brian, o las del mercado de valores. ¿Qué me dices de la Golden Lady, de John Chen, del sábado?

—Tiene muchas probabilidades. No cabe duda. También Noble Star, de Struan, lo mismo que el Pilot Fish de Gornt y más todavía Butterscotch Lass, de Richard Kwang. Yo apuesto a que ésta es la favorita, pero la Golden Lady es buena corredora. Empezará a razón de tres a uno. Vuela bien y la empresa le convendría. Es seca. Ella es inútil en lo mojado.

—¡Ah! ¿Hay algún indicio de lluvia?

—Es posible. Dicen que se avecina una tormenta. Hasta una llovizna podría significar un cambio.

—Entonces, ¿será mejor que no llueva antes del domingo? ¿Sí.. ?

—No lloverá éste mes. . . a menos que tengamos una suerte increíble.

—Bueno, si llueve, llueve, y si no llueve, no llueve ... i no preocuparse! Se acerca el invierno...

Entonces esta maldita humedad desaparecerá —el doctor miró el reloj de pared. Eran las 5:35 de la tarde—. ¿Qué te parece una rápida antes de irnos a casa?

—No, gracias, todavía tengo algunas cosas que hacer. ¡Maldita molestia ésta..!

—Mañana veré qué indicios puede obtener del trapo, del papel de envoltura o de las demás cosas. Tal vez un poco de huellas digitales te sea de utilidad —añadió Meng.

—Yo no lo juraría. Todo éste enredo me huele muy mal.. . de veras muy mal. . .

El médico asintió con la cabeza y comentó en un tono que le hacía perder la amabilidad de la voz:

—Todo lo que tiene que ver con la Casa Noble y su títere, la Casa de Chen huele mal, ¿no es cierto?

Brian Kwok cambió a *sei yap,* uno de los principales dialectos de la provincia de Kwantung, hablando por muchos cantoneses de Hong Kong.

—¡Epa, hermano! ¿No querrás decirme que cualquiera de los peces gordos capitalistas, y todos juntos, que abundan en la Casa Noble y en la Casa de Chen por consiguiente te huelen mal? —comentó con acento burlón.

—¡Ah, hermano! ¿No sabes todavía, allá en el fondo de tu cabeza, que los vientos de cambio están agitándose por todo el mundo? Y que China, bajo la guía inmortal del Camarada Mao, y del pensamiento de Mao, será el caud...

—Guárdate tu proselitismo para ti —interrumpió Brian en tono frío, pasando de nuevo al inglés—. La mayoría de las ideas de Mao están tomadas de los escritos de Sun Tzu, Confucio, Marx, Lao Tsu y otros. Sé que es un poeta ... un gran poeta ... pero ha usurpado el poderío en China y allí ahora no hay libertad ... ¡Ninguna!

—¿Libertad? —recalcó el hombrecillo en tono retador—. ¿Qué

significa la libertad durante unos cuantos años, cuando bajo la guía del Camarada Mao, China ha vuelto a ser China, y ha recuperado el lugar que le corresponde en el mundo? ¡Ahora a China la temen todos los inmundos capitalistas!

¡Incluso esa revisionista de Rusia!

—Sí, estoy de acuerdo... Y eso se lo agradezco. Pero, por lo pronto, si a ti no te gusta aquí, vuélvete a tu tierra, a Cantón, a que te suden las asentaderas en tu paraíso comunista y.... *dew neh loh moh* a todos los comunistas y a sus compañeros de viaje!

—Tú debías ir allá, a ver las cosas por ti mismo. Es pura propaganda eso de que el comunismo es malo para China. ¿No lees los diarios? Ahora no hay uno solo que muera de hambre.

—¿Qué me dices de los veintitantos millones asesinados después de la toma del poder? ¿Qué me dices de todos los lavados cerebrales?

—¡Más propaganda! Sólo porque tú has estado en escuelas públicas ingleses y canadienses y hablas como un cerdo capitalista, eso no significa que seas uno de ellos. Recuerda tu herencia.

—La recuerdo. La tengo muy presente.

—Tu padre cometió un error al mandarte al extranjero.

Todos sabían que Brían Kwok había nacido en Cantón y que a los seis años había sido enviado a la escuela en Hong, Kong. Fue tan buen estudiante, que en el '37, cuando tema 12 años, había ganado una beca para una magnífica escuela pública de Inglaterra. Había ido allá y luego, en el '39, al empezar la Segunda Guerra Mundial, la escuela entera había sido enviada a Canadá. En el '42, cuando él tenía 18 años, había terminado su ciclo de enseñanza como el estudiante número uno de su clase, prefecto superior, y luego se había inscrito en la Real Policía Montada del Canadá, como miembro de su división sin uniforme en el gigantesco barrio chino de Vancouver. Hablaba cantonés, mandarín y *sei yap,* y se había distinguido en el desempeño de su tarea. En el '45 había pedido su traslado a la Real Policía de Hong Kong. Con la aprobación, otorgada de mala gana por la Real Policía Montada canadiense, que habría querido que se quedara en ese país, había logrado volver.

—Es un desperdicio que trabajes para ellos, Brian —siguió diciéndole el doctor Meng—. ¡Tú debías prestar tus servicios a las masas y trabajar para el Partido!

—¡El Partido asesinó a mi padre, a mi madre y a la mayoría de mi familia en 1943!

—Eso no se demostró nunca... ¡nunca! Eran puros rumores. Tal vez quienes lo hicieron fueron los demonios del Kuomintang... En ese tiempo había un caos en Cantón. Yo estaba ahí. ¡Lo sé! Tal vez los cerdos japoneses fueron los responsables... o las triadas... ¿Quién puede saberlo? ¿Cómo puedes estar seguro?

—¡Lo estoy, vive Dios!

—¿Hubo algún testigo? ¡No! ¡Tú fuiste quien me lo dijo a mí! —la voz de Meng se hizo rasposa mientras levantaba la cara para clavar en él su mirada miope—. ¡Qué sí! Tú eres chino, usa tu cultura para las masas de China, no para el amo capitalista.

—¡Lo será tuyo!

El doctor Meng rió y los *glasés* se le cayeron sobre la cima de la nariz.

—Espera, superintendente Kar-shun Kwok. Un día se te abrirán los ojos. Un día verás la belleza de todo eso.

—¡Mientras tanto dame unas malditas respuestas!

Brian Kwok salió a grandes pasos del laboratorio y recorrió el corredor para llegar al ascensor.

Llevaba la camisa pegada a la espalda. Cómo querría que lloviera —pensó.

Entró al ascensor. Otros policías lo saludaron. El devolvió el saludo. Salió en el tercer piso y recorrió el corredor hasta su oficina. Armstrong estaba esperándolo, leyendo en actitud ociosa un periódico chino.

—¡Oh, hola Robert! —le dijo—. ¿Qué novedades hay?

—Ninguna. ¿Cuáles tienes tú?

Brian Kwok le explicó lo que había dicho el doctor Meng.

—¡Ese hombrecillo indecente, con su "sería posible". Lo único que sabe afirmar con seguridad es que hay un cadáver. . . y aún para eso, tiene que verificarlo dos veces.

—Sí... o también lo relacionado con el Camarada Mao.

¡Oh! ¿Volvió al viejo disco roto?

—Sí —contestó Brian haciendo un gesto—. Le dije que regresara a China.

—No se irá nunca. —Lo sé bien.

Brian contempló un rimero de papeles que había en su papelera

y suspiró. Luego comentó:

—No es característico de un individuo de esta localidad cortar una oreja tan pronto...

—No. No lo es, si se trata de un auténtico secuestro.

—¿Qué cosa?

—Podría ser cierta venganza, y el secuestro un procedimiento de disimulo—sugirió Armstrong con su acostumbrada expresión dura en el rostro—. Yo estoy de acuerdo contigo y con Dunross. Pienso que ellos mismos lo metieron en esto.

—Pero, ¿por qué?

—Tal vez John trataba de escapar, inició un pleito y ellos o él fueron presa del pánico, y antes de saber lo que estaba sucediendo, ellos o él la; hicieron la cortada o le dieron un buen golpe con un instrumento sin filo.

Armstrong lanzó un suspiro y se estiró para relajar la tensión que sentía en los hombros. Luego continuó:

—En todo caso, viejo amigo, nuestro Gran Padre Blanco quiere que esto se resuelva pronto. Me concedió el honor de una llamada, para decirme que el gobernador había llamado personalmente para expresar su preocupación.

Brian Kwok lanzó una maldición en voz baja y comentó.

—Las noticias escandalosas viajan con rapidez. ¿Todavía no hay nada en la prensa?

—No, pero ya anda en todo Hong Kong, y para mañana en la mañana ya tendremos un viento rojo caliente soplando detrás de nosotros. El malhadado Caballero Licántropo, con ayuda de la virulenta prensa adversa y de alma negra de Hong Kong, no nos dará, me temo, otra cosa que motivos de pena, hasta que atrapemos al maldito o a los malditos.

—Pero lo atraparemos... ¡oh, sí, de que lo atraparemos no hay duda!

—Sí. ¿Qué te parece una cerveza? ¿O mejor, un buen vaso de ginebra con agua quina? A mí me vendría muy bien uno.

—Buena idea ... ¿Anda mal tu estómago otra vez?

—Sí. Mary dice que son los buenos pensamientos que me como.

Los dos rieron juntos. Caminaron hacia la puerta y ya estaban en el corredor cuando sonó el teléfono.

—¡Deja la maldita cosa ésa! No te molestes en contestar... No da

más que problemas—sugirió Armstrong, sabedor de que ni él ni Brian lo dejarían jamás de contestar.

Brian Kwok tomó el teléfono y se quedó helado.

Era Roger Crosse, superintendente principal, director de los Servicios Especiales de Inteligencia.

—Dígame, señor.

—¿Está Armstrong con usted?

—Sí señor.

—Hágame favor de venir junto con él, en el acto. La conexión se interrumpió. —Sí, señor.

Colgó el teléfono y sintió el sudor correrle por la espalda.

—Dios quiere vernos... por pareja.

A Armstrong le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué cosa? ¿A mí?

Alcanzó a Brian, que ya iba rumbo al ascensor e insistió:

—¿Para qué diantres me quiere a mí? Yo ahora no estoy en Servicio de Inteligencia....

—A nosotros no nos toca razonar el porqué, sólo perder los estribos cuando se ponga a murmurar.

Llegaron frente al ascensor. Brian oprimió el botón para subir.

—¿Qué sucederá?

—Debe ser importante. ¿Tal vez China Continental?

—¿Será posible que Chou En-lai haya alejado a Mao y que los moderados estén en el poder?

—¡Sueñas! Mao morirá en el cargo… es la deidad de China.

—Lo único bueno que puedes decir de Mao es que es primero chino y después comunista. ¡Qué Dios maldiga a los comunistas!

—¡Oye, Brian! Tal vez los soviéticos están calentando las cosas en la frontera otra vez... ¿Algún otro incidente, quizá?

—Podría ser., Eso sí. La guerra se avecina... Sí... Se acerca la guerra entre Rusia y China. En el corazón del asunto está Mao también.

—Los soviéticos no son tan tontos.

—Yo no apostaría a eso, viejo colega. Lo he dicho antes y lo repito, los soviéticos son los enemigos del mundo. Habrá guerra. . . No tardarás en deberme mil dólares, Robert.

—Creo que no querré pagar esa apuesta. Las matanzas serán intolerables.

—Sí, pero no quiere decir que no suceda. Una vez más, Mao tiene razón en ese punto. Será espantoso, pero no catastrófico.

Con actitud irritada, Brian volvió a oprimir el botón del ascensor, de pronto miró hacia arriba.

—¿Tú no crees que al fin esté para lanzarse la invasión desde Formosa, verdad?

—¿Esa castaña vieja? ¿Ese viejo sueño de opio? ¡Desiste de él, Brian! ¡Chiáng Kai-shek nunca saldrá de Formosa!

—Si no lo hace, el mundo entero está en el montón de estiércol. Si Mao cuenta Con treinta años para consolidarse... ¡Dios nos libre! No tienes idea. ¿Mil millones de autómatas? Chiang tenía toda la razón en querer atacar a los malditos comunistas. . . ¡ésos son el verdadero enemigo de China! ¡Son la plaga de China! ¡Dios nos libre, si tienen tiempo de aplicar la teoría de Pavlov a todos los chicos!

Armstrong dijo en tono conciliador:

—Cualquiera pensaría que eres un nacionalista furibundo... Cálmate, muchacho; todo es infame en el mundo y será normal para siempre jamás... Pero tú, perro capitalista, puedes ir a las carreras el sábado, subir la cuesta el domingo y... hay muchos pájaros esperando a que los arranquen del nido,

¿verdad?

—Lo siento —entraron en el ascensor—. Ese desgraciado hombrecillo Meng me sorprendió desprevenido —comento Brian, oprimiendo el botón para el piso superior.

Armstrong cambió al cantonés.

—*Que tu madre crea lo que sientes, hermano.*

—*A la tuya la llenó un simio pelafustán con el testículo sumido en un balde de fango de pocilga.*

La cara de Armstrong se iluminó.

—No está mal, Brian, nada mal —comentó en inglés—. Nada mal en absoluto. . .

El ascensor se detuvo. Salieron y recorrieron el sombrío corredor. Al llegar a la puerta se prepararon mentalmente. Brian llamó con suavidad.

—¡Adelante!

Roger Crosse era un hombre de cincuenta y tantos años. Delgado y alto, con ojos color azul pálido.

De cabello rubio, escaso y corto. Manos con dedos largos. Su escritorio lucía impecable, lo mismo que su indumentaria de civil. Su oficina era espartana. Hizo señal de que se sentaran. Lo hicieron.

Siguió leyendo un expediente. Al fin lo cerró con todo esmero y se lo puso enfrente. La cubierta era oscura, como informe entre oficinas, ordinario.

—Un millonario norteamericano llega con, armas de contrabando, un ex traficante de drogas millonario de Shanghai, muy sospechoso, huye a Formosa, y ahora el secuestro de una Persona muy Importante, ¡con Dios sabrá qué licántropos y una oreja mutilada! Todo en menos de diecinueve horas. ¿Cuál es la relación entre todo esto?

Armstrong rompió el silencio.

—¿Habrá alguna, señor?

—¿No debería haberla?

—Perdón señor; no sé todavía.

—Eso es muy tedioso, Robert. En realidad muy tedioso.

—Sí, señor.

—Tedioso en realidad, porque los que detentan poder han empezado ya a hacerme cosquillas en la espalda. Y cuando eso sucede. ...

Les sonrió, y ambos contuvieron un estremecimiento. Luego continuó.

—Claro, Robert, que ya te había advertido ayer que podrían estar involucrados algunos nombres muy importantes.

—Sí, señor.

—Ahora, Brian, estamos preparándote a ti para un cargo importante. ¿No crees que podrías apartar tu imaginación de las carreras de caballos, las de automóviles y prácticamente de todo lo que viste faldas, y aplicar algunos de tus innegables talentos a resolver este modesto acertijo?

—Sí, señor.

—Por favor, hazlo... y con toda rapidez. Se te ha asignado el caso, junto con Robert, porque puede exigir tu pericia durante los próximos días. Quiero que nos quitemos esto de encima a toda prisa, sin eufemismos, porque tenemos un ligero problema. Uno de nuestros amigos norteamericanos me llamó anoche. En privado —señaló el expediente—. Este es el resultado. Gracias a sus

indicaciones, interceptamos el original en las horas lúgubres. Por supuesto éste es una copia; como es de suponer, el original se devolvió y el... —titubeó, buscando la palabra más adecuada—... el correo, que por cierto era un aficionado, se retiró sin que nadie lo molestara. Se trata de un informe. Es una especie de circular con diferentes temas. Todos son, diría yo, interesantes. Sí. .. El título de uno es "El KGB en Asia". Según; él, tienen un círculo de; espionaje muy bien oculto, del que jamás había oído hablar, cuyo nombre clave es "Sevrin", y han colocado enemigos en niveles muy altos, en posiciones clave del gobierno, de la policía, del mundo de los negocios, a nivel de tai-pan por todo el Sureste Asiático, *sobre todo aquí, en Hong Kong.*

Un ligero silbido escapó de la boca de Brian Kwok.

—En efecto —comentó Crosse en tono amable—... Si es cierto.

—¿Cree usted qué lo sea, señor? —preguntó Armstrong.

—Realmente, Robert, quizá estés necesitado de una jubilación prematura por razones médicas: un reblandecimiento del cerebro. Si no me sintiera perturbado, ¿crees qué toleraría el ingrato placer de tener que solicitar la ayuda del CID de Kowloon?

—No, señor. Perdón, señor.

Crosse dio vuelta al expediente, poniéndolo frente a ellos, y lo abrió en Ta página del título. Los dos hombres se quedaron boquiabiertos. Leyeron: *"Confidencial, sólo parta lan Dunross. A mano, informe 3/1963. Copia única".*

—Sí —prosiguió —. Sí... ésta es la primera vez que tenemos pruebas tangibles de que Struan tiene su propio sistema de inteligencia. Les sonrió. —Ellos sintieron que la piel se les encogía —. Ciertamente me gustaría saber cómo se ingenian los comerciantes para participar de secretos relacionados con.

información sumamente reservada, que se supone que nosotros conocemos muchísimo antes que ellos.

—Sí, señor.

—Es evidente que este informe es sólo uno de toda una serie; ¡Ah, sí! Y está firmado a nombre del Comité de Investigación Sttuan 16, por cierto A. M. Grant... y fechado en Londres hace tres días.

Brian Kwok sintió un nudo en la garganta; e insistió:

—¿Grant? ¿Podría ser el Alan Medford Grant, el adjunto al Instituto para Planeación Estratégica de Londres?

—Calificación máxima, Brian, diez sobre diez. Sí. El señor AMG en persona, el señor Persona muy Importante, el señor Consejero del Gobierno de Su Majestad para negocios secretos, que realmente se las sabe todas ¿Lo conoces, Brian?

El aludido contestó:

—Me encontré con él un par de veces en Inglaterra, el año pasado, señor, cuando yo estaba en el Curso para Oficiales Superiores en la Universidad del Estado Mayor General. Dio una conferencia sobre consideraciones superiores de estrategia para el Lejano Oriente. Brillante. Muy brillante.

—Por fortuna es inglés, y está de nuestro lado. Sin embargo... —Crosse volvió a suspirar—. Por cierto, espero que esta vez se equivoque; de lo contrario, quiere decir que estamos en el cenagal, más hundidos de lo que yo imaginaba. Por lo visto; pocos de nuestros secretos siguen siéndolo todavía...

Es cansado. Mucho... En cuanto a esto —volvió a tocar el expediente— me siento realmente perturbado.

—¿Se ha hecho ya entrega del original, señor? —preguntó Armstrong.

—Sí. A Dunross en persona, a las 4:18 esta misma tarde —su voz adquirió un tono todavía más sedoso, para decir—. Por fortuna, a Dios gracias, mis relaciones con nuestros primos de ultramar son de primera clase... Como las tuyas, Robert, y a diferencia de las tuyas, Brian. Tú nunca has querido a Norteamérica, ¿verdad, Brian?

—No, señor.

—Hablan demasiado, señor. No puede confiárseles ningún secret o hablan en voz demasiada alta y a mí me parecen tontos. Crosse sonrió con los labios;

—Esa no es razón para no tener buenas relaciones con ellos, Brian. Tal vez el tonto eres tu

—Sí, señor.

—No todos son tontos. ¡No, vive Dios!

El director cerró el expediente, pero lo dejó frente a ellos. Ambos se quedaron contemplándolo, en estado de pasmo.

—¿Dijeron los estadounidenses cómo habían averiguado lo del expediente, señor? —preguntó Armstrong sin pensar.

—Robert, verdaderamente temo que tu prebenda en Kowloon te haya embotado el cerebro. ¿Debo recomendarte para una jubilación

de carácter médico?

El corpulento oficial se sobresaltó.

—No, señor. Gracias, señor.

—¿Nosotros les revelaríamos a ellos nuestras fuentes?

—No, señor.

—¿Me habrían dicho algo si hubiese sido tan cretino como para interrogarlos al respecto?

—No, señor.

—Todo este asunto es muy tedioso y lleno de desprestigio... Para mí. ¿No te parece, Robert?

—Sí, señor.

—Bueno... Ya es algo.

Crosse se recargó en su sillón, meciéndolo, con los ojos clavados en los oficiales. Ambos se preguntaban quién podría ser su informante y por qué.

No puede ser la CIA —pensaba Brian Kwok. Habrían interceptado el mensaje ellos mismos. No necesitan que los Servicios Especiales les hagan el trabajo sucio. Esos locos desgraciados harán cualquier cosa, le pisarán los pies a cualquiera —reflexionó con repugnancia. Pero, si no son ellos, ¿quién podría ser? ¿Quién?

Debe ser alguien que está en el campo de la Inteligencia, pero no puede o no podría interceptar por sí mismo; además, tiene que estar en términos buenos y seguros con Crosse. ¿Un oficial consular? Es posible. ¿Johnny Mishauer, de la Inteligencia Naval? Está fuera de su canal. ¿Quién? no hay muchos... ¡Ah! El hombre del FBI, leí patrocinado por Crosse! Ed Langan. Pero, ¿cómo sabría Langan de este expediente? ¿Información de Londres? Es posible, pero el FBI no tiene oficinas allá.

Si el dato llegó de Londres, tal vez MI 5 o 6 lo habría conocido primero y habrían encontrado la manera de conseguir el material en su fuénte; luego nos lo habrían comunicado por telex y nos habrían hecho la vida imposible como a gente inepta en nuestro traspatio. ¿El avión del mensajero habrá aterrizado en Líbano? Allí hay un hombre del FBI a quien creo recordar. Si no vino de Londres o del Líbano, la información tiene que haber llegado por el avión mismo. ¡Ah! Un informador amistoso acompañante, que hubiera visto el expediente... ¿O la cubierta? ¡Alguien de la tripulación!

¡Eso es! ¿Sería un avión de TWA o de PanAm? El FBI tiene toda clase de nexos, nexos íntimos... con todo género de negocios comunes... ¡y con toda razón! ¡Ah, sí! ¿Hay algún vuelo dominical?

PanAm, ETA 20:30. Demasiado tarde para una entrega nocturna, a la hora en que hay que ir al hotel.

¡Perfecto!

—Es extraño que el mensajero llegara por PanAm y no por BOAC... Es un vuelo mucho mejor —comentó, complacido con el estilo oblicuo de discurrir de su mente.

—Sí. Yo pensé lo mismo —repuso Crosse, en el mismo tono impástate—. Fue un gesto terriblemente antibritánico de su parte. Por supuesto, es verdad que PanAm aterriza a tiempo, en cambio nunca se sabe en estos días qué hará la famosa compañía BOAC ... —hizo un gesto de asentimiento cordial a Brian y comentó—¿ La máxima calificación otra vez. Pasa al primer lugar de la clase.

—Gracias, señor.

—¿Qué otra cosa deduces?

Después de una paUsa, Brian Kwok dijo:

—A cambio del informe, usted convino en dar a Langan una copia exacta del expediente. —¿Y.. ?

—Y usted lamenta haber sido fiel a su palabra.

Crosse suspiró y preguntó:

—¿Porqué?

—Lo sabré sólo después de haber leído el expediente.

—Brian, esta tarde estás superándote a ti mismo. Qué bueno.

Con actitud ausente, el director hojeó el expediente. Los dos supieron que quería hacerles cosquillas en forma deliberada, pero ninguno de ellos comprendió por qué.

—Hay una o dos coincidencias muy curiosas en otras secciones de este documento. Hay nombres como el de Vincenzo Banastasio... lugares de citas como Sinclair Towers... ¿Nelson Trading le dice algo a alguno de ustedes?

Ambos sacudieron la cabeza.

—Todo es muy curioso. Comunistas a diestra, comunistas, a siniestra.

Sus ojos adquirieron un aspecto más lapídeo, aún.

—Parece que tenemos incluso a un malvado en nuestras propias filas, tal vez en el nivel de superintendente.

—i Imposible!—exclamó Armstrong sin querer.

—¿Cuánto tiempo estuviste con nosotros en Servicios de Inteligencia, muchachito?

Armstrong se sintió casi acobardado.

—-Dos periodos.,.. casi cinco años, señor.

—El espía Sórge fue imposible'... Kim Philby fue imposible ... ¡Santo Dios, ese Philby!

La repentina defección de aquel inglés para pasarse a Rusia Soviética en enero de aquel año.... ése que un tiempo fue agente del máximo nivel de MI-6 (la Inteligencia Militar Británica para espionaje y contraespionaje en ultramar) había causado, agitación en todo el mundo occidental, sobre todo cuando hacía poco Philby había sido primero secretario de la Embajada Británica en Washington, encargada del enlace con el Ministerio de la Defensa, la Secretaría de Estado norteamericanas y la CIA, para todos los asuntos de seguridad en el más alto nivel.

—¡Cómo, en nombre de lo más santo, pudo haber sido agente secreto soviético y permanecer encubierto todos esos años! ¡Es imposible! ¿Verdad, Robert?

—Sí, señor.

—Y sin embargo, lo era, y tuvo acceso a nuestros secretos más íntimos durante años. Con toda seguridad; del '42 al '58. Y, ¿dónde empezó a espiar? ¡Dios tenga misericordia de nosotros! En Cambridge, en 1931. Reclutado para el Partido por, el otro architraidor, Burjess, también de Cambridge, y su amigo Maclean... ¡Ojalá que ambos estén asándose en el infierno por toda la eternidad!

Hacía unos cuantos años, esos dos diplomáticos en el extranjero, pertenecientes a altos niveles, y ambos también miembros de los Servicios de Inteligencia durante la guerra, de pronto habían huido a Rusia, apenas unos segundos antes que los agentes del contraespionaje británico. El escándalo que sobrevino, había sacudido a Inglaterra y a toda la OTAN.

—¿A quiénes más reclutarían?

—No lo sé, señor—comentó Armstrong con cautela—. Pero puede usted apostar a que hoy todos son Personas muy Importantes en el gobierno, en las oficinas del extranjero, en las de educación, de prensa, sobre todo de prensa— Y lo mismo que Philby, todos

incrustados mucho muy adentro.

—Con la gente nada es imposible. Nada. La gente es realmente temible —crosse suspiró y enderezó ligeramente el expediente—. Sí, pero es un privilegio trabajar para Servicios de Inteligencia, ¿no te parece Robert?

—Sí, señor.

—¿Tienes que ser invitado, no es cierto? ¿Tú no puedes ofrecer tus servicios voluntarios, verdad? —

No, señor.

—Yo nunca pregunté por qué no te habías quedado con nosotros, ¿es cierto o no?

—Es cierto, señor.

—Bueno

Armstrong lanzó un débil gemido y se llenó de aire los pulmones.

—Es que me gusta ser policía, señor, no hombre de capa y espada. Me gusta estar en CID. Me gusta probar mi talento contra el de los bellacos, su caza y su captura, y luego demostrar su culpabilidad en el tribunal, de acuerdo con los reglamentos, con las leyes, señor.

—¡Ah! Pero en los Servicios de Inteligencia no lo hacemos así, ¿verdad? ¿Quieres decir qué aquí no nos interesan los tribunales ni las leyes, ni ninguna otra cosa¿ excepto los resultados?

—Los Servicios de Inteligencia y los Servicios del Orden Público tienen reglamentos diferentes, señor

—argüyó Armstrong con cautela—. Sin ellos, la Colonia iría contra corriente sin contar ni siquiera con un remo.

—Sí. Así sería. La gente es temible, y los fanáticos se multiplican como gusanos en cadáver. Tú fuiste un buen agente secreto. Ahora tengo la impresión de que es tiempo de que pagues por todas las horas y meses de cuidadoso adiestramiento que recibiste a costa de las arcas de Su Majestad.

El corazón se le detuvo dos segundos a Armstrong, pero no dijo nada. Se limitó a contener la respiración y a dar gracias a Dios de que ni el mismo Crosse podía hacerlo salir de CID contra su voluntad. Detestaba los periodos pasados en los Servicios de Inteligencia. Al principio había sido emocionante, y el hecho de haber sido seleccionado era un gran voto de confianza, pero pronto

se había vuelto una tarea aburrida: acometer en forma repentina al villano, en horas sombrías, audiencias en una recámara, sin preocuparse por pruebas exactas, sólo los resultados y una fácil y secreta orden de deportación, firmada por el gobernador. Luego, en el acto un viaje a la frontera, o embarcarlo en un junco rumbo a Formosa, sin apelación y sin viaje de regreso para siempre.

—Este no es el estilo británico, Brian—había dicho a su amigo en todas las circunstancias—. Yo soy partidario de un juicio justo y público.

—¿Qué importancia tiene? ¡Sé práctico, Robert! Tú sabes que todos estos desgraciados son culpables... que son el enemigo, son agentes comunistas enemigos que violentan nuestros reglamentos para poder quedarse aquí, para destruirnos a nosotros y a nuestra sociedad... ayudados y protegidos por unos cuantos abogados inmundos que harían cualquier cosa por treinta monedas de plata... ¡o menos! Es lo mismo en Canadá. ¡Dios mío! Allí también teníamos una lucha infernal en la Real Policía Montada... Nuestros mismos abogados y políticos eran los enemigos y canadienses recientes…es curioso, siempre gente británica ... todos ellos partidarios de sindicatos de obreros socialistas, eran los que estaban en todos los casos al frente de cualquier agitación. ¿Qué importancia tienen lo que haces, con tal que te libres de los parásitos?

—Sí la tiene. Eso es lo que yo pienso. Además, aquí no todos son villanos comunistas. También hay un montón de villanos nacionalistas que quieren...

—Los nacionalistas quieren que todos los comunistas salgan de Hong Kong. Eso es todo.

—¡Pamplinas! Chiang Kai-shek quería apoderarse de la Colonia después de la guerra. Lo único que lo detuvo fue la Marina británica, una vez que los norteamericanos ya nos la habían entregado. El sigue queriendo ejercer su soberanía sobre nosotros. ¡En eso no se distingue de Mao Tse-tung!

—Si los Servicios de Inteligencia no tienen la misma libertad del enemigo, ¿cómo vamos a mantenernos fuera de la zanja?

—Brian, amigo, lo único que he dicho es que *a mí* no me gusta estar en los Servicios de Inteligencia. Tú vas a disfrutarlo. Lo único que yo quiero es ser un policía, ¡no un detestable James Bond!

Sí, seguía pensando Armstrong con ánimo sombrío, un simple

policía en CID, hasta que me jubile para volver a mi vieja Inglaterra. ¡Por amor de Dios! Bastantes problemas tengo ahora con los malditos licántropos. Volvió a mirar a Grosse y tuvo buen cuidado de no comprometerse en nada con el gesto del rostro Se limitó a esperar.

Crosse lo observó. Luego dio unos golpecitos con los dedos sobre el expediente.

—Según esta documentación, estamos hundidos en el fango mucho más de lo que yo hubiera imaginado. Es muy desalentador. Sí —levantó la mirada—. Este informe alude a otros anteriores enviados a Dunross. Por supuesto, me gustaría mucho verlos cuanto antes... Con rapidez y discreción.

Armstrong dirigió una mirada a Brian Kwok.

—¿Qué piensas de Claudia Chen?

—No. No hay posibilidad. Absolutamente ninguna.

—Entonces, ¿qué sugieres, Brian? —preguntó Crosse—. Supongo que mi amigo norteamericano abriga la misma sospecha... Y si ha tenido la suficiente indiscreción para pasar el expediente... una copia de él al director de la CIA de aquí... Me deprimiría mucho en verdad que lograran ser los primeros una vez más.

Brian Kwok pensó un momento.

—Podríamos enviar un equipo especializado a las oficinas ejecutivas del tai-pan y a su penthouse, pero necesitaríamos tiempo... Por principio de cuentas, no sabemos dónde buscar... y tendría que ser de noche. Esa operación podría ser espinosa, señor. Los otros informes, si acaso existen, podrían estar en una caja fuerte de la Gran Mansión, o en su alojamiento de Shek-O, incluso en su... ehm ... en su departamento privado de Sinclair Towers, o en algún otro del que todavía ni noticias tenemos.

—Desalentador —convino Crosse—. Nuestros Servicios de Inteligencia están volviéndose de una amplitud de criterio aterradora... aun dentro de nuestra jurisdicción. Es una lástima. Si fuéramos chinos, lo sabríamos todo, ¿no es cierto, Brian?

—-No, señor. Siento decirle que no.

—Bueno ... Si no sabes dónde buscar, tendrás que preguntar.

—¿Perdón?

—Que preguntes. Dunross siempre ha dado en el pasado la impresión de estar dispuesto a cooperar.

Después de todo, él es amigo tuyo. Pídele que te los enseñe.

— Y, ¿si dice qué no, o que se han destruido?

—Usarás tu mente talentosa. Tratarás de seducirlo un poco, usarás un poco de arte. Si te muestras cálido con él, Brian, podrás ofrecer algún trueque.

—¿Tenemos algo actual que intercambiar, señor?

—Nelson Trading.

—¿Cómo?

—Una parte del asunto está en el informe. Además hay una modesta brizna de información que me complacerá mucho darte después.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Robert, ¿qué has hecho para encontrar a John Chen y al Licántropo o a los licántropos?

—Se ha dado aviso a todo el CID, señor. Conseguimos el número de su automóvil en el acto y está en un 1098. Ya entrevistamos a su esposa la señora Bárbara Chen, entre otros... La mayor parte del tiempo estaba demasiado histérica, pero lúcida, muy lúcida a pesar del torrente...

—¿De veras?

—Sí, señor. Está... bueno... usted entiende.

—Sí, sí.

—Dijo que no era insólito que su marido anduviera fuera a altas horas de la noche... explicó que tenía muchas conferencias de negocios a esas horas y que a Veces tenía que ir temprano a la pista o a su bote. Estoy bastante seguro de que ella sabía que él andaba por toda la ciudad. Seguir sus pasos anoche hasta eso de las 2 de la madrugada fue bastante fácil. Dejó a Casey Tcholok en el Viejo Vic alrededor de las 10:30 de la noche. . .

—¿Vio anoche a Bartlett?

—No, señor. Bartlett se quedó en su aeroplano, en Kai Tak, todo el tiempo.

—¿Habló John Chen con él?

—No. A menos que el avión tenga alguna manera de comunicarse con nuestro sistema telefónico. Lo tuvimos vigilado hasta el arresto de esta mañana.

—Prosigue.

—Después de dejar a la señorita Tcholok. . . a propósito,

descubrí que era el Rolls de su padre, tomó el transbordador de vehículos para ir al lado de Hong Kong. Se dirigió a un club chino privado, sobre Queen's Road, y despachó coche y chofer—Armstrong sacó su libreta de notas y leyó lo que tenía escrito— Era el club Tong Lau. Allí se vio con un amigo y compañero de negocios, Wo Sang Chi, y empezaron a jugar mah-jong¿ A eso de medianoche se interrumpió el juego. Después, en compañía de Wo Sang Chi y de los otros dos jugadores, ambos amigos suyos, Ta Pan Fat, un periodista, y Po Cha Sik un corredor de bolsa, tomaron un taxi.

Robert Armstrong se encontró informando sobre los hechos, siguiendo las conocidas normas policiacas, y esto le dio satisfacción y le ayudó a distraer la mente del expediente y de todos los conocimientos secretos que poseía, así como del problema del dinero que tanto le urgía. ¡Oh, que Dios me ayudara y yo pudiera ser un simple policía! —pensó, con sentimientos dé odio hacia los Servicios de Inteligencia y la necesidad que había de ellos.

—Ta Pan Fat fue el primero en dejar el taxi al llegar a su casa en Queen's Road. Luego se despidió Wo Sang Chi, en la misma calle, unos minutos después. John Chen junto con Po Cha Sik (tememos que tenga contactos con triadas y hemos estado vigilándolo con todo cuidado) fueron al taller de autos Ting Ma, en Sunning Road, Causeway Bay, para recoger el automóvil de John Chen, un Jaguar 1960.

Volvió a consultar su libreta de notas, en el empeño por ser muy preciso, sobre todo tratándose de nombres chinos, que seguían resultándole muy confusos, aún después de tantos años. Continuó:

—Un aprendiz de mecánico del taller, Tong Wey confirma este dato. Luego John Chen llevó a su amigo Po Cha Sik a su casa, en el número 17 de Village Street, en Happy Valley, donde él había dejado su coche. Mientras tanto Wo Sang Chi, el compañero de negocios de John Chen que, como dato curioso, está al frente de la compañía de transportes de Struan, que monopoliza las operaciones que salen de Kai Tak o van allá, se había ido al restaurante Sap Wah; en Fleming Road. Asegura que después de haber estado allí treinta minutos, John Chen se reunió con él, y ambos salieron en el auto de éste, con la intención de llevarse algunas chicas bailarinas de la calle a cenar.

—¿Ni siquiera se molestó en ir al salón de baile para contratar allí a las chicas?—preguntó Crosse pensativo—. ¿Cuál es la tarifa en vigor, Brian?

—Sesenta dólares de Hong Kong, señor, a esa hora de la noche.

—Sé que Phillip Chen tiene fama de ser un tacaño pero, ¿se dice lo mismo de John Chen?

—Señor —explicó Brian Kwok—, a esa hora de la noche, muchas chicas empiezan a salir de los clubes, aun cuando no hayan concertado negocio con algún compañero. La mayoría de los centros cierran a la una de la mañana. La noche del domingo no es de buenos negocios, señor. Es bastante común que recorran las calles. Ciertamente no tiene objeto desperdiciar sesenta... tal vez dos o tres veces sesenta dólares, puesto que las chicas decentes andan en parejas o en grupos de tres, y lo ordinario es que uno las lleve primero a cenar. No tiene objeto desperdiciar todo ese dinero, ¿no cree usted, señor?

:—Tú ¿haces esa clase de recorridos, Brian?

—No, señor. No tengo necesidad… No, señor.

Crosse suspiró. Luego se dirigió de nuevo a Armstrong.

—Prosigue, Robert.

—Muy bien, señor... El resultado fue que no lograron recoger a ninguna chica, así que se fueron al Club Nocturno Copacabaña, del hotel Sap Chuk, en Gloucester Road, para cenar. Llegaron a eso de la una de la mañana. Salieron de allí alrededor de la 1:45, y Wo Sang Chi dijo que había visto a John Chen subir a su automóvil pero no ponerlo en marcha. Luego caminó hasta su casa, que está bastante cerca. Aseguró que John Chen no estaba borracho, ni de mal humor, ni cosa parecida. Que daba la impresión de tener buen ánimo, si bien un poco antes en el club, en el Torig Lau, se había mostrado irritable y había abreviado el juego mah-jong. Allí termina todo. No se sabe que a John Chen hayan vuelto a verlo ni alguno de sus amigos, ni miembros de su familia.

—¿Dijo a Wo Sang Chi adónde se dirigía?

—No. Wo Sang Chi nos dijo que suponía que iba a casa, pero luego rectificó: "pudo haber ido a visitar a su chica". Le preguntamos a cuál, pero dijo que no sabía. Después de hacerle presión, concedió que le parecía recordar un nombre: Flor Fragante... pero sin dirección ni número telefónico. Eso fue todo.

—¿Flor Fragante? Ese nombre podía servir para una multitud de damas de la noche.

—Sí, señor.

Crosse se sumergió en sus pensamientos un momento.

—¿Por qué querría Dunross que se eliminara a John Chen?

Los dos oficiales de policía se quedaron sin habla, viendo azorados a su superior.

—Pon esa información en tu cerebro de ábaco, Brian.

—Sí, señor, pero no hay ninguna razón. John Chen no es una amenaza para Dunross... no podría serlo aun cuando se volviera jefe del personal nativo. En la Casa Noble, el tai-pan tiene todo el poder.

—¿Lo tiene.. ?

—Sí, por definición —Brian Kwok titubeó, sintiéndose otra vez en posición insegura—... En fin, sí, señor... Yo... Sí, sí, en la Casa Noble, sí.

Crosse dirigió su atención a Armstrong —Y, ¿bien?

—No hay razón en la que yo pueda pensar, señor... por ahora.

—Bueno. Piensa en eso.

Crosse encendió un cigarrillo y Armstrong sintió los ímpetus de fumar con mucha fuerza. Nunca podré mantener mi promesa —pensó— ¡Desgraciado zorro Crosse, todo lo que hay que aguantarle!

¿Qué demonios tiene ahora en mente? El jefe le ofreció una cajetilla de Senior Service, la marca que él acostumbraba fumar... No te engañes solo —pensó—, es la marca que todavía fumas.

—No, gracias, señor—tuvo valor de decir, con dolor en el estómago y en todo el cuerpo.

—¿Has dejado de fumar, Robert?

—Sí, señor, lo he dejado... Es decir, estoy tratando de dejarlo.

—¡Admirable! ¿Por qué querría Bartlett eliminar a John Chen?

Otra vez, los dos policías vieron al jefe estupefactos. Entonces, Armstrong decidió preguntar, con un nudo en la garganta:

—¿Sabe usted por qué, señor?

—Si lo supiera, ¿para qué se lo preguntaría a ustedes? Es asunto suyo averiguarlo. Hay un nexo en alguna parte. Son demasiadas coincidencias, demasiado bien hecho, demasiado conveniente y demasiado mal oliente. Sí. Me huele a intervención del KGB, y cuando eso sucede en mis dominios, debo confesar que me pongo muy irritable.

—Sí, señor.

—Bueno, hasta aquí todo va bien. Vigilen a la señora Phillip Chen... Podría estar involucrada en algún momento. Para ella hay intereses muy elevados. Písenle los talones a Phillip Chen uno o dos días, también.

—Eso ya se ha hecho, señor. Con los dos. Con respecto al señor Phillip Chen, no porque sospeche de él, sino porque creo que ambos harán lo de siempre: no cooperar, guardar silencio, negociar en secreto y lanzar un hondo suspiro de alivio una vez que haya pasado todo.

—En efecto. ¿A qué se deberá que esta gente, por más culta que sea, piensa que es mucho más lista que nosotros, y no nos ayudan a desempeñar el trabajo para el que se nos paga?

Brian Kowk sintió que aquellos ojos de acero se introducían en su interior y que el sudor le escurría por la espalda. Contrólate —pensó—-. Este desgraciado no es más que un demonio extranjero, incivil, devorador de estiércol, lleno de él, un sin madre, *dew neh loh moh* hasta la saciedad, hijo de simios, demonio extranjero ...

—Es una vieja costumbre china, que con toda seguridad usted conoce, señor —dijo en tono cortés—, el desconfiar de toda la policía, de todos los funcionarios de gobierno… tienen cuatro mil años de experiencia, señor.

—Estoy de acuerdo con la hipótesis, pero con una excepción: los ingleses. Nosotros hemos demostrado, por encima de toda duda, que merecemos que se confíe en nuestra habilidad, que sabemos gobernar y que, por todos conceptos, nuestra burocracia es incorruptible.

—Sí, señor.

Crosse lo observó un momento, mientras aspiraba el humo de su cigarrillo. Luego preguntó:

—Robert, ¿sabes qué dijeron o de qué hablaron John Chen y la señorita Tcholok?

—No, señor. Todavía no hemos podido entrevistarla... Ha pasado el día entero en Struan. ¿Podría ser importante?

—¿Piensas ir a la fiesta de Dunross esta noche?

—No, señor.

—¿Tú, Brian?

—Sí, señor.

—Muy bien. Robert, estoy seguro de que Dunross no tendrá reparo en que me acompañes. Ven a recogerme a las 8 de la noche. Toda la gente de Hong Kong que significa algo estará allí... Podrás tener los oídos cerca de la molienda y la nariz en todas partes —sonrió de su propio gracejo, sin importarle que los demás no lo hicieran—. Lean el informe ahora. No tardaré en volver. Y Brian, por favor, no falles a la noche. Realmente sería muy aburrido.

—Sí, señor.

Crosse salió.

Cuando sé encontraron solos, Brian Kwok se alisó las cejas y dijo:

—Ese insecto me aterra.

—Sí. A mí me pasa lo mismo, mi viejo, siempre me ha pasado.

—¿Crees que mande a todo un equipo a hurgar en casa de Struan? —preguntó Kwok incrédulo—.

Quiero decir... ¿a la médula misma de la Casa Noble?

—jClaro que sí! El mismo se pondría al frente. Este es tu primer turno con los Servicios de Inteligencia, mi viejo, por eso no lo conoces tan bien como yo. Ese insecto llevaría un equipo de asesinos al infierno, si pensara que valía la pena hacerlo. Te apuesto a que consiguió el expediente él mismo, en persona. ¡Por amor de Dios! Ha cruzado la frontera dos veces, que yo sepa, para conversar con un agente amigo. ¡Y fue solo, imagínate!

Brian se quedó estupefacto.

—¿Lo sabe el gobernador?

—No lo creo. Le vendría una hemorragia, y si MI-6 llega a oírlo, lo cuecen a fuego lento y a Crosse lo encierran en la Torre de Londres. Sabe demasiados secretos para exponerse en esa forma pero es Crosse, y no hay nada que hacer.

—¿Quién fue el agente?

—Nuestro hombre de Cantón.

—¿Wu Fong Fong?

—No. Uno nuevo. Al menos era nuevo en mi tiempo. Estuvo en el ejército.

—¿El capitán Ta Quo Sa? Armstrong se encogió de hombros.

—Se me olvida . . .

Kwok sonrió.

—Con toda razón.

—El hecho es que Crosse atravesó la frontera. El es ley para sí mismo.

—¡Santo Dios! No puedes ni siquiera ir a Macao, porque trabajas para el Servicio de Inteligencia ... esto era hace dos años... y él cruza la frontera. Tiene que estar loco para correr esos riesgos!

—Sí —Armstrong empezó a imitar a Crosse—. ¿Y cómo es que los comerciantes saben las cosas antes que nosotros, muchachito? ¡Muy sencillo! —repuso, contestándose a sí mismo y suprimiendo el tono afectado—. ¡Pagan! Gastan montones de su maldito dinero, mientras nosotros sudamos sangre antes que gastar. El lo sabe, yo lo sé, todo el mundo lo sabe. ¡Por amor de Dios! ¿Cómo trabajan el FBI, la CIA, el KGB o la CIA coreana? ¡Gastan dinero! Me parece bastante fácil lograr que Alan Medmord Grant trabaje para ti... Dunross lo contrató. Una iguala de diez mil esterlinas compraría montones de información. Es más que suficiente. Tal vez no se necesite tanto. ¿Cuánto nos pagan a nosotros? Dos mil esterlinas al año, por trescientos sesenta y seis días de 25 horas de trabajo, y un policía de la calle no gana más que cuatrocientas esterlinas. Y mira todo el trámite burocrático que tendríamos que hacer para conseguir diez mil esterlinas clandestinas, para pagar a un individuo la información que nos mandara. ¿Cómo es que el FBI, la CIA y el maldito KGB cuentan! con fondos ilimitados? ¡Santo Dios! —-añadió con amargura—. Nosotros necesitaríamos seis meses para conseguir el dinero, si acaso lo lográramos, en cambio Dunross y otros cincuenta más, lo toman de la caja de gastos menores.

El corpulento policía se estiró con comodidad en su silla. Oscuras ojeras le sombreaban los irritados ojos. La luz del techo acentuaba las líneas de sus pómulos. Echó una ojeada al expediente del escritorio, que tenía enfrente, pero no lo tocó. Se limitó a preguntarse cuáles serían las malas novedades que encerraría.

—¡Es fácil para los Dunross de todo el mundo! —comentó.

Brian Kwok asintió con la cabeza, se enjugó las manos y se guardó el pañuelo.

—Dicen que Dunross tiene un fondo secreto... el del tai-pan, iniciado por Dirk Struan al principio, con el botín que obtuvo al quemar y saquear Foochow. Es un fondo que sólo el tai-pan en funciones puede usar, y sólo para cosas de este género, para *h'eung yau,* liquidaciones a la gente, cualquier cosa... incluso tal vez algún

pequeño asesinato. Dicen que alcanza el nivel de los millones.

—Yo también he oído hablar de eso. ¡Por Dios que me gustaría...! ¡En fin...!

Armstrong estiró el brazo para tomar el expediente. Titubeó. Luego se levantó y marchó hacia el teléfono.

—Primero lo primero —dijo a su amigo chino, con una sonrisa sarcàstica—. Primero vamos a hacer la vida difícil a unas cuantas Personas muy importantes...

Marcó el número del cuartel general de policía en Kowloon.

—Habla Armstrong; comuníqueme con el sargento del estado mayor divisional, Tang-po, por favor.

—Buenas tardes, señor. Dígame. La voz del sargento Tang-po era cálida y amistosa.

—Buenas noches, Mayor —respondió: él, usando la amable abreviatura de Sargento Mayor, como era costumbre—. Necesito información. Necesito saber a quién iban destinados los rifles. Necesito información sobre los secuestradores de John Chen. Quiero a John Chen, o su cadáver, en tres días... Y quiero, a este licántropo o a los licántropos en la sombra a la máxima brevedad.

Hubo una ligera pausa, —Sí, señor.

—Por favor, corra la ¡voz. El Gran Padre Blanco está sumamente indignado. Cuando se pone un poco molesto, los intendentes son enviados a desempeñar otros cargos, lo, mismo que los inspectores... incluso los sargentos, aun los sargentos de primera clase, del estado mayor, divisional...; A algunos incluso los degradan y convierten, en simples policías, y los mandan a la frontera. Algunos pueden recibir noticias de su cese, otros ser deportados, o inclusive ir a la cárcel. ¿Entendido?

Se produjo una pausa todavía mayor. —Sí, señor.

—Y cuando el Gran Padre Blanco se enoja mucho, los hombres sabios huyen, si pueden, antes que las medidas contra la corrupción caigan sobre los culpables... y hasta sobre los inocentes.

Se produjo otra pausa.

—Sí, señor, correré la voz, señor, en el acto. Sí; en el acto.

—Gracias, mi Mayor. El Gran Padre Blanco está de veras muy enojado. ¡Oh...! Y, a propósito —su voz se hizo todavía más sutil, tal vez usted podría pedir ayuda a sus hermanos sargentos. Con toda seguridad ellos también entenderán que mi modesto problema

es de todos nosotros, —aquí cambió al cantónésr. —*Cuando los dragones eructan, todo Hong Kong defeca, ¿no es cierto?*

Una pausa aún más larga.

—Me encargaré de todo, señor.

—Gracias —Armstrong colgó el teléfono.

Brian Kwok hizo un gesto.

—Eso va ser causa de que algunos esfínteres se contraigan.

El inglés asintió con la cabeza. Se sentó de nuevo. La expresión de dureza se mantenía firme en su rostro.

—No me gusta tocar ese resorte con frecuencia... De hecho ésta es apenas la segunda vez que lo hago... pero no tengo alternativa.

Lo dijo muy claro. Lo mismo que el Viejo. Lo mejor es hacer lo mismo con tus fuentes.

—Claro... "Cuando los dragones eructan..." ¿Te referías a los Cinco Dragones legendarios?

—Sí.

En ese momento, el rostro apuesto de Brian Kwok adoptó un gesto de molde... ojos negros fríos sobre la piel dorada, y la barbilla cuadrada casi sin pelo.

—¿Tang-po es uno de ellos? ,

—No lo sé. Al menos con seguridad. Siempre he pensado que lo era, aunque no tengo nada que me guíe. No, Brian, no estoy seguro. ¿Lo será?

No sé.

—Bueno. No importa si es o no es. La voz le llegará a uno de ellos, ***y*** eso es todo lo que me interesa.

En lo personal estoy convencido de que existen los Cinco Dragones, de que son cinco sargentos divisionales chinos, tal vez incluso sargentos de plaza, que manejan todo el juego de azar ilegal, en las calles de Hong Kong.. ¿ y es probable, es posible que algunas camarillas de protección, unos cuantos salones de baile; con sus; chicas... cinco de entre once. Cinco sargentos mayores, de entre once posibilidades. ¿Qué tal?

—Yo diría que los Cinco Dragones son reales, Robert... tal vez haya más, tal vez menos, pero todas las apuestas de la calle están manejadas por la policía...

—*Probablemente* manejados por miembros chinos de nuestra Real Fuerza Policial, compañero—

rectificó Armstrong—. Aún no tenemos pruebas, ninguna . . . y hemos estado a caza de quimeras durante años. Dudo que alguna vez logremos probarlo—hizo un gesto—. Tal vez tú lo consigas, cuando te hagan comisario auxiliar.

—jDeja eso, por favor, Robert!

—¡Por amor de Dios! No tienes más que¿ treinta y nueve años. Has tomado el curso especial de campanillas en el Colegio para el Estado Mayor, y además eres un hombre más que preparado. Te apuesto cien contra diez a que acabas en ese cargo.

—¡Aceptado!

—Debí haber dicho cien mil —lamentó Armstrong, simulando amargura—... Pero no habrías aceptado. —Haz la prueba.

—No. No puedo darme el lujo de perder esa cantidad de "pasta"... podrían matarte, puede sucederte algo, este año, el próximo ... puedes renunciar... Pero si no te retiras, eres candidato seguro para el gran cargo, antes de tu jubilación, suponiendo que quieras recorrer toda la distancia.

—Lo somos los dos.

—Yo no... Soy demasiado inglés —Armstrong le dio una amistosa palmada en la espalda, con gesto alegre—. Será un gran día. Pero no clausurarás el negocio de los Dragones... tú tampoco. . . aunque pudieras comprobarlo, cosa que dudo.

—¿No?

—No. No me interesan los juegos de apuestas. A todos los chinos les gusta apostar, y si algunos sargentos de policía chinos manejan juegos de azar ilegales en la calle, sería con la máxima limpieza y equidad, aunque sea por completo ilegal. Si no lo hacen ellos, lo harían las triadas y luego, las organizaciones políticas menores, de pequeños desgraciados corruptos a los que con tanto cuidado mantenemos separados, se asociarían de nuevo formando el único gran *tong,* y entonces sí tendríamos un verdadero problema. Tú me conoces. Sabes que no soy de los que mecen la barca de nadie. Por eso, a mí no me harán comisario auxiliar. A mí me gustan las situaciones establecidas. Los Dragones manejan los juegos de azar, y gracias a eso nosotros conservamos a las triadas divididas... Con tal que la policía siempre se mantenga unida y sea la triada más fuerte de Hong Kong, siempre tendremos paz en las calles, una población bien ordenada y casi ningún crimen . .. Hablo de crímenes

violentos.

Brian Kwok estudió a su compañero.

—¿En realidad lo crees así?

—Sí. En la actualidad, de una manera curiosa los Dragones son una de las cuatro fuerzas mayores que nos apoyan. No nos hagamos tontos, Brian. Los chinos son los únicos capaces de gobernar a otros chinos. La situación establecida es también buena para ellos... El crimen violento los perjudica. Por eso conseguimos ayuda cuando nos hace falta. Probablemente a veces es una ayuda que nosotros, los demonios extranjeros, no podríamos obtener de otra manera. No soy partidario de su corrupción ni de que se viole la ley.... en absoluto. Tampoco del soborno ni de todas las demás cosas que tenemos que hacer. Tampoco me gusta el sistema de los soplones pero, ¿qué fuerza policial en el mundo podría operar sin manos sucias en ciertos casos, y sin inmundos soplones malditos? Por eso, el mal que los Dragones representan, cumple aquí con una misión... pienso yo. Hong Kong es China, y China es un caso especial. Mientras no se trate más que de juegos de azar prohibidos, no me interesa, ni me preocupa. Si el asunto estuviera en mis manos, hoy en la noche declaraba legales los juegos de azar, pero aplastaría sin miramientos a cualquiera por cualquier forma de camarilla de protección, protección en salas de baile, a las chicas, o lo que fuera.: No puedo tolerar a los lenones. Tú io sabes.

El juego de azar es diferente. ¿Cómo puedes evitar que un chino quiera apostar? No es posible. Entonces/ declaralo legal y todo el mundo será feliz. ¿Cuántos años ha estado aconsejando esto la policía de Hong Kong, y siempre se rechaza su propuesta? Que yo sepa, son ya veinte. Pero, ¡oh* no! Y... ¿por qué? ¡Macao! Tan sencillo como eso. El buen Macao portugués se mantiene de apuestas legales y contrabandos de oro. Eso es lo que los mantiene vivos y lo que nosotros no podemos permitirnos. Nosotros, el Reino Unido, no podemos darnos el lujo de dejar que nuestro viejo aliado se vaya por la alcantarilla.

—¡Robert Armstrong para Primer Ministro!

—¡Déjate de disparates! Pero... es la verdad pura. Los cobros por apuestas ilegales es nuestra única fuente de ingresos sucios... buena parte de ellos se emplea para pagar a nuestras pandillas de soplones.

¿Dónde más podemos obtener dinero fácil? ¿De nuestro gobierno agradecido? ¡No me hagas reír! ¿De unos cuántos dólares más en impuestos, por una población agradecida, a la que protegemos? ¡Ja, ja!

-—Tal vez. Tal vez no, Robert. Pero con toda seguridad, un día nos saldrá el tiro por la culata. Las recompensas... el dinero suelto y no registrado que "por casualidad" o "sin saber cómo" está en el primer cajón... ¿no es así?

—Sí, pero no me culpes a mí, porque yo no saco provecho de eso, ni soy de los que cobran, como tampoco lo es la inmensa mayoría ... británicos *o chinos.* En el ínterim, ¿cómo controlamos nosotros, trescientos veintisiete pobres diablos extranjeros de la policía a ocho mil y pico oficiales menores civilizados y policías, y a tres y medio millones de pequeños desgraciados civilizados ciudadanos, que detestan nuestro valor, aunque éso no importa?

Brian Kwok rió de buena gana. Era una risa contagiosa y Armstrong la compartió. Luego añadió:

—¡Es culpa tuya, otra vez, por hacerme hablar!

—Lo mismo te digo yo a ti. Ahora* ¿quién va a leer eso primero, tú o yo?

Armstrong contempló el expediente que tenía entre manos. Era delgado y constaba de doce páginas escritas a mano, a renglón cerrado, y parecía más una circular con temas clasificados bajo distintos títulos. La página del contenido decía: Primera parte: Pronósticos políticos y de negocios en el Reino Unido. Segunda parte, el KGB en Asia. Tercera parte: Oro. Cuarta parte: Operaciones recientes de la CIA.

Con un gesto de fastidio, Armstrong puso los pies sobre el escritorio y se arrellanó en su silla con la mayor comodidad. Luego cambió de parecer y cedió el expediente a su compañero:

—Aquí tienes. Puedes leerlo. Tú lees con mayor rapidez que yo. Estoy cansado de leer noticias sobre desastres.

Briank Kwok lo tomó: Apenas podía contener la impaciencia; el corazón le latía con aceleración; abrió el documento y empezó a leerlo.

Armstrong lo observaba. Vio que la cara de su amigo cambiaba en el acto y palidecía. Eso lo perturbó mucho. Brian Kwok.no era fácilmente susceptible a emociones intensas.'Vio cómo lo leía de

principio a fin, sin hacer comentarios:: Luego retrocedió una que- otra vez, para verificar un párrafo aquí, otro allá¿ Después cerró el expediente con lentitud.

—¿Está realmente tan mal?—preguntó Armstrong.

—Está peor. Al menos una parte.. . si no estuviera firmado por A. Medford Grant, yo diría que andaba fuera de quicio. Asegura que la CIA tiene contactos serios con Ja mafia, que están haciendo planes y ya habían hecho otros antes, para derrocar a Castro. Están dentro de Vietnam con mucho poder, en negocios de drogas y Dios sabe, qué otras cosas... aquí, mira... ¿ Léelo tú mismo. —¿Qué hay del topo?

—Tenemos un topo, en efecto —Brian volvió a abrir el documento y encontró el párrafo. Escucha:

"No cabe duda de que en la actualidad existe un agente comunista de alto nivel en la policía de Hong Kong. Unos documentos archisecretos que nos entregó el general Hans Richter (segundo oficial en rango del Departamento de Seguridad Interna de Alemania Oriental) al pasarse con nosotros en marzo de este año, establecen Claramente que el nombre clave del agente es 'Nuestro Amigo', que ha estado en este puesto por lo menos diez años, quizá quince. Su contacto, probable es un oficial del KGB que radica en Hong Kong y se presenta como, un amistoso hombre de negocios en plan de visita procedente de países, de la Cortina de Hierro, Es posible que pretenda ser un banquero o un periodista, o bien, que actúe como marino de uno de los buques de carga soviéticos que visitan a Hong Kong o están ahí para reparaciones. Entre otra información con documentos que sabemos ya que 'Nuestro Amigo' ha suministrado al enemigo, se.hallan: todos los canales de radio privados, todos los números telefónicos privados del gobernador, del jefe de la. policía y del nivel más alto de funcionarios del gobierno de Hong Kong, junto con expedientes muy privados de la mayoría de ellos

—¿Expedientes? —interrumpió Armstrong—. ¿Están incluidos ahí?

—No.

—¡Maldita sea! Continúa, Brian.

—"...de la mayoría de ellos. Los planes de batalla de la policía, clasificados, contra una insurrección provocada por comunistas, o

una reincidencia de los tumultos de Kowloon. Copias de todos los expedientes privados de todos los oficiales de policía superiores al grado de inspector, los nombres de los seis principales agentes secretos, nacionalistas del Kuómintañg que operan en Hong Kong, bajo la autoridad actual del general Jen Tang-wa' (Apéndice A). Una lista detallada de los agentes de Servicios de Inteligencia Especial de Kwantung, bajo las órdenes generales del Agente Superior Wu Fong Fong. (Apéndice B)".

—¡Jesucristo! —exclamó aterrado Armstrong—. Será mejor que advirtamos al viejo Fong Fong y a los suyos de este asunto.

—¿Está Wu Tat-sing en la lista?

Kwok revisó el apéndice.

—Sí. Escucha: esta sección termina así: "... la conclusión de este comité es que hasta que se elimine a este traidor, la seguridad interna de Hong Kong está sujeta a graves riesgos. Todavía no sabemos por qué esta información no se ha dado a la policía misma. Suponemos que esto se relaciona con la actual, infiltración política soviética de la administración del Reino Unido en todos los niveles. Esto permite que existan los PhUbys, y que información como ésta se sepulte, se suavice o se proponga en forma equivocada (que fue el caso del material para Estudio 4/1962). Sugeriríamos que este informe... o partes de él se dieran a conocer sin tardanza al gobernador o al comisario de policía*de Hong Kong, *si usted los considera dignos de confianza"*. —Brian Kwok levantó la cabeza. La mente le daba vueltas—. Hay un. par de asuntos más aquí, que... ¡Dios mío! La situación política en el Reino Unido... y luego está Sevrin... Léelo —sacudió la cabeza en un gesto de impotencia y exclamó—

¡Dios nos guarde! Si esto es cierto... . estamos hundidos hasta el cuello. ¡Santo Dios!

Armstrong profirió una maldición en voz baja. ; —¿Quién? ¿Quién podría ser el espía? Tiene que estar en un sitio muy alto, pero ¿quién?

Después de un gran silencio, Brian dijo: ,—El único. .. el único que podría saber todas estas cosas es el mismo Crosse...

—¡Vamos, hombre !¡Por amor de Dios!

—Piénsalo, Robert. El conocía a Philby. ¿No estuvo él también en Cambridge? Los dos tienen antecedentes parecidos. Pertenecen al

mismo grupo en cuanto a edad. Los dos estuvieron en Servicio de Inteligencia durante la guerra ¿i.. como Burgess y Maclean. Si Philby pudo salirse con la suya durante todos esos años* ¿por qué no Crosse?

—¡Imposible!

—¿Quién sino él? ¿Acaso no ha estado en MI-6 toda su vida? ¿No hizo él un viaje por aquí a principios de . los años treintas, y no se le trajo aquí de nuevo para organizar nuestros Servicios de Inteligencia Especial como rama separada de los demás hace cinco años? ¿No ha sido el director desde entonces?

—Eso no demuestra nada.

—¿Cómo?

Se produjo un largo silencio. Armstrong observaba de cerca a su amigo. Lo conocía bien para no saber cuándo hablaba en serio. —¿Qué se te ocurre?—le preguntó inquieto. —Supón que Crosse sea homosexual...

—Has perdido el juicio —explotó Armstrong—. Está casado y ... y él podrá ser un maldito hijo de ramera, pero nunca ha habido el mínimo indicio de nada parecido... ¡nunca!

—De acuerdo pero... no tiene hijos. Su mujer está casi todo el tiempo en Inglaterra, y cuando viene usan habitaciones separadas.

—¿Cómo lo sabes?

—La *amah* lo sabría, y si yo quisiera saberlo, sería fácil averiguarlo. —Eso tampoco demuestra nada; Mucha gente usa habitaciones separadas. Te equivocas en cuanto a Crosse. —Supón que pueda yo darte una prueba . . . —¿Cuál?

—¿Adonde va siempre a pasar parte de su licencia? A Cameron Highlands en Malaya. Supón que tenga un amigo allá, un joven malayo* invertido sexual notorio;

—Yo necesitaría fotos ... además* tú y yo sabemos que las fotos pueden falsificarse con facilidad —

protestó Armstrong en tono áspero—. Necesitaría oir grabaciones... Y también sabemos que éstas pueden fabricarse al gusto. ¿El muchacho en persona? Eso no prueba nada. El truco más antiguo en los libros es presentar falsos testimonios y falsos testigos. Nunca se ha tenido un indicio... y aunque él fuera pervertido sexual, eso no probaría nada. No todos los homosexuales son traidores.

—No, pero todos están expuestos al chantaje. Ahora bien, si él es de ese número, habría mucho motivo para sospechar... Mucho motivo, ¿no es cierto?

Armstrong miró a su alrededor con inquietud.

—No me gusta ni hablar de esto aquí. Podría haber un micrófono escondido.

—¿Y si lo hay?

—Si lo hay, y todo esto es cierto, puede quemarnos a ti y a mí con una rapidez tal que la cabeza nos daría vueltas. De un modo o de otro, puede quemarnos.

—Quizá sí... Pero si él es el individuo, sabrá que andamos tras él. Si no es él, se reirá de nosotros y yo quedo fuera de los Servicios Especiales. En todo caso, Robert, no puede quemar a todos los chinos de la fuerza policial.

Armstrong clavó la mirada en él.

—¿Cómo debo entender eso?

—Tal vez existe un expediente sobre él. Tal vez todos los chinos desde el grado de cabo lo han leído.

—¿Qué cosa?

—¡Por favor, Robert! Tú sabes que los chinos son grandes en el arte de asociarse. Tal vez haya un expediente para ...

—¿Estás queriendo decirme que todos ustedes están organizados en forma de fraternidad? ¿En un *tóng*, en una sociedad secreta? ¿En una triada dentro de la fuerza misma?

—Dije tal vez. Todo esto son conjeturas, Robert. Dije tal vez y quizá.

—¿Quién es el gran Dragón? ¿Tú?

—Nunca dije que existiera semejante grupo. Dije tal vez.

—¿Existen otros expedientes, por ejemplo uno mió?

—Tal vez. —Bueno... ¿ Y...?

—Y si existiera, Robert —continuó Brian Kwok en tono amable— diría que eres un magnífico policía, incorrupto, que has corrido serios riesgos en el mercado de valores y que al cometer allí un error quedaste necesitado de veintitantos mil dólares para cancelar algunas deudas urgentes... y otras cosillas.

—¿Qué otras cosillas?

—Esto es China, viejo amigo. Sabemos casi todo lo que sucede con *quai loh* aquí. Tenemos que... que sobrevivir, ¿no es verdad?

Armstrong lo miró en forma extraña. —¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No te he dicho nada tampoco ahora. Nada. Dije tal vez, y lo repito: tal vez. Pero si todo esto es verdad —hojeó el expediente y luego se enjugó el sudor del bigote—. Léelo tú. Si esto es cierto vamos contra corriente, sin un solo remo y tenemos que actuar con gran rapidez. Todo lo que te he dicho son conjeturas. Pero no sobre Crosse. Escúchame, Robert. Te apuesto mil… mil contra uno a que el topo es él.

10
7:43 p.m.

Dunross terminó de leer el expediente de cubierta azul por tercera vez. Lo había leído tan pronto como le había llegado, como siempre. Luego una vez más, en camino al palacio del gobernador. Cerró la cubierta azul y se lo puso sobre las rodillas un momento, con la mente abstraída. Ahora estaba en sü estudio, en el segundo piso de la Gran Casa que se asentaba sobre un otero en los niveles superiores de la Cumbre. Desde sus ventanales emplomados podían ¡verse los jardines iluminados y más abajo la ciudad y la bahía en toda su intensidad.

El antiguo reloj del abuelo dejó oír sus campanas. Eran las ocho menos cuarto de la noche.

Dispongo de 15 minutos —pensó—. Después llegan nuestros invitadas, empieza la fiesta y todos participamos en una. nueva farsa. O tal vez no hacemos más que continuar con la vieja.

El cuarto tenía cielo raso muy alto y paredes recubiertas de vieja madera de encino. Cortinas de terciopelo verde oscuro y alfombras de seda china. Era el cuarto de un hombre: cómodo, antiguo, un tanto usado pero de muy cara memoria. Dunross podía oír el murmullo de las voces de la servidumbre en el piso bajo. Un coche subió la colina y pasó de frente.

Sonó el teléfono. i

—Dígame... ¡Oh! Hola, Claudia.

—No he podido conseguir la comunicación con Tsu-yan yet, tai-pan. No ha estado en su oficina. ¿Te ha llamado él? —No, todavía no. Sigue insistiendo. —Sí. Te veo dentro de un rato. Adiós.

Dunross estaba sentado en un sillón profundo, de brazos altos. Tenía puesto el smoking, pero no se había hecho el nudo de la corbata. Con actitud ausente, miró hacia la ventana. La perspectiva era 121

siempre grata, pero esa noche él sentía un cúmulo de presagios, al pensar en Sevrin, el traidor y todas las malas noticias que había leído en el informe.

¿Qué podía hacerse?

—Reír—dijo en Voz alta—. . . y luchar.

Se levantó y con su andar fácil avanzó hacia el óleo de Dirk Struan que estaba en la pared, sobre la repisa de la chimenea. El marco, era grueso, tallado y recubierto de oro, que ya se veía escarapelado en uno que otro sitio. De un lado tenía goznes cuidadosamente ocultos. Lo retiró de la pared y abrió la caja fuerte que él cubría. Allí había muchos papeles, algunos muy bien sujetos con listones color escarlata. Unos eran antiguos, otros nuevos. Se veían también unas cuantas cajas pequeñas y un máuser limpio, bien aceitado y cargado, sujeto a uno de los lados por un gancho. Había también una caja de parque, una gran Biblia antigua con el escudo de Struan grabado al aguafuerte sobre la fina piel de la cubierta, y siete expedientes de cubierta azul, semejantes al que tenía en la mano.

Con todo cuidado deslizó el nuevo al lado de los otros en el lugar que le correspondía. Los contempló un momento. Se disponía ya a cerrar la caja fuerte, cuando sus ojos tropezaron con la antigua Biblia.

La acarició y luego la tomó y la abrió. Sujetas a la gruesa guarda con vieja cera de sello estaban dos medias monedas chinas antiguas de bronce, rotas en forma tosca. Era claro que en otra época habían estado allí cuatro mitades como ésas, porque todavía podían observarse los vestigios de las dos que faltaban y los de la misma cera de sello roja* adherida al viejo papel. El encabezado manuscrito de la página era una hermosa placa cobriza: "Juro por Dios que a quienquiera que presente la otra mitad de cualquiera de estás monedas, le otorgaré lo que pidiere". Lo firmaba Dirk Struan el 10 de junio de 1841, y bajo su firma aparecían las de Culum Struan y las de todos los demás tai-pans. El último nombre era el de Ian Dunross.

Al lado del primer espacio donde un tiempo había estado la moneda, se hallaba esta inscripción: "Wu Fang Choi pagó en parte, el 16 de agosto del año del Señor 1841". Firmaba otra vez Dirk Struan.

Abajo de su firma aparecía la de Culum Struan, con la fecha 18 de junio de 1845 "totalmente pagado".

Al lado de la segunda: "Sun Chen-yat, pagó todo el 10 de octubre

de 1911", y la firma audaz de Hag Struan.

¡Ah! —se dijo Dunross con sorna-—. Qué maravillosa arrogancia... sentirse tan segura de poder firmar el libro en esa forma y no como Tess Struan, para testimonio de las futuras generaciones.

¿Cuántas generaciones más? —se preguntó. ¿Cuántos tai-pans más tendrán que firmar a ciegas y hacer el Juramento Sagrado de cumplir con la promesa de un hombre que murió hace casi siglo y medio?

En actitud pensativa pasó un dedo sobre los bordes dentados de las dos mitades de monedas. Después de un momento cerró la Biblia con firmeza. La colocó en su lugar, la tocó en un gesto supersticioso de buena suerte y cerró la caja fuerte. Dio vuelta al marco, volviendo a ponerlo en su lugar y contempló el retrato, mientras se mantenía de pie» con las manos hundidas en los bolsillos,, frente a Ja chimenea, que ostentaba el escudo de armas de Struan tallado en la vieja madera de encino, maltratada y astillada en uno que otro sitio* Frente a la enorme chimenea se erguía una vieja pantalla metálica de estilo chino.

Aquel óleo de Dirk Struan era su favorito. Lo había sacado de la larga galería al convertirse en tai-pan; para colgarlo allí, en el lugar de honor, en lugar del retrato de Hag Struan que había estado sobre la repisa de la chimena en el estudio del tai-pan, desde que existía la Gran Casa. Los dos óleos habían sido pintados por Aristóteles Quance. En éste, Dirk Struan se encontraba frente a una cortina color carmesí, en su postura arrogante, espaldas amplias, con su chaqueta negra de cuello alto, chaleco, corbatín y camisa de pliegues blanca, también de corte alto. Tenía cejas pobladas, Una nariz robusta y un rostro bien afeitado. Patillas abundantes, de pelo rojizo, labios ondulantes y sensuales; unos ojos cuya mirada se sentía penetrante, de un verde que realzaba sobre el negro, el blanco y el rojo carmesí.

Dunross esbozó una media sonrisa, no de temor ni de envidia. La mirada de su antepasado le producía calma, más que otra cosa... sabía que estaba poseído... en parte por él. Levantó su copa champanera hacia la pintura en un gesto semiburlón, como había hecho muchas veces, y dijo:

—¡Salud!

Los ojos del cuadro le devolvieron la mirada. —Qué harías tú, Dirk, tú, la quimera... —pensó.

—Probablemente me digas: "no tienes más que buscar a los traidores y matarlos" —comentó en voz alta—. Y lo más probable es que tengas toda la razón;

El problema del traidor en la policía no lo sacudía tanto cuanto él saber dé la existencia de la camarilla Sevrin de espionaje, con sus contactos norteamericanos y los pasmosos y sécretos triunfos logrados por los comunistas en Gran Bretaña. ¿Dónde demonios consigue Grant toda esta información? —se preguntó por centésima vez.

Recordó su primer encuentro con él. Alart Medford Grant era un hombre de baja estatura, con aspecto de duendecillo, a punto de quedarse calvo. Ojos y dientes grandes. Lucía un traje impecable, de rayas finas y un bombín. Le simpatizó en el acto.

—«No se preocupe, señor Dunross» —le había dicho Grant cuando Dunross lo contrató en 1960, en el momento en que se convirtió en tai-pan—. Le aseguro que no habrá conflicto de intereses con el gobierno de Su Majestad, si yo presido su comité de investigación, sobre la base de nó exclusividad de que hemos hablado. Yo ya he puesto las cosas en claro con ellos! Le entregaré solamente (en plan confidencial, por supuesto, para usted solo, por supuesto, y de ninguna manera con miras a publicarse) material clasificado que a mi juicio no ponga en peligro los intereses nacionales. Después de todo, nuestros intereses son los mismos en aquellos lugares, ¿no es verdad?"

—Así lo pienso.

—¿Puedo preguntarle cómo supo de mí?

—Tenemos amigos en cargos elevados, señor Grant. En determinados círculos su nombre es famoso. Tal vez incluso un secretario del servicio exterior lo habría recomendado —había agregado con delicadeza.

—¡Ah! Vamos...

—¿Le parece satisfactorio nuestro convenio?

—Sí. Un año para empezar, que extenderemos a cinco si todo marcha bien. Y, ¿después de cinco?

—Otros cinco —había dicho Dunross—. Si yo consigo los resultados que pretendo, su iguala se duplicará.

—¡Ah! Esa es mucha generosidad, pero.... ¿puedo preguntarle por qué se muestra tan generoso... *extravagante* sería quizá la palabra más exacta, conmigo y con nuestro futuro comité?

—Sun Tzu ha dicho: 'Lo que permite a un soberano sabio o a un buen general dar un golpe, conquistar y lograr cosas que están fuera dél alcance del común de los hombres es el conocimiento previo. Este sólo se consigue mediante espías. Nada es más importante para el estado que la calidad de sus espías. *Es diez mil veces más barato pagar con munificencia a los mejores espías, que pagar con mezquindad a un ejército, incluso minúsculo'.*

—¡Muy cierto! Mis 8,500 esterlinas son un pago realmente magnífico, señor Dunross. ¡Oh, sí! Sí, realmente...

—¿Puede usted pensar en una inversión mejor para mí?

—No, si desempeño mi tarea como es debido, y si aquellos a quienes elijo son lo mejor que puede tenerse. Aun así, treinta y tantas mil libras al año en salarios... un fondo hasta de cien mil disponibles para... informantes e información... todo ello dinero secreto... Yo sólo puedo esperar que usted quede satisfecho de su inversión.

—Si usted es el número uno, yo recupero mil Veces mi inversión. Y eso es lo que espero" —al decir esto expresaba sus verdaderas intenciones, sin ambages".

—Desde luego, yo haré todo lo que esté en mi mano. Ahora bien, en forma específica, ¿qué clase de información quiere usted?

—Cualquiera y toda... comercial, política... lo que pueda propiciar el desarrollo de los planes de Struan, en especial lo relacionado con las riberas del Pacífico, Rusia, la mentalidad norteamericana y la japonesa. Sobre las actitudes de los chinos es probable que nosotros mismos sepamos ya más. Por favor, mándeme en exceso, más bien que con defecto... En realidad, cualquier cosa puede ser valiosa, porque me propongo sacar a Struan del comercio chino... para ser preciso, quiero qué la compañía sea internacional y me propongo diversificar nuestra actual dependencia del comercio con China.

—Muy bien. En primer lugar» yo no quiero Confiar nuestros informes al correo.

—Yo me encargaré de que tengamos un mensajero especial.

—Gracias. En segundo lugar, necesito tener completa libertad

para elegir, nombrar o quitar a los demás miembros del comité... y manejar el dinero como me parezca conveniente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Cinco miembros serán suficientes. ¿Cuánto quiere pagarles?

—Cinco mil esterlinas al año, como iguala no exclusiva a cada uno será un pago excelente. Por esa cantidad puedo conseguir hombres de primera. Sí. Luego nombraré miembros adjuntos para estudios especiales, en la medida en que los necesite. Como... ehm... la mayoría de nuestros contactos estará en el extranjero... muchos de ellos en Suiza, ¿sería posible que hubiera fondos disponibles allá?

—Si le parece, yo deposito toda la cantidad convenida cada trimestre en una cuenta corriente en Suiza.

Usted puede retirar dinero en la medida en que lo necesite. Su firma o la mía serán las únicas reconocidas. Usted me entrega cuentas vencidas trimestrales a mí directamente. Si quiere establecer una clave, no tengo objeción.

—Excelente. Yo no podré revelar ningún nombre... No puedo explicar a quién he dado dinero.

Después de una breve pausa, Dunross aceptó:

—Está bien.

—Gracias. Creo que nos entendemos bien..¿Puedo usted darme un ejemplo de lo que desea?

—Por ejemplo, no quiero que me sorprendan, como sucedió a mi predecesor en el asunto de Suez.

—¡Ah! ¿Se refiere al fracaso de 1956, cuando Eisenhower nos traicionó de nuevo y fue causa de que fallara el ataque franco-británico-israelí contra Egipto, debido a que Nasser había nacionalizado el Canal?

—Sí. Eso nos costó una fortuna... arruinó nuestros intereses en el Medió Oriente. Nos llevó casi al desastre. Si el tai-pan anterior hubiera tenido noticia de una posible clausura de Suez, podríamos haber hecho una fortuna registrando espacio de carga* incrementando nuestra flota... O si hubiésemos tenido una idea anticipada del modo de pensad dé Estados Unidos, sobre todo del hecho de que Eisenhower sé pondría otra vez del lado dellusia en contra nuestra, con toda seguridad habríamos podido reducir el monto de nuestras pérdidas.

El hombrecillo había dicho en tono triste:

—¿Supo usted que amenazó con congelar todos los activos británicos, franceses e israelíes en Estados Unidos en el acto, si no nos retirábamos sin' tardanza de Egipto, cuándo estábamos a unas cuantas horas de la victoria? Yo creo que todos nuestros problemas actuales en el Medio Oriente provienen de esa decisión norteamericana. Sí... sin darse cuenta, los Estados Unidos aprobaron la piratería internacional por vez primera y sentaron un precedente para piraterías futuras: la nacionalización. ¡Vaya una broma! *Latrocinio* es una palabra mejor... o bien piratería. Sí a Eisenhower lo aconsejaron mal. Y muy mal también para que conviniera en el fatuo Tratado de Taita, emprendido por un Roosevelt enfermo, en el que un Attlee incompetente permitió a Stalin devorar a la mayor parte de Europa, cuando desde el punto de vista militar era evidente incluso a los ojos del político más estúpido o del general más obstinado que *era contra nuestro interés nacional más elemental, el nuestro y el de Estados Unidos, el hacer semejante cesión.* Creo que Roosevelt en realidad nos detestaba, a nosotros y a nuestro Imperio Británico...

El hombrecillo juntó en ángulo los índices de ambas manos. El rostro se le iluminó y observó:

—Temo que haya una gran desventaja en utilizar mis servicios, señor Dunross. Mi postura es por todos conceptos pro-británica, anticomunista y en especial anti-KGB, que es el instrumento principal de la política soviética exterior, a la que considero abierta y perpetuamente dedicada a nuestra destrucción. Por ello, usted puede hacer caso omiso de algunos de mis pronósticos más incisivos, si lo desea. Soy enteramente contrario a un Partido Láboral dominado por el ala izquierda, y nunca dejaré de recordar a quien esté dispuesto a escucharme, que el himno del Partido Laboral es 'La bandera roja' -—aquí, Alan Medford Grant sonrió con su estilo retozón—. Es mejor que usted sepa qué terreno pisa, desde un principio. Soy partidario de la realeza, leal al Imperio, y un creyente fervoroso del estilo parlamentario británico. Nunca le daré a sabiendas una información falsa, aunque mis evaluaciones sean tendenciosas. ¿Puedo preguntarle cuáles son sus convicciones políticas?

—No tenemos ninguna en Hong Kong, señor Grant. No votamos,

no hay elecciones... somos una colonia, sobre todo un puerto libre colonial. No somos una democracia. La Corona nos gobierna... es decir, el gobernador es el dirigente despótico, a nombre de la Corona. Tiene un Consejo Legislativo, pero es un cuerpo para aprobar en forma automática sus decisiones, y la línea de conducta histórica es la del *laissez faire,* tolerancia absoluta. Con gran prudencia, deja todas las cosas en paz. Escucha a los representantes del mundo de los negocios, hace cambios sociales con mucha cautela, y permite que cada uno haga dinero o deje de hacerlo, que crezca, se. extienda, caiga en bancarrota, vaya o venga, sueñe o permanezca despierto, viva o muera lo mejor que pueda. El impuesto máximo es del 15 por ciento, pero sólo para dinero adquirido en Hong Kong. Aquí no tenemos política, no la queremos.», Tampoco China quiere que, aquí la haya., Son partidarios de que las cosas permanezcan en *síatu quo.* ¿Mi política personal? Soy partidario de la realeza, amigo de la libertad, de la libre ganancia y del comercio libre. Soy escocés, estoy de parte de Struan y del *laissez faire en* Hong Kong y de la libertad en todo el mundo.

—Creo que usted y yo nos entendemos. Bueno. Nunca había trabajado para una persona... sólo para el gobierno. Estaserá para mí una nueva experiencia. Espero que a usted le resulte satisfactoria —Grant hizo una pausa y reflexionó un momento—. ¿Cómo Suez en el '56? Bueno, pues haga planes pensando que Norteamérica perderá el Canal de Panamá.

—¡Eso es ridículo!

—Oh, no se altere tanto, señor Dunross. Es demasiado fácil. Concédale al enemigo diez oˆquince años de trabajos preparatorios y todo un cúmulo de comentarios liberales en Norteamérica» ayudados; en forma conveniente por 'bienhechores' que creen en la bondad innata de la ˆnaturaleza humana. Añada a todo esto una modesta cantidad de agitación panameña bien calculada... estudiantes y demás... ¡Ah sí! ¡Siempre» de preferencia estudiantes! Apoyados con astucia y en secreto por unos cuantos agitadores pacientes, profesionales y bien adiestrados, y por la clandestina pericia del KGB con su dinero y sus planes a largo plazo... el resultado, a su debido tiempo, será que el Canal saldrá de manos de los Estados Unidos, para pasar a las del enemigo.

—Nunca convendrán en eso.

—Tiene razón, señor Dunross, pero lo permitirán. ¿Qué arma puede usted esgrimir mejor en tiempo de hostilidades, o incluso de crisis, contra su declarado enemigo capitalista, que la de estar en condiciones de impedir el uso del Canal de Panamá, o perturbarlo un poco? Un barco hundido en cualquiera de Un centenar de sitios estratégicos posibles, o una esclusa arruinada, puede cerrar el Canal durante años…

Dunross recordó que se había servido otras dos copas antes de responder, y luego había dicho:

—¿Usted insinúa con toda seriedad, que deberíamos hacer planes de contingencia para una eventualidad de esa magnitud?

—Sí —contestó el hombrecillo, con su extraordinaria inocencia —. Soy muy serio en lo que se refiere a mi trabajo, señor Dunross. Mi tarea, la que yo mismo me he señalado, consiste en averiguar, descubrir y evaluar los movimientos del enemigo. No soy anti-ruso, ni antichino, ni estoy en contra de Alemania Oriental ni de otro país cualquiera de ese grupo… Todo lo contrario, deseo con desesperación poder ayudarles. Estoy convencido de que nos encontramos en estado de guerra; de que el enemigo de todos los pueblos es el miembro del Partido Comunista, tanto el británico como el soviético, el chino, el húngaro, el norteamericano o el irlandés… ¡incluso el marciano!, y que están eslabonados de un modo o de otro. Estoy seguro de: que el KGB, les guste o no, está en el centro de su red —tomó un sorbo del vaso que Dunross acababa de servirle—… Este Whiskey es maravilloso, señor Dunross.

—Es Loch Vey. Viene de una pequeña destilería cercana á nuestra tierra natal en Ayr. Es una compañía de Struan.

—¡Maravilloso!

Otro sorbo lleno de estima por el licor. Dunross se dijo internamente que no olvidaría mandar a Alan Medford Grant una caja en Navidad, si sus informes iniciales demostraban ser interesantes.

—No soy un fanático, señor Dunross, ni un agitador del populacho. Me limito a ser un reportero y autor de pronósticos; hay gente que colecciona estampillas. Yo colecciono secretos…

Las luces de un automóvil que daba la vuelta por la curva semi-oculta del camino distrajeron a Dunross por un momento. Dio unos

pasos cerca de la ventana, para observar el vehículo hasta que se hubo alejado, disfrutando del sonido de su motor bien afinado. Luego se sentó en un sillón de aletas elevadas y dejó que su mente volviera a divagar. Sí, señor Grant, no cabe duda de que usted colecciona secretos —pensó, azorado como de costumbre, por la gama enorme de conocimientos del hombrecillo. *Sevrin*… ¡Dios omnipontente! Si esto es verdad —¿Qué preciso está siendo usted en este caso? ¿Hasta dónde puedo fiarme de su criterio esta vez? ¿Qué tanto puedo apostar?

En informes previos, Grant había propuesto dos pronósticos que hasta ese momento habían podido demostrarse. Con un año de anticipación, había predicho que De Gaulle pondría veto a los esfuerzos de Gran Bretaña por entrar al Mercomún Europeo, que la postura del general francés sería cada vez más anti-británica, anti-estadounidense y pro-soviética, y que De Gaulle lanzaría un ataque a largo plazo contra la economía norteamericana, a base de especular con oro, impulsado por influencias extranjeras y animado por uno de sus asesores más inmediatos, un topo inmensamente secreto, un agente; muy bien encubierto del KGB. Dunross había desechado esta sugerencia, como algo traído de los cabellos, y por eso había perdido la oportunidad de conseguir una fortuna.

Poco tiempo antes, con seis meses de anticipación, Grant había pronosticado la crisis de los proyectiles nucleares en, Cuba, que Kennedy recogería el guante, impondría un bloqueo a Cuba y ejercería la presión necesaria, sin doblegarse ante la fuerza de la tendencia a llevar las cosas hasta el límite de su resistencia; pronosticó que Khrushchev retrocedería ante esa presión. Haciendo sus apuestas sobre la base de que Grant tuviera razón en este caso (aunque la crisis dé proyectiles nucleares en Cuba parecía muy poco probable en el momento de hacerse el pronóstico), Dunross había logrado para Struan medio millón de esterlinas, comprando las futuras zafras hawaianas, 600,000 más en el mercado de valores y otros 600,000 para la reserva secreta del tai-pan.. . Además había dado bases firmes a un plan a largo plazo de inversiones en plantíos hawaianos de azúcar* tan pronto como pudiera contar con el instrumento financiero adecuado. Y ya lo tienes —se dijo gozoso —Par-Con.

—Casi lo tienes… —musitó, rectificándose.

¿Hasta qué punto puedo confiar en este informe? Hasta ahora; el comité de AMG ha sido una inversión gigantesca, por todos los recovecos que presenta. Sí, pero es casi como tener al propio astrólogo en casa. Unos cuantos pronósticos exactos no significan que todo lo que él diga habrá de cumplirse. Hitler tenía ¡su propio augur... lo mismo que Julio César. Sé prudente. Sé cauto, se dijo a sí mismo.

¿Qué hago? Es cuestión de ahora o nunca.

Sevrin. Aland Medford Grant había escrito: "Documentos presentados a nosotros, y apoyados en datos del espía francés Marie d'Orleans y capturados por la Súreté June 16 indican que el Departamento V del KGB (Desinformación-LEJANO ORIENTE) tiene en el lugar una red de espionaje muy bien cubierta y hasta ahora desconocida, que se extiende por todo el Lejano Oriente, con el nombre clave de *Sevrin.* El propósito de Sevrin está declarado con toda claridad en el documento inicial robado:

-Blanco: arruinar a la China revisionista... reconocida; formalmente por , el Comité Central de la URSS: como el principal enemigo, el segundo inmediatamente después délos Estados Unidos capitalistas.

-Procedimiento: borrar en forma permanente a Hong Kong, como baluarte del capitalismo en el Lejano Orienté y como fuente principal de divisas extranjeras, de ayuda del exterior y de toda clase de asistencia técnica y dé fabricación para China.

-Método: infiltración a largo plazo de la prensá y medios de comunicación, del gobierno, de la policía, del mundo de los negocios y de la educación, con extranjeros amigos controlados por el Centro, pero siempre dé acuerdo con los procedimientos más especiales para toda1 la región dé Asia.

-Fecha de iniciación: inmediata.

-Duración de la operación: provisionalmente treinta años.

-Fecha meta: 1980-83.

-Clasificación: *rojo uno*.

-Financiamiento: el máximo:

-Aprobación:L.B.14 de marzo de 1950.

—Es interesante observar —continuaba Grant— que el documento está firmado en 1950 por L. B. (se supone que es Lavrenti Beria), en una época en que la Rusia soviética mantenía

alianza abierta con la China comunista y que, en esos mismos días, estaba aquélla consi-dérando a ésta como su Enemigo número dos (consúltese nuestro informe anterior 3/1962: Rusia contra China).

—Desde un punto de vista histórico, China es el gran botín que siempre fue y será anhelado por Rusia, con su imperialismo y su afán de hegemonía. La posesión de China o su mutilación, convirtiéndola en un país más de los Balcanes subyugados, es la clave perpetua de la política extranjera rusa. Desde luego, lo primero es acabar con Europa Occidental, porque una vez? hecho eso, piensa Rusia, a China puede devorarla a placer.

—Los documentos revelan que la célula de Sevrin en Hong Kong consta de un contralor residente, cuyo nombre clave es Arthur, y sois agentes. No sabemos nada sobre Arthur, excepto que ha sido agente del KGB desde su reclutamiento en Inglaterra en los: años treintas (no se sabe si nació en Inglaterra o si sus padres son ingleses, pero su edad debe andar en los últimos cuarentas o primeros cincuentas). Por supuesto su misión és realizar una operación muy secreta, a largo plazo.

—Apoyan esto unos documentos archisecretos robados a la STB (Seguridad Secreta del Estado) checoslovaca, con fecha 6 de abril de 1959, traducidos en parte: entre 1946 y 1959 se han reclutado seis agentes secretos clave gracias a la información proporcionada por el contralor Arthur, en los siguientes puestos: Oficinas de la Colonia de Hong Kong (nombre clave: Charles), las del Tesoro (nombre clave: Masón), Base Naval (John), Banco de Londres y China (Vincent), Compañía Telefónica de Hong Kong (William), y Struan y Compañía (Frederick). Según los procedimientos normales, sólo el contralor conoce la verdadera identidad de los demás. Se han establecido siete casas seguras, entre ellas Sinclair Towers en la isla de Hong Kong y el Hotel de Nine Dragons en Kowloon. Sevrin es el contacto en Nueva York. Su nómbre clave es Guillio. Es muy importante para nosotros por sus relaciones con la mafia y con la CIA.

Luego Grant continuaba diciendo: —Se cree que Guillio sea Vincenzo Banastasio, importante mafioso y en la actualidad el amo de la familia Sallapione. A éste lo tenemos vigilado mediante nuestras fuentes norteamericanas. No, sabemos si el agente enemigo secreto de la policía (esto se estudia en detalle en otra sección) sea parte de Sevrin o no, pero se teme que sí.

—En nuestra opinión, China se verá obligada a buscar intercambios comerciales cada vez mayores con Occidente, para hacer contrapeso a la hegemonía imperialista soviética y para llenar el vacío y el caos producido por la retirada repentina, en 1960, de todos los técnicos, y recursos financieros soviéticos. Las fuerzas armadas chinas necesitan mucho de una modernización adecuada. Las cosechas han sido malas. Por ello todas las formas de material estratégico y dé equipo* militar encontrarán un mercado preparado para muchos años venideros, así como los alimentos, y productos nutritivos básicos. Se recomienda la compra a largo plazo de las cosechas norteamericanas de arroz.

—Tengo el honor de suscribirme, de usted señor» su atento servidor, AMG. Londres, 15 de agosto de 1963.

Jets y tanques, tuercas y remaches, cohetes y motores, camiones, petróleo y neumáticos, productos electrónicos y alimentos.... —pensó Dunross, mientras la mente se le iba a las alturas—. Toda una gama ilimitada de artículos comerciales, fáciles de obtener, fáciles de embarcar. Además, no hay nada en la tierra como una guerra por utilidades, cuando se pueden hacer operaciones. Pero China ahora no está comprando... a pesar de todo lo que dice Grant...

¿Quién podrá ser Arthur?

Y, ¿quién dentro de Struan? ¡Santo Dios! John Chen, Tsu-yan, armas de contrabando, y ahora un agente del KGB dentro de nosotros... ¿Quién? ¿Y qué decir de...?

Alcanzó a oír un ligero golpecillo en la puerta.

—Adelante —invitó, reconociendo el estilo de llamar de su esposa.

—Ian, son casi las ocho —le dijo Penélope, su mujer—. Pensé que sería mejor recordártelo. Tú sabes cómo eres.

—Sí.

—¿Cómo anduvieron hoy las cosas? Fue horrible lo de John Chen, ¿verdad? Supongo que has leído los diarios... ¿vienes ya?

—Sí. ¿Champaña?

—Bueno. Gracias.

Le sirvió una copa a ella y volvió a llenar la suya.

—|Oh! A propósito, Penn, invité, a un individuo al que conocí esta tarde, es del estilo de los ex pilotos de la Real Fuerza Aérea. Parece gente decente; se llama Peter Marlow.

—¿Piloto de un caza?

—Sí, pero de los Hurricanes, no de los Spits. ¿Es nuevo tu vestido? —Sí.

—Te sienta bien—le dijo.

—Gracias, pero no lo estoy. Me siento tan vieja... pero, gracias —tomó asiento en el otro sillón de aletas elevadas; su perfume era tan delicado como sus facciones—. ¿Dijiste que se llama Peter Marlowe?

—Sí. El pobre diablo cayó prisionero en Java en el '42. Fue prisionero de guerra tres años y medio.

—¡Oh, pobre hombre! ¿Su avión fue derribado?

—No. Los japoneses bombardearon a pasto el aeródromo antes que él pudiera arrastrarse. Tal vez fue afortunado. Los Zeros atraparon a dos en tierra y a los dos últimos cuando apenas se habían elevado...

Los pilotos murieron quemados. Parece que esos cuatro Hurricanes fueron los últimos'de los pocos...

los últimos de toda la defensa del Lejano Oriente. ¡Qué desastre fue ése!

—Terrible.

—Sí. Gracias a Dios que nuestra guerra fue en Europa —Dunross la observó—. El me dijo que había estado un año en Java, luego los japoneses lo mandaron a Singapur, con un equipo de trabajo.

—¿A *Changi?* —pregunto ella, con un tono de voz diferente.

—Sí.

¡Oh!

—Estuvo allí dos años y medio.

En idioma malayo Changi significa "viña trepadora" y Changi era el nombre que daban a la cárcel de Singapur, usada por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, para uno de sus infames campos de concentración de prisioneros de guerra.

Penélope reflexionó un momento, luego sonrió algo nerviosa.

—¿Conoció él a Robin en ese sitio?

Robin Grey era su hermano, su único pariente vivo. Sus padres habían muerto en una incursión aérea sobre Londres, en 1943, muy poco antes de que ella y Dunross contrajeran matrimonio.

—Marlowe me dijo que sí. Parecía recordarlo, pero a todas luces no querían hablar de esos días, así que yo dejé morir el tema.

—Puedo imaginarlo. ¿Le dijiste qué Robin era mi hermano?

—No.

—¿Cuándo debe volver Robin aquí?

—No lo sé con exactitud. En unos cuantos días. Esta tarde el gobernador me dijo que la delegación está ahora en Pekín.

Una Delegación Comercial del Parlamento Británico, formada con personas prominentes de los tres partidos (el conservador, el liberal y el laboral) había recibido en «Londres una invitación de Pekín, para examinar diversas posibilidades comerciales. La delegación había llegado a Hong Kong hacía dos semanas y había pasado directamente a Cantón, donde se harían todas las negociaciones de ese género. Era muy inusitado que alguien recibiera una invitación, mucho menos una delegación parlamentaria... Y era todavía más insólito que se les invitara a Pekín. Robin Grey era uno de los miembros, representante del Partido Laboral.

—Penn querida, ¿no crees que debemos tributar un homenaje a Robin, y dar una recepción en su honor? Después de todo, no lo hemos visto en años.¡ Esta es la primera vez que viene a Asia... ¿No es tiempo de que sepultes tus rencores y hagan las paces?

—El no está invitado a mi casa. A ninguna de mis casas.

—¿No es ya tiempo de que aflojes las tensiones y dejes que lo pasado pase?

—No. Yo lo conozco y tú no. Robin tiene su vida y nosotros la nuestra. Es en lo que él y yo convinimos hace años. No. No deseo volver a verlo jamás. Es terrible, peligroso, de una boca inmunda y tedioso hasta el extremo.

Dunross rió de buena gana.

—Estoy de acuerdo contigo en que es odioso. Yo detesto su , política. Pero no es más que uno de media docena de hombres prominentes. Esta delegación es importante. Yo debo hacer algo para agasajarlos, Penn.

—Por favor hazlo, Ian, pero de preferencia no aquí... en todo caso, avísame con tiempo para emprender el vuelo y procurar que los chicos hagan lo mismo. Es cuestión de prestigio.. No hay más que decir.

Penélope sacudió la cabeza y pon ella su actitud.

—¡Santo Dios! -r-reaccionó—. No permitamos que nos arruine la

velada. ¿Qué está haciendo este Marlowe en Hong Kong?

—Es escritor. Me dijo que quería hacer un libro sobre Hong Kong. Ahora vive en Estados Unidos.

Viene también su esposa. ¡Oh, a propósito! Invité también a los norteamericanos, Linc Bartlett y Casey Tcholok...

—¡Bueno! —Penélope Dunross rió con una risa franca—. ¡Cuatro o cuarenta más no significan nada en. absoluto! De cualquier manera, no conoceré a la mayoría de ellos, y Claudia se ha encargado de organizar todo con su eficiencia de costumbre —arqueó una ceja y continuó... ¡Así que... un traficante de armas entre los piratas! Eso no causará ni siquiera un rizo en el agua.

—Pero, ¿lo es?

—Todo el mundo lo dice ¿Leíste el artículo del *Mirror* de esta tarde, Ian? Ah Tat está convencida de que el norteamericano es un hado maligno... informó a todo el estado mayor, a los niños y a mí... Así que eso da al informe carácter oficial.. Además» Ah Tat dijo a Adryon que su astrólogo insistía en que ella te advirtiera que te guardaras de los malos efluvios del Oriente. Ah Tat está segura de que se refiere a los *Yanks.* ¿Todavía no ha hecho que le.des oído?

—Aun no.

—¡Oh, Dios! Quisiera poder hablar cantonés como tú y los niños, para decirle a esa vieja arpía que se guarde sus supersticiones y sus pareceres para sí misma... ¡Ella sí qué es un mal efluvio!

—Ella daría la vida por los niños.

—Sé que es tu *gan sun,* que casi te educó y que ella piensa que es un don de Dios para el clan Dunross. Pero por lo que a mí¡ toca, es una bruja pendenciera, odiosa y . yo la detesto —dejó de hablar y esbozó una sonrisa dulce—... Oigo decir que la chica norteamericana es bonita.

—Atractiva, no bonita. Está haciéndole la vida; difícil a Andrew.

—Puedo imaginármelo. ¡Una mujer discutiendo de negocios! ¿A qué estamos llegando en este gran mundo nuestro? ¿Siquiera es buena para negociar? .

—Es demasiado pronto para decirlo, pero es muy lista. Es ... No cabe duda de que hace las cosas molestas.

—¿Has visto a Adryon esta tarde?

—No. ¿Qué sucede? —preguntó, reconociendo en el acto el tono de la voz.

—Anduvo de nuevo en mi guardarropa... ha desaparecido la mitad de mis mejores ropas de nylon y el resto está todo esparcido. Todas mis pañoletas están revueltas, falta mi blusa nueva y ha desaparecido mi nuevo cinturón. Se ha llevado hasta mi mejor. Hermes... ¡Esa criatura es insoportable!

—Diecinueve años .. difícilmente puede llamársele criatura —comentó él con fastidio.

—¡Es imposible! ¡Son ya incontables las veces que la he amonestado!

—Volveré a hablar con ella.

—No servirá de nada.

—Lo sé.

Penélope rió con él, luego, comentó: —¡Vaya pieza!

—Aquí tienes —le dijo Ian, entregándole una caja, delgada—. ¡Feliz vigésimo aniversario!

—¡Gracias, Ian! El tuyo está en el piso bajo. Tú vas... —se interrumpió y abrió la caja. Había en ella un brazalete de jade grabado que estaba montado sobre filigrana de plata. Era un trabajo muy fino y muy antiguo... una pieza de coleccionista.

—¡Es precioso! Gracias, Ian. Se lo puso en el brazo, sobre la fina cadena de oro que llevaba. El no pudo notar ni verdadero placer ni positiva desilusión en su voz, a pesar de que sus oídos estaban afinados para percibir las reacciones de ella.

—¡Es precioso! —ratificó Penélope, acercándosele para rozarle la mejilla con los labios—. Gracias, mi amor. ¿Cuándo lo conseguiste? ¿En Formosa?

—No. Aquí mismo, en Cat Street, con Wong Chun Kit. El col...

La puerta se abrió de par en par y una jovencita se precipitó en el cuarto. Era alta, esbelta y... ¡tan bella! En un ímpetu de fatiga explicó.

—Espero que no haya inconveniente. Invité a un amigo esta noche y acaba de avisarme que viene y que llegará tarde, pero pensé que estaría bien. Es refrescante y muy "trick".

—Por amor de Dios, Adryon —sugirió Dunross en tono blando— ¿cuántas veces tengo que pedirte que llames a la puerta, antes de irrumpir en esa forma? Además, ¿querrías hablar inglés, por favor? ¿Qué rayos es eso de "trick"?

—Bueno, grande, genial, listo. Perdón, padre, pero tú realmente

debes ser muy tieso, porque refrescante y "trick" están muy "en plan", incluso aquí en Hong Kong. Te veré pronto. Tengo que acelerarme, después de la fiesta voy a salir... Regresaré tarde, así que no...

—Un momento...

—¡Esa es mi blusa, mi blusa nueva! —protestó con energía Penélope— ¡Adryon, vas a quitártela en este instante! Cincuenta veces te he dicho que no metas mano en mi ropero.

—¡Oh, madre! —protestó la chica con la misma rapidez—. Tú no la necesitas. ¿No podrías prestármela..? ¿Sólo por esta noche? —cambió de tono e insistió—. ¿Por favor, preciosa? Padre, háblale —cambió al perfecto cantonés de las *amah*—. ¡Honorable padre... por favor ayuda a tu Hija Número Uno a conseguir lo inasequible, o tendré que llorar, llorar, llorar *oh ko* ... —luego volvió al inglés sin la mínima pausa—. Madre, tú no la necesitas, te prometo cuidarla. De veras. ¿Por favor?

—No.

—¡Vamos, bella, por favor! La cuidaré. Te lo prometo.

—¡No!

—¡Madre!

—Bueno. Si me prom...

—¡Oh, gracias! —el rostro se le alegró. Se dio vuelta y salió corriendo, azotando la puerta.

—¡Por amor de Dios! —protestó Dunross—, ¿Por qué diablos tiene que golpearse siempre una puerta a su paso?

—Bueno, al menos esta vez no fue deliberado —suspiró Penélope—. No creo poder pasar por otro asedio como éste.

—Yo tampoco. Gracias a Dios Glenna es razonable.

—Es algo pasajero, Ian. Lo hereda de su padre, de ese que es como Adryon.

—¡Ahá! Yo no tengo un humor insoportable —protestó en el acto—. Y ya que hablamos de esto, espero en Dios que haya encontrado a una persona decente para salir a pasear, ¡en lugar de los petimetres de costumbre! ¿Quién es éste al que va a traer hoy?

—No lo conozco, Ian. Es la primera vez que oigo hablar de él, yo también.

—¡Son gente de lo peor! Su gusto en materia de hombres es aterrador. .. ¿Recuerdas aquel pelmazo de cabeza de melón, con

brazos neolíticos, del que estaba "locamente enamorada"? ¡Santo Dios! Ella no tenía ni quince años . . .

—Había cumplido casi dieciséis...

—¡Cómo se llama el tal...? ¡Ah, sí! Byron. ¡Esa faltaba... Byron!

—En realidad no debiste amenazarla con hacerle saltar la cabeza, Ian. Se trataba sólo de un amor tierno.

—¡Era amor de gorila, Santo Dios! —protestó Dunross con un acento todavía más agrio—. ¡El no era más que un pobre gorila! ¿Recuerdas al otro! Al que precedió a este miserable Byron? ¿El desgraciado psiquiátrico...? ¿Cómo se llamaba?

—Víctor. Sí, Víctor Hopper. Ese fue el que... ¡Ah, sí! Lo recuerdo bien. Ese fue el que preguntó si no había inconveniente en que se acostara con Adryon.

—*¿El qué... qué?*

—¡Ah, sí! —ella sonrió con mucha inocencia—. En ese entonces no te lo dije ... pensé que era mejor no mencionarlo. —¿Qué dijo *qué .. ?*

—No te alteres tanto, Ian. De esto hace por lo menos cuatro años. Yo le contesté que no. Que por el momento no. Que Adryon tenía apenas catorce años, pero que sin duda podría hacerlo cuando tuviera veintiuno. Ese fue otro que se secó en la rama.

—¡Santo Dios! —*Preguntó* si po...

—¡Por lo menos ése preguntó, Ian! Eso ya fue mucho. Se ha vuelto cosa tan común... —se levantó para servirse más champaña y servirle a él—. No te quedan ya más que otros diez años, más o menos, de purgatorio. Luego vendrán los nietos. ¡Feliz aniversario, lo mejor de lo inglés para ti! —rió con gusto, tocó su copa con la suya, bebió y le dedicó una franca sonrisa.

—Una vez más tienes razón —contestó él, devolviéndole la sonrisa y sintiendo que ella le gustaba mucho.

. Són tantos años*; Buenos años. He sido afortunado —pensó—. Sí. Fui afortunado ese primer día.

Había sucesido en su base de la Real Fuerza Aérea en Biggin Hill. Una mañana tibia y soleada de agosto de 1940, durante la batalla de Bretaña. Ella pertenecía al Cuerpo Auxiliar femenino de la Fuerza Aérea y acababa de ser enviada a ése sitio. Era el octavo día en la guerra para él, su tercera misión de ese día y la primera vez que mataba. Su Spitfire tenía una hilera de perforaciones de

metralla, había perdido fragmentos de un ala y la porción de la cola ostentaba un tatuaje. Según todas las reglas del hado, él debía haber muerto, pero no había sido así. En cambio el Messerschmitt había sucumbido y su piloto con él. En cambio Ian estaba en su Patria, a salvo, aunque furioso, ebrio de miedo, de vergüenza y de alivio por haber vuelto. En cambio, el joven al que había visto en la otra cabina, el enemigo, había ardido en medio de gritos al precipitarse a tierra formando una espiral.

—Hola, señor —lo había saludado Penélope Grey—. Bienvenido, señor.

Le había ofrecido una taza de té dulce y caliente, sin decir nada más, aunque debía haber empezado a darle informes en el acto... ella estaba en el cuerpo de señales. No dijo nada, pero sonrió y le dio tiempo de salir de entre las alas dé la muerte y volver de nuevo a la vida. El no le había agradecido el té. Simplemente lo había bebido... era el mejor de su vida.

—Le di a un Messerschmitt, —dijo al fin» cuando pudo hablar.

La voz le temblaba tanto como las rodillas. No podía recordar cuándo se había soltado el cinturón de seguridad, o a qué hora había salido de la cabina de su aparato y subido al camión con los demás, supervivientes.

—Era un 109.

—Sí, señor. Miller, el jefe del escuadrón ha confirmado ya la muerte y dice que por favor esté preparado para volver a salir en cualquier momento. Esta vez deberá tomar Poppa Mike Kilo. Gracias por el muerto señor; es uno menos de esos demonios... ¡Oh, cómo querría poder subir con usted para ayudarle a matar a todos esos monstruos...!

En realidad no eran monstruos —pensó él— Por lo menos no lo era el primer piloto y el primer avión que él derribaba ... Era un muchacho como él, tal vez de su edad, que había muerto entre las llamas, a gritos. Había muerto gritando. Era una hoja ardiente en su caída. Tal vez esa misma tarde, o mañana, o muy pronto, le tocaría a él... Ellos son demasiados... los enemigos... nosotros somos demasiado pocos.

—¿Ha vuelto Tommy? ¿Tom Lañe?

—No, señor, lo siento. El... el jefe del escuadrón dijo que el teniente aviador Lañe había sido derribado sobre Dover.

—Me horroriza pensar en incendiarme al caer, —había comentado.

—Oh, no le sucederá. A usted no, señor. A usted no lo derribarán. *Yo lo sé.* Usted no caerá, señor... usted no. Nunca lo derribarán. Nunca, nunca, nunca, —le había asegurado.

La que así hablaba tenía ojos color azul pálido, cabello rubio y tez muy blanca. Aún no cumplía dieciocho años, pero era fuerte, muy fuerte y segura.

El le había creído, y la fe de la chica lo había sostenido durante cuatro largos meses de misiones. A veces cinco misiones en un solo día... y más muertes. Aunque ella se había equivocado y luego a él lo habían puesto fuera de combate, había logrado sobrevivir y sus quemaduras no habían sido graves.

Luego, al salir del hospital, ya destinado a tierra para siempre, se había casado con ella.

—No parece que hayan pasado veinte años —comentó Dunross, conteniendo su felicidad.

—Y otros dos antes —completó ella, también conteniendo su felicidad.

—Y otros dos an...

La puerta se abrió. Penélope suspiró cuando Ah Tat penetró en el recinto hablando cantonés como tarabilla.

—¡Uuuyyy, hijo mío! ¡Es posible que todavía no estés listo! Nuestros huéspedes de honor estarán aquí en cualquier momento y tú no te has hecho el nudo de la corbata... Y allí está ese extranjero sin madre del norte de Kwantung, al que han traído a tu casa esta noche sin necesidad para que cocine...

ese maloliente vástago de meretriz, sacado del norte de Kwantung, de donde vienen los ladrones más expertos y las peores prostitutas, se imagina que es cocinero... ¡ajá! Este hombre, con todo su personal, tan despreciable como él, está dejando nuestra cocina hecha una inmundicia y está quitándonos la paz. *Oh ko...*

La minúscula anciana con aspecto de mago siguió hablando sin respirar, mientras sus dedos en forma de garra se apoderaban automáticamente de la corbata de Dunross para hacer el nudo con destreza.

—...¡y eso no es todo! La Hija número dos, la Hija número dos no quiere ponerse el vestido que la Honorable primera esposa le ha

elegido, ¡y su furia llega hasta Java! ¡Aaayyy, esta familia! Aquí tienes, hijo mío —se sacó del bolsillo un sobre de telex y lo entregó a Dunross—. Aquí está otro bárbaro mensaje con más felicitaciones por este día feliz. Tu pobre vieja madre tuvo que traértelo hasta arriba, con sus pobres viejas piernas, porque los otros sirvientes, buenos para nada, son eso... unos buenos para nada, y ociosos hasta el tuétano...

Se interrumpió un instante para respirar.

—Gracias, madre —repuso él con deferencia.

—En los días de tu Honorable padre, los sirvientes trabajaban y sabían lo que había que hacer, y tu vieja madre no tenía que soportar la presencia de sucios extraños en la casa.

Salió del cuarto musitando más maldiciones contra los encargados de la cena, pero antes advirtió:

—Bueno, hijo mío, no llegues tarde, de lo contrario

Después de cerrada la puerta, todavía se alcanzaba a oír su voz.

—¿Qué le sucede ahora? —preguntó Penélope desdeñosa. Refunfuña contra los encargados del servicio. No le gusta tener extraños... Tú sabes cómo es.

Dunross abrió el sobre que contenía el telex doblado.

—¿Qué estaba diciendo de Glenna? —preguntó Penélope, porque había podido reconocer la expresión *yee-chat,* la Segunda Hija, a pesar de que su cantonés era mínimo.

—Unicamente que estaba haciendo una rabieta por el vestido que tú le escogiste.

—¿Qué tiene de malo?

—No me lo dijo Ah Tat. Mira Penn, tal vez Glenna debería ir acostarse ... ahora mismo es ya casi hora de ir a la cama para ella ...

—¡Estás soñando! *No* hay esperanza de eso mientras el infierno no se congele. Ni Hag- Struan conseguiría impedir a Glenna asistir a su "primera de adulto", como ella llama a la fiesta. Fuiste tú quien estuvo de acuerdo, Ian. Fuiste *tú.* ¡No yo, sino tú!

—Sí, pero ¿no crees qué...?

—No. Tiene edad suficiente. Después de todo tiene trece entrados a treinta —acabó de saborear con calma su champaña y concluyó—... Sin embargo, yo me haré cargo ahora de esa joven dama, no te preocupes.

Penélope se puso de pie. Luego observó la cara de él. Dunross

tenía los ojos clavados en el telex. —¿Qué sucede?

—Han matado a uno de los nuestros en Londres, a Grant... Alan Medford Grant.

—¡Oh! Yo no lo conozco, ¿verdad?

—Creo que lo viste una vez en Ayrshire. Era un hombre de baja estatura, un duendecillo. Estuvo en una de nuestras fiestas en Castle Avisyard... fue en nuestro último viaje de paseo.

Penélope hizo un gesto de desconcierto.

—No recuerdo...

Tomó el telex que él le ofrecía. Decía así: "Lamento informarle que A. M. Grant murió en un accidente de motocicleta esta mañana. Daré mayores detalles tan pronto como los tenga. Lo siento mucho. Saludos. Kiernan".

—Su ayudante.

—¿Grant es... o mejor, era un amigo? —En cierto sentido.

—¿Es persona importante para ti?

—Sí.

—¡Cuánto lo siento, Ian!

Dunross hizo un esfuerzo para encogerse de hombros y mantener un tono de voz inalterable. Sin embargo, en su interior lanzaba las peores maldiciones.

—No fue más que una de esas cosas... del hado.

Penélope quiso ponerse a tono con él, reconociendo luego lo profundo de su conmoción. Sabía que estaba muy alterado y que trataba de ocultarlo... Ella, por su parte, quería saber en el acto el quién y el porqué dé ese hombre desconocido, pero logró conservar la serenidad.

Esta es mi tarea —se dijo-: no hacer preguntas, permanecer tranquila y estar presente... recoger los pedazos, pero sólo cuando se me permita hacerlo.

—¿Vas a bajar?

—En unos minutos.

—No tardes, Ian.

—No tengas cuidado.

—Gracias de nuevo por mi pulsera —repitió, expresando gusto. —No es nada —respondió él.

Pero Penélope sabía que no la había oído. Tenía ya el teléfono en la mano, solicitando una larga distancia. Ella salió y cerró la

puerta con todo sigilo. Se detuvo en el corredor que conectaba el ala este con el ala oeste. Se sentía miserable y el corazón le palpitaba con fuerza. Malditos sean todos los telex y los teléfonos. ¡Maldición a Struan y a Hong Kong, a todas las fiestas con sus invitados! ¡Oh, cómo querría yo salir de aquí para siempre, olvidar a Hong Korig, el trabajo y la Casa Noble; los grandes negocios y la ribera del Pacífico... el mercado de valores y los mald..!

—¡Madreee!

Alcanzó a bír la voz de Glenna que chillaba desde las profundidades de su habitación al dar vuelta al final del corredor hacia el ala este, y en el acto sus cinco sentidos se concentraron en la realidad.

Había una rabia frustrada en la voz de la chica, pero no se notaban señales de peligro. Penélope no se dio prisa. Se limitó a contestar:

—Aquí vengo... ¿qué sucede, Glenna?

—¿Dónde estaaás?

—-Aquí vengo, querida.

Volvió a responderle con la mente ya concentrada en cosas de interés. A Glenna le quedará bien ese vestido —pensó—. ¡Oh, ya sé! —pensó con alegría—. Le prestaré mi pequeño hilo de perlas. Eso hará que su atuendo sea perfecto.

Aceleró el paso.

* * *

Al otro lado de la bahía, en Kowloon, el sargento de estado mayor divisional, Tang-po, del CID, el Gran Dragón» subió de prisa , las endebles escaleras y entró a la sala. La crema y nata de su triada secreta estaba ya esperándolo.

—Escuchen bien esto y métanselo en ese pedazo de hueso que algunos de ustedes llevan entre las dos orejas: los Dragones quieren que encontremos a ese Chen de la Casa Noble y que atrapemos a esos virulentos licántropos, devoradores de estiércol, ¡con más rapidez de la que necesitan los dioses para parpadear!

—Sí, amo—corearon a una sus esbirros, impresionados por el tono de su voz.

Estaban en la casa de seguridad de Tang-po, un departamento

pequeño, ordinario, de tres habitaciones aisladas por una puerta desvencijada, en el quinto piso de un edificio de departamentos, no menos desvencijado, encima de una serie de tiéndas de segunda clase. Todo esto situado en un callejón sucio, a escasas tres calles del cuartel general de policía de Tsim Sha Tsui, frente a la bahía y la Cumbre, en la punta de la península de Kowloon. Eran nueve en total: un sargento, dos cabos y los demás, miembros de la policía... todos ellos detectives en ropa de civil, pertenecientes al CID. Todos eran canto-neses, escogidos con mucha cautela y obligados bajo juramento de sangre a guardar lealtad y secreto. Eran *eltong* o Hermandad clandestina de Tang-po, que protegía todos los juegos de azar callejeros del distrito de Tsim Sha Tsui.

—Busquen por todas partes. Hablen con todo el mundo. Tenemos tres días —explicó Tahg-po.

El era un hombre robusto, de cincuenta y cinco años. De pelo ligeramente entrecano, cejas muy pobladas. Su grado era el más alto que podía ocupar sin ser oficial.

—Esta es orden mía, para todos mis Hermanos Dragones, y del Amo Mayor en persona. Además de eso —añadió en tono agrio—. Gran Montaña de Estiércol ha prometido removernos y mandarnos a la frontera o a otros puestos... a todos nosotros, si fracasamos. Y ésta es la primera vez que nos amenaza en esa forma. ¡Qué todos los dioses se orinen desde lo más alto sobre todos los demonios extranjeros, en especial sobre esos libidinosos sin madre que no saben aceptar su legítimo salario y comportarse como personas civilizadas!

—¡Amén! —respondió el sargento Lee con gran fervor.

El había sido católico un tiempo, por haber asistido durante su juventud a una escuela de ese credo.

—Gran Montaña de Estiércol lo dijo con toda claridad esta tarde: resultados, o ... ¡a la frontera! donde no hay ni dónde orinar, ni traza de sueldo en treinta kilómetros a la redonda. ¡Ah, sí! ¡Qué todos los dioses nos protejan del fracaso!

—Sí —aprobó el cabo Ho, a nombre de todos, tomando nota en su libreta.

Este era un hombre de rasgos afilados. Estudiaba en la escuela nocturna para llegar a ser contador. El era el que llevaba los libros de la Hermandad y las minutas de sus asambleas.

-Hermano Mayor —interpeló-'el sargento Lee con cortesía—,

¿hay alguna recompensa establecida que podamos ofrecer a nuestros informadores? ¿Hay algún mínimo, o un máximo? :

—Sí —concedió Tang-po, y añadió con todo cuidado—. El Gran Dragón ha dicho que hay 100,000 de Hong Kong si en un plazo de tres días... —un silencio abrumador inundó el recinto ante la munificencia del premio—... la mitad por encontrar al Chen de la Casa Noble y la mitad por atrapar a los secuestradores. Además una gratificación de 10,000 al Hermano cuyo soplón entregue a uno o a los otros... Y una promoción.

—¿Hay 50,000 por Chen y otro igual por los secuestradores?

El que preguntaba era el cabo, que en su interior oraba en términos como éstos: "que los dioses me lo concedan". Sus compañeros hacían la misma clase de oración. Luego quiso cerciorarse:

—¿ Estoy en lo correcto, Hermano Mayor?

—*Dew neh loh moh*..., ¡eso fue lo que dije! —replicó Tang-po, aspirando el humo de su cigarrillo—.

¿Tienes las orejas llenas de pus?

—Oh no. Perdón, Honorable Señor. Por favor discúlpeme.

La mente de todos ellos estaba fija en la recompensa. El sargento Lee pensaba: ¡Uuuyyy, 10,000 y una promoción si en tres días...! ¡Ah! Si es en tres días, habrá tiempo para el Día de la Carrera, y entonces... ¡Qué todos los dioses grandes y pequeños me bendigan esta vez y una segunda vez en la quiniela doble del sábado!

Tang-po estaba consultando sus notas.

—Pasemos ahora a otros negocios, Gracias a la amabilidad de Daytime Ghang y del Honorable Song, la Hermandad puede usar sus duchas todos los días en el V y A entre las ocho y las nueve de la mañana no entre las siete y las ocho como antes. Las mujeres y concubinas por lista. Cabo Ho, usted arreglará esa lista.

—Escuche, Honorable Señor —intervino uno de los jóvenes detectives—. ¿Ha oído lo que hay sobre Vello Público Dorado?

—¿Qué cosa?

El joven refirió lo que Daytime Chang le había dicho esa mañana, cuando él había ido a las cocinas del hotel para el desayuno. Todos soltaron una carcajada insolente.

—¡Uuuuyyyy! ¡Imagínese eso! ¿Cómo el oro, verdad?

—-¿Se ha acostado alguna vez con una diabla extranjera, Honorable Amo?

—No. Nunca. No... ¡ufff! El solo pensarlo ... ¡ufff, no!

—A mí si me gustaría una —comentó Lee con un risa— ¡sólo para ver qué es qué!

Se rieron junto con él, pero uno intervino:

—Una entrada de jade es siempre una entrada de jade, pero dicen que algunas diablas extranjeras la tienen desviada...

—¡Yo he oído decir que algunas tienen la grieta atravesada!

—Honorable Señor» hay algo más —volvió a intervenir el joven detective, cuando se calmaron las risas—. Daytime Chang me pidió que le avisará que Vello Púbico Dorado tiene un tranmisor-receptor miniatura, lo mejor que él ha visto Jamás. Mejor que todo lo que tenemos aquí, incluso en la división especial. Lo lleva con ella a todas partes.

Tang-po lo miró con atención.

—Eso es interesante. ¿Por qué querría una diabla extranjera una cosa como ésa? Lee sugirió:

—¿Tendrá algo qué ver con las armas de fuego?

—No lo sé, hermano menor. ¿Mujeres con transmisor-receptor? ¡Interesante! No estaba entre su equipaje cuando los nuestros lo revisaron anoche, así que debe haber estado en su bolso de mano.

Bien, muy bien. Después de nuestra reunión, cabo Hó, dele un regalo a Daytime Chang... un par de rojos —un billete rojo era uno de 100 HK—. Por cierto que me gustaría saber para quién eran esos rifles —añadió pensativo—Cerciórese de que todos nuestos informantes sepan que también tengo mucho interés en eso.

—¿Estará involucrada la Casa Noble Chen en el asunto de las armas y coludido con estos dos demonios extranjeros? —propuso Lee.

—Creo que sí, Hermano Menor. Así lo creo. Sí. Otra curiosidad: mandar una oreja no es cosa civilizada... No tan pronto. No es civilizado en lo absoluto.

—¡Ah! Entonces, ¿piensa usted qué los licántropos sean demonios extranjeros? ¿O libidinosos intermedios? ¿O portugueses?

—No ló sé —comentó Tang-po en tono agrio—. Pero sucedió en nuestro distrito, así que, es asunto de prestigio personal para todos nosotros. Gran Montaña de Estiércol está muy furioso. Su prestigio

también está comprometido.

—¡Uuuyyy! —exclamó Lee—. Ese cerdo tiene un carácter inmundo...

—Sí. Quizá la información sobre el transmisor-receptor lo apacigüe... Creo que voy a pedir a todos mis Hermanos que vigilen a Vello Púbico Dorado y a su amigo el traficante de armas, por si acaso.

Ahora, queda todavía una cosa...—una vez más, Tang-po consultó su libreta—; ¡Ah, sí! ¿Por qué nuestra parte del club nocturno Happy Hostess ha bajado en un 30 por ciento?

—Acaba de pasar á manos de un nuevo propietario, Honorable Señor—explicó el sargento Lee, en cuyo territorio estaba ubicado el salón—. One Eye Pok lo vendió a un libidinoso de Shanghai llamado Wang... Happy Wang. Este dice que la Grasa Fragante está muy cara, que el negocio es malo, muy malo.

—*Dew neh loh moh* a todos los de Shanghai. ¿Realmente es malo?

—Ha bajado, pero no mucho. »

—Es cierto, Honorable Señor —confirmó el cabo Ho—. Yó estuve allí a medianoche para recoger *el* pago semanario adelantado, y el apestoso burdel apenas estaba Heno a medias.

—¿Había demonios extranjeros?

—Dos o tres, Honorable Séñor. Nadie importante.

—Dale al Honorable Happy Wang un mensaje de mi parte: tiene tres semanas para mejorar su'negocio. Después'volveremos a considerar nuestra posición. Cabo Ho, dígales a algunas de las chicas del Great New Oriental que recomienden el Happy Hóstess durante un mes más o menos... allí tienen muchos clientes que son demonios extranjeros... Además, dígale a Wang que pasado mañana llega un portaviones nuclear, el *Corregidor,* en plan de R y R —usó las iniciales inglesas para "reposo y recreación", que todos recordaban de la época de la guerra en Corea—... Le preguntaré a mi Hermano Dragón de Wanchai y de la zona de los (.muelles,! si Happy Wang puede mandar unas tarjetas de visita allá. ¡Un millar, más o menos, de bárbaros del País Dorado serían una buena ayuda con toda seguridad!. Van a permanecer aquí unos ocho días.

—Honorable Señor, lo haré esta noche —prometió el cabo Ho.

—Mi amigo de la policía tie marina me ha dicho que pronto

habrá numerosos buques de guerra, en plan de visita... Está incrementándose la Séptima Flota norteamericana —hizo un gesto indefinido— ...Según él se duplica su número. Los rumores que llegan del territorio continental aseguran que los soldados estadounidenses van a entrar a Vietnam con fuerza... Ahora mismo ya manejan una línea aérea allí... por lo menos. La tiene su triada de la CIA.

—¡Uuuyyy! Eso es bueno para los negocios. Tendremos que reparar sus barcos... y divertir a sus hombres. ¡Bueno, muy bueno para nosotros!

—Sí, muy bueno. Pero muy torpe de su parte. El Honorable Chou En-lai les ha mandado advertencias, muy corteses, durante meses, de que China no los quiere allí. ¿Por qué no escuchan? Vietnam es nuestro círculo bárbaro exterior. Es necio escoger esa inmunda selva y a esos bárbaros detestables para luchar contra ellos. Si China no ha podido someter a esos bárbaros del exterior durante siglos, ¿cómo podrán hacerlo ellosf —Tang-po se rió con ganas y encendió otro cigarrillo—. ¿Adónde se ha ido el viejo One Eye Pok?

—La visa permanente de ese viejo zorro expiró. El iba ya de salida en el próximo avión a San Francisco... él, su mujer y sus ocho hijos.

Tang-po se dirigió entonces a su contador: —¿Nos debía algún dinero?

—Oh, no, honorable señor. Había hecho todos sus pagos hasta el último día. El sargento Lee se encargó de eso.

—¿Cuánto le costó al viejo libidinoso? ¿ Me refiero a la visa...

—Facilitó la salida con un donativo de 3,000 de Hong Kong al cabo Sek Pun So, de la Inmigración, por recomendación nuestra. Pagó nuestro porcentaje. Le ayudamos también a encontrar al mercader en diamantes conveniente para convertir su riqueza en las mejores esterlinas disponibles —Ho consultó sus libros y explicó—. Nuestra comisión del 2 por ciento nos dejó 8,960 HK.

—¡Bien por el famoso; One Eye! —comentó Tang-po, alegrándose por su buena suerte—r. Ha sabido hacer las cosas bien para él. ¿Cuál fue su tarea de "servicios únicos" por la visa?

El sargento Lee explicó: —Un cocinero en un restaurante del barrio chino. Se llama The Good Eating Place, *oh ko,* yo he probado

su comida casera, lo mismo que el viejo One Eye. En realidad es muy mala.

—Va a contratar a otro que ocupe su lugar mientras él se dedica al negocio de bienes raíces, o al de apuestas y clubes nocturnos —ha dicho alguno—. ¡Uuuyyy! ¡Qué fortuna!

—Pero, ¿cuánto le costó su visa norteamericana?

—¡Ah! Un regalo de oro al paraíso —suspiró Ho—. He oído decir que pagó 5,000 dólares norteamericanos para que lo pusieran a la cabeza de la lista.

—¡Uuuyyy! Eso es más de lo acostumbrado. ¿Por qué?

—Parece que también está de por medio la promesa de un pasaporte estadounidense tan pronto cómo transcurran; los cinco años, sin demasiado asedio en cuanto al inglés... el viejo One Eye no habla inglés, como usted bien sabe....

—Esos libidinosos del País Dorado— exprimen, pero no están organizados. No tienen estilo...

¡ninguno! —comentó Tang-po con desprecio—. Una o dos visas por acá y por allá... cuando aquí todos sabemos que puede comprarse una si la persona se encuentra en el momento indicado, con la suma conveniente. Entonces, ¿por qué no lo hacen con propiedad, en una forma civilizada? ¡Veinte, visas a la semana... incluso cuarenta! ¡Todos estos demonios extranjeros están locos!

—*Dew neh loh moh,* pero usted tiene razón -r-convino el sargento Lee.

Su mente se confundía ante las posibles cantidades de dinero que podía lograr si fuera vicecónsul en el Consulado norteamericano de Hong Kong, en el departamento de visas. ¡Uuuuyyy!

—Debería haber una persona civilizada en ese cargo. Pronto estaríamos hechos unos mandarines y trabajando como policías en San Francisco —comentó Tang-po, mientras todos reían, a carcajadas con él; luego añadió con indignación—. Por lo menos deberían tener allí a un hombre, ¡no a alguien a quien le gusta sentir un, miembro excitado en la garganta o el suyo en la de otro!

Las carcajadas subieron de tono.

—Oigan —advirtió uno—, he sabido que su compañero es un joven demonio extranjero Stinknose Pork Belly de Obras Públicas ... Ustedes saben, el que vende permisos de construcción que no

deberían concederse.;

—Esas noticias son ya viejas, Chan, muy viejas. Ambos han ido ya en busca de praderas menos prudentes. Los últimos rumores son de que nuestro demonio de vicecónsul está relacionado con un joven —-el tono de voz de Tang-po se suavizó—... hijo de un contador destacado que es también un comunista prominente.

—¡Uuuyyy! Eso no es bueno—comentó el sargento Lee, que supo en el acto de quién se trataba.

—No —convino Tang-po—. Sobre todo porque, como supe ayer, el muchacho tiene un departamento clandestino a la vuelta de la esquina, ¡en mi distrito! Y mi distrito es el que tiene menor número de crímenes.

—Eso es verdad —confirmaron todos con orgullo.

—¿Convendría hablar con él, Hermano Mayor? —preguntó Lee.

—No. Limítense a tenerlo bajo vigilancia. Quiero saber todo acerca de estos dos. Todo. Incluso si eructan —Tangrpo suspiró, entregó a Lee la dirección y distribuyó las tareas—. Como todos ustedes están aquí, he decidido anticipar a hoy el día de paga de mañana. Abrió la gran bolsa que contenía los billetes. Cada, uno recibió lo correspondiente al salario de policía, más los gastos autorizados.

Trescientos HK como salario mensual» sin gastos,. no, era suficiente para un policía, si tenía que alimentar a una familia, aunque fuera pequeña, mantener un departamento reducido (ni siquiera de dos habitantes), con una llave de agua y sin servicios sanitarios, y mandar a un hijo a la escuela/Tampoco bastaba, si tenía que enviar algo dé dinero a la aldea nativa deKwantung, para ayudar a unos padres necesitados, o a las abuelas» las , madres, los tíos y los abuelos, muchos de los cuales, años y más años antes habían dado los ahorros dé su vida para contribuir a lanzarlo por el camino trillado de Hong Kong.

Tang-po había sido uno de ellos. Estaba muy orgulloso de haber sobrevivido al viaje, él solo, a los seis años de edad, haberse conseguido buenas relaciones y luego, a los dieciocho haber podido entrar á la policía. . . hacía treinta y seis años. Había prestado buenos servicios a la Reina, impecables en la fuerza policial; no había colaborado en absoluto con los japoneses durante la ocupación, y ahora estaba á cargo de una división clave dé la

colonia de Hong Kong. Respetado y rico, tenía urt hijo en lá Universidad; de San Francisco y otro que era dueño a medias de un restaurante en Vancouven A su familia en Kwantung no le faltaba lo necesario y, ló más importante de todo, su división de Tsim Sha Tsui era la que menos casos tenía sin resolver, en materiá de víctimas de robos, heridos; mutilados y guerras de triadas, que cualquier Otro distrito... y sólo tres asesinatos en cuatro años, todos resueltos, los culpables presos y sentenciados. Uno de ellos había' sido un demonio extranjero; marinero, que había matado al rival a causa1 de una chica de salón. En el distrito de Tang-po casi no había raterías, los pordioseros y los ladronzuelos ladinos nunca molestaban á un demonio extranjero turista, y por Cierto ésa era la zona turística más grande, dónde la policía tenía que proteger al mayor número de habitantes (más de 300,000 personas civilizadas) , de toda clase de maleantes y de sí mismos.

—¡Ah, sí! —se dijo Táng-po—. Si no fuera por nosotros, esos campesinos de cabeza dé alcornoque andarían estrangulándose unos a otros, presa del frenesí» entregados al pillaje y al asesinato. En esas circunstancias, el clamor de la muchedumbre iría siempre en aumento: ¡muerte a los demonios extranjeros! Ellos lo intentarían y así volveríamos a las insurrecciones de otros tiempos. ¡Qué vayan mucho al demonio todos los malhechores y los enemigos de la paz!

—Muy bien —dijo en tono afable—, volveremos a reunimos en tres días. He ordenado ya un banquete de diez platillos al establecimiento Great Food, de Chang. Mientras tanto, ponga cada uno el ojo en el orificio de los dioses y tráigame las respuestas. Quierp a los licántropos... y quiero que me devuelvan a John Chen. Sargento Lee, espere un momento. Cabo Ho, redacte las minutas y tráigame las cuentas mañana a las cinco.

—Sí, Honorable Señor.

Todos salieron. Tang-po encendió otro cigarrillo. Lo mismo hizo el sargento Lee. Tang-po tosió.

—Debes dejar de fumar, Hermano Mayor.

—¡Tú también! —repuso Tang-po, encogiéndose de hombros. Es mi suerte: si debo irme, debo irme.

Es el hado. Aún así, por amor a la paz, he dicho a mi Esposa Principal que dejé de fumar. No hace más que molestar y molestar y molestar.

—Enséñame una que no lo haga y resultará ser varón, con el trasero sucio.

Los dos rieron de buen grado.

—Esa es la verdad. ¡Ah sí! La semana pasada me insistió en que viera a un doctor y, ¿sabes qué dijo el libertino sin madre? Me dijo: será mejor que dejes de fumar, viejo amigo, o acabarás por no ser más que un montón de cenizas en una urna funeraria, antes que .cumplas veinte lunas más, y puedo garantizarte que tu Esposa Principal se dedicará a gastar todo tu dinero en chicos fáciles, y tu concubina a saborear los frutos de otro ...

—¡Él muy cerdo! ¡Oh, qué cerdo!

—Sí. En realidad me asustó... sentía que sus palabras me llegaban directas a la bolsa secreta... Pero tal vez decía la verdad.

Sacó un pañuelo, se limpió la nariz. Su respiración era jadeante. Carraspeó con energía y escupió en el recipiente.

—Escúchame, Hermano Menor, nuestro Gran Dragón dice que ha llegado la hora de organizar al contrabandista Yuen, a White Powder Lee y a su primo Four Finger Wu.

El sargento Lee lo contempló estupefacto. Estos tres hombres eran considerados los Grandes Tigres del comercio de opio en Hong Kong. Importadores y exportadores. Responsables del uso local de la droga y, según los rumores,.también de las exportaciones al País Dorado, donde estaba el dinero en grande. El opio se introducía por conductos secretos y se convertía en morfina y heroína.

—¡Malo, muy malo! Nunca nos habíamos metido con este comercio.

—Así es —comentó Tang-po en tono cauteloso.

—Eso podría ser muy peligroso. La rama .de narcóticos sé opone con toda energía. El mismo Gran Montaña de Estiércol tiene gran interés en atrapar a ésos tres... un maldito interés.

Tang-po clavó la mirada en el techo. Luego dijo:

—El Gran Dragón lo explicó en esta forma: una tonelada de opio en el Triángulo Dorado cuesta 67,000 dólares norteamericanos. Cambiada en la maldita morfina y luego en la inmunda heroína, diluida al 5 por ciento, que es la concentración usual en las calles del País Dorado, y vendida allá, tienes casi un valor de 680 millones de dólares norteamericanos. ¡Con una tonelada de opio!

Táng-po tosió y encendió otro cigarrillo. El sudor le corría a Lee

por la espalda.

—¿Cuántas toneladas pueden pasar por las manos de esos tres hijos dé ramera?

—No lo sabemos, pero a él le han dicho que son cerca de 380 toneladas anuales lo que se cultiva en todo el Triángulo Dorado: Yunnan, Birmania, Laos y Tailandia. Gran parte de esas cosechas llega aquí. El dijo que manejaban unas 50 toneladas. Está seguro de 50 toneladas.

—*¡Oh ko!*

—Sí —Tang-po sudaba también—. Nuestro Gran Dragón dice que debemos invertir en ese negocio ahora mismo. Va a crecer más y más. El tiene un plan para poner de nuestra parte a la Infantería de Marina...

—*Dew heh loh moh,* no es posible fiarse de esos desgraciados vagabundos de los mares.

—Fue lo que yo le dije, pero él me aseguró que los necesitamos y que podemos confiar en unos cuantos, selectos; ¿quién más podría arrebatar e interceptar una muestra de un 20 por ciento ... incluso de un 50 por ciento para pacificar a Montaña de Estiércol en persona en momentos bien previstos? —

Tang-po volvió a escupir con destreza—. Si podemos contar con la Infantería de Marina, la rama de narcóticos y la camarilla dé los tres, nuestro actual *h'eung yau* sería como una orina de infante en medió de la bahía.

Se produjo un silencio ominoso en el recinto.

—Tendríamos' que reclutar huevos miembros y eso siempre es peligroso.

—Sí.

Lee se acercó a la tetera, se sirvió un poco de te dé jazmín... el sudor ya le corría por toda la espalda.

El aire, denso de humo era ya nauseabundo y agobiante. Esperó.

—¿Qué piensas, Hermano Menor?

Estos dos hombres no tenían entre sí ningún parentesco, pero usaban en su trato la etiqueta china, porque habían confiado el uno en el otro durante más de quince años. Lee había salvado la vida a su superior en las reyertas de 1956. Tenía a la sazón 35 años, y su heroísmo en medio de aquellos tumultos le había ganado una medalla de la policía. Era casado y tenía tres hijos. Había prestado

ya dieciséis años de servicios en la fuerza policial y toda su paga eran 843 HK al mes. Para ir al trabajo tomaba él tranvía. Si no hubiera completado sus ingresos con ayuda de la Hermandad, como el resto de los colegas, habría tenido que caminar o hacer el recorrido en bicicleta casi a diario. El tranvía tardaba dos horas.

—Creo que la idea es pésima —comentó—. Las drogas, cualquier droga, son una mierda... sí, muy mala mierda. El opio es cosa mala, aunque sea buena para ancianos... el polvo blanco, la cocaína, es cosa mala, pero no tanto como los jeringazos de la muerte. Sería mal hado negociar con jeringazos de muerte.

—Lo mismo le he dicho yo.

—¿Vas a obedecerlo?

—Lo que es bueno para un Hermano debe serlo para todos —contestó Tang-po pensativo, sin querer comprometerse con una respuesta.

Una vez más, Lee esperó. No sabía cómo se elegía a un Dragón, ni cuántos eran en número exacto, ni quién era el Gran Dragón. Lo único que sabía era que su Dragón era Tang-po, un hombre prudente y cauteloso, a quien preocupaban los intereses de los demás.

—Me dijo también que a uno o dos de nuestros demonios extranjeros superiores se les está irritando la piel por razón de su tajada de dinero de apuestas.

Lee escupió con repugnancia.

—¿Qué hacen esos hijos de ramera para merecer su parte? Nada, excepto cerrar los malditos ojos.

Nada, si se exceptúa a la Víbora.

La Víbora era el sobrenombre del Inspector en Jefe, Donald C. C. Smyth, que había organizado en forma manifiesta su distrito de Aberdeen del Este y vendido favores y protección en todos los niveles, enfrente de sus subalternos chinos.

—¡Áh, ése! Valdría la pena empujarlo por una alcantarilla, ¡inmundo! Aquellos a quienes paga, que están por encima de él no tardarán en ser incapaces de cubrir su inmundicia, y la peste se extenderá sobre todos nosotros.

—Deberá jubilarse en un par de años —comentó Lee en tono sombrío—. Tal vez siga manteniendo su influencia entre todos los peces gordos hasta la hora de retirarse, y éstos no puedan hacer

nada. Sus amigos están en cargos muy elevados... Es lo que se dice.

—Y, ¿mientras tanto? —preguntó Tang-po.

Lee suspiró.

—Mi consejo. Hermano Mayor, es ser cauteloso. No hacerlo si puede evitarse. Si no puedes .. :. —se encogió de hpmbros—... ¡será el hado! ¿Es ya cosa decidida?

—No Todavía no. Se mencionó en nuestra reunión semanal, como tema de consideración.

—¿Ha habido ya algún sondeo con la camarilla de los tres?

—Tengo entendido que White Powder Lee dio el primer paso, Hermano Menor. Parece que los tres van a unirse íntimamente.

Lee se quedó sin habla. Luego interrogó:

—¿Con juramento de sangre?

—Así parece.

—¿Van a trabajar juntos? ¿Esos demonios infernales?

—Eso aseguran. Te apuesto a que el viejo Four Finger Wu será el Tigre Máximo.

—¡Uuuyyy! ¿Ese tal? Dicen que ha asesinado a cincuenta por su propia mano —comentó Lee con voz lúgubre.

Ante la idea de semejante peligro, se estremeció de pavor.

Deben de tener unos trescientos gorilas en su nómina. Lo mejor para todos nosotros sería que los tres estuvieran muertos... o detrás de las rejas.

—Sí, pero mientras tanto, White Powder Lee asegura que están preparados para extender sus operaciones y que pueden *garantizamos* una recompensa gigantesca, a cambio de una pequeña cooperación de parte-nuestra.

Tang-po se alisó la ceja, volvió a toser y encendió otro cigarrillo.

—Escúchame, Hermanito —le dijo luego en voz muy suave—. El jura que se les ha ofrecido una fuente muy importante de dinero norteamericano, en efectivo y en documentos bancarios, y un gran mercado de menudeo para sus productos allá, con base en ese lugar llamado Manhattan___

Lee sintió que el sudor le empapaba la frente¿

—¿Un mercado de menudeo allá... ¡uuuyyy! Eso significa millones. ¿Lo garantizarán? i

—Sí, y lo que nosotros tenemos que hacer es muy poco. Sólo cerrar los ojos y cerciorarnos: de que la Infantería de Marina y la

División de Narcóticos se apoderan sólo de los embarques debidos, y cierren los ojos cuando tienen obligación de hacerlo. ¿No está escrito en los libros antiguos: "Si no exiges, el relámpago caerá sobre ti"?

Otra vez el silencio. i:

—¿Cuándo deberá: la decisión... cuándo va a decidirse esto?

—La semana próxima. Si la decisión es afirmativa, la corriente de los intercambios comerciales tardará meses en organizarse» tal vez un año —Tang-po miró el reloj de pared y se levantó—. Es hora de nuestra ducha. Nighttime Song tiene preparada una cena para nosotros, después de eso.

—¡Aaahhh! ¡Muy bueno! —con una sensación de incomodidad, Lee apagó la única luz del techo; luego preguntó—. Y... ¿si la decisión es negativa?

Tang-po aplastó el resto de su cigarrillo y tosió.

—Si no... —se encogió de hombros—. No tenemos más que una vida, a pesar de los dioses. Es pues nuestro deber pensar en las familias. Una de mis buenas relaciones es un capitán de Four Finger Wu...

11
8:30 p.m.

—Hola, Brian —saludó Dunross—. Bienvenido.

—'ñas noches, tai-pan, felicidades. Es una gran noche para una fiesta —comentó Brian.

Un mesero de librea surgió de un lugar indefinible, y el investigador policial aceptó una copa de champaña servida en fino cristal. Luego dijo:

—Gracias por haberme invitado.

—Eres muy bienvenido.

Dunross se hallaba de pie, junto a la puerta del salón de baile de la Gran Casa, erguido y apuesto. A pocos pasos de él, Penélope saludaba a otros invitados. El gran salón, a medio llenar, se comunicaba a unas amplias terrazas, llenas de gente y alumbradas por reflectores, desde donde podían verse los jardines, donde la mayoría de las damas, con llamativos vestidos y los nombres con traje de etiqueta formaban grupos de pie, o se sentaban en torno a unas mesas redondas. La caída de la noche había traído consigo una brisa fresca.

—Penélope querida —la llamó Dunross—, ¿recuerdas al superintendente Brian Kwok?

—¡Por supuesto! —respondió ella, abriéndose paso en esa dirección con su bella sonrisa, pero sin tener la menor idea de la persona—. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias... ¡Felicidades!

—Gracias. Por favor, siéntase como si estuviera en su casa. La cena será a las nueve quince. Claudia tiene las listas de los lugares, en. caso de que usted haya perdido su tarjeta. ¡Oh! Perdóneme un momento ...

Se dio vuelta para detener a otros invitados. Sus ojos trataban de estar presentes en todo lugar, para ver que todo funcionara bien y que nadie estuviera solo... aunque en el fondo de su corazón sabía que si se producía un desastre, ella no tenía nada que hacer, que los demás se encargarían de que todo se remediara;

—Eres muy afortunado, Ian —comentó Brian Kwok—. Ella se ve más joven cada año.

—Sí.

—Así que... ¡este brindis es por otros veinte añosl ¡Salud!

Sus copas se tocaron. Habían sido amigos desde principios de los años cincuentas, cuando se habían encontrado en la primera carrera de ascenso a la colina y desde entonces habían sido también amistosos rivales... y miembros fundadores del Club de Tertulia y Autos Deportivos de Hong Kong.

—¿Y tú, Brian? ¿Ninguna amiga especial? ¿Llegas solo?

—Me mantengo en guardia —Brian Kwok bajó la voz—. La verdad es que he decidido quedarme soltero para siempre.

—¡Estás soñando! Este es tu año. Eres la presa codiciada de Hong Kong. Hasta Claudia te tiene puestos los ojos. ¡Eres hombre al agua, viejo colega!

—¡Santo Dios! —Brian interrumpió la broma un momento—. Oye, tai-pan, ¿podría hablar durante un par de minutos en privado contigo esta noche?

—¿John Chen? —preguntó Dunross.

—No. Ya tenemos a todos nuestros hombres empleados en eso, pero aún no hay nada. Se trata de otra cosa. —¿Negocios? —Sí.

—¿Qué tan privados? —Muy privados.

—Muy bien —concedió Dunross—. Te buscaré después de la cena. ¿Qué te par.

Una explosión de risas los hizo mirar en torno suyo. Casey estaba de pie en el centro de un grupo de admiradores, entre ellos Linbar Struan, Andrew GaVallan y Jacques deVille... inmediatamente después de una de las grandes puertas francesas que conducían a la terraza.

—¡Uuuyyy! —musitó Brian Kwok.

—¡Y vaya..! —convino Dunross, haciendo un gesto.

Tenía puesta una falda entallada que le llegaba hasta los pies, color verde esmeralda, de ajuste perfecto al cuerpo.

—¡Santo Dios! ¿Está o no está?

—¿Qué cosa?

—Desnuda por debajo...

—Buscad y hallaréis.

—Me agradaría. Es sensacional.

—Opino lo mismo —convino Dunross—. Pero aseguraría que el 100 por ciento de las demás mujeres no están de acuerdo.

—Sus pechos son perfectos. Puedes verlos.

—La verdad es que no puedes. Todo es cuestión de tu mente.

—Apostaría a que no hay otro par en Hong Kong comparable a ése.

—Cincuenta dólares contra efectivo policial a que te equivocas... Con tal que incluyamos también a las euroasiáticas. —¿Cómo podemos probar quién es el ganador? —No podemos. En realidad yo mismo soy hombre de tobillos. —¿Qué dijiste?

—El viejo tío Chen-Chen solía decir: "Fíjate primero en los tobillos, hijo mío, luego podrás decir su raza, cómo se comporta, cómo cabalga y cómo ... comó cualquier potranca. Pero recuerda, ¡todos los cuervos que hay bajo el cielo son negros!"

Brian Kwok hizo una mueca inteligente, junto con él, y luego agitó la mano saludando a alguien en forma, amistosa. Al otro lado del salón, un hombre alto, de edad a juzgar por el rostro, le devolvía el saludo. A su lado se hallaba una mujer de belleza extraordinaria, alta, de cutis claro y ojos grises. Ella también saludó con júbilo.

—Bueno, ¡ahí tienes a una belleza inglesa en su mejor forma!

—¿Quién es? ¡Ah! Fleur Marlowe. Sí, sí, lo es. No sabía que conocieras a los Marlowes, tai-pan.

—¡Lo mismo te digo yo! Los conocí esta tarde, Brian. ¿Tú los conoces desde hace tiempo?

—Más o menos un par de meses. El es grato en nuestro medio.

—¿Ah, sí?

—Estamos enseñándole los trucos. —¿Deveras? ¿Por qué?

—Hace unos meses escribió al comisario y dijo que venía de Hong Kong con el ánimo de estudiar para escribir una novela, y solicitó nuestra cooperación. Parece que el Viejo por casualidad había leído su primera novela y había visto algunas de sus películas. Por supuesto, investigamos sus antecedentes y parece que todo está en orden —los ojos de Brian Kwok volvieron a posarse en Casey^—. El Viejo pensó que podría servirnos tener una imagen mejor ante el mundo, así que mandó decir que, dentro de ciertos límites, Peter estaba aprobado y que se le enseñaría el lugar —una mirada fugaz a Dunross, con una sonrisa inteligente—... ¡A nosotros no nos toca

averiguar por qué!

—¿Cuál fue su libro anterior?

—Se llamaba *Changi.* Se refiere al tiempo que fue prisionero de guerra. El hermano del Viejo murió allí, por eso supongo que puso el dedo en la llaga.

—¿Lo has leído tú? f

—Yo no. ¡Tengo demasiadas montañas que subir! Hojee unas páginas. Peter asegura que es ficción, pero yo no lo creo —Brian Kwok ríe—. Sin embargo, sí puede beber cerveza. ?Lpbert lo invitó a un par de sus Cien Pintas y las aguantó hasta el final.

Unas Cien Pintas era una fiesta que organizaban los policías, para la cual compraban un barril de cien pintas de cerveza. Cuando ésta se acababa, la fiesta se daba por terminada.

Los ojos de Brian Kwok estaban dándose un banquete con Casey. Dunross se preguntó por millonésima vez por qué los asiáticos se inclinaban a las anglosajonas y los anglosajones a las asiáticas.

—¿A qué viene Ja sonrisa, tai-pan?

—Ninguna razón especial. Pero, Casey no. está mal en absoluto, ¿verdad?

—Cincuenta dólares a que es *bat jam gai,* ¿sí?

Dunross lo pensó un momento, ponderando la apuesta con cuidado. *Bat jam gai* significaba literalmente carne blanca de pollo. Era el modo de hablar de los cantoneses para referirse a mujeres que se afeitaban el vello púbico.

—¡Aceptado! Pero te equivocas, Brian. Ella es *see yau gai* —esto quería decir pollo de soya. O, si quieres, en su caso, rojo, tierno y bien condimentado. ¡Tengo los informes de la máxima autoridad!

Brian rió y dijo:

—Preséntame.

—Preséntate tú. Tienes más de veintiún años. —Te dejaré ganar la subida a la colina el domingo. —

¡Estás soñando! Ya te veo arrancar y ... ¡allá vas! No me dejarás nada. . .

—¿Qué probabilidades me das? —¡Estás bromeando!

—No se pierde nada con preguntar. ¡Santo Dios! Cómo me gustaría tener ascendiente sobre ella.

¿Dónde está el afortunado, señor Bartlett?

—Creo que está en el jardín. Le encomendé a Adryon que lo,

atendiera. Perdóname un momento… Dunross se apartó, para saludar a una persona a la que Brian Kwok no reconoció.

Más de 150 invitados habían llegado ya y se les había saludado personalmente. La cena estaba preparada para 217 personas. Para cada una había un asiento seleccionado con todo cuidado, de acuerdo con la categoría del invitado y las costumbres, en mesas redondas bien puestas y alumbradas con velas en los prados de la residencia. En los pasillos y vestíbulos había velas y candeleras y camareros de librea que ofrecían champaña en copas de cristal cortado, o salmón ahumado y caviar en bandejas de plata y soperas.

Una pequeña banda tocaba ya en el estrado. Brian Kwok pudo ver tinos Cuantos uniformes entre los trajes de etiqueta. Gente del ejército, la marina y la aviación norteamericana y británica. No era sorprendente el que predominarán los europeos. Esa fiesta era estrictamente para el circuló británico interno que gobernaba el Distrito Central y que era el bloque poderoso de la Colonia, para sus amigos de raza blanca y unos cuantos euroasiáticos, chinos e hindúes muy especiales. Brian Kwok pudó reconocer a la mayoría de los invitados: Paul Havergill, del Banco Victoria de Hong Kong, el Viejo Sir Samuel Samuelts, tai-pan multimillonario de veinte compañías de bienes raíces, bancos, transbordadores y correduría de bolsa. Estaba también Christian Toxe, director del periódico *China Guardian,* en amena conversación con Richard Kwang, presidente del banco Ho-Pak. El multimillonario naviero V. K. Lam, que hablaba con Phillip y Dianne Chen a quienes acompañaba su hijo Kevin. El norteamericano Zeb Cooper, heredero de Cooper Tillman, la más antigua compañía comercial norteamericana, que escuchaba con atención a Sir Dunstan Barre, tai-pan de Hong Kong and Lan Tao Farms. Brian Kwok observó a Ed Langan, el hombre del FBI, en medio de los convidados. Esto le causó sorpresa. No tenía noticia de que Langan ni Stanley Rosemont, con quien hablaba, director adjunto del personal de vigilancia para China de la CIA, fueran amigos de Dunross.

Dejó pasear sus ojos por el grupo de hombres y por los grupos de sus respectivas esposas, en su mayoría separados.

Todos están aquí —pensó—; todos los tai-pans, con excepción de Gornt y Plumm. Aquí están todos los piratas, en su odio incestuoso, rindiendo homenaje a El tai-pan. ¿Quién es el espía, el traidor, el

contralor de Sevrin... *¿Arthur?* ¡Tiene que ser europeo! Apuesto a que está aquí. Y voy a atraparlo. ¡Sí! Lo atraparé... pronto... ahora que tengo noticia de él.

Lo atraparemos... a él y a todos ellos —pensó con ánimo lúgubre. Y atraparemos a estos villanos con las manos en la masa, y proscribiremos sus piraterías para el bien común.

—¿Champaña, Honorable Señor? —preguntó el mesero en cantones, con una amplia sonrisa. Brian aceptó una copa llena. —Gracias.

El mesero hizo una inclinación para ocultar los labios. —El tai-pan traía entre sus papeles un expediente de cubierta azul, cuando llegó esta tarde —-musitó a toda prisa.

—¿Hay alguna caja fuerte aquí, algún escondrijo secreto? —preguntó Brian con la misma cautela en el mismo dialecto.

—Los sirvientes dicen que en su oficina, en el piso superior —contestó el aludido.

Se llamaba Wine Waiter Feng y era un miembro de la red secreta de Servicios Especiales de Inteligencia. Su disfraz como mesero en la compañía que se encargaba de todas las mejores fiestas de Hong Kong le concedía un valor especial.

—...es posible que esté detrás de la pintura, según he oído...

Se interrumpió de pronto y cambió a un inglés pidgin:

—¿Champigini, seño...? Preguntó, apretando la dentadura y presentando la bandeja a la diminuta dama euroasiática que se les acercaba. Luego añadió: —Weri, weri de primera...

—A mí no me andes "seño-reando", cachorro impertinente —protestó la aludida con aspereza en cantonés.

—Sí, Honorable tía abuela. Perdón, Honorable tía abuela —una amplia sonrisa y desapareció.

—Así que ... joven Brian Kwok —se introdujo la anciana, levantando la cara para mirarlo.

Se trataba de Sarah Chen, la tía de Phillip Chen, de ochenta y ocho años. Una mujer avispada y diminuta, de piel blanca y pálida, con ojos asiáticos que iban y venían con agilidad. A pesar de que parecía frágil, andaba muy erguida y era de un ánimo muy vigoroso.

—...me alegra verlo. ¿Dónde está John Chen? ¿Dónde está mi pobre sobrino-nieto?

—No lo sé, gran dama —repuso él con toda cortesía.

—¿Cuándo va a rescatar a mi sobrino-nieto Número Uno?

—Pronto. Estamos haciendo ya todo lo que podemos.

—Muy bien. Pero no le impida al joven Phillip pagar el rescate en privado, si quiere hacerlo. Encárguese de eso.

—Sí. Haré lo que pueda., ¿Está aquí la esposa de John?

—¿He? ¿Quién? ¡Levante la voz, jovencito!

—¿Está aquí Bárbara Chen?

—No. Vino más temprano, pero tan pronto como esa mujer;llegó, sintió dolor de cabeza y se retiró.

¡Ah! No la culpo en absoluto —sus viejos ojos brillantes contemplaban a Dianne Chen, al otro lado del salón—. ¡Oh, esa mujer! ¿La vio usted hacer su entrada?

—No, Gran Dama.

—¡Uf! Como si fuera la señora Nellie Melba en persona. Irrumpió con el pañuelo sobre los ojos, arrastrando a su. hijo mayor Kevin ... no me gusta ese muchacho... mientras mi pobre sobrino Phillip los seguía como un cocinero de segunda clase. ¡Uf! La única vez que 158

Dianne Chen deveras lloró fue en el colapso económico del '56, cuando sus acciones bajaron, perdió una fortuna y se le vaciaron los cajones. ¡Ja! Mírela ahora, ¡atildándose y pretendiendo estar perturbada, cuando todos sabemos que no es más que una actuación teatral, como si ya fuera lá Emperatriz Dowager! ¡Bien podía yo pellizcarle las asentaderas! ¡Es repugnante! —ˆvolvió a fijar la mirada en Brian Kwok—. Usted vea el modo de encontrar a mi sobrino-nieto John . . . ¡No quiero que esa mujer o su cachorro mimado *loh-pan* nuestra casa! —Pero, ¿puede él ser *tai-pan?*

Ambos rieron a una. Muy pocos europeos sabían que, aunque *tai-pan* significaba gran jefe, en épocas pasadas de China, un *tai-pan* era el título que se daba en la conversación ordinaria al hombre que estaba a cargo de un lupanar o de un excusado publico. Por eso, ningún chino se daría a sí mismo el título de *tai-pan,* sino sólo el de *loh pan,* que también significaba gran jefe o jefe supremo. A los chinos y a los euroasiáticos les divertía mucho que los europeos disfrutaran mucho llamándose *tai-pan* y pasando por alto el título correcto.

—Sí, si es el *pan* indicado —contestó la anciana, y ambos

ahogaron una risa maliciosa—-. ¡Usted vea de encontrar a mi John Chen, joven Brian Kwok!

—Sí. Sí lo encontraremos.

—Bueno. Ahora dígame, ¿qué probabilidades le ve a Golden Lady para el sábado?

—-Buenas, si el camino está seco. En proporción de tres a uno, vale un montón de dinero. Pero observe a Noble Star... esa potranca también tiene buena probabilidad.

—Bueno. Después de la cena venga a verme. Quiero hablarle.

—Sí, Gran Dama.

Brian Kwok sonrió al verla alejarse. Sabía que lo único que deseaba era actuar corno agente matrimonial para alguna sobrina-nieta.

¡Uuuyyy! Tengo que hacer algo al respecto... pronto —pensó.

Los ojos de Brian volvieron a clavarse en Casey. Gozaba con las miradas de reprobación que le lanzaban todas las demás mujeres... y con la cautelosa admiración disimulada que le mostraban todos los acompañantes de ellas. Luego Casey echó una ojeada y alcanzó a ver cómo la observaba desde el otro lado del salón, y ella también lo vio con atención por un momento, en plan de franco avalúo.

Dew neh lóh moh —pensó, sintiéndose incómodo y hasta cierto punto desvestido por ella. Me gustaría poseer a ésa. Luego notó que Roger Crosse y Armstrong estaban a su lado. Hizo un esfuerzo por concentrarse y avanzó hacia ellos.

—toas noches, señor.

—'ñas noches, Brian. Eres una persona muy distinguida.

—Gracias, señor —sabía muy bien que de nada servía devolverle el cumplido. Tengo entrevista con el tai-pan después de la cena. —Bueno. Tan pronto como lo hayas visto, ven a hablar conmigo. —Sí, señor.

—Así que... ¿te parece que la chica norteamericana es impresionante?

—Sí, señor...

Al dar esta breve respuesta, suspiró en su interior, olvidando que Crosse sabía leer los labios en inglés, francés y algo en árabe (no hablaba dialectos chinos), y que su percepción óptica era excepcional.

En realidad yo la encuentro más bien provocativa —observó

Crosse.

—Sí, señor...

Notó que Crosse se concentraba en los labios de la chica. Estaba seguro de que el Viejo podía oir su conversación desde el otro lado del salón, y le enfurecía no haber desarrollado esa habilidad.

—Parece tener pasión por las computadoras —Crosse volvió a observar a sus dos interlocutores y dijo de pronto—... Seré curioso, ¿qué fue?

—Sí, señor.

—Preguntó, ¿qué dijo Wine Waiter Feng?; Brian se lo explicó.

—Muy bien. Me encargaré de que lo recompensen. No esperaba ver a Langan y a Rosemont aquí.

—-Podría ser mera coincidencia, señor —sugirió Brian— Ambos son buenos apostadores, y ambos han estado en el palco del tai-pan.

—No confió en las coincidencias —opuso Crosse—¿ Por lo que toca a Langan, huelga decir que no saben nada... ninguno de ustedes.

—Sí, señor.

—Bueno. Tal vez sea preferible que los dos se ocupen en nuestros negocios.

—Sí, señor.

Con una sensación de alivio, los hombres se dieron vuelta para alejarse, pero los detuvo un murmullo general. Todos los ojos se fijaron en la entrada. Allí estaba Quillan Gornt, con sus negras cejas y su negra barba, consciente de que su presencia era notoria. Los demás invitados se apresuraron a reanudar su conversación, apartando la vista, pero manteniendo los oídos muy atentos.

Crosse susurró:

—Y éste. ¿qué está haciendo aquí?

—Apuesto cincuenta contra uno a que no se propone nada bueno —respondió Kwok, no menos sorprendido.

Vieron cómo Gornt entraba al salón y extendía la mano, primero a Dunross y luego a Penélope, qué estaba a su lado. Claudia Chen, que estaba cerca, se sintió sacudir con fuerza y se preguntó cómo podría reorganizar la mesa de Dunross en un plazo tan corto, puesto que a Gornt habría que sentarlo allí.

—Espero que no te importe que haya cambiado de parecer en el último momento —dijo Gornt; en su boca había una sonrisa.

—En lo absoluto —replicó Dunross; en su boca también había una sonrisa.

—Buenas noches, Penélope. Sentí la obligación dé presentarte mi felicitación personalmente.

—Muchas gracias —contestó ella; su sonrisa era imperturbable pero el corazón le palpitaba con fuerza—. Yo... yo sentí mucho cuando tuve noticia de lo de tu esposa.

—Gracias.

Emelda Gornt había estado artrítica y atada a una silla de ruedas durante varios años. A principios de año había sido víctima de una pulmonía que le había traído la muerte.

—Fue muy desafortunada —siguió comentando Gornt; luego miró a Dunross—. Mal hado el de John Chen, también.

—Muy malo.

—Supongo que leyeron lá *Oazette* de la tarde.

Dunross asintió con la cabeza. Penélope comentó:

—Es suficiénte para llenar de pánico a cualquiera.

Todos los diarios de la tarde habían aparecido con grandes titulares y una amplia exposición de la oreja mutilada y de los licántropos. Se produjo entre los tres una pausa silenciosa. Penélope se apresuró a interrumpirla:

—¿Están bien tus hijos?

—Sí. Annagrey irá a la Universidad de California en septiembre... Michael está aquí, pasando las vacaciones de verano. Ambos están en magnificas condiciones, me alegra comprobarlo... ¿Y los de ustedes?

—Están muy bien. Yo sí querría que Adryon fuera también a la universidad pero, ¡oh Dios! Los chicos son gente difícil en esta época, ¿no te parece?

—Creo que siempre lo fueron —una débil sonrisa se dibujó en los labios de Gornt—. Mi padre no dejaba de comentar lo difícil que yo era—volvió a mirar a Dunross.

—A propósito, ¿cómo está tu padre?

—Sano y animoso, lo digo con placer. El clima inglés le sienta bien. Eso dice él. Vendrá a pasar la Navidad.

Gornt aceptó una copa de champaña que le ofrecían. El mesero se amedrentó ante su mirada y luego huyó. Gornt levantó la copa y dijo:

—Por una vida feliz. Mis parabienes.

Dunross devolvió el brindis, sin acabar de salir del asombro de que hubiera decidido venir. Sólo por cortesía y prestigio se habían enviado invitaciones formales a Gornt y a los demás enemigos. Lo único que se esperaba de ellos era una excusa gentil... De hecho, Gornt ya la había presentado.

¿Por qué está aquí.

Ha venido por algún placer perverso —pensó Dunross—. Igual que su malvado padre. Esa debe de ser la razón. Pero, ¿por qué? ¿Qué maleficio ha lanzado sobre nosotros? ¿Bartlett? ¿Será a través de Bartlett?

—Este es un salón encantador, de hermosas proporciones —comentaba Gornt—. La casa entera es encantadora. Siempre te he envidiado por ella.

¡Claro, desgraciado, lo sé! —pensó Dunross furioso, recordando la última vez que alguno de los Gornt había estado en la Gran Casa. Había sido diez años antes, en 1953, cuando el padre de lan, Colín Dunross era todavía El tai-pan. Había sido con motivo de la fiesta de Navidad de Struañ, que por tradición era la mayor de la temporada, y Quillan Gornt había llegado con su padre William, a la sazón tai-pan de Rothwell-Gornt. También esa vez se habían presentado en forma inesperada.

Después de la cena se había producido un choque violento y público entre los dos tai-pans en el salón dé billares, donde más o menos una docena de los hombres se habían reunido para un juego. Había sido entonces cuando Struan acababa de sufrir el revés de que los Gornt y sus amigos de Shanghai arruinaran su intento de apoderarse con la compañía South Orient Airways, que había quedado disponible, con motivo de la conquista comunista de China continental. Está línea alimentadora monopolizaba todo el tráfico aéreo que comunicaba en ambos sentidos a Shanghai con Hong Kong, Singapur, Taipei, Tokio y Bangkok, y que si se unía con Air Struan, su línea aérea incipiente, haría que Struan tuviera un monopolio práctico de comunicaciones locales en el Lejano Oriente, con base fuera de Hong Kong. Ambos jefes supremos sé habían lanzado acusaciones mutuas de operaciones: sucias ... Las acusaciones de uno y otro eran verdaderas.

Sí —se dijo lan Dunross—, en esa ocasión los dos hombres

llegaron al límite. William Gornt había tratado por todas las formas posibles de establecerse en Hong Kong, después de las enormes pérdidas de Rothwell-Gornt en Shanghai, y cuando Colín Dunross supo que Struan no podía prevalecer, había arrebatado de las garras de William Gornt la compañía South Orient, inclinando todo su peso hacia un grupo cantonés que para él era seguro.

—Y lo hiciste, Colín Dunross, lo hiciste. Caíste en la trampa, pero ahora ya no podrás detenernos —había rugido con maligna satisfacción William Gornt—. Ahora estamos ya aquí para quedarnos, y te arrojaremos de Asia, a ti y a tu maldita Gasa Noble; ¡South. Orient no es más que el principio! ¡Hemos ganado!

—¡Has ganado mierda! El grupo Yan-Wong-Sun está asociado con nosotros. Tenemos un contrato.

—Queda anulado en virtud de esto —William Gornt había hecho una seña a Quillan, su hijo mayor y heredero legal, y éste había sacado la copia de un convenio— ¡Este contrato está celebrado entre el grupo Yan-Wong-Sun, que son nominatarios del grupo Tso-Wa-Feng —opuso radiante—, el cual a su vez es nominatario de Ta-Weng-Sap, quien nos ha vendido el control de South Orient a Rothwell-Gornt por un dólar más del costo original! —Quillian Gornt había puesto el documento sobre la mesa de billar en un gesto elegante y triunfador. ¡South Orient es nuestro!

—¡No puedo creerlo!

—Puedes creerlo y... ¡feliz Navidad!

William Gornt había dejado escapar una carcajada llena de desprecio y luego se había retirado. Su hijo Quillan había vuelto a poner en el armario su taco de billar, también muerto de risa. Ian Dunross había permanecido junto a la puerta.

—Un día seré dueño de esta casa, —le había musitado Quillan al salir; luego se había dado vuelta y dirigiéndose a los demás había dicho—. Si cualquiera de ustedes necesita empleos, venga con nosotros. Pronto se quedarán sin trabajo. Su Casa Noble ya no será Noble por mucho tiempo".

Allí habían estado Andrew Gavallan, Jacques deVille, Alastair Struan, Lechie y David MacStruan, Phillip Chen y hasta John Chen.

Dunross recordaba la furia de su padre esa noche, cómo había echado la culpa de todo a una traición, a los nominatarios y al mal hado. Pero al mismo tiempo sabía que él en persona se lo había

advertido, muchas veces, y que el viejo había hecho caso omiso de sus consejos; ¡Santo Dios! ¡Cómoi perdimos prestigio esa vez! Todo Hong Kongs se rió de nosotros. Sobre la Casa Noble se habían orinado desde una gran altura los Gornt y sus traficantes de Shanghai.

Sí. Pero esa noche puso fin a la caída de Colin Dunross. Fue la noche en que yo decidí que él tenía que marcharse, antes que la Casa Noble se perdiera para siempre. Utilicé a Alastair Struan. Le ayudé a hacer a mi padre a un lado. Alastair Struan tenía que convertirse en tai-pan. Hasta que yo tuviera la sabiduría y la fuerza necesaria para hacerlo a él a un lado. ¿Tengo ya la sabiduría suficiente?

No lo sé —pensó Dunross concentrando1 su atención en Quillan Gornt, mientras escuchaba sus bromas y oía cómo él mismo correspondía con la misma gracia, pero su mente le decía: no he olvidado South Orient, ni tampoco el hecho de que tuvimos que unir nuestra línea aérea con la de ustedes a un precio de venta de remate, para luego perder control de la nueva línea rebautizada como All Asia Airways. No se ha olvidado nada.

Esa vez perdimos, pero ésta ganaremos. Lo ganaremos todo. ¡Por Dios qué sí?

* * *

Casey observaba fascinada a los dos hombres. Desde el primer momento había notado la presencia de Quillan Gornt y , lo había reconocido por las fotografías del expediente. Había sentido su fuerza y su masculinidad, aun a través de todo el salón, y él la había excitado en forma incómoda. Mientras observaba la escena, podía casi tocar la tensión que se había producido entre aquellos dos hombres que medían sus fuerzas, como dos toros en pleno desafío.

Andrew Gavallan le había dicho en el acto quién era Gornt, Ella no había dicho nada de lo que sabía.

Simplemente había preguntado a Gavallan y a Linbar Struan por qué les había impresionado tanto la llegada de Gornt. Luego, como ya habían quedado solos los cuatro (Casey, Gavallan, deVille y Linbar Struan), le habían hablado de aquella "feliz Navidad" y de la promesa "Un día seré dueño de esta casa".

—¿Qué hizo el tairpan... qué hizo Ian? —preguntó la chica. Gavallan contestó:

—Se limitó a fijar la mirada en Gornt. Sabíamos que si hubiera tenido una pistola o un puñal o un garrote, lo habría usado. . . Estábamos seguros... En cualquier momento estaba dispuesto a usar las manos o los dientes... Se mantuvo impertérrito como una roca, sin apartar la mirada de Gornt, y lo hizo dar un paso atrás... hasta quedar fuera de su alcance... Literalmente. Pero ese insecto tiene la masculinidad muy en su lugar. Hizo acopio de energía y por un momento le devolvió a Ian la mirada. Luego, sin decir una palabra pasó en torno a él con lentitud, con gran cautela, sin parpadear ni perder de vista a Ian, y al fin salió.

—Y, ¿qué está haciendo ese desgraciado aquí hoy en la noche? —musitó Linbar.

Gavallan le contestó:

—Tiene que ser algo importante.

—¿Cuál de todas las cosas? —insistió Linbar—. ¿Cuál de las cosas importantes?

Casey lo miró y al hacerlo, en el límite de su campo visual alcanzó a ver que Jacques deVille sacudía la cabeza en un gesto de advertencia y de pronto las puertas de la comunicación con Linbar y Gavallan se cerraron. A pesar de todo, ella preguntó: —Pero, ¿qué *está haciendo* aquí Gornt?

—No lo sé —respondió Gavallan, y ella le creyó.

—¿Han vuelto a verse desde aquella Navidad?

—Oh, sí; muchas veces. Constantemente —respondió Gavallan —. Desde luego únicamente en plan social. Además están en las juntas directivas de compañías, comités y consejos —luego, en tono incómodo agregó—... Pero, en fin, estoy seguro de que los dos están en actitud de espera...

Casey observó que la mirada de los dos hombres se fijaban en aquel par de enemigos, y ella hizo lo mismo. El corazón le palpitaba con fuerza. Vio que Penélope se alejaba para hablar con Claudia Chen.

En un momento, Dunross atravesó el recinto con la mirada; Casey comprendió que de alguna manera hacía señas a Gavallan. Luego, los ojos de Dunross se fijaron en Casey. Gornt siguió esa mirada. Los dos contrincantes estaban contemplándola. Ella sintió el

magnetismo de sus miradas. Le causaba intoxicación. Un demonio interior le movió los pies en dirección a los dos hombres. Estaba contenta de haberse vestido en esa forma, más provocativa de lo que había pensado. Sin embargo, Linc le había dicho que aquella noche tenía que ser menos mujer de negocios.

A medida que caminaba, sentía el roce de la seda y los pezones se le endurecían. Tuvo la sensación de que los ojos de los dos magnates le recorrían el cuerpo y la desnudaban, pero esta vez, cosa extraña, no le importó. Su andar se volvió **más** felino, sin que ella tuviera conciencia del hecho.

—Hola, tai-pan —saludó con falsa inocencia—. ¿Querías verme?

—Sí —repuso él sin titubear—. Creo que ustedes dos ya se conocen.

Casey negó con un movimiento de cabeza y sonrió a ambos, sin haberse dado cuenta de la trampa.

—No. Nunca nos hemos visto. Desde luego sé quién es el señor Gornt. Andrew me lo dijo.

—Ah, entonces permíteme presentarlos con toda formalidad. Este es el señor Quillan Gornt, tai-pan de Rothwell-Gornt. Ella es la señorita Tcholok, Ciranoush Tcholok, de Estados Unidos.

Casey extendió la mano, sabedora del peligro de encontrarse entre aquellos dos hombres. La mitad de su mente experimentaba el estímulo del riesgo, mientras la otra mitad gritaba: ¡Santo Dios! ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—He oído hablar mucho de usted, señor Gornt —ˆcomentó, satisfecha de que su voz sonara natural y disfrutando el contacto de la mano, diferente del de Dunross, más áspero, y no tan fuerte—. Tengo entendido que la rivalidad de sus empresas se remonta a varias generaciones, ¿estoy en lo correcto?

—Solamente tres. Fue mi abuelo el primero en sentir los gestos de compasión no muy tiernos de los Struan ˆ-contestó Gornt con facilidad—. Un día disfrutaré contándole nuestro punto de vista de la leyenda.

—Tal vez ustedes dos deberían fumar la pipa de la paz —sugirió la chica—. Estoy segura de que Asia es suficientemente amplia para ambos.

—Ni siquiera el mundo entero lo es —respondió Dunross con amabilidad.

—No —confirmó Gornt.

Si Casey no hubiera oído la verdadera historia, a juzgar por el tono de la voz de ambos y sus modales habría podido creer que no eran más que rivales amistosos.

—En Estados Unidos¡tenemos muchas compañías enormes... y conviven en plan pacífico, aunque en plena competencia.

—Aquí no es Norteamérica —corrigió Gornt con calma—. ¿Cuánto tiempo piensa estar aquí, señorita Tcholok?

—Depende de Linc... Linc Bartlett... Yo estoy con Par-Con Industries.

—Sí, sí. Lo sé. ¿Le ha dicho que cenaremos juntos el martes? Las señales de peligro la inundaron. Preguntó: —¿El martes?

—Sí. Lo concertamos esta mañana. En nuestra reunión. ¿No se lo ha mencionado él?

—No —contestó Casey, desconcertada.

Los dos hombres la observaban con mucha atención. Ella habría querido alejarse y volver cinco minutos después, una vez que hubiera reflexionado sobre todo aquello. ¡Santo Dios! —pensó, pero hizo un esfuerzo por mantener su compostura, a pesar de sentir que todas las consecuencias de lo sucedido la abrumaban;

—¡No! —repitió— Linc no mencionó ninguna reunión. ¿Qué arreglaron?

Gornt dirigió una mirada a Dunross, que seguía escuchando todo impasible.

—Unicamente la cena del martes. El señor Bartlett y usted... si está libre...

—Será muy agradable, gracias.

—¿Dónde está ahora su señor Bartlett? —preguntó Gornt. —En... en el jardín... supongo. Dunross corrigió:

—La última vez que lo vi estaba en la terraza. En compañía de Adryon. ¿Por qué?

Gornt sacó una cigarrera de oro y ofreció un cigarrillo a Casey.

—No, gracias. No fumo.

—¿Le molesta qué yo lo haga?

Casey negó con un movimiento de cabeza.

Gornt encendió un cigarrillo y miró a Dunross. —Me gustaría saludarlo antes de retirarme —dijo en tono agradable— Espero que no te moleste el que haya, venido sólo unos minutos... pero, si me

disculpas, no podré quedarme a la cena. Tengo que ocuparme en algunos asuntos urgentes... tú lo entiendes...

—Por supuesto —convino Dunross—. Lamento que no puedas quedarte.

Ninguno de los dos revelaba nada en la expresión del rostro. Sólo en los ojos. Todo estaba en los ojos: odio, furia. La profundidad de las emociones mantenían a Casey en estado de conmoción.

—Pídale a Dunross que le muestre ta: Gran Galería —sugirió Gorrit—. Tengo entendido que allí hay algunos cuadros muy finos. Nunca he entrado ahí. . . sólo al salón de billares.

Una corriente fría le recorrió la espina dorsal a Casey, al ver cómo devolvía Dunross la mirada de Gornt.

—Esa reunión de esta mañana —insistió la chica, ya con la mente clara, y juzgando que lo mejor era poner todas las cartas sobre la mesa cuanto antes frente a Dunross—... ¿Cuándo se concertó?

—Hará unas tres semanas —contestó Gornt—. Pensé que usted era su ejecutivo número uno... Me sorprende que no se lo haya comunicado.

—Linc es nuestro tai-pan, señor Gornt. Yo trabajo para él. Pero él rto tiené obligación de decirme todo —replicó Casey, ya más tranquila—. ¿Debió habérmelo dicho, señor Gornt? Quiero decir.;, ¿se trataba de algo importante?: r

—Podría ser. Sí. Yo confirmé en plan formal que nosotros podríamos mejorar cualquier oferta o proposición qué Struan hiciera.

Gornt fijó entonces su mirada en el tai-pan. En su voz hubo un ligero acento de dureza:

—Ian, quería decirte, personalmente, que estamos en el mismo mercado.

—¿Para eso viniste?

—Esa fue una razón.

—¿Y la otra?

—Placer.

¿Cuánto tiempo hace que conoces al señor Bartlett? —Hará unos seis meses. ¿Por qué?

Dunross se encogió de hombros. Luego miró a Casey. y; ella no pudo descifrar nada en el tono de su voz, el gesto de la cara o los

modales, excepto amistad:

—Casey, ¿tú no sabías hada de las negociaciones con Rothwell-Gort?

Con toda verdad, ella negó con la cabeza, atónita al pensar en la habilidad de los planes de Bartlett a largo plazo, Luego dijo: —No. ¿Hay negociaciones en proceso, señor Gornt? —Yo diría que sí —

Gornt sonrió.

—En ese caso, ya veremos —comentó Dunrossˆv ¿No es así? Veremos quién ofrece el mejor negocio. Gracias por decírmelo en plan personal, aunque no tenías necesidad de hacerlo. Desde luego yo sabía que a ti también te interesaría. No hay necesidad de discutir sobre el tema.

—En realidad hay una razón muy buena —opuso Gornt con decisión—. Ni el señor Bartlett ni esta dama pueden darse cuenta de cuán vital es Par-Con para ti. Yo sentí la obligación de explicárselo también en plan personal. Y de decírtelo a ti. Y por supuesto, de felicitarte por ello.

—¿Por qué es vital, señor Gornt? —preguntó Casey, decidida a comprometerse.

—Sin el negocio de Par-Con y el flujo de caja que va a producir, Struan bajaría... de hecho podría derrumbarse en unos meses.

Dunross rió de buen grado, y los pocos que lo escuchaban con disimulo se estremecieron y elevaron el tono de su conversación un decibel, aterrados ante la idea de que Struan pudiera caer en bancarrota, y al mismo tiempo preguntándose: ¿de qué negocio se, trata? ¿Del de Par-Con? ¿Debemos comprar o vender? ¿Struan o Rothwell-Gornt?

—No hay peligro de eso —opuso Dunross— ¡Ni en mil años!

—Creo que hay grandes probabilidades -—objetó Gornt en un tono de voz muy diferente—. En fin, como dijiste hace un momento, ya veremos. . .

—Sí, ya veremos. Mientras tanto...

Dunross se interrumpió al ver que Claudia Chen se le acercaba con un gesto de inquietud.

—Discúlpame, tai-pan —le dijo—. Tu llamada personal, a Londres está en la línea.

—Gracias —contestó él e hizo una seña a Penélope, que acudió en el acto—. Penélope, ¿quieres atender a Quillan y a la señorita

Tcholok un momento? Tengo una llamada telefónica... Quillan no se quedará a cenar, tiene negocios urgentes.

Se despedió con un gesto alegre y se alejó. Casey pudo notar la agilidad animal de su andar.

—¿No te quedas a la cena? —preguntó Penélope, con evidente alivio, aunque trataba de ocultarlo.

—No. Lamento molestarte... viniendo en forma tan repentina, después de haber declinado tu amable invitación. Desgraciadamente no puedo quedarme;

—Bueno... entonces, ¿me disculpas un momento? Regreso dentro de un instante.

—No tienes que preocuparte por nosotros —aclaró Gornt con gentileza—. Sabemos cuidarnos bien.

Te repito, siento ser motivo de molestia... Estás maravillosa, Penélope. No has cambiado un ápice.

Ella agradeció el cumplido. El la despidió; Con una sensación de gratitud, Penélope se acercó a Claudia Chen, que aguardaba a unos cuantos pasos.

—Usted es un hombre extraño —observó Casey—. En determinado momento hace la guerra ... al siguiente, prodiga amabilidad.

—Tenemos reglas, nosotros los ingleses. Para la guerra y para la paz. El hecho de que usted aborrezca a alguien no. es razón para maldecirlo, escupirle el rostro o abusar de su dama —Gornt le dirigió una sonrisa—. ¿Qué le parece si buscamos a su señor Bartlett? Después tendré que marcharme efectivamente.

—¿Por qué hizo eso? ¿Al tai-pan? El desafío de la batalla... el detalle dé lo "vital". Eso equivale a arrojar el guante en plan formal, ¿ño es cierto? ¡ Y en público!

—La vida es un juego —contestó—. Cualquier vida lo es, y nosotros los ingleses lo jugamos con reglas diferentes de las de ustedes, norteamericanos. Sí. Y la vida es para disfrutarse... Ciranoush ... ¡qué nombre tan encantador tiene usted. ¿Puedo usarlo?

—Sí —concedió ella, después de una pausa—. Pero, ¿por qué el reto ahora?

—Era el momento indicado. No exageré en nada la importancia de ustedes para Struan... ¿Podemos ir a buscar a su señor Bartlett?

Era la tercera vez que decía *su* señor Bartlett —pensó Casey—. ¿Está sondeando el terreno, o hurgando a ver qué saca?

—¡Claro! ¿Por qué no?

Se dio la vuelta rumbo al jardín, consciente de las miradas que la escudriñaban, manifiestas y disimuladas, y disfrutando del peligro. —¿Usted siempre hace entradas dramáticas como ésta? Gornt rió.

—No. Siento si fui brusco, Ciranoush... Si le resulté molesto.

—¿Se refiere a su reunión privada con Linc? No me molestó. Fue muy astuto de parte de él haberse dirigido a la competencia sin que yo lo supiera. Eso me dio una libertad de acción que de otra manera no habría tenido.

—¡Ah! Entonces, ¿no le indigna el que no le haya confiado esta decisión suya?

—Esto no tiene nada que ver con confianza. Yo suelo ocultarle cierta información hasta que. se trata de algo ya maduro, con el fin de protegerlo a él. A todas luces él hizo lo mismo conmigo. Linc y yo nos entendemos bien. Al menos yo creo entenderlo.

—Entonces dígame cómo debo concluir un negocio.

—Ante todo tengo que saber qué quiere... con tal qué no sea la cabeza de Dunross!

—Yo no quiero su cabeza, ni muerte alguna, ni cosa parecida... sencillamente anticipar la caída de la Casa Noble. Una vez que Struan desaparezca del mapa, nosotros seremos la Casa Noble —el gesto de la cara se le endureció—. Después, los espíritus de todo género pueden dormir en paz.

—Hábleme de ellos.

—Ahora no es el momento, Ciranoush... No. No. Hay demasiados oídos hostiles en torno nuestro.

Eso será para los oídos de usted exclusivamente.

Habían llegado ya al jardín. La suave brisa era muy perceptible. Sobre sus cabezas se extendía un firmamento espléndido, tachonado de estrellas. Linc Bartlett no estaba en ese terraplén, así que había que bajar por los amplios peldaños de baldosas, pasando entre otros invitados, hasta una explanada más baja, rumbo a los senderos que recorríanlos prados. De pronto alguien los detuvo.

—¡Hola, Quillan! Esta es una grata sorpresa.

—¡Hola, Paul! Señorita Tcholok, ¿me permite presentarle a Paul

Havergill? En este momento él está al frente del Banco Victoria.

—Temo que sea por poco tiempo, señorita Tcholok, y eso sólo porque nuestro gerente general está disfrutando ahora de un permiso por motivos de salud. En cuanto a mí, me jubilaré en unos meses.

—Con gran pena para nosotros —comentó Gornt.

Luego procedió a presentar a Casey con el resto del grupo: Lady Joanna Temple-Smith, que era una mujer alta, de rostro alargado, con cincuenta y tantos años de edad; Richard Kwang y su esposa Mai-ling.

—Richard Kwang es presidente del Ho-Pak, uno de nuestros mejores bancos chinos.

—Por lo que atañe a bancos, todos somos competidores amistosos, señorita... ehm... señorita... con la única excepción de Blacs —explicó Havergill.

—¿Perdón, .señor? —interrumpió Casey con curiosidad.

—¡Ah! ¿Blacs? Es sólo un sobrenombre para el Banco de Londres, Cantón y Shanghai. Es posible que sean mayores que nosotros, y un mes más antiguos, poco más o menos, pero nosotros somos aquí el mejor banco, señorita... ehm...

—Blacs son mis banqueros —dijo Gornt a Casey—Me tratan muy bien. Son banqueros de primera categoría. 1—¡De segunda, Quillan! -Gornt se dirigió de nuevo a Casey:

—Aquí circula el dicho de que Blacs consta de caballeros que quieren, ser banqueros, y qué los'..'del Victoria son banqueros que tratan . de ser caballeros.

Gasey rió. con gusto. Sus interlocutores se limitaron a una sonrisa de cortesía.

—¿Son todos ustedes, competidores amistosos, señor Kwang? —preguntó Casey.

—¡Oh, sí! Nosotros no osaríamos oponernos al Blacs o al Victoria —explicó Richard Kwang con amabilidad.

Era un hombre de baja estatura, regordete, de edad madura, de pelo negro con mechones entrecanos; sonreía con espontaneidad y su inglés era perfecto.

—He oído decir que Par-Con se propone invertir en Hong Kong, señorita Tchelek.

—Andamos observando; señor Kwang. No hay nada en firme

todavía —ella; quiso pasar por alto el error de pronunciación de su nombre.

Gornt bajó la voz y dijo en tono de complicidad.

—Aquí entre nos, he dicho con toda fórmálidád, tanto al señor Bartlett como a la señorita Tcholbk; que puedo mejorar cualquier oferta que Struan quiera hacerles. Blács me apoya en un cien por ciento.

Además, tengo amigos banqueros en otras partes. Espero que Par-Con considere todas las pósibilidades antes de comprometerse a nada.

—Supongo que será lo más- prudente —comentó Havergill—. Desde luego Struan va por la pista preferente...

—Blacs y la mayoría de Hong Kong difícilmente estarían de acuerdo contigo —opuso Gornt

—Espero que esto no llegue a ser un choque grave, Quillan —advirtió Havergill—. Struan es nuestro ¡cliente principal.

Richard Kwang intervino con acierto:

—De un modo o de otro, señorita Tchelek, será magnífico tener una compañía norteamericana tan grande como Par-Con Industries en Hong Kong. Será bueno para ustedes y bueno para nosotros. Esperemos que pueda encontrarse un convenio idóneo para Par-Con. Si el señor Bartlett quisiera alguna ayuda.

El banquero sacó del bolsillo una de sus tarjetas. Ella la tomó, abrió su bolso de seda y ofreció la suya con la misma destreza. Había venido preparada para un intercambio inmediato de tarjetas, que significa buenos modales y es algo obligatorio en Asia. El banquero chino observó la tarjeta y luego hizo un gesto.

—Perdón. No lo he mandado traducir aún a caracteres chinos —comentó Casey—. Nuestros banqueros en Estados Unidos son el First Central de Nueva York y el California Merchant Bank and Trust Company...

Casey mencionó los nombres con orgullo, segura de que los activos de esos gigantes de la banca juntos sumaban más de seis mil millones de dólares. Luego continuó:

—Me alegrará mucho... —se detuvo atónita ante el ambiente frío que la rodeaba—. ¿Hay algo malo en esto?

—Sí y no —explicó Gornt después de un momento—. Lo que sucede es que el First Central de Nueva York aquí no es nada

popular.

—¿Por qué?

Havergill comentó con désdén:

—Resultaron ser agua de borraja... es una expresión... ehm... inglesa para designar un mal negocio, señorita... ehm... señorita. El First Central de Nueva York tenía aquí algunos negocios antes de la guerra. Luego se extendió a mediados de la década de 1940, mientras nosotros, los del Victoria, y otras instituciones británicas, nos esforzábamos por levantarnos del suelo. En el '49, cuando el Camarada Mao arrojó de China Continental a Chiang Kai-shek, obligándolo a refugiarse en Formosa, las tropas de Mao se acumularon en nuestra frontera, a escasos kilómetros al norte de los Nuevos Territorios. Era sólo cuestión de tocar y correr, el que las hordas se abalanzaran y tomaran posesión de la Colonia. Un montón de gente cerró y echó a correr. No fue ninguno de nosotros, por supuesto, pero sí todos los chinos que pudieron escapar. Sin advertencia previa, el First Central de Nueva York reclamó todos sus préstamos, pagó a todos sus depositarios, cerró sus puertas y huyó... todo en el lapso de una semana.

—No sabía eso —comentó Casey consternada.

—Eran un montón de inmundos amarillos, querida, si me perdona la expresión —comentó Lady Joanna con manifiesto desprecio—. Por supuesto, fue *el único* banco que puso pies en polvorosa...

que huyó. Pero después estaban... en fin, ¿qué se puede esperar?

—Tal vez haya sido lo mejor, Lady Joanna —comentó Casey, furiosa contra el vicepresidente encargado de su cuenta, por no haberla advertido de la situación—. Tal vez hubo circunstancias ate-nuantes. Señor Havergill, ¿eran muy considerables los préstamos?

—En esos años sí, mucho. Temo que sí. Ese banco arruinó a un buen número de negocios importantes y de gente. Fue causa de mucha aflicción y de pérdida de prestigio. Sin embargo —añadió con una sonrisa—, a todos nosotros nos benefició su salida, ¡Hace un par de años tuvieron la desvergüenza de solicitar al secretario de finanzas una nueva franquicia!

Richard Kwang añadió en tono jovial:

—¡Esa es una franquicia que no se renovará jamás! Vea usted,

señorita Thelek; todos los bancos extranjeros, funcionan a base de una concesión renovable anualmente. Es indudable que nosotros podemos trabajar muy bien sin ese banco o, en ese sentido, sin ningún banco norteamericano. Son tan... En fin, usted podrá ver que el Victoria, el Blacs o el Ho-Pak... quizá los tres, señorita K. G., pueden satisfacer a la perfección todas las necesidades de Par-Con. Si usted y el señor Bartlett quisieran conv...

—Me gustaría mucho visitarlo, señor Kwang. ¿Qué le parece mañana? En principio, yo manejo la mayor parte de nuestras operaciones bancarias. ¿Podría ser a alguna hora de la mañana?

—Sí. Sí, por supuesto. Usted verá que estamos en condiciones de competir airosamente —contestó Richard Kwang, sin titubear. ¿Le parece bien a las diez?

—¡Magnífico! Estamos hospedados en el V. and Á., en Kowloon. Si por alguna razón la hora no le conviene, avíseme. Me alegro mucho de haberlo conocido también a usted en persona, señor Havergill, Supongo que nuestra cita de mañana sigue en pie, ¿no es así?

—Desde luego... ¿A las cuatro? Tendré mucho gusto en conversar ampliamente con el señor Bartlett... y por supuesto con usted.

Havergill era un hombre alto, esbelto. Casey observó que levantaba los ojos de su escote, y reprimió el disgusto inmediato que eso le producía. Es posible que lo necesite —pensó—, y también a su banco.

—Gracias —dijo Casey con la dosis adecuada de deferencia, y se dirigió a Lady Joanna—. ¡Qué bonito vestido, Lady Joanna —comentó, sintiendo que lo detestaba, lo mismo que el hilo de finas perlas que rodeaba el largo cuello de la mujer,

—Gracias, querida mía. ¿El suyo es también de París?

—Indirectamente. Es un Balmain, pero lo compré en Nueva York.

Casey sonrió a la esposa de Richard Kwang, una dama cantonesa bien plantada y bien conservada, que lucía un peinado muy laborioso, una piel muy pálida y ojos pequeños. Ostentaba un pendiente imperial de jade inmenso y un anillo de diamantes de siete kilates.

—Me alegro mucho de haberla conocido, señora Kwang —le

dijo, asombrada ante la riqueza que representaban sus alhajas—. Andábamos en busca de Linc Bartlett. ¿Lo han visto?

—No, durante un buen rato —se adelantó a decir Havergill—. Creo que fue rumbo al ala este. Tengo entendido que allí hay un bar. Andaba con Adryon, la hija de Dunross.

—Adryon se ha convertido en una chica tan bella —comentó Lady Joanna—. Forman una magnífica pareja. El señor Bartlett es encantador. ¿No es casado, verdad, querida?

—No —concedió Casey, en el mismo tono agradable, incluyendo a Lady Joanna Temple-Smith en su lista privada de gente abominable—. Linc no es casado.

—Se lo van a devorar pronto. Recuerde mis palabras. En realidad, creo que Adryon está bastante prendada de él. ¿Tal vez querría usted venir a tomar el té con nosotras el jueves, querida mía? Me encantaría que conociera a algunas de las chicas. Es el día de nuestro Club "Sobre Treinta".

—Gracias —repuso Casey—. No lleno los requisitos... Pero de todas maneras me gustaría asistir.

—¡Oh, lo siento, querida! Supuse... Mandaré un auto a buscarla. ¿Quillan, te quedas a la cena?

—No. No puedo. Tengo asuntos de urgencia.

—¡Qué pena! —Lady Joanna sonrió, ostentando las malas condiciones de su dentadura.

—Si nos perdonan... Sólo quiero encontrar a Bartlett. Luego debo marcharme. Los veré el sábado.

Gornt tomó a Casey del brazo y la hizo alejarse del grupo.

Los demás los vieron marcharse. Lady Joanna comentó:

—Es bastante atractiva... con una especie de encanto común, ¿no le parece? Chuluk... Ese apellido es de Europa central, ¿me equivoco?

—Es posible. Podría ser del Medio Oriente Joanna, algo así como turco... o tal vez de los Balcanes...

—Havergill se interrumpió de pronto—. ¡Ahí Ya sé lo que quieres decir. No. Eso no lo creo. Con absoluta seguridad puedo decir que no tiene aspecto judío.

—En esta época ya puede decirse... ¿no crees? Podría haberse hecho cirugía plástica en la nariz... En esta época hacen verdaderos prodigios. ¿No es cierto?

Ni un momento se me ocurrió. ¡Hum! ¿Crees qué sea posible?

Richard Kwang pasó a su esposa la tarjeta de Casey. Esta la leyó sin tardanza y captó el mensaje en el acto.

—Paul, su tarjeta dice tesorera y vicepresidenta ejecutiva del consorcio... Es impresionante, ¿no te parece? Par-Con es una corporación muy grande.

—¡Oh, amigo querido! Pero son norteamericanos. En Estados Unidos hacen cosas extraordinarias.

Con toda seguridad no es más que un título... eso es todo...

—¿Se tratará de dar un barniz de importancia a su amante? —preguntó Joanna insinuante.

12
9:00 p.m.

El taco de billar empujó la bola blanca, la disparó a través de la mesa, la hizo dar un golpe oblicuo a una bola roja y caer en una de las troneras más alejadas, mientras ella se quedaba exactamente detrás de otra bola roja.

Adryon aplaudió jubilosa:

—¡Oh, Linc! Ese fue un golpe super... Yo hubiera jurado que no hacías más que alardear. ¡Hazlo otra vez! Linc Bartlett hizo un gesto y apostó:

—Un dólar a que esa roja va alrededor de la mesa y cae en esa tronera, y la blanca se queda aquí —marcó el sitio con un ángulo del cosmético.

—¡Aceptado!

Se inclinó sobre la mesa, apuntó y disparó. La bola blanca se detuvo a un milímetro de su marca, mientras la roja se hundía con admirable inexorabilidad.

—¡Uuuyyy! —exclamó Adryon—. No traigo un solo dólar. ¡Malhaya mi suerte! ¿Puedo quedar en deuda contigo?

—Por más bella que sea una dama tiene que pagar en el acto sus deudas de juego.

—Es cierto. Mi padre dice lo mismo. ¿Puedo pagarte el día de mañana?

Él la observó. Disfrutaba de ella y se complacía en ver que su destreza le procuraba placer. La chica vestía una falda negra que le llegaba a la rodilla, y la encantadora blusa de seda de su madre. Tenía piernas largas, muy largas, y de forma perfecta.

—¡Nooouuu!

Bartlett pretendió molestarse. Luego, ambos rieron de buena gana en el enorme cuarto, donde la luz baja iluminaba perfectamente la mesa de juego, pero dejaba el resto del salón en la oscuridad y la intimidad, con excepción de la ráfaga que entraba por la puerta.

—Tu manera de jugar es increíble —comentó la chica.

—No lo digas a nadie, pero yo me gané la vida en el ejército jugando pool.

—¿En Europa?

—No. En el Pacífico.

—Mi padre fue piloto de avión caza. Derribó seis aeroplanos antes que le atinaran al suyo y él quedara destinado a trabajar en tierra.

—Supongo que eso hizo de él un as. ¿No fue así? —¿Participaste en esos espantosos desembarcos contra los nipones? —No. Yo estaba en el ramo de la construcción. Nosotros llegábamos cuando el terreno era ya seguro. —¡Ah!

—Construimos bases y aeródromos en Guadalcanal y en las islas por todo el Pacífico. Mi guerra fue fácil. Nada semejante a la de tu papá. Al acercarse al armario, lamentó por vez primera no haber estado en la Infantería de Marina. La expresión de la chica cuando había dicho el ramo de la construcción, lo había hecho sentirse desmasculinizado.

—Debemos ir en busca de tu amigo íntimo. Tal vez para esta hora ya está aquí.

—¡Oh, él no tiene importancia! No es un amigo íntimo. Hace apenas una semana más o menos que lo conocí en la fiesta de una amiga. Martin es un periodista del *China Guardian.* No es un amante.

—¿Todas las jovencitas inglesas son tan francas cuando hablan de sus amantes?

—Es la pildora. Nos ha liberado para siempre de la esclavitud masculina. Ahora ya somos iguales. —

¿Tú lo eres? —Yo sí.

—En ese caso, eres afortunada.

—Sí. Lo sé. Soy muy afortunada —lo observó un instante—. ¿Qué edad tienes tú, Linc? —Soy viejo.

Colocó el taco de billar en su estuche. Era la primera vez en su vida que no había querido decir su edad. ¡Maldita sea! —pensó, sintiendo una extraña molestia—. ¿Qué problema tienes?

Ninguno. No hay problema. O ... ¿lo hay?

—Yo tengo diecinueve años —declaró Adryon.

—¿Qué día es tu cumpleaños?

—El 27 de octubre. Soy Scorpio. ¿Cuándo es el tuyo?

—El lo. de octubre.

—¡No es cierto! ¡Dirae con toda honradez! —Lo juro. Que me parta un rayo si miento. Adryon aplaudió con regocijo.

—¡Eso es maravilloso! Mi padre es del 10 de octubre .,. ¡Maravilloso! ¡Es un buen presagio! —¿Por qué? —Ya lo verás.

Con gran alegría abrió su bolso de mano y encontró una cajetilla arrugada de cigarrillos y un encendedor de oro un tanto maltrecho. El se lo quitó y trató de encenderlo, pero la flama no salió. Una segunda vez, una tercera... Lo mismo.

—¡Qué porquería! —exclamó la chica—. Estas porquerías nunca trabajan como conviene, pero mi padre me lo regaló. Lo amo... Es cierto que lo he dejado caer un par de veces...

Linc la observó, sopló sobre el pabilo y estuvo manoseándolo un momento. Luego comentó:

—De cualquier manera, no deberías fumar.

—Es lo que mi padre me dice siempre.

—Tiene razón.

—Sí. Pero por ahora me gusta fumar. ¿Qué edad tienes, Linc? —Cuarenta.

—¡Oh! —él pudo notar su sorpresa—. ¡Entonces tienes la misma edad de mi padre! Bueno... casi. El tiene cuarenta y uno.

—Las dos edades son algo grande —comentó Linc.

Al decirlo, pensó: como quiera que lo pienses, Adryon, la verdad es que tengo edad suficiente para ser tu padre. Un gesto surcó las cejas de la chica.

—Es curioso ... tú no pareces , tener la misma edad de él —luego se apresuró a añadir—. Dentro de dos años yo tendré veintiuno y eso significa estar prácticamente al otro lado de la colina. No puedo pensar en mí con veinticinco años, mucho menos con treinta... y en cuanto a cuarenta... ¡Oh, Dios!

Creo que preferiría estar cultivando margaritas.

—Veintiuno ya es edad... ¡Si señor —comentó Linc.

Luego pensó: hace ya mucho tiempo que no has pasado el rato con una chica tan joven. Cuidado, Linc. Esta es dinamita. Logró hacer salir la flama del encendedor y exclamó:

—¡Qué sabes tú de la vida!

—Gracias —dijo la chica, e inhaló para encender el cigarrillo—. ¿Tú no fumas?

—No. Ahora no. Tenía costumbre de hacerlo, hasta que Casey me mandó folletos ilustrados sobre el cáncer y el hábito de fumar, cada hora, al sonar el reloj, hasta que comprendí el mensaje. No me costó trabajo quitarme el cigarrillo... una vez que tomé la decisión. Te juro que me sirvió para mejorar mi golf y mi tenis y... —sonrió—. ¡Y toda clase de deportes!

—Casey es preciosa. ¿Es verdaderamente tu vicepresidenta ejecutiva?

—Sí.

—¿Ella va a...? Aquí le será muy difícil. A los hombres no les gustará hacer tratos con ella.

—Lo mismo sucede en Estados Unidos. Pero están acostumbrándose a hacerlo. A Par-Con lo edificamos en seis años. Casey puede trabajar con los mejores de otras compañías. Es toda una triunfadora.

—¿Es tu amante?

Linc tomó un sorbo de su cerveza.

—¿Todas las mujeres inglesas son tan audaces como tú?

—No —contestó Adryon riéndose—. Era simple curiosidad. Todos lo dicen... Todos lo suponen...

—¿Es un hecho? —preguntó él.

—Sí. Eres la comidilla de la sociedad de Hong Kong, y esta noche va a superar todo lo anterior.

Ustedes dos hicieron una entrada bastante triunfal... con tu jet privado, las armas de contrabando y el hecho de qué Casey fuera la última europea que vio a John Chen... Al menos eso dijeron los diarios. A mí me gustó tu entrevista.

—¡Ah! ¡Esos hijos..! ¡Esos periodistas estaban esperándome a la entrada hoy en la tarde. Yo procuré ser breve y conciso.

—¿El valor dé Par-Con es en realidad de quinientos millones de dólares?

—No. Ahora es de unos 300 millones, pero muy pronto será de mil millones. Sí. No tarda en serlo.

Linc notó que la chica lo observaba con esos ojos francos, color verde grisáceo, tan suyos, tan adultos y sin embargo tan jóvenes.

—Eres un hombre muy interesante, señor Linc Bartlett. Me gusta hablar contigo. Me gustas tú. Al principio no fue así. Me enfurecí cuando mi padre me dijo que tenía que nacerte compañía e

introducirte con la gente durante un rato. Creo que no he cumplido muy bien mi tarea, ¿verdad?

—Has sido *extraordinaria.*

—¡Vamos, hombre! —respondió ella con un gesto—. Te he monopolizado por completo.

—No es verdad. Conocí a Christian Toxe, eí director del periódico, a Richard Kwang y a esos dos norteamericanos del consulado. Lannan... ¿no era ese su nombre?

—Langan, Edward Langan. Es un hombre amable. No logré entender bien el nombre del otro... En realidad no los conozco. Simplemente han estado saliendo con nosotros. Christian es una bella persona y su esposa es *super.* Ella es china. Por eso no está aquí esta noche.

Bartlett frunció el ceño y objetó:

—¿Sólo por ser china?

—Bueno. . . se le mandó invitación, pero era seguro que no vendría. Es cuestión de prestigio. Se abstuvo de venir por el prestigio de su marido. Los peces gordos no aprueban los matrimonios mixtos.

—¿No aprueban que se casen con nativos?

—Algo así —contestó la chica, encogiéndose de hombros—. Ya lo verás. Ahora será mejor que te presente más invitados, ¡o me caerá una maldición!

—¿Qué opinas de presentarme a Havergill el banquero? ¿Qué me dices de él?

—Mi padre piensa que Havergill es puro jarabe de pico...

—Si es así, ¡te juro que es un pico de veintidós kilates!

—¡De acuerdo! —convino la chica, y los dos rieron con alegría.

—¿Linc?

Se dieron vuelta y pudieron contemplar las dos siluetas contra el rayo de luz que entraba de la puerta.

El aludido reconoció la voz de Casey y su figura, pero no la del hombre que la acompañaba. Desde donde se encontraban no era posible distinguir en contra de la luz.

—Hola, Casey! ¿Qué tal te va?

Tomó con espontaneidad a Adryon por el brazo y la hizo avanzar hacia la silueta.

—He estado enseñando a Adryon los mejores trucos del pool.

Adryon rió y rectificó:
—¡Es la mayor mentirá del año, Casey! ¿No es verdad qué es campeón en este juego?
—Sí... ¡Oye, Linc! Quillan Gornt quería saludarte antes de marcharse.
De repente, Adryon se detuvo con un movimiento brusco y palideció. Linc se detuvo también, sorprendido. ¿Qué sucede? —le preguntó.
—'ñas noches, señor Bartlett —saludó Gornt, avanzando hacia ellos, en la zona iluminada—. ¡Hola, Adryon!
—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó ella con voz débil.
—Vine sólo unos minutos —explicó el aludido. —¿Ha visto a mi padre? —Sí.
—Entonces, márchese. Salga de aquí. Deje esta casa en paz —conminó Adryon en la misma voz baja.
Bartlett clavó la mirada en ella. —¿Qué rayos pasa? Gornt contestó con toda calma:
—Es una historia larga. Puede esperar a mañana o a la próxima semana. Lo único que yo quería ahora era confirmar nuestra cena del martes... Y si usted está libre el fin de semana, tal vez le gustaría venir con Casey a pasear en mi yate durante el día. Podría ser el domingo, si el clima es bueno.
—Gracias, pienso que sí pero, ¿puedo confirmárselo mañana? —preguntó Bartlett, todavía desconcertado por la reacción de Adryon.
—Adryon —dijo Gornt en tono amable. Annagrey sale la semana entrante. Me pidió que te dijera que la llames por teléfono.
La aludida no respondió. Se limitó a mirarlo. Gornt explicó a los otros dos:
—Annagrey es mi hija. Ellas dos son dos buenas amigas... han ido a las mismas escuelas la mayor parte del tiempo. Ahora se prepara para ir a la universidad en California.
—¡Ah! —intervino Casey—. Si hay algo que podamos hacer por ella...
—Es muy amable de su parte —replicó Gornt—. El martes la conocerán. Tal vez podamos hablar de eso entonces. Por ahor...
Al extremo del salón de billares la puerta se abrió de par en par y Dunross apareció en el umbral.
Gornt sonrió y volvió a dirigirse a sus interlocutores.

—Buenas noches, señor Bartlett... Ciranoush. Los veré el martes. Buenas noches, Adryon.

Les hizo una ligera inclinación, atravesó el cuarto y se detuvo.

—Buenas noches, Ian —dijo en tono cortés—. Gracias por tu hospitalidad.

—'ñas noches —repuso Dunross en el mismo tono cortés, y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Una leve sonrisa se le dibujó en los labios.

Vio a Gornt salir por la puerta principal y luego volvió al salón de billares.

—Es casi hora de cenar —dijo con voz tranquila. . . y cálida—. Todos ustedes deben de estar muriéndose de hambre. Yo así estoy.

—¿Qué .. ? ¿Qué quería? —preguntó Adryon con voz temblorosa.

Dunross se le acercó con una sonrisa y le hizo una caricia.

—Nada. Nada importante, cariño. Quillan está suavizándose con los años.

—¿Estás seguro?

—¡Seguro! —le puso el brazo alrededor de los hombros y la abrazó—. No tiene por qué preocuparse esta cabecita... —¿Se ha marchado? —Sí.

Bartlett estaba a punto de decir algo, pero se detuvo de pronto, al ver un gesto de Dunross por encima de la cabeza de Adryon.

—Sí. Todo es magnífico, mi amor —insistió Dunross, estrechándola una vez más; Bartlett observó que la chica se acurrucaba en el abrazo cálido del padre—. No hay por qué preocuparse.

—Linc estaba enseñándome cómo jugaba al pool y de pronto... Fue Una cosa tan repentina. Surgió como fantasma.

—También a mí habrías podido derribarme con una pluma cuando lo vi aparecer como espíritu del mal —respondió Dunross riendo; luego, dirigiéndose a Bartlett y a Casey añadió—. A Quillan le gustan las escenas dramáticas —luego susurró a Bartlett sólo—. Después de la cena hablaremos de esto tú y yo.

—¡Claro! —repuso Linc, notando qüe los ojos de Dunross no sonreían.

Se escuchó el vibrante sonido del gong para la cena.

—¡Ah! ¡Gracias a Dios! —comentó Dunross—. Vamos... ¡A

comer, por fin! Casey, tú estás en mi mesa.

Siguió con el brazo envolviendo a Adryon y protegiéndola con amor, mientras la guiaba en medio de la oscuridad hasta la zona iluminada de la casa.

Casey y Bartlett los seguían.

* * *

Gornt ocupó el asiento del conductor del negro Rolls Silver Cloud, que había estacionado frente a la Gran Casa. La noche era buena, si bien la humedad había vuelto a aumentar. Estaba muy satisfecho de sí mismo. De ahí a cenar y a ver a Jason Plümm —penseˆ—. Una vez que ese insecto se comprometa, Ian Dunross estará acabado... ¡Seré dueño de esta casa, de Struan y de todo el montón con el paquete!

No podía haber sido mejor: primero, Casey e Ian, casi desde el primer momento, y todo servido delante de él y de ella. Lüego Havergill y Richard Kwang juntos. Al final, Bartlett en el salón de billares y por último el mismo Ian otra vez.

¡Perfecto! Todo está perfecto: Ian está advertido, Bartlett sobré aviso, lo mismo que Casey, Havergill, Richard Kwang y Plumm. ¡Ahá! ¡Si pudieran imaginárselo!

Todo es perfecto... Excepto lo que se refiere a Adryon. ¡Qué pena por ella! ¡Qué pena que los hijos tengan que heredar el patrimonio de sus progenitores. Pero, ésa es la vida. Es el hado. ¡Qué pena que no salga al mundo y abandone a Hong Kong, como Annagrey... al menos hasta que Ian Dunross y yo hayamos arreglado nuestras diferencias... de una vez para siempre! Sería mejor que no estuviera aquí para verlo aplastado... Ni ella ni Penélope. Será el hado si están aquí... o el hado si no están. Me gustaría tenerlo a él aquí cuando yo tome posesión de su palco en las carreras, cuando ocupe el sitio permanente en todas las juntas directivas, en todas las prebendas, en la legislatura... ¡Oh, sí! Todo esto será mío muy pronto. Junto con la envidia de toda Asia. Rió satisfecho. Sí. Y ya era hora. Después todos los espíritus podrán dormir. ¡Qué Dios maldiga a todos los espíritus!

Encendió la marcha del automóvil, disfrutando del lujo de la piel genuina y de la madera fina... ese olor penetrante y distinguido.

Luego embragó y siguió la curva del sendero. Bajó, pasando junto al estacionamiento, donde se hallaban los demás automóviles y llegó al fin hasta la entrada de las grandes rejas de hierro forjado, que ostentaban el escudo de armas de Struan. Esperó a tener oportunidad de entrar a la corriente del tránsito de vehículos y pudo contemplar la Gran Casa en su espejo retrovisor. Allí estaba: enhiesta y amplia, con sus brillantes ventanales ... acogedora.

Pronto serás deveras mía —pensó—. Celebraré allí fiestas como Asia no las ha visto jamás, ni las verá después. Supongo que deberé tener una anfitriona...

¿Qué tal la chica norteamericana?

Ahogó una risa maliciosa y dijo en voz alta:

—¡Ah, Ciranoush... qué hermoso nombre!

En su voz había la misma dosis de encanto perfecto y recio qué había puesto antes. Esa es un caballo de batalla —se dijo con confianza. Todo lo que tienes que hacer es valerte del viejo encanto del mundo, vino fino, comida ligera pero excelente y ... paciencia ... junto con lo máximo del refinamiento masculino de la clase social más elevada de Inglaterra, sin palabras mal sonantes, y ella sucumbirá donde tú quieras y cuando quieras. Luego, si eliges el momento adecuado, podrás usar un inglés jugoso y un poco de aspereza sensata, para desencadenar toda la fuerza de su pasión contenida, como ningún hombre lo ha hecho.

Si la he interpretado con exactitud, necesita un experto en el arte de la cama en forma bastante apremiante. Así que, o Bartlett no sabe hacerlo, o en realidad no son amantes, como lo indica el informe confidencial... Es interesante.

Pero... ¿la quieres? Como juguete, tal vez. Como instrumento... ¡por supuesto! Como anfitriona... No. Es demasiado emprendedora.

El paso estaba ya libre, así que Gornt salió y descendió hasta el cruce de caminos, dio vuelta a la izquierda y no tardó en encontrarse en Peak Road, calle abajo, rumbo a Magazine Gap, donde estaba el penthouse de Plumm. Después de cenar con él asistiría a una junta, luego a Wanchai, a uno de sus departamentos privados, a gozar del cálido abrazo de Mona Leung. El pulso se le aceleró al recordar sus violentos arrebatos amorosos, el odio mal disimulado que le profesaba a él, y a todo *quai loh* que estaba en perpetuo conflicto con el amor de la chica al lujo, al departamento

que tenía prestado y a la modesta suma de dinero que él le pasaba cada mes.

—No les des nunca suficiente dinero —le había dicho su padre William desde el principio—. Vestidos, alhajas, fiestas... todo eso está muy bien. Pero no demasiado dinero. Manténlas sujetas con los billetes de dólares. Y nunca imagines que te aman por quien eres. No es así. No es más que tu dinero, sólo tu dinero... y lo será siempre. Inmediatamente bajo la superficie, te desprecian... te despreciarán siempre. Y es justo, si lo piensas bien... Nosotros no somos chinos, ni lo seremos jamás.

—¿Nunca habrá una excepción?

—No lo creo. Ni siquiera por un *quai loh,* hijo mío. No lo creo. A mí nunca me ha sucedido... Y mira que he conocido a varias. ¡Ah, sí! Te dará su cuerpo, sus hijos, hasta su vida, pero siempre te despreciará. Tiene que hacerlo. ¡Es china, y nosotros somos *quai loh*.

Así es. Pensó Gornt. Ese consejo ha demostrado ser verdadero una y otra vez. Y me ha ahorrado muchas angustias. Sería bueno ver al viejo —se dijo—. Este año le haré un buen obsequio de Navidad: Struan.

Iba conduciendo con precaución, descendiendo por el lado izquierdo del camino sinuoso, abrazando la montaña. La noche era buena, el pavimento magnífico y el tránsito de vehículos ligero. En condiciones normales habría llevado a su chófer, pero esa noche no quería testigos de su entrevista con Plumm.

No —pensó—. No quiero tampoco testigos de mi encuentro con Four Finger Wu. ¿Qué diantres quiere ese pirata? Nada bueno. Tiene que ser algo peligroso. Sí. ¡Ah! Pero durante la guerra de Corea, Wu te hizo un gran favor y tal vez éste es el momento en que quiere que se lo pagues. Siempre hay un llamado a cuentas, tarde o temprano. Es justo y es la ley china. Tú recibes un regalo y devuelves otro un poco más valioso. Se te hace un favor y ...

En 1950, cuando los ejércitos comunistas chinos se abrían paso a duras penas, empapando el camino con su sangre, desde el río Yalu hacia el sur, con pérdidas monstruosas, su situación era de desesperada escasez de toda clase de vituallas estratégicas; por eso estaban 183

en la mejor disposición de pagar con munificencia a quien pudiera romper las líneas y llegar hasta ellos con las provisiones

que tanto necesitaban. En ese tiempo, Rothkell-Gornt estaba también en una situación de estrechez desesperada, por sus ingentes pérdidas en Shanghai, el año anterior, debido a las conquistas de Mao. Por eso, en diciembre de 1950, él y su padre habían pedido mucho dinero prestado y en secreto habían adquirido un inmenso cargamento de penicilina, morfina, sulfanamidas y otros productos médicos en Filipinas, evadiendo el permiso obligatorio de exportación. Habían introducido todo aquel contrabando en un junco alquilado, que surcaba el océano, junto con una de sus tripulaciones de confianza, y lo habían mandado a Wampoa, una isla sombría del río Pearl, cerca de Cantón. El pago debía ser en oro, al hacerse la entrega, pero durante el recorrido, en los secretos recodos del estuario del río, su junco había sido detenido por piratas de esas aguas, favorables a Chiang Kai-shek y a sus nacionalistas, y les habían exigido un rescate. No tenían dinero para pagarlo, y si los nacionalistas se enteraban de que Rothwell-Gornt tenía trato con sus aborrecidos enemigos comunistas, su futuro en Asia estaba concluido para siempre.

A través de su jefe de personal nativo, Gornt había concertado una cita en la bahía de Aberdeen, con Four Finger Wu, considerado como uno de los mayores contrabandistas en el estuario del río Pearl.

—¿Dónde el barco ahora? —Había preguntado Four Finger Wu en convincente pidgin.

Gornt le había contestado lo mejor que podía, hablando en inglés pidgin, porque él no conocía el dialecto haklo de Wu.

—¡Tal vez... tal vez no! —respondió sonriente Four Finger Wu—. Yo llamo tres días. *Nee choh wah,* palabra clave. Tres días, ¿sí?

El tercer día había llamado.

—Bueno, malo. No sabe. Encuentro dos días Aberdeen. Empieza Hora del Mono.

Esa hora eran las diez de la noche. Los chinos dividen el día en doce segmentos de dos horas, y cada uno tiene un nombre, siempre en la misma sucesión, a partir de las 4 de la mañana, con el Gallo, luego a las 6 con el Perro, y así sucesivamente. Jabalí, Rata, Buey, Tigre, Conejo, Dragón, Víbora, Mono, Caballo y Oveja.

A la Hora del Mono, en el junco de Wu, en Aberdeen, dos días después había entregado el pago completo del embarco en oro, *más*

un 40 por ciento adicional. Una pasmosa utilidad del 500 por ciento.

Four Finger Wu había hecho una mueca de sonrisa, diciendo:

—Hacer mejor negocio que *quai loh.* No preocuparse. 28,000 taels de oro —un tael era poco más de una onza—. Próxima vez yo embarcar. ¿Sí?

—*Si.*

—Tú comprar. Yo embarcar. Yo vender. 40 por ciento mío. Precio venta—. —Sí.

Movido de gratitud, Gornt había tratado de obligar esa vez a Wu a recibir un porcentaje mucho mayor, pero él lo había rechazado. —Sólo 40 por ciento, precio venta.

Sin embargo, Gornt había comprendido que quedaba endeudado con el contrabandista.

El oro venía en barras de 5 taels de contrabandistas. Estaba valuado a razón dé 35 dólares norteamericanos la onza. Pero en el mercado negro, si se introducía en Indonesia, en India o de nuevo en la misma China, valía dos o tres veces su precio. . . A veces más aún. Con ese embarque, una vez más, con ayuda de Wu, Rothwell-Gornt había ganado un millón y medio de dólares norteamericanos y se había puesto en el camino de la recuperación.

Después de aquella operación, había habido otros tres embarques, todos de inmensa utilidad para ambás partes. Luego la guerra había cesado, y con ella también su mutua relación.

Desde entonces, ni una palabra —pensaba Gornt... Hasta que el teléfono había sonado esa misma tarde.

—¡Ah! Viejo amigo, ¿puedo vér? ¿Esta noche? —había preguntado Four Finger Wu—. ¿Puede?

—Cualquier hora... Espero. El mismo lugar de los viejos tiempos. ¿Sí?

Así que ahora se trataba de devolver el favor. Muy bien.

Gornt encendió la radio. Chopin. Conducía por el camino sinuoso en forma automática, con la mente en las juntas que le esperaban, y el motor casi en silencio. Disminuyó la velocidad para dejar el paso a un camión. Luego viró y acéleró para rebasar a un taxi que iba con marcha lenta, en una porción recta de la carretera. Como su velocidad había aumentado, oprimió el freno con energía en el momento en que se acercaba a una curva ciega. Algo pareció desprenderse en el motor, y el pie de Gornt se hundió hasta el piso.

Sintió un vacío en el estómago y entró a la curva cerrada a velocidad muy alta.

El pánico 16 hizo seguir oprimiendo el pedal del freno uha y otra vez, siempre en vano, mientras con las manos hacía girar el volante. Tomó la primera curva a duras penas, serpenteando como ebrio al salir de ella, al lado opuesto de la carretera. Por fortuna ningún vehículo le venía al encuentro. Sin embargo, el esfuerzo por rectificar sú dirección fue demasiado y su auto se lanzó contra la pared de la montaña. El estómago seguía dándole vueltas con náusea; volvió a rectificar su dirección, otra vez más de lo necesario. Su velocidad era ya excesiva, y antes de poder prever la siguiente curva del camino,, ya la tenía encima. El descenso era más pronunciado, las curvas más frecuentes y el pavimento más angosto. Volvió a tomar la curva a duras penas, pero apenas había salido de ella, tuvo una fracción de segundo para aferrar el freno de mano. Esto hizo que su auto disminuyera un poco la velocidad, pero la nueva curva estaba ya frente a él. Salió de ella completamente del lado opuesto de la carretera, y esta vez las luces de un vehículo que le venía al encuentro lo cegaron.

El taxi derrapó, presa del pánico, saliéndose a la franja lateral, y casi cayendo al precipicio, haciendo sonar la bocina todo lo que podía. Por una distancia de poco más de un centímétro no chocó con el Rolls, que se arrastraba aterrado en busca del carril correcto, para luego precipitarse sin control, pendiente abajo. Un momento de carretera recta, y Gornt se ingenió para forzar la palanca de cambios de velocidad a un grado inferior, mientras se veía lanzado contra otra curva ciega. Para ese momento, el motor estaba ya en un aullido constante. La repentina disminución de velocidad habría podido lanzarlo contra el parabrisas, de no haber sido por el cinturón de seguridad; con las manos, casi congeladas, se aferraba con desesperación al volante.

Pudo salir de aquella nueva curva, pero otra vez se encontró demasiado fuera de su carril, y por un milímetro escaso no chocó con el vehículo que le venía al encuentro. Volvió a derrapar hacia su carril, giró» exagerando el viraje y disminuyendo un poco la velocidad, pero no había tregua alguna en la pendiente ni en las sinuosidades del camino que le esperaba. Seguía lanzándose con demasiada velocidad hacia la curva que se acercaba, y al salir de la

primera parte se encontraba otra vez demasiado afuera de su carril. El camión, que con su enorme carga le venía al encuentro, haciendo esfuerzos por subir la cuesta, estaba imposibilitado de hacer algo por ayudarlo.

Presa del pánico, Gornt viró a la izquierda y apenas logró evadir el pesado vehículo, con un ligero golpe. Trató de forzar la palanca de los cambios a reversa, pero no lo logró. La respuesta fue un violento rechinar de los engranajes en señal de protesta. En ese momento, vio aterrado que por su carril avanzaba una línea de vehículos a marcha lenta, mientras otra línea le venía al encuentro por el carril contrario, y la cinta asfaltada se desvanecía en torno a una curva que tenía delante. Se sintió perdido, así que viró contra la montaña, haciendo el esfuerzo por rebotar y de esa manera conseguir detenerse.

Un largo rugido de metal que protestaba se dejó oir. La ventanilla posterior se hizo añicos. El cuerpo de Gornt rebotó. El auto que le venía al encuentro se tambaleó, saliéndose por la franja lateral del camino, en medio del estruendo de su bocina. Gornt cerró los ojos y se aprestó al choque frontal, que por alguna razón no se produjo. El vehículo contrario pasó a su lado y él tuvo la fuerza suficiente para volver a virar contra la montaña. Se produjo un golpe momentáneo. El guardabarros delantero se desprendió. El auto se incrustó entre los arbustos y la tierra, luego chocó con una saliente de roca, elevándose en la parte trasera por el impacto. La fuerza de éste sacó a Gornt de su lugar. Al caer a tierra la parte trasera del auto, la rueda del lado de la montaña se hundió en la zanja de avenamiento y quedó estancada allí. Un segundo antes de hacer trizas a un horrorizado Mini que le venía al encuentro, el coche de Gornt al fin se detuvo.

A duras penas pudo él incorporarse. Su auto estaba todavía medio empinado. A Gornt le escurría el sudor en abundancia, y el corazón se le salía por la fuerza de las palpitaciones. Le resultaba difícil respirar o pensar. Todo el movimiento de vehículos se interrumpió, haciéndose una maraña. Quillan pudo oír el estruendo de algunas bocinas que por ambos lados ensordecían el ambiente, pidiendo paso con impaciencia.

—¿Está usted herido, buen amigo? —le preguntó un desconocido.

—No. No, creo que no. Me quedé sin frenos.

Gornt se enjugó el sudor de la frente, tratando de hacer que su cerebro trabajara. Se tocó el pecho, luego movió los pies. No sentía dolor alguno.

—Yo... El auto se quedó sin frenos... Daba vuelta a una curva y... y luego todo lo demás...

—¿Frenos, eh? Eso no le sucede a un Rolls. Yo pensé que usted trataba de jugar al zigzag. Tuvo mucha suerte, amigo. Yo lo di por muerto veinte veces. Yo en su lugar apagaría el motor...

—¿Qué cosa?

En ese momento, Gornt se dio cuenta de que ni el suave ronroneo del motor ni la música de la radio se habían interrumpido. Apagó la marcha y quitó las llaves del auto.

—Bonito coche —comentó el extraño—, aunque por ahora sea un verdadero desastre. Siempre me gustó este modelo. Es un '62, ¿no es cierto?

—Sí, eso es.

—¿Quiere qué llame a la policía?

Gornt hizo el esfuerzo y logró recapacitar. Todavía sentía retumbar en los oídos el pulso acelerado. A duras penas logró quitarse el cinturón de seguridad, y contestó:

—No. Hay una estación de policía un poco atrás, al subir la colina. ¿Podría llevarme allá?

—Con mucho gusto, buen amigo.

Aquel extraño era un hombre de baja estatura y regordete. Miró a su alrededor a los demás automóviles y taxis y a los camiones de carga que estaban detenidos en ambos sentidos de la carretera, y cuyos conductores y pasajeros chinos se asomaban a las ventanas dando de gritos.

—¡Maldita gente! —musitó—. Uno podría estar muriendo, a media calle, y considerarse afortunado si se dignan pasarle por encima. Abrió la puerta del coche y ayudó a salir a Gornt. —Gracias.

Gornt sintió que las piernas le flaqueaban. Por un momento le faltó control en las rodillas y tuvo que apoyarse en el auto.

—¿Está seguro de qué no le ha sucedido nada?

—Sí, sí. Es sólo que ... ¡estoy muriéndome del susto!

Observó los daños del coche. Todo el frente estaba hundido en la

tierra y los arbustos, del lado derecho tenía un jirón enorme, y el vehículo entero obstruía el paso en plena curva.

—¡Qué espantoso desastre!

—Sí, pero al menos a usted no lo atravesó de parte a parte. ¡Vaya fortuna la suya de venir en un buen automóvil, mi amigo!

El desconocido dejó que la puerta girara sobre sus goznes y la oyó cerrarse con un golpe apenas perceptible.

—¡Esta es una obra maestra de la industria! —comentó—. En fin, por ahora puede dejarlo aquí. No hay peligro de que nadie quiera robárselo.

El extraño rió con espontaneidad, señaló el camino hacia su automóvil, que estaba estacionado inmediatamente detrás, con las luces de emergencia encendidas, y propuso:

—Suba. Estaremos allá en un periquete.

En ese momento, Gornt recordó la media sonrisa burlona que había notado en la cara de Dunross y que él había considerado una fanfarronería, en el momento en que le decía adiós. La mente se le aclaró. ¿Habría tenido Dunross tiempo para meter mano... con sus conocimientos sobre motores...?

Pero, ¿seguramente no habría...?

—¡Hijo de ramera! —musitó horrorizado.

—No se preocupe, mi amigo —le dijo el desconocido en cuanto logró salir de la maraña de vehículos y dar la vuelta en redondo—. La policía le hará todos los arreglos.

Gornt respondió con rostro sombrío:

—Sí. Ellos lo harán.

13
10:25 p.m.

—¡Magnífica cena, Ian, mejor que la del año pasado! —comentó en tono expresivo Sir Dunstan Barre, desde el otro lado de la mesa. —Gracias.

Dunross alzó el brazo en un gesto de cortesía y tomó un sorbo del fino coñac que tenía en la copa.

Barre apuró el Oporto y luego volvió a llenarse la copa, con más entusiasmo que de ordinario.

—Demasiada comida, como de costumbre, ¡santo Dios! ¿Eh, Phillip? ¡Phillip...!

—Sí... ¡oh, sí! Mucho mejor... —musitó Phillip Chen.

—¿Te sientes bien, camarada?

—Sí, sí... es sólo que... Sí, sí.

Dunross frunció el ceño y dejó que sus ojos se pasearan sobre las demás mesas, casi sin prestar atención a ellos dos.

En la mesa de él, que había dado cabida a doce personas con toda comodidad, no quedaban más que tres. En las demás mesas, repartidas en las terrazas y los prados, los hombres saboreaban su coñac, su Oporto y sus cigarros puros, o bien formaban grupos que estaban ya de pie. Todas las damas a la sazón se hallaban ya en la casa. Vio a Bartlett de pie, junto a las mesas del ambigú, que una hora antes crujían bajo el peso de las piernas de cordero asádas, las ensaladas, las costillas de res poco asadas, las grandes tortas calientes de biftec y riñón, las patatas asadas y las verduras de toda clase, y los pasteles y piezas de repostería, junto con las esculturas de helado fino. Un pequeño ejército de sirvientes se encargaba ya de recoger la comida sobrante. Bartlett se entretenía en interesante conversación con el Jefe de la Superintendencia, Roger Crosse, y con el norteamericano Ed Lan-gan. Dentro de poco me ocuparé de ellos —se dijo Dunross con aire sombrío— pero primero Brian Kwok. Miró a su alrededor. El hombre al que buscaba no estaba en su mesa, la que había tenido a Adryon como anfitriona, ni en ninguna otra, así que él se reclinó cómodamente en su silla,

saboreando su coñac y dejando que su mente divagara.

Expedientes secretos, MI-6, Servicios Especiales de Inteligencia, Bartlett, Casey, Gornt, nada de Tsu-yan y ahora Alan Medford Grant bien muerto. La llamada telefónica antes de la cena, de parte de Kiernan, el ayudante de Grant en Londres, había sido impresionante.

—Sucedió a alguna hora de esta mañana, señor Dunross —había explicado Kiernan—.Llovía, el piso estaba muy resbaladizo y, como usted sabe, él era un gran aficionado a la motocicleta. Venía hacia la ciudad, como de costumbre. Por lo que sabemos, no hubo testigos. La persona que lo encontró en el camino vecinal cerca de Esher y la carretera A6 no supo decir sino que iba conduciendo bajo la lluvia cuando vio frente a él la motocicleta caída y el hombre tendido sobre una protuberancia del borde del camino. Dijo que, hasta donde él podía juzgar, AMG estaba ya muerto cuando él llegó al sitio del accidente. Llamó a la policía y se iniciaron las investigaciones pero... bueno, ¿qué puedo yo decir? ¡Es una gran pérdida para todos nosotros!

—Ya lo creo. ¿Tenía alguna familia?

—No, que yo sepa, señor. Por supuesto, lo notifiqué a MI-6 sin tardanza.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. —¿Por qué?

Un fuerte ruido de estática se dejó oír en la línea.

—El me había dejado instrucciones, señor. Si algo le sucedía, yo debía llamar en el acto a dos números telefónicos y mandar un cable a usted, que fue lo que hice. Ninguno de los números significaba nada para mí. El primero resultó ser el teléfono privado de un alto oficial de MI-6... Llegó en una media hora con algunos de sus hombres y revisó el escritorio de AMG y sus documentos personales. Al salir se llevaron la mayoría de ellos. Cuando vio la copia del último informe, el que acabábamos de mandarle a usted, saltó casi hasta el techo, y al pedirme copia de todos los demás, yo le dije, según las instrucciones de AMG, que siempre destruía el ejemplar de la oficina, tan pronto como teníamos noticias de que usted había recibido la suya. Esto casi le produjo una hemorragia.

Parece que AMG en realidad no tenía permiso del gobierno de Su Majestad para trabajar para usted.

—Pero yo tengo una garantía escrita de Grant de que estaba autorizado por el gobierno de Su Majestad desde antes.

—Sí, señor. Usted no ha hecho nada ilegal, pero este hombre del MI-6 casi perdió el juicio.

—¿Quién era él? ¿Cómo se llamaba?

—Se me dijo, señor, *se me dijo* que no mencionara nombre alguno. Era un hombre muy pomposo y entre dientes dijo algo sobre la Ley de Secretos Oficiales.

—¿Habló usted de dos números telefónicos?

—Sí señor. El otro era de Suiza. Una mujer contestó y, después de haberle dicho lo sucedido, se limitó a comentar '¡Oh, qué pena!' y colgó el teléfono. Era extranjera, señor. Algo interesante es que entre las instrucciones finales estaba la de no informar a uno de los números nada sobre el otro pero, como este caballero del M-16 estaba *en ascuas* (es lo menos que puedo decir), se lo dije a él. En el acto llamó, pero obtuvo señal de ocupado, y así estuvo durante mucho tiempo. Luego, la empleada de teléfonos dijo que el teléfono había sido desconectado temporalmente. El hombre del MI-6 casi estalla de rabia.

—¿Puede usted continuar con los informes de AMG?

—No, señor. Yo no hacía más que un trabajo mecánico: cotejar la información que él conseguía, escribirle los informes, contestar el teléfono cuando estaba ausente y pagar las cuentas de la oficina. El pasaba buena parte del tiempo en el Continente, pero nunca me dijo donde había estado, ni me hizo comentario alguno espontáneo. Era... bueno, digamos que jugaba con todas sus cartas pegadas a la nariz. No sé quién le daba una cosa u otra... Ni siquiera conozco el número de su oficina en Whitehall. Como le he dicho era persona sumamente reservada...

Dunross suspiró y tomó un sorbo de brandy. ¡Malhadada suerte! —pensó—. ¿Fue accidente o lo asesinaron? Y... ¿cuándo se me echará encima el MI-6? ¿El número de la cuenta de Suiza? Tampoco es negocio ilegal, y no es asunto más que de él y mío...

¿Qué hacer? Debe haber un sustituto en alguna parte.

¿Fue accidente... o lo mataron?

—¿Perdón? —preguntó, al no darse cuenta de lo que Barre había dicho.

—Te comentaba que fue muy gracioso cuando Casey no quería

marcharse y tú la echaste fuera —el corpulento hombre rió con gusto—. ¡Tienes los calzones bien puestos, mi viejo!

Al terminar la cena, antes que el Oporto, el coñac y los cigarros puros llegaron, Penélope se había levantado de la mesa, donde Linc Bartlett estaba sumido en interesante conversación con Havergill.

Las mujeres se habían alejado, en compañía de ella, y después Adryon en su mesa y luego en todas las terrazas, las damas habían empezado a seguir sus pasos. Lady Joanna, que estaba sentada a la derecha de Dunross, había hecho la invitación:

—Vamos, chicas, es hora de empolvarse.

Muy obedientes, las demás mujeres se habían levantado con ella, y los hombres, en un gesto cortés habían actuado como si su partida no fuera un alivio para ellos.

—Ven con nosotras, querida —había sugerido Joanna a Casey, que permanecía sentada.

—Yo estoy bien así, gracias.

—Estoy segura de que es así pero... ehm ... ven con nosotras, de todas maneras.

En ese momento, Casey había notado que todos la observaban. —¿Qué sucede?

—Nada, querida —había contestado Lady Joanna—. Es costumbre que las damas dejen solos a los hombres un rato, con su Oporto y su cigarro puro. Por eso, ven con nosotras.

Casey había clavado la mirada desafiante en ella.

—¿Quieres decirme qué a nosotras se nos despacha mientras los hombres discuten asuntos de estado y el precio del té en China?

—Se trata sólo de buenos modales, querida. A la tierra que fueres haz lo que...

Lady Joanna la había observado, con esa leve sonrisa de desprecio en los labios, y había gozado del silencio embarazoso y las miradas de desaprobación de la mayoría de los hombres. Todas las miradas estaban fijas en ella.

—Esto no puede ser en serio. Esa costumbre pasó a la historia desde antes de la Guerra Civil —objetó Casey.

—Estoy segura de que así fue en Estados Unidos —Joanna sonrió con su mueca característica—. Pero aquí es diferente. Esto es parte de Inglaterra. Es cuestión de buenos modales. Insisto en que vengas con nosotras, querida.

—Lo haré, querida —contestó Casey con la misma gentileza—... más tarde.

Joanna había suspirado, se había encogido de hombros y había arqueado una ceja a Dunross; una sonrisa forzada y al fin se había marchado con las demás damas. En la mesa reinaba un silencio de desprobación.

—Tai-pan, ¿no le molesta qué me quede, verdad? —había insinuado Casey riéndose.

—Sí. Lamento decirle que sí —había respondido él con amabilidad—. No se trata más que de una costumbre. No es nada importante. Todo el objeto de esto es que las damas puedan ser las primeras en hacer uso del baño y aprovechar los baldes de agua.

La sonrisa de la chica se desvaneció y los músculos de la mandíbula se le contrajeron. Todavía objetó:

—Y... ¿si yo opto por no ir?

—Es costumbre nuestra, Ciranoush. En Estados Unidos se acostumbra hablar de tú a alguien cuando acaba de conocérsele. Aquí no. Aún así... —Dunross le sostuvo la mirada, con toda serenidad, pero con absoluta inflexibilidad—. No se pierde nada con hacerlo.

—Yo opinó que sí.

—Lamento contradecirte, pero puedo asegurarte que no.

Los demás se habían quedado a la expectativa, observándolo a él y estudiándola a ella, disfrutando de la controversia, pero azorados de la obstinación de Casey. Gon excepción de Ed Langan, que se sentía muy apenado por su causa y había dicho:

—¡Qué diablos, Casey! ¡No puedes luchar contra la autoridad municipal! —su tono era de broma, pero la intención era seria.

—Es lo que he tratado de hacer toda mi vida" —opuso ella.

Se sentía furiosa, pero de pronto su actitud había cambiado y con una radiante sonrisa, después de tamborilear un momento sobre la mesa, había decidido levantarse.

—Caballeros, con el permiso de ustedes... —había dicho con amabilidad.

Luego había empezado a retirarse, en medio de un abrumador silencio de desconcierto.

—Yo no la despaché —volvió a protestar Dunross.

—Como quiera que sea, fue muy divertido —insistió Barre—. Me

pregunto qué la haría cambiar de parecer... ¿Qué piensas, Phillip?

—¿Qué dices? —interrogó el aludido en tono ausente.

—Por un momento pensé que iba a vapulear al pobre Ian, ¿no tuviste esa impresión? Pero algo que le vino a la mente la hizo cambiar de parecer. ¿Qué sería?

Dunross sonrió y comentó. —Apuesto a que no es nada bueno. Esa es tan susceptible como un nido de alacranes.

—¿Pero con espléndidos senos! —comentó Barre.

El y Dunross rieron. Phillip Chen no. La preocupación de Dunross por él se hizo mayor. Toda la velada había tratado de animarlo, pero nada conseguía levantar aquel velo de aflicción. Durante toda la cena, Phillip se había mostrado sombrío y taciturno, Barre se levantó y eructó.

—Voy a desaguar —comentó—, mientras se puede —y se perdió entre las plantas del jardín.

—No lo hagas sobre las camelias —le gritó Ian sin dar importancia a su recomendación.

Luego hizo un esfuerzo para concentrarse en lo que quería decir. —No te preocupes, Phillip —le dijo en cuanto se vieron solos—. No tardarán en encontrar a John.

—Sí. Estoy seguro de que así será...

La mente de Philhp Chen estaba abrumada, no tanto por el secuestro, cuanto por lo que había descubierto en la caja de seguridad de su hijo esa tarde, al abrirla con la llave que había encontrado en la caja de zapatos.

—¡Vamos, Phillip, recógelo, no seas necio! —le había insinuado su esposa Dianne—. Recógelo... si no lo hacemos nosotros, lo hará el tai-pan.

—Sí, sí. Lo sé...

Gracias a todos los dioses que lo hice —pensaba ahora— todavía en un estado de conmoción, recordando lo que había encontrado al hurgar entre el contenido. Sobres de manila de varios tamaños, en su mayoría detallados, un diario y un directorio telefónico. En el sobre que decía "deudas" había talones dé apuestas por valor de 97,000 Hong Kongs, por concepto de deudas pendientes con apostadores ilegales, no reconocidos, del lugar, Un comprobante a favor de Miser Sing, notorio prestamista, por valor de 30,000 Hong Kongs, a un interés del 3 por ciento mensual. Un mensaje que exigía

el pago de 20,000 dólares norteamericanos, por una deuda, vencida hacía mucho tiempo, con el banco de Ho-Pak, y una carta de Richard Kwang fechada la semana anterior, en la que le decía que si no hacía pronto algún arreglo, él tendría que hablar con su padre. Además había cartas que comprobában la existencia de una amistad creciente de John con un jugador norteamericano de casino, Vihcenzo Banastasió, que le aseguraba que sus deudas no eran apremiantes: "... tómate el tiempo que necesites, John. En cualquier momento dentro del lapso de este año, está bien... Tú crédito sigue siendo excelente". Y junto con esa misiva estaba la fotocopia de una nota promisoria de pago, perfectamente legalizada ante notario, por la que su hijo se comprometía a pagar él en persona, o mediante sus herederos o personas designadas por él, la cantidad de 485,000 dólares, norteamericanos a Bánastasio, cuando éste lo exigiera, junto con los intereses correspondientes.

¡Estúpido! ¡Estúpido! —había exclamado Phillip furioso, sabedor de que su hijo no tenía más que una quinta parte de todo ese activo, lo que significaba que él, Phillip, habría tenido que acabar pagando todas esas deudas.

Luego, un sobre grueso con el membrete de "Par-Con" le había llamado la atención. En éste había un contrato de empleo con Par-Con, firmado por K. C. Tcholok, hacía tres meses, que comprometía los servicios de John Chen en calidad de asesor privado de Par-Con por "... 100,000 dólares norteamericanos como pago inicial (de los cuales, este documento hace constar que 50,000 han sido ya pagados) y, una vez que se firme un convenio satisfactorio entre Par-Con y Struan o Rothwell-Gornt o cualquier otra compañía elegida por Par-Con, un millón de dólares más, distribuidos en un período de cinco años por partes iguales. Además, a los treinta días de la firma del mencionado contrato, el pago total de la deuda de 485,000 dólares al señor Vincenzo Banastasio, en 85 Orchard Road, Las Vegas, Nevada, se hará con el primer pago de 200,000 dólares más la diferencia de 50,000 pendientes del pago inicial..."

—... Y todo esto ¿a cambio de qué? —se había preguntado angustiado Phillip en la bóveda de seguridad del banco.

Sin embargo, el largo contrato no especificaba nada más, excepto el hecho de que Jhon Chen debería ser "asesor privado en Asia". No había anotaciones ni papeles adjuntos.

Con precipitación había vuelto a revisar el sobre en caso de que hubiera omitido algo, pero lo había encontrado vacío. Un repaso rápido de los demás sobres no le había dado mejor resultado. De pronto notó por casualidad un fino sobre de correo aéreo, medio metido dentro de otro. El membrete decía "Par-Con II". Contenía fotocopias de notas manuscritas de su hijo a Lincoln Bartlett.

La primera tenía fecha de seis meses atrás y confirmaba que él, John Chen, estaba en condiciones y en la mejor disposición de proporcionar a Par-Con la información más privada de las operaciones más reservadas de todo el consorcio de compañías Struan. "... por supuestos, estos datos han de mantenerse en el más riguroso secreto pero, por ejemplo señor Bartlett, usted puede ver, por los estados financieros de Struan que le adjunto, entre 1954 y 1961 (cuando el consorcio se hizo público), que lo que le sugiero es factible. Si usted estudia los estatutos de la estructura corporativa de Struan y la lista de algunos de sus accionistas más importantes, junto con sus valores en cartera secretos, incluidos los de mi padre, no tendrá ninguna dificultad en planear cualquier licitación que a Par-Con le interese para apoderarse del negocio. Añada a estas fotocopias lo demás de que le hablé (y le juro por Dios que puede creerme) y verá que puedo garantizar el éxito. Lo que estoy exponiendo es mi vida, que debe ser para usted suficiente aval, pero si me adelanta ahora cincuenta de los primeros cien, estoy de acuerdo en dejarle tomar posesión a su llegada (con el compromiso de devolvérmelo tan pronto como el convenio esté concluido), o en permitir.que lo use en contra de Struan. Le garantizo que podrá hacerlo. Al final Dunross tendrá que hacer todo lo que usted quiera. Por favor envíeme su respuesta al buzón postal acostumbrado y destruya estos papeles, como hemos convenido".

—Tomar posesión... —¿de qué? —se había preguntado Phillip con ansiedad. Las manos le temblaban, cuando empezó a leer la segunda carta. Estaba fechada hacía tres semanas.

"Estimado señor Bartlett. Esta confirmará su fecha de llegada. Todo está preparado. Estoy ansioso de volver a verlo y de conocer al señor K. C. Tcholok. Gracias por los cincuenta en efectivo, que llegaron sanos y salvos. En el futuro, cualquier cantidad deberá ir a una cuenta registrada en Zurich. Cuando usted llegue, le daré los detalles bancarios respectivos. Gracias también por estar de acuerdo

con nuestro convenio verbal de que si puedo ayudarlo en la forma que he prometido, seré socio con un 3 por ciento de las acciones de la nueva Compañía Comercial Par-Con de Asia.

"Estoy incluyendo algunas otras cosas de interés; observe la fecha en que se vencen los pagarés de Struan (suscritos por mi padre) a Toda Shipping, por sus nuevos super navíos de carga: el lo., el 11 y el 15 de septiembre. Todavía no hay en Struan suficiente dinero para cumplir con este compromiso.

"Item: en respuesta a la pregunta del señor Tcholok relativa a la posición de mi padre en cualquier cambio de propietario o licitación por procurador, le digo que puede neutralizarse. Las fotocopias que incluyo son una muestra de las muchas que tengo. Estas revelan una relación muy estrecha con White Powder Lee y su primo, Wu Sang Fang, conocido también como Four Finger Wu, desde los primeros años de la década de 1950, y la propiedad secreta, en consorcio con ellos vigente hasta este momento, de una compañía de bienes inmuebles, dos compañías navieras y de intereses comerciales en Bangkok. Sin embargo, en la actualidad ambos se presentan exteriormente como hombres de negocio respetables, promotores de bienes raíces y millonarios navieros. Pero es cosa sabida por todos que durante años han sido piratas y contrabandistas de éxito, y se habla mucho en ambientes chinos de que son los Grandes Dragones del tráfico de opio. Si las relaciones de mi padre con ellos se hicieran públicas, el perdería su prestigio para siempre, se romperían todos los nexos íntimos que tiene con Struan y todos los demás *hongs* que ahora existen y, lo que es más importante, se destruiría de manera definitiva cualquier esperanza de un título de caballero, que es lo que él desea por encima de todo. La sola amenaza de esto bastaría para anularlo ... incluso para convertirlo en aliado. Claro está que todos estos documentos y los demás que yo poseo exigen mayor comprobación para poder servir ante un tribunal legal. La tengo muy abundante en un sitio absolutamente seguro..."

Phillip Chen estaba recordando cómo, presa del pánico, había buscado con frenesí esa mayor documentación, mientras su mente daba gritos diciendo que era imposible que su hijo tuviera tantos conocimientos secretos, que poseyera los estados financieros de Struan del tiempo anterior a su constitución como compañía

pública, y que era imposible que supiera; lo relacionado con Four Finger Wu y los demás asuntos; secretos. ¡Por todos los dioses! Saber eso es casi tanto como saber todo lo que yo mismo sé. ¿Qué otra cosa sabe John? ¿Qué más le habrá dicho al norteamericano?

Fuera de sí de la ansiedad había hurgado meticulosamente todos los sobres, pero no había nada más.

—En algún lugar debe tener otra caja... o depósito de seguridad —había musitado, en un estado tal que casi no podía pensar. En un arrebato de furia había seguido escarbando el portafolios de John, con la esperanza de que un examen más minucioso le diera, la respuesta a sus preguntas... Luego había cerrado de golpe la caja y había dado vuelta a la llave. De repente había decidido abrirla de nuevo. Deslizó hacia afuera la armazón metálica y la colocó boca abajo. Adheridas a la base estaban dos llaves. Una pertenecía a una caja de seguridad, cuyo número había sido borrado con esmero. Observó con atención la otra y sintió que la sangre se le helaba en las venas al reconocerla: era ja llave de su propia caja fuerte, la que él tenía en su casa de la Cumbre. Habría podido jurar por su vida que la única llave que existía era la que él siempre llevaba pendiente del cuello, que jamás había dejado de estar en su poder, desde que su padre se la había dado en su lecho de muerte, hacía dieciséis años.

—*Oh ko* —se dijo con rabia.

Dunross le preguntó: —¿Te sientes mal? ¿Por qué no te tomas un brandy?

—No. No, gracias —contestó Phillip Chen con voz temjblorpsa, después de regresar al tiempo presente.

Hizo un esfuerzo para recoger su mente dispersa y miró al taipan de hito en hito, convencido de que debía decirle todo. Pero no tenía valor. No lo habia tenido hasta conocer la magnitud de los secretos robados. Aún así, seguía sin valor para hablar. Además de muchas operaciones a las que las autoridades podrían dar una interpretación equivocada, de otras que podrían ser sumamente vergonzosas y llevar a toda clase de juicios en los tribunales civiles, o tal vez en los criminales, habría tenido que confesar muchas cosas a Dunross. ¡Necia ley inglesa! —pensó con furia—... ¡Es estúpido tener la misma ley para todos! ¡Es absurdo no tener una ley para los ricos y otra para los pobres! De otra manera, ¿qué sentido tema

trabajar y esclavizarse y apostar y maquinar para llegar a ser rico? Sí, además de todo eso, habría tenido que admitir ante Dunross que había estado guardando documentos de secretos de Struan durante años, que su padre lo había hecho antes de él: estados de cuentas, acciones y otras cosas secretas, sumamente privadas de la intimidad familiar, operaciones de contrabando con sus pagos respectivos... Sabía que de nada serviría alegar que lo había hecho por protección, para proteger a la Casa, porque el tai-pan habría replicado con toda razón que la protección había resultado ser para la Casa de Chen, no para la Casa Noble. Así, con todo derecho se volvería contra él, descargaría en él toda su furia... en él y en su descendencia. En el holocausto de una lucha contra Struan, él estaba destinado a la derrota (el testamento de Dirk Struan lo había previsto), y todo lo que un lapso de casi siglo y medio había edificado se desvanecería como el humo.

Gracias a todos los dioses que en la caja fuerte no se hallaban todas las cosas —pensó con alivio. Gracias a todos los dioses que las demás cosas están enterradas a gran profundidad. De repente, unas palabras de la primera carta de su hijo se presentaron con especial claridad ante su mente: "añada a estas fotocopias *lo demás* de que le hablé..."

Palideció. Le flaquearon las piernas.

—Si me perdonas, tai-pan... yo ... ehm... me despido. Tengo que ir a recoger a Dianne y... te lo agradezco... Buenas noches. A toda prisa entró a la casa.

Dunross clavó la mirada en él, lleno de sorpresa por esa reacción tan inesperada.

* * *

—Mira, Casey —dijo Penélope—, quiero presentarte a Kathren Gavallan. Es la hermana de Ian.

—¡Hola! —saludó Casey con una sonrisa, sintiendo en el acto simpatía por Kathren.

Se hallaban en una de las antecámaras del piso bajo, entre otras damas que conversaban, se arreglaban el maquillaje o aguardaban en una línea su turno para entrar al tocador contiguo. Aquel recinto era amplio, cómodo y cubierto de espejos.

—Ustedes dos tienen los mismos ojos —comentó Casey—. Yo habría reconocido el parecido en cualquier parte. Es un hombre muy especial, ¿no es cierto?

—Así lo pensamos —repuso Kathren con una sonrisa espontánea.

Era una mujer de treinta y ocho años, atractiva, hablaba con un agradable acento escocés, y llevaba un vestido de seda floreada, largo y fresco.

—Esta escasez de agua es tediosa, ¿no te parece? —comentó Kathren.

—Sí. Debe ser un problema con los niños.

—No, *chérie,* a los chicos les encanta —intervino Susanne deVille.

Era una mujer cercana a los cincuenta años, distinguida. Hablaba con un ligero acento francés. Luego explicó:

—¿Cómo puedes obligarlos a bañarse todas las noches?

—Mis dos hijos son iguales —admitió Kathren sonriendo-—. Nos molesta a nosotros, los padres, pero a ellos no parece disgustarles. Sin duda es un problema para la organización de una casa.

Penélope intervino:

—¡Yo aborrezco esta situación! Este verano ha sido infernal. Hoy por la noche hemos tenido suerte

...¡lo normal sería estar bañadas en sudor! —estaba viéndose en el espejo y arreglándose el maquillaje—. Espero ansiosa el mes entrante... Kathren, ¿te he dicho ya qué vamos a Inglaterra por un par de semanas de vacaciones? Al menos yo sí voy. Ian me ha prometido ir también, pero con él nunca se sabe de cierto.

—El necesita unas buenas vacaciones —comentó Kathren, y Casey observó ojeras y arrugas bajo su maquillaje—. ¿Piensas ir a Ayr?

—Sí, y también una semana a Londres.

—Dichosa de ti. ¿Cuánto tiempo vas a estar en Hong Kong, Casey? —No lo sé. Todo depende de lo que haga Par-Con. —Sí. Andrew me dijo que habías estado en junta con ellos todo el día.

—Creo que no son muy partidarios de negociar con una mujer.

—Estás subestimando la realidad —protestó Susanne deVille riendo, mientras se levantaba la falda para restirar la blusa—. Desde luego mi Jacques tiene la mitad de francés, así que comprende que

las mujeres estén en el mundo de los negocios. Pero los ingleses ... —arqueó las cejas en un gesto de asombro.

Al tai-pan no pareció molestarle —objetó Casey—... Claro que todavía no tengo ningún trato con él en este plan...

—Pero lo tienes con Quillan Gornt —insinuó Kathren.

A pesar de que estaban en la intimidad del tocador de damas, Casey se mantenía en guardia y pudo percibir la sutileza del tono de su voz.

—No —replicó luego—. Yo no he tratado con Quillan Gornt..; al menos antes de esta noche. Fue mi jefe el que habló con él.

Inmediatamente antes de la cena, había tenido tiempo de referir a Bartlett la historia del padre de Gornt y Colín Dunross.

—¡Santo cielo! —había exclamado Bartlett— ¡Con razón Adryon perdió los estribos! ¡Y tenía que ser en el salón de billares! —había reflexionado un momento y luego se había encogido de hombros—. En fin, lo único que esto significa es que hace mayor presión sobre Dunross.

—Tal vez, pero su enemistad es más honda que todo lo que yo he experimentado, Linc. Podría hacer que el tiro saliera por la culata.

—No veo en qué forma... por ahora. Gornt no hacía más que abrir un frente lateral, como debe hacerlo un buen general. Si no hubiéramos tenido la información de John Chen por adelantado, lo que dijo Gornt podría haber sido vital para nosotros. Gornt no tiene manera de saber que le llevamos la delantera; por eso acelera un poco el ritmo. Todavía no sacamos nuestra artillería pesada y ambos están ya haciéndonos la corte.

—¿Has decidido ya a quién te inclinas?

—No. ¿Tú has tenido alguna corazonada?

—Ninguna todavía. Los dos son formidables... Linc, ¿crees qué hayan secuestrado a John Chen por haber estado dándonos información?

—¡No sé! ¿Por qué?

—Antes que llegara Gornt, el superintendente Armstrong me detuvo y me preguntó qué había dicho John Chen anoche, de qué habíamos hablado... exactamente lo que se había dicho. Le dije todo lo que pude recordar... Lo único que no dije fue que yo iba a recibir 'eso'... puesto que todavía no sé lo que es 'eso'.

—No es nada ilegal, Casey.

—No me gusta estar sin saber. Al menos ahora. Estoy poniéndome ... Esta situación me saca de quicio: las armas de fuego, este secuestro brutal, la insistencia de la policía...

—No es nada ilegal. Deja las cosas como están. ¿Dijo Armstrong qué había alguna relación?

—No me dio ningún dato. Como oficial de policía, es un caballero inglés, fuerte y silencioso, y tan sagaz y experto como lo mejor que yo he visto en las películas. Estoy segura de que estaba convencido de que yo le ocultaba algo... —titubeó un instante— Linc, ¿qué tiene John Chen que es de tanto valor para nosotros?

Casey recordó cómo la había estudiado con sus ojos azules, de mirada profunda y escrutadora, y luego había reído con espontaneidad. Toda su respuesta había sido:

—Una moneda.

—¿Qué cosa? —había insistido ella azorada.

—Sí. En realidad, no es más que una media moneda.

—Pero, Linc, ¿qué es una mo...?

—Es todo lo que puedo decirte, Casey. Dime, ¿opina Armstrong qué hay alguna relación entre el secuestro de Chen y los rifles?

—No lo sé—había respondido ella, encogiéndose de hombros—. No lo creo, Linc. No podría ni siquiera hacer conjeturas. Es demasiado evasivo... el señor ese —volvió a titubear—... Linc, ¿has hecho un trato... cualquier clase de trato con Gornt?

—No. Nada definitivo. Todo lo que Gornt quiere es eliminar a Struan, y desea asociarse con nosotros para aplastarlos. Le dije que lo discutiríamos el martes. Durante la cena.

—¿Qué vas a decirle al tai-pan después de la cena?

—Dependerá de sus preguntas. El debe saber que es buena estrategia sondear las defensas del enemigo.

Casey había empezado a preguntarse quién era el enemigo y a experimentar una sensación de extrañeza absoluta incluso en el. tocador, en medio de las demás damas. No había sentido más que hostilidad de parte de ellas, con excepción de aquellas dos, Penélope y Kathren Gavallan... y otra mujer a la que había conocido poco antes en la fila que esperaba poder hacer uso del excusado.

—Hola —le había dicho con voz suave aquella mujer—. Tengo entendido que usted también es una extraña en este lugar".

—Sí, sí. Así es, —había respondido Casey, asombrada de la belleza de su interlocutora.

—Me llamo Fleur Marlowe. Peter Marlowe es mi esposo. Es escritor. ¡Está usted magnífica!

—Gracias. Usted también ... ¿Acaban de llegar a Hong Kong, lo mismo que nosotros?

—No. Estamos aquí desde hace tres meses y dos días¿ pero ésta es la primera fiesta realmente inglesa a la que asistimos —había explicado Fleur, con un inglés menos atildado que el de las. demás —v La mayor parte del tiempo hemos estado con chinos o solos. Tenemos un departamento en el antiguo anexo del V. y A... ¡Oh, por favor!—exclamó mirando hacia la puerta del baño—. Ojalá se dé prisa. ¡No puedo más!

—Nosotros también estamos en el V. y A.

—Sí, lo sé. Ustedes dos son bastante famosos, —dijo Fleur Marlowe, riendo.

—¡Infames! Yo no sabía qüe allí tuvieran departamentos.

—En realidad no los tienen. Se trata de dos recámaras minúsculas y una sala pequeña. La cocina no es más que un armario. En fin, estamos en casa. Tenemos un baño, con agua corriente, que basta para lavar los excusados".

Fleur Marlowe tenía un par de ojos grises grandes, ladeados con mucha gracia, y una cabellera rubia y larga. Casey calculó que tendría la misma edad que ella.

—¿Su esposo es periodista?

—Es autor. No ha publicado más que un libro. Su actividad principal es escribir y dirigir películas en Hollywood. Eso es lo que nos paga el alquiler.

—¿Por qué tienen que andar con chinos?

—Oh, a Peter le interesan... —Fleur Marlowe se había sonreído y había susurrado en tono de conspiración, mirando en torno suyo a las demás mujeres—... ¡Son agobiantes! ¿No te parece! ¡Más inglesas que los mismos ingleses! Corbatas de la vieja guardia y todas esas pamplinas...

Casey frunció el ceño.

—Pero, tú también eres inglesa...

—Sí y no. Soy inglesa pero vengo de Vancouver, en la Columbia Británica. Vivimos en Estados Unidos. Peter y yo, con los niños... es

el famoso Hollywood, en California. La verdad es que no sé lo que soy: mitad de una cosa, mitad de otra.

—Nosotros también vivimos en Los Angeles... Linc y yo.

—Yo pienso que él es fenomenal. ¡Qué suerte tienes!

—¿Qué edad tienen tus hijos?

—Cuatro y ocho... gracias a Dios allá no nos racionan el agua. —¿Te gusta Hong Kong?

—Es fascinante, Casey. Peter está haciendo investigaciones para un libro sobre este lugar, así que para él es maravilloso. ¡Dios mío! Si la mitad de las leyendas es verdad... Los Struan y los Dunross y todos los demás, y tu Quillan Gornt.

—No es mío. Acabo de conocerlo hoy en la noche.

—Ocasionaste un pequeño terremoto atravesando el salón con él —Fleur volvió a reir—. Si vas a permanecer aquí, habla con Peter, él te pondrá al corriente de toda clase de escándalos —con un movimiento de la cabeza había señalado a Dianne Chen, que se polveaba la nariz frente a uno de los espejos—. Esa es la madrastra de John Chen, la esposa de Phillip. Es esposa número dos. La primera falleció. Es euroasiática y aborrecida casi por todos, pero es una de las personas más amables que yo he conocido.

—¿Por qué la aborrecen?

—Tienen celos de ella... la mayoría. Después de todo, es la esposa del jefe de personal nativo de la Casa Noble. Nosotros la conocimos al principio de nuestra estancia. Se portó maravillosamente conmigo. Es... es difícil para una mujer vivir en Hong Kong, sobre todo si es extranjera. En realidad no sé por qué, pero a mí me trató como si fuera de la familia. Ha sido extraordinaria.

—¿Es euroasiática? parece china...

—A veces es difícil distinguir. Su nombre de soltera es T'Chung, según me ha dicho Peter; su madre es Sung. Los T'Chung vienen de una de las amantes de Dirk Struan, y la línea de los Sung también es ilegítima y se deriva del famoso pintor Aristóteles Quance. ¿Has oído hablar de él?

—Muchas de... ehm... nuestras mejores familias de Hong Kong son... en fin... el viejo Aristóteles se extendió en cuatro ramas.

En ese momento, la puerta del baño se abrió, una mujer salió y Fleur Marlowe exclamó:

—¡Bendito sea Dios!

Mientras Casey esperaba su turno, había escuchado las conversaciones de las demás a medias. Eran siempre los mismos temas: vestidos, el calor, la escasez de agua, quejas contra las *amahs* y los demás sirvientes, la carestía de la vida, o bien los niños y las escuelas. Luego le llegó el turno de entrar al baño y cuando salió, Fléur Marlowe había desaparecido y Penélope se le había acercado.

—Acaban de hablarme de que no querías retirarte de la mesa. No hagas caso de Joanna —había dicho Penélope, bajando la voz—. Es una posma. Lo ha sido siempre.

—La culpa fue mía... Aún no me adapto a las costumbres de aquí.

—En realidad son muchas necedades, pero a la larga es preferible dejar libres a los hombres. Yo en lo personal prefiero hacerlo. Debo decir que la mayor parte de su conversación me resulta tediosa.

—Sí. Lo es, a veces. Pero yo defiendo el principio. Debemos ser tratadas como iguales.

—Nunca seremos iguales, querida. Aquí no. Esta es la Colonia de la Corona en Hong Kong.

—Es lo que todos me dicen. ¿Cuánto tiempo se supone que debemos dejarlos solos?

—¡Oh..! Una media hora, más o menos. No hay tiempo fijo. ¿Hace mucho que conoces a Quillan Gornt?

—Hoy fue la primera vez que lo vi, —había dicho Casey.

—No es... no es bienvenido a esta casa, —había explicado Penélope.

—Lo sé. Se me habló de la fiesta de Navidad. —¿Qué te dijeron?

Casey repitió lo que le habían referido.

Hubo un silencio embarazoso. Al fin Penélope observó:

—No es bueno para los extraños verse involucrados en reyertas de familias, ¿no te parece?

—No —había convenido Casey—. Pero es un hecho que todas las familias riñen. Nosotros, Linc y yo estamos aquí para iniciar un negocio ... Tenemos la esperanza de hacerlo con alguna de las grandes compañías de Hong Kong. Somos extraños aquí. Lo sabemos... por eso andamos en busca de un socio.

—Bueno, querida, estoy segura de que llegarán a una buena

decisión. Sé paciente y cautelosa. ¿No estás de acuerdo, Kathren? —preguntó a su cuñada.

—Sí, Penélope, sí lo estoy —Kathren dirigió una mirada a Casey, del mismo género de las de Dunross, y explicó—. Confío en que la elección de ustedes sea la correcta, Casey. Aquí todo el mundo es bastante vengativo.

—¿Por qué?

—Una razón es que somos una sociedad con nexos demasiado estrechos, todos muy relacionados.

Cada uno conoce a todos los demás . . . y casi sabe todos sus secretos. Otra razón es que los odios aquí se remontan a varias generaciones y a través de ellas han ido nutriéndose. Cuando odias, lo haces de todo corazón. Una razón más es que ésta es una sociedad de piratas con muy pocos frenos, así que puedes darte vuelo con toda clase de venganzas. ¡Ah, sí! Y otra razón es que los intereses aquí son muy altos... Si consigues acumular un montón de oro, puedes conservarlo de acuerdo con la ley, aun cuando lo hayas obtenido fuera de ella. Hong Kong es un lugar de paso... nadie viene aquí para quedarse, ni siquiera los chinos. Todos vienen a hacer dinero para luego irse. Es un lugar sin igual en toda la Tierra.

—Pero los Struan, los Dunross y los Gornt han estado aquí durante generaciones —objetó Casey.

—Sí, pero desde el punto de vista individual, vinieron aquí por una sola razón: el dinero. Aquí nuestro dios es el dinero. Tan pronto como lo tienes, te desapareces, lo mismo si eres europea, que si eres norteamericana... y sin duda alguna, china.

—Estás exagerando, Kathy querida —intervino Penélope.

—Sí, pero a pesar de todo es la verdad. Otra razón es que aquí vivimos al borde de la catástrofe en todo momento: fuego, inundaciones, peste, derrumbes, tumultos. La mitad de nuestra población es comunista, la otra mitad nacionalista, y se aborrecen de una manera que ningún europeo podrá jamás entender... En cuanto a China... China puede devorarnos en cualquier instante. En esas condiciones, tú vives al día, y mandas al demonio todo lo demás. Apodérate de lo que puedas, porque mañana... ¿quién sabe que sucederá? ¡No te le atravieses a nadie! Aquí todo es en realidad precario, y no hay cosa duradera en Hong Kong.

—Excepto la Cumbre —interpuso Penélope—... y los chinos.

—Hasta los chinos quieren enriquecerse con rapidez, para salir de aquí cuanto antes... ellos más que la mayoría. Ten un poco de calma, Casey, y lo verás por ti misma. Tú también sentirás el hechizo de Hong Kong... o su maleficio, según como quieras verlo. Para los 204 negocios, es el lugar más emocionante de la Tierra y no tardarás en sentir que estás en el centro de ella. Es algo salvaje y excitante para el hombre. ¡Santo Dios, qué maravilloso es para un hombre! Pero para nosotras es horrendo. Cualquier mujer, cualquier esposa odia a Hong Kong cordialmente, por mucho que pretendan abrigar otros sentimientos.

—¡Vamos, Kathren! Estás exagerando de nuevo —volvió a interrumpir Penélope.

—No. No. No exagero. ¡Aquí todas nos sentimos amenazadas, Penny, tú lo sabes! Nosotras las mujeres entablamos una batalla perdida... —Kathren se detuvo y esbozó una sonrisa forzada y amarga—. Perdón, estoy excitándome demasiado... Penn, creo que veré a Andrew, y si él quiere quedarse, que lo haga. Si me permites, yo me retiro.

—¿Te sientes bien, Kathy?

—Sí, sí. No es más que cansancio. El pequeño es hasta cierto puntó una calamidad, pero el año entrante irá como interno a una escuela.

—¿Cómo resultó tu examen médico?

—Bien —Kathy sonrió débilmente a Casey—. Cuando sientas el deseo de hablar conmigo, llámame.

Mi número está en el directorio. No opten por Gornt. Sería fatal. Adiós, cariño —dijo a Penélope, y salió.

—Es una mujer encantadora —comentó la señora Dunross—, pero se excita hasta el aturdimiento.

—¿Tú te sientes amenazada? —preguntó Casey.

—Yo estoy muy satisfecha con mis hijos y mi marido.

—Te preguntó si te sientes amenazada, Penélope—recalcó Susanne deVille, que se polveaba con destreza y estudiaba su imagen—. Dile si lo sientes...

—No. A veces me siento abrumada. Pero... pero no me creo más amenazada que tú.

—¡Ah, *chériel* Pero yo soy parisense. ¿Cómo puedo estar amenazada? ¿Ha estado usted en París, *m'selle?*

—*Si* —repuso Casey—. Es una ciudad preciosa.

—Es todo el mundo —ratificó Susanne con gálica modestia— ¡Uff! ¡Parece qué tengo por lo menos treinta y seis años!

—¡Qué disparate, Susanne! —corrigió Penélope, mirando de reojo su reloj—. Creo que es hora de que empecemos a reunimos con ellos. Permítanme un segundo...

Susanne la vio salir y se dirigió a Casey:

—Jacques y yo vinimos a Hong Kong en 1946.

—¿Son también de la familia?

—El padre de Jacques se casó con una Dunross, durante la Primera Guerra Mundial... era una tía del tai-pan —se inclinó hacia adelante, acercándose al espejo, para quitarse una mota de talco—. Con los Struans es importante ser parte de la familia.

Casey notó que aquellos penetrantes ojos galos la observaban por el espejo.

—Desde luego, yo estoy de acuerdo con usted en afirmar que es una necedad que las mujeres se retiren después de la cena porque, a todas luces, una vez que nosotras salimos, pierde todo su calor,

¿no es verdad?

Casey sonrió.

—Así lo creo... ¿Por qué dijo Kathren lo de sentirse "amenazada"? ¿amenazada por qué?

—Por la juventud, ¡claro qué por la juventud! Aquí hay decenas de millares de jóvenes *chinitas* encantadoras, elegantes, inteligentes, de largo pelo negro, bellos y deleitosos *traseros,* y un espléndido cutis dorado. Estas saben realmente entender al hombre, y ven el sexo como lo que es: comida y, con frecuencia, trueque. Es el torpe puritano inglés el que ha retorcido la mente de sus mujeres... ¡pobres criaturas! ¡Bendito sea Dios que yo nací francesa! ¡Pobre de Kathy!

—¡Ah, ya! —comentó Casey, entendiendo la explicación—. ¿Ha descubierto que Andrew tiene alguna amante?

Susanne sonrió pero guardó silencio y se limitó a observar su imagen. Luego agregó:

—Mi Jacques... desde luego tiene amoríos... claro. Todos los hombres los tienen... y nosotras también, si somos razonables. Pero nosotras las francesas entendemos que esas transgresiones no deben perjudicar a un buen matrimonio. Con la debida precisión, les

damos el grado de importancia que merecen, ¿no? —sus ojos color café oscuro cambiaron un poco— *¡Oui!*

—Eso es arduo, ¿no cree usted? ¿No es arduo para una mujer vivir en esa forma?

—Todo es arduo para una mujer, *chérie*, porque los hombres son tan *crétins* (cretinos)…

Susanne deVille hizo desaparecer con habilidad una arruga y luego se aplicó un toque de perfume detrás de las orejas y entre los senos.

—Aquí fracasará si trata de llevar el juego de acuerdo con las reglas masculinas y no con las *femeninas.* Aquí se tiene una extraña oportunidad, señorita, si usted es suficiente mujer… Y si recuerda que los Gornt son venenosos, todos ellos. Vigile a su Linc Bartlett, Ciranoush, aquí hay ya mujeres a las que les gustaría poseerlo y humillarla a usted.

14
10:42 p.m.

Arriba, en el piso superior, el hombre salió cauteloso de entre las sombras de la larga balaustrada y se deslizó por entre las ventanas de estilo francés, que estaban abiertas, hasta la oscuridad, mayor aún, del estudio de Dunross. Titubeó. Escuchó. Su ropa negra lo volvía casi invisible. Los sonidos distantes de la fiesta flotaban en el ambiente del cuarto, haciendo que el silencio y la espera resultaran más oprimentes. Encendió una pequeña linterna de bolsillo.

El círculo luminoso cayó sobre el cuadro situado sobre la repisa de la chimenea. Se acercó. Dirk Struan parecía estar vigilándolo. Su débil sonrisa era retadora. La luz se movió entonces hacia los bordes del marco. El hombre estiró la mano e hizo el intento de moverla, primero de un lado, luego del otro. Sin hacer ruido, el cuadro se apartó de la pared.

El hombre lanzó un suspiro de alivio.

Examinó con atención la cerradura. Sacó una colección de llaves maestras. Eligió una y la probó. No dio vuelta. Una más. Otro fracaso. Una, y otra más. Se produjo un ligero ruido y la llave casi dio vuelta, pero no por compleo. El resto de las llaves falló también.

Con un gesto de irritación, volvió a intentar la que parecía estar a punto de abrir, pero la cerradura no cedió.

Con gran pericia, recorrió con los dedos los bordes de la caja fuerte, pero no pudo encontrar algún cierre o interruptor secreto. Volvió a intentar con la misma llave, hacia un lado, hacia el otro, con suavidad, con firmeza. La llave no daba vuelta.

Vaciló de nuevo. Después de un momento, volvió a poner la pintura en su lugar con todo cuidado.

Esta vez los ojos se burlaban de él. Se encaminó al escritorio. Encima había dos teléfonos. Tomó el que sabía que no tenía extensiones en la casa y marcó un número. El aparato llamaba con monotonía, hasta que de pronto se detuvo. —Diga...

Una voz de hombre en el otro extremo de la línea respondió en inglés.

—El señor Lo-sing, por favor —dijo él en voz baja, como principio de su clave.

—Aquí no hay *Lop-ting,* lo siento. Su número está equivocado. Esa respuesta en clave era lo que deseaba oír. Luego continuó: —Quiero dejar un recado.

—Lo siento, su número está equivocado. Consulte su dirección. Una vez más, la respuesta correcta, la definitiva. —Habla Lim —susurró, usando su nombre clave—. Arthur por favor, es urgente. —Un momento.

Oyó que el teléfono pasaba a otras manos y pudo escuchar la tos seca, que reconoció en el acto.

—¿Qué hay Lim? ¿Encontraste la caja fuerte?

—Sí —explicó—. Está detrás de la pintura, sobre la chimenea, pero ninguna de las llaves funciona.

Necesito instrumentos esp… —se interrumpió de repente. Oyó voces que se acercaban; Colgó el teléfono con suavidad. Una revisión rápida y nerviosa, para cerciorarse de que todo estaba en su lugar, y apagó la linter-nilla, precipitándose hacia la balaustrada que recorría toda la fachada norte del edificio. La luz de la luna lo iluminó un instante. Era Wine Waiter Feng. Luego desapareció. Su ropa negra de mesero se confundía muy bien con la oscuridad de la noche.

La puerta se abrió. Dunross entró seguido de Brian Kwok. Encendió las luces. En el acto, el recinto se volvió acogedor y amistoso.

—Aquí no nos molestarán —dijo—. Ponte cómodo.

—Gracias.

Era la primera vez que a Brian Kwok se le invitaba al piso superior.

Los dos llevaban sendas copas de brandy y se acercaron a las ventanas para recibir la brisa fresca que se filtraba a través de las cortinas de finísima gasa, y se sentaron en los sillones de respaldo alto, uno frente al otro. Brian Kwok observaba la pintura, con su iluminación propia perfecta.

—Es un retrato impresionante.

—Sí —contestó Dunross.

Pero al mirar la pintura notó que estaba un ápice fuera de su lugar. Sintió que la sangre se le helaba.

Nadie más habría notado ese detalle.

—¿Pasa algo, Ian?

—No. No, nada —repuso, recogiendo sus sentidos que por instinto había dejado escapar para escudriñar el cuarto, en busca de alguna presencia extraña.

Concentró luego toda su atención en el superintendente chino, pero muy adentro seguía preguntándose quién habría tocado la pintura y por qué.

—¿Qué te preocupa?

—Dos cosas: primero tu buque de carga *Eastern Cloud.* Dunross no pudo disimular su asombro. —

¿Qué hay?

Se trataba de uno de los numerosos buques cargueros de servicio irregular costero, que recorría las rutas comerciales de Asia. El *Eastern Cloud* era un barco de diez mil toneladas, sobre la lucrativa ruta de Hong Kong, Bangkok, Singapur, Calcuta, Madrás y Bombay; a veces hacía una parada en Rangún, Birmania... llevaba toda clase de productos fabricados en Hong Kong para exportación y toda clase de materias primas de la India, Malaya, Tailandia y Birmania (como sedas, piedras preciosas, teca, cáñamo, productos alimenticios), para importación. Seis meses antes había sido detenido por las autoridades hindúes en Calcuta, a raíz de que una investigación aduanal inesperada había descubierto 36,000 taels de oro de contrabando en una de las carboneras. Un total de poco más de una tonelada.

—El oro, Excelencia —había dicho Dunross al cónsul general de la India en Hong Kong— es algo que no tiene nada que ver con nosotros; en cambio, ¡detener nuestro barco es algo muy distinto!

—¡Ah! Lo siento sobremanera, señor Dunross. La ley es la ley, y el contrabando de oro a la India es cosa muy grave. La ley dice que cualquier barco con artículos de, contrabando puede ser detenido y vendido.

—Sí, *es posible,* Excelencia. Pero tal vez en este caso usted podría influir en las autoridades...

Sin embargo, todos sus ruegos habían sido descartados, y los esfuerzos por lograr una intercesión de alto nivel a medida que pasaban los meses, ya en la India, ya en la misma Londres, habían sido in-fructuosos. Las investigaciones de la policía de la India y de

Hong Kong no habían encontrado ninguna prueba en contra de ningún miembro de su tripulación. Sin embargo, *Eastern Cloud* seguía encadenado en la bahía de Calcuta.

—¿Qué tienes que decirme de *Eastern Cloud?* —preguntó Dunross.

—Creemos poder convencer a las autoridades hindúes de que lo dejen salir.

—¿A cambio de qué? —preguntó Dunross en tono sospechoso. Brian Kwok rió con gusto.

—De nada, hombre. No sabemos quiénes son los contrabandistas, pero sabemos quién pasó la información. —¿Quién?

—Hace unos siete meses y pico tú modificaste tus reglas relativas a la tripulación. Hasta esa fecha, Struan había utilizado sólo tripulaciones cantonesas en sus barcos. Pero después, por alguna razón, tú decidiste emplear gente de Shanghai, ¿cierto?

—Sí.

Dunross recordaba que Tsu-yan, que también era de Shanghai, había hecho esa sugerencia, diciendo que beneficiaría mucho a Struan el tender la mano a algunos de los refugiados del norte. —Después de todo, tai-pan, son tan buenos marinos como los cantoneses —le había dicho Tsu-yan— y sus salarios están muy dentro de los límites de la competencia en el mercado.

—Por eso, Struan registró una tripulación de Shanghai en el *Eastern Cloud*... Creo qué fue la primera... y la tripulación cantonesa que no fue contratada perdió todo su prestigio. Por eso se quejaron con el jefe de su triada, un caudillo Red Rod, el cu...

—¡Por amor de Dios! ¡Nuestras tripulaciones no son triadas!

—Muchas veces te he dicho que los chinos son muy hábiles para formar asociaciones, Ian. Llamemos a la triada con rango Red Rod sindicato representativo, aunque sé que ustedes no tienen tampoco sindicatos... El hecho es que este insecto dijo en términos nada dudosos: *oh ko,* en verdad hemos perdido prestigio debido a esos desgraciados patanes del norte. Yo pondré en su lugar a estos malditos. Dio aquí una buena propina a un soplón hindú el cual, por gran parte de la recompensa convino, por anticipado desde luego, en pasar la información al consulado hindú.

—¿Qué cosa?

A Brian Kwok se le iluminó el rostro.

—Sí. La recompensa se dividió en veinte contra ochenta, entre la tripulación hindú y la cantonesa del *Eastern Cloud* que debía haber sido contratada... El prestigio cantonés se salvó y los despreciables harapientos de Shanghai fueron a parar a una mazmorra de la India, donde lo que consiguieron fue perder su buen nombre.

—¡Jesucristo!

—Así es.

—¿Tienes pruebas de ello?

—¡Ah, sí! Pero digamos que nuestro amigo hindú sigue ayudándonos con futuras investigaciones a cambio de... ehm. . . servicios prestados, y por eso preferimos no mencionar nombres. Y, ¿qué pasó con tu dirigente obrero sindical? ¡Ah! Uno de sus nombres era Big Mouth Tuk, y fue fogonero en *él Eastern Cloud* durante poco más de tres años. Dije *fue* porque, ¡qué pena! pero no volveremos a verlo jamás. La semana pasada lo sorprendimos en su atavío de lujo, con el atuendo principal de Red Rod 14 K... por cortesía de un hombre de Shanghai, informador amigo, hermano de uno de tu tripulación que estaba encerrado en la mazmorra dicha de la India. —¿Se le ha deportado?

—¡Ah, sí! En un abrir y cerrar de ojos. En realidad no aprobamos las triadas. Hoy en día no son más que camarillas criminales dedicadas a toda clase de actividades inmorales. Salió rumbo a Formosa, donde no creo que sea bienvenido en absoluto... en vista del modo como la sociedad triàdica Green Pang de Shanghai y la 14K cantonesa del sur, siguen disputándose el control de Hong Kong. No cabe duda dé que Big Mouth Tuk era todo un 426...

—¿Qué es un 426?

—¡Oh! Pensé que sabrías. A todos los oficiales de las triadas se les conoce por números, así como por títulos simbólicos: los números son siempre divisibles por el místico número tres. Un caudillo o jefe es un 489, que suma veintiuno, que a su vez suma tres. Además, veintiuno es múltiplo de tres, que representa la creación, multiplicada por siete, es la muerte, que significa renacer. Un segundo grado es un White Fan, 438; un Red Rod es un 426. El número más bajo en una triada es un 49.

—¡Ese no es divisible entre tres, por amor de Dios!

—Tienes razón, pero cuatro por nueve es treinta y seis, el número del juramento secreto de sangre —

Brian Kwok se encogió de hombros—. Tú sabes lo chiflado que estamos los chinos cuando se trata de números y numerologia. Este era un Red Rod, un 426, Ian. Lo atrapamos. Eso quiere decir que las triadas existen, o existían... Por lo menos en uno de tus barcos, ¿no es cierto?

—Así parece...

Dunross maldecía su torpeza al no haber sabido prever que, por supuesto, iba a intervenir el prestigio de los de Cantón y el de los de Shanghai y que, por supuesto, habría problemas. Ahora sabía que se encontraba en una nueva trampa. Tenía siete buques con tripulación de Shanghai, contra cincuenta y tantos cantoneses.

—¡Santo Dios! No puedo despedir a las tripulaciones de Shanghai que ya contraté. Pero si no lo hago, tendremos más dificultades del mismo género y pérdidas de prestigio por ambas partes. ¿Cuál es la solución a esa madeja?

—Asignar ciertas rutas exclusivas a los de Shanghai, pero sólo después de haberlo consultado con su Red Rod 426... perdón, con su dirigente obrero y, por supuesto, con el correspondiente cantonés... *sólo* después de haber consultado con un augur de buena reputación que te sugiera que sería un hado fantástico para ambas partes el tomar esta medida. ¿Qué te parecería Oíd Blind Tung?

—¿Old Blind Tung? —Dunross rió—. ¡Perfecto, Brian, eres un genio! Un buen favor merece otro, ¿Para ti sólo?

—De acuerdo.

—¿Garantizado el silencio absoluto? —Sí.

—Compra Struan, como primera medida mañana por la mañana.

—¿Cuántas acciones?

—Todas las que puedas pagar.

—¿Cuánto tiempo deberé conservarlas?

—¿Qué tan bien fajados tienes los calzones?

Brian silbó sin tono alguno.

—Gracias —reflexionó un momento, luego obligó a su mente a volver al asunto de que trataban—...

Pero, volvamos al *Eastern Cloud.* Llegamos ahora a una de las partes interesantes, Ian. 36,000 taels de oro tienen un valor legal de 1.514,520 dólares norteamericanos. Pero fundidos en las barras de

cinco taels de los contrabandistas y entregados en secreto en las playas de Calcuta, ese embarque tiene un valor dos o tres veces mayor para los compradores particulares ... digamos, unos 4.5 millones de dólares norteamericanos, ¿de acuerdo?

—No sabría con exactitud...

—Pero yo sí. Las utilidades perdidas pasan de los 3 millones... la inversión perdida es sólo de un millón y medio. —¿Y eso qué me dice?

—Lo que te dice es que todos sabemos que la gente de Shanghai es tan misteriosa y pandillera como los cantoneses o los Chu Chow o los Fukeneses o cualquier otra agrupación minúscula de chinos. Por eso, es obvio que la tripulación shanghainesa fue la de los contrabandistas... tiene que ser, Ian, aunque no podamos demostrarlo... por ahora. Por lo mismo, puedes apostar hasta tu último dólar a que la gente de Shanghai fue también la que sacó de contrabando el oro de Macao a Hong Kong y de aquí al *Eastern Cloud,* que fue dinero de Shanghai el que compró el oro originalmente en Macao, y que por lo mismo, es seguro que una parte de ese dinero fue de fondos de Green Pang.

—No veo la lógica.

—¿No has tenido todavía noticias de Tsu-yan? Dunross lo observó y dijo: —No. ¿Las has tenido tú?

—Todavía no, pero seguimos investigando —Brian le devolvió la mirada—. Lo primero que te digo es que Green Pang ha recibido una paliza, y los criminales detestan perder un dinero que les ha costado mucho trabajo. Por eso, Struan puede esperar muchos problemas a menos que los cortes en flor, como te lo he propuesto.

—No todos los de Green Pang son criminales.

—Eso es cuestión de opinión personal, Ian. Lo segundo que te digo es para ti sólo: estamos seguros de que Tsu-yan está en la pandilla de contrabandistas de oro. Mi tercer consejo es que si determinada compañía no quiere que le confisquen sus navíos por contrabando de oro, podría con mucha facilidad disminuir el riesgo, reduciendo sus importaciones de oro a Macao.

—Otra vez, por favor —pidió Dunross, satisfecho de que su voz conservaba un tono tranquilo.

Mientras oía a Brian, se preguntaba qué tanto sabría en realidad el Servicio de Inteligencia y qué tanto estaría adivinando.

Brian Kwok suspiró y siguió exponiéndole la información que Richard Crosse le había proporcionado: —Hablo de Nelson Trading.

Dunross tuvo que hacer un esfuerzo enorme para mantener su expresión impasible.

—¿Dijiste Nelson Trading?

—Sí. Nelson Trading Cohipany Limited de Londres. Como bien sabes, esta compañía tiene la licencia especial del gobierno de Hong Kong para comprar oro en lingotes en el mercado internacional, para los joyeros de Hong Kong y, algo que es mucho más importante, tiene también el monopolio, igualmente exclusivo, para el reembarque del oro en lignotes, *bajo fianza* a través de Hong Kong, a Macao... junto con una segunda compañía, de menor importancia, llamada Saúl Feinheimer Bullion Company, también de Londres. Nelson Trading y Feinheimer tienen varias cosas en común. Por ejemplo, varios directores, varios procuradores.

—¿Ah, sí?

—Sí, y creo que tú también estás en la junta directiva.

—Yo estoy en la junta directiva de cerca de setenta compañías —convino Dunross.

—Así es. Y no todas ellas son propiedad ni total ni siquiera parcial de Struan. Por supuesto, algunas podrían ser propiedad absoluta mediante nominataríos, en forma secreta, ¿no es verdad?

—Sí, desde luego.

—Es una fortuna que en Hong Kong no tengamos que hacer una lista de directores. . . o de compañías matrices, ¿no crees? —¿Adónde quieres llegar, Brian?

—Otra coincidencia: las oficinas centrales registradas de Nelson Trading en la ciudad de Londres están en el mismo edificio de tu subsidiaria británica, Struan London Limited.

—Ese es un gran edificio, Brian, en uno de los mejores sitios de la capital. Allí deben estar unas cien compañías.

—Varios millares, si incluyes todas las compañías registradas con procuradores... todas las compañías matrices de las que dependen otras compañías con directores nominatarios que oculten toda clase de esqueletos.

—Y... ¿bien?

A esta sazón, Dunross razonaba ya con toda claridad, y se preguntaba dónde habría conseguido Brian toda esa información y

adónde diablos llevaba todo ese diálogo. Nelson Trading había sido una subsidiaría secreta, propiedad absoluta de Struan a través de nominatarios, desde que se había fundado en 1953, específicamente para el comercio de oro con Macao, que era el único país de Asia donde la importación del oro era legal.

—A propósito, Ian, ¿conoces ya a ese genio portugués de Macao, un señor Lando Mata?

—Sí. Sí lo conozco. Es una magnífica persona.

—Sí, lo es, y además está muy bien relacionado. Lo que se dice es que hace unos quince años convenció a las autoridades de Macao de que se creara un monopolio para la importación de oro; luego consiguió que le vendieran el monopolio a él y un par de amigos más, por una modesta alcabala anual: alrededor de un dólar norteamericano por onza. Este hombre, Ian, fue el mismo que consiguió que las autoridades de Macao legalizaran el juego de azar... y, cosa curiosa, que le otorgaran a él y un par de amigos más el monopolio del mismo. Todo con gran cautela, ¿sí?

Dunross no contestó. Se limitó a observar la sonrisa y los ojos que no sonreían.

—Así pues, todo marchó sin tropiezos durante unos años —prosiguió Brian—. Luego, en el '54 se acercaron a él unos entusiastas del oro, de Hong Kong (nuestra ley sobre el oro cambió ese año), para ofrecerle una mejoría legal en sus planes: la compañía de ellos compraría los lingotes de oro con toda legalidad en el mercado mundial, a nombre de este sindicato de Macao, al precio legal de 35 dólares norteamericanos por onza, y lo traería a Hong Kong abiertamente por avión o por barco. A la llegada, nuestros mismos agentes aduanales de Hong Kong custodiarían y supervisarían, según la ley, la transferencia, desde Kai Tak o el muelle hasta el transbordador de Macao o el hidroavión Catalina. Cuando uno u otro llega a Macao, sale a recibirlos la oficialía aduanal portuguesa de Macao, y los lingotes, todos ellos barras reglamentarias de cuatrocientas onzas, se translada, bajo rigurosa vigilancia, a automóviles, que en realidad son taxis, para llevarlo al banco. Este es un pequeño edificio, feo y cavernoso, que no efectúa las operaciones bancarias comunes, ni tiene clientes conocidos (con excepción del sindicato); nunca abre sus puertas, si no es para el oro, y no le agradan los visitantes de ninguna especie. Adivina

quién es el dueño… El señor Mata y su sindicato. Una vez dentro de su banco… ¡el oro desaparece! —a Brian Kwok se le iluminó el rostro, como al mago que ha hecho el mejor de sus trucos— ¡Cincuenta y tres toneladas este año, hasta este momento! ¡Cuarenta y ocho el año pasado! Lo mismo el año anterior y el anterior a ese y así sucesivamente.

—Eso es muchísimo oro —dijo Dunross, en plan de ayudar.

—Sí. Lo es. Y una cosa muy extraña es que las autoridades de Macao o las de Hong Kong no parecen preocuparse por el hecho de que lo que entra allí no parece salir jamás. ¿Estás siguiendo todavía mi discurso?

—Sí.

—Por supuesto, lo que en realidad sucede es que una vez que el metal está adentro, las barras se funden y se convierten, de las reglamentarias de cuatrocientas onzas, en piezas pequeñas de dos, o más comunes aún, de cinco taels, que se transportan con mayor facilidad, y se prestan más al contrabando. Y aquí llegamos a la única parte ilegal de toda esta cadena maravillosa: sacar el oro de Macao y meterlo de contrabando a Hong Kong. Por supuesto, no es ilegal sacarlo de Macao. Sólo lo es introducirlo de contrabando a Hong Kong. Pero tú sabes, y yo también, que es relativamente fácil traer contrabando a Hong Kong, de cualquier género. Y la increíble belleza de todo esto es que una vez que el oro está en Hong Kong, *cualquiera que haya sido la vía para traerlo,* es perfectamente legal que *cualquiera* sea su dueño, y a nadie puede preguntársele nada. Muy diferente de lo que sucede, por ejemplo en Estados Unidos o en Gran Bretaña, donde a ningún ciudadano le está permitido por ningún concepto ser propietario particular de un lingote de oro. Ahora bien, una vez que se posee legalmente, puede exportarse también legalmente.

—¿Adónde nos lleva todo esto, Brian? —Dunross tomó un sorbo de su brandy.

Brian Kwok saboreó el espíritu añejo y aromático del licor que tenía en la amplia copa y dejó que el silencio se hiciera sentir. Al final dijo:

—Queremos alguna ayuda…

—i Queremos..! ¿Quieres decir ustedes, los Servicios de Inteligencia Especial? —Dunross estaba pasmado. —Sí.

—¿Quién, dentro de los Servicios? ¿Tú? Brian Kwok titubeó:

—El señor Crosse, en persona. —¿Qué clase de ayuda?

—Querría leer todos tus informes de Alan Medford Grant.

—¿Me repites eso, por favor? —dijo Dunross, dándose tiempo para pensar, por lo inesperado de la petición.

Brian Kwok sacó una fotocopia de la primera y la última páginas del informe interceptado y se las presentó.

—Acaba de llegar a nuestras manos una copia de este documento.

Dunross las miró por encima. Era evidente que eran genuinas.

—Querríamos echar una ojeada a todos los demás.

—No te entiendo...

—No traje todo el informe sólo por razones de conveniencia, pero si quieres, puedo tenértelo aquí mañana —dijo Brian, sin hacer el mínimo gesto con la mirada—. Te lo agradeceríamos mucho... El señor Crosse dijo que agradecería mucho tu ayuda.

La magnitud de las consecuencias de esa petición dejó a Dunross paralizado un momento.

—Este informe, y los demás si todavía existen, son privados —Dunross se sorprendió al oir su propia voz diciendo esto con gran cautela—. Por lo menos toda la información que hay en ellos es privada para mí en lo personal y para el gobierno. Estoy seguro de que ustedes pueden conseguir todo lo que quieran por medio de sus canales de inteligencia.

—Sí, pero mientras tanto, el superintendente Crosse te agradecería deveras, Ian, si nos permitieras echarles una ojeada.

Dunross tomó un sorbo de su brandy, con la mente todavía confusa por la conmoción. Sabía que con facilidad podía negar que existieran los demás informes y quemarlos o esconderlos o simplemente dejarlos donde estaban, pero no quería dejar de ayudar a los Servicios Especiales de Inteligencia. Era su deber nacerlo. Estos Servicios eran parte vital de las ramas especiales y de la seguridad de la Colonia, y él estaba convencido de que sin ellos, la Colonia y toda su posición en Asia sería insostenible. Y sin un maravilloso servicio de contraespionaje, si sólo una vigésima parte de los informes de AMG era exacta, sus días estaban todos contados. Pero, ¡santo Dios! En malas manos...

Sintió una opresión en el pecho al tratar de razonar sobre el

dilema que se le planteaba. Una parte de ese último informe le relampagueó en la mente: la relativa al traidor en el cuerpo de policía. Luego recordó que Kiernan le había dicho que las copias que él recibía eran las únicas existentes. ¿Qué tanta información era privada suya y qué tanta era ya conocida por la Inteligencia Británica? ¿Por qué el secreto? ¿Por qué Grant no obtuvo el permiso? ¡Santo Dios! ¡Supongamos que yo estaba equivocado al creer que algunas cosas estaban traídas de los cabellos! ¡Gran parte de esta información en malas manos, en las manos del enemigo, sería fatal!

Hizo un esfuerzo para tranquilizar su mente y concentrarse.

—Voy a reflexionar sobre lo que me has dicho y hablaré de ello contigo mañana. A primera hora.

—Lo siento Ian, pero se me ordenó que te in... que te hiciera ver con toda claridad la urgencia del asunto.

¿Ibas a decir *insistir?*

—Sí. Lo lamento. Queremos pedir tu ayuda; Es una petición formal de colaboración.

— Y... ¿el *Eastern Cloud* y Nelson Trading son el trueque?

—El *Eastern Cloud* es un obsequio. La información también fue gratuita. Nelson Trading no es cosa que nos interese, excepto por su significado pasajero. Todo lo que te dije fue confidencial. Que yo sepa, no tenemos nada en los registros.

Dunross estudió a su amigo: sus pómulos salientes y amplios, ojos con grandes párpados, de mirada directa e imperturbable. Todo el rostro bien parecido y bien proporcionado, con cejas negras espesas.

—¿Tú leíste este informe, Brian?

—Sí.

—Entonces comprendes mi dilema —le dijo, poniéndolo a prueba. —¡Ah! ¿Te refieres a la parte que habla del policía traidor?
—¿Cómo dijiste?

—Tienes toda la razón al querer ser cauteloso. Sí, toda la razón. ¿Estás refiriéndote a la mención que se hace de un posible elemento hostil en el nivel de superintendencia?

—Sí. ¿Sabes quién es?

—No. Todavía no.

—¿Sospechas de alguien?

—Sí. Está ya bajo vigilancia. No hay necesidad de preocuparse a ese respecto. Ian, las copias que tú has recibido no serán examinadas más que por mí y por el señor Crosse. Se considerarán archisecretas. No te preocupes.

—Un momento, Brian. No he dicho que existan—protestó Dunross.

En su voz había un tono de irritación, y en el acto notó un brillo en los ojos de Kwok que podía haber sido ira o decepción. Sin embargo, la expresión del rostro en general permanecía impasible.

—Ponte en mi lugar, yo soy un simple civil —reanudó el discurso con los sentidos bien afinados, y manteniéndose siempre en su línea—. Sería harto necio de mi parte conservar semejante información, ¿no te parece? Lo más prudente es destruirla... una vez que las porciones que me interesan se han aprovechado. ¿Es cierto o no?

—Sí.

—Dejémoslo ahí por ahora... Hasta... digamos las diez de la mañana.

Brian Kwok titubeó por un momento. Luego la expresión de su rostro endureció.

—No se trata de juegos de salón, Ian. No estamos hablando de unas cuantas toneladas de oro o de una que otra especulación en la bolsa, ni de ciertos negocios turbios con la República Popular, aunque hubiera de por medio muchos millones. Este es un juego mortal, y los millones involucrados son seres humanos y generaciones que todavía no nacen y la peste de los comunistas... Sevrin son malas noticias. El KGB son muy malas noticias... Hasta nuestros amigos de la CIA y del KMT pueden resultar tan protervos como ellos si es necesario. Será mejor que pongas una guardia muy segura para proteger tus informes esta noche.

Dunross observó a su amigo con una mirada impertérrita.

—¿Quieres decirme que tu dictamen oficial es que ese informe es exacto?

—Crosse piensa que puede serlo. Tal vez sería prudente que dejáramos a uno de nuestros hombres aquí, por lo que pueda ofrecerse. ¿No crees?

—Haz lo que te parezca bien, Brian.

—¿Quieres que mandemos un hombre a Shek-O?

Haz lo que te parezca bien, Brian.

—No estás prestándonos mucha colaboración, ¿verdad, Ian?

—Te equivocas, viejo amigo. Estoy tomando muy en serio tus opiniones —contestó Dunross sin titubear—. ¿Cuándo conseguiste esa copia y por qué medios?

Brian Kwok vaciló.

—Yo no lo sé, y si supiera, no estoy seguro de que fuera mi deber darte esa información.

Dunross se levantó y dijo:

—Entonces ven... vamos a hablar con Crosse.

* * *

—Pero, ¿por qué los Gornt y los Rothwell odian a los Struan y a los Dunross con tanto encono, Peter? —interrogó Casey. Ella y Bartlett paseaban por los hermosos jardines, gozando de la brisa fresca de la noche, en compañía de Peter Marlowe y de Fleur, su esposa.

—No conozco aún todas las razones —respondió el inglés.

El era un hombre alto, de treinta y nueve años, pelo rubio, acento patricio en la voz y una extraña intensidad detrás de sus ojos azul-grisáceos.

—Las malas lenguas dicen que eso se remonta a los Brock... que hubo cierta relación, cierto nexo familiar entre la familia Gornt y la de Brock. Tal vez. llegue hasta el mismo Tyler Brock en persona.

¿Has oído hablar de él?

—Sí, claro —contestó Bartlett—. ¿Cómo se inició esto...? Me refiero al feudo.

—Cuando Dirk Struan era un muchacho, había sido aprendiz de marino en uno de los navíos de la marina mercante de Tyler Brock. Por esa época, la vida en el mar era una cosa brutal... creo que era lo mismo en todas partes, en realidad pero, ¡santo Diosl En el mar... Bueno, sea lo que fuere, Tyler Brock flageló sin misericordia al joven Struan, por un desliz imaginario, y luego lo dejó, creyéndolo muerto, en algún punto de la costa china. Dirk Struan tenía entonces catorce años, y juró ante Dios y ante el demonio que cuando fuera hombre aplastaría la Casa de Brock y sus hijos y que iría tras Tyler con un látigo de nueve ramales. Hasta donde yo sé, nunca lo hizo, pero hay una historia que dice que al hijo mayor de

Tyler lo golpeó a morir con una barra de hierro china.

—¿Qué es eso? —preguntó Casey con repugnancia.

—Es como una maza, de tres o cuatro cadenas de hierro, con una bola con puntas afiladas en un extremo y un mango para aferraría.

—¿Lo mató por venganza contra su padre? —exclamó Casey horrorizada.

—Ese es otro punto que todavía no averiguo, pero apuesto a que tuvo alguna buena razón —Peter Marlowe sonrió con un gesto extraño—. Dirk Struan, el viejo Tyler y todos los demás hombres que edificaron el Imperio Británico, conquistaron la India y abrieron la comunicación con China...

¡Santo Dios! ¡Eran unos gigantes! ¿Te dije que Tyler era tuerto? El azote de una driza le arrancó el ojo en una tempestad de la década de 1830, cuando trataba de imprimir la máxima velocidad a su clíper de tres mástiles, el *White Witch* (Bruja blanca), para perseguir a Struan, que navegaba con un gran cargamento de opio en su clíper *China Cloud,* y le llevaba un día de ventaja, sobre la ruta de las plantaciones inglesas de opio en la India, a los mercados de China. Dicen que Tyler no hizo más que verter un chorro de brandy en la cavidad del ojo y lanzar una maldición a sus marinos desde la arboladura, ordenándoles que pusieran más lienzo —Peter Marlowe vaciló un instante, luego prosiguió—. Dirk murió en un tifón, en Happy Valley, en 1841, y Tyler murió en la miseria, en plena bancarrota, en el '63.

—¿Por qué en la miseria, Peter? —preguntó Casey.

—La leyenda dice que Tess, su hija mayor, que sería luego Hag Struan, había planeado el derrumbe de su padre durante años... tú sabes que casó con Culum, el hijo único de Dirk, ¿verdad? Pues bien, Hag Struan hizo un plan secreto con el Banco Victoria, que Tyler había iniciado en la década de 1840, y con Cooper-Tillman, socio de Tyler en Estados Unidos. Le pusieron una trampa e hicieron que la gran casa de Brock e Hijos se derrumbara en forma estrepitosa. Perdió todo: su línea naviera, sus desvencijados cargueros de opio, sus propiedades, bodegas, acciones... ¡todo! Se quedó en la calle. —¿Qué le sucedió a su persona?

—No lo sé. Nadie lo sabe con certeza. La historia refiere que esa misma noche del 31 de octubre de 1863, el viejo Tyler fue a

Aberdeen, que es una bahía, del otro lado de Hong Kong, con su nieto Tom, que a la sazón tenía veinticinco años, y seis marinos más, y en un acto de piratería se adueñaron de una lorcha oceánica, que es un navio de casco chino, pero aparejo europeo, y lo lanzaron al mar.

Estaba loco de furia —al menos eso se dice—. Izó el emblema de Brock en el palo mayor. Llevaba pistolas al cinto y empuñaba un alfanje asesino. Para robar el barco habían dado muerte a cuatro hombres. A la entrada de la bahía, una balandra se lanzó tras él, pero Tyler la hizo volar en pedazos.

Hay que tener presente que en esa época, casi todos los barcos estaban provistos de cañones, a causa de los piratas, que siempre han infestado estos mares desde tiempo inmemorial. Así pues, el viejo Tyler se lanzó al mar, con viento favorable del este y una tormenta que se avecinaba. A la entrada de Aberdeen empezó a lanzar maldiciones con grandes alaridos. Maldijo a Hag Struan, maldijo a la isla y al Banco Victoria que lo había traicionado y a los miembros de la familia Cooper, de Cooper-Tillman.

Pero por encima de todos, maldijo al tai-pan, que había muerto hacía más de veinte años. Y juró vengarse. Dicen que a gritos advirtió que se marchaba al norte, para robar y saquear y que se proponía empezar de nuevo. Que levantaría de nuevo su Casa, su Linaje y después... *"después volveré, ¡vive Dios.. / Volveré, me reinvindicaré y luego seré la Casa Noble, ¡vive Dios.. / ¡Volveré!*

Bartlett y Casey sintieron que una onda helada les recorría la espalda, mientras la voz de Peter Marlowe se enronquecía. Luego continuó:

—Tyler marchó al norte, y jamás se volvió a oir hablar de él, no se tuvieron vestigios de su persona, ni de su lorcha, ni de su tripulación. Jamás, aún así, su presencia aquí sigue viva... como la de Dirk Struan. Ustedes téngalo presente; en cualquier trato que hagan con la Casa Noble, tendrán que vérselas también con esos dos... o con sus espíritus respectivos. La noche en que Ian Dunross tomó el mando como tai-pan, Struan perdió su nave capitana de carga *Lasting Cloud* en un tifón. Fue un desastre financiero gigantesco. Se hundió frente a Formosa, y se perdió con toda la tripulación, con excepción de un marino inglés, un joven hombre de cubierta que había estado sobre el puente y que jura que señales

engañosas los llevaron a las rocas y que él oyó la carcajada de un loco mientras el barco se iba a pique.

Casey se estremeció sin quererlo. Bartlett lo notó, y con toda naturalidad deslizó un brazo entre los dos de ella. La chica le sonrió. Luego él observó.

—Peter, aquí la gente habla de personas que murieron hace cien años, como si estuvieran en el cuarto de al lado.

—Es una vieja costumbre china —explicó con aplomo Peter Marlowe—. Los chinos creen que el pasado controla el futuro y explica el presente. Desde luego, Hong Kong no tiene más que ciento veinte años de edad, y Un hombre que en la actualidad tiene ochenta... Piensa en Phillip Chen, el actual jefe de personal nativo, por ejemplo. Tiene sesenta y cinco años... Su abuelo fue el famoso Sir Gordon Chen, hijo eligítimo de Dirk Struan, que murió en 1907 a los 87 años de edad. Ese año, Phillip tenía nueve. Un chico listo de nueve años recuerda todas las historias que su venerado abuelo le habrán narrado acerca de *su* padre, el tai-pan, y de May-may, su famosa amante. La historia dice que el viejo Sir Gordon Chen era todo un personaje, un verdadero antepasado. Tuvo dos esposas oficiales, ocho concubinas de diversas edades, y dejó a la esparcida familia Chen rica, poderosa y metida en todo. Pídele a Dunross que te enseñe sus retratos... yo no he visto más que copias y... ¡a fe mía que era un hombre apuesto! Hay aquí todavía docenas de personas que lo conocieron... incluso uno de los grandes fundadores originales. Además... ¡qué diablos! Hag Struan murió hace apenas cuarenta y seis años... Mira hacia allá...

Con un movimiento de la cabeza, señaló a un hombrecillo enjuto, delgado como una caña de bambú, y tan fuerte como ella; estaba hablando en tono ligero con una chica,

—Ese es Vincent McMore —prosiguió Peter Marlowe—, tai-pan del quinto *hong,* International Asían Trading. Trabajó durante años con Sir Gordon, y luego para la Casa Noble —sonrió con una mueca —.

La leyenda asegura que fue amante de Hag Struan cuando él tenía dieciocho años y acababa de llegar en un transportador de ganado procedente de algún puerto del Medio Oriente... En realidad él no tiene nada de escocés.

—¡Basta, Peter! —protestó Fleur—. ¡Eso es mera conjetura tuya!

—Si me permiten —siguió diciendo él, sin dejar su mueca irónica—... a esa sazón, Hag no tenía más que setenta y cinco años...

Todos rieron a placer.

—¿Es eso verdad- —preguntó Casey—. ¿Son hechos reales?

—¿Quién puede saber lo que es verdad y lo que es ficción, Casey? Eso es lo que a mí me dijeron.

—No lo creo —intervino Fleur en tono confidencial—. Peter inventa historias.

—¿Dónde averiguas todo esto, Peter? —interrogó Bartlett.

—Parte lo he leído. Hay ejemplares de periódicos que se remontan hasta 1870, en la biblioteca del Tribunal de Justicia. Además, existe la *Historia de los Tribunales de Justicia de Hong Kong.* Es un libro tan repugnante como tú seas capaz de imaginarlo, si alguna vez te interesara Hong Kong. ¡Jesucristo! ¡Los recursos de que se valían para llegar hasta los llamados jueces y secretarios coloniales, a los gobernadores y a los policías, a los tai-pans, a los nobles y a los plebeyos.

Trapisonda, asesinato, corrupción, adulterio, piratería, soborno... ¡todo está allí!... Además, hago preguntas. Hay docenas de personas chinas a las que les encanta hacer reminiscencias de los viejos tiempos, y saben una cantidad enorme de cosas sobre Asia y Shanghai Además hay también mucha gente que aborrece o tiene celos y no puede esperar para tener oportunidad de verter un poco de veneno sobre la buena o la mala fama de alguien. Desde luego, tienes que tamizar lo verdadero y lo falso, y eso es muy difícil, cuando no imposible.

Por un momento, Casey se perdió en sus pensamientos. Luego preguntó:

—Peter, ¿cómo era Changi...? En realidad... La cara del aludido no cambió, pero sus ojos sí.

Changi fue génesis, el lugar para empezar de nuevo... El tono de su voz hizo sentir frío a todos. Casey vio cómo Fleur deslizaba su mano sobre la de él. Pasó un momento y Peter retornó. —Estoy bien, querida —explicó.

En silencio, y en medio de cierto embarazo, salieron del sendero y bajaron a la siguiente terraza. Casey comprendió que había sido indiscreta.

—Debemos tomar una copa, ¿no crees, Casey? —invitó Peter con amabilidad, y con eso disipó la tensión. —Sí, Peter, gracias.

—Linc —dijo él entonces, dirigiéndose a Bartlett—, hay una maravillosa vena de violencia que pasa de una generación a otra, entre estos aventureros... Porque no son otra cosa. Este es un lugar muy especial... engendra gente muy especial —hizo una pausa y concluyó pensativo—... Tengo entendido que es posible que emprendas negocios aquí... Si yo estuviera en tu lugar, sería mucho más cauteloso.

15
11:05 p.m.

Dunross, con Brian Kwok en zaga, se dirigía hacia Roger Crosse, jefe de los Servicios Especiales de Inteligencia, que conversaba amistosamente en una de las terrazas, con Armstrong y tres norteamericanos, Ed Langan, el comandante John Mishauer, el oficial uniformado de la marina y Stanley Rosemont, un hombre alto de cincuenta y tantos años. Dunross no sabía que Langan era miembro del FBI, ni que Mishauer pertenecía al Servicio de Inteligencia Naval de los Estados Unidos.

Pero sí sabía que Rosemont era un activo de la CIA, aunque desconocía su rango. Las damas seguían llegando poco a poco a sus mesas, o se agrupaban en amena conversación sobre las terrazas y en el jardín. Los hombres continuaban saboreando sus copas. La fiesta había adoptado un ritmo sereno, como la noche. Algunas parejas bailaban en el salón, al son de melodías suaves y lentas. Entre ellas estaba Adryon, y Dunross pudo ver también a Penélope, que con ánimo estoico hacía frente a Havergill. Observó que Casey y Bartlett se entretenían en amena conversación con Peter y Fleur Marlowe, y habría dado cualquier cosa por alcanzar a oir de qué hablaban. Ese Marlowe podía convertirse con facilidad en un molesto obstáculo —pensó al pasar—. Sabe ya demasiados secretos y si ha de leer nuestro libro... ¡De ninguna manera! —pensó—. ¡No lo permitiré en toda la vida! Ese es un libro que él no leerá jamás. ¡Cómo pudo Alastair ser tan estúpido!

Unos años antes, Alastair Struan había encomendado a un escritor muy conocido que redactara la historia de los Struans, para celebrar su 125 aniversario de comercio, y le había facilitado viejas colecciones de documentos y cofres enteros de papeles antiguos, sin haberlos examinado y seleccionado antes. En el lapso de un año, el escritor había elaborado ya una abigarrada alfombra incendiaria, que sentaba las bases de numerosos acontecimientos y operaciones de negocios que se consideraban sepultados para siempre. Consternados por aquella labor, le habían dado las gracias al

escritor, le habían pagado unos honorarios muy generosos y habían depositado el libro, los dos únicos ejemplares, en la caja fuerte del tai-pan.

Dunross había pensado en destruirlos, pero luego pensó que la vida es la vida, el hado es el hado... y con tal que nadie más que ellos lo leyera, no se haría daño a nadie.

—Hola, Roger —saludó en un tono entre alegre y sombrío—. ¿Nos aceptan en su compañía?

—Por supuesto, tai-pan —devolvió el saludo con actitud amistosa, lo mismo que los otros tres—.

Siéntete como en casa.

Los norteamericanos festejaron la broma con cortesía. Charlaron un momento de cosas sin trascendencia y de las carreras del sábado. Luego, Langan, Rosemont y el Comandante Mishauer, dándose cuenta de que los demás querían hablar en privado, se retiraron con toda cortesía. Una vez solos, Brian Kwok resumió con toda exactitud lo que Dunross le había dicho.

—Sin duda alguna agradeceremos tu ayuda, Ian —ratificó Crosse, con su escrutadora mirada—. Brian tiene razón al decir que puede ser algo muy azaroso... digo, en el supuesto de que existan otros informes de AMG. Pero aun cuando no los hubiera, cierta gente perversa podría querer indagar.

—Dime con toda exactitud cómo y cuándo obtuviste la copia de mi último informe.

—¿Por qué?

—¿Lo obtuvieron ustedes mismos, o a través de un tercero? —¿Por qué?

—Porque es importante —contestó Dunross con voz dura. —¿Por qué?

El tai-pan clavó la mirada con firmeza en su interlocutor, y los tres hombres sintieron el poder de su presonalidad. Sin embargo, la fuerza de voluntad de Crosse era tanta como la suya.

—Puedo responder en parte a tu pregunta, Ian —dijo con frialdad—. Si lo hago, ¿responderás tú a la mía?

—Sí.

—Adquirimos una copia de tu informe esta mañana. Un agente de inteligencia, supongo que fue en Inglaterra, hizo la insinuación a un aficionado amistoso de aquí, de que un correo personal venía en

camino hacia ti con algo que a nosotros podría interesarnos. Este contacto de Hong Kong nos preguntó si querríamos hojearlo... previo cierto pago, por supuesto —Crosse estaba siendo tan convincente, que los otros dos policías, que recordaban la verdadera historia, se sentían doblemente impresionados—. Esta mañana, un chino al que jamás había visto, me entregó en mi casa la fotocopia. Se le pagó... por supuesto tú entiendes que en estos asuntos no se preguntan nombres. Ahora dime, ¿por qué?

—¿A qué hora de la mañana?

—A las 6.04 si quieres el minuto exacto. Pero, ¿qué importancia tiene eso para ti? Porque Alan Medford Gr.

—¡Oh, padre! Perdona la interrupción —dijo Adryon, que llegaba corriendo y sin aliento—. Me apena interrumpirte pero, ¿puedo hacer algo en cuanto a la música?

A zaga de la chica venía un joven bien parecido, alto, con un smoking arrugado que parecía chaqueta, una corbata retorcida y un par de zapatos color café negrusco, raspados y maltrechos. Su aspecto desentonaba por completo en medio de toda aquella elegancia.

Dunross contemplaba al joven. Era Martin Haply. El lo conocía y sabía la fama de que gozaba. Era un periodista canadiense, educado en Inglaterra. Tenía veinticinco años y había pasado dos en la Colonia.

Se había convertido en el flagelo del mundo de los'negocios. Su sarcasmo hiriente y su estilo mordaz de presentar a las personalidades y describir los procedimientos de negocios, legítimos en Hong Kong pero repudiados en cualquier otra parte del mundo occidental, eran motivo de indignación constante.

—La música, padre —insistió Adryon, siempre inquieta—; es abominable. Madre dijo que podía preguntarte a ti. ¿Puedo decirles que toquen algo diferente? ¿Por favor?

—De acuerdo, pero no conviertas mi fiesta en un espectáculo.

La chica rió complacida. Dunross volvió a clavar la mirada en Martin Haply.

—'ñas noches —le dijo.

—'ñas noches, tai-pan —contestó el joven, con una sonrisa burlona, confiada y retadora—. Me invitó Adryon. Espero que no haya inconveniente en que haya venido después de la cena.

—No. Claro que no. Diviértete —contestó Dunross, y añadió en tono seco—. Aquí hay un montón de amigos tuyos.

Haply rió despreocupado y explicó:

—Me perdí la cena por haber ido tras la pista de una noticia algo sensacional. —¿Ah, sí?

—Sí. Parece que ciertos intereses relacionados con determinado banco poderoso han estado esparciendo rumores malintencionados con respecto a la solvencia de algún banco chino.

—¿Te refieres al Ho-Pak?

—Pero no son más que necedades... los rumores... Son sólo más embustes estilo Hong Kong.

—¿Tú crees? —todo aquel día, Dunross había estado oyendo rumores en el sentido de que el Banco Ho-Pak, de Richard Kwang, había emprendido operaciones excesivas para su capacidad—. ¿Estás seguro?

—Sacaré una columna en *el Guardian* de mañana. Sólo para hablar del Ho-Pak —luego Martin Haply añadió insinuante—. ¿Oyó usted decir que más de un centenar de personas retiró todo su dinero de la sucursal de Aberdeen hoy en la tarde? Eso podría ser el principio de una fuga y ...

—Perdón, padre... ¡Vamos, Martin! ¿No ves que mi padre está ocupado?

La chica se acercó y dio un ligero beso a Dunross. La mano de él rodeó el cuerpo de ella, en un movimiento automático, y la abrazó. —Que te diviertas, cariño.

La vio partir de prisa, con Haply en pos de ella. ¡Petulante hijo de ramera! —pensó Dunross en actitud ausente, deseoso de tener en ese momento la columna de mañana y sabedor de que Haply era un esforzado profesional, insobornable y muy capaz de su tarea. ¿Sería posible que Richard hubiera extendido demasiado sus operaciones?

—¿Me decías, Ian? ¿Alan Medford Grant.. ? —las preguntas interrumpieron el curso de sus pensamientos.

—¡Ah, sí, perdón! —Dunross volvió a sentarse frente a la mesa, tratando de clasificar sus problemas»— AMG ha muerto —comentó en voz baja.

Los tres policías lo contemplaron boquiabiertos. —¿Qué cosa?

—Recibí un cable esta noche, un minuto antes de las ocho, y hablé con su ayudante en Londres a las 9.11 —Dunross los observó

—. Quería saber el "cuándo" de ustedes, porque es evidente que hubo tiempo de sobra para que su espía del KGB, si existe, pudiera llamar a Londres y hacer que mataran a AMG. ¿No es cierto?

—Sí —la expresión de Crosse era de gravedad—. ¿A qué hora murió?

Dunross les relató toda su conversación con Kiernan, pero omitió la parte relativa a la llamada a Suiza. Cierta intuición le advirtió que actuara así.

—Ahora, la pregunta es: ¿esto fue un accidente, una coincidencia o un asesinato?

—No lo sé —respondió Crosse—, pero yo no creo en las coincidencias.

—Yo tampoco.

—¡Dios santo! —murmuró. Armstrong entre dientes—... Si AMG no tenía autorización... sólo Dios sabe lo que hay en esos informes... {Dios y tú, Ian! Si tú tienes las únicas copias que existen, eso las vuelve en potencia más explosivas que nunca.

—Si existen —ratificó Dunross.

—¿Existen?

—Te lo diré mañana a las 10 de la mañana —Dunross se levantó —. Si me disculpan ... —explicó con espontánea amabilidad—. Debo ocuparme ahora dé mis demás invitados, i Oh! Una última pregunta.

¿Qué sucederá con *Eastern Cloud?*

Roger Crosse contestó:

—Quedará libre mañana.

—¿De un modo o de otro?

Crosse fingió consternación:

—¡Santo Dios, tai-pan! ¡No estamos en plan de trueque! Brian, ¿no le explicaste que sólo tratábamos de ayudar? Sí, señor.

—Los amigos deben siempre ayudarse unos a otros, ¿no es así, tai-pan?

—Sí. Sin discusión. Gracias.

Vieron que se alejaba y lo siguieron hasta perderlo de vista.

—¿Sí o no? —musitó Brian Kwok.

—¿...existen? Yo opino que sí —propuso Armstrong.

—¡Claro qué existen! —dijo con indignación Crosse—. Pero, ¿dónde están? —pensó un instante y luego añadió con más

indignación* haciendo que el corazón de los dos policías se detuviera un instante—. Brian, mientras tú estabas con Ian, Wine Waiter Feng me dijo que ninguna de sus llaves funcionaba.

—¡Uhm! Eso es malo, señor —comentó el aludido con cautela.

—Sí. La caja fuerte de aquí no será fácil.

Armstrong sugirió:

—Tal vez deberíamos buscar en Shek-O, señor... por si acaso... —¿Guardarías tú esos documentos allí... si existieran? —No lo sé, señor. Dunross es impredecible. Yo diría que los tiene en su penthouse, en Struan. Ese sería el sitio más seguro. —¿Has estado allí? —No, señor. —¿Tú, Brian?

No, señor.

—Tampoco yo —Crosse sacudió la cabeza—. ¡Maldita contrariedad! Brian Kwok dijo pensativo:

—Allá no podríamos enviar un equipo más que de noche, señor. Hay un ascensor privado hasta ese piso pero se necesita una llave especial. También se supone que hay otro ascensor desde el estacionamiento del sótano, que sube directamente hasta el penthouse.

—Ha habido un desliz infernal en Londres —comentó Crosse—. No puedo entender por qué esos malhadados necios no estaban al pie del cañón. Tampoco entiendo por qué AMG no pidió autorización.

—Tal vez no quería que los de adentro supieran que había uno de afuera.

—Si hubo uno de afuera, pudo haber otros —suspiró Crosse y, perdido en sus pensamientos, encendió un cigarrillo.

Armstrong sintió el aguijón del humo. Tomó un trago de su brandy, pero no le alivió la pena.

—¿Langan hizo circular su copia, señor?

—Sí. A Rosemont aquí y mediante la valija diplomática, a su oficina central del FBI en Washington.

—¡Santo Dios! Para mañana por la mañana ya estará todo Hong Kong —comentó Brian Kwok con acrimonia.

—Rosemont me garantizó que no —la sonrisa de Crosse carecía de sentido del humor—. Sin embargo, será mejor que estemos preparados.

—Tal vez Ian estaría más dispuesto a colaborar si lo supiera

señor.

—No. Será mejor que nos lo guardemos nosotros solos. Sin embargo, no cabe duda que se propone algo. Armstrong sugirió:

—¿Qué resultado daría si consiguiéramos que el superintendente Foxwell hablara con él, señor.. ? Son viejos amigos. —Si Brian no pudo persuadirlo, no lo hará nadie. —¿El gobernador, señor? Crosse sacudió la cabeza.

—No hay razón para involucrarlo. Brian, encárgate de Shck-O.

—¿De encontrar la caja fuerte y abrirla, señor?

—No. Limítate a llevar contigo a un buen equipo y a cerciorarte de que nadie más entra. Robert, ve a nuestra oficina, comunícate con Londres. Llama a Pensley a MI-5, y a Sinders a MI-6. Averigua las horas exactas relacionadas con AMG... todo lo que puedas. Verifica la historia del tai-pan. Verifica todo. Quizá existan otras copias. Luego vuelve a mandar aquí a un equipo de tres agentes que vigilen este lugar hoy por la noche, sobre todo para que protejan a Dunross... sin que él lo sepa, por supuesto. Yo me encontraré con el de rango superior en el cruce de Peak Road y Culum's Way, en una hora. Eso les da suficiente tiempo. Manda a otro equipo a vigilar el edificio de Struan. Pon a un hombre en el estacionamiento... por si acaso. Déjame tu auto, Robert. Te veré en mi oficina dentro de hora y media. Ustedes dos, retírense.

Los dos policías buscaron a su anfitrión, le presentaron sus disculpas, le dieron las gracias y se fueron al coche de Brian Kwok. A medida que descendían por Peak Road en el viejo Porsche, Armstrong expresó lo que ambos habían estado pensando desde que Dunross había hablado con ellos.

—Si Crosse es el espía, tuvo tiempo de sobra para llamar a Londres, o para pasar la voz a Sevrin, al KGB o a cualquier otro diantre de contacto.

—Sí.

—Nosotros salimos de su oficina a las 6.10 de la tarde. Eso sería las 11 de la mañana, tiempo de Londres... Así que no pudimos ser nosotros, no tuvimos suficiente tiempo. Armstrong cambió postura para aliviarse el dolor de espalda.

—¡Qué mierda! ¡Cómo quisiera tener un cigarrillo!

—Hay una cajetilla en la cajuela de los guantes, viejo amigo...

—Mañana. Fumaré mañana. Ni más ni menos que como AA,

¡cómo un infeliz adicto!

Armstrong rió, pero sin sentido del humor. Echó una mirada a su amigo.

—Averigua con discreción quién más ha leído hoy el informe AMG ... además de Crosse... tan pronto como puedas. He pensado lo mismo.

—Si él es el único que lo leyó ... bueno ... pues tenemos otra pequeña prueba. No es prueba, pero vamos acercándonos allá —dejó escapar un hondo bostezo; se sentía muy cansado—. Si en realidad es él, estamos hundidos hasta los ojos.

Brian iba conduciendo a gran prisa y con mucha pericia. Después de un momento, dijo:

—¿Dijo cuándo le había dado la copia a Langan?

—Sí. A mediodía. Comieron juntos.

—El chisme pudo haber salido de ellos, del consulado... ese lugar es como una criba.

—Es posible, pero mi olfato me dice que no. Rosemont trabaja bien, Brian... Lo mismo que Langan. Son gente profesional.

—Yo no les tengo confianza.

—Tú no confías en nadie. Ambos han pedido a sus oficinas centrales que verifiquen las visas de Bartlett y Casey para Moscú.

—Bueno. Creo que yo mandaré un telex a mi amigo de Ottawa. Es posible que ellos también tengan algo en sus archivos. Esa Casey es todo un pájaro de cuenta, ¿no es cierto? ¿Llevaba algo puesto debajo de esa funda?

—Diez dólares contra un céntimo a que nunca lo averiguarás.

—Aceptado.

Al terminar una curva, Armstrong observó la ciudad a sus pies y la bahía. El crucero norteamericano iluminaba todas las embarcaciones entrelazadas en el muelle, del lado de Hong Kong.

—En los viejos tiempos habríamos tenido una media docena de barcos de guerra —dijo con tristeza— ¡Valiente Marina Real!

Durante la guerra, él había estado en destróyers, como teniente R. N., había zozobrado en Dunquerque una vez, la segunda el Día "D" y una tercera frente a Cherburgo.

—Sí, es una lástima la Marina, pero en fin, el tiempo sigue su curso.

—Pero no para bien, Brian. ¡Es una lástima que todo el

malhadado Imperio esté en el candelera! Era mejor cuando no estaba. ¡Todo este indecente mundo estaba en mejores condiciones! ¡Maldita guerra!

¡Desgraciados alemanes! ¡Infames nipones!

—Sí... y, hablando de la Marina, ¿cómo estaba Mishauer?

—¿El camarada de la Inteligencia de Marina? Bien —respondió Armstrong sin ánimo—. Habló mucho de su oficio. Le dijo al oído al Viejo que los Estados Unidos van a duplicar el número de unidades de su Séptima Flota. Es un dato tan archisecreto, que no quiso ni siquiera utilizar el teléfono.

En Vietnam va a producirse una gran expansión por tierra.

—¡Grandísimos necios! Los van a triturar como a los franceses. ¿Qué no leen los periódicos, o al menos los informes de los Servicios de Inteligencia?

—Mishauer susurró también que su portaviones nuclear va a llegar pasado mañana, para una visita de ocho días de R y R (reposo y recreación). Otro archisecreto. Nos pidió que redoblemos las medidas de seguridad y que prodiguemos mimos a los yankees cuando desembarquen.

—Más asquerosas dificultades...

—Sí —dijo apenas Armstrong—. Sobre todo porque el Viejo mencionó que un buque de carga soviético "llegaría maltrecho" para reparación, con la creciente de la noche.

—¡Santo Dios! —Brian corrigió una desviación involuntaria del auto.

—Fue lo que yo pensé. A Mishauer casi le da un infarto y Rosemont se dedicó a lanzar maldiciones durante dos minutos sin interrupción. El Viejo les aseguró, por supuesto, que a ninguno de los marinos rusos se le permitiría desembarcar sin autorización especial, como de costumbre, y que nosotros los seguiríamos a todas partes, como de costumbre, pero que uno que otro siempre sabe ingeniarse para necesitar ver un doctor o cualquier otra cosa, en forma inesperada, y quizá consigue salirse de la red.

—Sí.

Hubo una pausa. Después Brian Kwok comentó: —Espero que consigamos esos expedientes de AMG, Robert. Sevrin es un puñal en las entrañas de China.

—Sí.

Siguieron avanzando en silencio, durante un rato. Armstrong fue el primero en hablar:

—Estamos perdiendo nuestra guerra, ¿no te parece? —Sí.

16
11:25 p.m.

El buque de carga soviético *Sovetsky Ivanov* estaba anclado a lo largo del embarcadero, junto al vasto astillero Wampoa, que se había construido sobre tierra arrebatada al mar en el lado este de Kowloon. Estaba bañado por luces de reflectores. Era un barco de veinte mil toneladas, que prestaba servicio regular sobre las rutas asiáticas, saliendo de Vladivostok, hasta los puntos más alejados al norte. Sobre su puente había muchas antenas aéreas y equipo moderno de radar. Los marinos rusos descansaban al pie de la proa y sobre las pasarelas de popa. Frente a cada pasarela, cerca del navio, se hallaba un policía uniformado, un joven chino con ropa de mezclilla reglamentaria, color caqui: pantalón corto, medias altas, cinturón y zapatos negros. Un marino que desembarcaba, presentaba su pase para que lo revisaran sus colegas, luego el policía, y después, mientras caminaba rumbo a la entrada del astillero, dos chinos en traje de civil, que surgían de las sombras, iban siguiéndole los pasos en forma ostensible.

Otro marino bajó por la pasarela de popa. Se le hizo revisión completa y sin tardanza nuevos chinos silenciosos de la policía en ropa de civil empezaron a seguirlo a todas partes.

Sin ser notado, un bote de remos se deslizó, desde el lado ciego del barco, y logró ocultarse bajo la sombra del muelle. Avanzó silencioso a lo largo de la gran muralla hacia un tramo de escalera marina pestilente, a unos 90 metros de distancia. En esa barca iban dos hombres, y el ruido de los escálamos estaba bien amortiguado. La embarcación se detuvo al pie de los peldaños de la escalera. Los dos hombres se dedicaron a escuchar con toda atención.

Por la pasarela delantera, un tercer marino que pretendía desembarcar, se tambaleaba estrepitosamente al ir bajando por los resbalosos peldaños. Al pie de la pasarela fue detenido para revisar su pase, y se inició una discusión. El guardián de la playa le negó el permiso, lanzó un golpe contra uno de los guardias, pero éste se hizo a un lado y le asestó un puñetazo, que fue devuelto con otro

igual. La atención de los dos policías se concentró en la riña desigual. El corpulento y despeinado hombre que iba sentado en la popa de la barca de remos corrió escaleras arriba, atravesó el muelle iluminado y las vías del ferrocarril y se perdió en las callejuelas del astillero sin que nadie lo viera. Con toda calma, la barca emprendió el camino de regreso, y en un momento terminó el pleito entre los dos hombres. El borracho impotente fue arrastrado a bordo del buque, con toda delicadeza.

Mientras tanto, muy adelante, por los callejones del astillero, el hombre de la cabellera enmarañada deambulaba sin prisa. De cuando en cuando, como todo un experto, con gestos espontáneos volteaba para cerciorarse de que no lo seguía nadie. Vestía ropa tropical oscura y zapatos de buena calidad y suela de hule. Sus documentos del barco lo identificaban como Igor Voranski, marinero de primera clase de la Marina Mercante Soviética.

Evitó pasar por la entrada principal y evadió al policía que los observaba. Avanzó a lo largo del muro un centenar de metros y salió por una puerta lateral. Esta daba a un callejón de la zona repoblada de Tai-wan Shan, que era una madeja de cobertizos dé lámina corrugada, madera sintética y cartón. Aceleró el paso. No tardó en salir de allí y encontrarse en medio de calles brillantemente iluminadas, llenas de tiendas, mostradores y gran aglomeración de gente que caminaba hacia distintos rumbos. Siguiendo esas calles llegó a Chatham Road y tomó un taxi.

—A Mong Kok, tan rápidamente como puedas —dijo en inglés —, al Yáumati Ferry.

El conductor del auto le dirigió una mirada insolente y protestó:
—¿Qué cosa?

—¡Qué sí! —replicó Voranski sin titubear, y luego añadió en áspero y perfecto cantonés— ¡Mong Kok! ¿Estás sordo? ¿Has estado inhalando talco? ¿Crees que soy un demonio extranjero de turista de la Montaña Dorada, cuando estás viendo que soy habitante de Hong Kong y he vivido aquí veinte años? ¡Qué sí! Yaumati Ferry, al otro lado de Kowloon. ¿Necesitas qué te guíe? ¿Eres de la Mongolia exterior? ¿Eres tu un extranjero?

De mal humor, el conductor bajó la bandera y empezó a correr, primero en dirección al sur y luego hacia el oeste. El pasajero, sentado en el asiento posterior observaba la calle que iba quedando

atrás. No podía distinguir vestigios de alguien que estuviera siguiéndole los pasos, pero no se sentía del todo tranquilo.

Aquí son demasiado astutos... ¡Ten cuidado!

En la estación de Yaumati Ferry pagó el servicio, dando al conductor la propina mínima.

Se mezcló con la multitud y luego se deslizó lejos de ella y llamó otro taxi:

—Al Golden Ferry.

El conductor asintió con la cabeza en un gesto soñoliento, bostezó y arrancó rumbo al sur.

En la terminal del transbordador pagó al conductor, casi antes que hiciera la parada, salió del coche y se mezcló con la multitud que avanzaba de prisa hacia los torniquetes de los transbordadores de Hong Kong. Pero después de pasarlos, no avanzó hacia la entrada del transbordador. Entró a los baños de caballeros y luego, ya afuera de nuevo, entró a una cabina telefónica. Con absoluta seguridad de que no había sido seguido por nadie, se sintió más tranquilo.

Depositó una moneda y marcó un número.

—Dígame —le respondió en inglés una voz de hombre.

—El señor Lop-sing, por favor.

—No conozco ese nombre. No hay señor • Lop-f *ing* aquí. Su número está equivocado.

—Quiero dejar un recado.

—Lo siento, su número está equivocado. ¡Consulte el directorio telefónico!

Voranski se calmó. El corazón empezó a palpitarle con ritmo más normal.

—Quiero hablar con Arthur —dijo con suavidad; su inglés era perfecto.

—Lo siento. Todavía no ha llegado.

—Se le dijo que estuviera allí y esperara mi llamada —arguyo en tono cortante—, ¿Por qué ha habido cambios? —¿Quién habla, por favor?

—Brown —se limitó a decir, usando su nombre clave.

Su actitud se suavizó un poco cuando oyó que la otra voz adoptaba luego un tono deferente.

—¡Ah, señor Brown! Bienvenido una vez más a Hong Kong.

Arthur llamó por teléfono para decirme que esperara su llamada. Me pidió que le diera la bienvenida y le dijera que todo está preparado para la reunión de mañana.

—¿A qué hora lo espera?

—En cualquier momento, señor.

Voranski profirió una maldición en voz baja, porque tenía obligación de informar al barco en el lapso de una hora, mediante otra llamada teléfonica. No le agradaban las modificaciones en ninguno de los planes.

—Muy bien —comentó—. Dígale que me llame al 32 —era el número clave para su departamento de seguridad en Sinclair Towers—. ¿Ha llegado ya el norteamericano?

—Sí.

—Bueno. ¿Venía acompañado?

—Sí.

—Muy bien... ¿Y...?

—Arthur no me ha dicho nada más.

—¿Se puso ya usted en contacto con ella?

—No.

—¿La ha visto Arthur?

—No lo sé.

—¿Se ha establecido comunicación con cualquiera de los dos?

—Lamento decirle que no lo sé. Arthur no me ha dicho.

— Y... ¿el tai-pan? ¿Qué me dice de él?

—Todo está arreglado.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo necesitarían ustedes para llegar al 32 si fuera necesario?

—De diez a quince minutos. ¿Querría usted que lo encontráramos ahí?

—Eso lo decidiré más tarde.

—¡Ah! Señor Brown, Arthur pensó que usted querría tener algo de compañía, después de este viaje. Se llama Koh, Maureen Koh.

—Es una delicadeza de Arthur. Una verdadera atención.

—Su número está junto al teléfono en el 32. No tiene más que marcarlo y ella estará con usted en media hora. Arthur quería saber si su superior estaba con usted esta noche y si también él necesitaba compañía.

—No. El se reunirá con nosotros mañana, como estaba previsto.

Pero mañana por la noche espera contar con hospitalidad. Buenas noches.

Voranski colgó el teléfono con arrogancia, muy consciente de su superioridad dentro del KGB. En ese instante, la puerta de la cabina se abrió, un chino irrumpió¿ mientras otro cerraba la entrada.

—¡Qué dian...!

Las palabras murieron en sus labios, al mismo tiempo que él. El estilete era largo y delgado. Salió del cuerpo con facilidad. Los chinos dejaron que el cuerpo se desplomara. Contemplaron un momento aquella masa humana inerte. Luego uñó limpió el arma en el cadáver, la colocó en su funda y se metió ésta en la manga. Obsequió una irónica sonrisa al corpulento chino que todavía cerraba la entrada de la cabina telefónica, como si fuera el próximo cliente. Luego depositó una moneda en el aparato y marcó un número.

A la tercera llamada una voz amable dijo: —Estación de policía Tsim Sha Tsui, buenas noches. El hombre sonrió con sarcasmo y. preguntó con aspereza en dialecto de Shanghai:

—¿Hablas shanghainés?

Un momento de vacilación, un ligero chasquido y después una voz en shanghainés respondió:

—Habla el sargento divisional Tang-po. ¿Qué es lo que sucede, interlocutor?

—Un cerdo soviético se escurrió por entre tu inmunda red policiaca hoy en la noche, como mierda de buey, pero acaba de ir a reunirse con sus antepasados. ¿Es qué nosotros, los de la 14K, tenemos que hacer por ti toda tu asquerosa labor?

—¿Cuál cerdo soy...?

—¡Cierra el hocico y escucha !El cadáver de este mierda de tortuga está en una cabina telefónica frente al Golden Ferry, del lado de Kowloon. Ve y di a los buenos para nada de tus superiores que tengan los ojos abiertos para los enemigos de China... ¡En vez de estar contemplando agujeros apestosos donde meter... tú sabes qué!

Colgó en el acto y salió de la cabina. Se dio vuelta un instante y escupió sobre el cuerpo inerte. Cerró la puerta y luego él y su compañero se incorporaron a las líneas de pasajeros que se dirigían, al transbordador de Hong Kong.

No notaron que un hombre les iba en zaga. Era un norteamericano robusto, de baja estatura, vestido como todos los demás turistas, con la inevitable cámara colgada del cuello. En ese momento se recargaba sobre la borda de estribor, perfectamente confundido entre la multitud, y dirigiendo su cámara hacia ellos, todo mientras el transbordador se deslizaba hacia la isla de Hong Kong. Sin embargo, a diferencia de los demás turistas, la película que usaba era muy especial, lo mismo que la lente... lo mismo que la cámara.

—Hola, amigo —le dijo otro turista, acercándosele con una gran sonrisa—. ¿Está disfrutando mucho?

—¡Claro! —contestó— Hong Kong es un gran lugar, ¿no cree?

—¡En qué forma! —se dio vuelta y contempló el panorama—. Deja muy atrás a Mineápolis . . .

El primer hombre se dio vuelta también, pero mantuvo su campo visual concentrado en los dos chinos. Luego bajó la voz.

—Tenemos problemas.

El segundo turista palideció:

—¡No me digas qué lo hemos perdido! No se nos escabulló, Tom, estoy seguro. Yo tenía cubiertas las dos salidas. Pensé que tú lo habrías liquidado en la cabina.

—Puedes apostar lo que quieras a que alguien lo despachó. Mira hacia atrás, en la tercera línea, al chino juguetón de camisa blanca y al que está junto a él. Esos dos hijos de ramera lo eliminaron.

¡Santo Dios! Marty Povitz, uno de los agentes de la CIA encargados de vigilar el *Sovetsky Ivanov,* observó a los dos chinos.

—¿Kuomintang? ¿Nacionalistas... o comunistas?

—¡Mierda! ¡Qué sé yo! Pero el esqueleto está todavía en una cabina telefónica allá atrás. ¿Dónde está Rosemont?

—Está en...

Povitz dejó de hablar, luego levantó la voz y volvió a adoptar un tono amable y turístico, a medida que los pasajeros empezaban a aglomerarse cerca de la salida.

—Mírelo allá... —comentó señalando hacia la punta de la Cumbre.

Los edificios de departamentos se erguían esbeltos y bien iluminados, lo mismo que las casas que salpicaban la vertiente de la colina, sobre todo una, una muy alta, la casa particular de mayor

altura en Hong Kong. Se veía inundada de luz y resplandeciente como una joya.

—¡Oiga! Quienquiera que viva allí puede decir que está prácticamente en la cima del mundo, ¿eh?

Tom Connochie, el principal de los dos "turistas" suspiró: —Tiene que ser la casa de un tai-pan.

Encendió pensativo un cigarrillo y dejó que el fósforo cayera lentamente en las negras aguas.

Después, conversando abiertamente, con estilo turístico, tomó una fotografía de la casa y tratando de actuar en forma espontánea, utilizó el resto del rollo de película, tomando más fotos de los dos chinos.

Puso un nuevo rollo en la cámara y con toda discreción entregó a su colega el que acababa de usar.

Casi sin mover los labios, dijo:

—Llama a Rosemont allá arriba en cuanto desembarquemos. Dile que tenemos problemas. Luego ve a revelar este rollo hoy mismo en la noche. Te llamaré en cuanto estos dos se retiren a descansar.

—¿Estás loco? —protestó Povitz—. ¡No vas a seguirles la pista tú solo!

—Tengo que hacerlo, Marty, esa película puede ser importante. No vamos a exponerla al peligro. —

No.

—¡Maldita sea, Marty! Yo soy el tai-pan de esta operación. —Las órdenes dicen que dos...

—¡A la mierda con las órdenes! —susurró Connochie—. Limítate a llamar a Rosemont y no eches a perder la película —luego levantó la voz y dijo en tono jovial—. ¡Magnífica noche para navegar, ¿no cree?

—Claro...

Asintió con la cabeza en dirección a la punta de la Cumbre, apuntó hacia allá con la lente telescópica de su cámara y comentó: —¡Allá vives tú! ¿Tienes todo arreglado, eh?

* * *

Dunross y Bartlett estaban frente a frente en la Gran Galería, en la

cima de la escalinata, solos.

—¿Has hecho algún trato con Gornt? —preguntó Dunross. —No —contestó Bartlett—. Aún no.

Su respuesta había sido tan decidida y seca como la pregunta de Dunross, y su smoking le quedaba tan bien como al anfitrión le quedaba el suyo.

—¿Ni tú ni Casey? —insistió Dunross.

—No.

—Pero has examinado las posibilidades... —Estamos en los negocios para ganar dinero... ¡Lo mismo que tú, Ian!

—Sí, pero hay una ética de por medio... —¿La ética de Hong.Kong?

—¿Puedo preguntarte, cuánto tiempo has estado tratando con Gornt?

—Alrededor de seis meses... ¿Vas a aceptar hoy nuestra proposición?

Dunross trató de hacer a un lado la fatiga. No había querido verse con Bartlett esa noche, pero había resultado necesario hacerlo: Sintió que los ojos de todos los cuadros que estaban en la Galería lo contemplaban.

—Dijiste que el martes. El martes te resolveré.

—Eso quiere decir que hasta entonces, si yo quiero tratar con Gornt o con cualquier otro, tengo derecho a hacerlo. Si aceptas nuestra oferta ahora, cerramos el trato. Se me ha dicho que tú eres el mejor, de la Casa Noble, así que yo prefiero tratar contigo qué con él... con tal que obtenga el mayor número de dólares, con todas las garantías necesarias. Yo tengo efectivo sólido, tú no. Tú eres fuerte en Asia, yo no. Creo, pues, que deberíamos hacer trato.

Sí —se dijo Bartlett— cubriendo sus presentimientos, pero feliz de que su desviación de esa mañana al despacho de Gornt hubiera producido el enfrentamiento tan pronto y hubiera acorralado ya a su contrincante... En este momento, Ian, tú no eres más que eso, un contrincante, hasta que cerremos el trato... ¡si lo cerramos!

¿Es ya hora de lanzar el blitzkrieg?

Había estado estudiando a Dunross toda la noche, fascinado con su personalidad y con las corrientes subterráneas y todo lo relativo a Hong Kong... una realidad tan completamente ajena a todo lo que él había experimentado en su vida.

Una nueva selva, nuevas reglas, nuevos peligros. Claro —pensó en actitud lúgubre—, tanto con Dunross como con Gornt el asunto es tan peligroso como una ciénaga infestada de víboras de cascabel, y sin tener un criterio para juzgarlos. Tengo que tener una cautela que no había necesitado nunca.

Sintió con fuerza la tensión interior, consciente de los ojos que lo observaban desde las paredes.

¿Hasta dónde puedo forzarte, Ian? ¿Qué tanto puedo arriesgar? La posibilidad de buenas utilidades es ingente, el botín es enorme, pero un error y nos devoras... a Casey y a mí. Eres un hombre según mi corazón, pero aún así eres un contrincante y además, gobernado por fantasmas. ¡Ah, sí! Creo que Peter Marlowe tenía razón en eso, aunque no en todo lo demás.

¡Por amor de Dios! ¡Los espíritus y el grado de los odios! Dunross, Gornt, Penélope, el joven Struan, Adryon... Adryon tan valiente después de su pánico inicial.

Devolvió la mirada a aquellos fríos ojos azules que lo observaban. ¿Qué haría yo ahora, Ian, si estuviera en tu lugar, con tu herencia de bestia salvaje, en esa postura enhiesta, tan seguro de ti mismo?

No lo sé. Pero me conozco a mí mismo v sé lo que dijo Sun Tzu acerca de los campos de batalla: sólo esfuérzate por traer a tu contrincante a entablar la batalla en el momento y el lugar que tú hayas escogido. Bien, está escogido. Es aquí y ahora.

—Dime, Ian, antes que tomemos una decisión, ¿cómo vas a pagar tus tres documentos que se vencen en septiembre a Toda Shipping?

Dunross sintió que lo sacudían en sus cimientos.

—¿Perdón? No te entendí...

—No tienes aún un fletador, y sin él tu banco no hará el pago, así que el problema es tuyo, ¿o me equivoco? —El banco. . . no es problema.

—Pero tengo entendido que tú ya rebasaste tu línea de crédito en un 20 por ciento. ¿No significa eso qué tendrás que conseguirte una nueva?

—Puedo tenerla, si la necesito —contestó Dunross con voz algo vacilante; Bartlett comprendió que había abierto una brecha en su guardia.

—Doce millones a Toda es una gran cantidad en efectivo si se añade a tus demás deudas. . . —¿Qué otras deudas?

—El pago de 6.800,000 dólares norteamericanos a tu préstamo bancario de Orlin Internacional por un total de 30 millones no asegurados. Tienes en este año, hasta el momento presente, pérdidas corporativas consolidadas por valor de 4.2 millones, contra utilidades registradas por escrito que sumaron 7. millones y medio el año pasado, además de 12 millones por la pérdida del *Easter Cloud* y todos esos motores de contrabando.

La cara de Dunross había palidecido al máximo.

—Pareces tener una información demasiado completa.

—La tengo. Sun Tzu decía que hay que estar bien informado en lo que toca a los aliados.

Una pequeña vena en la frente de Dunross palpitaba con fuerza.

—Quieres decir enemigos...

—Los aliados a veces se vuelven enemigos, Ian.

—Sí. Sun Tzu insistió también mucho en los espías. El tuyo tiene que ser uno de siete hombres. No puede ser otro.

Bartlett replicó con la misma aspereza:

—¿Por qué debería yo tener un espía? Esa información puede obtenerse en los bancos... Lo único que tienes que hacer es escarbar un poco. El banco de Toda es el Yokohama National, de Japón... y está vinculado al Orlin en numerosos negocios... y nosotros también, en Estados Unidos.

—Quienquiera que sea tu espía, está equivocado. Orlin ampliará el crédito. Lo ha hecho siempre.

—No cuentes con eso esta vez. Conozco a esos desgraciados, y si huelen una liquidación, te atraparán con una rapidez tal, que nunca podrás saber qué sucedió.

—¿Una liquidación de Struan? —Dunross rió con sarcasmo—. No hay manera de que Orlin o cualquier otro maldito banco pueda... o quiera échanos a pique.

—Es posible que Gornt esté maquinando muchas cosas con ellos.

—¡Santo Dios! ¿Lo ha hecho, sí o no?

—Pregúntaselo.

—Lo haré. Mientras tanto, si tú sabes algo, ¡dímelo ahora mismo! —Tienes enemigos por todas partes. —Tú también.

—Sí. ¿Eso qué hace de nosotros, buenos socios o malos socios?

Bartlett le devolvió la mirada incisiva. Luego sus ojos fueron a parar a un retrato que estaba en el extremo de la Galería. Jan Dunross lo veía fijamente, desde la pared; el parecido era maravilloso, el retrato era parte de un clíper de tres mástiles que servía de fondo.

—¿Es ese.. ? ¡Santo Dios! Ese tiene que ser Dirk Struan!

Dunross se dio vuelta y miró el cuadro.

—Sí.

Bartlett se acercó a estudiarlo. Al verlo más de cerca, pudo comprobar que el capitán no era Dunross, pero aún así, había una semejanza interesante.

—Jacques tenía razón —dijo.

—No.

—Sí, tiene razón.

Se dio vuelta para estudiar a Dunross, como si el hombre fuera un cuadro, comparando a uno con otro. Al final declaró:

—Son los ojos y la línea de la mandíbula. Y también la mordacidad de los ojos que está diciendo "será mejor que te convenzas de que puedo hacerte morder el polvo en el momento en que se me antoje".

La boca le sonrió y preguntó:

—¿Te están diciendo eso ahora?

—Sí.

—No hay problema en una línea de crédito, nueva o vieja. —Yo creo que sí.

—El Banco Victoria es nuestro... Somos grandes accionistas. —¿Qué tan grandes?

—Y contamos con otras fuentes de crédito si fuera necesario. Pero conseguiremos todo lo que queramos del Vic. Ellos también son poderosos en cuanto a dinero en efectivo.

—Tu Richard Kwang no lo cree así.

Dunross dejó de ver el retrato y dijo con rapidez:

—¿Por qué?

—El no lo dijo, Ian. No dijo nada, pero Casey conoce a los banqueros y supo leer entre líneas, y le parece que eso es lo que él piensa. Tampoco creo que la haya impresionado mucho Havergill....

Después de una pausa, Dunross preguntó: —¿Qué otra cosa opina ella?

—Que tal vez deberíamos irnos con Gornt.

—Si me haces el favor...

—Es posiblé. ¿Qué hay entonces de Taipei? —preguntó Bartlett queriendo mantener desorientado a Dunross. —¿Qué pasa con Taipei? —¿Todavía estoy invitado?

—Sí, sí. Por supuesto. Eso me recuerda que estás encomendado a mi custodia, gracias a la gentil autorización del subcomisionado de la policía;'Mañana se lo haremos saber a Armstrbng. Tendrás que firmar un documento en el que te comprometes a volver cuando yo regrese.

—Gracias por haberlo arreglado. ¿No ha cambiado nada en cuanto a una posible invitación a Casey?

—Pensé que eso había sido resuelto esta mañana...

—Yo sólo preguntaba... ¿Qué me dices de mi aeroplano?

Dunross frunció el. ceño desconcertado.

—Supongo que continúa detenido. ¿Querías usarlo para el viaje?

—Sería conveniente, ¿no te parece? En esa forma podríamos salir cuando quisiéramos.

—Veré qué puedo hacer —Dunross lo observó—. En cuanto a tu oferta, ¿sigue en pie hasta el martes?

—Firme, como dijo Casey, hasta que cerremos el negocio el martes.

—El martes a medianoche —opuso Dunross.

—¿Tú siempres buscas algún trueque a cambio de lo que los demás te dicen?

—¿No haces tú lo mismo?

—De acuerdo. El martes a medianoche. El primer minuto del miércoles todas las deudas y las amistades quedan canceladas.

Bartlett necesitaba mantener la presión sobre Dunross, Le urgía tener la contrapropuesta en ese momento, no el martes, para poder utilizarla a favor o en contra de Gornt. Por eso siguió diciendo:

—...el amigo de Blacs, el presidente... ¿cómo se llama?

—Gompton Southerby.

—Eso es, Southerby. Estuve conversando con él después de la cena. Dijo que ellos apoyaban a Gornt en todo momento. Dio a entender que Gornt tiene también una gran cantidad de eurodólares a la demanda, si llegara a necesitarlos —Bartlett volvió a observar que ese dato daba en el blanco; luego añadió—. Por eso, yo todavía

no sé cómo vas a pagar a Toda Shipping...

Dunross no respondió en el acto. Seguía tratando de encontrar.una vía de escape de aquella madeja.

Cada vez que lo intentaba, volvía al principio: el espía debía ser Gavallan, deVille, Linbar Struan, Phillipe Chen, Alastair Struan, • David MacStruan o su padre, Colin Dunross. Parte de la información de Bartlett la tenían los bancos... pero no las pérdidas corporativas de ese año. Esa cifra había sido demasiado precisa. Ese era el hecho más desconcertante... además de las "... utilidades registradas por escrito".

No dejaba de mirar al norteamericano, preguntándose qué tanta información había tenido de fuentes confidenciales internas, mientras sentía que la trampa se le cerraba sin dejarle espacio para actuar, y sin embargo, sabía que no podía conceder demasiado, porque podía perderlo todo.

¿Qué podía hacer?

Miró a Dirk Struan en la pared y observó la media sonrisa audaz y la mirada que le decía "juega, muchachito, ¿dónde está tu hombría?" ¡Muy bien!

—No te preocupes por Struan. Si decides asociarte con nosotros, yo quiero un convenio de dos años... otros 20 millones el próximo año, si todo marcha a la perfección —luego añadió—. Quiero siete a la firma del contrato.

Bartlett no permitió que la alegría se le reflejara en el rostro.

—De acuerdo con el trato de dos años. En cuanto al monto en efectivo, Casey ofreció dos millones como pago inicial y luego un millón y medio mensual el día primero de cada mes. Gavallan dijo que era aceptable...

—No lo es. Quiero 7 como pago inicial y el resto repartido mensualmente.

—Si convengo en eso, quiero un título sobre tus nuevos barcos de Toda, como garantía por este año.

—¿De qué chantres me pides garantía? —redargüyó Dunross—. Todo el propósito de nuestro pacto es que seamos socios en una inmensa expansión por Asia...

—Sí, pero nuestro efectivo de 7 millones cubre tus pagos de septiembre a Toda Shipping, te salva del apuro con Orlin y en cambio nosotros no obtenemos nada.

—¿Por qué debería yo hacerte una concesión? Puedo descontar tu contrato en el acto y conseguir un anticipo de 18 de los 20 millones que tú vas a aportar, sin la menor dificultad.

Sí, puedes —pensó Bartlett— una vez que esté firmado el contrato. Pero antes de eso no tienes nada.

—Yo estaría de acuerdo en modificar el pago inicial, Ian, pero ¿a cambio de qué?

Por casualidad vio una pintura que tenía enfrente, pero no le puso atención, porque sus cinco sentidos estaban concentrados en Dunross, convencido como estaba de que habían llegado a los golpes cortos.

Un título sobre los enormes buques de carga de Toda cubriría todos los riesgos de Par-Con, no obstante cualquier cosa que Dunross quisiera hacer.

—No olvides —agregó— que tu 21 por ciento de las acciones en el Banco Victoria está ya pignorado, por haberlo puesto como aval por tu deuda con ellos. Si fallas en tu pago a Toda o a Orlin, tu viejo amigo Havergill te retira el tapete de debajo de los pies. Yo lo haría.

Dunross comprendió que estaba derrotado. Si Bartlett supiera la cantidad exacta de su activo secreto en el banco, el activo secreto de Chen y también sus valores en cartera abiertos, la fuerza que el norteamericano tenía sobre él sería indescriptible.

—De acuerdo —concedió—. Te doy título sobre mis barcos durante tres meses, con estas condiciones: primera, que me garantices que lo mantendrás secreto entre tú y yo; segunda, que nuestros contratos se firmen dentro de una semana; a partir de hoy; tercera, que aceptes el pago efectivo qüé te he propuesto. Por último, que me garantices no mencionar una sola palabra de todo esto hasta que yo mismo haga el anuncio público.

—¿Cuándo quieres hacer eso? —En algún momento entre el viernes y el lunes. —Yo querría saberlo con anticipación —opuso Bartlett. —Por supuesto, con veinticuatro horas... —Quiero el título sobre los barcos durante seis meses y los contratos dentro de un lapso de diez días. —No.

—Entonces no hacemos trato —amenazó Bartlett. —Magnífico —contestó Dunross sin titubear—.

Volvamos a la fiesta.

Se dio vuelta en el acto y con toda calma avanzó hacia la

escalinata.

Bartlett estaba atónito ante el repentino final de las negociaciones.

—¡Espera! —le dijo, mientras el corazón le daba un vuelco.

Dunross se detuvo al llegar a la balaustrada y se volvió a mirarlo, con una mano apoyada con naturalidad en el barandal.

Con actitud sombría, Bartlett trató de sondear a Dunross. Sentía un molesto vacío en el estómago. En los ojos del tai-pan pudo descubrir los indicios de un fallo definitivo.

—Muy bien, título hasta el primero de enero. En un lapso de cuatro meses y fracción, secretos entre tú, Casey y yo. Los contratos se firman el próximo martes... Eso me da tiempo de mandar traer a mis asesores fiscales... el efectivo como tú los has dicho, sujeto a... ¿a qué hora es nuestra reunión de mañana?

—Estaba fijada para las diez. ¿Podríamos posponerla a las once?

—¡Claro! Entonces trato hecho, sujeto a que lo confirmemos mañana a las once.

—No. Tú no necesitas más tiempo. Yo podría necesitarlo, tú no —una vez más, la hiriente sonrisa—.

¿Sí o no?

Bartlett titubeó. Todos sus instintos le decían cierra el trato ahora. Extiende la mano y cierra el trato.

Tienes todo lo que querías. Sí, pero... ¿qué hay de Casey?

—Este es un trato de Casey. Ella puede comprometer hasta 20 millones. ¿Tienes inconveniente en estrechar la mano de ella?

—En el cierre de una operación, un tai-pan trata con el otro. Esta es una vieja costumbre china. ¿Es ella el tai-pan de Par-Con?

—No —dijo Bartlett en tono neutral—. Soy yo.

—Muy bien —Dunross volvió sobre sus pasos, extendió la mano invitándola, jugando con él, adivinando sus pensamientos—. Entonces, ¿trato hecho?

Bartlett miró la mano, luego los fríos ojos azules. El corazón le latía con fuerza.

—Trato hecho, pero quiero que sea ella la que lo cierre contigo. Dunross dejó caer la mano.

—Vuelvo a preguntar, ¿quién es el tai-pan de Par-Con?

Bartlett devolvió la mirada en la misma forma.

—Una promesa es una promesa, Ian. Para ella esto es

importante, y yo le prometí que tendría todo el poder hasta 20 millones.

Vio que Dunross empezaba a retirarse, entonces dijo con firmeza:

—Ian, si tengo que escoger entre el trato y Casey; y mi promesa a Casey, no hay discusión posible.

Ninguna. Yo consideraría un fav...

Se interrumpió. Los. dos voltearon en un movimiento repentino, al escuchar un leve ruido involuntario de alguien que escuchaba en la sombra al final de la Galería, donde había un juego de canapés de respaldo alto y sillas, también altas, con orejeras. En un instante, Dunross giró sobre sus talones y con la agilidad de un felino avanzó en silencio, listo para lanzarse al ataque. Las reacciones de Bartlett fueron casi tan rápidas como las suyas. El también se apresuró a ir en su ayuda. < DunfOss se detuvo frente al sofá de terciopelo verde. Dejó escapar un suspiro de alivio. No había espía alguno. Era Glenna, su hija de trece años, profundamente dormida, acurrucada dentro del sillón, con los brazos y las piernas recogidas como un potrillo, con un aspecto angelical todavía ataviada con el vestido de fiesta arrugado y la cinta de pequeñas perlas de su madre alrededor del cuello.

El corazón de Bartlett se calmó y dijo en voz muy suave:

—¡Santo Dios! Por un momento... ¡Oye, esa criatura es bella como un pimpollo!

—¿Tú tienes hijos?

—Un varón y dos chicas. Brett tiene dieciseis años, Jenny catorce y Mary trece. Por desgracia no los veo con mucha frecuencia —hizo un esfuerzo por normalizar su respiración y continuó en tono sumiso—. Ahora viven en la Costa Éste. Temo que no soy muy popular entre ellos. Su madre... verás, nos divorciamos hace siete años. Ella volvió a casarse, pero ahora... —se encogió dé hombros y volvió a mirar a la pequeña—. ¡Es una muñequita! Tú eres dichoso...

Dunross se inclinó y tomó en brazos a su hija. Esta apenas se movió, lo suficiente para acurrucarse contra el pecho de él, en un gesto de satisfacción. Dunross miró pensativo al norteamericano. Luego sugirió:

—Trae a Casey aquí en diez minutos. Haré lo que me pides, a

pesar de que ló desapruebo, puesto que tú quieres ser fiel a tu promesa.

Luego se alejó, con paso firme, y desapareció en el ala éste, dónde se hallaba la recámara de Glenna.

Tras breve pausa, Bartlett volvió a contemplar el retrato de Dirk Struan. La sonrisa parecía burlarse de él.

—¡Vete a la mierda! —musitó; con la sensación de qué en alguna forma Dunross había sido más listo que él; luego sonrió, también con ironía, y dijo:

—¡Ba! ¡Qué diantres! ¡Tu muchacho hace las cosas bien! ¿Eh? ¡Viejo Dirk!

Se dirigió hacia la escalinata. Entonces observó un retrato no iluminado en un nicho semioculto. Se detuvo. Aquel óleo representaba a un viejo capitán de marina, de barba blanca, tuertó, de nariz agui-leña, arrogante, con una gran cicatriz en la cara y un alfanje sobre la mesa que tenía al lado.

Bartlett sintió un nudo en la garganta al ver que el lienzo había sido rasgado en todas direcciones con un cuchillo de hoja corta que estaba encajado en el corazón del hombre, haciendo qué la pintura quedara clavada en la pared.

* * *

Casey contemplaba el cuchillo. Trataba de ocultar el estremecimiento que lé producía. Estaba sola en la galería, espérando con inquietud. Le llegaban notas de la música de baile qué sonaba en el piso bajo... era música rítmica y blues. Una ráfaga de viento agitó las cortinas y un mechón de su cabello. Un mosquito zumbaba a su alrededor.

—Ese es Tyler Brock.

Azorada, Casey se dio media vuelta. Dunross estaba observándola. —¡Oh! —exclamó sorprendida—. No lo oí regresar.

—Ló siento— se disculpó él—. No tuve intención de hacerte saltar.

—No tiene importancia.

Casey volvió a contemplar la pintura y explicó:

Peter Marlowe estaba hablándonos de él...

—Sabe mucho de Hong Kong, pero no todo —objetó Dunross—.

Adémás, no toda su información es correcta. Hay cosas que están del todo equivocadas.

Después de un momento, ella comentó:

—Resulta un poco melodramático... ¿No le parece? Me refiero al hecho de haber dejado ahí el cuchillo...

—Fue Hag Struan la que lo hizo. Ella dio órdenes de que se dejara así...

—¿Porqué?

—Era su antojo. Ella era tai-pan. —¿En serio? ¿Por qué?

—Lo digo en serio —Dunross se encogió de hombros—. Aborrecía a su padre y quiso que a todos nosotros se nos recordara nuestra herencia.

Casey frunció el ceño. Luego indicó uno de los cuadros de la pared opuesta:

—¿Esa es ella?

—Sí. Se pintó inmediatamente después de su matrimonio.

La chica de la pintura era una jovencita esbelta, de diecisiete años, ojos azul claro y cabello rubio.

Lucía un traje de baile de escote amplio... cintura diminuta, senos turgentes y un collar verde que le adornaba el cuello.

Estuvieron allí un momento, contemplando el cuadro. En la pequeña placa de bronce del marco no había nombre alguno, sólo los años: 1825-1917. Casey comentó:

—Es una cara ordinaria... bonita, pero ordinaria, si se exceptúan los labios. Son finos y tensos. Revelan desaprobación... y brusquedad. El artista captó mucha fuerza en esa pintura. ¿Es un Quance?

—No. No sabemos quién lo pintó. Se supone que era el retrato favorito de ella. Hay un Quance de ella en el penthouse de Struan, pintado más o menos al mismo tiempo. Es bastante diferente y sin embargo, muy parecido.

—¿Se mandó hacer algún retrato en años posteriores de su vida?

—Tres. Y los destruyó todos en cuanto estuvieron terminados.

—¿Hay fotografías de ella?

—No, que yo sepa. Odiaba las cámaras... Nunca quiso tener una sola en la casa —Dunross rió y Casey pudo notarle la fatiga—. Una vez un reportero del *China Guardian* le tomó una fotografía... inmediatamente antes de la Gran Guerra. En menos de una hora, ya

había enviado a la tripulación de un barco mercante, armada, con órdenes de prender fuego a todas las oficinas del diario si no les entregaban el negativo y todas las copias, y si el director no prometía "dejar de asediarla y molestarla", y él lo prometió.

—Supongo que nadie puede hacer eso y salirse con su capricho ...

—No, nadie... a menos que sea tai-pan de la Casa Noble. Además, todos sabían que Hag Struan no quería que la fotografiaran, y ese petulante desgraciado había violado las reglas. Ella era como los chinos. Creen que cada vez que se toma su retrato, pierden parte de su alma.

Casey observó con atención el collar.

—¿Es de jade? —preguntó.

—Son esmeraldas...

Se quedó sin habla. Al final comentó:

—Debe haber valido una fortuna...

—Dirk Struan se lo dejó en herencia... no debía salir de Asia... Tenía que pertenecer a la esposa de cada tai-pan de la Casa Noble. Una reliquia patrimonial que debía pasar de una primera dama a otra —esbozó una sonrisa extraña—. Hag Struan lo conservó toda su vida y al morir, ordenó que se quemara junto con ella.

—¡Jesucristo! Y... ¿lo hicieron así?

—Sí.

—¡Qué desperdicio!

Dunross volvió a mirar el retrato.

—No —opuso con un tono diferente de voz—. Ella mantuvo a Struan como la Casa Noble de Asia durante casi setenta y cinco años. Ella fue El tai-pan, el verdadero tai-pan, aunque otros tenían el título. Hag Struan luchó contra los enemigos y las catástrofes y se mantuvo fiel al legado de Dirk.

Aplastó a los Brocks e hizo cuanto era necesario. Por eso, ¿qué significa una bonita fruslería que por principio de cuentas no debe haber costado nada? Lo más probable es que haya sido botín de piratería del tesoro de algún mandarín, que a su vez se lo robó a alguien, cuyos vasallos pagaron por él con el sudor de su frente.

Casey observó cómo miraba aquella cara, casi transportada a otra dimensión.

—Lo único que yo espero es poder hacerlo tan bien como ella —

musitó en tono ausente, y a Casey le pareció que se lo decía *a ella,* a la joven del cuadro.

Los ojos de Casey pasaron más allá de Dunross, hasta detenerse en el retrato de Dirk Struan, y pudo apreciar de nuevo la maravillosa semejanza. Había un parecido familiar notable en los diez grandes retratos, nueve hombres y la chica, que colgaban de las paredes, en medio de paisajes de todos tamaños de Hong Kong, Shanghai y Tien-sin y de muchos otros paisajes marítimos de los elegantes navíos clíper de Struan y algunos de sus barcos mercantes. Bajo el retrato de cada tai-pan había una pequeña placa de latón con su nombre y los años de su vida: "Dirk Dunross, 4o. tai-pan, 1852-1894, perdido en el Océano Indico, con toda su tripulación, en el *Sunset Cloud"*... "Sir Lochlin Struan, 2o. tai-pan, 1841-1915"... "Alastair Struan, 9o. tai-pan, 1900"... "Dirk Struan, 1798-1841"... "Ross Lechie Struan, 7o. tai-pan, 1887-1915, Capitán del Real Regimiento de los Escoceses, muerto en combate en Ypres"...

—¡Hay tanta historia aquí..! —comentó, pensando que ya era tiempo de interrumpir la línea de sus pensamientos.

—Sí, sí la hay —convino él, ya mirándola a ella directamente.

—¿Usted es el 10o. tai-pan?

—Sí.

—¿No ha mandado hacer su retrato? —No.

—Pero, ¿lo hará, verdad?

—Sí. A su debido tiempo. No hay prisa¿ —¿Cómo llegaste a ser tai-pan, Ian?

—Tienes que ser escogido por el anterior. Es decisión de él. —¿Has decidido ya quién deberá sucederte? —No —repuso luego, pero Casey pensó que sí. ¿Por qué habría de decírmelo —se preguntó a sí misma—. Y, ¿porqué haces tantas preguntas?

Apartó la mirada de él. Un retrato pequeño le llamó la atención. —¿Quién es ése? —preguntó azorada.

Se trataba de un hombre contrahecho, un enano jorobado con ojos curiosos y sonrisa sardónica. —¿El también fue tai-pan?

—No. Ese es Stride Orlov, fue el capitán mayor de Dirk. Después que el tai-pan murió en el gran tifón y Culum asumió el mando, Stride Orlov se convirtió en capitán de nuestra flota dé clípers. La leyenda asegura que era un gran marino.

Después de una pausa, Casey comentó:

—Me apena decirlo, pero hay algo en él que me hace estremecer —el hombre llevaba pistolas al cinto y un clíper le servía de fondo —. Tiene un rostro aterrador.

—Producía ese mismo efecto en todos los que lo veían, con excepción de *el tai-pan* y de Hag Struan… Se supone que el mismo Culüm lo aborrecía.

Dunross fijó la mirada en ella para estudiarla, y Casey lo sintió. Experimentó una sensación al mismo tiempo cálida e inquietante.

—¿Por qué le era grato *a ella?* —insitió Casey.

—Según la historia, inmediatamente después del gran tifón, cuando todo el mundo en Hong Kong, incluido Culum, se dedicaba a reconstruir lo derruido, Devil Tyler empezó a tratar de apoderarse de la Casa Noble. Daba órdenes, asumía el mando de las situaciones, trataba a Culum y a Tess como niños… Mandó a Tess a. bordo de su barco, el *White Witch* y ordenó a Culum que lo abordara también antes del ocaso, de lo contrario… Según Tyler, la Casa Noble era entonces Brock-Struan, ¡él era El tai-pan. En una u otra forma, nadie sabe por qué o cómo, Culum se armó de valor… ¡qué barbaridad, Culum tendría apenas veinte años y Tess escasos dieciseis. El caso fue que Culum ordenó a Orlov que subiera al *White Witch* y sacara de ahí a su mujer. Orlov subió al barco solo, sin titubear, Tyler estaba en tierra a esas horas. El hombre logró traer consigo á Tess y dejó una estela de un muerto y una media docena de hombres con la cabeza o algún miembro roto —Dunross miraba a Casey, y ésta reconoció en él esa sonrisa medio satírica, medio violenta, medio diabólica, que se veía en la cara de *EL tai-pan* —. A partir de ese momento Tess, que se convertiría en Hag Struan, cobró a Orloy verdadero amor, al menos es lo que se dice, y él permaneció al servicio de nuestra flota hasta que desapareció. Era un hombre excelente, un gran marino, a pesar de su fealdad.

—¿Dijiste que desapareció? ¿Qué sucedió? ¿Se perdió en el mar?

—No. Hag Struan decía que un día había ido a Singapur y no había vuelto jamás. Siempre estaba amenazándolos con marcharse y volver a Noruega, su patria. Es posible que eso sea lo que haya hecho. También pudo haber recibido una puñalada. Nadie sabe. Asia es violenta. Ahora bien, Hag Struan juraba que no había hombre que pudiera matar a Stride Orlov, y que por lo mismo debió haber sido una mujer. Tal vez Tyler le puso una emboscada. ¿Quién

lo sabe?

Gasey no pudo evitar que su mirada volviera a Tyler Brock. Estaba fascinada con la cara y con lo qué el cuchillo significaba.

—¿Por qué hizo ella eso con el rostro de su padre?

—Algún día te lo diré, pero no esta noche. Lo único que te participo es que hundió el cuchillo en la pared golpeándolo con el palo de cricket de su abuelo y maldijo ante Dios y ante el demonio a cualquiera que quitara *su* cuchillo de *su* pared.

Dunross volvió a sonreírle. Ella notó una vez más el cansancio extraordinario que había en su rostro, y le dio gusto que fuera así, porque su propia fatiga estaba ya dominándola, y en ese momento no quería cometer ningún error. El extendió la mano y dijo:

—Tenemos que sellar un pacto.

—No —objeto Casey, contenta de entrar en materia—. Lamento decirte que tengo que cancelarlo.

—¿Y eso...? —preguntó él, ya sin sonreír.

—Sí. Linc me ha hablado de los cambios que tú quieres introducir. Es un trato bilateral. Tus cambios dificultan la propuesta inicial, así que yo no puedo aprobarlo.

—-¿Entonces ...?

—No —continuó ella en el mismo tono llano pero amable—. Lo siento, pero mi límite son 20 millones, así que tendrás que cerrar el trato con Linc. Está esperándote en el bar.

Una ráfaga de comprensión se dibujó en el rostro de Dunross —y otra de alivio, según el juicio de Casey—. Después volvió la serenidad.

—¿Está él allí ahora? —preguntó Dunross con voz suave, sin dejar de observarla. —Sí.

En ese momento, Casey sintió que una oleada de calor la recorría de pies a cabeza. Las mejillas le ardían, y se preguntó si el rubor sería visible.

—Así que no podemos sellar el pacto con un apretón de manos entre tú y yo... ¿Tiene qué ser Linc Bartlett?

Casey mantuvo intacta la expresión de los ojos, y contestó: —Un tai-pan debe tratar con otro tai-pan.

—Esa es una regla básica... ¿lo es también en Estados Unidos? —su voz era suave y amable. —Sí.

—¿Esto fue idea tuya o de él? —¿Tiene alguna importancia? —

Mucha.

—Si digo que fue de Linc, lo hago quedar mal, y si digo que fue mía, él queda mal también, aunque en otra forma.

Dunross sacudió ligeramente la cabeza y sonrió. Lo cálido de la expresión de él fomentó en el interior de la chica la misma sensación. Aunque ella se sentía muy dueña de sí misma, tuvo que reconocer que estaba respondiendo a su muy genuina masculinidad.

—Todos estamos sujetos al prestigio, de una manera u otra, ¿no es cierto? —comentó él.

Ella no respondió. Se limitó a mirar en otra dirección para darse algo de tiempo. Sus ojos contemplaron el retrato de la mujer. ¿Cómo pudo suceder que una chica tan bella acabara por ser conocida como *Hag*? —se preguntó—. Debe ser detestable envejecer en el rostro y en el cuerpo, cuando una tiene el corazón joven y se siente todavía fuerte y enérgica... Es una injusticia para la mujer. ¿Se me conocerá a mí algún día como Hag Tcholok? ¿O como "aquella vieja muralla Tcholok", si sigo sola y soltera, en el mundo de los negocios, un mundo de hombres, luchando por las mismas cosas por las que ellos luchan, identidad personal, poder, dinero, y soy aborrecida por ser tan buena como ellos o mejor aún en esos mismos campos? No me importa, con tal que ganemos los dos, Linc y yo. Así que, juega el papel que tú misma has escogido esta noche —se dijo, y agradeció a la dama francesa su consejo. "Recuerda, hija —le había machacado su padre— recuerda que el consejo, el buen consejo, llega de donde menos se espera y cuando menos se espera". Sí —pensó Casey con alegría—, aunque según el recordatorio de Susanne sobre el modo como una dama debe actuar en este mundo de hombres, Ian, tal vez yo no debería haberte dado esa fórmula que mantiene a salto tu prestigio. Sin embargo, no te equivoques, Ian Struan Dunross, este es negocio mío y en él yo soy tai-pan de Par-Con.

Casey experimentó una especie de resplandor incómodo, al sentir que otra oleada interior la recorría toda. Nunca hasta ese momento había logrado formular para sí misma su posición real en Par-Con. Sí —pensó muy satisfecha—; eso es lo que soy yo.

Miró a la chica del retrato, esta vez con actitud crítica, y comprendió en ese momento qué equivocada había estado antes y qué persona tan especial era esa jovencita. ¿No era ya *El tai-pan* en

germen, desde aquel entonces?

—Eres muy generosa —sugirió Dunross, interrumpiendo sus pensamientos.

—No —replicó ella en el acto, ya preparada para hacerlo.

Al contestarle, le devolvió la mirada mientras pensaba: si quieres la verdad, tai-pan, no hay en mí generosidad alguna. Me limito a ser recatada, dulce y amable porque eso te hace sentir más cómodo.

Pero de esto no le dijo nada. Simplemente bajó los ojos y musitó con la medida exacta de suavidad:

—Eres tú el generoso.

Dunross le tomó la mano, se inclinó sobre ella y la besó con galantería estilo antiguo.

Ella se quedó estupefacta y trató de disimular su pasmo. Nadie había hecho cosa semejante con ella en su vida. No obstante su firme resolución, se sintió conmovida.

—¡Ah, Ciranoush! Siempre que necesites un campeón, manda a buscarme —el tono de su voz era de burlona gravedad; luego, con una sonrisa irónica agregó—. Lo más probable es que me quede empantanado en el asunto, pero no importa.

Casey rió satisfecha. Toda la tensión se había desvanecido y sentía que el hombre le era muy agradable.

—¡Trato hecho!

En forma espontánea, Dunross le puso el brazo alrededor de la cintura y con gentileza la impulsó a caminar hacia la escalinata. El contacto con él le daba gusto... demasiado gusto —pensó—. Este no es un chico. Ten cuidado.

17
11:58 p.m.

El Rolls de Phillip Chen produjo un rechinido al detenerse en la entrada de su casa. Salió del asiento trasero, encendido de rabia, con Dianne en zaga, en actitud nerviosa. La noche era oscura, las luces de la ciudad, de los barcos y de las alturas principales resplandecían abajo en la distancia.

—Pon el cerrojo a las puertas de la entrada y ven tú también a la casa —ordenó a su chofer, también muy nervioso, y se precipitó hacia la puerta principal.

—¡Date prisa, Dianne! —ordenó, introduciendo con violencia la llave en el ojo de la cerradura.

—Phillip, ¿quieres decirme qué rayos te pasa? ¿Por qué no puedes decírmelo? ¿Por...?

—¡Calla la boca! —gritó, perdiendo los estribos; Dianne hizo una parada repentina, pasmada ante su actitud—. ¡Calla la boca y haz lo que se te ordena!

Abrió la puerta de un empellón y gritó:

—¡Manda traer a la servidumbre ahora mismo!

—Pero Phil...

—*¡Ah Sun! ¡Ah Tak!*

—Las dos *amahs,* soñolientas y despeinadas, salieron a toda prisa de la cocina y lo contemplaron boquiabiertas, atónitas ante su insólita indignación.

—¿Sí, padre... sí madre...? —corearon en cantonés—. ¿Pueden decirnos, en nombre de todos los dioses qué es lo que .. ?

—¡Callen la boca! —rugió Phillip Chen, con el cuello rubicundo y la cara de un rojo más intenso—.

¡Vayan a ese cuarto y permanezcan allí hasta que yo les ordene salir! —les abrió la puerta; era la entrada al comedor; las ventanas miraban hacia el camino del lado norte—. ¡Todos ustedes quédense aquí hasta que yo les ordene salir, y si alguno se mueve o se asoma a las ventanas antes que yo regrese, haré que... mandaré a unos amigos que les cuelguen pesos y los arrojen a la bahía!

Las dos *amahs* empezaron a gimotear, pero todos se apresuraron a obedecer, y él cerró la puerta de un golpe.

¡Silencio ustedes dos!—chilló Dianne a las *amahs.*

Luego estiró la mano y dio un fuerte pellizco a una de ellas en la mejilla. Eso la obligó a calmarse. Sin embargo, sollozó, bajando la mirada y protestó:

—¿Qué les ha pasado a todos? ¿Qué le ha sucedido al honorable Padre? !Oh, oh, oh! Su furia ha llegado a Java ... ¡Oh, oh, oh!

—¡Calla la boca, Áh Tak!

Dianne se hizo aire con el abanico, estaba muy agitada y fuera de sí de la furia. En nombre de todos los dioses, ¿qué se le ha *metido?* ¿No confía en mí... en mí, su única y verdadera esposa, y el amor de su vida? En toda mi vida... ¡Y mira que salir con esta prisa de la fiesta del tai-pan, cuando todo marchaba bien..! Eramos la comidilla de todo Hong Kong y el mundo entero admiraba a mi amado Kevin y lo colmaba de lisonjas, seguro de que es el nuevo heredero de la Casa Chen, pues para todos es un hecho que John Chen murió de la impresión que le produjo la amputación de la oreja. ¡Cualquiera habría muerto! iYo, con toda seguridad!

Se estremeció al pensar que le cortaran la oreja y la secuestraran de nuevo, como había sucedido en el sueño de esa tarde, del que había despertado bañada en sudor frío.

—¡Ah sí! —musitó para sí misma—. ¿Se ha vuelto loco?

—Sí, madre—respondió el chofer con seguridad—. Creo que sí. Es el resultado del secuestro. Nunca he visto a nuestro Padre así, en toda mi larga vi...

—¿Quién te pregunta a ti? —chilló Dianne—. ¡Es culpa tuya, en todo caso! ¡Si hubieras traído a mi pobre John a casa, en vez de dejarlo en manos de sus melosas prostitutas, esto no habría sucedido!

Una vez más, las dos *amahs* empezaron a gimotear por la furia de ella. Dianne cambió el blanco de sus iras por un momento y las increpó:

—En cuanto a ustedes, ahora que lo pienso, la calidad del servicio en esta casa es suficiente para provocar diarrea a cualquiera. ¿Me han preguntado si necesito un laxante o una aspirina? ¿O un té? ¿O

una toalla húmeda?

—Madre —intervino una en tono conciliador, señalando la repisa laqueada—. No puedo hacer té pero, ¿querría un poco de brandy?

—¿Qué cosa? ¡Ah, sí! Muy bien. Sí, sí, Ah Tak.

En el acto, la anciana se precipitó hacia el armario y lo abrió. Sacó una botella de coñac que sabía era del agrado de su ama y vertió el licor en una copa. ¡Pobre Madre... tener al Padre en ese estado!

¡Terrible! ¿Qué se ha apoderado de él y por qué no quiere que nos asomemos a la ventana?

Porque no quiere que ustedes, landronzuelos de fruslerías, lo vean desenterrar su caja fuerte secreta de en medio del jardín —pensó Dianne. Ni siquiera desea que lo vea yo. Esbozó una sonrisa lúgubre, saboreando el fino licor, mientras pensaba con mayor tranquilidad que de todas maneras ella sabía dónde estaba sepultada la caja de hierro. Era lo más lógico que ella lo hubiera protegido observando en secreto dónde la enterraba en caso de que, Dios no lo permitiera, los dioses le arrebataran de la tierra sin darle tiempo de decirle a ella dónde estaba su escondite secreto. Había sido deber de ella el quebrantar su promesa de no observarlo esa noche de la ocupación japonesa, cuando él había recogido con toda prudencia los objetos valiosos que tenían, para esconderlos.

Dianne no sabía lo que la caja encerraba ahora. Pero no le interesaba. Había sido abierta y cerrada muchas veces, siempre en secreto, hasta donde él sabía. Eso a ella no le preocupaba, con tal que supiera dónde estaba su marido, dónde se hallaban todas las cajas de depósito de toda clase, y dónde estaban las llaves... por si acaso...

Después de todo —se dijo dándose confianza—, si él muere, sin mí la Casa de Chen se derrumbaría.

—¡Deja de estar gimoteando, Ah Sun!

Se levantó y cerró los largos cortinajes. Afuera, la noche era oscura y no podía ver nada del jardín, con excepción de la entrada para el auto, las grandes rejas de hierro y el camino que se extendía, alejándose de la casa.

—¿Otra copa, Madre? —preguntó la anciana *amah.*

—Gracias, boquita empalagosa —contestó con afecto.

El calor del licor estaba haciéndole desaparecer la ira, luego

añadió:

—Después puedes darme masaje al cuello. Tengo dolor de cabeza. Ustedes dos siéntense, mantengan quieta la lengua y no hagan el menor ruido, ¡hasta que el Padre vuelva!

* * *

Phillip Chen descendía a toda prisa por la senda del jardín, con una linterna en una mano y una pala en la otra. El camino bajaba serpenteando, hasta unos jardines bien cuidados y prados que se introducían en un bosquecillo de árboles y arbustos. Se detuvo un momento, tratando de orientarse.

Luego encontró el sitio que buscaba. Titubeó y miró hacia atrás, a pesar de que sabía que aquel lugar estaba fuera del campo visual de la casa. Con la seguridad de que nadie podía observarlo, encendió la linterna de mano. El círculo luminoso se paseó sobre el terreno, para detenerse al pie de un árbol. El lugar parecía intacto. Con todo cuidado hizo a un lado la vegetación natural. Cuando vio que la tierra, debajo del follaje había sido removida, lanzó una maldición obscena: —¡Cerdo inmundo! ¡Mi propio hijo!

Haciendo acopio de fuerzas, con mucha dificultad, empezó a excavar. El terreno estaba blando. Desde que había salido de la fiesta, había estado tratando de recordar con exactitud cuándo había desenterrado la caja fuerte por última vez. Para esa hora, ya tenía la certeza de que había sido en primavera, cuando había necesitado las escrituras de una hilera de viviendas de barrio bajo en Wanchai, que había vendido a un precio cincuenta veces mayor que su costo real a Donald McBríde, para uno de sus grandes fraccionamientos nuevos.

—¿Dónde estaba John a la sazón? ¿En la casa?

Mientras escarbaba, procuraba recordar, pero en vano. Sabía que nunca habría sacado la caja cuando hubiera peligro o extraños en la casa, y que siempre había sido muy circunspecto por lo que a ese asunto se refería pero... ¿John? ¡Nunca se me habría ocurrido...! De alguna manera debe haber seguido mis pasos...

La pala chocó con el metal. Con todo cuidado removió la tierra, retiró la tela protectora de encima, lo mismo que la pesada cerradura, y la abrió. Los goznes de la puerta estaban muy bien

aceitados. Con ojos temblorosos, iluminó con la linterna el interior de la caja abierta. Todos sus documentos, escrituras y estados de cuenta privados parecían estar en orden, sin alteración alguna, pero él sabía que todos tenían que haber sido sacados y leídos... y copiados o memorizados. Una parte de la información en la caja de seguridad de su hijo no podía haber salido más que de allí.

Todas las cajas de joyas, grandes y pequeñas, estaban ahí. Con un gesto nervioso, estiró la mano en busca de la que más le interesaba, y la abrió. La media moneda había desaparecido, y el documento que explicaba su significado también.

Lágrimas de rabia le corrieron por las mejillas. Sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. Percibió el olor a tierra mojada y pensó que si su hijo hubiera estado allí, con gusto lo habría estrangulado con sus propias manos.

—¡Oh, mi hijo, mi hijo! ¡Qué todos los dioses te maldigan hasta que te hundas en el infierno!

Las rodillas le flaqueaban. Tembloroso, se sentó sobre una roca y trató de hacer acopio de toda su sabiduría. Podía oír a su padre, advirtiéndole desde su lecho de muerte: "Nunca pierdas la moneda, hijo mío, es nuestra clave de suprema supervivencia y de poder sobre la Casa Noble...

Eso había sucedido en 1937. Entonces había conocido por vez primera los secretos más íntimos de la Casa de Chen: que aquel que llegara a ser jefe de personal nativo, se convertía en el caudillo de más alto rango de Hung Mun en Hong Kong, que era la gran sociedad triada secreta de China, la misma que, bajo el mando de Sun Yat-sen se había vuelto la 14K, formada originalmente como punta de lanza de la revolución china contra sus odiados amos Manchúes. Entonces había sabido que el jefe de personal nativo era el principal y legítimo enlace entre la jerarquía china de la isla y los herederos de la 14 K en el territorio continental, y que gracias a Chen-tse Jin Arn, conocido como Jin-qua, el mercader legendario del *co-hong,* que había sido dueño del monopolio del Emperador sobre todo el comercio extranjero, la Casa de Chen estaba perpetuamente vinculado a la Casa Noble por título de propiedad y de sangre.

—Escucha con atención, hijo mío, —le había susurrado al oído el anciano moribundo—: el tai-pan, el bisabuelo Dirk Struan, fue

obra de Jin-qua, lo mismo que la Casa Noble. Jin-qua lo concibió, lo formó, y *con él* a Dirk Struan. El tai-pan tuvo dos concubinas. La primera fue Kai-sung, una de las hijas de Jin-qua y su quinta esposa. Su hijo fue Gordon Chen, mi padre, tu abuelo. La segunda concubina del tai-pan fue T'Chung Jin May-may, su amante durante seis años, con la que se casó en secreto, justamente antes de que el gran tifón los matara a ambos. Ella tenía entonces veintitrés años, era la nieta predilecta y más brillante de Jin-qua y fue vendida al tai-pan, cuando él tenía diecisiete años, para que le enseñara costumbres civilizadas, sin que él notara que estaba siendo enseñado. De esa unión salieron Duncan y Kate, que tomó el sobrenombre *de T'Chung,* y creció en la casa de mi padre. Este entregó a Kate en matrimonio a un mercader chino de Shanghai, llamado Peter Gavallan... Andrew Gavallan es también primo, aunque él no lo sabe ... Tantas historias que contarte y tan poco tiempo para nacerlo. No te preocupes. Todos los árboles genealógicos de la familia están en la caja fuerte. Son muchos. Todos estamos emparentados, los Wu, los Kwang, los Sung, los Kau, los Kwok, los Ng... todas las viejas familias. Utiliza estos,conocimientos con prudencia. En ellos está la clave de la seguridad.

—Otro secreto, Phillip, hijo mío. Nuestra línea desciende de la segunda esposa de mi padre. Cuando se casó con ella, él tenía cincuenta y tres y ella dieciseis. Era hija de John Yuan, el hijo ilegítimo del gran comerciante norteamericano Jeff Cooper y de una dama euro-asiática llamada Isobel Yau. Esta fue la más secreta hija euroasiática de Róbb Strtián, el medio hermano del tai-pan y cofundador de la Casa Noble. Eso significa que nosotros tenemos sangre por ambos lados de los Struans. Alastair Struan es primo, Colin Dunross es primo... Los MacStruans no lo son. Su historia está en los diarios del abuelo. Hijo mío, los bárbaros ingleses y escoceses vinieron a China y nunca se casaban con aquellas a las que adoraban; la mayoría de las veces las abandonaban al volver a la isla gris de la bruma, la lluvia y el nublado. ¡Santo Dios! ¡Cómo detesto el clima de Inglaterra, y cuánto aborrezco su pasado!

—Sí, Phillrp, nosotros somos euroasiáticos. No pertenecemos sólo a un lado o al otro. Yo nunca he sido capaz de estar satisfecho con eso. Es nuestra maldición y nuestra cruz, pero nos toca a

nosotros convertirnos en bendición. Yo te entrego nuestra Casa rica y fuerte, como lo quería Jin-qua. Haz lo mismo con tu hijo y cerciórate de que él lo haga a su véz con el suyo, Jin-qua nos dio a luz, en cierto sentido, nos dio riqueza, conocimientos secretos, continuidad y poder... y nos dio una de las monedas. Mira, Phillip, lee aquí, lo relativo a ella.

La caligrafía del antiguo pergamino era exquisita: "Este octavo día del sexto mes del año de 1841, según el cómputo bárbaro yo, Chen-tse Jin Arn de Cantón, Mercader en Jefe del *co-hong,* he prestado al Demonio de Ojos Verdes, tai-pan de la Casa Noble, pirata principal de todos los demonios extranjeros que han hecho la guerra contra el Reino Celestial y han robado nuéstra isla de Hong Kong, cuarenta lacs de plata... un millón de esterlinas en su especie... y con este lingote lo he salvado de ser devorado por el Tuerto, su enemigo y rival irreconciliable. A cambio de esto, el tai-pan nos otorga privilegios comerciales especiales durante los próximos veinte años, nos promete que un miembro de la Casa Chen será siempre jefe de personal nativo de la Casa Noble, y jura él o sus descendientes respetarán todos los compromisos y la deuda de las monedas. Son cuatro. Las monedas están rotas en dos partes. He dado al tai-pan cuatro mitades. Siempre que una de las otras mitades se le presente, a él o a un tai-pan sucesor, él ha jurado otorgar cualquier favor que se le pida... *ya esté dentro de su ley o de la nuestra, ya juera de ella.*

—Una moneda la conservo yo. Otra la doy al señor feudal Wu Fang Choi, mi primo; una se entregará a mi nieto Gordon Chen, y al último depositario lo mantengo secreto. Recuérdese. Quien lea esto en el futuro, no quiera utilizar la moneda a la ligera, porque el tai-pan de la Casa Noble deberá otorgar cualquier cosa... *pero sólo una vez.* Y recuérdese que aunque el Demonio Ojiverde en persona cumplirá su promesa, y lo mismo harán sus descendientes, no deja de ser un bárbaro perro loco, astuto como un inmundo Manchú, debido a *nuestro* adiestramiento, y siempre tan peligroso como un nido de víboras.

Phillip Chen se estremeció sin quererlo, al recordar la violencia que siempre estaba pronta para estallar en Ian Dunross. Es descendiente del Demonio Ojiverde, no cabe duda —pensó—. Sí, él y su padre. ¡Maldito John! ¿Qué espíritu del mal se apoderó de él?

¿Qué brujería diabólica ha planeado con Linc Bartlett? ¿Tendrá ya Bartlett la moneda? ¿O la tiene todavía John en su poder y ahora tal vez está en manos de los secuestradores?

Mientras su cansado cerebro repasaba todas las posibilidades, sus dedos revisaban los alhajeros, uno por uno. No faltaba nada. Dejó para el último el mayor de todos. Sintió un fuerte nudo en la garganta al abrirlo, pero el collar seguía allí. Un gran suspiro de alivio le salió de lo más hondo de su ser. La belleza de las esmeraldas a la luz de la linterna le produjo un placer enorme y le quitó algo de su ansiedad. ¡Qué estupidez de Hag Struan ordenar que se quemaran junto con su cuerpo! ¡Qué gusto tan arrogante, espantoso y profano el de semejante destrucción! ¡Qué sabio fue mi padre al interceptar el féretro, para quitarle el collar antes de la cremación!

Contra su voluntad, volvió a guardar la preciosa alhaja y tomó providencias para cerrar la caja fuerte.

¿Qué hacer con respecto a la moneda? Estuve a punto de usarla cuando el tai-pan recogió todas nuestras acciones bancarias... y la mayor parte de nuestro poder. Sí. Pero decidí darle una oportunidad de que demostrara lo que valía. Han pasado tres años y todavía no se demuestra nada.

Aunque el trato con el norteamericano parece ser algo grandioso, de hecho todavía no se firma el contrato... Y la moneda ha desaparecido.

Lanzó un gemido en voz alta. Se sentía muy deprimido y la espalda le dolía tanto como la cabeza.

Allá abajo sé veía la ciudad. Unos barcos estaban anclados en Glessing's Point y otros en las radas. La iluminación de Kowloon era igualmente brillante, y pudo ver un jet que despegaba de Kai Tak, otro que viraba para prepararse a aterrizar y uno más que sobrevolaba, con sus luces intermitentes.

¿Qué debo hacer? —se preguntó exhausto— ¿Estará la moneda en poder de Bartlett? ¿O en manos de John? ¿O habrá ido a parar a manos de los licántropos? Si se encuentra en malas manos, podría significar la destrucción de todos nosotros.

III

MARTES

18
12:36 a.m.

Gornt afirmó:

—¡Claro que Dunross pudo haber averiado mis frenos, Jason!

—¡Vamos, hombre, por amor de Dios! ¿Arrastrarse debajo de tu automóvil durante una fiesta, con doscientos huéspedes en torno suyo? Ian no es ningún tonto...

Se hallaba en el penthouse de Jason Plumm sobre Happy Val ley. El aire de la medianoche era saludable, aunque la humedad había vuelto a aumentar. Plumm se levantó y arrojó la colilla, tomó un cigarrillo nuevo y lo encendió. El tai-pan de Inmuebles Asiáticos, que era el tercer *hong*, era más alto que Gornt. En edad se acercaba ya a los sesenta. Era un hombre de rostro delgado y elegante. Tenía puesta una chaqueta de casa de terciopelo rojo.

—Por más perverso que queramos suponer a Ian Dunross, no es un asesino sanguinario —insistió.

—Te equivocas. Con toda su astucia escocesa, es un animal de reacciones repentinas, sin premeditación. Esa es su falla. Yo creo que él lo hizo.

Plumm juntó los dedos de ambas manos y preguntó pensativo:
—¿Qué opinó la policía?

—Lo único que yo les dije fue que mis frenos habían fallado. No había necesidad de involucrar a esos insectos indiscretos... al menos por ahora. Pero los frenos de un Rolls *no* fallan por sí solos, tú lo sabes. En fin, no pienseá más en eso.. Mañana me cerciorare de que Tom Nikklin me dé una buena respuesta, definitiva, si la hay. Habrá tiempo suficiente para la policía, si es el caso.

—Estoy de acuerdo —Plumm esbozó una ligera sonrisa—. No necesitamos que la policía saque nuestros trapitos al sol... por muy limpios que estén, ¿verdad?

—No.

Los dos hombres rieron.

—Tuviste mucha suerte. La Cumbre no es el mejor lugar para quedarse sin frenos. Debe haber sido algo muy desagradable.

—Por un momento lo fue, Jason, pero luego ya no hubo problema, una vez que superé el momento crítico de la sorpresa.

Gornt añadió un poco de ficción a la realidad y saboreó su whiskey con soda. Habían disfrutado de una elegante cena en la terraza que dominaba a Happy Valley y más allá la pista de carreras y el mar.

Estaban los dos solos... La esposa de Plumm se hallaba en Inglaterra de vacaciones y sus hijos, ya mayores, no vivían en Hong Kong. Estaban a la sazón saboreando unos cigarros puros en cómodos sillones del estudio de Plumm, con paredes tapizadas de libros. Era un recinto lujoso pero sobrio, de magnífico gusto, como el resto del penthouse de diez habitaciones.

—Tom Nikklin averigurá si alguien le metió mano a mi auto. Si hay alguien que pueda decirlo es él —dijo para poner punto final al asunto.

—Sí —convinó Plumm, y tomó un sorbo de agua mineral—... ¿Vas a provocar de nuevo a Nikklin el joven con el asunto de Macao? —¿Yo? ¡Estás bromeando!

—No. En realidad no bromeo —rebatió Plumm con su sonrisa burlona bien estudiada—. ¿No fue el motor de Dunross el que estalló hace tres años durante la carrera y fue causa de que casi se matara?

—Los automóviles de carrera siempre andan fallando. —Sí. Les sucede con frecuencia, aunque no siempre ayudados por la oposición— Plumm volvió a sonreír.

Gornt conservó la sonrisa en los labios, pero no en su interior. —¿Qué quieres decir?

—Nada, muchachito... son los rumores —se inclinó y sirvió más whiskey en el vaso de Gornt; luego oprimió el sifón—. Se dice que cierto mecánico chino, mediante un módico pago puso... colocó lo que solemos llamar un pequeño dispositivo entre las piezas del motor.

—Dudo que haya sido cierto.

—Yo dudo de que alguien pueda demostrarlo. De un modo o de otro es repugnante, pero hay gente que haría cualquier cosa por una pequeña cantidad de dinero.

—Sí. Por fortuna nosotros estamos en el mercado de las grandes cantidades.

—Vengamos ahora a lo que tenemos que arreglar, muchacho —Plumm sacudió las cenizas de su cigarro puro—. ¿Cuál es el plan?

—Es muy sencillo: con tal que Bartlett no firme de hecho un contrato con Struan durante los próximos diez días, nosotros podremos desplumar la Casa Noble como a un pollo muerto.

—Mucha gente ha pensado lo mismo y Struan sigue siendo la Casa Noble...

—Sí, pero en este momento son vulnerables. —¿En qué forma?

—Los pagarés de Toda Shipping y el pago a Orlin.

—No es verdad. El crédito de Struan es excelente... Claro, se han excedido, pero no más que cualquier otro. No tienen más que ampliar su línea de crédito... O Ian puede recurrir a Richard Kwang o a Blacs...

—Supón que Blacs no quiera ayudar... y no querrá... y que a Richard Kwang se le neutraliza. Eso deja al Victoria solo.

—Entonces Dunross pedirá más crédito al banco y tendremos que dárselo. Paul Havergill lo someterá al voto de la junta directiva. Todos sabemos que no estamos en condiciones de pujar más que el voto de Struan, así que estaremos de acuerdo con el asunto, para salvar nuestro prestigio, pretendiendo que nos hace muy felices expresar así nuestra estima, como de costumbre.

—Sí, pero esta vez tengo el gusto de decirte que Richard Kwang votará en contra de Struan. Eso hará que la junta directiva emita un voto empatado. La solicitud de crédito se pospondrá, Dunross no podrá hacer sus pagos y se hundirá.

—¡Por amor de Dios! Richard Kwang ni siquiera pertenece a la junta directiva! ¿Has perdido el juicio?

Gornt aspiró su cigarro puro.

—No. Lo que pasa es que tú has olvidado mi plan de juego. El que yo he llamado "Competencia". Se inició hace un par de días. —¿En contra de Richard? —Sí.

—¡Pobre del buen Richard!

—Sí. El será nuestro voto decisivo, y Dunross nunca esperaría un ataque por ese lado.

Plumm lo miró de hito en hito y objetó: —Richard y Dunross son grandes amigos.

—Pero Richard tiene serios problemas. En el Ho-Pak se ha iniciado ya una fuga de dinero. Hará cualquier cosa por salvarse.

—Te entiendo. ¿Qué tanto activo de Ho-Pak has vendido al descubierto?

—Mucho.

—¿Estás seguro de que Richard no tiene recursos para detener la fuga? ¿Cómo sabes que no puede atraer fondos adicionales?

—Si lo hace, nosotros siempre podremos abortar... tú y yo.

—Sí. Sí podemos —Jason Plumm observó las espirales del humo de su cigarro puro y objetó—...

Pero, el hecho de que Dunross no pueda cumplir con sus pagos no significa que está en bancarrota.

—Estoy de acuerdo. Pero después del "desastre" de Ho-Pak, la noticia de que Struan ha tenido una falla seria hará que sus acciones se desplomen. El mercado se pondrá muy nervioso. Se tendrán todas las señales de una amenaza de derrumbe, que nosotros nos encargaremos de fomentar, vendiendo al descubierto. No está programada ninguna junta directiva durante un par de semanas, a menos que Paul Havergill convoque a una asamblea especial. Y no lo hará. ¿Por qué habría de hacerlo? El quiere recuperar su parte del activo más que ninguna otra cosa en el mundo. Por eso, todo se arreglaría de antemano. El fijar las reglas básicas para rescatar a Richard Kwang, y votar como Paul decida será una de ellas. En esa forma, la junta directiva dejará que Ian sufra, unos días. Luego ofrecerá extender el crédito y restablecer la confianza a cambio de la participación de Struan en,el activo del banco... de todas maneras está pignorado contra su crédito.

—Dunross nunca aceptará esa condición... Ni él ni Phillip Chen ni Tsu-yan.

—La alternativa es aceptar o hundirse Struan... siempre y cuando tú te mantengas firme, y tengas control de la votación. Una vez que el banco le haya arrebatado sus acciones... si tú controlas la junta directiva y por lo mismo el Banco Victoria, se acabó Struan.

—Sí, pero supón que consigue una nueva linea de crédito...

—En tal caso, quedará muy apaleado, tal vez debilitado para siempre, Jason, pero habremos logrado una muerte de cualquier manera. Es cuestión de tiempo, tú lo sabes.

—¿Y Bartlett?

—Bartlett y Par-Con son míos. Nunca se iría con el barco de Struan a punto de hundirse. De eso me encargo yo.

Después de una pausa, Plumm comentó:

—Es posible. Sí. Es posible.

—Entonces, ¿participas en el juego?

—Después dé Struan, ¿cómo vas a devorar a Par-Con?

—No pienso hacerlo, pero *podríamos*... tal vez —Gornt apagó lo que quedaba de su cigarro puro—.

Par-Con es un esfuerzo a largo plazo, y una serie de problemas muy diferentes. Primero Struan...

¿Entonces...?

—Si me quedo con la división de inmuebles de Struan en Hong Kong, el 35 por ciento de sus propiedades en Tailandia y Singapur y vamos a medias ren la operación de Kai Tak...

—Sí a todo, excepto Kai Tak: eso yo lo necesito para completar mis operaciones de All Asia Airways.

Estoy seguro de que esto puedes entenderlo, mi viejo. Pero tendrás un lugar en la junta directiva de la nueva compañía, el 10 por ciento del activo a la par, votos en Struan, por supuesto y en todas sus subsidiarias.

—El 15 por ciento y la presidencia de Struan anual, alternando contigo.

—Concedido, pero yo soy el primero en tenerla —Gornt encendió un cigarrillo.

¿Por qué no aceptar? —pensó adelantándose a los acontecimientos— Para estas fechas, dentro de un año, Struan estará ya desmembrada, así que tu presidencia será en realidad un título académico, Jason, viejo mío... Luego recalcó:

—Entonces, ¿de acuerdo con todo? Si quieres lo consignamos por escrito en un memorándum conjunto, una copia para ti y otra para mí.

Plumm sacudió la cabeza y sonrió:

—No hay necesidad de memorándum, ¡no lo permita Dios! Aquí tienes —le extendió la mano diciendo—. ¡Estoy de acuerdo!

Se estrecharon recíprocamente la mano con firmeza y exclamaron: —¡Muera la Casa Noble!

Ambos rieron de buena gana, muy satisfechos del convenio. La adquisición de los bienes raíces de Struan haría de Inmuebles Asiáticos la compañía inmobiliaria más grande de Hong Kong. Gornt adquiriría un monopolio casi total de la carga aérea de Hong

Kong, del transporte marítimo de productos y de las operaciones de fábricas... además del predominio en toda Asia.

Muy bien —pensó Gornt—. Ahora Four Finger Wu.

—Si puedes llamarme un taxi, creo que es hora de retirarme.

—Llévate mi auto, mi chofer se hará...

—Gracias, pero no. Prefiero tomar un taxi. En serio, Jason, te lo agradezco mucho.

Plumm llamó al conserje del edificio de veinte pisos que era propiedad de Inmuebles Asiáticos, que también lo administraba. Mientras esperaban, brindaron por la salud de ambos y por la destrucción de Struan, así como por las utilidades que les aguardaban. Un teléfono sonó en el cuarto contiguo. .

—Perdóname un momento, viejo amigo . . .

Plumm salió por la puerta y la dejó a medio cerrar. Era una habitación privada que usaba a veces, cuando tenia que trabajar hasta altas horas de la noche. Se trataba de un cuarto pequeño, muy bien arreglado, a prueba de ruido, construido como cabina de barco, con una litera empotrada, unos altavoces de alta fidelidad, que le hacían llegar una música suave, una pequeña parrilla completa y un refrigerador. Además, a un lado estaba un enorme aparato muy completo de radiotransmisión para aficionado, de onda corta, que había sido siempre el gran placer de Plumm desde su infancia.

Tomó el teléfono.

—Dígame.

—Por favor con el señor Lop-sing —dijo una voz de mujer.

—Aquí no hay ningún señor Lop-sing —contestó con la mayor naturalidad—. Lo siento, su número está equivocado.

—Quiero dejar un recado.

—Su número está equivocado. Consulte su dirección telefónica.

—Un recado urgente para Arthur: Center avisó por radio que la junta se pospone hasta pasado mañana. Manténgase disponible para instrucciones urgentes en 0600.

La comunicación se interrumpió y el teléfono volvió a quedar disponible.

Plumm hizo un gesto de extrañeza al colgar el teléfono.

* * *

Four Finger Wu estaba en la borda de su junco con Goodweather Poon, viendo a Gornt subir al champán que le había mandado.

—¿No ha cambiado mucho en todo este tiempo, eh? —comentó Wu en tono ausente, mientras le brillaban los ojos que tenía muy juntos.

—A mí todos los demonios extranjeros me parecen iguales, no me hagas caso. ¿Cuántos años han pasado? ¿Diez? —preguntó Poon, mientras se rascaba las asentaderas.

—No. Son ya casi doce. Buenos tiempos aquellos… ¡Ah, sil —comentó Wu—. Muchas utilidades.

Muy bueno deslizarse río arriba, hacia Cantón, evadiendo a los demonios extranjeros y a sus lacayos, mientras la gente del Jefe Mao nos daba la bienvenida. Sí. Nuestra propia gente a cargo de los asuntos, sin ningún demonio extranjero en ninguna parte… ni un oficial gordinflón que exigiera que se le untara bien la mano. Podías visitar a toda tu familia y a tus amigos, sin dificultad, ¿sí? No como ahora, ¿sí?

—Los rojos están volviéndose duros, muy listos y muy duros… peores que los mandarines.

Wu se dio vuelta al ver llegar a su Séptimo Hijo a cubierta. Esta vez el joven llevaba una camisa blanca muy limpia, pantalón gris y muy buenos zapatos.

—Ten cuidado —le dijo con brusquedad—. ¿Estás seguro de qué sabes lo que has de hacer?

—Sí, padre.

—Bueno —comentó Four Finger, disimulando su orgullo—. No quiero ningún error.

Lo vio avanzar con torpeza hacia las pasarelas que unían ese junco con el siguiente y luego a través de otros, hasta una pasarela improvisada de desembarco a ocho embarcaciones de distancia.

—¿Sabe ya el Séptimo Hijo algo del asunto? —preguntó Poon con voz suave.

—No. Todavía no —replicó Wu en tono agrio—. ¡Esos perros necios que se dejaron atrapar con mis rifles! Sin los rifles, todo nuestro trabajo no servirá de nada.

* * *

—Buenas noches, señor Gornt. Me llamo Paul Ghoy... Mi tío Wu me mandó a enseñarle el camino —dijo el joven en perfecto inglés, repitiendo la mentira que ya se había vuelto verdad para él.

Gornt se detuvo azorado, luego avanzó por las escaleras. Sus piernas acostumbradas al mar avanzaban mejor que las del muchacho.

—'ñas noches —saludó él también—. ¿Es usted norteamericano o sólo fue a la escuela en Estados Unidos, señor Choy?

—Las dos cosas —repuso el joven sonriendo—. Usted sabe como son estas cosas. Tenga cuidado de no golpearse la cabeza con las cuerdas... Además esto está muy resbaladizo.

Se dio vuelta y empezó a mostrar el camino de regreso. Su verdadero nombre era Wu Fang Choi y era el séptimo hijo de su padre con una tercera esposa. Pero cuando había nacido, su padre, Four Finger Wu le había conseguido un certificado de nacimiento de Hong Kong, cosa insólita para un morador de los botes, había puesto el nombre de soltera de su madre en el documento y había añadido el nombre de Paul, haciendo que uno de sus primos se presentara como el verdadero padre.

—Escúchame, hijo —le había advertido Four Finger Wu en cuanto Paul había tenido edad para entenderlo—. Cuando hables haklo en mi barco, puedes llamarme Padre, pero nunca en presencia de un demonio extranjero, aunque estés hablando haklo. En todos los demás casos, soy "tío", uno de los muchos tíos, ¿entendido?

—Sí... Pero, ¿por qué, Padre? ¿He hecho algo malo? Te pido perdón si te he ofendido.

—No me has ofendido. Eres un buen muchacho y trabajas bien. Es para mayor bien de la familia que tú tengas otro nombre.

—Pero, ¿por qué, Padre?

—Se te dirá a su debido tiempo.

Luego, cuando el chico tenía doce años y estaba preparado y había demostrado lo que valía, su padre lo había mandado a Estados Unidos.

—Ahora tendrás que aprender el estilo de vida del demonio extranjero. Deberás empezar a hablar como uno de ellos, dormir como uno de ellos, convertirte por fuera en uno de ellos, pero no olvidar nunca quién eres, quiénes son tu pueblo, ni que todos los demonios extranjeros son inferiores, que apenas son seres humanos

y que con toda seguridad no tienen una maldita pizca de civilización.

Paul Choy se había reído por dentro. Si los norteamericanos supieran, desde el tai-pan hasta el más tonto, si los ingleses, los iraníes, los alemanes y los rusos, si todas las demás razas y colores supieran en realidad lo que pensaban de ellos los chinos, hasta el más insignificante coolie, se desmayarían —se dijo a sí mismo por millonésima vez—. Y no porque todas las razas de China desprecien a los extranjeros. Se trata sólo del hecho de que éstos se hallan por debajo de toda consideración. Por supuesto estamos equivocados —se dijo—. Los extranjeros son humanos, y algunos son civilizados, a su modo, y más adelantados que nosotros en las cosas técnicas. Pero, nosotros *somos* mejores...

—¿A qué viene la sonrisa? —preguntó Gornt, deslizándose bajo las cuerdas y evitando la basura esparcida por todas las cubiertas.

—¡Oh! Estaba pensando qué absurda es la vida. Hace exactamente un mes yo estaba sobre un patín en Malibu Colony, California. ¡Uf! Aberdeen es algo especial, ¿no le parece?

—¿Te refieres al olor?

—¡Claro!

—Sí. Es algo especial.

—No mejora mucho con la pleamar. ¡Parece que soy el único que siente la pestilencia!

—¿Cuál fue la última vez que estuviste aquí?

—Hace un par de años... durante diez días después de recibir mi bachillerato en administración de empresas. Pero no parece que pueda acostumbrarme a este olor —Choy rió de buen grado—. ¡Esto no lo hay en Nueva Inglaterra!

—¿Adónde fuiste a la escuela?

—Primero a Seattle. Después en la Universidad de Seattle en Washington y por fin obtuve mi maestría en Harvard. En la Escuela de Administración de Empresas de Harvard.

Gornt dejó de caminar, atónito.

—¿Harvard?

—Sí, claro. Me dieron una ayuda, una beca.

—Eso es mucho decir. ¿Cuándo la recibiste?

—En junio del año pasado. ¡Fue cómo salir de la cárcel! ¡Uf! En realidad lo esclavizan a uno si no obtiene las calificaciones más

altas. ¡Son dos años de infierno! Cuando salí de ahí me fui a California con un amigo, anduvimos desempeñando trabajos ocasionales en un sitio y en otro, lo suficiente para poder, seguir con los patines y gozar de la vida, después de haber sudado tanto en la escuela. Luego... —Choy hizo un gesto— ...hace un par de meses, tío Wu me localizó y me dijo que era hora de venir a trabajar, así que... ¡aquí estoy! Después de todo, él me pagó la escuela. Mis padres murieron hace años.

—¿Eras el mejor de tu clase en Harvard?

—El tercero.

—Eso es magnífico.

—Gracias... Ya no estamos lejos. Nuestro junco es el último.

Subieron a un pasarela insegura. Los moradores de botes observaban a Gornt con mirada sospechosa, a medida que pasaban de un hogar flotante a otro, mientras las familias dormitaban, o cocinaban, o comían o jugaban mah-jong, o bien se dedicaban, todavía a esa hora, a reparar sus redes de pesca.

Algunos niños incluso practicaban la pesca nocturna.

—Esto está un poco resbaladizo, señor Gornt —dijo, saltando al puente vacilante—. ¡Lo logramos!

¡Hogar, dulce hogar!

Pasó la mano por la cabellera del pequeño soñoliento que hacía de vigía y dijo en haklo, para que Gornt no lo entendiera:

—Mantente despierto, Hermanito, o los demonios se apoderarán de nosotros.

—Sí. Sí. Lo estaré —convino el pequeño, clavando en Gornt una mirada de sospecha.

Paul Choy condujo a su huésped abajo. El viejo junco olía a alquitrán y teca, a pez en descomposición y a un millar de tormentas. Por debajo de los puentes, la pasarela daba entrada a la cabina única normal de proa que cubría toda la anchura de la embarcación y toda la longitud hasta la punta de proa.

Un hogar abierto de carbón ardía en una chimenea de ladrillo mal puesta. Encima del fuego, colgaba un perol ennegrecido. El humo se elevaba en volutas y se abría paso hasta el exterior a través de un rudimentario cañón de chimenea abierto en el puente. Alineadas a un lado podían verse unas cuantas sillas de junco, unas mesas y unas hileras de toscas literas.

Four Finger Wu estaba solo. Señaló una de las sillas y la cara se le llenó de alegría.

—¡Hola! Bueno volver a ver—saludó en un inglés intermitente, difícil de entender—. ¿Whiskey?

—Gracias —contestó Gornt—. Me alegra volver a verlo.

Paul Choy sirvió el licor escocés de buena calidad en dos vasos semilimpios.

—¿Lo quiere con agua, señor Gornt? —le preguntó.

—No. Solo está bien. No mucho, por favor.

—Sí, señor.

Wu tomó su vaso y brindó con Gornt:

—¡Bueno volver a ver! ¿Sí?

—Sí. ¡Salud!

Los dos chinos observaron a Gornt que saboreaba el licor. —Bueno ... —comentó Gornt—. Muy buen whiskey. La cara de Wu brilló de alegría una vez más. Movió la cabeza, señalando a Paul, y explicó:

—El, hijo de hermana. —Sí.

—Buena escuela, País Dorado.

—Ya lo creo. Sí. El me ha hablado de eso. Usted debe estar muy orgulloso.

—¿Qué cosa?

Paul Choy hizo la traducción para el viejo. —Ah, gracias. Gracias. El habla bien, ¿sí? —Sí—concedió Gornt sonriendo—. Muy bien. —Ah, sí. Muy bien. ¿Fuma? —Gracias.

Los dos chinos vieron que Gornt sacaba un cigarrillo. Luego Wu sacó otro y Paul Ghoy encendió los dos. Otros momentos de silencio. —¿Bien al buen amigo? —A mí sí, y... ¿a usted?

—Bien... —otro silencio—. El, hijo de hermana —repitió el viejo marino.

Gornt asintió con la cabeza, sin decir palabra. Guardó silencio en actitud de espera. A Wu le agradó que Gornt no hacía más que estar sentado esperando con paciencia a que él hablara del asunto, como toda persona civilizada debe hacerlo.

Algunos de estos demonios color de rosa están aprendiendo al fin. Sí, pero algunos han aprendido demasiado bien... por ejemplo, *El* tai-pan, con esos ojos feos, fríos, azules como de pescado, que tiene la mayoría de los demonios extranjeros, y que te miran como

tiburón muerto... Sí, ése que puede incluso hablar un poco de dialecto haklo. Sí. El tai-pan es demasiado astuto y demasiado civilizado pero, claro, ha tenido varias generaciones por delante y sus antepasados tuvieron el mal ojo antes que él. Sí, pero aquel viejo Demonio Ojiverde, el primero de su línea, que hizo un pacto con mi antepasado el gran señor feudal del mar, Wu Fang Choi y con su hijo, Wu Kwok, y lo mantuvo fiel, y procuró que sus hijos hicieran lo mismo... y también los hijos de ellos. Por eso, este tai-pan debe considerarse un viejo amigo, aunque es el más mortal de la línea.

El viejo logró reprimir un estremecimiento, carraspeó y escupió para librarse del mal espíritu del esputo que se aloja en la garganta de todos los hombres. Estudió a Gornt. ¡Ah, sí! —se dijo—. Debe ser muy bajo tener que contemplar esa cara rosada en todos los espejos ... con todo ese pelo que lo hace parecer como simio... ¡y en todo el resto del cuerpo esa piel blanca y pálida dé sapo! ¡Uff!

Se esforzó por esbozar una sonrisa para ocultar su vergüenza y tratar de adivinar la expresión de la cara de Gornt, lo que ˆestaba detrás de ella, pero no lo logró. No tiene importancia —se dijo con alegría—. Por eso se ha gastado todo el tiempo y el dinero necesarios para preparar al Hijo Número Siete... El lo sabrá.

—¿Tal vez pedir un favor? —hizo el intento de empezar.

Se oyó el crujir agradable de las vigas del junco que se mecía sujeto a sus amarras.

—Sí. ¿Qué favor/viejo amigo?

—Hijo de hermana... tiempo de ir trabajar... ¿Darle empleo?

Observó la expresión de asombro en la cara de Gornt y le molestó, pero supo ocultar sus sentimientos.

—...*Explicar* —trató de decir en inglés.

Luego, dirigiéndose a Paul Choy, en su haklo gutural, ordenó:

—Explícale a este devorador de mierda de tortuga lo que quiero. Tal como te lo he dicho.

—Mi tío le pide disculpa por no poder hablarle él directamente. Por eso quiere que yo se lo explique, señor Gornt —dijo Paul Choy en tono cortés—. Desea preguntarle si usted puede darme un empleo... digamos en plan de aprendiz... en su división de aeroplanos y embarcaciones.

Gornt tomó un sorbo de whiskey y preguntó:

—¿Por qué en ese campo, señor Choy?

—Mi tío tiene importantes intereses navieros, como usted sabe, y quiere que yo modernice sus operaciones. Yo puedo darle toda la información que usted necesite sobre mis antecedentes, si usted quiere considerar nuestra propuesta, señor... Mi segundo año en Harvard fue dirigido a esos campos... mi interés principal se concentró en la trasportación de todo género. Yo ya había sido aceptado en la División Internacional del Banco de Ohio antes que mi tío... ehm... me hiciera volver acá —Paul Choy tuvo un momento de vacilación, luego concluyó—. En fin, eso es lo que él le pide.

—¿Qué dialectos hablas, además del haklo?

—El mandarín.

—¿Cuántos caracteres puedes escribir? —Alrededor de cuatro mil. —¡Puedes tomar dictado en taquigrafía?

—Conozco sólo la escritura rápida, señor. Puedo escribir en máquina unas ochenta palabras por minuto, pero no sin algún error. —¿Qué cosa? —interrumpió Wu.

Gornt observó a Paul Choy mientras explicaba al tío lo que habían estado hablandoˆ Aprovechó para formarse una idea del muchacho... y para ponderar la reacción de Four Finger Wu. Luego preguntó:

—¿Qué clase de aprendiz quieres ser?

—El quiere que yo aprenda todo lo que hay que saber acerca de la administración de barcos y líneas aéreas. También el negocio del corretaje y la carga, el aspecto operatiyo... Y, por supuesto, quiere que yo sea una pieza útil en la maquinaria de su compañía. Tal vez mi especialidad yankee, mi pericia teórica, podría servirle de algo, señor. Tengo veintiséis años, poseo una maestría. Estoy preparado para las nuevas teorías de computación, y desde luego puedo hacer una programación. En Harvard recibí la instrucción necesaria para conglomerados y flujos de. caja.

—Y, ¿si no desempeñas bien:tu tarea o hay... cómo podría decirlo... algún problema de personalidad?

El joven respondió con firmeza:

—No lo habrá, señor Gornt... Al menos yo pondré todo lo que esté de mi parte para evitarlo.

—¿Qué? ¿Qué dijo? ¡Exactamente! —preguntó decidido Four Fingeren hakio,; al observar un cambio en. la. inflexión de la voz, y

con los ojos y los oídos perfectamente alerta} - El hijo le explicó con absoluta precisión;

—Bien —comentó Wu con voz ronca—. Dile, con toda exactitud, que si tú no desempeñas tus tareas con plena satisfacción para él, serás arrojado de la familia y mi ira hará infelices todos tus días.

Paul Choy titubeó, ocultando su intensa conmoción. Toda su preparación norteamericana le decía a gritos que respondiera a su padre que ,podía irse al demonio, que él era un graduado de Harvard, ciudadano norteamericano, con pasaporte estadounidense que *él mismo* se había ganado; cualquiera que fuera el maldito champán o la malhadada familia en los que hubiera nacido. Pero supo apartar la mirada y alejar la. rabia del rostro. ¡

No seas, ingrato —se. dijo—. Tú no eres norteamericano, en el sentido estricto de la palabra. Tú eres chino, y la cabeza de tu familia tiene todo el derecho de gobernar. Si no fuera pór él, tú podrías estar ahora al frente de un miserable burdel flotante aquí en Aberdeen.

Paul Choy dejó escapar un suspiro. Sabía que. era más afortunado que sus once hermanos. Cuatro de ellos eran capitanes de junco allí, en Aberdeen, uno vivía en Bangkok y hacía el recorrido regular del río Mekong, Otro tenía un transbordador en Singapur, uno más estaba al frente de un negocio de carpintería de navio para exportación e importación en Indonesia. Dos de sus hermanos se habían perdido en el mar, otro estaba en Inglaterra... haciendo lo que él no sabía hacer... y el último, el mayor de todos, gobernaba la docena de champanes de enlace en la bahía de Aberdeen, que eran cocinas flotantes... además de tres barcos de placer y ocho damas de la noche...

Después de una pausa, Gornt preguntó: —¿Qué ha dicho? ¡Exactamente!

Paul Choy volvió a titubear, pero al fin decidió decirle... exactamente.

—Gracias por ser honrado conmigo, señor Ghoy. Eso fue acertado. Usted es un joven impresionante

—convinó Gornt—. Entiendo muy bien.

Al fin, desde que Wu había formulado la petición original, Gornt dirigió la mirada hacia el viejo, marino y sonrió:

—¡Claro! Con gusto daré sobrino empleo.

El rostro de Wu se llenó de alegría, y Paul Choy tuvo que esforzarse para no manifestar su sensación de alivio.

—Yo no le fallaré, señor Gornt.

—Sé que no lo hará.

Wu señaló la botella:

—¿Whiskey?

—No, gracias —respondió Gornt—. Este es suficiente.

—¿Cuándo empezar empleo?

Gornt se dirigió a Paul Choy.

—¿Cuándo le gustaría empezar?

—¿Mañana? Tan pronto como a usted le convenga, señor.

—Mañana, miércoles.

—¡Oh! ¡Gracias! ¿A las ocho de la mañana?

—A las nueve. Después, a las ocho. Por supuesto, semana de seis días. Tendrás largas horas de trabajó, y yo te lo exigiré. Dependerá de lo que seas capaz de aprender y de la rapidez con que lo hagas el que yo te dé mayores responsabilidades.

—Gracias, señor Gornt.

Con gran alegría, Paul Choy tradujo el diálogo a su ¡padre. Wu saboreó su whiskey sin precipitarse.

—¿Cuánto dinero? —preguntó.

Gornt vaciló. Sabía que tenía que ser la cantidad justa, ni más ni menos. No demasiado, ni demasiado poco. Lo suficiente para dar prestigio a Paul Choy y a su tío.

—¿Qué le parece 1,000 HK mensuales durante los tres primeros meses? Después haré una revisión de nuestro convenio.

El joven logró ocultar un gesto sombrío. Esa cantidad no era. ni siquiera el equivalente a 200 dólares norteamericanos. Sin embargo, hizo la traducción al haklo.

—¿Tal vez 2,000? —opuso Wu, ocultando su satisfacción. Un millar era la cifra perfecta, pero él quiso negociar para dar prestigio al demonio extranjero y a su hijo.

—Si tiene que ser adiestrado, muchos gerentes importantes tendrán que dedicarle el tiempo de sus demás obligaciones —objetó Gornt con cortesía—. Resulta costoso adiestrar a cualquiera.

—Mucho dinero Montaña Dorada —insistió Wu— ¿Dos?

—¿Mil el primer mes, 1,250 los dos siguientes?

Wu frunció el ceño y añadió:

—¿El tercer mes 1,500?

—Muy bien. Los meses tres y cuatro a razón de 1,500. Y yo mismo revisaré su salario después de cuatro meses. Por su parte, Paul Choy se compromete a trabajar con Rothwell-Gornt por lo menos durante dos años.

—¿Qué?

Paul Choy volvió a hacer Ta traducción. ¡Mierda! —pensaba—. ¿Cómo voy a ir de vacaciones a Estados Unidos con 50 dólares a la semana... ¡ni siquiera con 60! Y, ¿adónde diantres voy a vivir?

¿En un maldito champán? En ese momento oyó que Gornt decía algo y el cerebro le dio un vuelco.

—¿Perdón, señor? —Dije que como has sido tan honrado conmigo, te ofreceré alojamiento gratuito en una de las casas de nuestra compañía: The Gables. Allí hospedamos a todos nuestros aprendices de gerencia que vienen de fuera de Inglaterra. Si vas a ser parte de un *hong* de demonios extranjeros, será mejor que trates con sus futuros jefes.

—¡Sí, señor! —el joven no podía contener el júbilo—. ¡Sí, señor! ¡Gracias, señor!

Four Finger Wu preguntó algo en haklo.

—Quiere saber dónde está la casa, señor.

—Está en la cumbre. Es realmente magnífica, señor Choy. Estoy seguro de que usted estará más que satisfecho. —¡ Puede jurarlo por su ..! Sí, señor. —Prepárese para mudarse mañana en la noche. —Sí, señor.

Después que Wu entendió lo que Gornt había dicho, asintió con un movimiento de cabeza.

—Todo arreglado. Dos años. Luego ver. Tal vez más. ¿Sí? —Sí.

—Bueno. Gracias, viejo amigo —después en haklo— Ahora pregúntale lo que tú querías saber... acerca del banco.

Gornt se disponía a levantarse para marcharse, pero Paul Choy dijo: —Hay otra cosa que mi tío quería preguntarle, señor; si usted tiene tiempo.

—¡Claro!

Gornt se acomodó de nuevo en su silla y Paul Choy observó que el hombre se mostraba ahora más alerta, más en guardia.

—Mi tío quiere preguntar su opinión sobre la fuga de fondos en la sucursal Aberdeen del banco Ho-Pak, el día de hoy.

Gornt le devolvió la mirada firme, sin parpadear y pidió aclaraciones.

—¿Qué quiere saber al respecto?

—Se oye toda clase de rumores —explicó Paul Choy—. Mi tío tiene ahí mucho dinero, lo mismo que la mayoría de sus amigos. Una fuga de dinero de ese banco serían muy malas noticias.

—Opino que sería buena idea sacar su dinero —respondió Gornt, contento de la inesperada oportunidad de atizar el fuego.

—¡Santo Dios! —musitó Paul Choy horrorizado.

Había estado midiendo con todo cuidado las reacciones de Gornt y había notado una tensión repentina y luego un placer, también repentino a renglón seguido, que lo había sorprendido. Ponderó el cambio un instante y decidió cambiar de táctica y sondear el terreno.

—El quería saber si usted está vendiendo al descubierto.

Gornt rectificó en tono irónico:

—¿.El o usted, señor Choy?

—Los dos, señor. El tiene una cartera muy abundante de valores, que a su debido tiempo desea que yo le administre —explicó el joven, exagerando la realidad fuera de toda proporción—. Yo estaba explicándole la mecánica bancada moderna y el mercado de valores... cómo se le toma el pulso y en qué forma difiere Hong Kong de los Estados Unidos. El capta el problema con mucha facilidad, señor

—ésa era otra exageración; Paul Choy no había logrado pasar a través de la barrera de los prejuicios de su padre—. La pregunta de él es si debería vender al descubierto...

—Sí. Creo que debería hacerlo. Ha habido muchos rumores de que Ho-Pak ha extendido sus operaciones en demasía: consiguiendo crédito barato y a corto plazo y haciendo préstamos caros y a largo plazo, en especial sobre bienes inmuebles, que es la forma clásica en la que un banco se mete en graves dificultades. Por razones de seguridad, él debería sacar todo su dinero y vender al descubierto.

—Otra pregunta, señor: ¿saldrán fiadores el Blacs o el Banco Victoria?

Gornt hizo un esfuerzo para mantenerse impasible. El viejo junco osciló levemente, bajo el impulso del oleaje de otra embarcación que agitó el agua a su lado. Gornt preguntó a su vez:

—¿Por qué habrían de hacer eso otros bancos?

Estoy atrapado —pensó Gornt con horror—. A éstos no puedo decirles la verdad… No hay posibilidad de decirles quién más tendrá la información. Al mismo tiempo, no me atrevo a *no* decirlo a este viejo bandido y a su malhadado cachorro» Está pidiéndome que le devuelva *el* favor, y yo debo pagar. Esto es asunto de honor.

Paul Choy se inclinó hacia adelanté en su silla, sin poder ocultar su excitación.

—Mi teoría —dijo— es que si hay una verdadera fuga de dinero del Ho-Pak, los demás bancos no lo dejarán derrumbarse… no sucederá lo del desastre de los bancos de East India y de Cantón, el año pasado, porque esto produciría movimientos adversos en el mercado que los grandes operadores de la bolsa de valores no querrían tener. Todos están esperando un florecer repentino y apuesto a que los poderosos de aquí no permitirán que una catástrofe arruine esa posibilidad. Como el Blacs y el Victoria son aquí los peces más gordos, es lógico qué sean ellos los que salgan fiadores.

—¿Cuál es la teoría de usted, señor Choy?

—Si alguien supiera, por adelantado, cuándo va a desplomarse el activo de' Ho-Pak y que alguno de los otros bancos, o los dos, están a punto de lanzar una operación de fianza, esa persona podría hacer una fortuna.

Gornt estaba tratando de decidir qué hacer, pero se sentía ya muy cansado y no con toda la lucidez necesaria. Ese accidente debe haberme consumido más energías de las que yo creía tener —se dijo —.

¿Sería Dunross? ¿Fue este desgraciado, que trataba de empatar el marcador, pagarme la deuda de *la* noche de Navidad, o la victoria de Pacific Orient, u otra de las cincuenta victorias… o tal vez incluso la vieja herida de Macao?

Gornt sintió un júbilo repentino al recordar la intensa emoción que había experimentado viendo la carrera, sabedor que en cualquier momento el motor del tai-pan se atascaría… viendo que los autos pasaban silbando, vuelta tras vuelta, y que luego Dunross, el que iba a la cabeza, no aparecía cuando era su turno… Aguardando después y alimentando la esperanza… y por fin, recibiendo las noticias de que había hecho un giro en redondo en la

Curva Melco, con un estruendoso golpe metálico, al fallarle el motor. A continuación, otra espera, con el estómago hecho nudo. Por fin, la noticia de que todo el automóvil había explotado; convirtiéndose en una bola de fuego, pero que Dunross había logrado salir de él ileso. Por un lado se había sentido triste y por otro muy feliz. Gornt no quería a Dunross muerto. Lo quería vivo y destruido, vivo para que se diera cuenta de su derrota.

Rió en su interior. ¡Ah! No fui yo quien oprimió el botón que puso en marcha todo el plan. Por supuesto, hice un guiño a Donald Nikklin el joven, sugiriéndole toda clase de recursos y medios, y que un poco de *h'eungyaú* en buenas manos.

Los ojos de Gornt contemplaron a Paul Choy y al viejo marino en actitud de espera. Ambos lo observaban. Su buen humor se desvaneció. Alejó toda distracción y trató de concentrarse.

—Sí. Desde luego usted tiene razón, señor Choy. Pero su premisa está equivocada. Es claro que todo esto es teoría. El Ho-Pak no ha fallado aún. Tal vez no sufra ninguna quiebra. Pero no hay razón para que ningún banco haga lo que usted sugiere. Nunca ha sucedido en el pasado. Cada banco se sostiene o cae por sus propios méritos. Es lo bueno de nuestro sistema de libre empresa. Una trama como la que usted propone sentaría un precedente peligroso. Es claro que resultaría imposible sostener a todos los bancos que tuvieran, una mala administración. Ninguno de los otros dos tiene necesidad del Ho-Pak, señor Choy. Ambos tienen clientes propios en número más que suficiente. Ninguno de los dos ha adquirido aquí jamás intereses bancarios diversos de los propios y dudo que tenga jamás necesidad de hacerlo.

¡Mierda de caballo! —pensaba Paul Choy—. Un banco tiene el compromiso de crecer lo mismo que cualquier otro negocio, y Blacs y el Victoria son los más rapaces de todos aquí, con excepción de Struan y Rothwell-Górñt. ¡Pura habladuría! Igual que Inmuebles Asiáticos y todos los demás *hongs.*

-Con toda seguridad usted tiene razón, señor, pero mi tío Wu agradecería mucho que usted le comunicara lo que oiga, en un sentido o en otro.

Se dirigió a su padre y le dijo en haklo:

—He terminado, Honorable tío. Este bárbaro está de acuerdo en afirmar que el banco puede estar en problemas.

Wu palideció. —¿Eh? ¿Qué tan malos?

—Yo seré el primero en la línea mañana. Debes retirar todo tu dinero cuanto antes.

—¡Ah, sí! ¡Por todos los dioses! —dijo Wu con voz áspera—. Iré en persona a degollar' al banquero Kwang, si pierdo una sola maldita moneda de mi efectivo.... ¡No importa que Kwang sea mi sobrino!

Paul Choy lo miró de hito en hito. —¿Es tu sobrino?

—Los bancos son invenciones de mierda de los demonios extranjeros para robar la riqueza de la gente honrada —rugió Wu—. ¡Rescataré hasta el último cobre de mi dinero o haré correr su sangre! ¡Dime qué dijo del banco!

—Por favor ten paciencia, Honorable tío. Según las costumbres bárbaras, lo cortés en este caso es no tener a este bárbaro esperando, Wu contuvo su furia y dijo a Gornt en su personalísimo pidgin: —Banco mal, ¿sí? Gracias decir verdad. Banco mala costumbre, ¿sí?

—A veces —concedió Gornt con cautela.

Four Finger Wu aflojó los huesudos puños y se impuso una actitud de serenidad.

—Gracias por favor... sí... también querer como dijo hijo de hermana, ¿sí?

—Perdón, no entiendo. ¿Qué quiere decir su tío, señor Choy?

Después de un momento de diálogo con su padre, para salvar las apariencias, el joven respondió:

—Mi tío consideraría un gran favor si puede tener noticias privadas, por adelantado, de cualquier incursión, intento de apoderarse del negocio, o compromiso de fianza... Por supuesto, se mantendría en plan absolutamente confidencial.

Wu asintió con la cabeza. Sólo sus labios esbozaban una sonrisa.

—Sí. Favor.

Extendió la mano y estrechó la de Gornt en un gesto amistoso, sabedor de que a los bárbaros les gustaba esa costumbre que él, en lo personal, juzgaba incivil, de mal gusto y contraria a los buenos modales de tiempo inmemorial. Pero quería que su hijo se adiestrara pronto, y eso tenía qüe ser con la compañía que era la segunda en importancia. Además necesitaba la información de Gornt.

Comprendía la importancia de saber las cosas por adelantado. ¡Ah, sí! —pensó—. Sin mis amigos en las fuerzas de la Policía de Marina de Asia, mis flotas serían impotentes.

—Acompáñalo a tierra, sobrino. Procura que tome un taxi y luego espérame. Manda traer a Two Hatchet Tok y espérame allí, junto al sitio de automóviles de alquiler.

Dio de nuevo las gracias a Gornt, los siguió hasta el puente y los vio marcharse. Su champán transbordador estaba en espera. Los vio abordarlo y dirigirse a la playa.

Era una noche buena, y Wu pudo saborear el viento. Se sentía, húmedo. ¿Lluvia? Levantó luego la mirada para observar las estrellas y el firmamento nocturno, concentrando todos: sus años de experiencia. La lluvia no podría venir más que con una tempestad. La tempestad podía significar tifón. La estación estaba ya muy adelantada para traer lluvias estivas. Pero algunas lluvias podrían ser tardías y repentinas y muy copiosas, y el tifón podía llegar todavía en noviembre, o desde el mismo mes de mayo, y si los dioses querían, en cualquier temporada del año.

Nos vendría bien la lluvia — *pensó*—, pero de ninguna manera el tifón.

Se estremeció. Estamos ya casi en el Noveno Mes.

El Noveno Mes le traía malos recuerdos. A lo largo de los años de su vida, el tifón lo había devastado diecinueve veces en ese mes, siete desde que su padre había muerto en 1937 y él se había convertido en Jefe de la Casa de Seaborne Wu y Capitán de las Flotas. De esas siete veces, la primera había sido ese mismo año. Vientos de 115 nudos se habían desencadenado del norte noroeste y habían hundido una flota entera de un centenar de juncos en el estuario del río Pearl. En esa ocasión, se había ahogado más de un millar de personas... entre ellas su hijo mayor con toda su familia. En el '49, cuando había dado órdenes a toda la armada que tenía, con base en el río Pearl, de que huyera de territorio continental comunista y se estableciera de modo permanente en aguas de Hong Kong, el temporal lo había atrapado en el mar y se había hundido junto con noventa juncos y trescientos champanes. El y su familia se habían salvado, pero había perdido a 817 de sus hombres. Aquellos vientos habían venido del este. Hacía doce años, también del este-noreste, y una pérdida de setenta juncos. Diez años antes, el tifón

Susan, con sus ráfagas de 80 nudos del noreste, cambiando dirección hacia el este-sureste, había diezmado su flota con base en Formosa, haciéndole perder allí quinientas vidas, y doscientas más en un punto meridional tan alejado como Singapur, y allí había perdido a otro hijo con su familia. El tifón Gloria, en el '57, con vientos de cien nudos había sido causa de que se ahogara otra multitud. El año anterior, el tifón Wanda había venido y causado devastación en Aberdeen y en la mayoría de las aldeas marítimas de Haklo en los Nuevos Territorios. Esos vientos venían del norte-noroeste, retrocedían hacia el noroeste de nuevo y luego se dirigían hacia el sur.

Wu conocía bien los vientos y también el número de días. Septiembre, el segundo, el octavo, el segundo de nuevo, el decimoctavo, el vigésimo segundo, el décimo, y el tifón Wanda el día primero.

Sí —pensó—, y esos números suman sesenta y tres, que es divisible por el número mágico de tres, que a su vez forma el veintiuno, que vuelve a ser tres. ¿Vendrá este año el tifón el tercer día del noveno mes? Nunca lo ha hecho, nunca que se sepa pero, ¿lo hará este año? Sesenta y tres también es nueve. ¿Vendrá el noveno día?

Volvió a saborear el viento. Había más humedad en él. La lluvia se avecinaba. El viento se había refrescado ligeramente. Ahora venía del norte-noroeste.

El viejo marino carraspeó y escupió. ¡El hado! Si es el tercero o el noveno o el segundo, es hado. No preocupación. La única cosa segura es que el tifón vendrá de un cuadrante o de otro y que vendrá en el Noveno Mes... o este mes, que es tan malo como el otro.

Fijó la mirada en el champán y pudo ver a su hijo sentado en medio de los barcos, junto al bárbaro; y se preguntó hasta qué grado podría confiar en él. El chico es listo y conoce él estilo de los demonios extranjeros muy bien —pensó, Heno de orgullo—. Sí pero, ¿hasta qué punto se ha convertido a su maldad? Pronto lo averiguaré. No preocupación. Una vez que el chico sea parte de la cadena, será obediente. O estará muerto. En el pasado, la Casa de Wu siempre comerció con opio, en compañía o al servicio de la Casa Noble, y a veces para nuestro propio provecho. Hubo tiempo

en que el opio era honorable.

Lo es todavía, para algunos. Para mí, para Smuggler Mo, para White Powder Lee... ¡Ah! ¿Qué pasa con ellos? ¿Deberemos unirnos en una Hermandad, o no?

Pero... los polvos blancos... ¿Son tan diferentes? ¿No son simplemente un opio más fuerte? ¿Cómo el espíritu lo es con respecto a la cerveza?

¿Cuál es la diferencia comercial entre los polvos blancos y la sal? Ninguna, ¡excepto qué ahora los tontos demonios extranjeros con su ley dicen que uno es contrabando y el otro no! ¡Ah, sí! Hasta, hace veintitantos años, cuando los bárbaros perdieron la maldita guerra con los adictos del Mar del Este, fue cuando el gobierno monopolizó el comercio aquí.

¿Acaso el comercio entre Hong Kong y China no se edificó sobre el opio, estorbado sólo por el opio que; se cultivaba en la bárbara India?

Pero ahora que ellos han destruido sus propios plantíos, están queriendo actuar como si nunca hubiese habido semejante comercio, pretenden decir que es un crimen inmoral y terrible, ¡digno de veinte años de Cárcel!

¡Ah, sí! ¿Cómo puede una persona civilizada entender a un bárbaro?

Indignado, bajó al interior.

¡Uuuyyy! pensó con tedio—. Este ha sido un día difícil. Primero John Chen desaparece. Luego esos dos perros cantoneses hijos de ramera se dejan prender en el aeropuerto y la inmunda policía se apodera de mi cargamento de armas. Luego, hoy en la tarde me llega la carta manuscrita del tai-pan:

"Saludos, Honorable Viejo Amigo." Después de reflexionar, sugiero que coloque al Hijo Número Siete con el enemigo... será mejor para él y mejor para nosotros. Pídale a Barbanegra que lo vea esta noche. Llámeme después por teléfono. Tenía la rúbrica del tai-pan y el saludo "Viejo Amigo".

"Viejo Amigo" para un chino era una persona especial o una compañía que en el pasado había hecho algún favor extraordinario o alguien del mundo de los negocios que había demostrado ser digno de confianza en el curso de los años. A veces esos años se extendían por generaciones.

Sí —pensó Wu—. Este tai-pan es un viejo amigo. El fue quien me sugirió el certificado de nacimiento y el nuevo nombre para el Séptimo Hijo, el que propuso que se le mandara al País Dorado, tranquilizó las aguas allá y las calmó también en la gran universidad, y cuidó de él allá sin que el interesado lo supiera... Ese subterfugio resolvía el dilema de que Wu tuviera un hijo suyo educado en Estados Unidos, sin el baldón del nexo con el tráfico: de opio.

¡Qué necios son los bárbaros! Sí, pero aún así, el tai-pan no lo es. El es en verdad un viejo amigo... y también lo es la Casa Noble.

Wu recordó todas las utilidades que él y su familia habían obtenido en forma clandestina durante generaciones, con la ayuda de la Casa Noble o sin ella, en tiempo de paz y en tiempo de guerra, comerciando donde no podían llegar los navíos bárbaros: con contrabando, oro, gasolina, opio, hule, maquinaria, medicinas, cualquier cosa y todo, siempre en cantidades limitadas... Incluso gente, ayudándole a escapar a China Continental o a salir de ella. Los pasajes representaban sumas de dinero considerables. En algunos casos sin la ayuda de la Casa Noble, pero en la mayoría con ese apoyo, el clan de Wu había prosperado. Desde luego con el tai-pan actual, pero también antes de él, con su viejo primo, Hawk Nose, y todavía antes, de él con el padre de Dunross, Mad Dog y con el padre del primo, que había precedido al primer Dunross como tai-pan.

A esa sazón, Four Finger Wu poseía el 6 por ciento de la Casa Noble, comprado durante años y escondido con ayuda de ellos bajo una madeja de nominatarios, aunque siempre bajo su control exclusivo; además, la parte mayor de sus negocios en transferencias de oro, junto con fuertes inversiones en Hong Kong, Macao, Singapur e Indonesia, y en bienes raíces, intereses navieros y bancarios.

¡Intereses bancarios..! —pensó con ánimo sombrío—. ¡Voy a degollar a mi sobrino, después de haberle llenado el saco secreto, si pierdo un solo cobre de mi efectivo!

Había llegado ya a la parte inferior del junco y entrado en la indecente y sucia cabina dónde dormían él y su mujer. Ella se hallaba en la litera grande, llena de paja, y al oírlo se dio vuelta, semidormida.

—¿Has terminado? ¿Vienes ya a ía cama? —No. Duérmete —le dijo con amabilidad— Tengo trabajó pendiente.

Con un gesto obediente, la esposa hizo lo que le decía. Era su *tai-tai,* su esposa principal. Habían estado casados durante 47 años.

Se quitó la ropa que llevaba puesta y se puso otra: camisa blanca y calcetines limpios, zapatos relucientes, y un par de pantalones grises impecablemente planchados. Cerró la puerta de la cabina principal sin ruido y subió con agilidad a cubierta, aunque sintiéndose incómodo por la ropa que llevaba puesta.

—Volveré antes del amanecer, Cuarto Nieto —advirtió.

—Sí, abuelo.

—¡Estáte despierto!

—Sí, abuelo.

Dio una palmada afectuosa al chico, atravesó las pasarelas y se detuvo en el tercer junco.

—¡Good Weather Poon! —llamó.

—¿Sí... sí? —contestó la voz soñolienta de un viejo que dormitaba acurrucado sobre un saco raído.

—Reúne a todos los capitanes. Regresaré en dos horas.

Poon despertó en el acto y preguntó: —¿Zarpamos?

—No. Volveré en dos horas. ¡Reúne a los capitanes!

Wu prosiguió su camino y con reverencias fue introducido a su champán transbordador personal.

Examinó la playa. Su hijo estaba de pie al lado de su Rolls negro, con el número de matrícula de la buena suerte: el número *8,* que había tenido que pagar al precio de 150,000 HK en la subasta del gobierno. Al lado de su hijo estaban su chofer uniformado y su guardaespaldas Two Hatchet Tok, aguardándolo en actitud deferente. Como siempre, se alegró mucho de ver su magnífico automóvil y ese placer le hizo soslayar sus preocupaciones ere-cienes. Desde luego él no era el único morador de las aldeas marítimas que poseía un Rolls Royce, pero el suyo era el más grande y el más nuevo. Ocho, 8, *baat,* era el número más afortunado, porque rimaba con *faat,* que significaba "prosperidad en expansión".

Sintió que el viento cambiaba un punto y su ansiedad aumentó. ¡Uuuyyy! Este ha sido un mal día, pero mañana será peor.

¿Esa bola de carne de perro de John Chen se ha escapado al País

Dorado o en verdad lo han secuestrado? Mientras no aparezca esa bola de estiércol, seguiré siendo caballito de batalla del tai-pan.

Estoy cansado de hacer ese papel. La recompensa de 100,000 por John Chen es dinero bien invertido.

Por él yo pagaría doce veces esa cantidad… por él y por su inmunda moneda. Gracias a todos los dioses que puse espías en la casa de la Casa Noble de Chen.

Apuntó con energía en dirección a la playa:

—¡De prisa, mi viejo! —ordenó al barquero—. ¡Tengo mucho qué hacer antes de la aurora!

19
2:23 p.m.

Aquel día era caluroso y muy húmedo, con un cielo sofocante y nubes que empezaban a acumularse.

Desde la hora de apertura no había habido tregua en las diligentes, ruidosas y sudorosas multitudes, dentro y fuera de la pequeña sucursal Aberdeen del banco Ho-Pak.

—No tengo ya más dinero para pagarle, Honorable Sung —susurró la empleada, azorada, con el limpio cuello de su *chong-sam* empapado en sudor—. ¿Cuánto necesita?

—Para el cliente Tok-sing, $7,457, pero debe de haber cincuenta personas más en espera.

—Vuelva a su ventanilla —respondía el gerente, no menos nervioso—. Dele largas al asunto.

Pretenda que está verificando mejor la cuenta. La oficina central me jura que otro envío salió de su edificio hace una hora... tal vez el tránsito de vehículos... Vuelva a su ventanilla, señorita Pang.

A toda prisa cerró la puerta de su oficina, al salir la chica y, sudoroso, tomó el teléfono una vez más:

—El Honorable Richard Kwang, por favor. Tengo prisa...

Desde que el banco había abierto con toda puntualidad a las diez de la mañana, cuatrocientas o quinientas personas se habían abierto paso hasta una de las tres ventanillas y exigido el dinero de su cuenta corriente y el de sus ahorros íntegro y luego, bendiciendo su hadó, habían vuelto a abrirse camino a empellones hasta salir de nuevo al mundo.

Los dueños de cajas de seguridad habían pedido entrada a ellas. Uno por uno, acompañados de un oficial, habían bajado a la bóveda, en éxtasis o a punto de desmayarse por la sensación de alivio. Una vez allí, el oficial había hecho uso de su llave y el cliente de la suya; luego el primero se había retirado. Solo, en una atmósfera sofocante, el sudoroso cliente había bendecido a los dioses, porque su hado le había permitido ser uno de los afortunados. Luego sus manos temblorosas habían extraído los

valores o el efectivo o el lingote de oro o las joyas y todas las demás cosas secretas, para ponerlas en un portafolios o maleta o bolsa de papel, o bien atestarse de ellas los bolsillos, ya repletos de billetes. Luego, asustados de pronto, al verse con tanta riqueza y al mismo tiempo tan expuestos y vulnerables, con todos los haberes de su mundo individual, su felicidad se había evaporado y se retiraban cediendo a otro el lugar; otro que estaba tan nervioso como ellos y que al principio había tenido la misma sensación de éxtasis de alivio.

La línea había empezado a formarse mucho antes del amanecer. La gente de Four Finger Wu había ocupado los treinta primeros lugares. La noticia se había difundido como reguero de pólvora por la bahía, de suerte que otros se les habían unido en un instante y luego otros más, y al final todo aquel que tenía una cuenta de cualquier especie, había engrosado las filas a medida que la novedad se difundía más y más. Para las diez dé la mañana, la muchedumbre nerviosa y ansiosa tenía ya proporciones de tumulto. Unos cuantos policías uniformados se paseaban entre la gente, silenciosos y vigilantes. Su presencia era tranquilizadora. A medida que pasaban las horas, iban llegando más. El número de los vigilantes era administrado con prudencia y esmero por la estación de policía de East Aberdeen. Hacia mediodía, un par de camionetas blindadas de servicio de seguridad se detuvo en uno de los callejones cercanos, acompañada dé un pelotón dé protección, especialmente adiestrado para controlar tumultos, al mando de oficiales europeos.

La mayoría de la gente eran simples pescadores y habitantes, de la región, tanto haklos como cantoneses. Tal vez de cada diez uno era nativo de Hong Kong. El resto eran emigrados recientes de Ta República Popular de China, el Reinó Medio) como llamaban ellos a su patria. Habían acudido en grandes números al santuario de Hong Kong, huyendo de los comunistas, de los nacionalistas, del hambre o simplemente de la pobreza, como sus antepasados lo habían hecho durante, más de un siglo.

De cada cien personas de la población de Hong Kong, noventa y ocho eran chinos, y esa proporción había sido la misma desde los principios dé la Colonia.

Cada persona que salía del banco informaba a cualquiera que

hacía preguntas, que a ella le habían pagado hasta él último céntimo. Aún así, todos los que esperaban seguían enfermos de temor. Todos tenían presente él derrumbe económico del año anterior, y una vida entera en sus aldeas nativas, de otros derrumbes y fracasos económicos, de fraudes, voraces prestamistas, gente que abusaba dé su posición, empleados corruptos, y en fin, recordaban 16 fácil que es que los ahorros de toda una vida se evaporen sin culpa propia ni ajena, en cualquier clase de gobierno, comunista, nacionalista o feudal. Durante cuatro mil años había estado sucediendo lo mismo.

Toda aquella gente detestaba la idea de depender de los bancos... Sin embargo, tenían qué guardar su dinero en efectivo en algún lugar seguro, puesto que la vida era lo que era y los ladrones eran tan abundantes como las pulgas. *Dew neh loh moh* a todos los bancos, pensaba la gran mayoría. Son inventos del demonio... ¡de los demonios extranjeros! Sí. Antes que los demonios extranjeros llegaran al Reino Medio, no existía el papel moneda, lo único que había era dinero real de plata, oro o cobre... especialmente plata y cobre ... Dinero que podían sentir y esconder, que nunca se evaporaba.

No como el papel inmundo. Las ratas pueden comérselo... y también a los hombres... El papel moneda es otro invento del demonio extranjero. Antes que él llegara al Reino Medio, la vida era buena; pero... ¿ahora? *Dew nehloh moh* a todos los demonios extranjeros!

Ese día, a las 8 de la mañana, el gerente del banco, Heno de ansiedad había llamado a Richard Kwang:

—...pero, Honorable Señor, i debe haber aquí ya quinientas personas, y la fila parte de aquí y se extiende a todo lo largo de la ribera!

—No preocuparse, Honorable Sung. Pague a todos los que quieran su dinero en efectivo. ¡No se preocupe! Simplemente hábleles. En su mayoría son pescadores supersticiosos. Convénzalos de que no retiren sus depósitos. Pero, a aquéllos que insistan, ¡págueles! ¡El Ho-Pak es tan fuerte como el Blacs o el Victoria! Decir que hemos rebasado nuestros límites es una mentira perversa. ¡Págueles!

Revise bien sus estados de cuenta y no se precipite con cada

cliente. Sea metódico.

En esa forma, el gerente y los empleados habían tratado de convencer a sus clientes de que no había motivo para estar ansioso y que los falsos rumores habían sido esparcidos por gente con malas intenciones.

—¡Claro qué usted puede llevarse su dinero, pero no crea...

—¡Ah, sí! Dele su dinero —decía el siguiente cliente de la fila—. Ella quiere su dinero, yo quiero el mío, y allá viene el hermano de mi esposa que quiere el suyo y allá afuera está mi tía que también viene por el suyo. ¡Ah, sí! ¡Y no dispongo de todo el día! Tengo que zarpar. Con el viento que tenemos, en unos días llegará la tormenta, y es preciso que antes logre una buena pesca...

Y el banco había empezado a pagar... todo lo que le pedían.

Lo mismo que los demás bancos, el Ho-Pak utilizaba sus depósitos para proporcionar préstamos a otros... toda clase de préstamos. En Hong Kong había pocos reglamentos y pocas leyes. Algunos bancos prestaban hasta el 80 por ciento de sus activos en efectivo, porque estaban seguros de que sus clientes nunca reclamarían su dinero, todos al mismo tiempo.

Pero aquel día era la excepción en Aberdeen. Por fortuna aquella no era más que una de las dieciocho sucursales en toda la Colonia. El Ho-Pak aún no se sentía amenazado.

Tres veces durante el día, el gerente había tenido que llamar pidiendo más efectivo a la Oficina Matriz en el Centro, y dos veces para pedir consejo.

A las diez y un minuto, Four Finger Wu estaba sentado a un lado del escritorio del gerente, con rostro sombrío, acompañado de Paul Choy y de Two Hatchet Tok, su guardaespaldas, que se mantenía de pie atrás de Wu.

—¿Quiere usted cancelar todas sus cuentas en el Ho-Pak? —preguntó azorado y tembloroso el señor Sung.

—Sí. Ahora mismo —contestó Wu, mientras Paul Choy asentía con la cabeza.

El gerente objetó con voz débil:

—Pero no tenemos to...

—¡Quiero todo mi dinero ahora mismo, en efectivo o en lingotes! —silbó furioso Wu—. ¿No entiende?

El señor Sung se sobresaltó. Marcó el número telefónico de

Richard Kwang y le explicó la situación en pocas palabras.

—Sí. Sí, amo —extendió la mano ofreciéndole el teléfono—. El Honorable Kwang quiere hablar con usted, Honorable Wu.

Sin embargo, no hubo esfuerzo de persuasión capaz de hacer cambiar de opinión al viejo marino.

—No, *¡Ahora!* Mi dinero y el de mi gente, *ahora*... Y además, el de las otras cuentas, las... ehm... las especiales, donde quiera que estén.

—Pero en esa sucursal no existe semejante cantidad de efectivo, Honorable Tío —objetó Richard Kwang con blandura—. Con gusto te daré un cheque de caja.

Wu explotó:

—¡No quiero cheques, quiero dinero! ¿No entiendes? ¡Dinero!

El viejo no entendía lo que era un cheque de caja, por eso el asustado Sung empezó a explicarle. Paul Choy se tranquilizó y confirmó:

—Eso está bien, Honorable Tío. Un cheque de caja es... El viejo rugió furioso:

—¿Cómo puede un pedazo de papel ser tan valioso como dinero en efectivo? ¡Yo quiero dinero, mi dinero, ahora mismo!

—Por favor permíteme hablar con el Honorable Kwang, Gran Tío —sugirió Paul Choy en tono conciliador, comprendiendo el problema—. Tal vez eso pueda servir de algo.

Wu asintió con la cabeza, pero siempre con un gesto agrio;

—Muy bien, habla, pero consigue mi dinero en efectivo.

Paul Choy, se presentó por teléfono y sugirió:

—Tal vez sea más fácil en inglés, señor —habló unos momentos y asintió con la cabeza, satisfecho—. Un momento; señor —volvió al haklo y explicó—. Gran Tío, el Honorable Kwang te dará el pago en obligaciones del gobierno, en oro o en plata, en su Oficina Matriz, y un documento que puedes llevar al Blacs o al Victoria para cobrar el resto. Pero si me permites sugerirte algo, como no tenemos caja fuerte donde poner todos esos lingotes, te convendría aceptar el cheque de caja del Honorable Kwang, con el que yo puedo abrirte cuentas en cualquier otro banco *en el acto.*

—*¡Bancos!* ¡Los bancos son trampas de langostino del demonio extranjero para atrapar a los langostinos civilizados!

Paul Choy había necesitado media hora para convencerlo. Luego

habían ido a la Oficina Matriz del Ho-Pak, pero Wu había dejado a Two Hatchet Tok con el tembloroso señor Sung.

—Tú te quedas aquí, Tok. Si yo no consigo mi dinero, ¡tú lo sacas de esta sucursal!

—Sí, amo.

Así pues, habían ido al Centro, y para mediodía, Four Finger Wu tenía ya nuevas cuentas, la mitad en el Blacs y la mitad en el Victoria. Paul Choy había quedado atónito al ver la cantidad de cuentas separadas que había sido necesario cerrar y abrir de nuevo, y de la cantidad de dinero en efectivo.

Veintitantos millones de HK.

A pesar de todas sus súplicas y explicaciones, el viejo marino se había negado a invertir una parte de su dinero vendiendo acciones de Ho-Pak al descubierto, pues decía que ése era un juego de ladrones *quai loh*. Por eso, Paul se le había escapado y había acudido a todos los corredores de bolsa que podía encontrar, para tratar de vender al descubierto, de su propia cuenta.

—Pero, muchachito querido, usted no tiene crédito. Claro que si me presenta la rúbrica de su tío o un pagaré por escrito, por supuesto...

Descubrió entonces que las firmas de corretaje eran europeas, casi exclusivamente, y en una inmensa mayoría británicas. No había una sola china. Todos los escaños en el mercado de valores estaban ocupados por europeos, y también en su gran mayoría, británicos. Pero no había ningún chino.

—Eso sencillamente no me parece justo; señor Smith —objetó Paul Choy.

—¡Oh! Temo que la gente del lugar, señor... señor... ¿señor Chee, me dijo usted? —Choy, Paul Choy.

—Ah, sí. Temo que a ninguna dé las personas de aquí le interesen en realidad las complicadas opéraciones modernas de corretaje y de bolsa... Supongo que usted sabe que la gente de aquí son inmigrantes... Cuando llegamos aquí,-Hong Kóng no era más que una roca desnuda.

—Sí. Pero yo sí estoy interesado. Señor Smith, en Estados Unidos; un corredor de bolsa...

—¡Ah, sí! Norteamérica... Estoy seguro de que allá hacen las cosas de otra manera, señor Chee. Si me perdona, tengo que irme...

buenas tardes...

Lleno de furia, Paul Choy había ido de un corredor a otro, pero siempre con el mismo resultado. Ninguno le prestaba apoyo sin la rúbrica de su padre.

Se sentó sobre una banca de la Plaza Memorial, cerca de los edificios de los Tribunales y de los rascacielos de Struan y de Rothwell-Gornt, miró la bahía y pensó. Luego entró a la biblioteca del Tribunal y convenció al pedante bibliotecario de que lo dejara entrar:

—Soy del bufete de Sims, Dawson y Dick —dijo con arrogancia —. Soy su nuevo abogado, venido de Estados Unidos. Necesitamos cierta información rápida sobre mercados de valores y corretaje.

—¿Reglamentos gubernamentales, señor? —le preguntó el viejo euroasiático, con el ánimo de ayudarle.

—Sí.

—No hay ningunos, señor.

—¿Cómo?

—Es decir, prácticamente no lo hay —el bibliotecario se dirigió a las estanterías.

La sección solicitada por el muchacho consistía en unos cuantos párrafos, perdidos en un tomo gigantesco. Paul Choy preguntó atónito: —¿Esto es todo?

—Sí, señor.

A Paul Choy le daba vueltas la cabeza.

—¡Esto quiere decir qué el mercado está abierto, completamente abierto!

Al bibliotecario le hizo gracia la sorpresa del joven: —Sí, en comparación con Londres o Nueva York. En cuanto al corretaje... bueno, cualquiera puede iniciarse como corredor de bolsa señor, con tal que alguien quiera vender acciones y haya quien quiera comprarlas, y ambos estén dispuestos a pagar comisión. El problema es que... ehm... las firmas que ya están en el negocio controlan el mercado por completo.

—¿Cómo puede hacerse reventar ese monopolio?

—¡Oh! Yo no querría que eso sucediera; señor. En realidad aquí en Hong Kong estamos a favor de la situación establecida.

—Entonces, ¿cómo puede uno abrir una brecha en ese bloque? ¿Tener parte en la actividad financiera?

—Dudo que usted pueda lograrlo, señor. Los... los británicos controlan todo con mucho cuidado— insinuó con delicadeza.

—Eso no me parece justo.

El anciano sacudió la cabeza y sonrió con amabilidad. Levantó los dedos índices juntos, sintiendo gusto hacia aquel joven chino que tenía enfrente, teniéndole envidia, envidia por su pureza de juicio y por su cultura norteamericana.

—Suponga que usted quiere jugar en el mercado, por propia cuenta, ¿me equivoco? —le preguntó con suavidad.

—¡Aha! —Paul Choy trató luego de encubrir su desliz y dijo tartamudeando—. Es decir... Dawson me dijo que tratara...

—Vamos, señor Choy... Usted no pertenece a Sims, Dawson y Dick —opuso el viejo, reprendiéndolo con cortesía—. Si ellos hubieran contratado a un norteamericano... lo cual habría sido una innovación inaudita, ¡oh! yo lo habría sabido, junto con otro centenar de personas, incluso mucho antes que usted llegara aquí. Usted debe ser el señor Paul Choy, sobrino del gran Wu Sang Fang, y acaba de llegar de Harvard, Norteamérica.

Paul Choy lo miró boquiabierto.

—¿Cómo lo sabe?

—Esto es Hong Kong, señor Choy. Es un lugar diminuto. Tenemos que saber lo que está sucediendo.

Así es como sobrevivimos. Ahora, ¿usted quiere realmente jugar en la bolsa de valores?

—Sí, señor...

—Manuel Pernera, soy portugués de Macao.

El bibliotecario sacó una pluma fuente y en hermosa caligrafía redactó una presentación al reverso de una de sus tarjetas personales.

—Aquí tiene. Ishwar Soorjani es un viejo amigo. El sitio de su negocio está precisamente frente a Nathan Road, en Kowldon. Es un parsi de la India y se dedica al negocio de divisas y cambio de moneda, y de cuando en cuando vende y compra acciones. Es posible que él le ayude... Pero recuerde, si le presta dinero o le abre crédito, será caro, así que no cometa ningún error.

—¡Uuuyyy! Gracias, señor Pernera —Paul Choy le extendió la mano.

Aunque sorprendido por el gesto, el hombre la tomó. Paul Choy

se la estrechó con calor. Luego se dispuso a salir a toda prisa, pero de pronto se detuvo.

—Perdone, señor Perriera… esto del mercado de valores. ¿Hay alguna probabilidad? ¿Cualquier cosa? ¿Hay alguna forma de conseguir una parte de la actividad?

Manuel Perriera tenía una cabellera de color plateado y manos largas y hermosas. Su rostro revelaba rasgos chinos muy acentuados. Se formó un juicio del joven. Luego le dijo en tono insinuante:

—Nada le impide a usted formar una compañía para establecer su propio mercado de valores, un mercado chino. Esa empresa está por completo dentro de la ley de Hong Kong… o mejor dicho, de la falta de ley —los ojos ancianos brillaron—. Lo único que necesita es dinero, contactos, conocimientos y teléfonos.

* * *

—Mi dinero, por favor —susurró con voz ronca la vieja *amah*—. Aquí está mi libreta de ahorros.

Tenía el rostro enrojecido por el calor que hacía dentro de la sucursal de Aberdeen del Ho-Pak. Era ya a la sazón las 2.50 de la tarde, y ella había estado esperando desde el amanecer. La vieja blusa blanca y los pantalones negros mostraban estrías de sudor. Por la espalda le caía una larga trenza de pelo entrecano.

—¡Ya, ya! No empujen —dijo a los que venían detrás de ella. ¡Ya les llegará su turno!

Con actitud de fastidio, la empleada del banco tomó la libreta y volvió a mirar el reloj. ¡Ah, sí!

Gracias a todos los dioses que cerramos a las tres —pensó—, y se preguntó con angustia, en medio del torturante dolor de cabeza que la agobiaba, cómo harían para cerrar las puertas con tanta gente agresiva aglomerada frente a las rejas y oprimida por los que aún no lograban entrar.

La cantidad, según la libreta de ahorros era de 323.42 HK. De acuerdo con las instrucciones del señor Sung, se tomó el tiempo necesario para hacer las cosas con exactitud. Recurrió a los archivos, tratando de taparse los oídos para no escuchar los ímpetus de impaciencia y los insultos que entre dientes habían estado

resonando en el banco durante horas. Se cercioró de que la cantidad fuera correcta, volvió a observar el reloj, al volver a su banquillo, abrió su cajón de efectivo, pero comprobó que no tenía suficiente dinero. Volvió a cerrarlo y se encaminó a la oficina del gerente. Un ímpetu de rabia subterránea recorrió el ánimo de todos los que estaban esperando. La empleada era una mujer de baja estatura y movimientos torpes. Los ojos de todos la siguieron, luego se posaron en el reloj y después en ella otra vez.

Llamó a la puerta de la oficina y la cerró después de haber entrado.

—No puedo pagarle a la vieja Ah Tam —dijo en tono de impotencia—. No me quedan más que 100

HK. He estado dándole largas al asunto todo lo que he podido...

El gerente Sung se enjugó el sudor del bigote y sugirió:

—Son ya casi las 3 de la tarde, señorita Cho. Que esta mujer sea su último cliente.

La condujo por una puerta lateral a la bóveda. La puerta de seguridad era muy pesada. La empleada se quedó boquiabierta al ver los anaqueles vacíos. Por lo común, a esa hora del día estaban llenos de relucientes fajos de billetes y de pilas de monedas de plata envueltas en papel. Los billetes sujetos con broches por centenares, millares y decenas de millares. Seleccionar las denominaciones después de haber cerrado era la tarea que a ella le gustaba más, junto con la sensación de acariciar esos sensuales paquetes de billetes nuevos, recién impresos.

—¡Oh, esto es terrible, Honorable Sung! —exclamó casi llorando.

Sus gruesas gafas estaban empañadas por el sudor y tenía el cabello ligeramente alborotado.

—Es sólo temporal, sólo temporal, señorita Cho. Recuerde lo que el Honorable Haply escribió en el *Guardian* de hoy.

Vació el último anaquel, comprometiendo así sus últimas reservas, lanzando una maldición contra el último envío que no llegaba aún.

—Aquí tiene.

Le entregó 15,000 a la vista, pidiéndole que firmara la nota respectiva, y tomó 15 para cada una de las otras dos empleadas. Con eso, la bóveda quedó vacía por completo.

Cuando el gerente volvió al salón principal, se produjo un leve rumor de excitación ante la aparente magnitud de la cantidad de dinero, de dinero en efectivo.

El mismo dio su porción a cada una de las otras dos empleadas y luego desapareció en su oficina de nuevo.

La señorita Cho estaba acomodando en orden el dinero en su cajón. Todos los ojos la observaban, tanto a ella como a las demás empleadas. Encima del escritorio dejó un fajo de 1,000. Rompió la franja que los sujetaba y con toda parsimonia contó 320 y tres billetes de uno, más el cambio. Volvió a contar la suma que entregaba y la deslizó sobre el mostrador. La anciana la introdujo en una bolsa de papel, y la siguiente persona de la fila se abrió paso hasta la ventanilla y le arrojó con altanería la libreta de ahorros:

—¡Aquí está, por todos los dioses! Quiero siete mil...

En ese momento, la campaña del reloj sonó, indicando que eran las 3 de la tarde. El señor Sung apareció en el acto y dijo én voz alta:

—Lo siento. Ya es hora de cerrar. Todas las empleadas, cierren su... —Sus últimas palabras se ahogaron en el rugido general de protesta de los clientes.

—¡Por todos los dioses! ¡Hemos estado esperando desde el alba...! *—Dew neh loh moh,* yo llevó aquí ocho horas .. 1

—¡Aaayyy! Págueme siquiera a mí... Tiene suficiente dinero.

—¡Oh, por favor, por favor, por favor!

En condiciones normales, el banco no habría hecho más que cerrar sus puertas y atender a los clientes que estaban adentro, pero esta vez, en un gesto obediente; las tres empleadas; asustadas, cerraron sus ventanillas en medio de la estruendosa protesta, pusieron su señal de CERRADO y se alejaron de la multitud de brazos estirados hacia ellas.

De repente, la muchedumbre que estaba dentro del edificio se convirtió en una chusma. I Los que se hallaban en primeras líneas se vieron empujados contra el mostrador, mientras los demás se esforzaban por introducirse al banco. Una chica lanzó un chillido al verse aplastada contra el mostrador. Muchas manos se abalanzaron sobre las rejas de las ventanillas, que eran más un adorno que una protección. Todo el mundo estaba enfurecido. Un viejo marino, que debía haber sido el siguiente cliente, estiró el brazo tratando de

forzar el .cajón de la empleada. La anciana *amah* se encontró aplastada por la turba enfurecida, y luchó por hacerse a un lado, aferrando con desesperación su bolsa de dinero. Una mujer joven perdió el equilibrio entre los empeñones y cayó entre los pies de más de un centenar de personas. Trató, de levantarse, pero el continuo agitarse de las piernas a su alrededor no se lo permitía. En su desesperación, mordió una pierna y consiguió tener el espacio suficiente para salir de aquella madeja, con las medias desgarradas, el *chong-sam* roto y presa del pánico. Su reacción de horror encendió más a la chusma, y alguien gritó:

—¡Maten a ese hijo de ramera sin madre..!

Un coro de voces le hizo eco:

—¡Mátenlooooooo!

Hubo una fracción de segundo de vacilación y luego, como un solo hombre avanzaron todos. —*¡Alto!*

La voz que lanzaba ese grito llenó por completo el recinto, al ser pronunciada primero en inglés, luego en haklo, después en cantonés y por fin otra vez en inglés.

El silencio que se produjo fue general e imponente.

El jefe de la policía uniformado se puso de pie frente a la multitud, inerme y sereno y con un megáfono eléctrico en la mano. Había entrado por la puerta posterior a una de las oficinas internas y estaba de pie frente a ellos.

—Son las tres de la tarde —dijo con voz tranquila en haklo—. La ley dice que los bancos cierran a esta hora. Este banco está ya cerrado. Vuelvan todos a casa, por favor... ¡Y en orden!

Se produjo otro silencio. Esta vez la ira era más intensa. Luego se oyó un murmullo creciente que remató en la voz sumisa de un hombre que comentó con furia:

—Y, ¿qué va a pasar con mi inmundo dinero .. ?

Otros empezaron a corear el comentario, pero el oficial de policía avanzó con rapidez, con gran rapidez hasta llegar al que había empezado a protestar. Sin temor alguno, levantó la parte superior del mostrador y se dirigió al cliente molesto, por en medio de la muchedumbre, que retrocedió.

—Mañana —dijo al fin el policía, en tono amable, haciéndole sentir todo el peso , de su estatura, muy superior a la de él—. Mañana se le entregará todo su dinero...

El hombre bajó la vista, sintiendo profundo odio hacia aquel ojo azul de pescado y detestando la cercanía de un demonio extranjero. Con actitud tétrica dio un paso atrás.

El oficial miró a todos los demás, directamente a los ojos: —¡Usted, el de allá atrás! —ordenó, seleccionando en el acto al hombre con cuidado inequívoco—. ¡Dése vuelta y deje salir a los demás!

Su voz era imperativa, pero tenía siempre, un tono de tranquila seguridad.

En un gesto obediente, el hombre hizo lo que se le ordenaba. La chusma volvió a ser una simple multitud. Tras un momento de vacilación, otra persona dio vuelta y se abrió paso hacia la puerta.

—*¡Dew neh loh moh!* —exclamó en tono agrio—. ¡Dense prisa, no puedo estar aquí todo el día!

Todos empezaron a caminar hacia la salida, murmurando y furiosos, pero en orden, uno por uno. Sung y las empleadas se enjugaron el sudor de la frente y luego se sentaron temblorosos detrás del mostrador, que les brindaba protección.

El jefe de la policía ayudó a la anciana *amah* a levantarse. En la comisura de los labios tenía un hilillo de sangre.

—¿Se siente mal, Anciana Dama? —le preguntó en haklo.

Ella se quedó mirándolo, sin entender. El policía repitió la pregunta en cantonés.

—¡Ah! No, no. Estoy bien. Gracias, Honorable Amo —contestó con voz ronca, sin dejar de aferrar con fuerza su bolsa de papel contra el pecho.

La anciana se escurrió entre la multitud y desapareció. El recinto quedó vacío. El inglés salió a la acera, detrás de la última persona y se mantuvo de pie frente a la entrada, silbando sin ton ni son, mientras los veía alejarse poco a poco.

—¡Sargento!

—¡Sí, señor!

—Ya puede dejar ir a sus hombres. Mañana a las nueve traiga aquí un pequeño destacamento.

Levanten barreras y deje que estos insectos entren al banco de tres en tres. Usted y cuatro hombres serán suficientes para esa tarea.

—Sí señor —concedió el sargento y saludó a su superior.

El Inspector en Jefe volvió al banco. Cerró la puerta principal y

sonrió al gerente Sung.

—¿Bastante humedad esta tarde, verdad? —le dijo en inglés, para reconocer su categoría.

En efecto, todos los chinos cultos de Hong Kong se enorgullecen de hablar el idioma internacional.

—Sí, señor —contestó Sung, todavía nervioso.

En condiciones normales, sentía gran simpatía y admiración hacia ese oficial. Sí —pensó—. Pero ésa era la primera vez que había visto de cerca a un *quai loh* con el ojo del mal, suficientemente audaz para hacer frente a una chusma; solo, de pie frente a todos, como un dios del mal, atreviéndose a ordenarles que se movilizaran, dispuesto a vomitar fuego y azufre. Sung volvió a estremecerse.

—Gracias, Jefe Inspector.

—Vamos a su oficina, para tomar una declaración. —Sí. Si me hace el favor.

Sung hizo el esfuerzo de levantarse y .ponerse al frente de su personal, volviendo a asumir él mando.

—Todos ustedes pongan al corriente sus libros y cierren las operaciones —ordenó a sus empleados.

Condujo al jefe de policía a su oficina y se sentó. La alegría le inundó el rostro.

—¿Quiere una taza de té, inspector?

—No, gracias.

El jefe de policía C. C. Smyth tenía aproximadamente 1.75 de estatura, complexión robusta, cabello rubio y ojos azules, y un rostro tenso. Sacó un fajo de papeles y los puso sobre el escritorio.

—Estas son las cuentas de mis hombres. Mañana a las nueve, usted cancelará sus cuentas y les pagará. Entrarán por la puerta posterior.

—Desde luego. Tendré gusto en servirles. Pero voy a perder prestigio si tantas cuentas valiosas se van de mi banco. Esta institución es tan segura hoy como ayer, inspector.

—No lo dudo. Sin embargo... mañana a las nueve. En efectivo, por favor.

Le entregó otros papeles y cuatro libretas de ahorros.

—Yo acepto un cheque de caja por todas éstas, ahora mismo.

—Pero... inspector, el día de hoy fue fuera de lo común. No hay

problema con el Ho-Pak. Estoy seguro de que usted pue...

—Ahora mismo —insistió Smyth con una sonrisa amable—. Los talones de retiro están firmados y en regla.

Sung los revisó. Todos eran nombres chinos; él sabía que se trataba de nominataríos, de nominataríos de aquel hombre cuyo sobrenombre era La Víbora. Las cuentas sumaban un total de 850,000 HK. Y esto es sólo en esta sucursal —pensó, impresionado por el talento de La Víbora. ¿Qué será en el Victoria, en el Blacs y en todas las demás sucursales de Aberdeen?

—Muy bien —concedió con desaliento—. Pero lamentaré mucho ver que tantas cuentas se van de este banco.

Smyth volvió a sonreír y preguntó:

—¿No todo el Ho-Pak está en bancarrota, supongo?

—-i Oh, no, inspector! —repuso Sung consternado—. Tenemos activos declarados por valor de mil millones de HK, y reservas en efectivo por varias decenas de millones. Se trata sólo de esta gente sencilla... un problema de falta de confianza, pasajero. ¿Vio usted la columna del señor Haply en el *Guardian?*

—Sí.

—Bueno —la expresión del rostro de Sung se ensombreció—. Perversos rumores esparcidos por tai-pans celosos y por otros bancos... Si Haply lo asegura, no cabe duda de que es la verdad.

—¡Por supuesto! En fin, el hecho es que estoy muy ocupado esta tarde.

—Sí, claro. Lo haré sin tardanza. Yo... ehm. vi en el periódico que había capturado a uno de esos malignos licántropos

—Sospechamos de una triada, señor Sung Pero es sólo una sospecha.

Sung se estremeció.

—¡Demonios! Pero ustedes los atraparán a todos... ¡demonios... mire que mandar una oreja...! Deben ser extranjeros. Apuesto a que son extranjeros pero, no me haga caso. Aquí tiene, señor. Ya están hechos los cheques...

Alguien llamó a la puerta. Un cabo entró y saludó.

—Perdón, señor. Allá afuera está una camioneta blindada del banco. Dicen que vienen de la Oficina Matriz del Ho-Pak.

—¡Ah, sí! —dijo Sung, con gran alivio—. ¡Ya era tiempo! Prometieron hacer la entrega a las dos de la tarde. Es más dinero.

—¿Cuánto? —preguntó Smyth.

—Medio millón —se adelantó a contestar el cabo, entregando la declaración escrita—. Era un hombre dé baja estatura, expresión inteligente y ojos vivarachos.

—Bueno —comentó Smyth—, muy bueno. Señor Sung, eso le aliviará la presión, ¿no es cierto?

—Sí. Sí, ya lo creo.

Sung observó que los dos hombres lo miraban y sin titubear dijo en tono entusiasta:

—Si no hubiera sido por usted y sus hombres ... Con su permiso, quiero hablar ahora con el señor Richard Kwang. Estoy seguro de que para él, como para mí, será un placer ofrecer una modesta contribución a su fondo voluntario de policía, como prueba de nuestra gratitud.

—Es una delicadeza de su parte, pero no.es necesario, señor Sung.

—Pero yo perdería mucho prestigio si usted no acepta, inspector.

—Usted es muy amable —insistió Smyth. ¡

En verdad él sabía que sin su presencia en el banco y la de sus hombres afuera, Sung y los empleados y muchos más habrían muerto.

—Gracias, pero no es necesario —insistió, y tomó los cheques de caja y se marchó., El señor Sung volvió a suplicar al cabo, quien al fin mandó llamar a su superior. El sargento divisional Mok también declinó la oferta.

—Veinte mil veces, —dijo, agradeciendo.

Pero el señor Sung insistió, y con mucho acierto. Al fin Richard Kwang con la misma complacencia y satisfacción que Sung, aprobó el donativo no solicitado de 20,000 HK en efectivo inmediato.

—Aquí lo tiene, con la inmensa gratitud del banco, sargento divisional Mok.

—Gracias, Honorable Gerente Sung —respondió Mok con cortesía. Se lo guardó en el bolsillo, satisfecho de estar en la división de La Víbora, y muy impresionado por el hecho de que 20,000 era la cifra exacta del mercado que este último había considerado como pago justo por el trabajo de aquella tarde.

—Espero que su gran banco se mantenga solvente y supere esta

tormenta con su talento especial. Mañana las operaciones se harán con orden, por supuesto. Estaremos aquí a las nueve de la mañana, para recoger nuestro efectivo...

* * *

La anciana *amah* seguía sentada sobre la banca de la muralla de la bahía, tratando de reponerse de la fatiga del banco. Le dolían las costillas pero, en fin, siempre, le dolían —pensó con resignaciónr— El hado. Se llamaba Ah Tam. Se disponía ya a levantarse, cuando un joven llegó de repente y le ordenó:

—¡Siéntate, Vieja, quiero hablar contigo!

Era un individuo de baja estatura, regordete, de veintiún años y con la cara salpicada de marcas de viruela. —¿Qué traes en esa bolsa?

—¿Qué cosa? ¿Cuál bolsa?

—La bolsa esa de papel que traes escondida entre tus harapos apestosos.

—¿Esta? No es nada, Honorable Amo. Es mi pobre compra que...

El se sentó en la banca a su lado, se inclinó hacia ella y susurró:

—¡Calla el hocico, vieja bruja! Te vi salir del mierda banco. ¿Cuánto traes allí?

La anciana se aferró desesperada a la bolsa, con los ojos cerrados por el terror, y apenas pudo decir:

—¡Son todos mis ahorros, Honor....

El le arrebató la bolsa y la abrió:

—¡Uuuyyy!

Los billetes eran viejos. Los contó:

—Trescientos veintirés: HK —comentó con desprecio—. ¿De quién eres amah? ¿De un pordiosero?

No has sido muy lista en esta vida:

—¡Sí, tienes ¡razón, Amo! —concedió ella, mirándolo con sus pequeños ojos negros.

—Mi *h'eung yáu* es del 20 por ciento —dijo el muchacho, empezando a contar los billetes.

—Pero, Honorable Señor —protestó la anciana, ya con voz lastimera— 20 es demasiado. Será para mí un honor que aceptes 5, con el agradecimiento de una pobre vieja.

—¡Quince!

—¡Seis!

—¡Diez! Es mi última palabra, y no dispongo de todo el día...

—Pero, señor. Tú eres, joven y fuerte. Con toda seguridad eres un 489. Los fuertes deben proteger a los viejos y a los débiles.

—Es verdad,, es verdad —pensó un momento, deseoso de ser justo—. Muy bien, 7 por ciento.

—¡Oh! Qué generoso eres, señor, gracias. Gracias.

Con gran alegría, la anciana lo vio contar 22 HK. Luego metió mano al bolsillo y contó 61 céntimos.

—Toma —dijo él a la anciana, entregándole el cambio y devolviéndole el resto de su dinero.

Ella le dio las gracias en los. términos más expresivos, feliz del negocio que había logrado hacer. ¡Por todos los dioses! —pensó en el éxtasis de su felicidad—. ¡Siete por ciento en vez de... bueno al menos quince habrían sido justos¡

—¿Tú también tienes dinero en el Ho-Pak, Honorable Señor? —le preguntó con toda cortesía

—Claro —contestó él, dándose importancia, como si fuera cierto . La cuenta de mi Hermandad ha estado allí durante años. Tenemos... —en su mente duplicó la cantidad que había pensado al principio— más de 25,000 en está sucursal. -

—¡Aaayy! —gimió la anciana—. ¡Ser tan rico! Desdé el primer momento en que te vi, supe que eras 14K ... y con toda seguridad un Honorable 489.

—Soy más que eso —contestó el muchacho con arrogancia, sin titubear y en tono de fanfarronería—. Yo soy... —pero se detuvo, al recordar la advertencia de su jefe de ser cauteloso.

Por eso no completó la frase diciendo soy Kin Sop-ming, Smallpox Kin. Uno de los famosos licántropos, y somos cuatro en total.

—Sigue tu carrera, vieja —le dijo, cansado de estar con ella—. Tengo cosas más importantes que hacer que estar hablando contigo.

Ella se levantó, hizo una inclinación y sus ojos descubrieron al hombre que estaba en la fila, delante de ella. Era cantoñés, como ella. Un tendero regordete al que conocía, dueño de un puesto callejero de aves de corral en uno de los proficuos mercados de Aberdeen.

—Sí, me voy —dijo con voz ronca—. Pero si quieres otro cliente, estoy viendo a uno fácil. Estaba en la fila antes de mí. Retiró más de 8,000.

—¡Oh! ¿Dónde? ¿Dónde está? —preguntó ansioso el joven.

—¿Por un 15 por ciento?

—¡Un siete, y es definitivo, siete!

—De acuerdo. Mira hacia allá —susurró la anciana—. Aquel hombre gordo, inflado como mandarín ... el de la camisa blanca... El que está sudando como si acabara de gozar de las nubes y la lluvia.

—Ya lo veo...

El muchacho se levantó y caminó con agilidad para salirle al encuentro. Lo alcanzó al llegar a la esquina de la calle. El hombre sintió que la sangre se le helaba en las venas. Regateó un poco y convino en un 16 por ciento. Luego se alejó a toda prisa, bendiciendo su agudeza mental. El muchacho volvió a encontrarse con la anciana.

—Toma, Anciana —le dijo—. Ese cerdo traía 8,162. El 16 por ciento es...

—Un total de 1,305.92, y mi 7 por ciento de eso es 91.41 —dijo ella sin titubear.

El le pagó hasta el último céntimo, y ella convino en volver al día siguiente a buscarlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Ah Su, Amo —contestó, dándole un nombre falso—. ¿Y tú? Mo Wu-fang —dijo él, usando el de un amigo. —Hasta mañana —se despidió la anciana alegremente. Volvió a darle las gracias y se alejó, feliz de las utilidades de ese día.

Las de él también habían sido pingües. Traía más de 3,000 en los bolsillos que esa mañana no guardaban más que lo suficiente para el pasaje del autobús. Y todo había sido don gratuito; porque él había venido de Glessing Point a Abérdeen a mandar otra nota de rescate a la Casa Noble de Chen.

—Lo hacemos por seguridad —había dicho el jefe, su padre—. Para poner a la mierda policía sobre una falsa pista.

—Pero no nos traerá dinero —había respondido él a su padre y a los demás, con acrimonia—. ¿Cómo vamos a entregar al inmundo hijo, si ya está muerto y sepultado? ¿Pagarías tú, sin una prueba de

que la persona está viva? ¡Claro que no! Fue un error golpearlo con la pala.

—Pero el desgraciado trataba de escapar —objetó su hermano.

—Es cierto, Hermano Menor. Pero el primer golpe no lo mató, sólo le dobló un poco la cabeza ¡No debiste hacer más!

—No lo habría hecho, pero los espíritus del mal se me metieron y le di más golpes. ¡No fueron más que cuatro! ¡Aaayyy! Pero estos individuos de clase alta tienen el cráneo blando.

—Sí, tienes razón —había dicho su padre.

El viejo era de baja estatura, poco pelo y muchos dientes de oro. Se llamaba Kin Min-ta, Baldhead Kin.

—*Dew neh loh moh,* pero ya está hecho. No tiene objeto recordarlo. El hado. ¡La culpa fue de él por tratar de escapar! ¿Has visto la primera edición de *The Times!*

—No. Aún no, padre —había contestado.

—Mira. Déjame leértela. «El jefe de toda la policía dijo hoy que habían arrestado a una triada que sospechan ser uno de los licántropos, la peligrosa camarilla de criminales que secuestró a John Chen. Las autoridades esperan tener el caso resuelto de un momento a otro».

Todos rieron satisfechos: él, su hermano menor, su padre y el último miembro, su muy buen amigo Dog-Eared Chen (Pun Po Chen), pues sabían que todo eso eran mentiras. Ninguno de ellos era triada, ni tenía relaciones con triada alguna, y ninguno había sido atrapado jamás por motivos criminales, aunque sí habían formado su Hermandad, y de tiempo en tiempo su padre había estado al frente de un pequeño sindicato de juegos de azar en North Point. El padre había sido quien había propuesto el primer secuestro. ¡Ah, sí! Y había sido una idea luminosa —pensaba al recordarlo—. Y cuando John Chen por desgracia se había dado muerte a sí mismo, tratando de huir en forma estúpida, había sido también el padre quien había propuesto que se le cortara la oreja y se enviara al padre de John Chen para pedir el rescate.

—Haremos que su mal hado sea el bueno nuestro. «¡Matar a uno para aterrar a diez mil!» Mandar la oreja llenará de pavor a todo Hong Kong. ¡Nos hará famosos y nos hará ricos!

Sí —pensó, mientras tomaba sentado el sol en Aberdeen. Pero todavía no hemos conseguido nuestras riquezas. ¿No le dije a mi

padre esta mañana —No me importa ir adonde quieras para mandar la carta, Padre. Es razonable. Es lo que ordenaría Humphrey Bogart. Sin embargo, sigo creyendo que no va a procurarnos ningún rescate?

—¡Tú no pienses y escúchame! Tengo un nuevo plan, digno de Al Capone. Esperaremos unos días. Luego llamaremos por teléfono a la Casa Noble de Chen. Si no conseguimos efectivo inmediato, ¡nos traemos al jefe de personal nativo en persona! ¡Al mismo Gran Maestre Chen!

Todos se habían quedado contemplándolo azorados.

—Sí. Eso es por si no creen que pague sin tardanza después que le hemos enviado la oreja de su hijo... ¡Ah! Y por supuesto, le diremos que era la oreja de su hijo... tal vez incluso desenterremos el cuerpo para enseñárselo... ¿Qué tal?

La cara de Smallpax Kin se llenó de alegría al recordar como habían reído todos. ¡Oh! ¡Cómo se habían reído! Había sido necesario sujetarse el vientre y casi rodar por el piso de su departamento.

—Volvamos al negocio. Dog-Eared Chen, necesitamos tu consejo otra vez.

Dog-Eared Chen era un primo lejano de Jhon Chen y trabajaba para él como gerente de una de las muy numerosas compañías Chen.

—Tu información sobre el hijo fue perfecta. Tal vez puedes proporcionarnos la relativa al padre también...

—Claro, Honorable Jefe —había respondido Dog-Eared Chen—. Esa es fácil. Es un hombre de costumbres, que se asusta con facilidad. Lo mismo sucede con su *tai-tai*... ¡Ah, sí! ¡Esa ramera melosa conoce bien el lado de la cama en que duerme! Pagará sin la menor tardanza con tal de rescatarlo pronto. Estoy seguro de que esta vez él colaborará con gusto. Pero tendremos que pedir el doble de lo que habíamos decidido, porque él es un próspero hombre de negocios. He trabajado para ese mierda Casa de Chen toda mi vida, así que sé bien la clase de Amo que es.

—Excelente. Entonces, por todos los dioses dihos cómo y cuándo debemos secuestrar al Chen número uno de la Casa.

20
4:01 p.m.

Sir Dunstan Barre fue introducido a la oficina de Richard Kwang con la deferencia que él consideraba que se le debía. El edificio del Ho-Pak era pequeño y sin pretensiones, sobre la calle Ice House, en el distrito central, y la oficina era como la mayoría de los despachos chinos, pequeña, poco espaciosa y nada llamativa. Era un lugar de trabajo, no de ostentación. La mayoría de las veces, dos o tres personas compartían una misma oficina, atendiendo dos o tres negocios diferentes, utilizando el mismo teléfono y la misma secretaria para todo. Y... ¿por qué no? —razonaría un hombre sabio —. Una tercera parte de los gastos representa más utilidades por la misma cantidad de trabajo, o Ahora bien, Richard Kwang no compartía su oficina con nadie. Sabía que eso no era grato a sus clientes *quai Iqh,* y los pocos que tenía eran importantes para su banco y para él en cuanto a prestigio, y por razón de las utiHdades colaterales, muy deseadas, que podrían derivarse de eííos. Una de ellas era lo posible y... ¡oh, muy importante! elección como miembro con voto del Club Turf, súper exclusivo, o la pertenencia como miembro del Club de Golf de Hong Kong o del Club de Cricket, o bien de *el* Club por excelencia... o incluso de cualquiera de los otros clubes de menor importancia, aunque no menos exclusivos, que estaban controlados con mucho rigor por los tai-pans británicos de los grandes *hqngs,* donde se hacían todos los negocios verdaderamente grandes.

—Hola, Dunstan —saludó con amabilidad—. ¿Cómo andan las cosas?

—Bien... y tú ¿cómo estás?

—Muy bien. Mi caballo tuvo un magnífico entrenamiento esta mañana.

—Sí, yo estuve presente en la pista. —¡Oh! No te vi...

—Me aparecí sólo un par de minutos. Mi caballo castrado tiene un poco de temperatura...Tal vez tengamos que sacarlo de la competencia del sábado. Pero Butterscotch Lass volaba

materialmente esta mañana.

—Casi superó las marcas de la pista. Creo que por todos conceptos debe hacer la prueba el sábado.

Barre ahogó una risa de satisfacción y comentó:

—Hablaré de eso contigo antes de Ja hora de las carreras y podrás decirme la historia privada del animal... Nunca puede uno fiarse de los entrenadores y los jinetes... ¿no crees? ¡Ni de los tuyos, ni de los míos, ni de nadie!

Hablaron de cosas intrascendentes, y al fin Barre entró en materia. Richard Kwang trató de disimular la fuerte impresión que le produjo.

—¿Dijiste cancelar todas tus cuentas corporativas?

—Sí, mi viejo, hoy mismo. Yo lo siento, y me apena, pero mi junta directiva piensa que es lo prudente por el momento, hasta que tú log...

—No me digas que tú crees que estamos en dificultades... —Richard Kwang rió— ¿No leíste el artículo de Haply en el *Guardian?* Se trata de «perversas mentiras difundidas por ciertos tai-pans y cierto banco importante...»

—¡Ah, sí, lo vi! Es otro montón de sus clásicas necedades, diría yo. ¡Es ridículo! ¿Difundir rumores?

¿Por qué querría nadie hacer semejante cosa? No. Hablé con Paul Havergill y con Southerby esta mañana y me dijeron que será mejor que esta vez Haply se fije bien en lo que dice si trata de insinuar que son ellos los culpables, porque de lo contrario, lo demandarán por calumnias. ¡Ese jovencito merece una azotaina! En fin... yo quería un cheque de baja, ahora mismo ... Lo lamento, pero tú sabes como son las juntas directivas.

—Sí, sí. Lo sé.

Richard Kwang conservó la sonrisa superficial, pero en su interior aborreció más que nunca a aquel hombre corpulento y ostentoso. Sabía bien que la junta directiva no era más que un sello que se ponía a las decisiones de Barre.

—No tenemos ningún problema. Somos un banco de mil millones de dólares. Lo sucedido en la sucursal de Abérdeen no es más que la reacción de ún montón de supersticiosos de la región.

—Sí, lo sé —Barre observó a su interlocutor—. Supe que tenías unos cuantos problemas en tu sucursal de Mong Kok esta tarde, y

también en Tsim Sha Tsui... en Sha Tin, en los Nuevos Territorios, e incluso, ¡Dios nos proteja!, en Lan Tao...

La isla de Lan Tao estaba a unos diez kilómetros al este de Hong Kong, y era la mayor de todo el archipiélago de cerca de trescientas islas, que formaban toda la Colonia. Sin embargo, estaba casi despoblada, porque carecía de agua.

—Unos cuantos clientes retiraron el dinero de sus cuentas de ahorros —dijo Richard Kwang con aire despectivo—. Eso no quiere decir que haya dificultades.

Pero en realidad las había. El era consciente de ello y temía que todo el mundo lo supiera. Al principio no había sido más que Aberdeen. Luego, durante el día, sus otros gerentes habían empezado a llamar con ansiedad cada vez mayor. Tenía dieciocho sucursales en toda la Colonia. En cuatro de ellas, las cancelaciones de cuentas habían sido absurdas y considerables. En Monk Kok, que era un emporio de actividad dentro de la laboriosa ciudad de Kowloon, se había formado una larga hilera en las primeras horas de la tarde. Todos pedían hasta el último céntimo de su dinero. No había tenido las aterradoras proporciones de Aberdeen, pero sí era lo suficiente para constituir un indicio de pérdida de confianza.

Richard Kwang podía entender que-las aldeas marítimas hubieran tenido noticias de las cancelaciones de cuentas de Four Finger Wu, y que todos se apresuraran a seguir su ejemplo. Pero, ¿qué sucedía en Mong Kok? ¿Por qué en ese lugar? ¿Y por qué Lan Tao? ¿Por qué en Tsim Sha Tsui, que era su sucursal más próspera, situada casi al lado de la activa terminal del Golden Ferry, por donde pasaban todos los días 150,000 personas que iban a Hong Kong o venían de allá? ¡Aquí hay una conspiración!

¿Será mi enemigo y rival irreconciliable Smiler Ching el que está detrás de esto? ¿Serán esos hijos de ramera, cerdos celosos del Blacs o del Victoria?

¿Será ese escuálido montón de estiércol de Havergill el que organiza el ataque? ¿O será Compton Southerby del Blacs? Este siempre me ha detestado. ¡Esos inmundos *quai loh* Pero, ¿por qué habrían de atacarme a mí? Por supuesto, como banquero soy muy superior a ellos y tienen celos de mí, pero mis negocios son con gente civilizada y casi no tienen que ver con ellos. ¿Por qué? ¿O de alguna manera habrá corrido el chisme de que contra mi mejor

opinión y a pesar de mis objeciones, mis socios que controlan el banco han estado insistiendo en que yo consiga dinero corto y barato y haga préstamos a largo plazo con intereses altos sobre negocios de inmuebles, y ahora, debido a su necedad, hemos extendido nuestras operaciones más de lo conveniente y no podemos resistir una fuga de capital?

Richard Kwang quería gritar y lanzar alaridos y arrancarse el cabello. Sus socios secretos eran Lando Mata y Tightfist Tung, accionistas principales del sindicato , del juego y del pro en Macao, junto con,Smuggler,Mo, que diez años antes le había ayudado a organizar y financiar el Ho-Pak.

—¿Leíste las predicciones de Old Blind Tung de esta mañana? —preguntó todavía sonriendo.

—No. ¿Qué dicen?

Richard Kwang encontró el diario y se lo mostró.

—Todos los augurios demuestran que estamos preparados para una gran bonanza. El ocho de la fortuna está por donde quiera en los cielos, y nosotros estamos en el octavo mes. M[í cumpleaños es el día ocho del octavo mes...

Barre leyó la columna. No obstante su . incredulidad para todo lo relacionado con videntes, había estado demasiado tiempo en Asia, para despreciarlos por completo. El corazón le palpitó con fuerza.

Qld Blind Tung tenía una gran reputación en Hong Kong.

—Si le das crédito, estamos a punto, de tener la máxima bonanza en la historia del mundo —comentó Barre.

—El suele ser mucho más reservado, ¡Ah, sí! Eso sería bueno, ¿no te parece?

—Más que bueno, pero... mientras tanto Richard, viejo querido, vamos a concluir nuestro negocio.

¿Quieres?

—Por supuesto. Esto no es más que una tempestad en un vaso de agua, Dunstan. Estamos, más fuertes que nunca... Nuestros valores apenas han bajado un punto.

Al abrir el mercado, había habido un cúmulo de pequeñas ofertas para vender. Si no hubieran obtenido una reacción inmediata, habrían hecho que los valores del banco se desplomaran. Richard Kwang había ordenado en el acto a sus corredores que

compraran más y más. Esto había estabilizado sus acciones. Durante el día, para conservar la posición, había tenido que comprar casi cinco millones de acciones, que representaban un número inusitado de operaciones en un solo día. Ninguno de sus expertos podía decir con exactitud quién estaba vendiendo en grande. No había razón para una falta de confianza, excepto las cancelaciones de cuentas de Four Finger Wu. ¡Qué todos los dioses maldigan a ese viejo demonio y a su inmundo y demasiado astuto sobrino, adiestrado en Harvard!

—¿Por qué no de…

El teléfono sonó.

—Perdóname! —dijo a su huésped y luego, por el teléfono, en tono cortante—. ¡Dije qué no quería interrupciones!

—Es el señor Haply, del *Guardian, y* asegura que es algo importante —le explicó Mary Yok, su secretaria, sobrina suya—. Además llamó la secretaria del tai-pan. Se ha anticipado para hoy en la tarde a las cinco la asamblea de la junta directiva de Nelson Trading. El señor Mata llamó para avisar que él también asistirá.

El corazón de Richard Kwang dejó de latir unos instantes. ¿Por qué? —se preguntó aterrado. *Dew neh loh moh…* se suponía que se había pospuesto hasta la semanan entrante. *Oh ko* ¿por qué? Soslayó con agilidad esa cuestión, para pensar en Haply. Decidió que contestar su llamado en ese momento, en presencia de Barre, era demasiado peligroso.

—Dígale que lo llamaré en unos minutos —sonrió al viejo de rostro rubicundo que tenía delante y sugirió—. Espera uno o dos días, Dunstan. No tenemos problemas.

—No puedo, mi viejo. Lo siento. Tuvimos una reunión especial. Tengo que dejar esto arreglado hoy.

La junta insistió.

—Hemos sido generosos en el pasado… Tú tienes ahora cuarenta millones nuestros al descubierto… Nos hemos lanzado a una empresa conjunta de setenta millones en tu nuevo programa de construcciones…

—Sí, en efecto, Richard, y tus utilidades van a ser muy considerables. Pero eso es . harina de otro costal, y esos préstamos se negociaron de buena fe hace meses y se resolverán de buena fe cuando se venzan. Nosotros nunca hemos fallado en un pago al Ho-Pak ni a nadie más.

Barre le devolvió el periódico y con él unos documentos firmados con el sello de su corporación. Al hacerlo, explicó:

—Las cuentas están consolidadas, así que un cheque será suficiente.

La cantidad superaba un poco los nueve millones y medio.

Richard Kwang firmó el cheque de caja y sonrió a Sir Dunstan Barre en señal de despedida. Luego, cuando se sintió seguro, maldijo a todos los que tenía a la vista y volvió a su oficina, azotando la puerta al entrar. Dio un puntapié a su escritorio y luego tomó el teléfono para ordenar a gritos a su sobrina que se comunicara con Haply. Casi rompió el auricular, al arrojarlo sobre el aparato.

—*Dew neh loh moh*... ¡para todos los inmundos *quai loh*—chilló, levantando los puños contra el techo; eso lo hizo sentirse mejor—. ¡Ese bola de carne de perro! Me pregunto... ¡oh! Me pregunto si podría conseguir que la Víbora prohibiera toda clase de hileras de gente mañana... Tal vez él y sus hombres podrían romper unos cuantos brazos...

En actitud sombría, Richard dejó que su mente divagara. Había sido un día asqueroso. Había empezado mal en la pista. El estaba seguro de que su entrenador o su jinete había estado dando a Butterscotch Lass píldoras estimulantes, para que corriera a mayor velocidad y aumentaran sus probabilidades ... para esa sazón debía ser la favorita... Después, el sábado interrumpiría las dosis de píldoras, apoyaría a un extraño y se retiraría con la ganancia, sin aparecer como beneficiario. ¡Inmundos huesos de perro todos ellos! ¡Embusteros! ¿Creen qué soy dueño de un caballo de carreras, para perder dinero? Carraspeó y escupió en el recipiente.

¡Ese Barre, hocico de gusano, y ese tío Wu, hueso de perro! Sus cancelaciones se llevan casi todo mi efectivo. No importa. Con Lando Mata, Smuggler Mo, Tightfist Tung y el tai-pan estoy bastante seguro. ¡Ah, sí! Tendré que gritar y aullar y maldecir y llorar, pero nada puede realmente hacerme daño a mí ni al Ho-Pak. Soy demasiado importante para ellos.

Sí. Había sido un día asqueroso. El único suceso luminoso había sido su reunión de esa mañana con Casey. Había disfrutado contemplándola, había disfrutado ese americanismo suyo del aire libre, de olor grato, ágil y vivaz. Habían jugado esgrima con

habilidad y gusto sobre operaciones d& financiamiento y se sentía seguro de captar todos sus negocios o por lo menos buena parte de ellos. A todas luces, las utilidades serían enormes. Ella es tan ingenua —pensó—. Sus conocimientos de la banca y las finanzas son impresionantes pero, ¡del mundo asiático ni un comino! Es tan ingenua, mostrándose tan abierta en cuanto a sus planes... ¡Gracias a todos los dioses por los norteamericanos!

—A mí me encantan los Estados Unidos, señorita Casey. Sí. Voy allá dos veces al año, a comer buenos biftecs, a Las Vegas y... por supuesto, a hacer negocios.

¡Aaayyy! —pensó con regocijo—. Las prostitutas del País Dorado son las mejores y más accesibles *quai loh* del mundo... ¡y las *quai loh* son tan baratas comparadas con las chicas de Hong Kong! ¡Oh, oh, oh! Me entran sentimientos tan gratos cuando me acuesto con ellas, con esas grandes axilas perfumadas, sus pechos, muslos y asentaderas tan bien formados —Pero lo mejor está en Las Vegas.

Recuerdo a la belleza de cabellera dorada, mucho más alta que yo, pero cuando se acostó...

Su teléfono privado sonó. Lo tomó molesto, como siempre, por haber tenido necesidad de instalarlo.

Pero no pudo hacer otra cosa. Cuando su anterior secretaria de muchos años se había retirado para casarse, su esposa le había impuesto como sustituía a la que era la sobrina favorita de ella. Por supuesto, para espiarlo —pensaba él con acrimonia. ¡Aaayyy! ¡Qué puede hacer un hombre!

—¡Dime! —invitó, preguntándose qué podría querer su mujer.

—¡No me has llamado en todo el día! ¡He estado esperándote horas enteras...!

El corazón le dio un vuelco al reconocer el sonido inesperado de la voz de la chica. Hizo a un lado su arrogancia, y su cantonés sonó dulce como la Puerta de Jade de ella.

—¡Escúchame, tesorito! —le dijo con voz conciliadora—. Tu pobre Padre ha estado demasiado ocupado todo el día. He teni...

—¡Lo que pasa es que ya no quieres a tu pobre hija! Tendré que arrojarme a la bahía o encontrar a otra persona que me mime, ¡oh, oh, oh!

La presión arterial le subió al oír sus lágrimas.

—Escúchame, boquita melosa, te veré esta noche a las diez.

Celebraremos una fiesta de ocho platillos en Wanchai, en mi lugar pred ...

—Las diez es muy tarde, y no quiero una fiesta. Lo que quiero es un buen biftec, e ir al penthouse del V. y A. ¡y beber champaña!

El espíritu de Richard Kwang lanzó un gemido ante el peligro de ser visto y de que el informe secreto llegara a su *tai-tai.* ¡Oh, oh, oh! Pero ante sus amigos y enemigos, y ante todo Hong Kong, ganaría enorme prestigio al exhibirse allí, en compañía de su nueva amante, la joven y exótica estrella brillante del firmamento de la televisión, Venus Poon.

—Te llamaré a las diez pa...

—Las diez es demasiado tarde. Las nueve...

Con toda rapidez trató de repasar las juntas de esa noche, para ver cómo podía hacerla entrar en su horario.

—Escúchame, tesorito, voy a ve...

—Las diez es demasiado tarde. Las nueve. Creo que moriré, ahora que ya no te intereso.

—Escúchame. Tu Padre tiene tres juntas y ere...

—¡Oh, cómo me duele la cabeza de pensar que tú ya no me quieres, oh, oh, oh! ¡Esta mujer abyecta tendrá que cortarse las arterias, o..!

Richard notó el cambio en el tono de la voz, y la amenaza hizo que sintiera un nudo en el estómago.

La chica prosiguió:

—... o contestar las llamadas de otros, inferiores a su padre venerado, desde luego, pero no menos ricos, y sí ma...

—¡Muy bien, tesorito, a las nueve!

—¡Oh! ¡Tú me *amas*¡ ¿Verdad?

Aunque había estado hablando cantonés, Venus Poon utilizó la palabra en inglés. A él el corazón le dio un vuelco. El inglés era el lenguaje del amor para los chinos modernos. En su propia lengua no había palabras románticas.

—¡Dímelo! —ordenó imperiosa—. ¡Dime que *tú me amasl* El se lo dijo, en actitud sumisa, luego colgó el teléfono. ¡Ramerita ésta, de boca melosa! —pensó con irritación. En fin, a los diecinueve años tiene derecho a ser exigente y petulante y difícil, si uno tiene casi sesenta y ella lo hace sentir de veinte y da gran facilidad al Miembro Imperial. ¡Aaayyy! Pero Venus Poon es lo mejor que yo he

tenido. Es cara pero… ¡uuuyyy! ¡Ese cuerpecito dorado tiene músculos de loa que sólo el legendario emperador Kung escribió!

Sintió la excitación sexual y se pasó la mano complacido. Le daré a esa preciosidad algo que no espera, esta noche. Le compraré algo especialmente grande. ¡Ah, sí! un anillo con campanillas. ¡Oh, oh, oh! Eso la hará contorsionarse de emoción…

—Sí. Pero mientras tanto, piensa en mañana. ¿Cómo prepararnos para mañana?

Llama a tu amigo el Gran Dragón; el sargento divisional Tang-po, de Tsim Sha Tsui y consigue su ayuda para cerciorarte de que su sucursal y todas las de Kowloon estén bien protegidas por la policía.

Llama por teléfono al Blacs y al primo Tung del gran banco Tung Po y al primo Smiler Ching y a Havergill para concertar efectivo adicional sobre los títulos y valores de cartera de Ho-Pak. ¡Ah, sí!

Llama también a tu magnífico amigo Joe Jacobson, vicepresidente del Chicago Federal and International Merchant B a n k . . . Su banco tiene activos por valor de cuatro mil millones de dólares, y él te debe muchos favores. Muchos. Hay muchos *quai lohs* seriamente en deuda contigo, lo mismo que gente civilizada. ¡Llámalos a todos!

De pronto Richard Kwang salió de sus sueños al recordar la convocatoria del tai-pan. Sintió un nudo en el fondo del alma. Los depósitos de Nelson Trading en lingotes de oro y en efectivo eran ingentes.

—*Oh ko,* si Neis…

La campanilla del teléfono vibró con energía.

—Tío, el señor Haply está en la línea.

—Hola, señor Haply, me alegro mucho de hablar con usted. Siento haber estado ocupado antes.

—Está bien, señor Kwang, sólo quería verificar con usted un par de sucesos, si me permite. Primero el tumulto de Aberdeen. La policía ib…

—No puede llamarse tumulto, señor Haply. Unas cuantas personas ruidosas e impacientes. Fue todo.

Contestó sintiendo desprecio por el acento canadiense-yankee de Háply y por tener que ser cortés.

—Estoy viendo unas fotografías en este momento, señor Kwang.

Las que aparecen en el *Times* de esta tarde... Tiene todo el aspecto de un tumulto, según yo.

El banquero giró en su silla y se esforzó por mantener la voz tranquila:

—¡Oh! Bueno... Yo no estuve presente, claro... Tendré que hablar con el señor Sung.

—Yo lo hice, señor Kwang. A las 3.30. Pasé una media hora con él. El opina que de no haber sido por la policía habrían acabado con el edificio —hubo un momento de vacilación—. Usted hace bien en restarle importancia pero escúcheme, yo estoy tratando de ayudarle, y no puedo hacerlo sin la realidad de los hechos. Por eso, si quisiera sincerarse conmigo... ¿Cuántos fueron los clientes que quisieron su dinero en Lan Tao?

Richard Kwang contestó que eran dieciocho, dividiendo en dos la verdadera cifra.

—Nuestro hombre me dice que fueron 36, que en Sha Tin fueron 82... ¿Qué me dice usted dé Mong Kok? —Un puñado.

—Mi hombre afirma que eran 48 y que al cerrar la oficina quedaron cien pendientes. ¿Qué información puede darme sobre Tsim Sha Tsui?

—Todavía no me entregan las cifras, señor Haply —contestó Richard Kwang con suavidad, aunque consumido por la ansiedad y detestando el interrogatorio apremianté.

—Todas las ediciones de la noche están cargadas de noticias sobré la fuga de capital del Ho-Pak.

Algunas incluso están usando la palabra... —*Oh k o*...

—Sí. Yo diría que usted se prepare para un día candente mañana, señor Kwang. Yo diría que su oposición está muy bien organizada. Todo funciona con demasiada armonía, para que se trate dé una simple coincidencia.

—En verdad aprecio su interés —luego Kwang añadió con delicadeza—. Si hay algo que yo pueda hacer...

De nuevo la risa irritante. Haply preguntó:

—¿Hubo hoy cancelaciones de alguno de sus grandes clientes?

Richard Kwang vaciló unos segundos, pero Haply dio un paso más:

—Desde luego ya estoy enterado de Four Finger Wu. A los que me refiero ahora es a los grandes *hongs* británicos ...

—No, señor Haply, todavía no.

—Se oyen rumores fuertes de qüe Hong Kong y Lan Tao Farms piensan cambiar de banco.

Richard Kwang sintió esa espina en lo más hondo.

—Esperamos que no sea cierto, señor Haply. ¿Quiénes son los tai-pans y cuál o cuáles los bancos?

¿Es el Victoria o el Blacs?

—Es posiblé que sea chino. Siento no poder divulgar una de mis fuentes de información, pero será mejor que usted organice la defensa... Por todos lados parecé seguro que los peces gordos quieren comérselo.

21
4:25 p.m.

—No duermen juntos, tai-pan —declaró Claudia Chen.

—¿Qué? Dunross levantó la mirada del cómulo de papeles que estaba revisando. Su expresión era ausente.

—No. Por lo menos no durmieron juntos anoche.

—¿Quiénes?

—Bartlett y tu Cirrannousshee.

Dunross interrumpió el trabajo. —¿Ah, sí?

—Sí. Cuartos separados, camas separadas. Desayuno juntos en el cuatro principal... Los dos bien arreglados y aseados, y vestidos con batas modestas. Este es un dato interesante, porque ninguno de los dos tiene nada puesto cuando está en la cama.

—¿No se ponen nada?

—No. Por lo menos así durmieron anoche.

Dunross sonrió con una mueca. A Claudia le gustó que sus noticias le fueran gratas. Era su primera sonrisa auténtica del día. Desde que ella había llegado, a las 8 de la mañana, él había estado trabajando como enajenado, yendo de prisa a las juntas y regresando de prisa. La policía, Phillip Chen, el gobernador, dos veces al banco, una al penthouse a reunirse con alguien a quien ella no conocía. No había tenido tiempo para salir a comer, y según el portero le había dicho, el tai-pan había llegado al amanecer.

Hoy Claudia había visto el peso abrumador de su espíritu, el peso que tarde o temprano doblaba a todos los tai-pans... y a veces los quebraba. Ella había visto al padre de Ian ir consumiéndose por la angustia de las enormes pérdidas en barcos de los años de la guerra, la desgracia catastrófica de Hong Kong, de sus hijos y sobrinos... un mal hado que se acumulaba sobre otro. Había sido la pérdida de China Continental lo que al fin lo había aplastado. Ella había visto cómo Suez había quebrantado a Alastair Struan, como el tai-pan nunca había logrado recuperarse de ese derrumbe y cómo para él también a un mal hado se había añadido otro, hasta que la fuga de sus activos, organizada por Gornt, lo había sacudido en sus

cimientos.

Debe de ser una tensión terrible —pensó Qaudia—. Tener que preocuparse por toda nuestra gente y nuestra Casa, y todos nuestros enemigos. Por todas las inesperadas catástrofes naturales y de hechura humana que parecen estar siempre presentes... y todos los pecados y piraterías y la acción del demonio en el pasado, que está esperando para surgir de su propia caja de pandora, como sucede de tiempo en tiempo. Es una pena que los tai-pans no sean chinos —pensó—. Si lo fueran, los pecados del pasado serían gasa mucho más delgada.

—¿Qué es lo que te da tanta seguridad, Claudia?

—Que no hay ropa de dormir de ninguno de los dos... ni pijamas ni camisones vaporosos —contestó con la cara llena de alegría.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Por favor, tai-pan, no puedo revelar mis fuentes!

—¿Qué más sabes?

—¡Ah! —suspiró, y luego cambió de tema con suavidad—. Falta media hora para la reunión de la junta directiva de Nelson Trading. Querías que te lo recordara. ¿Puedo disponer de unos minutos antes de eso?

—Sí. Dentro de un cuarto de hora... Dime —se introdujo en un tono imperativo que ella conocía muy bien—, ¿qué más sabes?

Claudia volvió a suspirar y con un gesto de importancia consultó su libreta de notas.

—Ella nunca se ha casado. Claro, muchos pretendientes, pero ninguno ha durado, tai-pan. Más aún, según los rumores, ninguno ha ...

Dunross arqueó las cejas azorado y comentó: —¿Quieres decir que es virgen?

—De eso no estamos seguros. Lo que sí sabemos es que no tiene fama de salir de noche hasta altas horas, ni de pasar la noche en compañía de algún caballero. No. El único caballero con el que sale en plan social es el señor Bartlett, y eso no es frecuente, excepto durante los viajes de negocios. ¡Oh! A propósito, tai-pan, él es todo un vagabundo... el término que usaron fue hombre *de mucho mundo*. No una dama, sin...

—¿El término que usó quién?

—¡Ah! El señor Galán Bartlett no tiene una "amiga" especial, tai-

pan. Ninguna de planta, como dicen ellos. Se divorció en 1956, el mismo año que tu Cirrrannnousshee entró a su empresa.

—No es *mi* Ciranoush —protestó Dunross. A Claudia se le iluminó la cara más aún, cuando dijo: —

Tiene veintiséis años... Es Sagitario... —¿Hiciste qué alguien le hurgara el pasaporte? ¿O pusiste a alguien a espiar?

—¡Por el santo amor de Dios, no tai-pan! —protestó Claudia, aparentando pasmo—. Yo no espío a la gente, sólo hago preguntas. Sin embargo, te apuesto cien a que ella y el señor Bartlett han sido amantes en un momento u otro.

—Esa no es apuesta. A mi me azoraría que no lo hubieran sido. El está enamorado de ella, sin duda alguna... y ella lo está de él. Tú los viste bailar juntos... Eso no es apostar.

Las líneas que le enmarcaban los ojos se acentuaron y preguntó:

—Bueno, tai-pan, entonces ¿qué margen me das para asegurarte que no han sido amantes?

—¿Qué cosa? ¡Un momento! ¿Qué sabes tú al respecto? —preguntó sospechoso.

—¿Qué margen de probabilidades, tai-pan?

Dunross la observó, luego propuso:

—Un millar contra... Te doy diez contra uno.

—¡Convenido! Cien. Gracias, tai-pan. Ahora, en relación con lo de Neis...

—¿Dónde consigues tú toda esta información, eh?

De entre los papeles que llevaba, Claudia sacó un telex. El resto lo dejó sobre la papelera de documentos *recibidos*, luego dijo:

—Tú pediste por telex a nuestra gente de Nueva York antenoche que te mandaran información sobre ella y que verificaran el expediente de Bartlett. Esto acaba de llegar.

Dunross lo tomó y lo examinó. Leía á gran velocidad, y tenía una memoria casi fotográfica. El telex daba la información que Claudia había descrito, en términos escuetos, sin su artificiosa interpretación, y añadía que K. C. Tcholok no tenía antecedentes conocidos en la policía, que contaba con 46,000 dólares en una cuenta de ahorros en el San Fernando Savings and Loan, y con 8,700 dólares en su cuenta corriente del Banco de Los Ángeles y California.

—Es impresionante la facilidad con que en Estados Unidos

puedes averiguar cuánto tiene uno en el banco, ¿no te parece, Claudia?

—Es impresionante. Yo nunca usaría un banco, tai-pan.

El hizo una mueca irónica y comentó:

—¡Excepto para pedir prestado! Claudia, la próxima vez limítate a entregarme el telex.

—Sí, tai-pan, pero... ¿no te parece qué mi manera de decir ciertas cosas es más excitante?

—Sí, pero ¿dónde se habla de la desnudez? ¡Eso fue creación tuya!

—¡Oh, no! Eso viene de mi propia fuente aquí. La Tercera Recama... —Claudia se interrumpió, pero demasiado tarde; no pudo evitar caer en la trampa de él.

La sonrisa de Dunross era seráfica.

—¡Eso es! Una espía en el V. y A. ¡Tercera Recamarera! ¿Quién? ¿Cuál de ellas, Claudia?

Para respetar la dignidad de Dunross, Claudia simuló que la pregunta le molestaba.

—¡Un momento! Un espía maestro no puede revelar nada, ¿sí? —su sonrisa era amable—. Aquí tienes una lista de tus llamadas. He pospuesto para mañana todas las que he podido... Te llamaré por el intercomunicador a tiempo para la junta.

El asintió con la cabeza, pero ella notó que la sonrisa de él se había desvanecido y que había vuelto a hundirse en sus pensamientos. Salió. Dunross no oyó cerrar la puerta. Estaba pensando en los amos del espinonaje, en AMG y en su reunión con Brian Kwok y Roger Crosse, esa mañana a las diez, y en la que le esperaba a las seis de la tarde.

La de la mañana había sido breve, intensa y violenta.

—En primer lugar, ¿hay algo nuevo sobre AMG? —había preguntado él. Roger Crosse había respondido en el acto:

—Según todas las apariencias fue un accidente. No había señales sospechosas en el cadáver. A nadie se le vio cerca, no había vestigios de un automóvil, ni huellas de un impacto, ni señales de que haya derrapado otro vehículo, excepto la motocicleta. Ahora vamos a los expedientes, Ian... ¡Oh! A propósito, sabemos ya que tú tienes las únicas copias que existen.

—Lo siento, pero no puedo hacer lo que me pidieron.

—¿Por qué? —había un resabio agrio en la voz del policía.

—Yo todavía no he reconocido que existen en una forma u otra, pero ust…

—¡Vamos, Ian, no seas ridículo! Es claro que las copias existen. ¿Nos consideras gente idiota? Si no existieran, lo habrías afirmado desde anoche y ahí habría terminado todo. Te aconsejo seriamente que nos dejes sacar una copia.

—Y yo te aconsejo seriamente que te domines un poco mejor.

—Si crees que he perdido los estribos, Ian, me conoces muy poco. Con toda formalidad, te pido que presentes esos documentos. Si te niegas, recurriré a mis poderes en virtud de la Ley de Secretos Oficiales a las seis de la tarde de hoy y, tai-pan o no, Casa Noble o no, amigo o no, a las seis y un minuto quedarás arrestado. ¡Se te mantendrá incomunicado y revisaremos todos tus papeles, tus cajas de seguridad y tus cajas fuertes hasta que los encontremos! ¡Ahora, te ruego que presentes esos expedientes!

Dunross recordó el rostro tenso y los ojos helados que lo miraban inquisidores, mientras su verdadero amigo, Brian Kwok se hallaba en estado de consternación.

—No.

Crosse había suspirado. La amenaza en el sonido había infundido temor.

—Por última vez, ¿por qué?

—Porque en malas manos creo que serían perjudiciales para Su Maj…

—¡Santo Cielo! ¡Yo soy el jefe de la Inteligencia Especial!

—Lo sé.

—Entonces, te ruego que hagas lo que te pido.

—Lo siento. Pasé la mayor parte de la noche tratando de encontrar una forma segura de…

Roger Crosse se había puesto de pie.

—Volveré a las seis de la tarde por los expedientes. No los quemes, Ian. Yo me enteraré si tratas de hacerlo, y temo que te lo impediré. A las seis de la tarde.

La noche anterior, mientras todos en la casa dormían, Dunross había ido a su estudio y había vuelto a leer los expedientes. Al repasarlos con los nuevos datos de la muerte de AMG, tal vez asesinado, de la intervención de MI-5 y 6, quizá del KGB, y de la

asombrosa ansiedad de Crosse, unidos todos a la idea de que tal vez parte de ese material todavía no estuviera a la disposición del Servicio Secreto, y de la posibilidad de que gran parte de la información que él había descartado como traída de los cabellos, no fuera tal, comprendió que todos esos informes adquirían nueva importancia. Algunos de ellos lo pusieron fuera de sí de asombro.

Entregarlos era demasiado expuesto. Conservarlos en las actuales circunstancias era imposible.

En el silencio de la noche, Dunross había pensado en destruirlos. Al fin había llegado a la conclusión de que era su deber no hacerlo. Por un momento pensó en dejarlos expuestos sobre el escritorio, con las ventanas francesas abiertas de par en par frente a la oscuridad de la noche, y él irse a. dormir. Si Crosse tenía tanto interés en los documentos, él y sus hombres estarían observándolo en ese momento.

Encerrarlos en la caja fuerte no era Una medida segura. Alguien había tocado ya esa caja. Alguien volvería a tocarla. No existe caja fuerte a prueba de un ataque profesional decidido y bien preparado.

Allí en la oscuridad, con los pies cómodamente apoyados en el travesano del escritorio, había sentido que la emoción lo invadía poco a poco, ese calor hermoso, intoxicante, encantador del peligro que rodea a un individuo, del peligro físico. De enemigos cercanos. Del hecho de hallarse suspendido sobre el filo de la navaja, entre la vida y el vacío. Lo único que amortiguaba su placer era que Struan estaba siendo traicionado desde el interior. La pregunta seguía planteándose siempre igual: ¿Es el espía de Sevrin el mismo que le dio los secretos a Bartlett? ¿Uno de los siete? ¿Alastair, Phillip, Andrew, Jacques, Linbar, David MacStruan en Toronto, o su padre? No era posible pensar en ninguno de ellos ...

La mente de Dunross los había examinado uno por uno. Con ojo clínico, sin pasión. Todos tenían la oportunidad. Todos el mismo motivo: celos y odio en diverso grado. Pero ninguno vendería a la Casa Noble a un extranjero. Ninguno. Sin embargo, uno lo había hecho. ¿Quien? Las horas pasaban. ¿Quién? ¿Sevrin? ¿Qué hacer con los expedientes? ¿Había sido asesinado AMG? ¿Cuánto de los informes era verdadero? ¿Quien?

A esas horas la noche era ya fría y la terraza lo atraía. Fue a ponerse de pie bajo las estrellas. La brisa y la noche le dieron la

bienvenida. Siempre le había encantado la noche. Volar solo, por encima de las nubes, de noche, mucho mejor que de día, con las estrellas tan cerca, siempre pendiente del bombardero enemigo o del caza nocturno del adversario, con el pulgar aferrado al gatillo... ¡Ah! ¡La vida era tan sencilla entonces..! Era sólo cuestión de matar o dejarse matar.

Estuvo así un rato. Después, más sereno, había vuelto al estudio, puesto bajo llave los expedientes, se había sentado en un gran sillón, mirando de frente a las ventanas francesas, en actitud de alerta, analizando sus opciones y tomando una decisión. Luego, satisfecho, había dormido una hora, poco más o menos, y despertado luego, según su costumbre, antes del amanecer.

Su vestidor estaba junto al salón del estudio, que era la puerta contigua a la de la habitación principal.

Se había vestido con ropa sencilla y había salido sin hacer ruido. El camino estaba despejado. Pudo quitar dieciséis segundos a su última marca. Ya en su penthouse, tomó un baño, se afeitó y se puso un traje tropical. Bajó a su oficina del piso inmediato inferior. Ese día se sentía mucha humedad y el firmamento tenía un aspecto extraño. Se acerca una tempestad tropical —pensó—. Quizá seamos afortunados y nos deje de lado como todas las demás, sino que nos traiga algo de lluvia. Se alejó de las ventanas y se concentró en la administración de la Casa Noble.

Había un rimero de mensajes de telex, llegados durante la noche, en los que había de ocuparse, con toda clase de negociaciones y empresas, problemas y oportunidades de negocios en toda la Colonia y en el amplio mundo exterior... desde todos los puntos cardinales. En el extremo norte, el Yukon, donde Struan tenía una probabilidad de empresa conjunta de petróleo, junto con el gran gigante canadiense de la madera y la minería. McLean-Woodley. En el extremo sur, en Tasmania, probabilidades de negocios de fruta y minerales para llevar al Japón. Por el Oeste, Inglaterra, por el Este, Nueva York. Así, los tentáculos de la Casa Noble, con su nueva dimensión internacional sonada por Dunross, estaba ya extendiéndose, todavía débiles, todavía en plan de intento, sin el sostén que él sabía que era necesario y vital para su desarrollo.

No preocuparse. Pronto serán robustos. El negocio de Par-Con

dará a nuestra red la solidez del acero. Hong Kong será él centro de la tierra y nosotros el núcleo del centro. Gracias a Dios por el telex y los teléfonos.

—El señor Bartlett, por favor.

—Dígame...

—Habla Ian Dunross, buenos días. Siento molestarte tan temprano... ¿Podríamos posponer nuestra reunión hasta las 6.30?

—Sí. ¿Ha surgido algún problema?

—No. Sólo negocios. Tengo muchas cosas pendientes.

—¿Alguna noticia de John Chen?

—No. Todavía no Lo lamento. Pero te tendré informado. Saludos a Casey.

—Con mucho gusto. Oye... la de anoche fue toda una fiesta. ¡Tu hija es un encanto!

—Gracias. Iré al hotel a las 6.30. Por supuesto, Casey está invitada. Te veré esta tarde, ¡Adiós!

¡Ah, Casey! —pensó.

Casey y Bartlett. Casey y Gornt. Gornt y Four Finger Wu.

Esa mañana temprano había tenido noticias de Four Finger Wu sobre su reunión con Gornt. Una corriente de placer lo había inundado al oir que su enemigo había estado al borde de la muerte. El camino de la Cumbre no es lugar para quedarse sin frenos —pensó.

¡Es una lástima qué el desgraciado no haya muerto! Me habría ahorrado muchas angustias. Luego dejó de pensar en Gornt y volvió a Four Finger Wu.

Entre el pidgin del viejo marino y su haklo, ellos dos podían conversar bastante bien. Wu le había dicho todo lo que podía. Le había hablado de los comentarios de Gornt sobre el Ho-Pak. Su consejo de que cancelara sus cuentas era sorprendente. Y motivo de preocupación. Eso y el artículo de Haply.

¿Sabrá el insecto de Gornt algo qué yo ignoro?

Luego había ido al banco.

—Paul, ¿qué está sucediendo?

—¿De qué me hablas?

—Del Ho-Pak.

—¡Ah! La fuga... mala cosa para nuestro prestigio bancario, diría yo. ¡Pobre de Richard! Estamos bastante seguros de que cuenta con

las reservas que necesita para protegerse de la tormenta, pero no sabemos hasta qué grado llegan sus compromisos. Como comprenderás, lo llamé en el momento en que leí el ridículo artículo de Haply. También debo decirte, Ian, que llamé a Christian Toxe y le dije en términos muy claros que debe ejercer más autoridad sobre sus reporteros y que será mejor que desista de esa línea de conducta, de lo contrario...

—Oí decir que había una larga fila en Tsim Sha Tsui.

—¿Ah, sí? Eso yo no lo sabía. Lo verificaré. Aún así, es seguro que el Banco Ching Prosperity y el Lo Fat lo apoyarán. ¡Cómo no! El ha hecho del Ho-Pak una institución bancaria importante. Si quebrara, sólo Dios sabe lo que sucedería. Aun nosotros retiramos algo de dinero de Aberdeen. No, Ian, esperamos que todo sea falsa alarma. Hablando de otra cosa ¿crees que tendremos lluvia? Las noticias dijeron que es posible que una tempestad venga en camino. ¿Crees qué llueva?

—No tengo idea. Esperamos que sí... ¡pero no en sábado!

—¡Por amor de Dios, no! ¡Sería terrible qué la lluvia nos arruinara las carreras! Eso no podemos permitirlo. ¡Ah! A propósito, Ian, la fiesta de anoche fue preciosa. Me gustó mucho conocer a Bartlett y a su amiga. ¿Cómo van tus negociaciones con Bartlett?

—¡De primera! Escúchame, Paul...

Dunross sonrió en su interior, recordando cómo había bajado la voz, a pesar de estar en la oficina de Havergill... Ese recinto dominaba el panorama de todo el Distrito Central. Sus paredes estaban recubiertas de libros y todo estaba a prueba de ruido.

—He cerrado el trato. Será por dos años, para empezar. Dentro del lapso de una semana firmaremos los documentos. Ellos ponen 20 millones en efectivo cada año. Los siguientes serán objeto de nueva negociación.

—Felicidades, querido amigo. ¡Mis más cordiales parabienes! Y ...¿el pago inicial?

—Siete.

—¡Eso es maravilloso! Esa cantidad cubre muy bien todo. Será magnífico tener el fantasma de Toda fuera del estado de cuenta. . . y con otro millón para Orlin... bueno, quizá te den más tiempo. En esta forma, al fin podrás olvidar todos los años malos y contemplar la perspectiva de un futuro muy halagüeño.

—Sí.

—¿Tienes ya contratos de alquiler para tus navíos?

—No, pero los tendré a tiempo de llenar los requisitos del préstamo.

—He notado que tus valores han subido dos puntos.

—Todo va ya en camino. Van a duplicarse en treinta días.

—¿Ah, sí? ¿Qué te hace pensar eso?

—La gran bonanza.

—¿Qué cosa?

—Todos los indicios van en esa dirección, Paul. Hay mucha confianza. Nuestro negocio con Par-Con va a encabezar el movimiento. Hace ya mucho que debía haberse producido.

—¡Eso sería fantástico! ¿Cuándo vas a hacer la declaración inicial sobre Par-Con?

—El viernes. Después que cierre el mercado.

—Excelente. Yo pienso que es lo más acertado. ¡Para el lunes, todo el mundo estará a la vanguardia!

—Pero conservemos esta información en familia hasta esa fecha.

—Por supuesto. Oye... ¿Te enteraste de que Quillan casi se mata anoche? Sucedió inmediatamente después de tu fiesta. Sus frenos fallaron en el camino de la Cumbre.

—Sí. Lo supe. Debió haberse matado... ¡eso habría hecho qué los valores de la Segunda Gran Compañía se fueran a las nubes, de pura felicidad!

—¡Vamos, Ian! Una bonanza... ¿eh? ¿Deveras lo crees?

—Suficiente para querer comprar en grande. ¿Qué opinarías de un millón de crédito para comprar Struan?

—¿Personal o para la Casa?

—Personal.

—¿Nosotros retendríamos los valores?"

—Por supuesto.

—Y... ¿si bajan?

—No bajarán.

—Supón que bajan, Ian.

—¿Qué propones?

—Bueno. Todo está dentro de la familia. ¿Por qué no decimos que si quedan dos puntos abajo del mercado a la hora de cerrar, podemos vender y cargar la pérdida a tu cuenta?

—Tres. Struan va a duplicar su valor.

—Sí, pero, mientras tanto, digamos que sean dos, hasta que firmes tu contrato con Par-Con. La Casa está ya muy por encima de su crédito circulante. Dejémoslo en dos, ¿te parece?

—De acuerdo.

Yo estoy seguro en dos —volvió a pensar Dunross, dándose ánimo—; al menos eso creo.

Antes de salir del banco, había pasado por la oficina de Johnjohn, Bruce Johnjohn, segundo subgerente general y heredero obvio de Havergill, era un hombre robusto, caballeroso, con la vitalidad de un colibrí. Dunross le había comunicado las mismas nuevas. Johnjohn se había mostrado también muy complacido, pero le había aconsejado cautela en cuanto a proyectar una bonanza, y contra la opinión de Havergill, estaba muy preocupado por la fuga de capital del Ho-Pak.

—Esto no me gusta nada Ian. Me huele muy mal.

—Sí. ¿Qué te parece el artículo de Haply?

—¡Oh! Eso es pura necedad. Nosotros no somos partidarios de esa clase de trapacerías; ¿Blacs? También es una necedad pensarlo. ¿Por qué querríamos eliminar un banco chino importante, aunque pudiéramos? Tal vez el banco Ching puede ser el culpable. Tal vez el viejo Smiler Ching lo desearía... El y Richard han sido rivales durante años. Podría ser combinación de una media docena de bancos, incluido Ching. Incluso es posible que los clientes de Richard en realidad estén asustados. He oído toda clase de rumores durante cerca de tres meses. Están muy comprometidos con docenas de planes inmuebles de índole dudosa. Como quiera que sea, si se derrumba, va a afectarnos a todos. —¡Ten el máximo cuidado, Ian!

—Estaré más contento cuando tú ya estés en el piso superior, Bruce.

—No subestimes a Paul... es muy listo y ha sido un elemento magnífico para Hong Kong y para el banco. Pero estamos a punto de entrar en una temporada muy turbia en Asia, Ian. Debo decirte que creo que lo más prudente de tu parte sería tratar de diversificar tus negocios en dirección a Sudamérica... Es un mercado ingente y no lo hemos aprovechado todavía. ¿Has pensado en Sudáfrica?"

—¿Qué cosa?

—Comamos un día juntos la semana entrante. ¿El miércoles?

Bueno. Tengo una idea para ti.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—Puede esperar, mi viejo. ¿Supiste lo de Gornt?

—Sí.

—Muy inusitado, tratándose de un Rolls, ¿no crees?

—Sí.

—El está muy seguro de que puede arrebatarte a Par-Con.

—No lo hará?

—¿Has visto hoy a Phillip?

—¿Phillip Chen? No. ¿Por qué?

—Nada...

—¿Por qué?

—Me tropecé con él en la pista. Se veía... bueno... se veía muy mal y muy abatido. El asunto de John... es decir, el secuestro está afectándole mucho.

—¿A ti no te afectaría?

—Sí. Sí, me afectaría, pero... No creo que él y su Hijo Número Uno hayan sido tan íntimos.

Dunross pensó en Ádryon y Glenna y en su hijo Duncan, de quince años, que andaba de vacaciones en la granja ovejuna de un amigo de Australia. ¿Qué haría yo si secuestraran a uno de ellos? ¿Qué haría si una oreja mutilada me llegara por correo en esa forma? Me volvería loco.

Me volvería loco de furia. Olvidaría todo lo demás y me dedicaría a cazar a los secuestradores y luego... luego mi venganza se extendería a un millar de años. Haría...

Alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? ¡Ah, hola, Kathy! —saludó, feliz como siempre de ver a su hermana menor.

—Me apena interrumpirte¿ Ian querido—advirtió Kathy Gavallan, entrando de prisa en su oficina—.

Claudia me dijo que tenías unos minutos antes de tu siguiente cita. ¿Te molesto?

—¡De ninguna maneral —contestó riendo y haciendo a un lado el memorándum sobre el que estaba trabajando.

—Bueno, gracias —cerró la puerta y se sentó en el sillón alto junto a la ventana.

Dunross se estiró para aliviar el dolor de la espalda y le sonrió:

—¡Oye! Me gusta tu sombrero —era de paja, color pálido, con un listón amarillo que iba de acuerdo con su vestido de seda, de aspecto ligero—. ¿Qué se ofrece?

—Tengo esclerosis múltiple.

—¿Qué cosa? —preguntó mirándola de hito en hito.

—Es lo que dicen los análisis médicos. El doctor me lo dijo ayer, pero no pude decírtelo luego ni...

Hoy verificó las pruebas de laboratorio con otro especialista y no hay error alguno— su voz era tran- .

quila, lo mismo que la expresión del rostro, y se mantenía sentada erecta en el sillón, luciendo más bella que nunca a los ojos del hermano—. Tenía que decírselo a alguien. Lamento que sea algo tan repentino. Pensé que podrías ayudarme a formular un plan, no hoy, sino cuando tengas tiempo, tal vez durante el fin de semana ... —contempló la expresión de él y soltó una risa nerviosa—. No es tan malo... pienso.

Dunross se recargó en el respaldo de su gran sillón de cuero e hizo un esfuerzo por poner a trabajar su mente perturbada.

—¡Múltiple! Eso es un mal azaroso, ¿verdad?

—Sí. Lo es, y por lo visto es algo que ataca el sistema nervioso y que todavía no pueden curar. No saben qué es ni dónde o cómo... se contrae.

—Consultaremos a otros especialistas. No, mejor aún, vete a Inglaterra con Penn. Allá habrá buenos especialistas. También en otras partes de Europa. ¡Tiene qué haber alguna forma de curación, Kathy, tiene que haberla!

—No la hay, querido, pero Inglaterra es una buena idea. Voy... el doctor Tooley dijo que le gustaría que viera a un especialista de Harley Street para el tratamiento. Me encantaría irme con Penn. El mal no está muy avanzado y no hay por qué preocuparse si tengo cuidado.

—¿Qué significa eso?

—Que si me cuido, tomo los medicamentos, duermo una siesta en la tarde, para detener el cansancio del día, todavía estaré en condiciones de ocuparme de Andrew, de la casa, de los niños, y de jugar un poco de tenis y de golf de cuando en cuando, pero sólo una tanda en las mañanas. Es decir que pueden parar el mal, pero no reparar los daños que haya podido causar. Dijo que si ño me cuido

y descanso —sobre todo descanso, fue lo que me dijo, seguirá avanzando y cada vez se baja a una etapa de empeoramiento, y no hay ninguna posibilidad de recuperación, ¿me entiendes, querido?

La contempló, haciendo un esfuerzo por reprimir la aflicción que sentía por ella. El corazón se le hacía pedazos, mientras hacía ocho planes para ella y pensaba ¡Santo Dios, pobre Kathy!

—Sí… bueno, gracias a Dios que puedes descansar todo lo que quieras —comentó con una voz tan serena como la de ella—. ¿Tendrías inconveniente en que yo hablara con Tooley?

—Creo que sería bueno. No hay necesidad de alarmarse, Ian. El dijo que estaría bien si me cuidaba, y yo le prometí tener siempre tantas precauciones, que él no tendría razón para preocuparse por ese motivo.

A Kathy le sorprendió darse cuenta de que su voz era tranquila y que las manos y dedos descansaban en su regazo serenos, sin manifestar nada del horror que experimentaba en su interior; Casi podía sentir los insectos, microbios o virus del mal penetrando por todo su sistema, alimentándose de sus nervios, devorándolos ¡oh! con tanta lentitud, segundo a segundo, hora tras hora, hasta que el hormigueo y la sensación de miembros dormidos pasara de los dedos de manos y pies a las muñecas y los tobillos, a las piernas y… y… y. ¡oh Santo Dios, omnipotente! Sacó del bolso de mano un pañuelo desechable y con elegancia lo pasó por la nariz y la frente.

—¡Hoy hay una humedad terrible! ¿No es cierto?

—Sí… Kathy, ¿por qué ha sido tan repentino?

—Bueno, no lo es, querido. En realidad no. Lo que pasa es que antes no habían podido diagnosticarlo.

Para eso fueron todas las pruebas de laboratorio.

Había empezado en forma de un ligero mareo y dolores de cabeza, hacía unos seis meses. Ella lo había notado sobre todo a la hora de jugar al golf. Estaba de pie, sobre la pelota, tomando la posición debida, y los ojos revelaban cierto mareo, la incapacidad de enfocar la visión, mientras la pelota se dividía en dos, en tres, otra vez en dos, y nunca se mantenían quietas. Andrew se había reído y le había sugerido ver a un oculista. Pero no era cuestión de anteojos. Las aspirinas no le servían de nada.

Tampoco otros analgésicos más fuertes. Entonces, el buen doctor Tooley, el médico familiar de toda la vida, la había mandado al

hospital Matilda, en la Cumbre, para hacerle unas pruebas, luego otras, después una exploración del cerebro, por si hubiera algún tumor, pero no se había manifestado nada.

Las demás pruebas tampoco habían revelado indicios de mal alguno. Sólo la molesta punción medular había dado la clave. Otras pruebas posteriores la habían confirmado. El día anterior, ¡Oh, Santo Dios!

Apenas el día anterior, la habían condenado a la silla de ruedas... ¿para qué acabara convertida en un ser inerte, incapaz de mantener la saliva en la boca?

—¿Le has hablado de esto a Andrew?

—No querido —contestó, volviendo de sus lúgubres pensamientos—. Aún no le he dicho. No he podido hacerlo. Todavía no. El pobre Andrew se sobresalta con tanta facilidad... Se lo diré a la noche.

No podría decírselo a él antes que a ti. Tú tenías que ser el primero. Siempre hemos acostumbrado notificarte a ti primero las cosas, ¿no es verdad? Lo mismo Lechie y Scottie que yo. Tú eras siempre el primero en saberlo...

Kathy estaba recordando los tiempos en que todos ellos eran pequeños, allí en Hong Kong y en Ayr, en el Castillo Avisyard, en aquella encantadora casona irregular, sobre la cima de la colina, construida en medio de la brecina y con vista al mar... Navidad, la Pascua y las largas vacaciones de verano, ella y Ian... y Lechie el mayor, y Scott, su hermano gemelo... ¡Qué días tan felices aquellos, cuando su padre estaba ausente! Todos sentían terror de él, excepto Ian, que era siempre el heraldo de todos, su protector, el que siempre recibía todos los castigos... no habrá cena esta noche y escribirás quinientas veces "No volveré a discutir, el lugar de un chico es donde pueda vérsele sin oírlo ..Ian era el que recibía todos los golpes, sin quejarse nunca. ¡Oh, pobres de Lechie y de Scotty...

—¡Oh, Ian! —exclamó sin poder impedir que le brotaran las lágrimas—. ¡Me apena tanto!

Luego sintió que los brazos de él la rodeaban y se sintió segura, por fin, y la pesadilla disminuyó. Sin embargo, ella sabía que no desaparecería jamás. Ni entonces, ni nunca. Sabía también que sus hermanos no volverían más que en sueños, ni tampoco su adorado Johnny.

—¡No te preocupes, Ian! —dijo en medio del llanto—. ¡No es por mí! Estaba pensando en Lechie y Scotty, y en nuestra casa de Ayr, cuando éramos pequeños, y mi Johnn... y sentí una tristeza ¡oh! tan grande por todos ellos...

Lechie había sido el primero en morir. Subteniente de Infantería Ligera. Había muerto en Francia, en 1940. Jamás se había encontrado vestigio alguno de él. En un momento había estado allí, al lado del camino, y luego había desaparecido. El aire había quedado lleno del humo acre de la descarga que los panzers nazis habían lanzado contra el pequeño puente de piedra sobre el torrente, en el camino a Dun-querque. Durante todos los años de la guerra, todos ellos habían vivido con la esperanza de que Lechie fuera prisionero de guerra en algún campo de concentración, no en uno de los horrendos, bien conocidos. Y después de la guerra, meses de búsqueda, pero nunca una señal, nunca un testigo, ni el menor indicio. Después todos ellos, la familia, y al final el padre, habían decidido dejar que el espíritu de Lechie descansara en paz.

Scott tenía dieciséis en el '39 y había ido a Canadá por razones de seguridad, para terminar allá la educación escolar. Luego, ya convertido en piloto, el día que había cumplido dieciocho años, a pesar de las estruendosas protestas del padre, se había inscrito en la Fuerza Aérea Canadiense, con el ánimo de vengar con sangre la muerte de su hermano. Se le había asignado luego un aparato y la pertenencia a un escuadrón de bombardeo, y se había presentado muy a tiempo para el Día "D". Con alegría había hecho saltar en pedazos muchas poblaciones y ciudades, hasta que el 14 de febrero de 1945, siendo ya Jefe de Escuadrón y oficial, al volver a la patria, después del holocausto de Dresden, un Messerschmitt había logrado disparar sobre su Lancaster, y aunque el copiloto había logrado llevar el avión averiado a tierra en Gran Bretaña, Scotty estaba ya muerto en el asiento de la izquierda.

Kathy había asistido al funeral. Ian había estado también allí, uniformado, con un permiso de Chungking, que era la base dé la fuerza aérea de Chiang Kai-shek, que le había sido asignada después de haber sido derribado su avión y haber sido destinado él a tareas de tierra. Kathy había llorado en sus trazos. Había llorado por Lechie y por Scotty y por su Johnny. Era viuda, a la sazón. El teniente aviador John Selkirk, DFC, otro feliz dios de la guerra,

impávido e invencible, había sido hecho estallar en el firmamento, había sido incendiado en pleno vuelo, y sólo sus pavesas habían vuelto a la tierra.

Johnny no había tenido funeral. No había nada que sepultar Lo mismp que Lechie. Sólo se había recibido un telegrama. Uno por cada uno de ellos.

—¡Oh, Johnny, mi amor, mi amor, mi amor!

—Qué absurdo despilfarro, Ian querido, el de los tres… y, ¿por qué?

—No lo sé, mi pequeña Kathy —contestó, todavía abrazándola—. No lo sé. Y no sé por qué yo salí ileso y ellos no.

—¡Oh, nunca me alegraré lo suficiente de que hayas quedado con vida!

Le dio un ligero abrazo y trató de reponerse. En cierta forma, dejó a un lado los sentimientos de tristeza por los seres queridos perdidos. Luego se enjugó las lágrimas, sacó un pequeño espejo y se contempló. ,

—¡Santo Dios! Estoy hecha una máscara.. ¡qué pena!

El baño privado de Ian estaba escondido detrás de una librería. Kathy entró y se arregló el maquillaje.

Cuando salió, él estaba todavía contemplando el paisaje por la ventana.

—Andrew está fuera de la oficina por ahora, pero en cuanto vuelva, yo se lo diré —sugirió.

—¡Oh, no, querido! Ese es deber mío. Yo debo hacerlo. Debo hacerlo. Es lo justo —le sonrió y le hizo una caricia—. ¡Te amo, Ian!

—Yo te amo a ti, Kathy.

22
4:55 p.m.

La caja de cartón que los licántropos habían enviado a Phillip Chen estaba sobre el escritorio de Roger Crosse. junto a ella se veía la nota del rescate, eí llavero, la licencia para conducir, la pluma y hasta los pedazos de papel periódico arrugado que se había empleado para hacer el paquete. Allí estaba la pequeña bolsa de plástico y el trapo moteado. Lo único que faltaba era su contenido.

A todo se le había puesto membrete.

Roger Crosse estaba solo en el cuarto, atónito, contemplando aquellos objetos. Tomó un pedazo del periódico. Todos los fragmentos habían sido alisados con esmero. La mayoría tenía un membrete con la fecha y el nombre del diario chino al que pertenecían. Le dio vuelta, en busca de alguna información oculta, de algún indicio secreto, de algo que hubiera podido pasar inadvertido. Al no encontrar nada, volvió a colocarlo con cuidado, y se recargó apoyando las manos sobre el escritorio, pensativo.

También el informe de Alan Medford Grant estaba sobre su escritorio, cerca del intercomunicador. En aquel cuarto reinaba gran tranquilidad. Unas ventanas pequeñas daban a Wanchai y a una parte de la bahía, hacia Glessing's Point.

Sonó el teléfono.

—Dígame...

—El señor Rosemont, de la CIA y el señor Langan del FBI, señor.

—Muy bien.

Colgó el teléfono. Quitó la cerradura del cajón superior de su escritorio y con todo cuidado puso el expediente de AMG encima del telex descifrado y volvió a cerrar el cajón. El inmediato inferior encerraba una grabadora magnetofónica de la mejor calidad. La revisó y tocó un interruptor oculto. Sin el menor ruido, los carretes de la cinta empezaron a girar. El intercomunicador de su escritorio tenía un poderoso micrófono.

Satisfecho, cerró también ese cajón. Otro interruptor oculto del escritorio quitó, sin hacer ruido, un cerrojo de la puerta. Crosse se

levantó y la abrió.

—¡Hola, bienvenidos! Pasen, por favor —dijo con amabilidad.

Cerró la puerta detrás de los dos norteamericanos y les estrechó la mano. Sin que lo notaran, volvió a poner el cerrojo.

—Háganme el favor de tomar asiento. ¿Quieren té?

—No, gracias —dijo el hombre de la CIA.

—¿En qué puedo servirles?

Ambos llevaban sobres de papel manila. Rosemont abrió el suyo y sacó un paquete de fotografías de buena calidad, de 20 x 25 cm., sujetas con broches en dos grupos.

—Mire —le dijo, entregándole la de encima.

Eran diversas fotografías de Voranski, que atravesaba corriendo el muelle, después en las calles de Kowloon, subiendo a los taxis y bajando de ellos, llamando por teléfono y muchas otras más de sus asesinos chinos. Una foto mostraba a los dos chinos en el momento de alejarse de la cabina telefónica, con una perspectiva de fondo muy clara, del cadáver acurrucado en el suelo.

Sólo la maravillosa disciplina a la que estaba acostumbrado, impidió a Crosse mostrar asombro y después una furia ciega.

—Buenas, muy buenas —dijo con suavidad, dejándolas sobre el escritorio, y dándose muy bien cuenta de las que Rosemont había conservado en la mano. Y ... ¿qué?

Rosemont y Ed Langan fruncieron el ceño.

—¿También tú ibas tras él?

—¡Por supuesto! —replicó Crosse, mintiendo con su maravillosa sinceridad—. Amigo querido, esto es Hong Kong. Pero lo que me gustaría es que ustedes nos dejaran desempeñar nuestra tarea y no intervinieran en ella.

—Rog... ehm... nosotros no queremos estorbar, nuestra única intención es apoyarte.

—Por favor, no necesitamos apoyo —su voz revelaba molestia.

—No, desde luego...

Rosemont sacó un cigarrillo y lo encendió. Era un hombre alto y delgado, de pelo entrecano, con corte militar, y buenas facciones. Sus manos eran fuertes, como todo él.

—Sabemos dónde se refugiaron los dos asesinos. Creemos saber —dijo—. Uno de nuestros hombres cree haberlos localizado.

—¿Cuántos hombres tenían ustedes vigilando el barco?

—Diez. Nuestros hombres no vieron a ninguno de los tuyos siguiendo a éste. La diversión casi nos asustó.

—Muy azarosa... —comentó Crosse en tono placentero, preguntándose de qué diversión hablaría.

—Nuestros hombres no pudieron revisarle los bolsillos. Sabemos que hizo dos llamadas desde la cabina...

Rosemont notó una ligera contracción en los músculos de los ojos de Crosse y pensó: qué extraño que no supiera esto. Si no lo sabía, es probable que su gente tampoco haya estado siguiendo al sospechoso. Tal vez está mintiendo y el comunista andaba suelto en Hong Kong hasta que fue apuñalado.

—Enviamos por radio un mensaje a los nuestros en casa... No tardaremos en tener una respuesta.

—¿Quién era?

—Sus documentos decían Igor Voranski, marinero de primera clase en la marina mercante soviética.

—¿Tienes un expediente de él, Rog?

—Es cosa un tanto insólita que ustedes dos vengan juntos, ¿no es verdad? Quiero decir... en las películas siempre se nos hace creer que el FBI y la CIA siempre están en tensión recíproca.

Ed Langan sonrió y explicó:

—Claro que estamos... como tú y MI-5 ... Como el KGB, la GRU y otras cincuenta operaciones soviéticas más. Pero a veces nuestros casos se cruzan: nosotros somos internos de los Estados Unidos, Stan es externo, pero ambos vamos en pos de lo mismo: seguridad. Ahora pensamos ... estamos preguntándote si podemos colaborar. Este caso puede ser de los grandes y nosotros ... Stan y yo, estamos fuera de nuestras profundidades. . .

—Así es —corroboró Rosemont, sin creerlo en realidad.

—Muy bien —concedió Crosse, que necesitaba su información —, pero ustedes primero.

Rosemont suspiró:

—De acuerdo, Rog. Hemos tenido durante un tiempo el rumor de que hay algo calentándose en Hong Kong... no sabemos qué es... pero con toda seguridad está vinculado a los Estados Unidos. Me imagino que el expediente de AMG es el nexo. Estúdialo: considera a Banastasio: ése es mafia. De los años grandes. Su campo son los narcóticos. Luego piensa en Bartlett y las armas de fuego.

—¿Bartlett está relacionado con Banastasio?

—No estamos seguros. Andamos verificándolo. Sabemos con certeza que los rifles se embarcaron en Los Angeles, que es la base del avión. ¡Riñes! Rifles, narcóticos y nuestro interés creciente en Vietnam, Laos y la Provincia de Yunnan, de China. Ahora estamos dentro de Vietnam y...

—Sí, y es un disparate de su parte estar ahí, viejo colega, lo he dicho ya cincuenta veces.

—Nosotros no hacemos la política, Rog, como tampoco la haces tú. Por otro lado, nuestro portaviones nuclear está aquí y el maldito *Sovetsky Ivanov* llegó precisamente anoche. Es demasiada coincidencia.

Tal vez el chisme salió de aquí. Luego Ed te da la información y nosotros conseguimos las cartas disparatadas de AMG, de Londres, ¡y aparece Sevrin! Resulta que el KGB tiene instalaciones en toda Asia y tú tienes un elemento hostil con cargo importante en alguna parte...

—Eso todavía no se demuestra.

—De acuerdo, pero tengo buenos datos del AMG. Nadie lo considera tonto. Si él dice que Sevrin está aquí y que tú tienes un lunar bien incrustado, quiere decir que lo tienes. Con toda seguridad, nosotros tenemos enemigos en la CIA, los hay dentro del KGB. Estoy seguro de que Ed los tiene en el FBI...

—Eso puede dudarse —interrumpió Ed Langan con decisión—. Nuestros hombres son seleccionados con esmero y además están bien adiestrados. En cambio ustedes consiguen a sus bomberos donde pueden y como pueden.

—Sí, claro —concedió Rosemont, y luego añadió, dirigiéndose a Crosse—. Pero, volviendo a los narcóticos. La China Roja es nuestro gran enemigo, y...

—Otra vez te equivocas, Stanley, La República Popular China no es el gran enemigo en ninguna parte. El enemigo es Rusia.

—China es comunista, y los comunistas son el enemigo. Por otro lado, sería muy astuto inundar a los Estados Unidos con narcóticos baratos, y la China Roja... ¡bueno! La República Popular de China puede abrir las malditas compuertas...

—Pero no lo han hecho. Nuestra división de narcóticos es la mejor de Asia ... Nunca han encontrado nada que confirme tu teoría

oficial mal orientada de que ellos están detrás de ese comercio. Absolutamente nada. La República Popular China es tan contraria al tráfico de narcóticos como todos nosotros.

—Sea como tú lo dices, Rog —concedió Rosemont—, ¿Tienes un expediente de este agente? ¿Es KGB, sin duda?

Crosse encendió un cigarrillo.

—Voranski estuvo aquí el año pasado. Pasó con el nombre secreto de Sergei Kudryov, siempre como marino de primera y también procedente del mismo barco ... No tienen mucha imaginación, ¿no crees? —ninguno de los dos hombres sonrió—. Su verdadero nombre es Mayor Yuri Bayan, del Primer Directorado, KGB, Departamento 6. Rosemont suspiró muy hondo. El hombre del FBI le dirigió una mirada y comentó: —Entonces, tiene razón. Todo se relaciona bien.

—Tal vez —Rosemont reflexionó un momento—. Rog, ¿qué me dices de sus contactos del año pasado?

—Actuó como turista, hospedado en el Nine Dragons, de Kowloon...

—Eso aparece en el informe de AMG; allí se menciona ese hotel —comentó Langan.

—Sí. Hemos estado vigilándolo durante un año, más o menos. No hemos encontrado nada. Bakyan (o Voranski) desempeñó actividades turísticas ordinarias. Lo tuvimos vigilado las 24 horas del día.

Estuvo un par de semanas. Luego, precisamente antes que el barco zarpara, lo abordó de manera subrepticia.

—¿Alguna "amiguita"?

—No. Ninguna regular. Acostumbra pasearse frente al Good Luck Dance Hall de Wanchai. Al parecer era todo un macho, pero ni hizo preguntas ni se vio con nadie que no fuera gente ordinaria.

—¿Visitó alguna vez Sinclair Towers?

—No.

—Qué lástima —comentó Langan—. Eso habría sido magnífico. Tsu-yan tiene un sitio allí. Tsu-yan conoce a Banastasio, John Chen conoce a Banastasio, y así volvemos a los rifles, los narcóticos, AMG y Sevrin.

—¡Ahá! —convino Rosemont; luego añadió—. ¿Has logrado al fin localizar a Tsu-yan?

—No. Llegó a Taipei sano y salvo y luego se desvaneció.

—¿Crees qué tenga allí alguna madriguera?

—Así lo imagino —confirmó Crosse, pero en su interior lo daba ya por muerto, eliminado por nacionalistas, comunistas, la mafia o una triada.

Crosse se preguntaba incluso si no habría sido un agente doble... o el demonio supremo de todos los servicios de inteligencia... Un agente triple...

—Tú lo encontrarás... o nosotros... o los chicos de Formosa.

—Roger, ¿Voranski te condujo a algo? —preguntó Langan.

—No. A ningún lado, a pesar de que anduvimos tras él durante años. Ha estado vinculado a la Comisión Comercial Soviética de Bangkok, pasaba un tiempo en Hanoi y en Seúl, pero no reveló actividades clandestinas de las que nosotros pudiéramos tener noticia. En una ocasión, el desvergonzado insecto solicitó incluso un pasaporte británico y poco faltó para que lo consiguiera. Por fortuna, nuestros hombres examinaron todas sus solicitudes y descubrieron fallas en su falsa personalidad. Lamento que haya muerto... ustedes saben qué difícil es localizar con precisión a los malvados. Se desperdicia mucho tiempo y esfuerzo.—Crosse hizo una pausa y encendió un cigarrillo—. El rango de su superior es de mucha autoridad, y eso hace pensar en algo muy sospechoso. Tal vez él no era más que otro de sus agentes especiales, encargado de estar recorriendo el Asia y de mantenerse bien oculto durante veinte o treinta años.

—¡Esos desgraciados tienen el juego entablado para un tiempo tan largo, que te da náusea! —sugirió Rosemont; luego preguntó—. ¿Qué vas a hacer con el cadáver?

Crosse sonrió.

—Tengo encargado a uno de mis hombres que habla ruso, para que se comunique con el capitán del barco, Gregor Suslev. Es miembro del Partido, por supuesto, pero bastante inocuo. Este tiene una amiguita esporádica con un departamento en Mong Kok. Es una chica de cabaret, que recibe de él una modesta pensión y lo distrae cuando viene aquí. El asiste a las carreras, al teatro, a los juegos de azar en Macao un par de veces. Habla buen inglés. Suslev está bajo vigilancia. No quiero que ninguno de nuestros pájaros de cuenta elimine a alguno de nuestros enemigos conocidos.

—Entonces, ¿Suslev es visitante regular de Hong Kong?

—Sí. Ha estado jugando en estas aguas durante años. Su base está fuera de Vladivostok... Es un ex comandante de un U-Boat, por cierto. Anda rondando por nuestros alrededores, la mayoría de las veces por debajo del nivel...

—¿Qué quieres decir? —Borracho, aunque no demasiado. Se divierte con algunos de nuestros comunistoides británicos, como Sam y Molly Finn.

—¿Los qué están siempre escribiendo cartas a los diarios?

—Sí. Son una molestia más que una amenaza para la seguridad. En fin, siguiendo instrucciones, mi hombre conocedor del ruso ha dicho al capitán Suslev que estamos apenados hasta el extremo, pero que parece que uno de sus hombres tuvo un ataque cardiaco en una cabina telefónica de la terminal del Golden Ferry. Suslev mostró el grado de emoción conveniente y una actitud bastante razonable.

En el bolsillo de Voranski se encontró "por casualidad" un informe literal y preciso de la conversación telefónica del asesino. Lo tradujimos al ruso, como una señal más de nuestro disgusto. En ese barco son todos profesionales, y tienen la calidad necesaria para saber que no hacemos desaparecer a sus agentes si no hay de por medio una causa muy seria y una grave provocación. Saben que nos limitamos a observar a los que conocemos, y que si nos irritan demasiado, los deportamos —Crosse fijó la mirada en Rosemont; era dura, aunque su voz conservaba el tono de un relato sin pasión —.

Hemos visto que nuestros métodos son más efectivos que el puñal, el veneno o las balas.

El hombre de la CIA asintió con la cabeza.

—Pero, ¿quién querría matarlo?

Crosse volvió a observar las fotos. No reconoció a los dos chinos, pero sus rostros destacaban con claridad y el cuerpo que se veía al fondo era una prueba increíble.

—-Los encontraremos, sean quienes sean. El que llamó a nuestra estación de policía aseguró ser 14K.

Pero no hablaba más que lenguaje de Shanghai, con dialecto Ningpo, así que eso no es probable.

Quizá sea una especie de triada. Podría ser Green Pang. Sin duda

alguna era un profesional experto: el puñal fue esgrimido a la perfección, con precisión admirable: en un momento, vivo; al siguiente, muerto sin el menor ruido. Podría haber sido uno de los hombres entrenados por la CIA en la agencia de inteligencia de Chiang Kai-Shek. O tal vez uno de la CIA coreana... más gente entrenada por ustedes... También ellos son antisoviéticos, ¿no es cierto? Tal vez agentes de la República Popular China, pero eso es poco probable. Sus agentes no suelen ser partidarios del asesinato de los *quai loh*, y con toda seguridad, menos en Hong Kong.

Rosemont asintió con la cabeza y soslayó la crítica. Dio a Crosse las fotos restantes, deseando y necesitando su colaboración.

—Estas son fotografías de la casa a la que entraron, y el nombre de la calle. Nuestro hombre no podía leer los caracteres chinos, pero su traducción es: "Calle de la Primera Estación, Número 14". Es un callejón infame, atrás de la terminal de autobuses de North Point.

Crosse empezó a examinarlas con el mismo cuidado. Rosemont echó una ojeada a su reloj, luego se levantó y se acercó a la única ventana que dominaba parte de la bahía.

—¡Miren! —llamó con orgullo.

Los otros dos se le acercaron. El gran portaviones nuclear estaba en ese momento dando la vuelta a North Point, en dirección al astillero de la marina, del lado de Hong Kong. Estaba perfectamente equipado, con todas sus banderas obligatorias firmes en medio de la brisa, una multitud de sus marinos con uniforme blanco sobre su vasto puente, y líneas muy bien trazadas de sus aviones caza de propulsión. Cerca de 84,000 toneladas. Sin chimenea, sólo una gran construcción ominosa tipo puente, con una pista en ángulo de 330 metros, que podía rescatar y lanzar jets al mismo tiempo. El primero de su generación.

—Es todo un barco —comentó Crosse con envidia —era la primera vez que el coloso entraba en Hong Kong, desde que había sido comisionado en 1960—. Bonito —siguió diciendo, mientras detestaba el hecho de que fuera norteamericano y no británico—. ¿Cuál es su velocidad máxima?

—No lo sé. Es información clasificada, junto con casi todo el resto de los datos relativos a él —

Rosemont se dio vuelta para mirarlo de frente—. ¿No puedes mandar a ese maldito barco espía soviético al demonio, fuera de

este puerto?

—Sí. También podríamos hacerlo estallar, pero cualquiera de las dos cosas sería una necedad.

Cálmate, Stanley, tienes que ser un poco civilizado para estas cosas. Reparar sus barcos (algunos de ellos en realidad lo necesitan) es una buena fuente de ingresos y, de inteligencia. Además, pagan sus cuentas con toda puntualidad. Nuestros sistemas han sido puestos a prueba durante años...

Sí —pensaba Rosemont con rencor, pero ya no dan resultado. El Imperio Británico ya no existe, ya no hay poderío británico. Ahora tenemos un enemigo diferente: más astuto, más arbitrario, fanático y totalitario, sin reglas de Queensberry y con un plart mundial dotado con munificencia, provisto de todo lo que pueda requerir. Ustedes, ingleses, ya no tienen ni dinero, ni poder, ni armada, ni ejército.

No tienen fuerza aérea, y su maldito gobierno está infestado de socialistas y de pus enemigo. *Nosotros* pensamos que están vendidos. Ustedes se han corrompido por dentro. Sus servicios de seguridad son un infierno, desde Klaus Fuchs y Philby hasta el último. ¡Santo Dios! Nosotros hemos ganado las dos malditas guerras para ustedes, hemos pagado por la mayoría de los gastos, y las dos veces son ustedes los que han arruinado la paz. Si no fuera por *nuestro* estratégico comando del aire, nuestros misiles, nuestra fuerza nuclear de ataque, nuestra armada, nuestro ejército, nuestra fuerza aérea, los ciudadanos que pagan sus impuestos, nuestro dinero, todos ustedes serían ya cadáveres en la maldita inmunda Siberia. Mientras tanto, me guste o no me guste, tengo que tratar contigo. Necesitamos a Hong Kong como una ventana, y en este momento, a la mayoría de tus policías para proteger al portaviones.

—Rog, gracias por los hombres adicionales —le dijo—. No sabes cuánto te lo agradecemos.

—Nosotros tampoco querríamos ningún problema mientras este barco esté aquí. Bonito barco. Me da envidia que lo tengan.

—Su capitán tendrá al barco y a la tripulación con las riendas cortas... De todas las bajadas a la playa se tendrá la información exacta, y nosotros colaboraremos en un cien por ciento.

—Me encargaré de que te entreguen una lista de los cabarets que sugiero que tus hombres no visiten...

algunos son escondrijos comunistas y otros son frecuentados por nuestros muchachos de *Dart,* de los Servicios de Su Majestad —Crosse sonrió—. No faltarían las incómodas pendencias...

—Claro, Rog. Este asesinato de Voranski es demasiada coincidencia. ¿Puedo mandar a un hombre que hable shanghainés, para que ayude al interrogatorio?

—Te avisaré si necesitamos ayuda.

—¿Puedes darnos ahora nuestras copias de los demás informes de AMG para el tai-pan? Así podemos dejarte *ya* tranquilo.

Crosse le devolvió la mirada, agitándose incómodo, si bien ya estaba preparado para esa petición.

—Tendré que obtener aprobación de Whitehall.

Rosemont no disimuló su sorpresa.

—Nuestro máximo hombre en Inglaterra se ha comunicado ya con tu Gran Padre Blanco y ha obtenido la aprobación. Tú deberías tenerla hace una hora...

—¿Ah, sí?

—¡Claro! ¡Qué diantres! Nosotros no teníamos idea de que AMG estuviera en la nómina del tai-pan y mucho menos de que pasara información secreta... ¡por amor de Dios! El ambiente se ha caldeado al máximo desde que Ed obtuvo la copia principal de la última voluntad y el testamento de AMG.

Washington nos ha concedido la máxima puntuación por obtener las copias de los demás informes, y estamos tratando de seguir la pista de la llamada a Suiza, pero...

—¿Cómo dijiste?

—La llamada de Kiernan, la segunda que hizo.

—No te entiendo...

Rosemont explicó. Crosse frunció el ceño.

—Mi gente no me habló de eso. tampoco Dunross. ¿Qué razón tendría Dunross para mentir o para querer ocultarme ese dato? —les refirió con toda exactitud lo que Dunross le había dicho—. No había motivo para que me ocultara eso, ¿o creen ustedes qué sí?

—No... Estoy de acuerdo contigo, Rog, pero dime, ¿el tai-pan es kosher?

Crosse rió de buena gana.

—Si me preguntas si es cien por ciento un pirata de la Realeza Británica, cuyo juramento de fidelidad es a su Casa, a sí mismo y a

la Reina... no por fuerza en ese orden..., la respuesta es un sí categórico.

—Entonces, si podemos tener ahora nuestras copias, Rog, no te quitamos más tiempo.

—Cuando obtenga la aprobación de WhítehalL

—Si revisas tu salón para descifrar mensajes, verás que es Prioridad l-4a. Dice que se nos entreguen copias en cuanto se reciban.

Las órdenes con prioridad l-4a eran muy raras. Exigían entrega y acción inmediatas.

Crosse titubeó, tratando de evadir la trampa en la que había caído. No se atrevía a decirles que aún río estaba en posesión de los informes dé AMG. Tomó el teléfono y marcó un número.

—Habla el señor Crosse. ¿Hay algo para mí de la Fuente A l-4a?

—No señor, excepto lo que le mandamos hace una hora... por lo que usted firmó —contestó la mujer del Servicio de Inteligencia.

—Gracias —Crosse colgó la bocina—. Todavía no hay nada —explicó.

—¡Mierda! —susurró Rosemont, luego añadió—. Juraron haberlo mandado y que estaría en tu poder antes que nosotros llegáramos aquí. Tiene que llegar aquí en cualquier momento. Si no te molesta, esperaremos.

—Tengo una cita en el Distrito Central dentro de poco. ¿Podría ser al anochecer?

Ambos sacudieron la cabeza, negando. Langan dijo:

—Esperaremos. Se nos ha ordenado mandarlas al instante, por conducto personal con un guardia de veinticuatro horas. En este momento, debe haber ya un transporte del ejército en Kai Tak, para llevar al mensajero... No podemos ni siquiera copiarlas aquí.

—¿No están exagerando el asunto?

—Tú puedes contestar esa pregunta. ¿Qué hay en los informes?

Crosse jugó con su encendedor. Tenía grabado el emblema de la Universidad de Cambridge. Lo tenía desde la época anterior a su graduación.

—¿Es cierto lo que AMG dijo sobre la CIA y la mafia? Rosemont le devolvió la mirada y contestó:

—No sé. Ustedes utilizaron toda clase de villanos durante la Segunda Guerra Mundial... Nosotros aprendimos de ustedes a sacar

provecho de lo que tenemos… Esa fue la primera regla de ustedes.

Además —añadió Rosemont con plena convicción—, esta guerra es nuestra, y a cualquier precio vamos a ganarla.

—Sí, sí. Debemos ganarla —le hizo eco Langan, con la misma seguridad—. Porque si la perdemos, se habrá perdido el mundo entero, y no tendremos otra oportunidad.

* * *

Sobre el puente cubierto del *Sovelsky Ivanov,* tres hombres tenían binoculares dirigidos al portaviones nuclear. Uno de ellos era un civil, con un micrófono de garganta que alimentaba una grabadora magnetofónica. Estaba haciendo un comentario de técnico experto de lo que veía. De cuando en cuando, los otros dos añadían también alguno. Estos últimos vestían uniforme ligero de la marina.

Uno era el capitán Gregor Suslev y el otro su primer oficial.

El portaviones avanzaba con suavidad, con los remolcadores preparados, pero sin amarras de remolque. Transbordadores y buques de carga hicieron sonar sus sirenas para darle , una jubilosa bienvenida. Una banda de marina tocaba en su puente de popa. Marinos vestidos de blanco saludaban a los barcos que les pasaban cerca. El día era muy húmedo y el sol vespertino proyectaba largas sombras.

—El capitán es experto —dijo el primer oficial.

—Sí. Pero con todo ese aparato de radar, hasta un niño podría conducirlo —contestó el capitán Suslev.

Era un hombre barbado de amplios hombros, sus ojos cafés eslavos estaban bien colocados en un rostro de expresión amistosa.

—Esos barredores en la arboladura se parecen a los nuevos GE para radar de largo alcance. ¿Eso es lo qué son, Vassili?

El técnico experto interrumpió su transmisión un momento:

—Sí, camarada capitán. Pero, ¡observe la popa! Tienen cuatro interceptores F5 colocados sobre el puente del ala derecha.

Suslev silbó asombrado.

—Se suponía que no estarían en servicio antes del año entrante… —Así es —confirmó el civil.

—Informe eso por separado, tan pronto como eche anclas. Esa noticia sola basta para justificar nuestro viaje. —Sí.

Suslev afinó el enfoque de sus binoculares en el momento en que el portaviones hacía un ligero viraje.

Pudo ver las hileras de bombas de los aeroplanos.

—¿Cuántos más F5 traerá en las entrañas? ¿Y cuántos conos de proyectil nuclear para ellos?

Los tres rusos observaron un momento el portaviones.

—Tal vez seamos afortunados esta vez, camarada capitán —comentó el primer oficial.

—Esperémoslo. Así la muerte de Voranski no será tan costosa.

—Los norteamericanos son necios al traer este barco aquí... ¿No saben qué será una tentación para todos los agentes de Asia?

—Es una fortuna para nosotros que sean así. Nos facilita mucho el trabajo.

Suslev volvió a concentrarse en los F5, que parecían grupos de soldados, en medio de otros grupos.

El puente alrededor de él estaba lleno de equipo electrónico de vigilancia de lo más moderno. Un radar recorría toda la bahía. Un soldado impasible, de pelo entrecano, observaba la pantalla. En ella el portaviones lucía como una cresta de eco en medio de un millar de crestas más.

Los binoculares de Suslev se pasearon sobre el amenazador puente del portaviones, luego recorrieron toda su longitud. A pesar suyo, el capitán se estremeció ante el tamaño y el poderío del buque.

—Dicen que no ha tenido necesidad de volver a cargar combustible, desde que fue botado en 1960.

A sus espaldas, se abrió la puerta de la cabina de radio contigua al puente de su barco y un operador de radio se le acercó, lo saludó y le presentó un cable, diciéndole:

—Es urgente, viene del Centro, camarada Capitán.

Suslev lo tomó, firmó acusando recibo. Era una maraña de palabras sin sentido. Una última mirada al portaviones y se dejó caer sobre el pecho los binoculares. A grandes pasos recorrió el puente, en dirección a su cabina, que estaba en la popa, a ese mismo nivel. La puerta estaba custodiada, como las dos entradas al puente.

Después de entrar cerró con, llave la cabina y abrió la pequeña caja fuerte. Su libro de claves estaba oculto en una falsa pared. Se

sentó ante su escritorio. Rápidamente descifró el mensaje. Lo leyó con todo cuidado y se quedó con la mirada en, el vacío, un momento.

Leyó el mensaje por segunda vez y volvió a ocultar su libro de claves. Cerró la caja fuerte y quemó el papel del cable en un cenicero. Tomó el teléfono y dio una orden:

—¿Hablo al puente? Mande al camarada Metkin a mi cabina.

Mientras esperaba, se puso de pie junto a la portilla, sumergido en sus pensamientos. Su cabina era un recinto desaliñado. En un marco sobre su escritorio podían verse fotografías de una mujer robusta que sonreía en actitud tímida. Luego otra foto, de un joven bien parecido, con uniforme de marino y una más de una chica adolescente. Había además unos cuantos libros, una raqueta .de tenis y un periódico sobre la cama a medio arreglar.

Una llamada a la puerta. Suslev abrió, El marino que había estado observando la pantalla del radar se mantuvo erguido inmóvil.

—Pase, Dimitri.

Susley señaló con un gesto de la cabeza el cable descifrado y volvió a cerrar la puerta con llave.

El carino era un hombre regordete, de baja estatura, bien parecido, de pelo entrecano. Desde el punto de vista oficial era comisario político y por lo mismo oficial de alto rango en el buque. Tomó el mensaje. Decía lo siguiente: "Máxima prioridad, Gregor Suslev. Asumirá en el acto los deberes y responsabilidades de Voranski. Londres inforrna óptimo interés de CIA y MI-6 en la información contenida en expedientes de cubierta azul enviados a Ian Dunross de Struan por el coordinador de la Inteligencia británica AMG. Ordene a Arthur que obtenga copias sin tardanza. Si Dunross ha destruido las copias, mande por cable un informe sobre la posibilidad de detenerlo para interrogatorio químico profundo,". La expresión en la cara del marino se volvió sombría. Miró de frente al capitán Suslev y preguntó:

—¿AMG es Alan Medford Grant?

—Sí.

—¡Ojalá arda en el infierno un millar de años!

—Arderá, si hay algo de justicia en este mundo o en el otro —contestó Suslev sonriendo con un gesto lúgubre.

Se acercó a una repisa y tomó una botella medio llena de vodka y dos vasos.

—Escúcheme, Dimitri. Si fracaso o no vuelvo, usted asumirá el mando—enarboló la llave y le explicó—. Abra la caja fuerte. Allí tiene instrucciones sobre el modo de descifrar mensajes en clave y todo lo demás.

—Déjeme ir hoy en la noche en lugar, suyo. Usted es más impor...

—No gracias, viejo amigo —Suslev apoyó ambas manos sobre los hombros del colega, en un gesto afectuoso—. En caso de accidente, usted asume el mando y lleva adelante nuestra misión. Es para lo que se nos ha adiestrado —tocó el vaso. de Dimitri y concluyó—. No se preocupe, toda va a resultar bien.

Al decir esto, se sentía contento de poder hacer lo que deseaba y muy feliz de la tarea que se le había asignado y de su posición en la vida- En plan secreto, él era subcontralor en Asia del Primer Directorado del KGB, Departamento 6, que estaba encargado de todas las actividades clandestinas en China, Corea del Norte y Vietnam. Era además conferenciante; de alto nivel en la facultad de asuntos extranjeros de la Universidad de Vladivostok, miembro 2A del servicio de Contrainteligencia, coronel del KGB y por encima de todo eso, miembro decano del Partido en el Lejano Oriente.

—El Centro ha dado la orden. Usted debe protegernos las espaldas aquí, ¿entendido?

—Por supuesto, Gregor, de eso no tiene que preocuparse. Yo puedo hacer todo. Lo que me preocupa es usted.

Suslev y Metkin habían navegado juntos varios años. El segundo respetaba mucho al primero, aunque no sabía de.vdénde le venía su exˆ traordinaria autoridad. A veces se sentía tentado de averiguarlo.

Estás adquiriendo importancia —se dijo—. Él año entrante te jubilarás, y es posible que necesites amigos poderosos. El. único modo de contar con esa clase de ayuda es conocer sus estructuras. Pero con Suslev o sin él, tu bien merecida jubilación será honrosa, tranquila, en tu casa de Crimea. El corazón de Metkin se agitaba de júbilo al pensar en aquella encantadora campiña, con el clima benigno del Mar Negro, dedicando el resto de su vida a soñar, en compañía de su esposa, pu-diendo ver alguna vez a su hijo, un prometedor oficial del KGB a la sazón en Washington, pero ya sin

riesgo ni peligro de dentro o de fuera.

¡Oh, Dios— Protege a mi hijo de cualquier traición, o de cometer un error —oraba con fervor—.

Luego en el acto sentía una oleada de náusea, como siempre, al pensar que sus superiores se enteraran de que él era creyente secreto y de que sus padres, campesinos, lo habían educado dentro de la iglesia. Si supieran que no habría jubilación en Crimea, sino sólo aguas heladas en un rincón olvidado, y que no volvería a haber patria jamás...

—Voranski —comentó, ocultando su odio hacia el hombre— Era un agente secreto, ¿eh? ¿Dónde se le fueron los pies?

—Fue traicionado. Ahí estuvo su problema —contestó Suslev con acento sombrío—. Encontraremos a sus asesinos y pagarán por el crimen. Si mi nombre está escrito en el siguiente puñal... —Suslev se encogió de hombros, se sirvió más vodka y rió de buen grado—. ¿Qué importa? Todo es en nombre de la causa, del Partido... ¡y de la madre Rusia!

Volvieron a brindar y apuraron el contenido de sus vasos. —¿Cuándo piensa desembarcar?

Suslev saboreó el fuerte licor. Luego, complacido experimentó en su interior un calor benéfico que hizo que sus ansiedades y terrores parecieran menos reales. Con la cabeza hizo un movimiento hacia la portilla, y contestó:

—Tan pronto como esté con las amarrás y seguro —volvió a reír con gusto—. ¡Ah! ¡No cabe duda que es un bonito barco! ¿No le parece?

—No tenemos nada que se le acerque, capitán, ¿verdad? Ni a esos combatientes ... ¡Nada!

Suslev sonrió mientras se servía más licor.

—No, camarada. Pero si el enemigo no tiene verdadera voluntad de resistir, ya puede tener un centenar de esos portaviones, y no le servirán de nada.

—Sí, pero los norteamericanos tienen un carácter errático. Un general es capaz de perder los estribos en el momento menos pensado y borrarnos de la faz de la Tierra.

—Estoy de acuerdo. Ahora pueden, pero pronto ya no podrán. Les faltan pantalones —Suslev volvió a beber—. Y, dentro de poco, ¿qué .. ? ¡Los haremos morder el polvo! —suspiró—. ¡Va a ser

bueno cuando empecemos!

—Será algo terrible...

—No. Una guerra breve, casi incruenta, contra Norteamérica, y luego el resto se derrumbará, como él cadáver purulento que ya es.

—¿Incruenta? ¿Qué me dice de sus bombas atómicas? ¿Y de las bombas dé hidrógeno?

—¡Nunca usarán armas atómicas o misiles en contra de nosotros! ¡Están demasiado asustados, aun ahora de *los nuestros*. Están *seguros* de que nosotros sí los usaremos.

—¿Los usaremos?

—No lo sé. Algunos comandantes lo harían. Yo no sé. Con toda seguridad los usaríamos para responder en la misma forma, pero... ¿seríamos los primeros en dispararlos? No lo sé. La simple amenaza siempre será suficiente. Estoy convencido de que nunca necesitaremos entablar una guerra en forma —encendió una esquina del mensaje descifrado y lo puso sobre el cenicero—. Otros veinte años de coexistencia pacífica ... ¡ah, quién sería el genio ruso que la inventó! Y tendremos una armada mucho mayor y mejor que la de ellos, una fuerza aérea más numerosa y poderosa que la suya. Ahora mismo tenemos ya más tanques y más soldados, pero sin barcos y aeroplanos, es preciso esperar.

Veinte años no es mucha espera para que la madre Rusia gobierne al mundo.

—¿Y China? ¿Qué me dice de China?

Suslev apuró el vodka y volvió a llenar los vasos. La botella estaba ya vacía y él la arrojó sobre su cama. Contempló la flama que devoraba y rizaba el papel dentro del cenicero para luego dejarlo morir. Al fin comentó:

—Tal vez China sea el lugar indicado para utilizar nuestras armas atómicas —dijo como la cosa más natural—. Allí no hay nada que podamos necesitar. Nada. Eso resolvería nuestro problema chino de una vez por todas. ¿Cuántos hombres en edad militar tienen, según el último cálculo?

—Ciento dieciséis millones entre los dieciocho y los veinticinco años.

—¡Piense en eso! Ciento dieciséis millones de demonios amarillos que comparten 8,000 kilómetros de frontera con nosotros... ¡Y los extranjeros nos llaman paranoicos en lo que se

refiere a China! —tomó un sorbo de su vodka; esta vez quería hacerlo durar—. Las armas atómicas, resolverían nuestro problema chino de una vez por todas. En forma rápida, sencilla y permanente.

Su interlocutor asintió con un movimiento de cabeza, luego preguntó:

—¿Y este Dunross? ¿Y los papeles de AMG?

—Los obtendremos de él. Después de todo, Dimitri, uno de los nuestros es de la familia, otro es uno de sus socios, uno más está en los Servicios de Inteligencia. Allí están Arthur y Sevrin por todos lados, y además, podemos recurrir a una docena de gente corrompida dentro de su mismo parlamento, algunos de ellos dentro del mismo gobierno —ambos empezaron a reír.

— Y... ¿si Dunross ha destruido los documentos?

Suslev se encogió de hombros y respondió:

—Dicen que tiene memoria fotográfica.

—¿Usted haría aquí el interrogatorio?

—Sería peligroso hacer un narcoanálisis profundo de prisa. Yo nunca lo he hecho. ¿Usted sí?

—No.

El capitán frunció el ceño. —Esta noche, cuando se comunique con Centro, dígales que tengan listo a un experto por si lo necesitamos... Koronski, de Vladivostok, si está disponible.

Dimitri asintió con la cabeza, sumido en sus pensamientos. El *Guardian* de esa mañana, que yacía medio arrugado sobre la cama del capitán, le llamó la atención. Se acercó y. Ib tomó. Los ojos le brillaron.

—Gregor, si hemos de detener a Dunross, ¿por qué no culparlos a ellos? Usted tendría todo el tiempo que necesitara... El ruidoso encabezado del diario diría: SOSPECHOSOS EN EL CASO DEL SECUESTRO DE LOS LICANTROPOS. —Si Dunross no volviera —tal vez nuestro hombre se convertiría en el tai-pan... ¿qué tal?

Suslev contuvo una risa complaciente.

—¡Dimitri, eres un genio!

* * *

Rosemont observó su réloj. Había esperado lo suficiente. —Rog, ¿puedo usar tu teléfono?

—Por supuesto —contestó Crosse.

El hombre de la CIA aplastó su cigarrillo y marcó el número de la central de la CIA en el consulado.

—Habla Rosemont. Comuníqueme con 2022 —era el centro de comunicaciones de la Agencia.

—Este es 2022, Chapman; ¿Quién habla?

—Rosemont... ¡Hola, Phil? ¿Alguna novedad?

—No. Excepto que Marty Povitz informa que hay mucha actividad en el puente del *Ivanov*...

Binoculares poderosos. Trés hombres, Sfan. Uno es civil, los otros dos son el capitán y el primer oficial. Uno de sus radares de corto alcance está cubriendo la bahía en todo momento, trabajando horas extra. ¿Quieres qué lo notifiquemos al capitán del *FDR? F*

—¡No, por favor! No hay necesidad de agitarlo más de lo necesario. ¡Oye, Phil! ¿Tenemos alguna confirmación de nuestro 40-41?

—¡Claro, Stan! Entró a las... espera un instante... —Entró a las 16:03, hora local.

—Gracias, Phil. Te veré más tarde.

Rosemont encendió otro cigarrillo. Langan, que no era fumador, observó la operación con rostro desapacible, pero no dijo nada, porque también Crosse estaba fumando.

—¿Qué estás escondiendo, Rog? —preguntó Rosemont en tono áspero, con gran sorpresa para Langan—. Tu prioridad l-4a llegó desde las 16:03, a la misma hora que la nuestra. ¿A qué viene la dilación?

—Por el momento me parece conveniente —replicó Crosse, con voz amable.

Rosemont se encendió, lo mismo que Langan.

—Pues a mí no, y tenemos instrucciones precisas, oficiales, de recoger nuestras copias ahora mismo.

—Lo siento mucho, Stanley.

El cuello de Rosemont estaba dilatado y de un color rojo purpúreo, pero supo dominar su ira. —¿No vas a obedecer la l-4a?

—No, por el momento.

Rosemont se levantó y avanzó hacia la puerta. —Muy bien, Rog. Ya te pesará.

De un tirón quitó el cerrojo de la puerta, la abrió y salió. Langan

estaba de pie, también con el rostro alterado. —¿Qué razón tienes, Roger? —preguntó.

—¿Razón para qué? —preguntó Crosse, devolviéndole la mirada sin alterarse.

Ed Langan empezó a enfurecerse, pero se horrorizó ante la idea: —¡Santo Dios, Roger! ¿No los tienes aún? ¿Eso es todo? —¡Vamos, Ed! El primero que debe saber que somos eficientes eres tú.

—Esa no es respuesta, Roger. ¿Los tienes o no los tienes?

La mirada del hombre del FBI se clavó en Crosse. Este siguió impertérrito. Luego Langan decidió retirarse. Salió, cerrando la puerta. Crosse oprimió en el acto el interruptor y el cerrojo volvió a caer.

Otro interruptor secreto desconectó su grabádora magnetofónica. Tomó el teléfono y llamó:

—¿Brian? ¿Has tenido noticias de Dunross?

—No, señor.

—Ven a la planta baja, en el acto. Con Armstrong.

—Sí, señor.

Crosse colgó él teléfono. Tomó una forma de arresto formal, que tenía este encabezado: ORDEN DE DETENCIÓN, EN VIRTUD DE LA LEY DE SECRETOS OFICIALES. Sin dilación la llénó: "Ian Struan Dunross", y firmó ambas copias. Se quedó con el original y guardó el otro ejemplar en su cajón. Con la mirada repasó su oficina. Satisfecho, colocó una franja de papel en la ranura del cajón, para saber si alguien lo abría o trataba de moverlo. Salió. Las cerraduras de seguridad se accionaron tras su salida.

23
5:45 p.m.

Dunross estaba en el salón de juntas de Struan, con los demás directores de Nelson Trading, y miraba a Richard Kwang:

—No, Richard, lo siento. No puedo esperar hasta después del cierre de mañana.

—No significa nada para ti, tai-pan; en cambio, significa mucho para mí —protestó Richard Kwang, que sudaba en forma copiosa, mientras lo observaban Phillip Chen, Lando Mata y Zeppelin Tung.

—No estoy de acuerdo contigo, Richard —protestó Lando Mata en tono cortante—. ¡Madonna mia!

No pareces darte cuenta de la gravedad de la fuga de capital.

—Sí —corroboró Zeppelin Tung, cuya cara temblaba de la rabia que se esforzaba en reprimir.

Dunross suspiró. Sabía que si no fuera por su presencia, todos ellos estarían en un arrebato de furia, gritándose unos a otros, llenando el recinto de los peores insultos en todas direcciones, como sucedía siempre en todas las negociaciones entre chinos, sobre todo si eran tan serias como aquélla. Pero era una ley de la Casa Noble que todas las reuniones de las juntas directivas debían hacerse en inglés, y esta lengua impedía las maldiciones en chino y desconcertaba a los chinos, que era precisamente el propósito de esa regla.

—Este asunto tiene que resolverse ahora, Richard.

—Estoy de acuerdo —confirmó Lando Mata.

Era un portugués apuesto, de finas facciones, cincuenta y tantos años. Sus oscuros ojos revelaban sangre china de su madre, lo mismo que su cabello oscuro y su tez dorada. Sus finos y largos dedos no dejaban de tamborilear sobre la mesa de conferencias. Sabía que Richard Kwang nunca se atrevería a declarar que él, Tightfist Tung y Smuggler Mo controlaban el banco. Nuestro banco es una empresa —pensó con ira—, pero nuestro oro en lingotes es otra cosa. Por eso añadió:

—¡No podemos poner en peligro nuestras barras de oro ni

nuestro dinero en efectivo!

—¡Nunca! —ratificó con actitud nerviosa Zeppelin Tung—. Mi padre insistió en que yo aclarara esto muy bien. ¡El quiere su oro!

—¡Madre de Dios! Tenemos casi cincuenta toneladas de oro en nuestras bóvedas.

—En realidad tenemos más de cincuenta toneladas —corrigió Zeppelin Tung, con la frente bañada de sudor—. Mi padre me dio las cifras exactas: es de 1.792,668 onzas en 298,778 barras de cinco taels.

El aire en aquel salón era tibio y húmedo. Las ventanas estaban abiertas. Zeppelin Tung era un hombre robusto, bien vestido, de unos cuarenta años, ojos pequeños y juntos. Era el hijo mayor de Tightfist Tung, y su acento era británico de la clase alta. El sobrenombre le venía de una película que Tightfist había visto el día de su nacimiento. Zeppelin Tung se dirigió al banquero:

—¿Es cierto o no, Richard?

Richard Kwang cambió los papeles de la agenda de la reunión que tenía delante; uno contenía la lista de la cantidad de oro y otro el estado de cuenta actual de Nelson Trading. Si tenía que entregar los lingotes de oro y el efectivo esa noche, eso perjudicaría gravemente la liquidez del banco, y cuando esas noticias se divulgaran, cosa que sucedería sin remedio, el edificio entero perdería el equilibrio.

—¿Qué vas a hacer, cabeza de adoquín? —le había gritado su mujer, un momento antes que saliera de su oficina.

—Posponer, posponer y esperar qu…

—No… ¡fíngete enfermo! Si estás en cama, no puedes darles nuestro dinero. ¡No puedes asistir a la reunión! ¡Apresúrate a regresar a casa y pretenderemos…

—No puedo. El tai-pan en persona me llamó. ¡Lo mismo sucedió con ese Mata, hueso de perro! ¡No me atrevo a faltar! ¡Oh, oh, oh!

—Entonces averigua quién está asediándonos y págale… ¿Dónde tienes la cabeza? ¿A quién has ofendido? Debes haber ofendido a alguno de esos inmundos *quai loh.* ¡Encuentra al hombre y arregla cuentas con él, o perderemos el banco, nuestra pertenencia al Turf Club, perderemos los caballos, el Rolls y el honor para siempre! ¡Ah, sí! Si el banco desaparece, nunca serás Sir Richard Kwang— No te lo digo porque me interese ser Lady Richard Kwang, ¡oh, no!

Pero, ¡haz algo! Encuentra al…

Richard Kwang sintió que el sudor le recorría la espalda, pero mantuvo su compostura y trató de encontrar una salida del laberinto en que se encontraba.

—El oro está tan seguro como puede estar en cualquier circunstancia, lo mismo que su dinero en efectivo. Hemos sido los banqueros de Nelson Trading desde el principio. Jamás hemos tenido una pizca de dificultad. Arriesgamos mucho junto con ustedes desde el principio…

—Vamos, Richard—intervino Mata, manteniendo oculto su odio —. Tú no corres riesgos con oro.

Ciertamente no con *nuestro* oro.

El oro pertenecía a la Great Good Luck Company of Macao, que había sido propietaria también del monopolio de juegos de azar durante casi treinta años. El valor actual de la compañía era de más de dos mil millones de dólares norteamericanos. Tightfist Tung era dueño de un 30 por ciento él solo, personalmente. Lando Mata poseía el 40 por ciento en la misma forma… y los descendientes de Smuggler Mo, que había muerto el año anterior, tenían el 30 por ciento restante.

Aquí entre nosotros —estaba pensando Mata—, somos dueños del 50 por ciento de Ho-Pak, que tú, tú, bola de excremento de perro, por alguna razón has puesto en peligro. Lando Mata prosiguió:

—Lo siento mucho, Richard, pero mi voto es porque Nelson Trading cambie de banco, al menos en forma temporal. Tightfist Tung está en realidad muy molesto, y yo actúo como procurador de la familia Chin.

—Pero Lando —empezó a protestar Richard Kwang—, no hay por qué preocuparse —señaló con el dedo el periódico semiabierto del *China Guardian*, que estaba sobre la mesa—. El nuevo artículo de Haply vuelve a decir que estamos seguros, que se trata sólo de una tempestad en un vaso de agua, desencadenada por algún banco malv…

—Eso es posible, pero los chinos creen en los rumores, y la fuga de capital es un hecho —cortó Mata con energía.

—Mi viejo cree en los rumores —dijo con fervor Zeppelin Tung —. También cree en Four Finger Wu, y éste le habló hoy en la tarde

para decirle que había retirado todo su dinero y sugerirle que hiciera lo mismo. En menos de una hora, Lando y yo estábamos ya en nuestro Catalina, rumbo acá, y tú sabes cuánto detesto volar. Richard, sabes de sobra que cuando el viejo quiere que algo se haga *ahora,* ha de hacerse *ahora.* . .

Sí —pensó Richard Kwang con repugnancia—. Ese inmundo viejo miserable sé arrastraría fuera de su tumba para reclamar cincuenta céntimos en efectivo.

—Sugiero que esperemos un día, más o menos...

Dunross los dejaba hablar por respeto a sus personas, pero ya había decidido lo que debía hacerse.

Nelson Trading era una subsidiaria, propiedad total de Struan, de suerte que los demás directores en realidad tenían poca voz en las discusiones. Pero, aunque Nelson Trading gozaba de la licencia exclusiva del gobierno de Hong Kong para la importación del oro, sin el negocio del metal precioso de la Great Good Luck Company (que quería decir el favor de Tightfist Tung y de Lando Mata), las utilidades de Nelson Trading serían cero.

Nelson Trading llevaba una comisión de un dólar por onza, de cada onza importada en servicio de la compañía y entregada en el muelle de Macao, más otro dólar por onza en las exportaciones salidas de Hong Kong. Una razón más para hacer pensar en la conveniencia del plan general de Hong Kong para la compañía era que a Nelson Trading se le había otorgado un 10 por ciento de las utilidades reales.

Ese año el gobierno japonés había fijado, en forma arbitraria su valor oficial del oro a razón de 55 dólares la onza... lo que representaba una utilidad de 15. dólares por onza. En el mercado negro sería todavía más. En la India llegaría hasta 98 dólares.

Dunross miró de reojo su reloj. En unos minutos más llegaría Crosse.

—Tenemos activos por más de mil millones, Lando —repitió Richard Kwang.

—Bueno —dijo Dunross en tono cortante, interrumpiendo la discusión y dando por terminada la junta—. En tal caso, Richard, la realidad es que no hay ninguna diferencia entre un modo de proceder y otro. No tiene objeto esperar. He hecho ya ciertos arreglos. Nuestro camión de seguridad llegará a tu puerta lateral a

las ocho de la noche exactas.

—Pero...

—¿Por qué tan tarde, tai-pan? —preguntó Mata—. Todavía no son ni siquiera las seis.

—Para esa hora ya estaremos a oscuras, Lando. No me gustaría movilizar 50 toneladas de oro en plena luz del día. Podría haber uno que otro bandido alrededor de la operación. Nunca se sabe, ¿no crees?

—¡Dios mío! ¿Piensas en... triadas? —Zeppelin Tung se estremeció—. Llamaré a mi padre. Nos mandará tinos guardias adicionales.

—Sí —confirmó Mata—. Llama en el acto;

—No hay necesidad —opuso Dunross—. La policía ha sugerido que no hagamos demasiado espectáculo. Prometieron estar allí con toda su fuerza.

Mata titubeó.

—Bueno. Si tú lo dices, tai-pan... Tú te haces responsable.

—Claro —contestó Dunross con cortesía.

—¿Cómo sabemos que el Victoria es seguro?

—Si el Victoria falla, ya podemos irnos a China —Dunross tomó el teléfono y llamó al número privado de Johnjohn en el banco—. ¿Bruce? Habla Ian. Necesitamos la bóveda... a las 8:30 en punto.

—Muy bien. Nuestra gente de seguridad estará allí para ayudar. Usa la puerta lateral, la que está sobre la calle de Dirk.

—Sí.

—¿Está enterada la policía?

—Sí.

—Bueno... A propósito, Ian, acerca de... ¿Está Richard todavía contigo?

—Sí.

—Llámame en cuento puedas... Esta noche estaré en casa. He estado haciendo averiguaciones y las cosas no se presentan nada bien para él. Mis amigos chinos banqueros están muy nerviosos... Incluso el Mok-tung tuvo una pequeña fuga en Aberdeen, lo mismo que nosotros. Por supuesto, adelantaremos a Richard todo el dinero que necesite, sobre sus títulos, sus títulos bancarios, pero en tu lugar, yo sacaría todo el efectivo que estuviera en mi control. Consigue que Blacs reciba tu cheque primero, en la liquidación de

esta noche.

Todas las liquidaciones bancarias de cheques y préstamos se hacían en el sótano del Banco de Londres y China a medianoche, cinco días a la semana.

—Gracias, Bruce. Te veré más tarde —luego, dirigiéndose a los que estaban con él—. Todo está ya concertado. Por supuesto, la transferencia deberá mantenerse en el más absoluto secreto. Richard, necesitaré un cheque de caja por el activo de Nelson Trading.

—¡Y yo otro para el de mi padre! —coreó Zeppelin.

Richard Kwang contestó:

—Les mandaré sus cheques a primera hora de la mañana.

—Hoy en la noche —opuso Mata—. Así podrán ser liquidados hoy mismo —parpadeó una vez más y comentó—... Y, por supuesto yo necesito otro correspondiente a mi efectivo personal.

—No hay suficiente efectivo para cubrir esos tres cheques... ¡Ningún banco podría tener esa cantidad! —explotó Richard Kwang —. ¡Ni siquiera el banco de Inglaterra!

—Claro. Pero, por favor comunícate con quien prefieras, para pignorar algunos de tus títulos: Havergill o Southerby —los dedos de Mata dejaron de tamborilear—. Están esperando tu llamada.

—¿Qué cosa?

—Sí. Yo hablé con los dos esta tarde.

Richard Kwang no contestó. Tenía que encontrar una forma de evitar entregar el dinero esa noche. Si no lo hacía esa noche, ganaba un día de interés y tal vez para el día siguiente ya no sería necesario pagar. *Dew neh loh moh* a todos los inmundos *quai loh* y medios *quai loh*, que eran aún peores... Su sonrisa era tan gentil como la de Mata.

—Bueno, como quieran. Si vienen a verme dentro de una hora...

—He pensado en algo mejor —objetó Dunross—. Phillip se irá contigo ahora. A él puedes darle todos los cheques. ¿Hay algún inconveniente, Phillip?

—¡Oh! Oh, no, no tai-pan.

—Bueno, gracias. Luego, si tú los llevas directamente a Blacs, entrarán en la liquidación de medianoche. Richard, eso te da tiempo suficiente, ¿no es así?

—Oh, sí, tai-pan —contestó el aludido; el rostro se le iluminó.

Acababa de pensar en una solución brillante, i Fingir un ataque de corazón! Lo haré en el coche, rumbo al banco, y luego...

En ese momento vio la frialdad de los ojos de Dunross, sintió un nudo en el estómago y cambió de opinión. ¿Por qué han de tener tanto de mi dinero? —pensó al ponerse de pie.

—¿No me necesitan para nada más de momento? Bueno, vamonos, Phillip.

Salieron del salón. Hubo un profundo silencio. —Pobre Phillip, parece un espectro —comentó Mata.

—Claro. No es de admirar.

—¡Asquerosas triadas! —observó Zeppelin Tung estremeciéndose—. Los licántropos deben ser extranjeros... para haber enviado la oreja en esa forma —volvió a estremecerse—. Espero que no vengan a Macao. Se oye decir mucho que Phillip está ya negociando con ellos, con los licántropos de Macao.

—Eso es mentira —corrigió Dunross.

—Si estuviera haciéndolo no te lo diría, tai-pan. Yo también mantendría ese secreto para mí sólo —

Zeppelin Tung contempló el telé-fóno en actitud sombría— ¡*Dew neh loh moh* a todos los malditos secuestradores!

—¿Se acabó el Ho-Pak? —preguntó Mata.

—Si Richard Kwang no puede mantener la liquidez, sí. Esta tarde, Dunstan canceló todas sus cuentas.

—¡Ah! Eso quiere decir que una vez más, el rumor es correcto...

—Me temo que sí —a Dunross le daba pena pensar en Richard Kwang y en el Ho-Pak, pero al día siguiente él vendería al descubierto—. Sus valores van a desplomarse.

—¿Cómo afectará ese hecho la bonanza que tú habías predicho?

—¿Yo había predicho?

—Tú estás comprando Struan en grande, según he oído —Mata esbozó un débil sonrisa—; lo mismo ha hecho Phillip y su *tai-tai* y la familia de ella.

—Cualquiera tiene el buen tino de comprar nuestras acciones, Lando, en cualquier momento. Están a un precio muy por debajo del real.

Zeppelin Tung escuchaba con mucha atención. El corazón le latía con fuerza. El también había oído noticias de qué la Casa Noble de Chen estaba comprando ese día.

—¿Leíste la columna de Old Bliftd Tung hoy? ¿Acerca de la bonanza que se avecina? Hablaba con mucha seriedad...

—Sí—contestó Dunross con voz grave.

En efecto, la había leído esa mañana, y al hacerlo había contenido a duras penas la risa, pero su opinión sobre la influencia de Dianne Chen había subido de punto. A pesar suyo, Dunross había vuelto a leerla y luego se había preguntado por un momento si el vidente habría estado en realidad vaticinando su opinión personal.

—¿Es Old Blind Tung pariente de ustedes, Zep? —preguntó.

—No, tai-pan. No, que yo sepa. *Dew neh loh moh*, ¡qué calor hace hoy aquí! Me alegrará volver a Macao. La temperatura allá está mucho mejor. ¿Vas a entrar a la carrera de autos este año, tai-pan?

—Sí. Así lo espero.

—Bueno... ¡Maldita sea con el Ho-Pak! Richard nos dará nuestros cheques, ¿verdad? A mi viejo se le revienta una arteria si le falta un solo céntimo.

—Sí —concedió Dunross; luego observó una expresión extraña en los ojos de Mata—. ¿Qué sucede?

—Nada —Mata miró a Zeppelin—. Zep, es muy importante que tengamos la aprobación de tu padre sin tardanza. ¿Por qué no lo localizan entre Claudia y tú?

—Buena idea...

En un gesto obediente,, el chino se puso de pie y salió, cerrando la puerta. Dunross concentró la atención en Mata. —¿Qué hay?

Mata titubeó. Luego confesó en voz baja: —Ian, estoy pensando seriamente en sacar todo mi dinero de Macao y de Hong Kong, para ponerlo en Nueva York. Dunross lo miró de hito en hito, azorado.

—Si haces eso, sacudirás todo nuestro ¡sistema. Si tú cancelas aquí, Tightfist lo hará también, luego los Ghins, luego Four Fingers .. . y todos los demás...

—¿Qué es más importante, tai-pan, el sistema o tu propio dinero? —A mí no me gustaría hacer estremecer al sistema en esa forma. —¿Has cerrado trato con Par-Con? Dunross lo observó y respondió:

—Verbalmente sí. Los contratos se firman en el lapso de una semana. Un retiro tuyo nos perjudicaría a todos, Lando... muy gravemente. Lo que es malo para nosotros es malo para ti..., y para Macao es mucho muy malo...

—Pensaré en lo que me has dicho. Así que Par-Con viene a Hong Kong. Muy bien... y si American Superfoóds logra apoderarse de los Almacenes Generales de H. K., eso dará otro nuevo ímpetu al mercado. Tal vez Oíd Blind Tung no estaba exagerando otra vez. Quizá seamos afortunados. ¿Se ha equivocado ya alguna vez?

—¿-No lo sé. En lo personal no creo que tenga una comunicación privada con el Omnipotente...

aunque mucha gente sí lo piensa así.

—Una bonanza sería muy buena... realmente muy buena. El momento sería perfecto. Sí —de pronto Mata añadió en un tono extraño—. ¿No podríamos atizar un poco más el fuego de la bonanza máxima de nuestra historia?

—¿Tú ayudarías?

—Diez millones de dólares norteamericanos, entre los Chins y yo... Tightfist no se interesaría, lo sé.

Tú sugieres dónde y cuándo.

—Medio millón en Struan, como la última operación del jueves, lo demás repartido entre Rothwell-Gornt, Inmuebles Asiáticos, Muelle Hong Kong, Energía Hong Kong, los Golden Ferries, Inversiones Kowloon y Almacenes General H. K.

—¿Por qué el jueves? ¿Por qué no mañana? •

—El Ho-Pak hará bajar el mercado. Si compramos en gran cantidad el jueves, inmediatamente antes del cierre, haremos una fortuna.

—¿Cuándo anunciarías tu trato con Par-Con?

Dunross titubeó, pero al fin dijo:

—El viernes, después que cierre el mercado.

—Muy bien. Yo estoy contigo, Ian. Quince ¡millones. Quince en lugar de diez. ¿Mañana venderás al descubierto. Ho-Pak?

—Por supuesto... Lando, ¿sabes quién está detrás de esta fuga de capital del Ho-Pak?

—No. Pero Richard ha rebasado sus límites y no ha sido prudente. La gente habla; los chinos siempre tienen desconfianza de cualquier banco y reaccionan ante los rumores. Creo que el banco se va a derrumbar.

—¡Santo Cielo!

—Es el Hado —dijo Mata, y sus dedos dejaron de tamborilear—. Yo quiero triplicar nuestras importaciones de oro. Dunross lo miró

atónito.

—¿Por qué? Estás ya en el límite de tu capacidad. Si les imprimes demasiada velocidad, van a cometer errores y tu tasa de retención va a aumentar. En este momento tienes todo bien equilibrado...

—Sí, pero Four Fingers Wu y Smuggler Mo nos aseguran que pueden hacer grandes embarques con seguridad.

—No veo necesidad de forzarlos... ni a ellos ni a tu mercado. No hay necesidad en absoluto.

—Ian, escúchame un momento: hay problemas en Indonesia, inquietud en China, India, Tibet, Malaya, Singapur, fermentos de agitación en las Filipinas, y ahora los norteamericanos entran al Sureste Asiático. Esta medida de ellos es maravillosa para nosotros, aunque para Estados Unidos resulte temible. La inflación va a irse a las nubes y luego, como de costumbre, todo hombre de negocios sensato en Asia, sobre todo los chinos, van a querer librarse del papel moneda y manejar oro. Debemos estar preparados para satisfacer esa demanda.

—¿Qué has oído, Lando?

—Muchas cosas curiosas, tai-pan. Por ejemplo, que ciertos generales estadounidenses quieren un enfrentamiento total con los comunistas. El terreno escogido para eso es Vietnam.

—Pero los norteamericanos nunca ganarían allí. China no puede permitírselo, como no se lo permitió en Corea. Cualquier libro de historia les dirá que China *siempre* atraviesa sus fronteras para proteger sus zonas de amortiguamiento cuando se aproxima cualquier invasor.

—Aun así, el choque va a verificarse.

Dunross estudió a Lando Mata, cuya ingente riqueza y muchos años de experiencia en la honorable profesión del comercio (como él la describía) le abrían puertas muy amplias en los lugares más secretos.

—¿Qué otra cosa has oído, Lando?

—El presupuesto de la CIA se ha duplicado.

—Esa información tiene que ser clasificada. Nadie podría tenerla.

—Sí. Pero yo lo sé. Sus servicios de seguridad son pasmosos, Ian. La CIA interviene en todo, en el Sureste Asiático. Creo que algunos

de sus oficiales más celosos, en su afán desordenado están tratando incluso de seducir gente para el comercio de opio en el Triángulo Dorado, para beneficio de sus tribus amigas en las colinas del Mekong… con miras a animarlas a luchar contra el Vietcong.

—¡Santo Dios!

—Sí. Nuestros hermanos de Formosa están furiosos. Además, una abundancia cada vez mayor de dinero del gobierno norteamericano está prodigándose en aeródromos, bahías y caminos, en Okinawa, Formosa y sobre todo en Vietnam del Sur. Algunas familias políticas con contactos de muy alto nivel están ayudando a suministrar el cemento y el acero en términos muy favorables.

—¿Quiénes?

—¿Quién fabrica cemento? Tal vez en… por ejemplo… ¿Nueva Inglaterra?

—¡Por amor de Dios! ¿Estás seguro? Mata sonrió, pero sin sentido del humor.

—He oído incluso que parte de un gran préstamo del gobierno a Vietnam del Sur se empleó en un aeródromo que no existe, en una zona que todavía es selva impenetrable. ¡Oh, sí, Ian! La cosecha es ya ingente. Por eso, hazme el favor de ordenar embarques triples a partir de mañana. El mes entrante establecemos nuestro nuevo servicio hidrodinámico, que reducirá el tiempo a Macao de tres horas a setenta y cinco minutos.

—¿No sería más segura la Catalina?

—No. No lo creo. Las embarcaciones hidrodinámicas pueden transportar mucho más oro y pueden navegar con mayor rapidez que cualquier otro navío en estas aguas… y nosotros tendremos comunicaciones por radar permanentes, de la mejor calidad, así que podemos anticiparnos a cualquier pirata.

Después de una pausa, Dunross comentó:

—Tanto oro podría atraer a toda clase de ladrones, incluso tal vez a traficantes internacionales.

Mata sonrió con su clásico gesto fino.

—Déjalos que vengan. De aquí no saldrían. En Asia tenemos brazos largos —empezó a tamborilear de nuevo—. Ian, tú y yo somos viejos amigos. Quisiera un consejo tuyo…

—Estoy encantado… cualquier cosa…

—¿Tú crees en el cambio?

—¿Cambio en los negocios?

—Sí.

—Depende, Lando —respondió Dunross sin titubear—. La Casa Noble ha cambiado poco en un lapso de casi siglo y medio; en otros aspectos ha cambiado mucho —observó al viejo y esperó.

Al fin, Mata empezó a explicar.

—En unas cuantas semanas, el gobierno de Macao se verá obligado a poner en subasta la concesión de los juegos de azar, una vez más...

La atención de Dunross se concentró en el acto. Todos los grandes negocios de Macao se manejaban en forma de monopolios, y éste iba a parar a manos de la persona o de la compañía que ofreciera los impuestos anuales más altos por el privilegio. Mata continuó:

—... éste es el quinto año. Cada lustro, nuestro departamento pide licitaciones cerradas. La subasta está abierta a cualquiera, pero en la práctica, nosotros examinamos muy bien a todos los invitados a pujar —un momento de expectante silencio—. Mi viejo socio, Smuggler Mo ha muerto. Su prole es gente muy despilfarradora o con más interés en el mundo occidental, en los casinos del sur de Francia o en el juego de golf. Esto les interesa más que el estado saludable de nuestro sindicato. Para los Mo, se trata del destino inexorable: de cada diez mil coolies, uno acierta a encontrar oro, almacena dinero, invierte en bienes raíces, ahorra, se enriquece, se compra jóvenes concubinas que lo consumen a gran prisa, la segunda generación insatisfecha, gasta el dinero, hipoteca la tierra para comprar prestigio y la preferencia de las damas. La tercera generación vende la tierra y cae en bancarrota, por adquirir los mismos privilegios. La cuarta generación vuelve a ser coolie —su voz era tranquila, incluso gentil—. Mi viejo amigo ha muerto, y yo no siento nada especial por sus hijos ni por los hijos de sus hijos. Son ricos, inmensamente ricos, gracias a mí, y encontrarán, su nivel propio, que será bueno, malo o muy malo. En cuanto a Tightfist... —sus dedos volvieron a quedarse quietos— Tightfist también está ya moribundo.

Dunross se quedó atónito. Luego protestó: —Pero yo lo vi hace apenas una semana, más o menos, y me dio la impresión de ser un

hombre saludable, frágil como siempre, pero lleno de su acostumbrada sal y pimienta.

—Está muriendo, Ian. Lo sé porque fui su intérprete con los especialistas portugueses. No quiere confiarlo a ninguno de sus hijos ... fue lo que me dijo. Necesité meses para convencerlo de que fuera a ver médicos. Los dos se mostraron bastante seguros: cáncer del colon. Todo su organismo está invadido. Le dieron un mes, quizá dos de vida... Esto fue hace una semana —Mata esbozó su característica sonrisa—. El viejo Tightfist los maldijo, les aseguró que estaban equivocados, que eran unos mentecatos y que él nunca pagaba por diagnósticos erróneos —el versátil portugués volvió a reír sin humor—. El vale 600 millones de dólares norteamericanos, pero nunca pagará esa cuenta médica ni estará dispuesto a hacer otra cosa que seguir bebiendo esos brebajes de hierbas chinas, de olor inmundo y peor sabor, y seguir fumando de cuando en cuando su pipa de opio. Sencillamente no aceptará un diagnóstico occidental, el diagnóstico de un *quai loh*... Tú lo conoces. Tú lo conoces muy bien, ¿no es cierto?

—Sí.

Cuando Dunross tenía días de vacaciones en la escuela, su padre lo mandaba a trabajar con algunos viejos amigos. Tightfist Tung era uno de ellos, y Dunross recordaba el abominable verano que había pasado sudando en el inmundo sótano del banco del sindicato en Macao, tratando de complacer a su mentor y de no llorar de rabia al pensar en lo que él tenía que soportar mientras todos sus amigos estaban afuera jugando. Pero ahora se sentía contento de haber tenido ese verano. Tightfist le había enseñado mucho sobre el dinero... su valor, cómo conseguirlo y conservarlo. Le había hablado de la usura, la codicia y las tasas de préstamo normales entre los chinos, que en los buenos tiempos eran del 2 por ciento mensual.

—Toma un aval doble del que necesites, pero si no tiene ninguno, ¡mira bien a los ojos del que te pide prestado! —le gritaba Tightfist—. ¿No aval? Entonces es claro que pedirás mayor interés; luego piensa: ¿puedes fiarte de él? ¿Podrá pagar el préstamo? ¿Es un trabajador o un zángano? ¡Míralo bien, tonto, *él* es tu aval! ¿Qué cantidad quiere de mi dinero ganado con tanto esfuerzo? ¿Es un industrial? Si. lo es, ¿qué significa para él un dos por ciento mensual... incluso un cuatro? Nada. Pero es mi dinero el que hará al

desgraciado rico, si es su hado serlo. ¡El hombre mismo es todo el aval que tú necesitas! Presta al hijo de un rico cualquier cosa; si lo pide sobre su patrimonio y tienes el sello del padre… todo se dilapidará con bailarinas, pero a ti eso no te importa; ¡es su dinero, no el tuyo! ¿Cómo te haces rico? ¡Ahorrando! Ahorra dinero, compra tierra con un tercio, presta un tercio y conserva el otro tercio en efectivo. Presta sólo a gente civilizada y nunca confíes en un *quai loh* … —al decir esto, el viejo Tightfist dejaba escapar una risa entrecortada.

Aquel verano, Dunross tenía trece años y Lando Mata había hecho amistad con él. Entonces, como ahora, Mata era casi un fantasma, una presencia misteriosa que entraba y salía de las esferas del gobierno de Macao como quería, siempre en un segundo plano; casi no se le veía, apenas se le conocía. Era u n asiático extraño que iba y venía según su capricho, recogía lo que quería, hacía recolecciones de riquezas increíbles en la forma y en el momento en que se le antojaba. Aun en ese tiempo en que hablaba con Dunross, apenas un puñado de gente conocía su nombre y, por supuesto, eran todavía menos los que conocían al individuo en persona. El mismo Dunross jamás había estado en su mansión, en la calle de Broken Fountain. Era un edificio bajo y extenso, oculto tras rejas de hierro y enormes muros de piedra que lo rodeaban. En realidad, Dunross no sabía nada del hombre en sí— de dónde había venido, quiénes eran sus padres o cómo se había ingeniado para obtener esos dos monopolios de riqueza ilimitada.

—Me da pena saber eso del viejo Tightfist —comentó Dunross—. Siempre fue un viejo desgraciado y áspero, pero su aspereza conmigo no era peor que la que usaba con sus propios hijos.

—Sí… está muñéndose. ¡El hado! Y a mí no me inspira confianza ninguno de sus herederos. Lo mismo que los Chins, todos ellos serán ricos… ¡hasta el mismo Zeppelin! —comentó Lando Mata en tono de escarnio—. Sí, aun Zeppelin va a recibir entre 50 y 75 millones de dólares norteamericanos.

—¡Santo Dios! ¡Cuándo se piensa en todo el dinero que proporcionan los juegos de azar…!

Mata parpadeó ostensiblemente y preguntó decidido:

—¿Debo hacer un cambio?

—Si quieres dejar un monumento, sí. Por el momento, el

sindicato no permite más que juegos de azar chinos: fan-tan, dominó y dados. Si el nuevo grupo fuera moderno, con visión al futuro y quisiera modernizar... Si construyeran un gran casino nuevo, con mesas de ruleta, vingt-et-un, chemin de fer, incluso las máquinas esas norteamericanas... tendrías a toda Asia aglomerándose en Macao.

—¿Qué perspectivas hay de que Hong Kong declare legal el juego de azar?

—Ninguna. Tú sabes mejor que yo que sin los juegos y el oro, Macao se iría al mar, y una piedra angular en Ta política de negocios británica y de Hong Kong es no permitir que eso suceda jamás.

Aquí tenemos nuestras carreras de caballos... Tú tienes las mesas. Pero con propietarios modernos, nuevos hoteles, nuevos juegos, nuevos transportes hidrodinámicos, tendrías tantos ingresos, que te verías obligado a poner tu propio banco.

Lando Mata tomó un pedazo de papel, lo miró y se lo entregó:

—Aquí tienes cuatro grupos de tres hombres a los que podría permitírseles entrar en la subasta. Me gustaría tener tu opinión.

Sin haber mirado la lista, Dunross preguntó:

—¿Quieres qué escoja el grupo de tres que tú ya tienes decidido?

Mata rió de buena gana.

—¡Ah, Ian! ¡Sabes demasiado sobre mí! Sí. Yo ya he escogido al grupo que tendría éxito, si su oferta es considerable.

—¿Sabe alguno de los grupos que tú podrías recibirlos como socios? —No.

—¿Qué me dices de Tightfist y de los Chins? Esos no perderán su monopolio con facilidad...

—Si Tightfist muere antes de la subasta, se creará un nuevo sindicato. Si no, el cambio se hará, pero de manera diferente.

Dunross repasó la lista... y se quedó sin aliento. Todos los nombres eran chinos muy conocidos de Hong Kong y Macao, todos gente rica. Algunos con un pasado interesante.

—Bueno, no cabe duda de que todos son famosos, Lando.

—Sí. Para haber acumulado semejante riqueza... Ahora bien, manejar un imperio del juego requiere hombres de visión.

Dunross se sonrió con él y comentó:

—Estoy de acuerdo. Pero, entonces... ¿Por qué yo no estoy en la lista?

—Renuncia a la Casa Noble en un mes y podrás formar tu propio sindicato. Te garantizo que tu licitación tendrá éxito. Yo conservo el 40 por ciento.

—Lo siento, pero eso no es posible, Lando.

—Podrías tener una fortuna personal entre 500 y mil millones de dólares norteamericanos en diez años. Dunross se encogió de hombros.

—Y... ¿qué es el dinero?

—*Moh ching moh meng*... ¡No dinero» no vida!

—Sí, pero no hay suficiente dinero en el mundo para hacerme renunciar. Sin embargo, te propongo un negocio. Struan puede manejar el juego por ti, a través de nominatarios.

—Perdón, pero no. Tiene que ser todo o nada.

—Podríamos hacerlo mejor y más barato que nadie, y con más lujo.

—Si tú renuncias... Todo o nada, tai-pan.

A Dunross le dolió la cabeza con el solo pensamiento de tanto dinero, pero percibió el carácter definitivo de la proposición de Mata.

—Es justo... Lo lamento, pero no estoy disponible —respondió.

—Estoy seguro de que tú serías... tú personalmente, serías bienvenido como... como asesor.

—¿Si elijo el grupo adecuado?

—Tal vez —el portugués sonrió—... Bueno, ¿qué me dices?

Dunross se preguntaba si podía correr el riesgo de aceptar semejante asociación. Ser miembro del sindicato de juego de Macao no era como ser administrador en el Turf Club.

—Lo pensaré y te comunicaré mi decisión.

—Muy bien, Ian. Dame tu opinión en un par de días, ¿de acuerdo?

—Muy bien... Y, ¿me dirás cuál es la licitación triunfadora... si decides cambiar?

—Un asociado o un asesor debe tener esa información. Ahora, un último asunto y después debo marcharme. No creo que vuelvas a ver jamás a tu amigo Tsu-yan.

Dunross lo miró fijamente:

—¿Qué dijiste?

—Ayer en la mañana me llamó de Taipei, en un estado lamentable. Me preguntó si podría mandarle la Catalina para recogerlo en forma privada. Me aseguró que era urgente y que me explicaría cuando me viera. Vendría directamente a mi casa en el momento en que llegara —Mata se encogió de hombros y revisó las uñas de los dedos, impecablemente arregladas—. Tsu-yan es un viejo amigo... yo he alojado antes a viejos amigos, así que autoricé el vuelo. Tsu-yan no apareció, Ian. Pero llegó con la nave aérea... mi chófer estaba esperándolo en el muelle —Mata levantó la mirada —. Fue una cosa realmente increíble. Tsu-yan venía vestido con harapos inmundos de coolie y con sombrero de paja. Dijo entre dientes algo relativo a que me vería en la noche y saltó al primer taxi que encontró. Este arrancó como si todos los demonios del infierno fueran pisándole los talones. Mi chófer estaba atónito.

—¿No hubo algún error? ¿Estás seguro de que era él?

—¡Oh, si! Tsu-yan es muy conocido... por fortuna mi chofer es portugués, así qué es capaz de tener cierta iniciativa. Arrancó tras el taxi. Dice que éste se dirigió hacia el. norte. Cerca de Barrier Gate el taxi se detuvo y Tsu-yan voló a pie, con la máxima rapidez de que' es capaz, atravesó Barrier Gate y se internó en Chirta. Mi hombre lo vio correr hasta llegar á los soldados de la República Popular y luego desvanecerse en el cuartel de la guardia.

Dunross miraba a Mata con incredulidad. Tsu-yan era uno de los más conocidos capitalistas y antiéomunistas de Hong Kong y Formosa Antes de la caída de China Continental había sido casi un pequeño señor feudal en la zona de Shanghai.

—Tsu-yan nunca sería bienvenido en la República Popular China —objetó Dunross—. ¡Jamás! Debe estar a la cabeza dé su lista negra

Mata vaciló y rectificó:

—A menos que haya estado trabajando para ellos.

—Eso no es posible.

—Todo es posible en China...

* * *

Veinte pisos abajo, Roger Crosse y Brian Kwok salían del auto de la policía, seguidos de Robert Armstrong. Un hombre de los Servicios

Especiales, en traje de civil, les salió al encuentro:

—Dunross está aún en su oficina, señor.

—Bueno.

Robert Armstrong se quedó a la entrada mientras los otros dos se dirigían al elevador. Salieron en el vigésimo piso.

—¡Ah! Buenas tardes, señor —saludó Claudia sonriendo a Brian Kwok. Zeppelin Tung aguardaba junto al teléfono. Miró azorado a los policías, cuya presencia lo sorprendió mucho; era evidente que los conocía.

Roger Crosse anunció:

—El señor Dunross está esperándome.

—Sí señor —oprimió el botón de la sala de juntas y luego habló por su teléfono—. El señor Crosse está aquí, tai-pan. Dunross respondió:

—Dame un minuto y luego hazlo entrar, Claudia.

Dejó el teléfono y volvió a dirigirse a Mata:

—Ha llegado Crosse. Si no te encuentro eh el banco esta noche me comunicaré contigo mañana en la mañana.

—Sí. Estoy... por favor llámame Tan. Sí. Necesito unos minutos en privado contigo. Esta noche o mañana.

—Hoy en la noche a las nueve —respondió Dunross en el acto— o mañana a cualquier hora.

—Sí. Llámame a las nueve. 0 mañana. Gracias.

Mata atravesó el cuarto y abrió una puerta apenas perceptible, que estaba disimulada como parte de los libreros. Daba a un corredor privado que conducía al piso inmediato inferior. Al salir cerró la puerta.

Dunross lo contempló pensativo. Me pregunto qué planes tiene. Puso los documentos de la agenda de la junta en un cajón y lo cerró con llave. Luego, siempre sentado frente a la cabecera de la mesa, se recargó hacia atrás, tratando de recoger su atención, con los ojos fijos en la puerta, mientras el corazón le palpitaba a un ritmo un poco más acelerado. El teléfono sonó y lo hizo dar un salto.

—¡Dígame ..!

—Padre —empezó Adryon con su prisa de costumbre—, me apena interrumpirte, pero mi madre quiere saber a qué hora vendrás a cenar.

—Llegaré tarde. Dile que proceda. Yo tomaré algo en el camino.

¿A qué hora volviste tú anoche? —le preguntó a su vez, recordando que había oído llegar el auto de la chica poco antes del amanecer.

—Temprano —contestó Adryon.

Dunross estaba a punto de descargar una filípica sobre ella, pero notó tristeza en su voz.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó.

—Nada...

—¿Qué sucede?

—En realidad, nada. Tuve un gran día. Comí con tu Linc Bartlett... fuimos de compras pero ese tonto de Martin me dejó plantada. —¿Qué cosa?

—Sí. Estuve esperándolo una maldita hora. Teníamos cita para ir al V. y A. a tomar el té, pero nunca llegó. ¡El muy mentecato! A Dunross se le llenó la cara de alegría.

—Hay gente en la que no puede confiarse, ¿verdad Adryon? ¡Qué bien! ¡Dejarte plantada! ¿Qué desfachatez! —comentó, con la gravedad propia del caso, pero contento al pensar que Haply iba a recibir su merecido ...

—¡Es un reptil! ¡Un reptil de primera!

La puerta se abrió. Crosse y Brian Kwok entraron. Dunross asintió con un movimiento de cabeza e hizo una seña invitándolos a entrar. Claudia cerró la puerta.

—Tengo que despedirme, mi amor.¡Oye, cariño... te amo! ¡Adiós!

Colgó el teléfono y saludó, ya sin ninguna agitación: —'ñas tardes.

—Los expedientes, por favor, Ian.

—Sin duda, pero antes tendremos que ver al gobernador. —Antes quiero esos expedientes.

Crosse sacó sus órdenes de detención, mientras Dunross tomaba el teléfono y marcaba un número.

Esperó sólo un momento.

—'ñas tardes, señor. El superintendente Grosse está aquí... sí señor —le ofreció el teléfono—. Es para ti.

Crosse titubeó, con un gesto áspero en la cara. Luego tomó el teléfono.

—Habla el superintendente Crosse —dijo por el teléfono y escuchó un momento—. Sí señor... muy bien, señor —colgó el

teléfono—. ¿Quieres decirme qué diantres de enredos estás tramando?

—Ninguno. Sólo quiero ser precavido.

Crosse mantuvo enarbolada la orden de aprehensión.

—¡Si no obtengo los expedientes, estoy autorizado por Londres para ejecutar esto contigo a las seis de la tarde de hoy, con el gobernador o sin él!

Dunross le devolvió la mirada, con idéntica dureza. —Si me haces el favor...

—¡Tú lo quisiste, Ian Struan Dunross! ¡Lo siento, pero estás arrestado!

La mandíbula de Dunross vibró un instante.

—Muy bien, pero antes, ¡por Dios!, *¡vamos a ver* al gobernador!

24
6:20 p.m.

El tai-pan y Roger Crosse avanzaban sobre los guijarros blancos, rumbo a la puerta principal del Palacio del Gobernador, mientras Brian Kwok esperaba junto al auto de la policía. La puerta principal se abrió, y el joven militar, con uniforme de la Marina Real los saludó con cortesía y luego los introdujo en una exquisita antecámara.

Su Excelencia, Sir Geoffrey Allison, D.S.O., O.B.E. era un hombre de cabellera color arenoso, de cerca de sesenta años, aspecto impecable, hablar suave y de mucha firmeza. Estaba sentado tras un escritorio antiguo. Al verlos entrar los saludó:

—'ñas tardes —dijo en tono informal, indicándoles que tomaran asiento.

Su ayuda de cámara cerró la puerta, dejándolos solos.

—Parece que tenemos un problema, Roger. Ian tiene algo que es más que nada propiedad privada, que posee legalmente y se rehúsa a dártelo… y tú lo quieres.

—Lo quiero dentro de la ley, señor. Cuento con la autoridad de Londres, en virtud de la Ley de Secretos Oficiales.

—Sí, lo sé, Roger. Hablé con el Ministro hace una hora. Dijo, y yo estoy de acuerdo, que difícilmente podemos arrestar a Ian y revisar el domicilio de la Casa Noble como quien pone un poco de sal a la comida. Eso en realidad no sería lo indicado, ni lo razonable, por mucha razón que tengamos para querer conseguir los expedientes de AMG. Por el mismo motivo, no sería apropiado ni razonable conseguirlos con embozos y puñales… y toda esa clase de cosas, no te parece?

Crosse respondió:

—Nada de eso sería necesario si Ian quisiera colaborar. Le he hecho ver que el gobierno de Su Majestad estaba involucrado en forma total. Sin embargo, él no parece querer entenderlo, señor. Es preciso que colabore.

—Estoy muy de acuerdo. El ministro opinó lo mismo. Por

supuesto, cuando Ian vino aquí esta mañana, me explicó bien las razones que tiene para ser muy precavido... ¡razones muy convincentes, si puedo expresarme así! El ministro es de la misma opinión.

Los grises ojos del gobernador se volvieron penetrantes.

—Quiero saber con exactitud quién es el agente comunista clandestino archisecreto en mi policía. ¿Quiénes son los hombres de Sevrin?

Se produjo un silencio absoluto; al fin, Crosse repuso: —No lo sé, señor.

—En ese caso, ¿serías tan amable de averiguarlo a toda prisa? Ian tuvo la gentileza de dejarme leer el informe de AMG que tuviste la cordura de interceptar —los colores se dejaron ver en la cara del gobernador al citar el documente—. Esta información debe pasarse en privado al comisario de policía o al gobernador, *si se les considera leales...* —¡Por amor dé Dios! ¿Qué es lo que está sucediendo en el mundo?

—No lo sé, señor.

—Bueno. Pues se supone que debías saberlo, Roger. Sí, —el Gobernador los observaba—. Entonces, ¿qué hay de ese lunar? ¿Qué clase de hombre tendría que ser?

—Usted, yo, Dunross, Havergill, Armstrong, cualquiera —contestó Crosse sin titubear—, pero con una característica: pienso que está metido tan a fondo, que tal vez casi ha olvidado ya quién es en realidad o dónde residen sus intereses políticos genuinos y sus deberes de lealtad. Tiene que ser muy especial, como todos los de Sevrin—con su cara afilada, Crosse clavó los ojos en Dunross—. Deben ser gente muy especial. . . Los Servicios de Inteligencia verifican y cotejan con gran precisión, lo mismo que los de la CIA, pero nunca1 habíamos tenido el menor soplo, indicio o vestigio de Sevrin.

Dunross intervino y preguntó:

—¿Cómo vas a atraparlo?

—¿Cómo vas a atrapar tú al que tienes en Struan?

—No tengo idea.

¿Sería el espía de Sevrin el mismo que reveló nuestros secretos a Bartlett? —se preguntaba incómodo Dunross. Luego comentó:

—Si está en el nivel máximo, es uno de siete hombres.;. eso es

inconcebible.

—Ahí lo tienes —redargüyó Crosse— todos Son inconcebibles, y sin embargo, uno es espía. Si atrapamos a uno; lo probable es que podamos arrancarle la identidad de los demás, si los conoce.

Tanto el Gobernador como Dunross tuvieron una sensación de frío glacial ante la tranquila perversión que sé percibía en su voz. Crosse prosiguió:

—Pero para atrapar a ese uno, alguien tiene que tener un desliz, o nosotros necesitamos un poco de suerte.

El Gobernador reflexionó un momento. Luego dijo:

—Ian me asegura que en los informes anteriores no hay nada que mencione nombres... o proporcione algún indicio. Eso significa que los demás informes no nos ayudarían inmediatamene.

—Podrían servirnos, señor. En otros terrenos, señor.

—Lo sé ...

La expresión lacónica fue proferida con voz suave, pero a todas luces estaba diciendo calla la boca y espera a que yo termine de hablar, Sir Geoffrey dejó que el silencio se impusiera, luego continuó:

—En estas condiciones, nuestro problema parece ser simplemente solicitar la colaboración de Ian. Repito que su cautela está justificada —la expresión de su rostro se hizo dura—. Philby, Burgess y Maclean nos dieron una magnífica lección. Debo confesar qué cada vez que hago una llamada a Londres me pregunto si estaré hablando con otro maldito traidor —sacó un pañuelo y se limpió la nariz—. Bueno, basta de este asunto. Ian, ten la amabilidad de decir a Roger en qué circunstancias entregarías las copias de AMG.

—Las entregaré personalmente al jefe o al subjefe de MI-6 o MI-5, con tal que tenga la garantía de Su Excelencia por escrito, de que el hombre a quien las entrego es en realidad el que dice ser.

—¿Está de acuerdo con esto el ministro, señor?

—Si no tienes inconveniente, Roger...

Una vez más, la frase había sido pronunciada con toda cortesía, pero en el fondo estaba diciéndole: será mejor que estés de acuerdo, Roger.

—Muy bien, señor. ¿El señor Sinders ha estado de acuerdo con el plan?

—Estará aquí el viernes... ¡si BOAC lo permite!

—Sí, señor —Roger Crosse miró de reojo a Dunross—. Será mejor que yo conserve los expedientes hasta entonces. Puedes darme un paquete sel...

Dunross sacudió la cabeza, negando con energía.

—Están a salvo, hasta que yo haga entrega de ellos.

Crosse sacudió también la cabeza.

—No. Porque si nosotros lo sabemos, otros lo sabrán también. Los otros no tienen las manos tan limpias como las nuestras. Debemos saber dónde están, es mejor que pongamos un guardia 24 horas al día.

Sir Geoffrey asintió con la cabeza. —¿Te parece eso justo, Ian? Dunross reflexionó un momento.

—Muy bien. Haré que se guarden en una bóveda del Victoria.

La sangre se acumuló en el cuello de Crosse cuando Dunross sacó una llave y la puso sobre el escritorio. Los números estaban borrados con mucho esmero. Dunross prosiguió:

—Hay cerca de un millar de cajas de seguridad. El único que conoce el número soy yo. Esta es la única llave. ¿Quiere usted conservarla, Sir Geoffrey? Después... bueno, es lo mejor que puedo hacer para evitar riesgos.

—¿Roger...?

—Sí, señor, si usted lo aprueba...

—Allí están seguros; sin duda alguna. Es seguro que no pueden romperse todas las cajas de seguridad.

Muy bien. Eso está arreglado. Ian, la orden de detención queda cancelada... Pero, ¿tú prometes efectivamente entregarlos a Sinders en el momento en que llegue? —la mirada volvió a hacerse penetrante—. En realidad he tenido ya muchas dificultades con este asunto.

—Sí, señor.

—Bueno, entonces eso está definido. ¿Nada del pobre John Chen, Roger?

—No, señor. Estamos intentando todo lo que podemos.;

—Terrible negocio. Ian, ¿qué es todo este problema del Ho-Pak? ¿Están en una dificultad seria?

—Sí, señor.

—¿Se derrumbarán?

—No lo sé. Los rumores son en el sentido de que sí.

—¡Malhaya! Esto no me gusta nada. Es fatal para nuestra imagen. ¿Y el negocio con Par-Con?

—Parece que marcha bien. Espero tenerle un informe favorable la semana entrante, señor.

—Excelente. Nos conviene la presencia de algunas grandes empresas norteamericanas —sonrió—.

Tengo entendido que la chica es toda una sensación… A propósito, la Delegación Comercial Parlamentaria deberá llegar mañana de Pekín. Yo los atenderé el jueves… Por supuesto cuento con tu presencia.

—Sí señor. ¿Será un convite sólo para hombres?

—Sí. Creo que es buena idea.

—Los invitaré a las carreras del sábado… el excedente de público puede ocupar el palco del banco, señor.

—Bueno, gracias Ian. Roger, si puedes concederme un minuto más…

Dunross se levantó, se despidió con un apretón de manos y salió. Aunque había venido en el automóvil de la policía de Crosse, su Rolls estaba ya esperándolo. Brian Kwok lo detuvo:

—¿En qué quedamos, Ian?

—Me ordenaron que dejara a tu jefe la tarea de informarte…

—Es razonable. ¿Tardará todavía en salir?

—No lo sé. Todo está bien, Brian. No hay por qué preocuparse. Creo que resolví el dilema en la forma debida.

—Así lo espero. Lo siento, Ian. ha sido un asunto molesto.

—Sí —Dunross entró al asiento posterior del Silver Cloud y dijo en tono resuelto—. ¡Al Golden Ferry!

* * *

Sir Geoffrey servía el fino jerez en dos exquisitas copas de porcelana. Había estado en el Cuerpo Diplomático toda su vida, con excepción de los años de la guerra, en los que había sido oficial de estado mayor en el ejército británico. Hablaba ruso, mandarín, francés e italiano.

—Este asunto de AMG es realmente pavoroso, Roger —empezó diciendo—. Temo no haberme acostumbrado aún a la traición, la perfidia, y todos los recursos corruptos de que se vale el enemigo…

a pesar de todo el tiempo transcurrido... ¡Espantoso!

—Sí señor —Crosse lo observaba—. ¿Cree usted poder fiarse de Ian?

—En viernes no se necesita la aprobación de Londres para proceder. Tienes una orden del Consejo. El viernes tomamos posesión.

—Sí, señor —Crosse aceptó la copa de porcelana, aunque su delicadeza lo intranquilizaba—. Gracias, señor.

—Te sugiero que pongas dos hombres en las bóvedas del banco todo el tiempo, uno de Servicios Especiales y otro del CID, para mayor seguridad... y un guardia en traje de civil para vigilar al tai-pan... sin que se dé cuenta, por supuesto.

—Dispondré lo relativo al banco antes de irme. A él ya lo tengo bajo estricta vigilancia.

—¿Ya lo has hecho?

—¿Con respecto a él? ¡Sí señor! Supuse que manejaría la situación como más conviniera a sus propósitos. Ian es un hombre muy astuto. Después de todo, el tai-pan de la Casa Noble nunca es un mentecato.

—¡No, por Dios! —tocaron las copas con finura; el tintineo de la porcelana era argentino—. Este tai-pan es el mejor de todos los que yo he tratado.

—¿Le dijo Ian si había vuelto a leer los expedientes en fecha reciente, señor? ¿Por ejemplo, anoche?

Sir Geoffrey frunció el ceño tratando de recordar su conversación de la mañana.

—Creo que no... Espera... dijo..,. dijo exactamente lo siguiente: "La primera vez que leí los informes pensé que algunas de las ideas de AMG eran demasiado traídas de los cabellos. Pero ahora... y ahora que él ha muerto, he cambiado de opinión..." Eso puede significar que ha vuelto a leerlos en una fecha más o menos reciente. ¿Porqué?

Crosse examinaba la copa de porcelana, delgada como el papel, en contra de la luz.

—Muchas veces he oído decir que tenía una memoria notable. Si los expedientes están seguros en las bóvedas... no me gustaría que el KGB tratara de secuestrarlo a él.

—¡Santo Dios! ¿Tú crees qué serán tan mentecatos? ¿Secuestrar

a un tai-pan?

—Depende de la importancia que den a los informes, señor —comentó Crosse en tono sereno—. Tal vez nuestra vigilancia debería ser relativamente manifiesta... Eso podría hacerlos desistir si por casualidad estuvieran haciendo planes en ese sentido... ¿Querría usted decírselo a él?

—Por supuesto. Es buena idea —Sir Geoffrey anotó algo en su agenda—. ¡Maldito asunto éste! ¿Podrían los licántropos... podría haber algún nexo entre los rifles de contrabando y el secuestro de John Chen?

—No lo sé, señor... todavía no. He encomendado el caso a Armstrong y a, Brian Kwok. Si hay algún nexo, ellos lo descubrirán.

Observó la luz moribunda del sol poniente a través de la pálida y translúcida porcelana de tono ligeramente azul, que parecía realzar los destellos dorados del jerez seco La Ina. En tono ausente comentó:

—Es interesante este juego de colores.

—Sí. Son T'ang Ying... el nombre viene del director de la fábrica imperial, en 1736. Era el emperador Ch'en Leung, para ser exactos —Sir Geoffrey fijó la mirada en Crosse—. Un espía muy bien infiltrado en mi policía, en mis oficinas coloniales, en mi departamento del tesoro, en la base naval, en el Victoria, en la compañía telefónica... ¡y hasta en el seno de la Casa Noble! Podrían paralizarnos y causar un perjuicio indescriptible en nuestras relaciones con la República Popular China.

—Sí, señor —Crosse siguió observando la copa—. Parece imposible que pueda ser tan delgada... En mi vida había visto una copa como ésta.

—¿Eres coleccionista?

—No señor. Temo no saber nada al respecto.

—Estas son mis predilectas, Roger. Son verdaderas piezas raras. Las llaman *t'o t'ai:* sin cuerpo. Son de una finura tal, que el vidriado exterior e interior parecen tocarse.

—Casi me da miedo tenerla en las manos.

—¡Oh! Son bastante fuertes. Delicadas, sí, pero fuertes. ¿Quién podrá ser Arthur? Crosse suspiró.

—No hay un indicio en este informe... Ni uno solo. Lo he leído cincuenta veces. Tiene que haber algo en los demás... A pesar de

todo lo que diga Dunross.

—Es posible.

La delicada copa parecía ejercer cierta fascinación sobre Crosse.

—La porcelana es arcilla, ¿no es verdad?

—Sí, pero esta clase está hecha en realidad de una mezcla de dos arcillas, Roger, una es kaolín. El nombre le viene del distrito dé Kingtehchen, de terreno ondulante, donde se encuentra. La otra arcilla es la *pan tun tse*, la llamada pequeños trozos blancos. Los chinos llaman a estas especies la carne y los huesos de la porcelana.

Sir Geoffrey caminó hasta la elegante mesa de cubierta de cuero que servía de bar y trajo consigo la garrafa.- Tenía unos veinte centímetros de altura y era muy translúcida, casi transparente.

—También los visos azules son notables. Cuando la pieza está bastante seca, se introduce en la porcelana cobalto en polvo, mediante un proceso de soplado, con ayuda de un fino tubo de bambú. En realidad, el color está formado por millares de minúsculas motas aisladas de azul. Luego se la somete al vidriado y a la acción del fuego, a una temperatura de 705 grados centígrados.

Volvió a dejar la garrafa en el bar. Le deleitaba la sensación táctil de aquella obra maestra de artesanía y su aspecto visual.

—Asombroso —comentó Ctosse.

—Un edicto imperial prohibía siempre su exportación. Nosotros, los *quai loh*, no teníamos derecho más que a artículos de *hua shih*, piedra resbalosa, o de *tun ni*, barro de ladrillo —volvió a contemplar su copa con ojos de conocedor—. El genio que hizo esto probablemente ganaba unos cien dólares anuales.

—Tal vez su salario era excesivo —completó Crosse, y los dos hombres intercambiaron una sonrisa.

—Tal vez…

—Encontraré a Arthur, señor, y también a los demás. Puede usted contar con eso.

—Temo que tengo que hacerlo, Roger. En esto estamos de acuerdo el ministro y yo. El tendrá que informar al Primer Ministro… y a los jefes de estado mayor.

—Eso significa que la información tiene que pasar por toda clase de manos y lenguas y el enemigo no podrá menos de averiguar que podemos estar ya sobre su pista.

—Sí. Así que tendremos que actuar con rapidez. Te concedo

cuatro días de gracia, Roger. En ese lapso el ministro no transmitirá nada.

—¿Me concede usted, señor?

—Es una figura literaria, Crosse. En la vida, uno adquiere y da pagarés... incluso en el Cuerpo Diplomático.

—Sí; señor. Gracias.

—¿Nada sobre Bartlett y la señorita Casey?

—No,señor, Rosemont y Langan han pedido expedientes al día. Parece haber cierta relación entre Bartlett y Banastasio... todavía no sabemos con certeza de qué género sea. Tanto él como la señorita Tcholok estuvieron en Moscú el mes pasado.

—¡Ah! —Sir Geoffrey volvió a llenar las copas—. ¿Qué has hecho con respecto a ese pobre de Voranski?

—Mandé el cadáver a su barco, señor.

Luego Crosse le habló de lo esencial de su conversación con Rosemont y Langan y le mencionó lo de las fotografías.

—¡Ese fue un golpe de suerte! Nuestros primos están volviéndose muy sagaces —comentó el gobernador—. Será mejor que seas tú quien encuentre a esos asesinos, antes que lo haga el KGB o la CIA, ¿eh?

—En este momento tengo ya equipos de hombres rodeando la casa, tan pronto como aparezcan les echamos el guante. Por supuesto los encerraremos manteniéndolos incomunicados. Además, he reforzado las medidas de seguridad alrededor del *Ivanov*. Nadie más podrá escurrirse por entre la red.

Se lo prometo. Nadie más.

—Bueno. El comisario de policía dijo que había ordenado al CID estar más alerta —Sir Geoffrey reflexionó un momento, luego dijo —. Voy a mandar también una minuta al secretario relativa al hecho de que no acataste la l-4a. Con toda seguridad el contacto norteamericano de Londres estará muy molesto, pero en las actuales circunstancias, ¿cómo podrías haber obedecido?

—Si puedo hacer una sugerencia, señor, yo diría que es preferible pedirle que no mencione el hecho de que no tenemos aún los expedientes. Esa información podría caer también en manos enemigas.

Dejemos que las cosas caigan por su peso, mientras podamos hacerlo.

—Sí. Estoy de acuerdo —el gobernador tomó un sorbo de su jerez—. Hay una gran sabiduría en el arte del "dejar pasar", ¿no es cierto?

—Sí, señor.

Sir Geoffrey echó una ojeada a su reloj.

—Lo llamaré por teléfono en unos minutos, para alcanzarlo antes de que salga a comer. Está bien.

Pero hay un problema que no puedo soslayar: el *Ivanov*. Esta mañana supe por conducto de nuestro intermediario oficioso que Pekín ve la presencia de ese barco aquí con la máxima preocupación.

Se creía a la sazón que el vocero, enteramente oficioso de la República Popular China en Hong Kong y el nombramiento comunista de alto nivel era uno de los vicepresidentes del Banco de China, del banco central de la República, por el que pasaba todo el intercambio de divisas y todos los miles de millones de dólares norteamericanos obtenidos a base de suministrar artículos de consumo y casi todos los alimentos y el agua de Hong Kong. Gran Bretaña había afirmado siempre en tono contundente que Hong Kong era territorio inglés, Colonia de la Corona. En toda la historia de Hong Kong, desde 1841, Inglaterra jamás había permitido que ningún representante chino *oficial* residiera en la Colonia. Ninguno en absoluto.

—La verdad es que tomó medidas inusitadas para hablarme del *Ivanov* —siguió diciendo Sir Geoffrey—, y quiso insistir mucho en el gran disgusto que representaba para Pekín la presencia de un espía soviético en estos lugares. Me dio a entender incluso que valdría la pena que yo pensara en expulsarlo de aquí... Después de todo (me explicó), sabemos que a uno de sus espías soviéticos del KGB, disfrazado de marino, le habían dado muerte en territorio británico. Yo le agradecí su interés y le dije que lo consultaría con mis superiores... a su debido tiempo —Sir Geoffrey tomó otro sorbo de su jerez—. Un dato curioso fue que no pareció molesto por el hecho de que el portaviones nuclear estuviera aquí.

—|Eso es extraño! —comentó Crosse, también con sorpresa.

—¿Indicará eso otro cambio en la política... un cambio significativo en la política exterior, y un deseo de paz con Estados Unidos? No puedo creerlo. Todo parece revelar un odio patológico

hacia ese país.

El gobernador volvió a suspirar y a llenar las copas.

—Si llegara a saberse que Sevrin existe, que nuestro poderío aquí está socavado... ¡Dios omnipotente! Les vendría una conmoción... ¡Y con toda razón!

—Encontraremos a los traidores, señor, no se preocupe. ¡Los encontraremos!

—¿Tú lo crees? Yo lo dudo.

Sir Geoffrey se sentó junto a la ventana y contempló los prados exquisitamente cuidados y el jardín inglés con sus arbustos, sus plantíos de flores rodeados por la alta muralla blanca, y el magnífico crepúsculo. Su esposa anda cortando flores, paseándose por entre los prados seguida de un jardinero, chino que con gesto agrio desaprobaba sus acciones. Sir Geoffrey la miró un momento. Llevaban treinta años de casados, tenían tres hijos, todos casados y seguían satisfechos y en paz en su relación matrimonial.

—¡Siempre los traidores! Los soviéticos son maestros del pasado en el uso de ellos —comentó con tristeza—. Resulta tan fácil para los traidores de Sevrin causar agitación, esparcir un poco de veneno por aquí, otro poco más allá..! Les es tan fácil molestar a China... ¡Pobre China! ¡Ya de por sí padece tanta xenofobia! ¡Oh, qué fácil es causarnos perturbaciones en este lugar! Pero, lo peor de todo, ¿quién es *tu* espía? ¿Quién es el espía de la policía? Debe ser por lo menos un inspector en jefe, para tener acceso a esa información...

—No tengo la menor idea. Si la tuviera, hace mucho que lo habría neutralizado.

—¿Qué vas a hacer con el general Jen y sus agentes secretos nacionalistas?

—Voy a dejarlos en paz... Hémos estado clasificándolos durante meses. Es preferible mil veces dejar a los agentes enemigos en sus puestos, que tener que indagar quiénes son sus sustitutos.

—Estoy de acuerdo... Con toda seguridad serían remplazados por otros. Tanto de ellos como nuestros. ¡Triste, muy triste! Lo hacemos nosotros... lo hacen ellos. Es tan triste y tan necio... Este mundo es un paraíso tan magnífico... ¡podría ser un paraíso tan magnífico...!

Una abeja zumbó frente a las ventanas que daban a la bahía y luego voló hacia el jardín en el momento en que Sir Geoffrey

retiraba la cortina.

—El ministro me ha pedido que me cerciore de que nuestros ilustres visitantes, nuestra Delegación Comercial ante China que regresa mañana, viaje en medio de absoluta seguridad, sensata, pero por todos conceptos discreta.

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Parece que uno o dos de ellos podrían ser ministros de gabinete si el Partido Laboral triunfa. Sería bueno que la Colonia les deje una magnífica impresión.

—¿Cree qué la próxima vez tengan alguna probabilidad de ganar? Me refiero al Partido Liberal.

—No me gusta hacer esa clase de comentarios, Roger —la voz del gobernador era llana y en tono de reproche—. No me interesa la política partidista. Yo represento a Su Majestad la Reina... Ahora bien, en lo personal, sí quisiera que algunos de sus extremistas se retiraran y nos dejaran con nuestros propios recursos, pues es claro que gran parte de su filosofía socialista de ala izquierda es ajena al estilo de vida inglés —Sir Geoffrey adoptó una actitud más dura—. Es bastante evidente que algunos de ellos sí le prestan ayuda al enemigo, o por decisión propia o en calidad de incautos. Ya que hablamos del asunto... ¿alguno de nuestros visitantes representa un riesgo para la seguridad?

—Todo depende de lo que usted quiera decir, señor. Dos de ellos son diputados novatos de ala izquierda, sindicalistas picapleitos: Robín Grey y Lochin McDonald McLean. Este último hace alardes manifiestos de su afiliación al Partido Comunista Británico. Ocupa un lugar bastante alto en nuestras listas "S". Todos los demás socialistas son moderados. Los miembros conservadores son moderados, gente de clase media, todos antiguos activos del servicio. Uno es más bien imperialista, Hugh Guthrie, el representante del Partido Liberal.

—¿Y los picapleitos? ¿Son también antiguos miembros del servicio?

—McLean fue minero... Si no él personalmente, sí su padre. La mayor parte de su vida como comunista ha sido líder obrero y sindicalista en las minas de carbón de Escocia. Robin Grey perteneció al ejército, fue capitán de infantería.

Sir Geoffrey levantó la mirada en un gesto interrogante:

—¿No es común asociar a ex capitanes con los que quieren ser picapleitos sindicalistas obreros? ¿Tú qué opinas?

—No, señor —Crosse tomó un sorbo de su jerez, paladeándolo, pero disfrutando más sus conocimientos—. No se asocian con el parentesco con un tai-pan.

—¿Qué cosa?

—Robert Grey es hermano de Penélope Dunross.

—¡Santo Dios! —Sir Geoffrey lo contempló atónito—. ¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Pero, ¿por qué Ian no ha... por qué no lo ha mencionado?

—No lo sé, señor. Tal vez se avergüenza de él. A todas luces el señor Grey es el polo opuesto de la señora Dunross.

—Pero, ¡por amor de Dios! ¿Estás seguro?

—Sí, señor. De hecho, fue Brian Kwok quien descubrió el nexo, por pura casualidad. Los miembros de la Delegación tuvieron que proporcionar la acostumbrada información personal a la República Popular China, para obtener la visa: fecha de nacimiento, profesión, parientes más cercanos, etc. Brian estaba haciendo la revisión de rutina para cerciorarse de que todas las visas estaban en orden, con el fin de evitarse toda clase de problemas en la frontera. Por casualidad, observó que el señor Grey había mencionado a su "hermana Penélope Grey" como pariente más cercana, con una dirección en Castle Avisyard en Ayr. Brian recordó que era la dirección de la casa de la familia Dunross —Crosse sacó su cigarrera de plata—... ¿Le molesta si fumo, señor?

—No, por favor, adelante.

—Gracias... Esto sucedió hace un mes, más o menos. Pensé que era importante para él verificar esa información. Necesitamos en realidad poco tiempo para saber con seguridad que la señora Dunross sí era su hermana y pariente más cercana. Por lo que sabemos, ella tuvo un pleito con su hermano inmediatamente después de la guerra. El capitán Grey fue prisionero de guerra en Changi. Cayó en manos enemigas en Singapur, en 1942. Fue repatriado a fines de 1945... A propósito, sus padres murieron en el bombardeo de Londres del '43. En esa época, ella estaba ya casada con Dunross...

Contrajeron matrimonio ese mismo año, a raíz de que el avión

de él fue derribado, señor… Ella era enfermera de la Fuerza Aérea. Sabemos que hermano y hermana se encontraron cuando Grey fue puesto en libertad. Hasta donde podemos afirmar en este momento, nunca han vuelto a verse. Por supuesto, no es asunto que nos interese, pero el pleito debe haber sido…

Crosse se interrumpió en el momento en que se oyó un discreto llamado a la puerta y Sir Geoffrey invitó: —¿Qué pasa? La puerta se abrió:

—Perdone, señor —dijo su ayudante con cortesía—, Lady Allison me pide que le informe que acaba de empezar a llegar el agua. —¡Oh, maravilloso! Gracias.

Se cerró la puerta. Crosse se levantó en el acto, pero el gobernador le hizo seña de que volviera a sentarse.

—No, no. Por favor termina, Roger. Unos minutos no importan, aunque debo confesar que apenas puedo esperar. ¿Te gustaría tomar una ducha antes de irte?

—Gracias, señor, pero en el cuartel general de la policía tenemos nuestros tanques de agua.

—Es cierto. Lo había olvidado. Prosigue. Estabas diciendo que el… pleito…

—El pleito debe de haber sido muy serio, porque parece que fue definitivo. Un amigo íntimo de Grey dijo a uno de los nuestros hace unos días, que hasta donde él sabía, Robin Grey no tenía ningún pariente vivo. De hecho, deben odiarse mutuamente.

Sir Geoffrey se quedó contemplando su copa, sin verla en realidad. De pronto le vino a la memoria su propia niñez infeliz, el grado en que había aborrecido a su padre, a tal grado que durante treinta años jamás lo había llamado, ni le había escrito, y el año anterior, en su lecho de muerte, no había acudido a su lado para hacer las paces con el hombre que le había dado la vida.

—La gente puede ser terrible con sus semejantes —musitó en tono triste—. Lo sé. Sí, los pleitos de familia pueden ser demasiado fáciles. Después, cuando ya es demasiado tarde, uno lo deplora. Sí, de veras lo deplora. La gente puede ser terrible con sus semejantes…

Crosse observó y esperó. Lo dejó explayarse, revelar su interior, con gran cuidado de no hacer el mínimo movimiento que pudiera distraerlo, deseoso de conocer los secretos del hombre y los esqueletos de su pasado. Lo mismo que Alan Medford Grant, Crosse

coleccionaba secretos. ¡Maldito bastardo aquél, con sus indecentes expedientes! ¡Qué Dios maldiga a Dunross y su diabólica astucia!

¿En qué forma podría yo obtener esos malhadados documentos antes que Sinders?

Sir Geoffrey tenía la mirada perdida en el vacío. Luego el agua empezó a correr, con un ruido placentero, por la tubería de la casa, y lo hizo volver en sí. Vio a Crosse que lo observaba.

—¡Hummm! Pensar en voz alta… ¡Mala costumbre para un gobernador!, ¿verdad?

Crosse sonrió, cuidadoso de no caer en la trampa.

—¿Qué decía, señor?

—En fin, como tú dijiste, no es asunto nuestro. El gobernador apuró su jerez en un gesto definitivo, y Crosse comprendió que estaba dándole la despedida. Se levantó.

—Gracias, señor.

Cuando se quedó solo, el gobernador suspiró. Reflexionó por un momento, luego tomó el teléfono privado y dio a la operadora el número privado del ministro, en Londres.

—Habla Geoffrey Allison. ¿Está él, por favor?

—¡Hola, Geoffrey!

—¡Hola, señor! Acabo de ver a Roger. Me asegura que el escondite y la persona de Dunross estarán muy bien custodiados. ¿El señor Sinders viene ya en camino?

—Estará allá el viernes. ¿Supongo qué no ha habido consecuencias desagradables de ese lamentable accidente del marino?

—No, señor. Todo parece estar bien controlado.

—La policía militar estaba muy preocupada.

—Sí, señor —convino el gobernador— …A propósito de la l-4a, tal vez sería mejor que no mencionáramos nada a nuestros amigos… por ahora.

—Ya tuve noticias de ellos. Estaban sumamente indignados. Lo mismo que nuestros colegas. Está bien, Geoffrey. Por fortuna este fin de semana será largo, así que les daré las noticias el lunes y ese día recibiré su reprimenda.

—Gracias, señor.

—Geoffrey, ese senador norteamericano que tienes allí… Creo que debe ser *guiado*.

El Gobernador frunció el ceño. *Guiado* era una palabra clave entre ellos que significaba "vigilado con mucho esmero". El senador Wilf Tillman, posible candidato presidencial, estaba de visita en Hong Kong, de camino hacia Saigón, para, una misión investigadora a la que se había hecho mucha publicidad.

—Me encargaré de eso en el momento en que cuelgue el teléfono. ¿Hay algo más, señor? —preguntó, ya ansioso de ir a bañarse.

—No. Dame sólo un informe privado de lo que ha sido el programa del senador... Cuando tengas tiempo. *Programa* era otra palabra clave que significaba dar a la Oficina Colonial una información detallada.

—Lo tendrá en su escritorio el viernes.

—Gracias, Geoffrey. Mañana volveremos a charlar a la hora de costumbre —después de eso, la comunicación se interrumpió.

El gobernador colgó el teléfono, quedándose pensativo. Su conversación habría sido perturbada gracias a un proceso electrónico, y en cada uno de los extremos de la línea, reconstruida por los mismos medios. A pesar de eso, siempre estaban en guardia. Sabían que el enemigo contaba con el equipo de intercepción más perfeccionado y moderno del mundo. Para cualquier conversación o asamblea sobre temas archisecretos, el gobernador bajaba al recinto de concreto siempre bien protegido, estilo bodega, ubicado en el sótano de su residencia. Cada semana, un grupo de expertos de los servicios de su segundad lo revisaba con gran meticulosidad, para eliminar toda posibilidad de interferencia o control electrónico.

¡Maldita molestia! —pensó Sir Geoffrey—. ¡Maldita molestia todo este asunto de embozo y puñal! ¿Roger? Parece impensable... Sin embargo, una vez fue Philby...

25
6:20 p.m.

El capitán Gregor Suslev saludó con garbo a la policía de la entrada al astillero de Kowloon. A 45 m le venían en zaga sus dos detectives en ropa de civil. El también iba vestido con traje de civil. Paró, un momento junto al borde de la acera, para observar el tránsito de vehículos, y luego hizo seña a un taxi. Este partió con él, y un pequeño Jaguar gris en el que iba el sargento Lee, del CID, y otro hombre de este mismo departamento policía1 con traje de civil, en calidad de conductor del auto, lo siguió con todo cuidado.

El taxi recorrió Chatham Road en medio del tránsito abundante de vehículos de costumbre. Avanzó al oeste, por Salisbury Road, en el extremo sur de Kowloon, hasta pasar la terminal ferroviaria, cerca de la del Golden Ferry. Allí se detuvo. Suslev pagó el servicio y subió la escalinata del hotel Victoria y Albert. El Sargento Lee lo seguía, mientras el otro detective estacionaba el Jaguar de la policía.

Suslev caminó con paso ágil y se detuvo un momento en el inmenso vestíbulo lleno de gente, de techo muy alto, elegante y bien adornado, con ventiladores a la antigua. Buscó una mesa vacía entre las muchas que había en aquel recinto, lleno de vida gracias al tintineo del hielo en los vasos y a la animosa conversación. La mayoría de la gente eran europeos. Había unas cuantas parejas chinas. Suslev se paseó entre ellos hasta encontrar una mesa. En voz alta ordenó un vodka doble, se sentó y empezó a leer su periódico. Luego una chica se puso de pie a su lado.

—¡Hola! saludó ella.

—¡Ginny, *doragayal* Devolvió él su saludo, lleno de alegría. La abrazó levantándola del suelo, en un gesto que provocó la desaprobación de todas las mujeres allí presentes y la envidia disimulada de todos los hombres.

—Ha pasado mucho tiempo, *golubchik* —siguió diciendo Suslev.

—¡Ah, sí! —contestó la chica, en cantonés. Al hacerlo, agitó la cabeza en tal forma que su corta cabellera giró con gracia. Luego se

sentó, muy consciente de las miradas que disfrutaba y detestaba al mismo tiempo. —Llegar tarde- ¿por qué me hacer esperar? Dama no gusta esperar sola en Victoria, ¿sí?

—¡Tienes razón, *golubchikl*. Suslev sacó un pequeño paquete y se lo entregó con otra amplia sonrisa, diciéndole:

—¡Aquí tienes! Directo de Vladivostok.

—¡Oh! ¿Cómo agradecer?

Ginny Fu tenía veintiocho años y la mayoría de las noches trabajaba en el bar Happy Drinkers, en un callejón frente a Mong Kok, poco menos de un kilómetro al norte. A veces iba al salón de baile Good Luck. Pero la mayoría de los días se ponía a la disposición de sus amigas, detrás del mostrador de minúsculas tiendas situadas dentro de otros negocios, para sustituirlas cuando estaban con algún cliente. De dientes muy blancos, ojos y cabellera color azabache y cutis dorado, vestía un llamativo *chong-sam,* que se le untaba muy alto en los largos muslos envueltos en finas medias. Observó con emoción el regalo y exclamó:

—¡Oh, gracias, Gregor! ¡Gracias muchas!

Lo guardó en su gran bolso de manó y obsequió al compañero una sonrisa coqueta. Luego sus ojos se fijaron en un mesero que avanzaba con el vodka de Suslev, y llevaba dibujado en la expresión del rostro el mal disimulado desprecio que todos los chinos sentían hacia todas las jóvenes de su raza que compartían una mesa con el *quai loh*. No podía ser otra cosa que prostituta de tercera clase... ¿Quién más se sentaría con un *quai loh* en un sitio público, sobre todo en el vestíbulo del Vic? Dejó sobre la mesa la bebida en un gesto insolente bien estudiado y la insultó con la mirada.

—*Dew neh lon moh* a todos tus marranos antepasados —susurró ella en un cantonés gutural—. ¡Mi esposo es aquí un 489 de la policía, y si le digo una sola palabra, hará que esas ridículas bolas que tú llamas testículos de tu asqueroso cuerpo, alguien las aplaste en cuanto salgas del trabajo hoy en la noche!

El mesero palideció.

—¿Qué dijiste?

—¡Té caliente! ¡Tráeme una taza de té caliente, y si escupes en él, haré que mi esposo te haga un nudo en esa paja colgante que llamas tu miembro!

El mesero huyó de prisa.

—¡Qué le dijiste? —preguntó Suslev, que no había captado más que unas cuantas palabras de cantonés, aunque su inglés era muy bueno.

Ginny Fu sonrió con un gesto encantador. —Sólo le pedí que me trajera té.

La chica sabía que el mesero le escupiría el té o, lo que era más probable, haría que un amigo lo escupiera. En esa forma, ella no lo bebería y así haría que el ruso quedara en peor ridículo. ¡Indecente hueso de perro!

—Próxima vez no encontrar aquí... Montones de gente perversa —dijo en tono imperioso, mirando a su alrededor y gesticulando contra un grupo de inglesas de edad madura que no dejaban de observarla—. ¡Demasiado cuerpo apestoso! —añadió en voz alta, agitando de nuevo el cabello y riendo en su interior al ver que se ruborizaban y apartaban Ja vista de ella—. Este regalo, Gregy...

¡Gracias, muchas!

—Nada —repuso Suslev.

El ruso sabía que la chica no abriría allí el regalo... que no lo haría enfrente de él, porque esos eran los buenos modales chinos de gente sensata. En esa forma, si no le gustaba el obsequio, o se sentía decepcionada o maldecía en voz alta el hecho de que no fuera del tamaño debido, o del color adecuado, o que revelara mezquindad de parte del donador, o mal gusto o cualquier otra cosa, él no quedaría mal ni ella haría un mal papel.

—¡Muy sensato!

—¿Qué?

—Nada.

—Tú ves bien...

—Tú también.

Habían pasado tres meses desde su última visita, y aunque su amante en Vladivostok era una mujer euroasiática, de madre rusa blanca y padre chino, a Suslov le gustaba Ginny Fu.

—Gregy —empezó a hablar la chica, bajando la voz y con una sonrisa maliciosa—... ¡deja beber! ¡Empezamos fiesta! ¡Yo tener vodka! ¡Yo tener otras cosas!

El le devolvió la sonrisa.

¡Lo qué sin duda tienes es *golubchikl*

—¿Cuántos días tú tener?

—Por lo menos tres, pero...

—¡Oh! —trató de disimular su decepción.

—Voy a estar yendo al barco y regresando aquí. Tenemos esta noche... la mayor parte; también mañana, el día y la noche... ¡Y las estrellas brillarán!

—Tres meses mucho tiempo, Gregy...

—Volveré pronto.

—Sí.

Ginny Fu hizo a un lado su desilusión y volvió a adoptar una actitud pragmática.

—¡Deja bebida y empezamos!

Vio venir al mesero a toda prisa, con su té. Clavó los ojos en él mientras lo depositaba sobre la mesa y exclamó:

—¡Uff! Se ve claro que está frío y que no es fresco. ¿Quién soy yo? —protestó con disgusto—. ¿Soy un sucio montón de carne de perro de demonio extranjero? No; yo soy persona civilizada de las Cuatro Provincias que debido a que su rico padre perdió en el juego todo su dinero, fue vendida por él como concubina, para convertirse en esposa número dos de este jefe de policía de los demonios extranjeros, ¡Ve a orinarte en tu sombrero!

Se puso de pie. El mesero retrocedió un paso.

—¡Qué sucede? —preguntó Suslev.

—No pagar por té, Gregy. ¡No caliente! —dijo altiva—. ¡No dar propina!

Sin embargo, Suslev pagó. Ella lo tomó del brazo y salieron juntos, observados por todos. La chica llevaba la frente alta, pero en su inte, rior aborrecía la mirada de todos los chinos, incluso la del joven mozo almidonado que les abrió la puerta... le recordaba a su hermano menor a quien ella mantenía y cuya escuela, pagaba.

Dunross subía la escalinata. Esperó a que pasaran. En sus ojos había un destello de sonrisa comprensiva. Luego el chico portero, con la cara llena de alegría le hizo una inclinación. Pasó por entre la multitud, en dirección al teléfono. Muchos lo reconocieron en el acto y lo siguieron con la mirada. Dio la vuelta en torno a un grupo de turistas, provistos de la consabida cámara, y observó a Jacques deVille con su esposa Susanne en una mesa de esquina. El rostro de ambos era inexpresivo.

Observaban sus copas respectivas. Dunross sacudió la cabeza en

un gesto de burla compasiva. Al buen Jacques lo han sorprendido de nuevo. Allí está ella echándole en cara su infidelidad y poniendo el dedo en la vieja llaga. ¡Qué hado! Casi podía oir reir al viejo Chen-chen: "La vida del hombre es sufrimiento, joven Ian". Sí. Es el eterno yin, haciendo la guerra a nuestro yan ¡oh! que es tari vulnerable...

En condiciones normales, Dunross habría pretendido no verlos, respetando su intimidad, pero esta vez un sexto sentido le sugirió otra cosa.

—¡Hola, Jacques! Susanne... ¿qué hay de bueno? —¡Oh, hola, hola, tai-pan! —saludó Jacques deVille, poniéndose de pie en un gesto de cortesía—. ¿Quieres acompañarnos?

—No, gracias. No puedo.

Entonces Dunross pudo ver lo profundo del dolor de su amigo, y recordó el accidente automovilístico de Francia: jAvril, su hija y su esposo!

—¿Qué ha sucedido? ¡Dímelo todo!

La voz de Dunross era la del jefe que exigía una respuesta inmediata.

Jacques titubeó. Luego empezó:

—Lo que ha sucedido, tai-pan es que tuve noticias de Ayril: me llamó de Cannes, en el momento en que me disponía a salir de la oficina. Ella... me dijo: "Papá... papá... Borge ha muerto... ¿Puedes oírme? He estado tratando de comunicarme contigo durante dos días... Fue un choque frontal y el otro hombre estaba... ¡Mi Borge ha muerto! ¿Puedes oírme?"

La voz de Jacques carecía de expresión; siguió explicando:

—...luego la línea se interrumpió. Sabemos que está en un hospital de Cannes. Pensé que lo mejor es que Susanne vaya allá en el acto. Su vuelo... su vuelo está demorado así que... así que estamos sólo esperando la hora. Están tratando de conseguir una línea telefónica a Cannes, pero no tengo muchas esperanzas.

—¡Santo Dios! —exclamó Dunross, tratando de hacer a un lado la conmoción que le había producido la sustitución mental dé Avril por Adryon.

Avril no tenía más que veinte años y Borge Escary era un joven excelente. No llevaban más que año y medio de casados y aquel viaje era el primero que emprendían después de haberles nacido un

hijo.

—¿A qué hora es el vuelo?

—Han dicho que a las ocho de la noche.

—Susanne, ¿querrías que cuidáramos del bebé? Jacques, ¿por qué no vas tú también? Yo me encargo aquí de todo.

—No —agradeció el aludido—. Te lo agradezco, pero no. Es mejor que vaya Sussane. Ella traerá a casa a Avril.

—Así es —corroboró Susanne, y Dunross observó que estaba muy deprimida—. Aquí tenemos a las *amahs*... Es mejor que vaya yo sola, tai-pan. *Merci*, pero no. Así es mejor—las lágrimas le rodaron por la mejillas—. ¡No es justo! ¿Verdad? ¡Borge era un muchacho tan bueno!

—Tienes razón, Susanne. Me encargaré de que Penn vaya a tu casa todos los días, así que no te preocupes. Nos encargaremos de qué el bebé y Jacques estén bien.

Dunross ponderó la situación de ambos. Sintió la seguridad de que Jacques era dueño de sus emociones. Así está bien —pensó. Luego, en tono de orden, dijo:

—Jacques, una vez que Susanne esté segura en el avión, regresa a la oficina. Manda un mensaje por telex a nuestro hombre en Marsella. Que le reserve una suite en el Capítol y vaya a esperarla con un coche y una cantidad en francos equivalente a diez mil dólares. Dile de mi parte que deberá ponerse a la disposición de ella mientras permanezca allá. Que me llame mañana para darme un informe completo sobre Avnl, el accidente, quién conducía y quién fue el otro conductor.

—Sí, tai-pan.

—¿Estás seguro de qué te sientes bien?

Jacques hizo un esfuerzo para sonreír y contestó: —*Oui, merci, mon ami* (Sí, gracias, amigo mío).

—*Rien*(de nada)— Lo siento mucho. Susanne, llámame por cobrar si hay algo que podamos hacer.

Luego se alejó de ellos. Nuestro hombre en Marsella es persona valiosa —pensó—. Se encargará bien de todo. Y Jacques es un hombre de hierro. ¿He pensado en todo? Sí, creo que sí. Por el momento...

Que Dios proteja a Adryon, a Glenna, a Duncan y a Penn —pensó... y a Kathy y a todos los demás... ¡Y a mí, hasta que la Casa

Noble esté a salvo. Miró de reojo el reloj. Eran las 6:30 en punto.

Tomó un teléfono interno.

—El señor Barteltt, por favor.

Transcurrió un momento, luego oyó la voz de Casey

—¡Hola!

—¡Ah, hola, Ciranoush! —saludó Dunross—. ¿Quieres decirle que estoy en el vestíbulo?

—¡Ah, hola...! ¡Sí, claro! ¿Quieres subir? Estamos...

—¿Por qué no mejor bajan ustedes? He pensado que si no están muy ocupados pueden acompañarme a mi próxima cita... podría interesarles. Después podríamos ir a cenar, si están libres...

—Me encanta la idea... Déjame confirmarla...

Dunross la oyó repetir lo que él había dicho y tuvo serias dudas acerca de su apuesta con Claudia. Es imposible que estos dos no sean amantes —pensó—, o que no lo hayan sido... cuando viven tan cerca uno de la otra... ¡No sería natural!

—¡Bajaremos en el acto, tai-pan!

Al colgar el teléfono, Dunross pudo percibir una. sonrisa en la voz de la chica.

El principal capitán de camareros estaba ya rondando en torno a él, en espera del honor de acompañar a su mesa al tai-pan. Lo había mandado llamar el segundo capitán de camareros en el momento en que se había recibido la noticia de que Dunross se acercaba a la entrada principal. El nombre del capitán principal era Afternoon Pok. Era un hombre de pelo cano, de aspecto majestuoso, y gobernaba a los camareros en turno con un látigo de bambú.

—¡Ah, honorable señor! Este es un placer —saludó el anciano en cantonés, con una inclinación respetuosa—. ¿Ha tomado ya su arroz hoy?

Era la forma cortés de dar los buenos días o las buenas tardes, o de preguntar cómo está usted, en idioma chino.

—Sí, gracias, hermano mayor —replicó Dunross.

Había conocido a Afternoon Pok la mayor parte de su vida. Desde que él tema memoria, el anciano chino había sido capitán de camareros en el gran salón, del mediodía a las seis de la tarde, y muchas veces cuando Dunross era joven y tenía que ir al salón con algún encargo, adolorido después de unos azotes o algunas bofetadas, el anciano lo llevaba a una mesa retirada, le servía

algunas golosinas, le pasaba la mano cariñosamente sobre la cabeza y nunca le cobraba un céntimo.

—¡Tienes muy buen aspecto, hermano mayor!

—Gracias, tai-pan. Usted también está muy bien... ¡Pero sigue teniendo un solo hijo! ¿No cree qué ya es tiempo de que su respetable Esposa Principal le encontrara una segunda esposa?

Los dos sonrieron a la par.

—Por favor sígame —invitó el anciano en un tono importante, mientras lo conducía a la mesa selecta que había aparecido de milagro en un lugar preferente y espacioso, traída por cuatro dinámicos camareros, que habían reducido el lugar de otros comensales y movilizando sus mesas. Allí estaban, casi en posición de "firmes", con el rostro lleno de alegría.

—¿Lo de costumbre, señor? —preguntó el encargado del vino—. Tengo una botella del '52.

—Perfecto —asintió Dunross.

Sabía que se trataba de La Doucette, que le gustaba tanto. Habría preferido té, pero aceptar el vino era un rasgo de prestigio. La botella estaba ya preparada, dentro de una cubeta de hielo. Dunross comentó:

—Estoy esperando al señor Bartlett y a la señorita Tcholok.

Al oír esto, otro mesero acudió sin dilación a esperarlos ante el ascensor.

—Si necesita algo más, llámeme por favor —dijo Afternoon Pok haciendo otra reverencia.

Luego se alejó. Todos lo camareros se mostraban nerviosos, muy conscientes de su presencia.

Dunross se sentó y observó a Peter y a Fleur Marlowe que se esforzaban en mantener tranquilas a dos bonitas y bullangueras niñas de ocho y cuatro años, respectivamente. Suspiró y dio gracias a Dios de que sus hijas hubieran pasado ya de esa edad.

Mientras saboreaba el vino, con un gesto de aprobación, pudo ver al viejo Willie Tusk, que lo miraba y lo saludaba con un gesto de la mano. Dunross le devolvió el saludo en la misma forma.

Cuando era muchacho, solía venir de Hong Kong tres o cuatro veces por semana con encargos de negocios para Tusk, de parte del viejo Sir Ross Struan, padre de Alastair, y lo más frecuente era que los encargos fueran de su propio padre, que durante años había

estado al frente de la división extranjera de la Casa Noble. De cuando en cuando Tusk les prestaba sus servicios en el terreno de su especialidad... todo lo relacionado con obtener cualquier cosa de Tailandia, Birmania o Malaya y embarcarlo a cualquier lugar del mundo. Lo único que pedía era un poco de *h'eung yau* y su tarifa comercial del 7.5 por ciento.

—¿Para qué es ese medio por ciento, tío Tusk? —recordó Dunross que le había preguntado un día, mirando fijamente a aquel hombre que ahora ya no le llegaba al hombro.

—Es lo que yo llamo mi dinero de muñeca, joven Ian.

—¿Qué es dinero de muñeca?

—Es una pequeña cantidad adicional que uno trae en el bolsillo para regalarla a sus chicas predilectas.

—Pero, ¿por qué regala dinero a las chicas?

—¡Ah! Esa es una larga historia, muchachito.

Dunross sonrió interiormente. Sí, es una larga historia. En ese aspecto de su educación, había tenido diversos maestros, unos buenos, otros muy buenos y otros malos. El viejo tío Chen-chen le había concertado la cita con su primera amante, cuando Dunross tenía catorce años.

—¡Oh! ¿Lo dices en serio, tío Chen-chen?

—Sí, pero no deberás decirlo a nadie, porque tu padre me haría jirones las entrañas, ¡ah, sí! —luego el viejo encantador había continuado explicándole—. En realidad tu padre es el que debía haberse encargado de esto, o haberme encomendado que yo lo hiciera pero, en fin, no te preocupes. Cua...

—Pero, ¿cuándo debo... cuándo debo yo... estás seguro, tío Chen-chen? Lo que quiero preguntarte es cuánto debo pagar y cuándo, tío Chen-chen. ¿Cuándo? Quiero decir si se paga antes o después... o cuándo. Es lo que no sé...

—¡Son muchas las cosas que no sabes! ¡Tú todavía no sabes cuándo debes hablar y cuándo callar! ¿Cómo puedo instruirte si hablas tanto? ¿Tengo acaso todo el día?

—No, señor.

—¡Uuuyyy! —había exclamado el viejo Chen-chen con esa amplia sonrisa tan suya—. ¡Uuuyyy, qué afortunado eres! ¡Tu primera vez en una magnífica hondonada! Porque... será la primera, ¿verdad? ¡Dime la verdad!

—Bueno... es decir... ehm... sí, sí.

—¡Magnífico!

Sólo varios años después Dunross había descubierto que algunas de las casas más famosas de Hong Kong y Macao habían pujado por el privilegio de ofrecer los primeros servicios amorosos a un futuro tai-pan, que además era el tataranieto del mismísimo Demonio Ojiverde. Además del prestigio que el burdel lograría a través de generaciones, por haber sido el elegido por el jefe de personal nativo de la Casa Noble, el hecho en sí sería un magnífico augurio para la chica misma. La esencia de una primera vez, aunque el personaje fuera de lo más perverso, significaba un elixir de maravilloso valor, de la misma manera que en la cultura china se pensaba que para el anciano, los jugos yin de una virgen eran igualmente inapreciables y buscados para rejuvenecer el vigor masculino.

—¡Santo Dios, tío Chen-chen! —había explotado el joven Dunross— ¿Es cierto esto? ¿Lo qué has hecho ha sido venderme? ¿Quieres decirme que me vendiste a un inmundo burdel? ¿A mí...?

—¡Por supuesto!

Al darle esa respuesta, el viejo había levantado los ojos tratando de mirarlo, mientras ahogaba una risita burlona. A la sazón estaba ya en cama, en la gran casa de los Chen, sobre la colina de la Atalaya de Struan, casi ciego y a punto de morir, pero en una actitud tierna de no oponer resistencia y mostrar satisfacción. Luego prosiguió:

—¿Quién te lo dijo, quién, joven lan?

Había sido Tusk, un viudo, asiduo visitante de los salones de baile de Kowloon, de sus bares y de sus burdeles, el que había oído la leyenda de una de las madamas, el que había oído decir que era costumbre en la Casa Noble que el jefe de personal nativo tenía que concertar la primera experiencia amorosa para los descendientes del Demonio Ojiverde Struan. "Sí, muchachito —le había explicado Tusk—, Dirk Struan advirtió a Sir Gordon Chen, padre del viejo Chen-chen, que haría mal de ojo a la Casa de Chen si la elección no era apropiada".

—¡Pamplinas!

Había sido la respuesta de Dunross a Tusk, quien había continuado explicando, afligido, que no hacía más que transmitir

una leyenda que era ya parte del folclor de Hong Kong… y, pamplinas o no, Ian, muchachito, ¡tu primer asalto amoroso le valió varios miles de HK a ese viejo zorro!

—¡Pienso qué fue algo repugnante, tío Chen-chen!

—Pero, ¿por qué? Era una subasta de lo más proficuo. A ti no te costaba nada. En cambio, te proporcionaba un placer enorme. A mí no me costaba nada, y sí me daba 20,000 HK. El burdel de la chica ganaba un prestigio enorme y ella también. No le costaba nada y en cambio le daba años enteros de una clientela ingente, que querría compartir la singularidad de tu primera elección.

Jade Elegante era el único nombre con el que él la había conocido. Era una chica de veintidós años, con mucha experiencia, una verdadera profesional en el arte, desde que sus padres la habían vendido a la casa de citas a la edad de doce años. Su lupanar se llamaba la Casa de los Mil Placeres. Jade Elegante era dulce y gentil… cuando bien le parecía, y un dragón feroz cuando quería serlo. Dunross se había enamorado perdidamente de ella y su relación amorosa había durado dos periodos enteros de las vacaciones de verano que concedían las escuelas de internos en Inglaterra. Ese había sido también el contrato celebrado por Chen-chen con la casa. Al volver a Hong Kong el primer día del tercer verano, Dunross se había precipitado a la casa de citas, pero la chica había desaparecido.

Todavía entonces, después de tantos años, Dunross podía recordar lo abatido que se había sentido y lo mucho que había tratado de encontrarla sin poder lograrlo. Sin embargo, la chica no había dejado vestigio alguno.

—¿Qué le sucedió, tío Chen-chen? ¿Qué fue lo que realmente le sucedió?

El anciano había suspirado, reclinándose en su gran cama, ya muy fatigado.

—Era ya hora de que se marchara. Resulta siempre demasiado fácil que un joven quiera dar demasiado a una chica… demasiado tiempo, demasiado de sus pensamientos. Era hora de que se marchara… después de haberla conocido, tú podías elegir por ti mismo, y necesitabas concentrar tu atención en la Casa Noble, no en ella. ¡Oh! No trates de ocultar tus deseos, los entiendo. ¡Oh! ¡Cómo los entiendo! No te preocupes, se le pagó bien, hijo. Tú no

tuviste ningún vástago de ella…

—¿Dónde está ahora?

—Se fue a Formosa. Yo me preocupé de que tuviera suficiente dinero para abrir su propio burdel. Dijo que era lo que quería hacer y… y una parte de mi convenio fue que yo la exoneraría de su contrato. Eso me costó cinco… o diez mil… No recuerdo. Por favor, discúlpame, estoy ya muy cansado. Debo dormir un rato. Por favor vuelve mañana, hijo mío…

Dunross volvió a saborear su vino, recordando. Aquella había sido la única vez que el viejo Chen-chen lo llamaba hijo mío —pensó—. ¡Qué gran viejo! Si yo pudiera tener su sabiduría… su amabilidad y su sabiduría… y ser digno de él…

Chen-chen había muerto una semana después. Su funeral había sido el mayor que Hong Kong había presenciado, con un millar de plañideras profesionales y tambores a zaga del féretro hasta la tumba.

Aquellas mujeres de túnica blanca habían sido pagadas para elevar sus gemidos al cielo, en voz muy alta, pidiendo a los dioses que suavizaran el camino para que el espíritu de aquel gran hombre marchara al Vacío o al renacimiento o a cualquiera que fuese el destino de los muertos. Chen-chen era cristiano de nombre, por eso había tenido dos clases de servicios funerarios para mayor seguridad, uno cristiano y otro budista.

—¡Hola, tai-pan!

Allí estaba Casey, acompañada de Linc Bartlett. Ambos sonreían, aunque ambos lucían también algo cansados.

Dunross los saludó. Casey pidió whiskey con soda y Linc una cerveza.

—¿Cómo has pasado el día? —preguntó la chica. —Con altas y bajas —contestó Dunross, después de breve pausa—. ¡Tú qué tal?

—Agitada, pero vamos resolviendo problemas. Tu abogado, Dawson, canceló nuestra cita de esta mañana. La pospuso para mañana a mediodía. El resto del tiempo lo dediqué al teléfono y al telex a Estados Unidos, organizando las cosas. Aquí los servicios son buenos. Es un gran hotel. Estamos completamente preparados para la parte que nos toca en el convenio.

—Bueno. Creo que asistiré a la junta con Dawson —sugirió Dunross—. Esa agilizaría las cosas. Le diré que venga a nuestras

oficinas. A ustedes les mandaré un auto a las 11:10.

—No es necesario, tai-pan, sé moverme en el transbordador —dijo Casey—. Hoy en la tarde esuve yendo y viniendo. Son los mejores cinco céntimos de dólar que he gastado en mi vida. ¿Qué hacen para mantener sus tarifas tan bajas?

—El año pasado se transportaron cuarenta y siete millones de pasajeros —Dunross miró de reojo a Bartlett, luego le preguntó—. ¿Estarás presente en la junta mañana?

—No. A menos que me necesites para algo especial —dijo con naturalidad—. Casey se encarga de los trámites legales iniciales. Sabe lo que queremos. Además Seymour Steigler III llegará el jueves en el vuelo de Pan Am... es nuestro consejero principal y nuestro abogado fiscal. Facilitará los trámites con los tuyos para que podamos cerrar el trato en siete días, sin problemas.

—Excelente.

Un sonriente mesero llegó con las bebidas. Volvió a llenar la copa de Ian. Cuando se quedaron solos, Casey dijo con voz baja:

—Tai-pan, con respecto a tus barcos ... ¿quieres qué sea un convenio separado? Si los abogados lo redactan ya no será privado. ¿Qué hacemos para mantenerlo confidencial?

—Yo redactaré el documento y le pondré nuestra estampilla. Eso lo hace legal y obligatorio. En esa forma el convenio se mantendrá secreto entre nosotros tres, ¿de acuerdo?

—¿Qué es la estampilla, Ian? —preguntó Bartlett.

—Es el equivalente de un sello.

Dunross sacó un estuche delgado, oblongo de bambú, de escasos cinco centímetros de largo y uno un cuarto de fondo, y deslizó la tapa que lo cerraba con un ajuste perfecto. Sacó la estampilla que cabía exactamente dentro de la caja forrada por dentro de seda escarlata, y se lo mostró. Era de marfil. En la base había unos caracteres chinos en relieve.

—Esta es mi estampilla personal... está labrada a mano, así que es imposible falsificarla. Este extremo se hunde en la tinta —la tinta era roja, casi sólida, bien alojada en un pequeño hueco del extremo del estuche—... luego se imprime en el papel. Con mucha frecuencia, en Hong Kong no se firman documentos, sólo se les pone el sello. La mayoría no son legales sin él. El sello de la compañía es igual a éste, aunque un poco mayor.

—¿Qué significan los caracteres? —preguntó Casey.

—Son un juego de palabras de mi nombre y el de mi antepasado. Literalmente significan "afilada navaja Noble a través de los nobles mares verdes". El juego de palabras está hecho con Demonio Ojiverde, como se apodaba a Dirk, la Casa Noble, y una daga o puñal.

Dunross sonrió y guardó su estampilla, luego dijo:

—Tiene además otros significados: la superficie uno es "tai-pan de la Casa Noble", en chino...

Se interrumpió para mirar a su alrededor, al oír sonar la campanilla de una bicicleta. El joven mozo caminaba entre las mesas, enarbolando un pequeño tablero con un nombre, manuscrito, era el de la persona a la que se solicitaba. Como el llamado no era para ellos, Dunross prosiguió:

—Cuando se usa la escritura china, se tienen varios niveles de significados. Es lo que la hace compleja... y a la vez interesante.

Casey se abanicaba con el menú. En el vestíbulo hacía calor, a pesar de que los abanicos del techo creaban una ligera brisa. Sacó un pañuelo desechable y lo aplicó contra la nariz.

—¿Hay siempre este grado de humedad? —preguntó.

Dunross sonrió y explicó:

—En realidad hoy es un día relativamente seco. A veces tenemos hasta treinta y dos grados centígrados de temperatura y 95 de humedad durante semanas interminables. Las mejores épocas para venir aquí son el otoño y la primavera.

Julio, agosto y septiembre son calientes y húmedos. Sin embargo, ahora están pronosticando lluvia.

Podría llegar incluso un tifón. Por vía inalámbrica me he enterado de que una depresión tropical está formándose al sureste de Hong Kong. Sí. Si tenemos suerte, lloverá. No hay todavía racionamiento de agua en el V. y A. ¿verdad?

—No —respondió Bartlett—, pero después de ver anoche los baldes en tu casa, no volveré a estar seguro del agua.

—Yo tampoco —confirmó Casey—. Debe ser insoportable.

—Bueno... uno acaba por acostumbrarse. A propósito, ¿les parece satisfactoria mi proposición acerca del documento?

Al hacer esta pregunta a Bartlett, Dunross se sentía molesto, porque quería dejar el asunto arreglado y le indignaba tener que

averiguar. Disfrutó con malicia al notar el titubeo de una fracción de segundo de Bartlett y su ligera mirada de soslayo a Casey; antes de contestar:

—¡Sí, claro! —luego prosiguió— Ian, he ordenado a Forrester, el jefe de nuestra división de espumas, que venga en el mismo vuelo. Pensé que podríamos empezar a poner en marcha nuestros trabajos. No veo razón para esperar a tener los papeles, ¿tú sí?

—Ninguna —Dunross pensó un momento y decidió poner a prueba su teoría—. ¿Qué tan experto es?

—Es todo un experto.

Casey añadió:

—Charlie Forrester sabe todo lo que hay que saber sobre espumas de poliuretano: su fabricación, su distribución y su venta.

—Muy bien —Dunross se volvió hacia Bartlett y dijo en tono inocente—. ¿Te gustaría llevarlo con nosotros a Taipei?

Alcanzó a notar un resplandor detrás de la pupila de Bartlett y comprendió que había sido acertado.

¡Tortuoso desgraciado! —pensé—. No le has hablado de esto a Casey. No he olvidado el mal rato que me diste anoche con toda tu información secreta. ¡Sal airoso de ésta, si puedes!

—Mientras nosotros jugamos golf o hacemos cualquier otra cosa, yo pondré a Forrester en contacto con mis expertos… puede ir verificando los posibles sitios convenientes y poner la operación en movimiento.

—Buena idea —contestó Bartlett con espontaneidad.

No tuvo necesidad de escurrirse para salir airoso, en lo absoluto. La opinión que Dunross tenía de él subió de punto.

—¿Taipei? ¿En Formosa? —preguntó Casey con emoción—. ¿Vamos a ir a Taipei? ¿Cuándo?

—El domingo en la tarde —explicó Bartlett con voz tranquila—. Vamos a ir por un par de días, Ian y…

—¡Magnífico, Une! —exclamó con una sonrisa—. Mientras tú juegas golf, yo puedo comprobar algunas cosas con Charlie. Déjame jugar el segundo turno. ¿Cuál es tu handicap, tai-pan?

—Diez —contestó Dunross—, y como Linc Bartlett lo sabe, doy por cierto que tú también.

La chica rió y comentó:

—Había olvidado esa estadística vital. El mío es catorce en un

día muy bueno.

—¿Con uno o dos golpes más o menos...?

—¡Claro! Las mujeres hacemos trampa en el golf lo mismo que los hombres.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sólo que a diferencia de los hombres, las mujeres hacen trampa para disminuir su hándicap. El hándicap es símbolo de una posición social, ¿no es cierto? ¡Cuánto más baja es la puntuación, más elevada es la posición! Las mujeres no suelen apostar más que unos cuantos dólares, así que un hándicap bajo no es tan decisivo, a menos que sea cuestión de prestigio. En cambio los hombres...

Los he visto dar un golpe deliberado para mandar la pelota a los obstáculos, para añadir un par de golpes adicionales, cuando están en un juego incendiario que podría hacer caer su hándicap un ápice.

Por supuesto, eso sólo sucede si no están jugando por dinero. ¿Cuánto sueles apostar con tus semejantes?

—Quinientos HK.

Casey silbó azorada.

—¿Por hoyo?

—¡Santo Dios, no! —corrigió Bartlett—. Por juego.

—Aún así, creo que será mejor que me mantenga a la expectativa en este caso.

Dunross apremió: —¿Qué significa eso?

—Vigilar... Si no tengo cuidado, Linc pondrá mi parte de Par-Con en la apuesta.

La sonrisa de Casey dio una sensación de bienestar a ambos. Luego, puesto que Dunross había hecho caer a Bartlett en la trampa, con toda deliberación, decidió sacarlo de ella.

—Es una magnífica idea, Casey —dijo, observándola con cuidado— Pero, pensándolo bien, tal vez sería mejor que tú y Forrester examinaran el terreno en Hong Kong antes que en Taipei... éste será nuestro mercado máximo. Además, si tu abogado llega el jueves, es probable que quieras tener tiempo con él aquí...

Fijó los ojos en Bartlett, que era la viva imagen de la candidez, y le propuso:

—Si quieres cancelar nuestro viaje, también puedes hacerlo. Sobra tiempo para que vayas a Taipei.

Yo sí tengo que ir.

—No —opuso Bartlett—. Tú te encargas de este territorio, Casey. Seymour va a necesitar toda la ayuda que tú puedas darle. Yo haré en esta ocasión un recorrido preliminar, y luego tú y yo podremos ir juntos.

Tomó un sorbo de su bebida y conservó una expresión serena. ¿Quiere decir qué no estoy invitada, eh? —pensó, con un ímpetu de indignación.

—Entonces ¿salen el domingo? —preguntó a Dunross.

—Sí —contestó él, seguro de que su tacto había dado buen resultado y sin notar cambio en ella— ...el domingo en la tarde. Es posible que en la mañana suba a la colina, así que no puedo hacer ofertas para una hora más temprana.

—¿Subir a Ta colina? ¿Hablas de montañismo, tai-pan?

—¡Oh, no! La subida es con un automóvil... a los Nuevos Territorios. Ustedes dos son bienvenidos, si les interesa —dirigiéndose a Bartlett añadió—... Podríamos ir directamente al aeropuerto. Veré si puedo obtener la libertad para tu avión. Lo averiguaré mañana.

—Linc —preguntó Casey—, ¿qué hay de Armstrong y la policía? Tú tienes que permanecer aquí.

—Eso ya lo arreglé hoy. Tiene libertad bajo palabra, encomendada a mi custodia.

La chica rió de buena gána.

—¡Espléndido! Pero no te fugues mientras estás bajo fianza...

—No pienso hacerlo.

—¿Saldrán el domingo, tai-pan? ¿Para volver cuándo?

—El martes. A tiempo para cenar.

—¿No es el martes cuando firmaremos nuestro convenio?

—Sí.

—Linc, ¿no te parece qué es mucho limitar él tiempo?

—No. Me mantendré en contacto continuo. El trato está hecho. Lo único que necesitamos es ponerlo por escrito.

—Lo que tú digas, Linc. Todo estará listo para firmar cuando ustedes dos regresen. Tai-pan, ¿deberé enendérme con Andrew si surge algún problema?

—Sí, o con Jacques —Dunross miró de reojo la esquina opuesta; su mesa estaba ocupada por otros; pensó que no tenía importancia,

porque se había hecho todo lo que podía hacerse—. El servicio telefónico a Taipei es bueno, así que no hay por qué preocuparse. Entonces... ¿están libres para ir a cenar?

—Claro que sí —replicó Bartlett. —¿Qué clase de comida les gustaría? —¡Qué te parece la china?

—Perdón, pero tienes que ser más preciso —corrigió Dunross—. Eso es tanto como decir que quieres comida europea... que equivale a recorrer toda la gama desde la italiana hasta la inglesa hervida.

—Linc, ¿no sería mejor dejarle la elección al tai-pan? —sugirió Casey; luego, dirigiéndose a Dunross añadió—. Tai-pan, tengo que confesar que me gustan los rollos de huevo agridulces, el chop suey y el arroz frito. No soy muy partidaria de platillos demasiado exóticos.

—Tampoco yo —convino Bartlett—. Ni víbora, ni perro ni cosa alguna extravagante.

—La víbora es muy buena en temporada —objetó Dunross—. Sobre todo su bilis diluida en té. Es muy-tonificante, ¡es todo un estímulo! Y un platillo de perro chow tierno, estofado en salsa de ostión es perfecto.

—¡Lo has probado? ¿Has comido perro? —preguntó Casey atónita.

—Me dijeron que era pollo...Su.sabor era muy parecido al pollo. Sin embargo, nunca comas perro y bebas whiskey al mismo tiempo, Casey.. Dicen que la bebida hace que la carne se(convierta en bolas dé hierro que te harán pasar un rato malo en verdad .

Estaba escuchando sus gracejos y su conversación intrascendente, mientras veía a Jacques y a Susanne tomando un taxi. El corazón se le fue con ellos y con Kathy y con todos los demás. Sintió un impulso de tomar él también un avión, volar a Francia y traer a Avril a puerto seguro... una chica tan buena, que era parte de su familia...

¡En nombre de Dios! ¿Cómo puede uno vivir como un hombre, ser jefe de la Casa Noble y mantenerse sano? ¿Cómo puede ayudar a la familia y hacer convenios y vivir con todos los demás problemas?

"Es la alegría y la pena de ser tai-pan" —le había dicho Dirk Struan muchas veces en sus sueños.

Sí, pero la alegría era muy poca. Tú te equivocas, y Dirk tiene razón. Estás tomando las cosas: demasiado en serio— se dijo. Los

únicos problemas serios son Par-Con, la gran bonanza, Kathy, los documentos de AMG, Crosse, John Chen, Toda Shipping y el hecho de; que rechazarste la oferta de Lando Mata ... pero no por fuerza en ese orden. Tanto dinero... ¿Qué es lo que yo quiero de la vida? ¿Dinero? ¿Poderío? ¿O la China entera?

Vio que Casey y Bartlett lo observaban, Desde que estos dos llegaron —pensó—, no he tenido más que contratiempos; les devolvió la mirada. Sin duda, a Casey valía la pena verla, con aquellos pantalones ajustados y esa blusa a la medida.

—Déjenlo en mis manos —dijo al fin, sabedor de que esa noche él quería comida cantonesa.

Oyeron el timbre y vieron el tablero. El nombre escrito en él era "Señorita K. C. Shuluk". Dunross hizo venir al mozo.

—El te llevará adonde está el teléfono, Casey.

—Gracias.

La chica se levantó. Los ojos siguieron aquel par de largas y elegantes piernas con su andar sensual... las mujeres presa de celos, sin poder refrenar su odio.

—Eres un hijo de tal —le dijo Bartlett en tono sereno.

—¿Porqué?

—Claro —hizo una mueca sonriente y eso alejó todas las maldiciones—. Apuesto 20 contra 1 a que Taipei era un sondeo... pero no te lo reprocho, Ian. No. Yo fui duro anoche... tenía que ser. Por eso, tal vez merecía un vapuleo. Pero no vuelvas a hacerlo con Casey o te cortarás la cabeza.

—¿Me la cortarías tú ahora?

—Sí. Ella está ya fuera de sí.

Los ojos de Bartlett la siguieron. La vio pasar junto a la mesa de los Marlowe, detenerse un segundo y saludarlos a ellos y a sus niñas. Luego siguió su camino. Bartlett continuó:

—Sabe que no fue invitada.

Dunross se sintió confuso.

—¿Estás, seguro? Pensé que... ¿No crees qué presenté las cosas bien? Cuando me di cuenta de que no le habías dicho nada aún... Lo lamento, creí haber planteado bien el asunto...

—¡Estuviste genial, qué diantres! Pero te apuesto lo que quieras a que sabe muy bien que no está invitada.

Barteltt volvió a sonreír... luego sonrió de nuevo. Dunross se

preguntó qué se ocultaría bajo esa sonrisa. Tendré que observar a este insecto más de cerca —pensó—. ¿Así qué Casey está fuera de sí?

¿Lo estará? ¿Qué querrá decir él con eso?

Dunross había elegido el vestíbulo del hotel a propósito, con la intención de que lo vieran con el ya famoso... o infame Bartlett y su dama. Sabía que eso atizaría los rumores de su convenio inminente, agitaría más el mercado de valores y desconcertaría a los apostadores. Si el Ho-Pak se derrumbara, la gran bonanza aún podría producirse, con tal que no arrastrara consigo a otros bancos. Si Bartlett y Casey se prestaran un poquito —pensó—, y si yo pudiera de veras confiar en ellos, podría hacer la más grande de las operaciones. Son demasiadas condiciones. Demasiadas. En este momento no tengo el control de la batalla. Bartlett y Casey tienen toda la fuerza. ¿Hasta qué grado querrían cooperar?

En ese instante, algo dicho por el superintendente Armstrong y Brian Kowk le sugirió una idea errática y su ansiedad aumentó.

—¿Qué piensas del amigo ese Banastasio? —preguntó en un tono de voz muy natural.

—¿Vincenzo? —preguntó Bartlett en el acto—. Es un tipo interesante, ¿por qué?

—Simple curiosidad —contestó Dunross, sereno por fuera, pero muy impresionado internamente, al ver que tenía razón—. ¿Hace mucho qué lo conoces?

—Tres o cuatro años. Casey y yo hemos ido con él a la pista unas cuantas veces... en Del Mar. Es un jugador en grande, allá y en Las Vegas. Es capaz de apostar 50,000 en una carrera... al menos eso nos dijo. El y John Chen son bastante buenos amigos. ¿Es también amigo tuyo?

—No. Nunca lo he visto. Sólo he oído a John hablar de él una o dos veces —explicó—... lo mismo que a Tsu-yan.

—¿Cómo está Tsu-yan? Ese es otro apostador de categoría. Cuando lo vi en Los Angeles, tenía urgencia de llegar a Las Vegas. Estuvo en la pista la última vez que fuimos allá con John Chen. ¿Aún no se sabe nada de él o de los secuestradores?

—No.

—Suerte perra.

Dunross casi no escuchaba. El expediente que había conseguido

de antemano sobre Bartlett no daba indicio alguno de contactos con la mafia. Sin embargo, Banastasio conectaba todo perfectamente: las armas de fuego, John Chen, Tsu-yan y Bartlett.

La mafia significaba dinéro mal habido y narcóticos, con una búsqueda constante de frentes legítimos para la depuración del dinero. Tsu-yan acostumbraba mucho los grandes negocios de provisiones médicas durante la guerra de Corea... y ahora, según se decía, estaba muy involucrado en el contrabando de oró en Taipei, Indonesia y Malaya, con Four Finger Wu. ¿Podría Banastasio estar enviando armas a... a quién? ¿Habría tropezado el pobre de John Chen con algo serio y habría sido secuestrado por ese motivo?

¿Querrá eso decir qué una parte del dinero de Par-Con es pecunia de la mafia? ¿Estará Par-Con controlado por la mafia, o bajo su dominio?

—Creo rebordar que John decía que Banastasio era uno de tus principales accionistas —sugirió, dando una vez más palos de ciego.

—Vincenzo tiene una buena porción de los valores. Pero no es funcionario ni director. ¿Por qué?

Dunross observó que la mirada de Bartlett era ya de atención concentrada, y pudo casi sentir los efluvios de aquellas ondas cerebrales que salían tratando de entender el curso de su interrogatorio. Por eso decidió darlo por terminado. —Es curioso comprobar qué pequeño es el mundo, ¿no crees?

* * *

Casey tomó el teléfono, mientras en su interior hervía de indignación.

—Operadora, habla la señorita Tcholok. ¿Tiene una llamada para mí?

—Ah, sí, un momento, por favor.

Así que no estoy invitada a Taipei —pensó furiosa—. ¿Por qué el tai-pan no lo dijo con toda claridad, en lugar de retorcer las cosas? ¿Y por qué Linc no me había hablado de eso? ¡Santo Dios! ¿Estará bajo el embrujo del tai-pan, como yo anoche? ¿A qué viene el secreto? ¿Qué otra cosa estarán tramando?

Así que... Taipei, ¿eh? Bueno... he oído decir que es un lugar para hombres. Si todo lo que están buscando es gozar de un

indecente fin de semana, no me importa. Pero sí me importa, si se trata de negocios. ¿Por qué no lo dijo Linc? ¿Qué tiene que ocultar?

La furia de Casey empezó a desbordarse. Luego recordó lo que la francesa había dicho sobre las bellas "chinitas", tan accesibles, y su furia se convirtió en una ansiedad desmedida por Linc. ¡Malditos hombres éstos! Malditos hombres y maldito el mundo que ha creado a su talante. Aquí es peor que en todos los demás lugares en que he estado.

¡Malditos ingleses éstos! Son tan tersos y astutos... sus modales tan exquisitos. Te piden las cosas por favor y te dan las gracias. Se levantan cuando entras y te acercan la silla para sentarte. Sin embargo, bajo la superficie están tan podridos como cualquier otro. Incluso más. ¡Son hipócritas! ¡Eso es lo qué son! Bueno, ya me desquitaré. Algún día jugaremos golf, señor tai-pan Dunross, y más te vale ser bueno, porque en un buen día, mi handicap puede descender hasta diez... Yo he aprendido golf en un mundo de hombres a temprana edad... así que te haré morder el polvo. Sí. O quizá en un juego de pool... o de billar. Claro. Además, sé también lo que es el reverso de un inglés.

Casey pensó en su padre con un ímpetu repentino de júbilo. Recordó la forma en que él le había enseñado los rudimentos de los dos juegos. Pero había sido Linc el que la había adiestrado en el modo de golpear la bola abajo, del lado izquierdo, con el taco, para darle un giro hacia la derecha y hacerla desviarse repentinamente en torno a la bola número ocho... Se lo había mostrado cuando ella, en un impulso necio, lo había desafiado a jugar. Antes de darle una lección, él la había hecho pedazos.

—Casey, será mejor que estés segura de conocer todos los lados débiles de un hombre antes de entablar una batalla con él. Yo arrasé con todas las bolas de billar para demostrarte algo. Yo no juego por simple placer: juego para ganar. Contigo no es un juego. Te quiero a. ti. Todo lo demás no importa. Olvidemos el trato que hicimos y casémonos y...

Eso había sucedido apenas unos meses después de haber empezado a trabajar con Linc Bartlett. No tenía más que veinte años y ya estaba enamorada de él. Pero todavía le importaba más vengarse del otro hombre, aún prefería la riqueza independiente y le era más necesario encontrarse a sí misma. Por eso le había

respondido:

—No, Linc. Convinimos en siete años. Quedamos de acuerdo en trabajar como iguales. Yo te ayudaré a enriquecerte y encontraré mi camino hacia tus millones, y ninguno de los dos le debe nada al otro. Puedes despedirme por cualquier razón y yo puedo irme también por cualquier motivo. Somos iguales. No te pegaré que te amo con toda el alma. Sin embargo, no modificaría nuestro convenio. Pero si todavía estás dispuesto a proponerme matrimonio cuando yo cumpla veintisiete años, entonces aceptaré, me casaré contigo, viviré contigo, dejaré el cargo... lo que tú quieras. Pero no ahora. Sí, te amo, pero si nos hacemos amantes ahora, yo no... nunca podré... simplemente no puedo, Linc. Ahora no. Es demasiado lo que tengo que averiguar sobre mí misma.

Casey suspiró. ¡Qué convenio más tortuoso y loco! Encierra todo el poder, y las relaciones y maniobras y... ¿valdrá en realidad todos los años, las lágrimas y la soledad que ha exigido?

No lo sé. No lo sé. ¿Y Par-Con? ¿Podré algún día llegar a mi meta que me he fijado: Par-Con y Linc, o tendré, que elegir entre cualquiera de los dos?

—Ciranoush... —se oyó una voz en el aparato.

—¡Oh! ¡Hola, señor Gornt! —Casey experimentó un ímpetu cálido—. Esta es una sorpresa agradable —comentó, en un esfuerzo por concentrarse.

—Espero no serle molesto.

—En absoluto. ¿En qué puedo servirle?

—Me preguntaba si podría confirmar ya una cita este domingo... Si usted y el señor Bartlett están libres. Quiero hacer planes para mi fiesta en el yate y me gustaría que ustedes dos fueran mis huéspedes de honor.

—Lo lamento, señor Gornt, pero Linc no puede aceptar. Tiene comprometido todo el día.

Casey pudo notar la vacilación y luego cierto placer oculto en la voz de Gornt, al decirle:

—¿Querría usted venir sin él? Voy a invitar a unos amigos de negocios. Estoy seguro de que la reunión le resultará interesante.

Podría ser algo muy bueno para Par-Con si acepto —pensó—. Además, si Linc y el tai-pan van a irse á Taipei sin mí, ¿por qué no podría yo irme a pasear en yate sin ellos?

—Me encantaría aceptar... si usted está seguro de que mi presencia no es un estorbo.

—Por supuesto que no. La recogeremos en el muelle, exactamente frente al hotel, junto al Golden Ferry. A las diez de la mañana. Ropa cómoda ... ¿Le gusta nadar?

—¡Claro!

—Bueno... el agua es refrescante. ¿Le gusta esquiar en el agua?

—¡Me encanta!

—Muy bien.

—¿Puedo llevar algo... comida, vino... cualquier cosa?

—No. Creo que tendremos todo a bordo. Iremos a una de las islas exteriores, haremos día de campo, esquiaremos... volveremos inmediatamente después del ocaso.

—Señor Gornt, me gustaría que esta excursión quede entre nosotros. He oído decir que Confucio afirmaba que "en boca cerrada no entran moscas..."

—Confucio dijo muchas cosas. En una ocasión comparó a una dama con un rayo de luna.

Casey titubeó. Percibió señales de peligro. Pero luego se encontró preguntando, en tono ligero:

—¿Debo llevar compañía?

—Tal vez convendría —contestó él, y Casey pudo oír la sonrisa.

—¿Qué le parecería Dunross?

—Difícilmente podría ser chaperón ese señor... No sería más que la ruina de lo que tal vez sea un día perfecto. —Espero con ansia este domingo, señor Gornt.

—Gracias.

Sin más trámites, la conexión se interrumpió. ¡Insolente, altanero! —dijo Casey, casi en voz alta—. ¿Hasta qué punto te sientes seguro de mí? No pudiste decir más que gracias... ni siquiera un adiós... ¡y luego me cuelgas el teléfono!

¡Yo pertenezco a Linc, y no estoy disponible para el mejor postor!

Entonces... ¿por qué actuaste como coqueta en el teléfono y en el asunto de la fiesta en el yate? —se preguntó—. ¿Y por qué quieres que ese desgraciado mantenga en secreto la invitación?

A las mujeres también les gustan los secretos —se dijo en tono sombrío. A las mujeres les gustan muchas de las cosas que suelen

gustar a los hombres . . .

26
8:35 p.m.

El coolie se hallaba en las descuidadas bóvedas del oro del Ho-Pak. Era un anciano pequeño. Vestía una raída camiseta de color indefinible y pantalón corto harapiento. Cuando los dos estibadores levantaron el saco de manta para ponerlo sobre su encorvada espalda, él se acomodó el sostén alrededor de la frente, haciendo todo el esfuerzo con los músculos del cuello, mientras con las manos sujetaba las raídas cintas de la bolsa. Al sentir todo el peso de aquella carga, el corazón empezó a latirle con más fuerza, mientras las articulaciones parecían pedirle alivio con sus gemidos característicos.

El saco no pesaba más que unos cuarenta y tres kilos... casi más que su propio cuerpo. Los empleados especiales acababan de sellarlo. Su contenido exacto era de 250 pequeñas barras de oro de cinco taels, poco más de seis onzas, de las que acostumbraban manejar los contrabandistas. Una sola de ellas habría dado seguridad al pobre viejo y a su familia durante varios meses. Pero él no pensaba ni por un momento en robar siquiera una. Todo su ser se concentraba en la manera de sobreponerse a esa agonía, en mantener sus pies en movimiento, en desempeñar la tarea que le correspondía, recibir su paga al final del turno e irse a descansar.

—¡Apresúrate! —apremió en tono agrio el capataz—. Todavía tenemos más de veinte inmundas toneladas por delante... ¡A ver, el qué sigue!

El viejo no replicó. Hacerlo le habría consumido algo más de su valiosa energía. Tenía que conservar con gran celo sus fuerzas por toda esa noche, si quería llegar al final de la tarea. Con gran esfuerzo empezó a poner los pies en movimiento. En sus pantorrillas podían verse los nudos y las venas varicosas, con cicatrices de tantos años de trabajo.

Otro coolie lo remplazó tan pronto como salió a paso lento del húmedo recinto de concreto, cuya estantería estaba llena de una cantidad, al parecer interminable, de pequeñas barras de oro,

cuidadosamente apiladas, que esperaban turno, bajo la vigilante mirada de los dos atildados empleados bancarios; esperaban entrar al siguiente saco de canta, para ser contadas, vueltas y contar y luego selladas con la firma correspondiente.

Sobre la estrecha escalinata, el anciano vaciló. Recobró el equilibrio con dificultad y levantó un pie para subir otro peldaño... No le faltaban más que otros veintiocho. Después un peldaño más... No bien había puesto el pie en la huella cuando las piernas le flaquearon. Se inclinó hacia la pared, apoyándose en ella para aliviar la presión de la carga. El corazón le estallaba dentro del pecho. Con ambas manos aferraba ansioso las cintas del saco. Sabía que no podría volver a acomodar la carga si el aparejo se salía de su lugar, y le aterraba la uíea de que un capataz o su subalterno pasara por ahí en ese momento. Entre la bruma del dolor alcanzó a rio pasos que se le acercaban y en un esfuerzo supremo trató de levantar el saco hasta una posición más segura. Por poco no cayó de boca.

—¡Oye, Nine Carat Chu! ¿Vas bien? —preguntó otro coolie en dialecto shantung, mientras le acomodaba el saco sobre la espalda.

—¡Sí, sí! —respondió anhelante, aunque con alivio, al ver que se trataba de un amigo de su remota aldea norteña, jefe de su cuadrilla de diez personas—. ¡Maldición a todos los dioses! Lo único... lo único que pasó es que resbalé...

El otro hombre lo observó en la escasa luz de la única lamparilla pendiente del techo. Vio sus pobres ojos atormentados y sus músculos adoloridos, y le dijo:

—Yo me encargaré de este saco. Tú descansa un momento —con un ágil movimiento, le quitó de la espalda la carga y la puso sobre el piso—. Yo le diré a ese extranjero sin madre que cree tener suficiente talento para ser capataz, que tuviste necesidad de ir al baño.

Luego metió mano en sus raídos bolsillos y dio al viejo uno de sus pequeñas y retorcidas hojas de cigarrillo.

—Tómalo. Lo deduciré de tu paga a la noche.

El viejo dio las gracias entre dientes. Todo le dolía. Apenas podía pensar. El otro hombre levantó el saco y se lo echó a la espalda. Lanzó un débil gemido por el esfuerzo. Apoyó la frente con fuerza en el aparejo y, con un ligero temblor de las piernas, empezó

a subir de nuevo la escalera, feliz del arreglo hecho con el compañero.

El viejo se alejó furtivamente del descanso de la escalera y se acurrucó en un rincón polvoso. Los dedos le temblaban mientras aderezaba la hoja del cigarrillo con una brizna de polvo blanco. Encendió un fósforo y lo mantuvo con cuidado bajo la hoja para calentarla. El polvo empezó a oscurecerse y a despedir humo. Con todo esmero se puso el polvo humeante bajo la nariz y lo inhaló con fuerza una y otra vez, hasta que todos los granos se -habían convertido en aquel vapor que él introducía con tanta fruición en los pulmones.

Se recargó en la pared. Pronto el dolor desapareció y dejó paso a la euforia, que lo invadía todo. Volvió a sentirse joven y fuerte En ese momento sintió que podía llevar al cabo con todo éxito su tarea, y ese sábado, cuando fuera a las carreras, ganaría la quiniela doble. Sí. Esa era su semana de suerte, y se proponía invertir la mayoría de sus ganancias en algún bien inmueble. Sí, al principio sería un pedazo de tierra pequeño, pero con la gran bonanza aumentaría de valor más y más, y luego podría venderlo, ganar una fortuna y comprar mas y más. Luego se convertiría en un verdadero tronco de familia y sus nietos se reunirían alrededor de su regazo...

Se levantó y se irguió enhiesto. Bajó de nuevo las escaleras y se formó en la línea, esperando su turno con impaciencia.

—¡*Dew neh loh moh*, dense prisa! —exclamó en su rítmico dialecto shantung—. No dispongo de toda la noche. Me espera otro trabajo a las doce, ¿saben?

El otro empleo era en una construcción de la zona del Centró no lejos del Ho-Pak. Sabía que era una béndíción contar con el sueldo de dos trabajos en una noche, además de su empleó diurno regular como albaml. Sabía también con certeza que había sido el caro polvo blanco lo que lo había transformado y le había hecho desaparecer la fatiga y el dolor. Por supuesto, era consciente de que ese polvo era peligroso. Pero él era razonable y cauto y no lo tomaba más que cuando se encontraba en el límite de sus fuerzas. El hecho de que a esa sazón tenía que tomarlo casi a diario, prácticamente dos veces al día, no le preocupaba. Es el hado —se dijo, encogiendo los hombros y echándose a la espalda un nuevo saco de manta.

En otro tiempo aquel viejo había sido agricultor. Era el hijo mayor de agricultores terratenientes en la provincia septentrional de Shantung, sobre el fértil y mudable delta del Río Amarillo. Allí, durante siglos, se había cultivado fruta y grano, soja, cacahuate, tabaco y todas las verduras que el pueblo podía comer.

¡Ah, nuestros encantadores campos! —pensó con alegría, mientras subía las escaleras sin acordarse de su agitado corazón—. ¡Esos campos encantadores, ricos de abundantes cosechas! ¡Qué hermosos' Si.

Pero después habían empezado los malos tiempos, hacía treinta anos. Los demonios del Mar del Este habían llegado con sus rifles y tanques a profanar sus tierras y luego, una vez que el señor de la guerra Mao Tse-tung y el señor de la guerra Chiang Kai-Shek los ha-397

Man flagelado, ellos mismos habían luchado entre sí y la tierra había vuelto a quedar estéril. Por éso huimos del hambre —siguió diciéndose—, mi joven esposa, mis dos hijos y. yo, y vinimos a este lugar, la Bahía Fragante, para vivir entré extranjeros, bárbaros del mar y demonios advenedizos.

Hicimos todo el recorrido a pie. Y sobrevivimos. Llevé a cuestas a mis hijos la mayor parte del camino. Hoy tienen ya dieciséis y catorce años y tenemos además dos hijas. Todos comen arroz una vez al día, y este año será para mí el de la fortuna. Sí. Ganaré la quiniela o el doble diario y un día iremos a casa a mi aldea. Rescataré nuestras tierras, volveré a sembrarlas y el camarada Mao nos dará la bienvenida y nos dejará recobrar nuestros terrenos. Entonces viviremos tan felices... ¡tan ricos y tan felices...!

Estaba ya fuera del edificio, en medio de la noche, de pie junto al camión. Otras manos tomaron su saco y lo acomodaron con las demás bolsas de oro, mientras otros empleados verificaban una y otra vez los números. Había dos camiones en la calle lateral. Uno estaba ya lleno y en espera, protegido por unos guardias. Un policía solo y desarmado vigilaba despreocupado el tránsito de los vehículos.

El anciano se dio vuelta para marcharse Entonces alcanzó a ver a tres europeos que se acercaban: dos hombres y una mujer. Se detuvieron junto al camión más distante. Estaban viéndolo a él. Se quedó boquiabierto.

—¡*Dew neh loh moni* Mira a esa ramera... al monstruo con sombrero de paja —dijo en voz alta, sin hablar con nadie en particular.

—Es increíble —le hizo eco otro.

—Sí —insistió el viejo.

—Es repugnante el modo como sus prostitutas visten en público, ¿no te parece? —comentó en tono de reproche un viejo estibador enjuto—. Con esos pantalones tan ajustados andan haciendo ostentación de sus nalgas. Puedes verles hasta el último repliegue de la parte inferior de la entrepierna . . .

—Te apuesto a que puedes meterles el puño y todo el brazo, sin llegar nunca al fondo —sugirió otro soltando la risa.

—¿Quién querría hacerlo? —protestó Nine Carat Chu.

Al decir esto, carraspeó con fuerza y escupió. Luego dejó que su mente volviera a divagar placenteramente imaginando el próximo sábado, mientras volvía a bajar a la bóveda.

—Me gustaría que dejaran de escupir en esa forma —comentó Casey con repugnancia.

—Es una vieja costumbre china —explicó Dunross—. Creen que hay un espíritu divino del mal en la garganta, del que hay que librarse en todo momento, si uno no quiero que lo ahogue. Claro que escupir es una acción contraria a la ley, pero eso no significa nada para ellos.

—¿Qué dijo ese viejo? —preguntó Casey, al verlos regresar por la puerta lateral del banco.

Había logrado ya sobreponerse a su anterior indignación y empezaba a disfrutar mucho con la idea de ir a cenar con los dos.

—No lo sé —contestó Dunross—. No entiendo su dialecto.

—Apuesto a que no era un cumplido.

Dunross rió de buen grado y ratificó:

—Ganarías esa apuesta, Casey. No tienen buena opinión de nosotros en absoluto.

—Ese anciano debe tener ochenta con toda seguridad, y llevaba la carga a cuestas como si fuera una pluma. ¿Qué hacen para conservarse en tan buenas condiciones?

Dunross se encogió de hombros y no contestó... Aunque conocía el secreto.

Otro coolie dejó caer su carga en el camión, observó a la chica,

carraspeó, escupió y se alejó también.

—Te deseo otro tanto —musitó Casey.

Luego simuló un sonoro carraspeo y una escupitina de seis metros. Sus dos acompañantes rieron con ella. Los chinos se limitaron a contemplarla.

—Ian, ¿de qué se trata todo esto? ¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Bartlett.

—Pensé que les gustaría ver cincuenta toneladas de oro. Casey se quedó sin aliento. Luego preguntó azorada: —¿Esos sacos están llenos de oro? —Sí. Ven conmigo.

Dunross se adeantó, bajando las sucias escaleras, hasta la bóveda del oro. Los funcionarios del banco lo saludaron con un gesto de cortesía y los guardias desarmados y los cargadores se quedaron contemplándolos. Los dos norteamericanos se sintieron intranquilos al ser blanco de todas aquellas miradas. Pero su inquietud quedó abrumada por el espectáculo del oro. Pilas perfectamente bien hechas de barras de oro, sobre las estanterías de acero que los rodeaban: eran diez barras en cada capa y diez capas en cada rimero¿

—¿Puedo tomar una barra? —preguntó Casey.

—Como gusten —les dijo Dunross, mientras los observaba, tratando de ver hasta dónde llegaba su codicia.

Tengo en juego grandes intereses —pensó, una vez más—; necesito tomarles el pulso a estos dos.

Casey jamás había tocado tanto oro en su vida. Bartlett tampoco. Les temblaban los dedos. Ella acarició una de las pequeñas barras, con ojos desorbitados, antes de tomarla en las manos.

—Para su tamaño, es muy pesada —dijo entre ¿entes.

—Se las llama barras de contrabandista por ser fáciles de ocultar y transportar —explicó Dunross, escogiendo las palabras con toda intención—. Los contrabandistas usan una especie de chaleco de manta con pequeños bolsillos, en los que pueden colocarse esas barritas muy bien ajustadas. Aseguran que un buen mensajero puede llevar consigo hasta treinta y seis kilos de oro en un viaje. Eso significa casi unas 1,300 onzas. Por supuesto deben ser hombres idóneos y bien adiestrados.

Bartlett estaba ponderando dos en cada mano, fascinado con su aspecto.

—¿Cuántas barras se necesitan para tener 36 kilos? —Unas doscientas... poco más o menos.

Casey miró a Dunross abriendo los ojos más que de costumbre. —¿Son tuyas todas éstas, tai-pan?

—¡Santo Dios, no! Pertenecen a una compañía de Macao. Están llevándolas de aquí al Banco Victoria. Ni a los norteamericanos ni a los ingleses los autoriza la ley a poseer una sola de estas barras. Pero yo pensé que a ustedes les interesaría, porque no es fácil ver cincuenta toneladas juntas en un solo lugar.

—Es la primera vez que me doy cuenta de lo que solía ser el dinero *real* —reflexionó Casey—. Ahora puedo entender por qué los ojos de mi padre y de mi tío se. iluminaban cuando hablaban de oro.

Dunross la observaba con atención. No descubría codicia en ella, sólo asombro.

—¿Hacen los bancos muchos embarques como éste? —preguntó Bartlett con un nudo en la garganta.

—Sí, constantemente —contestó Dunross, preguntándose si Bartlett habría mordido el anzuelo y estaría considerando un secuestro de la mafia con su amigo Banastasio—. En unas tres semanas tendremos la llegada de un embarque enorme—añadió, para reforzar todavía más la carnada.

—¿Cuál es el valor de cincuenta toneladas? —preguntó Bartlett.

Dunross sonrió en su interior, recordando a Zeppelin Tung con sus cifras exactas. ¡Cómo si tuviera alguna importancia!

—Valen 63 millones de dólares en el mercado legal, con diferencia de unos miles de dólares más o menos.

—¿Y están movilizándolo sin más medios que unos cuantos viejos, dos camiones que ni siquiera son blindados, y sin guardias?

—¡Claro! Eso no es problema en Hong Kong. Por eso nuestra policía se muestra tan exigente en materia de armas de fuego aquí. Si ellos son los únicos que las tienen en la Colonia, ¿qué pueden hacer los delincuentes y los pérfidos además de lanzar unas cuantas maldiciones?

—Pero... ¿dónde está la policía? Yo no vi más qué uno y estaba sin armas.

—Bueno... supongo que no están muy lejos —respondió Dunross, restándole importancia al asunto, con toda deliberación.

Casey no quitaba los ojos de la barra de oro, disfrutando la sensación de tocarlo.

—Se siente tan fresco y tan permanente... Tai-pan, si valen 63 millones en el mercado legal, ¿cuál es su valor en el mercado negro? Dunross observó esta vez unas gotas minúsculas de sudor sobre su labio superior.

—Todo lo que alguien esté dispuesto a pagar, Por el momento, he oído decir que el mejor mercado es la India. Allí pagarían de 80 a 90 dólares por onza norteamericana entregada en plaza.

Bartlett sonrió torciendo los labios y de mala gana volvió a poner sus cuatro barras en el rimero correspondiente. Luego comentó:

—Es una utilidad enorme. En silencio vieron cómo se sellaba otro saco de manta y se verificaba una y otra vez las barras que contenía. Esta tarea correspondía a dos empleados bancarios. Una vez más¿ los dos cargadores levantaron el saco para ponerlo sobre la espalda de un hombre encorvado que emprendió el difícil ascenso.

—¿Qué son aquéllas? —preguntó. Casey, señalando barras mucho mayores qué-estaban en otra parte de la bóveda.

—Son las barras reglamentarias de cuatrocientas onzas —explicó Dunross—. Pesan alrededor de 11 kilos y medio cada una. La barra tema el sello de la hoz y el martillo y un número impreso: 99.999 —. Ese es oro ruso, 99.99 por ciento puro. El oro sudafricano suele ser 99.9 por ciento puro, por eso se procura el ruso. Desde luego, ambos son fáciles de comprar en el mercado de oro de Londres —los dejó contemplar el espectáculo un poco más y luego propuso—... ¿Nos vamos?

En la/calle estaba todavía el único policía y los despreocupados y desarmados guardias bancarios.-

Los dos conductores de camión fumaban tranquilamente en sus respectivas cabinas. De cuando en cuando pasaba, algún vehículo sin; el menor problema. También se veían pasar algunos peatones.

Dunross le dio gusto salir del recinto cerrado dé la bóveda. Había detestado las bodegas y los calabozos desde que su padre lo había encerrado en un armario, cuando era muy pequeño/ por un de-lito que no podía recordar. Pero sí recordaba a la vieja *Ah Tat*, su *amah* que lo había rescatado y había salido en su defensa, mientras

él no hacía sino mirar sin parpadear a su padre, esforzándose por retener las lágrimas que se empeñaban en rodarle por las mejillas.

—Es bueno estar de nuevo en el aire fresco —comentó Casey.

Sacó un pañuelo desechable para enjugarse el sudor. No pudo evitar que sus ojos se vieran arrastrados hacia los sacos acumulados en el camión casi lleno.

—Ese es dinero de verdad —musitó en tono; casi inaudible:

Un leve estremecimiento la sacudió y Dunross supo en el acto que el había encontrado el talón de Aquiles.

—Me vendría bien una botella de cerveza;—sugirió Bartlett—. Tanto dinero junto me da sed.

—¡Yo necesitaría un whiskey con soda! —exclamó ella, y el maleficio quedó roto.

—Caminaremos hasta el Victoria y veremos el principio de la entrega del oro, luego iremos a comer...

Dunross se interrumpió. Vio. a dos hombres que conversaban cerca de los camiones, un. poco en la sombra. Se puso algo tenso.

Los dos hombres lo vieron a él. Eran Martin Haply, del *China Guardian* y Peter Marlowe.

—¡Oh! Hola, tai-pan —saludó el joven Martin Haply acercándosele con su sonrisa confiada—. No esperaba verlo aquí, 'ñas noches, señorita Casey, señor Bartlett. ¿Tai-pan, querría hacer algún comentario sobre el problema del Ho-Pak?

—¿Qué problema del Ho-Pak?

—Él de la fuga de capital, señor...

—No sabía que hubiera semejante fuga.

—¿Por casualidad leyó usted mi columna sobre las diversas sucursales y los rumo...

—Mi querido Haply —lo interrumpió Dunross con su agradable gentileza—, usted sabe que yo no busco entrevistas, ni las concedo con facilidad... y desde luego, nunca en las esquinas de las calles.

—Sí, señor —Haply señaló con la mirada en los sacos del metal precioso—. La salida de todo este oro parece ser algo duro para el Ho-Pak, ¿no le parece? Será el tiro de gracia para el banco cuando se sepa.

Dunross suspiró y repuso:

—Olvídese del Ho-Pak, señor Haply. ¿Podría hablar un momento con usted en privado?

Tomó al periodista por el codo y con una suave energía lo alejó del grupo. Cuando se vieron solos y semicubiertos por uno de los camiones, le soltó el brazo. La voz de Dunross bajó de tono. Sin quererlo, Haply se intimidó y retrocedió un paso. Dunross advirtió:

—Como usted está invitando a mi hija a salir en su compañía sólo quiero que sepa que yo la quiero mucho y que entre caballeros hay ciertas reglas. Estoy suponiendo que usted lo es. Si me equivoco, que Dios le ayude: tendrá que responder ante mi en persona, inmediatamente y sin misericordia alguna.

Dunross se dio vuelta y fue a reunirse con los demás; su aspecto irradiaba bienestar.

—'ñas noches, Marlowe... ¿Cómo andan las cosas?

—Muy bien, gracias, tai-pan.

El aludido señaló los camiones con la mirada y comentó: —¡Es pasmoso! ¡Toda esta riqueza!

¿Cómo tuviste noticia del translado?

—Un periodista amigo mío me habló de él hace más o menos una hora. Dijo que cerca de cincuenta toneladas de oro se llevarían de aquí al Victoria. Pensé que sería interesante ver cómo se hacía. Espero no... espero no estar molestando a nadie.

—En lo más mínimo —Dunross se volvió a Casey y a Bartlett—. ¿Ven? Les dije que Hong Kong era una aldea... aquí no pueden mantenerse los secretos mucho tiempo. Pero todo esto —señaló con la mano los sacos— no es más que plomo... pirita de cobre, sólo unos cuantos millares de onzas. La mayoría de los lingotes de oro del Ho-Pak siguen intactos.

Sonrió a Haply, que no sonreía, pero sí escuchaba, con aspecto tranquilo.

—¿Eso es pura farsa, después de todo? —preguntó Casey atónita. Peter Marlowe rió y comentó:

—Debo confesar que pensé qué toda esta operación me parecía un tanto improvisada.

—Bien... que pasen buena noche, ustedes dos —dijo Dunross en tono festivo a Marlowe y a Martin Haply; luego tomó por un hiomen-to el brazo de Casey y propuso—. ¡Vamos, es hora de cenar!

Empezaron a caminar calle abajo, con Bartlett al lado.

—Pero tai-pan, las barras que nosotros vimos —objetó Casey—, la que yo tuve en la mano, ¿era falsa? Habría apostado mi vida...

¿No habrías dicho tú lo mismo, Linc?

—Sí —convino Bartlett—. Pero la diversión fue muy inteligente. Yo habría hecho otro tanto.

Dieron vuelta a la esquina, avanzando hacia el enorme edificio del Banco Victoria. El aire era cálido y pegajoso.

Casey rió, era una risa nerviosa.

—Ese metal dorado estaba impresionándome demasiado... ¡y no dejaba de ser pura ficción!

—La verdad es que todo era real —corrigió Dunross con serenidad; Casey hizo un alto repentino.

Siento confundirte, Casey. Sólo lo dije para bien de Haply y de Marlowe, para hacerlos dudar de sus fuentes de información. Difícilmente podrán probar una cosa u otra. A mí se me pidió que hiciera los arreglos para el traslado hace poco más de una hora... Y lo hice, como es de suponer, con gran cautela.

Al estar diciendo eso, el corazón le latió con fuerza. Se preguntaba cuántos más sabrían de los documentos de AMG, de la bóveda y del número de la caja de seguridad en la misma.

Bartlett lo observó y comentó:

—Yo me tragué lo que dijiste, así que supongo que a ellos les pasó lo mismo...

Sin embargo, en su interior pensaba: ¿por qué nos llevaste a ver el oro? ¡Eso es lo qué me gustaría saber!

—¡Es curioso, tai-pan —intervinó Casey con una risita nerviosa —... yo sabía, simplemente sabía que el oro era real, al principio. Luego creí lo que dijiste, en el sentido de que se trataba de un truco.

Ahora vuelvo a darte crédito. ¿Es tan fácil hacer la falsificación?

—Sí y no. La única manera de saberlo con certeza es vertiendo ácido sobre él. Hay que someterlo a la prueba del ácido. Es la única definitiva para el oro, ¿no es cierto? —preguntó dirigiéndose a Bartlett.

Al hacerlo pudo observar la media sonrisa característica y se preguntó si el norteamericano habría entendido.

—Supongo que tienes razón, Ian. Es la única prueba para el oro... o para la gente.

Dunross le devolvió la sonrisa. Muy bien —pensó con actitud sombría—nos entendemos mutuamente a la perfección.

* * *

Era ya bastante tarde. Los Golden Ferries habían dejado de circular, y Casey y Linc Bartlett estaban en una pequeña lancha de alquiler, atravesando la bahía. La noche era hermosa, el viento les llevaba un grato aroma de mar. Este se hallaba tranquilo. Estaban sentados sobre uno de los travesaños y podían contemplar a Hong Kong, tomados del brazo. La cena había sido la mejor que habían tomado en su vida. Su conversación había estado muy animada con alegres risas. Dunross se había mostrado encantador. Habían terminado con un cognac en la cima del Hilton. Tanto ella como él se sentían inundados de una paz maravillosa: estaban en paz con el mundo y consigo mismos.

Casey sintió la ligera presión del brazo de Linc y se apoyó en él con suavidad.

—Es romántico, ¿no es cierto, Linc? Mira la Cumbre y todas las luces. Es increíble. Es el lugar más hermoso y emocionante que he visto en mi vida.

—¿Mejor que el sur de Francia?

—Fue algo muy diferente...

Hacía dos años habían pasado unas vacaciones en la Costa Azul. Era la primera vez que las pasaban juntos. Y también había sido la ultima. La tensión, para mantenerse distante había sido excesiva. La tensión para mantenerse distantes había sido excesiva.

—Ian es fantástico, ¿no te parece?

—Sí... y tú también.

—Gracias, amable señor. Tú por lo consiguiente. Rieron; Se sentían felices juntos.

En el muelle, del lado de Kowloon, Linc pagó el alquiler del bote y los dos caminaron hacia el hotel, tomados del brazo. Unos cuantos camareros estaban todavía de servicio en el vestíbulo.

—'ñas noches, señor; 'ñas noches seño —los saludó el viejo encargado del ascensor con su voz silbante.

Al llegar, al piso que les correspondía, Nighttime Ghang se les adelantó, para abrir la puerta de la suite; En un gesto automático, Linc le dio un dólar y el chino los introdujo con una reverencia y luego cerró la puerta.

Casey el puso el seguro por dentro.

—¿Un trago? —ofreció Bartlett.

—No, gracias. Echaría a perder el último brandy.

La chica observó que él estaba mirándola. Se encontraban de pie en el centro de la sala. La enorme ventana panorámica ofrecía una vista completa de Hong Kong, a espaldas de Linc. Su recámara estaba a la derecha, la de ella a la izquierda. Gasey podía sentir las palpitaciones de la vena en el cuello, sentía que el vientre se le deshacía, y él le parecía más apuesto que nunca.

—Bueno, es… gracias por una noche encantadora, Linc. Te… te veré mañana —le dijo, pero no se movió de donde estaba.

—Faltan tres meses para tu cumpleaños, Casey;—Trece semanas y seis días¿

—¿Por qué no hacemos trampa con ellos y nos casamos cuanto antes? ¿Mañana?

—Tú has… tú has sido tan maravilloso conmigo, Linc. Has sido tan bueno, al tenerme, paciencia y tolerar mi… mi necedad —ella le sonrió con dulzura, era una sonrisa interrogativa—. Falta ya muy poco. Hagámoslo como habíamos convenido, por favor… ¿de acuerdo?

El permaneció inmóvil observándola y deseándola. Luego contestó:

—Sí. Por supuesto.

Se encaminó a su recámara y al llegar a la puerta se detuvo.

—Casey, tienes razón en lo tocante a este lugar. Es romántico y excitante. Está afectándome demasiado. Tal vez… tal vez será mejor que consigas otra habitación.

Cerró la puerta.

Esa noche, Casey se quedó dormida llorando.

IV

MIÉRCOLES

27
5:45 a.m.

Los dos caballos de carrera salieron de la curva y entraron a la recta final corriendo a gran velocidad.

Empezaba a amanecer. El firmamento lucía aún oscuro por el lado del oeste, y el hipódromo de Happy Valley contaba con uno que otro espectador que observaba el entrenamiento matutino.

Dunross cabalgaba sobre Buccaneer, el gran caballo castrado de la bahía, corriendo nariz a nariz con Noble Star, cuyo jinete era su jockey más valioso, Tom Leung. Noble Star avanzaba por la pista exterior. Los dos corceles corrían con agilidad, y sus reservas vitales eran abundantes. En ese momento, Dunross vio la línea de la meta y sintió el apremio repentino de espolear a su animal para superar al contrincante. El otro jinete sintió el reto y volteó a mirar a Dunross. Sin embargo, ambos sabían que estaban ahí sólo para hacer ejercicio, no para competir, que el propósito de la práctica era confundir a la oposición. Por eso, Dunross reprimió el ímpetu abrumador.

A esa sazón, los dos caballos llevaban ya las orejas bajas y los costados empapados de sudor, mientras experimentaban con fuerza la sensación de la embocadura entre los dientes. Al fin, ya en plena recta final, empezaron a desbocarse con excitación, rumbo a la meta. La carrera sobre la pista interna de entrenamiento era siempre menos rápida que la del césped circundante, que los obligaba a hacer mayor esfuerzo. Los dos jinetes se mantenían tensos sobre los estribos, con todo el peso del cuerpo hacia adelante y la brida bien sujeta.

Noble Star llevaba menos peso encima, así que empezó a adelantarse. En una reacción automática, Dunross utilizó sus talones para acicatear a Buccaneer, mientras lo colmaba de insultos. El animal aceleró, y la diferencia entre los dos empezó a acortarse. El júbilo de Dunross se desbordó. El espacio que le quedaba por recorrer era menos de una media vuelta, así que pensó que podría tener éxito. Ningún entrenador contrincante podía tomarles el

tiempo con absoluta precisión. Espoleó con más fuerza y la velocidad aumentó. Los dos caballos sabían de qué se trataba, y su galope se alargó. Noble Star llevaba la nariz adelante. Al sentir que Buccaneer se acercaba, mordió la embocadura, se lanzó en un impulso espontáneo final, se adelantó y logró derrotar a Dunross por medio cuerpo.

Los dos jinetes disminuyeron la velocidad y, manteniéndose cómodamente erguidos, siguieron trotando alrededor de la bella pista, que era un lienzo verde rodeado de enormes edificios e huleras de protuberancias que se dibujaban sobre la vertiente de la montaña. Una vez que Dunross terminó de recorrer la recta final a medio galope, decidió interrumpir el ejercicio, tiró de las riendas al llegar al sitio donde solía formarse el círculo de los triunfadores y bajó del caballo. Le dio una palmada afectuosa en el cuello y entregó las riendas a un caballerizo. Este saltó sobre la silla y se dispuso a continuar el entrenamiento de la yegua.

Dunross aflojó los músculos de los hombros. El corazón le latía a un ritmo agradable. Un sabor de sangre viva le alegraba el paladar. Se sentía muy bien. Los músculos relajados experimentaban un leve dolor placentero. Toda su vida había cabalgado. Las carreras de caballos seguían siendo deporte oficial de todo aficionado en Hong Kong. En su juventud, había corrido en dos temporadas, y habría seguido haciéndolo, si su padre, entonces tai-pan y administrador principal, no se lo hubiera impedido, y luego Alastair Struan, que también desempeñaba ambos cargos, rio le hubiera ordenado dejar de participar en las carreras so pena de ser cesado en su oficio en el acto. Por esa razón había dejado de tomar parte en las carreras, aunque seguía ejercitando los caballos de Struan en el establo sin restricciones. Le gustaba salir a correr a la madrugada, cuando el impulso de hacer ejercicio le brotaba espontáneo.

El hecho de levantarse cuando la mayor parte del inundo dormía, de galopar a media luz, con todo lo que implicaba de ejercicio y emoción, la sensación de la velocidad y del peligro eran precisamente las cosas que le despejaban la mente.

Escupió para quitarse de la boca el sabor dulce pero morboso de no haber ganado la carrera. Así está mejor —pensó luego—. Pude haber montado hoy a Noble Star, pero lo he hecho en la curva, no en la recta.

Otros caballos practicaban sobre la pista, unos entrando a ella y otros saliendo. Grupos de dueños, entrenadores y jockey hacían comentarios, *y ma-foos* (caballerizos) conducían a paso lento a los caballos cubiertos con sus mantas. Dunross pudo ver a Butterscotch Lass, la gran yegua de Richard Kwang, con una estrella blanca en la frente y magníficos espolones. El jockey la llevaba a un buen paso y lucía espléndida. A lo lejos, en el lado opuesto de la pista, Pilot Fish, el semental premiado de Gornt, empezaba su ejercicio con un galope controlado, a zaga de otro animal de Struan, Impatience, una yegua nueva y joven, sin entrenamiento, que acababa de ser adquirida en la primera subasta de esa temporada. Dunross la observó con ojo crítico y pensó que le faltaba resistencia. Habrá que darle una o dos temporadas —pensó—. Luego veremos. Pilot Fish la rebasó y ella se alborotó, con una reacción de susto momentáneo. Después se lanzó a perseguir al corcel, hasta que su jockey tiró de las riendas, para enseñarla a galopar al arbitrio de él y no a su capricho.

—¡Entonces, tai-pan...! —comentó su entrenador.

Era un inmigrante ruso de piel coriácea, fortaleza de roble y edad avanzada, ya cerca de los setenta años. Lucía una cabellera entrecana y era la tercera temporada que trabajaba con Struan.

—¿Entonces qué, Alexi?

—Se te metió el diablo, espoleaste tu caballo y luego viste que Noble Star se te adelantaba, ¿no es así?

—A Noble Star le gusta esforzarse. Todos lo sabemos —respondió Dunross con tranquilidad.

—Sí, pero yo habría preferido que eso no se nos recordara más que a ti y a mí el día de hoy, y no a... —el ruso de baja estatura hizo un gesto con su calloso pulgar, señalando a: los espectadores, mientras en la cara se le dibujaba una mueca indefinible— y no a cualquier *viblyadok* de Asia.

Dunross contestó con otra mueca semejante y observó:

—Te fijas en demasiadas cosas.

Alexi Travkin podía derrotar a un hombre con la mitad de su edad, tanto en el terreno de la equitación como en el de la bebida, el trabajo o la resistencia física. Era un solitario en medio de los demás entrenadores. A lo largo de los años, había narrado varias historias sobre su pasado, como la mayoría de los que se habían

visto envueltos en las grandes revoluciones de Rusia, de China, y que luego habían andado a la deriva por los alrededores de Asia, en busca de una paz que nunca podían encontrar.

Alexi Ivanovitch Travkin había salido de Rusia, rumbo a Harbin, Manchuria, en 1919. Luego se había abierto camino hacia el sur, rumbo a la colonia internacional de Shanghai. Allí había empezado a cabalgar sobre corceles triunfadores. Como era un gran experto y sabía de caballos más de lo que la mayoría de los hombres sabían sobre sí mismos, no había tardado en convertirse en entrenador. Cuando se había producido el nuevo éxodo en el '49, él había huido al sur, esta vez a Hong Kong. Allí había permanecido unos cuantos años y después había continuado en la misma dirección, hasta llegar a Australia y sus alrededores. Sin embargo Asia lo atraía, así que no tardó en volver. Al regresar a Hong Kong se había encontrado con que Dunross carecía de entrenador y le ofrecía la caballeriza de la Casa Noble.

—La acepto, tai-pan, —le había dicho sin titubear.

—No hemos hablado de dinero, —había objetado Dunross.

—Usted es un caballero, y yo también. Usted me ofrecerá la mejor paga cuando me vea actuar... porque soy el mejor.

—¿Es el mejor?

—Si no lo fuera, ¿me habría ofrecido el empleo? Tampoco a usted le gusta perder...

La última temporada había sido buena para ambos. La primera no tanto. Los dos sabían que la próxima sería la prueba definitiva.

Noble Star pasó frente a ellos, moderando su trote con muy buen estilo.

—¿Qué opinas del sábado? —preguntó Dunross. —Hará el esfuerzo. —¿Y Butterscotch Lass?

—También. Lo mismo hará Pilot Fiss. Lo mismo harán todos los demás. . . en las ocho carreras. Va a ser un encuentro muy especial. Tendremos que vigilar nuestras partidas con mucho cuidado.

Dunross asintió con la cabeza. Alcanzó a ver a Gornt hablando con Sir Dunstan Barre, junto al cercado del ganador.

—Creo que me enfermaré si pierdo con Pilot Fish.

Alexi rió. Luego añadió en tono irónico:

—En ese caso, tal vez lo mejor sea que tú mismo montes a Noble Star, tai-pan. Así podrás empujar a Pilot Fish contra la barandilla,

en plena curva, si se convierte en una amenaza, o darle un latigazo en los ojos al jockey… ¿no crees? —el viejo le dirigió una mirada—. ¿No es eso lo que habrías hecho hoy con Noble Star, si hubiera sido una auténtica carrera?

Dunross le devolvió la sonrisa malisiosa y comentó: —Como no fue auténtica carrera, nunca lo sabrás… ¿verdad? Un *ma-foo* se acercó, saludó a Travkin y le entregó una nota:

—Un mensaje, señor. El señor Choi querría que usted revisara las guarniciones de Chardistan cuando tenga un momento.

—Iré en unos minutos. Dile que ponga una dosis adicional de salvado en el alimento de Buccaneer, hoy y mañana —Travkin dirigió una mirada fugaz a Dunross, que examinaba con atención a Noble Star, y le preguntó, frunciendo el ceño—. ¿No estarás pensando en participar en la carrera del sábado?

—No, por ahora…

—Yo no te lo aconsejaría.

Dunross rió de buen grado.

—Lo sé. Te veré mañana, Alexi. Mañana quiero domeñar a Impatience.

Dio al viejo unas palmadas amistosas y se alejó. Alexi Travkin lo siguió con la mirada. Sus ojos se posaron luego en los caballos que estaban a su cuidado y en los contrincantes que podía observar.

Sabía que ese sábado la lucha iba a ser ardua y que había que proteger bien a Noble Star. Sonrió en su interior, complacido al pensar que estaría involucrado en un juego en el que las apuestas iban a ser altas.

Desdobló el papel que tenía en la mano. Era una nota en ruso:

—Saludos de Kurgan, Alteza. Tengo noticias de Nestorova.

Alexi se quedó sin aliento. Palideció. Por amor de Dios —sintió deseo de gritar—… nadie en Asia sabe que mi hogar estaba en Kurgan, en las planicies de la ribera del río Tobol, ni que mi padre era el Príncipe de Kurgan y Tobol, ni que mi querida Nestorova, mi infantil esposa de tiempo inmemorial, devorada por la revolución mientras yo andaba con mi regimiento… ¡Estoy seguro de no haber mencionado jamás su nombre a nadie… ni a mí mismo! En estado de conmoción volvió a leer la nota. ¿Se trata de otro de sus diabólicos ardides? ¿Viene de los soviéticos… de esos enemigos de todas las Rusias? ¿O, podrá ser un amigo? ¡Santo Dios! ¡Qué sea un

amigo!

Después de la palabra «Nestorova», la nota terminaba: «Por favor encuéntrame en el restaurante del Green Dragón, en el callejón frente al 189 de Nathan Road, en el salón posterior, a las tres de la tarde de hoy». No tenía firma alguna.

* * *

Al otro lado de la dehesa, junto al cercado del ganador, Richard Kwang caminaba hacia su entrenador, cuando vio a su sexto primo, Smiler Ching, presidente del enorme banco Ching Prosperity, sobre las graderías, con los binoculares apuntando hacia Pilot Fish.

—Hola, Sexto Primo —lo saludó amable en cantones— ¿has tomado arroz hoy?

El astuto anciano tomó luego una actitud defensiva:

—A mí no me sacarás dinero —advirtió con aspereza, mientras dejaba deslizar los labios detrás de una hilera de dientes salientes, en un gesto que le daba el aspecto de una sonrisa perpetua.

—¿Por qué no? —redarguyo Richard Kwang en un tono no menos áspero—. Te tengo hecho un préstamo de diecisiete inmundos millones y...

—Sí, pero se vence en noventa días y está bien invertido. Siempre te hemos pagado el 40 por ciento de interés —rugió el viejo.

—¡Eres un miserable hueso viejo de perro! ¡Cuándo necesitaste dinero fui yo quien te ayudó! ¡Ahora es a tí a quien le toca corresponder!

—¿Corresponder a qué? ¿A qué? —contestó desafiante Smiler Ching—. A lo largo de los años te he correspondido ya con una fortuna. Yo he corrido los riesgos y tú has cosechado las utilidades. ¡Este desastre no podía haberse presentado en un momento peor que el actual! Tengo hasta la última moneda fuera ... ¡Todo mi efectivo! Yo no soy como algunos banqueros... Mi dinero siempre está invertido en buenos negocios.

Los buenos negocios eran los narcóticos ...según la leyenda. Desde luego, Richard Kwang nunca se lo había preguntado, y nadie lo sabía de cierto, pero todos creían que el banco de Smiler Ching era uno de los principales centros de liquidación clandestinos de

aquel comercio, del que la mayor parte salía de Bangkok.

—Escucha, Primo, piensa en la familia —empezó Richard Kwang —. Se trata sólo de un problema temporal. Los inmundos demonios extranjeros están atacándonos. ¡Cuándo esto sucede, la gente civilizada debe unir todas sus fuerzas!

—Estoy de acuerdo, pero tú eres la causa de la fuga de capital del Ho-Pak. Nadie más que tú. Es contra ti… no contra mi banco. ¡De alguna manera has ofendido a los inmundos! Andan detrás de ti… —¿No lees los diarios? Sí. Además, tienes todo tu efectivo afuera, en algunos negocios muy malos… según tengo entendido. Eres tú, primo, el que ha puesto la cabeza para que sé la corten. Sácale dinero a ese perverso hijo de ramera malaya de mala raza, que és tu socio. Tiene miles de millones… o sácaselo a Tightfist —el viejo dejó escapar una risita entrecortada y añadió—. ¡Te daré diez por cada dólar que te preste ese cerdo!

—Si a mi me lleva la trampa, el Banco Ching Prosperity no me seguirá de lejos…

—¡No me amenaces! —gruñó enfurecido el viejo. En las comisuras de sus labios había permanentemente unas burbujas de saliva que se deslizaban sobre los dientes y luego volvían a caer por las orillas cuando hacía su gesto clásico.

—Si tú te derrumbas, no será culpa mía —siguió protestando—. ¿Por qué quieres hacer caer tu mal hado sobre toda la familia? Yo no he hecho nada que pueda perjudicarte… ¿Por qué quieres que tu mal hado caiga sobre mí? Si el día de hoy… ¡Ah sí! Si el día de hoy tu mal hado se derrama y esos cuentahabientes hueso de perro inician una fuga de capital en mi banco, ¡no resistiría un día…!

Por un momento, Richard Kwang se sintió mejor al ver que el imperio de Ching estaba bajo la misma amenaza. ¡Bueno, magnífico! Yo podría sacar provecho de todos sus negocios, sobre todo de su contacto en Bangkok. Luego dirigió una mirada al gran reloj colocado sobre el tablero y gruñó. Eran apenas unos minutos después de las seis de la mañana y a las diez abrirían los bancos, y también el mercado de valores, y aunque se habían hecho arreglos con Blacs, el Victoria y el Banco Bombay and Eastern de Kowloon, para pignorar los valores en cartera que debían cubrir todos los riesgos con creces, él seguía sintiéndose nervioso… y furioso. Había tenido que aceptar tratos inicuos que no tenía el mínimo deseo de

cumplir.

—¡Vamos, Primo! Sólo cincuenta millones durante diez días ... Te ampliaré el plazo de los diecisiete millones a dos años y te proporcionaré otros veinte en treinta días...

—Cincuenta millones durante tres días, al 10 por ciento de interés, usando tu préstamo actual como aval y conservando las escrituras de tu propiedad también como aval...

—¡Ve a acostarte con tu madre, hijo de...! ¡El valor de esa propiedad es cuatro veces más de lo que estás ofreciéndome!

Smiler Ching se encogió de hombros y volvió a dirigir sus binoculares hacia Pilot Fish.

—¿Crees qué el gran negro le gane la carrera incluso a Butterscotch Lass?

Richard Kwang miró con acrimonia el caballo de Gornt y contestó:

—No. A menos que mi entrenador, hocico gorgojoso, y mi jockey se pusieran de acuerdo, para frenarla o drogaría...

—¡Inmundos ladrones! ¡No puedes confiar en uno solo de ellos! Mi caballo no ha podido ganar dinero ni siquiera una vez. ¡Nunca! ¡Ni siquiera en un tercer lugar! ¡Es detestable!

—Cincuenta millones durante una semana, al 2 por ciento diario...

—Al cinco... más la propiedad de Central...

—¡Nunca..!

—El seis por ciento —replicó Richard Kwang.

Smiler Ching hizo un cálculo de los riesgos... Y de las posibles utilidades. Estas eran inmensas. Si el Ho-Pak no fracasaba. Y aun cuando fracasara, el préstamo estaría bien protegido por el inmueble. Sí.

Las utilidades serían enormes, con tal que no hubiera una fuga de capital en su propio banco. Tal vez podría apostar y dar en prenda algunos embarques futuros, y reunir los 50 millones.

—¡Quince por ciento! Esa cifra es definitiva—dijo Smiler Ching.

Al hacer esa oferta, sabía que daría marcha atrás o modificaría las condiciones, una vez que supiera hacia mediodía, cómo marchaba el mercado de valores, cómo iba la fuga de capital y... mientras tanto podía seguir vendiendo Ho-Pak al descubierto, con ganancias ingentes.

—Además, ponme también en el trato a Butterscotch Lass —concluyó.

Richard Kwang profirió algunas maldiciones obscenas, regateó un poco más y al final convino en que los 50 millones estarían a su disposición a las 2 de la tarde, en efectivo. Daba también en prenda a Smiler Chmg un 39 por ciento del inmueble de Central como aval adicional y una cuarta parte del valor de su yegua. El argumento decisivo había sido Butterscotch Lass.

—¿Qué me dices del sábado? f —¿Qué cosa? —preguntó Richard Kwang, sintiendo que aborrecía el gesto y la saliente dentadura.

—Nuestro caballo está en la quinta carrera, ¿sí? Escúchame, Sexto Primo, tal vez sería mejor que hiciéramos un arreglo con el jockey de Pilot Fish. Promovemos a nuestra yegua, ella será la favorita,

¡pero apoyamos a Pilot Fish y a Noble Star para mayor seguridad!

—Buena idea. Lo decidiremos el sábado en la mañana.

—Sería mejor eliminar también a Golden Lady, ¿no crees?

—El entrenador de John Chen lo sugirió.

—¡Aaayyy! ¡Ese idiota! ¡Dejar que lo secuestraran...! Esperaré a que me des la información real sobre el ganador. ¡Yo también advirtió Smiler Ching, y luego carraspeó y escupió.

—Cuando todos los dioses vomitan, ¿qué nos queda a nosotros? ¡Los malditos entrenadores y jockeys! Es indignante la manera en que se burlan de nosotros, los dueños. ¿Quién les paga el sueldo?

—No es cierto?

—El Turf Club, los propietarios, pero sobre todo los apostadores, que no tienen la información necesaria. ¡Oye! Supe que anoche estuviste en el Viejo Vic, y ordenaste un menú de platillos de los demonios extranjeros.

A Richard Kwang se le iluminó el rostro. Su cena con Venus Poon había sido un éxito arrollador. Ella había lucido el Christian Dior nuevo, hasta la rodilla, que él le había comprado, de seda negra adherente y fina gasa por dentro. Al verla salir de su Rolls y subir los escalones del Viejo Vic, el corazón le había dado un vuelco y su virilidad había experimentado nuevos bríos.

Ella no había hecho más que sonreír ante el efecto que su ingreso había tenido en el salón de entrada, con sus gruesas

pulseras de oro resplandecientes. Además, había insistido en subir por la gran escalinata, en vez de usar el ascensor. A Richard Kwang el pecho le dolía por la presión del júbilo contenido, mezclado de terror. Habían pasado en medio de comensales, tanto europeos como chinos, muchos de ellos de rigurosa etiqueta, esposos y esposas, turistas y gente del lugar, hombres en cenas de negocios, enamorados y parejas que deseaban enamorarse, gente de todas las edades y nacionalidades. Richard Kwang lucía un traje oscuro nuevo, Savile Row, de la más cara lana de cachemira ligera. Mientras avanzaban hacia la mesa elegida, que le había costado un rojo (cien dólares), él había saludado con un gesto de la mano a muchos amigos, y cuatro veces había gruñido en su interior al ver a cuatro de sus íntimos amigos chinos con sus respectivas esposas, esponjadas y abrumadas de alhajas. Las mujeres lo observaban con muy malos ojos.

Richard Kwang se había estremecido. En realidad las esposas son dragones, todas iguales —había pensado. ¡Oh, oh, oh! Y las mentiras de uno les suenan falsas aun antes de pronunciarlas. Aún no había ido a casa a enfrentarse con Mai-ling, que ya habría tenido noticias de Venus Poon, al menos de tres fuentes amigas diferentes. La dejaría desvariar y lanzar alaridos, llorar y tirarse de los cabellos un rato, para dar salida al espíritu endiablado. Luego le diría que los enemigos le habían llenado la cabeza de bilis, que cómo era posible que prestara oído a esas mujeres tan perversas. . . al final le hablaría con ternura de ese largo mink que había ordenado hacía tres semanas y que ella podría recoger ese mismo día a tiempo para lucirlo en las carreras del sábado. Después de eso habría paz en la casa ... hasta la próxima vez.

Ahogó la risa de satisfacción que le producía pensar en la agudeza de su ingenio al haber hecho el pedido del mink. No le preocupaba en lo más mínimo el hecho de haberlo pedido para Venus Poon, y haberle prometido, esa misma mañana, apenas hacía una hora, en el calor del abrazo amoroso, que la llevaría a las carreras el próximo sábado. Para la prostituta es demasiado —pensaba—. Ese abrigo costaba 40,000 HK. A ella le compraré otro. ¡Ah! Tal vez consiga uno de segunda mano...

Vio que Smiler Ching lo observaba con malicia; volviendo en sí, preguntó:

—¿Qué dijiste?

—¡Con qué Venus Poon! ¿Eh?

—Estoy pensando en entrar al negocio de producción de películas y quiero convertirla en estrella —dijo en tono ampuloso, satisfecho de la historia que había inventado como parte de la excusa que ofrecería a su mujer.

La respuesta impresionó a Smiler Ching, que dijo: —¿A, sí? ¡Oye! Ese negocio es muy azaroso, ¿sabes?

—Sí, pero hay maneras... de cubrirse de los riesgos —guiñó, haciendo alarde de talento.

—¡Uuuyyy! ¿Te,refieres a películas de desnudo? ¡Oh! Avísame cuando tengas preparada la producción. Podría interesarme uno o dos puntos. ¡Venus Poon desnuda! ¡Uuuyyy! ¡Asia entera pagaría por ver eso! ¿Qué tal es en la cama?

—¡Perfecta! Después de haberla educado yo. Era virgen cuando por vez pri...

—¡Qué hado! —comentó Smiler Ching; luego añadió—. ¿Cuántas veces tomaste la plaza?

—¿Anoche? Tres veces... ¡Cada vez con más fuerza que la anterior! —Richard Kwang se acercó para hablar en tono confidencial—. ¡Su "corazón florido" es lo mejor que he visto en mi vida! Sí. ¡Y su triángulo...! ¡Cabello sedoso encantador con labios interiores rosados y delicados! ¡Uuuyyy!; Y su entrada de jade ... ¡Su entrada de jade tiene realmente forma de corazón! Además, su "pulgada cuadrada" es un óvulo perfecto, sonrosado, fragante... Y la perla sobre la entrada... también rosada...

Richard Kwang sintió que empezaba a sudar al recordar cómo la chica se había tendido sobre el sofá, ofreciéndole una gran lente de aumento.

—Aquí tienes —le había dicho orgullosa—. Examina, a la diosa qué tu monje calvo está a punto de adorar—... y lo había hecho... con todo esmero.

—La mejor compañía para la cama que he tenido en mi vida —siguió diciendo Richard con efusividad, y amplificando la realidad—. Estaba pensando en regalarle un gran anillo de brillantes. La pobre boquita melosa lloró esta mañana cuando salí del departamento que le tengo puesto. Me juraba estar dispuesta a suicidarse por estar tan *in love* (usó el término inglés para

"enamorada") conmigo.

—¡Aaayyy! ¡Eres un hombre afortunado!

Smiler Ching no hablaba inglés, excepto las palabras relacionadas con el amor. Sintió que unos ojos lo observaban a sus espaldas, y miró a su alrededor. En la, siguiente sección de asientos, a unos cuarenta y cinco metros de distancia por encima de él, estaba el endemoniado policía extranjero, Gran Montaña de Estiércol, él odiado jefe del CID de Kowloon. Aquellos ojos de pescado, siempre fríos, lo contemplaban. Del cuello del hombre pendían unos binoculares. ¡Aaayyy! —se dijo Ching mientras con la mente repasaba cheques, trapacerías y estados de cuenta, que amparaban su fuente, principal de ingresos.

—¿Eh? ¿Qué cosa? ¿Qué te pasa, Smiler Ching?

—Nada. Necesito ir al baño. Es todo. Mándame tus papeles a las 2 de la tarde, si quieres mi dinero.

Con un gesto agrio en la cara, se dio vuelta para encaminarse a los cuartos de baño, preguntándose si la policía tendría noticia de la llegada inminénte del demonio extranjero qué venía de la Montaña Dorada, y que era un Gran Tigre de los polvos blancos (narcóticos) con el nombre extravagante dé Vincenzo Banastasió.

Carraspeó y escupió con ostentación. Es él hado si sabén. Es el hado si no saben. A mí no pueden tocarme. No soy más qué un banquero.

* * *

Robert Armstrong había notado que Smiler Ching hablaba con el banquero Kwang, y tenía la certeza de que entre los dos tramaban ajgo que no sería bueno. La policía estaba muy al corriente de las murmuraciones relacionadas con Ching y su Banco Prosperity y el tráfico de narcóticos, pero hasta ese momento no(tenía pruebas reales que lo acusaran, o que involucraran a su banco. No tenía ni siquiera pruebas circunstanciales que justificaran un arresto preventivo, un interrogatorio y la deportación sumaria.

En fin, algún día se le irán los pies —pensó Robert Armstrong con serenidad, y volvió a dirigir sus binoculares hacia Pilot Fish, luego hacia Noble Star, después hacia Butterscotch Lass y por fin hacia Golden Lady, la yegua de John Chen. ¿Cuál de todos tiene lo

necesario?

El oficial bostezó y se estiró en un gesto de cansancio. Había sido otra noche larga y todavía no lograba acostarse un rato. La noche anterior, en el momento preciso en que salía del cuartel general de policía de Kowloon, se había producido una tormenta de excitación, al recibirse otra llamada anónima de alguien que aseguraba haber visto a John Chen en los Nuevos Territorios, en la pequeña aldea de pescadores de Sha Tau Kwok, que dividía en dos partes el extremo oriente de la frontera.

Armstrong había acudido a toda prisa, con un equipo de sus hombres para inspeccionar el lugar, cabaña por cabaña. Su búsqueda había tenido que ser muy cautelosa, porque toda la zona fronteriza era terreno demasiado delicado, sobre todo aquella aldehuela, donde estaba instalado uno de los puestos de revisión. Los aldeanos eran un grupo de gente enérgica, áspera y decidida, de sangre belicosa, que quería que la dejaran en paz todos, pero en especial la policía de los demonios extranjeros, que convertía el opio crudo en morfina y luego en heroína, y además el escrutinio había resultado una falsa alarma más, si bien habían descubierto dos destiladeras ilegales, una pequeña fábrica de heroína habían deshecho seis madrigueras de juego de azar ilegal.

Al volver al cuartel general de policía de Kowloon, Armstrong se había enterado de que había otra llamada relativa a John Chen, esta vez en la zona de Hong Kong, en Wanchai, cerca de Glessing's Point, por el rumbo del astillero. Al parecer se le había visto en una casa de vecindad, con un vendaje sucio sobre la oreja derecha. En esta ocasión, el delator había proporcionado su nombre y el número de su permiso para conducir, con el fin de poder reclamar la recompensa de 50,000 HK ofrecida por Struan y por la Casa Noble de Chen. Armstrong había llevado de nuevo sus unidades para rodear la zona, y había dirigido una investigación meticulosa. Cuando había dado por terminada la operación y despachado a sus hombres, eran ya las cinco de la mañana.

—Brian, soy yo, vengo a descansar —avisó—. Otra noche de *fang-pi,* desperdiciada.

Brian Kwok había bostezado también y había propuesto:

—Pasa. Pero ya que estamos en esta zona, ¿qué te parecería un desayuno en Para y luego vamos a ver los entrenamientos

matutinos?

Armstrong sintió que la mayor parte de su fatiga se desvanecía como por encanto:

—¡Qué gran idea!

El restaurante Para, situado en Wanchai Road, cerca del hipódromo de Happy Valley, estaba abierto a toda hora. El menú era excelente y barato. Además, era un lugar de reunión muy notorio para las triadas y sus chicas. Cuando los dos policías entraron a grandes pasos en el grande, ruidoso y agitado recinto, el ambiente se volvió de pronto silencioso. El dueño, One Fóot Kó, los recibió con cara alegre y los acompañó, cojeando, hasta la mejor mesa del establecimiento.

—*Dew neh loh moh* también para ti, Viejo amigo, —saludó Armstrong.

El tono de su voz era sombrío. Luego añadió algunas majaderías en un cantonés gutural, mientras clavaba la mirada en forma notoria, en el grupo más cercano de jóvenes malhechores boquiabiertos, que en un gesto nervioso se dieron vuelta para mirar en otra dirección.

One Foot Ko rió, haciendo ostentación de su mala dentadura.

—Ah, amos, ustedes me hacen un honor viniendo a mi pobre negocio. ¿Quieres *dim sum*?

—¿Por qué no?

Dim sum significaba platillo pequeño o comidilla, y eran pequeñas bolsas de harina rellenas de minúsculos camarones, verduras o diversas carnes. Se calentaban al vapor o se freían en mucho aceite, para comerse luego con condimento de soja o con platillos de pollo o de otras carnes, acompañados de distintas salsas o de pastas variadas.

—¿Sus señorías se proponen ir al hipódromo?

Brian Kwok asintió con la cabeza, mientras saboreaba su té de jazmín y su mirada se paseaba sobre todos los comensales, poniendo a muchos de ellos bastante nerviosos. Luego preguntó:

—¿Quién va a ganar la quinta?

El anfitrión vaciló, consciente de que lo mejor era decir la verdad. Con gran cautela empezó a explicar en cantonés:

—Dicen que ni Golden Lady, ni Noble Star, ni Pilot Fish, ni Butterscotch Lass han... es decir, que de ninguno de ellos se ha dado

todavía la información necesaria para asegurar que tengan una buena probabilidad —observó que aquel par de ojos fríos, café oscuro, se clavaban en él y trató de no estremecerse; en tono de protesta ratificó—... ¡Por todos los dioses, eso es lo que dicen!

—Bueno. Volveré aquí el sábado en la mañana, o mandaré a mi sargento. Entonces podrás susurrarle al oído si hay perspectivas de algún juego sucio. Sí. Y si resulta que alguno de esos animales ha sido drogado o herido, y yo no lo sé el sábado en la mañana... es posible que tus sopas se pudran durante unos cincuenta años.

One Foot sonrió con un gesto nervioso y repuso:

—Sí, amo... permítame ocuparme en su alimento, pa...

—Antes que te vayas, ¿qué dicen los chismes sobre John Chen?

—No se dice nada. Absolutamente nada, honorable señor —contestó el hombre, con unas cuantas gotas de sudor sobre el labio superior—. Fragrant Harbor está tan limpia de información sobre él como el tesoro de una virgen. No hay nada, amo. Ni un aire de perro ni el menor rumor real, a pesar de que todos están alerta. He oído decir que hay uña recompensa adicional muy considerable..."

—¿Qué cosa? ¿Cuánto?

—Cien mil dólares adicionales, si en tres días...

Los dos policías lanzaron un silbido de asombro.

—¿Quién ofrece eso? —preguntó Armstrong.

One Foot se encogió de hombros. Su mirada era dura.

—Nadie lo sabe, amo. Dicen que es uno de los Dragones... o todos ellos. Cien mil y una promoción, si en tres días... se le rescata vivo. Por favor, permítanme ocuparme en su desayuno": Los dos oficiales lo vieron alejarse. Armstrong preguntó:

—¿Por qué te apoyas en One Foot? —Estoy harto de su melosa hipocresía... y de todos estos bellacos asquerosos. Nuestro látigo de nueve ramales resolvería los problemas de las triadas—.

Armstrong pidió una cerveza.

—Cuando yo recurrí al sargento Tahg-po, no creí lograr un efecto tan rápido. ¡Cien mil dólares es un montón de dinero! Esto no puede ser un simple secuestro; ¡Santo Dios, es una recompensa generosa! Tiene que haber algo especial en relación con John...

—Sí, debe haberlo... si suponemos que es cierto.

Pero no habían llegado a ninguna conclusión. Una vez en la pista ecuestre, Brian Kwok había decidido ir a presentarse a las

oficinas centrales. Armstrong; se había quedado en el hipódromo y estaba observando la yegua con sus binoculares. Butterscotch Lass se alejaba de la pista y empezaba a subir la colina, rumbo a los establos. Está magnífica —pensó—. En realidad todos los animales se ven espléndidos... ¡Maldita sea! ¿Cuál será el ganador?

—Robert...

—¡Oh! Hola, Peter.

Peter Marlowe le sonrió y preguntó:

—¿Te has levantado temprano o piensas acostarte tarde?

—Tarde.

—¿Observaste la forma en que Noble Star sé desbocó sin que su jockey le hiciera nada?

—Tienes una vista muy aguda.

Peter Marlowe sonrió y sacudió la cabeza. Señaló un grupo de hombres que estaba en torno a un caballo y explicó: —Me lo dijo Donald McBride.

—¡Ah!

McBride era un experto en carreras de enorme popularidad, un empresario euroasiático de bienes raíces que había venido de Shanghai a Hong Kong en el '49.

—¿Te ha dicho quién será el ganador? Si alguien lo sabe es él.

—No, pero me ha invitado a su palco el sábado. ¿Vas a correr?

—¿Estás soñando? Te veré en el paleó de los miembros del club, pero yo no me divierto con los influyentes...

Ambos observaron a los caballos un momento.

—Golden Lady está bien —sugirió Peter.

—Todos se ven bien.

—¿Aún no hay noticias de John Chen?

—Nada —Armstrong alcanzó a ver a Dunross, que conversaba con algunos de los caballerizos y entrenadores.

A poca distancia del tai-pan estaba el guardia de servicios especiales que Crosse había nombrado para protegerlo. Diviértete hasta el viernes—pensó el policía—. Cuanto-más pronto veamos esos expedientes de AMG, tanto mejor. Tuvo una ligera sensación de malestar. No podía decir si era temor relacionado con los documentos, con Sevrin, o si era simple cansancio. Se llevó la mano al bolsillo en busca de un cigarrillo... se detuvo. No necesitas fumar —se dijo imperioso, y dirigiéndose a Peter comentó:

—Deberías dejar de fumar, Peter, te hace mucho daño.

—Es cierto. Debería dejarle. ¿Tú cómo te sientes?

—Sin mayor problema. Por cierto, esto me recuerda que el Viejo aprobó tu viaje al camino fronterizo.

Pasado mañana, viernes, a las 6 a.m. en punto, en Kowloon, en la oficina central. ¿De acuerdo?

A Peter Marlowe le dio un vuelco el corazón. Por fin podría asomarse a China, al mundo desconocido. En toda la zona fronteriza de los Nuevos Territorios no había más qué una atalaya accesible que los turistas podían usar para asomarse a China, pero la colina estaba tan retirada, que era en realidad muy poco lo que podía verse, incluso con binoculares.

—¡Formidable! —comentó Peter emocionado.

Siguiendo una sugerencia de Armstrong, había escrito al comisario, solicitando permiso. El camino fronterizo serpenteaba de una playa a otra. Todo el tránsito de vehículos y todas las personas, con excepción de los habitantes del lugar; en determinados puntos tenían prohibido usarlo. Recorría un amplio tramo recto de tierra dé nadie, entre la Colonia y China. Una vez al día transitaba por él una patrulla, en condiciones muy bien definidas. El gobierno de Hong Kong no tenía el menor deseo de agitar ninguna de las aguas de la República Popular China.

—Pero hay una condición, Peter: que no menciones esto ni hables de ello durante un año, más o menos.

—Te doy mi palabra. Armstrong contuvo otro bostezo y añadió.

—Serás el único Yankee que haya recorrido ese camino hasta ahora, y tal vez el único que lo recorra en la historia.

—¡Extraordinario! ¡Gracias!

—¿Por qué te hiciste ciudadano norteamericano?

Después de una pausa, Peter Marlowe contestó:

—Soy escritor. Todos mis ingresos me vienen de allá. Casi todos. La gente está ya empezando a leer lo que yo escribo. Quizá me gusta tener derecho a criticar.

—¿Has estado alguna vez en uno de los países de la Cortina de Hierro?

—¡Sí, claro! En julio fui a Moscú para el festival cinematográfico. Una de las películas con argumento mío fue el número de Estados Unidos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada —repuso Armstrong, recordando las visas de Moscú en los pasaportes de Bartlett y Casey; luego sonrió y confirmó—, ninguna razón en particular.

—Un buen dato, merece otro —contestó Peter—. He oído un rumor sobre los rifles de Bartlett...

—¿Ah, sí? —Armstrong afinó la atención.

Peter Marlowe era una persona muy insólita en Hong Kong, por el hecho de haber podido atravesar diversos niveles sociales y haber sido aceptado como amigo por grupos normalmente hostiles entre sí.

—Tal vez se trate de mera palabrería, pero algunos amigos tienen una hipótesis...

—¿Amigos chinos?

—Sí —continuó Peter—. Piensan que las armas de fuego fueron un cargamento de muestra para uno de nuestros ciudadanos chinos piratas... por lo menos. Uno con antecedentes de contrabando... para que los remitiera a alguna de las pandillas de guerrilleros que se agitan en el Vietnam del Sur, con el nombre de Vietcong.

Armstrong gruñó.

—Me parece traído de los cabellos, Peter. Hong Kong no es el lugar idóneo para hacer pasar armas de fuego.

—Lo sé. Pero este cargamento fue algo especial. Era el primero, se solicitó de prisa, y tenía que entregarse en la misma forma. ¿Has oído hablar de la Fuerza Delta?

—No —contestó Armstrong, azorado al ver que Peter Marlowe ya tenía noticias de lo que Rosembnt, de la CIA les había asegurado en plan muy secreto que era una operación de alto secreto de Estado.

—Tengo entendido que se trata de un grupo de soldados norteamericanos de combate, Robert. Es una fuerza especial que trabaja en Vietnam, en unidades pequeñas, bajo el control del Grupo Técnico Norteamericano, que es un nombre ideado para ocultar a la CIA. Parece que están teniendo tanto éxito, que el Vietcong necesita armas modernas con rapidez y, en gran cantidad, y está dispuesto a pagarlas con munificencia. Por eso se mandaron éstas a toda prisa en el avión de Bartlett.

—¿El está involucrado en el embarque?

—Mis amigos lo dudan —dijo después de una pausa—. De

cualquier manera, los rifles son del Ejército Norteamericano, Robert, ¿no es cierto? Eso significa que una vez que se aprobó ese embarque/la venta en grandes cantidades sería fácil…

—Pero… ¿cómo?

—Estados Unidos iba a suministrar las armas.

—¿Qué cosa?

—Claro —la expresión de la cara de Peter Marlowe se volvió serena—. En realidad es muy sencillo. Supón que a estos guerrilleros del Vietcong se les proporciona *por anticipado* toda la información sobre fechas de embarque, destinación precisa, cantidad y tipo de armas de fuego … desde las armas pequeñas hasta los morteros… ¿quién sabría cuándo llegaron a Vietnam?

—¡Jesucristo!

—Sí. Tú conoces a Asia. Un poco de *h'eung yau* por un lado y por otro, y los secuestros constantes de embarques serían cosa sencilla.

—Es como darles la oportunidad de tener su propio arsenal… —reflexionó Armstrong aterrado—. Y… ¿en qué forma se haría el pago por esas armas? ¿Mediante un banco de aquí?

Peter Marlowe lo miró fijamente:

—¡Con opio crudo! Entregado aquí mismo. El financiamiento lo proporcionaría uno de nuestros bancos.

El oficial de policía dejó escapar un suspiro. La perfección del plan era pasmosa.

—¡Impecable! —Comentó.

—Sí. Algún desgraciado traidor inmundo en Estados Unidos se limita a transmitir programas de fechas. Eso da al enemigo todas las armas y el parque necesarios para matar a nuestros propios soldados. El enemigo paga por las armas con un veneno que no le cuesta nada… Supongo que prácticamente es el único producto comercial que tiene en grandes cantidades, fáciles de adquirir. El opio se entrega aquí por conducto del contrabandista chino y se convierte en heroína, porque aquí es donde está la pericia técnica. Los traidores norteamericanos hacen un pacto con la mafia que vende la heroína con una ganancia ingente a mayor número de jóvenes, y en esa forma corrompe y destruye el valor vivo más importante que tenemos: nuestra juventud.

—Como acabo de decirlo… ¡impecable! ¡Qué no harán ciertos animales inmundos por un poco de dinero!

Armstrong suspiró de nuevo e hizo un movimiento para relajar los músculos de los hombros.

Reflexionó un instante. La teoría conectaba con absoluta precisión todos los eslabones de la cadena.

—¿El nombre Banastasio te dice algo? —preguntó.

—Me suena a italiano —en la cara de Peter no había malicia.

Sus informadores eran dos portugueses, periodistas euroasiáticos que detestaban a la policía. Cuando él les había preguntado si podía divulgar su hipótesis, da Vega había dicho:

—¡Claro que sí! Pero la policía no la creería jamás. No nos menciones a nosotros ni ningún otro nombre. No hables de Four Finger Wu, ni de Smuggler Mo, ni del Ching Prosperity, ni de Banastasio, ni de nadie...

Después de breve pausa, Armstrong preguntó:

—¿Qué otra cosa has oído?

—Muchas más... pero esto es suficiente por hoy. A mí me toca ahora levantar a los chicos, hacer el desayuno y ponerlos en marcha hacia la escuela.

Peter Marlowe encendió un cigarrillo y Armstrong volvió a sentir la penosa necesidad del humo en los pulmones. —...sólo añado una cosa, Robert: « un miembro amigo de la prensa me pidió que te dijera que según sus informes, no tarda en haber una gran reunión de narcóticos en Macao.

Armstrong frunció el ceño:

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Qué clase de reunión? .

—De gente importante: "proveedores, importadores, exportadores, distribuidores": fueron los términos que él utilizó.

—¿En qué parte de Macao?

—No lo dijo.

—¿Algunos nombres?

—Ninguno. Pero sí especificó que la reunión incluye a un visitante muy prominente de los Estados Unidos. —¿Bartlett?,

—¡Por Dios, Robert! No lo sé, y él no dijo eso. Linc Bartlett parece un buen chico, recto como una flecha. Creo que lo que se dice de él es pura murmuración y celos, destinados a comprometerlo.

Armstrong sonrió con su gesto característico.

—No soy más que un guardián sospechoso. Los villanos están colocados en sitios muy altos, tanto como en los agujeros de topos. Peter, viejo amigo, dile a tu amistoso periodista que si quiere darme alguna información, me llame a mí directamente.

—¡Te tiene mucho miedo! ¡Y yo también!

—¡Apuesto a qué sí.

Armstrong le devolvió la sonrisa. Sentía gran simpatía por él y estaba muy complacido de la información y del hecho de que Peter Marlowe fuera un intermediario seguro, capaz de mantener la boca cerrada.

—Peter, pregúntale en qué lugar? de Macao, cuándo y quién y... —un pensamiento repentino, lo asaltó; dando un salto en la oscuridad, preguntó—... Peter, si tú tuvieras que elegir el mejor lugar de la Colonia para, hacer contrabando hacia adentro y hacia afuera ¿cuál preferirías? , —Aberdeen o Mirs Bay. Cualquier tonto lo sabe. Son siempre los primeros lugares que se utilizan... desde que existe Hong Kong. Armstrong suspiró y convino: —Estoy de acuerdo.

Luego pensó: Aberdeen. ¿Qué contrabandista de Abe rdeen? Cualquiera entre doscientos. El primer candidato sería Four Finger Wu. Sí, ese Cuatro Dedos, con su negro Rolls Roys de matrícula 8, número afortunado, con el bellaco sanguinario de Two Hatchet Tole y su joven sobrino, el del pasaporte norteamericano, el de Yale... ¿o no es de Yale? Sí. Ese Cuatro Dedos sería el primer candidato.

Después estaría Goodweather Poon, Smuggler Mo, Ta Sap-fok, Fishreman Pok. ¡Santo Diosl La lista es interminable... ¡Y eso únicamente la de los nombres que nosotros conocemos! En Mirs Bay, al noreste, junto a los Nuevos Territorios... Los hermanos Pa, Big Mouth Fang y un millar de nombres más...

—Bueno —comentó con gran alegría, por la información recibida.

Algo lo inquietaba en relación con Four Finger Wu, aunque nunca se había oído nada en el sentido de que estuviera involucrado en el tráfico de heroína.

—Una buena información es digna de un intercambio justo —dijo Armstrong—. Di a tus amigos periodistas que nuestros miembros visitantes del Parlamento, los de la delegación comercial,

llegan hoy aquí, procedentes de Pekín… ¿Qué sucede…?

—Nada —respondió Peter Marlowe, tratando de conservar la serenidad—. ¿Qué me decías?

Armstrong lo observó con atención, luego agregó:

—La Delegación llega aquí en el tren de la tarde de Cantón. Estarán en la frontera para transbordar a las 4:32. Apenas anoche tuvimos noticia del cambio de planes, así que tal vez tu amigo podría obtener una entrevista exclusiva. Parece que han logrado mucho.

—Gracias, de parte de mi amigo. Sí, gracias. Le daré la noticia en el acto. Bueno… es hora de que me retire.

Brian Kwok llegó corriendo hasta ellos.

—Hola, Peter —su respiración era anhelante—. Perdona, Robert, pero Crosse quiere vernos en este momento.

—¡Maldita sea! —exclamó Armstrong con fastidio—. ¡Te dije qué era preferible esperar antes de ir a pasar lista de presente! Ese gusano no duerme nunca —se frotó la cara para ahuyentar el cansancio; tenía los ojos enrojecidos—. Tú ve por el auto, Brian. Te encontraré en la entrada principal.

—Muy bien.

Brian Kwok se dio prisa. Se mostraba perturbado. Armstrong lo vio alejarse…

Peter Marlowe comentó en tono de broma:

—¿Hay un incendio en las oficinas municipales?

—En nuestro negocio, siempre hay un incendio en algún lugar de las oficinas municipales, muchacho —el policía estudió a su interlocutor, al fin le dijo—… Antes de irme, Peter, me gustaría saber qué importancia tiene para ti la Delegación comercial.

Tras breve pausa, el hombre de mirada curiosa repuso:

—Yo tenía cierto trato con uno de ellos durante la guerra. Era el teniente Robin Grey. Fue capitán preboste de la prisión de Changi durante los dos últimos años —su voz se había tornado inexpresiva; había adoptado un tono tan neutral y helado, que Armstrong jamás lo habría imaginado en él—. Yo lo aborrecí a él y él a mí. Espero no encontrarme con él. Eso es todo.

* * *

Al otro lado del cercado del caballo ganador, Gornt con sus binoculares observaba a Armstrong que iba ya a zaga de Brian Kwok. Luego, pensativo, los dirigió hacia Peter Marlowe, que caminaba sin prisa hacia un grupo de entrenadores y de jockeys.

—¡Insecto entremetido! —comentó Gornt.

—¿Qué? ¿Quién? ¡Ah! ¿Marlowe? —intervino Sir Dunstan Barre, ahogando una risa burlona—. No es entremetido, sólo quiere saber todo lo relacionado con Hong Kong. Es tu lóbrego pasado lo que lo fascina, muchacho; el tuyo y el del tai-pan.

—¿Tú no tienes esqueletos, Dunstan? —preguntó Gornt con voz suave—. ¿Quieres decirme qué tú y tu familia son blancos como la azucena?

—¡Dios me guarde! —Barre se apresuró a mostrarse afable, deseoso de convertir en miel el inesperado veneno de Gornt—. ¡Por amor de Dios, no! Araña la piel de un inglés y te encontrarás con un pirata... ¡Todos somos sospechosos! Es la vida, ¿qué hemos de hacer?

Gornt no dijo nada. Despreciaba a Barre, pero tenía necesidad de él.

—Estoy organizando una alegre fiesta en mi yate el domingo, Dunstan. ¿Querrías venir? Te parecerá interesante.

—¿Ah, sí? ¿Quién es el huésped de honor?

—Estoy pensando en hacerla sólo para hombres... Sin esposas, ¿entendido?

—¡Ah! ¡Cuenta conmigo! —contestó Barre sin titubear, con la alegría reflejada en el rostro—. ¿Podría llevar a una chica amiga?

—Trae a dos si quieres, camarada, cuantas más vengan, más contentos estaremos. Será un grupo pequeño, selecto, seguro. Plumm, que es de buena casta, vendrá con su amiga; los dos son gente muy alegre...

De pronto, Gornt vio que Marlowe cambiaba de dirección y se encaminaba hacia un grupo de especialistas ecuestres, presidido por Donald McBride. Luego, siguiendo un ímpetu imprevisto, añadió:

—Creo que invitaré también a Marlowe.

—Pero, ¿por qué, si tienes la impresión de que se mete en lo que no le importa?

—Podrían interesarle las verdaderas historias de los Struan, nuestros piratas fundadores, y las de los actuales.

Al decir esto, sonrió con un gesto, puramente externo, que Barre pudo captar, y se preguntó qué plan endemoniado estaría fraguando Gornt.

El hombre de faz rubicunda se pasó la mano sobre las cejas.

—¡Oh, Señor! ¡Cómo me gustaría que lloviera! ¿Sabías que Marlowe estuvo en los Hurricanes? Derribó a tres de los malditos boches en la batalla de Bretaña, antes que lo mandaran a Singapur y a toda esa inmunda confusión. Nunca perdonaré a los sanguinarios japoneses lo que hicieron con nuestros muchachos, ni allí, ni aquí, ni en Shanghai ni en China.

—Tampoco yo —convino Gornt en tono sombrío—. ¿Sabías qué mi viejo estuvo en Nanking en el '37, durante el rapto de Nanking?

—No. ¡Santo Dios! ¿Cómo logró escapar?

—Algunos de los nuestros lo ocultaron unos días... Habíamos tenido ahí socios de varias generaciones. Luego, ante los japoneses, él pretendió ser un corresponsal amistoso del *Times* de Londres, y los convenció de que lo dejaran volver a Shanghai. Todavía padece pesadillas relacionadas con ese acontecimiento.

—Hablando de pesadillas, camarada, ¿fue tu intención provocarle una a Ian anoche al presentarte en su fiesta?

—¿Crees qué tuvo suficiente revancha con lo que le hizo a mi auto?

—¿Qué cosa? —protestó Barre horrorizado—. ¿Quieres decir qué alguien le metió mano a tu coche?

—El cilindro principal del freno hidráulico sufrió una ruptura debida a algún golpe.

El mecánico dijo que podría habérsela causado una piedra lanzada contra él.

Barre lo miró atónito y sacudió la cabeza.

—Ian no es un tonto. Es bárbaro, sí, pero no es necio. Eso habría sido intento de asesinato.

—No sería la primera vez.

—Yo en tu lugar no diría una cosa de ese género en público, camarada...

—Tú no eres público, mi viejo... ¿o me equivoco?

—No, por supu...

—Magnífico —Gornt fijó en él sus oscuros ojos—. Estamos llegando a un momento en que los amigos tendrán que cerrar filas.

—¿Ah sí? —Barre se puso en actitud defensiva.

—Sí. El mercado está muy nervioso. Este trastorno del Ho-Pak podría echar a perder muchos de nuestros planes.

—Mi Farms de Hong Kong y de Lan Tao es tan sólida como la Lumbre.

—Lo es, con tal que tus banqueros suizos sigan otorgándote esa nueva linea de crédito. El reluciente rostro de Barre palideció.

—¿Qué dijiste?

—Sin su préstamo, no puedes apoderarte de los Muelles de Hong Kong y sus Astilleros, ni de Royal Insurance de Hong Kong y Malaya. Tampoco puedes extenderte a Singapur ni llevar al cabo un montón de otros convenios menores que tienes en proyecto... es decir, que tienen agendados tú y tu nuevo amigo Masón Loft, el chico prodigio de Threadneedle Street... ¿Me equivoco?

—Barre lo observó, mientras el sudor frío le escurría por la espalda. El hecho de que Gornt hubiera podido penetrar en esos secretos tan íntimos suyos lo había dejado atónito.

—¿Dónde has oído hablar de todo eso?

Gornt rió de buen grado.

—Tengo amigos en cargos importantes, camarada. No te preocupes. Tu talón de Aquiles está a salvo conmigo.

—Nosotros... no tenemos el menor peligro.

—No, claro que no —Gornt volvió a observar su caballo con los binoculares—. ¡Oh! A propósito, Dunstan, tal vez necesite tu voto en la próxima asamblea del banco.

—¿En qué sentido?

— Todavía no lo sé —Gornt lo miró con atención—. Sólo necesito saber que puedo contar contigo...

—Sí, claro, por supuesto...

Barre se preguntaba nervioso qué estaría pensando Gornt y cuál sena su fuente de información. Luego concluyó:

—Ya sabes que siempre me encanta ayudarte viejo amigo.

—Gracias. ¿Tú estás vendiendo Ho-Pak al descubierto?

—¡Claro! Ayer saqué mi dinero... ¡Gracias a Dios! ¿Por qué?

—He oído que el convenio Dunross-Par-Con no se celebrará; estoy pensando en vender Struan al descubierto también.

—¿Ah, sí? ¿Ese negocio no marcha? ¿Por qué?

Gornt sonrió con un gesto sarcàstico. —Mira, Dunstan...

—Hola, Quillan, Dunstan, perdón por la interrupción —dijo Donald McBride, llegando de pronto en compañía de otros dos— ¿Me permiten presentarles al señor Charles Biltzmann, vicepresidente de American Superfoods? El estará al frente de la nueva compañía de Almacenes Generales y Superfoods asociados, con sede en la Coloma, a partir de esta fecha. El señor Gornt... Sir Dunstan Barre.

El norteamericano alto, de cabello color arenoso, vestía un traje gris, corbata; y usaba anteojos sin armazón. Tendió la mano en un gesto cordial. —Encantado de conocerlos. Tienen aquí un buen hipódromo en pequeño.

Gornt le estrechó la mano sin entusiasmo. Junto a Biltzmann se hallaba Richard Hamilton Pugmire, el actual tai-pan de Almacenes Generales de H. K., administrador del Turf Club, Un hombre de baja estatura, arrogante, en sus últimos cuarentas. Consideraba un desafío el vivir con un cuerpo tan pequeño. Saludó en tono de confianza:

—¡Hola, ustedes dos! ¿Quién va a ser el ganador de la quinta carrera?

Gornt le hizo sentir el peso de su altura: —Te lo diré después de la carrera.

—¡Vamos, Quillan! ¡Tú sabes qué eso se arreglará aun antes que los caballos desfilen frente al público!

—Si puedes probar eso, estoy seguro de que a todos nos gustaría saberlo. A mí, desde luego... ¿no opinas lo mismo, Donald?

—Sé bien que Richard no hacía más que bromear —repuso él aludido.

Donald McBride era un hombre de sesenta y tantos años, con rasgos euroasiáticos agradables y una sonrisa acogedora que invadía todo su ser. Dirigiéndose a Biltzmann explicó:

—Siempre hay rumores de este género acerca de las carreras arregladas de antemano. La verdad es que hacemos todo lo que podemos, y cuando sorprendemos a alguno... ¡le cortamos la cabeza! ¡Por lo menos se le borra del hipódromo!

—¡Qué diantres! Las carreras se arreglan de antemano también en los Estados Unidos: Supongo que aquí, donde todo es afición y competencia abierta, será mucho más fácil —comentó Biltzmann en tono ligero; luego, dirigiéndose a Gornt. —¡A propósito! Ese

semental tuyo, Quillan… es un ejemplar australiano, de pedigree parcial, ¿me equivoco?

—Sí —contestó Gornt lacónico, molesto por la familiaridad.

—Don estaba explicándome algunas de las reglas de sus carreras aquí. Me gustaría mucho formar parte de su hermandad ecuestre… Espero poder llegar a ser también un miembro con voto…

El Turf Club era muy exclusivo y estaba bajo un control muy riguroso. Tenía doscientos miembros con voto y cuatro mil sin él. Sólo los primeros podían entrar al palco de los socios. Ellos eran los únicos que podían ser dueños de caballos. Sólo los miembros con voto podían proponer dos personas por año para qué ingresaran como miembros sin voto… la decisión de los administradores, ya de aprobación ya de reprobación, era definitiva, y la votación era secreta. Además, sólo los miembros con voto podían llegar a ser administradores.

—Sí —repitió Biltzmann—. Suena magnífico.

—Estoy seguro de que podrá lograrse —comentó McBride—. El club está buscando siempre sangre nueva… y caballos nuevos.

—¿Se propone radicar en Hong Kong, señor Biltzmann? —preguntó Gornt.

—Llámeme Chuck. Estaré aquí mientras dure el negocio —contestó el aludido—. Supongo que soy el nuevo tai-pan de Superfoods de Asia. Suena bien, ¿no les parece?

—Maravilloso… —condescendió Barre en tono apagado.

Biltzmann siguió comentando con júbilo, sin haber logrado ponerse a tono con el sarcasmo británico:

—Soy el chivo expiatorio de nuestra junta directiva de Nueva York. Como dijo-el hombre de Missouri, seré el palo al que todos se arrimen —esbozó una sonrisa, pero no encontró eco en nadie—.

Estaré aquí por lo menos un par de años y pienso con deleite en cada minuto de ese periodo. Estamos preparándonos para instalarnos aquí. Mi novia llega mañana y…

—¿Está usted a punto de casarse, señor Biltzmann?

—¡Oh, no! Se trata sólo de una expresión norteamericana. Hemos estado casados veinte años. Tan pronto como nuestro nuevo hogar esté arreglado del modo que ella lo quiera, nos gustará mucho que vengan a cenar a casa. ¿Podríamos planear una cena de carnes asadas? Tenemos organizado el envío de biftecs; todos de

primera: T-bo-nes y Yorks, que nos mandarán por avión una vez al mes... además de las patatas de Idaho —concluyó con orgullo.

—Me alegra saber lo de las patatas —comentó Gornt.

Los demás se mantuvieron a la expectativa, sabedores de que Gornt despreciaba la cocina norteamericana... sobre todo las carnes asadas al carbón, las hamburguesas y las "pegajosas patatas al horno" como él las llamaba.

—¿Cuándo se cerrará el convenio de fusión de las compañías?

—Al final del mes. Nuestra proposición ha sido aceptada. Estamos de acuerdo en todo. Espero que nuestra pericia norteamericana resulte conveniente para esta pequeña gran isla.

—Supongo que se mandará construir una mansión...

—No, señor. Aquí, Dickie —prosiguió Biltzmann con el sobresalto general— nos consiguió el penthouse del edificio de departamentos de la compañía en Blore Street, así que estamos en el corazón de la ciudad.

—Es un domicilio cómodo —comentó Gornt; los demás se mordieron los labios para reprimir la risa.

La más antigua y famosa Casa de citas de la Colonia había estado siempre en Blore Street, en el número 1. El Número 1 de Blore Street se había iniciado por obra de una de las "jóvenes damas" de la señora Fomeringül, llamada Nellie Blore, durante la década de 1860, con dinero donado, según se decía, por Culum Struan, y todavía funcionaba de acuerdo con sus reglamentos originales... sólo damas europeas o australianas, y no se permitía el acceso a caballeros extranjeros ni nativos.

—Sí. Muy conveniente —insistió Gornt—. Pero me pregunto si usted llena los requisitos.

—¿Cómo?

—Nada. Estoy seguro de que Blore Street es lo más indicado.

—Tiene un panorama magnífico, pero la fontanería es deficiente —comentó Biltzmann—. Mi mujer tendrá que encargarse pronto de eso.

—¿Ella sabe también de fontanería? —preguntó Gornt.

El norteamericano rió de buen grado y contestó:

—No, por cierto. Pero es muy hábil para los menesteres del hogar.

—Si me perdonan, tengo que ver a mi entrenador —dijo Gornt,

haciendo una seña a los demás; luego invitó a McBride—. Donald, ¿tienes un momento? Es ya casi sábado...

—Desde luego... Lo veré en un momento, señor Biltzmann.

—Claro... pero llámeme Chuck. Que tenga buen día.

McBride empezó a caminar al ritmo de Gornt. Cuando estuvieron solos, éste protestó:

—Supongo que no hablas en serio al sugerir que llegue a ser miembro con voto...

—Claro qué sí —McBride se sentía incómodo—. Esta es la primera vez que una gran compañía norteamericana logra establecerse en Hong Kong. Biltzmann será una persona muy importante para nosotros.

—Esa no es razón para abrirle las puertas, ¿no crees? Hazlo miembro sin voto. Así ya podrá ocupar las graderías. Si tú quieres invitarlo a tu palco, es asunto tuyo, pero... ¿miembro con voto? ¡Santo Dios! ¡Lo probable es que quiera hacer de "Superfoods" sus colores de competencia!

—Su único problema es ser nuevo aqüí, Qüillan, estar fuera de su ambiente. Estoy seguro de que aprenderá. Tiene la suficiente decencia, a pesar de que se le van los pies en algunas cosas. Es un hombre de posición muy holgada y...

—¿Desde cuándo ha sido el dinero un "ábrete sésamo" para el Turf Club? ¡Santo Dios, Donald! Si así fuera, cualquier chino rico, especulador en bienes raíces o en el mercado de valores podría tener un éxito repentino en la bolsa y hundirnos. No tendríamos lugar ni para nuestras necesidades elementales

—No estoy de acuerdo. Tal vez la respuesta sería aumentar el numero de los miembros con voto.

—No. Por ningún concepto... Claro que tus administradores harán lo que tú quieras, pero te sugiero que lo pienses mejor.

.Gornt era miembro con voto, pero no administrador. Los doscientos miembros con voto elegían a los doce administradores cada ano, en votación secreta. Cada año el nombre de Gornt aparecía en la lista abierta de personas nombradas para administradores, y cada ano le faltaban los votos necesarios. La mayoría de los administradores resultaban electos por los miembros en forma automática hasta que se jubilaban. Sin embargo, de cuando en cuando había algo de intriga en las votaciones.

—Muy bien —convino McBride—; cuando se proponga su nombre, yo, mencionaré tu oposición.

Gornt, esbozó una leve sonrisa y comentó: —Eso será tanto como conseguir que lo elijan.

McBride ahogó una risa irónica y protestó: —No lo creo, Quillan.: No en este caso. Pug me pidió que lo presentará a los demás. Debo reconocer que en cada ocasión empieza con e pie izquierdo. Lo presenté con Paul Hayergjll, y, Biltzmann empezó luego a hacer comparaciones entre los procedimientos bancarios de aquí y los de ,Estados Unidos ... y no precisamente favorables. Lo presenté con el tai-pan y —McBride arqueó las canosas cejas— me dijo que le gustó tanto conocerlo» como el- que ttenía de saber sobre Hag Struan, Dirk Struan ¡y todos los demás piratas y contrabandistas de opio, antepasados suyos! —suspiró Ian y Paul con toda segundad le. darán voto negativo por ti, así , que no creo que tengas potivo de preocupación... En realidad no entiendo por qué Pug les vendió su negocio.

—Porque él no es el progenitor. .Desde que murió el viejo Sir Thomas, Almacenes Generales ha ido bajando de categoría. Sin embargo, Pug saca 6 millones de, dólares norteamericanos como ganancia personal, y tiene un contrato irrescindible por cinco años... En esa forma, disfruta de todos los placeres sin sufrir ninguno de los dolores de cabeza, y su familia cuenta pop todo lo necesario. El quiere jubilarse yéndose a vivir a Inglaterra, a Ascot y todo aquello...

—¡Ah! Ese es un magnífico negocio para el viejo Pug —la actitud de McBride se volvió más seria—. Quillan, la quinta carrera ... el interés es enorme. Estoy temeroso de que pueda haber alguna intervención desagradable. Vamos a intensificar la vigilancia con todos los caballos. Hay rumores de ...

—¿De drogas?

—Sí...

—Siempre los hay siempre hay alguien que lo intenta. Creo que los administradores hacen un buen trabajo.

—Anoche convinieron todos ellos en que estableciéramos un nuevo reglamento: en el futuro se impondrá un análisis químico obligatorio antes y después de cada carrera, cómo se hace en todos los grandes hipódromos de Inglaterra y Estados Unidos.

—¿Habrá tiempo para hacerlo el sábado? ¿Cómo vas a tomar medidas para eso?

—El doctor Meng, el patólogo de la policía, ha aceptado hacerse responsable ... hasta que consigamos un experto.

—Buena idea, —reconoció Gornt.

McBride suspiró y añadió:

—Sí, pero el Poderoso Dragón no puede competir con la Serpiente Local.—Se dio media vuelta y se alejó.

Gornt titubeó. Luego se acercó a su entrenador, que de pie junto a Pilot Fish, conversaba con el jockey, Bluey White, otro australiano, que era en forma manifiesta él administrador de una de las divisiones navieras de Gornt... El título se le había dado para mantenerlo en calidad de aficionado.

—Buen día, señor Gornt —lo saludaron ambos; el jockey llevándose también la mano a la gorra.

—'nos días —contestó Gornt.

Los observó un momento y luego dijo en tono bajo:

—Bluey, si ganas tienes una gratificación de 5,000. Si llegas a la meta detrás de Noble Star, estás despedido.

El recio hombrecillo palideció:

—Sí, se ...

—Será mejor que vayas a vestirte —interrumpió Gornt.

—¡Ganaré! —prometió White al retirarse. El entrenador comentó intranquilo:

—Pilot Fish está en magníficas condiciones, señor Gornt. Sin duda trata...

—Si gana Noble Star, estás despedido. Si Noble Star llega a la meta antes que Pilot Fish, estás despedido.

—Mi juramento, señor Gornt —el hombre se enjugó el repentino sudor que le escurría hasta la boca— Yo no arreglo de antemano ...

—Yo no estoy sugiriendo que hagas nada, sólo te advierto lo que va a sucederte a ti...

Gornt asintió con la cabeza en un gesto amable y se alejó. Fue al restaurante del club que dominaba el hipódromo y ordenó su desayuno favorito: huevos Benedict con su salsa holandesa especial, que guardaba para su. uso exclusivo, y su café de Java; que también mandaba traer para él solo.

Tomaba la tercera taza, cuando el mesero se le acercó: —

Perdón, señor, tiene una llamada telefónica.
Tomó el teléfono: —Habla Gornt. . .
—Hola, señor Gornt. Habla Paul Choy, el sobrino de Wu Espero no serle molesto.
Gornt trató de disimular su sorpresa.
—Me llama a una hora muy temprana, señor Choy.
—Sí señor, pero quería presentarme a primera hora el primer día —dijo el joven en tono ansioso—.
Por eso, resulté ser el único que estaba aquí hace dos minutos, cuando el teléfono sonó. Era el señor Bartlett. Linc Bartlett, usted lo recuerda, el millonario de los rifles de contrabando...
Gornt se quedó atónito.
—¿Bartlett..?
—Sí señor. Dijo que quería comunicarse con usted, dando a entender que era algo urgente. Dijo que lo había buscado en su casa. Yo hice mis reflexiones y llegué a la conclusión de que usted estaría en los entrenamientos matutinos, y que debía advertirlo. Espero no serle molesto...
—No... ¿Qué dijo? —preguntó Gornt.
—Solo que quería hablar con usted y saber si estaba en la ciudad. Le dije que yo no sabía, pero que lo averiguaría, dejaría un mensaje y lo llamaría luego.
—¿De dónde hablaba él?
—Del Vic y Albert, zona de Kowloon, 662233, extensión 773; es la extensión de su oficina, no la de su suite.
Gornt estaba muy impresionado, pero advirtió:
—En boca cerrada no entran moscas, señor Choy.
—¡Por Dios, señor Gornt! Esa es una cosa de la que nunca tendrá que preocuparse conmigo —dijo Choy con gran convicción—. Mi viejo tío Wu nos lo inculcó a todos nosotros, como si no hubiera un mañana.
—Bueno, gracias señor Choy. Lo veré dentro de poco.
—Sí, señor.
Gornt colgó, reflexionó un momento y luego llamó al hotel. —El 773, por favor...
—Habla Linc Bartlett.
—Buenos días, señor Bartlett. Soy el señor Gornt. —¿En qué puedo servirle?

—¡Hola! Gracias por llamarme. Tengo algunas noticias inquietantes, que parecen relacionarse con lo que hemos hablado.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Toda Shipping significa algo para usted?

El interés de Gornt creció en forma considerable.

—Toda Shipping es un gran consorcio industrial japonés: astilleros, fábricas de acero, ingeniería pesada. Struan tiene un convenio de dos barcos con ellos— tengo entendido que son barcos de carga.

¿Por qué me pregunta?

—Parece que Toda tiene unos pagarés de Struan por valor de 6 millones de dólares, que deben liquidarse en tres pagos: el día primero, el once y el quince del mes entrante, y otros seis millones que tendrá que pagar en 90 días. Además tiene otra deuda de 6.8 millones, que se vence el día 8, con el Banco Internacional Orlin. ¿Los conoce usted?

Con gran esfuerzo, Gornt mantuvo el tono de su voz muy tranquilo, como quien habla de la cosa más natural. —Sí, he oído hablar de ellos. Sí.

En realidad estaba pasmado al ver que el norteamericano tuviera semejantes detalles de las deudas de Struan. —¿Qué significa todo eso? —preguntó. Bartlett repuso:

—Significa que, según he oído decir, Struan no tiene más que 1.3 millones en efectivo, sin reservas y sin flujo de caja suficiente para hacer los pagos. No están esperando un ingreso fuerte hasta que les lleguen 17 millones que les corresponden de uno de los convenios de bienes raíces de Inversiones Kowloon, pero que no se vence sino en noviembre, y para colmo, su crédito en el Banco Victoria está excedido en un 20 por ciento ...

—Eso es... esos son datos sumamente confidenciales —comentó Gornt, casi sin aliento.

El corazón le latía con mucha fuerza; el cuello de la camisa parecía ahogarlo. Tenía noticias del 20

por ciento de sobregiro (se lo había dicho Plumm). Todos los directores del banco lo sabían. Pero no estaba enterado de los detalles relativos al flujo de caja ni a las reservas en efectivo.

—¿Por qué está diciéndome todo esto, señor Bartlett?

—¿Cuál es el grado de liquidez de usted?

—Ya le he dicho que somos veinte veces más fuertes que Struan, ¿por qué?

La mentira le había brotado con facilidad, en forma automática. Su mente saboreaba las maravillosas oportunidades que toda esta información le ponía delante.

—Si yo cierro mi trato con Struan, él usará mi pago inicial en efectivo para salir airoso con los pagos de Toda y de Orlin... Si su banco no le amplía el crédito.

—Sí.

—¿El Victoria lo apoyaría?

—Lo ha hecho siempre, ¿por qué?

—Porque si no lo hace, Struan se verá en problemas muy graves.

—Struan es uno de los grandes accionistas del Victoria. El banco tiene obligación de apoyarlo.

—Pero se ha excedido en su crédito y Havergill lo detesta. Entre los activos de Chen, Struan y sus nominatarios, son dueños del 21 por ciento...

Gornt casi dejó caer el auricular. No pudo contener su azoro.

—¿Dónde diantres ha obtenido íisted semejante información? ¡Ningún advenedizo tiene posibilidades de conocerla!

—Es cierto —contestó el norteamericano con tranquilidad—, pero lo que le digo son hechos. ¿Podría usted reunir el otro 79 por ciento?

—¿Qué cosa?

—Si yo tuviera un socio, capaz de poner el banco en su contra, sólo por esta vez, y él no pudiera conseguir crédito en otra parte... ¡dos y dos son cuatro! Es sólo cuestión de tiempo. Dunross ha rebasado su límite de crédito en forma mortal y eso significa que es -vulnerable; Si su banco no le otorga más dinero, tiene que vender1 algo, o conseguir una nueva línea de crédito. En uno u otro caso, es blanco fácil para un ataque y está maduro para quitarle el negocio a precio de gran liquidación...

Gornt se enjugó el sudor de las cejas. El cerebro le daba vueltas.

—¿Dónde demonios consiguió usted toda esa información?

—Se lo diré después, no ahora.

—¿Cuándo?

—Cuando lleguemos a los golpes cortos...

—¿Qué tanto... qué tan seguro está de que sus cifras son

correctas?

—Mucho. Tengo copia de sus estados financieros de los siete últimos años.

A pesar de su decisión de mostrarse ecuánime, Gornt reveló su estupefacción.

—¡Eso es imposible!

—¿Quiere apostar algo?

Gornt estaba realmente fuera de sí de la sorpresa y trataba de hacer que su mente siguiera trabajando.

Sé precavido —se dijo—. Por amor de Dios, conserva la serenidad.

—Si… si usted tiene todo eso. Si lo sabe bien y consigue una cosa más… su sistema de estructura corporativa… Si tuviera todos estos datos, podríamos hacer lo que quisiéramos con Struan.

—¡También tengo eso! ¿Quiere participar?

Sin tener en realidad un ápice de calma, Gornt pudo contestar con serenidad:

—Por supuesto… ¿Cuándo podríamos vernos? ¿A la hora de comer?

—¿Por qué no ahora? Pero no aquí, ni en su oficina. Esto debe mantenerse en absoluto secreto.

A Gornt le dolía el pecho por la agitación del corazón. Sentía un sabor amargo en la boca y se preguntaba temeroso hasta qué punto podría confiar en Bartlett.

—Mandaré… mandaré un auto a recogerlo. Podríamos hablar en el coche.

—Me parece buena idea, pero ¿por qué no me encuentro con usted del lado de Hong Kong? En la terminal del Ferry en una hora…

—¡Excelente! Mi auto es un Jaguar, matrícula 8888. Estaré junto al sitio de taxis.

Colgó el teléfono y se quedó contemplándolo un instante. Luego regresó a su mesa.

—Espero que no hayan sido malas noticias, señor Gornt…

—¿Eh? —No, no, en absoluto. Gracias.

—¿Otro poco de su café especial? Está recién hecho.

—No. No, gracias. Preferiría una media botella del Taittinger Blanc de Blanc del '55.

Se apoyó en el respaldo de su silla, experimentando una sensación muy extraña. Casi tenía al enemigo en sus manos... si los datos del norteamericano fueran verdaderos y si él era digno de confianza y no había hecho alguna conspiración secreta con Dunross.

Le sirvieron el vino, pero apenas lo probó. Todo su ser estaba concentrado en el asunto, esforzándose por discernir, preparándose ...

* * *

Gornt vio venir al alto norteamericano. Pasaba por entre la multitud. Por un momento sintió envidia de su aspecto esbelto y ágil y de su atuendo despreocupado: pantalón de mezclilla azul, camisa de cuello abierto, chaqueta deportiva... y un aire de gran confianza en sí mismo. Pudo ver su magnífica cámara. Sonrió con sarcasmo y buscó la figura de Casey. Cuando no le cupo duda de que Bartlett venía solo, se sintió decepcionado. Sin embargo, su desilusión no afectó la gloriosa satisfacción que se había apoderado de él desde el momento en que había colgado la bocina del teléfono. Se inclinó a la izquierda y abrió la puerta del lado opuesto.

—Bienvenido al lado de Hong Kong, señor Bartlett —saludó con jovialidad forzada, mientras echaba a andar el motor.

Condujo por toda la calle de Gloucester, rumbo a Glessing's Point y al club de yates.

—Su información confidencial es pasmosa.

—No se puede trabajar sin espías, ¿no le parece?

—Se puede, pero resulta una labor de aficionados. ¿Cómo está la señorita Casey? Pensé que vendría con usted ...

—Ella no interviene en esto, al menos por ahora.

—¿Cómo?

—No. Ella no participará en el asalto inicial. Es más valiosa si no sabe nada del asunto.

—¿No sabe nada de esto? ¿Ni siquiera su llamada telefónica?

—No. Nada en absoluto,

Después de una pausa, Gornt objetó:

—Tenía entendido que era su Vicepresidente Ejecutivo... Usted

la llamó su brazo derecho,

—Lo es, pero yo soy el jefe supremo de Par-Con, señor Gornt.

Gornt pudo ver la mirada decidida y por vez primera pensó que era auténtica y que sus cálculos iniciales habían estado del todo equivocados.

—Nunca lo he dudado ...

Al decir esto, su actitud era expectante. Sus cinco sentidos se concentraban en él, esperando que empezara a decir algo. Al fin, Bartlett sugirió:

—¿Hay algún lugar donde podamos estacionar el auto? Tengo algo que deseo mostrarle.

—Desde luego.

Gornt conducía a lo largo de la ribera marítima, sobre la calle Gloucester, en medio del denso tránsito de vehículos de costumbre. En un momento encontró un lugar adecuado para detenerse, cerca del refugio contra tifones de la autopista Bay, frente a las islas flotantes de embarcaciones de todos tamaños.

—Mire —dijo Bartlett, entregándole un expediente con hojas escritas a máquina.

Era una copia detallada de los estados financieros de Struan, correspondientes al año anterior a su transformación en compañía pública. Los ojos de Gornt recorrieron a toda prisa las cifras.

—jSanto Dios! —musitó—. ¡Así qué *Lasting Cloud* les costó doce millones?

—Casi los llevó a la bancarrota. Por lo visto llevaban a bordo toda clase de valores descubiertos.

Motores de propulsión para China, sin seguro.

—Desde luego tenían que ser sin seguro ... ¿Cómo demonios puede asegurarse un contrabando?

Gornt estaba esforzándose por asimilar aquellas complicadas cifras. Su mente se sentía deslumhrada.

—Si hubiese sabido la mitad de esto, me habría apoderado de ellos la vez pasada. ¿Puedo conservar esta copia?

—Le daré una, tan pronto como hayamos cerrado un convenio. Bartlett le recogió la información y le presentó otro documento. —Haga la prueba con éste...

Ponía de manifiesto en forma de gráfica el activo de Struan en Inversiones Kowloon, y daba detalles sobre la forma en que,

mediante compañías nominatarias, eL tai-pan de Struan ejercía un control absoluto sobre la enorme compañía de seguros sobre propiedades de muelle que se suponía ser un negocio por completo independiente, y que aparecía como tal en el mercado de valores.

—¡Maravilloso! —suspiró Gornt, estupefacto ante la belleza de aquel dato—. Struan no tiene más que una proporción insignificante de los valores declarados públicamente, pero conserva el 100 por ciento del control y un secreto absoluto.

—En Estados Unidos, quien quiera que hubiese excogitado semejante truco habría ido a parar a la cárcel.

—Gracias a Dios que las leyes de Hong Kong no son las mismas, y que esto es legal por todos conceptos, aunque ligeramente tortuoso...

Los dos hombres rieron. Bartlett se echó el papel a la bolsa y explicó:

—Poseo detalles parecidos del resto de sus compañías asociadas.

—Sin ambages, ¿qué tiene usted en mente, señor Bartlett?

—Un ataque conjunto contra Struan, a partir de hoy. Un blitzkrieg. El botín se reparte por mitad entre usted y yo. Usted se queda con la Gran Casa de la Cumbre, el prestigio, el yate de Dunross... y el 100 por ciento del palco en el Turf Club, incluidos sus derechos de administrador.

Gornt clavó en su interlocutor una mirada penetrante. Bartlett sonrió:

—Sabemos que todo esto tiene un significado especial para usted. En cambio, todo lo demás se divide por partes rigurosamente iguales.

—Con excepción de las operaciones de Kai Tak. Las necesito para mi línea aérea.

—De acuerdo, pero entonces yo quiero Inversiones Kowloon.

—No —protestó Gornt poniéndose en guardia en el acto—. Eso debe dividirse a la mitad, como todo lo demás.

—No. Usted necesita Kai Tak, yo necesito Inversiones Kowloon. Sería un núcleo muy importante para el salto de Par-Con al territorio asiático.

—¿Por qué?

—Porque todas las grandes fortunas de Hong Kong se basan en propiedades. Inversiones Kowloon me daría una base perfecta.

—¿Para incursiones posteriores? >

—Naturalmente —explicó Bartlett con espontaneidad—. Su amigo Jason Plumm es el siguiente en la lista. Podemos devorar sus Inmuebles. Asiáticos. Ahí también vamos a medias, ¿de acuerdo?

Gornt se mantuvo en silencio un largo rato. Al fin preguntó:

—¿Y después de él?

—Farms de Hong Kong y Lan Tao.

A Gornt le dio un vuelco el corazón. Siempre había aborrecido a Dunstan Barre, y su odio se había triplicado el año anterior, cuando éste había obtenido el grado de caballero en la Lista de. Honor del Cumpleaños de la Reina... había sido un honor manipulado —pensaba convencido Gornt—, gracias a que había hecho una serie de sensatos donativos al fondo del Partido Conservador. Preguntó con curiosidad:

—¿Cómo haría para devorarlo a él?

—Hay siempre algún momento en el que cualquier ejército, cualquier país, cualquier compañía es vulnerable. Todos los generales o presidentes, de compañías tienen que correr riesgos, en un momento dado, para mantenerse a la vanguardia. Siempre existe algún enemigo que le pisa a uno los talones, que quiere lo que uno tiene, el lugar que uno ocupa bajo el sol, alguien que quiere nuestro territorio.

Se necesita ser precavido cuando se es vulnerable...

—¿Usted es vulnerable en este momento?

—No. Lo era hace dos años, pero no lo soy ahora. Hoy tengo toda Ja fuerza que necesito... que necesitamos, si usted quiere participar.

Una bandada de aves marinas se remojaba a. intervalos, aleteaba, graznaba sobre sus cabezas. —¿Qué quiere que haga yo?

—Usted es la línea de vanguardia, la punta de lanza. Yo cubro la retaguardia. En cuanto-usted haya abierto una brecha en sus defensas, yo me encargaré de dar el golpe definitivo. Vendemos Struan al descubierto... Supongo que usted ya tiene una posición definida en cuanto al Ho-Pak...

—He vendido al descubierto... Sí... dentro de ciertos límites —la mentira le salió con facilidad

—Bueno. En Estados Unidos podría obtener información oficiosa de sus contadores sobre la situación de su flujo de caja, hasta el

último chismoso. Pronto se sabrá en toda la población. ¿Podría aprovecharse la misma conspiración en este caso?

—Es probable. Pero nunca conseguiría que sus contadores hicieran semejante cosa.

—¿Ni siquiera por la retribución debida?

—No. Pero podían desencadenarse los rumores —Gornt sonrió con un gesto sombrío—. Es un mal procedimiento de Dunross el de ocultar su difícil posición a los accionistas. Sí. Eso es posible... Pero, ¿luego qué?

—Usted vende Struan al descubierto, en cuanto abra, el mercado de valores. En grande.

Gornt encendió un cigarrillo y preguntó:

—Yo vendo al descubierto. . . ¿y usted qué hace?

—Nada abiertamente. Ese es nuestro as oculto.

—Tal vez lo es en realidad, y yo estoy exponiéndome —objetó Gornt

—¿Qué le parece si yo cubro todas las pérdidas? ¿Sería eso suficiente prueba de que estoy de su parte? —¿Qué cosa?

—Pago todas las pérdidas y gano la mitad de las utilidades el día de hoy, mañana y el viernes. Si no lo hemos puesto en fuga para el viernes en la tarde, usted vuelve a comprar, inmediatamente antes de cerrar el mercado, y nuestro plan habrá fallado. Si parece que lo tenemos en la mano, vendemos en grande, hasta el límite, un minuto antes de cerrar. Eso lo pondrá a sudar el fin de semana. El lunes yo sacudo el tapete y lanzamos nuestro blitzkrieg... No puede fallar.

—Sí... con tal que pueda confiarse en usted.

—Depositaré dos millones de dólares en cualquier banco suizo que usted designe, hoy a las diez de la mañana. Eso representa diez millones de HK, que con absoluta seguridad bastan para cubrir cualesquiera pérdidas que usted pudiera sufrir. Son dos millones, sin condición alguna, ningún documento, ningún compromiso, sólo su palabra de que son para cubrir cualesquiera pérdidas. Si ganamos, nos dividimos las utilidades, y el resto del convenio procede tal como lo hemos propuesto: la mitad para cada uno, con excepción de Inversiones Kowloon, que son para mí, de Struan en Kai Tak, que es para usted, y para Casey y para mí la pertenencia al Turf Club como miembros con voto. Lo ponemos todo por escrito el

martes, en cuanto él se haya derrumbado.

—¿Quiere decirme que usted adelantaría dos millones de dólares norteamericanos y que es decisión mía lo que se refiere a comprar para cubrir cualesquiera pérdidas? —Gornt se mostraba incrédulo.

—Sí. Dos millones es el límite de lo que estoy apostando. ¿En qué forma puede usted salir perjudicado? No es posible. Por otro lado, como él sabe cuáles son los sentimientos de usted con respecto a él, el hecho de que sea usted quien lance el ataque no le parecerá sospechoso; no estará; preparado para un ataque adicional por el flanco, de mi parte.

—Todo esto depende de que las cifras que usted tiene sean exactas... tanto las cantidades como las fechas.

—Verifíquelas. Debe haber algún modo de hacerlo... suficiente para que usted se convenza.

—¿A qué vino este cambio repentino, señor Bartlett? Usted me había dicho que esperaría hasta el martes... quizá más...

—Hicimos algunas investigaciones y no nos gustaron los números que encontramos. A Dunross no le debemos nada. Tendríamos que estar locos para irnos con él cuando está tan débil. Tal como están las cosas, lo que estoy ofreciéndole es un gran juego de azar, con grandes posibilidades de por medio: la Casa Noble contra dos miserables millones. Si ganamos, eso se convertiría en cientos de millones

—¿Y si perdemos?

Bartlett se encogió de hombros y dijo:

—Yo podría regresar a Estados Unidos. También podríamos hacer un convenio Rothwell-Gornt/Par-Con. Unas veces se gana, muchas otras se pierde. Pero la incursión es demasiado buena para no intentarla. Sin usted, nunca daría buen resultado. He visto lo suficiente en Hong Kong para saber que tiene sus reglas especiales. No tengo tiempo para aprenderlas. ¿Por qué tendría que hacerlo... cuando lo tengo a usted?... ¿o a Dunross? —completó Gornt insinuante.

Bartlett rió y Gornt no percibió dolo en su risa.

—Usted no se ha excedido en sus operaciones. No es vulnerable. El sí... es su mala suerte. ¿Qué me dice? ¿Se pone en marcha la incursión?

—Lo que le digo es que usted es muy convincente. ¿Quién le dio

la información y el documento?

—Se lo diré el martes. Cuando Struan se haya derrumbado.

—¡Ah! ¿Hay una liquidación qué hacer al señor "X"?

—Siempre hay alguna liquidación. Saldrá de las utilidades totales, pero nunca será más del 5 por ciento... cualquier cosa que supere esa proporción se tomará de la parte que me corresponde a mí.

—¿El viernes a las 2 de la tarde, señor Bartlett? ¿Es ése el momento en que yo decido comprar de nuevo y usted quizá pierde sus dos millones... o volvemos a conversar y proseguimos el asalto?

—El viernes a las 2 de la tarde.

—Si continuamos durante el fin dé semana, ¿cubrirá usted cualquier nuevo riesgo con mayores cantidades de dinero?

—No. Usted no necesitará más. Dos millones es mi cifra máxima. Para el viernes en la tarde, o los activos de Struan van ya de capa caída y nosotros lo habremos puesto a temblar, o no. Esta no es una incursión a largo plazo, bien organizada. Es un intento único de sorprender con jaque mate al contrincante —Bartlett sonrió con una mueca de felicidad—. Yo estoy arriesgando dos miserables millones en un juego que pasará a los anales de la historia. ¡En menos de una semana derribaremos a la Casa Noble de Asia!

Gornt asintió con un movimiento de cabeza. Sentía que tiraban de él en dos direcciones opuestas:

¿hasta qué punto puedo confiar en ti, señor Artero Incursor, que tienes en la mano la llave para el Demonio Dunross? Miró por la ventanilla y vio a un chico que empujaba al mar un bote, por en medio de los juncos; las aguas eran tan conocidas y seguras para él como la tierra firme para los demás.

—Pensaré en lo que me ha dicho.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las once.

—Lo siento, pero ésta es una incursión, no un convenio de negocios. Es ahora mismo... ¡o no se hace nada!

—Hay mucho que hacer, señor Gornt. Quiero dejar esto arreglado ahora o no hacerlo en absoluto.

Gornt miró su reloj. Había tiempo de sobra. Una llamada al periódico chino idóneo y cualquier cosa que él les dijera estaría divulgándose en los puestos de publicaciones en una hora. En su

interior esbozó .una sonrisa torva. Su "as" oculto personal era Havergill. Todo parecía coincidir a la perfección.

Un ave marina graznó y voló hacia el territorio continental, agitando las alas sobre la Cumbre. Gornt la siguió con la mirada. Entonces sus ojos se posaron en la Gran Casa, que sé destacaba por su blancura, sobre el verdor de la pendiente.

—¡Trato hecho! —exclamó, extendiendo la diestra.

Bartlett se la estrechó y advirtió:

—Todo esto es un arreglo exclusivamente entre nosotros dos, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Dónde quiere los dos millones?

—En el Banco de Suiza y Zurich, en Zurich. Número de cuenta: 181819.

Gornt metió la mano al bolsillo y observó que los dedos le temblaban. Luego dijo:

—Se lo daré por escrito.

—No es preciso. ¿La cuenta está a nombre suyo?

—¡Santo Dios, no! A nombre de Canberra Limited.

—¡Canberra Limited es dos millones más rica! Y en tres días, con un poco de suerte, usted será tai-pan de la Casa Noble. ¿Qué tal?— Bartlett abrió la puerta y salió del auto—. ¡Lo veré más tarde!

—Espere —dijo Gornt atónito—. Yo lo llevaré adon...

—No gracias. Tengo que hablar por teléfono. Luego, a las 9:15 tengo una entrevista con su amiga Orlanda, la señorita Ramos... Pensé que en eso no habría inconveniente. Después, es probable que tome unas fotos.

Agitó la mano alegremente en señal de, despedida y se alejó. Gornt se enjugó el sudor de las manos.

Antes de dejar el club había llamado por teléfono a Orlanda para pedirle que se comunicara con Bartlett y concertara la cita. Eso está muy bien —pensó, todavía en medio de su desatino—: ella se encargará de vigilarlo, una vez que se hagan amantes... Y se harán, con Casey o sin ella. Orlanda tiene mucho que ganar.

Observó a Bartlett sintiendo envidia de él. En unos momentos, el norteamericano había desaparecido entre la muchedumbre de Wanchai.

De repente se sintió muy cansado. Todo resulta demasiado

oportuno, demasiado bien, demasiado fácil —se dijo—. Y sin embargo ... ¡y, sin embargo.! Con manos temblorosas encendió un cigarrillo!

¿Dónde conseguiría Bartlett esos documentos?

En un gesto inexorable, sus ojos volvieron a fijarse en la Gran Casa de la Cumbre. Estaba dominado por su hechizo y por un odio tan enconado, que arrastraba su mente hasta sus antepasados, hasta Sir Morgan Brock, a quien habían arruinado los Siman* a Gorth Brock, asesinado por Dirk Struan, a Tyler Brock, traicionado por su propia hija. Sin quererlo, renovó el juramento de venganza que ya había pronunciado ante su padre, el mismo que éste había hecho ante su propio padre... y así hasta remontarse a Sir Morgan Brock el cual, en plena indigencia, destruido por su hermana Hag Struan, paralítico, un guiñapo humano, había clamado venganza a nombre de todos los espíritus Brock, contra la Casa Noble y todos los descendientes del hombre más perverso que hubiera existido jamás.

¡Oh, todos los dioses, dadme fuerzas! —oró Quillan Gornt. Que el norteamericano esté diciendo la verdad y yo lograré la venganza.

28
10:50 a.m.

El sol caía sobre Aberdeen a través de un ligero nublado. El aire era sofocante, con una temperatura de 33 grados centígrados y una humedad del 90 por ciento. Era la hora de la bajamar. La hediondez de las algas marinas pútridas, mezclada con la de los desperdicios y el olor de las tierras fangosas descubiertas por el bajo nivel del mar, incrementaban la sensación de bochorno del día.

Eran quinientas o más las personas indignadas e impacientes que se apiñaban, empujándose, tratando de escurrirse por el cuello de botella de barreras erigidas por la policía fuera de aquella sucursal del Ho-Pak. Las barreras eran tales que sólo dejaban pasar a los clientes de uno en uno. Hombres y mujeres de todas las edades, algunas con infantes, se apretujaban unos contra otros, sin esperar su turno, cada uno esforzándose por avanzar un centímetro, para llegar al principio de la fila.

—Mira a estos malditos necios —dijo en tono agrio el inspector en jefe C. C. Smyth—. Si en vez de aglomerarse, se dispersaran hacia atrás, llegarían más pronto y nosotros podríamos dejar a un uniformado aquí para guardar el orden, mientras los demás iríamos a comer tranquilos, en lugar dé mantener aquí al escuadrón contra tumultos en pie de guerra. ¡Hágalo!

—Sí, señor —respondió en tono cortés el sargento divisional Mok.

¡Aaayyy! —pensó, mientras se dirigía al camión del escuadrón—, el pobre necio todavía no entiende que nosotros los chinos no somos estúpidos demonios extranjeros, ni demonios del Mar del Este, que saben alinearse con toda paciencia durante horas enteras. ¡Oh, no! Nosotros, la gente civilizada, entendemos la vida y sabemos que es una lucha de "sálvese el que pueda". Encendió su transmisor policial y vociferó:

—¡Habla el sargento divisional Mok! El inspector en jefe quiere un escuadrón contra tumultos aquí, en el acto. ¡Estaciónense detrás del puesto de pescado, pero manténgase en comunicación!

—Sí, señor.

Mok suspiró y encendió un cigarrillo. Al otro lado de la calle frente a las sucursales de Aberdeen del Blacs y del Victoria, se habían levantado ya otras barreras, y otras más frente al Banco Ching Pros-penty a la vuelta de la esquina. Vestía uniforme color caqui, con pantalón planchado impecablemente, y grandes anillos de sudor bajo ambos brazos. Estaba muy preocupado. Aquella muchedumbre era muy peligrosa, y no quería que se repitiera la escena del día anterior. Si el banco cerraba sus puertas antes de las tres, él estaba seguro de que la chusma derribaría el edificio. Sabía que si él mismo tuviera aun algo de dinero allí, sería el primero en derribar la puerta para sacar su dinero. Ah, sí —pensó, muy agradecido a la Víbora por su autoridad, que había hecho que todo el dinero de ellos quedara libre esa mañana hasta el último céntimo.

—¡Al diablo todos los bancos! —musitó Mok, sin hablar con nadie—. ¡Permitan todos los dioses que el Ho-Pak pague a toda su clientela el día de hoy! ¡Qué falle mañana! Mañana es mi día de descanso..

por eso, que falle mañana —al decirlo, aplastó su cigarrillo con el pie.

—Sargento primero...

—Dígame.

—¡Mire hacia allá!

El diligente detective, un hombre joven en traje de civil se llegó hasta el policía a toda prisa. Usaba gafas y rio llegaba a los veinticinco anos. Luego explicó:

—Observe... junto al Victoria... la anciana, la vieja *amah*...

—¿Dónde...? ¡Ah, sí, sí! Ya la veo.

Mok la estudió unos momentos, pero no descubrió nada indebido. Sin embargo, luego notó que se escurría por entre la multitud y decía algo en secreto a un robusto muchacho, de pantalón de mezclilla azul, que se mantenía apoyado en la barandilla. La vieja señaló con el dedo un anciano que acababa de salir del banco. Sin tardanza, el jovenzuelo se dio a perseguirlo, mientras la vieja *amah* volvía a escurrirse y abrirse paso hasta llegar al principio de la barrera, donde podía ver a los que entraban y salían.

—Es la tercera vez que sucede, señor —explicó el joven

detective. La vieja *amah* señala al tunante ése alguien que acaba de salir del banco y… ¡allá va él! Unos minutos después, regresa. Esta es la tercera vez. Estoy seguro de haber visto que él le deslizaba algo en secreto a la vieja. Creo que era dinero.

—¡Bravo, muy bien, Spectacles Wu! ¡Tiene que ser una tentativa de triada! Lo probable es que la vieja bruja sea su madre. Tu sigue al desgraciado tunante y yo le cierro el camino por el otro lado.

¡Mantente oculto!

El sargento divisional Mok se escurrió alrededor de la esquina, descendió por un callejón muy transitado, lleno de puestos, mercachifles callejeros y tiendas abiertas, avanzando con toda cautela.

Entró a otro callejón, en el momento preciso en que pudo ver que un anciano entregaba dinero. Esperó hasta que Wu cerró el paso por el otro extremo y luego avanzó majestuoso.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

—¿Qué? ¿Eh? ¿Cómo? ¡Nada, nada en absoluto! —protestó nervioso el viejo, mientras el sudor le escurría por la cara—. ¿De qué se trata? ¡Yo no he hecho nada malo!

—¿Por qué le da dinero a este jovenzuelo, eh? Yo lo vi dándole el dinero…

El joven tunante miró con insolente arrogancia Mok, impertérrito, sabedor de que era Smallpox Kin, uno de los licántropos que tenían aterrado a todo Hong Kong.

—¿Está asediándolo? ¿Tratando de extorsionarlo? ¡Tiene aspecto de triada!

—¡Oh! Yo… yo… yo… le debía 500 dólares. Acabo de sacarlos del banco y se los pagué…

A todas luces, el viejo estaba horrorizado, pero no dejó de hacer alarde de seguridad y ratificó:

—Es primo mío.

Una multitud empezó a aglomerarse. Alguno carraspeó y escupió. —¿Por qué sudas tanto?

—¡Qué todos los dioses hagan polvo a los malditos policías! ¡Hace calor! Todo el mundo está sudando… ¡Todo el mundo!

—¡No hay ningún inmundo crimen en eso! —protestó otro.

Mok concentró la atención en el muchacho que aguardaba con gesto truculento, y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Sixth Son Wong…

—¡Embustero! ¡Vacíate los bolsillos!

—¿Yo? ¡No he hecho nada indebido! Conozco la ley. Usted no puede registrar a nadie sin una or…

De repente el puño de hierro de Mok atrapó el brazo del muchacho, lo retorció y lo hizo lanzar un chillido. La multitud soltó una carcajada. Se produjo un profundo silencio cuando Spectacles Wu salió de donde menos se le esperaba y empezó a registrarlo. Mok lo mantenía sujeto con el brazo retorcido.

Otra sensación de molestia recorrió los ánimos de todos los espectadores, cuando vieron los rollos de dinero y monedas sueltas salir de los bolsillos del tunante.

—¿De dónde sacaste todo esto? —rugió Mok.

—Es mío. Yo… yo soy un prestamista y ando cobrando el maldito red…

—¿Dónde está tu negocio?

—Está… está en el Callejón Tercero de Aberdeen Road.

—Vamos allá a ver.

Mok dejó libre al jovenzuelo. Este, todavía impertérrito lo miró lleno de ira y protestó:

—¡Primero devuélvame mi dinero!

Se dirigió a la multitud y apeló a su buen juicio. —¡Ustedes vieron cómo me lo arrebató! ¡Yo soy un prestamista honrado! Estos son siervos de los demonios extranjeros y todos ustedes los conocen. La ley del demonio extranjero prohíbe que se registre a los ciudadanos honrados…

—¡Devuélvele su mierda de dinero! —exclamó alguno.

—Si es un prestamista…

La multitud empezó a discutir en un sentido y en otro. Luego Smallpox Kin alcanzó a ver un resquicio en medio de la aglomeración y se lanzó hacia él a toda velocidad. La chusma lo dejó pasar. Voló por el callejón, perdiéndose entre el tránsito de vehículos, pero cuando Spectacles Wu se lanzó en pos de él, la gente cerró filas, lo atrapó y adoptó una actitud un tanto más agresiva. Mok lo llamó. En la agitación del momento, el anciano había desaparecido. Mok dijo en tono de fastidio:

—¡Deja que el cerdo ése sin madre se largue! No era más que

otro de las triadas... Otra mierda de triada que saca su botín de los ciudadanos respetuosos de la ley.

—¿Qué piensas hacer con su inmundo dinero? —protestó alguien de entre la chusma. _

—Lo entregaré a un asilo de ancianas —contestó Mok en el mismo tono áspero—. ¡Ustedes lárguense a acostarse con su madre!

Alguien soltó una carcajada. La multitud empezó a disolverse y cada cual siguió su camino. En un momento, Mok y Spectacles Wu se encontraron como piedras de río: los peatones pasaban a su lado, lo más lejos posible de ellos. Cuando volvieron a la calle principal Mok se enjugó la frente.

—*¡Dew neh loh moh!*

—¡Es cierto! ¿Por qué son así, sargento primero? —preguntó el joven detective—. Lo único que tratamos de hacer es ayudarlos. ¿Por qué el viejo no quiso reconocer que el criminal de la triada estaba extorsionándolo?

—Lo relativo a las chusmas no se aprende en los libros —comentó Mok en tono amable, consciente de la ansiedad que el joven sentía por el deseo de hacer las cosas bien.

Spectacles Wu era nuevo, era uno de los que acababan de recibirse en la universidad, con el fin de engrosar las filas de la policía. No pertenecía a la unidad privada de Mok.

—Ten paciencia. Ninguno de ellos quería tener que ver con nosotros porque somos de la policía, y siguen creyendo que nunca los ayudaremos a ellos, que sólo buscamos nuestro interés. Lo mismo ha sucedido en China desde que surgió el primer policía.

—Pero aquí es Hong Kong —objetó él joven con orgullo—. Nosotros somos diferentes. Somos de la policía británica.

—Sí —concedió Mok, sintiendo un estremecimiento.

No quería decepcionar al muchacho. Yo también solía ser leal —pensó—. Leal a la Reina y a la bandera *quai loh*. Pero he aprendido otra lección. Cuando necesité ayuda, protección, seguridad, no recibí nada. Ni siquiera una vez. Los ingleses solían ser ricos y poderosos, pero perdieron la guerra con los demonios del Mar del Este. La guerra los desprestigió, los humilló, encerró a los grandes tai-pans en la prisión de Stanley, como delincuentes comunes... Aún a los mismos tai-pans de la Casa Noble y del gran banco... ¡Hasta al mismo ilustre gobernador! Sí. Los encerraron como vulgares

criminales en Stanley, con sus mujeres y sus hijos y los trataron como estiércol!

Luego, después de la guerra, a pesar de que habían humillado a los demonios del Este, nunca habían podido recuperar su poderío ni su prestigio.

Ahora, en Hong Kong y en toda el Asia ya no es lo mismo, ni volverá jamás a ser como antes. Ahora cada año los ingleses sé empobrecen más y más, pierden más y más poder... ¿Cómo podrían protegerme a mí y a mi familia de los malhechores, si no son ricos ni poderosos? ¡No me pagan nada y me tratan como carne de perro! Mi única protección actual es el dinero, el dinero en oro, para poder huir si se necesita, o dinero en terrenos y casas si no hay necesidad de escapar. ¿Cómo puedo educar a mis hijos en Inglaterra o en Norteamérica sin dinero? ¿Pagaría esos gastos el gobierno agradecido?

¡Ni una infame moneda de latón! Y, sin embargo... se supone que yo debo exponer mi vida para mantener las calles libres de las asquerosas triadas, de los rateros y de los brotes tumultuosos de toda esa mierda leprosa.

Mok volvió a estremecerse. La única seguridad de mi familia está en mis manos, como siempre. ¡Ah, cuánta sabiduría hay en las enseñanzas de nuestros antepasados! ¿Acaso me fue leal el comisario de policía, cuando necesitaba dinero, siquiera dinero de tercera clase para que mi hijo pudiera ir a la escuela en Estados Unidos? No. El que me fue leal fue la Víbora. Me prestó diez mil dólares, al módico interés del 10 por ciento, para que mi hijo viajara como mandarín, por Pan Am, con dinero suficiente para tres años de estudios, de suerte que ahora es un arquitecto competente, con su "tarjeta verde" de inmigrante; el mes próximo tendrá pasaporte norteamericano y luego podrá volver acá sin que nadie se atreva a tocarlo. ¡El podrá ayudarme a proteger a mi generación, mientras yo protejo a la suya, a la de su hijo y a la de los hijos de sus hijos!

Sí, la Víbora me dio el dinero. Ese dinero que pagué hace tiempo con todos los intereses, del mismo dinero que él me ayudó a ganar. Yo seré leal a a Víbora... hasta que él cambie. Un día cambiará.

Todos los *quai-loh* cambian... Pero yo ahora soy un Gran Dragón y m los dioses, ni los demonios, ni la misma Víbora pueden dañar a

mi familia ni perjudicar mis cuentas bancarias en Suiza o Canadá.

—Venga conmigo—. Es mejor que regresemos, joven Spectacles Wu —lo invitó cordial.

Cuando volvieron a las barreras, explicó al inspector en jefe Smyth lo que había sucedido.

—Ponga, el dinero en nuestra alcancía, mayor —dijo Smyth— y prepare un gran banquete para nuestros chicos hoy en la noche.

—Sí, señor.

—¿Fue el detective policía Wu? ¿El que quiere ingresar a los Servicios de Inteligencia?

—Sí, señor.

Spectacles es muy perspicaz.

Smyth mandó llamar a Wu y alabó su eficiencia. Luego preguntó: —¿Dónde está ahora esa vieja *amah*.

Wu la señaló con el dedo. Los policías la vieron espiando en dirección a la esquina por donde el delincuente se había ido. Su actitud era de espera impaciente. Un minuto después se escurrió por entre la multitud y empezó a alejarse, musitando majaderías.

—Wu —ordenó Smyth—. Síguela sin permitir que lo note. Ella te llevara hasta el inmundo insecto que se nos escapó. Ten cuidado. Cuando veas que llega a su destino, llama al "mayor".

—Sí, señor.

—*Por ningún concepto* corras riesgos... tal vez logremos atrapar a toda la pandilla. Tiene que ser toda una banda.

——Sí, señor.

—¡Adelante! —lo vieron marchar en pos de la vieja—. Ese chico va a ser un buen elemento... pero no para nosotros, ¿verdad "mayor"?

—No, señor.

—Creo que lo recomendaré para Servicios Especiales. Tal vez...

De pronto se produjo un silencio ominoso y luego gritos y un rugido iracundo general. Los dos policías se dieron prisa a volver al escenario principal. En su ausencia, la chusma había hecho a un lado una parte de las barreras, imponiéndose a los cuatro policías, y avanzaba ya hacia el banco. El gerente Sung y su ayudante se esforzaban en vano por cerrar las puertas para impedir el paso a aquella avalancha sin freno. Las barreras empezaron a tambalearse.

—¡Traigan al escuadrón contra tumultos!

Mok corrió en busca del vehículo con el escuadrón. Smyth se adelantó intrépido, hasta colocarse al frente de la línea con su bocina. El estruendo del tumulto ahogó su voz, que daba órdenes de que cesara la lucha. Del otro lado de la calle llegaron corriendo más refuerzos. A gran prisa y con toda su eficacia, atacaron para ir a apoyar a Smyth, pero la chusma iba fortaleciéndose más y más. Sung y sus empleados les dieron con la puerta en las narices, pero ellos volvieron a abrirla por la fuerza. En ese momento, salió de entre la muchedumbre un ladrillo que fue a estrellarse contra uno. de los grandes ventanales del banco. Un rugido de aprobación coreó la acción. La gente que se hallaba en el frente trataba de quitarse de en medio y los que estaban en la parte posterior se esforzaban por llegar hasta la puerta. Más ladrillos, y después pedazos de madera de una construcción cercana, volaron por los aires.

Una piedra atravesó el ventanal y lo hizo añicos. Con un estruendo arrollador la chusma se precipitó hacia adelante. Una chica cayó y murió.

—¡Vamos! —gritó Smyth—. ¡Ayúdenme!

Se apoderó de una de las barreras y, con ayuda de otros cuatro policías, la utilizó como escudo para empujar la línea de vanguardia de la chusma y obligarla a retroceder. Por encima del rugido general, les ordenó a gritos que usaran los hombros, y los policías atacaron a la turba enloquecida. Otros policías siguieron su ejemplo. Más ladrillos fueron a dar contra el banco y luego se levantó un sonoro clamor:

—¡Maten a esos inmundos ladrones banqueros, mátenlos, están robándose nuestro dinero ..! —¡Maten a esos canallas...! —¡Yo quiero mi dinero ..! *—¡Maten a los demonios extranjeros!*

Smyth vio que la actitud de la gente que tenía delante iba cambiando. Sintió que el corazón dejaba de latirle al ver que la chusma recibía el último mensaje, olvidaba el banco, y sus manos se extendían con el ánimo de apoderarse dé su persona. El había visto ese gesto antes y comprendía que era hombre muerto. La otra ocasión había sido cuando los tumultos del '56, en los que 200,000 chinos habían deseencadenado de repente una gran agitación en Kowloon. A él lo habrían matado, si no hubiese tenido una pistola Sten. El había dado muerte a cuatro hombres y a base de fuego se había abierto camino a la seguridad. Esta vez no traía arma de

fuego y estaba luchando por su vida. Le habían arrebatado ya la gorra, alguien le había quitado el cinturón Sam Browne, otro le había dado un puñetazo en el vientre, uno más en la cara y una serie de garras trataban de llegarle a los ojos. Sin el menor temor, Mok y los demás se lanzaron al ataque furiosos contra la chusma, para rescatarlo.

Alguien golpeó a Mok con un ladrillo y otro con un pedazo de madera, que le dejó una herida enorme en la mejilla. Smyth se hallaba sumergido, y sólo procuraba con desesperación que las manos-y los brazos le protegieran la cabeza. Entonces el escuadrón contra tumultos Black Maria, haciendo silbar su sirena apareció con violencia alrededor de la esquina: El equipo de diez hombres se dejó caer sobre la chusma sin misericordia y arrancó a Smyth de sus garras. La sangre le escurría por la boca y el brazo izquierdo le colgaba inútil. —¿Está usted herido, señor? ,

—No tiene importancia ... ¡Por amor de Dios, levanten luego las asquerosas barreras! ¡Hagan, qué estos malditos se alejen del banco! ¡Usen las mangueras contra incendios!

Pero las mangueras no fueron necesarias. Ante el primer embate violento del escuadrón contra tumultos, la vanguardia de la muchedumbre se disolvió y los demás dieron marcha atrás hasta una distancia segura y se mantuvieron allí, observando con gesto furioso y algunos de ellos todavía gritando insultos y majaderías* Smyth se apoderó de la bocina y exclamó en cantonés:

—¡Si alguno se acerca a menos de veinte metros, será arrestado y deportado! —luego respiró hondamente y prosiguió—. El que quiera entrar al Ho-Pak deberá formarse a 90 metros de distancia.

La ceñuda chusma vaciló, pero cuando Mok y el escuadrón contra tumultos avanzaron decididos, retrocedió a toda prisa, pisándose los pies y empujándose unos a otros.

—Creo que se me zafó el inmundo hombro—comentó Smyth lanzando una maldición vulgar.

—¿Qué hacemos con estos hijos de ramera, señor? —preguntó Mok, muy adolorido, respirando con dificultad, con la mejilla herida y sangrante y el uniforme desgarrado.

Smyth se sujetó el brazo para aliviarse el dolor y miró hacia el otro lado de la calle, a la furiosa chusma mal contenida.

—Dejen aquí al escuadrón y manden traer otro de West

Aberdeen. Luego informen al Centro. ¿Dónde está mi gorra? Si atrapo al cer...

—¡Señor! —exclamó uno de sus hombres.

Estaba de rodillas junto a la chica que había sido aplastada por la multitud. Era una muchacha de bar o de salón de baile. Tenía ese aspecto, ¡oh, tan peculiar!, entre dulce y triste, en un rostro joven pero envejecido. La sangre le salía abundante por la boca y su respiración era entrecortada.

—¡Santo Dios! Llamen una ambulancia.

Mientras Smyth la contemplaba impotente, la chica se ahogó en su propia sangre y murió.

* * *

Christian Toxe, director del *Guardian*, estaba tomando notas, con el teléfono sujeto a la oreja.

—¿Cómo se llamaba, Dan? —preguntó entre el estrépito de la sala de redacción.

—No estoy seguro. Una libreta de ahorros decía Su Tzee-Ian —contestó el reportero Dan Yap, desde un teléfono de Aberdeen—. En esa cuenta había 4,360 HK... La otra libreta estaba a nombre de...

Espera un segundo por favor Chris. La ambulancia está yéndose en este momento. ¿Puedes oírme bien, Chris? El tránsito aquí es terrible. . .

—La segunda estaba a nombre de Tak H'enug fah. En esa había exactamente 3,000 HK.

Tak H'eung fah parecía recordarle algo.

—¿Significa algo alguno de esos nombres? —preguntó.

Toxe era un hombre alto, desaliñado, hundido en el desordenado rincón de una oficina. El reportero explicó:

—No. Uno de ellos significa Glicina Su y el otro Flor Fragante Tak. Era bonita, Chris. Pudo haber sido euroasiática...

Toxe sintió que un frío glacial le congelaba el estómago al recordar a sus tres hijas de seis, siete y ocho años y a su encantadora esposa china. Trató de descartar por el momento esa perpetua aflicción que consistía en la mezcla del Oriente con el Occidente. ¿Qué reservará el futuro a mis cuatro amadas, en este asqueroso, corrompido y confuso mundo?

Haciendo un esfuerzo logró volver a concentrarse.

—Eso es mucho dinero para una bailarina, ¿no crees?

—Sí. Yo diría que tenía un padrino. Un dato interesante: traía en la bolsa un sobre arrugado, fechado hace un par de semanas. Dentro de él había una empalagosa carta de amor, dirigida a... espérame...

Tak H'eung fah, apartamento 14, Quinto Callejón, calle Tsung-pan, en Aberdeen. Era de un sentimentalismo insoportable, le juraba amor eterno. Pero la escritura era de una persona culta.

—¿En inglés? —preguntó sorprendido Toxe, mientras escribía con agilidad.

—No. En caracteres chinos. Había algo especial en la escritura... podía ser la de un *quai loh*.

—¿Conseguiste una copia? —La policía no permi...

—¡Consigue una copia fotográfica! ¡Suplica, pide prestado, roba una fotostática para la edición de la tarde ¡Te doy la gratificación de una semana si la obtienes.

—¿En efectivo, hoy en la tarde?

—¡De acuerdo!

—¡Cuenta con ella!

—¿Alguna firma?

—«Tu único amor». La palabra «amor» *(love)* estaba en inglés.

—Señor Toxe... La señora Editora está en la línea dos —advirtió la secretaria desde la puerta abierta; su escritorio estaba pegado a la división de vidrio.

—¡Santo Dios! Yo ... Yo la llamaré luego. Explícale que en este momento estoy tomando nota de algo muy importante. Luego volvió al teléfono:

—Dan, no te desprendas de esta historia... mantente cerca de la policía, ve con ellos a su departamento, si es que tenía alguno. Averigua a quién pertenece ... quiénes son su gente y dónde viven. ¡Vuelve a llamarme!

Toxe colgó la bocina y llamó a su director ayudante:

—¡Oye, Mac!

El aludido, un hombre esbelto, huraño, de pelo entrecano, se levantó de su escritorio y entró a la oficina del director: —Dime. . .

—Creo que deberíamos sacar una extra. El encabezado podría ser: «La chusma da muerte a Fragrant Flower!»

—¿Porqué no poner: «La chusma asesina a Fragrant Flower»? —

O también: «La primera muerte en Aberdeen». —La idea de «chusma asesina» es mejor. —¡Entonces esa! ¡Martin! —llamó Toxe.

El aludido, Martin Haply levantó la vista desde su escritorio y acudió al llamado. Toxe se pasó los dedos por entre el cabello, mientras les comunicaba a los dos lo que Dan Yap le había informado, luego sugirió:

—Martin, prepara un artículo complementario: «La bella joven fue aplastada por los pies de la chusma... pero, ¿quiénes fueron los verdaderos criminales? ¿Un gobierno incompetente que se niega a dictar reglamentos para nuestro anticuado sistema bancario? ¿Serán los asesinos los que iniciaron los rumores? ¿La fuga de capital del Ho-Pak es tan sencilla como parece...? etcétera».

—Entendido —contestó Haply haciendo una mueca de sonrisa, y regresando a su escritorio, en la sala de redacción.

Se sirvió una taza de café frío y empezó a escribir. En su escritorio había un rimero de libros de consulta, periódicos chinos e informes del mercado de valores. Un poco a distancia podía oírse el rítmico traqueteo de los teletipos. Unos cuantos mensajeros silenciosos y aprendices de periodista entregaban y recogían material.

—¡Oye Martin! ¿Cuáles son las últimas noticias del mercado de valores?

Martin Haply marcó un número sin mirar siquiera el teléfono, luego respondió al director:

—Ho-Pak ha bajado a 24:60, cuatro puntos menos que ayer. Struan ha bajado un punto, pero ha habido compras muy fuertes. Lan Tao de Hong Kong ha subido tres puntos... acaba de confirmarse el dato: Dunstan Barre retiró su dinero ayer.

—¿Lo retiró? ¡Entonces tenías razón una vez más! ¡Maldita sea!

—El Victoria ha bajado medio punto... Todos los bancos están inseguros y no hay compradores. Está corriendo el rumor de que a las puertas del Blacs y del Victoria, en sus oficinas principales, están formándose filas ... —los dos hombres contuvieron el aliento.

—¡Manda a alguien a verificar lo del Vic!

Mac se apresuró a salir. ¡Dios Santo! —pensó Toxe, sintiendo un vacío en el estómago, ¡Santo Dios! ¡Si se inicia una fuga de capital en el Vic, toda esta estúpida isla va a derrumbarse y con ella mis miserables ahorros!

Se recargó en su viejo sillón, poniendo los pies sobre el escritorio, disfrutando de su trabajo, fascinado con la idea de ía presión y del peligro inminente.

—¿Quiere usted qué la llame? —preguntó su secretaria, una mujer regordeta e inconmovible.

—¿A quién? ¡Oh¿ diantres! Tienes razón, Peg... llama al Dragón.

El Dragón era la esposa del editor, Mong Pa-tok, actual director de la numerosa familia Mong, dueña de aquel periódico, de otros tres diarios chinos y cinco revistas cuyos antecedentes se remontaban a la época más antigua de la Colonia. A los Mong se les consideraba descendientes del primer director-dueño-editor del periódico, Morley Skinner. Se decía que Dirk Struan había dado a Skinner el control del periódico, a cambio de la ayuda recibida de él contra Tyler Brock y su hijo Gorth, al haber echado tierra al asunto del asesinato de Gorth en Macao. Se decía que Dirk Struan había provocado el duelo.

Los dos hombres habían usado macanas de hierro. En una ocasión, años atrás, Toxe había oído a la anciana Sarah Chen, en estado de ebriedad, decir que cuando los Brock habían ido a recoger el cadáver de Gorth, no habían podido reconocerlo. La vieja añadió que su propio padre, Sir Gordon Chen, había tenido que movilizar a la mayor parte de la población china para evitar que los Brock prendieran fuego a las bodegas de Struan. Lo que Tyler Brock había hecho, en cambio, era incendiar Tai-ping Shan. Sólo el gran tifón que había, llegado esa noche había impedido que toda la ciudad se convirtiera-en una antorcha... que hubiera sido una extensión del holocausto que había destruido la Gran Casa de Struan con él y su esposa china secreta May-may.

—¡Está en la línea dos!

—¿Qué? ¡Ah, sí! Gracias, Peg —suspiró Toxe.

—¡Ah, señor Toxe! Ya esperaba yo su llamada, ¿sabe?

—¿En qué puedo; servirle, señora Mong?

—Sus artículos sobre el banco Ho-Pak de ayer y hoy.... y que los rumores contrarios al Ho-Pak son falsos e iniciados por tai-pans y por otro banco grande. Hoy quiero ver otra cosa.

—Pero Haply está bastante seguro, de eso.

—Mi esposo y yo sabemos que no es cierto. Ni tai-pans ni bancos están difundiendo rumores ni han hecho nada semejante. Tal vez es

prudente que cese este ataque.

—No se trata de un ataque, señora Mong. Es sólo cuestión de actitud. Usted sabe cómo son susceptibles a los rumores los chinos. El Ho-Pak es tan fuerte como cualquier otro banco de la Colonia. Estamos seguros de que los rumores los desencadenó algún gran...

—Ni tai-pans ni grandes bancos. Mi esposo y yo no queremos saber nada de esta actitud. Favor de cambiar —Toxe pudo notar el tono inflexible de su voz.

—Eso es línea de conducta editorial, señora, y yo estoy encargado de ella... —objetó él en tono sombrío.

—*Nosotros* somos los editores. Es *nuestro* periódico. *Nosotros* estamos diciéndole que se detenga, así que usted va a desistir...

—¿Está ordenándome que pare?

—¡Claro qué es una orden!

—Muy bien. Tal como usted lo ordena, se detendrá.

—¡Muy bien! —la linea se interrumpió.

Toxe tomó su lápiz y lo arrojó, contra la pared y empezó a lanzar maldiciones. Su secretaria lanzó; un suspiro y Con toda discreción cerró la puerta. Cuando terminó de desahogarse, Toxe la abrió de nuevo.

—Peg, ¿me quiere dar un poco de café? ¡Mac! ¡Martin! Volvió a sentarse detrás de su escritorio. La silla crujió. Se enjugó el sudor de las mejillas, encendió un cigarrillo y lo aspiró con fuerza. —Dime, Chris ...—propuso Haply.

—Martin, suprime el artículo que te pedí y haz otro sobre el sistema bancario de Hong Kong y la necesidad de tener alguna forma de seguro bancario...

Los dos hombres se quedaron viendo a Toxe boquiabiertos.

—Nuestro director no quiere saber de nuestro punto de vista sobre los rumores infundados.

Martin Haply montó en cólera.

—¡Qué yaya mucho al demonio! ¡Usted mismo oyó a los tipos ésos en la fiesta del tai-pan!

—Eso no prueba nada. Tú no tienes pruebas. Vamos a dejar pendiente ese punto de vista. No está demostrado, así que yo no puedo adoptar una posición.

—Pero...

El cuello de Toxe se puso morado.

—*¡Maldita sea! ¡Queda suspendido! ¿Está claro?* —dijo en tono rugiente.

Haply quiso decir algo, pero cambió de opinión. Presa de la rabia, dio media vuelta y salió. Atravesó el salón de redacción, abrió la puerta principal de un tirón y la cerró de un sonoro golpe.

Christian Toxe suspiró:

—¡Vaya mal genio qué tiene ese muchacho!

Aplastó su cigarrillo y encendió otro.

—¡Santo Dios! Estoy fumando demasiado…

Todavía iracundo, Toxe clavó la mirada en el hombre mayor que estaba en su oficina y reflexionó:

—Alguien debe haberla llamado, Mac… Ahora bien, ¿qué querrías tú como recompensa por un favor, si fueras la señora Dragón Mong?

De pronto la cara de Mac se iluminó:

—¡Ya está! ¡Ser miembro con voto en el Turf Club!

—¡Pasaste al primer lugar de la clase, Mac!

Singh, el reportero hindú, entró con un tira de teletipo.

—Tal vez quieras esto para tu extra, Chris.

Era una serie de informes de Reuters desde el Medio Oriente.

> *«Teherán, 08:32 horas: fuentes diplomáticas de alto nivel en Irán informan de una serie de extensas, maniobras militares soviéticas, iniciadas cerca de la frontera persa norte, junto a la rica zona petrolífera de Azerbaiján, donde se han producido más tumultos. Se dice que Washington ha pedido autorización para mandar observadores a la región».*

El párrafo siguiente decía:

> *«Tel Aviv, 06:00 horas: el Knesset informó anoche que otro gigantesco proyecto de irrigación ha recibido financiamiento, para desviar las aguas del río Jordán hacia la región sur del desierto de Negev. En el acto se produjo una reacción hostil de parte de Jordania, Egipto y Siria».*

—¿El Negev? ¿No está en el Negev la novísima y sensacional

planta atómica de Israel? —preguntó Toxe.

—¡Aha! Ahora hay nueva y espléndida información que añadir a la conferencia de paz. ¿Podrá ser el agua para eso?

—No lo sé, Mac, pero con toda seguridad esto va a dejar secas varias gargantas jordanas y palestinas, ¡Agua, agua por todos lados, y aquí no tenemos una gota para bañarnos! ¡Oh, Señor, cómo deseo que llueva! Singh, compagina todos estos informes y los pondremos en la página posterior. No servirían para vender un solo periódico. Redacta un artículo que continúe con el tema de los licántropos, para la primera plana: "La policía ha tendido una red muy extensa, pero los arteros secuestradores del señor John Chen siguen eludiéndola. Según fuentes allegadas a la familia de su padre, jefe de personal nativo de Struan, todavía no se recibe una nota de rescate, pero se la espera de un momento a otro. El *China Guardian* pide a todos sus lectores que ayuden a capturar a estos malvados... Algo parecido.

* * *

En Aberdeen, Spectacles Wu vio que la vieja salía del edificio de departamentos, con una canasta de compras en la mano, y se confundía con las ruidosas multitudes en el estrecho callejón. La siguió con mucha cautela, sintiéndose orgulloso de su labor. Mientras la esperaba, había entablado conversación con un mercachifle callejero, cuyo negocio permanente estaba sobre un pedazo de pavimento, frente al edificio. El comerciante vendía té y pequeñas escudillas de compota caliente, que no es más que masa de arroz. Wu le había pedido una, y durante su comida, el mercachifle le había hablado de la vieja Ah Tam, que había estado en esa vecindad desde el año anterior. Había llegado a la Colonia, procedente de una aldea cercana a Cantón, junto con las ingentes olas de inmigrantes que el verano anterior habían cruzado las fronteras. No tenía familia propia, y la gente para la que trabajaba no tenía hijos de unos veinte años de edad. Sin embargo, él la había visto con un hombre joven esa mañana temprano.

—Ella dice que su aldea era Ning-tok...

Fue en ese momento, cuando Wu se sintió feliz con su suerte. Ning-tok era la misma aldea de la que habían venido sus padres y él

hablaba ese dialecto.

Wu no tardó en verse a veinte pasos de distancia de la vieja. Observó la agilidad con que escogía verduras, seleccionando lo mejor de lo mejor, lo que había sido recolectado en los campos de los Nuevos Territorios apenas unas horas antes. Compró muy pocas cosas, por eso él joven detective comprendió que la familia para la que trabajaba era pobre. Luego la observó ante el puesto de aves de corral, con sus capas enteras de escuálidos pollos, casi muertos, amontonados sin remedio en jaulas, con las patas atadas. El rechoncho propietario del puesto regateaba con ella, ambos disfrutaban del lenguaje indecente que estaban usando y de los insultos que se lanzaban, al escoger un animal, luego otro, después uno más; al hacerlos a un lado, desecharlos ... hasta llegar a un acuerdo. Como ella era una comerciante hábil y simpática, el hombre toleró que menguara un poco su ganancia. Luego estranguló con destreza el animal, sin siquiera reflexionar, y arrojó el cuerpo muerto a su hija de cinco años, que estaba sentada en cuclillas sobre un montón de plumas y carroña, para que lo desplumara y lo limpiara.

—¡Oiga, señor pollero! —lo llamó Wu—. Yo quiero un pollo al mismo precio... ¡Aquél! —señaló uno de buen ver, sin hacer caso de los gruñidos del comerciante—. Hermana mayor —dijo a la anciana en tono cortés—, es claro que usted me ha ahorrado una buena cantidad de dinero. ¿Le gustaría tomar una taza de té mientras esperamos que nos limpien nuestras aves?

—Ah, gracias. Sí. Estos huesos viejos están cansados. ¡Vamos allá! —sus dedos deformes señalaron un puesto al otro lado de la calle—. Así podremos estar seguros de que se nos entrega lo que hemos escogido.

El comerciante musitó una majadería y luego soltó la risa. Wu le ofreció el brazo para cruzar la calle, le ayudó a sentarse en una banca, pidió el té y un pastelillo, y la anciana no tardó en empezar a decirle cuánto aborrecía a Hong Kong y el vivir entre extranjeros. Al detective le resultó fácil complacerla usando una palabra insólita del caló Ning-tok; Luego pretendió mostrarse muy sorprendido cuando ella pasó al dialecto y aprovechó para decirle que él también venía de la misma aldea. La anciana declaró lo maravilloso que le resultaba encontrarse con un vecino, después de todos

aquellos meses pasados entre extranjeros. La anciana siguió explicándole que había trabajado para la misma familia en Ning-tok, desde que tenía siete años. Pero lo triste había sido que hacía tres años, su ama, aquella pequeñuela que ella había visto crecer y que se había vuelto anciana como ella, al fin había muerto.

—Me quedé en la casa, pero la desgracia acaeció en un mal momento. El año anterior el hambre fue ardua. Muchos aldeanos decidieron venir a este lugar: A la gente del camarada Mao no le importó, al contrario, nos animaron a hacerlo... éramos «bocas inútiles» para ellos. Por alguna razón nos separamos y yo me ingenié para cruzar la frontera y encontrar el modo de llegar hasta aquí, en la inopia, hambrienta, sin familia, sin amigos, sin tener adónde volver la cara. Al fin conseguí un empleo y ahora trabajo como cocinera-amah, para la familia Ch'ung, que se encarga del aseo de las calles. Los muy hueso de perro no me pagan nada, sólo me dan alojamiento y comida, y la esposa principal de Ch'ung es una bruja con boca de gusano. Pero ¡pronto me libraré de todos ellos! Usted me decía que su padre vino aquí con su familia hace diez años?

—*Sí.* Eramos dueños de un campo cerca, del claro umbroso de bambú, junto al no. El nombre de mi padre era Wu Cho-tam, y...

—¡Ah, sí! Creo que recuerdo a esa familia. Sí. Creo que sí. Sí. Ademas, conozco el campo. Mi familia era Wu Ting-top, los dueños de la farmacia en el cruce de caminos durante más de cien años.

—¡Ah! ¿Honorable Pharmacy Wu? ¡Claro que sí!

Spectacles Wu recordaba bien a la familia. Pharmacy Wu había sido siempre un simpatizador del maoísmo. En una ocasión había tenido que huir de los nacionalistas. En aquella aldea de un millar de personas se le quería bien y se le tenía confianza. Además, él se había encargado de que la vida en la aldea se mantuviera tan tranquila y protegida de los extraños como era posible.

—¡Así qué tú eres uno de los hijos de Wu Cho-tam, hermano menor! —exclamó Ah Tam—. ¡Ah, sí! En aquellos remotos días la vida era tan maravillosa en Ning-tok... En cambio, últimamente se había vuelto imposible.

—Sí. Nosotros fuimos afortunados. Nuestro campo era fértil Nosotros cultivamos el suelo como siempre, pero después de pocos años llegaron los de fuera y acusaron , a todos los dueños de

terrenos de ser explotadores. Nosotros no cultivábamos más que nuestro propio campo, aun así, de tarde en tarde desaparecían algunos propietarios, algunos fusilados… Por eso, una noche, hace, diez años, mi padre huyó con todos nosotros. Hoy mi padre está ya muerto, pero yo vivo con mi madre, no lejos de aquí.

—Hubo muchas fugas y hambres en los primeros días. He oído decir que ahora todo es mejor. ¿Lo has oído tú también? Vino gente de fuera, ¿eh? ¿Eso fue lo qué sucedió? Venían y se iban. La aldea ahora ya no está tan mal, hermano menor, ¡oh no! Los de fuera nos dejan en paz. Sí. Dejaron a mi ama y a todos nosotros en paz, porque mi padre era gente importante y uno de los partidarios de Mao desde un principio. El nombre de mi ama fue Fang-ling; ya murió. No hay granja colectiva cerca de nosotros, así que la vida es lo que siempre había sido si bien todos tenemos obligación de estudiar el Libro Rojo del camarada Mao. La aldea ya no está tan mal. Todos mis amigos están allá… Hong Kong es un lugar inmundo. Para mí el hogar es la aldea. La vida sin la familia no es nada. Pero ahora… —en ese momento, la anciana bajó la voz, contuvo una risita maliciosa y se dejó llevar de la satisfacción—. Ahora los dioses me han favorecido. En un mes o dos me regreso a casa, a casa para siempre. Tendré dinero suficiente para vivir, compraré la pequeña casa al final de mi calle y tal vez un pequeño campo y…

—¿Piensa retirarse? —preguntó Wu, dándole oportunidad de seguir hablando—. Pero, ¿quién tiene dinero para eso, hermana mayor? Me dijo que a usted no le pagaban nada esos…

—¡Ah! —respondió la anciana, sintiéndose interesante—. Tengo un amigo importante.

—¿Qué clase de amigo? ,

—Un amigo, hombre de negocios muy importante, que necesita ayuda mía. Como yo le he sido muy útil, me ha ofrecido darme una enorme suma de dinero…

—Usted está inventando toda esta historia, hermana mayor —replicó Wu—. ¿Acaso soy un extranjero necio qué,..?

—Yo te digo que mi amigo es tan importante que puede mantener a toda la isla en suspenso…

—Esa clase de gente no existe…

—¡Oh, sí existe! —bajó la voz y en tono ronco insinuó—. ¿Qué

me dices de los licántropos?

Spectacles Wu se quedó sin aliento. —¿Qué cosa?

La vieja volvió a contener una risita maligna, disfrutando el efecto de sus confidencias. —Sí.

El joven detective trató de recapacitar y no tardó en volver a poner todas las piezas del rompecabezas juntas. Si todo aquello era cierto, obtendría la recompensa, la promoción y tal vez una invitación para ingresar a los Servicios de Inteligencia.

—¡No, no! ¡Tú estás inventando todo esto!

—¿Sería yo capaz de mentirle a alguien de mi propia aldea? Mi amigo es uno de ellos, te lo aseguro.

Además es un 489 y su Hermandad va a ser la más rica de todo Hong Kong.

—¡Aaayyy! ¡Qué afortunada eres, hermana mayor! Cuando vuelvas a verlo pregúntale por favor si puede utilizar los servicios de alguien como yo. Soy un luchador callejero por oficio, pero mi triada es pobre y nuestro caudillo es un tonto y un extranjero. ¡Es tu amigo de Ning-tok?

—No. Es. . . es mi sobrino —contestó la vieja, y Wu supo luego que era una mentira—. Voy a verlo más tarde. Sí, vendrá más tarde. Me debe dinero.

—¡Aaayyy! Eso es bueno, pero no lo pongas en un banco, y desde luego no en el Ho-Pak o ten...

—¿Ho-Pak? —preguntó ella en tono de sospecha, frunciendo el ceño en medio de todas las arrugas del rostro—. ¿Por qué hablas del Ho-Pak? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Nada, hermana mayor —se apresuró a contestar Wu, maldiciendo su desliz, sabedor que desde ese momento la anciana estaría prevenida— Es que esta mañana vi las filas interminables, eso es todo.

La vieja asintió con la cabeza, sin convencimiento. Luego vio que su pollo estaba ya envuelto y listo para llevarlo. Le dio las gracias a Wu por el té y el pastel y se levantó, diciendo algo entre dientes. El la siguió con la máxima cautela. De cuando en cuando, ella se daba vuelta para ver quién venía detrás, pero nó logró verlo. Una vez tranquila, emprendió el camino a casa.

* * *

El hombre de la CIA salió de su automóvil y con paso rápido entró a las oficinas de la policía. El sargento uniformado que estaba en la recepción lo saludó.

—'ñas tardes, señor Rosemont. —Tengo una cita con el señor Crosse.

—Sí señor, está esperándolo.

Con el ánimo agrio, Rosemont avanzó hacia el ascensor. Esta maldita isla inmunda y miserable me da ganas de vomitar, y estos asquerosos ingleses otro tanto.

—-Hola, Stanley —saludó Armstrong—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Robert. Tengo una cita con tu jefe.

—Yo tuve ya ese disgusto una vez el día de hoy. Con toda exactitud a las 7:01 de la mañana.

Se abrió el ascensor. Rosemont entró y Armstrong lo siguió.

—Espero que tengas buenas nuevas para Crosse —dijo Armstrong con un bostezo—. Está de un humor detestable.

—¿Ah, sí? ¿Tú también vas a participar en esta reunión?

—Temo que sí.

Rosemont montó en cólera.

—¡Maldita sea! Le pedí una entrevista privada.

—Yo soy privado...

—Tú sí, Robert, sin duda. También Brian y todos los demás, pero hay un desgraciado que no lo es.

El buen humor de Armstrong se desvaneció.

—¿Cómo?

—No...

Fue todo lo,, que dijo Rosemont. Sabía que había herido los sentimientos del inglés, pero no le importaba. Es la verdad—pensó con acrimonia—. Cuanto más pronto abran los ojos estos uniformados británicos, tanto mejor.

El ascensor se detuvo. Caminaron por el corredor y al final Brian Kwok los introdujo en la oficina de Crosse. Rosemont pudo percibir la caída de los cerrojos a sus espaldas y pensó: qué necedad tan inútil y superflua... ¡este hombre tiene cabeza de alcornoque!

—Te solicité una entrevista privada, Rog.

—Es privada. Robert es muy privado... Brian también. ¿En qué puedo servirte, Stanley? —Crosse hacía alarde de una urbanidad fría.

—Muy bien, Rog. Hoy tengo para ti una larga lista. En primer lugar, tú en lo personal estás en un aprieto conmigo, con todo mi departamento, hasta con el mismo director en Washington. Se me ha pedido que te diga, entre otras cosas, que tu espía se ha superado

—¿Ah, sí?

La voz de Rosemont temblaba de ira.

—Para empezar, acabamos de saber de una de nuestras fuentes en Cantón que Fong-fong y todos tus chicos recibieron un buen golpe anoche. Su secreto protector ha sido revelado... están arruinados.

Armstrong y Brian Kwok se miraron pasmados. Crosse devolvió la mirada a su interlocutor, pero éste no pudo descubrir nada en ella.

—¡Tiene qué ser tu espía, Rog. Hay que identificarlo de acuerdo con los documentos de AMG del tai-pan.

Crosse dirigió la mirada a Brian Kwok y le dijo:

—Usa el código inalámbrico de emergencia, ¡verifica eso!

Mientras Briank Kwok salía a toda prisa, Rosemont insistió:

—¡Acabaron con ellos, pobres desgraciados!

—De cualquier manera, lo verificaremos. ¿Qué otra cosa?

Rosemont le dedicó una sonrisa melancólica.

—La otra cosa es que casi todo lo que había en el documento de AMG, propiedad del tai-pan se ha difundido entre la gente de los servicios de inteligencia de Londres... pero entre gente indebida.

—¡Dios maldiga a todos los traidores! —musitó Armstrong.

—¡Ah, sí! ¡Eso fue lo qué yo pensé, Robert! Lo siguiente es otra pequeña joya... Lo de AMG no fue accidente.

—¿Qué cosa?

—Nadie sabe el "quién" pero todos sabemos el "porqué". Su motocicleta fue golpeada por un automóvil. No se tiene la marca, ni la matrícula, ni el número del motor. No hay testigos, todavía no hay nada, pero fue embestido por el auto... y, ¡claro!, el indicio salió de aquí.

—Entonces, ¿por qué no me ha informado la Fuente? ¿Por qué tiene que llegarme la información por tu conducto? —preguntó Crosse.

La voz de Rosemont se volvió áspera.

—Acabo de colgar el teléfono. Estaba hablando con Londres.

Allá son apenas las 5 de la mañana, así que es posible que tu gente tenga la intención de avisártelo cuando llegue a la oficina, después de un sabroso desayuno de huevos con tocino,-consumido con la debida calma, ¡y rociado con una asquerosa taza de té!

Armstrong lanzó una mirada de soslayo a Crosse y la expresión de su rostro lo aterró.

—Me... me doy bien cuenta de la alusión, Stanley —explicó Crosse—. ¿Qué sigue?

—Las fotos que te di de los hombres que mataron a Voranski... ¿qué sucedió con ellas?

—Tenemos vigilada su guarida. Los dos hombres no volvieron a aparecer. Por eso. hice una incursión en ese lugar en las primeras horas de la mañana. Recorrimos todo el edificio, cuarto por cuarto, pero no encontramos a nadie que se pareciera a las fotografías. Registramos el lugar durante un par de horas, pero no había puertas secretas m cosa parecida. Allí no estaban. Tal vez tu colega se ha equivocado...

—En este caso, no. Marty Povitz estaba seguro. Nosotros pusimos vigilancia en el lugar tan pronto como desciframos la dirección, pero hubo un momento en el que no todos los alrededores estaban bien cubiertos... por delante y por detrás. Creo que alguien los advirtió... También debe de haber sido tu espía.

Rosemont sacó una copia de telex y se la puso: adelante. Crosse la leyó, enrojeció y se la pasó a Armstrong...

> *Descifrado del Director, Washington, a Rosemont, Director Dé-legado. Puesto: Hong Kong. Sinders MI-6 traé órdenes de Londres, de Fuente, de que tú vayas con él el viernes para ser testigo de la entrega de documentos y para obtener una copia fotográfica en el acto.*

—Tendrás tu copia en el correo de hoy, Rog —concluyó el norteamericano.

—¿Puedo conservar esto? —preguntó Crosse.

—Claro. A propósito, tenemos a alguien siguiéndole la pista a Dunross, nosotros también, por...

Crosse protestó iracundo:

—¡Suplico que tengan la amabilidad de no intervenir en nuestra jurisdicción!

—¡Te advertí qué estabas rodeado de mierda, Rog! —con un gesto tenso, Rosemont puso otro cable sobre la mesa.

> *Rosemont, Hong Kong. Entregarás este cable al jefe de Servicios Especiales, en persona. Hasta nueva orden, Rosemonf tiene autorización para actuar con absoluta independencia, a fin de ayudar a descubrir al elemento hostil en la forma que le parezca. Sólo se le exige mantenerse dentro de la ley y tener a usted al corriente de sus actividades. Fuente 8-98/3.*

Rosemont pudo ver que Crosse contenía a duras penas una explosión.

—¿Qué otra cosa has autorizado? —preguntó Crosse.

—Nada… todavía. Lo siguiente es esto: Estaremos en el banco el vi…

—¿Sabes dónde puso Dunross los documentos?

—Se sabe en toda la ciudad.. . entre la gente de nuestra profesión. Te acabo de decir que tu espía está trabajando tiempo extra —de repente, Rosemont explotó —¡Vamos, Rog, por amor de Dios! Sabes bien que si le das a Londres una noticia candente, ¡se esparcirá como reguero de pólvora por toda esta ciudad! Todos nosotros tenemos problemas de seguridad, ¡pero los tuyos son los peores! —hizo un esfuerzo y se calmó—. Podrías haber sido honrado conmigo en lo relativo a Dunross… Nos habríamos ahorrado mucha amargura y pérdida de prestigio.

Crosse encendió un cigarrillo.

—Tal vez sí. Pero tal vez no. Yo únicamente trataba de mantener la seguridad.

—¿Me recuerdas? ¡Yo estoy de tu lado! —¿Estás de mi lado?

—¡Puedes apostar la cabeza a que sí! —protestó Rosemont en un fuerte arrebato de ira—. Si de mí hubiera dependido, ya habría mandado abrir todas y cada una de las cajas de seguridad antes de la caída del sol y… ¡al demonio con las consecuencias!

—Gracias a Dios que no puedes hacerlo.

—¡Por amor de Dios! Estamos en guerra y sólo Dios sabe lo que hay en esos otros documentos. ¡Tal vez revelan a tu maldito espía, y así podremos atraparlo y darle su merecido!

—Sí —convino Crosse con una voz que se sentía como latigazo

—. ¡O tal vez en los documentos no hay nada en absoluto!

—¡Qué quieres decir?

—Dunross estuvo de acuerdo en entregar los expedientes a Sinders el viernes. ¿Qué sucederá si no hay nada en ellos? O bien, ¿qué hacemos si él ha quemado las páginas y no nos da más que las cubiertas? ¿Qué diantres nacemos en ese caso?

Rosemont se quedó atónito.

—¡Jesucristo! ¿Será posible?

—¡Claro qué es posible!, Dunross es astuto. Quizá ni siquiera están allí, o los de la bóveda son falsos o inexistentes. No nos consta que los haya llevado... Lo único que sabemos es que dijo que lo haría.

¡Vive Dios! Hay cincuenta posibilidades... Ustedes son tan inteligentes, ustedes los de la CIA... Dime en qué caja de seguridad están y yo mismo iré a abrirla.

—Consigue la llave del gobernador. Dame a mí y a algunos de mis muchachos libre acceso durante cinco horas y...

—¡Fuera de discusión! —rugió Crosse, enrojeciendo de pronto.

Armstrong pudo percibir la violencia en toda su intensidad. Pobre Stanley, hoy eres el blanco. Logró reprimir un estremecimiento, al recordar las veces que había tenido que hacer frente a Crosse. Pronto había aprendido que era más fácil decirle la verdad, decirle todo desde el primer momento. Sabía, sin lugar a dudas que si Crosse lo sometía a un interrogatorio severo, estaba perdido. Gracias a Dios que todavía no ha tenido motivo para hacerlo —pensó con alivio—. Luego volvió la mirada hacia Rosemont que era presa de la rabia. Me pregunto quiénes son los informadores de éste y cómo sabe con certeza que Fong-fong y su equipo han sido eliminados.

—Fuera de discusión —repitió Crosse.

—Entonces, ¿qué demonios vamos a hacer? ¿Quedarnos cruzados de brazos hasta el viernes?

—Sí. Esperaremos. Se nos ha ordenado esperar. Aun cuando Dunross haya arrancado páginas, o secciones, o eliminado expedientes enteros, no podemos encarcelarlo... ni obligarlo a recordar o a decirnos nada.

—Si el Director o la Fuente deciden que hay que contar con él, hay modos de hacerlo. Es lo que él enemigo haría.

Crosse y Armstrong se quedaron viendo a Rosemont. Al fin, el segundo dijo en tono frío:

—Pero eso no hace que sea una medida lícita.

—Tampoco hace que sea ilícita. Hay algo que quiero decirte. Pero a ti sólo, Rog. —Sin titubear, Armstrong se levantó, pero Crosse le hizo seña de que se quedara y comentó:

—Armstrong es como si fuera yo mismo.

El aludido apenas pudo ocultar la risa que le producía semejante afirmación.

—No. Lo siento, Rog. Son órdenes... de los tuyos y de los míos. Armstrong vio que Crosse vacilaba.

—Robert, espera afuera. Cuando yo oprima el botón, vuelves a entrar. Averigua qué ha sabido Brian.

—Sí, señor.

Armstrong salió y cerró la puerta, lamentando no estar presente para lo mejor de todo. —¿Y bien...?

El norteamericano encendió otro cigarrillo. —Este es archisecreto. Hoy a las 04:00 la Noventa y dos íntegra fue dejada caer en paracaídas en Azerbaiján, apoyada por grandes unidades de la Fuerza Delta, y se han desplegado a lo largo de toda la frontera irano-soviética —los ojos de Crosse se desorbitaron—. Se hizo a petición directa del Sha, en respuesta a los preparativos masivos de los militares soviéticos en la línea fronteriza y a las acostumbradas rebeliones patrocinadas por los rusos en todo el territorio de Irán. ¡Santo Dios, Rog! ¿No puedes poner algo de clima artificial aquí? —Rosemont se enjugó la frente—. En este momento hay todo un manto de seguridad sobre Irán. A las 06:00 aterrizaron en el aeropuerto de Teherán unas unidades de refuerzo.

Nuestra Séptima Flota va rumbo al Golfo Pérsico, y la Sexta, o sea la del Mediterráneo está ya en posición de combate frente a Israel. La Segunda, la del Atlántico, va camino del Báltico. Se ha dado la voz de alerta a la NORAD y también a la OTAN, y todos los Poseidones están a un paso del Rojo.

—¡Dios bendito! ¿Qué demonios está sucediendo?

—Krushov está preparándole otro drama real a Irán, que siempre ha sido un blanco magnífico para los soviéticos, ¿no es cierto? Piensa que lleva ventaja. Irán le queda contiguo a su frontera, donde sus líneas de comunicación son reducidas y las

nuestras son enormes. Ayer, las fuerzas de seguridad del Sha descubrieron una insurrección "social-demócrata", que estaba preparada para estallar en unos días en Azerbaiján. Por eso el Pentágono está reaccionando para defenderse como gato boca arriba. Si se pierde Irán, se pierde todo el Golfo Pérsico, luego la Arabia Saudita y con ellos el petróleo de Europa y en esa forma, toda Europa está perdida.

—El Sha se ha visto en problemas ya en otras ocasiones. ¿No será todo esto otro caso de reacción excesiva de parte de ustedes?

El norteamericano adoptó una actitud dura y dijo:

—Krushov retrocedió en sus planes sobre Cuba, y fue la primera vez que Rusia retrocede en algo, porque Kenneddy no estaba bromeando, y lo único que los comunistas entienden es el lenguaje de la fuerza. *!La maldita fuerza masiva, en grande y con decisión!* ¿Será mejor que el gran "K" retroceda también esta vez, de lo contrario le cortaremos la cabeza!

—Ustedes se exponen a volar en pedazos a todo el malhadado mundo, sólo por un montón de revolucionarios locos, fanáticos e incultos, que incluso es probable que tengan alguna razón para rebelarse...

—Yo no participo en la política, Rog, sólo estoy involucrado en el esfuerzo por ganar. El petróleo de Irán, el del Golfo Pérsico, el de Arabia Saudita son la arteria vital de Occidente. No vamos a permitir que el enemigo se apodere de él.

—Si lo quieren, se apoderarán de él.

—No. Esta vez no lo harán., A nuestra operación le hemos dado el nombre de Curso Seco. La idea es cargar con, fuerza, ahuyentar al enemigo y retirarnos con rapidez, sin ruido, para que nadie, excepto el enemigo mismo, resulte haber sido el más inteligente. Sobre todo, para que ningún indecente diputado o periodista trotamundos se Heve la gloria de la maniobra. El Pentágono calcula que los soviéticos no creen que podamos responder con tanta rapidez, en forma tan masiva desde una distancia tan grande.

Por eso, esto les producirá una conmoción, se darán a la fuga protectora y suspenderán todo... hasta la próxima vez.

El silencio resulto ominoso. Crosse empezó a tamborilear sobre el escritorio. Al fin dijo:

—¿Qué se supone que debo hacer yo? ¿Por qué estás

diciéndome todo esto?

—Porque el jefe me lo ha ordenado. Quieren que todos los Servicios de Inteligencia aliados sepan, porque si este problema atiza el fuego, se producirán tumultos de adhesión en todas partes, como dé costumbre; habrá las clásicas y bien coordinadas rebeliones a base de chusmas pagadas, y es preciso que tú estés preparado. Los documentos de AMG decían que Sevrin estaba muy activo aquí... es posible que haya un eslabón de ellos. Además, tú aquí, en Hong Kong, eres de importancia vital para nosotros. Eres la puerta trasera para China, para Vladivostok y para toda la Rusia asiática... y también nuestro mejor atajo hacia sus bases submarinas atómicas y sus bases navales en el Pacífico —Rosemont sacó otro cigarrillo; le temblaban los dedos—. Escúchame, Rog—prosiguió, tratando de dominar su hirviente ira—, ¿que te parece si olvidamos toda la burocracia oficial y tratamos de ayudarnos mutuamente, eh?

—¿Qué submarinos atómicos? —preguntó Crosse con estudiado escarnio, lanzándole un anzuelo—. Ellos todavía no tienen submarinos atómicos y...

—¡Por amor de Dios! —estalló Rosemont—. ¡Tu propia gente ha estado llenándoles a ustedes la cabeza de; noticias y ustedes no los escuchan! Siguen vociferando coexistencia pacífica y tratando de amordazarnos a nosotros, mientras el enemigo se. muere de risa. ¡Tienen submarinos nucleares y bases de misiles y navales en todo el mar de Okhotsk!

Se levantó de su silla y se acercó al enorme mapa de China y Asia que cubría Ta mayor parte de una pared y puso con fuerza el índice en la península de Kamchatka, al norte de Japón. Luego siguió explicando:

—...Petrapavlovsk, Vladivostok... tienen operaciones gigantescas a lo largo de toda esta costa siberiana, aquí en Komsomolsk, en la desembocadura del río Amur y en Sakhalin. Pero Petropavlovsk es la importante. Dentro de diez años ése será el máximo puerto bélico de Asia, con aeródromos de refuerzo, refugios submarinos anti-atómicos, pistas para cazas, también protegidas contra bombardeo atómico y depósitos de misiles.

Desde allí amenazarán a toda Asia: Japón, Corea, China, las Filipinas... sin olvidar a Hawai y a nuestra Costa Oeste.

—Las fuerzas norteamericanas son superiores y lo serán siempre.

Ustedes están exagerando, una vez más.

La expresión de Rosemont se volvió sombría.

—La gente me llama halcón. No lo soy. Simplemente soy realista. Ellos están en pie de guerra.

Nuestros Midas III han señalado toda clase de porquerías, nuestro... —se interrumpió y casi quiso abofetearse por haber dejado que la lengua lo traicionara—... En fin, sabemos muchas de las cosas que están haciendo en este momento... ¡y te aseguro que no son arados para la tierra!

—Yo creo que te equivocas. Ellos están en contra de la guerra tanto como nosotros.

—¿Quieres una prueba? |Te la daré mañana, tan pronto como me la autoricen! —contestó el norteamericano en tono agresivo—. Si queda demostrado, ¿podremos colaborar mejor?

—Yo creía que ahora estábamos colaborando bien...

—¿Colaborarás mejor?

—En todo lo que quieras. ¿Quiere Fuente que yo reaccione de algún modo específico?

—No. Sólo que estés preparado. Supongo que todo lo que te he dicho se filtrará a través de los canales hoy mismo.

—Sí—de repente, la actitud de Crosse se tornó amable—. ¿Qué es lo que en realidad está molestándote, Stanley?

Rosemont se. sintió libre de toda hostilidad y explicó.

—Hemos perdido uno de nuestros mejores puestos de avanzada en Berlín Oriental; sucedió anoche.

Fue un grupo numeroso de gente valiosa. Uno de mis colegas cayó mientras atravesaba el muro en dirección al Oeste, y estamos seguros de que la operación está vinculada a AMG.

—¡Oh! Me apena saberlo. ¿No fue Tom Owen, verdad?

—No. El salió de Berlín el mes pasado. Fue Frank O'Connell.

—No creo haberlo conocido. Es triste. —Escúchame, Rog, este asunto de tu espía es una mierda... Se levantó, volvió a acercarse al mapa que estaba en la pared y lo contempló durante largo rato. —¿Tú sabías algo de Imán?

—Perdón, ¿qué dijiste?

El índice de Rosemont señaló con fuerza un punto del mapa. La ciudad estaba tierra adentro, 290 kilómetros al norte de Vladivostok, en un crucero de ferrocarril. El norteamericano

explicó:

—Es un centro industrial, hay ferrocarriles y fábricas numerosas,

—¿Qué hay con eso?

—¿Has oído hablar del aeropuerto que existe en ese lugar?

—¿Qué aeropuerto?

—Es subterráneo... ¡toda la maldita cosa está en las afueras del poblado! Está construido como un gigantesco laberinto de cavernas naturales. Tiene que ser una de las maravillas del mundo. Tiene capacidad atómica, Rog. La base entera fue construida por los japoneses y los nazis, a base de trabajos forzados, en el '45, '46 y '47. Dicen que trabajaron allí unos cien mil hombres. Todo está bajo tierra, Rog. Tiene cupo para 2,500 aeroplanos, con su tripulación y su personal de refuerzo. Está hecho a prueba de bombas, incluso atómicas, tiene ochenta pistas que desembocan en una franja gigantesca que gira en torno a dieciocho colinas de poca altura. Uno de nuestros hombres necesitó nueve horas para recorrerla. Eso fue en 1946.... ¿qué será ahora?

—Estará mejor aún... si todavía existe.

—Está en funciones ahora. Unos cuantos hombres de los Servicios de Inteligencia de ustedes y de nosotros, e incluso algunos de los mejores periodistas tuvieron noticia de ese aeródromo, ya en el '46.

Entonces, ¿a qué viene el silencio que lo rodea ahora? Esa base, por sí sola es una amenaza ingente para todos nosotros y nadie dice pío. La misma China permanece callada y yo me corto la cabeza si no sabe lo relacionado con Imán.

—No tengo respuesta que darte.

—Yo sí. Pienso que la información a ese respecto se ha sepultado, junto con muchas otras cosas, en forma deliberada —el norteamericano se levantó y se estiró—. ¡Santo Dios! El mundo entero está desmoronándose... ¡y yo con dolor de espalda! ¿Conoces a un buen quiropráctico?

—¿Has consultado el doctor Thomas, de Pedder Street? Yo recurro siempre a él.

—No lo soporto. Te tiene esperando turno. Nunca quiere dar una cita. ¡Bendito sea Dios por los quiroprácticos! Estoy tratando de que mi hijo se dedique a eso en lugar de ejercer de médico internista.

El teléfono sonó y Crosse tomó el auricular.

—Dime, Brian —Rosemont contemplaba a Crosse mientras esperaba, pero éste se detuvo—. Un momento, Brian. Stanley, ¿hemos terminado tú y yo?

—Sí, sí. Sólo falta un par de cosas ordinarias, de rutina.

—De acuerdo, Brian. Sube con Robert y entren a mi oficina sin tardanza —Crosse colgó el teléfono y explicó—. No pudimos comunicarnos con Fong-fong. Es probable que tengas razón. En cuarenta y ocho horas serán MPD o MPC...

—No te entiendo...

—MPD significa Missing Presumed Dead (desaparecidos, considerados muertos); MPC quiere decir Missing Presumed Captured (desaparecidos, considerados prisioneros).

—Pésimo. Siento haber traído malas noticias.

—¡El hado!

—Estando de por medio "Curso Seco" y el asunto de AMG, ¿qué opinarías de poner a Dunross bajo custodia protectora?

—Fuera de discusión.

—Tú cuentas con la Ley de Secretos Oficiales.

—Fuera de discusión.

—Yo voy a proponerlo. A propósito, los muchachos del FBI de Ed Langan lograron relacionar a Banastasio con Bartlett. Es unˆ gran accionista de Par-Con. Dicen que proporcionó la plata para la última fusión corporativa que puso a Par-Con entre los grandes.

—¿Hay algo sobre las visas moscovitas de Bartlett y Tcholok?

—Lo mejor que hemos podido indagar es que entraron como turistas. Es posible que así haya sido, y es posible que se hayan valido de esa treta para disimular su identidad.

—¿Alguna noticia sobre los rifles?

Esa mañana, Armstrong había expuesto a Crosse la teoría de Peter Marlowe y el jefe había ordenado la vigilancia inmediata de Four Fingers Wu y había ofrecido una gran recompensa por cualquier información.

—Los del FBI están seguros de que se embarcaron en Los Angeles. Sería fácil hacerlo... El hangar de Par-Con no tiene vigilancia de seguridad. También se verificaron los números de serie que tú nos diste. Todos pertenecían a un lote que se "desvió" en el camino de la fábrica a Camp Pendleton, que es la bodega de la Marina en el sur de California. Es posible que estemos

tropezándonos con una gran camarilla de contrabandistas de armas. Más de setecientos MI-4 se han desviado durante los últimos seis meses. Hablando de eso... —Rosemont se interrumpió al oír una discreta llamada a la puerta.

Crosse oprimió el interruptor. El norteamericano observó el movimiento. La puerta se abrió y Brian Kwok y Armstrong entraron a la oficina. Crosse los invitó a sentarse. Rosemont prosiguió: —...hablando de eso, ¿recuerdas el caso CARE?

—¿La sospecha de corrupción aquí en Hong Kong?

—Esa, precisamente. Nosotros podríamos tener una pista para ti.

—Muy bien. Robert, hubo un tiempo en que tú estuviste encargado de eso, ¿me equivoco? —Así es, señor —respondió el aludido lanzando un suspiro.

Tres meses antes, un vicecónsul norteamericano había pedido al CID que investigara la administración de los fondos de beneficencia, para ver si había personas encargadas de la misma con dedos ágiles, que supieran sustraer una que otra cantidad para su provecho personal. La investigación y las entrevistas estaban todavía en proceso.

—¿Qué puedes decirnos, Stanley?

Rosemont se hurgó en los bolsillos y sacó una nota escrita a máquina. Había en ella tres nombres y una dirección: Thomas K. K. Lim (Foreigner Lim), el señor Tak Chou-lan (Big Mouth Tak), el señor Lo Tup-lin (Buchtooth Lo), Cuarto 720, Edificio Princes, Central.

—Thomas K. K. Lim es norteamericano bien provisto de dinero y bien relacionado en Washington, Vietnam y Sudamérica. Tiene negocios con los otros dos sujetos en esa dirección. Tuvimos un indicio de que está involucrado en un par de negocios turbios con AID, y de que Big Mouth Tak tiene mucho que ver con CARE. Como no es asunto de nuestra competencia, se lo pasamos a ustedes —Rosemont se encogió de hombros y volvió a estirarse—. Puede ser una pista. El mundo entero está en llamas, ¡pero nosotros tenemos que tratar con villanos! ¡Qué locura! Me mantendré en contacto con ustedes. Lamento lo de Fong-fong y su gente...

Con un gesto de despedida, salió.

Crosse refirió a Armstrong y a Brian Kwok en pocas palabras lo qué se le había dicho sobre la operación "Curso Seco". Brian Kwok

comentó en tono agrio:

—Un día uno de esos yankees locos va a cometer un gran error. Es una necedad emplazar armas atómicas en situaciones críticas.

Crosse fijó la mirada en ellos y los dos policías se pusieron en guardia.

—Quiero a ese espía. Lo quiero antes que la CIA dé con él. Si ellos lo encuentran primero... —su rostro revelaba una ira nada disimulada— Brian, ve a ver a Dunross. Dile que AMG no murió en un accidente y que él no debe salir sin escolta nuestra de cerca... por ningún concepto. Dile que yo preferiría que nos diera los documentos temprano, en forma confidencial. Así ya no tendría nada que temer.

—Sí, señor.

Brian Kwok sabía que Dunross haría exactamente lo que le pluguiera, pero no abrió la boca.

—Nuestros planes normales anti-tumulto bastan para hacerse cargo de cualquier subproducto del problema iraní y de "Curso Seco" —observó Crosse—. Sin embargo, sería mejor poner sobre aviso al CID y... —se detuvo al ver que Armstrong fruncía el ceño ante el papel que Rosemont le había entregado—... ¿Qué sucede, Robert?

—¿No tenía Tsu-yan una oficina en el Edificio Princes?

—¿Qué dices, Brian?

—Varias veces lo seguimos hasta ese lugar, señor. Visitaba a un conocido de negocios... —Brian Kwok se esforzó en recordar—... negocios de embarques. El nombre del hombre era Ng: Vee Cee Ng, conocido por el sobrenombre de Photographer Ng, del despacho número 721. Lo investigamos, pero todo estaba en regla. Vee Cee Ng administra embarques en Asia y China y cerca de cincuenta negocios aliados. ¿Por qué?

—La dirección que tengo aquí es 720. Tsu-yan podría enlazarse con John Chen, los rifles, Banastasio, Bartlett... y hasta con los licántropos —propuso Armstrong.

Crosse tomó el papel y después de una pausa propuso:

—Robert, elige un equipo y ve a registrar los despachos 720 y 721 ahora mismo.

—No está dentro de mi zona, señor.

—¡Cuánta razón tienes! —contestó luego Crosse, en un tono

muy sarcástico—. Lo sé bien, Robert. Tú eres CID de Kowloon, no Central. Sin embargo, YO autorizo la incursión. Ve y ejecútala… ahora.

—Sí, señor —contestó Armstrong; la sangre se le había subido al rostro.

Se produjo un silencio desagradable. Brian Kwok esperó, contemplando en actitud estoica la superficie del escritorio de Crosse. Este escogió un cigarrillo con todo cuidado, lo encendió y luego se recargó en el respaldo de su sillón y comentó:

—Brian, yo creo que Robert es el espía.

29
1:38 p.m.

Robert Armstrong y un sargento uniformado de la policía salieron del auto del escuadrón de policía y avanzaron a través de la multitud por entre la amplia bóveda de los portales del Princes, con sus joyerías y tiendas de curiosidades, sus expendios de cámaras fotográficas y aparatos de radio, muy bien provistos de los más recientes milagros de la electrónica, que estaban en la planta baja del anticuado edificio de oficinas de numerosos pisos en la zona Central. Se abrieron paso hacia el conjunto de ascensores, uniéndose al enjambre de personas que esperaban el mismo servicio. Por fin llegó el momento en que los dos policías pudieron entrar en el ascensor. El ambiente allí era denso, fétido y nervioso. Los pasajeros chinos los observaban de soslayo con actitud incómoda.

Armstrong y el sargento salieron en el séptimo piso. El corredor estaba sucio y era angosto. A ambos lados había puertas de oficina sin rótulo alguno. Armstrong se detuvo un momento, estudiando con cuidado el tablero. El despacho 720 estaba registrado como «Urbanizaciones Ping-sing Wah», y el 721 como «Embarques en Asia y China». Caminó con aplomo por el angosto corredor. A su lado iba el sargento Yat.

Al dar ellos vuelta siguiendo el corredor, un chino de edad madura, de camisa blanca y pantalón oscuro salía del despacho 720. Los vio, palideció y retrocedió, encerrándose de nuevo en la oficina.

Cuando Armstrong llegó a la puerta, esperaba encontrarla cerrada con llave, pero no fue así. La abrió de un empellón en el momento preciso en que pudo ver al hombre de camisa blanca tratando de desaparecer por la puerta posterior, mientras otro hombre se apretujaba con él en el esfuerzo por huir al mismo tiempo. La puerta se cerró de un golpe.

Armstrong suspiró. Había dos secretarias despeinadas en aquella suite de negocios de baja calidad y descuidada, con tres cuartos

nada espaciosos. Las dos mujeres lo contemplaban embobadas, una de ellas con sus palillos chinos en el aire, sobre un tazón de pollo y pasta. Los trozos de pasta se deslizaron de los palillos y volvieron a caer al tazón.

—'ñas tardes —saludó Armstrong.

Las dos mujeres lo miraron boquiabiertas. Luego observaron al sargento y después volvieron a fijar la mirada en el jefe.

—¿Dónde están los señores Lim, Tak y Lo, por favor?

Una de las chicas se encogió de hombros. La otra, despreocupada, volvió a empezar a comer, en forma sonora. La suite de negocios estaba descuidada y desaseada. Había dos teléfonos, papeles esparcidos por todos lados, vasos de plástico, platos y tazones sucios y palillos chinos usados.

Además, una tetera y tazas para el té, y botes de basura llenos.

Armstrong sacó la orden de cateo y la mostró a las chicas. Ellas se quedaron viéndolo. En tono de indignación, Armstrong preguntó:

—¡Ustedes..! ¿Hablan inglés?

Ambas pegaron un salto.

—Sí, señor —respondieron a coro.

—Muy bien. Den sus nombres al sargento y respondan a sus preguntas. El...

En ese momento se abrió la puerta trasera y los dos prófugos entraron seguidos de sendos policías uniformados de rostro severo, que habían estado aguardándolos bien emboscados.

—¡Ah, magnífico! Bien hecho —aprobó Armstrong—. Gracias, cabo. Ahora veamos... ¿Adónde iban ustedes dos?

En el acto los dos aludidos empezaron a proclamar su inocencia en su voluble cantonés.

—*¡Callen la boca!* —rugió Armstrong, y ellos callaron—. Díganme su nombre —lo observaron atónitos; entonces les dijo en cantonés— ¡Díganme su nombre... y será mejor que no mientan o me harán enojar mucho!

—El es Tak Chou-lan —afirmó el de los dientes salientes, señalando a su compañero.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Ehm... Lo Tup-sop, amo, pero no he hecho...

—¿Lo Tup-sop? ¿No eres Lo Tup-lin?

—O no, señor superintendente, ése es mi hermano.

—¿Dónde está?

El de los dientes salientes se encogió de hombros y dijo: —No sé. Por favor, ¿qué está...?

—¿Adonde ibas con tanta prisa, Bucktooth Lo?

—Había olvidado una cita, amo. ¡Oh! Era muy importante. Es urgente y voy a perder una fortuna si no acudo inmediatamente. ¿Puedo irme ya, honorable se...?

—¡No! Aquí está mi orden de cateo. Vamos a revisar y a llevarnos todos los papeles que...

En el acto, los dos chinos empezaron a protestar con energía.

Armstrong volvió a interrumpirlos en tono violento.

—¿Quieren irse ahora mismo a la frontera?

Ambos palidecieron y sacudieron la cabeza en un gesto negativo.

—Muy bien. Entonces, ¿dónde está Thomas K, K. Lim?

Ninguno de los dos respondió. Armstrong hundió el índice en el pecho del más joven e insistió:

—¡Usted, señor Bucktooth Lo! ¿Dónde está Thomas K. K. Lim?

—En Sudamérica, amo —respondió el aludido en tono nervioso.

—¿Dónde..?

—Yo no sé, señor. El sólo comparte la oficina con nosotros. Ese es su inmundo escritorio.

Bucktooth Lo señaló con el dedo la esquina más alejada del recinto. Allí había un escritorio en el máximo desorden, con un teléfono y un mueble de archivo. Bucktooth Lo siguió protestando:

—Yo no he hecho nada indebido, amo. Foreigner Lim es un extranjero de la Montaña Dorada. Este, mi Cuarto Primo Tak no hace más que rentarle el espacio, amo. Foreigner Lim va y viene como le place y no tiene nada que ver conmigo. ¿Es acaso un sucio delincuente? ¡Si hay algo malo en sus actividades, yo no sé nada de ellas!

—Entonces... ¿qué sabes tú del robo de dinero del CARE?

—¿Qué cosa? —los dos chinos lo miraron boquiabierto.

—Los informadores nos han dado pruebas de que todos ustedes están robando dinero de beneficencia que corresponde a mujeres y niños que mueren de hambre,.

Sin titubear, los dos chinos empezaron a defender su inocencia.

—¡Basta de esto! ¡El juez será el que decida! Ustedes van a ir al cuartel de policía a presentar declaraciones —luego cambió de

nuevo al idioma inglés y dijo—. Sargento, lléveselos a nuestras oficinas. Cabo, vamos a empezar a...

—Honorable señor —interrumpió Bucktooth Lo, en un inglés intermitente y nervioso—... Si puedo hablar... en oficina, por favor... —señaló otro cuarto igualmente desordenado y lleno de cosas.

—De acuerdo

Armstrong siguió a Lo. La estatura del primero era muy superior a la del segundo. El chino cerró la puerta en un gesto nervioso y empezó a hablar en cantonés precipitado y nervioso.

—Yo no sé nada que tenga que ver con delincuencia, amo. Si hay algo ilícito, es asunto de esos otros dos. Yo no soy más que un honorable hombre de negocios que quiere mandar a sus hijos a la universidad en Estados Unidos...

—Sí, sí. Entiendo. ¿Qué querías decirme en privado antes de ir a la oficina central de la policía?

El hombre sonrió con un gesto nervioso, se acercó al escritorio y empezó a abrir el cajón, mientras decía:

—Si alguno es culpable de algo, no soy yo, amo. Yo no sé nada de nada.

Abrió el cajón. Estaba lleno de billetes rojos, usados por valor de 100 dólares, sujetos en paquetes de millares. —Amo, si usted me deja libre...

Hizo un gesto sonriente, señalando con los dedos el dinero.

Armstrong dio un puntapié violento, cerrando el cajón y prensando la mano del chino, que lanzó un aullido de dolor. Lo abrió el cajón con la otra mano y dejó escapar una queja:

—¡Oh, oh! Mi inmunda ma...

Armstrong acercó la cara amenazadora a la del chino aterrado y le dijo:

—¡Escúchame, cerdo carne de perro! Es contra la ley tratar de sobornar a un policía... ¡Y si tratas de protestar diciendo que tus dedos maltratados fueron un acto de brutalidad policial, yo me encargaré personalmente de hacer carne molida de tus testículos!

Se recargó en el escritorio. El corazón le latía con fuerza. Sentía un nudo en la garganta, enfurecido por la tentación y la perspectiva de todo aquel dinero. ¡Qué fácil sería tomarlo, pagar sus deudas, tener más que suficiente para especular en el mercado y apostar en

las carreras y luego salir de Hong Kong antes que fuera demasiado tarde!

¡Era tan fácil! Mucho más fácil que resistir... tanto en esta ocasión como en otras mil más. En ese cajón sólo debía de haber unos 30 o 40,000. Y si hay un cajón lleno —pensó— debe haber otros. Si hago presión sobre este desgraciado, encontrará el modo de escupir una cantidad diez veces mayor que ésta.

Con un gestó violento, le tomó la mano. El hombre volvió a gemir. La punta dé un dedo estaba aplastada. Armstrong pensó que Lo perdería un par dé uñas y tendría dolor de sobra, pero nada más.

Estaba furioso consigo mismo, por haber perdido el control de sí mismo, pero estaba cansado y sabía que no era sólo él cansancio.

—¿Qué sabes de Tsu-yan?

—¿Qué cosa? ¿Yo? ¡Nada! ¿Tsu-yan? ¿Cuál Tsu-yan? Armstrong lo atrapó con violencia y lo sacudió: —¡Tsu-yan! ¡El contrabandista de rifles Tsu-yan!

—¡Nada, amo!

—¡Embustero! Hablo de ese Tsu-yan! que visita al señor Ng, de la oficina contigua...

—¿Tsu-yan? ¡Ah, ese Tsu-yan! ¿Es contrabandista de armas? ¡Eso no lo sabía yo! Siempre pensé que era un hombre de negocios. Es otro hombre del norte, como Photographer Ng...

—¿Quién?

—Photographer Ng, amo. Vee Cee Ng, el de la oficina contigua. El y su Tsu-yan nunca vienen aquí ni hablan con nosotros... ¡Oh, necesito un doctor...! ¡Oh, mi mano!

—¿Dónde está Tsu-yan ahora?

—¡No sé, amo...! ¡Oh, mi inmunda mano, oh, oh, oh...! Juro por todos los dioses que no lo conozco... oh, oh, oh...

En un gesto violento, Armstrong lo obligó a sentarse en una silla y de un golpe abrió la puerta. Los tres policías y las dos secretarias lo contemplaron en silencio.

—¡Sargento! Llévese a este insecto al cuartel general y acúselo de haber tratado de sobornar a la policía. Mire esto... —lo invitó a pasar y le señaló el cajón del escritorio.

Los ojos del sargento se abrieron azorados.

—*¡Dew neh loh moh!*

—Cuente eso, haga que los dos hombres firmen una nota con la

cantidad correcta, llévéselo a la oficina, junto con ellos y entréguelo.
—Sí, señor.
—Cabo, usted empiece a revisar los expedientes. Yo voy a la oficina contigua. No tardaré.
—Sí, señor.
Armstrong salió a grandes pasos. Sabía que ese dinero se contaría con rapidez... lo mismo que cualquier otro que hubiera en esa oficina. Si aquel cajón estaba lleno, habría otros más... luego, la cantidad que se entregaría en la oficina sería objeto de rápida negociación entre los jefes, el sargento Yat y Lo y Tak, y que el resto lo dividirían entre ellos. Lo y Tak lo considerarían copartícipe, con una parte importante, y sus propios hombres juzgarían que estaba loco si no la quisiera. ¡Qué importaba!
Ese dinero era robado. El sargento Yat y sus hombres eran buenos y su paga era completamente insuficiente para sus responsabilidades. Un poco de *h'eung yau* no les haría ningún daño y sería un don de Dios. ¿Quién podría negarlo?
En China hay que ser pragmático —se dijo Armstrong, con cierta acrimonia en el momento en que llamó a la puerta 721 y entró. Una secretaria bien parecida lo miró, interrumpiendo un instante el almuerzo, que era un tazón de arroz blanco puro y rebanadas de puerco asado con brécol fresco, que despedía un agradable vapor.
—'ñas tardes —saludó Armstrong, mostrando su credencial—. Quisiera ver al señor Vee Cee Ng, por favor.
—Lo siento, señor —contestó la chica en buen inglés y poniendo los ojos en blanco—. Ahora no está.
Salió. Fue a comer.
—¿Adonde?
—Supongo que a su club. No... no volverá sino a eso de las cinco.
—¿Cuál es su club?
Ella le dijo un nombre. El nunca lo había oído mencionar, pero eso no significaba nada, porque había centenares de clubes chinos privados para comer o cenar, en mah-jong.
—¿Cómo se llama usted?
—Virginia Tong, señor —repuso, después de pensarlo un instante.

—¿Tiene inconveniente en que vea un poco la oficina? —al hacer la pregunta pudo notar un brillo nervioso en los ojos de la chica; luego añadió—. Aquí está mi orden de cateo.

Ella la tomó para leerla. El pensó: así se hace, jovencita. Luego la chica preguntó:

—¿Cree qué podría esperar… hasta las cinco?

—Daré una primera ojeada ahora mismo.

Ella se encogió de hombros, se levantó y abrió la puerta de la oficina interna. Era pequeña y se veía vacía, con la única excepción de unos escritorios destartalados, los teléfonos, algunos archiveros, cartelones con fotos de barcos y horarios de navegación. Además de la puerta posterior, había otras dos.

Armstrong abrió una, del lado del despacho 720, pero no comunicaba más que a un inmundo y maloliente excusado, que tema al lado un sucio lavabo. La puerta posterior estaba cerrada con un pasador.

Armstrong retiró los cerrojos y pasó al desaseado descanso de una escalera trasera, que servía como salida provisional de emergencia, en caso de incendio y también como otra vía para abandonar la oficina. El oficial volvió a cerrarla. Virginia Tong no dejaba de observar ninguno de sus movimientos.

La última puerta, sobre la pared más distante, estaba cerrada con llave.

—¿Quiere hacer el favor de abrirla?

—El señor Vee Cee tiene la única llave, señor.

Armstrong suspiró y advirtió:

—Señorita Tong, usted sabe que tengo una orden de cateo y el derecho de derribarla, si es necesario…

Ella lo miró con fijeza, pero él se limitó a encogerse de hombros, y retrocedió, dispuesto a arremeter a puntapiés contra la puerta.

—Un… un momento, señor —tartamudeó la chica—. Yo… Veré si… si dejó la llave antes de salir.

—Muy bien. Gracias.

Armstrong la vio abrir un cajón del escritorio y fingir que buscaba. Luego abrió otro y después uno más. Al fin, consciente de la impaciencia del policía, la chica encontró una llave debajo de una caja de dinero.

—¡Ah! Aquí está —dijo, como si se hubiera producido un

milagro. Armstrong observó que Virginia Tong estaba ya sudando. Muy bien —pensó—. Ella abrió la puerta y retrocedió. Aquella puerta conducía directamente a otra. El la abrió y sin querer lanzó un silbido de asombro. Estaba frente a un recinto amplio, lujoso, alfombrado con elegancia y amueblado con finos sillones de piel y muebles de palo de rosa, y decorado con valiosas pinturas. Armstrong se paseó por todo el cuarto. Virginia Tong lo observaba desde la entrada. El fino escritorio de palo de rosa, decorado en piel era una verdadera pieza de anticuario. Estaba limpio y despejado, con un florero en el que había un bello ramillete.

Había además algunas fotografías en su marco respectivo; todas ellas eran de un chino de rostro radiante, que iba al frente de una comitiva, montado en un caballo de carreras' enguirnaldado. Había además otra del mismo chino vestido de etiqueta, que saludaba de mano al gobernador, mientras Dunross lo observaba, de pie al lado de éste.

—¿Es ése el señor Ng?

—Sí, señor.

A un lado del recinto había una consola con tocadiscos y un aparato de alta fidelidad, de la mejor calidad y un armario de buen tamaño, bien provisto de bebidas. Otra puerta en el fondo permitía salir de la elegante oficina. Armstrong la abrió con cuidado y se encontró frente a una recámara elegante, muy femenina en la que había una cama extragrande, sin hacer. Cubría el techo un enorme espejo, y al lado de la recámara se hallaba un baño exquisitamente decorado, en el que había perfumes, loción para afeitar, toda clase de dispositivos modernos y muchos baldés de agua.

—Interesante... —comentó Armstrong y dirigió la mirada a la chica.

Ella no dijo una palabra. Se limitó a esperar.

El policía observó que ella tenía un par de piernas cubiertas con medias de nylon, que lucía una figura magnífica y estaba muy bien peinada y manicúrada. Apuesto a que es dragona... ¡y muy cara! Dejó de observarla y se dedicó a examinar la habitación con ánimo pensativo. Era evidente que aquel departamento completo había sido hecho utilizando la suite contigua. Bueno —se dijo con un resabio de envidia—... Si. eres rico y quieres un departamento privado y secreto como escondrijo de atardecer, detrás de tu

oficina, no hay ley que te lo prohiba. No, ninguna. Tampoco hay ley que te prohíba tener una secretaria atractiva. ¡Villano afortunado! A mí mismo no me desagradaría tener un lugar como éste…?

Con un movimiento distraído abrió uno de los cajones del escritorio. Estaba vacío. Todos estaban vacíos. Luego recorrió todos los cajones de la recámara, pero no encontró nada de interés. En un armario había una cámara fina y cierto equipo fotográfico de iluminación y de limpieza, pero nada sospechoso.

Volvió al cuarto principal, satisfecho de no haber pasado nada por alto. Ella seguía observándolo y aunque trataba de ocultarlo, él podía sentir su nerviosismo.

Es comprensible —se dijo—. Si yo estuviera en su lugar, mi jefe estuviera fuera y un asqueroso *quai loh* viniera a meter las narices en las cosas privadas de él, yo también me sentiría nervioso. No hay nada malo en tener un lugar reservado como éste. Mucha gente rica los tiene en Hong Kong. Le llamó la atención el armario de bebidas de palo de rosa. La llave pegada a la cerradura lo atrajo con fuerza.

Lo abrió. Nada fuera de lo ordinario. Pero luego, sus ojos agudos y bien adiestrados observaron el extraño espesor de sus puertas. Un momento de inspección y logró abrir las puertas falsas. Se quedó boquiabierto.

Las paredes laterales del armario estaban recubiertas con docenas de fotografías de «puertas de jade» en toda su gloria. Cada una estaba en su marco respectivo con su correspondiente etiqueta en la que aparecía escrito a máquina el nombre y una fecha. Sin quererlo, dejó escapar una carcajada en la que había un resabio de vergüenza por lo que estaba contemplando. Luego se dio vuelta para mirar a su alrededor. Virginia Tong había desaparecido. A toda prisa, Armstrong repasó los nombres. El de ella era el antepenúltimo.

Apenas pudo contener otra explosión de risa. Sacudió la cabeza en un gesto de impotencia. ¡Qué cosa no harán ciertos insectos para divertirse… y supongo que también ciertas mujeres para ganar dinero!

Pensé haber visto todo en la vida, pero esto… ¿Con qué Photographer Ng, eh? ¡De aquí es de donde le viene el sobrenombre!

Luego, una vez que se sobrepuso a la primera impresión, se

dedicó a estudiar las fotografías. Cada una había sido tomada con la misma lente y desde la misma distancia.

¡Santo Dios! —pensó después de un momento, lleno de asombro —. ¡En realidad hay una gran diferencia entre… Es decir, si uno puede olvidarse de lo que está contemplando y limitarse a observar… bueno… hay una diferencia fantástica en cuanto a la forma y el tamaño del conjunto, la posición y la protuberancia de la «perla a la entrada», la calidad y cantidad del vello púbico y… *¡aaayyy!*, aquí una pieza *bat jam gai*. Leyó el nombre: Mona Leung… A ver… ¿dónde he oído este nombre? Es curioso… la gente china suele considerar la falta de vello púbico como indicio de mala suerte. Pero, ¿por qué…? ¡Oh, Dios mío! Fijó la mirada en la siguiente etiqueta, para que no le cupiera duda. ¡Inequívoca! ¡Venus Poon!

—*¡Aaayyyl* —pensó excitado—… Así que ésa es ella… Así es como se ve en realidad… ¡Ese es el «amorcito» de la pantalla de televisión que cada día proyecta con tanta hermosura su dulce y virginal inocencia!

Se concentró en ella. Era un banquete para sus sentidos. Supongo que si comparas lo de ella con lo de… por ejemplo, Virginia Tong, hay que decir que… que tiene cierta delicadeza. Sí, pero si alguien quiere mi opinión bien ponderada, yo preferiría haber conservado el misterio y no haber visto ninguna de estas fotografías en absoluto. Ninguna de ellas.

En actitud ociosa, dejó que sus ojos pasaran de un nombre a otro.

—¡Malditos demonios! —exclamó al reconocer uno.

El nombre era Elizabeth Mithy. Había sido secretaria en Struan, una de la banda de aves sin rumbo, procedentes de pequeñas poblaciones de Australia y Nueva Zelanda. Chicas que sin destino fijo se abrían paso hasta Hong Kong, para permanecer unas semanas, tal vez meses, incluso años, desempeñando empleos de menor importancia, hasta que lograban casarse o desaparecían para siempre. ¡Qué cosas! ¡Liz Mithy!

Armstrong se esforzaba por permanecer ecuánime, pero no podía evitar establecer comparaciones entre las chicas blancas y las chinas… y no encontraba diferencia. Gracias a Dios —pensó y ahogó una risa burlona. Sin embargo, estaba contento de que las

fotografías fueran en blanco y negro en vez de ser en color.

—Bueno —dijo en voz alta y todavía con bastante vergüenza—... No hay ley que prohíba tomar fotografías... al menos que yo sepa... y coleccionarlas en el armario del propio bar. Las jovencitas deben de haber colaborado bien...

Lanzó un gruñido que era a la vez de diversión y de disgusto. ¡Qué me parta un rayo si consigo entender a las chinas!

—¿Con que Liz Mithy, eh? —dijo entre dientes.

La había conocido muy poco cuando vivía en la Colonia. Sabía que era bastante audaz pero, ¿qué la había impulsado a posar así para Ng? Si su viejo llegaba a saberlo, le vendría una hemorragia..; Gracias a Dios que Mary y yo no tenemos hijos...

Sé honrado contigo mismo. Te mueres por tener hijos e hijas, pero no puedes tenerlos. Al menos Mary no puede. . . eso dicen los doctores; por eso no puedes ser padre.

Haciendo un esfuerzo, Armstrong sepultó en su interior una vez más esa eterna maldición, volvió a cerrar el armario y salió, cerrando las puertas a su paso.

En la oficina exterior, Virginia Tong se pintaba las uñas. A todas luces estaba de un humor negro.

¿Puede hacer el favor de llamar por teléfono al señor Ng?

—No puedo, antes de las cuatro —contestó malhumorada, sin dignarse mirarlo.

—Entonces hágame el favor de llamar al señor Tsu-yan —pidió Armstrong, dando palos de ciego.

Sin consultar el número, la chica lo marcó, esperó con impaciencia, luego habló en un cantonés gutural un momento y colgó el teléfono en un gesto violento.

—No está. Anda fuera de la ciudad y en su oficina no saben dónde encontrarlo.

—¿Cuál fue la última vez que usted lo vio?

—Hace tres o cuatro días.

Con actitud siempre molesta, la chica consultó su calendario de citas y dijo:

—Eue el viernes.

—¿Puedo ver ese libro, por favor?

Ella titubeó, se encogió de hombros y se lo puso en las manos, luego continuó arreglándose las uñas.

Con agilidad repasó las semanas y los meses. Había muchos nombres conocidos para él: Richard Kwang, Jason Plumm, Dunross… Dunross varias veces… Thomas K. K. Lim, el misterioso norteamericano-chino de la oficina contigua, Johnjohn, del Banco Victoria, Donald McBride, Mata varias veces… Pero, ¿quién es Mata? —se preguntó. Nunca antes había oído ese nombre. Estaba a punto de devolver el libro a la chica cuando por casualidad discurrió hojearlo hacia adelante: «sábado a las 10: a.m. V. Banastasio». El corazón le dio un vuelco. ¡Era el próximo sábado!

No dijo nada. Se limitó a dejar el calendario sobre el escritorio de la secretaria y se recargó en uno de los archiveros, abstraído en sus pensamientos. Ella no le prestaba atención. De pronto, la puerta se abrió.

—Perdón, señor. Hay una llamada para usted —dijo el sargento Yat.

Estaba mucho más feliz y eso hizo pensar a Armstrong que las negociaciones habían sido fecundas.

Le habría gustado saber con exactitud la cantidad, pero entonces, el prestigio habría estado de por medio y él habría tenido que actuar en un sentido o en otro.

—Muy bien, sargento, quédese aquí mientras vuelvo —ordenó, queriendo cerciorarse de que no se hacían llamadas secretas en su ausencia.

Virginia Tong no levantó la vista cuando él salió de su oficina.

En la otra oficina, Bucktooth Lo seguía gimiendo y acariciándose la mano, mientras el otro, Big Mouth actuaba como si nada le interesara, revisando papeles y haciendo reproches a la secretaria por su falta de eficiencia. Al entrar Armstrong, los dos hombres clavaron en él la mirada y empezaron otra vez a declamar en alta voz su inocencia, mientras Lo seguía gimiendo con fuerza cada vez mayor.

—¡Cállate! ¿Por qué te aplastaste los dedos con el cajón? —preguntó Armstrong, y sin esperar respuesta añadió—. La gente que trata de sobornar a policías honrados merece que se la deporte sin discusión.

En medio de un silencio Heno dé pavor, tomó el teléfono. —Habla Armstrong…

—Hola, Robert, Habla Don, Don Smyth, desde Aberdeen…

—¡Oh, hola!

La sorpresa del superintendente fue mayúscula. No esperaba que lo llamara «la Víbora». Sin embargo, mantuvo la voz serena y cortés, aunque aborrecía al individuo y detestaba los procedimientos de que se había hecho sospechoso en su jurisdicción. Una cosa era que un simple policía y miembros de grados inferiores de la policía china completaran sus ingresos a base dé apuestas ilícitas, pero otra cosa era que un oficial británico vendiera su influencia y explotara a los demás como mandarín de otras épocas. Pero, aunque casi todos pensaban que Smyth tenía esa clase de negocios, no existían pruebas, nunca había sido sorprendido ni siquiera investigado. Corrían rumores de que contaba con la protección de individuos muy importantes que tenían mucha parte en estas trapisondas y eran de su mismo juez.

—¿Qué sucede? —preguntó Armstrong.

—Has tenido un ápice de suerte... creo. Tú estás al frente de la investigación sobre el secuestro de John Chen, ¿me equivocó?

—Así es...

El interés de Armstrong subió de punto. El modo de ser de Smyth como persona no tenía nada que ver con la calidad de su labor policial. Aberdeen era la zona de la Colonia con el índice más bajo de delincuencia.

—...sí, yo estoy al frente. ¿Qué has averiguado?

Smyth le habló de la vieja *amah* y de lo que hábía sucedido con el sargento Mok y con Spectacles Wu. Luego añadió:

—Este detective es un joven brillante, Robert. Yo lo recomendaría para Servicios Especiales de Inteligencia, si quieres decirlo a los de arriba. Wu siguió a la vieja bruja hasta su inmunda guarida y luego nos llamó. Además, sabe obedecer órdenes, cosa que es rara en estos días. Siguiendo una corazonada, le dije que esperara por los alrededores y si la vieja salía, que se fuera tras ella. ¿Qué opinas?

—¡Esa es una pista de veinticuatro kilates!

—¿A qué te inclinas más? ¿A esperar o a arrestarla para un interrogatorio en forma?

—A esperar. Apuesto a que el licántropo no volverá, pero vale la pena esperar hasta mañana. Ten vigilado el lugar y manténme al corriente de lo que suceda.

—Bueno... ¡Ah, sí, muy bueno!

Armstrong oyó que Smyth reía, alejado de la bocina y no comprendió de momento por qué estaría tan feliz. Luego recordó la enorme recompensa que los Grandes Dragones habían ofrecido, y le preguntó:

—¿Cómo sigue tu brazo?

—Es el hombro... La maldita cosa ésta se ha dislocado. Además, perdí mi gorra favorita. Aparte eso, todo lo demás está bien. El sargento Mok está investigando a todos nuestros soplones y yo he puesto a uno de mis chicos a elaborar un expediente de identificación sobre él... Creo que hasta yo vi al cerdo ése. Tiene muchas marcas de viruela en la cara. Si lo tenemos registrado, antes del atardecer lo tendremos en nuestras manos.

—Excelente. ¿Cómo andas las cosas por allá?

—Todo está bien controlado, pero las cosas andan mal. El Ho-Pak sigue pagando, pero con demasiada lentitud... Todo el mundo sabe que están dándole largas al asunto. Tengo entendido que lo mismo sucede en toda la Colonia. Ese banco está acabado, Robert. La fila de clientes continuará hasta que se haya agotado el último céntimo. Aquí hay otra fuga en el Vic y las muchedumbres no menguan...

Armstrong sintió un nudo en la garganta y preguntó temeroso:

—¿En el Vic?

—Sí. Están entregando efectivo a montones y no reciben nada. Las tríadas llegan aquí como enjambres... Los robos deben de ser ingentes. Ya hemos arrestado a ocho rateros y disuelto más de veinte riñas. Yo diría que las cosas están muy mal.

—¿Estás seguro de que el Vic no tendrá problemas?

—No. En Aberdeen no estoy seguro de eso, mi viejo. Yo por mi parte estoy a salvo. He cancelado ya todas mis cuentas y sacado del banco hasta el último céntimo. Yo estoy bien. En tu lugar, yo haría otro tanto.

Armstrong se sintió incómodo. El Victoria tenía todos los ahorros de su vida. Sin embargo, siguió objetando:

—El Vic no tendrá problemas. Todos los fondos del gobierno están depositados allí.

—Tienes toda la razón. Pero no hay cláusula alguna en su carta constitutiva que diga que nuestro dinero también está asegurado.

Bueno… tengo que volver al trabajo.

—Sí, claro. Bueno, gracias por la información. Lamento lo de tu hombro.

—Creí que iban a aplastarme la cabeza. En el momento en que esta manada de cerdos empezó el viejo rumor de «maten al *quai loh*», pensé que yo era ya hombre muerto.

Armstrong se estremeció a pesar suyo. Desde la época de los tumultos del '56, Smyth no dejaba de soñar de cuando en cuando que volvía a encontrarse en medio de la chusma demente y estruendosa.

Eso había sucedido en Kowloon. Acababan de volcar el coche del cónsul suizo y su esposa con ellos adentro, y de prenderle fuego. Smyth y otros policías se habían lanzado a la carga en medio de la muchedumbre para rescatarlos. Cuando al fin llegaron al auto, el hombre estaba ya muerto y su joven esposa en llamas. Cuando pudieron sacarla, todos sus vestidos se habían quemado y la piel se le desprendía como una envoltura. Mientras tanto, en torno a ellos, hombres, mujeres y jóvenes no dejaban de gritar: «*Maten al quai loh…*»

Smyth sintió un estremecimiento. Todavía le parecía percibir en la nariz el olor a carne quemada.

Luego exclamó:

—¡Santo Dios, qué desgraciados! En fin, todo por el trabajo. Te mantendré informado. Si ese asqueroso licántropo vuelve a presentarse en Aberdeen, caerá en una red más cerrada que el trasero de un mosquito.

30
2:20 p.m.

Phillip Chen dejó de repasar su correspondencia y palideció de pronto al leer el membrete de un sobre que decía: «Señor Phillip Chen, estrictamente personal».

—¿Qué es eso? —preguntó su mujer.

—Es de ellos —se lo ofreció con mano temblorosa—... son los licántropos.

—¡Oh!

Estaban sentados ante la mesa del almuerzo, preparada con descuido en una esquina de la estancia de su casa, sobre la cima de la Atalaya de Struan. En un gesto nervioso, Dianne dejó sobre la mesa su taza de café y sugirió:

—Ábrelo, Phillip, pero será mejor que uses el pañuelo... por si hubiera huellas digitales... —agregó con inseguridad.

—¡Eso es! ¡Claro, Dianne! ¡Qué torpe soy!

Phillip Chen se notaba envejecido. Detrás de él, la chaqueta descansaba sobre el respaldo de la silla.

Su camisa se veía húmeda. Una leve brisa entraba por la ventana abierta, pero era cálida y húmeda, y una bruma agobiante de atardecer se cernía sobre toda la isla. Con mucho cuidado tomó una plegadera de marfil y desenvolvió el papel.

—Sí. Es... viene de los licántropos. Se... se refiere al rescate.

—Léela.

—Muy bien. «A Phillip Chen, jefe de personal nativo de la Casa Noble, saludos. Tengo el gusto de informarle cómo ha de pagarse el dinero del rescate. Medio millón para usted es tan insignificante como un alarido de cerdo en el matadero. En cambio, para nosotros, pobres campesinos, sería toda una herencia para nues...»

—¡Embusteros! —silbó Dianne, con su hermoso collar de oro y jade, que lanzaba destellos bajo un rayo tenue de luz solar—. ¡Cómo si los campesinos fueran capaces de secuestrar o mutilar a John en esa forma! ¡Asquerosas y hediondas triadas de extranjeros! Sigue, sigue, Phillip.

—«…toda una herencia para nuestros nietos muertos de hambre. El hecho de que usted ya se haya dirigido a la policía para nosotros es como orinar en el océano. Pero esta vez no deberá consultarlos. No. Esta vez deberá guardar el secreto por la seguridad de su hijo, que de otra manera estaría en peligro. El no regresaría jamás y todo lo malo que le sucediera sería culpa de usted. Tenga cuidado, nuestros ojos andan por todas partes. Si trata de traicionarnos, sucederá lo peor y será culpa de usted. Hoy a las seis de la tarde lo llamaré por teléfono. No lo diga a nadie, ni siquiera a su esposa. Mient…»

—¡Inmundas triadas! ¡Malditos hijos de ramera, que quieren sembrar la discordia entre marido y mujer! —protestó Dianne con coraje.

—«…mientras tanto, prepare el dinero del rescate, en billetes usados de cien dólares…»

Indignado, Phillip Chen miró su reloj y comentó—. No tengo mucho tiempo para ir al banco. Tendré que…

—¡Acaba de leer!

—Muy bien … Muy bien… Ten paciencia, querida —sugirió él en tono conciliador, mientras el corazón le daba un vuelco al reconocer el matiz agresivo en su voz—… ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! «…usados de cien dólares. Si sigue mis instrucciones con fidelidad, podrá tener a su hijo esta noche…»

¡Oh, Dios mío, así lo espero! —comentó interrumpiendo la lectura un instante; luego siguió—. «No consulte a la policía, ni trate de ponernos una trampa. Nuestros ojos están observándolo en este mismo instante. Firmado: él Licántropo».

Phillip Chen se quitó las gafas. En sus ojos había un intenso color rojo que revelaba honda fatiga. Un sudor copioso le bañaba la frente.

—«Nuestros ojos están observándolo en este mismo instante»… ¿Será posible que alguien de la servidumbre o el mismo chófer sea de los suyos?

—Por supuesto que no. Todos han trabajado con nosotros durante años. Phillip Chen se enjugó el sudor. Sentía miedo. Quería rescatar a John, lo quería sano y salvo. Quería estrangularlo.

—¡Eso no significa triada! Será mejor qué… Será mejor que llame a la policía.

—¡Olvídate de ellos! Olvídalos hasta que sepamos lo que tienes que hacer. Ve al banco. Saca sólo 200,000 ... Seguramente podrás arreglar el asunto con esa cantidad. Si llevas más, te sentirás tentado a dárselo todo si está misma noche... es decir, sí lo que prometen es realmente verdad.

—Tienes razón... eso es lo prudente. Si podemos arreglarnos por menos dinero... —titubeó un instante—. ¿Qué opinas del tai-pan? ¿Crees que debo informarlo de este mensaje? Tal vez... tal vez él podría ayudarnos...

—¡Bah! —contestó ella en tono despectivo—. ¿En qué puede ayudarnos? Estamos tratando con triadas hueso de perro, no con villanos de demonios extranjeros. Si necesitamos ayuda tenemos que utilizar la nuestra propia.

Los ojos de la mujer empezaron a escrutarlo detenidamente. Luego lo increpó:

—Por cierto, será mejor que me digas qué sucede en realidad, por qué estabas tan indignado antenoche y por qué te has conducido como felino despechado con una espina en la rabadilla, sin ocuparte en tus negocios desde entonces...

—Sí he estado ocupándome en mis negocios —protestó en tono defensivo.

—¿Cuántas acciones has comprado? ¡Dímelo! Hablo de las de Struan... ¿Has aprovechado lo que el tai-pan nos dijo sobre la gran bonanza inminente? ¿Recuerdas lo que vaticinó Old Blind Tung?

—¡Sí, claro qué recuerdo! —tartamudeó— He... he estado duplicando en secreto nuestros valores, y he dado órdenes también secretas a varios corredores para que compren otra mitad.

La mente de ábaco de Dianne Chen se iluminó al pensar en las ingentes ganancias de esa operación y en las utilidades personales que ella obtendría con todas las acciones que había comprado por su cuenta, pignorando su cartera entera. Pero mantuvo la expresión fría y la voz impávida.

—¿Y, cuánto has pagado?

—El promedio era de 28.90. ¡

—¡Ajá! Según el diario de hoy, la Casa Noble abrió con 28.80 —observó con un gesto de desaprobación, furiosa por haber pagado cinco céntimos más por acción que él—. Debías haber estado en el mercado esta mañana en vez de andar rondando por aquí, dejando

que la vida se te fuera de las manos mientras dormías.

—No me sentía bien, querida.

—Todo vuelve a la noche famosa ... ¿Qué fue lo que te hizo desencadenar esa furia irracional? ¿Eh?

—No fue nada —se levantó, con la esperanza de marcharse—. No fue...

—¡Vuelve a sentarte! ¿No fue *nada* el hecho de que hayas gritado a mí, tu fiel esposa, en presencia de la servidumbre? ¿No fue *nada* el que me hayas ordenado encerrarme en mi comedor como a una ramera cualquiera? ¿Nada?

La voz de Dianne empezó a subir de tono y ella dio libre curso a sus emociones, sabiendo por instinto que era el momento oportuno, ahora que estaban solos en la casa, que él estaba indefenso y que ella podía aprovechar todo su ventaja.

—¿Te parece que no es nada abusar de mí, que te he dado los mejores años de mi vida, trabajando esclavizada y cuidándote durante veintitrés años? ¿... de mí, Dianne Mai-wei T'Chung, que llevo la sangre del gran Dirk Struan en las venas, que llegué hasta ti virgen, con propiedades en Wanchai, North Point y hasta en Lan Tao, y con valores y acciones y la mejor educación de Inglaterra? ¿... a mí, que jamás me quejo de tu roncar nocturno, de tus rondas entre prostitutas o de ese vástago mimado que engendraste con esa bailarina y luego mandaste a estudiar en Norteamérica?

—*¿Qué cosa?*

—¡Ah, sí! Sé bien todo lo relacionado contigo y ella y todas las demás. Sé también todas las demás cosas perversas que has hecho, y que jamás me amaste; que no querías más que mis propiedades y tener una magnífica figura decorativa en tu despreciable vida...

Phillip Chen trataba de cerrar los oídos, pero no podía. El corazón se le salía del pecho. Detestaba los discursos interminables y aquel tono estridente de su voz que, por algún motivo, estaba sintonizado a perfección para hacerle rechinar los dientes. El cerebro le daba vueltas y sentía el estómago revuelto.

Trató de interrumpirla, pero ella se sobrepuso y continuó abrumándolo, acusándolo de toda clase de devaneos, errores y asuntos privados que no pudieron menos de estremecerlo cuando se enteró de que ella los conocía.

—...¿Y qué me dices de tu club?

—¿Qué cosa? ¿Cuál club?

—Ese club privado chino de cuarenta y tres miembros, llamado el 74, en Pedder Street, con un cocinero gastrónomo de Shanghai, meseras adolescentes, recámaras, baños y artilugios que los viejos raboverde necesitan para inyectar vida a su miembro flácido. ¿Qué, me dices de eso?

—No es nada de ese género —protestó Phillip Chen, horrorizado al ver que estaba enterada también de eso—. Es un lu...

—¡No me mientas! Tuviste que pagar 87,000 magníficos dólares como cuota inicial, a una con Shitee T'Chung y esos dos empalagosos amigos tuyos... Y todavía ahora pagan cuotas mensuales de 4,000 HK. ¿Cuotas para qué? Será mejor que... ¿Adónde vas?

Con toda mansedumbre volvió a sentarse y explicó:

—Yo... iba... yo necesitaba ir al baño.

—¡Ah! ¡Siempre que tenemos una discusión quieres ir al baño! Lo que pasa es que te avergüenzas del modo como me tratas y te sientes culpable... —de pronto, al ver que estaba dispuesto a responderle de la misma manera, cambió de tono y con una voz suave y cantarína exclamó—: ¡Oh, pobre Phillip! ¡Pobre muchacho mío! ¿Por qué estabas tan enfurecido? ¿Quién te hizo daño?

Entonces él le explicó, y una vez que empezó a compartir con ella toda la historia, se sintió mejor. La angustia, el miedo y la furia comenzaron a desvanecerse. Las mujeres son astutas y sagaces para estas cosas —se dijo con confianza—, sin dejar de hablar. Le contó cómo había abierto la caja de seguridad del banco de John, le habló de las cartas a Linc Bartlett y le dijo que había encontrado un duplicado de su propia caja fuerte, de la que tenían en la recámara.

—Traje conmigo todas las cartas —dijo, casi llorando—. Están en el piso superior, puedes leerlas tú misma. ¡Mi propio hijo! ¡Nos ha traicionado!

—¡Santo Dios! —comentó atónita—. Si el tai-pan descubre que tú y papá Chen-chen guardaban ... ¡Si lo supiera, nos arruinaría!

—Sí, sí, lo sé. ¡Por eso estoy tan contrariado! Según las disposiciones del testamento de Dirk tiene todos los derechos y los medios para hacerlo. Nos encontraríamos en la ruina. Pero... eso no es todo.

John sabía dónde está nuestra caja fuerte secreta del jardín y...

—*¿Qué cosa?*

—Sí, La desenterró...

Luego le explicó lo de la moneda.

—*¡Aaayyy!* Dianne se quedó contemplándolo consternada.

Su estado de ánimo era confuso: una mitad estaba lleno de terror, la otra, dé éxtasis porque, volviera John o no volviera, se había dado muerte civil. ¡Jamás sería el heredero! ¡Mi Kevin es el Hijo Número Uno desde ahora y el futuro jefe dé personal nativo de la Casa Noble! Pero de pronto, sus temores ahogaron sus ilusiones y dijo entre dientes:

—Es decir... si todavía hay alguna Casa de Chen.

—¿Qué cosa? ¿Qué dijiste?

—Nada. No hagas caso. Espera un momento, Phillip. Déjame pensar. ¡Oh, maldito muchacho! ¿Cómo pudo John hacernos esto a nosotros, que lo hemos mimado toda la vida? Será mejor que... que vayas al banco. Saca 300,000... en caso de que necesites ceder algo en la negociación. Es preciso que rescatemos a John a cualquier precio. ¿Tendrá la moneda consigo? ¿La traerá todo el tiempo? ¿O estará en su otra caja fuerte?

—Podría estar en la caja fuerte o escondida en su departamento de Sinclair Towers. . .

El gesto de Dianne se hizo sombrío.

—¿Cómo podríamos revisar ese Jugar estando *ella* ahí? Me refiero a esa "esposa suya"... ¡a esa ramera de Bárbara! Si sospecha que andamos en pos de algo... —de pronto su mente atrapó un cabo suelto— Phillip, ¿significa esto que *quienquiera* que presente la moneda obtiene cualquier cosa que desee?

—Sí.

—¡Uuüyyy! ¡Qué poder!

—Sí. '

La mente de Dianne empezó a trabajar con toda su agilidad. Ya en pleno dominio de sus facultades dijo:

—Phillip, :necesitamos toda la ayuda que podamos tener. Llama por teléfono a tu primo Four Fingers —él la; miró atónito, pero luego empezó a sonreír—...Ponte de acuerdo con él para que algunos de sus pelafustanes te sigan en secreto, para protegerte cuando vayas a pagar el rescate, y luego para ir en pos del Licántropo hasta su guarida y rescatar a John a cualquier precio.

Cualquiera que sea el convenio, no le menciones la moneda... dile sólo que quieres ayuda para rescatar al pobre de John. Esto es todo. Necesitamos tenerlo aquí, sin escatimar esfuerzos.

—Sí —contestó él, ya sintiéndose más feliz—. Four Fingers es el hombre ideal. Nos debe favores. Sé dónde encontrarlo esta tarde.

—Bueno. En marcha, pues, al banco. Pero dame la llave de la caja fuerte. Cancelaré mi cita con el peluquero y me dedicaré a leer las cartas de John.

—Muy bien —se levantó sin dilación—. La llave está allá arriba —explicó- él, mintiendo y se apresuró a: salir.

No quería que Dianne hurgara en la caja fuerte. Había allí varias cosas que no deseaba darle a conocer. Será mejor que las oculte en otra parte —pensó, inquieto—... por si acaso. Su euforia se desvaneció y la angustia volvió a abrumarlo. ¡Oh, pobre hijo mío! —se dijo casi llorando—. ¿Qué fue lo que se apoderó de ti? Yo fui para ti un buen padre, tú siempre serás mi heredero. Yo té he amado como amé a tu madre. ¡Pobre Jennifer! ¡Pobrecita, moría mientras daba a luz a mi primogénito! ¡Oh, ¡vosotros, todos los dioses! ¡Que yo pueda rescatar a mi hijo sano y salvo, a pesar de todo lo que haya hecho! ¡Librémonos todos de esta locura y yo prometo dotar un templo para todos vosotros, por igual!

La caja de seguridad estaba detrás de la cabecera de latón de la cama. Phillip Chen tiró de la cama, abrió la caja y sacó todos los papeles de John, luego sus documentos muy privados, pagarés y cartas.

Se guardó todo en el bolsillo de la chaqueta y descendió a la planta baja.

—Aquí tienes las cartas de John —dijo—. Pensé que era mejor ahorrarte la molestia de tener que mover la cama.

Dianne observó el paquete que ocultaba en la chaqueta, pero no dijo nada.

—Estaré de vuelta a las 5:30 en punto.

—Muy bien. Conduce con cuidado —recomendó en actitud ausente; toda su mente estaba concentrada en el modo de obtener aquella moneda para Kevin y para ella... en secreto.

El teléfono sonó. Phillip Chen se detuvo en la puerta, mientras ella tomaba el auricular.

—¡Hola! —saludó con ojos alegres— ¿Qué hay, tai-pan? ¿Cómo

te encuentras?

Phillip Chen palideció.

—Yo muy bien, gracias —contestó Dunross—. ¿Está Phillip allí?

—Sí. Sí, un minuto.

Dianne pudo oír muchas voces además de la de Dunross y le pareció haber notado un tono de secreta urgencia en la voz del tai-pan, que aumentó sus temores.

—Phillip, es para ti —le dijo, tratando de ocultar su nerviosismo —; es él tai-pan.

Le entregó el auricular, haciéndole una seña para que lo mantuviera un poco alejado de la oreja, de suerte que también ella pudiera oír la conversación.

—Dime, tai-pan.

—Hola, Phillip. ¿Qué planes tienes para hoy en la tarde?

—Nada en especial. Estaba a punto de ir al banco... ¿por qué?

—Antes de hacer eso, pasa por la bolsa de valores. El mercado se ha vuelto loco. La fuga de capital en el Ho-Pák se ha extendido a toda la Colonia y sus valores están tambaleándose, a pesar de que Richard está sosteniéndolos con todas sus fuerzas. En cualquier momento se derrumbará. La fuga está extendiéndose a gran parte de los demás bancos. He sabido del Ching Prosperity... Hasta el Vic —Phillip Chen y su mujer intercambiaron una mirada dé asombro; Dunross prosiguió—: He sabido qué el Vic está teniendo problemas en Aberbeen y en la oficina central. Todo está bajando, todas nuestras acciones selectas: las V y A, Inversiones Kowloon, Hong Kong Power, Rothwell-Gornt, Inmuebles Asiáticos, H.K.L.F., Zong Secutiries, Solomon Textiles, nosotros... todo...

—¿Cuántos puntos hemos bajado?

—¿Desde esta mañana...? Tres puntos.

Phillip Chen sintió un nudo y casi dejó caer el teléfono.

—¿Qué dijiste?

—Sí —Dunross confirmó en tono complaciente—. Alguien ha esparcido rumores sobre nosotros. En todo el mercado se habla de que estamos en dificultades, de que no podemos pagar a Toda Shipping la semana entrante, ni cubrir el pago de Orlin. Creo que en este momento están vendiéndonos al descubierto.

31
2:45 p.m.

Gornt estaba sentado junto a su corredor de bolsa, Joseph Stern, en el salón del mercado de valores, observando con placer el gran tablero. En aquel recinto lleno de gente y de ruido el ambiente era cálido y húmedo. Los teléfonos sonaban, los corredores sudaban, lo mismo que los empleados chinos y la gente que corría de una lado a otro. En días normales, el intercambio de valores era tranquilo y placentero. Ese día no. Todos se sentían tensos y concentraban su atención en lo que les rodeaba.

Además, se sentían intranquilos. Muchos estaban en mangas de camisa.

También los valores de Gornt habían bajado un punto, pero eso no le preocupaba en absoluto. Struan había bajado 3.50 y el Ho-Pak se tambaleaba. Está acabándose el tiempo para Struan —pensó—.

Todo esta preparado. Todo ha empezado. En una hora, el dinero de Bartlett estaría en su banco de Suiza, sin compromiso: dos millones habían pasado de una cuenta desconocida a la suya. Siete llamadas telefónicas habían esparcido los rumores. Otra a Japón había confirmado la exactitud de las fechas de pago de Struan. Sí —pensó—. Se ha iniciado el ataque.

Su atención se fijó en la lista del Ho-Pak sobre el tablero, al ver que aparecían nuevas ofertas de venta, por parte de un corredor. No hubo compradores inmediatos.

Como él había empezado a vender al descubierto a Ho-Pak en secreto el lunes anterior, antes que el mercado cerrara a las 3 de la tarde, mucho .antes que la fuga de capital se volviera incontrolable, llevaba ya millones de ventaja. El lunes, las acciones se habían vendido a 28.60 y ese día, a pesar de todo el apoyo que Richard Kwang estaba dándoles, habían bajado a 24.30... un descenso mayor que el que habían tenido desde que el banco había sido fundado, hacía once años.

Si multiplico 4.30 por 500,000, tengo 2,150,000 —pensó Gornt con regocijo—... todo en divisas genuinas de HK, si quisiera

comprar en este momento…¡Por cierto que no es mala ganancia para cuarenta y ocho horas de trabajo! Pero aún no compraré… ¡Oh, no! Todavía no. Estoy seguro de que los valores van a derrumbarse… si no hoy, mañana jueves… Si no pasado mañana, el viernes… o el lunes, a más tardar, pues no hay banco del mundo que pueda soportar semejante fuga de capital. Luego, cuando el derrumbe sobrevenga, recuperaré, al precio de unos cuantos céntimos de dólar, mis acciones y ganaré un total de veinte multiplicado por medio millón…

—Vende 200,000 —dijo, empezando ya a vender al descubierto, sin el menor disimulo, mientras ocultaba con todo cuidado las demás acciones entre sus nominatarios secretos.

—¡Santo Dios, señor Gornt! —protestó atónito su corredor de bolsa—. ¡El Ho-Pak necesitaría aportar casi 5 millones para cubrir esa cantidad! Esa operación sacudiría a todo el mercado.

—Sí —comentó en tono jovial.

—Nos costará un triunfo conseguir prestadas las acciones.

—No importa. Hazlo.

De mala gana, el corredor se levantó para empezar a actuar, pero uno de los teléfonos sonó.

—Dígame … ¡Ah! Hola, Daytime Chang —dijo en cantonés aceptable—. ¿En qué puedo servirle?

—Espero que pueda salvar todo mi dinero, Honorable Intermediario. ¿Por cuánto está vendiéndose la Casa Noble?

—Por 25.30.

Se oyó un gemido de desaliento.

—¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí! Queda apenas media hora del hueso de perro de intercambio… ¡ay de mí, ay de mí! ¡Por favor venda! ¡Por favor venda toda la Casa Noble, todas sus compañías, sin tardanza! También Good Properties y Golden Ferry… ¿Por cuánto está vendiéndose la Segunda Gran Compañía?

—Por 23.30

—¡Aaayyy! ¿Un punto abajo de la cotización de esta mañana? ¡Que todos los dioses sean testigos de un hado inmundo! ¡Venda! ¡Por favor venda todo en el acto!

—Pero… Daytime Chang, el mercado está en realidad muy bien y…

—¡En el acto! ¿No ha oído los rumores? ¡La Casa Noble va a

derrumbarse! ¡Aaayyy! ¡Venda! ¡No pierda un minuto! Espere... Mi socia, Fung-tat quiere hablarle también.

—Dígame, Tercera Recamarera Fung...

—Le digo lo mismo que Daytime Chang, Honorable Intermediario:

¡Venda! ¡Venda, antes que yo sea mujer al agua! Venda y llámenos para informarnos de los precios.

¡Oh, oh, oh! ¡Por favor, apresúrese!

El corredor colgó el teléfono. Era la quinta llamada de pánico que recibía de sus viejos- clientes y no le gustaban en absoluto. Es una necedad sucumbir al pánico pensó—, al revisar,su libro de valores!

Entre esos dos clientes, Daytime Chang y Tercera Recamarera Fung, había una inversión total de más de: 40,000 HK en diversos valores. Si vendía en ese momento, ellos tendrían ventaja en todo excepto en las pérdidas de Struan de ese día, que harían menguar todas sus utilidades., Joseph Stern era director de la empresa de Stern y Jones, que había estado en Hong Kong durante cincuenta años. Habían empezado a trabajar como corredores de bolsa sólo a partir de la guerra. Antes habían sido prestamistas, negociantes en cambio de divisas extranjeras y comerciantes de efectos navales. Joseph era un hombre de baja estatura, cabello oscuro, muy escaso. Tenía más de sesenta años, y mucha gente pensaba que por sus venas corría sangre china, de varias generaciones atrás.

Se acercó al frente, hasta quedar ante el tablero y se detuvo al lado de la columna que decía Golden Ferry. Anotó las acciones de Chang y Fung juntas en la columna de ventas. Era una oferta pequeña.,

—Compro a 30 céntimos menos del precio de lista —propuso un corredor.

—No hay baja en Golden Ferry —respondió Joseph en tono cortante.

—No, pero es una compañía de Struan, ¿no es cierto?.

—Tú sabes muy bien que las utilidades de Golden Ferry han subido este trimestre.

—¡No me importa! ¡Dios Santo, qué calor hace! ¿No crees que podríamos permitirnos el lujo de tener clima artificial en el mercado de valores? Contéstame, viejo amigo, ¿sí o no?

Joseph Stern pensó un momento. No quería atizar el fuego del nerviosismo. Apenas el día anterior, Golden Ferry había subido un dólar, porque todo el mundo de los negocios sabía que su asamblea anual sería la semana entrante, que había sido un buen año y que se hablaba de hacer una división de acciones. Sin embargo, él sabía la primera regla de todos los cambios en el mercado: el ayer no tiene nada que ver con el hoy. El cliente le había dicho: "venda".

—¿A 20 céntimos abajo del precio del mercado? —sugirió.

—Mi última Oferta es 30. ¿A ti qué te importa? ¡De todas maneras te pagan! ¿Aceptas 30?

—De acuerdo.

Stern se abrió camino en el tablero, vendiendo la mayor parte de sus acciones sin dificultad, aunque en todos los casos tuvo que hacer concesiones en el precio. Con dificultad consiguió que le prestaran las acciones del Ho-Pak. Se detuvo ante la columna donde aparecía el nombre del banco. Había muchas órdenes de venta. La mayoría de ellas eran cifras pequeñas. Escribió 200,000 al final de la lista en la columna de ventas. Una ola de conmoción recorrió todo el recinto. El no prestó atención: Se limitó a ver a Forsythe, que era el corredor de Richard Kwang, y que ese día era el único comprador de Ho-Pak.

—¿Está tratando Quillan de hundir al Ho-Pak? —preguntó un corredor?

—Ya es bastante la presión que hay sobre él. ¿Quieres comprar los valores?

—¡Por nada en la vida! ¿Tú estás vendiendo a Struan al descubierto, también?

—No. Yo no.

—¡Santo Dios! Esto no me gusta nada.

—Conserva la calma, Harry —intervino otro—. Por fin el mercado ha cobrado vida. Eso es lo que cuenta.

—¡Qué gran día!, ¿verdad? —le dijo otro corredor—. ¿Estamos ya en pleno derrumbe? Yo. tengo perfecta liquidez. Vendí todo esta mañana. ¿Va a producirse el derrumbe?

—No lo sé.

—Es sorprendente lo de Struan, ¿no te parece?

—¿Crees tú en todos los rumores?

—¡No, claro que no! Pero una palabra es suficiente para el

hombre prudente… Eso dicen, ¿qué opinas?

—No lo creo.

—Struan ha bajado 3.5 puntos en un día, muchacho. Mucha gente lo cree —interpuso otro corredor—. Yo vendí mis Struan esta mañana. ¿Podrá Richard aguantar la fuga?

—Eso está en manos de… —Joseph Stern estaba a punto de decir Dios,,pero sabía que el futuro de Richard Kwang estaba en manos de sus cuentahabientes y que, ellos ya habían tomado una decisión — ¡el hado! —exclamó al fin con tristeza.

—Sí. Gracias a Dios que nosotros sacamos nuestra comisión de un modo o de otro, lo mismo si hay bonanza que si hay hambre. Qué bueno…

—Qué bueno —hizo eco Stern, mientras detestaba en secreto aquel relamido y autosuficiente acento británico de las escuelas públicas inglesas a las que él, por haber sido judío, nunca había podido asistir. Vio que Forsythe colgaba el teléfono y miraba el tablero. Una vez más, Stern insistió en su oferta. Forsythe lo llamó. Pasó por entre la multitud, con muchos pares de ojos fijos en él.

—¿Quieres comprar? —le preguntó.

—A su debido tiempo, Joseph, muchachito —luego Forsythe insinuó en voz baja—. Aquí, entre nos, ¿puedes quitarnos a Quillan de encima? Tengo razones de sobra para pensar que se ha confabulado con ese pillo de Southerby.

—¿Estás haciendo una acusación pública?

—¡Vamos, Joseph! Lo único que hago es darte una opinión personal, ¡por amor de Dios! ¿No has leído la columna de Haply? Los tai-pans y algún banco grande han corrido la voz. Tú sabes bien que Richard está fuerte. Tiene tanta solidez como… ¡cómo los Rothschild! Tú sabes que Richard tiene más de mil millones de res…

—Yo vi el derrumbe del '29, viejo amigo. Entonces había millones de millones en reserva y aun así, todos quedaron en bancarrota. Todo es cuestión de efectivo, crédito y liquidez. Y también confianza.

¿Compras nuestra oferta, sí o no?

—Es probable.

—¿Cuánto tiempo puedes seguir con esta farsa?

Forsythe lo miró desafiante. —Para siempre. Yo no soy más que un corredor de bolsa. No hago más que ejecutar órdenes. Compre o

venda, yo siempre gano un cuarto del uno por ciento.

—Si el cliente paga.

—Tiene que pagar. Nosotros tenemos sus acciones, ¿cierto? Tenemos reglas... Pero, mientras pienso en tu oferta, ¡vete mucho al diablo! Stern rió con gusto.

—Yo soy británico, yo voy al cielo, ¿no lo sabías? —con un sentimiento de inquietud se encaminó a su escritorio—. Creo que comprará antes que cierre el mercado— se dijo.

Eran las tres menos cuarto.

—Muy bien —comentó Gornt—. Ahora quier...

Interrumpió la frase. El y su corredor se dieron vuelta al ver que se producía un movimiento inesperado. Dunross acompañaba a Casey y a Linc Bartlett hasta el escritorio de Alan Holdbrook, corredor interno de Struan, situado en el otro extremo del salón.

—Pensé que no volvería hoy —comentó Gornt con un gruñido.

—El tai-pan nunca huye de las dificultades. No es su estilo —Stern los observó pensativo—. Se les ve muy amistosos. Tal vez todos los rumores son falsos y Ian va a hacer el convenio con Par-Con y a pagar sus deudas.

—No puede. El convenio se derrumbará —afirmó Gornt—. Bartlett no es un tonto. Tendría que estar loco para embarcarse con ese imperio vacilante.

—Yo ni siquiera sabía hasta hace unas horas que Struan tenía deudas con el banco Orlin. Ni que los pagos a Toda se vencieran en una semana, aproximadamente. Menos aún tenía noticia del absurdo rumor de que el banco Victoria no apoyaría a la Casa Noble. Todo eso es un montón de necedades. Llamé a Havergill y eso fue lo que me dijo.

—¿Qué más dijo?

Después de una pausa Stern contestó:

—Es curioso que todas esas novedades hayan surgido el día de hoy.

—Muy curioso. Vende 200,000

Struan... Los ojos de Stern querían salirse de asombro. En un gesto espontáneo se llevó la mano a las cejas y empezó a arrancárselas.

—Señor Gornt, usted no cree que...

—No. Por favor haz lo que te pido.

—Creo que esta vez se equivoca. El tai-pan es demasiado hábil. Conseguirá todo el apoyo que necesite y usted saldrá quemado.

—Los tiempos cambian. La gente cambia. Si Struan ha rebasado sus límites y no puede pagar... Bueno, querido amigo, esto es Hong Kong y yo espero que los insectos vayan al paredón. Que sean 300,000.

—Vendo... ¿a qué precio, señor Gornt?

—Al del mercado.

—Necesitaré tiempo para conseguir los valores. Tendré que vender en lotes mucho más pequeños. Será necesa...

—¿Quieres decirme que mi crédito no es bastante bueno o que tú no puedes desempeñar las funciones normales del corretaje?

—No, por supuesto que no —se apresuró a responder Stern, que no quería ofender a su mejor cliente.

—Bueno. Entonces ve a vender a Struan al descubierto. Ahora mismo.

Gornt lo vio alejarse del escritorio. El corazón le latía con un ritmo agradable.

Stern acudió a Sir Luis Basilio, de la antigua sociedad de corretaje Basilio e hijos, que eran accionistas personales de Struan con una cantidad grande de títulos y además con muchos clientes poderosos, dueños de más valores. Stern obtuvo los valores en préstamo, luego se acercó al tablero y escribió la oferta ingente en la columna de las ventas. La tiza rasgó con fuerza el tablero. Poco a poco, el salón fue quedándose en silencio. Los ojos pasaban de Dunross y Alan Holdbrook a los norteamericanos, luego a Gornt y de nuevo a Dunross. Gornt pudo ver que Linc Bartlett y Casey lo observaban y le dio gusto que ella estuviera ahí. Iba vestida con una falda de seda amarilla y una blusa. Era un atuendo muy californiano. Una pañoleta verde le sujetaba la rubia cabellera sobre la nuca. ¿Por qué es tan sexual?—se preguntó Gornt en actitud ausente—. Un extraño aliciente parecía circundarla por completo. ¿Por qué? ¿Será porque ningún hombre ha logrado satisfacerla hasta ahora?

Gornt sonrió a la chica y le hizo un leve movimiento de aprobación con la cabeza. Ella respondió con Una sonrisa a medias que hizo pensar a Gornt que tenía algo de sombrío. Eli saludo de Gornt a Bartlett fue cortés y éste lo correspondió con un gesto

semejante. Los ojos de Gornt se fijaron en Dunross. Las miradas de ambos se encontraron.

El silencio se hizo más y más denso. Alguien tosió nerviosamente. Todos se daban clara cuenta de la enormidad de la oferta y sus consecuencias.

Stern insistió en ella. Holdbrook se inclinó hacia el frente y consultó a Dunross. Este se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Luego empezó a hablar en voz baja con Bartlett y Casey.

Joseph Stern esperó. Luego alguien ofreció comprar una porción de la oferta y hubo regateos de uno y otro lado. Bien pronto* 50,000 acciones-habían cambiado de dueño y el nuevo precio del mercado se había convertido en 24.90. Stern cambió los 300,000 en 250,000 y volvió a esperar. Vendió unas cuantas más, pero el volumen grande siguió intacto. Entonces, en vista de que no había demanda, volvió a su lugar. Estaba sudando.

—Si ese número sigue ahí hasta mañana, no beneficiará en nada a Struan.

—Claro —comentó Gornt, qué no dejaba de ver a Casey. La chica escuchaba a Dunross con mucha atención. Gornt se recargó en su asiento, reflexionó un momento y luego ordenó: —Vende otras 100,000 de Ho-Pak y 200,000 de Struan.

—¡Santo Dios! Señor Gornt, si hacemos bajar a Struan, se sacudirá todo el mercado... ¡Incluso la compañía de usted saldrá perdiendo!

—Se producirá algún ajuste; muchos con toda seguridad.

—Será un baño de sangre. Si Struan se derrumba, pasará lo mismo con otras compañías, se arruinará, un millar de inversionistas y ...

—Señor Stern, no necesito una conferencia sobre la economía de Hong Kong —interrumpió Gornt en, tono frío—. Si usted no quiere seguir instrucciones, me llevaré mis negocios a otro lado.

Stern enrojeció y repuso: —Necesitaré primero recolectar todas esas acciones. Esa cantidad ... Para conseguir esa suma...

—¡Pues sugiero se dé prisa! ¡Quiero eso en el tablero de hoy!

Gornt lo vio alejarse y disfrutó del momento en forma indescriptible. Idiota arrogante —pensó. Estos corredores de bolsa no son más que parásitos... ¡todos ellos! Se sintió bastante seguro. El dinero de Bartlett estaba en su cuenta. Podía recuperar a Ho-Pak y a

Struan allí mismo y llevar varios millones de ventaja. Con gran satisfacción sus ojos se pasearon hasta llegar a Casey. Ella lo observaba. Gornt no pudo descifrar la expresión de su mirada.

Joseph Stern iba y venía entre los corredores. Volvió a detenerse ante el escritorio de Basilio. Sir Luis Basilio apartó la mirada del tablero y le Sonrió.

—¿Qué hay, pues, Joseph? ¿Quieres tomar prestadas más acciones de la Casa Noble?

—Sí, por favor;

—¿Para Quillan? —preguntó Sir Luis. Era un hombre distinguido/de baja estatura, elegante, muy delgado y de más de setenta años... Ese año era el presidenta del comité que dirigía las operaciones de cambio.

—Sí.

—Ven. Siéntate un momento. Hablemos un poco, viejo amigo. ¿Cuántas acciones quieres?

—Doscientas mil.

Sir Luis frunció el ceño y objetó: —¿Tienes 300,000 en el tablero y quieres otras 2? ¿Qué es esto, un ataque decidido?

—El... no¡ lo ha dicho, pero yo creo que eso es.

—Es una lástima que esos dos no puedan hacer las paces.

—Sí.

El anciano reflexionó un momento. Luego dijo en voz baja:

—Estoy pensando seriamente en suspender mis operaciones con valores de Ho-Pak, y desde la hora de la comida decidí hacer lo mismo con las de la Casa Noble, Estoy alarmado. En este momento preciso, un derrumbe del Ho-Pak, combinado con otro de la Casa Noble podría echar a pique todo el mercado. ¡Dios omnipotente! Es inconcebible que quiebre la Casa Noble... Arrastraría consigo a centenares de nosotros, tal vez a todo Hong Kong. ¡Es inconcebible!

—Tal vez la Casa Noble necesita un reajuste general. ¿Puedo llevarme doscientas mil acciones?

—Antes contesta la pregunta que voy a hacerte con un sí o un no, y si es un sí, dime cuándo.

¿Debemos suspender las operaciones sobre el Ho-Pak? ¿Debemos suspender las de Struan? He consultado a todos los demás miembros del comité, sólo me faltabas tú. Están divididos casi en grupos iguales.

—Ninguna de las dos empresas se ha suspendido jamás. Sería malo hacerlo con cualquiera de ellas. Esta es una sociedad libre... en el mejor sentido de la palabra... espero. Debes dejar que actúe sola, que haga su selección ella sola; tanto los Struan como los Gornt y todos los demás. Deja que los mejores suban a la cima y los peores.

—Stern sacudió la cabeza desconcertado y comentó—: ¡Ah! Pero es muy fácil para mí decir todo esto, Luis. Yo no soy gran inversionista en ninguna de las dos empresas...

—¿Dónde está tu dinero?

—En diamantes. Todos los judíos necesitan objetos pequeños, cosas que puedan llevar consigo y esconder, cosas que puedan cambiarse con facilidad.

—No tienes por qué tener miedo aquí, Joseph. ¿Cuántos años lleva aquí tu familia sin dejar de prosperar? Mira a Salomon... No cabe duda de que él y su familia son la gente más rica de toda el Asia.

—Para los judíos, el temor es una forma de vida... Lo mismo que que el sentirse odiados.

El anciano volvió a lanzar un suspiro.

—¡Ah, este mundo! ¡Este mundo encantador! ¡Qué delicioso debía ser! Un teléfono sonó y Sir Basilio lo tomó con finura con su delgada mano. El portugués que hablaba sonaba musical y fluido al oído de Stern, a pesar de que no entendía una palabra. Lo único que pudo captar fue "Señor Mata" en tono respetuoso, varias veces, pero ese nombre no le decía nada.

Sir Luis no tardó en depositar de nuevo el auricular, con un gesto pensativo.

—El secretario de finanzas llamó después de comer, muy perturbado. Está ahora aquí una representación parlamentaria, y el derrumbe de un banco produciría una impresión muy nociva para todos nosotros —dijo; luego esbozó una sonrisa juguetona—. Le sugerí que introdujera una legislación firmada por el gobernador, para que los bancos se rigieran como se rigen en Inglaterra y el pobre hombre casi se desmaya. En realidad, no debería tomarle tanto el pelo... —Stern sonrió con él—... ¡Como si aquí nos hiciera falta una intervención gubernamental!

Luego la mirada del anciano se hizo penetrante, e insistió:

—Entonces, Joseph, ¿votas porque se dejen las cosas en paz... o porque se suspendan las operaciones con cualquiera de las dos empresas? Si es lo segundo, ¿cuándo?

—Stern miró el reloj. Si acudiera al tablero en ese momento, tendría tiempo suficiente para proclamar ambas ofertas de venta y todavía estar en condiciones de desafiar a Forsythe. Saber que tenía en sus manos el destino de ambas compañías le producía una sensación placentera... aunque ese poderío fuera sólo temporal.

—Tal vez sería muy oportuno. Tal vez sería muy malo. ¿Cuál es la votación hasta este momento?

—Ya te dije que es casi igual en ambos sentidos.

Se produjo otro movimiento de excitación y los dos financieros miraron hacia ariba. Otras acciones de Struan estaban cambiando de dueño. El nuevo precio del mercado había bajado a 24.70. Ahora Phillip Chen estaba inclinado sobre el escritorio de Holdbrook.

—Pobre Phillip no se ve nada bien —comentó Sir Luis en tono compasivo.

—No. Es una pena lo de John. Yo le tenía afecto. ¿Qué ha pasado con los licántropos? ¿Cree que los títulos están exagerando la situación? —No. No lo creo... Al menos no más que tú, Joseph.

—¿Qué cosa?

—Tú has decidido "pasar". Quieres dejar que el tiempo corra el día de hoy, ¿no es cierto? Eso es lo que quieres, ¿verdad? —¿Qué mejor solución puede haber?

—Si yo no estuviera tan viejo, estaría de acuerdo contigo. Pero dada mi edad y el no saber nada sobre el mañana, siquiera si viviré para verlo, prefiero desempeñar mi papel hoy. Muy bien. Esta vez de-duzco tu voto; así el comité está estancado en un empate. Por lo mismo, yo decidiré, tal como me compete. Puedes llevarte prestadas las 200,000 acciones de la Casa Noble hasta el viernes... a las 2

de la tarde. Luego es posible que te las pida de nuevo... Tengo que pensar en mi propia estirpe, ¿no crees?

Los ojos penetrantes pero amables, en aquel rostro bien delineado, apremiaron a Stern a tomar una decisión.

—¿Qué vas a hacer ahora, amigo mío?

Joseph Stern sonrió con tristeza.

—Soy un corredor de bolsa...

Se acercó al tablero y escribió en la columna de ventas del Ho-

Pak, con mano firme. Luego, en medio de una nueva ola de silencio, se dirigió a la columna de Struan y escribió la cifra con toda claridad, sabedor de que era la figura central del escenario. Podía sentir todo el odio y la envidia de que era objeto. Más de medio millón de acciones de la Casa Noble estaba ya en oferta: un número mayor que cualquier otro en la historia de las operaciones cambiarías. Esperó, con el deseo de que se terminara el tiempo. Hubo una ráfaga de interés cuando Soorjani, el persa, compró algunos paquetes de acciones, pero se sabía bien que era nominatario de muchos miembros de la familia de Struan y de muchos de sus partidarios. A pesar de haber comprado 150,000, el cambio resultó insignificante en medio de la enormidad de la oferta de Gornt. El silencio causaba dolor... Quedaba un minuto.

—*¡Nosotros compramos!* —la voz del tai-pan sacudió el recinto.

—¿Todas mis acciones? —preguntó Stern con voz ronca y el corazón que se le salía del pecho.

—Sí. Las tuyas y todas las demás. ¡Al precio del mercado! Gornt se levantó como un resorte.

—¿Con qué? —preguntó en tono sarcástico—. Eso representa casi nueve millones en efectivo.

Dunross también estaba de pié, con una media sonrisa burlona.

—La Casa Noble puede eso... y muchos millones más. ¿Alguien lo ha puesto alguna vez en duda?

—¡Yo lo dudo —y venderé al descubierto mañana!

En ese momento, el timbre sonó estridente, la tensión se rompió y un estruendo de aprobación llenó el recinto.

—¡Dios Santo! ¡Qué día...!

—¡Siempre el famoso tai-pan!

—¡Yo ya no podía resistir mucho más..!

—¿Lo derrotará Gornt esta vez?

—Tal vez todos los rumores no son más que necedades...

—¡Dios bendito! ¡He ganado una fortuna en comisiones...!

—Yo creo que Ian está atemorizándose...

—No puede comprar en la misma forma mañana...

—¡Oh, Dios, mañana...! ¿Qué pasará mañana...?

Casey se dio vuelta en su asiento. El corazón quería salírsele. Arrancó su mirada de Gornt y de Dunross y la fijó en Bartlett. Este contemplaba, sentado, el tablero, mientras silbaba sin ton ni son.

Casey estaba atónita... atónita y un tanto aterrada.

Un momento antes de acudir al mercado de valores para encontrarse con Dunross, Linc Bartlett había explicado a la chica su plan. Le había hablado de su llamada a Gornt y de su entrevista con él.

—Ahora lo sabes ya todo, Casey —le dijo con una sonrisa maliciosa— Hemos puesto a los dos frente a frente y nosotros tenemos el dominio del campo de batalla... todo por dos millones. Cada uno acecha el cuello del otro. Los dos apuntan a la arteria vital. Uno y otro están dispuestos a comerse vivo al contrincante. Nosotros no haremos más que esperar. El lunes es nuestro día. Si Gornt triunfa, nosotros triunfamos. Si Dunross gana, nosotros ganamos. De un modo o de otro, nos convertiremos en la Casa Noble.

32
3:03 p.m.

Alexi Travkin, que entrenaba los caballos de la Casa noble subió por el concurrido callejón que salía de Nathan Road, en Kowloon, y llegaba al restaurante del Dragón Verde. Bajo el brazo izquierdo ocultaba una pequeña .38 y sü andar era ágil para un hombre de su edad.

El restaurante era pequeño, ordinario y descuidado, sin manteles en las mesas, que apenas pasaban de la docena. En una de ellas, cuatro chinos engullían ruidosamente un platillo de sopa con pasta. Al entrar Travkin, un mesero aburrido que se hallaba junto a la caja registradora, levantó los ojos de su cartel de carreras y empezó a caminar hacia él, con un menú en la mano. Travkin hizo una seña negativa con la cabeza y pasó bajo el arco que conducía a la parte posterior.

En el pequeño recinto había cuatro mesas. Estaba vacío, con excepción de un solo hombre.

—*Zdrastvuyte* —saludó en tono perezoso Suslev, que lucía una indumentaria ligera de buen corte.

—*Zdrastvuyte* —repuso Travkin, cerrando aún más el arco de sus ojos eslavos; luego continuó en ruso—. ¿Quién es usted?

—Un amigo, Alteza.

—Haga el favor de no darme ese título. No soy Alteza. Y usted, ¿quién es?

—Sigo siendo un amigo. Hubo tiempo en que usted fue príncipe. ¿Me acompaña? —en un gesto cortés, Suslev le señaló una silla.

Sobre la mesa había una botella de vodka, abierta, con dos vasos.

—El padre de usted, Nicoli Petrovitch fue un príncipe también, lo mismo que su propio padre y así durante generaciones: Príncipe de Kurgan y aun de Tobol.

—Usted me habla en enigmas, amigo —protestó Travkin, tranquilo en lo exterior, y sentado frente a él; la sensación de su .38 redujo en parte su temor—. A juzgar por su acento, usted es

moscovita y georgiano…

—Tu oído es muy bueno, Príncipe Kurgan —comentó Suslev riendo—. Sí, soy moscovita, pero nacido en Georgia. Mi nombre no tiene importancia, pero soy un amigo con…

—¿Amigo mío, de Rusia o de los soviéticos?

—De los tres… ¿Un vodka? —preguntó Suslev, levantando la botella.

—¿Por qué no?

Travkin observó que el otro hombre servía ambos vasos, y sin titubear se apoderó del que no se suponía ser el suyo, el que le quedaba más lejos, y lo levantó diciendo:

—¡Salud!

También sin vacilación, Suslev tomó el otro, tocó el de su compañero; lo apuró y volvió a llenarlo: —¡Salud!

—¿Usted es el hombre qué me mandó la nota escrita?

—Tengo noticias de su esposa.

—No tengo esposa. ¿Qué quiere de mí… *amigo*?

La forma en que Travkin usó la palabra sonó como insulto. Notó el destello de ira en los ojos de Suslev, cuando lo vio a través de su vaso, y se preparó para la reacción.

—Voy a disculpar su rudeza esta vez, Alexi Ivanovitch —advirtió Suslev en tono digno—. Usted no tiene motivo para ser áspero conmigo. Ninguno en absoluto. ¿Acaso lo he insultado?

—¿Quién es usted?

—El nombre de su esposa es Nestorova Mikail y su padre fue el príncipe Anatoli Zergeyev, cuyos dominios abrazan a Karaganda, que no dista mucho de los Lares de la familia de usted, al este de los Urales. El era un Kazaki, ¿no es cierto? Era un gran príncipe de los Kazaki, a los que algunos llaman Cosacos, ¿cierto?

Travkin mantuvo tranquilas sus manos nudosas y conservó el rostro impávido, pero no pudo evitar su palidez. Extendió el brazo y sirvió otros dos vasos. La botella estaba todavía medio llena. Tomó sorbos del licor y comentó:

—Este es buen vodka, no como los orines que se compran en Hong Kong. ¿Dónde lo compró?

—En Vladivostok.

—Ah… Estuve una vez allí. Es una población sucia y sin gracia, pero su vodka es bueno. Ahora dígame, ¿cuál es su verdadero

nombre y qué quiere?

—¿Usted conoce bien a Ian Dunross? Travkin se quedó sin habla. Luego reaccionó: —Entreno sus caballos... Lo he... este es mi tercer año. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Le gustaría ver a la princesa Nestoro...

—¡Por amor de Dios! ¡Quienquiera qué sea usted, ya le dije que no tengo esposa! Por última vez, ¿qué quiere de mí?

Suslev volvió a llenarse el vaso y continuó con una voz aún más amable:

—Alexi Ivanovitch Travkin, su esposa la princesa cumple hoy sesenta y tres años. Vive en Yakutsk, sobr...

—Sobre el Lena... ¿En Siberia? —Travkin sintió que el corazón casi le explotaba—. ¿Qué clase de *gulag* es ése, grandísimo cerdo?

A través del arco, desde el otro recinto que a la sazón había quedado vacío, el mesero observó un instante, luego bostezó y siguió leyendo.

—¡No es un *gulag*! ¿Por qué tendría que serlo? —protestó Suslev endureciendo la voz—. La princesa se fue allá por decisión suya. Ha vivido en ese lugar desde que salió de Kurgan. Su... —Suslev metió mano al bolsillo y sacó su billetera—. Esta es su *dacha*, en Yakutsk —dijo, mostrando una fotografía—. Pertenecía a su familia, según tengo entendido.

La cabaña estaba rodeada de nieve, dentro de una pequeña arboleda de aspecto agradable. La cerca estaba en buenas condiciones. Todo el lugar lucía bonito. Por la chimenea salía un humo hogareño.

Una figura humana, de baja estatura, bien arropada, agitaba la mano alegre ante la cámara ... Estaba demasiado lejos para poder distinguirla con claridad.

—Y... ¿ésa sería mi esposa? —interrogó Travkin con voz áspera.

—Sí.

—¡No le creo!

Suslev puso sobre la mesa otra fotografía. Era un retrato. Era una mujer de pelo cano, alrededor de los sesenta años. A pesar de que las preocupaciones de todo un mundo habían dejado huella en su rostro, éste seguía siendo elegante, con aire de patricio. El calor de su sonrisa llegó hasta Travkin y lo hizo perder los estribos.

—Tú... ¡Tú, cerdo del KGB...! —Lo apostrofó, seguro de haber

reconocido a la mujer—. ¡Tú, inmundo, asqueroso engendro sin madre...!

—¿Por haberla encontrado? —protestó con furia Suslev—. ¿Por haber procurado que se la atendiera y se la dejara en paz, en vez de molestarla y enviarla a... a los sitios correcionales donde merecen estar ella y todos los de tu clase? —en un gesto de indignación se sirvió otro vaso de vodka—. ¡Yo soy ruso y estoy orgulloso de ello! ¡Tú eres un emigrado, tu huiste!

Mi padre y mi abuelo fueron *propiedad* de uno de los tuyos. Mi padre murió en las barricadas en 1916, y mi madre también... y antes de morir desfallecieron de hambre. Ellos... —hizo un esfuerzo para detenerse y prosiguió en otro tono—. Estoy de acuerdo: hay mucho que perdonar y mucho que olvidar por ambas partes, y todo aquello ha pasado ya. Pero te aseguro que nosotros los soviéticos no somos animales... al menos no todos nosotros. No todos somos como el sanguinario Beria ni como el asesino irredento de Stalin... No todos.

Hurgó en sus bolsillos y sacó una cajetilla de cigarrillos.

—¿Fuma usted?

—¿Usted es del KGB o de la GRU?

El KGB significa Comité para Seguridad del Estado; GRU quería decir Directorado Principal de Inteligencia del Estado Mayor. Esa no era la primera vez que Travkin recibía la visita de alguno de ellos. Hasta entonces, siempre había podido quitárselos de encima con su historia mezquina y sin importancia. Pero ahora se veía atrapado. Este sabía demasiado sobre él, demasiada verdad. ¿Quién eres' tú, desgraciado? ¿Y qué es lo que en realidad quieres? — pensó mientras lo veía encender el cigarrillo.

—Tu esposa sabe que vives.

—Es imposible. Ella ha muerto. La asesinaron las chusmas cuando nuestro pal... nuestra casa de Kurgan fue objeto de pillaje, luego incendiada, derribada... era la mansión más bella y más inerme en cien millas a la redonda...

—Las masas tenían derecho a...

—Esos no eran mi pueblo. Además estaban acaudillados por trostkistas importados; que luego asesinaron a mis Campesinos por millares... hasta que al fin ellos mismos fueron víctimas de una purga ejecutada por canallas de su misma ralea.

—Tal vez sí... tal vez no —concedió Suslev en tono frío—. Pero aun así, Príncipe de Kurgan y Tobol, ella escapó con una vieja sirvienta y emprendió la fuga hacia el este, con la esperanza de encontrarte, pensando que podía huir en pos de ti a través de Siberia y Manchuria. Su sirvienta era originaria de Austria. Se llamaba Pavchen.

Los pulmones de Travkin parecían haberse quedado sin aire.

—Más mentiras —dijo sin pensar y ya sin dar crédito a su interlocutor; la encantadora sonrisa de aquella foto le hacía garras el alma—. Mi mujer murió. Jamás habría escapado tan lejos en dirección norte...

—El hecho es que lo hizo. El tren en que se fugó fue desviado hacia el septentrión. Era otoño. Las primeras nieves habían empezado a caer, por eso decidió esperar a que pasara el invierno en Yakutsk. Tuvo que hacerlo —Suslev sacó otra fotografía—... estaba embarazada. Este es tu hijo con su familia. La foto fue tomada el ano pasado.

El hombre era bien parecido, de más de cuarenta años. Vestía uniforme de! mayor de la fuerza aérea soviética. Sonreía con timidez a la cámara, mientras abrazaba a una magnífica mujer de_mas de treinta años; estaban acompañados de tres niños de aspecto feliz: un bebé, una alegre niña de seis o siete años que ya empezaba a mudar dentadura y un chico de unos diez, que se esforzaba en aparecer serio. Suslev explicó:

—Tu esposa dio a su hijo el nombre de Pietor Ivanovitch, en honor a tu abuelo.

Travkin no tocó la última fotografía. Se limitó a verla con la cara pálida. Luego arrancó de ella la vista y se sirvió un vaso de vodka. Al final, después de pensarlo bien, hizo una reflexión, especial para Suslev:

—Esto... todo esto es una reconstrucción brillante —su voz quería sonar convincente—... ¡muy brillante! El nombre de la bebé es Victoria. La niña se llama Nichola, en memoria de tu abuela. El niño es Alexi. El mayor Ivanovitch es piloto de bombardero.

Travkin no dijo nada. Sus ojos volvieron al retrato de la hermosa mujer de edad. Estaba a punto de llorar, pero su voz seguía siendo natural.

—¿Conque ella sabe qué yo vivo, eh?

—Sí.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace tres meses. Más o menos unos tres meses. Uno de los nuestros se lo dijo.
—¿Quiénes son "los nuestros"?
—¿Quieres verla?
—¿Por qué sólo tres meses? ¿Por qué no un año... o tres años?
—Hace apenas seis meses que descubrimos que tú estabas aquí.
—¿Cómo lo hicieron?
—¿Esperabas permanecer anónimo para siempre?
—Si sabe que estoy vivo y uno de los tuyos se lo dijo, ella me habría escrito... Sí. Ellos se lo habrían pedido si...
Su voz sonaba extraña. El se sentía fuera de sí mismo, en medio de una pesadilla, mientras trataba de pensar con claridad. Repitió:
—Sí... Me habría escrito una carta.
—Lo ha hecho. Te la daré en unos días. ¿Quieres verla?
Travkin hizo un esfuerzo por dominar su agonía. Hizo una seña hacia el retrato de familia y preguntó: —El... ¿también él sabe que estoy vivo?
—No. Ninguno de ellos lo sabe. Eso no fue idea nuestra, Alexi Iyanovitch, fue de tu esposa. Ella pensó que era mejor así, por seguridad, para protegerlo. ¡Cómo si nosotros clamáramos venganza contra los hijos por los pecados de los padres! Ella se quedó dos inviernos en Yakutsk. Para entonces la paz ya reinaba en Rusia, así que se estableció en ese lugar. Ella te suponía muerto, aunque esperaba que estuvieras vivo. El niño creció creyéndote muerto y no supo nada de ti. Aun ahora sigue sin saberlo. Como puedes verlo, es una honra para ustedes dos. Fue director de la escuela de la localidad; luego asistió a la universidad, como lo hacen todos los jóvenes bien dotados hoy en día... ¿Sabes una cosa, Alexi Ivanovitch? En mis tiempos, yo fui el primero de toda mi provincia, que tuvo una oportunidad de ir a la universidad. El primero de una familia campesina. Hoy en Rusia somos justos...
—Cuántos cadáveres has dejado en pos de ti para llegar a ser lo que eres ahora?
—Unos cuantos —repuso Suslev en tono lúgubre—... Todos ellos criminales o enemigos de Rusia.
—Háblame de ellos.

—Lo haré ... algún día.

—¿Combatiste en la última guerra... o eras comisario?

—En el Cuerpo Motorizado número Dieciséis, del Ejército 45. Estuve en Sebastopol... y en Berlín, como comandante de tanques. ¿Quieres ver a tu esposa?

—Más de lo que vale mi vida entera, si ésta es realmente mi mujer y si está viva.

—Lo está. Yo puedo arreglar eso.

—¿Dónde?

—En Vladivostok.

—No. Aquí, en Hong Kong.

—Lo siento, eso es imposible.

—¡Claro! —Travkin rió sin regocijo—. ¡Claro, *amigo*! ¿Un trago? Sirvió el resto del vodka repartiéndolo por igual entre los dos vasos y brindó: —¡Salud!

Suslev lo contempló con atención. Luego observó el retrato y la foto del mayor de la fuerza aérea con su familia; los tomó en la mano paraˆ examinarlos pensativo. El silencio se hizo pesado. Sulev se rascó la barba y luego dijo con decisión:

—¡Muy bien! Aquí, en Hong Kong.

A Travkin le dio un vuelco el corazón.

—¿A cambio de qué? —preguntó.

Suslev aplastó el cigarrillo en el cenicero y contestó: —De información... y colaboración.

—¿Qué cosa?

—Quiero conocer lo que sepas del tai-pan de la Casa Noble, lo que hiciste en China, a quiénes conoces, con quiénes te reúnes...

—¿Y la colaboración?

—Vendrá más tarde.

—Y, a cambio de eso, ¿tú traerás a mi esposa a Hong Kong?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hacia Navidad.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—No puedes saberlo, pero si colaboras, ella estará aquí en Navidad.

Travkin observaba las dos fotos con las que Suslev jugueteaba. Luego estudió el gesto de su mirada y sintió un vacío en el

estómago.

—De un modo o de otro debes ser honrado conmigo. Con tu esposa o sin ella, príncipe Kurgan, porque tenemos siempre a tu hijo y a tus nietos como rehenes.

Travkin tomó un sorbo de su bebida, que tuvo la intención de que fuera el último.

—Ahora sí creo que eres lo que eres. ¿Dónde quieres empezar?

—El tai-pan. Pero antes necesito ir al baño.

Suslev se levantó, preguntó al mesero dónde estaba el baño y salió por la cocina.

Al sentirse solo, Travkin fue presa de la desesperación. Recogió de encima de la mesa la foto de la cabaña y la examinó. Las lágrimas le brotaron a los ojos. Se las enjugó y sintió la pistola que se albergaba bajo su brazo, pero en ese momento no le servía de nada. Con toda su energía interior, decidió ser prudente y no creer, pero en su corazón estaba seguro de haber visto el retrato de ella y de que haría cualquier cosa, arriesgaría todo por verla.

Durante años había procurado evitar a esos cazadores, sabedor de que lo seguían a todas partes. El había sido caudillo de los Blancos en su región, al otro lado del ferrocarril transiberiano, y había matado a muchos Rojos. Al fin, harto de tantas muertes había salido en 1919 rumbo a Shanghai, en busca de un nuevo hogar, hasta que llegaron los ejércitos japoneses y huyendo de ellos se unió a los guerrilleros chinos, abriéndose camino hacia el sur y hacia el oeste, hasta Chungking. Allí había hecho causa común con otros aventureros: ingleses, franceses, australianos, chinos... con cualquiera que pagara, hasta que los japoneses se habían rendido sin condiciones y él había podido volver a Shanghai, pero sólo para huir muy pronto de ahí, una vez más. Siempre en fuga... —pensaba.

¡Jesucristo me asista, querida! Yo sé que estás muerta. Lo sé. Me lo dijo alguien que vio a la chusma, saquear nuestro palacio, que los vio caer sobre ti como enjambre...

Pero, ahora... ¿qué?

¿Estás viva en realidad?

Travkin dirigió la mirada a la cocina, con odio, sabedor que sería asediado toda la vida, hasta que tuviera alguna certidumbre con respecto a ella. ¿Dónde está ese come-mierda? —pensó—. ¿Cómo dieron conmigo?

En actitud lúgubre esperó y esperó. Luego, presa de un pánico repentino decidió ir en su búsqueda. El baño estaba vacío. Salió corriendo a la calle, pero estaba llena de gente: él no se hallaba entre ellos. Había desaparecido.

Travkin sintió un sabor amargo en la boca, y un temor intenso lo hizo, sentirse enfermo. ¡En el nombre de Dios..! ¿Qué quiere éste con el tai-pan?

33
5:50 p.m.

—Hola, Ian —saludó Penélope—. ¡Llegas temprano a casa! ¿Cómo has pasado el día?

—Bien, bien —dijo él, en tono distraído.

Además de todos los desastres, un momento antes de salir de su oficina, había recibido una llamada de Brián Kwok para decirle, entre otras cosas, que lo más probable era que AMG hubiera sido asesinado y advertirle que tomara toda clase de precauciones.

—¡Oh! —exclamó Penélope comprensiva—. ¿Fue uno de esos días.. . ? ¿Qué te parece un trago? Eso es. ¿Por ejemplo, champaña?

—Buena idea,

Dunross observó la sonrisa de su mujer y se la devolvió. Eso lo hizo sentirse mucho mejor.

—¡Penn, eres una gran lectora del pensamiento!

Arrojó su portafolios sobre una repisa y siguió a Penélope hasta una de las salitas de la Gran Casa. La champaña estaba ya en una cubeta con hielo, abierta. Al lado había dos copas a medio llenar y otra esperándolo a él, en el hielo.

—Kathy está en el piso superior, leyendo a Glenna una historia para dormir —explicó ella, mientras le servía la champaña. Ella... Ella acaba de explicarme lo de... lo de la enfermedad...

—¡Ah, sí! —comentó él, aceptando la copa—. Gracias. ¿Cómo lo ha tomado Andrew? No habló de ello hoy en absoluto.

—Kathy piensa decírselo hoy en la noche. La champaña era para darle valor —Penélope lo miró angustiada—. No va a sucederle nada, ¿verdad, Ian?

—Así lo creo. Tuve una larga conversación con el doctor Tooley. Se mostró estimulante, me dio los nombres de los. tres expertos más famosos de Inglaterra y los de otros tres en Estados Unidos. He enviado ya telegramas solicitando una cita con los ingleses. El doctor Fergunson enviará por correo aéreo copias de la historia clínica... Cuando tu llegues, ya estarán allá.

Penélope tomó un sorbo de su copa. Una ligera brisa hizo que el

ambiente sofocante mejorara mucho.

Las grandes puertas francesas que daban al jardín estaban abiertas. Eran casi las seis de la tarde.

—¿Crees qué debamos partir luego? ¿Pueden significar algo unos días mas o menos?

—No lo creo.

—Pero... ¿sí debemos irnos...?

—Si fuera usted, Penn, habríamos estado en el primer avión desde el primer momento.

—Si te lo hubiera dicho...

—¿Me lo habrías dicho?

—Sí. Supongo que lo haría. He hecho las reservaciones para mañana. Kathy también pensó que era una buena idea. En el vuelo de BOAC.

Dunross se quedó atónito. —Claudia no me dijo nada al respecto...

Penélope sonrió y explicó: —Las hice yo personalmente. Soy bastante capaz de eso. Tengo reservaciones hechas para mí, Glenna y para Kathy. Podríamos llevar con nosotras las copias de la historia clínica. Pienso que Kathy debe ir sin ninguno de sus hijos. Estarán perfectamente bien con las *amahs*.

—Si. Eso es realmente lo mejor. El doctor Tooley fue intransigente en cuanto a que Kathy haga las cosas con el mínimo esfuerzo. Fue lo principal que nos dijo: mucho reposo —sonrió a su mujer.

—Gracias, Penn.

Ella contemplaba las gotas que se condensaban alrededor de la botella y de la cubeta de hielo. De pronto comentó:

—En verdad es horrible, ¿no te parece?

—Peor que eso, Penn. No tiene curación. El cree... cree que los medicamentos podrán detener el mal.

Dunross apuró el contenido de su copa y sirvió más para los dos.

—¿Algún mensaje?

—¡Oh, sí. Perdón! Están en el tablero. Hubo una llamada de larga distancia de Marsella hace un momento.

—¿Susanne?

—No. Un señor Deland.

—Es nuestro agente allá.

—¡Qué desgracia lo de Borge!

—Sí... —Dunross repasó los mensajes. Johnjohn en el banco, otro de Holdbrook, uno más de Philhp Chen y el inevitable recolector de todos: «por favor llamar a Claudia». Suspiró. No hacía más que media hora que había salido de la oficina y de todas maneras iba a llamarla. No hay descanso para los malvados —pensó, y sonrió en su interior.

Había disfrutado derrotando a Gornt en el mercado de valores. El hecho de no tener el dinero en ese momento para pagar no le preocupaba, tenía cinco días de gracia —pensó—. Todo está cubierto ...

con buen hado ... ¡Ah, sí, el hado!

Desde que su agente de bolsa lo había llamado, presa del pánico, unos minutos después de las 10, para hablarle de los rumores que inundaban el mercado de valores y del modo como oscilaban sus acciones, él se había dedicado a fortalecer sus defensas contra un ataque repentino e inesperado. Con ayuda de Phillip Chen, Holdbrook, Gavallan y deVille, habían logrado tener control de todos los corredores importantes a los que podían llegar, para decirles que las hablillas de que Struan no podía cumplir con sus obligaciones por acá y otras más allá. A los pocos hombres selectos les dijo, en plan absolutamente confidencial, que el convenio con Par-Con había sido firmado, sellado, y que estaba a punto de ser divulgado, y que ésa era una oportunidad maravillosa para aplastar a Rothwell-Gornt, de una vez por todas.

—Si Gornt vende al descubierto, déjenlo actuar: Simularemos ser vulnerables, pero cubriremos nuestros valores. Después, el viernes, anunciaremos nuestra operación. Nuestras acciones se irán a las nubes y él perderá la camisa, la corbata y los pantalones —había dicho a todos—. Recuperaremos nuestra línea aérea junto con la suya y sus barcos junto con los nuestros. En esa forma seremos los amos del aire y la tierra en todo el comercio que entre al Asia y salga de ella.

Si en realidad pudiéramos aplastar a Gornt —pensó con entusiasmo— estaríamos a salvo durante generaciones. Y podríamos, con el hado, Par-Con y más hado. ¡Santo Dios, pero va a ser muy difícil y azaroso!

Todo ese día había estado irradiando confianza, aunque sin

sentirla en lo más mínimo. Muchos de sus grandes accionistas habían estado llamándolo, nerviosos, pero él los había tranquilizado. Tanto Tightfist Tung como Four Fingers Wu eran dueños de importantes paquetes de acciones, mediante tortuosos nominatarios. Dunross había hablado con ellos esa tarde para contar con su colaboración en el sentido de que no prestaran ni vendieran sus acciones importantes durante una semana más o menos. Ambos habían aceptado, pero no había sido fácil.

En resumen —pensaba Dunross— he logrado conjurar el asalto inicial. Mañana nos revelará la verdadera historia... o bien el viernes: ¿es Bartlett enemigo, amigo o un Judas?

Sintió que su furia subía de punto, pero la rechazó. Serénate -se dijo—, piensa con calma. Lo haré —se respondió—, pero es una maldita coincidencia el que todo lo que. Bartlett dijo la. noche de la fiesta... todas esas noticias,.muy secretas, que,con, tanta facilidad y en forma tan repentina había lanzado para derribar todas mis defensas, de un modo milagroso recorrieran hoy el mercado de valores como tifón. ¿Quién es el espía?.¿Quién le dio la información? ¿Será él también espía de Sevrin?. Bueno, no hay que preocuparse por el momento. Creo que todo se ha tenido en cuenta.

Dunross fue al teléfono y pidió a la operadora que lo comunicara con Deland, de persona a persona y lo llamara cuando lo tuviera en la línea.

—¿Estará ya Susanne allá? —preguntó Penélope.

—Supongo que sí. Si su avión llegó a tiempo. En Marsella son cerca de las once. No debería ser un caso de emergencia. ¡Malhaya con la muerte de Borge! ¡Yo quería a ese muchacho!

—¿Qué piensa hacer Avril?

—Creo que logrará sobreponerse. Regresará acá para educar a su hijo y pronto encontrará a su Príncipe Azul, uno nuevo; su hijo se incorporará a Struan; ella estará protegida y se sentirá bienamada.

—¡Tú crees eso, Ian? ¿Eso del Príncipe Azul?

—Sí, dijo con firmeza—. Creo que todo va a resultar bien. Todo va a salir bien, Penn, para ella, para Kathy, para... todos.

—Tú no puedes hacerte cargo de todos, Ian.

—Lo sé. Pero nadie, nadie en la familia tendrá jamás necesidad de nada mientras yo viva... y eso será para siempre.

Su esposa lo observó y recordó la primera vez que se había

encontrado con él: un joven de aspecto divino, sentado en su averiado caza, que debía haberse estrellado pero que por un milagro se había salvado. Allí estaba Ian, primero sentado, luego empezando a salir, dominando el terror. Ella veía en sus ojos por vez primera lo que era la muerte* pero él la dominaba y volvía de sus terrenos para aceptar la taza de té con aquella expresión: "¡Oh, magnífico, gracias! Usted es nueva aquí, ¿no es verdad?" El hablaba con ese encantador acento patricio, tan distante de la familia de ella.

Hacía tanto tiempo de todo eso. Un millar de años... toda una vida —pensaba Penélope. ¡Qué días aquellos tan maravillosos, tan espantosamente terribles y sin embargo tan hermosos en medio dé su agonía! ¿Morirá hoy o volverá? ¿Moriré yo hoy... en el bombardeo de la mañana o en el de la noche?

¿Dónde están papá y mamá? ¿Y el teléfono...? ¿Estará sólo interrumpido por los bombardeos, como de costumbre o aquella indecente, casita terraplenada de Streatham habrá sido borrada del mapa, con las demás miles de construcciones como ella?

Un día eso había sucedido y ella se había, quedado sin . pasado. Sólo estaba Ian, sus brazos, su fuerza y seguridad. A Penélope le aterraba pensar que él desapareciera como todos los demás. Eso era lo peor —se decía ella. Esperar, prever y saber cuán mortales habían sido aquellos pocos y cuánto lo somos todos. ¡Dios mío, con qué rapidez tuvimos que madurar!

—Espero que sea para siempre, mi amor —se explayó ella, con su voz llana y fría, queriendo ocultar la inmensidad de su amor—. Sí, yo quiero que seas inmortal.

El le dedicó una sonrisa que expresaba su amor a ella.

—Soy inmortal, Penn, no te preocupes. Después de muerto seguiré velando por el bien de Glenna, de Duncan de Adryon, el tuyo y el de todos los demás.

Ella lo miró con atención y preguntó:

—¿Cómo lo hace Dirk Struan?

—No —repuso él con seriedad—. La suya es una presencia que yo nunca podré igualar. El es perpetuo. Yo soy temporal —los ojos de Dunross se encontraban con los de ella—. Esta, noche tienes una actitud muy seria, ¿verdad?

—Y... esta noche tú también tienes una actitud más bien seria,

¿no es cierto?

Ambos rieron. Penélope comentó:

—Estaba pensando qué transitoria es la vida, qué violenta, qué inesperada, qué cruel. Primero John Chen y ahora Borge, Kathy... —un estremecimiento recorrió su cuerpo, más aterrada que nunca ante la posibilidad de perderlo—... ¿Quién será el siguiente?

—Cualquiera de nosotros. Mientras tanto pórtate como china. Recuerda que bajo el cielo todos los cuervos son negros. La vida es buena. Los diosos cometen errores y dormitan. Por eso nosotros hacemos lo mejor que podemos... ¡y nunca hay que confiar en un *quai lohí* Ella rió, sintiéndose de nuevo en paz.

—Hay ocasiones, Ian Struan Dunross en que me gustas bastante. ¿Crees qué..?

El teléfono sonó. Penélope se interrumpió y pensó: Dios maldiga ese inmundo aparato. Si yo fuera omnipotente proscribiría todos los teléfonos después de las 6 de la tarde. Pero, pobre Ian, se volvería loco... Esta malhadada Casa Noble se desmoronaría... Y es la vida del pobre Ian. Yo estoy en segundo lugar, lo mismo que los chicos... Y así es como debe ser, ¿no es cierto?

—¡Oh, hola Lando! —saludó Dunross—. ¿Qué hay de nuevo?

—Espero no molestarte, tai-pan.

—En lo absoluto —repuso, concentrando toda su energía—. Acabo de llegar a casa. ¿En qué puedo servirte?

—Siento decirte que retiro la oferta de los 15 millones de apoyo que prometí para mañana. Por el momento. El mercado de valores me pone nervioso.

—No hay por qué preocuparse —redarguyó Dunross, sintiendo un vacío en el estómago—. Gornt está poniendo en juego otro de sus trucos. Eso es todo.

—Estoy en realidad muy preocupado. No es sólo Gornt. Es el Ho-Pak y la forma en que reacciona todo el mercado —opuso Mata—. La fuga de capital está extendiéndose al Ching Prosperity y hasta el *Vic* —Todos los indicios son muy malos. Yo quiero esperar

—Mañana es el día, Lando. Mañana. Yo contaba contigo. —¿Has triplicado nuestro próximo envío de oro, como te lo pedí?

—Sí. Lo hice yo en persona. Tengo la confirmación de Zurich por telex en la clave acostumbrada.

—¡Excelente, excelente! —Necesitaré tu carta de crédito

mañana.

—Por supuesto. Si me mandas un mensajero a casa ahora mismo te enviaré mi cheque por la cantidad total.

—¿Un cheque personal? —Dunross se quedó atónito—. ¿Sobre qué banco, Lando?

—El Victoria.

—¡Dios bendito! Es muchísimo dinero para sacarlo en este momento.

—No intento sacarlo. No hago más que pagar por una cantidad de oro. Prefiero tener parte de mi activo en oro fuera de Hong Kong la semana entrante o un poco después, y éste es el momento ideal para hacerlo. Tú puedes conseguir que ellos lo manden por telex mañana a primera hora. A primera hora, sí. No estoy retirando fondos, Ian, no hago más que pagar el oro. Yo en tu lugar trataría de quedar en estado de liquidez también cuanto antes.

El estómago volvió a dolerle. Con voz serena preguntó:

—¿Qué has oído decir?

—Tú me conoces. Sencillamente soy más cauto que tú, tai-pan. El valor de mi dinero para mí es demasiado precioso.

—No más que el del mío.

—Sí. Lo discutiremos mañana, luego veremos. Pero no cuentes con nuestros 15 millones. Lo siento.

—Tú has oído algo. Te conozco demasiado bien. ¿Qué fue? *Chi pao puchu huo*. El significado literal de la expresión era "el papel no puede apagar un incendio" y significaba que un secreto no puede guardarse para siempre.

Se produjo una larga pausa. Al fin Mata dijo en voz muy baja:

—En plan confidencial, Ian, el viejo Tightfist está vendiendo en gran cantidad. Está preparándose para descargar *todas* sus acciones. Ese viejo demonio podrá estar muriendo, pero su olfato es tan sensible a la pérdida de un pedazo de latón en efectivo como siempre, y nunca lo he visto equivocarse.

—¿Todos sus títulos? —preguntó Dunross cortante—. ¿Cuándo hablaste con él?

—Hemos estado comunicándonos todo el día, ¿por qué?

—Yo hablé con él en las primeras horas de la tarde y me prometió que no vendería ni prestaría ningún título de Struan. ¿Ha cambiado de parecer?

—No. Estoy seguro de que no. No puede. No tiene una sola acción de Struan.

—¡Tiene 400,000!

—En realidad las *tenía, tai-pan,* de hecho la cifra se acercaba más a las 600,000... Pero Sir Luis tenía muy pocas propias y es uno de los nominatarios de Tightfist. Este traspasó hoy sus 600,000 acciones.

Dunross se mordió la lengua para no proferir una maldición.

—¿Ah, sí? —se limitó a comentar.

—Escucha, mi joven amigo. Todo esto es dentro del secreto confidencial más riguroso, pero debes prepararte. Tightfist ordenó a Sir Luis que vendiera o prestara todas sus acciones de la Casa Noble tan pronto como los rumores se esparcieron esta mañana. Cien mil se distribuyeron esta mañana entre los corredores y se vendieron inmediatamente. El resto, el medio millón de acciones que tú le compraste a Gornt fueron de Tightfist. En el momento en que resultó evidente que estaba lanzándose un ataque grave contra la Casa y Gornt empezó a vender al descubierto, Tightfist dijo a Sir Luis que procediera a prestar todo, con excepción de un millar de acciones simbólica que él conservó, por puro prestigio.

El tuyo. Cuando la bolsa cerró, Tightfist estaba muy satisfecho. En este día se puso a la vanguardia con casi dos millones.

Dunross estaba de pie, inmóvil por la conmoción. Pudo notar que su voz conservaba un tono natural, bien controlado, y eso le agradó, pero en realidad estaba fuera de sí. Si Tightfist había vendido, los Chin, harían otro tanto y una docena más de amigos haría lo mismo, siguiendo su ejemplo, y eso significaba un caos.

—¡Insecto maldito! —exclamó, pero sin sentir un verdadero resentimiento.

En realidad la falla había sido de él mismo, por no haberse puesto a tiempo en contacto con Tightfist.

Reanudó el diálogo:

—Lando, ¿qué me dices de tus trescientas mil y tantas acciones?

Notó que el portugués titubeaba y el estómago volvió a dolerle. Al fin respondió: —Todavía las tengo. Las compré a 16, cuando empezaste a ser empresa pública, por eso aún no me preocupo. Tal vez Alastair Struan tenía razón cuando se oponía a esa medida... La Casa Noble es vulnerable sólo por eso.

—Nuestro índice de desarrollo es cinco veces superior al de Gornt, y sin haber abierto al público la empresa nunca habríamos podido sortear la tormenta de desastres que yo recibí en herencia. Nos apoya el Victoria. Todavía tenemos nuestros títulos bancarios y un voto mayoritario en la junta directiva. Tienen que apoyarnos. La verdad es que somos muy fuentes, y una vez que esta situación momentánea se haya superado, seremos la corporación más grande de Asia.

—Tal vez. Pero quizá hubiera sido más prudente de tu parte aceptar nuestra proposición, en vez de mantenerte siempre expuesto al riesgo de asaltantes o de desastres de bolsa.

—No podía entonces... y no puedo ahora. No ha cambiado nada.

Dunross sonrió con un gesto sombrío. Lando Mata, Tightfist Tung y Gambler Chin le habían ofrecido colectivamente un 20 por ciento de su oro y de los ingresos del sindicato de juegos a cambio del 50 por ciento de Struan... si Ta mantenía como compañía privada, de su exclusiva propiedad.

—¡Vamos, tai-pan, sé sensato! Tightfist y yo te daremos hoy mismo cien millones en efectivo por un 50 por ciento de la propiedad. Te hablo de dólares estadounidenses.- Tu posición como tai-pan permanecerá intacta, serás jefe del nuevo sindicato, administrarás nuestro oro y nuestros monopolios de juegos de azar... en secretó o abiertamente... con un 10 por ciento de todas las utilidades, Como honorarios personales.

—¿Quién nombrará al siguiente tai-pan?

—Tú... previa consulta.

—¡Ahí tienes! Eso es imposible. Un 50 por ciento del control les da a ustedes poder sobre Struan, y es algo que no estoy autorizado a hacer. Eso sería renegar del testamento de Dirk, convertir mi juramento en un perjurio y ceder el control absoluto. Lo lamento, pero no es posible.

—¿Debido al juramento hecho a un desconocido, a un dios inconocible en quien tú no crees... a nombre de un pirata asesino que murió hace más de un siglo?

—Cualquiera que sea la razón, la respuesta es: gracias, pero no.

—Es fácil que pierdas toda la empresa.

—No. Entre los Struan y los Dunross tenemos un 60 por ciento del control del voto y yo sólo puedo votar todas las acciones. Lo que

perdería es todo lo material que tenemos, dejaría de ser la Casa Noble ... ¡Por el nombre de Dios, eso tampoco va a suceder!

Se produjo un largo silencio. Luego Mata dijo, con voz amistosa, como siempre:

—Bueno, nuestra oferta es válida durante dos semanas. Si el nado te es adverso y fracasas, la oferta de ponerte al frente del nuevo sindicato sigue en pie. Yo voy a vender o prestar mis títulos a 21.

—Por debajo de 20, no a 21 —protestó Dunross.

—¿Crees qué baje tanto?

—No— Se trata sólo de una costumbre que yo tengo. Veinte es mejor que veintiuno.

—Sí. De acuerdo. Entonces, veamos qué nos trae el día de mañana. Te deseo buen hado. Buenas noches, tai-pan.

Dunross depositó el auricular y tomó el último sorbo de su champaña.

Se sentía en mitad del torrente sin contar siquiera con un remo. Ese viejo insecto de Tightfist—pensó de nuevo, admirando su sagacidad—... ¡Convenir a regañadientes en no vender o negociar con ninguna de las acciones de Struan, cuando sabía que no le quedaban más que mil, y sabedor de que las ganancias de 600,000 estaban ya seguras! ¡Ese viejo maldito es un gran negociante! Hacerme otra vez la oferta, en este preciso momento, es una medida tan . astuta y oportuna, tanto de parte de Lando como de Tightfist... ¡Cien millones! ¡Santo Dios! ¡Eso le congestionaría el intestino a Gornt por el resto de sus días! ¡Qué. bien me vendría eso ahora para reducirlo a polvo, adueñarme a corto plazo de Inmuebles Asiáticos y mandar a Dunstan a gozar de una temprana jubilación! Así podría poner la Casa Noble en manos de Jacques o de Andrew en magníficas condiciones y...

¿Y luego... qué? ¿Qué haría yo? ¿Retirarme ¿ uní páramo a papar moscas? ¿Organizar grandes fiestas en Londres? ¿O ingresar al Parlamento para, ocupar el lugar de los diputados sin prestigio, y ver cómo los. malditos socialistas le entregan el país a los comunistas? ¡Santo Dios, eso me produciría una aburrición mortal! Antes...

—¿Qué cosa? —se mostró azorado—. ¡Oh, perdón, Penn! ¿Qué dijiste?

—-Lo único que dije fue que parece que tuviste malas noticias...

—Sí. Sí eran malas —esbozó una sonrisa y toda su ansiedad desapareció—. ¡Es el hado! Soy tai-pan —comentó con alegría—; debo esperarlo.

Volvió a tomar la botella, pero la encontró vacía. —Creo que merecemos otra... No, cariño; yo iré por ella. Avanzó hacia él refrigerador que estaba oculto dentro de un gran armario chino antiguo laqueado en color escarlata.

—¿Cómo haces para enfrentarte a tanto, Ian? —preguntó Penélope—. Me refiero al hecho de que siempre parece haber algo malo... desde que tú te hiciste cargo... Siempre sobreviene algún desastre.

No hay una llamada telefónica buena. Trabajas todo el tiempo, nunca te concedes vacaciones ... Desde que volvimos a Hong Kong. Primero fue tu padre, luego Alastair Struan y después... ¿Es qué nunca dejará de llover a cántaros?

—Claro que no. En eso consiste el cargo.

—¿Y vale la pena?

Se concentró en el corcho de la botella, sabedor de que esa conversación no llevaría a nada. Se limitó a comentar: —¡Por supuesto que sí!

Tal vez para ti vale la pena, Ian, pero no para mí. Después de un momento, reanudó la conversación interrumpida. —Entonces, ¿está bien qué me vaya?

—Sí, sí. Claro que sí. Yo tendré cuidado de Adryon, y no te preocupes por Duncan. Diviértete todo lo posible y no tardes en volver.

—¿Vas a hacer la subida de la colina el domingo? —Sí, y luego me voy a Taipei, para regresar el martes. Llevo conmigo a Bartlett.

Penélope pensó en Taipei y se preguntó si habría allá alguna chica, una chica especial, una joven china con la mitad de su edad, de cutis encantador, suave y cálido... no mucho más cálido que el suyo ni mucho más suave o mejor cuidado, pero sí con la mitad de sus años, una sonrisa siempre pronta y sin el peso de los años de supervivencia que la hacían encorvarse... ¡aquellos indecentes años de su adolescencia, los buenos pero terribles años de la guerra, los de su maternidad y los de la educación de los hijos... y la agotadora realidad del matrimonio, aunque fuera con un hombre bueno!

Me pregunto... me pregunto... me pregunto... Si yo fuera hombre... Hay aquí tantas bellezas, tan ansiosas de complacer, tan accesibles... si he de creer una décima parte de lo que dicen las demás.

Lo observó mientras vertía el vino en las copas. Contempló las burbujas, la fina espuma... Detuvo la mirada en ese rostro enérgico, y de aspecto áspero, pero sumamente grato, y se preguntó: ¿podrá cualquier mujer poseer a un hombre durante un lapso mayor que el de unos cuantos años?

—¿Qué dices? —preguntó él.

—Nada —contestó ella, sintiendo mucho amor a él; tocó su copa y recomendó—. Ten cuidado en la subida a la colina.

—Desde luego.

—¿Cómo haces frente al hecho de ser tai-pan, Ian?

—Y tú, ¿cómo haces frente al hecho de llevar una casa, educar a los hijos, levantarte a todas horas, año tras año, conservar la paz y todas las demás cosas que has tenido que hacer? Yo no podría hacer eso.

Jamás pude. Habría renunciado a la tarea hace mucho tiempo. En parte es adiestramiento y en parte es desempeñar la función para la que has nacido.

—¿El sitio de una mujer es su hogar?

—No sabría decirlo acerca de las demás, Penn, pero mientras tú estás en el mío, todo es bueno en mi mundo —en ese momento hizo saltar el tapón de la botella con toda delicadeza.

—Gracias, mi amor —respondió ella con una sonrisa; luego frunció el ceño—. Pero temo que no tengo mucho donde escoger... nunca lo tuve. Claro que ahora las cosas son diferentes y la próxima generación será afortunada porque va a cambiar la situación, a dar un giro a todo y dar a los hombres su merecido, de una vez por todas.

—¿Ah, sí?

La mayor parte de su atención había regresado a Lando Mata, al día de la mañana y a cómo conseguir los 100 millones sin ceder el control.

—¡Oh, sí! Las chicas de la próxima generación no van a tolerar el tedioso adagio de que «el lugar de la mujer es frente al lavadero». ¡Dios mío, cómo detesto las tareas hogareñas! ¡Cómo las aborrecen

todas las mujeres! ¡Nuestras hijas van a cambiar todo eso! Adryon, en primer lugar. ¡Santo Dios, yo no querría ser su marido!

—Cada generación piensa que ella es la que cambiará el mundo comentó Dunross, mientras servía más champaña; luego observó—. Esta champaña es buena. ¿Recuerdas lo qué hicimos nosotros? ¿Re cuerdas cómo acostumbrábamos renegar, y lo hacemos todavía, de las actitudes de nuestros progenitores?

—Es verdad, pero nuestras hijas tienen la pildora y eso sí es un mundo nuevo y...

—¿Cómo...? —Dunross clavó en ella la mirada, atónito—. ¿Quires decirme qué Adryon está a base de píldora? ¡Dios Santo! ¿Desde cuándo? ¿Quieres decir qué ha est.. ?

—Tranquilízate, Ian, y escucha. Esa pequeña píldora ha dado a la femenidad la sensación de libertad para siempre... Y a los hombres también, en cierto sentido. Creó que muy pocas personas se dan cuenta de la enormidad de la revolución social que va a producir. Ahora todas las mujeres pueden hacer el amor sin miedo de quedar embarazadas, pueden usar su cuerpo como los hombres usan el suyo, por satisfacción, por placer, y sin sentir vergüenza—lo miró con ojos penetrantes—. Por lo que toca a Adryon, tuvo acceso a la píldora desde los diecisiete años.

—¿Qué cosa?

—¡Claro! ¿Qué ... habrías preferido que tuviera un hijo?

—¡Dios bendito, Penn, claro qué no! —estalló Dunross—. Pero... ¡por Dios, mujer, ¿quién...? ¿Me estás diciendo qué tiene un amorío, qué ha estado teniéndolos, o...?

—Yo la envié con el doctor Tooley. Pensé que lo mejor; era que hablara con él.

—Tu hiciste... ¿qué cosa..?

—Sí. Cuando Adryon tenía diecisiete años me preguntó qué debía hacer, porque la mayoría de sus amigas tomaba la píldora. Como hay diversas clases, quise que tuviera el consejo de un experto. El doctor Too... ¿Por qué te sonrojas tanto, Ian? Adryon tiene ya diecinueve años, el mes entrante tendrá veinte... Se trata de cosas comunes y corrientes.

—¡No lo son, por Dios, no lo son!

—¡Vamos, muchacho, lo son! —insistió ella, enfatizando el fuerte acento escocés de Granny Dunross a quien él solía adorar—.

Lo que quiero que entiendas es que las chicas de hoy saben en lo que andan, y no te atrevas a decir a Adryon que yo te hablé de esto, o haré llegar mi vara a tus pantalones.

El la miró atónito.

—¡Salud! —exclamó Penèlope, levantando su copa. ¿Has leído la "Extra" del *Guardian* de esta tarde?

—¡No cambies de tema, Penn! ¿No crees qué yo debo hablar con ella?

—¡No, en absoluto! Es un... es un asunto muy personal. Se trata de su cuerpo y de su vida, y cualquier cosa que tú digas, Ian, ella tiene derecho de hacer con su vida lo que quiera. En realidad nada de lo que puedas decirle va a cambiar la situación. Sería muy penoso para los dos. Va de por medio mucho de dignidad personal —al decir esto, se sintió muy satisfecha de su astucia—. Es claro que Adryon te escuchará y tomará muy en serio tus puntos de vista, pero es preciso, que ¡ tú actúes con madurez y criterio moderno, por tu propio bien y por el de ella.

De pronto una oleada incontrolable de calor le recorrió el rostro.

—¿Qué es? —preguntó Penèlope.

—Estaba pensando... sólo pensaba.

—Pensabas en quién es, fue o puede ser su amante, ¿verdad?

—Sí.

Penèlope Dunross suspiró y propuso:

—Por tu salud mental, Ian, ¡no pienses en eso! Ella es muy razonable. Tiene más de diecinueve años... es decir, es bastante razonable. A propósito de ella... No la he visto en todo el día. La muy sinvergüenza salió corriendo con, mi nueva pañoleta antes que pudiera detenerla. ¿Recuerdas la blusa qué le presté? La encontré hecha una bola en el piso de su cuarto de baño.*Me gustará mucho verla con sus propias cosas y en su departamento propio.

—¡Es demasiado joven, por amor de Dios!

—No estoy de acuerdo, querido. Como te explicaba antes, no hay en realidad nada que tú puedas hacer para detener la marcha del progreso, y la píldora es un paso adelante maravilloso, fantástico, increíble. En serio necesitas ser más razonable... ¿por favor...?

—¡Por amor de Dios...! Es que... es un poco repentino... eso es todo...

Penélope rió a placer y comentó:

—Si estuviéramos hablando de Glenna, podría entenderlo pero, por amor de Dios, Ian, ¡no hago sino bromear contigo! Nunca se me hubiera ocurrido que tú no supusieras que Adryon es una jovencita muy sana, bien adaptada a su medio, aunque con un carácter endemoniado, arrebatado y con muchas frustraciones que en su mayoría le Menen de su esfuerzo por complacernos a ti y a mí con nuestras ideas anticuadas.

—Sí, tienes razón —se esforzó por ser convincente, aunque sin lograrlo; luego siguió en tono agrio—. Tienes razón, aunque... tienes razón.

—¡Oye, muchacho! —volvió a empezar Penélope con el mismo acento escocés de antes—. ¿No crees qué es mejor que visites nuestro «árbol del alarido»? —una exquisita sonrisa remató la pregunta.

Se trataba de una antigua costumbre del clan en la vieja patria. En algún lugar cercano a la vivienda de la mujer más anciana entre la familia de los hacendados, estaba plantado el «árbol del alarido».

Cuando Ian era joven, Granny Dunross era la más anciana. Su cabaña estaba en medio de una arboleda en las colinas, atrás de Kolmanrock, Ayrshire, donde se hallaban las propiedades de los Struan. El árbol era un encino enorme. Era el árbol al que uno acudía cuando el "deemonio" —así lo llamaba la anciana Granny— andaba a su lado. Una vez frente al árbol, solo, se proferían a alaridos todas las maldiciones que uno sentía deseo de lanzar... y entonces, muchachita —le había explicado a Penélope aquella anciana encantadora la primera noche—... entonces muchachita habrá paz en el hogar y nadie tendrá jamás necesidad de maldecir al marido o a la esposa, ni al amante ni a un hijo. ¡Ah, sí! No es más que un simple árbol, y el árbol puede soportar todas las; maldiciones que el mismo *deemonio* haya inventado...

Penélope estaba recordando en esos momentos cómo la anciana le había abierto de par en par las puertas de su corazón, admitiéndola al seno del clan desde el primer momento. Eso había sucedido cuando apenas acababa de celebrarse su matrimonio con Ian y ambos hacían la segunda visita al hogar de él, con un permiso otorgado por enfermedad. Ian caminaba todavía con muletas. Había sufrido graves quemaduras en las piernas, pero iban sanando poco a

poco. El resto de su cuerpo había salido enteramente ileso de las flamas del aterrizaje forzoso… con excepción de la furia devastadora y enloquecedora que le producía el verse sujeto a tierra para siempre. Penélope, en cambio, no se cansaba de dar gracias a Dios por esa disposición, aunque siempre en secreto.

—Pero, espera, muchachita —había añadido Granny Dunross ahogando una risa picara—, hubo tiempo en que este Dunross tenía seis años y ¡uff! tenía un carácter terrible, ya entonces. Su padre, Colin, en aquellos territorios extranjeros, paganos, como siempre, y este Dunross venía a Ayr durante las vacaciones que le daban en la escuela donde estaba interno. ¡Ah, sí! A veces venía a verme y yo le contaba historias del clan, de su abuelo y de su bisabuelo. Sin embargo, esa vez, nada podía arrancarle ese deemonio que lo había poseído. Era una noche como ésta y yo mandé al pobre muchachito afuera, ¡ah, sí!, lo mandé a ver el árbol del alarido…

La noche en que la anciana narraba esa historia a Penélope, los vientos de invierno silbaban entre los abrojos, afuera caía la cellisca, y ellos, en cambio, estaban gozando de un ambiente cálido y acogedor, frente al gran hogar, a salvo de bombardeos, bien alimentados y sin otra preocupación que el deseo de que Ian se recuperara pronto. La anciana trató en vano de reprimir una risita maliciosa, una y otra vez, tomó un sorbo de whisky y prosiguió:

—¡Ah, sí! pero el joven deemonio salió de la casa, no caminando, sino corriendo, con la ventisca soplando por entre su falda escocesa, y se fue# a maldecir al árbol. ¡Ah, sí, muchachita! Con toda seguridad los animalillos salvajes del bosque huyeron espantados de su ira, para volver más tarde.

—¿Le has dado una buena paliza? —le pregunté yo. —¡Ahá! —me contestó con su aguda vocecilla.

—¡Ahá, abuelita, le di una buena paliza; la mejor de mi vida!

—Bueno —comenté yo. ¡Ahora estás en paz! —Es decir, no abuelita, pero sí estoy cansado.

—Entonces, muchachita, en ese momento se produjo un tremendo derrumbe. La casa entera se sacudió.

Yo pensé que era el fin del mundo, pero el pequeño bárbaro salió corriendo a ver qué había sucedido.

Un rayo había caído sobre el árbol del alarido, hendiéndolo en mil pedazos. —¡Ah, sí, Granny! —me dijo con su aguda vocecilla, al

volver con ojos desorbitados—. ¡Eso fue de veras lo mejor qué yo he hecho en mi vida! ¿Puedo volver a hacerlo?

Ian había reído de buen grado y había protestado:

—¡Esos no son más qué cuentos! Yo no recuerdo nada. ¡Tú estás inventándolos ahora, Granny!

—¡Calle la boca, muchachito! Tenías entonces cinco o seis años. Al día siguiente fuimos a la arboleda y trajimos un árbol nuevo, el que tu vas a ver mañana, muchachita; lo bendijimos en nombre del clan, le dije al joven Ian que la siguiente vez fuera un poco más cuidadoso con lo que decía".

Todos habían reído de buen grado y luego, ya muy entrada la noche, Penélope había despertado y había visto que Ian no estaba y sus muletas tampoco. Había permanecido en vigilia, esperando. Al volver, Ian venía empapado, pero cansado y en paz. Ella había pretendido estar dormida hasta que él había vuelto a acostarse. Luego se había dado vuelta hacia él para prodigarle todo el calor de que era capaz.

—Recuerda, muchachita —le había dicho Granny Dunross a ella sola el día de su partida—, si quieres conservar tu matrimonio dulce, cerciórate de que este Dunross tenga siempre un árbol del alarido cerca. No temas. Escoge uno, siempre escoge uno, adonde quiera que vayan. Este Dunross necesita un árbol del alarido cerca de él, aunque nunca querrá reconocerlo ni usarlo, salvo raras excepciones. Es como el Dirk... ¡demasiado fuerte!

Por eso, adonde quiera que iban siempre teñían ese árbol. Penélope insistía en ello. Una vez, en Crungking, adonde Dunross había sido enviado como oficial de enlace aliado, una vez recuperada la salud, Penélope había hecho de un bambú su árbol del alarido. Allí en Hong Kong era una enorme Jacaranda que dominaba todo el jardín.

—¿No crees qué es tiempo de que la visites?

El árbol era siempre femenino para él y masculino para ella. Todos deberían tener un árbol del alarido —pensaba Penélope—. Todos...

—Gracias —repuso él—. Estoy bien.

—¿Cómo hizo Granny Dunross para tener tanta sabiduría y conservarse tan maravillosa, después de tantas tragedias en su vida?

—No lo sé. Tal vez eran de una pasta más sólida en esa época.

—Yo la extraño.

Granny Dunross había muerto a la edad de ochenta y cinco años. Se llamaba Agnes Struan al casarse con su primo Dirk Dunross (Dirk Mc-Cloud Dunross, a quien su madre Winifred, hija única de Dirk Struan, había bautizado con el nombre de su propio padre, en recuerdo de él. Dirk Dunross había sido el cuarto tai-pan. Había desaparecido en el mar, mientras trataba de llevar a casa al *Sunset Cloud*. No tenía a la sazón más que cuarenta y dos años. Su esposa tenía treinta y uno, y nunca volvió a casarse. Habían tenido tres hijos y una hija. Dos de sus hijos habían muerto, en la Primera Guerra Mundial, el mayor Gallipoli, a los veintiún años y el otro asfixiado por los gases en Ypres, Flandes, A los diecinueve años de edad. Su hija Anne se había casado con Gastón deVille, padre de Jacques. Anne había muerto, en el bombardeo de Londres adonde todos los deVille habían huido, con excepción de Jacques, que había permanecido en Francia y combatido a los nazis en la resistencia. Colin, el más joven de sus hijos, padre de Ian, había tenido también tres hijos y una hija, Kathren. Dos de ellos habían muerto en la Segunda Guerra Mundial. El primer marido de Kathren, jefe del escuadrón de Ian, había caído en la batalla de Bretaña.

—¡Tantas muertes! ¡Todas violentas! —comentó Penélope con tristeza— Verlos nacer y morir a todos ellos... ¡terrible! ¡Pobre Granny! Sin embargo, a la hora de su propia muerte, ella parecía haberse marchado con una paz tan grande, con esa bella sonrisa tan suya... tal vez fue el hado. Pero los demás... eso también fue el hado. No hicieron más que lo que debían hacer, Penn, Después de todo, la historia de nuestra familia es muy ordinaria en ese aspecto. Somos británicos. La guerra ha sido una forma de vida durante siglos enteros. Considera tu propia familia: uno de tus tíos desapareció en el mar, en la marina, en medio de la Gran Guerra. Otro en la última, en El Alamein. Tus padres murieron en el bombardeo... Todo ha sido muy ordinario —su voz sonó dura—. ¿No es fácil explicárselo a un extraño, verdad?...

—No. Todos nosotros tuvimos que crecer con tanta urgencia, ¿no es cierto, Ian? —él asintió con la cabeza; después de un instante ella continuó—. Será mejor que te vistas para la cena, querido, llegarás tarde.

—Por favor, Penn. Tú necesitas una hora más que yo. Haremos

acto de presencia con brevedad y nos retiraremos después del show. ¿Qué...

El teléfono lo interrumpió. Lo tomó sin tardanza y saludó:

—¡Hola! ¡Ah! ¿Qué tal, señor Deland?

—Buenas noches, tai-pan. Quiero darle informes acerca, de la hija de la señora deVille y de su yerno, el señor Escary.

—Sí, por favor.

—Me apena el ser yo quien transmita tan. malas nuevas. El accidente fue .. ¿cómo lo llaman ustedes...? Un golpe de refilón contra la pared del acantilado, al salir de Eze. El conductor del otro auto iba borracho. Sucedió más o menos a las dos de la mañana, y cuando la policía llegó, el señor Escary ya estaba muerto y su esposa inconsciente. El doctor asegura que ella se repondrá bien, pero teme que su... sus órganos internos, los de la maternidad hayan quedado dañados para siempre. Es posible que necesite una operación. Él...

—¿Sabe ella todo esto?

—No, señor. Todavía no. A la señora deVille ya se le dijo. Fue el doctor quien se lo notificó. Yo fui a recibirla, como usted ordenó y me he hecho cargo de todo. He solicitado que venga un especialista de París en este campo, para que estudie el caso con los médicos del Hospital de Niza. Llegará esta tarde.

—¿Hay alguna otra lesión?

—Externa, *no*. Sólo una muñeca rota, algunos rasguños... nada en realidad. Pero... la pobre chica está deshecha. Me dio gusto... Me dio gusto que viniera su madre. Eso ha servido. Ha servido mucho.

Está hospedada en el Métropole, en una suite. Yo fui a recibirla al aeropuerto. Por supuesto, me mantendré en contacto constante.

—¿Quién conducía el coche?

—La señora Escary.

—¿Y quién es el otro conductor?

Hubo un momento de vacilación.

—Se llama Charles Sessonne. Es un panadero de Eze. Volvía a casa después de un juego de cartas y de pasar la velada con unos amigos. La policía ha... La señora Escary jura qué su auto venía por el carril contrario. El no puede recordarlo. Por supuesto, su pena es muy grande y está acusado de manejar en estado de ebriedad y...

—¿Fue ésta la primera vez?

—No. No, ya una vez fue detenido y multado.

—¿Qué sucederá, de acuerdo con la ley de Francia?

—Se le someterá a juicio y luego… No sé, señor. No hubo más testigos. Tal vez una multa, tal vez cárcel. No sé. Quizá él recuerde que iba por el carril correcto. ¿Quién lo sabe? Me apena, no poder decirle más…

Dunross pensó un momento. —¿Dónde vive esté hombre?

—En Rué de-Verte 14, Eze.

Dunross recordaba bien aquella aldea, no lejos de Monte Cario, en la parte alta, con toda la Costa Azul a sus pies. Desde allí podía verse más allá de Monte Cario, hasta Italia, y del otro lado de Cap Ferrat hasta Niza.

—Gracias, señor Deland. Por telex le he mandado ya 10,000 dólares para los gastos de la señora deVille, cualquier cosa que se ofrezca. Lo que sea necesario, hágame el favor de hacerlo. Llámeme en el acto si se ofrece algo… Sí, y pida al especialista que se comunique conmigo sin tardanza después que haya examinado a la señora Escary. ¿Ha hablado usted ya con el señor Jacques deVille?

—No, tai-pan. Usted no me dio instrucciones en ese sentido. ¿Debo llamarle?

—No. Yo lo llamaré. Gracias de nuevo.

Dunross colgó el teléfono y refirió todo a Penélope, excepto lo relacionado con las lesiones internas.

—¡Qué espantoso! ¡Qué… qué absurdo!

Dunross contemplaba la puesta del sol. Fue sugerencia suya el que aquella joven pareja fuera a Niza y a Monte Cario, donde él y Penélope se habían divertido tanto y habían disfrutado de una comida maravillosa, un vino excelente y un poco de juegos de azar. El hado… —pensó, pero luego añadió— ¡Santo Dios omnipotente!

Llamó por teléfono a la casa de Jacques deVille, pero él no se encontraba allí. Dejó un mensaje, para que en cuanto volviera Jacques lo llamara —Lo veré en la cena esta noche —comentó, mientras tomaba un sorbo de champaña que le pareció insípida—… En fin, será mejor que nos ataviemos para salir.

—Yo no voy, querido.

—¡Oye, pero…!

—Tengo muchas cosas que preparar para mañana. Tú puedes encontrar el modo de disculparme… Por supuesto, tú tienes que ir.

Yo estaré demasiado ocupada. Tengo las cosas de la escuela de Glenna ...

Duncan vuelve el lunes y sus útiles escolares deben estar preparados. Tú tendrás que llevarlo al avión y cerciorarte de que lleva su pasaporte ... Te será muy fácil disculparme esta noche, en vista de que estoy a punto de emprender el viaje.

Dunross esbozó una ligera sonrisa y dijo:

—Sí, claro, Penn. Pero, ¿cuál es la verdadera razón? Va a ser algo en grande. Con toda seguridad Robin estará allí.

—¡Ellos no regresan sino hasta mañana!

—No. La noticia la dio la Extra del *Guardian*. Llegaron hoy en la tarde. Toda la delegación. Con toda seguridad se les invitará.

El banquete lo daba un multimillonario del negocio de la urbanización, Sir Shi-teh T'Chung, en parte para celebrar su ascenso al grado de caballero, que le había sido otorgado en la última Lista de Honores, pero sobre todo para promover su última colecta de caridad en pro de la nueva ala del recién construido hospital Elizabeth.

—En realidad yo no tengo deseo de asistir —recalcó Penélope—, y con tal que tú lo hagas, todo saldrá bien. La verdad es que quiero irme a descansar a buena hora. Por favor...

—Muy bien. Me encargaré de estas llamadas telefónicas y luego me pondré en movimiento. De cualquier manera, te veré antes de salir.

Dunross subió la escalinata y entró a su estudio. Lim estaba esperándolo, preparado. Llevaba túnica blanca, pantalón negro y calzado suave.

—'ñas noches, Lim —saludó Dunross en cantones.

—Buenas noches, tai-pan.

Sin decir palabra, el anciano le hizo seña de que se asomara por la ventana. Dunross pudo ver a dos hombres, chinos, que parecían holgazanear al otro lado de la calle, frente al muro que rodeaba la Gran Casa, cerca de las rejas altas de hierro, que estaban abiertas.

—Hace ya tiempo que están ahí, tai-pan.

Dunross los observó un momento con cierta intranquilidad. Su guardia personal acababa de quedar libre y Brian Kwok, que también sería invitado a la fiesta de Sir Shi-teh esa noche, no tardaría en llegar para ir con él, en calidad de guardia sustituto.

—Si para el oscurecer no se han marchado, llama a la oficina del superintendente Crosse —escribió el número y luego añadió en cantonés, con una voz que se endureció de improviso—. Ahora que lo pienso, Lim, si yo quiero que se detenga a algún automóvil de demonio extranjero, *yo* seré quien lo ordene.

Dunross pudo ver que los ojos del anciano lo miraban imperturbables. Lim Chu había estado con la familia desde que tenía siete años, lo mismo que su padre antes de él, y el padre de éste, el primero de su estirpe el cual, en tiempos muy remotos, antes que Hong Kong existiera, había sido el Varón Número Uno y había estado a cargo de la mansión de Struan en Macao.

—No entiendo, tai-pan.

—Tú no puedes envolver el fuego en papel. La policía son gente sagaz y el viejo Barba Negra es un gran patrocinador de ellos. Los expertos pueden examinar los frenos y deducir toda clase de información.

—No sé nada de la policía —comentó el viejo, encogiéndose de hombros; luego la cara se le iluminó y agregó—. Tai-pan, yo no subo a los árboles en busca de peces. Tú tampoco. Si me permites, te diré que en la noche no podía dormir y vine aquí. Vi una sombra deslizándose a lo largo del balcón exterior. En el momento en que abrí la puerta del estudio, la sombra se deslizó hacia abajo por el tubo del desagüe y se perdió entre los arbustos —el anciano le presentó un jirón de ropa que no tenía nada de singular y explicó—. Esto se quedó en el tubo de desagüe.

Dunross lo examinó preocupado. Dirigió la mirada al óleo de Dirk Struan, sobre la repisa de la chimenea. Estaba en su posición perfecta. Lo hizo a un lado y pudo comprobar que el cabello que con gran esmero había colocado en posición de equilibrio precario sobre un gozne de la caja fuerte estaba intacto. Satisfecho de su inspección, volvió a colocar el cuadro en su lugar. Luego revisó las cerraduras de las ventanas francesas. Los dos hombres seguían vagabundeando frente a la casa. Por vez primera, Dunross sé sintió muy contento de poder contar con un guardia de los Servicios Especiales de Inteligencia.

34
7:58 p.m.

El ambiente en el estudio de Phillip Chen era caliente y húmedo. El estaba sentado junto al teléfono, contemplándolo en actitud nerviosa. La puerta se abrió de par en par y la sorpresa lo hizo pegar un salto. Dianne entró decidida.

—No tiene objeto esperar más —dijo en tono molesto—. Será mejor que vayas a ponerte otra ropa.

Ese endemoniado licántropo no llamará hoy en la noche. Debe de haber sucedido algo, ¡Ven, vámonos!

Ella vestía un *chong-sam* de noche. Era el último grito de la moda y también el más caro. Lucía, una cabellera esponjada e iba adornada como árbol de Navidad. Insistió:

—Sí. Algo tiene que haber sucedido. Tal vez la policía... Pero no, es demasiado esperar que ya lo hayan atrapado, Lo más probable es que ese demonio *fang pi* esté burlándose de nosotros. Ve a arreglarte; de lo contrario, llegaremos tarde. Si te das pri...

—La verdad es que no quiero asistir—respondió sin titubear— Shitee T'Chung es un fastidio ambulante, y ahora que se ha convertido en Sir Shitee lo será con doble motivo.

Unos años antes, Shi-teh se había modificado para convertirse en el diminutivo afectuoso *Shitee* entre sus amigos íntimos. Phillip Chen prosiguió: .

—En todo caso, todavía no son las 8 de la noche y la cena deberá empezar a las 9:30. Además, él siempre va retrasado... todos sus banquetes empiezan una hora después del tiempo indicado. ¡Por amor de Dios, ve tú sola!

—¡Oh, no! Tú tienes que asistir. Es cuestión de prestigio —opuso Dianne en un tono tan malhumorado como el de; él—. ¡Santo Dios! Después de lo sucedido hoy en el mercado de valores. . .

Si no acudimos a la invitación perderemos mucho de nuestro gran nombre y eso 534

hará que la Bolsa baje más todavía. Todo Hong Kong se reiría de nosotros. Están ansiosos de hacerlo.

Andan diciendo que nos avergüenza tanto que la Casa no pueda pagar sus cuentas, que no queremos mostrarnos en público. ¡Oh! Además, Constance, la nueva esposa de Shitee, esa ramera melosa, está ansiosa de verme humillada.

A Dianne casi le rechinaban los dientes de rabia. Sus pérdidas ese día habían sido de más de cien mil dólares de sus cuentas personales secretas. Cuando Phillip la había llamado desde las oficinas de la Bolsa de Valores, inmediatamente después de las 3 de la tarde, para informarla de lo que había pasado, Dianne casi se había desmayado. En tono inexorable insistió:

—*¡Oh ko!* ¡Tienes que asistir o quedaremos arruinados!

En un gesto de honda miseria, él asintió con la cabeza. Sabía que en aquella fiesta habría mucha gente dispuesta a murmurar y a esparcir toda clase de rumores. Todo el día se había visto abrumado de preguntas, lamentos y actitudes de pánico.

—Tal vez tengas razón —convino de mala gana.

El mismo había perdido ese día casi un millón de dólares, y si la fuga continuaba y Gornt triunfaba, Phillip sabía que estaba perdido. ¡Oh, oh! ¿Por qué confié en Dunross y me dediqué a comprar en cantidades tan grandes? AI pensar así, sintió tal arrebato de ira que habría deseado dar un buen puntapié a alguien. Levantó la mirada y la clavó en su mujer. El corazón se le sobresaltó al notar en la cara de ella las señales de un disgusto espantoso contra el mundo en general y contra él en particular. Phillip se estremeció en su interior. —Muy bien —aceptó—. Estaré listo en un momento.

Cuando llegó a la puerta, el teléfono sonó. Una vez más el corazón le dio un vuelco y lo hizo sentirse enfermo. Desde las seis de la tarde había recibido cuatro llamadas telefónicas. Cada una había sido por motivos de negocios, deplorando el sesgo que estaba tomando la Bolsa, preguntándole si los rumores serían ciertos y diciéndole *¡Oh ko!*, Phillip, será mejor que venda...! Cada llamada era peor que la anterior.

—¿Qué hay? —preguntó en tono iracundo, al tomar el auricular.

Hubo una breve pausa y luego una voz, tan áspera como la suya, le dijo en cantonés vulgar:

—¡Tiene un genio endemoniado, quien quiera que usted sea! ¿Dónde ha dejado sus inmundos buenos modales?

—¿Quién habla? ¿Qué cosa? ¿Quién es usted? —preguntó él en

cantonés.

—Habla el Licántropo. El jefe de los licántropos, ¡por todos los dioses! ¿Quién es usted? —¡Oh!

La sangre se le heló en las venas. Presa del pánico, hizo señas a su mujer. Ella se apresuró a acercársele para oír la conversación. No tenía en mente otra cosa que la seguridad de la Casa.

—Habla... aquí habla el honorable Chen —dijo con cautela—. Por favor, ¿cómo se llama usted?

—¿Tiene los oídos llenos de cerumen? Le dije ya que era el Licántropo. ¿Cree qué soy tan necio para darle mi nombre?

—Perdón... perdón. Pero, ¿cómo sé que usted es... que usted está diciéndome la verdad?

—¿Cómo sabe usted quien es? Tal vez usted es un policía, devorador de estiércol. ¿Quién es usted?

—Yo soy el Jefe de la Casa de Chen. ¡Lo juro!

—Bueno. Recuerde que le escribí una carta, diciéndole que lo llamaría alrededor de las 6 de la tarde hoy. ¿La recibió?

—Sí. Sí recibí la carta —contestó Phillip Chen, tratando de controlar un alivio que estaba mezclado de rabia, frustración y terror—. Permítame hablar con mi Hijo Número Uno, por favor.

—Eso no es posible. No. No es posible. ¿Acaso puede una rana pensar en devorar a un cisne? Su hijo está en otra parte de la isla... De hecho está en los Nuevos Territorios. No está cerca de ningún teléfono, pero sí está a buen recaudo, Jefe de la Casa Chen, o sí, está sano y salvo. No le falta nada. ¿Usted tiene el dinero del rescate?

—Sí... Por lo menos pude ya reunir cien mil. El...

—¡Qué todos los dioses sean testigos de mi inmunda paciencia! —exclamó el hombre iracundo—. ¡Usted sabe muy bien que pedimos medio millón! ¡Cinco o diez para usted no es más que un pelo para diez bueyes!

—¡Mentiras! —chilló Phillip Chen—. ¡Todo eso son mentiras y rumores esparcidos por mis enemigos! Yo no estoy tan rico ... ¿No se ha enterado de lo que sucedió en el Mercado de Valores el día de hoy?

Phillip Chen estiró la mano libre, tratando de acercarse una silla. El corazón se le salía del pecho.

Logró sentarse, pero conservando el auricular de modo que

Dianne pudiera oír el diálogo.

—¡Aaayyy! El Mercado de Valores... Sí. Nosotros, los pobres campesinos no tenemos nada que ver con él. ¿Quiere usted la otra oreja de su hijo?

Phillip Chen palideció y repuso:

—No. Pero es preciso que negociemos. Cinco es demasiado. Uno y medio puedo conseguirlo.

—Si convengo en uno y medio, ¡seré el hazmerreír de toda China! ¿Está acusándome de exhibir cabeza de cordero para vender carne de perro? ¿Uno y medio por el Hijo Número Uno de la Casa Noble de Chen? ¡Imposible! Esto es asunto de dignidad. Estoy seguro de que usted puede entenderlo.

Phillip Chen titubeó y razonó:

—Es cierto... Hay algó de verdad en eso... Pero primero quiero saber cuándo me devolverá a mi hijo.

—¡Tan pronto como el rescate esté pagado! ¡Se lo prometo por los huesos de mis antepasados! Unas cuantas horas después de haber recibido el dinero, él estará en el camino principal de Sha Tin.

—¡Ah! ¿Está ahora en Sha Tin?

—¡Aaayyy! No me hará caer en una trampa, Jefe de la Casa Chen. Esta conversación me está oliendo a estiércol. ¿Está escuchándola la asquerosa policía? ¿Está poniéndose bravo el mastín porque su amo está oyéndolo? ¿Has llamado a la policía?

—No. Lo juro. No he llamado a la policía ni estoy tratando de ponerle una trampa... Pero, por favor, yo necesito garantías, una seguridad razonable —a Phillip Chen le escurría el sudor copiosamente—. Usted está perfectamente a salvo. Le doy mi palabra de honor. No he llamado a la policía... ¿Para qué la quiero? Si la llamo, ¿cómo podríamos negociar?

Hubo otra larga pausa. Luego el hombre comentó en un tono hasta cierto blando:

—Estoy de acuerdo. Pero nosotros tenemos a su hijo, así que cualquier desgracia que acaezca es culpa suya, no nuestra... Está bien. Seré razonable, yo también. Aceptaré 400,000, ¡pero tiene qué ser esta noche!

—¡Es imposible! Usted me pide que vaya a pescar al océano para atrapar un tigre... Su carta me llegó después que los bancos habían

cerrado. De cualquier manera, tengo cien mil en efectivo, en billetes pequeños...

Dianne le dio un codazo ligero y levantó dos dedos en señal de esperanza. Phillip Chen continuó:

—¡Escúcheme, honorable Licántropo! Tal vez pueda pedir prestado algo más hoy en la noche. Tal vez... mire, hoy mismo en la noche puedo darle dos.... Estoy seguro de poder reunir esa cantidad en menos de una hora... ¡Doscientos mil!

—¡Qué todos, los dioses me maten a golpes si me vendo por un sueldo tan miserable! ¡Trescientos cincuenta mil..!

—¡Doscientos mil en menos de una hora...!

—La otra oreja en dos días... ¡O trescientos mil hoy mismo!

Phillip Chen gimió, suplicó, aduló y maldijo. Estuvieron regateando una y otra vez. Los dos se mantenían firmes. Pronto ambos se vieron enredados en la batalla del ingenio, Phillip Chen utilizaba la estratagema, la adulación y las promesas. Al fin, Phillip Chen convino:

—¡Usted es demasiado para mí! ¡Usted es demasiado buen negociante! Le pagaré doscientos mil hoy en la noche y los otros cien mil en cuatro meses...

—¡En un mes!

—¡En tres! —a Phillip Chen le horrorizó el torrente de obscenidades que siguió a su última propuesta, y se preguntaba si habría subestimado a su adversario.

Dianne le dio otro ligero codazo y asintió con la cabeza. Phillip Chen aceptó: —Muy bien. Estoy de acuerdo. Otros cien mil en dos meses.

—Bueno —convino el hombre en tono de satisfacción; luego añadió—. Pensaré en lo que me ha propuesto y lo llamaré más tarde.

—Pero... Un momento, honorable Licántropo... ¿Cuándo me...?

—En menos de una hora.

—Pero...

La comunicación se interrumpió. Phillip Chen lanzó una maldición. Luego se enjugó el sudor por segunda vez y comentó:

—Creía tenerlo ya en mis manos... ¡Qué Dios maldiga a este montón de mierda de perro sin madre!

—Sí... —confirmó Dianne, en estado de exaltación—. ¡Lo hiciste

muy bien, Phillip! ¡Sólo dos ahora y los otros cien mil en dos meses! ¡Perfecto! En ese lapso pueden suceder muchas cosas. Tal vez la inmunda policía los aprehenda y ya no tengamos que pagar los últimos cien mil...

En un gesto de alegría tomó un pañuelo desechable para enjugarse el sudor de encima del labio superior. Luego su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué hacemos con Shitee T'Chung? Es preciso que vayamos, pero tú tienes que esperar...

—¡Ah! Ya sé. Lleva contigo a Kevin. Yo llegaré un poco después. Sobra lugar para mí, a cualquier hora que llegue. Yo sólo... Sólo esperaré a que vuelva a llamar.

—¡Excelente! ¡Qué sagaz eres! Es preciso que rescatemos nuestra moneda. ¡Magnífico! Tal vez nuestro hado ha cambiado y la bonanza se producirá, como la vaticinó Old Blind Tung. Kevin está muy preocupado por ti, Phillip. El pobre muchacho está muy contestado, pensando que tienes que sufrir todas estas contrariedades. Le aflige mucho tu salud.

Se dio prisa a salir, dando gracias a los dioses y sabiendo que estaría de regreso mucho antes que John Chen volviera sano y salvo. Perfecto —pensaba—; Kevin puede ponerse su nuevo smoking blanco de piel de tiburón. Es tiempo de que empiece a vivir de acuerdo con su nueva posición en la familia.

—¡Kevinnnnn!

La puerta se cerró. Phillip Chen suspiró. Cuando logró hacer acopio de sus energías, se acercó al bar y se sirvió un brandy. Después que Dianne y Kevin se marcharon, se sirvió otro. Quince minutos antes de las nueve de la noche, el teléfono sonó de nuevo.

—¿Es la Casa de Chen?

—Sí... Sí, honorable Licántropo...

—Aceptamos. ¡Pero ha de ser hoy en la noche!

Phillip Chen suspiró.

—Muy bien. Ahora dígame dón...

—¿Puede conseguir todo el dinero?

—Sí.

—¿Son billetes de cien, como se los pedí?

—Sí. Tengo 100,000 y puedo conseguir otros tantos de un amigo...

—Usted tiene amigos ricos —insinuó el hombre en tono sospechoso—… seguramente mandarines.

—Es un apostador de profesión —se apresuró a explicar Phillip Chen, maldiciendo interiormente su desliz—. Cuando acabé de hablar con usted… hice los arreglos necesarios. Por fortuna, hoy tuvo una de sus mejores noches…

—Muy bien. Escúcheme. Tome un taxi…

—Bueno, es que… yo tengo un auto y…

—Sé bien que tiene un asqueroso auto y conozco el número de su matrícula —objetó el hombre en tono áspero—. Además sabemos todo lo relacionado con usted, y si trata de traicionarnos con la policía, no volverá a ver a su hijo y… ¡y usted será el siguiente en nuestra lista! ¿Está entendido?

—Sí, sí… desde luego, honorable Licántropo —convino Phillip en tono conciliador—… Yo debo tomar un taxi… e ir … ¿adónde?

—Al jardín del triángulo en Kowloon Tong. Hay una calle llamada Essex Road. Allí hay una cerca de mampostería y en ella un agujero. Una flecha trazada sobre el pavimento está apuntando hacia el agujero. Ponga la mano en él y se le entregará una carta. Usted la lee y luego nuestros hombres se le acercarán y le dirán *Tin koon cni fook*, y usted les entregará el paquete.

—¡Oh! ¿No habrá posibilidad de que lo entregue a alguien que no sea la persona indicada?

—No. No podrá suceder eso. ¿Ha entendido la palabra clave y todas las indicaciones?

—Sí… Sí.

—¿En cuánto tiempo llegará allá?

—Puedo ir en el acto. Conseguiré… Puedo recoger el resto del dinero en el camino hacia allá. Puedo ir sin tardanza.

—Entonces venga inmediatamente. Venga solo. No puede acompañarlo nadie. Estaremos observándolo desde el momento en que salga de su casa.

Phillip Chen se enjugó el sudor de la frente y preguntó:

—Y… ¿mi hijo? ¿Cuándo lo…?

—¡Limítese a observar las instrucciones que se le han dado! ¡Mucho cuidado de venir solo!

Una vez más, la comunicación se interrumpió de pronto. A Phillip le temblaban los dedos cuando tomó el vaso para apurar el

resto del brandy. Tuvo la cálida sensación que sigue a un buen trago, pero no fue suficiente para ahogar sus temores. Una vez que hubo recobrado las fuerzas, marcó un número muy privado.

—Quiero hablar con Four Fingers Wu —dijo en el dialecto de éste.

—Un momento, por favor —se oyeron unas voces confusas en haklo y luego la pregunta en un inglés con acento americano:

—¿Habla el señor Chen? ¿El señor Phillip Chen?

—¡Oh! —Exclamó muy sorprendido—. ¿Con quién hablo?

—Habla Paul Choy, señor Chen, el sobrino del señor Wu. Mi tío tuvo que salir, pero me dejó instrucciones para esperar su llamada. El ha tomado ya las debidas medidas. ¿Habla el señor Chen?

—Sí, sí. Soy yo.

—¡Magnífico! ¿Se han comunicado ya con usted los secuestradores?

—Sí. Ya lo han hecho —Phillip Chen se sentía inseguro hablando con un desconocido, pero no podía hacer otra cosa.

Explicó a Paul Choy lo que los licántropos le habían dicho, y éste se limitó a responder:

—Un momento, señor.

Philip Chen se dio cuenta de que una mano cubría el auricular mientras la voz profería algunas palabras confusas en haklo. Luego su interlocutor explicó:

—Todo está arreglado, señor. Mandaremos un taxi a su casa. ¿Está hablándome desde la Atalaya de Struan?

—Sí, sí. Estoy en casa.

—El conductor será uno de los nuestros. Habrá más... ehm... más gente de mi tío esparcida en Kowloon Tong, así que no se preocupe. Usted estará protegido a lo largo de todo el camino. Lo único que tendrá que hacer es entregar el dinero y... ehm... nuestros hombres se encargarán de todo. El principal lugarteniente de mi tío... es decir, su ayudante me dice que le asegure que no tiene por qué preocuparse, que tendrán invadida toda la zona... ¿Señor Chen...?

—Sí, sí. Estoy oyéndolo. Gracias.

—El taxi estará en su casa dentro de veinte minutos.

* * *

Paul Ghoy colgó el teléfono. —La Gasa Noble de Chen me pide que te dé las gracias, honorable padre —explicó a Four Fingers Wu en su dialecto, en tono suave, aunque temblando bajo la mirada de sus ojos lapídeos.

El sudor le empapaba el rostro. En vano se esforzaba en ocultar su miedo a los demás. El ambiente era caluroso y sofocante en la cabina principal de aquel viejo junco, sujeto a un amarradero fijo de un muelle no menos viejo situado en medio de uno de los numerosos estuarios de Aberdeen.

—¿Puedo ir yo también con tus nombres?

—¿Se manda acaso un conejo a pelear contra un dragón? —rugió Four Fingers Wu—. ¿Por ventura has recibido adiestramiento para las refriegas? ¿Soy acaso tan necio como tú? ¿Soy tal vez engañoso como tú?

El viejo levantó su áspero pulgar en un gesto violento dirigido a Goodwether Poon y le ordenó:

—¡Ponte al frente de mis hombres!

El aludido salió a toda prisa. Los demás lo siguieron.

Tío y sobrino quedaron solos en la cabina.

El viejo estaba sentado sobre un barril. Encendió otro cigarrillo. Lo aspiró con fuerza, tosió y escupió ruidosamente sobre el piso de cubierta. Paul Choy lo observaba, mientras el sudor le corría por la espalda, más por el miedo que por el calor. Alrededor de ellos había algunos escritorios viejos, unos archiveros, unas sillas desvencijadas y dos teléfonos. Aquel lugar era la oficina de Four Fingers y su centró de comunicaciones* De allí salía la mayor parte de los mensajes que enviaba a sus flotas. Gran parte de sus negocios era el transporte regular de carga, pero por donde quiera que ondeaba, la bandera del Loto Plateado, la orden para sus capitanes era siempre ésta: transportar cualquier cosa, a cualquier parte, en cualquier momento. . . al precio justo.

El rudo anciano tosió de nuevo y observó al muchacho bajo sus espesas cejas.

—En la Montaña Dorada te han enseñado modales extraños, ¿verdad? Paul Choy se mordió la lengua en espera, mientras el corazón se le salía del pecho y en su interior deseaba no haber vuelto jamás a Hong Kong, haberse quedado en los Estados Unidos, o mejor aún, en Honolulú, gozando de los deslizadores acuáticos

sobre las grandes olas, o bien acostado sobre la playa en compañía de su chica. Su espíritu se sobresaltó al recordarla.

—¿Te enseñaron a morder la mano que te da de comer...?

—No, honorable padre... Lo si...

—¿Te han enseñado que mi dinero es tuyo, mi riqueza es tuya y mi estampilla también, para que la uses como te parece...?

—No, honorable señor. Siento disgustarte —musitó Paúl Ghoy abrumado por él peso de su terror.

Aquella mañana temprano, cuando Gornt había llegado a la oficina con una actitud gallarda, después dé su entrevista con Bartlett, era todavía demasiado temprano para que se hubiesen presentado las secretarias, por eso Paul Choy le había preguntado si podía ayudarle en algo. Gornt le había pedido que lo comunicara por teléfono con diversas personas. A otras él mismo las había llamado por su línea privada. Paul Choy no había dado ninguna importancia al asuntó, hasta que por casualidad había alcanzado a oír parte de lo que a todas luces era información, confidencial acerca de Struan. Entonces recordó la llamada tempranera de Bartlett, dedujo que él y Gornt habían tenido una entrevista fructuosa, a juzgar por el buen humor de su jefe, y al darse cuenta de que Gornt hacía las mismas confidencias una y otra vez, su curiosidad subió de punto. Luego oyó por casualidad que Gornt decía a su corredor: "...vender al descubierto... No, no te preocupes. Nada sucederá sino cuando yo esté cubierto... no antes de las once... Con toda seguridad. Te mandaré la orden, con mi estampilla, tan pronto como..."

La siguiente llamada que Gornt le pidió que hiciera fue una larga distancia al gerente del Banco de Suiza y Zurich, que él escuchó con toda discreción: "Estoy esperando un depósito fuerte en dólares norteamericanos hoy en la mañana, antes de las once. Llámeme en el momento... pero en el momento mismo en que llegue a mi cuenta..."

Por eso, desconcertado, Paul Choy había puesto todos los elementos de la ecuación juntos y había logrado formular una teoría: si Bartlett ha concertado una repentina asociación secreta con Gornt, enemigo declarado de Struan, para lanzar una de sus incursiones, y si el mismo Bartlett corre con una parte de los riesgos, tal vez la mayor, mediante depósitos secretos de grandes

cantidades en una de las cuentas de Gornt en Suiza, para cubrir todas las pérdidas de las ventas de valores al descubierto, y en fin, si ha convencido a Gornt de que sea la punta del ariete mientras él apoya la retaguardia, estas operaciones van a atizar el fuego en el Mercado de Valores y los de Struan tendrán que caer.

Esto le sugirió una repentina decisión de negocios: lanzarse sin tardanza a vender a Struan al descubierto, antes que lo hagan los peces gordos, y hacer en esa forma una fortuna.

Recordó cómo casi había gemido en voz alta al encontrarse sin dinero, sin crédito, sin acciones y sin medios para pedir algunas prestadas. Luego le vino a la memoria lo que uno de sus profesores en la Escuela de Administración de Negocios de Harvard les había inculcado con tanta insistencia: un corazón pusilánime nunca ha conquistado a una bella damita. Por eso, se había ido a una oficina privada para llamar a su nuevo amigo, Ishwar Soorjani, el prestamista y cambista de divisas extranjeras, al que había conocido a través del viejo euroasiático de la biblioteca.

—Oye, Ishwar, tu hermano es director de los agentes de Bolsa Soorjani, ¿no es cierto?

—No, joven amo. Arjan es mi primo hermano, ¿por qué?

—Si yo quisiera vender unos valores al descubierto, ¿me apoyarías?

—Con toda seguridad, como ya te dije, tanto en la compra como en la venta, te apoyo en todo momento, si tienes una cantidad razonable en efectivo para cubrir cualesquiera pérdidas... o algo que equivalga a ella. Si no hay efectivo o su equivalente... lo siento mucho.

—¿Supón qué yo tuviera información candente?

—El camino al infierno y a la prisión de los deudores insolventes esta pavimentado de información candente, joven amo. Yo suelo estar en contra de las informaciones candentes.

—¡Qué lástima! —había comentado Paul Choy con tristeza— Yo podría conseguir para ti y para mí unos cien mil, antes de las tres de la tarde.

—¿Te importaría decirme al oído el nombre ilustre de los valores?

—¿Me apoyarías con unos 20,000 dólares?

—¡Ay! Me apena mucho, joven amo, soy prestamista, no

donador de dinero. ¡Mis antepasados me lo prohibieron!

—¿Siquiera con 100,000 HK?

—Ni siquiera con diez dólares en rebeldes rojos de Hong Kong...

—Que barbaridad, Ishwar, tú no eres una gran ayuda!

—¿Por qué no se los pides a tu ilustre tío? Tráeme su estampilla y en el acto te apoyo con medio millón de HK.

Paul Choy sabía que entre el efectivo y los títulos de su padre que habían pasado del Ho-Pak al Victoria había muchos certificados de acciones y una lista de valores encomendados a diversos corredores de bolsa. Uno era por 150,000 acciones de Struan. ¡Santo Dios! —pensó—. Si tengo razón, el viejo puede perder mucho. Si Gornt impulsa la incursión, el viejo puede sufrir las consecuencias.

—¡Buena idea, Ishwar, te llamaré más tarde!

Había llamado inmediatamente a su padre pero no lo había conseguido. Había dejado mensajes para él en todas partes y se había quedado a la espera. Pero su ansiedad iba en aumento. Poco antes de las diez, había oído que la secretaria de Gornt contestaba el teléfono.

—¿Dígame? ¡Ah! Un momento, por favor... ¿Señor Gornt? Una llamada de Zurich, de persona a persona... Está en la línea.

Una vez más, Paul Choy había tratado de localizar a su padre, con el ánimo de darle las noticias urgentes, pero Gornt lo había mandado llamar:

—Señor Choy, ¿quiere hacerme el favor de llevar esto ahora mismo a mi corredor de bolsa?

Al decírselo, le había entregado un sobre sellado. Luego había explicado:

—Entrégueselo a él en persona.

—Sí, señor.

Así pues, Paul Choy había salido de la oficina. En cada teléfono que encontraba había tratado de comunicarse con su padre. Luego había entregado el encargo a la persona indicada, y se había detenido a observar con todo cuidado la expresión del rostro del corredor. Vio señales de júbilo y preguntó en tono cortés:

—¿Debo transmitir alguna respuesta, señor?

—Sencillamente dígale que todo se hará como lo ha ordenado.

Eran apenas unos minutos después de las diez.

Fuera de la puerta de la oficina, al ir en el ascensor, Paul Choy había ponderado los pros y los contras.

Sentía un molesto vacío en el estómago. Se había detenido en el teléfono más cercano.

—¿Ishwar? ¡Oye, tengo una orden urgente de parte de mi tío! Quiere vender sus títulos de Struan, son 150,000 acciones.

—¡Ah! Eso es prudente, muy prudente. Están esparciéndose rumores terribles...

—Yo le hablé de ti. Le dije que Soorjani debía encargarse de la operación. Son 150,000 acciones. Te pregunta si puedes hacerlo en el acto. ¿Puedes?

—Como un ave en pleno vuelo. Por el estimado Four Fingers nos comprometemos como los Rotchsild... ¿Dónde están las acciones?

—En la bóveda.

—Necesitaré su estampilla en el acto.

—Voy a conseguirla ahora mismo, pero él dijo que vendieras sin tardanza. Quiere que lo hagas en paquetes pequeños, para no sacudir el mercado. Quiere el mejor precio posible. ¿Venderás sin dilación?"

—Sí. No tengas temor. En el acto... !Y obtendremos el mejor precio!

—Bueno. Y lo más importante es que todo esto se mantenga secreto.

—Sumamente, joven amo, puedes confiar en nosotros a ciegas. ¿Qué me dices de los valores que tú querías vender al descubierto?

—¡Ah, esos..! Bueno, tendrán que esperar... Hasta que yo goce de crédito, ¿no crees?

—Prudente, sí, muy prudente— Paul Choy se estremeció. El corazón le latía con mucha fuerza en medio de aquel silenció. Observaba el cigarrillo do su padre, más que el rostro airado, sabedor de que aquellos ojos negros fríos lo escudriñaban para decidir su destino. Recordaba cómo había lanzado casi un alarido de excitación cuando las acciones habían empezado a bajar casi a renglón seguido. Observó el proceso momento por momento, para luego ordenar a Soorjani que volviera a comprar inmediatamente antes que el Mercado cerrara. Se sentía ligero e inundado de euforia...

Sin esperar más tiempo, había llamado por teléfono a su chica.

La conferencia le había costado casi 30 de sus valiosos dólares norteamericanos. Había querido decirle cuánto la extrañaba. Ella le había dicho que-abrigaba los mismos sentimientos, hacia él y le había preguntado cuándo volvería a Honolulú. Se llamaba Mika Kasunari. Era *sansei*, norteamericana de tercera generación de ascendencia japonesa. Los padres de Mika aborrecían *a* Paul por ser chino, así como él sabía que su padre la detestaría a ella por ser japonesa. La realidad era que los dos eran ya norteamericanos y se habían conocido y enamorado en la escuela.

—Iré muy pronto, cariño —le había prometido en éxtasis—... ¡Te garantizo que para Navidad! Después de lo sucedido hoy, estoy seguro de que mi tío me dará una gratificación!

El trabajo que Gornt le había asignado para el resto del día lo había ejecutado con gran agilidad y sin fatiga. Luego, al atardecer, Goodweather Poon le había telefoneado para decirle que su padre quería verlo en Aberdeen a las 7:30. Antes de ir allá, había pasado a recoger el cheque por valor de 615,000 HK a nombre de su padre, del que sólo había que deducir los honorarios del corretaje.

Presa de entusiasmo; había llegado a Aberdeen y le había entregado el cheque. Pero al decirle lo que había hecho, se había sentido aterrado ante la furia sin medida de su padre. La filípica de éste había sido interrumpida por la llamada de Phillip Chen.

—Siento mucho haberte ofendido, honor...

—Así que mi estampilla es tuya, mi riqueza es tuya, ¿verdad? —gritó de pronto Four Fingers Wu.

—No, honorable padre —protestó, casi sin aliento—, pero la información era tan buena que yo quise proteger tus acciones y también conseguirte algo de dinero.

—Pero no para ti, ¿verdad?

—No, honorable padre, era para ti. Yo quería conseguirlo para ti, para compensarte por todo el que has gastado por mí. Eran tus acciones y es tu dinero. Yo sólo traté de ca...

—¡Esa no es ni la sombra de una excusa! ¡Ven conmigo!

Paul Choy se levantó tembloroso y siguió al anciano hasta el puente. Con una maldición, Four Fingers Wu despachó a su guardaespaldas y señaló con su tosco índice las aguas sucias y fangosas de la bahía.

—Si no fueras mi hijo —dijo con voz silbante—... ¡Si no fueras

mi hijo, ahora mismo estarías alimentando a los peces allá abajo, encadenado... en este mismo instante!

—Sí, padre.

—Si vuelves a usar mi nombre, mi estampilla, cualquier cosa mía sin mi aprobación, eres hombre muerto...

—Sí, padre —musitó Paul Choy.

El terror lo tenía paralizado. Sabía que su padre contaba con los medios, la voluntad y la autoridad para poner por obra esa amenaza; sin temor a ninguna venganza.

—Lo siento padre. Juro que no volveré a hacerlo.

—Muy bien. Si hubieras perdido una pieza de bronce en esta operación, ahora mismo estarías ya en el agua. Sólo porque tuviste la inmunda suerte de ganar, sigues vivo.

—Sí, padre.

Four Fingers Wu lanzó una mirada a su hijo y siguió ocultando el placer que le proporcionaba aquel enorme descenso en los valores. Seiscientos quince mil HK, menos unos cuantos dólares. ¡Increíble!

Y todo gracias a unas cuantas llamadas telefónicas y al conocimiento adecuado de la situación —pensó—. Eso era tan milagroso como hacer que diez toneladas de Opio saltaran a la playa por encima de las cabezas de los agentes aduanales. El chico había pagado más de veinte veces el costo de su educación... ¡y eso en escasas tres semanas! ¡Qué talento...! ¡Pero también qué peligro...!

Se estremeció al pensar en que otros subordinados suyos tomaran decisiones por propia cuenta. *Dew neh lóh moh* —pensó—; yo estaría en sus manos e iría con toda seguridad a la cárcel por errores suyos, no por fallas mías... Sin embargo —se dijo con un sentimiento de impotencia—, ésta es la forma en que los bárbaros actúan en los negocios. El Hijo Número Siete está educado como un bárbaro. ¡Qué todos los dioses me sean testigos de que nunca tuve intención de crear a una víbora!

Volvió a mirarlo sin comprenderlo, detestando su forma directa de hablar, el estilo bárbaro que prescinde de las insinuaciones y los giros indirectos, propios de la gente civilizada.

Y sin embargo..., algo mejor que 600,000 HK en un día. Si yo hubiera hablado con él antes jamás habría consentido en que lo

hiciera y habría perdido toda esta ganancia. ¡Ah, sí! Mis acciones habrían perdido valor; en un día habría perdido toda una fortuna. ¡Oh, oh, oh! —pensó.

Estiró la mano en busca de una caja de madera y se sentó en ella. EL corazón le palpitaba con fuerza ante la idea de semejante pérdida.

Sus ojos seguían observando al chico. ¿Qué hacer con él? —se preguntaba, mientras sentía prácticamente el peso del cheque en el bolsillo. Le parecía increíble que su hijo pudiera reunir para él esa cantidad de dinero en unas cuantas horas, sin siquiera sacar las acciones de su escondite secreto.

—Explícame por qué ese demonio extranjero de cara negra y nombre inmundo me debe tanto dinero...

Paul Choy le explicó la mecánica de la Bolsa de Valores con toda paciencia, en un esfuerzo desesperado por complacerlo.

El viejo pensó en lo qué acababa de oír. Luego sugirió:

—¿Entonces mañana debo hacer lo mismo y ganar otro tanto?

—No, honorable padre. Tú tomas tus utilidades y las guardas. Hoy, el negocio era prácticamente una certeza. Fue un ataque repentino, una incursión a través de la Bolsa. Pero no sabemos cómo reaccionará mañana la Casa Noble, ni nos consta que Gornt se proponga de hecho llevar adelante la incursión. El también puede recuperar las acciones y sacar mucha ventaja. Sería peligroso seguir a Gornt mañana. Muy peligroso.

Four Fingers Wu arrojó su cigarrillo y preguntó:

—Esperar. El Mercado de los demonios extranjeros está nervioso y en manos de ellos. Yo te aconsejo que esperes a ver qué sucede con el Ho-Pak y el Victoria. ¿Puedo utilizar tu nombre para preguntar al demonio extranjero de Gornt acerca del Ho-Pak?

—¿Qué cosa?

Con toda paciencia, Paul Choy refrescó a su padre la memoria en lo tocante a la fuga de capital del banco y a la posible manipulación de sus acciones.

—Ah, sí, ya entiendo —dijo el anciano con actitud arrogante; Paul Choy no hizo comentario alguno, sabedor de que Wu no había entendido—. Entonces... nosotros... entonces yo... ¿me limitó a esperar?

—Sí, honorable padre

Four Fingers sacó el cheque con un gesto de disgusto y preguntó:
—Y... ¿qué hago con esta mierda de papel? ¿Qué me dices de él?

—Conviértelo en oro, honorable padre. Su precio casi no varía. Yo podría hablar de ello con Ishwar Soorjani, si lo deseas. El trabaja en intercambio de divistas.

—Pero... ¿dónde guardo el oro?

El viejo pensaba que una cosa era hacer contrabando con el oro ajeno y otra muy distinta tener que preocuparse por el propio.

Paul Choy le explicó que la posesión material del oro no era condición indispensable para ser su dueño.

—Pero yo no me fío de los bancos —protestó enojado el anciano si el oro es mío, me pertenece a mí, no al banco.

—Sí, padre, pero yo hablo de un banco suizo, donde estaría seguro, no de un banco de Hong Kong.

—¿Puedes garantizarlo con tu vida?

—Sí, padre.

—Bueno.

Sacó una pluma y firmó el reverso del documento, con instrucciones para que Soorjani lo convirtiera inmediatamente en oro. Dio el cheque a su hijo.

—¡Por tu cabeza, hijo mío! Y... mañana... ¿esperamos? ¿Mañana no ganamos dinero?

—Tal vez hubiera una oportunidad de nuevas utilidades, pero no puedo garantizarla. Quizá lo sepa cerca del mediodía.

—Llámame aquí a mediodía.

—Sí, padre... Ahora que, si tuviéramos nuestro propio mercado de valores, podríamos manipular un centenar de acciones... —el muchacho dejó que la idea flotara en el aire.

—¿Qué dijiste?

Con todo cuidado, Paul Choy empezó a explicarle lo fácil que sería para ellos crear su propia bolsa, una bolsa que estuviera en manos de chinos, y también las oportunidades sin límite de ganancias que su propio mercado Ies proporcionaría. Habló durante una hora, ganándose la confianza a medida que pasaban los minutos, explicando el mecanismo con la máxima sencillez posible.

—Si es tan fácil, hijo mío, ¿por qué Tightfist Tung no lo ha hecho? ¿Por qué no lo han hecho Big Mounth Sung... o Moneybags Ng... o ese contrabandista en oro, medio-bárbaro, de Macao... o el

mismo banquero Kwang... o una docena más de gente de ésa? ¿Qué me dices?

—Tal vez nunca han tenido la idea... o el valor. Quizá quieren trabajar dentro del sistema del demonio extranjero... seguir en el Turf Club, en el Cricket Club, seguir con sus títulos de caballeros y con todas esas necedades de los ingleses. ¿Tal vez tienen miedo de ir contra la corriente o no tienen los conocimientos necesarios. Nosotros tenemos los conocimientos y la pericia. Sí. Yo tengo un amigo en la Montaña Dorada, un buen amigo que estuvo en la escuela conmigo, que...

—¿Qué clase de amigo?

—Un hombre de Shanghai y un dragón en valores de bolsa. Es un corredor en Nueva York. Los dos juntos, con el apoyo en efectivo, podríamos hacerlo. Yo sé que podríamos.

—¡Aaayy! ¿Con un bárbaro del norte? —objetó Four Fingers Wu en tono de sospecha—. ¿Cómo puedes fiarte de él?

—Creo que puedes confiar en él; honorable padre... Por supuesto, se construyen cercas contra la maleza, como lo hace un buen jardinero. . .

—Pero todo el poderío de los negocios en Hong Kong está en manos de demonios extranjeros. La gente civilizada no podría sostener una bolsa de oposición.

—Es posible que tengas toda la razón, honorable padre —convino Paul Choy con cautela, sin permitir que su excitación se transluciera en el gesto o en la voz—, pero a todos los chinos les encanta apostar... Y, sin embargo, hasta ahora no hay un solo corredor de bolsa que sea persona civilizada... ¿Por qué los demonios extranjeros nos cierran esa puerta? Porqué los derrotaríamos en el juego; Para nosotros, el Mercado de Valores es la profesión más grande del mundo. En cuanta nuestra gente de Hong Kong vea que . nuestro mercado está abierto de par en par para las personas civilizadas y *sus* compañías, acudirán a nosotros en tropel! Los demonios extranjeros tendrán que abrirnos su propio mercado también a. nosotros. Nosotros somos mejores jugadores que ellos. Después de todo, honorable padre extendió el brazo para señalar la playa» los grandes edificios, las embarcaciones, los juncos y los restaurantes flotantes—, ¡todo eso podría ser tuyo! Está en títulos y acciones, y es, gracias al Mercado de Valores por lo que el

hombre moderno es *dueño* del poderío de su mundo.

Four Fingers fumaba placenteramente. Luego preguntó: —¿Cuánto costaría tu Mercado de Valores, Hijo Número Siete?

—Un año en tiempo y una inversión inicial de... No sé con exactitud.

El corazón del muchacho quería salirse del dolor. Podía sentir la avaricia del padre. Las consecuencias de formar un Mercado de Valores chino en aquella sociedad capitalista sin reglamentos eran de tan largo alcance, que él sentía qué se desmayaba. Sería tan fácil... con tiempo y con L ¿cuánto?

—Creo que puedo darte un cálculo dentro de una semana, —prometió.

Four Fingers clavó sus astutos ojos ancianos en el hijo y pudo percibir su emoción y su codicia.

—¿Será por dinero o por afán de poder? —se preguntó.

Es por las dos cosas —resolvió—. El necio muchacho no sabe que ambas son lo mismo. Pensó en el poder de Phillip Chen, en el de la Casa Noble y en el poder de aquella media moneda que John Chen había robado. Phillip Chen y su mujer son también unos mentecatos —se dijo—. Deberían recordar que siempre hay oídos al otro lado de las paredes y que, en cuanto una madre celosa conoce un secreto, deja de ser secreto. Tampoco pueden guardarse los secretos en, hoteles, entre demonios extranjeros que siempre suponen que la servidumbre no puede hablar su lengua bárbara, y que no tienen oídos largos y buenos ojos.

¡Ah, los hijos! —musitó—. No cabe duda que son la riqueza de un padre... pero a veces también pueden causarle la muerte.

Es una torpeza confiar en un hijo... por completo, ¡ah, sí!

—Muy bien, hijo mío —concluyó en tono amable—, entrégame tu plan por escrito, con la cantidad correspondiente, y yo decidiré.

* * *

Phillip Chen se bajó del taxi en el triángulo de césped de Kowloon Tong. Llevaba el portafolios apoyado en el pecho y lo sujetaba con fuerza. El conductor desconectó el taxímetro y observó a su cliente. El aparato marcaba 17.80 HK. Si hubiera dependido de Phillip Chen, no habría tomado un solo taxi desde la Atalaya de Struan,

pues eso significaba hacer uso del transbordador, mientras el medidor del auto seguía corriendo. No. El habría atravesado la bahía en el Golden Ferry por 15 céntimos y luego habría tomado otro taxi en Kowloon. Así habría ahorrado al menos 8 dólares.

Después de pensarlo bien, se sintió generoso y añadió una propina de treinta céntimos. El hombre se alejó con su vehículo de aquel lugar y dejó a Phillip Chen de pie junto al triángulo de césped.

Kowloon Tong no era más que uno de los suburbios de Kowloon; un nido multitudinario de edificios, barrios bajos, callejones, gente y tránsito de vehículos. Phillip Chen encontró la calle Essex, que pasaba en torno al jardín, y la recorrió. El portafolios parecía ir naciéndose más pesado. El tenía la certeza de que todos sabían que contenía 200,000 HK. Su nerviosismo fue en aumento. En un sitio como ése, podía comprarse la muerte de un individuo hasta por unos cuantos centenares de HK, si el interesado sabía a quién dirigirse... ¡por la cantidad que él llevaba, podría contratarse a un ejército entero? Los ojos de Phillip Chen iban fijos en el pavimento. Cuando casi había terminado de recorrer el perímetro del triángulo, vio en el suelo la flecha que señalaba la pared. Sintió que el corazón le resultaba pesado y le dolía. La oscuridad allí era intensa. Había poca iluminación pública. El agujero estaba formado por unos ladrillos que se habían caído. Pudo ver algo que parecía un periódico aplastado, dentro del agujero. Sin titubear lo tomó, se cercioró de que no dejaba nada caminó hasta una banca iluminada y se sentó.

Cuando el corazón había vuelto a su ritmo normal y su respiración era más tranquila, desenvolvió el periódico. Dentro de él había un sobre, que se veía plano. Phillip sintió que algo de su ansiedad desaparecía. Lo había aterrado la idea de encontrar allí la otra oreja.

La nota del sobre decía: "Camine hasta la calle de Waterloo. Siga hacia el norte, rumbo al campamento del ejército, permaneciendo siempre del lado oeste del camino. Tenga cuidado... Estamos observándolo ahora mismo".

Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza. Miró a su alrededor. Nadie parecía estar viéndolo... ni amigo ni enemigo. Pero podía sentir los ojos. El portafolio le resultaba más y más oneroso.

Que me protejan todos los dioses —oró con fervor, tratando de hacer acopio de energías para continuar—. ¿Dónde demonios están todos los hombres de Four Fingers Wu?

La calle de Waterloo estaba en las cercanías. Era una avenida importante con mucho movimiento. No puso atención a la muchedumbre. Se limitó a arrastrar sus pasos hacia el norte, sintiéndose desnudo, aunque sin ver a nadie en particular. Todas las tiendas estaban abiertas, los restaurantes hervían de clientes, los callejones aún más llenos de gente. En el malecón cercano, un tren de carga lanzaba su triste silbido. Se diría al norte. Su ruido se mezclaba con las estruendosas bocinas de los autos que sus conductores usaban sin discreción. La noche era lúgubre, con un cielo encapotado y un aire muy húmedo.

A paso cansado recorrió cerca de 800 m. atravesando calles y callejones laterales. Frente a un grupo cerrado de personas se detuvo para dejar pasar un camión, luego atravesó la desembocadura de otro callejón, dando pasos a izquierda y a derecha, según lo obligaba la corriente de los transeúntes. De pronto, dos hombres jóvenes se le pusieron delante y le dijeron:

—*¡Tin koon chi fook!*

—¿Eh?

Los dos llevaban gorras caladas hasta los ojos y anteojos oscuros. Los dos se parecían entre sí.

—*¡Tin koon chi fook!* —repitió Smallpox Kin en tono agresivo—. *Dew neh loh moh,* entrégueme el paquete!

—¡Oh!

Sin reflexionar siquiera, Phillip Chen lo puso en sus manos. Smallpox Kin lo aferró y ordenó:

—¡No mire a su alrededor y siga caminando hacia el norte!

—De acuerdo pero, por favor, sean fieles a su pro…

Phillip Chen se interrumpió. Los dos jóvenes se habían marchado. Parecía que no habían estado frente a él más que una fracción de segundo. Todavía en estado de conmoción, obligó a sus pies a ponerse en movimiento, tratando de grabarse bien en la memoria lo poco que había distinguido de sus rostros.

Luego, una mujer que pasaba le dio un empellón descortés. El lanzó una maldición y las caras de los secuestradores se le borraron de la imaginación. Entonces sintió que alguien lo aferraba con

violencia:

—¿Dónde está la maldita bolsa?

—¿Qué cosa? —protestó atónito, contemplando al hombre con cara de malhechor que le hablaba y que no era sino Goodwether Poon.

¡Su bolsa! ¿Dónde está?

—Dos muchachos… —con un gesto de impotencia apuntó hacia atrás.

El hombre lanzó una maldición y se apresuró en la dirección señalada, sorteando con habilidad a la multitud. Luego se llevó los dedos a los labios y lanzó un agudo silbido. Pocos le prestaron atención.

Otros hombres de aspecto rudo empezaron a acercársele, y Goodwheather Poon logró distinguir a los dos jóvenes con el portafolios, en el momento en que dejaban la calle principal bien iluminada, para entrar en un callejón. Echó a correr, con los demás hombres en zaga.

Smallpox Kin y su hermano menor se mezclaron con la multitud sin dar señas de precipitación. El callejón estaba sin otra luz que la de las raquíticas bombillas de unos puestos callejeros y la de las tiendas. Se sonrieron uno al otro. Seguros ya de haber salido bien de la empresa, se quitaron los anteojos y las gorras y los metieron en los bolsillos. Los dos muchachos se parecían mucho entre sí, casi tanto como dos gemelos. Ya en el callejón les fue más fácil aún mezclarse con la gente de la calle y los ruidosos compradores.

—*Dew neh loh moh*, el muy idiota parecía estar nutriéndose de miedo! —comentó Smallpox, con una risita burlona—. ¡Un paso más y habremos llegado al cielo!

—Sí, y la siguiente semana, cuando nos apoderemos del viejo, pagará con la facilidad con que un perro apesta…

Se rieron de buena gana y pararon un momento a la luz de un puesto callejero, para echar una mirada al paquete. Cuando ambos vieron el montón de billetes, suspiraron.

—¡Ah, sí, la verdad es que hemos llegado al cielo de un paso, hermano mayor. Qué lástima que el hijo esté muerto y enterrado…

Smallpox Kin se encogió de hombres, mientras seguían caminando hasta dar vuelta en otro callejón menor y pasar de ahí a otro más. Caminaban con paso seguro en medio de aquel laberinto,

cada vez más oscuro.

—Nuestro honorable padre tiene razón; hemos convertido la mala suerte en buena. No fue culpa tuya el que la cabeza de ese imbécil fuera tan blanda. ¡Por cierto qué no! Cuando lo saquemos y lo depositemos sobre la calle de Sha Tin, con la nota sobre su inmundo pecho...

Se interrumpió un instante. Ambos se hicieron a un lado en medio de la bulliciosa turba para dejar que un camión viejo y destartalado pasara entre la gente a durás penas. Mientras esperaban, Smallpox vio por casualidad la entrada del callejón y se dio cuenta de que tres hombres cambiaban de dirección al verlo y avanzaban de prisa hacia donde él estaba.

—*Dew neh loh mo*, ¡nos han traicionado! —alcanzó apenas a balbucir, y luego se abrió paso y echó a correr con su hermano que lo seguía muy de cerca.

Los dos muchachos fueron muy rápidos. El terror les dictó las medidas de astucia oportunas, mientras se escurrían entre la turba maldiciente, sorteando los inevitables agujeros del pavimento y los obstáculos de los puestos callejeros. La oscuridad los favorecía. Smallpox Kin iba a la vanguardia.

Logró escurrirse entre algunos puestos y huyó por un estrecho callejón oscuro, sujetando con fuerza el portafolios.

—¡Regresa a casa por otro caminó, hermano menor! —ordenó, casi sin aliento.

Al llegar a la siguiente esquina, se precipitó hacia la izquierda, mientras su hermano seguía de frente.

Los tres perseguidores se dividieron en la misma forma; dos corrieron detrás de Smallpox Kin. En medio de aquella oscuridad era casi imposible ver, y los callejones se retorcían y daba vuelta y no parecían tener fin. El muchacho sentía que el pecho le pesaba, pero llevaba buena ventaja a sus perseguidores; huyó por un atajo y, casi a renglón seguido, entró en una tienda destartalada que, como todas las demás, servía también de vivienda. Sin hacer caso de la familia, reunida frente a un televisor ruidoso, se precipitó por entre ellos, hasta salir por la puerta posterior. Luego se dio vuelta y retrocedió hasta la entrada del callejón. Con gran cautela se asomó a la esquina para observar la situación. Unas cuantas personas lo contemplaron con curiosidad, pero Siguieron su camino, sin

detenerse; no querían tomar parte en lo qué a todas luces era una dificultad.

Luego, con la esperanza de haberse salvado, se deslizó entre las multitudes y fue alejándose tranquilo, con la mirada baja. Su respiración era aún anhelante y su mente iba llena de obscenidades. Juró vengarse de Phillip Chen por haberlos traicionado. Que todos los dioses sean testigos —pensó furioso— ¡cuándo lo secuestremos a él, la semana entrante, antes de dejarlo ir le cortaré, un pedazo de nariz! ¡Cómo se atrevió a denunciarnos a la policía! ¡Hey, un momento! ¿Serían policías esos hombres?

Pensó en esa posibilidad mientras seguía caminando con el torrente de peatones, mirando hacia atrás de cuando en cuando, por si acaso.

Pero ya estaba seguro de no haber sido seguido. Dejó que su mente se deleitara con la idea del dinero y el rostro se le inundó de alegría. A ver... ¿qué haré con mis 50,000? ¡Haré un pago inicial de 40,000 para un departamento y lo rentaré en el acto! ¡Ah, sí! ¡Ya soy todo un propietario! Me compraré un Rolex y un revólver... y también otra daga. A mi esposa le regalaré un brazalete o dos, y un par más a White Rose, la del burdel de los Mil Placeres. Esta noche celebraremos una fiesta...

Con ánimo alegre prosiguió su camino. En un puesto de la calle compró una pequeña maleta barata, y en un callejón, pasó en secreto el dinero a ella. Más adelante, en otro callejón lateral, vendió el portafolios de piel de Phillip Chen a un mercachifle, por una buena cantidad de dinero, después de regatear durante cinco minutos. Después de eso, muy satisfecho de sí mismo tomó un autobús rumbo a Kowloon City, donde su padre había alquilado un pequeño departamento, bajo un nombre falso, como uno de sus refugios, muy alejado de su verdadero hogar en Wanchai, cerca de Glessing's Point. No observó que Goodweather Poon subía también al autobús, junto con los otros dos hombres. Tampoco notó el taxi que venía siguiendo al colectivo.

Kowloon City era un intrincado laberinto de barrios bajos, desagües abiertos y viviendas desastrosas.

Smallpox Kin sabía que allí estaría a salvo. Ninguna policía. había llegado allí jamás, si no1 era en gran número. Cuando China había cedido en plan de renta a largo plazo los Nuevos .Territorios

para, un lapso de noventa ,y nueve años, en 1898, había conservado un protectorado perpetuo sobre Kowloon City. En teoría, aquellas cuatro hectáreas eran territorio chino. Las autoridades británicas se habían 1

mantenido al margen de esa zona, con la condición de que no surgieran problemas y desórdenes.

Aquél era un amasijo detestable de expendios de opio, de grupos de juego de azar ilegales, de cuarteles generales de triadas, y un auténtico santuario para los criminales. De tiempo en tiempo, la policía hacía una operación de limpia general. Al día siguiente, Kowloon City volvía a ser lo que había sido siempre.

Las escaleras que conducían al departamento del quinto piso en aquel edificio de viviendas estaban ruinosas y sucias. El estuco de las paredes agrietado y mohoso. Smallpox Kin se sentía cansado. Llamó a la puerta, en la forma secreta convenida, y ésta se abrió.

—¡Hola, padre! ¡Hola, Dog-eared Ghen! —saludó alegremente—. ¡Aquí está el efectivo! —luego vio a su hermano menor y exclamó —. ¡Bravo! ¿Tú también lograste huir?

—¡Claro! Eran policías devoradores de estiércol, vestidos de civil. Tenemos que matar a uno o dos por su impertinencia —Kin Pax enarboló una .38—. ¡Tenemos qué vengarnos!

—Tal vez tengáis razón... Al fin ya recibimos el primer dinero... —observó Kin Padre.

—No creo que debamos matar a ningún policía... Eso va a enfurecerlos —dijo tembloroso Dog-eared Chen.

—*¡Dew neh loh moh* a toda la policía! —exclamó Kin Pak el menor, echándose a la bolsa la pistola.

Smallpox se encogió de hombros y comentó:

—Ya tenemos el efectivo, así...

En ese momento, la puerta se abrió de par en par. Goodweather Poon y tres de sus hombres estaban en el cuarto, con sendos puñales en la mano. Todos se quedaron helados. Con un movimiento rápido, Kin Padre se sacó un puñal de la manga y pegó un salto hacia la izquierda, pero antes que pudiera lanzarlo el de Goodweather Poon voló por los aires y se le clavó en la garganta. El herido trató de aferrarlo mientras caía de espaldas. Ni Dog-eared Chen ni los dos hermanos se habían movido. Se limitaron a verlo morir. El cuerpo se retorció, tuvo unos espasmos musculares violentos y luego se

quedó inmóvil.

—¿Dónde está el Hijo Número Uno de Chen? —apostrofó Goodweather Poon, ya enarbolando un segundo puñal. —No conocemos a ningún Hi...

Dos de los hombres se abalanzaron sobre Smallpox Kin, le azotaron ambas manos extendidas contra la mesa y las sujetaron en esa posición. Goodweather Poon se inclinó hacia adelante y le cercenó el dedo índice. La cara de la víctima se puso del color de la ceniza. Los otros dos estaban paralizados de terror.

—¿Dónde está el Hijo Número Uno de Chen?

Smallpox tenía la vista clavada en el dedo perdido y en la sangre que le escurría sobre la mesa. Lanzó un grito estridente cuando Goodweather Poon se inclinó de nuevo sobre él:

—¡No, no! —suplicó—. ¡Está muerto... está muerto y sepultado! ¡Nosotros lo enterramos, lo juro...!

—¿Dónde?

—Cerca de la calle... de la calle de Sha Tin. ¿Escúcheme! —gritó desesperado—. ¡Dividiremos el dinero con ustedes, les da...!

Pero la sangre se le heló cuando Goodweather Poon le puso la punta de la daga en la boca.

—¡Limítate a responder preguntas, tú, estiércol de ramera, si no quieres que te rebane la lengua!

—¿Dónde están las cosas del Hijo Número Uno? Las cosas que traía consigo...

—Nosotros... Nosotros mandamos todo a la residencia de Chen... Todo, excepto el dinero que tenía. ¡Lo juro! —lanzó un quejido de dolor; de pronto, dos de los hombres le hicieron presión en el codo y él lanzó un alarido—. ¡Qué todos los dioses me sean testigos de que digo la verdad!

Un alarido más, al dislocársele la articulación, y el muchacho se desmayó. Al otro lado del cuarto, Dog-eared Chen gimió de terror. Lanzó un primer grito, pero uno de los hombres le propinó un fuerte golpe en la cara, azotándole la cabeza contra la pared, y él también cayó desmayado. Entonces todos los ojos se concentraron en Kin Pak.

—¡Es cierto! —gimió, presa del terror por la rápida sucesión de los acontecimientos—. ¡Todo lo que él dijo es cierto!

Goodweather Poon le escupió una maldición. Luego preguntó:

—¿Lo registraron antes de sepultarlo?

—Sí, amo; al menos yo... yo no... él —con mano temblorosa señaló el cuerpo inerte de su padre—... él lo hizo.

—¿Estuviste tú presente?

—El joven titubeó. En un instante, Poon se abalanzó sobre él, con una agilidad increíble en un hombre de su edad. Su puñal arañó la mejilla de Kin Pak exactamente debajo de los ojos y se quedó allí.

—¡Embustero!

—Yo estaba presente —dijo el muchacho, casi ahogándose— Iba a decírtelo, amo. Yo estaba allí. ¡No te mentiré, lo juro!

—La siguiente vez que lo hagas, te costará el ojo izquierdo. Tú estabas allí, ¿sí?

—Sí... sí, amo.

—¿El también estaba? —preguntó señalando a Smallpox Kin.

—No, amo.

—¿Y él...?

—Sí. Dog-eared sí estaba. —¿Registraste tú el cuerpo?

—Sí, amo, sí. Yo le ayudé a nuestro padre,

—¿Todos los bolsillos? ¿Todo?

—Sí. Sí, todo.

—¿Había algunos papeles, alguna libreta, un diario, alhajas? El chico vaciló, presa del terror, tratando de pensar. El puñal no se retiraba un milímetro de su cara. Al fin dijo: —Que yo recuerde, no había nada de eso, amo. Mandamos todas sus cosas a la mansión de Chen.

Todas, excepto... excepto el dinero. Nos quedamos con el dinero... y con su reloj... ¡Se me olvidaba el reloj! ¡Es... ése! —señaló el reloj que su padre llevaba en el brazo extendido. Goodweather Poon lanzó otra maldición. Four Fingere Wu le había ordenado rescatar a John Chen, recobrar todo lo que fuera de el y que estuviera aún en manos de los secuestradores, sobre todo cualesquiera monedas o trozos de moneda y luego, al final, también en forma anónima, eliminar a los criminales. Será mejor que lo llame por teléfono cuanto antes —pensó—. Que me dé nuevas instrucciones. No quiero cometer ningún error.

—¿Qué hicieron con el dinero?

—Lo gastamos, amo. No eran más que unos cuantos cientos de dolares y un poco de cambio... Todo se fue...

Uno de los hombres sugirió:

—¡Yo creo qué miente!

—No, amo, no miento. ¡Lo juro!

Kin Pak casi rompió a llorar. Haciendo un esfuerzo, insistió:

—¡Juro qué no estoy mintiendo, por fa...!

—¡Calla la boca! ¿Le rebano el gaznate a éste? —preguntó en tono jocoso el hombre, señalando a Smallpox Kin, que todavía yacía inconsciente sobre la mesa, en medio de un charco de sangre que iba en aumento.

—No, no. Todavía no. Manténlo allí —Goodweather Poon se rascó e trasero mientras reflexionaba—.

Vamos a ir a desenterrar al Hijo Numero Uno de Chen. Sí. Eso es lo que vamos a hacer. ¡Tú, montoncito de mierda! ¿Quién lo mató?

Sin vacilación, Kin Pak señaló el cadáver de su padre.

—El lo hizo. Fue terrible. Es nuestro padre. Lo golpeó con una pala... lo golpeó con la pala en el momento en que trató de escapar, la noche misma que lo capturamos... —el chico se estremeció; estaba blanco de terror, y el miedo al puñal que tenía bajo el ojo lo devoraba—. No... no fue culpa mía, amo.

—¿Cómo te llamas?

—Soo Tak-gai, amo —dijo en el acto, usando sus nombres de emergencia, ideados de antemano.

—¿Y él? —el dedo de Goodweather Poon señaló al hermano.

—Soo Tak-tong —fue la respuesta.

—¿Y ése?

—Wu-tip Sup.

—¿Y aquel otro?

El muchacho contempló el cadáver de su padre y dijo:

—El era Goldtooth Soo, amo. Era muy malo, pero nosotros... nosotros teníamos que obedecerlo, porque era nuestro... nuestro padre.

—¿Adonde llevaron al Hijo Número Uno de Chen antes de matarlo?

—A Sha Tin, amo. Pero yo no lo maté. Lo secuestramos del lado de Hong Kong, lo pusimos en la cajuela de un auto robado y huimos a Sha Tin. Allí hay una vieja choza que nuestro padre tiene alquilada... al salir de la aldea... El planeó todo. Tuvimos que obedecerlo.

Poon gruñó e hizo una seña afirmativa a sus hombres.

—Registremos primero este sitio.

Sin más preámbulos, los hombres soltaron a Smallpox Kin, todavía inconsciente, que se desplomó, dejando una estela de sangre.

—¡Tú! ¡Véndale el dedo!

A toda prisa, Kin Pak tomó una vieja toalla y con una repugnancia que casi le provocaba vómito, empezó a improvisar una especie de torniquete en torno al muñón.

Poon suspiró, sin saber por dónde empezar. Después de un momento, decidió abrir la maleta. Los ojos de todos se concentraron en la montaña de billetes. Todos sintieron el ímpetu de la codicia. Poon se pasó el puñal a la otra mano y cerró la valija. La dejó sobre la mesa y se puso a registrar el sucio departamento. No había allí más que una mesa, unas cuantas sillas y una vieja cama de hierro con un colchón sucio. El papel tapiz estaba desprendiéndose de las paredes. Las ventanas, en su mayoría estaban cubiertas de tablas y sin vidrios. Poon dio vuelta al colchón, lo examinó por todos lados, pero no ocultaba nada. Entró a la cocina inmunda y casi vacía. Encendió la luz. Luego fue a inspeccionar un excusado indecente y apestoso. Smallpox lanzó un gemido. Empezaba a volver en sí.

En un cajón, Goodweather Poon encontró algunos papeles, tinta y pinceles para escribir.

—¿Para qué es esto? —preguntó levantando un papel.

En él podía leerse, escrito en caracteres muy grandes: "Este Hijo Número Uno de Chen cometió la estupidez de tratar de escapársenos. ¡Nadie puede escapar de las garras de los licántropos! ¡Qué todo Hong Kong esté alerta! ¡Nuestros ojos están en todas partes!

—¿Para qué es esto, tú?

Kin Pak levantó la vista del suelo, ansioso de dar gusto a sus apresadores, y explicó:

—No podíamos devolverlo vivo a la familia Chen, por eso nuestro padre ordenó que... que hoy en la noche, lo desenterráramos y pusiéramos eso encima del cadáver, que debíamos dejar al lado de la calle de Sha Tin.

Goodweather Poon lo miró retador.

—Cuando empieces a escarbar, será mejor que lo encuentres en

el acto, al primer intento —dijo amenazador—. ¡Ah, sí! De lo contrario pedazo de mierda, tus ojos irán a parar a cualquier lado.

35
9:30 p.m.

Orlanda Ramos subió la amplia escalinata del espacioso restaurante *Floating Dragón* en Aberdeen, y avanzó por entre los ruidosos invitados que conversaban animosos en el banquete de Sir Shen-yee T'Chung. Ella buscaba a Linc Bartlett... y a Gasey.

Las dos horas que había pasado con Linc esa mañana, para la entrevista del periódico, habían sido reveladoras, sobre todo en lo relativo a Caséy.Su instinto le decía que cuanto más pronto forzara a la enemiga a entablar la batalla, tanto mejor. Le había sido fácil lograr que a ambos los invitaran esa noche... Shi teh era un viejo socio de Gornt y un antiguo amigo. A Gornt le había gustado la idea.

Estaban en el puente superior. Un grato olor de mar penetraba por los grandes ventanales. La noche era deliciosa, a pesar de la humedad y el cielo encapotado. Alrededor del *Floating Dragón* brillaban por todas partes las luces de los grandes edificios y las de las oficinas municipales de Aberdeen.

Afuera, en la bahía cercana, estaban las prolíferas islas de juncos, iluminadas sólo en parte, donde 150,000 personas de las embarcaciones pasaban la vida entera.

El salón en que estaban, de color escarlata, oro y verde, se extendía a la mitad de la longitud del barco y a toda su anchura, a partir de la gran escalinata central. Gárgolas decorativas de madera y estuco, junto con unicornios y dragones podían verse por todas partes en los tres grandes puentes de la nave, llenos de luz y de comensales. Abajo de las cubiertas, las estrechas cocinas albergaban a veintiocho cocineros, un ejército de ayudantes, una docena de enormes calderas que despedían vapor, sudor y humo. Ochenta«y dos camareros atendían el *Floating Dragón*. En cada una de las dos primeras cubiertas había lugar para cuatrocientas personas y en la tercera para doscientas. Sir Shi-teh se había adueñado de toda la cubierta superior y la tenía ya llena con sus invitados, que permanecían de pie en grupos impacientes, en medio de las mesas

redondas, capaces de alojar a doce comensales cómodamente sentados.

Esa noche, Orlanda se sentía muy bien y segura de sí misma. Había vuelto a ataviarse con gran esmero, para Bartlett. Aquella mañana, al tener la entrevista con él, llevaba ropa norteamericana informal, poco maquillaje y la amplia blusa de seda que había seleccionado con mucho cuidado no acentuaba sus senos sin sostén, apenas los insinuaba. Esa nueva moda audaz la complacía mucho y le daba una conciencia todavía más acentuada de su femenidad. Para la cena se había puesto ropa de delicada seda blanca. Sabía que su línea era perfecta y que era motivo de envidia por su sensualidad manifiesta, aunque inconsciente.

Es algo que Quillan me dio —pensaba, mientras seguía caminando con su encantadora frente en alto y con aquella extraña sonrisa que le iluminaba el rostro—... Es decir, una de las cosas que me dio: la capacidad de entender la sensualidad.

Havergill y su esposa estaban delante de ella y pudo notar que los ojos de ambos estaban puestos en sus senos. Rió en su interior sabedora de que, aunque fuera en forma discreta, ella sería la única mujer de aquel salón que osaba exhibirse tan moderna, y emular la moda que el año anterior había empezado a ser popular en Londres.

—'ñas noches, señor Havergill, señora Havergill —saludó cortés pasando al lado de ellos y abriéndose paso entre los demás.

Orlanda conocía bien al banquero. Muchas veces había sido invitado al yate de Gornt. A veces la embarcación zarpaba del club de yates, del lado de Hong Kóng, sin más tripulación que ella, Quillan y sus amigos hombres, y navegaba hacia Kowloon, hasta los peldaños bañados por el mar, al lado del Golden Ferry, donde los esperaban las chicas, vestidas con ropa para el sol o para pasear en barco.

En sus primeros días de trato con Quillan, también ella había tenido que esperar del lado de Kowloon, respetando la regla de oro de la Colonia, de que la discreción era de la máxima importancia y que, cuando se vivía del lado de Hong Kong, se jugaba del lado dé Kowloon, pero si se vivía del lado de Kowloon, se juega del lado de Hong Kong.

En los días en que la esposa de Quillan guardaba cama en todo momento y Orlanda era ya la amante de él, declarada pero discreta,

Quillan la llevaba consigo a Japón, a Singapur y a Formosa, pero nunca a Bangkok. En esa época, Paul Havergill era Paul, y más aún "Raboverde" Have-a-girl (Tiene chica), entre sus amigos íntimos. Pero aun entonces, siempre que ella se encontraba con él en público, como esa noche, él era siempre el señor Havergill. No es un mal hombre —se dijo Orlanda, recordando que, aunque muchas de sus chicas nunca lo habían querido realmente, sin embargo andaban siempre tras él, porque era de una generosidad razonable, y siempre podía concertar un préstamo imprevisto con un interés bajo, cuando se trataba de algún amigo, por medio de alguno de sus socios bancarios, pero nunca en el Vic.

Era prudente —pensó—... y también cuestión de dignidad. ¡Ah! Pero yo podría escribir un libro tan interesante sobre todos ellos... si quisiera. Pero nunca querré... No creo llegar a desear hacerlo. ¿Por qué? No hay razón para ello. Aun después de lo de Macao, siempre he guardado los secretos. Esa es otra cosa que Quillan me enseñó: la discreción.

Macao... ¡qué desperdicio! Apenas puedo recordar ya qué aspecto tenía aquel joven. Lo único que me quedó en la memoria es lo malo que era en la cama y el hecho de que por su culpa, mi vida quedó destruida. El muy necio no fue más que una ilusión repentina y pasajera. La primera, debida a que Quillan andaba lejos de aquí durante un mes, todos los demás se habían marchado y yo tenía hambre de juventud, que luego demostró ser inútil! ¡Necia! ¡Qué necia fui!

El corazón empezó a agirtársele al recordar todas aquellas pesadillas. Haber sido descubierta, haber sido mandada a Inglaterra, tener que quitarse al joven de encima, la desesperación por complacer a Quillan... Después, el regreso... para encontrarlo tan frío y no volver jamás a acostarse con él. Por fin, la terrible pesadilla de habituarse a una vida sin él.

Días aterradores. Aquél horrible deseo inextinguible. Estar sola. Verse excluida. Todas las lágrimas y la miseria para tratar luego de volver a empezar, aunque con cautela, siempre esperando que él cediera si yo tenía paciencia. No haber tenido jamás a nadie en Hong Kong, siempre sola en Hong Kong.

Cuando la urgencia era excesiva, alejarme y hacer el intento, pero sin quedar nunca satisfecha. ¡Oh, Quillan! ¡Qué gran amante

supiste ser!

Hacía poco tiempo, su esposa había muerto y después, cuando llegó la hora indicada, Orlanda había ido a visitarlo, con el ánimo de reconquistarlo, de volver a seducirlo. Aquella noche había pensado que tendría éxito, pero él no había hecho más que jugar con ella.

—Vístete, Orlanda. Sólo tenía curiosidad de ver tu cuerpo. Quería saber si todavía era tan exquisito como en *mis* días. Tengo el gusto de decirte que lo es. Sigue siendo la perfección misma. Pero, lo siento, no te deseo.

Todo el llanto y las súplicas desesperadas de la chica no habían conseguido cambiar la actitud de él. No había hecho más que fumar un cigarrillo y luego aplastarlo en el cenicero.

—Orlanda, te ruego que no vuelvas aquí sin haber sido invitada —le había dicho él con fría calma— Tú escogiste a Macao.

Tenía razón. Yo lo escogí. Yo lo desprestigié a él. ¿A qué se deberá que siga sosteniéndome? —se preguntó mientras sus ojos recorrían a los huéspedes, en busca de Bartlett. ¿Será siempre cierto que nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido? ¿Es ley de la vida?

—¡Orlanda!

Se detuvo atónita al tropezarse con una persona inesperada. Era Richard Hamilton Pugmire. El hombre era de una estatura ligeramente inferior a la de ella.

—Quiero presentarte al señor Charles Biltzmann, de Estados Unidos —lo decía con una expresión lasciva y estaba tan cerca de ella que la hizo estremecerse de malestar—. Charles será el... ehm el nuevo tai-pan de Almacenes Genérales. Chuck, ¡te presento a Orlanda Ramos!

—Gusto en conocerla, señorita.

—¿Cómo está usted? —saludó ella en tono cortés, sintiendo en el acto disgusto hacia el hombre—. Si me perdonan...

—¡Llámeme Chuck! Usted se llama... ¿Orlanda? Pues sí que es un nombre bonito... ¡Y qué bonito vestido!

Biltzmann sacó su-tarjeta de presentación con un gesto elegante y comentó:

—¡La antigua costumbre china!

La chica la aceptó, pero no correspondió en la misma forma.

—Gracias, señor Biltzmann… me apena mucho pero, ¿sería tan amable de disculparme? Tengo que encontrarme con unos amigos y me…

Antes que pudiera evitarlo, Pugmire la tomó del brazo; la alejó un poco del grupo; le susurró al oído con voz gutural.

—¿Qué tal si cenamos juntos? Estás marar…

Ella se sacudió la mano con fuerza, tratando de no llamar la atención.

—Vete de aquí, Pug.

—Escúchame, Orlan…

—Cincuenta veces te he dicho en términos corteses que me dejes en paz, *dew neh loh moh* a ti a todos los tuyos!

Pugmire se sonrojó. Orlanda lo había detestado siempre, aun en los viejos tiempos. A espaldas de Quillan, no había hecho más que estar viéndole el trasero, desearla, tratar de seducirla, y cuando Quillan la había dejado, se había dedicado a perseguirla, haciendo todos los esfuerzos posibles para acostarse con ella… y todavía seguía haciéndolos.

—Si me llamas o vuelves a hablar conmigo otra vez, hablaré a todo Hong Kong de tu persona y de tus costumbres singulares.

Hizo una seña de despedida cortés a Biltzman, dejó caer su tarjeta con disimulo y se alejó. Después de un momento, Pugmire regresó con Biltzmann.

—¡Qué cuerpo! —comentó él norteamericano, mientras sus ojos no lograban desprenderse de ella.

—Es… es una de nuestras prostitutas más famosas —comentó Pugmire con sorna—… ¡Santo Dios! ¡Cómo quisiera que se den prisa con la comida…! ¡Me muero de hambre!

—¿Vas a decirme qué es una auténtica buscona? —preguntó Biltzmann azorado.

—Aquí nunca puede saberse —explicó Pugmire en voz baja—. Me asombra que Shitee T'Chung la haya invitado. Sin embargo, supongo que le importa un bledo, ahora que su título de caballero está confirmado y pagado. Hace unos años, Orlanda solía, ser la amiga íntima de un amigo, pero seguía con sus viejos trucos de venderse a escondidas de él. Mi amigo la sorprendió y le dio el gran "C".

—¿El gran "C"?

—Sí. El gran "codo"... un codazo... la hizo a *un* lado.

Biltzman no podía quitarle los ojos de encima.

—¡Santo Dios! —musitó—. No sé nada del gran "C" pero, ¡a fe mía que me gustaría darle "el gran mío..."!

—Eso es sólo cuestión de dinero, pero puedo garantizarte, mi viejo, que no lo vale. Ya en la cama es temible, yo lo sé, y en esta época nunca puede saberse quién te ha precedido, ¿no crees? —Pugmire rió de la expresión del norteamericano y añadió—. Nunca pude entenderla, después de la primera vez, pero sí te digo que si quieres saborearla un poco, será mejor que tomes precauciones...

* * *

Dunross acababa de llegar y escuchaba disimuladamente lo que Richard Kwang decía en tono grandilocuente acerca de los negocios que había realizado para detener la fuga de capital y de lo sucio que eran ciertas personas que habían esparcido los rumores.

—Estoy de acuerdo en todo, Richard —dijo Dunross, ansioso de encontrarse con los miembros del Parlamento, que se hallaban en la esquina más alejada del salón—. La verdad es que hay un montón de malditos en medio de nosotros. Si me perdonas...

—Sí, sí, claro, tai-pan —Richard Kwang bajó la voz, pero no pudo disimular su ansiedad—. Es posible que yo necesite ayuda.

—Lo que quieras, con tal que no sea dinero.

—Podrías hablar con Johnjohn, del Vic, a mi favor. El te...

—No lo hará. Tú lo sabes, Richard. Tu única esperanza es alguno de tus amigos chinos. ¿Qué te parecería Smiler Ching?

—¡Uf! Ese viejo tramposo... ¡No le pediría un céntimo de su inmundo dinero!

Richard Kwang hablaba con verdadero desprecio. Smiler Ching había faltado a su promesa y se había negado a prestarle dinero y a concederle crédito. Richard añadió:

—Ese viejo tramposo merece la cárcel. También en su banco hay fuga de capital, ¡y la tiene bien merecida! Creo que todo esto lo han iniciado los comunistas: están tratando de arruinarnos a todos. ¡Es el Banco de China! ¿Has oído hablar de las largas filas del Vic en la zona Central? En el Blacs son todavía peores. El Banco de Asia Oriental y Japón, del viejo Big Mouth Tok ya se derrumbó. Mañana

ya no abrirá.

—¡Santo Dios! ¿Estás seguro?

—Esta noche me llamó para pedirme 20 millones. *Dew neh loh moh* tai-pan, si todos nosotros no conseguimos ayuda, Hong Kong va a la ruina. Tene...

En ese momento vio a Venus Poon cruzar el umbral, del brazo de Four Fingers Wu. El corazón le dio un vuelco enorme. Ese día, al anochecer, se había puesto furiosa porque Richard no había llegado con el abrigo de mink que le había prometido. Había llorado y gritado, mientras su *amah* gemía. Ninguna de las dos quería aceptar la disculpa de que su comerciante en pieles no había cumplido su palabra.

Ella y su *amah* habían estado lamentándose sin interrupción hasta hacerlo prometer que sin falta antes de las carreras le entregaría el regalo prometido.

—¿Vas a llevarme al banquete de Shi-teh? —había dicho entonces.

—Mi mujer cambió de opinión y ha decidido ir. No puedo llevarte Pero después iremos a...

—¡Después estaré cansada! Primero nada de obsequio y luego no puedo ir al banquete... ¿Dónde está la aguamarina que me prometiste el mes pasado? ¿A quién le diste mi mink? ¡Apuesto qué está sobre los hombros de tu mujer! ¡Ah, sí! Mi peinador y el de ella son amigos, así que podré averiguarlo. ¡Oh, ay de mí, ay de mí, ay de mí! ¡Tú ya rio quieres a tu hija! Tendré que suicidarme o aceptar la invitación de Four Fingers Wu...

—¿Qué cosa?

Richard Kwang recordaba cómo por poco no había tenido una hemorragia en ese mismo instante.

Había empezado a despotricar, bramar y gritar, haciéndole ver que el departamento que le pagaba le costaba una fortuna, y que su vestuario le costaba miles cada semana. Pero ella había despotricado, bramando y gritado para callarlo:

—Y... ¿qué me dices de la fuga en tu banco? ¿Eres solvente? ¿Qué pasará con mis ahorros? ¿Están seguros? ¡A ver, dímelo...

—¡Aaayyy, tú, miserable ramera! ¿Qué ahorros? ¿Los qué yo voy a hacerte? ¡Bah! ¡Claro qué están seguros; tan seguros como el Banco de Inglaterra!

—¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí! ¡Estoy en la miseria! ¡Tu pobre hija desheredada! ¡Tendré qué venderme o suicidarme! Sí. Eso es... ¡El veneno... eso es! Creo que tomaré una dosis excesiva de... aspirinas. *¡Ah Poo, tráeme una dosis colmada de aspirinas!*

Por eso, él se había puesto a rogar y suplicar, y al final ella había cedido y había dejado que él se llevara las aspirinas. Luego le había prometido que en el momento mismo en que el banquete terminara, iría a toda prisa al departamento. Y ahora... casi se le salían los ojos al ver que allí, en el umbral del salón, estaba Venus Poon, del brazo de Four Fingers Wu. Ambos relucientes. El hinchado de vanidad y ella gazmoña e inocente, con el vestido por el que él mismo acababa de pagar.

—¿Qué sucede, Richard? —preguntó Dunross preocupado.

El aludido trató de responder, pero no pudo articular palabra. Apenas pudo alejarse, con paso torpe, para acercarse a su esposa, que apartó la mirada funesta de Venus Poon para fijarla en él.

—Hola, querida —saludó con la mandíbula temblorosa.

—Qué tal, cariño —respondió con dulzura Mai-ling Kwang—. ¿Quién es esa ramera?

—¿Cuál?

—Aquella que viene entrando...

—¿No es la que... cómo se llama... la estrella de televisión?

—¿No se llama "comezón en sus interiores Poon", la "estrella" de la enfermedad venérea?

Richard trató de reír con ella, pero lo que quería era arrancarse el cabello. El hecho de que su anterior amante se presentara del brazo de otro no pasaría inadvertido en ningún lugar de Hong Kong. Todos lo interpretarían como señal infalible de que él estaba en problemas financieros definitivos y que ella, con toda prudencia, había abandonado el barco a punto de hundirse, en busca de un refugio más seguro. Además, el presentarse con su tío Four Fingers Wu era todavía peor. Era la confirmación de que toda la riqueza de Wu había salido del Ho-Pak, y con ella, también la de Lando Mata y la del sindicato del oro. Toda la población civilizada que significaba algo sabía con certeza que Wu era el contrabandista principal del sindicato, una vez que Smuggler Mo había muerto.

¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí! ¡Los problemas nunca vienen solos!

—¿Cómo? —preguntó la señora Kwang extrañada—. ¿Qué dijiste?

—Me preguntaba si el tai-pan intercederá por nosotros con el Victoria V...

Luego cambió al idioma cantones, al ver que se acercaban unos europeos.

—Por desgracia, ese pobre hijo de ramera también está en dificultades. No. El no podrá ayudarnos. Estamos en un grave problema que no es culpa nuestra. El día ha sido terrible, con una sola excepción: logré hacer un magnífico negocio. Vendí todas nuestras acciones de la Casa Noble.

—¡Excelente! ¿A qué precio?

—Con una utilidad de 2.70 por acción. Toda esa ganancia está ya depositada en oro en Zurich. La puse en nuestra cuenta mancomunada —añadió con cautela, alterando la verdad, mientras ideaba la forma de hacer salir del salón a su mujer, para reunirse con Four Fingers Wu y con Venus Poon, para pretender ante todo el mundo que todo marchaba a las mil maravillas.

—Bueno —comentó ella—. Muy bueno. Así es mejor.

Mai-ling acariciaba su pendiente de aguamarina. De pronto, Richard Kwang sintió que el frío le helaba los testículos. ¡Ese era el pendiente que había prometido a Venus Poon! ¡Oh, ay de mí, av de mí, ay de mí!

—¿Te pasa algo? —le preguntó Mai-ling.

—Yo... ehm... debo haber comido algún pescado descompuesto. Creo que tengo que ir al baño.

—Será mejor que vayas ahora mismo. Supongo que no tardaremos en sentarnos a la mesa. ¡Shitee anda siempre tan retrasado!

Mai-ling observó que Richard miraba nervioso de soslayo a Venus Poon y al tío Wu, y sus ojos adoptaron de nuevo un gesto ominoso.

—Esa ramera es realmente fascinadora. La vigilaré hasta que tú vuelvas —le dijo.

Richard Kwang tomó a su esposa del brazo y la condujo escaleras abajo hasta la puerta que daba entrada a los baños. En el camino se dedicó a saludar amigos a diestra y siniestra, haciendo alarde de seguridad. Pero en el momento en que Mai-ling entró al

tocador de demás, él se apresuró a volver, se acercó a Zeppélin Türtg que estaba cerca de ellos y le dijo unas cuantas palabras. Luego fingió que descubría a Four Fingers Wu.

—¡Oh hola, honorable tío! —dijo con júbilo—. ¡Gracias por haberla traído! ¡Hola, boquita melosa!

—¿Qué cosa? —preguntó en tono de sospecha el viejo—. La traje para mí, no para ti.

—Claro, y no me hables de "boquita melosa" —silbó Venus Poon; tomando ostensiblemente el brazo del viejo Richard Kwang habría querido escupir sangre—. ¡Esta noche hablé con mi peluquero! ¡Mi mink está sobre los hombros de ella! Además, ese pendiente que trae puesto ahora mismo, ¿no es mi aguamarina? Y pensar que casi me suicido hoy, creyendo haber disgustado a mi honorable padre... ¡Mientras todo el tiempo no me decías más que mentiras, mentiras y más mentiras! ¡Oh, casi quiero suicidarme otra vez!

—¡Vamos, vamos! ¡No lo hagas aún, boquita melosa! —susurró Four Fingers Wu ansioso, después de haber hecho con ella un convenio superior a la oferta de Smiler Ghing.

—¡Vamos, sobrino! —dijo luego a Richard—. Vete de aquí, estás causándole indigestión. ¡No va a ser capaz de desempeñar su parte!

Richard Kwang hizo el esfuerzo de esbozar una sonrisa vítrea, musitó unas cuantas frases de cortesía y se alejó temblando. Se encaminó hacia la escalinata, para ir al encuentro de su mujer, pero a su paso alguien insinuó:

—Veo que1 la pequeña potranca dejó el establo para ir en busca de un pasto mejor abonado. . .

—¡Qué absurdo! —replicó Richard con-firmeza—. Es claro que tuve que pedir al viejo tonto que la acompañara, puesto que mi mujer está aquí. ¿Qué otra razón habría para que ella estuviera con él? ¿Te parece que el viejo necio, viene con indumentaria de buey? ¿O siquiera como gallo de peleá? ¡Ah, no! ¡Ni siquiera Venus Poon, con todas las técnicas que yo le he enseñado es capaz de levantar lo que ya no tiene hilo por dentro! Para su prestigio le conviene pretender que sí, ¿no es cierto? ¡Claro!

Además; ella quería ver a su viejo padre... ¡y qué la vieran a ella!

—¡Eeeh! Esa fue una medida inteligente, banquero Kwang! —comentó el hombre.

Luego se dio vuelta y refirió la historia a otro, que le respondió en tono cáustico:

—¡Ufff! Tú eres capaz de engullir una cubeta de mierda, si alguien te dice que es estofado de res con salsa de frijol negro... ¿No sabes qué el viejo miembro de Four Fingers está estimulado con los bálsamos más caros y con los mejores ungüentos y ginseng que pueden comprarse con dinero? ¿De qué otro modo te explicas qúe apenas el mes pasado su Concubina. Número Seis haya dado a luz un hijo? ¡Aaayyy! No te preocupes ;por él... antes que se despida de Venus Poon a la noche, ella recibirá un zarandeo que hará a su rubia entrepierna pedir a gritos misericordia en ocho dialectos...

* * *

—¿Te quedas a cenar, tai-pan? —preguntó Brian Kwok, saliéndole al paso... Es decir, si la cena llega...

—Sí. ¿Por qué?

—Lo lamento. Yo tengo que volver a trabajar. Pero habrá otro oficial para escoltarte a casa.

—¡Por amor de Dios, Brian! ¿No están exagerando esto? —opuso Dunross con voz tranquila.

Brian Kwok mantuvo la conversación en tono bajo, y explicó:

—No lo creo. Acabo de llamar a Crosse para saber qué había sucedido con los dos haraganes que estaban frente a tu casa. En el momento en que nuestros muchachos llegaron, ellos echaron a correr.

—Tal vez no eran más que gente pendenciera a la que no le gusta la policía...

Brian Kwok sacudió la cabeza e insistió:. —Crosse me dijo que te pidiera de nuevo los documentos de AMG sugiriendo que nos los entregues ahora mismo. —El viernes.

—Me ordenó que te advirtiera que hay en el puerto un buque espía soviético. Ya hubo un asesinato...uno de sus agentes fue apuñalado.

La noticia sacudió el ánimo de Dunross, y protestó: —¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Tú lo sabes mejor que nosotros. Tú sabes lo que hay en esos informes.

Debe ser una documentación muy importante, o tú no habrías puesto tantas dificultades... o no andarías con tanta cautela. Crosse dijo... ¡Bueno, olvidémonos de Crosse! Mira, Ian, tú y yo somos buenos amigos. La realidad es que yo estoy muy preocupado —pasando del inglés al cantonés concluyó—. Hasta los hombres prudentes pueden caer entre las espinas... entre espinas venenosas...

—En dos días más estará aquí el mandarín de la policía. Dos días no es mucho.

—De acuerdo. Pero en dos días el espía puede hacernos mucho daño. ¿Para qué tentar a los dioses? Yo soy quien te los pide.

—Lamento contrariarte, pero no.

Brian Kwok adoptó una actitud más severa y dijo en inglés: —Nuestros amigos norteamericanos nos han pedido que te detengamos en plan de custodia protectora...

—¡Vaya necedad!

—No es tanta necedad, Ian. Es cosa bien sabida que tú tienes memoria fotográfica. Cuanto más pronto entregues los documentos, tanto mejor. Aun después de hacerlo, deberás andar con cuidado. ¿Por qué no decirme a mí donde están y nosotros nos encargamos de todo?

La expresión de Dunross era tan severa como la de su interlocutor, cuando le respondió terminante:

—De todo me he encargado ya yo, Brian. Todo queda como se había planeado.

El oficial chino suspiró. Luego se encogió de hombros.

—Muy bien. Lo siento pero... no digas que no se te advirtió. ¿También Gavallan y Jacques se quedarán a cenar?

—No. No lo creo. Yo les pedí que se limitaran a hacer acto de presencia. ¿Por qué?

—Podrían haber ido a casa contigo. Por favor, no vayas a ningún lado solo durante un tiempo. No trates de perder a tu guardián. Por lo pronto, si tienes algunas... ehm, citas privadas, llámame a mí.

—¿Yo? ¿Una cita privada? ¿Aquí en Hong Kong? ¡Por favor, qué insinuación!

—¿El nombre de Jen te dice algo?

Los ojos de Dunross adquirieron la dureza de una piedra.

—Tus insectos pueden volverse demasiado entremetidos.

—Y tú no pareces darte cuenta de que estás en un juego muy

sucio, sin las reglas de Queensberry.

—Ya he recibido antes ese mensaje, ¿por Dios!

—'ñas noches, tai-pan.

—'ñas noches, Brian.

Dunross se acercó a los miembros del Parlamento, que formaban un grupo que hablaba en una esquina del salón con Jacques deVille. No eran más que cuatro. El resto de la comitiva estaba descansando de su largo viaje. Jacques deVille lo presentó:

—Sir Charles Pennyworth, conservador, Hugh Guthrie, liberal, Julián Broadhurst y Robin Grey, del partido laboral.

—Hola, Robin —saludó Dunross.

—Hola, Ian, hace ya mucho que no nos veíamos...

—Así es, en efecto.

—Si me disculpan, tengo que retirarme —explicó deVille; la preocupación se le reflejaba en el rostro—. Mi esposa anda de viaje y tenemos un nieto pequeño en casa.

—¿Has hablado con Susanne a Francia? —preguntó Dunross.

—Sí, tai-pan, está... se sentirá bien. Gracias por llamar a Deland. Te veré mañana. Buenas noches, caballeros...

Dunross volvió a mirar a Robin Grey y le dijo:

—No has cambiado en absoluto

—Tampoco tú —repuso Grey, y luego explicó a Pennyworth—. Ian y yo nos conocimos en Londres hace algunos años, Sir Charles. Acababa de terminar la guerra. Yo apenas empezaba a ser dirigente obrero.

Robin Grey era un hombre esbelto, de labios delgados, poco cabello, ya entrecano, y facciones duras.

—Sí, de eso hace ya varios años —confirmó Dunross en tono cortés, siguiendo la pauta que Penélope y su hermano habían convenido en establecer desde hacía tanto tiempo que ninguno dé los dos tenía parentesco sanguíneo con él otro, luego añadió— ...Dime, Robín, ¿tienes intención de quedarte mucho tiempo?

—Sólo unos días —explicó Grey, su sonrisa era tan tenue como sus labios—. Nunca he estado en este paraíso de los trabajadores, y me interesa visitar algunos sindicatos y ver cómo vive el otro noventa y nueve por ciento.

Sir Charles Pennyworth rió de buena gana. Era el jefe de la delegación. Un hombre de tez encarnada, bien vestido» coronel

retirado del Regimiento Escocés de Londres, miembro de la Orden del Servicio Distinguido y abogado.

—No creo que aquí sean muy partidarios de los sindicatos, Robín... ¿Me equivoco, tai-pan?

—Nuestra fuerza laboral trabaja muy bien sin ellos —respondió el aludido.

—Sí, es una fuerza que tiene que sudar mucho tai-pan —se apresuró a protestar Grey—... De acuerdo con algunas estadísticas de ustedes mismos... estadísticas gubernamentales.

—Las estadísticas no son nuestras, Robin. Se trata sólo de los estadígrafos de- ustedes —redarguyo Dunross—. Nuestra gente es la mejor pagada de Asia, después de los japoneses, y ésta es .una sociedad libre.

—¿Libré? ¡Mejor no hables! —opuso Grey en tono de burla—. Ustedes llaman libertad a explotar a los trabajadores. En fin, no me hagas caso. Cuando entre el Partido Laboral, en las próximas elecciones, cambiaremos todo eso.

—¡Por favor, Robin! —intervino Sir Charles—. El Partido Laboral no podrá decir ni siquiera una oración en los, próximos comicios.

Grey sonrió.

—Yo no lo apostaría, Sir Charles. El pueblo inglés quiere un cambio. Todos nosotros no fuimos a la guerra para defender viejos estilos corrompidos; El Partído Laboral quiere un cambio social... y conseguir para los obreros una participación justa en la riqueza que ellos crean. Dunross protestó:

—Siempre he pensado que hay cierta injusticia en el modo como hablan los socialistas del "trabajador". Se refieren a él como si fuera él que hace: todo el trabajo, mientras nosotros no hacemos ninguno. También nosotros somos trabajadores. Nuestro trabajo es tan arduo como el de ellos o más, con *un* horario más largo y...

—¡Ah, sí! Pero tú eres tai-pan y vives en una gran mansión que te fue heredada, junto con el poder.

Todo ese capital surgió del sudor de algún pobre hombre... y eso sin mencionar el comercio del opio, qué dio principio a todo. Es justo que el capital, se distribuya, es justo que cada cual tenga un mismo punto de partida. A los ricos debe imponérseles mayor impuesto. Debe haber un impuesto sobre el capital. Cuando más

pronto se fraccionen las grandes riquezas, tanto mejor para todos los ciudadanos ingleses... ¿no es cierto, Julián?

Julián Broadhurst era un hombre alto, distinguido, de unos cuarenta y cinco años, partidario decidido de la Sociedad Fabiana que era el motor intelectual del movimiento socialista.

—Bueno, Robin —empezó a hablar con su voz perezosa y casi desconfiada— ...Yo desde luego no estoy de acuerdo contigo en que derribemos, todas las barreras. Pero sí pienso, señor Dunross, que aquí en Hong Kong, ustedes podrían funcionar bien con un Consejo Sindical Obrero, con una escala de salarios mínimos, una legislatura elegida, sindicatos bien organizados y medidas de protección, medicina socializada, compensación obrera y todas las modernas innovaciones británicas.

—Se equivoca de medio a medio, señor Broadhurst. China nunca convendría en un cambio de nuestra situación colonial, jamás permitirían ninguna forma de ciudad-estado en su frontera. En cuanto a lo demás, ¿quién pagará por ello? —preguntó Dunross—. El sistema libre que: seguimos aquí está dando resultados veinte veces mejores que los de Gran Bretaña y...

—Ustedes pagarían por todo, con sus utilidades, Ian —sugirió Grey con una risa franca—. Tendrían que pagar un impuesto justo, no un 15 por ciento. Pagarían lo mismo que pagamos en Inglaterra y...

—¡Dios nos libre! —lo interrumpió Dunross, haciendo ya un esfuerzo para dominar su violencia—. ¡Eso es tanto como dictar impuestos para acabar con los negocios y con el co..!

—¿Utilidades? —interrumpió a su vez el último de los miembros del Parlamento, el liberal Hugh Guthrie, en tono cáustico—. ¡El último malhadado gobierno laboral barrió con todas las utilidades de ustedes hace unos años, gracias a su estúpida forma de dilapidar el dinero, a su ridícula nacionalización. Entregó el Imperio en pedazos con su fatuo abandono idiota, haciendo añicos la sociedad de sus naciones y hundiendo el pobre rostro de la vieja Inglaterra en un lodo de infamia. ¡El peor de los ridículos! ¡Attlee y toda su comparsa!

En tono conciliador, Robin sugirió:

—Vamos, Hugh, el gobierno laboral hizo lo que el pueblo quería, lo que querían las masas.

—¡Necedad absurda! El enemigo era el que lo quería. ¡Los comunistas! En dieciocho años escasos, ustedes desbarataron el imperio más grande que el mundo ha visto jamás, nos convirtieron en una potencia de segunda clase y permitieron que el inmundo enemigo soviético devorara a la mayor parte de Europa. ¡El peor de los ridículos!

—Estoy plenamente de acuerdo en que el comunismo es terrible. Pero, en lo que atañe a "entregar nuestro imperio", no fue más que el viento del cambio, Hugh —intervino Broadhurst, tratando de calmarlo—. El colonialismo había arruinado su propio camino. Es preciso ver las cosas en una perspectiva más amplia.

—Lo hago... y creo que estamos en pleno río sin contar siquiera con un remo. Churchill tiene razón... ¡siempre la tuvo!

—El pueblo no lo creyó así —objetó Grey en tono sombrío—. Por eso no votó por él. Fue el voto de las fuerzas armadas el que lo hizo. Estaban hartas de él. En cuanto al Imperio... Lo lamento, viejo amigo Hugh, pero no era más que una excusa para explotar a nativos que no podían protestar.

Robin Grey miró los rostros que lo rodeaban y los interpretó. Estaba acostumbrado a sentir odio a su alrededor. El los aborrecía más aún. Siempre lo había hecho. Después de la guerra había querido permanecer en el ejército regular, pero había sido rechazado. Los capitanes sobraban a la sazón, con todas sus condecoraciones y menciones honoríficas conquistadas en pleno campo de batalla, en cambio él había pasado esa parte de la contienda como prisionero de guerra en Changi. Por eso, lleno de ira y resentimiento, había entrado a la fábrica Grawley, una gran constructora de automóviles, en calidad de mecánico. Pronto se había convertido en dirigente obrero y organizador sindical y luego había entrado en los grados inferiores de la jerarquía del Consejo General de Sindicatos Obreros. Tenía ya cinco años como Miembro Parlamentario del Partido Laboral, y era un diputado agresivo, iracundo, hostil, protegido del ya difunto socialista de izquierda Aneurin Bevan. Con decisión continuó:

—.. ¡ah, sí! Nos deshicimos de Churchill, y el año entrante, cuando volvamos a tener las riendas, borraremos de nuestra historia muchos otros viejos estilos cansados y acabaremos con infecciones de las clases superiores, mandándolas a donde les corresponde.

Nacionalizaremos todas las industrias y…

—Bueno, Robin —interrumpió Sir Charles—… Este es un banquete, no una plataforma improvisada en pleno Hyde Park. Todos nosotros estuvimos de acuerdo en prescindir de la política durante el viaje.

—Tiene razón, Sir Charles. Sólo que el tai-pan de la Casa Noble me hizo una pregunta —luego se dirigió a Dunross—. ¿Cómo está la Casa Noble?

—Bien… muy bien.

—Según el diario de la tarde hay una fuga en tus valores… —Uno de nuestros competidores está tratando de jugar sucio, eso es todo.

—¿Y las fugas de los bancos? ¿Tampoco son cosa serias?

—Esas sí son serias —Dunross estaba escogiendo las palabras con todo cuidado.

El sabía que el cabildeo contra Hong Kong en el Parlamento era fuerte y que muchos miembros de los tres partidos se oponían a su situación colonial, a su posición extra-electoral y a su condición de libre actividad… Por encima de todo, envidiaban su privilegiada situación de exención de impuestos casi total. No importa —pensó—: desde 1841 hemos sobrevivido a un Parlamento hostil, al fuego, al tifón, a la peste, a las plagas, al embargo, a la depresión, a la ocupación enemiga y a las convulsiones periódicas por las que atraviesa China. De alguna manera seguiremos haciéndolo.

—La fuga de capital es en el Ho-Pak, uno de nuestros bancos chinos —siguió explicando.

—¿Es el mayor? ¿No es cierto? —preguntó Grey.

—No. Pero sí es un banco grande. Todos esperamos que logre superar el problema.

—Si quiebra, ¿qué sucede con todo el dinero de los cuenta-habientes?

—Por desgracia, lo perderían —contestó Dunross, sintiéndose arrinconado.

—Ustedes necesitan aquí las leyes bancarias inglesas.

—No —corrigió Dunross—. Hemos comprobado que nuestro sistema funciona muy bien. ¿Qué les pareció China?

Antes que Sir Charles pudiera responder a Dunross, Robin Grey se adelantó:

—Nuestro punto de vista predominante es que son gente peligrosa y hostil, que debe encerrárseles con llave y que conviene poner un sello a la frontera de Hong Kong. Están abiertamente resueltos a convertirse en un molesto aguijón para el mundo, y su estilo de comunismo no es más que un pretexto para la dictadura y la explotación de sus masas.

Dunross y el otro *yan* de Hong Kong palidecieron, cuando Sir Charles redarguyó, en tono cortante:

—¡Basta, Robin! Ese punto de vista no es más que el tuyo y el del com... ehm, el de McLean. A mí me pareció todo lo contrario. Creo que China está siendo muy sincera en su esfuerzo por tratar de resolver sus propios problemas, que son espantosos, monumentales y, en mi opinión, insolubles.

—Gracias a Dios que aquí van a producirse serias dificultades —interpuso Grey en tono despectivo—. Hasta los rusos lo han visto. ¿De qué otra manera se explica el qué se hayan salido?

—Porque son enemigos. Comparten una frontera de ocho mil kilómetros —intervino Dunross, tratando de contener su ira—. Siempre han tenido desconfianza ¡unos de otros. Porque el invasor de China ha venido siempre del Oeste, y Rusia ha sido siempre extracción del Este. Poseer a China ha sido obsesión y preocupación permanente de Rusia.

—Vamos, señor Dunross —intervino Broadhurst—, estoy seguro de que usted exagera.

—A Rusia le conviene mucho mantener a China débil y dividida, y a Hong Kong en pedazos. Rusia *necesita* una China débil como piedra angular de su política exterior.

—Por lo menos Rusia es civilizada —opuso Grey—. La China roja es lunática, peligros y pagana. Es preciso cercenarla de aquí.

—¡Qué ridiculez! —replicó Dunross, ya tenso— China posee la civilización más antigua de la Tierra y quiere con desesperación ser amiga de Occidente. China es en primer lugar china y en segundo lugar comunista.

—Hong Kong y ustedes, los "comerciantes" son los que mantienen a los comunistas en el poder...

—¡Pamplinas! ¡Mao Tse-tung y Chou En-Lai no nos necesitan a nosotros ni a los soviéticos para mantenerse en Pekín!

Hugh Guthrie comentó:

—Por lo que a mi respecta, la China roja es tan peligrosa como la Rusia soviética...

—¡No hay comparación! —objetó Grey—. ¡En Moscú comen con cuchillos y tenedores y entienden de alimentos! En China no tuvimos más que comida descompuesta, hoteles destartalados y abundante conversación de doble sentido.

—La verdad es que no te entiendo en absoluto, muchachito —intervino Sir Charles en tono molesto—. Luchaste a morir por formar parte de este comité, se supone que tienes interés en los asuntos de Asia... !y no has hecho más que quejarte de todo!

—Ser un crítico no es estar quejándose, Sir Charles. Para decirlo claramente, yo soy partidario de que no se dé a China roja ninguna ayuda... ¡Ninguna! ¡Cuándo volvamos a la Patria, presentaré una moción para que se modifique de raíz la situación política de Hong Kong, *que* haya una prohibición, absoluta de intercambio con China comunista en un sentido o en el otro, que se tengan aquí cuanto antes elecciones estrictamente dichas, se impongan los gravámenes fiscales adecuados, el sindicalismo justo y la justicia social británica debida!

La mandíbula de Dunross se puso tensa, y observó:

—En esa forma destruirás nuestra posición en Asia.

—La de todos los tai-pans sí, la del pueblo no. Rusia tenía razón en lo referente a China...

—¡Yo estoy hablando del mundo libre, Dios omnipotente! ¡Todo el mundo debe saber que el propósito supremo de Rusia soviética es la hegemonía, el dominio del mundo y nuestra destrucción! China; no.

—Te equivocas, Ian. Por estar viendo el bosque no distingues los árboles —objetó Grey.

—¡Escúchame! Si Rusia...

Broadhurst intervino con voz suave:

—Rusia sólo trata de resolver sus propios problemas, señor Dunross, y uno de ellos es la política de contención de los Estados Unidos. Lo único que los rusos quieren es que los dejen en paz, no rodeados de norteamericanos, con fuertes tensiones emocionales y manos sobrealimentadas puestas sobre el gatillo de armas nucleares.

—¡Pura charlatanería! —protestó iracundo Hugh Guthrie—. Los yankees son los únicos amigos que tenemos.... En cambio los

soviéticos... ¿Qué me dices de la guerra fría? ¿De Berlín? ¿De Hungría... Checoslovaquia, Cuba, Egipto...? ¡Están devorándonos a mordidas!

Sir Charles Pennyworth suspiró y comentó:

—La vida es tan extraña y los recuerdos duran tan poco... El día 2 de mayo de 1945... era ya el anochecer... nos reunimos con los rusos en Wismar, Alemania del norte. Nunca me he sentido más orgulloso o feliz en mi vida... Sí, orgulloso. Cantamos, bebimos, nos alegramos y brindamos juntos.

Después, mi división y todos los que estábamos en Europa, todos los Aliados, estuvimos paralizados durante semanas, para dejar a los famosos rusos invadir a Alemania, infestar todos los Balcanes, Checoslovaquia, Polonia y todos los demás países. En ese entonces yo no le di mucha importancia al hecho. Estaba tan agradecido de que la guerra casi hubiera llegado a su fin, después de tanto tiempo, y tan orgulloso de nuestros aliados rusos... Pero,¿saben? Ahora, al mirar hacia atrás, veo que fuimos traicionados. Nosotros los soldados fuimos traicionados... también los soldados rusos. Se abusó de nosotros. No supe cómo sucedió, todavía no lo sé, pero estoy convencido de que se nos traicionó. Sí, lidian, nos traicionaron nuestros propios jefes de Estado. Tus asquerosos socialistas, junto con Eisenhower, Roosevelt y sus asesores mal informados. Juro por Dios que todavía no sé cómo sucedió, pero perdimos la guerra. Triunfamos... pero perdimos.

—Por favor, Charles, estás muy equivocado. Triunfamos todos —opuso Broadhurst—. Los pueblos de la Tierra triunfaron cuando aplastamos a la Alemania Naz... —se detuvo, atónito, al ver la expresión de la cara de Grey—. ¿Qué pasa, Robín?

Grey tenía la mirada fija en el otro extremo del salón.

—¡Ian! —exclamó—. ¡Aquel hombre, allá, el que está hablando con el chino...! ¿Lo conoces? ¡El insecto ése alto, de chaqueta tropical!

Con idéntico asombro, Dunross paseó la mirada en la dirección indicada. Al fin preguntó:

—¿El hombre aquél, de cabello color de arena? ¿Te refieres a Marlowe, a Peter Mar...?

—¡Ese Peter... maldito Marlowe! —masculló Grey—. ¿Qué rayos... qué cosa está haciendo aquí en Hong Kong?

—Está sólo visitándonos. Vino de Estados Unidos. Es escritor. Está haciendo investigaciones para un libro sobre Hong Kong...

—¿Con qué escritor, eh? ¡Qué curioso! ¿Es amigo tuyo?

—Lo conocí apenas hace unos días, ¿por qué?

—¿Es ésa su mujer... la chica que está junto a él?

—Sí, es Fleur Marlowe... ¿Por qué?

Grey no contestó. La saliva empezaba a salirle por la comisura de los labios.

—¿Qué relación tiene contigo, Robin? —preguntó Broadhurst, sintiendo una extraña molestia.

Haciendo un esfuerzo, Grey apartó la mirada de Marlowe y explicó:

—Estuvimos juntos en Changi, Julián, en el campo de concentración japonés. Los dos últimos años yo fui jefe de policía, encargado de la disciplina del campo —se enjugó el sudor del bigote—. Marlowe era uno de los que controlaban el mercado negro ahí.

—¡Marlowe! —exclamó Dunross con pasmo.

—¡Ah, sí! ¡El teniente de la fuerza aérea Marlowe! ¡El gran gentilhombre inglés! —comentó Grey con una voz que revelaba la amargura en su aspereza—. Así fue. El y su colega, un norteamericano llamado King, el cabo King, eran los principales. Luego entró un muchacho llamado Timsen, australiano... pero el norteamericano era el principal. Era el "King", el "rey", con toda verdad. Era un tejano. Tenía en su nómina a varios coroneles... ¡todos ellos gentiles-hombres británicos !Había coroneles, mayores, capitanes... Marlowe era su intérprete ante los japoneses y los guardias coreanos... Nuestros guardianes eran en su mayoría coreanos. Eran los peores —Grey tosió— ¡Qué barbaridad! ¡Hace tan poco tiempo! Marlowe y el "rey" vivían de los "mejores frutos de la tierra". Los dos malvados comían por lo menos un huevo diario, mientras los demás moríamos de hambre...

¡Puedes imaginar cómo! —volvió a limpiarse el sudor del bigote, sin darse siquiera cuenta.

—¿Cuánto tiempo fuiste prisionero de guerra? —preguntó compasivo Sir Charles.

—Tres años y medio.

—¡Terrible! —corroboró Hugh Guthrie—. Mi primo cayó en sus

manos en la línea ferroviaria de Birmania. ¡Terrible!

—¡Todo fue terrible! —convino Grey—. Pero no lo fue tanto para los que se vendieron... ¡En el camino o ya en Changi! —miró a Sir Charles, sus ojos se veían extraños e inyectados—. ¡Esos son los Marlowe del mundo, que nos traicionan a nosotros, a la gente común, sin privilegios de cuna! —la acrimonia iba en aumento en el tono de su voz—. No intento ofenderlos a ustedes, pero ya están empezando a recibir su merecido y... ¡ya era hora! ¡Santo Dios, necesito beber algo. Perdónenme un momento!

Se separó del grupo y se encaminó al bar, que estaba en un lado del salón.

—¡Esto es extraordinario! —exclamó Sir Charles.

Con una risa ligeramente nerviosa Guthrie comentó:

—Por un momento temí que se abalanzara sobre Marlowe.

Todos se quedaron observándolo, pero luego Broadhurst notó que Dunross fruncía el ceño, al verlo con un gesto duro y frío, y advirtió:

—No le de importancia, señor Dunross. Temo que Grey se vuelve cansado y resulta un hombre algo tedioso y vulgar. Es... en fin, no es un representante genuino del Partido Laboral... ¡gracias a Dios!

Estoy seguro de que a usted le gustará nuestro nuevo caudillo: Harold Wilson. El sí merecerá su aprobación. La próxima vez que usted vaya a Londres, me agradará mucho presentárselo, si tiene tiempo disponible.

—Gracias. En realidad estaba pensando en Marlowe. Es difícil creer que se "vendiera" o que traicionara a alguien...

—¡Nunca se acaba de conocer a la gente! ¿No le parece?

Grey se sirvió un whisky con soda, se dio media vuelta y atravesó el salón.

—¡Vaya, vaya! ¡Pues sí es el teniente de aviación Marlowe...!

Peter Marlowe se dio vuelta azorado. Su sonrisa se desvaneció. Los dos hombres se quedaron contemplándose uno a otro. Fleur Marlowe sintió que se le helaba la sangre.

—Hola, Grey —saludó Marlowe con voz inexpresiva—. Supe que andabas en Hong Kong... Es más, leí tu entrevista en el diario de la tarde —luego se dirigió a su esposa—. Querida, te presento a Robin Grey, miembro parlamentario.

Luego lo presentó con algunos chinos. Uno de ellos era Sir Shi-teh T'Chung.

—¡Ah, señor Grey, es un honor tenerlo aquí! —saludó Shi-teh con un acento inglés de Oxford.

El anfitrión era un hombre alto, de piel oscura, bien párecido, con algún rasgo chino, pero sobre **todo** de aspecto europeo. Después de saludar a Grey siguió diciendo:

—Espero que su permanencia en Hong Kong sea grata. Si hay algo que pueda hacer por usted, no tiene más que decírmelo.

—¡Ahá! —contestó Grey en actitud negligente.

Todos los circunstantes notaron su descortesía. Luego se dirigió a su primer interlocutor:

—¡Así que Marlowe! Veo que no has cambiado mucho.

—Tú tampoco. Te has cuidado bien —comentó el aludido, y dirigiéndose a los demás explicó—.

Estuvimos juntos en la guerra. No había visto a Grey desde el '45.

—Marlowe y yo fuimos prisioneros de guerra —añadió Grey—. Estábamos en los extremos opuestos del tapete político —dejó de hablar y retrocedió para dejar pasar a Orlanda Ramos. La chica saludó a Shi-teh con una sonrisa y siguió su caminó. Grey le dedicó una mirada fugaz y volvió a la carga:

—¡Dime, Marlowe, viejo colega! ¿Estás todavía en el negocio del tráfico?

La palabra elegida por Grey era un insulto privado entre ingleses, "tráfico" para alguien como Marlowe, que tenía como antecedente una larga línea de oficiales británicos, designaba lo más común y corriente y la clase baja.

—Soy escritor —replicó el aludido y se apresuró a mirar a su esposa con ojos sonrientes.

—Creí que seguirías en la Real Fuerza Aérea, como oficial regular, lo mismo que tus ilustres antepasados.

—Se me declaró incapacitado... el paludismo y todas esas calamidades. No tiene interés —al decir esto, Marlowe marcaba su acento patricio, sabedor de que enfurecería a Grey; luego cambió de tema—... ¿Y tú? ¿Estás en el Parlamento? Qué inteligente de tu parte. ¿Representas a Streatham East? ¿No fue allí donde naciste?

Grey se sonrojó.

—Sí, sí. Allí fue...

Shi-teh disimuló lo embarazoso de su situación al sentir la fuerza de todas aquellas indirectas.

—Si me perdonan... ehm... debo ver que se sirva la cena... —se alejó de prisa.

Los demás chinos se disculparon también y se alejaron. Fleur Marlowe se hizo aire con el abanico y sugirió: —Tal vez deberíamos buscar nuestra mesa, Peter.

—Buena idea, señora Marlowe —convino Grey, que se esforzaba por dominarse tanto como Peter—

...¿Qué noticias me das de "el rey"?

—Ningunas. No he vuelto a verlo después de Changi —Marlowe dirigió una mirada despectiva a Grey.

—¿Pero te mantienes en contacto con él?

—No. En realidad no.

—¿No sabes dónde está?

—No.

—¡Qué raro, después de haber sido tan íntimos!

Con un esfuerzo, Grey apartó los ojos de su interlocutor y miró de soslayo a Fleur Marlowe, pensando que era la mujer más bonita que había visto. Era tan bella, y tan fina, tan inglesa y tan distinguida...

¡Ni más ni menos como su ex esposa Trina, que se había marchado con un norteamericano un mes escaso después que a él se le había declarado muerto en combate! ¡Un mes escaso!

—¿Sabía usted qué nosotros dos fuimos enemigos en Changi, señora Marlowe? —insinuó con una amabilidad que a Fleur le pareció aterradora.

—Peter nunca ha hablado de Changi conmigo, señor Grey... ni con nadie más que yo conozca.

—Qué curioso. Fue una experiencia espantosa, señora Marlowe. Yo no he olvidado ninguno de sus detalles. Yo... bueno, perdón por la interrupción...—dirigió la mirada a Marlowe, estuvo a, punto de decir algo pero cambió de parecer y se alejó de la pareja.

—¡Oh, Peter, qué hombre más desagradable! —comentó Fleur—. ¡Me enchina él cuerpo!

—No hay de qué preocuparse, querida.

—¿Por qué fueron enemigos?

—Ahora no, cariño, hablaremos de eso después —sugirió Peter sonriéndole con amor—. Grey no significa nada para nosotros.

36
9:45 p.m.

Linc Bartlett divisó a Orlanda antes que ella lo viera, y se quedó boquiabierto. No puedo menos que compararla con Casey, que estaba a su lado, conversando con Andrew Gavallan. Orlanda llevaba un vestido largo, de seda blanca, con la espalda descubierta y sujeto al cuello en forma tal que de alguna manera parecía estar ofreciendo su dorado cuerpo. Casey traía aquel vestido verde que él había visto muchas veces, sobre el que su cabellera castaño claro caía con gracia.

—¿Les gustaría a ustedes dos ir a la cena de Shi-teh esta noche? —había preguntado Orlanda en la mañana—. Podría ser importante para usted y para Casey estar allí...

—¿Por qué?

—Porque casi todos los negocios que significan algo en Hong Kong se hacen en esta clase de reuniones, señor Bartlett. Podría ser muy importante para usted relacionarse con personas como Shi-teh... y con el Turf Club, el Cricket Club, incluso *el* Club mismo, aunque ése es inaccesible.

—¿Por ser norteamericano?

—Porque tiene que morir alguien para que haya una vacante... un inglés o un escocés —una risa franca—. ¡Y la lista de espera es tan larga como la calle Queen! Es sólo para hombres, un ambiente sofocante de viejas sillas de cuero, viejos que van a dormir allí sus comidas de tres horas y diez vasos de ginebra, *The Times*... ¡y todas esas cosas!

—¡Vaya! Eso parece muy emocionante...

La chica había reído de nuevo, luciendo una dentadura blanca que a Bartlett había parecido impecable. Luego habían estado conversando durante el desayuno y él había visto que era más que fácil charlar con Orlanda... y estar en su compañía. Su perfume era excitante. Casey rara vez se perfumaba... decía que había descubierto que no era sino una forma más de distraer a los hombres de negocios con los que tenía que tratar. Con Orlanda, el

desayuno había sido a base de café, pan tostado, huevos y dorado tocino, al estilo norteamericano, en un hotel completamente nuevo que ella había sugerido, llamado El Mandarín. Casey no desayunaba. A veces tomaba sólo café y pan tostado o panecillos.

La entrevista había transcurrido agradablemente. El tiempo había volado. Bartlett nunca había estado en la compañía de una mujer dotada de una femenidad tan franca y tan segura. Casey se mostraba siempre tan fuerte, tan eficiente, tan fría y nada femenina. Por elección, elección de ella y consentimiento mío —se decía a sí mismo.

—¿Esa es Orlanda? —preguntó Casey viendo a Linc y arqueando una ceja.

—Sí —repuso él, tratando en vano de interpretar su pensamiento —. ¿Qué te parece?

—Creo que es dinamita pura.

—¿En qué sentido?

Casey rió. Se dirigió a Gavallan, que trataba de concentrarse y mostrarse cortés, pero tenía la mente fija en Kathy. Después que ella le había confiado su estado clínico esa noche, él no había querido dejarla, pero ella había insistido en que era importante para él estar presente en ese banquete.

—¿La conoces, Andrew?

—¿A quién?

—A la chica de blanco.

—¿Dónde está? ¡Ah, sí, sí! Pero... sólo por su fama.

—¿Buena o mala?

—Ehm... eso depende de tu punto de vista, Casey. Es... Es portuguesa, euroasiática, por supuesto.

Orlanda fue amiga de Gornt durante un buen número de años.

—¿Quieres decir qué fue su amante?

—Sí. Supongo que esa es la palabra idónea —contestó con gentileza, pero detestando su forma tan directa de hablar—... Por supuesto, todo se hizo con suma discreción.

—Ese hombre tiene buen gusto ... ¿Sabías qué había sido amiga exclusiva de Gornt, Linc?

—Me lo confió esta mañana. La conocí en la oficina de él hace un par de días. El dijo que todavía eran amigos.

—Gornt no es de fiar —advirtió Gavallan.

Casey intervino.

—A mí me han dicho que tiene apoyos muy fuertes dentro y fuera de Hong Kong. Hasta donde estoy enterada, no ha rebasado los límites de su capacidad de negocios como ustedes. Con toda seguridad has oído decir que él quiere que hagamos trato con él en vez de hacerlo con ustedes.

—Nosotros tampoco hemos rebasado nuestros límites —objetó Gavallan; luego miró a Bartlett y preguntó—. Por cierto, ¿tenemos hecho un trato...?

—Lo firmaremos el martes... Si ustedes están preparados.

—Nosotros estamos preparados ahora mismo.

—Ian quiere que lo mantengamos en secreto hasta el próximo sábado y nosotros no tenemos objeción —explicó Casey—. ¿Me equivoco, Linc?

—Claro que no —Bartlett volvió a mirar de reojo a Orlanda; Casey observó esa mirada. En realidad, Casey había notado la presencia de la chica en el momento en que ésta se había detenido indecisa en el umbral del salón.

—¿Con quién está hablando, Andrew?

Casey se refería a un hombre de aspecto interesante, ágil y de más de cincuenta años de edad.

—Es Lando Mata, portugués también, de Macao.

Gavallan se preguntaba con angustia si Dunross se ingeniaría para convencer a Mata de que entrara a rescatarlos con todos sus millones.

¿Qué haría yo si fuera el tai-pan? —se preguntaba intranquilo— ¿Compararía mañana o haría un convenio con Mata y Tightfist esta noche? Con el dinero de ellos, la Casa Noble estaría a salvo durante generaciones, aunque fuera de nuestro control. No tiene objeto que te preocupes ahora —se dijo—, espera a ser tai-pan. Luego vio que Mata sonreía a Orlanda y que los dos escrutaban el salón con los ojos y empezaban a abrirse paso hacia donde ellos estaban. La vista de Gavallan estaba fija en los senos firmes de Orlanda, libres de sostén bajo su vestido. Los pezones se le veían bien ajustados. ¡Santo Dios! —pensó él con asombro—, ¡Ni la misma Venus Poon se atrevería a venir así!

Cuando se reunieron con ellos tres, Gavallan los presentó y se mantuvo a distancia, no queriendo hacer mal tercio, pero deseoso

de observar.

—¡Hola! —saludó Orlanda a Casey en tono cálido— Linc me ha hablado mucho de usted y de lo importante que, es para él.

—Yo también he oído hablar de usted —repuso la aludida en el mismo tono acogedor.

Pero no lo suficiente —pensó—... Eres mucho más encantadora de lo que Linc había dicho... Mucho, mucho más. Así que tú eres Orlanda Ramos. Bellísima; de hablar suave, femenina y arpía; has puesto la puntería, en mi Lino... ¡Dios mío! ¿Qué hago ahora?

Se dio cuenta de que estaba conversando de cosas intrascendentes, pero su mente seguía tratando de descifrar a Orlanda por completo. Por un lado sería bueno que Linc tuviera un lance amoroso —pensaba—: eso haría que le bajara la temperatura. La situación de anoche fue tan mala para él como para mí. Tenía toda la razón acerca de mi cambio de habitación. Pero... una vez que la magia de ésta lo circunde... ¿podré librarlo del hechizo? ¿Sería simplemente una chica más, como las otras que no significaron nada para mí y después de una semana tampoco para él?; No. Esta no es de ésas —decidió Casey al fin—; tengo una alternativa: o me aferró a las trece semanas y cuatro días y doy la batalla, o no me aferró; pero doy la batalla. Sonrió a la chica y comentó:

—Orlanda, tu vestido es fantástico.

—Gracias. ¿Puedo llamarte Casey? Las dos mujeres sabían que la guerra había estallado. Bartlett estaba feliz de ver que a todas luces Orlanda le era grata a Casey. Gavallan observaba, fascinado con los cuatro actores del drama. Había un extraño ambiente cálido entre todos ellos. En especial entre Bartlett y Orlanda.

Luego dirigió la atención a Mata y a Casey. El era un hombre de mucha finura, irradiaba aquel viejo encanto mundano. Se había concentrado en Casey y jugaba con ella como con, un pececillo. Me pregunto qué tan lejos podrá llegar con ésta. Es curioso que á Casey no parece preocuparle Orlanda en absoluto. ¡Supongo qué se ha dado cuenta de que su hombre está prendado de ella! Tal; vez no... O quizá le importa un comino, porque ella y Bartlett no son más que socios en el negocio... y nada más.

Tal vez ella sea una muralla infranqueable, después de todo... O quizá no es más que una mujer frígida —como tantas de ellas ...

¡Qué pena!

—¿Le gusta Bong Kong, señorita Casey? —preguntó Mata, tratando ya de imaginarse cómo sería en la cama.

—Temo no haber visto gran cosa de aquí todavía... aunque ya fui a los Nuevos Territorios, en el viaje que ofrece el hotel y eché una mirada a China.

—¿Le agradaría ir? Quiero decir a la misma China... ¿Por ejemplo a Cantón? Yo podría lograr que le hicieran una invitación. Se sintió desconcertada y protestó:

—Pero, tenemos prohibido entrar a China..nuestros pasaportes no tienen validez allá.

—¡Oh! No tendría que usar su pasaporte. La República Popular China no se molesta en pedir pasaportes. Son tan pocos los *quai loh* que van allá, que no hay problema alguno. Le dan a usted una visa manuscrita y le ponen su sello.

—Pero... nuestro Departamento de Estado... No creo que deba correr riesgos ahora.

Bartlett asintió con un movimiento de cabeza:

—Se supone que no debemos entrar ni siquiera a la tienda comunista de aquí, a los almacenes generales.

—Es cierto. Su gobierno es realmente extraño —comentó Mata —. ¡Cómo si entrar en una tienda fuera un acto subversivo! ¿Han oído los rumores acerca del Hilton?

—¿Qué hay con él?

—El cuento que circula es que compraron una maravillosa colección de antigüedades chinas para el nuevo hotel, todas adquiridas aquí mismo —esbozó una sonrisa—. Parece que ahora Estados Unidos ha decidido que no pueden usar ninguna, ni siquiera dentro de Hong Kong. Tienen todo en la bodega.

Al menos eso se dice...

—No me extraña. Cuando uno no logra algo en Estados Unidos, entra a formar parte del gobierno —comentó Bartlett con acrimonia.

—Casey, usted debe formarse su propio juicio —apremió Mata —. Visite la tienda; se llama Artes y Artesanías de China, está en la calle Queen. Los precios son muy razonables y lo cierto es que los comunistas no tienen cuernos ni rabos peludos.

—No es nada de lo que yo esperaba —comentó Bartlett—.

Casey, te llevas la gran sorpresa con algunas de las cosas.

—¿Has estado ya ahí? —preguntó ella asombrada.

—¡Claro!

—Yo llevé al señor Bartlett esta mañana —explicó Orlanda—. Pasábamos por ahí por casualidad.

Me agradaría mucho acompañarte a ir de compras, si lo deseas.

—Gracias. Me gusta la idea —repuso Casey con idéntica amabilidad, pero con todas sus señales de peligro encendidas—. Sin embargo, en Los Ángeles nos dijeron que la CIA vigila a los norteamericanos que entran a la tienda o salen de ella, porque está segura de que se trata de un lugar de reunión de comunistas.

—A mí me pareció una tienda ordinaria, Casey —corrigió Bartlett—. No vi nada distinto, con excepción de unos cuantos retratos de Mao. Lo único que no puede hacerse es regatear. Todos los precios son fijos. En algunas cosas, son las máximas gangas que hayas visto en tu vida. Es una lástima no poder llevarlas a casa.

Había una prohibición absoluta en Estados Unidos contra todos los producto de origen chino, incluso las antigüedades que hubieran estado cien años en Hong Kong.

—Ese no es problema —intervino Mata, preguntándose qué tanto podría hacer en calidad de intermediario—. Si ustedes quieren algo, yo se lo compraré con mucho gusto.

—Pero aun así, no podríamos introducirlo a Estados Unidos, señor Mata —objetó Casey.

—¡Oh! También eso es fácil. Yo lo hago continuamente por mis amigos norteamericanos.

Sencillamente mando sus artículos a una compañía que tengo en Singapur y en Manila. Mediante una pequeña gratificación, ellos los mandan a Estados Unidos con un certificado de origen: Malaya o las Filipinas, lo que ustedes prefieran.

—Pero eso sería engañar, hacer contrabando...

Mata, Gavallan y Orlanda soltaron una carcajada y Gavallan dijo:

—El comercio es el lubricante del mundo. Los productos prohibidos, procedentes de Estados Unidos o de Formosa, se abren paso hasta la República Popular China. A su vez, los artículos de ésta van a Formosa y a Estados Unidos... si alguien los quiere. ¡Claro que van!

—Lo sé —convino Casey—. Pero no creo que esté bien hecho.

—Rusia soviética está dedicada a procurar la destrucción de su país y sin embargo ustedes siguen comerciando con ella —dijo Gavallan a Bartlett.

—Nosotros no lo hacemos —corrigió Casey—. Par-Con no, a pesar de que se nos han solicitado computadoras. Por más que nos interesan las utilidades, nuestra negativa es terminante. El gobierno lo hace, pero sólo con productos controlados con gran cautela, como trigo y cosas parecidas.

—Donde quiera que hay un cliente para cualquier cosa, siempre se encuentra un vendedor —dijo Gavallan.

Su voz revelaba irritación contra la chica. Miró de reojo las ventanas del salón y sintió deseos de entrar otra vez en Shanghai. Luego añadió:

—...Simplemente piensen en Vietnam, que es su Argelia.

—¿Perdón? —preguntó Casey.

Gavallan volvió a mirarla con impaciencia, pero explicó:

—Estoy queriendo decir que Vietnam hará sangrar la economía de su país hasta la muerte, como lo hizo con la de Francia, o como Argelia lo hizo también con Francia.

—Nosotros nunca iremos a Vietnam —protestó Bartlett en tono seguro ¿Para qué? Vietnam no tiene nada que ver con nosotros.

—De acuerdo —convino Mata—. Sin embargo, los Estados Unidos están interviniendo cada vez más allí. De hecho, señor Bartlett, pienso que están siendo absorbidos por el torbellino.

—¿En qué forma? —preguntó Casey.

—Creo que los soviéticos los han engatusado con toda deliberación para que entren a Vietnam.

Ustedes mandarán tropas allá; ellos no. Ustedes estarán combatiendo contra los vietnamitas y sus selvas, y los soviéticos serán los triunfadores. Su CIA está ya ahí con toda su fuerza. Están al frente de una línea aérea. Ahora mismo están construyéndose aeródromos con dinero estadounidense, y las armas norteamericanas están entrando al por mayor. Hay ya soldados suyos luchando en ese; terreno.

—No lo creo —opuso Casey.

—Puede creerlo. Se les llama Fuerzas Especiales, a veces - Fuerzas Delta. Me da pena, pero Vietnam será un problema grave

para su gobierno, a menos que éste sea muy sagaz.

Bartlett intervino hablando en tono confiado.

—Gracias a Dios que lo es. John Kennedy supo manejar el problema de Cuba, y sabrá resolver el de Vietnam. Hizo que el famoso Jrushof retrocediera en Cuba y podrá hacerlo otra vez. En esa ocasión triunfamos: los soviéticos sacaron de ahí sus misiles.

Para Gavallan, aquella conversación era una diversión lúgubre.

—Deberías hablar con Ian sobre Cuba, viejo, amigo. Es un tema que le da mucho que decir. El afirma, y yo convengo en ello, que ustedes salieron perdiendo. Los soviéticos los hicieron caer en otra trampa. Fue un jaque mate. Ian piensa que ellos construyeron sus bases de una manera tan ostensible que querían ser descubiertos por ustedes ... ¡y lo fueron! Hubo entonces mucho ruido de esgrima entre los dos gigantes, el mundo entero se aterrorizó. Pero a cambio del convenio soviético de retirar los misiles de Cuba, su Presidente hizo garras la doctrina Monroe, que es la piedra angular de todo el sistema de seguridad norteamericano.

—¿Qué cosa?

—¡Claro! ¿No dio Kennedy a Jrushof una promesa escrita1 de no invadir a Cuba y de no permitir ninguna invasión desde territorio estadounidense... ni desde ningún otro sitio del Hemisferio Occidental? *Escrita*. ¡Dios misericordioso! El resultado es que ahora, una potencia europea, Rusia soviética, completamente enemiga de su doctrina Monroe, se ha establecido, a plena luz del día, a 150 kilómetros de costa norteamericana, ¡en un territorio cuyas fronteras están garantizadas por escrito por su propio Presidente y ratificadas por el Congreso de los Estados Unidos! El gran Jrushof logró una jugada monumental, sin paralelo en toda la historia de Norteamérica. ¡Y todo sin que le costara nada! —la voz de Gavallan se había enronquecido—. ¡Y ahora Cuba se halla cómodamente segura —muchas gracias—;» con libertad de crecer, extenderse y acabar por contagiar su infección a toda Sudamérica. Es un refugio seguro para los submarinos, los buques y los aviones soviéticos...

¡Dios omnipotente! ¡Esa sí qué fue una victoria maravillosa!

Casey miró a Bartlett en estado de conmoción.

—Linc... ¡no vas a decirme qué todo eso es cierto!

El desatino de Bartlett no era menor:

—Calculo... si lo pensamos bien, Casey, calculo que... ¡lo cierto

es qué no les costó nada!

—Ian está convencido de ello —insistió Gavallan—. Hablen con él. En cuanto a Vietnam, nadie piensa aquí que el presidente Kennedy pueda manejar esa situación tampoco, no obstante lo mucho que lo admiramos como persona. Asia no es como Europa o el Continente Americano. Aquí la mentalidad es diferente, aquí se actúa de otra manera y se tienen otros valores.

Se produjo un silencio repentino. Bartlett lo interrumpió:

—Entonces... ¿crees qué haya guerra?

Gavallan lo observó.

—Nada que deba preocuparte. Par-Con saldría muy bien de ella. Tienes industria pesada, computadoras, espumas de poliuretano, contratos del gobierno para proyectos espaciales, productos petroquímicos, sónicos, equipo inalámbrico... Con tus productos y nuestra pericia, si hubiera una guerra, ¡el límite para nosotros sería la bóveda celeste!

—No creo que me gustara obtener esa clase de utilidades —protestó Casey, indignada por el modo de hablar de Gavallan—. Me parece una forma indecorosa de ganar dólares.

Gavallan volvió a dirigirse a ella.

—En este mundo hay muchas cosas, indecorosas, indebidas e injustas ...:

Una pausa instantánea. Quería descargar sobre ella toda su furia, por haber estado interrumpiendo su conversación con Bartlett, pero juzgó que no era ni la hora ni el lugar adecuado; por eso concluyó en tono conciliador:

—... pero claro, tienes toda la razón. Nadie quiere sacar provecho de la muerte... Si me perdonan, tengo que irme... ¿Ustedes saben que todos tienen tarjetas para sus respectivos lugares en la mesa? La cena empezará en cualquier momento. Es un toque de distinción.

Dio media vuelta y se alejó. Casey reflexionó en voz alta: —Tengo la impresión de que no le soy grata en absoluto. Los demás rieron por la forma en que lo dijo.

Orlanda intervino: —Lo que tú afirmaste es cierto, Casey. Tienes razón. La guerra es horrible.

—¿Estuviste tú aquí durante la guerra? —preguntó Casey con toda inocencia.

—Sí, pero en Macao. Yo soy portuguesa. Mi madre me dijo que allá no había sido tan grave la situación, Los japoneses no molestaron a Macao, porque Portugal era neutral —luego añadió en tono gentil—... Desde luego, yo apenas tengo veinticinco años, así que casi no recuerdo nada de la guerra. No había cumplido ni siquiera siete cuando terminó. Macao es bonito, Casey. Muy diferente de Hong Kong. Tal vez a ti y a Line les gustara visitarlo. Vale la pena. Me encantaría servirles de guía.

—¡Apuesto a qué sí! —pensó Casey, sintiendo que sus veintiséis anos la hacían vieja al lado de Orlanda que tenía el cutis; de una adolescente de diecisiete. Sin embargo, convino:

—Sería magnífico... Pero, Lando, ¿qué le pasa a Andrew? ¿Por qué está tan alterado? ¿Se debe a qué soy mujer, y vicepresidente, y todo lo demás?

—Lo dudo. Estoy seguro de que exageras —corrigió el aludido— Lo que pasa es que él no es muy partidario de Estados Unidos, y lo enloquece comprobar que ya no hay Imperio Británico, que los Estados Unidos son el arbitro de los destinos del mundo y están cometiendo errores crasos... según él.

Me temo mucho que la mayoría de los ingleses esté de acuerdo con él. En parte son celos, por supuesto. Pero debes tenerle paciencia. Después de todo, tu gobierno sí entregó a Hong Kong en manos de Chiang, en 1945. Lo único que pudo detenerlo fue la marina inglesa. Norteamérica también se puso del lado de Rusia soviética contra Inglaterra en el asunto del Canal de Suez; por otro lado, apoyó a los judíos en contra de los ingleses en Palestina... hay docenas de ejemplos. También es verdad que muchos de nosotros aquí pensamos que la hostilidad actual de Estados Unidos contra China es un desacierto.

—Pero son tan comunistas como Rusia. Nos hicieron la guerra cuando no tratábamos más que de proteger la libertad en Corea del Sur. Nosotros no nos proponíamos atacarlos a ellos.

Pero la historia enseña que China siempre ha atravesado el río Yalu cuando cualquier invasor extranjero se acerca a esa frontera. *Siempre*. El general MacArthur era un historiador —añadió Mata, con paciencia, preguntándose si mostraría esa misma ingenuidad en la cama—. Debía haberlo sabido.

El, o el Presidente de tu país obligaron a China a seguir un

camino que China no quería tomar. De eso estoy absolutamente seguro.

—Pero nosotros no éramos invasores. Corea del Norte invadió al Sur. Nosotros no queríamos más que ayudar a un pueblo a ser libre. No teníamos nada que ganar en Corea del Sur. Gastamos miles de millones tratando de ayudar a los pueblos a ser libres. Mira lo que China ha hecho con el Tibet... con la India el año pasado... Me parece que nosotros somos siempre la cabeza de turco, y lo único que queremos es proteger la libertad...

Dejó de hablar al percibir un murmullo de alivio en todo el salón, a medida que la gente empezaba a dirigirse a sus respectivas mesas.

Camareros que llevaban bandejas con altas cubiertas de plata, entraron en rigurosa formación. La chica exclamó:

—¡Bendito sea Dios! ¡Estoy muriéndome de hambre!

—¡También yo —corroboró Bartlett.

—Shitee está madrugando esta noche... —comentó Mata con una risa franca—. Orlanda, debiste advertirles que es una vieja costumbre tomar siempre algún bocadillo antes de venir a un banquete de Shitee.

La aludida se limitó a obsequiarle su encantadora sonrisa, pero Casey rectificó:

—Orlanda advirtió a Linc, y él me lo dijo a mí, pero yo calculé que podía sobrevivir.

Entonces lanzó una mirada a su enemiga que era casi media cabeza más baja que ella, más o menos 1.58. Por vez primera en la vida, se sintió grande y tosca. Sé sincera —se recordó a sí misma—: desde que saliste del hotel a las calles y viste a todas las chicas y mujeres chinas con sus manos y pies tan finos, con sus cuerpecitos y toda su pequeñez, todas ellas con ojos y cabello negros, tú has estado sintiéndote enorme y extraña. Sí. Ahora puedo entender por qué se quedan atónitos ante nosotros. Y por lo que se refiere al turista ordinario, ruidoso, demasiado bien comido, que no hace más que pasear sin rumbo...

Sin embargo, Orlanda Ramos, con toda la belleza que tienes y la sagacidad que crees tener, no eres la chica idónea para Linc Bartlett, así que, ¡ya puedes dejar salir por la tronera todo lo que traigas!

—La próxima vez, Orlanda —dijo con graciosa delicadeza—, tendré buen cuidado de tomar muy en cuenta tus recomendaciones.

—Ahora recomiendo que comamos, Casey. Yo también estoy muy hambrienta.

Mata observó:

—Tengo la impresión de que estamos todos en la misma mesa. Debo confesar que yo me encargué de eso.

Con alegría, señaló el camino, más excitado que nunca con la idea de acostarse con Casey. En el momento en que la había visto, había tomado esa decisión. Parte de su entusiasmo era la belleza, la estatura y los bellos senos de la chica: ese conjunto era un contraste muy grato con la pequeñez y la uniformidad de la joven asiática normal. Otra parte se debía a las señas que le había dado Orlanda.

Pero la mayor parte había sido la idea repentina de que si rompía el enlace Bartlett-Casey, lograría echar a pique los intentos de Par-Con en Asia. Es mucho mejor mantener a los norteamericanos con su moralidad hipócrita e impráctica y su afán de intervenir en todo, fuera de nuestra región, mientras podamos hacerlo —se había dicho—. Además, si Dunross no tiene el convenio con Par-Con, tendrá que venderme el control que yo deseo. Entonces sí, ¡por fin! *YO* me convertiré en *el tai-pan* de la Casa Noble, a despecho de todos los Dunross y de todos los Struan.

¡Madonna! ¡La vida es en realidad muy buena! Es curioso que esta mujer pueda ser la llave para la mejor cerradura del Asia —pensó; luego añadió con satisfacción—... Con toda seguridad, hay manera de comprarla. Todo es cuestión de «cuánto»...

37
11:01 p.m.

La cena tuvo doce platillos. Oreja marina dorada con retoños verdes, hígados de pollo con salsa de perdiz rebanada, sopa de aleta de tiburón, pollo a la parrilla, verduras chinas, vainas de guisante, brécol y otras cincuenta verduras con .carne de cangrejo, piel de pato de Pekín asado con salsa de ciruela y rebanadas de, cebolla de primaveral Tortas extrafinas, hongos de doble hervor, cuajar de pescado, castañola ahumada con ensalada, arroz estilo Yangchów, pastas «hogar dulce hogar» y por fin postre de felicidad, semillas de loto endulzadas y lirio en gachas de arroz, Y, por supuesto, té en todo momento.

Mata y Orlanda ayudaron a Casey y a Bartlett. Fleur y Peter Marlowe eran los únicos europeos de su mesa. Los chinos presentaron sus tarjetas y recibieron las de sus comensales.

—¡Ahí! Ustedes pueden comer con palillos chinos...

Todos los chinos estaban asombrados, y no lo disimulaban, al ver a los extranjeros respetar su costumbre. Luego volvían con toda comodidad a su idioma cantonés. Era claro que las enjoyadas mujeres se complacían en hacer comentarios sobre Casey, Bartlett y los Marlowe. Sin embargo, expresaban su opinión con cierta reserva, debido a la presencia de Lando Mata y de Orlanda.

—¿Qué, están diciendo, Orlanda? —preguntó Bartlett en voz baja, en medio de la ruidosa exuberancia, sobre todo de los chinos.

—Se hacen precisamente preguntas acerca de ti y de la señorita Casey —dijo con delicadeza, sin traducir, los libidinosos comentarios sobre ella.

De hecho hablaban del tamaño de sus senos, se preguntaban de dónde vendría su ropa, cuánto habría costado, por qué no se pondría alhajas, y qué se sentiría al ser tan alta. De Bartlett hablaban poco, excepto sobre la duda de si sería en realidad miembro de la Mafia, como parecía indicarlo uno de los documentos chinos.

Orlanda estaba segura de que no lo era. Pero también estaba

segura de que tenía que ser muy circunspecta en presencia de Casey, sin avanzar demasiado, ni ir con excesiva lentitud, y nunca tocarlo. Y ser dulce con ella, tratar de desviarla del camino.

Los platos limpios para cada nueva parte del menú se ponían en la mesa con estruendo, y los sucios se retiraban con agilidad. Los camareros iban de prisa a los montaplatos de la sección central, junto a la escalinata, para deshacerse de lo usado y recoger los platones humeantes de los nuevos platillos.

Las cocinas, tres puentes abajo, eran un infierno, con los enormes quemadores de hierro, de 1.20 de ancho, calentados a base de gas, almacenado a bordo. Algunos quemadores eran para calentar al vapor, otros para freír con rapidez, algunos para alimentos refritos, otros más para cocidos, y muchos para el simple arroz blanco. Además había un asador abierto, a base de lena. Un ejército dé ayudantes ayudaba a los veintiocho cocineros, preparando las carnes y- las verduras, pelando los pollos, dando muerte al pez fresco, a los langostinos y cangrejos, para luego limpiarlos bien... en fin, haciendo un millar de cosas que exige la comida china, puesto que cada platillo ha de cocinarse fresco para cada cliente.

El restaurante abría a las 10 de la mañana y la cocina cerraba a las 10.45 de la noche... a veces más tarde, cuando había que servir un banquete especial. Era posible que hubiera baile y algún espectáculo, si el anfitrión era suficientemente rico. Esa noche, aunque no había turno de noche, ni espectáculo o baile, todos sabían que su parte en la gratificación por el banquete dé Shitee T'Chung sería generosa. El era un anfitrión magnánimo, si bien muchos de ellos pensaban que gran parte del dinero de beneficencia que colectaba iba a parar a su estómago, al de sus invitados o al trasero dé sus amigas. Por otro lado tenía la fama de ser inmisericorde con sus detractores, un miserable con su familia y vengativo con sus enemigos.

¡Qué me importa! —pensaba el jefe de cocineros. Un hombre tiene necesidad de labios suaves y dientes duros en este mundo, y todos sabemos cuál de las dos cosas dura más... —¡dense prisa! —gritaba— ¿Creen que puedo esperar toda la inmunda noche? ¡Los camarones! ¿Traigan los camarones!

Y un ayudante sudoroso, de pantalones harapientos y vieja

camiseta impregnada dé humores, se acercaba corriendo con una bandeja de bambú llena de los camarones recién pescados y recién pelados. El jefe de cocina los dejaba caer sobre el amplio quemador, añadía un puñado de glutamato monosódico, los rociaba dos veces con whisky y los sacaba. Servía un puñado de vainas de guisante humeantes en dos bandejas y dividía los rosados, brillantes y suculentos camarones por partes iguales, encima de la verdura.

—¡Qué todos los dioses se orinen en todos los camarones! —se desahogó con amargura, pues los pies y las pantorrillas le dolían mucho después de aquel turno de diez horas—. ¡Manden eso arriba, antes que se echen a perder! *Dew neh loh tnoh*... ¡Dense prisa! Es mi última orden. Es hora de irme a casa.

Otros cocineros daban también a gritos sus últimas órdenes y lanzaban maldiciones mientras cocinaban. Todos estaban ya impacientes por marcharse.

—¡Rápido, rápido!

De pronto, uno de los jóvenes ayudantes, que llevaba un recipiente con grasa usada tropezó. La grasa se esparció sobre uno de los quemadores de gas, levantó flama con un crepitar alarmante y causó un verdadero pandemonio. Un cocinero gritó, al verse rodeado de fuego y le lanzó golpes, mientras Ja cara y el pelo empezaban a quemarsele. Alguien arrojó una cubeta de agua sobre las llamas y el fuego se extendió con violencia. Las llamaradas se elevaron hasta las alfardas, despidiendo densas columnas de humo. Los cocineros con sus alaridos y empujones, y tratando de alejarse del fuego estaban creando > cuellos de botella. El humo agrio, negro y aceitoso empezaba a llenar el ambiente.

El hombre más cercano a la única escalera angosta que conducía al primer entrepuente arrancó uno de los dos extintores de incendio, oprimió el botón y apuntó con la manguerilla hacia las llamas. Nada sucedió. Volvió a intentarlo, pero entonces otro se lo arrebató, lanzando una maldición, quiso hacer lo mismo y acabó por arrojar el inútil aparato. El otro extintor resultó ser también pura chatarra. El personal del restaurante jamás se había molestado en probarlos.

—¡Qué todos, los dioses vacíen el vientre sobre estos inventos sin madre de los demonios extranjeros!

Un cocinero gimió y se preparó a huir si el fuego se le acercaba.

Un coolie aterrado, que estaba ahogándose con el humo, en el otro extremo de la cocina, retrocedió de una ráfaga de fuego y tropezó con unos jarrones que cayeron al suelo. Algunos contenían huevos "mil años" y otros aceite de ajonjolí. Este último inundó el piso y también se inflamó. El coolie desapareció en medio de aquella repentina oleada de fuego. Para esa hora, el fuego era ya dueño de la mitad de la cocina.

Eran más de las once de la noche y la mayoría de los comensales se habían ya retirado. El puente superior del *Floating Dragón* seguía aún lleno en parte. La mayoría de los chinos, Four Fingers Wu y Venus Poon entre ellos, iban ya saliendo o se habían retirado hacía poco, puesto que el último platillo había sido servido hacía tiempo, y era una regla de etiqueta china marcharse en cuanto se terminara el último platillo, mesa por mesa.

Sólo los europeos seguían prolongando la sobremesa con copas de coñac, de oporto y con sus cigarros puros.

En todo el barco, los chinos habían preparado ya mesas de mah-jong, y el clásico tintineo de las piezas de marfil contra las mesas empezó a dominar el ambiente.

—¿Usted juega mah-jong, señor Bartlett? —preguntó Mata.

—No... y, por favor, llámeme Linc.

—Debería aprenderlo. Es mejor que el bridge. ¿Usted juega Casey? Linc Bartlett rió de buena gana.

—¡Es un fenómeno, Lando! ¡No apuestes dinero con ella!

—Tal vez un día podamos jugar un poco. Tú sí juegas, ¿verdad Orlanda? —preguntó Lando, recordando que Gornt era jugador consumado.

—Sí, un poco —contestó la chica con voz suave.

Casey pensó con actitud sombría: ¡apuesto a qué esta bruja es otro fenómeno en el juego!

—Me encantaría jugar un juego —sugirió Casey.

—Bueno —convino Mata—. Un día de la semana entrante... ¡Oh, hola tai-pan!

Dunross los saludó a todos con su sonrisa.

—¿Les gustó la comida?

—¡Fue magnífica! —exclamó Casey, feliz de verlo y muy consciente de lo apuesto que lucía de smoking—. ¿Quieres quedarte con nosotros?

—Gracias, pe...

—Buenas noches, tai-pan —saludó Dianne Chen.

Llegó hasta Dunross acompañada de Kevin, un joven de baja estatura, complexión robusta, cabello oscuro ondulado y labios gruesos. Dunross los presentó a los demás y preguntó: —¿Dónde está Phillip?

—Iba a venir, pero; llamó para decir que se le había hecho tarde. ¡Qué remedio! Bueno... Buenas noches —Dianne sonrió, Kevin hizo lo mismo, y ambos se encaminaron hacia la puerta.

Casey y Orlanda se quedaron atónitas ante el derroche de alhajas de la señora Chen.

—En fin... yo también debo irme —se disculpó Dunross.

—¿Cómo estuvo tu mesa?

—La tónica general fue de cierta tensión —contestó con su risa contagiosa.

Había comido con los miembros del Parlamento, con Gornt, Shi-teh y su esposa en la mesa número uno. Había habido explosiones de furia esporádicas, capaces de sobreponerse al estruendo de los platos.

Dunross prosiguió:

—Robin Grey es demasiado boquiflojo, esta mal informado, y algunos de nosotros lo atacamos con energía. Por vez primera Gornt y yo estuvimos del mismo lado. Debo confesar que nuestra mesa fue servida en primer lugar, para que el pobre Shi-teh y su esposa pudieran huir. El salió poniendo pies en polvorosa hace quince minutos.

Todos se rieron con él. Dunross observaba a Marlowe. Se preguntó si éste sabría que Robin era su cuñado.

—Grey parece conocerlo bastante bien, señor Marlowe —se atrevió a comentar.

—Tiene buena memoria, tai-pan, aunque sus modales son odiosos.

—No sabría qué decirle al respecto, pero si se sale con la suya en el Parlamento, ¡qué Dios salve a Hong Kong! En fin, yo sólo quería saludarlos a todos —sonrió a Bartlett y a Casey y propuso—. ¿Qué les parece si comemos juntos mañana?

—¡Magnífico! —repuso ella—. ¡Te gustaría venir al V y A?

En ese momento notó que Gornt se levantaba para marcharse;

estaba en el otro extremo del salón.

Casey volvió a preguntarse quién ganaría. Luego comentó:

—Precisamente antes de la cena, Andrew estaba dici...

No pudo terminar. Ella, lo mismo que los demás alcanzaron a oír una gritería lejana; después, un murmullo imponiendo silencio... todos escuchaban:

—¡Fuego!

—¡Santo Dios! ¡Miren!

Todos miraron hacia el montaplatos. Salía una densa columna de humo. Después se vio una lengua de fuego.

Una fracción de segundo de vacilación, y todos saltaron como impulsados por un resorte. Los más cercanos a la escalinata se precipitaron hacia la salida, aglomerándose en desorden. Otros hicieron eco al grito. Bartlett se puso de pie de un salto y arrastró a Casey consigo. Mata y otros invitados se abalanzaron hacia el cuello de botella.

—*¡Esperen!*— rugió Dunross, imponiéndose al estruendo. Todos se detuvieron.

—¡Sobra tiempo! ¡No se precipiten! —ordenó—. No hay necesidad de correr, tómense el tiempo necesario. ¡Aún no estamos en peligro!

Su advertencia sirvió a los que habían sido presa del terror. Empezaron a salir con cierta calma por la puerta principal. Sin embargo, abajo en las escalinatas, la gritería y la histeria eran incontenibles.

No todos habían echado a correr al primer grito de peligro, Gornt no se había movido. Aspiró el humo de su cigarro puro, concentrando sus cinco sentidos. Havergill y su esposa se acercaron a los ventanales para ver hacia afuera. Otros hicieron lo mismo. Podían ver a las muchedumbres agolpándose en torno a la entrada principal, dos puentes más abajo.

—No creo que debamos preocuparnos, querida —dijo Havergill — Una vez que la masa principal se haya ido, podremos seguirlos con toda calma.

Lady Joanna, que estaba junto a ellos comentó: —¿Vieron correr a Biltzmann? ¡Vaya un tipo! Miró a su alrededor y distinguió a Bartlett y a Casey, al otro lado del salón, esperando junto a Dunross.

Luego observó:

—¡Oh! Yo habría pensado que ésos también habrían huido... —Havergill rectificó:

—¡Vamos, Joanna, no todos los yankees son cobardes!

Una ráfaga repentina de fuego, seguida de otra humareda negra que salía del montaplatos, y la gritería que invitaba a correr volvió a escucharse.

En el ángulo más retirado del salón, cerca del fuego, Bartlett dijo en tono precipitado:

—Ian, ¿hay alguna otra salida?

—No lo sé —contestó el aludido—. Asómate afuera. Yo mantendré aquí la fortaleza.

Bartlett se apresuró a llegar a la puerta que conducía a mitad del puente y Dunross se dirigió a los demás.

—No hay por qué alarmarse —dijo tratando de calmarlos.

Al mismo tiempo observó sus reacciones y pudo tomarles el pulso. Fleur Marlowe estaba pálida, pero lograba dominarse. Casey contemplaba aterrada la muchedumbre que se apretujaba contra la salida.

Orlanda estaba fuera de sí, a punto de estallar.

—¡Orlanda! —le gritó—. ¡Estamos bien, no hay peligro...!

Al otro lado del salón, Gornt se levantó y se acercó a la puerta. Pudo ver cómo se aplastaban unos a otros y comprendió que las escaleras en los pisos inferiores estarían intransitables. Chillidos y algunos gritos empeoraban la situación de miedo en ese sitio, pero Sir Charles Pennyworth se mantenía junto al umbral, tratando de lograr que la retirada escaleras abajo fuera ordenada. Una nueva columna de humo negro. Gornt pensó: ¡Jesucristo! ¡Este es un señor incendio! ¡Medio centenar de personas y una sola salida! Luego vio que el bar estaba solo. Se acercó, y con un gesto de tranquilidad exterior, se sirvió un whisky con soda. Sin embargo, el sudor le recorría ya toda la espalda.

Abajo, en el descanso del segundo entrepuente, Lando Mata tropezó e hizo caer a todo un grupo, entre ellos Dianne Chen y Kevin. Esto produjo un tapón en la única vía de escape. Hombres y mujeres chillaban impotentes, al verse aplastados sobre el suelo, mientras otros seguían cayendo sobre ellos o tropezaban con sus cuerpos inmovilizados, en su ansia por llegar a lugar seguro. En lo alto de la escalinata, Pugmire se aferraba a la balustrada, y apenas

lograba tener los pies firmes, mientras se valía de su enorme fuerza para detener con la espalda a la gente y evitar que cayeran más. Julián Broadhurst estaba a su lado, no menos asustado, pero también no menos controlado, valiéndose de su estatura y de su peso para ayudarle. Entre los dos sostuvieron por un momento la brecha, pero el peso de los que tenían detrás los agobió. Pugmire sintió que la mano se le resbalaba. Diez peldaños abajo, Mata luchaba por ponerse de pie. Con su precipitación pasó por encima de una decena de personas, y al fin logró abrirse paso hacia abajo, con el smoking hecho jirones. Dianne Chen se sirvió de todo lo que tenía para levantarse, arrastrando consigo a Kevin. En medio de aquella muchedumbre que tiraba y empujaba, no vio que una mujer le arrebataba con habilidad su pendiente de diamante y se lo guardaba en el bolso de mano, para luego abrirse paso escaleras abajo. El humo que seguía elevándose de los pisos inferiores aumentó el grado de terror. El freno de -Pugmire acabó por ceder. La avalancha humana lo hizo a un lado. Broadhurst perdió el equilibrio. Empezó un nuevo torrente de gente. Las escaleras de los dos niveles estaban llenas.

Four Fingers Wu con Venus Poon estaban en el primer descanso cuando subieron los gritos de la cocina. El se había lanzado a toda velocidad escaleras abajo abriéndose paso hasta el puente levadizo que conducía al muelle. Unos pasos detrás de él presa de terror, iba Venus Poon. Sintiéndose ya seguro en el muelle,; el viejo se dio vuelta para mirar hacia atrás. Su respiración era anhelante, el corazón parecía querer estallarle. Hombres y mujeres salían a tropezones por la enorme puerta adornada, hasta el rompeolas. Por las portillas salían algunas llamas, casi a la altura de la línea de flotación. Un policía que hacía su recorrido regular en las cercanías, vio lo que sucedía horrorizado, pero luego echó a correr, en busca de un teléfono. Wu estaba aún tratando de calmar su agitación, cuando vio a Richard Kwang y a su mujer salir a duras penas. Empezó a reír de ellos y se sintió mejor.

También a Venus Poon le pareció que la gente se veía ridícula. Una multitud de mirones empezó a reunirse en lugar seguro. Nadie hacía nada para ayudar, sólo miraban atónitos... que es la cosa más normal —pensó Wu al pasar—. Nadie debe intervenir jamás en las decisiones de los dioses. Ellos tienen sus propias reglas y deciden el

hado de los humanos. El mío fue escapar y disfrutar de esta ramera hoy en la noche. Que todos los dioses me ayuden para mantener en ristre mi barra imperial* hasta que ésta pida misericordia a gritos.

—Ven conmigo boquita melosa —la invitó Four Fingere con una risita maliciosa—. Podemos dejarlos seguros en manos de su propio hado. Estamos perdiendo el tiempo.

—No, padre —protestó ella sin titubear—. En el momento menos pensado llegarán las cámaras de televisión y la prensa, debemos pensar en nuestra imagen, ¿no crees?

—¿Imagen...? ¡Es la cama y esa preciosa pu...!

—¡Después! —volvió a protestar en tono imperioso.

Four Fingere se mordió la lengua para no proferir la maldición que anhelaba decir. La chica preguntó:

—¿Qué? ¿Acaso no quieres que te aclame como si fueras un héroe? ¿Qué te den tal vez incluso un grado de Caballero, como a Shitee? ¿Qué tal?

Se apresuró a ensuciarse las manos y la Cara, y con mucho cuidado se desgarró uno de los tirantes qué llevaba sobre el pecho y sé acercó a la pasarela donde podía ver y ser vista. Four Fingers la observó boquiabierto. ¿Un título honorífico *quai oh* como el de Shitee? —reflexionó azorado—.

¡Uuuyyy! ¿Por qué no? Siguió a la chica con paso cansado, cuidándose de no acercarse demasiado adonde estaba el peligro.

Vieron que una lengua de fuego salía de la chimenea, en el puente superior, y llenaba de espanto a la gente que miraba hacia abajo, desde los ventanales de los! tres entrepuentes. En el muelle, la gente seguía aglomerándose. Otros, llevados de la histeria por llegar a lugar seguro, no hacían más que tropezar, muchos tosían por el humo que empezaba a invadir todo el restaurante. Hubo otra aglomeración estrepitosa en el umbral, unos cuantos cayeron, algunos se escurrieron por entre las inquietas piernas de los demás, mientras los de atrás exigían con alaridos que los de adelante avanzaran. Una vez más, Four Fingers y otros curiosos soltaron la carcajada.

Sobre Ja cubierta superior, Bartlett sé apoyaba en las barandillas y miraba hacia abajo, el casco de la nave y él malecón. Podía ver también las muchedumbres del muelle; y la gente histérica que en la puerta se daba empellones para poder salir. No había otra

escalinata, ni escalera, ni posibilidad alguna de salir por otro lado. El corazón se le salía del pecho, pero no tenía miedo. No hay verdadero peligro aún —pensó—. Podemos saltar al agua. Es fácil. ¿Qué tanto será? Unos nueve o doce metros a lo sumo… No pasa nada, ¡si uno no cae sobre el abdomen como tabla! Regresó corriendo por la cubierta que llenaba la mitad de la longitud del barco. Humo negro, centellas y pequeñas llamaradas salían por las chimeneas.

Abrió la puerta de la cubierta superior y volvió a cerrarla luego, para no crear una nueva corriente de aire. El humo había empeorado mucho, y las llamas que salían del montaplatos eran ya continuas. El olor de aquella humareda en el aire era agrio, cargado con el hedor de carne quemada. Casi todos estaban aglomerados en torno a la lejana salida. Gornt estaba de pie, distante, solo, saboreando un vaso de whisky. Bartlett pensó: i Santo Dios, ahí está un caradura de sangre bien fría! Sorteó con cuidado él montaplatos. Los ojos le lloraban por el humo. Casi derribó a Christian Toxe, que estaba inclinado sobre el teléfono gritando por encima del estruendo:

—¡Me importa un bledo! ¡Manden a un fotógrafo aquí en el acto, y *luego* avisen al departamento de bomberos!

Con rabia azotó el auricular del teléfono y dijo entre dientes:

—¡Idiotas desgraciados!

Luego regresó adonde estaba su mujer, una china con aspecto de matrona, que lo contemplaba atónita.

Bartlett se dio prisa a llegar hasta Dunross. El tai-pan estaba impertérrito junto a Peter y Fleur Marlowe, Orlanda y Casey, silbando sin ton ni son.

—No hay nada, Ian —dijo en voz baja, observando que su voz sonaba extraña—. ¡No hay una maldita salida! ¡No hay escaleras, no hay nada! Pero nosotros podemos saltar… con facilidad, si es necesario.

—Sí. Tenemos suerte de estar en esta cubierta. Los demás tal vez no sean tan afortunados.

Dunross observó el humo y el fuego que escapaban del montaplatos, que estaba cerca de la salida.

Sin alterarse observó:

—Tendremos que decidir pronto qué queremos hacer. Ese fuego

puede cerrarnos el pasó hacia afuera.

Si salimos, tal vez no podamos volver a entrar, y tengamos que saltar. Si nos quedamos adentro, no podremos usar más que la escalinata.

—¡Santo Dios! —musitó Casey.

Se esforzaba por apaciguar su acelerado corazón y la sensación de claustrofobia que iba en aumentó.

Sentía la epidermis estirada y sus ojos volaban de la salida a la puerta de la escalinata y viceversa.

Bartlett le puso el brazo alrededor de los hombros.

—¡No es nada serio! Podemos saltar en cualquier momento.

—¡Sí, claro, Linc! —Casey trataba de dominarse en actitud lúgubre.

—Supongo que sabes nadar, Casey… —sugirió Dunross.

—Sí, en una ocasión me vi atrapada en un incendio y desde entonces les tengo pavor.

Eso había sucedido pocos años antes, cuando su casita de Hollywood Hills, en Los Ángeles, se había visto, en medio de uno de los repentinos incendios de verano, y ella había quedado dentro, porque la zigzagueante Canyon road, abajo, era ya presa de las llamas. Ella había conectado todo el sistema de irrigación y empezado a lanzar chorros de agua de la manguera hacia el techo. El voraz calor del fuego ya empezaba a llegarle. Luego el incendio había aumentado, saltando de un extremo del valle al siguiente, de suerte que empezaba a quemar ambos lados, y tendía a descender a la parte baja, azotado por ráfagas de viento de ciento sesenta kilómetros por hora, engendradas por el fuego mismo. Las rugientes llamaradas borraban del mapa árboles y casas, iban acercándose a la suya y no tenía vía de escape. En medio del terror, conservó la manguera en el techo. Perros y gatos de las casas situadas más arriba huían desesperados, pasando a su lado, y un alsaciano frenético se refugió a sotavento de su casa. El calor, el humo y el pánico se apoderaron de ella y fueron en crescendo. Sin embargo, una parte del fuego se detuvo a 15 metros de su propiedad. Sin razón aparente. Arriba de ella, todas las casas de su calle habían desaparecido. Lo mismo había sucedido con la mayor parte del cañón. Una franja de tierra de cerca de 800 metros de ancho y más de tres kilómetros de largo habían ardido durante tres días en las

colinas que dividían en dos la ciudad de Los Ángeles.

—Yo estoy bien, Linc —dijo temblorosa— Creo... Creo que preferiría estar afuera que aquí. Vámonos. Un chapuzón en el agua fresca me vendrá de maravilla.

—¡Yo no sé nadar! —exclamó Orlanda, ya en estado de conmoción.

Un instante más, y perdió todo control de sí misma. Se puso de pie y echó a correr hacia la escalera, Bartlett la aferró y amonestó:

—Todo va a salir bien. ¡Por amor de Dios! ¡Por ahí no llegarías a ningún lado! Oye a los pobres desgraciados allá abajo. Esos sí que están en verdadero peligro. Tú te estás quieta, ¿eh? La escalinata no ofrece nada bueno.

La chica se aferró a él, llena de terror.

—No te pasará nada —la tranquilizó Casey en tono compasivo.
—¡Claro! —confirmó Dunross, sin quitar los ojos del fuego y de las espirales de humo. ,

Marlowe hizo un comentario:

—Nosotros aquí... ehm... nosotros estamos realmente oien aquí, tai-pan, ¿no es cierto? Sí. El fuego tiene que venir de las cocinas. Lo controlarán. Fleur, querida, no hay necesidad de saltar al agua.

—No hay nada que temer —confirmó Bartlett—. Hay champanes de sobra que pueden rescatarnos.

—Sí... lo malo es que ella tampoco sabe nadar.

Fleur tomó a su marido del brazo y comentó:

—Siempre me dijiste que debía aprender, Peter...

Dunross no escuchaba. El miedo lo consumía y él hacía esfuerzos por dominarlo. Sentía la nariz llena del hedor de carne quemada que conocía tan bien, y estaba a punto de vomitar. Se había trasladado a su Spitfire en llamas, alcanzado por el fuego de un Masserschmitt 109 sobre el Canal, muy lejos de los riscos de Dover, donde sabía que el fuego lo devoraría antes que pudiera hacer trizas la cubierta de su cabina, trabada y averiada, para poder saltar. El espantoso olor de carne que se quemaba, ¡la suya propia!, lo rodeaba. En medio del terror se había aplastado el puño impotente contra el parabrisas, mientras la otra mano trataba de ahuyentar las llamas que le rodeaban los pies y las rodillas, sus pulmones se ahogaban entre el humo acre del aparato incendiado y sentía que iba quedándose casi ciego. Luego había oído un rugido frenético

repentino, al desprenderse la capota del motor. Había aparecido un infierno de llamaradas que lo rodeaba, pero de pronto se encontró en el aire, cayendo, lejos del fuego, sin saber si se había quedado sin cara, mientras la piel de sus manos y pies, sus botas y uniforme de vuelo no dejaban de humear. Luego había venido el estremecedor y nauseabundo tirón, al abrirse el para-caídas, después la sombría silueta del avión enemigo que venía en su contra, procedente del sol. Todavía había podido ver sus ametralladoras vomitando fuego. Un pedazo de metralla, le había arrancado parte de la pantorrilla. No recordaba otra cosa, excepto el olor a carne quemada, que era idéntico al que percibía esa noche.

—¿Qué opinas, tai-pan?

—¿Qué cosa?

—¿Debemos quedarnos o irnos? —insistió Marlowe.

—Nos quedamos por ahora —contestó Dunross.

A todos les admiraba la calma de su voz y de su aspecto. El explicó:

—Cuando se despejen las escaleras saldremos caminando. No hay motivo para mojarnos sin necesidad. Casey le sonrió indecisa y preguntó: —¿Son frecuentes estos fuegos?

—Aquí no, pero sí en Hong Kong. Temo que sí. Nuestros amigos chinos no se preocupan mucho por los reglamentos contra incendios.

No habían pasado más que unos minutos desde que había soplado la primera ráfaga violenta de fuego, envolviendo la cocina, pero para esa sazón, el fuego ya se había adueñado bien de toda esa zona.

Además, a través del montaplatos, había sentado bien sus reales en zonas centrales de los tres entrepuentes situados encima. El fuego de las cocinas formaba tina barrera a medio cuarto, que impedía llegar a la única escalera. Veinte hombres aterrados habían quedado prisioneros del lado opuesto. El resto, del personal había salido mucho antes para engrosar las filas de las multitudes del puente inmediato superior. Había media docena de portillas, pero eran pequeñas y estaban muy oxidadas. Presa del pánico, uno de los cocineros se había precipitado contra la barrera ígnea, lanzando alaridos mientras las llamas lo envolvían por todos lados. Casi había logrado atravesarla, pero de pronto se había resbalado y sólo se

habían escuchado sus aullidos por un buen rato: Un gemido de terror había salido de las demás gargantas. No había posibilidad de fuga.

También el jefe de cocina había quedado atrapado. Era un hombre corpulento y había estado en muchos incendios de cocinas. Por eso rio había sucumbido al pánico. Recorrió con la mente todos los demás incendiosˆ buscando desesperado Una idea guía. De repente recordó:

—¡Pronto! —gritó—. ¡Consigan costales de harina de arroz… pronto, arroz!

Los demás se quedaron viéndolo, inmóviles. El terror los tenía paralizados. Entonces él se lanzó y empujó con violencia a otros a la bodega. Se apoderó de un costal de veintidós kilos y lo abrió.

—¡Mierda a todos los fuegos! —gritó—. ¡Apúrense, pero esperen mis indicaciones! —alcanzó a decir entre el humo que lo ahogaba y casi lo cegaba—. Una de las portillas se desprendió con el calor y la ráfaga repentina lanzó el fuego contra ellos. Aterrados, tomaron cada uno un costal, tosiendo por el humo que los sofocaba. —*¡Ahora!*

El jefe de cocina lanzó el rugido y detrás de él el costal, contra el corredor de llamas en medio de las estufas. Al abrirse el costal, las nubes de harina amortiguaron algunas de las flamas. Más costales cayeron sobre la misma zona de la cocina y más flamas sucumbieron. Otra descarga de harina cayó sobre las bancas ardientes y extinguió su fuego. Por un momento, el paso quedó libre. En el acto, el jefe dirigió la carga contra las llamaradas restantes y todos lo siguieron en tropel, saltando sobre los dos cuerpos carbonizados. Así llegaron a las escaleras, del lado más distante, antes que las llamas volvieran a enterrar, y cerraran el paso. Los hombres se abrieron camino, subiendo por la estrecha escalera hasta salir a la zona medio ventilada del descanso, y sumarse a la muchedumbre histérica que empujaba y arremetía, gritaba y tosía, abriéndose paso, entre el humo negro, hasta llegar al aire libre.

Las lágrimas corrían en abundancia sobre la mayoría de las caras. En los niveles inferiores el humo era ya demasiado espeso. Luego, la pared que estaba detrás del primer descanso, por donde pasaba el tiro del montaplatos, ya empezaba a retorcerse y a

ennegrecerse: De pronto se abrió, como en una explosión, haciendo caer las gárgolas, y las flamas se esparcieron. Los qué estaban en la parte baja de las escaleras siguieron avanzando, en medio del pánico, pero los que estaban en el descanso retrocedieron. Luego, al ver que estaban tan cerca de la salvación, las primeras líneas se lanzaron intrépidas, sorteando el infierno y bajando por los peldaños de dos en dos. Hugh Gutrie, uno de los miembros parlamentarios, vio caer a una mujer. Se aferró a la balustrada y se detuvo para ayudarla, pero los que venían detrás de él le pasaron encima y él cayó junto con otros. Logró levantarse, en medio de maldiciones, y se abrió camino con tiempo apenas suficiente para levantar de un tirón a la mujer, antes de verse arrastrado por el torbellino humano otra vez. A empellones dio los últimos pasos y llegó a la entrada sano y salvo.

La mitad del descanso entre el puente inferior y el segundo estaba todavía libre de las llamas, aunque el fuego tenía una fuerza irresistible y parecía alimentarse solo. La muchedumbre iba ya disminuyendo, a pesar de que más de un centenar seguía aglomerado todavía en las escalinatas superiores y en las puertas de paso. Los de arriba empujaban y maldecían, por no poder darse cuenta de lo que sucedía adelante de ellos.

—¿Qué los tiene detenidos? ..¡Por amor de Dios!

—¿Podemos todavía usar las escaleras?

—¡Dios omnipotente! ¿Qué esperan para darse prisa?

—¡Aquí el Calor es ya insoportable!

—¡Qué maldita desgracia!

Grey era uno dé los atrapados en la escalinata del segundo entrepuente. Podía ver las flamas que se proyectaban desde la pared de enfrente y sabía qué ésta podía sucumbir en cualquier momento. No sabía si retroceder o avanzar. De pronto, vio a un niño que sé protegía de las pisadas en la balustrada.

Se ingenió para levantarlo en brazos, y luego hizo un nuevo esfuerzo, maldiciendo a los de vanguardia, corrió, sorteando el fuego y avanzó, aunque el camino a la salvación, más abajo, todavía estaba cerrado.

Sobre la cubierta superior; Gornt y los demás escuchaban el pandemonio de abajo. Allí no había más que unas treinta personas. El terminó su bebida, puso el vaso sobre el bar y caminó hacia el

grupo que rodeaba a Dunross— Orlanda seguía sentada retorciendo el pañuelo entre las manos. Fleur y Peter Marlowe seguían tranquilos en apariencia, y Dunross, como siempre, dominaba la situación. Muy bien —pensó Gornt, bendiciendo su herencia y su adiestramiento—. Una parte de la tradición británica era que en el peligro, por más-aterrado que uno esté, se pierde la dignidad cuando se manifiesta el miedo. Además —recordó—, la mayoría de nosotros ha estado en bombardeos durante gran parte de nuestra vida, se ha abierto fuego contra nosotros, nos hemos hundido, hemos sido lanzados a las mazmorras de prisioneros de guerra, o hemos estado en el servicio militar. La hermana de Gornt había estado en los Servicios Femeninos de la Marina Real, su madre había sido celadora de incursiones aéreas, su padre miembro del ejército, su tío había muerto en Monte Cassino y él mismo había luchado con los australianos en Nueva Guinea, después de escapar de Shanghai, y había tenido que abrirse camino a través de Birmania hasta Singapur.

—Ian —dijo con adecuada voz que no daba importancia al asunto—, me parece que el fuego está ya en el primer descanso. Sugiero una zambullida.

Dunross volvió a mirar las llamas cercanas a la puerta de salida, y objetó:

—Algunas de las damas no saben nadar. Démosle todavía un par de minutos.

—Muy bien. Creo que los que no tienen inconveniente en saltar al agua, deben salir a cubierta. Ese fuego, me resulta muy tedioso.

Casey opuso:

—Yo no lo considero tedioso en absoluto.

Todos rieron. Peter Marlowe explicó:

—Se trata de una expresión...

El barco se ladeó un poco, debido a una explosión producida bajo los puentes. El silencio momentáneo resultó macabro.

En la cocina, el fuego se había extendido a las bodegas y rodeaba ya los cuatro toneles de aceite de cuatrocientos litros. El que había explotado, había abierto un hoyo en el piso y perforado el costado del barco. Pavesas y aceite ardientes, junto con algo de agua de mar, se habían introducido en los embornales. La fuerza de la explosión había roto algunas de las enormes vigas del casco de

fondo plano y el agua empezaba ya a entrar por. las uniones. Ejércitos de ratas se arrastraban, buscando una vía de escape.

Otro de los toneles de grueso metal estalló y abrió un enorme agujero en un costado del barco, inmediatamente abajo de la línea de flotación. Luego había esparcido el fuego en todas direcciones.

La gente del muelle se quedó sin habla y algunos retrocedieron, aunque en realidad, para ellos no había peligro; otros reían con risa nerviosa. Luego estalló un tonel más, y otra gran ráfaga de llamas se esparció por todos lados. Los sostenes del techo y las viguetas se debilitaron mucho, y por estar empapadas en aceite, empezaron a arder. Arriba, sobre el primer entrepuente el peso de las pisadas de los fugitivos desesperados resultaba muy grave.

Apenas encima del primer descanso, Grey sostenía aun al chico en brazos. Se aferró al pasamano aterrado, empujando a la gente que tenía atrás y adelante. Esperó su turno y luego, protegiendo al chico lo mejor que podía, se escabulló, sorteando las llamas, hasta lanzarse escaleras abajo, por un tramo que ya estaba libre en su mayor parte. La alfombra del umbral empezaba a despedir humo. Un hombre corpulento tropezó. El piso se sentía ya vacilante.

—¡Vamos! —gritó Grey a los de atrás.

El cruzó el umbral, junto con otras personas, unas a zaga de el y otras adelante. En el momento en que llegaba al puente levadizo explotaron los dos últimos toneles. Todo el piso que había dejado atrás se hundió y él, con el niño y las demás personas, salió disparado por la explosión, como un montón de paja.

Hugh Guthrie se desprendió a toda prisa de entre la multitud de los espectadores y lo llevó consigo a lugar seguro.

—¿Estás herido, viejo amigo?

Grey estaba un poco atontado, tratando de respirar. El fuego había prendido ya en su ropa, y Guthrie le ayudó a extinguirlo. —Estoy... estoy bien... —dijo, medio fuera de sí.

Guthrie levantó al chico inconsciente y lo observó, comentando:

—¡Pobre pilludo!

—¿Está muerto?

—No lo creo. A ver...

Guthrie puso al chico en brazos de uno de los mirones y los dos colegas avanzaron decididos hacia el puente levadizo para ayudar a otros que estaban todavía aturdidos por la explosión y sin poder

valerse a sí mismos.

—¡Santo Dios omnipotente! —exclamó Grey al ver que la entrada era ya inaccesible.

Por encima del griterío, pudo oír el silbar de las sirenas que se acercaban.

En la cubierta superior, el fuego cercano a la salida iba aumentando en forma peligrosa. La gente tosía y retrocedía aterrada hacia adentro del salón, obligada a alejarse de las escaleras por un fuego que ya se había posesionado del entrepuente inferior. Un ambiente de pandemonio y una sensación de intenso pavor llenaban ya el ambiente.

—Ian. Será mejor que nos vayamos de aquí cuanto antes —propuso Bartlett.

—Sí. Quillan, ¿quieres por favor señalar el camino y hacerte cargo de la cubierta, mientras yo me ocupo de está salida? —sugirió Dunross.

Gornt se dio vuelta y gritó:

—*¡Todos por acá!* En la cubierta estarán a salvo. Pasen uno por uno...

Abrió la puerta y se colocó al lado, de ella, tratando de lograr que la retirada .forzada se hiciera en orden... No había más que unos cuantos.chinos, la mayoría eran británicos. En cuanto se encontraron al aire libre, todos experimentaron una sensación de alivio, por estar, al fin libres del humo.

Bartlett aguardaba dentro del salón, con excitación pero sin miedo. Sabía que en cualquier momento podría romper cualquiera de las ventanas, salir con Casey y saltar al agua. La gente iba saliendo a tropezones. Las llamaradas del montaplatos seguían en aumento. En la parte baja del barco se produjo, una explosión.

—¿Cómo te sientes, Casey?

—Muy bien.

—¡Sal!

—¡Cuándo salgas tú!

—¡Claro! —le hizo una mueca sonriente y avanzó.

El número de personas iba disminuyendo. Bartlett ayudó a Lady Joanna a pasar y luego a Havergill que cojeaba. Después dio la mano a la esposa de éste.

Casey vio a Orlanda, todavía paralizada en su silla, ¡Pobre chica!

—pensó, recordando sus momentos de terror en el otro incendio—. Se le acercó y la invitó:

—Ven —y le ofreció la mano para levantarse.

A la chica le temblaban las rodillas. Casey la tuvo abrazada todo el tiempo.

—Perdí... perdí mi bolso —murmuró Orlanda.

—No corrigió Casey—. Aquí está.

Tomó el bolso que colgaba de la silla y, sin dejar de abrazar a la compañera, la forzó a pasar la línea del fuego para salir al aire libre. La cubierta estaba llena de gente, pero una vez afuera, Casey se,sintió mucho mejor.

—Todo va bien —comentó Casey en tono estimulante.

Guió a Orlanda hasta la barandilla. La chica se aferró a ésta con fuerza. Casey se dio vuelta, buscando a Bartlett. Lo vio junto a Gornt. Ambos la observaban desde adentro. El norteamericano la saludó con un gesto de la mano. Ella lo correspondió, deseando que él estuviera ya afuera con ella.

Peter Marlowe condujo a su esposa hasta la cubierta y se le acercó:

—¿Tú estás bien, Casey?

—Yo sí. ¿Tú cómo te sientes, Fleur?

—Bien... Bien. Aquí afuera es bastante agradable, ¿no te parece?

Fleur Marlowe experimentaba una sensación de desmayo y de terror, ante la perspectiva de tener que saltar desde esa altura. Luego preguntó:

—¿Crees qué vaya a llover?

—Cuanto más pronto, mejor;

Casey se asomó hacia abajo. En medio de aquellas aguas lóbregas, empezaban ya a reunirse los champanes. Todos los barqueros sabían que los que estaban allá arriba no tardarían en saltar. Desde su punto estratégico, podían ver que el fuego se había posesionado ya de la mayor parte del primero y del segundo entrepuentes. Unas cuantas personas estaban todavía atrapadas allí. De pronto, un hombre se apoderó de una silla, hizo añicos una ventana, se ingenió para salir por aquel boquete y cayó al mar.

Un champán se le acercó a toda, prisa y le lanzó una cuerda. Otros de los que estaban encerrados allí siguieron su ejemplo. Una mujer no logró decidirse.

La noche era tenebrosa, a pesar de que, las llamas iluminaban todo alrededor del barco, proyectando sombras siniestras. Las multitudes del muelle se dividieron en el momento en que los camiones de bomberos se acercaron. Oficiales británicos y bomberos chinos sacaron a toda prisa las mangueras.

Otro grupo las conectó al hidrante más cercano y el primer chorro de agua se abrió paso entre las flamas y fue saludado con un grito de júbilo. En unos segundos, seis mangueras estaban trabajando, y dos bomberos enmascarados, con ropa de asbesto y equipo de respiración sujeto a la espalda se precipitaron hacia la entrada, para empezar a sacar a rastras a las víctimas inconscientes. Otra enorme explosión los bañó de pavesas ardientes. Uno de los bomberos los roció con agua y luego volvió a dirigir su manguera hacia la entrada.

La cubierta superior estaba ya vacía, con excepción de Bartlett, Dunross y Gornt. Sintieron que el piso vacilaba y casi se les hundía bajo los pies.

—¡Jesucristo! —exclamó Bartlett—. ¿Estamos hundiéndonos?

—¡Esas explosiones pueden haberle hecho polvo el fondo! —contestó Gornt en tono apremiante. ¡Vámonos!

Atravesó la puerta a toda prisa, con Bartlett pisándole los talones. Dunross se había quedado solo. El humo era muy denso, el calor y el hedor lo tenían marcado. Hizo un esfuerzo consciente para no huir.

Trató de dominar el terror que sentía. Siguiendo un impulso repentino, atravesó corriendo, el salón, hasta Ja entrada de la escalinata, para cerciorarse de que no había nadie más. De pronto vio la figura inerte de un hombre en la escalinata. Había fuego por todas partes. Dunross sintió que el miedo lo, invadía de nuevo, pero una vez más lo dominó. Avanzó decidido y trató dé arrastrar al hombre hacia arriba. Aquél chino era pesado.

Dunross no sabía si estaba vivo o muerto. El calor era ya inflamatorio. Le llegó de nuevo el hedor de carne quemada y volvió a tener una sensación de vómito. Un momento después, Bartlett estaba a su lado, y entre los dos en parte arrastraron y en parte cargaron al hombre hasta el otro lado del salón, para sacarlo a cubierta.

—¡Gracias! —alcanzó a decir Dunross.

Quillan Gornt se les acercó, se inclinó, dio vuelta al cuerpo del chino. Tenía la cara quemada en parte.

—Pudieron evitarse el gesto heroico ... ¡Está muerto!

—¿Quién es? —preguntó Bartlett.

Gornt se encogió de hombros.

—No sé. ¿Lo conoces tú, Ian?

Dunross contemplaba el cadáver. Luego contestó:

—Sí. Es Zep... Zeppelin Tung.

—¿El hijo de Tightfist? —preguntó azorado Gornt—. ¡Santo Dios! Pues sí que ha aumentado de peso... ¡Nunca lo habría reconocido! Se puso de pie y sugirió:

—Será mejor que preparemos a la gente para saltar. Este barco es ya un cementerio.

Vio a Casey de pie junto a la barandilla y acercándosele le preguntó:

—¿Se siente bien?

—Sí, gracias, ¿y usted?

—¡Oh; sí!

Orlanda seguía al lado de Casey, contemplando él agua a la distancia. La gente se agitaba sobré la cubierta.

—Será mejor que les ayude a organizarse —sugirió Gornt—. Volveré en un segundo —y se alejó.

Una explosión más volvió a sacudir la embarcación. La escora de la nave aumentó. Varias personas se encaramaron a la barandilla y saltaron al agua. Los champanes se acercaron a rescatarlas.

Christian Toxe tenía el brazo en torno a los hombros dé su esposa y miraba con amargura el mar en torno a la embarcación.

—¡Tendrás qué saltar; Christian! —advirtió Dunross.

—¿A la bahía de Aberdeen? ¡Tienes que estar haciéndome una burla sangrienta, viejo amigo! ¡Sí no rebotas por todos sus malos efluvios, una enfermedad infecciosa sé encargará de ti!

—Escogé entre eso o un trasero en llamas... —dijo alguien desde atrás con una risa espontánea.

Al extremo de la cubierta, Sir Charles Pennyworth se aferraba a la barandilla y avanzaba dando ánimos a todos.

—¡Vamos, muchachita! —invitó a Orlanda—. ¡Es un salto fácil! Ella sacudió la cabeza, aterrada. —

No... no. Todavía no. No sé nadar. Fleur Marlowe la abrazó

animándola.

—No te preocupes. Yo tampoco sé nadar. Yo también me quedo aquí.

Bartlett propuso:

—Peter, tú, puedes tomarla de la mano. Estará segura. Todo lo que tienes que hacer, Fleur, es contener la respiración.

—Ella no va a saltar —advirtió Peter en tono ominoso—. Por lo menos esperará hasta el último instante.

—Es un salto seguro.

—Sí, pero no para ella¡ ¡Está encinta!

—¿Qué dijiste?

—Fleur está embarazada. En el tercer mes.

—¡Oh, Dios mío!

Las llamaradas se elevaron estrepitosas por el cañón de una de las chimeneas. Dentro del salón del puente superior las mesas del restaurante eran ya otras tantas antorchas, y en el extremo del recinto, los grandes biombos chinos labrados ardían jubilosos. Se produjo una gran ráfaga de centellas al derrumbarse la escalinata central.

—¡Dios misericordioso! Este barco es una trampa de fuego por todos lados. ¿Qué pasará con la gente de abajo? —preguntó Casey.

—Hace ya mucho que salieron —explicó Dunross, aunque sin creerlo.

Ahora que estaba ya a la intemperie se sentía muy bien. El haber triunfado en sus esfuerzos por dominar el miedo le daban una grata sensación de agilidad mental. Luego comentó:

—La vista desde aquí es magnífica, ¿no te parece?

Pennyworth observó jubiloso:

—¡Tenemos suerte! La escora es hacia este lado, así que cuando se hunda estaremos bastante a salvo.

A menos que se de vuelta... ¡Cómo en mis viejos tiempos! —comentó—. ¡Yo me hundí tres veces en el Mediterráneo!

—Yo también me fui a pique —comentó Marlowe—, pero en el estrecho de Bangka, frente a Sumatra.

—Yo no lo sabía, Peter —protestó Fleur.

—¡Oh! No fue nada...

—¿Qué profundidad tiene aquí el agua? —preguntó Bartlett.

—Deben de ser unos seis metros o más —explicó Dunross. —Eso

es sufi…

Lo interrumpió el silbar de las sirenas de la lancha de policía que se acercó de prisa por entre los estrechos pasajes acuáticos, que dejaban las islas de embarcaciones, iluminando con su proyector en una y otra dirección. Cuando llegó casi al lado del *Floating Dragón* su megáfono se oyó con fuerza, primero en chino:

—Que todos los champanes despejen esta zona… ¡despejen la zona!

Después, en inglés:

—Los que están en la cubierta superior, ¡prepárense para abandonar la embarcación! ¡El casco está perforado! ¡Prepárense para abandonar el barco!

Christian Toxe murmuró para sí mismo:

—¡De necio voy a arruinar mi único smoking!

Su mujer le apretó el brazo:

—¡Lo cierto es qué nunca te gustó, Chris!

—Ahora me gusta, vieja —dijo, tratando de sonreír— Además, tú tampoco sabes nadar…

Ella se encogió de hombros y protestó:

—Te apuesto cincuenta dólares a que tú y yo podremos nadar como si fuéramos anguilas de la cabeza a los pies.

—Señora Toxe, acepto la apuesta. Pero es de elemental justicia que seamos los últimos en saltar.

Después de todo, quiero la relación de un testigo ocular.

Se llevó Ta mano al bolsillo, sacó los cigarrillos, le ofreció uno a ella y aparentó sentir mucho ánimo, aunque en realidad estaba muy amedrentado por la seguridad de su esposa. Buscó un fósforo, pero no lo encontró. Ella abrió el bolso de mano y hurgó en todas direcciones. Al final encontró su encendedor que funcionó al tercer intento. Ambos habían olvidado las llamaradas que tenían a tres metros de la espalda.

Dunross observó:

—Fumas mucho, Christian.

En ese momento, la cubierta superior se >inclinó de una manera alarmante. El barco empezaba a bajar.

El agua entraba a torrentes por el gran agujero que se le había hecho en un costado. Los bomberos seguían usando sus mangueras con intrepidez, pero producían pocos resultados en aquella gran

conflagración. Un rumor se esparció entre la gente al sentir que toda la estructura se tambaleaba. Los de las boyas de anclaje se soltaron.

Pennyworth seguía apoyado en la borda, ayudando a los demás a saltar libremente al agua. A la sazón era ya un buen número el de la gente que se arrojaba al mar. Lady Joanna se sentía incomoda. Paul Havergill ayudó a su esposa a pasar sobre la barandilla. Cuando la vio emerger en el agua, saltó tras ella. La patrulla marina de la policía seguía dando avisos en cantonés, para que despejaran la zona.

Los marinos lanzaban salvavidas por un lado, mientras otros botaban al agua una balandra. Luego, bajo la dirección de un joven inspector de marina, media docena de marinos se lanzaron al agua por un costado, con el fin de ayudar a los que estaban en dificultades, tanto hombres, como mujeres y niños. Un champán se acercó de prisa para ayudar a Lady Joanna, a Havergill y a su esposa. Los tres, agradecidos, subieron a la endeble embarcación. Otros de los que estaban aun en la cubierta superior saltaron también al agua.

El *Floating Dragon* seguía escorando peligrosamente. Alguien resbaló en el piso de la cubierta e hizo perder el equilibrio a Pennyworth. Este tuvo que hacer un movimiento que fue mitad salto y mitad caída de espalda; antes de poder recobrar el dominio de sus movimientos, y se precipitó como una roca. Se aplastó la cabeza, rompiéndose el cuello contra la popa de un champán, cayó en el agua y se hundió. En medio de la terrible confusión, nadie se dio cuenta de lo sucedido.

Casey seguía aferrada a la barandilla, junto con Bartlett, Dunross, Gornt, Orlanda y los Marlowe.

Cerca de ellos, Toxe seguía disfrutando de su cigarrillo, esforzándose en hacer acopio de todo su valor. Su mujer aplastó su propio cigarrillo con todo cuidado. Las llamaradas salían por los respiraderos, los tragaluces y la puerta. Luego el barco hizo un violento movimiento hacia abajo y se sacudió con fuerza, al zafarse otra de sus amarras. La barra a la que Gornt se aferraba se rompió; él cayó, golpeándose la cabeza con Ta barandilla y quedó aturdido. Toxe y su mujer perdieron el equilibrio y cayeron al agua en forma peligrosa. Peter Marlowe aferró a su mujer y a duras penas logró

evitar que quedara aplastada contra un mamparo, cuando Bartlett y Casey les pasaron junto, tropezando en parte y en parte rodando, hasta caer sobre un montón de gente acumulada contra la barandilla. Bartlett se esforzaba en protegerla lo mejor que podía, pero los tacones altos de los zapatos de la Chica resultaban peligrosos.

Abajo, en el agua, los marineros ayudaban a la gente a subir al bote de salvamento. Alguien pudo ver que Toxe y su esposa subían a la superficie, ahogándose, durante un instante, a unos 14 metros de distancia, y luego, manoteando; impotentes, volvían á hundirse. En el acto, se lanzó al agua en dirección a ellos. Después de algo que parecía una eternidad, aferró el vestido de ella y la arrastró, medio ahogada, a la superficie. El joven teniente nadó hasta el sitio donde había visto a Toxe y se sumergió, pero no pudo localizarlo en medio de la oscuridad. Subió a la superficie para respirar y volvió a hundirse en las aguas tenebrosas, buscando a ciegas, con desesperante impotencia. Cuando los pulmones estaban a punto de estallarle, tocó con los dedos algo que le pareció ropa. Lo sujetó y se lanzó hacia la superficie. Toxe se aferró a aquella mano, presa del pánico, vomitando y ahogándose por la cantidad de agua de mar que había ingerido. El marino logró zafarse de él, le dio vuelta y lo arrastró hasta la balandra.

Encima de ellos, el barco estaba ya inclinado en un ángulo peligroso. Dunross logró ponerse de pie.

Vio a Gornt inerte sobre un montón de escombros y a tropezones logró llegar hasta él. Trató de levantarlo, pero no pudo.

—Estoy... estoy bien —dijo apenas Gornt y, volviendo en sí, sacudió la cabeza como un perro—. ¡Santo Dios! ¡Gracias..! —levantó la mirada y vio que . era Dunross—. ¡Gracias! —repitió con una sonrisa lúgubre, mientras se levantaba tembloroso—. ¡De cualquier manera, mañana seguiré vendiendo y para la semana que entra estarás acabado!

Dunross rió.

—¡Qué tengas muy buena suerte! La idea de morir quemado o de ahogarme contigo me produce la misma repugnancia.

A nueve metros de distancia, Bartlett trataba de levantar a Casey. A esa sazón, el ángulo del barco era ya peligroso, y el fuego más aún.

—¡Toda ésta maldita tina podría volcarse en un instante!

—¿Qué hacemos con ellas? —preguntó Casey con voz suave, señalando a Fleur y a Orlanda...

El reflexionó un instante y dijo con decisión: ;

—¡Tú salta luego y espera allá abajo!

—¡Entendido!

Sin tardanza, Casey le entregó su pequeño bolso de mano. El se lo metió en un bolsillo y se alejó tan aprisa como pudo, mientras ella se quitaba los zapatos, se abría la corredera del vestido y se libraba de él. En el acto, hizo de la ágil prenda de seda una pequeña cuerda y se la anudó en torno a la cintura.

Con un rápido movimiento: se puso fuera de la barandilla, estuvo allí de pie un momento, calculó su entrada al agua y se lanzó en un perfecto clavado de cisne. Gornt y Dunross la observaron, olvidados de su peligro inminente.

Bartlett estaba ya al lado de Orlanda. Vio a Casey salir a la superficie con gran pericia, y antes que Orlanda pudiera hacer algo, él ya la había levantado por encima de la barandilla. Ordenó: —Deja de respirar, cariño....

Y la soltó en el aire con todo cuidado. Todos ellos la vieron caer. Se hundió con los pies por delante, a unos metros de Casey, que ya tenía previsto el sitio de entrada y nadó hacia ella bajo la superficie.

Recogió a Orlanda con facilidad y nadó con ella hasta salir del agua. Orlanda casi no había tenido tiempo de darse cuenta de que había abandonado la cubierta del barco, cuando ya estaba respirando de nuevo. Casey la sostuvo con firmeza y nadó decidida hacia la balandra, segura de lo que estaba haciendo.

Gornt y Dunross aplaudieron la operación con entusiasmo. El barco volvió a tambalearse con fuerza y ellos casi perdieron el equilibrio. Tropezando con los obstáculos, Bartlett llegó hasta los Marlowe.

—¿Qué tal nadas tú Peter? —preguntó Bartlett.

—Más o menos bien.

—¿Me fías a tu esposa? Yo fui salvavidas, vagabundo de las playas durante años.

Antes que Peter pudiera decir que no, Bartlett había tomado a Fleur en brazos, se había puesto fuera de la barandilla y había hecho acopio de energías.

—¡Sólo deje de respirar! —ordenó a Fleur.

Ella le rodeó el cuello con un brazo, se tapó la nariz con una mano y dejó que Bartlett se lanzara al vacío, con ella en brazos, bien sujeta y protegida. Entró al agua sin problemas, protegiéndola del golpe con sus propias piernas y todo su cuerpo, y con expertos movimientos de los pies, subió a la superficie. La cabeza de Fleur apenas estuvo bajo el agua unos segundos. Ni siquiera le entró a la boca, si bien el corazón le latía con fuerza. En unos segundos, la señora Marlowe estaba ya en la balandra. Cuando Peter la vio a salvo, el corazón volvió a palpitarle.

—¡Oh, qué bueno! —musitó.

—¿Viste el aspecto de Casey? —le preguntó Dunross—. ¡Fantástico!

—¿Qué cosa? ¡Oh, no, tai-pan!

—Sin más ropa que el sujetador, las bragas y las medias sin nada de ferretería encima. ¡Jesucristo, qué figura!

—¡Ah, sí! Esas son pantimedias —comentó Marlowe en tono ausente, mientras observaba el agua y trataba de hacer acopio de valor—. Apenas están empezando a venderse en el mercado en Estados Unidos. Son la gran sensación ..;

Dunross apenas escuchaba el comentario.

—¡Dios santo! ¡Qué figura!

—¡Ah. sí! —le hizo eco Gornt—. ¡Y qué valor!

El barco crujió, al soltarse la última de sus amarras. La cubierta se inclinó con una oscilación nauseabunda.

Como un solo hombre, los tres restantes se arrojaron al agua. Dunross y Gornt de clavado, Peter Marlowe de un salto. Los clavados habían sido buenos, pero los dos hombres sabían que no podían competir con Casey.

38
11:30 p.m.

Al otro lado de la isla, el viejo taxi seguía las curvas de la estrecha calle que subía sobre West Point, a Mid Levels. Suslev iba arrellanado, bastante ebrio, en el asiento trasero. La noche erá oscura y el cantaba una triste balada rusa para el conductor del auto. Llevaba la corbata con el nudo a mitad del pecho, se había quitado la Chaqueta y en la camisa podían verse los hilos de sudor. El cielo estaba todavía más nublado, la humedad era peor aún y la atmósfera se había vuelto sofocante.

—*¡Matyeryebyets!* —dijo entre dientes, maldiciendo el calor.

Luego esbozó una sonrisa. Aquella majadería alterada le había gustado. Se asomó por la ventana. Abajo, la ciudad y las luces de la bahía brillaban humedecidas por jirones de nubes. Kowloon estaba en su mayor parte oscuro. —No tardará en Hover, camarada —dijo al conductor, en un inglés deficiente, sin importarle si le entendía o no.

El viejo taxi avanzaba resollando. Él motor tosió de repente, y eso le recordó la tos de Arthur y su reunión inminente con él. Su excitación subió de punto.

El taxi lo había recogido en la terminal del Golden Ferry, luego había subido a Mid Levels, sobre la Cumbre, había dado vuelta hacia el oeste pasando al lado de la casa de gobierno, donde moraba el Gobernador, y frente al Jardín Botánico. Al pasar frente al Palacio, Suslev se había preguntado ausente¡ cuándo ondearían sobre el asta desnuda la hoz y el martillo... Será pronto —se había dicho con satisfacción. Con ayuda de Arthur y de Sevrin, será muy pronto. Unos cuantos años más.

Observó su reloj. Llegaría un poco tarde, pero eso no lo preocupaba. Arthur siempre llegaba tarde: nunca menos de diez minutos, pero nunca más de veinte. Es peligroso ser hombres de costumbres en nuestra profesión —pensó—. Pero, peligroso o no, el hecho es que Arthur es un gran elemento y Sevrin, su creación, es una herramienta brillante y vital en nuestro arsenal del KGB,

incrustada muy adentro, y aguardando con toda paciencia; como los demás Sevrin, alrededor del mundo. No somos más que noventa y tantos mil oficiales del KGB y casi gobernamos el mundo. Lo hemos cambiado. Lo hemos cambiado de modo permanente. Somos ya dueños de la mitad... y en un tiempo muy, corto, empezamos apenas en 1917...

Nosotros, somos tan pocos... *ellos* son tantos. Pero ahora nuestros tentáculos llegan a todos los rincones. Nuestros ejércitos de ayudantes: informadores, necios, parásitos, traidores, gente de mente torcida por sus propias ilusiones, los deformes, los creyentes espurios que con toda deliberación recluíamos en todos los países que se comen unos a otros, como gusanos que son, que se dan pábulo a sí mismos con sus anhelos egoístas y sus temores, gente que tarde o temprano siempre podemos sacrificar. Y cada uno de nosotros, uno del grupo selecto, los oficiales del KGB, en el centro de cada red, controlando, guiando, eliminando. Unas redes dentro de otras, hasta llegar al Presidium de todos los soviets, redes que ahora están ya entretejidas con tanta fuerza en la urdimbre misma de la madre Rusia, que resultan indestructibles. Nosotros *somos* la moderna Rusia —pensó con orgullo—.

Somos la punta de lanza de Lenin. Sin nosotros, sin nuestras técnicas y nuestro uso organizado del terror, no habría Rusia soviética, no habría Imperio soviético, no habría fuerza efectiva para mantener omnipotentes a los dirigentes del partido, y en ningún lugar de la Tierra habría un Estado comunista, Sí. Nosotros somos los elegidos.

Su sonrisa se hizo más profunda.

El ambiente era cálido y bochornoso dentro del taxi, a pesar de que las ventanas, estaban abiertas, mientras seguía subiendo por las curvas que rodeaban aquella zona residencial con sus franjas de grandes edificios de departamentos sin jardines, asentados en pequeñas terrazas, arrebatadas a la vertiente de la montaña. Unas gotas de sudor le escurrieron por la mejilla. Se las enjugó. Sentía todo el cuerpo pegajoso.

Me encantaría darme una ducha —pensó, dejando que su mente vagara—. Una ducha con fresca agua georgiana, no con esta inmundicia salina que hacen pasar por los tubos de Hong Kong. Me encantaría estar en la *dacha* cerca de Tiflis.... ¡Oh, qué grande sería

eso! Sí. Otra vez en la *dacha* con mi padre y mi madre. Nadar en el torrente que atraviesa nuestra tierra y secarme al sol, mientras un gran vino georgiano se. enfría en el torrente y las montañas me contemplan desde cerca. Ese es el Edén, si alguna vez lo hubo: montañas y pasturas; uvas y cosechas.., ¡y el aire tan puro!

Ahogó la risa al recordar la fábula narrada a Travkin sobre su pasado, ¡Ese parásito! Un mentecato más, otro instrumento que había que usar, y cuando perdiera el filo, desecharlo.

Su padre había sido un comunista, desde los primeros tiempos: primero en la Cheka, en plan secreto, y luego, desde sus principios en 1917, en el KGB. Ahora, ya en sus años setentas, todavía un hombre erguido, de buena estatura, que gozaba de una honrosa jubilación, vivía como antiguo príncipe, con sirvientes, caballos y guardaespaldas. Suslev estaba seguro de que heredaría la misma *dacha*, la misma tierra, el mismo honor, a su debido tiempo. Otro tanto sucedería con su hijo, un novato del KGB, si sus servicios seguían siendo excelentes. Su trabajo personal lo merecía, sus antecedentes profesionales eran impresionantes, y no tenía más que cincuenta y dos años.

Sí —se dijo con seguridad—. Dentro de trece años, tendré derecho a la jubilación. Otros trece años grandes, para ayudar a que el avance progrese, sin ceder jamás un palmo, haga lo que haga el enemigo.

Y, ¿quién es el enemigo? ¿El verdadero enemigo? Todos los que ños desobedecen, todos los que se niegan a reconocer nuestra eminencia... rusos en su mayoría. Rió en voz alta.

El cansado y amargado conductor del taxi echó una mirada hacia atrás por el espejo retrovisor y luego volvió a concentrarse en su tarea, con la esperanza de que su pasajero estuviera suficientemente borracho para no leer bien el marcador del auto y darle una buena propina. Al fin se detuvo frente a la dirección que se le había dado.

Rose Court en Kotewall Road era una calle entera con modernos edificios de departamentos de catorce pisos. Abajo de ellos, había tres sótanos con espacio para estacionamiento de autos, alrededor de esa construcción, una angosta franja de concreto. Abajo de ella un ligero terraplén, también de concreto, que conducía a Sinclair Road y a Sinclair Towers, y a más calles de departamentos que se

anidaban sobre la vertiente de la montaña. Aquella era una zona selecta para vivir. El panorama era grandioso, los departamentos estaban debajo de nubes que con mucha frecuencia envolvían las partes más altas de la Cumbre, donde los muros sudaban, las telas finas se enmohecían y todo parecía hallarse en estado de humedad perpetua.

El medidor del auto marcaba 8.70 HK. Suslev examinó un montón de billetes. Dio al conductor uno de 100 en lugar de uno de 10, y salió con movimientos torpes. Una mujer china se hacía aire con el abanico en actitud impaciente. Suslev caminó dando tumbos hasta el teléfono interno del edificio. La mujer pidió al conductor que aguardara la llegada de su marido y observó molesta a Suslev.

Los pies de Suslev vacilaban. Encontró el botón, que buscaba y lo oprimió: Ernest Clinker, Esq., Administrador.

—¡Dígame!

—Ernie, soy yo, Gregor —dijo arrastrando la voz y eructando—. ¿Estás en casa?

Una voz de acento cockney rió de buen grado.

—¡No para ti, amigo! ¡Claro qué estoy! ¡Tú llegas tarde! ¡Se te oye como si hubieras estado en una taberna! ¡Aquí hay cerveza y vodka de sobra, y Mabel y yo estamos esperando para darte la bienvenida!

Suslev avanzó hacia el ascensor. Oprimió el botón que decía *abajo*. En el nivel ínfimo, salió al estacionamiento abierto y caminó hasta el extremo más alejado. La puerta del departamento estaba ya abierta y un hombrecillo feo, de rostro áspero, de más de sesenta años, le tendió la mano.

—¡Muerte a los malditos cuervos! —saludó Clinker, con una sonrisa que descubría una dentadura falsa de mala calidad—. Andas dando traspiés, ¿verdad amigo? Suslev le dio un abrazo de oso que fue correspondido en la misma forma. Los dos hombres entraron.

Aquel apartamento consistía en dos minúsculas habitaciones, estancia, cocina,!y baño. Las habitaciones estaban mal amuebladas, pero en forma agradable. El único objeto de lujo, un pequeño toca-cintas, tocaba música de ópera a todo volumen.

—¿Cerveza o vodka?

A Suslev se le iluminó la cara y luego eructó.

—Primero a orinar... luego vodka... después... después otro... y

luego... ¡una cama!

Un sonoro eructo y se arrastró hacia el baño.

—¡Así que, aquí estás, "Capi", viejo deportista! ¡Ven, Mabel! saluda al "Capi"...

La vieja bulldog soñolienta, que descansaba sobre su mordisqueada estera, abrió a medias un ojo, ladró una vez y casi en el mismo instante volvió a quedarse dormida. A Clinker se le iluminó la cara.

Fue a la mesa, sirvió un vaso de vodka puro y otro de agua. Sin hielo. Bebió algo de Guinness y preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte, Gregor?

—Sólo esta noche, *tovarich*. Tal vez mañana por la noche. Mañana... mañana tengo que volver a bordo. Pero mañana por la noche... tal vez... ¿sí?

—¿Qué sucedió con Ginny? ¿Te echó de casa otra vez?

En la pequeña camioneta sin registro, estacionada en la calle, Roger Crosse, Brian Kwok y el técnico de radio de la policía escuchaban esa conversación, con ayuda de un megáfono. La calidad de la grabación era buena; con poca estática. El vehículo estaba equipado con todo el instrumental necesario para la vigilancia por radio. Oyeron que Clinker ahogaba la risa y repetía la pregunta:

—¿Té arrojó de casa, verdad?

—Toda la noche estuvimos jig-jig... ¿me entiendes? Luego ella me dijo: ve a quedarte con Ernie y déjame... déjame dormir.

—¡Eres un insecto con suerte! Es toda una princesa, la chica esa. Tráela acá mañana.

—Sí... Sí voy a traerla... Sí. Es lo mejor.

Oyeron que Suslev vertía una cubeta de agua en el excusado y volvía con el amigo.

—¡Aquí tienes, colega!

—Gracias...

Luego se oyó el ruido característico de quien bebe con mucha sed. —Creo... Creo... Creo que quiero acostarme. Unos minutos...

—¡Unas cuántas horas; si es preciso! No te preocupes. Yo prepararé el desayuno. Aquí tienes. ¿Quieres otro trago?

Los policías del vehículo seguían escuchando con toda atención. Crosse había mandado que el micrófono se introdujera en el

departamento de Clinker hacía dos años. Con cierta periodicidad mandaba que lo revisaran, y siempre estaba en funciones cuando venía Suslev. Este, siempre vigilado un poco de lejos, había conocido a Clinker en un bar. Ambos habían estado en submarinos, y habían hecho buena amistad. Clinker lo había invitado a hospedarse con él, y de cuando en cuando Suslev aceptaba. Sin perder tiempo, Crosse había emprendido una investigación de seguridad sobre la persona de Clinker, pero no había descubierto nada indebido. Durante veinte años había sido un marino de la Armada Real; después de la guerra había estado cambiando empleos en la marina mercante por toda Asia hasta Hong Kong. Allí había decidido establecerse después de jubilarse; era un hombre bonachón, tranquilo, vivía solo y durante cinco años había estado en Rose Court en calidad de conserje y portero. Suslev y Clinker eran una pareja de amigos que bebían sin parar, parrandeaban juntos e intercambiaban cuentos. Ninguna de sus horas de conversación había arrojado ningún dato interesante.

—Él ya tuvo su dosis acostumbrada, Brian —comentó Crosse.

—Sí señor. Brian Kwok estaba aburrido, pero trataba de disimularlo.

En la pequeña sala, Clinker ofreció a Suslev el hombro. —Vamos — lo invitó—, es hora de que descanses... Dio un paso sobre el vaso del compañero y le ayudó a llegar a la recámara. Suslev cayó con todo su peso y lanzó un suspiro.

Clinker cerró las cortinas, caminó hacia otro pequeño toca-cintas y lo encendió. No tardó en oírse una respiración honda y rítmica y los primeros ronquidos. Pero no eran de Suslev, sino de la cinta magnetofónica. Suslev se levantó sin hacer el menor ruido. Su supuesta embriaguez se había desvanecido, Clinker lo esperaba ya a gatas. Tiró con cautela de un pequeño tapete y abrió una puerta oculta en el piso. En el mayor silencio, Suslev entró por ella. El compañero le guiñó una sonrisa, le dio una palmada en la espalda y volvió a cerrar la puerta, de goznes muy bien aceitados, que conducía a un túnel que no tardaba en. conectarse con el amplio y seco sistema subterráneo de avenamiento suplementario. Suslev siguió su camino con cautela, utilizando una linterna de bolsillo que se hallaba sobre una repisa al final de la escalera. No tardó en oír el motor de un auto que pasaba por Sinclair Road, encima de su

cabeza. Unos pasos más y se encontró bajo Sinclair Towers. Otra portezuela como la anterior le dio acceso al armario de un portero, que a su vez se comunicaba con uña escalera caída en desuso. Empezó a subir los peldaños.

Roger Crosse seguía escuchando la pesada respiración del durmiente, mezclada con las notas de la ópera. Su camioneta estaba cerrada. El espacio vital era poco, para los que estaban adentro. Todos tenían la camisa empapada en sudor. Crosse fumaba.

—Se diría que ha caído por el resto de la noche —comentó.

Podían oír a Clinker tararear la melodía. Distinguieron sus movimientos cuando se puso a recoger el vaso roto. Entonces una luz roja se encendió en la radio. El operador conectó el aparato:

—Auto patrulla 1423… diga…

—Cuartel general, para el superintendente Crosse. Urgente.

—Habla Crosse.

—Oficial en servicio, señor. Acaba de llegarnos un informe de que el restaurante *Floating Dragon* se ha incendiado… —Brian Kwok se quedó sin aliento—. Los bomberos están ya en el sitio, y el policía asegura que hay al menos veinte muertos o ahogados. Parece que el incendio se inició en la cocina, señor. Hubo varias explosiones. Hicieron estallar la mayor parte del casco y… un momento, señor, está llegándonos otro informe de la Marina…

Esperaron en silencio. Brian Kwok lo interrumpió:

—¿Dunross…?

—¿El banquete era en la cubierta superior? —preguntó Crosse.

—Si, señor.

—Es demasiado astuto para morir quemado… o ahogado —comentó Crosse suave—… ¿Sería un incendio accidental o deliberado?

Brian Kwok no respondió.

La voz de la oficina central volvió a oírse.

—Marina informa que el barco se volcó por completo. Dicen que fue un desastre total. Parece que unos cuantos quedaron atrapados bajo el agua.

—¿Estaba nuestro agente con nuestra «persona muy importante»?

—No señor. Estaba esperándolo junto a su automóvil, en el muelle. No hubo tiempo de llegar hasta donde él se hallaba.

—¿Qué ha sucedido con la gente de la cubierta superior?

—Espere un momento, voy a preguntar...

Otro silencio. Brian Kwok se enjugó el sudor.

—Dicen que veinte o treinta de ellos saltaron al mar, señor. Por desgracia la mayoría abandonó el barco demasiado tarde, apenas antes que se volcara por completo. Marina no sabe cuántos habrán quedado atrapados debajo de él.

—No se retire. Espere —Crosse reflexionó un momento; luego habló por el micrófono de nuevo—. Voy a mandar allá en el acto al superintendente Kwok en este vehículo. Envíe a un equipo de hombres rana a encontrarse con él. Pida a la Marina que ayude. Prioridad máxima. Estaré en casa si me necesitan —apagó el micrófono y dijo a Brian Kwok—. De aquí yo me voy a pie. Llámame en el momento en que sepas de Dunross. ¡Si ha muerto, visitaremos las bóvedas del banco en el acto y, al diablo con las consecuencias! ¡Ve allá a la máxima velocidad de que seas capaz!

Crosse salió de la camioneta. Esta empezó a correr cuesta arriba. Aberdeen estaba sobre la cresta de la cordillera, directamente hacia el sur. Lanzó una mirada a Rose Court y después hacia abajo, al otro lado de la calle hacia Sinclair Towers. Uno de sus equipos policiales seguía vigilando la entrada, esperando, con paciencia el retorno de Tsu-yan. ¿Dónde estará ese desgraciado? —se preguntaba Crosse indignado.

Con honda preocupación caminó cuesta abajo. La lluvia empezó a mojarlo. Sus pasos se hicieron más rápidos.

* * *

Suslev sacó una cerveza del moderno refrigerador y la abrió. Bebió con satisfacción. El departamento 32 de Sinclair Towers era espacioso, rico, limpio y bien amueblado. Tenía tres recámaras y una gran sala. Estaba en el undécimo piso. En cada nivel había tres departamentos en torno a tres estrechos elevadores y a una escalera de salida. El señor y la señora John Chen eran dueños del número 31. El 33 pertenecía al señor K. V. Lee. Arthur había dicho a Suslev que K. V. Lee era el nombre ficticio de Ian Dunross el cual, siguiendo la tradición de sus predecesores, era el único que tenía acceso a tres o cuatro departamentos privados, esparcidos por la

Colonia. Suslev nunca se habían encontrado con John Chen ni con Dunross, si bien los había visto en las carreras y en otros sitios, muchas veces.

Si tenemos que entrevistar al tai-pan, ¿qué otro lugar podría ser más conveniente? —pensó con intenciones sombrías—. Ademas, con Travkin como posible carnada…

Una ráfaga repentina azotó las cortinas que cubrían unas ventanas abiertas. Suslev pudo oír la lluvia.

Cerró con cuidado las ventanas y miró hacia afuera. Grandes gotas de lluvia empezaban a escurrir por los vidrios. Las calles y los techos estaban ya bien mojados. Un relámpago iluminó, el firmamento. El rugido de un trueno lo siguió. La temperatura había descendido ya unos grados. Está será una buena tormenta —se dijo complacido, satisfecho de no estar en aquella cueva minúscula del quinto piso, morada de Ginny Fu en Mong Kok, y feliz también de no estar en el sótano de Clinker.

Arthur había arreglado todo: Clinker, Ginny Fu, esa casa segura, el túnel… Todo tan bien preparado como él mismo lo habría sabido hacer en Vladivostok. Clinker era ex miembro de tripulación submarina, cockney y todo lo que se esperaba de él, con excepción del hecho de que siempre había detestado a la clase de los oficiales. Arthur había dicho que le había sido fácil convertirlo a la causa, aprovechando sus sospechas y odios innatos y su tendencia a lo secreto.

—Ernie el feo sabe muy poco sobre ti, Gregor. Desde luego esta enterado de que eres ruso y capitán del *Ivanov*. Por lo que se refiere al túnel, le dije que tenías un amorío con una mujer casada de Sinclair Towers, esposo de uno de los principales tai-pans. Le expliqué, que los ronquidos en la cinta grabada y todo el secreto se deben a que los asquerosos «Peladores» andan detrás de ti y han logrado introducirse en su departamento y poner micrófonos ocultos.

—¿Los «peladores»?

—Es el apodo que los cockneys, los londinenses, dan a la policía. Les quedó de Sir Robert Peel, Primer Ministro inglés que fundó la primera fuerza policial. Los cockneys han odiado siempre a los peladores, y Ernie el feo gozará mucho burlándose de ellos. Lo único que tienes que hacer es mostrarte partidario de la Marina

Real y te será fiel como un perro hasta la muerte...

Suslev sonrió recordando todo aquello. Luego pensó: Clinker no es un mal hombre. Simplemente es un fastidio. Tomó uno que otro trago de su cerveza mientras caminaba hacia la sala. El periódico de la tarde estaba ahí. Era la extra del *Guardian*. Los grandes titulares vociferaban: LA CHUSMA ASESINA A FLOR FRAGANTE. Abajo había una buena fotografía del tumulto. Suslev se sentó en un sillón y leyó de prisa...

Luego su oído fino oyó la llegada del ascensor. Se acercó a la mesa colocada junto a la puerta y sacó de debajo de ella una automática cargada y con el silenciador. Se guardó el arma en el bolsillo y miró por la mirilla de la puerta.

El timbre no funcionaba. Suslev la abrió y sonrió. —Entra, viejo amigo. —Abrazó calurosamente a Jacques deVille—. ¡Hace tanto qué no nos veíamos!

—Sí, sí, camarada —contestó deVille con la misma calidez. La última vez había sido en Singapur, hacia cinco años en una reunión secreta organizada por Arthur justo después de que deVille fuera inducido a unirse a Sevrin. Él y Suslev se habían conocido igualmente en secreto por primera vez en el gran puerto de Lyons, en Francia, en junio del 41, apenas unos días antes de que la Alemania nazi invadiera la Rusia soviética, cuando los dos países eran todavía aliados en apariencia. Por esas fechas, deVille estaba en la resistencia francesa, y Suslev como segundo al mando y comisario político secreto de un submarino soviético que aparentemente estaba siendo reacondicionado después de patrullar en el Atlántico. Fue entonces cuando le preguntaron a DeVille si le gustaría continuar la verdadera guerra, la guerra contra el enemigo capitalista como agente secreto después de que los fascistas hubieran sido destruidos.

El había aceptado de corazón.

Debido al potencial de deVille después de la guerra, la KGB lo había traicionado en secreto con la Gestapo y luego lo había rescatado de una muerte en prisión de la Gestapo a manos de las guerrillas comunistas. Los guerrilleros le habían dado pruebas falsas de que uno de sus propios hombres lo había traicionado a cambio de dinero. DeVille tenía entonces treinta y dos años y, como muchos, estaba enamorado del socialismo y de algunas de las

enseñanzas de Marx y Lenin. Nunca se había unido al Partido Comunista Francés pero ahora, gracias a Sevrin, era capitán honorario de la Fuerza de Seguridad Soviética de la KGB.

—Pareces cansado, Frederick—, dijo Suslev, usando el nombre encubierto de deVille. —Cuéntame que va mal.

—Es sólo un problema familiar.

—Háblame de él.

Suslev escuchó atentamente la triste historia de DeVille sobre su yerno y su hija. Desde su reunión en 1941, Suslev había sido el contralor de DeVille. En 1947 le había ordenado que fuera a Hong Kong para unirse a Struan. Antes de la guerra, deVille y su padre eran propietarios de un exitoso negocio de importación y exportación con estrechos vínculos con Struan (además de familiares), por lo que el cambio había sido fácil y bienvenido. La misión secreta de DeVille era convertirse en miembro del Tribunal Interior y, finalmente, en tai-pan.

—¿Dónde está ahora tu hija? —le preguntó en tono compasivo.

DeVille le dijo.

—¿Y el conductor del otro automóvil? —Suslev se grabó en la memoria el nombre y la dirección que le dio su interlocutor—. Me encargaré de que se le trate como merece.

—No —protestó deVille en el acto—. Fue... fue un accidente. No podemos castigar a un hombre por ese accidente.

—Estaba ebrio. No hay disculpa para conducir borracho. Sea lo que fuere, tú eres importante para nosotros. Sabemos cuidar a nuestra gente. De ése me encargo yo.

DeVille sabía que no tenía objeto discutir. Una ráfaga de viento azotó las ventanas.

——*¡Merde!* —gruñó deVille—. Pero, es bueno que llueva. La temperatura debe de haber bajado unos cinco grados... ¿Durará el descenso?

—Según los informes, el frente de la tormenta es grande. DeVille observó las gotas que se deslizaban sobre los vidrios, preguntándose por qué lo habrían mandado llamar. —¿Cómo andan tus cosas?

—Muy bien. ¿Un trago? —Suslev se acercó al bar de espejos y comentó—. Tenemos buen vodka.

—Vodka está bien. Por favor. Pero ligero.

—Si Dunross se retira, ¿serías tú el próximo tai-pan?

—Yo diría que la elección tiene que recaer en uno de cuatro: Gavallan, David MacStruan, yo, o Linbar Struan.

—¿En ese orden?

—No lo sé. Tal vez lo único seguro es qué Linbar sea el último. Gracias —dijo, aceptando su vaso; brindaron y añadió—. Me inclino a creer que el más probable es Gavallan.

—¿Quién es ese MacStruan?

—Un primo lejano. Ha pasado ya sus cinco años como comerciante en China. En este momento dirige nuestra expansión en Canadá… Estamos tratando de diversificar nuestras operaciones y entrar en el negocio de la fibras de madera, del cobre, de todos los minerales canadienses, sobre todo en la Columbia Británica.

—¿Qué tan capaz es ese hombre?

—Es muy bueno. Un hombre de mucha empresa. Un luchador muy sucio. Tiene cuarenta y un años y es ex teniente de paracaidistas. Poco faltó para que perdiera la mano izquierda en Birmania, al enredársele en la tela del paracaídas. El mismo se improvisó un torniquete alrededor de ella y siguió luchando.

Eso le ganó una Cruz Militar. Si yo fuera ahora el tai-pan, lo escogería a él como sucesor —luego se encogió de hombros—. Por ley de nuestra compañía, sólo el tai-pan puede nombrarlo. Puede hacerlo en cualquier momento, incluso en su testamento, si lo desea. No importa cómo lo haga, resulta obligatorio para la Casa Noble.

Suslev lo observó y preguntó: —¿Dunross ha hecho testamento?

—Ian es muy eficiente.

Se produjo un silencio pesado.

—¿Otro vodka?

—*Non, merci*. Me quedo con uno sólo. ¿Va a venir Arthur?

—Sí… ¿Cómo podríamos hacer que la balanza se inclinara a ti?

DeVille titubeó. Luego se limitó a encogerse de hombros. Suslev se sirvió otro vaso.

—Sería fácil desacreditar a MacStruan y a los demás. Sí. Es fácil eliminarlos—. Suslev de pronto se dio vuelta y miró a deVille de frente—. ¡Incluso a Dunross!

—No. Esa no es la solución.

—¿Hay alguna otra?

—Tener paciencia —deVille sonrió, pero en sus ojos había

hondo cansancio y acentuadas ojeras—. No me gustaría ser la causa de... de que se le quitara del cargo, ni a él ni a ninguno de los otros...

Suslev rió y protestó:

—¡No hay necesidad de matar para eliminar! ¡Qué! ¿Acaso somos bárbaros? ¡Claro qué no! —observaba con cuidado a su "ahijado" y reflexionaba: deVille necesita endurecerse—. Háblame del norteamericano Bartlett y del convenio Struan/Par-Con.

DeVille le dijo todo lo que sabía.

—El dinero de Bartlett nos dará todo lo que necesitamos.

—¿Podría ese Gornt apoderarse de todo?

—Sí y no... y... ¡es posible! Es violento y nos aborrece a muerte. Es un rival de toda la vida.

—Sí, lo sé.

A Suslev le sorprendía que deVille siguiera repitiendo datos que él ya conocía. Es una mala señal, —pensó, y miró su reloj—. Nuestro amigo lleva ya veinte minutos de retraso. Eso es inusitado.

Pero los dos hombres eran demasiado serenos para preocuparse. Las reuniones como ésa nunca podían ser demasiado precisas, porque nadie podía tener control de los imponderables.

—¿Oíste lo del incendio en Aberdeen? —preguntó deVille al recordarlo de pronto.

—¿Qué incendio?

—Llegó un boletín informativo por vía inalámbrica, un momento antes de salir yo para acá —deVille y su mujer teman el departamento 20 del sexto piso—. El restaurante *Floating Dragon* de Aberdeen se incendió. Tal vez Arthur estaba allí.

—¿Tú lo viste? —Suslev se sintió preocupado.

—No. Pero era fácil que a mí me pasara por alto. Salí mucho antes que empezara la cena.

Suslev tomó un sorbo de su vodka en actitud pensativa. Luego preguntó:

—¿Te ha dicho ya quiénes ¡son los demás de Sevrin?

—No. Yo le pregunté con discreción, como tú me ordenaste, pero él nunca...

—¿Ordenar? Yo no te doy órdenes, *tovarich*. Yo sólo sugiero.

—Sí, sí, desde luego. En fin, lo único que dijo fue: nos reuniremos todos a su debido tiempo.

—Tanto tú como yo lo sabremos pronto. El tiene toda la razón al querer ser cauteloso.

Suslev había querido poner a prueba a deVille y a Arthur. Una de las reglas más fundamentales del KGB es que nunca se puede ser demasiado cauto en cuanto a los espías, por muy importantes que sean. Recordaba que su instructor les había inculcado con insistencia una cita directa de *The Art of War* de Sun Tzu, que era lectura obligatoria para todo militar: «Hay cinco clases de espías: locales, internos, convertidos, condenados y supervivientes. Cuando estas cinco categorías trabajan de común acuerdo, el Estado podrá sentirse seguro y el ejército intacto. Los espías locales son los habitantes del lugar. Los internos son oficiales del enemigo. Los convertidos son los espías del enemigo que uno ha logrado convertir a su causa. Los condenados son aquellos a los que se da falsa información y se envía al enemigo, que se encargará de arrancársela a base de tortura y en esta forma resultará engañado. Los espías supervivientes son los que regresan con noticias del campo enemigo. Recuérdese que en todo el ejército, a nadie debe recompensarse con mayor generosidad. Pero si el espía divulga una noticia antes que el momento esté maduro, él o ella deberán ser ejecutados, junto con la persona a la que se ha revelado el secreto».

Si los demás informes de AMG son como el que ya sea ha descubierto —pensó Suslev con ánimo frío—, entonces Dunross está sentenciado.

No dejaba de observar a deVille, de tomarle la medida, de sentir simpatía por él, de alegrarse de que hubiera pasado esa prueba… lo mismo que Arthur. El último párrafo de *The Art of War* (un libro tan importante para el grupo selecto soviético que muchos se sabían do memoria el pequeño volumen) le vino de pronto a la mente: «Sólo el dirigente con talento y el general prudente saben usar los máximos niveles de inteligencia del ejército para los propósitos del espionaje. Los espías son el elemento más importante en la guerra, porque sobre ellos descansa la capacidad de movilización de un ejército».

Eso es lo que el KGB hace —pensó con satisfacción—. Buscamos a los mejores talentos entre todos los soviéticos. Nosotros *somos* la porción mas selecta. Nosotros *necesitamos* espías de las cinco categorías. Necesitamos a estos hombres, a Jacques, a Arthur y a los

demás. Si. Tenemos mucha necesidad de ellos.

—Arthur nunca ha dado el menor indicio de quiénes sean los demás —siguió diciendo deVille—. Nunca ha dicho nada, excepto que somos siete.

—Debemos ser pacientes —comentó Suslev, tranquilo al ver que Arthur tenía la prudencia necesaria.

En efecto, una parte importante del plan era que los siete no debían conocerse entre sí, que no debían saber que Suslev era el que controlaba a Sevrin y era el superior de Arthur. Suslev conocía la identidad de todos los espías de Sevrin. Junto con Arthur había aprobado a todos ellos a lo largo de los años, poniéndolos siempre a prueba, cerciorándose de su lealtad, eliminando a unos y remplazando a otros. Siempre debes estar poniendo a prueba a la gente tan pronto como un espía vacila, ha llegado el momento de neutralizarlo o eliminarlo... antes que él te neutralice o te elimine a ti. Aun la misma Geny Fu —pensó—, a pesar de que no sea espía ni sepa nada. Nunca puedes estar seguro de nadie, excepto de ti mismo. Es lo que enseña nuestro sistema soviético. Sí. Es hora de que la lleve al viaje que siempre le he prometido. Un viaje corto, la semana entrante. A Vladivostok. Una vez que llegue allá, podremos "lavarla" rehabilitarla y hacerla útil. Aquí no volverá.

Tomó otro sorbo de su vodka, dejando que el ardiente líquido se deslizara con lentitud sobre su lengua.

—Daremos a Arthur media hora... Por favor —señaló un sillón.

DeVille quitó el periódico y se sentó en el sillón. Luego preguntó: —¿Leíste lo de la fuga de capitales de los bancos?

A Suslev se le llenó la cara de alegría. . —Sí, *tovarích,* maravilloso.

—¿Es una operación del KGB?

—No, que yo sepa —contestó Suslev en tono alegre—. Si lo es, representa una promoción para alguien.

Una medida leninista clave era prestar especial atención a los bancos de Occidente que estaban en el núcleo mismo de la fuerza de ese mundo, para infiltrarlos en los niveles más altos, alentar y ayudar a los demás a fomentar; el desastre contra las divisas occidentales, pero al mismo tiempo pedir capital prestado a esos bancos, en la máxima cantidad posible, a cualquier interés. Cuanto mayor fuera el plazo, tanto mejor, pero cerciorándose de que

ningún soviético tallara jamás en ninguno de sus pagos, *a cualquier precio*.

—El derrumbe del Ho-Pak sin duda hará caer a otros. Los periódicos dicen que podría haber una fuga incluso en el Victoria, ¿es cierto?

DeVille se estremeció, muy a pesar suyo; y Suslev lo notó. Su preocupación aumentó.

—*Merde* —comentó—. Pero lo cierto es que eso acabaría con Hong Kong —luego recapacitó—. Bueno... claro que cuanto antes mejor... lo sé... pero cuando estás tan metido en un sistema, a veces se te olvida lo que eres en realidad...

—Eso no debe preocuparte. Nos sucede a todos. Tú ahora estas perturbado por lo de tu hija. ¿Qué padre no lo estaría? ¡Pero eso pasará!

—¿Cuándo podremos hacer algo? Estoy cansado... ¡Estoy tan cansado de estar esperando!

—Pronto. Escúchame —le dijo Suslev para animarlo—: en enero estuve presente en Una reunión de alto nivel en Moscú. Los bancos ocuparon un lugar preponderante en nuestra lista. Según nuestras cuentas finales, estamos en deuda con los capitalistas por una cantidad de casi 30 mil millones en préstamos... La mayoría de parte de Norteamérica.

DeVille se quedó atónito. —¡Madonna mia! ¡No me imaginaba que hubieras tenido tanto éxito!

La sonrisa de Suslev se hizo más amplia.

—¿Eso es sólo la Rusia soviética! Nuestros satélites tienen otras deudas por unos 6,300 millones.

Alemania Oriental sola debe 1,300 millones por la compra de talleres de laminación capitalista, tecnología de computación y muchas otras cosas que necesitamos —rió, apuró el resto de su licor y se sirvió otro vaso; la bebida le aceitaba la lengua—. En realidad yo no entiendo a los capitalistas. Se engañan solos. Estamos dedicados a destruirlos en forma abierta, y nos ponen en la mano los medios para hacerlo. Son pasmosos. Si tenemos tiempo, unos veinte años... a lo sumo veinte años... Para entonces nuestra deuda será de 60 o 70 mil millones. Sin embargo, desde su punto de vista, somos un riesgo de categoría triple A, que jamás hemos fallado en hacer un pago, ¡jamás! Ni en la guerra, ni en la paz; ni en plena

depresión —soltó una alegre carcajada—. ¿Qué fue lo que dijo el banquero suizo? Presta un poco y tendrás un deudor… ¡Presta mucho y tendrás un socio! ¡Setenta mil millones, Jacques, viejo amigo, y seremos sus dueños! Entonces podremos dar un giro a sus métodos, del modo que más nos convenga. Luego, en el momento que mejor nos parezca, pondremos en juego la táctica definitiva: ¡Lo siento, señor capitalista, sionista banquero, lamento decirle que estoy en la bancarrota! ¡Qué pena, de veras, pero ya no podemos pagar sus préstamos, ni siquiera el interés sobre el capital! ¡Nos, apena tanto, pero desde este momento, todas nuestras divisas carecen de valor!

Nuestra nueva divisa es el rublo rojo, y un rublo rojo vale cien de sus dólares capitalistas…

Suslev rió, sintiéndose muy feliz. Luego añadió: —…y, cualquiera que sea la riqueza colectiva de los bancos, nunca serían capaces de cancelar una deuda de 70 mil millones, ¡Nunca! ¡Setenta, además de todos los miles de millones con el bloque oriental! Y, si nuestro aviso repentino llega en una de sus inevitables recesiones capitalistas, que es lo que va a suceder… ¡los atraparemos hasta las narices de sus banqueros hebreos, en toda la mierda de su pánico, y nos suplicarán que les salvemos su podrido pellejo! —luego añadió con desprecio—. ¡Los muy idiotas, bien merecen perder! ¿Para qué luchar contra ellos, cuando su propia codicia y su estupidez está ya destruyéndolos? ¿No te parece?

DeVille asintió, sintiéndose incómodo. Suslev lo asustaba. Debo estar envejeciendo —pensó—. En mis. viejos tiempos era tan fácil creer en la causa de las masas. Los clamores de los desheredados eran tan fuertes y claros entonces. Pero, ¿ahora? Ahora no son ya. tan claros. Yo estoy todavía comprometido, muy comprometido. No deploro nada. Francia estará mejor como país comunista. ¿Lo estará…?

No lo sé ya. No lo sé con certeza. No lo sé como solía saberlo. Es una lastima para todos los pueblos que tenga que haber algún «ismo», de uno u otro género —se dijo, tratando de cubrir su angustia— Lo mejor sería que no hubiera «ismos», sólo mi amada Costa Azul con sus baños de sol.

—Te lo aseguro viejo amigo, Stalin y Beria fueron genios —siguió diciendo Suslev—… Son los rusos más grandes que han

existido.

DeVille apenas logró mantener la conmoción lejos de su semblante. Recordaba los horrores de la ocupación alemana, la humillación de Francia, todas sus aldeas, villorrios y viñedos. Recordaba que Hitler jamás habría osado atacar a Polonia y desencadenar todo su plan sin el pacto de no agresión con Stalin que le cubriera las espaldas. Sin Stalin no habría habido guerra, ni holocausto, y todos estaríamos mucho mejor.

—¿Veinte millones de rusos? ¡E incontables millones de los demás!—se atrevió a comentar. —Un precio módico —redarguyó Suslev, volviendo a llenarse el vaso.

Su celo comunista y el licor estaban apoderándose de el. —Gracias a Stalin y a Beria tenemos a toda Europa Oriental, desde el Báltico hasta los Balcanes: Estonia, Lituania, Latvia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, toda Polonia, Prusia, la mitad de Alemania, la Mongolia exterior —un eructo de felicidad —... además de Corea del Norte y cabezas de playa en todos lados. Su Operación Lion aplastó al Imperio Británico. Gracias a su apoyo nacieron las Naciones Unidas, para darnos nuestra arma más poderosa en medio del arsenal... Y luego... ¡ahí está Israel!: —volvió a reír a carcajadas—. Mi padre fue uno de los arquitectos de ese programa.

DeVille sintió que las arterias del cuello le saltaban, y preguntó pasmado:

—¿Qué cosa?

—Israel fue un golpe de Estado Stálin-Beria de proporciones monumentales. ¿Quién ayudó, a escondidas y a plena luz, a que fuera una realidad? ¿Quién otorgó su reconocimiento inmediato?

—*¡Nosotros lo hicimos!* Y, ¿por qué? —Suslev eructó de nuevo—. ¡Para consolidar en las entrañas mismas de Arabia un cáncer perpetuo que estuviera supurando para destruir ambos lados y, junto con ellos, degradar el poderío industrial de Occidente. Judío contra mahometano, contra cristiano. Esos fanáticos nunca vivirán en paz entre sí, aunque les sería fácil si quisieran. Nunca sabrán enterrar sus divergencias, ¡así les cueste su misma necia vida!

Volvió a reír, contemplando su vaso con vista nublada y haciendo girar el líquido transparente.

DeVille lo observó, sintiendo odio hacia él, deseoso de hacerlo

tragarse sus mentiras, pero temeroso de hablar, por saber que estaba por completo en sus manos. En una ocasión, años atrás, había fallado, al no enviar ciertas cifras de rutina de Struan a una dirección de Berlín. En el lapso de un día, un extraño le había llamado por teléfono a casa. Nunca había recibido una llamada de ese género. Era amistosa, pero él sabía de qué se trataba.

DeVille reprimió un estremecimiento y mantuvo la expresión del rostro tranquila, cuando Suslev levantó la mirada para observarlo.

—¿No estás de acuerdo, *tovarich* —le dijo el hombre del KGB, con la cara llena de alegría—. Te juro que nunca podré entender a los capitalistas. Se enemistan con cuatrocientos millones de árabes que tienen todas las reservas reales de petróleo del mundo que ellos van a necesitar un día en forma desesperada. Pronto, nosotros tendremos a Irán, el Golfo Pérsico y el Estrecho de Ormuz; Guando esto suceda, tendremos poder sobre Occidente: ellos serán nuestros y no habrá necesidad de guerra, sólo de ejecuciones —Suslev apuró el vodka hasta las heces y se sirvió otro vaso.

DeVille volvió a observarlo. Ahora sentía que lo aborrecía cordialmente, y ponía en tela de juicio su propia función. ¿Es por esto por lo que yo he sido un espía casi perfecto, durante dieciséis años, manteniéndome preparado y dispuesto, sin que nadie sospeche de mí? Ni la misma Susanne tiene duda alguna. Todos creen que soy anticomunista y partidario de Struan, que es el prototipo de la creación comunista en Asia. Las ideas de Dirk Struan nos empapan a todos. Utilidades. Utilidades para el tai-pan y la Casa Noble y luego. Hong Kong. En ese orden. Y todo Jo demás, ¡al demonio!, con excepción de la Corona, Inglaterra y China. Y aunque yo no llegue a ser tai-pan, todavía puedo hacer que Sevrin sea la ruina de China que Suslev y Arthur quieren que sea. Pero, ¿quiero yo hacer eso a estas alturas? ¿Quiero hacerlo, ahora que por vez primera me asomo a la realidad de todo esto... de este monstruo y de su hipocresía? —Stalin —empezó a decir, casi retrocediendo ante la mirada de Suslev—... ¿Lo conociste personalmente?

—Estuve una vez cerca de él. A unos tres metros. Era pequeño, pero podía sentirse su poder. Fue en 1953, en una fiesta que Beria ofreció a algunos oficiales mayores del KGB. Se invitó a mi padre, y a mi se me permitió acompañarlo.

Suslev apuró otro vodka, casi sin ver a su interlocutor, absorto

en los recuerdos del pasado y en la participación de su familia en el movimiento. Luego prosiguió:

—Allí estaban Stalin, Beria, Malenkov... ¿Sabías tú que el verdadero nombre de Stalin era Iosif Vissarinovich Azhugashvili? Era hijo de un zapatero de Tiflis, mi tierra natal; estaba destinado al sacerdocio, pero lo expulsaron del seminario de ahí. ¡Extraño... extraño... muy extraño!

Tocaron sus vasos, en un gesto de» brindis.

—No hay necesidad de que seas tan solemne, camarada —le dijo, no interpretando bien sus sentimientos—. Sea cual fuere tu pérdida personal, tú eres parte del futuro, ¡parte de la marcha hacia la victoria! —bebió hasta la última gota de su vaso—. ¡Stalin debe haber muerto feliz! Nosotros debemos ser muy afortunados, ¿no crees?

—¿Y Beria?

—Beria trató de adueñarse del poder demasiado tarde. Fracasó. Nosotros en el KGB somos como los japoneses, en el sentido de que también aceptamos que el único pecado es fracasar. Pero Stalin...

—Mi padre narra una historia de que, cuando estaba en Yalta, sin hacer él ninguna concesión, Roosevelt convino en darle la Manchuria y las *Islas Kuriles*, lo cual nos garantizó el dominio sobre China, Japón y todos los mares de Asia. ¡Eso le produjo a Stalin una hemorragia que lo puso al borde de la muerte, por el esfuerzo para contener la risa!

Después de una pausa, deVille insistió:

—Y... ¿Solzhenitsyn y las *Gulags?*

—Estamos en guerra, amigo mío. Hay traidores adentro. Sin ayuda del terror, ¿cómo pueden los menos gobernar a los más? Stalin sabía eso. Era un auténtico gran hombre. Hasta su muerte nos sirvió. Fue brillante de parte de Jruschov utilizarlo para "humanizar" a la URSS.

—¿Eso no fue más que otra táctica? —preguntó deVille desconcertado.

—Eso sería un secreto de Estado —Suslev reprimió un eructo—. No tiene importancia. Stalin volverá a su gloria. Nosotros volvamos a Ottawa...

—¡Ah, bueno! He estado en contacto con Jean-Charles y...

De repente sonó el teléfono. Una sola vez. Los ojos de ambos se

clavaron en él. Ambos se quedaron casi sin aliento. Después de unos veintitantos segundos volvió a sonar. Los dos hombres se tranquilizaron un poco. Otros veintitantos segundos y la campanilla empezó a sonar con regularidad. Una llamada significaba "peligro, márchense en el acto". Dos, quería decir que la reunión se cancelaba.

Tres, que quien quiera que estuviese llamando, llegaría allí en poco tiempo. Si la tercera llamada se prolongaba, quería decir que podían hablar con confianza. Suslev tomó el auricular. Oyó una respiración anhelante y luego Arthur preguntó, con su acento curioso:

—¿Está el señor Lopsing?

—Aquí no hay ningún Lop-ting. Su número está equivocado —respondió Suslev en una voz diferente, haciendo un esfuerzo por concentrarse.

Así recorrieron el diálogo clave con toda precisión, hasta que Suslev se sintió tranquilo con la inconfundible tos ligera y seca de Arthur. Luego éste dijo:

—No puedo asistir esta noche. ¿Estaría bien el viernes a las tres?

Viernes significaba "jueves" (que era tanto como decir "mañana"), miércoles quería decir martes, y así sucesivamente. Las tres era una palabra clave para designar el sitio: la pista de carreras de Happy Valley a la hora del entrenamiento del amanecer.

¡Mañana al amanecer!

—Sí.

La línea se interrumpió. No se oía ya más que el tono de marcar en el auricular.

V

MARTES

39
4:50 a.m.

Casi una hora antes del amanecer, bajo una lluvia torrencial, Goodweather Poon contempló el cuerpo semidesnudo de John Chen y profirió una maldición. Había revisado ya su ropa con todo cuidado, y removido kilos y más kilos del fango de la tumba que los dos jóvenes, Kin Pak y Dog-eared Chen habían excavado. Pero no había encontrado nada: ni monedas, ni pedazos de ellas, ni alhajas... ¡nada! Four Finger Wu le había ordenado:

—¡Tu me encuentras esa media moneda, Goodweather Poon!

Pero luego el viejo le había dado otras instrucciones y Goodweather Poon se había quedado contento, porque en esa forma quedaba relevado de toda responsabilidad y no podía cometer error alguno.

Había dado órdenes a Dog-eared Chen y a Kin Pak de que llevaran el cuerpo al piso bajo, y había amenazado a Smallpox Kin, que trataba de atenderse el dedo mutilado, diciéndole que si el chico lanzaba otro gemido, le cercenaría la lengua. Habían dejado el cadáver de Kin Padre en un callejón.

Después Goodweather Poon había ido en busca del Rey de los Pordioseros de Kowloon City, que era un primo lejano de Four Finger Wu. Todos los pedigüeños eran miembros del Gremio de Mendigos, que tenía un rey en Hong Kong, otro en Kowloon y uno más en Kowloon City. En épocas pasadas, mendigar era una profesión lucrativa, pero a esa sazón, debido a las rigurosas sentencias de cárcel, a las multas y a la multitud de empleos bien remunerados, ya no lo era.

—Has de saber, honorable Rey de los Mendigos, que este conocido nuestro acaba de morir —explicó Goodweather Poon con paciencia al distinguido anciano—. No tiene parientes, por eso lo han puesto en el Callejón de los Floristas. Mi Gran Dragón seguramente apreciaría alguna pequeña ayuda de tu parte. ¿Tal vez tú podrías arreglar un sepelio discreto?

Hizo algunas negociaciones corteses, pagó el precio convenido y

se retiró a su taxi y al auto que lo esperaban fuera de los límites de la ciudad, satisfecho de que el cadáver iba a desaparecer para siempre sin dejar rastro alguno. Kin Pak estaba ya en el asiento delantero del taxi. Goodweather Poon se acomodó a su lado y ordenó:

—¡Llévanos adonde está John Chen! ¡Y hazlo con rapidez!

—Tome la calle de Sha Tin —ordenó Kin Pak al conductor, dándose importancia.

Dog-eared Chen estaba acurrucado en el asiento trasero con otros mercenarios de Goodweather Poon.

Smallpox Kin y los demás los seguían en el automóvil.

Ambos vehículos avanzaron hacia el noroeste, por los Nuevos Territorios, sobre la calle de Sha Tin-Tai Po, que serpenteaba entre aldeas y zonas nuevamente pobladas y pasaba por miserables barriadas de advenedizos , ilegales. Atravesaba luego el paso de la montaña, siguiendo el borde de la vía férrea que iba hacia el norte, rumbo a la frontera, y seguía los linderos de ricas hortalizas, que despedían un intenso olor a estiércol. Exactamente antes de llegar a la aldea de pescadores de Sha Tin, que tenía el mar a la derecha, dieron vuelta a la izquierda del camino principal, por un sendero lateral, cuya superficie estaba llena de tropiezos y agujeros y sembrada de charcos. Frente a una pequeña arboleda, se detuvieron y bajaron.

La temperatura era cálida bajo el agua, y la tierra despedía su grato olor por efecto de la lluvia. Kin Pak empuñó la pala y señaló el camino. Goodweather Poon sostenía la linterna de bolsillo, mientras Kin Pak, Dog-eared Chen y Smallpox Kin buscaban. Era difícil encontrar el sitio exacto en medio de la oscuridad. Dos veces tuvieron que empezar a excavar, hasta que al fin Kin Pak recordó que su padre había marcado el lugar con .una piedra semicircular. Empapados y profiriendo maldiciones, acabaron por encontrar la señal y volvieron a iniciar la tarea. Bajo la superficie, la tierra seguía aún agostada. No tardaron en exhumar el cadáver, envuelto en una manta. El hedor era fuerte. Aunque Goodweather Poon había hecho que desnudaran el cuerpo y había hurgado con toda diligencia, no había encontrado nada.

—¿Mandaron todo a la Casa Noble de Chen? —volvió a preguntar, con el agua escurriéndole por la cara y la ropa

empapada.

—Sí —contestó en tono truculento el joven Kin Pak—. ¿Cuántas malditas veces tengo que repetírtelo?

Se sentía hastiado, con el traje hecho una inmundicia y seguro de que acabarían por matarlo.

—Todos ustedes, quítense esa ropa que traen puesta, infestada de mierda: zapatos, calcetines, todo.

Quiero revisarla.

Lo obedecieron. Kin Pak llevaba un cordel en torno al cuello con un circulillo de jade corriente. Casi todo el mundo en China acostumbraba llevar una pieza de jade como amuleto de buena fortuna, porque todos sabían que si un dios malvado los hacía tropezar, el espíritu del jade se interpondría entre la persona y el mal y alejaría de aquélla el impacto de la caída, haciéndose pedazos, para evitar que la persona se hiciera daño. Pero si todo eso no sucedía, quería decir que el dios del jade había estado lamentablemente dormido y que aquél había sido el hado de la persona, y no había nada que hacer.

Goodweather Poon no encontró nada en la ropa de Kin Pak. Se la arrojó de nuevo. Para esa hora, él también estaba empapado y muy enojado.

—¡Tú ya puedes vestirte y vestir también al cadáver! ¡Y pronto!

Dog-eared Chen tenía casi 400 HK y un brazalete de jade de buena calidad. Uno de los hombres se quedó con el jade. Poon se echó a la bolsa el dinero y se dirigió a Smallpox Kin. Los ojos de todos se abrieron de par en par cuando vieron el gran fajo de billetes que encontró en los bolsillos del pantalón del muchacho. Con todo cuidado los puso al abrigo de la lluvia. Luego preguntó:

—¿Dónde, en nombre de la ramera celestial, conseguiste todo este dinero?

El aludido le explicó cómo había asaltado a los que salían del Ho-Pak, y todos rieron y lo felicitaron por su astucia.

—Muy bien... Muy sagaz —concedió Poon—. Eres buen hombre de negocios. Vístete. ¿Cuál era el nombre de la vieja?

—Ella decía llamarse Ah Tam.

Smallpox Kin se enjugó la lluvia de los ojos. Los dedos de los pies se le retorcían en el cieno, la mano mutilada le producía la sensación del fuego y le dolía mucho. Sin embargo, agregó:

—Te llevaré con ella, si quieres.

—¡Oigan! —llamó Kin Pak—. ¡Necesito la mierda luz aquí! Estaba apoyado sobre manos y rodillas, luchando por ponerle la ropa a John Chen.

—¿Puede ayudarme alguien?

—¡Ayúdenle!

Dog-eared Chen y Smallpox Kin se precipitaron a colaborar en la tarea, mientras Goodweather Poon proyectaba el círculo de luz sobre el cadáver. Este estaba hinchado, y la lluvia le quitaba la tierra de encima. La parte posterior de la cabeza de John Chen tenía una plasta de sangre, pero la cara era todavía reconocible.

—*¡Aaayyy!* —gritó uno de los hombres de Poon—. Acabemos con esto. Siento que andan merodeando por aquí espíritus malignos.

—Basta el pantalón y la camisa —comentó en tono agrio Goodweather Poon.

Luego esperó a que el cuerpo estuviera parcialmente vestido y mirándolos con ojos inquisitivos preguntó:

—¿Quiero saber quién da ustedes hijos de ramera sin madre ayudó al viejo a matar a este pobre desgraciado?

Kin Pak explicó:

—Yo ya le dije…

Pero se detuvo al ver a los otros dos apuntando hacia él y diciendo al unísono: —El fue.

Luego retrocedieron, dejándolo solo.

—Fue lo que sospeché en todo momento… Goodweather Poon se sintió satisfecho de haber llegado al fin al fondo del misterio. Apuntando con el dedo a Kin Pak le ordenó: —¡Métete en la zanja y acuéstate allí!

—Tenemos un plan fácil para secuestrar al jefe de la Casa Chen en persona, que nos daría el doble… el triple de lo que nos produjo este desgraciado. Yo les digo cómo… ¿sí? —propuso Kin Pak.

Goodweather Poon titubeó un momento ante esa nueva idea. Luego recordó las instrucciones de Four Fingers y ordenó:

—¡Hunde la cara en la tierra, dentro de esa zanja!

Kin Pak contempló la mirada inflexible del chino y comprendió que era hombre muerto. Se encogió de hombros. El hado…

—¡Me orino en todas tus generaciones! —le dijo; luego entró al agujero y se tendió en el suelo.

Puso la cabeza sobre los brazos y se dispuso a apagar la luz de su vida. De la nada a la nada, siempre parte de la familia Kin en todas sus generaciones, viviendo siempre en su torrente perpetuo, de una generación a otra atravesando la historia, rumbo al futuro perdurable.

Goodweather Poon tomó una de las palas pero, debido al valor mostrado por el muchacho, le dio muerte en un instante, apoyando el filo agudo de la hoja entre sus vértebras y haciendo presión con fuerza. Kin Pak murió sin darse cuenta.

—¡Llenen la tumba!

Dog-eared Chen estaba aterrado, pero se dio prisa a obedecer. Goodweather Poon se rió de él, le puso zancadilla, haciéndolo caer, y luego le dio un feroz puntapié por su cobardía. El hombre quedó con medio cuerpo dentro de la zanja. Sin tardanza, la pala que todavía estaba en manos de Poon describió un arco en el aire y cayó con fuerza en el occipital de Dog-eared Chen, que se desplomó, lanzando un gemido, sobre Kin Pak. Los demás hombres rieron y uno comentó:

—¡Uuuyyy! ¡Usaste la cosa esa como palo de cricket de demonio extranjero! ¡Bueno! ¿Estará muerto?

Goodweather Poon no respondió. Se limitó a mirar al último de los licántropos, Smallpox Kin. Los ojos de todos se fijaron en él. Se mantenía rígido bajo la lluvia. Fue entonces cuando Goodweather Poon observó la cinta que le rodeaba el cuello. Tomó la linterna y se le acercó, y pudo ver que el otro extremo le colgaba por la espalda. Lo que lo mantenía abajo era el peso de una media moneda rota, con un agujero cuidadosamente hecho a través de ella. Era una moneda de cobre que parecía antigua.

—¡Qué todos los dioses vacíen el vientre en la cara de Tsao Tsao! ¿De dónde sacaste esto? —le preguntó, llenándosele el rostro de alegría.

—Me lo dio mi padre.

—¿Dónde lo consiguió él, pedazo de mierda?

—No me lo dijo.

—¿Será posible qué se lo haya quitado al Hijo Número Uno de Chen?

El muchacho volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Yo no estaba presente cuando lo mataron. ¡De eso yo

soy inocente y lo juro por la cabeza de mi madre!

Con un ágil movimiento, Goodweather Poon le arrancó la cinta.

—¡Llévenselo al auto! —ordenó a dos de sus hombres—. ¡Vigílenlo con mucho cuidado! Nos lo llevaremos con nosotros. Sí. Lo llevaremos con nosotros. Ustedes, los demás, acaben de llenar la tumba ésta y disimúlenla muy bien.

Luego, a los dos últimos hombres que le quedaban les ordenó recoger la manta que envolvía a John Chen y seguirlo. Así lo hicieron con mucho trabajo debido a la oscuridad.

Caminó vacilante hacia al calle Sha Tin, sorteando los charcos. Cerca de aquel lugar había una caseta ruinosa que marcaba la parada del autobús. Cuando el camino estuvo libre, hizo seña a sus hombres.

Estos quitaron la manta al cadáver y lo apoyaron con cuidado contra la esquina. Luego sacó el cartel que los licántropos habían escrito y se lo sujetó al cuerpo con todo cuidado.

—¿Por qué estás haciendo esto, Goodweather Poon¿ eh? ¿Por qué lo ha.. ?

—¡Por qué me lo ordenó Four Fingers! ¡Qué sé yo! ¡Calla tu inmunda boca!

En ese momento, las luces de un auto que se acercaba, dando vuelta a la curva del camino, se proyectaron sobre todos ellos. Se mantuvieron inmóviles, pretendiendo estar en espera del colectivo. En cuanto el auto pasó, pusieron pies en polvorosa. La aurora empezaba a rasgar el firmamento. La lluvia iba menguando.

* * *

El teléfono sonó y Armstrong salió a duras penas de un profundo sueño. En la semioscuridad, extendió el brazo y anduvo a tientas en busca del auricular. Su mujer se movió incómoda y despertó.

—Soy el sargento divisional Tang-po, señor. Me apena despertarlo, pero hemos encontrado ya a John Chen. Los licán…

Armstrong acabó de despertar en un instante y preguntó:

—¿Vivo?

—*Dew neh loh moh*, no señor. Su cadáver estaba cerca de Sha Tin, en una parada del autobús, bajo una caseta, y esos inmundos licántropos dejaron una nota sobre el pecho que dice: «Este hijo

número uno de Chen cometió la estupidez de tratar de escapársenos. ¡Nadie puede escapar de las garras de los licántropos! ¡Qué todo Hong Kong esté alerta! ¡Nuestros ojos están en todas partes! El...»

Armstrong escuchaba aterrado, mientras el subalterno excitado le explicaba cómo la policía de Sha Tin había sido advertida por un pasajero del colectivo a una hora muy temprana. En el acto habían formado un cordón de vigilancia en torno a la zona y se habían comunicado con CID en Kowloon.

—¿Qué hacemos, señor?

—Envía en el acto un coche a recogerme.

Armstrong colgó el teléfono y se frotó los ojos para despejarse. Llevaba puesto un sarong, que se veía bien sobre su cuerpo.

—¿Problemas?

Mary bostezó perezosa y se estiró. Tenía apenas cuarenta años, dos menos que él, de pelo castaño bien arreglado. La expresión de su rostro era amistosa, aunque con algunas arrugas.

El le explicó lo sucedido, sin dejar de mirarla.

—¡Oh! —la mujer palideció—. ¡Qué horrible! ¡Qué espantoso! ¡Pobre John!

—Voy a hacer el té —propuso él.

—No. No. Yo hago eso —saltó de la cama con decisión—. ¿Te alcanzará el tiempo de tomarlo?

—Sólo una taza ... Oye la lluvia... ¡Ya era hora!

Se encaminó pensativo al baño, se afeitó y vistió con la rapidez que sólo los policías y los doctores conocen. Tomó dos tragos del té dulce y caliente, y cuando se disponía a tomar una rebanada de pan tostado, sonó el timbre de la puerta.

—Te llamaré más tarde. ¿Qué te parecería curry esta noche? Podemos ir al restaurante de Singh.

—Sí—repuso ella—. Si tú quieres.

Salió de casa y cerró la puerta. Mary Armstrong se quedó mirándola. Mañana es nuestro decimoquinto aniversario de boda —pensó—. Me pregunto si lo recuerda. Lo probable es que no. En catorce años, él ha estado fuera ocho veces, ocupado en un caso. Una vez yo estuve en el hospital y las restantes... bueno, las restantes fueron normales... supongo.

Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Torrentes de lluvia

azotaban los vidrios a la luz del crepúsculo matutino, pero la temperatura era fresca y agradable. El apartamento tenía dos habitaciones. El mobiliario era de ellos, aunque la casa pertenecía al gobierno y era parte del empleo de Robert.

¡Santo Dios, qué empleo!

Una desgracia para la esposa de un policía. Pasa la vida esperando que él vuelva a casa, temiendo que algún desgraciado asesino le dé un puñalada o le vacíe la pistola o lo hiera de alguna manera... La mayoría de las noches duerme sola o despierta a una hora infame con la noticia de algún asqueroso desastre, para ver salir otra vez a su marido. El, siempre con exceso de trabajo y deficiencia de paga.

Otra posibilidad para la esposa era ir al club de policía y sentarse en compañía de otras esposas, intercambiando mentiras con ellas y bebiendo demasiadas ginebras suaves mientras sus respectivos maridos andan exponiendo la vida. ¡Al menos las demás tenían hijos!

¡Hijos! ¡Dios mío... cómo quisiera tenerlos!

Sin embargo, la mayoría de las mujeres se quejan de lo cansado que es cuidarlos, dicen que los chicos son agotadores... En cuanto a las *amahs* y la escuela, y los gastos... ¡y todo lo demás..! ¿Qué demonios significa la vida? ¡Qué inmundo desperdicio! ¡Qué perfectamente absur..!

El teléfono interrumpió sus pensamientos.

—*¡Calla el hocico!* —le gritó, pero luego dejó escapar una risa nerviosa y se dijo:

—Mary, Mary, todo lo contrario... ¿qué ha pasado con tu buen humor? —se amonestó a sí misma y tomó el aparato.

—Dígame...

—Mary, habla Brian Kwok. Siento despertarte pero, ¿está Rob...?

—¡Oh, hola querido! No. Me apena decirte que acaba de salir. Fue algo relacionado con los licántropos.

—Sí. Acabo de enterarme. Por eso estoy llamando. ¿El fue ya a Sha Tin?

—Sí. ¿Piensas ir tú también?

—No. Yo estoy aquí con el Viejo.

—Pobre de ti —lo oyó reír; hablaron un poco y se despidieron.

Mary suspiró y se sirvió otra taza de té. Le puso leche y azúcar y

volvió a pensar en John Chen. Hubo tiempo en que estuvo locamente enamorada de él. Habían sido amantes durante más de dos años y para ella había sido el primero. Eso había sido en el campo de concentración japonés, en la prisión de Stanley, al sur de la isla.

En 1940, Mary había pasado el examen para el servicio civil en Inglaterra, con mención honorífica, y unos meses después había sido enviada a Hong Kong, alrededor del Cabo. Había llegado a fines de-1941, cuando apenas tenía diecinueve años de edad, y en el momento preciso para ser internada con todos los civiles europeos, para permanecer allí hasta 1945.

Yo tenía veintidós años cuando salí y los dos últimos fuimos amantes John y yo. Pobre John, asediado siempre por su antipático padre y su madre enferma, sin tener manera de librarse de ellos y casi sin tener manera de estar a solas en aquel campo, repleto de familias, niños, bebés, esposos, esposas, en medio de odios, hambre, envidias y poco motivo de alegría todos esos años. El amor a él hizo que el campo me resultara tolerable...

No quiero seguir pensando en esos años aciagos.

Tampoco quiero pensar en la época infame, después de la prisión, cuando él tuvo que casarse con la persona elegida por su padre, esa arpía indecente, pero con dinero, influencias y relaciones familiares en Hong Kong. Yo no tenía ninguna. Debía haber vuelto a la patria, pero no era eso lo que quería.

¿Qué había allá para que yo quisiera volver? Por eso,me quedé aquí, trabajé en las Oficinas de la Colonia y estuve contenta. Al menos lo suficiente. Luego conocí a Robert.

|Ah, Robert! Tú fuiste un buen hombre. Bueno conmigo. Gozamos de la vida. Fui una buena esposa para ti. Todavía trato de serlo. Pero no puedo tener hijos y tú... tanto tú como yo los queremos. Un día, hace apenas unos años, te enteraste de lo de John Chen. Nunca me has hecho preguntas al respecto, pero yo sé que tú estás al tanto de nuestro pasado, y desde entonces lo aborreces. Todo aquello sucedió mucho antes que yo te conociera. Tú tenías antecedentes del campo dé concentración, pero no de mi amante. ¿Recuerdas qué antes de casarnos te pregunté?: —¿quieres conocer mi pasado, querido?

Y tú contestaste: —no, mi viejita.

En ese entonces solías llamarme «mi viejita». Ahora ya no me das ningún nombre. A veces me llamas Mary.

¡Pobre Robert! ¡Cuánto debo haberte decepcionado!

¡Pobre John! ¡Cuánto me desilusionaste tú a mí! ¡En otra época fuiste una persona excelente... ahora estás muerto!

Quisiera estarlo yo también.

... y empezó a llorar.

40
7:45 a.m.

—Va a seguir lloviendo, Alexi —observó Dunross. La pista estaba ya empapada, el cielo seguía encapotado y el día era lóbrego.

—Coincido contigo, tai-pan. Si llueve todavía mañana, aunque sea sólo parte del día, el tiempo estará indecente el sábado.

—Jacques, ¿tú qué opinas?

—Estoy de acuerdo —convino deVille—. Bendito sea Dios por la lluvia, pero *¡merde!* Sería una pena que cancelaran las carreras.

Dunross asintió con la cabeza.

Estaban de pie sobre el césped, cerca del círculo de los ganadores, en el hipódromo de Happy Valley.

Los tres hombres con impermeable y sombrero. La cara de Dunross estaba surcada por un verdugón y varios moretones, pero su mirada era firme y clara, su postura erecta, con la misma seguridad espontánea de siempre. Observaba el manto de nubes y sentía caer la lluvia, constante pero no tan intensa como durante la noche. Otros entrenadores y dueños, y algunos curiosos, estaban esparcidos por las dehesas y las graderías, tan pensativos como ellos. Unos cuantos caballos hacían ejercicio, entre ellos Noble Star, Buccaneer Lass con su jinete de planta y el Pilot Fish de Gornt. A todos los animales se les ejercitaba con mucho cuidado, con las riendas muy cortas: la pista y el sendero que llevaba a ella estaban muy resbaladizos. Pero Pilot Fish corveteaba, disfrutando dé la lluvia.

—El informe meteorológico de esta mañana decía que la tormenta era enorme, —los ojos endrinos de Travkin se veían inyectados y fatigados, mientras observaba a Dunross—. Si la lluvia cesa mañana, la pista todavía estará blanda el sábado.

—¿Eso favorece o perjudica las oportunidades de triunfo de Noble Star, Alexi? —preguntó deVille.

—Como Dios lo quiera, Jacques. Ella nunca ha corrido sobre terreno fangoso.

A Travkin le costaba trabajo concentrarse esa mañana. La noche

anterior su teléfono había sonado y era el extranjero del KGB, que le había interrumpido con brusquedad todas sus preguntas relativas a su repentina desaparición del restaurante.

—No es privilegio de usted hacer preguntas, príncipe Kurgan. Limítese a decirme todo lo que sepa de Dunross. Ahora mismo. Todo. Sus costumbres, lo que se dice de él, todo.

Travkin había obedecido. Sabía que estaba entre la espada y la pared, que el extranjero, que debía ser del KGB, estaría grabando todo lo que él decía, para verificar la verdad de su información, y que la más leve alteración de la verdad representaba tal vez una amenaza de muerte para su esposa, su hijo, la esposa de éste o sus hijos... si en verdad existían.

¿Existirán? —se preguntaba una y otra vez angustiado.

—¿Qué te sucede, Alexi?

—Nada, tai-pan —replicó, sintiéndose culpable—. Estaba pensando en lo que pasaste anoche.

Las noticias del incendio de Aberdeen habían llenado los aires, sobre todo el horripilante relato de testigo ocular de Venus Poon, que había sido el centro de todos los reportajes.

—Fue terrible lo que pasó a los demás, ¿verdad? —reflexionó el entrenador ruso.

—Sí. Se necesitarán varios días para averiguar cuántas vidas se perdieron.

Hasta ese momento, se habían contado quince muertos, unos quemados y otros ahogados, entre ellos dos niños.

—¡Terrible! —comentó Jacques—. Cuando oí hablar de ello pensé... Si Susanne hubiera estado aquí, se habría visto atrapada en el incendio. Ella..., ¡Es curioso ver cómo es la vida... a veces!

—¡Maldita trampa de fuego! —exclamó Dunross—. A mí nunca me había sucedido nada parecido.

Todos nosotros hemos comido allí docenas de veces... Voy a hablar con el gobernador esta mañana acerca de todos esos restaurantes flotantes.

—Pero tú estás ileso... tú, tu persona, ¿me equivocó? —preguntó Travkin.

—¡Oh, sí! Yo no tengo problema —Dunross esbozó una sonrisa sombría—... ¡A menos que los que nos arrojamos al agua contraigamos una infección por haber tenido que nadar en esa

inmunda y sucia cloaca!

Cuando el *Floating Dragon* se había volcado por completo, Dunross, Gornt y Marlowe estaban en el agua, exactamente debajo de él.

El megáfono de la lancha de la policía había lanzado un grito desesperado de advertencia y los tres habían nadado con frenético esfuerzo, tratando de alejarse. Dunross era un experto nadador y, tanto él como Gornt habían logrado evadir el golpe, aunque el torbellino provocado por la caída del barco los había hecho retroceder. Al sumergirse, Dunross había alcanzado a ver la balandra medio llena de gente, arrastrada por el torbellino. Luego la vio volcarse y pudo observar también que Marlowe estaba en serias dificultades. Dunross dejó que el torrente lo arrastrara hacia adentro, en el momento en que el barco se iba de banda, y se lanzó en pos de Marlowe. Sus dedos tocaron la camisa. Se aferró a ella y ambos giraron unos momentos bajo el ímpetu del agua, hundiéndose unas cuantas brazas más, hasta chocar con la cubierta sumergida. El golpe casi aturdió a Dunross, pero siguió aferrado a Marlowe, y cuando la fuerza del torbellino menguó, él empezó a elevarse hacia la superficie con hábiles movimientos de las piernas. Las dos cabezas salieron del agua al mismo tiempo. Marlowe usó el poco aliento que le quedaba para darle las gracias y se lanzó en busca de Fleur, que colgaba de un lado de la balandra volcada, junto con los demás. En torno a ellos todo era caos, gente sin aliento, unos que se ahogaban y eran rescatados por marinos y por nadadores más diestros. Dunross vio que Casey se sumergía para ir en busca de alguien. A Gornt no se le veía por ningún lado. Bartlett emergió con Christian Toxe y nadó para agarrar un cinturón salvavidas. Se cercioró de que el periodista hubiera aferrado el artefacto y luego gritó a Dunross:

—Creo que Gornt fue absorbido por el torbellino y también había una mujer… —acabando de decirlo, se sumergió de nuevo.

Dunross miró a su alrededor. El *Floating Dragon* estaba prácticamente apoyado sobre un costado.

Sintió una leve explosión submarina, el agua hirvió a su alrededor un momento. Casey salió en busca de aire, se llenó los pulmones y volvió a sumergirse. Dunross se sumergió también. Era casi imposible ver, pero a tientas se abrió camino a lo largo de la

cubierta superior, que a la sazón estaba ya casi en posición vertical dentro del agua. Nadó alrededor del barco naufragado, siempre buscando. Se mantuvo bajo el agua cuanto pudo. Luego subió a la superficie con cautela, porque había muchos nadadores todavía luchando por salvarse. Toxe no dejaba de vomitar agua de mar y se aferraba apenas al salvavidas. Dunross nadó hacia él y lo llevó hasta un marino, sabedor de que no podía nadar.

—¡Animo, Christian! ¡Ya estás a salvo...!

En medio de la desesperación, Toxe trató de hablar a través del agua que seguía vomitando:

—Mi... mi esposa... está abajo... allá... abajo... abajo.

El marino nadó hasta él y le tendió la mano. Luego dijo: —Ya lo tengo, señor... ¿Usted está bien?

—Sí, sí. Dice que su esposa fue arrastrada hacia adentro por el torbellino.

—¡Dios santo! Yo no vi a nadie. ¡Voy a pedir ayuda!

El marinó se dio vuelta y llamó a gritos a la policía de la lancha, pidiendo ayuda. Sin tardanza, varios marinos se lanzaron al agua y comenzaron a buscar. Dunross buscó a Gornt y no pudo verlo. Casey salió a la superficie, anhelante, y se aferró a la balandra, recién enderezada, para tomar aire.

—¿Estás bien? —le preguntó Dunross.

—Sí... sí. ¿Tú también? —pudo apenas preguntar, sintiendo la opresión en el pecho; luego añadió—. Allá abajo hay una mujer, creo que es china, vi como la arrastraba el agua.

—¿Has visto a Gornt?

—No... Tal vez él ya está... —Casey señaló la lancha.

Había gente tratando de trepar a la pasarela y otros ya amontonados sobre la cubierta. Bartlett salió un instante a la superficie y luego volvió a sumergirse. Casey volvió a llenarse los pulmones y se lanzó a las profundidades. Dunross la siguió, un poco a su derecha.

Buscaron... Los tres juntos, hasta que todos los demás estuvieron a salvo en la lancha de policía o en los champanes. No lograron encontrar a la mujer.

Cuando Dunross llegó a casa, Penélope estaba en profundo sueño. Despertó un instante.

—¿Ian?

—Sí. Vuelve a dormirte, querida.

—¿Te divertiste? —le preguntó, sin despertar en realidad.

—Sí. Vuelve a dormirte.

Aquella mañana, una hora antes, Penélope no había despertado aun cuando él salió de la Gran Casa.

—¿Supiste si Gornt se salvó, Alexi? —preguntó Dunross.

—Sí, sí. Lo supe, tai-pan. Fue voluntad de Dios.

—¿Qué quiere decir eso?

—Después de lo sucedido en el Mercado de Valores ayer, habría sido providencial que no se salvara.

Dunross hizo un gesto de sonrisa y un movimiento para aliviarse el dolor de la espalda.

—¡Ah! Pero entonces, yo me habría encontrado muy decepcionado, mucho muy frustrado en realidad, porque no habría tenido el placer de aplastar a Rothwell-Gornt, con mi propia mano, ¿no es cierto?

Después de una pausa, deVille comentó:

—Es admirable que no hayan muerto más.

Vieron pasar a Pilot Fish a medio galope. Estaba magnifico. Los ojos de deVille escrutaron la pista.

—¿Es cierto que Bartlett salvó a la esposa de Peter Marlowe? —preguntó Travkin.

—Saltó con ella. Sí. Tanto Linc como Casey hicieron una labor magnífica... ¡Maravillosa!

—¿Me disculpas, tai-pan? —dijo Jacques deVille, asintiendo con la cabeza en dirección a las graderías—. Allá está Jason Plumm; se supone que jugaremos bridge esta noche.

—Te veré a la hora de las oraciones, Jacques —Dunross le sonrió y deVille se alejó.

Al verlo irse, suspiró, sintiendo tristeza por él.

—Me voy a la oficina, Alexi. Llámame a las seis.

—Tai-pan...

—Sí, dime...

Travkin titubeó. Luego dijo llanamente:

—Sólo quiero que sepas que... siento una gran admiración hacia ti...

Dunross se quedó desconcertado ante lo repentino de esa observación y ante la clara y extraña melancolía que emanaba de

aquel hombre.

—¡Gracias! —le dijo en tono cálido y dándole una palmada en el hombro.

Nunca antes había tenido con él un gesto amistoso de esa especie. Luego comentó:

—Tú no tienes de que quejarte, tampoco.

Travkin lo vio retirarse. El pecho le dolía. Unas lágrimas de vergüenza que le brotaron, se sumaron a la lluvia. Se enjugó las mejillas con el dorso de la mano y volvió a observar a Noble Star, haciendo un esfuerzo para concentrarse.

Con el rabo del ojo alcanzó a ver a alguien y se dio vuelta azorado. El hombre del KGB estaba en un ángulo de las graderías. Otro se le acercó. Era un viejo encorvado y muy conocido como apostador en Hong Kong. Travkin hurgó en su mente, en busca de un nombre. ¡Clinker! ¡Eso es... es Clinker!

Los observó abiertamente un momento. Jason Plumm se hallaba en las graderías inmediatamente detrás del hombre del KGB. Luego pudo ver que se levantaba para devolver el saludo que con la mano le dirigía Jacques deVille, y que bajaba para salirle al encuentro. En ese instante, el hombre del KGB miró en dirección a Travkin y él se dio vuelta, tratando de evitar cualquier gesto repentino. El del KGB se puso los prismáticos delante de los ojos y Travkin no supo si lo había notado o no. El pelo se le erizó al pensar que aquellos poderosos prismáticos pudieran estar enfocados hacia él. Tal vez el hombre podía leer los movimientos de los labios, pensó horrorizado, ¡Jesucristo! ¡Qué bueno que no le solté al tai-pan toda la verdad!

El corazón le latía con fuerza. Se sentía enfermo. Sobre el firmamento del Este brilló un relámpago fugaz. La lluvia seguía formando charcos sobre el concreto y sobré la sección descubierta e inferior de las graderías. Trató de tranquilizarse y de mirar a su alrededor, aunque en realidad impotente, sin saber qué hacer y muy deseoso de averiguar quién era aquel hombre del KGB. Con actitud distraída observó que Pilot Fish terminaba su entrenamiento en muy buenas condiciones. Adelante de él, Richard Kwang hablaba con mucha atención con un grupo de chinos a los que Travkin no conocía.

Linbar Struan y Andrew Gavallan se apoyaban en las

barandillas, acompañados del norteamericano Rosemont y de otros del consulado que él conocía sólo de vista. Observaban los caballos, sin hacer caso de la lluvia. Cerca de los cuartos de cambio, bajo techo, Donald McBride hablaba con otros administradores. Lo acompañaban Sir Shi-teh T'Chung, Pugmire, Crosse y otros. Observó que McBride alcanzaba a ver a Dunross, le dirigió un saludo con la mano y lo invitó a reunirse con ellos.

Brian Kwok esperaba a Roger Crosse en los alrededores de los recintos de administración. Travkin los conocía a los dos, pero no sabía que estaban en los Servicios de Inteligencia.

Sin quererlo, dejó que sus pies avanzaran hacia ellos. Llevaba en la boca el amargo sabor de la bilis.

Trataba de dominar el ímpetu de precipitarse hasta ellos y decirles toda la verdad. En vez de ceder a ese impulso, llamó a su principal *tna foo*.

—Mande a casa a nuestros animales... A todos. Cerciórese de que estén secos, antes de darles de comer.

—Sí, señor.

Sintiéndose infeliz, Travkin arrastró los pies en dirección a los cuartos de cambio. Con el rabo del ojo pudo ver que el hombre del KGB tenía los prismáticos puestos en él. La lluvia le corrió por el cuello, mezclándose con sudor de miedo.

* * *

—¡Ah, Ian! Estábamos pensando que si llueve mañana, será mejor que cancelemos el torneo. Por ejemplo, podríamos decidirlo mañana a las 6 de la tarde —sugirió McBride—. ¿Estás de acuerdo?

—No. En realidad no estoy de acuerdo. Propongo que tomemos la decisión final el sábado a las 10 de la mañana.

—¿No es un poco tarde, muchachito? —preguntó Pugmire.

—No, si los administradores advierten a la gente de las comunicaciones inalámbricas y a la de la televisión. Será un factor más de excitación. Sobre todo si ustedes esparcen las noticias hoy.

—Buena idea—convino Crosse.

—Entonces, que quede así —ratificó Dunross—. ¿Había alguna otra cosa?

—¿No crees... ? ¡Es un asunto del turf! —insistió McBride—. No

queremos arruinarlo…

—Por completo de acuerdo, Donald. Tomamos la decisión final el sábado a las diez. ¿Todos a favor de la idea? —nadie se oponía—. ¡Magnífico! ¿Algo más? Perdónenme, pero tengo una cita dentro de media hora.

Shi-teh dijo, sintiéndose incómodo:

—¡Oh, tai-pan! Estoy terriblemente apenado por lo de anoche… ¡Fue espantoso!

—Sí, Shitee, a mediodía, cuando nos reunamos en consejo con el gobernador, debemos proponerle que imponga reglamentos nuevos, muy severos, contra los incendios en Aberdeen.

—De acuerdo —convino Crosse—. Fue un milagro que no murieran más.

—¿Te refieres a que se cierren los restaurantes, mi viejo? —preguntó Pugmire incrédulo.

Su compañía tenía intereses en dos de ellos. Por eso prosiguió:

—Eso perjudicaría mucho el negocio del turismo. No es posible poner más salidas. Para eso habría que empezar desde los cimientos

Dunross volvió a dirigirse a Shi-teh:

—¿Por qué no propones al gobernador que ordene que en el acto todas las cocinas se pongan en barcazas que podrían estar amarradas al lado de su barco correspondiente? Además podría ordenar que se mantuvieran camiones de bomberos en las cercanías, hasta que se hayan hecho los cambios pertinentes. El costo sería moderado, serían fáciles de manejar y el riesgo de incendios se conjuraría de una vez por todas.

Todos los circunstantes se quedaron atónitos. A Shi-teh se le iluminó la cara:

—¡Ian, eres un genio!

—No. Lo único que lamento es que no lo hayamos pensado antes. Nunca se me había ocurrido. ¡Qué desgracia lo de Zep… y la esposa de Christian! ¿No les parece? ¿Han encontrado ya su cadáver?

—No lo creo.

—Sólo Dios sabe cuántos más habrán desaparecido. ¿Lograron salir los miembros del Parlamento, Pug?

—Sí, mi viejo, excepto Sir Charles Pennyworth. ¡Pobre infeliz! Se rompió la cabeza contra un champán al caer.

Dunross se estremeció y exclamó:

—¡Me simpatizaba tanto! ¡Maldito hado adverso!

—Un par de ellos estaba cerca de mí en determinado momento. Ese desgraciado radical... ¿cómo se llama? ¡Grey, ah, sí, Grey, ése! Y el otro, el otro malhadado socialista, Broadhurst. Los dos actuaron bastante bien, según entiendo.

—He oído decir que tu Superfoods también escapó, Pug. ¿No fue nuestro "llámenme Chuck" el primero en poner pie en tierra firme?

Pugmire se encogió de hombros, sintiéndose molesto.

—En realidad no sé —luego se le iluminó el rostro—. Yo... ehm... oí decir que Casey y Bartlett hicieron una labor magnífica, ¿fue cierto? Tal vez debía otorgárseles una medalla.

—¿Por qué no lo propones? —insinuó Dunross, ya ansioso de marcharse—. De no haber otra cosa...

Crosse sugirió:

—Ian, yo en tu lugar iría a que me inyectaran. En esa bahía ha de haber bacterias que todavía ni se inventan. Todos rieron de la ocurrencia.

—La verdad es que ya hice algo mejor que eso. En cuanto salimos del agua, me llevé a Bartlett y a Casey y los tres fuimos a ver al doctor Tooley—Dunross esbozó una leve sonrisa—. Cuando le dijimos que habíamos estado nadando en la bahía de Aberdeen, casi le viene una hemorragia. Nos dijo: —beban esto—. Lo apuramos como pájaros sedientos y, antes de saber lo que estaba sucediendo, ya habíamos vomitado hasta el corazón. Si me hubiera quedado alguna fortaleza le habría dado una paliza con el cinturón, pero los tres estábamos arrastrándonos sobre el piso, compitiendo por el excusado, sin saber a qué extremo del organismo atender primero. Luego Casey empezó a reír en medio de espasmos y después los tres no hacíamos más que retorcernos en el suelo —hizo una pausa y agregó con supuesta tristeza—. En fin, antes que nos diéramos cuenta de lo que nos pasaba, el viejo matasanos nos hizo engullir píldoras a granel, y Bartlett le dijo: —¡Por amor de Dios, doc! ¿Qué le parecería un supositorio y luego nos abre un solo agujero?

Volvieron a reír de la descripción.

—¿Es cierto lo de Casey? ¿Es cierto que se quitó la ropa y tenía aspecto de estrella olímpica? —preguntó Pugmire.

—¡Mejor que eso! ¡Bien desnudita, mi viejo! —exageró Dunross

en tono frívolo—. ¡Cómo Venus de Milo! Tal vez lo mejor... todo... lo mejor que yo he visto.

—¡Oh! —todos lo escuchaban boquiabiertos.

—Sí, señores.

—¡Dios omnipotente! Pero. ¡nadar en la bahía de Aberdeen! ¡En esa cloaca! —comentó McBride, arqueando las cejas—. Si ustedes sobreviven, será un milagro.

—El doctor Tooley dijo que lo mínimo sería una gastroenteritis, una disentería o una plaga —a Dunross le dieron vueltas los ojos—. Bueno, aquí estamos hoy... mañana veremos. ¿Alguna otra cosa?

—Tai-pan —sugirió Shi-teh—, espero... espero que no te opongas, pero yo ya... a mí me gustaría lanzar una campaña para colectar fondos para las familias de las víctimas.

—¡Buena idea! El Turf Club debería contribuir también. Donald, ¿querrías hacer una encuesta entre los demás administradores hoy mismo y conseguir su aprobación? ¿Qué les parecerían unos 100,000?

—Eso es demasiado generoso, ¿no creen? —objetó Pugmire.

La mandíbula de Dunross se endureció y protestó en el acto:

—No. Más bien, propongamos reunir 150,000. La Casa Noble contribuirá con la misma cantidad.

Pugmire se sonrojó. Nadie dijo una palabra más.

—¿Se da por terminada la sesión? Bueno, 'nos días, señores —Dunross se levantó el sombrero en un gesto de cortesía y se alejó.

—Discúlpenme un momento —dijo Crosse, haciendo seña a Brian Kwok, de que lo siguiera—. ¡Oye, Ian!

—Dime, Roger.

Cuando éste lo alcanzó, le dijo en voz baja:

—Ian, tengo informes de que la llegada de Sinders está confirmada para el vuelo de BOAC de mañana. Iremos directamente al banco, desde el aeropuerto, si no hay inconveniente.

—¿También el gobernador estará presente?

—Se lo pediré. Deberíamos estar allá a las seis.

—Si el avión viene a tiempo —comentó Dunross con una sonrisa.

—¿Te han entregado ya el documento formal de liberación de tu *Eastern Cloud?*

—Sí. Gracias. Me llegó ayer por telex de Delhi. He dado órdenes

de que regrese aquí sin tardanza. Zarpó con la marea... Oye Brian, ¿recuerdas la apuesta que querías hacer? ¿Acerca de Casey? ¿La relativa a sus turgentes senos? ¿Recuerdas que dijiste que apostarías cincuenta dólares contra una moneda a que eran los mejores de Hong Kong?

Brian Kwok se ruborizó, al darse cuenta de la mirada de Crosse. —Ehm... sí... ¿por qué?

—No sabría decir si son los mejores, pero como el juicio de París, tendrías un problema morrocotudo si... ¡si los pusieran a prueba!

—Entonces... ¿es cierto que estaba en cueros?

—Era Lady Godiva en operación rescate —asintió con un movimiento de cabeza dirigido a los dos y se alejó diciendo—... Estaré con vosotros mañana.

Lo vieron marcharse. Al salir de la pista, un agente de Servicios Especiales lo esperaba, para seguirlo.

Crosse comentó: —Trae algo entre manos...

—Así lo creo yo también, señor.

Crosse quitó los ojos de Dunross, para ponerlos en Brian Kwok: —¿Acostumbras apostar con las glándulas mamarias de las damas?

—No, señor. Lo lamento, señor.

—Menos mal. Por fortuna, las mujeres no son la única fuente de belleza. . . ¿o me equivoco?

—No, señor.

—Existen los galgos, las pinturas, la música... incluso un buen asesinato, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Aguarda aquí, por favor.

Crosse regresó al grupo de los administradores. Brian Kwok suspiró. Estaba fastidiado y cansado. El equipo de hombres-rana se había reunido con él en Aberdeen y aunque él había averiguado casi en el acto que Dunross estaba sano y salvo y que ya se había ido a casa, había tenido que quedarse la mayor parte de la noche, para ayudar a organizar la búsqueda de los cuerpos. Había sido una tarea macabra.

Luego, cuando ya estaba a punto de ir a casa, Crosse lo había llamado para que se presentara a Happy Valley al amanecer; el resultado había sido que no había visto la cama. En vez de ir a

acostarse, había pasado al restaurante Para, y se había divertido con las triadas y One Foot Ko.

Ahora observaba a Dunross. ¿Qué traerá ese insecto en los repliegues de la mente? —se preguntó, sintiendo un impulso creciente de envidia en su interior. ¡Qué no podría yo hacer con su poderío y su dinero!

Vio que cambiaba dirección y se encaminaba a las gradas más cercanas. Luego observó que Adryon estaba allí, sentada junto a Martin Haply y que ambos contemplaban los caballos, sin hacer caso de Dunross. *Dew neh loh moh* —pensó sorprendido. Es curioso que anden juntos. ¡Jesucristo, qué belleza! Gracias a Dios que no soy su padre. Me sacaría de quicio.

Crosse y los demás también habían visto a Adryon con Haply y eso les había sorprendido.

—¿Qué hace ese desgraciado con la hija del tai-pan? —preguntó Pugmire con voz agria.

—Nada bueno... con toda seguridad —comentó alguno.

—¡Maldito muchacho! ¡No sabe hacer otra cosa que crear problemas! —musitó Pugmire, con la aprobación de los demás—. ¡No puedo entender por qué Toxe lo conserva en el periódico!

—¡El indecente hombre es un socialista... por eso! ¡A ese también deberíamos ponerlo en la lista negra!

—¡Vamos, no exageres, Pug! Toxe es un buen hombre... lo mismo que otros socialistas —protestó Shi-teh—. Pero sí debería despedir a Haply. Todos estaríamos mucho mejor sin él.

Todos ellos habían estado bajo el fuego de Haply. Unas semanas antes había escrito una serie de candentes declaraciones sobre algunos de los negocios comerciales de Shi-teh, dentro de su enorme consorcio de compañías, dando a entender que a diversas "personas muy importantes", en el gobierno de Hong Kong, se les habían entregado contribuciones de toda índole, a cambio de favores.

—Yo estoy de acuerdo —convino Pugmire, que también lo detestaba.

Con su exactitud acostumbrada, Haply había denunciado detalles privados de la inminente fusión de Pugmire con Superfoods y había demostrado con sobradas pruebas, que Pugmire se beneficiaba mucho más que sus accionistas de Almacenes Generales,

a quienes apenas se había consultado en relación con la fusión de las compañías. Pugmire siguió diciendo:

—¡Indecente desgraciado! Me gustaría saber dónde obtiene su información.

—Es curioso que Haply ande con esa chica —insistió Crosse, que observaba los labios de ambos, esperando que hablaran—. La única compañía importante que no ha atacado aún es Struan.

—¿Crees qué ahora sea el turno de Struan y ande tratando de sacar datos de Adryon? —preguntó otro—. ¡Eso sí sería el colmo!

Con ánimo excitado observaron que Dunross subía a las graderías. Los dos jóvenes todavía no notaban su presencia.

—Tal vez el tai-pan le dé una azotaina como al otro desgraciado —comentó Pugmire con regocijo.

—¿Qué cosa? —preguntó Shi-the—. ¿Quién? ¿Qué fue eso?

—¡Oh! Pensé que lo sabías. Hace unos dos años, uno de los jóvenes ejecutivos del Vic, recién llegado de Inglaterra, empezó a perseguir a Adryon. Ella tenía entonces dieciséis años, tal vez diecisiete... El tenía veintidós y era grande como una casa, más grande que Ian. Se llamaba Byron. Pensaba ser Lord Byron en pleno alboroto y lanzó una auténtica campaña. A la pobre chica la tomó por sorpresa. Ian le hizo una última advertencia. El sinvergüenza siguió llamándola, así que Ian lo invitó a su gimnasio en Shek-O, se puso los guantes (sabía que el insecto se creía boxeador) y procedió a aporrearlo —los circunstantes rieron alegres—. En menos de una semana, el banco le había ordenado que hiciera sus maletas.

—¿Tú fuiste testigo de eso? —preguntó Shi-teh.

—¡Claro qué no! Estaban solos, por amor de Dios, pero el muy idiota quedó en bastante malas condiciones. Yo no querría ir en contra del tai-pan... ciertamente no lo haría cuando se pone de malas.

Shi-teh volvió a observar a Dunross y comentó:

—Es posible que haga lo mismo con ese canalla —dijo en tono alegre.

Observaron la escena. Con aire de esperanza. Crosse caminó sin rumbo con Brian Kwok, acercándose al lugar del encuentro.

Dunross subía de prisa los peldaños de las graderías, con su agilidad vigorosa. Al fin se detuvo al lado de ellos.

—¡Hola, cariño! Hoy madrugaste, ¿eh?

—¡Oh! Hola, papá —saludó Adryon sorprendida. No vi... ¿Qué te pasó en la cara?

—Choque con la parte posterior de un autobús, 'nos días, Haply.

—'nos días, señor —el muchacho se puso de pie y volvió a sentarse.

—¿Con un autobús? —repitió la chica; luego añadió—. ¿Estropeaste el Jaguar? ¡Oh! ¿Te impusieron una multa?

La última pregunta llevaba un aire de esperanza, pues ese año, Adryon había sido multada ya tres veces.

—No... Repito, tú estás madrugando hoy, ¿no es cierto? —al hacerle la pregunta, se sentó junto a ella.

—La verdad es que se nos ha hecho tarde. Estuvimos levantados toda la noche.

—¿Ah, sí? —se contuvo para no hacer cuarenta y ocho preguntas que se le ocurrieron en el acto, y se limitó a observar—. Debes estar cansada...

—No. En realidad no estoy cansada.

—¿De qué se trató? ¿Fue una celebración?

—No. La verdad es que se trató del pobre de Martín.

Al decir esto, Adryon puso una mano con gentileza sobre el hombro del muchacho. Dunross hizo un esfuerzo para que su sonrisa fuera tan gentil como el toque de la chica y dirigió su atención al joven canadiense:

—¿Cuál es el problema?

Haply titubeó, pero luego, le refirió lo que había sucedido en el periódico, cuando la editora había llamado a Christian Toxe y lo había obligado a cancelar su serie sobre los rumores.

—¡El muy desgraciado nos vendió! Permitió que el editor del periódico nos impusiera una censura.

Yo sé que tengo razón... sé que tengo razón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dunross mientras pensaba: ¡Qué pícaro maldito eres!

—Lo siento, pero no puedo revelar mi fuente.

—En realidad no puede, papá. Eso sería infringir la libertad de prensa —confirmó Adryon en tono defensivo.

Haply tenía los puños cerrados. Sin pensarlo, puso la mano sobre la rodilla de Adryon. Ella la cubrió con la suya. El muchacho insistió:

—Al Ho-Pak lo han hecho a un lado sin motivo.

—¿Porqué?

—No lo sé. Pero Gor… pero hay tai-pans detrás de ese asalto, que no tiene ningún sentido.

—¿Gornt está detrás de todo esto? —Dunross frunció el ceño ante esa nueva idea.

—Yo no dije Gornt, señor. No. Yo no lo dije.

—No lo dijo, padre —ayudó Adryon—. ¿Qué debería hacer Martin, renunciar o tragarse su orgullo profesional y…?

—No puedo hacer eso, Adryon —intervino él.

—Deja que mi padre hable. El sabe.

Dunross la vio darse vuelta para mirarlo a él, y sintió un rayo de beatitud ante la inocencia confiada de la chica, que no había experimentado antes.

—Debes hacer dos cosas: en primer lugar regresar al periódico sin tardanza. Christian va a necesitar toda la ayuda posible; en segundo…

—¿Dijo ayuda?

—¿No has oído lo de su esposa?

—¿Qué le sucede?

—¿No sabes qué murió?

Los dos jóvenes lo miraron atónitos. En pocas palabras, les narró el episodio de Aberdeen. Ambos se mostraron horrorizados. Haply empezó a hablar, tartamudeando:

—¡Santo Dios! ¡Nosotros… no oímos la radio ni nada… no hacíamos más que bailar y conversar…! —se puso de pie de un salto y empezó a alejarse, pero retrocedió—. Sí. Sí… será mejor que vaya sin tardanza. ¡Dios bendito!

Adryon se puso también de pie y ofreció:

—Te dejo en la redacción.

Dunross añadió:

—Haply, por favor insiste a Christian en que subraye, con caracteres muy visibles, que cualquiera que haya tenido que zambullirse o nadar en esas aguas vaya a ver a su médico sin tardanza… es muy importante.

—¡Entendido!

Adryon preguntó ansiosa:

—Papá, ¿viste tú al doctor To…?

—¡Sí, claro! —la interrumpió—. Yo estoy limpio por dentro y por fuera... ¡Váyanse!

—¿Cuál era lo segundo, tai-pan? —preguntó Haply.

—Lo segundo era que debes recordar que es el dinero del editor, es su periódico, por lo mismo, puede hacer con él lo que le plazca. Pero a los editores puede persuadirseles. Por ejemplo, yo me pregunto quién pudo haber influido en él o en ella y por qué los dos convinieron en llamar a Christian... Si tú estás tan seguro de que tu informe es verdadero...

La cara de Haply se iluminó de pronto.

—¡Vamos, cariño! —invitó a Adryon, y de lejos gritó—. ¡Gracias!

Los dos muchachos corrieron, tomados de la mano.

Dunross se quedó sentado en las graderías un momento. Dejó escapar un hondo suspiro, se levantó y se alejó.

Roger Crosse estaba con Brian Kwok bajo techo, cerca de los cuatros de cambio de los jockey y había seguido toda la conversación del tai-pan, a través de los movimientos de los labios. Lo vio alejarse, con el guardia de Servicios Especiales en zaga.

—No hay para qué perder más tiempo aquí, Brian. Vayámonos —se encaminó hacia la lejana salida y añadió—. Me pregunto si Robert ha encontrado algo en Sha Tin.

—Esos malditos licántropos van a tener una jornada de campo. Todo Hong Kong estará muerto de miedo. Apuesto a que nosotros... —Brian Kwok se interrumpió de pronto y exclamó—. ¡Señor, mire! —con un movimiento de la cabeza señaló las graderías, al distinguir allí a Suslev y a Clinker entre los grupos que observaban la pista protegidos de la lluvia—. ¡Nadie me habría hecho creer que ya estaba en pie!

Crosse frunció el ceño y convino:

—Sí. Es curioso. Sí.

Titubeó, pero luego cambió de dirección, mientras observaba los labios de los dos con todo cuidado.

—Como nos ha hecho el honor de reconocernos, valdrá la pena que tengamos una breve charla. Ah... ya nos vieron. En realidad, Clinker no nos tolera ...

Con gesto espontáneo, caminó por delante, rumbo a las graderías. El gran ruso dejó ver una amplia sonrisa, sacó un frasco

plano y tomó un sorbo. Ofreció la botella a Clinker.

—No, gracias, camarada, yo sólo bebo cerveza —los ojos fríos de Clinker estaban clavados en los policías que se acercaban—. El husmeo es aquí muy efectivo, ¿verdad? —comentó en voz alta.

—'nos días, Clinker —saludó Crosse, con la misma frialdad; luego sonrió a Suslev y añadió— 'nos días, capitán. Inmundo día, ¿no?

—¡Estamos vivos, *tovarich*, vivos! ¿Cómo puede un día ser inmundo?

Suslev translucía ingenuo bienestar, que le permitía llevar adelante su misión secreta, como hombre alegre y sencillo.

—¿Habrá carreras el sábado, superintendente?

—Es probable. La decisión final se tomará el sábado en la mañana. ¿Cuánto tiempo se quedará usted en el puerto?

—No mucho, superintendente. Las reparaciones en el timón son lentas.

—Espero que la lentitud no sea excesiva. A todos nos pone muy nerviosos el que nuestros huéspedes, personas muy importantes, no tengan un servicio muy rápido en la bahía —la voz de Crosse era cortante—. Hablaré con el intendente.

—Gracias... Es... es un gesto muy cordial de su parte. También fue una gentileza de su departamento ... —Suslev titubeó, luego dijo a Clinker—. Viejo amigo, ¿me permites?

—Con sumo placer —repuso el aludido— estos búhos me ponen nervioso —Brian Kwok lo miró de hito en hito; Clinker respondió con una mirada retadora—. Estaré en mi auto esperándote...

La voz de Suslev adoptó un tono duro.

—Fue una gentileza de su departamento el habernos enviado el cadáver de Voranski, nuestro pobre camarada. ¿Han encontrado a los asesinos?

—Por desgracia todavía no. Es posible que hayan sido mercenarios... de cualquier parte del mundo.

Por supuesto, si él no se hubiera escurrido de esa manera subrepticia, sería todavía miembro activo del... del departamento al que prestaba servicio.

—No era más que un marino y un buen hombre. Yo creía que Hong Kong era lugar seguro.

—¿Ha transmitido ya las fotos de los asesinos y la información

sobre su llamada telefónica a sus superiores del KGB?

—¡Yo no soy del KGB! ¡Mierda al KGB! Sí, la información se transmitió... por conducto de mi superior —rectificó Suslev en tono molesto—. Usted sabe cómo son estas cosas, superintendente, ¡por amor de Dios! Pero Voranski era un hombre bueno, y a sus asesinos hay que atraparlos.

—Los encontraremos con suficiente prontitud —comentó Crosse en tono informal—. ¿Sabía usted que su marino Voranski era en realidad el mayor Yuri Bakyan, del Primer Doctorado, Departamento 6 del KGB?

Los dos policías pudieron observar el pasmo en la expresión de Suslev.

—Era... era sólo un amigo para mí, y venía con nosotros de cuando en cuando.

—¿Quién organiza eso, capitán? —preguntó Crosse.

Suslev miró a Brian Kwok que no le quitaba los ojos de encima, escudriñándolo con evidente disgusto.

—¿Por qué está usted tan enojado superintendente Kwok? ¿Qué le he hecho yo?

—¿Por qué es tan codicioso el imperio ruso, sobre todo cuando se trata de suelo chino? .

—¡Política! —comentó Suslev en tono agrio; luego, dirigiéndose a Crosse agregó—. Yo no me meto en política.

—¡Ustedes, insectos intervienen en ella en todo momento! ¿Cuál es su rango dentro del KGB?

—No tengo ninguno.

Crosse sugirió:

—Un poco de colaboración podría llevarnos muy lejos. ¿Quién organiza sus tripulaciones, capitán Suslev?

El aludido lo miró de soslayo y comentó:

—¿Una palabra en privado, eh?

—¡Claro! —convino Crosse—. Espérame aquí, Brian.

Suslev dio la espalda a Brian Kwok y tomó la iniciativa bajando por las escaleras de salida hasta el césped. Crosse lo siguió.

—¿Qué piensa de las posibilidades que tiene Noble Star? —preguntó Suslev en tono complaciente.

—Son buenas, pero nunca ha corrido en suelo mojado.

—¿Y Pilot Fish?

—Mírelo. Usted puede decirlo por sí mismo. Le encanta el piso mojado. Será el favorito. ¿Se propone estar aquí el sábado?

Suslev se apoyó en las barandillas. Luego sonrió: —¿Por qué no?

Crosse sonrió apenas y ratificó: —¡En efecto! ¿Por qué no?

Estaba seguro de que a la sazón estaban bastante solos. Crosse siguió diciendo:

—Eres un buen actor, Gregor. Muy bueno.

—Lo mismo que tú, camarada.

—Estás corriendo un gran riesgo, ¿no crees? —preguntó Crosse, apenas moviendo los labios al hablar.

—Sí pero... en fin, toda la vida es un riesgo. El Centro me ordenó que me hiciera cargo hasta que llegara el sustituto de Voranski... Hay demasiados contactos y decisiones que deben tomarse en este viaje. Y el menor de todos no es Sevrin. De cualquier manera, como sabes, Arthur lo quiso así.

—A veces me pregunto si tiene la prudencia debida.

—Sí la tiene —las arrugas en torno a los ojos de Suslev se acentuaron con su sonrisa—. ¡Oh, sí! Es un hombre muy prudente. Me da gusto verte. El Centro está muy satisfecho de tu trabajo este año. Tengo mucho que decirte.

—¿Quién fue el desgraciado que corrió la voz de Sevrin hasta AMG?

—No lo sé. Fue un defector. Tan pronto como lo averigüemos será hombre muerto.

—Alguien ha traicionado a un grupo de mi gente, entregándola en manos de la República Popular China. El chisme tiene que haber salido de los expedientes de AMG. Tú leíste mi copia. ¿Quién más de tu barco la vio? ¡Alguien se ha infiltrado aquí en tu operación!

Suslev palideció.

—Pondré en acción una revisión de seguridad inmediatamente. Podría haber venido de Londres o de Washington.

—Lo dudo. No habría llegado a tiempo. Creo que salió de aquí. Además, ahí tienes el caso de Voranski. Tú estás infiltrado.

—Si es por parte de la República Popular China... sí, podría ser. Pero, ¿quién? Apuesto mi vida a que no hay ningún espía en mi barco.

Crosse mostró el mismo rostro sombrío.

—Siempre hay alguien al que puede comprarse.

—¿Tú tienes algún plan de fuga? —preguntó Suslev.

—Varios.

—Yo tengo órdenes de ayudarte en todas las formas posibles. ¿Quieres un camarote en el *Ivanov?*

Crosse vaciló. Luego repuso:

—Prefiero esperar hasta haber visto los documentos de AMG. Sería una lástima, después de tanto tiempo...

—Estoy de acuerdo.

—Para ti es fácil estar de acuerdo en eso. Si te sorprenden, lo único que te sucede es que te deportan y con toda cortesía te piden que no vuelvas. Pero... ¿yo? ¡No querría que me capturasen vivo!

—¡Desde luego!

Suslev encendió un cigarrillo. Después de breve pausa comentó: —A ti no te capturarán, Roger. Eres demasiado sagaz. ¿Tienes algo para mí?

—Mira allá abajo, junto a la barandilla. Aquel hombre alto.

Con gran naturalidad levantó los prismáticos. Se tomó el tiempo necesario para enfocar al hombre indicado y luego miró a lo lejos.

—Ese es Stanley Rosemont, de la CIA. ¿Sabes qué andan detrás de ti?

—¡Oh, sí! Puedo perderlos si quiero.

—El hombre que está a su lado es Ed Langan, del FBI. El de la barba es Mishauer, de la Inteligencia Naval Norteamericana.

—¿Mishauer? Se me hace nombre conocido. ¿Tienes expedientes de ellos?

—Todavía no, pero hay un pervertido en el consulado, que está teniendo amoríos con uno de nuestros procuradores chinos. Cuando llegue tu próximo viaje, él tendrá mucho gusto en satisfacer hasta el último de tus caprichos.

Suslev sonrió con malicia.

—Muy bien.

Una vez más, con un gesto espontáneo, miró de soslayo a Rosemont y a los demás, grabándose bien sus rostros en la memoria. Luego preguntó:

—¿Cuál es su misión aquí?

—Es jefe delegado de estación. Miembro de la CIA durante quince años. También es Oficial de Servicios Estratégicos y todo lo demás. Tienen una docena más de operaciones ocultas aquí y

alojamientos seguros en todas partes. He mandado ya una lista en micropuntos a 32.

—Muy bien. El Centro quiere mayor vigilancia de todos los movimientos dé la CIA.

—No hay problema. Son gente descuidada. Pero su presupuesto es grande y va en aumento.

—¿Vietnam?

—Claro que sí, Vietnam.

Suslev ahogó una risa de satisfacción.

—Esos pobres necios no saben a lo que los han empujado. Todavía creen que pueden hacer la guerra de la selva con las tácticas de Corea o de la Segunda Guerra Mundial.

—No todos son necios —objetó Crosse—. Rosemont es bueno... muy bueno. A propósito, están enterados de la base aérea Imán...

Suslev lanzó una ligera maldición y se apoyó en una mano, manteniéndola cerca de la boca, para evitar cualquier posibilidad de que le interpretaran el movimiento de los labios.

—...Imán y casi todo lo relacionado con Petropavlocsk, la nueva base submarina en Korsakov, en Sakhalin...

Suslev volvió a maldecir. Luego preguntó:

—¿Cómo lo averiguan?

—Traidores... —contestó Crosse con una leve sonrisa. —¿Eres acaso un agente doble, Roger?

—¿Por qué me haces esa misma pregunta cada vez que nos vemos?

Suslev suspiró. Tenía órdenes explícitas de no sondear a Crosse y de ayudarlo en todas las formas posibles. A pesar de que era el encargado de controlar todas las actividades de espionaje del KGB en el Lejano Oriente, apenas el año anterior se le había permitido conocer el secreto de la identidad de Crosse. Este, en los archivos del KGB tenía la clasificación secreta más elevada, una importancia del nivel de la de un Philby. Pero ni el mismo Philby se había enterado de que Crosse había estado trabajando para el KGB durante los siete últimos años.

—Pregunto porque tengo curiosidad —contestó.

—¿Y no tienes acaso órdenes de no ser curioso, camarada?

Suslev rió y se disculpó:

—Ninguno de nosotros obedece en todos los casos, ¿no es

verdad? El Centro disfrutó tanto de tu último informe, que se me ha pedido que te informe que tu cuenta suiza se acreditará con una gratificación especial de 50,000 dólares el día quince del mes entrante.

—Bueno, gracias. Pero no es gratificación, es el pago por un valor recibido.

—¿Qué saben los Servicios Especiales sobre la delegación visitante del Parlamento?

Crosse le dijo lo mismo que había dicho al gobernador. —¿A qué viene esa pregunta?

—Es una verificación de rutina. Tres de ellos tienen posibilidades de llegar a ser muy influyentes: Guthrie, Broadhurst y Grey —Suslev le ofreció un cigarrillo—. Estamos tratando de lograr que Grey y Broadhurst entren en nuestro Consejo de Paz Mundial. Sus sentimientos antichinos nos favorecen.

Roger, sería bueno que espiaras a Guthrie. Tal vez tenga ciertas malas costumbres. Si se viera comprometido, tal vez en una fotografía con una chica de Wanchai, podría luego sernos de provecho, ¿eh?

Crosse asintió con la cabeza y dijo:

—Veré qué puedo hacer.

—¿Podrás encontrar a la bazofia ésa que mató al pobre de Voranski?

—A su tiempo, sí —Crosse observó a su interlocutor—. Deben haberlo tenido señalado desde hace tiempo... eso es un presagio para todos nosotros.

—¿Fuera del Kuomintang, o bandidos de Mao?

—No lo sé —Crosse sonrió con sarcasmo—. Rusia no es popular entre ningún género de chinos.

—Sus caudillos son traidores al comunismo. Debemos aplastarlos antes que se fortalezcan demasiado.

—¿Se trata ya de una línea de conducta?

—¡Desde los tiempos de Genghis Khan! —contestó Suslev riendo —. Sólo que ahora... ahora tenemos que ser un poco pacientes. Pero tú no necesitas serlo —señaló con el pulgar a Brian Kwok y preguntó—. ¿Por qué no desprestigias a ese *matyeryebyets?* No me gusta nada.

—El joven Brian es muy bueno. Yo necesito gente buena.

Informa al Centro que Sinders, de MI-6 llega mañana de Londres, para recibir los documentos de AMG. Tanto MI-6 como la CIA sospechan que AMG fue asesinado. ¿Lo fue?

—No lo sé. Debían haberlo matado hace años. ¿Cómo conseguirás una copia?

—No lo sé. Estoy bastante seguro de que Sinders me dejará leerlos antes de emprender el regreso.

—¿Y si no lo hace?

Crosse se encogió de hombros. —Los veremos de un modo o de otro.

—¿Dunross?

—Sólo como último recurso. Es demasiado valioso ahí donde está, y prefiero tenerlo donde pueda verlo. ¿Qué me dices de Travkin?

—Tu información fue inapreciable. Todo verificado.

Suslev le explicó luego la sustancia de su encuentro con el entrenador y añadió:

—Desde ahora será perro nuestro para siempre. Hará todo lo que queramos. Cualquier cosa. Mataría a Dunross si fuera necesario.

—Muy bien. ¿Qué tanto de lo que le dijiste es cierto?

—No mucho —contestó Suslev sonriente.

—¿Está viva su esposa?

—¡Oh, sí, *tovarich*! Sí está viva. —Pero no en su propia *dacha*... —Por ahora sí.

—¿Y antes?

Suslev se encogió de hombros.

—Yo le dije lo que se me ordenó que le dijera.

Crosse encendió un cigarrillo. Luego preguntó:

—¿Qué sabes de Irán?

Suslev volvió a mirarlo en forma inquisitiva.

—Mucho. Es uno de nuestros ocho grandes blancos restantes, y ahora mismo está efectuándose allí una gran operación.

—¡La división 92 de paracaidistas norteamericanos está ya en la frontera ruso-iraní en este momento!

Suslev se quedó boquiabierto y preguntó:

—¿Qué dijiste?

Crosse le refirió todo lo que Rosemont le había dicho sobre Curso Seco, y al llegar a la parte relacionada con las fuerzas

norteamericanas provistas de armas nucleares, Suslev palideció en forma notable.

—¡Madre de Dios! ¡Esos malditos norteamericanos van a cometer un error algún día y luego no podremos salirnos de él! Son unos mentecatos haciendo despliegues de esas armas.

—¿Pueden combatirlos ustedes?

—¡Claro qué no! Todavía no —contestó Suslev indignado—. El alma de nuestra estrategia es no tener jamás un choque directo con Estados Unidos, hasta que no estén completamente aislados y la victoria final sea indubitable. En este momento, un choque directo sería un suicidio. Me comunicaré con el Centro en el acto.

—Haz que se graben bien que los norteamericanos lo consideran apenas un curso seco. Consigue que el Centro retire las fuerzas de ustedes y enfríe toda la situación. Hazlo en el acto o tendremos serios problemas. No lancen ninguna provocación a las fuerzas estadounidenses. En unos cuantos días se retirarán. No dejes pasar la noticia de la invasión a tus espías internos en Washington. Deja que les llegue primero de tu gente en la CIA.

—¿La noventa y dos está realmente allá? Parece imposible.

—Será mejor que ustedes movilicen sus ejércitos más por el aire, que se vuelvan más ágiles y con mayor poderío de armas de fuego.

Suslev gruñó:

—Las energías y los recursos de trescientos millones de rusos se han canalizado ya para resolver ese problema, *tovarich*. Si disponemos de veinte años... ¡sólo veinte años!

—¿Entonces?

—En la década de los ochentas gobernaremos al mundo.

—Mucho antes de esa fecha yo ya estaré muerto.

—Tú no estarás muerto. Gobernarás cualquier provincia o país que quieras. ¿Inglaterra?

—Lamento que el clima de aquí sea horroroso. Con excepción de uno o dos días al año, la mayoría de los años; esos días, éste es el lugar más hermoso de la Tierra.

—¡Ah! Tú debes ver mi hogar en Georgia y la campiña alrededor de Tiflis —a Suslev le brillaban los ojos—. ¡Ese es el paraíso!

Crosse miraba en todas direcciones mientras conversaban. Sabía que nadie podía oírlos. Brian Kwok estaba sentado en las graderías, esperando medio dormido. Rosemont y los demás lo estudiaban con

disimulo. Abajo, junto al círculo del ganador, Jacques deVille paseaba con naturalidad en compañía de Jason Plumm.

—¿Has hablado ya con Jason?

—Sí, desde luego, mientras estábamos en las graderías.

—Muy bien.

—¿Qué te dijo acerca de deVille?

—Que él también dudaba de que a Jacques lo eligieran tai-pan. Después de mi reunión con él anoche, yo estoy de acuerdo... A todas luces es demasiado débil o su carácter resuelto se ha debilitado —luego Suslev añadió—. Eso sucede con frecuencia a valores demasiado ocultos que no tienen más que hacer que esperar. En realidad, es la más ardua de las tareas. —Sí.

—Es un buen hombre, pero temo que no cumpla con su cometido.

—¿Qué tienes pensado hacer con él?

—No lo he decidido.

—¿Convertirlo de espía interno en espía sentenciado?

—Sólo si tú o los demás de Sevrin se ven amenazados.

Para satisfacer a cualquier mirón, Suslev se llevó su frasco a la boca y lo ofreció a Crosse, que sacudió la cabeza. Ambos sabían que el frasco no contenía más que agua. Suslev bajó la voz y sugirió:

—Tengo una idea. Estamos incrementando nuestros esfuerzos en Canadá. Es claro que el movimiento separatista francés es una enorme oportunidad para nosotros. Si Quebec se separara de Canadá, haría que todo el Continente Norteamericano girara en torno a una estructura de poder completamente nueva. Estaba pensando que sería perfecto que deVille quedara al frente de Struan en Canadá, ¿no crees?

Crosse sonrió.

—Muy bueno... mucho muy bueno. —Yo también quiero a Jacques. Sería una pena desperdiciarlo. Sí.

Eso sería muy inteligente.

—Es más que eso, Roger. El tiene algunos amigos franco-canadienses muy importantes, desde su época en París, al terminar la guerra. Todos son separatistas declarados, todos con inclinación al ala izquierda. Algunos de ellos están volviéndose una fuerza política nacional predominante en Canadá.

—¿Harías qué se quitara la máscara?

—No. Jacques podría dar al movimiento separatista un buen impulso, sin ponerse en peligro. Como jefe de una importante sucursal de Struan... Y, ¿qué tal si uno de sus amigos especiales llegara a ser ministro del exterior o primer ministro?

—¿Es posible eso?

—Sí es posible.

Crosse dejó escapar un silbido.

—Si Canadá se alejara de los Estados Unidos, ése sí sería el golpe de los golpes. —Sí.

Después de una pausa, Crosse continuó:

—En una ocasión, a un sabio chino le pidió un amigo que bendijera a su hijo recién nacido. La bendición de aquél fue: "Pidamos porque viva en una época interesante". Pues bien, Gregor Petrovitch Suslev, cuyo verdadero nombre es Petr Oleg Mzytryk, nosotros ciertamente estamos viviendo en una época interesante. ¿No es cierto?

Suslev se quedó mirándolo atónito.

—¿Quién te dijo mi nombre?

—Tus superiores —Crosse lo observó con ojos despiadados—. Tú me conoces a mí. Yo te conozco a ti. Es justo... ¿no te parece?

—Bueno... claro... sí —la risa del hombre era forzada—. No he usado ese nombre en tanto tiempo que yo... casi lo había olvidado.

Clavó los ojos en los de Crosse, luchando por reconquistar el control. Luego preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan intranquilo, eh?

—AMG. Creo que deberíamos dar por terminada nuestra reunión. Nuestra historia será que yo traté de comprarte, pero tú te rehusaste. Volvamos a vernos mañana a la siete.

Siete era el número clave para el departamento contiguo al de Ginny Fu en Mong Kok.

—Más tarde, a las once.

—Es mejor a las diez.

Crosse hizo un gesto alusivo a Rosemont y los demás. —Antes que te vayas, necesito algo para ellos.

—Muy bien. Mañana tendré...

—Ha de ser ahora —la actitud de Crosse se endureció—. Algo especial... ¡Si no tengo oportunidad de ver la copia de Sinders, tendré que hacer algún trueque con ellos!

—No divulgues la fuente a nadie. A nadie.
—De acuerdo.
—¿Nunca?
—Nunca.
Suslev reflexionó un momento, ponderando las posibilidades.
—Esta noche, uno de nuestros agentes recibirá cierto material archisecreto del portaviones. ¿Qué tal?
La cara del inglés se iluminó.
—¡Perfecto! ¿Por eso bajaste?
—Es una de las razones.
—¿Cuándo y dónde será la entrega?
Suslev se lo dijo. Luego agregó:
—Pero de todas maneras quiero copias de todo.
—Por supuesto. Eso será suficiente. Rosemont quedará en deuda conmigo. ¿Cuánto tiempo ha estado tu hombre a bordo?
—Dos años. Por lo menos ésa fue la fecha en que lo hicimos nuestro.
—¿Te entrega buenas cosas?
—Cualquier cosa de la ramera ésa es valiosa.
—¿Cuáles son sus honorarios?
—Por este trabajo, $2,000. No es caro. Ninguno de los nuestros es, excepto tú.
Crosse sonrió con el mismo gesto melancólico y protestó:
—¡Ah, ¡sí! Pero yo soy el mejor que ustedes tienen en Asia, y he demostrado cincuenta veces mi calidad. Hasta ahora, he estado haciéndolo casi por puro amor, viejo amigo.
—Tu precio, mi viejo, es tal vez el más alto de todos los que pagamos. ¡Compramos a la OTAN entera, con plan de batalla, claves y todo, por menos de $8,000 al año!
—¡Esos desgraciados aficionados están arruinando nuestro negocio! Porque...; es un negocio, ¿o me equivoco?
—Para nosotros, no.
—¡Pamplinas! Ustedes, la gente del KGB están más que bien pagados. *Dachas*, alojamientos en Tiflis, tiendas especiales para hacer compras, amantes. Pero debo decirte que exprimirle algo de dinero a tu compañía resulta más difícil cada año. Espero un aumento digno por Curso Seco y por el asunto de AMG, cuando esté concluido.

—Habla con ellos directamente. Yo no tengo jurisdicción sobre el dinero.

—¡Embustero!

Suslev rió.

—Es cosa buena... y segura... tratar con un profesional. ¡Salud! —levantó el frasco y apuró su contenido. De pronto, Crosse propuso:

—Por favor, aléjate enojado. ¡Puedo sentir los anteojos sobre nosotros!

En el acto, Suslev empezó a insultarlo en ruso, en voz baja pero con vehemencia. Luego agitó el puño frente a la cara del policía, se dio media vuelta y se alejó.

Crosse lo siguió con la vista.

* * *

En la calle de Sha Tin, Robert Armstrong contemplaba el cadáver de John Chen, mientras miembros de la policía vestidos dé impermeables volvían a envolverlo en su manta y lo llevaban por entre una muchedumbre de curiosos atónitos hasta la ambulancia que lo aguardaba. Expertos en dactilografía y en otras especialidades criminales examinaban todo; en busca de indicios. La lluvia caía a la sazón con más fuerza y había un lodazal en todas partes.

—Todo está revuelto, señor —dijo en tono agrio el sargento Lee —. Hay pisadas en el suelo, pero podrían ser de cualquiera.

Armstrong asintió con la cabeza y sacó un pañuelo para enjugarse la cara. Muchos espectadores se mantenían detrás de las barreras que se habían improvisado alrededor del lugar. El tránsito de vehículos por aquel estrecho camino tuvo que disminuir su ritmo y llegó a congestionarse. Todos hacían sonar sus bocinas con indignación.

—Ordene a los hombres que sigan explorando dentro de un radio de noventa metros. Mande a alguno a la aldea más cercana. Es posible que alguien haya visto algo.

Armstrong se alejó de Lee y se dirigió al auto de la policía. Entró, cerró la puerta y tomó el teléfono del intercomunicador.

—Habla Armstrong. Comuníqueme con el inspector Donald

Smyth de East Aberdeen, por favor.

Esperó, con una sensación de temor. El conductor del vehículo era joven, sagaz y todavía no se mojaba con la lluvia.

—Esta lluvia es maravillosa, ¿no es verdad, señor?

Armstrong respondió con una mirada agresiva. El joven palideció.

—¿Usted fuma? —le preguntó Armstrong.

—Sí, señor —se sacó una cajetilla del bolsillo y se la puso delante; Armstrong la tomó.

—¿Por qué no va a ayudar a los demás? Necesitan un chico inteligente y hábil como usted.

Encuéntreme algunos indicios, eh?

—Sí, señor.

El joven salió decidido bajo la lluvia.

Con todo cuidado, Armstrong tomó un cigarrillo. Lo contempló. Con gesto sombrío volvió a guardarlo y se puso la cajetilla en un bolsillo lateral de la chaqueta. Agazapado en su asiento, musitó:

—¡Malhayan todos los cigarrillos, malhaya la lluvia, malhaya ese idiota y por encima de todos, malhayan los malditos licántropos!.

De ahí a poco, se oyó un ruido típico en el intercomunicador.

—El inspector en jefe Donald Smyth...

—'nos días. Estoy en Sha Tin —empezó diciendo Armstrong.

Luego le refirió lo sucedido y le describió el hallazgo del cadáver.

—Estamos cubriendo toda la zona —prosiguió—, pero bajo esta lluvia no espero encontrar nada.

Cuando los periódicos se enteren del cadáver y el mensaje que tenía, nos hundirán. Será mejor que capturemos ahora mismo a la vieja *aman*, es la única pista que tenemos. ¿Tus muchachos la tienen todavía bajo vigilancia?

—¡Oh, si!

—Bueno, entonces espérame. En cuanto yo llegue allá nos ponemos en movimiento. Quiero revisar el lugar donde vive. Ten preparado a un equipo de hombres.

—¿Cuánto tardarás?

Armstrong contestó:

—Necesitaré un par de horas para llegar allá. El tránsito está

atascado todo el camino desde aquí hasta el transbordador.

—Aquí también, en todo Aberdeen. Pero no es sólo por la lluvia, muchachito; hay también un millar de espíritus contemplando como bobos el barco hundido y, como si fuera poco, más chusma preparada ya en torno al Ho-Pak y al Victoria... es más, en torno a todos los malditos bancos de la zona, y he oído que hay ya cerca de quinientas personas listas para sacar su dinero del Victoria en pleno Centro.

—¡Dios misericordioso! ¡Los miserables ahorros de toda mi maldita vida están allí!

—¡Ayer te dije que te quedaras líquido, muchachito! —Armstrong alcanzó a oír la risa de la Víbora; luego éste añadió—. Y, a propósito, si tienes algo en efectivo, vende a Struan al descubierto... He oído decir que la Casa Noble va a derrumbarse.

41
8:29 a.m.

Claudia recogió un cúmulo de notas, cartas y respuestas de la papelera de «salida» de Dunross y empezó a revisarlas. La lluvia y las nubes bajas oscurecían la visión, pero la temperatura había descendido y resultaba muy cómoda, después de la densa humedad de las últimas semanas. El antiguo reloj colocado en una repisa de plata, sobre la chimenea, marcó las 8:30 de la mañana.

Uno de los teléfonos sonó. Claudia lo observó, pero no hizo ningún intento de contestarlo. Siguió sonando una y otra vez, y luego se quedó mudo. Sandra Yi, la secretaria de Dunross, entró con un montón de documentos y correo y volvió a llenar la papelera de "entrada".

—El boceto del contrato con Par-Con está hasta arriba, hermana mayor. Aquí está su lista de citas de hoy, por lo menos las que yo conozco. Hace diez minutos llamó el superintendente Kwok...

Se ruborizó bajo la mirada de Claudia. Todavía vestía el untuoso *chong-sam*, corto y ajustado, con cuello alto, a la moda. Después de una pausa continuó:

—Preguntó por el tai-pan, no por mí, hermana mayor. Pide que el tai-pan le haga el favor de llamarlo.

—Pero espero que hayas hablado con el honorable joven semental un buen rato, hermana menor, con deliquios y suspiros maravillosos ... —redarguyó Claudia en cantones.

Luego cambió al inglés sin advertirlo, mientras seguía repasando todas las notas y las acomodaba en dos grupos diferentes.

—Después de todo, hermana menor, es preciso que lo absorbamos y pongamos a buen recaudo dentro de la familia, antes que una boquita melosa de otro clan se apodere de él.

—¡Oh, sí! También he encendido ya cinco candelas en cinco templos diferentes.

—Espero que haya sido en tiempo libre, no de la compañía...

—¡Oh, sí, por supuesto! —las dos rieron—. Pero tenemos ya una cita... mañana, a cenar.

—¡Excelente! Mantente recatada, ponte un atuendo conservador, pero no lleves sujetador... como Orlanda.

—¡Oh! Entonces, sí era cierto... ¡Oh, oh! ¿Crees qué yo deba hacerlo? —la sugerencia sacudió a Sandra Yi.

—Con el joven Brian, sí —repuso Claudia, ahogando una risita maliciosa—. ¡Ese tiene buen olfato!

—Mi adivino me aseguró que éste iba a ser un año maravilloso para mí. Lo del incendio fue terrible, ¿verdad?

—Sí.

Claudia revisó la lista de citas. Linbar viene en unos minutos, Sir Luis Basilio a las 8:45. Luego ordenó: —Cuando llegue Sir Luis Basilio, pá...

—Sir Luis está ya esperando en mi oficina. Sabe que ha llegado antes de su hora... Le di café y los diarios de la mañana —la cara de Sandra Yi se ensombreció con un gesto de preocupación—. ¿Qué va a suceder a las diez?

—Se abrirá el Mercado de Valores —respondió Claudia cortante, entregándole el montón mayor de papeles—. Tú encárgate de esto, Sandra. ¡Oh! A propósito, el tai-pan ha cancelado un par de reuniones con la junta directiva y una comida para hoy¿ pero de eso me responsabilizo yo —ambas levantaron la cara en el momento en que entraba Dunross.

—'nos días —saludó.

La expresión de su rostro era de mayor gravedad que antes, pero las huellas de los golpes daban realce a su aspereza. Sandra Yi comentó con júbilo:

—Todos estamos felices de que usted no haya salido herido, tai-pan.

—Gracias.

La chica se retiró, Dunross observó su andar y luego la mirada de Claudia. Algo de la gravedad de su, expresión se borró cuando hizo el comentario:

—No hay nada como una hermosa avecilla, ¿verdad?

Claudia rió. Luego explicó:

—Mientras andabas fuera, tu teléfono privado llamó dos veces.

Se refería al teléfono personal que, por principio, nadie contestaba fuera de él. El número no se daba más que a la familia y a un puñado reducido de gente selecta.

—Bueno. Gracias. Cancela todo lo que hay entre este momento y el mediodía, con excepción de Linbar, el viejo Sir Luis Basilio y el banco. Cerciórate de que todo sea de primera para el viaje de Penn y la señorita Kathy. Gavallan la llevará al aeropuerto. Pero primero consígueme a Tightfist Tung por teléfono.

También a Lando Mata. Pregúntale si puedo verlo hoy, de preferencia a las 10:20, en el Coffee Place.

¿Viste mi nota acerca de Zep?

—Sí. Fue terrible. Me encargaré de todo. El ayudante del gobernador llamó: ¿estarás en la reunión de mediodía?

—Sí.

Dunross tomó el teléfono y marcó un número, mientras Claudia salía, dejando cerrada la puerta.

—¿Penn? ¿Tú me buscabas?

—¡Oh, sí, Ian! Pero no llamé por teléfono. ¿A eso te refieres?

—Pensé que una llamada que entró por la línea privada era tuya.

—¡No! Pero, ¡Oh, cuánto te agradezco que hayas llamado! Supe lo del incendio en las primeras noticias y yo... yo no estaba "segura de haber soñado o de que hubiera sido realidad que llegaras a casa anoche. Estaba... estaba muy preocupada, lo lamento. Ah Tat me dijo que habías salido temprano, pero no confío en esa vieja bruja... A veces desvaría. Cuánto lo siento. ¿Fue horrible?

—No. No tan mal, en realidad.

En pocas palabras le refirió el suceso. Pero una vez que supo que Penélope no tenía problema, lo que le urgía era colgar el teléfono. A guisa de despedida añadió:

—Te daré un informe detallado de todo cuando vaya por ti para llevarte al aeropuerto. Ya me informé de tu vuelo y va a salir a tiempo... —se oyó el zumbido del intercomunicador—. Espera un instante, Penn... Sí, dime, Claudia.

—El superintendente Kwok está en la línea dos. Dice que es importante.

—Muy bien. Perdóname, Penn, tengo que dejarte. Te recogeré a buena hora para llevarte al aeropuerto... Adiós querida ... ¿Algo más, Claudia?

—El avión de Bill Foster, procedente de Sydney trae otra hora de retraso. El señor Havergill y Johnjohn quieren verte a las 9:30.

Llamé para confirmarlo. Supe que han estado en el banco desde las seis de la mañana.

La sensación de incomodidad de Dunross aumentó. Había estado tratando de hablar con Havergill desde las 3 de la tarde del día anterior, pero el presidente delegado no había estado disponible, y la noche anterior no había sido el momento oportuno.

—¡Eso no es bueno! —comentó inquieto Dunross—. Había ya una muchedumbre fuera del banco cuando yo venía hacia acá, a las 7:30.

—El Vic no caerá... ¿o crees que haya peligro?

Dunross pudo notar la ansiedad en la voz de Claudia:

—Si se derrumba, nos llevará el torrente a todos.

Oprimió el botón de la línea dos y saludó:

—¡Hola, Brian! ¿Qué sucede?

El policía le explicó lo sucedido a John Chen.

—¡Santo Dios! ¡Pobre John! Después de haber recibido al dinero del rescate anoche, pensé que...

¡Qué malditos desgraciados! ¿Llevaba ya varios días muerto?

—Sí. Por lo menos tres.

—¡Canallas! ¿Has dicho algo a Phillip o a Dianne?

—No. Aún no. Quise decírtelo primero a ti.

—¿Quieres que yo los llame? Phillip está en casa en este momento. Después de haber hecho el pago anoche, yo le dije que no tenía que venir a la reunión de las ocho esta mañana. Lo llamaré ahora mismo.

—No, Ian. Es deber mío. Lamento darte malas noticias, pero pensé que debían saber lo de John.

—Sí... claro que sí, viejo amigo. Gracias. Escúchame. Tengo algo que hacer en casa del gobernador a eso de las siete, pero terminaré antes de las 10:30. ¿Te gustaría que tomáramos un trago o un bocadillo?

—Sí. Es buena idea. ¿Qué opinas del bar Quance en el Mandarín?

—¿A las 10:45?

—Muy bien. A propósito, dejé un mensaje para que tu *tai-tai* pase directamente por la oficina de Migración. Lamento lo de las malas noticias. Adiós.

Dunross dejó el auricular, se levantó y se asomó a la ventana. El

intercomunicador sonó, pero él no lo oyó.

—¡Pobre hombre! —musitó—. ¡Qué infame desperdicio!

Se oyeron unos golpes discretos en la puerta y ésta se abrió un poco. Claudia avisó:

—Perdóname, tai-pan, Lando Mata está en la línea dos.

Dunross se sentó sobre el borde de su escritorio.

—¡Hola, Lando! ¿Podemos vernos a las 10:20?

—Sí, sí. Por supuesto. Supe lo de Zeppelin. ¡Qué tremendo! ¡Yo apenas logré salvarme! ¡Maldito incendio! Sin embargo, nos libramos de él, ¿eh? ¡Qué hado!

—¿Te has comunicado ya con Tightfist?

—Sí. Llegará en el próximo transbordador.

—Bueno. Lando, es posible que necesite tu apoyo hoy.

—Pero, Ian, de eso hablamos anoche. Pensé que había...

—Sí, pero quiero que me apoyes hoy —la voz de Dunross era dura.

Se produjo una larga pausa.

—Bueno yo ... hablaré con Tightfist.

—Yo también hablaré con Tightfist. Mientras tanto, quiero saber si tengo tu apoyo ahora.

—¿Has vuelto a considerar nuestra oferta?

—¿Cuento con tu apoyo, Lando, o no?

Se produjo otra pausa. La voz de Mata sonaba más nerviosa.

—Yo te... te lo diré cuando nos veamos a las 10:20. Me apena, Ian, pero en realidad tengo que hablar antes con Tightfist. Te veré para el café. ¡Adiós!

La línea se interrumpió. Dunross puso el auricular sobre el teléfono con suavidad y musitó en tono gentil:

—*Dew neh loh moh*, Lando, viejo amigo... Pensó un momento. Luego marcó un número. —El señor Bartlett, por favor.

—No contesta su teléfono. ¿Quiere dejar un recado? —sugirió la telefonista.

—Por favor pase mi llamada a la señorita K. C. Tcholok.

—¿Qué cosa?

—Casey... ¡la señorita Casey!

Se oyó que el teléfono llamaba y al fin Casey respondió soñolienta: —Hola...

—¡Oh, perdón! Te llamaré más tarde...

—¿Eres tú, Ian? No... no. Está bien. Yo debía... debía estar en pie hace ya varias horas... —Dunross la oyó desperezarse—. ¡Dios mío, qué cansada estoy! ¿No soñé con el incendio, verdad?

—No Ciranoush, yo sólo quería cerciorarme de que ustedes dos estuvieran bien. ¿Cómo te sientes?

—No del todo bien. Creo que debo haberme desgarrado algunos músculos... No sé si sería de tanto reír o de tanto vomitar. ¿Tú estás bien?

—Sí, hasta ahora. ¿No tienes temperatura ni algún otro síntoma? Es lo que el doctor Tooley dijo que vigiláramos.

—No lo creo. A Linc aún no lo he visto. ¿Hablaste ya con él?

—No. Nadie contesta su teléfono. Escúchame. Quería invitaros a los dos al cóctel de las seis.

—A mí me parece encantadora tu idea —otro bostezo—. Me alegra que estés bien.

—Te llamaré después para...

De nuevo el intercomunicador.

—El gobernador están en la línea dos, tai-pan. Le dije que asistirías a la junta de la mañana.

—Muy bien... Ciranoush: entonces, cóctel a las seis; si no se puede, tal vez cena más tarde. Te llamaré después para confirmarlo.

—Sí, Ian; ¡oye, Ian, gracias por tu llamada!

—De nada. Adiós —oprimió el botón de la línea dos— 'nos días, señor.

—Me apena molestarte, Ian, pero necesito hablarte de ese horrible incendio —dijo Sir Geoffrey—. Es un milagro que no murieran más personas. El Ministro está que enloquece por la muerte del pobre Sir Charles Pennyworth, y muy indignado de que nuestros procedimientos de seguridad hayan permitido que sucediera semejante desgracia. Se ha informado ya de todo el Gabinete, y eso quiere decir que podemos esperar graves repercusiones.

Dunross le habló de su idea sobre las cocinas para Aberdeen, como si hubiera sido de Shi-teh T'Chung.

—¡Excelente! Shitee es inteligente. Es un buen principio. Mientras tanto, Robin Grey y Julian Broadhurst y los demás miembros del Parlamento han telefoneado ya pidiendo una junta para protestar de la insuficiencia de nuestros reglamentos para

incendio. Mi ayudante asegura que Grey estaba bastante fuera de sí —sir Geoffrey suspiró—… y tal vez con toda razón. En todo caso, este caballero va a remover el agua con energía, si puede hacerlo. He oído decir que tiene preparada una conferencia de prensa mañana con Broadhurst. Ahora que Sir Charles ha muerto, Broadhurst se convierte en el miembro principal de la delegación y sólo Dios sabe lo que va a suceder si esos dos se salen con la suya en lo que atañe a China.

—Pídale al Ministro que les tape la boca, señor.

—Lo hice, y me contestó: «Líbreme Dios, Geoffrey, ¿poner bozal a un Miembro Parlamentario? Sería peor que prender fuego al Parlamento mismo». Ya de por sí la situación es bastante crítica. Mi esperanza era que tú lograras calmar un poco al señor Grey. Haré que se siente junto a ti esta noche.

—No creo que la idea sea buena en absoluto, señor. El hombre es un demente.

—Convengo contigo, Ian, pero en verdad te agradecería que trataras de hacerlo. Eres la única persona en quien confío. Quillan le daría un golpe. De hecho llamó ya negándose a asistir, a causa de Grey.

¿Tal vez podrías invitar también a nuestro hombre a las carreras del sábado?

Dunross recordó a Peter Marlowe.

—¿Por qué no invitar a Grey y a los demás a su palco y yo me haré cargo de él parte del tiempo? —gracias a Dios Penn no estará aquí, pensó Dunross.

—Muy bien pensado. Otra cosa: Roger me pidió que me encontrara contigo en el banco a las seis de la tarde mañana. Dunross aguardó en silencio. —¿Ian…?

—Sí, señor, dígame.

—A las seis. Sinders deberá haber llegado para esa hora.

—¿Lo conoce usted, señor, personalmente?

—Sí. ¿Por qué?

—Lo único que quiero es estar seguro.

Dunross notó el silencio del gobernador. Su tensión subió de punto.

—Muy bien, a las seis. Una cosa más: ¿te enteraste ya de lo del pobre de John Chen?

—Sí, señor. Hace apenas unos minutos. ¡Suerte perra!

—Estoy de acuerdo contigo. ¡Pobre muchacho! Este lío de los licántropos no podía haberse presentado en un momento más inoportuno. Con toda seguridad se convertirá en "causa célebre" para todos los enemigos de Hong Kong. ¡Maldito trastorno! Aparte toda la tragedia que representa... ¡Ay de mí! En fin, al menos vivimos en una época muy interesante en la que no hay más que problemas.

—Sí, señor. ¿El Victoria está en dificultades? —Dunross hizo la pregunta con la mayor naturalidad.

Sin embargo, al escuchar con la máxima atención, observó una ligera vacilación en Sir Geoffrey, antes de contestarle con ánimo alegre:

—¡Dios santo, no! ¡Querido amigo, qué idea más absurda! Bueno, Ian, gracias por todo. Lo demás puede esperar hasta nuestra reunión de mediodía.

—Sí, señor.

Dunross dejó el teléfono y se enjugó el sudor de la frente. Esa vacilación fue un tremendo presagio —se dijo. Si hay alguien que pueda saber qué tan mal andan las cosas, ese tiene que ser Sir Geoffrey.

Una ráfaga de lluvia azotó las ventanas. Había tanto que hacer. Sus ojos se dirigieron al reloj. Es hora de recibir a Linbar. Luego vendrá Sir Luis. Había decidido ya lo que quería del jefe del Mercado de valores, lo que debía tener para él. No lo había mencionado en la reunión de la Junta Interna de esa mañana. Los demás se habían mostrado agrios con él. Todos ellos, Jacques, Gavallan, Linbar, estaban convencidos de que el Victoria apoyaría a Struan hasta el último momento.

—Y si no lo hace —les había redargüido él.

—Contamos con el convenio con Par-Con. ¡Es inconcebible que el Victoria no ayude!

—¿Y si no lo hace?

—Tal vez después de lo sucedido anoche, Gornt no siga vendiendo.

—Seguirá... En ese caso, ¿qué hacemos?

—Si no podemos detenerlo a él o posponer los pagos de Toda y Orlin, estamos en un problema muy grave.

No podemos posponer los pagos —volvió a pensar. Sin el banco, o sin Mata o Tightfist... ni siquiera el convenio con Par-Con hará parar a Quillan. El sabe que tiene todo el día de hoy y todo el viernes para vender y vender y vender y que yo no puedo comprar ni si...

—El amo Linbar, tai-pan.

—Que pase, por favor —miró el reloj.

El aludido entró y cerró la puerta. Dunross objetó:

—Llegas con casi dos minutos de retraso.

—¿Ah, sí? Perdón.

—Yo no logro convencerte de lo necesaria que es la puntualidad. Es imposible gobernar sesenta y tres compañías sin una puntualidad rigurosa. Si vuelve a suceder, pierdes tu gratificación anual.

Linbar se sonrojó.

—Perdón.

—Quiero que te hagas cargo de nuestra operación en Sydney. Que te la entregue Bill Foster.

A Linbar Struan se le iluminó la cara.

—Sí, con mucho gusto. Me agrada la idea. Hace ya mucho que deseaba estar al frente de una operación que fuera mía.

—Me gustaría que tomaras el vuelo que Qantas mañana y...

—¿Mañana? ¡Imposible! —explotó Linbar, mientras su felicidad se evaporaba—. Necesitaría un par de semanas para dejar to...

La voz de Dunross sonó tan amable, pero al mismo tiempo con tal fuerza de látigo, que Linbar Struan palideció.

—Me doy cuenta de eso, Linbar. Pero quiero que vayas allá mañana, permanezcas dos semanas y luego vuelvas y me rindas informes. ¿Entendido?

—Sí, entiendo. Pero... pero, ¿qué me dices del sábado? ¿Qué pasará con las carreras? Quiero ver correr a Noble Star.

Dunross se limitó a clavar en él la mirada. Luego ratificó:

—Te quiero en Australia... mañana... Foster no ha sabido tomar posesión de Woolara Properties. Sin Woolara, no tenemos quien flete nuestros barcos. Sin esa persona clave, nuestros convenios bancarios actuales resultan nulos y vacíos. Tienes dos semanas para enmendar esa falla y traerme informes.

—¿Y si no lo hago? —objetó Linbar enfurecido.

—¡Por amor de Dios, no pierdas tiempo! ¡Tú sabes la respuesta a

esa pregunta! Si fracasas, dejarás de ser miembro de la Junta Interna. Y si no estás en ese avión mañana, estarás fuera de Struan mientras yo sea tai-pan.

Linbar Struan estuvo a punto de decir algo, pero cambió de parecer.

—Bueno —añadió Dunross—. Si tienes buen éxito con Woolara, tu salario se duplica.

Linbar Struan se limitó a devolverle la mirada. Luego preguntó:

—¿Algo mas? ¿Señor?

—No. Que tengas buen día, Linbar.

Linbar asintió con la cabeza y salió a grandes pasos. Cuando la puerta se cerró, Dunross se dio el lujo de esbozar una sonrisa.

—¡Desgraciado jovenzuelo arrogante! —musitó.

Luego se levantó y se acercó de nuevo a la ventana. Se sentía encerrado, quería estar al aire libre, en un bote de carreras o mejor aún en un auto, recorriendo las curvas de la pista a velocidad excesiva, empujando el vehículo y dándose vuelo él, un poco más cada vuelta, para despejarse la cabeza. Con una mirada ausente, enderezó un cuadro y vio caer las gotas de lluvia. Estaba sumido en sus pensamientos y triste por la desgracia de John Chen.

Una gota minúscula cayó, siguió su líquido curso y se desvaneció, para ser remplazada por otra, luego por otra más. El horizonte seguía oscuro y la lluvia seguía siendo persistente.

Su teléfono privado volvió a cobrar vida.

—Dime, Penn...

Una voz extraña preguntó:

—¿El señor Dunross?

—Sí... ¿quién habla? —preguntó atónito, sin poder reconocer la voz del interlocutor ni su acento.

—Me llamo Kirk, Jamie Kirk, señor Dunross. Soy... ehm... un amigo del señor Grant, del señor Alan Medford Grant...

Dunross casi dejó caer el teléfono; Kirk insistió:

—¡Hola... hola! ¿Señor Dunross?

—Sí, sí, por favor prosiga.

Dunross había logrado sobreponerse a la conmoción. AMG era uno de los pocos que conocían el número privado, y sabía que debía usarse sólo en casos urgentes y no darse a nadie, a menos que hubiera una razón muy especial. Dunross preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Vengo... ehm... de Londres... Es decir, de Escocia. Alan me dijo que lo llamara en cuanto llegara a Hong Kong. El... ehm... me dio su número. Espero no serle molesto...

—No, no, en absoluto, señor Kirk.

—Alan me dio un paquete para usted y también quiso que le hablara personalmente. Mi... ehm... esposa y yo estamos en Hong Kong tres días, así que yo... ehm... me preguntaba si podríamos vernos.

—¡Por supuesto! ¿Dónde se hospedan? —preguntó con calma, aunque el corazón quería salírsele.

—En los Nueve Dragones, en Kowloon, cuarto 455.

—¿Cuál fue la última vez que vio a Alan, señor Kirk?

—Cuando salimos de Londres. Eso fue... ehm... hace dos semanas. Sí, dos semanas exactas. Hemos... ehm... hemos estado en Singapur y en Indonesia... ¿por qué?

—¿Sería buena hora después de comer? Lo lamento, pero tengo ocupado hasta las 3:20. A esa hora podría verlo, si le parece oportuno

—Las 3:20 está muy bien.

—Mandaré un auto a buscarlos y...

—¡Oh! No hay... ehm... no hay necesidad de eso. Podemos encontrar la manera de llegar a su oficina.

—No es ninguna molestia. Un auto los buscará a las 2:30. Dunross dejó el auricular y se hundió en sus pensamientos. El reloj marcó las 8:45. Un golpecillo en la puerta. Claudia la abrió: —Sir Luis Basilio, tai-pan.

* * *

Johnjohn, del banco Victoria, daba gritos por teléfono.

—¡Me importa una mierda lo que ustedes, desgraciados en Londres piensen! Estoy diciéndote que aquí tenemos los principios de una fuga de capital y nos huele muy mal... Mucho muy mal. Yo... ¿qué cosa? ¡Habla más fuerte, hombre! Tenemos una conexión asquerosa... ¿Qué dijiste? ¡Me importa un bledo que sea la 1:30 de la mañana...! ¿Dónde demonios andabas, por principio de cuentas? ¡He estado tratando de comunicarme contigo cuatro horas! ¿Qué...?

¿El cumpleaños de quien...? ¡Dios misericordioso...! —arqueó sus canosas cejas y trató de dominarse—. Escúchame: lo que te pido es que lo primero que hagas sea ir al Palacio Municipal y a la Casa de Moneda y les digas... ¡Hola!

¿Hola...? Sí. ¡Diles que esta maldita isla, toda entera, puede quedarse sin dinero y... ¡Hola! ¿Hola...?

¡Oh!, por amor de Dios... —empezó a oprimir y soltar los botones una y otra vez— ¡Hola...!

Colgó el auricular y oprimió el botón del intercomunicador y dijo:

—Señorita Mills, se cortó mi comunicación. Por favor consígamela tan pronto como pueda.

—Con mucho gusto —la misma voz fría, muy inglesa, dijo—: El señor Dunross está aquí.

Johnjohn vio su reloj y palideció. Eran las 9:33.

—¡Santo Dios! Detenga... sí, detenga la llamada. Yo le...

A toda prisa dejó el teléfono, se precipitó a la puerta, se acicaló y la abrió con un gestó de forzada despreocupación.

—Mi querido Ian. Lamento haberte hecho esperar. ¿Cómo andan las cosas?.

—Bien. ¿Tú cómo estás?

—¡De maravilla!

—¿De maravilla? Eso es interesante. Debe de haber unos seiscientos o setecientos clientes impacientes, formados ya afuera, esperando a que abras, y todavía falta media hora... Hay también unos cuantos frente al Blacs.

—Más de unos cuantos... —Johnjohn calló apenas a tiempo—. Pero no hay nada de qué preocuparse, Ian. ¿Quieres café, o vamos directamente a la oficina de Paul?

—A la oficina de Paul.

—Muy bien —Johnjohn señaló el camino sobre la gruesa alfombra del pasillo—. No, no hay el menor problema. Son unos cuantos chinos supersticiosos . . . Tú sabes cómo son ... rumores y todas esas cosas. ¡Qué desgracia lo del incendio! Oí decir que Casey se desnudó y tomó parte en la operación de rescate. ¿Estuviste en la pista esta mañana? ¡La lluvia es grandiosa! ¿Verdad?

La inquietud de Dunross aumentó.

—Sí. He oído decir que hay largas filas casi afuera de todos los

bancos de la Colonia. Con excepción del Banco de China. La risa de Johnjohn sonó hueca.

—¡Nuestros amigos los comunistas no tomarían a la ligera una fuga de capital en ellos, mandarían a los militares!

—¿Así que la fuga sigue su marcha?

—En el Ho-Pak sí. ¿En el nuestro? ¡No! En el peor de los casos, nosotros no hemos rebasado nuestros límites como Richard Kwang. Tengo entendido que él ha hecho préstamos realmente peligrosos.

Temo que el Ching Prosperity tampoco esté en situación mucho mejor. Sin embargo, Smiler Ching merece una paliza después de todos sus juegos de años en empresas de integridad tan dudosa.

—¿Drogas?

—Con toda verdad no podría decirlo, Ian. No en forma oficial. Pero los rumores son fuertes.

—Pero, ¿tú estás seguro de que la fuga no se extenderá hasta ti?

—En realidad no. Si lo hace... Bueno... Con toda seguridad las cosas saldrán bien.

Johnjohn recorrió el pasillo, amplio y de paredes recubiertas. Todo era rico, sólido y seguro. Hizo una seña asintiendo con la cabeza a la secretaria inglesa de cierta edad, pasó frente a ella y abrió la puerta donde se leía: PAUL HAVERGILL, PRESIDENTE DELEGADO. La oficina era grande, con paredes recubiertas de encino. El escritorio era muy amplio y sin papeles encima. Las ventanas daban a la plaza.

—Ian, mi querido amigo —Havergill se puso de pie y le tendió la mano—. Lamento no haber podido verte ayer, y la fiesta de anoche era el lugar menos indicado para hablar de negocios, ¿eh? ¿Cómo te sientes?

—Bien. Según creo. Hasta este momento. ¿Y tú?

—Con un poco de diarrea, pero gracias a Dios Constance está bien. En cuanto llegamos a casa, yo receté para los dos una buena dosis del viejo remedio del Doctor Cólico. Fue un elixir inventado durante la guerra de Crimea por un doctor Cólico para curar trastornos estomacales, cuando decenas de millares de soldados británicos morían de tifoidea, cólera y disentería. La fórmula se conservaba como un secreto.

—¡Es una cosa maravillosa! El doctor Tooley nos dio también a nosotros.

—¡Maldita suerte la de los demás! ¿No crees? Mira... ¡La esposa de Toxe!

Johnjohn comentó en tono sombrío:

He oído decir que encontraron su cuerpo sepultado bajo algunos escombros. Si yo no hubiera tenido un billete rosa, Mary y yo habríamos estado también allí.

Un billete rosa significaba que un hombre tenía permiso de su mujer para salir de paseo en la noche sin ella, a jugar cartas con los amigos, o al club, o a la ciudad, en compañía de visitantes, o adonde fuera, pero siempre con su benévola autorización.

—¡Oh! —exclamó Havergill, sonriendo—. Y... ¿quién fue la dama afortunada?

—Estuve jugando al bridge con McBride en el club.

Havergill rió de buena gana y comentó.

—Bueno, la discreción es la mejor parte del valor, y en este banco tenemos fama de tomarla siempre en cuenta.

Dunross sintió la tensión entre los dos hombres dentro del recinto de la oficina. Sonrió en un gesto de cortesía y se limitó a esperar.

—¿En qué puedo servirte, Ian? —preguntó Havergill.

—Quiero solicitar un crédito adicional de 100 millones durante treinta días.

Se produjo un silencio sepulcral. Los dos banqueros se quedaron viéndolo. Dunross creyó ver el débil esbozo de una sonrisa fugaz en el fondo de los ojos de Havergill.

—¡Imposible! —oyó que le decía.

—Gornt está lanzando un ataque contra nosotros. Eso lo ve cualquiera. Ustedes dos saben que tenemos solidez, seguridad y buena posición. Yo necesito su apoyo abierto y masivo, para que él no se atreva a seguir adelante y mi necesidad del dinero no sea real. Pero necesito el compromiso ahora mismo.

Otro silencio. Johnjohn esperó y observó. Havergill encendió un cigarrillo.

—¿Cuál es la situación del convenio con Par-Con, Ian?

Dunross les explicó y concluyó:

—Firmaremos el martes.

—¿Puedes confiar en el norteamericano?

—Hemos hecho un pacto.

Otro silencio. Con cierta incomodidad, Johnjohn lo rompió: —Es un convenio muy bueno, Ian.

—Sí. Con el apoyo abierto de ustedes, Gornt y Blacs cejarán en el ataque.

—Pero, ¿cien millones? —opuso Havergill—. Estará por encima de nuestras posibilidades...

—Te he dicho que no necesitaré toda la cantidad.

—Esa es una conjetura, mi querido amigo. Podríamos vernos involucrados en un juego de poder muy fuerte, contra nuestra voluntad. He oído rumores de que Quillan cuenta con apoyo extranjero, que tiene financiamiento alemán. No podríamos arriesgarnos a entablar una lucha con un consorcio de bancos germánicos. Tú estás ya por encima del límite de tu crédito rotativo. Además, están pendientes las 500,000 acciones que compraste hoy y que habrá que pagar el lunes. Lo siento. No.

—Preséntaselo a la junta directiva —Dunross sabía que contaba con votos suficientes para vencer la oposición de Havergill. Otro silencio.

—Muy bien. Lo haré con toda seguridad... en la próxima reunión.

—No. Para esa reunión faltan tres semanas. Hazme el favor de convocar a una reunión de emergencia.

—Lo siento, pero no.

—¿Por qué?

—No tengo que explicarte mis razones, Ian—respondió Havergill en tono cortante—. Struan no es dueño de esta institución ni tiene el control de ella, aunque tenga intereses muy fuertes aquí, como nosotros los tenemos con ustedes, y aunque Struan sea cliente nuestro muy valioso. Con mucho gusto lo propondré en la siguiente reunión de la junta directiva. Convocar a reuniones de emergencia depende de mí. Exclusivamente.

—Estoy de acuerdo. También depende de ti otorgar el crédito. No tienes necesidad de reunión.

Podrías hacerlo ahora mismo.

—Presentaré tu solicitud a la siguiente asamblea, con mucho gusto. ¿Había alguna otra cosa?

Dunross controló el ímpetu que sentía de acabar con la ridícula pulcritud de la cara de su enemigo, y apremió:.

—Necesito el crédito para apoyar mis acciones. Ahora mismo.

—Claro, y Bruce y yo entendemos muy bien que el pago inicial de Par-Con te proporcionará el financiamiento necesario para completar tus negocios de barcos y hacer un pago parcial a Orlin —lanzó una bocanada de humo—... A propósito, tengo entendido que Orlin no renovará... Tendrás que pagarles todo en treinta días, de acuerdo con el contrato.

Dunross se enfureció.

—¿Dónde oíste eso?

—Me lo dijo el presidente, por supuesto. Lo llamé anoche para preguntarle si...

—¿Hiciste qué...?

—Lo llamé... ¡Claro, viejo amigo! —explicó Havergill, disfrutando ya de la conmoción de su interlocutor y de Johnjohn—. Tenemos todo el derecho de averiguar. Después de todo, somos los banqueros de Struan y necesitamos saber. Va de por medio nuestro propio derecho activo, si estás en peligro de derrumbarte, ¿no es cierto?

—¿Y tú contribuirás a que eso suceda...?

Havergill aplastó el cigarrillo con enorme regocijo.

—No es en beneficio nuestro que ninguna gran compañía de la Colonia se venga abajo, mucho menos la Casa Noble. ¡Por amor de Dios, no! Eso no debe preocuparte. En el momento oportuno intervendremos y compraremos tus acciones. Nunca permitiríamos que se derrumbara la Casa Noble.

—Y, ¿cuál es el momento oportuno?

—Cuando las acciones estén al precio que nos parezca correcto.

—¿Cuál es ese precio?

—Tendría que considerarlo bien, Ian.

Dunross sabía que estaba derrotado; pero no lo manifestaría por ningún concepto.

—Quieres decir que permitirás que los títulos bajen hasta llegar a un precio de ganga y luego comprarás el control de la compañía.

—Struan es ahora una compañía pública, cualquiera que sea la forma en que las diversas compañías estén relacionadas entre sí —opuso Havergill—. Tal vez habría sido prudente seguir el consejo de Alastair y mío... Nosotros te señalamos los riesgos que corrías como compañía pública. Además, tal vez debiste consultarnos antes de

comprar esa cantidad masiva de acciones. A todas luces, Quillan piensa que te tiene en sus manos, y la verdad es que tú has rebasado un poco tus límites, viejo amigo.

En fin, no temas, Ian. No permitiremos que la Casa Noble se derrumbe.

Dunross rió de buena gana. Luego se puso de pie.

—La Colonia será un lugar mucho mejor cuando te vayas.

—¿Ah, sí? —protestó luego Havergill—. Mi cargo expira el 23 de noviembre. ¡Es posible que tú dejes la Colonia antes que yo!

—¿No crees...? —empezó a sugerir Johnjohn.

Se sintió aterrado ante el furor de Havergill, pero se detuvo cuando el presidente delegado se volvió contra él.

—Tu cargo empieza el 24 de noviembre, con tal que la asamblea general confirme el nombramiento.

Hasta esa fecha, el que gobierna el Victoria soy yo.

Dunross volvió a reír y dijo retador.

—No estés tan seguro de eso —y salió de la oficina.

Indignado, Johnjohn rompió el silencio.

—¡Te sería muy fácil convocar a una asamblea de emergencia! ¡Podrías con toda facilidad...!

—¡El asunto está concluido! ¿Lo entiendes? ¡Concluido! —presa de la rabia, Havergill encendió otro cigarrillo—. ¡Tenemos problemas propios que tienen que resolverse primero! Pero si este desgraciado sale airoso de este aprieto, yo seré el más sorprendido de todos. Está en una posición peligrosa, muy peligrosa. No sabemos nada de este maldito norteamericano y su amiguita. En cambio sí sabemos que Ian es recalcitrante, arrogante y que está fuera de sí. Ese hombre no es el indicado para el cargo que tiene.

—¡Ese no es el...!

—¡Somos una institución lucrativa, no de beneficencia, y los Dunross y los Struan han tenido demasiado que decir en nuestros asuntos durante demasiados años! Si logramos el control, *nosotros* nos convertiremos en la Casa Noble de Asia... ¡nosotros! Recuperaremos el bloque de nuestras acciones que están en su poder, podremos despedir a todos los directores y poner una nueva administración en el acto. Duplicaremos nuestro dinero, y yo le dejaré al banco un legado que le durará para siempre. ¡Esa es la razón por la que estamos aquí: para hacer dinero para *nuestro* banco

y para *nuestros* accionistas! Siempre he considerado a tu amigo Dunross un riesgo muy peligroso, y esta vez voy a ponerlo contra la pared. ¡Y si puedo ayudar a que lo cuelguen, lo haré!

* * *

El doctor contaba las pulsaciones de Fleur Marlowe con su viejo reloj de oro de bolsillo. Ciento tres.

Demasiadas —pensó con tristeza—. La muñeca de la señora era delicada. La dejó sobre las mantas de la cama. Sus sensibles dedos percibieron la fiebre. Peter Marlowe salió del pequeño baño de su apartamento.

—¿No está bien, eh? —preguntó Tooley con voz ronca.

La sonrisa de Peter Marlowe era de agotamiento.

—En realidad es sólo cosa tediosa. Cólicos y evacuaciones raquíticas, apenas con un poco de líquido —observó a su esposa y le preguntó—. ¿Tú como te sientes, cariño?

—Muy bien —contestó—. Muy bien, Peter. Gracias.

El doctor estiró la mano, tomó su viejo maletín y guardó el estetoscopio.

—¿Había... ehm... había algo de sangre en las evacuaciones, señor Marlowe?

El aludido sacudió la cabeza negativamente y se sentó cansado. Ni él ni su esposa habían dormido gran cosa. Los cólicos les habían empezado a las cuatro de la mañana y habían continuado con intensidad siempre mayor.

—No —contestó—. Por lo menos hasta ahora no hay sangre. Se siente más bien como un brote ordinario de disentería: cólicos, muchos ruidos y poco que eliminar.

—¿Dijo disentería ordinaria? ¿La ha tenido alguna vez? ¿Cuándo? ¿Qué clase de disentería?

—Creo que era intestinal. Yo... yo fui prisionero de guerra en Changi en el '45... en realidad, del '42 al '45. Una parte en Java, pero sobre todo en Changi.

—¡Oh, oh! Le entiendo. Cuánto lo siento.

El doctor Tooley recordaba todas las historias de horror que habían salido de Asia después de la guerra, en cuanto al trato recibido por las tropas británicas y norteamericanas, de parte del

ejército japonés. Luego prosiguió:

—Siempre me sentí traicionado de una manera curiosa —reflexionó con tristeza—. Los japoneses habían sido en todo momento aliados nuestros... Ellos son una nación isleña, nosotros también. Buenos combatientes. Fui doctor con los Chindits. Entré dos veces con Wingate.

Wingate había sido un general británico excéntrico, que había ideado un plan de batalla por completo heterodoxo, para enviar columnas muy fáciles de movilizar, de soldados merodeadores británicos con el nombre clave de Chindits, de la India a las selvas birmanas, lejos de las líneas japonesas, pero atrás de ellas. El envío de esa clase de tropas se hacía a base de paracaídas.

—Yo tuve suerte. Toda la operación Chindit fue más bien azarosa —siguió explicando el doctor—, porque los malditos aviones no se enteraban de nuestras incursiones.

Mientras hablaba, seguía observando a Fleur, ponderando los síntomas y aplicándole su experiencia médica para diagnosticar luego la enfermedad y poder aislar al enemigo, entre un millar de posibilidades, e impedirle que hiciera daño al feto.

—Conocí a un par de sus colegas en Changi —el periodista hurgaba en su memoria—... Debe de haber sido en el '43 o el '44. No puedo recordar con exactitud. Tampoco recuerdo los nombres. Fueron enviados allá después de su captura.

—Eso tuvo que ser en el '43 —la actitud del doctor era sombría—. Una columna entera cayó prisionera. Le pusieron una emboscada muy al principio. Esas selvas son increíbles, si usted nunca ha estado en ellas. Nosotros no sabíamos qué diantres hacíamos en la mayoría de los casos. Temo que no hayan sido muchos los muchachos que llegaron vivos a Changi.

El doctor Tooley era un hombre mayor, distinguido, con una gran nariz, pelo escaso y manos cálidas.

Sonrió a Fleur y comentó:

—Así que, jovencita, usted tiene una ligera fieb...

—¡Oh...! Perdón, doctor —lo interrumpió ella de repente, poniéndose pálida—. Yo... creo que...

Se levantó de la cama y corrió con pena y molestia al baño, cerrando la puerta después de entrar. En la parte trasera de su camisón había una manchita de sangre.

—¿Cómo la encuentra, doctor? —preguntó Peter afligido.

—La temperatura es de 39.2 centígrados y las palpitaciones están aceleradas. Podría ser simple gastroenteritis… —el doctor miró a su interlocutor.

—¿Podría ser hepatitis?

—No. No tan pronto. El periodo de incubación de esa enfermedad es de seis semanas a dos meses.

Temo que ese fantasma cuelga sobre la cabeza de todos. Lo lamento.

Una ráfaga de lluvia azotó las ventanas. La contempló y frunció el ceño, al recordar que no había hablado a Dunross y a los norteamericanos del peligro de hepatitis. Tal vez sea mejor esperar, observar y tener paciencia. El hado —pensó.

—Dos meses, para mayor seguridad. Pero ustedes dos han recibido todas las inyecciones pertinentes, así que no debe haber peligro de tifoidea.

—¿Qué me dice del bebé?

—Si los cólicos empeoran, podría abortar, señor Marlowe —la voz del médico era suave—. Me apena decírselo, pero es mejor saberlo. De un modo o de otro, no será fácil para ella… ¡Sólo Dios sabe qué virus y bacterias pueda haber en Aberdeen! Ese lugar es una cloaca pública, y lo ha sido durante un siglo. Es repugnante, pero no podemos hacer nada al respecto —se hurgó en los bolsillos, en busca del recetario—. No puede cambiar a los chinos, ni las costumbres de siglos. Yo lo deploro.

—El hado —comentó a su vez Peter Marlowe, sintiéndose miserable—. ¿Cree qué se enfermen todos? Hemos de haber sido entre cuarenta o cincuenta los que anduvimos agitándonos en el agua…

Es imposible no beber algo de esa inmundicia.

El doctor titubeó. Luego repuso:

—De los cincuenta, tal vez unos cinco se enfermen de gravedad, otros cinco no tendrán nada, y el resto estará entre esos dos extremos. El *yan* de Hong Kong, es decir los nativos de aquí, deben verse menos afectados que los visitantes. Pero, como usted dice, gran parte de eso es hado —encontró el recetario—. Voy a darle una receta para un antibiótico intestinal de invención reciente, pero sigan tomando el famoso remedio del doctor Cólico: ése se

encargará de asentarles el estómago. Obsérvela con mucho cuidado. ¿Tiene termómetro?

—¡Oh, sí, con...! —un espasmo sacudió a Peter Marlowe y luego desapareció—. Cuando se viaja con chicos hay que tener siempre a mano un estuche de supervivencia.

Los dos hombres trataban de no mirar hacia la puerta del baño. Alcanzaban a oír a medias a Fleur, con los altibajos del dolor.

—¿De qué edad son sus hijos?

Al hacer esa pregunta el doctor Tooley procuró que su voz sonara despreocupada, mientras escribía la receta. Al entrar en la suite de los Marlowe, había notado el alegre desorden de la minúscula habitación quedaba a la pequeña y desaliñada sala, y que apenas era suficiente para la litera doble, mientras los juguetes aparecían esparcidos por todos lados. Después de hacer la pregunta, el doctor completó:

—Los míos ya son gente mayor. Tengo tres hijas.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Las nuestras tienen cuatro y ocho años respectivamente, las dos son niñas.

—¿Tiene alguna *aman*?

—¡Oh, sí! A pesar de toda la lluvia de esta mañana, las llevó a la escuela. Atraviesan la bahía y toman un *bo-pi*.

De lo que Peter Marlowe hablaba era de un taxi sin matrícula autorizada, que era bástante ilegal pero usado por la mayoría de cuando en cuando. A eso daban el nombre de *bo-pi*.

—La escuela está frente a Garden Road —siguió explicando—. La mayoría de los días insisten en ir a pie. Están muy seguras.

—i Oh, sí! Desde luego.

Los oídos de los dos hombres estaban en ese momento sintonizados con los sufrimientos de Fleur.

Cada nuevo ímpetu doloroso de ella parecía atravesarlos de la cabeza a los pies.

—Bueno, no se preocupe —dijo el doctor vacilante—. Haré que le manden aquí las medicinas. En el hotel hay una farmacia. Les diré que lo incluyan en su cuenta. Regresaré esta tarde a las seis, o tan cerca de las seis como me sea posible. Si surge algún problema... —ofreció con gentileza una hoja del recetario en blanco —, aquí está mi número telefónico. No dude en llamarme, ¿de acuerdo?

—Gracias, doctor. Ahora, en cuanto a sus honorarios...

—No hay que preocuparse por eso, señor Marlowe. La prioridad máxima en este negocio es su buena salud —toda la atención del doctor estaba concentrada en aquella puerta; tenía temor de marcharse— ¿Fue miembro del ejército? —preguntó con aparente interés.

—No. Estuve en la fuerza aérea.

—¡Ah! Mi hermano fue uno de "los Pocos". Lo derribaron en... No terminó la frase. A través de la puerta del baño se oyó la voz temblorosa de Fleur Marlowe:

—Doctor... po... podría... por favor...

El aludido se acercó a la puerta y preguntó: —¿Sí, señora? ¿Se siente mal?

—Podría... por favor...

Abrió la puerta y entró al baño.

La pestilencia en el pequeño recinto era fuerte, pero él no puso atención.

—Es... esto... —otro espasmo la hizo retorcerse.

—A ver... no se preocupe —le dijo, tratando de calmarla.

Haciendo uso de sus conocimientos y su experiencia, le puso una mano en la espalda y otra en el estómago, dándole con suavidad el masaje adecuado.

—Así, así... eso es... Afloje la tensión. Yo no la dejaré caer —sentía las contracciones intestinales bajo la yema de los dedos y quería transmitirle su calor y su fuerza—. Usted tiene más o menos la edad de una de mis hijas, de la menor. Tengo tres, la mayor con dos hijos... Así, así, afloje la tensión, piense que el dolor va cediendo. No tardará en sentirse a gusto con una grata sensación tibia en el estómago...

Unos momentos más y los cólicos habían pasado. —Yo... ¡Oh Dios mío! ¡Perdón...!

La joven mujer buscó a tientas el papel higiénico, pero otro cólico se lo impidió, luego uno más. Para el médico resultaba sumamente molesta aquella posición en el diminuto cuarto, pero siguió atendiéndola y sosteniéndola lo mejor que podía con sus manos fuertes. Sintió un agudo dolor en la espalda.

—Ya estoy... estoy bien... —dijo Fleur—. ¡Gracias!

El doctor sabía que no era exacto. Estaba empapada en sudor.

Con una esponja mojada le enjugó la cara y luego se la secó. Después le ayudó a ponerse de pie, sosteniéndola casi en peso y siempre con mucha finura. Acabó de asearla. Tanto en el papel como en el excusado había señas de mucosidad sanguinolenta, pero no de hemorragia. Eso hizo que el doctor lanzara un suspiro de alivio y comentara:

—Usted va a ponerse bien. A ver, sujétese aquí —le guió las manos hasta apoyarselas en el lavabo— ...No tenga miedo.

A toda prisa dobló a lo largo una toalla seca y le envolvió con ella el estómago, sujetando las puntas debajo de la toalla misma para que no cayera.

—Esto es lo mejor para un estómago desconsolado. Sí, es lo mejor que hay. Le presta apoyo y le conserva la temperatura. Mi abuelo también fue médico, en el ejército hindú, y juraba que éste era el mejor remedio —observó a Fleur con atención y comentó—. Usted es una jovencita valiente. Se va a aliviar pronto. ¿Está lista?

—Sí, doctor... qué... pena me da...

El doctor abrió la puerta. Peter Marlowe se acercó a ayudar. Entre los dos la llevaron a la cama. Se tendió sobre ella exhausta, con un mechón de cabellos húmedos sobre la frente. El doctor Tooley se apartó a un lado y la miró pensativo:

—Creo, muchachita que debemos ingresarla en un sanatorio un par de días.

—¡Oh, pero.. pero...!

—No hay por qué preocuparse, pero es mejor que demos al futuro bebé las mejores oportunidades, ¿no cree? Además tiene aquí otras dos pequeñas a quienes cuidar. Dos días de descanso completo serán suficientes.

La ronca voz del médico los conmovió, tranquilizándolos. Luego añadió:

—Yo haré los arreglos necesarios y regresaré en un cuarto de hora —por debajo de sus pobladas cejas miró de soslayo a Peter y le dijo—. El sanatorio está en Kowloon; eso nos ahorra cualquier viaje largo a la isla. Muchos de nosotros lo usamos. Es bueno, limpio y con el equipo médico necesario para cualquier emergencia. Sería bueno que le preparara una pequeña maleta con todo lo que pueda hacerle falta —anotó la dirección y el teléfono y se los entregó—. Así que, mi joven señora, estaré de regreso en unos minutos. Será lo

mejor, porque así no tendrá que preocuparse por las niñas. Sé lo que pueden significar cuando uno está enfermo —sonrió a los dos esposos—. No se preocupe por nada, señor Marlowe, ¿de acuerdo? Hablaré con el guardián de la casa y le pediré que ayude a que todo marche bien aquí. Tampoco se preocupe por el dinero —sus grandes ojeras se acentuaron más aún—. Aquí en Hong Kong nos gusta ser filántropos con nuestros huéspedes jóvenes.

El doctor salió. Peter Marlowe se sentó sobre el borde de la cama. Se sentía desconsolado.

—Espero que las niñas hayan llegado a la escuela sin tropiezo —comentó ella.

—Sí, no cabe duda. Ah Sop es magnífica.

—¿Cómo estarás tú aquí?

—Para mí es fácil. Seré como la Vieja Madre Hubbard. Es cuestión sólo de un día o dos.

Fleur se movía con dificultad, apoyada en una mano. Pudo contemplar la lluvia y, detrás de ella, la mole gris del hotel, al otro lado de la angosta calle. Fleur la detestaba, porque le quitaba la vista del firmamento.

—Espero... espero que no vaya a costamos mucho dinero... —comentó ella, con voz muy débil.

—No te preocupes por eso, Fleur. No será problema. Pagará todo la asociación de escritores.

—¿Crees que lo hará, Peter? Apuesto a que no, Peter. No lo harán a tiempo. ¡Qué desgracia!

Estamos... estamos ya tan restringidos en nuestro presupuesto...

—Siempre puedo pedir dinero adelantado del cheque para gastos menores del año entrante. Don...

—¡Oh, no! ¡No vamos a hacer eso, Peter! No debemos hacerlo. Recuerda que fue lo que decidimos. De otra... de otra manera volverás a quedar atra... atrapado.

—Algo nos llegará —rebatió él con confianza—. El mes entrante trae un viernes trece y esa fecha siempre ha sido de buen augurio para nosotros.

Su novela se había publicado un día trece y había entrado en la lista de best-sellers también un día trece. Cuando él y su esposa habían estado sin recursos económicos, había sido otro día trece cuando él había firmado un convenio en calidad de argumentista

cinematográfico, que les había resultado magnífico y los había sacado del apuro. Su primer nombramiento como director se lo habían confirmado también en día trece. Y el mes de abril último, un viernes trece, Uno de los estudios de Hollywood había comprado los derechos de su novela para hacer película, por 157,000 dólares. El agente había cobrado el 10 por ciento, y luego Peter había distribuido el resto entre cinco años, que iría cobrando por adelantado. ¡Cinco años de ingresos familiares para gastar al capricho! Un total de 25,000 dólares anuales cada mes de enero. Administrado con tino, era suficiente para pagar escuela, gastos médicos, hipoteca, automóvil y todo lo demás ... ¡Cinco años gloriosos libres de las preocupaciones diarias! Y libres para rechazar un empleo de director-argumentista, para poder en cambio ir a Hong Kong durante un año, sin pagos cubiertos, pero libre para hacer indagaciones para su segundo libro. ¡Santo Dios! —pensó Peter Marlowe, sintiendo que de pronto se le helaba la sangre en las venas—. Entonces, ¿qué demonios ando buscando? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¡Oh, Dios mío! —dijo en tono miserable—. Si no hubiera insistido en que fuéramos a esa fiesta, esto no habría sucedido jamás.

—El hado —repuso ella, sonriendo débilmente—. Es el hado, Peter. Recuerda lo que tú... lo que tú estás diciéndome siempre. Es el hado, nada más que el hado, Peter. ¡Oh, Dios! ¡Qué mal me siento...!

42
10:01 a.m.

Orlanda Ramos abrió la puerta de su apartamento y puso su enlodada sombrilla en un portaparaguas.

—Pasa, Linc —dijo en tono radiante— *«Minha casa é vossa casa»*: Mi casa es tu casa.

Linc sonrió. —¿Estás segura?

Ella rió y dijo en tono juguetón:

—¡Ah! Eso es lo que hay que ver. Se trata sólo de una vieja costumbre portuguesa… ofrecer la propia casa.

Ella empezó a quitarse un impermeable reluciente. En el pasillo del edificio, Linc hacía lo mismo con otro empapado y ya muy usado.

—A ver… permíteme colgarlo —dijo ella—… ¡No! No te preocupes por el agua que escurra. Mi *amah* se encargará de secarla. Pasa, entra.

Linc notó luego lo limpio y pulcro que era la sala de entrada. Muy femenina, de muy buen gusto y acogedora. Orlanda cerró la puerta y colgó de una percha el impermeable de Linc. Se acercó a las ventanas francesas que daban a un pequeño balcón. El apartamento estaba en el octavo piso de Rose Court, en Koteall Road.

—¿La lluvia es siempre tan intensa? —preguntó él.

—En un tifón auténtico es mucho peor. Puede llegar a doce o dieciocho pulgadas en un solo día.

Luego se producen los deslizamientos del terreno fangoso y desaparecen regiones enteras.

Linc miraba hacia abajo, a través del temporal. La mayor parte del panorama quedaba cubierto por edificios altos, construidos como sobre un listón, al lado de los caminos zigzagueantes, cortados sobre la ladera de la montaña. De cuando en cuando podía ver destellos de la zona Central y de la línea de la playa más abajo.

—Esto es como ir en aeroplano, Orlanda. En una noche tibia y placentera esto debe ser maravilloso.

—Sí. Lo es. A mí me encanta. Desde aquí puedes ver a todo Kowloon. Antes que construyeran Sinclair Towers (una calle hacia allá, en línea recta), nosotros teníamos aquí la mejor vista de Hong Kong. ¿Sabías que Struan es dueño de Sinclair Towers? Creo que Ian Dunross ayudó a que se construyera para molestar a Quillan, porque éste tiene aquí el apartamento del penthouse... al menos lo tenía.

—¿Le quitó vista?

—Se la arruinó.

—Es un ataque costoso.

—No. Los dos conjuntos de edificios resultan muy favorables. Quillan me dijo que en Hong Kong todo se amortiza en tres años. Todo. Bienes raíces es lo que hay que tener aquí. Tú podrías hacer... —

interrumpió la frase para reírse— ¡mejor dicho; incrementar tu fortuna si quisieras!

—Si me quedara, ¿dónde debería vivir?

—Aquí, en Mid Leveis. En partes más elevadas de la Cumbre tienes siempre mucha humedad, los muros sudan y todo se enmohece.

Se quitó la pañoleta de la cabeza y sacudió la cabellera que le cayó con libertad sobre los hombros.

Luego se sentó sobre el brazo de un sillón, a espaldas de Linc, en actitud de paciente espera.

—¿Cuánto tiempo has estado tú aquí? —preguntó él.

—Cinco años, casi seis... desde que se construyó el edificio.

Linc se dio la vuelta y se recargó en la ventana.

—Esto es magnífico... ¡Y tú también!

—Gracias, gentil señor. ¿Puedo ofrecerle café?

—Si me haces el favor —se pasó los dedos entre el cabello, mientras contemplaba un cuadro al óleo—. ¿Es éste un Quance?

—Sí, eso es. Me lo regaló Quillan. ¿Café express?

—Sí. Negro, por favor. Me gustaría saber más de pintura... —estaba a punto de añadir que Casey era una conocedora, pero se detuvo y vio a Orlanda abrir una de las puertas; la cocina era grande, moderna y bien provista—. ¡Eso parece una cocina sacada de la revista *House and Garden*.

—Todo fue idea de Quillan. Le encanta la buena comida y le

gusta mucho cocinar. El diseñó todo. El resto… es de mi cosecha, aunque él me enseñó a distinguir lo bueno.

—¿Sientes haber roto tu relación con él?

—Sí y no. Es cuestión de hado, el karma. El… fue el hado. Había llegado la hora —su actitud taciturna hizo que Linc se sintiera conmovido—. Jamás habría durado esa relación. Imposible; No en este lugar.

El pudo observar una sombra de tristeza que se insinuaba en la chica por un momento. Pero ella se la sacudió y se afanó en preparar el café. Todos los armarios estaban ordenados.

—Quillan era un fanático de la pulcritud. Gracias a Dios me la inculcó mucho. Mi *amah*. Ah Fat, me vuelve loca.

—¿Vive aquí?

—Sí, sí, claro. Ahora anda de compras… Su habitación está al final del pasillo. Pásate por el apartamento si quieres. No tardaré más de un minuto.

Lleno de curiosidad, vagó por el apartamento. Un comedor de buen tamaño con una mesa redonda para ocho personas. La habitación de Orlanda estaba decorada en- colores blanco y rosa, de aspecto ágil y fresco. Unas cortinas color rosa pálido colgaban del techo y caían alrededor de la enorme cama, haciendo las veces del baldaquino. Un hermoso arreglo floral completaba la decoración. Había un moderno baño, recubierto de azulejo y perfecto por todos conceptos, con toallas que hacían juego por el color y el diseño. En fin, una segunda habitación con .libros, teléfono, consola de alta fidelidad y una cama más pequeña; todo muy pulcro y de buen gusto.

Casey no la iguala —se dijo, recordando el fácil y despreocupado desaliño de su pequeña casa en Los Ángeles, con ladrillo rojo, montones de libros por todas partes, asador, teléfonos, duplicadores y máquinas eléctricas de escribir. Molesto por esta idea y por la forma en que automáticamente tendía a compararlas, volvió a la cocina, sin asomarse al cuarto de la *amah.* Su andar era silencioso. Orlanda estaba ocupada en preparar el café y no se dio cuenta de que estaba observándola. A Bartlett le gustaba contemplarla.

Aquella mañana él la había llamado temprano, muy preocupado. La había despertado para recordarle que viera a un doctor, como

medida de precaución. En la confusión de la noche anterior, para la hora en que él, Casey y Dunross habían logrado poner pie en tierra firme, Orlanda se había marchado ya a casa.

—¡Oh, gracias Linc, qué amable eres al hablarme! No. Yo estoy muy bien —había contestado con alegre precipitación—. .. Por lo menos hasta este momento. ¿Ustedes están bien? ¿Cómo está Casey?

—¡Oh! No tengo con qué agradecerles lo que hicieron por mí anoche. Yo estaba aterrada… Casey y tú me salvaron la vida…

Habían charlado alegremente por teléfono y ella había prometido ver al médico a pesar de todo.

Luego él le había preguntado si quería desayunar en su compañía. En el acto había dicho que sí y había pasado al lado de Hong Kong, disfrutando del aguacero. La temperatura era agradable. Habían desayunado en el piso superior del Mandarín: huevos Benedict, pan tostado y café. La sensación que experimentaban era magnífica. Orlanda hacía derroche de vitalidad y de agradecimiento a él y a Casey:

—Pensé que había llegado la hora de morir para mí. Sabía que me ahogaría, Linc, pero estaba demasiado aterrada para gritar. Si no lo hubiese hecho con tanta rapidez, yo nunca… En el momento en que me vi bajo el agua, la querida Casey estaba allí, yo estaba viva de nuevo y a salvo antes de poder siquiera darme cuenta…

Para Linc había sido el mejor desayuno de su Vida. Ella lo había atendido, eran pequeños detalles como pasarle el pan tostado, servirle el café sin que tuviera que pedirlo, recogerle la servilleta cuando se le había caído; saber hacer el papel de invitada y de anfitriona al mismo tiempo, siempre con seguridad y con su toque femenino, y haciéndolo sentirse masculino y fuerte. En determinado momento, había extendido el brazo, poniendo la mano sobre el antebrazo de Linc, dejándolo ver aquéllos dedos largos y finos, con uñas exquisitamente cuidadas. La sensación de aquel tacto estaba todavía presente en el ánimo de Bartlett. Después él la había acompañado a casa, propiciando una invitación para entrar a su apartamento. Ahora se encontraba ya ahí, observando cómo se concentraba en lo que hacía en la cocina, con su falda de seda y sus botas para la lluvia, estilo ruso y aquella amplia blusa ceñida en la cintura fina y esbelta. El dejaba que sus ojos se pasearan a gusto por

todo el bello cuerpo de la chica.

¡Dios santo! —pensó—. Será mejor que tenga cuidado.

—¡Ah! No te había visto, Linc. ¡Para un hombre de tu estatura, caminas con mucho sigilo!

—Lo siento.

—¿No lo sientas! —el silbido del vapor iba en aumento, las gotas oscuras empezaron a llenar las tazas—.

—¿Unas gotas de limón?

—Gracias. ¿Tú?

—No. Yo prefiero café cápuccino.

Calentó la leche. Los ruidos eran agradables y el aroma del café exquisito. Llevó la bandeja con todo su contenido al antecomedor. Cucharillas de plata y vajilla de porcelana. Ambos eran conscientes de las corrientes emocionales que circulaban en aquel recinto, pero pretendían ignorarlas.

Bartlett empezó a paladear el café.

—¡Está maravilloso, Orlanda! El mejor que he tomado en mi vida. Pero es diferente.

—Es ese ligero toque de chocolate.

—¿Te gusta cocinar?

—¡Oh, sí! Mucho. Quillan dijo que era una buena discípula. Me encanta ser ama de casa y organizar fiestas, y Quillan siempre... —un leve gesto se le dibujó en el rostro, y miró a Bartlett de frente—. Parece que siempre estoy hablando de él. Lo lamento, pero todavía me resulta... automático. Fue el primer hombre de mi vida... el único... Por eso es una parte indeleble de mí misma.

—No tienes que darme explicaciones, Orlanda. Yo ent...

—Lo sé, pero quiero decírtelo. No tengo verdaderos amigos. Nunca he hablado de él con nadie, nunca quise hacerlo,: pero por algún motivo... de alguna manera... en fin, me agrada estar contigo y... —una amplia sonrisa repentina le modificó la expresión—. ¡Claro, lo había olvidado! |Yo ahora soy responsabilidad tuya! —rió, y aplaudió con sus finas manos diminutas.

—¿Qué quieres decir?

—Según la costumbre china, tú te atravesaste en el camino del hado o de mi destino. ¡Oh, sí! Interviniste en el camino de los dioses. *Tú* me salvaste la vida, porque sin ti yo habría muerto de manera irremisible, y eso estaba en mano de los dioses. Pero como

tú te interpusiste, te echaste encima *su* responsabilidad, *así* que de ahora,en adelante, ¡tendrás que velar por mí para siempre! ¡Esa es la buena y sabia costumbre china!

Los ojos de la chica bailaban de júbilo, y Bartlett nunca había visto un blanco tan blanco o una pupila de color café oscuro tan límpida, ni un rostro tan encantador.

—¡Para siempre! —repitió gozosa.

—¡Aceptado! —coreó él, riendo con ella; el júbilo de Orlanda lo había envuelto por completo.

—¡Oh, bueno! —rectificó, adoptando una actitud algo sería y poniéndole la mano sobre el brazo—. Era sólo un juego, Linc. Tú eres tan caballero... Y no estoy acostumbrada a tanta galantería. Con toda formalidad te libero.... mi mitad china te libera de la obligación.

—Tal vez yo no quiero ser liberado.

Inmediatamente vio que los ojos de la chica se abrían con regocijo. Bartlett sentía una opresión en el pecho y el corazón le palpitaba con energía. El perfume de Orlanda lo excitaba. De modo inesperado, la fuerza que se había creado entre ellos se abrió paso. La mano de Bartlett se alargó hasta tocarle el cabello, ese cabello tan sedoso, tan fino y sensual. El primer toque, caricias. Un ligero estremecimiento de ella y pronto estaban ya besándose. El sintió sus labios suaves y en el acto acogedores, con una ligera humedad, sin lápiz labial, con un sabor tan limpio y agradable...

La pasión de ambos fue en aumentó. La mano de Linc bajó hasta los senos de la muchacha, y pudo percibir su calor a través de la seda. Ella volvió a estremecerse y en un movimiento débil intentó retroceder, pero él la sujetó con firmeza; el corazón parecía querer salirsele a Bartlett mientras seguía acariciándola. Después las manos de la chica se apoyaron en el pecho de él y se mantuvieron así, tocándolo primero con suavidad, luego con fuerza. Orlanda despegó los labios, pero se mantuvo cerca de él, controlando la respiración. A ella también el corazón le latía con fuerza, tan intoxicado como el de él. —Linc... tú...

—Eres tan deliciosa... —dijo con suavidad, manteniéndola cerca de él. Se inclinó para besarla de nuevo pero ella esquivó el beso. —Espera, Linc. Primero...

El le besó el cuello y trató de nuevo. Sentía el deseo de ella.

—Linc, espera... primero...

—¡Primero beso; después espera...!

La chica rió. La tensión se aligeró. El se maldijo en su interior por haber cometido ese error, presa de un deseo enérgico, que ella había flagelado; El momento pasó y volvieron a encontrarse en un juego de esgrima. La ira de Bartlett empezó a crecer, pero antes que se adueñara de él, ella se acercó y le dio un beso perfecto. En el acto, la ira se desvaneció. No quedó más que el sentimiento cálido.

—Eres demasiado fuerte para mí, Linc —le dijo con la voz enronquecida y los brazos alrededor de su cuello, pero con cautela —. Demasiado fuerte, demasiado atractivo, demasiado bueno y en realidad, de veras, te debo la vida.

La mano de ella le acarició el cuello y él sintió el efecto en la región inferior, al dedicarle ella una mirada, con todas sus defensas en orden, fuertes pero invioladas. Tal vez sí —pensó él.

—Primero hablamos —dijo ella, retirándose—; luego tal vez volvamos a besarnos.

—Bueno.

Sin tardanza, él se le acercó, pero ambos ya de buen humor, ella le puso un dedo sobre los labios, impidiéndole avanzar más.

—¡Señor Bartlett! ¿Todos los norteamericanos son como tú?

—No —contestó él sin titubear; pero ella no mordió el anzuelo.

—Sí. Ya sé —la voz de Orlanda era seria—. Ya sé. Eso es de lo que quería hablarte. ¿Café?

—Claro —contestó él.

A esa sazón, Bartlett estaba en actitud de espera, preguntándose cómo convendría proceder, midiéndola, deseándola, inseguro de aquella selva, pero fascinado por la selva y por la persona.

Con cuidado, ella sirvió el café. Tenía el mismo buen sabor de la primera taza. El había recobrado el control, aunque el dolor de la ansiedad no lo dejaba.

—Vamos a la sala —propuso ella—. Yo llevaré tu taza.

El se levantó, conservando una mano en torno a la cintura de la chica. Ella no puso objeción alguna y él sintió que a ella también le gustaba sentir el toque de él sobre su cuerpo. Bartlett se sentó en uno de los hondos sillones.

—Siéntate aquí —la invitó, dando palmadas al brazo del sillón —... por favor.

—Después. Primero quiero hablar.

Orlanda sonrió con cierta timidez y se sentó en el sofá que estaba enfrente. Era de terciopelo azul oscuro o iba de acuerdo con la alfombra china que cubría los resplandecientes pisos de parquet.

—Linc... Hace apenas unos días que te conozco y yo... Yo no soy una chica para diversión —se ruborizó al decirlo y se precipitó a ratificar—. Lo siento, pero no lo soy. Quillan ha sido el primero y único, y no quiero un simple lance amoroso. No quiero dar un tumbo, víctima del frenesí o de la amistad y luego un tímido o doloroso adiós. He aprendido a vivir sin amor, y simplemente no puedo pasar por todo eso otra vez. Amé a Quillan. Ya no lo amo. Yo tenía diecisiete años cuando... cuando empezamos; ahora tengo veinticinco. Hemos estado alejados casi tres años. Todo ha terminado durante estos tres años y no le tengo ya amor. No amo a nadie y lo siento, lo siento, pero no soy una chica que haga pasar un buen rato.

—Nunca pensé que lo fueras —objetó él, sabiendo que mentía y maldiciendo su suerte— ...Y, ¿qué rayos piensas que soy yo?

—Creo que eres un hombre magnífico —dijo ella con sinceridad y sin titubear—; pero en Asia una chica, cualquier chica, aprende muy pronto que los hombres, quieren acostarse con ella y que eso es todo lo que quieren. Lo siento, Linc, pero los amoríos fáciles en la cama no son mi fuerte. Tal vez lo sean algún día, pero no ahora. Sí, soy euroasiática, pero no soy... ¡Tú sabes lo que quiero decirte!

—¡Claro! —dijo, y luego completó, antes de poder detenerse—. Quieres decirme que eres fruto prohibido.

La sonrisa de Orlanda se desvaneció y sus ojos se clavaron en él. A Bartlett se le hizo nudo el corazón al ver la tristeza en su rostro.

—Sí, —corroboró ella, levantándose poco a poco, a punto de llorar—. Sí. Supongo que eso es lo que soy.

—¡Dios mío, Orlanda! —se le acercó y la abrazó—. No quise decirlo en ese sentido. No tuve intención de ofender.

—Linc, no estoy tratando de bromear ni de jugar un juego, ni de mostrarme dif...

—Lo entiendo, ¡diantres! No soy un niño. Tampoco estoy haciendo presión o... No, Orlanda, yo tampoco...

—¡Oh, oh! Me alegro tanto! Por un momento —levantó los ojos para verlo de frente y su inocencia lo ablandó por completo—. ¿No

estás enojado conmigo, Linc? Quiero decir que yo... Yo no te invité a subir, tú insististe en venir aquí...

—Lo sé —convino, sin dejar de abrazarla.

Mientras tanto pensaba: eso es verdad; también es verdad que te deseo ahora y que no sé lo que eres o quién eres, pero yo te deseo. Ahora bien, ¿qué es lo que quiero de ti? ¿Qué quiero en realidad?

¿Quiero algo mágico o sólo un abrazo amoroso? ¿Eres la magia que he andado buscando toda la vida o eres sólo una belleza más que conozco? ¿Cómo te comparas con Casey? ¿Estoy tomando la medida a la lealtad a base de compararla con la seda de tu cutis? Recuerda —se dijo— lo que Casey afirmó una vez: «El amor, Linc, consta de muchas cosas, pero el sexo es sólo una parte de él. Sólo una. Piensa en todas las demás. Juzga a una mujer por su amor, sí, pero entiende lo que es una mujer». Sin embargo, el calor de Orlanda seguía invadiéndolo, con la cara apoyada en su pecho. Linc volvió a sentirse excitado. La besó en el cuello, no queriendo poner freno a su pasión.

—¿Qué eres tú, Orlanda?

—Yo soy... Yo sólo puedo decirte lo que no soy —contestó con su delicada voz—. No soy una broma. No quiero que pienses que estoy bromeando. Me gustas, me gustas mucho, pero no soy... no soy visita de una noche.

—¡Lo sé! ¡Santo Dios! ¿Quién te metió eso en la cabeza? —vio que le brillaban los ojos—. ¡No hay necesidad de lágrimas! ¡Ninguna! ¿Entendido?

—Sí.

Se alejó un poco de él, abrió el bolso de mano y sacó un pañuelo desechable.

—*¡Aaayyy!* Estoy actuando como adolescente o como si fuera una vestal. Me apena, pero fue algo tan repentino, yo no estaba preparada para eso... y... Sentí que me perdía —una respiración profunda—. Son excusas baratas...

Bartlett rió y convino:

—Y no se aceptan.

—¡Gracias a Dios! —comentó, mirándolo—. En realidad, Linc, suelo saber comportarme con los fuertes, con los blandos y con los astutos... incluso con los muy astutos, sin mayor problema. Creo haber conocido toda clase de insinuaciones posibles para una chica,

y siempre había considerado tener un plan de juego automático para contrarrestarlas, casi antes que se me hicieran. Pero contigo... —vaciló, luego añadió—. Me apena decirlo, pero casi con todos los hombres que conozco... bueno...casi con todos es lo mismo siempre...

—¿Y eso es malo?

—No, pero es tratar de caminar en un restaurante o en un cuarto y sentir las miradas penetrantes. Me pregunto cómo las recibirían los hombres. Tú eres joven y apuesto. ¿Qué harías si las mujeres te lo hicieran dondequiera que te vieran? Por ejemplo, si al atravesar el vestíbulo del V y A esta mañana, te dieras cuenta de que las mujeres de todas las edades, desde las viejas abuelas de dentadura postiza y las arpías de peluca, hasta las gordas, las. feas, las ásperas, todas ellas te miraran sin disimulo con ojos lascivos, desnudándote en su mente, tratando abiertamente de acercarcete, de acariciarte el trasero, mirándote provocadoras el pecho o los genitales, la mayoría con, mal aliento, sudorosas y exhalando olores insoportables, y tú supieras que están imaginándote en la cama, presa del entusiasmo y haciendo alegremente con ellas toda clase de cosas íntimas... ¿Qué harías?

—No me gustaría en absoluto. Casey me dijo lo mismo cuando se asoció conmigo por vez primera. Sé lo que tratas de expresar, Orlanda. Al menos puedo imaginarlo. Pero así está hecho el mundo...

—Sí, y a veces es horrible. ¡Oh! Yo no quiero ser hombre, Linc. Soy muy feliz siendo mujer, pero lo cierto es que a veces es horrible. Saber que se piensa en ti como en un receptáculo que puede comprarse y que después de todo eso tienes que decir gracias al corpulento Semental de mal aliento, aceptar tu billete de veinte dólares y salir escondiéndote, como ladrón en la noche...

Bartlett frunció el ceño.

—¿Cómo vinimos a parar en esta conversación?

Orlanda soltó la risa y dijo: —¡Tú me besaste!

El hizo un gesto sonriente, contento de ver que eran felices juntos.

—Es cierto. Así que, tal vez merezco el sermón. Soy culpable, según la acusación. Pero ahora, con respecto a ese beso que tú me prometiste...

Bartlett dejó la frase en suspenso, pero no movió un dedo. Estaba tratando de sentir el efecto de su procedimiento, de sondear el terreno. Todo ha cambiado —pensó—. Claro que yo quería... ¿cómo dijo ella? Poner la cabeza en la misma almohada. Claro. Todavía lo quiero, y más que antes. Pero ahora hemos cambiado. Estamos en un juego diferente. No sé si quiero jugarlo. Las reglas han cambiado. Antes fue sencillo. Ahora tal vez sea más sencillo.

—Tú eres bella —le dijo de repente—. ¿Te había dicho que eres bella? —quería evitar el tema que ella deseaba tratar abiertamente.

—Yo iba a hablarte de ese beso. Mira Linc, la verdad es que sencillamente yo no estaba preparada para esa forma, para ser sincera, la forma... Sentí hundirme en un pantano. Creo que esa es la palabra.

El dejó que la expresión perdurara. Luego preguntó:

—¿Eso es bueno o malo?

—Ambas cosas —los ojos le brillaron con la sonrisa—. Sí, me sentí hundida en el pantano de mi propio deseo. Tú eres algo especial señor Bartlett, y eso también es muy malo, o muy bueno. Yo... yo disfruté de tu beso.

—Yo también —una vez más, él hizo un gesto sonriente— y... puedes llamarme Linc.

Después de una pausa, Orlanda explicó:

—Nunca había sentido un deseo tan intenso ni una inmersión tan profunda, por eso, tampoco había sentido tanto miedo.

—No hay por qué tener miedo —objetó, pero en realidad, tampoco él sabía qué hacer.

El instinto le decía que se marchara, pero la prudencia le sugería que no dijera nada y esperara. Podía oír las palpitaciones de su propio corazón y la lluvia que golpeaba las ventanas. Será mejor que me vaya —pensó.

—Orlanda, supongo que es ya ho...

—¿Tienes tiempo de hablar? ¿Sólo un poquito? —preguntó ella, sintiendo la indecisión en el tono de su voz.

—Sí, claro, claro, por supuesto.

Con un movimiento de la mano, Orlanda se apartó el cabello de la frente.

—Quería hablarte de mí. Quillan fue jefe de mi padre en Shanghai, y parece como si yo lo hubiera conocido toda mi vida.

Ayudó a pagar mi educación escolar, sobre todo en los Estados Unidos, y siempre fue muy bondadoso conmigo y con mi familia... Tengo cuatro hermanas y un hermano. Soy la mayor. Todos ellos están ahora en Portugal. Cuando volví de San Francisco a Shanghai, terminada mi escuela secundaria, tenía diecisiete años, casi dieciocho y... Bueno, él es un hombre atractivo; para mí lo es, aunque a veces muy cruel... Mucho.

—¿En qué forma?

—Cree en la venganza personal. Cree que la venganza es un derecho del hombre, si de veras lo es.

Quillan es muy masculino, no cabe duda. Conmigo fue siempre bueno, lo es todavía —estudió la actitud de Bartlett—. Quillan me pasa una cantidad mensual y sigue pagándome este apartamento.

—No tienes que decírmelo.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo... Si quieres oírlo. Luego podrás decidir.

El estudió la actitud de ella y contestó. —De acuerdo.

—Mira, parte de ello se debe a que soy euroasiática. La mayoría de los europeos nos desprecian, en forma manifiesta o solapada, sobre todo, los británicos de aquí. Linc, escucha esto: la mayoría de los europeos desprecian a los euroasiáticos. Todos los chinos también. Por eso estamos siempre en plan defensivo, casi siempre se sospecha de nosotros, casi siempre se supone que somos hijos e hijas ilegítimos y con absoluta seguridad, que somos bocado fácil. ¡Santo Dios! ¡Cuánto odio ese americanismo! ¡Qué miserable, vulgar y despreciable es en realidad! Y qué revelador con respecto al macho norteamericano... aunque... es extraño que haya sido en Estados Unidos donde yo recobré el respeto a mí misma y me sobrepuse a mi sentimiento de culpa euroasiático. Quillan me enseñó muchas cosas y me formó en muchos aspectos. Tengo con él una deuda de gratitud. Pero no lo amo. Eso es lo que quería decirte. ¿Quieres más café?

—Claro, por favor.

—Voy a hacer café fresco.

Se levantó. Su andar era sensual, sin ser ella consciente. Bartlett volvió a maldecir su suerte.

—¿Por qué rompiste con él?

En tono grave le habló de la experiencia de Macao: —Me dejé

convencer por él y nos acostamos juntos. Dormí con él, pero no sucedió nada entre nosotros... nada. El pobre hombre estaba borracho y hecho un inútil. Al día siguiente pretendí convencerlo de que había estado magnífico.

La voz de Orlanda era tranquila en apariencia y el tono era de quien narra hechos sin pasión, pero Bartlett podía sentir la angustia. Orlanda continuó:

—No sucedió nada, pero alguien le habló del asunto a Quillan. Con toda razón se puso furioso. No tengo defensa. Era... Quillan había estado fuera de Hong Kong. Sé que no es disculpa, pero yo había aprendido a disfrutar de la almohada y... —su gesto se ensombreció; luego se encogió de hombros—. El hado. Karma.

Con la misma voz delicada le habló de la venganza de Quillan. Luego comentó:

—Ese es su estilo, Linc. Pero tenía razón de estar furioso conmigo. Yo había hecho mal.

El vapor empezó a silbar y el café a gotear. Las manos de Orlanda buscaban tazas limpias y pastelillos frescos hechos en casa, junto con nuevas servilletas de lino, mientras seguía hablando, pero la mente de ambos estaba concentrada en el triángulo hombre-mujer.

—Todavía lo veo alguna que otra vez —siguió narrando—. Sólo para conversar. No somos más que amigos. Sigue siendo bueno conmigo, pero yo hago lo que quiero y veo a quien quiero.

Desconectó la cafetera y miró a Bartlett con decisión.

—Hace... hace cuatro años tuvimos una hija. Yo la quería. El no. Me dijo que podía tenerla, pero que fuera en Inglaterra. Ahora está en Portugal con mis padres... Mi padre está jubilado y la niña vive con ellos —una lágrima le rodó por la mejilla.

—¿Fue idea de él que la criatura se quedara allá?

—Sí, pero tiene razón. Yo voy una vez al año. Mis padres... Mi madre la quería. Me rogó que se la dejara. Quillan es generoso con ellos también —las lágrimas le corrían ya en abundancia, pero sin el más ligero rumor—... Así que, ahora lo sabes todo, Linc. Nunca lo he dicho a nadie más que a ti.

Ahora tú sabes que soy... que no fui una amante fiel y que soy... que no soy una buena madre y... y...

El se le acercó, la abrazó con fuerza y sintió que se enternecía

sobre su pecho, tratando de reprimir los sollozos, haciendo un esfuerzo, dejándose invadir por el calor amable y por la fortaleza de él. El le hizo sentir su gentileza, la mantuvo abrazada. Todo el cuerpo de ella tocaba el suyo y él se mostraba cálido y tierno. Todo estaba a la medida.

Cuando logró recuperarse, se irguió sobre la punta de los dedos de los pies, le dio un beso ligero, pero lleno de ternura y le dedicó una mirada.

El devolvió el beso en la misma forma.

Sus ojos se encontraron, en una mirada inquisitiva por parte de ambos, luego volvieron a besarse. Su pasión aumentó y parecía que se encendería para siempre, pero no fue así. Ambos oyeron al mismo tiempo la llave en la cerradura de la puerta. Se separaron, tratando de respirar con tranquilidad, pero escuchando el palpitar de sus corazones y la ronca voz de la *amah* que llamaba desde el vestíbulo:

—¿Alguien aquí?

Con poca diligencia, Orlanda se alisó el cabello e hizo a medias un gesto de disculpa para Bartlett.

—Estoy en la cocina. Por favor, ve a tu habitación hasta que yo te llame —le dijo en cantonés.

—¡Oh! ¡Oh, el demonio extranjero está todavía aquí! ¿Es él? ¿Qué me dice de mis compras?

—¡Déjalas junto a la puerta!

—¡Oh, oh! Muy bien, joven ama —respondió la *amah* y se alejó refunfuñando y azotando con fuerza la puerta al entrar.

—¿Siempre azotan las puertas? —preguntó Linc, con el corazón todavía agitado.

—Sí. Sí, así parece.

La mano de Orlanda volvió al hombro de Linc. Sus uñas le acariciaban el cuello. —Perdón.

—No hay nada que perdonar. ¿Qué te parecería si cenáramos juntos?

Ella titubeó.

—Si invitas también a Casey.

—No. Solos tú y yo.

—Linc, creo que es preferible que no lo hagamos —replicó—.

Ahora no estamos en peligro. Contentémonos con decirnos

adiós.

—Cena... A las ocho. Yo te busco. Tú eliges el restaurante. Comida de Shanghai.

Orlanda sacudió la cabeza y objetó:

—No. Es ya demasiado temerario. Lo lamento.

—Vengo por ti a las ocho.

Bartlett le dio un beso ligero y se encaminó a la puerta. Ella descolgó su impermeable y lo sostuvo para que él se lo pusiera.

—Gracias —le dijo con gentileza—. No hay peligro, Orlanda. Todo saldrá a pedir de boca. Te veré a las ocho. ¿De acuerdo?

—Sería preferible que no lo hiciéramos...

—Tal vez —él le dedicó una sonrisa extraña—. Sería el hado... karma. Debemos tener presentes a los dioses, ¿sí?

La chica no respondió.

—Estaré aquí a las ocho.

Al salir él, ella cerró la puerta. Caminó con lentitud hacia el sillón y se sentó, hundiéndose en sus pensamientos, preguntándose si no lo habría ahuyentado para siempre, y aterrada ante la posibilidad de que así fuera. Se preguntaba si en realidad volvería a las ocho, y en caso de que volviera, cómo podría mantenerlo a raya, cómo podría manipularlo hasta que enloqueciera de deseo, con una locura suficiente para querer casarse con ella.

El estómago se le revolvía en una forma desagradable. Debo ayunar —pensó—; Casey lo tiene sojuzgado, lo tiene enredado en sus lazos, y mi único recurso es la buena cocina, el hogar, el ambiente amoroso... amor, amor, amor... y todo lo que Casey no es. Pero no almohada. Así fue como Casey lo atrapó. Tengo que hacer lo mismo. Entonces será mío.

Orlanda se sentía débil. Todo había marchado a la perfección —se dijo convencida; luego volvió a recordar el dicho de Quillan: «Es ley de las edades que a todo hombre ha de atrapársele en las redes del matrimonio, atrapársele gracias a su propio apetito, a su instinto de posesión o de avaricia, a su afán de dinero o a su miedo a la pereza o a cualquier cosa... pero ha de atrapársele... Y ningún hombre se casa jamás con gusto con su amante».

Sí. Quillan tiene razón, una vez más —pensó—. Pero se equivoca en cuanto a mí. Yo no voy a contentarme con la mitad del premio. Voy en busca de todo. Voy a tener, no sólo él Jaguar y este

apartamento y todo lo que encierra, sino una casa en California y sobre todo riquezas norteamericanas, lejos de Asia, donde yo no sea ya una euroasiática, sino una mujer como otra cualquiera, hermosa, despreocupada y amorosa.

¡Oh! Yo seré para él la mejor esposa que. un hombre pueda tener. Atenderé a todas sus necesidades, haré por él todo lo que quiera. He sentido su fuerza y seré buena para él. Seré maravillosa para él.

—¿Se ha ido?

Ah Fat deambulaba silenciosa, poniendo orden en el apartamento, con movimientos automáticos, mientras seguía hablando en dialecto de Shanghái.

—Bueno, muy bueno. ¿Hago algo de té? Tú debes estar cansada. ¿Un poco de té, verdad?

—No. Sí... sí. Haz un poco de té, Ah Fat.

—¡Haz un poco de té! ¡Trabaja, trabaja, trabaja!

La anciana se deslizó hacia; la cocina. Llevaba puestos los pantalones negros holgados y blusa blanca.

El cabello le colgaba por la espalda en una única trenza larga. Había cuidado de Orlanda desde que había nacido.

—Lo observé bien allá abajo, cuando ustedes dos llegaron. Para un hombre incivilizado, luce bastante presentable —dijo como si razonara consigo misma.

—¿Ah, sí? Yo no te vi. ¿Dónde estabas?

—Abajo, junto a las escaleras —dijo la anciana ahogando la risa —. ¡Uuuyyy! Tuve buen cuidado de esconderme, pero quería verlo bien. ¡Ay! Tú mandas a tu pobre, vieja esclava a mojarse, con mis pobres huesos viejos cuando ¿qué importa que yo esté aquí o no? ¿Quién va a llevarte bocadillos y té o bebidas a la cama cuando hayas terminado tus esfuerzos...? ¡A ver, dímelo!

—¡Oh, calla la boca, calla la boca!

—¡No calles la boca a tu pobre vieja madre! Ella sabe cómo cuidarte. Así, pequeña emperatriz, pero era muy claro en los dos, que lo tuyo y lo de él estaban ya listos para entablar la batalla. Los dos se veían tan felices como gatos en un tonel de peces. ¡Pero no había necesidad de que yo me fuera!

—Los demonios extranjeros son diferentes, Ah Fat. Yo lo quería solo aquí. Los demonios extranjeros son tímidos. ¡Ahora ponte a

hacer el té y no hables más o te mando afuera otra vez!

—¿Será él el nuevo amo? —preguntó Ah Fat en tono de esperanza—. Es ya tiempo de que tengas un amo; no es bueno para una persona estar sin un tronco ardiente frente a la puerta de jade. ¡La tuya se marchitará y se volverá tan seca como el polvo, por el poco uso que haces de ella! ¡Oh! Se me olvidaba darte dos noticias. Se supone que los licántropos son extranjeros de Macao. Volverán a atacar antes de la luna nueva. Es el rumor que anda corriendo. Todo el mundo jura que ésa es la verdad. La otra novedad es que... en fin, Old Cougher Tok, el del puesto de pescado, asegura que este demonio extranjero de la Montaña Dorada tiene más dinero que Eunuch Tung.

Tung era un eunuco legendario de la Corte Imperial en la Ciudad Prohibida de Pekín, cuya hambre de oro era tan inmensa, que toda China no podía satisfacérsela. Era tan odiado, que el emperador siguiente había ordenado que todo lo que había conseguido por medios ilícitos se pusiera en un gran montón, encima de él, hasta que el peso del oro acabara por matarlo aplastado.

—Tú no estás haciéndote más joven cada día, Pequeña Madre... ¡Debemos actuar con seriedad! ¿Es él el hombre?

—Así lo espero —contestó Orlanda acentuando cada sílaba.

¡Oh, sí! —pensó con fervor mezclado de ansiedad, consciente de que Linc Bartlett era la oportunidad más importante de su vida. De repente volvió a sentir terror al pensar que se hubiera excedido en su juego y que él no volviera, y rompió a llorar.

* * *

Ocho pisos abajo, Bartlett atravesaba el pequeño vestíbulo y salía a sumarse a la media docena de personas que esperaban ansiosas un taxi. A esa hora, el torrente de lluvia era constante y se derramaba sobre todo el pavimento, para ir a incorporarse al caudal de agua que descendía como pequeño río por toda Kotewall Road, desbordando las canales, obstruidas desde hacía muchas horas, y llevando consigo piedras, fango y hierbas, desprendidos de las riberas altas y de las pendientes de más arriba.

Los automóviles y camiones se arrastraban con cautela calle

abajo, por aquella empinada pendiente, salpicando a ambos lados al pasar por algún remolino. Sus limpiadores no se daban descanso y sin embargo, los parabrisas continuaban velados por la neblina.

Al otro lado de la calle, el terreno se elevaba de pronto, y Bartlett pudo ver la multitud de riachuelos que caían sobre los muros de concreto que se esforzaban por contener la tierra suelta. De sus grietas salían hierbas silvestres. Un trozo grande de lodo compacto se desprendió y cayó, incorporándose al resto de los desechos, piedras y fango. Un lado del muro era la pared de un garage y, subiendo la pendiente, podía verse una mansión china semioculta, decorada con un techo de teja verde y dragones en sus gabletes. A su lado estaba el andamiaje para un edificio y excavaciones para cimientos de una construcción muy alta. Más adelante se erguía otra mole de apartamentos qué acababa por perderse entre las densas nubes.

¡Tanto edificio! —reflexionó Bartlett, con ojo crítico. Tal vez debiéramos entrar aquí al ramo de la construcción. Demasiada gente a la caza de un terreno demasiado pequeño representa utilidades, ingentes ganancias... ¡Y, para amortizarse en tres años... Dios omnipotente!

Un taxi llegó patinando, sin importarle los charcos. Unos pasajeros salieron, mientras otros, refunfuñando, entraron al vehículo. Una pareja china, salida del edificio, se abrió paso a codazos entre él y el resto de la fila que tenía delantera una matrona estrepitosa, con un enorme paraguas, un caro impermeable sobre su *chong-sam* acompañada del esposo, amable y sereno. ¡Arréglatelas como puedas, muchachita! ¡Ni creas que vas a quitarme el lugar! —y al pensar así, avanzó a una posición más segura. Su reloj marcaba las 10:35.

¿Qué sigue ahora? —se preguntó—. ¡No dejes que Orlanda te distraiga!

¿Struan o Gornt?

Hoy es día de escaramuza; mañana, viernes... día de la demolición. El fin dé semana es para reorganizar tropas. El lunes es el asalto final, y para las 3 de la tarde deberemos tener ya un vencedor.

¿Quién quiero que gane, Dunross o Gornt?

Ese Gornt es un hombre con suerte... era un hombre con suerte

—pensó, con aire de diversión. ¡Dios santo! ¡Orlanda es un bocado de rey! ¿La habría dejado yo, si hubiera estado en el lugar de él? Sin duda. Claro que sí. Pero, tal vez no. No sucedió nada. Pero me habría casado con ella en cuanto hubiera podido y no habría mandado a *nuestra* hija a Portugal... ¡Ese Gornt es un malvado hijo de perra! ¡O un demonio de astucia! ¿Cuál de las dos cosas?

Ella me lo declaró mondo y lirondo... Fue lo que hizo también Casey, si bien diferente, aunque el resultado es ahora el mismo. Todo se complica... o se simplifica. ¿Cuál de las dos?

—¿Quiero casarme con ella? No.

—¿Quiero simplemente dejarla ir? No.

—¿Quiero acostarme con ella? ¡Claro! Entonces, emprende una campaña, convéncela del amor sin compromisos. No entables el juego de la vida siguiendo las reglas femeninas. En la guerra todo está permitido. En último análisis, ¿qué es el amor? Es lo que dijo Casey: el sexo no es más que Una parte de él.

Casey. ¿Qué pasa con ella? No es ya mucho lo que hay que esperarla. Y luego, ¿qué? ¿Cama, campanas de boda, adiós o qué cosa? ¡Maldita sea mi estampa si quiero volver a casarme! La única vez que lo hice resultó un desastre. Qué raro... no he pensado en ella en mucho tiempo.

Cuando Bartlett había vuelto del Pacífico en el '45, había conocido a su mujer en San Diego y se había casado con ella al cabo de una semana, lleno de amor y de ambiciones, y sé había lanzado al torbellino de iniciar un negocio de construcción en el sur de California. El momento estaba maduro en el estado. Todas las formas de construcción iban en pleno florecimiento.

El primer hijo les había llegado en el lapso de diez meses y el segundo un año después. Un tercero se había presentado diez meses después del último, y mientras tanto, él trabajaba sábados y domingos, disfrutando de su tarea, del hecho de ser joven y fuerte, y teniendo un éxito enorme en los negocios, pero apartándose más y más el uno del otro. Luego habían empezado las disputas agrias, las quejas y el clásico "Nunca tienes ya tiempo para nosotros y, ¡malditos negocios!, a mí no me interesan los negocios; yo quiero ir a Francia, a Roma y, ¿por qué no regresar a casa temprano? ¿Tienes alguna amiga? ¿Sé qué tienes una amiga íntima... ?"

Pero no había amiga íntima. Sólo trabajo. Al fin, un día la carta

del abogado... Simplemente por correo.

¡Mierda! —pensó Bartlett con rabia, sintiendo todavía dolor—. En fin, yo no soy más que uno más entre millones. Ha sucedido antes y volverá a suceder. Aun así, *tu* carta y *tus* llamadas duelen. Duelen y a ti te cuestan. Te cuestan mucho, y tus abogados se quedan con la mayor parte. Reciben una buena suma y con mucha astucia se dedican a atizar el fuego; entre ella y tú, por su maldito interés en el dinero. ¡Claro! Ustedes dos son los billetes para comer... ¡Todos lo somos! Desde la cuna hasta la maldita tumba, los abogados fomentan las dificultades y se alimentan de la sangre que chupan,

¡Mierda! ¡Los abogados son la verdadera plaga de esos famosos Estados Unidos de Norteamérica! Yo no he conocido más que cuatro buenos en toda mi vida... ¿y el resto? Viven de nosotros como parásitos. ¡Nadie se libra de ellos!

Sí. ¡Ahí está ese maldito Soné! Hizo una auténtica carnicería conmigo, a ella la convirtió en una indecente adicta, hizo que ella y los chicos se volvieran contra mí para siempre , y casi me llevó a mí y a mi negocio a la bancarrota. ¡Espero que el desgraciado arda toda la eternidad.

Haciendo un esfuerzo, Bartlett apartó la mente de aquella herida angustiosa, contempló la lluvia y recordó que se trataba sólo de dinero; pensó que él era libre, ¡libre! Y éso lo hizo sentirse maravilloso.

¡Jesucristo! Yo soy libre y... ¡ahí están Casey y Orlanda!

¡Oh, Dios! —pensó, sintiendo todavía dolor abajo del vientre. Yo estaba ya volviendo al punto crítico. Y ella también. ¡Maldita sea! Es suficiente mal tener a Casey, y ahora tengo a dos de ellas.

No había estado con una chica durante un par de meses. La última vez había sido en Londres, una reunión ocasional, una cena espontánea y luego a la cama. Ella se hospedaba en el mismo hotel,, era divorciada y no había problemas. ¿Qué fue lo que dijo Orlanda? ¿Un tumbo amistoso y un adiós timorato? Sí. Eso es. ¡La única diferencia fue que aquella no era timorata!

Siguió en la filar, alegre, sintiéndose lleno de vida y observando los torrentes, el olor de la lluvia al empapar la tierra, la calle obstruida por las piedras y el lodo, el torrente que corría sobre una larga y ancha hendedura del pavimento, para luego danzar en el

aire como los rápidos de un río.

La lluvia va a causar muchos problemas —pensó—, y Orlanda muchas dificultades, mi viejo. No cabe duda. Aun así, debe haber alguna manera de hacerla acostarse. ¿Qué ves en ella que te saca de tus cabales? Una parte es su cara, otra es su figura. Una parte más es su modo de mirar, y otra parte es... ¡Dios santo! ¡Reconócelo! ¡Es que toda ella es mujer, y toda ella es problema! Será mejor olvidarse de Orlanda. Sé prudente... sé sagaz... ¡viejo mío! Como lo dijo Casey, con mucho tipo: ¡ese «bocado» es dinamita pura!

43
10:50 a.m.

Había estado lloviendo ya durante casi doce horas, y la superficie de la Colonia estaba empapada, aunque los vacíos depósitos seguían casi intactos. La tierra agostada acogía con placer la lluvia. La mayor parte de ésta se precipitaba a inundar los niveles inferiores, convirtiendo los caminos de tierra en ciénagas y las áreas de construcción en lagos. Parte del agua penetraba más. En las zonas pobladas que salpicaban las vertientes de la montaña la precipitación pluvial había sido un auténtico desastre.

Abundantes cabañas ruinosas hechas de residuos de toda clase (cartón, pasarelas, hierro corrugado, cercas, lienzos, recubrimientos de paredes, y techos para las casas de la gente acomodada) estaban allí, apoyándose unas en otras, cada choza pegada a la siguiente, o encima de ella, un estrato sobre otro, hacia arriba y hacia abajo de la montaña ... Todas eran viviendas con piso de tierra y sobre callejones oscuros que habían quedado inundados, enfangados, llenos de charcos y de hoyos invisibles y por lo mismo peligrosos. La lluvia se colaba entre los techos, empapando camas, ropa y los demás restos de toda una vida de esfuerzo. Gente amontonada, unos sobre otros, rodeados de más gente que, en actitud estoica, se encogía de hombros en espera de que la lluvia cesara. Las estrechas callejuelas avanzaban escurriéndose sin orden ni concierto, sin más plan que el esfuerzo de exprimir un poco de espacio más para otra familia de refugiados y extranjeros ilegales, que en realidad no eran extranjeros, porque aquello era China y una vez cruzada la frontera, cualquier chino resultaba colono legal, con derecho a permanecer todo el tiempo que quisiera, en virtud de una antigua aprobación del gobierno de Hong Kong.

La energía de la Colonia había sido siempre su fuerza laboral barata, abundante y exenta de competencia. La Colonia ofrecía un asilo permanente y en cambio no pedía más que trabajo pacífico a razón de las tarifas que estuvieran en vigor día tras día. Hong Kong nunca buscaba inmigrantes, pero la gente de China no dejaba de

llegar. Llegaban de día o de noche, por barco, a pie o en camilla. Llegaban a través de la frontera cada vez que una ola de hambre o alguna convulsión sacudía a China. Familias enteras de hombres, mujeres y niños llegaban para quedarse, para ser absorbidas, y a su debido tiempo volver al hogar, porque China seguía siendo el hogar, aun después de diez generaciones.

Pero los refugiados no siempre eran bienvenidos. El año anterior la Colonia se había visto casi sumergida por un diluvio humano. Por alguna razón desconocida, y sin previo aviso, los guardias fronterizos de la República Popular China habían relajado el control riguroso de su lado, y en el lapso de una semana, millares de chinos la atravesaban día tras día. Llegaban en su mayoría de noche, saltando o atravesando la simbólica cerca de seis hilos de alambre, que separaba los Nuevos Territorios de Kwantung, que era la provincia más cercana. La policía era impotente para poner freno a la ola humana. Hubo que llamar al ejército. En una sola noche de mayo se arrestó a cerca de seis mil ilegales. Se les dio de comer y luego se les devolvió al otro lado de la frontera. Sin embargo, más millares habían escapado a la red fronteriza, convirtiéndose en legales. La catástrofe continuó noche tras noche, día tras día. Los recién llegados sumaban decenas de millares. Bien pronto, chusmas de chinos comprensivos e iracundos se formaron cerca de la frontera, decididos a estorbar las deportaciones. Estas se hacían necesarias, porque la Colonia estaba quedando sepultada bajo los ilegales, y era imposible alimentar, alojar y absorber un incremento tan repentino e ingente de población. Se tenía ya a los cuatro millones sobrados por los que había que preocuparse, de los cuales sólo un porcentaje insignificante no eran ilegales.

De repente, en una forma tan inesperada como su erupción, el torrente humano se interrumpió y la frontera se cerró. También este fenómeno se produjo sin razón aparente.

En el periodo de seis semanas, se había arrestado a 70,000 y se les había forzado a regresar. Sin embargo, un total entre cien y doscientos mil habían logrado evadir la red de vigilancia para quedarse.

Nadie pudo decir con exactitud cuántos habían sido. Entre ellos había gente como los abuelos y los cuatro tíos de Spectacles Wu, con sus respectivas familias; un total de diecisiete personas. Desde

su llegada, habían estado viviendo en una zona no colonizada de un punto elevado, sobre Aberdeen.

Spectacles Wu había arreglado todo para su estancia. Aquello era una parte de los terrenos que la familia de la Casa Noble de Chen había poseído desde un principio y que, hasta hacía poco, no tenían valor alguno. Ahora, en cambio, lo tenían. Los Chen lo rentaban, centímetro por centímetro, a todo el que quisiera pagar. Spectacles Wu había alquilado con espíritu agradecido una superficie de poco más de 26 m cuadrados a razón de 9 HK por metro al mes, y con el paso de los meses había ayudado a la familia a ingeniarse para levantar dos viviendas que hasta el día del aguacero torrencial habían estado secas. Contaban con una llave de agua para cien familias, pero no había servicios de avenamiento, ni energía eléctrica. Sin embargo, la ciudad de aquellos advenedizos iba prosperando y en general con orden. Un tío tenía ya una fábrica de flores de plástico en una cabaña que había alquilado por 13.50 HK al mes por metro, en la parte baja de la vertiente montañosa. Otro había alquilado un puesto en el mercado para vender pasteles de arroz fuerte y atole de arroz, al estilo de su aldea de Ning-tok. Los diecisiete miembros de la familia trabajaban... a la sazón eran ya dieciocho bocas que alimentar, por un bebé que acababa de nacer la semana anterior.

Hasta a los pequeños de dos años se les encomendaban tareas sencillas, como separar pétalos de plástico para las flores que los jóvenes y los viejos fabricaban, y que daban a muchos de los moradores de la colina dinero para comprar alimentos y dinero para hacer apuestas.

Sí —pensó con entusiasmo Spectacles Wu—, que todos los dioses me ayuden a conseguir algo del dinero de recompensa por la captura de los licántropos, a tiempo para las carreras del sábado, para poder apostar a Pilot Fish, el semental negro que, según todos los pronósticos, tiene todas las probabilidades de ganar.

Dejó escapar un bostezo mientras caminaba descalzo por uno de los serpentinos callejones angostos del lugar, llevando de la mano a su pequeña sobrina de seis años. Ella también caminaba descalza. La lluvia seguía empañándole los gruesos anteojos. Tanto él como la niña caminaban con cautela, para no pisar vidrios rotos o un pedazo de metal oxidado, que nunca faltaba en esos callejones. A veces el

lodo les cubría hasta el tobillo. Los dos llevaban los pantalones bien enrollados, y la pequeña tenía puesto un enorme sombrero de paja, de coolie, que la hacía parecer todavía más diminuta. El sombrero de Spectacles Wu era común y corriente, y de segunda mano, con su ropa, cosa que no iba de acuerdo con los reglamentos policiales. Era el único atuendo que poseía, con excepción de un par de zapatos, que llevaba en una bolsa de plástico, debajo de su impermeable, para protegerlos de la lluvia. Al poner el pie en un agujero inmundo, estuvo a punto de caer.

—¡Qué todos los riesgos se vayan a la mierda! Exclamó, pero sintiéndose feliz de no vivir en ese lugar, y de que el cuarto alquilado que compartía con su madre cerca de la estación de policía de East Aberdeen estaba seco no sujeto a los caprichos de dioses del clima como ésos.

¡Gracias a todos los dioses, porque yo no tengo que hacer este recorrido todos los días! —pensó—. Mi ropa se arruinaría y luego todo mi futuro se pondría en peligro porque los Servicios Especiales admiran la pulcritud y la puntualidad. ¡Oh, dioses! ¡Qué éste sea mi gran día!

La fatiga se cernía sobre él. Caminaba encorvado y sentía el agua de la lluvia escurrirle por el cuello a lo largo de la espalda. Había estado en turno de servicio toda la noche. Cuando salía de la estación en la mañana temprano, le habían dicho que habría una visita a la vieja *amah* Ah Tam, la relacionada con los licántropos, a la que él había encontrado y seguido hasta su domicilio. El había respondido que se daría prisa a ver a su abuelo, que se había puesto enfermo y estaba moribundo, pero que regresaría a tiempo.

Miró su reloj. Le quedaba suficiente tiempo para caminar el kilómetro y medio que lo separaba de la estación de policía. Tranquilo, reanudó la caminata, evitó un montón de basura y entró a una callejuela mayor, que bordeaba el desagüe de la tormenta. Este tenía un metro y medio de profundidad y en días normales servía de conducto de avenamiento o de lavadero, según la cantidad de agua que llevara. Ahora iba desbordándose y el torrente de agua turbulenta aumentaba la miseria de los que vivían abajo.

—Ten cuidado, Sobrina número cinco—advirtió.

—Sí, sexto Tío, oh, sí. ¿Puedo seguir contigo? —preguntó la niña en tono de felicidad.

—Hasta el puesto de dulces. ¡Mira, ten cuidado… otro pedazo de vidrio!

—¿Morirá, el honorable abuelo?

—Eso está en manos de los dioses. La hora de la muerte depende de ellos, no de nosotros, así, qué ¿por qué preocuparnos, no crees?

—Sí —convino la pequeña en tono importante—. Sí, los dioses son los dioses.

Que todos los dioses muestren amor al honorable abuelo y hagan que el resto de sus días sea lleno de dulzura —oró Spectacles Wu—. Luego, con mucho cuidado añadió, para mayor seguridad:

—Santa María, Madre, y San José, bendecid al viejo abuelo.

¿Quién sabe si el Dios cristiano o incluso los dioses reales existen? —pensó—. Es mejor tratar de complacerlos a todos ellos, si se puede. No cuesta nada. Tal vez quieran ayudarnos. Tal vez estén durmiendo o hayan ido a almorzar, pero no hay que preocuparse. La vida es la vida, los dioses son los dioses, el dinero es el dinero, hay que obedecer las leyes, en el día de hoy yo debo tener una gran agudeza de mente.

La noche anterior había salido con el sargento divisional Mok y con la Víbora. Era la primera vez que lo llevaban con ellos en uno de sus recorridos especiales. Habían hecho una incursión en tres garitas de juego pero, cosa curiosa, habían pasado por alto cinco mucho más prósperas, dejándolas intactas, a pesar de que estaban en el mismo piso del edificio de departamentos y él había podido oír los pequeños ruidos inconfundibles de las piezas de Mah-jong y los gritos de los asistentes fan-tan.

Dew neh loh moh, ojalá yo pudiera tener parte de las ganancias —se dijo, y luego añadió—. ¡Retírate de mí, satanás! Deseo mucho más estar en los Servicios Especiales, porque allí tendré un empleo seguro e importante para toda la vida, conoceré toda clase de secretos, éstos me protegerán y luego, cuando me jubile, me harán rico.

Dieron la vuelta a una esquina y llegaron al puesto de los dulces. Regateó con la anciana sin dientes durante un minuto o dos, luego le entregó dos monedas y ella dio a la niña un pastelillo de arroz dulce y un buen puñado de los pedacitos de cáscara de naranja, ¡oh! de esa cascarilla secada al sol, de sabor agridulce, que se mastica con tanto placer, y se los puso en una envoltura de papel periódico.

—Gracias, sexto Tío —dijo la pequeñuela; la carita se le llenó de alegría al mirarlo, desde abajo de su sombrero.

—Espero que los disfrutes, quinta Sobrina —replicó él, sintiendo mucho amor por ella y feliz de que fuera bonita.

Si los dioses nos favorecen, crecerá muy bella —pensó satisfecho —, y podremos vender su doncellez por una gran cantidad de dinero y sus servicios posteriores podrán resultar muy provechosos para el resto de la familia.

Spectacles Wu estaba muy orgulloso de haber podido hacer tanto por esa porción de su familia en la hora en que más lo necesitaban. Todos están seguros, alimentados, y yo tengo mi porcentaje en la fábrica de flores de plástico del noveno Tío, negociando con tanta paciencia, fuerza de voluntad, con ayuda del hado. Pagaré mi renta en un año o dos y ahora puedo comer buena pasta de maíz Ning-tok tres veces a la semana, sin que me cueste nada, lo cual me ayuda a ahorrar mi dinero, para no necesitar recurrir a los sobornos, tan fáciles de obtener pero que arruinarían mi futuro.

No. ¡Todos los dioses, séanme testigos! No aceptaré sobornos mientras haya una perspectiva de empleo en los Servicios de Inteligencia… aunque, no es razonable que se nos pague tan mal. ¡Pagarme a mí 320 HK al mes, después de dos años de servicio! ¡Ah, sí, es imposible entender a los bárbaros!

—Ahora sigue tu camino, yo volveré aquí mañana —dijo a la niña; luego añadió—. Fíjate dónde pones los pies.

—¡Oh, si!

El se inclinó y ella le dio un abrazo. El también la abrazó y luego se marchó. La niña empezó a subir la colina, llevando todavía en la boca un pedazo del pastelillo de arroz. Aquel dulzor empalagoso, ¡oh! era tan exquisito.

La lluvia era monótona y abundante. La inundación procedente del canal del desagüe arrastraba desechos, arrojándolos contra las cabañas que encontraba a su paso, pero la niña recorrió su camino con cuidado, sorteando la corriente y gozando con ella. En algunas partes, el cauce desbordante era profundo, y por donde ella iba pasando, como la pendiente del terreno era más empinada, el agua formaba verdaderos torrentes. En forma inesperada, un bote de veinte litros, con bordes dentados llegó dando tumbos con el agua y

pareció proyectarse contra ella. Por poco no acertó a golpearla, y fue a estrellarse contra una pared de cartón.

La pequeña se quedó inmóvil, paralizada por el miedo.

—¡Sigue tu camino, aquí no hay nada que robar! —le gritó un ama de casa, furiosa—. ¡Vete con los tuyos… no debes andar aquí! ¡Vete a casa!

—Sí… sí —contestó la niña y empezó a caminar con más rapidez, aunque la subida le resultaba más difícil.

En ese momento, la tierra por donde apenas acababa de pasar empezó a ceder, ocasionando un derrumbe. Cientos de toneladas de fango y piedra se precipitaron hacia abajo, sepultando todo lo que encontraban a su paso. La avalancha continuó durante unos cuarenta y cinco metros o más en unos cuantos segundos. Acabó con las débiles construcciones, dispersando a hombres, mujeres y niños.

Unos quedaron sepultados, heridos otros.

El derrumbamiento dejó una estela de ciénagas donde antes había estado toda una aldea.

Luego se detuvo. En la misma forma repentina en que se había desencadenado.

En toda la vertiente montañosa se produjo un ominoso silencio, interrumpido sólo por el ruido de la lluvia. Pero de pronto, al silencio le siguió un estruendo de gritos y alaridos de gente que pedía ayuda.

Hombres, mujeres y niños salieron a toda prisa de las chozas que habían quedado intactas, bendiciendo a los dioses por haberse salvado y contribuyendo al pandemonio de gemidos y aullidos de los que pedían ayuda. Unos ayudaban a sus amigos, otros a los vecinos, las madres buscaban a sus hijos, éstos a sus padres; pero la gran mayoría de los alrededores se limitaba a permanecer impertérrita bajo la lluvia y a bendecir su propio hado que había hecho que el derrumbe no les causara daño.

La pequeñuela estaba todavía temblando, al borde del abismo, donde la tierra se había abierto y despeñado. Miró incrédula hacia el precipicio. A tres metros bajo. sus. pies podían observarse colmillos de roca y protuberancias de fango, donde unos segundos antes había terreno firme. El borde del precipicio seguía desmoronándose, y pequeñas cataratas de lodo y piedras se

precipitaban al abismo, encauzadas por el torrente del desagüe de. la lluvia. Sintió que sus pies resbalaban y trató de dar un paso atrás, pero otra parte del terreno siguió cediendo. Entonces la niña se detuvo horrorizada, sujetando todavía en la mano los últimos residuos de su pastelillo de arroz. Los dedos, de los pies se le hundieron en la tierra blanda, buscando el modo de guardar mejor el equilibrio.

—¡No te muevas! —le gritó un anciano.

—¡Aléjate de la orilla! —rectificó otro.

Pero la mayoría no hacía más que esperar y observar, sin atreverse a respirar, hasta saber qué decidían los dioses.

De pronto, una rebanada de tres metros del borde se desprendió y se precipitó al abismo, llevando consigo a la pequeña, que quedó sepultada sólo hasta las rodillas. Ella se cercioró de que su pastelillo de arroz no sufriera daño, pero rompió, a llorar.

44
11:30 a.m.

El automóvil policial del superintendente Armstrong logró abrirse paso por entre las muchedumbres enojadas que se habían esparcido por la calle fuera del Banco Ho-Pak, y se encaminó hacia la estación de policía de East Aberdeen. Enormes muchedumbres obstruían también las calles donde estaban los demás bancos de la zona, tanto los grandes como los pequeños... incluso el Victoria, que estaba frente al Ho-Pak. La gente esperaba impaciente el momento de entrar para sacar su dinero.

Por todas partes, los ánimos estaban enardecidos y en actitud peligrosa. El aguacero no hacía sino fomentar la tensión. Las cercas construidas para obligar a la gente a proceder en orden, tanto a la entrada de los bancos como a la salida, estaban reforzadas por abundante personal de la policía, cuyo humor era de tanta ansia e irritación como el de la gente. Su proporción era de veinte por cada mil. No tenían a la mano otra arma que sus cachiporras.

—¡Gracias a Dios por la lluvia! —musitó Armstrong.

—¿Perdón, señor? —preguntó el conductor del auto en medio del rechinar de sus limpiadores, que le ahogaban la voz.

Armstrong repitió lo que había dicho, en voz, más alta, y después añadió:

—Si fuera un día caliente y húmedo, todo este maldito lugar se habría ya levantado en armas. La lluvia es una bendición de Dios.

—Sí, señor. Sí, así es.

Al fin, el vehículo paró frente a la estación de policía. Armstrong entró de prisa. El inspector en jefe, Donald C. C. Smyth lo esperaba, con el brazo en cabestrillo.

—Me apena haber tardado tanto, pero el maldito tránsito está congestionado a lo largo de kilómetros interminables.

—No te apenes. Yo siento estar un poco lisiado, viejo colega. West Aberdeen está ayudándonos, lo mismo que Central, pero también ellos tienen problemas. ¡Malditos bancos! Tendremos que arreglárnoslas con un uniformado en la parte posterior... que ya está

en su puesto, en caso de que nos caiga alguno de los villanos, mientras nosotros llegamos por el frente, con Spectacles Wu.

Smyth explicó a Armstrong su plan.

—Muy bien.

—¿Nos vamos? No quiero ausentarme de aquí mucho tiempo.

—Tienes toda la razón. Allá afuera la situación se ve muy azarosa.

—Espero que la famosa lluvia dure hasta que los malhadados bancos cierren las puertas o paguen hasta el último céntimo. ¿Salvaste ya tu dinero?

—¡Estás bromeando! ¡Mis ahorros no significan nada! —Armstrong se estiró: le dolía la espalda; luego preguntó—. ¿Está Ah Tam en casa?

—Hasta donde tenemos noticia, sí. La familia con la que trabaja se llama Ch'ung. El es reciclador. Es posible que uno de los malhechores esté allí, así que tendremos que entrar con rapidez. Tengo autorización del comisario para llevar revólver. ¿Quieres uno tú también?

—No. No, gracias. ¿Nos vamos?

Smyth era más bajo de estatura que Armstrong, pero de cuerpo robusto. El uniforme le quedaba bien.

Con trabajos, debido al brazo herido, tomó el impermeable y empezó a caminar hacia la salida. De pronto se detuvo.

—¡Qué torpe! Casi se me olvidaba. Te llamó Brian Kwok, de Servicios Especiales. ¿Quieres llamarlo? ¿Quieres usar mi oficina?

—Sí, gracias. ¿Tienes café? Me encantaría tomar una taza.

—Ahora te lo mando.

La oficina estaba limpia y ordenada, aunque ordinaria. Armstrong observó los muebles costosos que había en ella: los sillones, él escritorio, la radio y los demás objetos.

—Son regalos de clientes agradecidos —dijo Smyth en un tono espontáneo—. Te dejo un par de minutos.

Armstrong asintió con la cabeza y marcó el número.

—¿Eres tú, Brian?

—¡Oh, hola, Robert! ¿Cómo van las cosas? El viejo opina que debes traer a la *amah* a las oficinas centrales y no interrogarla en East Aberdeen.

—Muy bien. Estamos a punto de salir... Conque... oficinas

centrales, ¿en? ¿Cuál sería la razón?

—No me dijo, pero hoy está de muy buen humor. Parece que tenemos un 16/2 esta noche...

El interés de Armstrong subió de punto. Un 16/2 en el lenguaje de los Servicios Especiales significaba que habían descubierto a un enemigo oculto y que iban a tomar preso al espía o a los espías.

—¿Tiene algo qué ver con nuestro problema? —aludía a Sevrin.

—Tal vez —una pausa—. ¿Recuerdas lo que te decía de nuestro traidor? Estoy más convencido que nunca de que tengo razón.

Brian Kwok cambió a cantones, usando frases indirectas e insinuaciones, por temor de que pudieran estar oyéndolo. Armstrong escuchó con preocupación cada vez mayor, mientras su mejor amigo le narraba lo sucedido en la pista de caballos y le hablaba de la prolongada entrevista de Crosse con Suslev.

—Pero eso no significa nada. Crosse conoce al insecto. Hasta yo he tomado unas copas con él, una o dos veces, tratando de sondearlo.

—Es posible. Pero si Crosse es nuestro espía, tener un intercambio en público es algo que iría muy de acuerdo con él. ¿No crees?

Armstrong sintió que el temor lo enfermaba.

—Este no es el mejor momento, viejo colega —interrumpió—. En cuanto yo llegue a las oficinas centrales, debemos tener una conversación. Tal vez comer juntos y dialogar.

Se produjo otra pausa.

—El viejo quiere que le avises en cuanto traigas acá a la vieja *aman*, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Te veré pronto.

Armstrong colgó el teléfono. Smyth entró en la oficina y le ofreció el café con un gesto solicitó. —¿Malas noticias?

—No tenemos más que malditos problemas —contestó Armstrong en tono agrio—. ¡Siempre malditos problemas!

Tomó un sorbo de café. La taza era porcelana de la más fina y el café era fresco, de buena calidad y exquisito.

—¡Este es buen café... muy bueno! Crosse quiere que lleve a la vieja directamente a las oficinas centrales, no aquí.

Smyth arqueó las cejas.

—¡Santo Dios! ¿Qué importancia tiene una pobre *amah* una vieja

bruja? —objetó Smyth en tono cortante—. ¡Está es mi jurisdic…

—¡Por amor de Dios! ¡Qué sé yo! ¡Yo no doy las pi…! —interrumpió la explosiva frase y se disculpó—. Perdóname, he estado durmiendo mal estos últimos días. Yo no doy las órdenes. Crosse dijo que se la llevara a las oficinas centrales. No dio ninguna explicación. El puede pasar por encima de todos. ¡Tú sabes cómo es esto!

—¡Canalla arrogante! —Smyth terminó de beber su café—. Gracias a Dios yo no estoy en Servicios Especiales. Detestaría tener que tratar con ese insecto todos los días.

—Yo no estoy en Servicios Especiales y no deja de causarme problemas.

—¿Había algo relacionado con nuestro espía? Armstrong levantó la cara y lo miró de frente.

—¿Qué espía? Smyth rió de buena gana.

—¡Vamos, nombre, por favor! Circula un rumor entre los Dragones de que nuestros intrépidos líderes han recibido instrucciones de encontrara al insecto a toda prisa. ¡Parece que el ministro ha puesto en el fuego hasta al mismo gobernador! Londres está tan harto de todo esto, que va a mandar el jefe de MI6… Supongo que estás, enterado de que Sinders llega , mañana en el vuelo de BOAC…

Armstrong suspiró.

—¿Dónde diablos consiguen ellos toda esa información?

—Telefonistas, *amahs* recicladoras… ¡qué más da! Pero puedes apostar, muchachito, a que por lo menos uno de ellos sabe todo. ¿Tú conoces a Sinders?

—No. Nunca lo he visto.

Armstrong paladeaba su taza de café, disfrutando su excelencia, el sabor pleno, el aroma del grano…

Todo eso le daba nuevas fuerzas. —Si ellos saben todo —insinuó Armstrong—, ¿quién es el espía?

Después de una pausa, Smyth contestó:

—Esa clase de información sería muy cara. ¿Quieres qué les pida precios?

—Sí, por favor —dejó su taza sobre la mesa— El espía no te molesta a ti, ¿verdad?

—No. En lo absoluto. Yo puedo desempeñar mi trabajo, gracias,

y no me toca a mí preocuparme por los espías, ni tratar de atraparlos. En el momento en que ustedes aprenden y encierran al insecto, ellos compran a otro y lo ponen en su lugar; nosotros volveremos a hacerles lo mismo a *ellos* quienesquiera que sean. Mientras tanto, si no fuera por este maldito lío del Ho-Pak, esta estación seguiría siendo la que mejor funciona, y mi zona de East Aberdeen sería todavía la más tranquila de la Colonia. Eso es lo único que a mí me interesa.

Smyth se sacó del bolsillo una costosa cigarrera y ofreció un cigarrillo al compañero, preguntándole:

—¿Fumas?

—No, gracias. Dejé de fumar.

—Bien hecho. No. Mientras a mí me dejen en paz hasta que me jubile, dentro de cuatro años, todo andará bien en el mundo —encendió el cigarrillo con un encendedor de oro y Armstrong sintió por él un poco más de odio—. A propósito, yo creo que tú eres un tonto al no aceptar el sobre que te dejan cada mes sobre el escritorio.

—¿Tú estás enterado? —la cara de Armstrong se endureció.

—Sí. Y no tienes que hacer nada a cambio. Nada en absoluto. Te lo garantizo.

—Pero en cuanto aceptas uno, vas a encontrarte con las manos atadas.

—No. Esto es China, y no es la misma —los azules ojos de Smyth adoptaron también un gesto duro— ¿En fin, tú sabes, eso mejor que yo.

—¿Fue uno de tus "amigos" el que te pidió que me dieras el recado?

Smyth se encogió de hombros y dijo:

—He oído otro rumor. Tu parte en la recompensa de los Dragones por haber encontrado a John Chen asciende a 40,000 HK y...

—Pero, ¡yo no lo encontré...! —interrumpió Armstrong con voz trémula..

—Sin embargo, esta noche estará sobre tu escritorio un sobre. Eso he oído, viejo colega. No es más que un rumor... por supuesto.

La mente de Armstrong examinaba aquella información. Cuarenta mil de Hong Kong cubrían exacta y hermosamente su

deuda más urgente, vencida hacía ya tiempo, y que teñía que pagarse a más tardar el lunes, las pérdidas en el Mercado de Valores, aquel "Bueno, tú tienes que pagar, muchachito. Hace más de un año de esto y aquí tenemos reglas. Aunque no intento presionarte, la verdad es que necesito dejar este asunto arreglado..."

Smyth tiene razón, una vez más —pensó, sin acrimonia—. Estos desgraciados lo saben todo y les sería tan fácil averiguar las deudas que tengo. Entonces, ¿voy a aceptarlo o no?

—¿Sólo cuarenta mil? —preguntó, esbozando una sonrisa.

—Supongo que es suficiente para resolver tu problema más urgente —respondió Smyth con la misma mirada dura—... ¿me equivoco?

Armstrong no se sentía enojado porque la Víbora supiera tanto de su vida privada. Yo sé otro tanto de la suya —pensó—, aunque no la cantidad que tiene 0 dónde la esconde. Pero sería fácil averiguarlo, me sería fácil arruinarlo si quisiera. Muy fácil.

—¡Gracias por el café! Es el mejor que he tomado en años. ¿Nos vamos ya? Con gran esfuerzo, Smyth se puso el impermeable del uniforme, volvió a arreglarse el cabestrillo y se puso la gorra con el ángulo acostumbrado. Luego encabezó la marcha. En el camino, Armstrong hizo que Wu le repitiera lo que había sucedido y lo que había dicho el muchacho que aseguraba ser uno de los licántropos y después, la vieja *amah*.

—¡Muy bien, Wu! —comentó Armstrong cuando el joven terminó de hablar—. Es un magnífico trabajo de vigilancia y de investigación. Excelente... El inspector en jefe Smyth me dice que te gustaría entrar a los Servicios Especiales de Inteligencia.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Es importante, es una rama importante de la Seguridad Nacional, señor. A mí siempre me ha interesado la seguridad y saber cómo mantener a raya a nuestros enemigos, proteger la Colonia...

Creo que es algo muy interesante y de mucha importancia. Me gustaría ayudar, si pudiera, señor.

Por un momento, los oídos de los tres percibieron el silbar distante de sirenas de bomberos, procedente de la colina que tenían enfrente.

—¡Algún idiota desgraciado derribó otra estufa encendida! —gruñó Smyth en tono agrio—. ¡Bendito sea Dios por esta lluvia!

—Sí —convino Armstrong, y luego volvió a dirigirse a Wu—. Si todo esto resulta como tú lo has informado, yo hablaré de ti a Seguridad Nacional o a Servicios Especiales de Inteligencia.

Spectacles Wu no pudo evitar que el rostro se le iluminara.

—Sí señor... Gracias, señor. Ah Tam sí es de mi aldea. Sí, señor.

Entraron al callejón. Multitudes de compradores y tenderos y dueños de negocios los observaron con miradas torvas y sospechosas, desde debajo de sus paraguas o de los techos de lienzo sobresalientes de sus puestos. Smyth era el *quai loh* mejor conocido y más temido en Aberdeen.

—Allí es, señor —susurró Wu.

Tal como estaba previsto, Smyth se detuvo con naturalidad ante un puesto, a un lado de la entrada, al parecer para examinar unas verduras. La conmoción del dueño fue instantánea. Armstrong y Wu pasaron al otro lado de la entrada y luego se dieron vuelta en forma inesperada, de suerte que los tres se encontraron juntos frente a la entrada. Subieron a toda prisa las escaleras, mientras dos policías que habían seguido sus pasos aparecieron de pronto, para cerrar la entrada. Tan pronto como el estrecho callejón quedó asegurado, uno de ellos se dio prisa a situarse frente a otro, más estrecho aún y alrededor de la parte posterior del edificio, para cerciorarse de que el detective en traje de civil seguía vigilando la única salida por ese lado. Luego regresó a reforzar las barricadas menos protegidas, frente al Banco Victoria.

El interior del edificio estaba tan descuidado y sucio como el exterior, con cosas mal puestas y escombros en cada descanso de la escalera.. Smyth iba al frente, y se detuvo en el tercer descanso.

Desabotonó la funda de su revólver y se puso de pie a un lado. Sin titubear, Armstrong se recargó con fuerza contra la débil puerta, hizo saltar la cerradura y entró de prisa. Smyth lo siguió en el acto, mientras Spectacles Wu custodiaba la entrada en actitud nerviosa. El cuarto estaba bastante desaliñado, con viejos sillones y sillas, viejas cortinas sucias y el olor dulzón y rancio del opio y do aceite a punto de freír en el ambiente. Una corpulenta matrona de cerca de cincuenta años los contempló atónita y dejó caer su periódico. Los dos hombres entraron decididos hasta las puertas del interior.

Smyth abrió una y se encontró con una habitación en estado desastroso. La otra puerta dejaba descubierto un baño con un excusado sucio, y una tercera daba acceso a otra habitación en la que se apiñaban en desorden camas sin hacer para cuatro personas. Armstrong mantenía abierta la cuarta puerta, que conducía a una estrecha e inmunda cocinilla, donde Ah Tam se inclinaba sobre un montón de ropa para lavar, dentro de un lavadero indecente. La vieja *amah* miró pasmada al policía. Detrás de ella había otra puerta. Sin titubear, Armstrong avanzó hasta ella y la abrió de un empujón. El recinto, que parecía más un gran armario que una habitación, estaba casi vacío. No tenia ventanas, sólo un agujero para ventilación abierto en la pared, y espacio apenas suficiente para poder desdoblar un pequeño catre de fibra sin colchón y una cajonera destartalada.

Regresó a la sala de estar, con Ah Tam en zaga. El respiraba ya sin fatiga y las palpitaciones del corazón iban normalizándosele. No habían tardado más que unos segundos en toda la operación.

Smyth sacó los papeles y dijo en tono amable.

—Siento haberla interrumpido, señora, pero tenemos un permiso de registro.

—*¿Qué cosa?*

—Tradúzcaselo, Wu—ordenó Smyth.

El joven policía repitió lo que acababa de oír y, tal como se había convenido de antemano, empezó a actuar como si no fuera más que el intérprete para dos estúpidos policías *quai loh* que no hablaban cantonés.

La mujer abrió la boca atónita y protestó:

—¡Registrarnos! —chilló—. ¿Registrar qué cosa? ¡Aquí se obedece la ley! Mi esposo trabaja para el gobierno, tiene amigos importantes ... y si ustedes andan en busca del grupo de jugadores de azar, no tienen nada que ver con nosotros, están en el cuarto piso, atrás. Tampoco sabemos nada de las apestosas rameras del 16 que abrieron el negocio y trabajan a toda hora hasta hacer que el resto de nos...

—¡Basta! —cortó Wu en tono seco—. ¡Nosotros somos policías encargados de asuntos importantes!

¡Estos amos de la policía son gente importante! ¿Es usted la esposa de Ch'ung el reciclador?

—Sí —contestó en tono agrio—. ¿Qué quieren con nosotros? No hemos hecho na…

—¡Es suficiente! —interrumpió Armstrong en inglés, con estudiada arrogancia—. ¿Esa es Ah Tam?

—¡Usted, sí! ¿Es usted Ah Tam?

—¿Qué yo? *¿Qué cosa?* —la vieja *amah* retorcía el delantal en un gesto nervioso, sin haber reconocido a Wu.

—¡Así qué usted es Ah Tam! ¡Está arrestada!— La aludida palideció y la otra mujer lanzó una maldición y se apresuró a comentar:

—¡Ah! Entonces…. ¡tú eres la persona que ellos buscan! ¡Ah! Nosotros no sabemos nada de ella, excepto que la recogimos de la calle, hace unos meses, le dimos casa y un sal…

—¡Wu, dile que cierre la boca!

El joven policía transmitió el recado en tono descortés. Ella obedeció con una actitud más grosera aún. Wu preguntó:

—Estos Amos quieren saber si hay alguien más aquí…

—¡Claro qué no. hay nadie! ¿Están ciegos? ¿No acaban de allanar mi casa como asesinos? ¿No han visto todo con sus propios ojos? —preguntó la arpía en tono agresivo; luego añadió—. ¡Yo no sé nada de nada!

—Ah Tam, estos Amos quieren saber cuál es tu cuarto.

La *amah* hizo un esfuerzo para hablar y protestó con energía:

—¿Qué quieres conmigo, honorable policía? Yo no he hecho nada. No soy ilegal. Tengo papeles desde el año pasado. No he hecho nada. Soy ciudadana respetuosa de la ley. He trabajado toda mi vi…

—¿Dónde está tu habitación?

La otra mujer señaló en dirección a la cocina.

—Allí —dijo con voz estridente e indignada—. ¿Dónde más podría estar? ¡Claro qué está junto a la cocina! ¿No tienen sensatez estos demonios extranjeros? ¿En qué otra parte pueden vivir las sirvientes? Y tú, viejo gusano… ¿Qué problemas andas creando a la gente honrada? ¡Si has ido a robar verduras, yo no tengo nada que ver en eso!

—Cállese o la llevaremos a nuestras oficinas y con toda seguridad el juez querrá encerrarla. ¡Cállese de una vez!

La mujer estuvo a punto de lanzar una maldición, pero se

contuvo. Armstrong inició el interrogatorio:

—Vamos a ver, ¿qué... ?

En ese momento notó que varios chinos curiosos espiaban desde el descanso de la escalera. Clavó los ojos en ellos y dio un paso rápido hacia ellos. Desaparecieron. Cerró la puerta, disimulando su regocijo.

—Ahora pregúntales a las dos qué saben de los licántropos.

La mujer de menor edad miró boquiabierta a Wu. Ah Tam volvió a palidecer.

—¿Qué... yo? ¿Licántropos? ¡Nada! ¿Por qué debía yo saber algo de esos inmundos secuestradores?

¿Qué tienen que ver conmigo? ¡Nada, nada... no sé nada en absoluto!

—¿Qué nos dices tú, Ah Tam?

—¿Yo? ¡Nada... nada en absoluto! —dijo con voz entrecortada —. ¡Yo soy una respetable *amah* que cumple con su trabajo y nada más!

Wu tradujo las respuestas. Los dos policías notaron que su traducción era exacta, rápida y fácil.

Ambos se portaron pacientes y siguieron haciendo el juego que habían jugado tantas veces.

—Dile que es mejor que nos diga la verdad cuanto antes.

Armstrong la miró con el ceño fruncido. No tenía nada en su contra. Tampoco Smyth. Lo único que esperaban de ella era la verdad. La verdad podría llevar a descubrir a los licántropos, y cuanto más pronto se ahorcara a esos criminales por su asesinato, tanto más fácil sería tener a Hong Kong en orden y tanto más pronto los ciudadanos respetuosos de la ley como ellos podrían dedicarse con tranquilidad a sus negocios o a sus aficiones: ganar dinero, jugar carreras o la prostitución. Sí —pensó Armstrong, sintiendo pena por la pobre anciana—. Apuesto veinte dólares contra un alfiler a que la arpía no sabe nada, pero Ah Tam sabe mucho más de lo que está dispuesta a decirnos.

—¡Quiero la verdad! ¡Díselo! —apremió el policía.

—¿La verdad? ¿Qué verdad, honorable señor? ¿Cómo podría este pobre cuerpo viejo ser otra...?

Armstrong levantó la mano en un gesto dramático:

—¡Basta!

Era otra señal preparada de antemano. En el acto, Spectacles Wu cambió al dialecto Ning-tok, que sabía que ninguno entendía y dijo:

—Hermana mayor, te sugiero que hables pronto y sin rodeos. ¡Estamos ya enterados de todo!

Ah Tam lo miró atónita. No tenía más que dos dientes en la encía inferior.

—¿Qué? ¿Hermano menor? contestó en el mismo dialecto, sin que la sorpresa le diera tiempo de reflexionar—. ¿Qué quieres conmigo?

—¡La verdad! ¡Sé todo lo relacionado contigo!

La anciana lo observó, sin reconocerlo.

—¿Qué verdad? ¡En mi vida te había visto!

—¿No me recuerdas? ¿En el mercado de pollos...? Tú me ayudaste a comprar un pollo y luego los dos tomamos una taza de té. Ayer. ¿No lo recuerdas? Tú me hablaste de los licántropos, de que iban a darte una gran recompensa.

Los tres policías pudieron notar un brillo fugaz en el fondo de sus ojos, pero en tono lastimero, la anciana continuó:

—¿Licántropos...? ¡Imposible! ¡Tiene qué haber sido otra persona! Esta es una acusación falsa. Di a los nobles amos que yo jamás he visto a...

—¡Cállate, vieja bruja! —exclamó Wu en tono cortante y le lanzó una sonora maldición—. Tú trabajaste para Wu Ting-top; el nombre de tu ama era Fan-ling y murió hace tres años; eran los dueños de la farmacia en el cruce de los caminos de tu aldea. ¡Conozco el lugar personalmente!

—Mentiras... mentiras...

—Dice que todo son mentiras, señor.

—Bueno. Dile que la llevaremos a la estación de policía. Allí tendrá que hablar. Ah Tam empezó a temblar.

—¿Tortura? ¿Serán capaces de atormentar a una anciana? ¡Oh, oh, oh!

—¿Cuándo volverá este licántropo? ¿A la tarde?

—Oh, oh, oh... No lo sé... Me dijo que volvería a verme, pero el muy ladrón no volvió. Le presté cinco dólares para que se fuera a casa y...

—¿Dónde es su casa?

—¿Eh? ¿Quién? ¡Oh, él! El dijo que era pariente de un pariente

y yo... Yo no recuerdo. Creo que dijo North Point... No recuerdo nada...

Armstrong y Smyth esperaron y sondearon, pero pronto se vio que la vieja sabía poco; aunque esquivaba y retorcía el interrogatorio, sus mentiras eran cada vez más flagrantes.

—La detendremos de todas maneras— resolvió Armstrong.

Smyth asintió con la cabeza.

—¿Puedes hacerte cargo de todo mientras te mando a un par de hombres? Creo que es hora de que yo regrese a mi zona.

—Sí, por supuesto. Gracias.

Smyth salió. Armstrong dijo a Wu que diera órdenes a las dos mujeres de sentarse y permanecer calladas mientras él registraba los aposentos. Obedecieron asustadas. Entró a la cocina y cerró la puerta. En el acto, Ah Tam sujetó su larga y desaseada trenza.

—Hermano menor —empezó a susurrar con malicia, sabedora de que su ama no entendía Ning-tok—. Yo no soy culpable de nada. Simplemente conocí a ese joven demonio como te conocí a ti. Pero yo no hice nada. La gente de la misma aldea debe mantenerse unida, ¿no? Un chico apuesto como tú necesita dinero... para las chicas o para su mujer. ¿Eres casado, honorable hermano menor?

—No, hermana mayor —contestó Wu con amabilidad, tratando de darle conversación, tal como se le había dicho que lo hiciera.

Armstrong estaba a la entrada de la minúscula recámara de Ah Tam, y se preguntaba por millonésima vez por qué los chinos trataban a sus sirvientes con tanto desprecio, por qué éstos trabajaban en condiciones de tanta miseria e inmundicia, por qué dormían y vivían y prestaban servicios leales durante toda una vida, por un plato de comida, poco respeto y ningún amor.

Recordó haberlo preguntado a su maestro. El viejo policía había dicho: «No lo sé, muchacho, pero creo que es porque se vuelven una *familia*. Por lo común se trata de un trabajo de por vida. Por lo común su propia familia participa también. El siervo *pertenece* y los *how chew* los *puntos buenos* del trabajo son muchos. No hace falta decir que todos los sirvientes saben 'descremar' una buena proporción del dinero del hogar, quedarse con parte de todos los alimentos, de todas las bebidas, de todos los objetos para el aseo, de todo, por ricos o pobres que sean los amos, y por supuesto, con conocimiento y aprobación plena de éstos, con tal que la operación

se mantenga dentro de los límites acostumbrados... ¿De qué otra manera podrían pagarles tan poco, si ellos no pudieran conseguir algo adicional por otro lado?»

Tal vez esa sea la respuesta —pensó Armstrong—. Es cierto que antes que un chino o china acepte un empleo, cualquier empleo, el o ella pensarán muy bien en los *how chew* del trabajo... ¡Ah sí, muy bien! Y ése será siempre el factor decisivo.

El cuarto tenía un olor muy desagradable, y Armstrong trataba de no percibirlo. De cuando en cuando, ráfagas de lluvia entraban por el agujero de ventilación. El gotear era incesante, toda la pared estaba enmohecida y con manchas de agua de un millar de tormentas. Hurgó por todos lados, con meticulosidad y con sus cinco sentidos concentrados en lo que hacía. Había poco lugar para esconder nada. La cama y la ropa de cama estaban relativamente limpias, aunque con muchas chinches alojadas en las esquinas del catre. Debajo de la cama no había más que un bacín maloliente y desportillado y una maleta vacía. De unas cuantas bolsas viejas y de un maletín tampoco salió nada. En la cajonera había unos cuantos vestidos, algo de alhajas de fantasía baratas y una pulsera de jade de mala calidad.

Escondido debajo de unos vestidos estaba un bolso de mano bordado de mucho mayor valor. Dentro había unas cuantas cartas viejas, un recorte de periódico y dos fotografías.

El corazón de Armstrong estuvo a punto de pararse.

Después de un momento, se acercó a la luz más clara de la cocina y examinó de nuevo las fotografías.

No se había equivocado. Leyó el recorté de periódico, mientras la cabeza le daba vueltas. Ahí estaba la fecha y también estaba en una de las fotografías.

* * *

En el sótano con aspecto de colmenar de la oficina central de policía, Ah Tam estaba sentada sobre un banco duro, sin respaldo, en medio de un gran cuarto a prueba de ruidos, muy iluminado, pintado de blanco por todos lados: paredes, techo, piso... Y con una única puerta, también blanca, ajustada de tal suerte que parecía parte de la misma pared. Hasta la silla que ocupaba era blanca. La

anciana estaba sola, paralizada de miedo. Sin embargo, hablaba sin inhibiciones.

—Díganos ahora ¿qué sabe del bárbaro que está al fondo de la fotografía? —preguntaba en Ning-tok la voz llana y metálica de Wu, a través de un megáfono oculto.

—He dicho y vuelto a decir... y no hay... No sé, amo —gimió—. Quiero ir a casa... Te he dicho ya que apenas vi al demonio extranjero... Nos visitó sólo esa única vez, que yo sepa, amo... No recuerdo... fue hace años. ¡Oh! ¿Puedo irme ahora que te he dicho todo... todo?

Armstrong la observaba a través del vidrio azogado, desde un cuarto oscuro de observación. Wu estaba a su lado. La actitud de ambos era seria y un tanto incómoda. El sudor bañaba la frente de Wu, a pesar de que el recinto tenía un agradable clima artificial. Una grabadora magnetofónica giraba en silencio. Detrás de ellos había micrófonos y una serie de aparatos electrónicos.

—Creo que nos ha dicho todo lo que necesitamos —dijo Armstrong, sintiendo pena por ella.

—Sí, señor —Wu logró que su voz no traicionara el estado de sus nervios.

Era la primera vez que el joven policía tomaba parte en un interrogatorio de Servicios Especiales.

Estaba asustado y excitado. Le dolía la cabeza.

—Pregúntale de nuevo dónde consiguió el bolso.

Wu hizo lo que se le ordenaba. Su voz era serena y autoritaria.

—Pero ya te lo he dicho una y otra vez —gimió la vieja—. Por favor, ¿puedo irme... ?

—Dínoslo de nuevo, luego podrás marcharte.

—Muy bien... muy bien... Te lo diré otra vez... Pertenecía a mi ama. Me lo dio en su lecho de muerte. Me lo dio a mí. Lo juro y...

—La última vez dijiste que te lo habían dado el día antes de su muerte. Entonces, ¿cuál es la verdad?

Ah Tam se tiró con ansiedad de la trenza sucia y respondió: —Yo... yo no recuerdo, amo... Fue en su... fue cuando murió... No recuerdo... —la boca de la anciana hizo un esfuerzo, pero no produjo ningún sonido; luego, en un torrente de palabras quejumbroso explicó—. Yo lo tomé y lo escondí, después de su muerte. Allí estaban esas viejas fotos... Yo no tengo una de mi ama,

por eso me quedé también con ellas. Había también un tael de plata y con ése pagué parte de mi viaje a Hong Kong, durante la gran hambre.

Tomé todo eso porque ninguno de sus mezquinos hijos o hijas o miembros de su familia, que la odiaban a ella y también a mí, quería darme nada. Por eso lo tomé cuando nadie estaba... ella me lo dio antes de morir y yo no hice más que esconderlo. Es... es mío, ella me lo dio.

Escucharon mientras la vieja repetía una y otra vez lo mismo. Dejaron que se explayara cuanto quisiera. El reloj de pared marcaba la 1:45. Habían estado interrogándola durante media hora.

—Basta por ahora, Wu. Repetiremos el interrogatorio a las 4:45. Sólo como medida de seguridad.

Pero creo que nos ha dicho todo.

Con un movimiento cansado, Armstrong tomó un teléfono y marcó un número.

—Habla Armstrong. Pueden llevársela de nuevo a su celda —dijo—. Cerciórense de que esté cómoda, que se la atienda bien y que el doctor vuelva a examinarla.

Era un procedimiento de rutina en Servicios Especiales de Inteligencia el hacer a los prisioneros un examen médico antes y después de cada interrogatorio. El doctor había dicho que Ah Tam tenía el corazón y la presión arterial de una chica de veinte años.

Un momento después vieron que se abría la puerta blanca, casi invisible. Un policía uniformado de los Servicios de Inteligencia hizo una seña amable a la anciana. Esta se encaminó hacia afuera. Armstrong encendió las luces e hizo retroceder la cinta grabada. Wu se enjugó el sudor de la frente.

—Lo hiciste muy bien, Wu. Aprendes pronto.

—Gracias, señor.

Aumentó el silbido de la grabadora magnetofónica. Armstrong la observaba en silencio, todavía consternado. El sonido cesó y él extrajo el carrete de la máquina.

—Siempre ponemos la fecha, la hora exacta y la duración precisa del interrogatorio y usamos un nombre clave para la persona sospechosa; todo por motivos de seguridad y de secreto —buscó cierto número en un libro, marcó la cinta y luego empezó a llenar una forma—. Acostumbramos verificar con esta forma —

siguió explicando—. Nosotros dos la firmaremos como autores del interrogatorio y pondremos aquí el número clave de Ah Tam: V-ll-3. Esta es información archisecreta, que se guarda en la caja de seguridad —su mirada se volvió muy severa, y Wu se sintió casi acobardado; Armstrong continuó—. Repito: es mejor que creas que en boca cerrada no entran moscas y que todo en Servicios Especiales de Inteligencia, todo aquello en lo que has participado hoy, es secreto máximo.

—Sí, señor, sí. Usted puede contar conmigo, señor.

—Más vale, que recuerdes también que Servicios Especiales de Inteligencia es un departamento que es ley para sí mismo, vinculado al gobernador y al ministro en Londres. Exclusivamente. La famosa ley inglesa, los principios de justicia y los códigos normales de la policía no tienen aplicación cuando se trata de Seguridad Nacional o de Servicios Especiales de Inteligencia. Aquí no hay «habeas corpus», ni juicios públicos, ni apelaciones. En un caso de Servicios Especiales, no hay más que una orden de deportación a la República Popular China o a Formosa, lo que sea peor para el acusado.

¿Entiendes?

—Sí señor… Yo quiero ser parte de los Servicios Especiales de Inteligencia, señor, así que usted puede creerme. No soy de los que van a calmar la sed en un vaso de veneno —aseguró Wu, sintiéndose casi enfermo de esperanza.

—Bueno. Durante los próximos días tendrás que estar encerrado en estas oficinas.

Wu se quedó un instante boquiabierto.

—Pero, señor… mi… sí señor…

Armstrong se adelantó a salir con él y luego cerró la puerta. Dio la llave y la forma a un agente de Servicios Especiales que estaba de guardia en el escritorio principal. Por el momento voy a conservar el carrete de la grabación. Ahí está mi recibo firmado.

—¡Sí, señor!

—¿Usted se encargará del oficial Wu? Será nuestro huésped durante un par de días. Empiece a tomar nota de sus datos personales… Ha sido mucho muy útil. Mucho muy útil. Voy a recomendarlo para que ingrese a Servicios Especiales.

—Sí señor.

Se separó de ellos y marchó hacia el ascensor. Salió de él en su

piso con un sabor agridulce morboso en la lengua, producido por el temor. Los interrogatorios de Servicios Especiales de Inteligencia eran para él una auténtica maldición. Los detestaba aunque fueran rápidos, eficientes y a pesar de que siempre obtenían buenos resultados. Prefería tener una batalla estilo antiguo de ingenio, y uso de paciencia, en vez de manejar estos modernos y nuevos instrumentos psicológicos.

—¡Todo esto es endemoniadamente peligroso, si me piden mi opinión —musitó, mientras avanzaba por el corredor.

Su olfato percibía el débil olor a humedad de las oficinas centrales, mientras él aborrecía a Crosse, a los Servicios Especiales y a todo lo que representaban; mientras detestaba la información que acababa de desentrañar. Su puerta estaba abierta.

—¡Oh, hola, Brian! —dijo cerrándola al entrar; su aspecto era sombrío—. ¿Qué novedades hay?

Brian Kwok no se había movido. Tenía los pies sobre el escritorio y hojeaba con negligencia uno de los diarios comunistas chinos de la mañana, mientras la lluvia seguía azotando las ventanas que tenía detrás.

—Hay un buen artículo sobre Irán—contestó su amigo, absorto en lo que estaba leyendo—. Dice que los capitalistas, amos supremos de la CIA, en unión con el tirano del Sha, han sofocado una revolución popular en Azerbaiján, donde han muerto millares... etcétera. No creo todo esto, pero parece que la CIA y la Noventa y dos de paracaidistas han invadido esa región y que los yankees han actuado bien por vez primera.

—¡Vaya malhadado bien que hará eso! ,

Brian Kwok levantó la mirada. Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué sucede?

—Me siento un desgraciado —Armstrong titubeó—. Mandé traer un par de cervezas. Luego nos vamos a comer. ¿Qué te parece un curry? ¿Está bien?

—Muy bien, pero si te sientes tan infeliz, pasamos por alto la comida.

—No. No es esa clase de malestar. Yo... simplemente detesto hacer los interrogatorios blancos... Me ponen carne de gallina.

Brian Kwok lo miró fijamente y preguntó:

—¿Examinaste allí a la vieja *amah* ¿Para qué demonios?

—Fue orden de Crosse. ¡Es un hijo de...!

Brian Kwok hizo a un lado su periódico.

—Sí, lo es —corroboró—. Y estoy seguro de que tengo razón en cuanto a él —añadió en voz baja.

—Ahora no, Brian. En la comida, tal vez, pero no ahora. ¡Dios santo, necesito algo de beber! ¡Maldito Crosse. y malditos Servicios Especiales! Yo no pertenezco a ellos y sin embargo él actúa como si fuera uno de los suyos.

—¿Ah, sí? Pero vas a venir al 16/2 esta noche. Creí que te habían promovido.

—El no lo mencionó. ¿Qué hay?

—Si él no lo mencionó, será mejor que yo tampoco hable del asunto.

—Claro.

Era un procedimiento normal en Servicios Especiales, por razones de seguridad, reducir al mínimo la difusión de información de suerte que, ni aun a todos los agentes más dignos de confianza que trabajaran en un mismo caso se les darían todos los datos.

—¡A mí no van a darme una maldita suspensión temporal para luego promoverme! —gruñó Armstrong, sabedor de que si era orden de Crosse, él no podía hacer nada para evitarlo—. ¿Esta intervención tiene algo que ver con Sevrin?

—No lo sé. Así lo espero —Brian Kwok estudió a su amigo y le sonrió—. ¡Vamos, Robert, ánimo!

Tengo buenas noticias para ti.

Cuando le dijo esto, el aludido observó lo bien parecido que era su amigo: fuerte, con blanca dentadura, piel dorada, mandíbula firme y esos ojos juguetones, que reflejaban una confianza en sí mismo que tenía aires de reto.

—Tú eres un sinvergüenza muy apuesto —le dijo—. ¿Cuáles son las buenas noticias? ¿Qué estás apoyándote en el amigo One Foot, del restaurante Para, y que te ha dicho ya cuáles son los cuatro primeros ganadores del sábado?

—¡Sueñas! No. Se trata de esos expedientes que le arrebataste ayer a Buchtooth Lo y pasaste al departamento anticorrupción. ¿Recuerdas? Hablo de los de Photographer Ng...

—¿Oh? ¡Ah sí...!

—Parece que nuestro huésped chino-norteamericano de la

temporada buena, el señor Thomas K. K. Lim, que está en alguna parte de Brasil, es todo un personaje. Sus expedientes son de oro. ¡Y en qué forma! Además, están en inglés, así que nuestros colegas del departamento los examinaron con la máxima facilidad. ¡Nos entregaste un tesoro!

—¿Está relacionado con Tsu-yan? —preguntó Armstrong, dejando volar su imaginación.

—Sí, y con muchos otros más. Gente muy importante... Muy...

—¿Banastasio?

Brian Kwok esbozó una amplia sonrisa:

—¡Vincenzo Banastasio en persona! Eso establece la relación con John Chen, los rifles, Tsu-yan, Banastasio y la teoría de Peter Marlowe, con toda nitidez.

—¿Y con Bartlett... ?

—Todavía no. Pero Marlowe conoce a alguien que sabe muchísimas cosas que nosotros ignoramos.

Creo que debemos investigarlo. ¿No querrías hacerlo?

—¡Ah, sí! ¿Qué más hay en esos papeles?

—Thomas K. K. Lim es un católico. Pertenece a la tercera generación de chino-norteamericano, lo que lo hace un charlatán. Colecciona toda clase de correspondencia incendiaria, cartas, notas, memorandums, etc. —Brian Kwok volvió a esbozar su sonrisa nada humorística—... Nuestros amigos yankees son peores de lo que pensábamos.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cierta familia de Nueva Inglaterra, muy conocida y muy bien relacionada, está en convivencia con determinados generales, tanto estadounidenses como vietnameses, para la construcción de bases de la Fuerza Aérea Norteamericana muy grandes y muy innecesarias en Vietnam, porque les resultan, muy buen negocio.

—¡Bravo! ¿Nombres?.

—Nombres, rango militar y números de serie. Si los superiores máximos supieran que el amigo Thomas tiene todo bien documentado, la noticia desencadenaría un estremecimiento a través de todas las galerías de hombres ilustres, de los salones del Pentágono y de muchos otros, muy costosos y llenos de humo...

—¿Es él intermediario? —gruñó Armstrong.

—Empresario es el nombre que él mismo se da. ¡Ah! Y está en muy buenos términos con mucha gente prominente: norteamericanos, italianos, vietnameses, y chinos de un lado y otro de la cerca. Los papeles comprueban todo el fraude. Hay un plan que tiene por objeto encauzar millones de fondos norteamericanos hacia otro falso programa de ayuda a Vietnam. Para ser exactos, se trata de ocho millones… Uno ya se supone pagado. El amigo Lim estudia incluso la forma en que un millón de *h'eung yau* debe desviarse hacia Suiza.

—¿Podemos estorbárselo?

—¡Sí, claro! Si capturamos a Thomas K. K. Lim y si quisiéramos estorbárselo. Le pregunté a Crosse, pero se limitó a encogerse de hombros y dijo que no era asunto nuestro. Que si los yankees quieren engañar a su gobierno, es asunto suyo —Brian Kwok volvió a sonreír, pero sus ojos conservaron el gesto de gravedad—. Es una información muy valiosa, Robert. Si siquiera una parte de ella se volviera del dominio común, desataría una endiablada ola de apestosa inmundicia hasta lo más alto de los principales niveles.

—¿Va a pasárselo a Rosemont?. Quiero decir, a «dejar que escurra»?

—No lo sé. No creo que lo haga. En cierto sentido tiene razón. No es asunto nuestro. ¡Sería una estupidez mayúscula descubrirlo todo! ¡Una estupidez! ¡Merecen que los hagan pedazos! Cuando tengas un minuto lee los papeles… ¡Son muy jugosos!

—¿Hay algún nexo entre Lim y los otros ladrones… Buchtooth Lo y el otro individuo? ¿Están adueñándose de fondos de CARE?

—¡Oh, sí! Tiene que ser. Pero todos sus documentos están en chino, así que se necesitará más tiempo para atraparlos —luego Brian Kwok añadió en tono de extrañeza—. Es curioso que Crosse no diera mayor importancia a eso, como si supiera que había un nexo —luego bajó la voz—. Estoy seguro de que tengo razón en cuanto a él.

Se produjo un silencio repentino. Armstrong sentía la boca reseca y con mal sabor. Apartó los ojos de la lluvia y los fijó en Brian.

—¿Tú qué has conseguido?

—¿Conoces al vicecónsul del Consulado Norteamericano… el famoso… el que vende las visas?

—¿Qué hay con él?

—El mes pasado Crosse cenó con él, en *su propio* apartamento.

Armstrong se frotó la cara en un gesto nervioso y objetó:

—Eso no prueba nada. Escúchame... Mañana... mañana tendremos los expedientes. Mañana Sind...

—Tal vez *nosotros* no podamos leerlos...

—En lo personal, me importa una mierda. Ese es asunto de Servicios Especiales de Inteligencia. Yo soy CID y por eso...

Un golpecillo en la puerta lo hizo interrumpir la frase. Un mesero chino entró con una bandeja y dos tarros de cerveza helada. La cara se le iluminó, con una sonrisa que exhibía toda su dentadura.

—'ñas tardes, sah —dijo ofreciendo un tarro a Brian Kwok; dio el otro a Armstrong y salió.

—Buena suerte —brindó Armstrong, sintiendo odio contra sí mismo.

Apuró buena parte de su tarro, se acercó a la caja de seguridad y guardó la cinta. Brian Kwok estudió la actitud de su compañero.

—¿Estás seguro de que te sientes bien, camarada?

—Sí, sí, claro.

—¿Qué dijo la anciana?

—Al principio nos contó muchas mentiras. Montones de mentiras, pero luego dijo la verdad. Toda la verdad.'Te lo contaré mientras comemos, Brian. Tú sabes cómo sucede esto: llega un momento en que te das cuenta de que te están mintiendo... si tienes paciencia. Yo estoy harto de mentiras —terminó su cerveza y comentó—. ¡Santo Dios; eso era lo que yo necesitaba!

—¿Quieres la mía también? ¡Tómala!

—No. No, gracias. Pero me vendrá muy bien un whisky con soda antes del curry y luego tal vez otra cerveza. Bebe y vamos a poner manos a la obra.

Brian dejó sobre el escritorio su tarro a medias.

—Con ésa me basta —encendió un cigarrillo—. ¿Cómo va tu propósito de no fumar?

—Es pesado —Armstrong vio cómo inhalaba con fuerza—. ¿Hay algo más sobre Voranski... o sus asesinos?

—Se desvanecieron en el aire. Tenemos sus fotografías, así que los capturaremos... A menos que estén del otro lado de la frontera.

—O en Formosa...

Después de una pausa, Brian Kwok asintió con la cabeza y añadió: —O en Macao o en Corea del Norte, o en Vietnam o en otra parte. El ministro está que trina contra Crosse por lo de Voranski. Lo mismo siente MI-6 y también la CIA. El máximo nivel de la CIA en Londres ha estado haciéndole la vida pesada al ministro, por eso él busca un chivo 'expiatorio. Será mejor que nosotros encontremos a esos insectos antes , que los descubra Rosemont, o perderemos todo nuestro prestigio. También Rosemont se siente apremiado a entregar sus cabezas. Tengo entendido que ha puesto a todos sus hombres a buscarlos, convencido de que es asunto relacionado con Sevrin y con el portaviones. Le aterra pensar que pueda suceder algo que afecte al portaviones nuclear —la voz de Brian Kwok se hizo áspera—. ¡Qué solemne estupidez haberlo traído aquí, para ofender a la República Popular China. Ese monstruo es una invitación manifiesta para todos los agentes de Asia.

—Si yo fuera soviético, procuraría infiltrar la nave. Los Servicios Especiales estarán tratando de hacerlo, con toda seguridad. A Crosse le encantaría poner un pié adentro. ¿Por qué no? —Armstrong contempló las volutas de humo—. Si yo fuera nacionalista, tal vez pondría unas cuantas minas y culparía a la República Popular... o viceversa, para poder culpar a Chiang Kai-Shek.

—Es lo que la CIA haría para que todos se enfurecieran contra China.

—¡Vamos, Brian!

Brian Kwok tomó un último sorbo y luego se puso de pie. —Yo ya tengo suficiente. Vamos.

—Un momento—Armstrong marcó un número—... Habla Armstrong. Preparen otra sesión a las cinco de la tarde para V-ll-3. Voy a querer... —se interrumpió al ver la visión nublada en los ojos de su amigo, y luego el brillo enfermo.

Había captado sin dificultad el gesto; luego vio que Brian se dejaba caer en el sillón. Fuera de sí y haciendo un esfuerzo por controlarse, colgó el teléfono. No le quedaba más que esperar.

He cumplido con mi deber —pensó.

Se abrió la puerta. Crosse entró seguido de tres agentes de Servicios Especiales en traje de civil.

Todos eran británicos y gente de experiencia, todos de rostro

adusto y en estado de tensión. Con gran rapidez, uno de ellos puso un grueso capuchón negro sobre la cabeza de Brian Kwok, lo levantó con facilidad y salió. Los otros iban tras él.

Una vez hecho, Robert Armstrong no sintió, nada, ni remordimiento, ni conmoción, ni enojo. Nada.

Su cerebro le decía que no había error, aunque seguía diciéndole también que rio era posible, que su amigo de casi veinte años no podía ser espía comunista. Sin embargo, lo era. La prueba era irrefutable. Las pruebas que él había encontrado demostraban en forma concluyente que Brian Kwok era el hijo de Fang-ling Wu, la antigua patraña de Ah Tam, a pesar de que, según su certificado de nacimiento y su expediente personal, se suponía que su padre y su madre se apellidaban Kwok y habían sido asesinados por los comunistas en Cantón, en el '43. Una de las fotografías había mostrado a Brian Kwok de pie, junto a una minúscula dama china, enfrente de una farmacia situada en el cruce de caminos de una aldea, La calidad de la foto era mala, pero más que suficiente para poder leer los caracteres del rótulo del negocio y para reconocer una cara: la de él. Al fondo de la fotografía estaba un automóvil viejo. Detrás de él, de pie; un europeo que miraba hacia un lado. Spectacles Wu había identificado la tienda como la farmacia del cruce de caminos en Ning-tok, la que era propiedad de la familia Tok-ling Wu. Ah Tam había identificado a la mujer como su ama.

—¿Y el hombre? ¿Quién es el hombre que está a su lado?

—Es su hijo, amo. Ya te lo he dicho. Es el Segundo Hijo Chu-toy. Ahora vive con los demonios extranjeros al otro lado del mar, en el norte, al norte de la Tierra de las Montañas Doradas, —había gemido la anciana, desde el cuarto blanco;

—Mientes de nuevo.

—Oh, no, amo. Es su hijo, Chu-toy. Es su Segundo Hijo. Nació en Ning-tok. Yo ayudé al alumbramiento con mis propias manos. Fue su segundo. Se fue de su lado cuando aún era niño...

—¿Se fue de su lado? ¿Adónde se fue?

—A... al País de la Lluvia, y de allí a las Montañas Doradas. Ahora tiene un restaurante y dos hijos... Es un hombre de negocios de allá y vino a ver a su padre... El padre estaba moribundo. El vino como lo haría un buen hijo, pero volvió a irse, y su madre lloró y lloró...

—¿Con qué frecuencia visitaba a sus padres?

—Fue sólo una vez, amo. Esa vez. Ahora vive tan lejos, en un lugar tan distante, en un lugar tan distante… Pero vino como buen hijo y luego se fue. Yo pude verlo sólo por casualidad, amo. La madre me había mandado a visitar a unos parientes de la aldea cercana, pero yo me sentía muy sola y volví antes de tiempo y pudo verlo… Fue poco antes que se marchara. El joven amo salió en un automóvil de demonio extranjero…

—¿Dónde consiguió el vehículo? ¿Era suyo?

—No lo sé, amo. En Ning-tok no había ningún automóvil. Ni el mismo comité de la aldea tenía coche… ni siquiera su padre, que era el farmacéutico del lugar. Pobre padre… ¡murió con tanto dolor! Era miembro del comité… Nos dejó en paz, la gente del Camarada Mao, los advenedizos… Sí, lo hicieron porque, a pesar de que el padre era un intelectual y farmacéutico, siempre había sido partidario secreto de Mao, aunque eso yo nunca lo supe, amo, juro que nunca lo supe. La gente del Camarada Mao nos dejó tranquilos, amo.

—¿Cuál era su nombre? El de este hijo de tu ama… el hombre de la fotografía… —había enfatizado así la pregunta con el ánimo de sacudir la seguridad de la anciana.

—Chu-toy Wu, amo; era su segundo hijo… Recuerdo cuando lo enviaron de Ning-tok a… a este inmundo lugar, a la Bahía Fragante. Tenía cinco o seis años. Lo mandaron con un tío de aquí y…

—¿Cómo se llamaba el tío?

—No lo sé, amo. Nunca me lo dijeron. Sólo recuerdo que la madre lloraba y lloraba cuando el padre lo mandó lejos a la escuela… ¿Puedo ir a casa, por favor? Estoy cansada…

—Cuando nos digas lo que queremos saber. Si nos dices la verdad.

—¡Oh! Te digo la verdad, lo que sea, lo que sea…

—¿Lo mandaron aquí a la escuela? ¿En Hong Kong? ¿Adónde?

—No lo sé, amo. Mi ama nunca lo dijo. Sólo dijo que iba a la escuela y luego lo borró de su mente, y yo también. ¡Oh, sí! Fue mejor así, porque se iba para siempre. Tú lo sabes, el segundo hijo siempre debe marcharse…

—¿Cuándo volvió Chu-toy Wu a Ning-tok?

—Hace unos años, cuando el padre estaba moribundo. Sólo

volvió esa vez. Fue sólo una vez, amo. ¿No recuerdas que te lo dije? Yo recuerdo habértelo dicho ya. Sí. Fue la vez de la foto. La madre insistió en que la tomaran, y lloró y le suplicó que se retratara con ella... Con toda seguridad sentía la mano de la muerte pesar sobre ella, después que el padre se había ido y ella quedaba verdaderamente sola... ¡Oh! Lloró y lloró para que Chu-toy le diera ese gusto, como buen hijo, y mi ama se puso tan contenta...

—Y el bárbaro de la foto... ¿quién es?

Estaba de perfil, en el fondo. No era fácil de reconocer si no se le conocía de antemano. Se mantenía de pie junto al auto, estacionado a un lado de la farmacia. Era un europeo alto, de traje arrugado e indefinible.

—No lo sé, amo. Era el conductor del coche, y se llevó a Chu-toy. Pero el comité de la aldea y el mismo Chu-toy le hicieron muchas reverencias y se dijo que era persona muy importante. Fue el primer demonio extranjero que vi en mi vida, amo...

—Y... la gente de la otra fotografía... ¿quiénes son?

Esa fotografía era vieja, casi color sepia, y mostraba a una pareja tímida con traje de boda mal ajustado, que dirigía una mirada torva a la cámara.

—Oh, sí, claro, son padre y madre, amo. ¿No recuerdas que...te lo dije? Te lo he dicho ya muchas veces. Esos son madre y padre. El nombre de él era Ting-top Wu y su *tai-tai* mi ama, era Fang-ling...

—¿Y el recorte de periódico?

—No sé, amo. Estaba pegado a la fotografía, por eso lo dejé ahí. La madre lo había pegado, por eso lo dejé. ¿Qué puedo yo tener que hacer con las necedades o la escritura de los demonios extranjeros?

Robert Armstrong suspiró. Aquel recorte amarillento era de un periódico chino de Hong Kong, con fecha 16 de julio de 1937. Decía que los tres jóvenes chinos que habían salido tan bien en sus exámenes finales habían obtenido becas escolares del gobierno de Hong Kong para una escuela pública inglesa. El primero de los tres mencionados en el diario era Kar-shun Kwok. Kar-shun era el nombre chino formal de Brian Kwok.

—Lo hiciste muy bien, Robert —dijo Crosse, mirándolo.

—¿Usted lo cree? —replicó desde el fondo de su sensación de miseria.

—Sí. Muy bien. Acudiste luego a mí con las pruebas. Has

seguido las instrucciones a la perfección y ahora nuestro espía está dormido y a buen recaudo —Crosse encendió un Cigarrillo y se sentó tras el escritorio. Me alegro de que hayas bebido la cerveza buena. ¿Sospechó él algo?

—No. No lo creo —Armstrong trataba de volver en sí—. ¿Me perdonaría señor, por favor? ¡Me siento inmundo! Tengo que... tengo que darme una ducha. Perdón.

—Siéntate un minuto, por favor. Sí. Debes estar cansado. Son muy fatigosas estas cosas.

¡Dios santo! Armstrong quería dar gritos de angustia. ¡Todo esto es imposible! ¡Es imposible que Brian sea un agente secreto... Sin embargo, todo parece revelarlo. ¿Por qué, si no, usaría un nombre por completo diferente, un certificado de nacimiento distinto? ¿Por qué, si no, la elaboración de una historia tan cuidadosamente detallada... de que sus padres habían sido asesinados en Cantón durante la guerra, por obra de los comunistas? ¿Por qué, si no, habría corrido el riesgo tan grande de perder todo lo que con tanto esfuerzo había edificado durante treinta años, al introducirse en forma clandestina a Ning-Tok, a menos que su padre hubiera estado en realidad moribundo? Y si todos esos hechos eran verdad, los otros se deducían por fuerza de lógica: que debía de haber estado en contacto ininterrumpido con la China continental, para saber dé la muerte inminente de su padre, que como superintendente de la policía de Hong Kong, tenía que ser persona del todo grata a la República Popular China, para permitírsele la entrada al país en secreto y la salida de él en la misma forma. Y si era persona grata/ tenía que ser uno de ellos, bien encubierto a lo largo de años, adiestrado a lo largo de años.

—¡Dios santo! —musitó Armstrong—: ¡Habría acabado por ser ayudante de comisario con facilidad, y tal vez incluso comisario...!

—¿Qué propones ahora, Robert? —preguntó Crosse; su voz era suave.

Armstrong forzó su cerebro a volver al presente. Su preparación profesional se sobrepuso a su angustia y respondió:

—Verificar lo pasado. Podremos encontrar el nexo. Sí. Su padre era un insignificante miembro del comunismo, pero no deja de ser un enlace en Ning-Tok. Eso significa que el pariente de Hong Kong con quien él fue enviado tiene que serlo también. Ellos le

mantendrían las riendas cortas en Inglaterra, en Canadá, aquí, en cualquier parte... ¡Es tan fácil hacerlo, es tan fácil fomentar el odio a los *quai loh* es tan fácil para un chino ocultar ese odio! ¿No son acaso la gente más paciente y reservada de la Tierra? Sí. Si verificamos en línea retrospectiva, acabaremos por dar con el enlace y por averiguar la verdad.

—Robert, una vez más tienes razón. Pero primero tú empezarás su interrogatorio.

Armstrong sintió que una descarga helada de horror le llegaba al estómago.

—Sí —fue toda su respuesta.

—Me complace decirte que es un honor que te corresponde.

—No.

—Tú supervisarás el interrogatorio. Aquí no habrá chinos, sólo agentes británicos importantes. La única excepción será Wu, Spectacles Wu. Sí. El será una ayuda. Sólo él. Es bueno ese muchacho.

—Yo no puedo... No haré...

Crosse suspiró y abrió un gran sobre de papel manila que había traído consigo.

—¿Qué piensas de esto?

Con mano temblorosa, Armstrong tomó la fotografía. Era una amplificación de 20 por 25 cm de una porción minúscula de la fotografía de Ning-tok, era la cabeza del europeo que formaba parte del fondo, al lado del vehículo. La cara del hombre miraba en otra dirección y se veía borrosa. La amplificación daba mayor densidad a la granulación fotográfica.

—Yo... yo diría que vio la cámara y se dio vuelta, o estaba dándosela, para evitar salir en la fotografía.

—Es lo que yo también pienso. ¿Lo reconoces?

Armstrong concentró la mirada en la cara, tratando de despejarse la cabeza. Al fin dijo:

—No.

—¿Voranski, nuestro amigo soviético muerto?

—Tal vez, pero... no. No lo creo.

—¿Qué dirías de Dunross, Ian Dunross?

Más desconcertado, Armstrong llevó la foto a la luz.

—Es posible pero... improbable. Si... si es Dunross, entonces...

¿Usted cree qué el es la pista falsa de Sevrin? ¡Imposible!

—Improbable sí. Imposible no. Es muy buen amigo de Brian —Crosse tomó la foto de manos del policía y la observó—. Quienquiera que sea, me parece muy conocido... lo que puede verse de él.

Sin embargo, no puedo ubicar al hombre ni pensar en el lugar en el que lo he visto. Sin embargo...

En fin, no me hagas caso. Brian recordará. Sí —su voz se hizo sedosa—. ¡Oh, no te preocupes, Robert! Yo te prepararé a Brian, pero tú eres el indicado para el tiro de gracia. Quiero saber quién es este hombre a la mayor brevedad posible... muy pronto. Es más, quiero saber todo lo que sabe Brian muy pronto, mucho muy pronto.

—No. Consiga otra per...

—¡Oh, Robert! ¡No te pongas tan antipático! Chu-toy Wu, conocido como Brian Kar-shun Kwok es un enemigo infiltrado que se ha burlado de nosotros durante años. Eso es todo —la voz de Crosse penetró cortante en la mente de Armstrong; luego añadió—. A propósito, vas a participar esta tarde en el 16/2, a las 6:30, y serás promovido a Servicios Especiales de Seguridad. Ya he hablado con el comisario.

—No. Además, no puedo interro...

—¡Oh, muchachito querido, puedes y lo harás! Eres el único que puede hacerlo. Brian es demasiado sagaz para que se le sorprenda como aficionado. No necesito decirte que yo estoy tan pasmado de que él haya sido el espía como puedes estarlo tú... ¡cómo lo estuvo el gobernador!

—Por favor... Yo no...

—El traicionó a Fong-fong, otro amigo tuyo, recuérdalo. El debe haber pasado la noticia de los documentos de AMG. Debe haber sido él quien proporcionaba todos nuestros expedientes y toda la demás información al enemigo. Dios sabe a qué información tuvo acceso en el curso al Estado Mayor General y en todos los demás cursos —aspiró el cigarrillo; la expresión de su rostro era ordinaria —. En los Servicios Especiales tiene las máximas libertades de seguridad y convengo decididamente en que estaba capacitado para desempeñar un cargo importante... ¡Yo estaba a punto de hacerlo mi brazo derecho, mi segundo oficial! Así que es mejor que sepamos

cuanto antes todo lo relacionado con él.

Es interesante, andábamos en busca de un espía soviético y lo que teníamos era un espía de la República Popular China —aplastó el cigarrillo—. He ordenado que se prepare un interrogatorio de clasificación uno, y empezará sin tardanza.

La cara de Armstrong se puso lívida. Clavó la mirada en Crosse, sintiendo hacia él un odio manifiesto:

—Usted es un desgraciado... ¡Un maldito y asqueroso cabrón! Crosse rió con suavidad.

—Es cierto.

—¿Es además un pervertido sexual?

—Tal vez. Quizá sólo de cuando en cuando y sólo cuando a mi me place. Quizá sí —Crosse observó con serenidad a su interlocutor —. ¡Vamos, Robert!, ¿crees realmente qué a mí pueda chantajeárseme? ¿A mí? ¿Chantaje? Por favor, Robert, ¿no comprendes la vida? Tengo entendido que la homosexualidad es bastante normal, incluso en cargos muy elevados.

—¿Lo es de veras?

—En esta época, sí. Bastante normal. Casi diría que está de moda, para algunos. Oh sí. Sí lo está, mi querido amigo, y la practican de cuando en cuando un grupo de personas muy importantes, incluso católicas... en todas partes. Incluso en Moscú —Crosse encendió un cigarrillo—. Por supuesto hay que ser discreto, saber seleccionar, y de preferencia no comprometerse, pero una inclinación hacia lo diferente podría tener toda clase de ventajas en nuestra profesión, ¿no lo crees?

—Entonces, ¿usted justifica toda clase de maldad, todo género de mierda, asesinato, engaño, mentira... en nombre de los malditos Servicios Especiales de Inteligencia? ¿Estoy en lo correcto?

—Robert, yo no justifico nada. Sé que estás muy perturbado, pero creo que basta de todo esto.

—Usted no puede obligarme a ingresar en Servicios Especiales de Inteligencia. Yo renunciaría.

—Pero, muchachito —objetó Crosse con una risa despectiva—, ¿qué harías con todas tus deudas? ¿Qué pasará con los 40,000 del lunes?

Se puso de pie. Sus ojos parecían de granito. La voz casi no había cambiado, pero ahora tenía un ligero toque de perversidad:

—Robert, tanto tú como yo tenemos más de veintiún años. ¡Hazlo pedazos; y hazlo muy pronto!

45
3:00 p.m.

La campana que indicaba el cierre del Mercado de Valores sonó, pero su tintineo se ahogó en el caos horrendo de .una multitud de corredores de bolsa que, desesperados, trataban de llevar al cabo sus operaciones finales.

Para Struan el día había sido, desastroso. Cantidades ingentes de acciones se habían lanzado al mercado para provocar intentos de compra, y luego se habían devuelto, a medida que unos rumores fomentaban otros y la oferta aumentaba. El precio por acción se desplomó, de 24.70 a 17.5Q, y quedaban todavía 300,000 acciones en la columna de ventas. Todos los títulos bancarios estaban bajos. El mercado parecía desatinado. Todos esperaban que el Ho-Pak se derrumbara al día siguiente.

Sólo Sir Luis Basilio, al suspender las operaciones con acciones bancarias a las doce, había salvado a esa institución de la caída ese mismo día.

—¡Dios santo, qué desgracia! —comentó alguien—. La indecente campana nos trajo la ruina.

—¡Mira al tai-pan! —señaló otro—. ¡Por amor de Dios, cualquiera diría que había sido un día común y corriente y no el anuncio de la muerte de la Casa Noble!

—¡Tiene los pantalones bien puestos, nuestro Ian, no cabe duda! Mira su sonrisa. ¡Dios santo! Sus acciones se derrumban de 24.70 a 17.50 en un día, y son acciones que nunca han estado por debajo de 25 desde que el pobre diablo hizo pública la compañía, y él actúa como si no sucediera nada. ¡No hay remedio! Mañana Gornt tendrá el control.

—Eso me parece a mí también... si no él, el banco.

—¿El Vic? No, tienen sus propios problemas —intervino otro, uniéndose al grupo excitado y sudoroso.

—¡Caramba! ¿De veras crees qué Gornt lo consiga? ¿Gornt tai-pan de la nueva Casa Noble?

—¡No puedo imaginarlo...! —gritó otro, sobreponiéndose al

estrépito.

—Más vale que te acostumbres a eso, mi viejo. Pero, estoy de acuerdo: ¡nunca sabríamos que el mundo está aplastándole los testículos a Ian!

—¡Ya era hora, qué diablos! —exclamó uno más.

—¡Vamos, hombre, el tai-pan es un buen chico! ¡Gornt es un desgraciado arrogante!

—¡Los dos son unos desgraciados! —rectificó otro.

—¡Oh! Eso no lo sé. Pero estoy de acuerdo en que Ian tiene sangro fría, tan fría como las obras de caridad... ¡y eso es mucho decir!

—Pero no tan fría como la de María.... ¡Ese es hombre muerto, pobre infeliz!

—¿María? ¿María qué? —preguntó uno en medio de las risas.

—¡Por favor! Es solo un decir, Charlie, es un verso. María rima con fría, eso es todo. ¿Cómo estuvo tu día?

—Gané una fortuna en comisiones.

—Yo también.

—Fantástico. Descargué el 100 por ciento de mis propias acciones. Ahora tengo liquidez, gracias a Dios. Será duro para algunos de mis clientes, pero... lo ganaron sin esfuerzo, lo pierden sin esfuerzo... ¡y pueden darse el lujo!

—Yo tengo todavía 58,000 Struan y no hay demanda...

—*¡Jesuuucristooo!*

—¿Qué sucede?

—¡Se acabó el Ho-Pak! Cerraron las puertas.

—*¿Qué cosa?*

—¡Hasta la última malhadada sucursal!

—¡Dios misericordioso! ¿Estás seguro?

—¡Claro qué estoy seguro, y dicen que el Vic no abrirá mañana tampoco, que el gobernador declarará día de fiesta bancario! ¡Lo supe por conducto de las máximas autoridades, mi viejo!

—¡Santo Dios omnipotente! *¿El Vic va a cerrar?*

—¡Por amor de Dios, estamos perdidos todos...

—Escúchame, acabo de hablar con Johnjohn. La fuga de capital se ha extendido a ellos, pero él aseguró que su banco está bien, que no hay por qué preocuparse...

—¡Bendito sea Dios!

—El dice que hubo un tumulto en Aberdeen hace media hora, cuando quebró esa sucursal del Ho-Pak.

Sin embargo, Richard Kwang acaba de publicar un nuevo informe de prensa. El «cerró temporalmente» todas las sucursales de su banco, excepto la oficina principal en Central. No hay motivo para preocuparse, tiene dinero en abundancia y...

—¡Mentiroso desgraciado!

—... y cualquiera que tenga fondos en el Ho-Pak deberá ir a esa oficina con su libreta respectiva y se le pagará todo.

—¿Y qué sucede con sus acciones? ¿Cuánto crees que pagarán cuando las liquiden, diez céntimos por dólar?

—¡Sólo Dios sabe! Pero hay millares que van a perder hasta los calzones en esa quiebra...

—¡Oye!, tai-pan, ¿vas a permitir qué tus acciones se derrumben o vas a comprar?

—La Casa Noble está más fuerte que nunca amigo mío —contestó Dunross sereno—. ¡Mi consejo es que compres!

—¿Cuánto tiempo puedes esperar, tai-pan?

—Bueno... Es cuestión de resistir un poco el temporal, no te preocupes.

Dunross siguió abriéndose paso entre la muchedumbre, rumbo a la puerta de salida. Linc Bartlett y Casey lo seguían, mientras a él le llovía toda clase de preguntas. A la mayoría respondió con una broma, a otras contestó con seriedad. De pronto, Gornt se encontró frente a él. Los dos se enfrentaron, rodeados de un gran silencio.

—¡Ah, Quillan! ¿Cómo te fue hoy? —preguntó Dunross con cortesía.

—Muy bien, gracias, Ian, muy bien. Mis socios y yo vamos con 3 o 4 millones de ventaja. —¿Tú tienes socios?

—Por supuesto, nadie lanza un ataqué contra Struan a la ligera... Es claro que se necesita un apoyo financiero muy sólido —Gornt sonrió—. Por fortuna, a Struan lo detestan cordialmente muchas personas valiosas, y lo han hecho durante un siglo o más. Tengo el gusto de informarte que acabo de adquirir otras 300,000 acciones para venderlas como mi primera operación. Esto será suficiente para hacer que tu compañía se venga abajo dando tumbos.

—No somos Humpty-Dumpty. Somos la Casa Noble.

—Hasta mañana, sí. O tal vez hasta el día siguiente. El lunes a

más tardar —Gornt dirigió la mirada a Bartlett—. ¿Sigue en pie nuestra cena el martes?

—Sí.

Dunross sonrió y advirtió:

—Quillan, cualquiera puede quemarse vendiendo al descubierto en un mercado tan volátil —miró a Bartlett y a Casey y preguntó en tono amable—. ¿No les parece?

—¡Qué diablos! Por cierto que esto no es como nuestro Mercado de Nueva York —repuso Bartlett, provocando una risa general—. Lo que está sucediendo hoy aquí mandaría al demonio toda nuestra economía, ¿cierto, Casey?

—Sí, replicó la aludida, incómoda al sentir la mirada escrutadora de Gornt—. ¡Hola! —lo saludó, mirándolo de soslayo.

—Es un honor para nosotros tenerlos aquí —dijo Gornt en tono acogedor—. ¿Me permiten qué los felicite por el valor que demostraron anoche los dos?

—Yo no hice nada especial —rectificó Bartlett.

—Tampoco yo —añadió Casey, más molesta al darse cuenta de que era la única mujer en el salón y el centro de la atención—. Si no hubiera sido por Linc y Ian… por el tai-pan y tú y los demás, yo habría sido presa del pánico.

—¡Ah, pero lo fuiste! ¡Tu comportamiento fue la perfección misma! —comentó Gornt, provocando aplausos.

Casey no añadió nada, pero se sintió reconfortada con ese recuerdo, y no por vez primera. De alguna manera, la vida había cambiado desde que se había desnudado sin pensarlo. Gavallan la había llamado esa mañana para preguntarle cómo estaba. Lo mismo habían hecho otros. En el Mercado de Valores había sentido con fuerza las miradas de todos. Había recibido muchas alabanzas. En gran parte, de extraños. Sentía que Dunross, Gornt y Bartlett recordaban todo porque ella no los había decepcionado.

Tampoco se había decepcionado a sí misma. Sí —pensó—. Has adquirido mucho prestigio delante de todos los hombres… Y aumentado los celos de todas sus mujeres. ¡Qué curioso!

—¿Está usted vendiendo al descubierto, señor Bartlett? —intervino Gornt.

—Yo personalmente, no —contestó el aludido, con una sonrisa—. Todavía no.

—Debería hacerlo —sugirió en tono amistoso—. Puede ganarse mucho dinero en un mercado que se derrumba, como usted sabe bien, con toda seguridad. Mucho dinero cambiará de dueño con el cambio de control de Struan.

Se interrumpió para volver a mirar a Casey, emocionado por su valor, su cuerpo y el recuerdo de que el domingo vendría a pasear en barco sola. Dirigiéndose a ella preguntó:

—Y tú, Ciranoush, ¿estás en el mercado?

Casey oyó su nombre y notó la forma en que lo había dicho. Se sintió emocionada. ¡Cuidado! —se dijo—. Este hombre es peligroso. Sí, y también lo es Dunross y también lo es Linc.

—¿Cuál de ellos?

Creo que los deseo a los tres —pensó, sintiendo que la invadía una ola de calor.

Aquel día había sido excitante y grandioso desde el primer momento, cuando Dunross la había llamado por teléfono con tanta solicitud. Luego, al levantarse, no había sentido efectos adversos del incendio ni del emético del doctor Tooley. Más tarde, despachando su trabajo en el curso de la mañana, se había sentido feliz, al enviar cables y mensajes por telex y hacer llamadas telefónicas a los Estados Unidos, para resolver los problemas de negocios del extenso consorcio de Par-Con, consolidar una fusión de compañías que había ocupado un lugar preferente en su agenda durante meses, vender otra compañía en términos muy ventajosos, para adquirir una tercera que daría mayor realce a los proyectos de Par-Con en Asia, lo mismo si hacían negocio con una empresa que si lo hacían con otra. Luego, en forma inesperada, la invitación a comer con Linc. Con su querido, apuesto, atractivo y seguro de sí mismo Linc —pensó, recordando la otra comida que habían tenido en el último piso del Victoria y Albert, en aquel gran comedor verde que dominaba la bahía.

Linc se había mostrado tan atento, mientras la isla de Hong Kong y sus caminos quedaban oscurecidos por la lluvia torrencial. Media toronja, una pequeña ensalada, Perrier, todo servido a la perfección. Exactamente lo que ella quería. Después, café.

—¿Qué te parecería ir al Mercado de Valores a las 2:30, Casey? —le había preguntado Linc—. Ian nos invitó.

—Tengo todavía muchas cosas que hacer, Linc, y...

—Pero ese lugar es algo digno de verse, y las cosas que esos señores logran hacer allí son increíbles. Las negociaciones entre conocedores son aquí una forma de vida, y por cierto muy legal. ¡Santo Dios! ¡Es fantástico, maravilloso… es un gran sistema! Lo que hacen aquí en plan legal todos los días, requeriría veinte años para suceder en Estados Unidos.

—Eso no significa que esté bien hecho, Linc.

—No, pero esto es Hong Kong, y sus reglas les placen. Es su país y ellos se sostienen, y su gobierno no les quita más que el quince por ciento de impuestos —había redargüido él—. Yo te lo digo Casey, si quieres tu dinero de «vete a la porra», aquí lo tienes, no hay más que tomarlo…

—¡Esperémoslo, Linc! Ve tú Solo. En verdad tengo un montón de asuntos que despachar.

—Pueden esperar. Este puede ser el día que decida la inclinación de la balanza. Nosotros debemos estar presentes para el tiro de gracia.

—¿Ganará Gornt?

—Con toda seguridad, a menos que Ian consiga un financiamiento masivo. Tengo entendido que el Victoria no va a apoyarlo… ¡Y Orlin no renovará su préstamo, tal como yo lo había pronosticado!

—¿Te lo dijo Gornt?

—Sí, un momento antes de venir a comer. Pero en realidad, todo el mundo está enterado de todo en este lugar. Nunca he visto cosa parecida.

—Entonces, es posible que Ian sepa que tú pusiste los dos millones para ofrecer a Gornt un buen trampolín…

—Es posible… Pero no importa, con tal que no sepan que Par-Con va camino de convertirse en la nueva Casa Noble. ¿Cómo te suena tai-pan Bartlett?

Casey recordaba su gesto sonriente y la ola de calor amistoso que la había envuelto y que en ese momento volvía a sentir, ahí, de pie sobre el piso del salón del Mercado de Valores, al mirarlo. Una multitud de hombres la rodeaba, pero sólo tres eran importantes: Quillan, Ian y Linc, los más excitantes y llenos de vitalidad que hubiera conocido en su vida. Sonrió a los tres por igual y contestó a Gornt:

—No, yo no estoy en el mercado, con intereses personales. A mí no me gusta el juego de azar… El dinero me cuesta demasiado.

Alguien musitó:

—¡Qué mal gusto de hablar así! Gornt no prestó atención y concentró la mirada en ella.

—Es prudente, muy prudente. Desde luego, hay una cosa segura, y es que a veces puede darse un gran golpe —miró a Dunross, que observaba la escena con su sonrisa enigmática— … en sentido figurado, por supuesto.

—Por supuesto. Bueno, Quillan, te veré mañana.

—¡Oiga, señor Bartlett! —lo apostrofó alguien—. ¿Ha hecho usted un trato con Struan, sí o no?

—Sí —contestó otro— y, ¿qué piensa Bartlett el Incursor de las batidas estilo Hong Kong.

Se produjo otro silencio. Bartlett se encogió de hombros.

—Una incursión es una incursión en todas partes —contestó cauteloso—, y yo diría que ésta ha sido planeada y lanzada. Pero nunca hay certeza del triunfo sino cuando se ha ganado la batalla y se cuentan todos los votos. Estoy de acuerdo con el señor Dunross: uno puede quemarse —hizo un gesto sonriente, mientras sus ojos iban de un lado a otro—. También estoy de acuerdo con el señor Gornt. A veces puede darse un gran golpe… en sentido figurado.

Hubo otra explosión de risa. Dunross la aprovechó para avanzar hacia la puerta. Bartlett y Casey lo siguieron. Frente a su Rolls, provisto de chófer, Dunross invitó:

—¡Vamos, entren! ¡Perdónenme, pero tengo que darme prisa! De todas maneras, mi auto los llevará al hotel.

—No hay necesidad, tomaremos un taxi…

—*No*. Entren. En esta lluvia tendrían que esperarlo media hora.

—El transbordador es magnífico, tai-pan —sugirió Casey—. Basta con que nos dejes en su estación.

Entraron al auto y éste inició su recorrido. El tránsito era una maraña de vehículos.

—¿Qué vas a hacer con Gornt? —preguntó Bartlett.

Dunross rió, pero Casey y Bartlett trataron de medir el significado de su risa.

—Voy a esperar —contestó—. Es una vieja costumbre china: paciencia. Todo llega para el que sabe esperar. Gracias por haber

guardado silencio en cuanto a nuestro trato. Manejaste esa situación bastante bien.

—¿Lo anunciarás mañana, después que cierre el mercado, como estaba planeado? —preguntó Bartlett.

—Me gustaría tener todas mis puertas abiertas. Yo conozco este mercado, tú no. Tal vez mañana —los miró de frente, en actitud resuelta—... Tal vez espere hasta el martes, cuando ya hayamos firmado. Estoy suponiendo que nuestro convenio está en pie... ¿Hasta el martes a medianoche?

—¡Sí, claro! —repuso Casey.

—¿Puede quedar en mis manos la hora de proclamarlo? Yo se lo diría a ustedes con anticipación, pero necesito prever mi tiempo para... maniobrar.

—Sí, por supuesto.

—Gracias. Es claro que si nos derrumbamos, no hay trato. Eso lo entiendo muy bien.

—¿Puede Gornt tomar el control? —preguntó Casey.

Los dos norteamericanos observaron el cambio en los ojos del escocés. La sonrisa seguía en el rostro, pero no era más que en la superficie.

—No. No, en realidad. Pero, desde luego, con suficientes acciones puede lograr ser parte integrante de la junta directiva y que se nombren otros directores. Una vez que estuviera en la junta, compartiría la mayoría de nuestros secretos y se dedicaría a dividir y a destruir —Dunross dirigió la mirada a Casey—. Sus propósitos son destruir.

—¿Debido al pasado?

—En parte sí —Dunross volvió a sonreír, pero esta vez ellos pudieron ver una fatiga profunda en su sonrisa—. Los intereses son muy elevados, hay prestigio de por medio, un prestigio enorme, y esto es Hong Kong. Aquí, el fuerte sobrevive y el débil perece, pero en el proceso, el gobierno ni te roba ni te protege. Si no quieres ser libre, y no te gustan nuestras reglas, o la falta de ellas, no vengas. Ustedes han venido en busca de utilidades, ¿sí? —observó a Bartlett —. ¡Y utilidades tendrán, de un modo o de otro! —Sí —convino Bartlett con voz suave.

Casey se preguntó hasta qué punto estaría Dunross enterado del arreglo hecho con Gornt. La idea la perturbaba.

—Las utilidades son nuestro motivo, sí —concedió ella—. Pero destruir no.

—Eso es sabio —aprobó Dunross—, es mejor crear que destruir. ¡Oh!, a propósito, Jacques preguntaba si ustedes dos querrían cenar con él esta noche, alrededor de las 8:30... Yo no puedo. Tengo una reunión oficial con el gobernador, pero podría reunirme con ustedes después, a tomar una copa.

—Gracias, pero esta noche no puedo —contestó Bartlett con naturalidad, aunque sin sentirse a gusto con el recuerdo repentino de Orlanda—. ¿Qué dices tú, Casey?

—No. Gracias, pero no. Tengo un cúmulo de trabajo pendiente, tai-pan. ¿Será posible qué nos veamos libres de la lluvia un rato? —preguntó en tono jocoso.

En realidad pensó que él había sido muy sensato al no hacer comentarios y Linc Bartlett otro tanto al dejar enfriar un poco el tema de Struan. Sí —se dijo Casey, dejando volar la imaginación—. Sería encantador cenar con Linc, solos él y yo, como la comida. Tal vez podríamos incluso ir a ver una película.

* * *

Dunross entró a su oficina.

—¡Oh... oh, hola, tai-pan! —saludó Claudia—. El señor y la señora Kirk están en la sala de recepción del piso bajo. La renuncia de Bill Foster está en tu papelera de «entrada».

—Muy bien. Claudia, cerciórate de que yo vea a Linbar antes que se vaya.

Mientras le hablaba, estaba observándola con cuidado, y pensó que era una artista consumada en el arte de ocultar sus sentimientos, porque él podía sentir el miedo que la dominaba. De hecho, lo sentía en todo el edificio. Todos actuaban como si no lo hubiera, pero la confianza estaba vacilando. «Sin confianza en el general —había escrito Sun Tzu—, no hay batalla que pueda ganarse, por muchas que sean las tropas y por más excelentes que sean las armas».

Con una sensación interior de incomodidad, Dunross reflexionó sobre su plan y su posición. Sabía que tenía muy pocos movimientos disponibles, que la única defensa verdadera era el ataque y que no

podía atacar sin una base financiera muy fuerte. Esa mañana, cuando había visto a Lando Mata, lo único que le había arrancado había sido un renuente "quizá": «Te he dicho ya que tengo que consultarlo primero con Tightfist Tung. Dejo recados, pero no logro comunicarme con él».

—¿Está en Macao?

—Sí, sí. Creo que sí. Dijo que llegaría hoy, pero no sé en que; transbordador. En realidad no lo sé, tai-pan. Si no viene en el último que llega acá, regresaré a Macao y lo veré inmediatamente... Si está disponible. Esta noche te llamo, en cuanto haya hablado con él. A propósito, ¿has seguido pensando en alguna de nuestras ofertas?"

—Sí. No puedo venderles el control de Struan y no puedo abandonar a Struan para hacerme cargo de los juegos de azar de Macao.

—Con nuestro dinero puedes aplastar a Gornt... tú po...

—No puedo entregar el control...

—Tal vez podríamos combinar ambas ofertas. Te apoyamos contra Gornt, a cambio del control de Struan, y tú gobiernas nuestro sindicato de juegos de azar en forma secreta, si lo deseas. Sí, podría hacerse en forma secreta...

Dunross se acomodó en su magnífico sillón, seguro de que Lando Mata y Tightfist estaban utilizando la trampa en que él se encontraba, para promover sus propios intereses. Es lo mismo que están haciendo Bartlett y Casey —pensó sin enojo. Ahora bien, ella es una mujer interesante. Es hermosa, valerosa y leal... a Bartlett. Me pregunto si sabe que él desayunó con Orlanda esta mañana y luego la visitó en su departamento. Me pregunto si saben que estoy enterado de los dos millones de Suiza.

Bartlett es sagaz, muy sagaz y da los pasos atinados, pero está muy expuesto al ataque, porque sus decisiones pueden predecirse y su talón de Aquiles es una chica asiática. Tal vez sea Orlanda, tal vez no, pero con toda seguridad se trata de una piel dorada llena de juventud. Quillan fue astuto al ponerla como cebo en la trampa. Sí. Orlanda es, una carnada perfecta —siguió pensando; luego volvió a recordar a Lando Mata con sus millones. Para obtener esos millones, tendría que quebrantar mi juramento sagrado y eso no lo haré.

—¿Qué llamadas tengo, Claudia? —preguntó, sintiendo un

molesto vacío en el estómago, porque Mata y Tightfist habían sido su «as» oculto, el único que le quedaba.

Claudia titubeó. Observó su lista.

—Hiro Toda llamó de Tokio, de persona a persona. Que por favor lo llames, si tienes un momento. Lo mismo Alastair Struan, desde Edimburgo y David MacStruan, de Toronto... Tu padre llamó de Ayr... y el viejo Sir Ross Struan, de Niza...

—El tío Trussler de Londres —dijo él, interrumpiéndola—, el tío Kelly de Dublín... el primo Cooper de Atlanta, el pri...

—De Nueva York —rectificó Claudia.

—De Nueva York... Las malas noticias viajan con rapidez —dijo Dunross en tono tranquilo.

—Sí. Después hubo... —los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas—... ¿Qué vamos a hacer?

—En principio, no llorar —contestó, sabedor de que una gran parte de los ahorros de ella estaban en acciones de Struan.

— Sí... ¡Oh, sí...! —sacó un pañuelo— ¡Aaayyy, tai-pan, lo siento, lo siento tanto! Por favor, discúlpame... sí. Pero, está muy mal la situación, ¿verdad?

Claudia sentía pena por él, pero daba gracias a los dioses de haber tenido la previsión de vender al mayor precio del mercado y de no comprar cuando el jefe de la Casa Chen había esparcido por todo el clan la idea de comprar en grandes cantidades.

—¡De acuerdo, muchachita! —le contestó con fuerte acento escocés—. Pero sólo cuando uno está muerto. ¿No es eso lo que el viejo tai-pan solía decir?

El viejo tai-pan era Sir Ross Struan, el padre de Alastair, el primer tai-pan que él podía recordar.

—Procede con las llamadas.

—El primo Kern de Houston y el primo Deeks de Sidney. Es el último de la familia.

—Esos son todos —Dunross lanzó un hondo suspiro.

El control de la Casa Noble residía en esas familias. Cada una tenía paquetes de acciones recibidos en herencia, a pesar de que por ley de la Casa él era el único que votaba sobre todos los títulos... mientras fuera tai-pan. Los de la familia de los Dunross provenían de Winifred, la hija de Dirk Struan, y eran el 10 por ciento. Los Struan, de Robb Struan, medio hermano de Dirk, poseían el 5 por

ciento; los Trussler y Kelly, de la hija menor de Culum y Hag Struan, tenían también cada uno otro 5 por ciento.

Los Cooper, los Kern y los Derby, descendientes del comerciante norteamericano Jeff Cooper, de Cooper-Tillman, amigo de toda la vida de Dirk, que se había casado con la hija mayor de Hag Struan, eran dueños cada uno del 5 por ciento. Los MacStruan, considerados ilegítimos de Dirk, tenían el 2.5 por ciento, y los Chen el 7.5 por ciento. El mayor volumen de títulos, el 50 por ciento, propiedad personal y patrimonio de Hag Struan, permanecía en un fideicomiso perpetuo sobre el que tenía voto el tai-pan, «quienquiera que fuera, y las utilidades derivadas de ese capital deberán dividirse anualmente en la siguiente forma: el 50 por ciento para el tai-pan y el resto en proporción a los títulos de cada familia... pero sólo que el tai-pan decida hacerlo»—así lo había escrito Hag Struan de su puño y letra; luego proseguía—. «Si él decide retener las utilidades de mis acciones por algún motivo, puede hacerlo. En ese caso, el incremento irá a parar al fondo privado del tai-pan, para hacer uso de él de la manera que juzgue conveniente. Pero que todos los tai-pans sucesivos tengan cuidado: la Casa Noble debe pasar de una mano segura a otra mano segura, y los clanes, de un refugio seguro a otro refugio seguro, tal como lo decida el *tai-pan*. De no ser así, ante Dios añado mi maldición a la *de él* contra aquel o aquella que nos falle...»

Dunross sintió que un frío estremecedor le recorría el cuerpo al recordar la primera vez que. había leído el testamento de la vieja... tan impositivo como el de Dirk Struan. ¿Por qué estamos tan dominados por estos dos? —volvió a preguntarse—. ¿Por qué no podemos hacer a un lado el pasado? ¿Por qué hemos de estar a merced de fantasmas y bajo su conjuro, de fantasmas no precisamente buenos por lo que a esto se refiere?

Yo no lo estoy —se dijo con energía—. Yo sólo trato de estar a su altura.

Volvió a poner los ojos en Claudia, con aquel aspecto de matrona, recia y muy dueña de sí misma, pero ahora muy asustada por vez primera. La había conocido desde que él tenía uso de razón. Ella había prestado sus servicios al viejo Sir Ross, luego al padre de Dunross, después a Alastair y ahora a él mismo, con una lealtad fanática, lo mismo que Phillip Chen.

¡Ah, Phillip! ¡Pobre de Phillip!

—¿Ha llamado Phillip? —preguntó.

—Sí, tai-pan, y Dianne también. Ella llamó cuatro veces.

—¿Quién más?

—Una docena de personas, más o menos. Los más importantes son Johnjohn, del banco, el general Jen de Formosa, Gavallan padre, de París, Four Fingers Wu, Pug...

—¿Dijiste Four Fingers? —las esperanzas de Dunross se iluminaron—. ¿Cuándo llamó?

Claudia consultó su lista, y contestó:

—A las 2:56.

Me pregunto si el viejo pirata ha cambiado de parecer —pensó Dunross, con creciente excitación.

El día anterior; en las últimas horas de la tarde, él había ido a Aberdeen a ver a Wu, para pedirle ayuda pero, lo mismo que con Lando Mata, no había obtenido más que promesas vagas.

—Escúchame, viejo amigo —le había dicho en deficiente haklo —. Hasta ahora no te he pedido ningún favor...

—Una larga línea de tus antepasados tai-pans ha pedido muchos favores a mis antepasados y obtenido de ellos pingües ganancias —había contestado el viejo, mirándolo con astutos ojos penetrantes—. Pero, ¿qué favores? ¡Qué se empinen todas las perras, tai-pan! Yo no tengo esa cantidad de dinero. ¿Veinte millones? ¿Cómo podría un pobre viejo pescador como yo tener semejante efectivo?"

—Más salió ayer del Ho-Pak, viejo amigo.

—¡Ah! ¡Malhaya quien anda murmurando datos falsos! Tal vez yo saqué mi dinero.para mayor seguridad, pero todo se me ha ido en pagos por artículos, artículos por los que yo tenía que pagar.

—Espero que no sea el polvo blanco —le había dicho en tono sombrío—. El polvo blanco es de un hado terrible. Corre el rumor de que estás interesado en él. Como amigo te aconsejo que lo olvides. Mis antepasados, el Viejo Demonio Ojiverde y Hag Struan, la del Ojo Malo y Dientes de Dragón, lanzaron una maldición contra todos los que hacen negocios con el polvo blanco; no hablo del opio, sino del polvo blanco y de los que comercian con él —dijo, exagerando la verdad, sabiendo cuán supersticioso era el viejo—. Te aconsejo que te alejes del polvo asesino. Estoy seguro de que tu negocio del oro es más que proficuo, ¿no?

—Yo no sé nada del polvo blanco —contestó el viejo, forzando una sonrisa en la que mostraba las encías y unos cuantos dientes torcidos y descuidados—...Además, no temo maldiciones, ¡ni siquiera de ellos!

—Bueno —convino Dunross, sabedor de que era mentira—. Mientras tanto, ayúdame a conseguir crédito. ¡Todo lo que quiero son cincuenta millones durante tres días!

—Averiguaré entre mis amigos, tai-pan. Tal vez puedan ayudar. Tal vez podamos ayudarte todos juntos. Pero no esperes agua de un pozo seco. ¿A qué interés?

—A un interés alto, si es mañana.

—No es posible, tai-pan.

—Convence a Tightfist, tú eres socio suyo y un viejo amigo.

—Tightfist es el único maldito amigo de Tightfist, —había respondido el viejo en tono malhumorado, y Dunross sabía que nada que él pudiera decir lograría cambiar la actitud del viejo.

Estiró la mano para tomar el teléfono y preguntó:

—¿Qué otras llamadas, Claudia? —preguntó mientras marcaba.

—Johnjohn, del banco, Phillip y Dianne ... ¡Oh! Ya te los mencioné. El superintendente Crosse... Y todos nuestros accionistas importantes y todos los directores administradores de cada una de nuestras subsidiarias, la mayoría de los del Turf Club... Travkin, tu entrenador... ¡Es una lista interminable!

—Un momento, Claudia —Dunross hizo un esfuerzo por dominar su ansiedad y dijo, hablando en haklo por el teléfono:

—Habla el tai-pan. ¿Está mi viejo amigo?

—Claro, claro, señor Dunross —contestó la voz norteamericana en inglés, con un tono de cortesía—.

Gracias por llamarnos. Va a hablar con usted, señor.

—¿Es el señor Choy? ¿El señor Paul Choy?.

—Sí, señor.

—Su tío me ha hablado de usted. Bienvenido a Hong Kong.

—Yo... ¡Aquí está él, señor!

—Gracias..

Dunross hizo un esfuerzo para concentrarse. Había estado preguntándose porque Paul Choy estaría con Four Fingere y no en las Oficinas de Gornt, viendo el modo de introducirse en sus negocios.

También se preguntaba por qué habría llamado Crosse y por qué llamaría Johnjohn.

—¿Tai-pan?

—Sí, viejo amigo. ¿Quería hablar conmigo?

—Sí. ¿Podemos... podemos vernos esta noche?

Dunross quería decirle a gritos: —¿Ha cambiado de opinión?— Pero los bueno modales se lo prohibían. Además a los chinos no les gustan los teléfonos, prefieren siempre los encuentros personales.

—Por supuesto. Alrededor de ocho campanas, a mitad de la vigilia —dijo con espontaneidad—. Tan cerca de esa hora como me sea posible —añadió luego, al recordar que tenía que verse con Brian Kwok a las 10:45 p.m.

—Muy bien. En mi muelle. Un champán estará esperando.

Dunross dejó el teléfono. El corazón quería salírsele del pecho.

—Primero llama a Crosse, Claudia, luego haz pasar a los Kirk. Después recorre la lista. Prepárame una llamada de conferencia con mi padre, Alastair y Sir Ross; pídela para cinco. En su horario son las nueve, en Niza las diez. Yo llamaré a David y a los demás de Estados Unidos esta noche. No hay necesidad de despertarlos en un momento en que para ellos es la medianoche.

—Sí, tai-pan.

Mientras él terminaba de hablar, ella había comenzado ya a marcar números. Consiguió a Crosse.

Entregó el auricular a Dunross y salió, dejando cerrada la puerta.

—Dime, Roger.

—¿Cuántas veces has estado en China? La pregunta inesperada desconcertó a Dunross de momento.

—Eso consta en los registros —contestó—. A ti te es fácil verificarlo.

—Sí, Ian, pero ¿podrías tratar de recordarlo ahora? Por favor.

—Cuatro veces fui a Cantón, a la feria, año tras año... los últimos cuatro. El año pasado estuve en Pekín, con una comisión comercial.

—¿Lograste salir alguna vez de Cantón... o de Pekín?

—¿Por qué?

—¿Lo lograste? —apremió Crosse.

Dunross titubeó. La Casa Noble tenía muchos contactos de

tiempo atrás en China y muchos viejos y buenos amigos. Algunos eran a la sazón comunistas declarados. Otros eran rojos por fuera, pero totalmente chinos por dentro y, por lo mismo, gente previsora, clandestina, cautelosa y alejada de la política. Estos hombres ocupaban cargos diversos, de importancia muy variada, hasta llegar a uno situado en el Presidium. Todos esos hombres, por ser chinos, sabían que la historia se repite, que las épocas pueden cambiar con mucha rapidez y que el Emperador de esa mañana podría convertirse en el fugitivo perseguido por la tarde, que una dinastía sucedía a otra, al capricho de los dioses, que era inevitable que el primero de cada dinastía se elevara hasta el trono del Dragón con manos manchadas de sangre, que siempre había que buscar una ruta de escape y que determinados bárbaros eran "Viejos Amigos", dignos de confianza.

Pero Dunross sabía que los chinos eran ante todo gente práctica. China necesitaba de los dioses y de ayuda. Sin los unos y sin la otra, estaban indefensos contra su histórica enemiga, la única real: Rusia.

Muchas, veces, debido a la confianza especial que tenían en la Casa Noble, se habían dirigido a Dunross, en plan oficial y en plan oficioso, pero siempre en secreto. El tenía muchos posibles negocios privados, siempre en proceso, para toda clase de maquinaria y de artículos escasos, entre ellos la flota de aviones de propulsión. Con mucha frecuencia había ido adonde otros no podían llegar.

En una ocasión había asistido a una reunión en Hagchow, la parte más hermosa de China. El motivo había sido saludar a los demás miembros del Club 49 en privado, que en una cena de gala iban a ser honrados como huéspedes ilustres de China. El Club 49 constaba de aquellas compañías que habían seguido comerciando con la República Popular China después de 1949, y en su mayoría eran compañías británicas. Inglaterra había reconocido al gobierno de Mao Tse-Tung? como la máxima autoridad de China, tan pronto como Chiang Kai-Shek había abandonado el continente para huir a Formosa. A pesar de ello, las relaciones entre los dos gobiernos se habían mantenido siempre tirantes.

Pero, por definición, las relaciones entre *Viejos Amigos* no estaban en esas condiciones, a menos que alguno de ellos traicionara la confianza que se le tenía o engañara a otro.

—Bueno... hice uno que otro viaje adicional —contestó Dunross

con naturalidad, sin querer mentir al jefe de Servicios de Seguridad —, pero no fue nada que mereciera una carta a la Patria. ¿Por qué?

—¿Podrías decirme adónde, por favor?

—Con mucho gusto, si eres más específico, Roger —replicó, ya con voz áspera—. Nosotros somos comerciantes, no políticos ni espías, y la Casa Noble tiene, una posición especial en Asia. Hemos estado aquí bastantes años, y gracias a los comerciantes, el pabellón de Gran Bretaña ondea... o solía ondear sobre la mitad del globo terrestre. ¿Qué te preocupa, viejo camarada?

Se produjo una larga pausa.

—Nada, nada en especial. Muy bien, Ian, esperaré hasta que hayamos tenido el placer de leer los periódicos, luego seré más específico. Gracias. Lamento haberte molestado. Adiós.

Dunross se quedó mirando el auricular, con un gesto de preocupación. ¿Qué es lo que Crosse quiere saber? —se preguntó —-. Muchos de los convenios que él había celebrado y seguiría celebrando ciertamente no se conformaban con las líneas de conducta oficiales del gobierno de Londres y menos aún del de Washington. Su actitud a corto y a largo plazo con respecto a China era a ojos vistas opuesta a la de ellos. Lo que ellos consideraban contrabando, él no lo veía como tal.

En fin, mientras yo sea tai-pan —se dijo con firmeza, contra tifones o contra el infierno nuestros nexos con China seguirán siendo vínculos con ella, y eso es todo. La mayoría de los políticos de Londres y de Washington no se dan cuenta de que los chinos ante todo son chinos y sólo después comunistas. Además, Hong Kong es vital para la paz de Asia.

—El señor y la señora Jamie Kirk, señor.

Jamie Kirk era un hombrecillo pedante, de faz y manos rosadas y de un grato acento escocés. Su esposa era alta, corpulenta y... norteamericana.

—¡Oh! Cuanto gusto co... —empezaba el señor Kirk.

—Sí, lo tenemos muy grande, señor Dunross —interrumpió la esposa con un aire de naturalidad—. Al grano, Jamie; querido, el señor Dunross es un hombre muy ocupado y nosotros tenemos compras que hacer. Mi esposo trae un paquete para usted, señor.

—Sí. Es de Alan Medford G...

—El sabe que es de Alan Medford Grant, querido —corrigió ella,

siempre en tono alegre, pero siempre imponiéndosele—. Entrégaselo. —¡Ah, sí! Y hay también una…

—Una carta de él, también —volvió a completar ella—. El señor Dunross está muy ocupado, así que entrégale las cosas y vamos de compras.

—¡Oh, sí, bueno!

Kirk entregó el paquete. Erá de unos treinta y cinco centímetros de largo por veintitrés de ancho y poco más de dos de grueso. Envuelto en papel café, indefinible y sellado con cinta adhesiva por todos lados. El sobre estaba cerrado además con cera roja de sello. Dunross reconoció el sello. —Alan dijo que…

—Que se le entregara a usted en persona con sus mejores deseos —volvió a interrumpir ella, con otra risa; luego se puso de pie—. ¡Ay, eres tan lento, mi amor! Bueno, muchas gracias, señor Dunross; ven cariño, vámonos…

La señora se detuvo atónita, cuando Dunross levantó una mano con imperio y dijo en tono cortés, pero de autoridad absoluta:

—¿Qué clase de compras quiere hacer, señora Kirk?

—¿He? ¡Unos vestidos… ehm… Quiero que se me hagan unos vestidos y mi amor, necesita unas camisas y…

Sin bajar la mano, Dunross oprimió un botón y Claudia entró.

—Lleva a la señora Kirk con Sandra Lee en el acto. Dile que la lleve a toda prisa con Lee Foll Tap, en el piso bajo y que le diga que por amor de Dios de a la señora el mejor precio posible si no quiere que lo mande deportar. El señor Kirk se reunirá con ella en un momento.

Dunross tomó a la señora del brazo y, antes que se diera cuenta, ya la había hecho salir del despacho.

Claudia escuchaba con solicitud lo que deseaba comprar.

Ya en silencio, Kirk lanzó un hondo suspiro, como de quien se ha librado de un prolongado sufrimiento.

—Quisiera poder hacer otro tanto —dijo en tono lúgubre; luego la cara se le iluminó—. ¡Ah, sí, tai-pan! Usted lo es todo. Alan me lo advirtió.

—¿Le parece? No creo haber hecho nada. Su esposa quería ir de compras, ¿no es verdad?

—Sí… pero… —después de breve pausa, Kirk añadió— Alan me dijo que usted debía… ehm… debía leer la carta mientras yo

estuviera aquí. Yo... no le dijo eso a ella. ¿Cree usted qué debía habérselo comunicado?

—No —contestó Dunross en tono amable; luego añadió—. Mire, señor Kirk, me apena darle malas noticias, pero temo que AMG murió en un accidente de motocicleta el lunes pasado.

Kirk se quedó boquiabierto.

—¿Qué cosa?

—Lamento decírselo, pero creo que es mejor que lo sepa.

Kirk contempló con una mirada fija las ráfagas de lluvia a través de la ventana, sumido en hondos pensamientos.

—¡Eso es terrible! —comentó luego—. ¡Malditas motocicletas! Son trampas mortales, ¿fue atropellado?

—No. Simplemente lo encontraron al lado del camino, junto al vehículo. Lo siento.

—¡Terrible! ¡Pobre de Alan, querido amigo, sí, querido! Me alegro que no me haya dicho esto delante de Frances. Ella, ella también lo quería mucho. Yo... ehm... Yo... Tal vez será mejor que usted lea la carta; después... Frances no era una gran amiga, así que yo no... ¡Pobre de mi buen Alan! —Se miró la manos: sus uñas estaban mordidas y desfiguradas—. ¡Pobre de mi buen Alan!

Para dar tiempo a Kirk, Dunross abrió la carta. Decía así:

«Mi querido señor Dunross: ésta es para presentarle a un viejo condiscípulo, Jamie Kirk y a su esposa Frances. El paquete que le entregue por favor ábralo en privado. Quiero que esté seguro en sus manos, y Jamie me prometió hacer una parada en Hong Kong. Es digno de confianza, tanto como alguien podría serlo en estos días. Y por favor, no se preocupe por Frances, es de buena índole, en realidad, es buena con mi viejo amigo y quedó en muy buena posición económica gracias a sus maridos anteriores. Esto da a Jamie la libertad que necesita para poder tener tiempo de reflexionar, que es un privilegio muy insólito en nuestros días. A propósito, no están en mi línea de trabajo, pero sí saben que soy historiador aficionado, con medios personales de subsistencia —Dunross habría sonreído con gusto, de no haberse tratado de la carta de un difunto, que terminaba en estos términos—. Jamie es un geólogo marino, uno de los mejores del mundo. Pregúntele por su trabajo, el de los últimos años. De preferencia cuando Frances no esté presente, no porque ella no sepa todo, sino porque es difícil que

no interrumpa. El tiene algunas teorías interesantes que quizá pudieran interesar a la Casa Noble y a sus planes eventuales. Mis mejores saludos, AMG».

Dunross levantó la vista.

—Dice AMG que ustedes son viejos condiscípulos y amigos...

—¡Oh!, sí. Sí, fuimos juntos a la escuela. La de Charterhouse. Luego yo pasé a Cambridge y él a Oxford. Sí, nos hemos mantenido en contacto a través de los años... Al azar, por supuesto. Sí...

¿Hace mucho... ehm... que usted lo conoce?

—Unos tres años. Lo estimo mucho, yo también. ¿Preferiría no hablar de él ahora?

—¡Oh! ¡Oh, no! Está bien. Yo... claro que me ha sacudido la noticia, pero... en fin, la vida tiene que seguir su curso. Mi buen Alan... Es un muchacho curioso, ¿no le parece? Con todos sus papeles, libros, su pipa y sus pantuflas de fieltro —Kirk juntó las puntas de los dedos de ambas manos y añadió con tristeza—. Es decir, supongo que debo referirme a él afirmando que era. No suena bien hablar de él en tiempo pasado... Pero temo que debamos hacerlo. Sí. Siempre usaba pantuflas de fieltro. No creo haber entrado nunca a sus aposentos sin encontrarlo con esas pantuflas —su acento escocés era muy marcado.

—¿Habla usted de su apartamento privado? Yo nunca estuve allí. Nos reuníamos siempre en mi oficina de Londres, pero él sí vino una vez a Ayr —Dunross hurgó en su memoria—. No recuerdo haberlo visto allá con pantuflas de fieltro.

—¡Ah, sí! El me habló de Ayr, señor Dunross. Sí. Me lo dijo. Fue... ehm... un momento cumbre en su vida. Usted es... usted es muy afortunado al poseer semejante propiedad.

—Castel Avisyard no es mío, señor Kirk, aunque ha estado en poder de la familia durante más de un centenar de años. Dirk Struan lo compró para su esposa y la familia... Como una propiedad campestre, por decirlo así.

Como le sucedía siempre, Dunross sintió una alegría repentina al pensar en toda aquella hermosa campiña, en aquellas suaves colinas ondulantes, sus lagos, sus yermos, sus bosques, sus claros umbrosos, aquella extensión de más de 2,400 hectáreas, buena para certámenes de tiro, magnífica como coto de caza... ¡Lo mejor de Escocia!

—Es tradición —siguió diciendo—, que el tai-pan en funciones es siempre hacendado de Avisyard… mientras sea tai-pan. Pero por supuesto, todas las familias, sobre todos los chicos de las diversas familias conocen muy bien la propiedad. Las vacaciones de verano y las de Navidad en Avisyard son una hermosa tradición. Ovejas enteras y cuadriles de res con asaduras de carnero a la escocesa en Año Nuevo, frente al whisky y a las crepitantes hogueras son parte esencial de la fiesta, armonizada con la música de las flautas. Aquello es un verdadero paraíso. Además está la granja en funciones, el ganado, la leche, la mantequilla… ¡Sin olvidar la destilería Loch Vey! Quisiera poder pasar más tiempo allá…

Mi esposa acaba de emprender el vuelo en esa dirección, para empezar a preparar las vacaciones de Navidad. ¿Usted conoce esa parte del mundo?

—Un poquitín. Lo que conozco mejor son las Regiones Altas. Sí. Conozco más la Tierras Altas. Mi familia salió de Inverness.

—¡Ah! Entonces usted deberá visitarnos cuando estemos en Ayr, señor Kirk. AMG dice en su carta que usted es geólogo, uno de los mejores del mundo…

—¡Oh, oh! Es demasiado amable… Era demasiado amable… Mi… ehm… mi especialidad es la biología marina. Sí. En especial… —se interrumpió de repente.

—¿Qué sucede?

—Oh, ehm… nada, nada… ¿Cree usted qué Frances va a sentirse bien?

—No me cabe duda. ¿Preferiría qué yo le diga lo de AMG?

—No. No. Eso puedo hacerlo yo después. No, yo… yo… pensándolo bien creo que voy a pretender que no ha muerto, señor Dunross. Usted no necesitaba decírmelo. Así yo no habría tenido que arruinarle a ella el paseo. Sí. Eso es lo mejor, ¿no cree usted? —a Kirk se le iluminó un poco el rostro—. Podremos compartir las malas noticias cuando lleguemos a casa.

—Como usted prefiera. ¿Qué me decía… que sus conocimientos se refieren en especial a qué?

—¡Ah, sí! A petrología que, como usted sabe, es el estudio de las rocas en su sentido más amplio, incluida su interpretación y descripción. Dentro de la petrología, mi campo se concentra recientemente en las rocas sedimentarias. Durante los últimos años

yo he... ehm... he trabajado como consultor en un estudio de investigación sobre sedimentos paleozoicos, los sedimentos porosos. Sí. El estudio se concentró en la plataforma costera oriental de Escocia. AMG pensaba que a usted le gustaría oír hablar de ese tema.

—¡Claro qué sí! —Dunross trataba de frenar su impaciencia.

Empezaba a mirar con mucha atención el paquete que tenía sobre el escritorio. Quería abrirlo, y hablar a Johnjohn, y hacer una docena más de cosas urgentes. ¡Había tanto qué hacer...! Y él todavía no alcanzaba a ver la relación de que hablaba AMG entre la Casa Noble y Kirk.

—Me parece muy interesante —convino—, ¿Cuál era el propósito de ese estudio?

—¿Eh? —Kirk lo miró azorado— ¡Hidrocarburos! —ante la mirada atónita de Dunross, se apresuró a agregar—. Los hidrocarburos no se encuentran más que en rocas sedimentarias porosas de la era paleozoica. Petróleo, señor Dunross... Petróleo crudo.

—¡Oh! ¿Ustedes buscaban petróleo en sus exploraciones?

—¡No, no! Era un trabajo de investigación para definir la posibilidad de que frente a las playas hubiera hidrocarburos. Frente a Escocia. Tengo el gusto de poder afirmar que creo que los vamos a encontrar en abundancia. No en la cercanías, sino mar adentro, en el Mar del Norte.

La pequeña cara sonrosada del hombrecillo se tiñó de un color rosa más intenso. Se enjugó el sudor de la frente y añadió.

—Sí señor, sí. Creo que habrá un buen número de ricos yacimientos en esas áreas.

Dunross seguía perplejo, sin poder captar la relación que le interesaba. A guisa de comentario sugirió:

—Bueno, yo tengo noticias de perforaciones frente a las playas en el Medio Oriente y en el Golfo de Texas pero, ¿en el Mar del Norte?

¡Santo Dios, señor Kirk, ese mar es el peor del mundo! Tal vez sea el más inestable del globo terrestre, casi siempre, sacudido por tempestades de sus fondos montañosos... ¿Cómo podría perforarse allí? ¿Cómo podrían ponerse allí instalaciones seguras, cómo se llevarían hasta el lugar indicado, cómo podría llevarse a tierra firme

el petróleo que se encontrara, suponiendo que se encuentre? Y si se lleva a tierra firme. ¡Santo Dios, el costo sería prohibitivo!

—¡Oh! Tiene usted toda la razón, señor Dunross —convino Kirk —. Todo lo que usted afirma es muy cierto, pero no es mi tarea resolver el aspecto comercial, sino sólo encontrar nuestros huidizos y sumamente valiosos hidrocarburos —luego añadió con orgullo—. Esta es la primera vez que pensamos que pudieran existir en esa región. Por supuesto, no es más que una teoría… mi teoría…

Nunca se sabe con certeza sino después que se hacen las perforaciones. Pero una parte de mi especialidad es la interpretación sísmica, es decir, el estudio de las ondas resultantes de explosiones inducidas, y mi punto de vista con respecto a los últimos hallazgos fue un poquitín heterodoxo…

Dunross escuchaba apenas con lo más superficial de su cerebro, tratando todavía de descifrar por qué AMG consideraría esos datos importantes.

Dejó que Kirk continuara hablando un poco más y luego con toda cortesía lo hizo descender a su terreno:

—Me ha convencido, señor Kirk. Lo felicito. ¿Cuánto tiempo se quedará en Hong Kong?

—¡Oh, oh! Sólo hasta el lunes. Luego… ehm… luego iremos a Nueva Guinea.

Dunross puso toda su atención, seriamente preocupado, y preguntó: —¿A qué parte de Nueva Guinea?

—A un lugar llamado Sukanapura, en la costa norte, es decir en la nueva región indonesia. Se me ha… —Kirk sonrió—. ¡Bueno, por supuesto usted estará enterado de que el presidente Sukarno se apoderó de la Nueva Guinea holandesa en mayo…

—La robó, podría ser otra manera de decirlo. De no haber sido por la mayor presión desacertada de los Estados Unidos, la Nueva Guinea holandesa sería todavía holandesa y estaría en mucho mejores condiciones, a mi modo de ver. No creo que sea buena idea en absoluto el que usted y la señora Kirk vayan allá unos días. Es muy azaroso. La situación política es muy inestable y el presidente Sukarno es persona hostil. La insurrección de Sarawak ha sido patrocinada y apoyada por Indonesia. Sukarno es muy enemigo de Occidente, de toda la Malasia, y muy favorable a sus huestes marxistas. Además, Sukanapura es un puerto tórrido, inmundo y

temible, asolado por muchas enfermedades, además de todos los demás problemas.

—¡Oh! No hay por qué preocuparse. Soy de constitución escocesa y hemos sido invitados por el gobierno.

—Lo que quiero decir es que en la actualidad hay muy poca influencia del gobierno.

—¡Ah! Pero hay algunos estratos sedimentarios muy interesantes que quieren que yo examine. No se preocupe, señor Dunross, nosotros somos geólogos, no políticos. Todo se ha organizado como conviene. Este era el verdadero propósito de nuestro viaje… No hay por qué preocuparse. Bueno… creo que debo retirarme.

—Va a tenerse… Es decir, yo voy a ofrecer un pequeño cóctel el sábado, de las 7:30 a las 9 de la noche —sugirió Dunross—. ¿Les gustaría asistir a usted y a su esposa? En esa forma podríamos hablar más de Nueva Guinea.

—¡Oh, oh! Es una gran fineza de su parte. A mí… ehm… nos encantaría asistir. ¿Adónde… ?

—Yo mandaré un auto a recogerlos. Tal vez lo que usted desea ahora es reunirse con la señora Kirk. No mencionaré a AMG si usted está seguro de que así lo prefiere.

—¡Oh, oh sí… pobre Alan! Por un momento, al estar hablando de sedimentos geológicos, me había olvidado de él. ¡Qué curioso! ¿No le parece? ¡Con cuánta facilidad pueden olvidarse esas cosas!

Dunross lo despachó con otra ayudante y cerró la puerta. Con todo cuidado rompió los sellos del paquete de AMG. Dentro había un sobre y otro paquete interior. El sobre estaba rotulado en esta forma: «Ian Dunross, privado y confidencial». A diferencia de la otra carta, que estaba manuscrita con gran pulcritud, ésta venía escrita a máquina:

«Querido señor Dunross: ésta se la mando de prisa por conducto de mi viejo amigo Jamie. Acabo de recibir algunas noticias sumamente inquietantes. Hay otra falla muy grave en materia de seguridad en algún lugar de nuestro sistema, británico o norteamericano, y es muy claro que nuestros adversarios están multiplicando sus ataques clandestinos. Algo de estos podría caer incluso sobre mí, o sobre usted mismo, de aquí mi ansiedad. Sobre usted, porque podría suceder que la existencia de nuestra serie de documentos de muy secreta clasificación se hubiera descubierto. Si

algo malo me sucede a mí, por favor llame al número 871-65-65 en Ginebra. Pregunte por la señora Riko Gresserhoff. Para ella mi nombre es Hans Gresserhoff. El verdadero nombre de ella es Riko Anjin. Habla alemán, japonés e inglés (y un poco de francés). Si se me debe algún dinero, por favor mándeselo a ella. Hay algunos documentos que ella deberá darle, para que sean transmitidos. Por favor entréguelos en persona cuando lo crea oportuno. Como le he dicho, es difícil encontrar a alguien en quien pueda confiarse. Yo confió en usted. Usted es el único en este mundo que sabe de ella y conoce su verdadero nombre. Recuerde, es de importancia vital que ni esta carta ni mis documentos anteriores pasen de manos de usted a manos de *nadie más* en absoluto.

«Ante todo, quiero explicarle lo de Kirk: dentro del lapso de una década, más o menos, estoy convencido de que las naciones árabes harán a un lado sus divergencias, para usar el poder real de que disponen, no en forma directa contra Israel, sino en contra del Mundo Occidental, colocándonos en una posición insostenible: o abandonar a Israel… o morir de hambre. Utilizarán su petróleo como arma bélica.

«Si llegan a lograr trabajar unidos, un puñado de jeques y reyes feudales de Arabia Saudita, Irán, los emiratos del Golfo Pérsico, Irak, Libia… pueden a su capricho suspender a Occidente y al Japón los envíos de su única materia prima que nos es indispensable. Tienen otra oportunidad incluso más sutil: elevar el precio del petróleo a niveles sin precedentes, y desafiarnos a que rescatemos nuestras economías. El petróleo es el arma suprema para Arabia. Es invencible mientras dependamos de su petróleo. De aquí mi interés inmediato en la teoría de Kirk.

«En esta época cuesta unos ocho céntimos de dólar norteamericano sacar un barril de petróleo a la superficie de un desierto de Arabia. Del Mar del Norte, costaría siete dólares llevar un barril a la playa, en concreto a Escocia. Si el petróleo de Arabia elevara su precio, de los actuales tres dólares por barril en el mercado mundial, a nueve dólares… Estoy seguro de que usted capta la idea en el acto. En ese momento, el Mar del Norte resulta inmensamente posible y se convierte en un tesoro nacional británico.

«Jamie dice que los yacimientos están hacia el norte y al este de

Escocia. El puerto de Aberdeen sería el sitio lógico para desembarcarlo. Un hombre previsor empezaría a considerar la construcción de muelles, la compra de terrenos, la organización de aeródromos, etc. en Aberdeen. No se preocupe por el mal tiempo, los helicópteros serían los eslabones para conectar con el equipo de perforación. Es costoso, sí, pero factible. Además, si usted acepta mi pronóstico de que el Partido Laboral ganará la siguiente elección por el escándalo de Profumo...»

Ese caso había llenado los diarios. Seis meses antes, en marzo, el secretario de Estado para Asuntos Bélicos, John Profumo, había negado en términos formales haber tenido un amorío con una chica pública notoria llamada Christine Keeler, que era una de tantas que de pronto se habían encumbrado hasta un sitio prominente en el nivel internacional, con su procurador, Stephen Ward (quien hasta entonces no era más que un osteópata muy conocido en la alta sociedad londinense). Rumores sin base empezaron a circular en el sentido de que la chica había tenido también un amorío con uno de los agregados soviéticos, agente famoso del KGB, el comandante Yevgeni Ivanov, que había sido mandado llamar de Rusia el mes de diciembre anterior. En la tempestad que siguió, Profumo renunció a su cargo y Stephen Ward se suicidó...

«Es curioso que el amorío se haya dado a conocer a la prensa en el mejor momento para los soviéticos —proseguía la carta de Grant —.. Aún no tengo pruebas, pero en mi opinión esto no es mera coincidencia. Recuerde que es doctrina soviética reducir a fragmentos a los países (Norcorea y Surcorea, Alemania del Este y del Oeste, etc.) para después que sus bien preparados subalternos les hagan el resto del trabajo. Por eso pienso que los socialistas prosoviéticos ayudarán a fragmentar a Gran Bretaña en Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Sur y del Norte. (Observe a la República de Irlanda y a Irlanda del Norte, que son ya un escenario, bien preparado para los festejos soviéticos.)

«Así pues, en cuanto a mi Plan Uno, de contingencia, para la Casa Noble: mucha circunspección en cuanto a Inglaterra, para concentrar la atención en Escocia como base. *El petróleo del Mar del Norte* haría que Escocia tuviera un amplio margen de autosuficiencia. La población es poco numerosa, pero es gente fuerte y nacionalista. Como entidad política, Escocia sería práctica

en este momento y defendible, con una abundante provisión de petróleo para exportación. Tal vez una Escocia fuerte podría inclinar la balanza y sostener a una Inglaterra vacilante… ¡A este pobre país nuestro, señor Dunross! Yo temo mucho por Inglaterra…

«Tal vez ésta sea otra de mis teorías traídas de los cabellos. Pero reflexione sobre Escocia, sobre Aberdeen, a la luz de un nuevo Mar del Norte».

—¡Ridículo! —explotó Dunross, y dejó de leer un momento.

Permitió que su mente divagara un poco y luego se hizo a sí mismo la advertencia: no te precipites a actuar; AMG se deja llevar a veces demasiado lejos, es propenso a la exageración. Como buen imperialista de extrema derecha, ¡ve rojos hasta en la sopa! Pero lo que dice es posible. Si lo fuera, valdría la pena considerarlo. Si hubiera una escasez mundial de petróleo y nosotros estuviéramos preparados, podríamos hacer una fortuna —se dijo, con excitación creciente. Ahora sería fácil comprar en Aberdeen, sería fácil iniciar una retirada sistemática de Londres, sin causar ningún perjuicio… Edimburgo tiene todas las facilidades modernas: servicios bancarios, comunicaciones, puertos, aeródromos, etc. que necesitaríamos para funcionar con eficiencia. ¿Escocia para los escoceses, con abundante petróleo para exportación? Deseable por todos conceptos, pero no separada, sino de alguna manera dentro de una Gran Bretaña fuerte. Ahora bien, si la ciudad de Londres, el Parlamento y Threadneedle Street se ahogan bajo la presión del ala izquierda…

Sintió que se le encogía el alma ante la idea de que Inglaterra quedara sepultada bajo un sudario de socialismo de izquierda. ¿Qué podía decirse de un Robin Grey o de un Julián Broadhurst? —se preguntó, estremeciéndose—. Sin duda nacionalizarían todo, se apoderarían del petróleo del Mar del Norte, si lo hubiera y harían que Hong Kong entrara en el bloque nacional… Han afirmado ya que lo harían…

Hizo un esfuerzo para posponer el análisis de esa idea; dio vuelta a la página y siguió leyendo:

«El siguiente punto es que ya tengo identificados a tres de sus espías de Sevrin: la información fue costosa… es posible que necesite algo de dinero adicional antes de Navidad, y no estoy muy seguro de la exactitud de los datos (estoy tratando de verificarlos sin tardanza, consciente como soy de la importancia que tienen

para usted. Se cree que los espías son: Jason Plumm de una compañía llamada Inmuebles Asiáticos, Lionel Tuke de la compañía telefónica, y Jacques deVille en Struan...»

—¡Esto es imposible! —gritó Dunross— ¡AMG se ha vuelto loco! Plumm es tan imposible como Jacques! ¡Esto es absoluta y totalmente imposible! ¡Por ningún concepto po...!

En ese momento empezó a sonar su teléfono privado. Lo tomó.

—Dígame...

—Es la operadora ultramarina que llama al señor Dunross.

—¿Quién lo llama, por favor? —replicó.

—¿Acepta el señor Dunross una llamada por cobrar de Sidney, Australia, de un señor Duncan Dunross?

A Ian se le sobresaltó el corazón. —¡Por supuesto! ¡Hola, Duncan .....! ¿Duncan?

—¿Eres tú, padre?

—¡Hola, hijo mío! ¿Estás bien?

—¡Oh, sí señor, claro que sí! —al oír el tono de la voz de su hijo, su ansiedad desapareció—. Me apena llamarte a hora de trabajo, padre, pero mi vuelo del lunes está lleno y...

—¡Maldita sea! Tu reservación estaba confirmada, muchachito. Voy a po...

—No, padre, gracias. Todo está bien. Voy a llegar antes. Estoy en el vuelo número 6 de Singapore Airlines, que llega a Hong Kong a mediodía; no te preocupes por ir a recibirme. Tomaré un taxi y...

—¡Busca el auto, Duncan! Lee Choy estará allí. Pero ven a la oficina antes de ir a casa, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Mis boletos están confirmados y todo está listo.

Dunross pudo percibir la satisfacción en el tono de la voz de su hijo y quiso alentarlo:

—Magnífico. Bien hecho. A propósito, el primo Linbar llegará mañana en el vuelo de Qantas a las 8 de la noche, hora de Sidney. El también se hospedará en casa.

Struan había tenido una casa de la compañía en Sidney desde 1900, y una oficina permanente en esa misma ciudad, desde la década de 1880. Hag Struan había formado una sociedad con cierto agricultor, cultivador de trigo, inmensamente rico, llamado Bill Scragger, y su compañía había florecido hasta el derrumbe de 1929.

—¿Tuviste buenas vacaciones?

—¡Oh, fantásticas, sí, fantásticas! Quiero volver el año entrante. He conocido a una chica maravillosa, padre...

—¿Ah sí?

La mitad de la personalidad de Ian quería sonreír, pero la otra mitad seguía encerrada en la posible pesadilla de que Jacques fuera un traidor, y si lo era, y formaba parte de Sevrin. ¿Habría sido él quien había suministrado a Bartlett algunos de sus más íntimos secretos? No. No era posible que Jacques hubiera hecho eso. No tenía manera de saber nuestros estados de cuenta bancarios. ¿Quién los conoce? ¿Quién ha ...

—¿Padre?

—¡Sí, Duncan!

Ian pudo percibir la vacilación en la actitud de su hijo, quien al fin dijo en forma precipitada, procurando hablar con virilidad:

—¿Está bien que un joven tenga una chica un poco mayor que él?

Ian sonrió complaciente y estaba a punto de rechazar la idea, puesto que su hijo acababa de cumplir apenas quince años, cuando recordó a Elegant Jade, cuando él mismo aún no cumplía los quince, si bien era ya más hombre que Duncan. No por fuerza —pensó, con toda imparcialidad—. Duncan es alto y sigue creciendo y tiene la hombría propia de su edad. ¿Acaso yo no la amé con locura ese año y el siguiente, y no me sentí morir al año siguiente, cuando ella desapareció?

—Bueno... —contestó en plan de igualdad con su hijo—. En realidad depende de quién sea la chica, que edad tenga él y qué edad tenga ella.

—¡Oh...! —una larga pausa—. Tiene dieciocho...

Dunross se sintió muy aliviado. Eso significa que tiene edad suficiente para hacer mejor las cosas —pensó.

—Bueno... Yo diría que está muy bien —contestó al chico, con el mismo tono de voz—, sobre todo si el varón anda llegando a los dieciséis, es alto, fuerte y sabe la realidad de la vida...

—Oh. Oh, yo no hice... No haría...

—No estoy en plan de hacer crítica, muchachito. Me limito a contestar tu pregunta. El hombre tiene que ser cauteloso en este mundo, y a las amigas hay que elegirlas con cuidado. ¿Dónde la conociste?

—Estaba en la granja. Se llama Sheila.

Al decir esto, Duncan contuvo una sonrisa. A las chicas en Australia se las llama sheilas, así como en Inglaterra se les dice pájaras.

—Bonito nombre —comentó su padre—... Sheila, ¿qué?

—Sheila Scragger. Es sobrina del viejo señor Tom y vino de Inglaterra de visita. Está estudiando para ser enfermera en el hospital Guy. Conmigo ha sido espléndida... Y Paldoon también es espléndido.

No puedo agradecerte lo suficiente el que hayas concertado para mí tinas vacaciones tan soberbias.

Paldoon era el rancho o la granja de Scragger (en Australia la llamaban "estación"). Era la única propiedad que habían logrado salvar en medio del derrumbe. Estaba situada ochocientos kilómetros al suroeste de Sidney, cerca del río Murray en los arrozales de Australia. Era una propiedad de más de 24,000 hectáreas, con treinta mil cabezas de ganado ovino, más de 800 hectáreas destinadas a la siembra de trigo y un millar de cabezas de ganado vacuno. Sin duda era el sitio ideal para las vacaciones de un chico: podía trabajar todo el día, desde el amanecer hasta el oscurecer, pastoreando a caballo las ovejas o las reses y corriendo a galope treinta kilómetros en cualquier dirección, sin salirse de los límites de su terreno.

—Dale mis saludos a Tom Scragger y cerciórate de mandarle una botella de whisky antes de venirte.

—¡Oh! Le envié una caja de botellas... ¿Está bien?

Dunross rió de buena gana.

—Bueno, muchachito, habría sido suficiente con una botella, pero una caja es perfecta. Llámame si hubiera algún cambio en tu vuelo. Te lo organizaste muy bien tú mismo, muy bien. ¡Oh, a propósito!

Tú mamá y Glenna se fueron hoy a Londres con tu tía Kathy, así que tendrás que volver a la escuela solo y...

—¡Oh, qué bueno, padre! —interrumpió el chico con alegría—. Ahora soy ya un hombre... ¡casi un universitario!

—Sí, sí. Lo eres —una ráfaga de dulzura mezclada con tristeza recorrió el ánimo de Ian, sentado en su alto sillón, con la carta de AMG en la mano, pero olvidado de ella—. ¿Estás bien de dinero?

—Sí, claro. Casi no gasté nada en la "estación", con excepción de una cerveza o dos. Padre... No le menciones a mamá lo de mi chica por favor.

—De acuerdo. Tampoco a Adryon —al mencionarla, sintió un dolor en el pecho, recordando a Martin Haply con su hija y la forma en que se habían alejado, tomados de la mano—. A Adryon deberás decírselo tú mismo,

—¡Bravo! ¡Oh, la había olvidado! ¿Cómo está ella?

—Está bien —se limitó a contestar.

Al mismo tiempo se dio órdenes de ser adulto, sabio y de no preocuparse, porque era normal que los muchachos y las chicas fueran eso: muchachos y chicas. Sí, ¡pero... ¡Dios Santo! Es difícil cuando tú eres el padre. Al fin se despidió:

—¡Bueno, Duncan, te veré el lunes! Gracias por llamarme.

—¡Oh, sí, padre! Sheila me trajo en el auto hasta Sidney. Ella... ella va a pasar el fin de semana con unas amigas y luego irá a despedirme. Esta noche iremos al cine. La película se llama *Lawrence de Arabia*. ¿La has visto ya?

—Sí. Acaba de llegar a Hong Kong. Te gustará.

—¡Espléndido! Bueno, adiós, padre. Tengo que darme prisa... ¡Te amo!

—Yo te amo a ti —contestó Ian, pero la línea se interrumpió.

¡Qué feliz soy con mi familia, mi esposa y mis hijos! —pensó Dunross y luego añadió—. ¡Por favor, gran Dios, no permitas que les pase nada!

Haciendo un esfuerzo, volvió a examinar la carta. Es imposible que Jason Plumm o Jacques sean espías comunistas —se dijo—. Nada de lo que han dicho o hecho podría ser indicio de eso. ¿Lionel Tuke? No. Tampoco él. Yo sólo lo conozco por encuentros ocasionales. Es un tipo feo y nada popular, retraído, pero está en el equipo de cricket, es miembro del Turf Club y ha estado aquí desde los años treintas. ¿No estuvo incluso encerrado en Stanley entre el '42 y el '45? Bueno... tal vez él... Pero, ¿los otros dos? ¡Imposible!

Cuánto lamento que AMG haya muerto. De lo contrario, lo llamaría ahora mismo para discutir lo de Jacques y...

Pero, primero termina la carta, después considera las partes —se dijo en tono imperativo—. Actúa bien. Se eficiente. ¡Dios santo! ¡Duncan y una sheila de dieciocho años! ¡Gracias a Dios no fue la

más joven de las de Tom Scragger! ¿Qué edad tiene ahora Priscilla? Catorce. Es bonita, su constitución física revela más edad. Las chicas parecen madurar pronto en aquellas regiones.

Lanzó un hondo suspiro. Me pregunto si debería hacer por Duncan lo que Chen-chen hizo por mí.

La carta continuaba:

«... como he dicho, no estoy del todo seguro, pero mi fuente suele ser impecable. Me duele decir que la guerra de espías se ha incrementado desde que descubrimos y capturamos a los espías Blake y Vassal (el empleado de claves del Almirantazgo), y desde que Philby, Burgess y Macleari nos traicionaron. A todos estos se les ha visto en Moscú, por cierto. Se espera que el espionaje aumente considerablemente en Asia. (Logramos descubrir en Canberra al Primer Secretario de la Embajada soviética, Skripov, y lo expulsamos de Australia en febrero. Esta medida rompió su círculo australiano que; según creo se conectaba con el Sevrin de ustedes y además estaba involucrado en Borneo y en Indonesia.)

«El mundo libre está muy infiltrado en este momento. MI-3 y MI-6 están contaminadas. Lo mismo que la CIA. Mientras nosotros hemos actuado con ingenuidad y buena fe, nuestros enemigos se dieron cuenta desde un principio de que el equilibrio futuro dependería del poderío económico tanto como del militar, por eso se lanzaron a adquirir —léase robar— nuestros secretos industriales.

«Es extraño que los medios de comunicación de nuestro mundo libre incurren en la imperdonable omisión de no señalar que todos los adelantos soviéticos se basan originalmente en algunos de nuestros inventos o de nuestras técnicas que ellos han robado, que sin nuestro grano morirían de hambre y que sin nuestra enorme y siempre creciente ayuda financiera y nuestros créditos para comprar el grano y la tecnología, no podrían alimentar y realimentar toda su infraestructura militar-industrial, que mantiene a su imperio y a su pueblo en estado de exaltación.

«Le recomiendo que utilice sus contactos en China para consolidarlos como suyos, más y más. Los soviéticos consideran a China, cada día más, como su enemigo número uno. Algo que parece igualmente extraño es que no dan la impresión de tener ya aquel miedo paranoico a los Estados Unidos que, sin duda alguna, son por ahora la potencia militar y económica mayor del mundo.

China, que está tan débil en lo militar como en lo económico, si se exceptúa él número de soldados disponibles, no constituye una amenaza real para ellos. Sin embargo, los aterra.

«Una razón son los ocho mil kilómetros de frontera que comparten. Otra es el sentimiento de culpa nacional por los extensos territorios que, por historia pertenecen a China y que la Rusia soviética ha ido devorando a través de los siglos. Una razón más es que saben que los chinos son un pueblo paciente, con una memoria fiel y perdurable. Algún día los chinos rescatarán sus tierras. Lo han hecho siempre que les ha sido posible desde el punto de vista militar. Muchas veces he señalado que la piedra angular de la política imperialista soviética es aislar y dividir a China para mantenerla débil. El fantasma que más temen es la alianza tripartita entre China, Japón y Estados Unidos. Su Casa Noble debería esforzarse en promoverla. (Lo mismo que un Mercado Común entre Estados Unidos, México y Canadá, que en mi opinión es de todo punto esencial para la estabilidad del Continente Americano.) ¿Por qué otro conducto, sino el de Hong Kong —y por lo mismo, las manos de usted— ha de entrar a China toda la riqueza?

«Por último, vuelvo a Sevrin: he corrido un riesgo grave y me he dirigido a nuestro más inapreciable activo en el meollo mismo del Departamento 5 ultrasecreto del KGB. Supe que la identidad de *Arthur* el jefe de Sevrin, es Clasificación Uno, que está fuera del alcance incluso de este individuo. El único indicio que pudo dar fue que el hombre es inglés y una de sus iniciales es *R*. Temo que no sea mucho decir.

«Tengo deseo de verlo pronto. Recuerde, mis documentos nunca deberán pasar a manos de nadie más.

Saludos, AMG».

Dunross se grabó en la memoria el número telefónico de Ginebra, lo escribió en clave en su libreta de direcciones y encendió un fósforo. Luego contempló el papel de correo aéreo arder y enroscarse bajo la llama.

—*R*... Robert, Ralph, Richard, Robin, Rod, Roy, Rex, Rupert, Red, Rodney y siempre... ¡vuelta a Roger! También Robert. Robert Armstrong, o Roger Crosse, o... ¿quién?

¡Santo Dios! —pensó Dunross, sintiéndose débil.

—Ginebra, de teléfono a teléfono, 871-65-65 —dijo por su línea

privada.

La fatiga lo tenía abrumado. La noche anterior su sueño se había visto perturbado. Las fantasías oníricas lo hacían volver a la guerra, a su cabina de piloto en llamas, con el olor a carne quemada en las narices; luego, al despertar, el frío y el ruido de la lluvia; pronto se había levantado en silencio, mientras Penn dormía a pierna suelta. Toda la Gran Casa estaba aún en silencio, con excepción de la anciana Ah Tat que, como siempre, tenía ya su té preparado. Después la pista de carreras y luego acosado todo el día. Sus enemigos estrechándole el cerco y nada que no fueran malas noticias. ¡Pobre del buen John Chen! —pensó—; luego hizo un esfuerzo por sacudirse esa sensación de tedio. Tal vez pueda dormitar una hora, entre las cinco y las seis. Esta noche voy a necesitar todas mis energías.

La operadora hizo todas las conexiones y él pudo oír la campanilla del teléfono.

—*¿Ja?* —dijo en alemán una voz dulce.

—*Hier ist* Herr Dunross *im* Hong Kong. Frau Gresserhoff *bitte* —dijo él en buen alemán.

(Habla el señor Dunross, de Hong Kong. Con la señora Gresserhoff, por favor).

—¡Oh! —hubo una larga pausa— *Ich bin* Frau Gresserhoff. ¿Tai-pan? (Yo soy Frau Gresserhoff).

—*Ah so desul Ohayo gozaimasu. Anata Wa Anjin Riko-san?* —preguntó, con un acento japonés excelente: Buenos días. ¿Su nombre es también Riko Anjin?

—*Hai. Hai. Dozo. Ah nihongo wa jotzu desu*. Sí. ¡Oh! Usted habla japonés muy bien.

—*Iye sukoshi, gomen nasal* No, perdón, sólo un poco.

Como parte de su adiestramiento, Dunross había pasado dos años en su oficina de Tokio.

—¡Ah, cómo lo siento! —prosiguió en japonés—. La llamo para el asunto del señor Gresserhoff. ¿Se ha enterado ya?

—Sí —Dunross pudo notar el acento de tristeza—. Sí, me enteré el lunes.

—Yo acabo de recibir una carta de él. Me dijo que usted tenía algo, algunas cosas para mí... —insinuó cauteloso.

—Sí, tai-pan. Las tengo.

—¿Le sería posible traérmelas? Me apena pedírselo, pero yo no puedo ir allá.

—Sí, sí. Por supuesto —contestó un poco vacilante, con un japonés suave y agradable—. ¿Cuándo debo ir?

—Tan pronto como pueda. Si va a nuestra oficina en Avenue Bern, dentro del lapso de unas dos horas, digamos hacia el mediodía, encontrará boletos y dinero preparados. Tengo entendido que hay un vuelo de Swissair que sale esta tarde... Si le fuera posible.

Otra leve vacilación. Dunross esperó con toda paciencia. La carta de AMG seguía retorciéndose dentro del cenicero, mientras era pasto del fuego. Al fin, la señora contestó:

—Sí. Sí sería posible.

—Yo haré todos los arreglos. ¿Quiere que alguien la acompañe?

—No. No, gracias —repuso con una voz tan suave que Dunross tuvo que formarse un embudo con la mano en torno al oído para percibirla mejor.

—Por favor perdóneme por causarle estas molestias. Yo misma puedo hacer los arreglos.

—En realidad, no es molestia alguna —contestó él, feliz de que su japonés resultara fluido y familiar—. Por favor vaya a mi oficina hacia el mediodía. A propósito, el clima aquí es cálido y húmedo. ¡Ah! Perdone la pregunta pero... ¿su pasaporte es suizo o japonés? Y... ¿con qué nombre viaja usted?

Una pausa más larga aún que las anteriores.

—Viajaría... creo que debería viajar... Sería pasaporte suizo, mi nombre de viaje sería Riko Gresserhoff.

—Gracias señora Gresserhoff. Estaré encantado de conocerla. *Kiyoskette* —terminó—: que tenga buen viaje.

Volvió a poner el auricular sobre el teléfono» con una actitud pensativa. Los últimos vestigios de la carta de AMG se retorcieron y extinguieron con un hililllo de humo. Con mucho cuidado, él redujo a polvo la ceniza.

Y ahora... ¿qué hacer con Jacques?

46
5:45 p.m.

Jacques deVille recorrió las escaleras de mármol del hotel Mandarín, hasta el mezzanine, que se hallaba lleno de gente que todavía tomaba el té.

Se quitó el impermeable y pasó por entre la muchedumbre, abrumado por una extraña sensación de vejez. Acababa de hablar con su esposa Susanne, a Niza. El especialista de París había hecho un nuevo examen a Avril y pensaba que las lesiones internas tal vez no eran tan serias como había pensado al principio.

—Dice que tenemos que ser pacientes —le había dicho Susanne en su efusivo francés parisiense—. Pero. ¡Madre de Dios! ¿Cómo podemos serlo? La pobre criatura está hecha pedazos y a punto de perder el juicio. No hace más que repetir: Tero yo iba conduciendo... ¡Fui yo, mamá, fui yo! ¡De no haber sido por mí, mi Borge estaría vivo! ¡Si no hubiera sido por mí...! Yo temo por su salud, chéri...

—¿Sabe ya que su... lo relacionado con su interior?

—No. Todavía no. El doctor no quiere que se le diga hasta estar él seguro. —Susanne había empezado a llorar.

Aunque también en agonía, Jacques la había calmado lo mejor que podía y le había prometido volver a llamarla en una hora. Durante un rato había estado pensando qué debería hacer. Al fin, había tomado ciertas providencias, había salido de la oficina y en ese momento se hallaba en el Mandarín.

La cabina del teléfono público, junto al puesto de periódicos, estaba ocupada, por eso compró un diario de la tarde y miró los encabezados. Veinte muertos al asentarse unos deslizamientos de lodo en Aberdeen... Seguirá la lluvia... ¿Se suspenderá el gran día de la carrera el sábado?... JFK advierte a los soviéticos que no intervengan en Vietnam... Firman en Moscú un tratado de proscripción de pruebas atómicas Dean Rusk, Andrei Gromyko y Sir Alee Douglas-Home. Lo rechazan Francia y China... Comunistas malayos lanzan ofensiva... Segundo hijo de Kennedy, nacido en

fecha prematura, muere... La caza humana de los ladrones del Gran Tren Británico continúa... El escándalo de Profumo perjudica al Partido Conservador...

—Perdone, señor, ¿está esperando el teléfono? —le preguntó una mujer norteamericana desde atrás.

—¡Oh, oh, sí! Gracias. Perdón. No me había dado cuenta de que estaba desocupado.

Entró a la cabina, cerró la puerta, puso la moneda y marcó. Empezó a oírse la señal de llamada.

Jacques sintió que su ansiedad aumentaba.

—Diga...

—El señor Lop-sin, por favor —dijo, sin sentirse aún seguro de la voz.

—Aquí no hay ningún señor Lop-sin. Lo siento. Su número está equivocado.

—Quiero dejar un recado —dijo, tranquilo al reconocer la voz de Suslev.

—Su número está equivocado. Busque en su directorio telefónico.

Una vez completa la clave, empezó a hablar: —Siento cau...

—¿Cuál es el número de tu teléfono? —lo interrumpió el interlocutor con decisión.

Jacques se lo dio en el acto.

—¿Es de cabina?

—Sí.

En el acto se oyó que Suslev colgaba el auricular. Cuando Jacques hizo lo propio, sintió un sudor frío en las manos. El número de Suslev no debía usarse más que en caso de emergencia, pero aquélla era una emergencia. Se quedó contemplando el aparato.

—Perdóneme, señor —llamó a través del vidrio la mujer norteamericana—. ¿Podría yo usar el teléfono? No será más que un momento...

—¡Oh, oh! Yo estoy... No tardaré un segundo —contestó Jacques, aturdido ante el dilema.

Detrás de la norteamericana, vio a tres chinos que esperaban impacientes. Lo miraron con ojos agresivos. Volvió a disculparse.

—Yo-estoy... Será cuestión de un segundo.

Volvió a cerrar la puerta, con la espalda bañada en sudor.

Esperó, y esperó, y esperó. Al fin, el teléfono sonó.

—Hola.

—¿Cuál es la emergencia?

—Yo... acabo de tener noticias de Niza —con toda cautela relató a Suslev la conversación con su esposa, sin mencionar nombres— Salgo para allá en el acto, en el vuelo de la noche... Pensé que era preferible que te lo dijera personalmente, para que el...

—No. Esta noche es demasiado pronto. Reserva lugar en el mismo vuelo de mañana.

Jacques sintió que el mundo se le hundía.

—Pero hace unos minutos hablé con el tai-pan y dijo que podía ir hoy en la noche. Mi reservación está hecha. Puedo volver en tres días. Se la oía muy mal por el teléfono. ¿No crees ... ?

—¡No! —protestó Suslev en tono más cortante—. Te llamaré esta noche como estaba concertado.

Todo esto podía haber esperado hasta esa hora. ¡No vuelvas a usar este número, a menos que sea una verdadera, emergencia!

Jacques abrió la boca para responder con calor, pero la línea se había cortado. Había percibido el enojo. ¡Pero ésta es una emergencia! —se dijo enfurecido, empezando a marcar de nuevo. Susanne me necesita allá, lo mismo que Avril. Y el tai-pan estaba enteramente de acuerdo.

—Buena idea, Jacques —había dicho sin titubear—. Tómate todo el tiempo que necesites. Andrew puede emplazarte.

Y ahora... *Merde*... ¿Qué hago? ¡Suslev no es mi guardián! ¿No es cierto?

DeVille dejó de marcar. El sudor se le había helado. Colgó el teléfono.

—¿Terminó ya, señor? —preguntó la mujer norteamericana, con su sonrisa insistente—. Hay una línea esperando...

Era una mujer de más de cincuenta años, con un pelo teñido de un azul que estaba de moda.

—¡Oh... oh! Sí, sí. Perdón —hizo un esfuerzo y abrió la puerta.

—Olvida su papel, señor —dijo ella con cortesía.

—¡Oh... oh! Gracias.

Jacques deVille regresó a recogerlo y salió en estado de absoluta miseria. En el acto, todos los chinos, tres hombres y una mujer se abalanzaron, a codazos hicieron a Jacques a un lado y quitaron de

la puerta a la señora norteamericana.

Una corpulenta matrona se lanzó sobre la puerta y entró por delante, cerrándola después. Los demás se amontonaron frente al aparato en espera de usarlo.

—¡Oiga... era mi turno! —protestó la mujer norteamericana.

Sin embargo, nadie hizo caso de ella, excepto para lanzar insultos de lo más soez, contra su persona y la de sus antepasados.

* * *

Suslev se hallaba de pie en el mezquino departamento de Kowloon, que era una de las casas de seguridad de Arthur. El corazón le palpitaba todavía con mucha fuerza por lo repentino de la llamada. Un olor de cocina rancia, mezcla de humedad/ hierbas y suciedad llenaba el aire, mientras él contemplaba furioso el teléfono, i Estúpido, pedazo de mierda sin madre! —se dijo, pensando en Jacques deVille. Está convirtiéndose en una carga. Esta noche diré a Arthur lo que hay que hacer con él. ¡Cuánto antes, mejor! Sí... Y cuanto antes te tranquilices tú —se amonestó a sí mismo—, tanto mejor también. La gente enojada comete errores. ¡Haz a un lado tu indignación!

Haciendo un esfuerzo, logró sobreponerse y salió al descanso de la escalera, iluminado con una débil luz, con paredes a medio despintar. Cerró la puerta de su apartamento y con otra llave abrió el de Ginny Fu, que estaba contiguo al suyo.

—¿Quieres vodka? —preguntó ella, con su sonrisa zalamera.

—Sí —aceptó, devolviendo el gesto amable, y satisfecho de tenerla delante.

Estaba sentada en el viejo sofá, sin más indumentaria que su sonrisa, con las piernas cruzadas. Habían estado besándose cuando el teléfono de Suslev sonó por vez primera. En el apartamento de la chica había dos teléfonos: el de ella y el otro, el secreto, encerrado en el armario, que sólo él usaba y contestaba. Arthur le había dicho que era seguro, conectado de contrabando, sin registro e imposible de controlar.

A pesar de todo, Suslev sólo usaba el otro apartamento y su teléfono para casos de emergencia.

Matyeryebyets Jacques —pensó, todavía molesto por la llamada

repentina de su teléfono privado.

—Bebe, *tovarich* —dijo Ginny, ofreciéndole el vaso—... Luego, bébeme a mí, ¿sí?

Volvió a sonreír a la chica, tomó el vodka y le pasó una mano agradecida por el gracioso y bien formado trasero. Luego le dijo:

—Ginny, *golubushka*, tú eres una buena chica.

—¡Puedes apostarlo! Yo, la mejor chica para ti —se le acercó y le acarició con los labios el lóbulo de la oreja—. ¿Vamos a hacer nuestro juego, verdad?

—¿Por qué no? —bebió el ardiente líquido con parsimonia, queriendo hacerlo rendir.

Los minúsculos dedos de Ginny empezaron a desabrocharle la camisa. El la detuvo un momento, para besarla; ella recibió el gesto con gusto y correspondió en la misma forma.

—Espera a que no haya ropa, ¿sí? —dijo ella, ahogando una risita llena de picardía.

—La semana entrante me voy, ¿sabes? —dijo él, estrechándola en su abrazo vigoroso—. ¿Qué tal si vinieras conmigo? Al paseo que siempre te he prometido...

—¡Oh! ¡Oh! ¿De veras? —su sonrisa era inmensa—. ¿Cuándo, cuándo? ¿Tú no bromeas?

—Puedes venir Conmigo. Paramos en Manila. Manila será nuestra primera parada, luego al norte y volvemos aquí dentro de un mes.

—-¡Oh, un verdadero mes! ¡Oh Gregy! lo abrazó con todas sus fuerzas—. ¡Seré la mejor chica de capitán en toda China!

—Sí, sí, lo serás.

—¿Cuándo vamos... cuándo ir nosotros?

—La semana próxima. Yo te diré cuándo.

—Bien. Yo mañana consigo pasaporte pa...

—No, no pasaporte, Ginny. Nunca te lo darían. Esos *viblyadoks* te detendrían. Ni siquiera te dejarían ir conmigo... Oh, no, *golubushka*, esa asquerosa policía nunca te dejaría ir conmigo.

—Entonces, ¿qué hacer, eh?

—Te sacaré de contrabando en el barco, metida en una canasta ... —rió con alegría—. ¡O tal vez en una alfombra mágica! ¿Qué te parece?

Ella lo escudriñó con sus grandes ojos oscuros, brillantes y

ansiosos.

—¿Es verdad qué me llevas? ¿Es cierto? ¿Un mes en tu barco, sí?

—Por lo menos un mes. Pero no lo digas a nadie. La policía me vigila en todo momento y si lo saben, no podrás salir conmigo. ¿Entiendes?

—Que todos los dioses sean testigos. No decirlo ni a un gorgojo… ni siquiera a mi madre —volvió a jurarlo con pasión y lo abrazó de nuevo con toda la amplitud de su felicidad—. ¡Uuuyyy, el prestigio que tendré como chica del capitán!

Volvió a abrazarlo con entusiasmo y dio libre curso a sus dedos. El se sacudió de pronto, en un movimiento involuntario. Ella rió y empezó a desvestirlo de nuevo.

—Te daré el mayor gusto. El mayor…

Utilizó sus dedos y sus labios como una experta, ensayando, tocando, retirando, moviéndose sobre él, concentrada en su tarea, hasta que él emitió un gemido de placer y quedó hecho uno con los dioses de las Nubes y la Lluvia. Las manos y los labios de Ginny permanecieron sobre él, sin querer retirarse mientras quedara un ápice de placer. Luego cesó en su actividad y se acurrucó contra él, escuchando su respirar afanoso, pero muy satisfecha de haber cumplido bien con su deber. Ella en lo personal no había experimentado las Nubes y la Lluvia, aunque había fingido que sí, varias veces, para, estimular el placer de él. De todas las veces que habían puesto la cabeza en la almohada juntos, sólo en dos había llegado Ginny al cenit. En esas ocasiones había estado muy ebria y no tenía absoluta seguridad de haberlo logrado. Sólo con Third Nighttime Sandwich y Cook Tok, del Victoria y Albert, lograba la plenitud del placer en todos los casos. Que todos los dioses bendigan mi hado —pensó feliz—. Con un mes de vacaciones y el dinero que Gregor me de, si el hado me es favorable, en un año más con él tendremos dinero suficiente para abrir nuestro propio restaurante, y yo podré tener hijos y nietos y volverme una con los dioses. ¡Oh, qué afortunada soy!

Estaba cansada, porque había tenido que esforzarse mucho. Por eso se agazapó en una postura más cómoda, apoyada en él, cerró los ojos con una sensación de placer hacia su hombre, y de gratitud hacia los dioses que la habían ayudado a vencer el disgusto por el

tamaño de él, por su piel blanca de sapo y por el olor rancio de su cuerpo. Gracias a todos los dioses —pensó feliz, mientras caía en brazos de Morfeo.

Suslev no estaba dormido. Simplemente descansaba, con el cuerpo y la mente en paz. El día había sido bueno, pero hasta cierto punto muy malo. Después de entrevistarse con Crosse en la pista de carreras, había regresado a su barco, espantado con la idea de que en el *ivanov* pudiera haber actividad de espionaje. Había puesto en clave la información de Crosse sobre la Operación Curso Seco y todo lo demás, y la había remitido desde el secreto de su cabina. Unos mensajes recibidos le informaban que Voranski no sería remplazado sino en la siguiente visita del *Sovetsky Ivanov*, que el experto Koronski, especialista en psicoquímica, estaba disponible para llegar de Bangkok en el lapso de doce horas, y que él, Suslev, debería asumir la dirección de Sevrin y conectarse en forma directa con Arthur. «No deje de obtener copias de los documentos de AMG».

Recordaba el frío que le había recorrido el cuerpo al leer aquella frase: «No deje de...» Había fallado tan pocas veces; en cambio, había triunfado tantas otras... ¡y sólo se recordaban los fracasos! ¿Dónde podría estar el punto débil en la seguridad de su barco? ¿Quién leyó el expediente de AMG, además de mí? Sólo Dimitri Metkin, mi segundo comandante. No puede ser él. La labor de espionaje tiene que venir de otro lado.

¿Hasta qué punto era de fiar Crosse?

No mucho, pero ese hombre es a ojos vistas el colaborador más inapreciable que tenemos en el campo capitalista de Asia, y hay que protegerlo a toda costa.

La sensación del cuerpo de Ginny apoyado en el suyo era placentera. Respiraba con ritmo apacible.

De cuando en cuando tenía un leve estremecimiento. Su pecho subía y bajaba. Los ojos de Suslev atravesaron el marco de la puerta, para ir a fijarse en el viejo reloj que descansaba sobre una repisa de la desaliñada cocina, en medio de botellas medio vacías, latas y recipientes. La cocina estaba en un recodo, a un lado de la sala del apartamento. En el sitio en que se encontraban, que era la única habitación, el lecho era enorme y casi llenaba todo el recinto. Se lo había regalado él, cuando había empezado a tratar con ella

hacía casi tres años. Era una buena cama, blanda pero no en exceso; para él resultaba un cambio grato, en comparación con la dura litera del barco.

Y Ginny era bienvenida también. Dócil, sencilla, sin problemas. El cabello, de color negro azulado, corto y lacio le cala formando una línea recta a través de la amplia frente, del modo que a Gregor le gustaba. Era un contraste notable con Vertinskaya, su amante de Vladivostok, de ojos endrinos y avellanados, cabellera castaño oscura, larga y ondulante, y con el carácter de un gato montés. Era hija de una auténtica princesa Zergeyev y de un tendero, chino de media casta, que había comprado a la madre en una subasta, cuando ella tenía trece años. Había llegado en uno de los camiones de ganado llenos de niños que habían huido de Rusia después del holocausto del '17.

Liberación, no holocausto —se dijo a sí mismo con regocijo. ¡Ah! Pero es bueno acostarse con la hija de una princesa Zergeyev cuando se es nieto de un campesino de las tierras cercanas a Zergeyev.

Recordar a los Zergeyev le hacía pensar en Alexi Travkin. Sonrió con sarcasmo. ¡Pobre Travkin... semejante necio! ¿Permitirían en realidad que su esposa, la princesa Nestorova fuera a Hong Kong en Navidad? Yo lo dudo —se dijo—. Tal vez lo hagan, y el pobre de Travkin muera de la impresión que le produciría ver a esa infeliz pequeña bruja de las nieves, arrugada, sin dientes y artrítica. Es preferible ahorrarle esa agonía —pensó compasivo—; Travkin es ruso y no es un mal hombre.

Volvió a ver el reloj. Sonrió una vez más. Eran las 6:20. Durante unas horas no tenía nada que hacer, excepto dormir, comer, pensar y hacer planes. Luego, aquella ¡oh, sí!, muy delicada reunión con el miembro parlamentario inglés y ya entrada la noche, volver a ver a Arthur. Ahogó la risa. Le divertía mucho conocer secretos que Arthur ignoraba. Sin embargo —pensó sin enojo—, también Arthur me oculta secretos a mí. Tal vez ya sabe lo de los miembros parlamentarios. Es astuto, muy astuto, y él tampoco se fía de mí.

Esa es la gran ley: jamás confiar en otro, hombre, mujer o niño, si se quiere seguir vivo, seguro y libre de las garras enemigas.

Yo estoy seguro porque conozco a la gente, sé cómo mantener la boca cerrada y cómo impulsar los planes del Estado como una

simple parte de mi propio plan de vida.

Hay tantos planes maravillosos que poner por obra. Tantos golpes de Estado emocionantes que precipitar, tomando parte en ellos. Además, ahí está Sevrin...

Dejó escapar una risita maliciosa y Ginny se movió.

—Duérmete, princesita —le susurró, como quien arrulla a un niño—. Duérmete.

Como si obedeciera, no despertó por completo; simplemente se quitó el cabello de los ojos y se acurrucó en una postura más cómoda.

Suslev dejó que se le cerraran los ojos, disfrutando del contacto del cuerpo de la chica con el suyo y dejando descansar el brazo sobre las asentaderas de su amiga. Durante la tarde, la lluvia había menguado. Suslev observó que a esa hora había ya cesado por completo. Bostezó mientras iba quedándose dormido, sabedor de que la tormenta aún no ponía fin a su trabajo.

47
6:25 p.m.

Robert Armstrong apuró su cerveza.

—¡Otra! —pidió con voz confusa, aparentando embriaguez.

Se encontraba en un bar concurrido y ruidoso de Wanchai, llamado Good Luck Girlfriend, situado en la ribera, lleno de marinos norteamericanos del portaviones nuclear. Las meseras chinas acosaban a los clientes con bebidas y aceptan bromas, caricias y licores aguados a precio muy alto. De cuando en cuando, alguna de ellas pedía un auténtico whisky y lo mostraba al compañero, para probarle que estaban en un bar de calidad y que no se les estafaba.

En el piso superior había habitaciones, pero no era aconsejable que los marinos fueran allá. No todas las chicas eran limpias y cuidadosas, y eso no por culpa propia, sino más bien por ignorancia.

Además, a las altas horas de la noche podían conseguirse mejores precios y sólo los muy ebrios eran víctimas de robos. Después de todo, no había necesidad de perpetrarlos, porque los marinos estaban dispuestos a gastar todo lo que tenían.

—¿Quieres qué juguemos? —preguntó a Armstrong la chica maquillada hasta el exceso.

Dew neh loh moh a todos tus antepasados —quiso contestarle el policía. Deberías estar en la cama con tus libros escolares. Pero no lo dijo. No habría servido de nada. Lo más probable era que sus padres, con ánimo agradecido, le hubieran conseguido aquella ocupación, para que toda la familia sobreviviera en condiciones un poco mejores.

—¿Quieres tomar algo? —prefirió decirle, ocultando el hecho de que podía hablar cantones.

—Escocés, escocés —ordenó la chica con imperio.

—¿Por qué no pedir té y yo te doy el dinero de todas maneras? —protestó él en tono agrio.

—¡Al demonio todos los dioses y las madres de los dioses! ¡Yo

no embustera!

Con arrogancia, le puso delante el vaso opalino que el cantinero había dejado caer sobre la mesa.

Contenía whisky, corriente pero auténtico. La muchachita lo apuró sin hacer un gesto.

—¡Cantinero! Otro escocés y otra cerveza. Tú bebes, yo bebo y luego los dos jugamos, ¿sí?

Armstrong la contempló y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Lily. Lily Chop. Veinticinco dólares por poco tiempo.

—¿Qué edad tienes?

—Muchos años. ¿Cuántos tienes tú?

—Diecinueve.

—¡Ah! Los uniformados siempre mienten...

—¿Cómo sabes que soy uniformado?

El jefe me lo dijo. Sólo veinte dólares, ¿sí?

—¿Quién es el jefe? ¿Cuál de ellos?

—Ella. La que está detrás del bar. Ella, mama-san.

Armstrong trató de ver a través del humo. La mujer se veía enjuta y huesuda. Tendría más de cincuenta años. Sudaba y trabajaba con ahínco: Mantenía una conversación salpicada de bromas soeces con los marinos mientras les servía las bebidas.

—¿Cómo supo ella que yo era policía?

Lily se limitó a encongerse de hombros y dijo:

—Escucha: ella dice tú hacerlo feliz o salir a la calle. ¿Vamos arriba? Que pague la casa. No veinte dólares.

La chica se paro. Armstrong vio el miedo que la dominaba.

—¡Siéntate! —le ordenó.

Ella lo hizo, pero con más miedo:

—Si yo no doy gusto, ella arroja mi...

—Tú me das gusto —protestó él con un suspiro.

Era un viejo truco: si el cliente subía, pagaba; si no subía, pagaba, y la jefa mandaba siempre a una jovencita. Armstrong le puso en la mano cincuenta dólares.

—Aquí tienes. Ve, entrégaselos a la *mama-san*, dándole las gracias de mi parte. Dile que ahora no puedo jugar, ¡porque estoy en mis días! Me acompaña el Honorable Rojo.

Lily lo miró boquiabierta y luego rio como anciana y exclamó:

—¡Uuuyyy! ¡Maldición a todos los dioses! ¡Este es uno bueno!

Se desprendió del compañero, caminando con dificultad por los tacones tan altos y el procaz *chongsam* untado al cuerpo y tan alto que dejaba al descubierto no sólo sus delgadas, sumamente delgadas piernas, sino hasta las nalgas.

Armstrong terminó su cerveza, pagó la cuenta y se puso en marcha. Su mesa se ocupó en el acto. El se abrió paso entre los sudorosos y ruidosos marinos, en busca de la puerta.

—Bienvenido en todo momento —le dijo la mama-san, cuando pasó frente a ella.

—Lo creo —repuso él sin malicia.

La lluvia no era más que una leve llovizna a esa hora, y el día empezaba a declinar. Por la calle transitaba un número más abundante aún de estridentes marinos, todos norteamericanos. A los británicos se les había dado orden de mantenerse fuera de esa zona durante los primeros días. Bajo el impermeable, Armstrong sentía la piel mojada y caliente. No tardó en salir de Gloucester Road y de la línea de la ribera marítima, y siguió caminando por entre la muchedumbre, calle arriba por O'Brien Road, salpicando cada vez que tropezaba con algún charco. La ciudad olía bien y lucia pulcra y lavada. Al llegar a la esquina, dio vuelta y entró a Lochart Road, hasta que al fin encontró el callejón que buscaba. Estaba concurrido, como siempre, con sus puestos callejeros y sus tiendas, perros famélicos, aves de corral en sus jaulas, patos fritos desecados y carnes colgadas en enormes ganchos; había también abundantes verduras y frutas. A pocos pasos de la entrada al callejón había un pequeño puesto con bancos protegidos por un lienzo que colgaba lo suficiente para proteger de la llovizna.

Hizo una seña de saludo al dueño y escogió una esquina apartada. Ordenó una escudilla de pastas Singapur (que son finas, estilo vermicelli, ligeramente fritas y secas, con chile y especias, y acompañadas de camarón picado y verduras frescas) y se quedó a la espera.

Brian Kwok.

Siempre volvía a Brian Kwok.

Y también a los 40,000 en billetes viejos, que había encontrado en el cajón de su escritorio, en el que siempre solía dejar cerrado.

Concéntrate —se dijo—, o cometerás un desliz, caerás en un

error. ¡No puedes permitirte un error!

Se sentía cansado y bajo el peso de una inmundicia agobiante que no podrían quitarle el jabón y el agua caliente. Haciendo un esfuerzo, obligó a sus ojos a buscar a su presa, a sus oídos a escuchar los ruidos de la calle y a la nariz a disfrutar del alimento.

Apenas había consumido su escudilla de pastas, cuando vio al marino norteamericano. El hombre era delgado, usaba anteojos y sobresalía por encima de todos los peatones chinos, a pesar de que caminaba un poco encorvado. Llevaba un brazo alrededor de la cintura de una chica de la calle. Ella sostenía un paraguas que los cubría e iba tirando del hombre y protestando:

—No, no por aquí, papá —decía en tono suplicante—… Mi cuarto por otro camino… ¿entender?

—¡Claro, cariño! Pero primero vamos por aquí, luego iremos por tu camino… ¿Sí? Vamos, encanto.

Armstrong se refugió más aún en las sombras. Los vio acercarse y se preguntaba si ése sería el hombre que él buscaba. El acento del marino era sureño y musical. Tendría cerca de treinta años. A medida que caminaba por la calle concurrida, miraba en un sentido y en otro, tratando de orientarse.

Luego Armstrong observó que localizaba el taller del sastre en una esquina del callejón. El nombre del negocio era: Pop-ting, Trajes hechos a mano. Frente a él había un pequeño restaurante abierto, iluminado con focos mortecinos. Clavado en un poste estaba un cartel que decía: BIENVENIDOS LOS MARINOS NORTEAMERICANOS; La columna de caracteres chinos, al lado de la puerta ostentaba esta leyenda: «Restaurante Salud de un Milenio para Mao Tse-Tung».

—Ven, cariño —dijo el marino con la alegría pintada en el rostro—. Vamos a tomarnos una cerveza aquí.

—No es buen lugar, papá… mejor ven a mi bar, ¿sí? Es me…

—¡Maldita sea! ¡Vamos a tomar una cerveza aquí!

Entró al restaurante y se sentó ante una de las mesas de plástico. Parecía corpulento con el impermeable encima. La chica lo siguió malhumorada.

—¡Cerveza! ¡Dos cervezas! ¡San Miguel! ¿Eh? ¿La pescó?

Desde donde estaba sentado, Armstrong podía verlos bien a ambos. Una de las mesas albergaba a cuatro coolies que engullían

ruidosamente pastas y sopa. Miraron por un instante al marino y a la muchacha. Uno hizo un comentario obsceno y los demás rieron. La chica se ruborizó y les dio la espalda. El marino se puso a tararear una melodía, mientras observaba con cuidado a su alrededor y tomaba tragos de su cerveza. Luego se levantó.

—Tengo que usar la taza —dijo en su jerga marinera.

Sin titubear, avanzó hacia la parte posterior, atravesando la frágil cortina de hilos colgantes. El dependiente no dejaba de verlo con malos ojos. Armstrong suspiró y se tranquilizó. La trampa estaba puesta.

Un momento después, el marino volvió.

—Anda —dijo a la chica—, vámonos de aquí.

Apuró su vaso de cerveza, pagó y salieron tomados del brazo por el mismo camino por el que habían llegado.

—¿Quiere más pastas de S'pur —preguntó el dependiente a Armstrong en tono hostil, con ojos que parecían apenas ranuras hundidas en un rostro huesudo.

—No gracias. Sólo quiero otra cerveza.

—No cerveza.

—¡Qué te jodan a ti y a todos los de tu casa! —silbó Armstrong en perfecto cantonés gutural—. ¿Qué soy yo? ¿Un cretino de la Montaña Dorada? No. Soy un huésped de tu inmundo restaurante.

¡Consígueme una pinche cerveza o haré que mis hombres te corten el saco secreto y den a comer esos huevos que llamas tu tesoro al perro más cercano!

El aludido no respondió una palabra. Malhumorado se dirigió al puesto más cercano, pidió una San Miguel, la puso sobre el mostrador y la abrió. Los demás comensales no dejaban de mirar boquiabiertos a Armstrong. De repente, él carraspeó con fuerza, escupió y clavó los brillantes ojos azules en el hombre que tenía más cerca. Pudo verlo estremecerse y darse la vuelta para mirar en otra dirección.

Con una sensación de inquietud, todos los demás se concentraron también en sus platillos, sintiéndose molestos en la compañía de un bárbaro policía que tenía los malos modales de maldecir con tanta facilidad en su idioma.

Armstrong se acomodó mejor en su asiento y dejó que sus ojos recorrieran la calle y el callejón, esperando con paciencia.

No tuvo que aguardar mucho. Pronto pudo ver al pequeño europeo regordete que subía por el callejón, manteniéndose a un lado, deteniéndose de cuando en cuando para observar el mostrador de una zapatería barata, situada detrás de los puestos callejeros que llenaban el angosto pasaje.

¡Ah! Este es un profesional —pensó Armstrong, muy complacido, sabedor de que el hombre usaba el vidrio del aparador para espiar el restaurante. Además actuaba con toda calma. Iba cubierto con un impermeable de plástico corriente y un sombrero y se veía como un peatón cualquiera. Su cuerpo quedó oculto un instante, mientras pasaba junto a él un coolie, con sendos bultos enormes en ambos extremos de la caña de bambú que apoyaba en los hombros. Armstrong le vio las nudosas pantorrillas, surcadas por venas varicosas, mientras observaba los pies del otro hombre.. Avanzaron juntos. El europeo caminó hasta salir del callejón, cubierto por el coolie, y no se detuvo, sino que siguió calle arriba.

Es muy bueno —pensó con admiración el policía, mientras lo conservaba dentro de su campo visual.

Este insecto ha hecho trabajos de esta clase muchas veces. Debe de ser del KGB para ser tan astuto.

Bueno, no falta mucho, mi querido amigo, para que te eche el guante —se dijo sin rencor, como el pescador que viera una magnífica trucha a punto de morder el anzuelo.

El hombre seguía viendo aparadores. Sigue tu camino, pececito...

De hecho actuaba como una trucha. Fingió avanzar varias veces, pero luego se alejaba. Después volvía, siempre con mucha cautela y sin llamar la atención. Al fin entró al restaurante abierto, se sentó y pidió una cerveza. Armstrong volvió a suspirar, esta vez de felicidad.

Pareció interminable el tiempo que el hombre tardó en levantarse de su asiento, preguntar dónde estaba el baño, pasar por entre los demás comensales, atravesar la cortina y entrar. Poco después salió y se dirigió a su mesa. En el acto, los cuatro coolies se precipitaron sobre él por detrás, sujetándole los brazos y dejándolo impotente, mientras uno más le ponía un cinturón duro alrededor del cuello. Otros comensales, verdaderos clientes del restaurante y no agentes secretos de los Servicios Especiales, contemplaron la

escena boquiabiertos. Uno dejó caer sus palillos chinos, una pareja se dio a la fuga y los demás se quedaron inmóviles.

Armstrong se levantó de su asiento con toda calma y se acercó al lugar. Vio que el chino de aspecto duro que estaba detrás del mostrador se quitaba el delantal.

—¡Calla el hocico, desgraciado! —dijo en ruso al hombre que maldecía y luchaba impotente por zafarse de los que lo sujetaban.

—'ñas noches, superintendente —añadió, dirigiéndose a Armstrong, con una sonrisa perversa.

Se llamaba Malcolm Sun, era agente de alto nivel de los Servicios Especiales y un chino prominente en esa operación 16/2. Era él quien había organizado el asalto y pagado al cocinero para que le cediera su turno de trabajo.

—'ñas noches, Malcolm. Magnífico trabajo —dijo Armstrong, devolviéndole el saludo; luego se dirigió al agente enemigo—. ¿Cómo se llama? —le preguntó en tono amable.

—¿Quién usted? ¡Déjeme ir... deje ir! —dijo el hombre en un inglés con fuerte acento extranjero.

—Es todo tuyo, Malcolm invitó Armstrong.

Sin titubear, Sun dijo en ruso:

—¡Escúchame, hijo de ramera, sabemos que vienes del *Ivanov*, que eres un mensajero y que acabas de recoger algo que te dejó el yankee del portaviones nuclear. Al otro cerdo inmundo ya lo tenemos en nuestras manos, así que más vale que tú...

—¡Mentiras! Han cometido un error —explotó el aludido, hablando en ruso—. ¡Yo no sé nada de ningún yankee! ¡Déjenme ir!

—¿Cómo te llamas?

—Está cometiendo un error. ¡Déjeme ir!

A esa sazón, una muchedumbre de gente atónita, con ojos azorados, rodeaba ya el establecimiento, llena de curiosidad. Malcolm Sun se dirigió a Armstrong.

—¡Este está maduro, señor! No entiende bien el ruso. Temo que tendremos que llevárnoslo —dijo con una sonrisa tortuosa. —¡Sargento! Traiga al Black María.

—Sí, señor.

Otro agente salió corriendo, mientras Armstrong se acercaba más. El ruso tenía pelo entrecano, era un hombre regordete, de ojos pequeños y mirada iracunda. Lo tenían sujeto a la perfección, sin

dejarle oportunidad de escapar, ni de meter mano al bolsillo o a la boca, para destruir pruebas o tratar de suicidarse.

Armstrong lo registró con pericia. No había folleto alguno ni rollo de película.

—¿Dónde lo tiene guardado? —le preguntó.

—¡Yo no entender!

El odio del hombre no le molestaba a Armstrong. No lo dirigía precisamente contra él. Aquel hombre no era más que un blanco que había sido atrapado. Me pregunto quién delató a este pobre insecto que está muerto de miedo, y con razón, porque esto lo arruina ante el KGB y ante su gente para siempre.

Más le valía estar muerto. Me pregunto, ¿por qué ha sido golpe nuestro y no del buen Rosemont y de sus muchachos de la CIA? ¿Cómo fue que nosotros nos enteramos de la entrega de los documentos, y los yankees no saben nada? ¿Cómo supo Crosse todo esto? Lo único que Crosse le había dicho era el dónde y el cómo, que la entrega iba a hacerla un marino del portaviones y que la recogería alguien procedente del *Ivanov*.

—Tú estás encargado de esto, Robert, y por favor, no vayas a confundir las cosas.

—No. Lo haré bien, pero por favor elija a otra persona para Brian K...

—Por última vez, Robert, tú harás el interrogatorio de Kwok, y quedas promovido a Servicios Especiales hasta que yo te de de baja. Si refunfuñas una vez más, haré que te expulsen de la fuerza policial, te saquen de Hong Kong, te priven de tu pensión y... no necesito recordarte hasta dónde puede llegar la influencia de los Servicios Especiales de Inteligencia. Temo que no pudieras volver a trabajar jamás, a menos que te conviertas en un criminal... Y en ese caso, ¡qué Dios te proteja! ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Muy bien. Brian estará a tu disposición mañana a las seis de la mañana.

Armstrong se estremeció. ¡Qué increíble suerte que hayamos podido sorprenderlo! Si Spectables Wu no hubiera venido de Ning-tok... si la vieja *amah* no hubiera hablado con el licántropo... Si la fuga de capital del banco... ¡Santo Dios, cuánto "si"! En fin, así es como se atrapa a un pez, a un pez gordo. Suerte pura, maldita, sin

mezcla… en la mayoría de los casos. ¡Santo Dios! ¡Brian Kwok! ¡Pobre diablo!

Volvió a estremecerse.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó Malcolm Sun.

—Sí —Armstrong volvió a mirar al ruso—. ¿Dónde pusiste la película, el rollo de película?

El hombre lo miró desafiante y persistió en su respuesta.

—¡No entender!

Armstrong suspiró y comentó:

—Claro que entiendes… ¡y muy bien!

La gran camioneta negra llegó a través de la turba atónita y se detuvo. Más gente de Servicios Especiales salió de ella.

—Metanlo ahí y no lo suelten un instante —ordenó Armstrong a los que lo sujetaban.

La muchedumbre observaba, hacía comentarios y se burlaba, mientras los hombres de Armstrong llevaban en peso al espía, boca abajo y sujeto por las cuatro extremidades. Armstrong y Sun entraron a la camioneta detrás de él y cerraron la puerta.

—¡Vámonos! —ordenó Robert al conductor.

—Sí, señor.

Este arrancó, deslizándose entre la multitud, e incorporándose luego al tumultuoso tránsito de vehículos, rumbo a las oficinas centrales.

—Muy bien, Malcolm. Tú puedes empezar.

El agente chino sacó un cuchillo con filo de navaja de afeitar. El soviético palideció.

—¿Cómo se llama? —preguntó Armstrong, sentado en una banca puesta frente a él.

Malcolm Sun repitió la pregunta en ruso.

—D… Dimitri Metkin —balbució el hombre, sujeto aún por los cuatro agentes, e incapaz de mover un dedo del pie o de la mano—; marino de primera clase.

—Mentiroso —comentó Armstrong, sin darle importancia—. Procede, Malcolm.

Malcolm Sun le puso el cuchillo bajo el ojo izquierdo. El hombre por poco no se desmaya.

—Eso viene después, espía —amonestó Sun en ruso con una sonrisa que helaba la sangre.

Con gran pericia y con deliberada maldad, Sun hizo jirones a toda prisa el impermeable. Armstrong lo revisó con sumo cuidado, mientras Sun esgrimía el cuchillo con destreza para cortar el suéter y toda la demás ropa del soviético, hasta dejarlo desnudo. El arma no había cortado, ni siquiera hecho un rasguño en la piel del hombre.

Una búsqueda cuidadosa y reiterada no reveló nada. Tampoco había cosa alguna en los zapatos, ni en la suela de éstos.

—Si no se trata de un micropunto que se nos ha escapado hasta ahora, lo que buscamos debe estar dentro de él —sugirió Armstrong.

Sin esperar más, los hombres que sujetaban al ruso lo obligaron a empinarse. Sun sacó los guantes y el ungüento quirúrgicos y sondeó a profundidad. El hombre se retorcía y gemía. Lágrimas de dolor le brotaron a los ojos.

—*Dew neh loh moh* —exclamó Sun con alegría.

Sus dedos extrajeron un pequeño tubo envuelto en celofán.

—¡No lo suelten! —advirtió Armstrong con energía.

Cuando tuvo seguridad de que el hombre estaba bien sujeto, examinó el paquete cilíndrico. Dentro de él podía ver los círculos de borde doble de un rollo de película.

—Parece de una Minolta —comentó con naturalidad.

Con ayuda de pañuelos desechables, envolvió el paquete con todo cuidado y se sentó de nuevo frente al hombre:

—Señor Metkin, en virtud de la Ley de Secretos Oficiales está acusado de participar en un acto de espionaje contra el gobierno de Su Majestad y sus aliados. Cualquier cosa que usted diga se tomará en cuenta y podrá usarse como prueba en su contra. Ahora, señor —continuó con gentileza—, sepa que lo hemos atrapado. Nosotros somos Servicios de Inteligencia y no estamos sujetos a las leyes normales, como tampoco lo está su KGB. No queremos hacerle daño, pero podemos encerrarlo para siempre, si queremos, en aislamiento penal absoluto. Nos gustaría que colaborara un poco.

Simplemente que responda a unas cuantas preguntas. Si se niega, le arrancaremos las respuestas que necesitamos. Aquí usamos muchas de las técnicas de su KGB y a veces podemos hacerlo un poco mejor…

Pudo distinguir un relámpago de terror en el fondo de la mirada

del espía, pero algo le hacía pensar que aquel hombre iba a ser difícil de quebrantar.

—¿Cuál es su verdadero nombré? ¿Su nombre oficial en el KGB?

El hombre se quedó viéndolo.

—¿Cuál es su rango dentro del KGB?

El hombre seguía viéndolo.

Armstrong dejó escapar un suspiro y advirtió:

—Puedo permitir a mis amigos chinos que se den vuelo con usted, viejo camarada, si así lo prefiere.

La verdad es que le tienen muy mala voluntad. Sus ejércitos soviéticos devastaron toda la aldea de Malcolm Sun en Manchuria y acabaron con toda su familia. Lamento molestarlo, pero necesito su nombre oficial en el KGB y su cargo en el *Sovetsky Ivanov* además de su puesto oficial.

Otro silencio hostil.

Armstrong se encogió de hombros y autorizó: —Procede, Malcolm.

Sun estiró el brazo y arrancó del broche que la sostenía una barra metálica de horrible aspecto. Los cuatro hombres pusieron a Metkin boca abajo con aspereza, separándole las extremidades. Sun le insertó la aguda punta del instrumento. El hombre gritó:

—¡Espere… espere…! —siempre en un inglés gutural, siguió diciendo—. ¡Espere… soy Dimitri…! —otro alarido— Nicoli Leonov, mayor, comisario político…

—Basta, Malcolm —dijo Armstrong, sorprendido por la importancia de su prisionero.

—Pero, señor…

—¡Basta! —insistió con aspereza.

La actitud de Armstrong era definitivamente protectora, así como la de Sun era hostil, y con rabia volvió a poner la barra en su lugar.

—¡Levántenlo! —ordenó, sintiendo pena por aquel hombre, por la indignidad del procedimiento.

Pero nunca había oído decir que el truco dejara de revelar un nombre y una categoría auténticos, cuando se aplicaba sin tardanza. Era un truco, porque nunca hundían el instrumento de tortura demasiado, y el primer grito era siempre de pánico más que de dolor. A menos que el agente enemigo cediera en el acto, ellos

siempre se detenían y luego, en las oficinas generales, lo sometían a un interrogatorio debidamente vigilado. La tortura no era necesaria, pero algunos agentes, exagerando el celo, la aplicaban en contra de las órdenes recibidas. Esta es una profesión peligrosa —pensó, con actitud lúgubre—; los métodos del KGB son más ásperos, y los chinos tienen una perspectiva diferente ante la vida y la muerte, el vencedor y el vencido, el dolor y el placer… y el valor de un grito.

—No nos lo tome a mal, mayor Leonov —dijo Armstrong con amabilidad, una vez que los demás lo habían levantado y obligado a sentarse en la banca, sin dejar de sujetarlo con fuerza—. No queremos dañarlo, ni permitir que usted se haga daño.

Metkin lo escupió y empezó a lanzar maldiciones. Lágrimas de terror y furia y frustración le rodaban por las mejillas. Armstrong hizo una señal con la cabeza a Malcolm Sun. Este tomó el paño que llevaban preparado y lo sujetó con firmeza contra la nariz y la boca de Metkin.

El intenso y morboso olor dulzón del cloroformo llenó el ambiente sofocante. Metkin hizo esfuerzos inútiles por un momento y luego sucumbió. Armstrong le revisó los ojos y el pulso para cerciorarse de que no fingía inconsciencia.

—Pueden soltarlo —dijo a sus hombres—. Todos ustedes actuaron muy bien. Yo me encargaré de que una buena recomendación vaya a sus expedientes. Malcolm, habrá que tener mucho cuidado con él. Podría suicidarse.

—Sí.

Sun se sentó con los demás en la banca de la oscilante camioneta. Iba dando tumbos en medio del molesto tránsito de vehículos, con irritantes paradas y arranques imprevistos. Después de un rato, Sun dijo lo que todos estaban pensando hacía tiempo:

—Dimitri Metkin, conocido también como Nicoli Leonov, mayor, miembro del KGB, de la tripulación del *Ivanov* y su comisario político. ¿Qué anda haciendo un personaje tan importante en una tarea tan insignificante como ésta?

48
7:05 p.m.

Linc Bartlett escogió su corbata con todo esmero. Llevaba una camisa color azul pálido y un traje ligero color canela. La corbata era del color de éste, con una franja roja. Sobre la cajonera había una cerveza abierta. El exterior de la lata estaba cubierto de minúsculas gotas de vapor condensado por el frío del contenido. Todo el día había estado luchando en su interior, para decidir si debía llamar a Orlanda o no. Si debía decírselo a Casey u ocultárselo.

El día le había resultado magnífico. Primero el desayuno con Orlanda, luego la visita a Kai Tak para revisar su aeroplano y cerciorarse de que podía usarlo para el viaje a Formosa con Dunross. Comida con Casey y después toda la excitación del Mercado de Valores. Pasada ésta, él y Casey habían tomado el transbordador para Kowloon. Cubiertas de lona contra la tormenta, para proteger a los pasajeros de la lluvia, habían impedido contemplar el paisaje, creando una sensación de claustrofobia sobre el puente, y haciendo el recorrido desagradable. Pero él había disfrutado del viaje, gracias a la compañía de Casey. Sobre el claroscuro de Orlanda había podido apreciar mejor a su fiel socia.

—Tan está perdido, ¿no te parece, Linc?

—Yo diría que sí, con toda seguridad. Pero él es muy sagaz, la batalla no ha terminado aún. Este no fue más que el primer ataque.

—¿Cómo puede recuperarse? Sus acciones están a precio de ganga.

—Comparadas con la semana pasada, sí, sin duda, pero no sabemos cuál será la relación de sus utilidades. Este mercado es como un yoyo… tú misma lo dijiste… y por cierto, peligroso. Ian tenía razón en eso.

—Apuesto a que está enterado de los dos millones que facilitaste a Gornt.

—Tal vez. No se trata de algo que él mismo no hubiera hecho, si hubiese tenido la oportunidad. ¿Vas a esperar a Seymour y a

Charlie Forrester?

—Sí. El vuelo de Pan Am viene a tiempo y yo tengo ya preparada una limusina. Saldré sin tardanza, en cuanto regresemos. ¿Crees qué querrán cenar?

—No. Estarán hartos del viaje —esbozó una sonrisa—... Espero.

Tanto Seymour Steigler III, su abogado, como Charlie Forrester, el jefe de su división de espumas, eran muy inclinados a compromisos sociales. Linc había preguntado:

—¿A qué hora llega su avión?

—A las 4:50. Estaremos de regreso alrededor de las seis.

A las seis de la tarde habían tenido una reunión con Seymour Steigler. Forrester no se sentía bien y se había ido directamente a la cama.

Su abogado era un neoyorquino apuesto, de pelo entrecano ondulado y ojos oscuros con ojeras.

—Casey me ha puesto ya al corriente de los detalles, Linc —había dicho—. Parece que nuestra posición es magnífica.

Por un convenio previo, Bartlett y Casey habían planteado toda la situación a su abogado, omitiendo sólo el arreglo secreto con Dunross relativo a sus barcos.

—Hay un par de cláusulas que quiero incluir para protegernos, Linc —había dicho Steigler.

—De acuerdo, pero no quiero una nueva negociación. Quiero que quede concluido: el martes, tal cómo lo tenemos previsto.

—¿Qué me dices de Rothwell-Gornt? Será mejor que yo los sondee, ¿no crees? Podemos pasar por encima de Struan.

—No —había protestado Casey—. Deja en paz a Gornt y a Dunross, Seymour.

Tampoco habían dicho nada al abogado acerca del trato privado de Bartlett y Gornt.

—Hong Kong es más complicado de lo que pensábamos. Lo mejor es dejarlo como está, —había explicado Casey.

—Tiene razón —había confirmado Bartlett—. Deja a Gornt y a Dunross en mis manos y en las de Casey. Tú trata sólo con sus abogados.

—¿Cómo son?

—Ingleses. Gente meticulosa —había explicado Casey—. Conocí a John Dawson hoy a mediodía, es el socio principal del bufete.. Se

suponía que Dunross iba a asistir a la reunión, pero en vez de él vino Jacques deVille. Es uno de los directores de Struan, encargado de todos sus asuntos corporativos y de parte de los financieros. Jacques es muy capaz, pero Dunross gobierna todo y toma las últimas decisiones. El es el final de la línea.

—¿Qué les parecería si habláramos por teléfono con este... ehm... Dawson, ahora mismo? Yo podría encontrarme con él a la hora del desayuno, por ejemplo aquí mismo a las ocho.

Bartlett y Casey habían reído a gusto:

—¡Qué esperanzas, Seymour! —había comentado ella—. Tendría que ser un encuentro tranquilo a eso de las diez y una comida de dos horas. Comen y beben como si no hubiera un mañana, y todo es al estilo del 'viejo amigo'.

—Entonces, me reuniré con él después de la comida, cuando esté de muy buen humor. Tal vez podamos enseñarle uno o dos trucos —había sugerido Steigler; su mirada empezaba a endurecerse y apenas logró dominar un bostezo—. Es preciso que llame a Nueva York antes de acostarme. ¡A propósito, tengo todos los documentos para la fusión GXR y...

—Yo me encargo de ésos, Seymour, —había interrumpido Casey.

—Además, compré el paquete de 200,000 acciones de Rothwell-Gornt a 23.50... ¿Qué precio tienen en este momento?"

—Veintiuno...

—¡Santo Dios, Linc, estás perdiendo 300 de los grandes! —observó Casey preocupada—. ¿Por qué no vendemos y luego volvemos a comprar? Si nos conviene y cuando nos convenga...

—No. Vamos a conservar el paquete.

A Bartlett no le preocupaba la pérdida en las acciones Rothwell, porque él llevaba mucha ventaja en la operación artera de la venta al descubierto de Gornt.

—¿Por qué no descansas por hoy, Seymour? Si estás ya levantado mañana, podremos tomar el desayuno juntos, los tres... por ejemplo a las ocho. ¿Te parece?

—Buena idea. Casey, ¿tú me arreglas la entrevista con Dawson?

—Será lo primero. Querrán verte mañana por la mañana. El tai-pan... Ian Dunross les ha dicho que nuestro convenio tiene la máxima prioridad.

—Así debe ser —convino Steigler—. Nuestro pago inicial sacará

a Dunross de apuros.

—Si sobrevive —advirtió Casey.

—Hoy aquí, mañana en otra parte... ¡Disfrutémosla pues!

Era uno de los estribillos de Steigler y no dejaba de hacer eco en la cabeza de Bartlett. Hoy aquí, mañana en otra parte... Como el incendio de la noche anterior. Pudo haber sido fatal. Yo pude haberme deshecho la cabeza como se la rompió el pobre desgraciado de Pennyworth. Nunca se sabe cuándo va a llegarte el turno, un accidente, una bala o una acción de Dios. De fuera o de dentro. ¡Cómo mi padre! ¡Santo Dios! Robusto y sano. Casi no había conocido un día de enfermedad en su vida. Luego el doctor nos dice que tiene «la gran C», y en tres meses lo vemos agotado, maloliente y moribundo en medio de horribles dolores.

Bartlett sintió un sudor frío en la frente. Había sido una mala época, durante su divorcio, el entierro de su padre, su madre desolada y todas las cosas que se derrumbaban a su alrededor. Después, la conclusión del divorcio. El arreglo había sido malicioso, pero él se había ingeniado para conservar el control de las compañías y para liquidarla a ella sin necesidad de vender todo. El seguía pagando, a pesar de que ella había vuelto a casarse. Además tenía que desembolsar una cantidad cada vez mayor para los hijos, sin contar los arreglos futuros... cada céntimo resultaba doloroso, no por el dinero en sí, sino por lo injusto de la ley de California, el abogado que se llevaba una tercera parte de por vida.

Estafados por mi abogado y el de ella. Un día me vengaré de todos éstos —volvió a prometérselo Bartlett en actitud sombría—; me vengaré de ésos y de todos los demás malditos parásitos.

Hizo un esfuerzo y los dejó a un lado... por el resto del día.

Hoy aquí, mañana en otra parte... ¡Disfrutémoslo pues! —se repitió, mientras tomaba tragos de cerveza. Se hizo el nudo de la corbata y se miró en el espejo. Sin vanidad alguna. Le gustaba vivir consigo mismo. Había hecho las paces con su persona, sabiendo quién era y qué buscaba.

La guerra le había ayudado a lograrlo. Había sobrevivido al divorcio. La había sobrevivido a ella, a lo que había sabido de su vida, y había podido conformarse con los hechos... La única cosa decente de ese año había sido Casey.

Casey.

¿Qué pasará con Casey?

Nuestras reglas son bastante claras. Lo han sido siempre. Ella las estableció. Si yo tengo un encuentro amistoso con alguien, o es ella la que lo tiene, muy bien: tenemos amistades íntimas y no hay por qué hacerse preguntas ni recriminaciones.

Entonces, ¿por qué ahora me siento incómodo, por haber decidido ir a ver a Orlanda, sin decirlo a Casey?

Miró su reloj. Era casi hora de marcharse.

Se oyó un golpe indeciso en la puerta. Esta se abrió al instante y Nighttime Song le obsequió una alegre sonrisa.

La "seño" —anunció el anciano y se hizo a un lado.

Casey se acercaba por el pasillo, con un fajo de papeles y un cuaderno en la mano.

—¡Oh, hola, Casey! —saludó Bartlett—. Estaba a punto de llamarte por teléfono.

—Hola, Linc —replicó ella, y luego en cantonés, al pasar junto al anciano— *Doh jeh*.

Su andar rebosaba felicidad, al entrar en la suite.

—Traigo algo para ti, Linc.

Le entregó un montón de mensajes de telex y cartas y se acercó al bar para servirse un martini seco.

Llevaba pantalones caseros grises ajustados y zapatos sin tacón del mismo tono, y una blusa gris de seda, de cuello abierto. Tenía la cabellera sujeta por detrás, y un lápiz insertado en ella era su único adorno. Esa noche tenía puestos las gafas, en lugar de sus lentes de contacto acostumbrados.

—El primer par de documentos tratan del convenio de fusión con GXR. Está todo firmado, sellado y entregado. Tomamos posesión el 2 de septiembre. Está confirmada una asamblea de la junta directiva, a las 3 de la tarde en Los Ángeles... Eso nos da tiempo de sobra para regresar. He pedí...

—¿Bajo la cama amo? —interrumpió Nighttime Song, desde la puerta, dándose importancia.

Bartlett iba a decir "no", pero Casey había empezado ya a sacudir la cabeza y a decir en tono amable en cantonés, pronunciando bien las palabras, con mucho cuidado:

—*Um ho; Cha z'er doh jeh* No, gracias. Por favor más tarde.

Nighttime Song la contempló atónito:

—*¿Qué cosa?*

Casey repitió la frase. El viejo gruñó, molesto porque Vello Púbico Dorado tenía la mala educación de dirigirse a él en su propio idioma.

—Bajo la cama, ¿sí? Ahora, ¿sí? —preguntó, en mal inglés.

Casey repitió su frase en cantonés, sin provocar ninguna reacción. Volvió a empezar, pero se detuvo y al fin, hastiada, dijo en inglés:

—¡Oh, no se preocupe! Ahora no. Puede hacerlo después. Nighttime Song mostró un rostro alegre, estaba satisfecho de haberla puesto en ridículo.

—Sí, "seño" —y cerró la puerta, dándole un golpe suficientemente fuerte para hacer notar lo que intentaba.

—¡Jumento! —musitó Casey—. Tuvo que entenderme. Sé que lo dije bien, Linc. ¿Porqué se empeñan en no entender? Hice la prueba con mi camarera y lo único que supo decir fue *¿qué?*, lo mismo que éste —rió a pesar suyo, mientras imitaba el mal inglés gutural—. *¿Qué dice, eh?*.

Bartlett rió también.

—Lo que pasa es que son muy tercos. Pero... ¿dónde aprendiste chino?

—Es cantones. Conseguí un maestro. Encontramos una hora libre esta mañana... Pensé que al menos debería saber decir hola y buenos días, la cuenta por favor... en fin, frases ordinarias. ¡Malhaya la jerga ésta! Es muy complicada. Con todos sus tonos: en cantonés hay siete... son siete maneras de decir la misma palabra. Pides la cuenta y dices *mai dan*, pero si lo pronuncias un poco mal, estás diciendo huevos fritos, que se dice *mai dan*, también. El mesero te traerá los huevos, sólo para confundirte —tomó un trago de su martini y le añadió una aceituna más—. Esto me estaba haciendo falta. ¿Quieres otra cerveza?

Bartlett sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Con esta me basta.

Había leído ya todos los mensajes de telex.

Casey se sentó sobre el sofá y abrió su libreta.

—Llamó la secretaria de Vincenzo Banastasio y me pidió que confirmara su suite para el sábado y...

—No sabía que tuviera que venir a Hong Kong... ¿tú sí? -

—Creo recordar haberlo oído decir algo acerca de venir a Asia, la última vez que lo vi. . . en la pista, el mes pasado . . . en Del Mar... cuando John Chen estuvo allá. A propósito, fue terrible lo de John Chen, ¿no te parece?

—Espero que atrapen a esos licántropos. ¡Cerdos inmundos! Asesinarlo y luego ponerle ese cartel encima. . .

—Mandé una nota de pésame de nuestra parte a su padre y a la esposa de éste, a Dianne... ¿Recuerdas que la vimos en casa de Ian y en Aberdeen? ¡Santo Dios! Parece que de eso hace un millón de años...

—Sí —Bartlett frunció el ceño—. Pero no puedo recordar que Vincenzo haya dicho eso. ¿Va a hospedarse aquí?

—No. Quiere estar al lado dé Hong Kong. Confirmé su reserva por teléfono en el Hilton. Mañana iré personalmente. Llega por JAL, en el vuelo de la mañana, de Tokio —Casey lo miró por encima de las gafas—. ¿Quieres que incluya en nuestro programa una reunión con él?

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—El fin de semana. Unos días. Tú sabes lo indeterminado que es. ¿Cómo te vendría el sábado, después de las carreras? Estaremos del lado de Hong Kong y es una caminata fácil desde Happy Valley, si no podemos conseguir un vehículo.

Bartlett quiso decir el domingo, pero luego recordó el viaje a Formosa para ese día.

—Está bien. El sábado, después de las carreras —luego observó el gesto de la chica—. ¿Qué pasa?

—Estoy preguntándome en qué andará Banastasio.

—Cuando compró el 4 por ciento de nuestras acciones de Par-Con —contestó—, hicimos la operación a través de Seymour, la SEC y otros más, y todos quedaron convencidos de que su dinero era limpio.

Nunca ha sido arrestado ni acusado, a pesar de que circulan muchos rumores. A nosotros nunca nos ha causado molestia alguna, jamás falta a una asamblea, nunca se presenta a las reuniones de accionistas, siempre me envía a su procurador, y nos apoyó con dinero cuando lo necesitábamos —la miró con seriedad—. Entonces, ¿qué nos importa?

—Nada, nada, Linc. Tú conoces mi modo de pensar con relación

a él. Convengo en que no podemos quitarle nuestras acciones. Las compró libremente, según la ley y con la debida información. No cabe duda que necesitábamos con desesperación su dinero, y que lo utilizamos muy bien —se acomodó los lentes y tomó nota— Concertaré la reunión y seré cortés como siempre. Otro asunto: nuestra cuenta de negocios en el Banco Victoria está ya funcionando. Deposité 25,000 y aquí está nuestra libreta de cheques. Hemos establecido un fondo circulante y el First Central está ya listo para transferir los primeros 7 millones a la cuenta en el momento en que se lo pidamos. Allí tienes un telex de confirmación. Abrí también una cuenta personal de cheques a tu nombre en el mismo banco. Aquí tienes tu libreta de cheques con otros 25 grandes… 20 en una obligación del gobierno, de circulación cotidiana —sonrió con malicia—. Eso debe ser suficiente para comprarte un par de escudillas de chop suey y una buena pieza de jade… ¡Aunque he oído decir que es difícil distinguir las auténticas de las falsas!

—No en el jade —Bartlett quería ver su reloj, pero sé abstuvo, y tomó otro sorbo de cerveza—. ¿Algún otro asunto?

—Lo siguiente es que Clive Bersky llamó para pedir un favor.

—¿Le dijiste que lo arrojara por el tubo de escape?

Casey rió de buena gana. Clive Bersky era jefe ejecutivo de su sucursal del First Central en Nueva York. Era muy meticuloso, pedante, y solía volver loco a Bartlett con su necesidad de documentación impecable.

—Dice que si nuestro convenio con Struan se confirma, le hagamos el favor de poner nuestros fondos a través del —consultó su libreta—… The Royal Belgium and Far East Bank, de aquí.

—¿Por qué con ellos?

—No lo sé. Estoy pidiendo informes al respecto. Tenemos una invitación a tomar unas copas con el ejecutivo local a las ocho. El

First Central acaba de comprar su banco… tiene sucursales aquí, en Singapur, en Tokio.

—Trátalo tú con él, Casey.

—Sí, por supuesto. Puedo beber y hacer tratos. ¿Quieres qué cenemos después? Podríamos bajar al Escoffier o subir a los Siete Dragones, o tal vez caminar por Nathan Road, en busca de algún show chino. Algún lugar cercano, porque el meteorólogo asegura

que se espera más lluvia.

—Gracias, pero esta noche no. Voy al lado de Hong Kong.

—¿Oh...? —Casey se controló—. Muy bien. ¿A qué horas quieres salir?

—Es ya hora de irme, pero no hay prisa.

Bartlett pudo ver la sonrisa espontánea en el rostro de Casey, cuando ésta bajó la vista para repasar sus notas, pero estaba seguro de que se había dado cuenta de lo que él se proponía y eso lo hizo sentirse furioso. Sin embargo, conservó la ecuanimidad.

—¿Qué otra cosa tienes?

—Nada que no pueda esperar —replicó con la misma voz amable—. Tengo una entrevista temprano con el capitán Jannelli, acerca de tu viaje a Taipei... La oficina de Armstrong mandó la documentación por la que levanta temporalmente la detención del aeroplano. Lo único que tienes que hacer es firmar un papel en el que te comprometas a volver a Hong Kong. Yo escribí el martes. ¿Está bien?

—Sí, claro. El martes es el día D.

Se puso de pie y dijo:

—Es todo por esta noche, Linc. Yo hablaré con el banquero y me encargaré del resto de estos asuntos.

Apuró su martini y fue a dejar la copa encima del mostrador de espejos del bar. Lo miró y observó:

—¡Oye, Linc, esa corbata! La azul te quedaría mejor... Te veré a la hora del desayuno.

Se despidió de él con el beso a distancia de costumbre y cerró la puerta con la consabida frase:

—¡Qué tengas sueños placenteros, Linc!

—¿Por qué demonios estoy tan furioso? —se dijo en voz alta—. Casey no ha hecho nada indebido.

¡Maldita sea! —sin darse cuenta, había aplastado la lata de cerveza—. ¡Maldita sea! ¿Ahora qué hago? ¿Olvido este incidente y voy o qué... ?

Casey iba por el corredor, rumbo a su habitación, hirviendo en rabia. ¡Apuesto mi vida a que va a salir con esa maldita ramera! ¡Debí haberla ahogado cuando tuve la oportunidad!

Luego vio que Nighttime Song había abierto la puerta para que entrara y la detenía con una sonrisa que ella interpretó como burla.

—¡Ytútambiénpuedesmetértelopordondenotedaelaire! —le gritó furiosa, antes de tener tiempo de reaccionar.

Luego cerró la puerta de golpe y arrojó los papeles y la libreta sobre la cama y sintió ganas de llorar.

—¡No vas a llorar! —se dijo imperiosa, con lágrimas en las palabras—. ¡Ningún maldito hombre va a humillarte! ¡Por ningún concepto! ¡De ninguna manera!

Se contempló los dedos de las manos que le temblaban de rabia y exclamó:

—¡Oh, mierda a todos los hombres!

49
7:40 p.m.

—Perdone, Excelencia, lo llaman por teléfono.

—Gracias, John —Sir Geoffrey Allison se dirigió a Dunross y a los demás y dijo—. ¿Me disculpan un momento, caballeros?

Estaban en la casa de gobierno, la residencia oficial del gobernador, en la zona Central. Las puertas estilo francés abiertas al fresco del anochecer. La brisa que soplaba era agradable, olía a limpio. Los árboles y arbustos dejaban caer a gotas la lluvia atrapada en su follaje. El gobernador atravesó la concurrida antesala donde se servían los cócteles y bocadillos que precedían a la cena. Estaba muy satisfecho con la forma en que la velada iba desenvolviéndose hasta ese momento. Todos parecían estar a gusto. Había bromas y conversación interesante, algo de risa y ninguna fricción entre los tai-pans de Hong Kong y los miembros del Parlamento.

A petición de Sir Geoffrey, Dunross había hecho un esfuerzo supremo para suavizar a Grey y a Broadhurst, y hasta el carácter del primero parecía haberse ablandado.

El ayudante cerró la puerta del estudio, dejando al gobernador solo con su llamada telefónica. Ese salón era agradable, decorado en color verde oscuro, el papel tapiz de las paredes era azul aterciopelado y el piso estaba cubierto con finas alfombras persas, recuerdo de sus dos años de estancia en la embajada de Teherán. Completaban la decoración algunas piezas de cristal muy queridas para él, unos objetos de plata y armarios que formaban marco a finas piezas de porcelana china.

—Hola...

—Me apena molestarlo, señor —se introdujo Crosse.

—¡Oh, hola Roger! —el gobernador sintió una opresión en el pecho—. No es molestia, dime ...

—Tengo dos datos de bastante importancia, señor. No sé si pueda pasar a verlo...

Sir Geoffrey miró de reojo el reloj de porcelana sobre la repisa

de la chimenea y explicó:

—Van a servir la cena dentro de quince minutos, Roger. ¿Dónde estás ahora?

—A escasos tres minutos de distancia de usted, señor. No retrasaré su convite. Pero si lo prefiere, podría pasar después.

—Ven ahora mismo. Me caerán bien algunas buenas noticias. Con todo este asunto del banco y el Mercado de Valores... Entra por la puerta del jardín si prefieres. John te saldrá al encuentro.

—Gracias, señor.

Era costumbre que el jefe de Servicios Especiales de Inteligencia tuviera una llave de la reja de hierro del jardín, que estaba incrustada entre altos muros de piedra.

Tres minutos después, ni más ni menos, Crosse atravesaba la terraza a paso ligero. El piso estaba muy mojado. Se secó los pies con todo cuidado, antes de cruzar el umbral.

—Hemos atrapado a un pez bastante gordo, señor, un agente enemigo al que sorprendimos con las manos en la masa —dijo en voz baja—. Es un mayor del KGB, viene del *Ivanov* y es el comisario político del barco. Lo capturamos en pleno acto de espionaje, coludido con un norteamericano, experto en computación, procedente del portaviones nuclear.

La cara del gobernador enrojeció.

—¡Ese maldito *Ivanov*! ¡Dios santo, Roger! ¿Es un mayor? ¿Tienes idea de la tormenta diplomática y política que esto va a desencadenar entre la URSS, Estados Unidos y Londres?

—Sí, señor. Por eso pensé que era mejor consultárselo en el acto.

—¿Qué diantres andaba haciendo ese hombre?

Crosse le dio las líneas generales del hecho y terminó explicando:

—Los dos están ahora bajo sedantes y a buen recaudo.

—¿Qué había en la película?

—Está en blanco, señor, se ve borrosa. Lo que...

—¿Qué?

—Sí. Por supuesto, ambos negaron que se tratara de espionaje. El marino negó haber dejado nada.

Negó todo absolutamente. Afirmó que los dos mil dólares norteamericanos que le encontramos encima los había ganado jugando al póquer. Es pueril mentir una vez que se les captura. Es

pueril dificultar las cosas. Siempre acabamos conociendo la verdad. Temo que no hayamos podido encontrar la verdadera película o que sea una transferencia de micropunto. Hemos buscado y rebuscado en toda la ropa de ambos y di orden de que se les administrara luego un fuerte vomitivo y que se hicieran análisis coprológicos. El mayor… el agente del KGB evacuó el verdadero negativo de la película hace una hora —Crosse presentó un sobre de papel manila —. Son impresiones de 20x 25 cm, una por una.

El gobernador no abrió el sobre.

—¿De qué son? En términos generales…

—Un conjunto de ellas muestra parte del manual de sistema de guía de radar del portaviones —Crosse vaciló—… La otra serie es una fotocopia de la declaración completa del arsenal, el parque, los misiles y los proyectiles nucleares del portaviones: cantidades, especie, número y el lugar donde se guardan en el barco.

—¡Dios omnipotente! ¿Incluidos los proyectiles nucleares? No, por favor no contestes esa pregunta.

—Sir Geoffrey contempló a Crosse, y después de breve pausa dijo—. Bueno, Roger, fue maravilloso que la información no cayera en manos enemigas. Mereces una felicitación. Nuestros amigos norteamericanos se sentirán también muy aliviados y te deberán muchos favores considerables. ¡Santo Dios! En manos expertas, esos conocimientos pondrían de manifiesto toda la capacidad bélica del navío.

—Sí, señor —Crosse esbozó una sonrisa.

Sir Geoffrey estudió a su interlocutor.

—Pero, ¿qué hacemos con este mayor tuyo?

—Yo lo enviaría a Londres con una escolta especial, en avión de la RAF sin dilación. Creo que deben examinarlo allá, a pesar de que nosotros aquí estamos mejor preparados con más práctica, y somos más eficientes. Mi preocupación es que sus superiores se enterarán sin duda, dentro de una hora, más o menos, y podrían tratar de rescatarlo o de inutilizarlo. Podrían incluso valerse de una presión diplomática excesiva para obligarnos a entregarlo al *Ivanov*. Además, cuando la República Popular China y los nacionalistas sepan que hemos capturado a semejante oficial, es fácil que quieran apoderarse ellos de él.

—¿Qué me dices del marino norteamericano?

—Podría ser buena medida política entregarlo luego a la CIA, con el negativo de la película y éstas… que son las únicas impresiones que se han hecho. Las hice y revelé yo mismo, por evidentes razones de seguridad. Sospecho que Rosemont sea la persona más indicada.

—¡Ah, sí! Rosemont… Aquí está ahora.

—Sí, señor.

La mirada de Sir Geoffrey se hizo dura. —¿Tienes copia de todas mis listas de invitados, Roger?

—No, señor. Hace media hora llamé al consulado para averiguar dónde estaba. Ellos me lo dijeron.

Sir Geoffrey volvió a fijar en él su mirada incisiva, enmarcada en sus pobladas cejas. No le dio crédito. Con toda seguridad el jefe de Servicios Especiales de Inteligencia sabía a quién invitaba el gobernador y cuándo. No tiene remedio —pensó indignado—. Es su oficio. Y puedo apostar una guinea de oro contra una dona, a que éstas no son las únicas copias que hizo, pues sabe que nuestro Almirantazgo se deleitará viéndolas, y es su deber proporcionárselas.

—¿Podría tener esto algo que ver con el asunto de AMG?

—No. Ninguna relación en absoluto —contestó Crosse, y el gobernador creyó oír una instantánea vacilación en el tono de su voz—. No creo que tenga nada que ver lo uno con lo otro.

Sir Geoffrey se levantó del sillón de alto respaldo y dio unos cuantos pasos. Su mente trataba de discernir todas las posibilidades. Roger tiene razón. La inteligencia china de ambos lados de la cortina de bambú tendrá que enterarse pronto, puesto que todos nuestros policías de raza china tienen simpatizantes comunistas o nacionalistas. Por eso es mucho mejor que el espía esté fuera del alcance.

Así nadie tendrá tentación de actuar… ¡Al menos no lo hará aquí!

—Creo que debo conversar con el ministro en el acto.

—Tal vez en las actuales circunstancias, señor, usted podría informar al ministro lo que yo había hecho con el mayor… enviarlo a Londres bien escolta…

—¿Ha salido ya?

—No, señor, pero entra en mis atribuciones el tomar

providencias para hacerlo… si usted está de acuerdo.

Con un gesto pensativo, Sir Geoffrey volvió a ver el reloj. Al fin dijo, con una leve sonrisa.

—Muy bien. Es hora de la comida en Londres. Yo informaré al ministro dentro de una hora, más o menos. ¿Es tiempo suficiente?

—¡Oh, sí! Gracias señor. Todo está preparado.

—Así lo supuse.

—Respiraré con mucha mayor libertad cuando el amigo éste vaya camino a la Patria, señor. Gracias.

—Bueno… ¿y el marino?

—Tal vez usted podría pedir al ministro que apruebe el que lo entreguemos a Rosemont, señor.

Había una docena de preguntas que Sir Geoffrey habría querido hacer, pero se abstuvo de todas. Su larga experiencia le enseñaba que no era un buen embustero, así que, cuanto menos supiera, tanto mejor.

—Muy bien. Ahora… ¿cuál es la segunda noticia que querías comunicarme? Esperó que sea mejor que ésta.

—Hemos capturado al espía, señor.

—¡Ah! Magnífico. ¡Excelente! Muy bien. ¿Quién es?

—El superintendente mayor Kwok.

—¡Imposible!

Crosse logró contener en su interior la alegría que experimentaba.

—Estoy de acuerdo con usted, señor. Sin embargo, el superintendente Kwok es un infiltrado comunista, espía de la República Popular China.

Luego Crosse le narró la forma en que había caído la máscara de Kwok, y añadió:

—Sugiero que al superintendente Armstrong se le premie… lo mismo que a Spectacles Wu. Voy a incorporarlo a los Servicios Especiales, señor.

Sir Geoffrey se asomaba a la ventana, atónito.

—¡Inaudito! ¡El joven Brian! ¿Por qué? Habría sido comisario asistente en un año o dos… ¿Estás seguro de qué no hay un error?

—No, señor. Como he dicho, la prueba es irrefutable. Por supuesto, no conocemos el cómo o el porqué, pero lo sabremos pronto.

Sir Geoffrey oyó el tono final y vio aquella delgada y dura expresión y los ojos fríos de Crosse, y tuvo pena por Brian Kwok, a quien había querido durante muchos años.

—Manténme al corriente de lo relacionado con él. Tal vez podamos descubrir qué es lo que hace que un hombre como ése haga semejante cosa. ¡Santo Dios! Un chico tan simpático y un jugador de cricket de primera... Sí, tenme enterado.

—Con toda seguridad, señor —Crosse se levantó—. Es interesante. Nunca pude entender por qué siempre se mostraba tan antinorteamericano... era su único defecto. Ahora resulta evidente. Debí haberlo notado. Lo siento, señor, y lamento haber interrumpido su velada.

—Tú serás recompensado, Roger... Si al agente soviético se le manda a Londres, ¿deberíamos mandar también a Brian Kwok? ¿Valdrían las mismas razones en su caso?

—No señor, no lo creo. Aquí podemos tratar su asunto con mucha mayor rapidez y con mejores resultados. Nosotros somos los que necesitamos conocer lo que él sabe... Londres no entendería.

Kwok es una amenaza para Hong Kong, no para Gran Bretaña. Es una persona valiosa para la República Popular China... el otro es un soviético. No hay paralelo entre ellos.

Sir Geoffrey suspiró con tristeza, reconociendo que Crosse tenía razón.

—Convengo en eso. Este ha sido un día verdaderamente terrible, Roger. Primero las fugas del banco, luego el Mercado de Valores... Anoche las muertes... ¡Pobre Sir Charles Pennyworth y pobre de la esposa de Toxe... Esta mañana, los derrumbes de Aberdeen, con sus muertos... La Casa Noble está tambaleándose... Parece que este frente tormentoso está convirtiéndose en un tifón devastador que probablemente estropeará los planes para las carreras del sábado... Y ahora tus noticias: un marino norteamericano traiciona a su país y a su barco, ¡y se deshonra por la mezquina suma de dos mil dólares!
Crosse volvió a sonreír con su gesto enigmático:

—Tal vez dos mil dólares no eran mezquinos para él, señor. Vivimos una época terrible —estuvo a punto de decir Sir Geoffrey, pero sabía que no era la época. Era sólo el hecho de que los hombres son hombres, de que la ambición, el orgullo, la lujuria, la avaricia, los celos, la glotonería, la ira y un afán mayor de poder o

de dinero gobiernan a la gente y la gobernarán siempre… Al menos a la mayoría.

—Gracias por venir, Roger. Repito, mereces nuestras felicitaciones. Se lo haré saber al ministro.

Buenas noches.

Vio salir a Crosse. Caminaba erguido, confiado… y mortal. Cuando la reja de hierro del alto muro se cerró, gracias a la solicitud de su ayudante, Sir Geoffrey Allison dejó que la verdadera pregunta tácita saliera de nuevo a la superficie:

—*¿Quién es el infiltrado en mi policía?*

El documento de AMG era bastante explícito. El traidor es alguien valioso para los soviéticos, no para la República Popular China. Brian Kwok cayó por casualidad. ¿Por qué Roger no señaló lo que es evidente?

Sir Geoffrey se estremeció. Si Brian podía ser un infiltrado, cualquier otro podría serlo. Cualquiera.

50
8:17 p.m.

Casi antes que él retirara el dedo del timbre de la puerta, ésta se abrió de par en par.

—¡Oh, Linc! —exclamó Orlanda, con aspecto nervioso, dando rienda suelta a su alegría—. ¡Ya me había hecho el ánimo de renunciar a ti! ¡Pasa, por favor!

—Lamento llegar tarde —se disculpó Bartlett, desconcertado por la belleza y el carácter tan acogedor de la chica—. ¡El tránsito es una maraña imposible, los transbordadores llenos de gente, y yo sin poder tomar un teléfono!

—Estás aquí, de suerte que no llegas tarde, en lo absoluto. Yo sólo temía que... —titubeó y luego añadió de prisa—. Temía que no volvieras esta noche y eso sí me habría hecho pedazos. Ahí lo tienes, ya lo dije. Estoy indefensa. Pero soy tan feliz de verte, que no me importa.

Se irguió sobre la punta de los pies y lo besó. Fue un beso rápido y feliz. Luego lo tomó del brazo y cerró la puerta del apartamento.

Su perfume era delicado, apenas perceptible, pero él lo sintió como una presencia física. Tenía puesto un vestido que la cubría hasta la rodilla, de gasa blanca, que suspiraba a medida que ella se movía. Se cerraba a la altura de las muñecas y del cuello. Mostraba, pero sin dejar ver en realidad, su piel dorada.

—Soy tan feliz de que estés aquí —volvió a decir; luego le recogió el paraguas y lo colocó en el perchero.

—Yo también —hizo eco él.

El cuarto era más bonito de noche, sobre todo iluminado por la luz de las velas, y con las altas puertas de vidrio de la terraza abiertas al aire fresco de la noche. A ese nivel, se encontraban apenas debajo del manto de nubes y podían ver la ciudad que se extendía hasta el mar, bajando por la ladera de la montaña, alegrada por luces que cintilaban humedeciéndose de cuando en cuando, cuando flecos de nubes bajas flotaban sobre ellas. El nivel del mar se hallaba poco más de doscientos metros abajo de ellos.

Kowloon contaba con una iluminación tenue. Pálida era también la luz de la bahía, pero Bartlett sabía que los barcos estaban allí y podía ver el enorme portaviones junto al muelle, con un gran puente en ángulo bañado de luz, lo mismo que los aviones de propulsión, de nariz puntiaguda. Su puente, color gris batalla, se elevaba en dirección al firmamento...

Las barras y las estrellas ondeaban mojadas y lánguidas.

—¡Oye! —dijo apoyándose en la barandilla del balcón—. ¡Qué gran noche, Orlanda!

—¡Oh, sí! Es una gran noche. Ven a sentarte.

—Prefiero contemplar el panorama, si no hay inconveniente.

—Claro que no. Lo que tú quieras hacer está bien. Lo que tú desees. Ese traje te queda muy bien, Linc, y me encanta tu corbata.

Su voz seguía rebosando felicidad. Quería alabarlo, a pesar de que no pensaba que la corbata fuera muy de acuerdo con el resto del atuendo. ¡Qué importa! —pensó—. Simplemente no tiene la conciencia de los colores de que goza Quillan y necesita ayuda. Yo haré lo que Quillan me enseñó: no criticar, sino ir a comprarle una que a mí me guste y regalársela. Si le gusta, qué maravilla. Si no, no hay por qué preocuparse, qué importa, él es quien la lleva puesta. Azul, azul es lo que va de acuerdo con sus ojos y con esa camisa.

—Te vistes muy bien —acabó diciéndole.

—Gracias. Tú también.

Estaba recordando lo que Casey había dicho de su corbata y lo furioso que se había sentido con ella mientras atravesaba la bahía en el transbordador, durante todo el tiempo que esperaba un taxi y luego, con el episodio de la vieja que le había dado un pisotón para arrebatarle el vehículo y a la que él había empujado hacia un lado, devolviéndole las maldiciones.

Al fin, en aquellos momentos, su temperatura había descendido, la furia menguaba. Fue el placer de Orlanda al verme lo que lo logró —se dijo—. Hace varios años que Casey no se engalana como árbol de Navidad ni me dice una palabra cuando yo ... ¡al diablo con todo eso! Esta noche no voy a preocuparme por Casey.

—¡El panorama es fantástico y tú estás tan bella como un cromo!

Orlanda rió de buena gana.

—Tú también y... *¡oh, tu bebida!* ¡Perdón...! —se dio vuelta a

toda prisa y corrió a la cocina. La falda volaba en pos de ella—. No se por qué —comentó—, pero tú me haces sentirme una colegiala.

En un momento estaba de vuelta. En la bandeja había un recipiente de barro con paté y rebanadas de pan recién tostado... y una botella de cerveza helada.

—Espero que esté bien.

Era Anweiser.

—¿Cómo supiste mi marca predilecta?

—Tú me la dijiste esta mañana, ¿no recuerdas? —su cálida actitud acogedora se desbordó de nuevo, ante la satisfacción de él —. También me dijiste que no te gustaba tomarla en vaso, sino directamente de la botella.

El la tomó y sonrió a la chica.

—¿Va a salir todo eso en el artículo?

—No. He decidido no escribir acerca de ti.

El pudo ver su repentina seriedad, y le preguntó:

—¿Por qué?

Orlanda estaba sirviéndose un vaso de vino blanco.

—Llegué a la conclusión de que nunca podría hacerte justicia en un simple artículo. Por eso decidí no escribirlo. Además, no creo que te agradara tener eso colgándote encima —se llevó la mano al corazón y dijo en tono solemne—. Prometo y espero antes morir, que no habrá artículo. Todo será privado. No habrá artículo. No hay periodismo, lo juro por la Virgen —y lo decía con toda intención.

—¡Oye, oye! No hay necesidad de ponerse dramática.

Ella estaba recargada en la barandilla, de espaldas a la calle. Era una altura de 24 metros hasta el piso en concreto. Bartlett pudo ver la sinceridad dibujada en su rostro y le creyó sin reservas. Se sentía aliviado. El artículo había sido el único fallo, el único aspecto peligroso para él... Eso y el hecho de ser ella periodista. Se le' acercó y le dio un beso ligero ... deliberadamente ligero, diciendo:

—Sellado con un beso. Gracias.

—Sí.

Se quedaron contemplando aquella vista un momento.

—¿Habrá cesado ya la lluvia por esta vez?

—Espero que no, Linc. Necesitamos una buena serie de tormentas para que se llenen los depósitos.

Mantenerse limpio es tan difícil, y todavía no tenemos agua más

que un día de cada cuatro —sonrió traviesa, como lo haría un niño y añadió—. Anoche, durante el torrente, me desnudé y me bañé aquí.

Fue fantástico. La lluvia tenía fuerza incluso para lavarme el cabello.

La idea de Orlanda desnuda, en ese mismo lugar, en la noche, lo impresionó.

—Será mejor que tengas cuidado —le dijo—. La barandilla no es tan alta. No me gustaría que resbalaras.

—Es extraño —rectificó ella—. El mar me hace morir de miedo; en cambio las alturas no me inquietan en absoluto. No cabe duda de que tú me salvaste la vida.

—¡Vamos, hombre! Te habrías salvado también sin mí.

—Tal vez, pero tú salvaste mi honor. Sin ti en ese momento, me habría cubierto de ignominia. Así, pues, gracias por mi honor.

—Y eso aquí es más importante que la vida, ¿verdad?

—A veces sí. Sí lo es. ¿Por qué lo dices?

—Sólo porque estaba pensando en Dunross y en Quillan Gornt. Esos dos están haciéndose pedazos uno a otro, y sobre todo por dignidad.

—Sí. Tienes razón, claro que sí —reflexionó—. Ambos son hombres de mucha calidad en un sentido... y ambos son demonios en otro.

—¿Qué quieres decir?

—Los dos son despiadados, los dos son muy fuertes, muy duros, firmes y muy avezados a la vida —mientras hablaba, tomó una rebanada de pan tostado, la untó de paté y se la ofreció—. Los chinos tienen un refrán: *"Chati ts'ao, chu ken"* cuando quites la maleza, cerciórate de arrancar las raíces. Las raíces de esos dos se hunden a gran profundidad en Asia... son muy profundas, demasiado profundas.

Sería difícil librarse de ellas —tomó un sorbo de vino y sonrió apenas—. Y es probable que no fuera buena idea, sobre todo para Hong Kong. ¿Más paté?

—Sí, por favor. Está buenísimo. ¿Lo hiciste tú?

—Sí, es una vieja receta inglesa.

—¿Por qué no sería bueno para Hong Kong?

—¡Oh...! Tal vez porque se hacen contrapeso mutuamente. Si

uno destruye al otro… no quiero decir simplemente Quillan o Dunross, me refiero a los conglomerados de negocios en sí, a las compañías o *hongs*, a Struan y a Rothwell-Gornt… Si uno se come al otro, quizá el que sobreviviera sería demasiado fuerte, no podría tener competencia. Entonces, el tai-pan tal vez se volvería demasiado ambicioso, tal vez decidiría echar por la borda a Hong Kong —sonrió indecisa—. Perdóname… Estoy hablando demasiado. No es más que una idea. ¿Otra cerveza?

—Sí, claro, dentro de un momento, gracias… Esa idea tuya es interesante…

Bartlett se quedó pensativo. Sí, es interesante, y es una idea que no se me había ocurrido a mí… ni a Casey. ¿Serán esos dos necesarios el uno para el otro?

Y Casey y yo… ¿seremos necesarios también mutuamente?

Vio que ella lo observaba y le devolvió la sonrisa.

—Orlanda, no es un secreto que yo estoy pensando en hacer trato con uno de los dos. Si estuvieras en mi lugar, ¿con quién te irías?

—Con ninguno de los dos —contestó sin vacilación y rió de buen grado.

—¿Por qué?

—Tú no eres británico. No eres de los «chicos viejos», no eres miembro de ninguno de los clubs por herencia, y por mucho que pueda ser tu dinero y tu poderío aquí, es la red de los «chicos viejos» la que al final decide lo que debe hacerse.

Tomó la botella vacía de vino, se levantó y fue en busca de otra.

—Entonces, ¿tú no crees qué yo tenga muchas perspectivas aquí?

—¡Oh, no! ¡No quise decir eso, Linc! Tú me preguntaste por Struan o Rothwell-Gornt, hablabas de hacer negocio con uno *de ellos*. Si lo haces, ellos serán los ganadores a fin de cuentas.

—¿Llega a tanto su sagacidad?

—No. Pero son asiáticos. Son de aquí. El proverbio aquí reza así: *"T'ien hsia wu ya i pan hei"* Todos los cuervos bajo el cielo son negros. Eso quiere decir que todos los tai-pans son iguales y que todos ellos se unen para destruir al advenedizo.

—Entonces, ¿ni Ian, ni Quillan serían realmente socios?

Orlanda titubeó.

—Creo que estoy saliéndome de mi campo, Linc. No entiendo de asuntos de negocios. Sencillamente te digo que nunca he sabido de un norteamericano que haya venido aquí y haya hecho algo grande.

—¿Qué me dices de Biltzmann, de Superfoods y su operación para apoderarse de Almacenes Generales de Hong Kong?

—Biltzmann es un juego. Todo el mundo lo detesta y espera que se vaya de bruces, incluso Pug... Pugmire. Quillan está seguro de que va a caer. No. Ni siquiera Cooper y Tillman lograron triunfar.

Eran mercaderes yankees de la primera época, Linc, mercaderes de opio... Incluso estaban bajo la protección de Dirk Struan. Eran además sus parientes, al menos los Struan y los Cooper. Hag Struan casó a su hija mayor Emma con el viejo Jeff Cooper. El Viejo Nariz de Gancho lo apodaban cuando había llegado a la decadencia senil, y se cuenta que el matrimonio fue un pago por haber ayudado a la bruja a destruir a Tyler Brock. ¿Has oído hablar de ellos, Linc? ¿De los Brock, de Sir Morgan y su padre Tyler, y de la Bruja Hag?

—Peter Marlowe nos relató algunas de las historias.

—Si quieres conocer al verdadero Hong Kong, tienes que hablar con la tía Ojos Brillantes, que es Sarah Chen, la tía soltera de Phillip Chen. Es un gran personaje, Linc, y penetrante como una aguja.

Ella dice que tiene ochenta y ocho años. Yo creo que es mayor. Su padre fue Sir Gordon Chen, hijo ilegítimo de Dirk Struan y de su amante Kai-Sung; la madre de Sarah Chen fue la famosa belleza Karen Yuan.

—¿Quién es ella?

—Karen Yuan fue nieta de Robb Struan. Robb era medio hermano de Dirk y tuvo una amante llamada Yau Ming Soo. Gon ella engendró una hija que se llamó Isobel. Isobel casó con John Yuan, hijo ilegítimo de Jeff Cooper. John Yuan se convirtió en pirata célebre, contrabandista de opio; Isobel murió habiéndose hecho famosa como gran jugadora de azar, que perdió dos fortunas enteras de su marido, jugando mah-jong. Fue pues Karen la hija de Isobel y John Yuan, la que contrajo matrimonio con Sir Gordon Chen... En realidad fue su segunda esposa, algo más parecido a una concubina, no obstante haberse celebrado un matrimonio perfectamente legal. Aquí, todavía hoy, si eres chino, puedes tener tantas esposas como quieras, de acuerdo con la ley.

—¡Eso resulta conveniente!

—¡Para un hombre! —objetó Orlanda, sonriendo—. Así pues, esta pequeña rama de los Yuan son descendientes de Cooper: los T'Chung y los Chen vienen de Dirk Struan; los Sung, los Tup y los Tong descienden de Aristóteles Quance, el pintor... Aquí en Hong Kong, es costumbre que los hijos lleven el nombre de su madre, que suele ser una chica insignificante a la que sus padres vendieron a la almohada.

—¿Sus padres?

—Casi siempre —contestó con naturalidad—. *"Tung fien yu ming"* escucha al cielo y sigue el hado.

Sobre todo cuando estás muriendo de hambre —se encogió de hombros y aclaró—. No hay vergüenza en eso, Linc, no hay pérdida de dignidad... En Asia no.

—¿Por qué sabes tú tanto de los Struan y los Cooper y de las amantes y todo lo demás?

—Este es un lugar pequeño. Nos encantan los secretos, pero no hay secretos verdaderos en Hong Kong. Los de dentro (los que en realidad son gente de aquí) saben casi todo lo relacionado con los demás. Como té he dicho, aquí nuestras raíces son muy hondas. Y no olvides que los Chen, los Yuan y los Süng son euroasiáticos. Ya te he explicado que los euroasiáticos se casan con euroasiáticas, así que tenemos motivo para saber de dónde venimos. Nuestra raza no es deseable para los británicos ni para los chinos, ni como esposas ni como maridos, sólo como concubinas o como amantes —tomó un trago de vino; Bartlett estaba fascinado con la delicadeza de sus movimientos, con su gracia—. Las familias chinas acostumbran tener escrita su genealogía en el libro de la aldea, es el único vestigio legal con el que cuentan. Eso les da continuidad. Nunca han tenido certificados de nacimiento —le sonrió, levantando la cara—. Ahora, volviendo a tu pregunta, tanto Ian Dunross como Quillan Gornt le darían la bienvenida a tu dinero y a tu penetración en el mercado norteamericano. Con cualquiera de las dos sacarás utilidades de aquí... Con tal que te contentes con ser un socio silencioso.

Pensativo, Bartlett hizo que sus ojos se perdieran en la lejanía.

Ella esperó con paciencia, dejándolo entregado a sus reflexiones y quedándose inmóvil. Estoy muy contenta de que Quillan haya sido tan buen maestro y un hombre tan sagaz—pensó—. Y... i oh,

tan prudente! Una vez más, tenía razón.

Esa mañana lo había llamado, sumida en llanto, a su teléfono privado, para contarle todo lo que había sucedido con Linc. Luego había exclamado:

—¡Oh, Quillan! ¡Temo haber arruinado todo!

—¿Qué dijiste tú y qué dijo él?

Ella había repetido el diálogo con toda precisión y él la había tranquilizado:

—Creo que no tienes por qué preocuparte, Orlanda. Volverá. Si no esta noche, mañana.

—¡Oh! ¿Estás seguro? —había insistido ella, muy agradecida.

—Sí. Ahora enjuagate esas lágrimas y escúchame...

Entonces le había dicho lo que debía hacer y cómo debía vestirse, y le había insistido en que sobre todo se comportara como mujer.

Y, qué feliz soy de ser mujer —pensó—, recordando con tristeza aquellos días en que habían sido felices juntos, ella y Quillan. Tenía entonces diecinueve años, había sido ya su amante durante dos años y no sentía timidez ni temor, ni de la almohada, ni de él, ni de sí misma. Recordaba cuántas veces habían salido a pasear en su yate, a medianoche, ellos dos solos, y cómo le daba él lecciones valiosas:

—Eres una mujer, y *yan* de Hong Kong. Si quieres tener una vida buena y cosas bonitas, ser apreciada y amada y tener con quién acostarte y estar segura en este mundo, sé mujer.

—¿Cómo, mi amor?

—Piensa sólo en mi satisfacción y placer. Dame pasión cuando la necesite, serenidad cuando me haga falta, intimidad cuando la reclame y felicidad y discreción en todo momento. Cocina como una experta, aprende a conocer el buen vino, sé siempre discreta, siempre protege mi dignidad y nunca refunfuñes.

—Pero, Quillan, tú planteas una relación muy unilateral...

—Sí. Lo es. Claro que lo es. En cambio, yo hago mi parte con idéntica pasión. Pero eso es lo que yo quiero de ti. Nada menos. Tú querías ser mi amante. Yo te presenté la situación con toda claridad antes de empezar y tú estuviste de acuerdo.

—Sí. Sé que lo hice. Me encanta ser tu amante, pero... pero a veces me preocupa el futuro.

—¡Ah, corazón mío! No tienes que preocuparte por eso. Sabes

que nuestras reglas quedaron establecidas de antemano. Año tras año renovaremos nuestro convenio, con tal que tú lo desees, hasta que tengas veinticuatro. Entonces, si decides dejarme, te daré el apartamento, dinero suficiente para cubrir necesidades razonables y una dote generosa para tener un marido conveniente. Hemos quedado de acuerdo y tus padres lo han aprobado...

Sí. Lo habían hecho. Orlanda recordaba cómo habían aprobado su padre y su madre aquella relación, con entusiasmo. Se la habían insinuado incluso, a su regreso de Estados Unidos, una vez terminados sus estudios, al decirle que Quillan había preguntado si podía hacerle esa proposición. Su padre y su madre le habían dicho que estaba enamorado de ella.

—Es un hombre bueno —había asegurado su padre—, y ha prometido proveer a todas tus necesidades, si tú aceptas. Está en tu mano, Orlanda. Por lo que a nosotros toca, te lo recomendamos.

—Pero, padre, apenas cumpliré dieciocho años el mes que entra, y además, yo quiero volver a Estados Unidos a vivir. Estoy segura de que puedo obtener una tarjeta verde para quedarme allá.

—Sí, puedes, hija —le había dicho su madre—. Pero serás pobre. Nosotros no podemos darte nada para ayudarte. ¿Qué clase de trabajo conseguirías? ¿Quién te mantendría? En esta forma, podrías volver a casa en poco tiempo con ingresos seguros, con propiedades que te servirían de apoyo aquí, en Hong Kong.

—Pero... él es viejo... es...

—Un hombre no envejece como una mujer —le habían dicho los dos al unísono—. Es fuerte, es respetado, y ha sido bueno con nosotros durante años. Ha prometido protegerte, y el arreglo financiero es generoso, por mucho que sea el tiempo que pases con él.

—Pero no lo amo...

—¡Estás diciendo necedades en ocho direcciones! Sin la protección de los labios, se enfrían los dientes —había sentenciado su madre, ya enojada—. Esta oportunidad que se te ofrece es como la cabellera del fénix y el corazón del dragón. ¿Qué tienes que hacer en cambio? Sólo ser mujer y honrar y obedecer a un hombre bueno durante unos años (es un trato que se renovará cada año). Y aun después, no habrá límite de tiempo, si tú lo deseas y eres fiel y sagaz. ¿Quién lo sabe? Su mujer es una inválida, está acabándose.

Si tú lo complaces lo suficiente, ¿por qué no habría de pensar en casarse contigo?"

—¿Casarse con una euroasiática? ¿Quillan Gornt? —ella había soltado una carcajada.

—¿Por qué no? Tú eres no sólo euroasiática, sino portuguesa. El tiene ya hijos e hijas británicos, ¿no? Los tiempos están cambiando, aun aquí, en Hong Kong. Si haces las cosas lo mejor que puedas, ¿quién lo sabe? Dale un hijo, en un año o dos, con su permiso y... ¿quién sabe? Los dioses son los dioses y si quieren pueden lanzar un relámpago en cielo sereno. ¡No seas tonta! ¿Amor? ¿Qué significa para ti esa palabra?

Orlanda Ramos tenía los ojos fijos en la ciudad, sin verla en realidad. Qué tonta e ingenua fui entonces —pensó—. Ingenua y muy tonta. Pero ahora entiendo mejor las cosas. Quillan me lo enseñó muy bien.

Levantó la mirada para ver a Linc Bartlett. Fue sólo un movimiento de los ojos. No quería perturbarlo.

Sí. Estoy muy bien adiestrada —se dijo—. Estoy adiestrada para ser la mejor esposa que cualquier hombre podría tener, que Bartlett tendría jamás. Ningún error esta vez. ¡Oh no! ¡Ningún error!

Quillan me servirá de guía. El me ayudará a quitar a Casey de en medio. Seré la señora Linc Bartlett.

Que todos los dioses y todos los demonios me sean testigos. ¡Eso es lo que tiene que suceder!

El no tardó en apartar los ojos de la ciudad, después de haber pensado mucho en lo que Orlanda había dicho. Ella lo observaba, esbozando una débil sonrisa que él no sabía interpretar.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando qué afortunada soy al haberte conocido.

—¿Acostumbras decir cumplidos a los hombres?

—No. Sólo a los que me agradan... Y son tan raros como la cabellera del fénix o el corazón de un dragón. ¿Más paté?

—Gracias —lo aceptó—. ¿Tú no comes nada?

—Espero a la cena. Tengo que vigilar mi dieta. Yo no soy como tú.

—Yo hago ejercicio todos los días. Juego a tenis cuando puedo y también a golf. ¿Y tú?

—Juego un poco a tenis. Soy buena para caminar, y todavía

estoy tomando lecciones de golf.

Sí —pensó—. Haré el máximo esfuerzo por ser la mejor en todo lo que haga, y soy la mejor para ti, Linc Bartlett, en toda la redondez de la Tierra. Su juego de tenis era en realidad excelente, y su golf bastante bueno, porque Quillan había insistido en que se aficionara a los dos... porque él los disfrutaba mucho.

—¿Tienes hambre? —preguntó Orlanda.

—Estoy que desfallezco.

—Dijiste comida china. ¿Es eso lo qué realmente quieres? El se encogió de hombros.

—No tiene importancia para mí. Lo que tú quieras.

—¿Estás seguro?

—No me cabe la menor duda. ¿Por qué? ¿Qué quieres tú?

—Ven adentro un segundo.

El la siguió. Orlanda abrió la puerta del comedor. La mesa estaba puesta para dos personas, con gusto exquisito. Había flores y una botella de Verdicchio en un recipiente con hielo.

—Linc, hace tanto tiempo que no cocinaba para nadie... —dijo con aquel hablar apresurado que a él le agradaba mucho— que quise hacerlo hoy para ti. Si te place, tengo una cena italiana lista para servirse. Pasta fresca *aglio e olio* (al ajo y al aceite), ternera *piccata*, ensalada verde, *zabaglione,* express y brandy. ¿Cómo te suena eso? No necesito más de veinte minutos. Tú puedes leer el periódico mientras esperas. Luego podemos dejar todo en manos de la *amah* cuando vuelva, y salir a bailar o a pasear en auto. ¿Qué opinas?

—¡La comida italiana es mi predilecta, Orlanda! —contestó con entusiasmo.

En ese momento un recuerdo fugaz apareció en su memoria, y se preguntó a quién había dicho que la comida italiana era su favorita. ¿Había sido a Casey... o a la misma Orlanda, esa mañana?

51
8:32 p.m.

Brian Kwok se sacudió. Estaba volviendo en sí del profundo sopor. En determinado momento se encontraba en medio de una pesadilla. Acto continuo se vio despierto, pero de alguna manera aún en el pozo profundo y oscuro del sueño. El corazón le palpitaba con fuerza, la mente se agitaba con desorden. No parecía haber diferencia entre el estado de sueño y el de vigilia. Una sensación de pánico lo invadió. Luego se dio cuenta de que estaba desnudo y todavía dentro de la misma oscuridad cálida de una celda, y recordó quién era y dónde se hallaba.

Deben de haberme dado una droga —pensó—. Tenía la boca reseca, le dolía la cabeza, y se encontraba recostado sobre un colchón que se sentía viscoso al tacto. Hizo un esfuerzo por concentrarse. Recordaba en forma vaga haber estado en la oficina de Armstrong, y antes de eso en la de Crosse, discutiendo con él los detalles del 16/2. Pero después de aquellos hechos no recordaba mayor cosa, excepto el haber despertado en aquella oscuridad y haber andado a tientas, palpando las paredes, tratando de orientarse acercándosele y dominando el terror de saber que lo habían traicionado y que estaba indefenso en las entrañas de las oficinas centrales de la policía, dentro de un cajón oscuro sin ventanas y con una puerta en algún lado. Después, con una intensa sensación de agotamiento, el sueño, el despertar, voces iracundas... ¿O estaría soñándolo...? Y luego más sueño... No, primero comida... ¿No comí antes...? Sí. Una mezcla de desperdicios que éstos llaman cena y té helado... ¡A ver... piensa, hombre! Es, importante pensar y recordar... Sí. Recuerdo. Era un guisado inmundo y té frío— Luego, más tarde, desayuno. Huevos. ¿Fueron primero los huevos o primero el guisado y...? Sí. Se encendieron las luces por un momento, cada vez que yo comía algo. Apenas lo suficiente para comer... No. Las luces se apagaban y cada vez terminaba de comer en medio de las tinieblas. Recuerdo que acababa de comer en la oscuridad, que lo aborrecía, y luego tenía que orinar en el bacín a

oscuras, volver al colchón y acostarme de nuevo.

¿Cuánto tiempo he estado aquí? Deben ser días.

En un gesto cansado dejó caer las piernas fuera del colchón y tropezó con una pared. El dolor de los miembros era comparable al de la cabeza. Tengo que hacer ejercicio —pensó—, tengo que ayudar a que mi organismo elimine las drogas, se me despeje la cabeza y esté listo para el interrogatorio. Debo tener la mente muy alerta para el momento en que se dejen venir sobre mí, cuando realmente empiecen… cuando crean que estoy ablandándome… Entonces me mantendrán despierto hasta que me quebranten. No. No me quebrantarán. Soy fuerte, estoy preparado y conozco algunas de las trampas. ¿Quién me traicionó?

El esfuerzo para resolver esa duda era demasiado en ese momento, así que prefirió hacer acopio de energías y practicar un poco la flexión de las rodillas. Luego oyó pasos suaves que se acercaban. A toda prisa se acercó a tientas al colchón y volvió a acostarse, pretendiendo estar dormido. El corazón le dolía por el esfuerzo de dominar el terror.

Las pisadas se detuvieron. Se oyó el golpe repentino de un cerrojo y luego se abrió una puertecilla. Un rayo de luz entró a la celda y una mano, visible a medias, depositó un plato y una taza de metal.

—Tome su desayuno y dese prisa —le dijo una voz en cantonés —. Es casi hora de otro interrogatorio.

—Escuche, quiero… —empezó a decir Brian Kwok, pero la portezuela se había cerrado, dejándolo con el eco de sus propias palabras.

Conserva la calma —se dijo en tono imperioso—. Ten calma y piensa.

De pronto la luz inundó la celda. Le hería los ojos. Una vez que se hubo acostumbrado a ella, vio que procedía de bombillas pegadas al techo y recordó haberlas visto antes. Las paredes eran oscuras, casi negras y parecían oprimirlo. No te preocupes por ellas —pensó—. Has visto celdas oscuras en tu vida y, aunque nunca has participado en un interrogatorio de profundidad, conoces los principios y algunos de los trucos.

Un impulso de náusea lo invadió al pensar en la ordalía que lo aguardaba.

La puerta era casi invisible y la portezuela estaba también muy escondida. Podía sentir ojos que lo observaban, aunque no distinguía agujeros para espiar. En el plato había dos huevos fritos y una gruesa porción de pan áspero. Estaba un poco tostado. Los huevos estaban fríos, grasientos y nada apetitosos. En la taza no había más que té frío. No. había cubiertos para comer.

Bebió el té con avidez, tratando de hacer que durara, pero había apurado ya la última gota cuando se dio cuenta de que aquella pequeña cantidad no le calmaba la sed. *Dew neh loh moh*, qué no daría yo por un cepillo de dientes, una botella de cerveza y...

Las luces se apagaron en la misma forma repentina en que se habían encendido. Necesitó mucho tiempo para volver a acostumbrarse a la oscuridad. Tranquilízate. No es más que tinieblas y luz, luz y tinieblas. Es para confundir y desorientar. Cálmate. Toma cada día como se presente, y cada interrogatorio como venga.

El terror volvió a invadirlo. Sabía que en realidad no estaba preparado, que no tenía suficiente experiencia, a pesar de haber tenido cierto adiestramiento para supervivencia contra captura, para saber qué hacer si el enemigo lo atrapaba, el enemigo comunista de la República Popular China. Pero la República Popular China no es el enemigo. El auténtico enemigo son los británicos y los canadienses que han pretendido ser amigos y maestros... ¡Esos son el verdadero enemigo!

No pienses en eso. No trates de convencerte a ti mismo. Trata de convencerlos a ellos.

Debo mantenerme firme. Tengo que pretender que es un error hasta que sea posible y luego... luego narrar la historia que he entretejido durante años y confundirlos. Ese es mi deber.

La sed lo agobiaba. Y el hambre también.

Brian Kwok quería arrojar la taza vacía y el plato contra la pared y gritar y pedir ayuda, pero eso habría sido un error. Sabía que necesitaba tener mucho dominio y conservar hasta el último ápice de las fuerzas que pudiera acumular, para el combate.

Usa la cabeza. Usa tus conocimientos. Pon en práctica la teoría. Piensa en el curso de supervivencia del año pasado en Inglaterra. ¿Qué hago ahora?

Recordó que una parte de la teoría de supervivencia era comer,

beber y dormir siempre que se pudiera, porque nunca sé sabía cuándo le quitarían cualquiera de las tres cosas o todas juntas. Luego, usar los ojos, la nariz, el tacto y la inteligencia para conservar en medio de la oscuridad la noción del tiempo y recordar que el enemigo siempre comete un error en algún momento, y si uno puede darse cuenta de él, puede relacionarlo con el tiempo, y si puede hacer esto último, está en condiciones de mantener el equilibrio, de confundirlos y de no divulgar lo que no debe divulgarse… nombres exactos y contactos reales. Aguzar la mente contra ellos era la regla. Mantenerse activo. Obligarse a observar.

¿Han cometido algún error? ¿Ha tenido algún desliz este bárbaro demonio británico? ¡Sólo una vez! —pensó con excitación. ¡Los huevos! ¡El imbécil inglés y sus huevos para el desayuno!

Se sintió mejor y completamente despierto. Se levantó con facilidad del camastro y a tientas encontró el camino hasta el plato de metal. Puso la taza con cuidado junto a él. Los huevos estaban fríos y grasientos, pero los masticó, comió el pan y se sintió un poco mejor, gracias al alimento. Comer con los dedos en la oscuridad era extraño e incómodo, sobre todo por no tener en qué limpiarse los dedos, excepto su propia desnudez.

Se estremeció. Se sentía abandonado y sucio. La vejiga le molestaba. A tientas encontró el camino hacia el bacín que estaba pegado a la pared. Apestaba.

Con el índice, midió con destreza el nivel de orina. Estaba parcialmente lleno. Orinó y midió el nuevo nivel. Calculó mentalmente la diferencia. Si no han añadido líquido para confundirme, debo haber vaciado la vejiga unas tres o cuatro veces. ¿Dos diarias… o cuatro veces al día?

Se frotó el dedo sucio en el pecho y eso lo hizo sentirse todavía más sucio. Pero era importante utilizar cualquier cosa que pudiera para mantener la sensación de equilibrio y su relación con el tiempo. Volvió a acostarse. La falta de contacto con la luz o la oscuridad, con el día o con la noche, era algo nauseabundo. Del estómago le subió una ola de mareo, pero la dominó y se esforzó por recordar al Brian Kwok que ellos, los enemigos, pensaban que era Brian Kar-shun Kwok, y no al otro hombre, a aquel casi olvidado, cuyos progenitores eran Wu, el nombre de su generación Pah, y su apelativo adulto Chu-toy..

Recordó a su padre, a su madre y el día en que lo enviaron a la escuela en Hong Kong, cuando cumplía seis años. Quería aprender, quería crecer y convertirse en un patriota como sus padres y aquel tío que había visto flagelar hasta morir, en la plaza de la aldea, por haber sido un patriota. De sus relaciones en Hong Kong había aprendido que patriota y comunista eran la misma cosa, no enemigos del Estado. Que los señores feudales del Kuomintang eran tan perversos como los demonios extranjeros que habían impuesto por la fuerza tratados inicuos a China. También había aprendido que el único verdadero patriota era el, que seguía las enseñanzas de Mao Tse-Tung. Había prestado juramento como miembro de la primera Hermandad secreta, entre las muchas que existían, y se esforzaba por ser lo mejor para la causa de China (y de Mao que era la causa de China) y por aprender de sus maestros secretos, sabedor de que era parte de la nueva gran ola de revolución que recuperaría el control de China arrebatándolo a los demonios enemigos y a sus lacayos, para arrojarlos al mar de una vez por todas.

¡Luego había obtenido aquella beca escolar! ¡A los doce años!

¡Qué orgullosos habían estado sus maestros secretos! Luego había ido a tierras bárbaras, para perfeccionarse en su lengua y estar a salvo de sus ideas y sistemas perversos. Iba a Londres, la capital del imperio más grande que el mundo haya conocido. El sabía que sería humillado y derribado algún día, pero a esa sazón; en 1937, se hallaba todavía en su última etapa de florecimiento.

Dos años allí. Odiando la escuela inglesa y los muchachos ingleses... El chiriki chinki chinito, sentado en su colita... Pero Brian ocultaba sus sentimientos y sus lágrimas. Los nuevos maestros de su hermandad lo ayudaban, lo guiaban, poniendo las preguntas y respuestas en la perspectiva correcta, y mostrándole la maravilla de la dialéctica, del ser parte de la auténtica e indiscutible revolución. Nunca poniendo las cosas en tela de juicio. Nunca teniendo necesidad de hacer preguntas.

Luego la guerra con Alemania. El había sido enviado con todos los demás jóvenes de ambos sexos a un lugar seguro, en Canadá. ¡Ah! Esa época maravillosa en Vancouver, en la Columbia Británica, sobre la costa del Pacífico... ¡Toda aquella inmensidad!, montañas y mar y un próspero barrio chino con buena cocina Ning-tok... Una nueva rama de la Hermandad mundial y más maestros: siempre

algún sabio con el que podía hablar, siempre alguna persona preparada para explicar y aconsejar... A Brian no querían reconocerlo sus condiscípulos, pero era capaz de derrotarlos en el terreno académico, en el gimnasio con los guantes, en sus deportes... Era un campeón: jugaba bien al cricket y el tenis... era parte de su adiestramiento.

—Esfuérzate en sobresalir, Chu-toy, hijo mío, destaca y sé paciente, por la gloria del Partido, por la gloria de Mao Tse-Tung, que es China".

Esas habían sido las últimas palabras que había oído de su padre, palabras secretas que se le habían grabado desde que tenía seis años... y que el anciano había repetido en su lecho de muerte.

Ingresar a la Real Policía Montada del Canadá había sido parte del plan. Era fácil sobresalir en ese cuerpo, al ser nombrado para el barrio chino, los muelles y los caminos apartados, puesto qué hablaba inglés, mandarín y cantonés (su dialecto Ning-tok había quedado sepultado en las profundidades). Era fácil convertirse en un magnífico policía en aquella hermosa ciudad portuaria en pleno desarrollo.

Pronto había llegado a ser único, un experto chino en Vancouver, digno de confianza, excelente e implacable contra los crímenes que los facinerosos de las triadas del barrio chino fomentaban: comercio de opio, morfina, heroína, prostitución y los siempre proscritos juegos de azar.

Su labor había sido ensalzada por sus superiores, no menos que por los dirigentes de su Hermandad: unos y otros eran enemigos del poderío de las pandillas, del tráfico de drogas y del crimen, y le ayudaban a descubrir y a arrestar. Su único interés secreto era conocer los procedimientos internos de la Real Policía Montada del Canadá, su modo de contratar y despedir, de promover, relacionar, investigar y observar, de saber quién controla qué cosa, dónde y cómo. De Vancouver había sido enviado seis meses a Ottawa, como préstamo de un agradecido jefe de la policía, para que ayudara en la investigación secreta de una camarilla china de drogas de esa ciudad. Había establecido contactos nuevos e importantes entre los canadienses y entre otros miembros de la Hermandad, aprendido cada día más y desbaratando la camarilla criminal. Eso le había merecido una promoción. Era fácil controlar el crimen y ser

promovido cuando se trabajaba con empeño y se tenían amigos secretos por centenares, con ojos ocultos por todas partes.

Luego la guerra había terminado y él había solicitado su traslado a la Policía de Hong Kong… esa era la parte final del plan.

Pero al mismo tiempo no quería marcharse, no quería irse porque amaba al Canadá y la amaba a ella, a Jeannette, Jeannette deBois. Era una chica franco-canadiense de Montreal, tenía diecinueve años, hablaba francés e inglés. Sus padres eran canadienses franceses de muchas generaciones, querían a Brian y no se oponían a la relación, no estaban en contra de él por el *Chinois*, como le decían afectuosamente. El a la sazón tenía veintiún años, era ya conocido como futuro comandante y tenía por delante una gran carrera, matrimonio… todo era cuestión de un año más…

Brian Kwok se dio vuelta sobre el colchón sintiéndose miserable. Sentía la piel pegajosa y la oscuridad le resultaba oprimente. Cerró los párpados, que sentía pesados y dejó que la mente volara hasta ella y hasta aquella época, esa mala época de su vida. Recordaba cómo había discutido con la Hermandad, con el jefe mismo, explicándole que podía prestar mejores servicios en Canadá que en Hong Kong, donde no sería más que uno de tantos. Allí, en Canadá, él era único. En unos cuantos años sería miembro de la jerarquía policial de Vancouver.

Pero todos sus argumentos habían fracasado. El reconocía con tristeza que tenían razón. Sabía que si se hubiera quedado, habría terminado por pasar al otro lado y por romper con el Partido. Tenía entonces demasiadas preguntas que exigían respuesta, gracias a su lectura de los informes de la Real Policía Montada sobre los soviéticos, el KGB, los *gulags*. Además, tenía ya demasiados amigos canadienses y nacionalistas. Hong Kong y China eran ya remotas. Eran su pasado remoto. Jeannette deBois también estaba ahí. Se trataba de amarla a ella y hacer su vida juntos, de disfrutar su auto de motor potente, el prestigio entre sus colegas a quienes veía como iguales, no ya como bárbaros.

El jefe le había recordado su pasado, le había hecho ver que los bárbaros no son más que bárbaros, que a él se le necesitaba en Hong Kong, -donde la batalla estaba apenas empezando, donde Mao no era aún el Jefe Mao, el victorioso, sino que seguía luchando contra Chiang Kai-Shek.

Había obedecido con el ánimo amargado. Detestaba que lo obligaran a hacer las cosas y sabía que estaba en sus manos y que obedecía por el poder que tenían sobre él. Pero luego habían venido los vertiginosos cuatro años, hasta 1949, y la victoria pasmosa, increíble y total de Mao. Después, otra vez la clandestinidad, usar sus brillantes talentos para luchar contra el crimen que para él era una maldición, para Hong Kong un oprobio y para el rostro de China una mancha ignominioso.

Luego la vida había vuelto a ser magnífica para él. Había sido elegido para un gran ascenso. Los ingleses estaban bien relacionados con él, lo respetaban porque provenía de una magnífica escuela pública inglesa, hablaba su idioma con un impecable acento de la clase superior británica y era un deportista inglés como la crema del Imperio, que tenía delante.

Estamos ya en 1963. Tengo treinta y nueve años y mañana… No, no mañana, el domingo, sí, el domingo es el ascenso a la colina, y el sábado son las carreras, y Noble Star… ¿Será Noble Star, o el Pilot Fish de Gorat, o Butterscotch Lass de Richard Kowk, ¡no! Richard Kowk, o Golden Lady, del representante de John Chen? Creo que yo pondría mi dinero por Golden Lady… Hasta el último céntimo que tengo. Sí. Todos los ahorros de mi vida, y voy a apostar también el Porsche, aunque es una necedad, pero tengo que hacerlo, Tengo que hacerlo porque así lo dijo Crosse y Robert está de acuerdo y ambos dijeron que yo tengo que apostar también mi vida… Pero. ¡Santo Dios! Golden Lady anda cojeando en la dehesa… ¡Y la apuesta está ya hecha… ahora salen, van corriendo … vamos, Golden Lady, vamos, por amor a Mao! ¡No hagas caso de las nubes de tormenta ni de los relámpagos, vamos … todos mis ahorros y mi vida van cabalgando sobre tu indecente, asqueroso, maldito…! ¡Oh Jesucristo, Jefe Mao… no me fallen…!

En ese momento estaba ya sumido en profundo sueño, en malos sueños, sueños de droga, y Happy Valley era el Valle de la Muerte. Sus ojos no sintieron la luz que se encendió con suavidad, ni la puerta que se abría.

Era hora de volver a empezar.

Armstrong miró a su amigo con compasión. Las luces se habían amortiguado con toda precisión. Al lado de Robert iba el agente especial Malcolm Sun, un guardia de Servicios Especiales y el

doctor del departamento. El doctor Dorn era un especialista de baja estatura, muy pulcro, ligeramente Calvo, de uña vivacidad brillante, como de ave inquieta. Tomó el pulso a Btfatt Kwok, le midió la presión arterial y le escuchó el corazón.

—El cliente está en magníficas condiciones, superintendente... físicas, por supuesto —añadió con una leve sonrisa—. Su presión arterial y las palpitaciones del Corazón han subido, como era de esperarse.

El médico anotó sus datos en el expediente y lo entregó a Armstrong. Este miró su reloj, escribió la hora y firmó el documento.

—Proceda—dijo al médico.

Este llenó la jeringa con cuidado y con la máxima precaución le puso la inyección a Brian Kwok, con una aguja nueva. El piquete casi no dejó huella en el músculo glúteo, sólo una gota insignificante de sangre que el doctor limpió con algodón.

—Hora de cenar, cuando usted quiera —dijo sonriente.

Armstrong se limitó a asentir con la cabeza. El guardia de Servicios Especiales había añadido una medida de Orina al bacín y eso también se anotó en el expediente.

—Fue una idea inteligente de parte de él la de medir el nivel. No creía que lo hiciera —comentó Malcolm Sun.

Los rayos infrarrojos facilitaban la tarea de vigilar él movimiento más insignificante de un preso, desde los agujeros hechos en las luces del techo.

—*Dew neh loh moh*, ¿quién hubiera imaginado que él era el espía? Sagaz, ¡siempre fue tan endiabladamente sagaz!

—Esperemos que el pobre insecto no sea tan endiabladamente sagaz —rectificó Armstrong con amargura—. Cuanto más pronto hable, tanto mejor. El viejo no se dará por vencido con él.

Los demás lo miraron. El joven guardia de Servicios Especiales se estremeció.

El doctor Dorn rompió aquel molesto silencio.

—¿Debemos mantener todavía el ciclo dé dos horas, señor?

Armstrong miró de reojo a su amigo. La primera droga de la cerveza había sido administrada a eso de la 1:30 esa misma tardé. Desde entonces, Brian Kwok había estado bajo la Clasificación 2: un horario químico alterno de sueño-vigilia, sueño-vigilia. Cada dos

horas. Las inyecciones para despertar se le habían dado inmediatamente antes de las 4:30, de las 6:30 y de las 8: 30 y seguirían administrándosele así hasta las 6:30 de la mañana siguiente, cuando empezara el primer interrogatorio serio. Diez minutos después de cada inyección, se despertaba artificialmente al paciente y se le fomentaba la sed y el hambre por medio de drogas. El alimento lo devoraría y el té frío lo bebería con ansia, y las drogas puestas en ellos producirían luego su efecto propio. Sueño profundo, muy profundo, muy rápido, ayudado por otra inyección. Se alternaban las tinieblas con la luz brillante, las voces metálicas con el silencio. Luego, despertar.

Desayuno. Dos horas después, comida. Y dos horas después, desayuno. Para una mente en estado de creciente desorientación, doce horas resultarían como seis días... Más todavía: si la persona podía tolerar el tratamiento, serían doce días, cada sesenta minutos, a la hora en punto. No había necesidad de tortura física, sólo oscuridad y desorientación, suficientes para descubrir lo que se quisiera saber del enemigo, o para hacer que firmara lo que uno quisiera que suscribiera, y hacerlo creer pronto que la verdad de uno era su propia verdad. Cualquiera.

Cualquier persona, después de una semana de sueño-vigilia-sueño, seguida de dos o tres días sin dormir.

Cualquiera.

¡Dios misericordioso! —pensó Armstrong—. Pobre: de ti, miserable desgraciado. Vas a tratar de resistir y no te servirá de nada. ¡De nada!

Luego, la mayor parte de la mente del policía le replicaba: ¡no es tu amigo, sino un agente enemigo!

No es más que un "cliente", un enemigo que te ha traicionado a ti, todas tus cosas y a todas las personas durante años. Es probable que haya sido él quien entregó a Fong-fong y a sus muchachos, que ahora estarán en una celda inmunda y apestosa, sometidos al mismo tratamiento, pero sin médicos, sin vigilancia ni atención. Sin embargo, ¿es posible sentirse orgulloso de esta clase de sistema? ¿Hay persona civilizada que pueda sentir orgullo de esto?

No. ¿Es necesario envenenar con inmundos compuestos químicos un pobre cuerpo indefenso?

No... Sí. Sí lo es... A veces lo es, a veces es necesario matar,

perros rabiosos, gente... ¡Oh, sí! Hay gente perversa, y los perros rabiosos también son perversos. Sí. Hay que usar estas técnicas psíquicas modernas, elaboradas por Pavlov y otros soviéticos y fomentadas por los comunistas bajo un régimen del KGB. ¡Ah! Pero... ¿tú también tienes que utilizarlas?

¡Jesucristo! ¡No lo sé! Pero lo que sí se es que el KGB está tratando de destruirnos a todos nosotros, hacernos descender a su nivel y...

Los ojos de Armstrong volvieron a la realidad y vio que todos lo contemplaban. —¿Qué cosa?

—¿Mantenemos el ciclo de dos horas, señor?—insistió el doctor algo inquieto.

—Sí. Sí, y a las 6:30 empezaremos el primer interrogatorio. —¿Va a emprenderlo usted mismo?

—Está en las órdenes, ¡por amor de Dios! —rugió Armstrong—. ¿No tienen ojos para leerlas?

—¡Oh! Perdón —se disculpó luego el médico.

Todos ellos conocían la amistad que Armstrong profesaba al "cliente" y sabían que Crosse había ordenado que él hiciera el interrogatorio.

—¿Quiere que le de un sedante, viejo amigo? —preguntó el doctor Dorn en tono solícito.

Armstrong le lanzó una maldición obscena y salió, indignado por haber permitido que el médico lo hiciera perder los estribos. Subió al piso superior, al comedor de los oficiales.

—¡Cantinero!

—¡Voy allá, señor!

Su acostumbrado tarro de cerveza no tardó en llegar, pero esa noche, el suave líquido oscuro que tanto le agradaba, espeso y amargo, no logró calmarle la sed ni enjuagarle la boca. Mil veces había sentido la preocupación de lo que haría si *ellos* lo capturaban y lo ponían desnudo en semejante celda, á él, que conocía la mayoría de las técnicas y prácticas y que sabía ponerse en guardia. Yo estaría mejor que este pobre desgraciado de Brian —pensó, en actitud sombría—. El pobre insecto sabe tan poco...

Sí. Pero, ¿sirve de algo saber más cuando uno es el "cliente"?

Sintió que la piel se le ponía pegajosa por el sudor del pánico, al recordar lo que esperaba a Brian Kwok.

—¡Cantinero!
—¡Sí, señor, allá voy!
—'ñas noches, Robert, ¿puedo acompañarte? —preguntó el inspector en jefe Donald C. C. Smyth.
—¡Oh, hola, sí, siéntate! —invitó al colega más joven, sin mayor entusiasmo.
Smyth se sentó sobre el banquillo del bar, a su lado, poniendo cómodo el brazo que estaba todavía en cabestrillo. Luego preguntó: —¿Cómo va eso? —Rutina.
Armstrong vio que Smyth asentía con la cabeza y pensó lo bien que le quedaba el nombre: la Víbora.
Era bien parecido, suave, escurridizo como reptil, con la misma cualidad de veneno mortal y el mismo hábito de estar relamiéndose los labios con la punta de la lengua.
—¡Santo Dios! ¡Es imposible creer que sea Brian! —Smyth era uno de los pocos que estaban enterados del caso—. Es pasmoso ...
—Sí.
—Robert, he recibido órdenes del DCID (el director de investigaciones criminales, y jefe supremo de Armstrong), de encargarme del caso de los licántropos, mientras tú estás ocupado... Y de cualquier otro caso que tú quieras que atienda.
—Todo está en los expedientes. El sargento mayor Tang-po es mi lugarteniente... es un buen detective. Muy bueno, en realidad. —Armstrong apuró un trago y añadió en tono cínico—... Y está bien relacionado.
Smyth sonrió superficialmente y comentó:
—Bueno. Ya es una ayuda.
—Sólo te ruego que no organices mi malhadado distrito.
—Ni pensarlo, viejo cantarada. East Aberdeen consume toda mi pericia. ¿Qué me dices de los licántropos? ¿Vigilancia continua con Philhp Chen?
—Sí. Con él y con su esposa.
—Es interesante que antes que Dianne se casara con ese viejo montón de miseria, ella era Mai-wei T'Chung, ¿eh? Es interesante también que uno de los primos de ella fuera Hummingbird Sung...
Armstrong lo miró con atención.
—Veo que has estado cumpliendo con tu tarea.
—¡Todo es parte del servicio! —explicó Smyth en tono lúgubre

—. Me agradaría dar una buena sorpresa a esos malditos licántropos. Tuvimos ya tres llamadas de terror en East Aberdeen, de gente que ha recibido llamadas de los licántropos pidiéndoles *h'eung yau* "muy aplisa, si no, secuestlo", y he oído que está sucediendo lo mismo en toda la Colonia. Si tres ciudadanos aterrados nos han llamado, puedes jurar que hay trescientos que no han tenido el valor de hacerlo —Smyth tomó un trago de su whisky con soda—. Eso no conviene a los negocios. Es malo por todos conceptos. No hay mucha tela de donde cortar. Si no atrapamos pronto a los licántropos, van a poner su propia casa de moneda... Unas cuantas llamadas telefónicas y el dinero estará en el correo. Las pobres víctimas idiotas serán felices de pagar para perdérseles de vista... Y cualquier otro canalla maldito de aquí, con sentido del latrocinio, va a tener un día de fiesta con este método.

—Estoy de acuerdo —Armstrong terminó su cerveza—. ¿Quieres otro trago?

—¡Déjame encargarme de eso! ¡Cantinero!

Armstrong vio cómo le servían otro tarro y preguntó:

—¿Crees qué haya nexo entre John Chen y Hummingbird Sung?

El recordaba a Sung el rico magnate naviero, con fama de pervertido, que había sido secuestrado hacía seis años, y sonrió con un gesto lóbrego.

—¡Santo Dios! No había vuelto a pensar en él desde hace años.

—Yo no lo creo. No hay paralelo en los casos. A los secuestradores de Sung los pusimos "a la sombra" por veinte años, y allí van a podrirse. Sin embargo, nunca se. sabe. Tal vez hay alguna relación —Smyth se encogió de hombros—, Dianne Chen debe de haber odiado a John Chen y él a ella; eso lo saben todos. Lo mismo en el caso de Hummingbird —rió de buena gana—: Hummingbird ("colibrí") es otro sobrenombre; en el mundo del "negocio", por decirlo así, es Nosy-nosy (curioso-entremetido).

Armstrong dejó escapar un gruñido. §e frotó los ojos para ahuyentarse la fatiga. Tal vez valdría la pena ir a ver a Barbara, la esposa de John. Yo iba a hacerlo mañana pero... en fin, quizá valga la pena.

—Tengo ya una cita con ella, y por primeras providencias voy a ir a Sha Tin. Tal vez aquellos insectos locales han perdido de vista algo en la lluvia.

—Buena idea.

Con una sensación incómoda, Armstrong vio cómo bebía su whisky la Víbora. Se atrevió a preguntarle:

—¿En qué estás pensando? —estaba seguro de que había algo.

Smyth levantó la mirada y lo contempló de frente.

—Hay muchas cosas que no entiendo en este secuestro. Por ejemplo: ¿Por qué los Grandes Dragones ofrecieron una recompensa tan elevada por el rescate de John...? Y lo curioso es que la daban lo mismo vivo, que muerto.

—Pregúntaselo.

—Ya lo hice. Por lo menos lo pregunté a uno que conoce a alguno de ellos —la Víbora se encogió de hombros—. Nada. Nada en absoluto —luego titubeó—. Tendremos que volver al pasado de John.

Armstrong sintió un impulso de frío, que trató de soslayar, y dijo:

—Buena idea.

—¿Sabías qué Mary lo conocía? ¿Qué se encontró con él por vez primera en el campo de prisioneros de guerra de Stanley?

—Sí.

Armstrong tomó un trago de cerveza, sin encontrarle el menor sabor.

—Tal vez ella pudiera darnos alguna pista... Por ejemplo, .si John hubiera estado relacionado con el mercado negro en el campo...

Los pálidos ojos azules de Smyth sostuvieron la mirada de los ojos también azules de Armstrong. Luego insistió:

—Quizá valdría la pena preguntarle. —Pensaré en eso. Sí. Voy a pensarlo.

El experto policía no tomó a mal la idea de la Víbora. En su lugar, él habría hecho lo mismo. Los licántropos eran una noticia pésima y la primera ola de terror había ya corrido por entre toda la sociedad china. ¿Cuántos más sabrían de Mary y John Chen? —se preguntó—... ¿Cuántos más sabrán de los 40,000 que están quemando mi escritorio... que están quemándome el alma? Ante el silencio de Smyth continuó:

—De eso hace ya mucho tiempo ...

—Sí.

Armstrong levantó su cerveza.

—¿Has puesto a tus "amigos" a ayudarte?

—Digamos que se han hecho pagos y dado recompensas muy considerables..., me apresuro a añadir que con mucha gratitud, por parte de nuestra fraternidad de juegos de azar.

La sonrisa sardónica abandonó el rostro de Smyth. Y puso fin a la conversación amena. A guisa de corolario, concluyó:

—Tenemos que atrapar muy pronto a esos inmundos licántropos, o ellos echarán por tierra todos nuestros planes.

52
9:15 p.m.

Four Fingers Wu se encontraba sobre el puente alto de la popa de su junco motorizado, que se mecía al vaivén de un oleaje agitado, en alta mar, con las luces apagadas!

—¡Escúchame, mierda de licántropo! —silbó agresivo a Smallpox Kin que temblaba acostado a sus pies, fuera de sí del dolor, envuelto en cuerdas y pesadas cadenas—. Quiero saber quién más está en tu inmunda pandilla y de dónde obtuviste la moneda, esa mitad de moneda...

No hubo respuesta. —¡Despierten a este cerdo!

Con toda diligencia, Goodweather Poon dejó caer sobre el muchacho otro balde de agua de mar. En vista de que la medida no producía su efecto, se inclinó sobre él, puñal en mano. En el acto, Smallpox Kin lanzó un alarido y volvió en sí de su estupor.

—¿Qué, qué pasa, amo? ¡No más por fa...! ¿Qué es... qué es lo que quieres?

Four Fingers Wu repitió la pregunta. El muchacho dejó escapar un chillido ante la presión ejercida por Goodweather Poon y aseguró: —Te he dicho todo... todo...

Desesperado, sin poder creer que existiera tanto dolor en el universo, haciendo un esfuerzo sobrehumano volvió a balbucir los nombres de los miembros de la pandilla, los verdaderos, con las direcciones auténticas. Habló incluso de la vieja *amah* de Aberdeen.

—Mi padre me dio la moneda... no sé de donde... me la dio sin decirme donde... la hab... ¡lo juuuuroooo...! —la voz fue apagándosele, hasta que volvió a desmayarse.

Four Fingers escupió, enfadado.

—¡Los jóvenes de hoy no tienen fortaleza!

La noche era oscura y turbulenta, con violentas ráfagas de viento que soplaban de cuando en cuando, bajo un cielo muy encapotado. El poderoso y bien afinado motor de la embarcación dejaba oír su suave rugido característico, suficiente para amortiguar el inevitable retorcerse del viejo junco, en el subir y bajar al ritmo del oleaje.

Estaban a pocos kilómetros de Hong Kong, hacia el suroeste, a un lado de las vías marítimas; eran ya aguas de la República Popular de China. Teman enfrente la amplia desembocadura del río Pearl, y el mar abierto a estribor. Todo el velamen estaba arriado.

Encendió un cigarrillo y tosió.

—¡Qué todos los dioses maldigan esta mierda de triadas!

—¿Lo despierto otra vez? —preguntó Goodweather Poon.

—No. No, el cerdo nos ha dicho la verdad de todo lo que sabe.

Los dedos callosos de Wu tocaron, en un gesto nervioso, la media moneda que ahora pendía de su propio cuello, bajo su harapienta sudadera, como queriendo cerciorarse de que todavía estaba allí. Una sensación de ansiedad lo invadió, al pensar que la moneda pudiera ser genuina, que pudiera ser el tesoro que Phillip Chen estaba extrañando. Luego comentó:

—Has trabajado muy bien, Goodweather Poon. Esta noche recibirás una recompensa.

Dirigió los ojos hacia el sureste, en busca de la señal. La hora había pasado ya, pero Wu no se preocupaba. En un gesto espontáneo husmeó el aire, lo saboreó con la lengua; el gusto de sal de mar era fuerte y penetrante. Recorrió con la mirada el firmamento, el mar y el horizonte.

—Más lluvia pronto —musitó.

Poon encendió otro cigarrillo en la colilla aún ardiente; luego aplastó ésta sobre el puente de la embarcación con su áspero pie descalzo.

—¿Crees qué la lluvia arruine las carreras del sábado? El viejo se encogió de hombros y dijo:

—Si lo quieren los dioses, las arruinarán. Creo que mañana volverá a llover a cántaros... A menos que el viento cambie. Si cambia podríamos tener los Vientos del Demonio, los Vientos Supremos, y esos malditos podrían dispersarnos por los cuatro mares. ¡Malhayan los Vientos Supremos!

—¡Yo me orino en ellos si no hay carreras. Mi, olfato me dice que es el caballo del banquero Kwang!

—¡Ah! ¡Por cierto que ese apestoso sobrino mío, boquita melosa necesita ya un cambio de hado! ¡Ha perdido su banco!

Poon carraspeó y escupió por la buena suerte:

—¡Gracias a todos los dioses por el Benéfico Choy!

Desde que Four Fingers, sus capitán tes y toda su gente habían tenido el acierto de sacar todo su dinero del Ho-Pak, gracias a la información de Paul Choy, y desde que el mismo Wu gozaba de las enormes ganancias procedentes de la manipulación ilícita de las acciones de Struan, hecha por su hijo, Wu le había puesto el sobrenombre de Benéfico Choy. Gracias a las utilidades, el viejo había perdonado a su hijo la transgresión, pero sólo en el secreto de su corazón. Como era un viejo prudente, no había manifestado sus sentimientos a nadie, excepto a su amigo y confidente Goodweather.

—Tráiganlo al puente.

—¿Qué hacemos con este cerdo licántropo? —el dedo duro del pie de Poon se hundió en el cuerpo de Kin—. Al joven Benéfico no le gustó éste, ni el asuntó relacionado con él, ¿verdad?

—Con el tiempo habrá crecido, con el tiempo habrá sabido cómo tratar enemigos, con el tiempo habrá reconocido los verdaderos valores, no los de malos presagios, no los valores fatuos, de vientos pestilentes, de la Montaña Dorada —el viejo escupió sobre el puente —. Ha olvidado quién es y dónde están sus intereses.

—Tú mismo dijiste que no se mandaba un conejo á pelear con un dragón, ni una carpa contra un tiburón. Tienes qué considerar tu inversión y no olvidar que Benéfico Choy te ha devuelto más de veinte veces lo que te costó durante quince años. En él Mercado de Valores él es un Gran Dragón, y no tiene más que veintiséis años; Déjalo en el lugar que es el mejor para él y el mejor para ti. ¿No crees?

—Esta noche, el mejor lugar para él es aquí.

El viejo marino se rascó la oreja y objeto:

—No estoy seguro de eso, Four Fingers. Deja que los dioses decidan. Por mí, yo lo habría dejado en tierra —en ese momento, Goodweather Poon escudriñó el sureste; con el rabo del ojo había vislumbrado algo—. ¿Lo ves?

Después de un instante, Four Fingers sacudió la cabeza y dijo:

—Sobra tiempo. Hay tiempo de sobra.

—Sí.

El viejo marino miró de reojo el cuerpo sujeto con cadenas, como pollo desplumado. En su rostro se dibujó una débil sonrisa. Luego observó pensativo:

—Pero... cuando Benéfico Choy palideció como medusa, ante el primer alarido de este cerdo, y ante la primera sangré que le salió, ¡tuve qué ventosearme para soltar la carcajada sin avergonzarlo!

—Los jóvenes de hoy no tienen fortaleza —repitió Wu; luego encendió otro cigarrillo y asintió con un movimiento de cabeza— Pero tú tienes razón. Después de esta noche, Benéfico Choy va a quedarse en el lugar que le corresponde, para que sea todavía más benéfico —miró de soslayo a Smallpox Kin y preguntó—. ¿Está muerto ése?

—Todavía no. ¡Qué inmundo hijo de ramera sin madre, que primero golpea con una pala al Hijo Número Uno de la Casa de Chen y luego nos miente a nosotros! ¿Eh? Y que le corta la oreja a Chen y culpa a su padre y a sus hermanos también de eso. ¡Y luego recibe el rescate, a pesar de que no puede entregar la mercancía! ¡Terrible!

—¡Repugnante! —gruñó el viejo Wu—. Pero lo más terrible fue dejarse aprehender. En fin, tú le has mostrado a este cerdo lo equivocado de sus malos caminos, Goodweather Poon...

Los dos marinos rieron de buena gana, felices de estar juntos.

—¿Le corto la otra oreja, Four Fingers?

—Todavía no. Pronto... muy pronto.

Poon volvió a rascarse la cabeza.

—Hay algo que no entiendo. No entiendo, por qué me dijiste que pusiera su aviso sobre el cadáver del Hijo Número Uno y lo dejara como ellos habían planeado hacerlo —frunció el ceño—. Cuando este cerdo haya muerto, habrán muerto todos los licántropos, ¿sí? Entonces, ¿de qué sirve el rótulo?

Four Fingers ahogó una risa de satisfacción y observó:

—Todo resulta claro para el que sabe esperar. Paciencia —contestó el viejo, muy satisfecho de ¡sí mismo.

La señal indicaba que los licántropos estaban muy vivos. Si los únicos que sabían que todos estaban muertos eran él y Poon, en cualquier momento podía resucitarlos, o revivir la amenaza de ellos. A su arbitrio. Sí —pensó con felicidad—, ¡matar a uno para aterrar a diez mil! Los "licántropos" pueden convertirse con facilidad en una fuente continua de ingresos adicionales, a muy bajo costo. Unas cuantas llamadas telefónicas, uno o dos secuestros sensatos, tal vez alguna otra oreja...

—Paciencia, Goodweather Poon. Pronto enten…

Interrumpió la frase. Los dos concentraron la mirada en un mismo punto, en medio de las tinieblas.

Un pequeño buque de carga, con muy débil iluminación, empezó a hacerse visible. Un momento después, dos luces intermitentes brillaron en su mástil principal. Wu se dirigió sin tardanza a la cabina del piloto y respondió con otra señal. El advenedizo hizo la señal luminosa de confirmación.

—Magnífico —comentó Wu, lleno de alegría, y contestó con su reconfirmación.

La tripulación de cubierta había visto también las señales. Uno descendió a toda prisa para avisar a los demás y cada uno ocupó su puesto de actividades. Los ojos de Wu se fijaron en el cuerpo encadenado de Smallpox Kin.

—Primero éste —dijo en tono perverso—. Llamen a mi hijo.

A duras penas, Paul Choy se abrió camino hasta el puente. Respiró agradecido el aire fresco de la noche. La pestilencia abajo de los puentes era agobiante. Subió por la pasarela hasta el puente superior de popa. Cuando vio la sucia mancha roja sobre el puente y aquellos residuos de ser humano, el estómago se le revolvió y de nuevo vomitó por encima de la baranda.

Four Fingers Wu ordenó:

—Ayuda a Goodweather Poon.

—¿Qué?

—¿Tienes las orejas llenas de vómito? —le gritó el viejo—, ¡Ayúdalo!

Aterrado, Paul Choy se acercó al viejo marino. El timonel los observaba con interés.

—¿Qué quieres… qué quieres que haga?

—Sujétale las piernas.

Paul Choy trató de dominar la náusea. Cerró los ojos. Tenía las narices llenas del olor del vómito y de la sangre. Se agachó, tomó las piernas de Kin y parte de la pesada cadena, y con paso vacilante, casi cayéndose, se acercó a la borda. Goodweather Poon sostenía la mayor parte del peso y hubiera podido llevarlo todo con facilidad, lo mismo que Paul Choy, si hubiese sido necesario. Sin ningún esfuerzo, meció el cuerpo inerte de Smallpox Kin, hasta ponerlo sobre la borda.

—¡Sostenlo ahí! —dijo el viejo marino.

Siguiendo instrucciones previas de Four Fingers Wu, Poon se retiró, dejando solo a Choy. El cuerpo inconsciente y la cara mutilada se recargaban apenas en él.

—¡Arrójalo al mar! —ordenó Wu.

—Pero, padre... por favor... no está... no está muerto aún... ¡Por favor...!

—¡Echalo por la borda!

Fuera de sí por el miedo y una sensación de odio, Paul Choy trató de poner otra vez el cuerpo sobre el puente, pero una fuerte ráfaga de viento sacudió el junco, el último de los licántropos dio un vuelco en el aire y cayó al mar, hundiéndose sin dejar traza alguna. Impotente, Paul Choy contempló las olas que se estrellaban en la quilla. Vio que tenía sangre en la camisa y en las manos. Otro ímpetu de náusea lo invadió, haciéndolo sentirse miserable.

—¡Toma! —gruñó Wu, entregándole un frasco.

Tenía whisky. Buen whisky. Paul Choy tomó un trago y tosió un poco, pero su estómago retuvo el licor. Wu volvió a la cabina del piloto e hizo seña al timonel de que se acercara al buque de carga. La válvula reguladora se abrió para dar al motor toda la velocidad. Paul Choy estuvo a punto de caer, por lo inesperado del arranqué y el rugido de la máquina, pero logró aferrarse a la baranda y mantenerse en pie. En cuanto se sintió seguro, miró a su padre. Este se hallaba junto a la caña del timón, con Goodweather Poon a su lado.

Ambos escudriñaban la oscuridad. Paul pudo ver el pequeño barco, y el estómago le dio un vuelco.

Volvió a sentir que aborrecía a su padre, detestaba el estar a bordo y verse envuelto en lo que a todas luces era una operación de Contrabando... Todo eso además del horror de lo sucedido al licántropo.

Cualquiera que haya podido ser el crimen de ese hijo de ramera —pensó enfurecido—, no hay razón para que nadie tome la ley en sus manos. Debía haber sido entregado a la policía para que lo ahorcaran o lo encarcelaran o hicieran lo que fuese conveniente.

Wu sintió sobre sí los ojos del hijo y le devolvió la mirada. La expresión de su rostro no había cambiado.

—¡Ven acá! —le ordenó.

El índice de la mano sin pulgar señalaba la parte de la borda que tenía delante. Luego añadió. —Quédate de pie aquí.

Paul Choy obedeció como autómata. Era mucho más alto que su padre y que Goodweather Poon, pero resultaba un puñado de paja frente a cualquiera de los dos.

El junco avanzó con rapidez en medio de las tinieblas. El mar lucía negro. La noche también. Sólo un débil rayo de luna se filtraba por entre los nubarrones de tormenta. No tardaron en quedar junto a la popa del barco, un poco a estribor. Se les acercaba a gran prisa. Era una embarcación pequeña, lenta y muy vieja. Se agitaba incómoda en la marea creciente.

—Es un carguero de la costa —explicó Goodweather Poon—. Los llamamos jábegas tailandesas. Hay docenas de mierdas de éstas en aguas asiáticas. Son la escoria de los mares, Benéfico Choy, su tripulación son gente de desecho, sus capitanes son basura humana, y hacen agua como cedazos de cangrejos. La mayoría recorre la ruta Bangkok, Singapur, Manila, Hong Kong y van a cualquier otro lugar al que puedan llevar cargamento. Este salió de Bangkok —carraspeó y escupió, volviendo a hacer que el joven sintiera repugnancia hacia él—, A mí no me gustaría viajar en una de esas prostitutas apestosas. El.....

Dejó de hablar. Otra breve señal luminosa brillo en la oscuridad. Wu respondió. Luego todos los que estaban en el puente vieron que el agua salpicaba con fuerza a estribor, cuando algo pesado era echado por la borda. En el acto, Four Fingers dio la señal: "paren todas las máquinas". El silencio repentino resulto ensordecedor. Centinelas inclinados hacia el frente escudriñaban la oscuridad, mientras el junco oscilaba y viraba al ir dejando de avanzar.

De pronto uno de los vigilantes hizo seña con una banderola. Sin titubear, Wu puso en movimiento el motor un instante, para rectificar la dirección. Otra señal silenciosa y otro cambio de dirección.

Después un movimiento más violento de la bandera.

En el acto, Wu invirtió el sentido del motor. Las hélices cortaron las aguas con fuerza. Luego él paró de golpe el impulso. El junco viró, acercándose a la línea de boyas flotantes. Aquel viejo enjuto parecía parte de la embarcación misma, tal como lo contemplaban los ojos de Paul Choy, con aquella mirada fija en el mar que tenía

delante. Con destreza, Wu hizo avanzar el pesado junco por entre la línea de las boyas. Momentos después, un marino, provisto de un largo poste de abordaje con un gancho en el extremo, se inclinó hacia afuera del puente principal y sujetó la línea. Las ásperas boyas de corcho subieron a bordo con toda facilidad y con la ayuda de otros marinos, y la línea se sujetó con firmeza a un montante. Haciendo siempre uso dé una pericia rica de experiencia, el marino jefe de cubierta cortó las boyas, dejándolas caer al mar, mientras otros se cercioraban de que los fardos sujetos a la otra extremidad de la cuerda, debajo de la superficie, estuvieran sanos y salvos. Paul Choy podía ver ya los bultos con toda claridad. Eran dos, más o menos de 1.80 m de largo, por 90 cm de ancho y 90 de espesor, muy bien atados con cuerda por debajo del agua. Su peso, que los hacía quedar ocultos bajo la superficie, mantenía la cuerda tirante. En cuanto todo estuvo sujeto y a salvo, y el cargamento asegurado a un lado, aunque todavía a 1.50 m o 1.80 m de profundidad, el marino jefe de puente dio la señal. En el acto, Four Fingers puso el junco en movimiento a velocidad de crucero, y éste se alejó por otro camino.

Toda la operación se había hecho en silencio, sin esfuerzo y en unos segundos. Después de un lapso brevísimo, las débiles luces de la jábega tailandesa se habían perdido ya en las tinieblas, y el junco de Wu se hallaba de nuevo solo en medio del mar.

Wu y Goodweather Poon encendieron sendos cigarrillos.

—Muy bien —comentó el segundo.

Pero Four Fingers no abrió la boca. Estaba dedicado a escuchar el agradable ronroneo de los motores.

Aquí no hay problema —pensó, mientras sus sentidos percibían las señales del viento—. Aquí no hay problema —se repitió, y sus ojos escrutaron la oscuridad de la noche—. Allá tampoco —se dijo y añadió—... Entonces, ¿por qué estás inquieto? ¿Es tu Séptimo Hijo?

Miró a Paul Choy, que estaba del lado de babor, dándole la espalda. No. Tampoco ahí hay peligro.

Paúl Choy observaba los grandes fardos. Provocaban un pequeño oleaje. Su curiosidad aumentaba. Se sentía un poco mejor. El whisky le había, dado una sensación de bienestar, y el olor del agua salada le parecía agradable, después que la excitación del encuentro con la otra embarcación había pasado sin percances.

—¿Por qué no subes el cargamento, padre? Podrías perderlo.

Wu hizo seña a Poon para que contestara.

—Es mejor dejar al mar la cosecha del mar, Benéfico Choy, hasta que sea bastante seguro ponerla en tierra firme, ¿de acuerdo?

—Me llamo Paul, no Benéfico —el muchacho volvió a mirar a su padre y se estremeció—. ¡No había necesidad de matar a ese pobre cerdo!

—El capitán no lo mató —se apresuró a contestar Goodweather Poon con una sonrisa maligna— Lo hiciste tú, Benéfico Choy. Tú lo hiciste. Tú lo arrojaste por la borda. Yo lo vi con toda claridad. Estaba a menos de un metro de ti.

—¡Mentiras! Yo trataba de traerlo a bordo. Además, él me lo ordenó. Me amenazó.

El viejo marino se encogió de hombros.

—Di eso a un quisquilloso juez, demonio extranjero, Benéfico Choy, ¡y no te resultará una mierda de benéfico en absoluto! —Mi nombre no es Ben...

—El capitán de las flotas te ha dado el nombre de Benéfico, así que por todos los dioses Benéfico eres para siempre; ¿ya? —redarguyó Poon, haciendo un gesto de sonrisa a Wu.

El viejo no hizo comentario alguno. Se limitó a sonreír y enseñó sus pocos dientes rotos,, que hicieron que aquella sonrisa resultara un tanto macabra. Su cabeza calva y su cara maltratada por el tiempo hicieron un gesto de asentimiento. Luego clavó los ojos en su hijo. Paul Choy se estremeció, a pesar de su decisión.

—Tu secreto está seguro conmigo, hijo mío. No temas nada. Nadie en este barco vio nada. ¿Lo vieron, Goodweather Poon?

—No, nada. Por todos los dioses, grandes y pequeños. ¡Nadie vio nada!

Paul Choy devolvió la mirada con un gesto de indignación: —¡No puede ponerse al papel envoltura de fuego!

Goodweather Poon se apresuró a contestar irónico: —¡En este barco, sí!

—Sí —confirmó Wu, con ronca voz—. ¡En este barco puede guardarse un secreto para siempre! —encendió otro cigarrillo, carraspeó y escupió—, ¿No quieres saber qué hay en esos paquetes?

—No.

—Es opio. Al ponerlo en tierra, el trabajo de esta noche

producirá 200,000 en utilidades sólo para mí, además de numerosas gratificaciones para mi tripulación.

—Esa utilidad no merece la pena de correr el riesgo. *Al menos no para mí.* Yo te procuré... —Paul Choy interrumpió la frase.

Four Fingers Wu lo miró enérgico. Escupió sobre el puente y puso el timón en manos de Goodweather Poon. Luego caminó hasta los grandes asientos acolchados que formaban marcó a la popa y dijo:

—Ven acá, Benéfico Choy —ordenó.

Asustado, el muchacho se sentó donde se le indicaba. Estaban algo más solos.

—Las utilidades son utilidades —empezó Wu, muy iracundo—. Las tuyas son 10,000. Eso te basta para comprar un boleto de viaje redondo a Honolulú y pasar diez días con tu chica —pudo notar un resplandor fugaz de alegría en la cara de su hijo y sonrió en su interior.

—Nunca volvería —dijo Paul Choy con decisión—. ¡Nunca!

—¡Oh, sí! Sí volverías. Ahora sí. Has salido a pescar en inmundas aguas llenas de peligro.

—No volvería nunca. Tengo pasaporte norteamericano y una...

—Y una ramera japonesa, ¿no?

Paul Choy miró a su padre de hito en hito, aterrado al ver que lo sabía. Luego la rabia se apoderó de él y pegó un salto con los puños crispados.

—¡No es una ramera, por todos los dioses! Es una gran chica, es una dama, y su familia es...

—¡Calla...! —Wu tuvo cuidado de1 abstenerse de lanzar una imprecación—. De acuerdo... no es una ramera... aunque para ti todas las mujeres lo son. No es una ramera, sino una emperatriz. Pero sigue siendo un maldito demonio del Mar del Este, uno de esos que profanaron a China.

—¡Es norteamericana! ¡Es norteamericana como yo! —estalló Paul Choy, con los puños cerrados, listos para la acción. El timonel y Goodweather Poon se prepararon para intervenir, aunque sin demostrarlo.

Un cuchillo se deslizó a la mano del segundo.

—¡Yo soy norteamericano, ella es japonesa-norteamericana, y su padre estuvo con la división 442 en Italia y...!

—¡Tú eres haklo, tú eres uno de los Wu del Mar, gente de barco, y vas a obedecerme! ¡Tú me obedecerás, Benéfico Choy, oh sí, tú tendrás que obedecerme! ¿Entendido?

Paul Choy se puso de pie frente a él, temblando con la misma furia, tratando de mantener su valor inflamado, porque en un arrebato de ira, el viejo era formidable y él podía sentir a Goodweather Poon y al otro hombre a sus espaldas.

—¡No la insultes! ¡No te atrevas!

—¿Te atreves a amenazarme con los puños cerrados? ¡A mí! ¿A mí, que te he dado la vida, que te he dado todo? ¿A mí, que te he dado todas las oportunidades, incluida ésta de conocer a esa... a esa emperatriz del Mar del Este? ¿Ah, sí?

Antes de poder recapacitar, Paul Choy giró sobre sus talones, como impulsado por un fuerte viento.

Goodweather Poon lo miraba sin parpadear.

—Este es el capitán de las flotas. ¡Tú vas a respetarlo! —la mano de hierro lo empujó con fuerza, obligándolo a sentarse de nuevo—. El capitán dijo *¡Siéntate!*

Después de un momento, Paul Choy dijo con indignación:

—¿Cómo tuviste noticias de ella?

Exasperado, el viejo farfulló:

—Que todos los dioses sirvan de testigos del campesino que yo he engendrado, de este simio con cerebro y modales de un patán del campo. ¿Crees qué yo no te tenía bajo vigilancia? ¿Protegido?

¿Mando yo a un insecto en medio de serpientes a un cachorro civilizado en medio de demonios extranjeros, sin protección alguna? ¡Eres el hijo de Wu Sang Fang, jefe de los Wu del Mar y yo protejo a los míos contra todos los enemigos. ¿Crees qué no tenemos enemigos suficientes dispuestos a cortarte el saco secreto y mandarme el contenido sólo para darme una señal de desprecio? ¿En?

—No lo sé.

—¡Bueno, es hora de que lo sepas, y que lo sepas muy bien, hijo mío!

Four Fingers Wu se dio cuenta de que aquel era un choque a morir y de que tenía que ser sabio, como debe serlo un padre, cuando su hijo se atreve a desafiarlo. No tenía miedo. Había hecho lo mismo con mucho hijos y no había perdido más que a uno. Pero

estaba agradecido al tai-pan, que le había dado la información sobre la chica y su casa. Esa es la clave, pensó, la clave para este mozalbete temerario de una Tercera Esposa, cuya hendedura dorada era tan dulce y tan tierna como una lisa francesa recién pescada, hasta la hora en que murió. Tal vez le permita traer aquí a la ramera. El pobre tonto necesita una ramera... ¡No importa cómo quiera llamarla él! ¿Una dama? ¡Ja, ja! He oído decir que las diablas del Mar del Este no tienen vello púbico ... ¡Qué repugnante! El mes entrante podrá traer aquí a la meretriz. Si sus padres la dejan venir sola, eso demostrará que es una ramera. Si no la dejan, ése será el fin de la mujer. Mientras tanto, yo le encontraré una esposa. Sí, ¿Quién? ¿Una de las nietas de Tightfist? O una de las de Lando Mata... o... ¡Ah! Esa joven-zuela mimada de media casta, ¿no fue educada también en la Montaña Dorada, en una escuela para chicas, una escuela famosa? ¿Qué puede importarle a este necio el que sea de pura sangre o de medio pelo?

Tengo muchos hijos —pensó, sin tener para él ningún sentimiento—; yo les he dado vida. Su deber es conmigo, y cuando yo muera, con el clan. Tal vez la persona indicada para él sea una buena chica haklo, de pie duro y de barco, con trasero amplio —pensó en actitud sombría. Sí, pero no hay necesidad de cortarle el miembro por una debilidad en la vejiga, ¡por más rudo y mal educado que este idiota pueda ser!

—Dentro de un mes, Barba Negra te dará vacaciones —dijo en tono terminante—. De eso me encargo yo. Con tus ganancias de 10,000 podrás pagarte un pasaje en una máquina voladora.... ¡No! Mejor, traerla a ella acá —añadió, como si la idea acabara de ocurrírsele—. La traerás acá, y viajarás a Manila, a Singapur y a Bangkok y visitarás a nuestros capitanes en esos lugares. Sí, tráela acá, dentro de un mes. Tus 10,000 pueden pagar el viaje y todo lo de ...

—No. No la traeré. Eso no lo haré. Además, ¡no quiero dinero de narcotráfico! Nunca aceptaré esa clase de dinero, y te aconsejo que te salgas en el acto de ese nego...

En forma inesperada, todo el junco se vio inundado de luz. Todos quedaron cegados por un momento.

La luz de escrutinio llegaba por el lado de estribor.

—*¡Cambio de ruta!* —se oyó una orden en inglés, luego en haklo

y después en cantonés, a través del megáfono.

Wu y Goodweather Poon fueron los primeros en reaccionar, y en medio de un segundo estaban ya en movimiento. Wu hizo virar con fuerza la barra del timón para alejarse de la patrulla policial, e imprimió a los motores la máxima velocidad. Poon había saltado de la pasarela al puente principal y estaba ya cortando el cordón que sujetaba el cargamento. La estela de los paquetes desapareció, cuando éstos se hundieron en las profundidades.

—*¡Cambio de ruta para ser abordados!*

El sonido metálico de la orden desgarró los tímpanos de Paul Choy, que se quedó paralizado de miedo. Vio que su padre metía mano en un armario cercano y sacaba unas gorras de soldado comunista chino y las entregaba a su gente.

—¡Rápido! —ordenó, dándole una a él.

Aterrado, el muchacho obedeció y se caló la gorra. Como por arte de magia, toda la tripulación tenía ya puestas gorras de la misma clase, y algunos se esforzaban por meterse a toda prisa dentro de uniformes igualmente arrugados y maltrechos.

El corazón de Paul Choy dejó de latir. Otros hurgaban en armarios y sacaban rifles del ejército de la República Popular China, mientras otros empuñaban metralletas y algunos más se acercaban al lado más próximo de la embarcación de la policía y empezaban a gritar obscenidades. Era una embarcación ágil, pintada color gris batalla, con un cañón sobre el puente y dos faros buscadores encendidos, además de sus luces de navegación. Estaba situada a menos de cien metros a estribor, con los motores en acción, avanzando sin dificultad a la misma velocidad del junco. Podían ver a los marinos impecables, vestidos de blanco y, sobre el puente, las gorras de los oficiales británicos.

Four Fingers tenía ya en la mano un megáfono. Se acercó al lado de su barca, con la gorra calada hasta las narices y rugió:

—¡Vayan a revolcarse solos, rebaño de bárbaros! ¡Fíjense eh nuestros colores! señaló el mástil principal.

La bandera de la marina comunista china ondeaba en lo alto. En la popa, a babor, ostentaba un falso número de registro de Cantón. Wu insistió:

—¡Dejen tranquila a una patrulla pacífica... ustedes están en nuestras aguas!

La cara de Poon hacía alarde de una sonrisa malévola. Empuñaba una pistola automática de la República Popular China y se mantenía de pie junto a la borda, dejando que la luz trazara su silueta, pero con la gorra muy baja para evitar que lo identificaran los prismáticos que con toda seguridad estaban recorriendo el junco. También el corazón de Pool latía con fuerza, y en la boca tenia un morboso sabor agridulce de bilis. Estaban en aguas internacionales. La seguridad y las aguas de la República Popular China distaban sólo quince minutos. Amartilló la pistola. Las órdenes eran muy claras. Nadie los abordaría esa noche.

—¡Cambien de dirección, vamos a abordar!

Todos ellos vieron que el bote patrulla disminuía la velocidad y que su estela se hacía más visible, y muchos empezaron a sentirse inseguros. Four Fingers oprimió la válvula del regulador hacia el frente, para contar hasta con la última fracción de potencia. Se maldijo por no haber visto la nave policial o por no haber sentido antes su presencia, pero sabía que ellos contaban con dispositivos electrónicos para ver en la oscuridad, mientras él tenía que apoyarse sólo en sus ojos y en su nariz y en un sexto sentido que hasta ese momento los había conservado vivos a él y a su gente.

Era poco frecuente encontrar un guardacostas tan cerca de aguas chinas. Sin embargo, allí estaba, y aunque el cargamento había desaparecido, llevaban a bordo armas de fuego y también a Paul Choy.

¡El hado! ¡Qué todos los dioses vacíen el vientre de ese guardacostas! Goodweather Poon tenía razón hasta cierto punto —pensó Wu—. Los dioses decidirán si era una medida sabia llevar esa noche a bordo al muchacho.

¡Váyanse a la mierda! Ningún demonio extranjero aborda una patrulla costera de la República Popular China!

Toda la tripulación aclamó el grito con entusiasmo, añadiendo obscenidades al mensaje.

—¡Cambien de dirección!

El viejo no puso atención. El junco se dirigía al estuario del río Pearl a la máxima velocidad, y él y los demás oraban para que no hubiera patrullas de la República Popular China en las cercanías. Bajo el resplandor de los faros buscadores, podían ver el guardacostas con diez marinos armados. Seguía una ruta destinada

a cerrarles el paso, pero no iba con suficiente velocidad para darles alcance.

—*¡Por última vez, cambien de dirección!*

—¡Por última y maldita vez, dejen tranquila a una pacífica patrulla de la República Popular China, en sus propias aguas!

De pronto, las sirenas de la patrulla británica empezaron a lanzar su agudo silbido, y la embarcación pareció dar un salto, impulsada por la violenta fuerza de sus motores, y lanzarse hacia adelante, dejando una estela de espuma. Los faros buscadores no dejaban de tener la mira puesta en el junco, mientras la patrulla avanzaba hacia su proa, tratando de cerrarle el paso a la salvación.

Paul Choy no dejaba de contemplar la nave gris, de proa afilada, con su cañón y sus ametralladoras provistos de sendos artilleros, con un poder cuatro veces mayor que el de ellos. La brecha entre las dos embarcaciones iba cerrándose a toda prisa, sin dejarles espacio para hacer maniobras. Podían ver a los marinos y a los oficiales sobre el puente, mientras las antenas aéreas del radar cubrían toda la zona.

—Baja la cabeza —ordenó Wu a Paul Choy.

El muchacho obedeció al instante. En ese momento, Wu corrió hacia la proa, con Goodweather Poon al lado. Ambos llevaban ametralladoras automáticas.

—¡Ahora!

Con mucha cautela, los dos tirotearon la superficie del mar en dirección al guardacostas que tenían casi encima, pero teniendo el máximo cuidado de que ningún proyectil salpicara la cubierta. En ese instante, los faros buscadores se apagaron, y sin perder un instante, el timonel hizo virar el junco con fuerza a estribor, y oró por que la decisión de Wu hubiera sido la más atinada. El junco giró en torno a la otra embarcación, a distancia de escasos metros, mientras ésta hacía una maniobra para librarse de la metralla. El timonel volvió a hacer virar el junco en dirección a su ruta original y a su fuga desesperada hacia la salvación.

—Muy bien —comentó Wu, sabedor de que había ganado casi un centenar de metros.

El conservaba en la mente las cartas marítimas de aquellas aguas. Se hallaban en la zona gris entre Hong Kong y las aguas de la República Popular China, a pocos centenares de metros de la región

de seguridad. En medio de la oscuridad, todos los que estaban en cubierta habían mantenido los ojos bien cerrados. En el momento en que sintieron que los faros buscadores los iluminaban de nuevo, los abrieron y se acostumbraron más pronto a la luz. El atacante iba adelante y hacia el puerto, fuera del alcance del fuego de ametralladoras, pero siempre adelante de ellos y siempre sirviéndoles de estorbo.

Wu esbozó una sonrisa sombría.

—*¡Big Nose Lee!* —llamó a su jefe de cubierta.

Este se presentó sin tardanza y Wu le entregó la ametralladora.

—¡No la uses hasta que te dé la orden, y no vayas a tocar a ninguno de esos cerdos inmundos!

De repente, la oscuridad se rasgó y el rugir del cañón de cubierta los ensordeció. Una fracción de segundo y una montaña de agua se levantó del mar, cerca de la proa del junco. Wu se estremeció y sacudió el puño contra el guardacostas:

—¡Vayan a acostarse con su madre! ¡Déjennos en paz o el jefe Mao hundirá a todo Hong Kong!

Se precipitó a la popa y ordenó:

—¡Déjame hacerme cargo del timón!

El timonel se sintió aterrado. Otro tanto sucedió a Paul Choy, pero al mismo tiempo, éste sentía una curiosa excitación y estaba muy impresionado al ver la forma en que su padre daba órdenes y todos los de la tripulación reaccionaban con la más absoluta disciplina y no como la abigarrada chusma que él pensaba que eran.

—*¡Cambien de dirección!*

Una vez más, la brecha comenzó a cerrarse, pero el guardacostas se mantenía fuera del alcance de la ametralladora. Con actitud estoica, Wu mantuvo su curso. Otro resplandor, otro estruendo, y dos proyectiles cayeron, uno de un lado del junco y otro del otro, haciéndolo tambalearse.

—¡Qué violen a todas las madres! —rugió azorado Wu—. ¡Qué todos los dioses conserven fina la puntería de esos artilleros!

El sabía que los disparos eran sólo para asustar. Su amigo, la Víbora, le había garantizado que todas las patrullas costeras tenían órdenes de no hacer nunca blanco en un junco con los colores de la República Popular China, y menos aún de hundirlo, por si los colores eran genuinos y también, de no abordarlo nunca por la

fuerza, a menos que alguno de sus hombres hubiera sido herido o muerto.

—¡Dales una rociada! —gritó.

Con toda docilidad, pero con sumo cuidado, los dos hombres de proa rociaron las aguas. La luz buscadora no vaciló un instante, pero de pronto se apagó.

Wu mantuvo su curso con decisión. ¿Ahora qué? —se preguntó desesperado—. ¿Adónde va ese cerdo inmundo? Escudriñó la Oscuridad. Sus ojos se esforzaba por ver la patrulla costera y el promontorio, que sabía que estaba ya cerca. Luego observó la silueta que llevaba a babor viraba hacia popa. Se le acercaba a toda prisa, queriendo ponérsele al lado, con los arpeos preparados para abordarlo. La salvación no distaba ni siquiera cien metros. Si él viraba, para huir del nuevo asalto, navegaría paralelo a las aguas seguras, manteniéndose en aguas internacionales, y el enemigo haría lo mismo otra vez y lo obligaría a entrar en mar abierto hasta que su parque se agotara o empezara a amanecer, y Wu sabía que en ese caso estaba perdido. No se atrevía a entablar una verdadera batalla, porque sabía que la ley inglesa tenía el brazo largo y que la muerte de uno de sus marinos se castigaba con Ta horca, y que no había dinero ni amigos capaces de librarlo de eso. Si mantenía su curso, la patrulla costera podría atraparlo y él sabía cuán fanáticos y bien adiestrados eran los marinos can ton eses y cómo odiaban a los haklos.

Hizo un gesto de disgusto. Esperó a que la patrulla costera estuviese a unos cuarenta y cinco metros a popa, acercándosele a gran prisa, con la sirena ensordecedora, y con gesto lúgubre hizo virar hacia ella la caña del timón, con la esperanza de que el capitán estuviera bien despierto. Por un instante, las dos embarcaciones quedaron en suspenso. Luego la patrulla costera hizo un rápido viraje para evitar el choque. El agua que levantó con la popa alcanzó a salpicar a la gente de Wu. En el acto, éste viró a estribor y abrió todas las válvulas reguladoras con la máxima fuerza y avanzó cuanto pudo. La maniobra le dio unos metros de ventaja.

Vio que la patrulla costera se recuperaba a toda prisa, trazaba un círculo y venía contra ellos en otra dirección. Estaba ya en aguas chinas. Sin esperanza, Four Fingers dejó el timón y empuñó otra metralleta. Roció la oscuridad, pero el traqueteo de los disparos y el

olor a pólvora quemada intensificaron el miedo que ya lo dominaba. En forma inesperada, la luz del faro buscador lo inundó.

Era insoportable. Se dio vuelta, cegado por ella y parpadeó, conservando la cabeza y la gorra lo más bajas que podía. Cuando pudo ver de nuevo, apuntó el arma automática en línea directa contra la luz y lanzó una maldición obscena, aterrado ante la idea de que lograran engancharlo y arrastrarlo a sus aguas. El cañón ardiente del arma se sacudió, mientras él trataba de apuntar con precisión, con el dedo en el gatillo. Si disparaba, le esperaba la muerte; si no lo hacía, la cárcel. El miedo se apoderó de él y de todos los de su embarcación.

Pero la luz no le cayó encima, como esperaba. Se mantuvo sobre la popa, y luego Wu observó que el arco luminoso disminuía y la estela del navío costero iba extinguiéndose. El corazón volvió a palpitarle. La guardia lo dejaba ir. ¡La Víbora había tenido razón!

Tembloroso, dejó el arma. Tenía el megáfono a la mano. Se lo llevó a la boca y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Victoria al jefe Mao! ¡Fuera de nuestras aguas, asquerosos demonios extranjeros!

Las palabras llenas de júbilo resonaron por encima de las aguas. Su tripulación lanzó gritos de júbilo, enarbolando los puños contra la luz. El mismo Paul Choy fue presa de la excitación y gritó también cuando todos comprendieron que la patrulla no se arriesgaría a entrar en aguas de China.

Los faros buscadores se apagaron. Cuando los ojos de la gente de Wu se acostumbraron de nuevo a la oscuridad, pudieron ver de lado la embarcación, avanzando sin rumbo, sin otra luz que la normal de navegación.

—Nos mantendrá en su pantalla de radar —musitó Paul Choy en inglés.

—¿Qué?

Repitió la frase en haklo, usando sólo la palabra inglesa *radar,* pero explicándola como ojo mágico.

Tanto Poon como Four Fingers tenían noticia del radar en principio, aunque nunca habían visto uno.

—¿Qué nos importa? —dijo Wu con desprecio—. Sus pantallas o sus ojos mágicos no pueden ya servirles de nada. Podemos perdernos con facilidad en los canales cercanos a Lan Tao. ¡No

tienen pruebas contra nosotros, no hay contrabando a bordo, no hay nada!

—¿Qué pasaría con las armas?

—Podemos perderlas por la borda, o perder a esos perros rabiosos y conservar nuestras armas.

¡Aaayyy, Goodweather Poon... cuando esos proyectiles cayeron de un lado y otro de nuestra embarcación, creí que iban a dejarme cerrado el esfínter para siempre!

—Sí —convino el aludido en tono feliz—. Pero, ¿qué tal cuando abrimos fuego en la oscuridad contra esos cerdos...? ¡Qué se harten de sexo todos los dioses! ¡Siempre había querido usar esas armas!

Wu rió también hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Luego explicó a Paul Choy la estrategia que la Víbora les había trazado, y comentó:

—¿Buena... no crees?

—¿Quién es la Víbora? —preguntó el muchacho.

Wu titubeó. Los pequeños ojos le brillaron. Al fin dijo:

—Un empleado. Podría decirse que es un empleado de la policía, Benéfico Choy.

—Al haber perdido el cargamento, la noche no es benéfica en absoluto —comentó Poon, en tono agrio.

—Tienes razón —convino Wu en la misma actitud.

Había prometido a Venus Poon un anillo dé diamantes que se proponía comprar con las utilidades de la operación de esa noche. Ahora tendría que sacarlo de sus ahorros, cosa que era contraria a todos sus principios. A las rameras se les paga con ganancias del día, nunca con dinero de ahorros ...

¡Maldición a esa patrulla! —pensó—. Sin el regalo del diamante... ¡Aaayyy! Pero su "receptáculo de belleza" es todo lo que Richard Kwang aseguraba, y el meneo de su trasero encierra todo lo que los rumores me habían hecho esperar. Y esta noche... esta noche, después que cierre la estación de televisión, ¡su hermosa puerta se me abrirá una vez más!

—¡Hado inmundo! ¡Ese bandido de nariz puntiaguda tenía que sorprendernos hoy en la noche! —

comentó en voz alta, mientras se sentía excitado al solo recuerdo de Venus Poon—. ¡Todo ese dinero se nos va de las manos, mientras

nuestros gastos son fuertes!

—¿Se perdió el cargamento? —preguntó Paul Choy con gran sorpresa.

—¡Claro qué se perdió, se fue al fondo del mar! —explicó el viejo con indignación.

—¿No habías puesto en ese cargamento una radio-baliza, automática o un piloto de control remoto?

Al hacer la pregunta, Paul Choy usó las palabras en inglés, luego se la explicó a los viejos marinos.

Después añadió:

—Supuse que tendría una u otro... o siquiera un flotador que se liberara en un día o dos, por proceso químico. En esa forma habrían podido recuperarse, o mandar unos hombres rana a recogerlos cuando fuera seguro hacerlo —los dos hombres lo contemplaban atónitos; Paul Choy preguntó—. ¿Qué sucede?

—¿Es fácil encontrar esos "pilotos de control" o adaptar un dispositivo de flotación diferida para un día o dos? —preguntó Wu.

—¡Y también para una semana o dos, si así lo deseas, padre.

—¿Puedes escribir todo esto? ¿Cómo puede hacerse? ¿O arreglarlo tú mismo?

—Claro; pero, ¿por qué no tenéis también un ojo mágico como el de ellos?

—¿Qué necesidad tenemos de eso... y quién sabe manejarlo? —preguntó el viejo, otra vez en tono despectivo—. Tenemos narices, oídos y ojos.

—Sin embargo, te atraparon esta noche.

—¡Cuida tu lengua! —protestó violento Wu—. Eso fue el hado, un juego de los dioses. ¡Estamos a salvo, y eso es lo que importa!

—No estoy de acuerdo, capitán —objetó Paul Choy, ya sin miedo, puesto que todo había vuelto a la normalidad—. Sería fácil equipar a esta embarcación con un ojo mágico... En esa forma, tú puedes verlos a ellos tan pronto como ellos pueden verte a ti, o incluso antes. No podrían sorprenderte. Así, puedes reírte de ellos en sus narices, sin miedo y sin perder nunca un cargamento... ¿qué tal? —sonrió en su interior, al ver que los había cautivado—. Nunca cometer un error, ni siquiera pequeño. Nunca correr peligro... !Y nunca perder un cargamento! Y el cargamento con pilotos de control. No necesitas ni siquiera andar cerca de donde lo hayas

dejado caer... Antes de una semana... ¿qué tal?

—¡Eso sería perfecto! —exclamó Poon con fervor—. Pero si los dioses están en tu contra, Benéfico Choy, ni siquiera ojos mágicos te ayudarán. Anduvimos cerca esta noche. Esa ramera no debía haber estado allí.

Todos miraron el guardacostas. Estaba parado en dirección a su popa. En espera, a escasos centenares de metros de popa. Wu hizo que la velocidad de su motor disminuyera, explicando:

—No queremos internarnos mucho en aguas de la República Popular China —dijo en tono inseguro—. Esos asquerosos civilizados no son tan corteses, ni tan respetuosos de la ley —una sensación de frío lo hizo estremecerse—. Nos serviría mucho un ojo mágico, Goodweather Poon.

—¿Por qué no te compras uno de esos botes patrulleros? —sugirió Paul Choy, poniendo de nuevo carnada al anzuelo—. ¿O uno un poco más rápido? En esa forma podrías dejarlos atrás...

—¿Uno de esos? ¿Te has vuelto loco? —preguntó Poon.

—¿Quién nos lo vendería? —preguntó Wu impaciente.

—Los japoneses.

—¡A la mierda todos los demonios del Mar del Este! —maldijo Poon.

—De acuerdo, pero te construirían una cosa con ésas, equipado con radar. Ellos...

Dejó de hablar en el momento en que la patrulla costera puso en marcha sus motores, y con la sirena encendida se lanzó en medio de la noche, dejando una abundante estela de espuma.

—¡Míralo en plena actividad! —dijo Paul Choy con admiración, en inglés—. ¡Qué categoría de ese hijo de perra!

Luego repitió la exclamación en haklo, y añadió:

—Apuesto a que todavía tiene a la jábega tailandesa dentro de su ojo mágico. Pueden ver todos los juncos, cada una de las embarcaciones, ensenadas y promontorios a muchos kilómetros de distancia. Incluso pueden ver las tormentas a lo lejos.

Pensativo, Four Fingers Wu señaló un nuevo curso al timonel, con el fin de mantenerse sólo lo indispensable dentro de las aguas de la República Popular China, avanzando hacia el norte, en dirección a las islas y los arrecifes, dando la vuelta a Lan Tao, donde estaría a salvo para planear el siguiente encuentro. Allí

cambiarían a otro junco con registros auténticos (de la República Popular y de Hong Kong), para deslizarse luego a Aberdeen. ¡Aberdeen! Sus dedos acariciaron nerviosos la moneda, provocándole una gran excitación. Después sintió que le temblaban y que la ansiedad volvía a apoderarse de él, al recordar su encuentro con el tarpán esa noche. Tenía tiempo de sobra. No llegaría tarde. Sin embargo; decidió acelerar la marcha.

—Vengan —dijo a Poon y a Paul Choy, invitándolos a sentarse junto a él en los asientos de popa, donde estarían más solos,

—Tal vez sea más prudente seguir con nuestros juncos y no comprar una ramera de ésas, hijo mío —apuntó con el índice en la dirección en que se había alejado la patrulla costera—. Los demonios extranjeros se enfurecerían más aún si yo tuviera una embarcación de esas en mi flota. Pero ese ojo mágico tuyo... ¿Podrías instalarlo tú y enseñarnos a usarlo?

—Yo puedo conseguir expertos que lo hagan. Gente del Mar del Este... sería mejor recurrir a ellos que a los británicos o a los alemanes.

Wu miró interrogante a su viejo amigo. —¿Qué piensas?

—Yo no quiero una de esas mierdas ni sus ojos mágicos en mi barco. Pronto nos acostumbraríamos a depender de esa basura y perderíamos nuestros tesoros, junto con la cabeza —gruñó el aludido.

—Pero... ¿para poder ver lo que otros no alcanzan a divisar? —Wu aspiró el humo de su cigarrillo—. ¿Hay algún otro vendedor del aparato, Benéfico Choy?.

—Ellos serían los mejores. Y también los más baratos, padre.

—Los más baratos, eh? ¿Cuánto costaría la cosa ésa?

—No lo sé. Tal vez unos 20,000, quizá 40,000 dólares norteamericanos...

El viejo explotó.

—¿Cuarenta mil dólares norteamericanos? ¿Qué? ¿Estoy yo hecho de oro? ¡Yo tengo que trabajar para tener dinero! ¿Acaso soy el Emperador Wu?

Paul Choy dejó que el viejo se desahogara. No abrigaba hacia él ningún sentimiento. Habían muerto en él, después de los horrores, el asesinato, la trampa, la crueldad y el chantaje experimentados, y sobre todo, debido al modo como su padre se había expresado de su

chica. El respetaría al hombre por su pericia como marino, por su valor y sus dotes de mando. Y también como jefe de la familia. Pero nada más. De ahí en adelante, lo trataría como a cualquier otro hombre.

Cuando consideró que el viejo había despotricado lo suficiente, le dijo:

—Yo puedo hacer que te instalen el primer ojo mágico y te instruyan a dos hombres sin costo alguno para ti… si lo deseas.

Wu y Poon lo miraron atónitos. El primero adoptó luego una actitud de defensa.

—¿Cómo podría ser sin costo alguno?

—Yo te lo pagaría.

Poon empezaba a reír con gesto burlón, pero Wu lo increpó:

—¡Calla el hocico, idiota y escucha! Benéfico Choy conoce cosas que tú no sabes…

Los ojos le brillaban más y más. Si puede ponemos un ojo mágico, ¿por qué no podría conseguir un diamante también? Y, si puede conseguir un diamante, ¿por qué no un saco de mink y todo el pillaje necesario para que la ramera boquita melosa conserve el entusiasmo en su hendedura, en las manos y en la boca? —¿Cómo pagarías por eso, hijo mío?

—Con utilidades.

—Utilidades… ¿de qué?

—Déjame durante un mes el control de tu dinero en el Victoria.

—¡Imposible!

—Hemos abierto cuentas por 22.423,000. Déjame el control un mes.

—¿Para hacer qué?

—El Mercado de Valores.

—¡Ah! ¿Juego de azar, eh? ¿Jugar con mi dinero? ¿Con mi efectivo, ganado con tanto esfuerzo? ¡Nunca!

—Un mes. Luego dividimos las utilidades, padre.

—¡Oh! ¿Dividimos eh? Es mi asqueroso dinero, pero tú quieres la mitad. ¿La mitad de cuánto?

—Tal vez de otros veinte millones…

Paul Choy dejó que la cifra hiciera eco en la mente del viejo. Pudo ver la avaricia en su rostro. Estaba convencido de que si bien sería una negociación ardua, acabarían haciendo un trato. Era sólo

cuestión de tiempo.

—¡Oh, no! ¡Eso es imposible! ¡Está fuera de discusión!

El viejo sintió comezón en las partes bajas y se rascó. Su virilidad se excitó. En ese instante recordó a Venus Poon, que lo había hecho erguirse como no lo había logrado en años, y pensó en su futuro encuentro esa noche.

—Tal vez yo debería pagar simplemente por ese ojo mágico —sugirió, poniendo a prueba la determinación del muchacho.

Paul Choy hizo acopio de todas sus fuerzas morales.

—Sí. Sí, tú puedes hacer eso, pero en tal caso yo me voy de Hong Kong.

Wu dio rienda suelta a su lengua en tono despectivo:

—Tú te irás de Hong Kong cuando yo te diga que te vayas.

—Pero, si no puedo ser benéfico y poner por obra mis costosos conocimientos, ¿qué objeto tiene que me quede? ¿Has pagado todo ese dinero por mí para que me convierta en patrón de una de tus embarcaciones de placer? ¿O en capitán de cubierta de un junco al que puede hacer garras a su antojo el guardacostas más cercano de los demonios extranjeros? No. ¡Es mejor que me vaya! Es preferible que sea benéfico para alguien más y pueda así empezar a pagarte lo que has invertido en mí. Puedo dar a Barba Negra la noticia con un mes de anticipación y luego marcharme.

—¡Tú te irás cuando yo te diga que lo hagas! —recalcó Wu en tono amenazador—. ¡Tú has pescado ya en aguas peligrosas!

—Sí... Y tú también —quiso añadir Paul Choy sin temor— Si crees que puedes hacerme objeto de chantaje y que me tienes en tus garras, tú estás en las mías y tienes más que perder. ¿No has oído hablar de las pruebas de la Reina, o de negociación de defensa? Pero guardó silencio y decidió mantener secretos sus planes futuros, para usarlos cuando fuera necesario. Por lo pronto, mantendría un continente cortés y benigno.

—Todas las aguas son peligrosas, si los dioses deciden que son peligrosas —comentó con aire de misterio.

Wu aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo, hasta sentirlo muy adentro. Había notado el cambio en aquel joven que tenía delante. Había sido testigo de muchos cambios como ese en muchas personas.

En muchos de sus hijos y de sus hijas. La experiencia de sus

largos años le decía a gritos "¡precaución!" Este cachorro es peligroso, muy peligroso —pensó—. Creo que Goodweather Poon tenía razón. Fue un error traer a Benéfico Choy a bordo esta noche. Ahora sabe demasiado de nosotros.

Sí. Pero eso es fácil de rectificar, cuando yo lo necesite —se recordó a sí mismo—. Cualquier día o cualquier noche.

53
10:03 p.m.

—Bueno y... ¿qué diablos piensas hacer Paul? —preguntó el gobernador a Havergill.

Johnjohn estaba también presente. Se hallaban los tres en la terraza de la mansión del gobernador, después de cenar, apoyados en la baja balaustrada. El gobernador exclamó:

—¡Santo Dios! Si el Victoria se queda también sin dinero, toda esta isla se va a la ruina, ¿eh?

Havergill miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie espiaba su conversación, y en voz baja explicó:

—Nos hemos puesto ya en contacto con el Banco de Inglaterra, señor. Para mañana a medianoche, hora de Londres, saldrá del aeropuerto Heathrow un transporte de la Real Fuerza Aérea, repleto de billetes de cinco y diez libras esterlinas —su voz volvió a tener el tono de confianza acostumbrado—. Como he dicho, el Victoria está a salvo por completo, tiene absoluta liquidez y nuestros valores aquí y en Inglaterra son más que suficientes para responder a cualquier eventualidad... bueno, casi a cualquier eventualidad.

—Mientras tanto, tú quizá no tengas suficientes dólares de Hong Kong para hacer frente a la fuga ...

¿Es ésa la situación?

—No, si... ehm... si el problema continúa, pero estoy seguro de que todo se compondrá, señor.

Sir Geoffrey lo miró con atención y preguntó:

—¿Cómo diablos hemos caído en esta confusión?

—El hado —repuso Havergill en tono de tedio—. Por desgracia, la casa de moneda no puede imprimir suficientes billetes locales para que los tengamos a tiempo. Se requerirían varias semanas para imprimir y enviar toda la cantidad que necesitamos, y por otro lado, no sería saludable tener ese cúmulo adicional de billetes en nuestra economía. Las divisas británicas son un recurso momentáneo, señor. Lo único que podemos hacer es anunciar que... ehm... que la casa de moneda está trabajando tiempo extra para proveer a nuestras

necesidades.

—¿Cuánto es lo que en realidad necesitamos?

Al hacer esta pregunta, el gobernador vio que Paul Havergill y Johnjohn intercambiaban miradas interrogantes, y su inquietud aumentó.

—No sabemos, señor —contestó al fin Johnjohn—. Desde el punto de vista de toda la Colonia, además de nosotros, uno de cada dos bancos necesitaría pignorar sus títulos... como nosotros hemos hecho temporalmente con los nuestros en el Banco de Inglaterra, para obtener el efectivo que necesitaran. Si cada cuenta-habiente de la Colonia quisiera que se le entregue hasta el último de sus dólares... —el sudor le bañaba la frente—. No tenemos manera de saber hasta qué puntó han ampliado sus operaciones los otros bancos, ni conocemos la cantidad de sus depósitos. Nadie lo sabe.

—¿Será suficiente un transporte de la RAF? —Sir Geoffrey trató de que su voz no sonara demasiado sarcástica—. Quiero decir... bueno... me pregunto si bastarán mil millones de esterlinas en billetes de cinco y de diez... Y, ¿cómo demonios van a reunir semejante número de billetes?

Havergill se enjugó el sudor de la frente y contestó:

—No lo sabemos, señor, pero nos han prometido que un primer embarque llegará aquí el lunes por la noche a más tardar.

—¿Hasta el lunes por la noche?

—Sí, señor. Es imposible que sea antes.

—¿No podemos hacer otra cosa?

Johnjohn tragó saliva con esfuerzo y sugirió :

—Habíamos pensado pedir a Su Señoría que declarara un día de fiesta bancario (y el Banco de Inglaterra estuvo de acuerdo) de que si lo hacía, causaría una explosión en toda la isla.

—No hay por qué preocuparse, señor —dijo Havergill, tratando de parecer convincente—. Para fines de la semana entrante, todo estará olvidado.

—Yo no lo olvidaré, Paul. Y dudo que China lo haga... o que lo olviden nuestros amigos los miembros parlamentarios del Partido Laboral. Tendrán un argumento fuerte a favor de alguna forma de control bancario.

Los dos banqueros refrenaron un primer ímpetu; luego Paul Havergill dijo, como quién presenta una disculpa:

—Esos dos pajarracos no saben distinguir entre su trasero y un hoyo en la pared... ¡Todo ha de ser control!

Sir Geoffrey habría rebatido esa aseveración, pero acababa de ver a Rosemont, el director delegado de la CIA y a Ed Langan, el encargado del FBI, que se acercaban a la terraza.

—-Manténganme al corriente. Quiero un informe completo para mediodía. ¿Pueden disculparme un momento? Por favor, sírvanse otra copa.

Caminó para salir al encuentro de Rosemont y de Langan: —¿Qué tal están ustedes dos? —Muy bien, señor, gracias. Es una noche magnífica. Los dos norteamericanos vieron que Havergill y Johnjohn volvían a entrar en la casa. Rosemont preguntó:

—¿Cómo están nuestros amigos banqueros? —Bien, muy bien.

—Ese miembro parlamentario, el socialista Grey, ¡realmente estaba dándole comezón a Havergill!

—¡Y al tai-pan! —añadió Ed Langan, riendo de buena gana.

—¡Oh! No sé... —comentó el gobernador, sin dar importancia al asunto—. Un poco de oposición es bueno... ¿por qué no? ¿No es eso la democracia en su mejor expresión?

—¿Cómo está el Vic, señor? ¿Cómo se ve la fuga de capital?

—No hay problema que no pueda resolverse —contestó sir Geoffrey con su gentileza acostumbrada—

. No hay necesidad de preocuparse. ¿Me permitirá un momento, señor Langan?

—Por supuesto, señor —sonrió el norteamericano—. Estaba a punto de marcharme.

—¡No de mi fiesta! ¡Espero...! Supongo que sólo venía a llenar su copa de nuevo...

—Sí, señor.

Sir Geoffrey empezó a caminar hacia el jardín. Rosemont iba a su lado. Los árboles seguían goteando y la noche era oscura. Se abstuvo de tomar un sendero lodoso y con charcos.

—Tenemos un ligero problema, Stanley. Servicios Especiales de Inteligencia acaba de atrapar a uno de tus marinos del portaviones, que pasaba secretos a un hombre del KGB. Tal...

Rosemont se detuvo aterrado y preguntó:

—¿Provenía del *Ivanov*?

—Sí.

—¿Era Suslev? ¿El capitán Suslev?

—No. No... ese no era el nombre. Te sugeriría que te comuniques con Roger sin tardanza. Los dos están detenidos. A los dos se les ha acusado, en virtud de la Ley de Secretos Oficiales, pero yo he obtenido la autorización del ministro en Londres y él está de acuerdo en que tú debes hacerte cargo de tu hombre en el acto... Resulta un poco menos vergonzoso, ¿no crees? Es... ehm... es un muchacho de computadora según tengo entendido.

—¡Hijo de ramera! —musitó Rosemont, y se enjugó con la mano un sudor repentino que le había bañado la cara—. ¿Qué fue lo que reveló?

—No lo sé con exactitud. Roger podrá darte todos los detalles.

—¿Podremos interrogar... entrevistar al hombre del KGB?

—¿Por qué no hablas de eso con Roger? El ministro está en comunicación directa con él también —Sir Geoffrey titubeó—. Estoy... ehm... estoy seguro de que tú te das cuenta...

—Sí, por supuesto. Perdón, señor... Valdrá más que... que me vaya cuanto antes.

La cara de Rosemont estaba del color del yeso. Salió a toda prisa, llevándose consigo a Langan.

Sir Geoffrey suspiró. Malditos espías, malhadados bancos, malditos infiltrados y malhayan estos idiotas socialistas que no saben nada de Hong Kong. Miró de reojo su reloj. Era hora de dar por concluido el convite. . .

Johnjohn se dirigía a la antesala. Dunross estaba cerca del bar.
—¡Ian!

—¡Oh, hola! ¿Un trago para el camino? —propuso Dunross.

—No, gracias. ¿Puedo decirte una palabra en privado?

—Claro que sí. Pero tendrá que ser breve, porque ya me marchaba. Prometí llevar a nuestros amistosos Miembros Parlamentarios hasta el transbordador.

—¿Tienes tú también billete rosa?

Dunross esbozó una débil sonrisa y repuso:

—La verdad, muchachito es que yo lo tengo siempre que quiero, lo mismo cuando Penn está aquí que cuando no está.

—Sí. Tú eres afortunado. Es verdad que siempre tuviste la vida bien organizada —comentó Johnjohn en tono sombrío.

—El hado.

—Lo sé —Johnjohn empezó a caminar hacia afuera, rumbo al balcón—. ¡Qué desgracia lo de John Chen! ¿Qué te parece?

—Sí. A Phillip está afectándole mucho. ¿Dónde está Havergill?

—Salió hace unos minutos.

—¡Áh, por eso hablabas de billete rosa! ¿Anda de parranda?

—No sé ....

—¿Qué me dices de Lily Su de Kowloon? Johnjohn se quedó mirándole, azorado. Dunross insistió:

—He oído decir que Paúl está bastante enamorado.

—¿Cómo haces para saber tanto?

Dunross se limitó a encogerse de hombros. Se sentía cansado, incómodo, y había hecho esfuerzos nada despreciables para dominarse varias veces esa noche, cuando Grey hacía girar la conversación en torno a una nueva disputa agria con algunos de los tai-pans.

—Quiero que sepas, Ian, que traté de convencer a Paul de que convocara a una asamblea, pero no es asunto de mi incumbencia.

—Lo comprendo.

Estaban en una antecámara de menor tamaño, con finas pinturas chinas en seda y más alfombras persas y piezas de plata. Dunross observó que la pintura empezaba a desprenderse en las esquinas del recinto y en algunas de las molduras de filigrana del techo, y eso lo molestó. Esta es la casa del soberano británico y la pintura no debería estar desprendiéndose —pensó.

El silencio entre los dos se hizo pesado. Dunross fingió examinar algunas de las exquisitas botellas tabaqueras que había en una repisa.

—Ian ... —Johnjohn se detuvo y luego cambió de parecer; al fin prosiguió—. Lo que voy a decirte es extraoficial. ¿Conoces bastante bien a Tiptop Toe, verdad?

Dunross lo miró azorado. Tiptop Toe era el sobrenombre que ellos daban a Tip Tok-toh, un hombre maduro de Hunan, de la provincia natal de Mao Tse-Tung, que había llegado durante el éxodo de 1950. Nadie parecía saber nada de él, era un individuo que no molestaba a nadie. Tenía una pequeña oficina en Princes Building y vivía bien. Con el paso de los años había resultado evidente que tenía contactos muy especiales dentro del Banco de China, y llegó a suponerse que sería el contacto oficioso "oficial" del

banco. Nadie conocía su posición en la jerarquía, pero los rumores aseguraban que era muy elevada. El Banco de China era el único brazo comercial de la República Popular China fuera del país. Por eso, todas las citas y contactos de la institución estaban controladas en forma rigurosa por la jerarquía dirigente de Pekín.

—¿Qué pasa con Tiptop? —preguntó Ian, poniéndose en guardia.

A Dunross aquel hombre le era muy grato. Era una persona de pocas palabras, de trato muy agradable.

Le gustaba beber coñac y hablaba un inglés excelente. Sin embargo, siguiendo el estilo acostumbrado, casi siempre utilizaba los servicios de un intérprete. Usaba ropa muy bien cortada, pero la mayoría de las veces vestía una chaqueta a la Mao, se parecía un poco a Chou En-Lai y era tan sagaz como él. La última vez que Dunross había tratado con él había sido para hablar de un avión civil que quería la República Popular China. Tip Tok-toh había concertado las cartas de crédito y el mandamiento a través de diversos bancos suizos y extranjeros, en menos de veinticuatro horas.

—Tiptop es un hombre muy hábil, Ian —le había dicho muchas veces Alastair Struan—. Tienes que ser cauteloso, pero es la persona con la que hay que tratar. Yo diría que ocupa un cargo muy alto en el Partido, en Pekín. Muy alto.

Dunross observó a Johnjohn, poniendo freno a su impaciencia. Este, de menor estatura que él, había tomado una de las botellas tabaqueras. Eran minúsculas, de cerámica decorada, de jade o de vidrio.

Muchas de ellas estaban hermosamente pintadas por dentro, en el interior del vidrio, con paisajes, bailarinas, flores, aves, marinas, incluso poemas en una caligrafía de delicadeza increíble.

—¿Cómo hacen esto, Ian? ¿Cómo pueden pintar en el interior en esta forma?

—¡Oh! Utilizan un pincel muy fino. El mango del instrumento está doblado en un ángulo de noventa grados. En mandarín lo llaman *myan huai*, que significa "pintura por la cara interior".

Dunross levantó una de forma elíptica, con un panorama de un lado, una ramita de camelias del otro y una minúscula caligrafía sobre las pinturas.

—¡Asombroso! ¡Qué paciencia! ¿Qué dice la escritura?

Dunross examinó la minúscula columna de caracteres y dijo:

—¡Ah! Es una sentencia de Mao: «Conócete a ti mismo, conoce a tu enemigo; un centenar de batallas, un centenar de victorias». En realidad este pensamiento se lo tomó el Jefe Mao a Sun Tzun.

Con un gesto pensativo, Johnjohn lo examinó. Las ventanas al otro lado de él estaban abiertas. Una leve brisa agitaba las delicadas cortinas. Johnjohn propuso:

—¿Hablarías a Tiptop en nombre nuestro?

—¿De qué?

—Queremos pedir prestado efectivo del Banco de China.

Dunross lo miró atónito: —¿Qué cosa?

—Sí. Sólo por una semana, más o menos. Ellos están llenos a reventar de dólares de Hong Kong, y en su banco no hay fuga de capital. Ningún chino se atrevería a formar filas frente al Banco de China.

Ellos manejan dólares de Hong Kong como parte de su intercambio de divisas. Nosotros pagaríamos buen interés por el préstamo y les ofreceríamos cualquier clase de aval que pidieran.

—¿Es una petición formal del Victoria?

—No. No puede ser formal. Es idea mía. Ni siquiera lo he hablado con Paul... sólo contigo. ¿Lo harías?

La excitación de Dunross llegó al máximo.

—¿Tendré mi préstamo de 100 millones mañana a las 10 de la mañana?

—Lo siento, pero eso no puedo hacerlo yo.

—Havergill puede.

—Puede, pero no quiere.

—Entonces, ¿por qué habría de ayudarles yo?

—Ian, si el banco no se sostiene tan sólido como la Cumbre, el Mercado se derrumbará, y con él la Casa Noble.

—Si yo no consigo un financiamiento en el acto, estoy hundido en el pantano de todas maneras.

—Yo haré lo que pueda pero, ¿hablarás tú con Tiptop inmediatamente? Pídeselo. Yo no puedo ponerme en contacto con él... Nadie puede en plan oficial. Tú prestarías a la Colonia un gran servicio.

—Garantízame mi préstamo y hablaré con él esta misma noche.

Ojo por ojo y préstamo por préstamo.

—Si tú puedes entregarnos su promesa de un crédito hasta por quinientos millones en efectivo para las dos de la tarde de mañana, yo te consigo el apoyo que necesitas.

—¿Cómo?

—¡No lo sé!

—Dime eso por escrito a las 10 de la mañana, firmado por ti, por Havergill y por la mayoría de la junta directiva y yo voy a hablar con Tiptop.

—Eso no es posible.

—Lo siento. Ojo por ojo y préstamo por préstamo —Dunross se puso de pie—. ¿Por qué debería el Banco de China sacar de apuros al Victoria?

—Nosotros somos Hong Kong —afirmó Johnjohn con mucha seguridad—. *Nosotros somos...* ¡Somos el Banco Victoria de Hong Kong y China! Somos viejos amigos de China. Sin nosotros no hay nada...

La Colonia se derrumbaría, lo mismo que Struan y por lo tanto, la mayor parte de Asia.

—¡No apuestes a eso!

—Sin servicios bancarios, sobre todo los nuestros, China estaría en malas condiciones. Hemos sido socios de China durante años.

—Entonces habla tú con Tiptop.

—No puedo —la mandíbula de Johnjohn empezaba a ponerse tensa—. ¿Sabías que el Banco de Comercio de Moscú ha vuelto a pedir permiso para hacer negocios en Hong Kong?

Dunross lo miró atónito.

—En el momento en que esos entren aquí, a todos nosotros nos lleva la trampa.

—Nos han ofrecido en privado una cantidad considerable de dólares de Hong Kong de manera inmediata. —La junta directiva votará contra eso.

—El problema, querido amigo es que si tú ya no estás en la junta directiva, la nueva puede hacer los disparates que le plazca —comentó Johnjohn con voz tranquila—. Si la "nueva" junta está de acuerdo, al gobernador y a las autoridades coloniales puede convencérseles fácilmente. Sería un precio bajo que habría que pagar... para salvar a nuestro dólar. En cuanto un banco soviético

oficial se introduzca aquí, ¿qué hay que no quieran emprender? ¡Piénsalo!

—¡Eres peor que el maldito Havergill!

—¡No, viejo amigo, soy mejor! —el gesto de broma desapareció de la cara del banquero—. Cualquier cambio importante y nosotros nos convertiremos en la Casa Noble, te guste o no te guste. Muchos de nuestros directores preferirían no tenerte aquí, a cualquier precio. Lo único que estoy pidiéndote es un favor para Hong Kong y por lo mismo para ti. No olvides, Ian, que el Victoria no se derrumba; podrá sufrir reveses, pero no arruinarse—se quitó una gota de sudor—. No es una amenaza, Ian, estoy pidiéndote un favor. Un día yo puedo ser el presidente del banco y no lo olvidaré.

—De un modo o de otro...

—¡Claro qué sí, viejo amigo! —dijo Johnjohn con amabilidad, acercándose al bar—. ¿Qué te parece si nos tomamos una para el camino? ¿Brandy?

* * *

Robin Grey iba en el asiento trasero del Rolls Rolls de Dunross, con Hugh Guthrie y Julián Broadhurst. Dunross estaba en el asiento delantero, al lado de su chófer uniformado. Las ventanas estaba empañadas. En un gesto ocioso, Grey limpió el vapor del vidrio, mientras disfrutaba el lujo singular de aquel cuero con tu típico olor dulce.

Pronto tendré uno dé estos —pensó—. Un Rolls muy mío, con chófer. Y pronto todos estos desgraciados andarán arrastrándose, uno de ellos será Ian, el maldito Dunross. ¡Y Penn! ¡Oh, sí! ¡Mi querida, dulce y despectiva hermanita va a ver cómo se humilla a los poderosos!

—¿Volverá a llover? —preguntó Broadhurst.

—Sí —contestó Dunross—. Aquí opinan que esta tormenta está evolucionando hasta convertirse en un tifón en toda forma... por lo menos eso dice el observatorio meteorológico. Hoy al anochecer tuve un informe de *Eastern Cloud*, que es uno de nuestros buques de carga que viene de regreso y acaba de salir de Singapur. Dicen que aun a esos niveles australes los mares están muy agitados.

—¿Crees qué el tifón azote a Hong Kong, tai-pan? —preguntó

Guthrie, el miembro parlamentario liberal.

—Nunca se sabe con certeza. Pueden venir directamente hacia acá y en el último momento cambiar de dirección... o viceversa.

—Recuerdo haber leído de Wanda, del tifón Wanda, del año pasado. Ese fue toda una alhaja, ¿no es cierto?

—El peor que yo he conocido. Más de doscientos muertos, miles de heridos, decenas de millares sin hogar— Dunross tenía el brazo apoyado en el respaldo del asiento y todo el cuerpo semivuelto hacia atrás—. *Tai-fun*, los Vientos Supremos —siguió explicando—, soplaban a 263 kilómetros por hora en el Observatorio Real y a 297 en Tate's Carin. El ojo de la tormenta nos llegó en la pleamar, así que nuestro oleaje se levantó en algunos lugares hasta siete metros por encima del normal.

—¡Santo Dios!

—Sí. En Sha Tin, en los Nuevos Territorios; estas ventiscas llevaron el oleaje por encima del canal y destruyeron el rompeolas. Se llevaron consigo las barcas de los pescadores hasta cerca de un kilómetro tierra adentro, llegando a la calle principal del poblado, y ahogaron a la mayor parte de la aldea.

Se tuvo noticia de un millar de botes pesqueros desaparecidos, ocho buques de carga encallados, millones de dólares en daños y la mayoría de las zonas de nuestros advenedizos fueron arrojadas al mar—Dunross se encogió de hombros—, ¡El hado! Sin embargo, si se considera la enormidad de la tormenta, los daños en el mar nuestro fueron de una pequeñez increíble— los dedos de Dunross tocaron el cuero de la vestidura del asiento, y Grey pudo ver el anillo de oro macizo con el sello en relieve de Dunross, en rojo oligisto—. Un tifón auténtico le hace ver a uno lo insignificante que es en realidad.

—¡Qué lástima que no tenemos tifones todos los días! —dijo Grey, hablando sin reflexionar—.

Podrían servirnos para humillar a los poderosos de Whitehall dos veces al día.

—En realidad eres una posma, Robin —dijo Guthrie—. ¿No puedes conversar sin hacer comentarios agrios?

Grey volvió a sumirse en sus reflexiones, cerrando los oídos a la conversación de los demás. Al diablo con todos ellos —pensó.

El auto no tardó en llegar frente al Mandarín. Dunross salió.

—Mi chófer los llevará al V. y A. Volveremos a vernos el sábado, si no antes. Buenas noches.

El vehículo se alejó. Dio vuelta al enorme hotel y luego se dirigió al transbordador de autos que estaba ligeramente al este de la terminal del Golden Ferry, a lo largo de Connaught Road. En la terminal, una línea desordenada de coches y camiones esperaba turno. Grey salió del auto.

—Creo que prefiero estirar las piernas, regresando al Golden Ferry a pie, para atravesar en uno de aquéllos —comentó con mal fingida espontaneidad—. Necesito el ejercicio. Buenas noches.

Caminó por la línea ribereña de Connaught Road, a buen paso, satisfecho de haber podido librarse de ellos con tanta facilidad. Imbéciles necios —pensó, con creciente excitación—. En fin, lo bueno es que no pasará, mucho tiempo sin que reciban su merecido, sobre todo Broadhurst. Cuando estuvo seguro de su libertad, se detuvo bajo un faro del alumbrado público, dando la nota discordante en medio del torrente abundante de peatones que iban y venían a toda prisa. Hizo señas a un taxi, y cuando lo consiguió, entregó al conductor una dirección escrita a máquina en un pedazo de papel.

El conductor la tomó, la vio con atención y se rascó la cabeza en un gesto de molestia.

—Está en chino —explicó Grey, tratando de ayudarle—. Al otro lado del papel, está escrita en chino.

El conductor no le prestó atención. Se limitó a contemplar azorado la dirección escrita en inglés. Grey estiró la mano, dio vuelta al papel y dijo:

—¡Aquí!

En el acto, el conductor le devolvió el papel con actitud insolente y observó al pasajero. Luego eructó y arrancó con una fuerte sacudida, entrando en el torrente de vehículos.

¡Cerdo mal educado! —pensó Grey, sintiéndose furiosos de repente. El taxi hacía rugir sus velocidades en cada cambio al entrar en la ciudad, recorriendo calles de un, sentido y callejones estrechos, hasta volver a Connaught Road.

Al fin se detuvieron fuera de un edificio de apartamentos, viejo y sucio, situado en una callejuela inmunda. El pavimento estaba roto, era estrecho y lleno de charcos. Los vehículos hacían sonar sus

bocinas estridentes, molestos por el taxi que les impedía el paso. No había número que pudiera servir de guía a. Grey. Salió del taxi y dijo al conductor que esperara. Retrocedió un poco hasta algo que parecía una puerta lateral. Un viejo estaba sentado en una silla destartalada, fumando y leyendo un periódico a la luz de un foco descubierto.

—¿Es aquí 68 Kwan Yip Street, en Kennedy Town? —preguntó Grey con cortesía.

El viejo lo contempló, como si tuviera delante un monstruo del espacio. Luego profirió una letanía en quejumbroso cantonés.

—¿Es aquí el. 68 Kwan Yik Street? —repitió Grey, más despacio y con más volumen en la voz—.

¿Ken-ne-dy Town?

Otro torrente de cantonés gutural y un gesto insolente con la mano, señalando una pequeña puerta. El viejo carraspeó y escupió. Luego volvió a concentrarse en su periódico, dejando escapar un bostezo.

—¡Imbécil indecente! —musitó Grey, con un humor que iba de mal en peor.

Abrió la puerta. En el interior encontró un vestíbulo insignificante y sórdido, con paredes escarapeladas y una raquítica hilera de buzones postales con nombres impresos. Con gran alivio leyó el que buscaba.

Volvió al taxi, sacó la billetera y con todo cuidado observó dos veces la cantidad del marcador, antes de pagar al conductor.

El ascensor del edificio era minúsculo, daba sensación de claustrofobia, estaba inmundo y rechinaba al ir subiendo. En el cuarto piso salió y oprimió el botón del húmero 44. La puerta se abrió.

—¡Señor Grey, señor! Este es un honor. ¡Molly, ha llegado su señoría!

Sam Finn lo miró con un rostro lleno de alegría. Era un hombre corpulento, de Yorkshire, ojos color azul pálido, antiguo obrero de las minas de carbón y tendero, con amigos importantes en el Partido Laboral y en el Consejo de Sindicatos de Oficios. Tema la cara surcada por hondas líneas y con minúsculas manchas: Los poros tenían todavía incrustadas motas del polvo de las minas.

—¡Caramba! ¡Mucho gusto!

—Gracias, señor Finn. A mí también me alegra conocerlo. He oído hablar mucho de usted —Grey se quitó el impermeable y aceptó agradecido una cerveza. 1

—Siéntese, señor.

Era un apartamento,pequeño, de limpieza inmaculada. El mobiliario era barato. Se percibía un olor a salchichas, patatas y pan fritos. Molly Finn salió de la cocina, con manos y brazos rojos de años enteros de fregar y lavar. Era de baja estatura y regordeta del mismo pueblo minero de su marido, con la misma edad de 63 años y con la misma; fortaleza.

—¡Recórcholis! —exclamó con actitud acogedora—. Pudo habernos hecho caer con una pluma cuando nos avisó que vendría a visitarnos.

—Nuestros mutuos amigos querían saber de buena fuente cómo están ustedes.

—Magnífico... Estamos muy bien —contestó Finn—. Por supuesto, no es como estar en casa en Yorkshire, y extrañamos a nuestros amigos y el salón del sindicato, pero tenemos cama y algo de comer —se oyó el ruido de un excusado; los anfitriones explicaron—. Tenemos aquí a un amigo que pensamos que a su señoría le gustaría conocer— Finn volvió a sonreír.

—¿Ah, sí?

—¡Eh, sí! —comentó Finn.

La puerta del baño se abrió. Un hombre con barba extendió la mano, en un gesto cordial.

—Sam me ha hablado mucho de usted, señor Grey. Soy el capitán Gregor Suslev, de la marina soviética. Mi barco es el *Ivanov*. Están haciéndole una pequeña reparación en este refugio capitalista.

Grey le estrechó la mano con formalidad y dijo:

—Encantado de conocerlo.

—Usted y yo tenemos amigos comunes, señor Grey.

—¿Quiénes?

—Sí. Zdenek Hanzolova, de Praga.

—¡Ah, sí, sí! Lo conocí en una Delegación Comercial Parlamentaria que fue a Checoslovaquia el año pasado.

—¿Le gustó Praga?

—Muy interesante. Mucho. Pero no me agradó la represión... Ni

la presencia soviética. Suslev rió y explicó:

—Nosotros estamos allí invitados… por ellos. Nos gusta apoyar a nuestros amigos. Pero suceden muchas cosas que yo tampoco apruebo. Hablo de Europa e incluso de la madre Rusia.

Sam Finn invitó a sus huéspedes a ponerse cómodos.

—Tomen asiento, por favor. Tomen asiento.

Se acomodaron en torno a la mesa que estaba en la pequeña sala y que a la sazón tenía ya un mantel blanco y un tiesto con una aspidistra encima.

—Doy por cierto que usted sabe que yo no soy comunista ni lo he sido nunca —declaró Grey—. No apruebo un estado policial. Estoy plenamente convencido de que nuestro socialismo democrático británico es el camino hacia el futuro, con un Parlamento, funcionarios elegidos por voto y todo lo que eso representa. Sin embargo, reconozco que muchas ideas marxista-leninistas son muy valiosas.

—¡Política! —exclamó Suslev, con cierto tono de reproche—. Dejemos la política a los políticos.

—El señor Grey es uno de nuestros mejores voceros en el Parlamento, Gregor —dijo Molly Finn, y luego, dirigiéndose a Grey añadió—… y Gregor es también un buen muchacho, señor Grey, no es uno de los malvados— tomó un trago de té—… Sí. Gregor es buen chico.

—Espero que no sea demasiado bueno—comentó Grey, y todos aprobaron con una risa espontánea—.

¿Qué te hizo venir a residir aquí, Sam?

—Tienes razón, muchachita —confirmó Sam. —Cuando nos jubilamos, la señora Finn y yo —explicó el aludido— queríamos ver un poco del mundo. Habíamos ahorrado un poco de plata y pudimos cobrar una póliza de seguro que teníamos y conseguir un rinconcito en un carguero…

—¡Oh, sí! La pasamos muy bien—intervino Molly Finn—. Fuimos a tantas partes del extranjero. Fue un viaje encantador. Pero cuando llegamos aquí, Sam estaba un poco pobretón, por eso nos bajamos y nos proponíamos tomar otro carguero cuando volviera por acá.

—Así es, muchachita —corroboró Sam—. Pero luego conocí a un hombre magnífico y muy educado, que me ofreció empleo —se le

iluminó la cara y se frotó unas manchas negras de la piel—. Yo sería consultor en unas minas de las que él era superintendente, en un lugar llamado Formosa. Fuimos allí una vez, pero como no había necesidad de quedarse, volvimos acá. Esto es todo, señor Grey. Ganamos unas monedas, la cerveza es buena. Por eso la señora Finn y yo decidimos quedarnos. Todos los chicos son ya mayores —el rostro volvió a iluminársele y sonrió luciendo una dentadura que a ojos vistas era postiza—. Hoy somos ya gente de Hong Kong.

Estuvieron conversando amistosamente. Grey habría quedado convencido por completo de la historia falsa de los Finn, si no hubiera leído sus expedientes secretos antes de salir de Londres. Muy pocos sabían que durante años Finn había sido miembro registrado del BCP (Partido Comunista Británico).

Ya jubilado, había sido enviado a Hong Kong por uno de sus comités secretos internos. Su misión sería convertirse en fuente de información sobre todo lo que se relacionara con la burocracia y la legislatura de Hong Kong.

Unos minutos después, Molly Finn bostezó cansada.

—¡Bueno, bueno! ¡Estoy tan cansada! Si ustedes me disculpan, creo que voy a acostarme.

Sam aprobó:

—Ya vas en camino, muchachita.

Ellos siguieron hablando otro poco, de asuntos sin importancia. Luego él también empezó a bostezar.

—Si me disculpan, creo que yo también me retiro —dijo, pero luego se apresuró a añadir—. Sin embargo, ustedes no se muevan, conversen todo lo que quieran. Lo veremos antes que salga de Hong Kong, señor Grey… con tu permiso, Gregor.

Dio un apretón de manos a los dos y cerró la puerta de la habitación, después de entrar. Suslev se acercó al televisor y lo encendió con una risa en los labios.

—¿Ha visto televisión en Hong Kong? Los comerciales son muy graciosos.

Puso el volumen del aparato bastante alto, para poder hablar sin ser oídos, y comentó:

—Toda precaución es poca, ¿no cree?

—Le traigo saludos fraternos de Londres —dijo Grey con el mismo tono bajo de voz.

Grey había sido comunista ferviente desde 1947, en un plan aún más secretos que el de Finn. Su filiación al partido no era conocida más que por una media docena de personas en toda Inglaterra.

—Yo se los devuelvo —Suslev señaló con el pulgar la puerta de la habitación y preguntó—. ¿Qué saben?

—Sólo que soy de ala izquierda y posible candidato al partido.

—Excelente —comentó Suslev, tranquilizándose.

El Centro había sido muy astuto al concertar con tanta precisión esa entrevista privada. Roger Crosse, que no sabía nada de la relación entre Suslev y Grey, había dicho al primero que nadie seguía los pasos de los miembros parlamentarios. Suslev comentó:

—Aquí estamos bastante a salvo. Sam es muy buen elemento. Nosotros también recibimos copias de sus informes. El no hace preguntas. Ustedes los británicos tienen la boca bien cerrada y son muy eficientes, señor Grey. Lo felicito por eso.

—Gracias.

—¿Cómo estuvo su reunión en Pekín? Grey sacó un fajo de papeles.

—Esta es una copia de nuestros informes privados y públicos al Parlamento. Léala antes qué yo me marché... El informe completo le llegará por los canales. En pocas palabras, yo creo que los chinos son por todos conceptos hostiles y revisionistas. El demente Mao y su esbirro Chou En-Lai son enemigos implacables del comunismo internacional. China es débil en todo, excepto en la voluntad de luchar, y combatirán para defender su tierra hasta el final. Cuanto más esperen ustedes, tanto más difícil será mantenerlos a raya, pero mientras no tengan armas nucleares ni dispositivos para control de largo alcance, nunca constituirán una amenaza.

—Sí. ¿Qué me dice del comercio? ¿Qué querían?

—Industria pesada, refinerías de petróleo, maquinaria para pozos petroleros, instalaciones químicas, plantas siderúrgicas.

—¿Cómo piensan pagar?

—Dijeron que tenían abundancia de divisas extranjeras. Hong Kong los provee de gran parte de ellas.

—¿Pidieron armas?

—No. No de una manera directa. Son sagaces, y nosotros no siempre hablamos o nos reunimos con ellos como grupo. Estaban bien informados acerca de mi persona y la de Broadhurst, y no

fuimos bienvenidos— ni se nos tenía confianza. Tal vez hablaron en privado con Pennyworth o con algún otro Tory… Pero no les habrá servido de nada, ¿Usted supo que Pennyworth murió?

—Buena liberación. Era un enemigo —Grey tomó un sorbo de cerveza—. La República Popular China quiere armas. De eso estoy seguro. Son un montón de gente misteriosa… y corrupta.

—¿Cómo es Julián Broadhurst?

—Es un intelectual que se cree socialista. Es desecho, pero útil por lo pronto. Un patricio de la vieja escuela —comentó Grey con desprecio—. Por eso será una autoridad en el siguiente gobierno laboral.

—¿Triunfará la próxima vez el laborismo, señor Grey?

—No. No lo creo, aunque estamos trabajando con mucho empeño por ayudarlos a ellos y a los liberales.

Suslev frunció el ceño.

—¿Por qué ayudar a los liberales? Esos son capitalistas… Grey rió con sarcasmo.

—Usted no entiende nuestro sistema británico, capitán Suslev. Somos muy afortunados, porque tenemos un voto tripartita en un sistema de dos partidos. Los liberales dividen el voto para beneficio nuestro. Tenemos que estimularlos —terminó su cerveza con un gesto de felicidad y tomó otras dos del frigorífico—. Si no fuera por los liberales, el laborismo no habría logrado introducirse nunca. Se lo aseguro, ¡nunca! Y nunca volverá a hacerlo.

—No entiendo.

—En nuestros mejores tiempos, el voto por el Partido Laboral es apenas el 45 por ciento de la población, un poco menos del 45 por ciento. Los del Partido Tory, los conservadores, tienen más o menos el mismo porcentaje, en general un poco más. La mayoría del restante 10 por ciento, aproximado, votan por los liberales. Si no hubiera candidato liberal, la mayoría votaría por los conservadores. Todos ellos son unos mentecatos —dijo con enfado—. Los ingleses son tontos, camarada; el Partido Liberal es el pasaporte permanente al poder para el laborismo, es decir, para nosotros. El Partido Comunista británico no tardará en controlar a los comités de los sindicatos de artes y oficios, y a través de ellos a toda la fuerza laboral… En secreto, por supuesto —paladeó un buen trago de cerveza—. Los grandes británicos desaseados son idiotas, la clase

media son idiotas, la clase alta son idiotas... ¡Ya casi no se encuentra desafío en ninguna parte! Ño son más que un montón de babosos. Muy pocos creen todavía en el socialismo democrático. Sin embargo —añadió con gran satisfacción— nosotros derribamos su ruinoso imperio y nos orinamos en todo él con nuestra Operación León.

La Operación León se había formulado tan pronto como los bolcheviques habían subido al poder. Su objeto era la destrucción del Imperio Británico. Grey siguió diciendo:

—En escasos dieciocho años, desde 1945, el imperio más grande que el mundo haya conocido se ha vuelto inexistente. —Con excepción de Hong Kong. —Esto también desaparecerá pronto.

—No puedo encarecerle cuán importante consideran mis superiores el trabajo de usted —dijo Suslev, con fingida admiración manifiesta—... el de usted y el de nuestros fraternales colegas británicos.

Las órdenes que él tenía eran de ser deferente con aquel hombre, pedirle información sobre su misión en China y pasarle instrucciones en forma de peticiones. Y además, halagarlo. Había leído el expediente de Grey y el de los Finn. El primero tenía una clasificación Beria-KGB 4/22/a: "Un importante traidor británico que rinde tributo a los ideales marxista-leninistas de dientes para afuera. También a este hay que utilizarlo, pero sin confiar jamás en él, y si el Partido Comunista británico llegara a ocupar alguna vez el poder, está sujeto a liquidación inmediata".

Suslev observó a Grey. Ni éste ni los Finn conocían su verdadera posición. Sólo sabían que era un miembro menor del Partido Comunista de Vladivostok... que era la misma información que tenían en los expedientes de los Servicios Especiales de Inteligencia de Hong Kong.

—¿Tiene usted alguna información para mí? —preguntó Grey.

—Sí, *tovarich* y también, con su permiso, unas cuantas preguntas. Se me pidió que le preguntara cómo había logrado poner por obra su Directiva 72/Praga.

Ese plan archisecreto ponía como prioridad suprema la infiltración oculta de expertos de la línea dura del partido en posiciones tales como la de dirigente obrero en todas las fábricas de automóviles en territorio norteamericano y en Occidente, en toda la

industria motorizada en general, por ser tan importante debido a las incontables industrias relacionadas con ella, y constituir por lo mismo el núcleo de cualquier sociedad capitalista.

—Avanzamos a toda velocidad —contestó Grey con entusiasmo —. Las huelgas no autorizadas son la ruta del futuro. Con ellas podemos pasar por alto a las jerarquías sindicales, sin hacer pedazos el sindicalismo existente. Nuestros sindicatos están fragmentados, con plena deliberación. Cincuenta hombres pueden formar uno separado y ése puede dominar a millares… ¡Y mientras no haya una votación secreta, los menos gobernarán siempre a los más! —rió con satisfacción—. Nos hemos adelantado a nuestro propio programa. Tenemos hermanos fieles en Canadá, Nueva Zelanda, Rodhesia y Australia. Sobre todo en Australia. En unos años más, habremos adiestrado agitadores en todos los sindicatos de la industria mecanizada, dentro del mundo de habla inglesa. Un británico estará al frente de los obreros, donde quiera que haya una huelga: en Sidney, en Vancouver, en Johannesberg, en Wellington. ¡Será siempre un británico!

—¡Y usted es uno de los caudillos, *tovarich*! ¡Qué maravilloso!

Suslev lo dejó continuar, estimulándolo en el momento oportuno. Le repugnaba ver con cuánta facilidad se dejaba adular. Qué temibles son los traidores —se dijo.

—¡Pronto tendrán ustedes el paraíso democrático que buscan y habrá paz en la Tierra! —vaticinó Suslev.

—Sí. No pasará mucho tiempo —aseguró Grey con ardor—. Hemos reducido los servicios armados y los reduciremos más aún el año entrante. La guerra se acabó para siempre. La bomba ha logrado esto.

Unicamente esos indecentes norteamericanos con su carrera de armamentos están estorbando toda nuestra labor, pero pronto los obligaremos, también a ellos, a deponer las armas, y así todos seremos iguales.

—¿Sabía usted que Estados Unidos está armando en secreto a los japoneses?

—¿Qué cosa? —Grey lo miró atónito.

—¿Cómo? ¿No estaba enterado de eso? —Suslev era muy consciente de los tres años y medio que Grey había pasado en campos de prisioneros de guerra de los japoneses—. ¿No sabía que

Estados Unidos tiene ahora mismo una misión en ese país, para averiguar si están dispuestos a aceptar armas nucleares?

—¡Nunca se atreverán!

—¡Es qué ya lo han hecho, señor Grey! —rebatió Suslev con la mayor naturalidad—. Por supuesto, se trata del más riguroso secreto.

—¿ Puede darme detalles que a mí me sirvan en el Parlamento?

—Bueno, con mucho gusto pediré a mis superiores que se los proporcionen si usted considera que pueden ser valiosos.

—Por favor. Tan pronto como sea posible. ¡Bombas nucleares! ¡Santo Dios, qué absurdo!

—La gente de ustedes, sus expertos bien adiestrados, ¿están también infiltrando las plantas nucleares británicas?

—¿Qué cosa? —Grey hizo un esfuerzo por concentrarse, apartando un momento la mente del Japón— ¿Dijo plantas nucleares?

—Sí. Le pregunto si están metiendo allí también gente de ustedes.

—Bueno, no. No hay más que una o dos instalaciones de ésas en el Reino Unido, y no tienen importancia... Así que... ¿los yankees están realmente abasteciendo de armas a los japoneses?

—¿Acaso Japón no es capitalista? ¿Por ventura no es un protegido de los Estados Unidos? ¿No están construyendo también plantas nucleares? Si no fuera por esos Estados Unidos...

—¡Indecentes norteamericanos! Gracias a Dios ustedes también tienen las bombas, ¡de lo contrario tendríamos que postrarnos todos ante ellos!

—Tal vez ustedes deberían concentrar algo de sus esfuerzos en sus plantas nucleares... —sugirió Suslev con cautela, asombrado de que Grey pudiera ser tan ingenuo.

—¿Por qué?

—Acaba de salir un nuevo estudio, hecho por uno de sus compatriotas, Philby.

—¿Philby? ¿Cómo está el hombre?

Grey recordó lo impresionado y aterrado que se había sentido cuando Philby había sido descubierto y cuando había huido, y luego, el alivio que había sentido al saber que él y los demás habían escapado sin entregar lista del grupo central del Partido Comunista

británico, que con toda seguridad tenían.

—Tengo entendido que está muy bien —contestó el capitán—. Está trabajando en Moscú. ¿Usted lo conocía?

—No. El pertenecía a la oficina del exterior, a la estratosfera. Ninguno de nosotros sabía que era de los nuestros.

—El señala en su estudio que una planta nuclear es autosuficiente, que puede generar combustible para sí misma y para otras. Una vez que se pone a funcionar, resulta de hecho casi perpetua. Exige sólo unos cuantos técnicos muy expertos, de mucha cultura, para vigilar su trabajo. A diferencia del petróleo y del carbón de piedra, la energía nuclear no necesita obreros. Por el momento, toda la industria de Occidente depende del Carbón mineral o del petróleo. El propone que nuestra línea de conducta sea fomentar el uso del petróleo, no del carbón mineral, y que nos opongamos por completo a la energía nuclear. ¿Qué le parece?

—¡Ah! Ya veo lo que se propone —la cara de Grey adoptó un gesto de dureza—. Veré el modo de entrar al comité parlamentario para el estudio de energía atómica.

—¿Será fácil hacer eso?

—¡Demasiado fácil, cama rada! Los británicos son perezosos. No quieren problemas. Lo único que desean es trabajar lo menos posible por la máxima cantidad de dinero posible, para ir a los bares ingleses y al fútbol los sábados... Sin tener que desempeñar trabajo no pagado, sin tediosos comités fuera de las horas establecidas, sin discusiones. Es demasiado fácil.., ¡cuándo nosotros tenemos un plan y ellos no tienen ninguno!

Suslev suspiró, muy satisfecho. Toda su tarea estaba casi terminada. Luego propuso:

—¿Otra cerveza? No, espere. Déjeme traerla. El honor será mío, señor Grey. ¿Conoce por casualidad a un escritor que anda ahora por aquí, un ciudadano norteamericano llamado Peter Marlowe?

La mente de Grey dio un salto repentino:

—¿Marlowe? Lo conozco muy bien. No sabía que fuese ciudadano norteamericano. ¿Por qué?

Suslev mantuvo su interés oculto. Se limitó a encogerse de hombros.

—Me ordenaron que le preguntara... Como usted es inglés y él también... originalmente...

—Es un tipo indecente y corrupto, de la clase superior, con una moral de cerdo castrado. No lo había visto en años, desde el '45, hasta que vine a encontrarlo aquí. El también estuvo en Changi. Apenas ayer supe que fuera escritor, o gente de cine. ¿Qué importancia tiene?

—Es escritor —contestó Suslev en el acto—. Hace películas. Con la televisión, los escritores tienen millones a su alcance. El Centro sigue la pista de los escritores occidentales como línea de conducta.

¡Oh, sí! En la madre Rusia sabemos de los escritores... sabemos lo importante que son. Nuestros escritores nos han marcado siempre el camino, señor Grey. Ellos han dado forma a nuestro pensamiento y a nuestros sentimientos. Piense en Tolstoi, Dostoevski, Chekhov, Bunin —luego añadió con orgullo—... Entre nosotros, los escritores son precursores. Por eso en esta época debemos guiarlos en su formación y controlar su trabajo, o bien sepultarlo —miró a Grey y añadió—. Ustedes deberían hacer lo mismo.

—Nosotros apoyamos a los escritores amigos, capitán, y condenamos a la otra muchedumbre en todas las formas posibles, tanto públicas como privadas. Cuando llegue a la Patria, pondré a Marlowe en nuestra lista negra formal de periodistas. Será fácil perjudicarlo... Tenemos muchos amigos en los medios de comunicación.

Suslev encendió un cigarrillo.

—¿Ha leído su libro?

—¿El qué escribió sobre Changi? No. No lo he leído. Ni siquiera había oído hablar de él hasta que llegué aquí. Es probable que no se haya publicado en Inglaterra. Además, no tengo mucho tiempo para leer novelas, y si lo escribió él, seguramente es mierda de la clase superior, que no vale un comino y... en fin, Changi no es más que Changi y lo mejor es olvidarlo —se estremeció sin notarlo—... Sí. Lo mejor es olvidarlo.

Pero yo no puedo —quería gritar—. No puedo olvidarlo y sigue siendo una pesadilla interminable tener conciencia de aquellos días en el campo de concentración, año tras año, las decenas de millares que morían, tratando de hacer valer la ley, de proteger a los débiles contra el mercado negro; contra esa inmundicia que se alimentaba de la gente sin carácter, cuando todos moríamos de hambre, sin esperanzas de salir alguna vez de ahí. Mi organismo en

descomposición, con escasos veintiún años de edad, sin mujeres, sin poder reír, sin alimento ni bebida. ¡Veintiún años al ser capturado en Singapur en 1942, y veinticuatro, casi veinticinco cuando se produjo el milagro y yo sobreviví y pude volver a Inglaterra! ¿Para qué? ¡Sin casa, sin padres, sin mi mundo! Mi única hermana vendida al enemigo, hablando como él, comiendo como él, viviendo como él, casada con uno de ellos, avergonzada de nuestro pasado, deseosa de sepultarlo... ¡A nadie le importaba! Y... ¡Oh, Señor! *¡El cambio!* Volver a la vida después de aquel no vivir de Changi, con todas las pesadillas, las noches insomnes, el terror a la vida, la incapacidad para hablar de aquello. Llorar sin saber por qué, tratar de adaptarse a lo que los necios llamaban normal. ¡Adaptado al fin, pero... a qué precio! ¡Oh, santo Dios, sí, a qué precio...!

—¡Basta!

Haciendo un esfuerzo, Grey se sobrepuso al torbellino que lo arrastraba hacia las profundidades de Changi.

¡Basta de Changi! ¡Changi ha muerto! Que siga así. Ha muerto — Debe seguir muerto. Pero Cha...

—¿Qué cosa? —preguntó, sintiéndose sacudido en la vuelta al presente.

—Lo único que dije es que su gobierno actual es muy vulnerable en este momento.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Usted recuerda el escándalo de Profumo... Su ministro de guerra.

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Hace unos meses, MI-5 inició una investigación archisecreta y muy meticulosa de una supuesta relación entre la hoy famosa mujer pública Christine Keeler y el comandante Yevgeni Ivanov, nuestro agregado naval, y otras figuras sociales de Londres.

—¿Está terminada? —preguntó, poniendo atención a lo que oía.

—Sí. Ofrece pruebas de conversaciones que la mujer tuvo con el comandante Ivanov. Este le había pedido que averiguara con Profumo cuándo se entregarían a Alemania armas nucleares. La investigación asegura —prosiguió Suslev, mintiendo a propósito para excitar a Grey— que MI-5 había hecho varias advertencias de seguridad a Profumo acerca de Ivanov, varios meses antes de que el escándalo se hiciera público... que le había dicho que el

comandante Ivanov era miembro del KGB y además amante de la chica.

—¿Jesucristo! Y... ¿el comandante Ivanov confirmaría eso?

—Oh, no. Por supuesto que no. No sería correcto... ni necesario. Pero el informe de MI-5 revela los hechos con absoluta precisión —Suslev mintió con toda facilidad—. ¡El informe es cierto!

Grey dejó escapar una carcajada sonora.

—¡Santo Dios! ¡Esto hará salir como un rayo al gobierno y dar lugar a una elección general!

—Y hará entrar al Partido Laboral...

—¡Sí, durante cinco maravillosos años! ¡Oh, sí! Y una vez que estemos en el poder... ¡Oh, Dios mío!

—Grey volvió a reír a carcajadas—. ¡Primero mintió acerca de Keeler! Y luego usted me dice que él había sabido en todo momento lo del comandante Ivanov. ¡Por Dios que sí— eso hará caer al gobierno! Esto merece la pena de haber soportado durante años toda la mierda de esos cerdos de la clase media. ¿Está usted seguro? —preguntó con repentina ansiedad—. ¿Es genuina esta información?

—¿Le diría yo una mentira? —Suslev reía en su interior.

—Lo utilizaré... ¡en qué forma! —Grey estaba fuera de sí de júbilo—. ¿Usted está absolutamente seguro? Pero... Ivanov... ¿Qué le sucedió a él?

—Por supuesto, mereció un ascenso, por haber ejecutado con tal brillantez una buena maniobra para desprestigiar a un gobierno enemigo. Si su trabajo ayuda a derribarlo, será condecorado. En este momento está en Moscú, esperando su nueva misión. A propósito, en su conferencia de prensa, ¿tiene intención de mencionar a su cuñado?

De pronto Grey se puso en guardia y protestó: —¿Cómo supo de él?

Suslev le sostuvo la mirada, imperturbable.

—Mis superiores están enterados de todo. Se me dijo que le sugiriera el considerar la oportunidad de mencionar su relación con él en la conferencia de prensa, señor Grey.

—¿Por qué?

—Para dar realce a su posición, señor Grey. Un vínculo tan estrecho con el tai-pan de la Casa Noble daría a sus palabras mucho

mayor peso aquí, ¿no cree usted?

—Pero si usted está enterado de él —dijo Grey con voz áspera— sabrá también de mi hermana y de mí. Sabrá que tenemos un pacto para no hablar del asunto. Es un problema de familia.

—Los asuntos relacionados con el Estado prevalecen sobre los familiares, señor Grey.

—¿Quién es usted? —de pronto le entraron sospechas—. ¿Quién es realmente usted?

—Un simple mensajero, señor Grey. Esa es la realidad —Suslev puso sus grandes manos sobre los hombros de Robin y lo sujetó con afecto—. *Tovarich*, usted sabe que debemos usar todo lo que tenemos a mano para impulsar la causa. Estoy seguro de que mis superiores pensaban sólo en el futuro de usted. Un vínculo familiar estrecho con semejante familia capitalista le sería útil en el Parlamento.

¿No lo cree? Cuando usted y su Partido Laboral tomen el poder el año entrante, necesitarán hombres y mujeres bien relacionados, ¿no? Para un cargo en el gabinete, usted necesita contactos. Lo ha dicho usted mismo. Robin Grey sería el experto en Hong Kong con contactos especiales. Su ayuda sería extraordinaria para nosotros en cuanto a mantener a raya a China, hacerla volver al buen camino y poner a Hong Kong y a toda su gente donde debe estar, ¡en el caño del desagüe! ¿No cree?

Grey reflexionó sobre las últimas palabras. El corazón parecía querer salírsele.

—¿Podríamos borrar del mapa a Hong Kong?

—¡Oh, sí! —sonrió Suslev; luego su sonrisa se hizo más amplia —. No necesita preocuparse. No tendrá que tomar ninguna iniciativa en ese sentido, con relación al tai-pan, ni faltar a la palabra dada a su hermana. Yo puedo hacer que alguien le haga una pregunta pertinente. ¿Le parece bien?

54
11:05 p.m.

Dunross esperaba a Brian Kwok en el bar Quance, del Mandarín, tomando una gran copa de brandy con perrier. El bar era sólo para hombres y estaba casi vacío. Brian Kwok nunca había llegado tarde, pero esta vez le había sucedido.

En su empleo, es demasiado fácil que surja una urgencia o algo imprevisto —pensó Dunross, sin alterarse—. Le daré unos Cuantos minutos más.

Esa noche no le importaba esperar. Tenía tiempo de sobra para llegar a Aberdeen, con Four Fingers Wu, y como Penn iba segura, camino a Inglaterra, no había urgencia de volver a casa.

El viaje será bueno para ella —se decía—: Londres, el teatro y luego Castle Avisyard. Será grandioso encontrarse allá. Pronto llegará el otoño con sus mañanas frías, el respirar de la gente se vuelve visible, la temporada de los gallos de bosque y por fin Navidad. Será grandioso estar en casa para Navidad; en medio de la nieve. Me pregunto qué nos traerá la temporada navideña y cómo me sentiré cuando mire hacia atrás a estos días, a esta mala época. Hoy hay demasiados problemas. Los planes van adelante, pero empiezan a crujir demasiado pronto. Todo anda mal y fuera de control... de mi control: Bartlett, Casey, Gornt, Four Fingers, Mata, Tightfist, Havergill, Johnjohn, Kirk, Crosse, Sinders, AMG su Riko... Todo anda como una serie de mariposillas de luz alrededor de una flama... y ahora otro asunto más Tiptop y Hiro Toda que llega mañana, en vez del sábado.

Esa tarde había hablado un buen rato con su amigo japonés, su socio en la construcción de los barcos.

Toda había preguntado por el Mercado de Valores y por Struan. No en forma directa, al estilo inglés, sino en línea oblicua, con la cortesía del estilo japonés. Sin embargo, de hecho había preguntado.

Dunross había podido sentir el tono grave bajo la suave voz americanizada, como resultado de dos años de estudios de posgrado

en Harvard.

—Todo va a resultar bien, Hiro —le había explicado Dunross—. Este es un ataque temporal. Esperamos la entrega de la mercancía como se había planeado. ¿Será cierto? Sí. De un modo u otro. Linbar va mañana a Sidney a tratar de resucitar el trato Woolara y a entablar nuevas negociaciones para los fletes. Es un gran paso.

No pudo evitar que su mente volviera a Jacques. ¿Es realmente un comunista traidor? ¿Y Jason Plumm y Tuke? Y esa "R", ¿será Roger Crosse o Robert Armstrong? ¡Con toda seguridad no puede ser ninguno de ellos, ni tampoco Jacques! ¡Por amor de Dios! He conocido a Jacques la mayor parte de mi vida... He conocido a los deVille durante tiempo inmemorial. Es verdad que Jacques pudo haber dado a Bartlett algo de la información sobre nuestro funcionamiento interno, pero no todo. No la parte de la compañía. Esa es información exclusiva del tai-pan. Eso significa Alastair, mi padre, yo mismo o el viejo Sir Ross. Ninguno de nosotros pudo haber sido.

Sin embargo alguien es un traidor y ese no soy yo. Además, ahí está Sevrin.

Dunross miró a su alrededor. El bar estaba casi vacío. Era un recinto pequeño, agradable, cómodo, con sillas de cuero color verde oscuro, viejas mesas de encino reluciente y paredes cubiertas de pinturas de Quance. Todas eran reproducciones impresas. Muchos de los originales estaban en la gran galería de su casa, y la mayoría de las restantes adornaban los corredores de los bancos Victoria y Blacs. Unas cuantas más eran propiedad privada en otros lugares. Se recargó en un nicho cercano. Se sentía a gusto, contento de verse rodeado de tantos elementos de su propio pasado, y de sentirse protegido por ellos. Arriba de su cabeza estaba el retrato de una chica de bote haklo, con un niño rubio en los brazos. La cabellera de la madre unida en una gran trenza. Se suponía que Quance había hecho esa pintura para que fuera regalo de cumpleaños a Dirk Struan, de parte de la chica del cuadro, May-may T'Chung. La criatura que tenía en brazos debía ser Duncan, hijo de ambos.

Los ojos de Dunross atravesaron el salón, hasta fijarse en los retratos de Dirk y su medio hermano Robb, al lado de otra pintura del comerciante norteamericano Jeff Cooper. Había además unos paisajes de la Cumbre y la bahía en 1841: Me pregunto que diría

Dirk si pudiera ver su creación en este momento. Si la viera prosperando, edificándose, defendiéndose. Siempre en el centro del mundo, del mundo asiático que es el único verdadero.

—¿Otra, tai-pan?

—No, gracias, Feng —contestó al cantinero chino—. Sólo un vaso de Perrier, por favor.

Tenía cerca un teléfono. Marcó un número. —Oficina central de policía —contestó una voz de mujer.

—Con el superintendente Kwok, por favor.

—Un momento, por favor, señor.

Mientras esperaba, Dunross trataba de decidir lo relacionado con Jacques. Es imposible —pensó— No puede ser... sin ayuda. Mandarlo a Francia para traer a Susanne y a Avril lo aisla de aquí durante una semana, más o menos. Tal vez yo pueda hablar con Sinders. Quizá ellos ya lo saben. ¡Dios omnipotente! Si AMG no hubiera puesto esa "R" en la carta, yo habría podido ir directamente con Crosse. ¿Será posible que él sea Arthur?

Acuérdate de Philby, de Relaciones Exteriores —se dijo, indignado ante la idea de que un inglés con sus antecedentes, que ocupaba un cargo de tanta confianza, pudiera ser un traidor. Y lo mismo podía decirse de los otros dos, Burgess y Maclean. Además Blake. ¿Hasta dónde había que dar crédito a AMG? ¡Pobre hombre! ¿Qué tanto podía fiarse de Jamie Kirk?

—¿Quién llama al superintendente Kwok, por favor? —preguntó una voz de hombre en el teléfono.

—El señor Dunross, de Struan.

—Un momento, si es tan amable.

Una breve espera. Después una voz de hombre que él reconoció en el acto.

—'ñas noches, tai-pan. Habla Robert Armstrong... Lamento decirte que Brian no está disponible. ¿Era algo importante?

—No. Simplemente habíamos convenido en tomar una copa juntos y ya es mucho más tarde de la hora que habíamos fijado.

—¡Oh! No me dijo nada al respecto... El suele ser muy preciso para una cosa como esa. ¿Cuándo se pusieron de acuerdo?

—Esta mañana. Me llamó para informarme de John Chen. ¿Hay algo nuevo acerca de esos desgraciados?

—No. Lo siento... Brian tuyo que salir de la ciudad... un viaje

inesperado, tú sabes cómo es esto.

—Sí, sí, claro. Si hablas con él, dile que lo veré el domingo en la subida a la colina, si no antes.

—¿Tienes todavía intención de ir a Formosa?

—Sí, con Bartlett. El domingo. Volveremos el martes. He oído decir que podemos utilizar su avión.

—Sí. Por favor cerciórate de que esté de regreso el martes.

—Tal vez antes.

—¿Hay algo qué yo pueda hacer por ti?

—No, gracias, Robert.

—Tai-pan, hemos... hemos tenido otro encuentro aquí... yo lo llamaría perturbador... aquí en Hong Kong. No quiero preocuparte, pero cuídate hasta mañana que nos veamos con Sinders, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto. Brian me dijo lo mismo. También Roger. Gracias, Robert. 'ñas noches.

Dunross colgó el teléfono. Había olvidado que un guardia de Servicios Especiales lo seguía a todas partes. El muchacho debe ser mejor que los demás. No lo he notado en absoluto. ¿Qué hago ahora con él? Es evidente que no es bienvenido a la entrevista con Four Fingers.

—Volveré en un momento —dijo.

—Sí, tai-pan —contestó él cantinero.

Dunross salió y caminó a grandes pasos hasta el gabinete para caballeros, observando sin hacer ostentación. Nadie lo seguía. Cuando terminó, entró al ruidoso y concurrido mezzanine, lo atravesó y bajó por la escalinata principal hasta el puesto de periódicos del salón principal, para comprar uno.

Había multitudes por todos lados. Al regresar pudo vislumbrar a un chino esbelto, con lentes, que lo observaba por encima de una revista, sentado en un sillón del vestíbulo. Dunross titubeó, volvió al salón de entrada y vio que los ojos lo seguían. Satisfecho, regresó a la escalinata y subió.

—¡Hola, Marlowe! —saludó, casi tropezándose con él.

—¡Oh, hola, tai-pan!

Dunross no pudo menos de ver en el acto el agotamiento reflejado en la cara de su interlocutor.

—¿Qué te sucede? —le preguntó, presintiendo un problema, y

dejando pasar al torrente de personas.

—Oh, nada... nada en absoluto.

—Algo pasa —opuso Dunross con una sonrisa amable.

Peter Marlowe vaciló. Al fin dijo:

—Se trata de Fleur —y le explicó la situación.

A Dunross le preocupó mucho el estado del escritor.

—El viejo Tooley es un buen médico. Eso es motivo de tranquilidad.

Luego refirió a Marlowe cómo los había llenado a él, a Bartlett y a Casey de antibióticos, y preguntó:

—¿Tú te sientes bien?

—Sí. Sólo un poco de diarrea. No tengo por que preocuparme durante un mes más o menos —Peter Marlowe explicó lo que el doctor había dicho acerca de la hepatitis—. Pero eso no me preocupa a mí.

Lo grave es Fleur y el bebé.

—¿Tienes una *amah*.

—¡Oh, sí! Además el hotel es maravilloso. Los chicos encargados de los cuartos no dejan de asomarse a ver qué se ofrece.

—¿Tienes tiempo de tomar una copa?

—No. Gracias. Prefiero regresar. La *amah* no... es decir, no hay lugar para que se quede, así que está sólo en plan de niñera. Quiero pasar un momento por el sanatorio en el camino de regreso, sólo para ver si todo anda bien.

—Bueno, en otra ocasión será. Por favor, mis saludos a tu esposa. ¿Cómo va tu investigación?

—Muy bien, gracias.

—¿Cuántos esqueletos más has logrado desenterrar de entre nuestro pueblo de Hong Kong?

—Muchos, pero todos buenos —Peter Marlowe esbozó una ligera sonrisa—. Dirk Struan fue un hombre fuera de serie. Todos dicen que tú también lo eres y esperan que superes a Gornt y vuelvas a triunfar sobre él.

Dunross lo miró con complacencia.

—¿Te importarían algunas preguntas sobre Changi?

Dunross pudo ver la sombra que atravesaba aquel rostro áspero de joven envejecido.

—Dependerá de las preguntas.

—Robin Grey decía que en el campo de concentración de Changi manejaste junto con un cabo norteamericano las operaciones del mercado negro.

Se produjo una larga pausa. Peter Marlowe no modificó la expresión del rostro. Al fin dijo:

—Fui un comerciante, señor Dunross, o para ser más exacto, un intérprete para mi amigo, que era comerciante. El era cabo norteamericano. Salvó mi vida y la de mis amigos. Eramos cuatro: un mayor, un capitán de grupo, un agricultor de caucho y yo. El salvó también a docenas de otros prisioneros. Se apellidaba King y era un verdadero "king", un rey. Era el rey de Changi, en cierto sentido —otra débil sonrisa—. Comerciar estaba prohibido por la ley japonesa y por la ley del campo.

—Tú dices japonés, no nipón. Eso es interesante —observó luego Dunross—. Después de todos los horrores de Changi, ¿no sientes detestarlos?

Después de una pausa, Peter Marlowe sacudió la cabeza y dijo:
—Yo no detesto a nadie, ni siquiera a Grey. Necesito toda mi mente y toda mi energía para apreciar el hecho de que estoy vivo.

¡'ñas noches!

Se dio la vuelta para marcharse, pero Dunross tomó una decisión repentina:

—¡Oh, Marlowe! Una ultima cosa. ¿Té gustaría venir a las carreras el sábado? ¿A mi palco? Habrá algunas personas interesantes... Si andas investigando en Hong Kong, podrías hacerlo con categoría, ¿qué te parece?

—Gracias. Muchas gracias, pero Donald McBride me ha invitado ya. Me gustaría pasar por tu palco a tomar algún trago, si no hay inconveniente. ¿Has tenido suerte con el libro?

—¿Perdón?

—El libro sobre la historia de los Struan, el que vas a dejarme leer.

—¡Ah, sí, claro! Estoy haciendo que lo transcriban —explicó Dunross—. Parece que sólo hay un ejemplar. ¿Puedes tenerme paciencia?

—Desde luego. Gracias.

—Mis mejores saludos para Fleur.

Dunross lo vio alejarse, satisfecho de que Marlowe entendiera la

diferencia entre comerciar y hacer mercado negro. Sus ojos se posaron en el chino de los Servicios Especiales, que seguía observándolo desde atrás de su revista. Volvió a paso lento al bar, como sumergido en sus pensamientos. Guando se sintió seguro adentro, dijo sin tardanza:

—Feng, hay un molesto periodista allá abajo, al que no quiero ver.

En el acto, el cantinero levantó la entrada del mostrador.

—Con mucho gusto, tai-pan —dijo sonriente, sin dar crédito a la excusa de Dunross.

Sus clientes solían utilizar la salida de los camareros, detrás del bar. Como a las mujeres no se les permitía entrar a ese salón, lo común era que fuese una mujer a la que había que evitar afuera. ¿Quién sería la ramera de la que el tai-pan quería huir? —se preguntó el cantinero, divertido con el episodio y viendo la generosa propina que le dejaba al salir a toda prisa.

Una vez en la calle, Dunross se apresuró a salir del callejón lateral, dio vuelta a la esquina y llamó un taxi. Entró, hundiéndose en el asiento trasero.

—Aberdeen —dijo, dando las señas en cantonés.

—¡Cómo no! ¡Cómo una flecha, tai-pan! —contestó el conductor, reconociéndolo en el acto y alegrándose de llevarlo—. ¿Puedo preguntar qué pronósticos hay para el sábado? ¿Lluvia o no lluvia?

—¡No lluvia, por todos los dioses!

—¡Aaayyy! Y... ¿el ganador de la quinta carrera?

—Los dioses no me lo han susurrado al oído, ni los inmundos Grandes Tigres que sobornan a los jockeys o dan drogas a los caballos para engañar a la gente honrada en un juego de azar honrado. Pero Noble Star hará toda la lucha.

—Todos esos malditos harán la lucha —comentó en tono agrio el conductor— pero, ¿quién es el elegido de los dioses y del Gran Tigre de Happy Valley? ¿Qué me dice de Pilot Fish?

—El gran semental es bueno.

—Y... ¿Butterscotch Lass? El banquero Kwang necesita que le cambie la suerte.

—Sí. Lass también es muy buena.

—¿Bajará más el Mercado, tai-pan?

—Sí. Pero compre Casa Noble el viernes a las 2:45.

—¿A qué precio?

—Use su cabeza, venerable hermano. ¿Quién soy yo? ¿Old Blind Tung?

* * *

Orlanda y Linc Bartlett bailaban muy juntos en la semioscuridad del club nocturno, sintiendo cada uno la longitud del otro. La música era suave y sensual, el ritmo agradable. Tocaba una banda filipina, y el grande y lujoso salón de espejos estaba iluminado con gran acierto, ofreciendo rincones discretos, asientos profundos frente a mesas bajas y camareros vestidos de etiqueta, con lapiceros de linterna que los convertían en otras tantas luciérnagas. Muchas chicas con vestido de noche de diversos colores estaban juntas, contemplando desde sus asientos a las pocas parejas que bailaban, o enfrascadas en animosa conversación. De cuando en cuando, una por una o en parejas, se unían a uno o más hombres en sus respectivas mesas, para compartir con ellos la risa, la charlar las bebidas y, después de un cuarto de hora, más o menos, retirarse con movimientos perfectamente calculados por la siempre vigilante mama-san y sus ayudantes. En aquel lugar, la mama-sen era una flexible y atractiva mujer de Shanghai de más de cincuenta años, bien vestida y discreta. Hablaba seis idiomas y era responsable ante el dueño por todas las chicas. De ella dependía el buen éxito o el fracaso del negocio. Las muchachas la obedecían a ciegas. Lo mismo hacían los encargados del orden y los camareros. Ella era el núcleo de las actividades, la reina en sus dominios, y como tal se le adulaba y servía dócilmente.

Era raro que un hombre se presentara allí con compañía femenina. Si lo hacía, no era motivo de ofensa, con tal que la propina fuera generosa y las bebidas continuas. Había docenas de lugares de placer como ése esparcidos por toda la Colonia. Unos cuantos eran privados, pero la mayoría estaban abiertos para servir sin distinción a toda clase de hombres: turistas, visitantes o gente local. Todos estaban bien provistos de compañeras de baile de todas las razas. Se les pagaba para que se sentaran a hacer compañía, a conversar o a reír con el cliente, o simplemente a escucharlo. Los precios eran variados, la calidad también, de acuerdo con el sitio

que se eligiera. El propósito era siempre el mismo: placer para el cliente, dinero para la casa.

Linc Bartlett y Orlanda se habían acercado todavía más el uno al otro. Más que bailar, lo que hacían era mecerse. Ella apoyaba con suavidad la cabeza en el pecho de él. Una de sus manos descansaba sobre el hombro del compañero, que tomaba la otra con la suya, sintiendo una frescura grata. Con el brazo que tenía libre, Linc casi la rodeaba, dejando que la mano descansara en la cintura de la chica.

Orlanda sentía el calor del cuerpo del hombre en sus propias caderas, y en forma casi inconsciente le acariciaba el cuello con la punta de los dedos, acomodándose más cerca de él, según el ritmo de la música. Los pies de ella seguían a los de él a la perfección, lo mismo que su cuerpo. En determinado momento sintió la excitación del varón en toda su intensidad.

¿Qué hago con él esta noche? —se preguntó soñadora, fascinada con aquella velada y con lo perfecto que había resultado. ¿Lo hago o no lo hago? ¡Oh, cuánto deseo...!

Su cuerpo parecía estar moviéndose por impulso propio, acercándose siempre más, arqueando la espalda y adelantando el vientre. Una ola de calor la recorrió.

El calor es excesivo —pensó, y haciendo un esfuerzo se retiró.

Bartlett sintió que lo dejaba. Mantuvo la mano en la cintura de la chica, oprimiéndole el cuerpo contra el suyo; sin sentir bajo la manó otra cosa que la suavidad de esa carne, sin el obstáculo de la ropa interior. ¡Qué extraño! Bajo aquella gasa fina no se sentía más que la carne suave... y más calor que forma humana. ¡Oh Señor!

—Sentémonos un momento —sugirió ella, con un nudo en la garganta.

—Cuando termine la pieza —susurró él.

—No. No, Linc. Siento las piernas débiles.

Haciendo un esfuerzo, Orlanda le puso las dos manos alrededor del cuello y dejó caer el cuerpo un poco hacia atrás, apoyándose en él, pero haciendo que él sostuviera parte de su peso. Su sonrisa era muy amplia.

—Es posible que me caiga. Tú no querrías que eso sucediera, ¿verdad?

—No puedes caer —dijo, devolviéndole la sonrisa—. No es

posible.

—Por favor…

—Tú tampoco querrías que yo cayera, ¿verdad? —rebatió él. Orlanda rió. Su risa conmovió a Linc profundamente. ¡Dios santo! —recapacitó—. ¡Detente, ella está llevándote a gran velocidad!

Bailaron un momento más, pero separados, y eso ayudó a Linc a refrescarse. Luego le dio vuelta, dejándola libre y siguiéndola de cerca hasta sentarse en su mesa, acomodados en el sofá, siempre conscientes de su recíproca cercanía. Sus piernas se tocaban.

—¿Lo mismo, señor? —preguntó el elegante mesero.

—Para mí, no, Linc —intervino Orlanda, deseosa de maldecir al sirviente por su impertinencia, puesto que sus vasos aún no estaban vacíos.

—¿Otra crema de menta? —sugirió Bartlett. —Para mí, ya no, de veras. Gracias. Tú tómala, si quieres.

El mesero desapareció. Bartlett habría preferido una cerveza, pero no quería tener ese olor en el aliento y, lo que era más, no quería arruinar la cena mejor de su vida. La pasta había estado maravillosa, la carne de ternera excelente y jugosa, con una salsa de limón y vino que acariciaba el paladar. La ensalada había sido perfecta. Luego *zabaglione*, preparado ante sus ojos: huevos, Marsala y la magia. Y en todo momento… el aspecto radiante de ella, el toque de su perfume…

—Esta ha sido la mejor noche que he tenido en muchos años —comentó.

Ella levantó el vaso con fingida solemnidad y repuso:

—Por que haya muchas otras como ésta.

Sí, muchas otras, pero después de casados, o por lo menos, después de formalizar nuestro compromiso. Eres demasiado impetuoso, Linc Bartlett, sintonizas demasiado con mi psique, eres demasiado fuerte.

—Me da gusto que la hayas gozado, Linc. Yo también. ¡Oh, sí, en qué forma!

Orlanda notó que los ojos de Linc se apartaban de ella, cuando una de las chicas anfitrionas les pasaba enfrente; Era encantadora. No tendría aún veinte años, y se incorporó a un grupo de bullangueros japoneses, hombres de negocios, junto con muchas otras chicas, sentándose en torno a una mesa de esquina. En el acto

otra muchacha se levantó, pidió disculpa y se retiró. Orlanda vio como observaba Linc toda aquella actividad.

En ese preciso momento, ella sintió que su mente era clara como el cristal.

—¿Todas ellas están disponibles? —preguntó él, sin reflexionar.

—¿Para la almohada?

El corazón le dio a él un vuelco, se volvió a mirar a Orlanda con toda su atención y ratificó:

—Sí. Supongo que eso fue lo que quise preguntar —su voz tenía un tono cauteloso.

—La respuesta es no .. y sí —la sonrisa de Orlanda era amable y su voz suave—. Es como la mayoría de las cosas en Asia, Linc. Nada es jamás un no o un sí en la realidad, sino siempre un quizá. Depende de la disponibilidad de una anfitriona. Depende del hombre, del dinero y de la cantidad que ella deba —la sonrisa de ella era ya traviesa—. Tal vez mi obligación sería señalarte la dirección correcta, pero te pondría en mal camino… porque fascinarías a todas las mujeres bonitas. ¡Cómo no, un hombre fuerte y robusto como tú! ¿No es cierto?

—¡Vamos, Orlanda! —dijo él riendo, ante el ligero acento coolie de la expresión final.

—Vi que te fijaste en ella —advirtió Orlanda—. No puedo culparte por eso. Es encantadora —al reconocerlo, sentía envidia de la chica, de su juventud… pero no de su género de vida.

—¿A qué te refieres cuando hablas de deudas?

—Cuando una chica viene a trabajar por vez primera, tiene que estar bonita. Los vestidos son caros, los peinados también. Las medias, el maquillaje… todo es caro. Por eso, la mama-san, la mujer que las cuida, o bien el dueño del club nocturno, les adelanta el dinero suficiente para que compren todo lo que necesitan. Por supuesto, al principio, todas ellas son jóvenes y frívolas, frescas como rosa de verano, por eso compran y compran… y luego tienen que pagar. La mayoría no tiene nada cuando empieza, excepto su persona… a menos que hayan sido anfitrionas en algún otro club y cuenten ya con admiradores. Las chicas cambian de clubes nocturnos, Linc, como es de suponer, una vez que están libres de deudas. Habrá casos en que un dueño esté dispuesto a pagar las deudas de alguna, para conquistársela, junto con sus admiradores…

Muchas chicas son muy populares y muy solicitadas.

Para una muchacha la paga puede ser buena, si sabe bailar, conversar y hablar en varios idiomas.

—Eso quiere decir que sus deudas son fuertes...

—Son perpetuas. Cuanto más tiempo andan en esto, tanto más difícil resulta ser bonita, y por lo mismo, tanto mayor es el precio que hay que pagar para lograrlo. El interés sobre el préstamo es del 20 por ciento, por lo menos. En los primeros meses, ella puede ganar mucho para pagar: Podrá ser mucho, pero nunca es suficiente —su gesto se hizo sombrío—. El interés se eleva, la deuda aumenta.

No todos los patronos son pacientes. Por eso, la chica tiene que buscar otras formas de allegarse dinero. A veces se ve obligada a pedirlo a los prestamistas, para pagar al empresario. Es inevitable que busque ayuda. Después, una noche la mama-son le señalará un hombre y dirá: "ése quiere comprarte", y...

—¿Qué quiere decir «comprarte»?

—¡Oh! Esa es costumbre de los clubs nocturnos de aquí. Todas las chicas tienen que estar presentes con puntualidad, digamos a las ocho, cuando se abre el club, muy aseadas y acicaladas. Deben permanecer aquí hasta la una de la tarde, si no quieren que se les imponga una multa. También se les impone si están ausentes, si llegan tarde, o si no están limpias y atractivas o si no agradan a los clientes. Si un hombre quiere llevar consigo a una chica, a cenar o a lo que sea (muchos las invitan sólo a cenar... algunos incluso invitan a un par de ellas, más que nada para impresionar a sus amigos), ese hombre "compra" la chica para que salga del club. Le paga a éste una cuota que depende del tiempo que falte para cerrar el negocio. Yo no sé qué parte de la cuota va a parar a manos de la muchacha; tengo la impresión de que es el 30 por ciento, pero todo lo que consiga afuera es suyo, a menos que la mama-san haga los arreglos antes de salir, pues en ese caso, el establecimiento recibe también determinada cantidad.

¿Siempre hay una cuota?

—Es cuestión de prestigio, Linc. En este lugar, que es uno de los mejores, comprar una chica para salir costaría unos 80 HK por hora, es decir, unos 16 dólares norteamericanos.

—No es mucho —dijo él con naturalidad.

—No es mucho para un millonario, querido mío, pero para

millares de gente de aquí, 80 HK es una cantidad que tiene que durarle a una familia toda la semana.

Bartlett no le quitaba los ojos de encima. Se hacía muchas preguntas sobre ella, la deseaba, estaba tan contento de no haber tenido que comprarla para salir. ¡Demonios! Eso habría sido terrible... Pero, ¿lo habría sido en realidad? —se preguntó—. Por lo menos, en esa forma todo sería cuestión de unos cuantos dólares, luego a la cama y adelante. ¿Es eso lo que quiero?

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—Estaba pensando qué vida tan infeliz tienen estas chicas.

—¡Oh! No es infeliz, no lo es en absoluto —protestó con una inocencia que lo conmovió—. Es probable que ésta sea la mejor época de su vida. Con toda seguridad es la primera vez que se ponen algo bonito, que se sienten aduladas y buscadas. ¿Qué otra clase de empleo puede conseguir una chica como éstas, que no tienen cultura alguna? Un trabajo de secretaria, si tienen suerte, o en una fábrica: de doce a catorce horas diarias, por un salario de 10 HK al día. Deberías ir a una, Linc, y ver las condiciones en que están. Yo podría llevarte, ¿me permites? Debes ver cómo trabaja la gente. Así podrás entender cómo somos aquí. Me encantaría servirte de guía. Ahora que piensas quedarte, debes conocerlo todo, Linc, experimentarlo todo. ¡Oh, no! Estas chicas se consideran afortunadas. Al menos durante una temporada corta de la vida la pasan bien, comen bien y ríen a placer.

—¿Sin lágrimas?

—Siempre hay lágrimas, pero ésas son un modo dé vivir para una muchacha.

—No para ti.

Ella suspiró y le puso la mano sobre el brazo.

—Yo también he tenido mi dosis. Pero tú me haces olvidar todas las lágrimas que he derramado.

Una explosión repentina de risas los hizo levantar la mirada. Los cuatro empresarios japoneses estaban abrazados a seis chicas, con la mesa llena de bebidas y otras más en camino. Orlanda comentó:

—¡Qué feliz soy al no tener que... servir a los japoneses! Bendigo a mi hado por eso. Pero son gente muy gastadora, Linc, mucho más que los otros turistas. Gastan incluso más que la gente de Shanghai, por eso consiguen siempre el mejor servicio, a pesar de que se les

odia y ellos lo saben¿ No parece preocuparles el que todo lo que gastan no les proporciona más que falsedades. Tal vez lo saben. Son astutos, muy astutos. No cabe duda que tienen una actitud muy diferente en cuanto a la almohada y a las mujeres de la noche, es una actitud diferente de la que tienen los demás pueblos —otra explosión de risa—. Los chinos los llaman *lang syin gou fei*, que en mandarín significa literalmente: corazón de lobo, pulmones de perros que quiere decir, hombres sin conciencia.

Bartlett frunció el ceño.

—Eso no tiene ningún sentido.

—¡Sí, cómo no! Ve cocinar a los chinos y observa que se comen todas las partes del pescado, de las aves de corral y de los demás animales, con excepción del corazón del lobo y de los pulmones del perro. Son las únicas dos cosas que no pueden sazonarse: siempre apestan, por más que se quiera darles sabor —volvió a mirar hacia la otra mesa y añadió—. Para los chinos, los hombres japoneses son *lang syin gou fei*. Así es también el dinero. El dinero tampoco tiene conciencia —esbozó una extrañá sonrisa y paladeó su licor v En esta época, muchas mama-san y muchos dueños están dispuestos a adelantar dinero a una chica que les ayude a aprender japonés. Para atender a la gente se necesita la comunicación, ¿no es verdad?

Otro corrillo de chicas pasó frente a ellos. Orlanda vio que se fijaban en Bartlett y luego en ella, un tanto pensativas, y después miraban en otra dirección. Sabía que sentían desprecio hacia ella, por ser una euroasiática y por estar en compañía de un *quai loh*. Se incorporaron a otro grupo de clientes. El club empezaba a llenarse.

—¿A cuál prefieres? —le preguntó Orlanda.

—¿Qué cosa?

Rió de buen grado ante su desconcierto, pero insistió: —¡Vamos, Linc Bartlett, vi muy bien cómo se te iban los ojos! ¿Es...?

—¡Basta, Orlanda! En este lugar es imposible dejar de ver —la incomodidad del tono de su voz era evidente.

—¡Claro, lo sé! Por eso lo propuse —contestó en el acto, forzando una sonrisa inmutable; sus reacciones eran muy rápidas, y le puso la mano sobre la rodilla—. Escogí este sitio para que fuera un festín para tus ojos.

Hizo una seña convencional con los dedos y en un instante tuvo a su lado al capitán de camareros, arrodillado en actitud cortés,

junto a su mesa baja.

—¡Présteme su lista! —dijo con imperio, en dialecto de Shanghai, casi enferma de temor, pero ocultándolo a la perfección.

Sin titubear, el hombre extrajo del bolsillo algo que parecía un programa de teatro. Luego Orlanda ordenó:

—Déjeme su lamparilla. Yo lo llamaré cuando lo necesite.

El hombre se alejó. En actitud de conspiración, Orlanda se acercó más a Bartlett. Sus piernas se tocaban. El le puso el brazo alrededor de los hombros. Ella iluminó el papel, había allí fotografías de veinte o treinta chicas. Al pie de cada foto habían varias columnas de caracteres chinos.

—No todas estas muchachas estarán aquí hoy por la noche —explicó—, pero si ves alguna que te guste, la mandamos llamar.

El la miró atónito y protestó:

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Linc. No tienes que preocuparte. Yo haré la negociación por ti, si te gusta después de verla y hablar con ella.

—No quiero a ninguna de ellas. Te quiero a ti...

—Sí. Sí, lo sé, mi amor y... pero por esta noche, haz el favor de tener paciencia. Vamos a hacer un pequeño juego. Déjame organizarte la noche.

—¡Dios santo! ¡Tú eres una amenaza!

—Y tú eres el hombre más maravilloso que yo he conocido, y quiero hacer tu noche perfecta. Hoy no puedo darme a ti, a pesar de lo mucho que lo deseo, por eso encontraremos una sustituta. ¿Qué te parece?

Bartlett no dejaba de contemplarla azorado. Terminó su bebida, sin encontrarle sabor. Una nueva apareció ante él como por arte de magia. Bebió medio vaso.

Orlanda sabía el riesgo que corría, pero sintió que de un modo o de otro, no haría más que acercárselo.

Si aceptaba, contraería una deuda de gratitud con ella por haberle proporcionado una noche excitante, una noche que ni Casey ni ninguna otra mujer *quai loh* le habría brindado en mil años. Si rehusaba la oferta, no dejaría de sentir gratitud por la generosidad de la amiga.

—Linc, aquí estamos en Asia. Aquí el sexo no es la algarabía anglosajona saturada de sentimientos de culpa, sino un placer que

se busca como una comida opípara o un magnífico vino. ¿Qué valor tiene para un hombre, para un verdadero hombre, una noche con una de estas chicas' de placer? Un momento de satisfacción. Un recuerdo. Nada más. ¿Qué tiene que ver eso con el amor, con el verdadero amor? Nada. Yo no soy para *una* noche. Yo no me alquilo. Pude sentir tu miembro... No, por favor, Linc —se apresuró a añadir, al ver que el retrocedía—. *Yang* y *yin* son cosas en las que no podemos mentir o decir falsedades. Eso nos destruiría. Yo te sentía a ti y eso me llenó de júbilo. ¿No me sentiste tú a mí? Tú eres fuerte, eres un hombre, *yang*, y yo soy una mujer, *yin*, y cuando la música es suave y... ¡Oh, Linc! —puso la mano sobre la de él y lo miró suplicante—. ¡Te lo ruego, no te esclavices a la necedad angloamericana! Estamos en Asia y yo... yo quiero ser para ti todo lo que puede ser una mujer.

—¡Jesucristo! ¿Lo dices con toda seriedad?

—Por supuesto. Te lo juro por la Virgen. Yo querría ser todo lo que tú pudieras desear en una mujer...

¡Todo! Y te juro también que cuando sea vieja o tú ya no me desees, yo te ayudaré a organizar esa parte de tu vida, para que sea gozosa, con toda franqueza, con libertad. Lo que yo pediría es ser *tai-tai*, ser parte de tu vida.

Le dio un beso ligero y pudo apreciar el cambio repentino que se obraba en él. Pudo ver el pasmo y su actitud indefensa y supo que había triunfado. Su regocijo casi la ahogaba. ¡Oh, Quillan, eres un genio! —quería gritar—. Nunca creí, hablo de creer en verdad, que tu sugerencia sería tan perfecta. Nunca creí que fueras tan sabio. ¡Oh, gracias, gracias!

Pero su expresión no revelaba nada de esos sentimientos. Esperaba con paciencia, impertérrita.

—¿Qué significa *tai-tai?* —preguntó él, con un nudo en la garganta.

—*Tai-tai* quiere decir "suprema de las supremas", esposa por una antigua costumbre china, la esposa en el hogar era suprema, todo poderosa—. Quiere decir ser parte de tu vida —completó con voz suave, porque todo su ser le gritaba, "¡precaución!"

Volvió a esperar en silencio. Bartlett se inclinó hacia ella e hizo que sintiera el toque de sus labios sobre los suyos. Pero aquel beso de él era distinto. Orlanda supo que desde ese momento su relación

estaría en un plano diferente. Su excitación subió de punto. Orlanda rompió el encanto del momento:

—Ahora, señor, Linc Bartlett —dijo como quien habla con un chico malcriado—, ¿a cuál de éstas eliges?

—A ti.

—Y yo te elijo a ti, pero por lo pronto tenemos que decidir a cuál de éstas te inclinas. Si ninguna te satisface, vamos a otro club —con toda deliberación mantuvo en su voz un tono de absoluta naturalidad. ¿Qué te parecería ésta?

La chica que proponía era encantadora, era la que él había observado con atención al pasar. Pero Orlanda ya había tomado una decisión contraria a ella y había optado por la que ella escogería. Sin embargo —pensó con satisfacción y plena seguridad de sí misma—, ¡el pobre chico tiene derecho a expresar su opinión! ¡Oh, yo voy a ser una esposa tan perfecta para ti! Luego explicó:

—Su relación dice que es Lily Tee... todas las muchachas tienen nombres de trabajo que ellas seleccionan. Tiene veinte años, viene de Shanghai. Habla el idioma de su ciudad natal y también el cantonés. Sus aficiones principales son bailar, navegar y —Orlanda hizo un esfuerzo para descifrar los minúsculos caracteres y pudo apreciar la curva encantadora del cuello de la chica— viajar. ¿Qué piensas de ella?

Los ojos de Linc se fijaron en Ta fotografía.

—Escúchame, Orlanda. Yo no he estado con una prostituta en años. Desde que salí del ejército. Nunca me he inclinado mucho a ellas.

—Lo entiendo sin ninguna dificultad y te doy toda la razón —respondió en tono paciente—. Pero éstas no son prostitutas, por lo menos no en el sentido norteamericano. No hay nada vulgar ni secreto en ellas ni en lo que yo te propongo. Estas son "damas de placer", que pueden ofrecerte su juventud, que tiene un gran valor, a cambio de un poco de tu dinero, que casi no tiene ninguno. Es un intercambio justo, algo dado y recibido con dignidad por ambas partes. Por ejemplo, tu debes saber de antemano cuánto ha de recibir ella y nunca debes entregarle el dinero directamente, sino ponérselo en el bolso de mano. Eso es importante, y es muy importante para mí que tu primer encuentro sea perfecto. Yo debo proteger también tu dignidad y...

—¡Vamos, Orlanda, por favor!

—Es que hablo en serio, Linc. Este elegir, este regalo que yo te hago no tiene nada que ver contigo y conmigo, nada. Lo que suceda entre nosotros será hado. Se trata sólo de que es importante para mí que tú disfrutes de la vida, que sepas lo que es Asia, lo que es en realidad, no lo que los norteamericanos creen que es. ¿Me harás el favor?

Bartlett andaba ya navegando a la deriva/Todas sus señales y guías bien comprobadas se habían hecho añicos y le resultaban inútiles contra aquella mujer que lo fascinaba y lo desconcertaba.

Estaba ebrio de su calor y de su ternura. Todo su ser creía en ella.

Pero de pronto recordó, y de su interior brotó un grito: "¡cuidado!" Toda su euforia se desvaneció.

Acababa de recordar a quién le había dicho que le encantaba la comida italiana: ¡a Gornt! Sí, a Gornt, hacía un par de días. Hablaba con él de la mejor comida que había tomado en su vida. Comida italiana con cerveza. ¡Dios santo! ¿Se habrán confabulado estos dos? ¡No puede ser! ¡Sencillamente no puede ser! Tal vez hablé también con ella de la misma comida. Pero... ¿hablé con ella?

Hurgó en su mente, pero no pudo recordar con exactitud. Su ser entero oscilaba, pero sus ojos no dejaban de contemplarla allí sentada, en espera, sonriéndole, amándolo. ¿Gornt y Orlanda? ¡No pueden estar coludidos en esto! ¡No es posible! Sin embargo, ten cuidado. Tú no sabes casi nada de ella, así que, ¡precaución, por amor de Dios! Estás en una red, la de ella. ¿Será también de Gornt?

Ponla a prueba —le sugería el demonio que él llevaba adentro —. Ponla a prueba. Si es sincera en lo que dice, se trata de algo inaudito, y si es un ser extraterrestre y tienes que tomar una decisión con respecto a ella... recuerda que no la tendrás más que en la forma que ella quiera.

Ponla a prueba, mientras tienes la oportunidad. No tienes nada que perder.

—¿Qué pasa? —preguntó Orlanda. sintiendo que se producía un cambio.

—Nada. Sólo pensaba en lo que has dicho, Orlanda. ¿Es hora de escoger?

55
11:35 p.m.

Suslev estaba tranquilo en la semioscuridad de su seguro refugio en el número 32 de Sinclair Towers.

Debido a su entrevista con Grey, había mudado a ese lugar la cita con Arthur.

Saboreaba su licor con las luces apagadas. En la pequeña mesa lateral tenía una botella de vodka con dos vasos, junto al teléfono. El corazón le palpitaba con fuerza. Era algo que le sucedía siempre que se preparaba para una reunión clandestina. ¿No me acostumbraré nunca a esto? —se preguntó—. No.

Esta noche estoy cansado, aunque todo ha salido a pedir de boca. Grey está ya programado. ¡Pobre necio! ¡Sus motivos son el odio, la envidia y los celos! El Centro debe prevenir mejor a la jefatura del Partido Comunista británico contra este sujeto. Sus tendencias lo hacen demasiado vulnerable. Luego tenemos a Travkin, que en otro tiempo fue un príncipe y ahora no es nada, y a Jacques deVille, impetuoso e incompetente... y todos los demás.

¡En fin, no hay que preocuparse! Todo marcha a las mil maravillas. Todo está preparado para mañana y para la llegada del hombre Sinders. Sintió un estremecimiento involuntario y se dijo: no me gustaría caer en sus garras. La gente de MI-6 es peligrosa: entregada a su tarea y fanática en contra nuestra, como la CIA, pero mucho peor. Si el plan de la CIA y MI-6, con el nombre clave Anubis, ideado para hacer una alianza entre Japón, China, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos, llega algún día a ser realidad, la madre Rusia se arruinará para siempre. ¡Ah, mi patria, mi patria/ Cuánto extraño a Georgia, tan hermosa, tan amable, tan verde...

Las canciones de su niñez, los cantos populares de Georgia le venían a la memoria y lo transportaban en el tiempo y en el espacio. Se enjugó una lágrima de emoción, al pensar en tanta belleza tan lejos de él. No hay que preocuparse, mi licencia no tardará en llegar y podré ir a casa. También mi hijo estará con licencia de Washington al mismo tiempo, con su joven esposa y su

bebé, que con tanto acierto quisieron que naciera en Estados Unidos. Para él no hay problema en cuanto a pasaporte. Será nuestra cuarta generación en servicio. Avanzamos.

La oscuridad le resultaba oprimente. A petición de Arthur, para mayor seguridad había abierto las cortinas y cerrado las ventanas, si bien en ese lugar no había posibilidad de ser vistos. El apartamento tenía clima artificial pero, también por razones de seguridad, se le había dicho que lo tuviera desconectado, lo mismo que las luces. Había sido una medida de prudencia salir del apartamento de los Finn antes que Grey, en caso de que hubiera habido algún cambio de planes y algún elemento de los Servicios Especiales estuviera siguiéndole la pista al miembro parlamentario. Crosse le había prometido que esa noche no habría ninguno detrás de él, pero que al día siguiente sí.

Había tomado un taxi y se había detenido en el Golden Ferry, para comprar algunos periódicos, fingiendo que andaba ebrio, dando traspiés, en caso de que alguien lo observara. De allí había ido a Rose Court y al departamento de Clinker.; Luego había bajado por el túnel, hasta llegar a Sinclair Towers. Frente a Rose Court estaba de guardia un hombre de los Servicios Especiales, pero no le importaba si permanecía allí o decidía retirarse.

El teléfono sonó. El timbre repentino le hizo dar un salto, a pesar de que su vibración estaba bien amortiguada. Tres llamadas, luego silencio. El corazón se le tranquilizó. Arthur llegaría en poco tiempo.

Palpó la automática que estaba detrás de uno de los cojines. Eran órdenes del Centro. Era una de las muchas órdenes que él desaprobaba. A Suslev no le gustaban las armas de fuego, las pistolas. Podían cometer errores; el. veneno nunca se equivocaba. Tocó con los dedos la minúscula ampolleta oculta en su solapa, suficientemente cercana a la boca para poder tomarla. ¿Qué se sentiría poder vivir *sin* tener tan cerca la muerte instantánea?

Hizo un esfuerzo deliberado por calmarse y concentrar sus sentidos como un radar, deseoso de sentir la presencia de Arthur antes que de hecho llegara al apartamento. ¿Qué puerta usaría, la de enfrente o la de atrás?

Desde donde él estaba sentado podía divisar ambas. Sus oídos escrutaban el ambiente, con la boca ligeramente abierta para

aumentar su sensibilidad. Se oyó el rechinar del ascensor. Fijó la mirada en la puerta de enfrente, pero el ruido metálico se interrumpió varios pisos abajo. Se mantuvo en espera. La puerta trasera se abrió antes que él pudiera percibir cosa alguna. La sangre se le heló en el interior, al no poder reconocer la silueta oscura. Por un momento se quedó paralizado. Luego la sombra enderezó un hombro y desapareció su leve inclinación.

—*¡Kristos!*—suspiró Suslev—. ¡Qué susto me has dado!

—Todo es parte del servicio, muchachito —las palabras suaves y bien acentuadas iban mezcladas con la seca, irregular y artificiosa tos—. ¿Estás solo?

—¡Por supuesto!

La sombra entró sin ruido en la sala. Suslev vio que la automática volvía a su lugar y respiró con alivio, dejando que sus músculos se relajaran. Se levantó y tendió la mano saludando amistosamente al recién llegado.

—Es la primera vez que llegas a tiempo.

Se estrecharon la mano. Jason Plumm no se quitó los guantes que llevaba puestos.

—Poco faltó para que no llegara —rectificó con voz normal y con una sonrisa muy superficial.

—¿Algo anda mal? —preguntó el ruso, interpretando el gesto—. Además, ¿a qué viene todo esto de «abrir cortinas y cerrar ventanas»?

—Creo que este sitio puede estar vigilado.

—¿Qué dijiste? —la inquietud de Suslev aumentó—. ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Dije que *creo* que puede estar, pero no tengo la certeza. Hemos pasado por mucho para convertir este lugar en un refugio seguro y no quiero que nada nos lo eche a perder —la voz del inglés, de elevada estatura adquirió un tono severo—. Escúchame, camarada, aquí se ha desatado el infierno. Los Servicios Especiales de Inteligencia han atrapado a un tipo llamado Metkin, de tu barco. El…

—¿Qué dijiste? —Suslev lo miró con supuesto asombro.

—¡Eso es imposible! —comentó tembloroso, con un gesto teatral perfecto que ocultaba bien el placer que le producía que Metkin hubiera caído en su trampa—. ¡Metkin nunca iría a recoger un

mensaje personalmente!

—A pesar de todo, está en manos de Servicios Especiales. Armstrong lo capturó a él y a un norteamericano del portaviones. Los sorprendieron en plena acción. ¿Sabe Metkin algo de Sevrin?

—No. Nada en absoluto.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ni siquiera yo lo sabía hasta hace apenas unos días, cuando el Centro me ordenó que me hiciera cargo de la misión de Voranski —la alteración de la verdad le resultó muy espontánea.

—¿Estás seguro? ¡Roger casi perdía los estribos! Se supone que Metkin es tu comisario político y un mayor del KGB. ¿Es eso cierto?

—Sí, pero es ridíc...

—¿Por qué demonios no nos dices tú o alguna otra persona que traen entre manos una operación, para que podamos estar preparados en caso de un desliz grave? Yo soy el jefe de Sevrin y ahora tú estás actuando aquí sin conectarte conmigo o sin advertirme de tus maniobras. Ese era un pacto que teníamos hecho. Voranski siempre nos avisaba con anticipación.

—Pero camarada —intervino Suslev en tono conciliador—, yo no sabía que hubiera planes para recoger algo. Metkin hace lo que quiere. El es el jefe, el hombre de más antigüedad en el barco. Yo no participo en todo... ¡Tú lo sabes! —Suslev logró que su actitud revelara a un tiempo su posición de disculpa y su indignación, pero conservando siempre oculto su disfraz de no ser el verdadero árbitro de Sevrin—. ¡No entiendo qué pudo habérsele metido a Metkin, para ir en persona a recoger nada! ¡Imbécil! ¡Debe haber enloquecido! Gracias a Dios que es un hombre de fidelidad absoluta al deber y su solapa está envenenada, así que no hay razón pa...

—Lo capturaron intacto.

Suslev se quedó atónito. Esta vez su conmoción fue auténtica. Esperaba que Metkin hubiera muerto hacía ya varias horas. —¿Estás seguro?

—Lo capturaron intacto. Les dijo su verdadero nombre, su rango, su número de serie, y en este momento va ya en un transporte de la RAF, bajo severa vigilancia, rumbo a Londres.

La mente de Suslev se quedó en blanco un momento. Con deliberada astucia había designado a Metkin para que remplazara al agente que debía haber recibido el mensaje. Durante varios meses

había estado sintiendo que el hombre lo criticaba cada vez más, se entremetía en sus asuntos y, por lo mismo, le resultaba peligroso. Tres veces el último año había interceptado informes privados al Centro, redactados por su lugarteniente, criticando la mano blanda con que gobernaba su barco y desempeñaba su cargo, así como su relación con Ginny Fu. Suslev estaba seguro de que Metkin le preparaba alguna trampa, que quizá incluso trataba de garantizarse su jubilación en Crimea (un lugar de privilegio), haciendo una buena jugada, como podría ser insinuar al Centro que sospechaba que hubiese algún soplón en niveles de alta seguridad del *Ivanov*, y que no podía ser más que Suslev.

El capitán se estremeció. Ni Metkin, ni el Centro, ni ninguno de los demás habría necesitado prueba alguna. La sola sospecha lo habría sentenciado.

—¿Es indiscutible que Metkin está vivo? —preguntó, reflexionando en este nuevo problema.

—Sí. Y tú, ¿tienes absoluta seguridad de que él no sabe nada de Sevrin?

—Sí. Sí. Te lo he dicho ya —la voz de Suslev se hizo cortante—. ¿Tú eres el único que conoce a todos los miembros de Sevrin, eh? Ni siquiera Crosse sabe de todos ellos, ¿verdad?

—No.

Plumm se dirigió al frigorífico y sacó la botella de agua. Suslev se sirvió un vodka, feliz de ver que Sevrin tenía tantas válvulas importantes de seguridad dentro de la organización: Plumm que no sabía que Roger Crosse fuera por otro lado informador del KGB... Crosse, el único que conocía la verdadera posición de Suslev en Asia, y sin embargo, ni él ni Plumm tenían noticia de que su relación con deVille se remontara a tantos años atrás... Ninguno de los demás miembros conocía a los demás... y ninguno de ellos tenía noticia de Banastasio y los rifles, ni de las dimensiones reales de la intervención soviética en el Lejano Oriente.

Unas ruedas dentro de otras y éstas dentro de otras más, y ahora una de las ruedas defectuosa, Metkin, desaparecido para siempre. Había sido tan fácil dorarle la píldora de que la adquisición sin riesgos del informe sobre el armamento del portaviones era garantía segura de ascenso para el agente que la realizara...

—Me sorprende que lo hayan atrapado vivo —dijo con auténtica

sinceridad.

—Roger me contó que habían sujetado al pobre insecto y lo tenían con una llave al cuello, antes que pudiera poner los dientes en su solapa.

—¿Le encontraron pruebas de alguna especie?

—Roger no lo ha dicho. Tuvo que actuar con tanta prisa... Pensamos que lo mejor era sacar a Metkin de Hong Kong tan pronto como fuera posible. Nos aterraba que pudiera saber de nosotros, teniendo un rango tan elevado. Será más fácil que traten con él en Londres —la voz de Plum tenía un tono grave.

—Crosse eliminará a Metkin.

—Tal vez —todavía con una sensación de incomodidad, Plumm tomó más agua.

—¿Cómo logró Servicios Especiales enterarse de que iba a hacerse esa entrega? —preguntó Suslev, deseoso de saber qué información tenía Plumm—. Debe de haber algún traidor en mi barco.

—No. Roger dijo que la noticia le había llegado por un informador que MI-6 tiene a bordo del portaviones. Ni siquiera la CIA tenía conocimiento.

—*¡Kristos!* ¿Por qué diablos tenía que ser Roger tan eficiente?

—Fue Armstrong. Servicios Especiales tiene métodos de verificación y equilibrio internos. En fin, ¡mientras Metkin no sepa nada, no se ha hecho ningún daño!

Suslev sintió que el inglés lo escudriñaba. Procuró mantener su aspecto cándido. Plumm no era ningún tonto. Era un hombre fuerte, artero, despiadado, protegido y favorito de Philby.

—Estoy seguro de que Metkin no sabe nada que pueda perjudicarnos —insistió Suslev—. Sin embargo, hay que advertir de esto al Centro en el acto. Ellos pueden hacerse cargo de la situación.

—Lo he hecho ya. Les pedí ayuda de Prioridad Uno.

—Muy bien —aprobó Suslev—. Lo has hecho muy bien, camarada. Tanto tú como Crosse. Ganar a Crosse para la causa fue un golpe brillante. Debo felicitarte de nuevo por eso.

El cumplido era muy sincero. Roger Crosse era un profesional, no un aficionado como el hombre que tenía delante y los demás de Sevrin.

—Tal vez yo lo conseguía a él, tal vez él me consiguió a mí. A

veces no estoy tan seguro —comentó Plumm pensativo—. Tampoco lo estoy con respecto a ti, camarada. A Voranski yo lo conocía. Habíamos hecho negocios durante años. Pero tú... tú eres una cantidad nueva, todavía no medida.

—Sí. Debe ser difícil para ti.

—No pareces muy alterado con la pérdida de tu superior.

—No lo estoy. Debo confesar que no. Metkin tuvo que estar loco para ponerse en semejante peligro.

Ese fue un proceder completamente opuesto a las órdenes que tenemos. Para serte sincero... Creo que ha habido derrame de información de seguridad del *Ivanov*. Metkin era el único miembro de mucho tiempo de la tripulación, además de Voranski, que tenía acceso a tierra firma. Se le consideraba irreprochable, pero nunca se sabe. Tal vez cometió otros errores... por ejemplo, una lengua suelta en un bar, ¿no crees?

—¡Qué Dios nos proteja de los idiotas y de los traidores! ¿Dónde consiguió AMG su información?

—No lo sabemos. En cuanto lo descubramos, taparemos de inmediato el agujero.

—¿Vas a ser tú el sustituto permanente de Voranski?

—No lo sé. No se me ha dicho.

—No me gustan los cambios. Son peligrosos. ¿Quién lo mató?

—Pregúntale a Crosse. Yo también quiero saberlo —Suslev devolvió a Plumm la mirada y pudo notar que asentía con la cabeza, satisfecho; entonces le preguntó—. ¿Qué hay de Sinders y los documentos de AMG?

—Roger se ha encargado de todo. No tienes que preocuparte. Está seguro de que podremos verlos.

Mañana tendrás tu copia —Plumm volvió a escrutarlo con la mirada—. ¿Qué sucederá si nuestros nombres están en esos informes?

—¡Es imposible! Dunross lo habría dicho a Roger en el acto... o a alguno de sus amigos en la policía, probablemente a Chop Suey Kwok —comentó Suslev con desprecio—. Y si no a él, al gobernador.

Por ley natural, habría llegado la noticia a Roger. Todos ustedes están a salvo.

—Tal vez sí... Tal vez no —Plumm se dirigió a la ventana y

contempló el cielo encapotado—. Nunca hay seguridad de nada. Ahí tienes a Jacques. Se ha convertido en un riesgo. Nunca será tai-pan.

Suslev dejó que se le dibujara en el rostro un gesto de desaprobación y luego, como si hubiese sido una idea repentina, dijo:

—¿Por qué no encaminarlo fuera de Hong Kong? Sugiérele que pida que lo manden, por ejemplo… a Struan de Canadá. Podría valerse de su reciente tragedia como excusa. En Canadá estará en un rincón apartado y podría morir allá, en el servicio, ¿qué te parece?

—Muy buena idea. Sí, eso debe de ser fácil. Tiene muchos buenos contactos allá, que podrían ser útiles —Plumm asintió con un movimiento de cabeza—. Seré mucho más feliz después que hayamos leído esos documentos, y mucho más cuando tú averigües cómo demonios se enteró AMG de nosotros.

—Descubrió a Sevrin, no a ti. Escúchame, camarada. Te aseguro que estás a salvo para continuar tu labor de importancia vital. Por favor sigue haciendo todo lo que puedas para fomentar la crisis bancada y el derrumbe del Mercado de Valores.

—No hay por qué preocuparse. Todos nosotros queremos que eso suceda.

El teléfono volvió a la vida. Los dos se quedaron contemplándolo. No sonó más que una vez. La clave *peligro* hizo eco en su mente. Aterrado, Suslev se apoderó de la pistola oculta, recordando que sus huellas digitales estaban impresas en ella, mientras se escurría por la cocina hacia la puerta posterior, con Plumm en zaga, muy cerca de él. Abrió de golpe la puerta y dejó salir a Plumm por delante hasta el descanso de la escalera. En ese momento se oyeron pasos que se acercaban, y un golpe en la puerta principal, que se sostuvo, pero se sacudió un poco. Suslev cerró en silencio la puerta posterior, asegurándola con una barra. Otro golpe. El se asomó por una rendija. Uno más y el cerrojo voló en pedazos. Por un instante, Suslev alcanzó a ver las siluetas de cuatro hombres, con la luz del pasillo atrás, luego se dio a la fuga. Plumm había bajado ya las escaleras y lo cubría desde el siguiente descanso, con la automática en la mano. Suslev bajó los peldaños de tres en tres, dejándolo atrás hasta el siguiente descanso, y se dio vuelta para cubrirlo a su vez. Arriba de ellos, la puerta posterior se sacudía,

provocándoles náusea. En silencio, Plumm pasó corriendo junto a Suslev y de nuevo lo cubrió en el descenso, desde el descanso siguiente. Luego apartó un enrejado de madera que disimulaba una puerta falsa. Esta bifurcaba el pasillo que llevaba a la verdadera. Pudieron oír el ruido creciente de pasos acelerados que se les acercaban, procedentes de abajo. Se oyó otro asalto fuerte contra la puerta posterior del apartamento, arriba de ellos. Suslev montó guardia mientras Plumm se escurría por el agujero, adentrándose en la oscuridad del pasillo.

Luego lo siguió, dejando cerrada la puerta falsa. Plumm ya tenía la lámpara de mano que los aguardaba en un gancho sujeto a la pared. Los pasos acelerados se acercaban cada vez más. Con suma cautela, Plumm señaló el camino hacia abajo. Ambos avanzaban bien y en silencio. Junto a ellos, por el pasaje principal se oyeron los pasos y un ruido de voces confusas. Los dos hombres se detuvieron un instante, tratando de oír lo que decían. Pero el sonido era demasiado vago y amortiguado, y ni siquiera pudieron decir si hablaban en inglés o en chino.

Plumm volvió a darse la vuelta y siguió bajando. Suslev lo seguía. Iban de prisa, pero con mucha precaución, para evitar cualquier ruido innecesario: No tardaron en llegar a la salida secreta. Sin titubear, los dos hombres levantaron el pedazo de piso falso y bajaron a la fría humedad de la alcantarilla. Una vez que estuvieron allí, sanos y salvos, hicieron alto para respirar. El corazón les latía con fuerza, por lo inesperado de aquella desagradable sorpresa.

Cuando pudo hablar, Suslev preguntó:

—¿El Kuomintang?

Plumm se limitó a encogerse de hombros. Se enjugó el sudor de la frente. Un auto rugió encima de ellos. Proyectó la luz hacia el techo que goteaba. Tenía muchas grietas, y otra avalancha de piedras y fango se precipitó por la calle. El piso estaba inundado con quince centímetros de agua que les cubría los zapatos.

—Lo mejor será que nos separemos, viejo amigo —dijo Plumm, con voz suave; Suslev notó que, a pesar de estar sudando, su voz era absolutamente serena y la linterna que sostenía en la mano no temblaba un ápice—. Pediré a Roger que se ocupe de esto, sea lo que fuere, sin dilación. Un maldito fastidio.

A Suslev empezaba a tranquilizársele el corazón, pero todavía le resultaba difícil hablar. Al fin preguntó:

—¿Dónde nos encontraremos mañana?

—Te lo diré después —la expresión en el rostro del inglés era severa—. Primero Voranski, luego Metkin y ahora esto. Son demasiadas fugas de información —levantó un pulgar y comentó—. Estuvimos muy cerca. Tal vez tu Metkin sabía más de lo que tú piensas.

—No. Te aseguro que no sabía nada de Sevrin. Nada. Tampoco sabía del apartamento, ni de Clinker, ni nada de esto. Los únicos que estábamos enterados de todo éramos Voranski y yo. No hay fuga de información por nuestro lado.

—Espero que tengas razón —comentó Plumm en tono sombrío —. Ya lo averiguaremos. Roger lo indagará, de un modo o de otro... algún día y .. ¡qué Dios proteja al traidor!

—Muy bien. Eso quiero yo también.

Después de una pausa, Plumm dijo:

Llámame cada media hora desde distintas casetas telefónicas, a partir de las 7:30 de la noche, mañana.

—De acuerdo. Si por alguna razón hay un problema, estaré en casa de Ginny de las once en adelante.

Una última cosa. Si no conseguimos ver los papeles de AMG, ¿qué opinas de Dunross?

—Su memoria es increíble.

—Entonces, ¿lo aislamos para un interrogatorio químico?

—¿Por qué no?

—Muy bien, *tovarich*. Me encargaré de los preparativos.

—No. Nosotros lo secuestraremos y lo entregaremos. ¿En el *Ivanov?*

Suslev asintió con la cabeza y le comunicó la sugerencia de Metkin, de echar la culpa a los licántropos, sin decir que era idea de él. —¿Qué opinas?

Plumm sonrió de buena gana. —¡Es inteligente! Te veré mañana.

Entregó a Suslev la linterna de mano y sacó una de lapicero. Se dio la vuelta y siguió el curso de la atarjea, siempre con los pies bajo el agua. Suslev lo observó hasta que se dio la vuelta y desapareció.

El nunca había seguido el conducto por debajo. Plumm le había

dicho que no lo hiciera, que era peligroso y estaba expuesto a derrumbes de rocas.

Respiró profundamente, una vez que sintió que se había sobrepuesto al miedo. Otro vehículo rugió sobre su cabeza. Tal vez sea un camión —pensó, sin darle importancia—. Más fango y un pedazo de concreto cayeron al agua, salpicándolo y sorprendiéndolo. Suslev esperó. Luego emprendió su camino con todo cuidado, pendiente arriba. Otra minúscula avalancha. De pronto, Suslev se dio cuenta de que aborrecía el tubo subterráneo. Le producía una sensación de inseguridad y de que se hallaba en peligro constante.

56
11:59 p.m.

Dunross contemplaba el casco triste del incendiado *Floating Dragon*, que yacía sobre un costado, seis metros bajo el agua de Aberdeen. Los demás palacios gastronómicos de muchos pisos, que flotaban en las cercanías, seguían resplandecientes con su colorida iluminación, jubilosos y jaraneros, llenos a toda su capacidad, con sus nuevas cocinas temporales improvisadas a toda prisa en barcazas que flotaban al lado de la nave principal, con sus calderos humeantes y el fuego debajo de ellos, y con un ejército de cocineros y ayudantes, que hacían pensar en un panal de abejas. Los camareros iban y venían apresurados, subiendo, y bajando pasarelas improvisadas, con bandejas y platillos en la mano.

Cerca de ellos flotaban los champanes. Grupos de turistas contemplaban el espectáculo, la gente de Hong Kong seguía viendo atónita la bahía: aquel casco de la nave se había convertido en una gran atracción.

Parte de la sobreestructura del casco formaba un relieve sobre la superficie del agua. Equipos de salvamento se ocupaban ya de lo que había quedado de la embarcación, a la luz de grandes reflectores, tratando de sacar a flote lo que pudiera aprovecharse de ella. En el espacio de muelle que le correspondía y en su estacionamiento, se habían puesto techos provisionales y cocinas. Diligentes vendedores ofrecían fotos del incendio, recuerdos, alimentos de mil especies. Un inmenso anuncio iluminado, en chino y en inglés, proclamaba con orgullo que el nuevo RESTAURANTE FLOTANTE, EL ÚNICO TOTALMENTE MODERNO, *A PRUEBA DE FUEGO, EL FLOATING DRAGON*, pronto estaría en servicio, más grande que nunca, mejor que nunca... mientras tanto, se invitaba a que los visitantes probaran los platillos de sus famosos jefes de cocina. El negocio seguía siendo el mismo de siempre, con la única diferencia de que, durante un tiempo, el restaurante estaría en tierra, en yez de hallarse en el mar.

Dunross caminó a lo largo del muelle hacia una de las escaleras

que daban al mar. En las cercanías había verdaderos racimos de champanes, grandes y pequeños. La mayoría estaban disponibles para alquilarse. Cada pequeña nave contaba con un bote de remos cortos, un hombre, una mujer o un chico de cualquier edad, y con una lona en arco, que cubría la mitad de la embarcación, protegiéndola del sol, de la lluvia y de los ojos indiscretos. Algunos champanes estaban mejor hechos. Eran las barcas de placer nocturno. Dentro de ellas había almohadas para recostarse y mesas bajas. Las mejor provistas eran lujosas, tenían espacio de. sobra para que dos personas comieran, cenaran y luego se acostaran juntas. El único botero ocupaba un lugar discreto, que no era parte de la cabina. Podía alquilarse uno por una. hora o toda la noche. La navecilla se dedicaría a flotar perezosa por los canales más alejados. Otros champanes estaban provistos de toda clase de bebidas y alimentos, con platillos frescos, que se servían recién salidos de la lumbre y preparados con toda elegancia, mientras el caballero con su dama podía disfrutar de la noche en la intimidad más respetable.

También podía alguien pasear a solas, si lo deseaba. Luego, más afuera, cerca de una de las extensas islas dé barcas, esos champanes se encontraban con los de las "damas de la noche". El cliente podía escoger, hacer arreglos y luego dejarse llevar por las aguas. En la bahía, podía satisfacerse cualquier antojo, calmar cualquier sed y darse cualquier gusto a un precio muy moderado, a un precio que era justo para toda clase de clientes... si podían pagarlo y eran hombres. Opio, cocaína, heroína, lo que uno quisiera.

A veces la comida era mala, o la chica de placer desagradable, pero eso era sólo cuestión de hado, un lamentable error, no deliberado. A veces uno podía perder la billetera, pero se necesitaba una persona demasiado simple para ir a pasearse en medio de una pobreza tan flagrante, haciendo alarde de riqueza.

Dunross sonrió, al,ver a un turista corpulento acomodarse con movimientos nerviosos en una embarcación, ayudado por una chica vestida de *chong-sam*. Estás en buenas manos —pensó, disfrutando mucho de la agitación y el tumulto de negocios que lo rodeaba, gente que compraba, gente que vendía, y una y otra tratando de convenir en un buen precio. Sí—se dijo a sí mismo— los chinos son los verdaderos capitalistas del mundo.

¿Qué sucederá con Tiptop y la petición de Johnjohn? ¿Qué

pasará con Lando Mata y Tightfist y Par-Con? ¿Y con Gornt? Y, ¿qué haré con lo de AMG, Riko Anjin, Sinders y... ?

¡No pienses en eso ahora! ¡Haz acopio de todas tus energías! Four Fingers Wu no te ha mandado llamar para hablar del clima

Pasó las primeras escaleras que bajaban al mar y siguió caminando a lo largo del muelle hasta las principales. La luz del alumbrado público proyectaba sombras muy acentuadas. En el acto, los champanes de esa zona empezaron a agitarse, buscando una buena posición, sus dueños comenzaron a hacerle invitaciones, a llamarlo. Cuando llegó a la cima de la escalera, la conmoción cesó.

—¡Tai-pan!

Una barca de placer bien equipada, con banderín de flor de loto de plata en la popa, se abrió paso directamente hacia donde él estaba. EL botero era un nombre de baja estatura, regordete, con muchos dientes de oro. Llevaba unos pantalones caqui andrajosos y una sudadera.

Dunross le silbó, al reconocer al hijo mayor de Four Fingers Wu, *el loh-pan*, el jefe de la flota de embarcaciones de placer de Wu. ¡Con razón los demás juncos le cedían el paso! —pensó, impresionado por el hecho de que fuera Goldtooth Wu quien venía a recibirlo en persona—. Entró a la embarcación, con agilidad y saludó al dueño. Goldtooth se alejó del lugar, remando con rapidez.

—Acomódese a su gusto, tai-pan —dijo Goldtooth en perfecto inglés de acento británico. Tenía un grado de Bachiller en Ciencias de la Universidad de Londres y había deseado quedarse en Inglaterra, pero Four Fingers le había ordenado qué regresara a casa. Era un hombre amable, de pocas palabras, cordial, grato a Dunross.

—Gracias.

Sobre uña mesa lacada había té recién hecho, whisky y vasos; además, uno botella de brandy y agua también embotellada. Dunross miró a su alrededor con atención. La cabina era flamante, adornada con luces pequeñas, muy limpia, de buen gustó y decorada sin escatimar gastos. Una radio pequeña tocaba buena música. Esta debe ser la nave capitana de Goldtooth —pensó, disfrutando de los detalles, pero manteniéndose en guardia.

No tenía necesidad de preguntar adónde lo llevaba el capitán de la embarcación. Se sirvió un poco de brandy y lo suavizó con soda.

No había hielo. En Asia él nunca usaba hielo.

—¡Dios santo! —musitó de repente.

Le vino a la memoria lo que había dicho Peter Marlowe, acerca de la posibilidad de hepatitis infecciosa. Cincuenta o sesenta personas tienen esa amenaza suspendida sobre sus cabezas, sépanlo o no. Gornt es uno de ellos. Sí, pero ese animal tiene la robustez de un buey. El muy canalla no ha tenido ni siquiera signos de diarrea. ¿Qué haré con él? ¿Cuál podría ser una solución permanente?

En la cabina la temperatura se sentía fresca y agradable. El lugar estaba semiabierto a la brisa. La bóveda del cielo lucía oscura. Un junco enorme pasó al lado de ellos. Su motor rugía por el esfuerzo.

Dunross se reclinó, tomando una postura confortable, saboreando las tensiones que sentía y previendo el ambiente de su entrevista. El corazón le palpitaba con firme serenidad. Paladeó el brandy. Se dejó mecer por las aguas. Su actitud era de paciencia.

Un costado del champán se rozó con otro. Dunross agudizó el oído. Unos pies descalzos entraron a bordo. Fueron dos pares: uno avanzaba con agilidad, el otro no.

—¡Halloa, tai-pan! —saludó Four Fingers con una sonrisa que ponía de manifiesto su boca sin dientes; bajando la cabeza, entró bajo la cubierta de lona y se sentó—. ¿Usted bien hoy? —preguntó en un inglés detestable.

—Muy bien, ¿y usted?

Dunross no podía dejar de mirarlo atónito, aunque tratando siempre de ocultar su sorpresa. Four Fingers Wu iba vestido con un magnífico traje, llevaba una camisa blanca impecable y una corbata de llamativos colores. Además tenía calcetines y zapatos. La última vez que Dunross lo había visto vestido en esa forma había sido la noche del incendio del *Floating Dragon* y antes de ésa, la única ocasión que él recordaba había sido años antes, para la suntuosa boda de Shitee T'Chung.

Se aproximaron otros pies. Con cierta dificultad, llegó Paul Choy y se sentó.

—'ñas noches, señor. Soy Paul Choy.

—¿Está usted bien? —le preguntó, al sentir que el muchacho se hallaba muy incómodo y temeroso.

—Sí, claro. Gracias, señor. Dunross frunció el ceño y comentó:

—Bueno, este es un placer —lo dejó pasar—. ¿Está trabajando

ahora para su tío?

En realidad él sabía todo lo relacionado con Paul Choy, pero guardaba todas las apariencias, tal como habían convenido él y Four Fingers, aunque estaba muy impresionado con el joven. Había oído hablar de su operación en el Mercado de Valores, a través de su viejo amigo Soorjani.

—No, señor. Trabajo con Rothwell-Gornt. Empecé hace apenas un par de días. Ahora estoy aquí para servir de intérprete… si usted me necesita.

Se dio la vuelta hacia su padre y le explicó lo que habían dicho. Four Fingers asintió con un movimiento de cabeza. Luego ofreció: —¿Blandy?

—Está magnífico, gracias —contestó Dunross, levantando el vaso—. Es bueno, ¿sabe? —continuó en inglés, esperando a que el anciano comenzara a hablar en haklo.

Esas precauciones eran asunto de dignidad, y la presencia de Paul Choy multiplicó por mil la cautela latente con que Dunross estaba comportándose.

El viejo marino charló de cosas sin importancia durante un buen rato, mientras tomaba buenos tragos de whisky. A Paul Choy no se le ofreció un vaso, ni él osó tomarlo. Estaba sentado en la sombra, escuchando, asustado, sin saber qué podía esperar. Su padre le había exigido secreto perpetuo con juramentos de sangre que ponían los pelos de punta.

Al fin, Wu dejó de tener al tai-pan en espera y empezó a hablar en haklo.

—Nuestras familias han sido amigas durante muchos años, viejas amigas —hablaba despacio y con cuidado, sabedor de que el haklo de Dunross no era perfecto— muchos, muchos años.

—Sí. Wu del Mar y Struan son como hermanos —ratificó el tai-pan, con sumo cuidado.

Four Fingers gruñó:

—El presente es como el pasado y el pasado como el presente, ¿sí?

—Old Blind Tung dice que pasado y presente son lo mismo, ¿sí?

—¿Qué significa el nombre Wu Kwok para el tai-pan de la Casa Noble?

Dunross sintió que el estómago le daba un vuelco.

—El su bisabuelo, ¿sí? Su ilustre antepasado. Hijo y almirante en jefe del aún más ilustre guerrero y señor del mar Wu Frang Choi, cuyo emblema, la flor de loto de plata ondeó sobre los cuatro mares...

—¡Ese, precisamente! —Four Fingers se inclinó, acercándose; la cautela de Dunross aumentó al doble—. ¿Cuál fue el nexo entre el Demonio Ojiverde... entre el primer tai-pan de la Casa Noble y el insigne Wu Kwok?

—Se conocieron en el mar. Se encontraron en el estuario del río Pearl, frente a Wh...

—Fue cerca de aquí, frente a Pok Liu Chau, entre Pok Liu Chau y Apli-chau —los ojos del viejo no eran más que dos fisuras en la cara.

—Después se encontraron frente a Hong Kong. El tai-pan subió a bordo de la nave capitana de Wu Kwok. Iba solo y —Dunross buscó con cuidado la palabra adecuada—... y negoció un... un pacto con él.

—¿Se escribió en papel ese pacto y se le puso estampilla?

—¡No!

—¿Se respetó ese pacto?

—Es un gesto inmundo de mala educación hacer semejante pregunta a un viejo amigo, ¡cuándo el otro viejo amigo conoce muy bien la respuesta!

Paul Choy tuvo un estremecimiento involuntario por el repentino veneno y la fuerza incisiva de las palabras. Ninguno de los dos interlocutores le prestó atención.

—Cierto, cierto, tai-pan —contestó el viejo, tan impertérrito como Dunross—. Sí. El pacto fue respetado, aunque deformado. Una parte fue deformada. ¿Usted conoce el pacto?

—No. En absoluto —dijo Dunross con toda verdad—. ¿Por qué?

—El pacto era que en cada uno de sus veinte clípers, nosotros pondríamos uno de nuestros hombres para que se entrenara como capitán... Mi abuelo fue uno de ellos. Además, el Demonio Oji-verde aceptó encargarse de tres de los hijos varones de Wu Kwok y mandarlos a su país para que se prepararan como demonios extranjeros en las mejores escuelas, en todo como sus propios hijos. Además, el tai-...

Dunross abrió los ojos con asombro.

—¿Qué cosa? ¿Quién? ¿Quiénes son esos muchachos? ¿Qué llegaron a ser?

Four Fingers Wu se limitó a sonreír torciendo la boca. Luego prosiguió:

—Además, el Demonio Ojiverde convino en conseguir para el ilustre Wu Frang Choi un buque clíper de los demonios extranjeros, armado, equipado y hermoso. Wu Fang Choi pagó por la nave, pero el tai-pan hizo los arreglos y la llamó su *Lotus Cloud.* Sin embargo, cuando Culum el Débil la entregó, casi dos años después, el inmundo almirante en jefe de ustedes, Stride Orlov, el Jorobado, salió del este como asesino en la noche y dio muerte a nuestro barco y a Wu Kwok con él.

Dunross tomó un sorbo de su brandy, en espera... externamente tranquilo, pero por dentro su cerebro era presa de una conmoción. ¿Quiénes podrían ser esos muchachos? ¿Sería realmente todo eso parte del convenio? En el diario o en el testamento de Dirk no se encuentra nada sobre los hijos de Wu Kwok. Nada. Quién...

—¿Sí?

—Estoy enterado de *Lotus Cloud*. Sí. Y de los hombres, los capitanes. Creo que eran diecinueve, no veinte clípers. Pero no sé nada de los tres muchachos. En cuanto a *Lotus Cloud*, ¿prometió mi antepasado no luchar contra barco después de haberlo entregado?

—No. ¡Oh, no, tai-pan! No. El no prometió eso. El Demonio Ojiverde era astuto, muy astuto. Y, ¿la muerte de Wu Kwok? ¡El hado!

Todos tenemos que morir. El hado. No. Demonio Ojiverde cumplió su parte del pacto. Culum el Débil cumplió con el pacto también. ¿Usted cumplirá con su pacto? —Four Fingers Wu abrió el puño. Allí estaba la media moneda.

Dunross la tomó con cuidado. El corazón quería salírsele. Lo observaban como víboras, los dos, pudo sentir la fuerza de su mirada. Los dedos le temblaron en un grado imperceptible. Era como las otras medias monedas que se hallaban todavía en la Biblia de Dirk, en la caja de seguridad de la Gran Casa, dos todavía pendientes, dos desaparecidas, ya redimidas. Wu Kwok era una de ellas; luchando para dominar el temblor de los dedos, devolvió la moneda. Wu la tomó, sin importarle que la mano le temblara.

—Tal vez auténtica —comentó Dunross, su voz sonaba extraña

—. Debo comprobar. ¿Dónde encontrada?

—¡Es genuina! ¡Por supuesto lo es, qué diablos! ¿Usted la reconoce como genuina?

—No. ¿Dónde encontrada?

Four Fingers encendió un cigarrillo y tosió. Carraspeó y escupió. —¿Cuántas monedas había al principio? ¿Cuántas dio el ilustre mandarín Jin-qua al Demonio Ojiverde?

—Yo no seguro.

—Cuatro.

Eran cuatro.

—¡Ah! Una a su ilustre antepasado, Wu Kwok, pagada y cumplida. ¿Por qué daría a él dos el gran Jin-qua? No posible… Así que ésta, robada. ¿A quién?

La cara del viejo enrojeció, y Dunross se preguntó si habría ido demasiado lejos.

—Robada o no —espetó el viejo—, usted otorga el favor, ¿sí? —Dunross se quedó viéndolo; él insistió—. ¿Sí? ¿O es qué el rostro del Demonio Ojiverde no es ya el rostro de la Casa Noble?

—¿Dónde encontrada?

Wu clavó en él la mirada. Aplastó el cigarrillo en la alfombra.

—¿Por qué habría convenido el Demonio Ojiverde en cuatro monedas? ¿Por qué? Y, ¿por qué juraría por sus dioses que él y sus herederos cumplirían su palabra? ¿Eh?

—Por algún otro favor.

—¡Ah, tai-pan, sí! Por un favor. ¿Sabe cuál favor? Dunross lo miró azorado.

—El honorable Jin-qua prestó a el tai-pan, mi tatarabuelo, cuarenta talegas de plata.

—Cuarenta talegas… cuatro millones de dólares. Hace ciento veinte años —el viejo se limitó a suspirar; la ranura de sus ojos se hizo aún más imperceptible; Paul Choy estaba inmóvil, sin aliento —. ¿Se pidió un papel por la operación? ¿Un pagaré con la estampilla de su ilustre antepasado puesta sobre la estampilla de la Casa Noble? —No.

—Cuarenta talegas de plata… Ningún papel, ninguna estampilla, ¡sólo la palabra! El pacto no era más que un convenio entre viejos amigos… No estampilla, sólo fe en la palabra, ¿sí?

—Sí.

La mano sin pulgar del viejo volvió a abrirse en un movimiento repentino, para sostener la moneda frente a los ojos de Dunross.

—Una moneda, otorga favor. Quienquiera que lo pida. Yo lo pido.

Dunross suspiró. Al fin, después de una pausa, rompió el silencio.

—Primero yo juntar mitad con mitad. Después estar seguro metal de esta, mismo metal de aquélla. Luego usted dice favor.

Se acercó a recoger la moneda, pero el puño se cerró con la misma rapidez. Four Fingers Wu retiró la mano y levantó su único pulgar haciendo seña a Paul Choy.

—¡Explícale! —le dijo.

—Perdone, tai-pan —dijo Paul Choy en inglés.

El se sentía muy molesto, detestaba la estrechez de la cabina y las diabólicas corrientes que estaban atravesándola. Todo porque hacía doce décadas, un pirata había hecho una promesa a otro, y ambos no eran más que asesinos cortacabezas —pensó; pero comenzó a explicar.

—Mi tío quiere que le explique cómo quiere hacer esto —trató de mantener su voz sin inflexiones—. Desde luego entiende que usted tenga reservas al respecto y quiera estar seguro en un mil por ciento. Al mismo tiempo, no quiere renunciar a la posesión en este preciso momento. Cuando esté seguro, de un modo o de otro, prom...

—¿Usted quiere decirme que él no se fía de mí?

Paul Choy se estremeció al sentir la agresividad de las palabras del tai-pan.

—¡Oh, no, señor! —se apresuró a responder, y tradujo lo que Dunross había dicho.

—Claro que confío en usted —dijo Wu, siempre con la sonrisa torcida—, pero ¿usted confía en mí?

—Oh sí, viejo amigo, confío mucho en usted. Deme moneda. Si auténtica yo, tai-pan de la Casa Noble daré favor que usted pida... si posible.

—¡Cualquier cosa que se pida, es lo que se otorga! —estalló el viejo marino.

—Si posible. Sí; si moneda auténtica, yo hago favor. Si no auténtica, devuelvo moneda. Terminado.

—No terminado —Wu hizo seña con la mano a Paul Choy—. ¡Tú termina, pronto!

—Mi… mi tío propone el siguiente compromiso. Usted se lleva esto —el joven sacó una pequeña plancha de cera de abeja con tres impresiones separadas de la media moneda—. Usted podrá hacer coincidir la otra mitad con éstas, señor. Los bordes son suficientemente precisos para darle seguridad, casi absoluta. Ese sería un primer paso. Si usted queda razonablemente satisfecho, el siguiente paso es que vayamos juntos con un aquilatador del gobierno o con el encargado de un museo y le pidamos que pruebe las dos monedas en nuestra presencia. Así los dos lo sabrán al mismo tiempo —Paul Choy estaba bañado en sudor—. Es lo que dice mi tío…

—Uno de los dos podría sobornar con facilidad al aquilatador.

—Desde luego, pero antes de verlo ponemos juntas las dos mitades. Nosotros reconoceríamos la nuestra y usted la suya… pero él no sabría distinguirlas, ¿qué opina?

—Sigo creyendo que podría sobornársele.

—Desde luego. Pero si se hace esto mañana… y Wu Sang le da su palabra y usted le da la suya de no hacer arreglo previo, los resultados serán buenos —el muchacho se enjugó el sudor y comentó—. ¡Dios santo, este ambiente es asfixiante!

Dunross reflexionó un momento. Luego volvió la mirada fría hacia Four Fingers.

—Ayer yo pedí favor. Usted dijo no.

—Ese favor fue diferente, tai-pan —replicó en el acto el viejo, mostrando la lengua como una víbora—. Eso no es lo mismo que apelar a una antigua promesa para tratar de cobrar una vieja deuda.

—¿Preguntó a sus amigos acerca de mi petición? ¿Eh?

Wu encendió otro cigarrillo. Su voz se volvió cortante.

—Sí. Mis amigos están preocupados por la situación de la Casa Noble.

—Si no Casa Noble, no noble favor, ¿sí?

El silencio se hizo oprimente. Dunross vio los ojos astutos saltar de Paul Choy a él. Sabía que estaba en la trampa de la moneda. Tendría que pagar. Si era auténtica, tendría que redimirla, aunque hubiera sido robada. Pero, robada… ¿a quién? —se preguntaba a gritos mentalmente—. ¿Quién de este lugar habría tenido una? Dirk

Struan nunca había sabido a quienes se habían entregado las otras. En su testamento había escrito que sospechaba que una había ido a parar a su amante May-may, pero no parecía haber motivo para que Jin-qua hiciera semejante donativo. Si la hubiese dado a May-may —razonaba Dunross—, habría pasado a Shitee T'Chung, que a la sazón era el jefe de la línea T'Cjiung, la línea de May-may. Tal vez se la habían robado a él.

¿A quién más en Hong Kong?

Si el tai-pan o la bruja, la Hag, no pudieron responder esa pregunta, yo tampoco. ¡No hay nexo familiar que se remonte a Jin-qua!

En medio de aquel ominoso silencio, Dunross observaba y esperaba, una gota de sudor cayó de la barbilla de Paul Choy, cuando se volvió a mirar a su padre y luego la mesa de nuevo. Dunross sintió el odio y eso le pareció interesante. Luego vio que Wu concentraba en Paul Choy una mirada extraña.

En ese instante, su mente dio un salto adelante.

—Yo soy el árbitro de Hong Kong —dijo en inglés—. Apóyenme y en una semana podrán lograrse ingentes ganancias.

—¿Ah,sí?

Dunross había estado observando a Paul Choy. Pudo ver que levantaba la vista con asombro.

—Por favor, traduzca, señor Choy —le pidió.

El joven obedeció. Dunross suspiró, satisfecho. Paul Choy no había traducido la frase "yo soy el árbitro de Hong Kong".

Otro silencio. Dunross se tranquilizó, sintiéndose más a gusto al ver que los dos hombres habían mordido el anzuelo.

—Tai-pan, mi sugerencia sobre la moneda, ¿está de acuerdo? —le preguntó el viejo.

—Acerca de mi petición, mi petición de apoyo monetario, ¿usted está de acuerdo?

Wu contestó iracundo:

—Las dos cosas no están mezcladas, como lluvia en medio de una inmunda tormenta. ¿Sí o no, en lo de la moneda?

—De acuerdo en lo de la moneda, pero no mañana. La siguiente semana. El quinto día.

—Mañana.

Paul Choy intervino con todo cuidado.

—Honorable tío. Tal vez tú podrías preguntar mañana otra vez a tus amigos. Mañana por la mañana.

Tal vez ellos podrían ayudar al tai-pan —sus ojos sagaces se volvieron a Dunross y dijo en inglés—... Mañana es viernes... ¿Qué le parecería el lunes a las cuatro de la tarde para lo de la moneda?

Repitió la frase en haklo.

—¿Por qué esa hora? —preguntó Wu en tono agresivo.

—El mercado del dinero de los demonios extranjeros cierra a la hora tercera de la tarde, honorable tío.

Para esa hora la Casa Noble será noble o dejará de serlo...

—Siempre seremos la Casa Noble, señor Choy —corrigió Dunross cortésmente en inglés, impresionado por la habilidad del joven, y por su sagacidad para dar un sesgo favorable al asunto.

Estoy de acuerdo.

—¿Qué hay?

Cuando Paul Choy acabó de explicar al viejo el diálogo, éste dijo refunfuñando:

—Primero veré; como están las corrientes Cielo-Tierra, para saber si el día trae buenos presagios. Si los trae, estoy de acuerdo —sacudió el pulgar a Paul Choy y ordenó— Sube a la otra barca.

Paul Choy obedeció.

—Gracias, tai-pan. Buenas noches.

—Lo veré pronto, señor Choy —replicó Dunross, con la esperanza de verlo al día siguiente.

Cuando se quedaron solos, el viejo dijo en voz suave:

—Gracias, viejo amigo. Pronto haremos negocios más estrechos.

—Recuerda, viejo amigo, lo que dijeron mis antepasados —advirtió Dunross en tono de presagio—. Recuerda que tanto el Demonio Ojiverde como la bruja Dientes de Dragón lanzaron una gran maldición y mal de ojo contra los polvos blancos y los que obtienen ganancias de ellos.

El viejo marino gruñón, con su elegante atuendo, se encogió de hombros en un gesto nervioso.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo? Yo no sé nada de polvos blancos. ¡Qué a todos los polvos blancos se los lleve el demonio! Yo no sé nada de ellos.

Luego se marchó.

Con mano temblorosa, Dunross se sirvió un vaso abundante de

licor. Sintió que el champán se ponía de nuevo en movimiento bajo el impulso de los remos. Extrajo las impresiones en cera. Apuesto mil contra uno a que la moneda es auténtica. ¡Santo Dios! ¿Qué me pedirá este demonio? ¡Drogas!

¡Apuesto a que tiene algo que ver con ellas! La leyenda de la maldición y el mal de ojo fue invento mío... No es parte del pacto de Dirk en absoluto. Aun así, no me prestaré a nada con drogas.

Pero no dejaba de sentirse incómodo. Podía leer la escritura de Dirk Struan en la Biblia, el documento que él mismo había firmado y suscrito, en el que convenía, ante Dios «en otorgar a cualquier que presentare una media moneda, cualquier cosa que pidiere, si está en manos del tai-pan proporcionarla...»

Sus oídos percibieron una presencia extraña, antes que le llegara ningún sonido. Otra barca rozó la suya con suavidad. Se oyeron pasos. El se puso en actitud de alerta, al no saber de qué índole podría ser el peligro.

La chica era joven, hermosa y alegre.

—Me llamo Snow Jade, tai-pan, tengo dieciocho años, ¡soy el obsequio personal del honorable Wu Sang para esta noche!

Hablaba un cantonés melodioso, vestía un pulcro *Chong-sam*, lucía un magnífico par de piernas envueltas en elegantes medias y zapatos de tacón alto. Sonrió, haciendo gala de sus encantadores dientes blancos.

—El honorable Wu Sang pensó que usted tendría necesidad de alimento.

—¿Eso dijo? —musitó él, tratando de concentrarse.

La chica rió de buen grado y tomó asiento. Luego añadió: —Sí, eso dijo, y a mi también me gustaría su comida... ¡Estoy muriéndome de hambre! ¿Usted no? El honorable Goldtooth ha ordenado uno o dos bocadillos como aperitivo: camarones semifritos con vainas de guisantes, carne deshebrada en salsa negra de frijol, unos pastelillos de fruta bien fritos estilo Shanghai, verdura semifrita sazonada con col Szechuan y pollo Ch'iang Pao fuerte —la cara de la chica se iluminó al añadir—. ¡El postre soy yo!

VI

VIERNES

57
12:35 a.m.

Con ánimo iracundo, el banquero Kwang oprimía el timbre de la puerta una y otra vez. Esta se abrió al fin y Venus Poon chilló en cantonés:

—¿Cómo te atreves a venir a esta hora de la noche sin invitación?

Tenía la barbilla levantada en actitud desafiante, mientras se mantenía de pie, con una mano en la puerta y la otra apoyada en la cadera. El vestido de noche que tenía puesto, con un escote muy amplio, era una verdadera provocación.

—¡Cállate, ramera, boquita melosa! —le gritó el banquero Kwang, empujándola para abrirse paso y entrar al apartamento—. ¿Quién te paga la renta? ¿Quién te compró todo este mobiliario? ¿Quién pagó por ese vestido? ¿Por qué no estás lista para acostarte? ¿Qui... ?

—*¡Calla la boca!* —el grito de ella era penetrante y ahogó los de él con facilidad—. Tú *pagabas* la renta, pero hoy es el día que se vence y, ¿dónde está? *¿Eheheheh?*

—¡Aquí! —sacó con violencia un cheque del bolsillo y se lo agitó bajo la nariz—. ¿Acaso olvido yo mis inmundas promesas? *¡No!* ¿Por ventura olvidas tú las malditas tuyas? *¡Sííí!*

Venus Poon parpadeó. Su furor desapareció, la cara le cambió, su voz sonó dulce como miel.

—¡Oh! ¿Mi padre lo recordaba? ¡Oh! A mi me dijeron que habías abandonado a tu pobre hija solitaria y vuelto a las prostitutas de Blore Street.

—¡Mentiras! —rugió el banquero Kwang, sintiendo que iba a darle un ataque, aunque era la verdad—. ¿Por qué no estás vestida para la cama? ¿Por qué traes pues...?

—Es que... recibí tres llamadas de distintas personas, que me dijeron que habías estado aquí esta tarde a las 4:15... ¡Oh, qué terrible es la gente! —gimió con voz cantarina, sabedora de que había estado, aunque era sólo para presentarle al banquero Ching,

al que trataba de pedir dinero prestado—. ¡Oh, mi pobre padre! ¡Qué temible es la gente!

Mientras hablaba en tono conciliador, se le acercó. De pronto, su mano hizo un movimiento hábil y le arrebató el cheque, antes que él pudiera retirarlo. Su voz seguía siendo dulce.

—¡Oh, gracias, padre! Del fondo de mi corazón .. *¡oh ko!*

Pero la mirada se alteró, su voz se endureció y los chillidos volvieron a llenar el recinto.

—¡El cheque no está firmado, tú, viejo inmundo, carne de perro! ¡Es otro de tus trucos de banquero! ¡Oh oh oh! Creo que me suicidaré frente al umbral de tu casa… no… ¡mejor lo haré frente a la cámara de televisión, diciéndole a todo Hong Kong cómo tú… oh, oh, oh!

Su *amah* estaba ya en la sala, haciéndole eco en sus gemidos y maullidos; ambas juntas hundían al banquero en su torrente de invectivas, desafíos y acusaciones.

En su impotencia, él se dedicó a devolverles las maldiciones, pero eso no hizo más que poner más volumen a sus gritos. Sostuvo su postura un momento y luego, derrotado, con un gesto magnánimo sacó una pluma, le arrebató el cheque y lo firmó. El estruendo cesó. Venus Poon lo tomó, lo examinó con cuidado; con mucho cuidado. Luego lo hizo desaparecer en su bolso de mano.

—¡Oh, gracias, honorable padre! —dijo en tono sumiso y en forma repentina se volvió contra su *amah*—. ¿Cómo te atreves tú a intervenir en una discusión entre el amor de mi vida y tu ama, tú, montón de carne de perro podrida? ¡Todo es culpa tuya por andar divulgando mentiras crueles sobre la infidelidad de mi padre! ¡Lárgate! ¡Ve a traer té y comida! Mi padre necesita brandy… ¡Ve a traer un brandy, de prisa!

La anciana fingió doblegarse ante el supuesto furor del ama y se alejó, haciendo creer que lloraba a lágrima viva. Venus Poon se dedicó a prodigar caricias a Kwang. Sus manos se deslizaban con suavidad sobre el cuello del banquero.

Al final, bajo aquella magia, él dejó que le ablandaran el humor y lo ayudaran a beber, mientras no cesaba un momento de gruñir contra su mal hado y la forma en que sus amigos, sus subordinados, sus aliados y sus deudores lo habían abandonado en forma tan perversa, después que él, en todo el imperio del Ho-Pak, se había

consumido los dedos hasta los tendones y los pies hasta la carne viva, preocupado por el bien de todos ellos.

—¡Oh, pobrecito! —dijo Venus Poon, queriendo aliviarlo.

Sin embargo, mientras sus dedos se movían con ternura y destreza, su mente iba de un lado a otro, pues no tenía más que una media hora escasa para llegar a su cita con Four Fingers Wu. Aunque sabía que era prudente hacerlo esperar, no quería que la espera fuese excesiva, por temor a que sus ímpetus no fueran a apagarse. En su último encuentro, había logrado excitarlo tanto, que él le había prometido un diamante si repetía la faena.

—Te la garantizo amo —había dicho casi sin aliento, con la piel empapada de sudor, después de dos horas de esfuerzo concentrado, y sintiendo que flotaba en el aire por la inmensidad de la explosión del viejo, que al fin se había producido.

Entornó los ojos al recordar los esfuerzos prodigiosos de Four Fingers Wu, su tamaño, compenetración e indiscutible técnica. ¡Ah, sí! —pensó, mientras daba masaje en el cuello a su antiguo amante —. Voy a necesitar hasta el último tael de energía y la última gota de jugo que pueda exprimirle a mi *yin*, para domeñar el *yang* de ese viejo estruendoso y maldito.

—¿Cómo está tu cuello, amor querido? —le dijo con mimo.

—Mejor, mejor —contestó él de mala gana.

La cabeza se le había despejado y podía comprobar que los dedos de la chica eran tan hábiles como su boca y sus- genitales incomparables.

Tiró de ella hasta obligarla a sentársele en las rodillas, y con absoluta confianza deslizó la. mano por debajo del amplio escote del vestido de noche, de seda negra, que le había comprado la semana anterior. Se dio gusto acariciándole los senos. Cuando vio que ella no oponía resistencia, le bajó uno de los tirantes y alabó el tamaño, la sensación, el sabor y la forma del todo. El calor de la chica lo reavivó y empezó a sentirse excitado. Sin tardanza, su otra mano se deslizó en busca del *yin*. Pero antes que él se diera cuenta, ella se le había escurrido y estaba ya protestando:

—¡Oh, no, padre! El honorable Rojo está visitándome, y aunque yo deseo mucho...

—¿Qué?—preguntó el banquero Kwang en tono de sospecha—. ¿El honorable Rojo? El honorable Rojo no debe venir hasta pasado

mañana.

—¡Oh, no! Llegó con la tempestad de...

—¿Qué? ¡No debe llegar hasta pasado mañana, lo sé! Vi mi calendario y me cercioré de eso antes de venir... ¿Soy acaso un necio? ¿Por ventura voy a querer pescar el tigre en un torrente? Esta noche tendremos una larga cita amorosa... de toda la noche. ¿Por qué otra razón se supone que yo estoy ahora en Formosa? Tú nunca te adelantas y nun...

—¡Oh, no! Fue esta mañana... La conmoción del incendio y la impresión peor aún de que tú me habías abandonado hici...

—¡Ven acá, ramerita!

—¡Oh, no, padre...! El honorable Ro...

Antes que ella pudiera evitarlo, él ya la había atrapado, vuelto a sentar sobre sus rodillas, y empezaba a levantarle el vestido. Pero Venus Poon era una experta estratega en esa clase de arte bélico, y campeona de los combates a cien "rounds", a pesar de que no tenía más que diecinueve años. No le presentó resistencia, sino que hizo presión contra él con más fuerza, se retorció un poco y le puso una mano encima, acariciándolo y susurrando con dulzura:

—¡Oh, padre! Es muy mal hado interrumpir al honorable Rojo. Aunque yo deseo mucho tu inmensidad dentro de mí, los dos sabemos que hay otras maneras de lograr que el *yin* haga cosquillas al vórtice vital.

—Pero primero quiero...

—¿Primero? ¿Primero? —satisfecha de sí misma, sintió cómo él iba fortaleciéndose y comentó—. ¡Oh, qué fuerte eres! Es fácil ver por qué todas las malvadas boquitas de ramera quieren a mi viejo padre... ¡Ah, sí! ¡Un hombre tan fuerte, tan violento, tan maravilloso!

Con toda destreza, puso al descubierto el miembro. Con mucha habilidad lo dominó y lo dejó anhelante.

—¡La cama, amor querido! —gruñó él— Primero un brandy, luego un poco de sueño y después...

—¡Exactamente! Pero no aquí, ¡oh, no! —dijo con firmeza, ayudándolo a levantarse.

—¿Cómo? Pero se supone que yo estoy en Form...

—Sí, por eso es mejor que vayas a tu club.

—Pero yo...

—¡Oh, pero tú has agotado a tu pobre hija!

Fingió debilidad, mientras lo ayudaba a acicalarse y lo acompañaba a la puerta, sin que él se diera en realidad cuenta de lo que estaba sucediendo. Luego lo besó con pasión, le juró amor eterno, le prometió verlo al día siguiente y cerró la puerta.

Tembloroso, Richard se quedó un momento contemplando la puerta. Las piernas le flaqueaban, sentía la piel pegajosa por el sudor, tenía deseos de dar golpes y exigir que se le dejara descansar en la cama por la que él había pagado. Pero no lo hizo. No tenía fuerzas. Dando traspiés llegó al ascensor.

Al ir bajando, de pronto se llenó de alegría, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo. El cheque que le había dado era sólo por un mes. Ella había olvidado que el mes anterior él había prometido aumentarle la cantidad en 500 dólares mensuales. ¡Aaayyy, boquita maravillosa! —se dijo, ahogando la risa—. ¡Después de todo, el *yang* superó en astucia al yin! ¡Ah, qué magnífica derrota te he infligido esta noche y oh, esas nubes y esa lluvia! Hoy ha sido en verdad la noche de la pequeña muerte y del gran nacimiento; y por cierto barata, al doble del precio de una renta mensual, ¡incluso con el aumento!

Venus Poon terminó de cepillarse los dientes y empezó a reparar los daños de su maquillaje. Desde el espejo del baño pudo ver a su *aman* y le gritó imperiosa:

—¡Ah Poo, dame mi impermeable, el negro viejo, y pide por teléfono un taxi…! ¡Date prisa, o te pellizcaré las dos mejillas!

La anciana se precipitó a obedecer, feliz de que su ama estuviera de mejor humor.

—Ya he pedido el taxi —repuso—. Estará frente a la entrada lateral, tan pronto como mi madre llegue. Pero será mejor que des al padre unos minutos, en caso de que sospeche algo.

—¡Bah! ¡Ese pobre caparazón de tortuga ahora es bueno para nada! Lo único para lo que tiene fuerzas es para derribarse en el asiento de su automóvil y llegar a su club.

Venus Poon se dio los últimos toques en los labios y se sonrió complacida, llena de admiración hacia sí misma.

Ahora, ¡en busca del diamante! —pensó con excitación.

* * *

—¿Cuándo volveré a verte, "Paw'll" —preguntó Lily Su.

—Pronto, la semana entrante. Havergill terminó de vestirse y de mala gana recogió su impermeable. El cuarto en que se hallaban era pequeño pero limpio y agradable, y tenía un baño con agua caliente y fría a toda hora, que la administración del hotel había mandado instalar en forma secreta, a un precio muy alto, con la ayuda clandestina de algunos expertos del departamento de aguas. El banquero del Victoria añadió:

—Yo te llamaré, como de costumbre.

—¿Por qué triste, Paw'll?

Se dio vuelta y la miró de frente. No le había dicho que pronto tendría que dejar a Hong Kong. Desde la cama, la chica le devolvió la mirada. Su piel era reluciente y llena de juventud. Había sido su amiga íntima durante casi cuatro meses, aunque no exclusiva, puesto que él no le pagaba ni la renta ni los gastos. Era una de las anfitrionas en el salón de baile Happy Hostess, que era su lugar de encuentro nocturno favorito, del lado de Kowloon. El dueño del lugar, One Eye Pok, había sido durante mucho tiempo un viejo cliente del banco muy apreciado, y la *mama-san* era una mujer astuta que estimaba a Havergill como cliente. A través de los años, éste había tenido muchas amigas de Happy Hostess. La mayoría habían sido sus íntimas durante unas horas, algunas durante un mes, muy pocas habían durado algo más, y en quince años no había tenido más que una mala experiencia: una chica había tratado de hacerle chantaje. El había recurrido en el acto a *mama-san*. Esa misma noche había salido la chica del establecimiento. Ni ella ni su triada patrocinadora habían vuelto a dar señales de vida. —¿Por qué triste, eh?

Porque voy a dejar a Hong Kong muy pronto —quería decirle—. Porque quiero una exclusividad que no puedo tener, que no debo... que no me atrevo a tener...! y que nunca había deseado tener hasta ahora! ¡Santo Dios de los Cielos, cómo te deseo!

—No triste, Lily, sólo cansado —le dijo tranquilizándola—. Te llamaré pronto, ¿sí?

—Sí, sí. Estaré esperando.

Su convenio con ella era sencillo: una llamada telefónica. Si no podía hablarle directamente, llamaba a la mama-san. Esa noche acudía al salón de baile, solo o con amigos. El y Lily bailaban unas

cuantas piezas por razones de prestigio, tomaban unas copas y luego ella salía. Después de media hora, él pagaba la cuenta y acudía al cuarto del hotel... todo había sido pagado por adelantado. No caminaban juntos a su sitio de reunión privado y exclusivo, porque ella no quería que los vecinos o la gente la viera en la calle, del brazo de un demonio extranjero. Sería desastroso para .la buena fama de una chica que la vieran sola, acompañada de un bárbaro en público. Además, fuera del lugar de su trabajo. Cualquier chica en edad de acostarse con un hombre sería juzgada en el acto como prostituta de ínfima calidad, como ramera de un demonio extranjero y despreciada como tal. Se haría escarnio manifiesto de ella y su valor disminuiría.

Havergill lo sabía. No le molestaba que así fuera. En Hong Kong era una circunstancia de la vida.

—*Doh jeh* (gracias) —le dijo, sintiendo por ella gran amor, deseando quedarse... o llevársela con él—. *Doh jeh* —repitió, y salió del cuarto.

Una vez sola, se dejó abrumar por un bostezo que esa noche había estado asediándola demasiadas veces. Se tendió boca arriba en la cama y se estiró con voluptuosidad. Ese lecho no era muy mullido, pero sí mil veces superior al catre del cuarto que alquilaba en Tai-ping Shang.

Un suave golpe en la puerta.

—Honorable dama...

—¿Ah Chun?

—Sí.

La puerta se abrió y la anciana entró con pasos cortos. Traía un juego de toallas limpias.

—¿Cuánto tiempo se quedará aquí? —le preguntó.

Lily Su titubeó. La costumbre era que el cliente en ese lugar de paso pagara por el cuarto para toda la noche. También por costumbre, si el cuarto se desocupaba antes, la administración devolvía a la chica parte del alquiler.

—Toda la noche —respondió al fin.

Quería disfrutar del lujo, y no sabía cuándo volvería a tener esa oportunidad. Tal vez ese cliente perdería su banco y todo lo que tenía antes de la semana siguiente.

—El hado —dijo luego—. Por favor prepárame el baño.

Refunfuñando, la anciana hizo lo que se le ordenaba y se retiró. Lily Su volvió a bostezar, mientras oía con satisfacción el ruido del agua. Ella también estaba cansada. El día había sido agotador. Esa noche, su cliente había conversado más que de costumbre, mientras ella descansaba recargada en él, procurando dormir, sin escucharlo y sin entender más que una que otra palabra, aunque muy contenta de que él pudiera desahogarse. Por su larga experiencia, ella sabía que ése era un alivio, sobre todo para un viejo bárbaro. ¡Qué extraño! —pensaba—. Todo ese trabajo, y ruido y lágrimas y dinero, para no lograr más que mayor dolor, tener más de qué hablar y más lágrimas que derramar. "Que no te importe si su *yang* es débil, si hablan, murmuran o musitan su lenguaje de horribles sonidos, o si lloran en tus brazos. Los bárbaros hacen eso —le había explicado su *mama-san*. Cierra los oídos y cierra las narices al olor del demonio extranjero y al olor de hombre viejo, y ayúdale a éste a disfrutar un momento de placer. Es 'gente' de Hong Kong, un viejo amigo. Además, paga bien y pronto, y te sacará de deudas sin tardanza. Por otro lado, es de prestigio tener semejante padrino de almohada. Así que, sé entusiasta, pretende que lo encuentras muy viril y dale, valor por su dinero".

Lily Su sabía que daba valor por el dinero que recibía. Sí, mi hado es muy bueno y ¡oh! tanto mejor que el de mi pobre hermana y su patrocinador. ¡Pobre de Fragrant Flower y del Hijo Número Uno de la Noble Casa de Chen, qué tragedia! ¡Qué crueldad!

Se estremeció... ¡Oh, esos terribles licántropos! ¡Terrible que le cortaran la oreja, terrible que lo asesinaran y amenazaran a todo Hong Kong y terrible para mi pobre hermana mayor verse aplastada hasta morir por esos apestosos pescadores podridos, carne de perro, de Aberdeen! ¡Qué hado!

Apenas aquella mañana había visto un periódico en el que se había publicado una carta de amor de John Chen, y la había reconocido en el acto. Durante semanas se habían reído de ella Lily Su y Fragrant Flower. Habían reído de esa carta y de otras dos que Fragrant Flower le había dado a guardar a ella, para mayor seguridad. "Un hombre tan curioso, casi sin miembro viril y casi siempre sin erección alguna —le. había comentado su hermana mayor—. Me paga sólo por acostarme junto a él, por besarnos, a veces por bailar desnudos y siempre por prometerle que diré a todo

el mundo cuán fuerte es. ¡Ah, sí, me da dinero como agua! ¡Durante once semanas he sido «su verdadero amor»! Si esto dura otras once semanas, tal vez tendré un apartamento mío y totalmente pagado ...

Esa tarde, con una sensación de temor, había ido con su padre a la estación de policía de East Aberdeen, a identificar el cuerpo. No habían dicho nada en el sentido de que supieran quién era su patrocinador. Con gran sabiduría, su padre le había aconsejado que mantuviera el secreto. "Con toda seguridad, la Casa Noble de Chen preferirá que eso se mantenga en reserva. También su prestigio va de por medio... y el buen nombre del nuevo heredero... cualquiera que sea su nombre... el joven ése con nombre de demonio extranjero. En un día o dos, yo llamaré a su casa para ver qué piensa.

Debemos esperar un poco. Después de las novedades de hoy relativas a lo que los licántropos han hecho al Hijo Número Uno, ningún padre querría negociar.

Sí, mi padre es listo —pensó—. No por nada sus compañeros de trabajó lo llaman Nine Carat Chu.

Gracias a todos los dioses que yo tengo las otras dos cartas.

Después de identificar el cadáver de su hermana, habían llenado formas con sus verdaderos nombres y el verdadero nombre de la familia Chu, para reclamar el dinero de la chica: 40360 HK, a nombre de Wisteria Su, y 3,000 HK, a nombre de Fragrant Flower Tak. Todo ese dinero había sido ganado fuera del salón de baile Good Luck. Pero el sargento de la policía había sido inflexible:

«Lo siento, pero ahora que sabemos su verdadero nombre, tenemos que proclamarlo, para que todos sus acreedores puedan hacer reclamaciones contra sus bienes».

Incluso una generosa oferta del 25 por ciento del dinero, pagadero en ese instante, no había podido vencer sus ásperos modales. En consecuencia, ella y su padre se habían marchado.

¡Ese repugnante esclavo demonio extranjero, carne de perro! —pensó Lily Su con indignación. No quedará nada después que el salón de baile cobre todas las deudas de mi hermana. ¡Nada! ¡Oh, no!

Pero... ¡no importa! —se dijo, mientras yacía sumergida en el agua tibia, con inenarrable satisfacción: ¡No importa! El secreto de las cartas valdrá una fortuna para la Noble Familia Chen.

Y la Noble Familia Chen tiene más billetes rojos que los pelos de un gato.

* * *

Casey estaba acurrucada sobre el dintel de la ventana de su cuarto, con las luces apagadas, exceptuando una pequeña lámpara, al lado de la cama. Su mirada era sombría, y estaba fija en la calle, cinco pisos abajo de donde ella estaba. Era casi la 1:30 de la mañana y aquella avenida seguía siendo una madeja de vehículos en movimiento. Los nubarrones en el firmamento estaban muy bajos, el ambiente lleno de humedad. No había luna, y todo eso hacía que los enormes anuncios de neón y las columnas de caracteres chinos destacaran con mayor brillo, haciendo que los colores rojo, azul y verde, al reflejarse en los charcos, convirtieran la fealdad del barrio en una fantasía de cuento de hadas. La ventana estaba abierta, el aire era fresco, y ella podía ver a las parejas que iban y venían de prisa, escurriéndose por entre los autobuses, los camiones y los taxis. Muchas de ellas se dirigían al salón principal del nuevo Royal Netherlands Hotel, o bien a su cafetería europea para un bocadillo tardío. Allí había tomado ella una taza de café en compañía de su piloto, el capitán Jannelli.

¡Todos comen tanto aquí! —pensó, sin darle importancia—. Además, hay tanta gente aquí, hay necesidad de proporcionar tantos empleos, las oportunidades de trabajo son tan poco numerosas... Son tan pocos los que están en la cima... Un solo hombre en el vértice de cada pirámide, siempre un hombre, y todos esforzándose por llegar hasta ese punto, por quedarse allí... pero, ¿para qué? Un nuevo automóvil, la nueva casa, el nuevo conjunto de vestir, un frigorífico nuevo, algún nuevo artefacto... ¡Qué sé yo!

La vida no es más que una larga cuenta. Nunca hay suficientes billetes para hacer frente a las deudas diarias, mucho menos para adquirir un yate propio o tener un condominio en las playas de Acapulco o en la Costa Azul, con los medios para trasladarse allá... siquiera como turista.

¡Detesto viajar como turista! La primera clase vale la pena. Al menos la vale para mí. Un jet privado es todavía mejor, mucho mejor... pero no voy a pensar en Linc...

Había invitado a Seymour Steigler a cenar en el piso superior, y entre los dos habían arreglado todos los problemas de negocios, la mayoría problemas legales que él iba presentando.

—Tenemos que hacer las cosas claras como el agua. Ninguna precaución es excesiva con los extranjeros, Casey —insistía él—. No llevan su juego de acuerdo con las famosas reglas de los Yankees.

En cuanto terminaron de cenar, ella había pretendido tener mucho trabajo pendiente, para poder dejarlo. En realidad, todo su trabajo estaba terminado, pero lo que había hecho era acurrucarse en un sillón y dedicarse a leer, a practicar la lectura rápida. *Fortune, Business Week, The Wall Street Journal* y varias revistas especializadas de negocios. Luego se había puesto a estudiar otra lección de cantonés, dejando el libro para el final. Era *Changi* la novela de Peter Marlowe. Había encontrado un ejemplar usado a la rústica en una de las docenas de puestos callejeros de libros, en un callejón al norte de su hotel, ayer por la mañana. Le gustó mucho ponerse a regatear el precio. La primera cantidad había sido de 22 HK. Casey había discutido hasta llegar a 7.55 HK, poco menos de 1.50 de dólar. Muy satisfecha de sí misma y de su hallazgo, había seguido viendo aparadores. A pocos pasos de ahí se hallaba una librería moderna, cuyos mostradores estaban repletos de libros de fotografías de Hong Kong y de China. Dentro de uno de ellos había otros tres ejemplares a la rústica de *Chan'gi*. Nuevo, tenía un precio de 5.75 HK.

La primera reacción de Casey había sido lanzar una maldición contra la mujer del puesto, por haber tratado de engañarla. Pero, en realidad —se dijo a sí misma—, la vieja bruja no estaba engañándote.

Estaba haciendo un trueque más benéfico para ella. Después de todo, hace apenas un momento, te sentías mal por haberle mermado sus ganancias, reduciéndoselas a nada, y Dios sabe cuánto necesita esta gente obtener utilidades.

Luego observó la calle y el tránsito de vehículos en Nathan Road, más abajo. Esa mañana había subido por aquella calle hasta Boundary Road. Un recorrido de unos dos kilómetros y medio. Esa calle estaba en su lista de las cosas que había que ver. Era una vía pública como otra cualquiera, una maraña de vehículos, agitada, palpitante de anuncios luminosos. Todo era común, con la

particularidad de que, cuanto había al norte de Boundary Road, hasta la frontera, regresaría a China en 1997. Absolutamente todo. En 1898, los ingleses habían celebrado un contrato de noventa y nueve años por el territorio que se extendía de Boundary Road al río Sam Chun, donde debería quedar la nueva frontera, junto con un buen número de islas cercanas.

—¿No fue eso una estupidez, Peter? —le había preguntado a Marlowe, al encontrarlo por casualidad en el vestíbulo del hotel a la hora del té.

—En esta época lo es —había contestado él, pensativo—; pero, ¿en aquel entonces? ¿Quién podría decirlo? Debe haberles parecido razonable, de lo contrario no lo habrían hecho.

—Sí pero, por Dios Peter, ¡noventa y nueve años es un lapso tan breve! ¿Qué se les metió en la cabeza para hacer un convenio tan corto? Deben haber tenido la cabeza... ¡en otra parte!

—Sí, eso es lo que podría pensarse ahora. Pero en aquel tiempo, cuando el Primer Ministro británico no tenía más que eructar para agitar el oleaje de todo el mundo... Es el poderío mundial lo que cambia las cosas. En esos días, el León Británico era todavía un León. ¿Qué significa una pequeña porción de tierra para los dueños de una cuarta parte del planeta? —Casey recordaba cómo había sonreído—. Y aun así, en los Nuevos Territorios hubo oposición de parte de los habitantes del lugar. Por supuesto, se desvaneció. Por otro lado, el gobernador, Sir Henry Blake se encargó de ese problema. No hizo la guerra contra ellos, se limitó a hablar con ellos. A la larga, los ancianos de la aldea convinieron en ofrecer la otra mejilla, con tal que sus leyes y costumbres siguieran en vigor, y a ellos se les juzgara según las leyes chinas, si así lo deseaban, y con tal que Kowloon City continuara siendo china.

—¿A los habitantes del lugar aquí se les juzga todavía según la ley china?

—Sí, la ley de la historia, no la ley de la República Popular China. Por eso hay que tener magistrados británicos expertos en la ley de Confucio. En realidad es bastante distinta. Por ejemplo, la ley china presupone que todos los testigos, por tendencia natural van a mentir, que es deber suyo mentir y encubrir, y que corresponde al juez descubrir la verdad. Tiene que convertirse en una especie de Charlie Chan legal. La gente civilizada no entra allí para decir la

verdad... ¡y toda esa clase de barbarie! Nos consideran locos por hacer eso, y no estoy seguro de que se equivoquen. Tienen toda clase de costumbres absurdas o sensatas, según el ángulo desde el que uno las vea. Supongo que sabes que aquí es bastante legal, en toda la Colonia, tener más de una esposa... si eres chino.

—¡De primera para ellos!

—En realidad, tener más de una esposa tiene ciertas ventajas.

—Un momento, Peter —había empezado a hablar en tono inflamado, pero luego se había dado cuenta de que él sólo bromeaba—. Tú no necesitas más de una. Tienes a Fleur. ¿Cómo les va a ustedes dos? ¿Cómo anda la investigación? ¿Querría ella comer conmigo, si tú estás ocupado?

—Me apena decirlo, pero está en el hospital.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

Peter le había explicado lo sucedido esa mañana y la decisión del doctor Tooley, luego había comentado:

—Acabo de verla. No... no está del todo bien.

—¡Oh, cuánto lo siento! ¿Puedo hacer algo por vosotros?

—No, gracias, no lo creo.

—Por favor dímelo, si hay alguna posibilidad, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—Linc hizo bien en saltar al agua con ella, Peter, te lo digo con toda honradez.

—¡Oh, por supuesto, Casey! Por favor, no pienses ni por un momento... Linc hizo lo que yo... Lo hizo mejor de lo que yo habría podido hacerlo. Lo mismo que tú. Y creo qué vosotros dos salvasteis a esa otra chica de muy graves problemas. Hablo de Orlanda, Orlanda Ramos.

—Sí.

—Debería tenernos una gratitud eterna. A los dos. Era presa del pánico... He visto demasiado esas situaciones, para no poder reconocerlas. ¡Es una pájara despampanante! ¿Verdad?

—Sí. ¿Cómo va tu investigación?

—Va bien, gracias.

—Algún día me gustaría cambiar impresiones. ¡Oye, a propósito! He encontrado un ejemplar de tu libro y acabo de comprarlo. Aún no lo he leído, pero está encima de todos mis papeles.

—¡Oh! —Casey recordaba que había tratado de no mostrar

interés—. Bueno… espero que te guste. Si me perdonas, debo irme. Es hora del té también para las niñas.

—Recuerda, Peter, si puedo hacer algo, no tienes más que llamarme. Gracias por el té y llévale a Fleur mis saludos…

Casey se estiró, a esa hora sentía ya un dolor de espalda. Se bajó de su nicho y volvió a acostarse. Su cuarto era pequeño y no tenía la elegancia de la suite que habían alquilado y que ahora era de él. Linc había decidido conservar la segunda habitación. —Podemos siempre usarla como oficina —le había dicho—, o tenerla para algún caso imprevisto. No te preocupes, Casey, todo esto puede deducirse de los impuestos, y nunca sabemos cuándo necesitaremos tener la habitación disponible.

¿Orlanda? ¡No, ella no necesitaría esa cama!

Casey —se dijo a sí misma con energía—, no vas a ser malvada… ni torpe. Tampoco celosa. Nunca has estado celosa… nunca tan celosa. Tú estableciste las reglas. Sí… pero estoy contenta de haberme salido. La otra noche fue dura. Dura para Linc y dura para mí. Fue peor para él. Orlanda será buena con él… ¡Oh, mierda a Orlanda!

Sintió la boca seca. Se acercó al frigorífico y sacó una botella de Perrier helado. El grato sabor salado la hizo sentirse mejor. Me preguntó cómo producirá la tierra esas burbujas —reflexionó, mientras se metía en la cama. Más temprano había tratado de quedarse dormida, pero su mente no quería dejar de actuar. Había demasiadas cosas nuevas: nueva comida, nuevos olores, el aire, las costumbres, las amenazas, la gente, los estilos de vida las culturas. Dunross. Gornt. Dunross y Gornt. Dunross y Gornt y Linc. Un nuevo Linc. Un nuevo yo, aterrado por un bello par de nalgas… sí, ¡por un buen culo!, si quieres ser vulgar… ¡Y eso también es nuevo para ti! Antes de venir aquí, tú estabas muy segura de ti misma, dinámica, dueña de tu mundo. Ahora no lo eres. Y todo por ella… no sólo por ella, también por esa bruja Lady Joanna, ¡con su acento tan inglés de la clase superior! —No recuerdas, querida… Hoy es la comida de nuestro Club de más de Treinta. Lo mencioné en la cena del tai-pan…

¡Maldita vieja bruja! ¡Más de treinta…! ¡Yo no tengo ni veintisiete!

Es cierto, Casey. Pero estás furiosa, como gato al que han

aplastado la cola, y no es sólo Orlanda... es también Linc y los centenares de chicas disponibles que has visto en todas partes... ¡Y ni siquiera te has asomado a los salones de baile, a los bares y a las casas que se especializan en ellas! ¿No trató de animarte Jannelli?

—¡Por Dios, Casey! —había dicho, iluminándosele la cara—. Es como estar con mi licencia de descanso en la época de Corea. ¡No se necesitan más que veinte dólares, y uno es el bocado más apetecido!"

Esa noche, alrededor de las diez, Jannelli la había llamado para preguntarle si quería unirse a él y al resto de la tripulación para un bocadillo nocturno en el Royal Netherlands. A ella el corazón le había dado un vuelco al oír el teléfono, pensando que pudiera ser Linc. Al descubrir que no era, había pretextado tener mucho trabajo pendiente, pero con gratitud había permitido que la convencieran. Una vez en el restaurante, habían pedido un doble de huevos revueltos con tocino, pan tostado y café. Ella sabía que en realidad no quería nada de aquello.

Pero era su protesta contra Asia, contra Hong Kong, Joanna y Orlanda y... ¡Santo Dios! ¡Ojalá nunca hubiera mostrado interés en Asia, ojalá nunca le hubiera sugerido a Linc que nos volviéramos internacionales!

¿Por qué lo hiciste?

Porque es el único camino para los negocios norteamericanos... el único camino... y es el único camino para Par-Con. La exportación. Multinacional, pero exportación; Y Asia es el mercado más grande, el más prometedor, el menos aprovechado de la Tierra, y ésta es la hora de Asia. Sí. Y los Dunross y los Gornt la tienen en la mano... si se asocian con nosotros... porque tenemos el mercado más grande del mundo para respaldarnos, todo el dinero en efectivo, la tecnología, el grado de desarrollo y la pericia para hacer las cosas.

Pero, ¿qué te hizo inclinarte en Hong Kong con tanta furia?

El afán de tener mi dinero de "vete a la porra" y el deseo de llenar el lapso entre estas fechas y mi cumpleaños... y el final del séptimo año.

Al ritmo que vas —se dijo—, bien pronto te quedarás sin empleo, sin futuro, sin un Linc al que decirle sí o no. No pudo evitar un hondo suspiro. Horas antes había ido a la suite a dejar a Bartlett

un montón de mensajes de telex y de cartas para firmar con una nota: «espero que hayas disfrutado la velada». Al volver de su bocadillo nocturno, había regresado a la suite y recogido todo lo que había dejado. —Es Orlanda la que realmente te ha sacado de quicio. No te hagas la tonta —se dijo en voz alta.

¡No tiene importancia! Mañana será otro día. Puedes desechar a Orlanda con mucha facilidad —se dijo en tono lúgubre. Desde ese momento, una vez puesta la puntería directamente en el enemigo, se sintió mejor.

El libro usado de Peter Marlowe le llamó la atención. Lo tomó. Acomodó las almohadas para sentirse más a gusto y empezó a leer. Las páginas volaban bajo su vista. De pronto sonó el teléfono. Había estado tan sumergida en sus pensamientos y emociones, que pegó un salto, e inundada de una felicidad inesperada, dijo sin titubear:

—¡Oh! ¡Hola, Linc! ¿Tuviste una buena velada?

—Casey, soy yo, Peter Marlowe. Me apena muchísimo llamarte a esta hora, pero pregunté y el mozo encargado de tu piso me dijo que tu luz todavía estaba encendida... Espero no haberte despertado...

—¡Oh, no, Peter, no! ¿Qué sucede? —Casey se sentía enferma de la desilusión.

—Siento mucho llamarte a esta hora, pero ha habido una emergencia inesperada y tengo que ir al hospital. Pensé... tú dijiste que llamara. Yo esp...

—¿De qué se trata? —Casey estaba ya con toda la atención puesta en lo que Peter le decía.

—No sé qué es. Sólo me preguntaron si podía ir inmediatamente. La razón por la que te llamé son las niñas. Uno de los mozos del hotel va a estar asomándose de cuando en cuando, pero quise dejar una nota con tu número de teléfono, por si despertaran, sólo en caso de que despertaran, para que tuvieran una cara amiga con la que poder hablar... por decirlo así. Ayer, cuando nos encontramos los tres contigo en el vestíbulo del hotel, ellas pensaron que eres sensacional. No creo que despierten, pero por si acaso... ¿Podrían llamarte? Me apena...

—¡Sí, por favor! Mejor aún, ¿por qué no voy allá en este mismo instante?

—¡Oh, no! Nunca habría pensado en eso. Simplemente si tú...

—No tengo sueño y tú estás a un paso. No hay problema, Peter. Voy luego. Tú ve tranquilo al hospital.

En un minuto, Casey se puso pantalones, blusa y un suéter de lana fina. Antes que lograra siquiera tocar el botón del ascensor, Nighttime Song estaba ya allí, con los ojos muy abiertos en actitud interrogante. Casey no quiso decirle nada.

Ya en él piso bajo, atravesó el vestíbulo y salió a Nathan Road, atravesó la calle y entró al vestíbulo del Anexo del hotel. Peter Marlowe estaba esperándola.

—Esta es la señorita Tcholok —dijo a toda prisa al guardián nocturno—. Ella va a quedarse con las niñas hasta que yo vuelva.

—Sí, señor —contestó el euroasiático, también con ojos desorbitados—. El mozo le mostrará el camino, señorita.

—Espero que todo salga bien, Peter...

No terminó la frase, el aludido estaba ya al otro lado de la puerta giratoria, llamando un taxi.

El apartamento era pequeño, en el sexto piso. La puerta estaba entreabierta. El mozo del piso, Nighttime Po, se encogió de hombros y se alejó murmurando y maldiciendo a los bárbaros... como si él no pudiera hacerse cargo de dos niñas que jugaban al escondite con él, todos los días al anochecer.

Casey cerró la puerta y se asomó a la minúscula habitación del fondo. Las dos niñas dormían profundamente en sus literas. Jane, la pequeña, en la superior, y Alexandra, extendida, ocupando toda la de la parte baja. Sintió que le arrebataban el corazón. Allí estaban, rubias con la cabellera alborotada, con una expresión angelical y sendos ositos entre los brazos. ¡Oh! ¡Cómo me encantaría tener hijos... los hijos de Linc!

¿Te encantaría? Con pañales por todos lados, siempre encerrada, noches de insomnio... y sin libertad...

No lo sé. Creo que sí. ¡Oh, sí! Dos como éstas, ¡oh, sí!

Casey no sabía si envolverlas en las mantas o no. El aire estaba tibio, así que optó por no hacer nada para no ir a despertarlas. En el frigorífico encontró agua embotellada. Eso la refrescó y devolvió la serenidad a su corazón agitado. Luego se sentó en la mecedora. Un momento después, sacó del bolso de mano el libro de Peter y reanudó la lectura.

Dos horas después, volvió Peter. Casey no había tenido noción

del tiempo transcurrido.

—¡Oh! —exclamó ella, al ver la cara del hombre—. ¿Perdió el bebé?

El asintió con la cabeza y un gesto de aflicción. Luego dijo: —Lamento haber tardado tanto. ¿Quieres una taza de té?

—Sí, cómo no... A ver, Peter, déjame...

—No. No, gracias. Yo sé dónde están todas las cosas. Lamento darte todas estas molestias.

—No es ninguna... Pero ella... ¿cómo está? Me refiero a Fleur...

—Ellos... ellos piensan que está bien. Los cólicos intestinales fueron los causantes, junto con el principio de gastroenteritis. Es demasiado pronto para afirmar nada, pero en eso no hay mayor peligro... eso dicen. El... el aborto, según dicen, es una experiencia ardua, tanto en lo físico como en lo emocional.

—Me apena mucho, Peter.

El la miró de frente y Casey pudo notar en la expresión del rostro lo profundo de la herida.

—No hay que preocuparse, Casey, Fleur está bien —su voz era firme—. Los... los japoneses piensan que nada es definitivo sino después del nacimiento, después de treinta días: treinta días para un niño y treinta y uno para una niña. Nada hay definitivo antes, no hay alma, no hay personalidad, no hay persona... hasta ese momento, no existe la persona —volvió a la minúscula cocina y puso a hervir el agua, tratando de que su voz sonara convincente—. Es mejor... es lo mejor creer que es así, ¿no te parece? ¿Cómo podría haber algo más que... que una cosa? Hasta entonces no hay persona, treinta y un días después del parto; eso hace que el asunto no sea tan grave. Sigue siendo espantoso para la madre, pero en realidad no es tan malo. Lo siento, creo que estoy disparatando.

—¡Oh, no! Espero que ella se sienta bien... —sugirió Casey, sintiendo deseos de tocar a Peter, pero insegura al respecto.

En medio de su gran sufrimiento, Peter Marlowe aparecía tan digno, esforzándose por dar la impresión de serenidad... Sin embargo a Casey le daba la sensación de tener delante a un niño.

—Los chinos y los japoneses son en realidad muy sensatos, Casey. Sus... sus supersticiones hacen la vida más fácil. Supongo que el índice de mortalidad infantil entre ellos era tan alto, que hizo que algún padre tuviera la sabiduría de inventar esa doctrina para

ahorrar pena a la madre —lanzó un suspiro— …O, lo que es más probable, alguna madre más sabia lo inventó para alentar a un padre afligido, ¿no crees?

—Es probable —concedió ella, desconcertada, mientras veía las manos del hombre preparando el té.

Primero sirvió un poco de agua hirviendo en la tetera, la enjuagó con todo cuidado, luego arrojó el agua. Puso luego tres cucharadas de té en la tetera y una en el recipiente de agua hirviendo. Vertió ésta en la tetera y se disculpó:

—Siento no tener el té en bolsas. No puedo acostumbrarme a ellas, aunque Fleur dice que son tan buenas y limpias como el té mismo. Lamento que no tengamos aquí otra cosa que ofrecer —llevó a la pequeña sala una bandeja con la vajilla del té y la puso sobre la mesa—. ¿Quieres leche y azúcar?

—Sí, claro, gracias —contestó Casey, aunque nunca había tomado el té en esa forma.

Le sabía extraño. Pero era fuerte y vigorizador. Lo bebieron en silencio. El esbozó una débil sonrisa.

—Hace falta una copa, ¿eh?

—Está buenísimo así.

Peter vio de reojo su libro medio abierto.

—¡Oh! —se limitó a exclamar.

—Me gusta lo que he leído hasta ahora, Peter. ¿Qué tanto hay de verdad en el relato?

Con gesto distraído, él se sirvió otra taza.

—Tiene toda la verdad que puede tener cualquier narración, escrita quince años después de los acontecimientos. Hasta donde puedo recordar, los incidentes están expuestos con toda precisión. La gente que describo en el libro no es real. Pero los que vivieron fueron personas como ésas, dijeron esa clase de cosas e hicieron lo que yo narro en él.

—Es increíble. Es inconcebible que personas, que jóvenes puedan sobrevivir a eso. ¿Qué edad tenías entonces?

—Changi empezó cuando yo tenía apenas dieciocho años y terminó cuando tenía veintiuno… poco más de veintiuno.

—¿Quién eres tú en el libro?

—Tal vez yo no esté ahí en absoluto.

Casey decidió no insistir. Por el momento. Mientras acababa de

beber el té.

—Será mejor que me vaya. Tú debes estar exhausto.

—No. No lo estoy… realmente. No estoy cansado. Tengo algunas notas que quiero poner por escrito… Dormiré después que las niñas se vayan a la escuela. Pero tú sí. Tú debes estar muy cansada. No puedo agradecértelo demasiado, Casey. Te debo un gran favor.

Ella sonrió y sacudió la cabeza. Después de una pausa, preguntó:

—Peter, tú sabes tanto de este lugar. ¿Con quién irías, con Dunross o con Gornt?

—En cuestión de negocios, con Gornt. Para el futuro, con Dunross, si sale bien librado de esta tormenta. Sin embargo, por lo que oigo, no tiene probabilidades.

—¿Por qué Dunross para el futuro?

—Por prestigio. Gornt no tiene estilo para ser el tai-pan… ni los antecedentes necesarios.

—¿Eso es tan importante?

—¿Aquí? ¡Imprescindible! Si Par-Con quiere un centenar de años de desarrollo, Dunross. Si ustedes están aquí sólo para dar un buen golpe, para una incursión de entrada por salida, váyanse con Gornt.

Terminó su té pensativa.

—¿Qué sabes de Orlanda?

—Muchas cosas —respondió en el acto—, Pero, conocer escándalos y murmuraciones de una persona viva no es lo mismo que saber leyendas o chismes de épocas pasadas, ¿no crees?

Ella le devolvió la mirada y presionó:

—¿Ni siquiera a cambio de un favor?

—Eso es diferente —frunció un poco el ceño—. ¿Estás pidiéndome un favor?

Casey puso su taza de té sobre la mesa y sacudió la cabeza en un gesto de negación:

—No, Peter, ahora no. Tal vez después, pero no ahora —observó que el gesto del escritor se acentuaba—. ¿Qué puede haber de malo en ello?

—Yo estaba preguntándome por qué Orlanda representaría una amenaza para ti. ¿Por qué esta noche? Es evidente que esa pregunta nos lleva a Linc. Eso nos hace llegar en línea directa a lo siguiente: ella anda ahora con él y eso explica por qué tu voz se oía tan atroz cuando yo te llamé.

—¿Así se oía?

—Sí. ¡Oh, por supuesto! Yo había visto que Linc la observaba en Aberdeen y tú lo mirabas a él y ella te escudriñaba a ti —tomó un sorbo de té, la expresión de su rostro se endureció—. ¡Esa fue una fiesta muy especial! En ella se iniciaron muchas cosas, hubo grandes tensiones, un drama impresionante.

Fascinador, si tú puedes desvincularte de él. Pero no puedes... o, ¿me equivoco?

—¿Tú siempre observas y escuchas?

—Trato de adiestrarme como observador. Procuro utilizar en forma adecuada mis oídos, mis ojos y todos mis sentidos... Como deben usarse. Tú eres igual. No es mucho lo que se te escapa.

—Tal vez. Tal vez no.

—Orlanda ha sido entrenada en Hong Kong y entrenada por Gornt. Si tú te propones un choque con ella, por razón de Linc, será mejor que te prepares para una batalla en grande, si ella está decidida a apoderarse de él... cosa que no sé todavía.

—¿Sería posible que Gornt estuviera utilizándola?

Después de una pausa, dijo:

—Me imagino que Orlanda es ama y señora de Orlanda. ¿No lo son la mayoría de las damas?

—La mayoría de las damas ajustan su vida a la de un hombre, quiéranlo o no.

—Por lo que sé de ti, eres capaz de hacerte cargo de cualquier oposición que se te presente.

—¿Qué es lo que sabes tú de mí?

—Muchas cosas —otra vez, la débil, espontánea y amable sonrisa—. Entre ellas, que eres sagaz, valiente y de mucha dignidad.

—Estoy tan harta de la dignidad, Peter. En el futuro... —su sonrisa era tan cálida como la de él—. De ahora en adelante, en... en mi libro, una persona va a ganar culo, o nalgas... como lo llamas tú... ¡o a perderlas!

Peter rió con ella.

—El modo como tú lo dices suena con más finura de dama.

—Yo no soy una dama.

—Claro que lo eres —protestó, y luego añadió con gentileza—. Vi el modo como Linc te miraba también, en la fiesta de Dunross. El te ama. Y tendría que ser un necio si te cambiara por ella.

—Gracias, Peter…

Se puso de pie, le dio un beso y salió, sintiéndose en paz. Al dejar el ascensor, en el piso de su cuarto, tropezó con Nighttime Song, que se le adelantó, para abrirle la puerta, con un gesto caballeresco. El vio que los ojos de la chica se dirigían a la puerta del fondo del pasillo y se adelantó, satisfecho de sus servicios:

—El amo no está en casa. No ha vuelto aún.

Casey suspiró y dijo:

—Acabas de perder más trasero, viejo amigo.

—¿Qué cosa?

Casey cerró la puerta de su cuarto. Se sentía satisfecha de sí misma. Ya en la cama, empezó a leer de nuevo. Para el amanecer había terminado el libro. Luego se quedó dormida.

58
9:30 a.m.

Dunross dio vuelta a la esquina con rapidez, en su Jaguar, mientras subía con facilidad el camino sinuoso, luego viró hacia una entrada de automóvil y se detuvo a escasos tres centímetros de las magníficas rejas. Estas estaban bien sujetas a unos muros muy altos. En un momento, un portero chino se asomó por una puerta lateral. Al reconocer al tai-pan, abrió las rejas de par en par y lo saludó al entrar.

El camino de entrada trazaba una amplia curva y se detenía fuera de una mansión decorada estilo chino. Dunross bajó del vehículo. Otro sirviente lo saludó en silencio. Los jardines estaban muy bien cuidados, y en la base de una pendiente se veía un campo de tenis donde cuatro personas chinas, dos hombres y dos mujeres, estaban enfrascados en un juego de dobles, mixto. No le prestaron atención, y Dunross no reconoció a ninguno de los cuatro.

—Por favor sígame, tai-pan —invitó el sirviente.

Dunross ocultó su curiosidad al ser introducido en una antesala. Era la primera vez que él, o cualquier otra persona que él hubiera conocido, recibía una invitación a pasar a la casa particular de Tiptop. El interior era limpio, y estaba lleno de la extraña y poco cuidada pero común mezcla china de finas antigüedades lacadas, con feas curiosidades modernas. Las paredes estaban recubiertas con unas cuantas pinturas impresas de mala calidad. Dunross tomó asiento. Otro sirviente trajo té y se lo sirvió.

Dunross podía sentir que alguien lo observaba, pero eso también era bastante común. La mayoría de estas viejas casas tenían agujeros para espiar, en las paredes y en las puertas. Había muchos incluso en su Gran Gasa.

Al regresar a su domicilio, esa mañana, a las 4:00, había ido directamente a su estudio y había abierto la caja de seguridad. No cabía la menor duda: la mirada más superficial revelaba luego que una de las dos monedas restantes coincidía a la perfección con las impresiones hechas en la matriz de cera de Four Fingers Wu. No

cabía duda.

Los dedos le temblaron al separar la media moneda del sello de cera que la sujetaba a la Biblia de Dirk Struan, para limpiarla. Los bordes de ambas mitades coincidían a la perfección.

—¡Santo Dios! —había musitado—. Y, ¿ahora qué?

Luego había depositado la matriz de cera y la moneda en la caja de seguridad. Sus ojos tropezaron con la automática cargada y el espacio vacío, donde habían estado los expedientes de AMG. Con una sensación incómoda, había vuelto a cerrar la caja fuerte y había ido a acostarse. Sobre su almohada había un mensaje:

«Padre querido, ¿quieres despertarme cuando salgas? Queremos ver los entrenamientos. Te quiero. Adryon. P.S. ¿Puedo invitar a Martin a las carreras del sábado? ¡Por favor, por favor, por favor! P.P.S. ¡Creo que es superior! P.P.P.S. ¡Tú también eres superior! P.P.P.P.S. Hoy se te ha hecho tarde, ¿no crees? ¡Son las 3:16 de la mañana!»

Había caminado sobre la punta de los pies hasta la habitación de la chica, y abierto la puerta. Dormía a pierna suelta. Al salir esa mañana, había tenido que llamar con fuerza para despertarla.

—¡Adryon! Son las 6:30.

—¡Oh! ¿Está lloviendo? —había preguntado con voz soñolienta.

—No, pero empezará pronto. ¿Te abro las persianas?

—No, padre querido, gracias... No importa. A Martin no le preocupará, —había bostezado, luego había vuelto a cerrar los ojos y casi en el mismo instante, se había quedado profundamente dormida.

Disfrutando del episodio, Dunross la había sacudido un poco, pero la chica no había despertado.

—No importa, padre. A Martin no...

En ese momento, al recordar lo encantadora que se veía dormida y lo que su esposa le había dicho de la píldora, Dunross decidió hacer un serio interrogatorio a Martin Hapli... por si acaso.

—¡Ah, tai-pan, me apena haberlo hecho esperar!

Dunross se puso de pie y tomó la mano que se le ofrecía.

—Es muy gentil de su parte el aceptar verme, señor Tip. Lamento lo de su resfriado.

Tip Tok-toh era un hombre de sesenta y tantos años, pelo entrecano y una cara redonda y agradable.

Vestía una elegante bata, pero tenía los ojos rojos y la nariz congestionada. Su voz sonaba algo ronca.

—Es este clima infame. El fin de semana pasado fui a navegar con Shitee T'Chung y debo haber sufrido un enfriamiento.

Su acento inglés tenía un ligero toque norteamericano, tal vez canadiense. Ni Dunross ni Alastair Struan habían logrado jamás escarbar en su pasado; tampoco Johnjohn o los demás banqueros tenían noticia alguna de él en los círculos bancarios de la época de China Nacionalista, antes de 1949. Ni el mismo Shitee T'Chung o Phillip Chen, que le ofrecían suculentas fiestas, habían sido capaces de hurgar en su vida privada. Los chinos le habían puesto el sobrenombre de «la Ostra».

—El tiempo ha estado malo —convino Dunross en tono amable —. Gracias a Dios por la lluvia.

Tiptop hizo un gesto con la mano, señalando al hombre que estaba a su lado:

—Le presento a un socio, el señor L'eung.

El hombre no tenía nada de especial. Llevaba una chaqueta maoísta corriente y pantalones usados. Su rostro era amplio, de expresión fría y reservada. Asintió con un movimiento de cabeza. Dunross respondió en la misma forma. "Socio" podía significar una multitud de cargos, desde jefe hasta intérprete, desde comisario hasta guardián.

—¿Querría un poco de té? —propuso el anfitrión.

—Gracias. ¿Ha probado la vitamina C para curarse el resfriado?

Con toda paciencia, Dunross inició la charla formal que precedía siempre a la verdadera razón de una entrevista. La noche anterior, mientras esperaba a Brian Kwok en el bar Quance, había pensado que la proposición de Johnjohn valía la pena, por eso había llamado a Phillip Chen para pedirle que le solicitara una entrevista a primera hora esa mañana. Lo mismo le habría costado llamar directamente a Tiptop, pero no habría sido un protocoló chino correcto. La manera civilizada consistía en acudir a un intermediario amistoso común. Luego, si la petición no era otorgada, el solicitante no perdía prestigio, tampoco la otra persona, ni el mismo intermediario.

Escuchaba a Tiptop sólo con la mitad de la cabeza, dándole conversación con toda cortesía, pero sorprendido de que siguieran

hablando inglés, a pesar de L'eung. Eso sólo podría significar que el inglés de aquel hombre era también perfecto, o quizá que no entendía ni cantonés ni shanghainés, que eran los idiomas que Tiptop hablaba y en los que Dunross podía expresarse con toda corrección. El tai-pan estuvo jugando esgrima verbal con Tiptop, en espera de que al fin, el banquero abriera una puerta. Así sucedió.

—Este derrumbe del Mercado de valores en sus títulos debe ser muy preocupante para usted, tai-pan.

—Sí, sí lo es, pero no se trata de un derrumbe, señor Tip, es sólo un reajuste. El Mercado tiene sus altas y sus bajas.

—¿Y el señor Gornt?

—Quillan Gornt es Quillan Gornt y estará siempre viendo el modo de pisarnos los talones. Todos los cuervos bajo el cielo son negros —Dunross mantuvo la voz como si hablara de lo más natural, aunque preguntándose qué tanto sabría aquel hombre.

—¿Y el desastre del Ho-Pak es también un reajuste?

—No. No, eso sí es cosa muy seria. Temo que el Ho-Pak ha perdido toda su buena suerte.

—Sí, señor Dunross, pero la suerte no tiene mucho que ver con esto. Es el sistema capitalista... es eso, más la ineptitud del banquero Kwang.

Dunross no dijo nada. Por un instante, sus ojos observaron a L'eung que estaba sentado inmóvil y muy atento. Sus oídos estaban muy concentrados, lo mismo que su mente, en las corrientes indirectas de lo que se decía.

—Yo no tengo parte en los negocios del señor Kwang, señor Tip. Por desgracia, la fuga de capital del Ho-Pak está difundiéndose a los demás bancos y eso es sumamente grave para Hong Kong y yo pienso que lo es también para la República Popular China.

—No es malo para la República Popular China. ¿Cómo puede ser malo para nosotros?

—China es China, el Reino Medio. Nosotros, los de la Casa Noble, hemos considerado siempre a China como madre y padre de nuestra casa. En este momento, nuestra base de Hong Kong está bajo sitio, es un sitio que en realidad no tiene sentido... una simple falta de confianza momentánea y una semana, más o menos, de escasez de efectivo. Nuestros bancos tienen todas las reservas y toda la riqueza y la fuerza que necesitan para cumplir con su misión...

tanto con los viejos amigos, como con clientes de abolengo y con nosotros mismos.

—Entonces, ¿por qué no imprimen más dinero, si sus divisas son tan fuertes?

—Es problema de tiempo, señor Tip. La casa de moneda no puede imprimir suficiente dinero de Hong Kong.

Con paciencia todavía mayor, Dunross respondió a las preguntas, dándose cuenta de que la mayoría eran para beneficio de L'eung, cosa que hacía pensar que éste era superior a Tiptop, alguien de más categoría en el Partido, alguien que no era un banquero. Dunross explicó:

—Nuestra solución por el momento consiste en traer sin dilación unas cuantas cargas aéreas de libras esterlinas para cubrir los retiros de dinero —al decir esto, pudo ver el gesto de extrañeza en el rostro de sus dos interlocutores; Tiptop objetó:

—Eso difícilmente servirá de sostén al dólar de Hong Kong.

—Sí. Sí, nuestros banqueros lo saben. Pero Blacs, el Victoria y el Banco de Inglaterra decidieron que eso sería lo mejor por lo pronto. El problema es que no tenemos suficiente efectivo de Hong Kong para satisfacer a todos los clientes.

Se produjo un silencio ominoso. Dunross esperó. Johnjohn le había dicho que creía que el Banco de China no tenía reservas considerables de esterlinas, debido a las restricciones de divisas en el movimiento hacia adentro y hacia afuera de Inglaterra, pero que tenía cantidades muy respetables de dólares de Hong Kong, para los cuales no había restricciones de exportación.

—No sería nada bueno que el dólar de Hong Kong se debilitara —comentó Tip Tok-toh —se despejó la nariz en forma sonora, y prosiguió—. No sería bueno para Hong Kong.

—Usted tiene razón.

La mirada de Tip Tok-toh se endureció al inclinarse hacia Dunross. —¿Es cierto, tai-pan, que el Orlin Merchant Bank no quiere renovarle su crédito rotativo?

A Dunross le dio un vuelco instantáneo el corazón. —Así es.

—¿Es verdad que su magnífico banco no está dispuesto a cubrir ese préstamo o a adelantarle suficiente dinero para hacer frente al ataque de Rothwell-Gornt contra su activo?

—Así es.

Dunross estaba muy contento de oír la serenidad de sus respuestas. —¿Es verdad que muchos viejos amigos se han negado a otorgarle crédito?

—Es verdad.

—Y, ¿es verdad que esa persona Hiro Toda llegará esta tarde y exige el pago de los barcos encomendados a sus astilleros japoneses en un plazo corto?

—Sí, señor.

— Y... ¿es verdad que Mata y Tung y su Great Good Luck Company de Macao han triplicado su orden normal de lingotes de oro, pero no quieren ayudarle en forma directa?

—Sí, señor, es verdad —la concentración, ya muy bien afinada de Dunross se elevó de punto.

—Y, ¿es verdad que esos perros rabiosos de los hegemonistas soviéticos han solicitado una vez más, con impúdica audacia, muy impúdica en verdad, una licencia bancaria en Hong Kong?

—Así lo entiendo, señor. Johnjohn me dijo que la habían solicitado. Yo no tengo certeza. Supongo que no me daría una información falsa.

—¿Qué le dijo?

Dunross repitió la información palabra por palabra y concluyó en estos términos:

—Por supuesto, esa solicitud tropezaría con la oposición h... la de todas las juntas directivas de los bancos británicos, la de todos los tai-pans y la del gobernador. Johnjohn me dijo también que los hegemonistas tuvieron incluso la temeridad de ofrecer en el acto cantidades muy considerables de dólares de HK, para ayudarlos en las actuales circunstancias.

Tip Tok-toh terminó su café y ofreció:

—¿Quiere un poco más?

—Gracias.

Dunross observó que L'eung lo servía y consideró que había dado un gran paso adelante. La noche anterior él había mencionado en forma delicada el banco de Moscú a Phillip Chen, sabedor de que éste sabría cómo transmitir esa noticia, y que eso, sin duda, daría a un hombre tan astuto como Tiptop, el indicio de la verdadera razón para la junta urgente y con ella el tiempo necesario para ponerse en contacto con el encargado de tomar una decisión, que podría

evaluar la importancia de la situación y los modos de acceder a la petición o de rechazarla. Dunross pudo sentir un ligero sudor en la frente, y oró para que ninguno de los dos hombres que tenía delante lo notaran. Su ansiedad elevaría el precio… si llegaba a celebrarse algún convenio.

—¡Terrible, terrible¡ —reflexionó Tiptop pensativo—. ¡Son tiempos terribles! Viejos amigos que abandonan a viejos amigos, enemigos que reciben una bienvenida al propio hogar… ¡terrible! ¡Oh, a propósito, tai-pan! Uno de nuestros viejos amigos pregunta si usted podría hacerle un embarque de productos. Creo que se trataba de óxido de torio…

Dunross tuvo que hacer un gran esfuerzo para conservar una expresión de indiferencia. El óxido de torio era un producto metálico de las tierras raras, el compuesto esencial de las pantallas de antiguas lámparas de gas, el que hacía que la malla emitiera su luz blanca brillante. El año pasado, por casualidad, él había oído que Hong Kong acababa de convertirse en el segundo gran usuario de ese producto, después de Estados Unidos. Su curiosidad había aumentado mucho, porque Struan no intervenía en lo que a ojos vistas debía ser un negocio fructífero. Había averiguado sin dilación que el acceso a ese material era hasta cierto punto fácil y que el comercio con él era prodigioso, bastante reservado, con muchos pequeños importadores, todos ellos de carácter muy genérico en lo tocante a sus respectivos negocios. En la naturaleza, el torio se presentaba en la forma de diversos isótopos radiactivos. Algunos de ellos podían convertirse con facilidad en uranio 235, susceptible de fisión, mientras el torio 232 en sí mismo constituía un material alimentador de valor incalculable para una pila atómica. Por supuesto, estos compuestos y muchos otros derivados del torio era material estratégico restringido, pero a Dunross le había azorado averiguar que el óxido y el nitrato, de fácil conversión mediante proceso químico, no estaban restringidos. Nunca había podido saber adonde iban a parar de hecho los óxidos de torio. Por supuesto iban a China. Durante mucho tiempo, él y otros habían sospechado que la República Popular China tenía un programa atómico intensivo, pero todos pensaban que tenía que estar apenas en etapa de formulación y a una distancia mínima de diez años de su aplicación práctica. La idea de China armada con explosivos nucleares le

producía sentimientos encontrados. Por un lado, cualquier difusión de energía nuclear era un peligro. Pero por otro, China convertida en potencia nuclear se volvería en un instante un rival formidable de la Rusia soviética, incluso una potencia igual a ella, una amenaza, a todas luces imposible de conquistar ... sobre todo si disponía además de los medios adecuados para lanzar un ataque de represalia.

Dunross vio que los dos hombres lo observaban. Una pequeña vena de la frente de L'eung palpitaba con fuerza, si bien la expresión de su rostro era impasible.

—Eso sería factible, señor Tip. ¿Qué cantidad se necesitaría y cuándo?

—Creo que se trata de una operación inmediata, y de uña cantidad tan grande como sea posible obtener. Como usted sabe, la República Popular China está tratando de modernizarse, pero gran parte de nuestra iluminación es todavía a base de gas.

—Sí. Lo entiendo.

—¿Dónde obtendría usted los óxidos o los nitratos?

—Australia probablemente sería lo más rápido, aunque en este momento no tengo idea de la calidad del material. Fuera de los Estados Unidos —añadió Dunross con delicadeza— sólo se encuentra en Tasmania, Brasil, India, Sudáfrica, Rodesia y los Urales... Allí hay grandes depósitos —ninguno de los dos chinos sonrió—. Supongo que Rodesia y Tasmania serían los mejores lugares. ¿Hay algún Philip de por medio, o debo ocuparme en ello yo mismo?

—Hay un señor Vee Cee Ng, en el Princes Building.

Dunross hizo un esfuerzo para contener el silbido de asombro que le venía espontáneo, al ver que otra pieza del rompecabezas se colocaba en su lugar. El señor Vee Cee Ng, Photographer Ng, era un gran amigo de Tsu-yan, del Tsu-yan que andaba perdido, su viejo amigo y socio, que había escapado en forma misteriosa a China, atravesando la frontera de Macao. Tsu-yan había sido uno de los importadores de torio. Hasta ese momento la relación había carecido de todo significado.

—Conozco al señor Ng. A propósito, ¿cómo está mi viejo amigo Tsu-yan?

L'eung se quedó literalmente boquiabierto. Buen tiro —pensó

Dunross en actitud sombría, contrariado por no haber sospechado jamás que Tsu-yan fuera comunista o tuviera inclinaciones de tinte rojo.

—¿Tsu-yan? —preguntó Tiptop, frunciendo el ceño—. Hace una semana o más que no lo veo. ¿Por qué?

—Supe que había ido de visita a Pekín, pasando por Macao.

—¡Curioso! ¡Eso es muy curioso! Me pregunto por qué querría hacer eso... ¿El, un archicapitalista?

En fin, las maravillas no dejan de producirse. Si usted quisiera tener la amabilidad de ponerse en contacto con el señor Ng, estoy seguro de que él le dará todos los detalles.

—Lo haré hoy mismo por la mañana. Tan pronto como vuelva a mi oficina.

Dunross siguió en actitud de espera. Habría otras concesiones que hacer antes que le otorgaran lo que pretendía... si se lo otorgaban. Su mente giraba vertiginosamente, pensando en lo que implicaba la primera petición de los chinos: cómo obtener los óxidos de torio, si acaso debería conseguirlos, el deseo de saber qué tan lejos quería llegar la República Popular China con su programa atómico y la seguridad de que nunca se lo dirían. L'eung sacó una caja de cigarrillos y le ofreció uno.

—No, gracias —declinó.

Los dos chinos encendieron los suyos. Tiptop tosió y se limpió la nariz. Luego comentó:

—Es curioso, tai-pan, muy curioso el hecho de que usted se tome grandes molestias para ayudar al Victoria y al Blacs y a todos sus bancos capitalistas, cuando el rumor más fuerte es de que ellos no piensan ayudarlo a usted en su necesidad.

—Tal vez comprendan el error de su proceder —repuso Dunross —. A veces hay que olvidar las ventajas presentes en aras del bien común. Sería en perjuicio del Reino Medio que Hong Kong se tambaleara —observó el gesto de desprecio en la cara de L'eung, pero no le molestó—. Es antigua enseñanza china no olvidar a los viejos amigos, a los fidedignos; mientras sea tai-pan de la Casa Noble y tenga poder, señor Tip, yo y los que son como yo, el señor Johnjohn por un lado y nuestro gobernador por otro, brindaremos amistad eterna al Reino Medio y jamás permitiremos que los hegemonistas medren en nuestra roca desierta.

Tiptop dijo en tono cortante:
—Es *nuestra* roca desértica, señor Dunross, que por ahora está administrada por los británicos. ¿No es así?
—Hong Kong es y fue siempre territorio del Reino Medio.
—Dejaré pasar su definición por el momento, pero todo lo de Kowloon y los Nuevos Territorios, al norte de Boundary Road vuelve a nosotros en unos treinta y cinco años, ¿no es cierto? Incluso si ustedes aceptan los Inicuos Tratados impuestos a nuestros antepasados, cosa que nosotros no haremos...
—Mis antepasados siempre han reconocido que sus viejos amigos eran sabios, muy sabios, y que jamás han sido hombres que se corten la vara por desprecio a una Puerta de Jade.
Tiptop rió. L'eung continuó con su expresión seria y hostil.
—¿Qué pronostica usted que suceda en 1997, señor Dunross?
—No soy Old Blind Tung ni un augur, señor Tip —se encogió de hombros—. El año 1997 se encargará de 1997. Los viejos amigos seguirán necesitando viejos amigos, ¿sí?
Después de una pausa, Tiptop dijo:
—Si su banco no asiste a la Casa Noble, si no le ayudan los viejos amigos ni Orlin, ¿cómo seguirá siendo la Casa Noble?
—A mi antepasado, el Demonio Ojiverde, le hizo la misma pregunta el honorable Jin-qua, cuando lo vio asediado por sus enemigos, Tyler Brock y toda su bazofia; él se limitó a reír y contestó: *"Neng che to lao"*: una hombre capaz lleva a cuestas muchas cargas. Como yo soy más capaz que la mayoría, tengo que sudar más que la mayoría.
Tip Tok-toh sonrió con él y preguntó:
—¿Está usted sudando, señor Dunross?
—Bueno, permítame expresarlo en esta forma —contestó en tono jovial—: estoy tratando de evitar el fardo ochenta y cuatro. Como usted sabe, Buda dijo que todos los hombres tienen ochenta y tres cargas. Si logramos eliminar una, automáticamente adquirimos otra. El secreto de la vida es adaptarse a ochenta y tres y evitar por todos los medios echarse encima la ochenta y cuatro.
El viejo chino sonrió:
—¿Ha pensado en vender parte de su compañía, incluso quizá el 51 por ciento?
—No, señor Tip. El viejo Demonio Ojiverde lo prohibió —las

líneas alrededor de los ojos de Dunross se arrugaron—; quiso que sudáramos.

—Esperemos que no tenga que sudar demasiado. Sí —Tiptop aplastó su cigarrillo—. En tiempos difíciles sería bueno que el Banco de China tuviese nexos más íntimos con el sistema bancario de ustedes. Así estas crisis no serían tan continuas.

En un instante, la mente de Dunross dio un salto adelante:

—Me pregunto si el Banco de China querría pensar en tener un contacto permanente instalado dentro del Vic y algo equivalente en el suyo... —pudo ver la sonrisa fugaz y comprendió que su conjetura había sido correcta—. Eso aseguraría una vigilancia más estrecha de cualquier crisis y les ayudaría a ustedes, en el caso de que necesitaran asistencia internacional.

—El Jefe Mao aconseja bastarse a sí mismo, y eso es lo que estamos haciendo. Pero su sugerencia podría ser digna de consideración. Con gusto la comunicaré a los encargados.

—Estoy seguro de que el banco agradecería que ustedes le recomendaran a la persona que quisieran que fuese su contacto con el gran Banco de China.

—Con gusto les haré saber eso también. ¿Cree usted que el Blacs o el Victoria estén dispuestos a hacer un adelanto necesario en divisas extranjeras, para las importaciones del señor Ng?

—Estoy seguro de que les dará mucho gusto poder ser útiles. Al Victoria con toda seguridad. Después de todo, el Victoria ha tenido más de un siglo de relaciones con China. ¿No sirvió de intermediario para conseguir la mayoría de sus préstamos extranjeros, ferroviarios y de la industria aeronáutica?

—Con grandes utilidades —contestó Tiptop en tono seco, y dirigió una mirada fugaz a L'eung, que no quitaba los ojos de Dunross, luego añadió en voz suave— Utilidades capitalistas.

—En efecto —concedió el aludido—. Debe disculparnos a nosotros los capitalistas, señor Tip. Tal vez nuestra única defensa es que muchos somos viejos amigos del Reino Medio.

L'eung habló con Tiptop un momento, en un dialecto que Dunross no entendió. Tiptop contestó afirmativamente. Luego se volvieron a él:

—Me apena, señor Dunross, pero ahora tendrá que disculparme. Es preciso que tome un medicamento. Tal vez usted podría

llamarme aquí después de la comida, a eso de los 2:30...

Dunross se levantó y le estrechó la mano derecha. No estaba seguro de haber obtenido buenos resultados, pero sí estaba muy seguro de que tenía que hacer algo en relación con el torio a gran prisa.

Con toda seguridad antes de las 2:30. Se despidió diciendo:

—Gracias por haberme recibido.

—¿Qué me dice de la quinta carrera? —el anciano lo observó, mientras caminaba con él hasta la puerta.

—Noble Star es digna de una apuesta. En ambas formas.

—¡Ah! Y ... ¿Butterscotch Lass?

—Lo mismo.

—¿Y Pilot Fish?

Dunross rió. —El semental es bueno, pero no tiene la misma clase, a menos que intervenga un acto de Dios... o del demonio.

Había llegado ya a la puerta principal. Un sirviente la abrió de par en par. L'eung volvió a hablar en el dialecto que Dunross no reconocía. Una vez más, Tiptop contestó en forma afirmativa y guió a Dunross hacia la salida. Sin más trámites, L'eung bajó hacia los campos de tenis.

—Quiero que conozca a un amigo, a un nuevo amigo, señor Dunross —dijo Tiptop—. Es posible que en el futuro tenga que hacer muchos negocios con usted, si lo desea.

Dunross pudo apreciar el brillo de pedernal en la mirada de su interlocutor y su buen humor se desvaneció.

El chino que regresaba con L'eung era un hombre de buen cuerpo, de aspecto agradable, de cuarenta y tantos años. Tenía el pelo de un color negro cerúleo y desaliñado por el juego. Su atuendo de tenista era moderno, cómodo y norteamericano. En las canchas que dejaba atrás, los otros tres esperaban y observaban. Todos tenían buen aspecto y estaban bien vestidos.

—Voy a presentarle al doctor Josep Yu, de California. Este es el señor Ian Dunross.

—Hola, señor Dunross —saludó Josep Yu, con familiaridad norteamericana—. El señor Tip me ha hablado de usted y de Struan. Encantado de conocerlo. El pensó que debíamos vernos antes que yo salga. Partimos mañana rumbo a China, Betty y yo, mi esposa y yo —hizo un gesto vago con la mano a una de las mujeres del

campo de tenis y prosiguió—. No tenemos esperanza de regresar por algún tiempo, por eso me gustaría concertar una cita para vernos en Cantón dentro de un mes, más o menos —miró de reojo a Tiptop— ...¿No hay problema con la visa del señor Dunross, o cosa parecida?

—No, doctor Yu. Oh, no. Ninguno en absoluto.

—Magnífico. Si lo llamo por teléfono, señor Dunross, o lo llama el señor Tip, ¿podemos concertar algo con un par de días de anticipación?

—Sin duda alguna, si todos los trámites están hechos —Dunross conservó la sonrisa, mientras observaba la austera seguridad en la actitud de Yu—. ¿De qué se trataría?

—Si nos disculpan —dijo Tiptop—, los dejamos solos —hizo una cortés inclinación de cabeza y volvió a la casa en compañía de L'eung.

—Yo vengo de los Estados Unidos —prosiguió Yu en tono jovial —. Nací norteamericano, en Sacramento. Pertenezco a la tercera generación. Aunque vengo de California, parte de mi educación la recibí en Cantón. Mi doctorado es de Stanford, en ingeniería del espacio. Mi especialidad son los cohetes y sus respectivos combustibles. Fue en la NASA donde pasé mis mejores años, los mejores después de los universitarios —Yu había dejado de sonreír —. La maquinaria que encargaría es toda clase de metalurgia, de lo más avanzado, y herramienta aero-espacial. El señor Tip dice que usted sería nuestro mejor recurso como importador. Los ingleses, luego los franceses y los alemanes y tal vez los japoneses serían los fabricantes. ¿Le parece interesante?

Dunross escuchaba con atención y preocupación crecientes, que no se esforzó en ocultar.

—Si no es material estratégico y no tiene restricciones —contestó.

—Será de lo más estratégico y de lo más restringido. ¿Le interesa?

—¿Por qué me está diciendo todo esto, doctor Yu?

Yu esbozó una sonrisa superficial y explicó:

—Voy a reorganizar el programa espacial de China —sus ojos se rasgaron más aún, mientras observaba con atención a Dunross—. ¿Eso le parece sorprendente?

—Sí.

—A mí también —miró de soslayo a su esposa y luego volvió a concentrar la mirada en Dunross—. El señor Tip dice que usted es persona fidedigna. El lo considera hombre justo, y como usted le debe uno o dos favores, queremos que divulgue un mensaje relativo a mí —la voz de Yu adquirió un tono duro—. Le estoy diciendo esto para que cuando lea acerca de mi muerte o secuestro o una de esas frases idiotas de «cuando su mente estaba perturbada», sepa que todo son mentiras, y como un favor, haga que esa noticia llegue a la CIA y siga la línea ascendente. ¡La verdad! —se llenó los pulmones y explicó—: Me voy por voluntad propia. Los dos lo hacemos así. Durante tres generaciones, nuestra familia y mi gente, que son los mejores inmigrantes que existen, se han visto postergados en Estados Unidos por los norteamericanos. Mi padre estuvo en la Primera Guerra Mundial y yo colaboré en la gran explosión. Pero la última gota de agua que derramó el vaso cayó hace dos meses, el 16 de junio.

Betty y yo queríamos tener una casa en Beverly Hill. ¿Conoce usted Beverly Hill en Los Ángeles?

—Sí.

—Se rechazó nuestra petición sólo porque éramos chinos. El hijo de ramera salió y dijo: «Yo no vendo a chinos malditos». Esa no era la primera vez, diablos, no. Pero este hijo de ramera lo dijo enfrente de Betty y eso fue el colmo. ¡Ese fue el golpe fuerte! —Yu retorció los labios en un gesto iracundo—. ¿Puede concebir la estupidez de ese desgraciado? Yo soy el número uno en mi campo, ¡y ese ancas de caballo, cuello rojo se atreve a decirme «no vendo a chinos»! —dio la vuelta a la raqueta en el puño—. ¿Se lo dirá?

—¿Quiere que divulgue esa información en privado o en público? Yo haré la cita textual, palabra por palabra, si usted lo desea.

—En privado, a la CIA, pero no antes del próximo lunes a las 6 de la tarde. ¿De acuerdo, señor Dunross?

—Muy bien. ¿Podría darme el nombre del vendedor de la casa, la fecha, algunos detalles?

Yu extrajo del bolsillo un pedazo de papel escrito a máquina.

Dunross lo leyó. Tenía dos nombres con sendas direcciones y números telefónicos de Beverly Hill.

Luego dijo:

—Gracias ... ¿Por ambas partes fue idéntico el rechazo?

—Sí.

—Yo me haré cargo de esto a nombre de usted, doctor Yu.

—¿Le parece ridículo, verdad?

—No. No pienso eso en absoluto. Sólo lamento que haya sucedido y suceda en todas partes... a toda clase de gente. Es muy triste —Dunross vaciló un instante—. Sucede en China, en Japón, aquí, en todo el mundo. Chinos, japoneses, vietnamitas, toda clase de gente, doctor Yu, se vuelve igual de intolerante y quisquillosa. La mayoría de las veces en un grado exagerado. ¿No se nos llama a nosotros *quai loh*?

—No debería suceder en Estados Unidos... de un norteamericano a otro. A eso se debe mi enojo.

—¿Cree usted que una vez que esté en China podrá entrar y salir con libertad?

—No. Pero eso me importa un bledo. Yo voy por decisión mía. No voy por dinero ni forzado por chantaje. Sencillamente he decidido ir.

—Y, ¿qué me dice de la NASA? Me sorprende que hayan tolerado que semejante absurdo aconteciera, por principio de cuentas.

—¡Oh! Teníamos la oferta de una magnífica casa, pero no era donde nosotros queríamos vivir. Betty quería esa asquerosa casa y teníamos el dinero y la posición para pagarla, pero no podíamos entrar.

No era sólo ese hijo de perra, ¡era toda la vecindad! —se apartó de la frente un mechón de cabellos—.

Ellos no nos quisieron, por eso voy adonde me quieran. ¿Qué le parece la idea de que China tenga su propia fuerza nuclear para un ataque de represalia? Como los franceses... ¿Qué opina de eso?

—La idea de que cualquiera tenga cohetes con bombas A o H en la cabeza del proyecto me llena de terror.

—Esas no son más que las armas del día, señor Dunross, las armas del día.

* * *

—¡Jesucristo! —exclamó Johnjohn horrorizado.

Havergill experimentó la misma conmoción.

—¿El doctor Joseph Yu es en realidad figura de primera, Ian?

—Sin duda alguna. Llamé a un amigo mío de Washington. Yu es uno de dos o tres, en el mundo... cohetes y combustible de cohetes.

Habían apenas terminado de comer. Dunross les había dicho lo que había podido vislumbrar esa mañana. Luego añadió:

—Es también cierto que nadie sabe que va a cruzar la frontera. Ni siquiera que salió de Hawai, donde se supone que anda de vacaciones... me dijo que había hecho el viaje hasta aquí abiertamente.

—¡Dios santo! —repitió Johnjohn—. Si China consigue expertos como él —dio la vuelta a la plegadera que estaba sobre el escritorio de Havergill—. Ian... ¿has pensado en hablar de esto con Roger Crosse o con Rosemont, para evitarlo?

—Claro, pero no puedo hacerlo. Es absolutamente imposible.

—¡Es evidente que Ian no puede hacer eso! ¿Has pensado en lo que hay de por medio? —gritó Havergill, señalando con el pulgar la ventana.

Catorce pisos abajo podía verse a una muchedumbre impaciente y enojada, que trataba de entrar en el banco. Las filas de la policía a esa hora se habían extendido y disminuido ya demasiado—. Havergill continuó:

—No nos engañemos, la fuga de capital nos ha caído encima y estamos llegando al fondo del barril.

Apenas tenemos efectivo suficiente para el resto del día, a duras penas alcanzará para pagar a los empleados del gobierno, ¡Gracias a Dios que mañana es sábado! Si Ian dice que hay una posibilidad de que tengamos el efectivo de China, ¡es claro que no va a correr el riesgo de hacernos semejante confidencia! Ian, ¿oíste que el Ho-Pak ha cerrado las puertas?

—No. He andado de Herodes a Pilatos, desde que salí de casa de Tiptop.

—El Ching Prosperity ha cerrado también. El de Far East and India está tambaleándose. El Blacs está estirando a duras penas sus reservas y, lo mismo que nosotros, orando para que puedan durarle la próxima media hora antes de cerrar —empujó el teléfono al otro lado de su ordenado escritorio—. Ian, por favor, llama a Tiptop

ahora mismo. Son las 2:30 en punto.

Dunross mantuvo la expresión lapídea del rostro y la voz sin inflexiones.

—Antes hay que dejar arreglado un par de cosas, Paul. ¿Qué me dices de las importaciones de torio?

Dunross le había dicho que había hablado ya con Photographer Ng y éste le había dado en el acto con gusto un pedido en firme para todo el mineral de las tierras raras que pudiera conseguir. Dunross apremió:

—¿Suministrarás las divisas extranjeras?

—Sí. Con tal que no se trate de un comercio restringido.

—Necesitaré esa promesa por escrito.

—La tendrás antes de esta noche. Ahora llama, por favor.

—Dentro de diez minutos. Es cuestión de prestigio. ¿Estarás de acuerdo en tener un representante permanente del Banco de China en el edificio?

—Sí. Estoy seguro de que ellos nunca permitirán que uno de los nuestros entre en el suyo, pero no importa.

Havergill volvió a mirar su reloj, luego a Johnjohn, y continuó:

—Al amigo ese habrá que vigilarlo, y quizá tendríamos que modificar algunos procedimientos de seguridad, ¿verdad?

Johnjohn asintió con la cabeza y comentó:

—Sí, pero eso no debería ser problema, Paul. Si fuera Tiptop en persona, sería perfecto. Ian, ¿crees que haya alguna posibilidad?

—No lo sé. Ahora, ¿qué me dices del negocio de Yu?

Havergill repuso: —No podemos financiar ningún contrabando. Necesariamente tendrías que hacerlo a tu costa.

—¿Quién ha hablado de contrabando?

—Es cierto. Entonces, déjame decirte que tendríamos que examinar con todo cuidado la mercancía de Yu, si se solicita tu ayuda, en el momento en que la pidan.

—¡Vamos, Paul! Sabes de memoria que es parte del trato... si lo hay. ¿Por qué otro motivo habrían querido que yo lo conociera?

Johnjohn intervino:

—¿Por qué no posponemos eso, Ian? Seremos flexibles en todas las direcciones cuando llegue el momento de apoyarte. Dile eso mismo a Yu... que esperarás hasta ver las cosas concretas, pero sin un compromiso formal, ¿no te parece?

—Pero, ¿tú estás de acuerdo en ayudarme en todas las formas posibles?

—Sí. En esto y en lo del torio.

—Por último, ¿qué hay de mi préstamo?

Paul Havergill contestó:

—No estoy autorizado para otorgarlo, Ian. Ya hemos hablado de eso.

—Entonces, convoca a una asamblea de la Junta Directiva, en este momento.

—Lo pensaré. Vamos a ver cómo andan las cosas, ¿eh?

Paul Havergill oprimió un botón y habló por el intercomunicador.

—Mercado de valores, por favor.

En un momento, una voz llegó por el megáfono. Detrás de ella podía oírse el alboroto.

—Diga, señor Havergill.

—Charles, ¿cuáles son las últimas novedades?

—Todo el Mercado está 28 puntos abajo... —los dos banqueros palidecieron; a Dunross le latía con fuerza la vena de la frente—. Esto parece el principio de un pánico general. El banco ha bajado 7 puntos. Struan está a 11.50...

—¡Jesucristo! —musitó Johnjohn.

—...Rothwell-Gornt ha bajado 7 puntos, Hong Kong Power 5, Asian Land 11... todo está bajando.

Todos los títulos bancarios andan dando tumbos. El Ho-Pak se congeló a 12 y cuando se descongele, descenderá a un dólar. El Far East and India está pagando sólo 1,000 como máximo a cada cliente.

El nerviosismo de Havergill llegó a un límite. Far East era uno de los bancos principales de la Colonia.

—Me repugna ser pesimista, pero esto parece Nueva York en 1929 —la voz se ahogó en un estruendo de voces—. Perdón, acaba de aparecer otra oferta de venta de Struan, 200,000 acciones ...

—¡Santo Dios! —exclamó Johnjohn—. ¿De dónde vienen todas esas acciones?

—De todos los Tom, Dick y Harry de Hong Kong —repuso Dunross con frialdad—, incluido el Victoria.

—Teníamos que proteger a nuestros inversionistas —explicó

Havergill; luego añadió en el micrófono—. Gracias, Charles. Vuelve a llamarme a las 3 menos cuarto —desconectó el aparato—. Ahí está tu respuesta, Ian. En conciencia, no puedo recomendar a la junta directiva que te apoyemos con otro préstamo de 100 millones al descubierto.

—¿Vas a convocar a la asamblea de la junta directiva ahora mismo o no?

—Tus acciones están desplomándose. No tienes activos que empeñar para sostener la fuga de tus títulos, tus valores bancarios están ya empeñados, las acciones se deprecian a cada minuto. El lunes o el martes, Gornt comprará todo y tendrá el control de Struan.

Dunross lo observó y dijo:

—¿Y tú vas a dejar que Gornt se apodere de nosotros? No puedo creerlo. Tú intervendrás para comprar antes que él. ¿O es que has hecho ya un pacto con él para dividir a Struan entre ustedes dos?

—No hay ningún pacto. Todavía no. Pero si tú renuncias a Struan en este momento, convienes por escrito en vendernos todas las acciones de tu reserva que queramos a precio del cierre del mercado del lunes y accedes a nombrar un nuevo tai-pan elegido por nuestra junta directiva, anunciaremos que apoyamos a Struan de todo a todo.

—¿Cuándo harías esa proclamación?

—El lunes a las 3:10.

—En otras palabras, no me darás nada.

—Tú has dicho siempre que lo mejor de Hong Kong era su calidad de mercado libre, donde los fuertes sobreviven y los débiles perecen. ¿Por qué no convenciste a Sir Luis de que retirara tus acciones del mercado?

—El me hizo la proposición. Yo la rechacé.

—¿Por qué?

—Porque Struan está más fuerte que nunca.

—¿No fue la verdadera razón el prestigio... y tu necio orgullo? Lo siento, no puedo hacer nada para evitar lo inevitable.

—¡Pamplinas! —dijo Dunross; Havergill enrojeció—. Puedes convocar a la asamblea. Pued...

—¡No hay asamblea!

—Ian —Johnjohn hizo un esfuerzo por amortiguar la abierta

hostilidad entre los dos—... Escúchame, Paul, te propongo un compromiso. Si gracias a Ian conseguimos el efectivo de China, convocas a la asamblea inmediatamente, una asamblea extraordinaria, hoy mismo. Podrías hacer eso... hay suficientes directores en Hong Kong, y es justo, ¿eh?

Havergill vaciló.

—Lo pensaré.

—Eso no es suficiente—replicó Dunross indignado.

—Lo pensaré. Haz el favor de llamar a Tipt...

—¿Cuándo sería la asamblea? Si...

—La semana entrante.

—No. Hoy, como sugiere Johnjohn.

—Dije que lo pensaría —recalcó Havergill, a punto de explotar —. Ahora haz el favor de llamar a Tiptop.

—¡Si me garantizas que convocarás a la junta directiva a más tardar mañana a las diez!

La voz de Havergill se volvió agresiva.

—No toleraré un chantaje como el de la última vez. Si tú no quieres llamar a Tiptop, lo haré yo.

Ahora ya puedo hacerlo. Si quieren prestarnos el dinero, lo harán, llame quien llame. Tú has estado de acuerdo en el negocio del torio, en encontrarte con Yu el mes que entra. Nosotros convenimos en apoyar el negocio, quienquiera que esté al frente de la Casa Noble. Yo no tengo poder para otorgarte más préstamos. Así que, tómalo o déjalo. Yo pensaré en convocar a una asamblea de la junta directiva antes que abra el mercado el lunes. Es todo lo que prometo.

El silencio se hizo grave y tenso.

Dunross se encogió de hombros. Tomó el teléfono y marcó.

—Diga —saludó en cantonés una mujer, en tono arrogante.

—El honorable Tip Tok-toh, por favor —pidió él, también en cantonés—. Habla el tai-pan.

—Ah, el tai-pan. ¡Ah! Por favor, un momento.

Dunross esperó. Una gota de sudor se acumuló en la punta de la barbilla de Johnjohn.

—Hola, tai-pan, el doctor está con él, se encuentra muy enfermo. ¡Por favor llame después!

La línea se interrumpió antes que Dunross pudiera decir una

palabra. Volvió a marcar.

—Habla el tai-pan. Quie...

—Este teléfono es terrible —la *amah* elevó al doble el volumen de la voz—. ¡Está enfermo, llame más tarde!

Dunross volvió a llamar diez minutos después. Esta vez la línea estaba ocupada. Siguió intentándolo, sin conseguirlo.

Se oyó una llamada en la puerta y el cajero principal, abrumado, entró a toda prisa.

—Lo siento, señor, pero no hay tregua en las filas. Nos falta todavía un cuarto de hora de trabajo.

Sugiero que limitemos el retiro de dinero por ejemplo a mil...

—No —protestó Havergill en el acto.

—Pero señor, estamos casi vacíos. ¿No cree que...?

—No. El Victoria tiene que seguir adelante. Debemos hacerlo. No. Sigan entregando hasta el último céntimo.

El hombre titubeó, luego salió. Havergill se enjugó el sudor. Johnjohn hizo otro tanto. Dunross volvió a marcar. Seguía ocupado. Un momento antes de las 3:00 hizo el último intento y luego pidió a la compañía telefónica que verificara la línea. La encargada explicó:

—Ese número está fuera de servicio temporalmente, señor.

Dunross dejó el teléfono y comentó:

—Apuesto veinte contra un cuarto de penique a que han dejado el auricular desconectado a propósito —su reloj marcaba las 3:01 . Vamos a averiguar qué pasa en el Mercado.

Havergill se enjugó las palmas de las manos. Antes que empezara a marcar, el teléfono sonó:

—Habla el cajero principal, señor. Hemos... Estamos bien ahora. Se pagó ya al último cliente y se han cerrado las puertas. El Blacs apenas lo logró también, señor.

—Bueno. Verifique lo que queda en la bóveda y llámeme de nuevo.

—Gracias a Dios que es viernes —comentó Johnjohn.

Havergill marcó el número:

—¡Charles! ¿Cuáles son las últimas novedades?

—El Mercado terminó 37 puntos abajo. Nuestras acciones bajaron 8 puntos.

—¡Jesucristo! —exclamó Johnjohn—. El banco nunca había bajado tanto. Ni siquiera durante los tumultos del '56. —¿Y Struan?

—Quedó a 9.50

Los dos banqueros contemplaron a Dunross. Su rostro permanecía impasible. Volvió a marcar el número de Tiptop mientras el corredor de bolsa seguía repasando los precios al cierre. Una nueva señal de ocupado.

—Seguiré llamando de la oficina —dijo—. En el momento en que lo consiga, los llamaré... Si no hay dinero de China, ¿qué harán?

—No hay más que dos soluciones. Esperaremos a que lleguen las libras esterlinas, el gobernador declarará día de fiesta bancario el lunes, o todo el tiempo ¡que necesitemos. O bien, aceptamos la oferta del banco comercial de Moscú.

—Tiptop dijo con absoluta claridad que nos saldría el tiro por la culata. Eso pondría a Hong Kong en cadenas para siempre.

—Son las únicas soluciones.

Dunross se puso de pie.

—No hay más que una. A propósito, ¿te llamó por teléfono el gobernador?

—Sí —dijo Havergill—. Quiere que abramos la bóveda a las 6 de la tarde para él, tú, Roger Crosse y un tipo llamado Sinders. ¿De qué se trata todo eso?

—¿No te lo dijo?

—No. Sólo me advirtió que era un asunto que quedaba bajo la Ley de Secretos Oficiales.

—Te veré a las seis —Dunross salió de la oficina.

Havergill se enjugó más sudor con un pañuelo al tiempo que comentó iracundo:

—Lo único bueno de todo esto es que ese estúpido arrogante está en peor predicamento.

Volvió a marcar el número de Tiptop. Una y otra vez. Luego el teléfono interior del banco sonó.

Johnjohn lo tomó, en lugar de Havergill.

—Diga.

—Habla el cajero principal, señor. No hay más que 716,027 HK en la bóveda —al hombre le temblaba la voz—. Estamos... es todo lo que nos queda, señor.

—Gracias —Johnjohn dejó el teléfono y dio la noticia a Havergill; éste no dijo nada, pero siguió marcando el número de

Tiptop, que continuaba con la señal de ocupado. Al fin, ordenó:

—Será mejor que inicies un diálogo con el contacto soviético.

Johnjohn enrojeció.

—¡Pero eso es imposible!

—*¡Hazlo!*¡ Hazlo ahora mismo! —Havergill, en un ímpetu de cólera tan violento como el de su interlocutor, volvió a marcar el número de Tiptop. Seguía ocupado.

Dunross entró a su oficina.

—El señor Toda está aquí, con su acostumbrado cortejo, tai-pan —Claudia no disimuló ni el disgusto ni la nerviosidad.

—Hazlos pasar, por favor.

—El señor Alastair habló dos veces... pidió que lo llamaras en cuanto volvieras. Lo mismo que tu padre.

—Los llamaré luego.

—Sí, señor. Aquí está el telex, de Nelson Trading de Suiza, que confirma que han comprado el triple de oro para la Great Good Luck Company de Macao.

—Muy bien. Mándale una copia a Lando en el acto y pídele el dinero.

—Este telex viene de Orlin Merchant Bank. Confirma que lamentan no poder renovar el préstamo y exigen pago.

—Mándales un telex que diga: "Gracias".

—Me comuniqué con la señora Dunross y llegaron con toda felicidad.

—Muy bien. Consígueme el número telefónico de la casa del especialista de Kathy, para poder llamarlo durante el fin de semana.

Claudia hizo otra nota y dijo:

—El amo Duncan llamó de Sydney para avisar que había tenido una gran velada anoche y que viene en el vuelo de Qantas deblunes. Aquí tienes una lista de las demás llamadas.

Miró la larga lista y se preguntó por un instante si su hijo habría perdido ya la inocencia o si la habría perdido antes de encontrarse con la encantadora Sheila. El pensar en una bella Sheila le trajo de nuevo a la memoria a la exquisita Snow Jade. Era curioso que su nombre fuera Snow Jade... Me recordó tanto a Elegant Jade, que está en algún lugar de Formosa, encargada de una Casa de Muchos Placeres

...Tal vez ha llegado la hora de encontrar a Elegant para darle

las gracias. En ese instante, recordó la advertencia del viejo Chen-chen, ya moribundo: «Escúchame, hijo mío —su voz era apenas un murmullo—. Nunca trates de encontrarla. Sería en mengua del prestigio y de la belleza, tanto para ella como para ti. Ahora ella será ya vieja, su puerta de jade se habrá marchitado y sus placeres radicarán en la buena comida y el buen brandy. Los hijos del mundo del placer no envejecen bien, como tampoco sus temperamentos. Déjala entregada a su hado y a sus recuerdos. Sé amable. Sé siempre amable con aquellas que te dan su juventud y su yin para sostenerte el yang. ¡Aaayyy! ¡Cómo quisiera yo ser tan joven como tú ahora!»

Dunross suspiró. Su velada con Snow Jade había sido impecable... y llena de alegría y risa.

—No tomo postre —había protestado luego—. Estoy a dieta.

—*Oh ko*, usted no, tai-pan. Yo le ayudaré a perder peso, no se preocupe.

—Gracias, pero no postre, y jamás en Hong Kong".

—¡Ah! Four Fingers me advirtió que usted diría eso, tai-pan, y que yo no me avergonzara —la cara se le había iluminado, mientras le servía un whisky—... que debía decirle que tengo pasaporte y puedo viajar.

Habían reído juntos. Luego él había preguntado:

—¿Qué más dijo Four Fingers?

La chica se había tocado los labios con la punta de la lengua.

—...sólo que los demonios extranjeros son muy especiales en algunas cosas. Como decir ¡no poste!

Como si eso importara —había estado observándolo—. Yo jamás he estado con un bárbaro.

—¿Ah, no? Algunos somos en realidad bastante civilizados.

Dunross sonrió en su interior al recordar cómo se había sentido tentado, con su conversación y la gran cena y todo en un ambiente de buen humor y de satisfacción. Sí. Pero eso no basta para perdonar al viejo maldito de Four Fingers, ni para justificar su media moneda, y el robo de la misma —pensó en actitud sombría —. Tampoco lo disculpa por la trampa en la que cree tenerme atrapado. Pero todo eso vendrá después. Primero lo más importante. Concéntrate. ¡Hay mucho que hacer antes de acostarte esta noche!

La lista de Claudia era larga. La mayoría de las llamadas eran urgentes, y no tenía más que dos horas de trabajo por delante. Tiptop no estaba en la lista. Tampoco Lando Mata, Tightfist Tung, Four Fingers, o Paul Choy. Casey y Bartlett aparecían allí. Además, Traykin, Robert Armstrong, Jacques deVille, Gavallan, Phillip Chen, Dianne Chen, Alan Holdbrook (el corredor de bolsa interno de Struan). Sir Luis y docenas de gente repartida por todo el mundo.

—Nos comunicaremos con ellos después de atender a Hiro Toda, Claudia...

—Sí, señor.

—Después de Toda, quiero ver a Jacques... luego a Phillip Chen. ¿No tienes nada de la señora Riko Gresserhoff?

—Su avión debe aterrizar a las 7 de la noche. Está registrada en el V y A, y alguien está ya encargado de ir a encontrarla. También hay ya flores en su cuarto.

—Gracias.

Dunross entró a su oficina y contempló el panorama desde la. ventana. Por el momento había hecho todo lo que podía por la Casa Noble y por Hong Kong. El resto estaba en manos del hado. Y el siguiente problema: los barcos. Su excitación llegó a un límite.

—¡Hola, tai-pan.

—¡Hola, Hiro! —Dunross estrechó con afecto la mano que se le ofrecía.

Hiro Toda, director gerente de Toda Shipping Industries, tenía la misma edad de Dunross. Era un hombre esbelto, recio y mucho más bajo dé estatura. Ojos inteligentes y una sonrisa siempre a flor de labios. Hablaba con un acento ligeramente norteamericano, debido a los dos años de trabajos de posgrado en la Universidad de California de Los Ángeles (UCLA), a fines de la década de 1940.

—Si me permites, te presento a mis socios, el señor Kazunari, el señor Ebe y el señor Kasigi.

Los tres hombres, más jóvenes, hicieron una inclinación, a la que Dunross respondió en la misma forma. Todos iban vestidos con trajes oscuros bien cortados, camisa blanca y corbata de color neutro.

—Hagan el favor de tomar asiento.

Con un gesto cordial y espontáneo, señaló con la mano las sillas que rodeaban la pequeña mesa de conferencias. La puerta se abrió y

entró su intérprete y ayudante japonés Akiko. Entró llevando té verde en un juego a propósito, se presentó a sí misma, sirvió la bebida con delicadeza y se sentó junto a Dunross. Aunque el japonés de éste era bastante bueno para una reunión de negocios, la presencia de la chica se hacía necesaria, como un toque de prestigio.

Parte en japonés, parte en inglés, él inició la conversación cortés, sobre asuntos sin trascendencia, que era lo que por costumbre japonesa precedía a cualquier discusión seria. Era también costumbre japonesa que las juntas de negocios fueran compartidas por muchos ejecutivos. Cuanto más importante era el principal ejecutivo, tanto mayor era el número de personas que lo acompañaban.

Dunross esperó con paciencia. El japonés le era simpático. Hiro Toda era director titular del gran consorcio naviero fundado por su abuelo, casi un siglo antes. Sus antepasados eran *daimyos*, señores feudales, hasta que el feudalismo y la clase de los samuráis habían quedado abolidos en 1870, al iniciarse la vida del moderno Japón. Su autoridad en Toda Shipping era en apariencia omnipotente, pero como sucedía con frecuencia en Japón, todo el poder real estaba concentrado en manos de su viejo padre, de setenta y tres años quien, a la vista de todos, eran un hombre jubilado.

Al fin, Toda entró en materia.

—Este derrumbe del Mercado debe ser muy preocupante, tai-pan.

—Es una pérdida temporal de confianza. Estoy seguro de que todo se compondrá durante el fin de semana.

—Ah, sí. Yo también lo espero.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse, Hiro?

—Hasta el domingo. Sí. El domingo. Luego seguiremos a Singapur y a Sydney. Estaré de vuelta para el cierre de nuestro negocio contigo la semana próxima. Tengo el gusto de decirte que tus barcos estarán listos antes de la fecha prometida —puso un expediente sobre la mesa—. Aquí tienes un informe detallado.

—¡Excelente! —Dunross hizo un viraje para el ataque, bendiciendo a los dioses, a AMG y a Kirk.

Al volver a casa la noche anterior, de pronto se había dado cuenta de la enormidad del arma que AMG y Kirk le habían puesto

en las manos para lanzar un plan en el que había estado trabajando durante casi un año.

—¿Querrías presentarme también tus órdenes de pago?

—¡Ah! —el aludido disimuló la sorpresa—. Tal vez pueda hablar de eso con mis colegas después, pero me alegra saber que todo está bien controlado y que se ha puesto freno al intento de apoderarse de la compañía.

—¿No ha dicho acaso Sun Tzu que «aquel que no sabe ser previsor, si no subestima a sus contrarios caerá en sus manos con toda seguridad»? No cabe duda de que Gornt anda queriendo pisarnos los talones, de que las fugas de capital en nuestros bancos es asunto serio, pero lo peor ha pasado ya.

Todo anda a las mil maravillas. ¿No crees que deberíamos ampliar la cantidad de los negocios que estamos realizando juntos?

Toda sonrió y comentó:

—Dos barcos, tai-pan... Gigantescos, según los criterios actuales. En un año... ¡Esa relación de negocios no es poca cosa!

—Podría hablarse quizá de veintidós barcos —dijo, con un tono de aparente naturalidad, pero concentrando toda su atención—. Tengo una proposición que hacerte, es más, que hago a todos los conjuntos industriales navieros japoneses. En este momento, ustedes se limitan a construir barcos y a venderlos, ya a los *gai-jin*, a gente de fuera, por ejemplo a nosotros, y a empresarios japoneses. Si a los navieros japoneses los costos de operación de ustedes, con el elevado costo de las tripulaciones niponas, que por ley deben llevar, no están resultándoles ya idóneos para la competencia, como los barcos norteamericanos, con tripulaciones norteamericanas, muy pronto ustedes no podrán competir con los griegos, con algunos otros y con nosotros, puesto que nuestros costos serán mucho más bajos.

Dunross vio que todos fijaban su atención en Akiko, que traducía casi simultáneamente, y recordó con júbilo otro dicho de Sun Tzu: «En todo combate, el método directo puede usarse para reforzar una batalla, pero los métodos indirectos serán necesarios para asegurar la victoria». Luego continuó diciendo:

—En segundo lugar, Japón tiene que importar todo lo que ha menester par sostener su economía de progreso y sus niveles de vida, sus consorcios industriales e indiscutiblemente el 95 por

ciento de toda la energía que requiere para sostenerlos. El petróleo es la clave de su futuro, y tiene que llegarle por mar, lo mismo que todas las materias primas voluminosas, que siempre se transportan en grandes buques cargueros. *Siempre* por vía marítima... Ustedes están construyendo los grandes barcos con gran eficiencia, pero como dueños de navíos, sus costos de operación y su propia estructura fiscal interna los van a sacar del mercado. Mi proposición para ustedes es sencilla: dejen de tratar de ser dueños de sus propias flotas mercantes, nada económicas. Vendan sus barcos al extranjero sobre una base: de alquiler a largo plazo.

—¿Qué cosa?

Dunross vio que lo contemplaban atónitos. Esperó un momento. Luego prosiguió:

—La vida de un barco es ... digamos unos quince años. Ustedes venden su gran transportador, por ejemplo a nosotros, pero como parte de un contrato de alquiler por quince años. Nosotros proporcionamos la tripulación con su capitán y lo ponemos a trabajar. Antes de entregar la nave, ustedes hacen contrato con Mitsubishi o a alguna otra de las grandes compañías japonesas, para que importen material voluminoso durante unos quince años: carbón de piedra, mineral de hierro, arroz, trigo, petróleo, lo que ustedes quieran. Este sistema garantiza al Japón un abastecimiento continuo de materias primas, establecido al arbitrio de ustedes y controlado por japoneses. Japan Inc., podrá incrementar el financiamiento que ahora les otorga, porque ustedes mismos, en realidad, son los transportadores de sus materias primas vitales.

—Sus industrias pueden hacer planes para el futuro. Japan Inc. puede apoyar económicamente a compradores selectos de su navíos, porque el precio de compra queda cubierto con creces por el alquiler a quince años. Además, como los barcos están bajo un contrato de servicio a largo plazo, nuestros banqueros, por ejemplo, los del Blacs y el Victoria, también estarán muy dispuestos a financiar el resto de la operación general. Todos salen ganando. Ustedes son los que ganan más porque se aseguran una línea de abastecimiento a largo plazo, bajo su propio control. ¡Y todavía no he mencionado las ventajas que obtienen en cuanto a impuestos sobre todo las que obtendría Toda Industries!

Dunross se levantó en medio del más profundo silencio. Los

demás lo observaban azorados. Se dirigió a su escritorio y volvió con unos informes engrapados y dijo:

—Aquí tienen un estudio fiscal hecho por nuestra gente de Japón, con ejemplos específicos, incluidos los métodos para depreciar el costo de los barcos, para incrementar las utilidades. Aquí se les propone un plan para transportadores de grandes cargas. En este estudio están las sugerencias comprobadas de las diversas formas en que Struan podría ayudarles en sus operaciones de alquiler, en caso de que nosotros fuéramos uno de los fletadores elegidos. Por ejemplo, Woolara Mines de Australia están preparados para celebrar, bajo nuestra dirección, un contrato con Toda Industries, encaminado a suministrar el 95 por ciento de su producción de carbón mineral, durante cien años.

Toda se quedó boquiabierto. Lo mismo sucedió a los otros japoneses cuando Akiko hizo la traducción. Woolara Mines era una mina enorme, de gran eficiencia y productividad.

—Nosotros podríamos ayudarles en Australia, que es el tesoro de Asia, abasteciéndolos de todo el cobre, el trigo, los productos alimenticios, la fruta y el mineral de hierro que necesitaran, A mí se me ha informado en privado que hay nuevos e inmensos depósitos de mineral de hierro de grado muy alto, recién descubiertos en Australia occidental. Son de fácil acceso desde Perth. Hay petróleo, uranio, torio y otros materiales , preciosos que ustedes necesitan. Además hay lana y arroz. De acuerdo con mi proyecto, *ustedes mismos* controlarían el flujo de materias primas, los fletadores extranjeros tendrían barcos y un flujo de caja constante para financiar y encomendar la construcción de más buques, para alquilar a largo plazo y para transportar más y más materias primas y también más automóviles, televisores, artículos electrónicos y más productos hacia el exterior, rumbo a Estados Unidos... y también plantas y maquinaria de industria pesada al resto del mundo. Por último, volviendo a la más vital de todas sus importaciones, el petróleo... Aquí tienen la sugerencia de un programa para una nueva flota de buques cisterna, de medio millón a un millón de toneladas de peso bruto cada uno.

Toda volvió a quedarse sin aliento y en una reacción repentina terminó de hacer la traducción él mismo. Aturdidos, los demás se quedaron boquiabiertos cuando mencionó la cifra de medio millón

a un millón dé toneladas.

Dunross se recargó a gusto en su sillón, disfrutando de la tensión. Vio cómo se miraban unos a otros, luego observaban a Toda en espera de su reacción.

—Yo... yo creo que será mejor que estudiemos tus proposiciones, tai-pan —dijo Toda, esforzándose porque su voz se mantuviera serena—. A todas luces son de largo alcance. ¿Podríamos volver a hablar contigo después?

—Sí. ¿Van a estar presentes en las carreras mañana? La comida será a las 12:45.

—Sí, gracias. Si no ocasiona mayor molestia —contestó Toda, presa de una nerviosidad repentina—. Pero nos sería imposible tener una respuesta para esa hora.

—¡Por supuesto! ¿Tienen ya todas sus invitaciones y distintivos?

—Sí, gracias. Yo... ehm... espero que todo te resulte muy bien. Tu propuesta es sin duda de gran alcance.

Salieron. Dunross se concedió un momento para disfrutar de toda aquella excitación. ¡Los tengo! —pensó. ¡Santo Dios! en un año podemos tener la flota máxima de Asia, financiada por completo, sin riesgos para el financiador, el armador, el operador o el proveedor, con buques cisterna, buques enormes como núcleo... si logramos capotear este tifón.

Lo único que necesito es un poco de suerte. Necesito detener de alguna manera el derrumbe hasta el martes, cuando firmemos el convenio con Par-Con. Par-Con paga nuestros barcos, pero ¿qué hacemos con Orlin y con Gornt?

—El señor Jacques viene hacia acá y el señor Phillip está en su oficina y subirá en él momento en que tú estés dispuesto a recibirlo. Roger Crosse llamó para decir que tu cita es a las 7:00 p.m. en lugar de las 6:00 p.m; Dijo que el avión del señor Sinders viene retrasado. El ha informado ya de eso al gobernador y a todos los interesados.

—Gracias, Claudia.

Miró su lista de llamadas. Marcó el número del V y A y preguntó por Bartlett. Había salido. Entonces dijo: —La señorita Tcholok, por favor.

—Dígame...

—Hola, habla Ian Dunross. Estoy contestando la llamada tuya y la de Linc Bartlett. ¿Cómo anda todo?

Una ligera pausa. La chica dijo:

—Interesante, tai-pan... ¿Podría pasar a verte?

—Por supuesto. ¿Qué te parecería un cóctel a las 6:15 en el Mandarín? Eso me daría más de media hora de mi cita siguiente, ¿qué opinas?

Al hacer esa sugerencia, una ola de ansiedad lo recorrió por dentro, cuando pensó en Crosse, en Sinders y en la advertencia de AMG relativa a no entregar jamás los documentos.

—¿Sería posible que fuera a tu oficina? Podría salir ahora mismo y estar contigo en treinta o cuarenta y cinco minutos... Hay algo que quiero discutir contigo. Seré tan breve como me sea posible.

—Muy bien. Es posible que tenga que hacerte esperar uno o dos minutos, pero ven luego.

Dejó el teléfono, frunciendo el ceño. ¿Qué le sucederá...?

Se abrió la puerta. Jacques deVille entró. Se veía abrumado y cansado.

—¿Querías verme, tai-pan?

—Sí. Siéntate, Jacques. Yo tenía entendido que tomarías el avión que salió anoche.

—Volvimos a hablar... Susanne y yo, y ella pensó que lo mejor para Avril era que esperara uno o dos días...

Dunross escuchaba con fascinación, sin acabar de concebir que aquel hombre fuera un espía comunista. Pero para esa hora, había ponderado ya bien esa posibilidad. Era muy fácil que Jacques, en plena juventud, idealista y en las filas de la resistencia francesa durante la odiada y terrible ocupación nazi en Francia hubiera dejado qué su fervor nacional y sus sentimientos antinazis se canalizaran hacia el comunismo. ¿Cómo no? ¿Por ventura no era Rusia nuestra aliada en ese tiempo? ¿Acaso el comunismo no estaba de moda en todos lados, incluso en Estados Unidos? ¿No es verdad que Marx y Lenin parecían entonces muy razonables? *¡Entonces!* Sí, antes que supiéramos la verdad sobre Stalin, sobre los *gulags*, la policía estatal KGB, las conquistas de las masas y la falta absoluta de libertad.

Pero, ¿cómo podía todo ese desatino comunista ser perdurable para alguien como Jacques? ¿Cómo era posible que un hombre como él conservara semejantes convicciones y las mantuviera sepultadas tanto tiempo... si en realidad es el elemento infiltrado de

Sevrin que asegura AMG?

—¿Qué opinión tienes de Grey? -ˆpreguntó Dunross.

—Un cretino absoluto, tai-pan. Demasiado inclinado al ala izquierda, para mi modo de pensar. Aun el mismo Broadhurst es demasiado izquierdista para mi gusto;.. Ya que me he quedado ... ¿Puedo volver a hacerme cargo de Bartlett y Casey?

—Por el momento no. Yo trataré con ellos, pero tú hazte cargo del contrato.

—Está elaborado ya. He estado con nuestros abogados. Hay un ligero problema. Dawson sé ha entrevistado con el abogado de Bartlett, el señor Steigler. Se vieron esta mañana. Steigler quiere volver a negociar el calendario de pagos y posponer la firma hasta el próximo fin de semana.

Una ola de rabia invadió a Dunross. Trató de no manifestarla. Esa tiene que ser la razón por la que Casey quiere una cita conmigo, pensó.

—De eso yo me encargo —dijo, haciendo el problema a un lado, para ocuparse en el más apremiantes Jacques deVille, que debía ser inocente a menos que se demostrara lo contrario.

Lo miró, sintiendo simpatía por aquel hombre áspero y rechoncho, recordando los ratos magníficos pasados con él en Avisyard y en Francia. Eran él, Penelope, Jacques y Susanne, con todos sus hijos; era la época de Navidad o las vacaciones del verano: buena comida, buen vino y risa franca y libre, además de los grandes planes para el futuro. Sin duda alguna, Jacques era allí la persona más prudente, la más reservada, y hasta antes de la acusación de AMG, probablemente era el siguiente en la línea. Pero ahora ya no lo eres; No lo serás hasta que demuestres la verdad sobre ti mismo y yo pueda estar seguro de ella. Lo siento, amigo mío; pero tienes que ser puesto a prueba.

—Estoy haciendo algunos cambios de índole organizativa —empezó—. Como sabes, Linbar salió rumbo a Sydney hoy mismo. Pienso dejarlo allá un mes para que traté de organizar la fusión corporativa con Woolara. No tengo muchas esperanzas. Deseo que tú te hagas cargo de Australia —vio que a Jacques se le abrían mucho los ojos por un instante, pero no supo si era preocupación o felicidad; luego continuó—. Ya oprimí el primer botón para nuestro plan Toda y...

—¿Cómo lo recibió?

—Enganchado... anzuelo y carnada.

—¡*Merde*, pero es grandioso!

Dunross vio que a Jacques se le iluminaba la cara y no descubrió ninguna malicia en su gesto. Había sido uno de los principales autores del plan naviero, el que había concebido los intrincados procedimientos para la financiación.

—¡Qué pena que el pobre de John no está vivo para saberlo! -comentó Jacques.

—Sí —John Chen había estado trabajando en relación estrecha con Jacques deVille—. ¿Has visto a Phillip?

—Cené con él anoche. ¡Pobre hombre, ha envejecido veinte años!

—Tú también.

Se encogió de hombros en un gesto muy francés y comentó:

—¡La vida, amigo mío! Pero... sí, sí estoy triste por la pobre de Avril y el pobre de Borge. Por favor discúlpame. Te interrumpí.

—Me gustaría que tú te hicieras cargo de Australasia (mi deseo es efectivo a partir de hoy), y fueras responsable de poner por obra todos nuestros planes en Australia y en Nueva Zelanda. Conserva esta noticia para ti sólo durante este mes... Al único que se la comunicaré será a Andrew... Pero organízate y prepárate para partir en esas fechas.

—Muy bien —hubo cierta vacilación.

—¿Qué cosa? A Susanne nunca le gustó Hong Kong... Allá no tendrás problema, ¿no te parece?

—¡Oh, no, no tai-pan! Desde el accidente... Con toda franqueza, yo iba a pedirte un cambio temporal. Susanne no ha sido feliz aquí y... Pero mi intención era pedirte si podía hacerme cargo de Canadá por un año más o menos.

A Dunross le asombró mucho la nueva idea:

—¿Por qué?

—Sí. Me pareció que tal vez podría ser útil allá. Mis contactos entre los francocanadienses son buenos, muy buenos. Tal vez podríamos cambiar la oficina de Struan en Canadá, de Toronto a Montreal o a Ottawa. Yo podría ser una ayuda muy valiosa desde allá. Si nuestra relación con Japón prospera, necesitaremos madera, pulpa de madera, cobre, trigo, carbón mineral y una docena más de

materias primas canadienses —una débil sonrisa y se apresuró a continuar—. Tanto tú como yo sabemos cómo el primo David ha estado haciendo maniobras para volver aquí. Yo pensé ¡que si nosotros nos mudábamos allá, él podría venirse. En realidad, él está mejor preparado para vivir aquí, para ocuparse de Australasia, ¿no crees? Habla cantonés, un poco de japonés y lee y escribe en chino, cosa que yo no sé hacer. Sin embargo, lo que tú digas, tai-pan. Me haré cargo de Australasia, si lo deseas. Es cierto. Me gustaría un cambio.

Dunross dejó que su mente explorara. Había decidido aislar a Jacques de Hong Kong, mientras averiguaba la verdad. Habría sido fácil hablar en secreto del asunto con Crosse o Sinders y pedirles que utilizaran sus fuentes para indagar, observar y sondear. Pero Jacques era miembro del Consejo Interno. Como tal, participaba de toda clase de proyectos e información privada que se pondría en peligro. No —pensó Dunross—. Es preferible que nosotros nos ocupemos de los nuestros. Tal vez se necesite más tiempo, pero averiguaré si es verdad que es de ellos o no. De un modo o de otro sabré lo necesario sobre deVille.

Pero... ¿Canadá?

Desde un punto de vista lógico, Jacques estaría mejor allá. Sería también mejor para Struan... Yo mismo debía haber pensado en eso... Nunca hemos tenido motivo para dudar de su lealtad a la compañía, ni de su habilidad en el trabajo. Es cierto que el buen David ha estado dando de gritos durante dos años, para volver acá. El cambio sería más fácil. Jacques tiene razón. David está mejor preparado para manejar a Australasia, y Australia y Nueva Zelanda son mucho más importantes para nosotros que Canadá... ¡mucho más importantes! Son vitales, son la casa del tesoro para Asia entera.

Si Jacques es inocente, podrá ayudarnos en Canadá. Si no lo es, allá podrá hacer menos daño.

—Voy a pensar en eso —le dijo, aunque había ya decidido hacer el cambio—. Guárdate todo para ti solo y llegaremos a una conclusión el domingo.

Jacques se levantó y le tendió la mano.

—Gracias, *amigo mío*.

Dunross se la estrechó. Pero en su corazón se preguntaba si sería

la mano de su amigo… o de su Judas.

Al encontrarse solo de nuevo, el peso de sus problemas lo abrumó. El teléfono sonó, y él se ocupó de un problema, luego de otro después, de otro más. El teléfono de Tiptop seguía ocupado… Decidió mandar llamar a Phillip, y todo el tiempo le parecía estar hundiéndose en un pozo. En ese momento, sus ojos tropezaron con la mirada de Dirk Struan, que desde la pared lo miraba, semisonriente, rebosando confianza, arrogante, amo de los clíper, la máquina más encantadora que el hombre hubiera construido. Como siempre, se sintió reconfortado.

Se levantó de su sillón y fue a ponerse de pie delante de el tai-pan.

—¡Santo Dios! —exclamó en voz alta—. No sé qué haría sin ti…

Le vino a la memoria el hecho de que Dirk Struan se había visto abrumado por cargas mucho mayores que las suyas y las había conquistado. Sin embargo, sólo lo había hecho para que luego la tempestad, la ira de la naturaleza, le diera muerte en el apogeo de su existencia, cuando apenas tenía cuarenta y tres años, y era el indiscutible amo y señor de Hong Kong y de Asia.

—¿Será siempre cierto que aquellos «a quienes los dioses aman, mueren jóvenes»? —se preguntó.

Dirk no tenía más que mi edad, cuando los Vientos Infernales del gran tifón hicieron añicos nuestra recién construida residencia de tres pisos en Happy Valley, y lo sepultaron a él bajo los escombros.

¿A esa edad se es viejo o joven? Yo no me siento viejo. ¿Era esa la única manera de morir para Dirk?

¿Con violencia? ¿En la tormenta? ¿Joven? ¿Asesinado por la naturaleza? ¿O quiere decir la expresión que aquellos a quienes los dioses aman mueren con la juventud del corazón?

—No tiene importancia —dijo a su maestro y amigo—. Me gustaría haber vivido entonces para conocerte. Te lo digo sin reservas, tai-pan, espero en Dios que haya una vida después de la muerte, para que en algún eón pueda darte gracias en persona.

Con renovada confianza, volvió a su escritorio. En el primer cajón estaba la matriz de Four Fingers Wu. Sus dedos tropezaron con ella, la acariciaron. ¿Cómo esquivo ésta? —se preguntó en actitud sombría.

Se oyó un golpe en la puerta. Phillip Chen entró. En los últimos días había envejecido mucho.

—¡Santo Dios, tai-pan! ¿Qué vamos a hacer? ¡9.50! —exclamó precipitadamente, con un sonido metálico nervioso en la voz—. ¡Estoy para arrancarme los cabellos! *Dew neh loh moh,* con miras a la gran bonanza, recordarás que compré a 28.90, invirtiendo hasta el último céntimo de mis ahorros y más, y Dianne compró a 28.80 y vendió a 16.80 y ahora exige que yo la compense por la pérdida. *Oh ko,* ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a orar y a hacer lo que esté en nuestra mano —contestó Dunross—. ¿Has logrado hablar con Tiptop?

—¿Eh? No... no, tai-pan. He seguido insistiendo a intervalos de breves minutos, pero el teléfono continúa desconectado. La compañía telefónica asegura que han dejado el auricular descolgado. Pedí a mi primo, de la compañía misma que verificara el dato personalmente. Las dos líneas de su casa están desconectadas.

—¿Qué me aconsejas?

—¿Aconsejarte? No sé. Creo que deberíamos mandar a un mensajero, pero no quise hacerlo sin consultarlo contigo... ¡Ese derrumbe de nuestras acciones, la fuga del banco, el pobre de John y los reporteros que no dejan de asediarme... todos mis valores han bajado, todos! —el anciano prorrumpió en un paroxismo de obscenidades cantonesas y maldiciones contra Gornt, sus antepasados y todas sus generaciones futuras—. Si se hunde el Vic, ¿qué vamos a hacer, tai-pan?

—El Vic no se hundirá. El gobernador declarará sin duda el lunes día de fiesta bancaria, si Tiptop nos falla.

Dunross había ya puesto a su jefe de personal nativo al corriente de sus conversaciones con Tiptop, con Yu, con Johnjohn y con Havergill. Por eso, apremió:

—¡Vamos, Phillip, piensa! —añadió con fingida ira, dando un tono agudo deliberado a su voz para ayudar al anciano—. ¡No puedo simplemente mandar a un maldito mensajero a decirle "ha dejado desconectado su teléfono a propósito"!

Phillip Chen se sentó. La ira insólita del tai-pan lo forzó a hacer acopio de energías.

—Lo siento, sí... Me apena, pero todo esto... y John... ¡pobre de

John!

—¿Cuándo será el funeral?'

—Mañana, mañana a las diez será el funeral cristiano, y el lunes el chino. Yo estaba... estaba pensando si tú podrías decir unas cuantas palabras mañana...

—Por supuesto, claro que lo haré... Ahora, ¿qué me dices de Tiptop?

Phillip Chen se concentró. El esfuerzo le resultaba arduo. Al fin dijo: —Invítalo a las carreras. A tu palco. Nunca ha asistido. Eso sería de mucho prestigio. Esa es la forma. Podrías decirle... No, perdón, no estoy razonando con claridad. Es mejor, mucho mejor por escrito, tai-pan. Yo escribiré. Yo te redactaré la nota y la mandaré a nombre tuyo. Le diré qué quisiste decírselo a él en persona, pero que lamentablemente su teléfono no funciona. Luego, si él quiere venir o sus superiores "se lo prohíben, su dignidad se habrá salvado y la tuya también. Yo podría añadir aquello de "a propósito, la Casa Noble ha mandado ya un pedido en firme a Sydney para los óxidos de torio..." —la cara de Phillip Chen se iluminó un poco—. Ese sería muy buen negocio para nosotros, tai-pan, el precio que ofrecen... He verificado otros y podemos proveer con facilidad a todas sus necesidades, y tener ofertas muy buenas de competencia de parte de Tasmania, Sudáfrica y Rhodesia. ¡Ah! ¿Por qué no mandar al joven George Trussler de Singapur a Johannesburg y Salisbury, en una misión exploradora de minerales de torio ... —Phillip Chen titubeó— y... ehm... algunos otros metales vitales para proyectos del espacio, y otros materiales más... He hecho ya alguna pequeña investigación, tai-pan. Me asombró descubrir que, fuera de Rusia, casi un 90 por ciento de todas las reservas del mundo libre en vanadio, cromo, platino, manganeso, titanio (que son esenciales e indispensables en la industria del espacio y la cohetería), proviene de la parte sur de Rhodesia y Sudáfrica. ¡Piensa en eso: 90 por ciento, fuera de Rusia! Nunca me había dado cuenta de la importancia que esa región tiene para el mundo libre, con todo su oro, sus diamantes, su Uranio, torio y Dios sabe cuántas materias primas más... Tal vez Trussler podría también indagar la posibilidad de poner una oficina allí. Es un hombre sagaz, digno de ascenso —con la mente ocupada por completo, el anciano respiraba con más facilidad—. Sí, este negocio y... ehm... el

del señor Yu podría ser inmenso para nosotros, tai-pan. Estoy seguro de que podemos manejarlos con la debida delicadeza. Yo le hablaría también a Tiptop de Trussler, diciéndole que vamos a mandar a un ejecutivo, miembro de la familia, para preparar el terreno.

—Excelente. Hazlo en el acto —Dunross conectó el intercomunicador—. Claudia, consígueme por favor a George Trussler —volvió a mirar a Phillip—. ¿Por qué interrumpiría Tiptop la comunicación con nosotros?

—Para regatear, para poner más presión de este lado, para lograr mejores concesiones.

—¿Debemos insistir en llamarlo?

—No. Después de la nota entregada en propia mano, él será quien nos llame. El sabe que no somos idiotas.

—¿Cuándo llamará?

—Cuando le den permiso, tai-pan, no antes. A alguna hora, antes del lunes a las 10 de la mañana, que es cuando los bancos abren. Te sugiero que les digas esto a esos dos montones de carne de perro de Havergill y Johnjohn: que no vayan a llamarlo. Añadirán fango a aguas que ya de por sí son turbias.

No se utiliza un ajolote para capturar a un tiburón.

—Muy bien. No te preocupes, Phillip —le dijo en tono comprensivo—. Saldremos de este embrollo.

—No lo sé, tai-pan. Así lo espero —se frotó los irritados ojos, en un gesto de cansancio—. Dianne... ¡esos malditos valores! Yo no veo manera de salir del laberinto. Los...

Claudia interrumpió por el intercomunicador:

El amo Trussler en la línea dos.

—Gracias, Claudia —oprimió el botón correspondiente—. ¡Hola, George! ¿Cómo está Singapur?

—'nas tardes, señor. Bien, señor. Cálido y lluvioso —respondió una voz entusiasta y llena de vida—. Esta es una sorpresa agradable. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero que salgas en el próximo avión a Johannesburg. Sal sin dilación. Avísame por telex de los detalles de tu vuelo y del hotel y llámame tan pronto como estés allá. ¿Me entendiste?

Hubo una ligera vacilación y el tono de la voz fue algo menos vehemente:

—¿Habla de Johannesburg, Sudáfrica, tai-pan?

—Sí, en el primer avión que vaya allá. —En el acto. ¿Alguna otra cosa?

—No.

—Será servido, tai-pan. Me pongo luego en camino. ¡ Adiós!

Dunross dejó el auricular. El poder es un recurso maravilloso —pensó con gran satisfacción—, pero ser tai-pan es todavía mejor.

Phillip se puso de pie y dijo:

—Me ocuparé de esa carta inmediatamente.

—Un minuto, Phillip, tengo otro problema para el que necesito tu consejo.

Abrió el escritorio y sacó la matriz de cera. Con excepción de él y de los tai-pans anteriores, todavía vivos, la única persona del mundo que conocía el secreto de las cuatro monedas era Phillip Chen.

—Mira. Esto me lo di…

Dunross dejó de hablar. Lo paralizó la reacción increíble que la matriz producía en su jefe de personal nativo. Phillip Chen la contemplaba atónito, los ojos casi se le salían y tenía los labios restirados sobre las encías. Como si hubiera caído en un trance en el que todo fuera cámara lenta, Phillip Chen extendió la mano y tomó la matriz. Los dedos le temblaban. La examinó con toda atención, moviendo los labios en absoluto silencio.

En ese momento, el cerebro de Dunross se iluminó con un relámpago, y comprendió que la media moneda debía pertenecer a Phillip Chen, que se la habían robado a él ¡Por supuesto! —quería gritar—. ¡Jin-qua debió dar una de las cuatro monedas a Sir Gordon Chen! Pero, ¿por qué? ¿Qué relación había entre la familia Chen y un rico mandarín, que impulsara a éste a dar al hijo euroasiático de Dirk Struan un obsequio tan valioso?

Todavía en cámara lenta, vio que el anciano levantaba la cabeza para mirarlo de soslayo. La boca volvió a moverse sin emitir sonido alguno. Al fin, en un esfuerzo que parecía estrangularlo, Phillip preguntó:

—¿Te… te ha dado ya esto Bartlett?

—¿Bartlett? —hizo eco Dunross en el tono más incrédulo posible —. ¡Por amor de Dios! ¿Qué diablos tiene que ver Bartlett… —se detuvo cuando una nueva explosión le sacudió el cerebro y más

piezas del rompecabezas parecieron colocarse en su lugar.

¡Todos los conocimientos secretos de Bartlett! Conocimientos que no podían haberle llegado más que uno de siete hombres, todos ellos exentos de sospecha, ¡pero Phillip Chen más que ninguno!

¡Phillip Chen es el traidor! ¡Phillip Chen está trabajando en conspiración con Bartlett y Casey... fue él quien nos vendió, pasándole nuestros secretos y también la moneda!

Una furia enloquecedora se apoderó de él. Necesitó el ejercicio de dominio de toda su vida para reprimirla. Casi sin darse cuenta, se levantó y se acercó a grandes pasos a la ventana para mirar hacia afuera. No supo cuánto tiempo se quedó allí. Pero al volver, su mente estaba despejada y el enorme error de su lógica se había aclarado.

—¡Habla! —su voz infundía temor.

—Tai-pan... tai-pan... —empezó el anciano afligido, retorciéndose los dedos de las manos.

—¡Di la verdad, jefe de personal nativo! ¡Dila ahora mismo! Phillip era presa del terror.

—Fue... fue John —sollozó, en medio de un torrente de lágrimas —. No fui yo, lo ju...

—¡Ya lo sé! ¡Habla, por amor de Dios!

Phillip Chen contó toda la verdad, dijo cómo había tomado la llave de su hijo, abierto su caja de seguridad y descubierto la correspondencia intercambiaba entre él y Bartlett. Habló de la segunda llave y dijo cómo durante la cena, la noche de la fiesta de Dunross, había tenido un presentimiento repentino sobre su caja fuerte, ¡oh, esa caja fuerte! tan secreta, sepultada en el jardín. Explicó cómo, después de desenterrarla había hecho el peor de los descubrimientos. Confesó incluso al tai-pan el pleito que había sostenido con Dianne, y cómo ambos habían pensado que la moneda tendría que estar de alguna manera en poder de John Chen. Luego le declaró que al llamar el licántropo, Dianne había sugerido que Phillip hablara con su primo Four Fingers Wu, para que algunos de sus matones lo siguieran a él y luego a los secuestradores...

Dunross contuvo la respiración, pero Phillip Chen no lo notó deshecho, como estaba, en llanto.

Confesó haber mentido a la policía y pagado el rescate a los jóvenes licántropos, a quienes no sería capaz de reconocer en toda

su vida. Le dijo que los matones de Four Fingers, que se suponía que debían estar protegiéndolo, no habían interceptado a los licántropos, ni rescatado a John, ni siquiera su dinero.

—¡Esa es la verdad, tai-pan... toda entera! —sollozó—. ¡No hay más! Nada... Nada hasta esta mañana, y el cadáver de mi pobre hijo en Sha Tin, con ese inmundo aviso sobre el pecho...

Con una sensación de impotencia, Dunross trataba de hacer acopio de todo su talento. Nunca había sabido que Four Fingers fuera primo de Phillip. Tampoco podía conjeturar cómo el viejo marino se había apoderado de la moneda... a menos que hubiera sido el jefe de los licántropos o estuviera coludido con ellos o con John Chen, que habría concebido un plan maestro para un supuesto secuestro, destinado a sacarle dinero al padre que odiaba, y luego Four Fingers y él hubieran reñido o... ¿o qué?

—¿Cómo supo John nuestros secretos, cómo los obtuvo para revelárselos a Bartlett, cómo supo la forma en que está hecha nuestra estructura? ¿Eh?

—No lo sé —mintió el anciano.

—Tienes que habérselo dicho tú. Nadie conoce esos secretos más que tú, Alastair, mi padre, Sir Ross, Gavallan, deVille y yo. Y de esos, ¡sólo los cuatro primeros conocen la estructura!

—Yo no se lo dije ... ¡Juro que no se lo dije!

La furia abrumadora de Dunross empezó a acrecentarse otra vez, pero también en esta ocasión logró ponerle rienda.

Sé lógico —se dijo—. Phillip es más chino que europeo. ¡Trata con él como con un chino! ¿Dónde está el eslabón? ¿Dónde está la pieza que nos falta del acertijo?

Estaba tratando de plantear con claridad el problema, cuando sus ojos se clavaron en el viejo. Esperó, sabiendo que también el silencio es un arma muy poderosa, tanto para la defensa como para el ataque.

¿Cuál es la respuesta? Phillip rio revelaría nunca a John nada tan secreto, en consecuencia...

—¡Dios santo! —estalló al venirle la idea repentina—. ¡Tú has estado conservando registros! ¡Registros privados! ¡Así es como John lo averiguó! ¡Lo sacó de tu caja fuerte! *¿Eh?*

Paralizado por la furia diabólica del tai-pan, Phillip prorrumpió en una declaración que no pensaba hacer:

—Sí... sí... Tuve que aceptar... —se detuvo, luchando por conservar el dominio dé sí mismo.

—¿Tuviste que qué...? ¿Por qué? ¡Habla, con mil demonios! —explotó Dunross.

—Porque... porque mi padre, antes de... de poner la casa en mis manos y entregarme la moneda— me hizo jurar que conservaría... que mantendría en secreto los registros privados de los negocios de la Casa Noble, para proteger a la Casa Chen. Eso fue todo, tai-pan, nunca con el fin de usarlo contra ti o contra la Casa, se trataba sólo de una protección...

Dunross lo miró fijamente. Sentía hacia él odio. Odiaba a John Chen por haber vendido a Struan, por primera vez en su vida sintió intenso odio hacia su mentor Chen-chen; lo hacía sentirse enfermo la furia que le provocaban tantas traiciones. Luego recordó una de las advertencias de Chen-chen, años antes, cuando él casi lloraba de rabia por el modo injusto como lo trataban su padre y Alastair: «No te enfurezcas, joven Ian, toma la revancha. Lo mismo le dije a Culum y a la bruja Hag, cuando tenían tu juventud... Culum nunca me escuchó, pero la bruja sí. Esa es la forma civilizada de actuar: ¡no enfurecerse, desquitarse!»

—Así que Bartlett tiene nuestra estructura, nuestros estados de cuentas. ¿Qué otra cosa?

Phillip Chen no hizo más que estremecerse y verlo con una mirada inexpresiva.

—¡Vamos, por amor de Dios, Phillip, piensa! ¡Todos nosotros tenemos esqueletos, muchos esqueletos! Los tienes tú, los tenía la Hag, Chen-chen, Shitee T'Chung, Dianne...! ¡Por amor de Dios!

¿Qué otras cosas hay comprobadas que John pueda haber revelado?

Una oleada de náusea lo invadió al pensar en su teoría sobre el nexo entre Banastasio, Bartlett, Par-Con, la mafia y los rifles. ¡Jesucristo ,si nuestros secretos caen en malas manos!

—*¡Contesta!*

—No sé... no sé! ¿Qué... qué pidió Bartlett? Por la moneda... —una pausa, y Phillip gritó—. ¡Es mía, me pertenece a mí!

Dunross pudo ver el temblor incontrolable de las manos de Phillip y un repentino tinte grisáceo en su rostro. En las garrafas del bar de su oficina tenía brandy y whisky. Caminó en esa dirección y

le trajo un vaso de brandy. El viejo lo bebió con gratitud, ahogándose un poco. Luego dijo:

—¡Gracias… gracias!

—Ve a tu casa y recoge todo y… —se interrumpió y oprimió un botón del intercomunicador—. ¿Andrew?

—Sí, tai-pan —repuso Gavallan.

—¿Querrías venir acá un segundo? Quiero que lleves a Phillip a su casa. No se siente bien y hay una serie de papeles que necesito que me traigas.

—Allá voy.

Los ojos de Dunross no se habían apartado de los de Phillip un instante.

—Tai-pan, ¿qué pidió Bar…? ,

—¡Manténte lejos de ellos por el resto de tus días! ¡Y dale a Andrew absolutamente todo: las cartas de John, las de Bartlett… ¡todo! —la voz de Dunross sonaba estridente.

—Tai-pan…

—¡Absolutamente todo!

La cabeza le dolía por la presión de la rabia contenida. Estuvo a punto de añadir: ya tomaré una decisión sobre ti y la Casa de Chen durante el fin de semana. Pero no lo hizo. «¡No te enfurezcas, desquítate!» —seguía retumbándole en los oídos.

* * *

Casey entró. Dunross le salió al encuentro. Llevaba una sombrilla y había vuelto a ponerse el vestido verde pálido que combinaba a la perfección el color de los ojos con el del cabello. Dunross observó las ojeras acentuadas. En cierto sentido la hacían más deseable.

—Lamento haberte hecho esperar —su sonrisa era cálida, pero él no disfrutó nada de la calidez.

Estaba todavía horrorizado de todo lo relacionado con Phillip Chen.

La mano de Casey estaba fresca y agradable.

—Te agradezco que hayas querido recibirme —dijo ella—. Sé que estás muy ocupado, así que entro luego en materia.

—Primero una taza de té. ¿O prefieres una copa?

—Licor no, gracias. Pero no quiero darte ninguna molestia.

—No lo es. De cualquier manera, yo iba a pedir té. Son las 4:40, hora de tomarlo.

Como por obra de magia, la puerta se abrió, y un mozo de librea entró, llevando en una bandeja de plata té para dos personas, con finas rebanadas de pan con mantequilla y unos panecillos calientes en un calentador de plata. Sirvió el té y salió. Era de color café oscuro y sabor fuerte.

—Es Darjeeling, una mezcla de nuestra casa. Hemos estado comerciando con ella desde 1830 —explicó Dunross.

Empezó a saborear el contenido de su taza, dando gracias al genio inglés que había inventado el té de la tarde, que en alguna forma parecía aplacar los cuidados del día y poner las cosas al mundo en su perspectiva correcta.

—Espero que te guste —insistió.

—Es magnífico, tal vez un poco fuerte para mí. Tomé una taza a las 2 de la mañana, más o menos, y no cabe duda de que me tuvo despierta.

—¡Oh! ¿Están todavía perturbados tus ciclos biológicos por el cambio de horario?

Casey negó con la cabeza y le relató la situación de Peter Marlowe.

—¡Oh, qué mal hado! —oprimió el botón del intercomunicador —. Claudia, llama al sanatorio Nathan, pregunta por la señora Marlowe y mándale unas flores. Gracias.

Casey frunció el ceño:

—¿Cómo sabías que estaba en ese sanatorio?

—El doctor Tooley siempre usa ese sitio en Kowloon.

Dunross observaba a Casey con mucha atención, asombrado de que se mostrara tan amistosa, cuando a todas luces Par-Con estaba tratando de sabotear el convenio. Si ha estado despierta la mayor parte de la noche, eso explica las ojeras —pensó—. En fin, con ojeras o sin ellas cuidado, jovencita, nuestro pacto está tambaleándose.

—¿Otra taza? —preguntó solícito.

—No, gracias. Con esta basta.

—Te recomiendo los panecillos. Los comemos en esta forma: una buena cucharada de crema Devonshire encima, una cucharada cafetera de mermelada de fresa casera en el centro de la crema y...

la magia! ¡Aquí tienes!

Con aversión, aceptó el panecillo. Era para consumirse de un solo bocado. Desapareció...

—¡Fantástico! —exclamó, limpiándose una pizca de crema de la boca—..¡Pero todas esas calorías... no gracias! En realidad, no. Desde que llegué aquí no he hecho otra cosa que comer.

—Nadie podría decirlo.

—Ya lo dirán —Dunross notó que le devolvía la sonrisa.

Estaba sentada en uno de los sillones de cuero de respaldo alto. La mesa del té la separaba de Dunross. Volvió a cruzar la pierna, y Dunross pensó una vez que Gavallan tenía razón al decir que su talón de Aquiles era la impaciencia.

—¿Puedo empezar ahora? —preguntó.

—¿Estás segura de que no quieres más té? —insistió él, con toda intención, para desconcertarla de nuevo.

—No, gracias.

—Eso significa que la hora del té ha terminado. ¿Qué está sucediendo?

Casey respiró profundamente.

—Parece que Struan cojea gravemente y está a punto de hundirse.

—Por favor, no te preocupes por Struan. Está en magníficas condiciones.

—Es posible que tú estés, tai-pan, pero a nosotros no nos lo parece. Me refiero a los que lo vemos de fuera. He andado informándome, y una aplastante mayoría piensa que Gornt o el Victoria harán la incursión definitiva. Es casi un derrumbe general. Ahora bien, nuestro convenio es...

—Tenemos un convenio pendiente para el martes. Eso es en lo que estuvimos de acuerdo —intervino Dunross; su voz era cortante —. ¿Debo entender que quieren rescindirlo o cambiarlo?

—No. Pero en la situación en que tú te encuentras, sería una locura y un mal negocio seguir adelante. Por eso, nos queda una alternativa: o irnos con Rothwell-Gornt o ayudarte con alguna operación de rescate financiero.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tengo un plan, es un plan parcial para que tú logres salir de esta maraña y darnos oportunidad de hacer una fortuna. ¿De

acuerdo? Tú eres el mejor socio para nosotros… A largo plazo.

—Gracias —se limitó a contestar.

En realidad, no le daba crédito, pero concentraba en ella toda su atención, convencido de que cualquier concesión que ella propusiera, tendría para él un precio prohibitivo.

—Haz la prueba de entenderme. Nuestros banqueros son el First Central de Nueva York, el banco odiado aquí. Quieren volver a Hong Kong. Tienen mucho interés, pero nunca obtendrán una nueva licencia, ¿tengo razón o no?

El interés de Dunross se acrecentó ante esa idea. Se limitó a preguntar:

—¿Entonces…?

—Con ese motivo, compraron hace poco un pequeño banco extranjero, con sucursales en Tokio, Singapur, Bangkok y Hong Kong. Es el Royal Belgium and Far East Bank. Es un banco insignificante, una nada. Pagaron por todo 3 millones de dólares. First Central nos ha pedido que pongamos nuestros fondos a través del Royal Belgium, si nuestro convenio se celebra como está previsto. Anoche conocí a Dave Murtagh, encargado de ese pequeño banco, y no hizo más que quejarse y refunfuñar de lo mal que andaba el negocio, de la forma en que la situación establecida de aquí los exprime, limitándolos por todos lados y que, a pesar de tener el apoyo de las ingentes reservas en dólares del First Central, casi nadie abre cuentas bancarias para depositar dólares de Hong Kong, que ellos necesitan para hacer préstamos. ¿Tienes noticias de ese banco?

—Sí —contestó él, sin entender adónde quería llegar—. Pero no me había dado cuenta de que lo apoyaba el First Central. No creo que sea un hecho muy conocido. ¿Cuándo lo compraron?

—Hace un par de meses. ¿Qué me dirías si el Royal Belgium te adelantara el lunes un 120 por ciento del precio de compra de los dos barcos de Toda?

Dunross se quedó pasmado ante esa oferta.

—¿Con qué garantía de mi parte?

—Los barcos.

—¡Imposible! Ningún banco haría eso.

—El 100 por ciento es para Toda, el 20 por ciento para cubrir los gastos de transporte, los seguros y los primeros meses de

operación.

—¿Sin flujo de caja, sin fletes contratados? —preguntó incrédulo.

—¿Podrías conseguir fletes en un lapso de sesenta días, para tener un flujo de caja que sostuviera un calendario de pagos razonable? —Con mucha facilidad...

—¡Santo Dios, si puedo pagar a Toda al contado, puedo lanzar mi plan de arriendo a largo plazo en el acto, con los dos primeros barcos, sin tener que esperar a nadie. No quiso dar rienda suelta a sus esperanzas, hasta conocer el costo, el costo real de semejante arreglo.

—¿Es esto una teoría o lo harían en realidad?

—Es posible que quieran hacerlo.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que Struan deposite un 50 por ciento de todas las divisas extranjeras durante un periodo de cinco años. De una promesa de que mantendrás un promedio de depósitos en efectivo con ellos entre 5 y 7 millones de dólares de Hong Kong, equivalentes a una cantidad entre 1 millón y 1 millón y medio de dólares norteamericanos, y a cambio de un compromiso tuyo de utilizar el banco como tu segundo banco de Hong Kong, y al First Central como tu primer banco de préstamos norteamericanos fuera de Hong Kong durante un periodo de cinco años. ¿Qué dices?

Necesitó todo su adiestramiento de autodominio para no saltar de regocijo.

—¿Es una oferta en firme?

—Creo que lo es, tai-pan. Ando un poco fuera de mis terrenos. Nunca he estado en negocios de barcos, pero un 120 por ciento me suena fantástico y los demás términos me parecen buenos. No supe hasta dónde llegar en cuanto a negociar términos, pero le advertí que era mejor que hiciera ofertas justas, de lo contrario no llegaría a ningún lado.

Dunross sintió que una corriente helada le llegaba al estómago.

—Un encargado local nunca tendría autoridad suficiente para hacer semejante oferta...

—Ese fue el siguiente punto de Murtagh, pero me explicó que contamos con el fin de semana, y si te place el proyecto, él se comunica con sus superiores en el acto.

Dunross se recargó en su sillón, sintiéndose perplejo. Hizo a un lado tres preguntas vitales y dijo:

—Dejemos esto pendiente por el momento. ¿Qué parte tienes tú en el convenio?

—Te lo diré en un minuto. Hay otro repliegue en esta oferta. Yo creo que el hombre ha perdido la cabeza, pero me dijo que trataría de convencer a los peces gordos de que aceptaran poner un crédito rotativo de 50 millones de dólares norteamericanos sobre el valor de las acciones no emitidas que tienes en tu reserva. Eso te da libertad absoluta. Si...

Dunross sintió que el sudor empezaba a correrle por la espalda y a bañarle la frente. Se daba cuenta de que ese era un juego de azar tremendo, por muy grande que fuese el banco. Hizo un esfuerzo para poner a trabajar su cerebro. Una vez pagados los barcos, con ese crédito rotativo podía luchar contra Gornt y hacer añicos su ataque. Una vez sometido Gornt, Orlin actuaría con él en forma mucho más benigna, porque siempre había sido buen cliente... Además, ¿no era First Central parte del consorcio Orlin Merchant Bank?

—¿Qué me dices de nuestro convenio?

—Ese sigue en pie, tal como habíamos acordado. Tú lo anuncias en el momento más oportuno para ambos, para ti y para Par-Con, como quedó estipulado. Y si es una maniobra grande, si First Central quiere entrarle al juego de azar, tú y nosotros damos un gran golpe, un golpe magnifico, comprando a Struan a 9.50 el lunes por la mañana... Tendrá que subir de nuevo a 28, tal vez a 30, ¿no crees? La única parte que no veo modo de resolver es la fuga de capital de los bancos.

Dunross sacó el pañuelo del bolsillo y sin vergüenza alguna se enjugó el sudor de la frente. Luego se levantó y sirvió dos brandys con soda. Dio uno a Casey y volvió a sentarse en su sillón, con la mente presa de frenesí: ya se le ponía en blanco, ya se le inundaba de felicidad; en un mismo instante se agitaba y dolía, por la mezcla de esperanza y temor, por el torrente de preguntas, respuestas, planes y contra-planes.

¡Jesucristo omnipotente! —se dijo, haciendo un esfuerzo por calmarse.

El brandy le sabía bien. Su gusto fuerte le daba una sensación de

bienestar. Observó que Casey no había hecho más que probarlo. Luego lo había dejado sobre la mesa y se había puesto a observarlo a él. Cuando la mente se le despejó y sintió que estaba preparado, la miró de frente y pregunto:

—¿Todo esto a cambio de qué?

—Tú tendrás que establecer tus parámetros con el Royal Belgium. Eso depende de ti. No conozco con suficiente exactitud tu flujo de caja neto. Las tasas de interés serán altas, pero valdrán la pena para salir del hoyo. Tendrás que ofrecer tu garantía personal por cada céntimo.

—¡Santo Dios!

—Sí, y además, el prestigio —Dunross notó que la voz de Casey se endurecía—. Prestigio será el precio de tener que tratar con los «desgraciados amarillos»... ¿No fue así como Lady Joanna llamó a la gente del First Central, con su ampuloso escarnio? Y luego se atrevió a añadir: «Pero, ¿qué esperabas? Al fin son...» Supongo que quiso decir norteamericanos.

Dunross vio que los ojos de Casey se apagaban y eso hizo que a él se le encendieran las señales de peligro. Casey concluyó: —¡Vaya una vieja bruja...!

—No. No lo es, en realidad —corrigió él—. Es un tanto cáustica y áspera, pero en general, buena persona. Es antinorteamericana, lamento reconocerlo, supongo que hasta paranoica. Has de saber que su esposo, Sir Richard murió en Monte Cassino, en Italia, víctima de bombas estadounidenses. Los bombarderos confundieron la tropa británica con los ejércitos nazis.

—¡Oh! ¡Oh, sí, entiendo!

—¿Qué quiere Par-Con y qué quieren Linc Bartlett y tú?

Casey vaciló. Luego apartó a Lady Joanna a un lado y volvió a concentrarse en el asunto.

—Par-Con quiere un convenio a largo plazo con Struan, como «viejos amigos» —Dunross notó la extraña sonrisa-—. He descubierto ya lo que significa *Viejos Amigos*, estilo chino, y eso es lo que quiero para Par-Con. Quiero una situación de «viejos amigos» a partir del momento mismo en que el Royal Belgium haga entrega de su parte.

—¿Y después?

—¿Eso significa una respuesta afirmativa?

—Quiero conocer todos los términos antes de convenir en uno solo.

Ella tomó otro sorbo de brandy.

—Linc no quiere nada. No sabe nada de esto.

—¿Perdón? —la respuesta lo sorprendió y lo desconcertó.

—Linc no sabe todavía lo del Royal Belgium —dijo con voz ordinaria—. Yo llegué a esas conclusiones a base de una tormenta de ideas con Dave Murtagh hoy. No sé si estoy haciéndote algo que merezca llamarse favor, porque... tú quedas en la vanguardia, tú en persona. Pero el arreglo podría sacar a Struan de apuros. Después podríamos proceder sin dificultad con nuestro convenio.

—¿No crees que deberías consultar con tu intrépido jefe? —objetó Dunross, tratando de captar las consecuencias de ese obstáculo inesperado.

—Soy directora ejecutiva y Struan es mi negocio. No nos cuesta más que nuestra influencia para ayudarte a salir de la trampa, y la influencia es precisamente para casos como éste. Quiero que nuestro convenio se efectúe y no quiero que Gornt sea el triunfador.

—¿Por qué?

—Acabo de decírtelo porque tú eres lo mejor para nosotros a largo plazo.

—¿Y tú, Ciranoush, qué quieres? ¿Qué quieres a cambio de usar tus influencias?

Los ojos de la chica dieron la impresión de ponerse tensos y el tono avellanado se acentuó; parecían ojos de leona.

—Quiero igualdad. Quiero que se me trate como igual, no que se me proteja ni se me haga objeto de escarnio como mujer de negocios hilvanada a la chaqueta de un hombre. Quiero igualdad con el tai-pan de la Casa Noble. Y quiero que me ayudes a conseguir mi dinero de «vete a la porra», muy al margen de todo lo relacionado con Par-Con.

—Lo segundo es fácil, si estás dispuesta al juego de azar. En cuanto a lo primero, nunca he tratado de apadrinarte y tampoco te he hecho...

—Gavallan lo hizo... también los demás. —... a un lado, ni lo haré jamás. En cuanto a los demás, si no te tratan como a ti te place, retírate de la mesa de conferencias y abandona el campo de batalla. No les impongas tu presencia. Yo no puedo hacerte igual.

No eres igual, ni lo serás nunca. Eres mujer y te guste o no, este es un mundo de hombres. Sobre todo en Hong Kong. Mientras viva, yo seguiré manejándolo como es, y tratando a una mujer como mujer, no importa qué diablos sea. —¡Entonces, vete al diablo!

—¿Cuándo? —la cara se le iluminó con un gesto jovial. La risa repentina de Casey se asoció a la de él y la tensión se desvaneció.

—Yo merecía eso —comentó ella, y volvieron a reír—. Lo merecía en realidad. Mis disculpas. Creo que he perdido nalgas.

—¿Perdón?

Ella le explicó su versión personal del "prestigio". Dunross volvió a reír y contradijo:

—No has perdido, has ganado trasero. Después de una pausa, Casey insistió:

—Entonces, haga yo lo que haga, ¿nunca podré lograr igualdad?

—No en el mundo de los negocios, no en términos masculinos; no, si quieres pertenecer a este mundo. Como lo he dicho, te guste o no, así es, y creo que te equivocas queriendo cambiarlo. La bruja Hag era sin discusión alguna más poderosa que cualquier otra persona de Asia, y llegó a esa posición como mujer, no como ser neutro.

Ella estiró la mano y volvió a tomar su vaso de brandy. El pudo ver la turgencia de sus senos apoyados en la ligera blusa de seda.

—¿Cómo demonios podemos tratar a alguien tan atractiva y talentosa como tú, como una "no-persona"? ¡Sé justa!

—No pido justicia, tai-pan, quiero igualdad.

—Debes estar satisfecha de ser mujer.

—Oh, lo estoy, en realidad lo estoy —en su voz había cierta acrimonia—. Lo único que no quiero es ser clasificada como alguien cuyo único verdadero valor está en la parte de atrás —tomó un último sorbo de licor y se puso de pie—. Entonces, ¿de aquí en adelante entras tú en escena? Hablo del Royal Belgium... David Murtagh está esperando una llamada tuya. Se trata de una empresa aventurada, pero vale la pena intentarla, ¿no crees? Tal vez tú podrías ir a verlo a él, en vez de mandarlo traer... Cuestión de prestigio, ¿no? Necesitará todo el apoyo que tú puedas darle.

Dunross no se había levantado.

—Por favor siéntate un segundo, si dispones de él. Hay todavía un par de cosas.

—Desde luego. Lo único que no quería era quitarte más tiempo.

—En primer lugar, ¿cuál es el problema con tu señor Steigler?

—¿A qué te refieres?

Le explicó lo que Dawson le había dicho.

—¡Ah que hijo de ramera! —exclamó, con evidente indignación— Le dije qué se encargara de redactar los documentos... ¡nada más! Yo me ocuparé de él. Los abogados siempre creen que tienen derecho a negociar, a "mejorar el convenio", según dicen; lo que tratan es de humillarte, supongo. Por culpa de ellos he perdido más tratos de los que puedas imaginar. Seymour no es tan insoportable como otros. Los abogados son la plaga de los Estados Unidos. Linc opina lo mismo.

—Y... ¿qué me dices de Linc —preguntó, recordando los 2 millones que había adelantado a Gornt para que atacara sus valores—. ¿Apoyará en un 100 por ciento este nuevo sesgo del negocio?

—Sí —dijo después de una pausa—. Sí.

La mente de Dunross andaba en busca de la pieza que faltaba.

—Entonces, ¿tú te encargas de Steigler y todo queda como se había estipulado?

—Tú tendrás que procurar el título de los barcos, pero eso no deberá ser un problema.

—No. Eso puedo arreglarlo yo.

—¿Tú garantizarías todo en plan personal?

—¡Oh, sí! —contestó Dunross, sin dar importancia al asunto—. Dirk lo hizo siempre. Es privilegio del tai-pan. Escúchame Ciranoush, y o...

—¿Quieres llamarme Casey, tai-pan? Ciranoush pertenece a otra época.

—De acuerdo, Casey, si todo esto resulta bien, lo mismo que si no resulta, tú eres una «Vieja Amiga» y yo tengo contigo una deuda de gratitud por tu valentía, por tu bizarría personal en medio del incendio.

—No soy valiente. Deben haber sido mis glándulas —rió de buena gana—. No olvides que todavía tenemos suspendida sobre la cabeza la amenaza de la hepatitis.

—¡Oh! También en eso has pensado.

—Sí.

Ella lo observaba con atención, pero él no lograba sondearla. —

Yo te ayudaré con tu dinero liberador —prometió—. ¿Cuánto necesitas?

—Dos millones, libres de impuesto.

—Tus leyes fiscales son rígidas y pesadas. ¿Estás dispuesta a hacer que se estiren un poco? Ella titubeó. Al fin dijo:

—Es un derecho de todo norteamericano con sangre en las venas el evitar impuestos, pero no el evadirlos.

—Entendido. Eso significa que en tu nivel socioeconómico podrías necesitar cuatro.

—Mi clasificación fiscal es baja, aunque mi capital es alto.

—Una suma de 46,000 dólares en el San Fernando Savings and Loan no es mucho —objetó, disfrutando malicioso al verla palidecer —; y 8,700 en tu cuenta corriente del banco de Los Ángeles y California tampoco es mucho.

—¡Eres un maldito!

El se limitó a sonreír. Luego corrigió.

—Sencillamente tengo amigos en puestos elevados. Como por casualidad, Dunross levantó la tapadera de la trampa—. ¿Querríais Linc Bartlett y tú cenar conmigo esta noche?

—Linc está ocupado —contestó.

—¿Te gustaría acompañarme, entonces? ¿A las ocho? Nos encontraremos en el vestíbulo del Mandarín.

Dunross había alcanzado a percibir la corriente subterránea, había captado muy bien el lapsus y casi podía ver la turbulencia en el oleaje de la mente de Casey. ¡Así que Linc está ocupado! —pensó. Y, ¿con qué puede estar Linc Bartlett ocupado, en ese tono de voz? ¿Orlanda Ramos? ¡Tiene que ser! —se dijo, muy contento de haber hecho salir a flote la verdadera razón, el verdadero porqué de la ayuda de Casey. ¡Orlanda! ¡Orlanda, que llevaba a Linc Bartlett y luego a Gornt! Casey está aterrada con Orlanda. ¿Le aterrará que Gornt esté detrás de este asalto de Orlanda a Bartlett? ¿O será más bien que está frenética de celos y lista para hacer que Bartlett caiga dando tumbos?

59
5:35 p.m.

Casey se incorporó a las concurridas líneas que pasaban entre los molinetes, frente al Golden Ferry.

La gente daba codazos y empujaba y se precipitaba, por el pasillo, deseosa de tomar el siguiente transbordador. Al oírse el agudo tintineo de la campana que anunciaba la-llegada, los que estaban al frente se precipitaron en una carrera desenfrenada. Sin quererlo, los pies de Casey entraron también en rápido movimiento. El ruidoso y acalorado aplastarse de toda aquella humanidad la arrastró hasta el transbordador. Encontró un asiento y se dedicó a contemplar la bahía con un gesto lúgubre, preguntándose si habría logrado obtener su parte en el trato.

—¡Por Dios Casey! —había exclamado Murtagh—. ¡La oficina central no convendrá en eso ni en un millón de años!

—Si no lo hace, perderá la mejor oportunidad de su vida... y tú también. ¡Esta es la tuya, no la dejes escapar! Si ahora ayudas a Struan, piensa en el prestigio que eso representará para todos. Cuando Dunross venga a verte...

—¡Si acaso viene!

—Vendrá. Yo haré que él venga a verte a ti. Cuando lo haga, dile que todo es idea tuya, no mía y que tú

...—Pero, Casey, ¿no...?

—¡No! Tiene que ser tuya la idea. Yo te apoyaré en un mil por ciento con Nueva York. Y cuando Dunross venga a verte, dile que tú también quieres la posición de «Viejos Amigos».

—¡Por amor de Dios, Casey, tengo suficientes problemas, para poder ponerme a explicar a esos lerdos compatriotas nuestros todo ese galimatías de los «viejos amigos» y el «prestigio».

—Entonces no les expliques ese aspecto del asunto. Si logras esta operación, serás el banquero norteamericano más importante de Asia.

Sí se había dicho ella, casi enferma de esperanza—... ¡Y yo habré logrado sacar a Linc de las redes de Gornt. Ahora sé que tengo

razón con respecto a Gornt.

—¡Apuesto a que la tienes! —le había redargüido Bartlett indignado esa mañana, la primera vez en su vida que explotaba contra ella.

—¡Es evidente, Linc! —había insistido ella—. ¡Yo no trato de inmiscuirme en...!

—¡Oh, no! ¡Claro que no! —el tono de Linc era sarcástico.

—¡Fuiste tú quien empezó a hablar de Orlanda, no yo! ¡A ti es al que le faltan palabras para alabar a su... su excelente cocina, su maravillosa indumentaria y su sensacional compañía! Lo único que yo hice fue preguntarte si te habías divertido.

—Sí, claro, pero lo dijiste con una dosis tan real de asquerosos celos de arpía, que estoy seguro de que tu intención fue declarar: «¡Espero que hayas tenido una velada desastrosa!»

Linc tenía razón —pensó Casey, sintiéndose miserable—. Si quiere andar de paseo toda la noche, es asunto suyo. Yo debí haber guardado silencio, como lo hice las otras veces, y no darle mayor importancia. Pero esto no es como las otras veces ..'. ¡El está en peligro y no quiere reconocerlo!

—¡Por amor de Dios, Linc, esa mujer anda detrás de tu dinero y de tu poder, eso es todo! ¿Cuánto hace que la conoces? Un par de días. ¿Dónde la encontraste? ¡En la oficina de Gornt! ¡Tiene que ser títere de él! ¡Ese hombre es la astucia personificada! He tenido algunos informes, Linc. El le paga el apartamento, las cuentas. Ella...

—Ella me ha dicho todo eso, y todo lo relacionado con él, ¡y también que eso pertenece al pasado! ¡Puedes olvidar a Orlanda! ¿Entendiste? Lo único que no te permito es que la denigres. ¿Está claro?

—Par-Con tiene mucho con qué contar, lo mismo delante de Struan, que delante de Gornt, y tanto uno como otro usará cualquier táctica para debilitarte y dejarte expuesto al ata...

—¿Y dejar expuesto, la palabra operativa? ¡Vamos, Casey, por amor de Dios! Nunca habías estado celosa... Reconoce que tienes razón para actuar así. Ella es todo lo que un hombre podría querer, y tú eres...

Casey recordaba cómo se había detenido un instante antes de decirlo. Las lágrimas le rodaron por las mejillas. ¡Tiene razón,

maldita sea! Yo no lo soy. Yo soy una odiosa máquina de negocios, no femenina como ella, no un partido fácil, y no una mujer a quien interese convertirse en ama de casa... al menos por ahora. Además, yo nunca podría hacer lo que ella ha hecho. Orlanda es suave, dócil, áurea, una gran cocinera —asegura él—, femenina, con un gran cuerpo, magníficas piernas, muy buen gusto, bien adiestrada y pronta para la cama... ¡oh, sí, muy pronta! Y sin otra idea en su maldita cabeza, que la de ver cómo atrapa a un marido rico. La francesa tenía razón: Linc es un ingenuo para cualquier arpía que valga un comino, para cualquier asiática hambrienta de oro, y Orlanda es la crema de la cosecha de Hong Kong. —¡Mierda!

Pero, a pesar de todo lo que Linc diga, estoy segura de que tengo razón en cuanto a ella y en cuanto a Gornt. ¿O será posible que me equivoque?

Seamos sinceros. No tengo mayor base que unos cuantos rumores y mi propia intuición. Orlanda me ha hecho correr. Voy corriendo asustada. Cometí un estúpido error, dando rienda suelta a mis emociones con Linc. Recuerda lo que dijo antes de salir de la suite:

—De hoy en adelante, ¡ten mucho cuidado de no meterte en mi vida privada!

¡Oh, Dios mío!

Soplaba un viento suave mientras el transbordador se deslizaba, atravesando la bahía, con el uniforme rumor de sus máquinas, mientras los champanes y las demás barcas le cedían el paso. El cielo seguía encapotado y amenazador. Sin reflexionar, se enjugó las lágrimas, sacó el espejo y se cercioró de que el rímel no le hubiera dejado alguna mancha. Un enorme buque de carga hizo sonar su ruidosa bocina, sus emblemas se agitaban al viento, pasó al lado del transbordador con un movimiento majestuoso, pero Casey no lo vio. Tampoco se fijó en la inmensidad del portaviones nuclear que estaba anclado a lo largo del muelle del Almirantazgo, del lado de Hong Kong.

—¡Domínate —se dijo a sí misma—, parece que tienes cuarenta años!

Las bancas de madera del transbordador iban llenas de gente. Casey trató de acomodarse, en medio de la incomodidad. La mayoría de los pasajeros que la oprimían eran chinos, aunque se

veía también a uno que otro turista provisto de magnífica cámara y algunos europeos. No quedaba libre un centímetro. Todas las pasarelas y los asientos iban repletos de gente, y unos grupos de pasajeros.llenaban incluso las rampas de salida de los dos puentes. Los chinos que Casey tenía al lado leían en posición muy molesta sus periódicos, como lo hace mucha gente en el tren subterráneo, con la única diferencia de que aquéllos carraspeaban en forma sonora de cuando en cuando y uno tuvo el mal gusto de escupir. Sobre la mampara que tenía enfrente, había un aviso en grandes caracteres chinos y en inglés: NO ESCUPIR — MULTA: VEINTE DOLARES. Volvió a carraspear, y Casey sintió ímpetus de taparle la boca con el periódico. La observación del tai-pan volvió a resonar ominosa en sus oídos: «Nosotros hemos estado tratando de corregirlos durante más de ciento veinte años, pero los chinos no cambian con facilidad».

No son sólo ellos —pensó, con un fuerte dolor de cabeza—. Son todos los seres humanos y todas las cosas en este mundo hechura de hombres. El tai-pan tiene razón.

Entonces, ¿qué voy a hacer? ¿En lo que se refiere a Linc? ¿Cambiar las reglas o no?

Las he cambiado ya. He pasado sobre él con el plan de rescate. Es un primer paso. ¿Voy a hablarle del asunto o no? Dunross no me traicionará y Murtagh tendrá todo el mérito del resultado. Tendrá que hacerlo, si First Central lo acepta. Llegará el momento en que tendré que decírselo a Linc.

Pero, aparte el hecho de que el rescate funcione o no, ¿qué va a pasar entre Linc y yo? Sus ojos estaban fijos en la distancia, sin ver nada, mientras trataba de decidir.

El transbordador iba acercándose al muelle de la terminal de Kowloon. Otros dos que salían para ir del lado de Hong Kong cedieron el paso a los que llegaban. Todos los pasajeros se pusieron de pie y empezaron a empujar a un lado y otro, para colocarse en posición conveniente frente a la rampa de salida. La embarcación se inclinó ligeramente, al desequilibrarse el peso, ¡Dios santo! —pensó inquieta, viéndose obligada a salir de sus ensueños—. Debe haber unos quinientos pasajeros en cada puente. Luego hizo un gesto, cuando una impaciente matrona china forzó su paso, tropezando torpemente con ella y pisándole un pie, para seguir luego con

ímpetu indómito hasta la cabeza de la fila. Casey se levantó. El pie le dolía. Habría querido dar un buen golpe a la mujer con su sombrilla.

—¡Son algo muy serio! ¿Eh? —comentó con sombrío buen humor un norteamericano de buena estatura que iba detrás de ella.

—¿Cómo? ¡Oh, sí, sí! ¡Algo muy serio... algunos de ellos!

La gente la rodeaba muy de cerca, oprimiéndola, casi asfixiándola. De pronto, tuvo una sensación de claustrofobia y se sintió mareada. El hombre se dio cuenta de ello y utilizó su corpulencia para hacer un poco de espacio a fuerza. Los que recibieron el empujón, cedieron un poco, aunque de mala gana.

—Gracias —dijo ella, sintiéndose luego mejor—. Sí, gracias.

—Soy Stanley Rosemont. Nos conocimos en casa del tai-pan.

Casey se dio vuelta, azorada.

—¡Oh, perdón! Debo debo haber estado a miles de kilómetros de distancia y no... ¡perdón! ¿Cómo ha estado? —le preguntó, todavía sin reconocerlo.

—Todo no es más que un poco más de lo mismo, Casey —Rosemont bajó la vista para fijarla en ella—. A usted no le va muy bien, ¿verdad? —preguntó con amabilidad.

—¡Oh, yo estoy bien; sí, muy bien!

Se dio la vuelta apenada al ver que él se había dado cuenta de su estado. Había marinos a proa y a popa. Entre todos, arrojaron cables de retén, que fueron sujetados inmediatamente y puestos sobre los montantes. Las gruesas cuerdas rechinaron por la tensión, produciéndole a ella una molesta sensación.

En cuanto el transbordador entró con toda precisión a su embarcadero, la pasarela levadiza empezó a bajarse, pero antes que hubiera llegado al piso, la muchedumbre iba ya hacia afuera, arrastrando a Casey en su avance. Unos metros más adelante, la presión disminuyó, hasta que pudo recorrer la rampa a un paso normal, mientras los otros pasajeros inundaban la opuesta, para pasar a Hong Kong.

Rosemont no tardó en reunírsele.

—¿Usted se hospeda en el V y A?

—Sí —contestó ella—. ¿También usted?

—¡Oh, no! Nosotros tenemos un apartamento del lado de Hong Kong. Es propiedad del consulado.

—¿Ha estado aquí ya mucho tiempo?

—Dos años. Es interesante, Casey. Al cabo de un mes, más o menos, uno se siente encerrado, le parece que no hay adónde ir... hay tanta gente, se ve siempre a los mismos amigos, día tras día. Pero pronto llega uno a la conclusión de que es magnífico. No tarda en sentir que está en el centro de la acción, en el centro de Asia, que es donde toda la acción tiene lugar en esta época. No me cabe duda de que Hong Kong es el centro de Asia: los periódicos son buenos, se encuentra comida magnífica, hay buen golf, carreras, navegación, y es fácil ir a Formosa, Bangkok, o adonde uno quiera. Hong Kong está muy bien... desde luego no puede compararse con Japón. Japón es algo especial. Es como una realidad salida de la leyenda de Oz.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es grandioso, si uno es hombre. Es arduo para las esposas, muy duro, y también para los niños. Su impotencia, su extrañeza recae sobre uno a cada momento... No es posible ni siquiera leer el nombre de una calle. Yo estuve allí en un viaje de dos años. Me gustó mucho. Athena, mi esposa acabó por aborrecerlo —Rosemont rió—. También detesta a Hong Kong y quiere volver a Indochina, a Vietnam o a Camboya. Hace algunos años fue enfermera allá, con el ejército francés.

A través de la niebla de sus problemas, Casey percibió un mensaje oculto y empezó a poner más atención.

—¿Su esposa es francesa?

—Es norteamericana. Su padre fue embajador durante dos años, durante la guerra francesa.

—¿Tienen hijos?

—Dos. Los dos varones. Athena había estado casada antes.

Otro mensaje subterráneo. Casey continuó:

—¿Sus hijos son del primer matrimonio de ella?

—Uno era. Se había casado con un vietnamés. Fue asesinado poco antes de Dien Bien Phu. Esto sucedía cuando los franceses gobernaban el país, o empezaban a ser arrojados de él. El pobre hombre murió antes que el pequeño Vien naciera. Es como mi propio hijo. Sí. Mis dos muchachos son algo grande. ¿Usted se quedará mucho tiempo?

—Depende de mi jefe y de nuestro negocio. Supongo que usted

sabe que esperamos asociarnos con Struan.

—Es el comentario de toda la ciudad... además del incendio de Aberdeen, la inundación, todos los derrumbes de lodo, la tormenta, el derrumbe de las acciones de Struan, las fugas de capital del banco y el Mercado de valores que se viene abajo... Algo muy especial en Hong Kong es que nunca resulta aburrido. ¿Cree usted que él lo logré?

—¿El tai-pan? Acabo de estar con él. Así lo espero. El se muestra confiado. Sí, muy confiado. A mí me es muy grato.

—A mí me es muy grato Bartlett también. ¿Usted ha estado con él mucho tiempo?

—Siete años... casi.

Habían salido ya de la terminal del transbordador. La calle competía en aglomeración con él. A su derecha quedaba la bahía. Ellos seguían charlando, mientras se encaminaban hacia el paso inferior para peatones, que los llevaría al V y A. Rosemont señaló un pequeño negocio, el Rice Bowl.

—Athena trabaja aquí de cuando en cuando. Es un bazar de caridad, administrado por norteamericanos. Todas las utilidades van a manos de refugiados. Muchas esposas le dedican uno o dos días a la semana. Eso las tiene ocupadas. Me imagino que usted está ocupada todo el tiempo.

—Sólo siete días a la semana.

—Oí decir a Linc que van a descansar el fin de semana en Formosa. ¿Será su primera visita allá?

—Sí, pero yo no iré. Van solos Linc y el tai-pan.

Casey trató de detener el pensamiento que le saltó a la mente: ¿irá a llevar a Orlanda? Tiene razón, no es asunto mío. Pero Par-Con sí lo es, y como Linc está enganchado, rodeado y sujeto por el enemigo, cuanto menos sepa sobre nuestro plan del First Central, tanto mejor.

Satisfecha de haber podido tomar la decisión sin pasión alguna, siguió conversando con Rosemont, contestando sus preguntas, aunque sin concentrarse en realidad. Estaba a gusto charlando con un espíritu amistoso, tan comunicativo como ella era receptiva.

—Por cierto, Formosa es diferente, más espontánea, menos insensible, pero interesada —explicó—. Allí somos populares... eso sí es diferente. ¿Así que ustedes piensan extenderse más? En un

negocio tan grande como éste, supongo que tienen una docena de ejecutivos disponibles...

—No. Por el momento estamos los dos solos, además de Forrester, que es jefe de nuestra división de espumas, y de nuestro abogado —al mencionarlo, Casey sintió que se ponía dura. ¡Malhaya el tal por cual, que trata de obstaculizarnos! Luego siguió explicando:

—Linc tiene a Par-Con muy bien organizado. Yo manejo los problemas diarios y él dicta las líneas de conducta.

—¿Ustedes son una compañía pública?

—Sí, claro, pero también eso está bien. Linc tiene el control, y nuestros directores y accionistas no nos hacen la vida difícil. Los dividendos van hacia arriba, y si el convenio con Struan tiene buen éxito, se irán a las nubes.

—Nos vendrían bien más empresas norteamericanas en Asia. El comercio fue lo que engrandeció al Imperio Británico. Le deseo buena suerte, Casey. ¡A propósito! Eso me recuerda —hablaba con espontaneidad—.... ¿Tiene usted presente a Ed, Ed Langan, mi colega, el que estaba conmigo en la fiesta del tai-pan? El conoce a uno de sus accionistas. Es un individuo llamado Benastacio... o algo parecido. Casey se mostró muy sorprendida.

—¿Banastasio? ¿Vincenzo Banastasio?

—Sí. Creo que ese es el nombre —contestó él, mintiendo con mucha facilidad; la observó, y ante la expresión de su cara preguntó —: ¿Dije algo indebido?

—No. Se trata de una mera coincidencia. Banastasio llega mañana. Mañana por la mañana.

—¿Qué cosa?

Casey vio que la miraba fijamente y rió. Luego agregó: —Usted puede decir a su amigo que Vincenzo Banastasio se hospedará en el Hilton.

La mente de Rosemont reaccionó. —¿Mañana? ¡Quién lo hubiera dicho!

Casey preguntó cautelosa: —¿Es amigo de Langan?

—No, pero éste lo conoce. Dice que Banastasio es un hombre especial. Es jugador... ¿no es cierto?

—Sí.

—¿A usted no le agrada?

—Yo lo he visto sólo un par de veces. En las carreras. Es toda una personalidad en Del Mar. Ya no siento ninguna inclinación hacia los juegos de azar o los jugadores.

Caminaban serpenteando entre la multitud. Unos los empujaban por detrás, mientras verdaderas hordas de peatones parecían una amenaza por delante. El paso subterráneo despedía un mal olor, mezcla de moho y cuerpos humanos. Casey se sintió muy contenta al volver al aire libre. Anhelaba una buena ducha, una aspirina y un buen descanso antes de las 8 de la noche. Detrás de los edificios que tenían delante, se extendía toda la bahía oriental. Un avión de propulsión que iba elevándose rasgó el espeso manto de las nubes. Rosemont alcanzó a ver los altos castilletes de cubierta del *Sovetsky Ivanov*, que estaba anclado a lo largo del muelle. En un gesto involuntario miró de soslayo hacia el lado de Hong Kong y observó lo fácil que sería rastrear al portaviones norteamericano con un par de anteojos de largo alcance, y casi contar sus remaches.

—Hace que uno se sienta orgulloso de ser norteamericano, ¿verdad? —observó Casey con acento de felicidad, siguiendo la mirada del amigo—. Si uno es miembro consular, ¿puede subir al portaviones?

—¡Sí, claro, en un recorrido con guía!

—¡Qué suerte la de usted!

—Ayer estuve a bordo. El capitán celebró una fiesta para la gente del lugar. Yo me incluí en su número —volvió a mentir con toda espontaneidad.

Había estado a bordo la noche anterior y de nuevo esa mañana. Su entrevista inicial con el almirante, él capitán y el jefe de la seguridad había sido tempestuosa. Sólo cuando les mostró fotocopias de la declaración secreta del armamento del buque y del manual de sistemas de guía, le dieron crédito en el sentido de que hubiera habido una grieta importante en materia de seguridad. A la sazón, el traidor estaba bajo vigilancia estricta en el calabozo del barco, custodiado por su propia gente de la CIA, veinticuatro horas diarias. El hombre no tardaría en dar su brazo a torcer. Sí —pensaba Rosemont— y después de eso, cárcel durante veinte años. Si de mí dependiera, yo arrojaría al desgraciado en la maldita bahía. ¡Mierda pura! No tengo nada en contra de los Metkins y del KGB. Esos cerdos no hacen más que cumplir con su deber... por más

equivocados que puedan estar. Pero, ¿nuestros mismos muchachos?

—Muy bien, amigo. Cayó en nuestras manos. En primer lugar, díganos por qué lo hizo.

—Por dinero.

¡Dios omnipotente! El expediente del marino revelaba que era originario de una pequeña población del Oeste Medio, que su trabajo era ejemplar, sin que hubiera nada en su pasado o presente que pudiera ser indicio de un riesgo en materia de seguridad. Era un hombre callado, hábil en la programación de computadoras. Sus colegas lo querían, sus superiores confiaban en él. No había vestigios de inclinación hacia el ala izquierda, ningún indicio de homosexualidad, ningún problema de chantaje... ¡Nada en absoluto!

—Entonces, ¿por qué? —había insistido Rosemont.

—Un hombre vino a visitarme a San Diego. Me dijo que quería saber todo lo relacionado con el *Corregidor*, y que estaba dispuesto a pagar.

—Pero, ¿no entiendes lo que es una traición? ¿Lo que significa traicionar a la patria?

—¡Qué diablos! Lo único que él quería eran unos datos y unas cifras. ¿Qué había de malo en ello? ¿En qué podían cambiar las cosas? Nosotros podemos desencadenar todo el infierno contra los malditos rojos en el momento en que queramos. ¡El *Corregidor* es el portaviones más grande del mundo! Era una travesura. Yo quise ver si podía hacerla, y ellos pagaban en efectivo en el acto.

¡Santo Dios! ¿Cómo es posible tener seguridad con gente como ésta, que trae la cabeza en los pies? —se preguntaba Rosemont angustiado.

Siguió caminando, oyendo su propia voz, conversando con Casey, escudriñándola, tratando de decidir qué clase de riesgo constituía ella, qué peligro podría representar Bartlett por su nexo con Banastasio.

No tardaron en verse en compañía de otra gente que subía por la amplia escalinata hacia el hotel. Un joven mozo sonriente abrió las puertas giratorias. El vestíbulo era un hormiguero de actividad.

—Casey, llegué temprano a mi cita, ¿puedo ofrecerte un trago?

Casey titubeó, luego sonrió. El hombre le simpatizaba, disfrutaba su conversación. Al fin respondió:

—Sí, claro. Gracias. Sólo permítame recoger mis mensajes, ¿de

acuerdo? —se acercó al mostrador de la administración.

Había allí un montón de papeles: mensajes de telex y recados de Jannelli, Steigler y Forrester, que le pedían que los llamara. Había además una nota manuscrita de Bartlett, con instrucciones de rutina relacionadas con Par-Con; ella estaba de acuerdo con todas. Le pedía también que se cerciorara de que el aeroplano estuviera listo para partir el domingo. La nota terminaba diciendo: «Casey, nos asociaremos con Rothwell-Gornt. Reúnete conmigo para desayunar en la suite a las 9 de la mañana. Hasta esa hora».

Volvió adonde estaba Rosemont y se disculpó:

—¿Puedo prometerle que tomaremos la copa otro día?

—¿Hay malas noticias?

—No. Sólo un montón de asuntos por resolver.

—Por supuesto... pero, quizá les agradara cenar la semana entrante, a usted y a Linc... Me gustaría que Athena los conociera. Ella la llamará para fijar el día. ¿Le parece bien?

—Gracias, me encantaría.

Casey se alejó. Sintió que todo su ser estaba más que nunca concentrado en seguir el camino que había decidido.

Rosemont la vio marcharse, luego ordenó un Cutty Sark con soda y se dispuso a esperar, sumido en sus reflexiones. ¿Cuánto dinero tendrá Banastasio en Par-Con y qué obtiene de él? ¡Santo Dios! Par-Con tiene mucho que ver con cuestiones de defensa y del espacio y con un montón de asuntos secretos. ¿Qué viene a hacer aquí ese vagabundo? Qué bueno que yo me hice cargo de Casey hoy y no se la dejé a ninguno de los muchachos. Habría perdido la oportunidad de saber de Banastasio...

Robert Armstrong llegó.

—¡Dios santo, Robert, te ves en un estado desastroso! —observó el norteamericano—. Será mejor que te tomes unas vacaciones, una buena noche de descanso, o que dejes a un lado los amoríos.

—¡Vete al diablo! ¿Estás listo? Es mejor que nos marchemos.

—Tienes tiempo de tomarte un descanso. La cita del banco se ha cambiado a las siete. Sobra tiempo.

—Sí, pero no quiero llegar tarde: tenemos que reunimos con el gobernador en su oficina.

—De acuerdo.

Obediente, Rosemont terminó su bebida, firmó la nota, y juntos

caminaron hacia la terminal del transbordador.

—¿Cómo va Curso Seco? —preguntó Armstrong.

—Sigue allá, Con banderas desplegadas. Parece que la rebelión de Azerbaiján se disipó —Rosemont notó la gravedad del inglés—. ¿Qué te tiene tan abrumado, Robert? :

—A veces me disgusta ser un uniformado. Eso es todo —Armstrong sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Pensé que habías dejado de fumar.

—Lo hice... Escúchame Stanley, viejo amigo, estás en la proverbial situación del botero sin remos en lo hondo del arroyo. Crosse está tan furioso que casi habría que encerrarlo.

—¿Qué hay, pues, de nuevo? Son muchos los que lo consideran un caso clínico, de cualquier manera.

¡Dios santo! Ed Langan fue quien les dio a ustedes la pista sobre los expedientes de AMG, por principio de cuentas. ¡Somos aliados, por amor de Dios!

—Es verdad —replicó Armstrong en tono agrio— ¡pero eso no te autoriza a lanzar una incursión sin autorización de ninguna especie, contra un departamento completamente limpio, perteneciente a la completamente limpia compañía telefónica!

—¿Quién? ¿Yo? —Rosemont se veía apenado—. ¿Qué departamento?

—Sinclair Towers, número 32. Tú y tus gorilas derribaron la puerta en medio de la noche. ¿Por qué motivo? ¿Puedo preguntarlo?

—¿Qué sé yo?

Rosemont sabía que tenía que guardar las apariencias, pero todavía estaba furioso porque quienquiera que hubiese estado en el apartamento, había escapado sin dejar trazas. Su furia por la traición del portaviones, el hecho de no haber podido interrogar a Metkin, todo el embrollo de Sevrin y la perfidia de Crosse lo habían impulsado a ordenar la incursión. Uno de sus informadores chinos había oído un rumor de que aunque el apartamento estaba vacío la mayor parte del tiempo, a veces lo utilizaban agentes comunistas enemigos, de filiación desconocida, y que esa noche habría una reunión.

Connochie, uno de sus mejores agentes, había dirigido el asalto, y aunque había alcanzado a ver a dos hombres salir por la puerta

posterior, no tenía seguridad y a pesar de haber buscado con diligencia, habían desaparecido, y él no había encontrado en el apartamento nada que confirmara o rectificara los rumores. Sólo había visto dos vasos a medio llenar. Los habían recogido y llevado para examen de huellas digitales. Uno estaba limpio, el otro con marcas muy claras.

—¡Yo nunca he estado en el número 32 de Sinclair Towers, por amor de Dios!

—Es posible pero tu gente clave anduvo allí: Varios inquilinos informaron que cuatro hombres altos, de raza blanca, robustos, estuvieron subiendo y bajando las escaleras —la voz de Armstrong se hizo aún más agria—. Todos con trasero amplio y cabeza grande. ¡Tienen que haber sido gente tuya.

—No eran míos. No, señor.

—¡Oh, sí! Lo eran. Y ese error va ha ser causa de que te salga el tiro por la culata. Crosse mandó ya dos cables bastante incendiarios a Londres. ¡Lo más triste del asunto es que tú no lograste capturar nada, y a nosotros se nos viene el infierno encima por tus continuos disparates!

Rosemont suspiró. Luego dijo:

—¿Quieres dejarme en paz? Yo tengo algo para ti —le habló de su conversación con Casey sobre Banastasio—. Desde luego, estábamos ya informados de su nexo con Par-Con, pero yo no sabía que se proponía venir aquí mañana. ¿Qué opinas de eso?

Armstrong había visto la llegada consignada en la agenda de Photographer Ng.

—Interesante —comentó sin darle importancia—. Se lo diré al viejo. Pero será mejor que tú tengas una buena explicación para él acerca de Sinclair Towers y no menciones que yo te lo advertí. La fatiga lo tenía abrumado. Esa mañana, a las 6:30 había empezado el primer interrogatorio verdadero de Brian Kwok.

Era un drama preparado de antemano. Todavía bajo el efecto de las drogas, Brian Kwok había sido sacado de su celda limpia y blanca y encerrado, desnudo, en un inmundo calabozo de paredes empapadas, con un delgado colchón maloliente sobre un piso enmohecido. Luego, diez minutos después que la droga para despertar lo había puesto en forma violenta en un estado de vigilia lamentable y penoso, la luz deslumbradora se había encendido y

Armstrong había abierto con fuerza la puerta e insultado al carcelero de Servicios Especiales:

—¡Por amor de Dios! ¿Qué están haciendo con el superintendente Kwok? ¿Se han vuelto locos? ¿Cómo se atreven a tratarlo así?

—Son órdenes del superintendente Crosse, señor. Este cliente ha...

—¡Aquí tiene que haber un error! ¡Me importa un comino Crosse! —había arrojado del calabozo al hombre y concentrado toda su amable atención en el amigo—. ¡A ver, viejo querido! ¿Quieres un cigarrillo?

—¡Oh, por Dios! Gracias... Gracias —los dedos le temblaban al sostener el cigarrillo; inhaló con fuerza el humo—, Robert, ¿qué diablos está sucediendo; aquí?

—No lo sé, acabo de enterarme. Por eso estoy aquí. Me habían dicho que tenías una licencia de varios días. Crosse se ha vuelto loco. Asegura que tú eres espía comunista.

—¿Yo? ¡Por amor de Dios! ¿Qué día es hoy?

—Día, treinta, viernes —había respondido inmediatamente, porque esperaba la pregunta, añadiendo a la fecha real siete días.

—¿Quién ganó la quinta carrera?

—Butterscotch Lass. ¿Por qué?

Esa pregunta lo había sorprendido. Estaba azorado de ver que Brian Kwok razonaba todavía con tanta claridad, y no se sentía muy seguro de que su titubeo instantáneo no hubiera sido interpretado como la mentira que era en realidad. Brian explicó:

—Simplemente me preguntaba... sólo... ¡Óyeme, Robert, este es un error! Tienes que ayudarme. No vayas a...

A una señal, Roger Crosse había entrado al recinto como la ira de Dios personificada:

—¡Óyeme bien, tú, espía, quiero nombres y direcciones de todos tus contactos... ¡En este momento! ¿Quién es tu supervisor?

En una reacción débil, Brian Kwok se había levantado y dejado caer a sus pies:

—Señor, todo esto es un error. No existe supervisor, y yo no soy un espía, y...

Repentinamente, Crosse le había puesto debajo de la nariz ampliaciones de las fotos, diciéndole:

—Entonces, explica, por ¡qué estás retratado en Ning-tok frente a la farmacia de tu familia, con tu madre Fang-ling Wu. Explícanos cómo es que tu verdadero nombre sea Chou-toy Wu, el segundo hijo de estos padres: Ting-top Wu y Fang-ling Wu— Los dos policías habían visto un instante de conmoción en la cara de Brian Kwok.

—¡Mentiras! —había contestado—. Son mentiras; Yo soy Brian Kar-shun Kwok y soy...

—Eres un embustero! —le había gritado Crosse—. ¡Tenemos testigos! ¡Tenemos pruebas! ¡Te ha identificado tu *gan sun*, Ah Tam!

Otro instante de azoro, disimulado en forma casi brillante. Luego la respuesta:

—Yo... yo no tengo *gan sun* llamada Ah Tam. Yo he...

—Pasarás el resto de tu vida en esta celda a menos que nos digas todo. Te veré en una semana. Será mejor que respondas a todas las cosas con verdad, ¡O te encadenaré! ¡Robert! —gritó luego Crosse —. ¡Se te prohíbe entrar aquí sin permiso! —luego había salido de la celda rabiando.

En medio del silencio, Armstrong recordaba cómo se había sentido mal al ver la verdad escrita en el rostro de su amigo. El también era un observador bien adiestrado. No era fácil que se equivocara.

—¡Por Dios, Brian! ¿Cómo se te ocurrió hacer esto? —le preguntó, llevando adelante la farsa y odiando más su propia hipocresía.

—¿Hacer qué cosa? —había replicado Brian en tono desafiante —. Tú no puedes engañarme... o ponerme trampas, Robert... No es posible que hayan pasado siete días. Yo soy inocente.

—¿Y las fotografías?

—Falsas. Son falsificaciones elaboradas por Crosse —Brian Kwok no daba su brazo a torcer; una luz de desesperación seguía brillando detrás de sus atormentados ojos; con voz ronca insistió—. Ya te lo he dicho, el verdadero elemento infiltrado aquí es él. El es el traidor, es un homosexual... está tratando de crucificarme a mí, pero...

Una señal, y el diligente carcelero de Servicios Especiales abrió de golpe la puerta.

—Lo siento, señor, pero tiene que salir.

—Muy bien, pero primero dele agua.

—¡No se permite agua en absoluto!

—¡Maldito cerdo, dele agua!

De mala gana, el carcelero obedeció. Al quedarse solos un momento, Armstrong introdujo a escondidas un paquete de cigarrillos bajo el colchón.

—Brian, haré todo lo que pueda...— Luego el carcelero volvió con una taza estropeada. —¡Eso es lo único que puede tomar! —gruñó con enojo—. ¡Y devuélvame la taza!

Agradecido, Brian había apurado el líquido con la droga. Armstrong salió. La puerta se cerró y los pestillos volvieron a su lugar. En forma repentina, la luz se apagó, dejando a Brian Kwok en la oscuridad. Diez minutos después, Armstrong estaba en las oficinas con el doctor Dorn y con Crosse.

Brian Kwok estaba inconsciente, bajo el efecto de una fuerte droga y sumido en sueños absurdos.

—Robert, lo hiciste muy bien —había comentado Crosse, con voz suave—. ¿Observaste la conmoción del cliente?

—Sí, señor...

—Bueno. Yo también actué bien. En eso no ha habido error. Tampoco lo hay en cuanto a su culpabilidad. Doctor, intensifique el proceso de sueño-vigilia; que sea cada sesenta minutos, a la hora exacta, durante un día, a partir de este momento...

—¡Santo Dios! —había explotado Armstrong—. ¿No cree usted que...?

—Cada sesenta minutos a la hora exacta, doctor, con tal que responda desde el punto de vista médico... No quiero hacerle daño, sólo doblegarlo... Durante veinticuatro horas. Robert, después volverás a interrogarlo. Si no obtenemos resultados, lo pondremos en el cuarto rojo.

El médico se había mostrado vacilante, y Armstrong recordaba cómo a él el corazón se le había detenido un momento, luego había dicho: —¡No!...

—¡Por amor de Dios, Robert, el cliente es culpable! —había rugido Crosse, prescindiendo ya del tono teatral de antes—. ¡Es culpable! Vendió a Fong-fong y a nuestros muchachos y sólo Dios sabe cuánto más daño nos habrá hecho. Estamos convertidos en blanco de los disparos. ¡Las órdenes han llegado de Londres! ¿Recuerdas a Metkin, nuestro gran comisario, el que capturamos del

Ivanov? Acabo de enterarme de que el transporte de la RAF ha desaparecido. Se detuvo a cargar combustible en Bombay y luego desapareció en algún lugar sobre el Océano Indico.

60
6:58 p.m.

El gobernador era presa de un furor desenfrenado. Salió del automóvil y se precipitó hacia la puerta lateral del banco, donde Johnjohn estaba esperándolo.

—¿Has leído esto? —dijo el gobernador enarbolando la edición de la tarde del *Guardian* en medio del aire vespertino; él encabezado principal del periódico decía: MIEMBROS PARLAMENTARIOS ACUSAN A LA REPÚBLICA POPULAR CHINA. ¡Malditos mentecatos incompetentes!

—Sí, señor —la cólera de Johnjohn no era inferior a la de él; lo introdujo a una gran antesala y preguntó—: ¿No puede usted colgarlos a los dos?

En la conferencia de prensa de esa tarde, Grey y Broadhurst habían hecho una proclamación pública en favor de todo lo que él, Jonhjohn, Dunross y los demás tai-pans habían condenado con toda paciencia y detalle, como adverso por completo a Inglaterra, a Hong Kong y a los intereses de China.

Grey había llegado incluso a hablar extensamente de su opinión personal en el sentido de que China Roja estaba decidida a conquistar al mundo y que debía tratársela como al gran enemigo de la paz.

—Ya me llegó un grito de protesta oficioso "oficial"...

Johnjohn se estremeció y preguntó: —¡Dios santo! ¿No sería de Tiptop?

—¡Claro que fue de Tiptop! —contestó con aquella tranquila y sedosa voz característica suya.

—Excelencia, cuando nuestros superiores en Pekín lean lo que miembros importantes de su Gran Parlamento Inglés piensan del Reino Medio, temo que se indignarán mucho. Yo diría que las posibilidades de que utilicemos temporalmente su dinero son ya nulas.

Otra oleada de rabia invadió a Johnjohn.

—¡Ese maldito dio a entender que sus puntos de vista eran los

del comité, cosa que es falsa por todos conceptos! ¡Es ridículo provocar la indignación de China, en cualquier circunstancia! Sin la benevolencia de ella, nuestra posición aquí es insostenible, desde todos los puntos de vista. ¡Desde todos los puntos de vista! ¡Maldito mentecato! ¡Y todos nosotros hicimos un esfuerzo inaudito para explicarle las cosas!

El gobernador sacó un pañuelo y se limpió la nariz. Luego preguntó:

—¿Dónde están los demás?

—El superintendente Crosse y el señor Sinders están utilizando mi oficina un momento. Ian viene en camino. Y... ¿qué le parece lo de Ian y Grey, señor, el hecho de que Grey sea cuñado de Ian, eh?

—¡Extraordinario! —desde que Grey lo había mencionado en respuesta a una pregunta que se le había hecho esa tarde, él había recibido una docena de llamadas al respecto—. Es pasmoso que Ian no haya hablado jamás del asunto.

—¡Penelope, señor! Es muy extraño. ¿Cree usted que... —se dio vuelta y dejó de hablar, al ver que Dunross avanzaba hacia ellos.

—'ñas noches, señor.

—Hola, Ian. Pospuse la cita para las 7:00 p.m., para tener la oportunidad de ver a Sinders y a Stanley Rosemont —el gobernador levantó el periódico—. ¿Has leído esto?

—Sí, señor. Los periódicos chinos de la tarde están que arden. Me sorprende que no todas las ediciones estén en llamas y todo Central con ellas.

—Yo los enjuiciaría como traidores —opinó Johnjohn, con un gesto de intensa acrimonia—. ¿Qué demonios podemos hacer, Ian?

—¡Orar! Hablé ya con Guthrie, el liberal y con algunos de los Tories. Uno de los principales reporteros del *Guardian* está entrevistándolos en este momento, y sus opiniones contrarias serán los encabezados principales de las ediciones matutinas de mañana, que refutarán toda esta sarta de necedades.

Dunross se enjugó el sudor de las manos. Lo sentía también en la espalda. La combinación de Grey, Tiptop, Jacques, Phillip Chen, la moneda y los expedientes de AMG le destrozaba los nervios. ¡Dios santísimo! —pensaba—. ¿Qué seguirá? Su reunión con Murtagh, del Royal Belgium había sido lo que Casey había predicho: una empresa arriesgada, pero buena. Al salir de esa reunión, alguien le había

dado los periódicos de la tarde, y la explosión que semejantes observaciones absurdas iban a causar, casi lo había hecho caer.

—Tendremos que desprestigiar públicamente todo este asunto, y en privado trabajar para cerciorarnos de que el proyecto de ley de Grey de poner a Hong Kong al nivel de Gran Bretaña nunca se someta a votación, o proveer a que sea rechazado y que el partido laboral nunca triunfe en las elecciones —sintió que la bilis se le derramaba—. Broadhurst habló tan mal como Grey o peor que él.

—Ian, ¿has hablado con Tiptop?

—No, Bruce. Su línea sigue ocupada. Lo que hice fue mandarle un mensaje personal —les explicó lo que había concertado con Phillip Chen.

El gobernador, por su parte, le habló de la queja de Tiptop. Dunross se estremeció y preguntó:

—¿A qué hora llamó, señor?

—Un momento antes de las seis.

—Para esa hora ya había recibido nuestro mensaje —Dunross sintió que el corazón se le salía—. Después de este... disparate, yo podría apostar cualquier cosa a que no hay esperanzas de dinero chino.

—Yo pienso lo mismo.

Dunross se dio muy bien cuenta de que nadie mencionaba el parentesco de Grey con él.

—Robin Grey es peor que un mentecato —se decidió a decir, pensando que era mejor decirlo con claridad—. Ese maldito cuñado mío no podía haberlo hecho mejor para los soviéticos si hubiese sido miembro del Politburó. Lo mismo que Broadhurst. ¡Imbéciles!

Después de una pausa, el gobernador comentó:

—Como dicen los chinos: «El diablo te da los parentescos, da gracias a todos los dioses de que tú puedes elegir a tus amigos».

—Tiene razón, señor. Por fortuna, el comité deberá partir el domingo. Con las carreras de mañana y todo... todos los demás problemas, es posible que todo se pierda en la agitación del día —se enjugó la frente—. Está muy encerrado este lugar, ¿no les parece?

El gobernador asintió con la cabeza, luego, en actitud de sondeo preguntó:

—¿Está todo listo, Johnjohn?

—Sí, señor. La bóv...

En ese momento la puerta del ascensor se abrió, y salieron de el Roger Crosse y Edward Sinders, jefe de MI-6.

—¡Ah, Sinders! —dijo el gobernador, cuando se encontraron en la antesala—. Quiero presentarte al señor Dunross.

—Mucho gusto en conocerlo, señor.

Se estrecharon la mano los dos. Sinders era un hombre de edad madura, de estatura media, sin rasgos especiales.

Vestía ropa ordinaria. Su cara era delgada y pálida, y lucía una barba entrecana.

—Le ruego que disculpe mi desaliño, señor, pero aún no he podido llegar al hotel.

—Me apena eso —replicó Dunross—. Muy bien podíamos haber esperado a mañana.Buenas noches, Roger.

—'ñas noches, señor, -ñas noches, Ian —saludó! Crosse cortante —. Puesto que estamos ya todos aquí, ¿podríamos proceder?

En un gesto obediente, Johnjohn precedió al grupo, rumbo a la bóveda, pero Dunross lo detuvo.

—Un momento. Perdóname, Bruce pero, ¿nos permitirías un minuto?

—¡Oh, sí, por supuesto!

Johnjohn disimuló su sorpresa, aunque no dejaba de preguntarse de qué se trataría todo aquello y quién podría ser Sinders. Pero era demasiado prudente para preguntar. Sabía que se lo dirían si quisieran que él lo supiese. Al salir, dejó la puerta cerrada.

Dunross miró al gobernador y preguntó:

—¿Testifica usted, señor, de manera formal, que este es Edward Sinders, jefe de MI-6?

—Testifico —contestó, entregándole un sobre—. Creo que querías mi testimonio por escrito...

—Gracias, señor —a Sinders, Dunross explicó—: Me apena, pero usted debe comprender mi resistencia.

—Por supuesto. Muy bien. Eso está arreglado. ¿Vamos, señor Dunross?

—¿Quién es Mary McFee?

Sinders sintió una conmoción. Crosse y el gobernador lo miraron fijamente, sintiéndose perplejos.

Luego Sinders comentó:

—Usted tiene amistades en puestos muy elevados, señor

Dunross. ¿Puedo preguntarle quién le dijo eso?

—Lo lamento —Dunross lo miró sin parpadear.

Alastair Struan había conseguido esa información de un personaje muy importante del Banco de Inglaterra que se había dirigido a alguien que estaba en un cargo muy alto del gobierno. Dunross continuó:

—Todo lo que queremos hacer es cerciorarnos de que Sinders es lo que pretende ser.

—Mary McFee es una amistad —dijo Sinders en actitud incómoda.

—Me apena, pero no basta.

—Una amiga.

—Perdón, tampoco basta. ¿Cuál es su verdadero nombre?

Sinders vaciló. Luego, con la cara pálida como un gis, tomó a Dunross por un brazo y lo llevó al extremo del cuarto. Le acercó los labios al oído, lo más que pudo y musitó de espaldas a Crosse y al gobernador:

—Anastasia Kekilova, la primera secretaria de la embajada checoslovaca en Londres.

Dunross asintió con la cabeza, satisfecho, pero Sinders siguió aferrado a su brazo con fuerza y susurró, todavía con mayor cautela:

—Será mejor que olvide ese nombre. Si el KGB llega a sospechar que lo sabe, se lo arrancará para siempre. Podremos darla por muerta a ella, y podremos darnos por muertos usted y yo.

Dunross volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

—Con eso basta.

Sinders respiró hondamente, luego se dio vuelta y dijo:

—Acabemos ya con este asunto, Roger. ¿Le parece a Su Excelencia?

En actitud tensa, todos lo siguieron. Johnjohn esperaba frente al ascensor. Tres pisos más abajo estaban las bóvedas. Dos guardias en traje de civil esperaban en el pequeño pasillo frente a las pesadas puertas de hierro: Uno era del CID y otro de Servicios Especiales de Inteligencia. Ambos saludaron.

Johnjohn abrió las puertas y dejó pasar a todos, excepto a los guardias. Luego volvió a cerrarlas.

—Es una costumbre del banco —explicó.

—¿Han sufrido alguna vez un asalto? —preguntó Sinders.

—No. Pero los japoneses sí forzaron esta entrada cuando las llaves estaban… ehm… perdidas.

—¿Estaba usted entonces aquí, señor?

—No. Yo tuve buena suerte.

Después que Hong Kong capituló, la Navidad de 1941, los dos bancos británicos, el Blacs y el Victoria, se convirtieron en blancos prioritarios de los japoneses, y había órdenes de liquidarlos. A todos los ejecutivos se les separó y se les puso bajo custodia, obligándolos a colaborar en el proceso.

A lo largo de meses, e incluso de años, se les sometió a presiones extremas. Se les obligó a emitir documentos bancarios ilegales. Luego la Kampeitai, la odiada y temida policía secreta nipona intervino después.

—La Kampeitai ejecutó a varios de nuestros colegas e hizo insoportable la vida de los demás —explicó Johnjohn—. Lo de costumbre: falta de alimentación, golpizas, privaciones, encierro en jaulas.

Algunos murieron de desnutrición… la palabra exacta es *los mataron de hambre*… Tanto el Blacs como nosotros, perdimos a nuestros principales ejecutivos.

Johnjohn abrió otra reja. Detrás de ella había hileras y más hileras de cajas de seguridad, en varias celdas intercomunicadas de concreto reforzado.

—¿Ian…?

Dunross sacó su llave especial y dijo: —Es 16.85.94.

Johnjohn señaló el camino. Con gran inquietud, insertó su llave del banco en una cerradura. Dunross hizo otro tanto con la suya. Ambos les dieron la vuelta. Se oyó el ruido de la cerradura que se abría.

Los ojos de todos estaban fijos en la caja. Johnjohn sacó su llave.

—Yo… yo estaré esperando a la entrada —dijo, contento de haber terminado su misión, y se retiró.

Dunross vaciló:

—Aquí tengo otras cosas que son documentos privados. ¿Me permiten?

Crosse no se movió.

—Lo siento —objetó—. Pero, el señor Sinders o yo debemos

cerciorarnos de que recibimos todos los documentos.

Dunross vio el sudor que bañaba a los dos hombres. El también tenía la espalda empapada.

—Excelencia, ¿sería tan amable de venir a verificar?

—Con mucho gusto.

De mala gana, los otros dos se retiraron. Dunross esperó hasta que estuvieron bastante lejos. Luego abrió la caja. Era de gran tamaño. Los ojos de Sir Geoffrey se abrieron azorados. La caja estaba vacía, con excepción de los expedientes de cubierta azul. Sin comentario alguno, los recibió. Eran ocho.

Dunross cerró de golpe la caja y el cerrojo cayó automáticamente.

Crosse se adelantó, extendiendo la mano.

—¿Me permite llevárselos, señor?

—No.

Crosse se detuvo, atónito, y apenas pudo contener una maldición. —Pero, Excel...

—El Ministro ha decretado el procedimiento, que ha sido aprobado por nuestros amigos norteamericanos, y con el que yo estoy de acuerdo —explicó Sir Geoffrey—. Volveremos todos a mi oficina. Todos nosotros seremos allí testigos del fotocopiado. Sólo dos ejemplares. Uno para el señor Sinders y otro para Rosemont. Ian, he recibido órdenes directas del Ministro de dar copia al señor Rosemont.

Dunross se encogió de hombros, con una esperanza desesperada de parecer indiferente.

—Si eso es lo que el Ministro quiere, está muy bien. Una vez tomadas las fotocopias de los originales, señor, por favor quémelos —vio que lo miraban, pero él observaba a Crosse y creyó ver un instante de placer—. Si los expedientes son tan especiales, es mejor que no existan... más que en manos seguras: MI-6 y la CIA. A todas luces, yo no debo tener copia de ellos. Si no son especiales... No tiene importancia. La mayor parte de las cosas del buen Alan Medford Grant eran demasiado traídas de los cabellos, y ahora que ha muerto, debo confesar que no considero los expedientes nada especial, mientras estén en manos de ustedes. Por favor quémelos o hágalos jirones, Excelencia.

—Muy bien —el gobernador fijó sus ojos azul claro en Roger

Crosse y dijo—: ¿Sí, Roger...?

—Nada, señor. ¿Nos vamos? Dunross advirtió:

—Tengo que sacar algunos papeles administrativos que debo verificar ahora que estoy aquí. No necesitan esperarme.

—Muy bien. Gracias, Ian —dijo Sir Geoffrey, y salió con los otros dos hombres.

Cuando se quedó solo, Dunross se acercó a otra serie de cajas de seguridad, en la bóveda contigua.

Extrajo su llavero y escogió dos llaves, consciente de que Johnjohn sufriría un infarto si supiera que él tenía duplicado de la llave maestra. El cerrojo retrocedió silencioso. Esa caja era una de las docenas que la Casa Noble poseía bajo diferentes nombres. Adentro había fajos de billetes de 100 dólares norteamericanos, además de antiguas escrituras y documentos. Encima de todo había una pistola automática cargada. Como de costumbre, la psique de Dunross estaba alterada. Detestaba las armas de fuego, aborrecía a Hag Struan... la admiraba. En sus "Instrucciones a los tai-pans", escritas poco antes de morir, en 1917, como parte de su última voluntad y su testamento, que quedaba en la caja fuerte del tai-pan, había dejado establecidas más reglas, y una de ellas era que siempre debía haber cantidades considerables de efectivo secreto, para uso del tai-pan, al alcance de la mano. Otra era que siempre debían tenerse por lo menos cuatro pistolas cargadas disponibles, en lugares secretos. Había escrito: "Aborrezco las armas de fuego, pero sé que son necesarias. La víspera de San Miguel, en 1916, cuando yo estaba débil y enferma, mi nieto Kelly O'Gorman, cuarto tai-pan (sólo de nombre), creyendo que yo me encontraba en mi lecho de muerte, me obligó a salir de la cama para ir a la caja fuerte de la Gran Casa, con el fin de sacar la estampilla de la Casa Noble, que le habría dado poder absoluto como tai-pan. En vez de hacer eso, tomé la pistola que tenía escondida y le disparé. Estuvo dos días en agonía, luego murió. Soy temerosa de Dios y aborrezco las armas de fuego y ciertos asesinatos, pero Kelly se había convertido en un perro rabioso y es deber del tai-pan proteger la sucesión. No lamento su muerte un ápice. Tú que lees esto, ten cuidado. Deudos y amigos ambicionan el poder como cualquier otro. No temas usar *cualquier* medio para proteger el legado de Dirk Struan...

Una gota de sudor se le deslizó por la mejilla. Recordó cómo se

le habían puesto los pelos de punta al leer por vez primera las instrucciones de la bruja, la noche en que había aceptado ser tai-pan. El siempre había creído que el primo Kelly, hijo mayor de Rose, la última hija de Hag Struan, había muerto de cólera en una de las grandes epidemias que continuamente diezmaban a Asia.

Había otras monstruosidades sobre las que la bruja había dejado testimonio escrito: «En 1894, aquel año, el más terrible de todos, se me presentó la segunda moneda de Jin-qua. Fue el año en que la peste llegó a Hong Kong, la peste bubónica. Decenas de millares de nuestros chinos paganos morían. Nuestra misma población era también devastada sin misericordia. La peste arrasó con grandes y pequeños. La prima Hannah y tres de sus hijos, dos hijos y cinco nietos de Chen-chen. La leyenda vaticinó que esa peste bubónica sería traída por el viento. Otros pensaron que había sido una maldición de Dios o un flujo como la malaria, el 'mal aire' asesino de Happy Valley. ¡Después el milagro! Se mandó llamar a Hong Kong a los doctores investigadores del Japón Vitasato y Aoyama; ellos aislaron el bacilo y, demostraron que su vehículo era la mosca y las ratas, y que una serie de medidas de sanidad adecuadas y la eliminación de las ratas alejaría de nosotros la maldición para siempre. Esa pendiente de la colina, que ofende la vista, Tai-ping Shan, propiedad de Gordon. (Gordon Chen, hijo de mi amado tai-pan), donde vive la mayoría dé nuestros gentiles, era una cloaca apestosa, podrida, sobrepoblada, nido fecundo de ratas para toda clase de. pestes y enfermedades. A pesar de todo lo que las autoridades hicieron para convencer, ordenar e insistir, los supersticiosos habitantes, de ese lugar no; creyeron en nada y no quisieron hacer nada para mejorar su situación, aunque las muertes continuaban y continuaban. El mismo Gordon, que ahora es un viejo sin dientes, no pudo hacer nada, más que arrancarse los pelos ante la pérdida de sus rentas, porque guardaba sus energías para las cuatro mujeres jóvenes que tenía en su casa.

"En la hediondez del último verano, cuando parecía una vez más que se había dictado la sentencia de muerte contra la Golonia, por las defunciones que aumentaban día tras día, yo ordené que se prendiera fuego a Tai-ping Shan en la noche, ¡a toda la hedionda y monstruosa vertiente de la montaña! El que algunos habitantes hayan muerto consumidos por el fuego, es cargo de conciencia para

mí, pero sin el fuego purificador, la Colonia estaba sentenciada a desaparecer, y con ella cientos de millares de otros habitantes. Yo hice que Tai-ping Shan fuera pasto de las llamas, pero fui leal a Hong Kong, fui leal al patrimonio de Dirk y fui leal a la segunda de las medias monedas.

«El 20 de abril, un hombre llamado Chiang Wu-tah presentó la media moneda a mi amado joven sobrino Dirk Dunross, tercer tai-pan, quien me la trajo a mí, sin conocer su secreto. Yo mandé llamar a Chiang, que hablaba inglés. El favor que pidió fue qué la Casa Noble ofreciera asilo y ayuda inmediatos a un joven chino, educado en Occidente, revolucionario, de nombre Sun Yat-Sen. Que ayudáramos a este Sun Yat-Sen con dinero y que lo asistiéramos mientras viviera, dentro de los límites de nuestro poder, en su lucha para derribar a la dinastía extranjera Manchó de China. Apoyar a cualquier revolucionario contra la dinastía reinante en China, con la que teníamos relaciones cordiales y de la que dependía gran parte de nuestro comercio y de nuestras utilidades, era contra mis principios y, al parecer, contra los intereses de la Casa. Dije: 'No, no ayudaré a que se derribe al Emperador'. Pero Chiang Wu-tah reclamó: 'Este es el favor que se pide a la Casa Noble'. Y así se hizo.

«Con gran riesgo, ofrecí dinero y protección. Mi amado Dirk Dunross se ingenió para sacar de Cantón al doctor Sun y traerlo a la Colonia, y desde allí enviarlo al extranjero, a Estados Unidos. Yo quería que el doctor Sun acompañara al joven Dirk a Inglaterra. Iba a salir con la pleamar, como jefe de nuestro vapor *Sutiset Cloud*. Esa fue la semana en que yo quería hacerle entrega a él como verdadero tai-pan, pero él objetó: 'No. Hasta que vuelva'. Pero no había de volver jamás. El y todas aquellas manos se perdieron en el mar, en algún lugar del Océano Indico. ¡Oh, qué terrible fue mi pérdida! ¡Nuestra pérdida!

«Pero la muerte es parte de la vida y nosotros los vivos tenemos un deber que cumplir. Yo no sé todavía a quién haré entrega. Debía haber sido Dirk Dunross, que había sido nombrado así por su abuelo. Sus hijos son demasiado jóvenes, ninguno de los Coopers es capaz, ninguno de los deVille. Daglish es posible. Ninguno de los MacStruan está preparado aún. Alastair Struan tal vez, pero hay un punto débil, que desciende de Robb Struan.

«No tengo reparo en reconocer ante ti, futuro tai-pan, que siento

un cansancio mortal. Pero aún no estoy lista para morir. Pide a Dios que me dé fuerza para unos cuantos años más. No hay nadie en mi línea ni en la de mi amado Dirk Struan, digno de recibir el manto. Y ahora estamos en esta Gran Guerra, que hay que ver terminada, tenemos que reconstruir la Casa, reforzar nuestra flota mercante... hasta este momento los submarinos alemanes 'U' han hundido treinta de nuestros barcos, casi la flota entera. Sí. Y todavía está pendiente el favor de la segunda moneda. Este doctor Sun Yat-Sen debe ser apoyado, y lo será, hasta que muera, para que de esa manera salvemos nuestro prestigio en Asia...»

Y lo salvamos —pensó Dunross. La Casa Noble lo sostuvo en todas sus penalidades; incluso cuando trató de unirse a la Rusia soviética, hasta que murió en 1925, y Chiang KaitShek, su lugarteniente, adiestrado por los soviéticos, recogió su herencia y lanzó a China hacia el futuro... Hasta que su viejo aliado, pero antiguo enemigo Mao Tse-Tung, le arrebató el futuro, para poner el Trono del Dragón en Pekín, con manos sangrientas, como el primero de una nueva dinastía.

Dunross sacó un pañuelo y se enjugó el sudor.

El aire de la bóveda era polvoriento y seco. Algo se le había metido en la garganta y lo había hecho toser. Las manos le sudaban también y todavía podía sentir el frío en la espalda. Hurgó con cuidado hasta el fondo de la honda caja de metal y encontró su sello corporativo, el que iba a necesitar durante el fin de semana, si el convenio con el Royal Belgium-First Central se volvía realidad. No cabe duda de que deberé a Casey más de un favor si esto se realiza —se dijo.

El corazón parecía querer salírsele del pecho y no pudo resistir el deseo de cerciorarse. Con sumo cuidado levantó la división del doble fondo secreto de la caja de seguridad, unos milímetros. En el espacio de cinco centímetros que quedaba abajo, estaban ocho expedientes de cubierta azul. Eran los verdaderos documentos de AMG. Los que momentos antes había entregado a Sinders venían, en el paquete sellado que Kirk y su esposa le habían dado el día anterior... Allí estaban ocho expedientes falsos y una carta: «Tai-pan, estoy terriblemente preocupado de que tanto usted como yo hayamos sido víctimas de una traición, y de que la información de expedientes anteriores pueda caer en malas manos. Los expedientes

sustitutos que le incluyo aquí son seguros y muy semejantes. Omiten nombres vitales e información archisecreta. Usted puede entregar éstos, si se ve obligado a hacerlo, pero sólo en esas circunstancias. En cuanto a los originales, debe destruirlos después de haber visto a Riko. Algunas páginas contienen escritura invisible. Riko le dará la clave para descifrarla. Por favor disculpe todas estas tácticas engañosas, pero el espionaje no es para niños: se refiere a muerte, presente y futura. Nuestra encantadora Inglaterra está asediada por traidores y por todos los géneros de mal que hay en la Tierra. Para decirlo con claridad, la libertad está sitiada ahora como no lo ha estado jamás en la historia. Le ruego que sea digno emulo de su ilustre antepasado. El luchó por la libertad de comerciar, de vivir y de practicar la religión. Lamento decirle que no creo que haya muerto en una tormenta. Nunca sabremos la verdad, pero creo que murió asesinado, como moriré yo. No se preocupe, mi joven amigo. He hecho muy bien las cosas durante mi vida. He puesto muchos clavos en el ataúd del enemigo, muchos más de los que me correspondían... Le ruego que usted haga lo mismo».

La carta estaba firmada: "Con gran respeto".

¡Pobre hombre! —pensó Dunross con tristeza.

La víspera había introducido clandestinamente los expedientes falsos en la bóveda cambiándolos por los originales que estaban en la otra caja de seguridad. Habría querido destruir en ese momento los originales, pero no había manera de hacerlo con seguridad; además, tenía que esperar a su encuentro con la mujer japonesa. Era mejor y más seguro dejarlos donde estaban, por el momento —pensó. Hay ti...

De pronto sintió que unos ojos lo observaban. Su mano se deslizó hábil hacia la pistola automática. En cuanto la tuvo entre los dedos, miró a su alrededor. El estómago pareció darle un vuelco. Crosse estaba observándolo. También Johnjohn. Se hallaban a la entrada de la bóveda.

Después de un momento, Crosse dijo:

—Sólo quería darte las gracias por tu colaboración, Ian. El señor Sinders y yo la apreciamos mucho.

Una sensación de alivio lo recorrió de pies a cabeza. —Está bien. Me alegra servir de algo.

Tratando de actuar con espontaneidad, soltó poco a poco el

arma, dejándola deslizarse sobre los papeles. La división del doble fondo se acomodó en su lugar sin el menor ruido. Pudo ver la mirada escrutadora de Crosse, pero trató de hacer caso omiso de ella con un movimiento de los hombros.

Desde el lugar en que estaba el superintendente, no parecía posible que viera los verdaderos expedientes. Dunross bendijo su hado, que no le había permitido sacar alguno de los expedientes para hojearlo. Cerró con descuido la puerta de la caja de seguridad y volvió a respirar con ritmo normal.

—Aquí adentro el ambiente es muy sofocante, ¿no les parece?

—Sí. Una vez más, Ian, gracias —después de decir eso se marchó.

—¿Cómo abriste esa caja? —preguntó Johnjohn en tono frío.

—Con una llave.

—Con dos llaves, Ian. Eso es contra el reglamento —extendió la mano abierta y pidió—. Me haces el favor de entregarme lo que es propiedad nuestra.

—Lo siento, viejo amigo —contestó Dunross con calma—... No es propiedad vuestra.

Johnjohn titubeó, luego dijo:

—Siempre sospechamos que tenías un duplicado de la llave maestra. Paul tiene razón en una cosa: tienes demasiado poder, consideras este banco como tuyo, nuestros fondos como tuyos y la Colonia como tuya.

—Hemos tenido una larga y feliz asociación con vosotros dos, sólo en los últimos años, Paul Havergill ha tenido un grado de poder que a mí me ha dado muy malos ratos, a mí en lo personal y a mi Casa. Pero lo peor es que él sea anticuado; por eso di mi voto contra él; sólo por esa razón. Tú no eres así. Tú eres moderno. Serás más justo, con más visión hacia el futuro, menos emocional y más recto.

Johnjohn sacudió la cabeza.

—Lo dudo —dijo—. Si alguna vez me convierto en tai-pan del banco, procuraré que sea propiedad plena de sus accionistas, y que esté controlado por directores nombrados por ellos.

—Lo es ahora mismo. Nosotros no poseemos más que el 21 por ciento del banco.

—Tú acostumbrabas poseer el 21 por ciento. Esas acciones están

pignoradas sobre tu crédito rotativo, que no puedes, y tal vez nunca podrás rescatar. Además, el 21 por ciento no significa control. Gracias a Dios.

—Pero está muy cerca de significarlo.

—Lo que estoy queriendo hacerte entender —su voz tenía un tono metálico— es que eso es peligroso para el banco, muy peligroso.

—No lo creo.

—Yo sí, y quiero que se devuelva al banco el 11 por ciento.

—No hay venta, muchachito.

—Cuando yo sea el tai-pan, muchachito, lo conseguiré, por las buenas o por las malas.

—Ya veremos.

—Cuando yo sea tai-pan voy a hacer muchos cambios. Por ejemplo, todas estas cerraduras. Nada de llaves maestras en manos de particulares.

—Ya veremos —Dunross se limitó a sonreír.

* * *

Del lado de Kowloon, Bartlett saltó del muelle al lujoso yate y ayudó a Orlanda a entrar también; con un gesto automático, la chica se quitó los zapatos de tacón alto, para proteger el fino entarimado.

—Bienvenido al *Sea Witch*, señor Bartlett. 'ñas noches, Orlanda —saludó Gornt con una sonrisa—. Me da gusto que haya aceptado mi invitación a cenar.

Gornt estaba frente al timón, e hizo luego una seña a su hombre de cubierta. Este soltó las amarras que sujetaban la embarcación al muelle cercano a la terminal del transbordador de Kowloon.

—Yo no sabía que había aceptado hasta que Orlanda me lo dijo hace media hora... ¡Oiga, este es un gran yate!

En actitud jovial, Gornt puso en movimiento los motores con un ritmo suave.

Hace apenas una hora que me enteré de que ustedes dos iban a cenar solos. Supuse que usted nunca había visto la bahía de Hong Kong de noche, por eso pensé en ofrecerle algo diferente. Hay un par de cosas que me gustaría discutir con usted en privado, por eso

pregunté a Orlanda si tenía inconveniente en que lo invitara a venir a mi yate.

—Espero que no le haya resultado molestó venir a la ribera de Kowloon.

—No es ningún problema venir a recoger huéspedes acá, señor Bartlett —rebozó una sonrisa enigmática, al pensar en Orlanda y todas las amistades que había ido a recoger a ese muelle en el curso de los años.

Con toda destreza, Gornt hizo retroceder la embarcación, alejándola del muelle cercano al transbordador, donde el oleaje golpeaba la quilla en forma peligrosa. Puso las palancas de los motores a mitad del cuadrante para iniciar la marcha hacia el frente y dio vuelta al gobernalle en dirección a estribor, para ponerse en ruta, siguiendo un curso hacia el oeste.

El yate medía veintiún metros, era fino y elegante. Se veía reluciente, y se movía con la agilidad de una embarcación de carreras; Los tres estaban sobre el puente de cubierta, con pared de vidrio, abierto a los vientos de popa, con cubiertas de lona muy tensas, que se agitaban un poco con la brisa. La estela empezaba, a formarse, Gornt vestía ropa áspera e informal de mar. Una . chaqueta ligera de arbitro deportivo y una pequeña gorra marina que ostentaba el emblema del yate. La indumentaria y su bien cuidada barba negra con algo de pelo cano iban muy de acuerdo con su aspecto general.

Se movía con facilidad, siguiendo el vaivén de la embarcación, como quien se encuentra en su elemento.

Bartlett lo observaba, sintiéndose también en su elemento, con zapatos deportivos y: camiseta informal. Orlanda estaba a su lado. El podía sentirla, a pesar de que sus cuerpos no se tocaban. Vestía un conjunto de pantalón negro de noche y una mantilla para protegerse del frío. Estaba de pie, oscilando con naturalidad, mientras el viento le agitaba el cabello y sus pies descalzos mostrábanse diminutos.

Miró en dirección a la popa, hacia el otro, lado de la bahía, donde estaban los transbordadores, los juncos,; los transatlánticos y la mole ingente del portaviones nuclear, del clásico color gris, con los puentes iluminados y so bandera que ondeaba orgullosa al viento. Un avión jet rompió el manto de las nubes, al despegar de

Kai Tak, mientras otros esperaban el turno: para aterrizar, acercándose a Kowloon.

Bartlett no podía ver el aeropuerto ni: su propio avión desde la posición en que se hallaban, pero sabía dónde se encontraba estacionado. Esa tarde lo había visitado, con permiso de la policía, para revisarlo y sacar algunos papeles y vituallas.

A su lado, Orlanda lo tocó con un gesto espontáneo y él se volvió a mirarla. Ella le sonrió y eso le produjo a él una sensación de bienestar.

—Esto es grandioso, ¿no te parece?

La chica asintió con un movimiento de cabeza que rebosaba felicidad. No había necesidad de respuesta. Los dos la conocían.

—Lo es —hizo eco Gornt, pensando que Bartlett hablaba con él. Luego miró a su alrededor.

—Es grandioso navegar de noche, siendo amo de su embarcación. Vamos hacia el oeste, luego haremos un viraje hacia el sur, dando la vuelta a Hong Kong. Será cuestión de unos tres cuartos de hora.

Hizo seña a su capitán de que se acercara. Era un ágil y silencioso hombre de Shanghai, ataviado con un blanco traje de dril almidonado.

—*Sheyshey*...

—Gracias —dijo el hombre, al empuñar el timón. Gornt hizo seña con la mano invitando a sus huéspedes ocupar las sillas que rodeaban una mesa en la cubierta de popa.

—¿Les parece que nos sentemos? —miró a la chica y comentó—: Estás muy bonita, Orlanda.

—Gracias —contestó la aludida.

—¿No tienes mucho frío?

—¡Oh, no, Quillan! Gracias.

Un camarero con librea subió a la cubierta. Sobre su bandeja había bocadillos calientes y fríos. El balde con hielo cercano a la mesa tenía una botella de vino blanco abierta, cuatro vasos, dos latas de cerveza norteamericana y algunas bebidas no alcohólicas.

—¿Qué puedo ofrecerle, señor Bartlett? —preguntó Gornt—. El vino es Frascati, pero tengo entendido que usted prefiere la cerveza helada en lata...

—Esta noche, Frascati... Después la cerveza, si me permite.

—¿A ti, Orlanda?

—Vino, por favor, Quillan —dijo en tono tranquilo; él sabía que el Frascati era su vino predilecto. Esta noche tendré que poner en juego mucha sabiduría —pensó—. Deberé ser muy fuerte, muy prudente y muy sagaz. Había estado de acuerdo con la idea de Gornt sin Vacilación, porque a ella también le encantaba él mar de noche y el restaurante era uno de sus predilectos. Sin embargo, habría preferido estar sola con Linc Bartlett. La sugerencia de Gornt había sido una manifiesta... no —se corrigió interiormente—, no fue una orden, fue una petición. Quillan está de mi lado. Y en esto, mi lado y el de él tienen un blanco común: Linc. ¡Oh, cómo disfruto de Linc!

Le dirigió una mirada y, al hacerlo, pudo ver que Linc observaba a Gornt. El corazón le palpitó con fuerza. Aquella situación se parecía a la ocasión en que Gornt la había llevado a España y ella había visto un "mano a mano". Sí, esa noche los dos hombres eran como matadores. Sé que Quillan me desea todavía, diga lo que diga. Le devolvió la sonrisa que él le había dedicado al ofrecerle el vino y repitió:

—Sí, Quillan. El vino me sentará bien.

Sobre la cubierta el ambiente era cómodo e íntimo, con una iluminación muy discreta. El mesero llenó las copas. Aquel vino estaba como siempre; muy bueno, delicado, secó y apetitoso; Bartlett abrió una bolsa de viaje que llevaba y dijo:

—Es una vieja costumbre norteamericana llevar un obsequio la primera-vez que se visita una casa.

Supongo que esto es como una casa —sacó una botella de vino y la puso sobre la mesa.

—¡Oh! Es una gran amabilidad de su par... —Gornt se quedó sin habla...

Con mucha delicadeza levantó la botella y se quedó contemplándola. Luego se levantó y la llevó a la luz. Volvió a sentarse y comentó:

—Esto no es un obsequio, señor Bartlett. Esto es magia embotellada. Creí que mis ojos me engañaban —era un Château Margaux, uno de los grandes clarets *premier cru* de Médoc, provincia de Burdeos—. Nunca he bebido la cosecha del '49. Fue año de ensueño para los clarets. Gracias. Muchas gracias.

—Orlanda me dijo que a usted le gustaba el tinto más que el blanco, pero supuse que comeríamos pescado —en un gesto natural, puso una segunda botella al lado de la primera.

Gornt la miró boquiabierto. Era un Château Haut-Brion. En los años buenos, el Château Haut-Brion tinto se comparaba con todos los grandes Médocs, pero el blanco, seco y delicado, poco conocido por ser tan escaso, se consideraba uno de los más finos de todos los grandes vinos blancos de Burdeos. El año era '55. Gornt dejó escapar un suspiro.

—Si usted sabe tanto de vinos, señor Bartlett, ¿por qué bebe cerveza?

—La cerveza me gusta con las pastas, señor Gornt... y también antes del almuerzo. Pero el vino con la cena —esbozó una sonrisa...

—El martes que venga tendremos cerveza con las pastas y luego Frascati o Verdicchio o el Umbrian Casale con... ¿con qué? —preguntó Gornt a Orlanda.

—Con *piccata*, ¿no?

—¡Genial! —contestó Bartlett, que no quería otra *piccata* que la de Orlanda—. Es prácticamente mi platillo favorito.

Concentró la atención en Gornt, sin mirar siquiera a Orlanda, pero sabía que ella había entendido de qué hablaba. ¡Qué contento estoy de haber probado a esta mujer!

—¡Oh! ¿Tuviste una noche agradable? —le había preguntado Orlanda, al llamarlo esa mañana al pequeño hotel de Sunning Road —. ¡Así lo espero, de veras, Linc querido!

La chica había sido preciosa, pero allí no había habido sentimiento alguno fuera del placer sensual; la satisfacción de la cópula había sido mínima. Así se lo había dicho él.

—Entonces fue culpa mía —había replicado Orlanda en tono triste—. La elección que hicimos no fue buena. Esta noche cenaremos y haremos la prueba en otro sitio.

En un gesto involuntario, Linc sonrió, recordando, y la miró de soslayo. La brisa marina volvía a la chica más hermosa aún. Entonces Bartlett notó que Gornt los observaba y preguntó:

—¿Vamos a cenar pescado?

—Sí, desde luego. Orlanda, ¿has hablado al señor Bartlett de Pok Liu Chau?

—No, Quillan, sólo le dije que estábamos invitados a un viaje en

yate.

—Muy bien. No será un banquete; pero la comida en ese lugar es excelente; señor Bartlett. Usted...

—¿Por qué no me llama Linc —interrumpió— y me permite llamarlo Quillan? La palabrita "señor" me da indigestión.

Los tres rieron de buen grado. Gornt comentó:

—Linc; con tu permiso no abriremos esta noche tu regalo. La comida china no es para estos grandes vinos. No armonizan entre sí. ¿Qué te parece si los guardo... ¡si puedo!, para nuestra cena del martes?

—¡Claro que sí!

Hubo un breve silencio sobre el fondo del suave ronroneo de los motores. Orlanda no tardó en darse cuenta de que Gornt quería estar a solas con su invitado, y se levantó con una sonrisa:

—Si me perdonan un segundo, voy a empolvarme la nariz.

—Utiliza las cabinas del frente, la pasarela de proa, Orlanda —sugirió Gornt, sin dejar de mirarla.

—Gracias—respondió, alejándose.

En cierto sentido estaba contenta. En otro se sentía ofendida. Las cabinas delanteras eran para huéspedes. Ella habría bajado automáticamente por la pasarela de popa, a la cabina principal, al baño de la suite mayor... La suite que en otra época había sido de ellos dos. No tiene importancia. El pasado es el pasado y ahora es Linc pensó, mientras caminaba en dirección a la proa.

Bartlett tomó un sorbo de su vino, preguntándose por qué Orlanda habría tenido aquel instante de vacilación. Volvió a concentrar toda la atención en Gornt y preguntó:

—¿Cuántas personas pueden dormir en este yate?

—Con toda comodidad, diez. Tenemos una tripulación regular de cuatro: capitán-ingeniero, marino de cubierta, cocinero y camarero. Te lo mostraré todo después, si lo deseas —Gornt encendió un cigarrillo—... ¿Tú no fumas?

—No, no, gracias.

—Podemos navegar durante una semana sin necesidad de cargar combustible, si es necesario.

¿Seguimos en lo dicho, de concluir nuestro negocio el martes?

—Ese sigue siendo el día "D".

—¿Has cambiado de opinión? Me! refiero a Struan.

—El lunes será el que decida la batalla. El lunes a las 3:00 de la tarde, cuando el Mercado cierre, habrás acabado con Ian o no habrás podido con él y volveremos a la posición de empate...

—Está vez no habrá empate. Está arruinado.

—Por todos conceptos así me lo parece.

—¿Piensas ir todavía a Formosa con él?

—Ese plan sigue en pie.

Gornt aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo* Midió con la mirada la eslora de su yate. Habían salido ya al canal principal. Gornt se levantó y se puso de pie al lado del capitán un momento, pero éste ya había divisado también el pequeño junco sin luz que tenía adelante y lo había esquivado sin exponerse a ningún peligro.

—¡A velas desplegadas hacia el frente! —ordenó Gornt, y volvió a sentarse al lado de Bartlett.

Llenó de nuevo las copas, seleccionó, un bocadillo de los *dim suni* refritos y miró de frente al norteamericano:

—Linc, ¿puedo hablar sin rodeos?

—Por supuesto.

—Orlanda.

—¿Qué pasa con ella? —protestó Bartlett, frunciendo el ceño.

—Como es probable que lo sepas, ella y yo fuimos muy buenos amigos en una época. Muy buenos amigos, Hong Kong es un lugar muy fértil para los chismes, y oirás toda clase de rumores, pero seguimos siendo amigos, aunque no hayamos hecho el amor durante años —dirigió una mirada seria bajo la sombra de sus espesas cejas—. Lo único que me propongo decir es que no quiero que se le haga daño —los dientes le resplandecieron a la débil luz de la mesa¿ mientras esbozaba una sonrisa. —Además, como persona y como compañera, es tan fina como cualquiera podría: desearla.

—Enteramente de acuerdo.

—Perdóname. No quiero explayarme en nada de esto. Sólo deseo aclarar tres cosas; de hombre a hombre: esa era la primera. La, segunda es que ella es la mujer más discreta que yo he conocido. La tercera es que no tiene nada que ver con asuntos de negocios... Yo no estoy utilizándola, ella no es un premio, ni una carnada, ni cosa parecida.

Bartlett dejó que el silencio se hiciera pesado. Luego asintió con

un movimiento de la cabeza y dijo:

—No, claro.

—¿No me crees?

Bartlett rió. Era una risa franca.

—¡Qué diablos, Quillan, esto es Hong Kong! Yo estoy fuera de mis terrenos en muchos más aspectos de los que tú podrías señalar al agitar una vara. Ni siquiera sé si Pok Liu Chau es el nombre del restaurante, una parte de Hong Kong, o si está en la;China Roja —apuró el contenido de su copa, disfrutándolo a placer—. Por lo que toca a Orlanda, es una gran chica y no tienes que preocuparte por ella. He entendido lo que quieres decirme.

—Espero que no te moleste el que haya mencionado el asunto.

Bartlett sacudió la cabeza y ratificó:

—Me alegro de que lo hayas hecho —vaciló un instante pero luego, en vista de que su interlocutor se mostraba decidido a poner todas las cartas sobre la mesa, decidió ser muy franco—. Me ha hablado ya de la niña.

—Qué bueno.

—¿Por qué haces ese gesto?

—Me sorprende que la haya mencionado tan pronto. Orlanda debe quererte mucho.

Bartlett sintió la fuerza de los ojos que lo escudriñaban y trató de interpretar si en esa mirada había algo de envidia.

—Espero que sea así. Dice que tú has sido magnífico con ella desde que rompieron sus relaciones íntimas, y que has sido también muy generoso con su familia.

—Son gente muy buena. En Asia es difícil educar a cinco hijos, formarlos bien. Siempre ha sido línea de conducta de nuestra compañía ayudar a las familias cuando se puede —tomó un trago de vino—. La primera vez que vi a Orlanda, tenía diez años. Era un sábado. Fue en las carreras, en Shanghai. En aquellos días, todo el mundo se ponía sus mejores vestidos y paseaba por las dehesas. Aquella era la primera salida formal de la niña. Su padre era gerente en nuestra división naviera. Era un buen hombre, Eduardo Ramos, de la tercera generación de habitantes de Macao. Su mujer es shanghainesa pura. Pero Orlanda... —Gornt dejó escapar un suspiro— Orlanda era la niña más hermosa que yo hubiera visto jamás. Llevaba un vestido blanco... No recuerdo haberla visto

después de esa ocasión, sino cuando volvió de Estados Unidos, una vez terminados sus estudios. Tenía entonces casi dieciocho años y... en fin... me enamoré perdidamente de ella -bajó la copa y levantó la mirada—. No puedo expresar lo afortunado que me consideré todos los años que la tuve —su mirada se endureció—. ¿Te dijo también que acabé con el hombre que la sedujo?

—Sí.

—Bueno. Lo sabes todo —añadió Gornt, con gran dignidad—. Lo único que yo quería era mencionar las tres cosas relacionadas con ella.

Bartlett experimentó de pronto una sensación amistosa hacia su interlocutor.

—Yo aprecio todo —se inclinó, para aceptar más vino—. ¿Por qué no dejamos las cosas de ese tamaño? Cuando llegue el martes, todas las deudas y las amistades quedan canceladas y empezamos de nuevo. *Todos nosotros*.

—Mientras tanto, ¿de qué lado estás? —preguntó Gornt, con una sonrisa superficial.

—¡Por el lado de la incursión, estoy contigo, cien por ciento! Por lo que toca a la penetración de Par-Con en Asia, estoy en la línea media. Espero a ver quién es el ganador. Me inclinó hacia ti y confío en que serás tú, pero estoy en actitud de espera.

—¿Las dos cosas no son lo mismo?

—No. Yo establecí las reglas básicas para la incursión, hace tiempo. Dije que esta era una operación única, un jaque mate de loco —Bartlett sonrió—. ¡Es claro, Quillan! Estoy contigo en la incursión cien por ciento... ¿Por ventura no deposité los dos millones sin estampilla de por medio, sin documento alguno, sólo con un apretón de manos?

Después de una pausa, Gornt comentó:

—En Hong Kong, eso es a veces de mayor valor. No tengo las cifras exactas, pero en mis documentos, vamos ya adelante en un total que fluctúa entre 24 y 30 millones de HK.

Bartlett levantó la copa y exclamó:

—¡Aleluya! Pero... en el ínterin, ¿qué hacemos con la fuga de capital de los bancos? ¿En qué forma va a influir en nosotros? Gornt frunció el ceño y respondió:

—No creo que nos afecte. Nuestro mercado es muy volátil, pero

el Blacs y el Vic son sólidos, inquebrantables, el gobierno tiene que apoyarlos a ambos. Corre el rumor de que el gobernador declarará día de fiesta bancario el lunes y cerrará los bancos todo el tiempo que sea necesario... Es sólo cuestión de un poco de tiempo para que haya efectivo disponible para poner el alto a la pérdida de confianza. Mientras tanto, muchas cosas se quemarán, muchos bancos irán al paredón... pero eso no debe influir en nuestros planes.

—¿Cuándo piensas recuperar las acciones vendidas?

—Dependerá del momento en que decidas desechar a Struan.

—¿Qué te parecería el lunes a mediodía? Eso te da tiempo de sobra antes del cierre, tanto a ti como a tus nominatarios, para que compren después que la noticia se divulgue y las acciones hayan bajado otro poco.

—Excelente. Los chinos se guían mucho por los rumores, así que el Mercado puede dar un viraje de la bonanza al derrumbe y viceversa, con suma facilidad. Mediodía es magnífico. ¿Lo anunciarás en Formosa?

—Sí.

—Necesitaré una confirmación por telex.

—Te la dará Casey.

—¿Está enterada? Me refiero... al plan.

—Sí. Ahora sí lo sabe ya.. ¿Cuántas acciones necesitas para tener el control?

—Tú debes tener esa información.

—Es la única pieza del acertijo que me falta.

—Cuando recuperemos las acciones vendidas, tendremos suficiente para asegurarnos por lo menos tres lugares inmediatos en la junta directiva. Eso basta para acabar con Ian. Una vez colocados en la directiva, Struan quedará en nuestro poder y después, muy pronto, yo haré la fusión de Struan con Rothwell-Gornt.

—...Y serás tai-pan de la Casa Noble.

—Sí... —los ojos de Gornt se iluminaron y volvió a llenar las copas—. ¡Salud!

—¡Salud!

Bebieron satisfechos de su convenio. Pero en lo secreto del corazón ninguno de los dos confiaba en el otro, ni siquiera un mínimo. Ambos estaban muy contentos de tener planes de

emergencia… si se necesitaban.

* * *

Con rostro sombrío, los tres hombres salieron de la Casa de Gobierno y entraron al automóvil de Crosse. Este conducía. Sinders iba en el asiento delantero. Rosemont en el asiento posterior. Uno y otro se aferraban con energía a su respectiva copia de los documentos de AMG, que aún no habían leído. La noche era Oscura, el firmamento seguía ensombreciéndose y el tránsito de vehículos era más pesado que de costumbre.

Desde el asiento trasero, Rosemont preguntó:

—¿Creen que el gobernador lea los originales antes de destruirlos?

—Sí lo creo —repuso Sinders.

—Sir Geoffrey es demasiado listo para hacer eso —objetó Crosse —. Estoy seguro de que no destruirá los originales sino cuando tu copia esté en manos del ministro con toda seguridad… Por si algo te impidiera llegar a la patria. Sin embargo, es todavía más sagaz que eso, y no querrá leer algo que podría ser una vergüenza para el representante plenipotenciario de Su Majestad, y por lo mismo para su gobierno.

Volvió a producirse un silencio absoluto.

Luego, incapaz de contener el disgustó por más tiempo, Rosemont preguntó en tono frío:

—¿Qué me dices de Metkin, eh? ¿Dónde se produjo la falla lamentable?

—En Bombay. El aeroplano tuvo que haber sido objeto de sabotaje en ese lugar… Si es que fue un acto de sabotaje.

—¡Por amor de Dios, Rog, tiene que haber sido! Por supuesto, alguien fue advertido oportunamente.

¿Cuál pudo ser el informador? ¿Tu maldito elemento de infiltración, otra vez?

Esperó, pero ninguno de los dos hombres le respondió. Entonces insistió:

—¿Qué me dices del *Ivanov*, Rog? ¿Piensas detenerlo y hacer un registro repentino?

—El gobernador consultó con Londres y pensaron que no era

prudente llamar más la atención sobre el asunto.

—¿Qué demonios saben esos cabezas huecas? —protestó Rosemont iracundo—. ¡Es un barco espía, por amor de Dios! Puedo apostarte cincuenta contra medio céntimo a que obtendríamos la clave en vigor, un panorama del mejor equipo de vigilancia que tiene la URSS y cinco o seis expertos del KGB... ¿qué me dices?

—Desde luego, usted tiene razón, señor Rosemont —dijo Sinders con voz débil—. Pero no podemos hacerlo. No podemos, sin la aprobación necesaria.

—Déjenme hacerlo a mí con mis homb...

—¡Bajo ningún concepto! —con un gesto violento, Sinders sacó su cajetilla de cigarrillos; estaba vacía, Crosse le ofreció los suyos.

—Entonces, ¿van a dejarlos salirse con la suya, eh?

—Voy a invitar al capitán, al capitán Suslev a la oficina central de policía mañana, para pedirle una explicación —contestó Sinders.

—Me gustaría participar en esa entrevista.

—Lo consideraré.

—Usted tendrá la aprobación oficial antes de las 9 de la mañana.
Sinders se apresuró a responder:

—Lo siento, señor Rosemont, pero si yo quiero, puedo pasar por alto cualquier indicación de sus superiores mientras estoy aquí.

—¡Somos aliados, por amor de Dios!

Crosse intervino cortante: —Entonces, ¿por qué hiciste esa incursión en el 32 de Sinclair Towers, sin que nadie te invitara?

Rosemont suspiró y explicó la razón.

Pensativo, Sinders miró de reojo a Crosse y luego a Rosemont:

—¿Quién le dijo a usted que era un refugio enemigo, señor Rosemont?

—Tenemos aquí una amplia red de informadores. Fue parte de un informe más amplio. No puedo decirle quién, pero puedo proporcionarle copias de las series de huellas digitales del vaso, que obtuvimos, si le interesan.

Sinders contestó:

—Eso nos sería muy útil. Gracias.

—Aun eso no justifica tu fatua incursión sin permiso alguno —volvió a intervenir Crosse en tono frío.

—Dije ya que lo siento, ¿está claro? —Rosemont estalló, la mandíbula se le puso tensa—. Todos cometemos errores... ¡Como

Philby, Burgess y Maclean! ¿Londres es muy sagaz, eh? ¡Nosotros tenemos un indicio candente de que ustedes tienen un cuarto hombre como esos, en una posición más elevada, tan bien colocado como ellos y que está muñéndose de risa de ustedes!

Crosse y Sinders se quedaron mirando atónitos. Luego Sinders se dio la vuelta y preguntó:

—¿Quién?

Si lo supiera, sería eliminado. Philby logró escabullirse con tanto material nuestro, que nos costó millones la restructuración y los cambios de claves.

Sinders convino:

—Lamento mucho lo de Philby. Es cierto, nos ha avergonzado a todos.

—Todos cometemos errores y el único pecado es fallar, ¿cierto? Si yo hubiera capturado a un par de agentes enemigos anoche, ustedes ahora estarían vitoreándome. En cambio, fallé. Dije que lo siento, ¿de acuerdo? Preguntaré, la próxima vez, ¿de acuerdo?

Crosse rectificó:

—No lo harás, pero sin duda nos ahorraría muchos trastornos si lo hicieras.

—¿Qué ha oído usted acerca del cuarto hombre? —preguntó Sinders, con cara pálida y una expresión que la barba hacía parecer más descuidada aún.

—El mes pasado rompimos otro círculo comunista, difundido en todo Estados Unidos. ¡Mierda con ellos! Son como cucarachas. Su célula eran cuatro personas: dos en Nueva York y dos en Washington.

El de Nueva York era Iván Egorov, otro funcionario del Secretariado de las Naciones Unidas —el tono de su voz era agrio—. ¡Santo Dios! ¿Por qué nuestra gente no abre los ojos al hecho de que las malditas Naciones Unidas están infestadas de espías, y son el arma soviética más eficaz, después que nos robaron la malhadada bomba? Capturamos a Iván Egorov y a su mujer, Alejandra, en la operación de transmitir secretos de espionaje industrial, computadoras. Los dos de Washington habían adoptado nombres norteamericanos de gente real, que había muerto: el de un sacerdote católico y el de una mujer de Connecticut. Los cuatro cerdos estaban vinculados entre sí gracias a un comodín de la

embajada soviética, un agregado que era su supervisor. Lo sorprendimos tratando de conseguir que uno de los nuestros de la CIA se volviera espía suyo. Claro. Pero antes de expulsarlo de Estados Unidos, lo asustamos lo suficiente para que levantara la cubierta de los otros cuatro. Uno de ellos nos dio la pista de que Philby no era el hombre clave, que había un cuarto individuo.

Sinders tosió y encendió un cigarrillo con los residuos del anterior.

—¿Qué fue lo que dijo, con exactitud?

—Sólo que la célula de Philby eran cuatro personas. El cuarto es el que ha inducido a los demás, es el supervisor de la célula y el eslabón principal con los soviéticos. El rumor era que estaba allá, que es una persona muy importante.

—¿De qué género? ¿Político? ¿De relaciones exteriores? ¿De la nobleza?

Rosemont se limitó a encogerse de hombros.

—Sólo dijo que era muy importante.

Sinders lo miró fijamente, luego volvió a retraerse. Crosse giró en Sinclair Road y se detuvo en su propio apartamento, para dejar bajar a Sinders, luego continuó hasta el consulado, que estaba cerca del Palacio de Gobierno. Rosemont obtuvo una copia de las huellas digitales y luego introdujo a Crosse a su oficina. Esta era espaciosa y bien provista de licores.

—¿Un Scotch? —le ofreció.

—Vodka con una pizca de jugo de lima Rose —contestó Crosse, mirando de reojo los documentos que Rosemont había depositado despreocupadamente sobre su escritorio.

—Salud —sus vasos se tocaron.

Rosemont bebió su whisky con verdadero afán.

—¿Qué te preocupa, Rog? Has estado como gato sobre brasas todo el día...

Crosse asintió con la cabeza, mirando los expedientes.

—Me preocupa eso. Quiero saber quién es mi agujero. Quiero aplastar a Sevrin.

Rosemont frunció el ceño y tomó los documentos.

—Muy bien. Vamos a ver que tenemos aquí.

Tomó el primer expediente, puso los pies sobre el escritorio y empezó a leer. No necesitó más que dos minutos escasos para

examinarlo. Luego lo pasó a Crosse, que leyó con la misma rapidez. En poco tiempo los repasaron, uno por uno. Crosse cerró la última página del último expediente y lo devolvió.

Encendió un cigarrillo.

—Es demasiado para comentarlo ahora —musitó Rosemont distraído.

Crosse captó una segunda intención en aquella frase y se preguntó si el norteamericano estaría poniéndolo a prueba.

—Una cosa resulta evidente de allí —empezó a decir, mirando a Rosemont—. Estos expedientes no se comparan en calidad con el otro, con el que interceptamos.

Rosemont asintió con la cabeza y ratificó:

—Me dan la misma impresión, Rog. ¿Cómo te lo explicas?

—Estos documentos parecen demasiado vagos. Preguntas de todo género quedan sin respuesta. A Sevrin se le pasa por alto… lo mismo que al elemento de infiltración —Crosse jugueteaba con su vaso de vodka; al fin apuró el contenido y dijo—: Estoy desilusionado.

Hubo un momento de silencio, que Rosemont rompió:

—Eso significa que el primero que conseguimos era único y diferente, redactado en forma diferente, o que éstos son falsos o falsificados, ¿no crees?

—Sí.

Rosemont lanzó un hondo suspiro. Luego dijo: —Lo cual nos lleva de nuevo a Ian Dunross. Si estos documentos son falsos, él tiene aún los verdaderos.

—O de hecho o en la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que tiene memoria fotográfica. Pudo haber destruido los auténticos y preparado éstos, pero recordar bien los primeros.

—¡Ah! Entonces podríamos obligarlo a confesar si… si nos ha engañado.

Crosse encendió otro cigarrillo y observó:

—Sí. Si la gente en el poder decide que es necesario —miró de frente a Rosemont y continuó—: Huelga decir que semejante examen sería de sumo peligro y no podría ordenarse más que en virtud de la Ley de Secretos Oficiales.

La cara cansada de Rosemont adquirió un gestó; todavía más sombrío.

—¿Debo tomar la pelota y echar a correr?

—No. Primero tenemos que asegurarnos. Eso debe de ser relativamente fácil. —Crosse miró de soslayo el gabinete de los licores y preguntó—: ¿Me permites?

—Sí, claro. Yo me tomo otro buen trago de whisky.

Crosse le entregó su vaso bien servido.

—Voy a hacer un trato contigo: tú vas realmente a colaborar, por completo, sin hacer nada que no me avises con anticipación, sin secretos, sin saltar la cerca...

—¿A cambio de...?

Crosse dejó que se dibujara su débil sonrisa y sacó unas copias fotográficas.

—¿Qué te parecería influir, y tal vez hasta controlar a ciertos candidatos a la Presidencia... tal vez incluso la elección misma?

—No te entiendo.

Crosse le pasó las cartas de Thomas K.K. Lim que Armstrong y su gente habían obtenido en el registro de la oficina de Bucktooth Lo, dos días antes.

—Parece que ciertas familias muy ricas, muy bien relacionadas en Estados Unidos están relacionadas con determinados generales norteamericanos para construir varios aeródromos muy grandes, pero innecesarios en Vietnam, para tener utilidades personales. Esto prueba el cómo, el cuándo y el quién —le explicó en qué lugar y de que manera habían encontrado esos documentos y añadió—: ¿No es el senador Wilf Tillman, el que anda ahora aquí, un posible candidato a la Presidencia? Me imagino que sería capaz de nombrarte director general de la CIA a cambio de estos bocadillos... Si quisieras dárselos. Estos dos son todavía más jugosos —Crosse los puso sobre el escritorio—. Comprueban la forma en que ciertos políticos, bastante bien relacionados, y esas mismas familias con nexos muy importantes, han obtenido la aprobación del Congreso para encauzar millones a un programa de ayuda a Vietnam que es por completo fraudulento. A estas horas se han pagado ya 8 millones de dólares.

Rosemont leyó las cartas. Se puso de una palidez de cera. Tomó el teléfono y ordenó.

—Comuníqueme con Ed Langan —esperó un momento, luego el rostro se le puso de un rojo purpúreo y gritó—: ¡Me importa un soberano bledo! ¡Tómate la molestia de levantarte y de ir a conseguirme a Ed en el acto!

Arrojó el auricular sobre el teléfono, lanzó una maldición obscena, abrió su escritorio, encontró unas tabletas antiácidas y engulló tres.

—¡A este paso no llegaré a los cincuenta! —gruñó—. Oye, Rog, a este pelele, Thomas K.K. Lim... ¿podríamos echarle el guante?

—Si puedes encontrarlo, hazme ese favor. Anda en alguna parte de Sudamérica —Crosse le entregó otro papel—. Este es un informe confidencial anticorrupción. No debería costarte mayor trabajo seguirle los pasos.

Rosemont lo leyó y exclamó:

—¡Santo Dios! —una pausa—. ¿Podemos mantener este secreto entre nosotros? Podría ser causa de que se viniera por tierra un par de nuestros monumentos nacionales...

—Por supuesto. ¿Hacemos el trato? ¿No se oculta nada ni de tu lado ni del mío?

—De acuerdo —Rosemont fue a la caja fuerte y la abrió—. Un buen servicio merece otro —encontró el expediente que buscaba, sacó unos papeles, volvió a guardarlo y cerró de nuevo la caja—. Aquí tienes estas copias fotostáticas. Puedes conservarlas.

Tenían como título: «Paladín libertario», con fecha de ese mes y del mes anterior. Crosse repasó los papeles con rapidez, dejando escapar un silbido de cuando en cuando. Eran informes de espionaje, de excelente calidad. Todos los asuntos se referían a Cantón, a cosas sucedidas allí y en torno a esa importante capital de la provincia de Kwan-tung: movimientos de tropas, ascensos, nombramientos a presidiums locales y al Partido Comunista, inundaciones, escasez de alimentos, los militares, números y especies de artículos checoslovacos y de Alemania Oriental disponibles en las tiendas.

—¿Dónde conseguiste éstos?

—Tenemos una célula que trabaja en Cantón. Este es uno de sus informes. Los recibimos cada mes. ¿Quieres tener una copia?

—Sí. Sí, gracias. Las verificaré mediante nuestras fuentes, para cerciorarme de su exactitud.

—Son muy precisos, Rog. Por supuesto, son datos archisecretos, ¿sí? No quiero que mis muchachos truenen como Fong-fong. Esto lo mantendremos sólo entre tú y yo, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

El norteamericano se puso de pie y le tendió la mano.

—Y... Rog, lamento lo de la incursión.

—Sí.

—En cuanto a este pelele, Lim, nosotros lo encontraremos —se estiró en un gesto de cansancio y luego fue a servirse otro trago—. ¿Uno mas, Roger?

—No, gracias. Debo irme —se disculpó Crosse.

Rosemont señaló las cartas que estaban sobre su escritorio y dijo:

—En cuanto a esas, gracias. Sí, gracias, pero... —se detuvo un momento, a punto de llorar de rabia—. A veces me enferma tanto ver lo que nuestra propia gente hace por unos cuantos billetes, o incluso por un maldito montón de oro asqueroso, que querría morirme. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—¡Oh, sí!

La voz de Crosse tenía un tono amable y cordial, pero en su interior pensaba: «¡Que ingenuo eres, Stanley!»

Un momento después salió y fue a la oficina central de policía. Verificó las huellas digitales en sus expedientes privados, volvió a su automóvil y caminó sin rumbo, como si fuera en dirección a West Point. En cuanto estuvo seguro de que nadie lo seguía, se detuvo en la primera cabina telefónica y marcó un número. Un momento después, alguien levantaba el auricular en el otro extremo de la línea.

No había respuesta, sólo una respiración afanosa. En el acto, Crosse tosió con la tos clásica de Arthur y habló, imitando su voz a la perfección:

—El señor Lop-sing, por favor.

—No hay ningún señor Lop-sing aquí. Lo siento, su número está equivocado.

Satisfecho, Crosse reconoció la voz de Suslev.

—Quiero dejar un recado —dijo, llevando adelante la clave en la misma voz que tanto él como Jason Plumm usaban en el teléfono.

Crosse y Plumm habían comprobado que daba muy buen

resultado poder fingir que eran Arthur, siempre que era necesario, y en esa forma se cubrían el uno al otro y disimulaban su verdadera identidad.

Una vez repasada toda la clave, Suslev preguntó:

—¿Qué hay?

Crosse sonrió ligeramente, satisfecho de poder engañar a Suslev. —He leído ya el material, lo mismo que nuestro amigo. Nuestro amigo era el nombre clave que Arthur usaba para Roger Crosse.

—¡Ah! ¿Y qué…?

—Ambos coincidimos en que es excelente.

Excelente era también palabra clave para significar alterado o información falsa.

Una larga pausa. —¿Entonces…?

—¿Puede nuestro amigo hablarte el sábado a las 4:00? Que se traducía por: ¿Puede Roger Crosse comunicarse contigo hoy en la noche a las 10:00 en teléfonos seguros?

—Sí. Gracias por llamar. Eso significaba: Sí, mensaje entendido. Crosse colgó el auricular. Extrajo otra moneda y marcó otro número.

—¿Dígame?

—Hola, Jason, habla Roger Crosse —dijo en tono amable.

—¡Oh, hola superintendente! Esta es una grata sorpresa — replicó Plumm—. ¿Sigue nuestro juego de bridge en pie para mañana?

Eso significaba: ¿Lograste interceptar los expedientes de AMG?

—Sí —contestó Crosse; luego añadió con naturalidad—. Pero, ¿en vez de la seis, podríamos pasarlo a las ocho?

Eso quería decir: Sí, pero estamos a salvo, no se menciona ningún nombre.

Se oyó un suspiro de alivio. Luego Plumm preguntó: —¿Debo comunicarlo a los demás?

Que era tanto como decir: ¿Nos reunimos esta noche, como estaba previsto?

—No. No hay necesidad de molestarlos hoy por la noche, podemos hacerlo mañana.

Eso quería decir: No hoy. Nos reuniremos mañana.

—Muy bien. Gracias por llamarme.

Crosse regresó a la calle concurrida. Muy satisfecho de sí mismo,

subió a su automóvil y encendió un cigarrillo. Me pregunto lo que Suslev o sus jefes pensarían si supieran que el verdadero Arthur soy yo, no Jason Plumm. Secretos dentro de secretos, dentro de secretos… ¡Y Jason es el único que sabe quién es realmente Arthur!

Reprimió una risa de contento.

El KGB se pondría furioso. No les gustan los secretos en los que ellos no participan. Y se pondrían todavía más furiosos si supieran que yo fui quien atrajo a Plumm y organizó Sevrin, y no al revés.

Había sido fácil hacer ese arreglo. Cuando Crosse había estado al servicio de la Inteligencia Militar en Alemania, al final de la guerra, le había llegado la información de que Plumm, un experto en señales, manejaba un transmisor clandestino para los soviéticos. En menos de un mes había logrado conocerlo y verificar la realidad de sus datos, pero casi inmediatamente después, la guerra había terminado. Por eso, había almacenado esa información para un uso posterior… para negociar con ella o contra ella, si llegaba el momento en que quisiera cambiar de bando. En las filas del espionaje, uno nunca sabe cuándo van a descubrirlo, a traicionarlo o a venderlo por algo o por alguien más valioso. Se necesita tener siempre secretos negociables. Cuanto más importantes sean, tanto más seguro está uno, porque nunca se sabe cuando un subalterno o un superior cometerá el error qué lo pondrá a uno como si estuviera desnudo y tan impotente como mariposa atravesada por un alfiler. Como Voranski. Como Metkin. Como Dunross, con sus expedientes falsos.

Como Rosemont con su ingenuo idealismo. Como Gregor Suslev, cuyas huellas digitales estaban en aquel vaso, en manos de la CIA, y por lo mismo, en una trampa escogida por mí.

Crosse rió a carcajadas. Embragó y entró en la corriente de los demás vehículos. Cambiar de bandos y jugar uno y otro en contra del opuesto hace que la vida sea excitante —se dijo. Sí. Los secretos hacen la vida muy interesante.

61
9:45 p.m.

Pok Liu Chau era una pequeña isla al suroeste de Aberdeen, y aquella cena había sido el mejor menú chino que Bartlett hubiera probado en su vida. Estaban en el octavo platillo: pequeñas escudillas de arroz. Por tradición, el arroz era el último bocado de un banquete.

—En realidad no debes tomar nada de él, Linc —advirtió Orlanda, riendo— ¡Es una forma de demostrar en forma teatral a tu anfitrión que estás satisfecho a más no poder!

—¡Y puedes decirlo con toda razón! ¡Quillan, esto ha sido fantástico!

—Sí, de veras lo fue, Quillan —hizo eco la chica—. Tu elección fue magnífica.

El restaurante estaba al lado de un pequeño muelle, cercano a una aldea de pescadores. Parecía desaliñado, iluminado con focos sin lámpara ni pantalla y un mobiliario consistente en manteles de hule sobre las mesas, sillas destartaladas y losetas rotas en el piso. Atrás del establecimiento había un callejón con enormes barriles de pescado donde se almacenaba la pesca diaria, para la venta. Guiados por el propietario, habían elegido el menú de entre las cosas que flotaban en los barriles: camarones, calamares, camarón pequeño, langosta, cangrejo y peces de todas clases, de todas formas y de todos tamaños.

Gornt había entablado una discusión con él dueño, sobre el menú, hasta quedar de acuerdo en algún género de pescado. Ambos eran expertos, y Gornt era un cliente muy apreciado. Luego habían ido a sentarse a la mesa del patio. La temperatura era fresca, y los tres juntos habían estado bebiendo cerveza. Sabían que al menos durante la cena había una tregua y no era necesario mantenerse en guardia.

En breves momentos había llegado el primer platillo: montañas de suculento camarón medio frito, endulzado por el mar y tan delicioso como el mejor del mundo. Luego, minúsculos pulpos con

ajo, jengibre, chile y todos los condimentos del Oriente. Después unas alas de pollo refritas, sazonadas con sal de mar, y por fin el gran pescado al vapor, con soja y rebanadas de cebolla verde fresca y jengibre, y extendido sobre una fuente. La quijada, que era la parte delicada del animal, se le había servido a Bartlett, que era el invitado de honor.

—¡Dios santo! Cuando vi este figón... perdón, este lugar, pensé que estaban tomándome el pelo...

—¡Ah, mi querido amigo! —dijo Gornt—. Tienes que conocer a los chinos. No les interesa lo que les rodea, sólo lo que ingieren. Abrigan sospechas sobre cualquier sitio para comer que desperdicie dinero en adornos, manteles o velas. Quieren saber qué están comiendo, por eso la luz es simple y directa. Los chinos están en su elemento cuando comen. Son como los italianos. Les encanta reír y comer y beber... ¡y eructar!

Los tres seguían tomando cerveza.

—Es la mejor bebida alcohólica para acompañar la comida china, si bien el té chino es todavía mejor, porque es más digestivo y disuelve mejor los aceites.

—¿A qué viene la sonrisa, Linc? —preguntó Orlanda, que estaba sentada entre los dos.

—Ninguna razón especial. Es sólo que me divierte ver lo bien que saben comer ustedes aquí. A propósito, ¿qué es esto?

Estaba examinando el platillo de arroz frito mezclado con diversas especies de pescado.

—Son calamares.

—¿Qué cosa?

Linc y Orlanda rieron, pero Gornt explicó: —Los chinos dicen que si la espalda del animal apunta hacia el cielo, es comestible. ¿Nos vamos?

En cuanto volvieron al yate y entraron al mar, alejándose del muelle, se les sirvió café y brandy. Gornt dijo:

—¿Me perdonan un momento? Tengo qué examinar unos papeles. Si tienen frío, pasen al camarote de enfrente —él bajó las escaleras.

Pensativo, Bartlett tomó un sorbo de brandy. Orlanda estaba frente a él, ambos tendidos en cómodas sillas de cubierta, que había sobre el puente de popa. De pronto, Linc sintió deseos de que aquél

fuera su propio yate y que ellos dos estuvieran solos. Los ojos de la chica estaban fijos en él. Sin que Bartlett se lo pidiera, ella se acercó y le puso la mano en el cuello, frotándole los músculos con suavidad y destreza.

—¡Qué grata sensación! —comentó él, sintiendo deseos de ella.

—¡Ah! Yo soy muy buena masajista, Linc. Recibí lecciones de un japonés. ¿Tú dejas que te den masaje con regularidad?

—No.

—Deberías hacerlo. Es muy importante para tu cuerpo. Es muy importante que cada músculo conserve el tono adecuado. Tú afinas tu avión, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué no afinar tu cuerpo?

Mañana me encargaré de eso —sus uñas se hundieron un poco en la nuca de Linc—. ¡Es mujer, pero no para tocarla, eh!

—¡Vamos, Orlanda!

—¡Estaba sólo bromeando, tonto! —dijo de prisa, en tono alegre, rompiendo con facilidad la tensión que empezaba a surgir—. Esta mujer es ciega. En los viejos tiempos de China y todavía hoy en Formosa, la gente ciega tiene el monopolio del arte y el negocio del masaje. Sus ojos son los dedos.

¡Oh, sí! Por supuesto hay muchos brujos y curanderos charlatanes, que pretenden saber lo que hacen, pero no saben. En realidad, no saben. En Hong Kong se descubre luego quién es auténtico y quién no.

Esta es una minúscula aldea —se le acercó y le acarició el cuello con los labios—. Eso es porque eres hermoso.

Bartlett rió y objetó:

—Se supone que esa frase me toca decirla a mí.

Le puso el brazo alrededor del cuello, como embrujado, y le dio un pequeño abrazo, muy consciente del capitán, que estaba frente al gobernalle, a tres metros de distancia.

—¿Te gustaría ir hacia proa y ver el resto del yate? —preguntó la chica.

—¿Tú también lees el pensamiento?

Orlanda rió. Su rostro encantador era un espejo de alegría.

—¿No es acaso tarea de la chica observar si su... si su compañero está feliz o triste, si desea estar solo o cualquier otra cosa? A mí se me enseñó a utilizar mis ojos y mis sentidos, Linc. Por cierto que procuro leerte el pensamiento, pero si me equivoco, tú

debes decírmelo, para que mejore. Pero, si acierto… ¿no te parece que eso hace que sea más grato para ti?

¡Y mucho más fácil enredarte en mis lazos, de suerte que no puedas escapar! Controlarte con un hilo que puedes romper con mucha facilidad si lo deseas… Pero por eso, mi arte consiste en hacer que el hilo de suma finura se convierta en una madeja de acero…

¡Ah, pero eso no fue fácil aprenderlo! Quillan fue un maestro cruel. ¡Oh, sí, qué cruel! Gran parte de mi educación fue impartida en un ambiente de ira. Quillan no dejaba de maldecirme:

—¡Por amor de Dios! ¿Podrás alguna vez aprender a usar tus indecentes ojos? ¡Debía haber sido para ti claro como el cristal cuando llegué aquí, que me sentía miserable y que había tenido un día desastroso! ¿Por qué demonios no me diste en el acto una buena bebida, por qué no me acariciaste luego con delicadeza, manteniendo tu inmunda boca cerrada durante diez minutos, mientras yo me recuperaba? ¿Por qué no fuiste capaz de ser tierna y comprensiva durante diez miserables minutos? ¡Después yo me habría sentido de nuevo bien!

—Pero Quillan —había tratado de gemir en medio de lágrimas, aterrada por el furor de él—, entraste tan enojado que me perturbaste y lue…

—¡Te he dicho cincuenta veces que no te dejes perturbar por el hecho de que yo lo esté! ¡Tu deber es hacer que mi tensión desaparezca! ¡Usa tus inmundos ojos y oídos y tu sexto sentido!; Todo lo que necesito son diez minutos. Luego seré de nuevo dócil y maleable. ¡Por amor de Dios! ¿Acaso no cuido yo de ti todo el tiempo? ¿No utilizo mis indecentes ojos para tratar de alegrarte? Cada mes, el mismo día, tú estás siempre nerviosa, ¿sí? ¿No me esfuerzo por mantenerme tan tranquilo como es posible, para darte serenidad? ¿Eh?

—Sí, pero…

—¡Al diablo con los *peros*! ¡Por Dios, ahora estoy de un humor peor que cuando llegué aquí! ¡Es tu maldita culpa, porque eres torpe, nada femenina, y tú más que nadie, debería saber bien hacer las cosas!

Orlanda recordaba cómo había salido del departamento, azotando la puerta, mientras ella estallaba en llanto porque la cena

de cumpleaños que había preparado quedaba arruinada y toda su velada echada a perder Luego, él había vuelto, ya sereno, para estrecharla en un abrazo tierno, mientras ella lloraba, deplorando la trifulca que reconocía ser culpa suya.

—Escúchame, Orlanda —había dicho él con dulzura—, yo no soy el único hombre que tendrás que controlar en esta vida, no soy el único del que tú dependerás. Es un hecho fundamental que toda mujer depende de algún hombre, por más perverso, malvado y difícil que pueda ser. Es tan fácil para una mujer tener el control de la situación... Es tan fácil, si utiliza los ojos, si entiende que los hombres son niños, y que de cuando en cuando, en la mayoría de los casos son tontos, petulantes e insoportables. Sin embargo, son los que proporcionan el dinero, y es difícil hacer eso, muy difícil. Es muy arduo estar suministrando dinero día tras día, quienquiera que seas. *Moh chingmoh meng*, no hay dinero, no hay vida. En cambio, a la mujer le toca ser la proveedora de armonía... el hombre no puede proporcionarla... al menos todo el tiempo. Pero la mujer puede *siempre* hacer feliz al hombre, si quiere, *siempre* puede sacarle el veneno. *Siempre*. A base de ser serena, tierna y comprensiva durante un lapso mínimo. Yo te enseñaré el juego de la vida. Tendrás un doctorado en supervivencia como mujer, pero tienes que esforzarte...

¡Oh, y cómo me esforcé! —recordaba Orlanda con cierta tristeza, al hacer memoria de todas sus lágrimas. Pero ahora lo sé. Ahora puedo hacer por instinto lo que tuve que forzarme para aprender.

—Ven —dijo a Linc—. Déjame enseñarte la parte delantera del yate.

Se levantó, consciente de la mirada del capitán y mostró a Bartlett el camino, con toda desenvoltura.

Mientras avanzaban, deslizó el brazo por debajo del de él un momento, después se aferró a la barandilla de la pasarela y bajó. El camarote principal era grande, con cómodos sillones y sofás, y blandas sillas fijas. El bar estaba bien provisto de bebidas.

—La cocina del yate está en la parte delantera, junto con los camarotes para la tripulación —explicó la chica—. Son un poco estrechos, pero buenos para Hong Kong.

Un pequeño corredor conducía hacia el frente, donde había cuatro cabinas: dos con literas dobles y dos con literas sencillas, una

cama sobre otra. Todo estarna limpio, muy bien arreglado y acogedor.

—Del lado de popa están el camarote privado de Quillan y la suite mayor, que es realmente de lujo —sonrió pensativa—. El sabe disfrutar de todo lo mejor.

—Sí —se limitó a responder Bartlett.

La besó y ella respondió con un beso ardiente. El deseo del hombre la excitó, ella se dejó llevar del impulso, poniéndose a tono con la pasión de él, segura de que él marcaría el alto y ella no tendría que detenerlo.

El juego se había planeado en esa forma.

Orlanda sintió la fuerza de Linc. Hizo presión contra el cuerpo de él, acercando al máximo las caderas. Las manos de Linc se pasearon por el cuerpo de Orlanda. Las de ella respondieron. Era una sensación de gloria estar en los brazos de aquel hombre... superior a la que había experimentado con Quillan, que actuaba siempre como maestro, que tenía siempre el control, que nunca compartía su función. Estaban ya en una de las literas, cuando Bartlett retrocedió. El cuerpo de la chica anhelaba el de él, pero a pesar de todo, se sentía alegre.

—Volvamos a cubierta —pudo oírlo decir, casi con un nudo en la garganta.

* * *

Gornt atravesó el fino camarote principal y entró a la suite mayor, cerrando con llave la puerta. La chica dormía apaciblemente en la enorme cama, debajo de una ligera manta. El se mantuvo de pie frente a la cama, disfrutando de su aspecto, antes de tocarla. Ella despertó poco a poco y dijo:

—¡Oh! ¡Qué bien he dormido, honorable señor. Su cama es tan acogedora. ¿Cenó bien?

La chica hablaba shanghainés. Sonreía con dulzura. Luego bostezó y se estiró a gusto, con la gracia de un gatito.

—La cena fue magnífica —contestó él en el mismo idioma—. ¿La tuya fue también deliciosa?

—¡Oh, sí, exquisita! —contestó en tono cortés —Boat Steward Cho me trajo los mismos platillos del menú de usted. Me gustó

sobre todo el pulpo, con la salsa de frijol negro y ajo —se sentó sobre la cama, reclinada en las almohadas con funda de seda, casi completamente desnuda— ¿Debo vestirme y subir ya a cubierta?

—No, gatita, todavía no.

Gornt se sentó en la cama, estiró los brazos y le acarició los pechos. Pudo sentir que un leve estremecimiento recorría el cuerpo de la chica. Su nombre era Beauty of the Snow. La había alquilado para esa noche en el club nocturno Happy Hostess. En lugar de ella había pensado traer consigo a su actual amiga íntima, Mona Leung, pero ésta habría sido demasiado independiente y habría querido subir a cubierta a su antojo.

Quillan había escogido a Beauty of the Snow con todo cuidado. Su belleza era extraordinaria, tanto en cuanto al rostro como en cuanto al cuerpo y al toque sedoso de su piel. Tenía dieciocho años y había estado en Hong Kong un mes escaso. Un amigo de Formosa le había dado noticias de ella, de su singular belleza, y le había dicho que estaba a punto de abandonar el club de hermanas de Formosa, para ingresar al Happy Hostess. Quillan había acudido a ese sitio dos semanas antes y había hecho un convenio que resultaba benéfico para ambos. Esa noche, cuando Orlanda le había dicho que cenaría con Bartlett y él los había invitado a ir a bordo del yate, había procedido sin tardanza a llamar al Happy Hostess, a comprar a Beauty of the Snow, para pasar la noche fuera del club, y a toda prisa la había llevado al yate.

—Esta noche quiero hacer la broma a un amigo —le había dicho —. Quiero que te quedes aquí; en este camarote, en este lugar, hasta que yo te lleve a cubierta. Puede suceder que tengas que esperar una hora o dos, pero deberás quedarte aquí, silenciosa como un ratón, hasta que yo te mande llamar.

—¡Oh, sí! En este palacio flotante puedo estar una semana entera sin cobrar nada. Sólo mi comida y más champaña... Desde luego la almohada contigo sería cuenta aparte. ¿Puedo dormir en la cama, si lo deseo?

—Sí, claro,, pero antes toma una ducha.

—¿Una ducha? ¡Benditos sean todos los dioses! ¿Agua caliente y fría? ¡Eso es el paraíso! Esta escasez de agua es muy antihigiénica.

Gornt había llevado esa noche a Beauty of the Snow para provocar a Orlanda, si en un momento dado lo juzgaba

conveniente. Era mucho más joven, más bonita, y él sabía que el solo hecho de verla con una de las elegantes batas que en otra época habían sido de Orlanda, le ocasionaría una verdadera conmoción. Durante toda la cena había estado gozando en su interior con la idea del mejor momento, para producir el máximo efecto: excitar a Bartlett y recordar a Orlanda que tenía ya demasiada edad para los criterios de Hong Kong y que sin la ayuda de él nunca conseguiría a Bartlett, por lo menos de la manera que ella lo deseaba.

¿Quiero yo realmente verla casada con Bartlett? —se preguntó, sorprendido por su propia duda.

No —contestó—. Y sin embargo, si Orlanda fuera la mujer de Bartlett, él estaría siempre en mis manos, porque *ella lo está y lo estará siempre*. Hasta ahora no lo ha olvidado. Hasta ahora ha sido obediente y filial... y temerosa.

Rió de buen grado, ¡Oh, la venganza será dulce, cuando yo ponga límites a mi generosidad contigo, como lo haré algún día, querida! ¡Oh, sí, encanto! No he olvidado las risas burlonas de todos esos cerdos inmundos, Pug, Plumm, Havergill y el maldito Ian Dunross, cuando se enteraron de que apenas habías podido esperar para saltar a la cama con un semental que tenía la mitad de mis años.

¿Debo decirte ahora que tú eres mi *amui jai?*

Cuando Orlanda tenía trece años, su madre shanghainesa había venido a visitarlo:

—Los tiempos están muy duros, amo, nuestras deudas con la compañía son enormes y su paciencia y amabilidad nos abruma.

—Los tiempos están malos para todos, —había contestado él.

—Por desgracia desde la semana pasada, el apartamento de mi esposo ya no existe. A fin de mes tendrá que salir de aquí, después de diecisiete años de servicio ininterrumpidos, y no podremos pagarle nuestras deudas.

—Eduardo Ramos es un hombre bueno y con facilidad encontrará un empleo nuevo y mejor que éste.

—*Yin ksiao shih ta* —había dicho la mujer: perdemos mucho por poca cosa.

—El hado, —había concluido él, con la esperanza de que la trampa estuviera bien puesta y que todas las semillas que había

sembrado al fin produjeran fruto.

—El hado —había convenido ella—; pero ahí está Orlanda.

—¿Qué hay con Orlanda?

—Tal vez podría ser una *mui jai*.

Mui jai era una hija, entregada por un deudor a su acreedor, con carácter definitivo, para dejar canceladas deudas que de otra manera no podían pagarse... para que el acreedor la educara como quisiera, la empleara como quisiera o la regalara si así lo deseaba. Era una antigua costumbre china, muy legal, por cierto.

Gornt recordaba la sensación de júbilo que había experimentado. Las negociaciones habían tardado varías semanas. Gornt había accedido a cancelar las deudas de los Ramos (deudas que él mismo había fomentado con toda intención), a dar al padre otro empleo y la garantía de una modesta pensión. Se había comprometido a ayudarles a establecerse en Portugal y a costear la educación escolar de Orlanda en Estados Unidos. A cambio de esas promesas, el matrimonio Ramos garantizaba la entrega de Orlanda a él, virgen y convenientemente enamorada, el día que cumpliera dieciocho años o antes.

No había rescisión posible del contrato. —Este, por todos los dioses, será un secreto perpetuo entre nosotros; creo también que lo mejor sería mantenerlo secreto para ella, amo, toda la vida. Pero nosotros sabemos, y ella lo sabrá, donde está su tazón de arroz.

A Gornt se le había iluminado el rostro. Los años buenos habían valido la pena por toda la paciencia, los planes y el poco dinero que habían implicado. Todos habían salido ganando —se decía a sí mismo—, y todavía hay gozo por venir.

Sí —volvió a pensarlo en ese momento, concentrando su atención en Beauty of the Snow.

Acariciándola, dijo:

—La vida es muy buena.

—Me hace feliz que usted sea feliz, honorable señor. Yo también soy feliz. Su ducha fue un regalo de los dioses. Me lavé la cabellera... todo —sonrió—. Si aún no desea que yo les haga la broma a sus amigos, señor, ¿desearía acostarse conmigo?

—Sí —contestó, disfrutando como siempre la claridad de actitud de las amantes chinas.

Su padre se lo había explicado hacía tiempo:

—Tú les das dinero, ellas te dan su juventud, las Nubes y la Lluvia y te divierten. En Asia, éste es un trueque justo y honorable. Cuanto mayor sea su juventud, cuanto más te hagan reír y te satisfagan, tanto más deberás pagar. Ese es el arreglo. Pero no esperes romance ni lágrimas auténticas: eso no es parte de su compromiso. Cuenta sólo con la diversión y la almohada. ¡No abuses del sentido de la justicia!

Muy complacido, Gornt se desnudó y se acostó a su lado. La chica le paseó las manos sobre el pecho, sobre el oscuro pelo, sobre los untuosos músculos. Luego empezó. Pronto se oyeron sus débiles gemidos de pasión, encaminados a excitarlo. A pesar de que la mama-san le había advertido que aquel *quailoh* era diferente y que no había necesidad de fingir, ella recordaba por instinto la primera regla de quien comparte la almohada con un desconocido: «Nunca permitas que tu cuerpo se involucre con un cliente, porque entonces no podrás desempeñar tu tarea con buen gusto y con atrevimiento. Nunca olvides que cuando estés con un *quai loh,* siempre debes pretender que estás gozando mucho de él, siempre pretender que llegas a las Nubes y a la Lluvia, de lo contrario, él considerará que de alguna manera tu actitud es una afrenta a su masculinidad. Los *quai loh* son gente incivilizada. Nunca entenderán que el yin no puede comprarse y que tu don de acoplamiento es exclusivamente por el placer del cliente».

Cuando Gornt consumó el acto y su corazón volvió al ritmo normal, Beauty of the Snow salió de la cama y fue a tomar otra ducha, mientras cantaba, llena de felicidad. En medio de la euforia, se relajó por completo, apoyando la cabeza en las manos. No tardó en regresar a la habitación con una toalla.

—Gracias —dijo él, y se secó.

La chica se deslizó a su lado.

—¡Oh, me siento tan limpia y maravillosa! ¿Lo repetimos?

—No. Ahora no, Beauty of the Snow. Ahora puedes descansar mientras yo dejo que mi mente divague. Has hecho una buena labor con el yang. Se lo haré saber a la mama-san.

—Gracias —contestó con mucha cortesía—. Me gustaría que usted fuera mi cliente especial.

Gornt asintió con la cabeza, muy complacido con la chica, con su calor y su carácter sensual. ¿Cuál será el mejor momento para

que ella suba a cubierta? —volvió a preguntarse, bastante seguro de que Bartlett y Orlanda estarían allí en ese momento, y no en la cama, como personas civilizadas.

Apenas pudo contener la risa.

Al lado de la cama había una claraboya y él podía ver las luces de Kowloon a lo lejos, Kowloon y sus muelles. Las máquinas se movían rítmicamente. De pronto, se levantó de la cama y se acercó al armario. Había en él algunos vestidos de noche muy costosos, y ropa íntima muy fina, además de unas batas chinas multicolores y cómodos atuendos caseros elegantes que él había comprado para Orlanda.

Ahora le divertía verlos todos en las otras chicas que ocasionalmente le hacían compañía.

—Ponte muy bonita y vístete con esto.

Le ofreció un *chongsam* de seda amarilla largo, que solía ser uno de los favoritos de Orlanda. No te pongas nada debajo.

—¡Oh, sí! Por supuesto. ¡Qué hermoso es! El empezó a vestirse.

—Si mi juego da buen resultado, puedes conservarlo como gratificación de mi parte —dijo a la chica.

—¡Oh, oh! Entonces todo saldrá como usted lo desea —dijo ella con ardor, haciéndolo reír con tan manifiesta avaricia.

—Lo primero que haremos será dejar a mis pasajeros del lado de Hong Kong —señaló con el dedo, a través de la claraboya—. ¿Ves aquel gran buque de carga, el que está amarrado al muelle, con la bandera de la hoz y el martillo?

—¡Ah, sí amo! ¿El barco del mal agüero? ¡Ya lo veo!

—Cuando estemos al lado de él, hazme el favor de subir a cubierta.

—Entendido. ¿Qué debo decir?

—Nada. Limítate a sonreír con dulzura al hombre, a la mujer, luego a mí. Después baja a este lugar de nuevo y espérame aquí. Beauty of the Snow rió con alegría y preguntó: —¿Eso es todo?

—Sí. Trata simplemente de mostrarte dulce y hermosa y de sonreír… sobre todo a la mujer.

—¡Ah! ¿Debo amarla u odiarla? —preguntó luego.

—Ninguna de las dos cosas —contestó él, impresionado con la astucia de la chica y en un éxtasis de placer al pensar la forma en que las dos se odiarían mutuamente en el instante en que se vieran.

* * *

En la intimidad de su cabina, a bordo del *Sovetsky Ivanov*, el capitán Gregor Suslev acabó de poner en clave el mensaje urgente. Luego tomó unos tragos de vodka, mientras repasaba el cable. «*Ivanov* al Centro. Informa Arthur que es posible que los documentos sean falsos. Su amigo me proporcionará copias esta noche. Encantado de informar que el amigo de Arthur interceptó también la información sobre el portaaviones. Recomiendo una gratificación inmediata para él. He mandado copias adicionales por correo a Bangkok, por valija diplomática, y también a Londres y a Berlín para mayor seguridad.»

Satisfecho, puso los libros de claves en la caja fuerte y la cerró. Luego tomó el teléfono.

—Mándeme al hombre de señales en turno, y también al primer oficial.

Quitó el cerrojo de la puerta de su camarote y se asomó por la claraboya, para contemplar el portaaviones, al otro lado de la bahía. Después vio el crucero de lujo que pasaba junto a su barco.

Reconoció al *Sea Witch*. Perezosamente tomó sus prismáticos y los enfocó. Reconoció a Gornt en el puente de popa, vio a una chica y a un hombre que le daban la espalda. Los tres estaban sentados en torno a una mesa. Sus poderosos prismáticos recorrieron el yate y su envidia se inflamó. Ese desgraciado sabe vivir —pensó. ¡Qué hermosura! Si yo pudiera tener uno como ése en el Caspio… anclado en Bakú…

No tengo mucho porque orar —se dijo al ver deslizarse al *Sea Witch*, ni siquiera después de tantos años de servicio, tan benéficos para la causa. Muchos comisarios los tienen… Los de mayor grado.

Volvió a enfocar los prismáticos hacia el grupo. De la parte baja subió otra chica, toda una belleza asiática. Después se oyó un golpecito discreto en su puerta.

—Buenas noches, camarada Capitán —saludó el telegrafista.

Recibió de manos de Suslev el mensaje y firmó una constancia. El Capitán le ordenó:

—Mándelo en el acto.

—Sí, señor.

Llegó luego el primer oficial. Vassili Boradinov era un hombre rudo, bien parecido, de treinta y tantos años, capitán, miembro del

KGB, graduado en el departamento de espionaje de la universidad de Vladivostok, con título de maestría en la marina.

—Dígame, camarada Capitán.

Suslev le entregó un cable descifrado, de entre los papeles de su escritorio. Decía así:

«El primer oficial Vassili Boradinov quedará a cargo de los deberes de Dimitri Metkin, como comisario del *Ivanov*, pero el capitán Suslev tendrá el mando pleno en todos los niveles mientras no se hagan nuevos arreglos.

—Felicidades —le dijo.

A Boradinov se le iluminó la cara y repuso:

—Sí, señor. Gracias. ¿Qué quiere que haga?

Suslev levantó un poco la mano, mostrándole una llave de la caja de seguridad y le dijo:

—Si no me pongo en comunicación con usted o no regreso mañana a medianoche, abra la caja. En el paquete que dice «Emergencia Uno» se le dice cómo ha de proceder. Segundo... —le entregó un sobre cerrado—. Aquí tiene dos números telefónicos en los que puede encontrarme. No lo abra más que en caso de urgencia.

—Muy bien —el sudor bañaba ya el rostro del joven.

—No debe preocuparse. Usted es muy capaz de asumir el mando.

—Espero que no sea necesario.

Gregor Suslev rió y comentó:

—Yo también lo espero, mi joven amigo. Por favor, tome asiento —sirvió dos vodkas—. Usted merece el ascenso.

—Gracias —hubo un momento de vacilación—... ¿Qué pasó con Metkin?

—Lo primero fue que cometió un error absurdo e innecesario. Lo segundo, que fue traicionado o se traicionó a sí mismo. O bien los malditos Servicios Especiales le siguieron la pista y lo atraparon.

También es posible que la CIA lo haya sorprendido en plena acción. Cualquiera que haya sido la desgracia, el pobre mentecato nunca debió haber rebasado los límites de su autoridad hasta ponerse en semejante peligro. Es una necedad arriesgar su propia persona sin decir nada a nuestra red de seguridad... ¡Estúpido!

El primer oficial cambio de postura en su silla y preguntó:

—¿Cuál es nuestro plan?

—Negar todo. Y no hacer nada por el momento. Debemos hacernos a la mar el martes a medianoche.

Seguimos fieles a ese propósito.

Boradinov miró hacia afuera, a través de la claraboya, en dirección al portaaviones, con el rostro en tensión y comentó:

—Es una lástima. Ese material nos habría ayudado a dar un gran paso adelante.

—¿Qué material? —preguntó Suslev, frunciendo el ceño.

—¿No sabía usted, señor? Antes de salir, el pobre Dimitri me dijo al oído que se había enterado de que esta vez íbamos a conseguir cierta información increíble… una copia del sistema de guía y otra de la declaración del armamento, incluidos los proyectiles atómicos… que por eso iba a recibirlo él en persona. Pensó que era demasiado importante para encomendárselo a un mensajero ordinario. Debo confesarle que yo me ofrecí a ir en su lugar.

Suslev disimuló la contrariedad que le producía el hecho de que Metkin hubiera hecho esa confidencia a alguien, y preguntó:

—¿Dónde oyó eso?

El joven oficial se encogió de hombros.

—No lo dijo. Supongo que el marino norteamericano se lo dijo, cuando Dimitri recibió la llamada en el teléfono público, para concertar la entrega —se enjugó el sudor—. ¿Lo harán hablar, verdad?

—Oh, sí —respondió Suslev con un hilo de voz, queriendo que su subalterno aprendiera la lección conveniente—. Son capaces de hacer hablar a cualquiera. Por eso tenemos que estar preparados —señaló la minúscula ampolleta de veneno en la punta de su solapa; Boradinov se estremeció—. Es mejor tomarla cuanto antes.

—¡Desgraciados! Alguien debe haberles dado una pista para capturarlo antes que consiguiera el material. Es terrible. Todos son unos animales.

—¿Dijo… dijo Dimitri alguna otra cosa? Antes de partir…

—No. Sólo que esperaba que todos contáramos con licencia de unas cuantas semanas… quería visitar a la familia en su querida Crimea.

Satisfecho de haber quedado incógnito, Suslev se encogió de

hombros y comentó:

—Muy lamentable. A mí me era muy grato.

—Sí. Es una pena, cuando su fecha de jubilación estaba ya tan cerca.

Suslev pensó en mostrar a Boradinov uno de los otros cables descifrados que estaban en su escritorio y que en una parte decía: «...Notifique a Arthur que, de acuerdo con su petición de Prioridad Uno sobre el traidor Metkin, se ha ordenado interceptar en forma inmediata el traslado en Bombay». Pero pensó que no había necesidad de divulgar esa información. Cuando menos sepa Boradinov, tanto mejor.

—Metkin desaparecerá... hasta que podamos capturar un pez más gordo de ellos, para usarlo como intercambio. El KGB siempre protege a los suyos...

La última frase fue una reflexión piadosa. Ni él la creía, ni esperaba que el joven la creyera tampoco, pero pronunciarla era un deber y una línea de conducta normal.

A mí sí tendrían que cambiarme por alguien —pensó muy satisfecho—. ¡Ah, sí, y muy pronto! Yo sé demasiados secretos. Esos son mi única protección. Si no fuera por lo que sé, ordenarían una Prioridad Uno contra mí, con la misma rapidez que usaron con Metkin. Yo haría lo mismo si fuera de su número. ¿Habría mordido mi solapa como ese cerdo estúpido debió haberlo hecho?

Se estremeció interiormente y reconoció que no estaba seguro.

Tomó un sorbo de vodka. Le supo muy sabroso. No quiero morir —pensó—. Esta vida es demasiado buena.

—¿Va a desembarcar de nuevo, camarada Capitán?

—Sí —Suslev se concentró un momento y entregó al joven una nota que había redactado a máquina y firmado—. Ahora usted está al mando. Aquí tiene la prueba de su autoridad. Póngala en la cubierta en el lugar más visible.

—Gracias. Maña...

Boradinov interrumpió la frase al empezar a oírse un mensaje por el intercomunicador del barco.

Una voz anunció en tono de urgencia:

—¡Aquí cubierta! Dos autos de la policía vienen hacia la pasarela de abordar, llenos de oficiales —Suslev y Boradinov palidecieron—. Son cerca de una docena. ¿Qué hacemos?

¿Detenerlos? ¿Rechazarlos? ¿Qué hacemos…?

Suslev cambió el interruptor y ordenó:

—¡No hagan nada! —vaciló un instante y dijo—. ¡Todo el personal: «Emergencia, Roja Uno…»

Esa orden significaba: «Visitantes hostiles vienen al barco. Cuartos de radio y radar: conecten dispositivos de destrucción en todo el equipo secreto».

Desconectó el intercomunicador y dijo a Boradinov:

—Suba a cubierta, baje por la pasarela, salúdelos y retrase la acción unos cinco minutos. Luego *invite* a los jefes a venir a bordo. Sólo a ellos, si es posible. *¡Vaya luego!*

—Con toda seguridad no se atreverán a venir a reg…

—¡Intercéptelos… *ahora mismo!*

Boradinov salió a toda prisa. En cuanto se quedó solo, Suslev conectó el dispositivo de destrucción a su caja fuerte. Si alguien que no fuera él trataba de abrirla, el napalm incendiario reduciría todo a pavesas.

Trató de calmar su mente que estaba presa de pánico. ¡Piensa! ¿Está todo protegido contra una operación de registro inesperada? Sí. Sí… hemos hecho prácticas de Roja Uno una docena de veces.

¡Dios maldiga a Crosse y a Arthur! ¿Por qué diablos no hubo ninguna advertencia? ¿Atraparían a Arthur? ¿O a Roger? *¡Kristos!* ¡Que no haya sido Roger! ¿Qué tal si…

Por casualidad miró el montón de cables en clave y descifrados. Con verdadero frenesí los arrojó en un cenicero, maldiciéndose por no haberlo hecho antes, pues ahora no sabía si le alcanzaría el tiempo.

Encontró el encendedor. Los dedos le temblaban. La flama empezaba a cumplir su tarea, cuando el intercomunicador hizo su ruido característico:

—Dos hombres vienen a bordo con Boradinov… son dos hombres. Los demás han quedado abajo.

—Muy bien, pero deténganlos. Yo subiré a cubierta.

Apagó el encendedor con una maldición y se metió los cables en el bolsillo. Tomó una botella de vodka a medio llenar, se llenó de aire los pulmones, adoptó un gesto alegre y subió a cubierta.

—¡Ah, bienvenidos a bordo! ¿Qué problema hay, eh? —en su voz había un leve tono de inseguridad, para mantener oculta su

verdadera identidad— ¿Alguno de nuestros marinos se ha metido en dificultades, superintendente Armstrong?

—Este es el señor Sun. ¿Podemos hablar un momento con usted? —preguntó Armstrong.

—¡Por supuesto, por supuesto! —contestó Suslev con un gesto de jovialidad que no sentía en absoluto.

Jamás había visto al chino. Examinó aquel rostro cetrino, de mirada fría y lleno de odio, y sugirió: —Síganme, por favor —luego en ruso a Boradinov, que hablaba inglés a la perfección—. Usted también —después a Armstrong, siempre forzando un tono de buen humor—. ¿Quién va a ganar esa quinta carrera, superintendente?

—Me gustaría saberlo, señor.

Suslev los condujo al pequeño pabellón contiguo a su camarote:

—Tomen asiento. Tomen asiento. ¿Puedo ofrecerles té o vodka? Ordenanza, traiga té y vodka.

Las dos bebidas llegaron en breves momentos. Haciendo derroche de hospitalidad, Suslev sirvió el vodka, aunque los dos policías lo rehusaron con cortesía.

—*Prosit* —dijo él, riendo jovial—. Ahora... ¿Qué problema tenemos?

—Parece que un miembro de su tripulación está practicando actos de espionaje contra el gobierno de Su Majestad —dijo Armstrong con cortesía.

—¡Es imposible, *tovarich* ¿Por qué bromea conmigo, eh?

—Hemos atrapado ya a uno. El gobierno de Su Majestad está muy molesto.

—Este es un carguero pacífico, comercial. Ustedes nos han conocido durante años. Su superintendente Crosse nos ha vigilado en todo momento. Nosotros no practicamos espionaje.

—¿Cuántos miembros de su tripulación han desembarcado, señor?

—Seis. Pero, escúcheme. No quiero dificultades de ninguna clase. He tenido ya demasiados malditos problemas en este viaje, con el asesinato de un marino inocente a manos de desc...

—¡Ah, sí! El difunto mayor Yuri Bakyan, del KGB. Muy lamentable.

Suslev fingió un arrebato repentino de ira y protestó:

—Su nombre era Voranski. Yo no sé nada de ese mayor del que

me hablan. De eso no sé nada, nada.

—Por supuesto… Dígame, señor, ¿cuándo deben regresar sus marinos de ese permiso de desembarco?

—Mañana, al atardecer.

—¿Dónde se hospedan?

Suslev rió y explicó:

—Están en tierra, con licencia de descanso. ¿En qué sitio podrán estar, que no sea acompañados de alguna chica o en un bar?

—¿Con una chica, eh, gozando, eh?

—No todos —objetó Armstrong en tono frío—. Por lo menos uno se encuentra en estado de absoluta miseria… en este momento.

Suslev observó al agente inglés, tranquilo al pensar que Metkin había desaparecido para siempre y que no podían asustarlo con falsas alarmas.

—Vamos, superintendente. Yo no sé nada de ningún acto de espionaje.

Armstrong puso sobre la mesa las fotos de 20 x 25 cm. Allí se veía a Metkin al entrar al restaurante, luego sujeto por los guardias, después arrojado a la camioneta de la policía y después frente al instrumento de tortura, con el terror en el rostro.

—*¡Kristos!* —exclamó Suslev atónito, como actor consumado—. ¿Dimitri? ¡Imposible! ¡Es otro arresto falso! Haré que mi gob…

—Se ha informado ya de esto a su gobierno desde Londres. El mayor Nicoli Leonov reconoció haber estado practicando espionaje.

En ese momento, la conmoción de Suslev fue real. Nunca habría esperado que Metkin se doblegara con tanta facilidad.

—¿Quién, quién dijo?

Armstrong suspiró.

—El mayor Nicoli Leonov, de su KGB. Ese es su verdadero nombre y su rango en el departamento.

Era también el comisario político de este barco.

—Sí. Eso es cierto, pero su… su nombre es Metkin, Dimitri Metkin.

—¿Ah, sí? Supongo que no tendrá objeción para que registremos su barco —Armstrong empezó a ponerse de pie.

Suslev era presa del terror, lo mismo que Boradinov.

—Oh, sí. Tengo objeción —tartamudeó Suslev—. Sí, superintendente, lo siento, pero me opongo formalmente y de…

—Si su barco no está dedicado al espionaje y es un carguero pacífico, ¿por qué habría de oponerse?

—Tenemos instrumentos de protección internacional. A menos que usted tenga una orden formal de cateo...

Armstrong metió mano al bolsillo y a Suslev le dio un vuelco el estómago. Tendría que ceder ante una orden formal y luego lo arruinarían, porque encontrarían más pruebas de las que hubieran podido soñar. Ese maldito cerdo hijo de ramera de Metkin debe de haberles dicho algo de importancia vital. Quería dar alaridos de rabia. De pronto, todos los mensajes en clave y descifrados que llevaba en el bolsillo se habían convertido en veneno mortal. Estaba pálido como la cera. Boradinov se sentía paralizado. La mano de Armstrong salió del bolsillo con un inocente paquete de cigarrillos. El corazón de Suslev volvió a palpitar, pero la sensación de náusea todavía lo tenía abrumado.

—*¡Matyeryebyets!* —dijo entre dientes.

—¿Perdón? —preguntó Armstrong en tono inocente—. ¿Sucede algo?

—No, no; Nada.

—¿Le gustaría probar un cigarrillo inglés?

Suslev hizo un esfuerzo por controlarse, aunque quería aplastar al otro hombre por haberlo engañado.

El sudor le bañaba la cara y la espalda. Tomó el cigarrillo con mano temblorosa.

—Estas cosas son... son terribles, ¿eh? Espionaje, y registros, y amenazas de cateo...

—Sí. Tal vez usted quiera ser tan amable de salir mañana en vez del martes.

—¡Imposible! ¿Qué? ¿Se anda a la caza de nosotros como ratas? —Suslev explotó, aunque sin saber hasta dónde podía darse el lujo de llegar—. Tendré que informar a mi gobierno y la...

—Por favor hágalo. Por favor dígales que hemos capturado al mayor Leonov del KGB en pleno acto de espionaje y que se le ha acusado en virtud de la Ley de Secretos Oficiales.

Suslev se enjugó el sudor de la cara, procurando conservar la calma. Sólo la seguridad de saber que Metkin a esa hora estaría ya muerto, le permitía mantener la entereza. Pero, ¿qué más les diría? —se preguntaba a gritos mentalmente—. ¿Qué más? Miró a

Boradinov, que seguía de pie a su lado, con la cara pálida.

—¿Quién es usted? —interrogó Armstrong en tono cortante, siguiendo la mirada de Suslev.

—El primer oficial Boradinov —contestó el joven, con voz gutural.

—¿Quién es el nuevo comisario, capitán Suslev? ¿Quién va a ocupar el cargo de su señor Leonov? ¿Quién es el hombre de mayor rango en el partido a bordo de su barco?

A Boradinov se le puso la cara color ceniza, pero Suslev sentía alivio de que al menos algo de la presión no recaía ya sobre él.

—Bueno… ¿qué me contesta?

Suslev repuso:

—Él es. El primer oficial Boradinov.

En el acto, Armstrong clavó sus helados ojos en el joven.

—¿Su nombre completo, por favor?

—Vassili Boradinov, primer oficial —tartamudeó el hombre.

—Muy bien, señor Boradinov. Usted es responsable de que este buque se encuentre ya en marcha hacia la medianoche del domingo a más tardar. Se le advierte formalmente que tenemos motivos para creer que puede haber un ataque contra ustedes de parte de las triadas… de bandidos chinos. El rumor es de que el ataque se ha preparado para las primeras horas del lunes… inmediatamente después de la medianoche del domingo. Es un rumor muy fuerte. Muy fuerte. Hay muchos bandidos chinos en Hong Kong, y los rusos han robado grandes extensiones de tierra a China. Nos preocupa su seguridad y su salud. Sugiero… ¿Eh?

Boradinov seguía gris de pánico.

—Sí, sí. Entiendo.

—Pero mis… mis reparaciones —protestó Suslev—. Si mis repar…

—Por favor vea de que queden terminadas, capitán. Si necesita alguna ayuda o que se le remolque fuera de las aguas de Hong Kong, solicítelo. Oh, sí, y se le ruega que se presente en el cuartel general de policía el domingo a las 10 de la mañana… Lamento estropearle su fin de semana…

Suslev palideció de nuevo.

—¿Qué?

—Aquí tiene la invitación formal —Armstrong le entregó una

carta Suslev la tomó y empezó a leerla, mientras Armstrong sacaba una copia y escribía el nombre de Boradinov:

—Aquí está la suya, comisario Boradinov —se la puso en la mano—. Sugiero que mantengan al resto de su tripulación a bordo... con la única excepción de ustedes dos, por supuesto... Y den órdenes a sus hombres en tierra de que regresen sin tardanza y con mucha precaución. Estoy seguro de que tienen muchas cosas que hacer. ¡Buenas noches! —concluyó con pasmosa e inesperada rapidez.

Armstrong se levantó, salió del pabellón y cerró la puerta. El silencio de sorpresa fue abrumador.

Suslev vio como Malcolm Sun se ponía de pie y con toda parsimonia se encaminaba a la puerta.

Se levantó para seguirlo, pero se detuvo cuando el chino se dio vuelta contra ello.

—¡Los atraparemos a todos ustedes! —amenazó Sun con odio concentrado.

—¿Por qué? No hemos hecho nada —protestó débilmente Boradinov—. No hemos he...

—¿Espionaje? ¿Espiar? Su KGB se cree tan inteligente, *¡matyeryebyets!*

—¡Lárguese de mi barco! —rugió Suslev.

—Les echaremos el guante a todos ustedes... y no hablo de nosotros, los policías... —en forma repentina, Malcolm Sun cambió a un ruso ágil—. ¡Lárguense de nuestro territorio, hegemonistas! ¡China va adelante! Podemos perder cincuenta millones de soldados, incluso cien... ¡Todavía nos queda el doble! ¡Lárguense mientras les quede tiempo!

—¡Los eliminaremos de la Tierra en una explosión! —rugió Suslev— ¡Haremos caer nuestras atómicas sobre China! Haré...

Dejó de hablar. Malcolm Sun se reía de él a placer.

—¡Métanle a su madre sus atómicas! ¡Nosotros tenemos ya las nuestras! Ustedes empiezan y nosotros terminamos. ¡Atómicas, puños, arados! —Malcolm Sun bajó la voz—. ¡Lárguense de China mientras puedan! Estamos ya en marcha, salimos del Oriente, como Genghis Khan, todos nosotros: Mao Tse-Tung, Chiang Kai-Shek, yo, mis nietos, sus nietos... ¡Allá vamos y los borraremos de la Tierra y recuperaremos territorio. Todo entero.

—*¡Bájese de mi barco!* —Suslev sentía que el pecho le dolía. Casi ciego de rabia, se preparó para lanzarse sobre su verdugo. Boradinov estaba en la misma disposición.

Sin temor alguno, Malcolm Sun avanzó hacia ellos un paso.

—*¡Yeb tvoyu mat!* ¡Cerdos, cabeza de estiércol! —luego, en inglés—. ¡Golpéenme y los arresto por asalto y decomiso su barco!

Con un esfuerzo inaudito, los dos rusos se detuvieron. Ahogado de rabia, Suslev hundió los puños en los bolsillos.

—Por favor... haga el favor de marcharse.

—*Dew neh loh moh* a ustedes, a su madre, a su padre ¡y a todos los hegemonistas soviéticos, devoradores de estiércol!

—Usted... márchese... ahora... mismo.

Con una furia parecida a la de ellos, Sun los insultó y maldijo en ruso y gritó:

—¡Allá vamos, desde el Oriente, como langostas...

En ese momento, se oyó un repentino altercado ruidoso afuera, en cubierta y luego una leve y sorda explosión. Inmediatamente, Sun se dio la vuelta y corrió a la puerta, con los otros dos hombres en zaga.

Aterrado, Suslev vio que Armstrong estaba de pie frente a la entrada del cuarto de radio, contiguo a su camarote. La puerta se había abierto de par en par, y los dos operadores azorados contemplaban al inglés, horrorizados, con guardias de cubierta paralizados junto a ellos. De las entrañas de los aparatos de radio empezaban ya a salir las columnas de humo. Roja Uno ordenaba al experto principal de radio-comunicaciones que conectara el detonador para destruir el aparato secreto rastreador, en el momento en que una persona enemiga abriera la puerta, o tratara de romper el cerrojo.

Armstrong se volvió para mirar de frente a Suslev.

—¡Ah, capitán, qué pena! Me equivoqué. ¡Qué pena! —se disculpaba en tono inocente—. Creí que era la puerta para el gabinete.

—¿Qué cosa?

—Para el escusado. Tropecé en el umbral y la puerta se abrió de par en par. ¡Cuánto me apena! —el policía volvió a escudriñar el cuarto de radio—. ¡Dios santo! ¡Parece que hay un incendio! Voy a llamar a la brigada de bomberos en el acto. Malcolm, consigue a...

—¡No... no! —gritó Suslev, y dirigiéndose a Boradinov y a la tripulación de cubierta, rugió en ruso—. ¡Apaguen ese fuego!

Sacó con violencia uno de los puños del bolsillo para poner a Boradinov en movimiento. Sin que lo notara, el puño de la camisa hizo caer uno de sus cables descifrados sobre la cubierta. Una densa columna de humo salía de detrás de uno de los complejos tableros de radio. Uno de los marinos de cubierta tenía ya un extintor en la mano.

—¡Oh, señor! ¡Oh, qué pena! ¿Qué pudo haber sucedido? ¿Está seguro de que no quiere ayuda? —preguntó Armstrong.

—No, no. Gracias —repitió Suslev, con la cara contrahecha de rabia—. Gracias, superintendente. Lo veré el domingo.

—Buenas noches, señor. Vámanos, Malcolm.

En medio de la creciente confusión, Armstrong se encaminó hacia la pasarela, pero se inclinó un momento y antes que Suslev se diera cuenta de lo que sucedía, ya había recogido el pedazo de papel, y bajaba con agilidad hacia el muelle, con Malcolm Sun detrás.

Aterrado, Suslev se llevó la mano al bolsillo. Olvidando el fuego, corrió a su camarote, para ver qué cable le faltaba.

* * *

Abajo, en el muelle, la policía uniformada se había extendido ya, cubriendo las dos pasarelas de desembarque. Armstrong se introdujo en el asiento posterior, al lado de Sinders. Los ojos del jefe del MI-6 estaban enmarcados por las ojeras y su traje un tanto arrugado, pero su mente seguía perfectamente alerta.

—¡Muy bien hecho, ustedes dos! Sí. Supongo que eso interrumpirá sus comunicaciones durante un día o dos.

—Sí, señor.

Armstrong buscaba el encendedor en los bolsillos. El corazón le latía con fuerza. Sinders vio a Malcolm Sun ocupar el lugar al lado del conductor.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con solicitud al verle la expresión en la cara.

—Nada. Nada en realidad, señor...

Malcolm Sun se dio la vuelta en el asiento. El sudor le empapaba

la espalda, sentía que el corazón le dolía y el sabor agridulce de la excitación y la furia le llenaba aún la boca. Luego explicó:

—Mientras... mientras yo usaba mis tácticas dilatorias para dar tiempo al superintendente yo... es decir ellos me hicieron perder los estribos... esos dos hijos de ramera...

—¿Oh? ¿Cómo?

—Bueno... simplemente empezaron a insultarme, así que yo... les devolví los insultos. —Sun se acomodó a gusto en el asiento, mirando hacia el frente; no quería los ojos penetrantes de Sinders sobre él—. No fueron más que insultos —añadió, tratando de restarle importancia.

—¡Lástima que uno de ellos no te dio un golpe!

—Sí... sí. Ya estaba preparado para eso.

Sinders miró de reojo a Armstrong, mientras el robusto policía hacía salir la flama del encendedor, encendía un cigarrillo, y a la luz de la llama examinaba el papel. Sinders miró hacia arriba, rumbo al barco. Suslev estaba de pie, al principio de la pasarela, viéndolos todavía inmóviles en el muelle.

—Se ve muy enojado. Que bueno —una leve sonrisa se le dibujó en los labios—. ¡Muy bueno!

Con la aprobación de Sir Geoffrey, había ordenado aquella llegada repentina y el intento de destrozar las comunicaciones del *Ivanov*, con el fin de poner presión sobre Arthur y los elementos de Sevrin, con la esperanza de hacerlos salir a la superficie... «Y de descubrir al espía incrustado en nuestra policía —había añadido Sir Geoffrey con tristeza—... es imposible que Brian Kwok sea el espía mencionado en los papeles de AMG, ¿no le parece?»

—Estoy de acuerdo con usted, —había convenido Sinders.

Armstrong dejó apagar el encendedor. En la semioscuridad del automóvil, titubeó y dijo:

—Será mejor que organices los detalles, Malcolm. No hay necesidad de perder más tiempo. ¿Le parece bien, señor Sinders?

—Sí. Sí. Podemos ya irnos.

Con toda docilidad, Malcolm salió. Armstrong no dejaba de ver a Suslev en cubierta.

—Usted... ehm... usted lee ruso, ¿verdad, señor?

—Sí. Lo leo. ¿Por qué?

Con todo cuidado, Armstrong le ofreció el papel, sosteniéndolo

por las orillas y explicó:

—Este papel cayó del bolsillo de Suslev.

Con el mismo cuidado Sinders lo tomó, pero sin dejar de observar a Armstrong.

—¿No tiene confianza en el oficial Sun? —le preguntó Sinders en voz baja.

—Sí. Oh, sí. Pero los chinos son chinos y esto está en ruso. Yo no leo ruso.

Sinders frunció el ceño. Después de un momento asintió con la cabeza. Armstrong volvió a utilizar la flama del encendedor. El jefe inglés repasó dos veces el contenido y suspiró:

—Es un informe de tiempo, Robert, lo siento. Si no se trata de un mensaje en clave, no contiene más que datos meteorológicos.

Con todo cuidado dobló el papel siguiendo los pliegues originales. Luego observó:

—Las huellas digitales podrían ser valiosas. Tal vez esté en clave. Para mayor seguridad, lo pasaré a nuestros encargados de descifrar mensajes.

Sinders se acomodó mejor en el asiento del automóvil. El documento decía:

«Notifique a Arthur que, de acuerdo con su petición de Prioridad Uno sobre el traidor Metkin, se ha ordenado interceptar en forma inmediata el traslado a Bombay. Segundo, la reunión con el norteamericano se ha pasado al lunes. Tercero y último, los documentos de AMG siguen teniendo la máxima prioridad. Deben hacerse todos los esfuerzos por parte de Sevrin para tener buen éxito. Centro».

Y ahora... ¿qué norteamericano? —se preguntó con paciencia Sinders. ¿Se trata aquí de la reunión de Arthur o de quién? ¿Del capitán Suslev? ¿Será tan inocente como parece? ¿Qué norteamericano...

Bartlett, Tcholok, Banastasio... o quién? ¿Peter Marlowe, escritor anglonorteamericano, sabelotodo, con sus extrañas teorías?

¿Establecerían contacto con Centro Bartlett o Tcholok en junio, cuando fueron a Moscú, con o sin Peter Marlowe, que por casualidad estaba también presente cuando se efectuaba una junta archisecreta de agentes extranjeros?

¿O bien, será el norteamericano alguien que no es un visitante,

sino que vive en Hong Kong?

¿Será Rosemont? ¿O Langan? Los dos estarían perfectos... Pueden formularse tantas preguntas...

Por ejemplo, ¿quién es el cuarto hombre? ¿Quién es el muy importante, por encima de Philby?

¿Adonde conducen esos hilos? ¿Al *Linaje de Burke?* Tal vez a algún castillo o incluso a un palacio...

¿Quién es esa misteriosa señora Gresserhoff que recibió la segunda llamada de Kiernan y luego se desvaneció como el humo?

Y... ¿qué pensar de estos malhadados expedientes? ¿Qué pensar del maldito AMG y del maldito Dunross, que quieren tener esa maldita sagacidad...?

* * *

Se acercaba la medianoche y Dunross y Casey iban sentados, felices, uno al lado del otro, en la sección delantera, cubierta de vidrio, de uno de los transbordadores, que se deslizaba con tranquilidad hacia su muelle del lado de Kowloon. La noche era agradable, aunque las nubes seguían formando su espeso manto muy bajo. Las cubiertas de lona contra tempestades seguían cerradas y protegían la parte abierta de los puentes, pero allí, donde ellos dos estaban, la vista era clara y una delgada brisa con sabor a agua de mar, se filtraba a través de una de las ventanas abiertas.

—¿Lloverá otra vez? —preguntó ella, interrumpiendo aquel placentero silencio.

—Oh, sí. Pero espero con ansia que las lluvias torrenciales no se detengan hasta mañana por la tarde... bastante tarde.

—¡Ustedes con sus carreras! ¿Tienen tanta importancia?

—Para toda la gente de Hong Kong, sí. Para mí, sí y no.

—Voy a apostar toda mi fortuna a tu Noble Star.

—Yo no haría eso —opuso él—. Una apuesta debe siempre protegerse.

Casey lo miró de reojo y objetó: —Hay apuestas que no compensan.

—Hay apuestas que uno no puede compensar o proteger —corrigió él con una sonrisa.

En un gesto espontáneo, ella levantó el brazo e hizo que el de él

le pasara por debajo.

Luego volvió a dejar descansar la mano en el regazo. El contacto recíproco resultó grato a ambos. Era su primer toque físico.

Durante toda su caminata desde el hotel Mandarín hasta el transbordador, Casey había querido tomarlo del brazo. Pero había luchado contra el impulso y ahora fingía no prestar atención al enlace si bien, por instinto, se había acercado un ápice.

—Casey, nunca terminaste tu historia sobre George Toffer... ¿lograste despedirlo?

—No. Nunca lo hice, al menos no fue como pensé que lo haría. Cuando tuvimos el control, asistí a su sala de juntas. Desde luego, tenía toda la razón para sentirse atado, pero para entonces yo ya había averiguado que no era el héroe que presumía ser, y también otras cosas más. Me agitó frente a la cara una de las cartas mías, relativas al dinero que me debía y me gritó que eso no lo recuperaría jamás —se encogió de hombros—. Nunca lo recuperé, pero me quedé con su compañía.

—¿Qué le sucedió a él?

—Anda todavía en el mundo de los negocios... engañando a alguien. ¿Te molestaría que dejáramos de hablar de él? Me produce indigestión.

Dunross rió con gusto.

—No se ha dicho nada... ¡Qué noche más espléndida! ¿No te parece?

—Sí. -Habían tenido una magnífica cena en el Dragon Room, en la terraza del hotel rascacielos. Un magnífico Chateaubriant, unas cuantas patatas fritas en finos cortes, ensalada y crème brûlée. El vino había sido Château Lafite.

—¿Cuál es el motivo de la celebración?

—Sólo darte gracias por el First Central de Nueva York.

—¡Oh, Ian! ¿Estuvieron de acuerdo?

—Murtagh estuvo de acuerdo en hacer el intento.

No se habían necesitado más que unos segundos para fijar los términos sujetos a la aprobación del financiamiento por parte del banco, como Casey los había propuesto: 120 por ciento del costo de ambos barcos y un fondo rotativo de 50 millones.

—¿Todo cubierto por su garantía personal? —había preguntado Murtagh.

—Sí, —había contestado él, comprometiendo su futuro y el de su familia.

—Nosotros... ehm... calculamos que con la administración de Struan que es magnífica, usted obtendrá utilidades, así que nuestro dinero está a salvo y... Pero, señor Dunross, mi señor, tenemos que mantener esto en el máximo de los secretos. Mientras tanto, yo haré el viejo intento del estudiante. —Murtagh se esforzaba por disimular su tensión nerviosa.

—Hágalo, por favor, señor Murtagh. El mejor de todos los intentos que sea capaz de hacer. ¿Qué opina de acompañarme a las carreras mañana? Siento no poder invitarlo a comer. Estoy comprometido hasta las narices y con una agenda repleta de obligaciones; pero aquí tiene un pase, si dispone de tiempo para estar con nosotros de las 2:30 en adelante.

—¡Oh, Dios! Tai pan, ¿lo dice en serio?

Dunross había sonreído en un interior. En Hong Kong, una invitación al palco de un administrador era como ser presentado a un tribunal, y con ventajas comparables.

—¿A qué viene la sonrisa, tai-pan? —preguntó Casey, moviéndose un poco y sintiendo el calor de él.

—Porque todo anda bien en él mundo, por el momento. Por lo menos, los diversos problemas están en sus compartimientos respectivos.

Al bajar del transbordador y salir de la terminal, Dunross explicó su teoría de que la única manera de hacer frente a los problemas era la que se seguía en Asia: ponerlos en secciones especiales y sacarlos sólo cuando se estuviera preparado para hacerles frente.

—Eso es bueno si uno puede hacerlo —objetó ella, caminando cerca de él, pero sin tocarlo.

—Si no puedes, te derrumbas: úlceras, ataques cardíacos, envejecimiento prematuro, salud quebrantada.

—Una mujer llora... es su válvula de escape. Llora y luego se siente mejor...

Casey había llorado poco antes, antes de salir del V y A para encontrarse con él. La causa era Linc Bartlett. Una parte era rabia, otras frustración, una más anhelo y otra parte necesidad... necesidad física. Habían pasado ya seis meses desdé uno de sus raros, muy ocasionales lances amorosos efímeros. Cuando la

necesidad se volvía demasiado intensa, ella se alejaba unos días, se iba a esquiar, a tomar baños de sol... y escogía al hombre que podía tolerar en su cama. Luego, con la misma rapidez, se olvidaba de él.

—Pero... ¿no es muy malo, Ciran-chek, ser tan cínica? —le dijo una vez su madre.

—Oh, no, mamá querida —había contestado ella—, es un intercambio justo. Yo disfruto del sexo...

Quiero decir que lo gozo cuando me siento inclinada a él. Ahora bien, procuro que esa inclinación sea lo menos frecuente posible. Amo a Linc y a nadie más. Pero pie...

—¿Cómo puedes amarlo a él y acostarte con otro?

—No es fácil... es más, resulta muy molesto. Pero, mamá, yo trabajo mucho por Linc a todas horas, en fines de semana, en domingo... Trabajo mucho por todos nosotros, por ti y por el tío Tashjian, por María y por los niños. Soy el sostén de la familia ahora que Marian se ha ido. Y me encanta... lo disfruto. Tú sabes que lo disfruto. Pero a veces resulta demasiado, por eso me alejo un poco. Entonces es cuando busco un compañero. Créemelo, mamá, no es más que una necesidad biológica. No hay diferencia, en ese sentido, entre nosotras y los hombres, y ahora que disponemos de la píldora, ¡Dios la bendiga!, nosotras podemos elegir. No es como en tu época, mi amor... ¡Gracias a Dios...!

Casey se hizo a un lado para evitar a unos peatones y tropezó con Dunross. En un gesto automático, lo tomó del brazo. El no lo retiró.

Puesto que le había pedido igualdad aquella tarde y él se la había negado... No, eso no es justo, Casey —se dijo—, Ian no me la negó, simplemente me dijo la verdad desde su punto de vista.

¿También desde el mío? No sé. No estoy segura. Pero la única cosa que no soy es una necia, por eso esta noche me he vestido con esmero, en forma algo diferente... Me he puesto perfume y un maquillaje más definido. Esta noche me he mordido la lengua entre tres y treinta veces, dominándome, sin tratar de devolver golpe por golpe, sino llevando el juego en forma más convencional y comentando en tono dulce «¡Qué interesante!»

...Y la mayoría de las veces lo era en realidad. El estuvo atento, alegre y receptivo, y yo me sentí maravillosa. No cabe duda de que Ian es un gran hombre. Peligroso y... ¡oh, tan tentador...!

Estaban ya frente a la amplia escalinata de mármol del V y A. Con toda discreción, Casey retiró el brazo y se sintió más cercana a él, por haberlo comprendido.

—Ian, tú eres un hombre de sabiduría. ¿Crees que es justo hacer el amor con alguien a quien no se ama?

—¿Cómo...? —la pregunta lo dejó atónito, sacándolo de la honda sensación de bienestar en que se hallaba; luego contestó con espontaneidad—. *Amor* es una palabra occidental, querida dama. En cuanto a mí, ¡yo soy hombre de China!

—Hablo en serio.

Ian rió con gusto y objetó:

—No creo que sea tiempo de estar serios.

—Pero... ¿tienes alguna opinión al respecto?

—Siempre.

Subieron la escalinata y entraron al vestíbulo, muy concurrido a pesar de ser tan tarde. En el acto, Dunross sintió que numerosos ojos lo observaban, por no haber dejado a su compañera al pie de la escalinata. Cualquier cosa ayuda —pensó—. Debo mostrarme tranquilo y confiado. ¡La Casa Noble es inviolable. ¡No me permitiré... ni puedo permitirme el lujo de sentir el miedo normal— Mi sentimiento se desbordaría, destruiría a otros y causaría un daño indescriptible.

—¿Querrías tomar una copa de buenas noches? —preguntó Casey—. No tengo sueño. Tal vez Linc nos acompañe si está en el hotel.

—Buena idea. Té con limón me vendría muy bien.

El sonriente camarero apareció como de milagro... lo mismo que una mesa vacía.

—'ñas noches, tai-pan.

—'ñas noches, Nighttime Gup.

—Té con limón es magnífico para mí también —hizo eco ella; el camarero desapareció—. Voy a ver qué recados hay para mí.

—Sí, por supuesto.

Dunross la vio alejarse. Esa noche, desde el primer momento en que habían entrado en el vestíbulo del Mandarín había observado cuánto más femenina estaba. No se trataba de nada en particular. Era sólo un cambio sutil. Es una mujer interesante. Es una sexualidad que espera la oportunidad de explotar.

¿Cómo diablos podría yo ayudarla a conseguir su dinero liberador en poco tiempo?

Nighttime Gup iba y venía con gran diligencia. Se le acercó y en voz baja le dijo en cantonés:

—Tai-pan, tenemos muchas esperanzas de que pueda dominar el Mercado de valores y a la Segunda Gran Casa.

—Gracias.

Dunross conversó unos momentos, siempre haciendo alarde de confianza. Luego sus ojos volvieron a Casey, que estaba frente a la oficina principal. Los ojos astutos de Nighttime Gup parpadearon.

—El contrabandista de armas no está en el hotel, tai-pan.

—¿Qué cosa?

—No. Salió temprano con una chica. A eso de las 7:00 de la noche. Mi turno acababa de empezar. El contrabandista de armas llevaba ropa cómoda... Me imagino que sería algo así como para un viaje en yate. Lo acompañaba una chica.

Dunross se concentró con interés.

—Hay muchas chicas en Hong Kong, Nighttime Gup.

—No como ésta, tai-pan —el anciano sonrió malicioso, pero guardando la compostura—. Es la que un tiempo fue amante de Barba negra.

—¡Uuuyyy, anciano! Tienes ojos de lince y muy buena memoria. ¿Estás seguro de eso?

—¡Oh, muy seguro! —Nighttime Gup se sentía feliz por la forma en que habían sido recibidas sus noticias— Sí —añadió con orgullo —, desde que oímos que los norteamericanos podrían asociarse a la Casa Noble si usted se libraba de todos esos cerdos indecentes, pensamos que convendría que supiera eso. Y también que Vello Púbico Dorado se pasó a un cuarto independiente del hotel...

—¿Quién?

Nighttime Gup explicó la razón del sobrenombre dado a Casey, luego comentó:

—¿Se imagina eso, tai-pan?

Dunross suspiró, azorado como siempre, al ver la velocidad con que circulaban las murmuraciones.

—¿Así que se ha mudado de habitación?

—Sí. Ahora está en el corredor, es el número 276, del mismo piso. ¡Uuuyyy, tai-pan! He oído decir que hace dos noches estuvo

llorando durante la hora de dormir, y también hoy al anochecer, antes de salir. Sí. La Tercera camarera Fung la vio llorar esta noche.

—¿Tuvieron un altercado? Hablo de ella y del contrabandista de armas...

—¡Oh, no! No fue un altercado. No hubo gritos. Pero *oh ko*, si Vello Púbico Dorado se entera de la flor Orlanda, eso va a ser causa de que eructen los dragones.

Nighttime Gup sonrió, mostrando a Casey su boca sin dientes, al verla venir con un montón de cables y mensajes en la mano. Dunross observó una sombra en los ojos de la chica. No había recado alguno de Linc Bartlett —supuso, y se levantó para recibirla. Nighttime Gup separó la silla con solicitud para que Casey la ocupara, sirvió el té y continuó en su cantonés gutural:

—Pero, no se preocupe, tai-pan, que el vello púbico sea dorado o no, no tiene importancia, porque todo es igual en la oscuridad, ¿sí? —el viejo dejó escapar una sonrisa maliciosa y se alejó.

Dunross miró de soslayo los papeles de Casey y preguntó:

—¿Problemas?

—¡Oh, no! Esto es sólo un poco más de lo mismo —lo miró de frente—. Para mañana ya los tendré todos en su compartimiento correspondiente. Esta noche es mía. Linc no ha regresado aún —tomó un sorbo de té, disfrutando del aroma—... así que yo puedo monopolizarte.

—Creí que el monopolizador era yo. ¿No es...?

Interrumpió la frase al ver entrar a Robert Armstrong y a Sinders, en busca de una mesa.

—La policía vuestra trabaja horas extra —observó Casey.

Cuando la mirada de los recién llegados se clavó en ellos, Casey saludó con un gesto de la mano un tanto indiferente. Los dos hombres vacilaron. Luego se dirigieron hacia una mesa vacía en el extremo más alejado del salón.

—Me simpatiza Armstrong —comentó Casey—. ¿El otro hombre es también policía?

—Así lo supongo. ¿Dónde conociste a Robert?

Ella se lo explicó. Luego añadió:

—Aún no se sabe nada de los rifles, ¿eh? No se sabe de dónde vinieron o cualquier otra cosa...

—Un negocio sucio —se limitó a decir Dunross.

—¿Te apetece un brandy? —invitó Casey.

—¿Por qué no? Uno para el camino, después tengo que retirarme. El auto estará aquí mañana a las doce para protegeros.

—Gracias, Ian. La invitación decía "Damas con sombrero y guantes"... ¿Se requieren realmente?

—Claro que sí —Dunross frunció el ceño—. Las damas han asistido siempre a las carreras con sombrero y guantes. ¿Por qué?

—Tendré que comprar sombrero. No me he puesto uno en muchos años.

—La verdad es que a mí me gustan las damas con sombrero.

Dunross paseó la mirada por todo el salón, con aparente espontaneidad. Armstrong y Sinders los observaban en forma disimulada. ¿Será una coincidencia que estén aquí? —se preguntó.

—¿Tú también sientes las miradas de los demás, tai-pan? Todo el mundo aquí parece conocerte.

—No soy yo. Es la Casa Noble y lo que yo represento.

Llegó el brandy. Levantaron las copas y las tocaron.

—Salud.

—¿Contestarás ahora mi pregunta?

—La respuesta es sí —dio vuelta a la copa y aspiró el aroma del licor.

—Sí... ¿qué?

De repente él esbozó una sonrisa y agregó:

—Sí nada; sí, no es justo pero sí, sucede siempre, y no voy a entrar en uno de esos encantadores diálogos de autoanálisis: «¿Has dejado de golpear a tu mujer últimamente?» Aunque... he oído decir que a la mayoría de las mujeres les gusta que las golpeen alguna vez, aunque con mucho cuidado, ¡tengan o no tengan sombrero!

Casey rió y la mayoría de sus ojeras se le borraron del rostro.

—Depende... ¿no crees?

—¡Depende...!

La miró con atención, conservando su sonrisa tranquila y espontánea mientras pensaba (y ella también): depende de quién, cuándo, dónde, del momento, la circunstancia y la necesidad... ¡en este instante, sería grandioso!

Extendió el brazo, con la copa en la mano y tocó la de Casey.

—¡Salud! —le dijo— ¡Ésta es por el martes!

Ella le devolvió la sonrisa y levantó también su copa. El corazón

le latía con fuerza. Se limitó a decir:

—Sí...

—Todo puede esperar hasta ese día, ¿no es cierto?

—Sí. Sí. Espero que sí, Ian.

—Bueno... Me despido.

—Fue una velada deliciosa.

—También para mí.

—Gracias por invitarme. Maña...

Dejó la frase a medias al ver llegar de prisa a Nighttime Gup. —Perdón, tai-pan, teléfono.

—Gracias. Voy luego —suspiró y comentó—.. ¡No hay paz para los malvados! Casey ... ¿Nos vamos?

—Claro, claro, tai-pan —ella también se puso de pie; el corazón le latía con fuerza y un dolor entre triste y dulce la atenazaba— ¡Yo me encargaré de la cuenta!

—Gracias, pero eso está ya hecho. Simplemente la mandan a mi oficina.

Dunross dejó una propina y acompañó a Casey al ascensor. Ambos eran conscientes de los ojos que los observaban. Por un instante, se sintió tentado a subir con ella, sólo para desencadenar la tormenta de las lenguas. Pero eso sí sería dar la ocasión al demonio... y ya tengo demasiados demonios en torno mío —pensó.

—Buenas noches, Casey. Te veré mañana. No olvides los cócteles, de 7:30 a 9:00 de la noche. ¡Mis mejores saludos a Linc! —agitó la mano con alegría y se dirigió a la administración.

Ella lo vio alejarse... alto, intachable y seguro. Las puertas del ascensor se cerraron. Si esto no fuera Hong Kong, tú no escaparías... Esta noche no escaparías, Ian Dunross... ¡Oh, no! Esta noche habríamos hecho el amor. ¡Oh, sí, sí lo habríamos hecho!

Dunross llegó a la ventanilla de la administración y tomó el teléfono.

—Hola ... habla Dunross.

—¿Tai-pan?

—¡Ah, Lim! —repuso cordial, reconociendo la voz de su mayordomo— ¿Qué novedades hay?

—Acaba de llamar el señor Tip-Tok-toh, señor —el corazón de Dunross se detuvo un instante—. Me pidió que lo localizara y le pidiera que lo llame cuanto antes. Puede hacerlo antes de las dos o

después de las 7 de la mañana.

—Gracias. ¿Alguna otra cosa?

—La señorita Claudia llamó a las ocho para decir que su huésped está ya alojada debidamente... —se oyó un ruido de papel — La señora Gresserhoff... está en el hotel, y su cita con ella en su oficina está confirmada para las 11 de la mañana.

—Muy bien. ¿Qué otra cosa?

—La seño llamó desde Londres... todo está bien... También de Londres llamó un doctor Samson.

—¡Ah! Es el especialista que atenderá a Kathy. ¿Dejó algún número? —Lim se lo dio y Dunross lo anotó en un pedazo de papel — ¿Algo más?

—No, tai-pan.

—¿Está ya en casa la Hija Número Uno?

—No, tai-pan. La Hija Número Uno vino a eso de las 7 de la noche, estuvo unos minutos con un joven y luego los dos se marcharon.

—¿Era Martin Haply?

—Sí, era él.

—-Gracias, Lim. Llamaré a Tiptop, luego tomaré el transbordador para ir a casa.

Colgó el teléfono. Como quería mayor reserva, fue a la cabina telefónica cercana a los periódicos.

Marcó el número. —Dígame ...

Reconoció la voz de Tiptop y saludó: —Buenas noches. Habla Ian Dunross.

—¡Ah, tai-pan! Un minuto por favor —se oyó el sonido de una mano que obstruía el auricular y él ruido de voces amortiguadas; Dunross esperó con paciencia—. Perdóneme por hacerlo esperar. Tengo noticias muy perturbadoras.

—¿De qué se trata?

—Sí. Parece que su policía ha vuelto a ser como los pulmones del perro y el corazón del lobo. Han cometido la injusticia de arrestar a un excelente amigo suyo, el superintendente Brian Kwok. El...

—*¡Brian Kwok!* —Dunross se quedó sin aliento —Pero, ¿por qué?

—Entiendo que le han lanzado la acusación falsa de ser espía de la República Popular China y...

—¡Eso es imposible!

—Estoy de acuerdo, ¡Es ridículo! El Jefe Mao no tiene necesidad de espías capitalistas. Debe ser puesto en libertad en el acto... ¡En el acto! Y si desea salir de Hong Kong, debe permitírsele hacerlo y viajar adonde él quiera... ¡en el acto!

Dunross procuró hacer que su mente trabajara. Si Tiptop decía que él hombre llamado Brian Kwok debía ser puesto en libertad en el acto y autorizado a salir de Hong Kong si lo deseaba, entonces Brian era en efecto espía de la República Popular China, era uno de sus espías, y eso era imposible, imposible, imposible.

—No... no sé qué decir —insinuó, dando a Tiptop la oportunidad que necesitaba.

—Debo aclarar que es difícil esperar que los viejos amigos consideren la posibilidad de ayudar a viejos amigos, cuando su policía comete semejantes errores, ¿sí?

—Estoy de acuerdo —contestó como autómata, con el tono de preocupación conveniente.

En su interior Dunross podía oír los gritos de la mente que le decía: ¡Santo Dios! ¡Quieren intercambiar a Brian por el dinero!

—Yo... yo hablaré con las autoridades a primera hora mañana.

—Tal vez podría hacer algo esta misma noche.

—Es demasiado tarde para llamar al gobernador ahora, pero... —en ese momento recordó a Sinders y a Armstrong, y el corazón le dio un vuelco—. Voy a intentarlo, en este instante. Estoy seguro de que hay algún error, señor Tip. Sí. Tiene que haber un error. En todo caso, estoy seguro de que el gobernador será de gran ayuda. Y la policía también. No dudo que semejante... confusión pueda resolverse de manera satisfactoria... lo mismo que la petición del Victoria relativa al uso temporal del efectivo del ilustre banco...

Hubo un largo silencio.

—Hay alguna posibilidad... Hay posibilidad. Los viejos amigos deben ayudar a los viejos amigos y colaborar en la enmienda de los errores. Sí. Hay alguna posibilidad.

Dunross pudo notar la reticencia de un "cuando" que flotaba en el aire. Con gran agilidad continuó la negociación, mientras su mente seguía asediada por lo que acababa de oír.

—¿Recibió usted mi nota, señor Tip? Me he encargado ya de todo lo demás. A propósito, el Victoria apoyará con toda seguridad

el financiamiento del torio —luego añadió con delicadeza—... Y también la mayoría de otras solicitudes que pudieran surgir... en condiciones proficuas.

—¡Ah, sí, gracias! Sí, recibí su nota y su muy amable invitación. Lamento mucho no haberme sentido nada bien. Gracias, tai-pan. ¿Durante cuánto tiempo necesitará su gobierno el préstamo en efectivo... si es posible?

—Me imagino que treinta días serían más que suficientes... quizá incluso dos semanas. Pero se trata del Victoria, del Blacs y de los demás bancos. No del gobierno de Hong Kong. Yo podría decírselo con exactitud mañana. ¿Tendremos el privilegio de verlo en las carreras a la hora de comer?

—Lamento que no pueda ser para comer, pero tal vez después de la comida, si eso es posible.

Dunross sonrió con cierta tristeza. Era el compromiso perfecto.

—Desde luego que sí.

—Gracias por llamarme. A propósito, el señor Yu quedó muy impresionado con usted, tai-pan.

—Por favor salúdelo de parte mía. Tengo interés en volver a verlo pronto... En Cantón.

—Me dejó pasmado la lectura de los comentarios de su cuñado sobre el Reino Medio.

—Sí. A mí también. Mi esposa y su hermano han permanecido distanciados durante varios años. Sus puntos de vista son extranjeros, enemigos y por completo extraviados —vaciló un instante, luego concluyó—. Espero neutralizar su acción.

—Sí. Sí. Estoy de acuerdo. Gracias. Buenas noches —la línea se interrumpió.

Dunross colgó el teléfono. ¡Santo Dios! ¡Brian Kwok! Y yo estuve a punto de darle dos documentos de AMG... ¡Dios mío!

Haciendo acopio de todas sus energías, volvió al salón. Armstrong y Sinders estaban allí todavía.

—'ñas noches... ¿Podría acompañarlos un momento?

—Por supuesto, señor Dunross. Es una grata sorpresa. ¿Puedo ofrecerle un trago?

—Té. Té chino. Gracias.

Su mesa estaba lejos de las demás. Cuando consideró que era seguro hablar, Dunross se inclinó hacia adelante y dijo:

—Robert, me he enterado de que han arrestado a Brian Kwok —abrigaba la esperanza de que no fuera cierto; sus interlocutores lo miraban sin parpadear.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Armstrong.

Dunross relató su conversación. Los dos hombres lo escucharon sin demostrar interés, aunque de cuando en cuando intercambiaron miradas fugaces.

—Es evidente que se trata de un trueque —comentó Dunross—: Brian por el dinero.

Sinders tomó un sorbo de su chocolate caliente y preguntó: —¿Qué importancia tiene el dinero?

—Absoluta y apremiante. Cuanto antes mejor —Dunross se enjugó el sudor de la frente—. Ese efectivo detendría por completo la fuga de capital de los bancos, señor Sinders. Tenemos que... —interrumpió la frase horrorizado.

—¿Qué sucede? —preguntó Sinders.

—De... de pronto me vino a la memoria lo que AMG escribió en el informe interceptado... que el... «el elemento infiltrado en la policía puede ser o no ser parte de Sevrin»... ¿Es él...?

—¿Quién?

—¡Por amor de Dios, no jueguen conmigo —protestó Dunross— Esto es muy grave. ¿Creen que soy un mentecato? Hay un espía de Sevrin en Struan. Si Brian es parte de Sevrin, tengo derecho a saberlo.

—Completamente de acuerdo —contestó Sinders con tranquilidad, aunque su mirada reflejaba tensión;—. En el momento en que se descubra al traidor, tenga la seguridad de que se le notificará. ¿Tiene alguna idea de quién pueda ser?

Dunross sacudió la cabeza, controlando el enojó.

Sinders lo miró de frente y preguntó:

—Usted estaba diciendo «tenemos que...» Tenemos que... ¿qué, señor Dunross?

—Tenemos que conseguir ese efectivo sin tardanza. ¿Qué ha hecho Brian?

Después de un momento, Sinders contestó:

—Los bancos no abren sino el lunes. Así que el lunes será el día "D", ¿verdad?

—Supongo que los bancos tendrán que obtener el dinero antes

de ese día… para poder abrir con el dinero en las bóvedas. ¿Qué diablos ha hecho Brian?

Sinders encendió un cigarrillo para él y para Armstrong y contestó:

—Si esa persona Brian ha sido arrestada en realidad, no creo que su pregunta sea muy discreta, señor Dunross.

—Yo habría apostado cualquier cosa a que no —dijo el tai-pan con un sentimiento de impotencia—; pero Tiptop jamás habría insinuado un trueque si no fuera un hecho. Brian debe ser de enorme importancia… pero, ¡Jesucristo…! ¿Adónde va el mundo? ¿Se encargarán ustedes del trueque, o lo manejará el señor Crosse…? Supongo que se necesitará la aprobación del gobernador.

Con actitud pensativa, el jefe de MI6 sacudió la ceniza de su cigarrillo y observó:

—Dudo que pueda haber un trueque, señor Dunross…

—¿Por qué no? El dinero es más impor…

—Es cuestión de puntos de vista, señor Dunross, sí *es verdad* que ese Brian Kwok está detenido. En todo caso, el gobierno de Su Majestad no puede ser sometido a un chantaje. Sería de muy mal gusto.

—De acuerdo, pero Sir Geoffrey convendría en el acto.

—Lo dudo. Me da la impresión de ser un hombre demasiado inteligente para aceptar semejante trato. En cuanto a trueques, señor Dunross, yo pensé que usted iba a darnos los expedientes de AMG…

Dunross sintió una puñalada en el estómago.

—Fue lo que hice, esta noche.

—¡Por amor de Dios, no juegue conmigo, esto es muy grave! ¿Cree que soy un mentecato? —Sinders usó un tono idéntico al de Dunross; de repente soltó la risa, una risa seca, y continuó con su aterradora calma: sin duda, usted nos dio una versión de ellos, pero por desgracia no se comparan en calidad con el que interceptamos —los ojos cansados del hombre se volvieron más duros aún y con un gesto amenazador, aunque la expresión del rostro en general no cambió—. Señor Dunross, su subterfugio fue muy hábil, laudable, pero innecesario. Nosotros queremos realmente esos documentos, los originales.

—Si esos no les satisfacen, ¿por qué no revisan los papeles de

AMG?

—Lo he hecho ya —Sinders sonrió sin sentido del humor—... En fin, aquí se aplica el dicho del viejo vagabundo: «la bolsa o la vida».

Tener en su poder esos expedientes puede ser mortal para usted. ¿No lo crees así, Robert?

—Sí, señor.

Sinders aspiró el humo de su cigarrillo.

—Así pues, señor Dunross... su señor Tiptop quiere un trueque, ¿eh? Todo el mundo en Hong Kong quiere hacer trueques. Se diría que es la atmósfera que se respira, ¿eh? Pero, para que haya trueque hay que dar un valor por otro. Supongo que si usted quiere concesiones... obtener concesiones del enemigo... en fin, en el amor y en la guerra todo es lícito .. Eso dicen... ¿No es verdad?

Dunross mantuvo la expresión indiferente del rostro.

—Eso dicen. Hablaré con el gobernador a primera hora de la mañana. Mantengamos este asunto en plan estrictamente confidencial hasta que haya hablado con él. 'ñas noches.

Lo vieron atravesar las puertas giratorias y desaparecer.

—¿Qué piensas, Robert? ¿Nos cambió los expedientes?

Armstrong suspiró desconcertado.

—No lo sé. Su cara no me decía nada. Lo estuve observando con toda atención. Nada... Pero es sagaz como el que más.

—Sí... —Sinders permaneció pensativo un momento— Así que el enemigo quiere un trueque, ¿eh?

Yo diría que estamos en posesión de éste cliente en concreto durante unas veinticuatro horas a lo sumo. ¿Cuándo practicarás el siguiente interrogatorio?

—A las 6:30 de la mañana.

—¡Oh! Si tienes que iniciar tus labores tan temprano, será mejor que nos vayamos —Sinders pidió la cuenta y comentó—. Consultaré con el señor Crosse, pero sé lo que va a decirme: lo que de hecho ha ordenado Londres...

—¿Perdón?

—Están muy preocupados, porque el cliente ha compartido demasiados secretos, el curso del Estado Mayor, los de la Real Policía Montada del Canadá —Sindres volvió a titubear—. Pensándolo mejor, Robert, aparte lo que haga el señor Dunross, lo que a nosotros nos queda es acelerar la obtención de información.

Sí. Vamos a cancelar el interrogatorio de las 6:30, a proseguir con el programa médico de 60 minutos, con tal que el doctor lo apruebe, por encontrarlo en las debidas condiciones físicas, y pasamos luego al Cuarto Rojo.

Armstrong palideció al oír esas palabras.

—Pero, se…

La voz de Sinders volvió a oírse suave y firme:

—Lo lamento —ratificó—. Sé que se trata de un amigo… que fue un amigo, pero lo que ha sucedido ahora es que su señor Tiptop y su señor Dunross nos han abreviado el tiempo.

VII

SÁBADO

62
9:32 a.m.

El avión jet de JAL, procedente de Tokio perdió altura sobre el mar e hizo un aterrizaje perfecto en Kai Tak, dejando una minúscula estela de humo detrás de las ruedas. En el acto, sus motores cambiaron al impulso de reversa, y la nave se dirigió hacia el edificio del aeropuerto, perdiendo velocidad.

Pasajeros, tripulación aérea y visitantes se agitaban en la concurrida terminal, tanto en la zona de aduanas como en la de migración y en las salas de espera. Los trámites para salir eran fáciles. Los que se exigían para entrar, en su mayor parte lo eran también, con excepción de los ciudadanos japoneses.

Los chinos tienen una memoria fiel. Los años de ocupación bélica japonesa en China y Hong Kong estaban todavía muy cercanos y eran demasiado intensos e ingratos para que pudieran olvidarse. O

perdonarse. Por eso, a los ciudadanos japoneses se les inspeccionaba con más minuciosidad. Aun los miembros de la tripulación japonesa que estaba entrando en esos momentos, incluidas las graciosas, bellas y corteses azafatas, algunas de las cuales apenas habrían nacido cuando terminó la ocupación, aun ellas recibían sus documentos con un gesto hasta cierto punto hostil.

El primero en la línea, después de la tripulación era un norteamericano.

—'nos días —dijo, entregando su pasaporte al oficial.

—'nos días.

El joven chino abrió la libreta, observó la fotografía, miró al hombre y pasó las hojas hasta encontrar la visa. Sin que se notara, oprimió con el pie un interruptor. Eso sirvió para llamar la atención de Crosse y de Sinders, que se encontraban en una oficina de observación cercana. Avanzaron hasta el vidrio azogado y examinaron al hombre que esperaba en el mostrador de inmigración, al frente de una de las seis líneas de pasajeros.

El pasaporte, expedido hacía un año, decía: «Vincenzo Banastasio, varón, nacido en la ciudad de Nueva York el 16 de agosto de 1910. Pelo entrecano, ojos oscuros». Con toda naturalidad, el oficial revisó las demás visas y sellos: Inglaterra, España, Italia, Holanda, México, Venezuela, Japón. Puso su sello en el libro gris pálido y lo devolvió a su dueño con indiferencia.

Banastasio pasó por las oficinas de la aduana, con un costoso portafolios de piel de cocodrilo bajo el brazo, botellas de licor de la tienda libre en una bolsa de viaje y una cámara fotográfica que le colgaba del hombro.

—Es un tipo bien parecido —observó Sinders—. Sabe cuidarse.

Lo vieron desaparecer entre la multitud. Crosse encendió su intercomunicador portátil.

—¿Lo tienen cubierto?

—Sí, señor —fue la respuesta inmediata.

—Seguiré comunicándome en esta frecuencia. Manténganme informado.

—Sí, señor.

A Sinders, Crosse le explicó:

—No tendremos problema para seguirle la pista.

—No. Me alegro de haberlo visto. Siempre me gusta ver al enemigo en carne y hueso.

—¿Lo es? ¿Es enemigo?

—El señor Rosemont piensa que sí. ¿Usted no?

—Quiero decir enemigo nuestro. Estoy seguro de que es un estafador, pero quiero decir que no estoy seguro de que tenga nada que ver con los Servicios de Inteligencia.

Sinders suspiró y preguntó:

—¿Has mandado revisar los dispositivos de vigilancia?

—Sí.

La noche anterior, un equipo de expertos de Servicios Especiales había puesto micrófonos ocultos en el cuarto que Banastasio había reservado para su hospedaje en el Hilton. Además, en la oficina y en la suite privada de Photographer Ng, Vee Cee Ng.

Esperaron con paciencia. Sobre la mesa, el intercomunicador silbó y produjo su chasquido característico.

Después de una pausa, Sinders preguntó en tono de aparente descuido:

—¿Qué hay de nuestro otro cliente?

—¿Quién? ¿Kwok?

—Sí. ¿Cuánto tiempo cree que necesitamos?

—No mucho —Crosse sonrió interiormente.

—¿Cuándo lo pondrá en el cuarto Rojo?

—Me pareció que a mediodía sería una hora ideal... Lo enviaré antes, si está listo.

—¿Será Armstrong quien haga el interrogatorio?

—Sí.

—Armstrong es un hombre bueno. Actuó muy bien en el *Ivanov*.

—¿La próxima vez sería tan amable de advertirme? Después de todo este es territorio mío.

—Desde luego, Roger. Esta fue una decisión imprevista de Londres.

—¿Qué objeto tiene la convocatoria del domingo?

—El Ministro va a mandar instrucciones especiales —Sinders frunció el ceño—. El expediente de Brian Kwok asegura que es un hombre fuerte. No tenemos mucho tiempo. Ha sido bien enseñado a mantenerse oculto, muy adentro... y por muchos años.

—Sí, claro. Pero tengo bastante confianza. Desde que mandé construir el cuarto, lo he experimentado en mí mismo tres veces. Lo más que que he podido estar allí fueron cinco minutos, y todas las veces me sentí enfermo rabioso... y eso sin haber estado sujeto a ningún programa de desorientación. Confío en que no tendremos problema alguno —aplastó el cigarrillo—. Es muy efectivo. Es una copia exacta del prototipo del KGB.

Después de un momento, Sinders comentó:

—Es una lástima que deban usarse estos métodos. Muy lamentable. En realidad es repugnante. Yo prefería que las cosas fueran como cuando... bueno, en fin, creo que aun entonces, nuestra profesión nunca fue lo que podría llamarse limpia.

—¿Se refiere a la época de la guerra?

—Sí. Debo decir que prefiero aquellos procedimientos. En ese entonces no había hipocresía de parte de nuestros jefes... ni de los medios de comunicación. Todo el mundo entendía que estábamos en guerra. Pero hoy, cuando nuestra supervivencia misma está amenazada... —Sinders dejó de hablar y señaló con el dedo—. Mire, Roger, ¿no es ése Rosemont? —el norteamericano estaba de pie en

compañía de otro hombre, junto a la puerta de salida.

—Sí, sí, él es. El que lo acompaña es Langan, el hombre del FBI —explicó Crosse—. Anoche accedí a que uniéramos nuestras fuerzas contra Banastasio, aunque preferiría que esa indecente CIA nos dejara desempeñar nuestra tarea solos.

—Sí. En realidad están volviéndose muy difíciles.

Crosse recogió su intercomunicador y emprendió por delante el camino hacia afuera.

—Stanley, lo tenemos bien cubierto. Anoche convinimos en que nosotros manejaríamos esta parte de la operación y ustedes se encargarían del hotel. ¿De acuerdo?

—Claro, claro, Rog. 'nos días, señor Sinder —con cara sombría, Rosemont presentó a Langan, cuya actitud era también muy tensa —. No estamos estorbándote, Rog, aunque ese vagabundo es un ciudadano nuestro. Esa no es la razón por la que estamos aquí. Yo sólo vine a despedir a Ed.

—¿Ah, sí?

—Sí —confirmó Langan, tan cansado y tenso como Rosemont—. Se trata de esas copias fotostáticas, Rog. De los papeles de K. K. Lim. Debo entregarlos personalmente a mi oficina central. Leí una parte de ellos a mi superior. Por poco no le dio un ataque y un colapso.

—Me lo imagino.

—Sobre tu escritorio hay una petición de que nos dejes tener los originales y...

—Ni esperanzas —se adelantó a contestar Sinders. Langan se encogió de hombros.

—La petición está sobre tu escritorio, Rog. Supongo que tu jefe mandará órdenes del cielo si los nuestros realmente los necesitan. Será mejor que suba al avión. Escúchame, Rog, no tenemos con que agradecerte esto. Nosotros... yo te debo un favor. Esos malditos... ¡Sí, te debo un favor!

Se dieron la mano y el norteamericano salió a la pista de despegue.

—¿Qué parte de la información sacó de quicio a los de arriba, señor Rosemont?

—Todas son mortales, señor Sinders. Es un gran golpe para nosotros. Para nosotros y para el Buró, sobre todo para él. Ed dice

que su hombre casi se puso histérico. Las consecuencias políticas para los demócratas y los republicanos son inmensas. Usted tenía razón. Si el senador Tillman, el candidato presidencial que anda aquí precisamente ahora, pudiera echar mano de esos documentos, nadie podría decir lo que haría —Rosemont no se veía del buen humor característico de su personalidad—. Mi jefe avisó por telex a nuestros contactos en Sudamérica que rodearan por todos lados a Thomas K. K. Lim, así que lo entrevistaremos muy pronto... Usted tendrá una copia del diálogo, no se preocupe. Rog, ¿habría alguna otra cosa?

—¿Perdón?

—Además de estos fragmentos de información, ¿había algunos otros que pudieran sernos útiles?

Crosse sonrió, sin ningún indicio de buen, humor.

—¡Por supuesto! ¿Qué te parecería todo un plan para financiar una revolución en Indonesia?

—¡Jesucristo!

—Sí... O, ¿qué me dirías de unas fotostáticas sobre arreglos para pagos que deberán hacerse en un banco de Francia, en la cuenta de una dama y un caballero vietnameses muy importantes, por favores específicos ya otorgados?

Rosemont estaba pálido como la cera.

—¿Qué otra cosa?

—¿No te basta eso?

—Pero... ¿hay más?

—¡Por amor dé Dios, Stanley! ¡Claro que hay más... ¡Tú lo sabes, nosotros también. Siempre habrá más.

—¿Podemos tener esa información ahora?

Sinders intervino: ¿Qué pueden ustedes hacer por nosotros?

Rosemont los miró sin parpadear. —Durante la comida podemos ha...

El intercomunicador hizo su ruido característico para dejar entrar un mensaje:

—Nuestro blanco ha recogido su equipaje y está saliendo de la oficina aduanal. Se dirige a la zona de taxis... ahora va... ahora va... ¡Ah, alguien le ha salido al encuentro! Es un chino, bien parecido, viste ropa muy cara... no lo reconocemos... Están subiendo a un Rolls. La matrícula es HK... ¡Ah, es la limosina del hotel! Los dos

hombres han entrado en el vehículo.

Oprimiendo el botón transmisor, Crosse advirtió:

—Consérvate en esta frecuencia —y él cambió la suya; se oyó un poco de estática y el ruido amortiguado de vehículos y sonidos de la calle.

La cara de Rosemont se iluminó.

—¿Pusiste micrófono en la limosina?

Crosse asintió con la cabeza. Rosemont exclamó:

—¡Eres grande, Rog... a mí se me habría escapado esa!

Escucharon... Luego entraron las voces con toda claridad:

—...bueno de tu parte haber venido a encontrarme, Vee Cee —estaba diciendo Banastasio—... Pero, ¡qué diablos!, no debiste haberte tomado semejante molestia.

—¡Oh! Para mí es un placer —replicó la voz muy bien educada—. Podemos ir hablando en el auto. Tal vez eso te ahorre el trabajo de venir a la oficina, y luego en Ma...

—Sí, sí, claro —interrumpió el norteamericano—. Escúchame, Vee Cee, tengo algo para ti...

Se oyeron unos sonidos amortiguados y luego un silbido agudo que dominó toda la transmisión, borrando por completo la claridad de los ruidos y las voces. Sin dilación, Crosse cambió de frecuencia, pero las demás funcionaban a la perfección.

—¡Mierda de hombre! Está utilizando una máquina de afeitar portátil para estorbarnos la recepción —comentó Rosemont con rabia—. ¡Ese cerdo es un profesional! Apuesto cincuenta contra un céntimo a que arruinará todos los micrófonos que le hemos puesto! Les aseguro que cuando vuelvan a entrar a este canal, todo lo que digan no será más que una maldita charla intrascendente. Te dije que Banastasio era algo especial.

63
10:52 a.m.

—Tai-pan, el doctor Samson llama desde Londres. Está en la línea 3.

—Gracias, Claudia —oprimió el botón—. ¡Hola, doctor! Está despierto, a horas muy avanzadas de la noche.

—Acabo de volver del hospital. Lamento no haber llamado antes. ¿Usted me hablaba para saber de su hermana, la señora Gavallan?

—Sí. ¿Cómo está?

—Mire, señor... Hemos iniciado otra serie rigurosa de pruebas. Mentalmente debo decir que está en magníficas condiciones. Temo que en lo físico no pueda decirse lo mismo.

Dunross escuchaba con aflicción mientras el médico entraba en detalles sobre la esclerosis múltiple, y le decía que en realidad nadie sabía mucho sobre ella. Que no se conocía un método curativo y que la enfermedad progresaba a base de saltos descendentes... una vez que se producía algún deterioro del sistema nervioso, no era posible volver a subir a niveles anteriores con los medicamentos de que disponía la ciencia.

—Me he tomado la libertad de llamar al profesor Klienberg, de la clínica en la UCLA en Los Ángeles, para una consulta... Es el experto número uno en todo el mundo en esta enfermedad. Tenga usted la completa seguridad de que haremos todo lo que podamos por la señora Gavallan.

—Parece que no puede hacerse nada en absoluto...

—Bueno... La gravedad del mal no es tan desesperada, señor. Si la paciente se cuida, descansa y actúa de manera razonable, puede tener una vida normal durante muchos años.

—¿Qué tan largos son muchos años? —Dunross pudo notar el prolongado titubeo de su interlocutor... ¡Oh, Kathy... pobre Kathy!

—No lo sé. Muchas veces esta clase de problemas está en manos de Dios, señor Dunross. No todos los pacientes siguen la misma trayectoria. En el caso de la señora Gavallan yo podría dar a usted una respuesta más exacta dentro de seis meses... tal vez en Navidad.

Mientras tanto, la he registrado como paciente de Salud Nacional, así que...

—No. Debe ser una paciente privada, doctor Samson. Por favor mande todas las cuentas a mi oficina.

—Señor Dunross, no hay la mínima diferencia en la calidad de los servicios que me propongo prestarle. Lo único que tiene que hacer es aguardar un poco en mi sala de espera y estar en un pabellón, en lugar de ocupar un cuarto privado en el hospital.

—Por favor, declárela paciente privada. Yo lo preferiría y su esposo también.

Dunross oyó un suspiro y sintió que lo detestaba. Pero el doctor concluyó:

—Muy bien... Tengo todos sus números. Lo llamaré en el instante en que el profesor Klienberg haya terminado su examen y las pruebas estén hechas.

Dunross le dio las gracias y puso el auricular sobre el teléfono. ¡Oh, Kathy! ¡Pobrecita mi Kathy!

Esa madrugada, al levantarse, había hablado con ella y con Penélope. Kathy le había dicho cuánto mejor se sentía y cuán estimulante se había mostrado el doctor Samson. Penn le había dicho más tarde, que Kathy se veía muy cansada.

—No veo las cosas muy bien, Ian. ¿Hay alguna posibilidad de que vinieras acá una o dos semanas antes del 10 de octubre?

—Por el momento no, Penn, pero nunca se sabe.

—Voy a llevar a Kathy a Avisyard, tan pronto como salga del hospital. La semana entrante a más tardar. Allá estará mejor. Esa tierra la hará sentirse mejor, no te preocupes, Ian.

—Penn, cuando llegues a Avisyard, ¿irás al árbol del alarido por mí?

—¿Qué sucede?

Dunross pudo notar la preocupación en el tono de su voz.

—Nada especial, querida —le contestó, pensando en Jacques y en Phillip Chen; ¿cómo podría explicártelo?— No se trata de nada especial, simplemente un poco más de lo mismo. Yo sólo quiero que saludes de mi parte a nuestro verdadero árbol del alarido.

—¿Qué? ¿Nuestra Jacaranda de allá no es buena?

—Oh, sí. Es magnífica, pero no es lo mismo. Tal vez podrías traerte un injerto a Hong Kong.

—No. Mejor lo dejamos donde está. Así tendrás que venir a casa, ¿no es cierto Ian?

—¿Puedo hacer una apuesta por ti esta tarde? —Se produjo otra pausa.

—Diez dólares al caballo que tú elijas. Yo apoyo tu elección. Siempre apoyaré tu elección. Llámame mañana. Te amo... adiós.

Dunross recordaba la primera vez que ella había dicho te amo. Luego, tiempo después, cuando él le había propuesto matrimonio, todos los rechazos reiterados, hasta que al fin, en medio de lágrimas de angustia, había dicho la verdadera razón:

—¡Oh, Dios mío, Ian, yo no soy suficiente para ti. Tú eres de la clase alta, yo no. Mi forma actual de hablar es adquirida. La debo al hecho de haber tenido que salir al campo al principio de la guerra...

¡Oh Dios! No había salido de Londres más que dos veces en toda mi vida, y sólo había llegado a la playa. Fui enviada a un maravilloso albergue, era una casa vieja de Hampshire, donde estaban todas las chicas de una de las mejores escuelas de tu clase más elevada, el albergue se llamaba Byculla. Fue una confesión Ian, mi escuela entera fue a otra parte. Yo fui la única enviada a Bycplla, y sólo entonces me di cuenta de que mi hablar era diverso... quiero decir, diferente... ¿Ves? ¡Todavía se me olvida a veces! ¡Oh, Dios! No tienes idea de lo terrible que es descubrir, cuando todavía se es tan joven que... que una es gente del pueblo, que habla como pueblerina, y que hay diferencias enormes en Inglaterra, en cuanto al modo de hablar... ¡El modo de hablar es tan importante!

—¡Oh, cómo me esforcé por imitar a las demás! Ellas me ayudaron, y había un maestro que era muy bueno conmigo. Traté de incorporarme a la nueva vida, la de ellas, y juré mejorar y nunca retroceder, nunca, nunca, nunca... y no lo haré. Pero no puedo casarme contigo, mi amor... sigamos siendo amantes... Yo nunca sería suficiente para ti.

Sin embargo, llegado el momento, el de ella, se habían casado. Granny Dunross la había persuadido.

Penélope había aceptado, pero sólo después de haber ido sola ante el árbol del alarido. Nunca le había confiado a él lo que había dicho.

Yo soy afortunado —pensó Dunross—. Es la mejor esposa que un hombre pueda tener.

Desde el momento en que había vuelto del hipódromo, a la madrugada, había estado trabajando sin interrupción. Medio centenar de cables. Docenas de llamadas telefónicas internacionales. Incontables llamadas locales. A las 9:30 había llamado al gobernador para exponerle la proposición de Tiptop.

—Tendré que consultar al Ministro —había dicho Sir Geoffrey—. Lo más temprano que puedo llamarlo sería a las cuatro de la tarde. Esto debe mantenerse en el más absoluto secreto. ¡Qué grave es esto! Brian Kwok debe ser muy importante para ellos...

—O tal vez es sólo otra concesión conveniente para el dinero.

—Tan, no creo que el Ministro esté de acuerdo en ese trueque.

—¿Porqué?

—El gobierno de Su Majestad podría considerarlo un precedente, un mal precedente. Yo pensaría así.

—El dinero es vital.

—El dinero es un problema pasajero. Los precedentes por desgracia quedan sentados para siempre. ¿Estuviste en el hipódromo?

—Sí, señor.

—¿En qué condiciones están los animales?

—Todos están magníficos. Alexi Travkin dice que nuestro contrincante principal será Pilot Fish y que la carrera será fácil. Noble Star se encuentra en condiciones espléndidas, aunque nunca ha corrido en terreno mojado.

—¿Lloverá?

—Sí, pero tal vez tengamos suerte, señor.

—Esperemos que así sea. Son tiempos terribles, Ian. Sin embargo, estas cosas nos suceden para probarnos, ¿eh? ¿Piensas asistir al funeral de John?

—Sí, señor.

—Pobre muchacho... Yo también iré.

Esa mañana, en el funeral, Dunross había dicho unas palabras de encomio sobre John Chen, por el prestigio de la Casa de Chen y por todos los antepasados de Chen, que habían trabajado para la Casa Noble durante tanto tiempo y con tanto ahínco.

—Gracias, tai-pan —se había limitado a decir Phillip Chen— y... de nuevo, lo siento...

Más tarde, él había dicho a Phillip Chen en privado:

—Lo siento significa que lo lamentas, pero eso todavía no nos basta para salir de la trampa en la que tu hijo y tú nos hicisteis caer. Tampoco nos quita de encima al malhadado Four Fingers con la tercera moneda.

—¡Lo sé, lo sé! —había reconocido Phillip Chen, frotándose las manos—. Sé muy bien eso y que si no logramos rescatar las acciones, ¡todos estamos arruinados… arruinados! *Oh ko*. Después que tú anunciaste la bonanza yo compré y compré… ¡y ahora estamos arruinados! —Dunross había reaccionado con aspereza:

—Tenemos el fin de semana, Phillip. ¡Ahora escúchame, maldita sea! Podrás reclamar todos los favores que se te deben. Pero quiero que Lando Mata y Tightfist Tung se comprometan a apoyarnos, a más tardar para la medianoche del domingo. Por lo menos con 20 millones.

—Pero, tai-pan, ¿no…?

—Si no tengo eso el domingo a medianoche, ten lista sobre mi escritorio tu renuncia a las 9 de la mañana. Dejarás de ser jefe de personal nativo, tu hijo Kevin y toda tu rama de la familia queda fuera de Struan para siempre y yo escogeré un jefe de personal nativo de otra rama familiar.

Recordando todo aquello, exhaló con fuerza; tenía un intenso sentimiento de odio al pensar que Phillip Chen y John Chen… y tal vez Jacques deVille, habían traicionado su confianza. Fue hacia la cafetera y se sirvió una taza. Ese día no le sabía bien el café. Los teléfonos no habían dejado de sonar.

La mayoría de las llamadas era acerca del derrumbe inminente del Mercado de valores, de la situación de los bancos… Havergill, Johnjohn, Richard Kwang. Nada de parte de Tightfist o Lando Mata… o Murtagh. El único momento luminoso había sido su llamada a David MacStruan, en Toronto:

—David, te necesito aquí para una conferencia el lunes. ¿Puedes…?

La explosión de júbilo le había ahogado la voz.

—¡Tai-pan, en este instante voy ya camino al aeropuerto, hasta…!

—¡Un momento, David!

Le había explicado su plan con respecto a Jacques y su traslado a Canadá.

—¡Seguro, muchachito! ¡Si haces eso, seré tu esclavo para siempre!

—Voy a necesitar algo más que esclavos, David —había advertido con toda intención.

Una larga pausa. La voz al otro lado de la línea se había vuelto más seria y dura:

—Lo que tú quieras, tai-pan. Cuenta con ello. Lo que sea.

Dunross sonreía al recordar a su primo lejano. Dejó que sus ojos se pasearan por el panorama que contemplaba por la ventana. La bahía estaba saturada de neblina. El manto de nubes era espeso y bajo, pero todavía no había trazas de lluvia. Muy bien —pensó—... Mientras no caiga antes de terminar la quinta carrera. Después de las 4 de la tarde ya puede llover. Quiero aplastar a Gornt con su Pilot Fish y... ¡Oh, Dios! permite que el First Central me haga efectivo lo del dinero... O, si no ellos, Lando Mata o Tightfist... ¡O Par-Con! Tu juego de azar está cubierto —se dijo en tono estoico —... Con todos los medios a tu alcance... ¿Y Casey? ¿Estará poniéndome una trampa, como Bartlett? ¿Y como Gornt? ¿Qué decir de...?

Se oyó el chasquido del intercomunicador.

—Tai-pan, la persona citada para las once está aquí.

—Claudia, entra un momento —sacó de su cajón un sobre con los mil dólares y se lo dio—. Dinero para apuestas. Tal como te lo había prometido.

—¡Oh, gracias, tai-pan! —en su rostro jovial se distinguían unas líneas de preocupación, y su sonrisa estaba envuelta en sombras. —¿Estarás en el palco de Phillip?

—¡Oh, sí, sí. El tío Phillip me invitó. Se... se le ve muy intranquilo —insinuó.

—Es el asunto de John...

Dunross no estaba seguro de que ella supiera todo. Es probable que se haya enterado ya —pensó—, o que se entere pronto. En Hong Kong no hay secretos. Luego le preguntó:

—¿Qué presientes?

—Winner's Delight en la primera, Buccanneer en la segunda.

—¿Dos extraños? —la miró sin parpadear— ¿Has tenido información confidencial?

—Oh, no, tai-pan —un poco de su acostumbrado buen humor le

volvió al rostro—. Me baso sólo en la forma.

—Y... ¿en la quinta?

—No voy a apostar en la quinta, pero todas mis esperanzas están puestas en Noble Star —luego añadió en tono de preocupación—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar, tai-pan? ¡Lo que sea! La Bolsa de valores y... de alguna manera tenemos que hacer pedazos a Gornt...

—Mis sentimientos hacia Gornt son más bien de simpatía... ¡semejante *fang-pil* —la obscenidad cantonesa resultó pintoresca, Claudia no pudo menos de reír; él añadió: —Ahora haz pasar a la señora Gresserhoff.

—Sí, sí tai-pan —asintió Claudia— y... ¡gracias por este *h'eung yau*!

Un momento después, Dunross se puso de pie para recibir a su visitante. Era la mujer más hermosa que hubiera visto.

—*¿Ikaga desu ka?* —le preguntó atónito, en correcto japonés.

El saludo significaba "¿cómo está usted?" Dunross no podía salir de su asombro al pensar que hubiera podido estar casada con Alan Medford Grant cuyo nombre, que Dios nos ayude, se suponía que era Hans Gresserhoff.

—*Genki*, tai-pan. *Domo. ¡Genki desu! ¿Anatawa?* (Muy bien, tai-pan, gracias. ¿Y usted?)

—*Genki.*

Le devolvió la ligera inclinación del saludo, pero no le dio la mano. Notó, sin embargo, que tenía manos y pies diminutos y piernas largas. Charlaron un momento. Luego él cambió a inglés con una sonrisa.

—Su japonés es magnífico, tai-pan. Mi esposo no me dijo que usted fuera tan alto.

—¿Puedo ofrecerle un café?

—Gracias... pero, por favor, déjeme servirlo, también para usted.

Antes que él pudiera detenerla, ella estaba ya frente a la bandeja con el juego de café.

Vio cómo lo servía con delicadeza. Le ofreció la primera taza con una ligera reverencia.

—Por favor...

Riko Gresserhoff, o Riko Anjin, medía escasamente 1.50 m. Sus proporciones eran perfectas, llevaba el pelo corto y su sonrisa era

encantadora. Pesaba alrededor de 41 kilos. Su blusa y falda eran de color castaño rojizo, de corte francés fino.

—Gracias por el dinero de los gastos que me dio la señorita Claudia.

—No es nada. Debemos a su… a la cuenta de su esposo unas 8,000 libras esterlinas. Le tendré preparado para mañana un cheque de caja.

—Gracias.

—Mi posición ante usted es de desventaja, señora Gresserhoff. Us…

Por favor llámeme Riko, tai-pan.

—Muy bien, Riko-san. Usted me conoce a mí, pero yo no sé nada de su persona.

—Sí. Mi esposo me advirtió que le dijera todo lo que usted quisiera saber. Me indicó que en cuanto estuviera segura de que usted era el tai-pan, le entregase un sobre que traigo de parte de él para usted.

—¿Puedo traerlo más tarde? —de nuevo la leve sonrisa interrogante— ¿Por favor?

—Yo regresaré con usted y lo recogeré.

—¡Oh, no! Sería demasiada molestia. Tal vez puedo traérselo después de la comida. Por favor.

—¿De qué tamaño es el sobre?

Las minúsculas manos midieron el aire. Luego explicó:

—Es un sobre ordinario, pero no muy grueso. Puede guardarlo con facilidad en el bolsillo —volvió a sonreír.

—Tal vez usted quisiera… voy a proponerle algo —le dijo, todavía fascinado con su presencia—. Dentro de un par de minutos, yo la enviaré en automóvil a su hotel. Usted puede recoger el sobre y volver luego con él— después, sabedor de que la oferta trastornaría el orden de los asientos, pero haciendo caso omiso de eso, propuso—. ¿Le gustaría acompañarnos a comer en las carreras?

—¡Oh! Pero… pero tendría que mudarme de ropa y… oh, gracias, pero no, sería demasiada molestia para usted. Tal vez podría entregarle la carta más tarde… o mañana. Lo único que mi esposo dijo fue que debía quedar en sus manos.

—No tiene necesidad de mudarse de ropa, Riko-san. Está encantadora. ¡Oh! ¿Tiene un sombrero?

Desconcertada, pidió una explicación: —¿Perdón...?

—Sí... es... ehm... es costumbre que las damas asistan a las carreras con sombrero y guantes. Es una costumbre necia, pero... ¿tiene usted sombrero?

—¡Oh, sí! Toda dama tiene un sombrero. Por supuesto.

Lo inundó una sensación de alivio. Luego ratificó:

—Entonces, está arreglado.

—Bueno. Si usted lo dice —se levantó— ¿Debo irme ahora?

—No. Si tiene tiempo, le ruego que tome asiento. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Cuatro años. Hans... —titubeó; luego dijo con decisión— Hans me indicó que se lo dijera, pero sólo a usted, en caso de que él muriera y yo tuviese que venir acá, que nuestro matrimonio fue de conveniencia.

—¿Qué cosa?

Se ruborizó un poco, pero continuó:

—Por favor discúlpeme, pero era mi deber decírselo. Nos convenía a los dos. Yo obtenía un pasaporte suizo con la ciudadanía, y el contaba con alguien que lo atendiera cuando viajara a Suiza. Yo... yo no quería matrimonio, pero él me lo pidió muchas veces y... e hizo hincapié en que sería una protección para mí cuando él muriera.

Dunross estaba atónito.

—¿Sabía él que iba a morir?

—Así lo creo. Dijo que el contrato conyugal era sólo por cinco años, pero que no tendríamos hijos.

Me llevó con un abogado de Zurich, que preparó el contrato de un lustro —abrió el bolso de mano y con dedos temblorosos, pero con voz firme, sacó un sobre y siguió explicando—. Hans me dijo que le diera estos papeles. Son copias del contrato. Mi... mi acta de nacimiento y de matrimonio, su testamento y su acta de nacimiento —tomó también un pañuelo desechable y lo oprimió contra la nariz — por favor discúlpeme.

Con todo cuidado desató la cinta que sujetaba el sobre y sacó una carta. Dunross la recibió. Reconoció la escritura de AMG: «Taipan, ésta confirma que mi esposa, Riko Gresserhoff, Riko Anjin, es la persona que afirma ser. Merece y mereció siempre a alguien mejor que yo. Si necesita alguna ayuda, por favor, por favor, por

favor...» Firmaba Hans Gresserhoff.

—Yo no merezco nada mejor, tai-pan —dijo ella, con voz triste, un poco insegura—. Mi esposo fue bueno conmigo. Muy bueno, y yo lamento mucho que haya muerto.

Dunross la observaba con atención.

—¿Estaba enfermo? ¿Sabía que moriría de alguna enfermedad?

—No lo sé. Nunca me lo dijo. Una de sus peticiones antes que... antes de casarme con él fue que no le haría preguntas, ni trataría de saber adónde había ido, por qué, o cuándo pensaba volver. Yo tenía que aceptarlo simplemente tal cual era —un ligero estremecimiento la recorrió—. Era muy arduo vivir así.

—¿Por qué convino en vivir en esa forma? ¿Por qué? Estoy seguro de que no tenía necesidad. ¿Me equivoco?

Una vez más, Riko titubeó antes de contestar.

—Nací en Japón en 1939, y siendo todavía niña fui con mis padres a Berna. Mi padre era funcionario subalterno en la embajada de esa ciudad. En 1943 él volvió a Japón, pero dejó a la familia en Ginebra.

Nuestra familia... es de Nagasaki. En 1945 perdimos a mi padre y a toda la familia. No quedaba nada que nos hiciera volver, y mi madre quiso permanecer en Suiza. Por eso fuimos a vivir a Zurich con un buen hombre que murió hace cuatro años. El... ellos pagaron mi escuela y me mantuvieron, y fuimos una familia feliz. Durante muchos años supe que no estaban casados, pero ellos fingían lo contrario y yo también. Cuando murió, no había dinero... o era muy poco. Hans Gresserhoff era conocido de este hombre, mi... padrastro. Se llamaba Simeon Tzerak. Era un expatriado, tai-pan, un apátrida de Hungría, que se había establecido en Suiza. Antes de la guerra había sido contador, decía él, en Budapest. Mi madre concertó mi matrimonio con Hans Gresserhoff —en ese momento, levantó la mirada del suelo para fijarla en Dunross—. Fue ... fue un buen matrimonio, tai-pan; yo al menos procuré con empeño ser todo lo que mi esposo y mi madre querían que fuera. Mi *giri*, mi deber era obedecer siempre a mi madre, *¿neh?*

—Sí —convino en tono amable.

Entendía aquella palabra *giri*, la más japonesa, la más importante de todas, la que sintetiza toda una herencia y una forma de vivir.

—Usted ha desempeñado su *giri* a la perfección, estoy seguro. ¿Cuál dice su madre que es su *giri* ahora?

—Mi madre ha muerto, tai-pan. Cuando murió mi padrastro, ella no quiso seguir viviendo. En el momento en que yo me casé, ella subía a la montaña, para lanzarse con los esquíes por un precipicio.

—¡Qué terrible!

—¡Oh, no, tai-pan! Fue magnífico. Murió como ella lo deseaba, a la hora y en el lugar que ella había escogido. Su hombre había muerto. Yo estaba a salvo, ¿Qué más tenía que hacer?

—Nada —aceptó Dunross, al notar la suavidad de su voz, la sinceridad y la serenidad.

Le vino a la memoria la palabra japonesa *wa* armonía. Eso era esa chica —pensó—: armonía. Tal vez eso es lo hermoso de su persona. ¡Ah, sí... que yo pudiera adquirir semejante *¡wa!* En ese momento, sonó uno de sus teléfonos.

—Dime, Claudia.

—Habla Alexi Travkin, tai-pan. Perdóname, pero dice que es importante...

—Gracias —dirigiéndose a la joven japonesa, dijo—. Discúlpeme un momento... Dime, Alexi.

—Me apena interrumpirte, tai-pan, pero Johnny Moore está enfermo y no podrá cabalgar —era su jockey principal.

La voz de Dunross sonó áspera:

—Parecía estar muy bien esta mañana.

—Tiene una calentura de 39.2°. Dice el doctor que podría ser un envenamiento por algo que comió.

—¿Quieres decirme que alguien lo ha intoxicado, Alexi?

—No lo sé, tai-pan. Lo único que sé es que a nosotros no nos servirá hoy.

Dunross vaciló. Sabía que él era mejor que sus demás jockeys, aunque el peso adicional que Noble Star habría tenido que llevar sería en desventaja para el animal. ¿Deberé hacerlo o no?

—Alexi... Prepara a Tom Wong. Decidiremos antes de la carrera.

—Sí. Gracias.

Dunross dejó el auricular y observó:

—Anjin es un nombre interesante... significa piloto, simplemente piloto o gobernalle, ¿no es así?

—La leyenda de mi familia dice que uno de nuestros

antepasados era un caballero inglés que se convirtió en samurái y consejero del Shogun Yoshi Toranaga, hace muchos, muchos años, sí, muchísimo tiempo. Tenemos muchas historias, pero dicen que primero tenía un feudo en Hemi, cerca de Yokohama, y luego fue con su familia a Nagasaki, como inspector general de todos los extranjeros —de nuevo, la suave sonrisa, un encogerse de hombros y la punta de la lengua que le mojaba los labios—. Es sólo leyenda, tai-pan. Se supone que contrajo matrimonió con una noble dama llamada Riko —su risa franca llenó el estudio—. ¡Usted conoce a los japoneses! Un *gai-jin*, un extranjero que se casa con una noble dama... ¿Cómo podría ser eso? En fin, es una historia agradable y una explicación del nombre, *¿neh?*

Riko se puso de pie. Dunross hizo lo mismo.

—Creo que es hora de irme, ¿sí?

No... fue lo que él hubiera querido decir.

* * *

El Daimler negro se detuvo frente a la puerta del V y A, discretamente rematada con el escudo de armas de Struan. Casey y Bartlett esperaban en la cima de la escalinata. Ella llevaba un vestido verde y se sentía incómoda con el sombrero verde esmeralda y los guantes blancos. Bartlett lucía una corbata azul que armonizaba con su bien cortado traje, de hombros anchos. La expresión de ambos era seria.

El chófer se les acercó y preguntó:

—¿El señor Bartlett?

—Sí. ¿Esta es nuestra limosina?

—Sí, señor. Discúlpeme, señor pero, ¿traen los dos sus distintivos y sus invitaciones?

—Sí. Aquí están —contestó Casey.

—Muy bien. Discúlpenme, pero sin ellos... Me llamo Lim. La... ehm... la costumbre es que el caballero se sujete los dos distintivos a la solapa y las damas lleven un fistol.

—Lo que usted diga —comentó Bartlett.

Casey entró al asiento posterior y Linc la siguió. Se sentaron muy lejos el uno del otro. Sin decir palabra empezaron a sujetar los distintivos individuales.

Con mucha delicadeza, Lim cerró la puerta, observando la atmósfera fría que reinaba entre ellos y riendo en su interior. Cerró también la ventana eléctrica que separaba; un asiento de otro y encendió su micrófono.

—Si desea hablar conmigo, señor, no tiene más que utilizar el micrófono que está arriba de usted.

Miró por el espejo retrovisor y vio que Bartlett encendía el aparato un momento.

—Entendido, gracias, Lim.

Ya en medio del torrente de vehículos, Lim extendió la mano y tocó un interruptor oculto bajo el tablero. En el acto, la voz de Bartlett se oyó por el intercomunicador.

—¿Irá a llover?

—No tengo idea, Linc. La radio dijo que sí, pero todo el mundo está orando —hubo un momento de vacilación y luego una observación en tono frío—. Sigo creyendo que te equivocas.

Lim se acomodó satisfecho en su asiento. Su hermano mayor, hombre de toda su confianza, Lim Chu, mayordomo de los tai-pans de la Casa Noble, había proveído a que otro hermano menor, experto en mecánica eléctrica, instalara aquel interruptor de paso, de suene que él pudiera oír lo que decían sus pasajeros. El dispositivo había sido muy caro, y su objeto era proteger al tai-pan. El hermano mayor Lim había dado órdenes de que nunca se usara cuando el tai-pan fuera en el automóvil. Nunca... nunca, nunca. Y jamás se había usado en esas circunstancias. Sin embargo... Lim se sentía inquieto al pensar que pudieran sorprenderlo, pero su deseo de enterarse... ¡desde luego, con miras a proteger!, se sobrepuso a su ansiedad. ¡Oh, oh, oh! —se dijo, ahogando la risa—. ¡Se ve que Vello Púbico Dorado está furiosa! Casey estaba fuera de sí.

—Dejemos esto a un lado, Linc, ¿de acuerdo? —sugirió—. Desde nuestra reunión del desayuno, has estado como un oso sentado sobre espinas.

—¿Y tú que me dices? —replicó él con la misma indignación—. Nos asociaremos con Gornt, exactamente como yo lo quiero.

—Este trato es mío. Lo dijiste cincuenta veces, lo prometiste. Antes siempre me habías escuchado, ¡Por Dios, Linc, estamos del mismo lado! Yo sólo estoy tratando de protegerte. Sé que estás en un error.

—Tú crees que estoy en un error. |Y todo por Orlanda!

La cara de Bartlett tenía una expresión fría. Prosiguió:

—Nunca hemos tenido un altercado grave, Casey, pero si quieres votar sobre tus acciones, ¡yo voto sobre las mías y te encontrarás sentada en un brasero antes que puedas contar hasta diez!

Casey sentía que el corazón quería salirsele. Desde la reunión del desayuno con Seymour Steigler, el día había sido muy pesado. Bartlett estaba inflexible en cuanto a sostener que su mejor oportunidad era con Gornt, y nada que ella pudiera decirle lo haría cambiar de opinión. Después de una hora de inútiles tentativas, Casey había dado la reunión por concluida y se había retirado, para ocuparse en una serie de mensajes de telex llegados durante la noche. Luego, recordándolo en el último momento, había salido a toda prisa a comprarse el sombrero.

Al encontrar a Bartlett en el vestíbulo, con gran temor de su parte, y deseando que el sombrero le gustara, había empezado a hacer las paces, pero él la había interrumpido:

—Olvídalo —le había dicho—. Está visto que no vamos de acuerdo... ¿Qué importa?

Ella había esperado y esperado, pero él ni siquiera se había dado cuenta de lo que intentaba.

—¿Qué opinas?

—Ya te lo dije, que Gornt es lo mejor para nosotros.

—Me refiero a mi sombrero.

Ella había notado su mirada de asombro:

—¡Oh! ¡Eso es lo que te hace cambiar! ¡Oye, está muy bien!

Casey había sentido el impulso de arrancárselo y arrojárselo a la cara. Pero se había dominado.

—Es parisiense —había dicho con desgano—... ¿Recuerdas que la invitación decía sombrero y guantes? Es una ridiculez, pero Ian me dijo que...

—¿Qué te hace pensar que pueda salir de la trampa?

—Que es sagaz... y es el tai-pan.

—Gornt lo ha obligado a correr.

—Así parece. Por eso, dejemos el asunto por ahora. Tal vez sea mejor que esperemos afuera. El auto llegará a las doce en punto.

—Un momento, Casey... ¿Qué estás fraguando?

—¿De qué me hablas?

—Te conozco mejor que nadie. ¿Qué traes entre manos?

Casey titubeó, sintiéndose insegura, preguntándose si debería revelar el plan del First Central. Pero... no hay razón para hacerlo —se había dicho, tranquilizándose—. Si Ian consigue el crédito y logra escabullirse de la trampa, yo seré la primera en saberlo. Me lo prometió él. Luego Linc puede cubrir sus dos millones con Gornt y pueden rescatar lo vendido, para cubrir su venta al descubierto, y tener ganancias ingentes. Al mismo tiempo, Ian, Linc y yo podemos entrar, al nivel ínfimo del mercado y dar nuestro gran golpe. Yo seré la primera en saberlo, después de Murtagh y Ian. Ian me lo prometió.

Sí. El lo prometió. Pero... ¿puedo fiarme de él?

Una ola de náusea la invadió. ¿Es posible confiar en alguien del mundo de los negocios aquí... o en cualquier otra parte? ¿Hombre o mujer?

La noche anterior, durante la cena, ella había confiado en él. Bajo la influencia del vino y de los magníficos platillos, le había hablado de su relación con Linc y del convenio que los dos habían hecho.

—Es un poco duro, ¿no crees? Yo diría que sí... para ambos.

—Sí... sí y no. Los dos tenemos más de veintiún años, Ian, y yo deseaba mucho más que ser sólo la señora Bartlett, la madre-amante-sirviente-lavaplatos-lavapañales-esclava-sujeta a la casa».. ¡Eso es lo que acaba con cualquier mujer! Siempre 'se la deja'... en casa, por supuesto. Por eso el hogar se vuelve una prisión al final de cuentas, te enloquece, te tiene atrapada... ¡hasta que la muerte nos separe! Lo he visto demasiadas veces.

—Alguien tiene que ver por el hogar y los hijos. Es tarea del hombre procurar el sustento.

—Sí. La mayoría de las veces. Pero no en mi caso. Yo no estoy dispuesta a aceptarlo y no creo que haya nada malo en desear un género de vida diferente. Yo soy la que gana el sustento de mi familia. El marido de mi hermana murió, así que queda ella con sus hijos, y mi mamá y mi tío entran también. Yo tengo cultura y soy buena para los negocios. Mejor que la mayoría. El mundo está cambiando, todo está cambiando, Ian.

—Como te dije antes: aquí no, ¡gracias a Dios!

Casey recordaba cómo se había preparado para devolver golpe

por golpe, pero luego había puesto freno a la Casey de antes y había lanzado la pregunta:

—Ian, ¿qué me dices de la Hag? ¿Cómo lo logró? ¿Cuál fue su secreto? ¿Cómo consiguió más igualdad que nadie?

—Tuvo siempre las riendas del dinero en las manos. Sin discusión. ¡Claro! Concedía una posición de apariencia a Culum y a los tai-pans sucesivos, pero se hacía cargo de los libros, contrataba y despedía por medio de él... Ella era la fuerza de esa familia. Cuando Culum estaba a punto de morir, fue fácil convencerlo de que la nombrara tai-pan. Le dio la estampilla de Struan, el sello de la familia y todas las riendas y los secretos. Pero, con gran tino, ella mantuvo todo muy oculto, y después de muerto su marido, no nombró más que a los que podía controlar, y jamás, por un solo momento, dio a ninguno de ellos las riendas del dinero, ni auténtico poder... al menos mientras no estuvo en artículo de muerte.

—Pero, gobernar a través de otro... ¿te parece suficiente?

—El poder es siempre poder, y no creo qué tenga importancia cómo se ejerce, mientras seas realmente tú quien gobierna. Para una mujer, después de cierta edad, el poder sólo es posible mediante el control de los dineros. Pero tú tienes razón en cuanto a tu dinero liberador. Hong Kong es el único lugar del mundo donde puedes conseguirlo para conservarlo. Con dinero, verdadero dinero, puedes ser más igual que cualquiera. Incluso Linc Bartlett. A propósito, me es muy simpático. Lo aprecio mucho.

—Yo lo amo. Nuestra sociedad ha dado resultado, Ian. Creo que ha sido buena para Linc... ¡Oh, sí, así lo espero! Es nuestro tai-pan, y yo no estoy tratando de convertirme en otro. Yo sólo quiero triunfar como mujer. El me ha ayudado de una manera tremenda... ¡claro que sí! Sin él no lo habría logrado jamás. Así pues... estamos en el negocio juntos, hasta mi cumpleaños. El 25 de noviembre de este año. Ese es el día 'D' Ese día, los dos tendremos qué decidir.

—¿Y luego?

—No sé; honradamente, no sé. ¡Oh, yo amo a Linc más que nunca, pero no somos amantes!

Más tarde, al regresar en el transbordador, había sentido una fuerte tentación de preguntarle acerca de Orlanda. Pero luego había decidido no hacerlo.

—Tal vez debí haberlo hecho... —musitó.

—¿Cómo?

—¡Oh! —volvió en sí de sus cavilaciones; para encontrarse en la limosina que iba en el transbordador de vehículos rumbo a Hong Kong—. No me hagas caso, Linc, estaba soñando despierta.

Lo miró y comprobó que estaba más apuesto que nunca, a pesar de que él correspondía con una mirada fría. Eres más atractivo para mí que Ian o Quillan —pensó—. Y sin embargo, en este momento, preferiría compartir la almohada con cualquiera de ellos, no contigo, porque eres un desgraciado.

—¿Quieres hacerlo así? —insistió él— ¿Quieres votar sobre tus acciones contra las mías?

Casey le devolvió la mirada, presa de furia. ¡Mándalo al infierno! —le gritaba la parte endemoniada de su yo—. El te necesita más que tú a él. Tú tienes las riendas de Par-Con, tú sabes dónde están enterrados los cadáveres, tú puedes desbaratar lo que ayudaste a construir. Pero la otra mitad de su ser exigía precaución. Recordó lo que el tai-pan había dicho acerca de este mundo del hombre y del poder… Y acerca de la bruja Hag.

Por eso, bajó la vista un momento y dejó que le rodaran las lágrimas. En el acto, vio el cambio en él.

—¡Por Dios, Casey, no llores! Lo siento —al decir, esto, extendía también los brazos hacia ella—. ¡Oh, Dios! Tú nunca habías llorado… Escúchame, hemos pasado por la prueba del molino una docena de veces, ¡qué digo! ¡Medio ciento! No hay necesidad de que tomemos esta actitud. Nosotros pusimos en guerra a Gornt contra Struan, Al final no hay diferencia. Todavía seremos la Casa Noble… Ahora que, en la línea de vanguardia, Gornt es superior. Sé que tengo razón.

¡Oh, no, no la tienes! —pensó ella, con un sentimiento de satisfacción al experimentar el calor de su abrazo.

64
12:32 p.m.

Brian Kwok lanzaba alaridos desesperados. Estaba fuera de sí del terror. Sabía que se hallaba en la prisión y en el infierno y que habría durado para siempre. Todo su mundo de demencia era sólo un instante de luz interminable y cegadora, todo tenía color de sangre. La celda, con sus paredes, el piso, el techo, todo color rojo sangre, sin puertas ni ventanas. Aquel suelo había sido lavado con sangre, pero además, todas las cosas estaban retorcidas y de cabeza, porque de alguna manera él se hallaba tendido sobre el techo, todo su ser atormentado, tratando con verdadero frenesí de bajar a rastras hasta la normalidad, y siempre volviendo a caer en la inmundicia de su propio vómito. Luego, un instantes después, la tiniebla espesa, voces crueles y vibrantes que morían de risa y ahogaban a su amigo, ahogaban a Robert que pedía a los demonios que pararan, que pararan por amor de Dios(!) Luego, otra vez, aquella luz sangrienta que laceraba la vista y hacía estallar la cabeza. Aquel estar viendo ríos de sangre que no se precipitaban, y aferrarse con desesperación estirándose para alcanzar las sillas y la mesa que se apoyaban en la sangre. Sin embargo, él volvía a caer... siempre volvía a caer. El piso se mezclaba con el techo. Todo estaba al revés, de lado, todo era locura una invención del infierno...

Luz sangrienta, tinieblas, risas y hediondez y más sangre, una y otra vez, y otra más...

Sabía que había empezado a desvariar hacía años. Suplicaba que pararan, que lo dejaran ir, juraba que haría lo que quisieran, pero que lo dejaran ir, que él no era el que buscaban, que no era el condenado al infierno... Es un error, todo es un error. No, no es un error. Yo era el enemigo que era el enemigo.

¿Cuál enemigo? ¡Oh, por favor! Dejen que el mundo se enderece y déjenme tendido aquí donde debo estar tendido, allá arriba, allá abajo... ¿Dónde? ¡Oh, Jesucristo! Robert... ¡Cristo! ayúdenme... ayúdenmeeeee!

—De acuerdo, Brian, aquí estoy. Voy a poner todo en orden. Ya

estoy… ¡Ya estoy poniéndolo todo en orden!

Oía las palabras compasivas que se elevaban de entre el torbellino y ahogaban las risas. La sangre que lo envolvía desapareció. Sintió la mano de su amigo, fresca y amable y se aferró a ella, aunque aterrado al pensar que pudiera ser otro sueño dentro de un sueño, dentro de otro sueño… ¡Oh, Jesucristo, Robert, no me dejen…!

¡Oh, Señor, esto es imposible! ¡Mira, allá! El techo está donde debe estar, y yo estoy aquí, acostado en la cama, donde debo estar, y el cuarto está iluminado con una luz débil, pero suave, como debe ser.

Todo está limpio, las flores… las persianas están abiertas, pero las flores y el agua están bien puestas en el florero y yo estoy derecho… Sí, estoy derecho.

—¡Oh, Jesucristo, Robert…!

—¡Hola, buen amigo! —dijo Robert Armstrong con amabilidad.

—¡Oh, Dios mío, Robert, gracias, gracias… Estoy derecho! ¡Oh, gracias… gracias!

Era difícil hablar. Se sentía débil. Se le habían agotado las fuerzas. Pero era una gloria el solo hecho de estar allí, fuera de la pesadilla. La cara de su amigo se veía borrosa, pero era real. Y… ¡Fumando!

¿Estoy fumando? ¡Oh, sí, sí! Recuerdo que Robert me dejó una cajetilla, aunque esos demonios vinieron, la encontraron y me la quitaron la semana pasada… Gracias a Dios por los cigarrillos…

¿Cuándo fue? ¿El mes pasado? ¿La semana pasada? ¿Cuándo? Recuerdo, sí. Pero Robert volvió y me dio a escondidas de su propio cigarrillo. Eso fue el mes pasado. ¿Fue el mes pasado?

—¡Oh, qué bien sabe esto! ¡Qué bien! Y la paz… sin pesadilla. Robert… Sin ver sangre allá arriba, todo el techo empapado en ella; y ya no acostado allá arriba, sino acá abajo… no en un infierno. ¡Oh, gracias, gracias…!

—Es preciso que me vaya.

—¡Oh, Dios mío, no te vayas! Es posible que vuelvan. No te vayas. Siéntate, quédate, por favor quédate. Mira… hablaremos. Sí, eso es, tú querías hablar… No te vayas, por favor habla…

—De acuerdo, viejo amigo, habla. No me iré mientras hablemos. ¿Qué quieres decirme, eh? Ten por seguro que me quedaré mientras

hablemos. Háblame de Ning-tok y de tu padre. ¿No volviste a visitarlo?

—Oh, sí. Volví a verlo una sola vez. Poco antes de que muriera. Mis amigos me ayudaron. Ellos me ayudaron. No se necesitó más que un día. Mis amigos me ayudaron... Eso fue hace mucho tiempo...

—¿Te acompañó Ian?

—¿Ian? No, fue ... ¿fue Ian? No puedo recordar ... Ian, ¿el tai-pan? Alguien fue conmigo. ¿Eras tú, Robert? ¡Ah, conmigo a Ning-tok! No, no eras tú... tampoco Ian. Era John Chancellor de Ottawa. Él también aborrece a los soviéticos, Robert. Ellos son el gran enemigo. Aun en la escuela, y el demonio Chiang Kai-Shek y sus asesinos Fong-fong y... ¡Oh, qué cansado estoy! ¡Y qué gusto me ha dado verte...!

—Háblame de Fong-fong.

—¡Ah, sí! De él... Era un mal hombre, Robert, él y todo su grupo de espías. Estaban en contra de nosotros, de la República Popular China, y a favor de Chiang. Lo sé. No te preocupes. Tan pronto como lea los... ¿Qué estabas preguntándome? ¿Eh? ¿Qué?

—Fue ese maldito Grant, ¿eh?

—Sí, sí. Era él... Casi me desmayé cuando supo que yo era... yo... ¿dónde estaba? ¡Oh, sí, pero detuve a Fong-fong en el acto...! ¡Oh, sí!

—¿A quién se lo dijiste?

—A Tsu-yan. Se lo dije en secreto a Tsu-yan. El ha vuelto ya a Pekín... Oh, estaba colocado muy alto... Aunque no sabía en realidad quién era yo, Robert. Yo estaba escondido, bien escondido... Entonces fue en la escuela. Mi padre me mandó después que asesinaron al viejo Sh'in... Los malhechores de la secta llegaron y lo azotaron hasta morir, en la plaza de la aldea, porque era uno de nosotros, uno del pueblo, uno de la gente del Jefe Mao. Y cuando estuve en Hong Kong, me hospedé con... con tío... Fui a la escuela... y él me daba clases en la noche. ¿Puedo ya dormir?

—¿Quién era tu tío, Kar-shun, y dónde vivía?

—No... no lo recuerdo...

—Entonces debo irme. La semana próxima volv...

—No. Espera, Robert. Espera. Era Wu Tsa-fing, en... en el Cuarto Callejón de Aberdeen... número 8; el afortunado número 8, en el

quinto piso. Allí. ¡Lo recuerdo! ¡No te vayas!

—Muy bien, viejo camarada. Muy bien. ¿Estuviste mucho tiempo en la escuela de Hong Kong?

Robert Armstrong mantuvo la voz suave y amable. Su corazón seguía dejándose llevar hacia aquél que había sido su amigo. Estaba azorado de ver que Brian se hubiese doblegado tan pronto, con tanta facilidad.

La mente del cliente estaba ya abierta, lista para que él la desarmara. Mantuvo los ojos fijos en el exterior de aquel hombre que yacía sobre el lecho, mientras seguía animándolo a recordar, para que los demás, que escuchaban en secreto, pudieran consignar todos los hechos, los números, los nombres y lugares, las verdades ocultas y las verdades a medias que se derramaban y continuarían vertiéndose, hasta que Brian Kar-shun Kwok quedara reducido a la condición de una cascara. Robert sabía que seguiría sondeando o alentando o amenazando, que se mostraría impaciente o enojado, que fingiría estar a punto de marcharse o maldeciría al carcelero por interrumpirlo, si era necesario. Mientras Crosse y Sinders vigilaban el proceso de extraer la información profunda, él, Robert, no era más que upa herramienta, como lo había sido Brian Kwok con otros que habían utilizado su mente y su talento para sus fines propios. La función de Robert no era más que servir de intermediario, mantener al cliente en continua conversación, hacerlo volver al tema cuando divagara o se volviera incoherente, ser su único amigo y su único sostén en aquel universo irreal, el único que hacía salir la verdad a la superficie ... Como John Chancellor, el de Ottawa. ¿Quién es? ¿Dónde encaja? Todavía no lo sé —se dijo.

Obtendremos todo lo que el cliente tiene ahora —pensó—. Sabremos de todos sus contactos, sus maestros, sus enemigos y sus amigos. Pobre del viejo Fong-fong y sus muchachos. No volveremos a verlos nunca... A menos que se conviertan en agentes del lado contrario. ¡Qué asqueroso e inmundo, negocio este de vender a tus amigos mientras trabajas para el enemigo, que todo el mundo sabe que quiere esclavizarte! en Vancouver era maravilloso, maravilloso, Robert; Había allí una chica que... Sí. Estuve a punto de casarme con ella. Pero Sensible tok... Sensible era mi 489. Vivía... vivía en... ¡oh, sí! Era Pedder Street, en el barrio chino. Era dueño del

restaurante Hoho-tok… Sí, Sensible Tok dijo que debía honrar al Jefe Mao antes que a cualquier *quai loh*… ¡Oh, cuánto la amaba yo! Pero él dijo que habían sido los *quai loh* los que habían profanado a China durante siglos… Tú sabes que eso es cierto… eso es cierto…

—Sí. Eso es cierto —le hizo eco Armstrong, siguiéndole el humor—. ¿Sensible Tok era tu único amigo en Canadá?

—¡Oh, no, Robert! Tengo docenas…

Armstrong escuchó, azorado de enterarse de la riqueza de información sobre el funcionamiento íntimo de la Real Policía Montada del Canadá, y al tener una idea de la amplitud de penetración comunista china en el Continente Americano, en Europa y sobre todo en la costa occidental: Vancouver, Seattle, San Francisco, Los Ángeles, San Diego… Dondequiera que existiese un restaurante o una tienda o negocio, había la posibilidad de alguna presión, de fondos monetarios y sobre todo de conocimientos.

—…y el Wo Tuk, de Gerrard Street en Londres era el Centro donde yo… cuando estaba… ¡Oh, cómo me duele la cabeza! ¡Tengo tanta sed…!

Armstrong le dio el agua que contenía un estimulante. Cuando él o Crosse consideraban que era el momento oportuno, se daba al cliente la bebida para calmarle la sed, era el té chino, de delicado aroma, que era su predilecto. Esa bebida contenía él soporífero.

Luego, quedaba a juicio de Crosse y Sinders lo que debía hacerse. Si era más de lo mismo, más dosis de cuarto rojo o el final del ejercicio para luego, con todo cuidado, traer poco a poco el cliente a la realidad, con todas las atenciones, para que no se le causara una lesión permanente.

Depende de ellos —pensaba Armstrong—. Sinders tuvo razón en querer que se le hiciera presión Cuando todavía tenemos tiempo. El cliente sabe demasiado. Está demasiado bien adiestrado, y si tuviéramos que devolverlo sin conocer todo lo que él sabe… Bueno, habría sido irresponsable de parte nuestra. Tenemos que mantenernos en vanguardia.

Armstrong encendió dos cigarrillos y aspiró el humo del suyo con fuerza. Dejaré de fumar en Navidad. Ahora no puedo. No es posible con todos estos horrores. Habían sido los gritos desgarradores de Brian Kwok, que habían empezado tan pronto, apenas veinte minutos después de entrar en el cuarto por segunda

vez, lo que lo había sacudido en sus cimientos.

Había estado observando a través de los agujeros de espía, junto con Crosse y Sinders, aquella locura de tratar de aferrarse a un techo que era el piso, que era el techo... azorado de que un hombre tan fuerte, tan bien adiestrado como Brian Kwok pudiera doblegarse con tanta rapidez.

—Es imposible —había musitado. —Puede estar fingiendo —decía Sinders.

—No —había replicado Crosse—. Es real. Para él es real. Lo sé. —No creo que sucumba con tanta facilidad—. Lo creerás, Robert.

Luego, cuando habían sacado a Brian Kowk del cuarto rojo, para llevarlo a su celda, limpia y bien arreglada, mientras el cuarto rojo era aseado y arreglado, Roger Crosse había dicho:

—Muy bien, Robert. Haz la prueba y verás.

—No. No, gracias. Esto parece algo sacado de *The Cabinet of Dr. Caligari* —había musitado— ¡No, gracias!

—Por favor haz la prueba. Un minuto. Es una experiencia importante para ti. Es posible que un día ellos te atrapen a ti. Los del otro lado. Debes estar preparado. Un minuto podría salvar tu salud mental. Haz la prueba, para tu propia seguridad.

Por eso había accedido. Habían cerrado la puerta. Aquel cuarto era de color rojo escarlata, pequeño, pero todo en él estaba inclinado.

Todas las líneas torcidas, los ángulos mal hechos, en una esquina, el piso se juntaba con el techo, todas las perspectivas eran falsas. Ningún ángulo correcto. El techo inclinado muy en lo alto era una hoja nítida de vidrio escarlata. Encima de él corría agua que volvía a aprovecharse y a pasar de nuevo.

Pegadas a esa superficie inclinada del techo de vidrio había sillas color escarlata y una mesa, con unas plumas y papeles dejados al azar sobre la mesa. En las sillas había cojines, también color rojo escarlata, para hacer parecer que era el piso. Cerca había un puerta falsa, casi abierta de par en par.

Tiniebla repentina. Luego el rayo luminoso cegador y el impacto hiriente del rojo subido. Oscuridad, rojo escarlata, negrura, rojo escarlata. Sin quererlo, Robert avanzó a tientas, en busca de la realidad de la mesa y las sillas, el piso y la puerta. Tropezó y cayó, incapaz de recuperar el sentido de orientación.

Arriba agua, el vidrio se desvanecía. Sólo aquella locura rojo escarlata del agua por encima del piso. Tinieblas, y luego las voces que retumbaban… después, otra vez el infierno rojo. Su estómago le dijo que estaba de cabeza, aunque su mente insistía en asegurarle que era sólo un truco, que cerrara los ojos, que no era más que un truco. Es un truco… es un truco…

Después de una eternidad, cuando al fin se encendieron las luces normales y la puerta verdadera se abrió, él yacía sobre el piso auténtico; presa de la náusea.

—¡Desgraciado! —había rugido contra Crosse, aunque apenas podía hablar— ¡Dijo que sería un minuto, cerdo mentiroso!

Le dolía el pecho y luchaba por ponerse de pie; no podía dejar de dar vueltas, a duras penas se mantenía sobre los pies y no podía dejar de vomitar.

—Perdóname, pero no fue más que un minuto, Robert —insistió Crosse.

—¡No lo creo!

—En verdad fue así —confirmó Sinders—. Yo mismo lo medí. ¡Es cierto! ¡Esto es extraordinario! ¡De la máxima eficacia!

Armstrong volvió a sentir que el pecho se le hinchaba por el recuerdo del agua encima de él, con la mesa y las sillas. Hizo a un lado esos pensamientos para concentrarse en Brian Kwok, convencido de que lo había dejado divagar lo suficiente y que era hora de hacerlo volver a asuntos de interés.

—¿Qué me decías? ¿Que pasaste nuestros expedientes a tu amigo Bucktooth Lo?

—Bueno, no. No era… Estoy cansado, Robert, cansado… ¿Qué arr…?

—Si tú estás cansado, ¡yo me voy! —se puso de pie y vio que la cara del cliente palidecía— El mes entrante vol…

—¡No, no, por favor no te vayas! Ellos, ¡no, no te vayas, por favoooor!

Armstrong volvió a sentarse para seguir el juego. Sabía que era injusto, y que a un cliente tan desorientado, podía darle cualquier indicio, hacerlo decir cualquier cosa a su arbitrio.

—Me quedaré aquí mientras sigas conversando, viejo amigo. Me hablabas de Bucktooth Lo, ¿el hombre del Princes Building? ¿Era él el intermediario?

—No… no él… sí, en cierto sentido… El doctor Meng… Él recogía cualquier paquete que yo dejaba. Meng nunca supo que yo… que era yo… Los arreglos se hacían siempre por teléfono o por carta. El los llevaba a Lo, que recibía una paga… A Bucktooth Lo también se le pagaba para que los llevara a otro hombre. No sé quién era… No sé…

—¡Vamos, Brian, yo creo que sí sabes! No creo que quieras que yo me quede aquí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí quiero, sí! ¡Te lo juro! Bucktooth… Bucktooth sabía… o tal vez Ng, Vee Cee Ng, Photographer Ng está de nuestro lado, él está con nosotros, Robert. Pregúntale a él. Él sabrá…

El estaba con Tsu-yan, encargado de importar torios…

—¿Qué son los torios?

—Metales de las tierras raras para… para atómicas, para nuestras atómicas… ¡Oh, sí! Tendremos nuestras propias bombas A y nuestras bombas H en unos meses… —le dio un ataque incontrolable de risa— Las primeras en unas semanas… Nuestra primera explosión será en unas semanas. Bueno, claro, no será perfecta… es la primera. Pero pronto, una bomba H, docenas, Robert, pronto tendremos las nuestras para defendernos de esos hegemonistas que amenazan con borrarnos del mapa, ¡en unas semanas! ¡Dios santo, Robert! Piensa en eso. El Jefe Mao lo ha logrado. El lo ha logrado. El lo ha hecho… Sí. Y el año entrante, bombas H y luego, ¡amigo! recuperaremos nuestros territorios…

¡Oh, sí! Con atómicas, borraremos del mapa los de ellos… Los borraremos, Joe va a colaborar. Joe Yu va a… ¡Oh, los detendremos ahora mismo! Detendremos… Los detendremos y recuperaremos nuestros territorios —estiró la mano y tomó el brazo de Armstrong, pero no tenía fuerza en los dedos—. ¡Escúchame, estamos ya en guerra, nosotros y los soviéticos! Me lo dijo Chung Li. El es mi emergencia… em… em:.. contacto… Hay una guerra… Están haciéndonos disparos, ahora mismo.

En el norte, divisiones, no patrullas, cerca del Amur. Están… están matando más chinos y robándonos más tierras pero… pero no será por mucho tiempo.

Se dejó caer hacia atrás, vencido por la debilidad, y empezó a farfullar incoherencias. Su mente deliraba.

—¿Atómicas? ¿El año que entra? ¡No lo creo! —comentó Armstrong, pretendiendo sentir desprecio por lo que su amigo decía.

Sin embargo, en realidad estaba atónito ante el torrente incesante de información que no dejaba de fluir, atónito porque Brian daba santo y seña... y nombres. ¡Jesucristo! ¿Bombas A en unos cuantos meses? ¿En unos cuantos meses? Al mundo se le ha dicho que faltan diez años para eso. ¿China con bombas A y bombas H?

Con toda cautela, dejó que Brian fuera apagándose y luego observó al azar:

—¿Quién es Joe, Joe Yu?

—¿Quién?

Vio que Brian Kwok se daba vuelta y lo miraba sin parpadear, con ojos extraños, diferentes, que lo escrutaban atentos. En el acto, se puso en guardia y se preparó.

—Dije Joe Yu —repitió, todavía con más indiferencia.

—¿Quién? Yo no conozco a ningún Joe Yu... no... ¿Qué... qué... qué estoy haciendo aquí? ¿Qué es este lugar? ¿Qué está pasando? ¿Yu? ¿Por qué... por qué habría de conocerlo? ¿Quién?

—Ninguna razón —contestó Armstrong, tranquilizándolo—. Toma, aquí hay más té. Debes tener mucha sed, viejo camarada.

—Oh, sí... sí estoy... ¿dónde...? ¡Dios mío! ¿Qué está pa... pasando...?

Armstrong le ayudó a beber. Luego le dio otro cigarrillo y lo tranquilizó un poco más. En unos momentos, Brian Kowk estaba profundamente dormido. Armstrong se enjugó las palmas de las manos y la frente. Él también estaba exhausto.

La puerta se abrió. Entraron Sinders y Crosse.

—¡Muy bien, Robert! ¡De veras magnífico! —lo felicitó Sinders, muy excitado.

—Sí —aprobó Crosse—. Yo también sentí que empezaba a volver en sí. Tu uso del tiempo fue perfecto.

Armstrong no decía nada. Se sentía una inmundicia.

—¡Dios mío! —exclamó Sinders— Este cliente es oro puro. El Ministro se pondrá feliz. ¡Atómicas en unos cuantos meses y una guerra de guerrillas en este mismo momento! ¡Con razón nuestra Comisión Parlamentaria Comercial hizo tantos progresos!

¡Excelente, Robert, sencillamente excelente!

—¿Cree usted en lo que dice el cliente, señor? —preguntó Crosse.

—¡De todo a todo! ¿Usted no?

—Creo que estaba diciendo lo que él sabía. Si eso es un hecho, está por verse. ¿Joe Yu? ¿Joseph Yu o Joe Yu les dice algo a ustedes? —sus interlocutores sacudieron la cabeza, negando— ¿Y John Chancellor?

—No.

—¿Chung Li? Armstrong explicó:

—Hay un Chung Li, amigo de Br... del cliente, un entusiasta de los automóviles... de Shanghai, un gran industrial... Podría ser él.

—Muy bien. Pero Joe Yu... Ese nombre pareció desencadenar una reacción valiosa en él. Podría ser alguien importante —comentó Crosse; luego miró a Sinders—. ¿Procedemos?

—¡Por supuesto!

65
1:45 p.m.

Un rugido de emoción salió de las gargantas de cincuenta mil personas cuando los siete competidores de la primera carrera, con sus jockeys respectivos, salieron de debajo de las graderías, subieron la rampa y avanzaron con pequeños saltos hasta las dehesas de sus respectivos dueños, donde éstos y los entrenadores los esperaban. Los propietarios de caballos y sus esposas lucían sus mejores galas.

Muchas de las damas, además, cargadas de alhajas y con sacos de mink. Entre ellas estaban Maling Kwang y Dianne Chen, muy conscientes de las miradas de la multitud que ansiaba ver los caballos... y a ellas.

A ambos lados del pasto empapado de las dehesas y del círculo del ganador, la enorme multitud compacta de espectadores descendía hasta las relucientes barandillas blancas y el césped de la pista, perfectamente cuidado, en toda su extensión. La meta del triunfo quedaba en el lado opuesto. En la parte contraria de la pista estaba el tablero marcador, de enorme tamaño, que mostraría los nombres de los caballos y de los jockeys y sus probabilidades en cada carrera. El tablero marcador era propiedad del Turf Club, que era también el que se encargaba de su funcionamiento. Lo mismo había que decir de todo el hipódromo. No había corredores profesionales de apuestas, ni dentro ni fuera de la pista, ni sitios para hacerlas legalmente en otra parte. La única forma legal de apostar en las carreras de la Colonia era en el hipódromo mismo.

El firmamento se mostraba oscuro y amenazador. Poco antes habían caído unas cuantas gotas, pero a esa hora el aire estaba tranquilo. Detrás de la dehesa y del círculo de ganadores, en ese mismo nivel estaban los vestidores de los jockeys y las oficinas de los encargados, puestos con alimentos y las primeras filas de ventanillas para apuestas. Arriba de ellas estaban los estrados, cuatro hileras en terrazas, con plataformas sobre vigas voladizas, cada una de ellas con su respectiva serie de ventanillas para las

apuestas. La primera hilera estaba destinada a los miembros del club sin voto, la segunda a los miembros con voto y los dos pisos superiores quedaban reservados a los palcos privados y al equipo de radio. Cada palco tenía su cocina privada.

Cada uno de los diez administradores elegidos anualmente tenía palco propio. Además había algunos permanentes: primero, el de Su Excelencia el Gobernador, patrono del Club, luego el del comandante en jefe y uno para el banco Blacs y otro para el Victoria. El último era el de Struan, que se hallaba en la mejor posición, exactamente frente a la meta del triunfo.

—¿Por qué fue así, tai-pan? —preguntó Casey.

—Porque Dirk Struan inició el Turf Club, estableció las reglas y trajo a Sir Roger Blore, famoso experto hípico, para que fuera el primer secretario del club. El fue también el que puso el dinero para la primera asamblea, el dinero para los estrados, para importar el primer grupo de caballos de la India, y él fue quien ayudó a convencer al primer plenipotenciario, Sir William Longstaff, de que se escriturara la tierra a nombre del Turf Club a perpetuidad.

—¡Vamos, tai-pan! —dijo en tono jovial Donald McBride, el administrador de la pista para esa asamblea— Explícalo tal como sucedió, ¿eh? Dijiste que Dirk «ayudó a convencer»... ¿No sería más exacto decir que Dirk «ordenó» a Longstaff que se hiciera así?

Dunross rió con los demás que todavía estaban sentados a la mesa de la que él era anfitrión, Casey, Hiro Toda, y McBride que acababa de llegar a visitarlos. En el palco había un bar y tres mesas redondas que podían alojar cómodamente a doce personas, cada una.

—Prefiero mi versión —insistió Dunross—. De cualquier manera, Casey, la leyenda dice que por aclamación se votó que Dirk tuviera este palco, cuando se empezaron a construir los primeros estrados.

—Eso tampoco es cierto, Casey —gritó Willie Tusk desde la mesa siguiente— ¿Acaso el viejo Tyler Brock no exigió esta posición como derecho de Brock e Hijos? ¿No desafió a Dirk a competir por la posición en una carrera, ellos dos solos, en la primera asamblea?

—No. Eso es puro cuento.

—¿Llegaron a correr esos dos, tai-pan? —preguntó Casey.

—Iban a hacerlo, pero el tifón llegó demasiado pronto..., es lo

que dicen. Lo cierto es que Culum se negó a moverse de este sitio y por eso, aquí estamos. Este palco es nuestro mientras exista el hipódromo.

—Y con todo derecho —ratificó McBride con su sonrisa feliz—. La Casa Noble merece lo mejor.

Desde que se eligió a los primeros administradores, señorita Casey, el tai-pan de Struan ha sido siempre uno de ellos. Siempre. Por aclamación popular. Bueno... debo irme —miró su reloj y sonrió a Dunross; con tono formal preguntó— ¿Permiso para que empiece la primera carrera, tai-pan? .

Dunross le devolvió la sonrisa y se limitó a decir:

—Concedido —McBride se alejó a toda prisa.

Casey miró azorada a Dunross.

—¿Tienen que pedirte permiso para empezar?

—No es más que una costumbre —se encogió de hombros—. Yo diría que es una buena idea para que llegado el momento alguien diga "Muy bien, empecemos"... ¿No te parece? temo que, con excepción de Sir Geoffrey, los gobernadores de Hong Kong en el pasado no fueron famosos por su puntualidad. Además, la tradición no es mala en absoluto: da un sentido de continuidad, de pertenencia... y cierta protección —terminó su café—. Si, me perdonas un instante, debo hacer algunas cosas.

—¡Que te diviertas! —lo vio alejarse y sintió que le gustaba todavía más que la noche anterior.

En ese momento, se presentó Peter Marlowe. Dunross se detuvo:

—¡Hola, Peter! Me alegro de verte. ¿Cómo está Fleur?

—Mejorando... Gracias, tai-pan.

—¡Pasa, toma una copa! Regreso en un momento. Apuesta al numero cinco, Excellent Day, en la primera carrera. Te veré más tarde.

—Gracias, tai-pan. .

Casey hizo una seña a Peter Marlowe, invitándolo al palco, pero él no la vio. Tenía la mirada fija en Grey, que estaba con Julian Broadhurst fuera, junto a la balaustrada, perorando ante un grupo de personas. Casey pudo ver la sombra que cubría la cara de Peter y el corazón le dio un vuelco, al recordar la hostilidad mutua de esos dos hombres.

Por eso decidió gritar:

—¡Peter… hola! Ven acá, siéntate.

—¡Oh, hola! —contestó, volviéndose a mirarla.

—Ven. Toma asiento. Fleur va a estar muy bien.

—Te aseguro que agradeció mucho tu visita.

—Fue un placer para mí. ¿Las niñas están bien?

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

—¡Magnífica! ¡Ésta es la única manera digna de asistir a una carrera! El almuerzo en el palco de Struan para sus treinta y seis invitados había sido un suculento buffet de platillos chinos calientes, o si lo preferían, un pastel caliente de biftec y riñón, verduras y platones de salmón ahumado, entremés, carnes frías, quesos y pastelillos de todas clases, y para rematar, una escultura en merengue del edificio, de Struan. Todo preparado en su propia cocina. Champaña con los mejores vinos tintos y blancos, y licores.

—Voy a tener que guardar dieta durante cincuenta años.

—Tú no la necesitas. ¿Cómo van las cosas?

Casey sintió la mirada escrutadora de su interlocutor. —Muy bien. ¿Por qué?

—No. Por nada —volvió a mirar de soslayo a Grey y después concentró su atención en los demás.

—¿Me permite presentarle a Peter Marlowe? Es el señor Hiro Toda, de Toda Shipping Industries, en Yokohama. Peter es novelista-guionista de Hollywood.

En ese instante, el libro de Peter saltó a la mente de Casey, con los tres años y medio de prisión en Changi, y se preparó para una explosión. Hubo un momento de vacilación entre los dos hombres.

Toda presentó con cortesía su tarjeta y Peter Marlowe respondió con idéntico gesto. Titubeó todavía un instante, pero al fin extendió la mano:

—¿Cómo está usted?

El japonés la tomó y la estrechó.

—Es para mí un honor, señor Marlowe.

—¿Por qué?

—No es fácil encontrarse con un autor famoso.

—¡Oh! Yo no lo soy. No… en absoluto.

—Es demasiado modesto. A mí me gustó mucho su libro. Mucho.

—¿Lo ha leído ya? —preguntó Peter atónito— ¿En verdad?

Peter tomó asiento y observó a Toda, que era de estatura mucho

menor, de complexión robusta pero ágil, más apuesto que él y muy bien vestido, con traje azul. Del respaldo de su silla colgaba una cámara. Los dos hombres se miraban de igual a igual. Tendrían casi la misma edad.

—¿Dónde lo encontró?

—En Tokio. Tenemos muchas librerías en inglés. Por favor discúlpeme, yo leí la edición en rústica, no la encuadernada. Esta no se hallaba en venta. Su novela me pareció muy ilustrativa.

—¿En qué sentido? —Peter sacó sus cigarrillos, le ofreció uno; Toda lo aceptó.

Casey intervino.

—Fumar no es bueno. Vosotros dos lo sabéis. Ambos le correspondieron con una sonrisa. —Dejaremos de fumar la próxima Cuaresma —dijo Peter.

—¡Ya lo creo!

Peter Marlowe volvió a mirar a Toda y preguntó: —¿Usted estuvo en el ejército?

—No, señor Marlowe, en la Marina, con los destroyers. Estuve en la batalla del Mar de Coral en el '42, después en la de Midway, como subteniente y por último en Guadalcanal. Naufragué dos veces, pero tuve buena suerte. Sí. Tuve suerte. Por lo visto mejor que la de usted.

—Los dos estamos vivos... e íntegros... más o menos.

—Más o menos, señor Marlowe —estoy de acuerdo con usted—. La guerra es una forma de vida curiosa —Toda lanzó una bocanada de humo—. Algún día, si usted tuviera el placer y no hiriera sus sentimientos, me gustaría hablar con usted de Changi, de sus lecciones y nuestras guerras. ¿Le parecería bien?

—Sí, claro.

—Pienso estar aquí unos días —dijo Toda—. En el Mandarín, la semana entrante. ¿Una comida o una cena, tal vez?

—Gracias. Yo lo llamaré. Si no es posible esta vez, quizá la próxima. Un día yo iré a Tokio.

Después de una pausa, el japonés propuso:

—No tenemos necesidad de hablar de su Changi, si usted lo prefiere. A mí me gustaría conocerlo mejor. Inglaterra y Japón tienen mucho en común. Si me perdona, voy a hacer mi apuesta — se inclinó con cortesía y se alejó. Casey tomó un sorbo de café.

—¿Te resultó muy difícil? ¿El hecho de ser cortés?

—Oh, no, Casey. En absoluto. Ahora somos iguales: él y yo, y cualquier japonés. Los japoneses... y coreanos que yo aborrecía eran los de bayonetas y balas, cuando yo no tenía ni unas ni otras —Casey vio que se enjugaba el sudor y notó su sonrisa a medias—*'Mahlu...* no estaba preparado para encontrarme con uno aquí.

—*'Mahlu...* ¿Qué es eso, cantonés?

—No. Es malayo. Significa "vergüenza", "avergonzado".

Peter Marlowe sonrió en su interior. La palabra era una contracción de *puki mahlu*. *Mahlu*, avergonzado y *puki*, hendedura dorada. Los malayos conceden sentimientos a esa parte del cuerpo de la mujer: hambre, tristeza, amabilidad, voracidad, vacilación, vergüenza, ira... cualquier sentimiento... todos.

—No hay de qué avergonzarse, Peter —alentó Casey, sin entender—, A mí me asombra mucho que tú seas capaz de hablar con alguno de ellos, después de todos los horrores del campo de concentración, ¡Ah, por cierto! Me gustó mucho el libro. ¿No te parece maravilloso que él también lo haya leído?

—Sí. Eso me desconcertó.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuál?

—Tú afirmaste que Changi fue una génesis. ¿Qué quisiste decir con eso?

El suspiró y explicó:

—Changi cambió a todos. Cambió los valores en forma permanente. Por ejemplo, nos dio cierta impasibilidad con respecto a la muerte. Vimos tal abundancia de ella, que no era posible que tuviera el mismo sentido para los de afuera, para la gente normal. Somos una generación de dinosaurios, nosotros, los pocos que sobrevivimos. Supongo que cualquier que vaya a la guerra, no importa de qué género, verá la vida con otros ojos, si la termina entero.

—¿Qué ves tú?

—Un montón de basura adorada como si fuera el todo y el fin supremo de la existencia. No puedes imaginar qué parte tan grande de la "vida civilizada" es pura basura. Para nosotros, los "egresados" de Changi... nuestra existencia es afortunada, hemos sido purificados, sabemos cuál es el verdadero sentido de la vida: Lo que

a ti te aterra a mí me deja impávido. Lo que a mí me hace temblar, a ti te hará reír.

—¿Qué, por ejemplo?

Peter esbozó una sonrisa.

—Basta de hablar de mí y de mi karma. Tengo un dato candente para... —se detuvo y miró de hito en hito— ¡Jesucristo bendito! ¿Quién es ésa?

Casey rió y repuso:

—Es Riko Gresserhoff. Japonesa.

—¿Quién de ellos es el señor Gresserhoff?

—Es viuda.

—¡Aleluya! —la vieron atravesar el salón y pasar a la terraza.

—¡No te atrevas, Peter!

Con olímpico desapego, él afirmó:

—¡Soy escritor! Se trata de un trabajo de investigación. ¿No?

—¡Mentiras!

—Tienes razón.

—Peter, dicen que toda primera novela es autobiográfica. ¿Quién eres tú en el libro?

—¡El héroe, por supuesto!

—¿ El "King"? ¿El comerciante norteamericano?

—Oh, no. Ese no soy yo. Y basta de mi pasado. Hablemos de ti. ¿Estás segura de que te sientes bien? —le sostuvo la mirada, queriendo que dijera la verdad.

—¿Qué?

—Oí un rumor de que anoche estuviste llorando.

—Absurdo.

—¿Estás segura?

Casey le devolvió la mirada, sabedora de que él veía su interior.

—Claro que sí. Estoy bien —un momento de vacilación—... Alguna vez... alguna vez voy a necesitar un favor.

—¿Ah, sí? —frunció el ceño— Estoy en el palco de McBride. Dos más adelante, por el pasillo. Se permite visitar, si lo deseas —otra mirada de soslayo a Riko, su placer se disipó: estaba hablando con Grey y Broadhurst—. Creo que no es mi día —musitó Peter—. Volveré después. Tengo que hacer mi apuesta. Nos veremos luego, Casey.

—¿Qué indicio candente tienes?

—El número siete: Winner's Delight.

Winner's Delight, un caballo visitante, ganó con holgura por medio cuerpo, sobre el favorito Excellent Day. Inmensamente satisfecha de sí misma, Casey se incorporó a la línea de los triunfadores, frente a la ventanilla del pagador, sujetando con fuerza sus billetes ganadores, muy consciente de las miradas de envidia de los demás, que caminaban por el corredor, fuera de los palcos. Angustiados apostadores estaban ya depositando su dinero para la segunda carrera que era la primera parte de la quiniela doble.. Para ganar una quiniela, tenían que pronosticar al primero y segundo lugar de la carrera, en cualquier orden. La quiniela doble ponía a la segunda carrera junto con la quinta que era la gran carrera de ese día. El pago de la doble quiniela sería enorme, porque las probabilidades de un pronóstico sobre cuatro caballos eran muy exiguas. La apuesta mínima era de 5 HK. No había límite máximo.

—¿A qué se debe eso, Linc? —había preguntado Casey un instante antes de la carrera, asomándose por la balaustrada para ver los caballos a la entrada, mientras todo el *yan* de Hong Kong enfocaba hacia ellos los prismáticos.

—Mira el totalizador —había sugerido él.

Los números electrónicos brillaban y cambiaban a medida que iba depositándose más y más dinero en los diferentes caballos, reduciendo las probabilidades hasta congelarlas un instante antes del cierre.

—¡Mira el total de dinero invertido en esta carrera, Casey! Es más de tres millones y medio de HK. Eso es casi un dólar para cada hombre, mujer y niño de la ciudad... ¡Y apenas es la primera carrera! ¡Este tiene que ser el hipódromo más rico del mundo! Esta gente apuesta con locura.

Un rugido atronador de emoción llenó el hipódromo al abrirse las puertas de los primeros corredores.

Casey le había dirigido una mirada:

—¿Te sientes bien?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Yo también.

—Sí, lo estoy —pensó de nuevo mientras esperaba el turno para recoger su dinero. ¡Soy ganadora! —rió en voz alta.

—¡Oh, hola, Casey! ¿Ganaste tú también?

—¡Oh! Hola, Guillan. Sí. Gané.

Dejó su lugar para retroceder hasta el de Gornt. Todos los demás apostadores de la línea eran gente extraña para ella. Luego explicó: —No había apostado más que 10, pero... sí. Gané. —La cantidad es lo de menos. Lo que importa es haber triunfado.

—Gornt sonrió—. Me gusta tu sombrero.

—Gracias.

¡Qué extraño —pensó Casey—. Tanto Quillan como Ian lo habían mencionado desde el primer momento. ¡Ese malvado Linc!

—Es augurio de buena suerte haber elegido al primer ganador, la primera vez que se viene a las carreras.

—En realidad no lo hice yo. Fue una pista que me dieron. Me la sugirió Peter... Peter Marlowe.

—¡Ah, sí, Marlowe! —Casey pudo ver un ligero cambio en la expresión de sus ojos— ¿Está en pie nuestro compromiso de mañana?

—Oh, sí. Sí. ¿Lo permitirá el tiempo?

—Aunque esté lloviendo. Por lo menos la comida.

—Magnífico. En el muelle a las diez en punto. ¿Cuál es tu palco? —hubo una reacción, que él trató de disimular; luego contestó.

—No tengo palco propio. No soy administrador. Sin embargo, soy invitado bastante permanente en el Blacs y de cuando en cuando pido prestado el palco para una fiesta. Está al final del corredor. ¿Te gustaría visitarnos? El Blacs es un banco excelente y...

—¡Ah, pero no tan bueno como el Vic! —protestó Johnjohn en tono jovial al pasar junto a ellos—.

No crea una palabra de lo que le diga, Casey. ¡Felicidades! Es muy buen hado ganar la primera apuesta. Los veré después.

Casey lo observó pensativa y preguntó:

—¿Qué opinas de toda esta fuga de capital de los bancos, Quillan? A nadie parece preocuparle...

Como si no sucediera nada... como si el Mercado de valores no estuviera derrumbándose... como si no hubiera una sentencia de muerte suspendida en el aire...

Gornt rió, consciente de los oídos qué estaban pendientes de su conversación.

—Hoy es día de carreras, algo fuera de lo común. Mañana se

hará cargo del mañana. ¡El hado! La Bolsa abre a las 10 de la mañana del lunes, y la semana entrante decidirá el destino de muchos.

Mientras tanto, todos los chinos que pudieron sacar su dinero lo traen en el puño aquí, en este lugar...

Casey, tu turno.

La chica recogió su dinero. Quince por uno. Ciento cincuenta HK.

—¡Aleluya!

Gornt recogió un respetable paquete de billetes rojos: 15,000.

—¡Hey! ¡Eso es fantástico!

—La peor carrera que he visto —dijo una voz norteamericana en tono agrio—. ¡Qué diablos! ¡Lo fantástico es que no hayan degradado al jockey y desconocido al ganador!

—¡Oh, hola, señor Biltzmann! Señor Pugmire... —Casey los recordaba por la noche del incendio— ¿Degradado a quién?

Biltzmann estaba en la línea para las apuestas:

—En Estados Unidos habría habido una protesta general. Al acercarse a la recta final, después de la última curva, pudo verse que el jockey de Excellent Day le arrancaba las entrañas a la yegua. Hubo trampa... Ni siquiera hizo el esfuerzo.

Los conocedores, muy poco numerosos, sonrieron en su interior. El murmullo en los vestidores y en los cuartos de los entrenadores había sido de que Excellent Day no ganaría, que la ganadora sería Winner's Delight.

—¡Vamos, señor Biltzmann! —protestó Dunross.

Sin que lo hubieran visto, él había alcanzado a oír el intercambio dé opiniones y se había detenido.

Luego explicó:

—Si el jockey no hubiera hecho el esfuerzo, o si hubiera habido alguna trampa, los administradores intervendrían en el acto.

—Tal vez eso esté bien para aficionados, Ian, y para esa pista pequeña, pero en cualquier hipódromo profesional, en mi país, al jockey de Excellent Day lo habrían proscrito para el resto de su vida. Yo tuve mis prismáticos fijos en él todo el tiempo —con gesto agrio, Biltzmann recogió sus billetes y se alejó.

Dunross preguntó en voz baja:

—Pug, ¿viste que el jockey hiciera algo indebido? Yo no estuve

presente en la carrera.

—No. Yo no vi nada.

—¿Alguien notó algo?

Los que estaban alrededor de ellos sacudieron la cabeza, en un gesto negativo.

—A mí me pareció todo bien —sugirió alguien— No vi nada fuera de lo ordinario.

—Ninguno de los administradores se ha quejado de nada —en ese momento, Dunross observó el grueso paquete de billetes en manos de Gornt; lo miró y preguntó— ¿Viste tú algo, Quillan?

—No. Pero debo decirte con franqueza que los modales de ese insecto son espantosos. Me cuesta trabajo creer que pueda ser un elemento valioso para el Turf Club.

En ese instante, Gornt vio que Robin Grey se dirigía a la ventanilla para ir a hacer una apuesta, y sonrió por la idea que le vino a la mente.

—¿Me perdonan? —dijo, y se alejó.

Casey vio que Dunross observaba el montón de billetes que Gornt se guardaba en el bolsillo, y en su interior le horrorizó el gesto instantáneo que pudo advertir en su rostro.

—¿Será posible que Biltzmann... haya tenido razón? —pregunto Casey, nerviosa.

—¡Claro que sí! —Dunross le prestó toda su atención—. Arreglar previamente una carrera es cosa que sucede en todas partes. No es eso lo que importa. No ha habido objeción alguna de parte de los administradores, ni de los jockeys o de los entrenadores —sus ojos tenían un brillo gris pizarra y la vena de la frente le latía con fuerza —. El asunto de verdadero valor aquí no es ese...

No. No es —estaba pensando—. Se trata de buenos modales. Sin embargo —se dijo—, tú tranquilízate. Tienes que permanecer muy sereno, muy tranquilo y con todas tus energías bien controladas este fin de semana.

Todo aquel día no había tenido más que problemas. El único momento alegre había sido Riko Anjin Gresserhoff. Pero luego, la última carta de AMG lo había dejado lleno, de pensamientos sombríos. La traía aún en el bolsillo. Le decía que si por casualidad no había destruido los expedientes originales, que aplicara calor a una docena de páginas claramente mencionadas; esparcidas entre

toda la documentación, porque, la información secreta; redactada, en tinta invisible en esas hojas debía pasarse en secreto al Primer Ministro o al actual jefe de MI-6, Edward Sinders, en persona... y que una copia debía darse a Riko Anjin, en un sobre sellado.

Si hago eso, tengo que admitir que los expedientes que le entregué eran falsos —pensó, hastiado de AMG, el espionaje y sus instrucciones—. ¡Maldita sea! Murtagh no llegará sino más tarde. Sir Geoffrey no puede llamar a Londres antes de las cuatro para el asunto de Tiptop y Brian Kwok y...

¡santo Dios! ¡Ahora este desgraciado palurdo viene a llamarnos a todos aficionados... que en realidad lo somos. Apuesto cien contra medio céntimo a que Quillan lo supo antes de comenzar la carrera.

Siguiendo un impulso repentino, preguntó con espontaneidad: —¿Cómo hiciste para escoger al ganador, Casey? ¿La corazonada proverbial?

—Me la dio Peter. Peter Marlowe —a Casey le Cambió la cara— ¡Oh! ¿Crees que haya oído decir que era un triunfo arreglado de antemano?

—Si pensara eso, siquiera un momento, la carrera se habría suspendido. Ahora ya no puede hacerse nada. Biltzmann... —de pronto se quedó sin habla, cuando la idea le llenó de luz la mente.

—¿Qué sucede?

Dunross la tomó del brazo y la llamó aparte.

—Para conseguir tu dinero liberador, ¿estás dispuesta a apostar? —le preguntó con voz suave.

—Sí, claro, Ian. Si es legal... Pero, ¿apostar qué cosa? —preguntó con el máximo grado de su habitual cautela.

—Todo lo que tienes en el banco, tu casa de Laurel Canyon, tus acciones de Par-Con, contra una cantidad entre 2 y 4 millones, dentro de los próximos 30 días. ¿Qué te parece?

Casey sintió que el corazón quería salírsele. La excitación arrolladora de Dunross la había envuelto por completo. Por toda respuesta, dijo:

—Muy bien —deseando no haberlo hecho, mientras el estómago le daba vuelcos— ¡Jesucristo bendito!

—Bueno. Espérame aquí un momento. Voy a buscar a Bartlett.

—¡Espera! ¿El tiene que participar en esto? ¿De qué se trata, Ian? A Dunross se le iluminó la cara.

—Es una modesta oportunidad de negocios. Sí, Bartlett es esencial. ¿Eso te hace cambiar de parecer?

—No —contestó Casey, incómoda—... Pero te dije que yo quería mi paquete al margen de Par-Con...

—No lo he olvidado. Espérame aquí.

Dunross fue a toda prisa a su palco, encontró a Bartlett y lo trajo consigo, bajaron por el agitado corredor, hasta la cocina de Struan, saludando gente a diestra y siniestra. La cocina era pequeña, concurrida y resplandeciente. El personal no les prestó atención. Una puerta conducía a un cuartito diminuto, perfectamente a prueba de ruido. En él no había más que cuatro sillas, una mesa y un teléfono.

—Mi padre mandó construir esto durante su gestión... Muchos negocios se cierran en las carreras.

Siéntate, por favor. Ahora, escúchame —miró a Bartlett sin parpadear—. Tengo una proposición de negocios para ti y para Casey como personas. Par-Con aparte. No tiene nada que ver con el proyecto de trato Par-Con/Struan. ¿Te interesaría?

—¡Claro que sí! ¿Es una trapisonda estilo Hong Kong?

—¿Te importaría que lo fuera? —a Dunross se le iluminó el rostro— Es una proposición decente y honrada para un negocio de Hong Kong.

—Muy bien... ¡venga!

—Antes de plantear la idea, quiero dejar sentadas las reglas básicas: el juego es mío. Vosotros dos sois observadores, pero participaréis en un 49 por ciento de las utilidades, que compartiréis en partes iguales entre los dos. ¿De acuerdo?

—¿Cuál es el plan global de este juego, Ian? —preguntó Bartlett en tono cauteloso.

—El segundo pasó —prosiguió él— es que para el lunes a las 9 de la mañana, tú depositas 2 millones de dólares norteamericanos en un banco de Suiza elegido por mí.

Bartlett frunció el ceño.

—¿Sobre qué garantía?

—Sobre el 49 por ciento de las utilidades.

—¿Qué utilidades?

—Tú depositaste 2 millones para Gornt, sin ningún documento, sin estampilla, sin nada. Únicamente sobre la garantía de futuras

utilidades.

Bartlett sonrió con malicia y preguntó:

—¿Cuánto hace que te enteraste de eso?

—Dunross le devolvió la sonrisa, en la misma actitud.

—Te he dicho que aquí no hay secretos... ¿Te interesa oír mi proposición?

—Dunross vio que Bartlett miraba de reojo a Casey y esperó, conteniendo el aliento.

—Casey... ¿Tú sabes de qué se trata todo esto?

—No, Linc —Casey se volvió hacia Dunross —¿Cuál es el juego, Ian?

—Primero quiero saber si cuento con los 2 millones libres y netos... en caso de que estéis de acuerdo con mi plan.

—¿A cuánto ascienden las probables utilidades? —insistió ella.

—Fluctúan entre cuatro y doce millones, libres de impuesto. Casey palideció.

—¿Libres de impuesto?

—Libres de todos los impuestos de Hong Kong, y nosotros podemos ayudaros a evitar el impuesto norteamericano si queréis.

—¿En cuánto tiempo se pagarían...? —preguntó Bartlett.

—El monto total se fija en treinta días. El pago tardaría de cinco a seis meses.

—¿La cantidad de 4 a 12 millones es el total o sólo la parte nuestra?

—La parte vuestra.

—Son muchas utilidades para algo legal por completo, en un cien por ciento...

Se produjo un silencio inquietante. Dunross esperó, deseoso de que dieran un paso adelante.

—¿Dos millones en efectivo? —reflexionó Bartlett en voz alta —... ¿Sin garantías... sin nada?

—Nada. Pero después que te lo exponga, podrás decidir si te interesa o desistes del plan.

—¿Qué tiene que ver Gornt en esto?

—Nada en absoluto. Esta aventura no tiene nada que ver con Gornt, con Rothwell-Gornt, con Par-Con, con tu interés en la compañía de ellos o en la nuestra o con el convenio Par-Con. Esto es una operación al margen de todo eso, suceda lo que suceda... Te

doy mi palabra. Y doy mi palabra ante Dios de que jamás le diré a él que tú pusiste esos dos millones, que vosotros dos sois mis socios, o que tengáis parte alguna en el asunto... ni siquiera le diré por si te interesa, que sé bien que vosotros tres estáis vendiendo sus títulos al descubierto —sonrió—. Que fue una idea muy buena, por cierto.

—¿El negocio se realiza con mis dos millones?

—No. Con tu dinero se agiliza. Yo no tengo dos millones norteamericanos en efectivo, como tú sabes. Si los tuviera no estaría invitándote.

—¿Por qué a nosotros, Ian? Tú podrías conseguir los dos millones de algunos de tus amigos de aquí, con facilidad... si es una oportunidad tan buena...

—Sí, pero preferí endulzaros la tentación a vosotros dos. A propósito, tú estás comprometido hasta el martes a medianoche —el tono era cortante y categórico; luego la voz cambió y Bartlett y Casey pudieron percibir la gentileza—. Sin embargo, con esto, con esta aventura de negocios, puedo demostrarte en forma radical cuánto mejores somos nosotros que Rothwell-Gornt, cuánto más emocionante será asociarse con Struan que con él. Tú eres un jugador, yo también. El incursor Bartlett te llaman a ti, y yo soy el tai-pan de la Casa Noble. Tú expusiste dos miserables millones con Gornt, sin sello alguno, ¿por qué no habías de exponerlos conmigo?

Bartlett miró a Casey. Ella no le contestó ni un sí ni un no; sin embargo, él sabía que la tentación: la tenia en ascuas.

—Como tú estás fijando las reglas, contéstame esta pregunta, Ian: yo pongo dos millones de dólares, ¿por qué habríamos de compartir por igual las utilidades Casey y yo?

—Recuerdo bien lo que tú dijiste en la cena acerca del dinero liberador, el de "vete a la porra". Tú tienes el tuyo. Ella no. Este podría ser el artilugio para que lo consiguiera.

—¿Por qué te preocupa tanto Casey? ¿Estás tratando de aplicar aquello de "divide y reinarás"?

—Si esto es posible, vosotros dos no deberíais formar una sociedad especial y una íntima relación de negocios. Ella es tu brazo derecho, tú me lo dijiste. A todas luces es una persona muy importante para ti y para Par-Con. En consecuencia, tiene derecho a compartir.

—¿Qué arriesga ella?

—Ella pone su casa, sus ahorros, sus acciones de Par-Con... es todo lo que tiene. Lo pone al mismo título que tú pones tus 2 millones, y firmará todo con miras a un 50 por ciento de participación —miró a la chica— ¿Es cierto?

Casey asintió con un movimiento de cabeza y con una media voz respondió:

—Sí, claro.

En un movimiento repentino, Bartlett se volvió a mirarla: —Creí que había dicho que no sabías nada de esto...

Ella le sostuvo la mirada y explicó:

—Hace dos minutos, Ian me preguntó si yo estaría dispuesta a apostar todo lo que tengo para conseguir mi dinero de vete a la porra, mucho dinero —pasó saliva con esfuerzo y prosiguió—. Dije que estaba de acuerdo y ya estoy pensando que ojalá no lo hubiera hecho.

Bartlett pensó un momento.

—Casey, sin rodeos, ¿quieres entrar en esto o quedarte fuera?

—Quiero entrar.

—Muy bien —a Bartlett se le iluminó la cara—. De acuerdo, taipan; ahora dinos, ¿a quién tenemos que matar?

* * *

Nine Garat Chu, que había sido coolie en el traslado del oro al banco Victoria, era el padre de dos hijos y dos hijas, una de ellas Lily Su, amiga íntima ocasional de Havergill y Wisteria, amante de John Chen, cuyo hado había sido morir aplastada por la muchedumbre al salir del Ho-Pak de Aberdeen y esperaba turno en la ventanilla de apuestas.

—Dígame, anciano —invitó el empleado, impaciente.

Se sacó de la bolsa un fajo de billetes. Era todo el dinero que tenía y todo el que había podido pedir prestado. No había conservado más que lo suficiente para tres inhalaciones de «polvo blanco» que necesitaría para mantenerse en pie durante su turno aquella noche. Al entregar el dinero al empleado le dijo:

—¡La quiniela doble, por todos los dioses! Ocho y cinco en la segunda carrera... siete y uno en la quinta.

El empleado contó con minuciosidad los arrugados billetes. Eran

728 HK. Oprimió los botones de esos números y marcó el primer billete. Estaba correcto: cinco y ocho, segunda carrera; siete y uno, quinta. Con todo cuidado contó 145 billetes, cada uno de 5 HK, la apuesta mínima, y los entregó al apostador, con 3 HK de cambio.

—¡Apresúrese, por todos los dioses! —gritó el siguiente de la línea— ¿Tiene acaso los dedos en su agujero negro?

—¡Tenga paciencia! —musitó el anciano, sintiendo que se desmayaba— ¡Este es un negocio serio!

Revisó con esmero sus billetes. Los primeros, tres tomados al azar, estaban bien y los últimos también. El número de billetes era exacto. Cedió el lugar y se ingenió para salir de la muchedumbre que lo presionaba, al aire libre. Una vez afuera, se sintió un poco mejor. Todavía una ligera sensación de náusea, pero menos que antes. Había hecho a pie todo el recorrido, desde el lugar de su turno de trabajo hasta el de la construcción del nuevo rascacielos, sobre Kotewall Road, en Mid Leveis, para ahorrarse el costo del pasaje.

Volvió a revisar sus billetes. Ocho y cinco en esa carrera y siete y uno en la quinta, en la grande del día. Muy bien —pensó, guardándoselos con cuidado en el bolsillo. He hecho lo mejor que podía. Ahora está en manos de los dioses.

El pecho le dolía mucho. Hizo un esfuerzo para salirse de entre la muchedumbre e ir al cuarto de baño. Una vez allí, encendió un fósforo e inhaló el humo del polvo blanco burbujeante. En poco tiempo se sintió mejor y volvió a salir. La segunda carrera había empezado. Fuera de sí por la ansiedad, se abrió paso a empujones hasta la barandilla, sin hacer caso de las maldiciones que suscitaba al avanzar. Los caballos recorrían en ese momento la curva lejana y se acercaban hacia donde él estaba, para entrar en la recta final, rumbo a la meta. Pasaron frente a él como una fugaz mancha atronadora, mientras forzaba sus cansados ojos viejos para revisar sus números.

—¿Quién va a la cabeza? —susurró.

Nadie le prestó atención. Todos no hacían otra cosa que vociferar a gritos el nombre de su caballo predilecto, animándolo a la victoria. Era un estruendo rabioso y creciente que dominaba a todos los asistentes, para luego apagarse, en el momento en que el ganador llegaba a la meta.

—¿Quién ganó? —preguntó anhelante Nine Garat Chu, con un dolor que amenazaba con hacerle explotar la cabeza.

—¡A quién rayos le importa! —rugió uno de los circunstantes, con un torrente de maldiciones— ¡No fue el mío! ¡Qué todos los dioses se orinen en ese jockey para siempre!

—No puedo leer el marcador... ¿Quién ganó?

—Hubo un empate, viejo necio, ¿no lo ves? Tres caballos llegaron juntos en un paquete. ¡Maldición a los empates! Tenemos que esperar.

—Pero, los números... ¿cuáles son los números?

—¡Cinco, ocho y cuatro! ¡Lucky Court, mi caballo! ¡Vamos, hijo de teta izquierda de ramera! ¡Cuatro y ocho para la quiniela, por todos los dioses!

Esperaron y esperaron. El anciano creyó desmayarse, por eso se distrajo pensando en otras cosas, como su conversación con el jefe del Noble Linaje Chen, esa mañana. Tres veces había llamado y las tres veces había contestado alguien de la servidumbre y le había colgado el teléfono. Sólo cuando dijo «licántropo», el jefe en persona acudió al aparato.

—Por favor discúlpeme por mencionar a los terribles asesinos de su hijo —había empezado—. No soy yo, honorable señor, oh no. Yo no soy más que el padre de la amante del honorable difunto, Wisteria Su, a quien él escribió su imperecedero amor en la carta que publicaron los diarios.

—¿Qué? ¡Mentiroso! Todo eso son mentiras. ¿Cree que soy un mentecato, para que me exprima cualquier carne de perro que me llama por teléfono? ¿Quién es usted?

—Me llamo Hsi-men Su —había dicho, mintiendo con toda facilidad—. Existen otras dos cartas, honorable Chen. Pensé que a usted le gustaría rescatarlas... aunque son lo único que nos quedó de mi pobre hija muerta y de su pobre hijo asesinado, a quien yo consideré como mi propio hijo durante todos los meses que él y...

—¡Más mentiras! ¡La ramera de boquita melosa nunca tuvo carta de mi hijo¡ Nuestra mortal policía ha metido a la cárcel a los falsificadores. ¡O, sí! ¿Qué soy yo, un mono con cabeza de campesino de las provincias fronterizas? ¡Tenga cuidado! Supongo que ahora usted querrá presentarme a un hijo, pretendiendo que fue engendrado por el mío, ¿eh? *¿Eh?*

Nine Carat Chu casi dejó caer el teléfono. Había considerado y concertado precisamente esa trampa con su esposa, sus hijos y Lily. Había sido fácil encontrar un pariente que les prestara a un bebé de brazos por una módica recompensa.

—¿Qué cosa? —replicó con violencia— ¿Soy acaso un embustero? Yo, que en términos justos, por una pequeña suma de efectivo entregué a mi hija virgen para que fuera la ramera de su hijo y su único amor.

Con todo cuidado utilizó las palabras en inglés que su hija Lily le había preparado y enseñado durante horas, para que pudiera pronunciarlas con toda corrección. Luego continuó:

—¡Por todos los dioses, hemos protegido su gran nombre sin costo alguno! Cuando fuimos a reclamar el cadáver dé mi pobre hija, no dijimos a la mortal policía que deseaba, *oh Ico*, sí, mucho deseaba averiguar quién era el redactor de esa carta, para atrapar a los licántropos. ¡Qué todos los dioses maldigan a esos pérfidos hijos de rameras! ¿Acaso no han ofrecido ya cuatro periódicos una recompensa por el nombre del que escribió la carta? ¿eh? Pero no es más que un acto de justicia ofrecérselas primero a usted, antes de ir a cobrar la recompensa de los diarios, ¿eh?

Con toda paciencia había escuchado el torrente de invectivas que había iniciado la negociación.

Varias veces ambas partes habían pretendido estar a punto de colgar el teléfono, pero ninguno quería poner punto final al regateo. Al final se había quedado en que, si se enviaba a casa del Noble Linaje de Chen una fotocopia de una de las otras cartas, como prueba de que no había falsificación, se llegaría a un arreglo. Phillip Chen había dicho:

—De ser así... honorable Su, las otras cartas... y ésta... podrían merecer una muy modesta suma de «Ungüento para las manos».

Nine Carat Chu reía ahora en su interior. ¡Oh, sí! —pensó con regocijo— El Noble Linaje de Chen pagará con munificencia, sobre todo cuando lea las partes relacionadas con él. ¡Oh! Si esas se imprimieran, con toda seguridad lo pondrían en ridículo delante de todo Hong Kong y la harían perder su prestigio para siempre. Ahora... ¿en qué cantidad debo convenir para... ?

Un rugido estruendoso lo rodeó y casi lo hizo caer. El corazón empezó a palpitarle con fuerza y sintió que casi no podía respirar.

Se sujetó a la barandilla y miró el lejano marcador.

—¿Quién… cuáles son los números? —preguntó; luego chilló, dominando el ruido y acosando a sus vecinos— ¡Los números, dígame los números!

—El ganador es ocho, Buccaneer, el caballo castrado de la Casa Noble. ¡Aaayyy! ¿No ve al tai-pan que lo lleva ahora al círculo del ganador? Buccaneer está pagando a 7 por 1.

—¿Y el segundo? ¿Cuál es el segundo caballo?

—Número cinco, Winsome Lady, 3 a 1 por un lugar… ¿Qué le pasa, anciano, tiene parálisis?

—No… No… —con paso débil, Nine Carat Chu se alejó un poco, tambaleándose.

Al fin encontró un pequeño claro de concreto y puso sobre él su programa de carreras y se sentó, apoyando la cabeza en las rodillas y los brazos, mientras su mente lo elevaba al éxtasis de haber ganado la primera parte de la quiniela. ¡Oh, oh, oh! Y no hay nada que hacer más que esperar, y si el tiempo de espera es demasiado largo, usaré otra dosis del polvo blanco, sí. Eso me dejará la última porción para que me sostenga durante el trabajo de la noche. Ahora, ¡que todos los dioses se concentren! La primera parte la gané con mi propia astucia. Por favor, ¡concéntrense para la quinta! ¡Siete y uno! ¡Que todos los dioses se concentren!

* * *

Allá, en el círculo del ganador, los administradores y dueños y funcionarios acudieron en tropel. Dunross había salido al encuentro de su caballo y felicitado al jockey. Buccaneer había efectuado una espléndida carrera, y ahora, al llevarlo al cercado del ganador, en medio de otra explosión de aplausos y felicitaciones, Dunross quería que su euforia fuese manifiesta a todos. Se proponía mostrar al mundo su complacencia y confianza, plenamente convencido de que el triunfo de esa carrera era un augurio magnífico, muy por encima del simple hecho de haber ganado. El augurio se duplicaría y triplicaría si ganaba con Noble Star. Dos caballos en la doble quiniela harían sin duda alguna echar marcha atrás a Gornt y a sus aliados.

Y si Murtagh lograba poner en funciones su magia, o Tiptop

mantenía la palabra del trueque del dinero por la libertad de Brian Kwok, o si Tightfist o Lando o Four Fingers...

—¡Hola, señor Dunross, felicidades!

Dunross miró en dirección a la multitud, detrás de la barandilla.

—¡Oh, hola, señor Choy! —saludó, al reconocer al Séptimo Hijo de Four Fingers Wu, su supuesto sobrino; se acercó a él y le estrechó la mano—. ¿Usted había apostado al ganador?

—Sí, señor, ¡Claro! ¡Yo estoy con la Casa Noble hasta morir! Estamos en la doble quiniela, mi tío y yo. Acabamos de ganar la primera parte, cinco y ocho, y tenemos siete y ocho para la quinta. El tiene puestos 10,000. Yo, ¡todo el salario de una semana!

—Entonces, esperemos ganar, señor Choy.

—¡Y puede usted decirlo con toda verdad, tai-pan! —exclamó eufórico el joven con su espontánea familiaridad norteamericana. Dunross sonrió y se acercó a Travkin.

—¿Estás seguro de que Johnny Moore no puede montar a Noble Star? No quiero a Tom Wong.

—Te lo he dicho, tai-pan, Johnny está más enfermo que un cosaco ebrio.

—Necesito el triunfo. Noble Star tiene que ganar.

Travkin vio que Dunross miraba a Buccaneer pensativo. No, tai-pan, por favor. No montes tú a Noble Star. La pista está mala, muy mala y muy peligrosa, y se pondrá peor aún a medida que vayan aplastando el césped. *¡Kristos!* Temo que lo único que estoy haciendo es provocarte más deseos de montarla.

—Mi futuro podría depender de esa carrera... lo mismo que el prestigio de la Casa Noble.

—Lo sé —respondió el ruso, y en un gesto iracundo hizo tronar la fusta que llevaba siempre sujeta a sus pantalones de montar, que ya brillaban de tanto uso—. También sé que eres mejor que todos los demás jockeys, pero esa pista es peligrosa...

—No confío en nadie para esta carrera, Alexi. No puedo permitirme ningún error —Dunross bajó la voz—. ¿La primera carrera fue arreglada?

Travkin le devolvió la mirada sin parpadear y contestó:

—No se les dio droga, tai-pan... al menos, que yo sepa. El doctor de la policía infundió bien el temor de Dios en los que pudieran haberse sentido tentados a hacerlo.

—De acuerdo pero, ¿fue arreglada?

—No era carrera mía, tai-pan. A mí sólo me interesan mis caballos y mis carreras. No vi ésa.

—Eso es muy conveniente, Alexi. Parece que ningún otro entrenador la vio.

—Escúchame, tai-pan. Tengo un jockey para ti. Yo. Yo voy a montar a Noble Star.

Dunross frunció el ceño. Miró a lo alto. El firmamento estaba más oscuro que antes. No tardará en llover —pensó—, y hay todavía mucho que hacer antes que caiga la lluvia. ¿Alexi o yo? Las piernas de Alexi son muy buenas, sus manos son las mejores, su experiencia es inmensa. Pero piensa más en el caballo que en el triunfo.

—Lo pensaré —dijo al fin—. Decidiré después de la cuarta carrera.

—Yo ganaré la carrera —dijo el hombre mayor, buscando con desesperación una forma de zafarse del convenio con Suslev—. Ganaré la carrera, aunque tenga que matar a Noble Star.

—No hay necesidad de eso, Alexi. Sabes que le tengo cariño a ese animal.

—Tai-pan, quiero pedirte un favor. Tengo un problema. ¿Puedo verte esta noche... o el domingo... o el lunes, por ejemplo en Sinclair Towers?

—¿Por qué allí?

—Nuestro contrato de trabajo lo hicimos ahí, me gustaría hablar contigo en el mismo sitio. Pero, si no se puede esos días, podría ser el martes.

—¿Vas a dejarnos?

—No, no se trata de eso. Si tienes tiempo... Por favor.

—Muy bien, pero no puede ser ni esta noche, ni el domingo ni el lunes, porque voy a Taipei. Podría verte el martes a las 10-00 p. m. ¿Te parece bien?

—Muy bien. El martes está bien. Gracias.

—Bajaré después de la próxima carrera.

Alexi vio al tai-pan caminar hacia los ascensores, Sentía ganas de llorar. Un impulso de afecto intenso hacia Dunross lo agobió de pronto.

Luego miró a Suslev, que estaba en las graderías, cercanas.

Tratando de parecer natural en su actitud, levantó el número de dedos convenido de antemano: uno, si era esa noche, dos si era el domingo, tres para el lunes y cuatro para el martes. Tenía muy buena vista, y pudo darse cuenta de que Suslev se daba por enterado *Matyeryebyets* —pensó— ¡traidor a Madre Rusia y a todos los rusos, tú y tu KGB!, ¡tus hermanos! ¡Te maldigo en nombre de Dios, por mí y por todos los rusos, si la verdad llega a saberse!

¡Eso no importa! Yo voy a montar a Noble Star —se dijo en actitud sombría—… De un modo o de otro.

Dunross entró en el ascensor, en medio de felicitaciones y de mucha envidia. En el piso, superior, Gavallan y Jacques le esperaban.

—¿Está todo preparado? —preguntó.,

—Sí —dijo Gavallan—. Allí están Gornt y todos los demás que tú querías. ¿Qué estás fraguando?

—Vengan y lo verán. A propósito, Andrew, voy a intercambiar a Jacques y a David MacStruan.

Jacques se encargará de Canadá un año, y David…

La cara de Jacques se iluminó y dijo:

—¡Oh, gracias, tai-pan! Sí… ¡Muchas gracias! Haré que Canadá sea muy proficuo. ¡Te lo prometo!

—¿Cómo harás el cambio? —preguntó Gavallan— ¿Quieres que Jacques vaya allá primero, o que David venga acá?

—David llega aquí el lunes. Tú, Jacques, le entregas todo a él y la semana entrante, los dos pueden ir a Canadá por un par de semanas. Tu te vas pasando por Francia, ¿eh? Recoges a Susanne y a Avril. Esperamos que para entonces ella se encuentre ya en mejores condiciones. Por el momento no hay nada urgente en Canadá. Las cosas más urgentes están aquí.

—¡Oh, sí, ¡*ma foi*! ¡Sí, sí gracias, tai-pan!

Gavallan comentó pensativo.

—Me alegrará volver a ver al buen David.

Gavallan le tenía mucho afecto, pero no dejaba de preguntarse cual sería la razón del cambio.

¿Significaría eso que Jacques quedaba fuera de la carrera en pos de la herencia del manto de tai-pan, y que David entraba en el concurso? ¿Significaría eso que su propia posición había cambiado, estaba en proceso de cambio o se hallaba amenazada… si es que

quedaba algo que heredar después del lunes?

¿Y qué sería de Kathy? El hado —se dijo—. Lo que ha de ser, será. ¡Al diablo con todo!

—Ustedes dos vayan adelante —dijo Dunross—. Yo iré a buscar a Phillip. Se dio la vuelta y se encaminó hacia el palco de los Chen. En virtud de una costumbre antigua, él jefe de personal nativo de la Casa Noble era automáticamente administrador del hipódromo. Tal vez aquél sería el último año —pensó Dunross con tristeza. Si Phillip no consigue ayuda por medio de Four Fingers Wu, Lando Mata, Tightfist o algún otro recurso tangible antes de la medianoche del domingo, está eliminado.

—Hola, Phillip —saludó con tono amable, tanto a él como a los demás invitados del concurrido palco—. ¿Estás listo?

—¡Oh, sí! Sí, tai-pan —Phillip Chen se veía mucho más viejo—. Felicidades por el triunfo.

—Sí, tai-pan; éste fue un magnífico augurio. ¡Todos estamos en oración por la quinta carrera! —gritó desde lejos Dianne Chen, haciendo también el máximo esfuerzo por ocultar sus temores, y con su hijo Kevin al lado, haciéndole eco.

—Gracias —contestó Dunross.

Estaba seguro de que Phillip Chen le había hablado de la reunión que habían tenido ellos dos. Dianne llevaba un sombrero con plumas de ave del paraíso y una cantidad excesiva de alhajas.

—¿Champaña, tai-pan?

—No, gracias. Tal vez más tarde. Perdóname, Dianne, tengo que llevarme prestado a Phillip unos minutos. No tardaremos.

Una vez afuera, en el pasillo, Dunross se detuvo un momento. —¿Has tenido alguna suerte, Phillip?

—He hablado... he hablado ya con... con todos ellos. Van a reunirse mañana por la mañana.

—¿Dónde? ¿En Macao?

—No. Aquí —Phillip Chen bajó la voz todavía más—. Estoy muy apenado por... por todo este trastorno causado por mi hijo... Sí, muy apenado —repitió, con absoluta sinceridad.

—Acepto tus disculpas. Si no hubiera sido por tu descuido y traición, nunca habríamos sido tan vulnerables como ahora. ¡Dios Santo! Si Gornt consigue nuestros estados de cuenta de los últimos años y los vínculos de nuestra estructura corporativa, nos

encontramos en medio del naufragio, sin una tabla de salvación.

—Yo he... se me ha ocurrido una idea, tai-pan, para... para sacar del embrollo a la Casa. Si pudiéramos... después de las carreras. ¿Podría yo... unos minutos de tu tiempo, por favor?

—¿Vendrás al cóctel esta noche? ¿Con Dianne?

—Sí, es decir si... Sí, por favor. ¿Puedo llevar a Kevin?

En su interior, Dunross esbozó una sonrisa efímera. El heredero más obvio... en forma oficial... y ya desde entonces... ¡Karma!

—Sí. Puedes traerlo también.

—¿De qué se trata todo esto, tai-pan?

—Vas a verlo ahora. Por favor no digas nada, no hagas nada. Limítate a aceptar... con gran confianza... que tú eres parte del paquete, y cuando yo salga, sigúeme, corre la voz y haz buena propaganda. Si fallamos, ¡el primero en caer es el Linaje de Chen, así que se venga el infierno, una inundación o un tifón!

Entró en el palco de McBride. Hubo más felicitaciones inmediatas, y muchos dijeron que aquél era muy buen hado.

—¡Imagínate, tai-pan —comentó McBride—, si Noble Star gana la quinta, qué maravilla!

—Pilot Fish derrotará a Noble Star —afirmó Gornt con mucha seguridad, mientras se servía una copa, en compañía de Jason Plumm—. Apuesto 10,000 a que llega antes que tu potranca.

—¡Acepto la apuesta! —contestó Dunross sin vacilar.

Se oyeron aplausos y murmullos de burla del grupo de más de treinta invitados. Una vez más Bartlett y Casey, que por convenio previo con Dunross habían andado paseándose ostensiblemente por aquel palco, para visitar a Peter Marlowe, estaban atónitos ante el buen humor y la confianza contagiosa del tai-pan.

—¿Qué tal te va a ti, Dunstan? —preguntó Dunross.

No prestó ninguna atención a Bartlett y a Casey, y se dedicó por completo al exuberante magnate, que estaba más exuberante que de costumbre, con un brandy doble en la mano.

—Muy bien, gracias, Ian. Gané en la primera y con Buccanneer... gané un montón de dinero con Buccaneer, pero se arruinó mi infortunada quiniela.

Lucky Court me falló.

El cuarto era del mismo tamaño del de Struan, pero no con tan buena decoración. En cambio, la concurrencia competía con la del

palco del tai-pan en número y en calidad. Allí estaban muchas de las personas más importantes de Hong Kong, algunas invitadas un momento antes por Gavallan y McBride, por encargo de Dunross: Lando Mata, Holdbrook (el corredor de bolsa interno de Struan), Sir Luis Basilio (Presidente de la Bolsa de valores); Johnjohn, Havergill, Southerby (Presidente del Blacs); Richard Kwang, Pugmire, Biltzman, Sir Dunstan Barre, el joven Martin Haply, del *China Guardian* y Gornt. Dunross dirigió una mirada a este último y le preguntó:

—¿Apostaste también al ganador de esta última carrera?

—No. No tuve ningún presentimiento al respecto... ¿De qué se trata todo esto, Ian? —preguntó Gornt, y todos se mostraron muy atentos—. ¿Vas a anunciar algo?.

—Sí. Como una cortesía pensé que tú debías enterarte, junto con las demás personas muy importantes de Hong Kong —entonces se dirigió a Pugmire Pug, la Casa Noble objeta formalmente la entrega de tus Almacenes HK a Superfoods.

Se produjo un silencio general. Todos los presentes se quedaron mirando a Dunross. Pugmire palideció.

—¿Qué dijiste?

—Te ofrecemos 5 dólares más por acción que Superfoods; además, mejoramos su oferta proponiéndote el 30 por ciento en efectivo y el 70 por ciento en acciones, ¡y toda la operación concluida en 30 días!

—¡Te has vuelto loco! —estalló Pugmire.

—¿Acaso no anduve sondeando yo a todos incluyéndote a ti? —sentía deseos de gritar—... Y, ¿no aprobaron todos la operación, o al menos no es verdad que nadie se opuso a ella? ¿No es éste el modo como se hacen aquí las cosas, por amor de Dios? Con conversaciones privadas en el club, aquí en las carreras, en una cena privada, ¡o donde sea!

—¡No puedes hacer eso! —dijo entre dientes.

—Está hecho —se limitó a responder Dunross.

Gornt intervino en tono áspero:

—Lo único que has hecho, Ian, es anunciarlo. ¿Cómo vas a pagar? ¡Ni en treinta ni en trescientos días! Dunross no hizo más que mirarlo de soslayo.

—La oferta es pública. Quedará consumada en treinta días. Pug,

tendrás los documentos oficiales el lunes a las 9:30 de la mañana, con un pago en efectivo por adelantado, para consolidar la operación.

En un momento, su voz se ahogó en el estruendo de los comentarios de los demás, que empezaron a hablar, a hacer preguntas. A todos les preocupó en el acto la forma en que ese nuevo acontecimiento podría afectarlos en lo personal. Hasta ese momento, nadie había jamás puesto objeciones al hecho de que una compañía se apoderara de otra mediante convenio previo. Johnjohn y Havergill estaban furiosos porque esa medida se había tomado sin consultarlos, y el otro banquero, Southerby, del Blacs, que hacía el financiamiento comercial de la operación se sintió también muy molesto, por haber sido tomado por sorpresa. Sin embargo, todos los banqueros, incluido Richard Kwang, hacían ya un cálculo de posibilidades. Si el Mercado de valores estuviese en condiciones normales y las acciones de Struan a su nivel ordinario, la oferta dé Struan podría ser magnífica para ambas partes.

Todos sabían que la administración de Struan podía revitalizar aquel rico pero estancado *hong*, y que la adquisición robustecería en una medida incalculable a la Casa Noble, que elevaría sus utilidades globales de fin de año al menos en un 20 por ciento y por supuesto incrementaría sus dividendos.

Además de todo eso, el hecho de ser Struan y no Superfoods quien se apoderara de la empresa haría que las utilidades se quedaran en Hong Kong, en manos de un advenedizo... ¡sobre todo Biltzmann!

¡Dios mío! —pensaba Barre, con gran admiración y no poca envidia de Ian—. El hecho de que haya hecho la declaración aquí en público, en sábado, sin el más mínimo rumor de que estuviera considerando lo impensable, sin un indicio que pudiera hacer pensar en aquello, para que alguien tuviera la oportunidad de comprar en silencio la semana anterior al preció mínimo, para luego hacer una fortuna con una simple llamada telefónica... ¡Eso es brillante! Por supuesto, lo primero que sucedería el lunes sería una subida incalculable de las acciones de Pugmire. Pero... ¿cómo demonios mantuvieron esto en silencio Ian y Havergill? ¡Santo Dios! Yo habría podido ganar un capital si hubiera sabido. ¡Tal vez todavía sea hora de hacerlo! Los rumores de que el Victoria no va a

apoyar a Struan deben ser puros cuentos.

Un momento… —pensaba Sir Luis Basilio—. ¿No compramos la semana pasada un paquete enorme de Almacenes Generales para un nominatario? ¡Dios santos! ¿Será posible que la sagacidad del tai-pan haya sido superior a la de todos nosotros juntos? Pero… ¡Madonna mia! ¿Qué pasa con el desplome de sus acciones, el derrumbe del Mercado, el efectivo que necesitará para consolidar la operación, y todo…?

El mismo Gornt hacía cuentas. Tenía la mente inundada de rabia por no haber sido él quien pensara en ese plan. Sabía que la oferta era buena, más aún, perfecta. Que él no podía mejorarla… por el momento. Pero… Ian no podía consolidarla. No hay mane…

—¿Podemos llevar esto a la prensa, tai-pan? —interrumpió la voz canadiense de Martin Haply, sobreponiéndose al estruendo de voces.

—Por supuesto, señor Haply.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Todo depende del asunto al que se refieran —dijo Dunross, con aire ligero.

Contempló con interés los penetrantes ojos oscuros del muchacho y sintió un gozo malicioso al pensar que podía ser muy útil en la familia un buen joven maldito y astuto… si era de fiar con Adryon.

—¿En qué está pensando? —le preguntó Dunross.

—Es la primera vez que se pone una objeción formal a la toma de posesión de una compañía por otra. ¿Puedo preguntar por qué lo hace en este momento?

—Struan siempre ha sido novedoso. En cuanto al momento, nos parece perfecto.

—¿Usted considera que este sába…?

Biltzman interrumpió en tono áspero.

—Nosotros tenemos un convenio. Está ya hecho. ¿Es cierto, Dickie?

—¿Eh? —apremió a Pugmire.

—Estaba hecho, señor Biltzmann —opuso Dunross cortante—, pero nosotros estamos objetándolo, tal como se hace en Estados Unidos, según reglas norteamericanas. Supongo que a usted no le importa una objeción. Desde luego, aquí somos aprendices, pero

disfrutamos recibiendo lecciones de nuestros colegas. Mientras no se celebre la asamblea de accionistas, nada es definitivo. Esa es la ley, ¿no es verdad?

—¡Sí, pero era ya una cosa hecha! El hombre alto, de pelo cano se volvió hacia Pugmire, casi incapaz de hablar por el ímpetu de la ira—.

—¡Tú dijiste que el convenio estaba hecho!

—Bueno... los directores estaban de acuerdo —contestó Pugmire, en tono inseguro, consciente de que todos lo escuchaban.

Una persona que asistía a la controversia con especial atención era Haply, mitad en éxtasis por lo elevado de la nueva oferta, y mitad presa de furia al no haber tenido indicio alguno del negocio, que le habría permitido a él también comprar a manos llenas. Pugmire tuvo que ratificar:

—Pero... ehm... por supuesto, tiene que ser confirmado por los accionistas en la asamblea del viernes.

No teníamos idea de que hubiera... ehm... Ian... ehm... colega, ¿no crees que este es el lugar menos indicado para dis...?

—Claro, estoy de acuerdo contigo —contestó el tai-pan—. Además, por ahora queda poco que discutir. La oferta está hecha. A propósito, Pug, tu contrato personal sigue en pie, y se extiende otros cinco o siete años, con un lugar en la junta directiva de Struan por idéntico periodo.

Pugmire se quedó boquiabierto. Haciendo un esfuerzo por reponerse de la sorpresa, preguntó:

—¿Eso es también parte de la licitación?

—Tú comprendes que necesitamos de toda tu pericia —contestó Dunross con la mayor naturalidad; todos se dieron cuenta de que Pugmire quedaba atrapado—. El resto del paquete permanece tal como lo habías negociado con Superfoods. Los documentos estarán sobre tu escritorio el lunes a las 9:30.

Tal vez tu quieras presentar nuestra oferta a tus accionistas el viernes —se dio la vuelta hacia Biltzmann y le tendió la mano—. Buena suerte. Supongo que usted volverá con una contrapropuesta sin tardanza.

—Bueno... ehm... tengo que comunicarme con nuestra oficina central, señor... ehm... tai-pan —

Biltzman estaba rojo de ira—. Nosotros. ... nosotros hicimos

nuestra mejor oferta y… La que usted acaba de hacer es magnífica Sí… Pero con el desplome de sus acciones, la fuga de capital de los bancos y el derrumbe del Mercado de valores, va a ser difícil que pueda cerrar el trato, ¿no le parece?

—En absoluto, señor Biltzman —opuso Dunross, apostando todo, confiando en que Bartlett no retrocediera ante la promesa hecha del efectivo, en que cerraría su convenio con Par-Con, se libraría de Gornt y lograría que sus acciones volvieran al nivel debido para fines de la semana siguiente—.

Podremos cerrar el trato sin ningún problema.

La voz de Biltzmann se volvió cortante:

—Dickie, creo que deberás considerar con más cuidado nuestra propuesta. Es válida hasta el martes— lo dijo pensando en que para ese día Struan estaría reducido a pavesas—. Ahora voy a hacer mi apuesta para la siguiente carrera.

Al decir esto, se alejó del palco. La tensión en el grupo se elevó varios puntos.

Todos empezaron a hablar con excitación, pero Haply dominó el ruido al preguntar.

—Tai-pan, ¿puedo hacer una pregunta?

La atención de todos los circunstantes volvió a concentrarse.

—¿Qué pregunta?

—Entiendo que es costumbre que al apoderarse una compañía de otra, se haga un pago inicial en efectivo, como prenda de buena fe. ¿Puedo preguntar cuánto va a poner Struan?

Todos permanecieron en actitud de expectación, con la mirada fija en Dunross. El mantuvo al auditorio en suspenso unos momentos, mientras recorría con la mirada los ojos de todos, sabedor de que la inmensa mayoría quería verlo humillado… prácticamente, todos, excepto… ¿excepto quién? Casey, con toda seguridad, a pesar de ser consciente de todo lo que estaba sucediendo. ¿Bartlett? No lo sabía… al menos con certeza.

¿Claudia? ¡Oh, si! Claudia lo miraba sin parpadear, con una palidez de cera en el semblante. Donald McBride, Gavallan, incluso Jacques. Los ojos de Dunross se detuvieron en Martin Haply:

—Tal vez el señor Pugmire prefiera que ese detalle se mantenga reservado —insinuó, guiando el interés de todos… —¿Qué dices, Pug?

Gornt interrumpió a Pugmire y dijo en todo de reto:

—Ian, puesto que has decidido actuar de manera poco ortodoxa, ¿por qué no hacer todo el negocio público? La cantidad que adelantes da idea del valor de tu licitación. ¿No es cierto?

—No. En realidad no —contestó Dunross.

Alcanzó a oír el griterío lejano provocado por la salida de la tercera carrera, y estuvo seguro, al ver las caras que lo rodeaban, de que nadie lo oyera más que el interesado.

—En fin, está bien —dijo como la cosa más natural—... Pug, ¿qué te parecerían unos dos millones de dólares norteamericanos, con los documentos en tu oficina a las 9:30 de la mañana del lunes? Como muestra de buena fe.

Una ola de pasmo recorrió todo el palco. Havergill, Johnjohn, Southerby y Gornt estaban espantados.

Phillip Chen por poco no se desmayó. Sin poder siquiera pensarlo, Havergill empezó a decir:

—Ian, ¿no creerás que nosotros... ehm... el...? Dunross dio un giro a su frase y lo interrumpió diciendo:

—¡Oh! ¿No crees que sea una cantidad suficiente, Paul?

—Oh, sí, sí. Por supuesto. Más que suficiente,, pero... ehm... —Havergill se quedó sin palabras bajo el influjo de la mirada de Dunross....

—¡Oh! Por un momento... —Dunross se detuvo, como si una idea le hubiese venido de repente a la cabeza—. ¡Oh, no tienes que preocuparte, Paul! Yo no te comprometo a ti sin tu aprobación... ¡por supuesto! Tengo otras fuentes de financiamiento para este negocio... Son fuentes externas —siguió diciendo con su estilo ágil y agradable—. Como sabes, los bancos japoneses y muchos otros están ansiosos de extenderse en Asia. Yo pensé que sería mejor mantener todo secreto y evitar las fugas indiscretas de información, obteniendo financiamiento externo, hasta que fuera el momento de anunciar lo que me proponía hacer. ¡Por fortuna la Casa Noble tiene amigos en todo el mundo! ¡Los veré a todos más tarde!

Se dio la vuelta y salió. Phillip Chen lo siguió. Martin Haply corrió al teléfono. Todos los demás siguieron haciendo comentarios y diciendo: ¡No puedo creerlo! ¡Santo Dios, si Ian tiene esa clase de fondos externos...!

En medio de todos los rumores, Havergill preguntó a Johnjohn:

—¿Qué banco japonés puede ser?

—Me gustaría saberlo. Si Ian tiene dinero para una operación como esta... ¡Dios mío, dos millones de dólares norteamericanos es el doble de lo que necesitaba ofrecer!

Southerby, que estaba al lado de ellos, se enjugó el sudor de las palmas de las manos y comentó:

—Si Ian sale airoso en este negocio, le valdrá por lo menos diez millones de dólares estadounidenses el primer año —sonrió con sarcasmo y observó— Bueno, Paul... Parece que tanto tú como yo nos hemos quedado sin un trozo de este pastel.

—Sí, sí. Así es. Pero todavía no veo cómo Ian pudo... ¡y mantenerlo tan secreto!

Southerby se acercó un poco más y preguntó en voz muy baja:

—Mientras tanto... otra cosa más importante, ¿qué hay de Tiptop?

—Nada. Todavía nada. No ha respondido a mis llamadas, ni a las de Johnjohn —los ojos de Havergill se fijaron en Gornt, que a la sazón hablaba en privado con Plumm; le dio la espalda y preguntó —:

¿Qué va a hacer ahora Quillan?

Southerby respondió:

—Compra a primera hora de la mañana del lunes. Tiene que hacerlo. Ahora debe hacerlo. Es demasiado peligroso seguir sosteniéndose.

—Estoy de acuerdo —convino Sir Luis Basilio, uniéndose al grupo—. Si Ian puede poner a circular una cantidad de efectivo tan fuerte como esa, para los que han estado vendiendo al descubierto lo mejor será abrir los ojos. Me vino a la memoria el hecho de que la semana pasada estuvimos comprando acciones de Almacenes Generales para nominatarios. Lo probable es que haya sido Ian, ¿eh? Tiene que haberse asegurado una posición... ¡qué diablo de hombre afortunado!

—Sí —dijo Johnjohn entre dientes—. ¡Por mi vida que no puedo imaginar...! ¡Jesucristo bendito! Y ahora, si gana con Noble Star... Con un hado como ese, puede hacer que toda esta confusión de un vuelco completo... ¡Tú sabes cómo son los chinos!

—Sí —objetó Gornt, interviniendo en la conversación y asombrando a todos con su actitud—. Pero gracias a Dios, no todos

nosotros somos chinos. Todavía habrá que ver ese efectivo.

—Debe tenerlo.... tiene que tenerlo. Es asunto de prestigio —reflexionó en voz alta Johnjohn.

—¡Ah, prestigio! —la voz de Gornt sonaba sarcástica—. ¿Las 9:30, eh? Si hubiese sido verdaderamente sagaz, habría dicho las 12 del mediodía, o las 3 de la tarde. De esta forma, en todo el día no habríamos sabido lo que iba a suceder y podía habernos manipulado todo ese tiempo. Tal como están ahora las cosas —Gornt se encogió de hombros—, salgo ganando... millones, o bien control.

Dirigió una mirada hacia el otro extremo del salón del bullicioso palco, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza a Bartlett y a Casey y luego se dio la vuelta y se alejó.

Bartlett tomó el brazo de Casey y la condujo hacia la barandilla.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

—¿De Gornt?

—De Dunross.

—¡Fantástico! Pienso que es fantástico. ¡Un banco japonés! Esa fue una salida pasmosa —dijo con excitación—. A todo este grupo lo ha sacado de órbita, tú puedes verlo. Y si lo logró con este grupo, quiere decir que ha puesto de cabeza a Hong Kong entero. ¿Oíste lo que dijo Southerby?

—Sí, claro. Parece que hemos triunfado todos... Si él logra escapar de la trampa de Gornt.

—Esperemos que sí —luego Casey observó la sonrisa de Linc—... ¿Qué sucede?

—¿Sabes lo que acabamos de hacer, Casey? Acabamos de comprar la Casa Noble con una promesa de dos millones de dólares.

—¿Cómo?

—Ian está en un juego de azar. El que pone los dos millones soy yo.

—Ese no es juego de azar, Linc. Ese es el trato.

—Claro, pero supón que yo no lo cumplo. Todo su castillo de naipes se derrumba. Si no consigue los dos millones, está acabado. Ayer le dije a Gornt que tal vez yo le sacudiera el tapete a Dunross el lunes por la mañana. Supón que retirara los dos millones antes que el mercado abriera. ¡A Ian se lo lleva la trampa!

Casey lo miró horrorizada.

—¡No serás capaz de hacer eso!

—Nosotros venimos aquí para hacer una incursión y convertirnos en la Casa Noble. Mira lo que Ian le ha hecho a Biltzmann, lo que todos le han hecho. Ese pobre desgraciado no sabe todavía qué fue lo que lo hizo caer. Pugmire hizo un trato, pero se desdijo para aceptar una oferta mejor de Ian. ¿No es cierto?

—Es un caso diferente —lo miró con ojos escrutadores—. ¿Vas tú a desdecirte después de haber hecho un trato?

En el rostro de Bartlett se dibujó una sonrisa extraña. Miró a las multitudes y al marcador, y contestó, como quien piensa en voz alta:

—Tal vez... Tal vez eso dependa de quién le haga qué cosa a quién, durante el fin de semana... Gornt o Dunross. Todo es la misma cosa.

—No estoy de acuerdo.

—Lo sé, Casey, lo sé —contestó con calma—. Pero son mis dos millones y mi juego.

—¡Sí, y también tu palabra y tu prestigio! Tú estarías faltando a tu parte en el trato.

—Casey, estos amigos nos almorzarían con toda tranquilidad si tuvieran una oportunidad favorable.

¿Crees que Dunross no nos vendería si tuviese que escoger entre él y nosotros?

Después de una pausa, Casey preguntó:

—¿Quieres decirme que un trato nunca es trato, pase lo que pase?

—¿Quieres cuatro millones, libres de impuesto?

—Tú sabes mi respuesta a ese respecto —contestó ella. .

—¿Qué opinarías si te digo que tienes un 49 por ciento de participación en la nueva compañía Par-Con/Gornt, libre y neto? ¡Tienes que valer por lo menos eso!

—Vale más que eso... —concedió ella, temerosa de ese modo de hablar y por vez primera en su vida insegura de Bartlett.

—¿Quieres ese 49 por ciento?

—¿A cambio de qué, Linc?

—A cambio de apoyar a Gornt/Par-Con en un 100 por ciento.

Casey sintió que el estómago le daba un vuelco. Lo observó otra vez tratando de escudriñar su pensamiento. En términos normales,

lo habría hecho, pero después de haber entrado Orlanda en escena, no.

—¿Estás ofreciéndome eso?

Linc sacudió la cabeza, siempre con la misma sonrisa y el mismo tono de voz.

—No. Todavía no.

Casey se estremeció, al pensar que podría aceptar el arreglo si él se lo propusiera con toda formalidad.

—Me alegro, incursor. Sí, creo que me alegro.

—El asunto es claro y sencillo, Casey: Dunross y Gornt están en el juego para ganar, pero por valores diferentes. Eso es tan cierto, que este palco vale más para cualquiera de los dos que dos o cuatro millones de dólares. Nosotros hemos venido aquí, nosotros, hablo de ti y de mí, hemos venido a obtener utilidades y a ganar.

Ambos levantaron la vista y observaron que caían unas cuantas gotas de agua. Pero provenían del techo sobresaliente, no de un nuevo aguacero. Casey estaba a punto de decir algo, pero se detuvo.

—¿Qué cosa, Casey?

—Nada.

—Voy a pasear entre la gente, para ver cuál es la reacción. Te veré en nuestro palco.

—¿Qué piensas de la quinta? —preguntó ella.

—Espera a conocer los pronósticos. Regresaré antes que comience. —¡Que te diviertas! —Lo siguió con la mirada, desde fuera de la puerta, luego se dio la vuelta y se apoyó en la barandilla, para ocultarse de él y de todo el mundo. Quería dar gritos. ¿Vas a retirar el tapete y a desdecirte de lo prometido?

¡Dios mío! Antes de Orlanda... antes de Hong Kong... nunca habría tenido que hacerme esa pregunta.; Linc jamás habría fallado a su palabra. Pero ahora... ya no estoy segura.

Volvió a estremecerse. ¿Y qué decir de mis lágrimas? ¡Nunca me había valido de ese recurso! ¿Y Murtagh? ¿Debo hablar con Linc de Murtagh ahora... o después? Es un hecho que debe enterarse, con toda seguridad antes de las 9:30 del lunes. ¡Oh, Dios mío! Quisiera no haber venido nunca a este lugar.

* * *

Las gotas de lluvia salpicaron todo el estadio. Alguien comentó: —¡Santo Dios, espero que esto no empeore!

La pista estaba ya accidentada, fangosa y muy resbaladiza. Fuera de la entrada principal, la calle se había puesto resbaladiza, con muchos charcos. El tránsito de vehículos era muy denso, y mucha gente con retraso seguía entrando a toda prisa.

Roger Crosse, Sinders y Robert Armstrong salieron del auto policial y pasaron las barreras y los puntos de inspección, hasta llegar al ascensor de los miembros del Club, con sus distintivos agitándose sobre las solapas. Crosse había sido miembro con voto durante cinco años. Armstrong durante uno. Ese año, Crosse era además uno de los administradores. Año tras año, el comisario de policía sugería a los administradores que se asignara un palco a la policía. Año tras año, los administradores convenían con entusiasmo en la idea, pero nunca sucedía nada.

Ya en la gradería de los miembros, Armstrong encendió un cigarrillo. Las arrugas de la cara se le veían muy acentuadas, tenía los ojos cansados. El enorme recinto concurrido ocupaba la mitad de la longitud de las graderías. Se acercaron al bar y pidieron unas bebidas, saludando a los demás miembros.

—¿Quién es ésa? —preguntó Sinders.

Armstrong siguió la mirada del jefe de MI-6 y repuso:

—Ese es un poco de nuestro colorido local, señor Sinders —contestó con voz sarcástica—. Se llama Venus Poon y es la estrella de moda de nuestra televisión.

Venus Poon llevaba puesto un largo abrigo de mink y estaba rodeada por un grupo de admiradores chinos.

—El hombre que está a su izquierda —continuó Armstrong— es Charles Wang, productor de cine, multimillonario, dueño de salones cinematográficos, salones de baile, clubs nocturnos, bares, chicas y un par de bancos en Tailandia. El hombrecillo pequeño que parece caña de bambú, y es tan resistente como él, se llama Four Fingers Wu. Es uno de nuestros piratas locales. Se gana la vida a base de contrabando y desempeña muy bien su trabajo.

—Sí —confirmó Crosse—. Hace un par de días estuvimos a punto de atraparlo. Creemos que ahora anda en tráfico de heroína... desde luego maneja contrabando de oro.

—¿Quién es el nervioso de traje gris? ¿El que está del lado de

afuera?

—Es Richard Kwang, el del desastre del Ho-Pak —explicó Armstrong—. El banquero. Es... o era el actual... ¿cómo se llama? *¿padrino?* de la chica.

—Que interesante —Sinders concentró la atención en Venus Poon. Su vestido era de amplio escote y muy sugestivo—. Sí, mucho... ¿Y quién es aquella? La que está con el europeo...

—¿Dónde? ¡Ah! Esa es Orlanda Ramos, portuguesa, que aquí suele significar euroasiática. Hubo un tiempo en que fue la amante de Quillan Gornt. Ahora... ahora no sé. El hombre es Linc Bartlett, el "contrabandista de armas".

—¡Ah! ¿Ella está libre?

—Tal vez.

—Da la impresión de ser cara —Sinders tomó un sorbo de su bebida y suspiró—... Deleitosa, pero cara.

—Yo diría que muy cara —comentó Crosse con disgusto—... Según mi criterio, rebasa la línea...

Orlanda Ramos estaba a poca distancia de ellos, con varías mujeres de edad madura, todas vestidas con ropa mandada hacer a la medida, que rodeaban a Bartlett.

Sinders miró sorprendido a Crosse.

—¡En muchos años no había visto tantas bellezas despampanantes... ni tantas alhajas! ¿Han tenido alguna vez un buen asalto aquí? Crosse arqueó las cejas azorado.

—¿En el Turf Club? ¡Santo Dios, no! Por cierto que nadie se atrevería a cometerlo.

Armstrong esbozó su clásica sonrisa dura y comentó:

—Todo policía que cumple con su tarea aquí, desde el más alto hasta el ínfimo, pasa la mayor parte del tiempo tratando de tener buenos resultados en el atraco perfecto. La suma que se reúne aquí al fin del día debe ser de unos quince millones como mínimo. A todos nos deja boquiabiertos. La seguridad es muy rigurosa, muy inteligente... La ha organizado el señor Crosse.

—¡Ah!

Crosse sonrió:

—¿Te gustaría tomar un bocadillo, Edward? ¿Tal vez un sandwich?

—Buena idea. Muchas gracias.

—¿Tú, Robert?

—No, gracias, señor. Si me permite, voy a estudiar la forma de los caballos. Los veré después.

Armstrong se daba cuenta, con mucha pena, de que después de la séptima carrera, tendrían que regresar a las oficinas centrales, para otra sesión con Brian Kwok.

—Robert es un apostador serio, Edward. ¿Quieres hacerme un favor, Robert? Enseña al señor Sinders dónde se hacen las apuestas y pídele un sandwich. Creo que yo debo ver si el gobernador tiene un momento libre. Regreso en unos minutos.

—Con gusto —contestó Armstrong.

En realidad, detestaba la idea, pues el sobre con los 40,000 dólares *h'eung yau* que había tomado de su escritorio se había vuelto fuego ardiente en su bolsillo. ¡Dios santo! ¿Lo hago o no lo hago? —se preguntaba una y otra vez, tratando de decidir, en medio de una sensación de lobreguez si apostaría, mientras se esforzaba por rechazar la imagen de horror de su amigo Brian y de la siguiente sesión...

No, ya no era su amigo, sino un elemento comprometido y muy bien preparado, y además, de enorme valor para el enemigo, que los habían descubierto por un verdadero milagro.

—Robert —le dijo Crosse, poniendo un acento deliberado de amabilidad en el tono de voz—, has hecho hoy un magnífico trabajo. Muy bueno.

—Sí —ratificó Sinders—. Yo me encargaré de que el Ministro sepa lo que ha significado tu ayuda, y por supuesto lo haré saber en el departamento.

Crosse se dirigió al ascensor. Por dondequiera que pasaba, ojos chinos nerviosos lo seguían. Al llegar al piso superior, pasó de largo frente al palco del gobernador y entró en el de Plumm.

—¡Hola, Roger! —saludó Plumm con amabilidad—. ¿Un trago?

—Te agradecería un café. ¿Cómo andan las cosas?

—Por el momento he perdido hasta la camisa, aunque muchos de nosotros tenemos ya asegurada la primera parte de la quiniela. ¿A ti cómo te ha ido?

—Acabo de llegar.

—Eso significa que no presenciaste el drama —Plumm le relató el acontecimiento de la licitación de Dunross—. Ian le ha puesto la

soga al cuello a Pug.

—O le ha hecho una oferta grandiosa —intervino alguien.

—Cierto. Cierto.

El palco de Plumm estaba tan concurrido como los demás. Animada charla, risas, bebidas y buena comida.

—Tendremos té en una media hora. Voy a la sala del comité de administradores, Roger. ¿Quieres dar unos pasos conmigo?

La sala del comité se hallaba al final del corredor. Puertas giratorias daban acceso a ella. Era un recinto pequeño, con una mesa, doce sillas, un teléfono, buenas ventanas que daban a la pista y un minúsculo balcón. Estaba vacío. En el acto, las apariencias de bienestar espontáneo de Plumm se desvanecieron.

—He hablado con Suslev.

—¿Ah, sí?

—Está furioso por la incursión de anoche en el *Ivanov*.

—Puedo imaginarlo. Fue ordenada por Londres. A mí no se me dijo una palabra hasta esta mañana. ¡Maldito Sinders!

Plumm adoptó una actitud todavía más sombría.

—¿No es posible que anden detrás de ti, verdad?

—¡Oh, no! Es rutina. Se trata simplemente de una Rama Especial de MI-6, y de que Sinders decidió agitar las alas. Son un equipo muy secreto, y con toda razón. No tiene nada que ver con Servicios Especiales de Inteligencia. Prosigue.

—Me dijo que si venías, lo encontrarías junto a una cabina telefónica —le entregó un pedazo de papel—. Aquí está el número. Estará allí exactamente al empezar las tres próximas carreras. Por favor llámalo. Dijo que era urgente. ¿Cuál fue el maldito propósito de esa incursión?

—Se trataba sólo de asustar a todo el KGB a bordo, asustarlos lo suficiente para que Sevrin se pusiera de manifiesto. Simple presión. Lo mismo que la orden dada a Suslev y al nuevo comisario para que se presenten en las oficinas centrales el domingo. Se trata únicamente de asustar.

—Por cierto que Suslev está asustado —una sonrisa irónica se dibujó en la cara apuesta de Plumm—. ¡Creo que le han dejado descoyuntado el esfínter para diez años, por lo menos! Todos ellos tendrán alguna explicación que dar. Cuando Armstrong "por casualidad" abrió de golpe la puerta del cuarto de radio, Rojo Uno

entró en funciones y con toda precisión, aunque sin necesidad, echó a perder todo el equipo de mensajes en clave, junto con sus exploradores clasificados de radar.

Crosse se encogió de hombros y comentó:

—El *Ivanov* está a punto de salir y tienen material de sobra para reemplazar la pérdida. No fue culpa de Suslev, ni nuestra. Podemos enviar un informe al Centro explicándoles lo que sucedió... Si queremos.

Plumm frunció el ceño, en actitud interrogante.

—¿Dijiste *si queremos...*?

—Rosemont y sus gorilas de la CIA recogieron un vaso en su incursión por el departamento de Sinclair Towers. Las huellas digitales de Suslev están por todos lados.

Plumm palideció.

—¡Maldita sea! ¿Quiere decir que ahora lo tienen ya en su registros?

—Tiene que ser. Está en los nuestros, como tú sabes, no como miembro del KGB, y creo que yo tengo las únicas copias que existen de sus huellas digitales. Las saqué de su expediente hace años. Yo diría que en poco tiempo la CIA andará tras él. Por eso, cuanto más pronto salga de Hong Kong, tanto mejor.

—¿Crees que debamos advertir de esto al Centro? —preguntó Plumm intranquilo—. Se pondrán furiosos con él por haber sido tan descuidado.

—Podremos decidirlo durante el fin de semana. A Voranski tuvimos oportunidad de conocerlo durante varios años, sabíamos que era de fiar. Pero, ¿este hombre...? —Crosse dejó la pregunta en suspenso, haciendo parecer que su contacto con Suslev se remontaba a poco tiempo atrás, como le sucedía a Plumm. Luego añadió:

—Después de todo, no es más que un oficial subalterno del KGB, diríamos que es un mensajero elevado de rango. Ni siquiera es el sustituto oficial de Voranski, y tenemos que pensar en nosotros mismos.

—¡Es cierto! —la voz de Plumm se endureció—. Tal vez sea un auténtico idiota. Yo sé que a mí no me siguió nadie hasta Sinclair Towers... Y en cuanto al cable descifrado... ¡Que Dios maldiga a los cuervos!

—¿Qué cosa?

—El cable descifrado, el que Suslev dejó caer y Armstrong recogió de la cubierta del *Ivanov*.

Tenemos que decidir algo al respecto.

Crosse se dio la vuelta para disimular su conmoción, e hizo un esfuerzo por controlarse, aterrado al recordar que ni Armstrong ni Sinders habían hecho mención de cable alguno. Fingió que cubría un bostezo con la mano para disimular su emoción.

—Perdón… tuve que estar despierto la mayor parte de la noche —el esfuerzo por mantener el tono de la voz natural fue todavía mayor—. ¿Te dijo lo que decía el cable?

—¡Claro que sí! Yo insistí.

Crosse vio que Plumm lo observaba y apremió:

—¿Qué te dijo exactamente, que había en el cable?

—¡Oh! ¿Crees que pueda haberme mentido? —Plumm no disimuló su ansiedad—. Decía algo así como esto: «Informe a Arthur que, de acuerdo con su petición de Prioridad Uno para el traidor Metkin, se mandó orden a Bombay para interceptar el vehículo sin tardanza. Segundo, que la reunión con el norteamericano se pospone al domingo. Tercero y último: los expedientes de AMG siguen siendo Prioridad Uno. Sevrin debe hacer el máximo esfuerzo por tener éxito en esa misión. Centro». —Plumm se relamió los labios—. ¿Está correcto?

—Sí —contestó Crosse, corriendo un riesgo, pero con el pantalón casi mojado de alivio.

Por un momento se puso a ponderar las posibilidades con Armstrong y Sinders. Pero… ¿por qué, con toda deliberación, no me informaron de ese cable?

—¡Es terrible! ¿No te parece? —preguntó Plumm.

—Sí, pero no es grave.

—No estoy de acuerdo —rebatió Plumm indignado—. Establece un vínculo evidente entre el KGB y Sevrin. Confirma sin lugar a dudas la existencia de Arthur y de Sevrin.

—Sí, pero eso lo habían hecho ya los expedientes de AMG. Cálmate, Jason, estamos bastante seguros.

—¿Lo estaremos? Ha habido demasiadas filtraciones de información, para mi gusto. Demasiadas en realidad. Tal vez deberíamos cerrar el negocio un tiempo.

—Estamos cerrados. Son sólo esos malditos expedientes de AMG los que están causándonos la aflicción que sentimos.

—Sí. Por lo menos el insecto ése, AMG, no fue del todo preciso.

—¿Te refieres a Banastasio?

—Sí. Yo todavía me pregunto dónde demonios encaja él.

—Es cierto.

En el expediente interceptado de AMG, a Banastasio se le daba erróneamente el nombre de contacto norteamericano de Sevrin. Fue sólo después de conocer el expediente, cuando Crosse supo por Rosemont quién era en realidad Banastasio.

—El hombre que se encontró con él era Vee Cee Ng —observó Crosse.

Plumm arqueó las cejas alarmado.

—¿Photographer Ng? ¿Cómo se relaciona él con todo esto?

—No lo sé… Embarques… barcos… contrabando. Interviene en toda clase de negocios sombríos —dijo Crosse, encogiéndose de hombros.

—¿Será posible que la teoría del escritor ese sea correcta? ¿Cómo se llama él? ¡Marlowe! ¿Podría el KGB estar efectuando una operación en nuestro territorio sin decírnoslo?

—Es posible. También podría ser un departamento del todo diferente, tal vez el GRU, instigado en Estados Unidos por el KGB, o por el GRU de allá. También podría ser una mera coincidencia.

Crosse era ya dueño de sí mismo otra vez. El horror del cable iba desvaneciéndose. El pensaba ya con mucha mayor claridad. —¿Qué quiere Suslev que pueda ser tan urgente?

—Nuestra colaboración. Koronski llega en el avión de la tarde. Crosse dejó escapar un silbido.

—¿El Centro?

—Sí. Esta mañana llegó un mensaje. Ahora que el equipo del *Ivanov* está arruinado, el intermediario soy yo.

—Muy bien. ¿Cuál es su nombre clave?

—Hans Meikker, de Alemania Occidental. Se hospedará en el Seven Dragons —la angustia de Plumm aumentó—. Escúchame… Suslev dijo que el Centro nos ordenaba que nos preparáramos para secuestrar a Ian y…

—¡Se han vuelto locos! —explotó Crosse.

—Estoy de acuerdo, pero Suslev dice que es la única manera de

averiguar con rapidez sí los expedientes son falsificados o no, y en eso de que lo sean, dónde están ocultos los genuinos. El asegura que Koronski puede hacerlo. En un examen químico… bueno, la memoria de Ian puede… puede vaciarse.

—¡Eso es una locura! —gritó Crosse—. Ni siquiera estamos seguros de que los expedientes sean falsos. Se trata de una mera suposición, ¡por amor de Dios!

—Suslev dice que el Centro lo autorizó para que culpemos del secuestro a los licántropos. Esos insectos se apoderaron de John Chen… ¿Por qué no habrían de ir en busca del buen dinero, el del tai-pan?

—No. Es demasiado peligroso.

Plumm se secó las manos y sugirió:

—Secuestrar ahora a Ian, haría que todos los tai-pans y Hong Kong entero fuera presa del furor.

Podría ser el momento perfecto, Roger.

—¿Por qué?

—La Casa Noble sería un manicomio de confusión, y con todas las fugas de capital de los bancos y el desastre del Mercado, Hong Kong se iría por el caño del desagüe y produciría una tremenda conmoción en toda China. Nosotros avanzaríamos la causa unos diez años, y prestaríamos una ayuda incalculable al comunismo internacional y a los obreros del mundo entero. ¡Por Dios, Roger! ¿No estás cansado de estar aquí, sentado, sin hacer otra cosa que transmitir mensajes? Ahora podemos poner a Sevrin en plena actividad, casi sin correr riesgos. Luego cerramos todo el negocio durante un tiempo.

Crosse encendió un cigarrillo. Pudo oír la tensión en la voz de su interlocutor.

—Voy a pensarlo —dijo al fin—. Déjalo pendiente. Te llamaré esta noche. ¿Dijo Suslev quién era el norteamericano del cable?

—Lo único que aseguró es que no tenía nada que ver con nosotros.

La voz de Crosse sonó dura, cuando objetó: —Todo lo que pasa aquí tiene, que ver con nosotros.

—Estoy de acuerdo —confirmó Plumm, observando con cuidado a Crosse.

—También podría ser una palabra clave, una clave para designar

a cualquiera.

—Es posible.

—Tengo una sugerencia audaz para ti: Banastasio.

—¿Por qué él? —preguntó Crosse, que ya se había precipitado a la misma conclusión.

—No sé por qué, pero apuesto a que toda esta conspiración, si es eso lo que es, tiene que estar inspirada por el KGB… o al menos ayudada por él. Es la clásica táctica Sun Tzu: usar la fuerza del enemigo contra él mismo: los dos enemigos: Estados Unidos y China. Un Vietnam fuerte y unificado, con la garantía de ser anti-chino militante, ¿qué tal?

—Es posible.; Sí. Todo coincide —convino Crosse.

Con una sola excepción —pensó luego—: Vee Cee Ng. Mientras Brian Kwok no había soltado la lengua diciendo: "Vee Cee es uno de nosotros", Crosse no había tenido el mínimo indicio de que pudiera ser otra cosa que un fotógrafo de ojo alegre y un capitalista comerciante, dedicado a embarques.

—Si Banastasio es el norteamericano, lo sabremos —concluyó—. ¿Hay algo más?—Crosse terminó de fumar.

—No, Roger. Por favor piensa en Dunross. Los licántropos nos hacen posible la operación.

—Está pensado.

—Este fin de semana sería perfecto, Roger.

—Lo sé.

* * *

Orlanda observaba los caballos con sus poderosos prismáticos, en el momento en que salían para la cuarta carrera. Se mantenía de pie en una esquina del balcón del salón de los miembros. Bartlett estaba a su lado, disfrutándola.

Todos vigilaban los caballos, menos él. Estaba dedicado a estudiar la curva de sus senos bajo la seda del vestido, a admirar el ángulo de sus mejillas y a gozar con la intensidad de su excitación.

—¡Vamos, Crossfire! —musitaba la chica—. ¡Vamos! Está quedándose en quinto lugar, Linc… ¡Oh, por favor, belleza, adelántate…!

Bartlett rió. Orlanda ni siquiera lo notó. Habían convenido en

encontrarse allí entre la tercera y la cuarta carrera.

—¿Eres tú un miembro con voto? —le había preguntado él la noche anterior.

—Oh no, mi amor. Yo voy a las carreras con unos amigos. Son viejos amigos de mi familia. ¿Otra copa?

—No. No, gracias... Será mejor que me vaya

Se habían besado y él había vuelto a experimentar la bienvenida abrumadora de la chica. Lo había mantenido inquieto y en ascuas todo el recorrido, de Un lado a otro de la bahía, hasta llegar a su alojamiento, y después gran parte de la noche. A pesar de todos sus esfuerzos, el deseo de poseerla le resultaba difícil de refrenar y de conservar en la debida perspectiva.

Estás en la trampa, viejo amigo —se dijo, mientras la contemplaba. La punta de la lengua de la chica se asomaba entre los labios, pero sus ojos se concentraban y ella no pensaba más que en los 50 dólares que iban en la nariz del gran gris, el favorito.

—¡Vamos... vamos... oh, está avanzando, Linc! ¡Oh... va ya en segundo lugar...!

Bartlett observó al fin el grupo de caballos que a la sazón galopaban ya en la recta final. Crossfire, el gran gris, iba muy bien colocado junto a Western Scot, un caballo castrado café, que llevaba una ligera ventaja y corría en la línea de vanguardia... El ritmo de toda la carrera era muy lento... En la anterior, había caído uno de los caballos. En ese momento, un contendiente se desprendió y avanzó inesperadamente, era Winwell Stag, un caballo castrado, propiedad de Havergill, que Peter Marlowe había indicado como posible ganador. En ese momento avanzaba con decisión, por la pista externa, junto a Western Scot y a Crossfire, que iban parejos y le llevaban sólo un cuello de ventaja. Todas las fustas se agitaban con frenesí, en medio del rugido creciente de emoción de las multitudes.

—¡Oh, vamos, vamos, Crossfire...! ¡Oh, oh, ganó... ganó!

Bartlett rió, gozando de aquel alboroto, mientras el júbilo de Orlanda se desbordaba, y en la emoción le daba un estrecho abrazo.

—¡Oh, Linc, qué maravilla!

Un momento después, otro clamor ensordecedor se levantó de las graderías, cuando los números triunfadores resplandecieron en el marcador, confirmando el orden de los caballos. Todo el mundo

esperaba las cifras definitivas. Otra aclamación estruendosa. Crossfire pagaría 5 a 2.

—No es mucho —observó Linc.

—¡Oh, sí lo es, lo es, lo es! —la chica nunca le había parecido más bella.

Llevaba un gracioso sombrero, mucho mejor que el de Casey. Linc lo había notado en el acto y la había alabado por el buen gusto. Orlanda se adelantó un poco y se inclinó sobre la barandilla, mirando hacia el círculo del ganador.

—Allí está el dueño, Vee Cee Ng. Es uno de nuestros millonarios comerciantes en embarques de Shanghai. Mi padre lo conoció bastante bien, dio los prismáticos a Linc, Bartlett los enfocó en la dirección indicada. El hombre que guiaba al caballo enguirnaldado hasta el círculo del ganador era un chino de buen cuerpo, de más de cincuenta años, vestido con elegancia; una gran alegría le iluminaba el rostro. Bartlett reconoció después a Havergill, que conducía a su Winwell Stag, el segundo lugar, derrotado por una nariz. En la dehesa pudo ver a Gornt, a Plumm, a Pugmire y a muchos de los administradores. Dunross estaba cerca de la barandilla, hablando con un hombre de menor estatura que él. El gobernador iba de un grupo a otro, acompañado de su esposa y su ayudante.

Bartlett los observaba con un poco de envidia. Allí estaban los dueños con sus gorras e impermeables, sus botadores y la compañía de sus costosas mujeres y amigas íntimas, saludándose unos a otros.

Todos ellos eran miembros del club interno, del centro de poder de Hong Kong. Estaban allá abajo y también en los palcos de arriba. Todos son muy británicos—pensó—, todos muy sagaces. ¿Encajaré yo en ese círculo mejor que Biltzmman? ¡Claro que sí! Yo seré miembro con voto... sin mayor dificultad. Fue casi lo que dijo Ian. ¿Encajaría Orlanda en ese medio? ¡Por supuesto que sí! Como esposa o como amiga íntima. Es lo mismo.

—¿Quién es ése? —preguntó Bartlett—. Me refiero al hombre que está hablando con Ian...

—¡Ah! Es Alexi Travkin, el entrenador del tai-pan... —dejó de hablar en el momento en que Robert Armstrong se les acercó.

—'ñas tardes, señor Bartlett —saludó con cortesías ¿Usted también estaba con el ganador?

—No. No, yo perdí esta vez. ¿Me permite presentarle a la

señorita Ramos, Orlanda Ramos? El superintendente Armstrong, del CID.

—Hola —sonrió la chica, correspondiendo a la atención del policía, pero éste pudo ver su actitud precavida.

¿Por qué se asustan todos con nosotros? ¿Los inocentes tanto como los culpables? —se preguntó. Lo único que hacemos es poner en vigor sus leyes, tratar de protegerlos de los bellacos y de la gente sin principios. Es porque todos quebrantan alguna ley, aunque sea pequeña, todos los días, la mayoría de los días... porque muchas de las leyes son estúpidas... como nuestras leyes para apostar aquí. Eso significa que todos son culpables... sí, incluso tú, mujercita linda, de andar sensual y sonrisa prometedora... ¡para Bartlett! ¿Qué crimen has cometido hoy al poner una trampa a esta inocente? —sonrió con ironía en su interior y rectificó— ¡No tan inocente para la mayoría de las cosas! Pero, ¿una trampa a alguien entrenada por Quillan Gornt? Una hermosa chica euroasiática hambrienta, que no tiene adónde ir como no sea hacia abajo ... ¡Ah, sí! Pero ... ¡Cómo me gustaría cambiar de lugar contigo! Sí... ahí estás tú con tus rifles, tu dinero, con avecitas como Casey y ésta, y con reuniones con la escoria del mundo como Banastasio ...

¡Oh, sí! Renunciaría con gusto a diez años de mi vida, ¡a más aún!, porque Dios me es testigo de que hoy detesto lo que tengo que hacer, lo que sólo yo puedo hacer por la famosa Inglaterra...

—¿Usted apostó al ganador? —preguntó la chica.

—No. No, por desgracia.

—Es el segundó triunfo de Orlanda —advirtió Bartlett con orgullo. —¡Ah! Si usted está sobre la pista de los triunfos, ¿quién le late para la quinta?

—He estado tratando de decidir, superintendente. No tengo indicios de ninguna especie... Están los pronósticos completamente abiertos. ¿Usted en quién piensa?

—He oído decir que es Winning Billy, pero yo tampoco consigo tomar una decisión... Bueno, ¡mucha suerte!

Armstrong se alejó, y avanzó hacia las ventanillas de las apuestas. Había apostado 500 al caballo que había llegado en tercer lugar, para cubrir sus otras apuestas. Siempre escogía una apuesta principal y luego la protegía con otras, esperando salir con alguna ganancia. La mayoría de las veces lo lograba.

Esa tarde iba un poco atrás, pero todavía no tocaba los 40,000.

En el corredor, vaciló. La Víbora, el jefe inspector Donald C. C. Smyth se retiraba en ese momento de una de las ventanillas de los triunfadores, muy concurridas, con un fajo de billetes en la mano.

—Hola, Robert, ¿cómo te va?

—Así así... ¿Tú estás ganando en grande otra vez?

—Hago la lucha —la Víbora se le acercó más—. ¿Cómo va todo?

—Va adelante...

Armstrong volvió a experimentar una sensación de náusea al recordar el cuarto rojo y al pensar en estar sentado frente a Brian Kwok, ayudándolo a vomitar sus secretos más ocultos, luchando contra el tiempo que se les acababa... pues todos eran conscientes de que el gobernador pediría permiso a Londres para hacer el trueque.

—No te sientes bien, Robert.

—No, estoy bien. ¿Quién ganará la quinta?

—Yo me inclino a tu amigo Clubfoot del restaurante Para. El rumor es que será Pilot Fish. El señaló a Buccaneer para la primera... Sin embargo, con el curso que llevan aquí las cosas, puede suceder todo.

—Sí. ¿Hay algo sobre los licántropos?

—Nada. Es un callejón sin salida. Tengo cubierta toda la zona, pero con esta lluvia es una empresa casi desesperada. Entrevisté esta mañana a Dianne Chen y también a la esposa de John Chen, a Bárbara. No hicieron más que dorarme la píldora. Apostaría cualquier cosa a que saben más de lo que están diciendo.

Tuve una breve conversación con Phillip Chen, pero tampoco colaboró mucho. El pobre insecto está deshecho —la Víbora miró a Armstrong de frente y preguntó—. A propósito, ¿te ha dado Mary algún indicio sobre John?

Armstrong le sostuvo la mirada con naturalidad y contestó:

—No he tenido oportunidad de preguntarle. Lo haré esta noche... si me dan un momento de paz.

—No te la darán —Smyth torció la boca en una sonrisa significativa y sugirió—. Apuesta tus 40 a Pilot Fish.

—¿Cuáles cuarenta?

—Un pajarillo me contó que cierto huevo de oro del nido ha caído en tu gallinero... si me permites mezclar las metáforas —

Smyth se encogió de hombros—. No te preocupes, Robert, date el lujo. Hay mucho más dinero en el sitio de donde te llegó el que tienes. Buena suerte —se dio media vuelta y se alejó. Armstrong no le quitó la vista de encima sintiendo odio hacia él.

Sin embargo —pensó—, el insecto ése tiene razón —el pecho le dolía— hay mucho más… pero una vez que tomas el primer paquete, ¿qué sucederá con el segundo? Y aunque no das nada, no reconoces nada, no garantizas nada… llegará un momento… Tan seguro como que dos y dos suman cuatro.

Siempre habrá que hacer algún pago. Mary. Necesita esas vacaciones, las necesita tanto… Además, está la cuenta del corredor de bolsa y todas las demás deudas… ¡Oh, Dios mío! Y con este Mercado que se ha vuelto loco, yo estoy casi en la calle. ¡Que Dios maldiga al dinero… o a la falta de él!

Cuarenta mil en una quiniela triunfadora resolverían todo. O… ¿Apostaré todo a Pilot Fish? Todo… o la mitad o nada. Si es todo, me sobra tiempo para hacer apuestas en otras ventanillas.

Los pies lo llevaron a una de las líneas de apuestas. Muchos lo reconocieron y experimentaron en el acto una sensación de temor que los hizo desear que la policía tuviera su propio palco para que no se mezclara con ciudadanos honrados. Four Fingers Wu era uno de ellos. A toda prisa, apostó 50,000 en una quiniela de Pilot Fish y Butterscotch Lass, y huyó al salón de los miembros, para saborear agradecido su brandy con soda. ¡Asquerosa policía, carne de perro… venir a asustar a los honrados ciudadanos! —pensó, mientras esperaba que volviera Venus Poon. ¡Uuuyyy! —exclamó sonriendo para sí— ¡Su hendedura de oro vale hasta el último carate del diamante que le prometí anoche. Dos Nubes y la Lluvia antes del amanecer, y la promesa de otro lance amoroso el domingo cuando el yang haya recuperado sus ju…

Un clamor repentino del exterior lo distrajo de sus sueños. Sin tardanza se abrió paso a través de la gente para salir al balcón. Los nombres de los animales de la quinta carrera con sus jockeys respectivos empezaron a aparecer en el tablero, uno por uno. Pilot Fish, número uno, recibió una ovación estruendosa. Luego, Street Vendor, un visitante, número dos. Golden Lady tres… una oleada de excitación recorrió a sus numerosos partidarios. Cuando Noble Star, número siete, apareció, se produjo un gran estruendo, y cuando el

último animal, el número ocho, la favorita Butterscotch Lass hizo su aparición, el estruendo fue todavía mayor.

Abajo, junto a la barandilla, Dunross y Travkih inspeccionaban la pista con gesto sombrío. Estaba maltrecha y resbaladiza. Cuando más cerca de la pista interior, tanto peor. Encima del hipódromo, el cielo se había ennegrecido más aún y él manto amenazador estaba más bajo. Una leve llovizna había empezado y un gemido nervioso recorría ya las cincuenta mil gargantas de los espectadores.

—Es asquerosa; tai-pan, la pista es asquerosa.

—Es la misma para todos...

Dunross dejó que su mente hiciera de nuevo un último cálculo sobre las posibilidades que tenía. Si yo cabalgo y gano, el augurio será inmenso. Si yo cabalgo y pierdo, será pésimo. Ser derrotado por Pilot Fish, sería peor aún. Es fácil que yo saliera herido. No puedo permitirme... La Casa Noble no puede quedar acéfalo estos días... ni hoy, ni mañana ni el lunes.

Si Travkin cabalga y pierde o llega detrás de Pilot Fish, sería malo, pero no tanto. Sería cuestión de hado...

Pero yo no saldré herido. Yo ganaré. Quiero esta carrera más que ninguna otra cosa del mundo. No fallaré. No estoy seguro de Alexi. Puedo ganar, si los dioses me asisten... Sí, pero, ¿cuánto estás dispuesto a apostar contando sólo con los dioses?

—¡Aaayyy, joven Ian! —le había dicho el viejo Chen-chen muchas veces— Ten cuidado de no esperar demasiada ayuda de los dioses, por más qué los invoques con oro o Con promesas. Los dioses son dioses, y salen a comer y duermen y se aburren y apartan la vista de nosotros. Los dioses son como la gente: buenos y malos, perezosos y fuertes, ¡dulces y amargos tontos y sabios! ¿Por qué otra razón crees que son dioses, eh?

Dunross podía sentir que el corazón se le salía y podía oler aquel sudor tibio y acre, agridulce del caballo y sentir aquel movimiento cegador de la mente y congelador del espíritu, con las manos aferradas a la fusta, aglomerados en la curva, aquel terror doloroso, pero de gran dulzura de la velocidad, mientras se agita el látigo, se hunden los talones en los ijares, con todo el cuerpo extendido, oprimiendo con todo cuidado a Pilot Fish contra la barandilla, sacándolo de su pista... y luego entrar a la recta final, con Pilot Fish detrás... ganando la carrera... ¡vamos, vamos... ganando...!

—Tenemos que decidir, tai-pan, es hora.

Dunross regresó con paso lento, con el sabor de la bilis en la boca.

—Sí. Tú la montas —dijo con decisión, anteponiendo la Casa Noble a su propia satisfacción.

Una vez dicho eso, puso todo lo demás a un lado, dio unas palmadas afectuosas a Travkin en el hombro y le dijo:

—¡Gana, Alexi, gana, por Dios!

El entrenador, hombre rudo y fuerte lo miró con decisión. Asintió con un movimiento de cabeza y se retiró a mudarse de ropa. Al entrar a los vestidores observó que Suslev lo miraba desde las graderías a través de los prismáticos. Un temor lo invadió. Suslev había prometido que esa Navidad, Nestorova iría a Hong Kong, tendría autorización para estar con él en Hong Kong y para permanecer allí durante las festividades. Si él colaboraba. Si colaboraba haciendo lo que se le pidiera.

¿Lo crees? No. No lo creo en absoluto, esos *matyeryebyets* son embusteros y traidores, pero quizá esta vez... ¡Santo Dios! ¿Por qué he de recibir yo órdenes de encontrarme con Dunross en Sinclair Towers de noche, a altas horas de la noche? ¿Por qué? ¡Oh, Dios! ¿Qué debo hacer? No pienses ahora, viejo. Eres ya anciano y pronto morirás, pero tu primer deber ahora es ganar. Si ganas, el tai-pan satisfará su petición... Y, ¿si pierdes...? Ganes o pierdas, ¿cómo puedes vivir con la vergüenza de haber traicionado al hombre que te brindó su amistad y te tiene confianza?

Entró en el vestidor de los jockeys.

Detrás de él, Dunross había dirigido una mirada al marcador. Las probabilidades se habían reducido.

La cantidad total apostada sumaba ya dos millones y medio. Butterscotch Lass estaba a razón de 3 a 1, Noble Star a razón de 7 a 1, todavía sin el nombre del jockey, Pilot Fish, 5 a 1, Golden Lady 7 a 1.

Aún es temprano —pensó—; queda mucho tiempo para apostar. Travkin reducirá más las probabilidades. Una ola de frío lo recorrió de pies a cabeza. Me pregunto si habrá algún truco ya preparado, entre los entrenadores y los jockeys... ¡Caramba! Será mejor que observemos esta carrera con el máximo cuidado.

—¡Ah, Ian!

—¡Oh, hola, señor! —Dunross sonrió a Sir Geoffrey que le venía al encuentro y miró a Havergill que lo acompañaba—. Siento que no haya ganado Winwell Stag, Paul. En mi opinión, corrió en forma magnífica.

—El hado —contestó Havergill con cortesía—. ¿Quién va a montar a Noble Star?

—Travkin.

Al gobernador se le iluminó la cara y comentó: —¡Ah, muy buena elección! Sí, él hará que ésta sea una buena carrera. Por un momento, Ian, temí que cayeras en la tentación...

—Sentí la tentación y la siento todavía, señor—Dunross esbozó una sonrisa—. Si entre este momento y el principio de la carrera un autobús atropellara a Alexi, yo montaré a Noble Star.

—Bueno, por el bien de todos nosotros y el de la Casa Noble, esperemos que eso no suceda. No podemos darnos el lujo de que vayas a sufrir un accidente. La pista se ve espantosa—otra ráfaga de lluvia cayó y luego cesó—. Hemos sido muy afortunados hasta ahora. Ningún accidente grave. Si la lluvia se desencadena con fuerza, valdría la pena pensar en desistir del resto de las carreras.

—Lo hemos discutido ya, señor. Estamos un poco retrasados. La carrera se pospondrá diez minutos.

Con tal que el tiempo nos deje terminar esta carrera, la mayoría de la gente quedará satisfecha.

Sir Geoffrey lo observó y luego dijo:

—A propósito, Ian, traté de comunicarme con el Ministro hace unos minutos, pero temo que haya estado ya en alguna junta. Dejé un recado y él se comunicará conmigo en cuanto le sea posible. Parece que las ramificaciones de este maldito escándalo de Profumo están haciendo jirones otra vez las raíces mismas del gobierno conservador. La prensa vocifera, y con toda razón, temerosa de que pueda haber habido alguna brecha en las líneas de seguridad. No habrá paz mientras la comisión investigadora no haga declaraciones el mes que entra, dejando resueltos, de una vez por todas los diversos aspectos de la seguridad nacional y los rumores relacionados con la posibilidad de que otros miembros del gobierno puedan estar involucrados en el asunto.

—Sí —convino Havergill—, pero con toda seguridad lo peor ha pasado ya, señor. En cuanto al informe, no hay porque pensar que

pueda ser adverso.

—Adverso o no, este escándalo va a ser la ruina de los conservadores —comentó Dunross en tono sombrío, recordando los vaticinios de AMG en sus últimos documentos.

—¡Santo Dios! Espero que no —Havergill se sentía aterrado—. ¿Esos dos mentecatos de Grey y Broadhurst, armados de poder entre todo el torrente de socialistas? Si su conferencia de prensa debe ser un termómetro, será mejor que nos vayamos a casa.

—-Estamos en casa, y todo viene a parar aquí... Tarde o temprano —reflexionó Sir Geoffrey con tristeza—. En fin, Ian tomó la decisión correcta de no cabalgar—Se volvió a ver a Havergill y su mirada se hizo penetrante—. Como te he dicho, Paul, es importante tomar las decisiones correctas.

Sería una ejecución muy deplorable, si se dejara que los clientes del Ho-Pak se quedaran en la calle, tal vez sin otro motivo que una falta de cordura de parte de Richard Kwang y la falta de buena voluntad en las decisiones de aquellos-que podrían evitar semejante desastre si quisieran... ¡Y tal vez con pingües utilidades! ¿Eh?

—Sí, señor.

Sir Geoffrey asintió con un movimiento de cabeza y se alejó. Dunross preguntó:

—¿A qué venía todo eso?

—El gobernador piensa que debemos rescatar al Ho-Pak —dijo Havergill sin dar importancia al asunto.

—¿Por qué no lo hacen?

—Hablemos de la compra de Almacenes Generales.

—Primero terminemos con el asunto del Ho-Pak. El gobernador tiene razón. Sería para beneficio de todos nosotros, de Hong Kong... y del banco.

—¿Tú serías favorable a la idea?

—Sí, por supuesto.

—¿Lo aprobarías tú? ¿Lo aprobarían tú y el bloque tuyo?

—Yo no tengo ningún bloque, pero sin duda alguna yo apoyo una adquisición razonable del banco.

Havergill esbozó una sonrisa y comentó:

—Estaba pensando en 20 céntimos por dólar sobre los títulos de Richard.

Dunross dejó escapar un silbido. —No es mucho...

—Para el lunes por la noche, Richard tendrá cero. Es probable que convenga en esa cantidad… Sus títulos darían el control del banco. Nosotros podríamos con facilidad salir fiadores ante el 100 por ciento de sus clientes.

—¿Tiene tantos valores?

—No. Pero con la normalización del mercado y nuestra administración sensata, en un año o dos es seguro que la adquisición del Ho-Pak podría resultarnos muy benéfica. ¡Oh, sí! Y hay una necesidad desesperada de restablecer la confianza. Semejante adquisición significaría una ayuda incalculable.

—Esta tarde sería el momento perfecto para anunciarla.

—Estoy de acuerdo. ¿Noticias de Tiptop?

Dunross estudió a su interlocutor.

—¿A qué viene ese cambio repentino de tema, Paul? Y, ¿por qué discutes este asunto conmigo?

—No hay cambio de tema. He considerado el problema del Ho-Pak con todo cuidado. La adquisición sería buena política bancaria —Havergill observó a su vez a Dunross—. A él le daríamos prestigio y le ofreceríamos un puesto en nuestra junta directiva.

—Entonces, ¿los rumores sobre el Gran Banco son verdaderos?

—No, que yo sepa —contestó el banquero en tono frío—. En cuanto al motivo que puedo tener para discutir esto contigo es porque tú eres un director del banco, en este momento el más importante, con influencias considerables en la junta directiva. Entonces, es una idea razonable, ¿no te parece?

—Sí, pero…

La mirada de Havergill se volvió más fría aún.

—Los intereses del banco no tienen nada que ver con mi antipatía hacia ti o mi disgusto por tus métodos. Tuviste razón en lo relacionado con Superfoods. Hiciste una buena oferta en el momento más oportuno, y desataste Una oleada dé confianza creciente en toda la gente dé aquí. Eso tiene que difundirse en todo Hong Kong. El momento fue brillante y ahora, si nosotros lo continuamos y anunciamos que hemos adquirido todas las responsabilidades del Ho-Pak con sus clientes, será otro inmenso voto de confianza. Lo único que necesitamos es recuperar la confianza. Si Tiptop acude en nuestra ayuda con el efectivo, el lunes será día de gran bonanza para Hong Kong. Por eso, lo primero que

haremos el lunes por la mañana, Ian, será comprar a Struan en grandes cantidades. Para el lunes por Ta noche tendremos el control. Sin embargo; te propongo un negoció en esté momento: nosotros te facilitamos los dos millones para Almacenes Generales, a cambio de la mitad de tus acciones bancadas.

—No, gracias.

—Las tendremos todas el próximo fin de semana. Te garantizamos esos dos millones en cualquier circunstancia, para cubrir la adquisición de Almacenes Generales y garantizamos la oferta que hiciste a Pugmire… Si no consigues evitar el que otro adquiera a Struan.

—Lo conseguiré.

—Por supuesto. Pero… ¿no te importa si lo menciono a Pug y a ese joven indiscreto y cretino llamado Haply?

—Tú eres un hijo de ramera, ¿verdad?

Los delgados labios de Havergill se retorcieron con una leve sonrisa. Sin alterarse, contestó:

—Esto es asunto de negocios. Yo quiero tu bloque de acciones del banco. Tus antepasados lo compraron por nada, prácticamente lo robaron a los Brocks después de aplastarlos. Yo quiero hacer lo mismo. Y quiero el control de la Casa Noble. ¡Por supuesto! Como muchos otros. Tal vez incluso tu amigo norteamericano Bartlett… Si conociéramos la verdad. ¿De dónde vienen los dos millones?

—Es maná llovido del cielo.

—Lo averiguaremos. Somos tus banqueros y nos debes una cantidad respetable de dinero. ¿Acudirá a rescatarnos Tiptop?

—No puedo estar seguro, pero hablé con él anoche. Me pareció estimulante. Convino en venir aquí después de la comida, pero no ha llegado aún. Eso me parece un mal augurio.

—Sí. —Havergill se quitó de la punta de la nariz unas gotas de lluvia— Nosotros hemos tenido una respuesta muy positiva del Banco Comercial de Moscú.

—¡Ni siquiera tú eres capaz de tener la cabeza tan vacía!

—Es un último recurso, Ian. Un último recurso muy serio.

—¿Vas a convocar a una asamblea inmediata de la junta directiva para discutir la adquisición del Ho-Pak?

—¡Santo Dios, no! —Havergill era sarcástico— ¿Me crees tan mentecato? Si lo hiciera, tú podrías convencer a los demás

directores de otorgarte una extensión de tu préstamo. No, Ian. Me propongo preguntárselo a uno por uno en particular, como estoy haciéndolo contigo. Con tu aquiescencia, tenga yo una mayoría. Los demás, por supuesto pasarán por el aro. ¿Tengo tu aprobación?

—A razón de 20 céntimos por dólar, con pago total a los inversionistas, sí.

—Es posible que necesite un margen, para llegar a 30 céntimos. ¿Sigues estando de acuerdo?

—Sí.

—¿Me das tu palabra?

—¡Oh, sí! Te doy mi palabra.

—Gracias.

—Pero, ¿tú vas a convocar a una asamblea de la junta directiva antes de abrir el lunes?

—Yo acepté considerar la idea. Eso fue todo. La he considerado y la respuesta es no. Hong Kong es una sociedad de piratería donde los débiles sucumben y los fuertes conservan los frutos de sus trabajos.

Havergill levantó la mirada para ver el tablero. Las probabilidades se habían reducido más. En ese momento eran: 2 a 1 para Butterscotch Lass, muy conocida por su afición al terreno mojado. Pilot Fish estaba ya a razón de 3 a 1. Mientras observaba el marcador, el nombre de Travkin brilló al lado de Noble Star y una estruendosa aclamación lo saludó. Havergill comentó:

—Creo que el gobernador estaba equivocado, Ian. Tú debiste haber montado a tu yegua. Yo habría hecho mi modesta apuesta a favor tuyo. Sí. Tú habrías llegado a la meta en los esplendores de la gloria. Sí. Tú habrías ganado. No estoy muy seguro de Travkin. Buenas tardes.

Se quitó el sombrero y marchó en busca de Richard Kwang, que estaba de pie, junto a su esposa y a su entrenador.

—¡Ah, Richard! ¿Podría decirte unas pa...?

El estruendo de la multitud ahogó su voz, al aparecer el primero de los ocho corredores de la quinta carrera, que salía de debajo de las graderías. Era Pilot Fish, que precedía al grupo de caballos. La ligera llovizna hacía brillar su negra cabellera.

—Dime, Paul —invitó, siguiéndolo hasta un espacio vacío—. Yo quería hablar contigo, pero me resistía a interrumpirte en tu charla

con el gobernador y luego con el tai-pan. Pero ahora —dijo con un aire fingido de jovialidad— escúchame; tengo un plan, vamos a poner juntos todos los valores del Ho-Pak y si tú me prestas 50 millo...

—No, gracias, Richard —interrumpió Havergill en tono cortante —. Pero nosotros tenemos una proposición que será válida hasta las 5 de la tarde de hoy. Nosotros rescataremos al Ho-Pak y ofreceremos todas las garantías a tus clientes. A cambio de eso, compramos tus títulos personales a la par y...

—¿A la par? ¡Eso es una quinta parte de su valor! —chilló Richard Kwang— ¡Es la quinta parte de su verda...!

—En realidad es 5 céntimos por dólar; que es más o menos todo lo que valen. ¿Aceptas el trato?

—No. Por supuesto que no. *Dew neh loh moh.* ¿Soy acaso un demente carne de perro? —Richard Kwang sentía que el corazón estaba a punto de estallarle. Un momento antes había pensado, cosa imposible, que Havergill fuera a ofrecerle un alivio momentáneo del desastre que a esa sazón estaba convencido de que era absoluto, por más que fingiera otra cosa y a pesar de que no era culpa suya, sino obra de murmuradores y mentecatos perversos que lo habían inducido a emprender negocios bancarios absurdos. Pero en ese instante sé sintió presa dé la tenaza. *¡Oh Ko!* Lo exprimirían, y a pesar de todo lo que hiciera,: no podría escapar a los tai-pans. ¡Oh, oh, oh! Un desastre sobre otro, y por añadidura, aquella ingrata meretriz Venus Poon me hace perder prestigió frente al tío Four Fingers, Charlie Wang y hasta delante de Photographer Ng... ¡y eso después de haberle entregado en propia mano el nuevo abrigo de mink que arrastra por el lodo con tanto descuido.

—¿Nuevo? —había chillado la chica esa mañana— ¿Quieres hacerme creer que este miserable abrigo de segunda mano es nuevo?

—¡Claro que es nuevo! —le había gritado él también— ¿Crees que soy un simio? ¡Claro que es nuevo! Me costó 50,000 al riguroso contado. *¡Oh Ko!*

Los 50,000 eran una exageración, pero lo del pago al contado no; y los dos eran conscientes de que no habría sido civilizado dejar de exagerar. El abrigo le había costado 14,000, gracias a un intermediario, después de mucho regatear con un *quai loh* que se

había visto en circunstancias difíciles y de otros 2,000 al especialista en pieles, que había aceptado cortarlo y modificarlo lo suficiente para que quedara a la medida, sin que pudiera reconocerse que era usado. El cortador había dado además la garantía de que juraría por todos los dioses que lo había vendido a menor precio, por 42, cuando su verdadero valor era de 63,500.

—Paul —empezó Richard en tono de importancia—, el Ho-Pak está en mejores condiciones de…

—Por favor, calla la boca y escúchame —se impuso Havergill—. Ha llegado la hora de tomar una decisión seria… para ti, no para nosotros. Tú puedes hundirte por completo el lunes, quedándote sin nada… Tengo entendido que el Mercado de valores abrirá con la compraventa de tus acciones por primeras providencias.

—Pero Sir Luis me ha asegurado…

—He oído decir que estaba abierto para negociar sobre él, así que para el lunes por la noche te quedarás sin banco, sin acciones, sin caballos, sin dinero alegre para comprarle abrigos de mink a Venus Poon.

—¿Qué estás diciendo? —Richard Kwang palideció, sabedor de que su mujer estaba a menos de veinte pasos de distancia, observándolos en actitud lúgubre— ¿Cuál abrigo de pieles?

Havergill dejó escapar un suspiro y se dio la vuelta, dispuesto a alejarse a guisa de conclusión dijo:

—Bueno… Si no te interesa…

Pero Richard Kwang lo detuvo tomándolo del brazo.

—Cinco céntimos es ridículo. Ochenta es más parecido a lo que puedo obtener en el mercado abier…

—Tal vez pueda subir a 7.

—¿Siete céntimos? —el banquero empezó a lanzar maldiciones, más para darse tiempo de pensar que para cualquier otra cosa—. Puedo convenir en una fusión. Un puesto en la junta directiva del banco durante diez años y un salario de…

—Durante cinco años, con tal que me presentes tu renuncia notariada sin fecha, por adelantado, que siempre votes exactamente como yo quiera, y con un salario igual al de los demás directores.

—Sin renuncia por adelantado.

—En ese caso, lo siento, no hay trato.

—Convengo en esa cláusula —dijo Richard Kwang en tono de

grandeza—. Pero en cuanto a dinero, creo...

—No. En cuanto a dinero, lo siento mucho, Richard, no quiero entrar en un regateo interminable. El gobernador, el tai-pan y yo estamos de acuerdo en que debemos rescatar al Ho-Pak. Esto es cosa decidida. Yo me encargaré de que tú conserves tu prestigio. Te garantizamos mantener secreto el precio de la adquisición y estamos muy dispuestos a llamarla fusión... ¡Oh, a propósito! Quiero hacer el anuncio a las 5 de la tarde, inmediatamente después de la séptima carrera. O no hacerlo en absoluto, —la cara de Havergill aparentaba gravedad, pero por dentro estaba lleno de júbilo.

De no haber sido por el anuncio de Dunross y la forma en que se había recibido, él jamás habría pensado en hacer lo mismo. ¡Ese insecto tiene razón! Es hora de ser innovadores y, ¿quién mejor que nosotros? Esto detendrá para siempre a Southerby y nos igualará por fin al Blacs, después de tanto tiempo. Y con Struan en el bolsillo la semana entrante, para el año entrante...

—Cincuenta y siete céntimos, y todavía es un robo —propuso Kwang.

—Puedo subir a 10.

Richard Kwang le dio vueltas y más vueltas al asunto, casi hasta llorar, pero en su interior estaba en éxtasis ante la perspectiva del rescate. *Dew neh loh moh* —quería gritar—, hace unos minutos yo no habría podido pagar el alimento de Butterscotch Lass para la siguiente semana, mucho menos habría podido comprar un anillo de diamantes, y ahora valgo por lo menos 3.5 millones de dólares norteamericanos, y con una maniobra juiciosa, mucho más.

—¡Siquiera 30, por todos los dioses!

—Once.

—Tendré que cometer un suicidio —gimió—. Mi esposa se suicidará, mis hijos...

—Con su perdón, amo —dijo su entrenador en cantonés, acercándosele—. La carrera se ha retrasado diez minutos. ¿Algunas instrucciones que...?

—¿No te das cuenta de que estoy ocupado, tú, vientre de sapo? ¡Lárgate! —rugió Richard Kwang en cantonés, con más obscenidades; luego se dirigió a Havergill en una última súplica abyecta.

—¡Treinta, señor Havergill, y habrá salvado a un pobre hombre, con su familia…!

—¡Dieciocho, es mi oferta definitiva!

—¡Veinticinco, y se cierra el trato!

—Mi querido amigo, lo siento, pero debo ir a hacer mis apuestas. Dieciocho, ¿sí, o no?

Richard Kwang hizo un gesto patético, pero en realidad se puso a calcular sus posibilidades de éxito.

Había podido distinguir un destello de irritación en la cara de su interlocutor. ¡Asqueroso montón de carne de perro! ¿Sería ese el momento de cerrar el trato? Entre ese instante y las cinco de la tarde, aquel estiércol de liebre era capaz de cambiar de parecer. Si el tai-pan ha conseguido todo ese nuevo financiamiento, tal vez yo podría… No. No hay esperanzas. ¡Dieciocho es tres veces mejor que la primera propuesta! Es claro que tú eres un muchacho sagaz y un buen negociante —se dijo riendo internamente—. ¿Ha llegado el momento de cerrar el trato?

Pensó en Venus Poon, en la forma en que había abusado de su costoso regalo y del modo como se había rozado los senos, en forma ostensible, con el brazo de Four Fingers, y unas lágrimas de rabia le brotaron de los ojos.

—¡Oh, oh, oh! —dijo en un gemido de abyección, muy satisfecho de que su estratagema para hacer salir lágrimas le hubiera dado buen resultado—. ¡Veinte, por todos los dioses, y seré su esclavo para siempre!

—¡De acuerdo! —convino Havergill muy complacido—. Ven a mi palco a las cinco menos cuarto.

Tendré preparada una carta de convenio provisional, lista para la firma… y tu renuncia sin fecha. A las cinco anunciamos la fusión, Richard… Hasta esa hora, ¡ni una palabra! Si la noticia se divulga, nuestro trato se cancela.

—Sí, sí. Por supuesto.

Havergill asintió con la cabeza y se alejó. Richard Kwang volvió a reunirse con su esposa.

—¿Qué pasa?

—¡Silencio! —silbó él—. Acabo de acceder a una fusión con el Victoria.

—¿A qué precio para nuestros títulos? El bajó la voz más aún.

—A 20 céntimos en el... ehm ... valor oficial en los libros.

El júbilo se retrató en los ojos de ella. —¡Uuuyyy! —exclamó, y luego bajó la mirada, para mayor seguridad. ¡Lo hiciste muy bien!

—¡Claro! Además tendré el cargo de director durante cinco años y...

—¡Bravo! ¡Nuestro prestigio será inmenso!

—Sí. Ahora escúchame. Tenemos hasta las cinco de la tarde de hoy para hacer algunos negocios privados con los títulos del Ho-Pak. Debemos comprar hoy... a precios de liquidación, antes que todos estos jugadores carne de perro nos despojen de las utilidades que nos corresponden. No podemos hacerlo por nosotros mismos, porque los demás sospecharían en el acto. ¿A quién podemos utilizar?

La señora Kwang reflexionó un momento. Luego le brillaron los ojos y dijo:

—¡Al Benéfico Choy! Ofrécele el 7 por ciento de todas las utilidades que logre para nosotros.

—Le ofreceré el 5 para empezar, ¡tal vez logre concertar el trato a razón de un 6.5 por ciento!

¡Excelente! Me valdré también de Smiler Ching. El es ahora un indigente. Ha perdido todo. Entre los dos... Me reuniré contigo en el palco.

Se dio la vuelta con aire importante y caminó hacia donde estaba su entrenador. Le dio un leve golpe afectuoso con el pie en la espinilla y, en atención a los que estaban cerca, dijo:

—¡Oh, perdón! —luego añadió en un susurro—. ¡No andes interrumpiéndome cuando estoy ocupado, tú, tramposo montón de estiércol de perro! Si me traicionas como lo hiciste con Big Belly Tok, voy a...

—Pero... Yo te advertí de eso, amo —dijo el hombre en tono agrio—. ¡El también estaba enterado!

—¿No fue acaso idea suya? ¿No hicieron ustedes dos una fortuna?

—*¡Oh ko!* ¡Si mi caballo no gana esta carrera, pediré a mi tío Four Fingers que mande a sus gorilas a aplastarte los testículos!

Otra ráfaga de lluvia ligera cayó sobre las dehesas. Todos los presentes dirigieron la mirada hacia lo alto. En las graderías y en los palcos superiores, todo el mundo era presa de la misma

ansiedad. La lluvia se convirtió en una llovizna fina, y en el balcón de los miembros, Orlanda se estremeció, ante la excitación del momento.

—¡Oh, Linc! Voy a hacer ahora mis apuestas.

—¿Estás ya segura? —preguntó él riendo, ya que la chica había estado en una angustiosa indecisión toda la tarde.

En efecto, primero parecía inclinarse a Pilot Fish, luego fue Noble Star, después alguien le había dado un indicio bastante confiable con respecto al competidor de fuera Winning Billy, y luego había vuelto a Butterscotch Lass. Los pronósticos estaban equilibrados en cuanto a esta última, habían quedado a razón de 3 a 1 para Pilot Fish y para Noble Star; pero en el momento en que se anunció a Travkin, el dinero entró a chorros, hasta llegar a 6 a 1 para Golden Lady. Los demás caballos casi no se tomaban en cuenta. La suma total apostada hasta ese momento alcanzaba la increíble cifra de 4.700,000 HK.

Linc preguntó:

—¿Cuánto vas a apostar?

Orlanda cerró los ojos y dijo con precipitación:

—¡Todo lo que he ganado… y cien más! ¡No tardo más de un minuto, Linc!

—Buena suerte. Te veré después de la carrera.

—¡Oh, sí, perdóname! Con la emoción olvidé decirte: ¡que te diviertas!

Le dedicó una gloriosa sonrisa y salió corriendo, antes que él pudiera preguntarle a qué caballo pensaba apostar. El ya lo había hecho. Aquella carrera era de quiniela y además era la segunda parte de la doble quiniela. Linc había apostado 10,000 HK a cualquier combinación de Pilot Fish y Butterscotch Lass. Eso debe dar buen resultado —pensó— mientras su emoción subía de punto.

Dejó el balcón y se dirigió a los ascensores que lo llevarían a los pisos superiores. Muchos lo vieron, algunos lo saludaron. La mayoría sentía envidia de los distintivos que se agitaban sobre su solapa.

—¡Hola, Linc!

—¡Oh, hola! —devolvió el saludo a Biltzmann, que le había salido al paso—. ¿Cómo te ha ido?

—¿Te enteraste del juego sucio? ¡Claro, tú, también estabas

presente! —dijo Biltzmann—. Escúchame... ¿tienes un momento?

—Claro.

Bartlett lo siguió por el corredor, dándose cuenta de las miradas curiosas de la gente que encontraban al pasar.

—¡Óyeme bien! —empezó Biltzmann, cuando llegaron a una esquina tranquila—. ¡Cuídate de estos desgraciados ingleses! Nosotros teníamos ya un trato cerrado con Almacenes Generales.

—¿Piensas pujar otra vez? —preguntó Bartlett.

—Dependerá de la oficina matriz, pero... en cuanto a mí, ¡yo dejaría que esta maldita isla se hundiera íntegra!

Bartlett no contestó. Pudo darse cuenta de que varios estaban observándolos.

—¡Oye, Linc! —Biltzmann bajó la voz y se acercó a su interlocutor con una sonrisa maliciosa—. ¿Tienes alguna relación especial con esa chica?

—¿De qué estás hablando?

—Del bocado regio ese, la chica euroasiática, Orlanda, con la que estabas hablando hace un momento.

Bartlett sintió que la sangre le enrojecía el rostro, pero Biltzmann prosiguió:

—¿Te molestaría si metiera mi cuchara en el asunto? —le hizo un guiño—. ¿Si concertara una cita con ella?

—Este es... es un país libre —contestó Bartlett sintiendo luego odio hacia él.

—Gracias... Tiene un trasero maravilloso —a Biltzmann se le iluminó el rostro y se acercó todavía más—. ¿Cuánto cobra?

Bartlett se quedó sin aliento. La pregunta lo dejó pasmado.

—¡No es una buscona, por amor de Dios!

—¿No lo sabías? ¡Oye, es comidilla de toda la población! Pero Dickie asegura que ya en la cama es una calamidad. ¿Es cierto? —Biltzmann no supo interpretar el gesto de Linc—. ¡Oh! ¿No has llegado aún allá? ¡Qué diablos, Linc! Todo lo que tienes que hacer es agitar unos cuantos papeles verdes...

—¡Óyeme, grandísimo hijo de ramera! —silbó Bartlett, casi ciego de rabia—. ¡No es una prostituta, y si te le acercas o hablas con ella, te hundo el puño en la garganta! ¿Has entendido?

—¡Calma, calma! —pudo apenas contestar Biltzmann azorado—. No pen...

—¿Has entendido lo que quiero decirte?

—Sí, sí, claro. No hay necesidad —Biltzmann retrocedió—. Tómalo con calma. Yo no hice más que preguntar, ¿no es cierto? Dickie... —interrumpió la frase, asustado, cuando Bartlett dio un paso hacia él—. ¡Por amor de Dios, no es culpa mía! ¡Tómalo con calma! ¿Ya?

—¡Calla el hocico!

Bartlett tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Sabía que ese no era el lugar ni el momento para hacer polvo a Biltzmann. Miró a su alrededor, pero Orlanda había desaparecido. Luego añadió:

—¡Lárgate de aquí, hijo de ramera! —rugió—... ¡Y no te acerques a ella, de lo contrario...!

—Sí. sí. Tómalo con calma, ¿ya?

Biltzmann dio otro paso atrás, luego se dio la vuelta y huyó con alivio. Bartlett titubeó, luego entró en el lavabo de caballeros y se mojó la cara para calmarse. El agua de las llaves, conectada a propósito para las carreras se sentía salobre y poco limpia. Salió y tomó el ascensor. Luego caminó hasta el palco de Dunross. Era hora del té. A los invitados se les ofrecía además unos pequeños sándwiches, pastelillos, queso y grandes recipientes con té indio, con leche y azúcar. Bartlett no se dio cuenta de nada. Estaba todavía fuera de sí.

Donald McBride, que pasaba por ahí de prisa, se detuvo un instante. Iba a su propio palco.

—¡Ah! Señor Bartlett, permítame decirle que estamos todos felices de que usted y Casey entren en el mundo de los negocios aquí. Es lamentable lo de Biltzmann, pero... en ese terreno, todo está permitido. Casey es una persona encantadora. Perdóneme, pero llevo prisa.

Siguió su camino con precipitación. Bartlett se detuvo en el umbral, sintiéndose indeciso.

—¡Hey, Linc! —llamó Casey en tono alegre, desde el balcón—. ¿Quieres té? —al encontrarse a medio camino, la sonrisa de la chica se desvaneció—. ¿Qué te sucede?

—Nada, nada Casey —Bartlett hizo el esfuerzo por sonreír—. ¿Están ya en la puerta de salida?

—Todavía no, pero estarán en cualquier momento. ¿Estás seguro

de que no te pasa nada?

—¡Claro que sí! ¿A qué caballo apostaste?

—A Noble Star, por supuesto, Pero Peter me sugirió el caballo visitante del doctor Tooley, Winning Billy, así que aposté 50 a él. No te sientes bien, Linc. ¿No será el estómago, espero?

El sacudió la cabeza. La preocupación de la chica le hacía bien.

—No. Estoy bien. ¿Tú también?

—¡Oh, sí, claro! He estado pasando unas horas deliciosas. Peter se siente muy bien, y el viejo Tooley se agita como avispa —Casey titubeó—. Me alegra que no té moleste el estómago, porque él doctor Tooley asegura que hemos de estar ya libres de la indecente contaminación de Aberdeen, puesto que no hemos tenido diarrea. Claro que no lo sabremos con certeza sino, después de unos veinte días.

—¡Qué barbaridad! —musitó Bartlett tratando de apartar la mente de lo que le había dicho Biltzmann—. Casi había olvidado por completo a Aberdeen, el incendio y todo aquel desastre. Parece que hace un millón de años que eso sucedió.

—Yo tengo la misma sensación. ¿Qué pasó con el tiempo?

Gavallan estaba cerca de ellos y comentó:

—Así es Hong Kong,..

—¿Qué quieres decir?

—Es una característica de Hong Kong. Si vives aquí, nunca te alcanza el tiempo, cualquiera que sea tu trabajo. Siempre hay demasiado que hacer. Siempre hay alguna crisis: inundaciones, incendios, derrumbes, gran bonanza, escándalos, oportunidades de negocios, funerales, banquetes, cócteles para visitantes importantes... o algún desastre —sacudió la cabeza, como quien quiere quitarse de encima las preocupaciones—... Este es un lugar pequeño y uno no tarda en conocer a la mayoría de la gente de su propio nivel. Luego, estamos en el cruce de caminos de Asia. Aunque alguien no esté con Struan, estará siempre en movimiento, haciendo planes, ganando dinero, arriesgándolo para ganar más, o viajando a Formosa, a Bangkok, a Singapur, a Sydney, a Tokio, a Londres o a cualquier otra parte. Es la magia de Asia. Miren lo que les ha pasado a ustedes desde que llegaron aquí: el pobre John Chen fue secuestrado y asesinado, se encontraron rifles en su avión, se produjo el incendio, el caos del Mercado de valores, el desplome de

nuestras acciones, Gornt contra nosotros y nosotros contra él. Y ahora, los bancos tal vez estén cerrados el lunes, o si Ian tiene razón, el lunes será el día de la gran bonanza... Y ustedes y nosotros somos socios en los negocios —sonrió con displicencia... —¿Qué opinan de nuestra oferta?

Casey se abstuvo de hacer un comentario espontáneo y observó a Bartlett.

—Magnífica —contestó Linc, pensando aún en Orlanda—. ¿Crees que Ian sea capaz de dar un giro a todas las cosas?

—Si alguien puede hacerlo es él —dijo Gavallan, dejando escapar un hondo suspiro—. En fin, esperemos. Es todo lo que podemos hacer. ¿Han apostado ya a algún ganador?

Bartlett sonrió y Casey se sintió mejor.

—¿A quién apoyas tú, Andrew? —preguntó ella.

—A Noble Star y a Winning Billy para la quiniela... Los veré después —se despidió y salió.

—¡Qué curioso lo que estaba diciendo de Hong Kong. Tiene razón. Te da la impresión de que Estados Unidos se encuentra a un millón o dos de kilómetros de distancia —reflexionó Bartlett.

—Sí, pero no es así. En realidad no.

—¿Quieres quedarte aquí, Casey?

Ella lo miró insegura, tratando de entender qué significaba la pregunta, que era lo que en realidad quería saber Linc.

Casey concentró su atención, tomó una taza de té y se unió a Bartlett y a todos los demás que se aglomeraban en él balcón. —Aquí está tu té, Linc.

—Gracias. ¿A quién le dijiste que apostara?

—Al uno y al siete.

—Yo aposté al uno y al ocho.

Otra estruendosa ovación los distrajo. Los caballos iban avanzando a paso lento y empezaban a congregarse frente a la cerca de entrada. Vieron a Pilot Fish que entraba contoneándose y Caracoleando, con su jockey bien montado, sujetas las rodillas al cuerpo del animal, aferrando la brida con firmeza y guiándolo hasta su posición de salida. Sin embargo, el semental no estaba del todo preparado, y agitaba las crines y relinchaba. Inmediatamente, la yegua y las dos potrancas, Golden Lady y Noble Star se sacudieron correspondiendo con bufidos y gemidos. Pilot Fish lanzó un

relincho estridente, retrocedió y tiró coces al aire. Todos los espectadores se quedaron sin aliento.

Bluey White, el jockey, lanzó una maldición entre dientes, hundió sus manos, duras como el acero en las crines del animal y trató de calmarlo con una ligera maldición:

—¡Vamos, deportista! ¡Deja que las sheilas te vean el aparato!

Cerca de él estaba Travkin, sobre Noble Star. La potranca había percibido el olor incitante del semental y eso la había inquietado. Antes que Travkin pudiera evitarlo, la hembra se retorció, retrocedió y se frotó la rabadilla contra Pilot Fish. Este hizo un giro violento, azorado por lo que sucedía, y dio un empujón al visitante Winning Billy, un caballo castrado, que avanzaba ya hacia su posición de salida. Con el empujón recibido, Winning Billy caracoleó sacudió la cabeza con enojo y se retiró unos pasos, con lo que casi dio una voz a Lochinvar, otro caballo castrado de color café.

—¡Controla esa cucaracha, por favor, Alexi!

—¡Bastará con que tú te quites de mi camino, *ublyudok* —refunfuñó Travkin, que sentía en las rodillas la inquietud de Noble Star.

Estaba sentado muy en alto, con los estribos cortos, y en medio de maldiciones se preguntaba si el entrenador de Pilot Fish no le habría embadurnado parte del pecho y de las ancas con sus propios humores, para agitar a la yegua y a las potrancas. Es un truco viejo —pensó—, muy viejo.

—¡Vamos! —gritó el encargado de marcar la salida—. ¡Caballeros, pongan a sus animales en posición!

Varios estaban ya en su sitio. Butterscotch Lass, la yegua café que seguía siendo favorita por amplio margen, escarbaba el suelo mientras seguía bufando por la excitación de la carrera inminente y por la cercanía del semental que continuaba causándole estremecimientos. Le correspondía la pista ocho; Pilot Fish estaba ya colocándose en la posición.

—Depende de ti, Linc.

El asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Creo que voy a servirme una taza de té.

—Espera, yo te la sirvo —ofreció, y en ese momento vio a Murtagh de pie, nervioso, en el umbral del balcón, y el corazón le

dio un vuelco—. Tú no has conocido a nuestro banquero, Linc. Permíteme introducirlo.

Se acercó a la entrada y saludó: —Hola, Dave.

—Hola, Casey. ¿Has visto al tai-pan?

—Estará ocupado hasta después de la carrera... ¿Es un sí o un no? —susurró con apremio, dando la espalda a Bartlett.

—Es un tal vez —en un gesto nervioso se enjugó el agua de la frente, se quitó el impermeable mojado y dejó ver un par de ojos inyectados—. ¡No podía conseguir un maldito taxi durante una hora entera!

¡Qué miseria!

—Tal vez... ¿qué?

—Es posible que... tal vez. Les presenté el plan y me dijeron que regresara en el acto a Estados Unidos, porque era evidente que me había vuelto loco. Después, una vez que se calmaron, prometieron comunicarse conmigo. Los muy mentecatos me llamaron a las 4 de la mañana, para pedirme que les repitiera todo el plan. Luego, S. J. en persona vino al teléfono —los ojos de Murtagh giraron en sus órbitas— . Me dijo que tenía la cabeza llena de m... que estaba enajenado, y me colgó el teléfono.

—Bueno... pero, dijiste "tal vez"... ¿Qué sucedió después?

—Yo volví a llamarlos, y durante las últimas diez horas he estado en el teléfono por lo menos cinco, tratando de explicarles lo brillante de mis ideas, puesto que tu descabellado proyecto lanzó mi mente por los aires —de pronto, Murtagh esbozó una sonrisa—. ¡Oye! ¡Te digo una cosa, Casey: ¡a esta hora, S. J. sabe muy bien quién es Dave Murtagh Til!

Casey rió con gusto y advirtió: —¡Óyeme bien! Aquí no menciones nada a nadie... a nadie, excepto al tai-pan, ¿comprendes?

—¿Crees que voy a contar a alguien la paliza qué me han dado?

Hubo una ovación repentina y alguien desde el balcón gritó:

—¡Están acercándose a la entrada!

—¡Pronto —apremió Casey—, ve a hacer tus apuestas a la quiniela! Uno y siete... Apresúrate, mientras hay tiempo.

—¿Cuáles son?

—No preguntes, no tiene tiempo —le dio un leve empujón y él salió a toda prisa.

Winning Billy ocupaba la tres, entre Street Vendor y Golden

Lady. El olor de éstas y el reto descarado del semental tenían a Winning Billy con la mente desgarrada. Antes que le cerraran la puerta, retrocedió y, al sentirse libre, luchó contra el freno y las riendas, sacudiendo con violencia la cabeza de un lado a otro, retorciéndose como bailarina en la empapada pista, y casi chocando con Noble Star, que se escurrió con destreza para evadir el golpe.

—¡Alexi, avanza! —gritó el encargado—. ¡Date prisa!

—Sí, por supuesto —contestó Travkin, pero sin dejarse apremiar.

Conocía a Noble Star y la conducía temblorosa lo más lejos posible del semental, dejándola cabriolar, con el viento bajo la cola.

—¡Con finura, cariño! —la mimaba en ruso, queriendo dilatar la salida, deseoso de mantener a los demás inquietos.

A esa sazón, Noble Star era el único animal que no estaba frente a su cerca respectiva. El destello de un relámpago iluminó el firmamento del este, pero Travkin no le prestó atención, como tampoco se fijó en el amenazador rugido del trueno correspondiente. La llovizna era más fuerte.

Todo el ser del ruso estaba concentrado en el animal. Un instante después de haberlo pesado, uno de los jockeys le había hecho la insinuación:

—Señor Travkin, usted no va a ganar.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo dice?

El jockey se encogió de hombros.

—¿Quién es el ganador?

El jockey respondió otra vez con el mismo gesto.

—Si los entrenadores y los jockeys han concertado de antemano la carrera, diles que yo no participo en su arreglo. Nunca lo he hecho Al menos en Hong Kong.

—Usted y el tai-pan ganaron con Buccaneer... eso debe dejarlo satisfecho.

—Me satisface, pero en esta carrera voy a esforzarme al máximo para ganar.

—Muy justo, deportista. Se lo haré saber a ellos.

—¿Quiénes son ellos? —El jockey se había ya marchado. El salón de vestidores estaba muy concurrido, lleno de bullicio y de olor a sudor. Travkin sabía bien quiénes formaban la camarilla, conocía a varios de los que de cuando en cuando preparaban de

antemano la carrera, pero él nunca había participado. Sabía que no era porque él fuese más honrado o menos deshonesto que los demás, sino sólo porque sus necesidades eran pocas, una competencia ya asegurada no le producía emoción alguna, y la tentación del dinero no lo inquietaba.

El encargado de dar la salida estaba impacientándose. —¡Vamos, Alexi, avanza! ¡Date prisa!

En un gesto de obediencia, acicateó a su animal y lo hizo avanzar hasta su posición de salida. Detrás de Noble Star se oyó el ruido metálico de su puerta que se cerraba. Se produjo un momento de quietud. Los corredores estaban ya bajo las órdenes del encargado de dar la señal de salida.

66
4:00 p.m.

Ya colocados en su posición de salida correspondiente, los jockeys hundían los dedos en las crines de sus caballos. Todos se sentían nerviosos. Los que formaban la conspiración, se preparaban para cerrar el paso a Noble Star. Luego las puertas se abrieron y en un instante de locura los ocho corredores se encontraron ya en pleno galope, formando un grupo compacto durante un tramo corto de la primera recta, pasaron frente al sitio del ganador y avanzaron hacia la primera curva. Todos los jinetes iban agazapados sobre el animal, uno al lado del otro, algunos se tocaban, a otros les faltaba poco. Todos los caballos aceleraban el paso al entrar en la primera parte de la curva que los pondría a un cuarto de la distancia de la recta final. Pilot Fish llevaba ya medio cuerpo de ventaja, sobre la cerca.

Butterscotch Lass en magnífica posición, aunque todavía sin sobresalir; al lado de ella iba Winning Billy, un poco atrás de Noble Star, que corría por el lado exterior, acercándose a los otros en busca de un sitio mejor dentro del conjunto. Todos los jockeys sabían que los binoculares de los espectadores estaban enfocados hacia ellos, de suerte que cualquier tirón o interferencia con el vecino tendría que hacerse con suma pericia y precaución. Todos estaban advertidos de que había de por medio muchos millones que ganar o perder y de que a cada uno de ellos le costaría un futuro cualquier medida ilícita que tomara.

Las pezuñas de los animales se hundían en el fango, salpicando a los de atrás. La pista estaba en malas condiciones. Al salir de la curva para entrar a la recta, todavía juntos, haciendo presión unos contra otros para lograr una posición más ventajosa, el galope se aceleró: el sudor, el olor y la velocidad eran factores de excitación para los animales tanto como para los jinetes. Winning Billy se dio un impulso y empezó a correr al mismo nivel de Butterscotch Lass, medio cuerpo detrás de Pilot Fish, que conservaba su paso. El resto de los corredores seguía formando un grupo compacto. De pronto Butterscotch Lass sintió el acicate de su jinete, y de un salto hábil

rebasó a Pilot Fish, luego retrocedió un poco y después volvió a pasarlo de nuevo. Pilot Fish seguía aferrado a la barandilla interior con gran habilidad.

Travkin sujetaba bien a la potranca, rezagado en la pista exterior. De pronto, la acicateó y Noble Star aumentó la velocidad y se acercó a los corredores de vanguardia, sirviendo de guía a los otros y casi dando un empellón a Lochinvar. La lluvia aumentó. El aguijón de ésta le hería los ojos, sus rodillas y piernas iban muy sujetas al cuerpo del animal, pero ya le dolían. No había un cuerpo de distancia entre ellos mientras galopaban para salir de la recta y entrar a la esquina inmediata. Al llegar a la curva más lejana todos iban formando un paquete compacto, tratando de aprovechar la esquina, cuando un latigazo cayó en forma misteriosa sobre las muñecas de Travkin.

La sorpresa y el dolor motivados por el inesperado latigazo hicieron que aflojara un instante la rienda y perdiera un poco el equilibrio. En una fracción de segundo, se había sobrepuesto a la agresión y estaba de nuevo en control de su animal. De dónde habría llegado el golpe, no lo sabía ni le importaba, pues estaban ya en plena esquina y la pista estaba temible. De repente, el gris visitante, Kingplay, que iba sobre la barandilla, inmediatamente atrás de Pilot Fish, resbaló y tropezó, el jockey sintió que el terreno que pisaba se retorcía bajo las patas del animal, y ambos cayeron contra la barandilla, llevándose consigo otros dos caballos. Todos los espectadores se pusieron de pie.

—¡Dios santo! ¿Quién cayó?

—¡Es… Noble Star…!

—¡No, no… es Winning Billy …!

—¡No, él ya en tercer lugar!

—¡Vamos, vamos…! ¡Por amor de Dios!

En medio del estruendo, en el salón de los administradores Dunross, cuyos prismáticos estaban inmóviles como una roca, gritó:

—El que cayó fue Kingplay… Kingplay… Street Vendor… y Golden Lady… Golden Lady se ha levantado, pero el jockey está herido… Kingplay no puede levantarse, está lastimado…

—En que orden van… ¿en qué orden?

—Butterscotch Lass por una nariz, luego Pilot Fish, sobre la barandilla, Winning Billy… no se puede decir. Van entrando a la

última curva. Lass va adelante, los demás hacen el esfuerzo de acercársele, lleva ventaja de un cuello...

Dunross observaba los caballos, tenía el corazón paralizado por la emoción.

—¡Vamos, Alexi...!

Su grito se sumó a los demás. Casey estaba tan emocionada como él, pero Bartlett observaba sin participar. Su mente estaba en los niveles de abajo.

Gornt, en el palco del Blacs, tenia los prismáticos tan fijos a los ojos como el tai-pan, y sus emociones tan controladas como las de él.

—¡Vamos ...! —musitó, al ver que Bluey White daba a Pilot Fish un latigazo en la curva.

Noble Star iba en muy buen lugar sobre la pista exterior y Winning Billy al lado de Lass, que llevaba un cuello de ventaja. El ángulo de la curva dificultaba la visión.

Travkin volvió a sentir el flagelo sobre las manos, pero hizo caso omiso de él, y agilizó el paso, cerrándose un poco más en la curva, mientras los cinco caballos restantes seguían a centímetros de distancia y Butterscotch Lass cerraba el paso contra las barandillas.

Bluey White sabía que no tardaría en llegar el momento en que su animal tendría que desbocarse.

Diez yardas... cinco... cuatro... tres... dos... ¡ahora! Iban saliendo de la curva, cuando dio el latigazo a su animal. El semental se lanzó con fuerza, a centímetros de la barandilla, mientras Butterscotch Lass sentía el acicate y el látigo un instante después. Todos los jockeys sabían que era el momento: ¡ahora o nunca!

Travkin se estiró, paralelo al cuello de Noble Star, se inclinó más hacia el frente y lanzó un grifo de cosaco junto a la oreja del animal. La potranca respondió al sonido primitivo y alargó el paso, con las narices inflamadas y el hocico lleno de espuma. Los cinco corredores iban ya cabalgando sobre la recta final. Noble Star por la parte externa, Winning Billy con una ventaja de centímetros sobre Lass, todos los animales con la brida empapada de sudor y espuma. Lass a la delantera, luego Pilot Fish, después Lochinvar que hizo un esfuerzo por quitar el cetro a Pilot Fish... Todo era espuelas y fustas.

Delante de ellos no había más que la meta definitiva.

Cien yardas más...

En las graderías y balcones, en los palcos, no se oía más que una voz. El mismo gobernador golpeaba la barandilla del balcón:

—¡Vamos… Vamos… Butterscotch Lass!

Mientras tanto abajo, al nivel de la meta y casi aplastado por la muchedumbre, estaba Nine Carat Chu.

Noventa yardas… ochenta… El fango salpicaba en todas direcciones, todos los corredores disputándose la vanguardia, todos envueltos en la excitación y en el rugido creciente de los espectadores.

—Lass empieza a sobresalir…

—¡No! ¡Mira a Pilot Fish…!

—¿Qué cosa? ¡Es Lochinvar…!

—¡Ahora Winning Billy…!

—¡Vamos… vamos… vamos…!

Travkin vio que la meta se les acercaba. El fulgor de otro relámpago iluminó el firmamento. Con el rabillo del ojo vio a Lochinvar que lo aventajaba por un cuello, luego a Lass, después fue Winning Billy, ahora Pilot Fish avanzaba, poniéndose a la cabeza, luego lo superaba Winning Billy…

Lochinvar trataba de cerrarle el paso.

Al fin, Bluey White vio el paso abierto que se le había prometido y dio al semental el último latigazo.

Como flecha, éste se lanzó por el espacio libre y se colocó junto a Butterscotch Lass, luego la rebasó.

Iba a la vanguardia por un cuello. Vio que el jockey de Lass, que no era parte de la conspiración, daba a la yegua un golpe con el látigo y le gritaba para que se desbocara. Travkin gritó con júbilo y Noble Star hizo su esfuerzo supremo. Los cinco caballos llegaron a las últimas yardas cuello con cuello.

Ora se adelantaba Pilot Fish, ora Winning Billy, luego se les acercó Noble Star, sólo un cuello detrás, sólo una nariz, sólo media nariz. La multitud estaba enloquecida, presa de un único e idéntico frenesí.

Todos los corredores formando un paquete compacto: Noble Star en la parte exterior, Winning Billy adelantándose unos centímetros, Lass cerrándose, Pilot Fish cerrándose, luego adelante por una nariz.

Cuarenta… treinta… veinte… quince…

Noble Star a la Vanguardia por una nariz, luego Pilot Fish, después Lass, de nuevo Noble Star... Winning Billy.. ¡Al fin, habían pasado el poste del triunfo! Pero nadie sabía con certeza quién había sido el ganador... sólo Travkin estaba seguro de haber perdido. En un movimiento repentino, hizo un corte a la embocadura, cinco peligrosos centímetros, y tiró de ella con mano de hierro. El gesto fue imperceptible, pero suficiente para hacer que el animal perdiera el paso y respingara. Se oyó un rechinido y Noble Star cayó en el fango, arrojando a su jinete contra la barandilla. Poco faltó para que Lass cayera también, pero logró sostenerse. Los otros tres corredores estaban a salvo. Travkin sintió que flotaba, luego experimentó un dolor desgarrador en el pecho, y en su menté se produjo la oscuridad más absoluta.

La multitud contuvo la respiración, olvidando por un instante la carrera.

Otro relámpago cegador, y una confusión general se apoderó de todos. La lluvia se intensificó, mezclándose en bella combinación con el estruendo del trueno.

—Pilot Fish por una nariz...

—¡Mentiras! Fue Noble Star por un cabello...

—Te equivocas, viejo, fue Pilot Fish...

—*Dew neh loh moh.*

—¡Santo Dios, qué carrera...!

—¡Oh, Dios mío, mira... el banderín de objeción de los administradores...!

—¿Dónde? ¡Qué barbaridad! ¿Quién hizo trampa?

—¡Yo no vi nada! ¿Tú ...?

—No. Es difícil en medio de la lluvia, aun con los prismáticos...

—¡Qué confusión! ¿Ahora qué?

Esos malditos administradores... Si le arrebatan la victoria a mi triunfador... Dunross corrió al ascensor en el momento en que vio caer a Noble Star y a Travkin salir por los aires.

No pudo discernir la causa. Travkin era demasiado astuto.

Otros se aglomeraban con excitación en los corredores, en espera del ascensor. Todos hablaban. Nadie escuchaba.

—Ganamos por una nariz...

—¿Cuál es la objeción, por amor de Dios? Noble Star...

—¿Cuál es la objeción, tai-pan?

—Corresponde a los administradores anunciarla —en medio del estruendo, Dunross volvió a oprimir el botón del ascensor con impaciencia.

Gornt llegó precipitadamente cuando se abrieron las puertas. Todos trataban de entrar. Dunross quería estallar de rabia por la lentitud con que se hacían las cosas.

—Fue Pilot Fish por una nariz, Ian —gritó Gornt, tratando de imponerse al estrépito, con la cara encendida por la excitación.

—¡Qué carrera! —gritó alguien— ¿Hay quien sepa en qué consistió la objeción?

—¿Lo sabes tú, Ian? —preguntó Gornt,

—Sí —contestó.

—¿Es contra mi Pilot Fish? .

—Conoces el procedimiento. Primero los administradores investigan, luego hacen su declaración.

Pudo ver en los ojos oscuros de Gornt un brillo helado y comprendió que a su amigo lo cegaba la rabia de no ser uno de los administradores. ¡Y no lo serás, infame desgraciado! —pensó Dunross, presa de furia—. ¡Yo votaré contra ti hasta que esté en la tumba!

—¿Es contra Pilot Fish, tai-pan? —gritó alguien.

—¡Por Dios, ustedes conocen el procedimiento! —contestó.

El ascensor fue deteniéndose en todos los niveles. Más propietarios y amigos entraron en tropel. Más gritos sobre lo sensacional de la carrera, pero más aún sobre la duda de la objeción. Al fin, llegaron a la planta baja. Dunross salió corriendo a la pista, donde un grupo de *ma-foo* y de funcionarios rodeaba a Travkin, que estaba allí tendido, inerte, con el cuerpo retorcido. Noble Star había logrado ponerse en pie, sin herida alguna, y galopaba con toda libertad en torno a la pista, mientras numerosas manos de encargados de las dehesas le salían al paso, tratando de detenerla. En la parte más lejana de la pista, sobre la última curva, el veterinario estaba arrodillado junto al atormentado Kingplay, que tenía una pierna trasera rota, con el hueso atravesado. El sonido del disparo no se impuso a los gritos y al estrépito de los espectadores que tenían los ojos impacientes fijos en el marcador, en espera del dictamen de los administradores.

Dunross se arrodilló junto a Travkin. Uno de los *ma-foos* sostenía

un paraguas sobre el hombre inconsciente.

—¿Cómo lo encuentra, doctor?

—No se azotó contra la barandilla. Fue un milagro. No está muerto. Al menos por ahora, tai-pan —afirmó el doctor Meng, patólogo de la policía, más acostumbrado a la presencia de cadáveres que a la de pacientes vivos—. No puedo asegurar nada mientras no vuelva en sí. No parece haber ninguna hemorragia externa. El cuello… y la espalda parecen estar bien… Todavía no puedo asegurar…

Dos hombres de la ambulancia del St. John llegaron corriendo con una camilla.

—¿Adónde lo llevamos, señor?

Dunross miró a su alrededor.

—Sammy —dijo a uno de sus estableros—, ve por el doctor Tooley, debe estar en nuestro palco —a los hombres de la ambulancia les pidió esperar—. Tengan al señor Travkin en la ambulancia hasta que llegue el doctor Tooley. ¿Cómo están los otros tres jockeys?

—Dos de ellos están sólo golpeados, señor: Uno, el capitán Pettikin, tiene una pierna rota, pero está ya entablillada.

Los enfermeros pusieron a Travkin en la camilla con mucho cuidado. McBride se reunió con ellos, luego llegó Gornt y los demás.

—¿Cómo está, Ian?

—No sabemos… todavía. Parece estar bien.

Con delicadeza, Ian levantó una de las manos de Travkin y Ta examinó. Le había parecido ver un golpe en la curva más remota, y había notado que Travkin vacilaba un instante.

Un enorme cardenal rojo púrpura le desfiguraba la muñeca… y también la de la otra mano.

—¿Qué pudo haber causado esto, doctor Meng?

—¡Oh! —con cierta seguridad, el médico afirmó—. Tal vez las riendas, pudo ser una fusta, un golpe con el látigo… tal vez la caída.

Gornt no dijo nada. Se limitó a observar, pero en su interior se sintió enfurecido al pensar que Bluey White hubiera podido ser tan torpe, cuando ya todo había quedado perfectamente convenido de antemano, con una palabra por aquí, una promesa más allá. La mitad del maldito estadio debe haberlo visto —pensó.

Dunross examinó la cara grisácea de Travkin. No tenía más

marcas que los inevitables moretones. Un poco de sangre le salía por la nariz.

—La sangre está ya coagulándose. Ese es buen síntoma —sugirió el doctor Meng.

El gobernador llegó corriendo.

—¿Cómo está el hombre?

Dunross repitió lo que había dicho el médico.

—¡Suerte perra, que Noble Star haya respingado en esa forma!

—Sí.

—¿Qué objeción tienen los administradores, Ian?

—Vamos precisamente a discutir eso, señor. ¿Querría estar presente?

—Oh, no, no, gracias. Prefiero esperar y tener paciencia. Sólo quería cerciorarme de que Travkin estuviera bien —el gobernador sintió que la lluvia le recorría la espalda; observó el firmamento—. ¡Qué tiempo más infame! Parece que la tormenta se ha declarado. ¿Van a continuar el certamen?

—Voy a proponer que se cancele o se posponga.

—Buena idea.

—Sí —convino McBride—. Estoy de acuerdo. No podemos permitirnos más accidentes.

—Cuando tengas un momento, Ian —dijo Sir Geoffrey—. Estaré en mi palco.

La atención de Dunross se concentró en su interlocutor y le preguntó, con bien fingida naturalidad:

—¿Ha hablado usted con el ministro, señor?

—Sí —repuso Sir Geoffrey en el mismo tono—. Sí, me llamó por la línea privada.

De pronto, el tai-pan advirtió la presencia de Gornt y de los demás y ofreció:

—Lo acompaño a su palco, señor —volviéndose a McBride dijo —: Iré contigo sin tardanza.

Luego se dio vuelta y en compañía del gobernador avanzó hacia el ascensor. En cuanto estuvieron solos, éste comentó:

—Esto dista mucho de ser el lugar ideal para una conversación privada... pero, ¿qué importa?

—Podríamos examinar la pista, señor —Dunross se acercó a la barandilla, orando en su interior—. El césped está en condiciones

desastrosas, ¿no le parece?

—¡Fatal! —convino Sir Geoffrey dando siempre la espalda a los que los observaban—. El ministro se mostró muy conturbado. Dejó en mis manos la decisión con respecto al superintendente Kwok, con tal que antes el señor Sinders y el señor Crosse estuvieran de acuerdo en dejarlo ir, con tal...

—Estoy seguro de que convendrán con usted, señor, ¿no lo cree? —con cierta inquietud, Dunross recordó su conversación con ellos la noche anterior.

—Yo no puedo hacer otra cosa que recomendar. Les diré que es necesario, con tal que tú me asegures que lo es. Tú, en persona.

—Por supuesto, señor —dijo Dunross con lentitud—. Pero con toda seguridad la opinión de Havergill, de Southerby y de los demás banqueros pesa más que la mía.

—En asuntos bancarios, sí, Ian. Pero creo que yo necesito tu garantía personal y también tu colaboración.

—¿En qué forma, señor?

—Este asunto debe manejarse con suma delicadeza, y debes hacerlo tú, no ellos. Además, está el problema de los expedientes, los de AMG.

—¿Qué sucede con ellos, señor?

—Tú eres quien debe darme la respuesta. El señor Sinders me habló de su conversación contigo anoche.

Sir Geoffrey encendió su pipa, protegiéndola con el hueco de la mano, para que lluvia no apagara la flama. Después que el tai-pan lo había llamado aquella mañana, él había pedido a Crosse y a Sinders que fueran a verlo sin dilación, para hablar del asunto, antes que él se comunicara con el Ministro.

Sinders había insistido en su preocupación de que aquellos expedientes hubieran sido alterados.

Afirmó que podría aceptar que Kwok quedara libre, si tuviera seguridad de los expedientes. Crosse había sugerido un trueque de Kwok por Fong-fong y los demás. Ahora Sir Geoffrey observaba a Dunross con ojos escrutadores.

—¿Entonces, Ian...?

—La palabra de Tiptop debimos... o deberíamos haberla tenido esta tarde. ¿Debo suponer que puedo responder en forma afirmativa a su proposición?

—Sí. Con tal que primero obtengas la aprobación del señor Sinders y del señor Crosse.

—¿No puede dármela usted mismo, señor?

—No. El Ministro fue muy específico. Si quieres hablar con ellos ahora, están en el salón de los miembros.

—¿Conocen ellos el resultado de su llamada?

—Sí. Me apena, pero el Ministro fue muy claro —Sir Geoffrey hablaba con amabilidad—. Parece que la reputación del tai-pan de la Casa Noble, en materia de justicia y honradez es conocida aun en esos lugares sacrosantos. Tanto el Ministro como yo nos apoyamos en ella.

Una explosión repentina de aplausos y clamores los distrajo. Noble Star había burlado un cordón de *ma-foo* que se esforzaba por capturarla, y seguía galopando libremente, mientras los funcionarios y los estableros se esparcían. Sir Geoffrey sugirió:

—Tal vez sea preferible que resuelvas antes el problema de la objeción. Yo estaré en mi palco.

Reúnete conmigo para una taza de té o un cóctel si lo prefieres.

Dunross le dio las gracias y corrió al salón de administradores, con la mente hecha un torbellino.

—¡Ah, Tan! —saludó Shitee, presidente honorario al verlo entrar; todos los demás estaban presentes—. Tenemos que decidir sin tardanza.

—Va a ser difícil, sin la prueba de Travkin —opinó Dunross—. ¿Cuántos de ustedes vieron que Bluey White lo golpeaba?

Sólo McBride levantó la mano.

—Eso significa que somos sólo dos, entre doce —Dunross vio que Crosse lo observaba—. A mí no me cabe duda. Además, tenía un verdugón en ambas muñecas. El doctor Meng dijo que podía provenir de un latigazo o de las riendas, al caer. Pug, ¿tú qué piensas?

Pugmire rompió el incómodo silencio.

—Yo en lo personal no vi nada indebido. Estaba observando con toda atención; porque había apostado a Noble Star, 1,000 HK. Si hubo un golpe o no lo hubo, no parece que haya producido mayor efecto. Yo no vi que la potranca vacilará... ni ella ni ningún otro corredor, excepto Kingplay.

Noble Star iba bien, toda la carrera hasta llegar al poste; y todos

tenían la fusta en la manó —ofreció una copia fotográfica del aparente empate.

Dunross la tomó. Era como él había visto las cosas: Pilot Fish adelante por una nariz sobre Noble Star, y por media nariz sobre Butterscotch Lass¿ y una nariz de ventaja sobre Winning Billy.

—Todos tenían el látigo en las manos —continuó Pugmire—, y lo llevaban al dar la vuelta, como era de esperarse. Era fácil que el golpe fuera accidental… si lo hubo.

—Shitee… ¿qué piensas?

—Debo confesarte, mi viejo, que yo no veía más que a mi Street Vendor, mientras maldecía a Kingplay. Yo tuve la impresión de que tu potranca había derrotado a Pilot Fish. Nosotros… ehm… hemos examinado a los demás entrenadores y no… ehm… no hay ninguna queja formal. Estoy de acuerdo con Pug.

—¿Roger?

—Yo no observé nada indebido.

—¿Jason?

Con gran sorpresa para Dunross, Plumm sacudió la cabeza y discrepó de las opiniones anteriores.

Dunross volvió a preguntarse hasta qué punto serían correctas las pasmosas acusaciones de AMG con relación a Plumm y a Sevrin. El interrogado explicó:

—Todos sabemos que Bluey White es ladino. Tuvimos ya que amonestarlo una vez. Si el tai-pan y Donald aseguran haberlo visto, yo voto porque a él se le suspenda definitivamente y a Pilot Fish se le descalifique en la carrera, cuando decidamos votar.

Dunross consultó a los demás administradores. Sus opiniones eran vacilantes…

—Mandemos llamar a los jockeys, que White sea el último.

Así lo hicieron. Todos mascullaron versiones personales de una misma idea: estaban demasiado ocupados con su propia cabalgadura para poder notar nada.

Los administradores fijaron la mirada en Dunross en actitud de espera. El les devolvió la mirada.

Comprendió que si decía yo voto porque se suspenda definitivamente a Bluey White por una maniobra indebida, y se descalifique a Pilot Fish… ¡Todos los que estén a favor de esa opinión digan sí!, accederían y votarían como él lo deseaba.

Yo lo vi dar el golpe —se dijo, interiormente—... también Donald y algunos más. Eso desconcertó a Alexi durante la fracción de segundo que se necesitaba. Sin embargo, con toda honradez, no creo que eso haya costado el triunfo a Noble Star. Yo eché a perder la carrera. Alexi no era el hombre indicado.

Debía haber arrinconado a Pilot Fish contra la barandilla en la segunda esquina, cuando tenía la oportunidad, y poner su látigo frente a la cara de Bluey White, no sobre sus manos. Eso es lo que yo habría hecho, ¡oh, sí!, sin la menor vacilación. Además hay otras consideraciones de por medio.

—Yo no tengo la menor duda de que hubo interferencia —afirmó—. Pero me pregunto si fue deliberada o accidental, y no creo que pueda decírnoslo nadie, ni el mismo Alexi. Convengo en que eso no fue lo que hizo que Noble Star perdiera la carrera. Por eso sugiero que se amoneste a Bluey y que el resultado quede como está.

—¡Excelente! —Shitee T'Chung dejó escapar un hondo suspiro, la cara se le iluminó; ninguno de ellos, y menos aún Pugmire quería tener un enfrentamiento con el tai-pan—. ¿Alguna oposición?

—¡Bueno! Entreguemos la fotografía a los periódicos y hagamos el anuncio por el megáfono. ¿Querrías hacerlo, tai-pan?

—Con mucho gusto, pero... ¿qué hacemos con el resto del programa? Miren la lluvia —era ya un aguacero deshecha—. Escúchenme, tengo una idea.

La expuso. Hubo una explosión de entusiasmo y luego todos rieron. —¡Muy buena, oh, muy buena, grandiosa! —exclamó Dunstan Barre. —¡Eso dará a los insectos algo en qué pensar! —comentó Pugmire.

—¡Genial idea, tai-pan! —dijo McBride con la alegría en el rostro—. ¡Magnífica!

—Voy al centro de control... Tal vez ustedes pueden mandar llamar de nuevo a Bluey y darle un susto que tiene merecido, ¿eh?

Pugmire sugirió: —¿Puedo decirte algo, Ian?

—¿Qué te parecería un poco más tarde?

—Sí, desde luego.

—Roger, ¿podría hablar contigo?

—Sí, por supuesto. Estaré abajo, en el salón de los miembros, con Sinders.

—¡Ah! ¿No vas a tu palco?

—No. Se lo cedí al comisario para una fiesta privada.

—Perdón, Ian...

—Dime, Jason.

—¿Crees que siga en pie el ascenso a la colina mañana?

—Si este temporal sigue como va, no. Toda esa zona será un cenagal. ¿Por qué?

—Por nada. Estaba pensando en organizar un cóctel el domingo por la tarde, para celebrar tu magnífico golpe a Superfoods...

Shitee T'Chung dejó escapar una risa de satisfacción.

—¡Espléndida idea! ¡Felicidades, Ian! ¿Viste la cara de Biltzmann?

—Ian, ¿podrías asistir? No pienso invitar a Biltzmann —añadió Plumm en medio de un coro de carcajadas—. Lo tendríamos en el departamento de nuestra compañía en Sinclair Towers.

—Lo lamento, pero tengo que ir a Taipei en las primeras horas de la tarde. Lo siento... Al menos ese es el plan que tengo hasta este momento. La...

Pugmire interrumpió con un tono de seria preocupación:

—¿No estarás aquí el lunes? ¿Qué hay de nuestros papeles y de todo lo demás?

—No hay problema, Pug. A las 9:30 cerramos el trato —luego, dirigiéndose a Plumm explicó...— Jason, si cancelo o pospongo a Taipei, acepto tu invitación.

—Muy bien. De 7:30 a 9:30... Informal.

Dunross salió del salón, con el ceño fruncido. Le sorprendía que Plumm se mostrara tan amistoso.

Como regla, estaba siempre con la oposición en todas las asambleas de juntas directivas en que ambos participaban, siempre haciendo causa común con Havergill y Gornt, en contra de él... Sobre todo en las asambleas de la directiva del Victoria.

Fuera del salón de administradores, había inquietos grupos de reporteros ansiosos, de propietarios, entrenadores y simples observadores. Dunross se deshizo de la descarga cerrada de preguntas a lo largo de todo el camino, hasta llegar al cuarto de controles, que estaba en el piso superior.

—Hola, señor —saludó el locutor; todos estaban tensos en la pequeña cabina de vidrio con la mejor vista de todo el estadio—.

Fue una carrera maravillosa. ¡Qué pena lo de...! ¿Trae usted la decisión? ¿Fue Bluey, verdad? Todos nosotros vimos su látigo...

—¿Puedo usar el micrófono?

—¡Oh, sí, claro!

Con toda diligencia, el hombre se levantó, cediéndole el lugar. Dunross se sentó y encendió el interruptor.

—Habla Ian Dunross. Los administradores me han pedido que les comunique dos avisos...

El silencio fue absoluto, al resonar sus palabras en todo el estadio. Los cincuenta mil espectadores contuvieron la respiración, sin importarles la lluvia, tanto en las graderías como en los niveles superiores.

—El primero es el resultado de la quinta carrera —silencio total, con excepción de la lluvia; Dunross respiró profundamente—... Pilot Fish por una nariz sobre Noble Star y por un pelo sobre Butterscotch Lass... —las últimas palabras se ahogaron entre los gritos.

Aplausos, clamores, en uno y otro sentido, felicidad, contrariedad; todos los presentes gritaban, discutían, aclamaban, maldecían ... Mientras tanto, abajo en la dehesa, Gornt estaba atónito, seguro de que a su jockey lo habían visto, como lo había visto él. Que lo habrían eliminado y que el resultado se suspendería. En medio de la confusión, los números ganadores brillaron sobre el tablero: uno, siete, ocho.

Dunross esperó un momento. Luego, con voz alegre, repitió los resultados en cantonés. La muchedumbre se mostraba ya más dócil, sus ansiedades reprimidas habían podido desahogarse, porque la decisión de los administradores era definitiva.

—El segundo aviso es que los administradores han decidido, por razón del mal tiempo y de las peligrosas condiciones del hipódromo, que se cancele el resto del evento —un lamento ingente pudo percibirse en toda la muchedumbre; Dunross continuó—... En realidad, se pospone hasta el próximo sábado, en que tendremos otro encuentro especial —en ese momento, un inmenso clamor de excitación llenó el estadio—. Tendremos un encuentro de ocho carreras, y la quinta será la misma de hoy, con los mismos corredores: Pilot Fish, Butterscotch Lass, Winning Billy, Street Vendor, Golden Lady, Lochinvar y Noble Star. Una revancha

especial con apuestas dobles y 30,000 adicionales...

Aclamaciones y más aclamaciones, aplausos, gritos. Alguien dentro de la cabina comentó:

—¡Qué bárbaro! ¡Qué gran idea, tai-pan! ¡Noble Star se vengará del desgraciado negro!

—¡No, no! No lo hará... Butterscotch Lass...

—¡Genial idea, tai-pan!

Sin dejar el micrófono, Dunross añadió:

—Los administradores les agradecen su constante apoyo —repitió en cantonés y añadió, también en ambos idiomas—. En unos minutos tendremos otra noticia que darles. ¡Gracias!

Otra aclamación estruendosa. Los que estaban a merced de la lluvia corrieron a buscar abrigo o se precipitaron a las ventanillas de los ganadores. Todo el mundo parloteaba, gemía, maldecía a los dioses o los colmaba de bendiciones, obstruía las salidas... Largas filas de hombres, mujeres y niños buscaban ya el modo de emprender el largo camino a casa, saturados de una nueva alegría. Sólo los que poseían los números de la doble quiniela, ocho y cinco en la segunda carrera, uno y siete en la quinta, seguían paralizados, con los ojos fijos en el tablero, esperando que se declararan las disparidades en el triunfo.

—¿Otro aviso, tai-pan? —preguntó ansioso el locutor.

—Sí —contestó Dunross—. Alrededor de las cinco.

Havergill le había notificado que el pacto con Richard Kwank se había consolidado y le había pedido que acudiera al palco del Victoria, tan pronto como le fuera posible. Llegó a la puerta y bajó los peldaños de tres en tres, hasta el nivel inmediato inferior, muy satisfecho de sí mismo. Haberle otorgado la carrera a Pilot Fish tiene que desconcertar a Gornt —pensó—. El sabía, y yo también, que esto era una conspiración, y que Alexi estaba sentenciado, hiciera lo que hiciera... Esa fue la razón principal por la que yo no quise montar, porque habrían tratado de hacérmelo a mí y yo habría matado a alguien. Pero el sábado próximo... ¡ Ah, el sábado próximo yo cabalgaré y Bluey White no se atreverá! Tampoco tendrán la osadía los demás entrenadores. El sábado próximo será un juego justo, y ¡por Dios que se les advertirá! Su excitación se interrumpió por un instante. Allá adelante, en el corredor, lo esperaba Murtagh.

—¡Oh, tai-pan! ¿Podría...?

—¡Por supuesto! —Dunross lo condujo a través de la cocina hasta su sala privada.

—¡Fue una gran carrera! ¡Gané un montón de dinero! —exclamó el joven con excitación— ¡Y qué gran idea la del sábado próximo!

—Muy bien —Dunross observó el sudor en la frente de su interlocutor. ¡Oh, Dios mío!—. ¿Haremos negocios señor Murtagh?

—Por favor llámeme Dave. El jefe dijo... ehm... ellos dijeron que es posible. Programaron una asamblea de la junta directiva para mañana a las 9 de la mañana, hora de ellos. Para nosotros será...

—Las diez, esta noche. Sí. ¡Excelente, señor Murtagh! Entonces, llámeme a este número —se lo escribió en un pedazo de papel—. Por favor no lo pierda y no se lo dé a nadie más.

—¡Oh, no! Por supuesto, tai-pan. Lo llamaré en el momento mismo en que... ¿Hasta qué hora puedo llamar?

—En el momento en que termine de hablar con ellos. Insista en llamar, hasta que yo conteste —Dunross se puso de pie—. Ahora perdóneme, porque tengo muchísimas cosas que hacer.

—¡Ah, sí, claro... claro! —contestó Murtagh inquieto—. Perdóneme, tai-pan, acabo de enterarme de los dos millones adelantados en la oferta de Almacenes Generales. Dos millones nuestros antes de las 9:30 del lunes es algo así como demasiada presión...

—Yo esperaba eso hasta cierto punto... de su grupo bancario. Pero por fortuna, señor Murtagh, nunca tuve intención de que esa modesta suma en efectivo fuera dinero de ustedes. Sé que el First Central se inclina a obrar como los molinos de Dios... hacen su molienda con toda calma... A menos que se trate de retirarse de la palestra —añadió, recordando a muchos amigos que habían sufrido graves consecuencias con la retirada irreflexiva del banco años antes—. No se preocupe. Mi nueva fuente externa de crédito es más que...

—¿Qué cosa? —Murtagh palideció.

—Mi nueva fuente externa de financiamiento reacciona sin tardanza ante las oportunidades repentinas de negocios, señor Murtagh. En este caso no necesitaron más que ocho minutos. Parecen tener más confianza que los jefes de usted.

—¡Diablos, tai-pan! Llámeme Dave... Pero, no es falta de

confianza... en fin, no tienen idea de lo que es Asia. Tengo qué convencerlos de que su adquisición de Almacenes Generales va a duplicar sus utilidades brutas en tres años.

—¡En uno! —interrumpió con decisión Dunross, disfrutando el diálogo—. Lamento que su grupo no participe en nuestras ingentes ganancias desde esa pequeña sección de nuestros grandes planes de expansión. Tómese un té en el palco. Perdóneme, me urge hacer una llamada telefónica.

Tomó a Murtagh del brazo y con firmeza lo acompañó hasta la puerta. Una vez que el banquero estuvo afuera, Dunross cerró con cuidado.

Al encontrarse en la cocina, Murtagh observó la puerta cerrada, el alegre tintineo de platos y cubiertos, las obscenidades cantonesas de los veinte cocineros y ayudantes. El estruendo era enorme.

—¡Jesucristo! —musitó, casi presa del pánico—. ¿En ocho minutos? ¡Maldita sea! ¿Estarán los malditos suizos poniéndonos cuernos con nuestro cliente?

Dentro del cuarto privado, Dunross tomó el teléfono y marcó un número. Esperó un poco. Al fin, una voz en cantonés contestó:

—Dígame...

—El señor Tip, por favor —dijo en bien cuidado cantones—. Habla el señor Dunross.

Oyó que depositaban el auricular sobre la mesa, de un golpe, y luego la voz aguda de la *amah*.

—¡Es el teléfono! ¡Es para ti, padre!

—¿Quién habla? —Un demonio extranjero. Dunross sonrió. —¿Cómo?

—Ian Dunross, señor Tip. Me preocupaba pensar que su enfermedad hubiera podido empeorar.

—¡Ah! ¡Ah, sí! Perdóneme no me fue posible llegar. Sí. Tuve algunos asuntos de urgencia, ¿usted me comprende? Sí. Demasiado urgentes. ¡Oh, a propósito! ¡Qué mal hado el de Noble Star! Acabo de oír por comunicación inalámbrica que Pilot Fish ganó por una nariz, después de una objeción. ¿Cuál fue la objeción?

Con toda paciencia, Dunross explicó, luego respondió a las preguntas relativas a su licitación para adquirir Almacenes Generales, muy contento de que esa noticia hubiera llegado ya a oídos de su interlocutor. Si la tiene Tiptop, la tendrán también todos

los diarios —pensó. ¡Qué bueno! Esperó a que Tiptop hablara del asunto, pero la astucia del viejo fue mayor que la suya. Se limitó a comentar:

—Bueno, gracias por su llamada, tai-pan.

En el acto, Dunross dijo:

—Fue un gusto para mí... ¡A propósito! En plan confidencial... Entiendo que es muy posible que la policía haya descubierto que uno de sus subalternos cometió un error.

—¡Ah! Supongo que se corregirá sin pérdida de tiempo...

—Yo diría que lo harán muy pronto, si la persona interesada desea renunciar y aprovechar un permiso de viajar al extranjero.

—¿Qué tan pronto es "muy pronto", tai-pan?

Dunross escogía las palabras con toda cautela, en tono deliberadamente vago, pero ya formal.

—Hay ciertos trámites indispensables, pero es posible que se hagan con rapidez. Por desgracia hay que consultar con personas muy importantes que no están aquí. Estoy seguro de que usted me entiende.

—Sí, por supuesto. Pero el poderoso dragón no puede competir con la serpiente nativa, ¿verdad? Tengo entendido que una de sus personas mucho muy importantes está ya en Hong Kong... Un señor Sinders...

Dunross parpadeó, al darse cuenta de lo informado que estaba Tiptop.

—Tengo ya una parte de la aprobación —confesó intranquilo.

—Yo habría pensado que se necesitaban pocas aprobaciones. El oro verdadero no teme el fuego.

—Sí. ¿Hay algún lugar adonde pueda llamarlo esta noche, para informarle de los avances logrados?

—Me encontrará en este número. Por favor llámeme a las 9:00 —la voz de Tiptop sonó un poco más seca—. Tengo entendido que es muy posible que su última sugerencia de índole bancada sea bien recibida. Desde luego, cualquier banco necesitará la documentación necesaria para tener garantía en un préstamo inmediato de 500 millones de dólares de Hong Kong en efectivo, pero he oído decir que el sello del Victoria, el del Gobernador y el de usted será lo único que se requiera como garantía para un préstamo de treinta días. Esta... pequeña cantidad de efectivo está disponible durante un

tiempo limitado, siempre que se cumpla con los requisitos necesarios. Hasta ese momento, el asunto es estrictamente confidencial... muy estrictamente confidencial.

—Por supuesto.

—Gracias por llamarme.

Dunross depositó el auricular y se enjugó las palmas de las manos. En su mente quedó impresa la frase "durante un tiempo limitado". El lo sabía, y sabía que Tiptop estaba enterado de que él había entendido que los dos "procedimientos" estaban indisolublemente vinculados entre sí, aunque no de manera necesaria. ¡Santo Dios, cuánto amo a Asia! —pensó con alegría al salir a toda prisa.

Los corredores estaban llenos. Mucha gente se aglomeraba ya en los ascensores para volver a casa.

Echó una mirada en su palco. Alcanzó a ver a Gavallan y le dijo:

—Andrew, baja al salón de los miembros y consígueme a Roger Crosse... Está allí con un señor llamado Edward Sinders. Pregúntales si disponen de un momento para entrevistarse conmigo en mi palco. ¡Date prisa!

Gavallan salió. Dunross corrió por el corredor, pasando frente a las ventanillas de las apuestas.

—¡Tai-pan, siento mucho lo de Noble Star! —le gritó Casey—. ¿Sabí...?

—Regreso en un minuto, Casey, perdóname, no puedo detenerme —dijo, sin dejar de correr; pudo ver a Gornt frente a la ventanilla de los ganadores, pero eso no le quitó la alegría; primero lo primero, pensó—. ¿Cómo quieres los 10,000? Hablo de nuestra apuesta.

—Me vendrían muy bien en efectivo. Gracias —contestó Gornt.

—Te los mandaré más tarde.

—Puedo muy bien esperar al lunes.

—Hoy mismo por la noche. El lunes estaré ocupado —se alejó con una cortés inclinación de cabeza.

En el palco muy concurrido del Victoria, el estrépito era el mismo del resto del hipódromo. Copas, risa, excitación y algunas maldiciones contra Pilot Fish, pero ya empezaban a anticiparse apuestas para el sábado siguiente. Al entrar Dunross, se oyeron más aclamaciones, expresiones de condolencia y otro torrente de

preguntas. El supo torearlas en forma espontánea, lo mismo que una de que le formuló Martin Haply, que se esforzaba por mantenerse puertas adentro, junto con Adryon.

—¡Oh, padre! ¡Qué suerte perra con Noble Star; perdí hasta la camisa y mi pensión mensual!

Dunross la miró con una leve sonrisa:

—Las jóvenes damas no deben apostar. Hola, Haply.

—¿Puedo preguntar acerca de...?

—Después. Adryon, no olvides los cócteles. Tú eres anfitriona.

—¡Oh, sí! Estaremos allá. Padre, ¿puedes adelantarme mi próxima mensua...?

—Claro que sí —contestó él, con gran asombro de la chica; luego le dio un abrazo y se abrió camino hasta donde estaban Havergill y Richard Kwang.

—Hola, Ian —saludó Havergill—... ¡Qué mala suerte! Pero era evidente qué Pilot Fish llevaba la ventaja.

—Sí. Sí, así es. Hola, Richard —Dunross le entregó una foto de la llegada a la meta y comentó—:

¡Malhaya nuestra mala suerte, la de los dos! —los demás circunstantes se amontonaron en torno a ellos para verla.

—¡Dios santo, por un pelo ...! —Yo pensé que Noble Star...

Aprovechando la distracción general, Dunross se acercó a Havergill. —¿Está todo firmado?

—Sí. Veinte céntimos por dólar. El estuvo de acuerdo y firmó los documentos provisionales. Los formales estarán listos el fin de semana. Desde luego el muy sinvergüenza trató de envolverme, pero todo está ya firmado.

—Maravilloso, hiciste un trato estupendo.

Havergill asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, sí. Lo sé bien.

Richard Kwang se dio la vuelta y dijo:

—¡Ah, tai-pan! —bajó la voz y susurró—: ¿Te ha hablado Paul de nuestra fusión?

—Sí, claro. Permíteme felicitarte.

—¿Felicitar? —hizo eco Southerby en tono de protesta, acercándoseles—. ¡Maldita suerte perra, si me preguntan a mí! ¡Yo tenía todo mi tesoro puesto en Butterscotch Lass!

La agitación en el palco subió de punto al entrar el Gobernador.

Havergill le salió al encuentro, con Dunross en zaga.

—Hola, Paul, Ian... ¡Qué suerte tan mala, pero fue una decisión excelente! Es decir, dos... —su expresión se endureció un poco sin perder amabilidad—. El sábado próximo tendremos una competencia muy enconada.

—Sí, señor.

—Paul... ¿tú querías hacer una declaración formal?

—Sí, señor —Havergill levantó la voz—... Solicito su atención, por favor... —nadie se dio por enterado, hasta que Dunross tomó una cuchara y golpeó con ella una taza—. Excelencia.... Damas y caballeros. Tengo el honor de anunciarles, a nombre de los directores del Banco Victoria de Hong Kong y China, que se ha concertado una fusión inmediata con el gran Banco Ho-Pak de Hong Kong —a Martin Haply se le cayó la copa de las manos—, y que el Victoria garantiza en un 100 por ciento todos los depósitos hechos en el Ho-Pak y...

El resto del anuncio se ahogó en un mar de aclamaciones de entusiasmo. Los visitantes de los palcos vecinos se apiñaron en los balcones, para ver qué sucedía. La noticia se divulgó a gritos, de un extremo a otro, a medida que más gente acudía de los corredores, y se producían nuevas aclamaciones.

Havergill se vio asediado de preguntas. Pero levantó la mano, feliz de ver el efecto que había producido su anuncio. En medio de un silencio respetuoso, Sir Geoffrey dijo en breves palabras:

—Debo reconocer, a nombre del gobierno de Su Majestad que esta es una noticia magnífica, Paul, ¡buena para Hong Kong, buena para el banco, buena para ti, Richard, y buena para el Ho-Pak!

—¡Oh, sí, Sir Geoffrey —exclamó Richard Kwang en tono jovial y en voz alta, seguro de que estaba un paso adelante en su ascenso al grado de caballero—. Yo decidí, desde luego, de acuerdo con nuestros directores, que sería bueno para el Victoria tener mayor arraigo entre la población china y...

Havergill intervino en un gesto precipitado, interrumpiéndolo:

—Richard, tal vez sea preferible que yo termine el anuncio formal y deje los detalles para nuestra conferencia de prensa —miró de reojo a Martin Haply y prosiguió—: Tendremos una conferencia formal de prensa el lunes a mediodía, pero todos los detalles de la ehm... fusión, han quedado ya definidos. ¿No es verdad, Richard?

Richard Kwang quiso introducir una ligera variante, pero luego cambió de opinión al ver los ojos de Dunross y de Havergill sobre él.

—Ehm... sí, sí —pero no pudo resistir la aclaración—. Estoy muy satisfecho de ser socio del Victoria.

Sin pérdida de tiempo, Haply dijo en voz alta:

—Perdone, señor Havergill, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego —contestó el aludido con amabilidad.

Preveía muy bien cuál iba a ser la pregunta, y al aceptarla pensó: este desgraciado tiene que desaparecer de aquí, de un modo o de otro.

—¿Puedo preguntarle, señor Havergill, ¿cómo piensan pagar a todos los clientes del Ho-Pak, a los de ustedes, a los del Blacs y demás bancos, cuando hay fuga de capital en todos ellos y el efectivo en la casa de moneda es insuficiente?

—Son rumores, son rumores, señor Haply —contestó Havergill; luego añadió, haciendo reír al auditorio—. Recuerde que un enjambre de mosquitos puede producir un ruido comparable al del trueno. La economía de Hong Kong está más fuerte que nunca. En cuanto a la fuga en el Ho-Pak, es historia concluida. El Victoria garantiza a los clientes del Ho-Pak, garantiza la adquisición de Almacenes Generales por Struan y garantiza seguir haciendo negocios durante los próximos ciento veinte años.

—Pero, señor Havergill, ¿querría respon ...?

—No preocuparse, señor Haply. Dejemos los detalles de nuestra... de nuestra benévola sombrilla protectora sobre el Ho-Pak para nuestra conferencia de prensa del lunes —dirigiéndose al Gobernador dijo—: Si me permite, señor, voy a dar la noticia en público.

Nuevas aclamaciones inundaron el palco, mientras él se dirigía hacia la puerta, abriéndose paso con dificultad.

Alguien empezó a cantar "For he's a jolly good fellow..." y todos le hicieron coro. El estruendo era ensordecedor. Dunross dijo a Richard Kwang en cantonés una frase, citando una vieja expresión:

—«Cuando se tiene bastante hay que parar», ¿no crees?

—Ah, sí. Sí, tai-pan. Sí, por supuesto.

El banquero sonrió con un gesto enfermizo, entendiendo la amenaza y recordando su buena fortuna.

Ahora Venus Poon vendrá de zalamera, cuando se entere de que soy un director importante en el Victoria. La sonrisa se hizo más franca.

—Tienes razón, tai-pan. Detrás de las puertas rojas hay mucho desperdicio de carne y vino. Mi pericia bancaria será de mucho provecho para nuestro banco, ¿no es cierto? —y se alejó con aire importante.

—¡Dios mío, qué día! —dijo Johnjohn entre dientes.

—¡Sí, sí, maravilloso, Johnjohn, viejo amigo! —confirmó McBride—. Debes estar muy orgulloso de Paul.

—Sí, por supuesto —Johnjohn estaba viendo salir a Havergill.

—¿Te sientes bien?

—¡Oh, sí! Lo único malo es que he tenido que trabajar hasta tarde.

Johnjohn había estado en pie la mayor parte de la noche, haciendo cálculos sobre el modo de hacer con seguridad la adquisición del Ho-Pak: con seguridad para el Victoria y con seguridad para los clientes del Ho-Pak. El arquitecto había sido él, y esa mañana había pasado otras tediosas horas más tratando de convencer a Havergill de que había llegado la hora de ser innovadores.

—Podemos hacerlo, Paul, y producir un resurgimiento increíble de confia...

—¡Y también sentar un precedente muy peligroso! ¡No creo que tu idea tenga tanta importancia como tú te imaginas!

Pero cuando Havergill había visto el paso gigantesco e inmediato que en línea de confianza se había dado después del dramático anuncio de Dunross, entonces había empezado a considerar mejor la proposición. No te preocupes —pensó Johnjohn displicente—-, todos salimos ganando: el banco, Hong Kong, el Ho-Pak. Con toda seguridad manejaremos mejor los intereses de sus inversionistas, de sus accionistas y de sus partidarios.... ¡ciertamente mejor que Richard! Cuando yo sea tai-pan, usaré al Ho-Pak como modelo de futuros rescates. Con nuestra nueva administración, el Ho-Pak será un valor muy apreciable. Como cualquier otra empresa de la docena que tenemos... ¡Incluso como Struan!

La fatiga de Johnjohn se desvaneció de pronto. ¡Oh, apresúrate a llegar, lunes, a la hora que abre el Mercado!

* * *

En el palco de Struan, Peter Marlowe se apoyaba con gesto triste en la barandilla del balcón y observaba a la multitud, allá abajo. La lluvia caía a torrentes del techo sobresaliente que protegía los palcos. Los tres balcones volados de los miembros y de los miembros sin voto no tenían el mismo grado de protección. Unos caballos sucios eran bajados por las rampas, como novios enlodados que se confundían con los miles de personas empapadas que no dejaban de salir.

—¿Qué te sucede, Peter? —preguntó Casey.

—¡Oh, nada!

—¿No se trata de Fleur? Espero que por ese lado no haya problema.

—No.

—¿Era Grey? Vi que los dos discutían acaloradamente.

—No. No era Grey. Aunque es un antipático, mal educado, enemigo rabioso de todo lo que tiene algún valor —Marlowe sonrió con un gesto extraño—. ¡No hacíamos más que comentarios sobre el tiempo!

—Ya lo creo. En ese preciso momento se te veía ya deprimido. ¿Perdiste la quinta?

—Sí, pero tampoco es eso. Salí bien... muy bien el día de hoy.

El escritor titubeó y con un gesto de la mano señaló los palcos y todo el hipódromo a su alrededor.

—Lo que pasa es que estaba pensando que aquí hay más de cincuenta mil chinos, y allá afuera otros tres o cuatro millones más, cada uno con una herencia maravillosa, con secretos extraordinarios e historias fantásticas que narrar... Y eso sin contar a los veintitantos mil europeos, de la alta y la baja sociedad, los tai-pans, los piratas, los filibusteros, los contadores, los tenderos, la gente del gobierno de aquí... ¿Por qué escogieron a Hong Kong? Yo sé que por más que me esfuerce, por mucho que lea, escuche o pregunte, nunca llegaré a saber mucho de los chinos de Hong Kong, ni siquiera de Hong Kong en sí. Nunca. No haré más que arañar la superficie.

Casey rió comprensiva.

—Lo mismo sucede en todas partes —opuso.

—¡Oh, no! No es lo mismo. Esta es la miscelánea de Asia. Piensa en aquel individuo, el del tercer baleo, allá, aquel chino grueso. Es un multimillonario. Su esposa sufre de cleptomanía. Por eso, adondequiera que ella va, él tiene gente que la sigue en secreto, y cada vez que se roba algo, sus hombres lo pagan. Todas las tiendas la conocen a ella, y también a él… y todo es muy civilizado…

Dime, ¿en qué otro lugar del mundo harías tú eso? Su padre fue un coolie, y el padre de él un bandolero, el de este último, un mandarín, y el padre del mandarín, fue un campesino. Uno de los hombres que están junto a él es otro multimillonario, introduce opio y mercancía ilegal a China, y su esposa es… ¡En fin, es toda otra historia!

—¿Qué historia?

—Peter Marlowe rió de buen grado y comentó:

—Hay esposas que tienen historias tan fascinadoras como las de sus maridos… ¡a veces más aún!

Una de ellas, tú la conociste hoy, es una ninfómana, un…

—¡Vamos, por favor…! Tiene razón Fleur, tú inventas todo esto.

—Tal vez… ¡Oh, sí! Pero algunas mujeres chinas son tan… tan devastadoras como cualquiera otra de la Tierra… aunque con disimulo.

—¡Tú, chauvinista! ¿Estás seguro?

—Corre el rumor… —los dos rieron al mismo tiempo—. La verdad es que son mucho más listos que nosotros-… hablo de los chinos. Se me ha dicho que las pocas mujeres chinas casadas de aquí, que tienen el ojo alegre, suelen preferir a un europeo como amante, para mayor seguridad. A los chinos les encanta la murmuración, el escándalo, y sería difícil encontrar a un chino raboverde que supiera guardar sus amoríos en secreto o proteger el honor de una mujer. Con toda razón, las mujeres les temen. Ser sorprendida en eso sería malo, muy malo en realidad. La ley china es muy estricta —sacó un cigarrillo—. Tal vez eso hace que esos lances sean todavía más emocionantes.

—¿Quieres decir, el tener un amante?

Peter la contempló pensativo, preguntándose qué diría ella si le dijera el sobrenombre que le habían puesto y que alegremente le habían susurrado al oído cuatro amigos chinos distintos.

—¡Oh, sí! Las mujeres también se dan vuelo aquí… algunas de

ellas. Mira allá, en aquel palco… el hombre de chaqueta deportiva, el que está al frente. Tiene puesto un sombrero verde… es una expresión china que significa que es cornudo, que su mujer le ha puesto los cuernos, porque tiene un amante. La única diferencia es que en este caso el amante es otro chino amigo de él.

—¿Sombrero verde?

—¡Sí, los chinos son maravillosos! Tienen un sentido del humor magnífico. Ese hombre recortó de un periódico chino el anuncio que decía: «Sé que llevo sombrero verde, ¡pero la mujer del hombre que me lo dio tuvo dos hijos con otro hombre!»

Casey lo miró azorada.

—¿Quieres decir que él suscribió eso?

—¡Oh, sí! Había un retruécano en uno de sus nombres, pero toda la gente de alguna importancia sabía de quién se trataba.

—¿Fue un hecho cierto? Peter Marlowe se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Al otro le desarticularon por completo la nariz y para su mujer la vida fue un infierno.

—Eso no es justo. No lo es en absoluto.

—En el caso de ella sí.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Tener dos hijos del ot…

—¡Oh, vamos! ¡Tú, cuentista!

—¡Mira! Ahí va el doctor Tooley.

Casey recorrió la pista y por fin lo descubrió.

—No lleva una expresión feliz en lo más mínimo.

—Espero que Travkin esté bien. Oí decir que Tooley había ido a examinarlo.

—¡Vaya caída la del pobre hombre!

—Sí. Fue terrible.

Los dos habían estado sometidos al estricto interrogatorio del doctor sobre su respectiva salud. Este sabía que el fantasma del tifo, quizá del cólera y con toda seguridad el de la hepatitis, se cernía sobre ellos.

—¡El hado! —dijo Peter Marlowe con decisión.

—¡El hado! —había hecho eco Casey, tratando de no preocuparse por Linc.

Es peor en el organismo de un hombre —pensaba ella, recordando lo que Tooley había dicho: la hepatitis puede dejar

trastornado el hígado... y tu vida entera, si eres hombre.

Después de un momento, Casey preguntó:

—La gente de aquí parece mucho más interesante, Peter, ¿será porque estamos en Asia?

—Es probable. Las costumbres son tan diferentes. Y aquí en Hong Kong recogemos la crema de todas ellas. Creo que Asia es el centro del mundo, y Hong Kong su núcleo —él saludó con la mano a una persona de otro palco, que hacía señas a Casey.

—Ahí tienes a otro de tus admiradores.

—¿Lando? Es un hombre fascinante.

Casey había pasado ratos con él durante las carreras.

—Usted debe venir a Macao, señorita Tcholok. Tal vez podríamos cenar juntos mañana. ¿Le convendría a las 7:30?

La invitación había sido hecha con aquel maravilloso encanto del mundo de otra época, característico de Lando Mata, y Casey había captado el mensaje en el acto.

Durante la comida, Dunross le había hecho algunas advertencias relativas a él:

—Es un hombre bueno, Casey —había dicho con delicadeza el tai-pan—. Pero aquí, una *quai loh*, una extranjera, sobre todo tan bella como tú y que hace su primer viaje a Asia, conviene que recuerde que a veces el tener más de dieciocho años no basta.

—Te entiendo, tai-pan —había respondido ella con una risa franca.

Pero esa tarde se había dejado fascinar por Mata, dentro del ambiente seguro del palco del tai-pan.

Cuando estuviera sola, sus defensas se fortalecerían; ése sería el caso del día siguiente por la noche.

—Depende, Lando —había dicho—. Cenar contigo sería magnífico, pero depende de la hora en que regrese del viaje en barco... Además, no sé si el tiempo nos lo permitirá.

—¿Con quién vas, con el tai-pan?

—Con unas amistades.

—¡Ah! Bueno, si no puede ser el domingo, querida mía, tal vez podríamos quedar de acuerdo para el lunes. Hay muchas oportunidades de negocios para ti, aquí o en Macao. Para ti y para el señor Bartlett, si lo desean... y para Par-Con. ¿Puedo llamarte mañana a las siete, para ver si estás libre?

Puedo entenderme con él de un modo o de otro, se dijo tranquilizándose, y la idea le dio una sensación de bienestar. Pero tendré cuidado con las bebidas, por si acaso acostumbran la droga...

—Peter, los hombres de aquí, los que tratan de seducir... ¿llegan hasta las bebidas con droga excitante?

Peter frunció el ceño y quiso aclarar:

—¿Te refieres a Mata?

—No. Hablo en términos generales.

—Dudo que un chino o un euroasiático la usara con una *quai loh*, si es eso lo que me preguntas —el gesto de seriedad se acentuó en su rostro—. Yo diría que tienes que ser bastante circunspecta, tanto con ellos como con los europeos. Por supuesto, si he de ser muy franco, tú ocupas un lugar de preferencia en su lista. Tienes lo que se requiere para hundir a la mayoría de ellos en un éxtasis de placer.

—¡Mil gracias! —se apoyó sobre el balcón, disfrutando el cumplido.

En su interior pensaba: ¡cómo me gustaría que Linc estuviera aquí! Pero... ten paciencia.

—¿Quién es ese? —preguntó de pronto azorada—. ¿Aquel viejo que juguetea con la chica? Allá, en el primer palco. Mira, ¡está acariciándole el trasero!

—¡Ah! Es uno de nuestros piratas locales, se llama Four Fingers Wu. La chica es Venus Poon, una estrella de televisión de Hong Kong. El joven que habla con ellos es sobrino del pirata. Según los rumores, no es su sobrino, sino su hijo. Ese muchachito tiene un diploma de Harvard en administración de empresas y un pasaporte norteamericano, y es más listo que una avispa. El viejo Four Fingers es otro multimillonario. Se dice que es contrabandista, en oro y en cualquier cosa. Tiene una esposa oficial, tres concubinas de diversas edades, y ahora anda detrás de Venus Poon. Ésta era la amiga íntima de Richard Kwang. Tal vez ahora, con la adquisición hecha por el Victoria, la chica querrá apartarse de Four Fingers y volver con Richard. Four Fingers vive en un viejo junco destartalado de Aberdeen y está dedicado a acumular enormes riquezas. ¡Ah, mira, allá! ¿Ves al viejo arrugado y a la mujer con los que está hablando el tai-pan?

Casey siguió la mirada de Peter hasta dos palcos adelante.

—Ese es el palco de Shitee T'Chung —explicó el escritor—. El es descendiente directo de May-may y Dirk, a través de su hijo Duncan. ¿Te ha enseñado alguna vez el tai-pan los retratos de Dirk?

—Sí.

Casey experimentó un ligero estremecimiento al recordar el puñal de Hag hundido en el retrato de su propio padre, Tyler Brock. Pensó en hablarle a Peter de ese episodio, pero optó por guardar silencio.

—Hay un gran parecido —se limitó a comentar.

—¡Ya lo creo! —confirmó Peter—. Me gustaría poder ver la Gran Galería. En fin, esa pareja con la que él está hablando, vive en un pequeño apartamento de dos habitaciones, en el sexto piso de un edificio sin ascensor, situado en Glessing's Point. Son dueños de un enorme paquete de acciones de Struan. Cada año, antes de la asamblea anual de la junta directiva el tai-pan, cualquiera que sea, tiene que ir a verlos, con el sombrero en la mano, para solicitar el derecho de votar sobre las acciones.

Siempre se le concede... fue parte del convenio pero tiene que ir a pedirlo en persona.

—¿A qué se debe eso?

—Cuestión de prestigio. Se le debe a Hag —una leve sonrisa—. Fue una gran dama, Casey. ¡Oh, cuánto me habría gustado conocerla! Durante la rebelión de los Boxer, 1899-1900, mientras China se hallaba en otra de su conflagraciones, todas las posesiones de la Casa Noble en Pekín, Tiensin, Foochow y Cantón fueron devastadas por los terroristas Boxer, más o menos patrocinados, pero ciertamente incitados por Tz'u Hsi, la vieja emperatriz, viuda heredera. Ellos se daban a sí mismos el título de «los Puños justos y armoniosos» y su grito de batalla era «¡Proteged a los Ch'ing y matad a todos los demonios extranjeros!» Hay que reconocer que las potencias europeas y Japón habían hecho pedazos a China. De cualquier manera, los Boxer se dejaron caer sobre todas las empresas extranjeras, sus colonias, las zonas no protegidas, y las borraron del mapa. La Casa Noble estaba en una situación mucho muy precaria. En esa época, el tai-pan de nombre era otra vez el viejo Sir Lochlin Struan, hijo menor de Robb Struan, nacido con un brazo inútil. Fue el tai-pan después de Culum. La bruja Hag lo nombró acabando de morir su marido, cuando no tenía más que

dieciocho años, y luego volvió a nombrarlo, después de Dirk Dunross... y lo mantuvo hilvanado a sus faldas hasta que él murió en 1915, a los 72 años.

—¿Dónde obtienes toda esta información, Peter?

—Yo la invento —contestó él en tono de suficiencia—... Bueno, el hecho es que la Hag necesitaba mucho dinero en poco tiempo. El abuelo de Gornt había comprado muchos documentos de Struan y producido una recesión. No había ninguna fuente normal de financiamiento, la Hag no tenía recurso alguno para pedir dinero prestado, porque Asia entera, todos los *hongs* estaban en la misma calamitosa situación. Entonces, el padre de aquel señor, del que está hablando con el tai-pan, era el Rey de los Mendigos de Hong Kong. Pedir limosna solía ser un pingüe negocio aquí. El hecho es que ese hombre acudió a ver a la Hag —eso dice la historia—, y le dijo: "he venido a comprar una quinta parte de la Casa Noble —hablaba con gran dignidad—. ¿Está en venta? Ofrezco 200,000 taels de plata". Esa era exactamente la cantidad que ella necesitaba para redimir los documentos. Por razones de prestigio, estuvieron discutiendo, hasta convenir en una décima parte, en un diez por ciento (que fue un pacto increíblemente bueno, porque los dos sabían que podía haberse quedado con un 30 o un 40 por ciento por esa misma cantidad, puesto que la Hag estaba en situación desesperada). El hombre no exigió más contrato que la estampilla de ella y su promesa de que una vez al año la Hag en persona, o el tai-pan vendrían a verlo, a él o a sus descendientes, dondequiera que vivieran los irnos o los otros, para pedir el voto para las acciones. "Con tal que el tai-pan pida, el poder de votar será otorgado"...

—Pero, ¿por qué, honorable Rey de los Mendigos? ¿Por qué me salvas de mis enemigos? —preguntó Hag Struan.

—Porque tu abuelo, el viejo Demonio Ojiverde, en una ocasión salvó el honor de mi padre y le ayudó a convertirse en el primer Rey de los Mendigos de Hong Kong.

Casey dejó escapar un hondo suspiro.

—¿Tú crees todo eso, Peter?

—¡Oh, sí! —contestó él, mirando hacia Happy Valley—. Hubo tiempo en que todo esto no era más que una ciénaga palúdica; Dirk se encargó también de sanearla —aspiró el humo de su cigarrillo—. ¡Algún día escribiré sobre Hong Kong!

—Si sigues fumando, nunca escribirás nada.

—Una observación atinada. Muy bien. Lo dejo, ahora mismo. Por el día de hoy... Sólo porque eres bonita —aplastó el resto del cigarrillo y con una sonrisa diferente añadió—: ¡Uuuyyy! Pero yo podría narrar algunas historias sobre mucha de la gente que tú has conocido hoy. No lo haré. No es justo. No es correcto. Nunca puedo referir las historias verdaderas, aunque las conozco por docenas.

Casey rió junto con él, dejando que sus ojos pasaran, de la anciana pareja a la gente de los otros palcos. Sin quererlo, contuvo la respiración un instante. Sentada al abrigo del balcón de los miembros del Club estaba Orlanda en compañía de Linc... muy cerca de ella. Ambos felices, el uno del otro.

Era fácil verlo, aun desde esa distancia.

—¿Qué es e...? —empezaba a preguntar Peter Marlowe, cuando sus ojos se encontraron también con el espectáculo que contemplaba Casey—. ¡Bueno, no hay que preocuparse ...!

Después de una pausa, Casey apartó la mirada y dijo:

—Peter, por favor. ¿Puedo pedirte ese favor ahora?

—¿Qué es lo que quieres como un favor?

—Quiero saber de Orlanda;

—¿Para destruirla?

—Por protección. Para proteger a Linc de ella.

—Tal vez él no quiere que lo protejan, Casey.

—Te juro no usar la información jamás, a menos que en conciencia, ante Dios, comprenda que es necesario.

El periodista suspiró con tristeza y en tono compasivo dijo:

—Lo siento, Casey, pero nada de lo que yo pueda decirte sobre ella sirve para protegerte a ti o a Linc.

Nada para destruirla o hacerle perder dignidad. Si pudiera, no lo haría, Casey. No sería un juego limpio... ¿Estás de acuerdo?

—Sí, pero sigo pidiéndotelo —le sostuvo la mirada, haciendo presión—. Tú hablaste de un favor.

Cuando necesitaste ayuda, yo acudí. Ahora soy yo la que necesita ayuda. Por favor.

Peter la observó un buen rato. Luego preguntó:

—¿Qué sabes de ella?

Casey le dijo lo que había oído, acerca de Gornt, como sostén de la chica, acerca de Macao, de la niña.

—Entonces tú sabes tanto como yo, con la única excepción, quizá, de que deberías compadecerla.

—¿Por qué?

—Porque es euroasiática, está sola, Gornt es su único apoyo, y eso resulta tan precario como lo más incierto del mundo. Vive sobre el filo de una navaja. Es joven, hermosa y merece un futuro. Aquí no tiene ninguno.

—¿Con excepción de Linc?

—De Linc o de alguien como él —los ojos de Peter Marlowe lucían de color pizarra—. Tal vez eso no sería tan malo desde el punto de vista de Linc.

—¿Porque ella es asiática y yo no?

Una vez más la enigmática sonrisa.

—Porque ella es mujer y tú también, pero tú tienes todas las cartas en la mano y lo único real que tienes que decidir es si de hecho quieres la guerra.

—Sé franco conmigo, Peter, por favor. Estoy pidiéndote algo. ¿Qué me aconsejas? Estoy sintiendo miedo... ¡ahí lo tienes, lo reconozco contigo! ¿Me haces el favor?

—Muy bien, pero este no es el favor que yo te debo... Corre el rumor de que tú y Linc no sois amantes, aunque es evidente que tú le tienes amor. Se dice que ustedes han estado juntos durante seis o siete años, muy cerca el uno del otro, pero sin... sin contacto formal. El es un hombre extraordinario, tú eres una mujer sensacional, y los dos haríais una magnífica pareja. La palabra clave es pareja, Casey. Es posible que tú quieras dinero y poder y Par-Con más de lo que lo quieres a él.

Ese es tu verdadero problema. No creo que puedas tener ambas cosas.

—¿Por qué no?

—A mí me parece que, o escoges a Par-Con, el poder y las riquezas, sin Bartlett, es decir en un plan más íntimo que el de simple amigo, o te conviertes en la señora Linc Bartlett y te comportas y amas y eres la clase de mujer que sin la menor sombra de duda sería Orlanda para él. De un modo o de otro, tienes que hacerlo en un cien por ciento... Tú y Linc sois demasiado fuertes... los dos... Tal vez os habéis puesto a prueba el uno al otro demasiadas veces, para que podáis engañaros. El es divorciado.

Eso significa que está en guardia. Tú has pasado ya la edad de la ceguera de una Julieta con su Romeo, por eso tú también estás en guardia.

—¿Eres además un psiquiatra?

Peter rió con satisfacción.

—¡No! Tampoco soy un padre confesor. Pero sí me gustaría conocer a la gente. Disfruto escuchando, pero no propendo a dar lecciones ni consejos… Es la tarea más ingrata del mundo.

—Entonces, ¿no existe compromiso?

—No lo creo, pero… por otro lado, yo no soy tú. Tú tienes tu propio karma. No tiene nada que ver con Orlanda… Si no es ella, sería otra mujer, mejor o peor, tal vez no más bella, porque gane, pierda o se retire, Orlanda tiene calidad y tiene lo que se requiere para que un hombre se sienta contento, feliz, vivo como hombre. Perdóname, no tengo intención de ser chauvinista, pero como tú has preguntado, mi consejo es que decidas pronto.

* * *

Gavallan entró de prisa en el palco de Shitee T'Chung y se dirigió al tai-pan.

—Buenas tardes —saludó a la pareja—… Perdóname, Ian, pero Crosse y el otro individuo se habían marchado ya.

—¡Qué desastre! —reflexionó un segundo, luego se disculpó y salió con Gavallan—. ¿Irás al cóctel?

—Sí, si me quieres allí… Temo no ser ahora muy buena compañía.

—Vamos aquí un segundo.

Condujo a Gavallan a su despacho privado. Sobre la mesa había té ya preparado y una botella de Dom Perignon en un balde con hielo.

—¿Es esto una celebración? —preguntó Gavallan.

—Sí. Por tres motivos: la adquisición de Almacenes Generales, el rescate del Ho-Pak y la aurora de una nueva era.

—¿Ah, sí?

—Sí —Dunross empezó a destapar la botella— Por ejemplo, en cuanto a ti. Quiero que salgas rumbo a Londres el lunes por la noche, con los chicos —Gavallan abrió los ojos azorado, pero sin

hacer comentario alguno—. Quiero que veas a Kathy, hables con su especialista y luego te la lleves a ella y a los chicos a Castle Avisyard. Que te posesiones de Castle Avisyard durante seis meses, tal vez un año o dos. Seis meses, con toda seguridad... Aduéñate de toda el ala este —Gavallan se quedó sin aliento—. Vas a estar al frente de una división nueva, muy secreta. Ha de permanecer secreta para Alastair, para mi padre, para todos los miembros de la familia, incluido David. Que sea secreta para todos, excepto para mí.

—¿Qué división es ésta? —la excitación y la felicidad de Gavallan eran evidentes.

—Hay una persona con la que quiero que te relaciones bien esta noche, Andrew, se llama Jamie Kirk.

Su mujer es un tanto insoportable, pero quiero que los invites a Avisyard. Mi deseo es que te llegues a Escocia, sobre todo a Aberdeen, que compres propiedades, pero muy en silencio: zonas fabriles, conjuntos de muelles, posibles aeródromos y helipuertos, cerca de los muelles. ¿Hay muelles allí?

—¡Santo Dios, tai-pan! No sé. Nunca he estado allí.

—Yo tampoco.

—¿Cómo?

Dunross rió al ver la expresión de Gavallan y prosiguió: —No te preocupes. Tu presupuesto inicial es de un millón de esterlinas.

—¡Dios de misericordia! ¿De dónde diablos va a venirnos un mi...?

—¡No te preocupes!

Dunross dio la vuelta al corcho y lo sujetó para amortiguar la explosión. Vertió el vino pálido y ¡oh, tan seco! Luego continuó:

—Cuentas con un millón de esterlinas para invertirlas en los próximos seis meses, y otros cinco millones en el curso de los dos años siguientes.

Gavallan no trataba de disimular su pasmo.

—En ese lapso, quiero que la Casa Noble... ¡pero muy en secreto...! se convierta en el poder de Aberdeen, con las mejores tierras, la mayor influencia en los consejos municipales. Quiero verte convertido en hacendado de Aberdeen... y en dirección este, hasta Inverness, y por el sur hasta Dundee. ¡En dos años! ¿Entendido?

—Sí, pero... — Gavallan se detuvo impotente.

Toda su vida había deseado salir de Asia. Kathy y los niños también; pero nunca había sido posible, ni siquiera se había pensado en ello. Ahora Dunross le ponía delante una utopía y él no podía acabar de digerirla.

—Pero.... ¿por qué?

—Habla con Kirk, encanta a su esposa y, recuerda, muchachito: boca muy cerrada —Dunross le puso en la mano una copa y tomó la otra—. Esta es por Escocia, por la nueva era y por nuestro nuevo feudo...

Luego añadió en lo más recóndito del corazón: ¡y por el Mar del Norte! Que todos los dioses sean testigos: la Casa Noble pone en práctica su Plan número uno de contingencia.

67
5:50 p.m.

Las graderías estaban vacías, con excepción de los encargados de la limpieza. La mayoría de los palcos, a oscuras. La lluvia caía a cántaros, era un aguacero deshecho. Se acercaba la penumbra del ocaso. El tránsito de vehículos era una maraña en torno al hipódromo. Millares de personas caminaban con esfuerzo rumbo a casa. Empapados hasta los huesos, pero con el corazón alegre. El sábado siguiente habría otro día de carreras, otra quinta y, oh, oh, oh, un nuevo reto. Ese día, el tai-pan montaría sin duda a Noble Star, y tal vez Barba Negra a Pilot Fish... ¡Esos dos demonios de *quai loh* se matarán el uno al otro para divertirnos!

Un Rolls que atravesaba la entrada de los miembros del club salpicó a algunos de los peatones. Estos le lanzaron un torrente de obscenidades, pero ninguno de los chinos se daba realmente por ofendido.

Un día yo tendré uno de esos —pensaba cada uno. Lo único que necesito es un poco del maldito hado.

Un poco de hado el sábado próximo y tendré suficiente para comprar un terreno o un departamento para rentar, para regatear contra una vivienda de rascacielos, para hipotecar y adquirir una media hectárea en Central. ¡Aaayyy! ¡Cómo voy a disfrutar paseando en mi Rolls, con una matrícula afortunada como esa! ¿Viste quién era? Taximan Tok, que hace siete años conducía un *bo-pi*(un taxi ilegal), se encontró 10,000 HK en el asiento trasero, y los ocultó durante cinco años, hasta que el estatuto de limitaciones se había aprobado. Luego los invirtió en el Mercado de valores, en plena bonanza, la de hace tres años, tuvo utilidades ingentes, y las empleó en comprar apartamentos.

¡Ah, sí! La bonanza... ¡Recuerda lo que Old Blind Tung escribió en su columna sobre la gran bonanza inminente! ¿Qué será del derrumbe de la Bolsa y de todas las fugas de los bancos?

¡Uuuyyy! ¡Todo eso ha pasado! ¿No oíste las noticias asombrosas? El Gran Banco adquiere al Ho-Pak y responde de todas

las deudas del banquero Kwang. ¿Oíste que la Casa Noble compra a Almacenes Generales? ¡Semejantes buenas nuevas proclamadas en un día de carreras! ¡Eso jamás había sucedido!

¡Es extraño! ¡Muy extraño! No creerás... ¡Que maldigan todos los dioses! ¿Será posible que se trate de un juego sucio de esos inmundos demonios extranjeros para manipular el mercado y robarnos nuestras justas utilidades? ¡Oh, oh, oh, estoy de acuerdo! ¡Sí, debe ser un juego sucio, son demasiadas asquerosas coincidencias! ¡Oh, esos horribles bárbaros ladinos! Gracias a todos los dioses que me di cuenta, así puedo prepararme. Ahora, ¿qué debo hacer...?

A medida que iban acercándose a casa, la mente de todos aquellos chinos era presa de una excitación creciente. La mayoría volvía más pobre que cuando había salido para asistir a las carreras, pero unos cuantos volvían mucho más ricos. Spectacles Wu, el agente de policía de la estación de East Aberdeen era uno de ellos. Crosse le había permitido asistir al espectáculo, con tal que estuviera de regreso a las 6:15 de la tarde, hora de la siguiente entrevista con el cliente. Spectacles Wu sería el intérprete para el dialecto Ning-tok. El joven se estremecía y sentía que su «saco secreto» se le helaba al recordar la rapidez con que Brian Kwok había dado curso libre a todos sus más íntimos secretos.

¡Aaayyy! —pensó, lleno de un temor supersticioso—. Esos bárbaros de piel rosada son auténticos demonios, que pueden retorcernos a nosotros, gente civilizada, a su placer y hacernos enloquecer.

Pero si yo entro a los Servicios Especiales de Inteligencia, eso me protegerá y me pondrá en las manos algunos de sus secretos. Con esos y otros de los demonios extranjeros, ¡me convertiré en ilustre antepasado!

Empezó a llenarse de alegría. Su hado había cambiado desde el momento en que había descubierto a aquella *amah*. Ese día los dioses lo habían favorecido a manos llenas. El había pronosticado una quiniela, la doble diaria y tres caballos. Cada vez había reinvertido todas sus ganancias, y a esa hora, tenía ya en el bolsillo 5,753 HK más que por la mañana. Sus planes para el dinero estaban ya hechos.

Daría al Quinto Tío él dinero para financiar la compra de una

máquina usada para moldear plástico, y empezar así una fábrica de flores de plástico, a cambio de un 51 por ciento. Mil dólares servirían para pagar la construcción de dos viviendas en la colonia, que serían para rentar, y los últimos mil... ¡para el sábado siguiente!

Un Mercedes hizo sonar la bocina detrás de él con estruendo, y lo sobresaltó. Spectacles Wu reconoció a uno de los hombres en el asiento trasero: era Rosemont, el bárbaro de la CIA, con fondos ilimitados para gastar. Son tan ingenuos, esos norteamericanos —pensó. El año anterior, cuando sus parientes se habían volcado sobre la frontera en el éxodo chino, él los había mandado a todos al consulado, a guisa de nómina, cada vez con diferente nombre y diferente historia, para ingresar al grupo constante y siempre creciente de cristianos del arroz, o para ser más exacto, de no comunistas del arroz. Era fácil conseguir alimentos y donativos gratuitos en el consulado norteamericano. Lo único que se requería era fingirse aterrado y decir en tono nervioso que acababa de cruzar la frontera, que era enemigo declarado del Jefe Mao y que en su aldea los comunistas habían hecho cosas horribles. Los norteamericanos se sentían felices oyendo noticias de movimientos de tropas de la República Popular China, reales o imaginarias. ¡Oh, con qué facilidad escribían todo y preguntaban más! Cualquier información que alguien pudiera captar, leyendo un periódico, para ellos era muy valiosa... ¡si se les susurraba al oído con ojos circulantes!

Hacía tres meses, Spectacles Wu había tenido una idea genial. Con cuatro miembros de su clan, uno de ellos periodista en un diario comunista de Cantón, había ofrecido (aunque valiéndose de intermediarios de confianza, para que ni él ni sus contactos pudieran ser descubiertos) proporcionar a Rosemont un informe secreto mensual, un folleto de inteligencia. El nombre clave sería "Guerrero de la libertad", sobre las condiciones al otro lado de la Cortina de Bambú, tanto dentro como en los alrededores de Cantón. Para demostrar la calidad del espionaje, Spectacles Wu había ofrecido proporcionar gratis las dos primeras ediciones del informe: para atrapar a un gran tigre, es buen negocio sacrificar un cordero robado. Si esos informes resultaban aceptables a la CIA, el pago por los tres siguientes sería de 1,000 HK por cada uno, y si éstos tenían el mismo valor, entonces se haría un contrato nuevo para un año de

informes.

Los dos primeros habían recibido alabanzas tan cálidas, que en el acto se había hecho un pacto para cinco informes, a razón de 2,000 HK cada uno. La siguiente semana debían recibir su primera paga.

¡Oh, cómo se habían felicitado por esa idea! El contenido de los informes se extraía de treinta periódicos de Cantón, que llegaban en el tren diario de esa ciudad (que llevaba también cerdos, aves de corral y alimentos de todo género), y que podían comprarse sin esfuerzo en las papelerías de Wanchai. Lo único que tenían que hacer era leerlos con todo cuidado y copiar los artículos (quitándoles la dialéctica comunista). Artículos sobre cosechas, construcciones, economía, nombramientos en el partido, nacimientos, defunciones, frases, extorsiones y datos de color local... cualquier cosa que les pareciera interesante. Spectacles Wu traducía las historias que los demás escogían.

Sintió de pronto un fuerte ímpetu de placer. El «Guerrero de la libertad» tenía grandes posibilidades. Su costo era casi nulo.

—Pero a veces hemos de tener el cuidado de cometer algunos errores —había advertido Spectacles Wu—, y de cuando en cuando tendremos que omitir algún mes: «Lamentamos que nuestro agente en Cantón haya sido asesinado por haber revelado secretos de estado».

¡Oh, sí! Y pronto, cuando sea miembro de Servicios Especiales de Inteligencia con plenos derechos, y agente experto en espionaje, sabré mejor cómo presentar a la CIA la información de prensa. Tal vez ampliemos nuestra operación y hagamos el experimento con algún informe de Pekín y otro de Shanghai. Podemos conseguir periódicos de esas dos ciudades, con un día de retraso, también sin problema alguno, y con una inversión mínima. ¡Gracias a todos los dioses por la curiosidad norteamericana!

Un taxi sonó su bocina mientras salpicaba al pasar. Spectacles Wu se detuvo un momento para dejarle vía libre. Luego se abrió paso entre la multitud, sin hacer caso de las maldiciones, las bocinas de los autos y todo el ruido que se oía a lo largó de la cerca alta que rodeaba el estadio. Miró su reloj. Tenía tiempo de sobra. La oficina central no estaba lejos.

La lluvia arreció, pero él no la sentía, gracias a la cálida emoción

de sus ganancias, que desde los bolsillos le hacían más ligera la caminata. Enderezó los hombros. Sé fuerte, sé sabio —se dijo en tono imperioso—. Está noche debo estar alerta. Tal vez me pregunten mi opinión. Yo sé que el superintendente Brian Kwok es un embustero que exagera aquí y allí. En cuanto a las atómicas, ¿qué importancia tiene éso?

Claro que el Reino Medio tiene sus propias atómicas. Cualquier tonto sabe lo que ha estado haciéndose durante años en Sinkiang, cerca de las riberas del lago Bosteng-hu. Y es evidente que no tardaremos en tener nuestros propios cohetes y satélites. ¡Por supuesto! ¿Qué? ¿Acaso no somos civilizados? ¿No fuimos nosotros los que inventamos la pólvora y los cohetes, pero los desechamos hace milenios, como instrumentos de barbarie?

* * *

Por todo el estadio, del lado interior de la cerca, mujeres encargadas de la limpieza recogían toda la basura dejada por los miles de espectadores, examinando con paciencia y cuidado los desechos, en busca de una moneda o un anillo perdido, de una pluma o de botellas que pudieran valer una monedita de cobre; Acurrucado junto a un montón de basureros, bajo el aguacero torrencial, estaba un hombre.

—Vamos, anciano, no puede dormir aquí —le dijo una de las mujeres, sacudiéndolo un poco, sin brusquedad.— ¡Es hora de ir a casa!

Los párpados del anciano se abrieron y cerraron por unos instantes. Trató de ponerse de pie, pero se detuvo, suspiró y se derrumbó como muñeco de trapo.

—¡Aaayyy! —musitó One Tooth Yang, que en sus setenta años había visto lo suficiente de la muerte, para saber reconocerla—. ¡Oye, hermana menor, ven acá! —dijo, llamando cortésmente a su amiga—. Este anciano está muerto.

Su amiga tenía sesenta y cuatro años. Estaba encorvada y arrugada, pero tan fuerte como la más anciana, y también de Shanghai. Se acercó y observó al anciano.

—Parece un pordiosero.

—Sí. Será mejor que advirtamos al capataz.

One Tooth Yang se arrodilló y con todo cuidado le revisó los bolsillos agujerados. No encontró más que 3 HK en cambio.

—No es mucho —comentó—. No importa.

Dividió las monedas en partes iguales y dio la mitad del total a su amiga, como habían hecho siempre durante años, con todo lo que encontraban.

—¿Qué tiene en la mano izquierda? —preguntó la otra mujer.

One Tooth abrió la palma de la mano del hombre y dijo:

—No son más que unos billetes —se los acercó a los ojos y los examinó con atención—. Es la doble quiniela —soltó la risa—. ¡Mira, el pobre diablo tuvo suerte en la primera parte y perdió la segunda...

Escogió a Butterscotch Lass! —las dos mujeres rieron histéricas ante la travesura de los dioses.

—Eso debe haberle dado un ataque a esta pobre pieza de museo. ¡A mí me lo habría dado! ¡Aaayyy!

¡Estar tan cerca... y sin embargo, tan lejos, hermana mayor!

—El hado —comentó riendo Yang, y arrojó los billetes al bote de la basura—. Los dioses son dioses y los hombres, hombres pero... ¡Ay! ¡Me imagino al pobre viejo moribundo! ¡Yo también me habría muerto!

Las dos ancianas volvieron a reír. El mal hado les causaba dolor, y la mayor se frotó el pecho para aliviárselo.

—¡Aaayyy! Yo necesito un laxante... Ve a decir al capataz lo de este hombre.

—Sí, hermana menor...

—Qué cansada estoy hoy. ¡Semejante mal hado! ¡Estuvo a punto de ser millonario! ¿Y ahora? ¡El hado! Ve a decírselo al capataz. ¡Qué cansada estoy esta noche! —repitió, inclinándose sobre su rastrillo de aseo y hablando con voz temblorosa.

La otra mujer se alejó del lugar, admirada de la conducta de los dioses. Con cuánta rapidez pueden dar y quitar... ¡Si de veras existen! —pensó al ir caminando. ¡Oh, el hado!

One Tooth Yang continuó su trabajo con displicencia. La cabeza le dolía, pero en el momento en que estuvo segura de hallarse sola y de que nadie la veía, corrió al bote de basura y presa de frenesí rescató los billetes. El corazón le latía como nunca en su vida. Alterada por la emoción, verificó que sus ojos no le hubiesen

engañado y que los números fueran correctos. No había error. Cada billete era triunfador. Los escondió a toda prisa en el bolsillo, y se cercioró de no haber dejado ninguno en la basura, por mero descuido. Se dio prisa a arrojar más basura en el bote, luego lo levantó y lo vació dentro de otro, mientras internamente no dejaba de gritarse: mañana puedo redimir estos billetes, ¡tengo tres días para hacerlo! ¡Oh, benditos sean todos los dioses! ¡Soy rica, soy rica, soy rica! Debe haber uno o dos centenares de billetes, cada uno de 5 HK, y cada uno debe pagar 265 HK... Si son cien, tendré 26,500 HK, ¡si son doscientos, serán 53,000 HK!

Sintiendo que se desmayaba, se sentó en cuclillas junto al cadáver, apoyada en la pared, sin darse cuenta. Sabía que no podía tener la audacia de contar los billetes en ese momento. No le alcanzaba el tiempo. Cada segundo era vital. Tenía que prepararse.

—¡Sé precavida, vieja tonta! —dijo entre dientes, pero luego se corrigió—. ¡Deja de hablar en voz alta! ¡Ten cuidado!, vieja necia, o tu hermana menor sospechará... ¡Oh, oh, oh! ¿Estará diciéndole al capataz lo que sospecha? ¡Oh! ¿Qué debo hacer? El hado fue mío. Yo encontré al viejo... ¡Ah, sí! ¿Qué debo hacer? Tal vez me registren. Si me ven en estas condiciones, les entrarán sospechas...

El corazón le latía con mucha fuerza, sintió náusea. No lejos de donde estaba, había unos baños. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie y se arrastró hasta ellos. Detrás de ella, otras barrenderas escogían basura y se acicalaban para irse. Al día siguiente volverían, porque aún había mucho que hacer. El turno de ella terminaba a las nueve de la mañana. Dentro del gabinete, ella sola, sacó los billetes. Los dedos le temblaban de emoción. Los envolvió en un pedazo de trapo viejo y, al ver en la pared un ladrillo suelto, lo desprendió y ocultó los billetes detrás de él.

Una vez que se sintió segura afuera, respiró a pleno pulmón. Cuando el capataz volvió con la otra anciana, observó al hombre, volvió a registrarle los bolsillos con todo cuidado y encontró un papel de estaño retorcido que ellas no habían visto. Tenía adentro una pizca de «polvo blanco».

—Vale 2 HK —dijo el capataz, sabedor de que su precio era 6.04—. Lo dividiremos: 70 para mí y treinta para ustedes dos.

Por razones de prestigio, One Tooth discutió el precio y convinieron en que trataría de conseguir 3.10 HK por él y se

quedaría con 60, dándoles 40 a ellas. Satisfecho, se alejó del lugar.

Cuando se quedaron solas, la mujer menos anciana empezó a hurgar en la basura.

—¿Qué haces? —preguntó One Tooth.

—Quiero volver a ver esos billetes, hermana mayor. Tus ojos no son tan buenos.

—Como quieras —replicó One Tooth, encogiéndose de hombros —. Yo acabé ya de limpiar esta parte, me voy a la siguiente.

Con el índice deforme señaló un montón de basura que había pasado inadvertido, debajo de una fila de asientos. La compañera vaciló, luego la siguió. One Tooth apenas pudo contener la risa de alegría, consciente de que estaba a salvo con sus billetes. Mañana volveré quejándome de mal estomacal. Puedo rescatar mi fortuna y volver a casa. ¿Qué haré con toda mi riqueza?

Primero el pago adelantado de los dos vestidos de baile *quai loh* para mi Tercera Nieta, a cambio de la mitad de sus ganancias durante el primer año. Será una magnífica prostituta en el salón de baile Good Luck. Luego, el Segundo Hijo dejará de ser coolie en los trabajos de construcción de Kotewall Road. El, el Quinto Sobrino y el Segundo Nieto se volverán constructores, y en una semana haremos un pago inicial para un terreno y empezaremos a construir un edificio...

—Se te ve muy contenta, hermana mayor.

—¡Oh, sí, lo estoy, hermana menor! Me duelen los huesos, la fiebre intermitente me atormenta más que nunca, tengo el estómago revuelto... ¡pero estoy viva, y ese pobre viejo está muerto! Es una lección de los dioses. Que todos ellos me sean testigos. Al verlo por vez primera... la primera vez... pensé que era mi marido, muerto en nuestro vuelo de Shanghai hace quince años. ¡Creí estar viendo un espíritu! ¡El alma casi se me salía, porque ese anciano parecía su hermano gemelo!

—¡Aaayyy! ¡Qué horror! ¡Qué terrible! ¡Fantasmas! ¡Que todos los dioses nos protejan de ellos!

Oh, sí —pensó la vieja—, los fantasmas son terribles. Pero... ¿dónde estaba yo? ¡Ah, sí! Mil serán para la quiniela del próximo sábado, y de esas ganancias compraré... ¡Me compraré toda una dentadura postiza! ¡Uuuyyy! ¡Qué maravilloso será eso! —quería gritar, y casi se desmayaba por el esfuerzo de dominar el placer que

sentía. Toda su vida, toda entera, desde que tenía catorce años, cuando un rifle manchó le había destrozado los dientes en una de las constantes revoluciones contra los miembros de la dinastía, extranjera de Ch'ing, a ella le habían dado el sobrenombre de One Tooth.

Ella lo había detestado siempre. Pero ahora... ¡Oh, que todos los dioses me sean testigos! Me compraré una dentadura postiza con las ganancias del sábado próximo... y también compraré y encenderé dos lámparas en el templo más cercano, por tan buen hado.

—Siento que voy a desmayarme, hermana menor —dijo, desvaneciéndose en realidad con algo muy parecido al éxtasis—. ¿Podrías conseguirme algo de agua?

La compañera se alejó gruñendo. One Tooth se sentó un momento y se dio el lujo de una media sonrisa, dejando que la lengua le tocara las encías, ¡Uuuyyy! Cuando gane, si gano mucho, tendré un diente de oro, exactamente en el centro de la boca, para que me recuerde mi buen hado. Gold Tooth Yang (Diente de Oro Yang)... eso sí suena bien —pensó, pero tuvo la elemental discreción de no decirlo en voz alta, aunque estaba completamente sola. Sí. Honorable Gold Tooth Yang, del imperio de las construcciones Yang...

68
6:15 p.m.

Suslev estaba acurrucado en posición incómoda en el asiento delantero del pequeño auto, propiedad de Ernie Clinker, que subía a duras penas la colina. Todas las ventanillas iban empañadas, pues la lluvia no hacía más que caer con mayor fuerza. El fango y las piedras que el agua arrastraba hasta abajo, desde las empinadas pendientes, hacían que la superficie del camino fuera peligrosa. Ya se habían registrado dos accidentes sin importancia.

—¡Maldición con este tiempo! Tal vez sea mejor que pases aquí la noche, viejo amigo —sugirió Clinker, que conducía con dificultad.

—No, esta noche no —contestó Suslev en tono nervioso—. Te he dicho ya que la tengo prometida a Ginny y que esta noche es la última para mí.

Desde la incursión policial, Suslev había sido presa de una furia incontenible, mezclada con un miedo insólito: miedo a la convocatoria para presentarse la mañana siguiente a la oficina central de la policía, miedo a las repercusiones catastróficas debidas al cable interceptado y descifrado, miedo al probable disgusto del Centro por la pérdida de Voranski, por las órdenes recibidas de salir de Hong Kong, por la destrucción de su aparato de radio, por el asunto Metkin, y por fin, miedo debido a la llegada de Koranski y al posible secuestro de Dunross. Demasiadas cosas han salido mal en este viaje —pensó, estremeciéndose. Había participado en el juego demasiado tiempo para poder ahora hacerse ilusiones. Ni siquiera su conversación telefónica con Crosse durante la quinta carrera lo había dulcificado.

—No te preocupes, Gregor, la orden de que comparezcas es una simple medida rutinaria. Se te harán unas cuantas preguntas sobre Voranski, Metkin, etcétera —había dicho Crosse, disimulando la voz.

—*¡Kristos!* ¿Qué es etcétera?

—Eso no lo sé. Fue Sinders quien ordenó esto, no yo.

—Será mejor que me protejas, Roger.

—Estás cubierto, pero óyeme... en relación con ese secuestro, es una pésima idea.

—Quieren que se haga, así que ayúdale a Arthur a hacer los arreglos necesarios, ¿sí? Por favor. Si no consigues posponer mi salida, tendrá que hacerse cuando se ha ordenado.

—Yo recomiendo mucho que no se haga. Este es mi territorio, y rec...

—El Centro lo aprueba y, como se nos ordena, ¡lo haremos! —Suslev sentía deseos de ordenar a Roger Crosse que cerrara la boca si no quería meterse en dificultades, pero tuvo buen cuidado de no ofender a su mejor elemento en Asia; se limitó a decir: ¿Podemos reunimos esta noche?

—No, pero yo te llamaré. ¿Qué te parece el cuatro? ¿A las 10:30?— Cuatro era la clave para el número 32 de Sinclair Towers. Las 10:30 significaba las 9:30 de la noche.

—¿Es prudente?

Oyó la risa seca y confiada, luego el comentario:

—Muy prudente. ¿Crees que los mentecatos esos van a volver? ¡Claro que es prudente! ¡Y yo te lo garantizo!

—Muy bien. Arthur estará también allí. Consolidaremos el plan.

Clinker hizo un viraje rápido para evitar el choque con un taxi que venía metiéndose a su carril. Lanzó una maldición. Luego cambió de velocidad y volvió a ponerse en movimiento. Acurrucado a su lado, Suslev limpió la ventanilla empañada.

—¡Maldito tiempo! —rugió, aunque con la mente todavía muy lejos de ahí.

Y ahora... ¿qué hacemos con Travkin? ¡Idiota estiércol sin madre! ¡Caerse después de haber llegado a la meta! Yo creí que había ganado. ¡Mentecato en decadencia! Ningún cosaco auténtico se deja derribar en esa forma. Esto significa que con él no se cuenta. Ni con él ni con su vieja princesa lisiada de huesos rotos.

Entonces, ¿cómo atraeremos a Dunross al departamento mañana, en lugar del martes, como indicaba Travkin? Tiene que ser hoy por la noche o mañana. A más tardar mañana por la noche. Arthur deberá arreglarlo. Si no él, Roger. Ellos son la clave para el plan Dunross.

Yo tengo que conseguir esos expedientes... o a Dunross... antes

de irme de aquí. Una cosa u otra. Son mi única protección real contra el Centro.

* * *

Bartlett y Casey salieron de la limosina de Struan frente al Hilton. El resplandeciente portero Sikh, con su clásico turbante, sostenía un paraguas innecesario, porque el amplio tejado protegía de sobra a los recién llegados del torrente de agua.

—Estaré aquí cuando usted me necesite, señor Bartlett —dijo el chófer Lim.

—Magnífico. Gracias —contestó Bartlett.

Subieron los peldaños que conducían al piso principal, y tomaron luego la escalera eléctrica que llevaba al salón del vestíbulo.

—Te noto muy taciturna, Casey —comentó él.

En todo el recorrido desde el hipódromo casi no se habían dicho una palabra. Ambos iban sumidos en sus propios pensamientos.

—Tú estás igual, Linc. Tuve la impresión de que no querías hablar. Se te ve distraído —le dirigió una sonrisa de sondeo—. Tal vez se debe a las emociones de esta tarde.

—Fue un gran día.

—¿Crees que el tai-pan va a salir airoso? Me refiero a la adquisición de Almacenes Generales.

—Lo sabremos el lunes —Bartlett se acercó a la administración —. El señor Banastasio, por favor.

El apuesto subgerente euroasiático respondió:

—Un momento, por favor... Ah, sí, volvió a cambiar de cuarto. Ahora está en la habitación 832 —entregó un teléfono interno y Bartlett marcó el número.

—¿Sí?

—¿Vincenzo? Habla Linc. Estoy en la planta baja.

—¡Hey, Linc! Me alegra oír tu voz. ¿Está Casey contigo?

—¡Claro!

—¿Quieres subir?

—Allá vamos.

Bartlett regresó con Casey.

—¿Estás seguro de que quieres que te acompañe?

—El preguntó por ti. Será cuestión de minutos. Luego vamos al cóctel del tai-pan. El fin de semana será interesante… y después la semana entrante.

Le iba diciendo todo aquello mientras avanzaba con ella hacia el ascensor, y pensaba en Orlanda y la cita que tenía con ella más tarde, en Biltzmann y en Gornt, en Taipei al día siguiente, y mientras se preguntaba si debería solicitar la opinión de Dunross acerca de llevar a la chica consigo. ¡Qué diablos!

De repente la vida se ha complicado demasiado.

—¿Vas a salir hoy a cenar?

—Sí, pero nosotros debemos desayunar juntos. Seymour necesita que se le reduzca al orden y como voy a estar ausente un par de días, será mejor que todo quede claro de antemano.

Entraron a duras penas al ascensor. Con toda agilidad, Casey evitó que le dieran un pisotón. Luego apoyó el tacón de su zapato en el empeine de su atacante. Primero se disculpó, diciendo con gentileza:

—¡Oh, que pena! —pero luego musitó—: *Dew neh loh moh*— que Peter Marlowe le acababa de enseñar esa tarde, con el suficiente volumen para que la mujer la oyera.

Casey pudo observar que su contrincante se sonrojaba. Luego a toda prisa se abrió paso para salir del ascensor en el mezzanine. Casey comprendió que había logrado una gran victoria. Divertida, miró a Bartlett, pero él estaba sumido en sus reflexiones, con los ojos en el vacío. Ella se preguntó cuál sería el verdadero problema… ¿Orlanda?

Al llegar al octavo piso, salieron del ascensor. Ella lo siguió por el pasillo.

—¿Sabes de qué se trata todo esto, Linc? ¿Sabes lo que Banastasio quiere?

—Dijo que sólo quería saludarnos y pasar el rato más agradable del día —Bartlett oprimió el botón y la puerta se abrió.

Banastasio era un hombre bien parecido, de cabello entrecano acerado y ojos muy oscuros. Los recibió con cordialidad.

—¡Hoya, Casey! ¡Oye, has perdido peso… estás magnífica! ¿Un trago?

Señaló con la mano el bar. Estaba provisto de todo. Casey se preparó un martini después de abrir una cerveza para Linc, todavía

hundido en sus reflexiones. Peter Marlowe tiene razón. Lo mismo que el tai-pan. Lo mismo que Linc. Todo lo que tengo que hacer es decidir. ¿Cuándo? Muy pronto. ¿Hoy? ¿Mañana? Con toda seguridad antes de la cena del martes. Por todos conceptos, en un cien por ciento, con toda seguridad para esa hora. Mientras tanto, tal vez sea mejor que inicie algunas incursiones de esparcimiento.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Banastasio.

—Bien. ¿A ti cómo te va?

—Magnífico —Banastasio tomó un trago de Coca-Cola; luego se inclinó hacia adelante y encendió una pequeña grabadora. Salió de ella una confusa ensalada de voces, la clase de fondo sonoro que se tendría en un cóctel muy concurrido.

—No es más que una costumbre, Linc y Casey, cuando quiero hablar en privado —dijo Banastasio con voz moderada.

Bartlett lo miró azorado.

—¿Crees que este lugar esté controlado con micrófonos?

—Tal vez sí. Tal vez no. Nunca sabes quién puede estar escuchándote, ¿no es cierto?

Bartlett miró a Casey y luego a Banastasio.

—¿Qué tienes en mente, Vincenzo?

El aludido sonrió y preguntó: —¿Cómo anda Par-Con?

—Lo mismo que de costumbre, magnífico —repuso Bartlett—. Nuestra tasa de desarrollo será superior a los pronósticos.

—En un 7 por ciento —comentó Casey, también con todos los sentidos alerta.

—¿Vas a hacer trato con Struan o con Rothwell-Gornt?

—Estamos ocupándonos de esa decisión —Bartlett quiso disimular su sorpresa, pero preguntó—: ¿No es esto una novedad para ti, Vincenzo? Me refiero al hecho de que preguntes por convenios que todavía no se hacen…

—¿Vas a hacerlo con Struan o con Rothwell-Gornt?

Bartlett pudo notar la mirada fría y la sonrisa con un gesto de extraña amenaza. El desconcierto de Casey no fue menor.

—Cuando el trato se cierre, te lo diré. Al mismo tiempo que lo informe a los demás accionistas.

La sonrisa no cambió. La mirada se volvió más fría.

—A los muchachos y a mí nos gustaría part…

—¿Qué muchachos?

Banastasio suspiró y recalcó:

—Tenemos una rebanada respetable en Par-Con, Linc, y ahora nos gustaría intervenir en algunas de las decisiones más importantes. Hemos pensado que yo debo tener un puesto en la junta directiva... y también en el comité de finanzas... y en el de nuevas adquisiciones.

Bartlett y Casey lo miraron de frente.

—Eso nunca ha sido parte del trato de las acciones —objetó Bartlett—. Desde el primer momento dijiste que no era más que una inversión.

—Es verdad —ratificó Casey; su voz le sonaba delgada—. Nos escribiste diciéndonos que no eras más que un inversionista y...

—Los tiempos han cambiado, ilustre damita. Ahora lo queremos. ¿Está claro? —la voz del hombre era áspera—. No quiero más que un puesto, Linc. Tengo la misma cantidad de acciones en General Motors y cuento con dos puestos.

—Nosotros no somos General Motors.

—Claro. Lo sé. Lo sabemos. Pero lo que queremos no está fuera de razón. Queremos que Par-Con se desarrolle con más rapidez. Tal vez yo pue...

—Su desarrollo es magnífico. ¿No crees que es mej...?

Banastasio volvió a mirar a Casey con ojos amenazadores. La chica dejó la frase a medias. Bartlett empezó a cerrar los puños, pero los mantuvo inmóviles. Con mucho cuidado.

Banastasio afirmó:

—Queda convenido —volvió a sonreír—. Estoy en la junta directiva a partir de hoy, ¿correcto?

—Equivocado. A los directores los eligen los accionistas en la asamblea general anual —dijo Bartlett, con voz áspera—... no antes. No hay ninguna vacante.

Banastasio rió con gusto.

—Tal vez la haya pronto.

—¿Quieres repetir eso?

De repente, Banastasio adoptó una actitud dura.

—Escúchame, Linc. No se trata de una amenaza, sino de una posibilidad. Yo puedo ser útil en la junta directiva. Tengo contactos. Y quiero aportar lo que valgo en un sitio y en otro.

—¿Acerca de qué?

—De convenios. Por ejemplo. Par-Con se va con Gornt.

—Y… ¿si yo no estoy de acuerdo?

—Un ligero codazo nuestro y Dunross se queda en medio de la calle. Gornt es nuestro hombre, Linc.

Nos hemos informado de él. Es mejor.

Bartlett se levantó. Casey siguió su ejemplo. Las rodillas le temblaban. Banastasio no se movió.

—Pensaré en todo esto —dijo Bartlett—. Hasta este momento, decidir con quién se hace el trato es un juego de cara o cruz.

Banastasio frunció el ceño.

—¿Qué?

—No estoy convencido de que ninguno de los dos sea bueno para nosotros, ¿verdad, Casey?

—Sí, Linc.

—Mi voto dice Gornt. ¿Entendiste?

—¡Vete al diablo! —Bartlett se dio la vuelta para salir.

—¡Un momento! —Banastasio se levantó y se le acercó—. Nadie quiere dificultades: ni yo, ni los muchachos ni…

—¿Qué muchachos? El otro hombre volvió a lanzar un suspiro.

—Vamos, Linc, tienes más de veintiún años. Has vivido bastante. Nosotros no queremos agitar el agua, sólo deseamos dinero.

—En eso nos parecemos. Te compramos tus acciones y te damos una utilidad de…

—No hay trato. No están en venta —volvió a suspirar—. Nosotros compramos cuando tú necesitabas dinero. Te pagamos un precio justo y tú utilizaste nuestro efectivo para desarrollarte. Ahora queremos participar en la actividad ejecutiva. ¿Entendido?

—Lo preponderé a los accionistas en la asamblea an…

—¡Maldita sea! ¡Lo queremos ahora mismo!

—¡Maldita sea! ¡No! ¿Entendido?

Bartlett estaba preparado y en una actitud muy peligrosa. Banastasio miró a Casey, con ojos helados como de reptil:

—¿Es ese también su voto, señorita ejecutiva, vicepresidenta y tesorera?

—Sí —contestó, sorprendida de que su voz sonara tan firme—. No hay puesto en la junta directiva, señor Banastasio, y si se somete a votación, mis acciones votan en contra de usted y por completo en contra de Gornt.

—Cuando tengamos el control, usted quedará despedida.

—Cuando usted tenga el control, yo ya me habré ido —caminó hacia la puerta, asombrada de ver que le funcionaban bien las piernas.

Bartlett se mantuvo erecto al otro hombre, y en guardia.

—Nos seguiremos viendo —le dijo.

—¡Será mejor que cambies de opinión!

—¡Será mejor que dejes a Par-Con en paz! —Bartlett se dio la vuelta y salió del cuarto, detrás de Casey. Al llegar al ascensor, exclamó: —¡Jesucristo!

—¡Sí! —fue todo lo que Casey acertó a musitar, con la misma sensación de impotencia.

—Será mejor… será mejor que hablemos.

—Claro que sí. Yo creo… Yo necesito una copa. ¡Dios santo, Linc! Ese hombre me llena de terror.

Nunca me había sentido tan atemorizada en toda mi vida —sacudió la cabeza, como si tratara de despejarla—. ¡Fue como tener una horrorosa pesadilla!

Ya en el bar del piso superior, Casey pidió un martini y Linc una cerveza, y después de terminar las bebidas en silencio, él ordenó que las repitieran. Mientras tanto, ambos habían estado trabajando con la mente, tratando de tamizar acontecimientos, de contraponer hechos a teorías y de modificar algunas de éstas.

Bartlett se acomodó mejor en su sillón. Ella lo miró de frente.

—¿Estás listo para lo que he pensado?

—Claro, claro Casey, adelante.

—Siempre ha existido el rumor de que él pertenece a la mafia o está conectado con ella. Después de nuestra breve conversación yo diría que es una conjetura muy acertada. La mafia hace pensar en narcóticos y en toda clase de negocios sucios. Mi teoría es: ¿no será posible que nos haga pensar en las armas de contrabando?

Las ligeras líneas en los ángulos de los ojos de Bartlett se acentuaron. A guisa de comentario dijo:

—Yo he llegado hasta ahí también. ¿Qué sigue?

—El hecho: si Banastasio tiene miedo de que lo estén espiando, eso nos lleva a la vigilancia, y eso significa el FBI.

—O la CIA.

—O la CIA, sí, señor. Otro hecho: si él pertenece a la mafia, y la

CIA o el FBI andan tras él, nosotros nos encontramos en un juego al que no tenemos derecho de pertenecer, y en el que no podemos hacer otra cosa que ir hacia abajo. Ahora bien, con respecto a lo que él quie... —Casey se detuvo y de pronto se quedó sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Acabo... acabo de recordar a Rosemont... ¿Te acuerdas de él, en la fiesta, de Stanley Rosemont, aquel hombre alto, bien parecido, del pelo entrecano, miembro del consulado? Ayer él y yo nos encontramos en el transbordador. Por casualidad. Tal vez sea una mera coincidencia, tal vez sea algo más, pero ahora que lo pienso, él mencionó a Banastasio, dijo que su amigo Ed... ¡no sé qué, también del consulado, lo conocía un poco... Y cuando yo dije que llegaría hoy, su desconcierto fue notorio. Ni por un momento di importancia a todo esto hasta ahora... pero el consulado y lo que él dijo, cuadran muy bien: CIA.

—¡Tiene que ser! ¡Seguro! Y si... —Linc se interrumpió también — Me viene ahora a la mente que también Ian sacó a relucir a Banastasio sin motivo. Eso fue el martes, en el vestíbulo del hotel, mientras estabas en el teléfono, un instante antes de llevarnos a las bóvedas del traslado del oro.

Después de una pausa, Casey reflexionó en voz alta:

—¡Tal vez estamos hundidos muy adentro en una mierda inmensa! Aquí están los hechos: tenemos un asesinato, secuestro, armas de contrabando, Banastasio, la mafia, John Chen. Ahora que lo pienso John Chen y Tsu-yan eran muy amigos de esté vagabundo —los ojos de Casey parecían querer salírsele de las órbitas—; ¡Banastasio y el asesinato de John Chen! ¿Se relacionan? Por lo que han dicho los periódicos, los licántropos no parecen ser chinos... el detalle de la oreja amputada... Eso es algo brutal... Es horrendo.

Bartlett tomó un sorbo de cerveza, sumido en sus pensamientos. Luego sugirió:

—¿Y Gornt? ¿Qué decir de Gornt? ¿Por qué Banastasio está dé parte de él y no de Struan?

—No me lo explico.

—¡Pruébate esta, Casey, a ver si te queda bien! Supón que el juego definitivo de Banastasio sea contrabando de armas o de narcóticos, o de ambas cosas. Las dos compañías le convendrían: Struan tiene barcos y un consorcio enorme en el aeropuerto, que

domina los cargamentos que entran y los que salen. Eso sería magnífico para el contrabando. Gornt tiene barcos y operaciones en los muelles.

Además cuenta con All Asia Airways. Una participación en la principal línea aérea alimentadora de Asia le daría... o les daría a ellos, lo que necesitan. La línea aérea vuela a Bangkok, a India, a Vietnam, a Camboya, a Japón... ¡adonde sea!

—¡Y aquí se enlaza con Pan-Am, con TWA, con JAL y en todas direcciones, hacia el Este, el Oeste, el Norte y él Sur! Y si ayudamos a que Gornt aplaste a Struan, las dos compañías juntas le dan absolutamente todo lo que quiere.

—Entonces, volviendo a la pregunta del premio mayor: ¿que hacemos? —preguntó Bartlett.

—¿Podríamos jugar el juego de la espera? El certamen Struan-Gornt debe resolverse la semana entrante a más tardar.

—Para esta escaramuza necesitamos información... y las fuerzas de contrapeso indicadas.

Necesitamos armas diferentes... armas poderosas, armas que no tenemos —siguió saboreando su cerveza, más pensativo aún—. Será mejor que solicitemos consejo de los niveles más altos. Y también ayuda. ¡Y pronto! Tiene que ser Armstrong y la policía inglesa... o Rosemont y la CIA.

—¿Quizá ambos?

—¡Quizá ambos!

* * *

Dunross salió del Daimler y entró de prisa a las oficinas centrales de la policía.

—Buenas tardes, señor —saludó el joven inspector australiano de turno en el escritorio de la entrada—. Lamento que usted haya perdido la quinta carrera... Oí decir que Bluey White fue reprendido por su interferencia. ¡No se puede confiar en un maldito australiano!, ¿eh?

Dunross se limitó a sonreír:

—El ganó, inspector. Los administradores decidieron que la carrera había sido ganada en buena lid.

Tengo una cita con el señor Crosse.

—Sí, señor. Ganó, pero no en buena lid. Eso no fue equitativo. El último piso, señor, tercera puerta a la izquierda. Buena suerte el próximo sábado, señor.

Crosse le salió al encuentro:

—Buenas tardes. Pasa. ¿Un trago?

_No, gracias. Te agradezco el que hayas aceptado verme en el acto.

—Buenas tardes, señor Sinders.

Se dieron la mano. Dunross nunca había entrado a la oficina de Crosse. Las paredes eran tan opacas y grises como el hombre al que albergaban, y cuando la puerta se cerró, después de entrar los tres, la atmósfera pareció hacerse más densa aún!

—Por favor, tomen asiento —invitó Crosse—. Cuánto siento lo de Noble Star... Los dos habíamos apostado a ella.

—Será digna de otra apuesta el sábado próximo.

—¿Piensas montarla tú mismo?

—¿No harías tú eso?

Los dos hombres sonrieron.

—¿En qué podemos servirte? —preguntó Crosse.

Dunross concentró toda la atención en Sinders.

—Yo no puedo darles nuevos expedientes... No puedo hacer lo imposible. Pero puedo darles algo...

Algo que todavía no conozco. Acabo de recibir un paquete de AMG.

Sus dos interlocutores se quedaron atónitos. Sinders preguntó:

—¿Entregado mediante correo personal?

Dunross vaciló, luego admitió:

—Entregado en propia mano... Pero, por favor no más preguntas hasta que termine de hablar.

Sinders encendió su pipa y dejó escapar una risita burlona.

—¡Típico de AMG tener una coartada póstuma, Roger! ¡Siempre fue sagaz, malhaya! Perdón. Por favor, continúe.

—El mensaje de AMG decía que la información era de la máxima importancia y que debía entregarse al Primer Ministro en persona o al jefe en funciones de MI-6, Edward Sinders, como a mí me resultara más fácil... Y si yo lo consideraba político —en medio del silencio más absoluto, Dunross respiró profundamente—. Como usted entiende de trueques, yo le entregaré a usted... a usted

directamente, en secreto, en presencia del Gobernador, sin nadie más delante, cualquier cosa que el maldito paquete contenga. A cambio de esta entrega, Brian Kwok tiene permiso de salir y de cruzar la frontera, si lo desea, para que nosotros podamos dialogar con Tiptop.

El silencio se volvió sepulcral. Sinders aspiró el humo de su pipa. Miró de soslayo a Crosse, y preguntó:

—¿Roger?

Roger Crosse estaba pensando en esa *cualquier cosa* del paquete, y se preguntaba qué información podría ser tan especial que tuviera como únicos destinatarios a Sinders o al Primer Ministro en persona. Su respuesta fue:

—Creo que usted podría considerar la propuesta de Ian —dijo con voz untuosa—... con toda calma.

—¡No hay calma posible! —intervino Dunross cortante—. El dinero es urgente, y a ojos vistas, la libertad del prisionero se considera urgente. No podemos posponerlo más allá del lunes a las 10 de mañana, cuando el banc...

—Tal vez Tiptop y el dinero no intervienen en la ecuación en lo absoluto —interrumpió Sinders, dando a su voz un tono inseguro deliberado—. A los Servicios Especiales de Inteligencia y a MI-6 no les importa un ápice ni un comino si Hong Kong entero se va por el caño. ¿Tiene usted una idea del valor que podría tener para el enemigo un superintendente de grado mayor, de Servicios Especiales, sobre todo un hombre con las cualidades de Brian Kwok, suponiendo que esté 1188 detenido como usted lo piensa y Tiptop asegura? ¿Ha considerado también lo que toda la información de un traidor enemigo sobre sus contactos y las personas de ellos podría significar para el Reino entero? ¿Eh?

—¿Esa es su respuesta?

—Fue la señora Gresserhoff la que entregó el paquete en propia mano?

—¿Está usted dispuesto a hacer el trueque? Cross protestó en tono indignado. —¿Quién es Gresserhoff?

—No lo sé —contestó Sinders—. Lo único que se me ha dicho es que fue la receptora de la segunda llamada telefónica de Kiernan, el ayudante de AMG, y que luego desapareció en la oscuridad.

Estamos tratando de seguirle los pasos, con ayuda de la policía

suiza —Sinders sonrió a Dunross, pero sólo con los labios—. ¿Fue la señora Gresserhoff la que le entregó el paquete?

—No —contestó Dunross con firmeza, mientras se decía, para tranquilizarse que no había mentido, porque su correo personal había sido Riko Anjin.

—¿Quién se lo entregó?

—Estoy dispuesto a decírselo después que hayamos cerrado nuestro trato.

—No hay trato —intervino Crosse. Dunross empezó a levantarse del asiento.

—Un momento, Roger —protestó Sinders, y Dunross volvió a sentarse.

El jefe de MI-6 se golpeó los dientes manchados de tabaco con la boquilla de la pipa. Dunross supo conservar en el rostro un gesto de sinceridad, sabedor de que estaba delante de dos expertos.

Al final, Sinders preguntó:

—Señor Dunross, ¿está usted dispuesto a jurar con todas las formalidades, bajo perjurio, según las reglas de la Ley de Secretos Oficiales, que los expedientes originales de AMG no están en su poder?

—Sí —afirmó el aludido sin vacilación, muy preparado ya para dar ese sesgo a la verdad, puesto que AMG siempre había mandado la primera copia.

Por otro lado pensaba. Si llegara ese momento formal, bajo juramento, en que tuviera que hablar del asunto, estaría en condiciones completamente diferentes. Después de su afirmación categórica, preguntó:

—¿Qué otra cosa?

—El lunes sería imposible.

Dunross no quitó la mirada de Sinders.

—¿Imposible porque están interrogando a Brian?

—Cualquier enemigo valioso que cayera en nuestras manos tendría que ser sometido a un interrogatorio, eso cae por su peso.

—…Y Brian será un hueso muy duro de roer… supongo.

—Si él fuera ese enemigo valioso, usted sabría eso mejor que nosotros … Han sido amigos mucho tiempo.

—Sí, y juro por Dios que todavía creo que es imposible. Jamás en la vida ha sido Brian otra cosa que un policía británico recto e

incorruptible. ¿Cómo puede haber sucedido esto?

—¿Cómo pudo suceder con Philby, Klaus Fuchs, Sorge, Rudolf Abel, Blake y todos los demás...?

—¿Cuánto tiempo necesitaría usted?

Sinders se encogió de hombros, sin dejar de mirarlo. Dunross le sostuvo la mirada. El silencio resultaba doloroso. —¿Destruyó usted los originales?

—No. Y debo decirle que también yo observé la diferencia entre todas las copias que le entregué y la que ustedes interceptaron. Me proponía llamar a AMG para preguntarle el porqué de esa diferencia.

—¿Con qué frecuencia estaba usted en contacto con él?

—Una o dos veces al año.

—¿Qué sabía de él? ¿Quién se lo propuso?

—Señor Sinders, estoy perfectamente preparado para responder a sus preguntas. Soy consciente de que es mi deber hacerlo. Pero el momento no es oportuno esta noche, pues...

—Tal vez sí lo es, señor Dunross. No tenemos prisa.

—¡Ah¡ En eso estoy de acuerdo. Pero por desgracia tengo invitados que me esperan, y mi relación con AMG no tiene nada que ver con mi propuesta. Lo que he sugerido requiere un simple sí o no.

—O un tal vez.

Dunross estudió la expresión de su interlocutor.

—O un tal vez —convino.

—Pensaré en lo que me ha dicho.

Dunross sonrió en su interior, disfrutando aquella negociación estilo juego del gato y el ratón, y siempre consciente de que estaba tratando con amos en ese arte. Una vez más, dejó que el silencio los abrumara a los tres, y en el momento preciso, reflexionó en voz alta:

—Muy bien. AMG dijo que el asunto quedaba a mi discreción. Por el momento, no sé lo que "eso" es.

Me doy cuenta de que piso un terreno que me es completamente ajeno, y de que no debo involucrarme en asuntos de Servicios Especiales de Inteligencia o de MI-6. Esto no sucedió porque yo lo deseara.

Ustedes interceptaron mi correo privado. Mi convenio con AMG

era muy claro: yo tenía una garantía suya por escrito de que él contaba con autorización para ser empleado mío, y que todo lo sometería a la aprobación previa del gobierno. Puedo darle copias de nuestra correspondencia, si la desea. Se mantuvo a través de los canales permitidos, con las medidas de secreto indicadas. Mi entusiasmo por la oferta que acabo de hacer disminuye cada minuto más y más —su voz se endureció—. Tal vez a los Servicios Especiales de Inteligencia y a MI-6 les importa un comino que Hong Kong se derrumbe. Pero a mí me importa muchísimo más. Por eso hago la oferta por última vez —se puso de pie—. Es válida hasta hoy a las 8:30 de la noche. Ninguno de los dos hombres se movió.

—¿Por qué a las 8:30, señor Dunross? ¿Por qué no a medianoche o hasta el mediodía de mañana? —preguntó Sinders impertérrito.

Siguió aspirando el humo de su pipa, pero Dunross notó que el ritmo de las bocanadas había cambiado en el momento en que él había lanzado el reto. Es buena señal —pensó.

—Tengo que llamar a Tiptop a esa hora. Gracias por haberme recibido —se dio la vuelta, encaminándose a la puerta.

Crosse, sentado detrás del escritorio, miró de reojo a Sinders. Este asintió con la cabeza. Con toda docilidad, Crosse oprimió el botón. Los cerrojos retrocedieron sin hacer ruido. Dunross hizo un alto repentino, azorado, pero se repuso luego. Abrió la puerta y salió sin decir palabra, cerrándola desde fuera.

—¡Insecto intrépido! —comentó Crosse, sintiendo admiración por él.

—Demasiado intrépido.

—No demasiado. Es tai-pan de la Casa Noble.

—Y además es un embustero, pero muy astuto y muy preparado para burlarnos. ¿Será capaz de destruir "eso"?

—Sí. Pero no sé si la hora H sea las 8:30 p.m. —Crosse encendió un cigarrillo—. Me inclino a creer que lo sea. Deben de haber puesto una presión inmensa sobre él... Tienen que suponer que hemos sometido al cliente a un interrogatorio. Han tenido tiempo de sobra para estudiar las técnicas de los soviéticos y además tienen unos cuantos trucos propios. Deben dar por cierto que nosotros también somos bastante eficientes.

—Yo me inclino a pensar que no tiene más expedientes y que "eso" es genuino. Si viene de AMG debe tener un valor especial.

¿Qué aconsejas tú?

—Repito lo que dije al Gobernador: si tenemos en nuestras manos al cliente hasta el lunes a mediodía, habremos obtenido de él toda la información de importancia.

—Pero, ¿qué me dices de ellos? ¿Qué podrá decirles de nosotros cuando vuelva en sí?

—Sabemos ahora mismo la mayor parte de lo que podrá decir. Con relación a Hong Kong podremos proteger sin duda alguna cualquier problema de seguridad a partir de hoy. Es norma establecida de los Servicios Especiales de Seguridad nunca comunicar a nadie los planes maestros y...

—Excepto a ti...

Crosse sonrió y ratificó:

—Excepto a mí y a usted en el Reino Unido, por supuesto. El cliente sabe mucho, pero no todo. Aquí podremos cubrir todo, cambiar claves, etcétera. No olvide que la mayor parte de lo que él ha revelado es rutina. El verdadero peligro en relación con él ha pasado. Por fortuna se le descubrió a tiempo. Tan seguro como que dos y dos son cuatro, que él habría sido el primer comisario chino y probablemente el jefe en potencia de Servicios Especiales de Inteligencia. Eso sí habría sido catastrófico. No podemos recuperar los expedientes privados, ni a Fong-fong y a los demás. Tampoco los planes de agitación y de contrainsurrección. Un tumulto es siempre un tumulto, y no existe más que un número limitado de planes de contingencia. En cuanto a Sevrin, él no sabe más de lo que sabía antes que lo capturáramos. Tal vez "eso" podría brindarnos algunas claves para preguntas que deberíamos hacerle...

—Eso también se me ocurrió a mí, en el acto. Pero como dije, el señor Dunross es demasiado intrépido —Sinders encendió otro fósforo, lo dejó humear un momento, luego sacudió el tabaco quemado—. ¿Tú le crees?

—En cuanto a los expedientes, no sé... No tengo la menor duda de que tiene un "eso" y de que AMG ha vuelto de entre los muertos. Cuánto lamento no haberlo conocido. Sí. "Eso" puede ser fácilmente más importante que nuestro cliente... después del mediodía del lunes. Ahora es ya más que nada una cascara vacía.

Desde la hora de su regreso a las oficinas, el interrogatorio de Brian Kwok había continuado, en su mayor parte fragmentario e

incoherente, pero con detalles de valor de cuando en cuando. Más datos sobre las atómicas y sobre nombres y direcciones de contactos en Hong Kong y en Cantón, sobre riesgos para la seguridad local y sobre esquemas de información relacionados con la Real Policía Montada, unidos a una reiterada insistencia de inmenso interés, en la profunda infiltración soviética en Canadá.

—¿Por qué Canadá, Brian? —había preguntado Armstrong.

—Por ser frontera norte, Robert... la cerca más débil del mundo. No hay otra. ¡Tantas riquezas en Canadá...! ¡Ah, cómo quisiera...! Había allá una chica... poco faltó para que me casara con ella.

Decían que mí deber... Si los soviéticos pueden destrozar a los canadienses... son tan ingenuos y maravillosos... ¿Puedes darme un cigarrillo...? ¡Oh, gracias...! ¿Puedo beber algo...? Por eso tenemos células de contraespionaje por todas partes, para contrarrestar las de los soviéticos y averiguar... Además, está México... Los soviéticos están haciendo mucha presión también en ese país... Tienen elementos infiltrados en todas partes... ¿Conociste a Philby...? —Una hora había sido suficiente.

—Es extraño que se doblegue tan pronto —comentó Sinders.

La observación sacudió a Crosse, quien en tono de protesta explicó:

—Yo garantizo que su reacción no está bajo ningún control, que no miente, que está diciendo sin restricciones todo aquello en lo que cree, todo lo que ha sucedido, y que continuará haciéndolo a me...

—Sí, claro —convino Sinders en una actitud hasta cierto punto de prueba—; pero quiero decir que es extraño que un hombre de la calidad de éste se derrumbe tan pronto. Yo diría que había estado vacilando durante años, que a esta sazón su dedicación al enemigo era ya nula o mínima y que tal vez estaba a punto de pasarse con nosotros, pero que por algún motivo no lograba zafarse de la red. ¡Qué lástima! Nos habría sido sumamente valioso —suspiró y encendió otra cerilla—. Después de cierto tiempo eso les sucede siempre a sus agentes ultrasecretos dentro de nuestras sociedades. Siempre hay alguna amabilidad, algún hombre o mujer amigos, alguna forma de libertad o de felicidad, que hace que su mundo entero les dé un vuelco. Pobre gente. Por eso los conquistamos, al final de cuentas. Aun en Rusia, llegará el día en que se cambien los

papeles y el KGB reciba su merecido… de los rusos.

De ahí viene la presión actual. Ningún soviético en la Tierra puede sobrevivir sin una dictadura, sin policía secreta, sin injusticia, sin terror —sacudió la pipa sobre el cenicero; el tabaco del fondo estaba mojado—. ¿No estás de acuerdo conmigo, Roger?

Crosse asintió con un movimiento de cabeza y devolvió la mirada a aquellos penetrantes ojos de color azul pálido, preguntándose qué habría detrás de ellos. Luego interrogó:

—¿Piensa usted hablar por teléfono con el Ministro para pedirle instrucciones?

—No. Yo puedo asumir la responsabilidad de este hombre. Lo decidiremos a las 8:30 —Sinders miró de reojo su reloj—. Volvamos ahora con Robert. Es casi hora de empezar de nuevo. ¡Que buen muchacho ese Robert! Muy bueno… ¿Supiste que hoy fue un gran ganador?

69
8:05 p.m.

—Ian... me apena interrumpirte —dijo Bartlett.

—¡Oh, hola! —Dunross dejó un instante a los invitados con los que estaba conversando y se dirigió a Bartlett, que venía solo—. No me digas que ustedes dos se van ya... Nuestro ágape durará al menos hasta las 9:30.

—Casey se quedará un poco más. Yo tengo cita con una chica.

Dunross sonrió con ingenua malicia y comentó:

—Espero que reúna todas las cualidades de belleza necesarias.

—Sí las reúne, pero la cita con ella vendrá después. Antes tengo otra de negocios. ¿Tienes un minuto?

—Sí, por supuesto. Discúlpenme un momento —dijo Dunross a sus demás invitados, y condujo a Bartlett fuera de la antesala, a una de las terrazas; la lluvia había disminuido, pero continuaba implacable—. Con la cifra propuesta, la adquisición de Almacenes Generales es prácticamente segura, sin temor de una licitación superior de parte de Superfoods. La realidad es que vamos a hincharnos los bolsillos... Si logro hacer parar a Gornt.

—Sí. El lunes será decisivo.

Dunross le dirigió una mirada intensa y advirtió:

—Yo tengo mucha confianza.

Bartlett sonrió. Detrás de su sonrisa había bastante fatiga y preocupación.

—Es lo que he visto. Pero, quería preguntarte, ¿sigue en pie nuestro viaje a Taipei mañana?

—Yo estaba pensando en sugerirte que lo pospusiéramos para la semana entrante, para el próximo fin de semana, ¿qué te parece?

Mañana y el lunes son días demasiado importantes para ti y para mí. ¿Estás de acuerdo?

Bartlett asintió con la cabeza, disimulando una sensación de alivio.

—A mí me parece muy bien —luego pensó que eso le resolvía también el problema de Orlanda—. Bueno, en tal caso, creó que es

hora de irme.

—Llévate mi automóvil, solo hazme el favor de mandarme luego a Lim, tan pronto como lo desocupes. ¿Piensas asistir a la subida a la colina, si puede hacerse? Sería a las 10 de la mañana, y dura más o menos hasta el mediodía.

—¿En qué sitio?

—En los Nuevos Territorios. Mandaré el coche a buscarte, si el tiempo lo permite. Puede venir también Casey, si lo desea.

—Gracias.

—No te preocupes por ella hoy en la noche. Yo me encargaré de que llegue al hotel sana y salva. ¿Después de esto, tiene algún compromiso?

—No lo creo.

—Bueno. Entonces la invitaré a ir con nosotros. Algunos de los que estamos aquí vamos a tener una cena china —Dunross estudió la reacción de Bartlett y preguntó—. ¿Hay algún problema?

—No. Nada que no pueda resolverse —Bartlett sonrió y se alejó, preparándose para el siguiente encuentro.

Tenía que verse con Armstrong. Unos minutos antes había llamado aparte a Rosemont y le había hablado del diálogo con Banastasio.

—Lo mejor será que lo dejes en nuestras manos, Linc —había dicho Rosemont—. Por lo que a ti se refiere, tendremos informes oficiales del consulado. Yo me comunicaré con quien convenga. Deja todo intacto... y díselo a Casey, ¿de acuerdo? Si Banastasio habla con cualquiera de los dos, llámanos y nosotros organizaremos una buena conspiración contra él. Banastasio es carta mía... y la cuido veinticuatro horas diarias.

Bartlett se hallaba ya frente a la puerta principal, junto con otros que esperaban impacientes su automóvil.

—¡Oh, hola, Linc! —saludó Murtagh, bajándose a toda prisa de un taxi—. ¡Perdón! ¿No ha terminado aún la fiesta?

—Claro que no, Dave, ¿a qué viene la prisa?

—¡Tengo que ver al tai-pan! —Murtagh bajó la voz, su excitación era obvia— Hay una probabilidad de que la oficina central acepte, ¡si Ian está dispuesto a conceder un poquito! ¿Está todavía Casey aquí?

—Sí, claro —contestó Bartlett, y en el acto su mente enfocó todo

el asunto, olvidándose de lo demás— ¿Qué concesiones? —preguntó displicente.

—Duplicar la duración para el cambio de divisas extranjeras y tratar en forma directa con el First Central, dándonos la primera opción en todos los préstamos futuros durante cinco años.

—Eso no es mucho —comentó Bartlett, disimulando su perplejidad—. ¿En qué consiste todo el negocio?

—No puedo detenerme, Linc, tengo que obtener la aprobación del tai-pan. Están esperándome. Pero todo está como Casey y yo lo habíamos planeado. ¡Caracoles! Si nos salimos con ésta, ¡el tai-pan quedará en deuda con nosotros hasta que el infierno se congele!

Bartlett no le quitó la vista de encima. Estaba desconcertado. Los pies trataron de hacerlo volver a la casa, pero se detuvo y volvió a ocupar su lugar en la fila. Me sobra tiempo —se dijo—, no hay necesidad de preguntarle a Casey ahora. Es mejor pensarlo.

Casey le había hablado de la relación entre el Royal Beligum y el First Central, y Murtagh había explicado más esa tarde, añadiendo lo difícil que era abrirse una puerta en Hong Kong, con aquella sociedad establecida. Pero no se había hablado de más. Bartlett había observado el nerviosismo del tejano y el de Casey. Por el momento, había dejado todo para después de las carreras.

Pero... ¿ahora qué? —se preguntó con sospecha— Casey, Murtagh y el tai-pan «Hay probabilidades de que la oficina central acepte si...» y «el tai-pan quedará en deuda con nosotros hasta que el infierno se congele...» y «todo está como Casey y yo lo habíamos planeado». ¿Es ella la intermediaria? Casey le ha puesto un cerco a este títere. Ella no es la mensajera. ¡Qué esperanzas!

Casey tiene que llevarlo a él de la oreja. Murtagh no puede competir con ella. Entonces, lo probable es que ella lo haya embarcado en algo... ¿en qué? ¿Qué es lo que el tai-pan necesita más que nada?

¡Crédito, pronto, muchos millones para el lunes!

¡Eso es! El First Central va a apoyarlo. ¡Tiene que ser eso! Si... Si él hace concesiones, y tendrá que hacerlas para salir de...

—¿Quiere usted el auto, señor?

—¡Oh, sí, Lim, por favor! Al cuartel general de policía, en Wan-chai. Gracias —ocupó el asiento trasero; la mente le daba vueltas.

Así que Casey está llevando un juego secreto propio. Debe haber

estado en proceso al menos durante un día… pero no me había dicho nada. ¿Por qué? Si tengo razón y el plan les da resultado, Ian tendrá las armas para luchar contra Gornt e incluso ponerlo en aprietos. Casey se ha tomado muchas molestias para ayudarlo contra Gornt. Sin tener mi aprobación. ¿Por qué? ¿Y a cambio de qué?

¡Su dinero de vete a la porra! ¿Será ese mitad y mitad de Almacenes Generales el modo de pagarle…?

Los 2 millones son míos, pero ella comparte la mitad de las ganancias…

¡Claro! Esa es una posibilidad… Una de la que yo estoy enterado ahora mismo. Pero, ¿cuáles serán las otras? ¡Santo Dios! ¡Casey independiente! ¿Tal vez a punto de irse con el enemigo? Ellos dos siguen siendo enemigos: Ian y Gornt…

Su excitación subió de punto.

¿Qué convendrá hacer?

El dinero puesto con Gornt está cubierto por todos lados. Los dos millones con Struan están cubiertos también y siguen en pie. Nunca pensé seriamente en retirarlos. Lo dije para poner a prueba a Casey.

El trato con Struan es válido, de un modo o de otro. El trato con Gornt es bueno, de un modo o de otro. Entonces, mi plan sigue siendo bueno… Yo todavía puedo saltar a un lado o al otro, si bien es cierto que el factor tiempo es decisivo. Sin embargo, ahora se atraviesa Orlanda.

Si ella es la mujer indicada, tendrá que ser en Estados Unidos o en alguna otra parte, pero no aquí. Es bastante evidente que nunca sería bienvenida en el círculo de los triunfadores de Happy Valley, ni en los grupos sociales o en los clubes. Nadie se sentiría con libertad para invitarla a las grandes casas, con excepción tal vez de Ian. También Gornt lo haría, pero sería para aumentar la presión, para tirar de las riendas, para recordarle el pasado… como anoche, cuando la otra chica subió al puente. Yo pude ver la cara de Orlanda. ¡Oh, sí! Lo disimuló como nadie habría podido hacerlo, excepto quizá Casey.

Aborrecía la idea de que esa otra chica hubiera estado abajo, en la suite principal que en otro tiempo fue de ella.

¿Será posible que Gornt no haya hecho eso a propósito? Tal vez la chica subió por iniciativa propia.

Volvió a bajar casi en el acto. Tal vez no debía haber subido para nada. Es posible.

¡Qué mierda! Están sucediendo demasiadas cosas que no acabo de comprender. Por ejemplo, los negocios de Almacenes Generales y del rescate del Ho-Pak... Es demasiado para que convengan en ello todos, por obra de dos individuos en un sábado... con un par de whiskys por un lado y una llamada telefónica por otro. Todo esto es dinamita, si uno está en el club pero, ¡ay de ti si no estás!

Aquí tienes que ser británico o chino para pertenecer de veras. Yo soy tan extraño a este lugar como Orlanda.

Sin embargo, podría ser feliz aquí por un tiempo. Incluso podría manejar la situación con Orlanda durante un lapso breve... en plan de visita. Yo podría hacerme cargo de toda la Ribera del Pacífico y tener a Par-Con como una Casa Noble, pero para que los ingleses y los chinos lo aceptaran como la Casa Noble, tendría que ser Struan/Par-Con, con nuestro nombre en letras más pequeñas, o Rothwell-Gornt/Par-Con, en las mismas condiciones.

Y... ¿Casey?

Con Casey, Par-Con podría ser una Casa Noble sin mayor dificultad. Pero, ¿puedo todavía confiar en ella? ¿Por qué no me habló de este asunto? ¿La habrá absorbido Hong Kong y estará empezando a jugar su propio juego para ser Número Uno?

Será mejor que elijas, mi viejo, mientras seas todavía tai-pan.

* * *

—Dime, Phillip.

Se encontraban en el estudio, bajo la mirada del retrato de Dirk Struan.

Dunross había escogido ese lugar con toda deliberación. Phillip Chen estaba sentado frente a Dunross.

En actitud muy formal, muy correcta y muy incómoda.

—¿Cómo está Alexi?

—Todavía inconsciente. El doctor Tooley dice que se recuperará si vuelve en sí en el lapso de. unas dos horas. —¿Y Tiptop?

—Debo llamarlo a las 9:00 p.m.

—¿Todavía no aprueban su oferta... las autoridades?

Dunross frunció el ceño y preguntó:

—¿Conoces el pacto que propuso?

—Oh sí, tai-pan, a mí... a mí me preguntaron. Aún me parece imposible de creer... ¡Brian Kowk! Que Dios nos ayude... Pero, sí, me preguntaron mi opinión antes de hacerte a ti la propuesta.

—Y, ¿por qué demonios no me lo dijiste? —arguyo en el acto Dunross.

—Tienes razones para no considerarme ya jefe de personal nativo de la Casa Noble y para no distinguirme con tu confianza.

—¿Tú te consideras persona fidedigna?

—Sí. Lo he demostrado en el pasado muchas veces, lo mismo que mi padre y que el padre de él. Aun así, si yo fuera tú y estuviera sentado en tu lugar, no habría tenido esta reunión. Yo no te tendría en mi casa, y por otro lado, ya habría decidido la forma y los medios que emplearía para destruirte.

—Tal vez ya lo hice.

—No. Tú no —Phillip Chen señaló con el dedo el retrato—. El ya lo habría hecho, pero tú, Ian Struan Dunross, no.

—No cuentes mucho con ello.

—Si cuento.

Dunross guardó silencio y se limitó a esperar.

—En primer lugar, la moneda. Espera a que te pida el favor. Yo voy a hacer el máximo esfuerzo por averiguar en qué consiste, con anticipación. Si es demasiado, el...

—Va a ser demasiado.

—¿Qué será lo que quiere pedirte?

—Algo relacionado con narcóticos. Hay serios rumores de que Four Fingers, Smuggler Yuen y White Powder Lee son socios en el contrabando de heroína.

—Esa sociedad es objeto de estudio. Todavía no se celebra —afirmó Phillip Chen.

—Una vez más, ¿por qué no me lo habías dicho? Es deber tuyo, como jefe del personal nativo, mantenerme informado, en vez de escribir detalles muy íntimos de nuestros secretos y luego dejarlos al alcance de los enemigos.

—Una vez más, pido perdón por eso. Pero ahora es el momento de hablar.

—¿Por qué estás acabado?

—Porque puedo estarlo... Si no logro probar, una vez más, todo

lo que valgo.

El anciano dirigió una mirada sombría a Dunross viendo en su rostro la cara de muchos tai-pans, sintiendo disgusto por ella y por la del hombre que estaba sobre la chimenea, y cuyos ojos lo miraban ominosos... los ojos de aquel demonio de pirata que había abandonado a su bisabuelo, debido a la mezcla de sangre, una mitad de la cual era la suya propia.

¡Ah, sí! —pensó, dominando su ira— ¡Estos bárbaros y su intolerancia! Hemos servido a cinco generaciones de tai-pans y ahora éste amenaza con modificar el legado de Dirk ¿por un error?

—En cuanto a lo que pueda pedir, aun cuando esté relacionado con heroína o narcóticos, tendrá que ver con el desempeño de una tarea o de alguna acción. Acepta la petición, tai-pan, y te prometo hacer un arreglo con Four Fingers Wu, mucho antes de que su petición deba cumplirse.

—¿En qué forma?

—Esto es China. Yo trataré con él al estilo chino. Te lo juro por la sangre de mis antepasados —Phillip Chen volvió a apuntar hacia el retrato—. Yo seguiré protegiendo a la Casa Noble, como he jurado hacerlo.

—¿Qué otros trucos peligrosos tienes guardados en tu caja fuerte? He repasado todos los documentos y estados de cuenta que le diste a Andrew. Si esa información está en malas manos, estamos en la calle.

—Sí, pero sólo enfrente de Bartlett y Par-Con, con tal que él no la pase a Gornt o a otro enemigo de aquí. Tai-pan, Bartlett no me impresiona como persona maliciosa. Tal vez podamos hacer un trato con él, para que nos devuelva lo que tiene y para pedirle que se comprometa a mantener secreta esa información.

—Para hacer eso, tienes que proponerle un trueque con un secreto que él no quiera que se divulgue.

—¿Conoces alguno?

—Todavía no. Como socios nuestros, él debe tratar de protegernos.

—Sí, pero ya ha entrado en tratos con Gornt y le ha adelantado dos millones de dólares norteamericanos para protegerlo mientras nos vende al descubierto.

Phillip Chen palideció.

—¡Aaayyy! Yo no sabía eso —pensó un instante—. Entonces, ¿Bartlett se retirará de nuestro lado el lunes para pasarse al enemigo?

—No lo sé. Por el momento creo que está sentado sobre la cerca. Yo en su lugar habría hecho lo mismo.

Phillip Chen cambió de posición en su sillón.

—Anda muy amartelado con Orlanda, tai-pan.

—Sí. Ella podría ser una clave. Tiene que haber sido Gornt el que arregló eso o el que empujó a la chica hacia Bartlett.

—¿Piensas decírselo?

—No. A menos que haya alguna razón. El tiene más de veintiún años —la voz de Dunross se endureció más—. ¿Qué me propones?

—¿Piensas acceder a las nuevas concesiones que quiere el First Central?

—¿Así que también de eso estás enterado?

—Tú debes haber deseado que todo el mundo supiera que estás solicitando su apoyo, tai-pan. ¿Por qué, si no, habrías invitado a Murtagh a tu palco en las carreras o por qué lo habrías invitado a venir aquí? Era fácil decir que dos y dos son cuatro, aun cuando alguien no tuviera copia de sus mensajes de telex...

—¿Tú las tienes?

—De algunos de ellos, sí —Phillip Chen sacó un pañuelo y se secó el sudor de las manos—. ¿Vas a acceder?

—No. Le dije que pensaría en el asunto... Está esperando mi respuesta allá abajo, pero tiene que ser negativa. No puedo garantizarle que les daré la primera opción en todos los préstamos futuros; no puedo porque el Victoria tiene tanta fuerza aquí y tantos negocios nuestros, que nos exprimirían hasta morir. En todo caso, no puedo reemplazarlo por un banco norteamericano que ha demostrado ya que no es de fiar desde el punto de vista político. Están muy bien como un apoyo y serían fantásticos para sacarnos de este enredo, pero no tengo seguridad con ellos a largo plazo. Tienen que probar su confiabilidad.

—Deben estar dispuestos a un compromiso, ellos también. Después de todo, el hecho de damos dos millones de dólares norteamericanos para consolidar la adquisición de Almacenes Generales es un gran voto de confianza, ¿sí?

Dunross pasó por alto esa observación y apremió:

—¿Qué se te ha ocurrido?

—¿Puedo sugerirte una contrapropuesta específica? ¿Por qué no les ofreces todos nuestros préstamos canadienses, norteamericanos, australianos y sudamericanos durante cinco años? Eso cubriría nuestra expansión en esos territorios... Además del préstamo inmediato por dos buques-cisterna gigantes, que se comprarían a través de Toda según el plan de arrendamiento; y para un socio, pedidos en firme para otros siete barcos.

—¡Jesucristo bendito! ¿Quién maneja semejante operación? —estalló Dunross.

—Vee Cee Ng.

—¿Photographer Ng? ¡Imposible!

—Dentro de veinte años, Vee Cee Ng tendrá una flota mayor que la de Onassis.

—¡Eso no es posible!

—Es muy probable, tai-pan.

—¿Cómo lo sabes?

—A mí se me ha pedido que ayude a financiar y a organizar una ampliación enorme de su flota. Si ponemos los siete primeros buques-cisterna en nuestro paquete, con la promesa de más, y esto yo puedo hacerlo, *yo puedo*, eso debe satisfacer al First Central, ¿no crees? —Phillip se enjugó el sudor de la frente.

—¡Santo Dios! ¡Esto satisfaría al Chase Manhattan y al Bank of America juntos. ¿Vee Cee? —en ese instante, la mente azorada de Dunross pegó un salto al nivel de máxima eficiencia— ¡Ah...! ¡Vee Cee más los óxidos de torio, más los Viejos Amigos, más toda clase de equipo de naturaleza delicada, más petróleo, más Viejos amigos...! ¿Es eso?

Phillip sonrió en plan de prueba y comentó:

—Todos los cuervos bajo el cielo son negros.

—Sí —después de una pausa, convino—... Sí, el First Central puede estar de acuerdo en eso... Pero, ¿qué me dices de Bartlett?

—Con el First Central, no necesitas a Par-Con. El banco se sentirá feliz de ayudarnos a conseguir otro apoyo u otro socio en Estados Unidos. Podrá tardar un poco de tiempo, pero con Jacques en Canadá y David MacStruan aquí, y con Andrew en Escocia... Tai-pan, no sé que estarás pensando en cuanto a Andrew y este señor Kirk, pero las teorías que él patrocina a mí se me antojan traídas de

los cabellos, pero muy traídas de los cabellos...

—¿Qué decías de Bartlett?

—Sugiero que pidamos que el First Central muerda el anzuelo, que Tiptop nos dé el dinero, que yo pueda cubrir al First Central con un sindicato de Mata, Tightfist y Four Fingers. Luego tú, David MacStruan y yo podemos con facilidad encontrar quien sustituya a Par-Con. Te sugiero que abramos en el acto una oficina en Nueva York, que pongas a David al frente de ella durante tres meses con... tal vez con Kevin como ayudante —Phillip Chen dejó esa sugerencia flotar en el aire un momento y luego se apresuró a agregar—... En tres meses sabremos si el joven Kevin vale algo... Yo creo que te hará una impresión muy favorable, tai-pan... es más, te lo garantizo. En tres meses sabremos lo que el joven George Trussler opina de Rhodesia y Sudáfrica. Cuando él tenga esa oficina organizada, podríamos mandarlo a Nueva York. O tal vez podríamos ponerle la tentación a tu otro primo, el virginiano Mason Kern, quitándoselo a Cooper-Tillman, para encomendarle nuestra oficina de Nueva York.

Después de un lapso de seis meses, Kevin debería ir a Salisbury y a Johannesburg... Tengo un fuerte presentimiento de que el comercio del torio y de los metales preciosos va a ir en aumento continuo.

—Mientras tanto, seguimos con nuestros problemas inmediatos: Bartlett, Gornt y el desplome de nuestras acciones.

—Para garantizarnos el silencio de Bartlett tenemos que separarlo de Gornt por completo y convertirlo en aliado nuestro, aliado incondicional.

—¿Cómo haces eso, Phillip?

—Déjame eso a mí. Hay... hay posibilidades.

Dunross se quedó viendo al anciano, pero éste no levantó la mirada de su escritorio. ¿Qué posibilidades? —se preguntó— ¿Será Orlanda? ¡Tiene que ser!

—Muy bien —convino al fin—. Y, ¿de lo demás?

—Por lo que atañe al Mercado de valores, si el Banco de China nos apoya, las fugas de capital se resuelven. Con la adquisición de Almacenes Generales y un apoyo financiero considerable, el derrumbe de nuestras acciones tiene que cesar. Todos se precipitarán a comprar y eso hará que principie la gran bonanza. Además —continuó Phillip Chen—, sé que hasta este momento no

lo has querido, pero supón que consigamos que Sir Luis retire nuestros valores de la compra-venta, hasta el lunes a mediodía… En ese caso, pod…

—¿Qué dijiste?

—Sí. Supón que nadie pueda comerciar con Struan en plan oficial hasta el mediodía, y que nosotros fijemos su precio como estaba al cierre del miércoles: 28.80. Gornt quedará atrapado. Tendrá que comprar al precio que pueda, para cubrir. Si nadie ofrece suficientes acciones por debajo de esa cifra, todas sus ganancias se vuelven agua de borrajas… incluso es posible que salga muy maltrecho de la operación…

Dunross se sintió débil. La idea de retirar las acciones del mercado, en una operación sorpresiva no le había venido a la mente.

—¡Santo Dios! Pero, Sir Luis no querrá tomar esa medida jamás.

Phillip Chen estaba muy pálido. Grandes gotas de sudor le bañaban la frente. Siguió explicando:

—Si el comité de la Bolsa conviene en que es una medida necesaria «para estabilizar el mercado»… y las grandes empresas de corretaje de Joseph Sterny Arjan Soorjani acceden también a no ofrecer valores, ningún paquete importante de valores por menos de 28.80, ¿qué puede hacer Gornt? —se enjugó el sudor de la frente con mano temblorosa— ¡Ese es mi plan!

—¿Por qué habría de colaborar Sir Luis?

—Yo creo… creo que lo hará, y Stern y Soorjani nos deben muchos favores —los dedos del anciano se retorcían nerviosos—. Entre Sir Luis, Stern, Soorjani, tú y yo, podemos controlar la mayor parte de los paquetes importantes de acciones que Gornt vendió al descubierto.

—Stern es el corredor de Gornt.

—Es cierto, pero es *yon* de Hong Kong, y necesita la buena voluntad de la gente más que a un solo cliente…

Phillip Chen hizo un movimiento, sin levantarse, y quedó más expuesto a la luz. Dunross notó su palidez y le preocupó mucho. Se levantó, fue al armario de las bebidas y trajo consigo dos brandys con soda.

—Toma —le ofreció.

—Gracias —dijo Phillip y apuró el contenido muy de prisa—.

¡Bendito sea Dios por el brandy!

—¿Crees que podamos lograr que todos se alineen antes de abrir el Mercado el lunes? ¡A propósito!

He cancelado mi viaje a Taipei.

—Muy bien. Ésa fue una decisión sabia. ¿Entonces piensas ir al coctel de Jason Plumm?

—Sí. Sí, dije que lo haría.

—Bueno. Allí podremos hablar más. Sobre Sir Luis. Hay una buena oportunidad, tai-pan. Aun cuando no retiren las acciones del Mercado, su precio tendrá que irse a las nubes. ¡Tiene que ser, si conseguimos el apoyo que necesitamos!

Eso es evidente para cualquiera —pensó Dunross con acrimonia —, si conseguimos... Miró su reloj. Eran las 8:35. Sinders debía haber llamado antes de las 8:30. El se había dado media hora de ventaja, para su telefonema a Tiptop. El estómago le daba mil vueltas, pero logró dominarlo. ¡Dios santo! Yo no puedo; llamarlo a él —pensó con indignación.

—¿Qué dijiste? —preguntó, por no haber podido escuchar a Phillip.

—La fecha límite que me diste para dejar mi renuncia sobre tu escritorio, el domingo a medianoche si Mata y Tightfist o... etcétera, ¿puedes extenderla una semana?

Dunross tomó el vaso de Phillip Chen para llenarlo de nuevo, disfrutando con la sutileza asiática de pedir la prórroga hasta una fecha en la que el pacto no tuviera valor alguno, porque en el curso de una semana la crisis tenía que haberse resuelto de sobra. La forma en que se hacía la petición, salvaba el prestigio de ambas partes. Sí. Pero tendrá que hacer un esfuerzo mayor. ¿Lo soportará su salud? Esta es mi única consideración válida ahora. Mientras le servía el brandy, pensó en Phillip Chen, Kevin Chen, Claudia Chen y el viejo Chen-chen y en lo que haría sin ellos. Necesito colaboración y servicio, no más movimientos arteros y traiciones.

—Voy a pensarlo, Phillip. Discutámoslo después de las «oraciones» del lunes —luego añadió con todo cuidado—. Tal vez se justifiquen las prórrogas.

Con gratitud, Phillip Chen aceptó el brandy y tomó un gran trago. Su color había mejorado. Había oído el deliberado plural ("prórrogas") y se sentía muy aliviado. Lo único que tengo que hacer

es entregar lo que se necesita. Eso es todo. Se levantó.

—Muchas gra...

En ese momento, el teléfono sonó con imperio, y Phillip casi pegó un salto. Lo mismo hizo Dunross.

—Dígame... ¡Oh, hola, señor Sinders! —Dunross podía oír los latidos de su propio corazón, por encima del ruido de la lluvia— ¿Qué novedades hay?

—Pocas. Me temo. He discutido la proposición de usted con el gobernador. Si "eso" está en mi poder mañana al mediodía, tengo razón para creer que su amigo podría ser enviado a la terminal fronteriza de Lo Wu el lunes al atardecer. Por supuesto, no puedo garantizar que quiera cruzar la frontera para entrar a China Roja.

Dunross dio rienda suelta a su lengua:

—Hay demasiados "tengo razón para creer" y "podría ser enviado", señor Sinders.

—Es lo más que puedo hacer en plan oficial.

—¿Con qué garantías cuento?

—Con ninguna, me temo, ni del señor Crosse ni mía. Al parecer tendría que haber confianza por ambas partes.

¡Cerdos desgraciados! —pensó Dunross furioso— Saben que estoy en una trampa.

—Gracias. Pensaré en lo que acaba de decir. ¿Mañana a mediodía? Si sigue en pie el ascenso a la colina mañana, yo participaré en él: de las 10 a las 12. Iré a la oficina de policía después del evento.

—No hay por qué preocuparse, señor Dunross. Si sigue en pie el ascenso, yo también estaré presente.

El mediodía puede ser una hora límite aquí o allá. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Buenas noches —con un gesto lúgubre, Dunross dejó el auricular—. Es un quizá, Phillip. Quizá para el lunes a la hora del ocaso.

Phillip Chen se sentó, horrorizado. Su palidez había aumentado.
—Es demasiado tarde.

—Vamos a averiguar —tomó el teléfono y marcó un número—. Hola, buenas noches. ¿Está el Gobernador, por favor? Habla Ian Dunross —tomó un trago de brandy—. Lamento molestarlo, señor, pero acaba de llamarme el señor Sinders. Lo único que dijo en realidad fue: "quizá". Tal vez el lunes a la hora del ocaso. Puedo

preguntarle, ¿usted está en condiciones de garantizarlo?

—No, Ian, yo no puedo hacerlo. No tengo jurisdicción en este asunto. Lo siento. Cualquier arreglo que hagas tiene que ser directamente con ellos. Sin embargo, Sinders me ha impresionado como hombre razonable, ¿No opinas tú lo mismo?

—A mí me pareció muy irrazonable —contestó Dunross con una sonrisa dura—... pero, gracias. No se preocupe, señor. Lamento haberlo molestado. ¡Oh, a propósito! Si este asunto puede resolverse, Tiptop me dijo que se requeriría el sello de usted, con el del banco y el mío. ¿Estaría usted disponible mañana, si fuera necesario?

—Sí, por supuesto, Ian. Buena suerte.

Dunross dejó el teléfono. Después de un momento dijo:

—¿Estarían de acuerdo en dar el dinero mañana, a cambio del hombre entregado el lunes a la hora del ocaso?

—Yo no lo haría —opinó Phillip Chen en tono de impotencia—. Tiptop fue muy claro: «siempre y cuando se sigan los procedimientos indicados». El intercambio tendría que ser simultáneo.

Dunross se recargó en su alto sillón. Tomó un sorbo de brandy y dejó que su mente vagara.

A las 9:00 p.m. marcó el número de Tiptop, conversó de asuntos sin importancia hasta llegado el momento oportuno:

—Me han dicho que el subalterno de la policía será despedido por cometer semejante error y que la víctima de éste podría estar en Lo Wu el martes a mediodía.

Se produjo un silencio muy pesado. La voz sonó más fría que nunca.

—No sé cómo puedan llamar a eso inmediato...

—Estoy de acuerdo. Tal vez pueda convencerlos de que anticipen la liberación al lunes. Quizá sus amigos puedan tener un poco de paciencia. Yo lo consideraría un muy gran *favor* —usó la palabra con toda deliberación y dejó que produjera su efecto.

—Yo transmitiré su mensaje. Gracias, tai-pan. Por favor llámeme mañana a las siete de la tarde.

Buenas noches.

—Buenas noches.

Phillip Chen rompió el silencio con honda preocupación.

—Esa es una palabra muy costosa, tai-pan.

—Lo sé, pero no tengo opción —dijo con voz dura—. Sin duda alguna, un día se me pedirá algún pago en cambio —Dunross se quitó un mechón de cabellos de encima de los ojos y añadió:

—Tal vez será con Joseph Yu… ¿quién lo sabe? Pero yo tenía que decírselo.

—Sí. Tú tienes mucha sabiduría. Muy superior a tus años. Eres mucho más sabio que Alastair y que tu padre, aunque no tanto como la Hag —sintió un leve estremecimiento—. Fuiste suficientemente sabio para negociar con el tiempo y para no mencionar el dinero, el del banco. Muy sabio. El es astuto de sobra para saber que lo necesitamos mañana… Yo diría que al anochecer, a más tardar.

—Lo conseguiremos de alguna manera. Eso nos quitará de encima la presión del Victoria. Paul tendrá que convocar pronto a una asamblea de la junta directiva —añadió Dunross en tono sombrío—. Como Richard estaría en la asamblea… en fin, nos debe muchos favores. La nueva junta votará para que se incremente nuestro crédito rotativo, y en ese caso no necesitaremos a Bartlett, ni al First Central ni al maldito sindicato de Mata.

Phillip Chen titubeó, pero luego decidió hablar:

—Detesto ser el portador de más noticias ingratas, pero he oído que una parte del convenio de Richard Kwang con Havergill incluía su renuncia sin fecha al sitio en la junta del Victoria y una promesa de votar exactamente como Havergill quiera.

Dunross suspiró. Todo se explicaba bien. Si Richard Kwang votaba con la oposición, neutralizaría su posición dominante.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es perder un partidario más y Paul con su oposición nos exprimirá hasta la muerte —miró con atención a Phillip—. Será mejor que veas la manera de cohechar a Richard.

—Lo… lo intentaré, pero está ya bajo cohecho. ¿Qué me dices de P. B. White? ¿Crees que quiera ayudar?

—No en contra de Havergill o del banco. Con Tiptop, podría ser —observó Dunross, con voz grave—. Es el siguiente… y el último de la lista.

70
10:55 p.m.

Seis personas salieron de dos taxis, para reunirse frente a la entrada particular del edificio del banco Victoria, sobre la calle lateral. Eran Casey, Riko Gresserhoff, Gavallan, Peter Marlowe, Dunross y P. B. White, un hombre enjuto, de carácter muy inglés, de setenta y cinco años. La lluvia había cesado. Sin embargo, la mal iluminada calle estaba llena de charcos.

—¿Estás seguro de que no quieres acompañarnos con la copa de despedida, Peter?

—No, gracias, P. B. Debo ir a casa. Buenas, noches y gracias por la cena, tai-pan.

Se alejó en medio de la noche, caminando hacia la terminal del transbordador que estaba al otro lado de la plaza. Ni él ni los demás observaron el auto que se detenía a un lado, unas calles adelante. Era Malcolm Sun, jefe de agentes de Servicios Especiales de Inteligencia, y Povitz, un hombre de la CIA. Sun conducía el vehículo.

—¿Esta es la única manera de entrar y de salir de esta calle? —preguntó Povitz.

—Sí.

Vieron que P. B. White oprimía el timbre de la puerta.

—¡Malditos afortunados! Esos dos «bocados» son las mejores chicas que yo haya visto en mi vida.

—Casey está bien, pero... ¿la otra? Hay chicas más bonitas en cualquier salón de baile... —Sun interrumpió la frase. Un taxi pasó junto a ellos.

—¿Otro que anda pisando talones?

—No. no, no lo creo. Pero si nosotros andamos observando al tai-pan, puedes apostar a que otros también andan en lo mismo.

—Sí.

Vieron que P. B. White. oprimía el timbre otra vez. La puerta se abrió y el guardia nocturno Sikh los saludó:

—'ñas noches, 'ñores y seños... —Luego se dirigió al ascensor,

oprimió el botón y cerró la puerta principal.

—Este ascensor es un tanto lento. Anticuado, como yo. Lo siento —explicó P. B. White.

—¿Cuánto tiempo ha vivido usted aquí, P. B.? —preguntó Casey, convencida de que no había nada antiguo en él, si se observaba su alegre caminar o la vivacidad de su guiño.

—Cerca de cinco años, querida mía —respondió, tomándola del brazo—. Soy muy afortunado.

Claro —pensó Casey—, y debe ser muy importante para el banco y de mucho poder, para que le hayan dado uno de los tres únicos apartamentos en este inmenso edificio. El les había explicado que los demás apartamentos pertenecían al gerente general, que tenía a la sazón una licencia por motivos de salud. El tercer apartamento estaba provisto de todo, pero se mantenía vacante.

—Se reserva a Su Alteza Real, al Gobernador del Banco de Inglaterra, al Primer Ministro... a esa clase de luminarias, —había explicado P. B. White en tono grandilocuente durante la ligera y rápida cena con menú Szechuan; ahora, conversando con Casey, insistió:

—Yo aquí soy algo así como un portero, un cuidador sin sueldo. Me dejan vivir en este lugar, para que lo vigile.

—¡Apuesto a que sí! —comentó ella en tono burlón.

—¡Sí, es cierto! Por fortuna, no hay comunicación entre esta parte del edificio y el banco propiamente dicho, de lo contrario, ¡habría metido ya las manos en las gavetas del dinero!

Casey se sentía muy feliz, satisfecha con la buena comida y la buena bebida, y contenta con la fina y aguda conversación y la abundante atención que le prodigaban los cuatro hombres, sobre todo Dunross. Además se sentía a gusto por haber podido mantener su lugar con Riko... Al parecer todo en su vida había vuelto a su lugar. Linc había vuelto a ser mucho más su Linc, una vez más, a pesar de que ahora andaba con el enemigo. ¿Cómo habérselas con ella? —se preguntó por millonésima vez.

La puerta del ascensor se abrió y todos entraron, quedando un tanto apretados en el reducido espacio.

P. B. White oprimió el botón inferior.

—En el piso superior vive Dios —dijo riendo—... Cuando está en la ciudad.

Dunross preguntó:

—¿Cuándo se le espera?

—Dentro de tres semanas, Ian, pero está tan desconectado de Hong Kong que nos daría lo mismo que llegara en el próximo avión. Casey, nuestro gerente general es un hombre maravilloso. Por desgracia ha estado enfermo casi un año, y a estas alturas está ya para jubilarse en tres meses. Yo lo convencí de que pidiera un permiso y se fuera a Cachemira, a un pequeño lugar que conozco sobre las riberas del río Jehlum, al norte de Srinagar. La plataforma de la altiplanicie está a unos mil ochocientos metros de altura y allá arriba, entre las montañas más elevadas del mundo, se encuentra el paraíso. Tienen casas flotantes en los ríos y en los lagos, y uno no hace más que flotar. Allí no hay teléfonos, no hay correo. Es uno solo con el Infinito... Es una gente maravillosa, un aire extraordinario, una comida sensacional, montañas estupendas —parpadeó emocionado—. Allí tiene uno que ir muy enfermo, o con alguien a quien uno ame mucho.

Los que lo oían soltaron la risa. Gavallan preguntó:

—¿Es eso lo que tú hiciste, P. B.?

—Claro, amigo mío. Fue en 1915. Era la primera vez que yo iba a ese lugar. Tenía veintisiete años y un permiso de mi tercer regimiento de Lanceros de Bengala —suspiró, remedando a un joven enfermo de amor—. Ella era georgiana... una princesa.

Los demás rieron junto con él. Dunross le preguntó:

—¿Qué fuiste a hacer en realidad a Cachemira?

—Había recibido un ascenso de dos años, en el Estado Mayor General de la India. Toda esa zona, el Kush hindú, Afganistán y lo que ahora se llama Pakistán, en las fronteras con Rusia y China, ha sido siempre azarosa. Siempre lo será. Luego me mandaron a Moscú... fue a fines del '17 su expresión se endureció un instante—. Estuve allí durante el *putsch*, cuando Lenin, Trotsky y sus bolcheviques arrojaron al gobierno real de Kerenski...

El ascensor se detuvo. Salieron. La puerta de su apartamento estaba ya abierta. Su Sirviente Número Uno, llamado Shu, los esperaba.

—Pasen y siéntanse como en su propia casa —dijo P. B. con aire jovial—. El baño de las damas está a la izquierda, el de los caballeros a la derecha, en la antesala hay champaña... En un

momento les enseño el apartamento. A propósito, Ian, ¿no querías usar el teléfono?

—Sí.

—Pasa. Puedes hacer uso de mi estudio.

Lo condujo a lo largo de un corredor con paredes recubiertas de finas pinturas al óleo y de una rara colección de imágenes antiguas. Era un apartamento espacioso, de cuatro habitaciones, tres antesalas, un comedor suficiente para veinte personas. Su estudio estaba al final de las habitaciones. Los libros recubrían tres paredes enteras. Mobiliario de cuero viejo, olor a buen cigarro puro, una chimenea. Brandy, whisky y vodka en: garrafas de cristal. También oporto. Cuando la puerta se cerró la preocupación de Dunross se hizo más honda.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —preguntó P. B.

—Seré tan rápido como pueda.

—No te preocupes. Yo los atenderé... si no regresas a tiempo. Les presentaré tus disculpas. ¿Hay alguna otra cosa en que pueda ayudarte?

—Haz presión sobre el asunto de Tiptop.

Horas antes, Dunross le había hablado del posible trato de intercambio entre Brian Kwok y el dinero, aunque sin mencionar palabra de los documentos de AMG ni de sus problemas con Sinders.

—Mañana llamaré a algunos amigos de Pekín y a otros de Shanghai. Tal vez ellos vean lo que pueda significarles el prestarnos una ayuda.

Dunross conocía a P. B. White desde hacía muchos años si bien, como todos los demás, sabía muy poco de su pasado real, de su familia, si había sido casado y tenía hijos, de donde le venía su dinero o cuál era su verdadero vínculo con el Victoria. —No soy más que una especie de asesor legal, aunque jubilado desde hace años, —decía en tono vago, sin dar mayores explicaciones. Pero Dunross lo conocía como hombre de trato encantador, con numerosas amigas, igualmente discretas.

—Casey es toda una mujer, P. B. —dijo Dunross con una sonrisa maliciosa—. Creo que estás prendado de ella.

—Yo también lo creo. Sí. ¡Ah, si tuviera treinta años menos! ¡En cuanto a Riko! —P. B. arqueó las cejas todo lo que podía— ¡Es

deliciosa! ¿Estas seguro de que es viuda?

—Bastante seguro.

—Me gustarían tres de esas, tai-pan —ahogó una risa convencional y se dirigió al librero; luego oprimió un botón.

Una parte de la librería giró, abriéndose y dando acceso a una escalera que conducía hacia arriba.

Dunross la había usado antes para tener conversaciones privadas con el gerente general. Hasta donde él sabía, él era la única persona de fuera que estaba enterada de aquel acceso secreto. Era otro de los muchos datos ocultos que no podía revelar más que al tai-pan que lo sucediera.

—La bruja Hag arregló esto —le había explicado Alastair Struan, la noche en que le había cedido el poder—... junto con esto —y le había entregado la llave maestra de las cajas de seguridad de las bóvedas—. El banco tiene por costumbre que sea Ch'ung Lien Loh Locksmiths Ltd. quien cambie las cerraduras. Sólo nosotros los tai-pans sabemos que Struan es dueño de esa compañía.

Dunross devolvió la sonrisa a P. B., mientras oraba en su interior para poder tener la juventud de él cuando llegara a su edad. Luego le dijo:

—Gracias.

—Tómate el tiempo que necesites, Ian —y le entregó una llave.

Dunross subió con cautela las escaleras hasta el descanso del apartamento del gerente general. Con la llave quitó el cerrojo a una puerta que conducía a un ascensor. Abrió éste con la misma llave. No tenía más que un botón. Antes de oprimirlo, volvió a cerrar con llave la puerta exterior.

La maquinaría del ascensor estaba bien cuidada, lubricada y era muy silenciosa. Al final se detuvo y la puerta interna se deslizó, abriéndose. Dunross empujó la exterior. Se hallaba en la oficina del gerente general. Johnjohn se levantó con expresión de fastidio.

—Ahora, ¿de qué demonios se trata todo esto, Ian?

Dunross cerró la puerta falsa que se ajustaba a la perfección dentro otra librería. Con voz amable y sin revelar ninguna tensión, preguntó:

—¿No te ha dicho nada P. B.?

—Dijo que tenías que bajar esta noche a la bóveda para sacar unos papeles, que por favor te dejara entrar y que no había

necesidad de molestar a Havergill. Pero ¿a qué viene todo este aparato teatral de presentarte como ladrón, en vez de usar la puerta principal?

—Vamos, accede, Bruce. Tanto tú como yo sabemos que tienes la autoridad necesaria para abrirme la bóveda.

Johnjohn estuvo a punto de decir algo, pero cambió de opinión. El gerente general había dicho antes de marcharse:

—Tengan cuidado de reaccionar favorablemente a todo lo que P. B. sugiera, ¿entendido?

P. B. se tuteaba con el Gobernador, con la mayoría de las personas muy importantes que visitaban Hong Kong, y compartía la linea directa del gerente general con el personal representativo que tenían en las oficinas bancarias que todavía funcionaban en Shanghai y en Pekín.

—Muy bien —se limitó a decir.

Las pisadas de los dos producían eco en los espaciosos recintos, a medio iluminar, del piso principal del banco. Johnjohn asintió con la cabeza a uno de los guardias nocturnos que hacía su recorrido.

Luego oprimió el botón para llamar el ascensor que los llevaría a las bóvedas, y trató de disimular un bostezo de cansancio nervioso.

—¡Santo Dios, estoy deshecho!

—Tú fuiste el arquitecto del plan de adquisición del Ho-Pak, ¿no es cierto?

—Sí, sí. Yo lo hice, pero de no haber sido por tu golpe sensacional con Almacenes Generales, no creo que Paul hubiera... En fin, no cabe duda de que eso contribuyó. ¡Un golpe sensacional, Ian, si puedes llevarlo al cabo!

—Lo tengo en el bolsillo.

—¿Qué banco japonés te apoya con los dos millones?

—¿Por qué forzaste a Richard Kwang a firmar esa renuncia anticipada?

—¿Qué cosa? —Johnjohn lo miró atónito; el ascensor llegó en ese instante y los dos entraron—. ¿Qué dijiste?

Dunross explicó lo que le había dicho Phillip Chen.

—Eso no es juego limpio. Un director del Victoria al que se obliga a firmar una renuncia sin fecha, como si fuera una operación de dos céntimos... ¿Eh?

Johnjohn sacudió la cabeza con lentitud.

—No. Eso no era parte de mi plan —toda su fatiga había desaparecido—. Ahora comprendo por qué estás preocupado.

—*Indignado* sería la palabra más correcta.

—Paul debe de haber pensado en una operación en suspensivo hasta que vuelva el jefe. Toda esta operación sienta precedente, así que tú...

—Si consigo el dinero de Tiptop para ustedes, quiero ese documento hecho pedazos y un voto libre para Richard Kwang.

Después de una pausa, Johnjohn dijo:

—Te apoyaré en todo lo que sea razonable... hasta que el jefe regrese. Luego él podrá decidir.

—Me parece justo.

—¿Con cuánto va a fortalecerte el Royal Belgium-First Central?

—Creí que habías hablado de un banco japonés...

—¡Vamos, hombre, viejo amigo! Todo el mundo lo sabe. ¿Cuánto?

—Bastante. Suficiente para todo.

—Nosotros somos todavía dueños de muchos de tus documentos, Ian.

Dunross se encogió de hombros.

—No significa nada. Nosotros todavía tenemos voz mayoritaria en el Victoria.

—Si no conseguimos el dinero de China, el First Central no va a salvarte del derrumbe.

Dunross volvió a encogerse de hombros.

Las puertas del ascensor se abrieron. Tenues luces de las bóvedas proyectaban sombras grotescas. La inmensa reja que estaba delante de ellas hizo pensar a Dunross en la entrada a una bodega de vinos.

Johnjohn abrió la cerradura.

—Tardaré unos diez minutos —dijo Dunross, con cierto brillo en la frente—. Tengo que encontrar un documento especial.

—Muy bien. Te abriré tu caja de seg... —interrumpió la frase, con un gesto de disgusto—. ¡Oh! Olvidaba que tienes tu propia llave.

—Seré tan rápido como pueda. Gracias.

Dunross caminó hacia la parte menos iluminada, dio vuelta a una esquina y sin vacilar llegó hasta el último grupo de cajas de seguridad. Una vez allí, se cercioró de que nadie lo hubiera seguido.

Todos sus sentidos estaban en actitud de alerta. Puso las dos llaves en su correspondiente cerradura. Los pasadores retrocedieron con su ruido clásico.

Sacó del bolsillo la carta de AMG, con los números de las páginas especiales, repartidas en todos los documentos, luego una linterna de mano, unas tijeras y un encendedor de gas butano Dunhill, regalo de Penelope, cuando todavía acostumbraba fumar. Con agilidad levantó el doble fondo de la caja y sacó los expedientes.

¡Por amor de Dios! ¡Cómo quisiera poder destruirlos ahora mismo y acabar con todo esto! —pensó—. Sé todo lo que está en ellos, todo lo importante. Pero tengo que ser paciente y esperar. En algún momento, pronto, todos ellos, sean quienes fueren, junto con los Servicios Especiales de Inteligencia, la CIA y la República Popular China, habrán dejado de seguirme. Entonces, con toda seguridad podré mandar traer los expedientes y destruirlos.

Siguiendo las instrucciones de AMG, con todo cuidado hizo salir la flama del encendedor y lo agitó a un lado y otro en el lugar exacto, la cuarta parte inferior derecha de la primera página especial. En un momento empezaron a aparecer letras y números en una mezcla confusa y al parecer carente de significado. A medida que el calor les daba realce, la impresión en esa parte de la hoja iba borrándose.

Pronto toda la escritura anterior había desaparecido, dejando sólo el mensaje en clave. Cortó con las tijeras esa porción de la hoja, con todo cuidado y volvió a esconder el expediente. AMG había escrito:

—El papel no podrá relacionarse con los expedientes, tai-pan, ni creo que la información pueda leerla nadie excepto la máxima autoridad en el país.

Un leve ruido lo asustó. Miró a su alrededor. El corazón le hacía retumbar los oídos. Una rata se deslizó a lo largo de una pared de cajas fuerte y desapareció. Dunross esperó, pero no surgió ningún peligro.

Un momento después volvía a sentirse tranquilo. El siguiente documento. De nuevo aparecieron las cifras y se borró la escritura anterior.

Dunross trabajó con perseverancia y eficiencia. Cuando la flama

del encendedor empezó a desvanecerse, él estaba preparado. Lo llenó de gas nuevamente y prosiguió. Al fin, el último expediente. Cortó la porción de la hoja con todo cuidado y se puso en el bolsillo los once pedazos de papel. Luego volvió a esconder los expedientes en el fondo de la caja.

Antes de volver a cerrar la caja de seguridad, sacó una escritura de propiedad para disimular, y la puso junto con la carta de AMG. Otro momento de vacilación. Después, protegiendo la carta de AMG con el cuerpo, le prendió fuego. El papel se retorció a medida que el fuego iba devorándolo.

—¿Qué estés haciendo?

Dunross pegó un salto, se dio vuelta y miró la silueta.

—¡Oh, eres tú! Nada, Bruce. Se trata de una vieja carta amorosa que nunca debí conservar.

La flama se apagó y Dunross aplastó el papel quemado hasta reducirlo a minúsculas cenizas que luego esparció por el aire.

—Ian... ¿Estás en alguna dificultad? ¿Muy seria? —preguntó Johnjohn con amabilidad.

—No, viejo querido, es sólo éste lío de Tiptop.

—¿Estás seguro?

—Sí. Por completo —con rostro fatigado, Dunross devolvió la sonrisa y sacó un pañuelo para secarse el sudor de las manos y la frente—. Siento haberte causado todas estas molestias.

Se encaminó a la salida con pasó firme. Johnjohn lo seguía. El sonido metálico de la puerta al cerrarse, y en un momento más estaban frente al ascensor que se abrió frente a ellos. Entraron. La puerta se cerró y todo, era silencio, con excepción del correr de ratas y el ligero silbido del clima artificial. Una sombra se movió. En absoluto silencio, Roger Crosse salió de detrás de una pared de cajas de seguridad y se puso de pie frente a la sección del tai-pan. Sin la menor prisa, sacó una minúscula cámara Minox, una linterna de bolsillo y un montón de llaves maestras. No tardó en abrir la caja de seguridad de Dunross. Con sus largos dedos, encontró pronto el doble fondo y sacó los expedientes. Muy satisfecho, los colocó en un montón ordenado, puso la eterna en la posición conveniente y con habilidad de experto consumado, empezó a fotografiar los expedientes, página por página. Llegó a una de las páginas especiales, con las que había estado trabajando Dunross momentos

antes. La examinó y puso especial atención en la sección que faltaba! Una sonrisa de disgusto se dibujó por un momento en su rostro. Luego continuó su tarea, sin hacer el mínimo ruido.

VIII

DOMINGO

71
6:30 a.m.

Koronski salió del salón principal del hotel Nine Dragons e hizo seña a un taxi; luego dio al conductor las señas de su destino en un cantones aceptable. Encendió un cigarrillo y se acurrucó en el asiento trasero, vigilando de cuando en cuando la retaguardia, en un gesto profesional, para asegurarse de que nadie lo seguía. No había ningún peligro real. Sus documentos como Hans Meikker no tenían un solo defecto. Su falsa identidad como periodista ocasional extranjero de una revista de Alemania Occidental era también real, y con cierta frecuencia visitaba a Hong Kong como rutina de trabajo. Una vez que se sintió tranquilo, se dedicó a observar a las multitudes, preguntándose quién tendría que ser examinado químicamente y donde.

Era un hombre de baja estatura, bien alimentado, sin señas particulares, excepto un par de anteojos sin armazón.

Detrás de él, a unos cuarenta o cincuenta metros, sorteando el tránsito de vehículos, iba un pequeño automóvil Mini, bastante maltratado.

Tom Connochie, el experto agente de la CIA iba en el asiento trasero y uno de sus ayudantes, Roy Wong, conducía el vehículo.

—Va a dar vuelta a la izquierda.

—Sí, sí. Ya lo veo. Tranquilízate, Tom, estás poniéndome nervioso, por amor de Dios...

Roy Wong era norteamericano de tercera generación, con un grado de bachiller en literatura y miembro de la CIA durante cuatro años, destinado a Hong Kong. Conducía con gran habilidad.

Connochie observaba con atención. Se sentía muy cansado y vestía un traje Heno de arrugas. Había estado levantado la mayor parte de la noche con Rosemont, tratando de entresacar el diluvio de instrucciones archisecretas, de peticiones y órdenes que las cartas interceptadas de Thomas K. K. Lin habían originado. Fue apenas unos minutos después de la medianoche cuando uno de sus espías en el hotel les había informado que Hans Meikker acababa de

registrarse en el establecimiento para dos días, procedente de Bangkok. El hombre había estado en su lista durante años, como posible amenaza para la seguridad.

—¡Hijo de ramera! —exclamó Roy Wong cuando una maraña de vehículos surgió en la estrecha callejuela, cercana a las concurridas intersecciones de Mong Kok.

Connochie se asomó por la ventana lateral.

—El también está estancado, Roy, unos veinte coches adelante de nosotros.

Pasó un momento y la congestión de vehículos empezó a disolverse, pero luego volvió a complicarse, cuando un camión cargado en exceso quedó atrapado entre otros automóviles. Para la hora en que pudo moverse, la presa de Connochie había desaparecido.

—¡Maldita mierda!

—Da unas vueltas por aquí, tal vez tengamos suerte y volvamos a encontrarlo.

Dos calles adelante, Koronski salió del taxi y recorrió un callejón lleno de gente, que lo llevaba a otra calle no menos concurrida y de allí a otro callejón donde se encontraba el apartamento de Ginny Fu.

Subió por las sucias escaleras hasta el último piso. Golpeó tres veces la destartalada puerta. Suslev lo invitó a entrar y cerró la puerta.

—Bienvenido —saludó en ruso, en voz baja—. ¿Tuviste buen viaje?

—Sí, camarada capitán, muy bueno —contestó Koronski, manteniendo la voz también muy baja, por costumbre.

—Ven, siéntate.

Suslev indicó la mesa donde tenía preparado café y dos tazas. El cuarto se veía deslustrado y con poco mobiliario. Unas cortinas sucias cubrían las ventanas.

—El café está bueno —dijo Koronski por cortesía, aunque pensaba que era horrible, imposible de comparar con el exquisito café tipo francés de Bangkok, Saigón y Phnom Penh.

—Es el whisky —rectificó Suslev, con un gesto duro. —El Centro me ordenó que me pusiera a tu disposición, camarada capitán. ¿Qué es lo que deseas que haga?

—Hay un hombre aquí con memoria fotográfica. Necesitamos saber lo qué hay en ella.

—¿Dónde se hará el interrogatorio al cliente? ¿Aquí?

Suslev sacudió la cabeza y respondió:

—A bordo de mi barco.

—¿Con cuánto tiempo contamos?

—Con todo el que necesites. Nos lo llevaremos a Vladivostok.

—¿Hasta qué punto es importante obtener información de calidad?

—Es de suma importancia.

—En ese caso, preferiría hacer la investigación en Vladivostok. Puedo darte sedativos e instrucciones especiales que mantendrán al cliente en actitud de docilidad durante el viaje y que iniciarán el proceso de ablandamiento.

Suslev reflexionó sobre el problema. Necesitaba la información de Dunross antes de llegar a Vladivostok.

—¿No podrías venir conmigo en el barco? Salimos a medianoche, con la marea.

Koronski titubeó y explicó:

—Las órdenes que tengo del Centro son de ayudarte, pero sin poner en peligro mi falsa identidad.

Viajar en tu barco la pondría sin duda... Es seguro que lo tienen muy vigilado. Imagínate qué sucedería si yo desaparezco del hotel... ¿comprendes?

Suslev asintió con un movimiento de cabeza.

—Tienes razón —dijo pensativo.

No me preocupa —pensó luego—. Yo estoy tan bien adiestrado como Koronski para hacer interrogatorios, aunque nunca he practicado la investigación a fondo con ayuda de narcóticos.

—¿Cómo procedes en una indagación a base de sustancias químicas?

—Es bastante sencillo. Mediante inyecciones intravenosas de un agente químico que llamamos pentothal V-6, administradas dos veces al día durante diez días, a intervalos de doce horas... Una vez qué se ha puesto al cliente en un estado mental de miedo y desorientación convenientes, puede procederse al interrogatorio, siguiendo el método usual de sueño-vigilia, seguido de cuatro días sin dormir.

—Tenemos un médico a bordo. ¿Puede él poner las inyecciones?

—Sí, claro. ¿Qué dirías si te escribo el procedimiento y te facilito todas las sustancias químicas necesarias, y luego tú haces la investigación?

—Me parece bien.

—Si observas los pasos del método, no tendrás problema. El único riesgo grave que hay que tener muy presente es que en cuanto se administra el pentothal V-6, la mente del cliente queda como una esponja mojada. Exige mucha ternura y un cuidado exquisito para ir extrayendo la cantidad exacta de agua, la dosis correcta de información, a un ritmo moderado y preciso, de lo contrarío la mente podría quedar lesionada para siempre y toda la información restante se perdería irremediablemente —Koronski aspiró el humo de su cigarrillo—. Es fácil perder un cliente.

—Siempre es fácil perder un cliente —añadió Suslev—. ¿Qué tan efectivo es este pentothal V-6?

—Hemos tenido grandes éxitos y también algunos fracasos, camarada capitán —advirtió Koronski con cautela—. Si el cliente está bien preparado y su salud inicial es buena, estoy seguro de que tendrás éxito completo.

Suslev no contestó, se limitó a dejar que su mente repasara el plan propuesto la noche anterior con gran entusiasmo por Plumm, y en el que Crosse había convenido de muy mala gana.

—Es cosa fácil, Gregor, todo está saliendo a pedir de boca, pues Dunross ha cancelado su viaje a Taipei y piensa venir a mi fiesta. Yo le daré una bebida intoxicada que lo hará sentirse enfermo a morir...

Será fácil conseguir que se recueste en una de las habitaciones. La misma droga lo hará dormir. En cuanto los demás se hayan marchado (y yo me encargaré de que el festejo sea agradable y breve, de seis a ocho), lo encierro en un baúl y hago que lo lleven al auto por la entrada lateral. Cuando corra la voz de que no se sabe dónde está Dunross, yo diré que lo dejé allí durmiendo y que no tengo idea de la hora en que se marchó. El problema es subir el baúl al barco.

—Eso no presenta dificultad —había contestado él—. Que me lo entreguen en el depósito 7 del muelle de Kowloon. Vamos a llevarnos toda clase de vituallas y provisiones en bultos

voluminosos, puesto que se ha acelerado nuestra partida, y en los movimientos de salida casi no hay revisión de ninguna especie —luego, con un lúgubre sentido del humor, Suslev había añadido—. Hay incluso un ataúd, si lo necesitamos. El cadáver de Voranski viene de la morgue a las 11 de la noche, por entrega inmediata. ¡Asesinos desgraciados! ¿Por qué nuestro amigo no ha atrapado a los malditos que le dieron muerte?

—Está haciendo todo lo que puede. Te lo garantizo, Gregor. Los atrapará pronto, pero lo más importante de todo es que este plan dé buen resultado.

Suslev asintió con un movimiento de cabeza a sus propias reflexiones. Sí —volvió a decirse—; es un plan efectivo. Y si alguien intercepta el "bulto" y descubre al tai-pan, yo no sé nada. Boradinov no sabe nada, aunque es el responsable, y yo no haré más que zarpar y alejarme de aquí, dejando que lo culpen a él, si es necesario. Roger se encargará de cubrir toda la operación. ¡Ah, sí! —se dijo con refinada malicia—. Esta vez es el cuello de Roger el que está en manos de los británicos si no me cubre bien. Plumm tiene razón. Un secuestro de licántropos ayudará a producir una situación de perfecta confusión durante un lapso conveniente, y por cierto, casi sin riesgo alguno... Ese tiempo será suficiente para cubrir el desastre de Metkin y el problema de las armas interceptadas.

Esa noche había llamado a Banastasio para cerciorarse de que la conspiración Par-Con seguía su curso, y lo había contrariado mucho oír la respuesta de Bartlett.

—Pero, señor Banastasio, usted garantizó que tendría el control del asunto. ¿Qué se propone hacer ahora?

—Poner presión, señor Marshall —le había dicho Banastasio en tono tranquilizador, usando el seudónimo por el que lo conocía—. Presión hasta el último momento. Usted haga su parte. Yo haré la mía.

—Bueno. Entonces proceda con su reunión de Macao. Le garantizo un embarque que sustituya al perdido. Estará en Saigón en una semana.

—Pero estos títeres de aquí han dicho ya que no hay trato si no tienen ya en la mano el embarque.

—Se entregará en forma directa a nuestros amigos del Viet Cong

en Saigón. Usted encárguese de hacer los arreglos que le convengan para el pago.

—Claro, claro, señor Marshall. ¿Dónde se alojará usted en Macao? ¿Dónde me pongo en contacto con usted?

—Estaré en el mismo hotel, —le había dicho, sin tener intención de establecer contacto.

Su idea era que en Macao, otro encargado con el mismo seudónimo vigilara ese cabo de la operación.

Suslev sonrió para sí mismo, pero en forma visible. Un momento antes de salir de Vladivostok, el Centro le había ordenado que controlara esa operación independiente, que tenía el nombre clave de King Kong y que había sido organizada por una de las células del KGB en Washington.

Lo único que él sabía del plan era que a través de la valija diplomática estaba efectuándose un programa altamente clasificado de envío de armas al Viet Cong, con sede en Saigón. A cambio de la información y en pago por ella, se entregaría, sin costo para el comprador, determinada cantidad de opio en Hong Kong. Dicha cantidad estaría en proporción directa con el número de armas.

—Cualquiera que haya planeado esta operación merece un ascenso, —había dicho Suslev al Centro.

Luego, él había elegido el seudónimo de Marshall en honor al general Marshall y a su plan, que todos ellos sabían que había echado por tierra el propósito de Rusia de apoderarse de Europa entera a fines de la década de 1940. Esta es la revancha. Es nuestro Plan Marshall invertido —había pensado él.

De pronto rió en voz alta. Koronski aguardó, observándolo siempre con mucha atención. Tenía demasiada experiencia para cometer el error de preguntar qué era lo que le resultaba tan divertido. Sin embargo, sin siquiera pensarlo, había examinado aquella risa. Había algo de miedo en ella. El miedo era contagioso. La gente asustada comete errores. Los errores se convierten en trampas para los inocentes.

Sí —pensó Koronski inquieto—, este hombre huele a cobarde. Mencionaré esto en mi próximo informe, pero con delicadeza, en caso de que sea persona importante.

Levantó la mirada y vio que Suslev lo observaba. Con cierta intranquilidad se preguntó si el hombre habría podido leerle el

pensamiento.

—Dígame, camarada capitán.

—¿Cuánto tiempo necesitará para redactar las instrucciones?

—Unos cuantos minutos. Puedo hacerlo ahora mismo, si usted quiere, pero tengo que regresar al hotel para traer las sustancias químicas.

—¿Cuántas drogas diferentes hay que utilizar.

—Tres: una para dormir, otra para despertar y la última, el pentothal V-6. A propósito, hay que mantenerlo frío hasta el momento de usarlo.

—¿Sólo la última droga es intravenosa?

—Sí.

—Bueno. Entonces escríbemelo todo. Ahora mismo. ¿Tienes papel?

Koronski asintió y se sacó del bolsillo una libreta.

—¿Las prefieres en inglés en ruso o en forma taquigráfica?

—En ruso. No hay necesidad de describir el proceso vigilia-sueño-vigilia. Lo he aplicado ya muchas veces. Sólo la última fase, y no le des el nombre de pentothal V-6, sino el de "medicina". ¿Me entiendes?

—Muy bien.

—Cuando esté listo déjamelo aquí —señaló un pequeño montón de periódicos usados que tenía sobre un sofá carcomido por la polilla—. Ponlo en el segundo periódico, yo lo recogeré después. En cuanto a las sustancias químicas, hay un gabinete para caballeros en la planta baja del hotel Nine Dragons. Pégalas a la parte interior de la cubierta de la caja del agua, en el último excusado de la derecha... Y por favor espérame en tu cuarto hoy a las nueve de la noche, en caso de que necesite alguna aclaración. ¿Todo está claro?

—Absolutamente.

Suslev se levantó. Koronski hizo lo mismo y le tendió la mano.

—Buena suerte, camarada capitán.

Suslev asintió con un movimiento de cabeza, como se hace con un inferior y salió. Caminó hasta el final del corredor, atravesó una puerta destartalada y salió por una escalera hasta el techo del edificio.

Al respirar el aire fresco se sintió mejor. El olor del cuarto y el de Koronski le habían producido una sensación desagradable. El

mar seguía atrayéndolo, con sus amplios espacios limpios y su aroma de sales yodadas. Será magnífico volver a estar en alta mar, lejos de la tierra. El mar, el océano, y el barco lo mantienen a uno sano.

Lo mismo que la mayoría de los techos de Hong Kong, aquél estaba lleno de viviendas improvisadas.

Se alquilaba el espació. Era la única posibilidad para quien no quisiera vivir en las ásperas pendientes fangosas abarrotadas de las colonias de advenedizos, que se hallaban en las lejanías de los Nuevos Territorios o en las colinas de Kowloon o de Hong Kong. Hacía ya mucho tiempo que hasta el último centímetro de espacio disponible en la ciudad había sido ocupado por el flujo abundante de inmigrantes. La mayoría de las zonas de advenedizos eran ilegales, lo mismo que las viviendas de los techos, y a pesar de que las autoridades lo prohibían y lo deploraban, con toda prudencia lo pasaban por alto porque, ¿adónde más podían ir esos pobres desheredados? Allí no había medidas sanitarias, no había agua, ni siquiera la higiene más elemental. Sin embargo, era mejor que estar en medio de la calle. El método para eliminar toda clase de desperdicios desde las azoteas era arrojarlos al aire. El yon (la población local) de Hong Kong caminaba siempre por el centro de las calles, nunca por las aceras, aunque las hubiera.

Suslev caminó encorvado por debajo de las hileras de ropa tendida, pisando los desperdicios y basuras acumuladas durante toda una vida, sin hacer caso de las obscenidades que lo seguían en forma automática, y divirtiéndose con los pilluelos que corrían delante de él gritando: —*¡Quai loh... quai loh!* tomados de la mano.

El se había vuelto ya demasiado *yan* de Hong Kong para cometer el error de darles dinero, aunque le impresionaban sus personas, su pobreza y buen humor. Se limitaba a contestar con ingenio algunas maldiciones y a pasar la mano sobre algunas de aquellas cabelleras con corte de cepillo.

En el extremo del techo, la entrada al apartamento de Ginny Fu sobresalía como un embudo anticuado. La puerta había quedado entreabierta. Suslev bajó.

—¡Halloa, Gregy! —saludó la chica, abriéndole la puerta principal.

Estaba vestida como él se lo había ordenado, con un atuendo de

coolie andrajoso y un gran sombrero cónico de paja pendiente sobre la espalda, y con manos y cara sucias.

—¿Qué tal me veo? ¡Como estrella de cine! ¿No?

—Como la misma Greta Garbo —contestó riendo, mientras ella corría a sus brazos para estrecharlo.

—¿Quieres "jugar" más antes irnos? ¿Sí?

—*Nyet*. Habrá tiempo de sobra las próximas semanas. ¡De sobra!

Suslev calmó la lujuria de la chica. Acababa de hacer el amor con ella, poco antes del amanecer, más para probar su virilidad que por un verdadero deseo. Ese es el problema —pensó—. No es deseable. Es aburrida.

—Entonces, ¿entiendes el plan? —le preguntó.

—¡Oh, sí! —contestó ella con énfasis—. Busco el almacén 7, me uno a los coolies que suben paquetes al barco. Ya arriba, voy por la puerta frente a la escalera, entro y entrego papel —se lo sacó del bolsillo para demostrar que lo tenía en lugar seguro; el mensaje en ruso decía «camarote 3», Boradinov estaría esperándola—. En camarote 3 puedo usar baño, ponerme vestidos que compraste y esperar otra amplia sonrisa—. ¿Sí?

—Excelente...

Los vestidos habían costado poco, y su compra había resuelto el problema del equipaje. Era mucho más sencilla la operación sin maletas ni bultos. Estos habrían sido notorios, y nada relacionado con ella debía ser notorio.

—¿Seguro no necesito llevar nada, Gregy? —preguntó ansiosa.

—No. Sólo cosas de maquillaje, cosas de mujer. Todo en los bolsillos, ¿entendido?

—¡Claro! —dijo en tono arrogante—. ¿Soy acaso una necia?

—Muy bien. En ese caso... ¡adelante!

La chica volvió a abrazarlo.

—¡Oh, gracias vacaciones, Gregy! ¡Estaré «más mejor» que nunca! —después de esa efusiva protesta, salió del apartamento.

La reunión con Koronski lo había dejado con hambre. Fue al frigorífico destartalado y encontró los chocolates que buscaba. Empezó a mordisquear uno. Luego encendió la estufa de gas y se puso a freír unos huevos. La ansiedad volvió a dominarlo. ¡No te preocupes! —se dijo con imperio—. El plan dará buen resultado. Te apoderarás del tai-pan y todo será rutina del cuartel general.

Haz a un lado todo eso. Piensa en Ginny. Tal vez en el mar no sea tan aburrida. Será una diversión durante las noches, y el tai-pan será la diversión de día, hasta que atraquemos. Para entonces, él estará vacío y ella se desvanecerá en la sombra de una vida nueva, ese peligro desaparecerá para siempre y yo me iré a mi *dacha*, donde estará esperándome la gata montes Zergeyev. Nos dedicaremos a pelear.

Me lanzará todos los insultos posibles hasta que me haga perder la paciencia, le haga jirones la ropa, tal vez use el látigo otra vez... Ella se defenderá una y otra vez, hasta que yo luche por penetrarla y explote, explote, llevándola conmigo en la explosión algunas veces. ¡Oh, cómo quisiera que eso sucediese siempre! Después nos echaremos a dormir, sin saber nunca cuándo vaya a matarme mientras duermo. Pero ha sido ya advertida: si algo me pasa a mí, mis hombres la entregarán a los leprosos del lado este de Vladivostok con el resto de su familia.

La radio anunció las noticias de las siete de la mañana, en inglés:

—Buenos días, aquí Radio Hong Kong. Se esperan más lluvias torrenciales. El banco Victoria ha declarado en forma oficial que se hará responsable ante todos los clientes del Ho-Pak, y les pide que se organicen con absoluto orden si desean retirar su dinero el lunes.

—Durante la noche hubo numerosos derrumbes del terreno y deslizamientos de fango por toda la Colonia. La parte que sufrió mayores daños fue la zona de los advenedizos arriba de Aberdeen, Sau Ming Ping y Sui Fai Terrace en Wanchai, donde seis grandes deslizamientos del terreno afectaron a los edificios de esa zona. Se tiene noticia de que suman un total de treinta y tres personas las que perdieron la vida, pero se teme que haya todavía otras más sepultadas bajo el lodazal.

—No hay todavía ningún avance en la investigación del repugnante secuestro y asesinato del señor John Chen por obra de la camarilla de licántropos. Se han promulgado recompensas por valor de $100,000 por cualquier información que pueda conducir a su captura.

—Los informes de Londres confirman que la cosecha de este año en la URSS ha vuelto a ser un fracaso...

Suslev no quiso oír el resto de las noticias. Sabía que el informe

de Londres era verdadero. Los pronósticos archisecretos del KGB habían advertido que las cosechas serían una vez más inferiores incluso al nivel indispensable para la subsistencia.

¡Kristos! ¿Por qué diablos no podemos ni siquiera procurarnos de comer? —quería gritar, como alguien que conocía los extremos del hambre, que sabía cómo se sentía el vientre inflamado por la desnutrición y los dolores que se experimentaban… ¡Y eso sin contar las historias horrendas que su padre y su madre narraban! Así que volveremos a pasar hambre. Habrá que ajustarse el cinturón una vez más. Tendremos que comprar trigo al extranjero, utilizando nuestras divisas del exterior, adquiridas con tanto esfuerzo.

Nuestro futuro está en peligro, en terrible peligro. El alimento es nuestro talón de Aquiles. Nunca hay suficiente. Nunca tenemos bastante pericia, ni tractores, ni fertilizantes ni riqueza… la verdadera riqueza se gasta en armas, ejércitos, aeroplanos, barcos… mucho más importantes para ser bastante fuertes y poder protegernos del cerdo capitalista y de los revisionistas chinos indecentes, para poder hacerles la guerra y aplastarlos antes que ellos nos aplasten a nosotros. Pero nunca hay suficiente comida para nosotros y para los territorios amortiguadores en torno nuestro: los Balcanes, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Alemania Oriental, los Países Bálticos. ¿Cómo es que todos esos desgraciados pueden alimentarse bien en la mayoría de los casos? ¿Por qué falsifican sus cosechas, nos engañan, nos hacen trampas y nos roban? Nosotros los protegemos y ellos, ¿qué hacen? Maquinar y aborrecernos, y sin embargo, sin nuestros ejércitos, sin el KGB que mantenga a raya a la escoria de revisionistas disidentes, no harían más que fomentar rebeliones (como Alemania Oriental y Hungría) y soliviantar a las masas estúpidas en contra de nosotros.

Pero el hambre ocasiona revolución. Siempre. El hambre hará siempre que las masas se subleven contra su gobierno. Entonces, ¿qué podemos hacer? Mantenerlas encadenadas a todas, hasta que aplastemos a Norteamérica, a Estados Unidos y a Canadá, y nos apoderemos de sus trigales. Entonces nuestro sistema duplicará sus cosechas.

No te hagas ilusiones —pensó angustiado—. Nuestro sistema agrícola no da buenos resultados. Nunca los ha dado. Un día lo hará. Mientras ese día llega, no somos capaces de alimentarnos.

Todo ese estiércol sin madre de los agricultores debería…

—¡Detente! —musitó en voz alta—. Tú no eres responsable. No es problema tuyo. Ocúpate de tus asuntos, ¡ten fe en el partido y en el marxismo-leninismo!

Los huevos para el desayuno estaban listos. Puso a tostar un poco de pan. La lluvia azotaba las ventanas abiertas. Hacía una hora que el aguacero de toda la noche había cesado, pero al otro lado de la calle y encima de los edificios de enfrente podían verse las nubes negras. Allí hay más lluvia —pensó—, mucha más. ¡En esta cloaca siempre ha de ser un extremo: o la maldita sequía o el maldito diluvio! Una ráfaga arrebató una de las destartaladas láminas de cartón que hacían de techo improvisado y la hizo caer. En el acto empezaron las reparaciones estoicas. Hasta los niños, que apenas empezaban a caminar, tenían que prestar ayudan

Aficionado a la limpieza, se preparó con manos diestras un lugar en la mesa, tarareando a veces la melodía que se oía en la radio. Todo está muy bien—se dijo, queriendo tranquilizarse—. Dunross irá a la fiesta, Koronski proporcionará los medios, Plumm el cliente, Roger la protección, y lo único que yo tengo que hacer es ir a la oficina central de policía durante una hora, más o menos y luego volver con toda calma a bordo de mi barco. Con la marea de medianoche, le echaré la maldición a Hong Kong, dejando que los licántropos entierren a los muertos…

Se le erizó el cabello al oír el ruido estridente de una sirena de policía que se acercaba. Se quedó paralizado. Pero el vehículo pasó y se alejó. Se sentó tranquilo a desayunar. El teléfono secreto sonó.

72
7:30 a.m.

El pequeño helicóptero revoloteó sobre la ciudad, apenas abajo del espeso manto de nubes, y siguió subiendo las pendientes, para facilitarse el paso al otro lado del funicular de la Cumbre y de la multitud de rascacielos que salpicaban la vertiente montañosa. Se hallaba ya casi al nivel de la capa inferior de nubes.

Con un gesto de fatiga el piloto subió otros noventa metros, luego disminuyó la velocidad y volvió a revolotear un poco hasta que descubrió el pequeño helipuerto cubierto de neblina, en los jardines de la Gran Casa, cerca de una Jacaranda. Empezó a prepararse luego para el aterrijaze. Dunross estaba ya esperándolo. Se encorvó para evitar las aspas de la hélice mientras se acercaba al aparato. Entró por el lado izquierdo de la cabina y se ajustó el cinturón de seguridad y los audífonos.

—Buenos días, Duncan —saludó por el pequeño micrófono que tenía frente a la boca—. No creí que lograras venir.

—Tampoco yo —confesó el hombre mayor de edad—. Dudo que logremos regresar, tai-pan. El manto de nubes está descendiendo otra vez con demasiada rapidez. Será mejor que partamos… si hemos de hacerlo. Usted tiene los controles.

—¡Vamonos!

Con suavidad, Dunross dio vuelta con la mano izquierda al mango de la válvula obturadora para aumentar gradualmente las revoluciones y efectuar un despegue normal. Mientras tanto, con la mano derecha movía la palanca de control a la derecha, a la izquierda, hacia el frente, hacia atrás, trazando un diminuto círculo, con mucha finura, buscando y tratando de sentir el cojín de aire que iba formándose poco a poco. Con la mano izquierda controlaba la velocidad de ascenso o descenso y con la derecha la dirección del vuelo. Los pies apoyados en los pedales mantenían derecho al inestable aparato, evitando momentos de torsión. A Dunross le encantaba pilotear helicópteros. Era un reto mucho más interesante que el de volar en aparatos de alas fijas. Exigía tanta concentración

y pericia, que lo obligó a olvidar sus problemas. El vuelo e sirvió de purificación. Pero rara vez lo hacía solo. El cielo era para los profesionales o para aquellos que volaban a diario, por eso él llevaba siempre un piloto instructor a su lado. La presencia de ese ayudante no disminuía en nada el placer que experimentaba al volar.

Sintió en las manos el cojín de aire en plena formación. Luego el aparato se elevó sobre el suelo poco más de dos centímetros. En el acto rectificó una ligera inclinación hacia la derecha, producida por una ráfaga de viento. Verificó sus instrumentos, alerta para captar los peligros, con los ojos afuera y los oídos sintonizados con la armonía del motor. Cuando todo se sintió estabilizado, incrementó las revoluciones, al levantar la palanca de la izquierda, movió con suavidad la barra hacia adelante y a siniestra unos dos centímetros y medio. Con los pies compensó el movimiento y entró en una vuelta hacia la izquierda ganando altura y velocidad, mientras se deslizaba para alejarse de la ladera descendente.

Una vez en vuelo estable, oprimió el botón de transmisión, para reportarse al Control de tráfico aéreo de Kai Tak.

—Atención a las revoluciones —advirtió Mac.

—Entendido. Perdón.

Dunross corrigió una fracción mínima con demasiada urgencia y se insultó por el movimiento involuntario. Luego consiguió que el helicóptero se desplazara con un ritmo agradable. Todo estaba en orden. Se encontraban a más de trescientos metros sobre el nivel del mar y se dirigían al otro lado de la bahía, hacia Kowloon, los Nuevos Territorios y la zona del ascenso a la colina.

—¿Todavía piensa subir la colina, tai-pan?

—Lo dudo, Duncan —contestó—, pero quería que tuviéramos este paseo, de cualquier manera. He estado esperándolo toda la semana.

Duncan Maclver administraba el negocio de los pequeños helicópteros desde el aeropuerto. La mayor parte de su trabajo era local, muchos de sus vuelos eran para supervisión de terrenos, por encargo del gobierno. La policía contrataba a veces sus servicios, lo mismo que el departamento de bomberos y el de aduanas. Era un hombre de baja estatura, ex piloto de la RAF, con arrugas muy acentuadas en el rostro, que era muy ancho, y con una mirada muy

penetrante, acostumbrada a repasar las distancias.

En cuanto Dunross estabilizó el aparato y la velocidad, Maclver se inclinó hacia el frente y puso círculos de cartón sobre los tableros, para obligarlo a volar siguiendo sus sensaciones y el sonido, para que concentrara la atención en la agudeza y en el tono del ritmo del motor. Una disminución en el ritmo significaba que la máquina trabajaba con mayor esfuerzo, que iban ascendiendo (cuidado con quedarse inmóvil); una mayor velocidad en el ritmo del motor revelaba que iban bajando, perdiendo altura.

—Tai-pan, mire allá abajo —Maclver señaló la gran cicatriz en una de las laderas montañosas, al salir de Kowloon. Marcaba todo un sendero a través de una de las extensas barriadas de advenedizos —. Mire, hay deslizamientos de lodo por todas partes. ¿Oyó las noticias de las siete?

—Sí, sí las oí.

—Permítame tomar el helicóptero un minuto.

Dunross retiró manos y pies de los controles. Maclver hizo un elegante viraje para sobrevolar la zona poblada más de cerca y darse cuenta de los daños. Eran enormes. Tal vez unas doscientas cabañas habían quedado desbaratadas y sepultadas. Otras cercanas al deslizamiento de la ladera montañosa estaban en situación ya muy precaria. El humo de los incendios que siempre se producían con los derrumbes seguía aún suspendido en el aire como un palio.

—¡Santo Dios! Esto se ve horrible —comentó Dunross.

—Yo estuve allá arriba desde el amanecer, hoy por la mañana. El departamento de bomberos me pidió que los ayudara en la Colina Tres, atrás y arriba de Aberdeen. Hace un par de días tuvieron allí un derrumbe y una niña casi quedó sepultada en él. Anoche hubo otro desprendimiento en la misma zona. Es terreno muy azaroso. El último desprendimiento de tierra tiene cerca de sesenta metros de largo por quince de ancho. Se perdieron entre doscientas y trescientas viviendas, pero no hubo más que diez muertos. ¡Esa gente fue afortunada!

Maclver guió el helicóptero en un círculo, tomó nota en una libreta, luego volvió a dejar el aparato en posición para seguir su curso y tomar altura. En cuanto se estabilizó y se niveló, dijo:

—Es todo suyo —Dunross volvió a tomar los controles.

Por el horizonte que quedaba a su derecha vieron acercarse a

Sha Tin. Cuando estuvieron más cerca, Maclver quitó las cubiertas de los cuadrantes.

—Muy bien —comentó—. Posición correcta.

—¿Has tenido algunos trabajos interesantes últimamente?

—Sólo un poco más de lo mismo. Me alquilaron uno para Macao, si el tiempo lo permite, mañana por la mañana.

—¿Lando Mata?

—No. Un norteamericano llamado Banastasio. ¡Cuidado con sus revoluciones! ¡A ver, allá está su pista de descenso!

La aldea de pescadores de Sha Tin estaba cerca de los caminos que volvían a las colinas donde se tenía el ascenso. La pista para éste consistía en un camino de tierra abierto en la ladera montañosa a base de máquina niveladora. Al pie de las pendientes había unos cuantos automóviles, unos en remolques y plataformas rodantes, pero casi no se veían espectadores. En condiciones normales debían estar ya reunidos allí por centenares, en su mayoría europeos. Ese ascenso era el único evento de carreras automovilísticas de la Colonia. La ley británica prohibía que se utilizara una parte del sistema público de caminos para carreras, y era la razón por la que la del Grand Urix anual, para aficionados, se había organizado en Macao bajo los auspicios conjuntos del Sportscar and Rally Club de Hong Kong y el Consejo Municipal Portugués. El año anterior, Guillo Rodríguez, de la policía de Hong Kong había ganado la carrera de sesenta vueltas en tres horas veintiséis minutos, a velocidad promedio de 115 km/hora, y Dunross en un Lotus y Brian Kwok en un Jaguar tipo E, prestado, habían corrido, cuello con cuello en segundo lugar, hasta que a Dunross le había explotado una rueda, saliéndosele luego del eje y obligándolo a irse contra la Curva del Pescador, donde por poco no se había matado. Ese accidente se había producido en el mismo lugar donde su motor había explotado en el '59, el año anterior a su toma de posesión como tai-pan.

En aquel momento, él estaba con toda su atención puesta en el aterrizaje, sabedor de que eran el blanco de las miradas.

El helicóptero estaba en posición correcta, sus revoluciones eran las indicadas para el descenso. El viento soplaba hacia adelanté y un poco a la derecha, haciéndolos oscilar un poco a medida que se acercaban a tierra. Dunross sujetaba el aparato con todo cuidado.

En el lugar exacto rectificó la posición y paró, revoloteando con absoluto control de la máquina. Luego, en perfecta coordinación de todos los instrumentos, abrió un poco la válvula, con toda suavidad* levantando también la palanca izquierda para cambiar el ritmo de las aspas y suavizar más el aterrizaje. Los patines de aterrizaje tocaron el suelo. Dunross abrió el resto de la válvula obturadora y con toda suavidad bajó la palanca hasta el fondo. El aterrizaje había sido el mejor que él había efectuado.

Maclver no dijo nada. Su mejor alabanza era el hecho de pretender que eso era lo que esperaba del piloto. Se limitó a observar las maniobras de paro total del motor. Luego sugirió:

—Tai-pan, ¿por qué no me permite hacer eso por usted? Toda esta gente parece estar bastante ansiosa.

—Gracias.

Dunross mantuvo la cabeza baja y se acercó al grupo de gente que vestía impermeable. Sus pies se hundían en el fango.

—Buenos días.

—Esto está horroroso, tai-pan —comentó George T'Chung, el hijo mayor de Shitee T'Chung—. Hice la prueba con mi autobús y sé quedó atascado en la primera vuelta —señaló en dirección a la pista, el vehículo tipo E estaba hundido, con uno de los guardabarros doblado—. Tendré que traer un tractor para sacarlo de ahí —una ráfaga dé lluvia los empapó.

—¡Qué maldita pérdida de tiempo! —exclamó en tono agrio Don Nikklin, un muchacho belicoso, de baja estatura, de unos veintiocho años— ¡Debimos haber cancelado esto desde ayer!

Muy cierto —pensó Dunross con satisfacción—, pero entonces yo no habría tenido excusa para volar, y el placer inefable de verte a ti aquí, con toda tu mañana echada a perder.

—El acuerdo fue que haríamos la prueba hoy por la mañana. Todos convinieron en que era una decisión arriesgada —comentó Dunross con gentileza—. Tú estabas ahí. También tu padre. ¿Eh?

McBride se apresuró a proponer:

—Yo sugiero formalmente que esto se posponga.

—Aprobado —dijo Nikklin, y subió a su nuevo camión de doble tracción, que arrastraba una plataforma con su Porsche reforzado cubierto por una lona a la medida.

—¡Simpático muchacho! —comentó alguien con ironía.

Todos lo vieron poner en movimiento su plataforma y salir patinando, de entre el peligroso lodo del camino, con extraordinaria habilidad. Pasó junto al helicóptero, cuyo motor estaba a punto de apagarse y las ruedas de las turbinas perdían más y más velocidad.

—Es una lástima que ese muchacho sea semejante cerdo —comentó otro—. ¡Es tan buen automovilista!

—¡Hasta Macao, tai-pan! —dijo George T'Chung riendo, en tono de patricio y con su acento típico de escuela pública inglesa.

—Sí —confirmó Dunross—. Esta vez ganaré, ¡por Dios que sí!

Su voz se hizo más categórica al lanzar ese desafío. Esperaba con ansia el mes de noviembre para volver a derrotar a Nikklin. Lo había vencido en tres de seis certámenes, pero nunca había ganado el Grand Prix, porque sus coches nunca habían sido suficientemente fuertes para resistir toda la presión de su enérgico pie derecho.

—¡Oh no, no ganará, tai-pan! ¡Este es mi año bueno! Tengo un Lotus 22, lo mejor que mi viejo pudo sacar del lote de autos. ¡Usted irá viéndole la cola durante las sesenta vueltas!

—¡Ni en mil años! Mi nuevo tipo E hará..

Dunross interrumpió la frase. Un auto de la policía patinaba en medio del fango, acercándosele. ¿Qué hacía Sinders ahí tan temprano? —se preguntó, sintiendo un vacío incómodo en el estómago— El le había dicho a mediodía. Sin reflexionar se llevó la mano al bolsillo trasero, para cerciorarse de que el sobre estaba a salvo. Sus dedos le dieron la tranquilidad buscada.

La noche anterior, al volver al estudio de P. B. White, había sacado los once pedazos de papel para examinarlos de nuevo con luz. Las cifras carecían de significado. Me alegro —había pensado. Después había ido a una máquina de copiado fotostático que estaba junto al escritorio de cubierta de cuero y había sacado dos copias de cada página. Puso cada juego de copias en un sobre separado y los cerró.

Uno de ellos lo rotuló así: «P. B. White: por favor entréguelo al tai-pan de Struan, sin abrir». Luego lo ocultó en un libro que tomó al azar, de la estantería y que volvió a poner en su sitio con todo esmero.

Siguiendo las instrucciones de AMG, el segundo sobre lo rotuló con una "G" para Riko Gresserhoff, y se lo echó al bolsillo. Los originales los puso en un último sobre sellado que también se

guardó en el bolsillo. Después de revisar por última vez la librería, para cerciorarse de que la puerta secreta estaba bien cerrada, abrió la del estudio y salió. Unos minutos después, él y Gavallan habían salido con Casey y Riko, y aunque había oportunidades de sobra para dar a ésta su juego de copias en privado, había decidido que lo mejor era esperar hasta que se entregaran los originales.

¿Deberé dar a Sinders los originales ahora o a mediodía? —se preguntó, al ver el auto de la policía, que se detuvo ante él. El jefe inspector Donald C. C. Smyth salió del vehículo. Ni Sinders ni Crosse lo acompañaban.

—'nos días —saludó Smyth con toda cortesía, tocándose la visera de la gorra con el garrote, mientras tenía el otro brazo todavía en cabestrillo—. Perdóneme, señor Dunross, ¿está usted alquilando el helicóptero?

—Sí, así es, jefe inspector. ¿Qué se ofrece?

—Tengo un pequeño problema más adelante, sobre el camino, y vi que usted venía hacia acá. Me preguntaba si podríamos pedirle prestado a Maclver y el pájaro durante una hora... O si usted regresa sin tardanza, si podríamos utilizarlo tan pronto como usted lo desocupe...

—Por supuesto. Estaré en vuelo en un segundo. Se ha cancelado el ascenso a la colina.

Smyth miró de reojo la ruta montañosa y luego el firmamento y comentó con filosofía:

—Yo diría que esa fue una medida sabia, señor. Alguien habría resultado herido, no cabe la menor duda. Si me permite, ¿puedo hablar con Maclver?

—Claro que sí. Espero que no se trate de nada serio.

—No. No es grave en absoluto, pero sí es interesante. La lluvia ha puesto al descubierto un par de cadáveres que estaban sepultados en la misma zona donde se encontró el cuerpo de John Chen. Los demás circunstantes se acercaron.

—¿Los licántropos? —preguntó George T'Chung aterrado— ¿Más víctimas secuestradas?

—Así lo suponemos. Los dos eran jóvenes. A uno le rompieron la cabeza y al otro pobre se la cortaron a medias, al parecer con una azada. Ambos eran chinos.

—¡Dios Santo! —el joven George T'Chung se había puesto

pálido.

Smyth asintió con la cabeza en un gesto de acrimonia y preguntó:

—¿Ustedes no han oído hablar de algunos hijos de ricos que hubieran sido secuestrados?

Todos sacudieron la cabeza en un gesto negativo.

—No me sorprende —comentó Smyth—. Es una estupidez de las familias el negociar con los secuestradores y guardar secreto al respecto. Por desgracia, quienes descubrieron los cadáveres fueron personas del lugar, ¡así que la noticia se volverá encabezado de los periódicos desde aquí hasta Pekín!

—¿Quiere llevarse los cadáveres en avión?

—Oh no, tai-pan. La prisa se refiere a traer aquí cuanto antes a unos expertos del CID para que registren la zona antes que vuelva la lluvia. Tenemos que tratar de identificar a los pobres desgraciados. ¿Puede salir en el acto?

—Sí, sí. Por supuesto.

—Gracias. Lamento molestarlo. Me apena lo de Noble Star, pero mi gran apuesta estará a favor de usted el sábado —Smyth hizo una ligera inclinación de cortesía y se retiró.

George T'Chung no trató de disimular su perturbación.

¡Todos nosotros somos blancos para esos malditos desgraciados licántropos! ¡Tú, yo, mi viejo, cualquiera! ¡Jesucristo! ¿Cómo podemos defendernos de ellos?

Nadie le contestó.

Luego Dunross dijo riendo:

—No hay por qué preocuparse, viejo querido. Somos inviolables. Todos nosotros somos inviolables.

73
10:01 a.m.

El teléfono sonó en la semioscuridad de la habitación. Bartlett trató de despertar. Hola...

—Buenos días, señor Bartlett. Habla Claudia Chen. Pregunta el tai-pan si usted necesita el coche hoy por algún motivo.

—No. No, gracias —miró su reloj— ¡Santo Dios! —musitó, asombrado de haber dormido hasta tan tarde— Ehm... gracias, Claudia, regreso el lunes a mediodía. ¿Le parece bien?

—Sí... ehm... sí, muy bien.

—Gracias.

Bartlett dejó el auricular y permaneció acostado boca arriba un momento, tratando de concentrarse. Se estiró con complacencia, feliz de no tener motivo para precipitarse en absoluto y disfrutando del raro placer de poder permitirse un poco de pereza.

Eran las cuatro de aquella mañana cuando había puesto sobre la perilla de su puerta el aviso de "favor de no molestar", y había desconectado los teléfonos hasta las 10 a.m. antes de quedarse dormido. La noche anterior, Orlanda lo había llevado a Aberdeen, donde ella había alquilado un bote de placer.

Habían navegado sin rumbo por entre los canales. La lluvia hacía que la cabina bien protegida resultara aún más acogedora, con su brasero cálido y la comida caliente y bien sazonada.

—En Shanghai cocinamos con ajo, chiles y pimientos fuertes y toda clase de especias, —le había explicado la chica mientras le servía, y los palitos chinos en sus manos parecían una simple extensión de sus finos dedos—. Cuanto más al norte vas, tanto más fuerte es la sazón de los alimentos, tanto menos arroz se come y tanto más pan y pastas intervienen en el menú. El norte es partidario del trigo. Sólo la parte sur de China es amiga del arroz, Linc. ¿Quieres más?

Había comido bien y bebido la cerveza que Orlanda había traído consigo. Había sido una noche feliz para él. El tiempo había transcurrido sin sentirse, mientras ella lo distraía con relatos de

Asia y de Shanghai. Su mente era ágil y diestra. Luego, mientras la lluvia golpeaba la lona que cubría la cabina, y los platos del servicio desaparecían de la mesa, él y la chica se habían reclinado, uno al lado de otro, tomándose de la mano, con los dedos entrelazados y ella había dicho:

—Linc, siento decírtelo, pero te amo.

Había sido una sorpresa pará él.

—No hay razón para que lo sientas, —había protestado él, sin estar preparado aún para responder en el mismo tono.

—Pero así es. Complica las cosas. ¡Oh, sí! Eso complica mucho las cosas.

Sí —pensaba luego—. Es tan fácil para una mujer decir te amo, y tan difícil para un hombre, tan imprudente, porque queda atrapado. ¿Es esa la palabra adecuada? Todavía en ese momento, él seguía sin respuesta.

Tendido en la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca, volvió a pensar en la noche anterior. Era un tocar y dejar; manos en busca, tanto las de él como las de ella, pero sin nada definitivo. Y no porque ella se lo impidiera o la detuviera. Simplemente él se abstenía. Pero al fin...

—Nunca antes habías hecho eso —se dijo en voz alta—. En cuanto tenías entusiasmada a una chica, no te quedabas a medio camino.

Al recordarlo quería haber llegado hasta el final, pues tenía aún clara la imagen de aquel intenso deseo que los abrumaba a los dos.

—Yo no soy una diversión de una noche, ni una ramera euroasiática, —resonaba todavía en los oídos de Linc.

En el taxi, camino a casa de Orlanda, no habían conversado. Se habían limitado a ir tomados de la mano. Esa es la parte más poco afortunada de todo el paseo —pensó, sintiéndose un tonto, pueril—. ¡Ir tomados de la mano! Si alguien me hubiese dicho hace un mes que me contentaría con eso, le habría contestado que era un cabeza hueca y habría hecho con él una apuesta de mucho dinero.

Dinero. Tengo más que suficiente para Orlanda y para mí. Pero, ¿qué decir de Casey? ¿Y de Par-Con?

Primero lo primero. Veamos si Casey me habla de Murtagh y me dice por qué ha estado sentada sobre ese brasero ardiente. ¿Gornt? ¿Gornt o Dunross? Dunross tiene clase, y si Banastasio está en

contra de él, eso le da un gran voto de confianza.

Después de haber hablado con Armstrong de su teoría sobre Banastasio, el policía inglés le había dicho: —Veremos qué podemos averiguar, pero las credenciales del señor Gornt son de lo más impecable que puede encontrarse en la Colonia. Usted puede estar seguro de que Vincenzo Banastasio estará en la cima de nuestra lista negra pero, ¿no cree que la verdadera amenaza de su parte está en Estados Unidos?

—Oh, sí. Pero ya se lo dije a Rosemont y...

—¡Ah! Muy bien. Eso es muy atinado. Ese es un buen hombre. ¿Vio usted a Ed Langan?

—No. ¿El también es de la CIA?

—No lo sé en forma oficial, ni siquiera de Rosemont, señor Bartlett. Deje el asunto en mis manos.¿Tuvo él alguna idea con respecto a los rifles?

—No.

—Bueno. No se preocupe. Yo transmitiré la información de usted y me enlazaré con él... A propósito, es muy buen profesional.

Un cierto temor lo recorrió. Tendría que ser muy hábil para poder superar a la mafia... si Banastasio era en realidad miembro de ella.

Estiró la mano y marcó el número del cuarto de Casey. No obtuvo respuesta. Entonces llamó a la administración, para pedir sus recados. La recepcionista le dijo que todo estaba ya en su cuarto, introducido por debajo de la puerta.

—¿Querría que le mandáramos también sus cables y mensajes de telex?

—Claro. Por favor. ¿Hay algún recado de Casey Tchlok?

—No, señor.

—Gracias.

Saltó dé la cama y se dirigió a la puerta. Entre los mensajes telefónicos había un sobre. Reconoció la escritura de ella. Los mensajes eran todos de negocios, con excepción de uno: «Llamó el señor Banastasio, por favor comuníquese con él». Bartlett puso ese recado a un lado y abrió el sobre de Casey. Su nota marcaba la hora: las 9.45 a.m., y decía: «¡Hola, Linc! No quise perturbar tu sueño de belleza... volveré alrededor de las seis. ¡Que te diviertas!»

¿A dónde podrá haber ido? —se preguntó sin especial interés.

Tomó el teléfono para hablar con Rosemont, pero cambió de opinión y marcó el número de Orlanda.

No obtuvo respuesta. Volvió a marcarlo. El tono de llamada continuaba inmutable.

—¡Maldita sea! —exclamó, dejando a un lado su disgusto.

Tienes una cita para comer… Entonces, ¿a qué viene la prisa? Un almuerzo dominical aquí, en el último piso del V y A, y todo el tiempo del mundo. Sí, es el almuerzo dominical al que acude lo mejor de la gente, Linc. ¡Es algo superior! Ese buffet, con sus platillos fríos y calientes, es tema de conversación de toda Asia. ¡Lo mejor de lo mejor!

—¡Dios santo! ¡Toda esta comida! ¡Para la semana entrante yo pesaré ya una tonelada!

—Tú no. Nunca, nunca, nunca. Si quieres vamos a dar una larga caminata, o cuando se quite la lluvia jugamos tenis. ¡Haremos lo que tú quieras! ¡Oh, Linc, cómo te amo!

* * *

Casey se apoyaba en la balaustrada del muelle de Kowloon, en medio de toda la muchedumbre. Llevaba pantalón de caqui y una blusa de seda amarilla, que dejaba ver su figura sin ostentación. Un suéter de lana fina que armonizaba con el resto del atuendo estaba sujeto al cuello de manera informal. Zapatos tenis, y en su gran bolso de mano un traje de baño… No porque crea necesitarlo hoy —se dijo, viendo la Cumbre envuelta en un manto de nubes hasta Mid Leveis, el firmamento en una oscuridad tenebrosa del lado del Este y una densa línea de lluvia tormentosa que ya tocaba la isla. Un pequeño helicóptero pasó sobre el muelle, atravesó la bahía y se dirigió a la zona Central. Casey lo vio aterrizar en uno de los edificios. ¿No es ése el edificio de Struan? Sí, no cabe duda. Me pregunto si Ian va en el aparato.

Me pregunto si habrán decidido tener la subida a la colina. Anoche él dijo que se cancelaba, pero que tal vez algunos de ellos querrían emprender la aventura de todas maneras.

En ese momento pudo ver el crucero de motor que se acercaba. Era un yate grande y caro, de línea esbelta, con un emblema rojo en la popa y un estandarte de vivos colores en el palo mayor. Casey

pudo ver a Gornt frente al timón. Estaba vestido de manera muy informal, con las mangas de la camisa enrolladas y pantalón de manta. La brisa del mar le había rizado la negra cabellera. El la saludó agitando la mano. Ella respondió en la misma forma. En la cubierta había otras personas. Pudo distinguir a Jason Plumm, a quien había conocido en las carreras, a Sir Dunstan Barre, a quien le habían presentado en la fiesta del tai-pan. Llevaba una cómoda chaqueta de lana azul y pantalón blanco. Pugmire lucía un atuendo tan marinero como el de Barre.

Gornt acercó la voluminosa embarcación hasta ponerla paralela al muelle con gran pericia. Bajó las pasarelas con sus respectivos postes. Casey caminó sobre el entarimado del muelle hasta llegar a los peldaños mojados y resbaladizos. Cinco chicas chinas estaban ya esperando en el descanso de la escalera, vestidas alegremente, con ropa de mar; reían, charlaban y hacían señas con las manos.

Mientras Casey las contemplaba, ellas saltaron con dificultad hasta la cubierta, con ayuda del marino ayudante, y se quitaron los zapatos de tacón alto. Una sé dirigió a Barre, otra a Pugmire y la otra a Plumm. Las otras dos bajaron a los camarotes, en jubilosa carrera.

¡Maldita sea! —pensó Casey con disgusto. Esta va a ser una de esas fiestas clásicas. Pensó en darse la vuelta y alejarse, pero vio que Gornt se inclinaba sobre la borda y la observaba.

—¡Hola, Casey! Me apena que tengamos lluvia. Ven a bordo.

El yate subía y bajaba, contoneándose en el oleaje del mar inquieto. Las olas azotaban los peldaños de la escalera y el casco de la embarcación.

—¡Sube a bordo! Es bastante seguro —invitó Gornt.

Reaccionando en el acto a lo que a ella le supo a provocación, bajó con rapidez los peldaños de la escalera, rehusó la ayuda que se le ofrecía, esperó el momento preciso y saltó sobre el yate.

—Lo hiciste como si tuvieras experiencia en estas embarcaciones —observó Gornt con admiración, saliéndole al encuentro—. ¡Bienvenida a bordo del *Sea Witch*.

—Me gusta navegar, Quillan, sólo que creo que aquí estoy fuera de lugar.

—¿Cómo? —preguntó Gornt frunciendo el ceño; Casey no sintió que en su gesto hubiera reto o provocación— ¿Te refieres a las

chicas?

—Sí.

—No son más que amigas de mis invitados —la miró con firmeza—. Yo entendí que tú querías que se te tratara con igualdad.

—¿Qué cosa?

—Pensé que deseabas un trato de igualdad en un mundo masculino, en el que hay negocios y placer, para sentirte aceptada, ¿me equivoqué?

—Sí, lo deseo —contestó con frialdad.

La actitud cálida de Gornt no cambió.

—¿Te molesta porque sabes que los demás son casados y has conocido ya a algunas de sus esposas?

—Sí. Creo que eso es.

—¿No te parece una actitud un tanto injusta?

—No. No creo que lo sea —contestó incómoda.

—Tú eres mi invitada, mi invitada. Las otras son invitadas de mis invitados. Si quieres igualdad, tal vez debas estar dispuesta a aceptar la igualdad.

—Esto no es igualdad.

—Es evidente que yo te estoy ofreciendo un trato de confianza. Como a igual, debo decirte que los demás no te consideraban tan confiable como yo te considero —su sonrisa se endureció—. Les dije que podían irse o quedarse. En mi yate hago lo que yo quiero, y les garanticé tu discreción y tu buena educación. Esto es Hong Kong. Nuestras costumbres son diferentes. Esta no es una sociedad puritana, si bien, tenemos reglas estrictas. Tú estás sola. Soltera. Muy atractiva y te damos una cálida bienvenida. Como a igual. Si tú hubieras estado casada con Linc, no se te habría invitado, ni en compañía de él ni a ti sola. A él podríamos haberlo invitado, y lo que él te hubiera dicho a su retorno habría sido asunto suyo.

—¿Quieres decirme que esta es una costumbre regular de Hong Kong? ¿Que los hombres salgan con chicas un domingo por la tarde?

—No. En absoluto. Lo que quiero decir es que mis invitados me preguntaron si podían invitar a personas que alegrarían lo que de otra manera habría sido una comida tediosa para ellos —Gornt la miraba de frente, sin parpadear.

El *Sea Witch* osciló, impulsado por otra ola. Barre y su

compañera se tambalearon y casi perdieron el equilibrio. La chica dejó caer la copa de champaña. Gornt no se movió. Casey tampoco. Ni siquiera necesitó aferrarse a la barandilla.

—¿Has navegado mucho? —preguntó él sin ocultar su admiración.

—Tengo un bote de dieciocho pies, de fibra de vidrio, clase Olympic, con equipo de balandra. Lo tengo sobre un remolque. A veces salgo a navegar en fines de semana.

—¿Tú sola?

—La mayoría de las veces, sí. Hay días en que Linc va conmigo.

—¿Está él ahora en la colina, para el ascenso?

—No. Oí decir que se había cancelado.

—¿Piensa ir a Taipei esta tarde?

—No. Tengo entendido que se canceló también ese viaje.

Gornt asintió con la cabeza y observó:

—Fue una medida prudente. Mañana habrá mucho que hacer —su mirada era amable—. Siento que estés ofendida. Pensé que eras distinta del común de las mujeres. Lamento que hayan venido las otras.

Casey percibió la gentileza sincera y comentó:

—Sí. Yo también lo lamento.

—A pesar de ¡todo, ¿querrías quedarte? Espero que sí, pero cuento con tu discreción... Yo la garanticé...

—Me quedo —se limitó a decir—. Gracias por confiar en mí.

—Ven al puente. Tenemos champaña y el almuerzo va a gustarte.

Una vez tomada la decisión, Casey dejó a un lado sus objeciones y se preparó para gozar del día.

—¿A dónde vamos?

—Hacia Sha Tin. En esa zona el mar estará tranquilo.

—Quillan, éste es un yate magnífico.

—Voy a mostrártelo todo dentro de un momento. Hubo una ráfaga de lluvia y los dos se pusieron bajo la lona protectora de cubierta; Gornt miró el reloj de la torre. Eran las 10:10. Estaba a punto de ordenar que levaran anclas, cuando Peter Marlowe llegó, bajó corriendo las escaleras del muelle y saltó a bordo. Su sorpresa fue grande al encontrarse con Casey.

—Lamento llegar tarde, señor Gornt.

—Está bien, señor Marlowe. Pensaba darle todavía un par de minutos más... Sé lo que es tener el cuidado de niños. Perdóneme un segundo. Tengo entendido que ustedes dos se conocen. A propósito, Casey es mi invitada y su discreción está garantizada —le dirigió una sonrisa y mirándola insistió—. ¿No es cierto?

—Absolutamente.

Gornt se dio la vuelta y los dejó solos, para ir a hacerse cargo del timón. Ellos lo observaron un momento, los dos un poco apenados. La brisa del mar enfriaba el agua de la lluvia y la hacía caer en ángulo.

—No esperaba verte, Peter.

—Tampoco yo a ti.

Casey lo estudió, sosteniéndole la mirada.

—¿Es una de las... de las otras tu compañera? Dímelo claro.

La sonrisa de Peter era algo extraña.

—Aun cuando lo fuera, yo diría que no es asunto tuyo. La discreción y... todo lo demás. A propósito, ¿eres tú la amiga íntima de Gornt?

Casey lo miró azorada.

—¡No, no! ¡Claro que no!

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—No sé. Él... él sólo me dijo que estaba invitada en plan de iguales.

—Oh, oh, ya entiendo —Peter se sintió aliviado—. Tiene un extraño sentido del humor. Yo te lo había advertido. Ahora, en respuesta a tu pregunta, ¡por lo menos ocho chicas son parte del harem Marlowe!

Casey rió con él. Luego Peter añadió:

—No tienes que preocuparte por Fleur. Entiende muy bien todo esto.

—Yo quisiera poder entenderlo también, Peter. Todo es más bien nuevo para mí. Siento lo de... sí, lo siento.

—Esto es nuevo para mí también. Nunca había estado paseando en yate en domingo. ¿Por qué tú...? —su sonrisa se desvaneció.

Casey siguió la mirada de Peter. Robin Grey iba subiendo la escalera y se dirigía a servirse una copa de champaña. Una de las chicas estaba presentándole la suya. Casey se dio la vuelta y miró sin parpadear a Gornt. Pudo observar que miraba al visitante de

hombre a hombre. Luego puso los ojos en ella y la invitó:

—¡Sube al puente! Tenemos vino, champaña, Bloody Marys y, si prefieres, café —mantuvo una actitud al parecer indiferente, pero en su interior estaba gozando muchísimo de la situación.

74
11:15 a.m.

—Repito, señor Sinders, no sé nada de ningún cable, de ningún Arthur, de ningunos expedientes, de ningún norteamericano. Tampoco conozco al mayor Yuri Bakyan... El hombre era Igor Voranski, marino de primera clase.

Suslev logró dominar su temperamento. Sinders estaba sentado frente a él, detrás del escritorio, en la desaliñada sala de entrevistas de la oficina central de policía. Suslev había esperado encontrarse allí con Crosse, para que lo ayudara, pero no lo había visto en absoluto.

Ten cuidado —se dijo—. Estás loco. No tendrás ayuda de Roger. Y con razón. A ese espía hay que protegerlo. En cuanto a Boradinov, tampoco él es una ayuda. Miró de reojo a su primer oficial, que estaba sentado al lado, rígido, inmóvil en su silla y con una espantosa sensación de incomodidad.

—¿Y usted insiste todavía en que este espía Dimitri Metkin no se llamaba Leonov, Nicoli Leonov... que también era un mayor del KGB?

—Eso es un disparate. Todo es un disparate. Informaré de todo este incidente a mi gobierno. Ha..

—¿Están terminadas las reparaciones de su barco?

—Sí. Por lo menos lo estarán antes de medianoche. Nosotros traemos muy buen dinero a Hong Kong y pagamos nuestras cu...

—Sí, y no son causa de otra cosa que de extraños problemas, como sucedé con el mayor Leonov y con Bakyan.

—¿Se refiere a Metkin? —Suslev miró a Boradinov para quitarse de encima una parte de la responsabilidad—. ¿Tú conocías a algún Leonov?

—No, camarada capitán —tartamudeó el primer oficial—. No sabíamos nada.

—¡Qué montón de embusteros! —suspiró Sinders—. Por fortuna Leonov nos habló bastante de ustedes y del *Ivanov*, antes que ustedes lo mataran. Sí, su mayor Leonov cooperó con mucha

eficiencia —de pronto, su voz se convirtió en un latigazo—. Primer oficial Boradinov, ¡haga el favor de esperar afuera!

El joven se puso de pie antes de darse siquiera cuenta de lo que hacía. Estaba pálido. Abrió la puerta. Afuera, un agente chino de los Servicios Especiales le señaló una silla y cerró la puerta.

Sinders hizo a un lado la pipa, sacó una cajetilla y encendió un cigarrillo, con toda parsimonia.

La lluvia seguía azotando las ventanas. Suslev se mantuvo en espera. El corazón le latía con fuerza. Observó a su enemigo desde abajo de sus pobladas cejas, y se preguntó qué tendría Crosse para él, que pudiera ser tan urgente. Esa mañana, el que llamaba por el teléfono secreto era Arthur, para preguntarle si podía encontrarse con Roger Crosse alrededor de las ocho de la noche en Sinclair Towers.

—¿Qué puede ser tan urgente? Yo debo estar en mi barco y hac...

—No lo sé. Roger dijo que era urgente. No había tiempo para discutirlo. ¿Has visto a Koronski?"

—Oh, sí. Todo está arreglado. ¿Puedes hacer la entrega?

—Sí, con toda seguridad mucho antes de medianoche.

—No falles. El Centro cuenta contigo ahora —luego había añadido, mintiendo—. Dile a nuestro amigo que son órdenes.

—Excelente. No fallaremos.

Suslev había podido percibir la excitación. Parte de sus temores se había desvanecido. Ahora estaba volviendo. No le gustaba estar allí, tan cerca de la posibilidad de quedarse para siempre. La reputación de Sinders era muy conocida en el KGB. Un hombre entregado a su causa, sagaz y propenso a percepciones agudas y previsoras.

—Estoy muy cansado de todas estas preguntas, señor Sinders — dijo, asombrado del hecho de que el jefe de MI-6 hubiera venido en persona a Hong Kong y pudiera parecer un individuo tan poco importante; se levantó y añadió en plan de prueba—. Me retiro.

—Hábleme de Sevrin.

—¿Sevrin? ¿Qué cosa es Sevrin? Yo no tengo que perder mi tiempo contestando sus preguntas. No teng...

—Estoy de acuerdo, camarada capitán. En términos normales no, pero a uno de sus hombres se le sorprendió en un acto de

espionaje y nuestros amigos norteamericanos desean mucho tenerlo en sus manos.

—¿Qué cosa?

—¡Oh, sí, y me temo que no sean tan pacientes como nosotros! El miedo de Suslev retrocedió un momento.

—¡Más amenazas! ¿A qué viene este amenazarme? —explotó—. Nosotros actuamos dentro de la ley. ¡Yo no soy responsable de problemas! ¡Exijo que se me permita volver a mi barco, ahora mismo!

Sinders se limitó a mirarlo y luego dijo:

—Muy bien. Hágame el favor de retirarse —dijo en voz baja.

—¿Puedo irme?

—Sí, sí. Claro. Que tenga buen día.

Atónito, Suslev lo miró incrédulo por un instante, luego se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—No necesito decirle que haremos saber a sus superiores que usted nos entregó a Leonov.

Suslev se detuvo aterrado.

—¿Qué dijo?

—Leonov nos dijo, entre otras cosas, que usted lo había incitado a interceptar el material. Después, usted hizo que nos llegara la noticia de la operación.

—¡Mentiras ... mentiras! —dijo horrorizado al pensar que tal vez habían atrapado a Roger Crosse, del mismo modo que habían atrapado a Metkin.

—¿No fue también usted el que avisó a los norcoreanos que Bakyan estaría aquí?

—No. No, yo no avisé nada —titubeó Suslev, sintiendo un gran alivio al ver que Sinders le tendía lazos, tal vez sin tener ninguna información auténtica; sintió más confianza en sí mismo—. Eso no es más que otra sarta de necedades suyas. Yo no conozco a ningún norcoreano aquí en Hong Kong.

—Yo le creo, pero estoy seguro de que el Primer Directorado no le prestará oídos. Que tenga buen día.

—¿Qué quiere usted decir?

—Hábleme del cable.

—No sé nada de eso. Su superintendente se equivocó. No fui yo quien lo dejó caer.

—Por favor, usted sabe que sí. ¿De qué norteamericano habla?

—No sé nada de ningún norteamericano.

—Hábleme de Sevrin.

—No sé nada de Sevrin. ¿Qué cosa es? ¿Quién es?

—Estoy seguro de que sabe que sus superiores del KGB están violentos con todas estas fugas de información y se sienten muy desconfiados. Si usted logra zarpar, le sugiero, tanto a usted como a su primer oficial, a su barco y a su tripulación entera, que no vuelvan a navegar en estas aguas jamás...

—¿Vuelve a amenazarme? Esto va a convertirse en un incidente internacional. Informaré a mi gobierno y al suyo y...

—Sí, y nosotros también, por vía oficial y en privado. Por conductos muy privados —los ojos de Sinders tenían la frialdad del hielo, aunque sus labios sonreían.

—¿Puedo... puedo irme ya?

—Sí. A traer información.

—¿Qué?

—¿Quién es el norteamericano y quién es "Arthur"?

—No conozco a ningún Arthur. ¿Arthur qué?

—Esperaré hasta medianoche. Si usted zarpa sin informarme, cuando yo vuelva a Londres me cercioraré de que llegue a los oídos de su agregado naval en Londres la noticia de que usted entregó a Leonov, a quien llama Metkin, y también a Bakyan, al que llama Voranski, a cambio de favores del Departametno de Servicios Especiales de Inteligencia.

—¡Eso es mentira! ¡Puras mentiras! ¡Usted lo sabe!

—Quinientas personas lo vieron en el hipódromo con el superintendente Crosse. Fue entonces cuando le entregó a Metkin.

—¡Más mentiras! —Suslev trató de ocultar su terror.

Sinders dejó escapar una risita burlona.

—Veremos si son mentiras, ¿no cree? Su nuevo agregado naval en Londres tiene mucho interés en aferrarse a cualquier pedazo de paja que pueda congraciarlo con sus superiores ... ¿Eh?

—No entiendo —protestó Suslev, entendiendo perfectamente. Estaba en una trampa.

Sinders se inclinó hacia adelante, para sacudir el tabaco quemado de su pipa y dijo en tono definitivo:

—Escúcheme con toda atención. Le cambio su vida por el

norteamericano y por Arthur.

—No conozco a ningún Arthur.

—Será un secreto entre usted y yo exclusivamente. No lo diré a nadie. Le doy mi palabra.

—No conozco a ningún Arthur.

—Usted me lo señala y está salvado. Usted y yo somos profesionales, entendemos el significado del trueque... y de la salvación... y el de un trato aislado privado, sumamente secreto. Esta vez usted está en nuestras manos. Tiene que entregar lo que tiene. Si zarpa sin decirme quién es Arthur, le aseguro, como dos y dos son cuatro, y tan cierto como que existe un KGB, que yo lo entrego a usted —la mirada de Sinders se clavó inmisericorde en él —. ¡Qué tenga buen día, camarada capitán!

Suslev se levantó y salió. Cuando él y Boradinov sintieron que estaban de nuevo al aire libre, en la realidad de Hong Kong, ambos comenzaron a respirar. Suslev guió en silencio la marcha hacia el otro lado de la calle, hasta el bar más cercano, y ordenó dos vodkas dobles.

La mente de Suslev era un torbellino. *¡Kristos!* —quería gritar—. Soy hombre muerto si lo hago y lo soy si no lo hago, ¡Ese maldito cable! Si señalo a Banastasio y a Arthur, reconozco que estoy al tanto de Sevrin y quedo en poder de ellos para siempre. Si no lo hago, mi vida habrá terminado. De un modo o de otro, será peligroso volver a la patria en estas condiciones y no menos peligroso regresar aquí. De un modo o de otro, ahora necesito esos expedientes de AMG o a Dunross, o las dos cosas, para protección. De un modo o de...

—Camarada cap...

Se dio vuelta a ver a Boradinov y lo maldijo en ruso. El joven palideció aterrado y dejó la frase a medias.

—¡Vodka! Otros dos ... por favor.

La chica encargada los trajo y se presentó: —Me llamo Sally, ¿tú cómo, eh?

—¡Vete al diablo! —gruñó Boradinov.

—*Dew neh loh moh* a tu maldición, ¿eh? ¿Tú te llamas diablo? No gusta tu cara, señor. Vete sin maldiciones —recogió la botella.

—Pídele una disculpa —dijo con rapidez Suslev, que no quería más problemas y no se sentía seguro de que la chica no fuera otra

espía, puesto que el bar estaba tan cerca de la oficina de policía.

Boradinov se mostró atónito ante la orden.

—¿Qué cosa?

—¡Que le pidas una disculpa, tú, estiércol sin madre!

—Perdone —masculló Boradinov, ruborizándose.

La chica rió satisfecha y preguntó a Suslev:

—¡Oye, tú, gran hombre! ¿Quieres "juego"?

—No —rectificó Suslev—. Sólo un poco más de vodka.

* * *

Crosse salió del auto de la policía y caminó a toda prisa bajo la lluvia ligera, hasta el edificio de Struan. Detrás de él, las calles estaban congestionadas de paraguas y marañas de vehículos. Las aceras llenas de gente que iba al trabajo o volvía de él, pues el domingo no era un día de asueto general.

Salió del ascensor en el vigésimo piso.

—Buenos días, superintendente Crosse. Soy Sandra Yi, secretaria del señor Dunross. Por aquí, por favor.

Crosse la siguió por el corredor, observando su trasero bien dibujado por el *chong-sam*. Ella le abrió la puerta. Crosse entró.

—Hola, Edward —saludó a Sinders.

—Tú también llegas antes de la hora, como siempre —Sinders saboreaba una cerveza—. Una vieja costumbre del ejército, ¿eh? Cinco minutos antes significa puntualidad.

A espaldas de él, en la elegante sala de juntas, había un bar bien provisto de bebidas y también de café recién hecho.

—¿Le gustaría tomar algo, señor? Los Bloody Marys están listos —propuso Sandra Yi.

—Gracias. Prefiero café... negro, por favor.

Se lo sirvió y salió de la oficina.

—¿Cómo resultó la entrevista? —preguntó Crosse.

—¿Con nuestro invitado? Bien. Muy bien. Yo diría que le arruiné el esfínter —dijo Sinders sonriendo—. Grabé la conversación, puedes oírla después de comer. ¡Ah, sí, comida...! Oye, Roger, ¿puede conseguirse pescado con hojuelas de papa en Hong Kong?

—Claro que sí. Pescado con hojuelas de papa —Crosse se tapó la

boca, reprimiendo un bostezo.

Había estado despierto la mayor parte de la noche, revelando e imprimiendo la película que había tomado en la bóveda. Esa mañana había leído y vuelto a leer los verdaderos documentos de AMG, con enorme interés. En su interior estaba de acuerdo con la actitud de circunspección de Dunross, en relación con esos expedientes. No cabía duda que AMG daba cosas de valor a cambio de dinero, cualquiera que hubiese sido su precio —pensó—. Es indudable que estos expedientes valen una fortuna.

El reloj de pared marcó las doce con una elegante campanilla. Era el mediodía. La puerta se abrió en ese momento, y Dunross entró.

—'nos días. Gracias por haber venido aquí.

Con toda cortesía los otros dos se levantaron y le estrecharon la mano.

—¿Más café?

—No, gracias, señor Dunross.

Crosse observaba con atención. Dunross extrajo del bolsillo un sobre sellado y lo ofreció a Sinders.

Este lo tomó, sopesándolo. Crosse pudo notar que los dedos le temblaban un poco.

—Supongo que usted habrá leído el contenido, señor Dunross.

—Sí, señor Sinders.

—Y... ¿qué me dice?

—Nada. Véalo usted mismo.

Sinders abrió el sobre. Examinó la primera página, luego hojeó las otras diez. Desde donde estaba de pie, Crosse no podía ver lo que había en esos pedazos de papel. Sin decir una palabra, Sinders le entregó la primera página. Las letras, los números y los símbolos de la clave no tenían significado alguno.

—Parece que fueron recortadas de algún lugar —insinuó Crosse, viendo a Dunross— ¿eh?

—¿Qué me dice de Brian?

—¿Dónde conseguiste esto, Ian? —Crosse vio que los ojos de Dunross cambiaban un poco.

—Yo he cumplido con mi parte del trato. ¿Ustedes van a cumplir con la suya?

Sinders se sentó y aclaró:

—Yo no convine en un trueque, señor Dunross. Sólo estuve de acuerdo en decir que era posible que su petición fuera satisfecha.

—Entonces, ¿no piensa dejar libre a Brian Kwok?

—Es posible que esté donde usted lo quiere cuando usted lo quiera.

—¿Es todo lo que puede decirme?

—Lo siento, pero sí.

Hubo un largo silencio. El tic-tac del reloj llenaba el cuarto, además del gotear de la lluvia. Otra ráfaga cayó y luego cesó. Toda aquella mañana, la lluvia había estado cayendo en forma irregular. Los pronósticos del tiempo advertían que la tempestad pasaría pronto, y que los depósitos de agua seguían casi intactos, no obstante toda la lluvia. Dunross empezó a hablar.

—¿Quiere decirme las probabilidades? Con toda precisión, por favor.

—Ante todo tres preguntas: ¿recortó usted estos papeles de otras hojas más grandes?

—Sí.

—¿De qué hojas y cómo?

—Alan Medford Grant había escrito unas instrucciones. Yo debía usar un encendedor, aplicado a la cuarta parte inferior derecha de las hojas, de un informe inocuo escrito a máquina. Cuando calenté las páginas, la escritura a máquina se borró y quedó lo que usted está viendo. Cuando terminé, siempre siguiendo sus instrucciones, corté los pedazos pertinentes y destruí el resto, junto con su carta.

—¿Conserva una copia?

—De los once pedazos, sí.

—Me veo obligado a pedírsela.

—Podrá tenerla cuando cumpla con su parte del trato —contestó Dunross con un tono de voz amable—. ¿Quiere decirme qué probabilidades hay?

—Por favor, entregúeme las copias.

—Lo haré, cuando usted cumpla. El lunes a la hora del ocaso. Los ojos de Sinders eran más fríos aún.

—Las copias ahora mismo, si me hace el favor.

—Cuando usted cumpla. Esa es mi decisión. Ahora, ¿cuáles son las probabilidades?

—Están a razón de 50 y 50 —contestó Sinders, poniéndolo a

prueba.

—Muy bien. Gracias. Tengo todo preparado para que las once páginas se publiquen en el *China Guardian* y en dos periódicos chinos, uno nacionalista y otro comunista, el martes por la mañana.

—Eso lo hace usted a riesgo de su propia persona. Al gobierno de Su Majestad no le agrada la coerción.

—¿Lo he amenazado yo a usted? No, no en absoluto. Esas letras y cifras son un galimatías sin sentido, si se exceptúa quizá... *quizá* algún experto en descifrar claves. Tal vez... Y tal vez esto no sea más que la broma de un difunto.

—Yo puedo detenerlo, en virtud de la Ley de Secretos Oficiales.

—Sin duda alguna puede intentarlo —asintió Dunross con la cabeza—. Pero así se desate el infierno o la Ley de Secretos Oficiales, si yo lo decido, esas páginas se publicarán en algún lugar de la Tierra esta semana. Y esa es también una decisión. El señor AMG dejó eso a mi discreción. ¿Teníamos algún otro asunto, señor Sinders?

El aludido titubeó. Al fin dijo:

—No. No, gracias, señor Dunross.

Con la misma cortesía, Dunross se dio vuelta y abrió la puerta.
—Me perdonan, pero tengo que volver a mi trabajo, Gracias por haber venido.

Crosse cedió el paso a Sinders y lo siguió hasta el ascensor. Sandra Yi, desde su escritorio, había ya oprimido el botón, para llamarlo.

—¡Oh, discúlpeme, señor! —dijo, dirigiéndose a Crosse—. ¿Sabe cuándo regresará a la Colonia el superintendente Kwok?

Crosse la miró sin parpadear y dijo:

—No hay seguridad. Puedo averiguarlo, si lo desea. ¿Por qué?

—Íbamos a cenar juntos el viernes por la noche, y ni su ama de llaves ni la gente de su oficina parece saber nada de él.

—Lo averiguaré con gusto.

Se oyó el zumbido del conmutador telefónico. Sandra Yi tomó el auricular:

—¡Oh, gracias! Sí, señor. Hola, aquí Struan . . . Un momento —procedió a establecer la comunicación.

Mientras esperaban la llegada del ascensor, viendo los números luminosos en constante ascenso, Crosse ofreció un cigarrillo a

Sinders. Sandra advirtió:
—Su llamada para él señor Alastair, tai-pan.
Volvió a escucharse el zumbido del conmutador. Sandra tomó el auricular:
—Hola... Un momento, señora. Voy a verificar —consultó una lista de citas escrita a máquina, en el momento en que se abrían las puertas del ascensor. Sinders entró y Crosse lo siguió.
—Es a la 1 de la tarde, señora Gresserhoff.
Como movido por un resorte, Crosse se detuvo y se inclinó, como quien trata de atarse la cinta del zapato, mientras Sinders, con la misma prontitud y naturalidad, detuvo la puerta.
—¡Oh, no hay cuidado, señora! Es fácil equivocarse en cuestión de horario. La mesa está reservada a nombre del tai-pan. Es el Skyline, en el Mandarín, a la 1 de la tarde.
Crosse se levantó.
—¿Quedó bien? —preguntó Sinders.
—Sí, muy bien —las puertas del ascensor se cerraron; los dos sonrieron, y Crosse observó—. Todo llega para el que sabe esperar.
—Sí. Tomaremos el pescado con hojuelas de papa en la cena, en vez de tomarlo en la comida.
—No. Usted puede comer ese menú ahora mismo. No debemos ir al Mandarín. Sugiero que nos limitemos a seguirle la pista a ella nosotros solos. Mientras tanto, nombraré agentes de vigilancia para que averigüen dónde se hospeda, ¿eh?
—Excelente —la expresión de Sinders se endureció—. ¿Gresserhoff, eh? Hans Gresserhoff era el nombre clave de un espía de Alemania Oriental al que hemos estado tratando de atrapar durante años.
—¿Ah, sí? —Crosse tuvo buen cuidado de no mostrar interés.
—Sí. Estaba en sociedad con otro desgraciado traidor de la derecha, un asesino profesional. Uno de sus nombres era Viktor Grunwald, el otro Simeon Tzerak. ¿Con que Gresserhoff, eh? —Sinders guardó silencio durante un momento, luego preguntó—: Roger... ese asunto de la publicación... la amenaza de Dunross... Podría ser muy arriesgado...
—¿Usted puede leer el mensaje en clave?
—¡Que Dios me asista! No.
—¿Qué podría ser?

—Cualquier cosa. Las páginas son para mí o para el Primer Ministro. Así que con toda probabilidad son nombres y direcciones de contactos —Sinders añadió en tono de preocupación—... Ni siquiera me atrevería a confiarlos a un cable, por más claves que usáramos. Creo que debo volver a Londres sin dilación.

—¿Hoy mismo?

—Mañana. Debo terminar antes este asunto, y me gustaría mucho conocer en persona a esa señora Gresserhoff. ¿Haría Dunross lo que dijo?

—Sin lugar a dudas.

Sinders se arrancó unos pelos de las cejas. Sus pálidos ojos azules lucían más descoloridos que de costumbre. Luego preguntó:

—¿Qué hacemos con el cliente?

—Yo diría... —se abrió la puerta del ascensor.

Los dos funcionarios de Servicios Especiales salieron, atravesaron el vestíbulo del edificio, y el portero uniformado abrió la puerta del auto de Crosse.

Avanzaban con lentitud entre el complicado tránsito de vehículos. La bahía estaba cubierta de neblina, la lluvia había cesado un momento. Crosse prosiguió:

—Yo diría que una sesión más. Después Armstrong puede empezar a reconstruir. El ocaso del lunes es demasiado pronto, pero... —se encogió de hombros—. Yo ya no propondría más dosis del cuarto rojo.

—No. En eso estoy de acuerdo contigo, Roger. Gracias a Dios que el muchacho es de complexión robusta.

—Sí.

—Pero también creo que Armstrong está a punto de derrumbarse. ¡Pobre hombre!

—Puede resistir una sesión más. Sin peligro.

—Así lo espero. ¡Caramba! Hemos tenido mucha suerte. ¡Es increíble! La sesión de las 6 de la mañana no había producido nada, pero cuando estábamos a punto de concluir, un sondeo de Armstrong reveló la existencia de oro puro: por fin supimos el quién, el porqué y el qué del profesor Joseph Yu, del Tecnológico de California, de Princeton y Stanford. Experto en cohetes por excelencia y consultor de la NASA.

—¿Cuándo debe estar en Hong Kong, Brian? —había preguntado

Armstrong, mientras todo el equipo de Servicios Especiales permanecía atónito en el cuarto de control.

—Yo... no sé... déjame pensar, déjame pensar... ¡Oh! No puedo recordar... ¡Ah, sí! es dentro de una se... al final de... de mes... ¿En qué mes estamos? No puedo re... recordar... ¿Qué día es? El iba a llegar y... luego saldría.

—¿De dónde llegaba y a dónde iba?

—Eso no lo sé... ¡oh, no! Eso no me lo dijeron... solo alguien... alguien dijo que... navegaría hacia Guam, andaba de vacaciones... venía de Hawai y aquí debía estar diez días... Creo que es diez días después... después del día de las carreras.

Y cuando Crosse había mandado llamar a Rosemont para decírselo, aunque sin revelarle la fuente de la información, el norteamericano se había quedado sin habla y presa del pánico. En el auto había mandado órdenes para que se vigilara toda la zona de Guam, con el fin de evitar la defección.

—Me pregunto si lo atraparán —musitó Crosse, mientras seguía conduciendo.

—¿A quién? —preguntó Sinders.

—A Joseph Yu.

—Espero con toda mi alma que sí —comentó Sinders—. ¿Por qué demonios se pasan al enemigo esos científicos? ¡Es condenable por todos conceptos! Lo único bueno de esa medida es que va a lanzar los cohetes chinos a la estratosfera y a hacer que se estremezca en sus cimientos todo el bloque soviético. Eso es más que bueno, si me preguntas a mí. Si esos dos se derrumbaran, sería para nosotros una ayuda inmensa— se acomodó más a gusto en el asiento posterior del auto. Le dolía la espalda—... Roger, no puedo correr el riesgo de que Dunross publique esas cifras o conserve una copia. —De acuerdo.

—Es demasiado sagaz, por eso lo han hecho tai-pan aquí. Si da a conocer que AMG nos mandó un mensaje en clave, y tiene la memoria que se supone, está ya sentenciado, ¿no crees?

—Sí.

Llegaron a Skyline a buena hora. A Crosse se le reconoció en el acto, y sin tardanza se le asignó una mesa discreta en el bar. Mientras Sinders pedía una copa y más café. Crosse llamaba por teléfono, para pedir dos agentes, un inglés y un chino. Llegaron en

muy poco tiempo. Unos minutos antes de la una, Dunross entró. Ellos pudieron verlo ocupar la mejor mesa.

El capitán de camareros lo esperaba ya junto a ella, con algunos de estos en zaga. Una botella de champaña se encontraba ya en un balde con hielo.

—¡Este insecto tiene bien adiestrado a todo el mundo! ¿Eh?

—¿No habría hecho usted lo mismo? —comentó Crosse, mientras repasaba todo el recinto, luego observó—. ¡Allá está Rosemont! ¿Será mera coincidencia?

—¿Tú qué opinas?

—Ah... Mire, más allá, en la esquina del fondo. Ese es Vincenzo Banastasio. El chino que está con él es Vee Cee Ng. Tal vez a él es al que están vigilando.

—Sí, tal vez.

—Rosemont es astuto —declaró Crosse—. Bartlett fue a verlo a él también. Podría ser Banastasio el blanco de sus cuidados.

Armstrong les había referido la conversación de Bartlett relativa a Banastasio, y eso había hecho que se incrementara la vigilancia en torno al visitante.

—A propósito, he oído que tiene alquilado un helicóptero para ir a Macao el lunes.

—Deberíamos cancelárselo.

—Ya está hecho. Problemas mecánicos.

—Muy bien. Supongo que el hecho de que Bartlett denuncie a Banastasio lo deja limpio a él, ¿no crees?

—Quizá.

—Sin embargo, todavía creo que debo irme el lunes. Sí. Es interesante. ¡Ah! Esa recepcionista de Dunross que tenía una cita con el cliente... ¡Qué bárbara! ¡Es todo un figurín! —comentó Sinders.

Una chica iba en pos del capitán de camareros. Los dos hombres se quedaron pasmados cuando esta se detuvo ante la mesa del tai-pan, sonrió, hizo una inclinación y se sentó.

—¡Caracoles! ¿La señora Gresserhoff es china? —dijo Sinders azorado.

Crosse estaba concentrado en el movimiento de los labios de ambos.

—Ninguna china se inclinaría en esa forma. Es japonesa.

—¿Dónde demonios encaja esa mujer?

—Tal vez haya más de una invitada. Tal v… ¡Oh, Señor!

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?

—No están hablando inglés. Debe ser japonés.

—¿Dunross habla la jerga nipona? Crosse lo miró de frente y explicó:

—Sí, habla *japonés*. Además habla alemán, francés, tres dialectos chinos y un italiano aceptable.

Sinders le devolvió la mirada de reproche y explicó:

—No tienes motivo para mostrarte tan contrariado por lo que dije, Roger. Perdí a un hijo en el servicio de Su Majestad, en el *Prince of Wales*, mi hermano murió de hambre en la ruta de Birmania, así que no me vengas con tus correcciones puritanas… Sin embargo, ¡esta es sin duda un bocado de rey!

—Al menos eso revela cierta dosis de tolerancia —Crosse se dio vuelta para estudiar a Dunross y a la chica.

—¿Tu guerra fue en Europa, eh?

—Mi guerra, Edward, nunca termina —Crosse sonrió, disfrutando con el sonido de esa frase—. La Segunda Guerra Mundial es historia antigua. Lamento lo de tus familiares, pero ahora Japón no es el enemigo, son nuestros aliados, los únicos verdaderos que tenemos en Asia.

Esperaron media hora. Crosse no podía leerles los labios en absoluto. Sinders opinó:

—Ella tiene que ser Gresserhoff.

Crosse asintió con la cabeza. Luego propuso:

—Eso significa que nos vamos, ¿no? No tiene objeto esperar más. ¿Vamos a tomar nuestro pescado con hojuelas de papa?

Salieron. El agente británico y el chino se quedaron en el restaurante, esperando con toda paciencia, aunque incapaces de alcanzar a oír lo que decían. Sentían envidia de Dunross, como muchos otros que estaban allí… no sólo porque era el tai-pan, sino también por la compañera.

—*¿Gehen Sie?* —preguntó ella en alemán (¿Va a ir?)

—¿A Japón, Riko-ozn? ¡Oh, sí! —contestó en el mismo idioma —. La semana que sigue a la próxima.

Tenemos que recibir un nuevo super-carguero de Toda Shipping.

¿Conversó usted ayer con Hiro Toda?

—Sí, sí. Tuve ese honor. La familia Toda es famosa en Japón. Antes de la Restauración, cuando se abolió la clase samurái, mi familia estaba al servicio de la familia Toda.

—¿Su familia era samurái?

—Sí, pero de bajo nivel. Yo, yo no le hablé a él de mi familia. Esos son tiempos pasados. No me gustaría que lo supiera.

—Como usted prefiera —contestó Dunross, pero sintiendo más curiosidad al respecto—. Hiro Toda es un hombre interesante —añadió, guiando la conversación.

—Toda-soma es muy sabio, muy fuerte, muy famoso —el mesero les sirvió la ensalada, y una vez que se hubo retirado, Riko comentó—. También Struan es famoso en Japón.

—No creo que lo sea en realidad.

—Oh, sí. Recordamos al Príncipe Yoshi.

—¡Ah! No sabía que usted estuviera enterada.

En 1854, cuando Perry obligó al Shogun Yoshimitsu Toranaga a abrir el Japón al comercio, La bruja Hag había zarpado de Hong Kong hacia el norte, con su padre y enemigo Tyler Brock en zaga.

Gracias a ella, Struan había sido la primera compañía que entraba a Japón, la primera en comprar terreno para establecer una base comercial y la primera extranjera en comerciar allí. Con los años y muchos viajes, la Hag había convertido a Japón en piedra angular de las operaciones de Struan.

Durante los primeros años, había conocido a un príncipe joven, el Príncipe Yoshi, pariente del Emperador y primo del Shogun... sin cuya autorización no se hacía nada en el Imperio. Por sugerencia de la Hag y con su ayuda, aquel príncipe había ido a Inglaterra, en un clípper de Struan, para aprender lo relacionado con el poder del Imperio Británico. Al volver a la patria, unos años después, en otro barco de Struan, ese año, algunos de los barones feudales *(daimyo)*, que aborrecían la incursión de los extranjeros, se habían sublevado contra el Shogun cuya familia, los Toranaga, habían gobernado al país durante dos siglos y medio en una línea ininterrumpida que se remontaba hasta el gran general Yoshi Toranaga. La sublevación de los *daimyos* triunfó, y el poder volvió al Emperador.

Sin embargo, la nación se había escindido. Cambiando al idioma inglés, sin pensarlo, Riko prosiguió:

—Sin el Príncipe Yoshi, que se convirtió en uno de los principales ministros del Emperador, Japón estaría, todavía ahora, estremeciéndose y dividido, por una guerra civil.

—¿A qué se debió eso? —preguntó Dunross.

Quería que ella siguiera hablando. Su acento cadencioso le resultaba muy grato.

—Sin la ayuda de él, el Emperador no habría podido salir victorioso, no habría podido abolir el dominio de los Shogun, la ley feudal, a los *daimyo* y a toda la clase samurái, para obligar a todos a aceptar una constitución moderna. Fue el Príncipe Yoshi el que negoció la paz con los *daimyo* y luego invitó a los expertos ingleses a ir al Japón para construir nuestra marina, nuestros bancos y nuestros servicios civiles, y para que nos ayudaran a introducirnos en el mundo moderno—una leve sombra le cruzó el rostro—. Mi padre me hablaba mucho de aquellos tiempos, tai-pan. Todavía no hace cien años de eso. La transición del gobierno samurái a la democracia fue muchas veces sangrienta. Pero el Emperador había decretado su fin, así que hubo un fin, y todos los *daimyo* y los samurái no tuvieron más remedio que arrastrarse penosamente por el nuevo camino —jugueteó un poco con su vaso, observando las burbujas—. Los Toda eran Señores de Izu y Sagami, donde está Yokohama. Habían tenido astilleros durante siglos.

Para ellos y sus aliados los Kasigi era fácil entrar a la época moderna. Para nosotros… —se detuvo—… ¡Bueno! Usted ya conoce esto, perdón.

—Lo único que sé es lo del Príncipe Yoshi. ¿Qué pasó con la familia de usted?

—Mi bisabuelo se convirtió en un miembro de grado muy inferior entre el personal del Príncipe Yoshi, en calidad de empleado civil. Fue enviado a Nagasaki, donde mi familia ha vivido desde entonces. Le resultó difícil no ceñirse las dos espadas. Mi abuelo fue también empleado civil, y lo mismo mi padre, pero muy insignificante —levantó la mirada y sonrió a Dunross—. El vino es demasiado bueno. Me suelta la lengua.

—No. En lo más mínimo —objetó él; luego, dándose cuenta de que muchos ojos los observaban, añadió en japonés—. Hablemos un poco de japonés.

—Es un honor para mí, tai-pan-san.

Después, mientras saboreaban el café, Dunross preguntó:

—¿Dónde quiere que le deposite el dinero que le debo, Riko-san?

—Si pudiera darme un cheque de caja o una orden de pago bancaria antes de irme, sería perfecto.

—El lunes por la mañana se la mandaré. Son 10,625 libras esterlinas, además de otras 8,500 pagaderas en enero y la misma cantidad el año siguiente.

Le dio toda la explicación, porque comprendió que a ella sus buenos modales no le permitirían hacer una pregunta directa. Pudo observar el destello de alivio que se le dibujaba en el rostro, y se sintió feliz de haber decidido darle dos años adicionales de sueldo.

La información de AMG relacionada con el petróleo merecía por sí sola eso y más.

—¿Las once de la mañana le parece buena hora para recibir el giro bancario?

—Como a usted le parezca. No quiero crearle ningún problema.

Dunross pudo observar que hablaba con lentitud y claridad, para ayudarlo. Luego le preguntó:

—¿Cuáles son sus planes de viaje?

—Creo que el lunes iré a Japón. Después… después no sé. Tal vez vuelva a Suiza, aunque no tengo ninguna razón sólida para regresar. Allá no tengo parientes. La casa era rentada y el jardín no era mío.

Mi vida como Gresserhoff terminó con la muerte de él. Ahora creo que debo volver a ser Riko Anjin.

El karma es el karma.

—Sí —convino él—. El karma es el karma. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un paquete envuelto para regalo.

—Este es un obsequio de la Casa Noble por todas las molestias que se ha tomado y el fatigoso viaje emprendido hasta aquí por causa nuestra.

—¡Oh! ¡Oh, gracias! Pero… fue para mí un honor y un placer —hizo una inclinación—. Gracias. ¿Puedo abrirlo ahora?

—Tal vez sea mejor que lo haga después. No es más que un pendiente de jade, pero en la caja está también un sobre confidencial que su esposo quiso que usted conservara. Sólo usted puede verlo. Ninguno de los ojos que nos rodean ahora…

—¡Ah, entiendo! Sí, muy bien —hizo otra caravana—. Perdón, le ruego que disculpe mi necedad.

Dunross le devolvió la sonrisa y corrigió:

—Ninguna necedad, nunca. Sólo belleza.

Riko se ruborizó, y tomó la taza de café para disimularlo.

—¿Está sellado el sobre, tai-pan-san?

—Sí, de acuerdo con las instrucciones de él. ¿Usted sabe lo que hay en él?

—No. Lo único que sé es que... que el señor Gresserhoff dijo que usted me daría un sobre sellado.

—¿Le dijo por qué o lo que se supone que usted debe hacer con él?

—Un día, alguien vendrá a pedírmelo.

—¿Por nombre?

—Sí, pero mi esposo me dijo que nunca divulgara el nombre, que no se lo dijera ni siquiera a usted. Nunca. Todo lo demás puedo decírselo, pero no el... el nombre. Lo siento, le ruego que me disculpe.

Dunross frunció el ceño.

—¿Usted no debe dárselo más que a ese hombre?

—...O mujer —dijo Riko con gracia—. Sí. Y eso cuando me lo pida, no antes. Después que haya sido digerido, el señor Gresserhoff dijo que esa persona pagaría una deuda. Gracias por el regalo, tai-pan-san. Será muy querido para mí.

El mesero se acercó y sirvió a Dunross las últimas gotas de champaña. Luego volvió a alejarse.

—¿Cómo puedo yo comunicarme con usted en el futuro, Riko-saw?

—Le daré tres direcciones y números telefónicos que podrán localizarme: uno en Suiza y dos en Japón.

Después de una pausa, él preguntó:

—¿Estará en Japón dentro de dos semanas?

Riko lo miró de frente. A Dunross le dio un vuelco el corazón al contemplar tanta belleza. Luego ella respondió:

—Sí. Si usted lo desea.

—Sí lo deseo.

75
2:30 p.m.

El *Sea Witch* quedó anclado frente a la playa, al lado de la bahía de Sha Tin, donde habían atracado para ir a comer. Tan pronto como llegaron, el cocinero, Casey y Peter Marlowe desembarcaron con Gornt, como comandante, para ir a escoger los camarones de todos tamaños y el pescado, que todavía nadaba en tanques de agua de mar. De allí se dirigieron al bullicioso mercado, en busca de las verduras frescas. El menú fue camarones a medio freír, con broccoli asado, después pescado al mojo de ajo, frito en la sartén y servido con verduras chinas diversas, también asadas.

Durante la comida se había reído mucho. Las chicas chinas eran gente alegre y feliz. Todas hablaban un inglés picante, más o menos correcto. Dunstan Barry se había mostrado colérico y su indignación resultaba muy divertida. Los demás participaban según lo pedía la ocasión. Casey pensó qué diferentes eran los hombres, cuánto más abiertos y juveniles, y eso le pareció triste. La conversación se había encaminado hacia los negocios, y en esas pocas horas ella había aprendido más sobre técnicas de Hong Kong, que todo lo que había leído hasta entonces. Le resultaba más y más claro que, si uno no estaba "adentro", el verdadero 'poder y las verdaderas riquezas siempre lo eludirían.

—¡Oh, sí! Usted hará muy buen papel aquí, Casey, usted y Bartlett —había opinado Barre—, con tal que lleven el juego según las reglas de Hong Kong, de acuerdo con las estructuras fiscales de aquí y no siguiendo las reglas de Estados Unidos. ¿Tengo razón o no, Quillan?

—Hasta cierto punto. Si se van con Dunross y Struan... suponiendo que Dunross y Struan sean todavía entes reales el próximo viernes... tendrán algo de leche, pero nada de crema.

—¿Contigo haríamos mejor las cosas? —había preguntado ella.

Barre había soltado una carcajada y había respondido. —Mucho mejor, Casey, pero seguirá siendo leche, ¡con muy poca crema...!

—Podríamos decir, Casey, que con nosotros la leche sería

homogenizada —había explicado Gornt en tono amistoso.

A esa sazón, el delicioso aroma del café recién tostado y molido empezaba a elevarse desde la cocina.

La conversación alrededor de la mesa era de tono general, con gracejos de uno y otro lado, en su mayor parte teniendo presente a Casey, con diálogo sobre el comercio en Asia, la oferta y la demanda, la actitud de los asiáticos con respecto al contrabando. Las muchachas chinas conversaban entre ellas.

En forma inesperada, la voz de Grey, con su sesgo de aspereza, interrumpió la conversación:

—Eso será mejor que se lo pregunte a Marlowe, señor Gornt. Sabe todo lo relacionado con el contrabando y el chantaje, por la experiencia de nuestros días en Changi.

—Vamos, Grey —dijo Peter en medio del repentino silencio—, ¡Deja eso en paz!

—Creí que estabas muy orgulloso de eso, tanto tú como tu colega, el chantajista yankee. ¿Me equivoqué?

—Dejemos eso en paz, Grey —insistió Marlowe con un gesto serio.

—Lo que tú digas, viejo, —Grey se dirigió a Casey—. Pregúntele a él.

Gornt intervino, con voz tranquila, sin demostrar lo que estaba gozando, y en apariencia actuando como el anfitrión perfecto:

—Señor Grey, este es el momento menos indicado para revivir viejas rencillas.

—No fue esa mi intención, señor Gornt. Usted hablaba de contrabando y mercado negro, y Marlowe es un experto. Eso es todo.

—¿Tomamos el café en cubierta? —propuso Gornt poniéndose de pie.

—Buena idea. Una magnífica taza de café es siempre lo mejor después de engullir.

Usó la última palabra con toda intención para ofenderlos, sin importarle nada. De pronto se había sentido hastiado del intercambio de ideas, había sentido que los aborrecía a todos y las cosas que ellos representaban, detestaba encontrarse allí como única nota discordante, y quería tener a una de las chicas, la que fuera. Luego prosiguió.

—Marlowe y su amigo el yankee tenían la costumbre de tostar café en el campo de concentración, mientras los demás nos moríamos de hambre —dijo con expresión agresiva—. Nos enloquecían de rabia —miró a Peter, sin disimular su odio e insistió —. ¿No es cierto?

Después de una pausa, Peter Marlowe contestó:

—Todos podían tomar café alguna vez. Todos tostaban el grano.

—No como ustedes dos —Grey se dirigió otra vez a Casey—. Ellos bebían café a diario, él y su amigo yankee. Yo era jefe de la policía del campo y podía considerarme afortunado si bebía café una vez al mes —volvió a mirar a Peter—. ¿Cómo conseguían café y alimentos mientras todos los demás moríamos de hambre?

Casey notó la tensión creciente en Peter y comprendió aterrada que el silencio sería también una respuesta.

—Robin… —empezó Casey, pero él la calló con su voz iracunda.

—¿Por qué no contestas tú, Marlowe?

En medio de un ominoso silencio, todos no hacían más que cambiar miradas de Grey a Peter Marlowe, para mirarse después entre sí. Incluso las chicas se sentían tensas y en guardia, al percibir la violencia repentina que había surgido en el comedor.

—Mi querido amigo —interrumpió Gornt, usando con toda deliberación ese matiz que sabía que sería un acicate para Grey—. Es evidente que esos fueron tiempos pasados, que ahora no tienen ya importancia. Es domingo por la tarde, y aquí todos somos amigos.

—Yo los considero bastante importantes, lo mismo en domingo por la tarde que otro día o a otra hora.

¡Y ese y yo no somos amigos, no lo hemos sido nunca! ¡El es un currutaco, yo no! —Grey puso énfasis en su acento inglés inculto, luego continuó—. ¡Ah, sí! Pero la guerra cambió todo, y nosotros los trabajadores nunca lo olvidamos.

—¿Tú te consideras un trabajador y crees que yo no lo soy? —preguntó Peter Marlowe, con una voz que empezaba a enronquecerse.

—¡Nosotros somos los explotados, ustedes los explotadores…! ¡Lo mismo que en Changi!

—¡Quita ya ese viejo disco rayado, Grey! Changi era otro mundo, otro lugar, otra época y…

—Era lo mismo, como lo es en todas partes. Había superiores y súbditos, obreros y gente que los dejaba sin comer —Como tú y el «King».

—¡Palabrería y necedades!

Casey estaba junto a Grey. Estiró el brazo y tomó el de él, invitándolo a levantarse.

—Vamos a tomar café, ¿de acuerdo?

—Sí, desde luego —accedió— pero, primero pregúntale, Casey —con gesto lúgubre, Grey se mantuvo inmóvil, convencido de que al fin había puesto en evidencia a su enemigo, en frente de sus iguales—. ¡Señor Gornt, pregúntele! ¿Eh? Cualquiera de ustedes...

Todos permanecieron en silencio, sin moverse, apenados por Peter Marlowe y atónitos ante las acusaciones implícitas. En su interior, Gornt y Plumm estaban muy divertidos y fascinados con el altercado. En ese momento una de las chicas se encaminó hacia la pasarela y subió a cubierta en silencio. Las otras la siguieron. Casey habría querido hacer lo mismo, pero no lo hizo.

—Este no es el momento, señor Grey —intervino Gornt con gentileza. Casey se sintió feliz de que estuviera allí para acabar con esa situación—. ¿Quiere ser tan amable de dejar ese asunto por la paz?

Grey los miró a todos. Al final, sus ojos se posaron en el adversario y estalló:

—¿Ves, Casey? ¡Nadie tiene el valor de preguntar! Todos son de su clase, de la llamada clase alta, por eso protegen a los suyos.

Barre no pudo contenerse. —¡Óigame, lo que yo digo es...!

Peter Marlowe lo interrumpió con una voz sin inflexiones pero firme.

—Es fácil acabar con estas necedades. Nadie puede comparar a Changi... ni a Dachau o a Buchenwald con las condiciones normales. No es posible. Había reglamentos diferentes, formas de conducta distintas. Eramos soldados, prisioneros de guerra, la mayoría éramos adolescentes. Changi fue una génesis, todo nuevo, todo al revés. Tod...

—¿Fuiste traficante en mercado negro?

—No. Fui intérprete para un amigo de Malaya que era comerciante. Hay mucha diferencia entre comerciar y hacer mercado negro y...

—¡Pero era contra las reglas del campo, contra la ley del campo! ¡Eso es lo que lo convierte en mercado negro! ¿No es cierto?

—Comerciar con los guardias era contra las reglas del enemigo, contra reglas japonesas.

—Diles también cómo el "rey" compraba el reloj o el anillo o la pluma de un desgraciado por un plato de comida... ¡La última cosa que aquel infeliz tema en el mundo! Y luego él la vendía a precio alto y nunca lo decía, y engañaba con el precio, engañar, siempre engañar. ¿Eh?

Peter Marlowe le sostuvo la mirada.

—Lee mi libro. En él di...

—¿Tu libro? —Grey volvió a reír, provocándolo—. Diles jurando por tu honor de noble, por el honor de tu padre y el de tu familia, del que estás tan ridículamente orgulloso, diles: ¿hizo trampas el rey o no? ¡Júralo por el honor de tu nombre!

Casi paralizada de terror, Casey observó que Peter Marlowe cerraba un puño:

—Si no fuéramos invitados en este lugar —dijo casi silbando—, ¡lo que les diría es la clase de bazofia que eres!

—¡Que te pudras en el infierno...!

—¡Basta! —intervino Gornt con voz de mando. Casey volvió a respirar—. ¡Por última vez, dejen este asunto en paz!

Grey apartó los ojos de Marlowe.

—Sí, basta —aceptó—. ¿Puedo conseguir un taxi en esta aldea? Creo que es preferible que me vaya a casa solo, por mi cuenta... si no tienen inconveniente.

—Sí, desde luego —convino Gornt, con un gesto que revelaba la gravedad conveniente en esas circunstancias, pero feliz de que Grey lo hubiera mencionado, para no tener que ser él quien hiciera la sugerencia manifiesta—. Pero, estoy seguro, seguro de que usted y Marlowe pueden darse un apretón de manos como caballeros y olvidar todo lo...

—¿Caballeros? ¡Que risa, pero no! No. De caballeros como Marlowe he tenido bastante para el resto de mi vida. ¿Caballeros? ¡Gracias a Dios Inglaterra está cambiando y pronto estará de nuevo en las manos adecuadas! Pronto el mismo acento británico de Oxford no será ya pasaporte permanente para la gentilidad y el poder. Ni volverá a serlo. Reformaremos la Cámara de los Lores, y si

logro salirme con la mía…

—¡Esperamos que no! —lo interrumpió Pugmire.

Gornt intervino con firmeza:

—¡Pug, es hora del café y del oporto! —con amabilidad tomó a Grey del brazo—. Si nos disculpan a mí y al señor Grey un momento…

Subieron a cubierta. La charla de las chicas se interrumpió de pronto. En el fondo muy complacido con su experimento, Gornt indicó el camino a la pasarela y bajó con Grey hasta el muelle. Todo estaba resultando mucho mejor de lo que él había pensado.

—Siento este incidente, señor Grey —le dijo—. No sabía que Marlowe… ¡Es repugnante! En fin, uno nunca sabe, ¿verdad?

—¡Es un desgraciado! ¡Siempre lo fue! ¡Siempre lo será! Tanto él como su inmundo amigo yankee.

¡Yo odio también a los yankees! ¡Es ya tiempo de que rompamos con esa basura!

A Gornt no le costó trabajo encontrar un taxi.

—Señor Grey, ¿está seguro de que no cambia de parecer?

—Gracias, pero no.

—Siento lo de Marlowe. Se vio claro que usted fue el provocado. ¿Cuándo salen usted y su comisión parlamentaria?

—Mañana por la mañana temprano.

—Si hay algo que yo pueda hacer por usted aquí, dígamelo.

—Sí. Y cuando venga a la patria, llámeme por teléfono.

—Gracias. Lo haré. Y gracias por haber venido —pagó el servicio por adelantado y agitó la mano con cortesía, en señal de despedida, al alejarse el vehículo. Grey no se dio la vuelta para mirar hacia atrás.

Gornt sonrió y se dijo con júbilo: ese desgraciado revoltoso va a ser un aliado muy útil en los años venideros.

La mayoría de los invitados estaba en la cubierta, bebiendo café y licores. Casey y Peter Marlowe se encontraban un poco alejados.

—¡Qué desgraciado picapleitos! —exclamó Gornt, con la aprobación general—. Estoy tremendamente apenado por eso, Peter. El idiota ese pr…

—No. Fue culpa mía —contestó Peter, que se veía muy contrariado—. Lo siento. Me apena sobremanera el que se haya marchado.

—No tienes necesidad de pedir ninguna disculpa. Nunca debí invitarlo. Gracias por haber sido tan caballero. Se notó bien que quería provocarte.

—Claro que sí —añadió Pugmire, mostrando su acuerdo—. De haber sido tú, yo le habría dado uno bien dado. Lo que haya sucedido pertenece al pasado.

—Por supuesto —ratificó Casey—. ¡Qué hombre más repugnante! Si no hubieras detenido la riña, Quillan, Grey habr...

—¡Ni una palabra más del mentecato ese! —interrumpió Gornt en tono cálido, deseoso de eliminar el recuerdo del fantasma—. Olvidémoslo. No permitamos que nos eche a perder una tarde magnífica —puso el brazo en torno a Casey y la estrechó con afecto —. ¿De acuerdo? —pudo notar la admiración en sus ojos y supo con júbilo que iba llegando adonde quería a gran prisa; luego sugirió—. Hace demasiado frío para nadar. ¿Qué les parece que simplemente hagamos nuestro recorrido con toda calma rumbo a casa?

—Buena idea —aprobó Dunstan Barre—. Creo que voy a dormir una siesta.

—¡Es una idea sensacional! —exclamó otro, provocando la risa general.

Las chicas participaron en la reacción, pero su risa fue forzada. Todos estaban aún incómodos por el incidente, y Gornt lo percibía con toda claridad.

—¡Primero un trago de brandy! ¿Marlowe?

—No, gracias, señor Gornt.

Gornt estudió a su invitado.

—Escúcheme, Marlowe —dijo con sincera compasión, mientras todos los demás guardaban silencio—. Todos nosotros hemos visto demasiado de la vida y demasiado de Asia, para no saber que cualquier cosa que usted haya podido hacer, la hizo por bien, no por mal. Lo que usted dijo fue muy cierto: Changi fue algo especial, con problemas muy propios. Pug estuvo encerrado en la prisión de Stanley, eso está en la isla de Hong Kong, Casey, durante tres años y medio. Yo salí de Shanghai apenas con mi propia piel encima y con sangre en las manos. A Jason lo atraparon los nazis después de la batalla Dunquerque y pasó un par de años azarosos en manos de ellos. Dunstan trabajaba en China... Dunstan ha estado en Asia toda su vida y la conoce bien, ¿cierto?

—¡Ah, sí! —suspiró el aludido con tristeza—. En la guerra, Casey, para poder sobrevivir, tienes que ampliar un poco tu criterio en algunos casos. En cuanto al comerciar, Marlowe, yo estoy de acuerdo en afirmar que la mayoría de las veces hay que situar el problema en su contexto de tiempo y de lugar.

Le doy gracias a Dios de que a mí nunca me tomaron prisionero. No creo que habría podido sobrevivir... Sé que no...

Volvió a llenar su copa de oporto, avergonzado de estar diciendo auténticas verdades.

—¿Cómo fue en realidad Changi, Peter? —preguntó Casey a nombre de todos.

—Es difícil hablar de ese lugar —empezó a explicar—. Es lo más próximo a la carencia de vida que puedas imaginar. Se nos daban 125 gramos de arroz seco cada día, unas cuantas verduras, un huevo a la semana. A veces la carne... la carne apenas se pasaba por encima de la sopa. Era algo muy diferente, es todo lo que puedo decir al respecto. La mayoría de nosotros jamás había visto una selva tropical, mucho menos a los chinos o los japoneses, ni sabíamos lo que era perder una guerra... Yo no tenía más que dieciocho años cuando comenzó Changi.

—¡Por amor de Dios! Yo no tolero a los nipones... ¡sencillamente no puedo tolerarlos! —comentó Pugmire; los demás asintieron con la cabeza.

—Pero eso no es una actitud justa en realidad —protestó Marlowe—. Ellos no hacían más que jugar de acuerdo con sus reglas. Eso era justicia desde el punto de vista japonés. Observen qué soldados tan maravillosos eran. Vean cómo luchaban y casi nunca permitían que los tomaran prisioneros. Nosotros estábamos deshonrados, según sus normas, por el hecho de habernos rendido —Peter se estremeció—. Yo me sentí deshonrado. Lo siento todavía.

—Eso no es justo, Marlowe —protestó Gornt—. En la rendición no hay deshonra. Ninguna deshonra.

Casey, que estaba al lado de Gornt, le puso la mano sobre el brazo y confirmó:

—¡Sí, Peter! El tiene razón. Es cierto, tiene razón.

—Sí —coreó Dunstan Barre—... Pero ese Grey... ¿qué diablos lo ha sacado de quicio, eh?

—Nada... y todo. Se volvió un fanático de la aplicación de las

reglas del campo de concentración, que eran reglas japonesas. Su fanatismo era estúpido, así lo pensábamos muchos de nosotros. Como he dicho, Changi era un sitio diferente de lo normal, donde oficiales y soldados estábamos encerrados por igual, sin cartas de la familia, sin comida, atrapados más de tres mil kilómetros dentro de territorio enemigo, en todas direcciones, con paludismo, disentería y un índice terrible de mortalidad. El aborrecía a este amigo mío norteamericano, el "King", el rey. Es cierto que era un astuto hombre de negocios, que sabía comer bien cuando otros no tenían lo suficiente, bebía café y fumaba cigarrillos de hoja. Sin embargo, a muchos nos conservó la vida con su habilidad.

Incluso a Grey. El fue el que le salvó la vida a Grey. Lo que mantuvo vivo a Grey fue su odio enconado, estoy seguro. El Rey supo alimentar a casi todo el personal norteamericano... eran cerca de treinta, entre oficiales y soldados de línea. Es cierto que trabajaron para sobrevivir, al estilo norteamericano, pero aun así, sin la ayuda de él habrían muerto. Yo habría muerto. Lo sé —se estremeció al pensar—. Fue hado... karma... la vida. Creo que me tomaré un brandy, ahora sí, señor Gornt. Gornt lo sirvió y preguntó:

—¿Y qué sucedería con este hombre, con este amigo al que usted llama el Rey? ¿Qué pasaría con él después de la guerra?

Pugmire interrumpió con una risa y comentó:

—Un pobre insecto de nuestro campo de concentración, que era comerciante, luego se convirtió en un afortunado millonario. ¿Le sucedería lo mismo a ese Rey?

—No lo sé —dijo Peter Marlowe.

—¿No volviste a verlo jamás, Peter? —preguntó Casey sorprendida—. ¿No volviste a encontrártelo en Estados Unidos?

—No. Nunca volví a verlo —dijo—. He tratado de buscarlo, pero sin tener buen éxito.

—Esa suele ser la regla, Casey —comentó Gornt con naturalidad —. Cuando abandonas un regimiento, quedan canceladas todas las deudas y todas las amistades.

Se sentía contento. Todo marcha a la perfección —se dijo, pensando en la cama doble de su suite.

Sonrió a Casey, que para ese momento se hallaba al otro lado de cubierta. Ella le devolvió la sonrisa.

* * *

Riko Anjin Gresserhoff entró al vestíbulo del V y A. Estaba muy concurrido: era gente que consumía un almuerzo tardío o que tomaba el té a temprana hora. Mientras caminaba hacia el ascensor, sintió que un temblor la invadía, provocado por los ojos que le resultaban molestos. No eran los acostumbrados ojos codiciosos de hombres europeos, ni los ojos disgustados de sus respectivas mujeres, sino ojos chinos y euroasiáticos. Nunca se había sentido objeto de un odio tan general. Era una sensación extraña. Esta era la primera vez que salía de Suiza, con excepción de viajes escolares a Alemania y de dos viajes a Roma con su madre. Su esposo la había llevado al extranjero sólo una vez, a Viena, durante una semana.

No me gusta Asia —pensaba, mientras se esforzaba por dominar otro estremecimiento—. Sin embargo, no es Asia, es Hong Kong. Con toda seguridad esto sucede sólo aquí, con la gente de aquí, y con toda seguridad tienen razón para abrigar sentimientos adversos. Me pregunto si me gustará Japón. ¿Me sentiré extranjera? ¿También allá?

Se presentó el ascensor y ella subió a su suite del sexto piso. El mozo no se dignó abrirle la puerta.

Sola y con el cerrojo bien puesto, se sintió mejor. La luz roja del teléfono, que le indicaba que había un mensaje, brillaba intermitente, pero ella no le puso atención. Se dio prisa a quitarse los zapatos, el sombrero, los guantes y el abrigo, y a ponerlos a toda prisa en un amplio armario. La ropa que guardaba en él estaba muy bien ordenada, lo mismo que sus tres pares de zapatos. La suite era pequeña pero delicada, con una salita, habitación y baño. Sobre la mesa había unas flores enviadas por Struan, y un frutero.

Sus finos dedos deshicieron con destreza la envoltura del regalo. Dentro había una caja negra rectangular acolchada. La abrió. Sintió que una sensación de cálida amistad la recorría por dentro. El pendiente estaba sujeto a una fina cadenilla de oro. La pieza de jade verde, con flecos de un verde más pálido, tenia forma de cuerno de la abundancia. Se lo puso sin tardanza, ante el espejo, admirando la forma como la piedra se apoyaba sobre el pecho. Nadie le había obsequiado jamás un pendiente de jade.

Debajo del cartón acolchado estaba el sobre. Era un sobre blanco, ordinario, sin membrete de Struan, con sello también ordinario, hecho de simple cera roja. Con mucha delicadeza deslizó una plegadera por debajo del sello y se puso a estudiar las páginas, una por una, con una ligera arruga de preocupación en la frente. Allí no había más que una maraña de números y letras y uno que otro símbolo. Una sonrisa, apenas esbozada, de satisfacción se dibujó en sus labios. Encontró el sobre con papel del hotel y, después de sentarse con toda comodidad frente al escritorio, empezó a copiar todas y cada una de las páginas.

Terminada la tarea, las revisó. Puso las copias en un sobre del hotel y lo cerró. Dejó los originales en otro sobre, uno ordinario que sacó de la bolsa de mano. Después encontró la barra nueva de cera para sello, encendió un fósforo y embarró la blanda substancia en ambos sobres, procurando que el sello del sobre de los originales fuera una imitación del que había puesto Dunross. El teléfono sonó, causándole una sensación de susto. Lo observó insegura. El corazón le latía con fuerza. Al fin, dejó de sonar. Cuando volvió a sentirse tranquila, prosiguió su trabajo, cerciorándose de no haber dejado huellas de él en la libreta que había utilizado, mediante un minucioso examen contra la luz. En cuanto quedó satisfecha, puso una estampilla al sobre que contenía las copias, y lo dirigió a R. Anjin, Box 154, General Post Office, Sydney, Australia. Luego se guardó ese sobre y el de los originales en el bolso de mano.

Con todo esmero se aseguró de que no hubiera quedado nada fuera de su lugar. Luego se dirigió a un pequeño refrigerador, cerca del bien provisto bar, y tomó una botella de agua mineral gaseosa. La abrió y bebió una poca.

El teléfono volvió a sonar. Lo observó mientras seguía paladeando el agua mineral. Su mente pasaba y repasaba lo sucedido. Pensaba en la comida con Dunross, preguntándose si habría sido prudente aceptar su invitación al cóctel de esa noche y luego a la cena con él y sus amigos. Me pregunto si habrá amigos o si estaremos solos. ¿Me gustaría estar sola con ese hombre?

Sus pensamientos volaron a aquel otro hombre, de baja estatura, desaliñado, con un principio de calvicie, Hans Gresserhoff, y a los cuatro años de vida que había llevado con él. Semanas enteras sola, durmiendo sola, despertando sola, saliendo a caminar sola, sin

verdaderos amigos, rara vez fuera de casa. Aquel hombre reservado hasta la exageración, que la prevenía contra toda clase de amistades, que la deseaba sola y siempre a salvo, tranquila y paciente. Esa había sido la parte más difícil de su vida —pensó—: la paciencia. Paciencia mientras estaba sola, paciencia cuando estaban juntos, dormidos o despiertos. Paciencia y en lo exterior calma. Cuando en todo momento ella era como un volcán, ansioso por hacer erupción.

De que él la amaba no cabía la menor duda. Pero lo único que ella sentía por él era *giri*, el deber. Él le daba dinero, y su vida transcurría sin problemas, no era ni rica ni pobre... incluso gozaba en el país que habían elegido. Las llegadas y salidas de él no seguían ninguna norma o programa. Guando estaba con ella, siempre la deseaba, siempre quería estar cerca de ella. El modo como compartían la almohada lo dejaba, satisfecho a él, pero no a ella, aunque fingía que sí, para darle placer! Por otro lado —se decía—, no has tenido otro hombre con el que pudieras compararlo.

Fue un hombre bueno y las cosas fueron como yo se las dije al tai-pan. Traté de ser una buena esposa para él, de obedecerlo en todo, de satisfacer el deseo de mi madre, de cumplir mi *giri* con ella... y con él. ¿Y ahora?

Observó su anillo matrimonial y le dio vuelta en el dedo. Por vez primera, desde que se había casado, se lo quitó y lo miró muy de cerca, en la palma de la mano: era un anillo pequeño, hueco y carente de todo interés. Tantas noches solitarias, con tantas lágrimas mientras esperaba, esperaba, esperaba.

¿Esperaba qué? Hijos... prohibidos. Amigos... prohibidos. Viajes... prohibidos. No prohibidos como lo habría hecho un japonés: *¡Kin jiru!* Sino: «¿No te parece, querida mía, no te parece que sería mejor que no fueras a París mientras yo estoy ausente? Podemos ir la próxima vez que yo venga—» Y los dos sabían que no irían

Los días pasados en Viena habían sido terribles. Era el primer año. Habían estado allí una semana.

—Tengo que salir hoy por la noche —le había dicho el primer día—. Por favor no te muevas del cuarto. Come aquí mismo mientras yo estoy fuera.

Pasaron dos días, y al regresar él, traía una cara amarillenta y

cansada, llena de terror. Tan pronto como había entrado al cuarto, en lo más oscuro de la noche, habían tenido que montar en el auto alquilado que llevaban y salir a toda prisa a Suiza, por la vía larga, la menos indicada, a través de las montañas del Tirol, con los ojos de Hans siempre fijos en el espejo retrovisor, para cerciorarse de que nadie los seguía, y sin decirle a ella una sola palabra, hasta que estuvieron sanos y salvos, de nuevo al otro lado de la frontera.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué, Hans?

—Porque nada… ¡por favor! Tú no tienes que hacer preguntas, Riko. Ese fue tu convenio, nuestro convenio. Lamento lo de nuestras vacaciones. Iremos a Wengen o a Biarritz. Allí será algo grandioso, maravilloso. Por favor recuerda tu *giri* y que yo te amo con todo el corazón.

¡Amor…!

Yo no entiendo esa palabra —se dijo, de pie frente a la ventana, mirando la bahía, bajo aquellas nubes ominosas y mal iluminada. Es extraño que en japonés no tengamos esa palabra. Sólo deber y matices del deber, afecto y tonos del afecto. No *lieben* (amor) *¿Ai?* Ai en realidad significa respeto, aunque algunos lo usan en lugar de *lieben*.

Riko se sorprendió pensando en alemán y sonrió. La mayoría de las veces pensaba en alemán, pero ese día, con el tai-pan, había pensado en japonés. Hace tanto tiempo que no hablo mi idioma propio.

¿Cuál es mi lengua propia? ¿El japonés? Esa es la que hablábamos mis padres y yo. ¿Alemán? Es el idioma de nuestra región de Suiza. ¿Inglés? Es la lengua de mi marido, aunque él aseguraba que su lengua materna era el alemán.

¿Qué era él, inglés?

Esa pregunta se la había formulado muchas veces. No porque su alemán no hubiera sido fluido, sino más bien por sus actitudes. Esas no eran alemanas, así como las mías no son japonesas… O, ¿lo son?

No lo sé. Pero ahora, ahora podré averiguarlo. Él nunca le había dicho en qué consistía su trabajo y ella jamás se lo había preguntado.

Después del episodio de Viena, había sido fácil conjeturar que era algo clandestino y relacionado de alguna manera con el crimen o el espionaje internacional. Hans no era la persona capaz de

involucrarse en el crimen.

Por eso, a partir de entonces, ella había sido todavía más cautelosa. Una o dos veces había pensado que estaban bajo vigilancia en Zurich y cuando habían ido a esquiar, pero él había rechazado la idea le había dicho que no se preocupara por él.

—Sin embargo, mantente preparada en caso de accidente. Conserva todos tus objetos de valor y todos tus documentos personales (pasaporte y acta de nacimiento) en tu bolsa de viaje, *Ri-chan*— le había dicho, usando su sobrenombre de cariño—... Por si acaso, por si acaso.

Con la muerte de él y casi todas sus instrucciones seguidas al pie de la letra, el dinero, la llamada telefónica y la reunión con el tai-pan, todo había vuelto a ser nuevo. Podía empezar a vivir. Tenía veinticuatro años. El pasado era pasado y el karma karma. El dinero del tai-pan sería más que suficiente para ella durante varios años.

La noche de la boda, su esposo le había dicho:

—Si algo me sucede a mí, tú recibirás una llamada de un hombre llamado Kiernan. Corta los alambres del teléfono en la forma que yo te enseñaré y sal de Zurich en el acto. Deja todo, excepto los vestidos que tengas puestos y tu bolsa de viaje. Vete en auto a Ginebra. Aquí tienes una llave. Esta te abrirá una caja de seguridad del Banco Suizo de Ginebra, en Rué Charles. Allí encontrarás dinero y algunas cartas. Sigue las instrucciones con toda exactitud, querida mía. ¡Oh, cómo te amo! Déjalo todo. Haz exactamente lo que te he dicho...

Y lo había hecho... exactamente,. Era su *giri*.

Había cortado los alambres telefónicos con las pinzas, como él se lo había enseñado, detrás de la caja pegada a la pared, para que apenas pudiera notarse. En el banco de Ginebra había encontrado la carta con las instrucciones, 10,000 dólares norteamericanos en efectivo, un nuevo pasaporte suizo sellado, con su fotografía, pero con un nuevo nombre y una nueva fecha de nacimiento. Había también una acta de nacimiento nueva que probaba que había nacido en Berna hacía veintitrés años. A ella le había gustado el nuevo nombre que él le había escogido. Ahora recordaba cómo, en la seguridad del cuarto de su hotel que dominaba aquel lago encantador, había llorado por su esposo.

En la misma caja de seguridad había encontrado una libreta de

ahorros con su nuevo nombre, con la cantidad de 20,000 dólares norteamericanos, depositados en ese banco. Había además una llave, una dirección y una escritura de propiedad de un pequeño chalet construido sobre el lago, privado, amueblado y totalmente pagado, con un encargado que la conocía sólo por su nuevo nombre y sabía que era una viuda que había estado en el extranjero. La escritura llevaba su nuevo nombre, pero había sido redactada hacía cuatro años, unos días antes de su matrimonio.

—¡Ah, ama, estoy tan feliz de que al fin haya venido! Viajar por todos esos lugares extraños debe de ser muy cansado!

Así la había saludado aquella simpática, aunque sencilla, anciana. Luego había dicho: —Durante este último año, más o menos, su casa se ha alquilado a un inglés silencioso, de carácter encantador. Pagó con toda exactitud, mes tras mes. Aquí están las cuentas. Tal vez regrese este año, según dijo; tal vez no. Su agente está en Avenue Firmet…

Más tarde, mientras paseaba por aquella casita encantadora, frente a ese lago extenso y cristalino, que se dilataba en medio de la madeja de montañas, había visto que era un verdadero hogar, limpio como las cordilleras mismas, con cuadros en las paredes, flores en los floreros. Tenía tres recámaras y una sala. Balcones por todas partes. Era una casita minúscula, pero perfecta para ella. Después de disfrutar del jardín había entrado a la habitación principal. En medio de un auténtico caleidoscopio de pequeños cuadros de distintas formas y tamaños, sobre una de las paredes estaba lo que parecía parte de una vieja carta, dentro de un marco cubierto con vidrio. El papel ya empezaba a ponerse amarillento. Riko reconoció la caligrafía. La carta estaba redactada en inglés:

—Tantas horas felices en tus brazos, *Ri-chan*, tantos días felices en tu compañía, ¿cómo puedo decir que te amo? Olvídame. Yo nunca te olvidaré. No sabes cuánto pido a Dios que te otorgue diez mil días por cada uno de los míos, querida mía, amor mío, amada mía.

La enorme cama doble se veía casi convexa por la multicolor colchoneta rellena de plumas que la cubría. Las ventanas daban paso a un aire tibio, saturado de los aromas de un verano ya en sus postrimerías, mientras la nieve salpicaba la cima de las montañas. Riko había vuelto a llorar. El chalet la tenía cautivada.

Pocas horas después de haber llegado ahí, había recibido la llamada de Dunross, había abordado el primer jet y ahora se encontraba en Hong Kong, con la mayor parte de su misión ya cumplida, sin la menor obligación de volver, con la posibilidad de borrar el pasado… si así lo deseaba. Tanto el nuevo pasaporte como el acta de nacimiento eran genuinos, hasta donde ella podía juzgar. No tenía motivo para volver jamás a Suiza… excepto el chalet. Y el cuadro.

Ella lo había dejado en la pared, sin tocarlo siquiera, y había decidido que, mientras fuera la dueña de esa casa, el cuadro se quedaría allí, donde él lo había colocado. Siempre.

76
5:10 p.m.

Orlanda conducía su pequeño automóvil, con Bartlett al lado. La mano de él descansaba ligeramente sobre el hombro de ella. Acababan de cruzar el paso de Aberdeen y, todavía cubiertos por los densos nubarrones, avanzaban a lo largo de la ladera de Mid Levels, hacia el apartamento de Rose Court. Se sentían felices juntos, eran conscientes de lo que estaban viviendo y esperaban con ansiedad el futuro inmediato. Después de la comida de mediodía había pasado al lado de Hong Kong. Ella había conducido el auto a Shek-O, en la punta sureste de la isla, para mostrarle la parte donde algunos de los tai-pans tenían casas de fin de semana. Allí la campiña era ondulante y poco poblada, con pequeñas colinas y hondonadas, el mar siempre cercano con sus acantilados y sus peñascos.

Desde Shek-O se habían deslizado por la ruta meridional que serpenteaba y se retorcía hasta llegar a Repulse Bay. Allí habían hecho una parada, en el magnífico hotel; para tomar té y pastelillos en la terraza que dominaba el mar. Luego habían seguido, adelante de Deepwater Cove, hasta Discovery Bay, para hacer alto de nuevo en un mirador.

—¡Mira hacia allá, Linc! Ese es Castle Tok.

Castle Tok era una mansión inmensa y un tanto absurda, que parecía castillo normando y estaba encaramada en la ladera del arrecife, muy por encima del nivel del mar.

—Durante la guerra los canadienses, soldados canadienses, defendían esta parte de la isla contra los invasores japoneses, y se retiraron todos a Castle Tok como último baluarte. Cuando se vieron abrumados por el ataque enemigo y decidieron rendirse, quedaban vivos unos doscientos cincuenta. Los japoneses los condujeron hasta la terraza de Castle Tok y, a punta de bayoneta, los obligaron a precipitarse sobre las rocas del fondo.

—¡Qué horror! —Era una caída de treinta metros o más.

—Los obligaron a todos, a los heridos, a los... demás, a todos.

Bartlett la vio estremecerse y extendió el brazo para acariciarla.

—No lo pienses más, Orlanda. De eso hace ya tanto tiempo…

—No hace tanto, no. No, te lo aseguro. Temo que la historia y la guerra misma siguen acompañándonos todavía en muchos aspectos, Linc. Y lo harán siempre. En la noche, unos fantasmas se pasean por esas terrazas.

—¿Tú crees eso?

—¡Sí! ¡Oh, sí!

Linc recordaba haberse dado la vuelta para mirar la mansión embrujada, y había visto cómo las olas se estrellaban contra las rocas, al pie del farallón, mientras el perfume de la chica lo envolvía cuando ella se reclinaba sobre su hombro. El podía sentir su calor, y el placer de estar vivo y no haber sido uno de esos soldados.

—Tu Castle Tok parece algo sacado de una película —le había dicho— ¿Has estado alguna vez adentro?

—No. Pero dicen que hay trajes de armadura y calabozos, y que es copia exacta de un castillo de Francia. El dueño era el viejo Sir Cha-sen Tok, Builder Tok. Era un multimillonario que hizo su fortuna comerciando con estaño. Cuentan que cuando tenía cincuenta años, un adivino le dijo que empezara a construir una enorme mansión, o de lo contrario moriría. Por eso empezó a construir y edificó docenas de casas, todas mansiones. Tres en Hong Kong, una cerca de Sha Tin y otras muchas en Malaya. Castle Tok fue la última que construyó. Tenía ya ochenta y nueve años, pero se veía lozano y robusto como un hombre en la plenitud de la vida. Sin embargo, según la historia, después de Castle Tok dijo basta, y dejó de construir. En menos de un mes había muerto, y así se había cumplido la profecía del augur.

—¡Tú estás inventando todo eso, Orlanda!

—¡Oh, no, Linc! No lo haría sin advertírtelo. Ahora bien, que cosa será verdad y que cosa será falsedad, nadie puede decirlo, ¿verdad, querido mío?

—Yo puedo decirlo: estoy loco por ti.

—Oh, Linc, tú debes saber que yo siento lo mismo.

Habían atravesado Aberdeen y continuado su recorrido en un ambiente de unión y afecto mutuo. La mano de Linc apoyada siempre en la nuca de ella, acariciada por la sedosa cabellera. De

cuando en cuando, ella señalaba casas y lugares. Así las horas habían transcurrido sin que ninguno de los dos las sintieran, aunque gozándolas inmensamente. En el momento en que dejaban atrás el paso de Aberdeen y salían de entre las nubes, pudieron ver la mayor parte de la ciudad, casi a sus pies. Las luces no estaban encendidas aún, pero en uno que otro lugar podían verse las enormes señales dé colores de neón, que lanzaban sus destellos cerca de la ribera marítima.

El tránsito de vehículos era abundante, y el agua todavía corría por los empinados caminos de la ladera montañosa, dejando a su paso, en un lado y en otro, montones de lodo, piedras y plantas.

Orlanda conducía con destreza, sin correr riesgos innecesarios. El se sentía seguro con ella, si bien, el hecho de que el automóvil fuera por el lado opuesto al que él tenía costumbre de usar, le erizaba los pelos en las curvas.

—¡Pero nosotros conducimos por el lado correcto! ¡Ustedes son los que conducen por el lado indebido!

—¡Ya lo creo! Los ingleses son los únicos que conducen por la izquierda. Tú eres tan norteamericana como yo, Orlanda.

—Quisiera serlo, Linc. ¡No lo sabes bien!

—Lo eres. Hablas como norteamericana. Te vistes como norteamericana.

—¡Ah! Pero yo sé lo que soy, amor mío.

El se limitó a observarla. Nunca había gozado contemplando tanto a una persona —pensó. Ni a Casey ni a nadie en toda mi vida. Luego su mente volvió a llevarlo a Biltzmann y sintió deseos de tener el cuello de ese hombre entre las manos.

Olvídalo, viejo, desecha el recuerdo de la mierda del mundo. Eso es lo que él es... él y Banastasio.

Bartlett sintió que el estómago le daba un vuelco. Había recibido otra llamada telefónica un momento antes de la comida de mediodía, con una disculpa que era más bien una amenaza más,

—Compartamos el pan, muchachito, tú y yo, ¿qué me dices? ¡Qué diablos! No hay necesidad de pasar por este infierno de pelea entre tú y yo. ¿Qué te parecerían unos biftecs esta noche? Hay una gran restaurante de buenas carnes sobre Nathan Road. Se llama el San Francisco. ¿Eh?

—No, gracias. Tengo cita con una chica —había respondido con

frialdad—. El hecho es que tú ya hablaste claro ayer. Dejemos las cosas de ese tamaño, ¿te parece? Nos reuniremos en la asamblea anual de la junta directiva, si asistes.

—Vamos, Linc, soy yo el que te habla, tu viejo camarada. ¿Recuerdas que acudimos con el efectivo cuando tú lo necesitabas? ¿No te dimos efectivo puro, contante y sonante?

—Sí. Efectivo contante y sonante a cambio de acciones que han sido la mejor inversión... la mejor inversión legal que hayas hecho en tu vida. Duplicaste tu dinero en cinco años.

—Sí, sí, claro. Ahora lo que queremos es un poco de voz. Es justo, ¿no crees?

—No. No lo creo, después de lo de ayer. Y, ¿qué me dices de las armas de contrabando? —preguntó, siguiendo una corazonada.

Se produjo una pausa. Luego Banastasio preguntó: —¿Qué armas de contrabando?

—Las que venían a bordo de mi avión. Todo el paquete de rifles M-14 y de granadas de mano.

—Eso es novedad para mí, muchachito.

—Me llamo Linc, muchachito. ¿Entiendes?

Otra pausa. La voz se tornó áspera.

—Entiendo. ¿Qué hay, pues, de nuestro trato? ¿Vas a cambiar de opinión?

—No. De ninguna manera.

—¿Ni ahora ni después?

—No.

Se había producido un silencio en el extremo opuesto de la línea, luego el chasquido de la comunicación interrumpida, y después el tono que indicaba que la línea estaba disponible. Sin perder un instante, Linc había llamado a Rosemont.

—No te preocupes, Linc. Banastasio es un blanco prioritario para nosotros y tenemos mucha ayuda en este sitio.

—¿Algo acerca de los rifles?

—Tú estás libre de culpa. Las autoridades de Hong Kong te han quitado toda responsabilidad. Mañana te lo dirán en forma oficial.

—¿Han averiguado algo?

—Ellos no. Nosotros sí. Revisamos tu hangar de Los Ángeles. Uno de los guardias nocturnos recordó haber visto a un par de esbirros merodeando alrededor de tu estacionamiento. No le había

dado importancia al hecho hasta que le preguntamos.

—¡Maldita sea! ¿Han atrapado a alguien?

—No, y tal vez nunca lo atrapemos. No hay necesidad. En cuanto a Banastasio, muy pronto te lo quitaremos de encima. No te preocupes.

En ese momento, en el auto de Orlanda, al recordarlo, sintió que un frío molesto lo recorría de pies a cabeza.

—¿Qué sucede, querido? —preguntó ella— ¿De qué se trata?

—No es nada.

—Dímelo.

—Estaba pensando que el miedo es repugnante y puede destruirte si no te cuidas de él.

—Oh, sí. Lo sé. Lo sé muy bien —por un instante apartó los ojos de la carretera, sonrió insegura y le puso la mano en la rodilla—. Pero tú eres fuerte, querido mío. Tú no tienes temor de nada.

Bartlett rió con espontaneidad. —Me gustaría que eso fuera cierto.

—Es que lo es. Yo lo sé.

Disminuyó la velocidad para sortear un montón de escombros. Allí el camino era más empinado aún y el agua corría en forma de pequeño torrente por las acequias. El coche parecía abrazarse con ansia al muro de contención/cuando Orlanda dio vuelta para bajar a Kotewall Road y dar vuelta a la esquina para entrar a Rose.Court. Al pasar a lo largo del edificio se quedó sin aliento y vaciló un instante.

Luego, con decisión pasó de largo frente al vestíbulo y dio vuelta para entrar al empinado callejón descendente que conducía a su garage.

—Es hora del cóctel —comentó.

—¡Magnífico! —repuso él, con voz ronca y sin mirarla.

En cuanto Orlanda apagó el motor del auto, Linc se bajó y fue al lado de ella para abrirle la puerta.

Ella cerró con llave el vehículo y los dos se encaminaron al ascensor. Bartlett sentía que las venas del cuello querían salírsele por la fuerza de las palpitaciones.

Dos camareros chinos que llevaban bandejas de bocadillos entraron al ascensor con ellos y preguntaron cuál era el departamento de Inmuebles Asiáticos.

—Está en el quinto piso —respondió Orlanda.

Una vez que los camareros salieron del ascensor, Bartlett preguntó:

—¿Inmuebles Asiáticos son los dueños de esta propiedad?

—Sí. También son los que la construyeron desde sus cimientos —un momento de vacilación—. Jason Plumm y Quillan son buenos amigos. Quillan es todavía dueño del Penthouse, pero lo subarrendó cuando él y yo rompimos nuestras relaciones.

Bartlett la abrazó y comentó:

—Me alegro de que lo hayan hecho.

—Yo también —su sonrisa era tierna y la inocencia de su mirada lo conmovió—. Ahora yo también estoy contenta de eso.

Llegaron al octavo piso y Bartlett pudo ver que los dedos de Orlanda temblaban cuando trató de introducir la llave en la cerradura.

—Pasa, Linc. ¿Qué prefieres: té, café, cerveza o un cóctel?

Orlanda se quitó los zapatos y levantó la vista para mirar a Linc de frente. A él el corazón quería salírsele, y sus sentidos actuaban con diligencia tratando de averiguar si el apartamento estaba vacío.

—Estamos solos —se limitó a decir ella.

—¿Cómo sabes en qué estoy pensando?

Se encogió ligeramente de hombros y respondió:

—Se trata sólo de ciertas cosas…

Linc le puso las manos en la cintura.

—Orlanda…

—Lo sé, mi amor.

La voz de ella sonaba ronca y lo hizo estremecerse. Cuando la besó, los labios de ella le dieron la bienvenida. Su vientre se sentía suave y dócil. Las manos de Linc dibujaron el cuerpo de la chica.

Sintieron cómo se endurecían sus pezones y Linc comprobó que el ritmo del corazón de Orlanda era tan acelerado como el suyo. Luego las manos de ella soltaron el cuello de Linc e hicieron presión contra su pecho, pero esta vez él la sujetó, apretándola contra sí mismo y su beso tuvo un tono más apremiante. La presión de la chica cedió y sus manos volvieron a rodear el cuello de Linc, haciendo que su vientre se acercara a él más aún. Interrumpieron el beso, pero sin dejar de abrazarse.

—Te amo, Linc.

—Yo te amo a ti, Orlanda.

La fuerza repentina de esa verdad casi lo consumía. Volvieron a besarse. Las manos de ella se sentían tiernas, pero fuertes. Las de él se paseaban, acariciándola y dejando una estela de fuego. Tanto en ella, como en él mismo. El peso del cuerpo de la chica descansó más y más en los brazos de él, a medida que las rodillas le flaqueaban. El la levantó con facilidad y la llevó a la habitación. Las cortinas de gasa que colgaban del techo para formar el baldaquino, se agitaban con suavidad bajo el impulso de la fresca brisa que entraba por las ventanas abiertas. La colcha se sentía suave y mullida.

—Trátame con dulzura, amor mío —susurró ella con voz ronca— ¡Oh, cuánto te amo!

* * *

Desde el timón del *Sea Witch*, Casey agitó la mano en señal de despedida a Dunstan Barre, Plumm y Pugmire, que estaban de pie en el muelle, del lado de Hong Kong. Acababan de dejar el yate, y las últimas horas de la tarde eran agradables, aunque todavía muy nubladas. La embarcación empezó a regresar de nuevo al otro lado de la bahía. A Peter Marlowe y a las chicas los había dejado ya en Kowloon, pero Gornt había convencido a Casey de que siguiera a bordo para un pequeño recorrido adicional.

—Yo tengo que volver a Kowloon —le había dicho—, para una cita en el Nine Dragons. Acompáñame... Por favor.

—¿Por qué no? —había convenido alegremente.

Ella no tenía prisa. Había tiempo de sobra para vestirse para el cóctel al que Plumm la había invitado esa tarde. Casey había decidido posponer su cena con Lando Mata para un día de la semana siguiente.

En el recorrido de regreso de Sha Tin aquella tarde, había dormitado parte del tiempo, protegida por una manta del frío de la brisa, y acurrucada en los amplios y cómodos cojines que formaban semicírculo en torno al timón. Los demás invitados andaban esparcidos en distintos sitios del yate. A veces Gornt estaba allí, al frente del timón, enhiesto, robusto... auténtico capitán.

Peter Marlowe se había quedado solo, del lado de babor, dormitando en un sillón de cubierta. Poco después habían tomado

el té con pastelillos: él, Casey y Barre. Durante el té, Pugmire y Plumm habían aparecido, un tanto despeinados y contentos, con las dos chicas en zaga.

—¿Durmieron bien? —había preguntado Gornt con una sonrisa.

—Muy bien, —había contestado Plumm.

¡Apuesto a que si! —había pensado Casey al verlo a él y a su chica. Esta le gustaba. Tenía un par de grandes ojos oscuros, cuerpo esbelto. Era un espíritu alegre, se llamaba Wei-wei, y andaba con Plumm a todas partes, como su propia sombra.

Antes, cuando ella y Gornt se habían quedado solos en la cubierta, él le había explicado que ninguna de esas chicas era compañera ocasional, que todas eran amigas especiales.

—Dime, ¿todos aquí tienen una amante?

—Dios santo, no. Pero, bueno, perdóname... La verdad es que los hombres y las mujeres envejecen de modo diferente, y después de cierta edad es difícil... Para decirlo con claridad: compartir la almohada, el amor y el matrimonio no son la misma cosa.

—¿No existe eso que se llama fidelidad?

—¡Ah! Por supuesto. ¡Sin duda alguna! Para una mujer significa una cosa; para un hombre, otra.

Casey había suspirado. Luego, como quien reflexiona en voz alta había añadido:

—Eso es terrible. Es terrible y muy injusto.

—Sí, pero sólo si tú quieres que lo sea.

—¡Eso no está bien! Piensa en los millones de mujeres que trabajan y se esclavizan toda la vida, cuidando al hombre, fregando y lavando, y en esta época incluso ayudando a mantener a sus hijos... ¿Para qué? ¡Para que después se las haga a un lado sólo porque han envejecido!

—No puedes culpar a los hombres. La sociedad es así.

—¿Y quién gobierna a la sociedad? ¡Hombres! ¡Santo Dios, Quillan! ¡Tienes que admitir que los hombres son los responsables!

—Estuve ya de acuerdo en que es injusto, pero lo es también para los hombres. ¿Qué me dices de los millones de hombres que se matan trabajando para proveer, ¡oh bendita palabra!, para proveer el dinero necesario para que lo gasten otros, sobre todo mujeres. ¡Abre los ojos, Ciranoush! Los hombres tienen que trabajar sin cesar hasta que mueren, para sostener a otros, y con la máxima

frecuencia, al final de la vida, a una mujer que se ha vuelto vulgar y agresiva. ¡Mira a la esposa de Pugmire, por amor de Dios! Y podría señalarte medio ciento de ellas que sin necesidad se han vuelto gordas y feas y por añadidura malolientes... ¡sin exageración! Por otro lado está el pequeño truco característico femenino de las mujeres que se valen de su sexo para atrapar, que se embarazan para enredar en sus lazos, y luego gritan, desencadenan una tormenta y ensordecen con alaridos, hasta que consiguen un divorcio muy bien pagado. ¿Qué me dices de Linc Bartlett, eh? ¡Por qué ordalía no lo hizo pasar esa maravillosa esposa suya! ¿No es cierto?

—¿Tú estás enterado de eso?

—Claro. Tú conseguiste toda una cinta sobre mí. Yo tengo otra sobre vosotros dos. ¿Acaso son justas sus leyes sobré el divorcio? El cincuenta por ciento de todo y luego el pobre desgraciado hombre norteamericano tiene que ir al tribunal para que se decida que proporción de su cincuenta por ciento puede conservar.

—Es cierto. La esposa de Linc y su abogado casi arruinaron a Linc. Pero no todas las esposas son así. ¡Además, por Dios! No somos bienes permutables, y la mayoría de las mujeres necesita protección. Las mujeres de todo el mundo siguen recibiendo un trato áspero.

—Nunca he conocido una verdadera mujer que reciba un trato áspero —protestó él—. Hablo de una mujer como tú o como Orlanda, que entienden lo que significa ser femenina —de pronto, el rostro se le iluminó y añadió—... ¡Claro! A lo largo del camino tiene que darnos a nosotros, pobres débiles desgraciados lo que nos hace falta para conservarnos sanos.

Casey había reído con él, queriendo cambiar de tema. Era demasiado difícil para resolverlo en ese momento.

—¡Ah, Quillan! Y tú eres uno de los malos, desde luego...

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

El se había dado vuelta para escrutar el firmamento que tenía delante. Ella lo observó y. le pareció magnífico, al verlo allí de pie, oscilando apenas, mientras el viento le rizaba el vello espeso de sus robustos brazos y la gorra marinera, ligeramente inclinada, le cubría la cabeza. Me alegra que me tenga confianza y me considere

mujer —había pensado, dejándose arrullar por el espíritu del vino, la buena comida y el deseo de él.

Desde que había subido al yate, Casey había sentido el deseo de él por ella y todavía se preguntaba cómo le haría frente cuando se manifestara, puesto que inevitablemente tendría que manifestarse. ¿Sería un sí o un no? ¿O un quizá? ¿O un tal vez la semana entrante? ¿Habría una semana entrante, después de todo?

—¿Qué va a suceder mañana, Quillan, en el Mercado de valores?

—El mañana se hará cargo de mañana, —había contestado él, mientras el viento lo flagelaba.

—Hablo en serio.

—Ganaré o no ganaré —se había encogido de hombros—. En cualquier hipótesis estoy bien cubierto. Mañana empezaré comprando. Si el hado me es propicio, lo tendré a él en mis manos.

—¿Y luego?

Quillan había reído con un gesto espontáneo.

—¿Te queda alguna duda? Me adueño de todo lo que es suyo, hasta de su palco en el hipódromo.

—¡Ah! Eso realmente lo deseas, ¿no es cierto?

—¡Oh si! ¡Oh sí! Eso representa la victoria. El y sus antepasados nos han tenido a mí y a los míos fuera. ¡Claro que quiero eso!

Me pregunto si yo podría hacer un trato con Ian —había pensado por un momento—. Me pregunto si podría conseguir que el tai-pan permitiera a Quillan tener un palco, un palco propio, y si querría ayudarlo a ser administrador. Es una locura que estos dos estén como toros enfurecidos en una tienda de preciosidades de porcelana china... hay lugar de sobra pará ambos. Ian me deberá un favor, si Murtagh cumple.

El corazón se le agitó al preguntarse qué habría sucedido con Murtagh y el banco, y al pensar en lo que Quillan haría si la respuesta era afirmativa.

A propósito, ¿dónde está Linc? ¿Está con Orlanda? ¿Soñando, en sus brazos, mientras las horas de la tarde pasan sin sentir?

Volvió a acurrucarse en la cabina del timón y cerró los ojos. El aire salino, el ronroneo de los motores y el movimiento de las olas la adormecieron. Era un dormir sin soñar, algo así como el del feto en el seno materno. Unos minutos después despertó, con una plácida sensación de descanso. Gornt estaba a la sazón sentado

frente a ella, observándola. Estaban solos, una vez más. El capitán cantonés empuñaba el timón.

—Tienes una bella cara de durmiente —comentó él.

—Gracias —se movió hasta apoyarse en un codo—. Tú eres un hombre extrañó. En parte demonio, en parte un príncipe, tan pronto te muestras compasivo como despiadado. Lo que hiciste con Peter fue maravilloso.

El se limitó a sonreír y a esperar. Sus ojos tenían un extraño brillo de complacencia y de desafío.

—Linc está... Yo creo que Linc está enamorado de Orlanda —dijo sin pensarlo y vio que una sombra cubría el rostro de Quillan.

—¿Tú crees?

—Sí —esperó, pero él no hacía más que observarla; impulsada por el silencio, añadió sin querer—... Y creo que ella está enamorada de él —otro largo silencio—. Quillan, ¿es eso parte de un plan?

El rió con blandura, pero ella pudo sentir su fuerza dominante.

—¡Ah, Ciranoush! La extraña eres tú. Yo no...

—¿Quieres llamarme Casey? ¿Por favor? Ciranoush no es lo correcto.

—Pero a mí no me gusta Casey. ¿Puedo usar Kamalian? —Casey.

—¿Qué te parece Ciranoush hoy, Casey mañana y Kamalian para la cena del martes? Entonces será cuando cerremos el trato, ¿eh?

Sin siquiera pensarlo, Casey se puso en guardia. —Eso dependerá de Linc.

—¿No eres tú tai-pan de Par-Con?

—No. No, yo nunca seré eso. Gornt rió. Luego añadió:

—Entonces, que hoy sea Ciranoush, mañana Casey y... ¡al diablo con el martes!

—De acuerdo —convino ella, sintiéndose reconfortada por la cálida actitud de él.

—Muy bien. Ahora, en cuanto a Orlanda y Linc —su voz tenía un tono de gentileza—. Eso es asunto de ellos dos, y yo nunca hablo de asuntos ajenos con otras personas, ni siquiera con una dama. Nunca.

Eso no es hacer el juego. Si me preguntas si yo he ideado una trama tortuosa, para usar a Orlanda contra Linc, o contra ti o Par-Con, la idea es ridícula —volvió a sonreír—. He notado siempre que

son las mujeres las que manipulan a los hombres, no al revés.

—¡Estás soñando!

—Una pregunta merece otra: ¿son amantes Linc y tú?

—No. No en el sentido convencional de la palabra, pero sí, yo lo amo a él.

—¡Ah! Entonces, ¿van a casarse?

—Es posible —Casey volvió a moverse para acomodarse en el asiento, y pudo ver que los ojos de Gornt la recorrían.

Tiró de la manta, ajustándosela mejor en torno al cuerpo. El corazón le latía a un ritmo agradable, muy consciente de la actitud de Gornt, y sabedora de que este era también muy consciente de ella.

Luego añadió:

—Pero... yo no hablo de mis asuntos con otro hombre —protestó con una sonrisa—. Eso tampoco es hacer el juego.

Gornt estiró la mano y la tocó ligeramente.

—Estoy de acuerdo, Ciranoush.

El *Sea Witch* dejó el mar abierto y entró a la bahía. Kowloon estaba ante ellos.

Casey se sentó y se dio la vuelta para observar la isla y la Cumbre, que en su mayor parte estaba envuelta en nubes. —¡Es tan hermosa! —comentó.

—La costa meridional de Hong Kong es grandiosa alrededor de Shek-O, en Repulse Bay. Yo tengo casa en Shek-O. ¿Quieres conocer el yate ahora?

—Sí, sí. Me gustaría eso.

La llevó hacia proa primero. Los camarotes estaban impecablemente arreglados. No había señal alguna de que hubieran sido utilizados. Cada uno estaba provisto de ducha y W:C. Una pequeña cabina general prestaba servicio a todos.

—En estos días, nuestra popularidad entre las mujeres es enorme, porque aquí pueden tomar la ducha y disfrutarla a gusto. La escasez de agua tiene sus ventajas.

—Lo creo sin dificultad —dijo, entusiasmada con su jovialidad.

A popa, separada del resto del yate, estaba el camarote principal, con una gran cama doble. Todo limpio, elegante y acogedor.

Casey sentía las palpitaciones del corazón con mucha fuerza en

los oídos, y cuando él, en un gesto natural cerró la puerta y le-puso la mano en la cintura, ella no retrocedió. El se le acercó más. Casey nunca había besado a un hombre barbado. Cuando el cuerpo de Gornt la tocó, ella lo sintió duro y la sensación le resultó grata. Casey respiraba con afán. Los labios de él se sentían firmes, con sabor a cigarro puro. La mayor parte de su ser le decía: adelante, déjate ir. Luego, la mayor parte dictaba: no, no lo hagas. En brazos de él, la sensación de sensualidad era general. Demasiado buena.

¿Qué pensar de Linc?

La pregunta le inundó la mente como nunca y de repente ésta se llenó de claridad. Presa por completo de la sensualidad, reconoció por vez primera con absoluta nitidez que lo que deseaba era a Linc. No era Par-Con, ni el poder, sino Linc, si se veía obligada a elegir. Sí. Es Linc, sólo Linc. Hoy por la noche cancelo nuestro trato. Hoy por la noche le ofreceré cancelarlo.

—Este no es el momento —susurró, con voz gutural.

—¿Cómo?

—No. Ahora no. No podemos; lo siento.

Levantó la cabeza y lo besó ligeramente en los labios, sin dejar de hablar en medio de los besos:

—Ahora no, querido mío, lo siento, pero no podemos. Ahora no. El martes. Tal vez el martes.

El la sostuvo, alejándosela, y Casey pudo ver que sus oscuros ojos la escudriñaban. Ella le sostuvo la mirada todo el tiempo que pudo, luego hundió la cabeza en el pecho de él y lo abrazó con ternura, gozando todavía de la cercanía, pero segura ya de que estaba a salvo y de que él se había convencido.

Esto fue un gran acercamiento —pensó sintiéndose débil, sintiendo que las rodillas le flaqueaban y que todo el cuerpo le temblaba. Ya casi me había dejado ir, pero eso no habría sido bueno, ni para mí, ni para Linc, ni para él. Habría sido bueno para Gornt —rectificó en su interior, en una extraña reflexión.

El corazón le palpitaba con fuerza mientras se apoyaba en él, esperando, recuperándose, con repentina confianza... con un sentimiento cálido y amable y con la promesa de la semana siguiente—El invitaría: "volvamos a bordo."

En ese instante, Casey sintió de pronto que los brazos de él se cerraban en torno a ella, y antes de darse cuenta de lo que sucedía,

se encontró en la cama. Los besos de Gornt eran fuertes y sus manos se deslizaban sobre el cuerpo de ella. Casey trató de resistir, pero él le tomó las manos con destreza y la forzó a tenderse cuan larga era. El puso su cuerpo encima, a través del de ella. Su vientre la sujetaba, manteniéndola impotente. Se dedicó a besarla a placer. La pasión de él y la excitación de ella se mezclaban con la furia, el temor y el deseo que la dominaban. Por más esfuerzos que hacía, no podía moverse.

El ímpetu de calor aumentó. En determinado momento él cambió de posición, para sujetarla de otra manera. En ese instante, ella viró, preparándose para el ataque. Deseaba más, pero estaba preparándose ya para la ofensiva seria. Una vez más, él le aferró las manos con firmeza. Casey se sintió abrumada, deseando ser vencida, no queriéndolo— la pasión de él era fuerte, su vientre duro, la cama blanda. Luego, en la misma forma repentina en que había empezado, la soltó y rodó alejándose, con una risa sonora y espontánea.

—-¡Tomemos un trago! —propuso, sin ningún sentimiento de rencor.

La respiración de ella era afanosa y difícil.

—¡Tú... desgraciado animal!

—En realidad no —protestó él—. Soy muy legítimo —se apoyó en un codo, incorporándose; los ojos le parpadeaban—. Pero tú, Ciranoush, tú eres una embustera.

—¡Vete al demonio!

La voz de él era tranquila y con un tono indignante que resultaba genial. Comentó la reacción de Casey:

—Sí, me iré bastante pronto. Dios me guarde de pedir a una mujer que demuestre semejante cosa.

Ella se abalanzó sobre él. Trató de arañarle la cara con las uñas, furiosa al verlo tan dueño de sí mismo, cuando ella estaba fuera de sí. Sin dificultad, él le tomó las manos y se las sujetó.

—¡Con dulzura, con dulzura te atrapo, changuita! —dijo, como una ocurrencia todavía más genial—. Cálmate, Ciranoush, recuerda, que los dos tenemos más de veintiún años. Te he visto ya casi desnuda, y si de veras quisiera violarte, temo que no sería para mí un gran certamen. Tú podrías desgañifarte gritando, y mi tripulación no oiría el menor sonido.

—¡Eres un infame mal...!

—¡Basta! —Gornt no dejó de sonreír, pero ella paró, sintiendo el peligro—. El haberte derribado no fue para asustar, sólo para advertir —explicó en tono gentil—. Fue una travesura, pero nada más. Te lo aseguro.

La dejó ir, y ella se arrastró y se levantó de la cama. Su respiración era todavía afanosa. Sintiéndose iracunda, fue a ponerse frente al espejo, para echarse el cabello hacia atrás y arreglarse el peinado.

—¡Eres un ojinegro maldito!

Gornt dejó escapar una carcajada contagiosa que le sacudía el estómago y en ese momento, al darse cuenta de la necedad de toda aquella escena, Casey empezó a reír también. Un instante después, los dos estaban muertos de risa, él tendido sobre la cama y Casey recargada en el baúl de marinero del camarote.

Sobre cubierta, como buenos amigos, bebieron champaña de una botella que ya estaba abierta, en una cubeta de plata. El mesero silencioso y servicial llenaba las copas y desaparecía.

En el muelle de Kowloon, Casey volvió a besarlo:

—¡Gracias por un día magnífico! ¡Hasta el martes, si no antes!

Bajó del yate y estuvo agitando la mano en señal de despedida durante largo rato. Luego corrió a su hotel.

* * *

Spectacles Wu también iba corriendo hacia su casa. Se sentía cansado, ansioso y lleno de miedo. La subida a través del laberinto de viviendas y chozas, en la zona poblada sobre la parte más alta de Aberdeen, era difícil, resbalosa y peligrosa. Había fango y desorden por todos lados, y él ascendía respirando con dificultad. El torrente del canal de avenamiento había rebasado su cauce muchas veces en muchos lugares, y la inundación había desplazado construcciones enteras, creando una situación caótica por todos lados. Un manto de humo pendía sobre muchas de las viviendas derruidas. Algunas todavía despedían llamaradas. El fuego se había difundido con rapidez en cuanto se habían iniciada los derrumbes. Spectacles Wu esquivó los bordes del gran deslizamiento de la ladera donde la Quinta Sobrina casi había muerto dos días antes. A esa sazón, un

centenar de cabañas, tal vez más, habían sucumbido ya a nuevos derrumbes del terreno en esa misma zona.

La tienda de dulces había desaparecido y la anciana vendedora con ella.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó.

El pepenador se limitó a encogerse de hombros y continuó hurgando entre los escombros en busca de madera buena, cartón todavía utilizable o lámina corrugada de metal.

—¿Cómo está allá arriba? —insistió Wu.

—Lo mismo que abajo —repuso el hombre en deficiente cantones— Algo bueno, algo malo. ¡Hado!

Wu le dio las gracias. Iba descalzo, protegiendo su calzado. Se alejó del canal de avenamiento y haciendo un esfuerzo se abrió paso por entre la basura y los escombros, tratando de encontrar el sendero que serpenteaba hacia la parte de arriba. Desde el lugar en que estaba, no podía ver la parte donde vivía, pero parecía que allí no había habido deslizamientos. Armstrong le había dado permiso para ir a casa a ver cómo estaban las cosas, cuando las noticias radiofónicas habían informado de derrumbes peligrosos en esa parte de la colina repoblada.

—Sólo te recomiendo que vuelvas tan pronto como te sea posible. Está programado otro interrogatorio para las siete de la noche.

—¡Oh, si! Estaré de regreso —había contestado en voz alta.

Las sesiones habían sido muy fatigosas, pero para él resultaban buenas, porque recibía muchas alabanzas de Armstrong y del jefe de Servicios Especiales de Inteligencia. Su lugar en ese departamento estaba ya asegurado. Su traslado y adiestramiento empezarían la semana entrante. Había dormido poco, porque las horas de las sesiones eran independientes de que fuera de día o de noche, y en parte también por su deseo de triunfar. El cliente cambiaba del inglés al dialecto Ning-tok, al cantonés y de nuevo al inglés, y había sido difícil seguirlo a través de todos esos desvaríos. Pero cuando sus dedos habían tocado aquel maravilloso y extraño rollo de billetes, en el fondo del bolsillo, fruto de sus triunfos en las carreras, una sensación de agilidad se había posesionado de él y lo había hecho superar las horas más difíciles. Volvió a tocarlos para cerciorarse de que los tenía. No dejaba de bendecir su hado, al ir

subiendo el estrecho sendero, que a veces se convertía en un raquítico puente sobre una pequeña barranca, sin dejar de ser una subida muy empinada. Algunas personas que bajaban pasaban al lado de él. Otras iban detrás, subiendo también. Por la ladera de la montaña se oían los golpes de martillo y los ruidos de la labor de reconstrucción y techado de las cabañas.

La zona donde él vivía le quedaba ya a menos de cien metros de distancia, una vez que diera vuelta a la última esquina. Lo hizo, y se quedó paralizado. Su barriada ya no existía. Allí no quedaba más que una profunda cicatriz en la ladera. La avalancha acumulada de lodo y escombros yacía a más de sesenta metros de profundidad. No se veía una sola vivienda, donde poco antes había varios centenares de ellas.

Con la mente embotada, siguió subiendo, esquivando el peligroso borde del derrumbe, hasta llegar a la cabaña más cercana. Llamó a la puerta. Una anciana la abrió en actitud de sospecha.

Perdone, señora, soy el hijo de Wu Cho-tam, de Ning-tok...

La mujer, que era One Tooth Yang lo contempló atónita y luego empezó a hablar en algo que Wu no entendió. Le dio las gracias y se alejó, recordando que estaba en una de las zonas pobladas por el Yang, algunos de los extranjeros del norte que venían de Shanghai.

Más cerca de la cima del deslizamiento, paró y llamó a la puerta de otra cabaña.

—Perdóneme, honorable señor pero, ¿qué sucedió? Soy el hijo de Wu Cho-tam, de Ning-tok, y mi familia vivía allí —señaló hacia la hondonada.

—Sucedió durante la noche, honorable Wu —explicó el hombre, que hablaba un dialecto cantonés que él podía entender—. Fue como el sonido del viejo tren expreso de Cantón, después sé oyó rugir la tierra, luego gritos, después apareció el fuego. Lo mismo sucedió aquí el año pasado. Ah, sí. Los incendios empezaron pronto, pero las lluvias los apagaron. *Dew neh loh moh*, la noche fue muy mala —el vecino un anciano, sin dientes, y la boca se le abría en un gesto—. ¡Bendiga a todos los dioses por no haber estado durmiendo ahí! ¿Eh?— y cerró la puerta.

Wu volvió a mirar la hendedura. Luego emprendió el camino de bajada. Al fin tropezó con uno de los ancianos de su zona, que también era de Ning-tok.

—¡Ah, Spectacles Wu, Policía Wu! Varias personas de su familia están allá —su viejo dedo artrítico señaló hacia arriba—. Allá, en casa de su primo, Wu Wam-pak.

—¿Cuántos perecieron, honorable señor?

—Maldición a todos los derrumbes de lodo, ¿cómo podría saberlo? ¿Soy yo el guardián de la ladera?

No se tiene noticia de varias docenas.

Spectacles Wu le dio las gracias. Cuando encontró la cabaña, vio que estaban allí el Noveno Tío, la Abuela, la esposa del Sexto Tío con sus cuatro hijos, la esposa del Tercer Tío con el bebé, el Quinto Tío, aunque con un brazo roto...

—¿Y el resto de nuestra gente? —preguntó; faltaban siete.

—En la Tierra —contestó débilmente la abuela—. Aquí tenemos té, Spectacles Wu.

—Gracias, honorable abuela. ¿Dónde está el abuelo?

—Se fue al vacío, antes del derrumbe. Se fue al vacío por la noche, antes del derrumbe.

—El hado... ¿Y la Quinta sobrina?

—Desaparecida. Se perdió en alguna parte.

—¿Podría tal vez estar viva aún?

—Quizá. El Sexto Tío anda buscándola ahora, allá abajo, junto con los demás, aunque es una boca inútil. Pero, ¿qué me dices de mis hijos y los hijos de ellos?

—El hado —contestó Wu en tono triste, sin maldecir a los dioses ni bendecirlos: los dioses cometen errores—. Encenderemos candelas del hado por ellos, para que puedan renacer con seguridad, si es que hay renacimiento. El hado —se sentó sobre un cajón de madera roto—. ¿El Noveno Tío y nuestra fábrica? ¿Sufrió daño la fábrica?

—No. Gracias a todos los dioses.

El hombre respondió con la mente obnubilada. Había perdido a su esposa y a tres de sus hijos. De alguna manera habían tratado de sobrevivir a aquel mar de fango que los había devorado. Luego añadió:

—La fábrica no sufrió daño alguno.

—Bueno...

Todo los papeles y el material de investigación para el Guerrero de la Libertad estaban ahí, junto con la vieja máquina de escribir y

la antigua copiadora Gestetner. Spectacles Wu siguió diciendo:

—Muy bien. Ahora, Quinto Tío, mañana comprarás una máquina para hacer plástico. De hoy en adelante haremos nuestras propias flores. El Sexto Tío te ayudará y empezaremos de nuevo.

El aludido escupió con disgusto.

—¿Cómo podemos pagar, eh? ¿Cómo vamos a empezar? ¿Cómo vamos a poder...? —se quedó con la palabra en la boca y los ojos desorbitados.

Todos los circunstantes estaban boquiabiertos. Spectacles Wu acababa de sacar el rollo de billetes.

—¡Uuuyyy! Honorable hermano menor, ahora veo que al fin has entendido la sabiduría que hay en asociarse con la Víbora!

—¡Qué sabiduría! —le hicieron eco los demás con orgullo—. ¡Que todos los dioses bendigan al hermano menor!

El joven no dijo nada. Sabía que no le creerían por más explicaciones que les diera, así que optó por dejarlos en su creencia.

—Mañana empiezas a buscar una buena máquina de segunda mano. No podemos pagar más que 900 HK —dijo al hombre mayor, aunque sabía que había disponible una cantidad de 1,500 si era necesaria.

Luego salió y concertó con su primo, el dueño de aquella cabaña, que les alquilara un rincón hasta que pudieran volver a construir. Estuvieron regateando sobre el precio, hasta llegar a la cifra justa.

Satisfecho de haber hecho lo que podía por el clan Wu, se alejó del lugar, bajando la colina, rumbo a la oficina central de policía. Llevaba el corazón desgarrado y toda su alma quería chillar contra los dioses por su injusticia, o por su descuido, por haberse llevado a tanta gente, por haberse llevado a la Quinta-Sobrina, que apenas uno o dos días antes había vuelto a nacer en otro deslizamiento.

No seas necio —se dijo con imperio. El hado es el hado. Tú tienes riqueza en tu bolsillo, un futuro halagüeño con los Servicios de Inteligencia, tienes un Guerrero de la Libertad que fabricar, y el tiempo de morir está en manos de los dioses. ¡Pobrecita de la Quinta Sobrina! Tan bonita, tan dulce...

—Los dioses son los dioses —musitó displicente, haciendo eco a las últimas palabras que dijera la niña; luego dejó de pensar en ella.

77
6:30 p.m.

Ah Tat subió con fatiga la amplia escalinata de la Gran Casa. Sus viejas articulaciones crujían a cada paso, mientras ella no dejaba de hablar entre dientes consigo misma. Recorrió la Gran Galería, detestando la colección y la multitud de caras que siempre parecían estar observándola. Aquí hay demasiados espíritus —pensó con temor, aunque era consciente de haber conocido en vida a un gran número de esos rostros, que habían crecido en esa casa y nacido allí mismo hacía ochenta años. Era una falta de civilización mantener sus espíritus en suspenso colgando sus retratos en la pared. Era mejor actuar en forma civilizada, mandándolos a la memoria, que era el lugar idóneo de los espíritus.

Como le sucedía siempre, al ver el puñal de la bruja Hag hundido en el corazón de su padre, le sobrevino un estremecimiento. *Dew neh loh moh*—pensó—: esa sí era una salvaje, una mujer con un demonio insaciable en su puerta de jade, siempre haciendo duelo en secreto por la muerte de el tai-pan, el padre de su marido, lamentándose de su destino, por haberse casado con el hijo debilucho, en vez de casarse con el padre, por no poder ya ir a la cama con el padre y, debido a eso, tener una puerta de jade eternamente insaciable.

—¡Ah, si! Y todos los extranjeros que subieron por estas escaleras, en el curso de los años, para entrar en su cama, bárbaros de todas las naciones, de todas las edades, formas y tamaños, serían hechos a un lado, como un montón de desperdicios, después de haberles arrebatado su esencia y de haberla aprovechado, aunque sin lograr jamás apagar el fuego.

Ah Tat se estremeció de nuevo. ¡Que todos los dioses sean testigos! La puerta de jade y el monje de un ojo son en realidad yin y yang, perdurables, siempre divinos, ambos insaciables, por más que uno consuma al otro. Gracias a todos los dioses que mis padres me permitieron hacer voto de castidad, para dedicar mi vida a educar chicos, sin que jamás me abriera una vara ardiente, que no

me habría permitido volver a ser jamás la misma de antes. Gracias a todos los dioses que no todas las mujeres necesitan que los hombres las eleven, para ser una cosa con la divinidad. Gracias a todos los dioses que algunas mujeres con gran sabiduría prefieren mujeres para mimar, acariciar y besar y disfrutar. La bruja Hag había tenido también mujeres, muchas, cuando era ya vieja, y en sus brazos juveniles encontraba placer, pero nunca satisfacción. No como yo. Es curioso que compartiera la almohada con una chica civilizada, pero no con un hombre civilizado, que con toda seguridad habría extinguido su fuego, de un modo o de otro, con herramientas de almohada o sin ellas. Que todos los dioses sean testigos ... ¿Cuántas veces no se lo dije? ¡Yo era la única con la que ella hablaba de cosas semejantes!

¡Pobre idiota! Con sus grotescos sueños de poder, con sus deformes sueños de lujuria, idéntica a la vieja emperatriz viuda... con eternas pesadillas que ningún miembro viril podía mitigar.

Ah Tat quitó los ojos del puñal hundido en el retrato y siguió arrastrando los pies, escaleras arriba. La Casa nunca las tendrá todas consigo, mientras no haya quien arranque ese puñal y lo arroje al mar, ¡con maldición o sin ella!

La anciana no llamó a la puerta de la habitación, sino que entró sin hacer ruido alguno, para no despertarlo, y se quedó de pie, frente a la amplia cama doble. Era el momento que disfrutaba más, cuando su hombre-niño se hallaba aún dormido, solo, y ella podía observar su rostro de durmiente y estudiarlo, sin tener que preocuparse por el bazo de la Esposa Principal, y por sus rabietas a causa de su ir y venir.

¡Tonta mujer! —pensó con gravedad, viendo las arrugas en la cara de él. ¿Por qué no cumple su deber como Esposa Principal, dándole a mi hijo otra esposa, joven, fecunda, persona civilizada, como la que tenía el viejo Demonio Ojiverde? Si lo hiciera, esta casa volvería a llenarse de luz. Sí. La casa necesita más hijos... Es una estupidez poner en riesgo a la posteridad haciendo que descanse sobre los hombros de un solo hijo. Y es una estupidez dejar a este semental solo, una estupidez dejar esta cama vacía, una estupidez dejarlo para que lo tiente alguna ramera boquita melosa, y él vaya a desperdiciar su esencia en pastos ajenos. ¿Cómo no se da cuenta ella de que tenemos una casa que proteger? ¡Bárbaras!

Vio que abría los ojos y fijaba la mirada, y luego se estiraba con fruición.

—Es hora de levantarte, hijo mío —dijo, tratando de que su voz sonara áspera y autoritaria—. Tienes que bañarte, vestirte, hacer más llamadas telefónicas, ¿eh?, y dejar a tu pobre vieja madre con más encargos y más trabajo, ¿eh?

—Sí, madre —masculló Dunross en cantonés, en medio de un amplio bostezo. Después se sacudió como un perro lo hace al despertar, se estiró una vez más, salió de la cama desnudo y avanzó a grandes pasos hacia el baño.

Ah Tat estudió aquel cuerpo de elevada estatura con ojo crítico, pudendo discernir bien las crueles cicatrices de las antiguas quemaduras a lo largo de ambas piernas, resultado de la caída de su avión.

Sin embargo, esas piernas eran fuertes, los músculos robustos y el yang resuelto y saludable. Muy bien —pensó—. Me da gusto ver que todo está bien. A pesar de todo, a ella le preocupaba aquella constante esbeltez, sin la curva abdominal que su riqueza y posición le merecían.

—¡No estás comiendo lo suficiente, hijo mío!

—¡Como más de lo necesario!

—Hay agua caliente en el balde. No olvides lavarte los dientes. Con ánimo feliz empezó a tender de nuevo la cama.

—Necesitaba ese descanso —musitó, sin darse cuenta de que el volumen de su voz era alto—. Ha andado como un poseído, durante toda esta semana, trabajando a todas horas, con el miedo en el rostro y encima de los hombros. Ese miedo puede matar —cuando terminó de hacer la cama, advirtió en voz alta—. ¡Por favor, no vayas a desvelarte hoy! Debes cuidarte mejor, y si decides ir con una prostituta, tráela aquí como persona sensata, ¿eh?

Lo oyó reírse y eso le gustó. No se le ha oído reír mucho estos últimos días —pensó; luego siguió hablando en voz alta:

—Un hombre necesita reír y tener un yin joven que le nutra el yang.

—¿Eh? ¿Qué cosa? ¿Qué dijiste?

—Pregunté dónde está la Hija Número Uno ...

—Entra y sale, siempre afuera, afuera con ese nuevo bárbaro —dijo la anciana, acercándose a la puerta del baño para observarlo,

mientras se echaba encima agua con una vasija—. Me refiero al que usa el cabello largo y la ropa arrugada y trabaja para el *China Guardian*. Yo no apruebo a ese muchacho, hijo mío. No. ¡En absoluto!

—¿Adónde van "afuera", Ah Tat?

La anciana se encogió de hombros, apretando las encías y respondió un tanto evasiva:

—Cuanto más pronto se case la Hija Número Uno, tanto mejor. Es preferible que sea problema de otro hombre, no tuyo. De lo contrario, tienes que darle un buen latigazo en la rabadilla —Dunross volvió a reír y la anciana se preguntó de que reiría esta vez —. Está volviéndose de cabeza hueca.

Después de esa observación, la anciana dio vuelta y se alejó. Ya en la puerta de la habitación como si recordara algo, advirtió en voz alta: —Hay un poco de chow para ti, antes que te vayas.

—¡No te preocupes por comida...!

Dunross no quiso decir más, sabedor de que era una pérdida de tiempo. Pudo oírla alejarse refunfuñando, hasta que cerró la puerta al salir.

Estaba de pie en el baño y se echaba más agua fría sobre todo el cuerpo. ¡Santo Dios! Quisiera que se acabase esta escasez asquerosa de agua —pensó—. ¡Qué bien me vendría una ducha caliente y prolongada! Pero su mente seguía apuntando inexorablemente hacia Adryon. En el acto se le representó la advertencia de Penelope: «¡Por favor, crece, Ian! En realidad es su propia vida. ¡Por favor, llega a la edad adulta!»

—Estoy tratando de hacerlo —musitó, frotándose con fuerza con la toalla.

Un momento antes de quedarse dormido había llamado a Penelope. Estaba ya en Castle Avisyard.

Kathy seguía en la clínica de Londres, haciéndose más estudios médicos.

—Vendrá acá la semana entrante. No sabes cómo espero que todo salga bien.

—Yo me mantengo en comunicación con los doctores, Penn —le habló de su idea de mandar a Gavallan a Escocia—. El siempre ha querido estar allá y Kathy también. Será mejor para los dos, ¿eh?

—¡Oh! Es una idea maravillosa, Ian. Será un tónico

incomparable.

—Pueden posesionarse de toda el ala este.

—Sí, Ian, claro. El tiempo hoy ha sido maravilloso, maravilloso, y la casa está encantadora. ¿No hay esperanzas de que tú pudieras venir unos días?

—Estoy hundido hasta las narices, Penn. ¿Te has enterado de lo del Mercado de valores?

Pudo percibir el silencio momentáneo, ver cómo le cambiaba la cara y oír en su cabeza la furia impotente desencadenada contra el Mercado y Hong Kong y el mundo de los negocios... Por más que se esforzaba por alejar de su mente esos pensamientos.

—Sí, debe ser terrible —había dicho al fin, todavía con cierto tono de voz—. Pobre de ti. Alastair estuvo refunfuñando contra eso anoche, un rato. Pero todo se compondrá, ¿verdad?

—Sí, desde luego, —contestó con gran confianza.

Sin embargo, al hacerlo se preguntaba qué habría dicho Penelope si le participara que había tenido que ofrecer la garantía personal para el préstamo de Murtagh, si al fin se gestionaba. ¡Dios mío, que se arregle! Le refirió todas las novedades, luego le contó que AMG le había mandado un mensaje muy interesante, del que le hablaría cuando la viera, y añadió que la mensajera había sido una mujer suizo-japonesa.

—¡Es un bocado de rey!

—¡Espero que no lo sea demasiado!

—No hay cuidado... ¿Cómo está Glenna y cómo estás tú?

—Muy bien. ¿Has tenido noticias de Duncan?

—Sí. Llegará mañana. Le diré que te llame en el momento en que se encuentre en casa. Creo que es todo, Penn. ¡Te amo!

—Yo también te amo... querría que estuvieras aquí... ¡Oye! ¿Cómo está Adryon?

—Más de lo mismo. ¡Ella y ese muchacho Haply parecen inseparables!

—Recuerda que es una chica muy madura, mi amor, y no te preocupes por ella. Esfuérzate sólo por ser maduro tú también.

Terminó de secarse y miró su imagen en el espejo, preguntándose si sería ya viejo, para la edad que tenía, o más bien joven... En realidad, él no notaba ninguna diferencia al pensar en cómo se sentía cuando tenía diecinueve años... ni en la universidad,

ni en la guerra. Después de un momento, se dijo:

—Eres afortunado por estar vivo, viejo querido. ¡Oh, sí! ¡Qué suerte la tuya!

Su sueño había sido profundo. Se le había estado representando Tiptop y en el momento preciso de despertar, alguien le había dicho, todavía en la inconsciencia: «¿Qué vas a hacer?» No lo sé —pensó—. ¿Hasta qué punto puedo confiar en ese insecto de Sinders? No mucho. Pero le he bajado la guardia con mi amenaza ... mejor dicho, mi promesa de publicar los once recortes de papel. ¡Y lo haré, a fe mía que sí!

Es mejor que llame a Tiptop antes de salir para casa de Plumm. Será mejor que...

* * *

Oyó que volvían a abrirle la puerta de la habitación y que At Tat entraba con sus bien conocidos pasos cortos, hasta la puerta del baño:

—¡Ay, hijo mío! Olvidaba decirte que hay un bárbaro esperándote allá abajo.

—¿Quién es?

Ella se encogió de hombros.

—Un bárbaro, no tan alto como tú. Tiene un nombre raro, y se ve más feo de lo común, con ese pelo de paja —se buscó en el bolsillo una tarjeta y se la presentó a Dunross. Decía: Dave Murtagh III, Royal Belgium and Far East Bank. A Dunross le dio un vuelco el estómago.

—¿Cuánto tiempo ha estado esperando?

—Una hora. Quizá más.

—*¿Qué?* ¡Maldición a todos los dioses! ¿Por qué no me despertaste?

—¿Eh? ¿Por qué no te desperté? —preguntó en tono cáustico—. ¿Por qué? ¿Por qué crees? ¿Soy acaso una mentecata? ¿Un demonio extranjero? ¡Ah, no! ¿Qué es más importante, que él espere o que tú descanses? ¡Vaya! —añadió con desdén, mientras se alejaba gruñendo—. ¡Como si yo no supiera que es lo mejor para ti!

Dunross se vistió a toda prisa y bajó corriendo. Murtagh estaba cómodamente tendido en un sillón mecedor. Despertó sobresaltado

cuando oyó el ruido de la puerta que se abría.

—¡Oh, hola! —saludó.

—Estoy apenadísimo. Estaba tomando una siesta, y nadie me había dicho que usted estaba aquí.

—Está bien, tai-pan —Dave Murtagh se veía demacrado—. La vieja gruñona me lanzó un torrente de amenazas si me permitía siquiera un murmullo, pero no tuvo importancia. Yo también me quedé dormido —se estiró con cansancio, ahogó un bostezo y sacudió la cabeza, tratando de despejársela—. ¡Por favor, tai-pan, discúlpeme por haber venido sin invitación, pero es preferible de viva voz que por teléfono!

Dunross contuvo la decepción, que ya le resultaba dolorosa y no la dejó asomar a la cara. Debe tratarse de un rechazo —pensó.

—¿Un whisky?

—Sí, gracias. Con soda. ¡Santo Dios, que cansancio! Dunross sirvió la bebida para su visitante y un brandy con soda para él.

—¡Salud! —exclamó, resistiendo todavía la tentación de preguntar.

Las dos copas se tocaron. Murtagh respondió:

—¡Salud! Y ¡felicidades! ¡Se aprobó su trato! —la cara del joven se dividió en dos por la amplia sonrisa—. ¡Lo logramos! —dijo casi gritando—. Ellos lanzaron alaridos, protestaron, pero hace una hora dijeron que estaban de acuerdo. ¡Conseguimos todo! El 120 por ciento de los barcos y los 50 millones de crédito rotativo, en efectivo desde el miércoles, pero con autorización para que usted los comprometa desde el lunes a las 10 de la mañana. La oferta de los negocios con los buques-cisterna fue lo que inclinó la balanza. ¡Santo Dios, lo hicimos, lo logramos!

Dunross necesitó usar toda la energía de sus años de adiestramiento para mantener la compostura en medio del apogeo de su triunfo y no dejarla salir a la vista. En vez de semejante explosión, se limitó a comentar con toda calma:

—¡Vaya, que bueno! —y tomó otro sorbo de brandy—. ¿Qué sucede? —preguntó al ver la conmoción en el rostro del muchacho.

Murtagh sacudió la cabeza y se dejó caer exhausto.

—¡Ustedes, sajones, son algo increíble! Nunca los entenderé. Le traigo un mensaje bueno en un cien por ciento, con el convenio de negocios más jugoso que Dios haya dado jamás a hombre alguno, y

lo único que usted sabe decir es «¡vaya, que bueno!»

Dunross rió sin freno. Fue una verdadera explosión. Toda su felicidad se derramó en esa risa. Dio unos golpes en la mano a Murtagh y luego le expresó su gratitud.

—¿Qué le parece eso? —preguntó, con rostro radiante.

—¡Eso está mejor!

Murtagh tomó su portafolios, lo abrió y sacó un fajo de contratos y documentos.

—Están redactados exactamente como convenimos. Pasé la noche entera preparándolos. Aquí está el contrato del préstamo principal, este es el de su garantía personal y estos son los que se requieren para el sello corporativo. Hay diez copias de cada documento.

—Pondré mis iniciales a un juego de documentos que usted va a conservar. Usted pone las suyas en el que yo conservo, y luego firmamos con toda formalidad mañana por la mañana. ¿Podría verme en mi oficina, a las 7:30? Ponemos el sello a todos los documentos y...

El joven banquero dejó escapar un ligero gemido involuntario:

—¿Qué le parecería a las 8:00, tai-pan, o a las 8:30? Necesito reponer algo de sueño.

—A las 7:30. Usted podrá dormir el resto del día —como quien responde a una idea repentina.

Dunross añadió—: ...Y reserve la noche de mañana para una velada especial.

—¿Para qué?

—Lo que oye. Procure descansar todo lo que pueda, porque su noche va a ser muy ocupada.

—¿Qué tendré que hacer?

—Usted no está casado, no tiene obligaciones con nadie, así que una velada placentera no le vendría mal, ¿eh?

—¡Bravo! —a Murtagh se le iluminó el rostro—. ¡Será espléndido!

—Yo lo enviaré con un amigo mío de Aberdeen. Se llama Goldtooth Wu.

—¿Quién?

—Es un viejo amigo de la familia. Perfectamente seguro. Ahora que lo pienso, ¿comemos en el hipódromo el sábado próximo?

—¡Oh, sí, gracias! Ayer Casey me dio una pista muy buena y gané un buen montón de dinero. Corre el rumor de que usted va a montar a Noble Star el sábado, ¿es cierto?

—Es posible —Dunross mantuvo los ojos fijos en él—... ¿Nuestro trato está realmente aprobado? ¿No hay peligro de una falla?

—¡Se lo juro por mi vida! Aquí tiene, lo había olvidado —le entregó el telex de confirmación—. Está en los términos convenidos por usted y por mí —miró su reloj y dijo—: En Nueva York son las 6:00 a.m., pero usted deberá llamar a S. J. Beverly, el presidente de nuestra junta directiva dentro de una hora. El estará esperando su llamada. Aquí tiene el número —el joven banquero volvió a demostrar su alegría cuando añadió—. Me han nombrado Vicepresidente, encargado de toda Asia.

—Felicidades.

Dunross vio la hora. Tendría que salir pronto, de lo contrario llegaría tarde y no quería tener a Riko esperando. Sintió que se le alegraba el corazón.

—¿Ponemos nuestras iniciales?

Murtagh estaba separando los documentos.

—Una sola aclaración tai-pan. S. J. dijo que esto debe conservarse en secreto.

—Eso va a ser difícil. ¿Quién escribió a máquina todo esto?

—Mi secretaria, pero es norteamericana. Reservada como una ostra.

Dunross asintió con un movimiento de cabeza, pero en su interior no se sentía tan convencido. La operadora del telex... ¿No le había dicho Phillip Chen que tenía ya copias de algunos de los mensajes de telex... ? Si no ellas, serían los de la tintorería, o las operadoras telefónicas... Era imposible decir con precisión quién, pero la noticia no tardaría en ser del dominio general, no obstante todo lo que él y Murtagh hicieran por mantenerla en secreto. Ahora... ¿cómo podía aprovechar todo del mejor modo posible, mientras fuera secreto? —se preguntaba—. Era difícil no ponerse a bailar de alegría, pues el hecho de ese convenio era algo sin precedentes y casi imposible de creer. Empezó a poner sus iniciales en su juego de documentos, mientras Murtagh hacía lo propio en el suyo. Se detuvo al oír que abrían la puerta principal y la cerraban de un golpe.

Adryon chilló:

—*¡Ah Tat!* —la exclamación fue seguida de un torrente de cantonés y terminada con una agresiva pregunta—... ¿Y has planchado mi nueva blusa, por todos los dioses?

—¿Blusa? ¿Cuál blusa, joven señorita de voz aguda y ninguna paciencia? ¿La roja? La roja, propiedad de la Esposa Principal que dijo que...

—¡Oh! ¡Ahora es mía, Ah Tat! Te dije con toda formalidad que me la plancharas.

También Murtagh había interrumpido el trabajo, para escuchar el diluvio de cantonés estridente por ambas partes.

—¡Santo Dios! Nunca me acostumbraré al modo como la servidumbre hace las cosas, diga uno lo que diga...

Dunross se rió y le hizo seña de que se acercara, mientras abría con cuidado la puerta. Murtagh se quedó sin habla. Adryon tenía los brazos en jarras y lanzaba la andanada de palabras contra Ah Tat, que se las devolvía. Las dos con voz áspera, cada una hablaba antes que la otra terminara, y ninguna de las dos escuchaba a su interlocutora.

—*¡Basta!* —intervino Dunross; las dos guardaron silencio—. La verdad es que te excedes un poco, Adryon —advirtió él en tono blando. A ella se le iluminó el rostro.

—¡Oh, hola padre! ¿Crees tú que...? —dejó la frase a medias, al ver a Murtagh.

Dunross notó el cambio en la actitud de su hija. Un relámpago le cruzó por la mente.

—¡Oh, Adryon! Permíteme presentarte a Dave Murtagh, Vicepresidente en Asia del Royal Belgium and Far East Bank —hizo una seña al joven banquero y notó la expresión de asombro en su rostro—. Es mi hija Adryon.

—¿Usted... ehm.... habla chino, señorita... ehm... Dunross?

—Sí, sí, claro... Es decir, cantonés.

¿Usted es nuevo en Hone Kong?

—No, no, señorita. He... ehm... he estado aquí ya medio año, quizá más.

Dunross observaba a ambos con deleite cada vez mayor, consciente de que por el momento los dos se habían olvidado de él. ¡Ah! El muchacho conoce a la chica, la chica lo conoce a él... y tal

vez este sea el contrapeso perfecto para la labor de Haply.

—¿Querrías tomarte una copa con nosotros, Adryon? —propuso con naturalidad, cuando el entusiasmo de su diálogo se apagó y ella se mostró dispuesta a retirarse.

—¡Oh, oh! Gracias, padre, pero no quiero serles molesta.

—Estamos terminando. Pasa. ¿Cómo anda todo?

—Bien. Muy bien —Adryon se dio vuelta hacia Ah Tat, que permanecía impertérrita, y que también había observado la atracción mutua de los jóvenes—. ¡Tú me planchas esa blusa, por favor! —ordenó con imperio, en cantonés—. Tengo que salir en quince minutos...

—¡Ah sí! ¡Quince minutos tuyos, joven emperatriz! —comentó burlona Ah Tat, y volvió a la cocina refunfuñando.

Adryon concentró la atención en Murtagh, que volvió a la vida en forma ostensible. Toda su fatiga había desaparecido.

—¿De qué parte de Estados Unidos es usted?

—De Texas, señorita, pero he vivido en Los Ángeles, en Nueva York y en Nueva Orleans. ¿Usted juega tenis?

—Sí, claro.

—Tenemos buenos campos en el Club Norteamericano. ¿Le gustaría un juego la semana entrante?

—Me encantaría. Ya he jugado ahí antes. ¿Es usted buen jugador?

—Nada especial... ehm... señorita Dunross, nivel universitario.

—Nivel universitario puede significar magnífico. ¿Por qué no me llama Adryon?

Dunross entregó a la chica la copa de jerez que le había servido. Ella se la agradeció con una sonrisa, sin dejar de tener toda la atención puesta en Murtagh. Será mejor que sea el mejor de tu clase, muchachito —pensó, sabiendo como competía su hija—; de lo contrario, prepárate para una paliza.

Reservándose con cuidado la satisfacción que estaba experimentando, volvió a los papeles. Cuando terminó de poner sus iniciales al juego de documentos que le correspondía, se puso a observar a los dos jóvenes con ojo crítico. Su hija estaba sentada con naturalidad sobre el borde del sofá, muy bella y segura de sí misma, toda una mujer. Murtagh era alto y de buenos modales, un poco tímido, pero conservando muy bien la compostura adecuada.

¿Podría yo tolerar a un banquero en la familia? ¡Será mejor que me informe de su persona! ¡Que Dios nos ayude! ¿Un norteamericano? Bueno... es tejano y... ¡no es lo mismo! ¿O me equivoco? Quisiera que Penn estuviera ya aquí.

—...oh no, Adryon, yo ocupo un apartamento de la compañía en West Point. Es un lugar pequeño, pero magnífico.

—Eso significa mucho, ¿no es cierto? Yo vivo aquí, pero pronto voy a tener mi propio apartamento —luego añadió con toda deliberación—. ¿No es verdad, padre?

—Por supuesto —ratificó Dunross sin titubear—. ¡Cuando termines en la universidad! Aquí están mis documentos, señor Murtagh. ¿Cree usted que puede firmar los suyos?

—¡Oh, sí... perdón!

Murtagh casi corrió a la mesa, y a toda prisa puso sus iniciales en los documentos, actuando con garbo.

—Aquí tiene, señor. ¿Dijo usted... ehm —las 7:30 en su oficina, mañana por la mañana, verdad?

Adryon arqueó una ceja.

—Procure ser muy puntual, Dave, el tai-pan es de una exigencia molesta, en materia de puntualidad.

—Habladurías —protestó Dunross.

—Yo te amo, padre, pero eso no son habladurías.

Charlaron un minuto más. Luego Dunross miró su reloj, manifestando premura.

—¡Maldita sea! Tengo que hacer una llamada telefónica y luego darme prisa —sin vacilar, Murtagh si apresuró a recoger su portafolios, pero luego Dunross añadió con amabilidad—. Adryon, dijiste que saldrías en unos minutos, me pregunto si tendrías tiempo para llevar al señor Murtagh...

El joven banquero protestó luego con amabilidad:

—Yo puedo conseguir un taxi aquí, no hay necesidad de que ustedes se molesten...

—No es ninguna molestia —intervino la chica en tono alegre—. Ninguna molestia. West Point me queda de paso.

Dunross se despidió y los dejó solos. Apenas notaron su salida. Entró a su estudio y cerró la puerta.

Con la puerta cerró también la mente a toda preocupación, excepto una: Tiptop. Desde la chimenea, Dirk Struan lo observaba.

Dunross le devolvió la mirada por un instante.

—Tengo los planes A, B o C —dijo en voz alta—Todos ellos culminan en desastre si Sinders no cumple.

En sus ojos se dibujó la curiosa sonrisa característica.

—Para ti era fácil —musitó luego—. Cuando alguien se atravesaba en tu camino, podías matarlo... incluso a la Hag.

Horas antes había discutido los planes con Phillip Chen. Con honda preocupación, éste había observado:

—Todos esos planes están grávidos de peligro.

—¿Tú qué aconsejas?

—La decisión tiene que ser tuya, tai-pan. Tú tendrás que ofrecer garantías personales. También es cuestión de dignidad, aunque yo te apoyaría en todo, y lo que tú pediste fue un favor, como Viejo Amigo.

—¿Qué me dices de Sir Luis?

—Tengo todo concertado para verlo esta noche, tai-pan. Abrigo esperanzas de contar con su colaboración —Phillip Chen se había visto más canoso y más anciano que nunca—. Es una pena que no tengamos otra cosa que dar a Tiptop en caso de que Sinders dé marcha atrás.

—¿Qué resultado daría negociar con la flota de los buques-cisterna? ¿Podríamos apoyarnos en Vee Cee? ¿Qué me dices de los torios... o de Joseph Yu?

—Tiptop necesita algo con que aceptar un trueque, no una amenaza, tai-pan. ¿Dijo P. B. que ayudaría?

—Prometió hablar con Tiptop esta tarde... Dijo que trataría de influir también en uno de sus amigos dé Pekín.

A las siete exactas, Dunross marcó el número.

—El señor Tip, por favor. Habla Ian Dunross.

—Buenas tardes, tai-pan, ¿cómo está usted? He oído decir que es posible que sea usted quien monté a Noble Star el sábado próximo, ¿es verdad eso?

—Es posible —hablaron de asuntos sin trascendencia, y al fin Tiptop preguntó—. ¿Y qué hay de esa persona desafortunada? ¿Cuándo será puesta en libertad, a más tardar?

Dunross hizo acopio de todas sus fuerzas y comprometió su futuro:

—Mañana a la hora del ocaso, en Lo Wu.

—¿Garantiza usted personalmente que estará allí?

—Garantizo personalmente haber hecho todo lo que estaba en mis manos para convencer a las autoridades de que lo pongan en libertad.

—Eso no es lo mismo que decir que el hombre estará allí, ¿no le parece?

—No. Pero estará allí. Yo estoy… —dejó la frase a medias.

Lo que estaba a punto de decir era «estoy casi seguro», pero comprendió que decir eso era un fracaso rotundo, porque el no atreverse a garantizar algo por una posible falla en su cumplimiento seria un baldón en su prestigio, le haría perder la confianza para siempre. En ese momento recordó algo que Phillip Chen había dicho sobre la posibilidad de que Tiptop tuviera algo para hacer el trueque, y en el acto emprendió un nuevo curso de negociación.

—Escúcheme, señor Tip —empezó con una excitación que casi le daba náusea—. Estamos en una época repugnante. Los Viejos Amigos necesitan a sus Viejos Amigos más que nunca. En forma confidencial, muy confidencial, me he enterado de que nuestra Rama Especial de Inteligencia ha descubierto en los dos últimos días que hay aquí un importante círculo soviético de espionaje, un círculo archisecreto; el nombre clave de su operación es Sevrin. El propósito de Sevrin es la destrucción de los nexos del Reino Medio con el resto del mundo.

—Eso no es novedad, tai-pan. Los hegemonistas serán siempre hegemonistas. Entre la Rusia de los zares y la Rusia soviética no hay diferencia. Así ha sucedido durante cuatrocientos años. Sí, durante cuatrocientos años, desde sus primeras incursiones y el latrocinio de nuestros territorios. Pero, por favor prosiga.

—Mi convicción personal es que Hong Kong y el Reino Medio son blancos suyos por igual. Nosotros aquí somos su única ventana al mundo. El viejo Demonio Ojiverde fue el primero en ver eso y es la verdad. Cualquier interferencia aquí y los únicos que sacarían ventaja serían los hegemonistas. Cierta documentación, parte de la que corresponde a nuestra Rama Especial, ha llegado a mis manos.

Con absoluta exactitud, Dunross empezó a citar palabra por palabra el texto tomado de los documentos básicos robados, que aparecían en los informes de AMG. Su mente parecía estar leyendo sin esfuerzo las páginas que iban apareciendo en su memoria. Dio a

Tiptop todos los detalles pertinentes de Sevrin, los relativos a los espías y el del elemento infiltrado en la policía.

Se produjo un silencio impresionante. Al fin Tiptop habló:

—¿Qué fecha tiene el documento inicial de Sevrin, tai-pan?

—Fue aprobado por un tal "L. B.", el 14 de marzo de 1950.

Un suspiro largo, muy largo...

—¿Lavrenti Beria?

—No lo sé.

Cuanto más pensaba Dunross en su nueva conspiración, mayor era su excitación, seguro de que esos datos y las pruebas positivas puestas en buenas manos en Pekín podrían desencadenar una tormenta en las relaciones chino-soviéticas.

—¿Es posible ver ese documento?

—Sí. Sí sería posible —contestó Dunross, con la espalda empapada en sudor, y feliz de haber tenido la previsión de fotocopiar las secciones relativas a Sevrin en el informe de AMG.

—¿Y el documento checoslovaco STB al que usted se refiere?

—Sí. Es la parte que yo tengo.

—¿Qué fecha tiene?

—El 6 de abril de 1959.

—Entonces, nuestros supuestos aliados han sido siempre corazón de lobo y pulmones de perro, ¿eh?

—Así me lo temo.

—¿A qué se debe que Europa y esos capitalistas de Norteamérica no entiendan quién es el verdadero enemigo del mundo? ¿Eh?

—Es difícil de entender —contestó Dunross, manejando ya el juego de la espera.

Después de una pausa, también muy controlada, Tiptop dijo:

—Estoy seguro de que mis amigos querrán una copia de esto, de ese documento de Sevrin y de cualesquiera otros documentos que lo apoyen. Dunross se enjugó el sudor de la frente, pero mantuvo la voz serena al contestar:

—Como Viejo Amigo, es privilegio mío ayudar en cualquier forma que pueda.

Hubo otro silencio.

—Un amigo de usted y mío llamó para ofrecer su apoyo a la petición del efectivo del Banco de China, y hace unos minutos a mí se me dijo que una persona muy importante llamaba desde Pekín

para sugerir que cualquier ayuda que pudiera prestarse a ustedes en su necesidad sería muy apreciada.

Se produjo otro silencio. Dunross podía casi sentir que Tiptop y los demás, que con toda probabilidad escuchaban por el teléfono y ponderaban las cosas, unas veces asentían con la cabeza, otras la sacudían en señal de negación.

—¿Puede disculparme un momento, tai-pan? Tengo a alguien en la puerta...

—¿Prefiere que vuelva a llamarlo? —dijo en el acto, para darle el tiempo oportuno para reflexionar.

—No, no hay necesidad, si usted puede esperarme un momento.

Dunross oyó que dejaban el auricular sobre un mueble. Una radio sonaba en algún lugar de la casa. Se percibían también sonidos indefinidos que podían ser voces discretas. A él el corazón quería salírsele.

La espera le pareció eterna. Luego Tiptop volvió a tomar el teléfono.

—Perdóneme, tai-pan. Por favor mande esas copias a primera hora... ¿Le resultaría bien hacerlo después de su junta de la mañana?

—Sí, sí. Por supuesto.

—Por favor dé mis mejores saludos al señor David MacStruan cuando llegue a Hong Kong.

Dunross casi dejó caer el teléfono por la sorpresa, pero logró recuperarse a tiempo.

—Estoy seguro de que él querrá que los saludos sean recíprocos. ¿Cómo está el señor Yu? —preguntó, lanzando una puñalada en la oscuridad.

Lo que en realidad habría querido decir a gritos por el teléfono era «¿Qué hay del dinero?» Pero comprendió que se había embarcado en una delicada negociación china, y su cautela aumentó.

Otro silencio.

—Está bien —contestó Tiptop, pero Dunross notó el cambio de tono—. ¡A propósito! Eso me recuerda algo. El señor Yu llamó por teléfono desde Cantón. Le gustaría anticipar la fecha de su reunión con usted, si es posible. Dentro de dos semanas a partir de mañana lunes.

Dunross reflexionó un momento. Era la semana que él estaría en Japón con Toda Shipping, negociando su plan completo de compra-alquiler-devolución que, ahora que el First Central lo apoyaba, tendría enormes posibilidades de buen éxito.

—Ese lunes es difícil. El siguiente sería preferible para mí. ¿Podría yo confirmárselo el viernes?

—Sí, por supuesto. Bueno, no le quito más tiempo, tai-pan.

La tensión de Dunross era casi insoportable al darse cuenta de que había llegado al estadio final.

Escuchó con toda atención aquella agradable y amistosa voz.

—Gracias por su información. Doy por hecho que ese pobre muchacho estará en la frontera de Lo Wu hacia el ocaso. Y, a propósito, si traen personalmente los documentos bancarios necesarios el señor Havergill, usted y el Gobernador, a las 9:00 a.m. mañana, 500 millones de dólares en efectivo se transferirán en el acto al banco Victoria.

Dunross comprendió en un instante lo que esa petición implicaba.

—Gracias —contestó, evadiendo la trampa—. El señor Havergill y yo estaremos allí. Lamentablemente tengo entendido que el Gobernador ha recibido órdenes de la oficina del Primer Ministro de permanecer en la casa de gobierno hasta el mediodía, para consultas. Pero yo llevaré su autoridad y su sello para garantizar el préstamo... Supongo que eso será satisfactorio...

En su interior añadió: porque es evidente que sería imposible que el Gobernador en persona se presentara, con el sombrero en la mano, como un deudor cualquiera, creando así un precedente inadmisible.

La voz de Tiptop se convirtió casi en un murmullo:

—Estoy seguro de que el banco estará dispuesto a esperar hasta mediodía para adaptarse al horario del Gobernador.

—Antes y después de mediodía él tendrá que andar por las calles, con la policía anti-tumultos y el ejército, señor Tip, dirigiendo posibles maniobras contra sublevaciones instigadas por la mala voluntad de los hegemonistas. Usted sabe que él es el comandante en jefe en Hong Kong.

La voz de Tiptop adquirió un tono cortante:

—Con toda seguridad, aun un comandante jefe puede destinar

unos momentos preciosos para algo que a todas luces es un asunto de importancia, ¿no es cierto?

—Sería un placer para él, estoy seguro —contestó Dunross sin temor, conocedor del arte de la negociación asiática, y preparado de antemano para la furia, la miel y todo lo que pudiera surgir durante ella—. Pero la protección del interés del Reino Medio así como el de la Colonia, ocupará el primer lugar en su jerarquía. Estoy seguro de que, muy a su pesar, tendría que rehusar hasta que el estado de emergencia pasara.

Se produjo un silencio hostil. Tiptop preguntó al fin:

—Entonces, ¿qué sugiere usted?

Dunross volvió a esquivar la trampa, saltando al siguiente nivel.

—Se me olvidaba decirle que el asistente del Gobernador me pidió que le dijera que Su Excelencia va a ofrecer una fiesta para unos cuantos de nuestros más importantes ciudadanos chinos en las carreras, el próximo sábado, y se preguntaba si usted estaría en la Colonia, para poder enviarle una invitación.

Puso toda su confianza en esa estrategia. Sabía que al presentarle las cosas a Tiptop en esa forma, le daba la oportunidad de aceptar o rehusar sin pérdida de prestigio y al mismo tiempo protegía la dignidad del Gobernador, que ante la negativa, dejaría de mandar una invitación de tanta importancia política, que corriera el riesgo de ser rechazada. Dunross sonrió en su interior, porque el Gobernador todavía no sabía nada del importante festejo que tendría que ofrecer.

Se produjo otro silencio, mientras Tiptop consideraba las consecuencias políticas.

—Por favor dele las gracias por su fineza. Creo que estaré presente. ¿Podría confirmárselo el martes?

—Me dará mucho gusto transmitirle el mensaje de usted —Dunross pensó en mencionar a Brian Kwok, pero resolvió que era mejor dejar el asunto en la situación incierta en que estaba—. ¿Acudirá usted al banco mañana a las 9:00 a.m., señor Tip?

—Oh no. En realidad, no tiene nada que ver conmigo. Yo no soy más que un observador con interés —otro silencio—. Sus representantes deberán ver al director principal.

Dunross suspiró, sintiendo un gran alivio. No se mencionaba la presencia física del Gobernador. ¿He ganado la batalla? Decidió

preguntar:

—Estaba pensando si convendría que alguien confirmara a Radio Hong Kong, a tiempo para las noticias de las nueve de la noche, que el Banco de China ha extendido a la Colonia un crédito inmediato por quinientos millones de dólares en efectivo...

Otro silencio.

—Oh, estoy seguro de que no hay necesidad de eso, señor Dunross —dijo Tiptop y, por primera vez, se notó un tono sonriente en su voz—. Yo estoy convencido de que la palabra del tai-pan de la Casa Noble será suficiente para una simple estación de radio capitalista. Buenas noches.

Dunross dejó el teléfono. Los dedos le temblaban, la espalda le dolía y el corazón quería salírsele del pecho.

—¡Quinientos millones de dólares! —musitó, dejando que su mente volara—. Sin un documento, sin un sello, sin un apretón de manos. Sólo unas llamadas telefónicas, un poco de negociación y... ¡quinientos millones de dólares *estarán disponibles* para transferirse por camión a las 9 de la mañana!

¡Hemos ganado! ¡Primero el dinero de Murtagh, luego el de China! Sí. Pero, ¿cómo sacar el mejor provecho de esta noticia? ¿Cómo? —se preguntó con una sensación de impotencia. No tiene objeto ir a la fiesta de Plumm ahora. ¿Qué hago? ¿Qué hago?

Las rodillas le flaqueaban, la mente le daba vueltas con planes y contraplanes. De pronto, su excitación acumulada como vapor de caldera explotó en un grito que rebasó los límites de las paredes de su estudio. Dio saltos de regocijo y dejó escapar otro grito que se disolvió en una carcajada. Entró al baño para refrescarse la cara con agua. Se arrancó la camisa empapada en sudor, sin preocuparse por los botones, y la arrojó al cesto de la basura. La puerta del estudio se abrió de repente. Adryon irrumpió ansiosa y pálida.

—¡Padre!

—¡Dios santo! ¿Qué sucede? —preguntó Dunross azorado.

—¿Qué te sucede a ti? Te oí gritar como animal enloquecido. ¿Te sientes bien?

—¡Oh, sí, sí! Estoy... ehm... lo único que sucedió fue que me lastimé un dedo del pie —su alegría volvió a explotar, tomó a su hija y la levantó en el aire sin dificultad—. ¡Gracias, amor mío! ¡Todo está bien, sí muy bien!

—Bueno. Gracias a Dios —comentó, y luego añadió sin pérdida de tiempo—. Entonces, ¿puedo tener mi apartamento a partir del mes entrante?

—¡Cía...! —se interrumpió a tiempo, para corregirse—. ¡Oh no, señorita zorra! El hecho de que yo esté feliz no signi...

—Pero, padre, ¿no...?

—No, gracias, Adryon, pero no. ¡En marcha! La chica lo miró de soslayo y luego prorrumpió en una risa espontánea:

—¡Poco faltó para que cayeras esta vez!

—¡Sí, sí! Poco faltó. No olvides que Duncan debe llegar mañana en el vuelo de mediodía de Qantas.

—No lo olvidaré, no te preocupes. Iré a recibirlo. Será muy divertido tenerlo de nuevo en casa. No he tenido un buen juego de billar desde que él se fue. ¿No estabas tú también a punto de salir?

—Iba a ir al coctel de Plumm en Rose Court, para celebrar la adquisición de Almacenes Generales, pero creo que no...

—Martin pensó que había sido un golpe maravilloso. Si el Mercado de valores no se derrumba. Yo le dije al muy tonto que tú arreglarías todo.

De repente, Dunross se dio cuenta de que la fiesta de Plumm sería el lugar ideal. Gornt estaría presente, allí estaría Phillip Chen y todos los demás. ¡Gornt! Esta vez podré poner al insecto ese fuera de combate para siempre —se dijo, mientras el corazón le latía aceleradamente.

—¿Está todavía Murtagh allá abajo?

—Sí. Estábamos a punto de salir. ¡Está de ensueño!

Dunross se dio vuelta para ocultar una sonrisa y tomar una camisa de seda limpia.

—¿Podrían esperarme un segundo? Tengo noticias bastante buenas para él.

—Muy bien —se acercó a él abriendo mucho sus grandes ojos azules—. ¿Mi apartamento privado como regalo de Navidad, muy bonito, por favor?

—¡Después de la universidad, si lo mereces! ¡En marcha!

—Navidad... y te amaré eternamente.

Dunross suspiró, recordando lo molesta y asustada que se había puesto al ver a Gornt en el salón de billares. Tal vez pueda yo obsequiarte su cabeza mañana —pensó.

—No en esta navidad, ¡en la siguiente!

Adryon le envolvió el cuello en sus brazos:

—¡Oh, gracias, papá querido, pero… que sea esta Navidad por favor, por favor, por favor!

—¡No, porque tú…!

—¡Por favor, por favor, por favor!

—De acuerdo, pero no le digas a tu madre que accedí a tu petición, ¡por amor de Dios! ¡Me desollaría vivo!

78
7:15 p.m.

Las cortinas en torno a la cama de Orlanda se movían con suavidad, acariciadas por la brisa de la noche. El aire se sentía limpio y tenía un ligero sabor de sal. Ella dormía en los brazos de él, ambos sumidos en una atmósfera cálida y acogedora. Cuando Orlanda movió una mano, Bartlett despertó.

Por un momento se preguntó dónde estaba y quién era. Luego todo le vino a la memoria y el corazón le palpitó con fuerza. Habían hecho el amor en forma maravillosa. Recordaba como había respondido ella, irguiéndose una y otra vez y elevándolo a alturas que no había experimentado jamás. Y luego, todo lo que había seguido. Ella se había levantado, había ido a la cocina a calentar agua y había vuelto con una toalla mojada y caliente para enjugarle el sudor.

—Me apena tanto que no haya baño de tina o ducha disponible, mi amor... ¡es una vergüenza! Pero si tienes paciencia, yo puedo hacer que todo te resulte grato.

Una nueva toalla limpia y una enorme sensación de bienestar. Linc no había sabido jamás lo que era la maravilla de mi rato ideal después de hacer el amor: las atenciones gentiles de la chica, tierna, amorosa, sin inhibiciones, con aquel minúsculo Crucifijo en torno al cuello como única alhaja. El había visto que despedía tenues destellos bajo los rayos de la débil luz de la alcoba y eso le había hecho pensar en las consecuencias de lo que estaba viviendo. Sin embargo, de alguna manera, ella empezó a alejar con caricias los pensamientos ajenos, con un toque mágico de las manos y los labios, hasta que, después de breve lapso, ambos habían vuelto a ser uno con los dioses otra vez y, gracias a su recíproca generosidad, se habían hundido en un sentimiento de euforia, hasta volver a quedarse dormidos una vez más.

Sin pensar en nada, Linc observó las cortinas que se agitaban al viento. Su delicado abrazo hacía más íntima aquella cama. Las siluetas que se dibujaban sobre la ventana le parecían agradables,

todo le resultaba grato. Permaneció inmóvil, sin querer despertarla ni romper el hechizo de esa experiencia.

La respiración de la chica sobre su pecho era una caricia más, y su rostro durmiente era impecable.

¿Qué hacer, qué hacer, qué hacer?

Nada por el momento —se dijo al fin—; el aeroplano es gratuito, tú eres libre, ella es increíble. No hay mujer que te haya dado jamás un placer semejante. Nunca... Pero, ¿puede durar? ¿Podría durar? Además... está el problema de Casey.

Bartlet suspiró. Orlanda volvió a moverse en el sueño. El esperó, pero la chica no despertó.

Los ojos de Linc eran cautivos de las siluetas que contemplaba y su espíritu se sentía en paz. En la habitación no hacía frío ni calor. Todo era perfecto; el cuerpo de ella parecía imponderable. ¿Qué tiene de especial? —se preguntaba—. ¿Qué es lo que causa el embrujo? Porque es un hecho indubitable como la muerte y los impuestos, que tú estas bajo un encantamiento, estás hechizado.

Hemos compartido la almohada. Eso fue todo. No he hecho promesa alguna y, sin embargo... ¡Tú estás hechizado, amigo mío! Sí, y por cierto, ¡es maravilloso! Cerró los ojos y volvió a quedarse dormido.

Cuando Orlanda despertó, tuvo cuidado de no moverse. No quería despertarlo, tanto por darle gusto a él como por dárselo a sí misma, También quería tener tiempo de pensar. A veces hacía eso en los brazos de Gornt, pero sabía que no era lo mismo. Nunca volvería a ser lo mismo. Siempre se sentía temerosa de él, en guardia, con un anhelo desesperado de complacerlo, preguntándose si habría olvidado algo. No —pensó extasiada—. Este acto de amor fue mejor que todos los que yo recuerdo con Quillan... ¡Oh, sí, mucho mejor! Linc es tan limpio, sin sabor a tabaco. Todo en él es nitidez y maravilla. Prometo por la Madonna que seré para él la esposa perfecta. Seré lo mejor que he sido en toda mi vida. Utilizaré mi mente, las manos, los labios y el cuerpo para dar gusto y satisfacer. No habrá cosa que él necesite que yo no haga, Nada. Todo lo que Quillan me enseñó lo haré por Linc.

Aun las cosas que yo no disfruto, sabré gozarlas con él. En cuerpo y alma seré un instrumento de placer para él... y para mí cuando él aprenda.

Sonrió para sí misma, acurrucada entre sus brazos. La técnica de Linc no es nada comparada con la de Quillan, pero lo que mi amado no tiene en materia de habilidad lo compensa de sobra con fuerza y vigor. ¡Y con ternura! Tiene manos y labios mágicos para mí. Nunca, nunca… ¡nunca había sido como hoy!

—Compartir la almohada no es más que el principio del sexo, Orlanda —había dicho Gornt—. Puedes convertirte en una hechicera. Puedes saturar al hombre de un anhelo tan insaciable, que a través de ti entienda la vida entera.

Sí, pero para llegar tú al éxtasis, necesitas buscarlo y esforzarte por alcanzarlo.

¡Oh, yo lo buscaré para Linc! Juro por la Madonna que pondré mi mente, mi corazón y mi vida por la suya. Cuando esté enojado, haré que su ira se vuelva serenidad. ¿No detuve acaso la violencia de Quillan un millar de veces, a base de ser gentil? ¡Qué maravilloso es tener semejante poder! Y… ¡es tan fácil, después que lo aprendí! Es tan fácil, tan perfecto y tan satisfactorio…

Leeré los mejores periódicos y enriqueceré mi mente. Después de las Nubes y las Lluvias no hablaré, me limitaré a acariciar, no para excitar, sino sólo para dar placer. Nunca le haré la petición «dime que me amas»; más bien le diré «Linc, yo te amo». Mucho antes que la lozanía abandone mi piel, habré tenido hijos para entusiasmarlo e hijas para deleitarlo y luego, mucho antes que deje de ser excitante para él, prepararé con mucho cuidado a otra para que le dé placer, será una zopenca de pechos hermosos y nalgas macizas. Pero yo me mostraré divertida y comprensiva… incluso compasiva cuando él sucumba, porque entonces será mucho mayor, con menos virilidad. Pero mis manos controlarán el dinero y yo seré para él más esencial que nunca. Y cuando se canse de la primera, le buscaré a otra, y juntos veremos pasar la vida, yang y yin, ¡pero el yin dominará siempre al yang!

Sí. Yo seré *tai-tai*.

Un día me pedirá ir a Portugal, para conocer a mi hija. Yo me negaré la primera vez y la segunda y la tercera… Y luego iremos, cuando yo lleve a nuestro hijo en brazos. Entonces él podrá verla y la amará *a ella* también, y así ese fantasma se habrá desvanecido para siempre.

Orlanda suspiró. Se sentía maravillosa, con la agilidad de una

pluma y la cabeza apoyada en el pecho de él. Compartir la almohada sin precauciones es mucho más glorioso —pensó—. ¡Es éxtasis! ¡Oh, qué maravilloso sentir el ímpetu, saber que eres joven y fecunda, que estás dispuesta y que te das por completo, con deliberación, orando para dar el ser a una nueva vida... que será la de él y la tuya unidas para siempre! ¡Oh, sí!

Sí. Pero, ¿has sido sabia? ¿Lo has sido? Supón que te deja... La única vez en tu vida en que con toda deliberación te diste libertad fue aquel mes aislado con Quillan. Pero eso fue con permiso. Esta vez no tienes ninguno.

Supón que Linc te abandona. ¡Quizá se ponga furioso y te diga que no dejes nacer al niño!

¡No lo hará! —se dijo confiada—. Linc no es Quillan. No hay por qué preocuparse. Nada en absoluto.

¡Virgen santa, por favor, ayúdame! ¡Que todos los dioses me ayuden! Que su semilla fructifique, ¡oh, por favor, por favor, por favor! Te lo ruego con todo el corazón.

Bartlett se movió y empezó a despertar.

—¿Orlanda...?

—Sí, amor mío. Aquí estoy. ¡Qué maravilloso eres! Lo mimó con una sensación de felicidad, muy satisfecha de haber dado a su *amah* el día y la noche libres.

—Vuelve a dormirte. Tenemos todo el tiempo del mundo. Duerme.

—Sí, pero...

—Duerme. Dentro de un rato iré a traer algo de comida china y...

—Tal vez quieras que...

—Duerme, amor mío. Todo está preparado.

79
7:30 p.m.

Tres pisos abajo, del otro lado del edificio, del lado que miraba la montaña, Four Fingers Wu veía un programa de televisión. Estaba en el apartamento de Venus Poon, frente al aparato, sin zapatos, con la corbata suelta, tendido cómodamente en el sillón de descanso. La vieja *amah* estaba sentada en una silla dura a su lado y ambos reían de las anticuadas necedades de Laurel y Hardy.

—¡Aaayyy! El Gordo va a hundir el pie entre el inmundo andamiaje —dijo ella riendo— y el… ¡y el Flaco va a darle el gran golpe con el tablón! ¡Ja ja!

Los dos rieron de la conocidísima rutina que habían visto un centenar de veces en un centenar de reiteradas repeticiones de aquellas viejas películas en blanco y negro. Al fin la exhibición terminó, y Venus Poon reapareció para anunciar el siguiente programa. Four Fingers suspiró. Ella lo veía directamente, desde la pantalla y él, lo mismo que todos los demás espectadores hombres, estaba seguro de que aquella sonrisa era para él solo.

Aunque no entendía su inglés, la comprendía a ella muy bien: Los ojos del viejo permanecían fijos en aquellos senos que lo habían tenido fascinado durante horas, mientras los examinaba muy de cerca, sin haber podido ver o sentir jamás un solo indicio de la cirugía plástica que era la comidilla de todo Hong Kong.

—Yo puedo testificar que tus tetas son impecables y por cierto, las mayores y mejores que yo he tocado en mi vida, —había declarado, sintiéndose importante, todavía dentro de ella, dos noches antes.

—Estás diciendo eso sólo para dar gusto a tu pobre hija indigente, oh, oh, oh.

—¿Indigente? ¡Vaya! ¿No te dio ayer el banquero Kwang ese miserable abrigo de pieles y, según he oído, mil dólares adicionales con el cheque del alquiler de este mes? Y yo, ¿no te dije cuál era el ganador de la primera y la tercera carreras y el segundo lugar de la quinta? ¡Esos te dieron 30,000 menos el 15 por ciento para mi

agente, con menos esfuerzo del que a mí me cuesta ventosearme!

—¡Habladurías! De esos 28,500 ni siquiera vale la pena hablar. Yo tengo que comprarme mi propio guardarropa, un traje nuevo cada día. Mi público me lo exige. Tengo un público en el que debo pensar, ¿eh?

Así habían estado discutiendo hasta que, sintiendo que se acercaba el momento de la verdad, él le había pedido que moviera las nalgas con más fuerza. Ella había respondido con tal entusiasmo que lo había dejado convertido en una vaina seca. Cuando al fin él se recuperó de milagro, y su espíritu había vuelto del vacío, le había dicho ahogándose:

—¡Aaayyy! Ramerita. Si puedes hacer esto otra vez te daré un anillo de diamantes, el… ¡no, no, no por todos los dioses! ¿Soy por ventura un dios? ¡Ahora no, boquita melosa, no, no, ahora no! Tampoco mañana. Pasado mañana…

Y ese era el día. Exaltado y previendo con ansias el momento, se había puesto a verla en el televisor, llena de sonrisas y graciosos hoyitos en las mejillas, en el momento en que daba las buenas noches para que comenzara el nuevo programa. Ese día era cuando ella salía temprano de la estación. En su mente, el viejo casi podía verla precipitarse fuera de los estudios para entrar en el Rolls de él que la esperaba. Estaba seguro de que la chica sentía las mismas ansias que él. Había mandado a Paul Choy con el auto para escoltarla hasta la estación esa noche, para que hablara inglés con ella, para cerciorarse de que llegaba con felicidad y volvía pronto. Luego, después de su nuevo encuentro amoroso, el Rolls los conduciría al bárbaro palacio de la cena, en aquel hotel, también bárbaro, con su inmunda comida bárbara y sus hediondos olores. Sin embargo, era el lugar al que acudían todos los tai-pans y todas las personas civilizadas de importancia, con sus esposas… y, cuando estas estaban muy ocupadas, con sus prostitutas. Por eso él podía ir a lucir a su amante y a decirle a todo Hong Kong lo rico que era, y ella podía hacer gala del diamante.

—¡Uuuyyy! —exclamó, riendo en voz alta.

—¡Eh, honorable señor! —lo interpeló la *amah* en tono sospechoso—. ¿Le falta algo?

—Nada, nada. Por favor deme algo de brandy.

—A mi ama no le gusta el olor del brandy.

—¡Vamos, vieja! Deme un brandy. ¿Qué soy yo? ¿Un mentecato? ¿Soy un bárbaro de las provincias exteriores? ¡Claro que tengo hojas de té fragantes para masticar antes de nuestro abrazo! ¡Brandy!

La anciana se alejó refunfuñando, pero él no le hizo caso... No hacía más que tratar de proteger los intereses de su ama y eso era perfectamente aceptable.

Los dedos del viejo pescador tocaron la pequeña caja que traía en el bolsillo. Esa mañana había comprado el anillo a precio de mayoreo, con un primer primo que le debía un favor. La piedra valía por lo menos 48,000 HK, pero su costo real no era ni la mitad de esa cantidad. En cuanto a calidad, tenía destellos cristalino-azulados de primera, y era de muchos quilates.

Otro abrazo amoroso como el último valía bien la pena esa joya —pensó estático, aunque con cierta inquietud—. ¡Oh, sí! Esa última vez, creí que mi espíritu se había ido al vacío para siempre, ¡arrebatado por los dioses hasta la cima de toda vida! ¡Uuuyyy, qué afortunado sería yéndome allá en ese momento preciso! Sí, pero es más maravilloso regresar para tomar de nuevo por asalto esa puerta de jade, una y otra vez ... ¡y todavía otra más!

Rió en voz alta, desafiando a los dioses, muy satisfecho. Ese día había sido excelente para él. Se había reunido en secreto con Smuggler Yuen y con White Powder Lee, y lo habían elegido a él jefe de su nueva Hermandad, una decisión perfectamente correcta —pensaba—. ¿No había sido él quien había proporcionado el enlace con el mercado a través del demonio extranjero aquél... Ban... ¡quién sabe qué más!, al prestar dinero al Hijo Número Uno de Chen? Y, ¿no había sido este el que, a cambio de esos favores, había propuesto el trueque de rifles por opio, para luego cometer la estupidez de dejarse secuestrar y asesinar? ¡Ah, sí! Y la semana siguiente se celebraría la reunión con aquel demonio extranjero en Macao, para concertar el aspecto financiero, estipular los pagos y poner en movimiento toda la operación. ¡Claro que él debía ser el Gran Tigre! ¡Claro que él debía recibir las mayores utilidades! Con la pericia de todos bien combinada y con las técnicas modernas del Benéfico Choy, él podía revolucionar el contrabando de opio en Hong Kong, y una vez allí, revolucionar también la transformación del narcótico en bruto en el inmensamente proficuo polvo blanco.

Después, por fin, él encontraría los medios para exportarlo a los mercados de todo el mundo. Las importaciones y exportaciones serían más seguras que nunca, y también más fáciles y más fructíferas, después de haber colocado a Paul Choy en el departamento de embarque y carga de la Segunda Gran Compañía, a dos nietos de Yuen, adiestrados también en Estados Unidos, en las operaciones de corretaje aduanal de Hong Kong y a otros cuatro parientes de White Powder Lee, educados en prestigiadas universidades inglesas, en las operaciones de desembarque en Kai Tak, que eran negocio de la Casa Noble, y en la división de carga y descarga de las líneas aéreas All Asia.

Habían hablado también de las personas a las que necesitaban cohechar en la policía y sobre todo en la marina.

—Ninguno de los bárbaros, nunca uno de esos indecentes — había dicho en tono vehemente White Powder Lee—. No nos apoyarán jamás. Ciertamente no lo harán en el negocio de las drogas. Tenemos que usar únicamente a los Dragones.

—De acuerdo —todos los Dragones habían sido consultados y todos estaban decididos a colaborar… con excepción de Tang-po, de Kowloon.

—Necesitamos a Kowloon. Ese es persona de rango alto y la marina opera desde allí. ¿Se resiste en espera de una proposición más tentadora? ¿O está en contra de nosotros?

—No lo sé. Por el momento —Four Fingers se había encogido de hombros—. El problema de Tang-po debe resolverlo el Gran Dragón. El ha quedado de acuerdo, así que está convencido.

Sí —pensaba Four Fingers—, yo fui más astuto que ellos al hacerlos que me nombraran Gran Tigre. También fui más astuto que Paul Choy en cuanto al uso de mi dinero. No quise darle al muchacho indecente el control de mi fortuna para que jugara con ella a su arbitrio. ¡Oh no! ¡No soy tan mentecato! Sólo le dejé manejar dos millones y le prometí el 17 por ciento de todas las utilidades…

Veremos qué sabe hacer con eso. Sí… ¡vamos a ver que puede hacer!

El corazón del viejo latió con más fuerza. Sintió comezón. Apuesto a que ese zorro muchacho triplica el capital en una semana —se dijo jubiloso y no poco sorprendido—. Y con razón, pues el

diamante lo había pagado con el dinero que la sagacidad de su hijo había obtenido en las primeras utilidades de la Bolsa de valores. De esa misma cantidad había destinado ya lo suficiente para pagar un año a Venus Poon, ¡y todavía no tenía necesidad de tocar una sola moneda de cobre de su capital! ¡Uuuyyy! ¡Y hay que ver los astutos planes que el Benéfico Choy me propone! Como el que ha propuesto para negociar mañana con el tai-pan...

Con un sentimiento de ansiedad, sus dedos buscaron la media moneda que llevaba sujeta al cuello con una gruesa cinta de cuero. Era una pieza como la que había utilizado su ilustre antepasado Wu Fang Choi para exigir un navío clíper que rivalizara con el mejor de la flota de Dirk Struan.

Pero Wu Fang Choi —pensó Four Fingers con pena— había sido un tonto, porque nunca había exigido el paso seguro para su barco, como parte del favor, y en esa forma había prevalecido la astucia del Demonio Ojiverde.

Sí, por todos los dioses, Wu Fang Choi perdió por culpa suya, nadie más fue responsable de su fracaso. Pero no perdió todo. Anduvo a caza del jorobado Stride Orlov, capitán de la flota de la Casa Noble, nombrado jefe por Culum, el débil.

Los hombres de Wu atraparon a Orlov en las playas de Singapur y lo llevaron encadenado a Formosa, donde tenían su cuartel general y allí lo ataron a un poste, a la altura exacta de la pleamar, y así murió ahogado lentamente.

Yo no seré un mentecato como Wu Fang Choi. Yo me cercioraré de que mi petición a este tai-pan esté protegida por el agua hasta el último centímetro. Mañana el tai-pan aceptará abrir sus barcos a mis cargamentos... en secreto, desde luego. Accederá a abrirme algunas de las cuentas de la Casa Noble, para que yo pueda ocultarme tras ellas... en secreto, por supuesto, y con grandes utilidades para él. Además convendrá, también en secreto en financiar la nueva planta farmacéutica inmensa que, *oh ko*, el Benéfico Choy asegura que será la cortina de humo perfecta, legítima, inexpugnable para los narcóticos, y que será mía para siempre. En fin, el tai-pan intercederá con el intermediario, Lando Mata, para que elija mi nombre y el sindicato que yo proponga, para reemplazar al que ahora funciona en Macao con el negocio del oro y los juegos de azar, que pertenece a Tighfist Tung y al Chin, y

el tai-pan me prometerá ser parte del mío.

Four Fingers Wu estaba en éxtasis. Sí —seguía diciéndose—; el tai-pan tendrá que convenir en todo... en todo. Y Todo queda dentro de sus feudos.

—Aquí tiene el brandy —le dijo la *amah*.

Four Fingers lo tomó y lo paladeó con fruición. Que todos los dioses me sean testigos: durante setenta y seis años yo, Four Fingers Wu, Jefe del Wu de los Mares, he vivido en plenitud. Si ustedes, dioses, me arrebatan el espíritu en medio de las Nubes y la Lluvia, yo cantaré sus alabanzas en el cielo (si es que lo hay) por una eternidad sin fin. Y si no lo hacen...

El viejo se encogió de hombros, el rostro se le iluminó, encogió los dedos de los pies en un gesto de placer, bostezó y cerró los ojos. Tenía una honda sensación de bienestar. Se sentía feliz. Los dioses son dioses, y duermen y cometen errores, pero que esta noche la ramerita se ganará su diamante, es tan seguro como que este año y el próximo nos llegarán las grandes tormentas. ¿Cómo será? —se preguntaba estático, y con esos pensamiento placenteros, se quedó dormido.

* * *

El taxi se detuvo frente al vestíbulo de la planta baja. Suslev salió con el paso incierto del ebrio y pagó al conductor. Puso los pies en el agua que corría por la acequia y luego entró en el edificio.

Había una multitud conversando y esperando el ascensor. Entre ellos reconoció a Casey y a Jacques deVille. Todavía con paso vacilante bajó las escaleras hasta el nivel del sótano, atravesó el estacionamiento y llamó a la puerta de Clinker.

—¡Hola, colega! —saludó el anfitrión.

—*¡Tovarich!* —respondió Suslev, dándole un tosco abrazo.

—¡El vodka te espera! ¡La cerveza te espera! ¡Mabel, ven a saludar al capitán!

El soñoliento bulldog abrió un ojo, bostezó y se ventoseó con estrépito.

Clinker suspiró y cerró la puerta.

—¡Pobre Mabel! Preferiría que no hiciera eso. Este lugar se llena de malos olores. Toma... —entregó a Suslev un vaso de agua,

haciéndole un guiño—. Es tu favorito, viejo, 120, comprobado.

Suslev hizo a su vez otro guiño y bebió ruidosamente el agua.

—¡Gracias, colega marinero! ¡Otro de estos y zarparé feliz de este paraíso capitalista!

—¡Otro de esos —comentó Clinker, continuando la farsa— y atravesarás la bahía de Hong Kong caminando a gatas!

Volvió a llenarle el vaso y preguntó:

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte esta noche?

—Sólo lo suficiente para tomarme contigo los últimos tragos, ¿eh? Con tal que salga de aquí antes de las diez… ¡Salud! —rugió, con forzado buen humor—. ¿Qué tal un poco de música?

Con un gesto alegre, Clinker encendió el aparato. La triste balada rusa llenó el recinto con sus notas melancólicas.

Suslev acercó los labios al oído de Clinker y comentó:

—Gracias, Ernie. Volveré a buena hora.

—Muy bien —Clinker hizo un guiño, creyendo todavía en la historia de que Suslev tenía una cita con la mujer casada de Sinclair Towers—. ¿Quién es ella, eh? —hasta entonces nunca había osado preguntarle.

—Sin nombres ni averiguaciones, ¿eh? —susurró el ruso con una sonrisa maliciosa—. Su marido es un pez gordo, ¡un cerdo capitalista, miembro de la legislatura!

Clinker se mostró jubiloso y comentó:

—¡Sensacional! ¡Dale uno por mí! ¿Sí?

Suslev bajó por la puerta falsa del piso y no tardó en apoderarse de la linterna de bolsillo. El agua se filtraba a través de las grietas del pavimento que formaba el túnel. Las hendeduras se habían hecho más grandes. Pequeñas avalanchas de desechos habían vuelto el piso inseguro y resbaladizo. Su nerviosidad aumentó, tenía la sensación incómoda de claustrofobia y detestaba la necesidad de tener que ir a encontrarse con Crosse. Lo único que anhelaba era encontrarse lejos de ahí, en su barco, a salvo, y con una coartada perfecta para la hora en que Dunross estuviera bajo el efecto de los narcóticos y bien secuestrado por los suyos. Pero Crosse había sido inflexible en todo momento.

—¡Maldita sea, Gregor! ¡Tienes que acudir a la cita! ¡Tengo que verte a ti, en persona, y a buen seguro que yo no iré al *Ivanov*. Esto es perfectamente seguro, ¡te lo garantizo!

¡Garantías! —pensó Suslev con actitud lúgubre. ¿Cómo puede nadie garantizar nada? Empuñó la automática con el silenciador, la revisó, le quitó el seguro y siguió avanzando con cuidado. Subió por la escalera hasta el falso armario. Ya en plena escalera, se detuvo para escuchar, conteniendo la respiración, procurando captar cualquier señal de peligro. Al no percibir ninguna, empezó a respirar con normalidad y a subir las escaleras en silencio hasta el apartamento. La luz del rascacielos contiguo y de la ciudad iluminaba lo suficiente para que pudiera ver donde estaba. Revisó el lugar con cuidado. En cuanto se sintió tranquilo, fue al frigorífico y sacó una cerveza. Con mirada ausente se asomó a una de las ventanas.

Desde el sitio en que estaba, no podía ver su barco, pero sabía dónde estaba, y el solo recuerdo de él lo hacía sentirse bien. Me gustará salir de aquí —pensó—... pero también tristeza. Quiero regresar.

Hong Kong es demasiado bueno, pero... ¿podré volver?

¿Qué hago con Sinders? ¿Corro el riesgo de confiar en él?

Suslev sintió que el corazón le dolía al pensar en ese asunto. Sin duda alguna, su futuro estaba en el platillo de la balanza. A su gente del KGB le resultaría fácil demostrar que él había denunciado a Metkin. El Centro podía averiguarlo con Crosse, con una simple llamada telefónica... si acaso no habían llegado ya a la misma conclusión sin ayuda de nadie.

¡Ojalá Sinders se pudra en el infierno! Estoy seguro de que me entregará... Yo lo haría, si estuviese en su lugar. ¿Conocerá Roger el trato secreto que Sinders me propuso? No. Sinders lo mantendría secreto, incluso para Roger. No tiene importancia. Una vez que les haya dicho *cualquier cosa* a los del otro lado, estoy en sus manos para siempre.

Los minutos transcurrían con inquietante lentitud. Se oyó el ruido de un ascensor. Sin perder tiempo, Suslev adoptó una posición defensiva. Enarboló la automática, ya sin seguro y esperó. Una llave dio vuelta a la cerradura. La puerta se abrió y se cerró con rapidez.

—Hola, Gregor —saludó Crosse en voz baja—. Preferiría que no me apuntaras con esa maldita cosa.

Suslev le puso el seguro de nuevo.

—¿Qué puede ser tan importante? ¿Qué tienes que decirme de ese estiércol de Sinders? ¿Qué te ha...?

—Tranquilízate y escúchame —Crosse extrajo del bolsillo un rollo de microfilm; sus ojos color azul pálido estaban más excitados que de costumbre—. Aquí tienes un regalo. Es costoso, pero todos los verdaderos expedientes de AMG están en esta película.

—¿Qué cosa? —Suslev lo miró atónito—. Pero... ¿cómo?

Crosse le explicó el episodio de la bóveda del banco. Suslev escuchaba sin acabar de volver en sí del asombro. Al final, Crosse explicó:

—... y después que Dunross salió, yo fotografié los expedientes y volví a dejárselos en la caja de seguridad.

—¿Está revelada la película?

—Sí, claro. Yo saqué un positivo, para leerlo. Luego lo destruí, sin pérdida de tiempo. Eso es más seguro que dártelo a ti y exponernos a que alguien te detenga y te registre... Sinders anda con ánimo belicoso. ¿Qué diablos pasó entre él y tú?

—Háblame primero de los expedientes, Roger.

—Lo siento, pero son idénticos a los otros, palabra por palabra. No hay diferencia.

—¿Qué cosa?

—Sí. Dunross nos dijo la verdad. Las copias que nos dio son reproducciones idénticas.

Suslev sintió que se le hundía el piso.

—Pero... ¡estábamos seguros... tú estabas seguro!

Crosse se encogió de hombros y le entregó la película.

—¡Ahí tienes la prueba!

Suslev profirió una maldición obscena.

Crosse lo observó, manteniendo una expresión de gravedad y ocultando lo mucho que le divertía aquella situación. Los verdaderos expedientes son demasiado valiosos para entregárselos a nadie... al menos por ahora... —volvió a decirse interiormente—. ¡Ah, sí! Este no es el momento, a su debido tiempo, viejo, amigo, la información no tendrá precio... ¡Y será necesario seleccionarla y ofrecerla con suma cautela, no cabe duda! Y en cuanto a los once pedazos de papel en clave... cualquiera que sea su malhadado mensaje, han de valer una fortuna... ¡en el momento propicio!

—Me temo que esta vez hayamos tropezado con una falsa

alarma, Gregor.

—Pero, ¿qué me dices de Dunross? —Suslev estaba furioso; miró su reloj—. Tal vez esté ya encerrado en la jaula...

Vio que Crosse se encogía de hombros. Su delgado rostro se perfilaba en la penumbra.

—No hay necesidad de interrumpir esa operación —comentó Crosse—. La he considerado con todo cuidado. Estoy de acuerdo con Jason. Será bueno sacudir a todo Hong Kong. El secuestro de Dunross va a desencadenar un oleaje de tormenta en todas direcciones. Con las fugas de capital de los bancos, el derrumbe del Mercado de valores y... sí, nos será de gran utilidad. Yo estoy preocupado. Sinders anda husmeando por todos lados, muy cerca de la presa, y haciéndome toda clase de preguntas peligrosas. Luego está el asunto de Metkin, el de Voranski, los documentos de AMG, tú mismo... son demasiados errores. Es preciso quitar la presión de Sevrin. Dunross lo hará de manera admirable.

—¿Estás seguro? —preguntó Suslev, necesitando algún apoyo.

—Sí... ¡Claro que sí! Dunross lo hará muy bien, gracias a ti. Será un buen señuelo. Yo voy a necesitar toda la ayuda que pueda conseguir. ¿Vas a entregar a Arthur... supongo?

Suslev observó la mirada inquisitiva clavada en él y el corazón casi dejó de latirle. Sin embargo, no manifestó nada en la expresión del rostro.

—Me alegro de que Sinders te haya hablado de nuestra reunión. Eso me ahorra el trabajo de hacerlo yo. ¿Cómo puedo salirme de esta trampa?

—¿Qué vas a hacer *tú* para evitarla?

—¡No sé, Roger!

¿Crees que Sinders cumpla su amenaza? Crosse casi le cortó la frase con energía.

—¡Vamos, hombre, por amor de Dios! ¿No lo harías tú?

—¿Qué puedo hacer?

—Es tu cuello o el de Arthur. Si es el de él, el siguiente podría ser el mío —una larga pausa, llena de tensión; Suslev sintió que se le erizaba el cabello; Crosse comentó—. Mientras no sea mi cuello... y yo sabré con anticipación lo que está sucediendo... A mí no me importa.

Suslev lo miró sin parpadear y preguntó:

—¿Quieres un trago?

—Tú sabes que yo no bebo.

—Hablo de agua… o soda… —el ruso se acercó al frigorífico y sacó la botella de vodka para beber de ella—. ¡Me alegro de que Sinders te lo haya dicho!

—¡Por amor de Dios, Gregor! ¿Qué ha pasado con tu cerebro? ¡Claro que él no me dijo nada! El muy mentecato todavía piensa que esto es un secreto, un trato privado entre él y tú solos —¡Por supuesto, eso es lo que él sigue creyendo! Pero este es precisamente mi terreno. Yo me ingenié para llevarlo a un cuarto donde tengo micrófonos ocultos. ¿Crees que soy un bobo? —sus ojos se endurecieron más aún; Suslev sintió que el dolor del pecho le resultaba insoportable—. Así que… la opción es muy sencilla, Gregor: tú o Arthur. Si lo entregas a él, yo quedo en peligro, lo mismo que todos los demás.

Si no cedes a la petición de Sinders, estás perdido. De las dos facetas de la alternativa, yo preferiría que murieras tú… y que nos salváramos Arthur, Sevrin y yo…

—La mejor solución es traicionar a Arthur —opinó Suslev—, pero que él escape antes que lo capturen. Puede venirse al *Ivanov*… ¿qué te parece?

—Sinders irá un paso adelante de ti y te detendrá en aguas de Hong Kong.

—Eso es posible, pero no probable. Yo puedo resistir a un intento de abordaje en alta mar —Suslev miraba a su interlocutor con un sabor amargo en la boca—. Si no hacemos eso, Arthur tendrá que cometer un suicidio… o nosotros tendremos que eliminarlo…

Crosse lo miró pasmado.

—¡Esto tiene que ser una broma! ¿Quieres que yo despache a Tason al «más allá»?

—Tú mismo lo dijiste: va de por medio el cuello de alguien. Escúchame, por el momento no hacemos más que examinar posibilidades. Es un hecho que a ti no podemos sacrificarte. A Arthur sí. También a los demás, incluso a mí —dijo Suslev con toda sinceridad—. Suceda lo que suceda, no puedes ser tú… y de preferencia tampoco yo. Nunca me ha gustado la idea de morir —tomó otro trago de vodka y experimentó la placentera sensación del

calor reconfortante; luego se volvió a mirar a su compinche—. Tú eres aliado… o, ¿me equivoco?

—Sí. Claro que sí. Con tal que él dinero siga llegándome en buena cantidad y yo disfrute con el juego.

—Si creyeras, tendrías una vida más larga y mejor, *tovarich*…

—Lo único que me mantiene vivo es que no creo. Tú y tus amigos del KGB pueden esforzarse y apoderase del mundo, infiltrar al capitalismo y a cualquier otro «ismo» que quieran, con los fines que se les antoje reconocer o que les produzcan placer… Mientras tanto, yo disfrutaré de ustedes a lo largo del camino.

—¿Qué significa eso?

—Es una vieja expresión inglesa que quiere decir ayudar —explicó Crosse en tono suave—. Entonces, ¿vas a vender a Arthur?

—No lo sé. ¿Podrías tender una falsa red al aeropuerto, para darnos tiempo de escapar de aguas de Hong Kong?

—Sí, pero Sinders tiene ya vigilancia doble en ese sitio.

—¿Qué me dices de Macao?

—Podría hacer eso… No me gusta… ¿Y los demás de Sevrin?

—Deja que se oculten mejor. Cerramos el negocio. Tú te haces cargo de Sevrin y lo reactivamos una vez que la tempestad amaine. ¿Podría DeVille convertirse en tai-pan después de Dunross?

—No lo sé. Creo que serían Gavallan. A propósito, en Sha Tin se encontraron esta mañana otras dos víctimas, destrozados completamente, de los licántropos…

Las esperanzas dé Suslev aumentaron y sintió que el miedo empezaba a dejarlo en paz.

—¿Qué sucedió?

Crosse le explicó como los habían encontrado.

—Todavía estamos tratando de identificara los pobres insectos. Gregor… Entregar a Arthur es azaroso… suceda lo que suceda. Podría repercutir en mí. Tal vez el derrumbe del Mercado, la confusión de los bancos y la desaparición de Dunross sean suficientes para cubrir todo… Tal vez…

Suslev asintió con la cabeza. La sensación de náusea lo dominaba. Había que tomar una decisión.

—Roger, no voy a hacer nada. Voy a irme de aquí y a correr el riesgo. Mandaré… mandaré un informe privado, anticipándome a Sinders, para decir al Centro lo que ha sucedido. Lo que Sinders

pueda hacer es cuestión del futuro. Yo también tengo amigos en puestos elevados. Tal vez el desastre de Hong Kong y tener a Dunross en mi poder... Yo haré el narcoanálisis personalmente... en caso de que esté engañándonos y de que sea tan sagaz como tú aseguras... ¿Qué pasa?

—Nada... Estoy pensando en Koronski.

—Salió esta mañana, después de dejarme todas las drogas. Pospuse el estudio hasta que estemos en el *lvanov*. No se hará nada en tierra. ¿Por qué?

—Por nada... Prosigue.

—Tal vez el desbarajuste de Hong Kong calme a mis superiores —después de tomar esa decisión, Suslev se sintió un poco mejor—. Manda un informe urgente al Centro, a través de los canales de costumbre hasta Berlín. Haz que Arthur haga lo mismo por radio hoy por la noche. Haz que tu informe sea verosímil para mi, ¿he? Que la culpa del asunto de Metkin recaiga sobre la CIA de aquí, sobre el traidor del portaaviones, también lo de Voranski, ¿eh? Echale la culpa a la CIA y al Kuomintang.

—Sin duda alguna... Por el doble de mis honorarios. A propósito, si yo estuviera en tu lugar, borraría mis huellas digitales de esa botella, Gregor.

—¿Qué?

Con una risa sarcástica, Crosse le relató la hazaña de Rosemont, que había conseguido el vaso con las huellas en la incursión anterior, y el modo como él, unos meses antes, había sacado de su expediente las huellas digitales para protegerlo.

El ruso palideció.

—¿La CIA tiene mis huellas digitales en un expediente?

—Sólo que el suyo sea mejor que el nuestro. Lo dudo.

—Roger, espero que me cubras las espaldas.

—No te preocupes. Mi informe será de una blancura de lirio tal, que te otorgarán un ascenso. A cambio de eso, tú recomiendas que mi gratificación sea de 100,000 dól...

—¡Es demasiado!

—¡Esa es mi tarifa! Yo estoy sacándote de un lío infernal —en los labios se le dibujó una sonrisa, en los ojos no—. Es una fortuna que seamos profesionales, ¿no te parece?

—Bueno... Lo procuraré, lo procuraré...

—Muy bien. Espera aquí. El teléfono de Clinker está intervenido. Te llamaré desde el apartamento de Jason en el momento en que sepa de Dunross —le tendió la mano derecha y añadió—. Buena suerte. Haré lo que pueda con Sinders.

—Gracias —Suslev le dio un abrazo apretado—. Buena suerte para ti también, Roger. No me falles con Dunross.

—No fallaremos.

—Y sigue manteniendo en alto la bandera del trabajo, ¿eh?

—Y tú tendrás que decir a tus amigos que sigan manteniendo alto el dinero, ¿eh?

—Sí.

Suslev cerró la puerta, después de salir Crosse, luego se secó el sudor de las manos en los pantalones y sacó el rollo de la película. En voz baja lanzó una maldición contra él, contra Dunross, Hong Kong y Sinders y contra el fantasma del KGB que podría poner en duda su responsabilidad en el asunto de Metkin. De alguna manera tengo que evitar eso —se dijo, mientras el sudor frío le recorría la espalda.

Tal vez pueda entregar a Arthur después de todo. ¿Cómo hacerlo y mantener a Roger a salvo? Tiene que haber alguna manera.

* * *

Roger Crosse caminó hasta el ascensor, lo tomó y oprimió el botón para salir en la planta baja. Ya solo, se recargó cansado en las maltrechas paredes y sacudió la cabeza para tratar de quitarse el miedo de encima.

—¡Detén esto! —musitó.

Con un esfuerzo, se sobrepuso a sus emociones y encendió un cigarrillo; los dedos le temblaban. Si ese indecente narcoanálisis arranca a Dunross lo que sabe —se dijo—, estoy perdido... ¡Y apuesto cincuenta dólares contra un montón de estiércol a que Suslev no ha excluido del todo la posibilidad de entregar a Plumm. Y si lo hace... ¡santo Dios! Todo mi castillo de naipes se me derrumba. Un error, un lapso insignificante y estoy perdido...

El ascensor se detuvo. Unos chinos entraron haciendo mucho ruido, pero él no los notó.

En la planta baja lo esperaba Rosemont.

—¿Qué sucedió?

—Nada, Stanley.

—Tú con tus corazonadas, Rog.

—Nunca se sabe, Stanley. Pudo haber habido algo —contestó Crosse, esforzándose por conservar la mente en actividad.

El mismo había inventado lo de la corazonada y había invitado a Rosemont a acompañarlo… Aunque esperando en la planta baja … Era una medida de astucia para despistar a los hombres de la CIA, que él sabía que no dejaban de vigilar el vestíbulo del edificio.

—¿Te sientes bien, Rog?

—Sí, sí, gracias. ¿Por qué?

Rosemont se encogió de hombros.

—¿Quieres café… o una cerveza?

Salieron a la calle. Era ya de noche. El auto de Rosemont los esperaba afuera.

—No, gracias. Voy allá —Crosse señaló el rescacielo de Rose Court, que se erguía frente a ellos—. Es un cóctel de obligación.

El miedo había vuelto a dominarlo. ¿Qué demonios hago ahora?

—¿Qué te sucede, Rog?

—Nada.

—¿Rose Court, eh? Tal vez yo debería conseguirme un departamento allí. Sería Rosemont de Rose Court.

—Sí —Crosse hizo acopio de todas sus energías—. ¿Quieres ir al muelle a ver zarpar al *Ivanov?*

—¡Claro! ¿Por qué no? ¡Me alegro de que hayas obligado a esa mierda a empacar las maletas! —Rosemont ahogó un bostezo—. Al cerdo de las computadoras lo doblegamos al fin hoy en la noche.

Parece que tenía almacenada toda clase de secretos.

—¿Qué cosas?

—Datos y detalles sobre el *Corregidor*, velocidad máxima, de donde salen los proyectiles, las claves de su armamento, y otras cosas del mismo género… Hoy por la noche te pondré al corriente. ¿Tú me recoges a medianoche?

—Sí. Sí, de acuerdo.

Crosse se dio vuelta y se alejó de prisa. Rosemont frunció el ceño al verlo partir. Luego levantó los ojos viendo hacia Rose Court. De los doce pisos del edificio salían rayos abundantes de luz. Luego bajó de nuevo la vista, para fijarla en Crosse, que en ese momento

se había convertido ya en una silueta muy pequeña, en medio de las sombras. Lo vio dar vuelta a una esquina, después de haber subido por la empinada y serpentina cuesta de la calle.

¿Qué le sucede a Rog? —se preguntó pensativo—. Hay algo que no anda bien.

80
8:10 p.m.

Roger Crosse salió del ascensor en el quinto piso, con una expresión tensa, y atravesó la puerta abierta del departamento de Inmuebles Asiáticos. El gran salón estaba muy concurrido y ruidoso. Se detuvo a la entrada, para repasar con la vista a los invitados, buscando a Plumm o Dunross. En el acto notó que había poca felicidad en ese sitio, y un aire de lobreguez en la mayoría de los huéspedes. Esto hizo que aumentara su inquietud. Pocas esposas se hallaban allí... y esas pocas estaban agrupadas en un rincón apartado del recinto. Por todos lados, la conversación era acalorada y versaba sobre la confusión inminente del Mercado de valores y la fuga de capital de los bancos.

—¡Vamos, hombre, por amor de Dios! Está muy bien que el Victoria haya anunciado la adquisición multimillonaria del Ho-Pak pero, ¿dónde está el efectivo para mantenernos a todos a flote?

—Fue una fusión de negocios, no una adquisición, Dunstan —protestó Richard Kwang—. El Ho-Pak no est...

El rostro de Barre dejó entrever un ímpetu repentino de cólera:

—Vamos, Richard, por favor! Aquí todos somos amigos y todos sabemos que allí hay más que un simple rescate, ¡por amor de Dios! ¿Somos acaso niños? Lo que quiero decir —su voz se elevaba para sobreponerse a la de Richard Kwang y a la de Johnjohn—... a lo que estoy refiriéndome, muchachito, es al hecho de que con fusión o sin ella nosotros, los hombres de negocios de Hong Kong no podemos mantenernos a flote si sus malditos bancos se quedan sin efectivo por una estupidez, ¿entiendes?

—¡No es culpa nuestra, caramba! —intervino Johnjohn—. No es más que una pérdida de confianza pasajera.

—Mala administración, si me preguntas a mí —replicó Barre con la aprobación general; en ese momento vio que Crosse trataba de pasar—. ¡Oh, hola, Roger! —saludó con estudiada sonrisa.

Crosse notó la cautela inmediata que solía manifestarse cuando él sorprendía a alguien con su llegada.

—¿Está Ian aquí?

—No. No, todavía no —dijo Johnjohn, y Crosse dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Sí, sí. En el momento en que él llegue yo me marcho —comentó Dunstan en tono agrio— ¡Estos malditos bancos! Si no fuera por...

Johnjohn interrumpió con toda intención.

—Hablando de malditos, Roger... ¿Qué hay de los licántropos?

El hallazgo de los dos cadáveres había sido la noticia principal de Radio Hong Kong y de todos los periódicos chinos, porque no había diarios vespertinos ingleses.

—No sé nada que ustedes no sepan —les contestó Roger—. Seguimos tratando de identificar a las víctimas —sus ojos se posaron en Richard Kwang que se amendrentó al sentirlos—. ¿Tú no tienes noticia de hijos o sobrinos de alguien que hayan desaparecido, Richard?

—No, no. Lo siento, Roger, pero no.

—Si me disculpan, voy a saludar a nuestro anfitrión —Crosse se abrió paso entre la gente—. ¡Hola Christian! —saludó, al pasar junto al delegado director del *Guardian*—. Lamento mucho lo de tu esposa.

Pudo ver luego la desolación que el pobre hombre se esforzaba en disimular. El aludido respondió:

—El hado —pero permaneció de pie, impidiéndole el paso, hasta cierto punto; luego añadió—. Fue el hado, Roger, ella... en fin... la vida tiene que continuar, ¿no es verdad? —su sonrisa forzada resultaba casi grotesca—. Y el *Guardian* tiene que seguir con su tarea de informar al público, ¿eh?

—Sí.

—¿Podría conversar un momento contigo? ¿Más tarde?

—Por supuesto. Siempre en plan oficioso, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Siguió su camino, pasó junto a Pugmire y a Sir Luis, que no hablaban más que de los Almacenes Generales y la adquisición de Struan. Observó a Casey en el centro de un grupo, en el amplio balcón que dominaba la bahía. Allí estaban DeVille y Gornt, con un gesto benigno que a Crosse le pareció extraño.

—Hola, Jason —saludó, llegando por detrás de Plumm, que conversaba con Joseph Stern y Phillip Chen—. Gracias por invitarme.

—¡Oh, oh, hola, Roger! Me alegra de que hayas podido venir.

—Buenas noches —dijo a los demás—... Oye, Jason, ¿dónde está tu invitado de honor?

—Llamó por teléfono diciendo que tardaría un poco, pero que venía ya en camino. Estará aquí en cualquier momento —la tensión de Plumm era evidente—... La... ehm... la champaña está preparada, lo mismo que mi pequeña alocución. Todo está listo —dijo viéndolo de frente—. Ven conmigo, Roger, déjame servirte una copa. Perrier, ¿verdad? Tengo algo ya en el hielo.

Crosse lo siguió, los dos contentos de poder hablar en privado. Pero, al llegar a la puerta de la cocina, percibieron un murmullo general inesperado. Dunross llegaba a la puerta del apartamento, acompañado de Riko y Gavallan. Los tres estaban muy alegres.

—Escúchame, Jason, yo... —Crosse no tuvo tiempo de continuar.

Plumm se había vuelto ya hacia el bar, y si Crosse no lo hubiera observado con sumo cuidado, jamás habría visto que la mano izquierda del correligionario rompía con destreza una minúscula ampolleta y vertía el contenido en una de las copas ya servidas de champaña, para echarse luego al bolsillo los residuos. Luego lo vio tomar la bandeja con las cuatro copas y avanzar decidido a la puerta. Atónito, vio a Plumm llegar hasta el grupo de Dunross y ofrecerle la champaña.

Dunross dejó que Riko tomara una copa y Gavallan otra. Sin ninguna deliberación aparente, Dunross tomó la que estaba preparada para él. Plumm tomó la última y entregó la bandeja a un mesero.

—Bienvenido, Ian, y felicidades por ese gran golpe —dijo Plumm con espontaneidad, a guisa de brindis, sin darle excesiva importancia.

Los que estaban cerca de ellos siguieron el ejemplo. Como era de esperarse, Dunross no tomó su champaña.

—Tal vez deberías ahora brindar con Richard Kwang y Johnjohn por la fusión de sus bancos. —Sugirió Plumm con una voz que sonaba extraña.

—¿Por qué no? —repuso Dunross riendo y mirando a través del

salón, en dirección a Johnjohn—. ¡Bruce... por el Victoria!

Su voz se hizo fuerte y llegó hasta los destinatarios del brindis. Otros miraron en la misma dirección, interrumpiendo la charla.

—Tal vez todos deberían participar en el brindis —agregó Dunross—. Acabo de enterarme de que el Banco de China ha accedido a prestarles a ustedes y a los demás bancos quinientos millones de dólares en efectivo, a buena hora, antes de abrir las oficinas por la mañana.

Se produjo un silencio absoluto. Los que estaban en el balcón entraron al salón, con Gornt a la vanguardia.

—¿Qué cosa?

—Acabo de enterarme de que el Banco de China va a prestar a Hong Kong... al Vic, para que a su vez preste a los demás bancos, quinientos millones en efectivo y todo el dinero que puedan necesitar. ¡Se acabaron las fugas de capital de los bancos! —Dunross levantó la copa—. ¡Por el Victoria...!

En el momento en que la explosión de sorpresa se produjo y todos empezaron a hacer preguntas, Crosse se puso en movimiento con agilidad, y antes que Dunross pudiera empezar a beber, pretendió tropezarse con alguien, para ir a dar contra el tai-pan, haciendo que la copa se le cayera de las manos.

Se hizo pedazos en el momento en que cayó sobre el piso de parquet.

—¡Oh, perdón! Lo siento —dijo en tono de disculpa.

Plumm lo miró atónito, y protestó:

—¡Por amor de...!

—Ah, Jason, me apena tanto —se adelantó Crosse, añadiendo a toda prisa, mientras un mesero recogía los fragmentos de la copa—. Será mejor que le des a Ian otra copa.

—Ehm... sí, pero... —aturdido, Plumm obedeció, encaminándose al bar, pero se detuvo cuando Riko ofreció:

—A ver, tai-pan, por favor, tome la mía.

En ese momento, Johnjohn gritó, por encima del estruendo.

—¡Silencio, por favor, silencio un momento! —y se abrió paso hasta Dunross; en medio de un silencio sepulcral, le preguntó—: Ian... ¿estás seguro? ¿Estás seguro del efectivo?

—¡Oh, sí! —contestó él con absoluta calma, saboreando la copa de Riko y disfrutando del momento—. Me llamó Tiptop en persona.

Se anunciará en las noticias de las nueve.

Se produjo otra estrepitosa aclamación, hubo más preguntas y respuestas y Dunross notó que Gornt lo veía sin parpadear desde el extremo opuesto del salón. Su sonrisa se endureció. Levantó la copa y, sin prestar atención al torrente de preguntas/dijo en voz alta:

—¡A tu salud, Quillan!

El tono de la voz era a ojos vistas de burla. La conversación volvió a ceder el paso al silencio y la atención de todos se concentró en los dos magnates.

Gornt devolvió el brindis en el mismo tono de burla: —¡A tu salud, Ian! ¿Así que hemos conseguido el dinero de China?

—Sí y, a propósito, acabo de concertar un nuevo fondo rotativo de cincuenta millones de dólares norteamericanos. En este momento, la Casa Noble es el *hong* más firme de la Colonia.

—¿Garantizado con qué? —se oyó la voz agresiva de Gornt en medio del silencio imponente.

—¡Por el honor de la Casa Noble!

Con una actitud de espontaneidad que no sentía, Dunross se dirigió a Johnjohn:

—El préstamo es del Royal Belgium, subsidiario del First Central de Nueva York y apoyado por él —con toda deliberación no volvió a mirar a Gornt al repetir, saboreando con enorme fruición la cantidad—. Sí, 50 millones de dólares norteamericanos... A propósito, Bruce, mañana retiro los préstamos de ustedes sobre mis dos bancos. No necesito ya el préstamo del Vic... El Royal Belgium me ha ofrecido mejores condiciones.

Johnjohn se limitó a mirarlo sin parpadear un momento. —¡Estás bromeando!

—No. Acabo de hablar con Paul —miró por un instante a Plumm—. Discúlpame, Jason, por eso llegué tarde. Como comprenderás, tenía que hablar con él. Bruce, muchachito, Paul está ya en el banco haciendo los arreglos necesarios para la transferencia del efectivo de China a buena hora, antes que se abra el banco... Quiere que vayas allá cuanto antes.

—¿Qué?

—En el acto. Lo siento.

Johnjohn no hacía más que mirarlo atónito. Quería decir algo. Se interrumpía... Al fin estalló en una aclaración de júbilo coreada

por todos los asistentes, y salió a toda prisa dejando una estela de vítores.

—¿Santo Dios, tai-pan! Pero, ¿pensaste...!

—¿Tiptop? ¡Eso significa que es verdadero! ¿No crees que... ?

—¿El First Central de Nueva York? ¿No fueron esos los mentecatos que...?

—¡Dios mío, yo he estado vendiendo al descubierto...!

—¡Yo también! ¡Demonios, será mejor que mañana compre a primera hora, de lo contrario...!

—Sí, de lo contrario quedaremos arruinados... y...

Dunross vio las cabezas de Sir Luis, Joseph Stern y Phillip Chen en un grupo compacto. Gornt no podía quitarle los ojos de encima. Se diría que la cara se le había congelado. Luego vio que Casey sonreía a Dunross con gran alegría y que él levantaba la copa para brindar con ella y Casey le devolvía el brindis. Ante ese gesto, Gornt se acercó a la chica. Los que estaban cerca se estremecieron y se quedaron sin, habla.

—¿No es First Central el banco de Par-Con?

—Sí, sí es, Quillan —contestó ella con una voz que parecía moderada, pero que atravesaba el salón, mientras la atención de todos volvía a girar en torno a ellos.

—¿Tú y Bartlett... ustedes hicieron esto? —preguntó Gornt en tono amenazador.

Dunross se apresuró a interrumpir el molesto diálogo:

—Los préstamos nuestros los concierto yo.

Gornt no hizo caso de Dunross, se limitó a seguir viendo a Casey:

—Tú y Bartlett... ¿ustedes lo ayudaron?

Ella le devolvió la mirada firme, aunque con el corazón queriendo salírsele del pecho:

—Yo no tengo control sobre ese banco, Quillan.

—¡Ah, pero tus manos están en esa masa, de alguna manera —rebatió Gornt en tono frío—: ¿No es cierto?

—Murtagh me preguntó a mí si Struan era un riesgo que valiera la pena —dijo ella con voz controlada—. Yo le dije que sí, que era un riesgo magnífico.

—Struan está derrumbándose —objetó Gornt. Dunross se acercó.

—Da la casualidad de que no es así. A propósito, Quillan, Sir

Luis está de acuerdo en retirar a Struan del mercado hasta mediodía.

Todos los ojos se volvieron hacia Sir Luis que se mantenía de pie en actitud estoica, con Phillip Chen a su lado, luego volvieron a Dunross y a Gornt.

—¿Porqué?

—Para dar al Mercado el tiempo necesario para ponerse a tono con la gran bonanza.

—¿Cuál gran bonanza?

—La que todos merecemos, la que Old Blind Tung vaticinó — una descarga eléctrica recorrió el ánimo de todos, incluida Casey—, y también para ajustar el valor de nuestras acciones —la voz de Dunross sonaba ronca—. Abrimos a 30.

—¡Imposible! —se oyó una voz ahogada.

Después Gornt rugió:

—¡No pueden hacer eso! Cerraron a 9.50, ¡qué diablos! ¡Sus acciones cerraron a 9.50!

—¡Y ahora las ofrecemos a 30, que diablos! —contestó Dunross en el mismo tono.

Gornt arremetió contra Sir Luis:

—¿Usted va a estar de acuerdo con este robo en despoblado?

—No hay ningún robo, Quillan —contestó el aludido con calma —. Yo he estado de acuerdo, con la aprobación unánime del comité, en que lo mejor para todos, para la seguridad de todos los inversionistas, es que haya un periodo vacante... para que todos puedan prepararse para la gran bonanza que se avecina. Hasta el mediodía nos ha parecido un plazo justo.

—¿Justo, eh? —gruñó Gornt—. Usted tiene enormes cantidades de acciones que yo vendí al descubierto. Las compro de nuevo, ahora mismo. ¿A qué precio?

Sir Luis se encogió de hombros.

—Haré todos los negocios mañana a mediodía, en las oficinas de la Bolsa, no fuera del Mercado.

—Yo te ofrezco un trato ahora mismo, Quillan —sugirió Dunross con voz áspera—. ¿Cuántas acciones vendiste al descubierto? ¿Setecientas mil? ¿Ochocientas mil? Te dejo comprarlas de nuevo a dieciocho, si me vendes el interés que controla All Asia Air a 15...

—All Asia Air no está en venta —objetó Gornt, presa de furor,

mientras su mente le gritaba en tono ensordecedor que a 30 quedaría arruinado.

—La oferta es válida hasta mañana a la hora de abrir.

—¡Maldición a ti, mañana, a ti y a tus 301 —exclamó Gornt, y dirigiéndose a Stern, le dijo—: ¡Compra a Struan! ¡Ahora, por la mañana o a mediodía! ¡Tú eres responsable!

—¿A qué precio, señor Gornt?

—¡Compra y basta! —la cara se le ensombreció, luego se dirigió a Casey—: ¡Gracias!

Se dio vuelta y salió con violencia, azotando la puerta. Entonces explotó toda la conversación que había estado conteniéndose. Dunross se vio rodeado de gente que le daba palmadas en la espalda y lo abrumaba de preguntas. Casey permaneció sola, a la entrada del balcón, en estado de conmoción por la violencia desencadenada. Sin quererlo, en medio del tumulto vio que Plumm salía del salón con mucha prisa y Roger Crosse lo seguía, pero ella no le dio importancia al hecho. Seguía con los ojos puestos en Dunross y en Riko que estaba a su lado.

* * *

En la pequeña habitación, atrás del salón, Plumm metió mano en el cajón de una mesita de noche que estaba junto al gran baúl de marinero que conservaba allí. La puerta se abrió de par en par, él se dio la vuelta con rapidez y cuando vio que era Roger Crosse, hizo un gesto violento:

—¡Qué estás haciendo! ¿Qué te propones? ¡Con toda delib...!

Con agilidad de felino, Cross atravesó el cuarto y le dio un golpe con el cinturón en las manos, antes que supiera lo que estaba pasando. Plumm se quedó un instante sin aliento y se preparó a saltar sobre Crosse, pero éste lo golpeó con más fuerza, hasta hacerlo caer sobre la cama.

—¡Grandísimo c...! ¿Qué... ?

—*¡Calla el hocico y escucha!* —silbó Crosse—. ¡Suslev va a traicionarte!

Plumm se quedó mirándolo boquiabierto. El hematoma de los golpes en las manos era de un rojo escarlata intenso. La ira de Plumm se desvaneció en el acto.

—¿Qué dijiste?

—Que Suslev está dispuesto a entregarte a Sinders, y eso significa que nos entrega a todos nosotros

—Crosse frunció el ceño—. ¿Te hice daño? Por amor de Dios, habla en voz baja.

—¿Qué cosa? Sí... sí, yo sí...

—Perdóname, Jason, no podía hacer otra cosa.

—Eso... eso está bien. Pero, ¿qué demonios está pasando, Roger?

Plumm hizo un esfuerzo para levantarse de la cama, frotándose la cara. Un hilillo de sangre le salía también por la comisura de los labios, pero se sentía enteramente dueño de sí mismo. Afuera, el tono de la conversación iba haciéndose más y más animado.

—Tenemos que hacer un plan— empezó a decir Crosse, y resumió su conversación con Suslev—. Creo haberlo convencido, pero ese insecto es artero y no puede saberse lo que vaya a hacer en el último momento. Sinders lo entregará a él, de eso no me cabe la menor duda, a menos que él revele la identidad de Arthur... Y si Sinders lo entrega a él, Suslev no volverá a Hong Kong. Lo encerrarán allá y lo quebrantarán. Luego, ¿qué...?

—Pero, ¿qué hacemos con Dunross? —gimió Plumm impotente —. Sin duda alguna él habría podido sacar a Suslev del enredo. Ahora Gregor no tendrá más remedio que hablar. ¿Por qué me detuviste?

—Tenía que hacerlo. No tenía tiempo de explicarte nada. Escúchame. Después de dejar a Suslev pasé por la oficina central. Me informaron que Tiptop había ayudado a esos malditos a salir de la trampa, con dinero de China. Antes había yo oído que Ian era el arquitecto de ese préstamo —agregó Crosse, mintiendo—. Esto significa que la fuga de los bancos ha terminado, que el Mercado de valores se va a las nubes, con Dunross o sin él. Y lo peor de todo, Jason, he sabido gracias a un hombre de la Rama Especial, que Sinders ha triplicado la vigilancia en Kai Tak, lo mismo que el muelle del *Ivanov*, y que en este momento están abriendo todos y cada uno de los bultos y cajas que suben al barco, revisando una por una las piezas de equipo mecánico y registrando a todos los coolies que entran y salen. Si se encontraran con Dunross, y no cabe duda que sucedería, porque la gente de Servicio de Inteligencia es demasiado sagaz, nosotros resultaríamos atrapados.

La nerviosidad de Plumm aumentó. Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza.

—¿Qué... qué opinarías si... por ejemplo, nosotros entregáramos a Gregor en manos de Sinders? ¿Qué pasaría si le da...?

—¡Mantén el tono de voz bajo! ¡Por amor de Dios, no estás pensando con claridad! Gregor nos conoce a todos. Edward Sinders lo sometería a un régimen de sueño-vigilia-sueño, y al tormento de cuarto rojo, y él le diría todo! Eso nos arruinaría a nosotros, echaría por tierra a Sevrin y haría que Rusia retrocediera por lo menos diez años en su avance a través de Asia.

Plumm volvió a estremecerse y se enjugó la cara. —Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Deja que Gregor suba al barco y salga de Hong Kong, y esperemos en Dios que convenza a sus jefes. Aun cuando le dijera tu nombre a Sinders, estamos tan bien cubiertos, que creo que podríamos librarnos de eso. Tú eres ciudadano británico, no extranjero. Gracias a Dios tenemos leyes que nos protejan, incluso en virtud de la Ley de Secretos Oficiales. No te preocupes. Nada sucederá sin que yo me entere en el acto. Siempre habrá tiempo suficiente para el Plan Tres.

El Plan Tres era un proyecto de fuga muy perfeccionado, que Plumm había ideado contra una eventualidad de esa índole: a base de pasaportes falsos, boletos auténticos de avión, equipaje ya hecho, ropa, disfraces y protecciones de todo género, incluidas llaves maestras para salir de las salas de espera del aeropuerto, sin tener que pasar por las oficinas de Migración. El plan tenía un 95 por ciento de probabilidades de buen éxito, con tal que dispusieran de una hora.

—¡Santo Dios! —exclamó Plumm, viendo el baúl de marino en espera—. ¡Santo Dios! —se acercó al espejo para verse la cara; el color rojo de los golpes iba ya borrándose. Se puso un poco de agua encima.

Crosse no le quitó la vista de encima, preguntándose si estaría convencido de lo que le había explicado. En todo caso, era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias. Detestaba la improvisación, pero en situaciones como ésa, no tenía alternativa. ¡Qué vida la nuestra! Todos y cada uno pueden ser sacrificados excepto tú —se decía a sí mismo—: Suslev, Plumm, Sinders, Kwok,

Armstrong... ¡Hasta el Gobernador!

—¿Qué?

—Estaba pensando que estamos metidos en un negocio muy arduo.

—La causa hace que valga la pena. En la única parte que cuenta.

Crosse ocultó su profundo desprecio. En realidad creo que has sobrevivido al grado de utilidad que representas, Jason, viejo colega —pensó, y caminó hacia el teléfono—. En esa línea no había extensiones y él sabía que no estaba intervenida. Marcó un número.

—Diga...

Crosse reconoció la voz de Suslev y tosió con la tos seca de Arthur. —El señor Lop-sing, por favor...

Siguió toda la clave, imitando a perfección la voz de Plumm, luego dijo en tono angustioso:

—Algo ha salido mal. El blanco no se presentó. Cuidado en el muelle. La vigilancia está triplicada. No podemos entregar el baúl. Buena suerte.

Colgó el teléfono. Un silencio pesado inundó la habitación. —Ese es un presagio de muerte, ¿no te parece? —comentó Plumm.

Crosse vaciló. Luego esbozó una leve sonrisa. Al fin dijo: —Es mejor que sea la de él y no la tuya, ¿eh?

81
8:25 p.m.

En medio del ruidoso salón, al otro lado del vestíbulo de entrada, Casey terminó de beber su copa y la dejó sobre la mesa. Se sentía incómoda y muy extraña. Una parte de su ser estaba jubilosa, ante la recuperación de Dunross. La otra parte estaba triste porque ahora Gornt había quedado atrapado. En vista de todos los comentarios que oía a su alrededor, se había dado cuenta, con absoluta claridad, que el precio de apertura de Struan iba a ser muy alto. Pobre de Quillan —pensó—. Si no cubre su posición, va a quedar en muy malas condiciones... y, dicho con absoluta honradez, yo lo puse así... ¿No es cierto?

Claro, pero tenía que rescatar a Dunross porque, sin él, Gornt nos habría exprimido hasta dejamos secos... y con nosotros, tal vez también a todos los demás. Por otro lado, no hay que olvidar que yo no inicié la incursión contra Struan. Fue operación de Linc, no mía. ¿No ha dicho acaso Linc que el negocio y el placer no deben mezclarse jamás? ¿Por ventura no hemos estado los dos siempre de acuerdo en eso? Linc. Siempre volvía todo a Linc.

Casey no lo había visto en todo el día, ni siquiera había oído hablar de él. Se suponía que desayunarían juntos, pero en la puerta de su suite del hotel había un aviso: «favor de no molestar», y otro igual en su número telefónico. Por ello, Casey lo había dejado en paz y había rechazado de su mente el recuerdo de Orlanda. ¿Habría estado Orlanda allí también? Esa noche, a su regreso del viaje en yate, había encontrado un recado: «Hola, que te diviertas». Por eso, se había bañado, cambiado de ropa y luego había embotellado su impaciencia para venir al cóctel en ese lugar. Al principio no había habido diversión alguna. Todo el mundo se veía sombrío y lleno de presagios de desastre. Después, una vez recibidas las grandes noticias, aquel portazo de Gornt había puesto fin a la diversión una vez más. Minutos después, Dunross se había ingeniado para quedar libre un instante y acercársele a expresarle su gratitud una vez más, pero casi en el acto, se había visto rodeado de hombres

emocionados, que hablaban de convenios y de oportunidades. Casey los observaba, sintiéndose muy solitaria. Tal vez Linc esté de regreso en el hotel a esta hora —pensó. Quisiera… ¡Bah! No hagas caso pero… es tiempo de volver a casa. Nadie notó que salía del apartamento.

Roger Crosse estaba frente al ascensor. Mantuvo la puerta abierta para que Casey entrara y luego oprimió el botón para descender.

—Gracias. Fue una bonita reunión, ¿no le parece? —dijo ella.

—Oh sí, sí lo fue —repuso él, sin pensar en lo que decía.

Ya en el piso bajo, Crosse la dejó salir por delante. Luego avanzó a grandes pasos, salió por la puerta principal y emprendió el descenso de la colina. ¿A qué se deberá esa prisa? —se preguntó Casey, encaminándose al grupo que esperaba taxis y contenta de que no hubiera empezado a llover otra vez.

Se detuvo de golpe. Orlanda Ramos, con bultos en los brazos entraba al vestíbulo del edificio. Cada una de ellas vio a la otra en el mismo instante. Orlanda fue la primera en recuperar el dominio de sí misma.

—Buenas noches, Casey —saludó con su mejor sonrisa—. Qué guapa estás.

—Tú también —repuso la aludida.

En efecto, su enemiga estaba muy bella. Aquella falda azul pálido combinaba a la perfección con la blusa que llevaba puesta.

Orlanda vertió un torrente de impaciencia cantonesa sobre el conserje que curioseaba el diálogo. En el acto, le recogió los paquetes, refunfuñando.

—Perdón, Casey… —dijo en tono amable, con un toque de nerviosidad en la voz—. Hubo un pequeño deslizamiento del terreno en la ladera un poco más abajo, y tuve que dejar mi automóvil allá. ¿Viniste… viniste aquí de visita?

—No. Estaba a punto de marcharme. ¿Tú vives aquí?

—Sí. Aquí vivo.

Se produjo otro silencio entre ellas, ambas se preparaban en su interior. Luego Casey hizo una cortés inclinación de despedida y empezó a alejarse.

—Tal vez deberíamos hablar —sugirió Orlanda, y Casey se detuvo.

—Cómo no, Orlanda, cuando tú quieras.
—¿Tienes tiempo ahora?
—Creo que sí.
—¿Querrías volver conmigo a mi auto? Tengo allá el resto de mis bultos. Aquí no podrás conseguir un taxi. Será más fácil allá abajo.
—Muy bien.
Las dos mujeres salieron. La noche era fresca, pero Casey estaba ardiendo y Orlanda también. Cada una sabía lo que se avecinaba. Cada una tenía temor a la otra. Escogieron la senda con todo cuidado.
La calle estaba empapada por el agua que corría hacia abajo. Había pronósticos de más lluvias, en vista de las densas nubes que oscurecían el firmamento. Adelante de ellas, a unos cuarenta y cinco metros, Casey pudo ver el lugar donde la ladera montañosa había cedido en parte, derrumbándose y dejando caer una mezcla de tierra, piedras, arbustos y escombros de todo género sobre la calle. No había acera. Al otro lado del deslizamiento, una línea de automóviles se hallaba detenida. Sus conductores hacían toda clase de maniobras impacientes,. en el esfuerzo por darse vuelta. Unos cuantos peatones se ingeniaban para pasar sobre aquellas ruinas.
—¿Has vivido mucho tiempo en Rose Court? —preguntó Casey.
—Unos cuantos años. Es un sitio agradable. Yo pen... ¡Oh! ¿No estabas tú en el coctel de Jason Plumm, el de Inmuebles Asiáticos?
—Sí.
Al dar esta respuesta, Casey pudo notar la sensación de alivio en el rostro de Orlanda. Eso le produjo ira, pero supo dominarse. Sin embargo, dejó de caminar y dijo con blandura:
—Orlanda, en realidad no tenemos nada que hablar... ¿O tú crees que sí? Será mejor que nos demos las buenas noches.
Orlanda la miró de frente y advirtió:
—Linc está conmigo. Está conmigo en mi apartamento. Ahora mismo.
—Lo supuse.
—¿Y eso no te molesta?
—Me molesta mucho. Pero es asunto de Linc. El y yo no estamos casados, como tú sabes. Ni siquiera comprometidos, esto también lo sabes... Tú tienes tu modo de hacer las cosas, yo tengo el mío, así

que…

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Orlanda.

—Quiero decir que yo he conocido a Linc durante siete años. Tú lo has tratado durante siete días.

—Eso no tiene importancia —dijo la más joven en tono retador —. Yo lo amo y él me ama a mí.

—Eso está por…

Un grupo de chinos que pasaron charlando ruidosamente empujó a Casey y la interrumpió. Otros más venían subiendo la pendiente. Después un grupo de invitados del cóctel de Plumm pasó junto a las dos jóvenes mujeres; una de esas personas era Lady Joanna, que les dedicó una mirada de curiosidad, pero luego siguió su camino.

Cuando volvieron a quedarse solas, Casey continuó:

—Eso está por verse. Buenas noches, Orlanda —añadió, queriendo darle de gritos.

En su interior, estaba diciéndole: tú te ganas el dinero con el trasero, yo trabajo para tenerlo, y todo el amor que protestas tener se deletrea *dinero*… ¡Y los hombres son tan torpes!

—Lo curioso es que no culpo a Linc —musitó en voz audible, sin dejar de mirar esa mandíbula de expresión firme, los ojos brillantes y resueltos de Orlanda y su cuerpo perfecto, voluptuoso y sin embargo esbelto. Luego repitió:

—¡Buenas noches!

Y continuó su camino. Ahora mi plan tiene que cambiar —iba pensando, con todas sus energías concentradas. Esta noche yo estaba dispuesta a expresar a Linc mi amor en plenitud, pero ahora todo tendrá que cambiar. Si él está en la cama de ella, quiere decir que está bajo su hechizo. ¡Dios santo, que bueno que me enteré de eso! Si le hubiera hecho la oferta, él habría tenido que decirme que no y entonces… Ahora puedo… ¿Qué debo hacer?

¡Maldición a todas las Orlandas del mundo! Todo es tan fácil para ellas… Tienen un plan de juego a partir del primer día. En cambio, el resto de las mujeres, ¿qué tenemos?

¿Qué hago? Me mantengo firmé hasta el 25 de noviembre y apuesto a que para esa fecha Orlanda lo habrá aburrido ya hasta él paroxismo? No sucederá con esa mujer. Esa es dinamita y sabe que Linc es su pasaporte a la eternidad.

De pronto, el corazón se le sobresaltó. Yo puedo competir con ella —se dijo, sintiéndose segura de sí—. Tal vez no en la cama ni en la cocina, pero puedo aprender también eso.

Dio un paso hacia arriba, para superar una barrera de escombros, mientras maldecía el lodo que le arruinaba el calzado. Luego, de un salto quedó al otro lado de la molesta barrera. El Rolls de Dunross con su chófer estaba al principio de la línea de vehículos.

—Perdone, seño, ¿está todavía el tai-pan allí?

—Sí. Sí, ahí está.

—Ah, gracias.

El chófer cerró con llave el Rolls y empezó a subir por la calle a toda prisa. Casey se dio vuelta para observarlo, pero sus ojos se centraron en Orlanda, que venía acercándosele. Al mirarla sintió deseos de empujarla, y hacerla caer en el lodo. La idea le produjo regocijo. Permaneció inmóvil esperando a que llegara y dejando que se preguntara con incertidumbre qué se propondría hacer. Vio que la mirada de Orlanda se endurecía y que no había miedo en la expresión de su rostro, sino una media sonrisa de seguridad y confianza. Orlanda le pasó cerca con intrepidez, y una sensación de temor e inseguridad invadió momentáneamente a Casey. No tardó en dominarla. Tal vez tú tienes tanto miedo de mí y de mi poder, como yo lo tengo del tuyo —pensó, mientras contemplaba a Rose Court, con aquella torre inundada de luz, y se preguntaba cuál sería la que rodeaba a Linc, o cuál sería la ventana en penumbra donde...

En el momento en que Orlanda vio a Casey, su primer pensamiento había sido que había estado en su apartamento, enfrentándose a Bartlett. Eso es lo que yo habría hecho —se decía. Después, a pesar de que sabía ya dónde había estado, el miedo había vuelto a sacudirla al encontrarse en presencia de su rival. ¿Tendrá poder sobre él a través de Par-Con? —se preguntó temblando. ¿Podrá controlar a Linc mediante valores o acciones? Si la primera esposa de Linc casi lo arruinó en materia financiera, y Casey lo salvó todas las veces que él asegura, por fuerza debe tener dominio sobre él. Yo lo tendría, si estuviese en su lugar. Claro que lo tendría.

Sin proponérselo, Orlanda se dio vuelta para mirarla de nuevo. Casey seguía viendo a Rose Court. Calle arriba podía verse a

Dunross y a los demás: a Riko, a Toxe, a Phillip y a Dianne Chen, entre ellos, que salían del vestíbulo del edificio y empezaban a descender por la calle inclinada. Orlanda hizo caso omiso de ello y de todo lo demás, concentrándose en la única cuestión de la forma en que debería habérselas con Linc cuando volviera al apartamento.

¿Convendría narrarle el encuentro con Casey o no? Aturdida, recogió el resto de sus bultos del automóvil. Una cosa sé con certeza —se dijo una y otra vez—, que Linc es mío y que con Casey o sin ella, yo me casaré con él a cualquier precio.

Casey también había visto salir a Dunross del edificio y estaba observándolo, gozando con el espectáculo. Ahí venía, gallardo, de porte agradable, diez años más joven que la primera vez que lo había conocido. Se sintió muy contenta de haberlo ayudado. Luego, en el momento en que se daba vuelta para seguir caminando, oyó que la llamaban:

—¡Casey, Casey, espera un momento!

Ella se dio la vuelta y se detuvo.

—¿Por qué no nos acompañas a cenar? —la invitó Dunross. Casey sacudió la cabeza en señal negativa. No estaba de humor para eso. También en voz alta, a unos metros de distancia, contestó: —¡Gracias, pero tengo una cita! Te veré maña… En ese momento, la tierra se hundió…

82
8:56 p.m.

El deslizamiento se había extendido a un nivel superior de la montaña, al otro lado de Po Shan Road, atravesando la calle, llegando hasta un estacionamiento de autos de dos pisos. La masa y velocidad del fenómeno era tal que el edificio se dio la vuelta, vacilando sobre su base en la terraza montañosa, deslizándose luego unos metros para luego derrumbarse con estrépito. El derrumbe adquirió mayor fuerza y avanzó hasta atrás de un rascacielos oscuro, atravesó Conduit Road y fue a dar contra la casa de dos pisos de Richard Kwang, borrándola del mapa. Luego, junto con esos edificios el deslizamiento, que ya tenía cerca de trescientos metros de largo y más de sesenta de ancho, con un volumen total de cincuenta toneladas de tierra y piedra, siguió su fatídico curso a lo largo de Rotewall Road, hasta llegar a Rose Court.

Todo el derrumbe se había producido en siete segundos.

Cuando llegó a Rose Court, dio la impresión de un temblor de tierra. El edificio se salió de sus cimientos y avanzó en dirección a la bahía, se vino abajo y, en la caída, se partió por la mitad, como un hombre que se dobla para arrodillarse y luego cae.

En la caída, los pisos superiores golpearon y arrancaron una esquina de Sinclair Towers, situado un poco más abajo, luego se desmoronaron, desintegrándose y convirtiéndose en un montón de escombros. Parte del derrumbe y del edificio demolido siguió avanzando hasta llegar a un terreno de construcción, más abajo de la montaña. Al fin se detuvo. Las luces se apagaron cuando la gran mole sucumbió levantando una nube de polvo. En toda la zona de Mid Levels se produjo primero un impresionante silencio sepulcral.

Después empezaron los gritos…

* * *

En pleno túnel, bajo Sinclair Road, Suslev iba ahogándose. Estaba medio sepultado bajo los escombros. Una parte del techo del túnel

se había abierto en una enorme grieta, y el agua de tuberías y caños de avenamiento lo inundaban a gran prisa. El se arrastró y luchó por salir al aire libre, con la mente confusa e impotente, sin saber lo que estaba sucediendo, ni lo que había sucedido. Sólo tenía una vaga idea de que de alguna manera había sido capturado, le habían administrado drogas y que en ese momento se encontraba en medio de una pesadilla del proceso vigilia-sueño, después de salir del cuarto rojo. Miró a su alrededor, presa de pánico. Todos los edificios estaban a oscuras. No había electricidad. Lo rodeaba una montaña monstruosa de escombros que rechinaban al acomodarse y acabar de derrumbarse. De pronto, sus glándulas endocrinas se sobrepusieron a toda la situación y echó a correr sin tino por toda la calle de Sinclair Road…

* * *

En la parte más alta de Kotewall Road, los que estaban situados del otro lado del derrumbe se hallaban a salvo, aunque paralizados por la conmoción. Los pocos que se mantenían de pie, y Casey era una de esas personas, no podían creer lo que habían visto. El extenso deslizamiento del terreno se había llevado consigo toda la calle, hasta donde alcanzaban a verla. La mayor parte de la ladera montañosa que un minuto antes se sostenía con los cortes de sus terraplenes, estaba convertida en un horrible montón ondulante de tierra, fango y piedras en declive. Las calles habían desaparecido, los edificios también, Dunross y su grupo se habían visto arrastrados pendiente abajo, por el derrumbe. Casey trató de gritar, pero no tenía voz. Entonces recordó:

—*¡Oh, Jesucristo bendito!* ¡Linc! —exclamó, en grito desgarrador.

Sus pies se pusieron en movimiento y, antes de poder reflexionar y darse cuenta de lo que pasaba, iba ya encaramándose por entre los escombros, tropezando y cayendo. La oscuridad era espantosa, los gritos terribles, voces apagadas por todos lados, de gente que pedía auxilio. Los montones de deshechos, retorcidos en forma grotesca increíbles todavía se movían en una que otra parte, como tratando de acabar de caer. La noche no tardó en llenarse de un resplandor siniestro, de cables de corriente que producían cortocircuitos, explosiones de transformadores, y lineas de

electricidad que despedían verdaderas cascadas de fuego en medio de los desperdicios.

Presa de frenesí, se precipitó hacia el lugar donde había estado el vestíbulo del edificio. Extendida abajo, muy abajo, cubierta por una oscuridad que envolvía casi todo, se distinguía apenas la masa informe de escombros, bloques de concreto, vigas de acero, y los zapatos, juguetes, cacerolas, sartenes, sillas y sillones, camas, aparatos de radio, televisores, libros, tres automóviles que habían quedado estacionados frente al edificio... y más y más alaridos. A la luz de las líneas de corriente que seguían inflamándose, Casey pudo ver las ruinas de lo que había sido el ascensor. Piernas y brazos rotos salían de sus restos deformes.

—*¡Linc!* —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, una y otra vez.

No se había dado cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas le corrían en abundancia por toda la cara. Pero no recibía respuesta alguna. Con desesperación siguió tratando de abrirse paso entre la peligrosa masa informe de escombros. En torno a ella, se oían aullidos y alaridos de hombres y mujeres que pedían ayuda. Luego alcanzó a oír un gemido de terror, cerca de ella y vio que una parte del montón de ruinas se movía. Ella se encontraba de rodillas, el vestido hecho jirones, las piernas golpeadas y heridas. Al retirar unos ladrillos, dio con un pequeño hueco, donde estaba una niña china de tres o cuatro años, medio muerta de terror, tosiendo, casi ahogándose. Casey pudo ver que estaba atrapada bajo un enorme cúmulo de desechos, sepultada por el polvo.

—¡Dios Santo, pobrecita criatura!

Casey miró a su alrededor con desesperación, pero no había nadie que pudiera ayudarle. Una parte de los escombros se movió, con un rechinido aterrador. Un trozo enorme de concreto con sus varillas de hierro incrustadas quedaba casi colgando sobre aquella cavidad. Sin pensar en su seguridad personal, Casey hizo un esfuerzo por apartar algo del escombro. Los dedos de las manos le sangraban. Logró abrir un pequeño hueco para arrastrarse hasta introducir parte del cuerpo y poder tomar el brazo de la pequeña. Con un esfuerzo inteligente, la ayudó a escurrirse por entre las piedras, los pedazos de hierro y la tierra y al fin la sacó de ahí, la tomó en brazos y se alejó tan aprisa como pudo a un lugar más

seguro, puesto que aquella parte del derrumbe seguía cayendo y buscando estabilidad, y ella se encontraba ahí sola. La niña sana y salva en sus brazos se aferraba a ella con angustia...

* * *

Cuando la avalancha se precipitó desde la altura, arrastrando en su caída la mayor parte de la calle y el muro de contención, Dunross y los demás, que a la sazón estaban al borde del deslizamiento, se precipitaron por la ríspida pendiente, aunque sin perder la línea vertical. Los arbustos y la vegetación amortiguaron mucho la caída. El tai-pan se incorporó en aquella semioscuridad y se tocó el cuerpo, azorado de ver que estaba de pie e ileso. De algún lugar muy cercano a él llegaban gemidos de agonía. La pendiente era muy empinada y por todas partes había fango e inmundicia. Dunross se ingenió para encaramarse un poco hasta llegar a Dianne Chen, que yacía casi desmayada, con una pierna retorcida bajo su cuerpo en forma brutal. Una parte del hueso de la espinilla le desgarraba la piel, pero hasta donde Dunross podía ver, ninguna arteria importante se había abierto y no parecía estar sufriendo ninguna hemorragia grave. Con el máximo cuidado posible, la enderezó, le acomodó el miembro herido y trató de levantarla. En ese momento, ella lanzó un aullido desgarrador y perdió el conocimiento. Dunross sintió que había alguien más cerca de él, y levantó la vista.

Riko estaba ahí, de pie, con el vestido hecho jirones, sin zapatos, con la cabellera mesada y un hilillo de sangre que le salía de la nariz. —¡Dios mío! Riko... ¿está herida?

—No, no... —contestó temblorosa—. Estoy bien. Esto... ¿fue un terremoto?

En ese momento se oyó otra explosión y el crepitar macabro de los cables que seguían haciendo corto circuito, y por unos instantes, la zona se iluminó.

—¡Oh, gran Dios! —exclamó Dunross—. Esto se parece a Londres en pleno bombardeo.

Luego pudo ver a Phillip Chen. Era una masa inerte, en torno a unos arbustos, con la cabeza hacia abajo de la pendiente.

—Quédese aquí con Dianne —dijo a Riko.

Luego se ingenió para bajar por la ladera. Conteniendo el horror

que experimentaba, dio vuelta al cuerpo de Phillip.

Su jefe de personal nativo respiraba aún. Dunross respiró con alivio. Lo acomodó lo mejor que pudo y siguió mirando a su alrededor en medio de aquel espectáculo dantesco. Otros estaban ya levantándose por sí mismos. No lejos de él, Christian Toxe estaba ya de pie, sacudiendo la cabeza, tratando de despejársela.

—¡Maldita sea! —exclamaba una y otra vez—. ¡Allí deben de haber estado unas doscientas personas! —dio unos pasos, resbaló en el lodo y lanzó otra maldición—. Tengo que encontrar un teléfono... Denme la mano por favor, ¿quieren? —Toxe volvió a proferir otra maldición al resbalar una vez más—. Es el tobillo... ¡maldito tobillo, debe haberse torcido!

Dunross lo ayudó a levantarse y luego, con Riko al otro lado, subieron, con gran esfuerzo hasta el sitio en que quedaba algo del camino. Aún había gente paralizada de terror. Otros empezaban a ver el modo de meterse entre los escombros para tratar de ayudar. Unos cuantos inquilinos de los edificios no hacían más que levantarse, presa del frenesí. A una madre la sujetaban para que esperara, mientras su esposo iba ya corriendo, tropezando cayendo, rumbo al montón de cascajo, en busca de sus tres hijos y de la *amah*, que tenían que estar en algún sitio del derrumbe.

En cuanto se encontraron en terreno plano, Toxe empezó a caminar cojeando por Kotewall Road. Dunross corrió a su automóvil para traer la linterna de mano y un botiquín de primeros auxilios.

A Lim no se le veía por ningún lado. Luego Dunross recordó que su chófer había estado con ellos en el momento de la avalancha. Mientras encontraba las llaves para abrir la cajuela del auto, trató de recordar. ¿Quién venía con nosotros? Toxe, Riko, Jacques... no, Jacques, ya se había marchado... Phillip y Dianne Chen, Barre... no, a Barre lo dejamos todavía en el cóctel. ¡Dios santo! ¡El cóctel! Lo había olvidado. ¿Quiénes estaban todavía en el cóctel? Richard Kwang y su esposa, Plumm, Johnjohn... no, él salió mucho antes. Roger Crosse... No, un momento. ¿No salió él antes también?

Dunross abrió de golpe la cajuela y encontró dos lámparas de mano y el botiquín de emergencia. Además un gran trozo de cuerda. Volvió corriendo adonde estaba Riko. En ese momento observó que toda la espalda le dolía.

—¿Querría usted volver donde están Dianne y Phillip, mientras

consigo ayuda? —su voz tenía un tono deliberado de firmeza—. Aquí tiene —le entregó una linterna, algunos vendajes y un frasco de aspirinas—. ¡Adelante! Dianne tiene rota una pierna. No sé cómo esté Phillip. Haga lo que pueda y no los deje hasta que venga una ambulancia o yo regrese. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. De acuerdo —Riko parpadeó aterrada al mirar hacia arriba—. ¿No habrá... es decir, hay algún peligro de otro derrumbe?

—No. Allí estará bastante segura. ¡Vaya pronto!

La fuerza de voluntad de Dunross le quitó la sensación de horror, y ella empezó a bajar con la linterna, buscando sitios seguros para poner los pies. Fue entonces cuando se dio cuenta de que iba descalza. Luego recordó que Dianne y Phillip estaban en las mismas condiciones. Ian se estiró para relajar la tensión de la espalda. Tenía la ropa desgarrada, pero no ponía atención en eso. Trató de darse prisa para llegar a la barrera. A lo lejos alcanzó a oír sirenas de la policía. La sensación de alivio fue embriagadora cuando pudo echar a correr, descalzo él también.

Luego pudo ver a Orlanda, al principio de la línea de automóviles. Tenía la vista fija en el lugar donde había estado Rose Court. Sus labios se movían y minúsculos espasmos le sacudían la cara y el cuerpo. Dunross recordó la noche del incendio, cuando la había visto con la misma sensación de terror paralizador y a punto de perder el juicio. Corrió hacia ella y la sacudió con vigor, con la esperanza de librarla del hechizo del terror, que había visto tantas veces durante la guerra.

—¡Orlanda!

La chica volvió en sí de aquel estado casi de trance. —¡Oh... oh...! ¿Qué... qué?

Dunross se sintió mucho más tranquilo al ver que sus ojos eran normales, su angustia también dentro de los límites de lo justo y su llanto sereno.

—Está bien —le dijo—. No hay por qué preocuparse. ¡Vuelva en sí, Orlanda, usted está intacta! —la voz de Dunross era amable pero firme; la ayudó a recargarse en un auto y la dejó.

En ese momento su mirada se aclaró. Su reacción fue instantánea.

—¡Oh, Dios mío, Linc! —corrió a buscarlo, en medio de lágrimas —. ¡Linc! ¡Linc está allí!

Se detuvo de pronto y se dio la vuelta.

—¿Dónde? ¿Dónde estaba él?

—Está... en mi... mi apartamento. En el octavo piso... ¡Está en el octavo piso!

Dunross siguió corriendo, su linterna formaba el único rayo de luz visible en medio de aquella confusión.

Aquí y allí empezó a verse gente que se movía a tientas, que buscaba a ciegas, con los pies hundidos en el fango y las manos en forma de copa para proteger la débil flama de un fósforo. Avanzaban hacia los montones de ruinas. Al acercarse más a la catástrofe, Dunross sintió que el corazón se le paralizaba. Percibió el olor de gas, que se intensificaba por segundos.

—¡Apaguen los cerillos, por amor de Dios! —rugió—. ¡Aquí vamos a volar todos en la explosión!

En ese momento pudo ver a Casey...

* * *

El auto de la policía venía en pos del de los bomberos, subiendo la colina, con las sirenas silbando. El tráfico en esa zona era muy denso y nadie se hacía a un lado. Dentro del auto policial, Armstrong se encargaba de las llamadas de radio:

—Que todas las unidades de policía se dirijan junto con las de bomberos a Kotewall Road. ¡Emergencia, emergencia, emergencia! Un nuevo deslizamiento del terreno en las cercanías de Po Shan y Sinclair Road. Los informadores dicen que Rose Court y otros dos edificios de doce pisos se han venido abajo ...

—¡Maldita ridiculez! —musitó Armstrong; luego gritó al conductor—. ¡Por amor de Dios! ¡Ten cuidado!

Su auto había abreviado camino, entrando por el lado indebido de la calle y esquivando a duras penas el golpe de un camión de carga.

—Da vuelta aquí y luego entra por Castle a Robinson y a Sinclair por allá —ordenó.

Armstrong iba camino a su casa, después de otra sesión de recapitulación con Brian Kwok. La cabeza le dolía y se sentía exhausto. Entonces había oído la llamada de emergencia. Al recordar que Crosse vivía en Sinclair Road y que había dicho que

iría al cóctel de Tason Plumm, después de seguir una pista con Rosemont, Armstrong había decidido ir a ver qué sucedía en esa zona. ¡Santo Dios! —exclamó en su interior—. Si murió en el derrumbe, ¿quién se hará cargo de Servicios Especiales de Inteligencia? Y... ¿llevaremos adelante el plan de dejar libre a Brian, o lo retendremos... o qué?

Una voz entró por el aparato de radio. La estática era muy fuerte.

—Habla Soames, el jefe delegado de bomberos. ¡Emergencia Uno! —Armstrong y el conductor de su coche se quedaron sin aliento—. Estoy en la intersección de Sinclair, Robinson y Kotewall Road, donde he instalado un puesto de mando. ¡Emergencia Uno, repito, Uno! Infórmese al comisario y al gobernador que este es un desastre de proporciones ingentes. Avísese a todos los hospitales de la isla que estén preparados. Órdenes a todos los paramédicos y a todas las ambulancias de la zona. Necesitamos ayuda inmediata y abundante del ejército. No tenemos corriente eléctrica, así que necesitamos generadores, cables y luces...

—¡Que Dios nos asista! —musitó Armstrong, y luego, en tono cortante—. ¡Corre la voz, cuanto antes y date prisa en llegar!

El auto policial aumentó la velocidad.

* * *

—¡Oh, Ian! —gimió Casey, sin poder siquiera llorar, y con la niña aterrada todavía en brazos—. Linc está allí abajo, en alguna parte...

—Sí, sí lo sé. ¿Tú no estás herida?

La voz de Dunross apenas podía sobreponerse al manicomio de gritos y alaridos de gente que pedía ayuda, y que salían de entre la masa informe y horrenda de los escombros, que seguían moviéndose en busca de su centro de gravedad. La gente vagaba sin rumbo, a ciegas en medio de las tinieblas, sin saber dónde buscar, dónde empezar, cómo ayudar.

—Yo estoy bien —contestó Casey—... Pero Linc... No sé...

No terminó la frase. Frente a ellos, junto a los residuos del ascensor, un enorme montón de vigas de hierro retorcidas y de fragmentos de concreto cedió a su peso, produciendo un estruendo atronador e iniciando una reacción en cadena pendiente abajo. Al

proyectar la luz de su linterna de mano, Dunross vio que una masa informe de escombro aplastaba el ascensor, rompiendo las paredes y haciéndolo rodar por la ladera, dejando en pos de sí una estela de cadáveres.

—¡Dios mío! —gimió Casey; la niña se aferró a ella, presa de pánico.

—Regresa al coche. Allá estarás a salvo…

En ese momento, un hombre, enloquecido de ansiedad se precipitó hacia ellos, examinó a la niña que Casey tenía en los brazos y la tomó. La pequeña se aferró a él con desesperación. El hombre, hablando entre dientes, dio gracias a Dios y a Casey y preguntó:

—¿Dónde… dónde la encontró?

Casey señaló con el dedo un lugar cualquiera. Estaba aturdida. El hombre miró en esa dirección y luego se alejó en medio de las tinieblas, llorando de alivio.

—No te muevas de aquí, Casey —dijo Dunross en tono apremiante; podían oír sirenas que se acercaban de todas partes—. Voy a ver qué encuentro.

—¡Por favor, ten cuidado! Oye… ¿No te huele a gas?

—Sí… mucho.

Con ayuda de la linterna, Dunross empezó a recorrer el lugar, por encima, por debajo, por en medio de los escombros, que no dejaban de deslizarse y seguir acomodándose. Era un terreno muy peligroso. La mole entera no dejaba de moverse y crujir. El primer cuerpo aplastado que encontró fue el de una mujer china a la que no conocía.

Casi diez metros abajo estaba un europeo. Tenía la cabeza aplastada y casi reducida a nada. Con agilidad encontró el modo de seguir escudriñando, pero no pudo ver a Bartlett entre los demás muertos. Más abajo vislumbró dos cuerpos rotos, ambos chinos. Dominando un ímpetu de náusea, se ingenió para pasar bajo un bloque de concreto suspendido en el aire y llegar hasta el europeo. Sosteniendo con cuidado la linterna, hurgó en los bolsillos del hombre y extrajo su licencia de conducir. Ahí estaba su nombre: Richard Pugmire.

—¡Dios mío! —exclamó aterrado.

El olor a gas iba haciéndose más intenso. El estómago le dio un

vuelco al ver que más abajo, nuevas líneas de corriente seguían lanzando centellas. ¡Nos iremos al reino del otro mundo todos, si esas malhadadas chispas llegan hasta acá! —pensó—. Con mucho cuidado removió algunos escombros y logró ponerse de pie, erguido por un momento. Así, pudo respirar con más facilidad. Una última mirada al cadáver de Pugmire y volvió a iniciar el descenso por la inclinada pendiente. Unos cuantos pasos más y pudo oír un débil gemido. Le costó un poco de trabajo localizar la fuente, pero al fin dio con ella. Se ingenió para bajar. El corazón le latía con fuerza. Con la máxima cautela se escurrió hasta las profundidades de las ruinas, bajo una monstruosa bóveda de vigas de acero y cascajo. Se aferró a una de las piezas que le parecieron firmes y con toda su fuerza trató de mover un bloque de concreto y consiguió deslizarlo un poco hacia un lado. Debajo de esa masa de cemento estaba la cabeza de un hombre.

—¡Socorro! —gimió Clinker con voz débil—. ¡Que Dios te bendiga, hermano...!

—Espera un momento...

Dunross pudo ver que lo que sujetaba al hombre era una enorme baldosa, pero esa misma lo protegía de todos los escombros de encima, que de otra manera lo habrían aplastado. Buscó con la linterna, hasta dar con un pedazo de tubo roto. Usándolo como palanca, trató de levantar un poco la baldosa. Una pirámide de escombro se deslizó amenazadora.

—¿Puedes moverte? —preguntó Dunross, casi sin aliento.

—Mis... mis piernas. Me duelen bastante... Pero haré la lucha. Clinker estiró los brazos y se aferró a un pedazo de hierro incrustado en el concreto; luego dijo:

—Estoy listo cuando tú digas, hermano.

—¿Cómo te llamas?

—Clinker... Ernie Clinker. ¿Y tú?

—Dunross... Ian Dunross.

—¡Oh! —Clinker movió con gran esfuerzo la cabeza y miró hacia arriba; tenía la cara y la cabeza sangrantes, el cabello alborotado y los labios partidos—. ¡Gracias, tai-pan! —dijo—. Listo, listo cuando tú puedas.

Dunross aplicó toda su fuerza y su peso contra su palanca improvisada. La viga se levantó un par de centímetros.

Clinker se retorció, pero no pudo zafarse.

—¡Un ápice más, hermano! —gimió, con intenso dolor.

Dunross volvió a hacer el esfuerzo. Sintió que las articulaciones de brazos y piernas le crujían bajo la presión. La enorme viga y la baldosa se levantaron otros centímetros. Una brizna de cascajo se deslizó por entre las horrendas ruinas.

—¡Un poco más!

—¡Ahora! —dijo Dunross con apremio—. ¡No puedo sostenerlo mucho tiempo!

El viejo logró tirar con fuerza de la barra de hierro y sacar el cuerpo, centímetro por centímetro. A medida que avanzaba, iba cayendo más tierra y piedras. Estaba ya con medio cuerpo afuera. En cuanto el tronco se liberó de la trampa, Dunross dejó que la enorme viga con el bloque de concreto volviera a su posición de descanso… con gran suavidad… ¡oh sí, con que suavidad…! En cuanto sintió que estaba bien apoyada, tomó al hombre en brazos y lo ayudó a sacar todo el cuerpo. Fue entonces cuando vio la gravedad de la hemorragia. Se había quedado sin el pie izquierdo.

—No te muevas, anciano —le dijo compasivo.

Clinker yacía anhelante, casi inconsciente, tratando de controlar los gemidos de dolor. Dunross improvisó una venda y le sujetó un torniquete inmediatamente abajo de la rodilla.

Se puso de pie en aquel espacio mínimo y miró el amenazador bloque de concreto que pendía sobre su cabeza. Trató de decidir cuál debía ser el siguiente paso. Tengo que sacar a este infeliz de aquí —pensó, aborreciendo la cercanía de aquel peso ingente—. En ese momento oyó el rugido y el rechinar del escombro que seguía moviéndose. La tierra vaciló. El se acurrucó en un gesto instintivo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Estaba empezando una nueva avalancha…

83
9:13 p.m.

No habían pasado más que dieciséis minutos desde que Rose Court se había derrumbado. Sin embargo, por toda la zona de la destrucción había gente que iba y venía. Algunos habían logrado abrirse paso y salir por sí mismos de entre los escombros. Otros estaban dedicados a la operación de rescate. Abajo, cerca del puesto de mando, en la convergencia de las tres calles, estaban autos de la policía, cuatro camiones de bomberos y unidades de rescate.

Procuraban cubrir con sus faros buscadores toda la ladera, mientras los bomberos y policías luchaban frenéticos por abrirse camino en medio de los escombros. Un pequeño fuego empezó a surgir y fue sofocado en el acto. Todos tenían clara conciencia del peligro del gas que escapaba por los tubos. Se había despachado ya una ambulancia con muertos y heridos, y otras más se acercaban cuanto podían.

En medio de la oscuridad la situación era caótica. No había alumbrado público y la lluvia había empezado de nuevo.

El oficial divisional de mayor rango entre los bomberos había llegado hacía un momento y había mandado llamar ingenieros de la compañía de gas y organizado un grupo de expertos que inspeccionaran los cimientos de los demás rascacielos y edificios cercanos, por si hubiera necesidad de evacuarlos. En efecto, todas las hileras de construcciones de Kotewall Road, Conduit y Po Shan eran terreno inseguro.

—¡Dios mío! —musitó Armstrong horrorizado— Van a necesitarse semanas enteras para escarbar y limpiar esto.

Sin embargo, al salir del auto y quedarse de pie a la intemperie, era la imagen viva de la serenidad. Otra patrulla policial llegó silbando y se detuvo en el mismo sitio.

—¡Hola, Robert! —saludó cuando éste se le acercó.

—Sí —comentó Armstrong, al ver la conmoción del recién llegado—. Sólo Dios sabe cuántos habrá sepultados allí...

—¡Cuidado! —gritó alguien y todos corrieron a protegerse.

Un enorme bloque de concreto reforzado se desprendió de los pisos superiores mutilados de Sinclair Towers. Uno de los autos de la policía apuntó sus faros buscadores hacia lo alto y pudieron verse los residuos de habitaciones que habían quedado a la intemperie. Una minúscula silueta se destacaba vacilante sobre el borde del piso superior del rascacielos.

—Manden a alguien allá arriba, a ver cómo está la situación. Un bombero echó a correr hacia allá.

* * *

En medio de la oscuridad, en torno al parapeto que se había levantado sobre Kotewall Road, había estado congregándose un buen número de curiosos de los edificios circunvecinos. Todos estaban horrorizados ante la idea de que pudiera producirse otro derrumbe, y los inquilinos de los edificios siguientes eran presa de verdadero frenesí, sin saber si convendría evacuarlos o no. Orlanda seguía aturdida, recargada en el automóvil. Las gotas de lluvia le rodaban por la cara, mezclándose con sus lágrimas. Otro grupo numeroso de refuerzos de la policía pasó la barrera y entró a la zona del desastre, proyectando la luz de poderosas linternas con la intención de cubrir todo el terreno.

Alguien oyó una voz que pedía auxilio desde la parte baja y lanzó en esa dirección la luz de su linterna. No tardó en ver a Riko agitando la mano y gritando, con dos figuras inertes a los pies.

En la parte baja de Kotewall Road, a la altura de la bifurcación, el automóvil de Gornt patinó al parar con violencia.

Haciendo caso omiso de las órdenes de la policía, oprimió con toda la fuerza de la mano sus llaves y a toda prisa empezó a subir la pendiente. Al llegar junto a la barrera y ver la magnitud del desastre, se quedó atónito. Apenas unos momentos antes él había estado en ese lugar, bebiendo, jugando con Casey. Todo le había resultado bien. A Orlanda la había dejado ya en muy buen camino... Después toda su victoria se había invertido por completo y, preso de la furia contra Dunross, por un milagro se había retirado a tiempo. Ahora tal vez todos los demás estaban allí, muertos y sepultados... desaparecidos para siempre. ¡Santo Dios, parecía increíble! Dunross, Orlanda, Casey, Jason, Bar...

—¡Aléjese de allí! —le gritó un policía.

Mas camilleros de las ambulancias pasaron junto a él a toda prisa, seguidos de bomberos con hachas, y se encaramaron sobre aquellos cúmulos ingentes de lodo, peñascos y árboles caídos, para internarse entre las ruinas de los edificios.

—Perdón, pero no puede quedarse aquí, señor. Gornt se hizo a un lado, con la respiración todavía fatigosa, a causa de la carrera. Entonces preguntó a su interlocutor: —¿Ha logrado salir alguien de aquí?

—¡Oh, sí, por supuesto!

Estoy seguro de que... —¿Ha visto a Dunross? ¿A Ian Dunross?

—¿A quién?

—Al tai-pan Dunross...

—No, señor.

Lo siento. A él no lo he visto.

El policía se dio la vuelta para detener y tranquilizar a algunos padres y madres desolados.

Los ojos de Gornt volvieron a fijarse en el desastre, todavía horrorizado ante la inmensidad de éste.

—¡Jesucristo bendito! —musitó una voz con acento norteamericano.

Gornt se dio la vuelta. Paul Choy y Venus Ponn estaban apretujados en un nuevo grupo de personas que trataban de subir hasta donde era posible. Todo el mundo no hacía más que contemplar atónito, boquiabierto, en medio de la negra oscuridad.

—¡Santo Dios, qué desastre!

—¿Qué estás haciendo aquí, Paul?

—¡Oh, hola señor Gornt! Mi... mi tío está allí —explicó Paul Choy, que apenas podía hablar—. ¡Qué horror...mire!

—¿Me hablas de Four Fingers?

—Sí. El...

Venus Poon lo interrumpió, diciendo con grandilocuencia: —El señor Wu estaba esperándome en mi apartamento para que habláramos del contrato para una película. Va a convertirse en productor de cine.

Gornt hizo caso omiso de la mentira prefabricada, mientras su mente trabajaba a gran velocidad. Si podía salvar a Four Fingers, tal vez éste podría ayudarle a salir ileso del inminente desastre del

Mercado de valores.

—¿En qué piso estaba?

—En el quinto —explicó Venus Poon.

—Paul, ¡da la vuelta por Sinclair Road y ábrete paso hacia arriba por este lado de la pendiente, yo te saldré al encuentro bajando por allá! ¡En marcha!

El joven emprendió la carrera antes que Venus Poon tuviera tiempo de detenerlo. El policía seguía distraído con la tarea. Sin titubear, Gornt se lanzó como flecha hacia la barrera. Conocía bien el apartamento del quinto piso de Plumm. Four Fingers tendría que estar en las cercanías. En medio de las tinieblas, no alcanzó a distinguir la figura de Orlanda, que estaba del otro lado de la calle.

En cuanto pasó la barrera, avanzó tan rápido como pudo, hundiendo los pies en el fango. De cuando en cuando tropezaba con algún obstáculo.

—¡Hola, honorable señor! —saludó en cantonés a un camillero que encontró en el camino— ¿Tiene por casualidad una linterna adicional?

—Sí, sí. Aquí la tiene —le contestó el hombre—. Pero tenga cuidado el camino es muy inseguro. Aquí hay muchos fantasmas.

Gornt le dio las gracias y se apresuró, ganando todo el tiempo posible. Al acercarse al sitio donde debía haber estado el vestíbulo, se detuvo. Pendiente arriba, hasta donde él alcanzaba a ver, se hallaba la horrible hendedura empinada del deslizamiento del terreno, con casi un centenar de metros de anchura. Sobre los bordes de las tres hileras había otros edificios y rascacielos, uno estaba en construcción. La idea de haber podido encontrarse en uno de ellos le producía náusea. Toda la calle de Conduit había desaparecido, los árboles se habían caído, los parapetos estaban derribados. Cuando miró hacia abajo sintió un fuerte estremecimiento.

—¡Es imposible! —musitó, al recordar el tamaño y la resistencia del rascacielos y las alegrías vividas en Rose Court años atrás. Luego vio las luces que recorrían la cima de Sinclair Towers, el edificio que siempre había aborrecido

... Si bien, más que el edificio, detestaba a Dunross por haberlo costeado, por ser su dueño y por haber arruinado así la vista maravillosa que él tenía desde Rose Court. Cuando pudo ver la

parte destruida de la esquina superior, un relámpago de placer le iluminó el corazón. Pero esa fugaz alegría se convirtió en amargura al recordar su propio penthouse, que había estado en el doceavo piso de Rose Court, y al pensar en los ratos placenteros que había pasado allí con Orlanda... Allí y también en el apartamento de ella, en el octavo piso... Todo eso no era ya más que un montón de escombros y sombras de muerte.

—¡Jesucristo bendito! —exclamó en voz alta, bendiciendo su hado; luego siguió avanzando...

* * *

Casey estaba sentada sobre un montón de ruinas, en espera y en estado de miseria. Los equipos de rescate estaban esparcidos por toda la ladera, trabajando en la semioscuridad, abriéndose paso por entre las peligrosas superficies, unas veces llamando en voz alta y otras esperando oír voces de la gente sepultada entre los escombros. Por un lado y otro, unos cuantos escarbaban con desesperación, apartando estorbos para ayudar a salir a algún infeliz que lograba hacerse oír.

En actitud nerviosa, Casey se levantó y observó hacia abajo de la ladera, buscando a Dunross. Este se había desvanecido de su campo visual, hundiéndose entre las ruinas, pero de cuando en cuando ella alcanzaba a ver uno que otro destello luminoso de su linterna de mano.

Sin embargo, hacía ya unos minutos que no veía nada. Su ansiedad aumentaba. Los minutos parecían eternizarse, y cada vez que se producía un nuevo asentamiento de los derrumbes, ella experimentaba una nueva oleada de pánico.

Linc, Linc está allí, en alguna parte... Esa idea no dejaba de martillarle el cerebro. Tengo que hacer algo. No puedo limitarme a estar sentada... Pero es mejor que siga sentada y espere y ore y espere... es mejor que espere a que vuelva Ian. El lo encontrará...

En un impulso repentino de pavor, se puso de pie. Una gran sección, a mitad de la ladera acababa de desprenderse, haciendo correr a las brigadas de rescate que vieron peligrar sus vidas. La reacción en cadena duró sólo un momento.

Luego volvió a reinar el silencio. Sin embargo, a Casey seguía

latiéndole el corazón con fuerza. No podía ver ningún rayo fugaz de la linterna de Dunross que le diera alguna tranquilidad.

—¡Santo Dios, permite que esté bien!

—¡Casey, Casey! ¿Eres tú? —Gornt salió de en medio de la oscuridad y llegó hasta ella.

—¡Oh, Quillan! —saludó ella en tono trágico— ¡Por favor ayuda a Linc!

El la tomó en sus brazos y la estrechó. La fuerza de Gornt la hizo sentirse más fuerte.

—Vine tan pronto como tuve noticia —la interrumpió—. Hablaron de esto en el noticiario inalámbrica. ¡Estaba aterrado al pensar que tú estabas...! Todo esperaba menos... ¡Ten ánimo, Casey!

—Yo estoy... yo estoy bien. Linc está en... en alguna parte... allí, Quillan.

—¿Qué cosa? Pero... ¿cómo? ¿El y...?

—Estaba en el apartamento de Orlanda... y Ian...

—Tal vez estás equivocada, Casey. Escu...

—No. Orlanda me lo dijo.

—¿Qué cosa? ¿Ella también logró salir? —preguntó Gornt atónito— ¿Dijiste que Orlanda salió de allí?

—Sí. Estaba conmigo, cerca de mí, allá atrás. Yo vi cómo sucedió todo, Quillan. Vi la terrible avalancha y vi cómo caía todo el edificio. Luego corrí hasta aquí. Ian vino a ayudar, y Linc es...

—¿Dunross? ¿También él logró salir? —preguntó Gornt con un sabor amargo en la boca.

—Sí, él también. Ahora anda allá abajo. Una parte del edificio caído se movilizó y despedazó el ascensor. Estaba lleno de cadáveres. Ian está allá abajo, en alguna parte, buscando... buscando a ver si...

La voz de Casey se desvaneció. Vio que Gornt concentraba su atención en la pendiente. Luego él preguntó: —¿Quién más logró salir?

—Jacques, los Chens, el periodista aquél, no sé... —Casey no podía verle la cara, así que no le fue posible interpretar sus sentimientos— ¿Te apena saber que... que Ian esté vivo?

—-No. Todo lo contrario. ¿Adonde fue?

c—Allá abajo —tomó la linternilla de Gornt y señaló con la luz —. Ahí, donde se ve ese saliente de concreto. El... No lo he visto

hace rato, pero por ahí entró. ¿Ves los restos del ascensor? Cerca de ese lugar.

En ese instante, Casey pudo ver bien la cara de Gornt, con los ojos oscuros y el rostro moldeado por la barba. Sin embargo, la expresión no le reveló nada.

—No te muevas de aquí. Aquí estás a salvo —empuñó la linterna y avanzó a través de los escombros, que no tardaron en hacerlo desaparecer.

La lluvia era ya más fuerte, tibia como la noche. Gornt escupió la bilis que le amargaba la boca. Le daba gusto que su enemigo estuviese vivo, aborrecía el hecho de que así fuera, pero lo prefería vivo.

A medida que bajaba, la ruta que seguía resultaba resbaladiza. Una gran plancha de concreto osciló y cedió. Gornt tropezó y se raspó la espinilla. Lanzó una maldición y siguió adelante. La luz de su linterna iba siempre en busca de seguridad, donde sabía que no podía haberla. Así que el maldito tai-pan, Ian Dunross salió antes de que el edificio se derrumbara. Ese desgraciado tiene algún hechizo favorable en su vida... ¡No cabe duda! Pero no olvides que los dioses estuvieron de tu lado también. No olvides que...

Interrumpió su discurso mental. Débiles voces que pedían ayuda le llegaron de alguna parte cercana. Puso toda su atención para volver a oírlas, pero no pudo decir de dónde provenían. Preguntó:

—¿Dónde están? ¿Dónde están? —volvió a poner atención: No escuchó nada.

Vacilante, volvió a escudriñar el camino que tenía delante. Todo este maldito montón de ruinas puede seguir precipitándose otros treinta metros o más, con una simple ráfaga de viento —pensó.

—¿Dónde están?

Seguía sin oír nada. El olor a gas era intenso.

Cuando se acercó a los restos del ascensor, examinó los cadáveres, sin reconocer a ninguna de las personas. Avanzó un poco más y se abrió paso alrededor de una esquina, agazapándose para poder pasar bajo una losa de concreto que pendía en el aire. De pronto, la luz de una linternilla lo cegó.

—¿Qué diablos estás haciendo tú aquí, Quillan? —preguntó Dunross.

—Vine a buscarte —contestó Gornt en tono sombrío,

iluminándolo a su vez con su linterna—. Casey me dijo que ella y tú estaban jugando escondidas…

Dunross descansaba sobre un montón de cascajo, tratando de reponerse de la fatiga. Tenía los brazos raspados y sangrantes y la ropa hecha jirones. Cuando aquella parte de los escombros se había deslizado hacia abajo, el agujero de entrada se había cerrado. En el momento en que él había querido precipitarse para salir a un lugar seguro, se había golpeado la mano, dejando caer la linterna, y cuando la avalancha se había calmado, Dunross se encontró atrapado junto con Clinker. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no sucumbir al pánico, en medio de la oscuridad. Con toda paciencia, había registrado sus alrededores, a tientas, tratando de dar con la linterna, centímetro por centímetro. Cuando estaba casi a punto de darse por vencido, sus dedos se habían cerrado sobre ella.

Al sentirse en medio de luz, el miedo había desaparecido. La luz le indicaba ya otra salida. Devolvió la mirada a Gornt y sonrió apenas con la piel del rostro.

—¿Lamentas que no haya muerto?

Gornt se encogió de hombros y le devolvió la misma sonrisa maligna.

—Sí. Es hado. Pero no tardará en sucederte.

La loseta de concreto crujió y se movió unos centímetros. Gornt proyectó la luz de su linterna hacia arriba. Ambos se quedaron sin aliento. Volvió a asentarse y dejaron escapar un suspiro de alivio.

—… y tardará todavía menos si no salimos de este infierno —concluyó Gornt, con sombrío sentido del humor.

Dunross se puse de pie. Emitió un leve quejido al sentir el dolor en la espalda.

—Espero que no estés herido… —insinuó Gornt. Dunross rió y eso lo hizo sentirse mejor. La espantosa idea de verse sepultado vivo empezaba a desvanecerse.

—No. No estoy herido. ¿Quieres darme una mano?

—¿Qué?

Dunross señaló con la luz de su linterna al hombre que tenía al lado. Gornt pudo ver al anciano.

—Yo quedé atrapado aquí tratando de sacarlo —explicó Dunross.

Sin titubear, Gornt se acercó para ayudar, poniéndose en cuclillas y haciendo a un lado todo el escombro que podía, con el fin de aumentar el espacio para arrastrarse.

—Se llama Clinker. Está hecho un desastre y además perdió un pie.

—¡Santo Dios! Déjame hacer eso.

Gornt podía aferrarse mejor al bloque de concreto. Lo alejó unos centímetros y saltó dentro del hueco donde se hallaba el viejo. Un momento después miró a Dunross y le dijo: —Me apena decirte que el pobre infeliz está muerto.

—¡Santo Dios! ¿Estás seguro?

Gornt levantó al anciano como si fuera una muñeca y lo sacó al aire libre.

—¡Pobre hombre!

—Fue el hado. ¿Te dijo en qué parte del edificio estaba? ¿En qué piso? ¿Había alguien más con él?

—Masculló algo acerca de ser el encargado, de vivir en el sótano y algo de... creo que dijo Mabel...

Gornt recorrió los alrededores con la linterna.

—¿Has oído algún ruido o alguna voz?

—No.

—Saquémoslo de aquí —propuso Gornt en tono definitivo.

Lo levantaron y lo sacaron. Cuando estuvieron a la intemperie y relativamente a salvo, se dieron una tregua para descansar y respirar. Cerca de ellos se encontraban unos camilleros. Dunross les hizo seña de que se acercaran.

—Nosotros nos lo llevaremos, honorable señor —dijo uno; lo pusieron en una camilla y se alejaron de prisa.

—Quillan, antes que volvamos con Casey, ella dijo...

—¿Lo de Bartlett? Sí. Me dijo que estaba en el apartamento de Orlanda —Gornt lo observó—. Eso era en el octavo piso.

Dunross miró hacia abajo de la pendiente. Había ya más luces que antes.

—¿Dónde habría terminado ese piso? —preguntó Dunross.

—Tiene que estar muerto. ¿Te imaginas el *octavo* piso?

—Sí... pero exploremos los alrededores. Gornt escrutó la ladera y reflexionó:

—Desde aquí no puedo ver nada. Tal vez podría reconocer

algunas cosas, pero lo dudo. Tiene que haber caído allá abajo, casi a la altura de Sinclair Road.

—Podría estar vivo, en algún hueco. Vamos a buscar.

La cara de Gornt se retorció con una sonrisa indescifrable.

—Lo necesitas a él y su convenio, ¿verdad?

—No. Ahora ya no.

—¡Embustero! —Gornt se encaramó sobre un saliente y, formándose una bocina con las manos gritó— ¡Casey!

Vamos hacia abajo. Regresa a la barrera y espéranos ahí.

Alcanzaron a oír una voz débil que les contestaba:

—De acuerdo. Tened cuidado.

Luego Gornt dijo en tono agrio:

—Muy bien, Gunga Din, si hemos de hacerle al héroe, hagámoslo bien. Yo indicaré el camino —y empezó a descender.

Con la misma acrimonia, pero reconociendo que tenía necesidad de él, Dunross lo siguió. Una sensación de ira se apoderaba de él con más y más fuerza. Los dos se abrieron camino. Bajaron por la ladera. De cuando en cuando tropezaban con un cuerpo o con parte de otro, pero no era de persona conocida de ellos. Pasaron junto a unos cuantos supervivientes frenéticos o parientes de los que no se habían encontrado aún entre los escombros. Era doloroso verlos escarbar o tratar de remover ruinas con las manos, con un pedazo de madera... con cualquier cosa que podían encontrar.

Abajo, al fondo de la ladera, Gornt se detuvo. Examinó con su linterna las ruinas.

—¿Has visto algo? —preguntó Dunross.

—No.

Gornt alcanzó a ver restos de unas cortinas que podían haber sido de Orlanda, pero hacía ya casi dos años que él no entraba en su apartamento. En el movimiento de su luz se notó una vacilación.

—¿Qué hay?

—Nada.

Gornt empezó a subir sobre los escombros, buscando indicios del apartamento de la chica o del de Inmuebles Asiáticos, en el quinto piso.

—Eso podría ser parte del mobiliario de Plumm —dijo al ver un sofá partido en dos, con los resortes de fuera.

—¡Socorro... socorro en nombre de todos los dioses!

Aquel débil gemido cantonés provenía de algún lugar situado en medio de esa sección. Sin titubear, Gornt se precipitó en busca de la voz, creyendo haber reconocido a Four Fingers. Dunross lo seguía de cerca, unas veces por arriba, otras a un lado. En el centro de un montón de cascajo se encontraba un viejo chino maltrecho y cubierto de polvo. Estaba sentado sobre la basura, mirando a su alrededor, perplejo y al parecer ileso. Cuando Gornt y Dunross se acercaron a él, hizo un gesto de molestia al sentir la luz de sus linternas en los ojos.

En el acto lo reconocieron y él a ellos. Era Smiler Ching, el banquero.

—¿Qué sucedió, honorables señores? —preguntó con un cantonés de acento muy marcado y su clásica dentadura saliente.

Gornt se lo dijo en pocas palabras. El hombre se quedó sin aliento.

—¡Por todos los dioses! ¡Eso es imposible! ¿Y yo estoy vivo? ¿Estoy realmente vivo?

—Sí. ¿En qué piso estaba usted, Smiler Ching?

—En el doceavo. En mi sala. Estaba viendo televisión —trató de hacer memoria y añadió, esbozando otra sonrisa—. Acababa de ver a esa boquita melosa de Venus Poon y luego... se produjo un estruendo ensordecedor que venía de Conduit Road. Lo único que recuerdo después de eso fue que desperté aquí, hace apenas unos minutos... aquí desperté...

—¿Quién estaba en el apartamento con usted?

—Mi *amah*. ¡La primera esposa había salido a jugar mah-jong! —el pequeño anciano se levantó con precaución, se tocó los miembros y dejó escapar una ridícula risa de regocijo— ¡Uuuyyy! ¡Por todos los dioses! ¡Esto es un milagro increíble, tai-pan y segundo tai-pan! Es evidente que los dioses me favorecen... Es evidente que recuperaré mi banco, ¡volveré a ser rico y seguiré siendo administrador en el Turf Club! ¡Ah, sí! ¡Qué hado!

Volvió a tocarse los pies y las piernas y luego se abrió paso hacia el aire libre, en busca de la seguridad.

—Si este desastre era parte del doceavo piso, el octavo debe estar atrás —dijo Dunross, señalando con su linterna.

Gornt asintió. La tensión se le manifestaba en el rostro.

—Si ese viejo desgraciado pudo sobrevivir, también Bartlett

pudo haberlo logrado.

—Tal vez. Vamos a buscarlo.

84
11:05 p.m.

Un camión del ejército llegó patinando sobre el lodo, bajo un aguacero. Salpicaba fango en todas direcciones. Se detuvo junto a los puestos de mando. Unos guardias irlandeses con ropa de trabajo e impermeable saltaron a tierra.

Algunos llevaban también hachas. Un oficial los aguardaba.

—¡Suban allá, sargento! Trabajen junto con la brigada de O'Connor.

El que hablaba era un hombre joven. Al dar las instrucciones, señaló con un garrote en dirección al lado derecho de la ladera. El uniforme del oficial, su impermeable y sus botas estaban llenas de lodo. Luego advirtió:

—No fumar. Todavía hay fugas del maldito gas... ¡y saquen de ahí todas las tuberías que puedan!

—¿Dónde está la compañía Alfa, señor?

—Arriba, en Po Shan. Delta está a la mitad. Tenemos una estación auxiliar en Kotewall. Yo estoy siempre pendiente del canal 4. ¡En marcha!

Los hombres miraron atónitos aquella devastación.

—¡Gloria a Dios! —musitó uno de ellos.

Empezaron a avanzar, siguiendo a su sargento. El oficial volvió a su puesto de mando y tomó el auricular del teléfono de campo:

—Compañía Delta, aquí el mando. Denme informes.

—Hemos rescatado cuatro cuerpos, señor y hay aquí dos heridos. Estamos ahora a mitad de la pendiente. Uno de los heridos es una mujer china llamada Kwang. Tiene fracturas múltiples, pero por lo demás está bien. Su esposo está simplemente bajo el efecto de la conmoción...

—¿En qué parte del edificio estaban?

—En el quinto piso. Creemos que las grandes vigas de sustentamiento los protegieron. Los dos accidentados van ya en camino a nuestra estación auxiliar de Kotewall. Alcanzamos a oír a otra persona sepultada muy abajo, pero que Dios nos ayude si

podemos llegar hasta ella. Es un hombre, señor. Los bomberos no pueden usar sus pinzas de oxiacetileno. Las fugas de gas aquí son muy fuertes. Nada más en nuestra zona, señor.

—Sigan trabajando.

El oficial se dio la vuelta y dijo a un ordenanza: —Vé luego a buscar a los dirigentes de la compañía de gas y averigua que diablos les impide actuar. ¡Diles que pongan manos a la obra!

—Sí, señor. Cambió canales.

—Estación auxiliar de Kotewall. Aquí el mando. ¿Qué estadísticas tenemos?

—Catorce cuerpos hasta este momento, capitán, y diecinueve heridos, algunos muy graves. Estamos indagando sus nombres tan rápidamente como nos es posible. Sir Dunstan Barre. Lo desenterramos. No tiene más que una muñeca rota.

—¡Sigan con esa buena labor! La policía ha levantado una estación para las personas que no puedan localizarse, en el canal 16. Denles todos los nombres de muertos, heridos... todos... tan pronto como puedan. Estamos rodeados aquí de gente muy ansiosa.

—Sí, señor. El rumor que se oye es que vamos a evacuar toda la zona...

—El Gobernador, el comisario y el jefe del departamento de incendios están ahora mismo tratando de tomar esa decisión.

El oficial se enjugó el rostro con fatiga. Luego corrió a recibir a otro camión que llegaba con Gurkhas (nepaleses) del cuerpo de ingenieros. El camión pasó por donde estaba el Gobernador, el comisario y el oficial mayor de bomberos.

Se habían reunido en el puesto central de mando, bajo el vestíbulo sobresaliente en el edificio de Sinclair Towers. Un ingeniero agrónomo de pelo cano, miembro del Departamento de Obras Públicas, salió de un automóvil y llegó hasta ellos corriendo.

—Buenas noches, señor —saludó ansioso—. Hemos andado revisando todos los edificios, desde Po Shan hasta aquí.

Recomiendo que se evacuen diecinueve.

—¡Santo Dios! —exclamó Sir Geoffrey— ¿Quiere usted decirme que toda la maldita montaña va a derrumbarse?

—No, señor. Pero si esta lluvia continúa, puede comenzar otro deslizamiento. Toda esta zona tiene un historial largo de esta clase de fenómenos —apuntó con el dedo en medio de la oscuridad y

prosiguió—. En el '41 y el '50 fue a lo largo de Bonham.

En el '59, el desastre mayor fue a lo largo de Robertson, Lytton Road... y... la lista es interminable, señor. Yo recomiendo la evacuación.

—¿Qué edificios?

El hombre entregó al Gobernador una lista y luego señaló con la mano los tres niveles.

—Temo que la medida afecta a más de dos mil personas.

Todos los circunstantes se quedaron atónitos. Todas las miradas se concentraron en el Gobernador. Este leyó la lista y miró hacia la ladera amenazada. El deslizamiento dominaba todo. Por encima se erguía la gran mole de la montaña. Al fin dijo:

—Muy bien. Háganlo. Pero, por amor de Dios, dígale a sus hombres que organicen una retirada en orden. No queremos un pánico general.

—Sí, señor —el ingeniero se alejó a toda prisa.

—¿No podríamos tener más hombres y más equipo, Donald?

—Lo lamento, señor, pero no en este momento —contestó el comisario de policía, hombre de más de cincuenta años y de expresión vigorosa—. Estamos ya demasiado esparcidos... en mi opinión... Tenemos el derrumbe masivo en Kowloon, otro en Kwun Tong. Ochenta cabañas de advenedizos han sido arrasadas. Hemos contado ya cuarenta y cuatro muertos en ese lugar, veinte de ellos niños.

Sir Geoffrey contempló atónito la pendiente montañosa en peligro.

—¡Santo Dios! —musitó—. Pensé que nuestras calamidades se habían acabado, al menos por esta noche, una vez que Dunross nos consiguió la colaboración de Tiptop.

El jefe de bomberos sacudió la cabeza, con una expresión sombría en el rostro y comentó:

—Temo que estén apenas empezando, señor. Nuestros cálculos hacen pensar que puede haber un centenar de personas, tal vez más, sepultadas bajo ese enjambre de ruinas —luego añadió en tono ominoso—. Vamos a necesitar semanas enteras para buscar en toda esta zona... Si podemos...

—Sí —el Gobernador volvió a titubear y luego dijo con firmeza —. Voy a Kotewall. Estaré disponible en el canal 5 —caminó hacia

su automóvil; el chófer le abrió la portezuela.

Pero en vez de entrar, Sir Geoffrey se detuvo. Roger Crosse y Sinders regresaban de la gran hendedura abierta al otro lado de Sincliar Road, donde el techo del tubo del desagüe se había hundido. El Gobernador les preguntó:

—¿Tuvieron suerte?

—No, señor. Nos ingeniamos para entrar a la atarjea, pero está hundida a lo largo de unos 45 metros. Imposible llegar a Rose Court por esa vía —explicó Crosse.

Cuando Rose Court se había venido abajo, desgarrando la esquina los cuatro pisos superiores de Sinclair Towers, Crosse estaba cerca de la manzana donde se hallaba su apartamento, a unos 65 metros de distancia. Tan pronto como sintió que había hecho acopio de todas sus energías, su primer pensamiento había sido para Plumm, el segundo para Suslev. Este se encontraba más cerca. Para la hora en que había llegado al oscuro vestíbulo de Sinclair Towers, un buen número de inquilinos aterrados estaba ya saliendo en tropel. Haciéndolos a un lado, a empellones y maldiciones, se había abierto camino hasta las escaleras que lo llevaban al último piso, con la ayuda de una linternilla de lapicero.

El apartamento 32 casi había desaparecido y la escalera adjunta de la parte posterior estaba arrancada por lo menos en una longitud de tres pisos. Al mirar atónito en medio de la oscuridad, Crosse comprendió que era evidente que Suslev había muerto, tanto si había sido sorprendido en ese lugar, como si había llegado hasta el apartamento de Clinker, porque la única vía de escape posible era el túnel del avenamiento.

Después de regresar a la planta baja otra vez, había dado la vuelta al edificio, hasta llegar a la parte posterior, y se había introducido en la entrada del túnel secreto. Allá abajo, el agua era un torrente arrollador. A toda prisa, había ido a revisar la calle donde el techo del túnel se había derrumbado. La hendedura estaba inundada al grado de que el agua se derramaba por la calle. Más que satisfecho al pensar que no cabía duda de que Suslev hubiera muerto, había ido al teléfono más cercano, había llamado a la alarma y luego preguntado por Sinders.

—Dígame... ¡Ah, hola, Roger!

Había explicado al jefe de MI-6 todo lo sucedido y luego había

dicho:

—Suslev estaba con Clinker. Mi gente testifica que no ha salido. Eso significa que está sepultado bajo las ruinas. Los dos deben estar enterrados. No hay posibilidad alguna de que hayan escapado vivos.

—¡Maldita sea! —una larga pausa—. Voy para allá en el acto.

Crosse había vuelto al lugar de los acontecimientos y empezado a organizar la evacuación de Sinclair Towers y los intentos de rescate. Tres familias se habían perdido con los destrozos de la esquina de los pisos superiores. Cuando la policía uniformada y los jefes de bomberos habían llegado, la cuenta de los muertos era de siete personas, incluidos dos niños; otros cuatro estaban en agonía. Cuando el Gobernador y Sinders habían llegado, se habían dirigido a la parte abierta del túnel con la esperanza de encontrar acceso por ese lado.

No hay manera de entrar por ahí, Sir Geoffrey. Toda la línea de avenamiento se ha derrumbado... Es más, yo diría que ha desaparecido para siempre, señor.

En lo exterior, Crosse mostraba la actitud de gravedad idónea para lo trágico de los acontecimientos, pero en su interior se sentía complacido de la solución que había venido de lo Alto.

La actitud de Sinders era de honda acrimonia.

—¡Qué enorme pérdida! Sí. Pésima suerte, en verdad. Hemos perdido a un elemento muy valioso.

—¿Crees que en realidad te habría dicho quién es este demonio de Arthur? —preguntó Sir Geoffrey.

—¡Oh, sí! —contestó Sinders con absoluta confianza— ¡No lo crees tú, Roger?

—Sí —a Crosse le resultaba muy difícil contener la risa—. Estoy seguro de que lo habría dicho. Sir Geoffrey suspiró.

—El pago diplomático será infernal, cuando no regrese al *Ivanov*.

—No es culpa nuestra, señor. Fue un acto de Dios.

—Estoy de acuerdo contigo, pero tú sabes hasta donde llega la xenofobia de los rusos. Te apuesto todo el dinero que quieras a que ellos creerán que lo tenemos encarcelado y sometido a investigación. Será mejor que lo encontremos a él en persona o su cadáver, lo antes posible.

—Sí, señor —Sinders se levantó el cuello del impermeable, para protegerse de la lluvia... ¿Qué hacemos con la salida del *Ivanov?*

—¿Qué sugieres tú?

—¿Roger?

—Sugiero que los llamemos sin tardanza, señor, que informemos a Boradinov de lo sucedido y que se posponga su salida, si lo desean. Le mandaré un auto para él y para la gente que quiera traer para que ayuden a buscarlo.

—Muy bien. Yo estaré en Kotewall Road un buen rato.

Vieron alejarse a Sir Geoffrey y se encaminaron al refugio del edificio. Sinders contemplaba atónito aquella organizada confusión.

—¿No hay ninguna esperanza de que estuviera vivo?

—Ninguna.

Un policía muy agitado se les acercó:

—Aquí tiene la lista más reciente, señor: muertos y rescatados —le entregó el papel y añadió—. Radio Hong Kong hará que Venus Poon aparezca en cualquier momento. Está en Kotewall.

—Muy bien, gracias —con toda agilidad, Crosse repasó la lista—. ¡Santo Dios!

—¿Encontraron a Suslev?

—No... es que muchos conocidos míos han muerto —le mostró la relación de pérdidas y añadió—. Me encargaré de Boradinov. Después volveré a la zona de Clinker.

Sinders asintió con la cabeza. Veintiocho personas rescatadas, diecisiete muertas. Los nombres no tenían significado para él. Entre los muertos estaba Jason Plumm...

* * *

En el muelle de Kowloon, donde el *Ivanov* tenía puestas las amarras, numerosos coolies subían y bajaban por las pasarelas, llevando a cuestas todo el cargamento de última hora y el equipo necesario. Debido a la emergencia del desastre, la vigilancia policial se había reducido a un mínimo, y no había más que dos policías en cada pasarela.

Suslev, oculto bajo un enorme sombrero y el atuendo completo de coolie, descalzo como todos ellos, pasó entre los guardias sin que nadie lo advirtiera y subió a cubierta. Cuando Boradinov lo vio, a toda prisa señaló el camino hacia el camarote del capitán. En cuanto se cerró la puerta, el joven oficial explotó:

—*¡Kristos!* Camarada capitán… ¡Casi lo daba yo por perdido! Teníamos que zar…

—Cállese y escúcheme —Suslev respiraba con fatiga, se veía todavía tembloroso; empinó la botella de vodka y paladeó el aroma del licor, tosiendo un poco.

—¿Se ha reparado ya nuestro equipo de radio?

—Sí, una parte está lista. Lo único que falta es el tablero de seguridad.

—Muy bien —le relató en síntesis lo sucedido y añadió—. No sé como logré salir, pero lo único que recuerdo es que de pronto me encontré a media ladera. Tomé un taxi y llegué hasta aquí —tomó otro trago; el licor lo fortalecía, mientras la grata sensación de haber huido a la muerte y a Sinders lo envolvía por completo—. Ahora escúcheme: por lo que respecta a todos los interesados, yo estoy todavía en Rose Court. Estoy muerto, o he desaparecido y se supone que estoy bajo las ruinas.

Boradinov lo miraba pasmado. Quiso objetar: —Pero, cam…

—Vaya a la oficina central de policía y dígales que no he regresado… Pregúnteles si puede posponer la partida del barco. Si dicen que no, magnífico. Nos vamos. Si dicen que sí, que podemos estar más tiempo, nos quedamos un día más… será una espera simbólica… Luego, con mucha pena, el barco zarpa. ¿Entendido?

—Sí, camarada capitán pero, ¿por qué?

—Se lo diré más tarde. Mientras tanto, cerciórese de que todo el mundo a bordo del barco crea que estoy perdido.

¿Entendido?

—Sí.

—Nadie debe venir a este camarote mientras no estemos seguros en aguas internacionales. ¿La chica está a bordo?

—Sí. En el otro camarote, como usted ordenó.

—Muy bien.

Suslev se quedó pensando en ella. Podía mandar que volviera a tierra, puesto que él estaba «perdido» y seguiría estándolo… o bien llevar adelante su plan original…

—Trabajaremos con ese plan. Es más seguro. Cuando la policía avise que ando perdido, dígale a la chica que se ha retrasado nuestra salida, que permanezca en el camarote «hasta que yo llegue». Como los guardias de Servicios Especiales andaban

pisándome los talones como de costumbre, sabrán que estaba con Clinker… ¡Adelante!

Suslev cerró la puerta del camarote. La sensación de alivio que experimentaba era casi excesiva. Encendió la radio.

Ahora podía desvanecerse. Sinders nunca tendría por qué traicionar a un hombre muerto. En cambio, él sí podría convencer al Centro de que le permitiera poner en manos de otro sus obligaciones en Asia, revestirse de una nueva identidad y ser destinado a nuevas misiones. Podía decirles que los datos que tenía la seguridad europea, basados en los documentos de AMG, imponían la necesidad de que un individuo desconocido empezara a entenderse con Crosse y con Plumm… en el supuesto de que cualquiera de los dos esté vivo —pensó. Sería mejor que ambos hubieran muerto… No. Roger no. Es demasiado valioso.

La felicidad y seguridad que sentía eran superiores a todo lo que había experimentado en los último años. Entró al cuatro de baño, tomó una navaja y una brocha de afeitar, mientras acompañaba tarareando la música de los Beatles que tocaba la radio. Tal vez debería pedir un cargo en Canadá, que es uno de los sitios más vitales e importantes para nosotros… el interés que ese país representa para el nuestro es comparable al que tiene México, ¿no es cierto?

Se miró en el espejo. La cara irradiaba felicidad. Nuevos lugares para visitar, nuevas tareas que cumplir. Un nuevo nombre, un ascenso… ¡Y pensar que apenas unas horas antes no tenía delante más que un porvenir desastroso! Tal vez me lleve conmigo a Ottawa a Vertinskaya…

Comenzó a afeitarse. Cuando Boradinov volvió con el permiso de la policía de posponer la salida, le costó trabajo reconocer a Gregor Suslev, sin barba y sin bigote.

85
11:40 p.m.

Bartlett estaba a seis metros de profundidad bajo los escombros, cubierto por una maraña de vigas de estructura, que impedían que los restos del edificio lo aplastaran. Cuando se había desencadenado la avalancha, él estaba en la puerta de la cocina, saboreando una cerveza helada y contemplando el panorama de la ciudad. Acababa de bañarse, estaba ya vestido y experimentaba un maravilloso bienestar. Esperaba el retorno de Orlanda. Luego se dio cuenta de que caía, de que todo el mundo estaba de cabeza, sin base, el piso se había ido al techo y veía las estrellas a sus pies. Se había producido una explosión cegadora, monstruosa y silenciosa. Se había quedado sin aire y se había precipitado en un vacío espacial para siempre.

El volver en sí había sido un largo proceso. Dentro de su tumba todo era tiniebla y el cuerpo le dolía por todas partes.

No lograba darse cuenta de lo que había sucedido ni del lugar donde estaba. Cuando al fin recuperó por completo la conciencia, observó con atención lo que lo rodeaba, tratando de ver en qué lugar se encontraba. Tocaba con las manos muchas cosas que no tenían sentido para él. La densa oscuridad le provocaba náusea. Tambaleándose, quiso ponerse de pie, pero se dio un golpe en la cabeza contra un saliente de concreto que había sido parte de la pared exterior, y cayó hacia atrás aturdido. Su caída resultó amortiguada por los restos de lo que había sido un cómodo sillón. Pasaron unos segundos y la mente se le aclaró de nuevo. Sin embargo, la cabeza le dolía, los brazos le dolían...

Todo el cuerpo le dolía. Los números fosforescentes de la caratula de su reloj le llamaron la atención: marcaba las 11.41.

Recuerdo... ¿Qué recuerdo?

—¡Vamos, por amor de Dios! —musitó— ¡Recapacita, concéntrate! ¿Dónde estaba yo?

Trató de seguir con la vista las sombras dantescas que lo rodeaban. Su sensación de horror aumentó. Podía distinguir

sombras confusas de viguetas, planchas de concreto rotas y residuos de un cuarto. Lo que podía ver era poco. Lo que lograba reconocer no era nada. De alguna parte le llegó un débil destello de luz, que brillaba sobre una superficie pulimentada. Era un horno hecho pedazos. En el acto, la memoria lo llevó al escenario anterior.

—Yo estaba de pie en la cocina —dijo aterrado en voz alta—... ¡Eso es! Orlanda había salido... durante una hora...

No. Fue menos tiempo. Sería media hora. Eso quiere decir que era alrededor de las nueve cuando... cuando lo que haya sido, sucedió. ¿Sería un terremoto? ¿Qué fue?

Con todo cuidado se tocó los miembros del cuerpo, la cara. Cada movimiento que hacía le ocasionaba un agudo dolor que partía del hombro derecho.

—¡Maldita sea! —musitó, comprendiendo que se le había dislocado.

La cara y la nariz le ardían y sentía que estaban muy golpeadas. Le costaba trabajo respirar. Todo lo demás parecía estarle funcionando, a pesar de que en todas las articulaciones sentía como si lo hubieran sometido a una tortura y de que sufría un horroroso dolor de cabeza.

—Estás bien... puedes respirar, puedes ver, puedes...

Interrumpió la frase. Estiró la mano y anduvo a su alrededor, hasta encontrar un pedazo pequeño de cascajo.

Levantó la mano con cuidado y lo dejó caer. Oyó el ruido que hacía y el corazón se le tranquilizó. Luego añadió: —...y puedes oír. Ahora... ¿qué demonios sucedió? ¡Jesucristo! Esto me recuerda aquella vez en Iwo Jima...

Se reclinó sobre la espalda para conservar sus fuerzas.

—Eso es lo que hay que hacer —les había dicho el viejo sargento de su división—. Recostarse y usar ese coco que traen sobre los hombros, si acaso quedan atrapados en una excavación o sepultados por una bomba. Primero cerciórense de que pueden respirar bien. Luego hagan un agujero, hagan cualquier cosa, pero respiren lo mejor que puedan. Eso es lo primero. Después revísense los miembros y el oído. Con toda seguridad sabrán que pueden ver, pero luego recuéstense y traten de concentrarse. *No se dejen dominar por el pánico*. El pánico los mataría. Yo he desenterrado hombres después de cuatro días de estar como cerdos en estercolero.

Mientras puedan respirar, ver y oír, pueden sobrevivir una semana con facilidad. ¡Qué mierda! Cuatro días es como un pedazo de pastel. En cambio, a otros hombres los encontramos al cabo de una hora y se habían ahogado ya en el fango, en la mierda o en el vómito causado por su propio miedo, o bien se habían desmayado de tanto golpearse las malditas cabezas contra un indecente pedazo de hierro… ¡Y nosotros estábamos ya a menos de un metro de distancia de los muy zopencos! Si se hubieran quedado acostados, como les estoy diciendo, con calma, sin hacer esfuerzo, callados, nos habría oído, y luego podrían habernos gritado. ¡Mierda! ¡Cualquiera de ustedes, animales, que se deje dominar del pánico cuando esté bajo tierra, puede darse por muerto! Con toda seguridad. Yo… yo he estado sepultado cincuenta veces, pero… ¡nada de pánico!

—Nada de pánico. No señor —dijo Bartlett en voz alta, y se sintió mejor. Luego bendijo a aquel hombre. En una ocasión, durante la época mala de Iwo Jima, el hangar que él había estado construyendo fue bombardeado, voló en pedazos y él quedó sepultado. Cuando pudo quitarse la tierra de los ojos, la boca y las orejas, el pánico se apoderó de él. Creyó haber descendido a su tumba, pero luego recordó: *que no te domine el pánico*, e hizo un esfuerzo por sobreponerse a él. Se dio cuenta de que estaba temblando como perrillo acosado por un látigo, pero logró vencer el terror. Una vez dueño de sus sentimientos, se había puesto a observar a su alrededor, con todo cuidado. El bombardeo había sido durante el día, de suerte que podía ver bastante, y pudo distinguir indicios de una ruta de escape. Sin embargo esperó, con cautela, recordando las instrucciones. No tardó en oír voces. Gritó, pero conservando su voz natural.

—Esa es otra maldita cosa, más clara que el agua… ¡conserven la voz! ¿Eh? No griten hasta enronquecerse la primera vez que oyen que se acerca la ayuda. Tengan paciencia. ¡Qué mierda! Algunos idiotas que yo conocí, gritaron hasta enronquecerse tanto, que quedaron sordos a lo imbécil, cuando nosotros estábamos a poca distancia, y por eso los perdimos. ¡Métanselo en esa cabezota! ¡Se necesita su ayuda para poder encontrarlos! ¡No se dejen dominar del pánico! Si no pueden gritar, den golpe con algo, usen cualquier cosa, hagan ruido de alguna manera, pero dennos una señal.

Nosotros los sacaremos… Con tal que ustedes puedan respirar… Una semana pasa pronto… ¡Qué diablos! Además, todos ustedes, animales, necesitan ponerse a dieta…

Bartlett estaba ya haciendo uso de todas sus facultades. Podía oír que removían los escombros. Cerca de él se oía caer el agua, pero no voces humanas. Después, a lo lejos, una sirena de la policía que iba perdiéndose poco a poco.

Tranquilo, con la certeza de que la ayuda venía en camino, decidió esperar. El corazón le palpitaba con ritmo normal.

Volvió a recostarse y bendijo de nuevo a aquel sargento entrenador. Se llamaba Spurgeon, Spurgeon Roach… Era negro.

Esto tienen que haber sido un terremoto —pensó. ¿Se habrá derrumbado el edificio entero, o sería sólo el piso nuestro y el de encima?

Tal vez un aeroplano chocó contra nosotros… ¡Qué diablos, no! Yo habría oído el ruido de los motores: Es imposible que un edificio se derrumbe. Un edificio construido en esta forma no puede caerse… Pero esto es Hong Kong, y he oído decir que hay constructores que no siempre obedecen los reglamentos… engañan donde pueden… No usan acero y concreto de primera. ¡Jesucristo bendito! Si salgo… ¡no! Cuando salga de aquí…

Esa había sido otra regla del viejo sargento:

—Nunca lo olviden… mientras puedan respirar, saldrán, saldrán.

¡Claro que sí! Cuando salga voy a buscar al viejo Spurgeon para agradecerle como merece estos consejos, y también voy a poner una demanda contra algún jumento… Con toda seguridad Casey… ¡Ah, Casey! Por Dios que estoy feliz de que no haya quedado atrapada en esta mierda… Tampoco Orlanda. Las dos están… ¡Santo Dios! ¿Pudo haber quedado Orlanda atrapada…?

Los escombros seguían asentándose. Bartlett siguió esperando. El corazón le latía con fuerza. Pero ya podía ver un poco mejor. Encima de él había una telaraña de vigas de metal y de tubos medio empotrados en bloques rotos y astillados de concreto. Veía también sartenes y cacerolas y muebles rotos. El piso en el que él se apoyaba estaba abierto en varias partes. Su tumba era pequeña. Apenas había espacio suficiente para ponerse de pie. Estirando hacia arriba el brazo sano, no lograba tocar lo que le hacía las veces de techo. Se puso de rodillas y trató de llegar hasta arriba. Luego se puso de pie,

tratando de entender la situación. Aquel espacio minúsculo le daba claustrofobia.

—¡No sucumbas al pánico! —se dijo en voz alta.

A tientas y tropezando con salientes de la construcción por todos lados, recorrió el espacio que lo enclaustraba.

—Mide más o menos 1.80 por 1.50 —dijo, otra vez en voz alta; oír su voz le resultaba estimulante—. No teman hablar en voz alta —había aconsejado Spurgeon.

La luz del horno roto volvió a llamarle la atención. Si estoy cerca de ese aparato, quiere decir que estoy aún en la cocina. Ahora. ¿Dónde estaba el horno en relación con lo demás? Se sentó y trató de reconstruir el apartamento en su imaginación. El horno había sido puesto en una pared, frente a la mesa de la cocina, del lado opuesto al de la ventana, cerca de la puerta. El gran frigorífico estaba al lado de la puerta, sobre la pared contraria a la de la ventana.

¡Qué diablos! Si estoy en la cocina, aquí hay comida y cerveza. Yo puedo durar una semana aquí con mucha facilidad. ¡Claro que sí! ¡Oh, Dios! Si pudiera tener un poco de luz. ¿Había alguna linterna? ¿Cerillas? ¿Cerillas y una vela? Un momento... Estoy seguro de que había una linterna en la pared, ¡cerca del frigorífico! Orlanda decía que siempre estaban quemándose los fusibles, que a veces faltaba corriente y... y con toda seguridad había fósforos en el cajón de la cocina... Muchos... Ella los utilizó para encender el gas. ¡El gas!

Bartlett volvió a concentrarse y trató de husmear el olor del gas. Tenía la nariz golpeada y congestionada. Trató de despejarla. Volvió a husmear. No percibía ningún olor a gas. Bien, muy bien —pensó tranquilizándose. Siguió utilizando el horno como punto de referencia, y a partir de él anduvo a tientas, centímetro por centímetro. No encontró nada. Después de otra media hora, sus dedos tropezaron con unas latas de alimentos, luego unas de cerveza. No tardó en tener a la mano cuatro latas. Todavía estaban frías. Abrió una y empezó a sentirse mucho mejor, al poder tomar unos tragos. Bebía con parsimonia. Sabía que era posible que tuviera que aguardar varios días. Aquel refugio le parecía macabro, envuelto en densas tinieblas, y él envuelto en las ruinas de una construcción que crujía amenazadora, sin saber con exactitud donde

se hallaba. De cuando en cuando le caía tierra y una que otra piedrecilla.

A ratos alcanzaba a oír el silbar de las sirenas. El agua seguía escurriendo, y por todos lados se oían ruidos que lo hacían estremecerse. En forma inesperada, una vigueta cercana crujió, oprimida por los miles de toneladas que tenía encima. Se asentó un par de centímetros. Bartlett dejó de respirar. El movimiento cesó. El volvió a tomar un trago de cerveza.

—¿Qué hago, esperar o tratar de salir de aquí? —se preguntó intranquilo. Recuerda que el viejo Spurgeon siempre dejaba esa puerta abierta:

—Depende, muchacho, depende, —repetía sin cesar.

Los escombros volvieron a crujir sobre su cabeza. Empezó a sentir pánico, pero lo hizo a un lado.

—Vamos a reflexionar —se dijo en voz alta, para tranquilizarse —. Aquí tengo vituallas para dos o tres días, con facilidad. Estoy en buenas condiciones. Yo puedo durar tres, cuatro días, sin dificultad. Pero… ¿tú, tú maldito? —preguntó al escombro que tenía suspendido sobre la cabeza— ¿Qué te propones hacer?

La tumba no le contestó.

Otro rechinar que le enfrió la sangre. Después una débil voz, muy por encima de él, a la derecha. Se recostó, hizo un hueco con las manos en torno a la boca y gritó con decisión:

—¡Socorro!

Luego guardó silencio, en espera de respuesta. Las voces seguían oyéndose. —¡Auxilio!

Esperó, pero no percibió otra cosa que un pavoroso vacío. Siguió esperando… Nada. El desaliento empezó a invadirlo.

—¡Detente y espera!

Los minutos se arrastraban con desesperante lentitud. Estaba cayendo más agua. Mucha más que antes. Debe estar lloviendo de nuevo —pensó. ¡Santo Dios! Apuesto a que esto fue un deslizamiento de la ladera. ¡Claro! ¿No recuerdas las grietas del camino? ¡Maldito de-rumbe hijo de ramera! Me pregunto quién más habrá quedado atrapado… ¡Oh, Señor, qué asqueroso desastre!

Se arrancó un jirón de la camisa y le hizo un nudo. Ahora tendría idea del tiempo: un nudo por día. Cuando la cabeza había empezado a despejársele, su reloj marcaba las 10.16. En aquel

momento, eran las 11.58.

Una vez más, concentró toda su atención. Voces débiles, pero ya más cercanas. Eran voces chinas.

—¡Auxilio!

Las voces cesaron. Luego se oyó un débil grito:

—¿Dónde usted estaaaarrrr, eh?

—Aquí, abajo… ¿Puede oírmeeee?

Silencio de nuevo, después el mismo grito, aunque más débil:

—¿Dónde usted estaaaarrrr?

Bartlett lanzó una maldición, tomó la lata vacía de cerveza y empezó a golpearla contra una viga. Luego guardó silencio y escuchó… Nada. Se sentó, recargándose en lo que podía. —Tal vez fueron a buscar ayuda.

Extendió la mano y sus dedos tropezaron con otra lata de cerveza. Dominó su ansia abrumadora de abrirla.

—¡Nada de pánico! Ten paciencia. La ayuda está cerca. Lo mejor que puedo hacer es esperar y…

En ese momento, la tierra entera se retorció y se irguió, con un estruendo ensordecedor pero apagado. Las viguetas protectoras que lo cubrían cambiaron de posición, haciéndose peligrosas, la avalancha de escombros estaba precipitándose. Cubriéndose la cabeza con los brazos, se agazapó, protegiéndose lo mejor que podía. El movimiento acompañado de rechinidos parecía estar dispuesto a durar una eternidad. Luego cesó. Más o menos. A Bartlett el corazón le latía con fuerza, el pecho le dolía y en la boca tenía un desagradable sabor de bilis derramada. Escupió y buscó una lata de cerveza. En vano, habían desaparecido… junto con las demás latas. Lanzó una maldición. Luego, con mucho cuidado levantó la cabeza y casi se la golpeó contra el techo de su tumba, que había cambiado de posición.

En las nuevas circunstancias, podía tocar el techo y las paredes sin moverse de donde estaba… Con facilidad.

Luego volvió a oír los agudos ruidos. El estómago le dio un vuelco. Estiró la mano y sintió una débil ráfaga… Luego pudo oler el gas.

—Será mejor que te salgas de aquí como puedas, amigo mío —se dijo entre dientes, presa de terror.

Tratando de orientarse lo mejor que podía, se salió del rincón

que lo aprisionaba. En cuanto se puso en movimiento, y entró en acción, se sintió mejor.

La oscuridad era oprimente, y resultaba muy difícil avanzar hacia arriba. No había una línea recta posible. A veces tenía que seguir una desviación y volver a bajar un poco, luego a la izquierda, después a la derecha otro poco, hacia abajo, cubierto por los restos de una tina de baño. . . por encima de algún cadáver o de una parte de algún cuerpo humano. Gemidos y una vez una voz muy lejana:

—¿Dónde estaaaá? —gritó y esperó.

Pero ya no dejaba de arrastrarse, centímetro por centímetro, con paciencia, sin dejarse dominar por el terror.

Después de un rato, llegó a un espacio donde podía ponerse de pie, pero no lo hizo. Prefirió acostarse un momento, con la respiración fatigosa, exhausto por el esfuerzo. Allí había más luz. Una vez que su respiración se calmó un poco, miró el reloj. Hizo acopio de fuerzas y reanudó el esfuerzo. De nuevo se encontró con que la ruta ascendente estaba bloqueada. Intentó otro camino, pero también estaba cerrado. Se deslizó bajo un pilar roto, y cuando consiguió pasar al otro lado, pudo seguir arrastrándose hacia adelante. Otro callejón sin salida. Con dificultad dio marcha atrás e hizo la prueba por un resquicio diferente. Un tropiezo más. Nunca encontraba espacio suficiente para ponerse de pie.

A esa sazón, su sentido de orientación se había perdido. Ya no sabía si estaba internándose más entre las ruinas.

Decidió detenerse a descansar y tenderse sobre su tumba mojada. Sentía el pecho agitado, el corazón acelerado, los dedos, las espinillas y los codos sangrantes.

—Aquí no ha pasado nada, amigo mío —volvió a decirse en voz alta—. Ahora descansa. Luego comienza de nuevo...

IX

LUNES

86
12:45 a.m.

Los soldados nepaleses, armados de linternas avanzaban con paciencia, escogiendo su camino por entre aquella peligrosa superficie, inclinada y accidentada, llamando a cada paso:

—¿Hay alguien aquí?

Luego escuchaban. Adelante de ellos y por todas partes, pendiente arriba y pendiente abajo, soldados, policía, bomberos y gente desolada hacía lo mismo.

La oscuridad era intensa. Los arcos de luz instalados en la parte baja no tocaban esa zona, situada a mitad del derrumbe.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó un soldado; luego guardó silencio y después avanzó poco menos de un metro.

Del lado izquierdo de la línea, uno de ellos tropezó y cayó en una grieta. Ese soldado se hallaba muy cansado, pero tuvo ánimo para reír del accidente. Se quedó tendido un momento y luego llamó hacia abajo:

—¿Hay alguien aquí?

Empezó a levantarse, pero se quedó inmóvil, para escuchar. Se tendió de nuevo y puso toda su atención tratando de oír el ruido que venía de abajo. Volvió a gritar:

—¿Puede oírme...?

—¡Siií! —le llegó una voz débil... muy débil.

Con gran excitación, el soldado se dio prisa a levantarse.

—¡Sargento, sargento, sar...!

A menos de cincuenta metros de distancia, al borde de los escombros, se encontraba Gornt con el joven teniente que dirigía las operaciones de rescate en esa sección. Estaban escuchando las noticias en un pequeño radio de transistores: —... deslizamientos de terreno por toda la Colonia. Aquí tenemos otro informe directo de Kotewall Road—. Hubo un silencio momentáneo y luego se oyó la muy conocida voz, que hizo al joven oficial sonreír en su interior:

—Buenas noches. Les habla Venus Poon, para informarles en vivo desde el sitio mismo del peor desastre que ha caído sobre

nuestra Colonia.

Su voz tenía un matiz muy especial y cautivador. La excitación con que la escuchaba el oficial aumentó al recordar el acento vibrante y desgarrador con que la chica había descrito el desastre del incendio de Aberdeen, en el que también había participado. Venus Poon continuó:

—Rose Court, de Kotewall Road ha dejado de existir. La gran torre luminosa de doce pisos que todo Hong Kong podía ver como piedra milenaria de lo Colonia se ha evaporado, dejando como horrenda huella un montón de escombros. Yo no tengo ya hogar. Esta noche, el dedo del Todopoderoso ha derribado la torre y con ella a todos los que vivían allí. Una de las víctimas fue mi fiel *gan sun*, la que me educó desde que nací.

—¡Señor! —gritó el sargento, desde en medio de las ruinas—. ¡Aquí hay una persona!

Sin perder un instante, el oficial y Gornt corrieron hacia él. —¿Es hombre o mujer?

—Es hombre, señor. Creo que dijo que se llamaba Barter, o algo parecido...

* * *

En la parte alta, frente a la barrera de Kotewall Road, Venus Poon estaba disfrutando por haberse convertido en el centro de atracción de todos, bajo las luces de los equipos móviles de radio y televisión. Seguía leyendo el libreto que le habían puesto en las manos, haciéndole uno que otro cambio, ora bajaba un poco la voz, ora la elevaba. Después dejaba correr las lágrimas (aunque con cuidado de no estropearse el maquillaje), al describir el holocausto en forma tal, que todos los que la escuchaban sintieron que estaban con ella ahí sobre la ladera, experimentaron, estremecimientos de horror y dieron gracias a su hado de que esa vez la muerte había pasado a su lado sin tocarlos, y de que ellos y sus seres queridos estaban a salvo.

—La lluvia sigue cayendo —susurró en el micrófono—. El sitio donde Rose Court arrancó una parte de los pisos superiores de Sinclair Towers, se han contado ya siete muertos, cuatro de ellos niños... tres son chinos, uno inglés... Más aún son los que están sepultados...

En ese momento, las lágrimas corrían ya con abundancia por sus mejillas. Dejó de hablar, y los que la escuchaban respiraron con ella.

Al principio, casi se había arrancado el cabello al pensar en la desaparición de su apartamento, con todos sus vestidos y alhajas y con su nuevo mink. Pero luego había recordado que toda su joyería auténtica estaba a salvo en el taller de engaste de los joyeros (ese había sido un obsequio de su antiguo patrocinador, el banquero Kwang) y el mink estaban arreglándoselo en la sastrería de pieles finas. En cuanto al resto de su ropa.... ¡Bah! Four Fingers tendría gusto en comprarle otra nueva!

¡Four Fingers! ¡Oh, oh! Espero que ese viejo libertino haya logrado salir ileso y esté a salvo como Smiler Ching —era su ferviente oración. ¡Uuuyyy, vaya milagro! Si uno lo logró, ¿por qué no el otro?

Además, es seguro que no hay edificio en ruinas capaz de matar a Ah Poo. ¡La vieja sobrevivirá! ¡Por supuesto que sí! ¡Y el banquero Kwang se salvó! ¿No lloré de felicidad al saber que estaba sano y salvó? ¡Oh día afortunado... muy afortunado! Y ahora, el Benéfico Choy, un chico tan listo, tan bien parecido, tan interesante... Si él tuviera dinero... verdadero dinero, él sería el hombre para mí. Basta de estos viejos de intestinos pútridos, y yangs reblandecidos para el deleitoso yin... el más deleitoso...

El productor del programa noticioso no pudo esperar más. Le arrebató el micrófono para decir en tono apremiante:

—Continuaremos con el informe tan pronto como la señorita Ven...

En ese mismo instante la aludida volvió en sí de sus fantasías.

—¡No, no! —protestó con bizarría—. El programa debe continuar —con un gesto dramático, se enjugó las lágrimas y siguió leyendo e improvisando—. Pendiente abajo, miembros de nuestro glorioso cuerpo de guardias nepaleses e irlandeses, exponiendo su vida con auténtico heroísmo, están desenterrando a nuestros hermanos y hermanas...

—¡Dios mío! —musitó un inglés— ¡Qué valentía! Esta chica merece una medalla, ¿no te parece, viejo? —se volvió hacia su vecino y con vergüenza comprobó que era chino—. ¡Oh, oh, perdón!

Paul Choy apenas lo había oído. Su atención estaba fija en las camillas que regresaban de las ruinas y en los camilleros que avanzaban con esfuerzo, resbalando y tropezando, bajo las luces que acababan de instalarse sobre la zona. El había regresado apenas de la estación auxiliar situada en la bifurcación de Kotewall Road, bajo un techo improvisado, donde parientes desesperados, como él, trataban de identificar a los muertos o heridos, o de dar los nombres de los que faltaban y se creían todavía sepultados bajo los escombros. Toda la noche había estado yendo de un lado a otro, con la esperanza de que hubieran encontrado a Four Fingers Wu en alguna otra parte y de que hubiera estado en camino procedente de otro sitio. Media hora antes, uno de los bomberos había logrado abrirse paso a través de los escombros, para llegar hasta la zona del quinto piso del edificio. En esa operación era en la que se había rescatado a Richard y a Mai-ling Kwang, después a Jason Plumm, con la mitad de la cabeza amputada y después a otros, más numerosos los muertos que los vivos.

Paul Choy contaba las camillas. Eran cuatro. Tres tenían mantas que cubrían los cuerpos, dos de ellos muy pequeños. Se estremeció al pensar en lo efímero de la vida, pero pudo volver a preguntarse qué sucedería al día siguiente en la Bolsa de valores. ¿La mantendrían cerrada, en señal de luto?

¡Caramba! Si permanece cerrada todo el lunes, con toda seguridad Struan estará a 30 cuando abra el martes... ¡tiene que ser! El estómago le dio un vuelco y sintió que se desmayaba. El viernes, minutos antes de cerrar el Mercado, él había puesto en juego cinco veces la cantidad que Four Fingers le había prestado a regañadientes, comprando con resguardo en efectivo. Cinco veces 2 millones de HK. Había comprado a Struan, al Blacs, al Victoria y al Ho-Pak, apostando a que, de alguna manera, durante el fin de semana, el tai-pan convertiría el desastre en triunfo, a que los rumores de que había habido un acercamiento a China en busca de efectivo eran verdaderos y a que el Blacs o el Victoria tenían una gran operación en perspectiva. Desde aquella reunión con Gornt en Aberdeen, cuando él le había presentado su teoría de un rescate del Ho-Pak por medio del Blacs o del Victoria, y había captado un destello en la mirada de esos ojos astutos, él se había preguntado si no habría puesto el dedo en la llaga de alguna operación de «los

grandes». ¡Oh, sí, no cabía duda de que eran «los grandes»! Sí —se decía Paul Choy—, tienen a Hong Kong en un puño. ¡Santo Dios! No cabe duda de que van por la pista segura… !Y después… después, cuando Richard Kwang le pidió en las carreras que comprara al Ho-Pak, y casi a renglón seguido Havergill anunció su adquisición de ese banco…! Paul Choy no había podido más. Había tenido que ir al gabinete de caballeros a vomitar, por tanta emoción. ¡¡¡Diez millones el Ho-Pak, el Blacs, el Victoria y Struan, comprados al precio ínfimo del Mercado!!! ¡Y luego, cuando ese mismo día, en las noticias de las nueve de la noche había oído decir que China hacía un préstamo de 500 millones en efectivo, que ponía fin a todas las fugas de los bancos, ¡Paul Choy sabía a ciencia cierta que era multimillonario… multi-multimillonario!

El pobre muchacho no había podido contener la emoción. El estómago le había dado mil vuelcos y había tenido que salir del auto, a esconderse entre los arbustos al lado del camino, y vomitar a más no poder.

El inglés que observaba el desastre le dio la espalda y dijo en voz baja a un amigo:

—Estos pobres chinos no se amilanan mucho en la adversidad, ¿verdad, amigo mío?

Paul Choy se limpió la boca. Tuvo una sensación terrible al pensar en que todo su probable riqueza estaba ya a un paso de distancia y en que era realmente demasiado para él.

Los camilleros seguían pasando junto a él. Con la mente obnubilada, los siguió hasta la estación auxiliar. Al fondo, bajo el techo improvisado, el doctor Meng hacía operaciones quirúrgicas de emergencia. Paul Choy veía cómo levantaba el doctor Tooley las mantas que cubrían los cuerpos inertes. Allí estaba una mujer europea, con los ojos abiertos y fijos en el vacío. El doctor suspiró y se los cerró. El siguiente era un niño inglés de diez años. Muerto también. Después un niño chino. La última camilla era un hombre chino que sangraba y sufría dolores intensos. Sin pérdida de tiempo, el médico le dio una inyección de morfina.

Paul Choy se dio la vuelta y volvió a sentirse enfermo. Cuando regresó el doctor Tooley le dijo con amabilidad:

—No hay nada que usted pueda hacer aquí, señor Choy. Tome esto, le asentará el estómago —le dio dos aspirinas y un vaso de

agua—. ¿Por qué no espera en uno de los automóviles? En el momento en que tengamos alguna noticia de su tío se la daremos.

—Sí. Gracias.

Llegaron más camilleros. Una ambulancia se detuvo frente a él. Los encargados pusieron en ella unas camillas con heridos, y el vehículo se puso en marcha sin tardanza, bajo la lluvia tenaz. A la intemperie, un poco lejos del olor de la sangre y la muerte, Paul Choy se sintió mejor.

—¡Hola, Paul! ¿Cómo andan las cosas?

—¡Oh! Hola, tai-pan. Bien, gracias.

Un poco antes se habían encontrado los dos y el joven había dicho a Dunross que andaba tratando de localizar a Four Fingers. Ian se había quedado impresionado y muy preocupado. Por eso, preguntó:

—¿Aún no sabes nada, Paul?

—No, señor.

Dunross vaciló un instante, pero decidió hacer el comentario: —Cuando no hay noticias, es que estas son buenas... tal vez. Si Smiler Ching pudo sobrevivir tan bien, podemos esperar lo mejor, ¿eh?

—Sí, señor.

Paul Choy vio que Dunross se alejaba de prisa rumbo a la barrera. En su mente, el muchacho repasaba todas las maravillosas operaciones que había logrado efectuar. Con su fantástica adquisición de Almacenes Generales... ¡eso fue una medida tan sagaz, tan atinada...! y luego con su hábil liberación de la trampa de Gornt, su valores tienen que subir a 30. Por otro lado, Ho-Pak, congelado a 12.50, cuando vuelva al tablero tendrá que subir a 20. Entonces, calcula... 17.5 de 10 millones, multiplicado por cincuenta es...

—¡Señor Choy, señor Choy¡ —Quien lo llamaba era el doctor Tooley, desde la estación de socorro. El corazón del muchacho dejó de latir. Corrió a la estación con toda la rapidez de que era capaz.

—No estoy seguro, pero venga conmigo, por favor.

No había posibilidad de error. Era Four Fingers Wu. Estaba muerto. Al parecer ileso. Su rostro tenía una expresión de admirable serenidad y una sonrisa seráfica extraña.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Paul Choy. Se sentó en cuclillas junto a la camilla, presa de sincera aflicción. En un gesto

compasivo, el doctor Tooley lo dejó con el cadáver y acudió a las demás camillas. Algunos de los heridos gritaban, otra madre desolada abrazaba con angustia el cuerpecito destrozado de un niño.

Paul Choy contempló impávido aquél rostro. Tenía buen aspecto, después de la muerte. Era difícil decir que hubiera pasado por ella.

—Y ahora... ¿qué? —se preguntó, enjugándose las lágrimas. En realidad, no sentía tanto haber perdido a un padre, cuanto haberse quedado sin el jefe de la familia, cosa que entre los chinos es peor que la pérdida de un progenitor. ¡Dios mío! ¿Ahora qué? No soy el hijo mayor, así que no tengo que preocuparme por tomar las medidas pertinentes. Sin embargo, yo... ¿qué hago ahora?

Unos sollozos lo distrajeron. Era un anciano que lloraba ante una anciana que yacía en la camilla más cercana. Hay tanta muerte a mi alrededor —pensó Paul Choy—... ¡demasiada! Sí. Pero los muertos deben enterrar a sus muertos. La vida tiene que seguir. Yo no estoy ya vinculado a él. Además, soy norteamericano.

Levantó la manta, como para cubrir la cara del viejo pescador, y con destreza sacó de la cinta la media moneda que pendía de su cuello y la guardó con cuidado. Se cercioró de que no lo viera nadie y registró los bolsillos del tío. Traía dinero en una billetera, un montón de llaves y su estampilla personal de bolsillo. Además, encontró el anillo de diamante en su pequeño estuche.

Se levantó y fue a ver al doctor Tooley.

—Perdóneme, doc, ¿Podría... podría usted por favor dejar al anciano allí? Yo volveré con un automóvil. La familia... nosotros... ¿Está bien?

—Sí, por supuesto. Notifica a la policía antes de llevártelo. El puesto de «personas desaparecidas» está en el cruce de calles. Yo firmaré él certificado de defunción mañana. Lamento que no haya ti... —unas voces distrajeron otra vez al amable médico, que se acercó al doctor Meng—. A ver, déjeme ayudarle. Esto parece Corea.

Paul Choy bajó la ladera de la colina, sin preocuparle la llovizna, sentía el corazón ligero, el estómago asentado... y el futuro halagüeño. Ahora la moneda es mía —se dijo, seguro de que Four Fingers no habría hablado de ella con nadie, que en ese caso habría

seguido su costumbre de mantener los asuntos secretos, sin confiarlos a nadie más que a aquellos a quienes tenía que hacerlo.

Ahora que tengo en mis manos su estampilla personal, puedo poner su sello a todo lo que yo quiera, hacer lo que quiera. Pero no voy a hacer eso. Eso es estafar. ¿Para qué estafar; cuando estoy ya tan adelante? Soy más capaz que cualquier otro de sus hijos. Ellos lo saben, yo también, y eso no es una locura. Yo soy mejor que ellos. Es perfectamente justo que me quede con la moneda y con todas las utilidades de los 2 millones. Yo haré que la familia progrese, modernizaré todo, pondré buen equipo de navegación en los barcos, haré todo lo que quieran. Pero con mis utilidades yo levantaré mi propio imperio. Claro que sí. Pero ante todo, iré a Hawai.

* * *

A la cabeza de la hilera de automóviles, cerca del primer deslizamiento, Dunross se detuvo junto a su Rolls y abrió la portezuela trasera. De un salto, Casey volvió en sí de sus sueños de pesadilla y palideció.

—¿Linc...?

—No. Todavía no. Quillan está bastante seguro de haber localizado el sitio exacto. Los nepaleses están explorándolo en este momento. Voy a relevarlo —se esforzaba por hablar con aire de confianza—. Los expertos dicen que hay buenas probabilidades de que esté sano y salvo. No te preocupes. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, gracias.

Después de volver de su primera búsqueda, Dunross había mandado a Lim a buscar café, sándwiches y una botella de brandy, sabedor de que la noche sería muy larga. Había querido que Casey se fuera con Riko, pero aquella se había negado. Por eso, Riko había vuelto a su hotel con Lim, en otro vehículo.

—¿Quieres un trago de brandy, Ian? —ofreció Casey.

—Sí, gracias —vio que lo servía con mano firme; le supo bien—. Llevaré un sándwich a Quillan. ¿Por qué no poner una buena dosis de brandy en una taza de café? Yo bebería esa mezcla.

—¡Claro que sí! —convino ella, contenta de poder hacer algo—. ¿Han rescatado a otros?

—Sí. A Donald McBride… está bien, aunque todavía en estado de conmoción… tanto él como su esposa.

—¡Qué bueno! ¿Algunos… algunos cadáveres?

—Ninguno que yo sepa… —contestó, porque había resuelto no mencionarle a Plumm ni a su viejo amigo Southerby, presidente del Blacs.

En ese momento, Adryon y Martin Haply llegaron corriendo. La chica le echó los brazos al cuello a Dunross y exclamó entre sollozos de alivio:

—¡Oh padre! Acabamos de oír… ¡oh padre! ¡Estaba muerta de espanto!

—¡Calma, calma! —le dijo, acariciándola con dulzura—. Yo estoy bien. ¡Por Dios, Adryon, no hay un malhadado deslizamiento que se atreva a tocar al tai-pan de la Ca…

—¡Oh, no hables así! —suplicó la chica, estremeciéndose con un gesto de superstición—. ¡Nunca digas eso! ¡Esto es China… los dioses escuchan, no vuelvas a decir eso!

—¡Muy bien, amor mío! —Dunross la abrazó y sonrió a Martin Haply, que también sudaba de alivio; dirigiéndose a él, preguntó—: ¿Todo en orden?

—Sí, señor. Estábamos en Kowloon. Yo cubría el otro derrumbe, cuando oímos las noticias —el muchacho se mostraba muy reconfortado—. ¡Qué diablos! ¡No sabe, qué gusto me da verlo; tai-pan…! Temo… temo que hayamos maltratado un poco él auto para llegar aquí…

—No te preocupes —Dunross retiró un poco a Adryon, sin dejar de tomarla por ambos brazos—. ¿Todo está bien, cariño? Ella le dio otro abrazo efusivo y asintió:

—Sí… ahora sí —luego vio a Casey—. ¡Oh, hola… hola, Casey! Estaba tan… ehm… tan…

—¡Vamos, no seas tonta! Quítense de la lluvia, vengan adentro, los dos…

Adryon obedeció. Martin Haply vaciló, pero luego dijo a Dunross:

—Si me permite, señor… Voy a ver qué sucede aquí.

—Christian salió vivo —se apresuró a explicar Dunross—. Llam…

—Sí, señor. Yo llamé a la oficina. Gracias. No tardo, cariño —

dijo a Adryon, y se acercó a la barricada.

Dunross lo vio alejarse, con toda su juventud, resistente y muy seguro de sí mismo. Luego alcanzó a ver a Gornt que bajaba la ladera corriendo. Vio que se detenía y que, bastante alejado del coche, lo llamaba con ansiedad.

Dunross miró de reojo a Casey. El corazón le latía inquieto, pero no quiso manifestárselo; de cualquier manera, desde donde ella estaba no podía ver a Gornt. El se limitó a decir:

—Volveré tan pronto como pueda.

—¡Ten cuidado!

Dunross se reunió con Gornt. Este venía sucio, con la ropa hecha jirones, la barba sucia y una expresión de gravedad en el rostro. —Ya lo localizamos —explicó—... a Bartlett...

—¿Está muerto?

—No. Sabemos donde está, pero no hemos podido llegar hasta él —Gornt señaló el termo y preguntó—. ¿Traes té ahí?

—Es café con brandy.

Gornt lo tomó y lo bebió agradecido. Luego preguntó:

—¿Está Casey todavía en el auto?

—Sí. ¿A qué profundidad está Bartlett?

—No lo sabemos. Muy abajo. Tal vez sea mejor no decirle a ella nada... todavía. Dunross titubeó.

—Es mejor dejarlo para después —insistió Gornt—. Su rescate se ve muy azaroso.

—Muy bien —Dunross estaba exhausto de tanta muerte y tantos sufrimientos—... Muy bien.

La lluvia hacía que la noche resultara más sucia y la confusión más peligrosa. Adelante de ellos, más allá de la zona del derrumbe, Kotewall Road se extendía en línea recta o poco menos, durante más de sesenta metros, formando una cuesta muy empinada. Luego trazaba una curva y se alejaba, dando vuelta a la montaña. Podía verse ya a los inquilinos de los edificios saliendo en largas filas. Estaban evacuándolos.

—¿No hay posibilidad de error en cuanto a Tiptop y el dinero? —preguntó Gornt avanzando con cautela, con ayuda de la linterna.

—Ninguno. Las fugas de los bancos están concluidas.

—¡Qué bueno! ¿Qué tenías tú para negociar con él?

Dunross no respondió. Se limitó a encogerse de hombros. Luego

dijo:

—Abriremos a 30…

—Eso está por verse —comentó Gornt con sarcasmo—… Pero, aun a 30, yo estoy a salvo.

—¿Estás seguro?

—Estaré unos dos millones de dólares norteamericanos por abajo, pero son los dos millones que me adelantó Bartlett.

Dunross sintió un ímpetu de felicidad. Eso le enseñará a Bartlett lo que significa tratar de cometer un atraco contra mí —pensó.

—Yo estaba enterado de eso. Fue una buena idea… Pero a 30, tú quedas cerca de 4 millones por debajo, Quillan: los dos de él y dos tuyos. Sin embargo, estoy dispuesto a llegar a un convenio a cambio de All Asia Air.

—¡Nunca! —Gornt dejó de caminar y lo miró de frente—. Nunca. Mi línea aérea aún no está en venta.

—Como tú prefieras. La oferta está en pie hasta que abra el mercado…

—Al diablo con tus negocios.

Continuaron subiendo con esfuerzo. Estaban ya cerca del lugar del vestíbulo. Pasaron junto a una camilla que venía de regreso. Era una mujer herida, desconocida para los dos. Si Dunross estuviera en una de esas —pensó Gornt con sordidez—, yo resolvería todos mis problemas con facilidad…

87
1:20 a.m.

El sargento de los nepaleses apuntaba hacia abajo con la luz de su linterna. A su alrededor estaban otros soldados y el joven teniente, mientras unos bomberos se acercaban a toda prisa, acompañados de uno de los jefes del departamento.

—¿Dónde está? —preguntó el jefe Harry Hooks.

—Allá, en algún lugar allá abajo. Se llama Bartlett, Linc Bartlett.

Hooks pudo ver la luz, que bajaba unos cuantos metros y luego se detenía, interrumpida por la maraña de los escombros. Se tendió sobre el piso. Más cerca de la parte baja, el olor a gas era más intenso.

—¡Oiga, allá abajo, señor Bartlett! ¿Puede escucharme? —gritó por entre el cascajo.

Todos escucharon con atención.

—Sí... —Se oyó la voz débil.

—¿Está herido?

—No.

—¿Puede ver la luz de nuestra lámpara?

—¡No...!

Hooks profirió una maldición y luego gritó de nuevo: —¡Permanezca donde está, por el momento!

—¡De acuerdo, pero el gas resulta pesado! El jefe se levantó. El oficial le dijo:

—Un señor Gornt estaba aquí hace un momento. Fue a buscar ayuda.

—Muy bien. Extiéndanse un poco. Vean si pueden encontrar algún pasaje para llegar hasta donde él está, o por lo menos acercarnos allá.

Hicieron lo que se les ordenaba. Un momento después, uno de los nepaleses gritó: —¡Aquí!

Había un espacio pequeño entre unos amenazadores bloques de concreto rotos, madera despedazada, varillas y algunas vigas de acero en forma de "H". Tal vez el hueco era suficiente para que un

hombre pasara por él arrastrándose. Hooks titubeó, se quitó el equipo pesado que llevaba a cuestas y se dispuso a actuar.

—No… —lo detuvo el oficial—. Es mejor que nosotros hagamos el intento —miró a sus hombres con gesto interrogante—. ¿Eh?

En el acto ellos respondieron con una sonrisa y todos se dirigieron al agujero.

—Un momento —ordenó el oficial—. Sangri, tú eres el de menor tamaño.

—Gracias, señor —dijo el hombrecillo, con cara alegre; la hilera de dientes blancos resplandecía más sobre el fondo negro de la piel.

Todos se quedaron mirándolo, cuando se ingenió para escurrirse hacia abajo, con la cabeza por delante, como anguila.

A unos siete metros de profundidad, Bartlett se arrastraba a tientas, en medio de tinieblas. Se hallaba en un pequeño espacio, donde no cabía más que a rastras. El paso hacia arriba estaba cerrado por un enorme pedazo de piso. El olor a gas allí era muy fuerte. De pronto, sus ojos percibieron un destello fugaz de luz, delante de él, hacia un lado, y pudo tener una idea del lugar. No oía más ruido que el gotear del agua y el rechinar de los escombros. Con mucho cuidado se arrastró en dirección al punto de donde venía la luz. Se produjo una pequeña avalancha cuando hizo a un lado unas tablas, pero paró luego. Arriba había otro espacio pequeño. Con agilidad de gusano se ingenió para subir, aprovechándolo, y llegó a un callejón sin salida. Sintió que encima de él había algunos pedazos de piso sueltos. Se tendió boca arriba y luchó para hacerlos a un lado, tosiendo y ahogándose un poco con el polvo. De pronto, la luz lo iluminó. No era mucha… Era sólo un débil rayo, pero cuando sus ojos se acostumbraron a ella, pudo ver a unos metros de distancia.

Su entusiasmo se desvaneció al darse cuenta de la inmensidad de su tumba. Estaba cerrada en todas direcciones.

—¡Óiganme, allá arriba!

Una débil voz le llegó de lo alto:

—¡Estamos oyéndoloooooo!

—Me encuentro ya en la luz.

Un momento de silencio. Después una pregunta:

—¿Cuál luz?

—¿Cómo diablos quieres que sepa? ¡Por amor de Dios..!

—No te dejes dominar por el pánico, piensa y espera —le parecía estar oyendo al sargento Spurgeon.

Haciendo un esfuerzo, esperó. Luego, la luz que lo iluminaba se movió unos centímetros.

—¡Esa luz! —gritó luego.

Un instante después, la luz había desaparecido.

—¡Lo tenemos ya localizado! ¡No se mueva!

Bartlett miró a su alrededor, escudriñando el lugar con todo cuidado. Una segunda vez, con el mismo resultado: por ahí no había salida, alguna. Ninguna.

—Tendrán que desenterrarme de aquí —musitó, empezando a sentir verdadero miedo...

* * *

Sangri, el joven nepalés estaba unos tres metros por debajo de la superficie, pero muy hacia la derecha del sitio donde se encontraba Bartlett, y no podía bajar más. Tenía cerrado el camino. Se arrastró un poco alrededor del espacio que ocupaba y tocó un bloque de concreto, que se movió un centímetro.

Inmediatamente, los escombros que lo rodeaban empezaron a cambiar de posición. Sintió que la sangre se le helaba en las venas, y dejó que el bloque de concreto volviera a su posición de reposo.

Pero no había otra manera de avanzar... Apretando con fuerza las mandíbulas y orando para que no fuera a caerle encima todo lo que había, o no fuera a aplastar a quien pudiera estar abajo, hizo a un lado la losa de concreto.

El cascajo no se movió. Con la respiración anhelante, proyectó la luz de su linterna en la cavidad y luego introdujo la cabeza, observando todo en torno suyo.

¡Otro callejón sin salida! Era imposible avanzar por ahí. Muy a su pesar se levantó para retroceder.

—¡Sargento! —gritó en nepalés—. Por aquí no puedo dar un paso más.

—¿Estás seguro?

—¡Ah, sí, señor! ¡Muy seguro!

—¡Regresa!

Antes de salir, gritó en dirección a la oscuridad:

—¡Oigan, allá abajo!

—¡Estoy oyendo! —respondió Bartlett.

—¡No estamos lejos! ¡Vamos a sacarlo de ahí. señor! ¡no se preocupe...!

—¡De acuerdo!

Con mucha dificultad, Sangri empezó a retroceder, volviendo sobre sus pasos a duras penas.

Una pequeña avalancha lo cubrió de cascajo. Siguió subiendo, aunque con mucho temor.

Dunross y Gront se encaramaron sobre las ruinas, para reunirse con los grupos de hombres que trabajaban en cadena, quitando basura y vigas, siempre que podían.

—Buenas noches, tai-pan... señor Gornt. Lo tenemos ya, pero no estamos cerca de él.

Hooks señaló al hombre que sostenía la linterna inmóvil, y añadió:

—Está en esa dirección.

—¿A qué profundidad?

Según el sonido de su voz, yo diría que a unos siete metros.

—¡Jesucristo!

—¡Ah, sí! ¡Nada menos que Jesucristo, señor! El pobre insecto está en una trampa. ¡Mire esas cosas! —señaló las viguetas en "H" que les impedían el descenso—. No nos atrevemos a cortarlas con soplete... hay demasiado gas en el aire.

—Tiene que haber otro camino... ¿Tal vez por un lado? —preguntó Dunross.

—Estamos buscándolo. Lo mejor que podemos hacer es conseguir más hombres y seguir haciendo a un lado todo lo que podamos.

Hooks dirigió una mirada hacia abajo, al oír un grito estimulante. Todos se precipitaron hacia los animosos soldados. Bajo una maraña de pedazos de piso, que los hombres habían conseguido quitar, quedaba abierto un tosco paso que parecía llevar hacia abajo y se perdía de vista al seguir un curso serpentino. Vieron que uno de los hombres de menor tamaño saltaba al agujero y luego se perdía.

Otros observaban, dando gritos de entusiasmo. La ruta lucía fácil durante un par de metros, muy ardua durante los tres siguientes,

con curvas y terceduras. Después el paso parecía cerrado.

—¡Oiga, allá abajo! ¿Alcanza a ver mi luz?

—Sí…

La voz de Bartlett se oía más fuerte. Casi no necesitaba gritar.

—Voy a mover la luz alrededor, señor.

Por favor, si se acerca a usted, dígame: a la derecha, a la izquierda, hacia arriba o hacia abajo.

—Muy bien.

Bartlett podía vislumbrar un minúsculo rayo de luz hacia arriba y a la derecha, a través de un amasijo de tablones, viguetas, tirantes y cuartos hechos pedazos. En línea recta sobre su cabeza, había un laberinto impenetrable de pedazos de piso y varilla de concreto. Por un momento dejó de ver la luz, pero luego apareció de nuevo.

—Un ápice a la derecha —dijo, con la voz ya un poco ronca.

La luz obedeció.

—¡Hacia abajo! ¡Deténgase allí! Ahora un poco hacia arriba. La operación parecía durar una eternidad, pero la luz se concentró al fin sobre él. Bartlett exclamó:

—¡Ahí, precisamente!

El soldado mantuvo la linterna inmóvil. Le formó una especie de cuna, valiéndose de cascajo y tierra y la soltó. —¿Está bien allí, señor! —gritó.

—¡Siiiií! ¡Usted le dio al clavo!

—Voy en busca de ayuda.

—Muy bien.

El soldado se retiró. Diez minutos después volvió acompañado de Hooks. El jefe de bomberos calculó con cuidado la posición de la vigueta y examinó con precaución los obstáculos del camino que tenía delante.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Necesitaremos una semana de años bisiestos para llegar allá! —musitó; luego, dominando el miedo, sacó un compás y midió con precisión el ángulo y gritó hacia abajo:

—¡No te preocupes, colega! Vamos a sacarte de ahí de cuerpo entero. ¿Puedes acercarte más a la luz?

—No, creo que no.

—Muy bien. Quédate donde estás y descansa. ¿Estás herido?

—No. No, pero puedo oler mucho gas.

—No te preocupes, muchachito, no estamos lejos de ti.

Hooks logró volver a subir siguiendo el mismo pasaje. Una vez en en la superficie, midió la línea del compás y dio unos pasos sobre el plano inclinado en que estaban y explicó:

—Está debajo de ese sitio, tai-pan, señor Gornt, a una distancia de un metro y medio más o menos y a una profundidad total de unos siete.

Se encontraban a unas dos terceras partes del camino de bajaba por la ladera montañosa, más cerca de Sinclair Road que de Kotewall. Por los lados no había entrada visible. El fango y la tierra del deslizamiento eran más abundantes del lado derecho que del izquierdo.

—Lo único que podemos hacer es excavar —dijo Hooks en tono definitivo—. Aquí no es posible traer taladro, así que no queda más que músculo y sudor. Intentaremos primero en este punto.

Señaló una zona que parecía prometedora, a unos tres metros de distancia, cerca del agujero descubierto por los soldados.

—¿Por qué ahí?

—Es más seguro, tai-pan. No sea que causemos un asentamiento en todo este amasijo. ¡Vamos, muchachos, una mano aquí! ¡Pero con cuidado!

Empezaron pues a excavar y a quitar todo lo que se podía. Era un esfuerzo muy arduo. Todas las superficies estaban mojadas y eran peligrosas. El. escombro en sí era muy inestable. Viguetas, tirantes, pedazos de piso, losetas, concreto, trozos de pared, utensilios de cocina, aparatos de radio, televisores, mesas de noche, ropa... todo mezclado en una maraña desordenada e indescriptible. El trabajo sé interrumpió cuando tropezaron con un cuerpo humano.

—¡Traigan luego a un médico! —gritó Hooks.

—¿Está viva?

—Hasta cierto punto...

Era una anciana, con el camisón blanco y los pantalones negros manchados y sucios, cubiertos de lodo, la larga cabellera sujeta en una trenza. Era Ah Poo.

—Es la *gan sun* de alguien —insinuó Dunross.

Gornt contemplaba boquiabierto el sitio inverosímil donde la habían encontrado: un agujero minúsculo, dentro de un espantoso bloque de concreto, casi sólido, aunque roto en las orillas.

—¿Cómo diablos logra sobrevivir la gente?

La cara de Hooks se iluminó con un gesto sonriente, mostrando una hilera de dientes rotos y manchados de tabaco:

—El hado, señor Gornt. Siempre hay esperanza, mientras haya aliento. El hado... —luego gritó—:

¡Manden una camilla aquí, Charlie! ¡En el acto!

Llegó en un momento. Los camilleros se llevaron a la anciana. El trabajo prosiguió. El hoyo iba haciéndose más profundo. Una hora después, a un metro y medio de distancia, tropezaron con un obstáculo de toneladas de vigas de acero que les cerraban el paso.

—Tenemos que esquivarlas —dijo Hooks.

Con increíble paciencia, volvieron a comenzar. A un metro escaso, nueva barrera insuperable.

—Desviamos en esa dirección.

—¿No podríamos cortar esta madeja?

—¡Oh, sí, tai-pan! Pero si producimos una sola chispa, nos convertimos todos en ángeles. Vamos, muchachos. Aquí. Hagamos la prueba aquí.

Los hombres obedecieron a toda prisa...

88
4:10 a.m.

Bartlett podía ya oír las voces con toda claridad. De cuando en cuando se deslizaba tierra y cascajo, lodo sucio y otros desperdicios, a medida que iban quitándose pedazos de madera, vigas y escombros varios. Según los cálculos de Linc, el equipo de rescate debía de estar a unos nueve metros de distancia de él y a 1.80 m. o 1.50 m. por encima. Los rayos de luz le hacían la espera más tolerable. El tema todos los caminos de escape cerrados. Poco antes había pensado en retroceder, descender por debajo de aquel piso que lo sostenía y luego otro poco más, tratando de encontrar otra ruta con mayores probabilidades de salvación.

—¡Es mejor esperar, señor Bartlett! —le había gritado Hooks—. Ya sabemos dónde está.

Por eso se había quedado en el mismo sitio. Estaba empapado por la lluvia, acostado en unas tablas, no demasiado incómodo, y bien protegido por enormes vigas de acero. La mayor parte de su campo visual tropezaba con obstáculos a menos de dos metros de distancia. Encima de él no veía más que superficies de piso retorcido. El espacio le bastaba apenas para permanecer acostado y, si lo hacía con cautela, para sentarse. El olor a gas era intenso, pero él no sentía todavía dolor de cabeza. Pensaba estar bastante a salvo y respirando un aire suficientemente bueno para una eternidad. Se sentía cansado, muy cansado. Aun así, se esforzaba por permanecer despierto. Desde su posición de ventaja, sabía que necesitarían el resto de la noche y tal vez parte del día para abrir un pasaje y llegar hasta él.

Eso no lo preocupaba en absoluto. Estaban allí y él había establecido contactos con ellos. Una hora antes había oído a Dunross en la cercanía:

—¡Linc... Linc! Soy Ian...

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí? —le había gritado en todo de felicidad.

—Andamos buscándote. No te preocupes, no estamos lejos.

—Claro. ¡Oye, Ian! —había empezado a decir, con una ansiedad abrumadora—. Orlanda... Orlanda Ramos... ¿La conoces? Yo estaba esp...

—Sí, sí. La vi un segundo después que el deslizamiento derribó el edificio. Está bien. Está esperando en Kotewall. Se encuentra bien. ¿Tú cómo estás?

—¡Qué diablos! ¡Nada serio!

El tono de su voz era casi jovial. Sabía que estaba salvado. Cuando Dunross le había explicado su fuga casi maravillosa y la forma en que Casey había visto todo el derrumbe, él se había sentido horrorizado al pensar en lo cerca que los demás habían estado del desastre.

—¡Santo Dios! ¡Unos minutos antes o después y todos ustedes habrían quedado atrapados!

—El hado.

Habían charlado unos minutos. Luego Dunross se había movido, para dejar pasar al equipo de rescate.

Al pensar en Orlanda, había sentido que otro temblor lo sacudía. Volvió a dar gracias a Dios de estar a salvo y de que Casey estuviera también en sitio seguro. Orlanda no se habría salvado jamás en el vestíbulo —pensó—. Casey tal vez... Orlanda no, jamás. Pero eso no significa falta de dignidad.

Se acomodó lo mejor que pudo. La ropa empapada le producía una sensación de hormigueo en la piel, pero los gritos y ruidos de la gente que iba acercándosele resultaban muy reconfortantes. Para pasar el tiempo, continuó soñando con las dos mujeres. Nunca he conocido un cuerpo como el de Orlanda, ni una mujer como ella. Me parece que la he tratado durante años, no durante un par de días. Ese es un hecho. Es excitante, enigmática, femenina; maravillosamente peligrosa. Casey no representa un peligro. Sería una gran esposa, una gran compañera, pero no es hembra, como Orlanda. Claro que a Orlanda le gusta la ropa bonita, los regalos costosos y, si lo que dice la gente de aquí es cierto, gastaría dinero como si no hubiera un mañana. Pero, ¿no es precisamente esa la finalidad de la mayor parte del dinero? El problema de mi ex-esposa está resuelto, lo mismo que el de los hijos. ¿No será justo que yo me divierta un poco? ¿Y que sea capaz de protegerla de los Biltzmanns del mundo?

Por supuesto. Pero todavía no sé qué hay en ella... o en Hong Kong... que me impresiona. Es el mejor lugar que he conocido, y me siento más en casa aquí que en mi mismo país.

—Tal vez tú has estado aquí en una vida anterior, Linc —había dicho Orlanda.

—¿Tú crees en la reencarnación?

—Oh, sí.

¿No sería maravilloso? —se preguntó en medio de sus ensueños, sin advertir la presencia y los efectos del gas en su organismo—. Tener más de una vida debe ser la mayor fortuna del mundo y...

—¡Linc!

—¡Oye! ¡Hola, Ian! ¿Qué traes ahora entre manos? Bartlett se sentía feliz. La voz de Dunross estaba bastante cerca... muy cerca.

—Nada. Simplemente vamos a concedernos una breve tregua. Este es trabajo arduo. Tendremos que volver a rodear, pero estamos a escasos metros de ti. Pensé que podríamos charlar. Hasta donde yo puedo calcular, estamos a poco más de metro y medio de distancia encima de ti, del lado oeste. ¿Todavía no puedes vernos?

—No. Hay un piso encima de mí, muy bien incrustado, y también unas viguetas. Pero estoy bien. Puedo permanecer aquí un buen rato con facilidad. ¡Oye! ¿Sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—Esta noche ha sido la primera vez que me llamas Linc.

—¿De veras? No lo había notado.

¡Mentiras! —pensó Bartlett y sonrió para sí mismo. Luego dijo:
—¿Qué pi...?

No pudo continuar. Un estremecimiento repentino sacudió a los dos, cuando los escombros empezaron a crujir y a retorcerse en varios puntos. Un momento después, el ruido cesó... al menos en su mayor parte. Bartlett volvió a respirar con normalidad.

—¿Qué piensas hacer mañana?

—¿Acerca de qué?

—Del Mercado de valores. ¿Cómo vas a derrotar a Gornt?

Escuchó con asombro creciente a medida que Dunross le hablaba del dinero del Banco de China, de la fiesta de Plumm y del reto que había lanzado a Gornt, apoyado en su nuevo fondo rotativo de 50 millones.

—¡Fantástico! ¿Quién está apoyándote, Ian?

—¡Papá Santa Claus! Bartlett rió de buen grado.

—¿Así que Murtagh consiguió realizar la operación, eh? Notó el silencio de Dunross y volvió a sonreír.

—¿Te habló de esto Casey?

—No. No. Fue conjetura mía. Yo te había dicho que Casey era lista como una avispa. Así que eres libre como el ave. ¡Felicidades! —dijo con una sonrisa y con toda sinceridad—. Yo pensé que te tenía en mis manos, Ian —Bartlett rió en forma abierta—. ¿Crees realmente que tus acciones abrirán a 30?

—Así lo espero.

—Si tú lo esperas, quiere decir que tú y tus compinches lo han preparado todo. Pero Gornt es astuto. No lo derrotarás.

—Oh, sí. Lo derrotaré.

—¡No! ¡No podrás con él! ¿Qué hay de nuestro trato?

—¿Par-Con? Eso sigue en pie, por supuesto. Yo creía que habíamos arreglado todo.

Bartlett notó el tono de ingenua sobriedad.

—Quillan debe estar harto de todo esto.

—¡Lo está! Lo tenemos aquí arriba. El también está ayudando.

La noticia sorprendió a Bartlett.

—¿Por qué?

Hubo una breve pausa.

—Quillan es un villano de primera clase, de veinticuatro quilates, pero... no sé... ¡tal vez le eres simpático!

—¡Vete al diablo! —Bartlett tenía mucho sentido del humor.— ¿Qué vas a hacer con Quillan?

—Le he hecho una proposición —Dunross se la dijo.

Bartlett gruñó:

—¿Eso quiere decir que mis dos millones se fueron por el caño del desagüe?

—¡Sí, claro! Esos dos millones se evaporaron. Pero tu parte en la adquisición de Almacenes Generales te dará cinco millones, tal vez más. Nuestro convenio Struan/Par con mucho más.

—¿Calculas en realidad cinco millones?

—Sí. Cinco para ti y cinco para Casey.

—¡Magnífico! Siempre quise que consiguiera su dinero de vete a la porra —hubo una pausa, Linc se preguntaba qué decisión tomaría Casey; luego continuó—. Siempre quiso ser independiente. Ahora lo

es. ¡Magnífico! ¿Qué...? —preguntó, por no haber oído lo que le decía Dunross.

—Te proponía que conversaras con ella, si quieres. Es un poco expuesto, pero bastante seguro...

—No —protestó Barteltt con firmeza—. Simplemente salúdala de mi parte. Podré conversar con ella cuando salga de aquí.

—Casey ha dicho que no se irá hasta que salgas —hubo una pausa momentánea—. Lo mismo ha dicho Orlanda... ¿Qué hago con ella? ¿Quieres que te la salude o le diga algo?

—No, gracias. Después tendremos tiempo de sobra. Diles a las dos que se vayan a casa.

—No lo harán. Temo que tu popularidad es arrolladora.

Bartlett rió. Se sentó y se golpeó la cabeza. Un dolor le recorrió la espalda. Gruñó; luego se acomodó lo mejor que pudo. Casi tocaba el techo con la cabeza. m

Dunross estaba agazapado en un espacio pequeño, no lejos de el, al fondo del pasaje serpentino.

Detestaba aquel encerramiento. La sensación de claustrofobia le resultaba nauseabunda y le producía un sudor frío que lo tenía ya empapado. No lograba ver nada de Bartlett, pero su voz le sonaba fuerte y confiada. Hooks le había pedido que mantuviera entretenido a Bartlett con la conversación mientras ellos descansaban, para evitar que el gas fuera a intoxicarlo.

—Nunca se sabe, tai-pan, el gas es muy insidioso. Lo necesitamos muy alerta. Su ayuda nos será indispensable.

Dunross trató de acomodarse, aunque con cierta inquietud. Presentía peligro. Alguien venía bajando y hacía caer un poco de cascajo. Era Hooks. Se detuvo a un metro escaso arriba de Dunross.

_Muy bien, tai-pan. Ahora lo mejor es que usted se salga. Traeré aquí a algunos de mis muchachos.

—¡En marcha, Linc! Manténte despierto. Reanudamos la tarea.

—¡Muy bien! No hay problema... Oye, Ian, ¿querrías ser padrino de boda?

—Sí, por supuesto —contestó sin titubear; su mente quería gritar: ¿con cuál de las dos?— ...Será un honor para mí.

—Gracias —se limitó a decir Bartlett.

A pesar de lo mucho que Dunross deseaba saber quién sería la novia, estaba convencido de que no podría preguntarlo. Estaba

seguro de que Bartlett se lo diría *motu proprio*. Pero lo único que dijo fue:

—Gracias. Sí, muchas gracias.

Dunross sonrió sorprendido y se dijo: Linc está aprendiendo rápidamente. Será bueno tenerlo como socio, y como miembro con voto en el Turf Club. Y a Casey también.

—¡Te sacaremos de aquí en un abrir y cerrar de ojos!

Cuando iba ya saliendo, Dunross alcanzó a oír:

—¿No sería grandioso si pudieran hacer amistad? ¿Crees que sería demasiado esperar?

Dunross no estaba seguro de que esa última reflexión hubiera sido hecha para que él la oyera.

—¿Qué dijiste? —gritó.

—Nada —contestó Bartlett —¡Oye Ian, tenemos mucho que hacer esta semana! A propósito, me alegro de que hayas vencido a Gornt... Sí —se dijo con una sensación de felicidad.

—Será bueno hacer negocios contigo, observarte con cuidado, edificar *nuestra Casa Noble*.

A poco más de siete metros de distancia y a uno escaso por encima de Bartlett, Dunross se dio la vuelta con dificultad y empezó a salir.

Unos cinco metros arriba de él, Gornt y los demás esperaban junto a la boca, ya muy ensanchada del agujero. La aurora empezaba del lado oriente, dejando ver una franja del firmamento en medio del manto de nubes. Por toda la ladera se veían hombres cansados que no dejaban de escarbar, buscar, llamar y escuchar. Con no poco esfuerzo, Hooks se ingenió para salir del profundo agujero. En ese momento, se produjo un ruido tremendo, que provenía de la parte alta, cerca de Po Shan Road. Todas las cabezas giraron en esa dirección. Después, muy arriba, hacia la izquierda, pudieron ver que una parte de la pendiente se movía. El ruido aumentó y luego una muralla de agua y fango surgió de atrás de la curva de la ladera, del lado de Kotewall Road y, con velocidad creciente, se precipitó hacia donde ellos estaban. Los hombres comenzaron a huir a medida que la cresta cenagosa cubría todo en su caída, llegando al sitio del vestíbulo del edificio derruido inundándolo y desplomándose pendiente abajo. Gornt vio venir aquella nueva avalancha y se aferró a una vigueta en "H". Los

demás trataron de sostenerse lo mejor que pudieron. El cieno inmundo y pestilente llegó hasta donde estaban y pasó.

Gornt estaba hundido hasta las rodillas, pero sujeto con suficiente fuerza para evitar la succión. La ola pasó, dejando todo cubierto de lodo. Hooks y los demás se esforzaron por levantarse por encima de aquella cresta. Por un momento olvidaron todo lo demás.

Gornt no lo había olvidado.

Desde donde estaba, podía ver hacia adentro del agujero. Vio que las manos y la cabeza de Dunross lograban salir por encima del fango arrollador. El tai-pan se aferró con las manos a una barra de hierro. Más cieno seguía cayendo en el hoyo, buscando su nivel, llenando huecos. La mano de Dunross se soltó y él se vio arrastrado por la succión hacia abajo. Sin embargo, logró volver a levantarse y aferrarse a algo, aunque con una seguridad precaria.

Gornt observaba... y esperaba..., y no se movía. El lodo siguió cayendo, inundando. Su nivel iba en aumento.

Dunross sintió que caía. La succión era muy fuerte. Empezaba a ahogarse en medio del cieno, pero los dedos de las manos lo sostuvieron. Encontró una grieta donde apoyar los pies y empezó a subir. En alguna forma se sobrepuso a la succión y quedó a salvó de ella, abrazando un pedazo de construcción que tenía al lado, con la mitad del cuerpo fuera del lodo. El pecho le dolía, el corazón le latía con fuerza, y empezaba a vomitar. Todavía en medio de una conmoción, con temblor en las rodillas, se limpió el fango de los ojos y la boca y miró a su alrededor, atónito. Luego vio a Gornt, a tres metros de él; se había limitado a observarlo, descansando cómodamente en un saliente de la construcción...

Por un instante, todo su ser se concentró en aquella situación, al ver la sarcástica sonrisa y percibir la profundidad de los sentimientos de odio y decepción. Dunross sabía que si él hubiese estado allá arriba y Gornt hubiera quedado atrapado como estaba él, habría hecho lo mismo: observar y esperar.

¿Eso habría hecho?

Yo también he observado y esperado, sin tenderle la mano. A Gornt no. Después de mí, al fin, la maldición de Dirk Struan llegará a su fin, se quitará de en medio. Mis sucesores no volverán a encontrarse bajo su maleficio.

El instante de concentración pasó. Su mente estaba despejada. Recordó a Bartlett y miró hacia abajo con horror. El sitio donde estaba el agujero no era ya más que una piscina de cieno.

—¡Por amor de Dios, auxilio! —gritó.

En torno suyo se produjo una confusión infernal. Había otros más dentro del hoyo. Estaba Hooks, había bomberos, había soldados. Se revolvían impotentes, luchando contra el fango con las palas y con las manos.

Dunross logró levantarse y salir. Se quedó un momento tembloroso al borde del abismo. Presa de la angustia. Gornt se había ido ya. Unos minutos después, todos los esfuerzos cesaron. El charco inmenso quedó allí.

X

MARTES

89
5:39 p.m.

Dunross estaba de pie, frente al balcón de su penthouse, en el ultimo piso del edificio de Struan.

Contemplaba la bahía. El ocaso era una maravilla. La visibilidad, ilimitada, el firmamento claro, con excepción de unas cuantas nubecillas teñidas de rosa, que flotaban por el oeste, sobre China continental, mientras la oscuridad envolvía el horizonte del este. Abajo se veía la bahía, concurrida y agitada como siempre. Kowloon resplandecía bajo los rayos del sol poniente.

Claudia llamó y abrió la puerta. Casey entró. En su cara había una extraña rigidez. El dorado mate de su cabellera recordaba el ocaso. El gesto de aflicción le daba un aspecto etéreo.

—Hola, Casey.

—Hola, Ian.

No había necesidad de decir más. Todo lo relativo a Bartlett se había dicho ya. Apenas el lunes, ya muy entrada la noche, habían conseguido rescatar su cadáver.

Casey se había quedado esperándolo en la ladera. Luego había vuelto al hotel. Esa mañana había llamado al tai-pan, y ahora se hallaba delante de él.

—¿Algo de beber? ¿Té... café...? También tengo vino. Preparé unos martinis.

—Un martini. Gracias, Ian —contestó con una voz sin inflexiones, con un toque de dolor que a Dunross le parecía desgarrador—. Sí, creo que tengo ganas de un martini.

Se sentó en el sofá. El sirvió la bebida y le puso una aceituna.

—Todo puede esperar, Casey —dijo en tono compasivo—. No hay prisa de nada.

—Sí, sí. Lo sé. Pero habíamos quedado de acuerdo. Gracias —tomó la copa helada y la levantó—. El hado, Ian.

—El hado.

Tomó un sorbo del licor. Todos sus movimientos eran estudiados, casi ajenos a ella. Luego abrió el portafolios y depositó

un sobre de papel manila sobre el escritorio de Dunross.

—Este contiene todos los documentos de John Chen sobre Struan y todo lo que nos había ofrecido o dicho. Estas son todas las copias que tengo aquí conmigo. Las que están en Estados Unidos las haré pedazos cuando llegue —vaciló un instante— Tú estás seguro de haber hecho ya algunos cambios pero... bueno, ahí está todo.

—Gracias. ¿Le daría Linc algo a Gornt?

—No. No lo creo —otra vacilación—. Pero para mayor seguridad, yo actuaría como si parte de la información se hubiera divulgado.

—Sí.

—Ahora, nuestro convenio Par-Con/Struan —el fajo de documentos que le entregaba era muy voluminoso—. Las seis copias están firmadas y selladas con el sello corporativo. Yo tengo el poder ejecutivo para poner esa firma —volvió a titubear—. Teníamos un pacto, Linc y yo. Yo hice testamento a su favor, con todas mis acciones, válido para diez años. El hizo lo mismo a mi favor, así que soy el jefe de Par-Con.

Dunross se quedó boquiabierto. Luego preguntó:

—¿Durante un lapso de diez años?

—Sí —contestó ella.

En su voz no había emoción. En ese momento no sentía nada, no quería nada más que llorar y morir.

Después podré permitirme ser débil —pensó. Ahora tengo que ser fuerte y sabia.

—Durante diez años, Linc... Linc tenía el control del voto. Te mandaré una constancia formal en cuanto el poder se haga oficial.

Dunross asintió con la cabeza. Del escritorio lacado sacó un juego equivalente de documentos.

—Estos están en las mismas condiciones. Les he puesto el sello formal. Este —puso un sobre encima de los demás documentos— es el convenio privado que hicimos, para dar a Par-Con derecho a mis barcos, como aval.

—Gracias, pero con tu fondo rotativo eso ya no es necesario.

—Aun así, fue parte de nuestro convenio —Dunross la observó, admirando su fortaleza.

En efecto, en el sitio que a esa hora era la base de la ladera, Casey no había derramado una lágrima. Se había limitado a asentir

con la cabeza en un gesto de aturdimiento y había dicho:

—Esperaré. Esperaré a que... Esperaré.

Orlanda se había derrumbado en el acto. Dunross la había mandado a un hotel y luego le había enviado un doctor que la atendiera.

En tono formal, Dunross insistió:

—Fue parte de nuestro convenio, Casey.

—Muy bien, gracias, pero no es necesario.

—Después... aquí tienes una carta-contrato de nuestro negocio con Almacenes Generales. En el lapso de unos diez días te mandaré los documentos oficiales. Voy a nece...

—Pero Linc nunca depositó los dos millones.

—Sí. Lo hizo por cable, el sábado por la noche. Mi banco de Suiza confirmó ayer la operación y el dinero se transfirió, como era debido, a la junta directiva de Almacenes Generales. Lo aceptaron, así que el convenio está ratificado.

—¿A pesar de que Pug haya muerto?

—Sí. Su viuda aceptó la recomendación de la junta directiva. Además, es un buen negocio. Muy superior a la oferta de Superfoods.

—Yo no quiero eso. No quiero nada de ese negocio.

—Cuando yo estaba en aquel agujero con Linc, me dijo lo feliz que se sentía de que el asunto de Almacenes Generales fuera a dar buen resultado. Sus palabras exactas fueron éstas: "¡Magnífico! ¿Cinco millones? Yo siempre quise que Casey consiguiera su dinero de vete a la porra. Ella siempre deseó ser independiente y ahora lo es. ¡Magnífico!»

—Sí, pero... ¡a qué precio! —objetó ella, sintiendo todo el peso de su aflicción —Linc siempre me advertía que el dinero liberador costaba más de lo que uno estaba dispuesto a pagar. A mí me ha costado mucho más. No lo quiero.

—El dinero es dinero. Tú no estás razonando con claridad. El estaba en su derecho de dártelo y te lo dio ... libremente.

—Tú fuiste quien me lo dio.

—Te equivocas. Fue él. Yo no hice más que ayudarte, como tú me ayudaste a mí, —tomó un sorbo de licor—. Necesito saber adónde debo mandar sus utilidades. Recordarás que no hubo de por medio ningún derecho a voto. ¿Quién es su fideicomisario?

—Es un banco. El First Central. Yo soy la encargada de ejecutar las operaciones, junto con un funcionario del banco —hubo un instante de vacilación—. Supongo que su madre es la heredera. Es la única persona mencionada en el testamento... Linc fue muy franco conmigo a ese respecto. A su ex-esposa con los hijos se ha proveído ya suficientemente y él los excluye en forma específica del testamento. No queda más que el control del voto para mí, y el resto es para su madre.

—Entonces será muy rica.

—Eso no le ayudará gran cosa —Casey se esforzaba por mantener la voz serena y por no dejar que las lágrimas la traicionaran—. Hablé con ella anoche. La pobre mujer está deshecha. Tiene más de sesenta años. Es... es una excelente persona, y Linc era su único hijo —una lágrima le rodó por la mejilla, a pesar de su resolución—. Me pidió que me lo lleve a Estados Unidos. Su testamento dice que se incinere su cadáver.

—Mira, Casey —se apresuró a decir Dunross—. Tal vez yo pueda hacer todos los arreglos neces...

—No, Ian. No, gracias. Todo está hecho. Yo lo hice. Yo quería hacerlo. El aeroplano está libre y todos los trámites se han cumplido.

—¿Cuándo sales?

—Hoy, a las diez de la noche.

—¡Oh! —la noticia lo sorprendió— Estaré allí para despedirte.

—No. No, gracias. Te agradezco el automóvil, pero no hay nec...

—Yo insisto en hacerlo.

—No... Por favor —lo miró con ojos suplicantes. Después de un momento, Dunross preguntó: —

¿Qué planes tienes?

—Ninguno en especial. Voy a... voy a cerciorarme de que se cumplan todos sus deseos, que se pongan al corriente todos los documentos, que se ejecute su testamento y se ventilen todos los negocios. Después pienso reorganizar a Par-Con. Trataré de hacerlo como él lo quería... Luego... no sé. Todo eso me llevará unos treinta días. Tal vez dentro de un mes regrese aquí para empezar... O tal vez mande a Forrester o a alguna otra persona. No sé. Te lo avisaré dentro de unos treinta días.

Todo está arreglado hasta esa fecha. Tú tienes mis números

telefónicos, por favor llámame si surge algún problema —empezó a ponerse de pie, pero él la detuvo.

—Antes que te vayas hay algo que debo decirte. No lo hice anoche, porque no era el momento oportuno. Tal vez ahora lo sea, tal vez no, pero... antes de dejar a Linc en aquella tumba, me pidió que considerara la posibilidad de ser su padrino de boda —vio que Casey palidecía y se apresuró a añadir—. Le dije que para mí sería un honor.

—¿Te habló de mí? ¿Quería casarse conmigo? —preguntó, incrédula.

—Estábamos hablando de ti. ¿No es una consecuencia lógica?

—¿Nunca mencionó a Orlanda?

—No en esos momentos. No. Poco antes se había mostrado muy preocupado por ella, porque él estaba en su apartamento y no sabía que le había sucedido a la chica —Dunross la observaba con atención—. Cuando le dije que estaba sana y salva, sintió gran alivio, como es natural. Cuando le conté que tú casi te habías visto envuelta en la avalancha, poco faltó para que le diera un ataque cardíaco. Luego, en el momento preciso en que yo salía del hoyo, alcancé a oír que decía en voz baja: «Supongo que sería mucho esperar que las dos fueran amigas». Yo no estuve seguro de que él hubiera querido que yo oyera ese comentario... Mientras excavábamos, él había estado hablando mucho consigo mismo —terminó su copa—. No me cabe duda de que se refería a ti, Casey.

Ella sacudió la cabeza y rectificó:

—Es una buena conjetura, Ian, pero apuesto a que se refería a Orlanda.

—Creo que te equivocas. Un nuevo silencio.

—Es posible. ¿Amigas? —lo miró de frente— ¿Tú vas a hacer amistad con Quillan?

—No. Nunca. Pero no es lo mismo. Orlanda es una fina persona. Te lo aseguro.

—No lo dudo —Casey observó su bebida, tomó un sorbo, pero sin encontrarle sabor—. ¿Qué sucedió con Quillan? ¿Qué paso? Temo no estar enterada. ¿Qué hiciste con él? Vi que cerraste a 30:01 pero yo... yo no me di cuenta de mucho más...

Dunross sintió una ola de felicidad en su interior. Debido a la catástrofe de Kotewall, el Gobernador había ordenado que el

Mercado de valores permaneciera cerrado todo el lunes, lo mismo que los bancos, en señal de duelo. Para las diez de la mañana de ese día, el martes, el efectivo del Banco de China estaba ya a la disposición de todas las sucursales de todos los bancos de la Colonia. Las fugas de capital cesaron. A las tres de la tarde, muchos clientes estaban ya formados, depositando de nuevo su dinero.

Un momento antes que el Mercado abriera esa mañana a las diez, Gornt le había hablado por teléfono:

—Acepto —había dicho.

—¿No quieres negociar?

—No quiero un céntimo tuyo, así como tú no esperes uno solo mío. Los documentos van en camino" —la línea se había interrumpido.

—Entonces —insistió Casey—, ¿qué sucedió con Quillan?

—Hicimos un convenio. Struan abrió a 28, pero yo dejé que él rescatara sus acciones a 18.

Ella lo miró boquiabierta. Sin reflexionar, hizo espontáneamente un cálculo rápido. Al fin contestó:

—Eso debe de haberle costado unos dos millones de dólares. ¡Pero ésos son los dos millones de Linc!

¡Así que Quillan salió bien librado!

—Yo expuse a Linc el convenio, le dije que le costaría los 2 millones y no hizo más que reírse. También le expliqué que con los convenios de Almacenes Generales y Par-Con, su pérdida de 2 se compensa con utilidades de capital de 20 o más —Dunross la observó, midiendo su reacciones— Considero que es justo que haya tenido que renunciar a sus dos millones...

—¿Quieres decirme que salvaste a Gortn sin obtener nada a cambio?

—No. Yo recuperé mi linea aérea. El control de All Asia Air.

—¡Ah...! —Casey se estremeció al recordar la historia de la noche de Navidad en que Gornt y su padre habían ido inesperadamente a la Gran Casa; la tristeza la abrumaba— ¿Me harías un favor?

—Por supuesto que sí, con tal que no sea para Quillan.

Había estado pensando los últimos días en pedir a Dunross que permitiera a Gornt entrar como administrador del club y tener palco propio. Pero en ese momento desistió de la idea. Sabía que habría

sido pérdida de tiempo.

—¿Qué favor?

—Ninguno. Nada por ahora. Me despido, Ian.

Con una sensación dé agotamiento, de inmenso agotamiento, se levantó. Le flaqueaban las piernas.

Todo el cuerpo le dolía inmensamente. Le tendió la mano. El la tomó y la besó con la misma galanura con que ella recordaba que lo había hecho la noche de la fiesta, la primera noche en la Gran Galería cuando, llena de espanto, había visto el puñal clavado en el corazón del retrato. De repente, su agonía alcanzó un climax, quiso declamar a gritos su odio a Hong Kong y a la gente de ese lugar, que de alguna manera había sido la causa de la muerte de su Linc. Pero se contuvo.

Después —se dijo con imperio, aferrándose al último reducto de sus fuerzas. No te derrumbes, no cedas. Domínate. Ahora tienes que hacerlo. Linc se ha ido para siempre.

—Te veré pronto, Casey.

—Adiós, Ian —dijo, y salió de la oficina.

El se quedó contemplando la puerta cerrada largo rato, luego suspiró y oprimió un botón. En un instante apareció Claudia.

—Buenas noches, tai-pan —lo saludó con enorme afecto—. Tenemos algunas llamadas telefónicas que atender... La más importante es del amo Duncan, que quiere un préstamo de 1,000 HK.

—¿Para qué demonios?

—Parece que desea comprar un anillo de diamante para una «dama». Traté de sacarle a fuerza el nombre, pero no logré que me lo dijera.

¡Oh, Señor! ¡La Sheila! —pensó Dunross al recordar de pronto lo que su hijo había dicho sobre su «chica». Sheila Scragger, la enfermera de Inglaterra, que había estado de vacaciones con Duncan en la granja australiana llamada Paldoon.

—Bueno... No va a comprar mucho con 1,000 HK. Dile que hable conmigo. ¡No, espera! —pensó un momento, luego ordenó— Dale 1,000 del dinero para gastos menores... Ofréceselo con un interés del 3 por ciento mensual, con una garantía firmada por él de que puedes tomarlo de su dinero personal, a razón de 100 mensuales. Si acepta ese trato, yo le daré una buena lección. Si lo

rehúsa, le daré los 1,000, pero la próxima Pascua.

Claudia asintió con la cabeza, luego añadió en tono triste: —Pobre señorita Casey. Está muriendo por dentro...

—Sí.

—Aquí están tus llamadas, tai-pan. El amo Linbar llamó desde Sydney pidiendo que tú lo llames en cuanto tengas un momento. Cree que tiene ya concertado el negocio con Woolara.

Dunross la miró atónito.

—¡No puedo creerlo!

—El señor Alastair llamó para felicitarte, lo mismo que tu padre y la mayoría de los miembros de la familia. Por favor llama al amo Trussler a Johannnesburg... tiene algo que ver con torios —hizo un gesto poco amable—. La señora Greserhoff llamó para despedirse.

—¿Cuándo se va? —preguntó él, sin dar importancia al asunto, y sabiendo bien el vuelo.

—Mañana, en el primer vuelo de JAL. ¿No te parece horrible lo de Travkin? ¡No sabes qué triste me ha dejado!

—Sí.

Travkin había muerto durante la noche. Dunross lo había visitado en el hospital Matilda varias veces, pero él nunca había recobrado la conciencia desde el accidente de las carreras del sábado. Dunross preguntó:

—¿Hemos podido localizar algún pariente suyo?

—No. Tampoco tenía ninguna amiga íntima especial; no tenía a nadie. El amo Jacques se ha encargado de los arreglos del funeral.

—Muy bien. Sí, claro. Es lo menos que podemos hacer por él.

—¿Vas a montar tú el sábado?

—No lo sé —Dunross titubeó—. Recuérdame que hable con los administradores acerca de hacer que la quinta sean las apuestas Travkin, como un tributo de gratitud a él.

—Sí. Eso sería maravilloso. Sí, yo lo quería mucho. Eso sería maravilloso.

Dunross miró de reojo el reloj y preguntó: —¿Está ya abajo mi siguiente huésped?

—Sí.

—Muy bien —comentó él, adoptando una actitud seria.

Bajó al piso siguiente, donde tenía la oficina.

—Buenas tardes, señor Choy. ¿En qué puedo servirle? —había

tenido ya cuidado de dar el pésame a la familia por la muerte de Four Fingers Wu.

Cuando la puerta se cerró, Paul Choy se enjugó las manos sin darse cuenta.

—Vine para hablar del primer paso señor. Lamento que hayamos tenido que cancelar nuestra cita ayer... Ehm... las impresiones de la cera... ¿coinciden con una de las dos mitades que usted tiene aún?

—Primero quiero preguntarle quién tiene la otra mitad, ahora que Four Fingers es un antepasado.

—La familia Wu, señor.

—¿Quién es la familia Wu? —preguntó Dunross con aspereza deliberada—. La moneda se entregó a un individuo, que debería pasarla a otro individuo. *¿Quien?*

—Yo, señor —Paul Choy sostuvo la mirada del tai-pan, impertérrito.

El corazón le latía con más fuerza que nunca, incluso más que cuando estaba en el junco, ¡oh, parecía haber pasado una eternidad desde entonces!, con la sangre del joven licántropo en las manos y el cuerpo mutilado y medio muerto apoyado en el suyo, mientras su padre gritaba que lo arrojara por la borda.

—Usted tendrá que probar que Four Fingers se la dio.

—Perdón, tai-pan. Yo no tengo que probar nada —replicó Paul Choy confiadamente—. Lo único que tengo que hacer es presentar la moneda y pedir el favor. En secreto. Todo en secreto. Ese es el trato.

Si la moneda es auténtica, lo que está de por medio es el honor de usted y la dignidad de la Casa noble, y el fa...

—Yo sé lo que está de por medio —interrumpió Dunross, enronqueciendo la voz—. ¿Usted también?

—¿Perdón, señor?

—Aquí estamos en China. Muchas cosas extrañas suceden en China. ¿Cree usted que soy un mentecato, para dejarme embaucar por una antigua leyenda?

El joven sacudió la cabeza. Sentía un nudo en la garganta.

—No, usted no es un mentecato en absoluto, tai-pan, pero si yo le presento la moneda, usted otorgará el favor...

—¿En qué consiste su favor?

—Creo que ante todo me gustaría saber si usted está... si está

satisfecho de que es una de las cuatro monedas. Yo lo estoy.

—¿Usted lo está ahora?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted que esa moneda fue robada a Phillip Chen? Paul Choy lo miró atónito, pero luego se recuperó sin tardanza.

—Esta moneda viene de Four Fingers Wu. Yo no tengo noticia alguna del robo. Me vino de mi padre, es todo lo que yo sé. Era de él.

—Usted está obligado a devolvérsela a Phillip Chen.

—¿La vio usted alguna vez, esta moneda, no otra, la vio en posesión de él?

Dunross había hablado ya con Phillip Chen al ¡respecto: —¿No tienes manera de probar que es tuya, Phillip? —le había preguntado.

—No, tai-pan, en absoluto —había dicho el anciano, frotándose las manos con nerviosidad.

Dunross mantuvo la mirada fija en el joven, sin parpadear.

—Pertenece a Phillip Chen.

Paul Choy se movió incómodo en la silla que ocupaba y protestó:

—Había cuatro monedas, tai-pan. La del señor Chen tiene que ser una de las otras. Esta pertenece... pertenecía a mi padre. ¿Recuerda lo que él dijo en Aberdeen?

Dunross siguió mirándolo sin parpadear, en silencio, con el ánimo de sacudirlo, tratando con él al estilo occidental. Paul Choy se sintió inseguro, pero mantuvo la mirada firme. Es interesante —pensó Dunross— Eres un jovenzuelo maldito, pero bueno. Lo que yo querría saber si vienes como emisario de Goldtooth Wu, el hijo mayor, o si eres un ladrón y vienes por cuenta propia. Dejó que el silencio se hiciera pesado utilizándolo para debilitar a su contrincante, mientras él reflexionaba sobre su posición.

En el momento en que Paul Choy lo había llamado el día anterior para pedirle una cita, él había sabido la razón. Pero, ¿cómo hacerle frente? Four Fingers acaba apenas de morir y yo ya tengo un nuevo enemigo —pensó—, un hombre fuerte, bien preparado y con mucho carácter. Sin embargo, él también tiene eslabones débiles, como todo el mundo, como tú mismo. Gornt es uno de ellos. Riko podría ser otro. ¡Ah Riko! ¿Qué hay en ella que te

impresiona tanto? ¡Olvida eso! ¿Cómo recuperas la moneda antes de otorgar el favor?

—Supongo que usted trae consigo su media moneda; vamos con el aquilatador ahora mismo —se levantó, poniendo a prueba al muchacho.

—No, señor. Lo siento, pero no —Paul Choy sintió que el corazón quería estallarle, el nudo en la garganta lo ahogaba y la media moneda le quemaba—. Perdóneme, pero no creo que sea una buena idea.

—Yo creo que es una magnífica idea —insistió Dunross, conservando el tono brusco y apremiando a su interlocutor—. Vaya a traerla y vamos luego...

—No. No, gracias tai-pan —contestó Paul Choy con una cortesía firme que Dunross supo apreciar.— Por favor, ¿podría ser la semana entrante? El viernes de la semana entrante, por ejemplo. No hay prisa.

—Yo no estaré en Hong Kong ese viernes.

—Así es, señor. Usted estará en Japón. ¿Podría usted apartar una hora, durante su estancia allá? La que más le convenga... para ir a visitar al aquilatador...

Dunross frunció el ceño.

—Usted parece saber muchas cosas, señor Choy.

—Es fácil averiguar algo aquí, señor. Japón sería mejor para usted y para mí. Habría tennos oportunidad de un... de un fraude, y en Japón estamos al mismo nivel.

—¿Quiere darme a entender que aquí no lo estamos?

—No. No, tai-pan, pero como usted lo ha dicho, esto es China y en China suceden cosas extrañas.

Four Fingers y su grupo tienen también buenas relaciones. La moneda es un riesgo único, de persona a persona... Y debe correrse como tal. Así es como yo lo concibo.

Paul Choy estaba ya sudando, dando gracias a Dios de que parte del "favor" iba a ser que todo sería secreto. Desde el momento en que había rescatado el cadáver de Four Fingers había estado ingeniándose para tener poder en la familia. Al final, había logrado exactamente lo que deseaba, la posición única de *cónsigliere* (asesor), en términos de la mafia. Sería consejero principal de Goldtooth Wu, el hijo mayor, a la sazón jefe oficial del grupo

Seaborne Wu¿ Eso es lo que somos —pensó, sintiendo un miedo creciente—. Somos chinos mafiosos. ¿No tengo yo también sangre en la conciencia? Yo estaba a bordo con el cargamento de opio. ¿Qué sabe Goldtooth que no sepa yo?

—Puedes confiar en mí a ciegas, Goldtooth, —había dicho a su hermano, en la lucha por su futuro.

—Temo no tener alternativa. Estoy en aguas no exploradas. Necesito toda la ayuda que pueda tener. Tu pericia es muy valiosa —había admitido Goldtooth en su inglés de corte británico, cuando estaban ya en las últimas etapas dé la negociación.

—Creo que podremos trabajar juntos —insinuó Paul Choy.

—Hablemos con toda claridad, hermano. Tanto tú como yo hemos sido adiestrados en la universidad.

Los demás no lo fueron. Nos necesitamos el uno al otro, y la Seaborne Wu tiene que modernizarse.

Yo no puedo hacerlo. Necesitó mucha ayuda... Mis años de administrador de sus Barcos de Placer difícilmente me capacitan para asumir el mando. Yo no dejaba de hacer preguntas, pero tú conociste a nuestro padre, ¡Santo Dios! Yo no podía ni siquiera cambiar la tarifa por hora de una chica, sin contar con su aprobación. Sus cuatro dedos estaban en cada barco y en cada operación de nuestra flota.

—Claro. Pero ahora, si sus capitanes están de acuerdo con ciertas modificaciones, en un año tendrás la operación china mejor administrada de toda Asia.

—Eso es exactamente lo qué quiero. Exactamente.

—¿Qué me dices del opio —preguntó Paul Choy.

—La Seaborne Wu ha transportado siempre esa clase de mercancía?

—¿Qué opinas de las armas de fuego?

—¿Qué armas de fuego?

—Me llegaron rumores de que Four Fingers quería entrar al contrabando de rifles.

—No sé nada de rifles —repuso Goldtooth Wu.

—Quitémonos de encima a la camarilla del opio y la heroína. Mantengámonos lejos de los narcóticos.

—¿No es verdad que mi padre estaba formando una sociedad con esos dos títeres de Smuggler Yuen y White PowderLee?"

—Son puros rumores. Pensaré en lo que me propones. Pero que quede claro que yo soy el capitán de las flotas y el jefe de la Casa Wu, desde ahora. Mi decisión será la definitiva. Tú y yo discutiremos los asuntos.. Tú serás *consigliere*, en el sentido cabal de la palabra, pero si yo tomo una decisión, es irrevocable. Por ejemplo, tuve noticias de tu golpe, del que diste en la Bolsa de valores sin permiso suyo. Fue brillante. Sí. Pero no habrá más cosas de esas... Tendrás que consultarme antes. Yo debo saber lo que te propones, con anticipación.

—De acuerdo. Pero desde este momento, yo también estoy en los negocios por cuenta propia. He renunciado a mi empleo con Gornt. En segundo lugar, cualquier negocio privado que yo haya empezado con Four Fingers me corresponde a mí llevarlo a término.

—¿Qué negocios son ésos?

—El viernes él me prestó dos millones para invertirlos en la Bolsa. Mi convenio fue que a mí me correspondía el 17.5 de las utilidades. Yo quiero todas las utilidades.

—El 50 por ciento.

—El 90. Quiero que sepas que desde este momento no hay nada que me retenga en Hong Kong. Incluso con un 50 por ciento, si vendo los títulos actuales, y sólo yo sé cuáles son, mi valor es de unos 3 millones de dólares norteamericanos.

Habían estado discutiendo y regateando hasta convenir en el 70 por ciento. El 30 por ciento de Goldtooth se depositaría en un banco suizo, en una cuenta numerada.

—Yo calculo que el Mercado seguirá subiendo un par de días más. Después de eso yo liquido. Esa decisión es mía, ¿de acuerdo?

—Sí. *Benéfico* te queda mejor que Paul, hermano menor. Me gustaría que se te quedara ese nombre. ¿Qué otra cosa hacías con Four Fingers?

—Hubo un último asunto. El me hizo jurar secreto para siempre. Para siempre, con juramento de sangre. Tengo que respetar su deseo.

De mala gana, Goldtooth Wu había aceptado, y ahora, mientras esperaba que el tai-pan le respondiera a su proposición sobre Japón, la confianza del muchacho iba en aumento. Soy rico —se decía—. Tengo todo el poder de Goldtooth si lo necesito, y tengo un pasaporte norteamericano y voy a viajar a Hawai. En Japón tengo

alguna posibilidad de aventajar en astucia a Dunross... Bueno, no de superarlo, es demasiado bueno para dejarse vencer, pero tal vez allí pueda obtener un trato seguro y justo para demostrar de una vez por todas que mi moneda es auténtica.

—¿Le conviene Japón, tai-pan? —insistió.

—He oído decir que usted dio un gran golpe en el Mercado...

Al joven se le llenó la cara de alegría. No esperaba el cambio de tema. Respondió con satisfacción:

—Sí señor. Llevo una ventaja aproximada de 5.5 millones de dólares norteamericanos.

Dunross silbó con sorpresa y contentó:

—No está nada mal para un par de semanas de trabajo, Benéfico Choy... con un impuesto del 15 por ciento —añadió con ingenuidad. El muchacho hizo un gesto de admiración y cayó en la trampa:

—¡Qué diablos! Yo soy ciudadano norteamericano y, como tal, sujeto a los impuestos de Estados Unidos por todos conceptos —titubeó un instante y agregó- Yo tengo un par de ideas que podrían... mire, tai-pan, podríamos entrar en un negocio que sería proficuo para usted y para mí.

Dunross notó que los párpados de su interlocutor se entrecerraban, y su cautela aumento.

—Mi viejo tenía confianza en usted —dijo Paul Choy—. Usted y él eran Viejos Amigos. Tal vez yo podría heredar eso... hacerme digno de eso algún día.

—Devuelva la moneda sin exigir nada y yo le concedo toda clase de favores.

—Primero lo primero, tai-pan. Ante todo, averiguamos si la moneda es auténtica. En Japón... ¿de acuerdo?

—No. ¡Aquí o nada! —se precipitó a decir Dunross, decidido a entrar en un juego de azar.

Los ojos de Paul Choy se rasgaron más aún. En forma repentina, él también tomó una decisión. Se metió la mano debajo de la camisa, sacó la moneda y la puso sobre el escritorio. Luego dijo:

—Pido al tai-pan de la Casa Noble un favor a nombre de Jin-qua.

En absoluto silencio, Dunross contempló la moneda. Luego preguntó:

—¿Cuál?

—Ante todo, quiero la condición de Viejo Amigo, igual a la de Four Fingers, con todo lo que implica.

En segundo lugar quiero un cargo de director en Struan, por un periodo de cuatro años, con un salario igual al de los demás directores... Por razones de prestigio, compraré un paquete de acciones al precio del mercado, haciendo que mis títulos asciendan a 100,000 —sintió que una gota de sudor se le desprendía de la barbilla durante una pausa momentánea—. En tercer lugar, quiero emprender un negocio conjunto en sociedad con Struan, a razón de 50-50. Sería una planta farmacéutica, con un capital de 6 millones de dólares estadounidenses: yo pongo la mitad en un lapso de 30 días.

Dunross lo contempló atónito.

—¿Una planta farmacéutica para fabricar qué cosa?

El mercado de productos farmacéuticos en toda Asia es inmenso. Podríamos hacer una fortuna si conjugamos la pericia de ustedes para fabricar y la mía para comercializar. ¿De acuerdo?

—¿Eso sería todo?

—Otras tres cosas. La p...

—¿Sólo tres? —preguntó Dunross en tono de broma.

—Tres cosas. La primera es que el año próximo pienso abrir otro Mercado de valores. Yo...

—¿Abrir qué...? —Dunross se quedó boquiabierto sin dar crédito a lo que había oído.

Benéfico Choy sonrió, se enjugó el sudor del rostro y explicó:

—Claro que sí... Un Mercado de valores para chinos, manejado por chinos.

En forma inesperada, Dunross rió de buen grado.

—Usted tiene mucho valor, Benéfico Choy. ¡Ah, sí! Y, entre paréntesis, no es mala idea en absoluto; Pero, dígame, ¿qué hay del nuevo mercado?

—Sólo quiero su apoyo benévolo de Viejo Amigo, para poder empezar, para que impida que los "peces gordos" me estorben la operación.

—Por un 50 por ciento de las utilidades.

—A cambio de términos internos muy favorables. Muy favorables, se lo garantizo. La segunda cosa —el joven se aferró con fuerza a su esperanza— es que quiero que me presente con Lando

Mata y le diga que usted me apoya, como parte del grupo de mi padre, para licitar por el monopolio de los juegos de azar y del oro. ¿De acuerdo?

—Usted mencionó tres cosas. ¿Cuál es la tercera?

—Dentro de tres años, un cargo de administrador del Turf Club. En ese lapso, yo le garantizo que haré un donativo de un millón de dólares norteamericanos a cualquier obra o cualesquiera obras de caridad o beneficencia que usted mencione. Apoyaré todas las causas dignas, y juro por Dios que le facilitaré la tarea con todas mis fuerzas —el joven se secó el sudor de la cara y exclamó—. ¡He dicho!

Dunross titubeó. Al fin repuso:

—Si la moneda es auténtica, yo accedo a todo, con la única excepción de la petición relacionada con Lando Mata.

—No. Esa es parte del trato.

—En ésa no estoy de acuerdo.

—No he pedido nada ilegal, nada que usted no pueda con...

—¡Lando Mata está fuera de discusión!

El joven suspiró. Recogió la moneda de encima del escritorio y la observó con atención.

—Si Lando Mata está fuera de discusión, todo el trato queda cancelado y voy a plantearle la petición de Four Fingers Wu. Se trata de la misma moneda —aclaró, preparándose a jugar su última carta.

—¿Cuál sería?

—Sería convertirlo a usted en socio en el tráfico de narcóticos, armas de fuego y todo lo que usted detesta, pero tendría que aceptar. Lo siento, tai-pan, pero yo estoy haciendo un esfuerzo por convertirme en antepasado ilustre —volvió a arrojar la moneda sobre la mesa—. Usted elige.

De pronto, Dunross se sintió desconcertado. El favor había sido bien planeado. No había nada ilegal, nada extravagante. Paul Choy había actuado con mucha sagacidad contra él. Con demasiada habilidad. Four Fingers era una pieza bien conocida. Pero... ¿éste... este vástago del diablo? Yo no puedo correr el riesgo con narcóticos. Eso él lo sabe.

Para darse tiempo, Dunross metió la mano en el bolsillo y sintió la cintilla de seda. Sacó su moneda y la puso sobre la mesa. Acercó

su mitad a la otra. La coincidencia era perfecta.

Sin saberlo, los dos dejaron escapar un suspiro, al ver la moneda entera que los vincularía de manera irrevocable para siempre. Dunross sabía que era pérdida de tiempo, pero iría a ver al aquilatador, de todas maneras. Por un momento, mantuvo las dos mitades en la mano. ¿Qué hacer con ese astuto jovenzuelo indecente? —se preguntó. ¡Ah! ¡Esa es una buena idea! ¡El problema debe encomendarse a Phillip Chen!

—Muy bien, Benéfico Choy —dijo, mientras lo ponía en la cima de su lista privada de personas muy sospechosas—. Accederé a otorgarle su favor, si su mitad es auténtica... Sólo que yo preguntaré a Lando Mata... A él no puedo decirle nada. ¿De acuerdo?

—Gracias, tai-pan. No se arrepentirá.

Sudando de alivio, Benéfico Choy sacó una lista de nombres.

—Aquí tiene los nombres de todos los expertos aquilatadores de Hong Kong. ¿Quieres elegir alguno? Yo... ehm... yo me informé bien y todos tienen sus talleres abiertos hasta las siete.

Dunross esbozó una sonrisa y comentó:

—Usted está muy seguro de sí mismo, Benéfico Choy.

—Simplemente trato de mantenerme a la vanguardia del juego, señor.

* * *

Casey salió del edificio de Struan y entró al Rolls que estaba esperándola. Lim le abrió la puerta. Se dejó caer en los mullidos cojines del asiento posterior, sin sentir nada, sin saber nada, excepto el hecho de que su angustia la devoraba y que en cualquier momento se derrumbaría. Iba tan absorta, que ni siquiera advirtió el momento en que Lim entró en el torrente de vehículos y siguió hacia el transbordador.

Las lágrimas estaban a punto de brotar. Falta tanto tiempo para salir —pensó. Todo está empacado y enviado al avión. He liquidado ya mis cuentas y entregado el cuarto del hotel. Sin embargo, me queda todavía tanto tiempo...

Por un momento pensó en hacer parar el auto y emprender el recorrido a pie, pero comprendió que eso habría sido peor. No tendría intimidad, ni protección y se sentía tan mal... Pero yo tengo

que salir de aquí, tengo que estar sola. Es preciso que lo haga. ¡Dios santo! Pobre Linc… pobre Linc…

—Lim —dijo de repente—. Vamos a la Cumbre.

—¿Perdón, seño?

—Conduzca hacia la Cumbre, hasta la atalaya de la montaña, por favor —dijo con una voz que se esforzaba en ser normal—. Nunca… nuca he estado ahí. Quiero verla antes de irme de Hong Kong. Por favor.

—Sí, seño.

Se recargó cómodamente y cerró los ojos haciendo brotar un torrente de lágrimas que corrió con libertad.

90
6:45 p.m.

Era ya casi la hora del ocaso.

En Lo Wu, la aldea fronteriza central entre la Colonia y China, las acostumbradas multitudes de chinos atravesaban el puente en ambas direcciones. Este tenía poco más de 40 metros de longitud y cubría un arroyuelo fangoso de muy poco caudal, y sin embargo para algunos aquel puente era como recorrer un millón de kilómetros. A ambos extremos del puente había sendas guarniciones y estaciones con oficinas de migración.

En medio estaba una pequeña barrera movible. Junto a ella montaban guardia dos policías de Hong Kong y dos soldados de la República Popular China. Unas vías de ferrocarril lo recorrían de un lado a otro.

En épocas pasadas, los trenes iban de Cantón a Hong Kong y viceversa, sin detenerse. Pero a esa sazón, los trenes de pasajeros se detenían en ambos lados al llegar al puente y los pasajeros lo atravesaban a pie. Los trenes regresaban al lugar de donde habían salido. Los trenes de carga procedentes de China atravesaban el puente sin problema la mayor parte de los días.

Centenares de habitantes locales cruzaban a diario la frontera, con la misma facilidad con que puede atravesarse un camino cualquiera. Sus campos o los sitios donde trabajaban se hallaban a ambos lados de la frontera, y esto había sido así durante varias generaciones. Esa gente de la frontera era una población temeraria y suspicaz, que detestaba el cambio, las intervenciones extrañas, los uniformes.

En especial aborrecía a la policía y a los extranjeros de todas clases. Para ellos, como para la mayoría de los chinos, era extranjero cualquiera que no perteneciese a su aldea. Para ellos no había línea divisoria. Nunca podría haberla.

El puente de Lo Wu era uno de los puntos de mayor sensibilidad en toda China, junto con los otros dos cruces fronterizos. Uno de ellos estaba en Mau Kam Toh. Por allí pasaban cabezas de ganado y

cargamentos de verduras, atravesando un puente endeble que se extendía sobre el mismo arroyuelo, que señalaba la mayor parte de la línea divisoria. El tercer paso, en el extremo oriental de la frontera, se hallaba en la aldea pesquera de Tau Kok. Ahí la línea divisoria no estaba señalada, pero se conocía de común acuerdo que pasaba por en medio de la única calle del poblado. Esos eran los únicos puntos de contacto de China con Occidente. Todo estaba controlado con rigurosa meticulosidad y vigilado por ambas partes. La tensión y la conducta de los guardias era un indicador fiel de la situación.

Aquel día, los guardias del lado de la República Popular China, en el cruce de Lo Wu, actuaban con nerviosidad. Por esa razón, los del lado de Hong Kong se mostraban nerviosos también, sin saber qué podrían esperar: tal vez un cierre repentino del puente, tal vez una invasión inesperada, como la del año pasado, pues la existencia de la Colonia estaba a merced del humor voluble de China.

—Y eso no es más que una realidad de la vida —musitó el inspector en jefe Smyth.

Ese día a él se le había asignado la vigilancia de ese punto, como misión especial, y él permanecía de pie, con un sentimiento de inquietud, junto a la estación de policía, que se había erigido, con toda discreción, a unos 90 metros de distancia de la verdadera frontera, para que no fuera motivo de ofensa ni levantara olas de intranquilidad. ¡Dios Santo! —pensó Smyth— ¿olas de intranquilidad? Un simple eructo en Londres podría desatar una corriente de millones de refugiados que se precipitarían sobre Hong Kong… si las autoridades del otro lado de la frontera lo interpretaran como una afrenta a la dignidad de China.

—¡Vamos, muévanse, por amor de Dios! —exclamaba impaciente.

Tema la camisa de caqui pegada a la espalda, por el sudor nervioso y la lluvia, pero los ojos fijos en el camino que volvía a Hong Kong. Este se hallaba lleno de charcos y se alejaba zigzageando. De pronto, a lo lejos pudo ver el auto de la policía que se acercaba. Con gran alivio acudió a recibirlo.

Armstrong salió. Detrás de él, Brian Kwok. Smyth saludó a Robert Armstrong con su garrote, para disimular su conmoción. Brian Kwok iba vestido de civil. Había una sombra extraña de vacío

y terror en su mirada.

—Hola, Robert —saludó Smyth.

—Hola. Lamento llegar tarde —se disculpó Armstrong.

—No son más que dos minutos de retraso. De hecho a mí se me dijo que sería a la hora del ocaso...

Smyth miró dé soslayo hacia el oeste. El Sol no se había puesto aun. El oficial de guardia concentró la atención en Brian Kwok. Le resultaba difícil ocultar un sentimiento de desprecio.

El alto y apuesto chino sacó una cajetilla y ofreció un cigarrillo a Smyth, con dedos temblorosos.

—No, gracias —dijo el oficial en tono frío; Armstrong, en cambio, tomó uno—. Creí que habías dejado dé fumar— observó Smyth.

—Había dejado, pero volví a empezar.

Brian Kwok rió. Era una risa nerviosa. Luego explicó:

—Temo que la culpa sea mía. Robert ha estado tratando de mantener... de mantener lejos de mí a Crosse y a sus ángeles.

Ninguno de los dos oficiales británicos rió de la ocurrencia.

—¿Viene alguien? ¿Esperamos a alguien más? —preguntó Smyth.

—No lo creo. Al menos no será con carácter oficial.

Armstrong miró a su alrededor. Allí estaban los eternos mirones azorados, pero parecían gente que se había reunido al azar.

—Sin embargo —comentó Armstrong— andan por aquí... en alguna parte —los dos oficiales sintieron que se les ponían los pelos de punta—... No puedes evitarlos.

Smyth sacó un documento oficial:

—Wu Chu-toy, conocido como Brian Kar-shun Kwok, estás acusado formalmente de espionaje en contra del gobierno de Su Majestad, a nombre de una potencia extranjera. En virtud de la autoridad de la Orden de Deportación, se te conmina a que abandones la Colonia de la Corona. Si regresas, se te advierte, también formalmente, que lo harás a tu costa con riesgo de ser arrestado y encarcelado, según el arbitrio de Su Majestad —con gesto sombrío, Smyth le entregó él documento.

Brian Kwok lo tomó. Parecía necesitar tiempo para ver y para oír. Sus sentidos estaban embotados.

—Y ahora... ¿ahora qué sucede?

Smyth contestó:

—Ahora tú atraviesas ese maldito puente y vas a reunirte con tus compinches.

—¿Eh? ¿Crees que soy un mentecato? ¿Piensas que voy a creer que ustedes... que están dejándome ir?

—Brian Kwok se dio la vuelta hacia Armstrong y protestó-. Robert, te estoy diciendo que no hacen más que jugar conmigo, contigo... ¡nunca me dejarán libre!

—Eres libre, Brian.

—No. No... ¡Ya sé lo que está pasando! En el momento... en el momento en que esté casi allá, me obligarán a volver... Es el tormento de la esperanza... ¡Eso es! ¿No es cierto? —en su voz había una violenta trepidación, y en la comisura de los labios se le veía una mota de espuma— ¡Por supuesto! ¡Es la tortura de la esperanza!

—¡Por amor de Dios! Te he dicho que eres libre. Tienes libertad para irte —insistió Armstrong con voz dura, queriendo acabar con el martirio cuanto antes—. ¡Vete, por amor de Dios! No me preguntes por qué te dejan ir, pero el hecho es que te dejan libre. ¡Vete!

Lleno de desconfianza, Brian Kwok se secó la boca, quiso hablar, pero se detuvo. Luego empezó:

—Tú eres... ¡Esto es... esto es una mentira, tiene que ser!

—¡Vete!

—Muy bien. Me... —Brian Kwok avanzó un paso, luego se detuvo. Los oficiales no se habían movido— ¿Estás... lo dices en serio?

—Sí.

Tembloroso, Brian Kwok le ofreció la mano derecha a Smyth. Este la vio, luego lo miró a la cara y dijo:

—Si de mí hubiera dependido, te habría fusilado.

Un relámpago de odio atravesó el rostro de Brian Kwok:

—¿Y qué me dices de ti y tus sobornos? ¿Qué me dices de tus ventas de propiedades pol...?

—¡No tenemos por qué hablar de eso! *¡H'eung yau* es parte de China! —rugió Smyth, mientras Armstrong asentía con la cabeza, sintiéndose incómodo, al recordar los primeros 40,000 apostados el sábado anterior.

—Saber aprovechar ciertas ocasiones es una vieja costumbre china —continuó Smyth, temblando de rabia—. La traición no lo es. Fong-fong era uno de mis muchachos antes de entrar a Servicios Especiales. ¡Lárgate, mal rayo te parta! ¡Atraviesa ya el maldito puente o te haré pasarlo a latigazos!

Brian Kwok quería decir algo. Se contuvo. Con un gesto de amargura ofreció la mano a Armstrong.

Este la tomó, sin calor amistoso y aclaró:

—Esto sólo en recuerdo de tiempos pasados, para el Brian al que estaba acostumbrado a tratar. Yo tampoco apruebo las traiciones.

—Yo… yo sé que me dieron drogas, pero gracias.

Brian Kwok empezó a retroceder, siempre sospechando algún truco perverso. Luego se dio la vuelta.

A cada paso que daba, se volvía a mirar hacia atrás, aterrado al pensar que vinieran en pos de él.

Cuando sus pies vacilantes llegaron al puente, echó a correr con verdadero frenesí. La tensión llegó a su punto máximo. La policía de la barrera no lo detuvo. Tampoco los soldados. Ambos lados habían sido advertidos previamente y pretendieron no verlo. Las multitudes seguían avanzando en ambas direcciones, por uno y otro lado de los rieles del ferrocarril: había bicicletas, peatones, carretas en su mayoría cargadas… Nadie le prestó atención. Al otro lado de la barrera Brian Kwok resbaló al detenerse y luego se dio la vuelta:

—¡Venceremos, venceremos, ustedes lo saben! —les gritó con un intenso dolor en el pecho— ¡Venceremos!

Luego, temiendo aún que pudiera haber engaño, se agazapó y entró a China. Cerca del tren vio un grupo de personas, sin ninguna característica especial. Lo detuvieron… Ya estaba demasiado lejos para que desde Hong Kong pudiera verse con claridad lo que sucedía. La tensión en el puente fue desvaneciéndose. El sol empezó a ocultarse.

En la pequeña atalaya, sobre la estación de policía, Roger Crosse observaba con poderosos binoculares. Estaba muy bien escondido. Tenía a su lado a un operador de Servicios Especiales de Inteligencia, provisto de una cámara telescópica, también muy oculta. El gesto de su rostro era impenetrable. Uno de los nombres que habían ido al encuentro de Brian Kwok era Tsu-yan, el millonario extraviado.

* * *

El sol se hallaba ya casi bajo los mares occidentales. Casey estaba en la atalaya de la Cumbre. A sus pies se extendía todo Hong Kong. Unas luces empezaban a cintilar, mientras parte de la ciudad se cubría de un manto rojo carmesí que se extendía hasta Kowloon. Otra parte estaba ya a oscuras, con densas sombras e intensas luces. El sol desaparecía y la noche, la verdadera noche empezaba.

Pero Casey no apreciaba nada de su belleza. Tenía la cara empapada de las lágrimas que no dejaban de correrle. Estaba apoyada en la barandilla del mirador, en la esquina más remota, en actitud ausente. Los demás visitantes y la gente que esperaba en las estaciones cercanas del autobús la dejaban tranquila; estaban demasiado ocupados con sus asuntos personales.

—¡Por todos los dioses! Hoy obtuve una fortuna...

—Lo primero que yo hice fue comprar y dupliqué mi maldito dinero...

—¡Ah, sí! Yo también. Luego pasé la mayor parte del día tratando de conseguir un préstamo del Best Bank sobre mis títulos...

—¡Gracias a todos los dioses que el Reino Medio acudió a rescatar a esos estúpidos demonios extranjeros...!

—Yo compré la Casa Noble a 20...

—¿Oíste que desenterraron otros dos cadáveres en Kotewall y que ahora se cuentan ya sesenta y siete muertos...?

—¡El hado! ¿No te parece maravilloso lo del Mercado? ¡La predilección de Old Blind Tung volvió a resultar verdadera!

—¿Supiste lo de mi hermana, la Tercera Camarera Fung, del Gran Hotel? Ella y su sindicato compraron en los peores momentos, ¡y ahora es ya millonaria!

Casey no oía nada, no veía nada. La sensación de miseria que experimentaba era abrumadora. Unos iban, otros venían a su alrededor.

Una que otra pareja de amantes. Los únicos europeos eran turistas con sus cámaras. Casey se ocultó de ellos lo mejor que pudo.

—Perdone, ¿puedo servirle de algo? —le dijo uno de ellos.

—No, gracias —repuso, con una voz sin inflexiones, sin mirar a su interlocutor, e impotente para detener su llanto.

Tengo que dejar de llorar. Tengo que hacerlo —se dijo—. Debo empezar de nuevo. Tengo que empezar otra vez y ser fuerte y vivir… por mí y por Linc. Tengo que protegerlo a él y lo que es suyo.

Tengo que ser fuerte, que ser muy fuerte.

Pero… ¿cómo?

—No me daré por vencida —se dijo en voz alta—. Eso no lo haré. Tengo que pensar. Tengo que pensar en lo que dijo el tai-pan. No en el matrimonio… ¡oh Linc! No… en eso no. Tengo que pensar en Orlanda.

—¿Será mucho esperar que puedan ser amigas?… ¿Habrá dicho realmente eso? ¿Qué hacer con Orlanda?

Enterrarla. Ella me arrebató a Linc —siguió pensando—. Es cierto, pero eso estaba dentro de mis reglas, de las que yo establecí. Ian tiene razón. Ella no es como Quillan. Además fue Linc… él fue quien se prendó de ella, quien quiso salir con ella. Orlanda no es como Quillan Gornt.

Quillan. ¿Qué pensar de él? Esa tarde había ido al hotel a ofrecerle, una vez más, cualquier ayuda que pudiera necesitar. Ella se lo había agradecido, pero no había pedido nada.

—Estoy bien, Quillan. Tengo que sobreponerme a esto por mí misma. No, por favor, no vayas a despedirme al aeropuerto. Es posible que vuelva dentro de un mes. Entonces podré actuar en forma más razonable.

—¿Vas a firmar el convenio con Struan?

—Sí. Eso es lo que yo quiero hacer. Lo siento.

—No tienes motivo para disculparte. Se te ha advertido lo que eso significa. Pero eso no impide que cenemos la primera noche que estés aquí de vuelta, ¿verdad?

—De acuerdo.

Oh, Quillan, ¿qué hago contigo?

Nada durante treinta días. Linc debe ser el dueño de mis próximos treinta días. Por completo. Tengo que protegerlo de los buitres.

Seymour Steigler en primer lugar. Esa mañana se había presentado en su suite para decirle:

—Oye, Casey, yo me encargo de conseguir el ataúd y…

—Está hecho. Todo está hecho.

—¿Hablas en serio? ¡Magnífico! Entonces, escúchame. Tengo las maletas hechas. Jannelli puede llevárselas y yo estaré en el aeroplano a la hora exacta, para que po...

—No. Linc se va sólo conmigo a Estados Unidos.

—¡Vamos, Casey! Tenemos mucho de que hablar. Está su testamento, el trato de Par-Con. Ahora tendremos tiempo de planearlo bien. Podemos posponerlo y sacar alguna ventaja más. Pode...

—Todo eso puede esperar. Te veré en Los Ángeles. Tómate un par de días de descanso, Seymour. Regresa el lunes próximo.

—¿El lunes? ¡Por amor de Dios, hay un millón de cosas que hacer! Se necesitará un año para desenmarañar los asuntos de Linc... Necesitamos asesoría cuanto antes. Desde luego, tendrá que ser la mejor que haya en la ciudad. Eso será lo primero que haga. Será la mejor, te lo prometo. No olvides que están de por medio su viuda y sus hijos. Ella presentará una demanda, sin duda lo hará... ¡Además estás tú! ¡Qué diablos! Tú tienes derecho a ser una buena parte. Nosotros también presentaremos una demanda. ¿Acaso no has sido tú como una esposa para él durante siete a...?

—Seymour, ¡estás despedido! ¡Lárgate de aquí en el acto y...!

—¿Qué rayos te está pasando? Yo no hago más que pensar en tus derechos legales y...

—¿No has oído? ¡Estás despedido, Seymour, estás despedido!

—Tú no puedes despedirme. Yo también tengo derechos. ¡Tengo un contrato!

—Eres un desgraciado, hijo de ramera. Obtendrás hasta el último dólar de tu contrato, pero si la emprendes contra mí, contra Linc o contra sus negocios, ¡yo me encargaré de que no consigas nada... nada! ¡Ahora, lárgate de aquí!

Casey se enjugó las lágrimas al recordar aquella furia explosiva que había sentido. En fin, sí es un hijo de ramera. No había estado del todo segura de eso, pero ahora lo estoy. Estoy feliz de haberlo despedido. Apuesto cualquier cosa a que vendrá a husmear como hiena. ¡Claro! Apuesto que irá a ver a la ex señora Bartlett, si no lo ha hecho ya, y le calentará la cabeza hasta ponerla frenética y convencerla de que él representará sus intereses en contra de Par-Con y de Linc. ¡Claro! Apuesto cualquier cosa a que tendré que verlo en un tribunal, de un modo o de otro.

Bueno, que Dios me ayude, y juro que no me derrotará. Protegeré a Linc a cualquier precio.

¡Olvida a ese canalla, Casey, olvida las batallas que tendrás que librar! Concéntrate en el presente.

¿Qué piensas de Orlanda? Linc... Linc la quiso... la amó, tal vez. ¿La habrá amado? No lo sé de cierto... Y jamás lo sabré...

Orlanda...

¿Será mi deber ir a verla...?

91
8:05 p.m.

Orlanda permanecía sentada en la oscuridad de su cuarto del hotel Mandarín, contemplando la noche. Su aflicción se había desvanecido.

Lo de Linc fue cuestión de hado —se dijo por diezmilésima vez. El hado. Ahora todo queda como estaba antes. Todo tiene que comenzar de nuevo. Los dioses han vuelto a reírse de mí. Tal vez haya otra oportunidad... ¡Claro que habrá otra oportunidad! Existen otros hombres... ¡Oh, Dios! No debo preocuparme. Todo seguirá como antes.

Quillan dijo que no me preocupara, que mi pensión continúa...

El timbre del teléfono interrumpió sus cavilaciones sorprendiéndola:

—Hola...

—¿Orlanda? Habla Casey —se puso de pie de un salto, atónita— Salgo hoy por la noche, pero quería verte antes de irme. ¿Sería posible? Estoy en la planta baja...

¿Su enemiga la llamaba? ¿Para qué? ¿Para deleitarse con su sufrimiento? La realidad era que ambas habían salido perdedoras...

—Sí, Casey —dijo vacilante—. ¿Te gustaría subir? Aquí hay más intimidad. Mi habitación es la 363.

—Magnífico... 363...

Orlanda encendió una luz y se precipitó al cuarto de baño, para verse la cara. Notó tristeza y lágrimas recientes, pero no envejecimiento. Aún no. Pero la edad va en aumento —pensó, sintiendo que un estremecimiento se apoderaba de ella. Se peinó un poco el cabello y se puso un ápice de maquillaje en los párpados. No se necesitaba otra cosa. Todavía no...

¡Basta de esto! La edad es inevitable. ¡Sé asiática! Ten cuidado. Se puso los zapatos. La espera le parecía larga. El corazón empezaba a dolerle. Se oyó la llamada en la puerta. Esta se abrió. Cada una pudo ver la desolación en la cara de la otra.

—Pasa, Casey.

—Gracias.

El cuarto era pequeño. Casey observó que había dos maletas pequeñas ya preparadas junto a la cama.

—¿Tú también te vas? —a Casey, su propia voz le sonó lejana.

—Sí. Voy a hospedarme con unos amigos de mis padres. El hotel es... es un poco caro. Mis amigos dijeron que podía estar con ellos hasta que encontrara otro apartamento. Por favor siéntate.

—Pero... ¿no estabas protegida por un seguro?

Orlanda parpadeó. Luego explicó:

—¿Seguro? No... no lo creo. Nunca... No. No lo creo.

Casey dejó escapar un suspiro:

—Eso significa que has perdido todo...

—El hado —Orlanda se encogió de hombros—. No importa. Tengo un poco de dinero en el banco y... Estoy bien —pudo observar la aflicción en el rostro de su interlocutora y dio rienda suelta a la compasión—. Casey, por lo que respecta a Linc, no estaba tratando de ponerle una trampa. Yo no quería ocasionarle mal alguno. Es cierto, llegué a amarlo y es cierto que habría hecho cualquier cosa por casarme con él, pero creo que eso es legítimo, y con toda sinceridad creo que habría sido una esposa maravillosa para él... habría hecho lo imposible por ser la mejor, te lo aseguro. Sí, lo amaba y... —volvió a encogerse de hombros con ese gesto insignificante, tan suyo —Tú lo sabes, me apena mucho.

—Sí. Sí, lo sé. No hay por qué apenarse.

La primera vez que te conocí en Aberdeen, la noche del incendio —siguió Orlanda, hablando de prisa—, pensé que Linc era muy tonto, que tal vez tú no eras... —suspiró— Quizá es lo que tú dices, Casey. No tenemos de qué hablar. En especial ahora —las lágrimas empezaron de nuevo, y las de Orlanda, por su sinceridad, provocaron las de Casey.

Por un momento, las dos mujeres estuvieron sentadas, sin decirse nada. Luego Casey encontró un pañuelo desechable, se enjugó los ojos, sintiéndose muy mal y deseando acabar pronto con lo que había empezado. Sacó un sobre y dijo:

—Aquí hay un cheque. Es por $10,000 norteamericanos. Yo...

Orlanda se quedó un instante sin habla, luego protestó:

—¡Yo no quiero tu dinero! No quiero nada de...

—No es mío. Es de Linc. Escúchame un instante.

Casey le narró lo que Dunross había dicho acerca de Bartlett. Todo, sin omitir detalle. La repetición del diálogo la desgarraba por dentro. Luego añadió: —... eso fue lo que dijo Linc. Creo que era contigo con quien deseaba casarse. Tal vez me equivoco. No lo sé. Aun así, él querría que contaras con un poco de dinero de... con alguna protección...

Orlanda sintió que el corazón le estallaba por lo irónico del destino.

—¿Linc habló de un «padrino de boda»? ¿De veras?

—Sí.

—¿Y de ser amigas? ¿Quería que nosotras fuéramos amigas?

—Sí —Casey repitió lo que Linc habría querido, sin saber si hacía lo que debía.

Sin embargo, al estar sentada ahí, al contemplar aquella belleza tierna y juvenil, con grandes ojos, una piel exquisita que no necesitaba maquillaje, aquella figura perfecta, comprendió que no podía culparla a ella... ni a Linc. Fue culpa mía, no de él... ni de ella. Y yo sé que Linc no habría querido dejarla desvalida. Por eso yo tampoco puedo hacerlo. Por él. El quiso que fuéramos amigas. Tal vez podamos serlo.

—¿Por qué no hacemos el esfuerzo —sugirió— Mira... Hong Kong no es lugar para ti. ¿Por qué no intentas otro sitio?

—No puedo. Estoy esclavizada aquí, Casey. No tengo estudios. No soy nada. Mi «bachillerato en ciencias» no es nada —las lágrimas empezaron a correr de nuevo—... Yo no soy más... Me volvería loca teniendo que marcar mi entrada diaria en un reloj.

Llevada de un impulso repentino, Casey propuso:

—¿Por qué no hacer la prueba en Estados Unidos? Tal vez yo podría ayudarte a encontrar un trabajo...

—¿Qué cosa?

—Sí. Tal vez en el campo de la moda... No sé con exactitud qué podría ser, pero trataría de hacerlo.

Orlanda la miraba sin parpadear, incrédula:

—¿Tú me ayudarías? ¿En realidad me ayudarías?

—Sí —Casey dejó el sobre y su tarjeta sobre la mesa y se levantó; le dolía todo el cuerpo—. Yo haría todo lo que pudiera.

Orlanda se le acercó y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Oh, gracias, Casey, gracias!

Casey le devolvió el abrazo. Las lágrimas de ambas se mezclaron.

* * *

La noche era ya oscura, con la poca luz que emanaba de una luna menguante que salía de entre las espesas nubes una que otra vez. Roger Crosse caminaba en silencio, calle arriba, rumbo a la entrada semioculta entre los grandes muros que rodeaban la Casa de Gobierno. Sacó su llave y la puso en la cerradura. Entró y volvió a cerrar. Caminó de prisa por el sendero, manteniéndose al abrigo de las sombras. Cerca de la casa, se desvió y caminó hacia el lado este, bajó unos peldaños, hacia la puerta de un sótano y sacó otra llave.

Esa puerta se abrió por completo, en la misma forma silenciosa. El centinela armado, un soldado nepalés de los Gurkhas, enarboló el rifle: —¡La clave, señor!

Crosse la pronunció y el guardián saludó, haciéndose a un lado para dejarlo pasar. Al final del pasillo, Crosse llamó a la puerta. El ayudante del Gobernador le abrió y saludó:

—Buenas noches, superintendente.

—Espero no haberlo tenido esperando…

—No. En absoluto.

El hombre guió a Crosse a través de bodegas comunicantes, hasta una gruesa puerta de hierro, empotrada en un espeso marco de concreto, construido sin mayor esmero en medio de la gran bodega principal, donde había una serie de estanterías con botellas de vino. El ayudante sacó una llave y la abrió. Era muy pesada. Crosse entró solo. La puerta se cerró detrás de él. Una vez adentro, con la puerta bien cerrada, se sintió tranquilo. Estaba completamente a salvo de ojos y oídos curiosos. Ese lugar era el «Santo de los Santos», una sala de conferencias, para conversaciones mucho muy privadas. El recinto de concreto había sido construido, junto con sus comunicaciones, en forma muy cuidadosa, por funcionarios absolutamente fidedignos de los Servicios Especiales, todos ellos ingleses, para estar siempre seguros de que no hubiera dispositivos enemigos de escucha en las paredes. Además, toda la construcción era examinada con cautela cada semana, por expertos de la Rama Especial, en caso de que algo hubiera logrado infiltrarse.

En una esquina estaba el transmisor muy perfeccionado, que enviaba señales al inviolable registrador de claves, de ahí a la compleja antena situada sobre el techo del Edificio de Gobierno, y de ahí a la estratosfera, hasta Whitehall.

Crosse encendió el interruptor. Se oyó un rumor reconfortante.

—El Ministro, por favor. Habla Asiático Uno —le gustó mucho usar su nombre clave archisecreto.

—Adelante, Asiático Uno.

—Tsu-yan fue uno de los que salieron al encuentro del espía Brian Kwok.

—¡Ah! Entonces podemos borrarlo de nuestra lista.

—A los dos, señor. Ambos están ya aislados. El sábado, al defector Josep Yu se le vio cruzar la frontera.

—¡Maldita sea! Ustedes tendrán que nombrar a un equipo que lo vigile. ¿Tenemos colegas en su centro atómico de Siankiang?

—No, señor. Sin embargo, hay un rumor de que Dunross va a encontrarse con el señor Yu en Cantón, dentro de un mes.

—¡Ah! ¿Qué hay de Dunross?

—Es leal, pero nunca trabajaría para nosotros.

—¿Qué hay de Sinders?

—Actuó bien. No lo considero un riesgo para la seguridad.

—Magnífico. ¿Qué hay del *Ivanov*?

—Zarpó a mediodía. No hemos encontrado el cadáver de Suslev... Se necesitarán semanas para examinar y escarbar en medio de esa mole de escombro. Temo que jamás lo encontraremos entero. Al haber desaparecido Plumm, tendremos que volver a pensar en Sevrin.

—Es un plan demasiado bueno para no tenerlo en existencia, Roger.

—Sí, señor. El otro lado pensará lo mismo. Cuando llegue el sustituto de Suslev veré qué propósitos tienen. Luego podremos formular un plan.

—Muy bien. ¿Qué me dice de DeVille?

—Va a ser trasladado a Toronto. Por favor avíselo a la Real Policía Montada de Canadá. Otra cosa: acerca del portaaviones nuclear, su tripulación es de 5,500 oficiales y hombres, 83,350 toneladas, ocho reactores, máxima velocidad sesenta y dos nudos, tiene cuarenta y dos F-4 Phantom II, cada uno con dispositivos

nucleares, y dos Hawks Mar V. Es curioso que su única defensa contra un ataque sea una hilera de SAM a estribor.

Crosse siguió enviando su informe, muy satisfecho de sí mismo, sintiendo amor por su trabajo, por encontrarse en ambos lados... ¡En tres! —se recordó a sí mismo. Sí, era un triple agente, con dinero para gastar; los dos lados sentían desconfianza de él hasta cierto punto, pero ambos lo necesitaban, y oraban porque estuviera de su lado, no del de los contrarios.

A veces, hasta yo dudo de mí mismo —pensó, con una sonrisa.

* * *

En el edificio del aeropuerto de Kai Tak, Armstrong descansaba con todo su peso sobre el mostrador de información; observaba la puerta y se sentía miserable. Muchedumbres inquietas se agitaban a su alrededor, como de costumbre.

Con gran sorpresa suya, vio a Peter Marlowe entrar con su esposa, Fleur Marlowe y sus dos niñas, con muñecas y pequeñas maletas en las manos. Fleur lucía pálida y agotada. Peter también. El iba cargado de maletas.

—Hola, Peter —saludó Armstrong.

—Hola, Robert. Estás trabajando hasta tarde.

—No... vine... ehm... vino sólo a despedir a Mary. Va de vacaciones a Inglaterra un mes... Buenas noches, señora Marlowe. Me apena mucho lo sucedido.

—Gracias, superintendente. Estoy bas...

—Vamos a Binkok —interrumpió en tono solemne la pequeña de cuatro años—. Eso está en tierra firme.

—¡Oye, tonta! —protestó la hermana mayor— Se llama Bunkok en tierra firme. Eso es China —luego explicó en tono serio a Armstrong—. Nosotras también vamos de vacaciones. Mamá está enferma.

Peter Marlowe sonrió cansado:

—Vamos a Bankok una semana, Robert. Es una vacación para Fleur; el doctor Tooley dijo que era importante para ella tener un descanso —dejó de hablar en el momento en que las niñas empezaron a discutir— ¡Silencio, mis hijas! —luego dijo a su mujer — Tú encárgate de que revisen nuestros boletos. Te alcanzaré luego.

—Sí, claro. Vengan... ¡Basta, compórtense, ustedes dos! —Fleur se alejó, precedida por las niñas que no dejaban de reñir entre sí.

—Temo que no sean unas grandes vacaciones para ella —comentó Peter Marlowe; luego bajó la voz—. Uno de mis amigos me dijo que les comunicara que la reunión de Macao para los narcóticos será el jueves.

—¿Sabes dónde?

—No. Pero White Powder Lee debe ser uno de ellos, y otro es un norteamericano, Banastasio. Esos son los rumores.

—Gracias ... ¿qué otra cosa?

—Es todo.

—Gracias,. Peter. Que tengas buen viaje ... ¡Oye! Hay un individuo en la policía de Bankok a quien debes buscar. Es el inspector Samanthajal..: Dile que yo te lo dije.

—Gracias ... ¡Qué desgracia lo de Linc Bartlett y los demás! ¿No te parece? ¡Santo Dios, yo también estaba invitado a esa fiesta!

—¡El hado!

—Sí, pero eso no les sirve de nada a ellos ni a los demás, ¿verdad? ¡Pobres infelices! Te verá la semana entrante.

Armstrong vio al hombre de elevada estatura alejarse. Luego volvió al mostrador de información y se apoyó en él. Se sentía enfermo del corazón.

Su mente volvía irremisiblemente a Mary. La noche anterior habían tenido una pelea tormentosa, sobre todo acerca de John Chen, pero más aún acerca de sus últimos días, de Brian y el cuarto rojo, acerca del préstamo de dinero, de la apuesta de toda la cantidad a Pilot Fish, de su triunfo después de una espera agonizante de la devolución de los 40,000, colocados otra vez en el cajón del escritorio, sin necesidad de volver a tocar un solo céntimo. Habían discutido también el pago de sus deudas y la compra de un boleto de viaje a la patria. Y ese mismo día, al anochecer, habían tenido otro pleito, en el que ella había protestado:

—¡Tú olvidaste nuestro aniversario! ¿Es mucho pedir que recuerdes esa fecha? ¡Oh, cómo detesto este maldito lugar, los abominables licántropos, toda esta maldición! ¡No esperes que regrese!

En un gesto mecánico, Armstrong encendió un cigarrillo. El

sabor le parecía detestable y sin embargo lo disfrutaba. El aire había vuelto a ser húmedo y agrio. Luego vio llegar a Casey. Aplastó el cigarrillo y le salió al encuentro. El andar pesado de la chica le produjo tristeza.

—Buenas noches —dijo, con un sentimiento de intensa fatiga.

—¡Oh! Hola, superintendente, ¿cómo andan las cosas?

—Muy bien. Le ayudaré a salir.

—Es muy amable de su parte.

—Me dio mucha pena saber lo del señor Bartlett.

—Sí... sí, gracias.

Dieron unos pasos juntos. Armstrong comprendía que lo mejor era el silencio. ¿Qué había que decir?

Qué pena —pensó— pero sintiendo que la chica le gustaba mucho, que admiraba su valor, demostrado en el incendio, en el derrumbe, demostrado en ese momento, al conservar la voz firme y segura cuando todo su mundo interior estaba hecho jirones.

No había revisión aduanal para los que salían. El funcionario de servicios migratorios puso el sello a su pasaporte y se lo devolvió con una cortesía nada conveniente para el momento:

—Que tenga un viaje feliz y vuelva pronto.

La muerte de Bartlett había sido la gran noticia entre los sesenta y siete.

Recorrieron los corredores hasta llegar a la sala de espera de los pasajeros muy importantes.

Armstrong abrió la puerta. Con gran sorpresa para Casey, allí estaba Dunross. La puerta de vidrio que conducía a la salida 16 estaba abierta, lo mismo que el paso a la pista. Detrás de ellos, podía verse al *Yankee 2*.

—¡Oh! Hola, Ian... Pero yo no quería que...

—Tuve que hacerlo, Casey, lo siento. Tenía un pequeño negocio inconcluso contigo y también venía a esperar un avión. Mi primo regresa ahora de Formosa... Fue a organizar lo relacionado con la ubicación de las fábricas que queda sujeto a tu aprobación —Dunross miró a Armstrong—. Hola, Robert. ¿Cómo estás?

—Lo mismo, lo mismo de siempre —Armstrong le tendió la mano a Casey y le sonrió displicente—. Me despido. Que tenga feliz viaje. Todo está en regla para su partida, tan pronto como usted suba al avión.

—Gracias, superintendente. Quisiera... darle las gracias.

Armstrong asintió con la cabeza a Dunross y se dispuso a retirarse. Este le preguntó:

—¿Robert, el envío que estaba pendiente a Lo Wu se entregó ya?

El aludido fingió reflexionar. Luego dijo:

—Sí. Creo que sí —y observó la sensación de alivio.

—Gracias. ¿Podrías esperarme un instante? Me gustaría saber más de eso.

—Con mucho gusto. Estaré allá afuera.

Cuando se quedaron solos, Dunross entregó a Casey un sobre delgado y explicó:

—Aquí hay un cheque de caja por 750,000 dólares norteamericanos. Compré a Struan para ti a 9.50 y lo vendí a 28.

—¿Qué cosa?

—Bueno... ehm... Lo compré para nosotros en primer lugar, a 9.50, como había prometido. Tu parte del trato eran tres cuartos de millón. Struan ganó millones en la operación. Yo gané millones, lo mismo que Phillipe y Dianne. Yo los dejé que compraran a primera hora también.

Casey no podía asimilar las noticias.

—Perdóname, pero no te entiendo.

El sonrió, repitió lo que había dicho y agregó:

—Hay además otro cheque por un cuarto de millón de dólares norteamericanos, sobre tu participación en la compra de Almacenes Generales.

Casey se quedó atónita. Luego dijo: —No te creo.

Una sonrisa fugaz se dibujó en el rostro de Dunross.

—Es cierto. En treinta días más estarán disponibles otros tres cuartos de millón. Dentro de dos meses podremos adelantarte otro medio millón si es necesario.

A espaldas de Casey, en la cabina del piloto del *Yankee 2*, Jannelli encendió el primer motor del avión. Un sonido estridente reveló que volvía a la vida.

—¿Es suficiente eso para comprometerte? —preguntó Dunross.

Los labios de la chica se movieron, pero no se percibió sonido alguno. Al fin pudo preguntar:

—¿Un cuarto de millón de dólares?

—Sí. En realidad suman un millón... estos dos cheques. A

propósito, no olvides que tú eres ahora tai-pan de Par-Con. Ese es el verdadero regalo de Linc para ti *Tai-pan*, el dinero no tiene importancia— le sonrió y le dio un brusco abrazo—. Buena suerte, Casey. Te veré dentro de treinta días, ¿eh?

En ese momento, entró en acción el segundo motor de propulsión del Yankee 2.

—¿Un millón de dólares norteamericanos?

—Sí. Yo me encargaré de que Dawson te mande algunos buenos consejos en materia de impuestos; como tus utilidades son en dinero de Hong Kong, estoy seguro de que hay maneras legítimas de evitar... no de evadir... impuestos.

Otro motor del avión volvió a la vida en forma estruendosa.

Casey contemplaba a Dunross sin poder decir palabra. Se abrió la puerta de la sala de espera de Personas Muy Importantes, y un hombre alto y jovial entró de prisa:

—¡Hola, Ian! Me dijeron que podría encontrarte aquí...

—Hola, David... Casey, este es David MacStruan, mi primo.

Todavía atónita, Casey lo miró, esbozó apenas una sonrisa de saludo, pero sin advertir en realidad su presencia. Luego volvió a balbucir:

—Pero, Ian... ¡Oh, hola! Ian... quieres decir que... ¿has estado hablando en serio?

—Claro que sí —el último motor de propulsión lanzó su impaciente rugido; Dunross invitó—. ¡Será mejor que subas al avión! Te veré el mes entrante.

—¿Qué? ¡Oh, oh! Pero, sí, sí. ¡Té veré...!

A toda prisa, Casey puso el sobre en su bolso de mano, se dio media vuelta y se alejó.

Ellos la vieron subir por la pasarela.

—Así que... ¡ésa es la famosa Casey! comentó pensativo David.

El hombre era casi tan alto como Dunross, pero unos años más joven, pelirrojo, con ojos de un sesgo almendrado, casi asiático, pero de color verde. Su rostro mostraba señales de envejecimiento y a la mano izquierda le faltaba la mayor parte de los tres dedos menores, amputados en el punto en que las cuerdas del paracaídas se los habían cortado.

—Sí. Sí, esa es Kamalian Ciranoush Tcholok.

—¡Es sensacional!

—Es más que eso. Piensa en ella como si fuera una Hag.

MacStruan dejó escapar un silbido y preguntó: —¿A ese grado?

—Podría serlo, con el debido adiestramiento.

* * *

Una vez que Casey estuvo en el aeroplano, Svensen cerró con llave la puerta de la cabina.

—¿Se te ofrece algo, Casey? —le preguntó, muy preocupado por ella.

—No —dijo en tono impotente—. Solamente que me dejes sola, Sven. Yo te... yo te llamaré si necesito cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—Sí, desde luego.

Casey se quedó sola. Con un movimiento mecánico se puso el cinturón de seguridad y se asomó por la ventanilla. A través de sus lágrimas vio a Dunross y al otro individuo cuyo nombre no recordaba.

Ambos agitaban la mano en señal de despedida. Ella hizo lo mismo, pero ellos no pudieron verla.

Un banco de nubes cubrió a la luna. Los motores fueron acelerando hasta alcanzar su ritmo normal.

El aparato se deslizó sobre la pista, se preparó en el sitio de despegue y se proyectó contra la oscura bóveda del firmamento, siguiendo una pronunciada línea ascensional. Casey no advirtió nada de aquello. Las palabras de Dunross seguían martilleándole el cerebro una y otra vez, haciéndola pedazos y reconstruyéndola en el acto.

—Tai-pan. Ese es el verdadero regalo de Linc para ti, eso había dicho. —Tai-pan. El dinero no tiene importancia. Sí. Sí s... es cierto, pero... Pero...

¿Qué fue lo que Linc dijo en aquella ocasión, aquel primer día que habían estado en el Mercado de valores? Creo que dijo: «Si Gornt gana, nosotros ganamos. Si Dunross gana, nosotros ganamos. De un modo o de otro, nos convertimos en la Casa Noble... que es la razón por la que estamos aquí».

El manto de tinieblas se levantó en su mente; esta se llenó de claridad. Las lágrimas cesaron.

Eso era lo que él quería, lo que en realidad quería —pensó,

mientras su excitación aumentaba—. Quería que nos convirtiéramos en la Casa Noble. Claro. Tal vez eso sea lo que yo puedo hacer por él a cambio. Hacer que su epitafio sea: *la Casa Noble*.

—¡Oh, Linc! —exclamó jubilosa— Vale la pena hacer la prueba, ¿no es cierto?

El avión de propulsión hizo jirones las nubes más altas, prosiguiendo su vuelo seguro. La noche era cálida y muy oscura. La Luna estaba en cuarto creciente, el viento era benigno.

Allá abajo estaba la isla.

* * *

Dunross entró al camino de la Cumbre con mucha velocidad, iba rumbo a casa. El tránsito de vehículos era ligero. El ronroneo del motor de su auto tenía una vibración dulce en sus oídos.

Siguiendo un impulso repentino, cambió de dirección y subió a la atalaya de la Cumbre. Se quedó, apoyado en la barandilla solo.

Hong Kong era un mar de luces. Por encima de Kowloon, otro jet despegó de la pista iluminada. Unas cuantas estrellas lograron abrirse paso por entre las nubes.

—¡Jesucristo bendito! ¡Qué bueno es estar vivo! —exclamó.

—FIN—